ألف ليلة وليلة





LIBRO DE

LAS MIL Y UNA NOCHES

TOMO II



"Fue, pues el aguador un día a la casa, según su costumbre"

LIBRO DE
LAS MIL Y UNA NOCHES

El de los conocimientos maravillosos y las historias entretenidas, peregrinas. Las cuales noches añaden curiosidad a curiosidad y ofrecen descripciones de amor y pasión y locura de amor. Y contienen historias y rarezas amenas y divertidas y graciosas, adornadas con figuras sorprendentes nuevas, de lo más nuevo que haber pueda, y panoramas prodigiosos de los prodigios de los tiempos

(Traducción literal de la portada de la edición de Bulak)

POR PRIMERA VEZ PUESTAS EN CASTELLANO, DEL ARABE ORIGINAL, PROLOGADAS, ANOTADAS Y COTEJADAS CON LAS PRINCIPALES VERSIONES EN OTRAS LENGUAS Y EN LA VERNACULA

POR

R. CANSINOS ASSENS

Con 15 láminas en color de
JULIO CASTRO DE LA GANDARA
y numerosas ilustraciones en negro de
MANUEL BENET

TOMO II

AGUILAR

colección obras eternas
asesor arturo del hoyo

© aguilar s a de ediciones 1969 juan bravo 38 madrid
depósito legal m 53/1976 (II)
primera edición–tercera reimpresión–1976
ISBN 84-03-00976-3 (obra completa)
ISBN 84-03-00095-2 (tomo II)
printed in spain impreso en españa por gráficas mora
amor hermoso 87 madrid

LAS MIL Y UNA NOCHES



ALGUNAS HISTORIAS SERIAS Y FESTIVAS

EL REY ANUSCHIRVAN Y LA MOCITA

(Noches 258 y 259)

Lección práctica de buena política: advertencia a los reyes de que no deben esquilmar demasiado a sus súbditos. La anécdota, atribuida a un rey de la dinastía de los Sasanies, Anuschirván, llamado el Grande, *es de procedencia persa y podría estar tomada de la compilación histórica de At-Tabari. Anuschirván reinó en el siglo VI de nuestra era y fue un monarca equitativo y amante de la cultura, que mandó a la India letrados de su corte para que buscasen y tradujesen al persa el famoso* Libro de Calila y Dimna. *Su verdadero nombre en persa es Anuschinrevan* (Dulzura del alma). *Este florilegio de anécdotas falta en la mayoría de las versiones, incluso en la de Mardrus, pese a sus pretensiones de* integralidad.

—Cuentan también que el rey, el equitativo Anuschirván, salió un día de cacería y hubo de distanciarse un poco de su escolta, persiguiendo una gacela. Y en tanto iba tras ella, hubo de divisar una alquería allí cerca.

Iba sediento el monarca y era mucho lo que la sed le atormentaba, por lo que se dirigió a aquel caserío y llamó a la puerta de la primer casa que halló en su camino.

Salió a abrirle una muchacha, y el rey pidióle un poco de agua. Miró la joven al monarca y tornó a entrar en su casa.

Pero a poco volvió, trayendo en su mano una caña de azúcar, y exprimió su zumo en un vaso de agua y vertió en ella un poco de esencia que parecía tierra. Después de lo cual presentóle el vaso a Anuschirván.

Miró este el vaso y, al ver en él aquello que parecía tierra, empezó a beber despacio y como con desgana, hasta que al fin no dejó nada. Y después díjole a la muchacha:

—¡*Ye* mocita! El agua que me diste me supo exquisita, solo que esos polvos que echaste en ella enturbian su pureza.

–¡*Ye* huésped ilustre!–respondióle la joven–. Esa escoria que te desplació echéla yo en el agua con toda intención.

–¿Y por qué hiciste tal?–inquirió Anuschirván.

–Pues escucha y verás–le contestó la joven–. Cuando llegaste acá, venías tan sediento que, al darte yo de beber, temí que apurases de un trago todo el vaso y te pudiera hacer daño.

De cierto que si no echo en el vaso ese polvillo te lo bebes todo de una sentada.

Y sabido es que el agua así bebida no sienta bien.

Maravillóse Anuschirván, aquel monarca dotado de equidad, de oír las palabras de la joven y admiró su perspicacia y comprendió que lo que le dijera era indicio de penetrante inteligencia.

Y el monarca tornó a preguntarle a la muchacha:

–¿De cuántas cañas exprimiste aquel zumo que echaste en el agua?

–De una sola–respondió ella.

Maravillóse Anuschirván y, tornado a sus gentes, informóse de la renta que pagaba al tesoro aquella aldea y vio que era harto pequeña. Y el monarca se dijo en su interior: «Cuando vuelva a palacio mandaré que le aumenten la contribución, pues una aldea en la que hay cañas de azúcar que dan tanto zumo ¿qué no podrá dar de sí si se le recargan los tributos?»

Prosiguió luego el monarca su cacería hasta el cabo del día, y luego tornóse a la alquería y llamó a la puerta de la casa de marras.

Salió a abrirle la misma muchacha y el rey le pidió un poco de agua. Mirólo ella y al punto conoció quién era. Y entróse en la casa para traerle el agua.

Tardaba en volver y Anuschirván la apremió, diciendo:

–¿Por qué tardas tanto?...

Pero al llegar aquí sorprendió a Schahrasad la mañana y atajó el curso de sus elocuentes palabras.

Y LA NOCHE 259 SIGUIO DICIENDO LA MUCHACHA:

–Ha llegado a mis oídos, *ye* el rey, el afortunado, que el monarca le dijo a la joven:

–¿Por qué tardaste tanto en volver?

–Pues porque–respondióle ella–de una caña sola no podía sacar zumo bastante para endulzar el agua que necesitabas; de suerte, pues, que exprimí tres y aun así no he logrado reunir tanto zumo como la vez pasada saqué de una sola caña.

–¿Y a qué se debe eso, muchacha? –preguntóle el monarca.

–Se debe–contestó ella–a haber cambiado la intención del sultán [1].

–¿Y cómo sabes eso?–dijo maravillado Anuschirván.

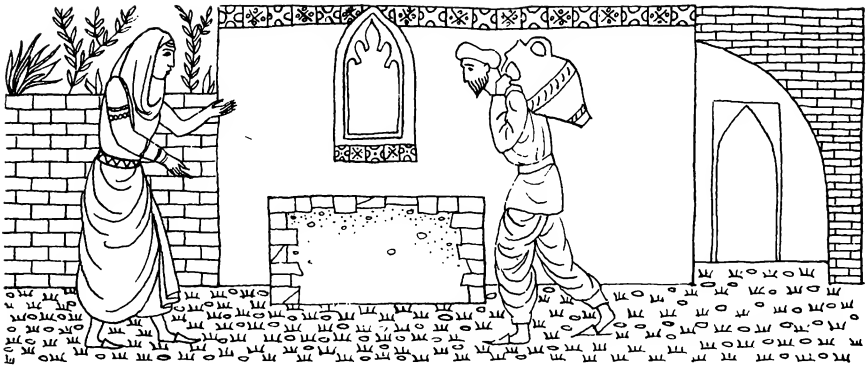
Y la joven le respondió sin tardar:

–Dicen los sabios que cuando cambia la buena disposición de ánimo del sultán para con sus vasallos luego cesan las bendiciones de sus pueblos y empiezan a dar las cosas menos rendimiento.

Echóse a reír Anuschirván al oír su respuesta y al punto desechó la idea que antes concibiera de recargar las alfardas de la aldea.

Y maravillado de la sagacidad y perspicacia de la muchacha y de la belleza de sus palabras, se decidió a tomarla por esposa y se la llevó a su alcázar.

[1] Burton hace notar que lo de sultán es un anacronismo; el primero que en Persia usó ese título fue Sabuktagin, 974 de nuestra era.



EL AGUADOR Y LA MUJER DEL PLATERO

(Noche 259)

Anécdota curiosísima, de concepción enteramente moderna, de un humorismo y una psicología igualmente útiles. La mujer del platero trata de inculcarle al marido la idea de la existencia de una correlación entre los fenómenos psíquicos, análoga a la que se observa entre los del mundo sensible, de lo que podríamos llamar coordinadas morales. *Es el beso dado en Cantón, que* puede en Cádiz repercutir, *según dijo el poeta. Sobre esta paradoja construyó Eça de Queiroz su interesante novela* El mandarín *y Oscar Wilde su famosa e inquietante* El retrato de Dorian Gray.

–Cuentan también, entre otras cosas, que había una vez, en la ciudad de Bojara [1] un aguador, el cual le llevaba el agua a un platero desde hacía ya treinta años lo menos.

Tenía el tal platero una mujer de extremada hermosura y de perfección suma y además muy religiosa y muy recatada y pudorosa.

Fue, pues, el aguador un día a la casa, según su costumbre, a llevar el agua, y la vertió en el aljibe que había en el patio. Estaba allí presente la mujer y el aguador la cogió de la mano y la achuchó y la sobó y luego se fue y la dejó.

Vino después el marido, y la mujer le dijo:

–Vas a contarme lo que hiciste hoy en el zoco, de índole tal como para enojar a Alá.

–Yo nada hice hoy en el zoco–respondióle su esposo–que pudiera enojar a Alá (exaltado sea por toda una eternidad).

–Mientes–replicó su mujer–, que si hiciste una cosa como para enojar a

[1] Bojara o Bujara–en árabe la vocalización nunca es segura–es la capital del Estado de Bujaria (Asia Central), fue corte de los Sasanies y uno de los principales focos de la cultura oriental en el siglo X.

Alá, y si no me la dices y no me lo cuentas con toda verdad, desde este momento dejaré de acostarme contigo y no te veré más ni tú tampoco me verás.

–Está bien–replicó el marido–. Te contaré todo lo que hoy en el zoco me ha sucedido.

Has de saber que estaba yo sentado en mi tienda, como de costumbre, cuando se presentó una mujer en ella y me encargó que le hiciera una pulsera, y luego se fue por donde viniera.

–Púseme yo a la tarea y le hice una pulsera de oro repujado. Tornó ella al poco rato y se la di, y ella sacó su mano y se puso en la muñeca la pulsera. Y yo, al ver la blancura de su mano, quedéme maravillado ante aquella hermosura que cautivaba las miradas de quien la contemplaba, y recordé aquellos versos del poeta:

«En su muñeca la pulsera de oro
semejaba una llama milagrosa
que en un cerco de nieve refulgiese,
sin fundir su blancura prodigiosa.»

Y, sin poderme contener, fui y le apreté la mano y se la cosquilleé.

–¡Alá es el más grande!–exclamó la mujer–. ¿Por qué incurriste en falta semejante? Has de saber que ese aguador que lleva treinta años entrando en nuestra casa con el agua es un desvergonzado, que hoy fue y me cogió la mano y me la apretó y me la retorció.

–¡Pediré a Alá perdón!–díjole el marido–. Te aseguro que de lo que hice estoy arrepentido y que me postraré ante Alá contrito.

–¡Alá nos dé su perdón a los dos –respondió la mujer–y nos conceda su bendición!

Ahora bien: al día siguiente llegó el aguador, como siempre, y se echó entre las manos de la mujer y se postró en la tierra y se deshizo en excusas con ella y le dijo:

–*Ye sayyideti* [2], perdóname por lo que ayer el Schaitán me indujo a hacer contigo, poniéndome en trance de tentación, sin que pudiera resistirlo.

A lo que la mujer le dijo:

–Está bien; vete en paz por tu camino que, después de todo, no tienes tú la culpa de lo que hiciste, sino que la tiene mi marido por lo que con aquella mujer en la tienda hizo. ¡Así Alá le dé su merecido!

Y cuentan que el platero, cuando le refirió su mujer lo que con ella el aguador se permitiera, dijo:

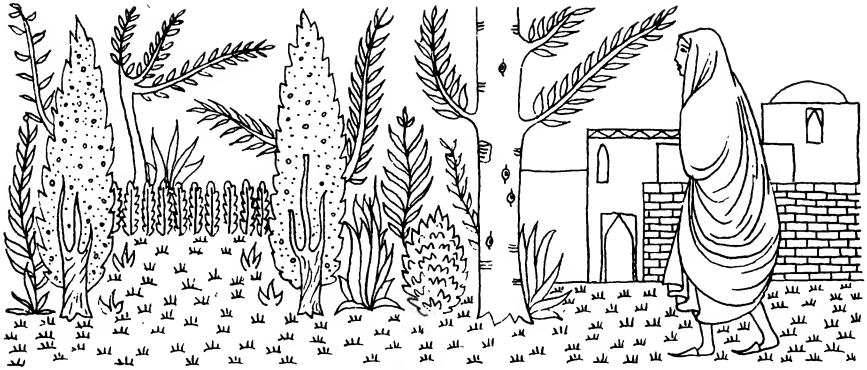
–Donde las dan, las toman. Si yo vuelvo a las andadas, volverá a ellas también con el aguador mi mujer.

Y la frase del platero quedó, desde entonces, por proverbio.

Conviene, pues, que la mujer sea fiel a su marido, así en lo exterior como en lo interior, y se contente con lo poco que él le dé, si no puede darle más, y tome por modelo a Aischa, la santa, y a Fátima, la casta. ¡Tenga Alá en su gracia a ambas!

[2] Mi señora.





LA MUJER VIRTUOSA Y LOS DOS VIEJOS

(Noche 259)

Historia de evidente origen talmúdico y eco indudable de la bíblica de la casta Susana y los dos viejos. La intervención del profeta Daniel indica que el episodio ocurre en Babilonia, durante la cautividad de los hebreos, en tiempos de Nabucodonosor (siglo VII *antes de J. C.), lo que hace resaltar el anacronismo de la anécdota, cuyos personajes aparecen islamizados.*

–Cuentan también que en antiguos tiempos y en años pretéritos había una mujer honesta de Beni-Isral, la cual era muy religiosa y observante de su fe e iba todos los días a la sinagoga a realizar sus prácticas devotas.

Había junto a la sinagoga un jardín y todos los días, cuando la mujer iba a la sinagoga, pasaba por él.

Eran los jardineros dos hombres ya viejos; pero sucedió que se enamoraron de la mujer los dos y la requirieron de amores, sin lograr obtener sus favores.

Y los dos viejos entonces le dijeron:

–Como no te entregues a nosotros te acusaremos de ser una ramera.

–¡Alá me defenderá!–respondió ella. Y se dirigió hacia la puerta.

Los viejos entonces empezaron a gritar con tal fuerza que en seguida acudió allí un gran gentío, de todas partes venido.

–¿Qué os sucede?–preguntaba a los dos viejos la gente.

Y los dos viejos respondieron:

–Habéis de saber cómo hemos encontrado a esta mujer en el jardín fornicando con un muchacho que, al tratar de cogerlo, se nos escurrió de entre las manos.

Oído que hubieron aquello mandaron pregonar al joven por espacio de tres días seguidos, pasados los cuales habían de lapidarlo donde lo encontrasen.

Pregonaron después otros tres días a

la mujer, y todos los días iban los dos viejos a ver a la mujer y le ponían sus manos sobre la cabeza y le decían:

–¡Loado sea Alá, que hizo descender sobre ti su vindicta!

Pero cuando ya iban a matar a pedradas a la mujer presentóse Daniel [1], que era un mancebo de doce años y el primero que profetizó sobre el enviado de Alá (sean con El la oración y la paz).

Y Daniel díjoles a los que iban a lapidar a la mujer:

–No os precipitéis a lapidar a esta mujer hasta que yo entienda en su caso como juez.

Trajéronle luego un sillón y en él se sentó y procedió a interrogar a los viejos por separado, y dizque Daniel fue el primero que implantó el procedimiento de contrastar con el rigor debido la veracidad de los testigos.

Y díjole Daniel al uno de los viejos·

–Di, ¿qué fue lo que viste?

Respondió el viejo contándole su cuento.

–Bien–dijo Daniel–. ¿En qué lugar del huerto pasó eso?

–En la parte de levante–respondió el anciano–y al pie de un peral.

Procedió Daniel luego a interrogar al otro viejo y este le repitió el mismo cuento.

Y Daniel preguntóle a su vez:

–¿En qué lugar del huerto pasó eso?

–En el lado del poniente–respondió el anciano–y por cierto que al pie de un manzano.

Estaba a todo esto la mujer allí en pie y alzaba su frente al cielo e invocaba a Alá para que la salvase de aquel trance fatal.

Y Alá (glorificado sea) escuchó a la mujer y mandó fuego del cielo que abrasó a los dos viejos, haciendo así resplandecer ante todos la inocencia de la mujer.

Y fue Daniel el primero que profetizó la venida de nuestro Profeta (sean con él la oración y la paz perfectas).

[1] El profeta Daniel, Juez de Dios.





OMARU-BNU-L-JATTAB Y EL JOVEN BEDUINO

(Noches 259 y 260)

Esta anécdota, como fácilmente advertirá el lector, es una variante oriental de la referente a Damon y Pitias, que trae Herodoto, ese gran recolector de tradiciones, historias y cuentos. El argumento de Damon y Pitias ha sido tratado por infinidad de autores occidentales, y entre ellos resalta el romántico Schiller. En las Gesta romanorum *figura esta anécdota (cuento 108) con el título de* Constancia en el cumplimiento de lo prometido. *La intervención del fiador Abu-Zir es la aportación del autor árabe–anónimo desde luego–de esta historia. El episodio ocurre reinando Omaru-Bnu-l-Jattab, segundo jalifa de la dinastía de los Umeyya, y, por tanto, entre los años 13 a 24 de la* hechra *(634-644).*

Abu-Zir o Abu-Zarr (así escribe Burton su nombre) fue uno de los compañeros del Profeta, de los llamados Azhabu-s-Soffah *o compañeros del Sofa, por ser creyentes sin domicilio, a los cuales alojaba en su casa el* nabi.

–Cuenta también el *scheij* Huseínu-bnu-r-Rayal que el emir de los creyentes Omaru-bnu-l-Jattab, estaba un día sentado en su trono administrando justicia entre sus vasallos, teniendo a su lado a los más sagaces y entendidos de sus emires y magnates, cuando compareció ante él un muchacho de los más guapos y vestido con un primor extraordinario.

Llevábanle cogido otros dos jóvenes, también muy guapos, y, al llegar ante el jalifa, uno de ellos lo asió del cuello y lo empujó hacia el soberano.

Miró este a los dos jóvenes que traían el preso y miró también a este

con detenimiento, y luego ordenó a aquellos que lo soltasen y se apartasen un trecho.

Después de lo cual invitó al inculpado a que se acercase más e interpeló a los otros, diciéndoles:

–¿De qué acusáis a este joven?

–¡*Ye* emir de los creyentes!–contestaron–. Nosotros somos dos hermanos carnales y en seguir a la verdad siempre constantes.

Tenemos un padre avanzado en años y de vivir honrado, de las cabilas respetado, de toda vileza apartado, cuyos méritos son generalmente apreciados, y nuestro padre nos crió de pequeños y nos guió de mayores en el amor a la gloria de los honores, según aquellos versos del poeta:

«Dicen que Abu-Zakr desciende
de Schaitán; mas no hay tal cosa,
que es Schaitán quien su abolengo
trae por cierto de Abu-Zakr,
que es muchas veces el hijo
quien lustre a su padre da,
según sucedió en el caso
del Enviado de Alá,
de nuestro santo Profeta
que hiciera famoso a Adnam.» [1]

Ahora bien: ocurrió que un día fue nuestro padre a su huerto con el fin de sacudir sus árboles y recoger sus frutos, y, estando en esta operación, llegó este joven y lo mató.

Por lo cual te pedimos le apliques la pena del talión, con arreglo al delito que cometió, y lo condenes, de acuerdo con lo que Alá te mandó.

Miró el jalifa Omar al muchacho con ojos imponentes y le dijo:

–Ya acabas de oír lo que estos dos mozos han dicho. ¿Qué es lo que tú ahora alegas en tu descargo?

Era el inculpado de carácter entero y de lengua expedita, que se quitara el ropaje del temor y se despojara de las vestiduras de la aprensión. Por lo que se sonrió y habló con lengua elocuente y deseó larga vida al emir de los creyentes, con frases bellas y atrayentes. Después de lo cual habló así:

–¡Por Alá, *ye* emir de los creyentes!, que admito lo que han dicho y reconozco que en lo que expusieron no han mentido, que en verdad fue eso lo sucedido.

Pero debo hacer constar que todo ello pasó por designio de Alá y porque así lo quiso su divina voluntad, cuyo mandato es un decreto decretado [2], según podrás ver por lo que te voy a explicar, remitiéndome a ti para la decisión final.

Has de saber, ¡*ye* emir de los creyentes!, que yo traigo mi abolengo de los árabes de Zamin, los cuales se desparramaron por los campos y allí vivían en nómada estado.

Pero ocurrió una vez que padecieron unos años muy malos y decidieron trasladarse a las fronteras de esta tierra, con familias y haciendas, y cruzaron los caminos hasta acercarse a sus huertas y pasaron por entre ellas llevando sus forzudas camellas, entre las que había un macho, de noble casta, de ilustre prosapia y de gallarda estampa, que las empreñaba de prole numerosa y marchaba entre ellas cual si fuera un rey que ciñese corona a su cabeza.

Ahora bien: ocurrió que una de las camellas hubo de acercarse al huerto del padre de esos dos muchachos, y era el tal huerto tan frondoso, que sus árboles asomaban por encima de las bardas.

Fue, pues, la camella y se puso a ramonear en las ramas y a tirar de

[1] Suponen los arabes que Adnam fue el octavo descendiente de Ismael y con él empiezan las genealogías. Entre él y la tribu de Koreisch, a que pertenecía el Profeta, colocan nueve generaciones. Caussin de Perceval sitúa a Adnam en el año 130 antes de J. C.

[2] *Corán*, sura XXXIII, *Al-Ahsab* (Los coligados), aleya 38.

ellas, y en aquel momento asomó por sobre las tapias el viejo, y estaba tan furioso que lanzaba centellas de enojo y esgrimía en su mano una piedra, y como un león enfurecido fue y tiró la piedra contra el macho con tal puntería y tal fuerza que lo dejó muerto en el acto. Al ver yo, *¡ye* emir de los creyentes!, rodar por tierra al macho sin vida, sentí como si en mi corazón me ardiesen llamas vivas y, cogiendo aquella piedra misma, se la disparé al viejo, causándole la muerte con ella y pagándole así en la misma moneda, pues vino a morir de la misma muerte que al macho le diera.

Lanzó el viejo, al caer, un grito muy recio, a impulsos del dolor, y yo me apresuré a echar a correr y alejarme de allí, pero estos dos muchachos salieron tras de mí y lograron alcanzarme y sujetarme. Y a tu presencia me trajeron y entre tus manos me pusieron.

Luego que acabó el joven de hablar, dijo el jalifa Omar:

–Oí tu confesión y encuentro difícil tu salvación, pues se impone el talión, sin que haya otra solución. «Y ellos pedirán gracia, pero no es ya sazón de otorgársela.» [3]

–Oír es obedecer–respondió el joven–. No hay más que acatar lo que falla el imán y me someto a lo que has decidido, con arreglo a la ley del Islam. Pero has de saber que tengo un hermano menor que yo, al cual nuestro anciano padre profesaba gran amor y le legó hacienda considerable y una suma de oro respetable, y me encargó a mí velar por él antes de morir y, poniendo a Alá por testigo, me dijo: «Este caudal es de tu hermano y te lo doy a guardar, haciéndote su depositario, para que cuides de él con toda lealtad.»

Tomé yo el dinero de sus manos y procedí a enterrarlo en cierto lugar que nadie sino yo sabe dónde está. De suerte, pues, que si mandas matarme se perderá ese dinero y tú serás culpable de ello, y ese pequeño te pedirá cuentas el día en que Alá ha de juzgar a sus criaturas, para dar su merecido a cada una.

Pero si tú a mi petición accedes y tres días de plazo me concedes, para que yo pueda ir allá y arreglar el asunto de ese caudal y volver luego acá, quedarás exento de toda responsabilidad. Y para más seguridad no faltará entre los presentes quien a ser fiador de mis palabras se preste.

Bajó el jalifa la cabeza y luego la alzó y miró a los circunstantes y preguntó:

–¿Quién sale fiador de este muchacho y responde de él y de que si lo dejo ir habrá de volver?

Miró luego el joven a todos los presentes y, señalando a uno, llamado Abu-Zir, dijo:

–Este será mi fiador y mi valedor...

Sorprendió aquí a Schahrasad la mañana y puso dique a sus desbordadas palabras.

Y LA NOCHE 260 SIGUIO DICIENDO LA MUCHACHA:

–Tengo entendido, *ye* monarca, el afortunado, que el joven señaló a Abu-Zir y exclamó:

–Éste será mi fiador y mi valedor.

Y dijo Omar (¡téngale en su gracia Alá!):

–*¡Ye* Abu-Zir! ¿Has oído lo que este joven dijo y te comprometes a ser su fiador y su valedor?

–Cierto que sí, *¡ye* emir de los cre-

[3] *Corán,* sura XXVIII. *Zad,* aleya, 2.

yentes!–respondió Abu-Zir–. No tengo inconveniente de ser fiador de él por el plazo de tres días que tardará en ir y volver.

Aceptó Omar la fianza personal y dio licencia al muchacho para que fuese a arreglar el asunto de su hermano.

Transcurrieron los tres días del plazo y no se presentaba el muchacho al que Omar estaba aguardando, rodeado de todos sus dignatarios, que le hacían la corte como a la luna los astros.

Hallábanse presentes también Abu-Zir y los dos demandantes, los cuales decían al ver el retraso de su acusado:

–¿Dónde está ese crédulo de Abu-Zir? Ese pícaro huyó para no volver. Pero nosotros no nos moveremos de aquí hasta que nos lo traigan, para tomar de él venganza.

Pero Abu-Zir exclamó:

–¡Por el rey, el sapiente! Si expiran los tres días del plazo y no comparece el muchacho pagaré yo por él y al imán me entregaré.

–¡Por Alá!–exclamó Omar (téngalo en su gracia Alá)–, que, si el muchacho no comparece dentro del término señalado, mandamos ejecutar en Abu-Zir la sentencia que, con arreglo a la ley del Islam, contra él habíamos dictado.

Afluyeron las lágrimas a los ojos de los circunstantes y alzáronse los sollozos y suspiros y todos daban muestras de estar muy condolidos.

Llegáronse entonces los emires de la corte a los dos demandantes y les ofrecieron compensarles espléndidamente a cambio de que a su vindicta renunciasen.

Pero ellos rehusaron e insistieron en no aceptar nada sino el castigo del culpable que había matado a su padre o el de quien por él saliera responsable.

Ahora bien: en tanto la gente se rebullía y agitaba, emocionada, muy compadecida de ver en aquel trance a Abu-Zir, he aquí que, de improviso, se presenta el supuesto fugitivo y besa la tierra entre las manos del imán y lo saluda con el más cumplido *selam,* y dizque la cara del muchacho resplandecía y el sudor por la frente le corría.

Y, encarándose con el jalifa, le dijo en seguida:

–Has de saber cómo ya encomendé el chico a sus tíos y puse a estos al tanto de todo lo ocurrido y los llevé al sitio donde tenía enterrados sus caudales. Hecho lo cual torném̀e acá, a la carrera, arrostrando el calor, para cumplir como cuadra a un hombre de honor [4].

Maravilláronse todos al ver su lealtad y el modo cómo, por cumplir su palabra, diérase prisa a volver, sabiendo que la muerte le aguardaba. Y hubo quien exclamó:

–*¡Ye* qué joven tan honrado y cumplidor de sus pactos!

Pero el joven, al oírlos, con toda naturalidad dijo:

–No os maravilléis de lo que hice. ¿Acaso no sabéis que la muerte, cuando se presenta, no hay quien pueda salvarse de ella? Además, que si mi palabra cumplí, fue también para que no se pudiera decir que ya de este mundo desapareciera la lealtad.

–*¡Ye* emir de los creyentes!–exclamó Abu-Zir conmovido–. Salí fiador por este joven sin saber quién era ni de dónde venía ni haberle visto nunca hasta ese día. Y, sin embargo, cuando apartó los ojos de todos los presentes y los fijó en mi y dijo: «Este será mi fiador y mi valedor», no le quise desmentir y dejarlo mal, como acaso habría hecho si al aceptar su designación no hubiera habido riesgo, para que no

[4] Juego de palabras aprovechando el doble sentido de la raiz *jr,* que, según se vocalice, significa calor u hombre noble.

dijera que ya había huido la generosidad de la tierra.

Luego de oír aquello los dos demandantes dijeron:

–¡*Ye* emir de los creyentes! Renunciamos a tomar venganza de este joven por la sangre de nuestro padre, ya que la ferocidad se trocó en humanidad, para que no se diga que de la tierra desapareció la benevolencia.

Holgóse grandemente el jalifa de ver al joven perdonado y celebró mucho su lealtad y su fidelidad en cumplir lo pactado. Y ponderó también la generosidad de Abu-Zir y aplaudió igualmente la nobleza de alma de los dos demandantes al perdonar al culpable, y extremó con ellos la expresión de su agradecimiento, dando así razón al poeta que, con ella, dijera:

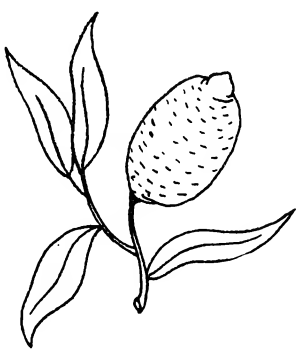
«¡Todo aquel que el bien hiciere,
su recompensa obtendrá,
que por sus criaturas vela
y siempre responde Alá!»

Y, finalmente, el jalifa ofrecióles a los demandantes pagarles, con cargo al erario, el precio de la sangre de su padre.

Pero ellos no aceptaron y declararon:

–Hemos perdonado al culpable, por puro amor a Alá, el sublime, el excelso, y no por esperanza de ningún bien ni temor de algún mal que luego nos pudiera suceder [5].

[5] Alusión al supuesto interrogatorio a que, según los teólogos musulmanes, someten a los difuntos los ángeles Munkir y Nakir.





HISTORIA DE HARUNU-R-RASCHID Y SU HIJO, EL ASCETA

(Noches 260 y 261)

Historia impresionante y patética la de este príncipe asceta que abandona el alcázar del padre, el rey más poderoso de aquel tiempo, para consagrarse a la vida contemplativa, que no excluye el trabajo, en cuanto es necesario para la subsistencia y no ser gravoso a los demás. El príncipe trabaja como el último de los jornaleros, llevando en su manga una gema de incalculable valor. Por su determinación de huir de las vanidades mundanas recuerda al fundador del budismo, el también príncipe Sakya Muni. Esta anécdota–cuya autenticidad histórica parece problemática–semeja un reflejo de ese quietismo búdico que desde la India se corrió a los países del Islam.

Las lágrimas que el jalifa derrama al saber la muerte de su santo hijo son el triunfo póstumo de sus ascéticas renunciaciones; las perlas de la contrición que pueden valerle al soberano su puesto en la otra, en la verdadera vida, en que no le servirían de nada sus demás tesoros y riquezas.

Tal es la idea que tiende a sugerir esta historia edificante, obra, sin duda, de la catequesis mística, en pugna con la ortodoxia, representada por el jalifa, Pontífice máximo de la Iglesia islámica, enemiga de las exageraciones ascéticas, que representan siempre un peligro desde el punto de vista político. Mahoma dijo: «No hay monacatos en el Islam.»

–Cuentan también que el emir de los creyentes, Harunu-r-Raschid, tenía un hijo que ya cumpliera los dieciséis años y el cual rehuyera los mundanales caminos, para seguir la senda de la piedad y el ascetismo.

Y solía el muchacho visitar los cementerios e interpelar a los muertos, diciendo:

–Dueños del mundo fuisteis ¿y de qué os valió? Ahora reposáis en vuestras tumbas, y esto es todo lo que os quedó. Algo diera, en verdad, por saber lo que decís y lo que os dicen.

Y el joven prorrumpió en temeroso llanto y recitaba estos versos:

La muerte nos acecha a cada instante
y nos asedia el sino inexorable.

Y sucedió un día de los días que el jalifa, su padre, pasó por donde el joven se hallaba entregado a sus meditaciones, e iba el jalifa seguido de todo su cortejo y rodeado de sus visires y de los emires de su reino.

Y vieron estos al hijo del emir de los creyentes, el cual vestía una chupa de burda estameña, y en torno a su cabeza llevaba un rodete del mismo tejido.

Y al verlo los cortesanos de Harunu-r-Raschid, cuchichearon entre sí:

–En verdad que este joven echa un borrón sobre el emir de los creyentes, entre los demás reyes; ¡si pudiéramos hacer que se apartase de ese camino por el que se ha metido!

Llegaron a oídos del jalifa las palabras de sus cortesanos y, llamando a su hijo, le dijo:

–Oye, hijo mío, esa vida que has emprendido es un borrón que echas sobre mi reputación.

Oyó el joven a su padre y no le respondió. Volvió luego los ojos hacia un pájaro que había posado en las alturas del palacio y lo interpeló diciendo:

–¡*Ye* avecilla! En nombre de Aquel que te dio la vida ven luego, volando, a posarte en mi mano.

Y el pájaro, en el acto, obedeció el conjuro del muchacho. El cual díjole luego:

–Ahora, pajarito, vuélvete otra vez a tu sitio–y en el acto hízolo así el pajarillo–. Ahora–intimóle el muchacho–ve y pósate en la mano del jalifa, el soberano.

Pero el pájaro, entonces, negóse a obedecer la orden. Y volviéndose hacia su padre, dijo el joven:

–Tú eres, según viendo estás, el que a mí me desdoras ante los santos, con tu amor a las mundanales cosas. Por lo cual tengo decidido separarme de tu lado, para nunca verte más, sino en la otra vida del más allá.

Y acto seguido púsose el joven en camino hasta llegar a Bazra, donde se puso a trabajar de peón de albañil; pero no trabajaba cada día sino por valor de un dirhem y un *dánik* [1] y se mantenía con el *dánik* y daba a los pobres el adarme.

Y dice Abu-l-Bazriyu:

–Sucedió una vez que se me derribó en casa una pared y fui al punto de los albañiles, en busca de uno que pudiera servirme; pero no hallé a ninguno, y ya me volvía desalentado, cuando reparé en un muchacho muy guapo, con una cara como la mañana.

Dirigíme a él y le pregunté:

–Amigo mío, ¿querrías hacerme un servicio?

–Desde luego que sí–me dijo.

–Siendo así–le respondí–, ven a mi casa conmigo, para que me arregles una pared que se me ha caído.

–Iré–me dijo él–, pero con dos condiciones.

–¿Cuáles son?–preguntéle al joven.

–La primera–dijo él–es que solo has de darme un adarme y un *dánik* de

[1] La sexta parte de un dirhem.

alijara; la segunda, que cada vez que el almuédano llame a la zalá, me has de dejar que suspenda la labor para hacer mi oración.

–Apruebo la doble condición–le respondí. Y acto seguido lo cogí y me lo llevé a mi casa, y allí empezó su labor, y trabajaba con un primor como ningún otro de su profesión.

Llegó luego la hora del almuerzo y se lo avisé; pero él me dijo con indiferencia:

–No; todavía no me corre prisa.

De donde inferí que guardaba el ayuno. Pero luego que al almuédano oyó, me dijo:

–Ya sabes la condición.

–Cierto que sí–le respondí.

Quitóse el joven su mandil y se dispuso a hacer sus abluciones, y las hizo de un modo tan escrupuloso como nunca se las vi hacer a otro. Después de lo cual marchó a hacer la zalá, que hizo en comunidad. Y, finalmente, tornó a casa y se puso a trabajar.

Luego, cuando anunció el almuédano la zalá del *azr*, hizo también sus abluciones y fuese a la aljama a rezar sus oraciones. Después de lo cual regresó a casa y se puso de nuevo a trabajar.

–Mira, amigo mío–le dije yo–, ya terminaste tu jornada, pues los de tu oficio solo hasta la hora del *azr* trabajan.

–¡Loado sea Alá!–díjome él–. Eso hacen los de mi oficio, pero yo acostumbro trabajar hasta anochecido.

Y siguió en su labor hasta que anocheció. Dile yo entonces dos dirhemes, pero él me dijo al verlos:

–¿Qué es esto?

–¡Por Alá!–respondíle–, este es tu jornal, que te has ganado con tu trabajo.

Pero el joven me tiró las monedas, diciendo:

–No quiero más dinero que el que habíamos convenido primero.

Insistí yo para que aceptara aquella cantidad, pero no lo pude lograr. Dile, pues, un dirhem y un *dánik* y él los tomó y se marchó.

Luego que al otro día amaneció la mañana dirigíme al punto de los albañiles, pero no encontré allí al muchacho.

Pregunté por él y me dijeron que solo iba por allí los sábados.

Aguardé pues, a ese día, y, llegado que hubo, me presenté en el punto. Y efectivamente, allí estaba el joven. Lleguéme, pues, a él y le dije:

–¡En el nombre de Alá, hazme el favor de venir conmigo a trabajar!

–Con alma y vida–me respondió–, pero ya sabes la condición.

–Está bien–le contesté.

Y acto seguido me lo llevé a mi casa conmigo y él se puso a trabajar en el arreglo del muro caído, y yo, sin que él me viera, me puse a observarlo y vile que cogía un puñado de mezcla y la ponía en la pared, y en el acto las piedras por sí solas se iban colocando unas sobre otras.

Y al ver yo aquello me dije para mis adentros: «Así, a no dudar, son los santos de Alá.»

Estuvo trabajando el muchacho todo aquel día y dízque hizo más aún que antes hiciera, y luego que anocheció, dile yo su jornal y él lo tomó y se retiró.

Ahora bien: luego que fue el otro sábado dirigíme yo al punto de los albañiles en busca del mocito, pero no lo encontré en su sitio, y pregunté por él y me dijeron:

Adoleció y está en la aljaima de la mujer, la fulana.

Y dízque era esta una anciana por su piedad muy nombrada, y que vivía en un pobrísimo chozo de cañizo y paja.

Fui luego allá y, al entrar, hallé al muchacho tendido en el suelo pelado, sin tener cosa alguna debajo de su

cuerpo, salvo un adobe a guisa de almohada; pero su rostro cual la luna nueva brillaba.

Saludéle yo con el *selam* y él me respondió en forma igual, y después me senté a su cabecera y me eché a llorar por su florida mocedad y su algarivez de su tierra natal y de su hogar y su completa sumisión a la voluntad de su Señor.

Y luego le dije:

–¿No habría algo en que pudiera servirte?

–Cierto que sí–me respondió–. Una cosa te quiero pedir.

–¿Qué es ello?–inquirí. Y él me contestó así:

–Mañana, al ser de día, vendrás y muerto me encontrarás. Te ruego que laves mi cuerpo y caves una fosa y en ella me entierres, pero sin que nadie se entere. Y me amortajarás con esta chupa que llevo puesta; pero antes la mirarás bien y registrarás su manga y te guardarás para ti lo que de ella veas salir.

Después que hayas rezado por mí y me hayas dado sepultura en la tierra, te irás a Bagdad y acecharás el momento en que al jalifa Harunu-r-Raschid de su palacio veas salir, y entonces le entregarás lo que en la manga de la chupa hayas hallado y lo saludarás amablemente de mi parte con el *selam*.

Después de lo cual recitó el joven su testimonio y alabó con fervor a su Creador. Y entregóse por completo a impetrar de Alá el perdón.

Pero al llegar aquí vio Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras cautivadoras.

Y LA NOCHE 261 CONTINUO SU RELATO EN ESTA FORMA:

–Ha llegado a mi noticia, *ye* monarca, el afortunado, que, después de decir aquello, consagróse el joven por completo a la oración y a impetrar el perdón de nuestro Señor, e invocó la paz sobre el Señor de los justos y recitó algunas aleyas del Libro, el sagrado, y, finalmente, con mucha unción y sentimiento, declamó estos versos:

–Hijo mío, no te apegues
del mundo a las delicias,
que nuestra vida es breve
y luego se termina.
Así que, cuando vieres
al prójimo en apuro,
piensa que a ti también
te llegará tu turno.
Y cuando de algún muerto
lleves las parihuelas,
recuerda que también
el sepulcro te espera.

Y a continuación recitó estos versos:

–¡De aquel que aguarda la muerte
lleva a Ar-Raschid el saludo,
y que Alá te recompense
por ello en el otro mundo!
Y dile: «De un desterrado
que verte ansiaba y ya nunca
te ha de ver, te traigo un tierno
saludo, con más la súplica
de que rencor no le guardes
y le perdones su fuga
de tu lado y hagas cuenta
que siempre te tuvo en mucha
veneración como a padre,
y si huyó de junto a ti
fue solo porque tu amor
a las cosas terrenales
nunca a compartir llegó,
prefiriendo la otra vida
ganar junto a su Señor.» [2]

Y dijo Abu-Amiru-l-Bazriyu:

–Luego que acabó el enfermo sus exhortaciones y sus versos despedíme

[2] Suprimido en la edición de Bulak.

de él y me volví a mi casa, penetrado de gran sentimiento.

Y al otro día, luego que amaneció la mañana, me dirigí a la aljaima y me encontré con que el enfermo ya era muerto. Téngalo Alá en su misericordia y su piedad.

Procedí, pues, a lavar su cadáver y registré la manga de su chupa, y encontré en ella un rubí que valdría mil dinares lo menos, sin pujar su precio. Y al ver el rubí me dije para mí: «Por Alá, que este joven fue toda su vida un asceta extremado, de los que de veras desprecian los bienes mundanos.»

Luego que le di sepultura marché a Bagdad, y ya allí me aposté en las cercanías del palacio del jalifa y aguardé a que saliera Harunu-r-Raschid, y luego que lo vi salir, fuime a su encuentro, dando un rodeo, y le arrojé el rubí del muerto.

No bien el jalifa lo vio luego lo conoció y, desmayado, en el suelo se desplomó. Y los de su séquito tomáronme preso. Luego que volvió en sí el jalifa ordenóles a sus servidores:

–Soltad a ese hombre y llevadlo al alcázar con toda deferencia, sin molestarlo en nada.

Hicieron los guardias lo que el jalifa les mandara. Y aquel, luego que llegó a su alcázar, preguntó por mí y mandó que me llevaran al aposento en que estaba.

Y al verme entrar me preguntó así:

–¿Qué fue del dueño de ese rubí?

–¡*Ye* emir de los creyentes, murió en la misericordia de Alá!–le respondí.

Y al oír aquello el jalifa rompió a llorar y exclamó:

–Malogróse el hijo y frustráronse las ilusiones del padre.

Llamó luego, diciendo:

–¡*Ye* fulana!

Y en el acto una mujer acudió a su llamada. Y al verme a mí allí hizo ademán de quererse ir. Pero el jalifa díjole así:

–No te vayas, ven acá; no tengas reparo de entrar.

Entró la mujer y saludó al jalifa y este le dio el rubí que en la mano tenía.

No bien la mujer lo vio lanzó un recio grito y rodó por tierra sin sentido. Luego que volvió en sí de su desmayo exclamó, dirigiéndose al soberano:

–¿Qué hizo Alá de mi hijo?

–Cuéntaselo tú mismo–díjome el jalifa y de sus ojos las lágrimas fluían.

Informé yo a la mujer de todo lo ocurrido y ella se echó a llorar al oírlo. Y exclamó con acento débil y dolorido:

–¡*Ye* y cuánto diera por reunirme contigo, frescura de mis ojos! ¡Ojalá y hubiera podido darte de beber cuando sufrías sed y hacerte compañía cuando ninguna tenías!

Hasta que, finalmente, desatáronse sus lágrimas y, a impulsos del sentimiento, improvisó estos versos:

–Lloraré por el pobre peregrino,
que en soledad murió,
y no tuvo a su lado amigo alguno,
dulce, consolador.
¡Mi corazón desgárrase al pensar
en su agonía atroz!
¿Por qué se fue tan pronto y a sus padres
con vida nos dejó?
Duro en verdad el sino con nosotros
fue, cuando decretó
que habría de quebrarse el firme nudo
de nuestra antigua unión.
Pero no piense el sino que ha triunfado,
que si los separó
en este mundo, habremos en el otro
de volver a encontrarnos con amor.

Luego que la mujer terminó de recitar sus versos preguntéle al jalifa:

–¡*Ye* emir de los creyentes! ¿Por ventura el fallecido era tu hijo?

–Sí por cierto–me respondió él–. Y antes de que yo fuera promovido al jalifato solía frecuentar el trato de los sabios y los varones justos y santos. Y luego que jalifa me eligieron, se apartó

de mi y concluyó por huir. Yo, al saberlo, le dije a su madre: «Ese hijo nuestro se va de nuestro lado por mejor servir a Alá (su nombre sea glorificado), y ha de pasar muchos aprietos y trabajos. Dale, pues, este rubí para que con él pueda de sus apuros salir.» Hízolo así ella e insistió con él para que lo aceptara, hasta que él accedió y se lo guardó en la manga. Luego nos dejó en nuestro mundo y él se alejó y desapareció, y no volvimos a saber de él hasta ahora que Alá (exaltado sea) tuvo a bien llevárselo de esta su tierra.

Luego el jalifa me dijo:

–Ven conmigo y enséñame el sepulcro de mi hijo.

Pusímonos ambos en marcha rumbo a Bazra, y ya allí condújele yo al sitio donde estaba el sepulcro de su hijo, y, al verlo el jalifa, rompió a llorar y suspirar, hasta que al fin acabó por perder el sentido y caer a tierra desvanecido.

Luego que recobró el sentido imploró de Alá el perdón y exclamó:

–¡De Alá soy y a él hemos de volver!

Y después invocó sobre su hijo todas las bendiciones del Altísimo.

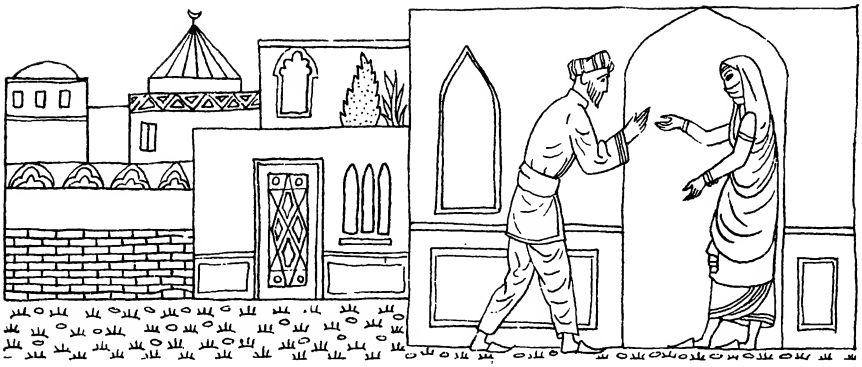
Pidióme el jalifa luego que me quedase a su lado, pero yo le dije:

–¡*Ye* emir de los creyentes! La vida y muerte de tu hijo ha sido para mi el más eficaz de los avisos.

Y acto seguido improvisé estos versos:

–Yo soy un algarivo,
que va por tierra extraña
sin nunca hallar cobijo.
Soy un pobre extranjero
en país desconocido,
donde a nadie conozco
ni tengo algún amigo.
Pero entro en la mezquita
y ella me brinda asilo,
y ya bajo su techo
a nadie necesito.
¡Loor a Alá, el piadoso,
cuyos somos los hijos,
y a todos nos prodiga
continuos beneficios!
Yo seré, en tanto viva,
de su templo bendito
huésped fiel y constante,
no buscaré otro asilo.





EL ALFAQUI SIMPLON QUE DE OIDAS SE ENAMORO

(Noche 261)

Esta historia y la siguiente pertenecen al anecdotario inacabable que satiriza la ignorancia de los maestros de escuela orientales y que no es menor, por cierto, que el que sus colegas de Occidente han inspirado a los escritores festivos.

Ahora sí; que esos maestrillos orientales serán unos ignorantes, pero no tienen nada de tontos y su listeza suple su saber. Ignorarán la Gramática y hasta las primeras letras, pero se saben muy bien su gramática parda y ella basta para salir del paso.

En la primera de las dos anécdotas no podemos pasar por alto el detalle quijotesco del maestrillo enamorado de oídas de una mujer imaginaria y haciéndole planto, al creerla muerta, como si fuera de verdad. Y eso que a él–analfabeto–no pudieron volverle el seso, como a Don Quijote, los libros de caballería.

–Cuentan también que cierto varón famoso por su liberal condición decía:

–Hube de pasar en cierta ocasión junto a un alfaquí de los que enseñan a leer y escribir, y estaba en aquel instante enseñándoles a leer a los chicos de su clase.

Tenía el hombre muy buena facha y vestía una ropa muy maja. Llegueme a él y él se levantó para recibirme y me invitó a sentarme a su lado y a preguntarle lo que fuera de mi agrado.

No me hice rogar yo y procedí a interrogarlo sobre la lectura y la Gra-

mática y la Poética y otras materias, y al ver que en todo ello estaba muy bien impuesto, lo felicité diciendo:

–Alá corrobore tu esfuerzo, que, a la verdad, a cuanto se te pregunte puedes contestar.

Continué luego frecuentándolo una temporada y todos los días algún nuevo mérito en él descubría. Hasta que hube de decirme para mis adentros: «Cosa es esta de maravillar en un maestro de escuela, pues todos los inteligentes están acordes en proclamar la poca instrucción que estos maestrillos suelen demostrar.»

Dejé luego de visitarlo unos días, hasta que lo eché de menos y torné a buscar su compañía.

Fui, pues, a su casa y me encontré con la escuela cerrada. Pregunté por él a sus vecinos y estos me dijeron que el pobre había tenido en su casa un muerto y lo estaba velando en aquel momento.

Estimé yo un deber acompañarlo en su sentimiento y me llegué a su casa y llamé y salió a abrirme una muchacha.

–¿Qué quieres?–preguntóme la esclava.

–Ver a tu amo–respondíle.

–Está velando a un muerto–contestóme ella.

–Pues dile–insistí yo–: «Tu amigo Fulano desea verte para darte el pésame por esa muerte.»

Metióse la esclava allá dentro y le pasó el recado al maestro.

–Déjalo entrar–díjole aquel. Y la esclava volvió y me introdujo hasta él.

Luego que entré pude ver que estaba el hombre allí solo en la sala y que tenía la cabeza vendada.

–¡Alá–le dije–te acrezca tu soldada! Este es un camino que todos hemos de seguir sin excepción, así que debes tener resignación.

Y tras una pausa, le pregunté:

–¿Quién se te murió?

Y él me respondió:

–Pues lo que más estimaba yo y más amaba y más representaba para mi alma.

–¿Tu padre acaso?–preguntéle.

–No–respondióme el alfaquí.

–¿Tu madre?–insistí.

–No–tornó él a repetir.

–¿Tu hermano?–insistí.

–No–volvió a decir.

–¿Algún pariente cercano?–inquirí.

–No–me contestó el alfaquí.

–Pues ¿qué te tocaba entonces el difunto?–preguntéle, amostazado.

Y él me respondió:

–Era mi novia la que se murió.

Al oír aquello dije yo para mis adentros: «Ya tenemos aquí la primer prueba de la falta de seso que achacan a los maestros.»

Y acto seguido díjele al maestrillo:

–Siendo así no te apures, que ya encontrarás otra todavía mejor y más hermosa.

A lo que él me respondió:

–Nunca la vi; mas no tuve que verla para saber que era la mujer más bella de la tierra.

Al oírlo hablar así, torném e yo a decir: «Esta es la segunda prueba de su poca inteligencia.» Y en voz alta exclamé:

–¿Cómo pudiste enamorarte de ella si no habías llegado a verla?

–Has de saber–explicóme él–que estaba yo sentado una vez junto a mi ventana cuando pasó por allí un transeúnte, que iba de paso, cantando:

El corazón me has robado
para siempre, ¡*ye* Umm-Amru! [1]

Luego que le oí aquellos versos al transeúnte que iba cantando díjeme para mis adentros: «No hay duda que si esta Umm-Amru no fuere la mujer más hermosa del Universo no harían los poetas en su honor esos versos.»

[1] *Madre de Amru*–nombre imaginario.

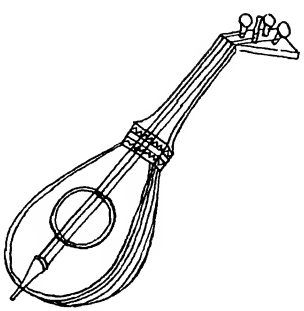
Y desde aquel momento me enamoré de ella con tal pasión que más no pudiera.

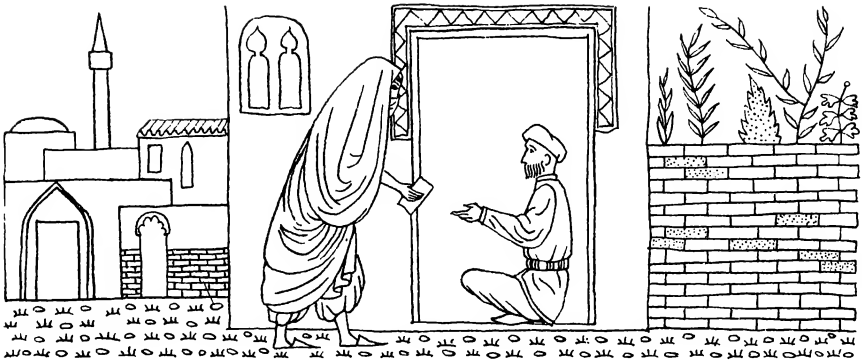
Ahora bien: sucedió que, al cabo de unos dias, volvió a pasar por allí aquel mismo individuo de marras, que esta vez así cantaba:

Llevóse a Umm-Amru el jumento.
¡Nunca más la verás tú!

Al oír aquellos versos luego entendí que Umm-Amru había muerto y me llené de sentimiento y me puse a hacerle planto, recluido en mi aposento. Y así llevo ya tres días y aún no se me ha pasado la melancolía.

Luego que eso le oí al alfaquí dejélo y me fui, dándoles la razón a aquellos que hablan de la poca inteligencia de los maestros de escuela.





HISTORIA DEL ILETRADO QUE SENTO PLAZA DE ALFAQUÍ

(Noches 261 y 262)

–Cuentan, asimismo, de cierto barrendero de la aljama que no sabía escribir y leer y se valía de mil artimañas para ganarse la papa.

Un día de los días hubo de ocurrírsele la idea de abrir una escuela y enseñar a leer a los chicos en ella.

Mercóse, pues, unas tablas y unas hojas de papel escritas y las colgó de la pared, y, liándose un descomunal turbante a la cabeza, sentóse a la puerta de la escuela.

Pasaba por allí la gente, y, al ver su enorme turbante y aquellas pizarras y carteles colgados de las paredes, pensaban que fuese un alfaquí de gran prestigio e iban y le llevaban sus hijos.

Y el hombre le decía al uno: «Escribe.» Y al otro: «Lee.» Y los chicos, que ya algo sabían, enseñaban a los que empezaban.

Ahora bien: estaba nuestro alfaquí una mañana sentado a la puerta de la casa, como acostumbraba, cuando se le acercó una mujer, llevando en su mano una carta.

Al verla llegar nuestro maestrillo inmediatamente se dijo: «No hay duda que esa mujer viene con esa carta con la intención de que se la lea yo. ¿Y cómo me las voy a arreglar para leérsela, si no entiendo de letra?»

Quiso el alfaquí escurrirse de allí; pero la mujer le cortó la retirada y le dijo, escamada:

–¿Adónde vas?

–Voy a hacer la zalá del mediodía –díjole el maestro–y vuelvo en seguida.

–¡Bah!–exclamó la mujer–, todavía falta mucho para la zalá; no tengas prisa y léeme esta misiva.

No tuvo, pues, el maestrillo más remedio que tomar la carta y empezó a darle vueltas en sus manos, poniendo lo de arriba abajo y meneando su turbante y enarcando sus cejas con aire grave y haciendo la mar de visajes.

Tenía la mujer a su marido ausente

y, al ver la cara que ponía el alfaquí, teniendo en sus manos la carta, díjose para sí: «No hay duda que murió mi marido y el alfaquí, por lástima que me tiene, no me lo quiere decir.»

Y la mujer le dijo al alfaquí:

–¡*Ye* mi señor: si murió mi marido, no tengas reparo en decírmelo!

Movió el pícaro su cabeza y continuó callado, sin soltar prenda.

–¡Por favor, mi señor–insistió la mujer–, dime si es verdad que murió mi marido y estoy en el caso de rasgar mis vestidos!

–Rásgalos, sí–respondió el alfaquí.

–¿Debo entonces, también–preguntó la mujer–, aporrearme el rostro, en señal de dolor, por la muerte de mi esposo?

–Sí–respondió el alfaquí.

Oído que hubo aquello cogióle la mujer la carta y se tornó a su casa, y, en unión de sus hijos, púsose a hacer planto por su difunto marido.

Oyéronla llorar los vecinos y preguntáronle la causa de que armase aquel estropicio. Y ella les explicó cómo había recibido una carta en que le participaban la muerte de su marido.

Y uno de los presentes dijo al oírlo:

–Eso no es cierto; tu marido no ha muerto, pues ayer mismo tuve yo carta de él diciéndome que se encontraba perfectamente bien y que dentro de diez días estaría al lado de su familia.

Y en el mismo instante fue el hombre y le enseñó a la supuesta viuda la carta que de su esposo había recibido y le dijo:

–¿Dónde está esa otra carta que dices que te ha escrito?

Mostrósela la mujer y el hombre la leyó, y decía la carta lo siguiente, que transcribimos textualmente:

«Y, después, has de saber cómo de salud me encuentro bien y de aquí a diez días me tendréis en nuestra compañía.

»Entre tanto, os envío por este correo unos paquetes con cosas y dinero. Y entre los efectos va un cobertor y una tapadera para el brasero.»

Luego que oyó aquello cogió la mujer la carta y volvió a la escuela y le interpeló al alfaquí de esta manera:

–¿Por qué motivo hiciste eso que hiciste conmigo?

Y a continuación le dijo cómo aquel vecino le asegurara que vivía su marido y que, según decía su carta, le enviaba por el mismo correo unos paquetes con cosas y dinero.

–Tienes razón–respondió el alfaquí–. Perdóname, distinguida dama, que cuando viniste con la carta tenía yo la mente embargada.

Pero al llegar aquí vio Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras encantadoras.

Y LA NOCHE 262 PROSIGUIO SU RELATO EN ESTA FORMA:

–He llegado a saber, *ye* monarca, el afortunado, que la mujer de mi cuento díjole al maestro:

–¿Por qué hiciste conmigo lo que has hecho?

–Perdona, distinguida dama–respondió el maestrillo–; pero cuando viniste con la carta tenía yo la mente embargada. Y al ver que hablaba de unos envoltorios pensé que había muerto y lo habían enterrado envuelto en un sudario.

Creyólo la mujer de buena fe y le dijo:

–Está bien, maestro. No se hable más de ello.

Y, cogiendo de nuevo la carta, tornóse a su casa.



HISTORIA DEL REY Y LA MUJER HONESTA

(Noche 262)

La anécdota, que es antiquísima, sin duda–aunque Lane la inserte como algo nuevo en su libro Modern Egyptians–, *es una mera abreviación de la que con el título* El rey y la mujer de su visir *figura en el* Libro de Simbad *o las* Marrullerías de las mujeres, *que viene mucho después y está tomada del famoso* Libro de Sendebar.

–Cuentan, asimismo, que cierto rey de entre los reyes salió una vez de incógnito de su palacio con objeto de informarse por sí mismo de cómo marchaban los asuntos de sus vasallos.

Llegó el monarca, en el curso de sus andanzas, a una gran alquería, y penetró en ella solo, separado de su comitiva.

Apretóle la sed al monarca y llamó a la puerta de una casa y pidió un poco de agua.

Salió luego una mujer muy guapa, llevando en su mano un jarro con agua y se la ofreció al monarca.

Tomólo aquel y bebió a su placer, y, al reparar luego en la mujer, hallóla tan bella que en el acto enamoróse locamente de ella.

Notólo la mujer y lo hizo pasar al interior de la casa y lo invitó a que se sentara, y mostrándole un libro, le dijo:

–Entretente leyendo este libro hasta que yo despache mis faenas y vuelva.

Tomó el monarca el libro y pudo ver que era una exhortación a la continencia, en la que se hacía resaltar los tormentos que reserva Alá a los que pecan contra la castidad.

Erizósele al monarca el vello al leer aquello y se arrepintió e hizo acto de contrición.

Y llamando a la mujer le devolvió

su libro y se marchó por donde había venido.

Estaba ausente en aquella sazón el marido de aquella mujer, y esta, al volver él, informóle de lo sucedido. Y el esposo, al saberlo, se dijo:

–Temo que el monarca vuelva a las andadas.

Y, desde aquel momento, rompió con su mujer todo comercio.

Díjoselo aquella a sus deudos y estos fuéronle al monarca con el cuento. Y luego que besaron la tierra entre sus manos, le dijeron:

–¡Alá fortifique al soberano! Este hombre nos tomó en arriendo una tierra para labrarla y sembrarla [1] y durante algún tiempo la labró y sembró, con efecto. Pero después desentendióse de ella y la dejó en barbecho, sin que nos reconozca el derecho de arrendársela a otro, que a labrarla y sembrarla esté dispuesto.

Y como de estar así sin cultivo viénele a la tierra perjuicio, tememos que así ocurra a esa que te decimos. Porque es sabido que la tierra se estropea si no se la cultiva como es debido.

Encaróse el monarca con el marido y le dijo:

–¿Por qué no cultivas esa tierra y cuál es la causa de que la desatiendas?

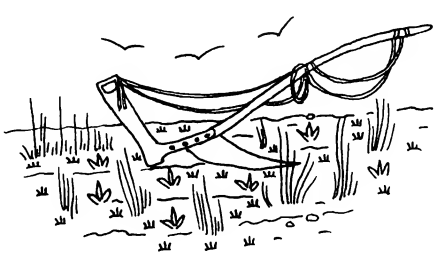
–¡Alá aumente, *ye* rey, tu poder y tu fuerza!–respondió el interpelado–. Has de saber que llegó a mi noticia cómo el león entrara en esa tierra, y luego que lo supe me entró miedo y ya no me atrevo a acercarme a ella. Porque sé muy bien que con el león no me las puedo haber y no quiero enfrentarme con él.

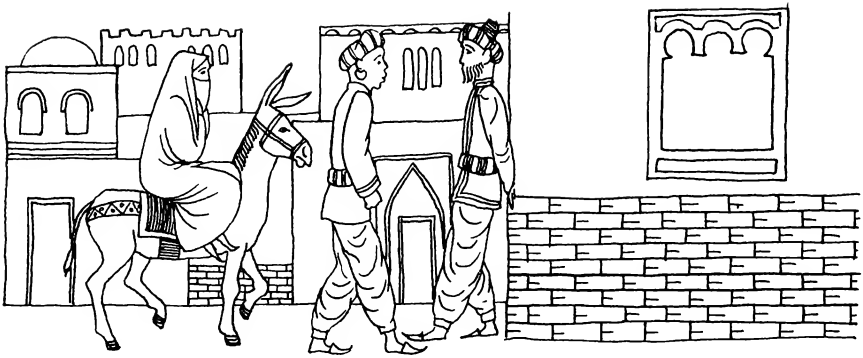
Entendió luego el monarca lo que el hombre le quería decir y le habló así:

–No tengas temor, que no es cierto que en tu tierra entrara el león, y ten presente que es tierra excelente para sementera; así que no te preocupes y siémbrala. ¡Y que Alá te bendiga en ella! Vete tranquilo y en paz, que el león no volverá a rondar tu heredad.

Mandó luego el rey obsequiar a ambos esposos con regalos valiosos, después de lo cual los dejó marchar.

[1] «Vuestras mujeres son vuestra tierra de labor», sura II, *Al-Bakra* (La vaca).





HISTORIA DE ISHAK, EL MOZULI, Y LA JOVEN CANTORA

(Noches 262 a 264)

Los gorrones, intrusos, parásitos o polizones–según queráis llamarlos–surten de abundantes anécdotas a la literatura oriental, y así pagan con creces lo que consumen en las mesas.

El intruso aquí es un gran artista, Abu-Ishak, el de Mozul, y paga en el acto su escote. Y el dueño de la casa le rinde los honores debidos a su fama, en cuanto se descubre su incógnito.

–Cuentan, también, que Ishak-ben-Ibrahim, el de Mozul, solía decir:

–Sucedió una vez que hube de aburrirme del servicio del jalifa y monté en mi mula y salíme de casa a prima hora de la mañana, con la intención formada de dar unas vueltas y recrear la mirada.

De suerte que dije a mis criados: «Si viniere algún emisario de parte del jalifa o de cualquiera otro decidle que madrugué y salí a despachar unos asuntos y que no sabéis adónde haya ido, en absoluto.»

Salíme a vagar, pues, yo solo, según dije, y me puse a dar vueltas por la ciudad, hasta que el calor empezó a apretar. Y entonces me detuve en una plaza que llaman del Harm [1].

Pero al llegar aquí sorprendió a Schahrasad la mañana y atajó el flujo de sus fluyentes palabras.

[1] Harm o Hirm, pero en todo caso encierra la idea de veto, anatema, cosa prohibida, maldita y al mismo tiempo sagrada, como el *saeer* latino y el *hierós* griego, al que se aproxima por la forma.

Y LA NOCHE 263 SIGUIO DICIENDO LA MUCHACHA:

–He podido averiguar, *ye* monarca el afortunado, que Ishak-ben-Ibrahim, el de Mozul, decía así:

–Luego que el calor empezó a apretar, guarecíme en un gran pasadizo que llaman Al-Haram, para resguardarme en su sombra de la flama solar, y me arrimé al muro de una casa cuyo tejaroz proyectaba sobre la calle una faja de sombra ancha.

Y no llevaba allí mucho rato cuando vi llegar a un esclavo negro conduciendo un asno, a lomos del cual venía montada una muchacha.

Y los jaeces del pollino eran de lo más lujoso que se puede pensar y lucían incrustaciones de aljófar y pedrería, y también la mocita vestía ropas de una riqueza pasmosa, y tenía unos ojos fascinadores y unos piececitos chiquirritos y en su rostro unos lunares de lo más seductores.

Preguntéle yo a uno de los que por allí pasaban quién era aquella señorita tan hermosa y él me dijo:

–Es una cantadora.

Y lo mismo fue verla que enamorarme yo de ella y no apartaba mis miradas de su belleza.

Pero la joven apeóse en seguida de su cabalgadura y entróse en la casa, a cuya sombra yo me resguardara. Y yo me quedé allí plantado, como un bobo, pensando en el modo de poder llegar hasta la bella, y dándole vueltas en la imaginación a esa idea.

Cuando hete aquí que veo llegar a dos guapos mancebos, los cuales llamaron a la puerta y se anunciaron, y, obtenida la venia del dueño de la casa, adentro pasaron.

Escurrime yo entre ellos y pasé también adentro.

Pensaron los dos jóvenes que también yo era visita de la casa y no dijeron nada.

Tomamos los tres asiento en una sala y luego nos sirvieron viandas y comimos de ellas a nuestras anchas.

Sirviéronnos luego de beber y bebimos a nuestro placer.

Presentóse luego la muchacha de marras, trayendo un laúd en sus manos, y rompió a cantar, en tanto nosotros bebíamos sin cesar.

Levantéme yo luego y salí a hacer una necesidad, y no bien hube vuelto la espalda, preguntóles el dueño de la casa a los otros si sabían quién fuese yo y ellos le contestaron que no.

–¡Bah!–exclamó el anfitrión–. Se trata de un gorrón; pero es simpático, así que no le pondremos reparo.

Volví yo luego de satisfecha mi necesidad y me volví a sentar. Y la muchacha rompió a cantar con grata voz esta canción:

–Dile a la gacela
que está solitaria
que también el búfalo
lo está en su campaña;
que no es ella sola
la que sola está
y hay muchos que sufren
de la soledad.

Celebraron mucho todos la canción y bebieron con satisfacción.

Tornó luego a cantar la joven por otros estilos, y, entre otras cosas, entonó esta copla, que yo pusiera en boga:

–La casa que frecuentaba,
ayer, es ya una ruina,
y en sus vestigios no leo
la escritura conocida.

Valió aquella copla más aplausos que la primera a la cantora. La cual tornó a cantar por antiguos y modernos estilos, y, finalmente, entonó esta canción, que era también de mi invención:

Dile a aquel que se queja,
que se conforme;
que también yo he sufrido
de sus dolores.
Y ahora verá
cómo aquello no era
para jugar.

Pedíle yo que repitiera la canción, para corregirle algún error. Y uno de aquellos dos individuos se adelantó hacia mí y me dijo:

–¡Vaya con el gorrón! Eres el tío más fresco que nunca se vio. ¿No te parece bastante con haberte colado aquí de rondón, sino que hasta te propasas a darnos lección? En verdad que se cumple en ti el refrán: gorrón y encima criticón.

Bajé yo la cabeza al oír aquello, rojo de vergüenza, y no respondí a la ofensa. Trató el otro de aquietarlo, pero sin lograrlo. Después ambos se levantaron y fueron a hacer la zalá, y como tardaran un poco en volver, cogí yo el laúd y lo templé y afiné como era debido y luego me torné a mi sitio.

Después de lo cual me puse también a hacer la zalá. Luego que terminamos de rezar, volvió aquel individuo a meterse conmigo, desatándose en improperios y denuestos, buscando camorra; solo que yo me hice el desentendido y no abrí la boca.

Tomó luego la joven el laúd y lo templó, extrañando el ver los registros cambiados. Por lo cual exclamó:

–¿Quién ha andado en mi laúd?

–Nosotros no hemos sido–respondieron los dos amigos.

Luego que lo hubo oído, encaróse la joven conmigo y me dijo:

–Por Alá, que quien templó el instrumento es un artista experto, que posee grado de maestro, pues resulta ahora mejor afinado y sus cuerdas vibran de modo más adecuado.

–Yo fui quien lo templó–le dije yo.

–Pues por Alá–exclamó ella–, que lo has de tocar ahora y nos has de cantar alguna copla.

Tomé, pues, el laúd y rasgueé en él algunas variaciones raras y difíciles, capaces de dar muerte a los vivos y vida a los fallecidos. Y acompañándome con el instrumento, entoné estos versos:

–Un corazón tenía yo,
al cual le debía la vida;
pero el fuego del amor
me lo redujo a cenizas.
Ahora yo soy un esclavo
que de su dueña recibe
la existencia de prestado.

Pero al llegar aquí vio Schahrasad venir la mañana y cortó el flujo de sus fluyentes palabras.

Y LA NOCHE 264 SIGUIO DICIENDO LA MUCHACHA:

–Ha llegado a mis oídos, *ye* monarca, el afortunado, que Ishak Ibn-Ibrahim, el de Mozul, decía:

–Luego que terminé mi canción no hubo ninguno de los presentes que se quedara quieto en su sitio, sino que todos se levantaron y se vinieron a mi lado. Y todos a una exclamaron:

–Por Alá, señor nuestro; por Alá, cántanos algo más.

–Con mucho gusto–contesté. Y cogiendo el laúd torné a templar el instrumento y entoné estos versos:

–El corazón unos ojos
como flechas me han herido,
y gotas de sangre vierto
que confirman lo que digo.
¿No habrá quien en mi defensa
salga y la sangre vertida
cobre, el precio de la ofensa?

Luego que terminé mi canción, levantáronse de sus asientos todos sin excepción y arrojáronse al suelo a impulsos de la gran emoción.

Solté yo el laúd luego; pero ellos me porfiaron, diciendo:

–¡Por Alá, cántanos algo más! Que Alá, en su infinita bondad, te lo pagará.

–¡*Ye* amigos míos!–díjeles yo–. Os cantaré otra y otra canción y os diré quién soy yo.

Sabed, pues, que soy Ishak-ben-Ibrahim, el Mozuli, al cual llama el propio jalifa para oírlo cantar y lo colma de muestras de su benignidad. Mientras que vosotros me habéis tratado hoy bastante mal y me habéis hecho oír cosas que me hicieron sufrir. Así que no cantaré una letra más como no echéis de aquí a ese antipático que me ha vejado.

Al oír aquello díjole al aludido su compañero:

–Ten cuidado, que por ti temo.

Cogiéronlo después de la mano y lo hicieron salir del cuarto.

Entonces yo tomé el laúd y entoné aquellas canciones de mi invención que la muchacha cantara con antelación, y, al terminar, hícele saber en secreto al dueño de la casa cómo mi corazón quedara preso en los encantos de su esclava, hasta el punto de no vivir ya sin su compaña.

Oído lo cual me dijo el dueño de la casa:

–Tuya es desde ahora la cantora, pero con una condición.

–¿Cuál?–preguntéle yo.

Y él me respondió:

–Pues que te has de estar con nosotros un mes.

–Está bien; aceptado–contesté.

Y quedéme allí todo un mes, sin que nadie supiera dónde estaba, y eso que el jalifa me mandara buscar por todas partes, sin que ninguno de sus emisarios lograra encontrarme.

Pero luego que el plazo del mes cumplido fue entregóme el dueño de la casa a la muchacha con todas las cosas de su propiedad, que eran de gran valor y suntuosidad, amén de un eunuco de confianza encargado de guardarla.

Volvíme yo con todo eso a mi domicilio, tan alegre y hueco como si poseyese el mundo entero. Y monté en mi mula en seguida y me fui a ver a Al-Mamún, el jalifa.

Y no bien hube besado la tierra entre sus manos, exclamó el soberano:

–¡Guay de ti, Abu-Ishak! ¿Dónde estuviste escondido todo este tiempo transcurrido?

Contéle yo entonces todo lo sucedido, y el jalifa, al oírme, exclamó conmovido:

–¡Que me traigan a ese hombre ahora mismo!

Indiquéles yo a los guardias su domicilio y aquellos fueron por él y se lo trajeron. Y luego que lo tuvo en su presencia le interrogó sobre la anécdota, y él se la refirió en la misma forma que yo lo hiciera.

Oyólo el jalifa y luego dijo:

–Eres, por lo que veo, hombre liberal y yo debo ayudarte a que lo sigas siendo.

Y acto seguido mandó que le diesen cien mil dirhemes. Y luego, volviéndose a mí, me dijo:

–Ahora, Ishak, me has de traer a la cantora.

Hícelo así yo sin tardar y el jalifa le hizo cantar y quedó encantado de su canto, y exclamó en un arrebato de entusiasmo:

–La tomo a mi cargo y todos los jueves ha de cantarme algo.

Y, con efecto, todos los jueves cantaba para el jalifa desde detrás de la cortina y él mandaba darle cincuenta mil dirhemes; de suerte–terminaba Ishak–que gané con aquella esclava un capital.

Pero al llegar aquí vio Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras encantadoras.





EL PRIOR DEL CONVENTO QUE SE VOLVIO MUSULMAN

(Noches 265 y 266)

Historia edificante de tendencia catequística y de patente acento talmúdico. Empieza por una simple anécdota de amor humano y termina con la conquista de un alma para Dios.

Es de notar el sueño que el joven musulmán, mártir de su amor y de su fe, envía desde el cielo a su adorada y en el que esta visita en su compañía el Paraíso y prueba las manzanas maravillosas que allí se crían de un sabor sin igual, que da desgana de todos los frutos de la tierra.

La manzana, símbolo erótico entre los griegos, tiene una significación trascendente entre los musulmanes. Es un fruto místico, que anuncia muerte mundana y vida celestial y eterna. En los Misterios *persas (teatro sagrado de los* schiíes), *cuando Alí va a fallecer Alá le envía el ángel de la muerte, Azael, con una manzana del Paraíso, para que, confortado con su olor, se le allane el tránsito.*

No es raro, pues, que los monjes de Diru-l-Anuar (Convento de las Luces), al gustar la manzana que, como testimonio de la verdad de su sueño, conservaba al despertar la joven conversa, se convirtiesen ellos también en masa al islamismo. Tanto más cuanto, para acabar de convencerlos, presencian luego ese fenómeno de levitación–como dirían nuestros metapsíquicos–que a sus ojos tiene todos los caracteres de un milagro.

Toponimia.–*Al-Anbar, de donde es natural el narrador, era una ciudad del Irak árabe en la orilla izquierda del Eufrates, al oeste de Bagdad. Amuriya, ciudad de Cilicia, que el jalifa Al-Motazim tomó el año 222 (837).*

Onomástica.–*El nombre completo del narrador es Schemsu-d-Din Mohammedu-bnu-l-Anbari. Vivió a mediados del siglo* XIII *y dejó un libro titulado:* Al-Mujtar-min-Nua-diri-l-Ajbar (Selección de noticias curiosas).

Y LA NOCHE 265 REANUDO SU RELATO EN ESTA FORMA:

–Ha llegado a mis oídos, *ye* monarca, el afortunado, que Abu-Bekr-Mohammedu-l-Ambari solía referir:

–Salí en cierta ocasión de Al-Anbar, mi país, con rumbo a Amuriya, en tierras de Rum, y a la segunda jornada hube de hacer alto en Diru-l-Anuar, monasterio que de Amuriya dista poco trecho.

Salió a recibirme el prior de los monjes, que se llamaba Abdu-l-Mesij [1], y me hizo pasar al interior del monasterio, donde hallé cuarenta frailes, y todos ellos me acogieron de bonísima gana y me dispensaron por aquella noche la hospitalidad más galana.

Despedíme luego de ellos, al llegar la mañana, y dizque había tenido ocasión sobrada para cerciorarme de su ascetismo y su piedad, tales que nunca los viera iguales.

Luego que despaché el asunto que me llevara a Amuriya regresé a Al-Anbar otra vez. Y allí permanecí sin moverme hasta el año siguiente, en que hice el alhage a Meca, según manda el Profeta.

Y estando yo dando las vueltas rituales en torno al santuario, he aquí que me topo con Abdu-l-Mesij, el prior, que hacía lo mismo que yo, en compañía de cinco frailes más de su convento de Diru-l-Anuar.

Luego que me cercioré bien de que era él, acerquéme despacio y le dije por lo bajo:

–¿Eres tú, en realidad, Abdu-l-Mesij, el prior de Diru-l-Anuar?

–No–me respondió–. Yo soy Abdu-l-Lah, el siervo de Alá [2].

Beséle yo entonces su cabeza blanca y no pude contener las lágrimas. Luego lo cogí de la mano y me lo llevé aparte, junto al lugar sagrado, y le rogué emocionado:

–¡Cuéntame, por Alá, cómo fue que te convertiste al Islam!

Accedió él a mi ruego y me contó cómo había sido aquello. Y fue que cierta vez hubieron de pasar por las inmediaciones de nuestro convento unos ascetas musulmanes y despacharon a un muchacho para que fuera al zoco y les mercase algo de comer. Y en el zoco hubo el muchacho de ver a una esclava cristiana que vendía pan y que era tan hermosa y agraciada que no tenía par.

De suerte que el muchacho, al verla, quedóse enamorado de ella, y fue tanta su emoción que rodó sin sentido por tierra.

[1] Siervo del Mesías.

[2] Abdu-l-Lah significa siervo de Alá.

Luego que se recobró de su desmayo volvióse el joven con sus compañeros y les refirió el suceso y terminó diciendo:

—No contéis más conmigo; podéis iros por vuestro camino, que yo me quedo aquí y no pienso seguiros.

Recriminároнle los otros y lo amonestaron, pero todo fue en vano. De suerte que siguieron adelante sin el novato.

Cuanto a aquel, entróse en la ciudad y fue a sentarse a la puerta del alcaná de la mujer del pan. Preguntóle la mujer qué había menester y el joven entonces le declaró sin rebozo cómo por su amor estaba loco; pero ella, al escucharlo, se apartó de su lado.

Siguió el joven allí, y tres días seguidos estuvo sin moverse de aquel sitio y sin probar bocado, con los ojos en la mujer clavados.

Y al ver la panadera que no se iba de junto a su puerta fue a avisar a su gente de lo que ocurriera, y, al oírla, luego acudieron allí unos mozos forzudos que la emprendieron a pedradas con el importuno, rompiéndole unas costillas y abriéndole en la frente una tremenda herida. A pesar de lo cual no se movió de allí el maltrecho galán.

Pero al ver su contumacia decidieron todos los vecinos de la ciudad, que eran cristianos, darle muerte al muchacho.

Y uno de aquellos vecinos vino a avisarme de lo que ocurría, y yo en el acto me dirigí allá y encontré al muchacho tendido en el suelo, poco menos que muerto.

Dime prisa a restañarle la sangre que por el rostro le corría y, luego de eso, cargué con él y me lo llevé al monasterio. Ya allí procedí a curarle sus heridas y lo tuve con nosotros, asistiéndolo y cuidándolo, catorce días.

Hasta que al fin ya estuvo en condiciones de andar solo y se levantó y fuese de con nosotros.

Y volvió a la puerta de la tienda y se sentó allí y se puso a contemplar a su panadera.

No bien lo vio ella cuando fuese a él y le dijo:

—¡Por Alá, que me inspiras compasión! ¿No querrías abrazar nuestra religión? Si abjuras de tu islamismo, no tendría inconveniente en casarme contigo.

—¡Alá me guarde—exclamó el muchacho—de dejar mi ley de la Unidad por el credo de la Pluralidad!

—¡Bah!—dijo ella—, levántate y entra en casa conmigo y haz lo que te digo y marcharás así por el recto camino.

Pero el joven respondióle:

—No; no voy a dejar la fe que doce años profesé por un parpadeo de placer.

—Pues entonces—increpóle la panadera—vete ahora mismo de mi puerta.

—¡Oh, eso no!—replicó el joven—, que no me obedecería el corazón.

Alejóse entonces de él la muchacha y fue a llamar a los mocetones de marras, los cuales acudieron al punto a su llamada y la emprendieron con el joven a pedradas dejándolo tendido en el suelo medio muerto.

Y en medio de sus dolores murmuraba el joven:

—¡Sea mi valedor Alá, que hizo descender sobre la tierra el Libro y es el amparador de los justos que siguen su dirección!

Vinieron a avisarme al monasterio de lo que ocurría y yo marché allá en seguida y ahuyenté a los jayanes [3] que lo apedreaban y levanté del suelo su cabeza descalabrada.

Y le oí al joven decir con fervoroso deliquio:

—¡*Ye* mi señor, júntame con ella en tu Paraíso!

Cargué yo con el maltrecho y me lo

[3] Del hebreo, *jayyan*.

llevé a mi convento, pero antes de llegar se me murió en el trayecto.

Saquélo entonces fuera de la ciudad y le cavé una fosa y dile en ella sepultura decorosa.

Y sucedió que aquella noche despertóse la panadera, que dormía en su lecho, y lanzó un grito muy recio.

Acudió al oírlo toda la gente del pueblo y le preguntaron qué le había pasado. Y ella les dijo:

–Estaba yo durmiendo cuando se me apareció el joven mahometano y me asió de la mano y me llevó consigo al Paraíso.

Pero al llegar a la puerta negóse el portero a dejarme pasar, diciendo: «Esta puerta solo se abre para los creyentes y no para los infieles.»

Yo entonces me convertí al islamismo entre las manos de mi amigo, y el portero nos dejó pasar a los dos unidos.

Ya dentro del Paraíso pude ver allí muchos alcázares espléndidos y profusión de árboles, de tal naturaleza que no podría describirlos mi lengua.

Y mi amigo me llevó de su mano a un alcázar todo de perlas y brillantes y me dijo:

«Este es el alcázar que ha de ser nuestra morada, pues yo no entraré en él si tú no me acompañas. Y pasadas cinco noches, si Alá es servido, estarás en él conmigo.»

Luego extendió su mano hacia un árbol que había a la puerta de aquel palacio y cogió de él dos manzanas y me las dio, diciendo:

«Cómete una de ellas y guárdate la otra para que la vea el anacoreta»...

Pero al llegar aquí vio Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras seductoras.

Y LA NOCHE 266 PROSIGUIO SU RELATO EN ESTA FORMA:

–Ha llegado a mis oídos, *ye* el monarca, el afortunado, que la joven de mi cuento continuó diciendo:

–Luego me dio mi amigo las dos manzanas y me dijo: «Cómete esta y guarda la otra para que la vea el anacoreta.»

Comíme yo la que me dijera y en mi vida caté otra más sabrosa y más buena.

Después volvió a cogerme de la mano y me condujo hasta aquí y tornéme a dormir; pero, al despertar, aún conservaba en el paladar el sabor de la manzana. Y a mi lado encontré la otra que guardar me mandara.

Y al decir esto sacó la joven la manzana de debajo de la almohada.

Y en la oscuridad de la noche refulgió la manzana cual si fuera una estrella.

Trajéronme luego al monasterio a la muchacha, juntamente con la manzana. Y la joven contónos lo que le pasara y nos mostró la referida manzana, y en verdad que entre todos los frutos del mundo no se le hallaría par.

Cogí yo un cuchillo y la partí en tantos cachos cuantos eran los monjes en nuestro convento albergados.

Tomamos cada cual el nuestro y por Alá que nunca gustamos sabor tan exquisito ni aspiramos aroma tan penetrante y fino.

Tanto, que dijimos:

–Puede que esto sea obra del Schai-

tán, que haya apelado a esta magia para apartar de su fe a la muchacha.

Luego la familia despidióse de nosotros y se llevó a la jovencita, la cual desde aquel momento negóse a tomar alimento.

Y a la noche quinta saltó la joven de la cama y se salió de su casa y fue al lugar donde su amante enterrado estaba y se tendió allí encima del sepulcro y exhaló el postrer suspiro, sin que sus deudos supiesen nada de lo ocurrido.

Amaneció luego la mañana y presentáronse en el pueblo dos ancianos mahometanos que vestían sayal de pelo y en cuya compañía dos mujeres venían.

Y los dos ancianos dijeron:

–¡*Ye* vecinos de este pueblo: entre vosotros tenía Alá una de sus amigas y esta noche última pasó a mejor vida, como musulmana, y nosotros ahora venimos a reclamárosla!

Fue entonces la gente del pueblo a buscar a la joven del sueño y la encontraron muerta sobre el sepulcro de su amante dueño.

Y al verla, luego exclamaron los dos ancianos:

–Esta es nuestra amiga que veníamos buscando. Murió en nuestra fe y recibimos el encargo de enterrarla con arreglo a nuestro rito santo.

Y después dijeron ambos viejos:

–¡Loado sea Alá que quiso muriera en nuestro credo y nos mandó a nosotros que viniéramos por su cuerpo!

Sobrevino entonces entre uno y otro bando viva discusión, pues los parientes de la muerta negaban su conversión. Visto lo cual dijo uno de los dos ancianos:

–Para que os convenzáis de que murió en la fe del Islam os propongo una prueba: Haced que vengan acá los cuarenta monjes del convento cercano y hagan por levantarla de encima del sepulcro de su amado. Y si logran arrancarla de allí será señal de que murió como cristiana y quedará así la cuestión zanjada. Pero si no lo lograran, entre todos, se adelantará uno solo de nosotros y hará la prueba de levantarla de sobre la tierra, y si lo consigue, será indudable señal de que murió en la ley del Islam.

Vino en ello la gente del pueblo y reuniéronse allí los cuarenta frailes del convento, y, aunando sus fuerzas, probaron a levantar a la muerta; pero por más que hicieron no lo consiguieron.

Buscamos entonces una maroma recia y se la atamos a la cintura a la muerta y tiramos de ella con todas nuestras fuerzas, mas saltó la cuerda sin que lográsemos mover a la interfecta.

Juntáronse entonces todos los vecinos del pueblo y probaron sus fuerzas, sin lograr tampoco mover a la muerta. Y luego que vimos ser inútiles todos nuestros esfuerzos, dijimos a uno de los dos viejos:

–Anda tú ahora y prueba a ver si levantarla logras.

Hízolo él así y, sin ningún esfuerzo, levantó a la muerta de allí y la tuvo en vilo y la envolvió entre jirones de su vestido. Y dijo:

–¡En nombre de Alá, el Piadoso, el Apiadable, y según la ley de Mohammed, el Enviado de Alá, sean con él la oración y la paz!

Y así diciendo cogióla entre sus brazos y fuese con ella, en compañía de sus hermanos, hacia una cueva que había por allí cerca y en ella depositaron a la muerta.

Procedieron luego las dos mujeres que dijimos a lavar el cadáver y a amortajarlo, y después cargaron con él los dos ancianos y le rezaron y, finalmente, lo enterraron junto a la sepultura donde reposaba el joven que amaba la difunta. Después de lo cual fuéronse los dos ancianos y las dos mujeres, dejándonos maravillados de cuanto presenciáramos.

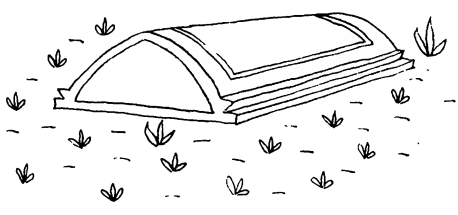
Luego que nos quedamos solos nos dijimos unos a otros: «A fe que la verdad merece ser seguida, y la verdad esta vez quedó patente ante nosotros, pues la hemos visto con nuestros propios ojos; de suerte que no cabe objetar contra la verdad del Islam, pues ningún argumento más poderoso que el que nos han puesto ante los ojos.»

Convertímonos, pues, al Islam en el acto yo y los monjes de mi priorato, y luego siguieron nuestro ejemplo todos los vecinos del pueblo.

Enviamos después un emisario a los naturales de la isla rogándoles nos mandasen un alfaquí que nos adoctrinase en los preceptos del Islam y en los misterios de su santa verdad.

Hiciéronlo así ellos y nos enviaron un alfaquí de los suyos, sabio y justo, que en la doctrina del Islam nos impuso. Y desde entonces somos musulmanes y Alá nos dispensa mercedes incontables.

¡Loor, pues, a Alá, que del error nos quiso apartar!





DISPUTAS ENTRE EL HOMBRE Y LA MUJER ILUSTRADA SOBRE LAS EXCELENCIAS DEL VARON Y LA HEMBRA

(Noches 266 a 268)

Vindicación que hace Schahrasad de la mujer ante el misógino rey Schahriar, presentando la figura de esa sabia doctora, asombro de su tiempo, que, por la extensión y profundidad de su cultura, es llamada Sayyidetu-l-Muschaij o Domina sapientium, *señora de los sabios (no Docta simpatía, como transcribe Mardrus), y que posee, además, un especial ingenio para la controversia o* munazira. *Sayyidetu-l-Muschaij, a semejanza de los occidentales Pico de la Mirandola, etc., recorre las ciudades publicando guerra intelectual y retando a cuantos quieran probar con ella las dialécticas armas, saliendo siempre vencedora. Sayyidetu-l-Muschaij recuerda a las heteras griegas del tiempo de Pericles, cuya fama se vincula en Aspasia, y también a sus acaso contemporáneas de las cortes de amor provenzales en que brillaba la docta Clementina Isaura, y hace honor a su sexo y a la cultura oriental, que producía ejemplares tan magníficos. La* munazira *o controversia entre Sayyidetu-l-Muschaij y su antagonista versa, como en el* Convite *platónico, sobre la superioridad del amor efébico sobre el específico, y ambos contrincantes defienden sus tesis con una libertad que no debe asombrarnos, pues responde a las costumbres de aquel tiempo, y además, ambos tienen argumentos tomados del* Corán *que citar en su apoyo, y el apologista de los efebos sabe aprovecharse de la ambigüedad con que en este respecto—como en el del vino—se expresa el profeta, hasta el punto de haber dado pie a sus impugnadores para suponer que transigía con un vicio en cierto modo justificado por la vida marcial que imponía a sus adeptos. San Pedro Pascual* (Vita Mahumetis) *y Marraccio aducen, en*

abono de esa suspicacia, el versículo 20 de la sura IV, An-Nisá *(Las mujeres), que dice: «Y a los dos de vosotros que la cometieron (la fornicación), reprendedlos, y si se arrepienten y enmiendan, apartaos de ellos.» Según San Pedro Pascual–dice el P. Fray Manuel de Santo Tomás de Aquino–, habla aquí Mahoma de los soldados que van a la guerra, adonde no quería que llevasen mujeres, porque se debilitaban, y, en su lugar, les permitió este vicio o lo sancionó con tan leve castigo que esto mismo les daría más libertad para cometerlo. Algunos expositores árabes quieren dar a entender que se trata de la simple fornicación, pero Gelad Arabe, que se hizo cargo de que habla del pecado cometido entre dos hombres, confiesa que se entiende de la sodomía* (Verdadero carácter de Mahoma y de su religión). *La interpretación del versículo referido es algo forzada, aunque no carece por completo de base, pues el relativo dual,* a los dos, *está en masculino* (al-lazani), *lo que parece dar un carácter sodomítico a la fornicación* (fajischa) *de que se habla en el versículo precedente. Claro que también ese dual masculino podría referirse a hombre y mujer. Pero lo cierto es que la cuestión queda en el terreno de lo opinable y controvertible. Significativa es, entre otras cosas, la presencia de esos coperos, lindos y amables, que alternan con las huríes en el Paraíso, en la tarea de dar de beber a los bienaventurados. Aunque también, por otra parte, debemos recordar que, tanto en la* Biblia *como en el* Corán, *se condena el vicio sodomítico como una abominación, tan grave, por cierto, a los ojos de Yahveh y Alá, que fue causa del terrible castigo que sufrieron los habitantes de Sodoma y Gomorra. Por lo demás ambos contrincantes en esta* munazira *hacen valer los dos perfiles contrapuestos de la cuestión y nos excusan de más comento.*

Las versiones de Galland y de Weil suprimen esta munazira, *sin duda por razones de pudor y delicadeza, pues verdaderamente, como hace notar Burton, tanto la doctora Sayyidetu-l-Muschaij como su impugnador anónimo se exceden muchas veces en grafismo de expresión y llegan a incurrir en una chocarrería ya para nosotros de mal gusto.*

–Cuentan también que cierto varón de los de noble condición solía referir:

–No vi jamás entre las mujeres ninguna tan lista y sagaz y que más profundizara en la ciencia, y al mismo tiempo fuese más simpática, chistosa y ocurrente, que una que en Bagdad conocí y a la que llamaban Sayyidetu-l-Muschaij [1].

Y sucedió que fue a Hamat el año quinientos sesenta y uno de la *hechra,* y puso allí cátedra y anunció que estaba dispuesta a contestar satisfactoriamente a cuantas preguntas le hiciesen, y afluyó luego a su casa muchedumbre de alfaquíes y letrados y eruditos y sabios a proponerle cuestiones y sostener con ella controversias.

Fui yo también allá en unión de un amigo de la grey literaria, y, no bien llegamos y nos sentamos, mandó que pusiesen en nuestras manos una bandeja de fruta, y ella se dispuso a contestar, desde atrás del velo, a nuestras preguntas.

Tenía ella un hermano, muy guapo y

[1] *Domina semiorum,* Señora de los *schiuj.*

bien plantado, el cual permanecía para atendernos a nuestro lado.

Luego que hicimos colación, pasamos a proponerle cuestiones que se prestasen a la discusión, y yo le interrogué sobre las diferencias que se advierten entre las razas y las naciones, procediendo luego ella a extenderse en consideraciones.

Atisbábala yo en tanto ella hablaba, pero mi amigo no le quitaba ojo a su hermano, recreándose en la contemplación de sus encantos, sin hacerle en cambio a ella el menor caso.

No lo perdía ella de vista, sin embargo, desde detrás de la acitara, y, luego que acabó su disertación, volvióse a él y le hizo esta observación:

–Me da el corazón que eres de aquellos que a las doncellas prefieren los mancebos.

–Así es en verdad–respondióle mi amigo, sin disimular.

–Está bien–respondió ella–, pero ¿por qué razón?

–Pues porque Alá–repuso mi amigo–dio la preferencia al varón sobre la hembra.

Pero al llegar aquí vio Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras encantadoras.

Y LA NOCHE 267 PROSIGUIO SU RELATO DE ESTA FORMA:

–Ha llegado a mi noticia, *ye* monarca, el afortunado, que el *scheij* le contestó a la mujer diciendo:

–Pues porque Alá diole al varón la preferencia sobre la hembra. Y yo amo lo superior y odio lo inferior.

Echóse ella a reír, al oírlo, y luego dijo:

–¿Quieres que entremos en discusión para ver quién de los dos tiene razón? Yo abrazaré el partido de la hembra y tú el del varón.

–Está bien–respondió él.

–Empieza, pues–respondió la mujer-, por exponer las razones que tengas para decir que el varón es superior a la hembra.

–Hay dos clases de argumentos–empezó el joven diciendo–: los que nos ofrece la tradición y los que discurre la razón.

Los primeros tómanse del Libro y la *suná,* y en el Libro encontramos este paso preciso: «Tendrán los hombres fuero sobre las mujeres por la ventaja con que a Alá plugo favorecerles.» [2]

Dice todavía más (glorificado sea su nombre), pues hablando de los testigos, dispone: «Si no hubiere a mano dos hombres, servirán un hombre y dos mujeres.» [3]

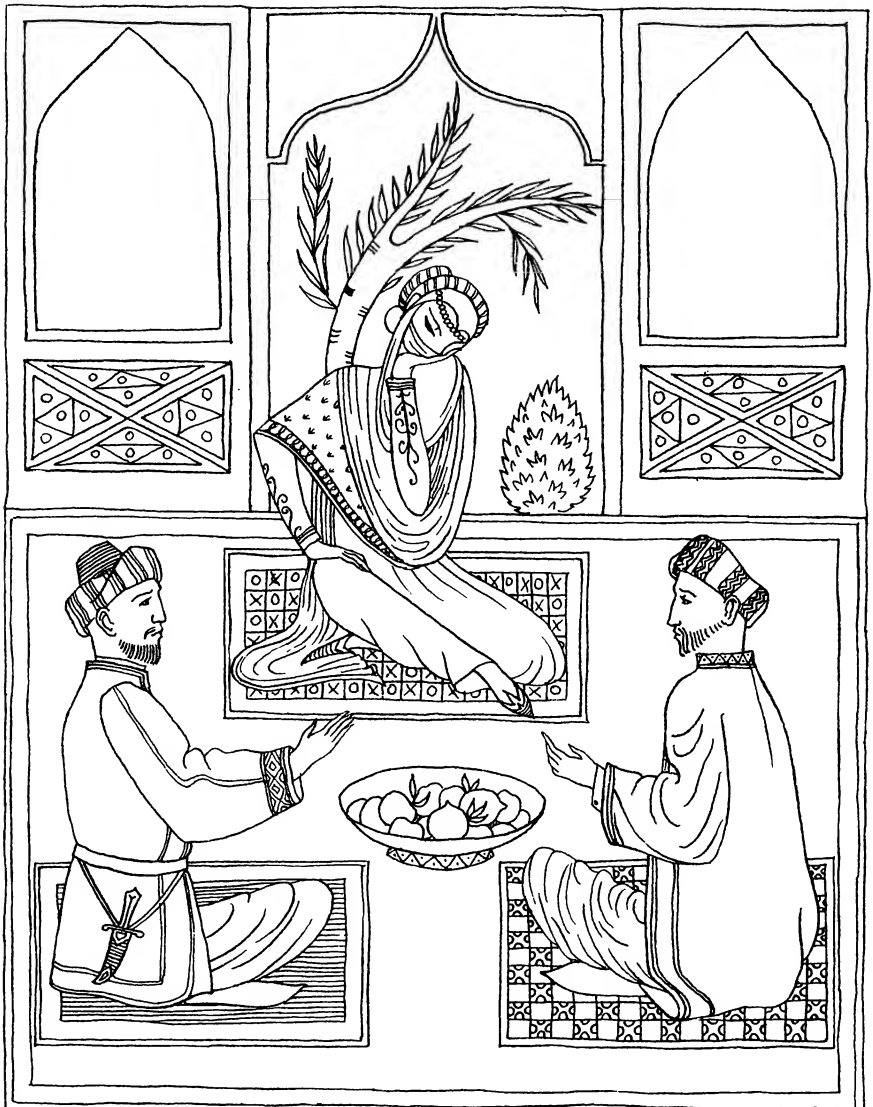
Dice también al hablar de las herencias: «Si hubiere varios hermanos, varones y hembras, será la parte de los primeros doble que la de las segundas.»

De donde resulta que Alá (loado sea y glorificado) dio preeminencia, en estos pasos, al varón sobre la hembra, y dio a entender que la hembra vale la mitad que un varón, por ser este muy superior.

Cuanto al Profeta (sean con él la oración y la paz), cuentan que fijó para el rescate de la sangre de la mujer la mitad de la suma señalada para el de la sangre del hombre.

[2] Sura IV, titulada *An-Nisá* (Las mujeres), aleya 38.

[3] Sura II, *Al-Bakra* (La vaca), aleya 282.



Pero pasando ahora a los argumentos que la razón nos brinda diremos que el varón es activo y la hembra pasiva, y siempre el agente repútase superior al paciente.

–Tienes razón–exclamó la doctora–. Mas no obstante, por Alá que contra ti se vuelve todo lo que has dicho y tus argumentos no van a tu favor, sino contra ti mismo, pues si Alá concedió al varón preeminencia sobre la hembra, fue simplemente en el concepto de la virilidad, y sobre este punto no versa, en modo alguno, nuestra controversia, yendo comprendidos en ese concepto lo mismo el niño que el mancebo y el anciano decrépito; de suerte que, el reconocerle superioridad, es solo en el sentido de su virilidad.

Y siendo así, debería inclinarse tu naturaleza al anciano con la misma fuerza con que se inclina ante el muchacho, ya que no hay entre ellos diferencia alguna, atendido a que ambos son varones y, por consiguiente, superiores.

Pero nuestra polémica versa concretamente sobre este otro punto de la belleza y elocuencia, en que el placer del trato con las criaturas se fundamenta, y en este terreno no has aducido ningún argumento a favor de tu tesis, y así habrás de reconocerlo.

–*¡Ye* señora mía!–exclamó el contrincante–. ¿Por ventura no sabes del talle airoso y bien proporcionado del muchacho y de sus mejillas de rosa y de su sonrisa graciosa y sus palabras melosas? En todo lo cual no hay duda que aventaja a la hembra, por muy guapa que esta sea.

Y si hiciere falta demostrarlo, bastará con citar lo que se cuenta del Profeta (sean con él la oración y la paz), que dijo una vez: «No poséis vuestra mirada en los imberbes, pues ojos de huri tienen.»

Con lo que a nadie se oculta que dio a los varones preferencia sobre las hembras [4].

Y con cuánta razón dijo Abu-Nuás, el poeta:

> «¿Quieres saber las ventajas
> que confirman su excelencia?
> No lo mancillan los menstruos,
> ni el embarazo lo afea.»

Y también son dignos de tenerse en cuenta estos versos de otro poeta:

> «Dijo el imán Abu-Nuás,
> hombre de ciencia profunda:
> "Disfrutad del primer bozo,
> antes que se extienda y cunda,
> que goce igual no lo brinda
> ni la huri que más seduzca."»

Pero ¡si no hay más que ver que, cuando ponderan a una muchacha y quieren decir sobre su belleza la última palabra, con un muchacho la comparan!

Lo cual es debido a que se reconocen sus ventajas. Y así dijo el poeta, refiriéndose a una de ellas:

> «Tiene talle de chico
> que al andar se cimbrea,
> lo mismo que la rama
> que el céfiro menea.»

Y si no fuere porque el mancebo es superior a la doncella, ¿por qué habían de compararla con él a ella?

Has de saber también (así Alá te tenga en su guarda) que el muchacho se conduce con desenvoltura y va derecho a lo que busca y es de buen natural, de suerte que huye de la discrepancia y persigue la concordancia, virtudes todas estas que no poseen las hembras.

Y con las cuales bastaría para darles sobre ellas la preeminencia.

Sobre todo cuando en su mejilla apunta la primera pelusilla y su labio superior se tiñe de leve viso y la púr-

[4] Se trata simplemente de una tradición.

pura juvenil refulge en sus carrillos, de suerte que viene a ser cual la luna llena de la salud y de la fuerza.

Como dijo Abu-Temmam, el poeta [5]:

«Criticanlo los censores,
porque el vello le sombrea
la mejilla; mas yo digo:
Que eso realza su belleza,
pues templa el vivo carmin
de rosas en primavera
de sus pintadas mejillas,
que a quien las ve, le embelesan.
Yo, con los ojos le digo,
sin hablar, que inútil fuera,
cuánto me gusta y él también
con los ojos me contesta.
Siete veces es ahora
más lindo que antes lo era,
cuando bozo no tenia,
y más encantos nos muestra,
con su leve bigotillo
y su pelusa ligera;
tanto que al hablar de él,
los mismos que me condenan,
siempre para designarlo
la palabra *lindo* emplean.» [6]

Y dijo también Al-Hariri [7], y dijo muy bien:

«Me dicen los que critican
mi pasión, que no comprenden
cómo tan chiflado estoy
por un joven, ya no imberbe.
Mas yo les digo: Fijaos
en sus ojos refulgentes,
y, por su luz deslumbrados,
lo demás ya no veréis.
Y aparte todo, ¿no valen
más los floridos vergeles
de verdor exuberante,
donde la espesura esplende,
que no esa tierra pelada
en que la hierba no crece?»

Y dijo también otro poeta:

«Dicen mis amigos:
–Ya se consoló.
Mienten, que no puedo
consolarme yo.
Fácil fuera antaño,
pero ahora no;
no tenía entonces
mi lindo garzón
más que claras rosas
de vivo color
en sus dos mejillas,
y ahora floreció
albahaca en ellas
de oscuro verdor.» [8]

Y dijo también otro poeta sobre el mismo tema:

«Es airoso y cimbreante
y tiene una pelusilla
que a todos les vuelve locos
en su rosada mejilla,
que así un pétalo semeja
de jacinto–espada tinta
en sangre–que tuviera
las verdes hojas sombrías.»

Y dijo, asimismo, otro poeta, insistiendo en el mismo tema:

«Esos sedeños rizos,
¡ay!, de su pelo
a todos nos embriagan
cual vino nuevo.
Muchos son sus encantos;
pero entre todos
quien la palma se lleva
solo es su bozo.
Ese bozo tan leve
que el fino labio
le cubre de una sombra
que es un milagro.» [9]

Tales son las excelencias que al joven adornan y que la mujer no logra, y son más que suficientes para que se le dé sobre ella la preferencia al adolescente.

Y con lo dicho basta y sobra para probar mi tesis.

Pero luego que hubo terminado su apología de los muchachos, tomó la palabra la doctora y dijo:

–¡Alá te dé salud! Bien te has despachado y explayado y argumentado. Pero ya la verdad se hizo patente y te lo voy a demostrar, así en conjunto como en particular.

Pues dime, por Alá, ¿cómo puede

[5] Autor de la famosa Antología llamada *Al-Hamasah*.

[6] Suprimido en la edición de Bulak.

[7] Al-Hariri o *el Sedeño*, poeta árabe, famoso autor de las *Mekamats* o *Sesiones*.

[8] y [9] Suprimido en la edición de Bulak.

ponerse al mocito junto a la mocita, no solo en cuanto a la belleza física, sino también en lo relativo a las condiciones del espíritu?

Es la muchacha blanda al hablar y airosa al andar, pues se asemeja a la varita de arrayán, y es su frente blanca como la flor de la manzanilla y su pelo en mil bucles se riza; cual la flor de la anémona son sus mejillas; su cara es comparable a la manzana; igual que el vino, sus labios embriagan y son sus pechos como granadas y airoso su cuerpo cual del árbol la rama, siendo en todo bien proporcionada y bien formada.

Con la espada buida podría comparar yo también sus mejillas, y ¿qué decir de sus ojos alheñados, bajo sus cejas arqueadas y parejas? Pues cuando abre su boca para hablar vierte por ella perlas y con sus dulces decires cautiva los corazones más insensibles; cuando sonríe, piensas que la luna llena entre sus labios refulge y cabrillea; cuando se anima, salen aceros agudos de sus pupilas.

En ella la perfección culmina y en torno suyo hay siempre criados voluntarios dispuestos a servirla.

Son sus labios rojos como el vino y más que la manteca suaves y escurridizos, y más dulces que la miel al paladar del que los llega a gustar.

Pero al llegar aquí vio Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras encantadoras.

Y LA NOCHE 268 REANUDÓ SU RELATO EN ESTA FORMA:

–Ha llegado a mis oídos, *ye* monarca, el afortunado, que la doctora, la discutidora, al hacer la descripción de la mujer, dijo:

–Son sus labios más rojos que el vino y más que la manteca suaves y finos y más dulces que la miel al paladar de quien los llega a gustar.

Después de lo cual continuó diciendo:

–Tiene, además, un seno comparable a un sendero que atraviesa un valle, y muestra en él dos pechos como dos cálices marfileños.

Es su vientrecillo hermoso y ameno como un vergel florido, en el que se inclinan las corolas y se apretujan unas con otras. Son sus muslos convergentes como dos columnas de brillantes que una a otra se sostienen y apoyan mutuamente.

Fluctúan sus caderas al andar, cual fuesen un piélago de limpio cristal o dos montañas de pura claridad.

Son sus pies lindos y concordes, cual si fuesen fundidos en el mismo molde. Así que dime, hombre, ¿cómo puedes sostener tus pretensiones? ¿Cómo poner una criatura humana al lado de un hada?

¿No sabes que príncipes poderosos y reyes victoriosos ante las mujeres se inclinan reverentes y se postran y humillan y de ellas el placer solicitan? En verdad que las mujeres podrían decir: «¡Cuellos doblegamos y corazones robamos!»

–¡*Ye* las mujeres! ¿A cuántos hombres ricos no dejaron pobres y a cuántos poderosos no postraron en tierra y a cuántos sabios no volvieron esclavos?

Que, en verdad, al sabio entontecen y al santo empecatan, y la riqueza en

miseria convierten y al favorecido de la fortuna lo hunden en la penuria.

Y, sin embargo, pese a todo, el sabio les cobra aún doble afición y las tiene en doble honor y no piensa que eso redunde en su humillación. ¡Cuántos hombres no ofendieron por ellas a su Creador y de sus padres se atrajeron la ira y la maldición!

Y todo ello solamente por conquistar su amor. ¿No sabes, acaso, desdichado, que para ellas se labran palacios y se compran esclavas en los mercados? Y corren torrentes de lágrimas y se hacinan valiosas alhajas y el ámbar gris y la algalia. Y se aprestan las armas y albórbolas se celebran y se allegan riquezas y vuela más de una cabeza. Pues en verdad que estuvo en lo cierto aquel que dijo: «Quien dice mundo, mujer dice.»

Razón tuvo el que dijo que de este mundo es la mujer el hechizo. Y eso que adujiste, tomándolo de las tradiciones sublimes, es un argumento que contra ti se vuelve y a tu contrincante favorece, pues el *nabi* (sean sobre él la oración y la paz) dijo así: «No miréis a los imberbes que ojos de hurí tienen.» Y es cosa fuera de discusión que aquello con que una cosa se compara es superior a lo que con ella se equipara. Y si no fuera la mujer superior al varón, en punto a belleza, no lo compararían con ella.

Cuanto a lo que dijiste que suelen comparar a las chicas con los chicos para ponderarlas, no es verdad, sino que ocurre todo lo contrario, siendo lo corriente que comparen con las jovencitas a los muchachos imberbes y para ponderar a un chico digan: «Parece una chica.»

Y cuanto a esos argumentos que adujiste, tomándolos de los versos de los poetas, te diré que esos versos fueron fruto de una índole antinatural en este respecto, y que a los sodomitas y los bardajes contumaces, que contra la religión se hacen culpables, Alá los condena en su santo *Corán,* donde denuncia sus sucias prácticas y los acrimina, diciendo: «Os llegáis a los varones y dejáis a las hembras, que vuestro Señor para vosotros creó. ¡En verdad que sois un pueblo de transgresores!» [10] Y es indudable que aquí se trata también de aquellos que hacen a pluma y a pelo y de su reprobable exceso y de su afición a seguir sus propios caprichos y deseos, osando afirmar que la mujer es pasible de doble empleo, apartándose en eso del camino recto. Como dijo su cabecilla, Abu-Nuás, en estos versos:

«La muchacha se presta
a un doble juego;
hace de chica y chico,
según deseo.»

Y tocante a eso que dices sobre el primer vello que en mejillas y labios les sale a los mancebos y que, según tú, realza todavía más su natural belleza, te diré que no tienes, para probarlo, argumentos que sean válidos, ya que tanto las patillas como los bigotes hacen que lo hermoso parezca feo, como dijo el poeta en estos versos:

«Luego que el primer bozo
sombreóle las mejillas,
su amante, de sus desdenes
tomó venganza cumplida.
Que al ver su rostro tiznado,
por ese hollín que lo afea,
volvióle al punto la espalda
y fue al baño a la carrera.
Diciendo que en un papel
en el que cayó un borrón,
ya no se puede escribir
ni tan siquiera un renglón.
Ya el cuento de su hermosura
cosa es que pasó a la historia
y será por ignorancia
si alguien todavía lo elogia.»

[10] *Corán,* sura XXVI, *As-Schoâra* (Los poetas), aleya 165, en la que se trata del pueblo de Lot, o sea, de los habitantes de Sodoma y Gomorra.

Luego que acabó la doctora de recitar esos versos, exclamó dirigiéndose a su contrincante:

–¡Loado sea Alá, el más Grande! ¿Cómo es posible que no alcances a comprender que la perfección del deleite se cifra en la mujer? ¿Y que solo en ella reside el placer duradero, que nunca se extingue?

Y por eso Alá (loado sea y glorificado) prometióles a los profetas y a los justos que en el Paraíso tendrían a las huríes por compañeras, dándoselas como premio a sus acciones rectas, y de haber sabido Alá que fuera de ellas podía haber delicia más perfecta, en cualquier otra forma, habríasela ofrecido a sus bienaventurados en el Paraíso y de las huríes habría prescindido.

Y decía el Profeta de Alá (sean con él la oración y la paz): «Las tres cosas más gratas para mí de vuestro mundo son: la mujer, el buen olor y la frescura de mi ojo en la oración.» [11]

Y si Alá designó a los mancebos para el servicio de los profetas y los bienaventurados en el Alchenna fue porque el Paraíso es mansión de deleites y placeres y estos no serían completos sin la cooperación de servidores diligentes y prestos [12].

Pero si Alá hubiera destinado esos muchachos para otros menesteres siguiéranse de ahí grandes inconvenientes y desplaceres. Y eso, en verdad, fuera podredumbre infernal y corrupción y torpeza singular.

Que con razón dijo el poeta que estos versos rimó:

«Los que a los chicos se dan
y a sus esposas desdeñan
son, además de unos viles,
unos puercos sin vergüenza
que a la mañana amanecen
todos manchados de mierda.
Y por más que disimulen
y atenuarlo pretendan,
diciendo que aquellas manchas
son de azafrán, que lo crea
la gente nunca consiguen,
que la caca es manifiesta.
En cambio, el hombre que pasa
la noche con una bella
de formas de hurí y comparte
pulcros deleites con ella,
se despierta a la mañana
oliendo a gratas esencias,
que por la casa trascienden
y de perfumes la llenan.
Desengañaos, que no hay macho
que suplir pueda a la hembra,
y que entre el uno y la otra
hay la misma diferencia
que entre el áloe y una charca
de lodo que hiede fétida.» [13]

Y luego de recitar estos versos, añadió la doctora para conclusión:

–¡*Ye* pueblo, me habéis hecho traspasar la raya de la modestia y los lindes de las mujeres honestas y lanzarme a una garrulería que no dice bien en las personas de saber!

Pero los pechos de los bien nacidos tumbas son de los secretos, y las pláticas, como las que ahora hemos tenido, deben quedar en el terreno de la confianza.

Aparte de que las obras se han de juzgar por las intenciones y la mía fue de las mejores.

Y para terminar, pido perdón a Alá para mí y para todos los musulmanes, que Alá es, en verdad, Perdonador y Apiadable.

Selló luego su boca la doctora y no volvió a decir nada más. De suerte que nos fuimos de allí y seguimos nuestro camino muy satisfechos de lo que le habíamos oído y el provecho que de ello habíamos obtenido, y sintiendo también el tener que separarnos de tan sabia mujer.

[11] Se refiere a un *hadiz*, según el cual habría dicho el Profeta: «Dios puso mi deleite en los olores suaves, en las mujeres y en la oración.» (Marraccio.)

[12] Se refiere a los coperos, destinados al servicio de los bienaventurados.

[13] Suprimido en la edición de Bulak.



ABU-SUAID Y LA VIEJA GUAPA

(Noches 268 y 269)

–Y cuentan, asimismo, los que cuentan, que Abu-Suaid decía:

–Sucedióme un día de los días que, yendo en compañía de varios amigos, hubimos de entrar en un huerto, con intención de mercar alguna fruta, y vimos a un lado de él a una vieja, de cara hermosa y fresca, aunque ya tenía blanca su cabellera.

Estaba la vieja ocupada en peinarse los cabellos con un peine de almafil, y al llegar nosotros allí no se azoró ni se cubrió la cabeza, como habría sido de rigor.

Y yo me llegué a ella y le dije:

–*¡Ye* vieja! Si de negro el pelo te tiñeras serías más linda que muchas mocitas. ¿Por qué, pues, a hacerlo no te animas?

Al oírme la vieja, alzó la cabeza y...

Pero al llegar aquí sorprendió a Schahrasad la aurora y cortó el hilo de sus palabras seductoras.

Y LA NOCHE 269 REANUDO SU RELATO EN ESTA FORMA:

–Ha llegado a mi noticia, *ye* monarca, el afortunado, que Abu-Suaid decía:

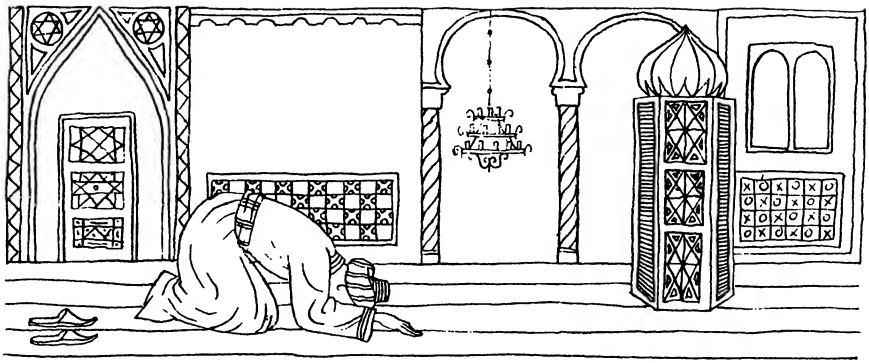
–Al oírme aquello la vieja, levantó la cabeza y guiñó sus ojos y recitó este poema:

–Quise teñir aquello
que el tiempo había teñido;
mas no duró mi tinte,
que el otro lo ha vencido.
¡Guay de mí! En otro tiempo
mi goce era cumplido,
lo mismo por delante
que por detrás, amigos;
pero después de todo
ahora ya da lo mismo.

Díjela yo al oírla:

–Alá te recompense, *¡ye* perla de las viejas!, por tu sinceridad al lamentar los ya vedados deleites.

No lo eres tanto, sin embargo, al dar a entender que ya en ti el deseo duerme.



HISTORIA DE TAUADDUD, LA ESCLAVA

(Noches 269 a 280)

Ya hemos mencionado antes a esta sabia esclava, que, por la amplitud de sus conocimientos y su educación cumplida, se tasa a sí misma, sin exageración, en diez mil dinares.

Pero Tauaddud, cuyo nombre significa a la letra Prueba de amor*–no* Docta simpatía, *como interpreta Mardrus–, es también una amadora modelo, que llega al punto de venderse para salvar de la miseria a su adorado, que es al mismo tiempo su señor. Su señor y dueño, en el doble sentido. Suerte que una esclava de su precio solo puede comprarla un soberano y así la misma Tauaddud indica a Abu-l-Hasán que la ofrezca al emir de los creyentes, Harunu-r-Raschid, siempre dispuesto a enriquecer su harén con jóvenes bellas, sabias y artistas. La belleza de Tauaddud puede apreciarse en cuanto se quita el velo; no así su saber, y el jalifa, antes de abonar su precio, quiere comprobar si su saber corre parejas con su hermosura y la somete a un examen en que actúan de árbitros especialistas en las respectivas materias que la muchacha pretende dominar. Deja la examinanda corridos y suspensos a los examinadores, y el jalifa, maravillado, muéstrase dispuesto no solo a abonar los diez mil dinares, sino a concederle la gracia que le pida. Tauaddud entonces pídele que la restituya a su verdadero señor, el pródigo Abu-l-Hasán, y el monarca, magnánimo, accede a ello, colmándolos a ambos de mercedes con regia prodigalidad. Tauaddud confirma plenamente su nombre con la prueba de amor que da al hijo del mercader, prefiriéndolo al fastuoso vicario de Alá, al señor de los hombres y los genios.*

El examen a que el jalifa somete a Tauaddud, y del que esta sale con sobresaliente en todas las asignaturas–incluso en el juego de ajedrez–, es

un documento precioso que muestra las materias que debía dominar una hetera *islámica para ser considerada verdaderamente culta. El narrador toma ocasión de ahí para exponer en compendio una* suma *sincrética de todo el saber de su siglo, y en la que se funden ideas de todos los pueblos cultos con los cuales el triunfo de las armas puso en contacto a los musulmanes; en ella se advierte esa tendencia a conciliar razón y fe, mito y verdad, mediante una labor de síntesis, análoga a la de nuestros escolásticos, y que tuvo su primer punto de partida en la Alejandría del siglo* V*–ese famoso laboratorio de creencias–; sobre la base firme de la ortodoxia musulmana y su* Corán*–que ya de por sí representa otro intento de sincretismo religioso–; la interpretación escolástica admite jirones de antiguas creencias brahmánicas, parsis y zoroástricas, mezcladas con ideas platónicas y aristotélicas. El documento es una sinopsis de todas las opiniones que entonces se agitaban en el seno del Islam y que este trataba imperialmente de conciliar con su dogma básico de la unicidad de Dios y la revelación contenida en el* Corán.

Labor análoga a la que el genio hebreo realizaba también en su ingente y heteróclito Talmud*, en cuyas secciones* Abbot-Berajot*, etc., figuran hartas controversias entre doctores, parecidas a esta. En la versión de Burton se titula esta historia* Abu-al-Husn y su joven esclava Tauaddud.

–Cuentan, asimismo, que había un hombre en Bagdad, el cual gozaba de gran poder y riqueza, siendo en realidad uno de los más principales mercaderes de la ciudad.

Habíale allanado Alá los caminos y todo se lo había concedido, menos la dicha de tener un hijo, según le había pedido.

De suerte que pasaron sobre él los años, sin que llegara a tener sucesión, ni de hembra ni de varón.

Acrecióse luego su edad y menguó su fuerza vital y se encorvó su espalda y aumentó su debilidad y se hizo más grande su pesar, llegando a temer que se extinguieran por igual su linaje y su hacienda, al no dejar un hijo que lo heredase y en el que su recuerdo perdurase.

Postróse el hombre ante Alá (¡glorificado sea su nombre!) y ayunó todo el día e hizo votos piadosos y vistió a los varones devotos y extremó sus actos de humildad ante Alá. Hasta que Alá se dignó escuchar sus ruegos y se apiadó de tanta humildad y tanto dolor.

Y de allí a pocos días durmió el hombre con una de sus mujeres y la dejó encinta aquella misma noche.

Cumpliéronse luego los meses del embarazo y dio a luz con felicidad un hijo varón, que parecía una luna en todo su esplendor.

Cumplió el padre sus votos y dio gracias a Alá (el poderoso, el misericordioso) y repartió muchas limosnas y vistió a viudas y huérfanos.

Y la séptima noche, después del parto, puso a su hijo el nombre de Abu-l-Hasán, y se lo encomendó a las nodrizas que lo habían de criar, y le asignó esclavos que lo sirvieran hasta que se desarrollara y creciera y lozaneara.

Y púsole maestros que le enseñaran el sagrado *Corán* y los preceptos del

Islam y los artículos de la fe de la Verdad, y asimismo le enseñaran a escribir y hacer versos y echar cuentas y disparar la flecha, esgrimiendo la ballesta.

De suerte que vino a ser el niño la perla de su siglo y el mozo más gallardo y bello de los de su tiempo, pues tenía una cara salada y un habla elocuente y agraciada y un andar cimbreante y garboso, y unas mejillas rosadas y una frente de blancura inmaculada y un leve bozo que encantaba los ojos.

Como hablando de él dijo un poeta famoso:

«Semeja un vergel florido
en tiempo de primavera;
son sus mejillas dos rosas
y el vello que las sombrea
levemente se diría
que es la tímida violeta
que asoma en medio del césped,
toda llena de modestia.»

Vivió el joven con su padre largo espacio de tiempo y no hay que decir cuál era la alegría del viejo, hasta que Abu-l-Hasán llegó a la edad de la hombredad.

Hízolo sentar entonces su padre junto a él, y le dijo:

—Mira, hijo mío: yo ya me estoy acercando a mi término y me ronda ya mi acabamiento, de suerte que no me queda más sino volverme con Alá (loado sea por toda una eternidad).

Pero al morir te dejaré lo suficiente para vivir: dineros y huertos y fincas y quintas; da gracias, pues, a Alá por lo que vas a heredar y mantente en su temor y no sigas sino a Aquel que tantas gracias te concedió.

Tardó poco, luego de eso, en caer el hombre enfermo y su dolencia se le agravó en términos que al cabo murió.

Hízole su hijo funerales cumplidos y le dio sepultura como era debido, después de lo cual recluyóse en su casa y guardó luto por el difunto, sin que de noche ni de día hiciese otra cosa que llorar y suspirar, presa de gran melancolía.

Visto lo cual dijéronle sus amigos:

—No llores tanto a tu padre, que quien dejó en el mundo un hijo como tú puede decirse, con verdad, que muerto no está. Aparte de que, lo que pasó, pasado es y no hay contra ello poder. Y el hacer planto solo está bien en las mujeres, no en los varones esforzados.

Y tanto y tanto le dijeron sus amigos que por fin el joven se dignó oírlos y, dominando su pesar, conducido por ellos, entró en el *hammam* y se sobrepuso a su dolor.

Y olvidó las amonestaciones de su padre y se maravilló de verse en posesión de hacienda tan considerable y se hizo la ilusión de que la suerte habría de estar siempre a su disposición y que el dinero no tiene cesación.

Así que Abu-l-Hasán entregóse por entero a comer y beber y divertirse y holgarse y vestirse los mejores trajes y regalar a sus amigos a manos llenas, derrochando sin duelo su hacienda.

Y mandaba servir pollo en su mesa y rompía los sellos de las botellas y llamaba a su casa tocadores y cantadores para que le recreasen los oídos con sus músicas y canciones.

Y tal vida estuvo haciendo hasta que se le acabó al fin el dinero y todos entonces la espalda le volvieron, dejándolo solo en su casa, sin más compañía que la de una esclava que su padre le dejara, entre las demás cosas que heredara.

Era la esclava aquella de hermosura tal que no tenía par, pues era perfecta y su gracia y decoro corrían parejas con su belleza.

Y a más de hermosa era muy instruida y se expresaba con elocuencia y hasta sabía componer lindos poemas.

Y habíase hecho más famosa que muestra de tienda por su genio seductor y su saber, que unía la práctica a la teoría, y su garboso andar, flexible y cimbreante y delicado, aunque tenía más de cinco pies de alta y ninguna de las perfecciones de la belleza le faltaban, pues lucía en la cara entrecejo corrido, que la luna creciente de Schâban [1] semejaba, y eran sus ojos como los ojos de la gacela, y su nariz parecía el filo de una cimitarra buida, y sus mejillas eran encarnadas como la anémona sanguinaria, y su boca comparable al sello de Solimán, y sus dientecillos eran como perlas puestas en hilera, y su ombligo tenía la cabida de una onza de aceite de bencina, y era su talle más apretado que su cuerpo, al que Amor había espiritado y la reclusión había agravado, y su trasero podía compararse a dos algaidas de arena del desierto; en una palabra: que era un folio de encantos, según dijo muy bien en estos versos un poeta nombrado.

«Arrebata si de frente
se la mira, y si la espalda
nos vuelve, con el pesar
de la ausencia luego mata.
Es como un sol esplendente,
exento de toda tacha,
y con ser tan bella, nunca
se muestra altiva ni huraña,
sino que a todos sonríe
y les pone buena cara.
Bajo su túnica leve
en su pecho se recatan
del Paraíso los jardines
por los que el creyente lampa,
y la luna llena gira
en torno de su garganta.»

Y parecía una luna llena en su orto y una gacela que ramonea, una doncellica que, de nueve más cinco [2], al sol y a la luna abochornaba y corridos dejaba, como de ella dijo otro poeta diserto en los siguientes versos:

«A la luna se parece,
en sus cinco y cinco y cuatro.
No tengo yo, pues, la culpa
de que me parezca al astro.» [3]

Clara de cutis, fragante el aliento, dijérase creada del puro fuego y moldeada en el cristal terso; color de rosa eran sus mejillas y toda su forma perfecta y cumplida, según dijo un poeta, intentando describirla:

«Su cuerpo la fragancia del sándalo despide,
al aroma mezclada del ámbar y el almizcle.
Oro y plata, azafrán y anémona juntaron
sus colores en ella, para más cautivarnos.
Es una flor que aún su capullo recata;
es una perla virgen en su concha de nácar;
un ídolo en su nicho, al que todos acatan.
Es esbelta y ligera, y la vivacidad
de su genio le manda levantarse y saltar,
en tanto sus pesadas, opulentas caderas,
le aconsejan que ande despacio y sin violencia.
Solo tiene un defecto y es la coquetería,
que hace que a mis anhelos a acceder se resista.
Pero, a pesar de todo, es tan bella que yo
a Alá glorifico por tan linda creación.»

Cautivaba, en suma, a quienquiera la contemplaba con la excelencia de su hermosura y el almíbar de su sonrisa, y con las saetas que sus ojos lanzaban todos los corazones traspasaba, y demás de todo eso, tenía mucha labia y sabía componer versos.

Y al ver ahora que Abu-l-Hasán, su señor, había ya despalillado todo su caudal y todo cuanto poseía además, de suerte que solo ella le quedaba, y llevaba ya tres días de no probar bocado ni dormir, fue y le dijo así:

–Mira, señor: cógeme y llévame al emir de los creyentes, Harunu-r-Raschid

Pero vio Schahrasad venir la mañana y cortó el hilo de sus elocuentes palabras.

[1] Octavo mes del calendario musulmán. Corresponde a nuestro agosto. Significa a la letra el que junta o reúne. Es también nombre propio de varón. En Córdoba, en el siglo X, registran las crónicas un literato llamado Ibn-Schâban.

[2] Es decir, entre los catorce y los quince años.

[3] En lo pálido.

Y LA NOCHE 270 SIGUIO DICIENDO LA MUCHACHA:

–Tengo entendido, *ye* monarca, el afortunado, que la esclava le dijo a su señor:

–*¡Ye* mi señor! Cógeme y llévame ante Harunu-r-Raschid, el emir de los creyentes, el quinto de los Beni-l-Abbas, y pídele que te me compre, por el precio de diez mil dinares, con los cuales podrás arreglarte. Y si por ventura el jalifa encontrase esa suma excesiva, le dirás en seguida: «*¡Ye* emir de los creyentes!, esta esclava que te ofrezco vale más de ese precio, pues no tiene en el mundo rival, de suerte que solo es digna de tu grandeza jalifial.»

Y añadió la esclava:

–Guárdete Alá de venderme en un precio inferior al que te digo yo, pues en verdad que valgo mucho más.

He de hacer constar, sin embargo, que eso no lo sabía su amo, el cual ignoraba que no tenía par en el mundo aquella esclava.

Cogió, pues, Abu-l-Hasán a la muchacha y llevóla a presencia de Harunu-r-Raschid, y se la ofreció, diciéndole las mismas palabras que ella le dictara.

–¿Cómo te llamas?–preguntóle el jalifa a la esclava.

–Mi nombre es Tauaddud–contestóle ella.

–Y ¿qué ciencias posees?–tornó a preguntarle el jalifa. Y ella respondióle:

–*¡Ye* mi señor! Yo domino la Gramática, la Lógica y la Poética, y la ciencia sagrada y la hermenéutica, y también la música y las cuentas, y conozco los libros antiguos y el *Corán* divino y lo sé leer según los siete y los diez estilos, y sé el número exacto de azoras y aleyas que contiene, de sus partes y sus mitades y edades y de sus reverencias y genuflexiones, así como también el número de las letras que lo componen y de las copias que de él se han hecho y por qué descendió de los cielos; y conozco asimismo los sublimes hadices y las opiniones que de ello se derivan, y también he espigado en las ciencias de la Matemática y la Geometría y la Filosofía; y en las del Derecho y la Oratoria y la Retórica, y me sé de todas ellas muchas cosas de memoria.

Y sé componer versos y tocar el laúd y domino todos sus secretos y registros, y sé pulsar sus cuerdas de modo que expresen lo que yo quiera, de suerte que no hay nadie que insensible a su encanto sea.

Y, en resumidas cuentas, que llego adonde solo los muy versados en el saber llegan [4].

Luego que le oyó el jalifa decir todo aquello, con ser aún una niña, maravillóse de su elocuencia y de su soltura de lengua y, volviéndose a su dueño, le interpeló diciendo:

–Voy a hacer que venga acá quien con ella pueda rivalizar en todo eso que ha dicho y haré que celebren ante nosotros un torneo y, si en él sale vencedora tu esclava, te abonaré por ella el precio que reclamas, y todavía más, que corto en ese caso no me habré de quedar.

–Hágase, mi señor, según tu voluntad –respondió Abu-l-Hasán.

Escribió luego el jalifa a su virrey de Bazra ordenándole que le enviara a Ibrahim-ben-Siyyaru-n-Nizam, que era el más eminente de todos los sabios de

[4] Los *rasijuna fi-l-îlmi* de que habla el *Corán*, sura IV, *An-Nisá* (Las mujeres), aleya 160.

su tiempo, en punto a la dialéctica y a la elocuencia, la retórica y la poética, y le mandó que hiciera comparecer en su presencia a todos los hombres de letras y a los médicos, astrólogos, geómetras, filósofos, etc. De todos los cuales era Ibrahim el más entendido y útil.

No tardaron todos aquellos sabios en congregarse en el palacio del soberano, sin saber ninguno de ellos el objeto para que se les había convocado.

Hízolos pasar el jalifa a su sala de audiencia y los mandó sentar y ellos se sentaron, después de hacerles sus zalemas.

Ordenó luego el jalifa que le llevaran a Tauaddud, la esclava, la cual a poco de eso se presentaba, y dizque al quitarse el velillo, parecía por su belleza una fulgente estrella.

Ofreciéronle un sitial de oro, y ella, después de hacerle al jalifa su reverencia, tomó asiento en el sillón y, expresándose con lengua expedita, díjole así al jalifa:

–Diles a esos sabios aquí presentes, *¡ye* emir de los creyentes!, a esos médicos y astrólogos y juristas, geómetras y teólogos y filósofos, que me propongan cuantas cuestiones quieran para que sobre ellas entablemos controversia.

Dirigióse a ellos el jalifa y les dijo:

–Quiero que sostengáis con esa esclava un torneo de saber y contestéis a los argumentos que os pueda oponer.

Y ellos respondieron:

–Oír es obedecer, tratándose de Alá y de ti también.

Bajó luego la esclava su cabeza y dijo, puesta la mirada en la tierra:

–¿Cuál de vosotros, *ye* sabios alfaquíes, es el más versado en la lectura del *Corán* y en los hadices?

–Yo soy–respondió uno de ellos–y aquí me tienes apercibido y dispuesto.

–Bien–exclamó la joven–, pregúntame entonces lo que quieras, que yo a todo te daré la respuesta.

Procedió el sabio a interrogarla y empezó con estas palabras:

–¿Leíste el Libro de Alá y conoces las copias y el original y sabes el número de sus aleyas y de las letras de que consta todo el libro?

–Sí que lo sé–respondió la esclava. Y el sabio, al oírla, dijo en seguida:

–Pues entonces dime los preceptos de rigor y háblame también de tu Señor y de tu Profeta y de tu Imam y de tu Alkibla y de tus hermanos y de tus caminos y senderos y métodos.

Y la joven contestóle, diciendo:

–Mi Señor es Alá y mi Profeta Mohammed (sean con él la oración y la paz), y mi Imán el *Corán,* y mi Alkibla la Kâba, y los musulmanes mis hermanos, y el buen camino que sigo y la tradición la norma a que me ajusto con todo rigor.

Maravillóse el jalifa al oírla, al ver la elocuencia con que se expresaba y que con su poca edad contrastaba. Y el alfaquí siguió interrogándola y le preguntó:

–Dime, esclava: ¿por qué medio se llega de Alá al conocimiento?

–Llégase a él–respondió la joven–por el intelecto.

–¿Y qué es el intelecto?–tornó a preguntarle el doctor.

Y la muchacha respondió:

–Hay dos clases de intelecto: el innato y el adquirido. El intelecto innato es el que creó Alá (loado sea su nombre) y se lo dio al hombre para que sirviera de guía a aquellos de sus siervos a los que tuvo a bien concedérselo, y el intelecto adquirido, es el que el hombre se granjea con el estudio de las ciencias.

–Bien dicho, muchacha–exclamó el jalifa, aplaudiendo a la esclava. Y el doctor prosiguió:

–Pero dime ahora: ¿dónde reside el intelecto en la persona?

–Púsolo Alá–respondió la joven–en

el corazón del hombre, de donde irradia al cerebro y allí fija su asiento.

–Está bien–aprobó el doctor–. Pero, vamos a ver, ¿cómo se puede al Profeta conocer?

–Se le conoce–respondió la esclava–por la lectura del libro de Alá (glorificado sea su nombre santo) y por sus aleyas y además por las pruebas y demostraciones y por los milagros que confirman esas razones.

–Está bien–aplaudió el doctor–. Pero dime ahora: ¿cuáles son los preceptos de rigor y cuáles las normas sólidas?

–Cuanto a los preceptos de rigor –respondió la joven–, cinco son, a saber: dar testimonio de no haber más dios que El Dio, el único y sin compañero, y que Mohammed es su Profeta verdadero, a más de su siervo, y la observancia de la zalá y la práctica de la limosna y el ayuno del Ramadak y la peregrinación a la casa de Alá, la venerada, en señal de acatamiento a sus ordenanzas.

Tocante a las normas estables y sólidas–respondió la esclava–, son cuatro: la noche y el día, el sol y la luna, y ellas rigen la vida y la ilusión, sin que sepa el hijo de Adán que ellas le miden el plazo del que no ha de pasar.

–Está bien, muchacha–exclamó el doctor–. Pero vamos a ver si me sabes decir cuáles son los preceptos esenciales que debe observar todo buen musulmán.

–Son–respondió la joven–los siguientes: la oración, la limosna, el ayuno, la peregrinación y la guerra santa y la evitación de toda mala acción.

–Está bien–aprobó el doctor–. Pero dime ahora: ¿cómo debemos hacer la zalá para que sea acepta a Alá?

Y respondió la esclava:

–Para eso se ha de tener intención verdaderamente piadosa y un sentimiento sincero de servir al Creador de toda cosa.

–Está bien–asintió el alfaquí–. Pero dime ahora: ¿qué te manda hacer Alá antes de ponerte a rezar?

–Me ordena–respondió la esclava–que me asee y encubra mis vergüenzas y me vista de limpio y me coloque en un lugar donde no haya suciedad y me vuelva hacia la Alkibla y reconcentre la mente y ensalce el templo, el venerable.

–Está bien–aprobó el doctor–. Ahora dime: ¿con qué intención te preparas tú a la oración?

–Pues con un sincero propósito de adorar a Alá–contestóle la esclava, sin vacilar.

–¿Y con qué intención te encaminas a la mezquita?–tornó a preguntarle el doctor.

–Con la de servir sinceramente a Alá–respondióle la joven sin tardar.

Y el alfaquí le tornó a preguntar:

–¿Y por qué te vuelves a la Alkibla?

–Pues porque así lo mandan los preceptos de rigor y la tradición–la joven contestó.

–Está bien–aplaudió el doctor–. Pero dime: ¿qué es lo que integra la zalá y qué es en ella lo permitido y qué lo prohibido?

–La esencia de la zalá–respondió la esclava–la constituyen la pureza y la paz.

–Está bien–aprobó el doctor–. Pero dime: ¿qué es lo que suele pasar al que deja la zalá?

–El que se abstiene de rezar–contestó la esclava–comete una gravísima falta que no admite la disculpa, y se puede asegurar que no ha de tener parte en el Islam.

–Está bien; pero hablemos de la zalá. ¿Puedes decirme en qué consiste?

–La zalá–respondió ella–es el lazo que une al siervo con su Señor [5] y en

[5] *Zalá*, oración; *zila*, unión, Juego de palabras entre las raíces *zlá*, orar, y *uzl*, llegar.

ella se cifran diez excelencias, pues ilumina el corazón, transfigura el semblante, agrada a Alá y enoja al Schaitán, ahuyenta la calamidad, apaga el fuego del enemigo y acrece la misericordia y el favor divinos; conjura el castigo, aproxima al siervo a su Señor, como ya he dicho, y libra, finalmente, de caer en pecado y renegar de la fe del Islam.

Y ha de añadirse todavía que la oración es uno de los preceptos de rigor y la prescribe taxativamente el Libro y es uno de los pilares de la religión.

–Está bien–aprobó el teólogo–. Pero vamos a ver si sabes contestar: ¿cuál es la clave de la zalá?

Y la esclava respondió sin vacilar:

–La clave de la oración es la ablución.

–¿Y la clave de la ablución?–el teólogo preguntó.

–La invocación en el nombre de Alá–contestó la joven sin tardar.

–¿Y la clave de la invocación?–el alfaquí le preguntó.

–Es la rectitud–ella contestó.

–¿Y la clave de la rectitud?–preguntó el alfaquí.

–Consiste en ponerse en manos de Alá [6]–contestó ella, sin vacilar.

–¿Y la clave para eso?–preguntó el doctor.

–La esperanza–ella le contestó.

–¿Y la clave de la esperanza?–inquirió el teólogo.

–La obediencia–respondióle ella.

–¿Y la clave de la obediencia?–preguntóle el doctor.

Y ella le contestó:

–El reconocimiento de Alá en la conciencia, como Señor de toda la Naturaleza.

–Está bien–aprobó el alfaquí–. Ahora me vas a decir cuáles son los requisitos de una buena ablución.

–Son seis–contestó la muchacha–, según la opinión del imán As-Schafi-yu-Mohammed-ben-Idris (téngale en su gracia Alá), a saber: la buena intención al lavarse la cara y las dos manos y los dos brazos hasta el codo y la cabeza y los pies hasta los tobillos, dejando esto para lo último.

Requiérese, además, lavarse las dos manos antes de entrar en la pila o en el baño y lavarse parte de la cabeza y las dos orejas, por dentro y por fuera, con agua limpia y nueva.

Y asearse las barbas y los dedos de las manos y los pies, dando la precedencia a la mano diestra sobre la izquierda.

Al terminar la ablución, se ha de decir con fervor: «Certifico que no hay *ilah* sino Alá, el único y sin compañero, y atestiguo, asimismo, que Mohammed es su siervo y su Profeta sobre la tierra.

»¡*Ye* Alá, ponme en el número de los arrepentidos y los puros; loor a ti, *ye* Alá!

»¡Yo doy fe de que no hay más *ilah* que tú y de Ti imploro mi perdón y mi absolución y a Ti me vuelvo en mi contrición!»

Cónstame por el hadiz que el Profeta (sean con él la oración y la paz) dijo: «Quien practica bien la ablución halla abiertas las ocho puertas del Paraíso y puede entrar por todas ellas sin pedir permiso.»

–Está bien–aplaudió el alfaquí–. Pero dime: cuando el creyente se dispone a hacer la ablución, ¿qué hacen los ángeles y los schaitanes? ¿Se hallan estos presentes en la operación?

Y la muchacha contestó:

–Cuando el creyente se dispone a hacer la ablución, colócanse los ángeles a su diestra y los demonios a su siniestra. Pero al invocar el nombre de Alá y proceder a sus abluciones, huyen

[6] «El es el piadoso y en El nos aseguramos y a El nos encomendamos.» *Corán*, sura LXVII, *Al-Mulk* (El reino).

luego los schaitanes y lo cubren y cobijan los ángeles, con una bóveda formada de su propia luz, sostenida por cuatro pilares, junto a cada uno de los cuales hay un ángel que alaba a Alá e implora para el creyente el divino perdón en tanto dura su invocación.

Pero cuando el creyente no invoca a Alá al iniciar sus abluciones, y no reza las oportunas oraciones, son los demonios los que lo cobijan, en tanto los ángeles se van de allí aprisa.

Y los demonios empiezan a soplarle en los oídos hasta que se les cuela dentro la duda y hacen una ablución deficiente y no surte esta el buen efecto conveniente.

Y dijo también (la oración y la paz sean con El): «Una ablución pura y perfecta ahuyenta a los diablos y al creyente concilia la protección divina.» Y dijo también (sean la oración y la paz sobre El): «Aquel a quien le ocurre un contratiempo y no ha practicado la ablución no deberá culpar a nadie de su desgracia, si no es a su propia alma.»

–Está bien–aprobó el alfaquí–. Pero dime ahora: ¿qué es lo que debe hacer el creyente de fe sincera cuando de su sueño despierta?

–Al despertarse el creyente–respondió la muchacha–debe lavarse tres veces las manos antes de introducirlas en el baño.

–Está bien–asintió el examinador–. Pero dime ahora: ¿cuál es el sentido de la ablución?

Y la muchacha respondió:

–La limpieza y el aseo del cuerpo por medio del agua, haciendo que esta penetre en todos los miembros y en las partes provistas de pelo. Y se han de lavar los pies, para que se cumpla la fórmula. Se ha de llevar el aseo hasta el final.

Sorprendió aquí a Schahrasad la mañana y atajó el flujo de sus fluyentes palabras.

PERO LA NOCHE 271 SIGUIO DICIENDO LA MUCHACHA:

–Ha llegado a mis oídos, *ye* monarca, el afortunado, que, luego que la joven le expuso al alfaquí el sentido de la ablución, aquel la aprobó, pero la dijo a continuación:

–Dime ahora las razones que justifican el empleo de arena, en vez de agua, al hacer las abluciones.

–Siete son–respondió la esclava–, a saber: la falta de agua, el temor, su escasez, el haberse extraviado en el camino, la enfermedad y el tener un miembro vendado o herido.

Cuanto a sus requisitos, son cuatro: la buena intención, la arena y la frotación de la cara y de ambas manos.

Y además se ha de invocar a Alá y se ha de dar preferencia a la mano derecha sobre la izquierda.

–Está bien–aprobó el doctor–. Pero dime: ¿cuáles son los requisitos de una buena oración?

–Cinco–respondió la muchacha–: tener limpio el cuerpo, cubrir las vergüenzas, elegir el momento indicado y volverse hacia la Alkibla y colocarse en un sitio limpio de inmundicias.

Cuanto a sus fundamentos, son la buena intención y glorificar a las cosas dignas de loor y recitar la primera sura del *Corán* y decir: «En el nombre de Alá, el piadoso, el apiadable...» Y la genuflexión sin precipitación, lo mismo que la incorporación y la prosternación

y el acto de sentarse entre dos actos de adoración; más invocar el nombre de Alá y orar por su Profeta Mohammed (sobre El la oración y la paz).

Los pilares de la zalá son la llamada del almuédano; levantarse y elevar ambas manos en dirección al templo, el venerable; impetrar de Alá la victoria y la seguridad y el amparo contra el mal; recitar la sura segunda y pronunciar la fórmula de: «¡El más grande es Alá!», y también las palabras: «¡Alá presta siempre oídos a quien lo ensalza rendido! ¡*Ye* Señor nuestro, a ti loor y alabanza, y lo patente en su sitio y lo arcano en su lugar secreticio!»

Después de lo cual se han de recitar la profesión de fe última y la salutación segunda.

–Está bien–aprobó el alfaquí–. Pero ahora dime: el diezmo ¿en qué consiste?

–El diezmo–respondió la muchacha–puede consistir en oro y plata y camellos y vacas y trigo y cebada y grano y habas y guisantes y dátiles y pasas.

–Está bien–aprobó el doctor–. Ahora dime, muchacha: ¿a cuánto debe ascender el diezmo si en oro se paga?

–Cuando solo se posee un caudal inferior a veinte *mitskales*–respondió la muchacha–, no hay que pagar nada. Pero si el capital excede de esa cifra hay que abonar medio *mitskal* y, a razón de esto, si excede más.

–¿Y si se paga en plata?–preguntó el alfaquí. Y la muchacha le respondió así:

–Si no llega a los doscientos dirhemes la cantidad no hay ningún diezmo que abonar. En pasando de esa cifra se han de pagar cinco dirhemes, y, a razón de esto, lo demás en que excediere.

–¿Y si se trata de ganado?–inquirió el sabio.

–Si son camellos–respondió la muchacha–, se abonará por cada cinco que se posean una oveja, hasta los veinticinco, y en pasando de ahí una oveja preñada se habrá de incluir. Si se trata de carneros y borregos, si suman cuarenta, se da uno. Y lo demás que exceda, con arreglo a esa cuenta.

–Está bien–aprobó el doctor–. Pero ahora dime: ¿cuáles son los requisitos del ayuno para que su efecto sea seguro?

–Abstenerse de todo alimento y de toda bebida, así como también de la cohabitación con mujer, siendo obligatorio para todos, incluso para las hembras, que no adolezcan del menstruo o sean parturientas.

Es de rigor empezar a observarlo desde que se ve en el cielo la luna nueva y nos lo anuncia alguien digno de que se le crea.

Son sus condiciones retrasar el almuerzo y abstenerse de hablar como no sea para algo bueno o para invocar a Alá y recitar el *Corán*.

–Está bien–respondió el alfaquí–. Mas dime ahora: ¿qué cosa es la que el ayuno no quebranta?

–El unto–contestó la muchacha–y la alheña para los ojos y el polvo del camino y el tragar la saliva y eyacular en sueños y el mirar a mujer forastera y la sangría y las sanguijuelas [7]. Nada de esto perjudica al ayuno ni le resta mérito.

–Está bien–asintió el doctor–. Dime ahora: ¿cuál es la zalá que se reza en las fiestas del Islam?

–Se hacen dos genuflexiones–respondió la joven–, sin necesidad de llamada del almuédano ni de elevar las manos al cielo.

Pero ha de hacerse la oración en comunidad y en la primera genuflexión se ha de recitar siete veces la fórmula de: «¡El más grande es Alá!», además de ensalzar a los lugares venerables, y en la segunda genuflexión se ha de decir cinco veces la fórmula de: «¡Alá es el más grande!», más los loores de

[7] Sura II, *Al-Bakra* (La vaca).

rigor a los lugares venerables. Todo esto con arreglo al dictamen del imán As-Schafiyu (¡téngalo Alá en su gloria y su paz!).

–Está bien; pero dime ahora: ¿cuál es la zalá de cuando el sol se eclipsa y aquella otra de cuando la luna se empaña y no brilla?

–Consisten–respondió la muchacha–en dos genuflexiones sin llamada de almuédano ni postración en el suelo, como en las demás; y el creyente se sentará y la profesión de fe recitará e impetrará el perdón de Alá; y se remangará sus vestidos, poniendo lo de arriba abajo, e invocará a Alá con mucho fervor y humildad.

–Está bien–aprobó el doctor–, pero ahora dime: la oración del *uitr* ¿en qué consiste?

–El *uitr* menor–respondió la muchacha–solo comporta una genuflexión y once el mayor.

–Está bien–aplaudió el doctor–. Pero dime ahora: ¿en qué consiste la zalá de la aurora?

–La menor–respondió la joven–en dos genuflexiones, y la mayor, en doce.

–Está bien–asintió el sabio–. Pero dime ahora, si lo sabes: ¿qué es el *itikaf,* o sea, el retiro espiritual?

–El *itikaf*–respondió la muchacha–pertenece a la *sunná.*

–Está bien–aplaudió el maestro–. Pero dime: ¿en qué consiste?

–Consiste–contestó la muchacha–en la buena intención y en recluirse en una mezquita y no salir de ella más que para las cosas precisas y en abstenerse de todo trato con mujer y observar el ayuno y rehuir toda plática vana y toda cháchara mundana.

–Está bien–aprobó el doctor–. Pero ahora dime: ¿qué sabes tocante a la peregrinación?

–La peregrinación–contestó la muchacha–es un precepto de rigor para todo musulmán que llegó a la edad de la razón y que ha de practicarse, por lo menos, una vez en la vida, antes que la muerte sea venida.

–¿Y cuáles son–inquirió el doctor–los preceptos particulares referentes al alhage?

Y la muchacha respondió:

–Vestirse el *hiram* [8] y detenerse en el Arafat y dar las vueltas consabidas en torno al templo y la carrerilla habitual entre Safá y Meruah [9], y afeitarse el pelo y cortarse las uñas de los dedos [10].

–Está bien–aprobó el maestro–. Pero dime ahora: ¿cuáles son del *alchihad* los fundamentos?

Y la muchacha respondió al momento.

–Pues la agresión de los infieles a los creyentes, y consiste en convocar a los muslimes y allegar huestes y combatir al enemigo con denuedo y brío.

Y dijo (¡glorificado sea su nombre!): «*Ye nabi* ilustre: azuza a los creyentes a la lucha contra los infieles.» [11]

–Está bien–aprobó el doctor–. Pero ahora dime lo relativo a la compra y la venta de los artículos.

–Las condiciones de la venta–respondió la muchacha–son la aceptación y el agrado y que lo vendido sea de propiedad del vendedor y represente algún valor y su precio no raye en lo usurario.

Y su regla se cifra en el trato y elección y mutuo consentimiento entre vendedor y comprador, según el dicho del Profeta: «El mutuo consentimiento es la base de la venta.»

–Está bien–aplaudió el doctor–. Pero dime ahora: ¿qué cosas son aquellas que no pueden ser objeto de venta?

[8] Túnica especial de paño burdo que ha de vestir el peregrino.

[9] Meruah y Safá son dos colinas próximas a Meca.

[10] Todos los preceptos relativos a la peregrinación se contienen en la sura XXII, *Al-Hach.*

[11] Sura VIII, *Al-Anfal* (El botín).

–Conservo en la memoria, a ese respecto–respondió la joven–, un hadiz del Profeta que Náfiyu [12] nos transmite, y según el cual prohibió el Enviado de Alá vender dátiles secos a cambio de dátiles frescos, lo que también se aplica a los higos y a la manteca, que no pueden trocarse la curada y salada por la fresca. Y en general no se pueden trocar entre sí cosas comestibles de una misma raíz.

Luego que el alfaquí oyó sus palabras comprendió su listeza y discreción extremadas, así como su profundo conocimiento de los hadices y la ciencia sagrada, amén de su saber en las mundanas. Y se dijo para su ánimo: «No tengo más remedio que idear algo para ver si la cojo en la trampa y delante del jalifa me llevo la palma.»

Y acto seguido preguntó a la mucha cha:

–*Ye* joven, dime: ¿cuál es el sentido estricto de la ablución?

–La ablución–respondió la muchacha–significa, en el sentido literal, purificación y limpieza de toda inmundicia que el cuerpo nos afea.

–¿Y el sentido estricto y literal de la zalá?–inquirió el alfaquí. Y la joven respondióle así:

–La imploración del bien.

–¿Y la del lavado en su sentido literal, no figurado?–tornó a preguntar el maestro.

Y la joven respondióle al momento:

–La limpieza y el aseo.

–¿Y el del ayuno?–preguntóle el viejo, confuso.

–La abstinencia–respondió la joven con presteza.

–¿Y el de la limosna?–preguntó de nuevo el doctor.

–La acrecentación–ella le contestó.

–¿Y el de la peregrinación?–inquirió el alfaquí. Y ella le contestó así:

–Dirección.

–¿Y el sentido literal del *chihad* o guerra santa?–tornó a preguntar el viejo.

–El de defensa contra una agresión –la muchacha le contestó.

Acabáronsele entonces al maestro los argumentos...

Pero al llegar aquí sorprendió a Schahrasad la mañana y cortó el flujo de sus fluidas palabras.

Y LA NOCHE 272 SIGUIO DICIENDO LA MUCHACHA:

–Ha llegado a mi noticia, *ye* el monarca, el afortunado, que al alfaquí se le acabaron sus argumentos al fin y se puso en pie y exclamó así:

–Pongo a Alá por testigo, ¡*ye* emir de los creyentes!, que esta muchacha en saber me aventaja.

–Díjole entonces la esclava:

–Tengo que preguntarte ahora una cosa, para que me contestes en seguida, si es que puedes decírmela.

–Pregunta lo que quieras–contestó el alfaquí.

Y la muchacha dijo así:

–¿Cuántas son las partes que integran la fe?

Y el alfaquí le contestó:

–Diez: la primera, el testimonio [13], que es la esencia de la religión; la segunda, la zalá, o sea, la ofrenda; la tercera, la limosna, que es la purificación; la cuarta, el ayuno, que es la coraza protectora; la quinta, la peregri-

[12] Tradicionista muy respetado. Liberto de Abdu-l-Lah, hijo del jalifa Omar.

[13] De que no hay más dios que El Dio.

nación, que es la ley; la sexta, el *chihad,* que es la culminación de la virtud; la séptima y octava, la práctica de la caridad y la abstención de la infidelidad, que ambas constituyen el fervor religioso, y la novena, la *aljama,* o sea, la buena amistad, y la unión de los creyentes [14], y la décima, la búsqueda de la ciencia o de las nuevas sendas.

–Está bien–respondió la esclava–. Pero aún tengo que preguntarte otra cosa: vamos a ver si sabes contestar: ¿cuáles son las raíces del Islam?

–Son cuatro–respondió el sabio–: la sinceridad en la amistad, la rectitud en la dirección, la retención en la memoria de los preceptos y el cumplimiento de los pactos hechos.

–Está bien–exclamó la esclava–; pero aún tengo que hacerte otra pregunta y me has de responder como es debido, pues si no, te quito los vestidos.

–Bien, muchacha–respondió el sabio–; venga esa pregunta, no andes con reparos.

–Bien; pues allá va–respondió la joven–: ¿cuáles son las ramas del Islam?

Quedóse el viejo silencioso una hora y no abrió para contestar la boca.

Y al ver eso díjole la moza:

–Quítate ahora mismo tu ropa y yo te diré lo que no has sabido responder.

–Dilo tú en seguida–exclamó el jalifa–y yo me encargo de quitarle cuanto lleva encima.

–Las ramas del Islam–dijo entonces la joven–son veintidós: la estricta observación de lo que el Libro manda; la imitación del ejemplo que el Profeta nos dio; abstenerse de agraviar al prójimo; comer tan solo manjares permitidos y no tocar a los prohibidos; dar al malhechor el castigo de que se hizo digno; la contrición sincera; el estudio de la fe verdadera; amar lo bueno; guardar los preceptos; creer en los profetas y huir de las sectas, que la santa palabra alteran; socorrer a los caminantes; fortalecer a los que practican el bien; perdonar las injurias, cuando vengarnos está en nuestro poder; mostrar entereza cuando adolecemos de flaqueza; llevar las contrariedades con paciencia y conocer a fondo a Alá y lo que a su Profeta se dignó revelar; guardarnos de la mirada de Iblis; corroborar nuestro espíritu, y profesar a Alá una fe pura que nada pueda entibiar.

Luego que el jalifa oyó las palabras de la esclava mandó que despojasen al doctor de su vestido y su turbante, cosa que sus servidores hicieron al instante.

Después de lo cual fuese de allí corrido el alfaquí a ocultar su sonrojo y su derrota patente ante el emir de los creyentes.

Levantóse después otro sabio y, encarándose con la muchacha, le espetó estas palabras:

–Vamos a ver si a unas cuantas preguntas me sabes responder.

–Está bien, habla–contestó la muchacha.

Y el sabio le preguntó sin tardanza:

–¿Cuáles son las condiciones de una buena compra por adelantado?

Y la muchacha le contestó al sabio:

–Pues la fijación del precio y la clase de la mercancía y del plazo en que haya de ser entregada y rendida.

–Está bien–respondió el viejo–. Pero dime: ¿cuáles son los preceptos de rigor referentes a los alimentos que se ingieren?

Y la muchacha replicóle diligente:

–Hemos de tener presente que es de Alá de quien todo nos viene y quien nos da la comida y la bebida, y debemos darle por ello las gracias debidas.

–¿Y en qué consiste la acción de

[14] La voz árabe *chma,* significa a la letra: junta, reunión, y responde a la griega *ekklisis,* de donde nuestra Iglesia.

gracias?–preguntó el sabio a la muchacha.

–En mostrar nuestra gratitud a Alá –dijo la joven–por todas las mercedes y favores de que hace objeto al hombre y por todas las cosas buenas que creó para su regalo y satisfacción.

–¿Y las normas para la comida? –preguntó de nuevo el alfaquí. Y la muchacha le contestó así:

–Invocar antes de ella el nombre de Alá (¡exaltado sea!) y lavarse después las manos al terminar. Es también de precepto sentarse sobre el lado izquierdo y coger los manjares con tres dedos y no picar sino en lo que cerca tenemos.

–No está mal–respondió el doctor–. Pero ahora dime: la urbanidad en la mesa ¿en qué consiste?

–Consiste –respondió la muchacha–en tomar solo bocados pequeños y no fijarse en lo que hacen los demás comensales.

–Está bien–dijo el sabio–. Pero ahora quiero oír si sabes cuáles son los broches del corazón y las cosas que se oponen a su cohesión.

–Los broches del corazón–respondió la joven–son tres: el de la fe, cuyo contrario es la incredulidad; el de la *sunná,* cuya antítesis es el afán de innovación, y el de la obediencia, cuyo opuesto es el espíritu de rebeldía y de independencia.

–Está bien–aplaudió el alfaquí–. Mas dime ahora: ¿cuál es la condición de una buena ablución?

–Ante todo, el Islam–dijo la joven–, y después, en segundo orden, la limpieza y pureza del agua y la ausencia de todo impedimento físico o legal que se pudiera alegar.

–No está mal–aprobó el segundo doctor–, pero dime: la fe ¿en qué consiste?

–La fe–contestó la muchacha–se divide en nueve clases: fe del idólatra; fe del creyente en Alá; fe particular; fe en el copista y en lo copiado; fe en Alá y en su Libro y su *nabi* y en el juicio del sino, con la aceptación plena de lo bueno y lo malo, lo dulce y lo amargo.

–Está bien–dijo el alfaquí–, pero dime: ¿cuáles son las tres cosas que se contraponen a tres otras?

Y la muchacha contestó:

–Cuentan de Soliyanu-ts-Tsuriyu que este decía: «Tres cosas hay que ahuyentan a otras tres, a saber: el desdén para con los justos, que nos priva del Paraíso; el desdén para con los reyes, que pone nuestra vida en peligro, y el menosprecio del dinero, que apura la hacienda y hace de nosotros unos pordioseros.»

–Está bien–aprobó el sabio–. Pero dime: ¿cuáles son las llaves de los cielos y cuántas las puertas de ellos?

–Dijo (ensalzado sea)–respondió la muchacha–: «Y abriéronse los cielos», de donde se infiere plenamente que tenían puertas.

Pero dijo (sobre El la oración y la paz): «No hay quien sepa cuántas puertas tengan los cielos, sino aquel que los creó a ellos y no ninguno de los hijos de Adán», aunque se puede decir, en general, que hay en los cielos la puerta por donde bajan a la tierra los bienes que el creador nos dispensa y otra por donde suben a los cielos las acciones que el hombre realiza en este suelo, y la puerta de los dones no se le cierra nunca, hasta que no se le cumple el plazo que de antemano tiene señalado [15].

–Está bien–exclamó el alfaquí–. Pero dime: ¿qué es la cosa completa y la

[15] Según el *Corán,* Alá creó siete cielos y siete tierras: «Alá es quien creó siete cielos y de las tierras otras tantas», sura LXV, *At-Tilak* (El divorcio), de donde cabe inferir que las puertas de los cielos son siete. Pero según una tradición no son siete los cielos, sino, por lo menos, ocho, pues comentando la sura XVII, *Al-Asra* (El viaje nocturno), en que se refiere la ascensión de Mahoma hasta el séptimo cielo, dicen los teólo-

cuasi cosa y la que no llega a ser cosa?

–La cosa completa–respondió la joven–es el creyente; la media cosa, el hipócrita, y la no cosa, el infiel.

–Está bien–aprobó el alfaquí–. Y respecto a los corazones, ¿qué me puedes decir?

–Que hay el corazón sano y el corazón dañado, y el corazón contrito y el corazón abnegado, y el corazón iluminado–respondió la muchacha. Y luego añadió–: El corazón sano es el del amigo de Alá; el corazón dañado, el del infiel; el corazón contrito, el del varón recto y temeroso; el corazón abnegado, el de nuestro señor Mohammed (sean con El la oración y la paz), y el corazón iluminado, el de aquel que le sigue los pasos. Son de tres clases los corazones de los sabios: el corazón que se apega a las cosas de este mundo, el corazón que se apega a la otra vida y el corazón que se entrega por completo a su Señor.

Dicen también que hay tres clases de corazones: el corazón atado, que es el del infiel; el corazón deficiente, que es el del hipócrita, y el corazón firme y valiente, que es el del creyente.

Dicen, asimismo, que los corazones son de tres clases: el corazón iluminado por la luz y la fe, el corazón herido por el temor a la desafección y el corazón atormentado por el miedo al desamparo.

–Está bien–respondió entonces el doctor.

Sorprendió aquí a Schahrasad la mañana y atajó el flujo de sus fluyentes palabras.

PERO LA NOCHE 273 CONTINUO DICIENDO LA MUCHACHA:

–Ha llegado a mis oídos, *ye* monarca, el afortunado, que luego que el segundo alfaquí aprobó la respuesta de la joven a su última pregunta, exclamó aquella dirigiéndose al jalifa:

–*¡Ye* emir de los creyentes! Este segundo doctor hasta cansarme me interrogó; ahora a mi vez voy a hacerle yo dos preguntitas nada más; si me las responde bien, estaremos en paz. De lo contrario, le quitaré también sus ropas como al primero y lo echaré de aquí con viento fresco.

–Pregúntame lo que quieras–contestó el sabio. Y la joven le preguntó en el acto:

–¿Qué me dices de la fe?

–La fe–respondió él–consiste en la solidez de la lengua y la sinceridad del corazón y en el obrar de los miembros, según es razón.

Y dijo (sobre El la oración y la paz): «No es completo el hombre tocante a la fe como no reúna estas cinco condiciones: ponerse en las manos de Alá, confiarse por entero a su voluntad, consagrarse sin reserva a sus preceptos y reglas, conformarse totalmente con lo que El mande y hacerlo todo con la mira puesta en agradarle.»

–Está bien–dijo la joven–. Pero ahora dime del precepto de los preceptos y el precepto que está a la cabeza de

gos musulmanes que el Profeta llegó hasta el octavo cielo, donde vio al Angel de la Luz, setenta mil veces más hermoso que el sol, con setenta mil caras, setenta mil ojos y otras tantas pupilas en cada uno. Y añaden también que fueron ocho mil los mundos que creó Alá (Juan Andrés, *opus cit.*). La esclava hace bien en remitir la cuestión a la superior sabiduría de Alá.

todo precepto, y del precepto que es imprescindible para todo precepto y del precepto que absorbe a todos los demás preceptos y de la tradición que penetra en el interior del precepto y del precepto con el que se completan todos los preceptos.

Permaneció el sabio callado una hora y no llegó ni por un momento a abrir la boca.

Ordenóle entonces el jalifa a la muchacha que explicase ella misma la pregunta formulada y mandóle al sabio que inmediatamente se quitara sus ropas y se las diera a la vencedora.

Tomó luego la palabra la muchacha y dijo:

–*¡Ye* alfaquí! El precepto de los preceptos es el conocimiento de Alá (sea su nombre loado por toda la eternidad); el precepto que va a la cabeza de todo precepto es el relativo al testimonio de que no hay más *ilah* que Alá y Mohammed es el profeta de Alá; el precepto de que han menester todos los demás es el relativo a la ablución; el precepto que de todos los otros es compendio es el que manda limpiarse de la eyaculación; la tradición que penetra en el interior de los preceptos es la concerniente a la limpieza de los dedos, las barbas y los dientes, y aquella otra con la cual todos los preceptos se coronan es la circuncisión y no ninguna otra.

Quedó patente con esto la derrota del alfaquí, el cual se levantó y exclamó:

–Juro por Alá, *ye* emir de los creyentes, que esta joven es más sabia que yo en ciencia teológica y en todas las demás.

Y quitándose sus ropas en el acto fuese de allí corrido y bastante abochornado.

Luego volvióse la joven a los demás sabios que aún quedaban y les interpeló con estas palabras:

–¿Cuál de vosotros es el alfaquí llamado Al-Mokri [16], sabio en la lectura del *Corán* y en Gramática y Etimología arábigas?

Levantóse Al-Mokri y fue a sentarse entre sus manos, y le dijo:

–¿Conoces el Libro de Alá (exaltado sea por toda una eternidad) y posees la ciencia de sus aleyas y de sus concordancias y sus probabilidades, y sabes distinguir entre las azoras de Meca y las de Medina e interpretar su texto, remontándote a las tradiciones y las raíces o fundamentos?

Sí, por cierto–dijo la muchacha.

–Pues dime: si es así–respondió el alfaquí–, ¿cuántas son las azoras del *Corán* y cuántos sus dieces, y cuántas sus aleyas, y cuántas las letras que en él se contienen, y cuántas las prosternaciones que en él se prescriben, y cuántas las veces que al *nabi* se mienta y cuál es el número de las azoras, fechadas, respectivamente, en Medina y en Meca, y cuántas aves, finalmente, hallamos mencionadas en sus páginas elocuentes?

A todo lo cual respondió la muchacha sin vacilar:

–Las azoras del *Corán, ye* mi señor, son ciento catorce, de ellas setenta fechadas en Meca y cuarenta y cuatro en Medina expedidas.

Sus dieces son en número de seiscientos treinta y uno; sus aleyas, ascienden a dos mil doscientas treinta y seis.

El número de palabras que en él se contienen es de sesenta y nueve mil, y el de sus letras, de trescientas veintitrés mil seiscientas setenta, y quien las le-

[16] El lector, epíteto y también apellido. Las historias registran un Ismail Al-Mokri, al que llaman *príncipe de los sufíes*, autor de obras en prosa y versos, de fondo teológico y moral; pero no puede tratarse de él aquí, pues floreció en el siglo IX de la *hechra* y no fue, por tanto, contemporáneo de Harunu-r-Raschid.

Probablemente la denominación de Al-Mokri, el lector, tiene aquí un sentido genérico: el del lector del *Corán* o conocedor a fondo del mismo.

yere, se granjea diez bendiciones por cada una de ellas.

Las prosternaciones son en número de veinticuatro...

Pero al llegar aquí sorprendió a Schahrasad la aurora y cortó el hilo de sus elocuentes y encantadoras palabras.

Y LA NOCHE 274 REANUDO SU RELATO EN ESTA FORMA:

–He podido averiguar, *ye* monarca, el afortunado, que la muchacha de mi historia, contestando a las preguntas del alfaquí, le dijo así:

–Los profetas cuyos nombres menciona el *Corán* son veinticinco, a saber: Adán, Noh, Ibrahim, Ismail, Ishak, Yakub, Yúsuf, Al-Isai, Yunás, Lot, Zálik, Hud, Schoâib Daud, Soleiman, Zu-l-Kafl, Idris, Alyás, Yahya, Zakariya, Ayub, Musa, Harún, Isa y Mohammed (sean con todos ellos la oración y la paz) [17].

Cuanto a las aves mencionadas en el *Corán* son nueve solamente.

–Y ¿cuáles son sus nombres?–le preguntó el doctor. Y la muchacha respondió:

–El mosquito, la abeja, la mosca, la hormiga, la abubilla, el cuervo, el saltamontes y el ruiseñor y el pájaro de Isa [18] (sea la paz sobre él), que es el murciélago.

–Está bien–aprobó el doctor–. Pero dime ahora: ¿cuál es la azora del *Corán* más excelente que todas las otras?

–La vaca [19]–respondió la muchacha.

–¿Y cuál el versículo, el más grande?–preguntó el doctor.

–El del trono–respondió la muchacha–, pues consta de cincuenta palabras, cada una de las cuales granjea a sus lectores cincuenta bendiciones.

–Está bien–aprobó el doctor–. Pero dime: ¿cuál es el versículo que consta de nueve?

–Aquel–respondió la muchacha–que encierra estas palabras: «En verdad que en la creación de los cielos y la tierra y la sucesión de la noche y el día y de la nave que boga sobre el mar, llevando cosas que para las gentes son de utilidad...» etc. [20].

–Está bien–asintió el doctor–. Pero dime: ¿cuál es la aleya más justa de todas?

Y la joven respondió sin vacilar:

–Aquella que dice: «En verdad, Alá manda que se practiquen la equidad y la bondad y prohíbe incurrir en torpeza y apostasía y avaricia...» [21]

–¿Cuál es la más ambiciosa?–tornó a inquirir el alfaquí.

Y la muchacha le respondió así:

–Aquella que dice: «Ambiciona todo hombre entrar en el Paraíso deleitable...» [22]

[17] Según autorizada opinión que cita Roland, los profetas principales fueron: Adán, labrador; Set-Enoch, sastre; Noé, carpintero; Hud, mercader; Zálik, Jizr, Lot, Abraham, Isaac, Ismael, Jacob, Dulkefel, José (rey), Efraín, Nun, Josué, Schoáib, Moisés, pastores; Aarón, Jiziel, Elías, tejedores; Eliseo, Ezra, Daniel, Samuel, David, fabricantes de corazas; Salomón, Zacarías, carpinteros; Jalva o Juan Bautista, Isa (Jesús) y Mahoma, llamado el sello de la profecía. Por lo demás, según una tradición, los profetas, en total, fueron ocho mil.

[18] Se refiere al pájaro de barro (sura III, *Al-Imrán*, la familia de Imrán), que, según el *Corán*, formó Jesús, infundiéndole luego vida con su aliento.

[19] *Al-Bakra*, la segunda.

[20] Sura II, *Al-Bakra* (La vaca).

[21] Sura XVI, *An-Uajl* (La abeja), aleya 92.

[22] Sura XXXIX (Las tropas), aleya 54.

–¿Cuál es el versículo más esperanzado?

Y la muchacha le contestó en el acto:

–Aquel que dice: «Di, oh siervos, que en pro de vuestras almas hacen dispendios, no desesperéis de la misericordia de Alá, que ciertamente Alá os perdonará vuestros pecados, pues Alá es el Perdonador, el Apiadable.»

–Está bien–aplaudió el alfaquí–. Pero dime: ¿qué lección del *Corán* sigues en la lectura del Libro sublime?

–La de la comunidad del Paraíso –respondió la muchacha–, que es la lección que Náfiyu propone como la mejor.

–¿Y qué aleya es esa que pone de mentirosos a los profetas?–interrogó el sabio.

–Aquella que dice: «Y le llevaron (los hermanos de Yúsuf) tu túnica manchada de sangre falsa.» [23]

–Está bien–aprobó el alfaquí–. Pero dime: ¿en qué aleya pone Alá de veraces a los infieles?

–Pues en aquella–le contestó la muchacha–en que dice: «Dicen los judíos: los cristianos no se basan en nada, y dicen los cristianos: los judíos no se basan en nada, y, sin embargo, unos y otros leen la Escritura, y, al decir eso, dicen verdad.» [24]

–Está bien–aprobó el doctor–. Pero ¿qué aleya es esa en que Alá habla en primera persona?

–Aquella–respondió la joven–en que dice: «No creé los hombres y los genios sino para que adorasen.» [25]

–¿Y en qué aleya hablan los ángeles?

–En aquella que dice: «Pero nosotros loamos tu loanza y enaltecemos tu santidad.» [26]–contestó la esclava.

–Está bien–aprobó el alfaquí–. ¿Y qué me dices ahora de esa jaculatoria: «Me refugio en Alá contra el Schaitán, el apedreado»?

Y la muchacha respondió:

–Que es de rigor para todos antes de leer el *Corán,* según se desprende de este dicho: «Cuando leas el *Corán,* refúgiate en Alá contra el Schaitán, el apedreado.» [27]

–Dime ahora–insistió el doctor–, ¿qué significa eso de buscar refugio y cuáles son las variantes de esa jaculatoria?

–Hay quien dice–respondió la joven–: «Me refugio en Alá, el omnisciente, el omnisapiente, contra el Schaitán, el lapidado.»

Y hay también quien dice: «Me refugio en Alá, el fuerte.»

Pero lo mejor es recitar la jaculatoria según se encuentra en el *Corán,* el grande, y que confirma la tradición oral, según la cual el Profeta (sean con él la oración y la paz), cuando abría el

[23] Sura XII, *Yúsuf,* aleya 18.
[24] Sura II, *Al-Bakra* (La vaca), aleya 107.
[25] Sura LI, *Az-Zaritat* (Los Dispersantes), aleya 56.
[26] Sura II, *Al-Bakra* (La vaca), aleya 28.

[27] Sura XVI, *An-Najl* (La abeja), aleya 100. El epíteto de apedreado que se aplica a Satán fúndase en una tradición que ya existía entre los árabes idólatras y que el converso morisco don Juan Andrés de Játiva explica en su lenguaje del siglo XV, diciendo que: «Cuando Abrán llevaba a su hijo al sacrificio, salió el diablo en ese lugar y dixo a Esmael que su padre lo llevaba a sacrificar; dice en el libro de Azear que Esmael tomó piedras y apedreó al Diablo y por esta causa apedreaban los peregrinos idólatras y apedrear hagora los moros (al Diablo) y cuando van a Mexa, pasando un río, deben hechar ciertas piedras en drecho de una cuesta de un cerro...» *(Conclusión o Confutación de la secta mahometana,* Valencia, 1519.)

Pero ya antes de eso había hecho méritos el Demonio para que le aplicasen ese epíteto de lapidado, pues en la leyenda morisca titulada *El rrecontamiento de la donzella Carcayona, hija del rey Nachrab con la paloma,* que transcribe Guillén y Robles, se hace constar que, cuando Iblis o Schaitán se negó a adorar a Adán, «Dios maldijo al desobediente y lo lanzó del cielo, y persiguiéronlo los ángeles, arrojando sobre él peñascos encendidos; desde entonces se llamó Iblis (el desesperado), Schartán (el calumniador) y Arrachin (el lapidado)».

Corán, decía: «Me refugio en Alá contra el Schaitán, el apedreado.»

Y cuentan que Náfiyu decía, remitiéndose a la autoridad de su padre, que el Profeta de Alá (sean con él la oración y la paz), cuando se ponía de noche a leer el *Corán,* decía: «Alá es el más grande y yo le tributo alabanzas sin tasa y lo ensalzo noche y mañana.»

Después de lo cual decía también: «Yo me refugio en Alá contra el Schaitán el lapidado y contra las insidias de los schaitanes y sus asaltos.»

Y cuentan también de Ibn-Abbás [28] (téngale en su gloria Alá), que este decía: «Lo primero que Chibril [29] bajóle del cielo al profeta de Alá (sean con él la oración y la paz) fue la fórmula de "Me refugio en Alá" y al revelársele le dijo: "Di, *¡ye* Mohammed!, yo me refugio en Alá, el creyente, el omnisapiente. Después de lo cual dirás: En el nombre de Alá, el piadoso, el apiadable."»

Y luego dirás así: «En el nombre de tu Señor, que creó al hombre de un licor viscoso.» [30]

Luego que hubo oído Al-Mokri las palabras de la esclava quedó maravillado de su elocuencia y de su ciencia y de sus excelencias, y le dijo:

–¿Qué me dices, muchacha, de aquella frase de Alá (loado sea por toda una eternidad) que dice: «En el nombre de Alá, el piadoso, el apiadable»? Por ventura ¿es un versículo de los del Libro venerable?

–Sí que lo es–respondió la muchacha–, y en la sura de la hormiga [31] se halla y entre cada dos suras puede encontrársela.

Está bien–aplaudió el alfaquí–. Pero ahora dime: ¿por qué esa fórmula no se encuentra al principio de la sura titulada La contrición? [32]

–Pues–respondió la joven–porque cuando esa sura descendió del cielo habíase roto el pacto que existía entre el Profeta y los idólatras, y el *nabi* (sean sobre él la oración y la paz) envióles a Alí-ben-Abu-Táleb (téngale en su gracia Alá) en el día señalado con la sura de que hablamos, y Alí se la leyó y no pronunció la fórmula de: «En el nombre de Alá, el piadoso, el apiadable.» Y esto es todo lo que puede contestarse.

–Está bien–aplaudió el sabio–. Pero dime ahora algo sobre la excelencia de esa fórmula de que hablamos y de las bendiciones que, al recitarla, nos granjeamos.

–Cuentan del *nabi*–respondió la muchacha–que solía decir: «Siempre que rezo lo de *En el nombre de Alá, el piadoso, el apiadable* sobre alguna cosa, la bendición en ella se posa.»

[28] Ibn-Abbás (Abdu-l-Lah), primo de Mahoma.

[29] Gabriel.

[30] Sobre este discutido vocablo trae el orientalista Schultens una interesante disertación en sus notas a su traducción latina de los *Proverbios* de Salomón *(Proverbia Salomonis, versionem integram-ad-Hebraeum Fontem, expressit atque, commentariu* adjecit Albertus Schultens Lugduni Batavorum Apud Johanmen Luzac MCCXLVIII). La raíz *ilk* tiene la connotación básica de pegarse, adherirse, y diversamente vocalizada, da los derivados: *âlak,* sanguijuela, gotas de sangre; *úlka,* adhesión, amor, etc., en que predomina siempre la idea fundamental, primitiva, al través del sentido traslaticio o metafórico. También la suerte, el sino de la persona, recibe el nombre de *âlik,* por la creencia de que cada individuo lo lleva colgado, adherido a su cuello. De ahí que algunos intérpretes del *Corán* traduzcan que Alá creó al hombre de una sanguijuela.

[31] Sura XXVII, *An-Naml.*

[32] *At-Tauba,* sura IX. Sobre la omisión de esa fórmula que encabeza todas las demás suras alcoránicas se dan diversas explicaciones. El orientalista Eduardo Montet, traductor francés del *Corán,* las expone así: 1.ª Los teólogos musulmanes sostienen que esta sura formaba parte en un principio de la sura 8, de donde se desglosó después. 2.ª Decía el jalifa Otsmán que dicha sura fue revelada poco antes de morir el Profeta, el cual no pudo dejar ninguna indicación a ella referente, y 3.ª Puede que la omisión de la fórmula débase sencillamente a olvido del copista. *(Le Koran, traduction nouvelle et intégrale.* Payot, París, 1929.)

Refieren también que el Profeta solía decir: «El Señor del poder juró por su potencia: siempre que se recite la fórmula *En nombre de Alá, el piadoso, el apiadable* sobre un enfermo, luego infaliblemente sanará de su padecimiento.»

Dicen, asimismo, que, cuando creó Alá su trono, empezó este a moverse de un modo espantoso; pero luego que Alá escribió sobre él estas palabras: *En el nombre de Alá, el piadoso, el apiadable,* quedóse quieto y dejó de agitarse.

Y cuando descendió del cielo la fórmula *En el nombre de Alá, el piadoso, el apiadable* sobre el *nabi* (sean con él la oración y la paz), quedó este a salvo de tres cosas: de terremoto, transformación en mono [33] y muerte por ahogo.

Las excelencias de esta fórmula son grandes y muchas las bendiciones que en ella se granjea el hombre.

Cuentan del Enviado de Alá (sean con él la oración y la paz), que solía decir: «Compareció un hombre el día de la resurrección y no se le halló anotada en su cuenta ninguna buena acción, por lo que fue condenado al fuego eterno.»

Pero el hombre alzó su voz diciendo: «¡*Ye* Alá! ¡En verdad que no eres justo conmigo!» «¿Por qué?», preguntó el Señor al precito. Y este dijo: «*Ye* Señor, pues porque tú a ti mismo te llamas el piadoso, el apiadable, y aquí eso no aparece por ninguna parte, ya que mandas que al fuego eterno me lancen.»

Dijo entonces Alá (el potente y el grande): «En verdad que me llamo el piadoso, el apiadable. Llevad a este siervo mío al Paraíso. Que yo soy, ciertamente, el más clemente de todos los clementes.»

Luego que acabó la esclava su disertación, le dijo el doctor:

–Está bien; pero ahora dime: ¿cuál fue la primera vez que la fórmula de que hablamos hizo su aparición?

Y la esclava le contestó:

–Cuando Alá (loado sea por toda una eternidad) hizo bajar del cielo el *Corán,* escribieron en él: «En tu nombre, ¡*ye* Señor!» Luego, cuando descendió del cielo esta expresión: «Invocad a Alá o invocad al piadoso, pues suyos son todos los nombres bellos», escribieron: «En el nombre de Alá, el piadoso, el apiadable.»

Después, cuando bajó del cielo la fórmula: «Vuestro Alá es un *ilah* único, no hay más *ilah* que El, el piadoso, el apiadable», escribieron: «En el nombre de Alá, el piadoso, el apiadable.»

Luego que oyó Al-Mokri las palabras de la esclava bajó la cabeza, perplejo, y se dijo para sus adentros: «En verdad que es cosa sorprendente y peregrina oír cómo habla esta esclava del origen de la fórmula divina; pero, a pesar de todo, no tengo más remedio que idear un modo de quedar sobre ella victorioso.»

Y encarándose de nuevo con ella le habló de esta manera:

–*Ye* muchacha, dime: ¿por ventura envió Alá a la tierra el *Corán* de una sola vez o, por el contrario, en varias veces lo fue enviando?

Y la esclava contestó así al alfaquí:

–El *Corán* trájolo a la tierra Chibril, el leal (sea con él la paz), de parte del Señor de los mundos a su profeta Mohammed, el soberano de los enviados, y su sello y coronamiento, con órdenes para mandar y vedar y prometer y amenazar y con noticias y ejem-

[33] En esta misma vida, sin que haya que admitir la teoría de la metempsicosis. En el *Corán* se lee: «Nosotros (Alá) los creamos (a los hombres) y los hacemos llegar a la edad adulta y, si queremos, cambiamos sus formas.» Sura LXXVI, *Al-Insán* (El hombre), versículo 28. Por lo demás, también encontramos la misma idea en la mitología helénica, donde Arakne y Filomena son transformadas, por orden de los dioses, en araña y ruiseñor, respectivamente, y todo un pueblo, el de los mirmidones, en hormigas.

plos, en el transcurso de veinte años, por azoras sueltas, cada una en su época.

–Está bien–aprobó el doctor–; ahora dime: ¿cuál fue la sura primera que descendió hasta el Profeta?

–Según Ibn-Abbás–respondió la muchacha–, fue la titulada: El coágulo [34], y, según Ibn-Chabir-ben-Abdu-l-Lah [35], la titulada: El arrebujado [36]. Y después de ella bajaron del cielo las demás suras y versículos del Libro eterno.

–Está bien–aprobó el doctor–. Pero dime: ¿cuál fue la última sura que del cielo descendió?

–La última sura–respondió la muchacha–que bajó del cielo fue la titulada La ayuda, que dice: «Cuando venga la ayuda de Alá y la victoria.» [37]

Pero al llegar aquí sorprendió a Schahrasad la mañana y puso dique a sus desbordadas y encantadoras palabras.

Y LA NOCHE 275 SIGUIO DICIENDO LA MUCHACHA:

–Ha llegado a mi noticia, *ye* monarca, el afortunado, que luego que la esclava, contestando al sabio, le dijo la última sura del *Corán* que descendió del cielo, exclamó el sabio, al momento:

–Está bien, pero dime: ¿quiénes fueron los que el *Corán* recopilaron y lo reunieron en un cuerpo?

–Fueron cuatro–respondió la joven–, a saber: Abu-ben-Kâib, Sêid-ben-Tsabit, Abu-Obeida-Amiu-bnu-sch-Schárraj y Otsmán-ben-Affán (téngalos a todos en su gracia Alá).

–Está bien–aprobó el alfaquí–. Pero ahora dime: ¿quiénes fueron aquellos que el modo de leer el *Corán* nos transmitieron?

–Fueron cuatro–respondió la muchacha–: Abu-l-Lah-ben-Mosâud, Abu-ben-Kâib, Moaz-ben-Chebel y Sálim-ben-Abdu-l-Lah.

–Está bien–aplaudió el doctor–. Pero ¿qué me dices sobre las palabras divinas «Lo que a las piedras se sacrifica»? [38]

–Se refieren–contestó la muchacha–a los ídolos que, sin ser Alá, son objeto de culto y no se deben adorar.

–Está bien–asintió el doctor–. Pero ¿qué me dices de esas palabras divinas «Sabes tú lo que hay en mi alma y no sé yo lo que en la tuya guardas»? [39]

–Esas palabras divinas–respondió la muchacha–deben entenderse así: «Sabes tú mi verdad y lo que hay en mí y no sé yo lo que tú guardas dentro de ti.» Y la prueba de ser así la tenemos

[34] *Al-Alak*, sura XCVI.

[35] Chábir-ben-Abdu-l-Lah. Un medinense que fue de los primeros adeptos de Mahoma.

[36] *Al-Mudatsar*, sura LXXIV.

[37] *An-Nazr*, sura CX. No es la última del Libro, pues después de ella vienen otras cuatro. Sabido es que los versículos del *Corán* fueron recopilados y ordenados después de la muerte del Profeta por Abu-Bekr, su suegro, en un volumen que entregó a Hafza, su viuda; Otsmán, sucesor de Abu-Bekr en el jalifato, se hizo cargo del Libro y se lo confió a cuatro alfaquíes, de los más sabios, para que lo copiasen, recomendándoles que siempre que dudasen del sentido de un vocablo lo escribieran en lengua *koreischi*, el dialecto arábigo en que por primera vez se redactó. Mahoma, como es notorio, pertenecía a la tribu de Koreisch.

[38] Sura II, *Al-Bakra* (La vaca). Las piedras son los ídolos.

[39] Sura V, *Al-Maida* (La mesa), aleya 116.

en esas otras palabras divinas que dicen: «Porque tú eres el sabedor de los arcanos y me conoces a mí y yo no alcanzo a conocerte a ti.»

–Y ¿qué me dices–tornó a interrogarla el alfaquí–de aquellas palabras divinas que dicen así: «¡*Ye* los que creen: no os vedéis el gozo de las cosas buenas y ricas que Alá declaró lícitas!»? [40]

A lo que respondió la muchacha:

–Díjome el *scheij* (téngalo Alá en su gracia), refiriéndose a la autoridad de Az-Zahak, que algunos musulmanes dijeron una vez: «Dejemos nuestras comodidades y vistámonos cilicios de crin.» Y entonces fue cuando ese versículo del Libro descendió del cielo, para poner coto a ese delirio.

Cuenta también Kotada que dicho versículo descendió en una asamblea de los compañeros del Profeta (sean con él la oración y la paz), y que estos eran: Alí-ben-Abu-Táleb-Otsmán-ben-Mozâb y varios más. Los cuales dijeron: «Demos a nuestra alma la preeminencia y vistámonos de estameña y hagamos vida de anacoretas.»

Y entonces fue cuando descendió del cielo esa sura, para disuadirlos de su locura [41].

–¿Y qué me dices–insistió el alfaquí–de esas palabras que dicen así: «Y tomó Alá por amigo a Ibrahim»? [42]

–El amigo–respondió la joven–significa aquí el indigente y menesteroso, que se hace cliente de otro; pero, en otro paso, vale igual que el amigo sincero, que por completo entrégase a Alá, con exclusión de todo lo demás.

Luego que el alfaquí vio que la muchacha respondía a sus preguntas con la rapidez de la nube, del viento impelida, y para contestar no se detenía, púsose entonces el hombre en pie y exclamó:

–¡Juro por Alá que esta mocita es más sabia que yo, tocante a la lectura del *Corán* y otras cosas más!

A lo que la joven contestó diciendo:

–Ahora voy a hacerte una pregunta sola. Si me la contestas bien, quedaremos en paz; pero si no fuere así, te quitaré la ropa y te tendrás que ir.

–Anda y hazle una pregunta–exhortóla el jalifa.

No se hizo rogar la joven e interrogó al sabio en seguida:

–¿Qué me dices de ese versículo en el que hay veintitrés *kaf* y de aquel otro que contiene dieciséis *mim* y de estotro en el que se cuentan ciento cuarenta *âin* y de esa parte en la que no hay claridad?

Declaróse incapaz el doctor de responder a esas preguntas y la muchacha, al oírlo, le dijo:

–Quítate los vestidos.

Desnudóse el sabio y la joven encaróse con el jalifa y le dijo:

–¡*Ye* emir de los creyentes! El versículo en que hay dieciséis *mim* encuéntrase en la sura titulada *Hud* [43], que dice así: «Noh, vete en paz de conmigo y sean las bendiciones contigo.»

El versículo en el que se cuentan

[40] Sura II, *Al-Bakra* (La vaca).

[41] Las suras V, *Al-Maida* (La mesa), y IX, *At-Tauba* (La contrición), contienen ataques a los monjes cristianos *(rahabin)*, de cuyo ascetismo contagiáronse los musulmanes que vivían entre ellos. «El pueblo árabe vivía, desde largos siglos antes de Mahoma, en un medio monástico; la Arabia septentrional estaba llena de cenobios cristianos; el beduino, en sus viajes, tropezaba a cada paso con anacoretas en Siria y en Egipto; la literatura árabe anteislámica refleja de continuo esta convivencia; el solitario o eremita cristiano *(ráheb)* es en la poesía árabe una figura popular.» (Asín Palacios, *Abenmasarra y su escuela.)* Contra esa tendencia ascética reaccionó Mahoma, polígamo y sociable, fundador de una religión, en cierto modo natural, en la forma que vemos.

[42] Sura IV, *An-Nisá* (Las mujeres), aleya 124.

[43] El referido versículo es el 50 de la sura XI.

veintitrés *kaf* hállase en la sura La vaca, y es el referente a la fe.

El versiculo en que hay ciento cuarenta *âin* hállase en la sura *Al-Araf* [44], que dice: «Y eligió Nusa de entre su pueblo setenta hombres para nuestra asamblea.» Y cada hombre tiene dos ojos, de suerte que todos juntos suman ciento cuarenta [45].

Cuanto a la parte en que no hay claridad, es aquella sura que dice: «Acercóse la hora y se hendió en dos la luna...» [46].

Luego que oyó aquello el alfaquí quitóse sus vestidos y se marchó abochornado y corrido.

Adelantóse luego el médico, famoso por su saber hondo, y, dirigiéndose a la esclava, le dijo:

–Demos por terminado lo atinente a las cosas espirituales y pasemos a las corporales.

Háblame, pues, del hombre y dime cómo fue creado y cuántas venas hay en su cuerpo, así como también cuántas vértebras y huesos [47].

Dime también dónde reside la primera de las arterias. Y, finalmente, la razón particular por que el hombre se llama Adán.

–Llámase Adán–respondió la muchacha–por su *adamez* [48], o sea, por el color oscuro de su piel, pues dicen que fue creado de la tierra, de su superficie o faz externa; pero que su pecho fue creado de polvo de la Kába; su cabeza, de barro oriental, y sus pies, de arcilla occidental.

Púsole Alá en su cabeza siete puertas, a saber: los dos ojos, las dos orejas, los dos orificios de la nariz y la boca. Y le puso también dos agujeros: uno delantero y otro trasero.

Hizo Alá sus dos ojos sensibles para la visión y sus dos oídos sensibles para la audición, y sus dos fosas nasales, sensibles para percibir los olores–gratos o desagradables–, y la boca, sensible para gustar el sabor de los manjares. Dotólo también de una lengua apta para expresar lo que pudiera sentir en su interioridad.

Hizo Alá a Adán compuesto de cuatro elementos: agua, tierra, aire y fue-

[44] La VII. La pared medianera.

[45] Juego de palabras. *Ain* significa ojo. En todas estas sutilezas, puramente literales, se advierte el influjo de los cabalistas hebreos. En el *Sefer-ha-Tsohar (Libro del esplendor)* se encuentran toda suerte de cómputos en torno a las letras del texto bíblico.

[46] La LXXXIV, *Al-Inschikak* (El reventón).

[47] Todas las nociones sobre anatomía, medicina, higiene y dietética que el narrador pone en boca de Tauaddud son, naturalmente, de procedencia griega, tomadas, principalmente, de las obras de Hipócrates, Galeno y Dioscórides. Al segundo lo menciona paladinamente la joven hechicera. Los árabes, en punto a Medicina, no habían pasado del mero empirismo y la terapéutica fantástica de los curanderos, cuando, merced a sus conquistas, se asentaron de su nomadismo y se pusieron en contacto con los antiguos, estudiando las obras de los sabios occidentales. Entonces fue cuando adquirieron la idea de la Medicina científica, cuyos principios habían sentado los griegos, y se aplicaron a traducir las obras de aquellos maestros del arte de curar en versiones comentadas que llegaron a suplantar a los originales. Y produjeron médicos como el famoso Aben-Rosch (Averroes) de la Córdoba musulmana (siglo XII). Pero en la época en que reinaba el jalifa Ar-Raschid (siglos VIII, IX) los grandes médicos de Oriente eran todavía los griegos y, sobre todo, los persas. La única curación verdaderamente racional que registran *Las mil y una noches,* la del rey Yunán, enfermo, al parecer , de lepra, y en todo caso de alguna dolencia afín al complejo artrítico, la realiza un médico versado en filosofía griega (la filosofía entonces lo abarcaba todo), mediante una terapia depurativa, consistente, sobre todo, en una dieta adecuada y ejercicio físico. En todos los demás casos se trata de curaciones obtenidas por un tratamiento de sugestión, como los de la moderna Christian Science–recitación de fórmulas mágicas, imposición de manos, etc.–, cuando no con remedios absurdos, como la ingestión de carne de culebra o la absorción de sus jugos (véase la *Historia de Hásid Kerimu-d-Din).* La sabihonda Tauaddud pudo adquirir sus elementales y en parte fabulosas nociones de Medicina en alguna de las muchas compilaciones de aforismos y recetas que, por entonces, se publicaban, por el estilo del formulario titulado: *Al-Ibraschim. (Praxis)* del siglo III.

[48] Perdónesenos este neologismo, de *Adamah,* tierra, rojo, barro.

go. La bilis delata la naturaleza del fuego, que es cálida y seca; la atrabilis, la naturaleza de la tierra, que es fría y seca; la flema indica la naturaleza del agua, que es húmeda y fría, y la sangre representa la naturaleza del aire, que es húmedo y cálido, a partes iguales.

Puso Alá en el hombre trescientas sesenta venas y doscientos cuarenta huesos y tres almas: la animal, la espiritual y la natural, dotando a cada una de ellas de su respectiva inteligencia.

Dotó Alá al hombre de un corazón y un bazo y pulmones, y de seis tripas y un hígado y dos riñones, y piel y tuétano y huesos.

Dotóle también de cinco sentidos, a saber: los de la vista, el oído, el olfato, el gusto y el tacto.

Puso Alá el corazón en el lado izquierdo del pecho y el estómago delante del corazón y puso los pulmones como dos fuelles o ventiladores para el corazón, y puso el hígado en el lado derecho, o sea, al corazón contrapuesto.

Creó Alá, asimismo, todos los intestinos y proveyó a la inserción de las costillas en el pecho.

–Está bien–aprobó el médico–, pero dime ahora: ¿cuántos senos se pueden contar en la cabeza del hijo de Adán?

–Cinco–respondió la joven–, y están en relación con las cinco facultades que llamamos sentidos interiores, que son: el sentido común y la imaginación y la razón y la memoria y la intuición.

–Está bien–aprobó el médico–, pero ahora dime: ¿cuál es el edificio de los huesos?

A lo que ella contestó diciendo:

–Consta el edificio de los huesos de ciento cuarenta huesos, y se divide en tres partes: la cabeza, tronco y extremidades; la cabeza, a su vez, se divide en cráneo y cara; compónese el cráneo de ocho huesos, a los que hay que añadir los cuatro huesos del oído; cuanto a la cara, se divide en mandíbula superior y mandíbula inferior.

La mandíbula superior consta de once huesos y la inferior de uno solo y en ellos van a insertarse los dientes, que son en número de treinta y dos. Cuanto al tronco, se divide en columna vertebral, pecho y pelvis; consta la primera de veinticuatro huesos, que se llaman vértebras; el pecho se compone del esternón y las costillas; son estas veinticuatro, o sean, doce a cada lado; la pelvis consta de los dos huesos de las caderas, más el sacro y el cóccix.

Cuanto a las extremidades, se dividen en dos superiores y dos inferiores; las primeras se dividen primero en los hombros, que constan de la clavícula y los omóplatos, y luego en los antebrazos, compuestos de un solo hueso, y en los brazos, que constan de dos, el cúbito y el radio, y en la mano, hay la muñeca, las falanges y los dedos; la primera consta de ocho huesos, divididos en dos órdenes, cada uno de los cuales se compone de cuatro huesos; las falanges constan de cinco huesos, y son cinco también el número de los dedos, cada uno de los cuales consta de tres huesos, llamados articulaciones, menos el pulgar, que está integrado por dos huesos no más y no por tres, como los demás.

Cuanto a las extremidades inferiores, divídese cada una de las dos: primero, en los fémures, que constan de un solo hueso, y luego, en las piernas, que están compuestas de tres: rótula, tibia y peroné, y empalman con el pie, que, al igual que la mano, se divide en tobillo, coyunturas y dedos; consta el tobillo de siete huesos, distribuidos en dos órdenes, en el primero de los cuales hay dos huesos, y en el segundo, cinco; las coyunturas, de cinco se componen asimismo, y cinco es también el número de los dedos de cada pie, estando integrado cada dedo por tres huesos, menos el pulgar, que hace ex-

cepción, pues solamente se compone de dos.

–Está bien–aprobó el médico–. Pero dime algo acerca de la raíz de las venas.

–La raíz de las venas–respondió la muchacha–reside en las arterias del corazón, de donde arrancan aquellas, y es su número grande, sin que puedan contarse ni sepa su cifra exacta nadie, excepto Aquel que las creara, aunque hay quien sustenta que son trescientas sesenta.

Y puso Alá a la lengua trujimán [49] de nuestros sentimientos y a los ojos como dos lumbreras que iluminasen nuestra senda y las narices como respiradores y las dos manos como alas de nuestro cuerpo.

Ahora bien: en las entrañas tenemos la matriz y el bazo y los riñones, los cuales tienen a su vez los intestinos como sus colectores. Es el corazón la columna que el cuerpo sostiene. pues en estando él bueno, bueno está todo el cuerpo.

–Está bien–aplaudió el médico–. Pero dime ahora algo acerca de las señales y los indicios aparentes por los cuales el estado interior del cuerpo se infiere.

–Cuando el médico–respondió la joven–es listo y perspicaz, conoce a simple vista el estado del hombre, y tomándole el pulso comprueba su fuerza, calor, sequedad, frialdad y humedad, y con esos datos y los que le brindan los sentidos induce el mal interior de que su cliente sufre.

Pues la amarillez de los ojos es indicio de ictericia, y la curvatura de la espalda, enfermedad de los pulmones delata.

–Está bien–aprobó el médico...

Pero al llegar aquí sorprendió a Schahrasad la aurora y cortó el hilo de sus palabras encantadoras.

Y LA NOCHE 276 REANUDO SU RELATO EN ESTA FORMA:

–Ha llegado a mis oídos, *ye* monarca, el afortunado, que la muchacha expúsole al médico los síntomas externos que indican el mal de que adolece el enfermo, y aquel aprobó sus palabras, diciendo:

–Está bien, pero dime: ¿cuáles son los síntomas internos que facilitan el diagnóstico del médico?

–El descubrimiento de las enfermedades, guiándose por los internos indicios–respondió la muchacha–, se basa en cinco principios: lo que hace el enfermo, lo que le pide su cuerpo, el dolor que experimenta, el sitio en que se encuentra la hinchazón y el sudor.

–Dime ahora–interrogóla el galeno–a qué se deben los dolores de cabeza.

Y le contestó ella:

–A abusar de la comida, ingiriendo alimento cuando aún no se hizo la digestión del primero, y dándose hartazgo tras hartazgo, pues es el exceso en las comidas lo que más perjudica.

Y el que desee durar, ha de madrugar en la mañana y no prolongar la velada, y espaciar sus ayuntamientos con las hembras, y vestir ropas ligeras y no abusar de las sangrías ni las ventosas, y poner su vientre a ración, dividiendo esta en tres tercios: uno para el agua, otro para el alimento y para la respiración el tercero, porque el intestino del hombre mide dieciocho palmos de largo y conviene que aquel

[49] Intérprete, transcripción casi exacta de la palabra arábiga *turyumán*.

destine seis para la comida, otros seis para la bebida y otros seis para que la respiración tenga cabida.

Y es conveniente para el hombre, y lo mejor para su cuerpo, que camine con paso quedo, según la palabra de Alá (loado sea su nombre y por toda una eternidad): «Y cuando camines sobre la tierra no lo hagas con arrogancia y soberbia.» [50]

–Está bien–aprobó el doctor–. Pero dime: ¿qué indica la amarillez del rostro y qué se debe temer de ese síntoma morboso?

–La amarillez del semblante–respondió la muchacha–y el amargor de la boca y su sequedad y la inapetencia sexual son indicios de ictericia y hacen temer para el que los presenta la fiebre consecutiva, los vértigos y el dolor de cabeza y la hinchazón y la ulceración intestinal y la sed excesiva o hidropesía.

–Está bien–aprobó el doctor–. Pero ahora dime: ¿qué indica el color negro de la cara del enfermo, si se le corre por el cuerpo?

–Engéndranse de él–respondió la muchacha–apetitos engañosos, múltiples desazones y tristezas y aflicciones; conviene que al atacado de esos síntomas se le distraiga, pues si no, pueden derivarse de ahí la melancolía, la parálisis, el saratán [51], los dolores del bazo y la ulceración intestinal.

–Está bien–asintió el médico–. Pero dime: ¿en cuántas partes se divide la Medicina?

–Se divide en dos partes–respondió la joven–. Consiste la primera en el conocimiento de los cuerpos enfermos, y la segunda, en el de los medios que al estado de salud pueden volverlos [52].

–Está bien–aprobó el doctor–. Dime ahora cuál es el momento más indicado para administrar los medicamentos a fin de que estos surtan su mayor provecho.

–El momento más indicado para eso–respondió la muchacha–es aquel en que la savia corre por el árbol y cuaja el grano en la parra y asoma en el cielo la estrella afortunada.

Ese es el momento más de aconsejar para tomar la medicina y espantar la enfermedad.

–Está bien–aplaudió el doctor–. Pero dime el momento en que, bebiendo el hombre de un vaso nuevo, le será de más provecho y subirá hasta él un olor grato y bueno.

–Ese momento–respondió la muchacha–es una hora después de haber tomado el alimento. Según dijo el poeta en estos versos:

«Después de la comida, aguarda un rato.
no bebas en seguida, que es malsano;
deja pasar lo menos una hora,
que así te evitarás toda zozobra.»

–Está bien–dijo el médico–. Pero dime: ¿cuáles son esos alimentos que no acarrean enfermedades al cuerpo?

–Aquellos–respondió la muchacha–que solo ingerimos cuando tenemos verdadero apetito y en cantidad que no llene el estómago, según el dicho del sabio Chalenus [53]: «Antes de comer, se debe aguardar, para no errar.»

Y coronaremos estas palabras con las del Profeta (sean con él la oración y la paz), que dijo: «Es el vientre la mansión de la enfermedad y la dieta la medicina principal, y la mala digestión, la raíz de todo mal.» [54]

–Dime ahora algo sobre las virtudes del baño.

Y la muchacha respondióle en el acto:

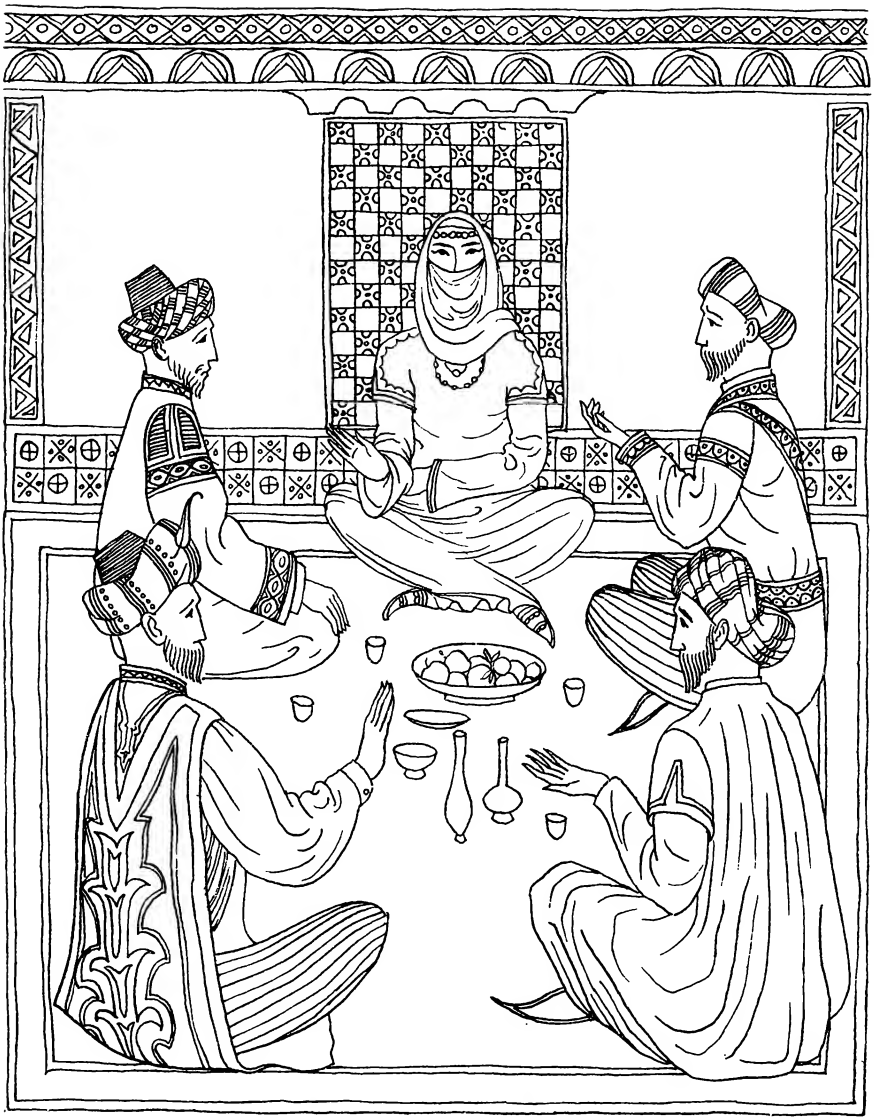
[50] ...«pues Alá no gusta de los vanidosos engreídos», sura XXXI, *Lokmán*.

[51] Cáncer.

[52] Patología y terapéutica.

[53] Galeno.

[54] Y dijo Cervantes: «Es el estómago la oficina donde se fraguan todas las enfermedades...»



–Nunca se debe entrar en el baño con el vientre cargado. Y dijo (sean con él la oración y la paz): «Es el *hammam* la mansión de las delicias, pues limpia el cuerpo y hace recordar el fuego.» [55]

–Está bien–aprobó el doctor–. Pero dime: ¿cuál es el mejor baño?

Y la muchacha respondió en el acto:

–El mejor baño es aquel de agua más pura y de espacio más amplio y ventilado y sano; de suerte que su atmósfera reúna las cualidades de las cuatro estaciones del año y corresponda al otoño, la primavera, el invierno y el verano.

–Dime ahora–exclamó el doctor–¿cuál es el manjar más excelente y mejor?

A lo que la esclava respondió:

–El mejor manjar es el aderezado por mano de mujer, que se come con sosiego y tranquilidad. Y de todos ellos el más excelente es el *tseril* [56] según dijo (sean con él la oración y la paz): «El *tserid* descuella entre todos los manjares, como Aischa [57] entre todas las mujeres sobresale.»

–Está bien, pero dime–exclamó el doctor–: ¿cuál de las cosas creadas es la mejor?

–La carne–contestó la muchacha–, según dijo (sean con él la oración y la paz): «Lo mejor de todo es la carne, pues es la delicia del mundo y el ultramundo.»

–Y de las carnes–inquirió el doctor–, ¿cuál es la mejor?

Y la muchacha contestó:

–La de cordero; pero se ha de evitar la curada al sol, que no ofrece provecho mayor.

–Y de la fruta, ¿qué me dices? –interrogó el médico sabio.

Y la muchacha respondió en el acto:

–La fruta se ha de comer cada cual en su sazón y se ha de dejar cuando esta pasó.

–Y del agua, ¿que me dices?–preguntó el doctor.

Y la joven replicó:

–No la bebas con exceso, que no te será de provecho y te producirá detrimento; no la has de beber después del baño ni después del coito ni después de comer, sino pasados quince minutos, si eres joven, y pasados cuarenta, si en la vejez te encuentras; así como tampoco conviene beberla inmediatamente después que del sueño te despiertas.

–Y del vino, ¿qué me cuentas?–interrogó el médico.

Y la muchacha respondió al momento:

–¿Cómo es eso? ¿No tienes bastante con lo que el Libro nos amonesta a ese respecto? Pues en él dice (exaltado sea su nombre por toda una eternidad): «En verdad que el vino y el juego de azar y las suertes y las flechas son abominación y maldad, obra de Schaitán [58]. Huid de ellas, pues, que acaso así felices podréis ser.»

Y dijo también: «Te preguntarán por el vino y los juegos de azar, y tú les

[55] Del infierno.

[56] Sopa de pan.

[57] Mujer favorita del Profeta. Aischa fue la segunda esposa de Mahoma, del cual era también prima. Casi una niña cuando casó con él, la acompañó toda su vida, y fue, según la frase habitual, quien le cerró los ojos. No es raro, pues, que el Profeta hablase así de ella. Pero según Abu-l-Feda, el biógrafo oficial, por decirlo así, de Mahoma, este solía decir que entre los hombres podían citarse algunos que merecían el nombre de perfectos; pero que entre las mujeres solo podían mencionarse a cuatro: Asiya, la mujer de Faraón; Maryem, la madre de Isa (Jesús); Jádicha (su primera mujer) y Fátima (su hija). Hay que tener en cuenta que Jádicha, su primera mujer, fue la única que le dio hijos: tres varones, que se malograron, y cuatro hijas, entre ellas Fátima, llamada la Perla, que casó con Alí, hijo adoptivo del Profeta.

Cuanto a la comparación de Aischa con el *tserid* o sopa de pan, nos hace ver la sencillez de gustos del Profeta, que no tenía nada de *gourmand* ni de *gourmet*, y, como sus compatriotas, vivía en un estado de penuria que le imponía la sobriedad como una virtud.

[58] Sura II, *Al-Bakra* (La vaca).

dirás: Hay en entrambos para el hombre mucho mal, algún provecho al mismo tiempo; pero en ambos el mal sobrepasa a la utilidad.» [59]

Y dijo también el poeta:

«¡*Ye* bebedor de vino!
¿Cómo no te avergüenzas,
al beber una cosa
que Alá mismo nos veda?
Aparta de ti el vaso.
hermano, no lo bebas,
y evita así de Alá
la ira justiciera.»

Y dijo también otro poeta:

«Bebí el vino hasta perder
la razón, el bien preciado;
¡mal haya, pues, la bebida
que nos pone en tal estado!»

Cuanto a la utilidad que el vino reporta al hombre consiste en que disuelve la piedra de los riñones y da al estómago fuerzas y ahuyenta la tristeza y mueve a la generosidad y conserva la salud y ayuda a la digestión y corrobora el cuerpo y elimina las enfermedades de los miembros y limpia el organismo de los humores revueltos que son causa de corrupción y engendra alegría y buen humor y acrecienta las fuerzas y corrobora el hígado y abre los conductos obstruidos y colorea el semblante y despeja las partes del cerebro y la cabeza y aplaza la canicie de los cabellos.

Y si no fuera porque Alá (loado sea por toda una eternidad) nos lo prohibió no habría en toda la haz de la tierra cosa que con él compitiera.

–¿Y cuál es el vino mejor?–preguntó de nuevo el doctor.

Y la muchacha contestó:

–El que ya cuenta ochenta días o más de existencia y procede de la uva blanca, no habiendo ninguna otra bebida ni ninguna cosa, en toda la haz de la tierra, que pueda disputarle la preeminencia.

–¿Y qué me dices de las sangrías? –preguntóle el médico.

Y la muchacha respondió en el momento:

–La sangría viene indicada para aquel que tiene plétora de sangre, y para practicarla, debe aprovecharse el momento de la luna menguante, eligiendo para ello un día en que no haya nubes ni lluvia, ni viento, que podrá ser el diecisiete del mes y mejor aún si fuera día tres [60].

No hay nada más provechoso que la sangría para el cerebro y los ojos, así como para eliminar la grasa [61].

–Y ¿cuál es la sangría mejor?

Y la muchacha contestó:

–La mejor de las sangrías es la que en ayunas se practica, pues aguza la inteligencia y la memoria acrecienta. Según cuentan de [62] (sean con él la oración y la paz), a saber: que cuando alguno se quejaba de dolores en la cabeza o en los pies, iba y le decía: «Hazte una sangría.»

Y cuando se sangraba, se abstenía de comidas saladas, pues engendran la sarna, y tampoco probaba cosas ácidas.

–¿Y qué momento es aquel en que no procede practicar la sangría?–preguntó el doctor.

Y la muchacha contestó:

–Los días seis y cuatro de cada mes,

[59] *Ibidem.*

[60] O sea, martes.

[61] Los árabes tenían en gran predicamento la sangría. *Al-hachama*, y así sus reyes, como todas las personas de posición, solían hacerse sangrar una vez al año y con ese motivo repartían regalos entre sus amistades. Los poetas aprovechaban la ocasión para felicitar al sangrado y granjearse una dádiva. Podría formarse un vasto florilegio con los poemas de esa índole.

Esta práctica indica que conocían los peligros de la tensión arterial y procuraban regularla, según hoy vuelven a hacer los occidentales con la dieta y también con la sangría.

[62] Del Profeta, cuyo nombre se calla por respeto.

y quien se sangra ese día, no debe culpar a nadie sino a él mismo de su estulticia; no procede tampoco la sangría en época de mucho calor o mucho frío, debiéndose por ello dar la preferencia a la época de la primavera.

–Está bien–aprobó el médico–; pero dime algo del coito o carnal ayuntamiento.

Al oír la joven tales palabras bajó luego la cabeza avergonzada y así permaneció un rato, hasta que al fin, encarándose con el jalifa, dijo así:

–¡*Ye* emir de los creyentes! No pienses que callo por ignorancia, sino porque el rubor me corta la palabra y me impide decir delante de ti lo que en la punta de la lengua siento bullir.

–Habla sin reparos, chiquilla–díjole el jalifa.

–El coito–dijo al fin la muchacha–es cosa loable y que tiene muchas ventajas, pues, entre otras cosas, alivia el cuerpo cargado de bilis con exceso y aplaca el ardor del deseo, y une a los amantes y ensancha el corazón y acaba con el desvío y la desafección.

Y la época mejor para practicar el coito es el verano y el otoño. Y las más adecuadas las de invierno y primavera.

–Dime ahora sus ventajas–preguntó el doctor a la muchacha y esta le respondió sin tardanza:

–Ahuyenta la melancolía y la desazón, aplaca el deseo y disipa la aversión y suprime la plétora, cuando en el temperamento frialdad y sequedad preponderan.

Mas el abuso de él rebaja la vista y ocasiona dolores en las piernas y en la espalda y en la cabeza.

Guárdate mucho del ayuntamiento con viejos ni viejas , pues agotan las fuerzas.

Dijo el imán Alí [63] (téngale Alá en su gracia): «Cuatro cosas hay que matan y avejentan los cuerpos: el baño recién comido, los manjares salados, el coito con el vientre lleno y el trato sexual con enfermos, pues las cuatro arruinan tus fuerzas y te enferman el cuerpo y la vieja o el viejo es un veneno.»

Y dijo otro: «No cases con viejo, aunque tuviera más tesoros que Creso.»

–Está bien–aprobó el doctor–. Pero dime: ¿cuál de todos es el mejor coito?

–Aquel que se practica–respondió la joven–con mujer de pocos años, de airoso palmito, lindas mejillas y tetas erguidas, pues ella te acrecentará las fuerzas y salud del cuerpo, como dijo el poeta en estos versos:

«En un momento hace
lo que deseas,
sin que tengas que hacerle
la menor seña.
Y al mirar su hermosura,
con embeleso,
jardines y vergeles
no echas de menos.»

–Dime ahora–insistió el doctor–, ¿cuál es el momento para el coito mejor?

Y la muchacha respondió:

–El momento mejor es por la noche, luego que se hizo la digestión, o por la mañana, después que se almorzó.

–Dime ahora–preguntó el médico–, ¿cuál son las frutas que mejor le sientan al cuerpo?

–La granada y el limón–contestó la muchacha.

–¿Y la verdura más excelente?–interrogó el doctor.

Y la muchacha contestó:

–La endibia, según creo yo.

–¿Y el mejor de los perfumes?–preguntóle el médico.

–Los de la rosa y la violeta–respondió la joven con presteza.

–Dime ahora–insistió el doctor–, ¿dónde tiene el hombre la fuente de la vida?

[63] Ali-ben-Abu-Táleb, yerno de Mahoma.

Y la muchacha contestó en seguida:

–Hay en el cuerpo humano una vena que a todas las demás riega y reúne en sí la sangre de trescientas sesenta venas, y luego hace pasar al testículo izquierdo la sangre roja y allí, con el calor, cuécese la mezcla de los hijos de Adán en forma de un agua turbia, albeante, que huele como la leche de dátil.

–Está bien–aprobó el doctor–. Pero dime: ¿cuál es el ave que eyacula semen y cuya hembra tiene la regla?

A lo que la muchacha respondió con presteza:

–El murciélago.

–Dime ahora–insistió el doctor–: ¿qué cosa es esa que mientras se la tiene guardada vive y en cuanto aspira el aire es cadáver?

–El pez–respondió la muchacha.

Y el médico tornó a preguntarla:

–¿Cuál es la serpiente blanca?

–El basilisco–contestó la muchacha.

Acabáronsele ya al médico la muchedumbre de sus preguntas y guardó silencio con expresión confusa.

Al ver lo cual ella dirigióse al jalifa y le interpeló de esta guisa:

–¡*Ye* emir, de los creyentes! Este doctor me ha estado interrogando hasta que se cansó; ahora yo, a mi vez, quiero hacerle también, más comedida, una sola preguntita.

Y, si no me contesta como es debido, le quitaré, como a los otros, sus vestidos, contando, claro está, con tu permiso.

Sorprendió aquí a Schahrasad la aurora y cortó el hilo de sus palabras encantadoras.

PERO LA NOCHE 277 PROSIGUIO SU RELATO EN ESTA FORMA:

–Ha llegado a mi noticia, *ye* monarca, el afortunado, que la muchacha le dijo al jalifa:

–¡*Ye* emir de los creyentes! Este doctor me estuvo interrogando hasta que se cansó; ahora yo, a mi vez, voy a hacerle una pregunta sola, y si no me contesta como es debido, contando con tu venia, lo despojaré de sus vestidos.

–Hazle la preguntita–asintió el jalifa.

Y la joven interrogó al doctor en seguida:

–¿Cuál es la cosa que se parece a la tierra por lo redonda, y sin embargo se oculta a la vista y es de tamaño pequeño y de encogido pecho, y tiene atado el cuello y está firmemente prendida, sin que pueda escaparse, y obedece con sumisión cumplida y está herida, no en la lucha ni el combate, y cómese al tiempo a su macho y bebe el agua de su abundancia, y a veces lo golpea sin que haya cometido la menor falta, y otras, en cambio, sírvelo con agrado y copula con él luego de haberle mostrado desvío y enfado, y ambos se juntan como dos gemelos, sin que embarazo se siga de ella, ni en su vientre recoja la hembra ningún germen, que en sus ayuntamientos ningún órgano viril interviene; llévanse ambos como buenos amigos, y si se separan, es para luego volver al nido; por la noche deja la hembra a su consorte, pero al ser de día, torna a abrazarse a él con alegría; tienen su asiento, finalmente, en los bordes mismos de las partes nobles del organismo?

Permaneció callado el doctor y no

supo qué contestar, y bajó la cabeza avergonzado y cambió el color de su faz.

–¡*Ye* doctor–exclamó la muchacha–, di algo en seguida, que si no te dejaré en camisa.

Levantóse el sabio al oírla, y le dijo al jalifa:

–¡*Ye* emir de los creyentes! Juro por Alá que esta esclava sabe más que yo, no solo de medicina, sino también de otras disciplinas y que no sé qué contestar a lo que me pregunta la indina.

Dicho lo cual quitóse sus vestidos y se fue de allí avergonzado y corrido.

Díjole entonces el jalifa a la muchacha:

–Explícame ahora la clave de tu adivinanza.

–Me refería–respondió ella sin tardar–al botón y al ojal.

Encaróse luego la joven con los demás sabios allí presentes y les preguntó con aire retador:

–¿Cuál de vosotros es el astrólogo? Vamos, que se levante y acuda pronto.

Levantóse, pues, el sabio y fue a sentarse entre sus manos.

Y ella, al verlo, soltó la carcajada y le preguntó:

–¿Eres tú el astrólogo que sabes hacer cómputos?

–Sí–respondió él.

–Pues pregúntame lo que quieras–le dijo ella–. Pero ya sabes lo que te juegas [64].

–Dime–interrogó el sabio–algo del sol de su orto y de su ocaso.

–Has de saber–respondió ella–que el sol sale de unas fuentes y se hunde en otras, al ponerse.

Las fuentes de donde sale el sol son las orientales, y aquellas en que se hunde, al ponerse, las occidentales, las cuales, a su vez, constan de ciento ochenta partes.

Y dijo (loado sea su nombre por toda una eternidad): «No juraré por el Señor del Saliente y el Poniente.» [65]

Y dijo también: «El fue quien puso en el cielo el sol como lumbrera y la luna como lámpara y asignó a ambos mansiones respectivas, para que supliérais el número de los años y su cómputo.» [66]

Y es la luna la sultana de la noche y el sol el sultán del día. Y los dos giran sin cesar, cada uno en su órbita particular.

–Y dijo (loado sea por toda una eternidad): «No conviene que el sol alcance a la luna ni que la noche anteceda al día.» [67]

[64] De la astronomía arábiga puede decirse lo mismo que hemos dicho de la Medicina, que fue un préstamo griego. Los árabes tenían la noción, mejor dicho, la emoción poética y mística de los astros; nómadas y habitadores de desiertos, sobre los cuales el cielo se despliega en todo su esplendor, fueron siempre sensibles a la belleza de los grandes luceros, y los miraron con ojos tan enamorados que vieron en ellos sus destinos y llegaron a divinizarlos y rendirles ese culto que se llama sabeísmo. En los poetas anteislámicos los nombres de Orión, las Pléyades, Aldebarán, etcétera, refulgen como grandes diamantes, incrustados en sus versos. Pero hasta la época de sus imperiales conquistas no llegaron los árabes a formar un verdadero cuerpo de doctrina astronómica. En tiempos de Harunu-r-Raschid y su hijo Al-Mamún (814-833) es cuando se constituye en Bagdad una escuela astronómica que trabaja sobre la base de traducciones de Euclides, Arquímedes y Ptolomeo. Entre los sabios de esa escuela resaltaba Al-Bategni, que resumió todos los conocimientos astronómicos de su tiempo en una obra que, por desgracia, se perdió, pero de la que se conoce una versión latina titulada *De Scientia stellarum.* De esa y otras recensiones pudo sacar Tauaddud el saber astronómico que aquí expone. Por lo demás, ya advertirá el lector la cantidad de astrología que esa astronomía contiene, lo que no es de extrañar en aquellos tiempos de escasa exactitud científica, aparte de que, como dice Gustavo Lebón: «La creencia en la astrología fue antiguamente general entre todos los astrónomos, sin exceptuar a los de Europa, hasta una época muy cercana a la nuestra. El propio Képler profesaba esa creencia y escribió varios almanaques proféticos.» *(Civilización de los árabes.)*

[65] Sura LXX, *Al-Marich* (Los grados), aleya 40.

[66] Sura X, *Yunús* (Jonás), aleya 5.

[67] Sura XXXVI, *Ya sin,* aleya 40.

Y todo en el firmamento canta las alabanzas de su dueño.

–Está bien–aprobó el astrólogo–. Pero dime: ¿qué hace el día cuando la noche viene y qué la noche cuando aquel aparece?

–El día–respondió la joven–va acoplado a la noche y esta al día se acoge.

–Dime ahora–insistió el sabio–, ¿cuáles son las casas de la luna?

–La Luna–respondió la muchacha–tiene muchas mansiones o casas: como *As-Saratán* (el Cáncer), *Ats-Tsoriya* (las Pléyades), *Al-Kakâ* (las Cabrillas), *Al-Hanâ* (las Hyades), *Az-Zerâ* (el Brazo), *An-Natsra* (la Nariz), *At-Tarf* (la Pupila), *Ach-Chabiha* (la Frente), *As-Sira* (el Acuario), *Al-Auá* (el Perro), *As-Samak* (los Peces), *As-Subán* (la Lengua), *Al-Iklil* (la Corona) y otras muchas más; tantas, en fin, que no acabaría nunca de enumerarlas, y un misterio entrañan que solo conoce Alá (loado sea por toda una eternidad) y los que calan muy hondo en la ciencia sideral.

Y todas esas mansiones de la luna se dividen en torres, que suman el número de doce.

Comprende cada torre dos mansiones y un tercio de mansión, y así *As-Saratán* y un tercio de *Ats-Tsoriya* corresponden al *Haml,* y otro tercio de *Ats-Tsoriya* con *Aldebarán* y un tercio de *Al-Hanâ* corresponden a *Ach-Chur;* un tercio de *Al-Hanâ* con *Al-Kakâ* y *Az-Zerâ* a *Ach-Chusá,* y *Azn-Natsra* y *At-Tarf* con un tercio de *Az-Zirfa* a *Al-Asad,* y un tercio de este con *Al-Auá* y *As-Samak* a *As-Sumbula; Al-Gafr* y *As-Sebani* con un tercio de *Al-Iklil* a *Al-Nizám,* un tercio de *Al-Iklil* con *Al-Kelb* y un tercio de *Asch-Schula* a *Al-Akralo,* y un tercio de este con *Al-Nain* y *Al-Belda* a *Al-Kus,* y *Sâd Baliu* y un tercio del primero y el último y *Ar-Rescha,* corresponden a *Al-Jot.*

–Está bien–díjole el astrólogo–, pero ahora háblame de los planetas y de su naturaleza y del tiempo que en cada torre dura su permanencia, y del influjo, fausto o nefasto, que ejercen sobre el hombre, y dónde tienen sus casas y dónde su cenit culmina y dónde su ocaso se inicia.

–Estrecho es este ámbito–respondió la muchacha–; pero procuraré contestar a lo que me has preguntado.

Has de saber, pues, que los planetas son siete; a saber: *As-Schems* (el Sol), *Al-Kámar* (la Luna), *Utárid* (Mercurio), *Sohra* (Venus), *Merrij* (Marte), *Muschtari* (Júpiter) y *Zuhal* (Saturno).

Cuanto al Sol *(As-Schems),* es de natural cálido y seco, de influjo maléfico en su cenit y favorable en su nadir.

Permanece treinta días en cada una de las torres referidas.

La Luna *(Al-Kámar)* es de natural frío y húmedo, siendo favorable su influjo. Permanece dos días y un tercio de día en cada una de las torres ya dichas.

Mercurio ejerce un influjo complejo, ora favorable y benigno ora infausto y maléfico, y permanece en cada torre diez días y medio.

Venus es temperada y de influjo benigno y permanece veinticinco días en cada una de las torres susodichas.

Marte es nefasto y permanece en cada torre diez meses.

Júpiter es fausto y permanece en cada torre un año.

Saturno es frío, seco y de influjo perverso; en cada torre permanece treinta meses.

Tiene el Sol por mansión la constelación del León *(Asad)* y su apogeo lo alcanza en Aries *(Haml)* y su perigeo en el Acuario *(Delu).*

La mansión de la Luna es el *Saratán* (Cáncer), su apogeo lo alcanza en Taurus *(Tsur),* inclínase a Escorpión *(Akrab)* y alcanza su perigeo en Capricornio *(Chidá).*

Tiene Saturno *(Zuhal)* por morada el Capricornio y el Acuario, su inclinación es hacia Aries; su apogeo lo alcanza en Libra *(Mizán)* y su perigeo en Capricornio y Leo.

Tiene Júpiter por morada a Piscis *(Jot)*, su apogeo en Cáncer, su inclinación hacia Capricornio y su perigeo en Géminis *(Chausá)* y Leo.

La morada de *As-Sohra* (Venus) es en *Tsur* (Taurus); su apogeo, en Piscis; su inclinación, a Libra, y su perigeo, en Capricornio.

Tiene Mércurio su mansión en Géminis y la Espiga *(Sûmbula)*, en Virgo su apogeo, su inclinación en Piscis y en Taurus su perigeo.

Luego que hubo comprobado el astrólogo la perspicacia y saber de la muchacha, así como la elegancia de sus palabras, comprendió que no le quedaba más remedio que idear alguna treta si quería vencerla y dejarla callada y corrida en presencia del jalifa.

Y le dijo:

–*Ye* esclava, dime: ¿por ventura este mes hemos de tener lluvia?

Bajó ella la cabeza y permaneció una hora en silencio, dándole vueltas a su pensamiento, de suerte que el jalifa llegó a creer que era incapaz de responder. Y le dijo el jalifa:

–¿Cómo es eso, chiquilla?

A lo que ella le respondió, diciendo:

–Dame un alfanje para que con él le corte el cuello, pues es un hereje tremendo.

Echóse a reír el emir de los creyentes y lo mismo hicieron todos los presentes.

Y la muchacha tornó a tomar la palabra y, encarándose con el sabio, díjole con enfado:

–¡*Ye* astrólogo! Cinco cosas hay que son secretos, cuya clave solo la tiene Alá (loado sea por toda una eternidad).

Y recitó a continuación esta aleya del *Corán:*

«En verdad que en Alá reside el conocimiento de la hora y El es quien hace descender la lluvia y quien sabe lo que guardan en su interior las matrices y no sabe nadie lo que le ocurrirá mañana ni sabe nadie tampoco el lugar de la tierra en que la muerte le espera. En verdad que el más sabio es Alá.» [68]

–Está bien–aplaudió el astrólogo–y por Alá que solo te quiero escuchar.

–Has de saber–le dijo la muchacha–que los amantes de la rectitud conocen ciertos indicios y señales referentes a los astros que hacen relación a la entrada del año y también el común de las gentes posee su experiencia correspondiente.

–¿A qué te refieres?–preguntó el sabio. Y ella le contestó en el acto:

–Has de saber que cada día de los días del año está regido por un astro [69]; ahora bien: si el primer día del año fuere un domingo, será el sol el astro a cuyo poder se hallará sometido. Y esa coincidencia anuncia (aunque Alá es el más sabio) tiranía de parte de los reyes, sultanes y gobernadores sobre sus vasallos y abundancia de calamidades y escasez de aguas pluviales; medrarán los cereales, con excepción de las lentejas; se agotarán las vides, subirá el lino y bajará el trigo; surgirán entre los reyes grandes luchas y feroces pugnas. Aunque también habrá bienes aquel año. (Y Alá es el más sabio.)

–Está bien–aprobó el astrólogo–. Pero dime: si el año empieza en lunes ¿qué es lo que ocurre?

–Si el año empieza en lunes–respondió la muchacha–estará sujeto al poder de *Kámar* (la Luna) y su influjo hará que las cosas todas vayan bien al principio; habrá lluvias abundantes y copia de cereales, pero luego se echará a

[68] Versículos finales de la sura XXXI, titulada *Lokmán.*

[69] Sobre los días fastos puede consultarse el curioso tratado del Imán As-Suyuti.

perder el lino y bajará el trigo y sobrevendrá la peste en el ganado, dejándolo diezmado de corderos y cabras, pues perecerá la mitad; la uva abundará y la miel escaseará, y el algodón, ese año, andará tirado.

Aunque no hemos de olvidar que Alá es el que sabe más.

Pero al llegar aquí vio Schahrasad venir la aurora y puso coto a sus palabras encantadoras.

Y LA NOCHE 278 SIGUIO DICIENDO LA MUCHACHA:

–He llegado a saber, *ye* monarca, el afortunado, que al terminar la muchacha su explicación referente al lunes, díjole el sabio:

–Dime ahora qué sabes sobre el año que empieza en martes.

–Si el año empieza en martes–respondió la muchacha–está sujeto a la marcial influencia, que es nefasta, y anuncia muerte de mucha gente y abundancia de males y derramamiento de copiosa sangre; encarecerá el grano y escaseará la lluvia y habrá poco pescado, unos días más y otros menos; escasearán también las lentejas y la miel y tampoco el algodón se dará bien.

Preponderará la cebada sobre todo el demás grano, y abundarán las guerras entre los soberanos y habrá muchas muertes violentas y en los asnos se cebará una epidemia. ¡Pero Alá (glorificado sea) es el que sabe más!

–Dime ahora–interrogó el astrólogo–: si el año empieza en miércoles, ¿cuál será el horóscopo?

–El año que en miércoles empieza –respondió ella–estará bajo el influjo de *Utarid* (Mercurio) y en él se registran grandes calamidades para la humanidad y abundancia de enemistades; habrá también lluvias moderadas, pero se perderá más de una aceifa [70] y habrá gran mortandad entre el ganado y también entre los mozos de pocos años; también habrá no pocas guerras por el mar, el trigo subirá y todos los demás cereales bajarán; habrá sobra de relámpagos y truenos; la miel encarecerá y los dátiles y el lino y el algodón abundarán, y el rábano [71] y la cebolla, en cambio, se encarecerán. Pero ¡el más sabio es Alá! (loado sea su nombre por toda una eternidad).

–¿Y si el año empieza en jueves? –interrogó el astrólogo.

–El año que en jueves empieza–respondió la muchacha–está bajo el influjo de *Muschtari* (Júpiter) y su horóscopo anuncia equidad en los visires y rectitud en los cadíes y grandes beneficios para los pobres y el pueblo muslímico. Habrá lluvias en abundancia y plétora de fruta y de grano; el algodón y el lino se venderán a precio bajo, lo mismo que la miel y la uva, y abundará el pescado. Pero Alá es el más sabio.

–Dime ahora algo del año que empieza en viernes–interrogóle el astrólogo.

–Está el viernes sujeto–dijo la muchacha–al influjo de *As-Sohra* (Venus) y el año que en él empieza habrá tiranía entre los genios y novedades de calumnias y falsedades; se registrará también rocío abundante y el otoño

[70] Cosecha.

[71] La versión Prometeo traduce «reponche» *(sic)* el vocablo árabe, *fchl.*

será clemente [72] y favorable, y bajarán los precios de las cosas en algunas ciudades; pero también habrá corrupción en la tierra y el mar y el algodón encarecerá lo mismo que el trigo y la miel; la uva se echará a perder, igual que la sandía. Pero en Alá reside la plena sabiduría.

–¿Y el año que empieza en sábado?–interrogóla el sabio.

–Ese año–dijo la joven–está sujeto al influjo de *Zuhal* (Saturno), lo cual indica que habrá en él guerras entre los creyentes y los rumíes y no se registrará bien alguno, pues reinarán la carestía y la esterilidad; prosperará el ganado, pero entre los hijos de Adán habrá gran mortandad, sobre todo gran duelo en Mizr y Scham, por la tiranía de sus sultanes; no serán las cosechas nada abundantes y se echarán a perder los cereales. Pero Alá (loado sea su nombre por toda una eternidad) es el que sabe más [73].

Luego que el astrólogo hubo oído la respuesta de la muchacha bajó la cabeza y permaneció una hora sin decir nada.

–*Ye* astrólogo–exclamó la muchacha–. Voy ahora a hacerte una sola pregunta; pero si no me la contestas bien, te quitaré la ropa y te irás de aquí vencido, igual que los que te han precedido.

–Tú tienes la palabra–díjole el sabio a la muchacha.

Y esta le preguntó:

–¿Dónde tiene *Zuhal* su morada?

–En el séptimo cielo–respondióle el viejo.

–¿Y *Muschtari?*–tornó a preguntarle la joven.

–En el sexto–respondió el viejo.

–¿Y *Merrij?*

–En el quinto.

–¿Y *Asch-Schems?*

–En el cuarto.

–¿Y *Sohra?*

–En el tercero.

–¿Y *Utarid?*

–En el segundo.

–¿Y *Al-Kámar?*

–En el primero.

–Está bien–aprobó la muchacha–; pero aún me queda por hacerte otra pregunta.

–Venga–dijo el astrólogo.

–¿En cuántas partes se dividen los astros?

Bajó el viejo la cabeza y no despegó sus labios.

–Quítate la ropa en seguida–ordenó la jovencita.

Quitóse las ropas el sabio y se las dio a la joven en el acto. Pero luego que aquellas se las hubo tomado, interpelóla así el jalifa:

–Dinos ahora tú misma la contestación a esa preguntita.

Y la muchacha contestó en seguida:

–¡*Ye* emir de los creyentes! Tres son las partes en que los astros se dividen: están colgados los unos del cielo inferior, igual que del techo los candiles, y sirven al fin de alumbrar nuestra tierra; sirven los otros para ahuyentar con ellos del cielo a los schaitanes, cuando tratan de captar furtivamente la onda auditiva de los secretos divinales. Según dijo Alá (loado sea su nombre por toda una eternidad): «He aquí que ornamos el cielo inferior con luminarias y las pusimos allí para que apedreasen a los schaitanes.» [74]

Cuanto a la tercera parte de las estrellas, hállanse suspendidas en el aire y alumbran los mares y cuanto en ellos hay.

[72] *Jrif.* La versión Prometeo traduce primavera. *rbivu.*

[73] Fácil es advertir el origen neoplatónico de todas estas ideas, que podrían proceder de alguna de las muchas enciclopedias sincréticas, compuestas bajo el reinado de los abbasies, como la que forman los escritos del famoso Ach-Chahiz (Abu-Otsmán Amer), siglo VIII.

[74] Sura XXXVII, *Az-Zafat* (Los ordenados en acefas), aleyas 6 y 7.

–Está bien–aprobó el astrólogo–. Pero también yo, por mi parte, querría hacerte todavía una preguntita, y si me la contestas bien, no insistiré.

Dime cuáles son las cuatro cosas contradictorias, basadas en cuatro cosas antagónicas.

–Son–respondió la joven en seguida– lo cálido y lo frío y lo húmedo y lo seco.

De lo cálido creó Alá el fuego, cuyo temperamento es caliente y seco. De lo seco creó Alá la tierra, que es fría y seca por naturaleza.

De lo frío creó Alá el agua, cuya naturaleza es húmeda y fría.

De lo húmedo creó Alá el aire, cuyo temperamento es cálido y húmedo, al mismo tiempo.

Creó después Alá doce torres siderales, a saber: Aries, Taurus, Géminis, Cáncer, Leo, Virgo, Libra, Escorpión, Sagitario, Capricornio, Acuario y Piscis. Y los hizo de cuatro temperamentos distintos; tres ígneos y tres terrenales, y tres aéreos y tres acuáticos.

Aries y Leo y Sagitario son de fuego; Taurus, Virgo y Capricornio, de tierra; Géminis, Libra y Acuario, de aire; Cáncer, Escorpión y Piscis, de agua.

Levantóse al oírla el sabio y exclamó maravillado:

–Por Alá, juro que esta esclava en saber me aventaja.

Y luego que eso dijo fuese de allí vencido.

Dijo después la esclava dirigiéndose al jalifa:

–¡*Ye* emir de los creyentes! Dile ahora al filósofo que se levante con presteza y salga a la palestra.

Levantóse aquel en el acto y fue a sentarse sobre sus manos. Y la interrogó diciendo:

–Háblame del tiempo y de sus partes y de lo que a ello atañe.

–El tiempo, en general–respondió la joven–, es un nombre que abarca por igual las horas de la noche y el día, las cuales determinan el curso respectivo del sol y de la luna en sus sendas esferas, según dijo Alá (glorificado sea): «Y sirvales de señal la noche, de la cual sacamos el día, y entonces ellos se hallan sumidos en la oscuridad y el sol gira en su órbita particular.» Así fue decretado por el poderoso y el sabio [75].

–Dime ahora–insistió el filósofo–algo sobre los hijos de Adán y cómo vinieron a caer en la incredulidad.

–Dicen–respondió la joven–invocando al Profeta de Alá (sean sobre él la oración y la paz), que aquel solía decir: «La incredulidad circulará en los hijos de Adán como la sangre por sus venas en tanto no hagan caso del mundo, el tiempo, la noche y la hora.»

Y dijo también (sean la oración y la paz sobre él): «No despreciéis el tiempo, pues el tiempo es Alá, y no miréis con desdén el mundo, pues dirá: "Maldiga Alá al que me menosprecia."» Ni desdeñe ninguno de vosotros la hora, pues la hora ha de venir sin duda; ni menospreciéis tampoco a la tierra, pues es una advertencia, según su palabra (loado por siempre sea): «De ella os creamos y a ella hemos de tornaros y de ella hemos otra vez de sacaros.» [76]

–Dime–preguntóla el sabio–: ¿cuáles son esos cinco que comían y bebían y ni de entraña ni seno procedían?

Y en el acto respondió la muchacha:

–Adán y Simeón y la camella de Zalih y el carnero de Ismail y el pájaro que vio en la gruta Abu-Bekr, el santo [77].

[75] Sura XXXVI, *Ya Sin,* aleyas 37 y 38.

[76] Sura XX, *Ta Ha,* aleya 57.

[77] El carnero de Ismail es el que Adonai envió a Abraham cuando iba a sacrificar a su hijo Isaac para que lo inmolase en lugar de su hijo. Es, pues, un animal milagroso, no nacido de madre. Según la tradición arábiga, no era Isaac, sino Ismael o Ismail, también hijo de Abraham y de su esclava Agar, el destinado al sacrificio.

–Dime cuáles son esas cinco criaturas que hay en el Paraíso y que no son hombres, ni genios, ni ángeles tampoco–díjole el filósofo.

Y la muchacha respondióle de este modo:

–Son el adive de Yakub y el perro de los siete durmientes y la borrica de Esdras y la camella de Zalih y Daldal, la mula del Profeta del Islam (sean sobre él la oración y la paz).

–Dime ahora–tornó a preguntar el filósofo–: ¿quién fue aquel que rezó la zalá sin estar en la tierra ni tampoco en el cielo?

Y respondió la joven al momento:

–Fue Soleimán, cuando hizo la zalá sobre su tapiz, el cual se sostenía en el aire de por sí.

–Dime ahora: ¿quién fue aquel que rezó la zalá matinal y vio una mujer y esta le fue prohibida; y luego, al mediodía, pasó a serle lícita; y luego al caer la tarde, tornó a serle prohibida; y, al mediar la noche, tornó a serle vedada, volviendo a serle lícita al llegar la mañana?

–Fue–respondió la joven–aquel hombre que miró a una esclava ajena, en la mañana, la cual, por no ser suya, le estaba vedada; pero a hora del mediodía la compró y con ello se le levantó la prohibición; luego, al caer la tarde, la manumitió y nuevamente se le vedó; al cerrar la noche, se casó con ella y otra vez pudo, sin pecado, poseerla; al ser más de noche, la repudió, y, a estarle prohibida nuevamente volvió; mas luego que amaneció anuló su divorcio y volvió, por tanto, a serle lícito su trato.

–Está bien–aprobó el filósofo–. Pero dime: ¿cuál fue ese sepulcro que echó a andar llevando consigo al difunto?

–Fue–respondió la joven–la ballena de Yunús-ben-Matai [78] cuando se lo tragó.

–Dime–preguntó el sabio–: ¿qué tierra es esa que el sol una vez sola alumbró y no volverá a alumbrar más, hasta el día de su resurrección?

Y la joven respondió:

–El fondo del mar, cuando Musa lo hirió con su vara y se dividió en doce partes, según el número de las tribus de Israel, y brilló sobre él el sol, que no volverá a alumbrarlo más hasta el día de la resurrección.

Pero al llegar aquí vio Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras encantadoras.

La camella de Zalih fue creada también por Alá de una roca, Zalih era un justo, hermano del idólatra Tsamud, que le amonestaba infructuosamente.

Y dijo Zalih a su pueblo: «¡*Ye* pueblo, he aquí esta camella de Alá, señal para vosotros; dejadla que coma en la tierra de Alá y no le hagáis ningún mal, pues recibiríais un castigo inmediato!»

Pero ellos la sacrificaron y (él) dijo: «Aguardad en vuestras casas tres días; esta es promesa sin mentira.»

Y cuando llegó nuestro asunto, salvamos a Zalih y a los que creían con él, por misericordia de nuestra parte, del escándalo; en verdad que tu Señor es fuerte y poderoso.

«Y tomó a los que obraban iniquidad de un golpe y amanecieron en sus casas exánimes.» *Corán,* sura II.

El perro de los siete durmientes, llamado *Kitmir,* que los acompañó en la cueva, donde se habían refugiado. *Corán,* sura XVIII, *Al-Kahf* (La ajaquefa). El adive de Yakub (Jacob) fue un lobo o chacal que soltó la presa que le tomara a un pobre, obedeciendo la intimación del Profeta. Todos estos rasgos podrían dar materia para hablar de la zoofilia en el Islam. El pájaro que vio Abu-Bekr, en la cueva de As-Saur, donde se había escondido con Mahoma, huyendo de la persecución de los idólatras, era también un pájaro milagroso, que, para ocultar mejor a los fugitivos, hizo su nido a la entrada del antro. Según unos era un palomo; pero, según otros, no se trata de ningún ave, sino de una araña. La burra de Esdras podría ser muy bien la fabulosa bestia Al-Borak, el Brajzan de los griegos. Burton hace notar que en el *Midrasch Tanjumah* sobre *el Exodo,* figura un diálogo semejante a este entre Faraón y Moisés.

[78] El Profeta Jonás, que, por otra parte, no pereció en el vientre de la ballena.

Y LA NOCHE 279 REANUDO SU RELATO EN ESTA FORMA:

–Ha llegado a mis oídos, *ye* monarca, el afortunado, que luego el filósofo le dijo a la joven:

–Dime: ¿cuál fue la cola primera que se arrastró sobre la haz de la tierra?

Y la muchacha respondió con presteza.

–Fue la del manto de Hachir [79], avergonzada ante Sara. Acerca de ello informa la tradición arábiga.

–Dime–preguntó el sabio a la muchacha–: ¿qué es aquello que respira y no tiene alma?

–Es la mañana–respondió la joven–. Según la palabra divina «por la mañana cuando respira...» [80]

–Dime–dijo el sabio de nuevo–: ¿qué palomas fueron esas que volaron con dirección a un árbol y unas se posaron encima y otras debajo y dijeron las de encima a las de abajo: «Si subiera una de vosotras, os doblaríamos, y si una de nosotras bajara, igualáramos»?

Y respondió en seguida la muchacha:

–Las palomas que se posaron encima del árbol fueron siete y cinco las que se posaron debajo. De suerte que si subía con las de arriba una de las de abajo, venían aquellas a ser el doble de sus compañeras, y si bajaba una de las de arriba, quedaban todas en dos bandos iguales repartidas.

Aunque siempre es Alá aquel que sabe más [81].

Quitóse entonces el filósofo sus vestidos y fuese de allí corrido.

Encaróse entonces la muchacha con todos los demás sabios que se hallaban presentes, y les dijo:

–¡*Ye* vosotros!, los que caláis hondo en toda ciencia y disciplina, ¿no queréis salir a la liza?

Adelantóse entonces el político, y, dirigiéndose a la joven, le dijo:

–No pienses que vas a envolverme como a los que me han precedido.

Pero ella le contestó diciendo:

–Pues a mí me da el corazón que saldrás derrotado como los demás, pues Alá me protegerá y ayudará hasta que consiga dejarte en camisa. Así que harás bien en mandar a tu casa por otro traje, para que lo tengas a mano cuando te veas en ese trance.

Procedió en seguida el sabio a interrogarla, y preguntó a la muchacha:

–¿Cuáles fueron esas cinco cosas que Alá creó antes que el resto de la creación?

Y la joven le contestó:

El agua y la tierra y el sueño y la tiniebla y el fuego.

–¿Y qué fue lo que Alá creó por su propia mano y no por simple efecto de su querer soberano?–interrogó el sabio.

–El trono, el árbol del Paraíso [82], Adán y el jardín del Edén, pues los creó Alá (glorificado sea) por su propia mano, no por el mero efecto de su voluntad, como a las demás criaturas, a las cuales les dijo solamente: «Sed.» Y fueron incontinenti.

–Dime: ¿cuál es tu padre en el Islam?–preguntó luego el sabio.

[79] Agar, sierva de Sara y madre de Ismael.

[80] Sura LXXXI, *At-Tekuir* (El enrollamiento), aleya 18.

[81] El hecho de que las Matemáticas estén representadas en este examen por solo ese acertijo indica qué poco progresaran esos estudios en la época de los abbasíes entre los árabes, que habían luego de inventar el Algebra.

[82] El árbol de la vida o de la ciencia, del bien y del mal: *Ets-Hayi*, el *Kalpavriksha* de los hindúes; el *Igdrasili*, de los escandinavos.

Y la muchacha le respondió en el acto:

–Mohammed (sean con él la oración y la paz) es mi padre en el Islam.

–¿Y cuál fue el padre de Mohammed?

–Ibrahim, el amigo de Alá–respondió la muchacha sin vacilar.

–¿Y en qué consiste la religión islámica?–interrogó el sabio. Y respondióle la muchacha:

–En el testimonio. No hay *ilah,* sino Al-Lah, y Mohammed es el profeta de Alá.

–Me vas ahora a decir: ¿cuál es tu principio y cuál es tu fin?–preguntó el sabio.

–Mi principio–respondió la joven–fue una gota de semen impuro y mi fin será despojo sucio.

Y del polvo salí y al polvo tornaré al fin. Según dijo el poeta:

«Del polvo me crearon,
me hice persona;
al polvo torné luego
y esa es mi historia.
Tan breve fue mi vida
que me parece
que nunca fui otra cosa
que polvo leve.»

–Dime: ¿qué cosa es esa que empezó siendo de palo y cobró vida al cabo? –así preguntó el sabio. Y la muchacha le respondió en el acto:

–La vara de Musa, cuando la arrojó al suelo y se convirtió en serpiente y se puso a reptar por permisión de Alá.

–Explícame ahora–insistió el sabio–esas palabras de Alá (loado sea su nombre por toda una eternidad): «Y además me presta otra utilidad [83].»

–Refiérense a la vara de Musa–respondió la esclava–, pues cuando aquel la plantaba en la tierra, luego florecía y se frutecía y con su sombra del calor y del frío le resguardaba; y cuando cansado se sentía, cargaba con él y lo llevaba a donde quería; y cuando se echaba a dormir, le cuidaba el ganado y espantaba a los leones que intentaban devorarlo [84].

–Dime: ¿cuál fue la hembra que nació de solo varón y el varón que de solo hembra nació?

Y la muchacha respondió:

–Haua [85], que nació de Adán, e Isa, el hijo de Maryem, que no hubo menester de padre para nacer.

–Dime ahora: ¿cuáles son esas cuatro clases de fuego: el que come y bebe, el que come y no bebe, el que bebe y no come y el que ni come ni bebe?

Preguntó así el doctor. Y la esclava le respondió.

–El fuego que come y no bebe es el fuego terreno; el que come y bebe, el fuego del infierno; el que bebe y no come, el fuego solar, y el que ni come ni bebe, es el fuego lunar.

–Y ¿cuál es la puerta abierta–preguntó el doctor–y cuál la puerta cerrada?

–La puerta abierta–respondió la muchacha–son los preceptos tradicionales y la puerta cerrada los que en el *Corán* se nos mandan.

–Está bien–aprobó el doctor–. Pero dime: ¿a qué se refería el poeta cuando dijo:

«En una tumba habita, donde halla su alimento.
y cuando de él se nutre, de palabras se llena;
se mueve y se pasea y sin lengua se expresa,
y después nuevamente se reintegra en su encierro.
En su vida no goza los debidos honores,
y después de su muerte, no hay nadie que llore.»

Y la joven respondió en seguida:

–La caña de escribir.

–Está bien–aprobó el sabio–. Pero

[83] Sura XX, *Ta Hal,* aleya 19.

[84] La vara de Moisés es en la tradición musulmana una vara mágica de las dimensiones de un palo de buque.

[85] Eva.

dime: ¿a quién entendió referirse el poeta en estos versos:

«Tiene una sangre fluyente,
las orejas encarnadas
y de par en par la boca
nos muestra cuando descansa;
tiene la forma de un gallo;
luce su tripa pintada,
y si lo quieres comprar,
te lo dan por medio dracma.»?

–El tintero–respondió la muchacha.

E insistió el sabio preguntón:

–¿Y a qué quiso aludir el poeta en estos otros versos:

«Pregúntales a los sabios
que todo quieren saberlo;
a ver si saben qué es
eso que de sus revuelos
por Arabia o por Al-Achm
nos trae el pájaro ligero.
No tiene carne ni sangre,
ni pluma en todo su cuerpo,
y se le come cocido
o sin pasar por el fuego,
y dos colores ostenta:
plata y oro al mismo tiempo,
y cuando lo vemos vivo
es señal de que está muerto.
Anda y a ver si adivinas
a qué cosa me refiero.»?

–¡Bah!–exclamó la muchacha al oír aquello–. Cuántos rodeos empleas, hombre, para designar el huevo, que no vale un pitoche.

–Está bien–dijo el sabio–. Pero dime todavía: ¿qué quiso decir el poeta en estos otros versos:

«De acá para allá me agito,
con agradable meneo;
unas veces muy aprisa,
otras con aire muy lento,
y al final él caer se deja,
lánguido sobre mi pecho,
suspirando: "¡Amado mío!"
con un suspirar muy tierno.» [86]

–Nada de «¡Amado mío!»–rectificó la muchacha–, sino «¡Abanico mío!»

–Está bien–aprobó el doctor–. Pero dime: ¿cuantas palabras Alá a Musa le habló?

Y la joven respondió:

–Cuentan que el enviado de Alá dijo: «Alá hablóle a Musa mil quinientas y quince palabras.»

–Está bien–respondió el doctor–. Pero dime: ¿cuáles son las catorce cosas que le dirigieron la palabra al Señor de los mundos?

Y la muchacha contestó:

–Los siete cielos y las siete tierras cuando le dijeron: «Obedientes somos a tus mandamientos.» [87]

Luego que la esclava contestó a su pregunta, díjole el sabio:

–Háblame de Adán y de cómo lo creó Alá.

–Creó Alá a Adán–respondió la joven–de barro, y el barro lo formó de la espuma del mar; y al mar, de la tiniebla; y a la tiniebla, de la luz; y a la luz, de un pez; y al pez, de una peña; y a la peña, de un rubí; y al rubí, del agua; y al agua la creó por un simple acto de volición [88].

Según su palabra (loado sea su nombre por toda una eternidad): «En verdad que cuando algo decide hacer, dice: "Sé, y al punto es."» [89]

–Dime ahora algo–insistió el sabio–sobre estos versos del poeta:

«Come sin tener boca y se alimenta
de plantas y animales por igual;
cuando come, revive; mas el agua
si la prueba, en seguida le es mortal.»

–El fuego–respondió la muchacha sin vacilar.

–Está bien; pero dime el sentido de estos otros versos:

«Son dos amigos que se abstienen
de todo goce y deleite;

[86] La edición Bulak omite todos estos versos.

[87] *Corán*, sura XXXVI, *Ya Sin*, aleya 82.

[88] Todas estas ideas proceden de un fondo ariopersa.

[89] Sura XLI, *Fuzilt* (Fueron separados), versículo 10.

pasan la noche abrazados
siempre alerta y vigilando,
y en cuanto que apunta el día
se separan en seguida.»

–Las dos hojas de la puerta–respondió la esclava presta.

–Y de las puertas del infierno, ¿qué me dices?

–Las puertas del infierno son siete –respondió la esclava–, y se comprenden en estos versos de un poeta eminente:

«*Chejennam* y el *Lazi* y el *hatim*
y el *sair* y el *sakr* con el *chaim*
más la *hauiya*, que no se ha de omitir,
son las siete puertas del lugar infeliz.» [90]

–Explícame ahora estos otros versos de enigmático contexto:

«Arrastro cola tras mí,
lo mismo al llegar que al ir;
tengo un ojo que jamás
lo llega el sueño a cerrar
ni una lágrima a mojar;
voy desnuda, y, sin embargo,
a todos visto y apaño.»

–La aguja–respondió la joven en el acto.

–Está bien–aprobó el sabio–. Pero dime: ¿cómo es de largo el puente Az-Zirat y cómo es de ancho?

–El puente Az-Zirat–respondió la joven–tiene de largo tres mil años de jornada; mil para la subida, mil para la bajada y otros mil para la pasada. Y es más agudo que una espada y más delgado que un pelo.

Luego que la esclava le hubo descrito al sabio el puente Az-Zirat, le volvió aquel a preguntar:

–¿Cuántas veces puede nuestro Profeta interceder por el creyente?

–Tres–respondió la esclava. Y el doctor le dijo:

–Está bien; pero dime: ¿fue Abu-Bekr el primero que abrazó el Islam?

–Sí–respondió la joven sin vacilar.

–¿De veras?–exclamó el doctor–. ¿No fue Alí el primero que el Islam abrazó?

–Alí–respondió la joven–llegóse al profeta (sean con él la oración y la paz) cuando tenía siete años nada más; pero Alá habíale concedido el don de seguir la buena dirección y jamás, pese a su poca edad, a los ídolos postróse a adorar.

–Dime: ¿cuál de los dos fue más excelente en santidad: Alí o Abbás?

Comprendió la joven que aquello era una trampa, pues si decía que Alí so-

[90] La versión Prometeo suprime estos versos. Según los teólogos musulmanes, Alá creó siete infiernos por este orden: *Chejennam* (que ya se menciona en la *Biblia* y que está destinado a los rebeldes impenitentes); *Lazi* (llama fuego), en que se abrasarán los que, después de la venida de Mahoma al mundo, se negaron a abrazar el Islam; *Al-Hatim* (voraz), que es la famosa caldera de Pedro Botero de nuestra escatología popular y que sirve de cárcel a Gog y Magog; *Sair* (llama), residencia de Iblis y sus demonios; *As-Sakr* (halcón y también fuego), destinado a los embusteros y los vanidosos; *Ach-Chaim* (el ardiente), reservado para cristianos y judíos, y, finalmente, *Al-Hauiya* (la sima negra), el más inferior de los avernos, destinado a los hipócritas y a los condenados que no cupiesen en Ach-Chaim.

El puente Zirat, que se menciona más abajo, es el que han de atravesar las almas de los difuntos para dirigirse a sus futuras eternas moradas; las de los justos lo atravesarán sin dificultad; las de los réprobos se despeñarán y ello será la prueba de sus pecados.

La creencia en el puente de Zirat, que es de procedencia extracoránica, parece tomada del *Avesta* de Zaratustra, que contiene la gran revelación irania, y en el capítulo XIX del *Vendidad*, esa refundición del libro de Zaratustra, dedicado a la escatología, se menciona al puente Cinvant, que han de atravesar también las almas desencarnadas para comparecer ante el juicio de Vohu. Las almas de los buenos cruzan el puente sin peligro, sostenidos por una joven hermosa, como las huríes del Paraíso musulmán. En el *Arta-i-Viraf Namak* (Libro de Ardá, hijo de Viraf), escrito en pehlevi y que, según opiniones autorizadas, es una imitación de un apócrifo griego del siglo II o III de nuestra era y fuente remota de *La divina comedia*, de Dante, Ardá, el sacerdote zoroástrico, conducido por el genio Scho, cruza el puente Cinvant y visita las regiones del Paraíso y el Infierno, presenciando los goces de los bienaventurados y los suplicios de los réprobos.

brepasaba a Abbás cometía una falta inexcusable con el jalifa, que del último procedía [91]; así que bajó su cabeza y permaneció una hora perpleja, y tan pronto se ponía colorada como azufrada. Hasta que al fin respondió cauta:

–Me hablas de dos personajes igualmente meritorios y venerables, cada uno de los cuales tiene su excelencia; así que demos de lado a esa controversia y volvamos a lo que antes traíamos entre manos.

Al oír el jalifa tan discretas palabras, levantóse de su trono y quedóse en pie en la sala y le dijo a la muchacha:

–Bien dijiste, ¡*ye* Tauaddud, por el Señor de la Kába!

Tomó luego la palabra Ibrahim, el retórico, y dijo a la muchacha:

–Vamos a ver si me puedes decir qué quiso el poeta significar en estos versos:

«Esbelta y gallarda es
y más dulce que el almíbar;
a una lanza se parece,
aunque no corta ni pincha.
Y en el mes de Ramadán
no hay mesa en que no sirva.»

–La caña de azúcar–respondió la muchacha.

–Está bien–aprobó Ibrahim–. Pero háblame de varias cosas.

–¿Cuáles son?–inquirió la joven.

Y el examinador le indicó:

–Quiero que me digas qué es más dulce que la miel, y qué más agudo que la espada, y qué hay más expedito en sus efectos que el veneno, y cuál es el placer del momento y el goce que dura tres días, y cuál el más placentero de los días, y cuál es la alegría de una semana, y cuál esa deuda que el deudor más tramposo no niega, y cuál es la prisión de la tumba, y la alegría del corazón, y cuál el placer de la vida, y qué es vivir muriendo, y cuál la dolencia que no se puede curar, y cuál la mancha que no se puede borrar, y qué animal es ese que no habita en campos cultivados, sino en desiertos y páramos y odia a los hijos de Adán y en sí reúne algo de siete fieras, fuertes y violentas.

Y la joven , al oírlo, le dijo:

–Bueno; atiende a lo que te voy a contestar y prepárate a quitarte tus ropas e irte lleno de bochorno, como los otros.

–Desde luego–refrendó el jalifa–. Así ha de ser, si esas cosas le explicas.

Y la muchacha dijo:

–Bueno; pues pon atención, que ahí va la solución a esas adivinanzas por el orden en que tú las enunciabas: y así, lo más dulce que la miel es el amor del buen hijo a sus padres; y lo más agudo que la espada, la lengua; y lo más expedito en sus efectos que el veneno, el ojo del envidioso; y el placer de un momento es el del carnal ayuntamiento; y el goce de tres días, el de la mujer que se depila; y el más placentero de los días, aquel en que vendemos, ganando, la mercancía; y la alegría de una semana, el casorio; y la deuda que ni el más tramposo niega, la muerte; y la prisión de la tumba, el mal hijo; y la alegría del corazón, la mujer que obedece al marido (aunque también dicen que, cuando la carne que comemos baja al corazón, en él se regocija); y el pesar del alma, un mal criado; y vivir muriendo, vivir en la miseria; y la dolencia que no tiene cura, una mala naturaleza; y una mala hija, la mancha que borrarse no puede, y, finalmente, ese animal que no habita en campos cultivados, sino en desiertos y páramos y odia a los hijos de Adán y en sí reúne las cualidades de siete fieras fuertes y violentas no es otro que la langosta de tierra, que tiene cabeza como de caballo y cuello de toro y

[91] El jalifa descendía de Abbás, tío del Profeta.

alas de alicbán y patas de camello y cola de culebra y tripa de alacrán y cuernos de gacela, para que lo sepas.

Maravillóse el jalifa de la sagacidad y rapidez en contestar de la mocita, y, encarándose con el retórico, le dijo:

–¡Ea, Ibrahim, quítate en seguida las ropas y vete de aquí!

E Ibrahim levantóse en el acto y alzó la voz, clamando:

–A todos los presentes pongo por testigos de que esta mocita nos deja chiquitos a mí y a todos los hombres instruidos.

Y a continuación quitóse Ibrahim las ropas y se las dio a la muchacha, diciendo:

–¡Ahí las tienes y haga Alá que no te aprovechen!

Mandó el jalifa que le diesen a Ibrahim otras ropas, y, encarándose con Tauaddud, le dijo:

–Mira, Tauaddud: solo una cosa queda por probar de lo que te comprometiste a demostrar, a saber: si dominas el ajedrez.

Y el jalifa mandó llamar a hombres expertos en el juego del ajedrez y de las cartas y el chaquete y ordenó también que llevasen allá el tablero para jugar.

Y el ajedrecista sin par sentóse frente a la joven y ambos dispusieron sus peones y los movió él y los movió ella, y a cada partida del maestro dábale la contrapartida al momento..., de suerte que a los pocos instantes ya le había dado mate.

Y el maestro le dijo:

–Te he dejado ganar para engatusarte; pero volvamos a jugar y ya verás.

Volvieron, pues, a jugar, y el campeón decíase para su interior: «Abre bien el ojo, amigo, que si no, saldrás también vencido.»

Y empezó a calcular y meditar mucho, antes de mover un peón; pero, a pesar de todo, su derrota no evitó. Pues la joven de pronto exclamó:

–¡Jaque mate! [92]

Y al ver aquello el ajedrecista quedóse perplejo ante su perspicacia y entendimiento, pero ella se echó a reír y exclamó:

–Vamos a echar otra partida, profesor, y haremos una apuesta. Yo te doy la reina y la torre de la derecha y el jinete de la izquierda, y si me vences tú, tuyas serán mis ropas, y si yo te venzo a ti, las tuyas serán mías.

–Está bien, de acuerdo–asintió el maestro.

Y tornaron a iniciar la partida, y la joven cedióle a su adversario la reina, la torre y el jinete, y le dijo:

–Anda y mueve tus peones.

Y el campeón procedió a hacerlo así, diciéndose para sus adentros: «Con estas ventajillas le he de ganar el juego.»

Y discurrió una combinación que juzgaba infalible; pero ella fue moviendo despacito sus piezas y poniéndoselas de forma que se las pudiera quitar.

Y cada vez que eso hacía le decía:

–Anda, maestro, y cómete eso.

Hízolo así el otro y pensó para sus adentros: «Ahora ya fácil me será triunfar.»

Siguieron jugando y ella lo fue engatusando y echándole de comer para entretenerlo y engañarlo. Y le decía con sorna:

–Bien pesada va la medida y bien cernida la harina: atrácate sin duelo, hasta que te hartes de lo que al fin la muerte ha de causarte. No culpes luego a nadie, sino a tu gula, de lo que te pase. ¿Por ventura no comprendes que si así te regalo es tan solo para perderte? Ea, ya está; ¡mate al *schah!*

Luego añadió:

–Ya te puedes despojar de tus ropas, que es evidente tu derrota.

–¡Oh, así Alá te lo recompense; déjame siquiera los zaragüelles!

[92] ¡El *schah* murió!, locución compuesta de la voz persa *schah* y la arábiga *mat*.

Después de lo cual juró no volver a jugar al ajedrez con nadie más mientras Tauaddud estuviese en Bagdad.

Quitóse luego sus vestidos y se los entregó a la muchacha y huyó de allí aprisa, para no ser blanco de las risas.

Destacóse luego un jugador de damas y ella le dijo antes de empezar la jugada:

–Si logro derrotarte, ¿qué vas a darme?

–Te daré–dijo él–diez trajes recamados en oro a estilo de Kostantiniya y otros diez de raso, amén de mil dinares en oro contante y sonante. Pero si yo te venzo, solo deseo que me extiendas un diploma declarando que logré tu derrota.

–Aceptado–respondió la muchacha a su contrario.

Procedieron a jugar y Tauaddud volvió a ganar. Entonces su contrario se levantó, y, haciendo grandes visajes y chapurreando con acento franco el árabe, exclamó:

–Por Alá, ¡*ye* emir de los creyentes!, que no hay jugadora más diestra que ella en todo Bagdad [93].

Maravillóse entonces el jalifa y mandó que trajesen los instrumentos de música, y así lo hicieron en seguida. Y el emir de los creyentes le dijo a la muchacha:

–¿Sabes, por ventura, tocar la guitarra?

–Cierto que sí–respondió la joven.

Mandó el emir que le ofrecieran el laúd. Y era un laúd por el uso gastado, y cuyo dueño anterior perdiérase corriendo caminos y senderos y del cual dijo un poeta, describiéndolo:

«Regó la campiña Alá
y un árbol luego brotó,
que hundió su raíz en la tierra
y hasta el cielo se elevó.
Y cuando echó verdes hojas
el pájaro en él posó
y sus arpegios gentiles
también el árbol copió,
que siguió cantando él luego
que el ruiseñor se alejó.» [94]

Y dizque aquel laúd venía en un estuche de raso granate, con borlas de seda color azafrán.

Tomólo ella y se lo apoyó contra su pecho y se inclinó sobre él, al modo de la madre que amamanta a su nene pequeño, y empezó a rasguearlo en doce estilos diferentes, hasta que se emocionaron todos los presentes, de puro goce y deleite. Y después, acompañándose con él, dijo esta copla:

Cesen ya tus desvíos,
déjate ver;
que el corazón me partes
con tu desdén.
Ten piedad de mi llanto,
que en verdad que no puedo
sufrir ya tanto.

Entusiasmóse al oírla el jalifa y exclamó:

–¡Bendígate Alá y a quien te enseñó tanta piedad!

Levantóse ella en el acto y fue a besar la tierra entre sus manos. Y el jalifa mandó que le llevasen el dinero y abonó los diez mil dinares que pedía su dueño. Y encarándose con ella le habló de esta suerte:

–¡*Ye* Tauaddud, pídeme lo que quieras!

–Te pido–dijo ella–que a mi señor me devuelvas.

–Concedido–respondió el jalifa y devolviósela a su dueño en seguida. Luego diole a la esclava cinco mil dinares más para ella y nombró a su amo comensal de su mesa para mientras viviera...

Pero al llegar aquí sorprendió a Schahrasad la mañana y cortó el flujo de sus desbordadas palabras.

[93] La versión Mardrus suprime todo este paso del ajedrez.

[94] La versión Mardrus suprime estos versos.

Y LA NOCHE 280 SIGUIO DICIENDO LA MUCHACHA:

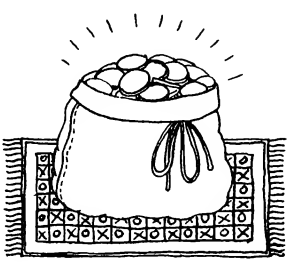
–Ha llegado a mis oídos, *ye* monarca, el afortunado, que el jalifa diole a la esclava cinco mil dinares para ella y se la restituyó a su dueño y nombró a este comensal de su mesa para mientras viviera y le asignó de emolumento mil dinares mensuales, de suerte que el dueño de Tauaddud vivió en adelante con su esclava la vida más gustosa y regalada.

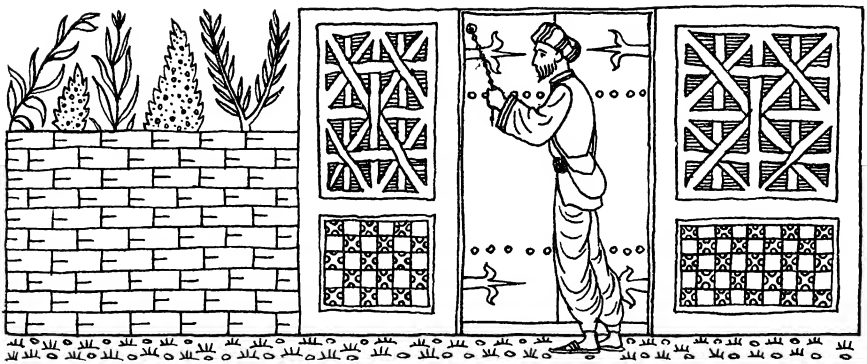
Todo por el asombro que le produjo al jalifa la elocuencia de la esclava y su mucho saber y penetración, y su cumplida perfección y destreza en todas las ramas del arte y de la ciencia.

Mirad, pues, también cuánta fue la grandeza del alma del emir de los creyentes, Harunu-r-Raschid, al devolverle la esclava a su amo, después de habérsela comprado y pagado, dándole además a ella cinco mil dinares como regalo.

¿Dónde podría encontrarse tanta generosidad como la que mostraron siempre todos los descendientes de Abbás?

Sea con todos ellos la gracia de Alá (loado sea su nombre por toda una eternidad).





SILVA DE HISTORIAS CONCERNIENTES A LOS ENGAÑOS DEL MUNDO Y LA POCA CONFIANZA QUE EN ELLOS SE PUEDE TENER, A MAS DE OTRAS COSAS DE ESTE JAEZ

EL ANGEL DE LA MUERTE Y EL REY EPULON

(Noche 280)

Historias edificantes, ruyat, *de intención catequística, las más de indudable corte y procedencia talmúdicos.*

–Cuentan que un rey de los reyes hubo de allegar grandes riquezas, tantas, que no se podría contarlas, y en las que se comprendían tesoros de toda clase y de gran valía, de esos que en el mundo creó Alá, para goce y recreo del mortal.

Hasta que, con el fin de acabalar sus bienes con algo perdurable, ordenó labrar un alcázar elevado, eminente y suntuoso, como solo los reyes pueden tenerlo y solo ellos son dignos de poseerlos.

Mandó luego ponerle dos puertas, dignas de su grandeza, y asignóles a cada una de ellas los correspondientes criados, guardianes y porteros, de su vigilancia encargados.

Ahora bien: un día de los días ordenó el rey a su cocinero que le aderezase una comida de las más exquisitas y reuniendo a sus familiares, amigos y servidores, los invitó a comer y él se sentó en el trono de su reino y señorío, y se recostó en sus almohadones y pensó a solas consigo mismo: «¡*Ye* alma mía! He aquí que lograste reunir para tu deleite todos los bienes de este mundo; así que ahora ya descansa y come en paz de toda esta delicia y recréate saboreando tu larga vida y su suerte benigna.»

No acabara de hablar así con su alma cuando se presentó a la puerta del alcázar un sujeto vestido con un traje harapiento y un zurrón pendiente del cuello, a estilo de esos pordioseros que van de casa en casa implorando el sustento.

Adelantóse el individuo y tiró del aro de la puerta del alcázar, llamando con tal fuerza que en poco estuvo que aquel no se conmoviera y saltara el regio trono como a impulsos de un terremoto.

Asustáronse los porteros y corrieron allá en seguida y gritáronle al recién llegado, con ira:

–¡Guay de ti! ¿Qué modos son esos? ¡A fe que eres un mal educado y un grosero! ¡Aguarda a que el rey coma y te daremos algo de sus sobras!

–Id y decidle a vuestro amo–exclamó el recién llegado–que salga afuera, que tengo que decirle algo muy principal y de gran trascendencia y gravedad.

–¿Quién eres tú, *ye* huésped–le interpelaron los criados–, para que así, de buenas a primeras, salga nuestro señor a verte?

–Decidle lo que os he dicho y no curéis de más–respondió el huésped con autoridad.

Fueron allá dentro los criados y le transmitieron al rey el recado.

–¿Por qué–les dijo el rey–no lo echasteis de allí a la fuerza, empleando vuestras armas, si preciso era?

Pero estando en esto volvió el hombre a llamar a la puerta con un aldabonazo todavía más recio que el de la vez primera.

Corrieron allá los criados, armados de aceros y palos, decididos a espantarlo y ahuyentarlo.

Pero el huésped, al verlos, lanzóles un grito tremendo, diciendo:

–Dejadme libre el paso, que soy el rey de la Muerte y he de entrar en el palacio.

Encogiéronseles a los esclavos los corazones y se les trastornó el juicio y alborotó el sentido y tembláronles todos los miembros de puro empavorecidos, hasta el punto de no poder moverse de su sitio.

Fuéronle, sin embargo, al rey con el recado y aquel les dijo:

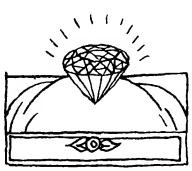
–Proponedle que me respete a mí y a cambio de ello cargue con quien se le antojare.

Pero la Muerte, al oírlo, le dijo:

–No puede ser así; tengo que llevarte conmigo a ti, pues solo vine con ese fin.

Y acto seguido, cargó el ángel de la Muerte con el alma del rey, y dizque aún estaba sentado en su trono, delante de la mesa servida, sin que aún hubiera probado comida ni bebida. Desplomóse del trono y rodó por el suelo, donde quedó muerto.

Y dijo Alá (loado sea su nombre por toda una eternidad): «Pero cuando se regocijan con lo que se les dio, les aplicamos el castigo y entonces quedan desposeídos.»





HISTORIA DEL CADI JUDIO Y SU VIRTUOSA ESPOSA

(Noches 280 y 281)

Asimismo cuentan que había una vez un cadí de los cadíes de Beni-Israil. Y tenía una mujer de hermosura sorprendente y al mismo tiempo de gran continencia, aguante y paciencia.

Y sucedió una vez que el cadí se aprestó a ir a visitar el Templo santo, en peregrinación, y delegó sus funciones de juez en un hermano suyo y le recomendó también que cuidara de su mujer.

Tenía ya su hermano oído de la belleza de la esposa y más de una vez pensara en ella con delectación amorosa.

Luego que el cadí se fue y él se puso al habla con la mujer enamoróse al punto de ella y le hizo la corte, pero ella no le prestó oídos y se mantuvo fiel a su marido.

Insistió el cuñado en requerirla y ella insistió en rechazar su pretensión...

Pero al llegar aquí sorprendió a Schahrasad la mañana y puso dique a sus desbordadas palabras.

Y LA NOCHE 281 SIGUIO DICIENDO LA MUCHACHA:

—Tengo entendido, *ye* monarca, el afortunado, que luego que el cuñado vio frustrada su pretensión, temió que la mujer se lo contara a su hermano, cuando este fuera de su viaje tornado.

Por lo cual buscó testigos falsos que acusaran a la mujer de adulterio, y elevó su testimonio hasta el soberano de aquel reino.

Y el rey, vistos los testimonios de

los testigos, mandó, según la ley, que lapidasen a la mujer [1].

Cavaron, pues, una fosa y metieron en ella a la condenada y procedieron a lanzarle piedras, hasta que cubrieron la zanja. Después de lo cual se fueron, diciendo: «Sirvale a la pecadora de sepulcro esa fosa.»

Pero luego que anocheció empezó la mujer a lanzar quejidos, por efecto de su martirio, y acertó a pasar por allí un hombre, que oyó sus gemidos y corrió luego allá y la desenterró y cargó con ella, llevándosela a su casa, y se la encomendó a su esposa, para que la asistiera.

Hízolo así aquella hasta que sanó la mujer, y entonces, la dueña de la casa, que tenía un hijo pequeño, se lo confió para que de él cuidara y le destinó una habitación separada.

Hubo de verla un individuo y deseóla y requirióla de amores, valiéndose de tercera; pero ella lo rechazó con entereza. Despechado entonces su amador decidió matarla, y con esa intención se introdujo una noche en la casa y sorprendióla cuando dormida estaba.

Desenvainó al punto su puñal y la acometió, pensando asestarle un golpe mortal; pero quiso la casualidad que, en vez de darle a ella, le diera al pequeño, al cual dejó muerto.

Luego que el hombre advirtió haber errado el golpe y muerto al niño, llenóse de miedo y huyó de allí, librando así Alá a la mujer del peligro aquel.

Amaneció después la mañana y encontraron al niño muerto en la cama y su madre, al verlo, increpó a la mujer y dijo:

–Tú has sido, sin duda, quien me ha matado a mi niño.

Y empezó a aporrearla fuerte, con intenciones de darle muerte. Mas no pudo lograrlo, porque llegó el marido y se la quitó de las manos. Y le dijo:

–No hagas eso, mujer. ¡Por Alá, que no lo consentiré!

Huyó de allí la pobre mujer, con el juicio trastornado, sin saber adónde dirigir sus pasos.

Llevaba consigo unos dirhemes, y, al pasar por una alquería, vio allí mucha gente reunida en torno a un hombre crucificado en el tronco de un árbol, que aún conservaba algo de vida.

Al ver aquello preguntó la mujer a la gente:

–¿Qué es lo que hizo ese desgraciado para que lo hayan crucificado?

–Su delito es tal–le respondieron– que solo con la muerte lo puede pagar. A menos que no invirtiera en limosnas tal o cual cantidad.

–Tomad estos dirhemes–dijo la mujer–y bajadlo de la cruz, que yo pago por él.

Bajaron al cuitado, y este, agradecido, hizo acto de contrición entre sus manos y voto de servirla de allí en adelante como su esclavo, por la gracia de Alá (loado sea su nombre por toda una eternidad), hasta que su vida llegara al final.

Labróle luego el hombre un alminar en el que pudiese habitar, y se dedicó a cortar leña para venderla y proveer a su mantenencia.

Recluyóse la mujer en su retiro y entregóse por completo a la piedad, alcanzando tal grado de santidad que no llegaba allí enfermo o herido que, en invocando ella su favor a Alá, no sanase al punto de su mal.

De suerte que el retiro de aquella mujer llegó a ser lugar de romería para la gente, que iba a visitarla e impetrar sus mercedes.

Y quiso Alá, en sus altos designios, que el hermano de su marido, el que la hiciera lapidar, y también aquella mujer que la maltratara con tanta crueldad, y asimismo aquel hombre que,

[1] *Deuteronomio*, capítulo XXI, versículos 23 y 24.

desdeñado de sus pretensiones, la quiso matar, contrajeran enfermedad.

Padecía el cuñado un mal que le tenía el rostro desfigurado, y la mujer estaba aquejada de lepra, y el hombre que la quiso matar padecía de dolores que le impedían andar.

Sucedió también, por decreto de Alá, que tornó de su peregrinación su esposo, el cadí, y preguntó a su hermano por ella, diciéndole aquel que era muerta.

Pesóle grandemente al cadí la infausta nueva y rogó a Alá por ella.

Fue cundiendo a todo esto la fama de la mujer y de los confines de la tierra acudía gente a verla, de toda su largura y de toda su anchura.

Y el cadí, cierto día, le dijo así a su hermano:

–Hermano mío, ¿por qué no vas a ver a esa santa mujer? ¡Quién sabe si, por su mediación, quisiera Alá curarte de tu enfermedad!

Y el enfermo le dijo:

–Sí; cógeme y llévame a ella, hermano mío.

Por su parte, el marido de la mujer que la había maltratado, noticioso de los prodigios que obrara la asceta, cogió a su mujer, atacada de lepra, y fuese allá con ella.

Y otro tanto hizo la familia del amante despechado con su deudo, llevándoselo a la santa mujer para que esta invocase la gracia de Alá sobre él.

Reuniéronse todos a la puerta de su chozo, y dizque la eremita veía desde dentro a todo el que llegaba a su puerta, sin que ellos la viesen a ella.

Aguardaron fuera un rato hasta que llegó el criado, y entonces le rogaron pidiera permiso a su señora para que pasasen al interior de la choza.

Hízolo así el criado y ella se veló y se cubrió el rostro, y luego se asomó a la puerta del chozo.

Y vio allí congregados a su marido y su cuñado, y al bandido y a la mujer que la maltrató, y en seguida a todos los reconoció, sin que ellos pudieran conocerla a ella.

Y la eremita los apostrofó así desde la puerta:

–Sabed desde ahora que no habéis de sanar de vuestros males mientras no confeséis vuestros pecados; que, cuando el siervo de Alá reconoce sus culpas, luego Alá se apiada de sus desventuras y le concede la gracia que busca.

Díjole entonces el cadí a su hermano:

–Hermano mío, haz acto de contrición a Alá y no persistas en tu rebeldía, que eso es lo mejor que hacer puedes por tu salvación.

Y la lengua del caso [2] profirió estas palabras:

–Opresor y oprimido se encontrarán entonces,
ese día ineludible en que Alá los secretos
publicará, que guardan en sus pechos los hombres.
Y un lugar habrá allí, un abismo siniestro
al que irán a parar todos los pecadores,
en tanto que los justos tendrán un trono excelso.
¡Guay entonces de aquellos que irritar no temían
la cólera de Alá, cual si nada importase;
de su error lamentable ya saldrán ese día!

Oído que hubo aquello, exclamó el enfermo:

–Sí; voy a decir toda la verdad. Sabe, pues, que hice esto y esto otro con tu mujer. Y esa es la culpa que hace tiempo pesa sobre mi conciencia.

–Pues la mía–dijo acto seguido la leprosa–consiste en que tenía en mi casa a una mujer y le imputé un cri-

[2] *La voz del caso* es la voz de lo alto (o *hija de la voz), Benat-ha-Kol,* que en los relatos talmúdicos déjase oír siempre para decir la última palabra en las discusiones de los rabíes o resumir la moraleja de la historia narrada. También en los *Avadara* sánscritos interviene esa voz de lo alto para proferir un *gatha* o sentencia rimada, que contiene una admonición o la clave de un enigma. Es curioso a este respecto que en múltiples pasos recomiende el *Talmud* no se haga cuenta de la *Hija de la Voz.*

men que no estaba segura hubiese cometido, y la golpeé con intención de matarla y esta es mi grave falta.

Dijo luego el impedido:

–Yo me había enamorado locamente de una mujer, y como ella no me hacía caso, me introduje una noche en su casa con intención de matarla y esgrimí mi cuchillo, solo que, en vez de matarla a ella, maté a un niño que estaba en su misma cama dormido.

Y este es el pecado que he cometido.

–¡*Ye* Alá!–exclamó la mujer, luego de oírlos–. Así como les hiciste sentir la vileza de la rebelión a tus preceptos, hazles sentir ahora cuánto es el poder de la sumisión a tus decretos, que poderoso eres, *ye* Alá, para hacer cuanto quieres.

Y con efecto: en el acto, por su intercesión, quedaron todos curados. Reparó el cadí en la eremita y quedósela mirando sin apartar la vista.

Preguntóle ella que por qué la miraba así y le contestó el cadí:

–Pues porque tuve una mujer que, de no saber que murió, pensaría que eres tú.

Diósele ella entonces a conocer y ambos loaron a Alá (loado sea su nombre por toda una eternidad), y gracias le dieron por haber sido servido de volver a unirlos, después de aquel contratiempo.

Imploraron luego todos, el hermano del cadí, el bandido y la mujer el perdón de la anacoreta, la cual los perdonó de todo corazón.

Y a partir de aquel día consagráronse todos a la piedad en aquel mismo lugar, y así vivieron, en amor y concordia y santidad, hasta que la muerte los vino a separar [3].

[3] Esta historia muestra un aire evidentemente talmúdico, igual que las que le siguen.





LA NAUFRAGO Y SU NIÑO

(Noches 281 y 282)

Cuentan también, entre otras cosas, que cierto emir decía:

–Estando yo en la Meca, dando las vueltas prescritas en torno a la Kâba y entrada ya la noche, hube de oír unos quejidos lastimeros que salían de un corazón afligido y una voz que decía: «*¡Ye* Tú, el generoso: concédeme tu antiguo amor, que fiel te permanece al pacto antiguo mi corazón!»

Al oír tales palabras sentí tal emoción que pensé morir de compasión y me acerqué al sitio de donde partieron aquellos gemidos y pude entonces ver que quien lanzaba aquellos gemidos era una mujer.

–La paz sobre ti–le dije–, sierva de Alá.

–Y ella me contestó:

–Sobre ti la paz y la misericordia y la bendición de Alá.

–¿Qué pacto es ese–preguntéle–a que tu corazón fiel permanece? ¡Por Alá, el grande, te pido que no rehúses decírmelo!

–Si no me lo hubieras pedido–contestó la mujer–invocando el nombre del Altísimo, nunca te descubriera secreto tan íntimo. Pero mira y repara en lo que tengo entre mis manos y tendrás la clave de mi arcano.

Miré y vi que tenía un niño dormido en su regazo. Y ella siguió diciendo:

–Has de saber que salí de mi tierra encinta de este niño, en peregrinación hacia este santo Templo, y embarqué en un navío. Sacudiéronnos las olas, cambiáronse los vientos y el barco se hizo pedazos, logrando yo salvarme abrazada a una tabla de las que lo formaban, y abrazada a ella di a luz este niño, en medio de las olas azotadoras del mar embravecido.

Sorprendió a Schahrasad el día y puso coto a sus fluyentes palabras.

PERO LA NOCHE 282 SIGUIO DICIENDO LA MUCHACHA:

–He logrado saber, *ye* el rey, el afortunado, que la mujer de mi cuento siguió diciendo:

–Al desencuadernarse el barco, salvéme yo agarrada en un tablón y di a luz este niño, en medio del revuelto oleaje del mar embravecido.

Y estando yo así, con el rorro en mi regazo y azotada por el oleaje del mar alborotado, he aquí que llega hacia mí, a impulsos de las olas, uno de los marineros del barco y se queda a mi lado y me dice:

–Por Alá, que es cosa singular; me he enamorado de ti desde que subiste al barco, y ahora que este zozobró, el sino me reúne contigo. Así es que te has de entregar a mí o de lo contrario te hundiré en el mar, y en él con tu hijito te ahogarás.

–*Ye* desventurado–exclamé–. ¿Cómo es que este trance en que nos hallamos no te sirve de advertencia y no te despierta la conciencia?

–¡Bah!–respondió él–. Miles de veces me vi en trances como este y salí bien librado, así que me tienen sin cuidado.

–*¡Ye* temerario!–contestéle yo–. Nos vemos en un aprieto del que solo podemos esperar salvación mostrándonos sumisos a Alá y no rebeldes a su divina voluntad.

Apremióme él nuevamente sin hacer caso de mis palabras y yo entonces sentí temor y traté de contenerlo con alguna ficción. Y le dije:

–Aguarda, hombre, un poquito; siquiera hasta que se duerma mi niño.

Pero él, sin hacerme caso, asió del pequeño y lo arrojó al mar, sin el menor duelo.

Al ver yo tal maldad volvíme loca de dolor y mi congoja se acreció. Y alcé mi frente al cielo y exclamé, diciendo:

–*¡Ye* Tú que me rondas entre el hombre y su corazón, interponte entre mí y este fiero león, que poder tienes para hacer cuanto quieres.

Y no había yo terminado de proferir mi invocación cuando he aquí que surge un monstruo marino y carga con el hombre y se lo lleva de sobre la tabla, dejándome allí sola y salva.

Pero al verme sola eché de menos a mi hijito y torné a llorarlo con gran pesar y duelo, y declamé estos versos:

> Al colirio de mis ojos, a mi niño,
> en trágico momento lo perdí;
> no tengo otro recurso que seguirle,
> que alegrías no me ofrece ya el vivir.
> Pero tú, Alá, si quieres, un milagro
> puedes hacer por mí,
> y devolverme al hijo que he perdido
> y a mi llanto de madre poner fin.
> ¡Hazlo así, por piedad, yo te lo ruego
> y es infinita mi esperanza en ti;
> devuélveme a mi hijito, dale vida!
> ¡No me dejes morir!

Un día y una noche continué en aquel estado y, al amanecer nuevamente la mañana, tendí la vista por el mar y columbré en lontananza la vela de una barca.

Enderecé allá el rumbo y, combatida de las olas y el viento, logré, sin embargo, llegar hasta aquel barco, y al verme los marineros, tiraron de mí y a bordo me subieron.

Y al esparcir la vista en torno mío he aquí que veo entre ellos a mi hijito, y, sin poderme contener, me fui a él y contra mi pecho lo estreché.

–Este es mi hijito–díjeles a los marineros–; ¿cómo es que entre vosotros me lo encuentro?

–Bogábamos por estas aguas–me di-

jeron ellos–cuando hubo de pararse el barco y vimos pasar un monstruo marino tamaño como una gran ciudad que llevaba en sus lomos a este niño, que iba chupándose los deditos, y nosotros se lo cogimos del dorso y lo subimos a bordo.

Contéles yo luego mi sucedido y di gracias a Alá por haber mis ruegos oído. E hice voto en aquel mismo instante de visitar su Templo santo y no apartarme nunca de él, consagrada por entero a su servicio, y desde entonces así vivo, y no hay cosa que le pida que no me la conceda en seguida.

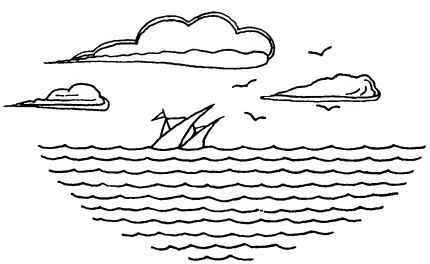
Eché yo mano a la bolsa y quise darle una limosna.

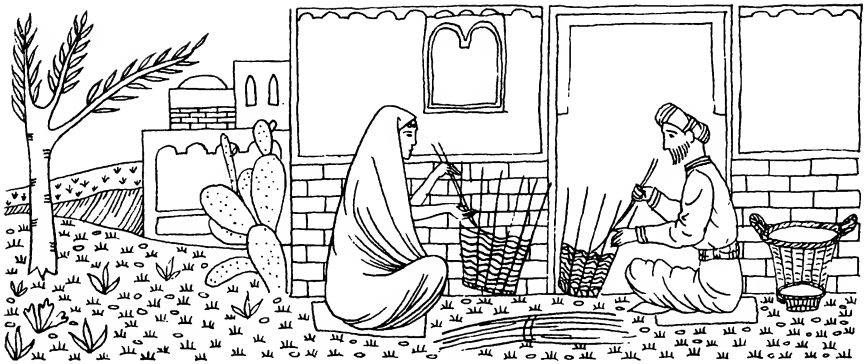
–Guárdate eso–me dijo ella–, buen hombre; ¿no te estoy diciendo cómo es mi Señor de generoso conmigo y de liberal en sus beneficios y pretendes que yo tome cosa alguna de otra mano que la suya?

Insistí para que aceptara; mas no lo conseguí, visto lo cual me fui de allí, recitando estos versos:

–¡*Ye* y cuántas gracias nos concede Alá
en su bondad que el hombre no penetra,
por caminos que siempre misteriosos
estimará su corta inteligencia!
¡*Ye* y cuántos sobresaltos y temores
que en la mañana el corazón inquietan,
conviértense a la tarde en regocijo,
sin que la voluntad del hombre allí intervenga!
No te aflijas tú, pues, ni desazones,
por más que el Sino a atormentarte venga;
pon tu fe en el Señor y con fe pura
pídele a su Enviado que interceda
en tu favor y ya verás qué pronto
todo motivo de pesar se aleja.

Cuanto a la mujer que digo siguió allí consagrada a la piedad y al servicio de Alá, hasta que la muerte puso a su vida final.





EL CESTERO Y SU ESPOSA

(Noches 282 y 283)

Esta historia es una variante de la leyenda talmúdica de Rab Kahana, con un aditamento también de origen talmúdico, que marcamos con una nota en su lugar oportuno.

—Cuentan también que había una vez, en Israil, un varón de los mejores que ponía todo su fervor en el servicio de su Señor y había renunciado las cosas del mundo y arrojado a este de su corazón.

Tenía el santo varón una esposa que le ayudaba en todas sus cosas, y siempre en todo tiempo había sido con él fiel y cariñosa.

Vivían ambos de hacer cestos y abanicos y trabajaban el día entero, hasta que se hacía de noche, y entonces salía el hombre a vender por calles y caminos los objetos que sus manos habían construido.

Eran los dos muy dados a ayunar, y un día de los días ocurrió que amanecieron en ayunas y se pusieron a trabajar, como solían, y estuvieron trabajando todo el día, y al oscurecer, como de costumbre, salió el hombre a buscar por calles y plazas quien quisiera comprarle la mercancía que en su mano llevaba.

Acertó a pasar el hombre, en el curso de sus andanzas, por delante de la puerta de una casa de uno de los hijos del mundo y de la grey entregada a los goces y el lujo.

Era nuestro cestero hombre de rostro bello y de garboso cuerpo; hubo de verlo la mujer del dueño de la casa que digo y al punto se enamoró de él y le inclinó su corazón con fuerte inclinación.

Estaba ausente a la sazón su marido y ella llamó a su criada y le dijo:

—Anda e idea una astucia para introducir en casa a ese hombre que por ahí pasa.

Salió fuera la esclava y llamó al

vendedor como para comprarle algo de lo que llevaba en su mano, y le dijo:

–Entra, que mi señora quiere ver lo que llevas y examinarlo, para si le gusta, mercarlo.

Pensó el vendedor que la esclava era sincera en sus palabras y no consideró malo hacer lo que le indicaba.

Pasó, pues, adentro y se quedó a la espera, y la criada cerró al punto la puerta.

Bajó luego la señora de su habitación y asió del hombre por su ropa y lo hizo pasar al interior. Y le habló:

–¡*Ye* y cuánto ansiaba verme a solas contigo y qué impaciencia tenía por conseguirlo! Sahumada está la casa, prestos los manjares y ausente mi marido, que no tornará en toda la noche hasta que el día no fuere venido [1]. Y heme aquí dispuesta a darte mi persona, que tanto codiciaron en vano reyes y próceres y grandes señores.

Siguió hablando la mujer a este tenor y el hombre la escuchaba con la cabeza baja, poseído del temor a Alá (loado sea su nombre por toda una eternidad) y espantado ante las consecuencias que podría acarrearle en la otra vida su condescendencia.

Que ya dijo el poeta:

«Por Alá el omnipotente,
estábamos los dos solos
y solo el temor de Alá
contuvo mi impulso loco.
Para sanarme de un mal
me sirvió de medicina,
que de otra suerte no hallara
remedio en toda mi vida.»

No pensaba el hombre en otra cosa que en zafarse de la tentadora; mas no veía la forma. Hasta que al fin le dijo a la señora:

–Quisiera pedirte una cosa.

–Habla–díjole ella.

Y él le contestó en seguida:

–Querría que me dieras un poco de agua limpia para subir con ella a lo más alto de tu casa con el fin de lavarme y asearme y habilitarme para acercarme a ti de un modo que no haya que decir.

–La casa–respondió ella–es harto amplia y abunda en rincones y recovecos, y el excusado siempre está a punto y preparado.

–Yo lo que quiero–respondió él–es un sitio alto.

Mandóle entonces la mujer a su criada que lo subiera a la azotea. Hízolo así aquella y le facilitó un jarro con agua y luego se tornó a lo bajo de la casa.

Procedió nuestro hombre a hacer sus abluciones y rezó sus oraciones y luego miró hacia abajo, con intención de arrojarse desde lo alto. Pero estaba tan distante el suelo que el hombre sintió miedo de estrellarse si se decidía a lanzarse.

Quedóse luego meditando sobre las consecuencias que el pecado nos acarrea y parecióle poco, en comparación, perder la vida por huir de la tentación. Y elevando sus ojos al cielo, exclamó:

–¡*Ye* mi Señor, ya ves el trance en que me encuentro, que a ti nada se te oculta y todo a tu poder está sujeto!

Y a continuación recitó estos versos:

–A Ti, Señor, mi corazón desnudo
muestro y mis pensamientos;
tan solo Tú penetras en mi alma
y calas sus secretos.
Gritar no necesito si te hablo;
ni hablar tampoco es menester, que luego
Tú adivinas, Señor, lo que mi lengua
querría manifestarte en su silencio.
¡*Ye* Señor, sin segundo, único y solo!
Tu amador, apurado en grave aprieto,
en Ti busca refugio, y dízque espera
que oídos Tú prestes a su humilde ruego.
Grave cosa, en verdad, es de la vida
romper los dulces lazos placenteros;
mas ¿qué importa perder aquesta vida,

[1] «Regué mi habitación con mirra, áloe y cinamomo. Ven, embriaguémonos de delicias hasta la aurora..., pues el hombre no está en casa...» *(Proverbios de Salomón,* capítulo VII, versículos 17, 18 y 19.)

si has de darme después, allá en tu cielo,
la vida sempiterna que yo ansío?
Poderoso Señor eres a hacerlo,
que nada a tu poder resistir puede
y todo a tu dominio está sujeto [2].

Y acto seguido nuestro piadoso cestero arrojóse desde la azotea al suelo, con riesgo de estrellarse en la caída desde aquella altura; pero Alá, desde la suya, envióle un almalaque que lo recogiera y sobre sus alas lo sostuviera y, suavemente, lo dejara en tierra, sin que sufriera el menor daño ni padeciera el menor menoscabo.

Y luego que el hombre se vio sano y salvo en el suelo, dio gracias a Alá por la merced que le dispensara y la misericordia que le demostrara, y, sin perder momento, tornóse a su casa junto a su mujer, que hacía ya rato lo esperaba.

Entró en la casa sin llevar en sus manos nada. Preguntóle su mujer el motivo de su tardanza y de volver sin la mercancía que de ella sacara y sin dinero ni nada.

Contóle él entonces el apuro en que se viera y cómo se había lanzado de cabeza abajo desde la azotea, salvándose tan solo por milagro.

–¡Loado sea Alá–exclamó la mujer al oírlo–, que te libró de la tentación y se interpuso entre ti y el peligro!

Después de lo cual le dijo:

–Ya sabes que los vecinos están acostumbrados a ver luz por las noches en nuestro cuarto, así que, si ven ahora que estamos a oscuras, inferirán de ahí que estamos en ayunas. Debemos, pues, por gratitud a Alá ocultar a sus ojos nuestra necesidad y que no se enteren de que empalmamos el ayuno de la noche con el del día y que está nuestra casa vacía.

Fue, pues, la mujer y encendió el hornillo echando en él leña, a fin de engañar a los vecinos, y después recitó estos versos alusivos:

–Me guardaré para mí
mis penas y mis desdichas,
y engañaré a los vecinos
con esta lumbre encendida.
Con los designios de Alá
me conformaré, en silencio,
y puede que así el Señor
ponga a mis males remedio.

Sorprendió a Schahrasad la mañana y puso dique a sus desbordadas palabras.

PERO LA NOCHE 283 SIGUIO DICIENDO LA MUCHACHA:

–Ha llegado a mis oídos, *ye* monarca, el afortunado, que la mujer encendió la lumbre para engañar a los vecinos, y luego ella y su marido hicieron sus abluciones y se pusieron a rezar sus oraciones.

Y he aquí que, de pronto, una vecina llama a la puerta y pide permiso a la mujer del cestero para coger de su horno un poco de fuego.

–Sí; coge cuanto quieras–respondióle la cestera.

Pasó dentro la mujer y se llegó al fogón con objeto de tomar unas ascuas, y, al acercarse a él, gritóle a la mujer:

–¡*Ye* Fulana!, ven y retira del horno el pan, que se te va a socarrar.

–¿Has oído?–preguntóle la cestera a su marido.

–Ve allá en seguida, mujer, y mira qué sucede–le dijo aquel.

[2] Suprimido en la edición de Bulak.

Fue allá corriendo la mujer y miró en el horno y lo encontró lleno de panes blancos y tiernos. Cogiólos luego y se los mostró a su esposo, lleno su corazón de alborozo.

Y ambos, en el acto, dieron gracias a Alá por la merced que les hiciera, dispensándoles aquel bien tan grande y aquella gracia tan considerable.

Después de lo cual comieron y bebieron y alabaron a Alá (glorificado sea por toda una eternidad) [3]. Y la mujer le dijo a su marido:

–Pídele, hombre, a Alá que nos depare cosa que nos ponga en adelante a cubierto de la necesidad y la fatiga de tener que trabajar y nos capacite para servirle mejor y obedecerle con todo fervor.

Hízolo así el marido y la esposa dijo: «amin» [4] a todo cuanto dijo.

Y he aquí que, de pronto, se abre el techo de la casa y, por la hendidura, cae un rubí de tal fulgor que iluminó todo el cuarto con su resplandor.

Redoblaron los dos consortes sus acciones de gracias a Alá, y no hay que decir el gozo y la alegría de que sus corazones se llenaron a vista de aquella piedra de maravilla.

Luego, ya al cabo de la noche, se acostaron, y la mujer soñó que entraban en el Paraíso y veía allí muchos almimbares puestos en hilera y muchos tronos alineados, unos frente a otros. Y preguntóle a alguien: «¿Qué almimbares y qué tronos son estos y para qué están dispuestos?»

Y oyó que le decían: «Esos almimbares están destinados para los profetas y esos tronos para las criaturas piadosas y rectas.» «¿Y cuál es el trono–inquirió la mujer–destinado a Fulano, mi esposo?» «Este», le dijeron. Miró ella y advirtió, con extrañeza, que tenía en uno de sus lados una brecha. Y preguntó: «¿Por qué tiene esa brecha en un costado el trono a mi esposo señalado?» «Esa brecha–le contestaron–fue la que se abrió en el techo de vuestra casa para que por ella el rubí bajara.»

Despertó luego la mujer de su sueño y se echó a llorar con mucha pena, por el defecto que afeaba el trono destinado a su esposo y le hacía desmerecer entre los otros. Y dirigiéndose al marido le dijo:

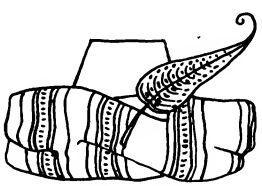
–Anda, esposo mío, pídele a Alá que se lleve este rubí a su sitio, que más vale sufrir hambres y trabajos en esta vida que solo dura unos cuantos días, que no que tengas que sentarte en un trono rajado, en medio de los bienaventurados.

Hízolo así el hombre y en el acto remontó el rubí el vuelo y se subió al techo y lo traspasó y desapareció.

Y desde entonces ambos consortes vivieron en pobreza y santidad, hasta que los llamó a sí Alá.

[3] Desde aquí hasta el final es esta historia transcripción, casi literal, de la que figura en el *Talmud (Traanit)* con referencia al rabí Janinaben-Dossa (siglo I).

[4] Amén.





LA HIJA DEL REY CRISTIANO Y EL CABALLERO MUSULMAN

(Noche 283)

–Cuentan también que *sidi* Ibrahimu-l-Jauaz (téngale en su misericordia Alá) solía contar:

–Más de una vez me había tentado mi alma tratando de inducirme a hacer una algara [1] en tierra de cafres, y por más que yo hacía por apartar de mí esa idea no lo conseguía.

Acabé, pues, por decidirme y entréme por tierras de infieles, quemando sus casas y arrasando sus moradas, hasta el punto de que sus defensores me huían y sus naturales me temían y no me topaba un cristiano que no volviese la cara a otro lado.

Y llegué una vez a una ciudad de las ciudades y encontré en su puerta muchedumbre de esclavos bien armados y esgrimiendo mazas férreas en sus manos.

No bien me vieron hacia mí se llegaron y me interpelaron, diciendo:

–¿Eres, por ventura, médico?

A lo que yo respondí:

–Sí, por cierto.

–Pues vente con nosotros, que te necesita nuestro rey.

Y así diciendo cargaron conmigo y me llevaron a presencia del soberano.

Era este hombre corpulento y de rostro afable y risueño. Y no bien me vio me preguntó:

–¿Eres, por ventura, médico?

–Y yo le contesté:

–Sí, por cierto.

–Pues llevadlo–ordenó él–a donde está ella, para que la vea, y exponedle la condición que ha de aceptar antes de entrar.

Sacáronme ellos fuera y me hablaron de esta manera:

–Has de saber que nuestro rey tiene una hija, la cual se halla ahora gravemente enferma, y han sido muchísimos los médicos que la han visto y la han asistido, sin lograr curarla, y es condición que todo médico que falle en su tratamiento ha de morir sin remedio.

[1] El mismo vocablo árabe con el artículo.

Piensa, pues, bien antes de verla, si te conviene o no someterte a la prueba.

–Me someto–les dije–; llevadme a presencia de la enferma.

Condujéronme hasta la puerta de su habitación y llamaron, y ella, desde dentro, les contestó, diciendo:

–Entrad luego con ese médico, poseedor de secretos estupendos–. Y recitó estos versos:

–Abridle la puerta al médico,
que posee un secreto raro
y, al contrario que vosotros,
ve lo próximo y lejano.
Nos unió sagrado vínculo,
nada puede separarnos;
dejadnos a los dos solos,
que nadie venga a fisgarnos,
que no responderé a nada
delante de los extraños.

Y hete aquí que nos abre la puerta un anciano respetable y me dice:

–Entra.

Entré yo y me encontré en una sala adornada con variedad de plantas y cuyo fondo aparecía cubierto con una acitara, detrás de la cual dejábanse oír débiles suspiros y lamentos.

Sentéme frente al velo referido y fui a pronunciar el *selam* convenido cuando recordé las palabras del divino *Corán:* «No saludéis a judíos ni cristianos con el *selam,* y si os los tropezáis en un camino, echadlos hacia lo más angosto del mismo.»

De suerte que me contuve y no llegué a decir *selam.*

Dejóse oír entonces un suspiro al otro lado del velo y una voz débil exclamó con quejoso acento:

–¿Y el *selam* de la unidad y la salvación, Jauaz?

Maravilléme al oír aquello y exclamé:

–¿De dónde me conoces, mujer?

Y ella contestó:

–Cuando se purifican los corazones, hablan las lenguas de lo que guardan los interiores. Y he aquí que ayer le pedí a Alá que me enviase acá uno de sus amigos para que de su mano recibiese la salvación que necesito. No bien profiriera esta oración cuando en el fondo de la cámara dejóse oír una voz: «Desecha todo pesar, que yo te enviaré a Ibrahimu-l-Jauaz.»

–Bien–díjele yo–, ¿qué es lo que te sucede?

Y ella me contestó:

–Pues que hace ya cuatro años que la verdad se me reveló y vine en conocimiento de que Alá es el amigo, siempre cercano y benigno, familiar y solícito, y mi gente empezó a mirarme de través y pensaron todos que yo tenía el juicio perdido y me tildaron de loca, de poseída de los genios, y llamaron médicos de los suyos para que me vieran; pero todos ellos me inspiraban aversión y recelo y acrecían mi confusión y mi tormento.

–¿Y quién es ese con el cual estás unida para siempre?–preguntéle.

–Pues la evidencia patente y el signo evidente; que, cuando se te aparecen, das fe de su probanza indiscutible.

Pero estando platicando así con ella presentóse el anciano de marras, que era el encargado de velar por la muchacha. Y encaróse con ella y preguntóle:

–¿Qué tal el nuevo médico?

Y ella le contestó, diciendo:

–Acertó con mi mal y la medicina que le puede curar.

Pude ver entonces cómo en el rostro del viejo se reflejaban la alegría y el contento. Fuese luego a ver al monarca y le informó de lo que pasaba. Y aquel, enterado, me hizo objeto de honores extremados.

Siete días permaneci allí con la joven, la cual me dijo una vez:

–¡*Ye* Ibrahimu-l-Jauaz! ¿Cuándo será el día que pueda marchar a la Casa de la Paz, al país del Islam?

–¿Cómo podrás salir de aquí–le respondí–ni quién se arriesgará por ti?



–El mismo–me respondió–que te trajo a ti aquí y te encaminó hasta mi.

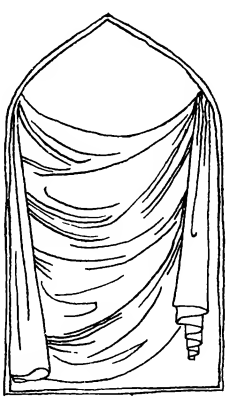
–Es verdad–díjele yo.

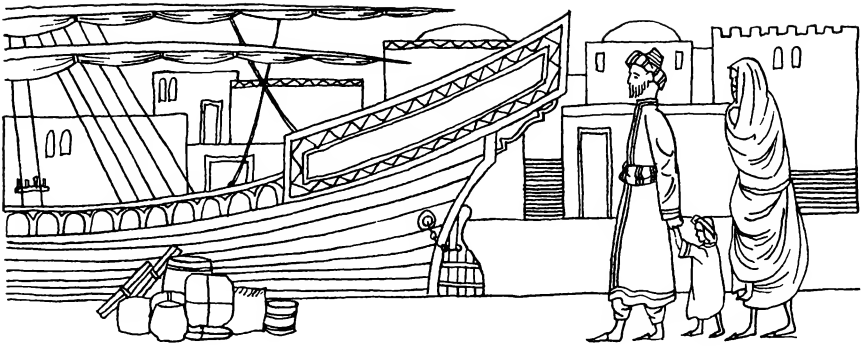
Luego que amaneció el día siguiente salimos a la puerta de la alcazaba y veló los ojos de sus guardianes para que nos nos viesen Aquel que, cuando una cosa quiere que sea, dice: «Sé», y luego es. Escapamos, pues, de allí sanos y salvos y, sin contratiempo, llegamos a Meca, donde ella se apañó un cobijo pegando casi con la Casa de Alá, la santa, y allí se asentó, y dizque nunca vi nadie más sufrido que aquella mocita ni más extremado en punto a ayunos y rezos y mortificaciones y piadosos excesos.

Siete años seguidos vivió en la vecindad del Templo, el venerable, al cabo de los cuales cumplióse el plazo y su cadáver en tierra de Meca quedó sepultado.

Haga descender sobre ella Alá sus piedades y también sobre aquel que rimó estos versos respetables:

«Cuando al médico trajeron
y vio mi llanto y mi pena
y levantó mis vestidos,
no vio más que mi alma enferma,
espiritada y sin cuerpo,
que este el pesar consumiera.
Y dijo: "De amor padece,
nadie su clave penetra.
Cosa es de imaginación,
que tan solo entiende ella."»





HISTORIA DEL JOVEN QUE NUNCA JURABA

(Noches 283 y 284)

—Cuentan, asimismo, que un hombre de los mejores de Beni-Israil tenía muchas riquezas y habíale también Alá concedido un hijo recto y bendecido.

Y sucedió que el hombre sintió cercana su muerte, y su hijo, que estaba a la cabecera de su lecho, le dijo:

—¡*Ye* mi señor, hazme tu última recomendación!

Y el moribundo le dijo:

—No jures, hijo mío, por Alá ni con buena ni con mala intención—. Dicho lo cual murió.

Quedóse el hijo solo, en el lugar de su padre, y atúvose fielmente a lo que le recomendara en su lecho de muerte y esparcióse su fama en todo Beni-Israil, y sucedió que un día presentósele un hombre y le habló así:

—Tu padre tenía en rehén tal cantidad de mi propiedad, así que me la debes devolver. Y si dudas ser cierto lo que digo jura por Alá que no es verdad.

Mantúvose el joven fiel a la recomendación del difunto y abstúvose de jurar y entrególe al hombre aquella cantidad.

Surgieron luego otros con análogas pretensiones y a todos los atendió el joven, hasta que al cabo encontróse totalmente arruinado y empezó a padecer apuros y escaseces y trabajos.

Y tenía el joven una esposa lo mismo que él de virtuosa y que le había dado dos hijos que eran aún dos niños. Y fue el hombre y a su esposa le dijo:

—La gente me ha asediado de tal modo que he tenido que darlo todo y ya no me queda nada que dar, como no sea mi propia persona, para pagar. De suerte que, si se nos presenta un nuevo acreedor, nos vamos a ver en grave apuro los dos. Lo primero, pues, que debemos hacer es levantar el campo e irnos de aquí a cualquier lugar, donde no seamos conocidos y por entre las espaldas de las gentes podamos escurrirnos.

Acordaron, pues, ambos esposos poner por obra aquel propósito y montaron en un barco los dos, en unión de

sus hijos, y se hicieron a la mar con rumbo desconocido.

Pero Alá decreta lo que ha de suceder, sin que nada a su designio se pueda oponer, y las cosas mismas, con voz elocuente, están diciendo lo siguiente:

¡*Ye* tú, que el hogar dejas
por huir del enemigo!
No te aflijas, que acaso
si abandonas tu nido,
encontrarás tu dicha
en pais desconocido.
No te asuste lo ignoto
ni lo lejano, amigo,
que la perla en su concha,
de todos es sabido,
nunca brillar lograra,
estando en el olvido,
en la corona espléndida
de un monarca magnifico.

Embarcáronse, como digo, pero al llegar a alta mar hubo de desbaratarse el navío, salvándose ellos y sus hijos a sendas tablas asidos.

Pero las olas impetuosas los separaron a unos de otros, yendo a parar la mujer a un lugar y uno de los hijos a otro sitio; quedóse el otro hijo con la tripulación que naufragara, y el padre, finalmente, abordó a una isla, impelido de la corriente.

Saltó, pues, a ella y se limpió del agua del mar, y luego se puso a hacer la zalá.

Y estando rezando vio salir de la mar varios personajes, de diverso color y pelaje, los cuales se pusieron a rezar con él con toda devoción y fe.

Luego que el hombre acabó de rezar subióse a un árbol que había por allí y se puso a comer de sus frutos hasta saciar su hambre, motivada del largo ayuno.

Descubrió luego un manantial y bebió de su agua y dio gracias a Alá (loado sea por toda una eternidad).

Permaneció en la isla tres días, y siempre que se ponia a rezar salían aquellos extraños seres del mar y lo acompañaban en su zalá.

Luego que se cumplió el tercer día oyó una voz que le decía:

–¡*Ye* tú, el hombre justo, que sigues fielmente la recomendación paterna y te sometes sin protesta a lo que tu señor ordena! No pases ninguna pena, que Alá (loado su nombre sea) te devolverá todo lo que perdiste y más. Pues sabe que en esta isla hay tesoros y riquezas y bienes de alto precio, de los cuales Alá quiere hacerte heredero. Y dizque esas riquezas que digo se hallan en tal y tal sitio. Cógelas, pues, y yo te enviaré naves para que en ellas las cargues. Pero cuando en ellas te veas dueño prodiga el bien entre los mortales y llámalos a ti, que yo inclinaré en tu favor sus corazones y haré que te consagren sus amores.

Fue luego el hombre al lugar indicado y Alá puso patentes ante sus ojos aquellos tesoros y acudieron barcos a la isla y él repartió entre sus tripulantes y pasaje muchas dádivas y les rogó que le enviasen gente necesitada, para que él la socorriese y favoreciese.

No tardaron en acudir a la isla gentes de todas partes y lugares, de suerte que, al cabo de diez años, aquella isla habíase poblado y nuestro hombre gobernaba en ella como rey, siendo muy bondadoso y liberal con todos sus vasallos.

Difundióse su fama por toda la tierra, a lo largo y a lo ancho de ella.

Cuanto a sus dos hijos, vino a parar el mayor con un hombre que le dio instrucción y educación, y el segundo, con otro, que también lo crió y educó con esmero.

Y su mujer dio con un mercader que le confió su hacienda y le prometió respetarla y ayudarla en todo con buena voluntad por amor a Alá (loado sea su nombre por toda una eternidad).

Emprendió luego un viaje por mar el comerciante, llevando consigo a la mu-

jer, y la acompañaba adondequiera que ella le indicaba.

Y hubo de llegar a oídos del primogénito la fama de aquel monarca y se trasladó a la isla, sin saber quién fuese aquel rey que tanto ansiaba ver.

Luego que pasó a su presencia, acogióle el monarca con suma benevolencia y lo retuvo a su lado, tomándolo de secretario.

Pero también el otro hijo, el segundo, tuvo noticias de aquel rey recto y justo y fue también allá a verlo, sin que supiese tampoco su secreto.

Acogiólo el monarca con la misma afabilidad que al primogénito y lo nombró su visir, cargo que desempeñó el joven algún tiempo, sin que llegara a saber que era su padre el rey.

Llegó, asimismo, a oídos del mercader que tenía consigo a la mujer la fama de aquel monarca espléndido y generoso, que prodigaba a todos beneficios sin tasa, y tomando consigo un lote de trajes suntuosos y otras cosas de valor, de lo más rico y mejor, sin olvidar a la mujer, embarcó en un navío y se hizo a la mar, y bogó hasta llegar a la isla, anclando en su marina.

Saltó luego a tierra y, en compañía de la mujer, se dirigió a la corte del monarca y presentó este los presentes que para él llevara.

Alegróse el rey al verlos y mandó que le diesen al mercader una recompensa de alto valor.

Había entre los regalos que el mercader le ofreció al rey más de una droga exótica y el monarca quiso conocer sus nombres y virtudes, de todo lo cual le informó el mercader a su satisfacción.

Y le dijo el rey al mercader:

–Quédate esta noche con nosotros...

Pero al llegar aquí vio Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras fascinadoras.

Y LA NOCHE 284 REANUDO SU RELATO EN ESTA FORMA:

–Ha llegado a mi noticia, *ye* monarca, el afortunado, que el rey le dijo al mercader:

–Quédate a pasar la noche con nosotros.

Pero el mercader excusóse, diciendo:

–Tengo en el barco una prenda que juré no confiar a nadie y velar yo mismo por ella, y es una mujer virtuosa y recta, que con sus oraciones me granjea muchas bendiciones, y que es tan buena para mí que bien haya el día que por primera vez la vi.

–No te preocupes–díjole el rey–, que yo enviaré allá guardianes que velen por su seguridad.

Accedió a ello el mercader y el rey llamó a su secretario y su visir y les recomendó:

–Id allá y vigilad la nave de ese mercader, de suerte que quede a cubierto de los nocturnos peligros, si Alá es servido.

Fueron todos allá y apostóse el uno en la proa del barco y el otro en la popa, y parte de la noche la pasaron rezando oraciones.

Luego díjole el uno al otro:

–Fulano, el rey nos encargó que vigilásemos el barco y es de temer que nos sorprenda el sueño y nos venza. Pienso, pues, que sería oportuno que nos mantuviésemos despiertos, platicando sobre las noticias de los tiempos

y lo que de bueno y de malo hemos tenido ocasión de ver ambos.

–¡*Ye* amigo mío!–respondió el otro–. Me parece muy bien lo que me acabas de proponer. Y, por mi parte, te diré que lo peor que estimo me haya sucedido es el haberme separado el sino de mis padres y de mi hermano, que, por cierto, se llamaba como tú te llamas. Y la causa de ello fue que nuestro padre se embarcó una vez con nosotros y nos hicimos a la mar desde tal y tal lugar, y en mitad de la travesía se nos volvieron contrarios los vientos y perdió el rumbo la nave y acabó por desencuadernarse.

Y yo vine a quedar separado de mis padres y de mi hermano.

Luego que el otro hubo oído aquella narración, preguntóle a su interlocutor:

–¿Y cuál era el nombre de tu madre, hermano mío?

–Fulana–respondió el amigo.

–¿Y el de tu padre?

–Fulano–respondió el hermano.

Al oír aquello echóse el primero en brazos del segundo y le dijo, lleno de dúbilo:

–Abrázame, muchacho, pues no hay duda que somos hermanos.

Contáronse luego el uno al otro toda su vida de pequeños. Y dizque su madre los estaba oyendo, sino que callaba y se reprimía el alma.

Pero, cuando despuntó la aurora, díjole el un hermano al otro:

–Anda, hermano mío, tornémonos ya a casa.

Volvió luego al barco el mercader y encontróse muy apenada a la mujer. Y, lleno de inquietud, le preguntó:

–¿Qué es lo que te ha pasado para que muestres ese semblante acongojado?

Y la mujer le contestó:

–Vinieron esta noche aquí unos que trataron de hacerme mal y esa es la causa de mi pesar.

Enfurecióse el mercader y fuese a ver al rey y le contó cómo sus guardianes se condujeran y lo mal que sus órdenes cumplieran.

Mandó el rey venir a ambos hermanos y dizque era grande el cariño que ya les había cobrado por la lealtad que hasta allí le habían demostrado y la rectitud con que procedieran en todos sus actos.

Mandó también el rey comparecer a la mujer, para oír de sus propios labios el relato de lo que había pasado. Y cuando la tuvo en su presencia le habló de esta manera:

–*Ye* mujer, ¿qué es lo que estos guardianes hicieron para molestarte?

–*Ye* rey respetable–dijo ella–: por Alá el grande, el sublime señor de los mundos, que estos dos guardianes no hicieron más que lo que les mandaste.

Interrogó el rey a los dos jóvenes, diciéndoles:

–No calléis cosa alguna de cuanto pasara; confesadlo todo, sin ocultar nada.

Repitieron entonces ambos al monarca cuanto entre sí hablaran la noche pasada, y el rey, al oírlos, saltó de su trono, y lanzando un grito estentóreo arrojóse en brazos de los dos muchachos y estrechólos fuerte contra su pecho, diciendo:

–¡Por Alá, que los dos sois mis hijos, con toda verdad!

Quitóse entonces la mujer el velo de la cara y exclamó emocionada:

–Yo soy tu madre. ¡Bendito sea Alá que puso fin a nuestros pesares!

De suerte, pues, que volvieron a encontrarse todos nuevamente reunidos y vivieron desde aquel momento felices y contentos, hasta que la muerte vino por ellos.

¡Loado sea Aquel que, cuando el creyente se dirige a él, acude en su ayuda diligente y no le defrauda en sus expectaciones y esperanzas!



HISTORIA DE HASID KERIMU-D-DIN

(Noches 284 y 285)

Historia en que lo verosímil anda mezclado con lo fabuloso y cuya finalidad parece ser la de demostrar que toda ciencia viene de Alá, el cual puede concedérsela, como los demás bienes, a cualquiera de sus servidores, convirtiéndolo en sabio de la noche a la mañana. Así ocurre con el protagonista del cuento, Hásid Kerimu-d-Din, hijo torpísimo de padre sapiente, al que no le vale de nada tan ilustre ascendencia, pero que, por la ingenuidad de su corazón y la firmeza de su fe, merece que Alá le comunique de golpe la ciencia infusa. Hásid es el pobre de espíritu, según el Evangelio, *ignorante a juicio del mundo, pero verdaderamente sabio a los ojos de Dios. La historia personal de Hásid se acabaría pronto si el narrador no intercalase en ella las de otros personajes, como Balukiya, el hebreo, y el príncipe Chanischah, que están llenas de aventuras múltiples y a cual más sorprendentes y le brindan ocasión para desfogar su fantasía, fundiendo, con el acostumbrado sincretismo oriental, relatos procedentes de diversos países y épocas, y espigando a manos llenas en el folklore universal, del que recoge temas como el de las muchachas vestidas de plumas, que les confieren la virtud del vuelo, del que hay rastros en nuestra literatura popular y que encierra un indudable sentido esotérico. (Véase Roso de Luna,* El velo de Isis.) *Pero al través de todas esas peripecias no pierde de vista el narrador su fin principal, edificante y apologético. A ese fin van enteramente encaminadas las sendas historias de Balukiya y Chanischah, que se intercalan en la de Hásid, y que, por otra parte, enriquecen también la narración con extraordinarias y sorprendentes aventuras y están impregnadas de teología esotérica.*

Onomástica.–*Hásid Kerimu-d-Din significa en árabe el contador generoso de la religión (Din), en el sentido de cuenta, deuda que el hombre tiene*

pendiente con Alá por los beneficios que le debe, empezando por el don de la vida. Balukiya es nombre hebreo y equivale a Soledad (Desiderium) *de Dios. Chanischah es persa, Alma del shah-Iffán, árabe, sazón, oportunidad. Lane, en su versión, suprime esta historia por considerarla «un complejo de las extravagancias más absurdas».*

También cuentan que en lo antiguo de los tiempos y lo pasado de las edades había un sabio de los sabios de la Ionia llamado Daniel, el cual tenía muchos discípulos que acudían a oírlo y gozaba también entre sus colegas de mucho prestigio.

Faltábale solo, para que su dicha fuera completa, un hijo varón, que hasta entonces no le diera nuestro Señor, y estando una noche de las noches pensando a sus solas en lo triste que era no tener un hijo que heredara su ciencia y después de él a otros se la transmitiera, hubo de recordar que Alá (loado sea su nombre por toda una eternidad) no deja de responder a quien lo invoca con fe y que el fondo de sus mercedes no tiene puertas que se cierren y que El dispensa sus bienes sin tasa a todo el que quiere, y que no se llega a El ningún suplicante que no torne cargado de bienes abundantes.

Pidióle, pues, nuestro sabio a Alá, el omnipotente (loado sea su nombre siempre), le concediese un hijo varón que pudiera sustituirlo cuando muriera y seguir dispensando a los mortales las gracias de su ciencia.

Después de recitada su plegaria, volvióse el sabio a su casa y durmió aquella noche con su mujer, y esta en esa noche quedó encinta de él.

Luego, al cabo de unos días, embarcóse el sabio para una travesía y tuvo la desgracia de que la galera naufragara y todos sus libros se hundieran en el agua, salvándose él por milagro, asido a una tabla del barco.

Quedáronle solo en su poder cinco hojas de los libros que en el naufragio había perdido, las cuales, luego que tornó a su casa, guardó en un arca cerrada. Hízose luego visible la preñez de la esposa y el sabio la llamó a solas y le dijo:

–Has de saber que el fin de mi vida se acerca y que se aproxima el momento de mi mudanza a la casa de la permanencia. Me iré de este mundo dejándote encinta; pero desde ahora te digo que darás a luz un hijo varón, y lo has de llamar Hásid Kerimu-d-Din [1], según te indico yo. Y le has de dar la mejor educación; ahora bien: cuando sea ya mayor y te pregunte cuál es la herencia que mi padre me dejó, le darás estas cinco hojitas que, en leyéndolas y profundizando en su sentido, será el hombre más sabio de todos sus contemporáneos.

Luego de proferir esas palabras despidióse el sabio de su esposa y lanzó un hondo suspiro, con el que dejó también la vida terrena y todo lo concerniente a ella.

Sea con él la misericordia de Alá (loado sea por toda una eternidad). Lloráronlo luego sus deudos y amigos y procedieron a lavar su cuerpo, y lo pusieron en un gran féretro y lo enterraron en el cementerio y después se volvieron.

No pasaron muchos días de aquello cuando la viuda del sabio dio a luz un niño muy gentil, al que puso por nombre Hásid Kerimu-d-Din.

Mandara la mujer venir a los astrólogos, los cuales hicieron el cómputo astronómico y a la madre dijeron:

–Has de saber, *ye* mujer, cómo este

[1] En las versiones de Trébutien y Van Hammer el niño se llama Chamasp, como el hermano y visir del antiguo rey persa Guschtasp.

niño que has parido está destinado a vivir muchos años; pero ha de pasar por grandes pruebas al principio de su existencia, en salvando las cuales llegará a ser un sabio de los más grandes.

Dijeron así los adivinos y después se fueron cada cual por su camino.

Amamantó la madre al niño por espacio de dos años seguidos, cumplidos los cuales juzgó oportuno destetarle.

Llegado que hubo el niño a edad de cinco años llevólo su madre a la escuela, para que aprendiera las primeras letras. Pero visto que el chico no sacaba de allí nada en limpio, quitólo su madre de estudiar y lo puso a oficio.

Mas tampoco en el taller lograba el muchacho aprender ni hacer cosa de algún valor, por lo que su madre, consternada, vertía abundantes lágrimas. Y la gente le dijo:

–Casa al chico, que quizá su mujer haga carrera de él y logre que se aplique a algún menester.

Buscóle, pues, su madre una novia al muchacho y lo casó con ella, y pasó algún tiempo sin que el joven cambiara de bisiesto ni hiciera cosa de provecho.

Tenía la madre unos vecinos leñadores y estos fueron a verla y le dijeron:

–Cómprale a tu hijo un borriquillo y una cuerda y un hacha y que se venga con nosotros a la montaña a cortar leña, y nos repartiremos entre todos las ganancias y así tendrá él con qué proveer a su casa.

Holgóse mucho la madre al oír a los vecinos y mercóle a su hijo un borriquillo y una soga y un hacha y, cogiendo al joven de la mano, llevóselo a los leñadores y se lo entregó a ellos, recomendándoselo con maternal encarecimiento.

Y ellos le dijeron:

–No pases pena, que ya verás cómo tu hijo gana lo bastante para sostener su hogar y nosotros velaremos por el muchacho, que es el hijo de nuestro sabio.

Tomaron luego al joven en su compañía y se encaminaron con él a la montaña y se aplicaron a la faena de cortar leña, oficio con el cual sacaban lo bastante para cubrir sus necesidades.

Y sucedió que un día de los días, estando haciendo leña, sorprendióles en el monte una lluvia tremenda, y para resguardarse de ella se guarecieron en una honda cueva.

Y fue Hásid Kerimu-d-Din y se sentó a alguna distancia de sus compañeros, en uno de los recovecos de aquella cueva, y se puso a golpear con el hacha en la tierra, y he aquí que aquellos golpes sonáronle a hueco al joven. Luego que eso notó púsose a cavar en el suelo con todo tesón, y al cabo de una hora descubrió una losa redonda, con un asa en forma de aro, y, al ver aquello, alegróse mucho el joven y llamó a voces a sus compañeros, los demás leñadores, que en el acto acudieron.

Y al ver la losa con el aro diéronse prisa a levantarla y apartarla, pudiendo entonces ver que debajo de ella había una puerta, y abrieron esta y comprobaron que había debajo una cisterna, llena hasta arriba de miel de abeja. Y, al encontrarse con aquel tesoro, dijéronse los leñadores unos a otros:

–Esta cisterna está llena de miel y no tenemos otra cosa que hacer sino ir a la ciudad y traernos de allí vasijas y trasegarla a ellas y luego venderla y repartirnos entre todos la ganancia; pero hemos de dejar aquí uno de nosotros que haga centinela, para que nadie se aproveche de nuestro tesoro.

–Yo–dijo Hásid Kerimu-d-Din–me quedaré aquí de guardia en tanto vosotros vais por los odres y tinajas.

–Muy bien–dijeron los demás. Y se fueron a la ciudad, dejando allí a Hásid Kerimu-d-Din de guardián.

Volvieron luego con los envases y trasegaron a ellos la miel y los carga-

ron a lomos de sus asnos y se trasladaron a la ciudad y vendieron allí la miel sin dificultad.

Hicieron luego un segundo viaje a la cueva y luego un tercero, y así continuaron por algún tiempo, yendo y viniendo, trasegando y vendiendo, en tanto Hásid Kerimu-d-Din hacía de guardián y no se apartaba de allí.

Hasta que un día de los días dijéronse unos a otros los leñadores:

–En verdad que fue Hásid Kerimu-d-Din el que descubrió la cisterna de la miel, y ahora tornará a la ciudad y nos demandará y se alzará con todo el importe de todo lo vendido, pues dirá: «Yo fui el que la miel descubrió.» No nos queda, pues, otro recurso que hacerle que baje al fondo del pozo para sacar la miel que aún queda, y, luego que lo haya hecho, cerramos la compuerta y lo dejamos allá dentro y que se muera, que a fe que nadie se habrá de enterar en esta soledad.

Convinieron en ello todos los leñadores, y llegados que hubieron a la cueva, dijéronle a Hásid Kerimu-d-Din:

–Anda y baja al fondo del pozo y ve dándonos la miel que aún queda en él.

Hízolo así el joven y fue dándoles la miel que quedaba en el fondo, hasta que lo apuró todo, y entonces les gritó:

–Sacadme de aquí, compañeros, que ya no queda nada de provecho.

Pero ninguno de ellos contestóle, que lo que hicieron fue cargar la miel en sus borricos y tornarse a la ciudad, dejándole a él hundido en aquella profundidad.

Luego que de ello se cercioró el cuitado rompió a llorar y a gritar en demanda de auxilio y a rezar: «El poder y la gloria solo residen en Alá.»

Y esto es, por ahora, cuanto hay que decir respecto a la historia de Hásid Kerimu-d-Din.

Cuanto a los leñadores, luego que tornaron a la ciudad vendieron la miel, y después fueron a ver a la madre de Hásid Kerimu-d-Din, y, todo llorosos, le dijeron así:

–¡Viva tu cabeza en tu hijo Hásid!

–¿Cómo murió?–preguntóles su madre.

Y ellos le contestaron:

–Estábamos sentados cuando, impensadamente, el borriquillo de tu hijo echó a correr monte abajo, y tu hijo entonces lanzóse tras él y, tratando de alcanzarlo, descendió hasta el valle. Pero había allí un lobo muy grande, el cual devoró a tu hijo y se comió también al borriquillo [2].

Luego que oyó la cuitada las palabras de los leñadores aporreóse el rostro y echóse tierra en los cabellos y se entregó por completo a llorar al muerto.

Y esto es, por ahora, todo lo referente a su historia.

Cuanto a los leñadores, abrieron sendas tiendas y se dedicaron al comercio, y no paraban de comer y beber y dormir y retozar y reír.

Por lo que a Hásid respecta, este seguía en el fondo de la cisterna, llorando y gimiendo y socorro clamando, cuando hete aquí que un gran escorpión viénele a caer muy cerca a Hásid Kerimu-d-Din.

Levantóse el joven y mató al escorpión. Y luego pensó y se dijo en su interior: «Esta cisterna estaba atestada de miel. Y siendo así, ¿por dónde ese escorpión pudo entrar aquí?»

Examinó bien el sitio de donde el bicho cayera y giró sus ojos a derecha e izquierda por toda la cisterna.

Y vio que el lugar por donde entrara allí el escorpión dejaba pasar un rayo de luz. Sacó, pues, un cuchillo que llevaba consigo y ensanchó aquel resquicio, hasta que adquirió las propor-

[2] El mismo truco que emplean los hermanos de José para engañar a su padre Jacob, en el *Génesis*.

ciones de un ventanillo y se metió por él, y pasó al otro lado y anduvo una hora, hasta encontrarse, al fin, con un gran zaguán, por el que se aventuró sin vacilar [3].

Recorriólo por entero y al final encontróse con una gran puerta de hierro negro, con un candado de plata y una llave de oro en él encajada.

Llegóse el joven a aquella puerta y miró por sus resquicios y advirtió que salía claridad del interior. Y abriendo la puerta de hierro pasó adentro.

Anduvo por allí una hora, hasta que vislumbró a lo lejos una gran piscina en la que brillaba algo parecido al agua. Acercóse más y vio un poyo alto de verde esmeralda, sobre el que había un sillón de oro, con incrustaciones de perlas y gemas. Y en torno suyo otros sitiales, forrados los unos de oro y de plata y topacio los otros.

Acercóse el joven a aquellos sillones y los contó y comprobó que eran doce. Subióse luego al de en medio, el que estaba forrado de esmeralda verde, y se sentó en él y púsose a contemplar maravillado aquella piscina y aquellos tronos alineados, y no dejó de admirarlos hasta que el sueño venciólo y le cerró los ojos.

Permaneció una hora dormido, y, de pronto, hirió sus oídos un rumor de sollozos y suspiros, y al abrir sus ojos, vio unas grandes sierpes encaramadas sobre aquellos tronos, y eran tan grandes que medían cien palmos de largo.

Llenóse el joven de pavor hasta tal punto que se le secó el paladar de susto y diose por perdido, pues juzgó imposible salir con bien de tamaño peligro.

Que los ojos de aquellas serpientes centelleaban como brasas y todas estaban en sus tronos sentadas.

[3] Análoga intervención providencial del arácnido se repite en la historia de Simbad, el marino. El escorpión, que es un signo zodiacal, tiene cierto carácter mágico.

Volvió el joven la vista hacia la piscina y advirtió que había en ella otras sierpes pequeñas en tal cantidad que su número no se habría podido precisar. Solo podría saberlo el omnisciente Alá (loado sea su nombre por toda una eternidad).

Al cabo de una hora adelantóse hacia él una gran serpiente, tamaña como una mula, la cual llevaba sobre sus lomos una bandeja de oro, en cuyo centro relumbraba otra sierpe como de cristal, con una cara de persona humana y una lengua suelta y desembarazada.

Pues al acercarse a Hásid Kerimu-d-Din aquella serpiente lo saludó con el *selam,* que el joven le devolvió con toda urbanidad [4].

Destacóse luego una serpiente de

[4] Esta reina de las serpientes, anónima en la edición de Bulak, se llama Yamlika en la versión Mardrus-Prometeo. Roso de Luna relaciona esta parte de la historia con el mito atlante y cita la leyenda portuguesa de *La princesa de la isla de las siete ciudades,* en la que por cierto no se habla de mujeres sierpes. Si se atiende al desarrollo de la historia y su desenlace–con el sacrificio de la sierpe reina–, podría considerarse esta narración como alusiva a un rito totémico, según apuntamos en nuestro estudio preliminar. *(Totem y Tabú,* Freud.) Sabido es que hay castas de serpientes mansas e innocuas, que, lejos de atacar a las personas, hacen la guerra a las serpientes venenosas, por lo que son objeto de culto por los naturales de las regiones en que viven. Collin de Plancy, en su *Diccionario infernal,* cita, ilustrando este punto, las regiones de Juida y Ardra, en Africa, y menciona el caso de un inglés que mató a una de esas serpientes y provocó una sublevación de los indígenas, que, irritados por el sacrilegio, dieron muerte a la colonia británica y quemaron sus casas y factorías. Las sierpes de que aquí se habla son sierpes benéficas, humanizadas, mujeres-sierpes, y eso abona la hipótesis de que se trate de un rito totémico.

Burton, por su parte, recuerda a propósito de esta historia los reyes y reinas *Naga* (serpientes) de la mitología hindú, equivalentes a las Melusinas y Ejidnas del folklore occidental, que en el fabuloso país de Nagalandia–o de las serpientes–guardan los tesoros de la tierra. «La primera aparición–dice Burton–de la serpiente en la literatura la encontramos en los jeroglíficos egipcios, donde representa las letras *f* y *t* y actúa como determinante en figura de una cobra.»

aquellas subidas a los tronos y tomó a la otra de encima de la bandeja y cargó con ella y la condujo a uno de aquellos tronos.

Increpó luego la serpiente, que parecía de cristal, a las otras en su lengua, y todas al punto bajáronse de sus asientos e invocaron sobre ella las bendiciones del cielo, después de lo cual hízoles seña de que se podían sentar, y ellas se sentaron sin tardar.

Luego la serpiente encaróse con el joven, diciéndole:

–¡Oh joven! No temas nada, que de todas yo soy la reina y la sultana.

Serenóse el corazón de Hásid Kerimu-d-Din al oír tales palabras.

Hízole luego la reina a sus vasallas seña de que trajeran algunas viandas, y ellas llevároнle uvas y manzanas y piñas y granadas y nueces y *allozas* y *almeces,* y pusieron todo aquello delante del joven con mucho respeto. Y la reina le dijo:

–¡*Ye* Hásid! Come de esta fruta, que es todo cuanto ofrecerte podemos, y no tengas de nosotras nunca miedo.

Luego que oyó el joven aquellas palabras de la sierpe sultana comió hasta saciarse y dio gracias a Alá (loado sea su nombre por toda una eternidad).

Luego que el joven comió hasta quedar harto, levantaron la mesa las serpientes y se la llevaron.

Después de lo cual le dijo entonces la sultana:

–Dime, Hásid: ¿quién eres y de dónde vienes y qué lance peregrino te trajo a este sitio?

Contóle el joven entonces toda su historia, y al oírla la serpiente desde el principio hasta el fin, díjole así:

–Todo eso que te ha sucedido por tu bien ha sido.

Pero al llegar aquí sintió Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras encantadoras.

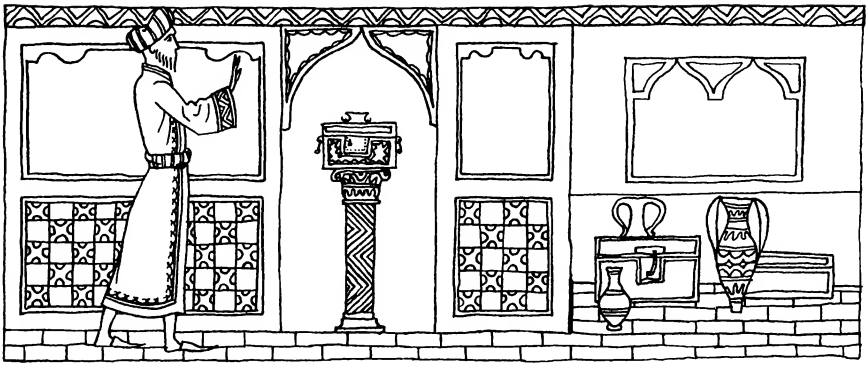
Y LA NOCHE 285 PROSIGUIO SU RELATO EN ESTA FORMA:

–Ha llegado hasta mis oídos, *ye* monarca, el afortunado, que la serpiente sultana, al oír la historia de Hásid Kerimu-d-Din, desde el principio hasta el fin, díjole al joven así:

–Todo eso que te ha sucedido, Hásid, por tu bien ha sido. Pero ahora quiero yo que estés con nosotras una temporada hasta que te cuente yo también mi historia y te informe de las cosas peregrinas que me pasaron en mi vida.

–Oír es obedecer–respondió sumiso el joven.

Y la reina de las serpientes empezó a contar la historia siguiente:



HISTORIA DE BALUKIYA

(Noches 285 a 295)

—Has de saber—empezó la serpiente—que en la ciudad de Mizr habia un rey de Beni-Israil, el cual tenía un hijo, llamado Balukiya.

Era el tal rey sabio y piadoso, siempre entregado a la lectura de los libros de ciencia que al hombre le aprovechan.

Ahora bien: luego que se le quebrantaron las fuerzas y mostró señales de andarle la muerte cerca, subieron a su alcázar los grandes de su reino para saludarle.

Y luego que el monarca los tuvo a todos reunidos y sentados en su torno, les dijo:

—¡Sabed, oh pueblo aquí reunido, que se acerca ya el momento de mi partida de este mundo perecedero al otro, que es eterno, y no tengo otra cosa que encomendar a vuestro cuidado que a mi hijo Balukiya, así que os recomiendo miréis por él con todo celo!

Y añadió luego:

—Doy fe de cómo no hay *ilah,* sino Alá.

Y después de exhalar un suspiro profundo, abandonó este mundo. Sea con él la misericordia de Alá (loado sea su nombre por toda una eternidad).

Procedieron sus familiares a lavar su cadáver y luego lo amortajaron y lo enterraron con la pompa debida, después de lo cual nombraron a Balukiya su sultán.

Empezó este a gobernar a sus súbditos con toda equidad, de suerte que en su tiempo gozaba la gente de paz.

Ahora bien: sucedió cierto día que fue Balukiya y abrió las cámaras donde los tesoros de su padre se guardaban, para recrearse con ellos, y encontróse con una puerta y la abrió y pasó al interior y vio ser una celda pequeña, en la que había una columna de mármol blanco y encima de ella un arca de ébano.

Abrió Balukiya el arca y encontróse dentro de ella otra caja de oro, más

pequeña; abrióla, asimismo, y halló en su interior un libro.

Abrió el libro Balukiya y vio que en él se hablaba de nuestro Profeta Mohammed (sean con El la oración y la paz) y de cómo sería enviado al mundo por Alá, al final de los tiempos, siendo el señor de los primeros y de los postreros.

Luego que Balukiya leyó el libro y se enteró de los atributos de nuestro Señor Mohammed (sean con él la oración y la paz) apegóse a su amor su corazón.

Y convocando a todos los grandes de Beni-Israil–sacerdotes, sabios y ascetas–mostróles aquel libro y se lo leyó de corrido. Y al terminar les dijo:

–¡*Ye* pueblo mío! Estimo conveniente sacar a mi padre del sepulcro y quemarlo.

–¡Por qué razón?–inquirieron aquellos.

Y Balukiya contestó:

–Pues por haberme tenido escondido ese libro que está sacado de la Torah y de los escritos de Ibrahim y haberlo guardado en uno de sus aposentos reservados, donde nadie podía verlo ni leerlo.

–¡*Ye* rey nuestro–respondióle su pueblo–. Ten presente que tu padre ya ha tiempo que se pudre en la tierra y de lo que en vida hiciera ya a su Señor habrá dado cuenta, así que déjalo en paz y no lo quieras de su sepulcro sacar!

Luego que Balukiya oyó a su pueblo esas palabras comprendió que, aunque insistiese, no conseguiría nada, así que los despidió y fue a ver a su madre y le dijo:

–¡*Ye* madre mía! Sabrás cómo he hallado entre los tesoros de mi padre un libro que trae la descripción de Mohammed (sean con él la oración y la paz), que es un Profeta que al final de los tiempos enviará Alá a la tierra, y mi corazón hase encendido en su amor, y tengo la intención de echarme a viajar por países y naciones hasta reunirme con él, pues si con él no me reúno, no podré vivir más en el mundo, que el fuego de su amor me consumirá sin remisión.

Dicho lo cual quitóse su traje y se vistió un sayal y se calzó los pies en unos borceguíes de burdo jaez, y le dijo a su madre:

–¡No me olvides, madre mía, en tus oraciones!

Echóse a llorar su madre amargamente y le dijo:

–Hijo mío, no te vayas; ¿qué va a ser de nosotros si tú nos desamparas?

–No tengo más remedio que partir –respondió Balukiya–, pues la paciencia ya me falta y no puedo contener mis ansias. Pero no te aflijas, madre mía, que he puesto mis cosas y las tuyas en manos de Alá (loado sea su nombre por toda una eternidad).

Partió Balukiya luego de eso y enderezó su rumbo a tierras de Scham, sin que ninguno de sus grandes supiera adónde fuera, y fue caminando sin parar, hasta que llegó a orillas del ancho mar.

Encontróse allí fondeado un barco, próximo a partir, y montó en él y navegó con sus tripulantes y pasajeros hasta que divisaron una isla a lo lejos. Saltaron a tierra los marineros y él bajó también con ellos. Pero luego los dejó y se marchó a explorar la isla él solo y acabó por sentarse al pie de un árbol frondoso. Venciólo luego el sueño y se quedó dormido, y, al despertar del sueño, levantóse de allí y corrió hacia el barco, para montar en él de nuevo.

Pero se encontró con que aquel ya levara anclas, con lo que quedó frustrada su esperanza.

Examinó la isla y vio que en ella había unas serpientes grandes como camellos y como palmeras, y todas ellas invocaban a Alá y rezaban por

Mohammed (sean con él la oración y la paz) y elevaban sus voces en loor y alabanza de su Creador.

Al ver lo cual Balukiya llenóse de asombro y maravilla, loando a Alá.

Pero al llegar aquí sintió Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras cautivadoras.

Y LA NOCHE 286 REANUDO SU RELATO EN ESTA FORMA:

–Ha llegado a mis oídos, *ye* monarca, el afortunado, que al ver Balukiya a las serpientes loar y glorificar a Alá, llenóse de un asombro sin igual. Y las serpientes, luego que lo vieron, fuéronse a él en tropel, y una de ellas le dijo:

–¿Quién eres y de dónde vienes y cuál es tu nombre?

Y el joven respondióle:

–Yo me llamo Balukiya y soy de los hijos de Israil, y vine aquí arrebatado por el amor a Mohammed (Alá lo bendiga y guarde), sin más objeto que buscarlo. Pero ¿y vosotras, oh nobles criaturas, quiénes sois?

Y las serpientes le contestaron:

–Nosotras somos las moradoras en Chehennam y el Omnipotente nos creó para castigo de los infieles.

–Pero siendo así–preguntóles Balukiya–, ¿cómo vinisteis aquí?

Y las serpientes le contestaron diciendo:

–Has de saber,Balukiya, que el Infierno, de tanto como hierve, dos veces al año respira, y en primavera espira, y en invierno inspira, y a eso se debe el calor del verano y el frío del invierno. Y cuando el Infierno respira hacia fuera, nos lanza a nosotras lejos de su ámbito, y luego, cuando respira para dentro, vuelve a absorbernos.

–Y decidme–inquirió Balukiya–, ¿hay en el Infierno serpientes más grandes que vosotras?

Y ellas le contestaron:

–¡Ya lo creo que las hay! Precisamente nosotras somos de las más pequeñas y por eso saltamos fuera con el aire espirado. Pero en el Infierno hay unos serpentones tan tremendos que si una de nosotras, la más grande, se le metiese en las narices, seguro que ni siquiera lo notasen.

Pero vosotras–observó Balukiya–loáis a Alá con loanza e invocáis su bendición sobre Mohammed (sobre él la oración y la paz); ¿cómo es eso? ¿Cómo habéis llegado a su conocimiento?

–Oye, Bakuliya–le contestaron ellas–. El nombre de Mohammed está escrito en la puerta del Paraíso, y, a no ser por él, no creara Alá las criaturas, ni el Paraíso, ni el fuego, ni la tierra, ni el cielo, pues todo lo que creó solo por él lo creó [1]. Su nombre va unido al de Alá en todo lugar y por eso nosotras amamos a Mohammed (sean sobre él la oración y la paz).

Luego que oyó Balukiya lo que las serpientes decían acrecióse su amor al Profeta (sean con él la oración y la paz) y subieron de punto su inquietud y su afán.

Inflamóse aún más Balukiya en el amor de Mohammed al oír hablar así a las serpientes y se avivó más todavía su ansia por conocerle, y despidióse de ellas y encaminóse a la orilla del mar, y vio allí fondeado un barco, dispuesto

[1] *Lau la-ka, ma jalakto-l-aflaka.* A no ser por ti, los cielos no creara *(Poema de Burdah* de Al-Busiri). En el *Dabistán* se lee con referencia a Zoroastro (Sarduscht): «Por ti creé el mundo.»

a zarpar. Subió el joven a bordo y el barco levó anclas y fue navegando hasta que llegaron a otra isla y allí fondearon.

Saltó a tierra Balukiya y vio que por allí había también muchas serpientes, grandes y pequeñas, en tal cantidad, que solo podría saber cuántas eran Alá (loado sea su nombre por toda una eternidad).

Pero había entre ellas una toda blanca, más blanca que el cristal, la cual estaba sentada en una bandeja de oro, y la tal bandeja la llevaba sobre sus lomos otra serpiente tan grande y corpulenta como un elefante.

Era aquella serpiente la reina de las otras, y esa serpiente, *¡ye* Hásid!, era yo en persona.

Preguntóle luego Hásid a la serpiente reina:

–¿Y qué pasó entre tú y Balukiya?

Y ella le contestó en seguida:

–Cuando Balukiya me miró yo lo saludé con el *selam,* contestándome él con otro igual.

Luego le pregunté:

–¿Quién eres y cuál es tu estado y de dónde vienes y adónde vas y por qué nombre te suelen nombrar?

–Yo–me contestó él–soy de los Beni-Israil, mi nombre es Balukiya y voy peregrinando por amor a Mohammed (sean sobre él la oración y la paz), y voy por el mundo buscándolo, pues leí una descripción de su persona y también el libro que Alá hizo descender del cielo para El.

Luego, a su vez, Balukiya me preguntó a mí también:

–¿Qué clase de ser eres tú y cuál es tu condición y la de estas serpientes que bullen a tu alrededor?

–*¡Ye* Balukiya!–respondíle yo–. Yo soy la reina de estas serpientes, y cuando al *nabi* encuentres, haz el favor de saludar de mi parte con el *selam* al Enviado de Alá (loado sea su nombre por toda una eternidad).

Despidióse luego de mi Balukiya y tornóse al barco y siguió navegando hasta llegar al Templo santo.

Y había en el Templo santo un varón que poseía todas las ciencias sin excepción y dominaba la geometría y la astronomía y la aritmética y la alquimia y la sagrada doctrina, y leyera la Torah y el Inchil y los salmos y los libros de Ibrahim y todo lo escrito, en fin.

Llamábase aquel hombre Iffán y leyera en uno de sus libros que quien poseyese el anillo de Solimán, nuestro señor, tendría a hombres y genios, aves y fieras, y a todas las criaturas, en suma, bajo su obediencia y temor.

Y hallara también en uno de sus libros que, cuando murió nuestro señor Solimán, depositaron su cuerpo en un ataúd y lo transportaron milagrosamente al través de siete mares, y añadían que el monarca llevaba prendido en su dedo el anillo y ni hombre ni genio le pudieran sacar el anillo del dedo, y que ningún arráez de barco pudo llegar nunca al lugar donde lo habían dejado, para abordar al cual había que atravesar siete océanos. Leyera también el sabio en uno de sus libros que había entre las plantas una planta que, tomando un poco de ella y exprimiendo su zumo y untándose con él los pies, se podía caminar sobre cualquiera de los mares que creó Alá (loado sea su nombre por toda una eternidad), sin contratiempo alguno y sin siquiera llegarse los pies a mojar.

Pero leyó también que para hacerse con esa planta prodigiosa era preciso, imprescindiblemente, contar con la ayuda de la reina de las serpientes.

Ahora bien: al llegar Balukiya al Templo santo retiróse a un lugar para adorar a Alá, y estando el joven entregado a sus actos de piedad acercósele Iffán y lo saludó con el *selam,* correspondiéndole él con otro igual. Después de lo cual preguntóle Iffán:

–¿Cómo te llamas y de dónde viniste a esta santa casa y adónde marchas?

–Mi nombre es Balukiya–respondióle el joven–y mi tierra la ciudad de Mizr, y voy peregrinando en busca de Mohammed, el Profeta de Alá (sean con él la oración y la paz).

Oído lo cual díjole Iffán a Balukiya:

–Levántate y ven conmigo a mi casa, que te quiero hospedar.

–Oír es obedecer–respondió Balukiya. Y al punto se levantó y a su casa lo siguió...

Pero al llegar aquí sintió Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras encantadoras.

Y LA NOCHE 287 REANUDO SU RELATO EN ESTA FORMA:

–Ha llegado a mi noticia, *¡ye* monarca, el afortunado!, que Balukiya se levantó y siguió a Iffán a su casa y que este lo agasajó con liberalidad extremada. Y después le dijo en confianza:

–Cuéntame ahora, hermano mío, tu historia y dime cómo fue que conociste a Mohammed, el Profeta de Alá (sobre él la oración y la paz), hasta el punto de que tu corazón se inflamara en su amor y dejases tu patria por ir en su busca, cruzando los arrecifes de la tierra y el agua.

Y Balukiya le refirió toda su historia, desde el principio hasta el fin, y luego que Iffán la hubo oído faltó poco para que perdiera el juicio, de puro asombrado y maravillado. Y le dijo:

–Llévame adonde está la sierpe reina y yo te llevaré adonde se halla el Profeta de Alá (sobre él la oración y la paz), porque el tiempo de su misión está aún lejano, y si llegar hasta la sierpe reina logramos, la meteremos en un alcahaz e iremos con ella a buscar las plantas que crecen en las montañas y se las enseñaremos una por una a ella, y ella nos dirá–por permisión de Alá–cuáles sean sus virtudes y su utilidad.

Que has de saber cómo leí en mis libros que hay entre plantas una planta que quien la cogiere y la exprimiere el zumo y luego se untase con él los pies podrá caminar por sobre cuantos mares creó Alá, sin siquiera llegárselos a mojar.

Así que nosotros, luego que con ayuda de la serpiente reina hayamos logrado encontrar esa hierba, la dejaremos a ella seguir su camino, y nos untaremos con el zumo de esa hierba las plantas de los pies y cruzaremos los siete mares y llegaremos hasta el lugar donde yace el rey Solimán. Y ya allí le sacaremos su anillo del dedo y entonces seremos dueños del mundo como lo fue él en su tiempo y lograremos todos nuestros deseos.

Y nos entraremos por el Mar el Tenebroso y beberemos del agua de la vida, y así el Omnipotente nos dejará estar en este mundo hasta el fin de los tiempos y entonces nos juntaremos con Mohammed (Alá lo bendiga y lo guarde).

Luego que esas palabras hubo oído, díjole Balukiya a su amigo:

–Está bien; descuida, que yo te guiaré hasta la serpiente reina y te indicaré dónde tiene su guarida.

Luego que Balukiya hubo dicho esas palabras a su amigo Iffán, fue este y se levantó y procedió a fabricarse un alcahaz de hierro, y se proveyó de dos

fuentes y llenó una de vino y la otra de leche, y después fletó un barco y montó en él con Balukiya, y ambos fueron navegando noches y días hasta que abordaron a la isla y en ella desembarcaron.

Y saltaron a tierra, e Iffán cogió el alcahaz y metió dentro de él una red y las dos fuentes susodichas, y, después de dejar al alcahaz en el suelo, ambos amigos se alejaron de allí unos pasos y se quedaron al acecho. Al cabo de una hora de tiempo presentóse la serpiente reina y se adelantó hacia el alcahaz y vio las dos copas y estuvo contemplándolas una hora. Y no bien húbole dado el husmo a la leche se apeó de encima de la serpiente en cuya espalda iba montada, y dejando la bandeja, introdújose en la jaula, y alargando la cabeza a la copa del vino, bebió de ella, y no bien la hubo bebido, quedóse privada del sentido.

Luego que eso vio Iffán acercóse al alcahaz y lo cerró, dejando a la sierpe dentro tomada del sueño.

Y cogió Iffán el alcahaz y se lo echó a la cabeza y seguido de Balukiya dirigióse al barco, que quedara en la marina.

Despertóse al cabo de una hora la serpiente reina, y al verse metida en una jaula de hierro y sobre la cabeza de un hombre y ver a Balukiya caminando a su lado, exclamó:

–Este es el pago que dan los hijos de Adán a quien no les hizo ningún daño.

Pero Iffán le replicó, diciendo:

–No temas nada de nosotros, reina, que ningún mal te queremos causar. Solo deseamos que nos indiques esa hierba que al exprimirla suelta un zumo que, aplicado a las plantas de los pies, permite caminar por sobre cuantos mares creó Alá, sin siquiera mojárselos. Y luego que la tal hierba hayamos encontrado te dejaremos en libertad y no te molestaremos más.

Siguieron luego Iffán y Balukiya caminando rumbo a las colinas donde aquella planta crecía, y, según iban pasando, todas aquellas plantas rompían por turno a hablar con voz humana y sus virtudes declaraban por obra de Alá (loado sea su nombre por toda una eternidad).

Y estando entregadas a esa operación, he aquí que de pronto una de las plantas alzó su voz y declaró:

–Yo soy aquella planta que quien la coja y exprima su zumo y se unte con él los pies podrá caminar sobre todos los mares que creó Alá, sin siquiera mojárselos al andar.

Luego que aquello hubo oído Iffán, quitóse de sobre la cabeza el alcahaz y tomó de aquella planta cuanto pensó que le hacía falta. Luego la exprimió y le sacó el zumo y lo guardó en dos redomas y con lo que le sobró de él untáronse ambos amigos los pies.

Cogieron luego Iffán y Balukiya a la serpiente reina y marcharon con ella noches y días, hasta regresar a la isla de donde partieran, y, tornados allá, abrió Iffán las puertas del alcahaz y a la sierpe reina puso en libertad. Salió esta de allí e interpeló a ambos así:

–¿Qué os proponéis hacer con el zumo de esa planta?

Y ellos respondieron estas palabras:

–Tenemos la intención de atravesar, por su virtud, los siete mares, hasta llegar al sarcófago de nuestro señor Solimán y sacarle del dedo el anillo que en él lleva prendido [2].

[2] Salta a la vista el origen talmúdico de esta tradición legendaria sobre Salomón o Soleimán. Según el *Talmud,* son siete los mares, correspondientes a los siete planetas, aunque se ha de tener en cuenta que designan también con el vocablo *mar-yam,* lo mismo que los árabes con el suyo *bahr,* a los grandes lagos o mares interiores.

Cuanto al lugar de enterramiento de Salomón discrepan las opiniones, pues, según unos, tanto el sabio rey como su padre David fueron sepultados en Jerusalén, y, según otros, a orillas del lago Tiberiades. El escritor árabe Mohammed, de

La serpiente reina, al escuchar aquello, les dijo:

–¡Oh, aún no ha nacido quien pueda apoderarse de ese anillo!

–¿Cómo es eso?–le dijeron.

–Pues porque Alá–respondió la serpiente–diole a Solimán ese anillo y lo dotó de ese poder, porque Solimán le dijo: «Señor, dame un poder que ninguno de los que me sucedan llegue nunca a tener, que en verdad, ¡Tú eres rumboso y liberal!» [3]

Pero yo conozco una planta que, quienquiera la coma, gozará de vida plena hasta que suene el primer toque de la trompeta [4], y esa planta, que crece también en la montaña, os será sin duda de más utilidad que no esa otra que habéis logrado encontrar y con la cual nunca conseguiréis lo que os proponéis.

Pesóles grandemente a los dos, al oír las palabras de la sierpe reina, su equivocación...

Sorprendió aquí a Schahrasad la mañana y puso coto a sus descomedidas palabras.

Y LA NOCHE 288 SIGUIO DICIENDO LA MUCHACHA:

–Ha llegado a mis oídos, *¡ye* monarca, el afortunado!, que, al oír Iffán y Balukiya las palabras de la sierpe reina, pesóles grandemente su error y se dispusieron a continuar su indagación.

Y esto es, por ahora, todo lo referente a su historia.

Cuanto a la sierpe reina, fue derechamente a unirse con sus serpentinas huestes, y se encontró con que habían caído en el desgobierno y habíansele quebrantado sus fuertes y muértosele los débiles.

Luego que las serpientes vieron a su reina, alegráronse mucho y agrupáronse en torno a ella y le preguntaron inquietas:

–¿Qué te sucedió, reina nuestra?

Contóles ella toda su aventura y lo que con Iffán y Balukiya le había sucedido. Y luego todas ellas emigraron al monte Kaf, donde tenían costumbre de invernar y hasta el verano se estaban allá. Y luego se volvían al lugar en que Hásid Kerimu-d-Din las había encontrado al llegar.

Y Hásid Kerimu-d-Din díjole a la sierpe reina:

–Yo te ruego, señora, que ordenes a uno de tus guardias que me suba de nuevo a la faz de la tierra, a fin de que pueda reunirme con mi pueblo.

Pero la sierpe reina le contestó diciendo:

–Mira, Hásid, amigo, eso no puedo concedértelo, porque has de aguardar con nosotras a que llegue el invierno y nos acompañes en nuestro viaje al monte Kaf y te solaces con la vista de aquellas montañas y aquellas arenas y aquellos árboles y aquellos pájaros que magnifican a Alá con sus cantos, y

acuerdc con la historia de At-Tabari, cuenta que los genios llevaron el cadáver de Salomón a un palacio labrado en la roca viva, sito en una isla, rodeada por un brazo del gran Océano. Y añade: «Nadie logró jamás ver la tumba, sino Iffán, que fue allá en compañía de Balukiya, y tras muchas peripecias y aventuras consiguió llegar hasta aquel lugar, y cuando ya estaba a punto de sacarle al cadáver el anillo del dedo, cayó fulminado por un rayo, que lo calcinó. De suerte que Balukiya se tornó.»

[3] *Corán*, sura 38, *Zad*, aleya 34.

[4] Anunciando el juicio final.

veas también a aquellos *marid* y aquellos *afarit* y genios cuyo número nadie sabe, excepto Alá, el que no hay cosa que pueda ignorar.

Luego que eso oyó Hásid entróle mucha pena, pero se conformó y díjole a la sierpe reina:

–Y ¿qué fue de Iffán y Balukiya? ¿Llegaron a cruzar los siete mares y coger el anillo del rey Soleimán?

–Has de saber–contestóle aquella– que luego que Iffán y Balukiya se separaron de mí, untáronse los pies con el zumo de aquella planta y empezaron a caminar sobre las maravillas del agua y no pararon de caminar, de mar en mar, hasta que llegaron al séptimo mar, allende el cual encontraron un gran monte, cuyo galayo se perdía en el aire y que era todo él de verde sabarchada, y hasta en el monte una fuente en la que eran de ver toda clase de peces.

Al llegar ambos amigos a aquel lugar se alegraron muchísimo y dijeron a la par:

–Al fin nuestra empresa pudimos rematar.

Procedieron luego a escalar aquel alto monte y treparon cuesta arriba, y vieron de lejos una caverna, sobre la que se alzaba una cúpula inmensa y de la cual salía una gran claridad.

Enderezaron los dos amigos sus pasos hacia la caverna, hasta que llegaron y entraron en ella, encontrándose allí con un trono de oro, incrustado de aljófar valioso, y a su alrededor sitiales en tal número que solo Alá, el poderoso y sabio, los podría contar.

Y vieron a nuestro señor Soleimán dormido sobre aquel trono, vestido todo de seda verde, bordada de oro, con incrustaciones de aljófar y pedrería de lo más raro y precioso.

Tenía el monarca su diestra descansando en su pecho y su anillo le brillaba en el dedo, irradiando una luz que eclipsaba los fulgores de todas las demás piedras preciosas y todas las demás gemas.

Enseñóle entonces Iffán a Balukiya unos cuantos conjuros y sortilegios, y le dijo:

–Recita sin cesar estos exorcismos hasta que yo logre coger el anillo.

Acercóse luego Iffán al trono y extendió la mano en dirección al anillo preciado, cuando he aquí que, de pronto, sale una gran serpiente de debajo del trono y descargó un coletazo tan recio, que todo aquel lugar se conmovió y estremeció, y al mismo tiempo lanzaba de sus fauces centellas coruscantes.

Y en lenguaje humano díjole a Iffán, que se mantenía impávido:

–Si das un paso más, te mato.

Redobló Iffán sus conjuros, sin inmutarse en absoluto. Pero la sierpe le lanzó un resoplido tal que en poco estuvo no ardiese todo aquel lugar.

Y al mismo tiempo tornó a clamar:

–¡Guay de ti, que si no te vas de aquí te voy a achicharrar!

Llenóse de pavor Balukiya al oír tales palabras y se salió de la caverna más que aprisa.

Pero Iffán no se inmutó ante aquella amenaza y siguió adelantándose hacia nuestro señor Soleimán y alargó su mano y apoderóse del anillo mágico y tiró de él con fuerza para sacárselo del dedo al soberano.

Cuando he aquí que la serpiente lanzóle a Iffán un resoplido tal que lo abrasó en seguida y lo dejó reducido a un montón de cenizas.

Y esto es todo lo referente a su historia.

Cuanto a Balukiya, rodó por tierra sin sentido...

Vio al llegar aquí Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras seductoras.

PERO LA NOCHE 289 REANUDO SU RELATO EN ESTA FORMA:

–Tengo entendido, *¡ye* monarca, el afortunado!, que, cuando Balukiya vio a Iffán reducido a un montón de cenizas, rodó por tierra desmayado de puro aterrado.

Pero entonces Alá (el poderoso, el sabio) mandó allí al ángel Chibril [5] y este descendió a la cueva en seguida, antes de que la sierpe soplara sobre Balukiya.

Bajó, pues, el ángel a la caverna, y al ver a Balukiya desvanecido y postrado en tierra y a Iffán achicharrado y convertido en un montón de pavesas, despertó a aquel de su desmayo, y luego que el joven recobró el sentido, lo saludó Chibril con el *selam* y le dijo:

–¿De dónde vinisteis ambos a este sitio?

Contóle el joven toda su aventura, desde el principio hasta el fin, y le recalcó cómo solo por buscar a Mohammed llegara hasta allí. Y luego de oírlo, le dijo Chibril:

–*¡Ye* Balukiya: vete por tu camino, que aún ha de pasar mucho tiempo antes que Mohammed sea venido!

Después de lo cual remontó el ángel su vuelo y se tornó a los cielos.

Echóse Balukiya a llorar y de lo que hiciera entróle gran pesar, y recordó las palabras de la sierpe reina: «Aún no ha nacido quien pueda apoderarse de ese anillo.» Y tornó a llorar.

Bajó luego del monte y echó a andar, y no paró de caminar hasta que se halló cerca de la orilla del mar. Y llegado que hubo a la marina, sentóse y se puso a reflexionar y a maravillarse de aquel monte grande y de aquellas islas y mares...

Pero al llegar aquí sorprendió a Schahrasad la mañana y atajó el flujo de sus fluyentes palabras.

Y LA NOCHE 290 SIGUIO DICIENDO LA MUCHACHA:

–Ha llegado a mi noticia, *¡ye* monarca, el afortunado!, que Balukiya reflexionaba maravillado sobre aquel monte y aquellos mares y aquellas islas, hasta que al cabo vino el sueño a postrarlo.

Permaneció el joven en aquel sitio aquella noche y al otro día; luego que la mañana fue venida, untóse los pies con el zumo de aquella hierba que él e Iffán exprimieran, y se lanzó al mar y empezó por él a caminar y no paró de andar noches y días, maravillándose de las alternativas de los mares y de sus secretos y misterios, hasta llegar por fin a una isla de aspecto tan florido que parecía el propio Paraíso.

Saltó a ella Balukiya y se quedó maravillado de su belleza y galanía, y, en tanto recorríala, hubo de comprobar cómo su tierra era de azafrán y sus guijos de rubíes y otras piedras preciosas de las más valiosas, y sus vallados de jazmines y sus campos plantados

[5] O Guibril, según la pronunciación egipcia.

estaban de los árboles más gallardos, entre los cuales daban su olor los arrayanes y otras plantas fragantes. Había en dicha isla muchas fuentes corrientes y la madera de sus árboles era de áloe y cardamomo y sus frutos cañas de azúcar, y en torno a ellos florecían la rosa y el narciso que era cosa de prodigio.

Maravillóse Balukiya de la hermosura de aquella isla y se percató de que caía apartada del camino que la primera vez siguiera con Iffán y por eso entonces no la viera.

Anduvo Balukiya explorando la isla y recreándose en su belleza todo el día y no se cansaba de admirar sus maravillas.

Pues era, en verdad, aquella isla el lugar más placentero y delicioso que se pudiera imaginar y un verdadero compendio y resumen de toda hermosura, así material como espiritual.

Y en las ramas de los árboles cantaban los pájaros de un modo más dulce todavía que los *chantres* del *Corán,* y sus notas eran tan melodiosas como para curar ansias de enamorado y cordiales nostalgias.

Y allí la gacela retozaba libre y suelta y las fieras bravías en torno a la llanada rugían.

Y eran corpulentos los árboles, y fluían claros y transparentes los manantiales, y eran sus aguas dulces y potables, y resultaba un verdadero placer ver todo aquello y respirar el aire aquel.

Maravillóse Balukiya de los encantos de aquella isla, pero al mismo tiempo hubo de reconocer que se había desviado de la ruta que con Iffán siguiera la primera vez.

Y siguió explorando aquella isla y recreándose con los diversos panoramas que ofrecía, hasta que finó el día y la noche fue venida, y entonces subióse a un árbol, con objeto de pasar allí la noche, de todo riesgo a salvo.

Pero hete aquí que, habiéndose ya encaramado a lo alto del árbol, al extender desde allí la mirada observó cómo el mar se alborotaba y salía de sus aguas un animal monstruoso, el cual lanzó un bramido tan tremendo que toda la isla retembló con su eco y todos los seres vivos que allí existían en ella dieron un respingo de pavor transidos.

Fijóse Balukiya en aquel animal y vio que se había sentado al pie del árbol y pudo comprobar que era de un tamaño fuera de lo vulgar.

No había pasado una hora cuando salieron del mar muchedumbre de bestias diversas de distintos colores, cada una de las cuales traía en su mano una perla tan grande y brillante que refulgían cual luminarias, de suerte que la isla quedó iluminada cual si fuera de día.

Al cabo de una hora acudieron allí del fondo de la isla otros animales en tal cantidad, que su número sólo podría saberlo Alá (loado sea su nombre por toda una eternidad).

Observólos con atención Balukiya y comprobó que eran fieras de los desiertos: leones y tigres y leopardos y demás habitantes de los despoblados.

Y aquellos animales terrestres reuniéronse con los acuáticos en un cabo de la isla y se pusieron a platicar, hasta que alboreó el día siguiente. Que entonces se separaron y cada cual se fue por su lado.

Visto que hubo aquello Balukiya, bajóse del árbol y se dirigió a la orilla del mar y se untó los pies con el zumo de aquella planta y empezó a caminar sobre la superficie del segundo mar y caminó sin descanso noches y días hasta llegar a una montaña altísima, en cuya base había un valle que no tenía fin y cuyas piedras eran imanes, y en el que no había más animales que leones y liebres y tigres feroces.

Trepó monte arriba Balukiya, y tre-

pando estuvo todo el día hasta que oscureció. Y entonces se sentó en una de las peñas de aquel monte a orillas del mar y comió de unos peces secos, de los que las aguas allí arrojaban. Y estando allí sentado, comiendo de aquellos peces, he aquí que de pronto se presenta un tigre tamaño y se abalanza a Balukiya, con intención de devorarlo.

Volvióse Balukiya, y, al ver a la fiera y comprender las intenciones que traía, levantóse al punto y frotóse los pies con el unto y, sin tardar, lanzóse sobre el tercer mar.

Y anduvo sobre la haz de sus aguas en la oscuridad, que era aquella una noche negra y ventosa además, y no paró de caminar hasta que llegó a una isla y saltó a ella en seguida, y encontró en ella plantas maduras y otras secas, y cogió Balukiya de sus frutos y comió de ellos y alabó a Alá (el grande, el excelso) y se pasó todo el día recorriendo la isla, hasta que la noche fue venida.

Pero al llegar aquí vio Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras encantadoras.

Y LA NOCHE 291 REANUDO SU RELATO EN ESTA FORMA:

–Tengo oído, ¡*ye* monarca, el afortunado!, que Balukiya se puso a dar la vuelta a la isla y estuvo paseándose y recreándose todo el día hasta que la noche fue venida.

Durmió luego allí aquella noche, y, cuando amaneció la mañana del siguiente día, dirigióse Balukiya a la orilla del mar y se untó los pies con el zumo de la planta consabida y se adentró en el cuarto mar, y caminó sobre la haz de las aguas, noches y días, hasta que al fin llegó a una isla.

Era el suelo de aquella ínsula de arena suave y blanca y no había en toda ella ni un solo árbol ni nada sembrado.

Anduvo por ella Balukiya una hora entera y vio a los animales que la poblaban, que eran sacres [6] que en la arena anidaban.

Al ver aquello Balukiya, tornó a untarse los pies con el zumo consabido y pasó al océano, el quinto. Y fue andando sobre las aguas y no paró de andar noche y día, hasta llegar a una pequeña isla, cuya tierra y cuyas sierras eran como de cristal, y en la que radicaban esas venas de donde sale el oro y árboles muy raros, tal que nunca Balukiya en sus viajes viera nada semejante, y cuyas flores parecían de oro puro.

Saltó, pues, Balukiya a aquella insula y vagó por ella recreándose en su belleza, hasta que se le hizo de noche. Y entonces aquellas flores en la oscuridad empezaron a fosforecer y refulgir cual si fueran estrellas.

Y al ver Balukiya aquello, díjose para sus adentros:

–De fijo que las flores de esta isla son de esas que se agostan con el sol y caen a la tierra y se juntan bajo las peñas y forman ese elixir que la gente recoge para fabricar oro con él [7].

Y Balukiya durmió aquella noche en la isla, hasta que la mañana amaneció y salió el sol.

[6] Del árabe *Zakr*.

[7] Alusión al elixir con que los alquimistas pretendían hacer el oro filosofal.

Luego que salió el sol, tornó a untarse los pies y se lanzó de nuevo al mar, que era el mar sexto, y anduvo caminando sobre él noche y día, hasta que llegó a otra isla. Saltó a tierra Balukiya y anduvo vagando por aquella ínsula cosa de una hora, y vio que había en ella dos montes, en los cuales medraban árboles numerosos, cuyos frutos semejaban cabezas humanas que estuvieran de los cabellos colgadas, y los había también cuyos frutos eran pájaros verdes, colgados de sus ramas por las patas, y los había, asimismo, que chisporroteaban como el fuego y cuyos frutos parecían de mirra, y todo aquel a quien le caía encima una partícula de aquellos frutos luego perecía abrasado en sus llamas vivas.

Alargóse Balukiya en su paseo hasta la marina y vio un árbol corpulento y se sentó a su sombra, y allí se estuvo hasta que se le hizo de noche, y, cuando las tinieblas se extendieron sobre la tierra, subióse al árbol Balukiya y se puso a reflexionar sobre la diversidad de cosas que creó Alá (loado sea su nombre por toda una eternidad).

Estaba entregado Balukiya a tales pensamientos cuando hete aquí que se abre el mar y salen de él las hijas del mar [8], cada una de las cuales traía en su mano un diamante que refulgía como la aurora, y, llegándose a aquel árbol, sentáronse a su sombra y empezaron a retozar y bailar, y así se estuvieron entretenidas en sus juegos hasta que amaneció, que entonces dejaron de retozar y se sumergieron en el mar.

Maravillóse grandemente de todo ello Balukiya y descendió del árbol y frotándose de nuevo los pies con el unto, se lanzó al séptimo mar, y empezó a caminar sobre las aguas y anduvo sobre ellas sin parar noche y día, por espacio de dos meses, sin divisar árbol ni isla, ni tierra, ni vado, ni orilla.

Hasta que cruzó todo aquel mar, y, como le apretase el hambre, cogió de los peces de aquel mar y comió de ellos, y siguió caminando sobre las aguas noche y día, hasta que al cabo descubrió una isla muy poblada de árboles y muy regada de ríos y manantiales.

Saltó, pues, Balukiya a aquella isla y vagó por ella hasta llegar a un manzano, y, al verlo, alargó su mano para coger una manzana, cuando he aquí que de dentro del árbol salió una voz que gritaba:

–¡Si te acercas más a este árbol y comes de sus frutos, perecerás envenenado!

Miró Balukiya que el que gritaba era un individuo que media cuarenta palmos de alto, de los palmos de aquel tiempo, y Balukiya, al verlo, llenóse de gran pavor y susto y se abstuvo de probar el fruto. Y preguntó al individuo:

–¿Por qué me prohíbes que coma de los frutos de ese árbol?

Y el monstruo respondióle:

–Porque eres hijo de Adán, y Adán, tu padre, faltó al pacto que tenía con Alá y se le rebeló y del fruto del manzano comió.

–¿Quién eres tú–preguntóle Balukiya–y quién es el dueño de esta isla y de sus plantas y cómo te llamas?

–Yo–respondióle el monstruo–me llamo Scherahiya, y esta isla, con todos sus árboles, es propiedad del rey Zojar, y yo soy uno de sus edecanes y tengo la misión de vigilar la isla y guardarla de extraña acometida.

Después el monstruo, a su vez, interrogó a Balukiya, diciendole:

–Y tú ¿quién eres y de dónde vienes?

Contóle su historia Balukiya, desde el principio hasta el fin, y después de oírla, díjole Scherahiya:

–No temas nada, Balukiya.

[8] Las mujeres peces, sirenas u ondinas, de la mitología occidental.

Y acto seguido le ofreció de comer y comió el joven hasta más no querer.

Despidióse luego de él Balukiya y siguió caminando por espacio de diez días, por entre montes y arenales, hasta que vio una gran nube de polvo suspendida en el aire y se dirigió allá, y se encontró con un gran valle, tan largo y extenso, que se tardarían dos meses en recorrerlo.

Hirió luego sus oídos un gran vocerío, y al mirar hacia aquella parte donde sonaban los gritos, vio venir hacia él mucha gente montada en caballos, dividida en dos bandos, que mutuamente se combatían, de suerte que entre ellos la sangre corría en tal abundancia que un río semejaba.

Daban aquellos guerreros unas voces que parecían truenos y esgrimían en sus manos espadas y lanzas y férreas mazas y ballestas y flechas, hallándose empeñados en una lucha tremenda.

Llenóse de pavor Balukiya ante lo que veía. Y estando en esta perplejidad hubieron de reparar en él los guerreros, y, a punto que lo vieron, unos de otros se desentendieron y la lucha en el acto suspendieron.

Destacóse luego una taifa de aquellos y se acercó al joven, y al ver sus hechuras se maravillaron, y uno de aquellos jinetes se le acercó y le preguntó:

–¿Quién eres y de dónde vienes y adónde vas y quién te mostró el camino para llegar hasta acá?

–Yo–les contestó Balukiya–soy del número de los hijos de Adán y voy vagando por el mundo por amor a Mohammed, el Profeta de Alá (sobre él la oración y la paz), y vine hasta aquí porque el rumbo perdí.

–Nosotros–le dijo el jinete–no vimos jamás antes de ahora un hijo de Adán, ni salimos de esta tierra jamás.

Y lo mismo él que todos sus compañeros no se hartaban de ver a Balukiya ni de oír lo que decía. Pero también Balukiya sentía asombro y les preguntó curioso:

–Decidme quiénes sois vosotros, criaturas.

Y el jinete le contestó diciendo:

–Nosotros, a la verdad, somos genios.

–¡*Ye* caballero–díjole entonces Balukiya al guerrero–, te ruego que me digas el motivo por qué estabais empeñados en ese combate tan fiero y reñido, y también dónde tenéis vuestros reales y cómo se llaman esta tierra y este valle!

A lo que el caballero replicóle, diciendo:

–Nosotros habitamos en la Tierra Blanca y todos los años, por mandato de Alá, venimos a esta isla para hacer el *alchihad* santo contra los genios infieles, incrédulos y rebeldes.

–¿Y hacia dónde cae la Tierra Blanca?–inquirió Balukiya.

Y el jinete le contestó en seguida:

–Pues allende el monte Kaf, y para llegar a ella se tarda setenta y cinco años. Y esta tierra en que ahora estás se llama la tierra Scheddad-ben-Aad, y nosotros venimos acá todos los años, según ya te dije, para combatir a sus naturales, que son unos cafres, fuera de lo cual nuestra ocupación se reduce a loar y santificar a Alá (loado sea su nombre por toda una eternidad). Nosotros tenemos para nuestro gobierno un rey, llamado el rey Zojar, y no habrá inconveniente en que vengas con nosotros para que lo veas y él también te vea a ti y se recree con tu buena presencia.

Echaron, pues, a andar Balukiya y el genio y caminaron un trecho, hasta llegar al lugar donde se alzaban muchedumbre de tiendas de campaña, de verde seda, y en medio de ellas una de raso granate, como de mil codos de grande, con cuerdas de seda azul y puntales de oro y plata.

Maravillóse al verla Balukiya y aso-

mó la cabeza para curiosear, y hubo el monarca de notar su presencia, pues era aquella la tienda de campaña regia.

Mandó en seguida el rey que le llevasen a Balukiya, y entró este en el regio alfaneque y encontró al rey Zojar sentado en un espléndido trono, todo de oro rojo, con incrustaciones de aljófar y otras gemas, y tenía el rey a su diestra a los reyes y príncipes de los *chinn,* y a su izquierda, a sus emires y visires y muchedumbre de palaciegos y cortesanos de su reino.

Y Balukiya fuese al rey y lo saludó con el *selam,* después de la tierra besar.

Y el rey correspondió a su saludo con otro igual, y luego le dijo:

–¡Acércate más, mortal!

Acercósele más el joven hasta venir a hallarse entre sus manos. Y entonces ordenó el soberano que le aprestasen un asiento a su lado, y así lo hicieron en seguida sus criados. Invitó luego el rey a Balukiya a sentarse en aquella silla y Balukiya se sentó, obedeciendo su indicación.

Díjole luego a Balukiya el rey Zojar:

–Cuéntame ahora tu historia e infórmame de cuanto te pasó y explícame cómo viniste a esta región.

Contóle Balukiya cuanto le sucediera en el curso de sus andanzas y correrías, desde el principio hasta el fin, sin nada callar ni omitir, y el rey Zojar, después de oírlas, fue presa de gran maravilla. Y mandó el rey Zojar a los criados que trajeran tapices y sirvieran la mesa, y aquellos así lo hicieron. Llevaron después copones de oro rojo y copones de plata y copones de cobre, y en los unos había cincuenta camellos cocidos y en los otros veinte, y en estos otros cincuenta corderos, siendo en total el número de aquellas fuentes mil quinientas.

Admiróse grandemente al ver aquello Balukiya y su asombro rayó en el ápice de la maravilla.

Pusiéronse luego todos a comer y Balukiya comió también hasta más no querer. Después de lo cual dio gracias a Alá (loado sea su nombre por toda una eternidad).

Lleváronse luego las viandas y sirvieron la fruta y comieron de ella a su placer, después de lo cual dieron gracias a Alá y rezaron por su Profeta (sobre él la oración y la paz).

Y al oírles Balukiya mentar el nombre Mohammed, sintió asombro grande y le dijo al monarca:

–Querría, con tu venia, hacerte una pregunta, si no te molesta.

–Pregunta cuanto quieras–díjole el rey Zojar. Y Balukiya preguntóle sin hacerse rogar:

–Dime, *¡oh* rey!, ¿qué clase de seres sois vosotros y de dónde arranca vuestro linaje y cómo es que tenéis conocimiento de Mohammed para que le améis y le recéis?

–Mira, Balukiya–respondióle el rey–, has de saber que Alá (loado sea su nombre por toda una eternidad) creó el fuego y lo repartió en siete pisos, unos encima de otros, pero a una distancia de mil años de jornada, y al primero de esos pisos puso nombre de *chehennam* y lo destinó para mansión de los rebeldes de entre los creyentes que impenitentes muriesen; llamó al segundo *lazi* y lo destinó para los infieles; puso al tercero nombre de *chahim* y lo destinó para Achoh y Machoch [9]; llamó al cuarto *sair* y lo destinó para la grey de Iblis; nombró *sakr* al quinto y lo destinó para los negligentes de la oración; llamó al sexto *Al-Hatim* y lo reservó para los judíos y los cristianos, y, finalmente, llamó *Alhauiya* al séptimo fuego, y lo destinó para los fariseos [10].

[9] Gog y Magog, según la transcripción arábiga.

[10] Repetición, con alguna variante, de la doctrina esotérica, ya expuesta por la esclava Tauaddud.

Cuanto al número y diversidad de los tormentos que en los demás infiernos padecen los réprobos, solo lo sabe Alá (loado sea su nombre por toda una eternidad).

Y dijo Balukiya:

–Puede que *chehennam,* que es el más elevado, sea aquel en que menos sufran los condenados.

–Así es–respondióle el rey Zojar–. *Chehennam* es el más soportable de todos los avernos y, sin embargo, contiénense en él mil montañas de fuego y en cada montaña hay setenta mil ciudades de fuego, y en cada una de esas ciudades setenta mil castillos de fuego, y en cada castillo setenta mil camas de fuego, y en cada una de ellas setenta mil maneras de tormento.

Al oír Balukiya esas palabras de labios del rey Zojar experimentó tal emoción que se desmayó. Y luego que recobró el sentido, se echó a llorar y dijo:

–¿Qué va a ser de nosotros, *ye* rey poderoso?

–No temas, Balukiya–animólo el monarca–, y ten presente que a ningún creyente que a Mohammed ame de verdad lo podrá el fuego devorar, y de él se librará por intercesión del Profeta de Alá (sobre él la oración y la paz), y que de todo aquel que su ley profesare se alejará el fuego, respetándole. Cuanto a nosotros, creónos Alá del fuego, y lo primero que creó Alá, de criaturas, en *chehennam,* fueron dos miembros de sus milicias, llamados el uno Jalit y el otro Melit. Y diole a Jalit figura de león, y de lobo, a Melit, y la cola de Melit remataba en un sexo femenino y era de pintas blancas y negras, y la de Jalit tenía sexo masculino y semejaba una sierpe, mientras la de Melit semejaba un sapo, y la cola de Jalit era tan larga que media veinte años de jornada. Y mandóles Alá (loado sea por toda una eternidad) a ambas colas que se ayuntasen y se maridasen, y así lo hicieron ellas; de ese contubernio nacieron las serpientes y los escorpiones, y Alá asignóles como morada el fuego para que atormentasen a los réprobos. Y esas serpientes y esos escorpiones también luego procrearon y crecieron y se multiplicaron.

Después de eso mandóles Alá (loado sea por toda una eternidad) a las sendas colas de Jalit y Melit que se ayuntasen por segunda vez y maridasen, y maridaron, y la cola de Melit quedó encinta de la de Jalit, y, llegado el término del parto, dio a luz catorce vástagos: siete hembras y siete machos, los cuales crecieron y se desarrollaron, y hembras y machos se ayuntaron y obedecieron a sus padres, menos uno de ellos, que se rebeló y por ello se convirtió en gusano [11], y ese gusano que digo es Iblis, el precito, y Alá lo maldijo. Y dizque antes de eso adoraba a su Creador y era de los allegados a El, hasta el punto de que se encumbró a los cielos y gozó de la proximidad de Alá (loado sea su nombre por toda una eternidad), y el piadoso lo nombró arráez de todos cuantos se acercan a su trono.

Pero al llegar aquí sorprendió a Schahrasad la aurora y cortó el hilo de sus palabras seductoras.

[11] Más bien reptil.

Y LA NOCHE 292 CONTINUO SU RELATO EN ESTA FORMA:

–Ha llegado a mis oídos, *¡ye* monarca, el aventurado!, que el rey Zojar le dijo a Balukiya:

–Antes de eso Iblis adoraba al Señor y este le había nombrado arráez de los que están cerca de su trono santo.

Pero cuando creó el Señor a Adán (sobre él la paz), mandó a Iblis que lo adorase postrado y aquel se negó a cumplir lo mandado. Por lo que Alá lo expulsó del empíreo y lo maldijo.

Ahora bien: al procrear Iblis nacieron de él los *schayatin* o satanases, y los seis machos anteriores a él son los genios creyentes y nosotros procedemos de su progenie.

Y con esto ya tienes explicado, *ye* Balukiya, nuestro origen y el punto de partida de nuestra estirpe [12].

Maravillóse grandemente Balukiya al oír las palabras del rey Zojar, y le dijo:

–Te agradecería mucho, *¡ye* rey!, que le dieses orden a uno de tus servidores de conducirme de nuevo a mi país.

A lo que el monarca contestóle así:

–No puedo yo hacer nada, Balukiya, en tanto Alá no me lo mande; pero, no obstante, si insistes en partir, yo haré que te traigan uno de mis caballos y te montaré sobre sus lomos y le ordenaré que te conduzca, según tu deseo, hasta los confines de mi reino.

Y en llegando allí te saldrá al paso una tropa de un rey, Berajiya llamado, y los soldados, al ver tu caballo, luego conocerán lo y te ayudarán a apearte de él y nos lo expedirán en seguida acá.

Y esto es, Balukiya, todo cuanto puedo en tu favor hacer; de ahí no me puedo exceder.

Echóse a llorar Balukiya, al oír las palabras del monarca, y le dijo:

–Haz lo que fueres servido.

Mandó el rey acto seguido que le llevasen un caballo y se lo llevaron, y sobre sus lomos auparon a Balukiya y le recomendaron:

–Ten mucho cuidado de no arrojarte de él, ni de pegarle, ni de gritarle fuerte en su cara, pues si así lo hicieres te acarrearás la muerte, sino que estáte quietecito y callado, mientras vayas sobre él montado, hasta que al cabo se detenga contigo en el lugar indicado. Y entonces te apearás sin peligro y te irás por tu camino.

–Oír es obedecer–respondió Balukiya–. Y montó en el caballo y fue cabalgando hasta llegar a los confines del rey Zojar. Detúvose allí el caballo y Balukiya se apeó y se sacudió de las ropas el polvo del camino y se dispuso a seguir el suyo, cuando he aquí que unos hombres se destacaron y se llegaron al corcel y lo reconocieron, y después asieron de él y echaron a andar, llevando a Balukiya en su compañía.

Y caminando fueron sin parar, hasta que llegaron a presencia del rey Berajiya, y, al verse Balukiya delante del rey Berajiya, lo saludó con el *selam,* contestándole el monarca con un. saludo igual.

Miró luego Balukiya al rey y violo sentado en un magnífico atrio, teniendo a su alrededor guerreros y hombres esforzados y reyes de los genios, unos a su diestra y otros a su izquierda.

[12] Fácil es ver en esta síntesis cosmogónica el sello del gnosticismo ariopersa y de la cábala hebraica, supliendo la concisión de los textos revelados.

Indicó el rey a Balukiya que se le acercara y aquel se le acercó y entonces el monarca, con mucho agrado, lo hizo sentar a su lado y mandó que sirviesen de comer para obsequiarlo.

Luego que así lo hicieron, comieron todos, y también Balukiya, hasta que se hartaron, después de lo cual dijeron al *Al-hamdu-li-l-Lah* [13].

Leváronse luego las viandas y trajeron las frutas y comieron de ellas, y, acabada la refacción, preguntóle a Balukiya el rey Berajiya:

–¿Cuánto tiempo hace que del rey Zojar te separaste?

–Dos días–respondió Balukiya.

Y al oírlo, el rey le dijo:

–¿Sabes, por ventura, cuántos días de los nuestros invertiste en esas dos jornadas?

–No–respondió Balukiya. Y el rey le dijo al joven:

–Pues en esas dos jornadas invertiste, para que lo sepas, setenta meses de vuestra cuenta.

Pero al llegar aquí sorprendió a Schahrasad el filo de la mañana y cortó el flujo de sus desbordantes y encantadoras palabras.

PERO LA NOCHE 293 SIGUIO DICIENDO LA MUCHACHA:

–Ha llegado a mi noticia, *¡ye* monarca, el afortunado!, que el rey Berajiya díjole a Balukiya:

–En esos dos días recorriste una distancia equivalente a setenta meses.

Y por cierto que al montar tú en el caballo asustóse este de ti y conoció que eras hijo de Adán y quiso despedirte con violencia, sino que le pusieron en la grupa estos dos camellos para que le hicieran contrapeso.

Al oír Balukiya esas palabras del rey Berajiya se maravilló grandemente y dio gracias a Alá (el grande, el clemente) por haberlo librado del peligro inminente.

Díjole luego el rey Berajiya a Balukiya:

–Cuéntame todo lo que te sucediera y cómo llegaste a estas tierras.

Contóle Balukiya todas sus peripecias y el modo como llegara a aquellas tierras.

Maravillóse mucho el rey al oír esa historia y retuvo a Balukiya consigo por espacio de dos meses seguidos.

Ahora bien: luego que hubo oído Hásid Kerimu-d-Din las palabras de la serpiente reina maravillóse grandemente, hasta el ápice de la extrañeza. Y después le dijo:

–Deseo de tu generosidad y de tu bondad que designes a alguno de tus servidores para que me restituya a la haz de la tierra y me oriente, a fin de que pueda ir a reunirme con mi gente.

–*¡Ye* Hásid Kerimu-d-Din!–contestóle la reina de las serpientes–. Has de saber que en seguida que vuelvas a la haz de la tierra y tornes a reunirte con tu gente que te espera y entres en el *hammam* y te laves y asees, no bien así lo hicieres, luego moriré yo, pues eso será, sencillamente, causa de mi muerte.

–¡Oh!–exclamó al oír aquello Hásid Kerimu-d-Din–. Yo te juro que en toda mi vida entraré en el *hammam* y que cuando tenga que lavarme lo haré en mi habitación y no en ninguna otra parte.

Pero la serpiente reina le dijo:

–Aunque cien veces me lo jures no te habré de creer, pues sé que eres hijo

[13] La acción de gracias.

de Adán y que en las promesas de los seres de tu casta no se debe fiar. Que tu padre Adán hízole un voto a Alá (loado sea su nombre por toda una eternidad) y no lo cumplió. Y dizque Alá hizo fermentar su arcilla por espacio de cuarenta mañanas y mandó a sus ángeles que lo adoraran, y, con todo eso, olvidó su promesa y faltó a ella [14].

Al oír Hásid Kerimu-d-Din las palabras de la sierpe reina echóse a llorar y no dijo nada, y tornó a llorar y siguió llorando por espacio de diez días, hasta que al cabo le dijo a la reina:

–Cuéntame, por favor, qué fue de Balukiya, luego que se despidió del rey Berajiya, después de haber estado dos meses en su compañía.

Y la serpiente reina le habló de esta manera:

–Luego que Balukiya se despidió del rey Barajiya echó a andar por los campos y caminó noches y días hasta llegar por fin al monte Kaf; trepó luego a su cumbre y vio allí un gran ángel que estaba sentado y loaba a Alá y lo santificaba y rezaba por Mohammed (sobre él la oración y la paz), y delante de sí tenía aquel ángel una tabla escrita con letras blancas y negras [15], y de las cuales no apartaba la vista, y desplegaba sus dos alas por entero, la una hacia el Saliente y la otra hacia el Poniente. Llegóse Balukiya al ángel y lo saludó y el ángel saludólo también y le preguntó:

–¿Qué clase de ser eres y de dónde vienes y adónde marchas y cómo te llamas?

–Yo–respondió Balukiya–soy de los Beni-Israil, de los hijos de Adán, me llamo Balukiya y voy peregrinando por el mundo por amor a Mohammed, el Profeta de Alá (sobre él la oración y la paz), sólo que me extravié y el rumbo equivoqué.

Y acto seguido refirióle Balukiya al ángel todo cuanto en sus correrías habíale sucedido.

Maravillóse mucho el ángel al oírlo y Balukiya le dijo:

–Ahora, a tu vez, declárame lo que significa esa tabla y qué hay escrito en ella y cuál es tu nombre y la misión que desempeñas.

Y el ángel le respondió, diciendo:

–Has de saber, Balukiya, que mi nombre es Mikal y soy el encargado de velar por las alternativas de la noche y el día, y esa mi misión será hasta el día del juicio final.

Sumamente maravillado quedó Balukiya, tanto de las palabras del ángel como de su traza y gigantesca talla, y despidióse de él y siguió caminando noche y día, hasta que llegó a un vasto prado y lo recorrió y vio en uno de sus cabos un gran árbol, a cuyo pie había cuatro ángeles sentados.

Y Balukiya acercóse a los ángeles y pudo observar que el primero tenía figura de hombre; el segundo, de fiera; el tercero, de pájaro, y de toro, el cuarto, y que todos ellos glorificaban a Alá y clamaban: «¡*Ye* mi Dio y maestro y Señor! ¡Por tu verdad y por el decreto de tu profeta Mohammed (sobre él la oración y la paz), te rogamos otorgues tu gracia y concedas tu perdón a todas las cosas creadas a mi semejanza, porque sobre todo eres Tú poderoso!»

Maravillóse Balukiya de aquello que oía; pero pasó de largo y siguió caminando, hasta que llegó a otra montaña y la escaló y en su cumbre halló senta-

[14] *Corán* sura VII, *Al-Araf* (La pared medianera), aleyas 10, 11 y 12, que parecen un eco del Evangelio apócrifo de Barnabás.

[15] Trátase de la *Loju-l-Mahfuz*, o Tabla guardada, en la que se escriben los decretos de Alá y las acciones, buenas o malas, de los hombres; las primeras con letras blancas y las segundas con letras negras. De ella se habla en el *Corán*, sura VI, *Al-Anâm* (El ganado), aleya 59. La idea procede de la escatología guebra.

do un ángel de talla gigantesca, que estaba glorificando a Alá y ensalzándolo e invocaba sobre Mohammed las bendiciones de Alá. Y aquel ángel no hacía más que abrir y cerrar sus manos y encoger los dedos y estirarlos.

Acercóse Balukiya a aquel ángel y lo saludó con el *selam* y el ángel le contestó en forma igual y luego le preguntó quién era y de dónde viniera.

Contóle Balukiya todas sus aventuras y peripecias, sin olvidar decirle cómo en su camino habíase extraviado, y a su vez rogóle al ángel le explicase quién era y qué hacía allí y qué montaña era aquélla.

Y el ángel le dijo:

–Has de saber, Balukiya, que esta es la montaña Kaf, que da la vuelta al mundo entero, y que yo tengo en mi puño todas las tierras que Alá ha hecho. Y siempre que el Todopoderoso acuerda visitar un país con terremoto o hambre o plétora o mortandad o prosperidad, encárgame a mí de cumplir sus mandatos, y yo los cumplo en el acto, sin que sea menester que de aquí me mueva , porque en mi mano están las raíces de la tierra.

Y Balukiya le preguntó al ángel:

–Dime: ¿creó Alá algún mundo más que el que se encierra dentro de este monte Kaf?

Y el ángel le contestó:

–Sí, Balukiya; además de este mundo creó Alá otro, blanco como la plata, cuya extensión solo él conoce, y lo pobló de ángeles, cuya comida y bebida son las alabanzas que entonan en honor de su Señor y las bendiciones que invocan sobre Mohammed, su Enviado, con todo fervor.

Y todos los jueves por la noche acuden a este monte, y todos juntos en aljama adoran a Alá hasta la mañana y le dedican la recompensa futura de sus laúdes y letanías a los pecadores de la fe de Mohammed (al que Alá guarde y salve) y a cuantos hacen las abluciones del viernes, y hasta el día de la Resurrección solo tendrán esta misión.

Y al oír aquello preguntóle Balukiya al ángel:

–Y dime: ¿creó Alá otras montañas más allá del monte Kaf?

Y el ángel le respondió:

–Sí, Balukiya. Has de saber que a espaldas de este monte se extiende una cordillera de montañas de una longitud de quinientos años de jornada, toda ella de hielos y nieves cubierta, y a esto se debe que el fuego de *chehennam* no se corra a la tierra, que, de no ser así, en ese calor se derritiera. Hay, además, allende el monte Kaf, cuarenta mundos, cada uno de los cuales es cuarenta veces más grande que este, y de ellos, unos son de oro y otros de plata y otros de coral.

Y cada una de estas tierras está poblada de ángeles, los cuales no tienen más ocupación que alabar y santificar y engrandecer y ponderar a Alá e invocar sus bendiciones sobre la raza de Mohammed (sobre él la bendición y la paz).

Y los tales ángeles no han conocido a Haua, ni a Adán, ni entienden de noche y día, y has de saber, *¡ye* Balukiya!, que las tierras referidas están en siete atabaanes [16] repartidas, unas debajo y otras encima...

Sorprendió aquí a Schahrasad la aurora y cortó el hilo de sus palabras fascinadoras.

[16] Piso o plano.

PERO LA NOCHE 294 REANUDO SU RELATO EN ESTA FORMA:

–Ha llegado a mi noticia, *¡ye* monarca, el afortunado!, que el ángel díjole a Balukiya:

–Has de saber, *ye* Balukiya, que esas tierras están en siete atabaanes repartidas, unas abajo y otras arriba.

Y creó Alá un ángel de sus ángeles, cuyas propiedades y su poder solo Alá sabe, el cual lleva sobre su espalda el peso de esas siete tierras, y creó Alá debajo de ese ángel una roca, y creó Alá bajo esa roca un toro [17], y creó Alá debajo de ese toro un gran pez, y creó Alá debajo de ese pez un gran mar.

Y diole Alá a conocer a Isa [18] (sobre él la paz) la existencia de ese pez, y dijérale Isa:

–*¡Ye* mi Señor!, muéstrame ese pez, que lo quiero ver.

Y ordenó Alá (loado sea por toda una eternidad) a un ángel de sus ángeles que cogiese a Isa y marchase con él hasta donde estaba el pez, a fin de que Isa lo pudiera ver.

Y fue el ángel adonde Isa estaba y lo cogió en vilo y marchó con él al mar en donde el pez tenía su morada. Y le dijo:

–Anda, Isa, mira el pez.

Miró el pez Isa (sobre él la paz) y no lo vio, pero el pez se le reveló en forma de un resplandor.

Y al ver aquello Isa se desmayó y perdió el sentido, y luego que lo recobró hablóle Alá a Isa y le dijo:

–*¡Ye* Isa! ¿Has visto por fin al pez y sabes ya cuánto mide de largo y cuánto de ancho?

–Por tu poder y tu majestad, *ye* mi Señor, que no vi al pez, pero vi pasar por delante de mí un gran resplandor que medía tres jornadas de extensión, y no sé, a la verdad, la naturaleza de esa luz cuál será.

–*¡Ye* Isa!–díjole Alá–. Ese resplandor que viste pasar y que mide tres jornadas de extensión es, en verdad, la cabeza del animal.

Y has de saber, *¡ye* Isa!, que yo creo cada día cuarenta peces como ese.

Luego que oyó Isa las palabras de Alá (loado sea su nombre por toda una eternidad), maravillóse de su poder sin igual.

Preguntóle luego al ángel Balukiya:

–¿Qué fue lo que creó Alá debajo de ese mar, en el que el pez anida?

–Debajo de ese Océano–contestóle el ángel–creó Alá una gran atmósfera y creó fuego bajo de ella y creó debajo del fuego una gran serpiente, cuyo nombre es Félek, y, a no ser por el temor que a Alá ese dragón le tiene, tiempo ha se habría tragado todo lo que hay encima de él, el aire y el fuego y el ángel y lo que sobre sus espaldas lleva, sin que nadie se diera cuenta [19].

[17] El *Gauai-Semin*, el Toro de la tierra de la cosmogonía persa.

[18] Jesús.

[19] Todo esto pertenece al fondo teológico del antiguo Irán. Félek, el cielo, era para los persas –dice Mr. Chodzko, el sabio orientalista–, con Dunya, el mundo, llamado también *Semán*, tiempo, y *dahr*, siglo, fautor de todas las desdichas que afligen a la Humanidad; los tres eran otros tantos demonios, enemigos implacables del hombre, perversos y vengativos, siempre ávidos, sin que se sepa por qué, de las lágrimas y la sangre de los mortales. *Semán* equivale al *Xronos* griego y los poetas suelen representarlo en forma de una vieja fea y desdentada, *piréseni fertut u kohensale*, tan vieja como el mundo y al mismo tiempo inmortal.

Félek, por su parte, es la personificación del

Y cuando Alá creó ese dragón, díjole por inspiración:

–Voy a darte una cosa para que me la guardes; abre, pues, las fauces.

–Haz lo que quieras–respondió el dragón. Y sus fauces abrió.

Y Alá metióle en ellas el Infierno, diciendo:

–¡Guárdalo bien hasta el día de la Resurrección!

Y luego que el tiempo sea llegado, mandará Alá sus almalaques, armados de cadenas, para que cojan al Infierno y lo aten con ellas y sujeto lo tengan hasta el día en que todos los hombres se han de juntar para la cuenta, y entonces Alá le ordenará al Infierno que abra de par en par sus puertas, y saldrán de ellas rayos y centellas, más grandes que los montes más altos.

Luego que eso oyó Balukiya maravillóse hasta el colmo de la maravilla y rompió a llorar con grandes extremos de pesar.

Y después se despidió del ángel y siguió camino adelante, rumbo al algarbe.

Y a poco de eso hubo de toparse con dos seres extraños, que ante una gran puerta cerrada estaban sentados.

Y al acercarse más comprobó Balukiya que el uno de aquellos seres tenía figura de león, y el otro, de toro, y los saludó, y ambos le devolvieron la salutación y le preguntaron quién era y de dónde venía y adónde se dirigía. Y Balukiya les contestó:

–Yo soy de los hijos de Adán y voy peregrinando por amor a Mohammed (sobre él la oración y la paz), y me perdí en mi camino y vine a parar aquí –y luego Balukiya preguntóles también a aquellos vestiglos quienes eran y qué puerta era aquella que al parecer guardaban.

Y ellos le dijeron:

–Somos los porteros de esta puerta y no tenemos más ocupación que la de loar a Alá con loor e invocar las bendiciones de Alá sobre Mohammed, su profeta (sobre él la oración y la paz).

Maravillóse grandemente Balukiya y les preguntó a los porteros:

–Y ¿qué es lo que hay tras esas puertas?

Y ellos le contestaron:

–Pues no lo sabemos.

Y Balukiya entonces les dijo:

–Por la verdad de vuestro Señor, el glorioso, os pido que me abráis la puerta para que yo vea lo que hay tras ella.

A lo que ellos le contestaron:

–Eso no podemos; ni tampoco hay nadie que abrir pueda esa puerta entre todos los seres creados, excepto Chibril, el fiel, y Alá (sobre él la oración y la paz).

Y Balukiya, al oír aquello, alzó su voz e imploró a Alá, diciendo:

–¡*Ye* mi señor, envíame a tu mensajero Chibril, el leal, para que esta puerta me abra y pueda yo ver lo que tras ella se guarda!

sistema planetario (Gumbes), bóveda móvil, y viene a ser una suerte de movimiento perpetuo, extendido por encima de nuestras cabezas. Gira sobre sí mismo e imprime su movimiento rotatorio a todos los astros. Por eso se le llama también *guerdún,* torniquete, y *cherj,* polea, rueda. Las estrellas que presiden a nuestro sino, y cuyo influjo decide lo que nos ha de ocurrir, se hallan también sujetas al dominio de *Félek* (Chodzko, *Grammaire de la langue persane,* París, 1883).

Por otra parte, según el *Bundehesch,* libro sagrado de los iranios, compuesto en el período de restauración del Mazdeísmo, realizada por los reyes sasanies, Ahrimán, el dios de las tinieblas, en su lucha con Ormuzd, el dios de la luz, arrebató, con ayuda de sus *devis* (o demonios), un tercio del cielo, saltó cual una serpiente a la tierra y la agujereó, penetrando en ella, y los *izeds* (o espíritus buenos) lo precipitaron en esa sima, que desde entonces fue su residencia. Ese tercio de cielo, robado por Ahrimán, es ese elemento fatídico llamado *Félek,* cielo en árabe.

Señalemos todavía que en la leyenda morisca titulada *Recontamiento y razonamiento que hubo entre el noble señor Alá y su mensajero Moisés* (copilación de Guillén y Robles), encuéntrase buena parte del material aquí recogido, procedente, sin duda, de una fuente común.

Y el Omnipotente escuchó su plegaria y en el instante le mandó al arcángel, con orden de abrirle aquella puerta a Balukiya y que este pudiera ver el lugar de confluencia de los dos mares de la tierra.

Y Chibril bajó del cielo y abrió la puerta, y le dijo a Balukiya:

–Anda y entra, que Alá me mandó que te abriese la puerta.

Pasó, pues, adentro Balukiya y el arcángel cerró la puerta detrás de él y miró Balukiya y vio un gran Océano, de aguas saladas y dulces, mitad por mitad, y que por cada uno de sus bordes estaba contenido y refrenado por sendas cordilleras de rojos rubíes, en cuyas cimas aparecían ángeles que con laúdes cantaban y a su Señor glorificaban.

Y Balukiya fuese a aquellos ángeles y los saludó y ellos le respondieron con el *selam,* y luego el joven pidióles noticias de aquel mar y aquellos montes.

Y los ángeles le dijeron:

–Has de saber que este lugar en que estamos se halla debajo del Trono o cielo empíreo llamado, y este Océano es el que provoca el flujo y reflujo de los mares todos, y nosotros somos los encargados de distribuirlos y encauzarlos a las diversas regiones de la tierra. Lo salado, a lo salado, y lo dulce, a lo dulce, y esta será nuestra misión hasta el día de la Resurrección. Cuanto a las cordilleras de que hicimos mención, sirven al objeto de limitar las aguas y sofrenarlas. Pero dinos tú ahora, a tu vez, quién eres y de dónde vienes y adónde vas.

Contóles luego Balukiya a los ángeles todas sus aventuras y peripecias y rogóles fuesen servidos de orientarlo e indicarle el buen camino.

Y ellos le ordenaron que atravesase aquel Océano sobre la haz de las aguas, resbalando, y a ese efecto untóse Balukiya los pies con el zumo de aquella planta que consigo llevaba, y se despidió de los ángeles y empezó a caminar sobre la haz de las aguas de aquel mar, y noches y días fue caminando de esa guisa, hasta que, según iba caminando, encontróse con otro joven muy hermoso, por cierto, que seguía su mismo trayecto.

Y Balukiya saludó a aquel joven hermoso, que le correspondió en términos afectuosos.

Y vio luego Balukiya cuatro ángeles de altísima talla que sobre la haz de las aguas se deslizaban con la velocidad de un relámpago, que los ojos cegaba.

Y Balukiya se paró y en su camino se les atravesó, y luego que ellos se acercaron, de este modo les interpeló:

–En nombre del Altísimo, ¿cómo os llamáis y de dónde venís y adónde vais?

Y uno de los ángeles tomó la palabra, el primero, y contestó a sus preguntas, diciendo:

–Yo me llamo Chibril, y este otro Israfil, y este tercero Mikal, y este cuarto Asrail.

Y has de saber que ha aparecido por Oriente una enorme serpiente, y esa serpiente lleva destruidas mil ciudades y ha devorado a todos sus naturales.

Por lo cual nos ha ordenado Alá (el poderoso, el lleno de majestad) que vayamos allá y cojamos al dragón y lo precipitemos en el infierno.

Quedó maravillado Balukiya de lo que el ángel le decía y de su corpulencia, con la que la de los demás corría parejas. Despidióse luego de ellos, y, según su costumbre, siguió caminando sobre la haz de las aguas del mar hasta que al fin halló una isla y abordó a ella y procedió a recorrerla y estuvo caminando una hora entera.

Pero al llegar aquí sorprendió a Schahrasad la mañana y a sus descomedidas palabras puso tasa.

PERO LA NOCHE 295 SIGUIO CONTANDO LA MUCHACHA:

–Ha llegado a mis oidos, *¡ye* monarca, el afortunado!, que Balukiya abordó a una isla y procedió a recorrerla y estuvo andando una hora por ella, y, en el curso de sus correrías, hubo de ver a un joven muy guapo, cuyo rostro irradiaba un fulgor desusado.

Al acercarse más a él, Balukiya pudo ver que el tal joven estaba sentado entre dos sepulcros labrados y no hacía más que gemir y llorar.

Llegóse a él Balukiya y lo saludó con el *selam,* contestándole el joven con un saludo igual.

Preguntóle luego Balukiya al joven:

–Dime: ¿cuál es tu rango y cuál tu nombre, y qué sepulcros son estos dos labrados, entre los cuales estás sentado, y por qué, en fin, te veo tan apurado?

Volvióse el joven a Balukiya y prorrumpió en copioso llanto, hasta el punto de mojarse sus ropas con las lágrimas, y luego le dijo estas palabras:

–Has de saber, *¡ye* hermano!, que mi historia es peregrina y mi cuento extraordinario. Pero prefiero que te sientes tú a mi lado y me cuentes lo que hayas visto en tu vida y me expliques el motivo de tu venida a este sitio y cómo te llamas, y hacia dónde marchas, y luego, yo, a mi vez, mi historia te referiré.

Sentóse Balukiya junto al joven y contóle cuanto le sucediera en el curso de sus peregrinaciones, desde el principios hasta el fin. Y al terminar le dijo así:

–Ahí tienes ya toda mi historia, aunque el más sabio es Alá (loado sea su nombre por toda una eternidad), y ahora no sé lo que todavía me ha de pasar.

Luego que el joven oyó la historia de Balukiya, engallóse y dijo:

–¡Pobre de ti! ¿No viste en tu vida más que eso? Pues yo vi a nuestro señor Soleimán en su tiempo y he visto, además, cosas prodigiosas, sin cálculo ni cuento. Siéntate aquí, que te voy a referir mi historia, que es singular, y a explicarte la razón porque estoy aquí sentado entre estos dos sepulcros labrados.

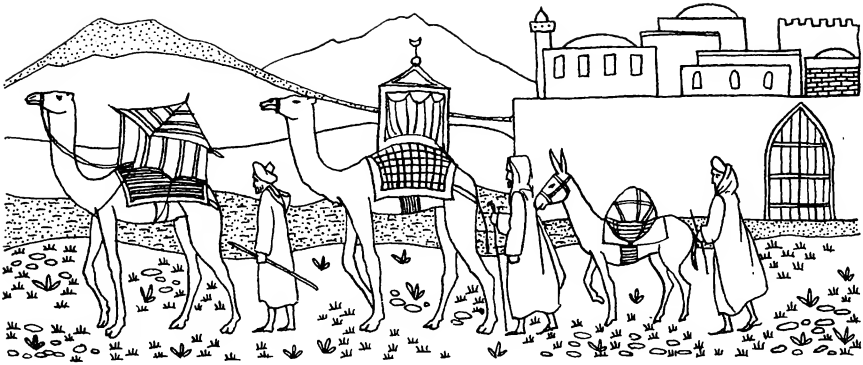
Al oir Hásid Kerimu-d-Din esas palabras de la serpiente reina, maravillóse mucho y le dijo:

–Cuéntame, *¡ye* reina!, lo que le dijo a Balukiya aquel joven que estaba sentado entre los dos sepulcros labrados.

–Has de saber–díjole la serpiente–que Balukiya se sentó junto al joven y le contó toda su historia, del principio al fin, sin nada callar ni omitir, para que el otro, a su vez, su historia le contase también y enterarse así de lo que le ocurriera en su vida y del motivo por el que estaba allí sentado, entre aquellos dos sepulcros labrados.

Luego que Balukiya le contó al joven su historia, díjole aquel con desdén:

–*¡Ye,* pobre de ti! ¿Qué viste, en suma, de extraordinario y singular? Yo vi en su tiempo a nuestro señor Soleimán y he visto, además, cosas extraordinarias, que no se pueden contar ni enumerar.



HISTORIA DE CHANISCHAH

(Noches 295 a 316)

En esta historia del príncipe Chanischah y de sus desdichados amores con sitt *Schemsa, que pertenece al tipo de novelas de caballería, aparece el tema de las mujeres pájaros, de que hablamos ampliamente en el prólogo, y, relacionado con él, el mito ornitológico del* scheij *Nazr, que, como delegado o jalifa del rey Salomón, gobierna todo el mundo de las aves y reside en refulgente alcázar, tan alto que se pierde en los aires. Llégase a él por el Vado de las Hormigas, y, después de cruzar el río Sabatión, hay que dejarse arrebatar por el Pájaro Roj, que ya conocemos por historias anteriores. Reúnense aquí todos los elementos que luego hemos de ver en otras historias del mismo carácter (señaladamente en la de Hasán, el de Bazra, y la princesa pájaro Menaru-s-Sunná); el hurto por el enamorado del traje de plumas, la rendición a su voluntad de la princesa, su viaje a la casa del novio, de la que luego se fuga, teniendo aquel que emprender una larga y azarosa andanza hasta encontrarla de nuevo, en el curso de la cual surgen otras entidades igualmente míticas, relacionadas con el fabuloso reino de las aves, sometidas a la jurisdicción del* scheij *Nazr, amén de ejemplares de una fauna fantástica, endriagos y vestiglos, como diría Don Quijote. Al principio del relato aparece la consabida gacela de otros cuentos, que atrae a Chanischah y lo desvía de su séquito, dando lugar a que se extravíe en ese mundo de la fábula. No hay que decir que esta clase de historias han pasado al folklore occidental en múltiples variantes y no hay niño en todo el mundo que las ignore. Los nombres de los personajes son persas:* Chanischah *significa Alma del rey;* Tigmús, *cimitarra (de la raíz sánscrita* Tig-*hendir), y* Bahruán, *parece error por* Bchrum, *nombre de Alejandro Magno, aunque también pudiera ser corrupción de Pehlevan, guerrero, en persa antiguo.*

–Y has de saber, *ye* hermano, que mi padre era rey y se llamaba Tigmús y administraba justicia en el país de Kabul [1] y entre los Beni-Schahlán, los cuales suman diez mil bahruanes y cada bahruán de los nombrados manda sobre cien ciudades y cien castillos murados.

E imperaba mi padre, asimismo, sobre siete sultanes, y percibía tributos de Oriente y Poniente, y era justo y equitativo. Habíale Alá con todo eso favorecido y gratificádole con todo ese imperio vastísimo.

No tenía, empero, hijo, y era todo su anhelo en su vida que Alá (loado sea su nombre por toda una eternidad) le concediese un hijo varón, para que le sucediese en su imperio después de su muerte.

Ocurrió, pues, que un día de los días hubo de convocar y reunir en su palacio a todos los sabios, astrólogos y hombres doctos y piadosos, y, luego que los tuvo allí reunidos, les dijo:

–Consultad mi horóscopo a ver si por ventura querrá Alá concederme un hijo varón para que me suceda en el trono cuando falte yo.

Abrieron los astrólogos sus libros y computaron el orto y el nadir de los astros, y luego le dijeron al rey:

–Has de saber, *¡ye* ilustre monarca!, que estás llamado a tener un hijo varón y que lo has de haber, única y exclusivamente, en una princesa hija del rey de Jorasán.

Luego que eso oyó el rey Tigmús grande fue la alegría que experimentó. Y tenía el rey Tigmús un visir, ya entrado en años, y le dijo al visir el soberano:

–Quiero que te apercibas para un viaje a tierras de Jorasán y pidas en mi nombre al rey Bahruán, que allí reina, la mano de su hija, la princesa.

No bien hubo el visir oído esas palabras del rey Tigmús cuando en aquel mismo instante procedió a hacer los preparativos para el viaje.

Y esto es, por ahora, todo lo pertinente a su historia.

Cuanto al rey Tigmús, mandó este apercibir mil quinientos fardos de seda, y pedrería y perlas y rubíes y oro y plata y metales preciosos y abundancia de cosas pertinentes al ajuar de una novia, y lo cargó todo a lomos de camellos y mulos y se lo entregó a su visir Ain Sar, para que se lo llevara al rey de Jorasán.

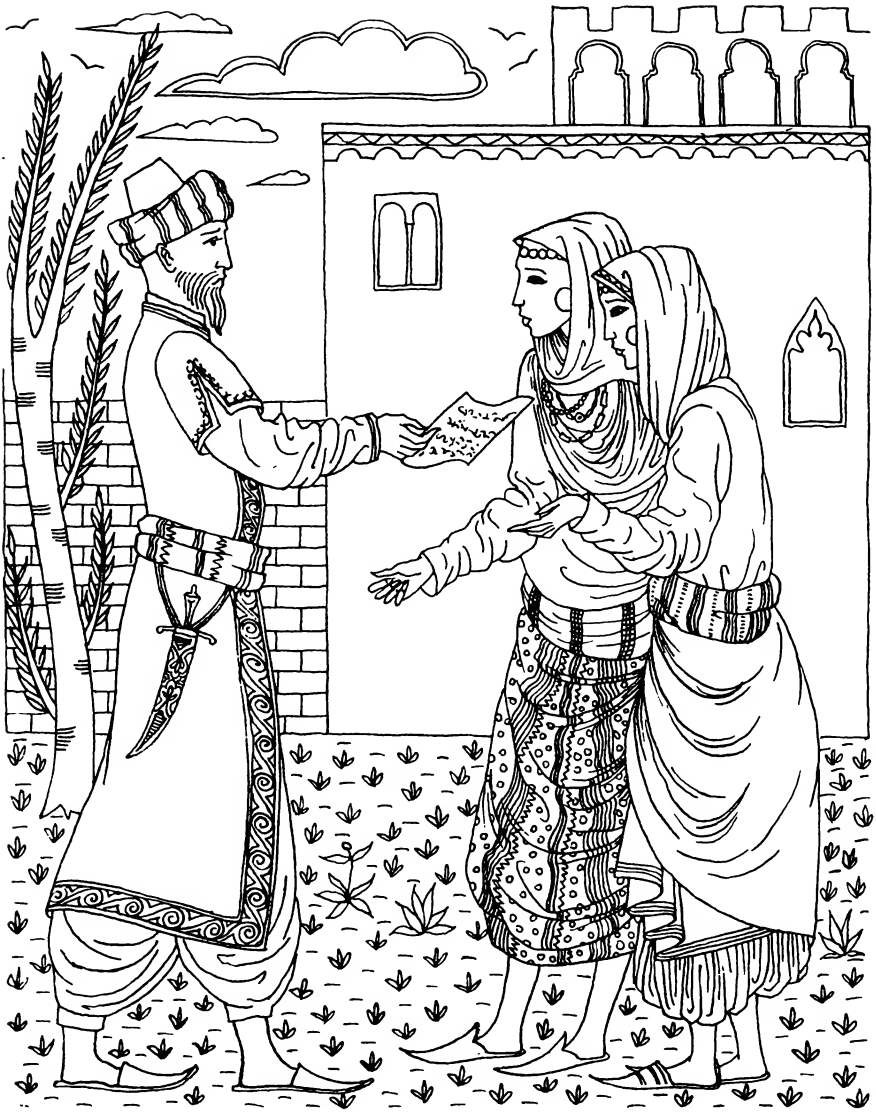
Entrególe asimismo al visir una carta, cuyo texto decía así:

«Y después, sea la paz sobre el rey Bahruán. Sabrás cómo mandé reunir a los sabios y los astrólogos y los hombres doctos y piadosos, y ellos me anunciaron que Alá me tenía predestinado un hijo varón y que solo habría de tenerlo en tu hija.

»Por lo cual, ahí te envío a mi visir, Ain Sar, el cual es portador de muchas cosas atinentes al ajuar de una novia, habiendo yo delegado en él para que me represente en esta gestión, dándole poderes para que firme el trato que concertéis. Ruégote, pues, que atiendas al visir en lo que recabe de ti, pues la petición que te hiciere será como si yo mismo te la dirigiere, y no des largas al asunto y ten presente que el favor que me dispensares me obligará a corresponderte en igual forma; así que anda con tiento y procura tenerme contento.»

Selló luego el rey Tigmús la misiva

[1] Kabul, capital del Estado de su nombre, en el Afganistán, cerca del Hindú Koh o Cáucaso indico, al oeste del Labor. Fue en tiempos antiguos un foco de cultura y un importante centro de intercambio mercantil e intelectual entre persas, árabes, indios y chinos. Los afganos–dice el traductor inglés del *Viaje de la India a Meca*–pretenden ser hijos de Israel, y los sabios ingleses de Calcuta están muy dispuestos a creer que son los restos de las diez tribus extraviadas y perdidas después de la cautividad de Babilonia. Kabul es la llave de la India por la parte de Tartaria, como Kandahar lo es del lado de Persia.



y se la entregó a su visir Ain Sar, y le ordenó que, sin pérdida de tiempo, se pusiese en camino, rumbo a tierras de Jorasán. Y el visir Ain Sar partió en seguida y caminó sin parar, hasta llegar a la ciudad del rey Bahruán.

Avisaron luego al rey Bahruán de la llegada del visir Ain Sar, y, no bien lo supo, reunió a sus emires para salir con ellos a recibirle, llevando consigo viandas y bebidas, amén de pienso para las mulas y los camellos.

Salieron luego todos a recibir al visir, y llegado que hubieron a su presencia, formaron las tropas del rey Bahruán y este y el visir se saludaron con el *selam*.

Y por espacio de diez días permanecieron todos juntos en aquel lugar, comiendo y bebiendo y conversando y platicando. Pasado ese tiempo, montaron nuevamente en sus cabalgaduras y se dirigieron a la ciudad de Jorasán, donde tenía su corte el rey Bahruán.

Presentó luego el visir Ain Sar al rey Bahruán los regalos que por su mano le enviaba el rey Tigmús, y le entregó la carta que para él llevaba, y el rey Bahruán la tomó y la leyó y de su contenido se enteró y fue grande el júbilo que experimentó, y colmó de agasajos al visir y le habló así:

–Da por logrado lo que venías buscando. Y ten por seguro que, si el rey Tigmús la vida me pidiera, muy luego se la diera.

Fue en seguida a ver a su mujer y a su hija y les comunicó las novedades que había y los tres deliberaron sobre lo que hacer procedía, y tanto la madre como la hija le dijeron:

–Haz lo que quieras, señor nuestro.

Pero al llegar aquí sintió Schahrasad venir la mañana y puso dique a sus desbordadas palabras.

Y LA NOCHE 296 SIGUIO DICIENDO LA MUCHACHA:

–Tengo entendido, ¡*ye* monarca, el afortunado!, que el rey deliberó con su mujer y su hija sobre lo que ocurría, y ellas le dijeron:

–Haz como quieras, señor nuestro.

Tornó el rey Bahruán junto al visir Ain Sar y le participó cómo era ya lograda su pretensión.

Permaneció luego el visir Ain Sar dos meses en la corte del rey Bahruán, y, cumplido ese tiempo, díjole el visir al sultán:

–Desearíamos que nos dieses ya lo que a pedirte vinimos a más de tu venia, para regresar a nuestra ciudad.

–Oír es obedecer–respondióle al visir el rey. Y dio orden luego de que lo preparasen todo para el viaje de la novia, y así lo hicieron sin demora.

Convocó después el rey Bahruán a todos sus visires y emires y grandes del reino, y acto seguido comparecieron en su presencia todos ellos.

Mandó luego el monarca que se presentasen también los clérigos y monjes, y en presencia de todos firmáronse los esponsales de la hija del rey Bahruán con el rey Tigmús, representado por su visir Ain Sar.

Diole luego el rey Bahruán a su hija regalos y presentes, para cuya descripción todo resultaría insuficiente, y mandó alfombrar las calles de su ciudad y engalanar esta con toda suntuosidad. Después de lo cual partió a su país el visir Ain Sar, llevando consigo a la hija del rey Bahruán.

Luego que el rey Tigmús fue avisado

de la próxima llegada del visir, mandó organizar festejos y engalanar la ciudad, cosa que hicieron luego.

Entró después el rey Tigmús a la hija del rey Bahruán y la desposeyó de su virginidad.

Pasaron luego unos cuantos días y la princesa concibió de su esposo, y cumplidos que fueron los meses de la gestación, dio a luz un hijo varón, semejante a una luna en la noche de su pleno fulgor.

Luego que supo el rey Tigmús que su esposa diera a luz un guapo varón fue mucho lo que se alegró y mandó llamar a los sabios y los astrólogos y a los hombres doctos y piadosos, y les dijo:

–Quiero de vosotros que me saquéis el aljofor [2] de este niño y hagáis el cómputo de los astros y me digáis lo que en su vida tenga deparado.

Hicieron los sabios sus cálculos y vieron que era venturoso su horóscopo, aunque al principio de su vida le aguardaban trabajos y fatigas, que habrían de salirle al paso cuando cumpliera quince años; pero, en saliendo bien de esa prueba, ya todo sería para él dichas y bienes en la tierra.

Luego que oyó el rey el dictamen de los sabios, holgóse grandemente de su suerte y puso al niño por nombre Chanischah y se lo entregó a las nodrizas y las ayas, y cuidó de que recibiera la mejor educación.

Luego que cumplió los cinco años enseñóle su padre a leer y leyó el niño el *Inchil,* y lo adiestró también en la esgrima y en el arte de manejar la espada y la lanza, y aún no tenía siete años cuando ya sabía montar a caballo y salía a cazar con la red y la ballesta, y era un Bahruán consumado, impuesto a la perfección en todos los secretos de la equitación, y su padre, al saberlo, recibió de ello gran contento.

[2] Horóscopo.

Sucedió después, un día de los días, que el rey Tigmús mandó a sus soldados que se apercibiesen para salir de cacería y, luego que estuvieron dispuestos, montaron el rey Tigmús y su hijo bchanischah y marcharon con ellos a batir los campos y los desiertos, y estuvieron ocupados en su montería hasta hora del mediodía del día tercero.

Hubo de ver entonces Chanischah una gacela de unos colores raros, la cual delante de él se puso a triscar y saltar. Y al ver aquello Chanischah salió en su persecución y apretó el paso tras ella, que, esquivándose, corría con gran ligereza, y ella delante y él detrás fueron corriendo sin parar hasta llegar a la orilla del mar.

Lanzáronse allí todos sobre la gacela, para ver de cogerla, pero el animal los logró esquivar y fue a arrojarse al mar.

Había en aquel mar una barca de pescadores y en ella refugióse la gacela, y Chanischah y sus monteros apeáronse de sus cabalgaduras y saltaron al barco y apresaron en sus redes a la gacela, después de lo cual dispusiéronse a tornar a tierra [3].

; Pero soplóles viento contrario y llevóselos en el barco, hasta dejarlos en medio del mar, visto lo cual decidieron los cazadores pasar allí la noche, y se acostaron y se durmieron en la barca hasta la mañana.

Luego que amaneció la mañana del siguiente día se despertaron; pero entonces advirtieron que se habían extra-

[3] En la edición árabe de Bulak, Chanischah y sus hombres sacrifican luego a la gacela y no se vuelve a hablar de ella. Y lo mismo sucede en la edición de Burton.

En la versión Mardrus se transforma en una bellísima joven, que luego acompaña a Chanischah (que allí se llama Janschah), compartiendo con él sus peripecias, hasta que llegan ambos a la ciudad de los judíos, después de lo cual no se le vuelve a mencionar. Su papel se reduce a servir de introductora para la historia de los amores de Chanischah y Schemsa.

viado y siguieron navegando en la barca sin saber adónde enderezar su rumbo.

Y esto es, por ahora, todo lo pertinente a su asunto.

Cuanto al rey Tigmús, hubo este de echar de menos a su hijo y mandó a sus tropas que se dividiesen en varios bandos y fuesen, en grupos separados, a explorar los caminos a ver si hallaban a su hijo.

Hiciéronlo así ellos y salieron a explorar los caminos, cada piquete por su lado, yendo uno de ellos a registrar las orillas del mar.

Encontráronse allí con los criados que quedaron al cuidado de los caballos, y, al verlos, les preguntaron por su amo y por los siete mamelucos que le iban acompañando.

Contáronles los criados lo que había pasado, y los soldados los cogieron, juntamente con los corceles. y tornaron a donde estaba el rey y de lo ocurrido le informaron.

Luego que oyó el rey aquella nueva echóse a llorar con gran vehemencia y arrojó al suelo la corona que ceñía su cabeza y se mordió las manos, acometido de grandísimo pesar y contrición de haber dado lugar a aquella desaborición.

Escribió luego varias cartas y las expidió a las islas que había en aquel mar, y fletó cien barcos y los ocupó con soldados y los mandó que diesen la vuelta entera al mar y registrasen todos sus rincones a ver si daban con su hijo Chanischah.

Tomó luego consigo lo demás de sus tropas y regresó a su palacio, presa de gran inquietud y sobresalto.

Y al saber la madre de Chanischah lo ocurrido aporreóse el rostro y se entregó a otras manifestaciones de dolor y pesar.

Y esto es, por ahora, todo lo referente a su historia.

Cuanto a Chanischah y sus mamelucos, que con él iban, seguían bogando perdidos por el mar y los otros buscándolos sin cesar, y así estuvieron unos y otros por espacio de días y días, sin dar los batidores con ninguna pista.

Hasta que al fin, cansados de buscar en vano, tornáronse los soldados junto al rey Tigmús y le comunicaron lo infructuoso de su trabajo.

A todo esto vino a soplarles a Chanischah y sus mamelucos un viento proceloso, el cual impelió el barco en que iban y lo llevó hasta una isla.

Saltaron Chanischah y sus siete mamelucos del barco y abordaron a aquella isla y procedieron a explorarla con cuidado. Y vieron a un hombre sentado, a poca distancia de una fuente, y llegáronse a él y lo saludaron con el *selam,* respondiéndoles él con otro saludo igual.

Luego de eso hablóles el hombre con una voz que semejaba el piar de un pajarillo. Maravillóse Chanischah al oírlo, y el hombre se puso a mirar a derecha e izquierda. Y estando en estas he aquí que de repente va el hombre y se parte en dos mitades, saliendo cada una de ellas disparada a distinta parte [4].

No acababan de salir Chanischah y sus siete mamelucos de su asombro cuando vieron adelantarse hacia donde estaban tal muchedumbre de hombres que no podían contarse ni calcularse; venía aquel tropel del lado de la yebala, en dirección hacia la fuente referida, y todos los hombres que lo componían partiéronse también en dos mitades, y después de eso fuéronse hacia Chanischah y sus siete mamelucos para comérselos.

Al ver Chanischah que se lo querían

[4] Según los beduinos, ese hablar silbante es el característico de los demonios. De un demonio trátase aquí, en efecto; de uno de esos diablos que los árabes llaman *As-Schikk,* partido a lo largo en dos, y los persas, *Nima chahrah,* Media cara (Burton).

comer huyó de allí al punto y huyeron también los siete mamelucos. Pero aquellos hombres salieron en su persecución y lograron devorar a cuatro mamelucos, dejando incólumes a los otros tres y a Chanischah, por no haberlos podido coger.

Saltó Chanischah con sus tres mamelucos al barco e impulsaron este hasta la alta mar, y empezaron a navegar días y noches sin parar y sin saber adónde el barco los quería llevar.

Procedieron a sacrificar a la gacela para sustentarse con ella, y siguieron bogando a la aventura, impelidos del viento hasta que dieron al fin con una isla, que vieron estar poblada de árboles y frutales y vergeles y manantiales, de todo lo cual quedó maravillado, al verlo, Chanischah. Y les dijo a sus mamelucos:

–¿Quién de vosotros es capaz de saltar a esa isla y traernos de ella noticias?

–Yo–respondió uno de ellos–abordaré a la isla y os traeré de ella noticias.

–No será así–dijo Chanischah–; no bajarás tú solo, sino juntos los tres, y yo en tanto aquí os aguardaré en el barco, hasta que volváis a decirme lo que hubiereis hallado.

Mandó luego Chanischah a los tres mamelucos a explorar la isla y los tres abordaron a ella en seguida...

Sorprendió aquí a Schahrasad la aurora y cortó el hilo de sus palabras fascinadoras.

PERO LA NOCHE 297 REANUDO SU RELATO EN ESTA FORMA:

–Ha llegado a mis oídos, *¡oh* monarca, el afortunado!, que, al abordar los tres mamelucos a la isla, diéronle la vuelta de Oriente a Poniente, y viceversa, sin encontrar persona viva en toda ella.

Adentráronse luego y divisaron a lo lejos un castillo todo de mármol blanco, y sus cámaras de cristal diáfano, y en el centro de aquel castillo había un jardín con toda suerte de árboles frutales y plantas de buen olor en tal profusión, que resultaría incompleta su descripción. Y en las ramas de los árboles cantaban los pájaros con mucho primor.

Y en medio de aquel jardín había una gran alberca, rebosante de agua, y junto a ella abríase un gran patio, en el que bajo un alto palio había colocados varios sitiales en torno a un trono de oro rojo con incrustaciones de aljófar y toda suerte de piedras preciosas.

Al ver los mamelucos la hermosura de aquel castillo y de aquel vergel, tornáronse al barco y comunicaron a Chanischah nuevas de lo que habían hallado.

Alegróse grandemente Chanischah, el hijo del rey, al enterarse, y exclamó en seguida:

–No tengo más remedio que bajar a la isla y contemplar todas esas maravillas.

Saltó luego a tierra Chanischah, y, en unión de sus mamelucos, todos se encaminaron juntos al lugar donde estaba el castillo y entráronse en él decididos.

Admiróse Chanischah de la hermosura de aquel lugar y príncipe y criados discurrieron por el jardín, y hasta que oscureció estuviéronse recreando allí.

Y cuando la tarde atardeció sobre ellos sentóse Chanischah en el trono

que allí había y los mamelucos lo hicieron en los sillones, unos a la derecha y otros a la izquierda.

Sentóse Chanischah en el trono y púsose a meditar y rompió a llorar al recordar que estaba lejos de su padre, el rey, y de su tierra y de su gente y de sus deudos y parientes.

Echáronse a llorar también los mamelucos, de verlo llorar a él, y estando así, todos llorando, oyeron una voz muy recia que parecía venir del lado del mar. Volviéronse a mirar y vieron venir hacia ellos un tropel de monos tan numeroso que parecía un enjambre de langostas.

Pues se ha de saber que aquel castillo y aquella isla pertenecía a aquellos monos, los cuales hubieron de encontrar aquel barco exótico fondeado en la marina y fueron y lo hundieron y después se dirigieron al palacio, donde hallaron a Chanischah y sus hombres sentados.

Todo eso–advirtióle la serpiente reina a Hásid Kerimu-d-Din–pertenece a la historia que refirió a Balukiya aquel joven que estaba sentado entre los dos sepulcros labrados.

–Y ¿qué hizo Chanischah con aquellos monos?–preguntóle Hásid.

Y la serpiente reina le contestó así:

–Al ver llegar a aquellos monos aterráronse mucho, tanto Chanischah como sus mamelucos, y los simios siguieron avanzando hasta que al trono se acercaron y besaron la tierra entre las manos de Chanischah, que en él estaba sentado; después se llevaron al pecho sus manos y una hora permanecieron en pie, ante el trono, cuadrados.

Acudió luego otra banda de monos, los cuales llevaban consigo unas gacelas, y las sacrificaron y las desollaron, y entonces las pusieron en fuentes de oro y plata, extendieron los manteles e hicieron seña a Chanischah y a sus criados, invitándoles a comer de aquel plato.

Bajóse Chanischah del trono y comió de aquellas viandas y comieron también de ellas sus mamelucos, hasta saciar su apetito y quedar ahítos. Alzaron luego los monos los manteles y llevároнles frutas y comieron todos de ellas y dieron gracias a Alá (loado sea su nombre por toda una eternidad).

Hízoles después Chanischah seña a los más destacados de aquellos monos de que lo escucharan, y les dirigió estas palabras:

–¿Cuál es vuestra condición, y este castillo a quién tiene por señor?

Y también por señas dijéronle los monos a Chanischah:

–Este castillo era propiedad de nuestro señor Soleimán, hijo de Daud (sean sobre los dos la oración y la paz). Y todos los años venía una vez aquí a recrearse y solazar el ánimo y luego se iba hasta el otro año.

Y añadieron los simios:

–Has de saber, ¡*ye* rey, el glorioso!, que hemos acordado que te quedes entre nosotros y seas nuestro sultán, al que serviremos con toda lealtad. Y te daremos de comer y haremos cuanto nos mandes hacer.

Y luego de decir eso besaron los monos muchas veces la tierra entre las manos de Chanischah y luego se desbandaron.

Y durmió Chanischah aquella noche en el trono y sus hombres en los sitiales que el trono rodeaban, hasta que amaneció la mañana.

Y al romper el día presentáronse ante Chanischah los cuatro visires o capitanes de aquellos monos, al frente de sus tropas, y estas se desplegaron en filas a su alrededor, hasta que todo aquel campo se llenó.

Llegáronse luego los visires al trono de Chanischah y por señas rogáronle al joven que accediese a administrar justicia entre ellos y gobernarlos con arreglo a la equidad y el derecho, y después todos aquellos monos prorrum-

p.eron en gritos y se fueron, no quedándose allí sino unos cuantos para servirlo y atenderlo.

Presentóse luego otra taifa de simios llevando consigo una jauría de perros, tamaños como caballos, y todos ellos con carlancas al cuello.

Maravillóse mucho Chanischah de la corpulencia de aquellos lebreles, y los monos que hacían de visires del príncipe diéronle a entender por señas que montase en uno de aquellos enormes perros, y montó el príncipe y montaron también sus mamelucos, así como los monos guerreros, y empezaron a cabalgar y no pararon de hacerlo hasta llegar a la orilla del mar.

Y al notar Chanischah que no estaba ya allí el barco en que viniera a la isla, volvióse a sus simiescos visires y les preguntó:

–¿Qué se hizo del barco que estaba aquí fondeado?

Y ellos le contestaron:

–Has de saber, ¡*ye* egregio monarca!, que, cuando abordaste a nuestra isla, luego conocimos que habías de ser nuestro sultán y temimos no fuera que te nos escapases, cuando fuéramos a hablarte, y volvieses a embarcarte y nos dejases. Por lo cual acordamos destruir el barco.

Al oír Chanischah esas palabras volvióse a sus mamelucos y les dijo:

–Ya no nos queda ningún medio de escapar de estos monos; pero llevémoslo con paciencia y rindámonos sin protestas a lo que ordenó Alá (loado sea su nombre por toda una eternidad).

Y reanudaron la marcha y siguieron cabalgando sin parar hasta llegar a orillas de un río, junto al cual alzábase una montaña colosal. Miró hacia ella Chanischah y vio muchedumbre de *guilanes* [5], y preguntó a los monos:

–¿Qué clase de seres son esos?

Y ellos le dijeron:

–Has de saber que esos *guilanes* son nuestros enemigos y hemos venido aquí para combatirlos.

Luego que vieron venir a los *guilanes*, el ejército simiesco lanzóse sobre ellos y llegaron a la orilla del río y desde allí empezaron a apedrearlos, arrojándoles unas piedras enormes, tamañas como columnas, viniendo a empeñarse entre ambos bandos un combate de furor extremado, en el que los monos salían malparados.

Pero al ver Chanischah que la tropa simiesca llevaba las de perder, díjoles al punto a sus mamelucos:

–Requerid el arco y las flechas y disparad sobre los enemigos hasta exterminarlos y destruirlos y alejar de nosotros el peligro.

Pero al llegar aquí sorprendió a Schahrasad la aurora y cortó el hilo de sus palabras encantadoras.

[5] Los *guilanes*, plural de *gul*, vocablo que ya aparece en otros cuentos, demonios o vampiros monstruosos, vienen a ser los *devas* o *rakschasas* de los indos, seres maléficos y misteriosos contra los cuales, en el *Ramayana*, luchan los héroes buenos.

Esta es la versión poéticorreligiosa, pero las investigaciones de los estudiosos modernos han hecho ver que, bajo el aspecto de esos *devis* o demonios, se esconde una antiquísima población, indudablemente turania, con la que tuvieron que combatir los invasores iranios. «Los turanios–dice el autor italiano Rizzi–habían fundado en el Asia media una gran civilización, inventando las artes e iniciando el comercio. En la epopeya de Firdusi los *devis* son representados como magos, hábiles en labrar palacios y trabajar los metales preciosos.» Se trata, pues, de razas calumniadas, deformadas por el odio nacionalista y presentadas unas veces en forma zoológica, bestial, de vampiros o grandes monos, y otras en la de seres humanos, pero antropófagos y destructores, es decir, inhumanos. Abona esta tesis el detalle de que en Persia existe realmente una provincia, llamada Guylán o Djylán, que, según Golio, corresponde al antiguo país de los *Geli* o *Gelae* de Ptolomeo y Estrabón, situado a lo largo del mar Caspio. *(Viaje de la India a Meca*, de Abdu-l-Kerim.)

PERO LA NOCHE 298 REANUDO SU RELATO EN ESTA FORMA:

–Tengo entendido, *¡ye* monarca, el afortunado!, que Chanischah les dijo a los mamelucos:

–Disparad vuestras flechas contra esos enemigos hasta echarlos de ahí sin dejar uno.

Hicieron en seguida los mamelucos lo que les mandara Chanischah e infligieron a los *guilanes* gran quebranto, y muchos fueron de ellos los que quedaron en el campo, dándose los demás a la fuga, acobardados.

Luego que eso vieron los monos, pasaron el río, llevando a Chanischah consigo, y mataron muchos enemigos y siguieron adelante hasta llegar a un monte muy alto y grande.

Alzó sus ojos al monte Chanischah y vio que había en él una tabla de mármol, en la que había escrito lo siguiente:

«¡Ye tú, que te internas en este monte!: has de saber cómo serás sultán de estos monos sin que encuentres medio de escapar de ellos a menos que te escurras por el adarve de la parte que cae cerca de este monte y que mide de largo tres meses, teniendo que pasar, si lo intentas, por entre fieras y *guilanes* y *afarit* rebeldes.

»Luego que lograses salir bien parado de ese paso arriesgado te encontrarás a la orilla del mar que rodea el mundo terrenal.

»Y si prefieres evadirte por el adarve de Poniente, sabe que este mide de largo cuatro meses y a su entrada está el Vado de las Hormigas [6]. Y si llegares hasta dicho Vado de las Hormigas y en él te adentrares, ten mucho cuidado con esas hormigas, guárdate de ellas, hasta que vayas a salir a un monte elevado que verás allí, y que arde como fuego y mide una extensión tal que se tardan diez días en recorrerlo.»

Y aquella lápida de mármol contenía también estas palabras:

«Si cruzares ese monte elevado, irás a salir a la orilla de un río caudaloso, cuya corriente es tan rauda y violenta que nubla la mirada de quien la contempla, y has de saber que ese río se avada [7] los sábados, y hay, no lejos de él, una ciudad cuyos habitantes son todos judíos, que niegan la ley de Alá, sin que entre ellos ni un solo muslim se pueda encontrar. Por lo que más te valdrá que sigas reinando sobre los simios, pues en tanto tú los señorees y los gobiernes, serán ellos victoriosos sobre los *guilanes,* y se volverán las tornas en cuanto los dejares.

»Y ten por sabido que el que esta tabla escribió fue nuestro señor Soleimán, hijo de Daud (sobre ambos sea la paz).»

Luego que Chanischah hubo leído esas palabras echóse a llorar y se las repitió a sus hombres y volvieron todos a montar, y rodeados por la tropa de los monos, que celebraban su triunfo con alegres gritos, regresaron al castillo.

Y permaneció Chanischah sultaneando sobre aquellos monos por espacio de año y medio, y, cumplido que fue ese tiempo, mandóles Chanischah a sus

[6] ¿Inferencia coránica? En el *Corán* se habla del Vado de las Hormigas, en el camino de Etiopía, sura XXVII, *An-Naml.*

[7] El famoso río Sabatión, de que se habla en el *Talmud* y sobre el cual damos al lector amplia información en nuestro prólogo.

huestes simiescas que montasen en sus cabalgaduras perrunas y saliesen con él de cacería, y Chanischah y sus mamelucos montaron también en las suyas y fueron cruzando campos y páramos y espesuras, de uno a otro lugar, hasta que se aproximaron al Vado de las Hormigas, que el joven reconoció en seguida por las indicaciones de la tabla de alabastro que leído había.

Y, al llegar al Vado, ordenóles Chanischah a los monos que se apeasen luego, lo que en el acto hicieron.

Apeáronse también él y sus compañeros y todos comieron y bebieron y por espacio de diez días de allí no se movieron. Y una noche de aquellas noches quedóse a solas Chanischah con sus mamelucos. y les dijo:

–Tengo intención de escaparme y dirigirme al Vado de las Hormigas y de allí a esa ciudad que habitan los judíos, sin que haya entre ellos un solo musulmán.

A lo que sus mamelucos le respondieron:

–Haz como quieras, que nosotros te seguiremos.

Aguardó Chanischah a que parte de la noche fuera pasada, y entonces levantáronse él y sus mamelucos y se vistieron sus armas y se ciñeron al cinto sus espadas y se pertrecharon además de puñales y otros arreos bélicos semejantes, y caminaron Chanischah y sus mamelucos sin parar desde el filo de la noche hasta que empezó a alborear.

Luego que los monos se despertaron de su sueño y no vieron entre ellos a Chanischah ni sus compañeros comprendieron que habían huido y se aprestaron a perseguirles.

Montaron parte de ellos y se encaminaron hacia el adarve de Oriente, en tanto otros su rumbo dirigían hacia el Vado de las Hormigas. Y no tardaron en ver a Chanischah, que con sus mamelucos se dirigía a aquel lugar.

Apretaron el paso en su persecución y fueron siguiéndoles el rastro. Y al ver Chanischah que los monos lo seguían también apretó el paso, lo mismo que sus compañeros, y fue a meterse a toda prisa por el Vado de las Hormigas.

Mas no habría pasado una hora de tiempo cuando aparecieron los monos nuevamente y se lanzaron sobre los fugitivos, con intención de darles muerte.

Pero en aquel instante he aquí que empezaron a salir de la tierra hormigas en tal profusión que parecían bandadas de langostas y tan grandes que semejaban perros [8], y, al ver a los monos, arremetieron contra ellos, entablándose entre los unos y las otras un combate espantoso.

Muchos fueron los monos que devoraron las hormigas y muchas también las hormigas que perdieron la vida.

Y dizque una hormiga de aquellas era poderosa a arremeter contra un mono ella sola y partirlo en dos mitades, en tanto que diez monos juntos apenas si eran capaces de dominar a una hormiga y vencerla y hacerla trizas.

Y aquel sañudo combate prolongóse hasta que vino la tarde, y las hormigas quedaron victoriosas y los monos huyeron a favor de las sombras.

Huyeron también Chanischah y sus hombres a lo largo del Vado...

Sintió aquí Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras encantadoras.

[8] Pomponio Mela, en su *Compendio historicogeográfico del mundo antiguo*, sitúa en la región del Indo unas hormigas gigantes «no menores que perros muy grandes»; añadiendo: «...de quien dicen que, al modo de los gryphos, guardan el oro que se ha sacado de las minas, haciendo gran mal a los que llegan a tocarle». (Versión española de don Jusepe Antonio González de Salas, Madrid, 1780.) La rivalidad entre estas hormigas y los monos recuerda la de los pigmeos con las grullas, en la mitología helénica.

Y LA NOCHE 299 REANUDO SU RELATO EN ESTA FORMA:

–Ha llegado a mis oídos, *¡ye* monarca, el afortunado!, que Chanischah y sus hombres se metieron por el corazón del Vado y los monos los fueron persiguiendo, hasta que llegó la noche y el rastro les perdieron.

Pero luego que la mañana amaneció fueron los monos de nuevo tras de ellos y se dispusieron a acometerlos.

Y Chanischah, al ver aquello, díjoles a sus mamelucos:

–Desnudad los aceros.

Hiciéronlo así ellos y empezaron a repartir mandobles a diestro y siniestro, hasta que uno de los simios, que tenía una trompa como un elefante, embistió contra uno de los mamelucos y lo destrozó.

Emprendió entonces la fuga Chanischah con el resto de sus hombres por lo más hondo del Vado, donde vio un gran río y junto a él reunidas numerosas huestes de hormigas.

Y no bien las hormigas vieron a Chanischah lanzáronse sobre él y lo rodearon; pero uno de sus esclavos acudió en su defensa y empezó a partir hormigas en canal con su espada, hasta que toda la tropa hormigueril cargó a una sobre él y lo destrozó.

Y a todo esto sucedió que los monos también bajaron de lo alto y arremetieron contra Chanischah, y lo apretaron de suerte que el joven no sabía cómo valerse.

Por lo cual fue y se remangó las ropas y se zambulló en el agua del río y lo mismo hizo el único mameluco que aún sobrevivía, y ambos nadaron hasta llegar al promedio de las aguas y así se salvaron.

Y estando de esa guisa divisó Chanischah un árbol en la otra orilla del río, y echó a nadar hacia allá y, agarrándose a una de las ramas de aquel árbol, colgóse de ella y logró poner el pie en tierra.

Pero el mameluco que lo acompañaba no tuvo igual suerte, pues la corriente se lo llevó y contra el monte lo estrelló.

De modo, pues, que Chanischah saltó solo a la otra orilla del río, y lo primero que hizo fue exprimir sus ropas y ponerlas a secar al sol, y en este tiempo pudo ver cómo entre monos y hormigas se entablaba una lucha muy reñida, que terminó con la fuga de los primeros, que dejaron el campo y a sus tierras se volvieron.

Y Chanischah, solo en aquella isla, sentóse en el suelo y rompió a llorar y llorando estuvo hasta que anocheció, y entonces reparó en una *jaquefa* que por allí había, y se guareció en ella, transido de temor y de susto y de pena por la suerte de su último mameluco.

Hasta que, finalmente, el sueño le venció y se quedó dormido hasta que amaneció.

Luego que la mañana apareció, Chanischah se levantó y echó a andar y anduvo sin parar hasta que llegó a orillas de aquel río que se secaba todos los sábados, y al acercarse vio que era un río grande y que a su lado se alzaba una ciudad muy dilatada.

No era otra la tal ciudad que aquella de que la lápida hablaba, diciendo estar solamente de judíos poblada.

Detúvose Chanischah a la orilla del río y aguardó a que el sábado fuera venido y se secara su caudal para poderlo pasar. Llegado que fue el sábado atravesó Chanischah a pie enjuto el río y se dirigió a la ciudad de los judíos.

Halló Chanischah desierta la ciudad y vagó por ella hasta llegar a la puerta de una casa y la abrió y se entró en ella de rondón.

Y se encontró con que la casa estaba llena de gente, pero todos callaban, sin que ninguno hablara. Fue Chanischah quien rompió el silencio, diciendo:

–Soy forastero que llega a vosotros hambriento.

Y ellos, por señas, le respondieron:

–Come y bebe, pero guarda silencio [9].

Sentóse Chanischah entre ellos y comió y bebió a su satisfacción y luego se durmió y allí aquella noche pernoctó.

Luego que amaneció la mañana, saludólo el dueño de la casa y le dio la bienvenida y le brindó adiafa cumplida. Y a continuación, le preguntó:

–¿De dónde vienes y adónde vas?

Al oír esas palabras del judío rompió Chanischah a llorar con vivo sentimiento y le contó su historia y le dijo cómo era hijo del rey de Kabul, y al evocar su tierra natal, acrecióse su pena y echóse a llorar.

Y el judío, después de oírlo, le dijo así:

–Jamás tuvimos la menor noticia de esa ciudad, aunque sí hemos oído hablar de las caravanas de mercaderes de un país que cae hacia ese lado y al que llaman Al-Yamán.

–¿Y qué distancia hay de aquí a ese país que dices?–preguntóle Chanischah al judío.

Y este le contestó acto seguido:

–Los mercaderes de esas caravanas dicen que ese país de donde vienen dista de aquí dos años y tres meses.

–¿Y cuándo llegan aquí esas caravanas?–preguntóle Chanischah al judío.

–No vendrán hasta el próximo año–respondióle el interpelado.

Rompió a llorar de nuevo Chanischah, lleno de pesar por su propia persona y por sus mamelucos y por el recuerdo de sus padres, de los que se hallaba tan distante.

–No llores así, hombre–díjole el judío–; te estarás con nosotros hasta que llegue la caravana, y con ella tornarás a tu patria.

Resignóse a ello Chanischah y quedóse allí con el judío por espacio de dos meses seguidos, y todos los días salía a pasear por las calles de la ciudad, y sucedió un día de los días que salió el joven, según su costumbre, a pasear por la ciudad y a vagar por ella de plaza en plaza, a diestro y siniestro, cuando oyó a un hombre que gritaba diciendo:

–¿Quién quiere cobrar mil dinares y una esclava de hermosura incomparable por hacer un servicio desde la mañana a media tarde?

No había nadie que se le ofreciese al pregonero; pero Chanischah se acercó a él y le dijo, muy resuelto:

–Yo te trabajaré por ese precio.

Luego que el hombre oyó aquello, asió de Chanischah y se lo llevó consigo a una casa de mercader y entró con él en aquella casa, que era muy espaciosa y holgada.

Había en ella un judío de los mercaderes, el cual estaba sentado en un sitial de abenuz, y el pregonero cuadróse ante el judío y le dijo:

–¡*Ye* mercader respetable! Tres meses llevo lanzando mi pregón por las calles, sin que hasta ahora nadie me haya contestado, excepto este mocito que aquí te traigo.

Luego que el judío oyó las palabras del pregonero diole la bienvenida a Chanischah y, asiéndolo de su mano, llevólo a un lugar muy lujoso, e hizo señas a sus esclavos de que trajesen de comer al muchacho. Tendieron ellos los manteles y sirvieron a Chanischah viandas exquisitas, de las que comieron ambos, y luego se lavaron las manos.

[9] El silencio ritual del sábado.

Sirviéronles luego de beber los esclavos y bebieron ambos.

Después de lo cual levantóse el mercader y entrególe a Chanischah un bolso en el que había mil dinares de oro y además a la esclava prometida, que era una joven de hermosura y belleza peregrinas. Y le dijo a Chanischah el judío:

–Toma esta esclava y este dinero en pago del servicio para que te requiero.

Tomó Chanischah el bolso y la esclava e hizo sentar a esta a su lado, y el mercader judío le dijo:

–Mañana te diré qué es lo que tienes que hacer.

Retiróse luego el mercader, dejando solos a Chanischah y la esclava. Y Chanischah durmió aquella noche con la muchacha, hasta que amaneció la mañana. Dirigióse entonces Chanischah al *hammam* y mandó el mercader a sus esclavos que le vistiesen al joven un traje de aljaz de mucho valor y les llevasen arpa y laúd y vino, y ambos bebieron y se solazaron hasta más de la noche mediada, y entonces el judío retiróse a su harén y Chanischah se acostó con la esclava, hasta el amanecer.

Y luego que amaneció la mañana del día, el siguiente, pasó Chanischah al *hammam* y al volver de allí le dijo el mercader:

–Llegó ya el momento de que me prestes el servicio que de ti deseo.

–Oír es obedecer–respondióle el joven.

Y el judío mandó les aprestasen dos mulas y montó en una de ellas e indicó al joven montase en la segunda.

Después el mercader y Chanischah pusiéronse en camino y estuvieron caminando desde por la mañana hasta el mediodía, en que dieron vista a una montaña altísima, tan alta y erguida, que el fin no se le veía.

Apeóse entonces el mercader de su mula y mandó a Chanischah que se apease también de la suya.

Hízolo Chanischah así y el mercader entrególe un cuchillo y una cuerda y le dijo:

–Anda y sacrifica esa mula.

Y el joven remangóse los vestidos y atóle las patas a la mula con la cuerda y la tumbó en tierra y le clavó el cuchillo y la mató, y luego la desolló y le cortó las cuatro extremidades y la cabeza, dejando el tronco aparte. Y luego que eso hizo díjole el judío:

–Te mando ahora que le abras el vientre y te metas dentro y yo te coseré la piel por encima y te estarás ahí dentro una hora de tiempo y después te saldrás y me contarás todo lo que hubieres visto dentro del vientre de la mula, sin omitir cosa ninguna.

Abrióle Chanischah el vientre a la mula y se metió dentro y el mercader cosióle por encima la piel. Después de lo cual lo dejó allí y se alejó de él.

Sintió aquí Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras fascinadoras.

PERO LA NOCHE 300 REANUDO SU RELATO EN ESTA FORMA:

–Ha llegado a mi noticia, *¡ye* monarca, el afortunado!, que el mercader cosió la piel de la mula por encima de Chanischah y luego lo dejó y se retiró y se escondió en la falda de la montaña.

No habría pasado una hora de tiempo cuando un gran pájaro [10] abatió su

[10] El Pájaro Roj, que aparece en otros cuentos, señaladamente en la *Historia de Simbad, el marino*, donde se describe el mismo método empleado por los buscadores de diamantes, en la

vuelo sobre la mula y cogióla en su pico y echó a volar, llevándosela consigo.

Y fue volando el pájaro hasta remontar la cumbre de la montaña, y entonces aterrizó en aquella altura y se dispuso a comerse la mula.

Pero al sentir Chanischah los picotazos del pajarraco, rasgó el vientre de la mula y salió fuera. Espantóse el ave al ver a Chanischah y echó nuevamente a volar, y, soltando allí su presa, se fue por donde viniera.

Púsose en pie Chanischah y tendió la vista en derredor, a derecha e izquierda, pero a nadie vio, salvo el cadáver de un hombre que ya se secara al sol, y al ver aquello Chanischah exclamó: «¡No hay poder y gloria sino en Alá!» (Loado sea su nombre por toda una eternidad.)

Volvió luego la vista hacia la falda de la montaña y vio al mercader que estaba allí, al pie, y alzaba la vista a lo alto, acechando lo que hiciera el muchacho.

Luego que lo hubo visto, le dijo: –Echame desde ahí hasta doscientas de esas piedras que por el monte ruedan.

Y dizque aquellas piedras no eran sino rubíes, sabarchadas y perlas, de gran valor y precio todas ellas.

Hízolo así Chanischah, y el mercader juntó todas aquellas piedras y las cargó en la mula que le servía de montura.

–Indícame el camino para bajar–gritóle Chanischah desde arriba–y subiré otra vez y más piedras te echaré.

Pero el judío espoleó su mula y empezó a cabalgar, sin contestar a las palabras de Chanischah.

Retiróse, pues, de allí el judío, dejando solo a Chanischah en lo alto de la montaña, y al verse el joven abandonado de aquel modo, prorrumpió en vehemente llanto y empezó a gritar pidiendo socorro.

Tres días permaneció Chanischah en lo alto del monte y luego decidió cruzarlo en toda su anchura y anduvo caminando por espacio de dos meses seguidos, comiendo de las hierbas que allí se criaban, hasta llegar, finalmente, al otro cabo de la montaña.

Y al llegar allí Chanischah divisó a lo lejos un valle, en el que había árboles frutales y también aves que alababan en su lenguaje a Alá, el único, el victorioso y el grande.

Alegróse mucho Chanischah al vislumbrar el valle referido y se encaminó a él y anduvo por espacio de una hora de tiempo hasta llegar a una cañada, de la que un torrente manaba. Descolgóse Chanischah por ella y siguió caminando, hasta llegar al valle que de lejos viera, y, ya en él, procedió a explorarlo y enderezó sus pasos a derecha e izquierda y no paró de andar y vagar, hasta que fue a encontrarse delante de un alcázar altísimo, que se perdía en los aires.

Aproximóse Chanischah al alcázar hasta llegar a su puerta y encontróse en ella con un anciano de bella presencia, cuya cara irradiaba fulgor, y que en un báculo de rubíes apoyado, delante de la puerta del alcázar, se hallaba parado.

Llegóse Chanischah al anciano y lo

Escitia, para hacerse con ellos. Según parece, la primera mención de esta rara técnica de cazar piedras preciosas encuéntrase en la obra de Epifanio, obispo de Salamis, en Chipre (año 403 de nuestra era), titulada *De duodecim gemmis rationalis summi sacerdotis Haebreorum Liber-Romae* (1743), del que San Jerónimo dice: *Egregium volumen, quod si legere volueris, plenissimam consequeris* y de donde, según opina Burton, debió de pasar esa tradición al árabe y a los libros de Marco Polo y Nicolás de Conti. Los datos topográficos que da este último parecen aludir a la famosa Golconda. La montaña aparece designada con el nombre de Zlbenigaras y descrita como infestada de serpientes. Serpientes figuran también en los relatos de *Simbad, el marino*. Desde luego que en el fondo de todas estas historias se hallan las fabulosas indicaciones de Herodoto sobre los grifos.

saludó con el *selam,* correspondiéndole el *scheij* con otro igual. Díole luego el anciano la bienvenida a Chanischah y le dijo con mucha afabilidad:

–Siéntate aquí, hijo mío.

Y Chanischah se sentó a la puerta del alcázar, según el viejo le indicara.

Después de lo cual díjole el *scheij* a Chanischah:

–Quisiera, hijo mío, que me contases tu historia y todo lo que te haya sucedido. Y cómo viniste a estas tierras nunca holladas, hasta ahora, por los hijos de Adán.

Contóle, pues, su historia Chanischah al anciano, desde el principio al fin, es decir, cuanto le sucediera hasta llegar allí.

Luego que lo oyó el viejo mostró quedar maravillado y perplejo. Y Chanischah le dijo al viejo:

–Ahora yo, a mi vez, te agradecería me dijeses cúyo es este valle y quién es el dueño de este alcázar tan grande.

–Has de saber, hijo mío–díjole el anciano a Chanischah–, que este valle con todo cuanto encierra y este alcázar con todo cuanto en su interior se guarda es propiedad de nuestro señor Soleimán-ben-Daud (sobre ambos la oración y la paz).

Y en cuanto a mí me llamo As-Scheij Nazr [11] y soy el rey de las aves, y has de saber cómo nuestro señor Soleimán me confió la custodia de este alcázar...

Pero al llegar aquí sorprendió a Schahrasad la mañana y puso coto a sus desbordadas y encantadoras palabras.

Y LA NOCHE 301 SIGUIO DICIENDO LA MUCHACHA:

–Tengo entendido, *¡ye* monarca, el afortunado!, que el *scheij* Nazr, el rey de los pájaros, le dijo a Chanischah:

–Has de saber cómo nuestro señor Soleimán me confió la guardia de este alcázar y me enseñó el lenguaje de las aves y me nombró monarca de las aves todas, cuantas son en el mundo.

Y todos los años acuden de todas partes a este alcázar los pájaros y lo contemplan y se recrean, y luego se van, siendo esa la razón de que me pusiera aquí nuestro señor Soleimán.

Echóse a llorar con gran desconsuelo Chanischah, luego que hubo oído las palabras del *scheij* Nazr. Y, volviéndose a él, le dijo:

–¿Cómo podré valerme, padre mío, para tornar a mi patria y poner fin a este exilio?

–Sabe, hijo mío–respondióle el *scheij* Nazr–, que ya estás bastante cerca del monte Kaf; solo que no podrás marchar allá hasta que no vengan los pájaros y yo te recomiende a uno de ellos para que te conduzca al patrio suelo. Así que, por lo pronto, yo te aconsejo que te quedes aquí conmigo hasta tanto que acudan los pájaros, como lo hacen todos los años.

Quedóse, pues, Chanischah al lado del *scheij* Nazr y exploró y recorrió todo el valle, alimentándose del fruto de los árboles, y se solazaba y reía y retozaba y por espacio de algún tiempo gozó así de un vivir placentero, hasta que se acercó el tiempo en que los pájaros solían ir allá a visitar al *scheij* Nazr.

Luego que supo que ya venían las aves, púsose en pie el *scheij* Nazr y le dijo a Chanischah:

–Mira, Chanischah: toma estas lla-

[11] Nombre de buen augurio. *Nazr* significa victoria.

ves y abre con ellas los aposentos del alcázar y recréate viéndolos todos, menos la cámara fulana. Pues esa guárdate de abrirla, que, si me desobedecieres y la abrieres y entrases en ella, jamás en la vida podrás esperar cosa buena.

Y después de encarecérselo una y otra vez fuese a pasar *alcamiz* a los pájaros, como cada año solía hacer.

Tomó las llaves Chanischah y procedió a recorrer el alcázar de derecha a izquierda y abrió todas las cámaras que había en su recinto, hasta llegar a aquella que el *scheij* Nazr le había recomendado que no abriera.

Examinó el joven con atención la puerta de aquella sala y se maravilló al ver que tenía un candado de oro, y para sus adentros se dijo: «¿Qué será lo que hay dentro de esa cámara para que el *scheij* Nazr abrirla me vedara? Sin duda que será la más hermosa de todas las salas. No tengo más remedio que abrirla y entrar en ella y ver qué es lo que encierra, que cuando el sino ha dispuesto una cosa, fuerza es que se cumpla.»

Y alargando su mano abrió la puerta de aquella cámara y entró en ella, faltando a lo pactado.

Y al entrar en la cámara vio en ella una gran piscina y a su lado una *maksura* [12], de dimensiones reducidas, labrada toda ella de oro, plata y cristal diáfano, con su celosía de rubíes y diamantes y perlas, incrustadas en la tierra, haciendo veces de losetas.

Y la fuente que había en medio de la sala era toda de oro y estaba llena de agua, teniendo en derredor figuras de fieras y aves diversas, todas de oro y plata, las cuales vertían agua por sus entrañas y, cuando soplaba la brisa, entrábaseles por sus orejas y rompían a hablar, cada una en su lengua. Y junto a la fuente había un gran salón abierto, con un alto dosel en medio, y, bajo aquel dosel, veíase un trono de coralina, con incrustaciones de aljófar y pedrería, y sobre él alzábase una tienda de campaña de verde seda y de cincuenta codos de ancho y recamada de piedras preciosas, ya dispuestas para emplearlas como anillos de sello, en valiosos metales montadas.

Y en el interior de aquel alquival había un apartado en el que se guardaba el tapiz de nuestro señor Soleimán (sobre él la oración y la paz). Y todo alrededor extendíase un jardín muy espacioso, plantado de profusión de árboles frutales y regado por muchos manantiales, y, pegando con el palacio, veíanse planteles de rosas y arrayán y albahaca y de toda suerte de olorosas plantas.

Y dizque aquellos árboles ostentaban en la misma rama fruta fresca y fruta pasa, y sus ramas, a impulso de la brisa, airosamente se columpiaban.

Paseóse Chanischah a su sabor por aquella sala y recreóse contemplando todo cuanto contenía de singular y extraordinario, y reparó con atención en la piscina y comprobó ser sus partes de metales preciosos, con incrustaciones de aljófar valioso.

Muchas fueron las cosas que en aquella sala pudo ver Chanischah y que lo dejaron maravillado en verdad.

Penetró luego en el interior del alquival que había dentro de la sala y se sentó en el trono adoselado que junto a la fuente había en el atrio y se cobijó bajo su palio y acabó por quedarse dormido, tomado de un sueño que le duró algún tiempo.

Despertóse luego y se levantó, y se salió de allí y fue a sentarse en el otro sillón que había, frontero a la puerta del pabellón, y quedóse admirando las múltiples bellezas y encantos de aquel lugar, singular y raro.

Pero he aquí que, estando allí sentado, vio venir de pronto volando, por el aire, tres pájaros, de figura de palomos,

[12] Tribuna.

pero grandes como alicbanes, los cuales fueron a posarse junto a la piscina y durante una hora estuvieron allí jugueteando y retozando y saltando.

Después de lo cual desprendiéronse de las plumas que les cubrían el cuerpo y quedaron convertidas en tres muchachas [13] que otras tantas lunas semejaban, tan hermosas las tres que no viera en su vida Chanischah nada igual.

Y las tres jovencitas lanzáronse al agua de la albufera y empezaron a retozar y nadar y a reírse y a bromear, dejando maravillado a Chanischah de su hermosura y perfección y su airoso palmito y sus bien proporcionados cuerpos y su donosura y su garbo exquisitos.

Salieron luego las tres jóvenes del agua y fuéronse de allí a continuar sus escarceos en el jardín.

Y al verlas Chanischah fuera del agua estuvo a punto de perder el juicio y se levantó y corrió tras ellas, hasta llegarles cerca, y las saludó con el *selam,* correspondiendo ellas a su saludo con otro igual. Preguntóles después el joven:

–¿Quiénes sois, lindas señoritas, y de dónde venís hasta aquí?

–Nosotras–respondióle la menor de las tres–venimos de los reinos de Alá (el sublime, el excelso) a solazarnos en este lugar.

Oído lo cual díjole Chanischah:

–Pues ten piedad de mí y ven acá y te contaré mi caso y lo que en mi vida me ocurrió de extraordinario.

Pero ella le contestó diciendo:

–Déjate de cuentos y lárgate de aquí al momento.

Echóse a llorar Chanischah al oír tales palabras y exhaló unos suspiros que daban lástima, y, entre sollozos y lamentos, improvisó estos versos:

–Surgió ante mi la cabellera suelta
y envuelto el cuerpo en transparente gasa,
de suerte que al través del fino velo
podía yo adivinar todas sus gracias.
–¿Quién eres tú?–le pregunté, agitado.
Y ella me contestó con fría calma:
–Aquella soy que el corazón del hombre
en llamas de deseo y amor abrasa.
–Por cierto que así es. ¡Mas ten piedad
de mí–le dije–y este incendio apaga!
–Vano será que implores–me repuso–,
que yo como la roca tengo el alma.
–¡Oh, no importa!–exclamé y de repente
brilló ante mí un rayo de esperanza–,
que si una roca eres, ten en cuenta
¡que Alá hace de la roca brotar agua! [14]

Al oír las jóvenes aquellos versos de Chanischah rompieron a reír y tornaron a sus juegos y a sus escarceos.

Fuese luego a ellas Chanischah llevando en sus manos unas frutas, y ellas se las tomaron y comieron y bebieron de buen grado. Después de lo cual se tendieron para dormir, y Chanischah durmió aquella noche con las jóvenes en amor y compañía, hasta que amaneció la mañana.

Vistiéronse entonces las muchachas sus trajes de plumas y tornaron a su prístina forma de palomas, y, remontando el vuelo, por los aires se fueron. Al ver Chanischah que echaban a volar y se le perdían de vista poco faltó para que con ellas se le volara el corazón y experimentó una conmoción tan violenta que rodó sin sentido por tierra. Y todo aquel día permaneció el cuitado postrado en tierra, presa de su desmayo.

Y estando así, tendido en el suelo, he aquí que torna el *scheij* Nazr de su entrevista con las aves y empieza a buscar por el alcázar a Chanischah para encomendárselo a ellas y restituirlo por su mano a la casa paterna. Y no encontró el *scheij* Nazr a Chanischah por ninguna parte del palacio, por lo que supuso que había faltado a

[13] Las mujeres cisnes del folklore occidental.

[14] Variante de otra poesía sobre el mismo tema que figura ya en otro cuento anterior.

su juramento y entrado en el vedado aposento.

Y dizque el *scheij* Nazr dijérales a los pájaros:

–Tengo aquí conmigo a un doncel, al que el sino trajo a este lugar desde un país lejano, y desearía de vosotros que cargaseis con él y lo condujeseis a su tierra otra vez.

A lo que las aves respondieron:

–Oír es obedecer.

Y no paró el *scheij* Nazr de buscar por todas partes a Chanischah hasta que llegó a la puerta de la cámara cuya entrada le vedara. Abrióla el viejo y entró en ella y encontróse a Chanischah al pie de un árbol, tendido en el suelo, sin sentido.

Fue a buscar el viejo un poco de agua perfumada y con ella le espurreó al muchacho la cara, logrando así que volviera en sí.

Pero al llegar a este punto de su narración vio Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras.

Y LA NOCHE 302 REANUDO SU RELATO EN ESTA FORMA:

–Ha llegado a mis oídos, *¡ye* monarca, el afortunado!, que, al ver el *scheij* Nazr desmayado a Chanischah, fue a buscar un poco de agua perfumada y con ella le espurreó la cara, con lo que el muchacho se recobró de su desmayo.

Luego que volvió en sí Chanischah empezó a mirar a derecha e izquierda, pero no vio allí a nadie en torno a él más que al *scheij* Nazr, con lo que acrecióse su pesar, y, con emocionado acento, recitó estos versos:

–Surgió ante mí como la luna llena,
cuando refulge en todo su esplendor,
ojos deslumbradores, fino el talle
y negro el suelto pelo, arrollador.
¿Qué extraño que, al mirarla, me sintiera
malherido de amor el corazón?
¡Si en todo el mundo inmenso no se hallara
a su belleza y gracia parangón!

Al oír el *scheij* Nazr aquellos versos que improvisara Chanischah, le dijo:

–¿No te advertí, hijo mío, que no abrieras la puerta de esta cámara y no entrases en ella? Pero, en fin, ya que no fue así, cuéntame, hijo mío, todo lo que te haya ocurrido.

Contóle entonces Chanischah al *scheij* Nazr lo que le sucediera con las tres mocitas, y, al oírlo el *scheij* Nazr, díjole a Chanischah:

–Mira, hijo mío: esas tres jovencitas pertenecen a la casta de los genios y todos los años vienen a este lugar para solazarse y recrearse hasta la hora de la tarde, después de lo cual remontan el vuelo y se van por donde vinieron.

–¿Y cuál es su país?–preguntó el joven al *scheij–;* ruégote que me lo quieras decir.

–*¡Ye* hijo mío!–díjole el *scheij* Nazr a Chanischah–. En verdad que ignoro cuál es ese país en que habitan esas tres jovencitas. Pero si tan lampando estás por ellas, quédate aquí conmigo todo este año y así las podrás ver cuando vuelvan. Pues el año que viene vendrán seguramente y en el mismo día que vinieron este.

Cuando llegue, pues, ese día en que acostumbran venir las tres jovencitas, te sentarás en el jardín, al pie de uno de los árboles que hay allí, y cuando ellas se lancen a la piscina y se pongan a retozar y a jugar, y en el curso

de sus juegos y escarceos se alejen del lugar en que dejaron sus vestidos de plumas, cogerás el de aquella que te guste más, y, cuando ella se salga del agua y busque su vestido para ponérselo y vea que tú lo tienes en tu poder, se llegará a ti y con su voz más zalamera te dirá, sonriendo: «Dame mi traje, hermanito, para que pueda vestirme y cubrirme.»

Ahora bien: te prevengo que, si le das su traje, no lograrás tu objeto, pues ella se vestirá, y, remontando el vuelo, se irá con los suyos y te dejará y ya no la verás nunca más.

Pero, en cambio, si le coges el vestido y te lo guardas debajo del sobaco y no se lo das y aguardas a que yo sea tornado de mi entrevista con los pájaros, después de haber con ellos acordado lo necesario para que te conduzcan a tu tierra, de fijo que ella se irá contigo y te la llevarás sin que ponga dificultad.

Esto es, hijo mío, todo cuanto puedo hacer en tu servicio.

–*¡Ye* padre mío–respondió Chanischah–, no tengas cuidado, que haré lo que me has indicado!

Fuese luego el *scheij* Nazr a su entrevista con los pájaros y, luego que se hubo ido, levantóse Chanischah y echó a andar hasta que llegó al jardín y se escondió tras un árbol que había allí, de suerte que nadie le pudiera descubrir.

Permaneció allí un día y otro día sin que por ningún lado viera a las jovencitas, que lo tenían trastornado: de suerte que se le entristeció mucho el corazón y rompió a gemir y suspirar y llorar con mucha pasión. Y tanto gimió y tanto lloró, que al cabo se desmayó. Volvió luego en sí de su desmayo y se puso a mirar, unas veces al cielo y otras al suelo y otras a la piscina y estotras hacia la parte de la marina, y de puro enamorado que estaba el corazón algafacanes le sacudían.

Y estando así en ese estado he aquí que vio venir por los aires tres aves que por su forma parecían palomas, pero que, por su tamaño, cualquiera por águilas las habría tomado.

Y las tres aves posáronse junto a la albufera y empezaron a mirar a derecha e izquierda, y, no viendo por allí a nadie, ni hombre ni alifrite, procedieron a desnudarse de sus vestiduras de plumas y luego se lanzaron al agua y se pusieron a retozar y reír y juguetear, y dizque relucían dentro del agua cual fundida plata.

Y dijo la mayor de las tres hermanas:

–Tengo miedo, hermanas mías, no sea que alguien esté ahí escondido y nos vea.

Y la de en medio le contestó diciendo:

–¡Bah! No tengas miedo, hermana, que, desde los tiempos del rey Soleimán, nadie, ni hombre ni genio, puso los pies en este lugar.

Y la menor, echándose a reír, exclamó:

–¡Por Alá, hermanas mías! No paséis temor, que, si por acaso hubiere por aquí alguno escondido, sería a mí a la que se llevase consigo.

Y las tres hermanas siguieron jugando y divirtiéndose y riéndose, en tanto a Chanischah su corazón, por la fuerza de la pasión, palpitábale con tal violencia que parecía írsele a saltar. Pero seguía, sin embargo, escondido detrás del árbol y desde allí podía ver sin que lo viesen a él. Hasta que las tres mocitas fueron nadando hasta el medio de la fuente, dejando sus ropas en la orilla, y entonces Chanischah salió de su escondite y de una carrerilla llegóse a la dicha orilla y cogió el traje de plumas de la menor de las mocitas, que era la que su corazón atraía y por la que en llamas de amor ardía.

Y dizque era Schemsa el nombre de su predilecta.

Hubieron de volverse ellas a mirar y vieron a Chanischah y se sobresaltaron y se zambulleron en las aguas, cubriéndose con ellas para que el joven no las viera. Y luego, nadando bajo el agua, se dirigieron a la orilla opuesta.

Volvieron desde allí la vista para mirar a Chanischah y vieron que su cara era semejante a la luna llena, en la noche de su fulgor pleno, y desde lejos le dijeron:

–¿Quién eres tú y cómo lograste llegar a este lugar? ¿Y cómo tuviste bastante osadía para robarle su traje a Schemsa, nuestra hermanita?

A lo que contestóles Chanischah:

–Venid acá, junto a mí, si mi historia queréis oír. Yo os diré cuanto me pasó y cómo vine aquí y cómo fue que os conocí.

Pero al oírlo la menor de las tres hermanas le dirigió estas palabras:

–¡*Ye* mi señor, colirio de mis ojos y fruto de mis entrañas; dame acá mi traje para que me pueda vestir y con él mis carnes cubrir! Y entonces me llegaré a ti.

–*Ye* mi señora–díjole Chanischah–. No me es posible darte tu vestido, que la pasión que siento me tiene medio muerto. Y no te lo daré hasta que el *scheij* Nazr no haya vuelto.

Al oír Schemsa las palabras de Chanischah, le respondió diciendo:

–Si no me das mis ropas, apártate un poco de ahí, para que puedan salir mis hermanas del agua y vestirse sus trajes y traerme a mí algo con que pueda taparme.

–Está bien–respondió Chanischah–; hágase tu voluntad.

Y alejóse de allí y entróse en el alcázar, dejando el jardín.

Fue entonces la hermana mayor de la señorita Schemsa y diole a aquella uno de sus trajes, con el cual no podía volar. Y *sitt* Schemsa se puso aquel traje con el que semejaba una luna naciente o una gacela que se apacienta y fue a buscar a Chanischah y lo halló sentado en el trono adoselado, y, al verlo, se le acercó y con el *selam* lo saludó y a su lado se sentó. Y después así le habló:

–¡*Ye* joven de cara salada! Tú has sido quien me has dado la muerte y te la has dado a ti mismo. Pero cuéntame, no obstante, tu historia y todo cuanto te ha ocurrido, para que yo pueda formarme una idea.

Al oír aquellas palabras de *sitt* Schemsa echóse Chanischah a llorar con tal abundancia que la ropa le calaron sus lágrimas, y al ver por esos indicios la genio cuán prendado estaba de ella el cuitado, púsose en pie y fuese a él y, asiéndole de la mano hízolo sentar a su lado y con el pico de su manga enjugóle las lágrimas. Y con tierno acento hablóle diciendo:

–¡*Ye* joven de rostro guapo, déjate de llantos y cuéntame todo lo que te haya pasado!

Contóle Chanischah todo lo que le había ocurrido y lo que había visto.

Sorprendió aquí a Schahrasad la mañana y puso dique a sus palabras.

PERO LA NOCHE 303 SIGUIO DICIENDO LA MUCHACHA:

–He logrado saber, ¡*ye* monarca, el afortunado!, que Chanischah le contó a la mocita todo lo que le había ocurrido y todo lo que en su vida había visto.

Y ella suspiró y le dijo:

–¡*Ye* mi señor; si de veras me quieres, dame luego mis ropas para que me las ponga y vaya con mis hermanas a ver a nuestra gente y decirles el amor que a mí me tienes, que, luego de eso,

volveré yo aquí y te llevaré a tu país!

Al escuchar tales palabras vertió Chanischah copiosas lágrimas. Y dijo a la muchachita:

–¿Por ventura te figuras que Alá no va a pedirte cuenta de mi muerte, ya que me la das injustamente?

–¡*Ye* mi señor!–exclamó ella–. ¿En qué te fundas para decir que yo te doy la muerte injustamente?

A lo que el joven respondióle con acento doliente:

–Pues en que luego que te pongas tus ropas y te vayas con tus hermanas y me dejes solo aquí no hay duda que en el acto he de morir.

Echóse a reír la señorita Schemsa y también sus hermanas, al oírle a Chanischah tales palabras. Y luego la joven, dejando de reír, díjole así:

–Serena tu alma y refresca tus ojos, pues has de saber que, sin remisión, nos hemos de casar los dos.

Y así diciendo inclinóse la mocita hacia él y lo abrazó y contra su pecho fuerte lo abrazó y entre sus ojos y en las mejillas lo besó. Y así se estuvieron ambos abrazados largo rato y después en el trono se sentaron.

Y la mayor de las tres hermanas salió luego al jardín y cortó flores y arrancó frutas y se las llevó a los dos enamorados al alquival y comieron y bebieron y retozaron y rieron.

Y *sitt* Schemsa, cautiva ya de los encantos del bello Chanischah, rodeóle con sus brazos el cuello, diciendo:

–¡Por Alá, amor mío, que te quiero hasta no poder más y nunca te habré de dejar!

Al oír lo cual fue tanta la alegría que le entró a Chanischah que rompió a reír con tales ganas que los colmillos enseñaba.

Y así siguieron un rato todavía, entregados a demostraciones de alegría.

Pero estando en estas he aquí que el *scheij* Nazr se presenta, de regreso de su entrevista con las aves, y no bien lo vieron las tres hermanas se pusieron en pie y fueron hacia él y con el *selam* lo saludaron y le besaron las manos.

Dioles el *scheij* Nazr la bienvenida y les mandó sentarse, y sentáronse ellas en seguida. Después de lo cual díjole a la más pequeña el *scheij* Nazr:

–Este jovencito que ves aquí está locamente enamorado de ti, y por Alá que debes darle el sí, pues es de los grandes entre las gentes y de los hijos de los reyes y su padre es el señor que manda en el país de Kabul, el cual abarca un terreno muy grande.

Luego que *sitt* Schemsa oyó aquellas palabras del *scheij* Nazr, díjole sumisa:

–Haré, ¡*ye scheij* ilustre!, lo que me indicas.

Y poniéndose en pie fue a besarle las manos al anciano y luego quedóse ante él cuadrada, aguardando por si algo más la mandaba. Y el *scheij* Nazr le dijo a *sitt* Schemsa:

–Si fuiste sincera en tus palabras, júrame, por Alá, que no te desdecirás de ellas, en tanto la vida te tenga prendida en sus cadenas.

Juróle la joven en el acto, por lo más sagrado, que no se retractaría nunca de lo dicho y no se casaría nunca con nadie más que con el guapo Chanischah. Después de lo cual díjole la joven al *scheij* Nazr:

–Has de saber, ¡*ye* el *scheij* venerable!, que jamás en la vida de este joven me apartaré ni lo dejaré.

Permanecieron luego de eso Chanischah y la genio junto al *scheij* Nazr por espacio de tres meses, comiendo y bebiendo y jugando y riendo. Hasta que, cumplido el tercer mes, díjole *sitt* Schemsa a Chanischah:

–Quisiera, a la verdad, que me llevaras a tu país y nos casáramos allí y nos asentáramos para vivir.

Y el *scheij* Nazr díjole también a Chanischah:

–Sí; llévatela a tu país y cásate con ella allí.

–Oír es obedecer–respondió Chanischah a las palabras del *scheij* Nazr.

Buscó luego sus ropas *sitt* Schemsa y, no pudiéndolas encontrar, le dijo al *scheij* Nazr:

–¡*Ye scheij* respetable! Mándale que me devuelva mi traje de plumas para que me lo ponga, pues sin él no adelantaremos gran cosa.

–Eh, Chanischah–ordenó el *scheij* Nazr–. Dale su ropa para que se la ponga, que tiene razón ahora.

–Oír es obedecer–respondió Chanischah, y entróse en el alcázar y sacó las ropas de donde las dejara y se las dio a la muchacha, la cual se las tomó y se las vistió, y después díjole a Chanischah:

–Móntateme encima y cierra los ojos y tápate las orejas.

Hízolo así Chanischah y se montó encima de ella. Pero antes de que la joven remontara el vuelo, díjole así el viejo:

–Párate un poco para que te pueda describir el país de Kabul, pues temo que, si no lo hago así, os extraviaréis y no sepáis llegar hasta allí.

Detúvose ella hasta que el *scheij* Nazr le describió el país de Kabul, tornándole a recomendar con mucho interés la persona de Chanischah.

Después de lo cual despidióse de ellos el anciano y *sitt* Schemsa despidióse de sus hermanas y de él.

Y al despdirse de sus hermanas, les dijo así:

–Id a nuestra gente y decidles lo que en este lugar me ha sucedido a mí con Chanischah.

Dicho lo cual en aquel mismo instante echó a volar, hendiendo los aires como el soplo del viento o cual el relámpago centelleante.

Y también sus hermanas remontaron el vuelo y a su tierra se dirigieron, y, al llegar, comunicáronle su mensaje a su pueblo.

Y desde que el vuelo remontó no paró *sitt* Schemsa de volar, y volando estuvo sin cesar, desde la aurora hasta la tarde, llevando sobre su espalda a Chanischah.

Y a eso del atardecer vislumbraron, en lontananza, un valle muy poblado de árboles y plantas y regado por corrientes de agua. Y *sitt* Schemsa le dijo a Chanischah:

–Voy a aterrizar en ese valle para que nos recreemos con lo que en él hay de plantas y árboles y en él pasemos esta noche de un modo agradable.

A lo que le contestó Chanischah:

–Haz según tu voluntad.

Aterrizó, pues, la genio en aquel valle y Chanischah se apeó de sobre sus hombros y la besó entre sus ojos.

Sentáronse luego orillas de un riachuelo y allí estuvieron descansando una hora de tiempo.

Luego se levantaron y procedieron a explorar aquel valle, recorriéndolo por todas partes, recreándose con lo que allí había y comiendo del fruto de sus árboles.

Entregados estuvieron a esa ocupación hasta que la noche cerró. Y entonces se acostaron al pie de un árbol y se durmieron y durmiendo estuvieron hasta que amaneció la mañana y los despertó de su sueño.

Levantóse entonces *sitt* Schemsa y mandóle a Chanischah que en su espalda volviera a montar.

–Oír es obedecer–respondió Chanischah. Y montó sobre los hombros de su amada, la cual en el acto echó a volar.

Y volando fue sin parar desde la mañana hasta prima hora de la tarde, en que al fin pudo de lejos vislumbrar las señales que el *scheij* Nazr le indicara, para que el rumbo de su viaje no errara.

Luego que *sitt* Schemsa divisó aquellas señales descendió de lo más elevado del aire y fue a aterrizar en un vasto prado, muy ameno y bien sem-

brado. Y al tomar tierra en aquel prado hermoso descolgóse Chanischah de sobre sus hombros y le besó entre sus ojos.

Sentáronse luego ambos, orillas de un río que allí había, y estuvieron un rato sentados, descansando, y después se levantaron y anduvieron por el prado, recreándose en la contemplación de sus primores y comiendo del fruto de sus árboles, hasta que fue venida la noche y entonces se acostaron al pie de un árbol y se durmieron y hasta el amanecer no se despertaron.

Pero tan pronto como clareó la mañana levantóse la princesa pájara y díjole a Chanischah que encima se le montara y con él a cuestas remontó luego el vuelo y fue volando sin parar hasta la hora de la siesta, en que vislumbró unos edificios, que por su traza, según las indicaciones del *scheij* Nazr, que ella recordaba, diéronle a entender que se hallaban ya en las cercanías de la ciudad de Kabul, que era la meta de su jornada.

Decidió, pues, *sitt* Schemsa aterrizar allí y con mucha suavidad lo hizo así, y ella y Chanischah descendieron en una ancha llanura, muy cubierta de verde hierba, donde triscaban las gacelas y saltaban los manantiales y corrían los riachuelos y maduraban los frutos, que verlos era un gusto...

Y Chanischah, al apearse de sus hombros, besó a su adorada entre ojo y ojo.

Y *sitt* Schemsa le preguntó a Chanischah:

–Dime, amor mío, colirio de mis ojos, ¿sabes cuántos días de jornada hemos recorrido desde ayer?

Y Chanischah le respondió:

–De veras no lo sé:

Y ella entonces le dijo:

–Pues para que lo sepas hemos hecho un recorrido que equivale a treinta meses de viaje, en condiciones normales.

–¡Loado sea Alá, que nos trajo aquí con toda seguridad!–exclamó Chanischah.

Y se sentó en el suelo a descansar. Sentóse junto a él *sitt* Schemsa y ambos amantes se pusieron a comer y beber y jugar y reír y retozar.

Pero cuando más descuidados estaban, entregados a sus escarceos, he aquí que dos mamelucos se presentan delante de ellos, y era el uno aquel mismo mameluco que quedara al cuidado del caballo de Chanischah cuando montó este en el barco de los pescadores y era el otro del número de aquellos que le acompañaran, cuando el joven salió de caza.

Al reconocer ambos a Chanischah llegáronse a él y lo saludaron con el *selam*. Y le dijeron con afectuosidad:

–Contando con tu venia, iremos a anunciarle a tu padre tu llegada, que con impaciencia te aguardaba.

–Sí–díjoles Chanischah–; id a ver a mi padre y anunciadle...

Pero al llegar aquí sorprendió a Schahrasad la aurora y cortó el hilo de sus palabras encantadoras.

Y LA NOCHE 304 REANUDO SU RELATO EN ESTA FORMA:

–Ha llegado hasta mí la noticia, ¡*ye* monarca, el afortunado!, que Chanischah díjoles a los mamelucos:

–Id a ver a mi padre y anunciadle mi llegada al instante. Y plantad aquí tiendas, pues tenemos intención de estarnos siete días en este campo descansando, en tanto él organiza su séquito y viene a recogernos, para que hagamos nuestra entrada en la almedina.

Montaron los mamelucos en sus caballos y fuéronse a ver al padre de Chanischah y le dijeron:

–¡Albricias, *ye* rey de los tiempos!

–¿Qué nueva me traéis?–preguntóles el rey–. Por ventura, ¿tornó acá mi hijo Chanischah?

–Así es, en verdad–le respondieron los mamelucos–. Tu hijo Chanischah es tornado de su largo viaje y lo tienes no lejos de aquí, en el prado Al-Kerani.

Holgóse el rey mucho al oír las palabras de los mamelucos y tal fue su regocijo que cayó a tierra sin sentido.

Luego que en sí volvió mandó el rey que a cada uno de los dos mamelucos le diesen un traje de gran precio, amén de una crecida suma de dinero. Y el rey les dijo a los mamelucos:

–Tomad ese dinero, en premio a la fausta nueva que me habéis traído, lo mismo si es cierta que si me habéis mentido.

–No hemos mentido–respondieron ellos–, que es verdad que vimos a tu hijo y de su lado acabamos de separarnos, y le besamos las dos manos y él nos mandó que viniésemos a anunciártelo y volviéramos allá llevándole alfaneques, pues tiene la intención de acampar en aquel sitio, que es el valle Kerani, según te hemos dicho, por espacio de siete días, hasta que salgan a recibirlo los emires y grandes del reino, y no se moverá de allí en todo ese tiempo.

–Bien–exclamó el rey–. Pero decidme: ¿cómo se encuentra mi hijo, el príncipe?

–Tu hijo, *¡ye* señor!–respondieron los dos mamelucos–, se encuentra muy bien y en su compañía viene una hurí que del alchenna se trajo hasta aquí.

Luego que eso oyó el rey Tigmús mandó que los atabales repicasen y los clarines tocasen. Y mandó, asimismo, que le anunciasen la llegada de su hijo a la madre de Chanischah y a las mujeres de sus emires y visires y que todas sus tropas y milicias se concentrasen y se dirigieran al valle Al-Kerani y que pregonasen por toda la ciudad cómo era llegado el príncipe Chanischah.

Y estando Chanischah sentado en el verde, teniendo a *sitt* Schemsa a su lado, he aquí que las tropas hacia él se dirigen, y al verlas Chanischah levantóse en seguida y salió a su encuentro para recibirlas. Y al verlo y reconocerlo los militares apeáronse de sus cabalgaduras y fueron a pie hasta él y lo saludaron con el *selam* y le besaron las manos con toda reverencia y humildad.

Pusiéronse después en camino Chanischah y los soldados, y, unos tras de otros, caminaron hasta llegar a presencia del rey Tigmús, que, al ver a su hijo, tiróse del caballo y fuese a abrazarlo y lo estrechó contra su pecho con gran ternura y sentimiento, derramando copiosas lágrimas de puro contento.

Montaron luego padre e hijo en sus sendos corceles, y rodeados a derecha e izquierda de sus soldados fieles, fueron cabalgando hasta llegar orillas del río de donde Chanischah fuera partido, y, llegado que allí hubieron, plantaron los alfaneques en el suelo y también los estandartes regios y mandaron repicar los atabales y tocar los clarines, que con su fragor estremecían el aire.

Ordenó después el rey Tigmús a los tapiceros que tendiesen allí cinco tapices de seda bermeja y con ellos le armasen una tienda a *sitt* Schemsa, lo que aquellos hicieron en menos que se cuenta.

Levantóse *sitt* Schemsa y se quitó su traje de plumas y en su lugar se puso otro muy rico y lujoso y trasladóse a la tienda de campaña que le estaba destinada, y se sentó allí en expectación de lo que pasara.

Y estando allí sentada vio venir hacia ella al rey Tigmús, llevando consi-

go, a su lado, a su hijo, y levantose al verlos *sitt* Schemsa y besó la tierra entre las manos del soberano.

Sentóse después el rey Tigmús, teniendo a su hijo Chanischah a su diestra y a *sitt* Schemsa a su siniestra, y dio la bienvenida a su nuera y preguntó a su hijo Chanischah:

–Cuéntame lo que te haya sucedido en el curso de tus andanzas por el mundo.

Refirióselo todo su hijo, desde el principio al fin, y el rey Tigmús quedó maravillado al oír las palabras de su hijo Chanischah, presa de un asombro que no tenía igual.

Y volviéndose a *sitt* Schemsa, le dijo:

–¡Loado sea Alá, que de ti se ha servido para restituirme a mi hijo! En verdad que ha sido este un gran triunfo.

Sorprendió aquí a Schahrasad la mañana y puso coto a sus no tasadas palabras.

Y LA NOCHE 305 SIGUIO DICIENDO LA MUCHACHA:

–He logrado saber, *¡ye* monarca, el afortunado!, que el rey Tigmús le dijo a *sitt* Schemsa:

–¡Loado sea Alá, que de ti se ha servido para restituirme a mi hijo! En verdad que fue este un favor grandísimo. Así que querría algo me pidieses en que pudiera complacerte.

–Pues bien–respondió la joven–, asígname un alcázar en medio de un jardín, por debajo del cual corra el agua, pues sin eso no podría vivir.

–Desde este momento soy en acceder a tu deseo–respondió el monarca.

Estando ambos en estos razonamientos he aquí que la madre de Chanischah se presenta ante ellos, llevando consigo a todas las mujeres de los emires y los visires y de los grandes del reino, todas sin excepción, que no quiso ninguna verse privada de tal honor.

Luego que Chanischah vio a su madre salióse de la tienda y corrió hacia ella y la besó y la abrazó y la tuvo estrechada una hora de tiempo contra su corazón. Y la reina, madre de Chanischah, de puro alegre que estaba, echóse a llorar, y en medio de su llanto, que le corría por las mejillas, recitó esta rima:

Tan hecha a llorar estoy
que por todo lloro ya,
por lo bueno y por lo malo,
por lo fausto y lo fatal.

Y después madre e hijo cambiaron sus quejas por lo que a sus corazones habíales hecho padecer la ausencia.

Trasladóse luego el rey Tigmús a su tienda y Chanischah llevóse a su madre a su alquival y allí se sentaron y siguieron platicando.

Hasta que llegó uno de los servidores de *sitt* Schemsa a anunciarles la llegada de su señora, diciendo:

–*Sitt* Schemsa viene acá, con el fin de desearte la paz.

Y la reina, al oír esas palabras, luego se levantó y salió a recibir a *sitt* Schemsa y la saludó con el *selam* y a su lado la hizo sentar.

Y la reina y su corte de nobles damas, esposas de los emires y los visires, volvió con la princesa Schemsa al alfaneque de su nuera y se sentó allí con ella.

Y el rey Tigmús repartió liberales dádivas entre sus tropas y sus vasallos y alegróse en su hijo con alegría excesiva y todos se estuvieron allí diez

días, haciendo fiesta y regocijo y divirtiéndose de lo lindo.

Hasta que, cumplidos que fueron los diez días, dio el rey Tigmús la señal del regreso y todos se tornaron a la ciudad y el rey iba caballero en su caballo, llevando a sus visires y chambelanes a sus sendos costados, y así fueron todos cabalgando hasta llegar a la almedina, que encontraron toda engalanada, pues el pueblo había adornado sus casas con colgaduras de ricas telas incrustadas de pedrería y tendido alcatifas de brocado bajo los cascos de los caballos.

Y repicaban los tambores, y los grandes del reino hacían demostraciones de contento y ofrecían a su rey presentes valiosos y los mirones no salían de su asombro.

Y mandó el rey repartir vituallas entre los mendigos y los faquires y hacer fiesta por espacio de diez días, al ver lo cual alegróse *sitt* Schemsa hasta no poder más [15].

Y el rey Tigmús mandó venir a los alarifes y los albañiles y a los hombres de ciencia y conocimientos y les dio orden de construir un alijar [16], en medio de un jardín, debajo del cual corriese el agua sin cesar. Y ellos lo escucharon y su acatamiento le prestaron y procedieron en seguida a tomar sus medidas para complacerle en lo que les había mandado, y tanta prisa se dieron que en poco tiempo quedó el alcázar fabricado del modo más airoso y gallardo.

Luego que supo Chanischah que iban a labrar el alcázar mandóles a los albañiles que le llevasen una columna de mármol blanco y que la tallasen y desbastasen y la ahuecasen dándole forma de arca, y al punto hicieron ellos según el príncipe les mandara.

Tomó luego Chanischah los vestidos de *sitt* Schemsa, aquellos que se ponía para volar, y los guardó en el vano de aquella columna y puso esta en la basa del alcázar y ordenó a los albañiles que labrasen encima de ella los arcos sobre los cuales aquel se sustentara.

Terminaron luego los alarifes el alcázar y lo enlosaron y resultó ser un gran palacio, en medio del jardín, por debajo del cual se sentían las aguas pasar.

Luego que el rey Tigmús supo que estaba terminado el alcázar, mandó celebrar los desposorios de su hijo Chanischah con *sitt* Schemsa y se celebraron aquellos con regocijo y alegría tales, que no podían tener pares.

Después de lo cual condujeron a *sitt* Schemsa a aquel alcázar y dejaron a Chanischah a solas con su esposa.

Mas sucedió que, al entrar en el alcázar la novia, luego diole el husmo de su traje de plumas, el que se ponía para volar, y adivinó el lugar de donde venía aquel olor y fue allá y a punto estuvo de coger su traje, solo que aguardó a que fuese la noche mediada y Chanischah tuviera sumergida en el sueño su alma.

Luego que así fue levantóse del lecho doña Schemsa y dirigióse a las columnas sobre las cuales se sustentaban los arcos del alijar y se puso a cavar hasta descubrir aquella en cuyo hueco mandara Chanischah su traje de plumas guardar.

Y, levantando la tapa de plomo que el arca cubría, sacó de allí sus ropas de plumas y se las vistió y en el acto remontó el vuelo y fue a posarse en lo más alto del alcázar, y desde allí gritóles a sus guardianes:

–¡Decidle a Chanischah que venga aquí, que de él me quiero despedir!

Fuéronle ellos con el mensaje a Chanischah y este, al oírlo, levantóse en seguida y corrió allá y, al ver a doña Schemsa sentada en la azotea del alcá-

[15] La edición de Bulak suprime todo este paso.

[16] Lo mismo que alcázar.

zar y vestida con el traje de plumas, díjole con acento de reproche y amargura:

–¿Cómo pudiste, amada mía, hacer eso conmigo?

A lo que ella contestóle:

–¡*Ye* amado mío y colirio de mis ojos y fruto de mis entrañas, por Alá que te quiero con un amor grande y que sentí una alegría inmensa al traerte a tu tierra y unirte con tu padre y ver a este rey respetable! Pero si tú me quieres en verdad como yo te quiero a ti, vente conmigo a mi alcázar, llamado Tekná, que es todo de piedras preciosas y diamantes, y allí gozaremos de dicha constante.

Y dicho que hubo aquello remontó doña Schemsa el vuelo y fuese derecha a unirse con su grey de genios [17].

Al ver Chanischah que su amada echaba a volar poco le faltó para morir, y fue tal su emoción que se desmayó.

Corrieron a avisar al rey, su padre, de lo que ocurría, y al saberlo el rey Tigmús, montó a caballo y se dirigió al palacio y llegóse al lugar donde estaba su hijo, encontrándoselo tendido en el suelo y sin sentido.

Rompió el rey Tigmús a llorar con gran vehemencia y conoció por aquellos indicios cuánto era el amor que a doña Schemsa tenía su hijo.

Rocióle luego el rostro a Chanischah con agua de rosas y volvió en sí el joven y abrió los ojos y vio a su padre allí delante, y al recordar la fuga de su esposa, tornó a llorar con gran vehemencia y congoja.

Y su padre le preguntó:

–¿Qué fue, hijo mío, lo que te pasó?

Y su hijo le contestó:

–Has de saber, padre mío, que doña Schemsa pertenece a la casta de los genios y yo la amo con pasión y me tiene loco su amor, que, desde el primer instante, su belleza me cautivó el corazón.

Y has de saber, asimismo, que yo tenía en mi poder sus vestidos de plumas, sin los cuales no puede volar, y los había escondido en el hueco de una columna que mandé tallar en forma de arca y tapé luego con cubierta de plomo y los puse, finalmente, debajo de los arcos de este alijar, para que nadie los pudiese encontrar.

Pero ella socavó los cimientos del alcázar y descubrió sus ropas y se las puso y echó a volar y en la azotea del alcázar se fue a posar y me mandó a llamar y cuando allá corrí, hablóme así: «Yo te amo de verdad y te traje a tu tierra y te junté con tus padres, de suerte que no puedes dudar. Ahora bien: si tú me quieres a mí, tanto como yo te quiero a ti, vente conmigo a mi castillo de diamantes, llamado Tekná, y allí gozaremos de dicha constante.»

Después de lo cual remontó el vuelo y se perdió en los aires, dejándome medio muerto.

–Hijo mío–le contestó el rey Tigmús a su hijo–, no te apures, que yo veré lo que se puede hacer para poner término a tu padecer.

Marchó en el acto el rey Tigmús a su palacio y reunió a sus cuatro visires y les dijo:

–Juntad sin tardar a cuantos mercaderes y viajeros haya en la ciudad y preguntadles a ver si saben dónde está ese castillo de diamantes que llaman Tekná. Y hacedles saber que, al que lo conozca y pueda darme las señas del dicho castillo Tekná, cincuenta mil dinares le prometo dar.

Luego que oyeron los visires las palabras del soberano, todos, a una, exclamaron:

–Oír es obedecer.

Y en aquel mismo instante marcharon a hacer lo que les mandaba su rey. Y dieron principio a sus pesquisas, in-

[17] Reminiscencia atenuada del argumento trágico de Medea.

terrogando a viajeros y mercaderes, y en esas indagaciones se les fueron dos meses, sin que lograsen averiguar nada absolutamente.

Volvieron, pues, y contáronle al monarca lo infructuoso de sus andanzas. Echóse el rey a llorar al oírlos y fue a buscar al príncipe, y le dijo:

–Hijo mío, no doy con nadie que sepa dónde cae ese castillo Tekná; pero no pases pena por doña Schemsa, que yo te buscaré otra esposa, todavía mejor que ella.

Rompió a llorar Chanischah al oír tales palabras y vertió copiosas lágrimas y, con mucho dolor y sentimiento, improvisó estos versos:

–Me abandonó la paciencia
mas no me deja el anhelo,
y de tanto amar, el alma
y el cuerpo tengo ya enfermos.
¿Cuándo con Schemsa querrá
unirme el sino de nuevo?
¡Ojalá que pronto sea!
Pues más resistir no puedo,
que el fuego de esta pasión
ya me derrite los huesos.

Ahora bien: era el caso que entre el rey Tigmús y el rey de Al-Hind existía de antiguo gran enemistad, porque el rey Tigmús en una ocasión hiciérale al otro la guerra y entrara a saco en sus tierras y le matara muchos hombres y le arrebatara grandes riquezas [18].

Llamábase el rey de Al-Hind por nombre Kefid y acaudillaba grandes ejércitos y tropas y reinaba sobre mil ciudades, cada una de las cuales tenía mil castillos fuertes, y era el tal rey hombre grande y valiente , y sus tropas se extendían y llenaban la tierra toda.

Y al saber el rey Kefid, soberano de Al-Hind, que el rey Tigmús tenía el ánimo embargado por el amor a su hijo y todo lo demás lo tenía preterido y dejaba el gobierno desatendido, entregado por completo a su pesar, reunió a sus emires y visires y les dijo:

–¿No sabéis que el rey Tigmús invadió en otros tiempos nuestras tierras y las saqueó y mató a mi padre y a mi hermana y se llevó nuestras haciendas estimadas, no habiendo entre vosotros ninguno al que no le matara algún pariente y no le robara sus caudales o sus deudos no le cautivase?

Pues bien: ahora he podido saber que el rey Tigmús tiene el ánimo enteramente embargado por el amor que profesa a su hijo Chanischah y que sus tropas han venido a menos y que está desorganizado su ejército.

Esta es, por tanto, la ocasión de vengarnos del pasado agravio y debemos reunir nuestras tropas y ejércitos y aprestar las armas de guerra y marchar contra él y cogerlo desprevenido y matarlos a él y a su hijo y acabar nuestra victoria apoderándonos de sus tierras todas.

Sorprendió aquí a Schahrasad la mañana y puso dique a sus desbordadas palabras.

PERO LA NOCHE 306 SIGUIO DICIENDO LA MUCHACHA:

–Ha llegado a mis oídos, *¡ye* monarca, el afortunado!, que el rey Kefid, soberano de Al-Hind, ordenóles a sus capitanes y guerreros que montasen luego y se aprestasen a invadir las tierras del rey Tigmús, diciéndoles:

–Aprestad los arreos bélicos y disponeos a invadir su reino, y no andéis remisos en hacer lo que os digo, que es

[18] El *Kabulistán* (país de *Kabul* o *Kabil),* al nordeste del Afganistán, limitaba con la India *(Al-Hind).*

conveniente vayamos allá en seguida y cojamos a aquella gente desprevenida y matemos al rey Tigmús y a su hijo Chanischah y nos alcemos con su reino sin dificultad.

Al oír las palabras del rey, dijeron todos:

–Oír es obedecer. Haremos lo que manda nuestro rey.

Marchó luego el rey Kefid al frente de sus tropas hasta llegar a las tierras del rey Tigmús, su enemigo, y las asoló y vejó a sus naturales y dio muerte a los grandes y cautivó a los chicos e hizo grandes estragos en todas partes.

No tardó en llegar a oídos del rey Tigmús la noticia de lo que ocurría, y, no bien fue sabedor de ello, reunió a sus consejeros y a los emires y visires de su reino. Y cuando los tuvo ante él reunidos, les dijo:

–Habéis de saber cómo el rey Kefid irrumpió con sus tropas en nuestro país y lo asoló y devastó y ahora viene sobre nosotros con la intención de matarnos a todos y dizque trae huestes considerables en tal número que no pueden contarse, y entre ellas vienen bahruanes esforzados y arraeces consumados. ¿Qué es lo que me aconsejáis en este caso?

–*¡Ye* rey de los tiempos!–le dijeron–. Nuestro parecer es que debemos marchar contra él y atacarlo con denuedo, hasta echarlo otra vez de su reino.

Aprobó el rey Tigmús el parecer de sus consejeros y mandó poner en pie de guerra su ejército y que todos se vistiesen sus armaduras de hierro y se calasen sus cascos y yelmos y se pertrechasen de espadas y demás armas, que a los cobardes y flojos los postran en el polvo y a los bravos y fuertes los envían a la muerte.

De forma, pues, que en seguida reuniéronse todas las huestes y enarbolaron las banderas y repicaron los tambores y tocaron las trompetas y retumbaron los platillos, y las dulzainas y chirimías dejaron oír sus penetrantes sonidos.

Y el rey Tigmús montó en su bridón y se puso al frente de sus tropas y fueron todos cabalgando al encuentro de las huestes del rey Kefid, soberano de Al-Hind.

Hasta que llegaron cerca del lugar donde acampaba el enemigo, y el rey Tigmús mandó hacer alto en un valle llamado Sahrán [19], que lindaba con la frontera del país de Kabul, y desde allí despachó al rey Kefid un emisario, portador de una misiva que a la letra decía:

«Y después. Por lo que hemos podido saber, tú, *¡ye* rey Kefid!, has cometido desafueros y desmanes propios de forajidos despreciables, y si fueres, en verdad, un rey, hijo de reyes, no te habrías propasado a tales fechorías, ni habrías invadido mis tierras, ni despojado a la gente de sus riquezas, ni vejado a mis vasallos, haciéndolos blanco de la violencia...

»Por ventura, ¿no te das cuenta de que todo eso que haces es una injusticia y un atropello reprobable?

»De haber yo sabido que te disponías a hacerme la guerra habría tomado a tiempo mis medidas y te habría cerrado el paso en mis fronteras; pero si ahora retrocedieras y renunciaras a hacernos daño y a tu reino te volvieras, yo me avendría de buen grado a olvidar lo pasado y dejaría la cosa en tal estado.

»Pero si no retiras tus tropas de mi reino y persistes en tus desafueros, yo saldré a combatir al palenque y tendrás que soportar una guerra dura y fuerte».

Luego que la carta escribió el rey Tigmús la cerró, poniendo el sello real, y se la entregó a uno de sus capitanes, y por su mano se la envió al rey

[19] O de las Flores. Hay un lugar de ese nombre en las inmediaciones de Medina.

Kefid, dando orden de que acompañasen al emisario espías que recogiesen informes y datos.

Tomó la misiva el emisario y fue a llevársela al rey Kefid, su destinatario.

Y al acercarse al campo enemigo divisó muchedumbre de tiendas de campaña de seda y raso, con gallardetes de seda azul, y, entre ellas, un gran alfaneque de raso granate, custodiado por muchos guardianes.

No bien estuvo el enviado del rey Tigmús cerca de los reales del monarca de Al-Hind, salióle al encuentro una patrulla y su jefe le cogió la carta y lo condujo en el acto a la presencia de su soberano.

Tomó el rey de Al-Hind la carta y la leyó y se enteró de lo que decía y, en respuesta a ella, mandó escribir esta misiva:

«Y después. A eso que llaman el rey Tigmús. No hay más remedio sino que hemos de tomar venganza de tus pasados desmanes y limpiar nuestro nombre del borrón que sobre él echaste y asolar tu reino y partir en dos el velo y matar a los ancianos, y a los gulamos [20] tomarlos como esclavos.

»Pero si tienes arrestos, sal mañana a campo abierto y nos dignaremos mostrarte cómo las gastamos en la lucha y el combate.»

Selló luego su carta el rey Kefid y se la entregó al emisario del rey Tigmús, el cual la tomó de sus manos y se tornó a la corte de su soberano.

Luego que llegó a su presencia, besó la tierra entre sus manos y le entregó la carta y le comunicó lo que viera en el curso de su embajada. Y le dijo:

–¡*Ye* rey glorioso! He visto allí guerreros y valerosos en tal número que no se podrían contar ni habrá modo de exterminar.

Leyó luego el rey Tigmús la misiva de su enemigo y, al enterarse de su contenido, acometióle enojo grandísimo y ordenó a su visir, Ain Sar, que montase en su caballo, y, llevando consigo mil alfercies [21] esforzados, fuese a atacar a las tropas del rey Kefid, que habían hecho irrupción en el país... eligiendo para ello la medianoche, a fin de cogerlas desprevenidas y aniquilarlas antes de que pudieran defenderse o emprender la huida.

–Oír es obedecer–respondió el visir Ain Sar a su sultán.

Y acto seguido, montó en su caballo y reunió mil jinetes esforzados y, al frente de ellos, marchó hasta llegar a las inmediaciones del lugar donde el rey de Al-Hind había plantado su real.

Y tenía el rey Kefid un visir llamado Gatrafán [22], y mandóle el rey que montase en su caballo y reuniese cinco mil jinetes bravos y marchase con ellos a atacar a las huestes del rey Tigmús y las acometiese con denuedo, hasta dar cuenta de todos sus guerreros.

Montó luego el visir Gatrafán en su caballo e hizo todo lo que le ordenara su soberano y marchó en busca de las huestes del adversario, y no pararon él y sus guerreros de cabalgar hasta llegar no lejos del lugar en que se hallaban las tropas contrarias, y a eso de medianoche topáronse ambas.

Viéronse luego uno y otro bando y, con gran grita y algazara, empeñáronse en reñida batalla y, entregados a mutua matanza, siguieron, hasta que amaneció la mañana.

Y luego que así fue diéronse a la fuga los guerreros del rey Kefid y volvieron las espaldas, huyendo a la desbandada.

Al ver aquello el rey Kefid púsose furioso, e increpando a los fugitivos, les dijo:

–Que el sol en adelante su bendición os niegue y solo enojo os muestre.

[20] Mocitos.

[21] Soldados que manejaban el hacha.

[22] Arrogante.

¿Cómo fuisteis osados a desertar de vuestras banderas y dejar solo a vuestro capitán?

A lo que los fugitivos le replicaron así:

–Has de saber, ¡*oh* rey del siglo!, que, cuando el visir Gatrafán marchaba a atacar al rey Tigmús, atravesósenos en el camino, ya la noche mediada, el visir Ain Sar, al frente de esforzadas huestes y, antes que llegáramos al valle Sahrán, vímonos por todas partes rodeados y envueltos por el enemigo y con él combatimos fieramente, desde la medianoche hasta el amanecido, y muchas bajas unos y otros tuvimos.

Pero luego el visir y sus hombres nos embistieron con furia irresistible y empezaron a acuchillar a nuestros alfiles en los morros, y estos se espantaron y volvieron para huir el rabo, y en su furia despidieron con violencia a sus caballeros, sin que, con el polvo que levantaban, se pudieran ver unos a otros.

Y dizque la sangre corría a raudales cual copioso diluvio, y de no haber nosotros huido, ninguno quedara vivo.

Al oír lo cual el rey Kefid tornó a maldecir a los fugitivos [23].

Cuanto al visir Ain Sar, volvióse muy ufano al lado de su soberano y le albrició la buena nueva de la victoria que había logrado.

Y el rey Tigmús dio albricias también a su visir Ain Sar y lo felicitó por haber regresado del combate con toda su integridad y se holgó de su triunfo y lo celebró con grandes alharacas de júbilo y mandó repicar atabales y tocar las cornetas y hacer fiestas.

Y después pasó alcamiz a sus tropas y vio que habían tenido en la batalla doscientas bajas de otros tantos guerreros de talla, de lo que se dolió en su alma.

Cuanto al rey Kefid, luego reunió sus tropas y sus huestes y sus ejércitos y sus milicias auxiliares y salió con ellas al combate y las distribuyó en secciones regulares y se destacaron los guerreros más bravos, provocando a la lucha a los contrarios.

Revistó también el rey Tigmús sus tropas y las distribuyó en orden de combate y comprobó que sumaban diez divisiones, cada una de las cuales constaba de diez mil hombres, todos caballeros en sus corceles e intrépidos y fieles.

Por su parte el monarca iba rodeado, a derecha e izquierda, de cien bahruanes montados en sus corceles de pura sangre.

Luego que las tropas formaron y se situaron en orden de combate, destacáronse los jinetes y se apretujaron los corceles, y eran tantos que les venía chica la amplitud del campo. Empeñáronse luego entrambos bandos en cruda y fiera lucha y, matándose unos a otros sin piedad, estuvieron desde que el alba clareó hasta que por la tierra la sombra se extendió.

Y entonces uno y otro ejército retiráronse a sus campamentos.

Pero al llegar aquí sorprendió a Schahrasad la mañana y puso dique a sus desbordadas palabras.

[23] La edición de Bulak suprime estos pormenores.

Y LA NOCHE 307 SIGUIO DICIENDO LA MUCHACHA:

–Ha llegado a mi noticia, *¡ye* monarca, el afortunado!, que, al extenderse por la tierra las sombras, separáronse por fin ambos ejércitos y se fueron cada cual a su campamento.

Pasó el rey Kefid revista a sus milicias y comprobó que el número de sus bajas ascendía a cinco mil, de lo que concibió una gran ira.

Revistó también el rey Tigmús sus huestes y, al comprobar que le habían matado tres mil caballeros, de los más barraganes y fieros, entróle un furor tremendo.

Y el rey Kefid, luego que amaneció la mañana, lanzó sus tropas al campo y cada uno de los guerreros echó el resto por lograr la victoria, y el rey Kefid gritóles a sus hombres:

–¿Cuál de vosotros quiere salir al campo el primero y abrirnos la puerta del combate y la pelea?

Y no bien lo dijera cuando destacóse de las filas un guerrero, llamado Barkaik [24], famoso entre sus compañeros por su valor y denuedo, y montado en su elefante, fuese hacia el rey y, llegado que hubo ante él, apeóse de su cabalgadura elefantina y besó la tierra entre las manos del soberano y le pidió su venia para salir a la palestra y desafiar al enemigo a singular combate.

Y obtenido que hubo Barkaik la venia del monarca, montó de nuevo en su elefante y se fue a los medios del palenque y desde allí gritó con voz fuerte:

–¿No hay entre vosotros quien quiera probar conmigo sus fuerzas?

Luego que el rey Tigmús oyó el reto, díjoles a sus hombres:

–¿Cuál de vosotros quiere reñir en singular combate con ese enemigo arrogante?

Y al punto, un caballero de los bravos destacóse de entre las filas del rey Tigmús y fuese derecho al soberano, y desmontó de su bridón y besó la tierra entre sus manos y recabó su venia para pelear en singular combate con Barkaik.

Diósela el rey Tigmús y el caballero tornó a montar en su corcel y embistió a Barkaik, el cual le increpó, diciendo:

–¿Quién eres tú, y cómo te llamas y cómo eres osado a burlarte de mí, viniendo tú solo conmigo a reñir?

–Yo me llamo Gasanfar-ben-Kamjil –replicóle el campeón de Kabul.

–Sí–respondióle su adversario–; me suena ese nombre, por haberlo oído mentar en mi país. Anda, pues, y a ver cómo te portas ahora y sales por tu honra.

Luego que Gasanfar hubo oído esas palabras, sacóse una clava de hierro de debajo del muslo y Barkaik esgrimió en su mano su bien templada tizona y ambos se empeñaron en reñido combate, lanzándose estocadas y mazazos, sin tocarse, hasta que Barkaik, al cabo, alcanzóle a su contrario en la cabeza con su acero y no se la partió porque el almófar de su adversario se lo impidió.

Y luego a su vez Gasanfar asestóle a Barkaik con su maza tal golpe en la cabeza que lo derribó de su elefante y dio con él en tierra y lo mató al instante.

Pero acto seguido destacóse de entre las filas del rey Kefid un segundo campeón, el cual gritóle a Gasanfar:

–¿Quién eres tú, que fuiste osado de matar a mi hermano?

[24] Relampagueante. De *Bark*, relámpago.

Y así diciendo lanzóle a Gasanfar su venablo con tal fuerza que le atravesó la cadera y le clavó la cota de malla en la carne, haciéndole sentir dolor grande.

Pero Gasanfar, en el acto, esgrimió en su mano su espada y arremetió contra el hermano de Barkaik y le asestó una estocada tan certera que dio con él en tierra y allí lo remató y tendido en un charco de sangre lo dejó. Tornóse luego Gasanfar al lado del rey Tigmús, el cual lo felicitó por su valor y el triunfo sobre su retador.

Y al ver el rey Kefid cómo sucumbieran en la lucha sus paladines, volvióse a sus guerreros y les dijo:

–Sus y al enemigo. ¡A luchar sin melindres ni remilgos!

Aprestóse también el rey Tigmús al combate con sus ejércitos y sus milicias auxiliares, y al punto empeñáronse ambos bandos, como el día anterior, en una lucha de gran violencia y furor.

Relinchaban los caballos, gritaban los jinetes armando una algazara imponente; centelleaban las espadas, acometíanse unos a otros con violencia y saña grandes, huían de los lanzazos los cobardes, redoblaban los atabales y vibraban los clarines marciales.

No se oía otra cosa que el clamor de los gritos de los combatientes y el fragor de las armas al chocar unas con otras, y murieron en aquel encuentro de los guerreros los que murieron.

Y prosiguió la batalla con igual furor, hasta que despuntó en la bóveda del cielo el sol, y en ese instante retiróse el rey Tigmús del combate con sus tropas y milicias auxiliares y se tornó a sus reales, y el rey Kefid hizo lo mismo por su parte.

Pasó luego el rey Tigmús alcamiz a sus huestes y vio que habían tenido cinco mil bajas y les habían desbaratado cuatro banderas, al comprobar lo cual le entró una ira tremenda.

Pasó también el rey Kefid revista a sus soldados, que habían tenido seiscientas bajas, de jinetes bravos y de toda su confianza, y además les habían desbaratado nueve banderas, por todo lo cual llenóse de iracundia y pesar.

Volvieron luego a la carga ambos ejércitos y luchando estuvieron tres días seguidos, sin que ninguno de ellos lograra un triunfo decisivo. Visto lo cual escribió el rey Kefid una carta a cierto rey, llamado Fakunu-l-Kelb [25], y con el que el rey Kefid se arrogaba cierto parentesco por parte de madre, y se la envió con uno de sus edecanes.

Luego que el rey Fakún hubo leído la carta de su presunto pariente, el rey Kefid, reunió sus tropas y sus milicias y marchó allá sin tardanza, acudiendo a su llamada.

Sintió aquí Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras encantadoras.

PERO LA NOCHE 308 REANUDO SU RELATO EN ESTA FORMA:

–Tengo entendido, *¡ye* monarca, el afortunado!, que el rey Fakún reunió sus tropas y sus milicias y se puso en marcha, acudiendo a la llamada que el rey Kefid le hiciera en su carta.

No tardó en llegar adonde el rey Kefid se encontraba, y luego que el rey Fakunu-l-Kelb llegó a presencia del rey Kefid, lo saludó con el *selam* y díjole así:

[25] El perro.

–¿Qué es lo que te pasa y qué guerra es esta en que tus tropas están empeñadas?

A lo que el rey Kefid le contestó así:

–Por ventura, ¿no sabes que el rey Tigmús es mi antiguo enemigo y que mató a mi padre y mis hermanas? Pues yo ahora vine con mis tropas a hacerle la guerra, para tomar venganza y limpiar mi nombre de esa mancha.

Oído lo cual díjole el rey Fakún al rey Kefid:

–¡Quiera el sol bendecirte a ti!–Y el rey Kefid condujo a su tienda al rey Fakunu-l-Kelb y se holgó mucho con él.

Y esto es, por ahora, todo lo concerniente a esa historia.

Cuanto al príncipe Chanischah, hijo del rey Tigmús, estuvo dos meses sin ver a su padre y sin que pidieran su permiso para entrar a verle ninguna de las esclavas que para su servicio tenía asignadas. Por todo lo cual eran grandes su inquietud y su pesar. Y a uno de sus edecanes le hubo de preguntar:

–¿Qué será lo que a mi padre le sucede cuando no viene a verme?

Contóle entonces el edecán todo cuanto le ocurriera a su padre con el rey Kefid y la guerra en que ambos se hallaban empeñados, y al oír aquello exclamó sin tardar el príncipe Chanischah:

–Que me traigan al punto mi corcel brioso, que quiero ir a luchar al lado de mi padre contra su enemigo mortal.

–Oír es obedecer–le dijeron sus criados, y acto seguido lleváronle su caballo.

Pero luego que el príncipe Chanischah tuvo allí su corcel, díjose para sus adentros: «Yo, a la verdad, tengo mi alma embargada por otros pensamientos y lo que hacer debo es montar en mi rocín y cabalgar con todo brío hasta llegar a la ciudad de los judíos, que acaso logre allí dar con el judío de marras y lograr por su mano lo que anhela mi alma. Que nadie puede decir de dónde su bien le ha de venir.»

Montó acto seguido en su caballo y, llevando consigo mil jinetes, la marcha emprendió, y, al verlo pasar, decía la gente:

–Ahí va el príncipe Chanischah, que marcha a combatir al lado de su padre contra el enemigo que nos invade.

Pero Chanischah seguía adelante con su comitiva y todos cabalgaron todo aquel día hasta el oscurecer, y entonces acamparon en amplio y ameno prado con intención de pasar allí la noche para al día siguiente reanudar la marcha, en cuanto la mañana amaneciese.

Tendiéronse los jinetes en el verde y se durmieron, y cuando Chanischah comprobó que estaban sumidos en el sueño, levantóse de hurtadillas y se apretó la faja y montó en su corcel y lo espoleó, dirigiéndose hacia Bagdad, porque oyera decir a los judíos que de allí salía, cada dos años, una caravana para su ciudad.

Y pensó Chanischah: «Cuando llegue a Bagdad, me incorporaré a la caravana que va a la ciudad de los judíos y marcharé con ella hasta el lugar de su destino.»

Corroboró su alma el joven en esta determinación y enderezó su rumbo en esa dirección.

Ahora bien: luego que sus tropas despertaron de su sueño y no vieron por allí ni a Chanischah ni a su caballo, montaron en los suyos y procedieron a buscarlo.

Y dieron una batida por aquellos alrededores, registrando todos los rincones, a derecha e izquierda, sin lograr hallar rastro, por lo cual decidieron, descorazonados, regresar junto al rey y decirle lo que había pasado.

Hiciéronlo así acto seguido y el rey, al saber lo que hiciera su hijo, sintió enojo vivísimo y dijo:

–No hay gloria ni poder sino en



Alá, el Altísimo. Perdí a mi hijo y tengo enfrente a mi enemigo.

Pero los otros reyes y visires, que se hallaban presentes, le dijeron al rey:

–Ten paciencia, *¡ye* monarca del tiempo!, que la paciencia siempre consigue el bien como premio.

A todo esto cabalgaba Chanischah con el corazón entristezido por haber de alejarse de sus padres queridos y por hallarse separado de su esposa Schemsa, a la que amaba más cada vez, y llevaba el joven el corazón traspasado y sus ojos desvelados.

Por su parte el rey Tigmús, al saber la nueva de la desaparición de su hijo, juntó a todas sus tropas y abandonó la lucha y se dirigió a su ciudad y entróse en ella y mandó cerrar todas sus puertas y fortificar sus murallas, para que el enemigo no pudiera asaltarla.

Y el rey Kefid presentábase todos los meses con sus huestes ante la ciudad, haciendo alarde y provocando al combate, y allí permanecía siete noches y ocho días, y después recogía sus tropas y se volvía a su campamento, para atender al cuidado de sus heridos y contar sus muertos.

Y la gente de la ciudad sitiada ese intervalo aprovechaba para reparar sus armas y fortificar sus murallas y preparar sus arietes y catapultas, apercibiéndose a la nueva lucha.

Siete años permanecieron el rey Tigmús y el rey Kefid en ese estado, en aquella ruda lucha empeñados, y así, siguieron guerreando por espacio de siete años.

Y esto es, por ahora, todo lo referente a su historia.

Cuanto a Chanischah, no paró de cabalgar, cruzando campos y ejidos de noche y de día, y a todo el que encontraba preguntábale hacia dónde caía el castillo llamado Tekná, pero ninguno lo conocía. Y todos le decían:

–Ni siquiera lo oímos mentar.

Pero al fin tuvo Chanischah la suerte de dar con un mercader, el cual le pudo facilitar noticia sobre la ciudad de los judíos, diciéndole estar situada en el cabo de Oriente.

Y añadió:

–Este mismo mes sale una caravana para la ciudad de Misrakán de Al-Hind. Podrás tú, si quieres, venir con nosotros hasta allá y luego seguiremos adelante hasta Jorasán y de allí a las ciudades de Schimâun y Juaresm, y dízque desde esta última ciudad a la ciudad de los judíos media la distancia de un año y tres meses de jornada.

Aguardó, pues, Chanischah a que partiese la cáfila y entonces se incorporó a ella, y, en unión de los demás viajeros, fue cabalgando hasta llegar a la ciudad de Misrakán, donde preguntó también por el castillo de Tekná, el de los diamantes, sin que nadie se lo pudiera indicar. Siguió luego adelante y, a vueltas de muchos contratiempos y peripecias y medio muerto de hambre y de sed, llegó por fin a la ciudad de Schimâun.

Preguntó allí por la ciudad de los judíos y le indicaron el camino. Y Chanischah echó por él y fue caminando noches y días, sin parar, hasta llegar a aquel lugar donde encontrara a los monos de marras, y pasó de largo y siguió andando hasta llegar a la orilla del río, allende el cual estaba la ciudad de los judíos [26].

Sentóse el joven a la margen del río y esperó a que el sábado fuese venido. Y cuando llegó el día del sábado y secóse el río por permisión de Alá (el Grande, el Altísimo), cruzólo Chanischah a pie enjuto y se encaminó a casa de aquel judío donde estuvo hospedado la primera vez que llegó a la ciudad y fue objeto de la más cumplida hospitalidad.

Luego que lo vieron entrar, tanto el

[26] La edición de Bulak suprime todo este paso.

judío como su familia lo saludaron con el *selam* y le dispensaron acogida cordial y le ofrecieron de beber y comer, y luego le preguntaron con mucho interés:

–¿Dónde anduviste desde que te fuiste?

A lo que el joven contestóles:

–En el mundo de Alá (loado sea su nombre por toda una eternidad).

Pasó el joven Chanischah la noche allá, y luego que amaneció la mañana del siguiente día, echóse a vagar por la ciudad, con objeto de estirar las piernas y distraer su tristeza. Y en el curso de sus andanzas oyó a un pregonero que gritaba:

–*¡Ye* pueblo! ¿Quién de vosotros quiere ganar mil dinares y una hermosa esclava a cambio de una labor sencilla que le ocupará medio día?

Al oír aquel pregón, acercóse Chanischah y se ofreció, diciendo:

–Yo acepto.

–Pues sígueme–díjole el pregonero.

Siguiólo Chanischah y ambos caminaron hasta llegar a una casa, que era precisamente la de aquel mercader que tan bien [27] lo tratara la primera vez.

Y el pregonero le dijo al mercader:

–Aquí tienes a este joven, que se compromete a hacer ese trabajo para el que buscabas un voluntario.

Diole el mercader la bienvenida a Chanischah, y le dijo:

–Holgura y comodidad, hijo mío:

–Luego cogiólo de la mano y lo entró en el harén, y le sirvió de comer y beber.

Comió y bebió Chanischah y luego el mercader le dio los dinares ofrecidos y le presentó la esclava, la guapa.

Pernoctó allí Chanischah aquella noche y durmió con la joven. Y luego que amaneció la mañana cogió Chanischah los dinares y la esclava y se los confió en rehén al judío, en cuya casa la primera noche pernoctara, tornándose después a casa del mercader.

Montaron luego el mercader y Chanischah y ambos cabalgaron hasta llegar a un monte enhiesto, elevado, que se perdía en lo alto. Sacó entonces el mercader una cuerda y un cuchillo y, dirigiéndose a Chanischah, le dijo:

–Tumba en tierra este caballo, hijo mío.

Hízolo así Chanischah y luego ordenóle el mercader:

–Atalo con esta cuerda y sacrificalo con este cuchillo y arráncale la piel y córtale la cabeza y las patas y rájale el vientre y haz con él lo que te mando hacer.

Hízolo así Chanischah y, luego que acabó su quehacer, díjole el mercader:

–Métete dentro de la panza del caballo y encógete bien, que voy a coserle la piel. Y luego me dirás todo lo que alcances a ver. Que este es el trabajo por el cual te pagué adelantados los mil dinares y la esclava de rostro agraciado.

Metióse Chanischah en el vientre del caballo, según el mercader le mandara, y luego que estuvo dentro de él, procedió el mercader a coserle a la bestia la piel.

Después de lo cual retiróse el mercader algún trecho y se apostó allí y se quedó al acecho de lo que pudiera ocurrir.

Y al cabo de una hora de estar así bajó volando de lo alto un gran pajarraco y cogió en su pico al caballo y se lo llevó por los aires, volando. Luego abatió el vuelo sobre lo alto de aquel monte elevado y trató de engullirse el caballo.

Pero al sentir aquello Chanischah rasgó el vientre de la bestia y salióse fuera; espantóse el pájaro, y, dejando allí su presa, remontó el vuelo y se perdió en los confines del cielo.

Asomóse Chanischah al filo del monte y miró hacia donde quedara el

[27] Irónico.

mercader y violo que estaba parado al pie del monte, como un pájaro.

–¡*Ye* mercader!–gritóle Chanischah desde arriba–. ¿Qué más quieres de mi todavía?

Y el mercader le respondió diciendo:

–Echame algunas piedras de las que verás en torno tuyo, para que yo te pueda indicar el camino por el cual has de bajar.

A lo que dijo Chanischah:

–Tú eres el mismo que me engañaste hace cinco años y me dejaste aquí abandonado y fuiste causa de que padeciese hambre y sed y pasase muchas fatigas y trabajos y tuviese que arrostrar muchos peligros, y ahora volviste aquí conmigo y me trajiste a este sitio con intención de consumar mi perdición. Pero por Alá (loado sea su nombre por toda una eternidad) que ninguna piedra de estas te he de echar.

Y dicho que hubo aquello volvió la espalda Chanischah y se dirigió a aquel camino que conducía a la morada del *scheij* Nazr, que reinaba sobre las aves en nombre de nuestro señor Soleimán.

Pero al llegar a este punto de su narración sintió Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras.

Y LA NOCHE 309 REANUDO SU RELATO EN ESTA FORMA:

–Ha llegado a mi noticia, ¡*ye* monarca, el afortunado!, que Chanischah se dirigió al camino que conducia al alcázar del *scheij* Nazr, que reinaba sobre las aves, en nombre de nuestro señor Soleimán.

Y al llegar allí encontró Chanischah al *scheij* sentado a la puerta del alcázar, y, al verlo, fuese hacia él y lo saludó con el *selam* y besó la tierra entre sus manos con toda humildad.

Diole el *scheij* Nazr su bienvenida cordial y le devolvió muy afectuosamente el *selam*. Y después le dijo:

–¿Qué te sucedió, hijo mío, para que volviéses por estos sitios?

Echóse Chanischah a llorar y le contó al *scheij* Nazr cuanto le sucediera con Schemsa cuando remontó el vuelo, diciéndole: «Si me quieres de verdad, como yo te amo a ti, vente tras de mi a mi castillo de diamantes, que se llama Tekná, y allí gozaremos de dicha eterna.»

–Aguarda–díjole el *scheij* Nazr–a que vengan acá los pájaros y yo les pueda preguntar hacia qué parte cae ese castillo de diamantes, llamado Tekná. Que acaso alguno de ellos lo conozca y me pueda informar.

Aquietósele con esto el alma a Chanischah y entró en el alcázar y se dirigió a aquella sala que con la piscina confinaba, aquella piscina en la que viera a las tres hermanas.

Permaneció un espacio de tiempo Chanischah en compañía del *scheij* Nazr. Y estando ambos sentados, según su costumbre, platicando, díjole el *scheij* Nazr a Chanischah:

–¡*Ye* hijo mío! Alégrate, que ya falta poco para que las aves vengan.

Alegróse grandemente al oirlo Chanischah y sintió aliviado su pesar.

Y de allí a pocos días acudieron las aves a aquel lugar y el *scheij* Nazr díjole a Chanischah:

–Mira, hijo mío, ya llegaron los pájaros; apréndete estos nombres [28] y ven

[28] El texto no declara los nombres. Burton opina que se trata de una fórmula mágica.

a recibirlos conmigo y está atento a sus dichos.

Fueron desfilando todos, según su casta, uno tras otro ante el *scheij* Nazr, saludándolo todos con el *selam.* Y a todos ellos les preguntaba el *scheij* Nazr si sabían dónde caía el castillo de diamantes llamado Tekná.

Pero todos contestaban por unanimidad:

–Jamás, en nuestra vida, oímos mentar a ese castillo de diamantes, llamado Tekná.

Y al oír tales respuestas echóse a llorar Chanischah con gran vehemencia y tal fue su dolor que sin sentido en el suelo se desplomó.

Pero entonces el *scheij* Nazr llamó a un ave corpulenta y le habló de esta manera:

–Coge a este joven y carga con él y llévalo al país de Kabul, que es donde viven sus padres.

Y el *scheij* Nazr diole al ave las señas del país de Kabul para que no se confundiera.

–Oír es obedecer–respondió el ave, y el *scheij* Nazr cogió a Chanischah y se lo cargó a la espalda al pájaro y le dijo al muchacho:

–Cuida de ir derecho, sin ladearte acá ni allá, pues, de lo contrario, la fuerza del aire te haría pedazos, y tápate bien los oídos para que no te aturdan el fragor de las gigantes esferas y el bramar de los océanos.

Remontó al punto el pájaro su vuelo y se elevó con Chanischah hasta los confines del cielo y estuvo volando sin parar un día y una noche y al cabo de ellos fue a aterrizar en el dominio del rey de los animales, y era Schah Bedri el nombre del rey. Y el pájaro le dijo a Chanischah:

–Nos hemos desviado de la ruta que nos trazó el *scheij* Nazr.

Y se dispuso a cargar de nuevo con él, pero el joven le dijo:

–Vete y déjame aquí, que o he de morir o habré de encontrar el castillo de diamantes llamado Tekná.

Y el pájaro entonces remontó solo el vuelo y se alejó, dejando al joven allí con el rey Schah Bedri. El cual preguntó a Chanischah:

–¿Quién eres, hijo mío, y de dónde vienes, montado en ese gran pájaro?

Contóle Chanischah toda su historia a Schah Bedri, desde el principio hasta el fin, y el rey de los animales monteses maravillóse grandemente. Y después de oírlo, el Schah Bedri le dijo:

–Por vida de nuestro señor Soleimán, que no sé una palabra del tal castillo Tekná y que recompensaré con largueza a aquel de los animales, mis vasallos, que me lo pueda indicar, y luego que sepa dónde está, te mandaré en seguida allá.

Rompió a llorar de nuevo Chanischah y resignóse a aguardar. Pasó algún tiempo, y un día de los días presentósele el rey de los animales monteses, o sea Schah Bedri, y le habló así:

–Levántate, hijo mío, y toma estas tablas de piedra y apréndete lo que se dice en ellas, y cuando vengan animales monteses, les preguntaremos por ese castillo Tekná, que acaso alguno lo sabrá.

No tardaron, después de eso, en llegar los animales monteses, y fueron desfilando todos, casta por casta, ante su rey, saludándolo con el *selam,* y Schah Bedri les iba preguntando, a uno tras otro, si le podían indicar dónde se hallaba el palacio de diamantes llamado Tekná.

Pero todos, sin excepción, le contestaban:

–No sabemos qué castillo sea ese de que nos hablas, ni nunca, en nuestra vida, nadie nos lo mentara.

Rompió a llorar Chanischah al oír tales respuestas negativas y grande fue su pesar al ver la inutilidad de su viaje sobre la espalda de aquel ave, que le

llevara al país donde reinaba Schah Bedri, volando sin parar, desde el dominio del *scheij* Nazr.

Pero el rey de los animales monteses le dijo:

–No llores de ese modo, hijo mío, que yo tengo un hermano mayor, al que llaman el rey Schemmaj [29], el cual está cautivo de nuestro señor Soleimán por haberse rebelado contra su voluntad, y no hay otro genio que le gane en poder ni se pueda equiparar a él. Y es posible que él sepa dónde está ese castillo, que sobre todos los genios de este país tiene señorío.

Hizo a continuación el rey de los animales monteses que Chanischah montase en lomos de uno de ellos y le entregó una carta para su hermano, recomendándoselo.

Partió en el acto aquel vasallo de Schah Bedri y no paró de caminar noches y días, llevando a cuestas a Chanischah, hasta llegar a la mansión del rey Schemmaj y, luego que llegó allí el vasallo del Schah Bedri, detúvose en un lugar solitario y apartado y dejó en el suelo a Chanischah y echó a andar hasta llegar a la presencia del rey Schemmaj.

Luego besó el emisario la tierra entre sus manos y le entregó al monarca la misiva de su hermano. Leyóla el rey Schemmaj con atención y de su contenido se enteró y dio la bienvenida al embajador.

Pero luego el rey Schemmaj díjole a Chanischah:

–¡*Ye* hijo mío, no creo que ni nuestro señor Soleimán mismo oyera ni supiera en toda su vida nada de ese castillo Tekná; pero yo conozco a un eremita que en la montaña habita y es un anciano ya avanzado en años, al que rinden vasallaje todas las aves y los animales monteses y los genios, lo cual es debido a la ciencia que posee, tocante a conjuros y sortilegios, pues se valió de ellos para reducir a su obediencia a los reyes de los *alifrites*, pese a su rebeldía, y logró así que, contra su voluntad, todos ellos le rindiesen pleitesía.

Cuanto a mí, en particular, has de saber que me rebelé contra nuestro señor Soleimán y este anacoreta que te digo me cogió y me tomó como cautivo, y desde entonces me tiene a su servicio, gracias a la fuerza de sus sortilegios y metamorfosis, que es un mago consumado, ducho en todas las artes de hechicería y maestro en toda suerte de marrullerías, y se llama Yagmús y conoce, como te digo, todos los conjuros y sortilegios y maleficios.

Y valido del poder de su magia hase fabricado una vara, compuesta de tres piezas, y la planta en la tierra y hace conjuros sobre ella; y de la pieza, la primera, hace brotar carne y sangre; y de la pieza, la segunda, leche; y trigo, de la pieza, la tercera, y después recoge la vara y se vuelve a su lugar de asiento, que la Ermita de los Diamantes se llama.

Así que con él te voy a enviar, hijo mío, a lomos de un gran pájaro que está de cuatro alas dotado, y cada una de sus alas tiene treinta codos de largo.

Y acto seguido aupó el rey Schemmaj a Chanischah y lo hizo montar sobre la espalda de un pájaro muy grande que tenía cuatro alas y media cada una de sus cuatro alas treinta codos de largo y tenía también unos pies semejantes a las patas de un elefante. Pero con estar tan bien dotado no volaba aquel pájaro sino dos veces al año.

Tenía también el rey Schemmaj un edecán, llamado Tamschún, el cual todos los días iba a robar dos camellos al país del Irak para aquel ave alimentar. Ahora bien: luego que montó sobre aquel ave el joven Chanischah mandóle a aquel el rey Schemmaj que lo

[29] Eminente.

condujese al lugar donde habitaba Yagmús, el anacoreta.

Remontó luego el ave su vuelo, llevando a cuestas a Chanischah, y fue volando sin parar noches y días, hasta por fin llegar al monte Al-Kaliu y a Diru-l-mas.

Aterrizó el pájaro allí y dejó en tierra a Chanischah, el cual luego vio a Yagmús, el anacoreta, que estaba dentro de la iglesia, entregado a sus devociones y rezos y oraciones.

Acercóse a él Chanischah y se detuvo y besó la tierra entre sus manos, y, al verlo, díjole el ermitaño:

–Bien venido seas, hijo mío, el algarivo, el alejado de su tierra y sus amigos. Dime: ¿qué es lo que te trajo a este lugar?

Echóse a llorar al oírlo Chanischah y le contó toda su historia al eremita, desde el principio al fin, sin detalle omitir. Luego que el *ar-raheb* aquella historia hubo oído maravillóse grandemente y le dijo:

–Por Alá, hijo mío, que jamás en mi vida oí hablar de ese castillo ni topé con nadie que de él hablar oyera ni lo viera. Y dizque yo nací en la ley de Noh, el profeta de Alá, y en nombre de él goberné hasta los tiempos de nuestro señor Soleimán, hijo de Daud, a los animales montaraces y las aves y los genios de toda clase. Y con todo eso no creo que ni el propio Soleimán oyera nunca hablar de ese castillo de diamantes, llamado Tekná. Ten, sin embargo, paciencia, hijo mío, y aguarda a que vengan los animales montaraces y las aves y los edecanes de los genios y yo les preguntaré a todos ellos, y puede que alguno sepa de ese castillo y nos dé noticias del mismo y Alá se digne hacerte ese beneficio.

Quedóse pues, Chanischah al lado del religioso un espacio de tiempo, hasta que por fin llegaron los pájaros y los animales monteses y los genios, todos ellos.

Interrogáronlos el religioso y Chanischah respecto a si sabían algo de aquel castillo de diamantes, llamado Tekná. Mas entre todos ellos no hubo uno solo que dijese: «Yo conozco ese castillo y con mis ojos lo he visto.»

Sino que todos, sin excepción, respondieron diciendo:

–Jamás vi castillo tal ni de él oí hablar.

Visto lo cual rompió Chanischah a llorar y a gemir y suspirar y humillóse ante Alá (el grande, el lleno de majestad).

Mas he aquí que, estando el joven así, se adelanta un pájaro, el último de la fila, negro de color y de talla crecida, y, abatiendo el vuelo desde lo alto del aire, fue a posarse entre las manos del eremita, quedando allí en actitud sumisa.

Preguntóle el monje en seguida si sabía algo del castillo Tekná, y el pájaro contestóle sin tardar:

–¡*Ye* monje venerable! Nosotros anidábamos a espaldas del monte Kat, en un alcor de cristal, en medio de un campo espacioso y amplio, y tanto yo como mis hermanos éramos unos gurripatos y nuestro padre y nuestra madre nos traían cada día el alimento para sustentarnos.

Y sucedió un día de los días que ambos, a la busca de la pitanza, hubieron de alejarse de nosotros un trecho tan grande que en siete días no volvimos a verlos y nos apretó mucho el hambre.

Tornaron al día, el octavo, nuestros padres hechos los dos un mar de llanto, y, al verlos en tal estado, luego les preguntamos por qué en volver tardaron tanto.

Y ellos nos contestaron:

–Habéis de saber, hijos míos, cómo un genio de los malos nos salió en el camino al paso y nos cogió y nos llevó a un castillo lejano que no viéramos jamás y que se llama el castillo Tekná.

Y ya allí nos condujo a presencia del rey Schahlán.

Y al vernos el rey Schahlán a los dos nos quiso matar; pero nosotros le dijimos que habíamos dejado en el nido unas crías pequeñitas y entonces él nos perdonó la vida.

De suerte, pues, que, si aún vivieran nuestros padres, podríamos informaros sobre ese castillo con todo detalle.

Echóse a llorar con gran vehemencia, al oír aquello, Chanischah, y, encarándose con el religioso, le dijo:

–Te ruego le mandes a ese pájaro que me conduzca al nido donde moran sus padres en el monte de cristal, a espaldas del monte Kaf.

Y el eremita, acto seguido, volvióse al pájaro y le dijo:

–¡*Ye* pájaro respetable! Te suplico obedezcas a este hijo en todo cuanto te mande cual si fuera yo mismo.

Y el pájaro le dijo al religioso:

–Oír es obedecer; todo cuanto me mande, haré.

Cargóse luego el pájaro a la espalda a Chanischah y luego echó a volar y fue volando sin parar, por espacio de dos días, llevando al joven consigo, hasta que al fin llegó hasta el lugar en que sus padres tenían su nido.

Sorprendió aquí a Schahrasad la mañana y atajó el flujo de sus palabras.

PERO LA NOCHE 310 SIGUIO DICIENDO LA MUCHACHA:

–Ha llegado a mi noticia, ¡*ye* monarca, el afortunado!, que el pájaro fue volando con Chanischah sobre su espalda, hasta que con él llegó al país donde tenían sus padres el nido, y, al llegar allí, dejó en tierra a Chanischah y le dijo:

–Este era el sitio donde teníamos nuestro nido.

Echóse a llorar Chanischah y le dijo:

–Por lo que más quieras pídote, ¡*ye* pájaro!, que me lleves contigo a esos parajes donde suelen buscar su pitanza tus padres.

Accedió el pájaro a la súplica de Chanischah y volvió a echárselo a su espalda y remontó el vuelo con él, y volando fue por espacio de siete noches y ocho días, hasta llegar a la cumbre de una alta montaña llamada Karmús, y allí aterrizó y en el suelo al joven dejó, diciendo:

–No sé qué país será ese que más allá de este monte se extiende.

Y eso diciendo el pájaro echó a volar con dirección allá y Chanischah sentóse en la tierra, en la cumbre del monte, y a poco el sueño lo venció y el joven se durmió.

Despertóse luego Chanischah y divisó en lontananza un extraño fulgor, como de algo que relampaguease y con rafagueantes destellos el firmamento llenase, y al punto pensó el joven si aquel resplandor no sería el que lanzase aquel castillo de diamantes que tanto buscara por todas partes. Por lo cual bajó Chanischah de la montaña y echó a andar en dirección a aquella luz que procedía, en efecto, del castillo de diamantes llamado Tekná, que distaba del monte Karmús dos meses de jornada y cuyos cimientos eran de granates, y de oro rubio su fábrica. Y tenía, además, mil torres labradas en metales preciosos, con incrustaciones de rica pedrería, montados en los minerales, del llano de las Sombras traídos, por lo cual pusiéranle aquel nombre al castillo.

Y era un castillo asaz grande y el

nombre de su rey era Schahlán y el tal Schahlán era el padre de doña Schemsa y sus hermanas.

Y esto es, por ahora, cuanto respecto a Chanischah hay que contar.

Cuanto a doña Schemsa, su esposa, luego que huyó volando de junto de Chanischah. fuese derecha al castillo Tekná y contóles a su padre y a su gente cuanto entre ella y el príncipe Chanischah sucediera y púsolos también al tanto de los muchos países que había recorrido y las múltiples maravillas que había visto y del amor que a ella él le tenía y de cómo ella le correspondía.

Al oír aquello sus padres dijéronle a doña Schemsa:

–¡Por Alá, no está bien lo que has hecho con él!

Y acto seguido informó de todo el padre de Schemsa a sus edecanes de los genios y les dijo con imperio:

–Id y buscad por ahí y a todo ser humano que veáis me lo traéis aquí.

Comunicóle Schemsa particularmente a su madre la pasión que por ella sentía Chanischah, y le dijo:

–No hay duda que vendrá a buscarme aquí, pues al remontar yo el vuelo desde la azotea de su palacio díjele antes de dejarlo:

–Si me quieres a mí tanto como yo te quiero a ti, ven a buscarme al castillo de diamantes llamado Tekná, que allí me encontrarás.

Despachó también a sus edecanes para que fueran a explorar los caminos, igual que los servidores de su padre, y, al llegar estos a cierto lugar, divisaron de lejos a un ser de humana apariencia que no era otro que Chanischah y acercáronse a él y lo saludaron con el *selam*.

Correspondióle el joven con otro saludo igual, y el genio, entonces, preguntóle al joven:

–Dime: ¿cuál es tu nombre?

–Yo me llamo Chanischah y tuve en mis brazos a una genio, llamada Schemsa, la cual me dejó y ahora la voy buscando por ciudades y campos.

Y acto seguido contóle al emisario todo lo que con *sayyida* Schemsa le había pasado.

Lloró el genio al oírlo y después le dijo:

–Pues alégrate, joven, que al fin has alcanzado la meta de tus afanes y trabajos. Has de saber cómo *sayyida* Schemsa te ama con amor grande y ha informado a su madre del amor que le tienes y todos cuantos vivimos en el castillo Tekná te queremos bien, en atención al amor que a ella le supiste inspirar. Así que cesen tus tramojos y serena tu alma y refresca tus ojos.

Cargóse luego el genio a la espalda a Chanischah y echóse con él a andar hasta llegar al castillo de diamantes, llamado Tekná.

Precediéronle al genio batidores y correos, los cuales anunciaron a Schemsa y a sus padres cómo dieran con Chanischah y que este no tardaría en llegar. De lo que holgáronse mucho todos, como es natural.

Y el rey Schahlán ordenó a todos sus servidores se reuniesen y saliesen al encuentro de Chanischah, y montado él a la cabeza de toda su gente, *afarit* y genios, marchó también a su encuentro.

Y al ver el rey Schahlán, padre de *sayyida* Schemsa a Chanischah, apeóse de su cabalgadura y fue a abrazarlo con gran ternura. Y Chanischah besóle las manos al rey Schahlán.

Mandó este luego que obsequiaran al joven con una *aljalá*, toda de seda y de vario color, bordada en oro, con incrustaciones de aljófar valioso.

Vistiósela Chanischah y luego el rey Schahlán le ciñó a la frente una diadema de riqueza tal como nunca se viera otra igual entre los reyes de más calidad.

Mandó también el rey Schahlán

ofrecerle a Chanischah una yegua briosa, de las yeguas de los reyes de los genios, y Chanischah montó en ella, y los servidores del rey Schahlán colocáronse, dándole escolta, a derecha e izquierda.

Marcharon luego todos y fueron cabalgando hasta llegar ante las puertas del palacio.

Apeóse allí el rey Schahlán y descabalgó también Chanischah, y, al reparar el joven más de cerca en el alcázar, advirtió que era de imponente traza y que era todo de diamantes y rubíes y piedras preciosas su fábrica, y su pavimento de cristal y jaspe y sabarchadas, y Chanischah no pudo menos de echarse a llorar al recordar sus miserias pasadas; pero los padres de doña Schemsa le secaron las lágrimas y le dijeron:

–Ea, basta ya de llorar, hijo mío; alegra tu alma, que ya conseguiste lo que deseabas.

Pasaron después al patio interior del alcázar y allí acudieron a recibir a Chanischah muchedumbre de bellas damas y pajes y esclavos negros de los genios, y entre todos sentaron al joven en el sitio de honor y se ofrecieron a su servicio, y junto a él se quedaron con los brazos sobre el pecho cruzados.

Y dizque el joven estaba como embobado contemplando tantas maravillas como se encerraban en aquel palacio, cuyos muros eran todos de diamantes y rubíes y piedras preciosas.

Dirigióse luego el rey Schahlán a su *mezchuar* [30] y sentóse en su trono y mandó a sus esclavas y pajes que introdujesen al príncipe, y, al verlo el rey entrar, levantóse de su trono y a su lado lo hizo sentar.

Y mandó luego el rey que extendiesen los tapices y sirviesen la mesa, y así lo hicieron en el acto sus criados. Y comieron todos y bebieron hasta quedar hartos. Y después se lavaron sus manos.

Entró luego en la sala la reina, la madre de doña Schemsa, y llegóse a Chanischah y lo saludó con el *selam* y le dio la bienvenida con mucha afectuosidad, y le dijo:

–¡Vaya, hijo mío! Gracias a Alá, que al fin lograste tu voluntad.

Y luego de decir eso retiróse la reina y a poco volvió trayendo consigo a la princesa Schemsa, la cual saludó a Chanischah con el *selam* y besóle las manos, con la cabeza baja, de puro abochornada, al verse ante él y sus padres, que la miraban.

Y luego también acudieron allí todas sus hermanas y saludaron a Chanischah y lo felicitaron.

Y la reina le dijo al joven:

–Bien venido seas, hijo mío. En verdad que nuestra hija Schemsa pecó contra ti, pero nosotros te rogamos la perdones y des al olvido lo pasado.

Luego que Chanischah oyó eso lanzó un grito muy recio y rodó por tierra sin conocimiento. Maravillóse mucho el rey al verlo y mandó que le espurreasen el rostro con agua de rosas, mezclada con algalia, y así lo hicieron sus esclavas, hasta que el joven al cabo recobró el sentido y, mirando a Schemsa de hito en hito, dijo:

–¡Loado sea Alá que fue servido de traerme a la meta de mis anhelos y sofocar de mi corazón los fuegos!

A lo que su esposa replicóle diciendo:

–¡Guárdete Alá del fuego! [31] Pero dime ahora, Chanischah querido: ¿qué fue lo que pasó desde que nos separamos y cómo llegaste a dar con este lugar, siendo así que aun de los propios genios son poquísimos los que lo conocen o han oído hablar de este Castillo de los Diamantes, llamado

[30] Sala del Consejo.

[31] Del Infierno.

Tekná, y que, además, somos independientes de todos los reyes de la tierra y no hay quien de ellos haya pisado nunca la nuestra?

Contóle luego Chanischah a su esposa doña Schemsa todas las aventuras y peligros que afrontara y padeciera hasta llegar a ella y cómo dejara a su padre empeñado con el rey Kefid en cruda guerra, y al terminar añadió:

–Y de todo esto haz cuenta que tienes tú la culpa, mi señora Schemsa.

Y dijo la reina:

–Pero ahora ya, hijo mío, lograste el deseo de tu corazón, y nuestra hija, la princesa, es tu servidora y sin azidaque te la damos por esposa.

Alegróse mucho Chanischah al oír esas palabras, y la reina añadió:

–El mes que viene, si Alá es servido, celebraremos vuestra boda con todo rumbo y regocijo y, luego que esté anudado el nudo, os enviaremos a los dos a tu tierra, con una escolta de mil *alifrites* de nuestra guardia, el último de los cuales sería poderoso a matar él solo, si se lo mandases, a ese rey Kefid y a toda su gente sin dejar uno vivo en solo el tiempo que se tarda en hacer un guiño. Y, además, si así lo deseas, te enviaremos cada año un regimiento, cuyos valientes y esforzados hombres podrían uno solo destruir todo un reino.

Sorprendió aquí a Schahrasad la mañana y atajó el flujo de sus fluyentes palabras.

Y LA NOCHE 311 SIGUIO DICIENDO LA MUCHACHA:

–Ha llegado a mis oídos, ¡ye monarca, el afortunado!, que la reina madre de *sayyida* Schemsa le dijo a Chanischah:

–Cada año te enviaré servidores de los míos, tales que, si al más ruin de ellos se le ordenase, darían fin de todos tus enemigos, sin dejar ni uno vivo.

Sentóse luego en su trono el rey Schahlán y ordenó a todos sus emires y visires y grandes del reino que preparasen grandes regocijos y festejos y que engalanasen suntuosamente su corte y la tuviesen así por espacio de siete días con sus noches.

Y ellos respondieron:

–Oír es obedecer.

Y acto seguido se retiraron y procedieron a hacer lo que el rey les había mandado y dos meses estuvieron haciendo los preparativos necesarios para que el día de la boda fuese sonado.

Luego que todo estuvo preparado celebróse la boda de *sayyida* Schemsa con Chanischah, en medio de una alegría y con un rumbo sin igual.

Introdujeron luego a Chanischah en la cámara nupcial y quedó confirmada su unión, y ambos vivieron después por espacio de dos años la vida más placentera, sin hacer otra cosa que comer y beber y holgarse y solazarse.

Hasta que, al cabo de esos dos años, díjole Chanischah a su mujer:

–Recordarás cómo tu padre me prometió darme su venia para llevarte conmigo a mi tierra, sin más condición que la de pasar allí un año y otro en esta, y así sucesivamente, para que ninguno tenga queja.

–Oír es obedecer–respondió su mujer.

Y luego que la tarde atardeció fue a ver a su padre y le recordó lo que le prometiera a Chanischah. Y su padre le dijo:

–Es verdad, pero aguarda un poco hasta primeros del mes próximo, para

que yo tenga tiempo de organizar la escolta que habéis de llevar.

Comunicóle *sayyida* Schemsa a Chanischah lo que su padre le dijera y el joven resignóse a tener paciencia hasta que aquel plazo se cumpliera.

Mandó luego el monarca a sus servidores que se pusiesen a las órdenes de ambos jóvenes y les fuesen dando escolta y velasen por su seguridad, hasta que llegasen al país de Chanischah.

Mandó también el rey hacer para los dos un gran trono de oro rojo, con incrustaciones de brillantes y perlas, cubierto por un dosel de verde seda, todo de tal suntuosidad y belleza que deslumbraba a quien lo viera, y Chanischah y su esposa sentáronse en el trono y cuatro de sus servidores se destacaron en el acto y cargaron con ellos a hombros y echaron a volar y volaron por entre cielo y tierra, haciendo jornadas de treinta meses, y no pararon de volar durante diez días con esa ligereza y velocidad.

Y había entre los individuos de la escolta uno que conocía el país de Kabul, y, no bien lo divisó en lontananza, mandó a los otros que aterrizaran en una ciudad grande de aquellas comarcas. Hiciéronlo así ellos y abatieron el vuelo en aquella ciudad, que resultó ser la capital del reino de Tigmús, llevando consigo a Chanischah y a su mujer, que descendieron también.

Hallábase en aquella sazón el rey Tigmús en un grave aprieto, pues su enemigo, el rey Kefid, habíale, como sabemos, cercado su ciudad y cada día le hostigaba más.

Y dizque llegaron las cosas a tal extremidad que el rey Tigmús se allanara, por fin, a hacer las paces con su enemigo, el rey de Al-Hind, solo que este negóse a ello, exigiéndole que se le rindiera sin condiciones.

Visto lo cual resolvióse el rey Tigmús a quitarse la vida y descansar así de tantos apuros y fatigas.

Y, en consecuencia, despidióse de sus emires y sus visires y entróse en su harén para despedirse también de sus mujeres, y todo el reino, al saberlo, armó gran grita y duelo.

Y estando así las cosas fueron los *alifrites* a aterrizar con su litera encima del alcázar que había dentro de la alcazaba y Chanischah les ordenó que colocasen la litera en medio de la sala del diván.

Hiciéronlo así ellos y el joven apeóse en unión de su corte de azafatas y mamelucos, y, al ver Chanischah la consternación de que el pueblo entero daba muestras, díjole a su esposa la princesa:

—¡Mira, amor mío y de mis ojos colirio, en qué apuro tan grande se encuentra mi padre!

Y la princesa, no bien lo hubo oído, ordenóle a su tropa de *alifrites* que luego arremetiesen contra los sitiadores de la ciudad y a todos los matasen, sin uno dejar. Y les encareció:

—Matadlos a todos sin excepción.

Y, por su parte, Chanischah llamó a uno de los *alifrites*, de nombre Kratasch [32], que era un genio de grandes arrestos, y le mandó que cogiese al rey Kefid y se lo llevase cargado de hierros. Y los *alifrites* dejaron en tierra la litera y la cubrieron con su palio y aguardaron a la medianoche y entonces atacaron el campo contrario y dizque cada uno de ellos valía por diez o por ocho a lo menos, y mientras los unos embestían al enemigo con sus férreas mazas, los otros, montados en sus mágicos elefantes, se remontaban por los aires y luego se dejaban caer sobre los contrarios con todo su peso y los despachurraban.

Pero Kratasch, cumpliendo las órdenes de su señor, fuese derecho a la tienda del rey Kefid, que estaba tendi-

[32] Probablemente del turco *Kara Tasch*, negra piedra.

do en su lecho, y lo tomó prisionero y se lo llevó a Chanischah cargado de hierros. Y Chanischah mandó a los cuatro *alifrites* que lo atasen a la litera y lo llevasen volando por encima de su campo, para que pudiera ver la escabechina que en sus hombres hacían. Y dejando al rey Kefid colgando en el aire y aporreándose el rostro de puro despecho, pasó Chanischah a ver a su padre, el rey Tigmús, quien, luego que vio a su hijo, fue tal su emoción que estuvo a punto de morir y lanzó un fuerte grito y rodó por tierra sin sentido.

Rociáronle el rostro con agua de rosas y recobró el conocimiento y entonces abrazáronse él y su hijo con grandes extremos y ambos rompieron a llorar de puro alegres y contentos.

Y dizque todavía ignoraba el rey Tigmús la mortandad que los genios estaban haciendo en las huestes del rey Kefid.

Fue luego Schemsa y anduvo hasta llegar a presencia del rey Tigmús, padre de Chanischah, y, al ver, al soberano, besó la tierra entre sus manos y le dijo:

—¡*Ye* mi señor! Sube a lo más alto del alcázar y recréate contemplando la carnicería que los capitanes de mi padre están haciendo sin piedad en las tropas de tu enemigo mortal.

Subió el rey Tigmús a lo más alto del alcázar y, en compañía de su hijo y de su nuera, estuvo contemplando la batalla y recreando sus ojos, según *sayyida* Schemsa le indicara. Y pudo ver la lucha que los *alifrites* sostenían con las tropas sitiadoras y cómo por entre ellas se abrían paso a lo ancho y lo largo.

Pues de ellos los unos aplastaban con sus mazas a los elefantes y quienes los montaban y los otros herían en los rostros a los que huían, de suerte que todos muertos caían, y estotros arramblaban con una partida de alfiles y jinetes y se remontaban con ellos por los aires y luego los dejaban caer a tierra, donde se despachurraban.

Y viendo todo eso era muy grande el gozo que sentían Chanischah y su padre y también doña Schemsa.

En tanto el rey Kefid, que seguía colgando y pataleando, entre cielo y tierra, lloraba de rabia y el rostro se aporreaba, al presenciar la sarracina que sus huestes padecían [33].

Dos días duró aquella lucha encarnizada, hasta que al cabo el rey Kefid vio caer al último de sus soldados.

Y entonces Chanischah ordenóle a uno de sus *alifrites,* llamado Schamuel, que cargase de esposas y grillos al rey Kefid y lo encerrase en una torre del castillo, que llamaban la Torre Negra.

Y luego que así lo hizo el *alifrit,* mandó el rey Tigmús repicar atabales y despachó mensajeros que le comunicasen la buena nueva de la victoria a la reina, su esposa, y le anunciasen, asimismo, su próximo arribo; al saber lo cual la reina, madre de Chanischah, llenóse de alegría y no bien hubo visto a su hijo fuese a él y estrechólo fuerte contra su pecho y fue tal el gozo que sintió que se desmayó.

Rociáronle la cara con agua de rosas y volvió en sí y tornó a abrazar a su hijo una y otra vez, sin dejar de llorar, de puro contenta y feliz.

Y luego que doña Schemsa supo su llegada corrió a saludarla. Y ambas mujeres se abrazaron y besaron tiernamente y después, sin soltarse de sus brazos, se sentaron y por espacio de una hora estuvieron platicando.

Y el rey Tigmús mandó abrir de par en par las puertas de la ciudad y despachó correos a todos los cabos del reino para que hiciesen cundir por todas partes la fausta nueva de la victoria que sobre el enemigo obtuviera, e

[33] La edición de Bulak suprime todos estos pintorescos pormenores.

incontinenti todos sus emires y visires y grandes del reino acudieron en tropel a saludarlo y felicitarlo por su triunfo y por el feliz regreso de su hijo, llevándole, en señal de pleitesía, gran cantidad de ricos presentes y regalos valiosos y raros.

Prolongáronse algún tiempo las visitas y las muestras de acatamiento, y después el rey Tigmús mandó celebrar un nuevo festín de bodas, todavía más espléndido que el primero, y ordenó también engalanar la ciudad y organizar muy lucidos festejos.

Hasta que finalmente presentóse doña Schemsa sin acitar ante Chanischah e hizo ante el novio el alarde habitual y dizque Chanischah salió a recibirla con una corte de cien lindas jóvenes esclavas, para que la sirvieran y la atendiesen.

Y pasados que fueron unos días, después de eso, intercedió doña Schemsa en favor del rey Kefid, su enemigo, y le dijo:

–Pon en libertad al rey Kefid y déjalo tornarse a su país, que, si después de esto, volviese a las andadas, yo al punto enviaré a uno de mis genios y en seguida lo tendrás otra vez bajo tu imperio.

–Oír es obedecer–respondió el rey.

Y en el acto mandó a llamar a Schamuel y le mandó que le llevase en seguida al rey Kefid, y Schamuel hízolo así y llevó a presencia del rey Tigmús al cautivo, cargado de cadenas y grillos. Luego que el rey Kefid hallóse en presencia del rey Tigmús postróse en tierra ante el soberano y le besó entre sus manos.

Dio orden el rey Tigmús de que le quitasen sus grillos y cadenas, cosa que en el acto fue hecha; luego el rey Tigmus hizo montar al rey Kefid en un caballo y le dijo así:

–Libre eres de tornar a tu país, que la reina Schemsa intercedió por ti; mas si volvieses a hacerme la guerra otra vez, te advierto que *sayyida* Schemsa enviará contra ti a sus genios y nuevamente te traerán aquí preso.

Tornóse, pues, el rey Kefid a su país, en el estado más triste e infeliz.

Pero al llegar aquí vio Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras encantadoras.

Y LA NOCHE 312 REANUDO SU RELATO EN ESTA FORMA:

–He podido saber, ¡*ye* monarca, el afortunado!, que el rey Kefid tornóse a su país, en el estado más triste e infeliz.

Después de lo cual el rey Tigmús y su hijo Chanischah y su nuera *sayyida* Schemsa gozaron de la vida más placentera y dichosa y buena.

Y esto fue lo que a Balukiya le contó aquel joven que sentado entre dos sepulcros halló. Y el joven le dijo al terminar su relación.

–Yo soy Chanischah, hermano Balukiya, aquel que vio tantas maravillas.

Y Balukiya, el peregrino por amor a Mohammed, el profeta de Alá (sobre él la oración y la paz), díjole a Chanischah:

–¡*Ye* hermano mío! ¿Quieres decirme, por favor, qué significan estos dos sepulcros y por qué estás tú sentado entre ambos y cuál era la causa de tu planto?

Y Chanischah le respondió en el acto:

–Has de saber, hermano Balukiya,

que yo vivía la vida más placentera, gozosa y buena, la cual repartía un año en mi tierra y otro en el castillo Tekná, sin que nada viniera nuestra dicha a empañar, cuando he aquí que una vez emprendimos nuestro viaje, según la costumbre, y empezamos a volar hasta llegar a este lugar.

Placiónos por su amenidad y aterrizamos en el con el trono y nos sentamos a orillas de un río rumoroso y allí comimos y bebimos. Y *sayyida* Schemsa fue y dijo:

–Voy a bañarme en este río.

Quitóse sus ropas acto seguido y desnudáronse también sus doncellas y todas se lanzaron al agua y empezaron a nadar en ella y a retozar y a loquear con todo abandono y confianza.

Contemplábalas yo desde la orilla, complaciéndome en su alegría, cuando he aquí que, de repente, aparece un caballo marino de los que el mar engendra [34] y respetando a sus doncellas, diole a *sayyida* Schemsa una coz tan violenta en un pie que ella lanzó un grito y exhaló en el acto su último suspiro.

Salieron corriendo del agua las esclavas, huyendo de la fiera, y fueron a refugiarse en nuestra tienda, y algunas de ellas cogieron en sus brazos a su señora y la llevaron también allí y yo corrí a verla, pudiendo comprobar que era muerta.

Y al ver yo muerta a mi esposa sentí tal emoción que perdí el sentido y rodé por tierra desvanecido.

Rociáronme las esclavas la cara con agua y me recobré de mi desmayo, y ordené en el acto a los genios que cogieran el trono y fuesen al castillo Tekná y anunciasen a los padres de mi amada lo que le acababa de pasar.

Hiciéronlo así ellos y a poco tiempo de eso acudieron a este lugar los deudos de mi difunta esposa y lavaron su cadáver y aquí lo enterraron y le hicieron funeral y planto.

Requiriéronme luego para que me fuese a su tierra con ellos, pero yo le dije a mi suegro:

–Te ruego que mandes cavar para mí un sepulcro al lado del suyo y mandes que, cuando yo muera, me entierren junto a ella.

Ordenóselo así el rey Schahlán a uno de sus genios y este procedió a cavarme una fosa, según mi deseo.

Y esta es toda mi historia y esta la razón de que esté aquí sentado entre estos dos sepulcros, el mío y el suyo.

Y a continuación declamó el joven estos versos:

–La casa ya, amor mío,
no es casa para mí;
desde que tú te fuiste
y me dejaste aquí,
del amigo de antaño
ya la amistad perdí,
y el vecino me mira
con expresión hostil.
Todo, todo ha cambiado,
y hasta el ardiente sol
ya para mí no brilla
con su antiguo fulgor.

Maravillóse grandemente Balukiya al escuchar las palabras de Chanischah y exclamó:

–¡Por Alá, que yo me pensaba que había corrido mucho y dado la vuelta al mundo, pero ahora reconozco, después de haberte oído, que apenas si algo había visto!

Y Balikuya guardó silencio un rato y luego le dijo a Chanischah:

–Ruégote ahora, amigo mío, me hagas el favor de indicarme el camino de la seguridad.

Indicóselo al punto Chanischah y Balukiya se despidió de él y empezó a caminar.

Todo lo cual contóselo la serpiente reina a Hásid Kerimu-d-Din, y este preguntóle:

[34] Los hipocampos de la mitología griega, hipopótamos en términos zoológicos.

–¿Y de dónde sabes tú todas estas cosas?

–Y la serpiente reina contestóle:

–Mira, Hásid, has de saber que hace veinticinco años hube yo de enviar a Mizr una de mis mayores serpientes y le di una carta para que a Balukiya se la entregara.

Marchó ella allá, muy de buen grado, pues tenía en ese país una hija llamada Bent-Schumuj [35] y fue preguntando por Balukiya, hasta que con él dio y mi carta le entregó.

Leyóla él y le dijo a la mensajera de la serpiente reina:

–Ya tenía yo intención de ir a visitar a la serpiente reina, pues tengo algo que tratar con ella.

–Oír es obedecer–respondió la mensajera.

Y llevó a Balukiya adonde su hija y le habló y luego de ella se despidió, y volviéndose al joven, le dijo:

–Cierra los ojos.

Y Balukiya cerró sus ojos y, al abrirlos después, encontróse en esta misma montaña en que ahora estamos.

Y la serpiente, que hasta aquí lo trajera, llevólo a presencia de una gran serpiente, a la que Balukiya saludó con el *selam*. Y la tal serpiente preguntóle a la mensajera:

–Dime: ¿le entregaste la carta a Balukiya?

Y la mensajera respondió:

–Sí, y me ha acompañado hasta aquí y es este que conmigo viene.

Preguntóle entonces Balukiya por mí, por la serpiente reina, y la gran serpiente le dijo:

–Se fue al monte Kaf con toda su gente, según suele hacer todos los inviernos; pero luego que venga el verano, estará aquí de nuevo.

Y has de saber que, siempre que se va allí a invernar, me deja aquí de reina en su lugar; así que si algo tienes que tratar con ella dímelo a mí y será igual.

Y Balukiya le dijo a la serpiente la grande:

–Pues siendo así, te ruego me traigas esa hierba que tiene la virtud de hacer que quien exprime su zumo y se lo bebe no adolezca nunca de ninguna dolencia ni muera.

Y la serpiente respondióle, diciendo:

–Eso no haré y la hierba no te daré hasta que no me cuentes todo lo que hiciste, desde que dejaste a la serpiente reina, para irte con Iffán, en busca de la tumba del rey Soleimán.

Y entonces Balukiya contóle a la gran serpiente todas sus peripecias y aventuras, sin olvidar la historia de Chanischah, y díjole al terminar:

–Dame ahora esa hierba, para que yo pueda volverme a mi tierra.

Y la gran serpiente le dijo:

–¡Por virtud de nuestro señor Soleimán que no sé adónde cae esa hierba de que me acabas de hablar!

Y volviéndose a la serpiente que había traído hasta aquí a Balukiya, le dijo:

–Carga con él y llévatelo a Mizr otra vez.

Obedeció en el acto la serpiente y le dijo a Balukiya:

–Cierra los ojos.

Cerró los ojos Balukiya, según le mandara, y al abrirlos de nuevo encontróse en el monte Mokattam [36].

Ahora bien: luego que yo fui tornada del monte Kaf de pasar allí la invernada–siguió diciendo la serpiente reina–, contóme la serpiente, mi virreina, la visita de Balukiya y me transmitió su saludo y me informó de todo

[35] Hija del orgullo, orgullosa.

[36] El *Chebel Mokattam*, que en la edición de Calcuta se lee Maktab por error, es el acantilado batido en otro tiempo por el Mediterráneo y sobre cuyas estribaciones del Noroeste edificóse la ciudad del Cairo.

Todo esto falta en la edición de Bulak.

cuanto le habia sucedido, sin tampoco olvidar la historia de Chanischah.

Díjole luego Hásid Kerimu-d-Din a la serpiente reina:

–Dignate, reina, contarme lo que a Balukiya le ocurriera desde que regresó a su mizriana tierra.

Y la serpiente reina le habló así:

–Has de saber, *ye* Hásid, que Balukiya, luego que se separó de Chanischah, empezó a caminar y fue andando sin parar, noches y días, hasta llegar a un gran mar. Llegado que hubo allí, frotóse los pies con el zumo que llevaba en su poder y empezó a caminar sobre la haz de aquel mar, hasta llegar a una isla, muy poblada de árboles y regada de corrientes aguas, y tal y tan ameno era aquel sitio, que se hubiese podido tomar por el propio Paraíso.

Pero al llegar aquí sintió Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras encantadoras.

Y LA NOCHE 313 REANUDO SU RELATO EN ESTA FORMA:

–Tengo entendido, *¡ye* monarca, el afortunado!, que cuando Balukiya abordó a aquella isla y la encontró de tal amenidad y atractivo, que parecia el propio Paraíso, procedió a explorarla en todos sentidos y vio en ella cosas que dejaban perplejo el juicio.

Pues vio allí Balukiya, entre otras maravillas, un árbol gigantesco, de hojas tan grandes como las velas de una nave, y en una de sus ramas un pájaro que tenía el cuerpo de perlas y verdes esmeraldas y las plumas de gemas preciadas, y el tal pájaro estaba cantando y en su lengua alababa a Alá (el grande, el lleno de majestad) y hacía zalá por el Profeta (sobre él la oración y la paz).

Y al ver Balukiya a aquel gran pájaro, luego le preguntó:

–¿Quién eres tú, pájaro, y cuál es tu estado?

–Yo–contestóle el ave–pertenezco al número de las aves del Paraíso. Y has de saber, hermano mío, que cuando Alá (loado sea su nombre por toda una eternidad) echó del Paraíso a Adán, diole cuatro hojas de un árbol para que se cubriera con ellas, y sucedió que fueron a caer sobre la tierra; y una se la comieron los gusanos y de ella salió la seda; otra se la comieron las gacelas y de ella salió el almizcle; devoraron la tercera las abejas, y de ella salió la miel; y la cuarta, cayó en la India, y de ella salió la conocida pimienta [37].

Cuanto a mí, bajé a la tierra y anduve por ella, hasta que Alá me mandó detenerme en este lugar y aquí puse mi real.

Y has de saber cómo todos los viernes vienen aquí los primates y magnates del mundo y visitan estos parajes y comen del fruto de sus árboles y son los huéspedes de Alá (el sublime, el

[37] Una variante de la famosa leyenda del trébol de cuatro hojas, cuya posesión, según los orientales, asegura la felicidad. El origen de esta leyenda arranca del *Sefer-ha-Tsohar* o *Libro del Esplendor*, y de allí pasó a nuestro folklore del medievo, bastardeándose, con un matiz de magia demoníaca. En su *Diccionario infernal* dice Collin de Plancy: «Trébol de cuatro hojas, hierba que crece al pie de los cadalsos, regada por la sangre de los ahorcados. El jugador que la coge después de medianoche y la lleva consigo con reverencia puede estar seguro de ganar a todos los juegos.» Sobre este tema compuso el escritor francés Eduardo Laboulaye, en el siglo pasado, una novela de tono oriental, titulada *El trébol de cuatro hojas*, que, según el autor, «logró lectores bajo las tiendas de los beduinos».

lleno de majestad), y, cumplida la noche del viernes, levantan los manteles y al Paraiso se vuelven. Y no dejan de venir cada viernes.

Comió luego Balukiya y, cuando hubo terminado, dio gracias a Alá (al excelso, al lleno de majestad).

Vio luego Balukiya venir hacia él a Al-Jizr [38] (sobre él sea la paz) y Balukiya lo saludó con el *selam* y de retirarse hizo ademán.

Pero el pájaro verde le dijo:

–Siéntate, Balukiya, ante Jizr (sean con él la oración y la paz).

Sentóse, pues, Balukiya y Al-Jizr le dijo con afabilidad:

–Dime quién eres y cuéntame tu historia, que quiero conocerla toda.

Refirió Balukiya su historia, desde el principio hasta el fin, sin nada callar ni omitir, y al terminar postróse ante Al-Jizr y le besó las manos y preguntó:

–Dime, señor: ¿cuánto hay de aquí a Mizr?

–Noventa y cinco días de jornada–respondióle Al-Jizr.

Echóse a llorar Balukiya al oírlo y postróse a los pies del Profeta y se los besó y le imploró:

–Yo te ruego, mi señor, que me saques de este extrañamiento en que llevo tanto tiempo y por culpa del cual tengo una pena tan grande que acabará por matarme, sin que nada pueda salvarme.

Y el profeta le dijo:

–Mira, hijo mío, pídele a Alá que me dé su venia para restituirte a tu tierra de Mizr, que sin su permisión nada puedo hacer yo.

Echóse Balukiya a llorar y postróse humildemente ante Alá (loado sea su nombre por toda una eternidad) y su oración fue grata a Alá (el grande, el sublime, el lleno de majestad) y en el acto ordenó a Al-Jizr que condujese al joven a su país de Mizr.

Y Al-Jizr (sea la paz sobre él) le dijo a Balukiya:

–Alza tu frente y respira, que Alá acogió tu plegaria con benignidad y me mandó que te llevase a tu país de Mizr y con tus deudos te reuniese allí.

Y, llegándose Al-Jizr a mí, me dijo:

–Cógete bien de mi mano y cierra los ojos con cuidado.

Dio entonces Al-Jizr un solo paso hacia adelante y luego le dijo a Balukiya:

–Abre ya tus ojos, que ya pasó todo.

Abrió los ojos Balukiya y vio que se encontraba en la puerta misma de su casa. Y, lleno de alegría, volvióse hacia Al-Jizr para darle las gracias y despedirse de él, pero ya no lo vio ni rastro de su persona por parte alguna halló.

Encontróse Balukiya a la puerta de su casa y entró en ella y su madre, al verlo, lanzó un grito recio, y, del exceso de su alegría, cayó al suelo desvanecida.

Rociáronle la cara con agua de rosas, hasta que recobró el sentido, y entonces abrazóse tiernamente a su hijo y vertió copioso llanto entre sus brazos.

Y a todo esto Balukiya unas veces lloraba y otras reía.

Acudieron luego todos sus parientes y deudos y amigos y conocidos a felicitarlo por haber regresado a su casa sano y salvo.

Y cundió por todo el país la noticia de su feliz regreso y de todas partes acudía la gente a felicitarlo y le llevaban valiosos regalos.

Y repicaban tambores y tocaban flautas y todos grandemente se regocijaban.

Contóles a todos Balukiya su historia y les informó de cuanto le ocurriera en el curso de sus andanzas y les dijo también cómo Al-Jizr (sobre él la ora-

[38] El profeta Elías de la *Biblia*, en torno al cual crearon los talmudistas un ciclo de leyendas.

ción y la paz) le hiciera la merced de volverle a su patria con toda seguridad, dejándole en la puerta misma de su casa, sin ninguna contrariedad.

Maravilláronse todos al oírlo y rompieron a llorar de emoción con tal vehemencia, que ladeaban los cuerpos, y a pique estaban de caerse al suelo.

Toda esta historia contósela la serpiente reina a Hásid Kerimu-d-Din, el cual se maravilló y lloró con gran vehemencia y emoción.

Y después Hásid Kerimu-d-Din a la serpiente reina le dijo así:

–Quisiera ahora tornarme a mi país.

A lo que la serpiente reina respondió:

–Temo, Hásid Kerimu-d-Din, que cuando seas tornado a tu país, te olvides del pacto que hemos hecho y del juramento que juraste y entres en el *hammam,* acarreándome una calamidad.

Volvió a jurarle Hásid Kerimu-d-Din a la serpiente reina que no entraría en un *hammam* mientras viviese, y entonces ella llamó a una serpiente y le dijo:

–Saca a Hásid Kerimu-d-Din a la haz de la tierra.

Cogiólo la serpiente en seguida y lo llevó de uno a otro lugar, hasta que el joven se encontró en la superficie de la tierra, sobre el brocal de una abandonada cisterna.

Echó luego el joven a andar hasta llegar a su ciudad y, ya allí, se dirigió a su casa, adonde llegó al otro día, a la hora en que ya el sol amarillea y declina.

Llamó Hásid Kerimu-d-Din a la puerta de su casa y salió su madre a abrirla, y al ver allí de pie a su hijo, delante de la puerta, lanzó un recio grito de sorpresa y se arrojó en sus brazos, y rompió a llorar con mucha vehemencia.

Luego que la mujer de Hásid-Kerimu-d-Din oyó desde dentro el lloro de su suegra, salió a ver qué le pasaba, y, al ver a su marido, fuese hacia él y le besó las manos, y todos se entregaron a recíprocas muestras de gozo y entusiasmo. Pasó luego adentro Hásid y se sentó entre su gente, y, después que hubo afianzado su asiento, preguntó por los leñadores de marras, que fueron con él a hacer leña a la montaña y luego lo dejaron abandonado en la cisterna y se marcharon, sin apiadarse de su desamparo.

Y su madre le dijo:

–Esos leñadores, hijo mío, vinieron y me dijeron: «A tu hijo se lo comió el lobo, estando en el valle, sin que nosotros pudiéramos salvarlo.»

Ahora se han metido a mercaderes y se han hecho ricos y poseen tierras y tiendas y el mundo se les ha vuelto ancho y dilatado, y todos los días nos traen a nosotras comida y bebida.

–Pues mañana–díjole Hásid Kerimu-d-Din a su madre–irás a ver a esos mercaderes y les dirás: «Sabed cómo mi hijo, Hásid Kerimu-d-Din, tornó de sus viajes, así que debéis ir a saludarlo.»

Y la madre de Hásid, no bien apuntó el día, fuese a ver a los antiguos leñadores y les transmitió el mensaje de su hijo, y, al oírlo, mudaron de color y dijeron:

–Oímos y obedecemos.

Y le regalaron un tràje de seda, bordado en oro, y añadieron:

–Dáselo al bueno de tu hijo y dile que iremos a verlo mañana mismo.

–Está bien–respondió la madre de Hásid Kerimu-d-Din, y se despidió de ellos y fuele a su hijo con el cuento.

Y esto es, por ahora, todo lo referente a su historia.

Cuanto a los leñadores de mi cuento, fueron y reunieron una junta de mercaderes y expusieron a estos la usurpación de que a Hásid Kerimu-d-Din hicieron objeto, y al terminar les dijeron:

–¿Qué vamos a hacer ahora que ese joven ha vuelto?

Y los mercaderes les dijeron:

–Procede que cada uno de vosotros le dé a ese joven la mitad de su hacienda y de las fincas y propiedades que posea.

Vinieron en ello los usurpadores y cada uno de ellos tomó la mitad de su hacienda y luego fueron a ver a Hásid Kerimu-d-Din y lo saludaron y le besaron las manos y le entregaron los dineros y le dijeron:

–Aquí tienes algo de lo que te debemos y en tus manos nos ponemos.

Tomó Hásid Kerimu-d-Din el dinero, diciendo:

–Lo pasado, pasó. Y todo cuanto nos sucede sucede por mandato de Alá y lo dispuesto vale más de lo propuesto [39].

Al oír lo cual dijéronle ellos:

–Anda y vente con nosotros y daremos un paseo por la ciudad y haremos una visita al *hammam.*

–Eso último–dijo Hásid–no lo puedo hacer, porque he hecho juramento solemne de no poner los pies en un baño en tanto aliente.

–Pues entonces–dijeron los otros–ven por lo menos con nosotros a nuestras casas para que podamos agasajarte como deseamos.

Vino Hásid en ello y los acompañó a sus casas y fue huésped por turno de cada uno de ellos, por un día y una noche, y así por espacio de siete, que era el número de aquellos mercaderes.

Y Hásid Kerimu-d-Din llegó a verse dueño de caudales y casas y alcanaes y alijares y todos los mercaderes de la ciudad iban a verlo y escuchaban, embelesados, la relación de sus viajes y las peripecias que le habían pasado [40].

Y vino a ser uno de los *schiuj* del gremio mercaderil y vivia tranquilo y feliz.

Luego de todo esto sucedió que, un día de los días, andaba paseando Hásid Kerimu-d-Din por la ciudad, cuando hubo de encontrarse con el dueño del *hammam,* que estaba sentado a la puerta de su establecimiento.

Cruzáronse las miradas de uno y otro y el dueño del *hammam* saludó al joven con el *selam* y lo abrazó y lo invitó a pasar adentro, diciendo:

–Hazme la merced de pasar al *hammam* y aceptar mi hospitalidad.

–Mucho me pesa–respondió el joven–, pero he hecho juramento de no entrar en un *hammam* en tanto viviere.

Pero el otro no se dio por vencido y le dijo:

–Que se divorcien de mi tres mujeres si no pasas al baño conmigo.

Turbóse Kerimu-d-Din al oirlo, y le dijo:

–Por ventura, ¿quieres, hermanito, dejar huérfanos a mis hijos y arruinar mi casa y echar sobre mi cuello el peso de una culpa nefanda?

Pero el del *hammam* echóse a los pies del joven y se los besó y en porfiarle insistió. Y le dijo:

–No temas, hermanito, y entra al *hammam* conmigo, que yo desde ahora cargo sobre mi cuello con la culpa, si infringes tu juramento.

Y acto seguido llamó a todos sus criados y todos ellos se abalanzaron sobre Kerimu-d-Din y lo entraron a viva fuerza al *hammam* y le quitaron las ropas, y en un santiamén lo metieron en el baño y le echaron agua por la cabeza. Pero empezaron apenas a echarle agua por la cabeza cuando se presentaron allí unos veinte hombres, y, encarándose con Hásid, le dijeron:

–Anda y disponte a seguirnos ahora mismo al alcázar del sultán, que te reclama por no sé qué deuda que quiere cobrar.

Y en tanto asían de él despacharon a

[39] Recuérdese el proverbio hispánico: «El hombre propone y Dios dispone.»

[40] Nótese aquí ya una insinuación de ese tipo de viajero famoso que luego se desarrollará, plenamente, en la figura de As-Simbad, el marino.

uno de los suyos a casa del visir del sultán, para que le informaran de lo que acababan de hacer.

Y el visir en el acto montó en su caballo, llevando consigo sesenta mamelucos, y empezaron a cabalgar hasta que llegaron al *hammam*. Y entonces se apearon y pasaron hasta donde estaba Hásid y lo saludaron con el dicho de:

—¡Alá sea contigo!

Dio luego el visir cien dinares al dueño del *hammam* y montó a Hásid en un caballo que a prevención llevara y con él y todos sus hombres dirigióse al palacio del monarca.

Ya allí mandó el visir a sus seides que ayudasen a Hásid a bajar del caballo, y después lo hizo pasar adentro y sentarse, y mandó que le sirviesen manjares, y luego que todos comieron y bebieron y se lavaron las manos, vistióle el visir a Hásid dos trajes de gala, cada uno de los cuales valía, por lo menos, cinco mil dinares, diciendo:

—Has de saber cómo Alá fue piadoso con nosotros al enviarte aquí, pues nuestro sultán está gravemente adolecido de lepra y tememos se nos muera, a menos que tú te prestes a curarlo, pues, según dicen los libros, su vida está en tus manos.

Y acto seguido cogió el visir a Hásid y, acompañado de un cortejo de cortesanos, condújolo al través de los siete zaguanes del palacio, hasta que a los aposentos del sultán llegaron.

Y habéis de saber que el nombre de aquel rey era Keserdán [41], rey de Al-Fars y de las Siete regiones, y bajo de su mano tenía cien príncipes soberanos, que se sentaban en tronos de oro rojo, y diez mil capitanes valerosos, cada uno de los cuales mandaba sobre cien soldados y otros tantos hombres armados de espada y de hacha.

Encontraron al rey tendido en su lecho, con un paño echado sobre su rostro, y quejándose por la fuerza de sus dolores.

Y al ver todo aquello Hásid quedóse estupefacto y entróle mucha compasión del pobre monarca y besó la tierra ante él y pidió a Alá para él su beraja [42].

Levantóse luego el gran visir, que Schamhur se llamaba, y diole al joven su bienvenida y lo hizo sentar en un gran sitial, a la diestra del sultán.

Y mandó el visir que les llevasen de comer y beber, y comieron todos y bebieron y se lavaron las manos después.

Y acto seguido el visir Schamhur se levantó—y todos los presentes por respeto a él se levantaron también—y llegándose a Hásid Kerimu-d-Din hablóle así:

—Nosotros todos estamos aquí para servirte y te daremos cuanto nos quieras pedir, aunque fuere la mitad de este reino, a cambio, solamente, de que consientas en curar a nuestro rey.

Y así diciendo el visir Schamhur condujo al joven de la mano hasta el lecho del soberano y Hásid descubrióle al rey la cara y pudo apreciar cómo en las últimas se hallaba, y se maravilló de que sus visires fiasen en él su curación.

Pero al llegar aquí vio Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras fascinadoras.

[41] ¿Rompedor? Burton transcribe: Karazdán. En otras ediciones se lee Kersedán.

[42] Bendición.

Y LA NOCHE 314 PROSIGUIO SU RELATO EN ESTA FORMA:

–Ha llegado a mis oídos, *¡ye* sultán, el afortunado!, que Hásid Kerimu-d-Din descubrióle al rey la cara y pudo apreciar cómo en las últimas se hallaba y se maravilló de que sus visires fiasen en él su curación.

Inclinóse luego el visir y besóle las manos a Hásid Kerimu-d-Din y le dijo así:

–Queremos de ti que cures a nuestro soberano y te daremos, si lo haces, todo cuanto pidieres, y este es el favor que esperamos de ti y la razón de que te hayamos traído aquí.

A lo que respondió Hásid Kerimu-d-Din:

–Yo soy, a la verdad, el hijo de Daniel, pero no salgo en lo sabio a él, pues no poseo la menor ciencia, ni tengo noción de las letras, que de chico me tuvieron treinta días en la escuela de Medicina y no saqué ningún provecho, ni aprendí nada de esa disciplina, y tened por cierto que si algo supiese del arte de curar en bien de vuestro rey lo habría de emplear.

Pero el visir le dijo así:

–Déjate de más palabras y haz lo que se te manda, que harto sabemos que, aunque aquí reuniésemos a todos los médicos de Oriente y Occidente, ninguno sino tú habría de curar a nuestro rey.

–Pero–exclamó Hásid Kerimu-d-Din al oír al visir–, ¿cómo voy a curar a vuestro rey si no sé qué enfermedad le aqueja ni tampoco sé jota de la ciencia médica?

Pero el visir le contestó a Hásid Kerimu-d-Din:

–No insistas más, que tú posees la medicina que a vuestro rey puede curar.

–Si supiera la medicina que necesita–replicó el joven–, cierto que lo curaría.

Pero el visir no le dejó seguir y le dijo así:

–Tú eres quien lo puede curar, pues la medicina que necesita es la serpiente reina y tú conoces el lugar en donde está, y la has visto y has residido algún tiempo en sus dominios.

Luego que Hásid Kerimu-d-Din oyóle aquello al visir comprendió que la culpa de todo la tenía él por haber entrado en el *hammam,* faltando a su juramento, y sintió de ello gran pesar, aunque de nada le sirviera ya.

Y dirigiéndose al visir le dijo así:

–¿Cómo podré hacer que la serpiente reina sane a vuestro rey si no la conozco a ella ni en toda mi vida supe que existiera?

Pero el visir le respondió así:

–Nosotros poseemos pruebas de que conoces dónde mora la serpiente reina y no podemos comprender por qué lo niegas. Indícanos el lugar de donde saliste, que allí es donde ella anida, y apártate luego a alguna distancia, si temes su embestida, que uno de nosotros se encargará de cogerla y apresarla, sin que a ti te ocurra nada.

Colmó luego el visir de agasajos y deferencias a Hásid Kerimu-d-Din y mandó que le diesen un traje de honor, todo incrustado de oro y metales preciosos.

Hasta que al fin rindióse Hásid Kerimu-d-Din a la voluntad del visir y díjole así:

–Está bien; yo os indicaré el lugar de donde salí para venir aquí.

Holgóse grandemente el visir al oírle decir aquello a Hásid Kerimu-d-Din y

en el acto montó él y montaron todos los emires y visires del reino, y seguidos de sus ejércitos y llevando a Hásid con ellos, cabalgaron sin parar, hasta llegar al monte que se recordará.

Internáronse luego en él hasta llegar a la cueva y ya allí Hásid, aunque no podía contener las lágrimas, adentróse por ella, llevando tras de sí a todos los emires y visires, hasta llegar a aquel pozo, donde antaño los leñadores lo dejaron solo.

Bajaron luego al fondo del pozo los emires y los visires, y el visir mayor se sentó y mandó hacer sahumerios y empezó a recitar conjuros y sortilegios y a salmodiar encantamientos, que era el tal visir un mago maestro, astuto y marrullero, que poseía la ciencia psíquica a fondo y, además, sabía de todo. Y, luego que terminaba un conjuro, recitaba un segundo, y con este, ensartaba un tercero, sin pérdida de tiempo, y luego que se consumía un sahumerio, echaba otro en el fuego. Y, al terminar sus sortilegios, dijo con voz de trueno:

–¡Reina de las serpientes, sal fuera luego!

Y he aquí que, de repente, sécanse las aguas del pozo y dejan ver una gran puerta en el fondo, la cual se abrió con un estruendo tal que parecía un trueno de tempestad, y pensaron todos que se venía abajo el pozo, y, llenos de espanto, rodaron por tierra desmayados y más de uno quedó muerto en el acto.

Pero los que la vida salvaron vieron luego salir del pozo a una serpiente enorme de grande, que semejaba un elefante, la cual, por sus ojos y su boca, lanzaba chispas y centellas y en su dorso llevaba una bandeja de oro rojo, incrustada de oro y perlas, y sobre la bandeja venía una serpiente cuya sola presencia hizo que el pozo entero resplandeciera.

Tenía la serpiente cara de persona humana y se expresaba con elocuentes palabras, y era, ni que decir tiene, la reina de las serpientes.

Giró la vista la serpiente reina a derecha e izquierda y luego vio a Hásid Kerimu-d-Din y, al verlo, le habló así:

–¿Qué fue de aquel pacto que hicimos y del juramento que me juraste diciendo que no entrarías nunca en un *hammam* mientras la vida no te llegase a faltar?

Pero, en fin, ¿a qué hablar si ya es sabido que con el sino no se puede luchar? ¡Y Alá tenía dispuesto que yo muriese por tu mano para curar al soberano!

Y así diciendo la serpiente reina echóse a llorar. Y también el joven, de verla llorar, lloró poseído de profundo pesar.

No bien el visir Schamhur, el maldito, a la serpiente reina hubo visto, tendió su mano hacia ella para prenderla.

Pero ella lo apartó diciendo:

–Guárdate, ¡so maldito!, de ponerme la mano encima, que, si te atreves a tanto, soplaré sobre ti y quedarás reducido a un montón de pavesas, y he de hacerlo si tocarme intentas.

Volvióse luego a Hásid Kerimu-d-Din, y le habló:

–Ven tú acá y cógeme en tus manos y ponme en esa fuente de china, que con vosotros traéis, y cárgatela a la cabeza y nada temas; que está escrito por el sino que yo en tus manos perezca y contra sus decretos nada valen astucia ni fuerza.

Cogióla, pues, Hásid en sus manos y púsola en la fuente de china y cargóse esta a la cabeza, según la serpiente reina le dijera. Después de lo cual todos echaron a andar.

Pero cuando ya estaban al final del camino díjole así la serpiente reina a Hásid Kerimu-d-Din:

–Préstame oído, Hásid, y escucha lo que en secreto te voy a decir y que de advertencia te debe servir. Sabe, pues,

que, si faltaste a nuestra amistad y alianza e infringiste el juramento que me hiciste, fue tan solo por obra y gracia del sino poderoso.

–Habla–díjole Hásid Kerimu-d-Din– y dime lo que me tengas que decir.

–Pues bien: escucha–contestóle la serpiente reina.

Cuando llegues a la cámara del visir este de fijo te dirá: «Mata a la serpiente reina y pártela en tres cachos.» Pero tú te guardarás de hacerle caso y le dirás: «Yo no sé sacrificar.» Y te abstendrás.

Has de saber que todo esto va encaminado al fin de que él se disponga a sacrificarme por su propia mano, lo que en seguida hará, partiéndome luego en tres pedazos.

Y luego que me haya sacrificado y partido en tres pedazos irá a buscarlo un emisario del rey Keserdán y le dirá que el monarca lo manda a llamar.

Entonces el visir echará mi carne en una olla de bronce y pondrá la olla en el fogón, antes de ir a ver qué le quiere el monarca, y, dirigiéndose a ti, te dirá: «Pon la olla en la lumbre y estáte al cuidado hasta que suba la espuma y entonces la sacas y la pones en una fuente y aguardas a que se enfríe, y entonces te la bebes, que, en cuanto la bebieres, ya no sentirás ningún dolor más. Luego que suba el segundo hervor, pones la carne en otra fuente y aguardas a que yo vuelva de junto al rey. Y yo después me la beberé, para curarme una dolencia que tengo en mis vértebras.»

Te dará luego el visir las dos fuentes y se irá a ver al rey. Tú, entonces, encenderás el fuego y aguardarás a que veas subir el primer hervor, y cuando veas subir la espuma, la coges y la pasas a la fuente, la primera; pero guárdate de bebértela, que si lo haces, ningún bien podrá reportarte.

Y, luego que suba por segunda vez la espuma, la pasarás a la fuente, la segunda, y aguardarás a que se enfríe, y la guardarás en tu poder, pero sin llegarla a beber.

Y luego que el visir torne de junto al rey y te pida la fuente, la segunda, le darás la primera, y ya verás la suerte que le espera.

Después cogerás tú la espuma, la segunda, y te la beberás, y no bien te la hayas bebido, en sede de la sabiduría quedarás convertido.

Después de eso sacarás la carne de la olla y la pondrás en una fuente de metal y se la darás a comer al rey, y no bien este la ingiera y se le asiente en el vientre, le cubrirás la cara con un paño y hasta hora de mediodía te estarás a su lado, hasta que se le haya enfriado el estómago.

Y después le darás algo de beber, y en aquel punto y hora quedará tan sano como estaba antaño.

Y de su dolencia no le quedará el menor rastro ni ningún resabio. Que así lo ordena Alá (el grande, el poderoso, el lleno de majestad).

Ten presente, Hásid, estas advertencias, y pon todo cuidado para en tu memoria retenerlas.

Siguieron luego de esto caminando y no pararon de andar hasta llegar a la cámara del visir Schamhur, y en la puerta le dijo el visir a Hásid Kerimu-d-Din:

–¡Pasa adentro conmigo!

Y el joven así lo hizo y luego que entraron en el aposento del visir y se retiraron los militares y se fueron cada cual por su lado, quitóse Hásid de sobre su cabeza aquella fuente en que iba encerrada la reina de las serpientes.

Y el visir díjole a Hásid Kerimu-d-Din:

–Anda y sacrifica a la serpiente reina.

A lo que Hásid contestóle, según ella le advirtiera:

–Yo no entiendo de eso ni pizca y no sacrifiqué animal alguno en mi vi-

da. Así que, si absolutamente te empeñas en sacrificar a la serpiente reina y lo estimas preciso, sacrificala tú mismo.

Fue entonces el visir y cogió a la serpiente reina y la sacó de la fuente aquella y la sacrificó sin pizca de pena.

Pero Hásid, al verlo, lloró de sentimiento.

Rióse de él el visir Schamhur, y le dijo:

–¡*Ye* el mentecato! ¿Cómo es posible que llores así por ver sacrificar a un reptil?

Y luego de matar a la serpiente reina partióla el visir Schamhur en tres pedazos, y los puso en una olla de bronce y puso la olla al fuego, y se sentó a aguardar que subiese el hervor primero.

Y estando aguardando, allí sentado, presentóse ante él un mameluco, que venía de parte del rey, y le dijo:

–De parte del rey que vayas a verlo ahora mismo.

–Oír es obedecer–respondió él. Y se levantó acto seguido, y, mostrándole a Hásid dos redomas, le dijo:

–Enciende la lumbre y pon en ella esta olla, hasta que veas subir el primer hervor, y entonces sacas la espuma de la carne y la pasas a una de estas dos redomas y esperas a que se enfríe y entonces te la tomas.

Que, en tomándotela, quedará exento tu cuerpo de todo mal y no padecerás en adelante de dolor ni enfermedad algunos.

Aguardarás después a que suba el segundo hervor y espumarás la olla y pondrás el agua que suelte en esta otra redoma, y la guardarás en tu poder hasta que yo vuelva de junto al rey, y entonces me la beberé, que padezco de un mal en el meollo de mis huesos y con ello habré de sanar.

Luego de hacerle esas recomendaciones al joven, marchó el visir a ver al rey, y Hásid Kerimu-d-Din puso la olla al fuego y aguardó a que subiera el hervor, el primero, y entonces la espumó y trasegó aquella agua en una de las dos redomas, y la puso aparte, en lugar a su alcance.

Siguió luego atizando el fuego, hasta que subió el segundo hervor, y tornó entonces a espumar la olla, y sacó aquella agua y la puso en la otra redoma y guardó esta parte, como hiciera con la primera.

Y acto seguido apartó la olla con la carne del fuego y aguardó a que el visir tornara, y se sentó a aguardar su regreso.

Sorprendió aquí a Schahrasad la mañana y cortó el hilo de sus elocuentes palabras.

PERO LA NOCHE 315 SIGUIO DICIENDO LA MUCHACHA:

–Tengo entendido, *ye* monarca, el afortunado, que Hásid Kerimu-d-Din sentóse a aguardar la vuelta del visir.

Luego que tornó el visir, le preguntó a Hásid Kerimu-d-Din:

–Vamos a ver: ¿qué hiciste?

Y el joven le respondió:

–Hice todo lo que mi señor me mandó.

–¿Qué hiciste con la primera redoma?–le preguntó el visir.

–Hace un momento que me la bebí.

–Y qué–le preguntó el visir–, ¿no sientes nada por tu cuerpo?

–Siento–le contesto el joven–como si por mis venas circulase fuego.

Calló ladino el brujo y se hizo el desentendido. Y le dijo:

–Dame acá la segunda redoma, que me voy a beber su contenido, que quiero probar a ver si me curo de mi enfermedad.

Diole Hásid la primera redoma y el visir se la bebió toda, pensando, sin ninguna duda, que era la segunda. Pero no había acabado de beberla cuando la redoma se le cayó de las manos y empezó a retorcerse y rodó por tierra muerto en el acto.

Para que se vea la verdad del refrán que dice: «Quien cava fosa para su hermano, en ella rueda despeñado [43].»

Maravillóse grandemente Hásid al ver aquello y sintió terror de ingerir la segunda poción, pero hubo de recordar la recomendación de la serpiente reina y se dijo en su interior:

«Si la segunda redoma contuviera ponzoña no se la habría reservado el visir para sí.»

Y luego añadió: «En manos de Alá me pongo (el grande, el misericordioso).»

Y sin más pensarlo bebióse el contenido del frasco.

Y lo mismo fue apurarlo que infundirle Alá (loado sea el lleno de majestad) en su corazón la sabiduría y abrirle las fuentes de la ciencia e inundarle el alma de gozo y alegría.

Tomó luego la carne de la olla y la puso en una fuente de bronce, y salióse con ella de la cámara del visir, y, ya fuera, alzó la frente al cielo, y en aquel mismo instante vislumbró los siete empíreos y cuanto hay en ellos hasta el «sidret» el postrero [44]. Más allá del cual no se puede pasar.

Y vio la fábrica armoniosa de los firmamentos que giran y revelóle Alá toda aquella belleza que cautiva, y vio Hásid los astros, y poseyó en el acto la ciencia de la astronomía, y la ciencia de la astrología, y la ciencia de los números y las cuentas, y todo cuanto se relaciona con ellas.

Y conoció el orden de los eclipses y los ocasos y todo cuanto se refiere a estas vicisitudes de los astros.

Y vio también luego la tierra y adquirió el conocimiento de cuanto hay en ella tocante a minerales y plantas y árboles y de todas sus virtudes y propiedades.

Y adquirió también por infusa vía la ciencia de la Medicina y de la fisiognomía y de la alquimia y el arte de hacer oro y plata, según lo deseara en un momento dado.

Siguió luego Hásid camino adelante con aquella carne hasta llegar al alcázar del rey Keserdán. Y pasó a presencia del soberano, y besó la tierra entre sus manos, y le dijo:

–Viva tu cabeza en tu visir Schamhur.

Y el rey, al entender que su visir era muerto, concibió un pesar tremendo y rompió en un llanto acerbo.

Lloraron también, de verlo llorar a él, sus visires y sus emires y todos los magnates del reino y todos los próceres de su gobierno.

Dijo después el rey Keserdán:

–No hace un momento que mi gran visir estaba aquí y nada hacía pensar sino que gozaba de salud perfecta y cabal. Después salió a ver si la carne ya estaba cocida para traérmela a toda prisa. ¿Qué pudo, pues, haberle ocasionado la muerte? ¿Fue víctima de algún accidente?

Contóle entonces Hásid Kerimu-d-Din al monarca lo que le ocurriera a su visir, a saber: cómo se bebiera la redoma aquella, y en el acto se abrasara, y se le abrieran las entrañas y muriera.

[43] *Mn jfr biran laji-h ukaa fih. «Jorhah schahat bah iafol ve golel eben alaiv teschob. Cavans foveam, in ea cadet; et lapis in volventem redibit.» Proverbios,* de Salomón, 27, capítulo XXVII.

[44] *Sidret-l-muntehá-Loto* que marca el límite del séptimo cielo, en la escatología musulmana. En las «leyendas moriscas» de Guillén y Robles se le llama el Azufalto del límite.

Dolióse mucho el rey al oír aquellas nuevas, y luego le dijo a Hásid Kerimu-d-Din:

–¿Qué voy a hacer ahora sin mi primer visir?

A lo que le contestó Hásid Kerimu-d-Din:

–No te apures ni te apesadumbres, ¡*ye* rey de los tiempos!, que yo te sanaré en un plazo de tres días, sin que de enfermedad quede en tu cuerpo el menor rastro ni reliquia.

Dilatósele el pecho al rey Keserdán y le dijo a Hásid:

–Deseo con todo ardor que me cures de este mal que me consume, y aunque tardases varios años, lo daría por bien empleado.

Pero Hásid fue en seguida por la olla y la trajo y se la puso al monarca allí delante, y, sacando de ella un trozo de carne, dióselo a comer al rey Keserdán, y luego que este lo hubo engullido, tapóle Hásid el rostro con un paño y sentóse junto al rey y le mandó que hiciera por quedarse dormido. Durmióse el rey en el acto y durmió de un tirón desde la hora de mediodía hasta ponerse el sol; a esa hora se despertó y Hásid le dio a beber un sorbo de vino, y tornó a decirle que hiciera por dormirse.

Durmióse luego el rey y durmió de un tirón toda la noche, hasta salir el sol. Y entonces Hásid diole a comer el segundo trozo de carne de la serpiente reina, y, luego que el rey se lo comió, procedió a taparle el rostro, como el día anterior. Y el rey se durmió luego y despertó y Hásid diole a comer el tercer trozo de carne, y repitió con él la operación del día antes, hasta que pasaron los tres días y el rey hubo ingerido los tres trozos de carne.

Levantósele entonces al rey la piel y se le desprendió; Hásid, al verlo, mandóle al monarca que pasara al *hammam* y se lavase, y, luego que lo hizo y se lavó, quedósele el cuerpo todo brillante y terso, y tal era la claridad que irradiaba, que parecía todo él de plata.

Y recobró el monarca la salud de antes y se sintió tan fuerte como antaño y aún más robusto y sano.

Después de lo cual vistióse sus mejores ropas y se sentó en su trono real, y mandó a Hásid Kerimu-d-Din que se sentase a su lado y aquel hízolo así.

Ordenó luego el rey que tendiesen los tapices, y así lo hicieron en el acto sus criados, y trajeron viandas y comieron ambos y luego se lavaron las manos.

Mandó luego el rey que les llevaran de beber y ambos bebieron hasta el empacho.

Ordenó luego el monarca que ante él se presentaran todos sus emires y visires y arraeces del ejército y grandes y notables del reino.

Acudieron luego todos y felicitaron al monarca por haber recobrado la salud y redoblaron los atabales y engalanóse la ciudad en celebración de haber salido bien el rey de su enfermedad.

Y cuando comparecieron ante el rey para felicitarle por su restablecimiento, habióles el monarca en estos términos:

–¡*Ye* respetable asamblea de emires y visires y grandes de mi reino! Aquí os presento a Hásid Kerimu-d-Din, que ha sido quien me ha curado y al cual debo mi restablecimiento.

Y habéis de saber cómo desde hoy será mi gran visir y ocupará el puesto de Schamhur, el que acaba de morir.

Pero al llegar a este punto de su narración sintió Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras encantadoras.

Y LA NOCHE 316 REANUDO SU RELATO EN ESTA FORMA:

–Ha llegado a mi noticia, *¡ye* monarca, el afortunado!, que el rey Keserdán les dijo a sus emires y visires y magnates del reino:

–Aquí os presento a Hásid Kerimu-d-Din, al que debo mi restablecimiento, y habéis de saber que de hoy más será mi gran visir y ocupará el puesto del que acaba de morir.

Así que el que lo ame a él será como si me amase a mí; y quien lo honrare será como si a mí mismo me honrase; y quien lo obedeciere, hará cuenta que a mí obedece.

A lo que todos, por unanimidad, contestaron:

–Oír es obedecer, *¡ye* soberano!

Después de lo cual todos se levantaron y fueron hacia Hásid y le besaron la mano y lo cumplimentaron y lo felicitaron por su encumbramiento al visirato.

Luego de eso todavía mandó el rey que le diesen a Hásid un traje de honor, bordado en oro rojo, con incrustaciones de aljófar y brillantes, el más pequeño de los cuales valía cinco mil dinares, y le asignó, además, trescientos mamelucos para que lo sirviesen y trescientas esclavas blancas que refulgían igual que lunas llenas y otras trescientas que eran abisinias y mostraban la color morena, y diole también el monarca a Hásid muchos eunucos y gran cantidad de ganado, búfalos y vacas, para cuya enumeración faltaría espacio.

Y no contento con eso el monarca mandó que todos sus emires y visires y grandes del reino y magnates y notables y hasta la gente del pueblo obsequiase con presentes y regalos a su nuevo gran visir Hásid Kerimu-d-Din.

Montó luego en su mula Hásid Kerimu-d-Din y a su zaga montaron todos los visires y emires y magnates y notables del reino y todo el ejército, y se dirigieron a la nueva casa del privado del rey, que este había hecho adornar para él. Y se sentó Hásid en su sitial, y los emires y los visires fueron desfilando ante él y le besaron las manos y lo felicitaron por su encumbramiento al visirato y todos porfiaban en punto a servirlo y halagarlo.

Luego que su madre y sus deudos tuvieron noticia de lo sucedido alegráronse muchísimo y lo felicitaron por su buen sino, y también aquellos leñadores de marras acudieron a darle los parabienes por su suerte afortunada. Volvió luego Hásid a montar en su mula y se dirigió a la casa del difunto visir Schamhur y se incautó de cuanto allí había y lo hizo trasladar a su domicilio.

Y cátate aquí cómo Hásid, de un ignorantón rematado que era antaño, que ni siquiera sabía leer ni escribir, llegó a verse por decreto de Alá convertido en todo un sabio, en toda suerte de conocimientos versado, hasta el punto de que la fama de su sabiduría trompeteó por todas aquellas tierras y hasta transpuso las fronteras, y todos le tenían por un océano de ciencia, así en medicina como en astronomía y en geometría y astrología y alquimia y magia natural y doctrina cabalística y psíquica y, en una palabra, en cuantas artes y ciencias se conocen, siendo en todas sus ramas doctor de los hombres.

Y un día le dijo a su madre:

–Mi padre Daniel era un sabio, según todos dicen; quisiera saber si dejó para mí algún libro o no.

Llevóle entonces su madre la caja y sacó de ella las cinco hojas que solamente se salvaran de la pérdida de su biblioteca y se las dio diciendo:

–Aquí tienes, hijo mío, todo lo que tu padre dejó.

Leyó Hásid las cinco hojillas y luego le dijo a su madre:

–Estas cinco hojas son parte de un libro; ¿dónde está el resto de las hojas que falta?

Y su madre le contestó:

Sorprendió aquí a Schahrasad la mañana y atajó el flujo de sus fluyentes palabras.

PERO LA NOCHE 317 REANUDO EL RELATO EN ESTA FORMA:

–Y he podido averiguar, *ye* monarca, el afortunado, que su madre le contestó:

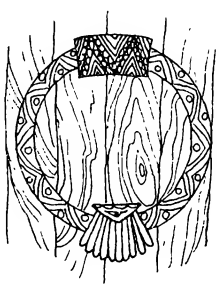
–Mira, hijo mío: has de saber cómo tu padre hizo un viaje por mar, llevando consigo todos sus libros, y hubo de naufragar el navío y gracias que él salvó la vida; pero todos sus libros se perdieron, menos estas cinco hojitas.

Y al volver él de su viaje (loado sea el Todopoderoso) encontróme ya encinta de ti y me dijo: «Puede que sea varón el hijo que tengas, y si así fuere, guardarás estas cinco hojas y, cuando sea mayor, se las darás, diciendo: "Esta es toda la herencia que tu padre te dejó."»

Pero ya Hásid sin ellas era el sabio más grande de su época, y desde entonces se dedicó a gozar de la vida birlonga, comiendo y bebiendo y disfrutando a su placer de todo cuanto se le pudiera apetecer.

Y así vivió largo tiempo, dichoso y placentero, hasta que se presentó ante él aquella que pone fin a los deleites y dispersa las reuniones de las gentes. Y aquí termina lo que hasta nosotros ha llegado de la historia de Hásid Kerimu-d-Din, el hijo de Daniel (tenga Alá piedad de él).

Pero Alá (loado sea su santo nombre por toda la eternidad) es el que sabe más.





HISTORIA DE AS-SIMBAD, EL MARINO

(Noche 317)

Sobre la personalidad de As-Simbad, el marino, tan discutida como sus viajes, hablamos ya lo bastante en el prólogo. Solo recordaremos que Silvestre de Sacy parece inclinarse a la opinión de los críticos que estiman de origen no árabe esta historia, fundándose no solo en la psicología del protagonista, sino también en su nombre de As-Simbad, que alude al Sind o Ganges, lo que induce a asignarle origen hindú. En la versión Weil, el costalero se llama Al-Hindbad, o sea el hombre de la parte acá del Indo, lo que da pie a Roso de Luna para establecer un contraste algo arbitrario entre el marino y el costalero. «Los nombres de Sind-bad y de Hind-bad que emplea el texto de Mardrus (el teósofo lo confunde con el de Weil) revela claramente el primitivo abolengo ariohindú de este cuento inmortal; Sind, en efecto, es el nombre antiguo del Ganges, e Hind el antiguo nombre del Indo, por manera que la riqueza actual de aquel personaje Simbad y la pobreza presente del esportillero Hindbad no son sino el contraste ocultista entre los tesoros de la India Gupta gangética y la inopia ocultista de los parsis, cuyas cunas del Paromiso, la Segdana y el Penjab están ligadas, como es sabido, con el río Hind o Indo. Una variante, en suma, del contraste entre el Brahma ario y el Abrahan (o brahmán) semita o la de los Suras (ángeles) y los Asuras (o demonios).»

Para Roso de Luna es As-Simbad, el marino, el prototipo del perfecto iniciado que, en el curso de sus viajes, llega hasta la montaña del Tibet y recibe la enseñanza de los maestros o «gurus», mientras que su tocayo, el costalero, es un candidato a la iniciación, y por eso se detiene a la puerta del marino. De ahí que Roso de Luna considere esta historia como un «libro de iniciaciones» y asigne un motivo arcano a cada una de las

andanzas del dinámico protagonista. Por lo demás, el carácter extraordinario y fabuloso de estos viajes los hace pasibles de interpretación simbólica, como los trabajos de Hércules en la mitología helénica, sobre todo si se sigue su curso en la edición de Calcuta, la más explícita sobre su itinerario, sembrado de parajes de tradición mística. El texto de Bulak, es, como siempre, el más lacónico y realista.

–Ha llegado a mis oidos, *¡ye* monarca, el afortunado!, que allá en tiempos del emir de los creyentes, Harunu-r-Raschid, habia en la ciudad de Bagdad un hombre llamado As-Simbad, el alhamel, y era hombre pobre de condición, que cargaba bultos sobre su cabeza y los llevaba a cuestas.

Y sucedió, un dia de los dias, que hubo de cargar con un fardo pesado y era aquel un día de calor extremado, de suerte que el hombre iba fatigado bajo su carga y por todo su cuerpo sudaba.

Y como el calor le apretara, hubo de pasar por delante de la puerta de la casa de un mercader, cuya parte delantera estaba muy bien barrida y aljofifada, y donde además soplaba una brisa muy grata.

Habia al lado de la puerta un marmolillo bastante ancho, y nuestro hombre fue y dejó allí el fardo, con la intención de descansar un rato y aspirar los aromas de aquel airecillo tan agradable que salía de la puerta de aquella casa, y se deleitó aspirando aquella brisa pura y fragante, y he aquí que vino a herir sus oídos, de pronto, el eco de un vibrar de laúdes y de voces que cantaban y recitaban versos arábigos, mezclados con gorjeos y trinos de pájaros que alababan a Alá (el más grande, el lleno de majestad) en variedad de estilos y lenguajes, desde el de la tórtola hasta el del ruiseñor, y el mirlo y el bulbul, y el de la paloma y el gallo montés.

Maravillóse el costalero al oír aquel concierto, y se dijo para sus adentros: «No cabe duda que el dueño de este palacio vive en medio de delicias, recreándose con cánticos y fragantes brisas, y regalándose con suculentas comidas y exquisitas bebidas.»

Fuese entonces el alhamel hacia la puerta y vio que allá adentro habia un jardín, grande y florido, por el que iban y venían esclavos negros, amén de muchedumbre de criados y fámulos y empleados, como solo se encuentran en los palacios de los reyes y los sultanes, y vino a saludarle el olfato una tufarada de sabrosos olores a toda suerte de ricos y delicados manjares y de vinos generosos y exquisitos.

Y el costalero alzó sus ojos al cielo y exclamó:

–¡Gloria a Ti Señor, el Creador y el Mantenedor, que colmas a quien quieres de bienes y dádivas sin cuento ni tasa!

¡Ye mi Señor, perdón te pido por todos mis pecados y me vuelvo arrepentido de haberte ofendido!

¡No hay, Señor, quien pueda pedirte a Ti cuenta de lo que decretas ni que a averiguar lo que haces se meta, porque Tú, Señor, eres poderoso por encima de todo!

¡Exaltada sea tu perfección: a quien quieres, lo haces pobre, y a quien te place, rico haces!

¡A quien quieres, lo levantas; y a quien quieres, lo bajas, y no hay más Dios que Tú, Señor!

¡Cuán poderosa es tu majestad y cuán perdurable tu dominación y cuán excelente tu gobernación!

En verdad, Tú favoreces a quien

quieres de tus siervos. Y así, porque tal es tu voluntad soberana, el dueño de esta casa vive en la abundancia y de todas las delicias de la vida goza sin tasa y se recrea con gratos aromas y sabrosos manjares y exquisitos vinos de todas clases.

Porque Tú les deparas a las criaturas lo que quieres y lo que de antemano les tienes destinado. Y en virtud de ello unos se cansan y otros descansan, y gozan unos de fortuna y abundancia, mientras otros, como yo, padecemos trabajos y penuria extremada.

Y el costalero improvisó estos versos:

–¡Oh qué diferencia va
de mí a aquel que, dichoso,
se solaza entre delicias
y vive en completo ocio.
A mí con carga pesada
me abrumó el sino los hombros,
tan pesada que me rinde,
mientras se divierten otros.
Hay quien vive solamente
para disfrutar mil gozos,
para comer y beber
y satisfacer antojos.
¿Por qué si de barro Alá
sin distinción hizo a todos,
ha de haber tal diferencia,
contraste tan asombroso,
entre criatura y criatura,
como entre el vino sabroso
y el vinagre fuerte y agrio,
que son parientes tan próximos?
Pero, en fin, cierra tu boca;
póstrate ante Alá, piadoso;
que Alá es justo y es sabio
y es equitativo en todo [1].

Luego que hubo acabado de recitar esos versos As-Simbad, el costalero, dispúsose a cargar con su fardo de nuevo y seguir su camino, cuando he aquí que de pronto se abrió la puerta de la casa y salió un criado y le cortó el paso y era el tal criado un muchachito de pocos años y de rostro lindo y salado y esbelto y garboso y vestido con traje muy lujoso.

[1] La versión Weil suprime este poema.

Y cogiendo el criadito de la mano al costalero tiró de él y le dijo con amable acento:

–Ven conmigo y entra, que mi señor hablarte desea.

Quiso excusarse el costalero y probó a zafarse de la mano del criado, pero este no se avino a soltarlo, y entonces As-Simbad no tuvo más remedio que dejar su carga al lado de la puerta, en el suelo, y pasar con el criado adentro.

Y al entrar en la casa encontróse en un palacio espléndido, refulgente y majestuoso, y el criado lo condujo a una gran sala estrado, en la que había buen número de nobles y grandes señorones, sentados en mesas adornadas con toda suerte de flores y hierbas fragantes, y servidas con abundancia de apetitosas viandas y fruta fresca y pasa y licores y vinos de las vendimias más preciadas.

Y había allí también instrumentos de música y holgorio y lindas esclavitas que tocaban y cantaban para los convidados. Los cuales ocupaban sus asientos con arreglo a su rango, y, en el lugar más elevado, estaba sentado un hombre de noble e imponente traza, cuyas sienes blanquearan las canas, y era de talle aventajado y de cara agraciada y todo él dignidad y grandeza respiraba.

Admiróse As-Simbad, el costalero, y se dijo para sus adentros: «¡Por Alá! Que este lugar es una de las mansiones del Paraíso, y, a no dudar, debe de ser la morada de un rey o de un sultán.»

Luego saludó a los presentes con el *selam* e invocó sobre ellos la bendición de Alá y besó la tierra entre sus manos, y después quedóse allí plantado, con la cabeza vuelta, en señal de respeto, a otro lado.

Pero el dueño de la casa invitóle en seguida a que se sentara y, luego que el costalero así lo hizo, mandó que le sirviesen ricos y sabrosos manjares, y el costalero dijo su *Bi-smi-l-lah*, y lue-

go comió de todo hasta que se harto, y entonces exclamó:

–¡Gracias a Alá, en toda ocasión!

Y después de lavarse las manos, dio gracias a todos por el agasajo. Y el anfitrión le dijo:

–Bien venido seas, que este tu día es bendito. Pero dime ahora: ¿cuál es tu nombre, hijo mío, y también cuál es tu oficio?

–Yo, mi señor–respondió el alhamel–, me llamo As-Simbad, el cargador, y acarreo bultos y fardos, a cambio del precio que me pagan los que me dan trabajo.

Sonrióse al oírlo el anfitrión y le dijo:

–Has de saber, *¡ye* cargador!, que somos tocayos, pues te llamas lo mismo que yo me llamo. Yo soy As-Simbad, el marino, y ahora quiero que me repitas esos versos que recitaste delante de mi puerta hace un momento, pues me gustaron mucho cuando los oí y querría que me los repitieses aquí.

Abochornóse el costalero y se disculpó de haberlos declamado, alegando su poca instrucción, debida a lo humilde de su condición.

Pero el anfitrión insistió, diciendo:

–No te avergüences, hermano.

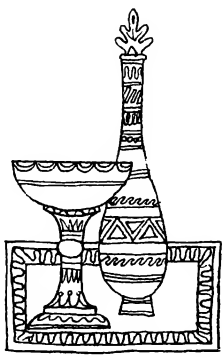
Recitóle luego el costalero los versos y el anfitrión mostró gran placer al oírlos de nuevo.

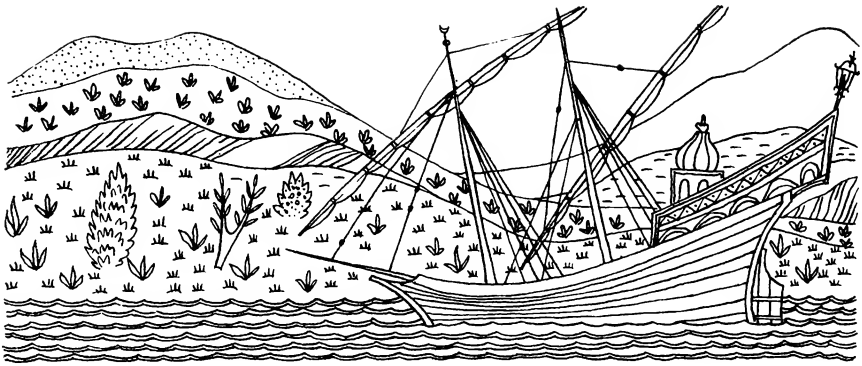
Y le dijo al costalero:

–Sabe, cargador, que yo tengo una historia singular y te quiero contar todo lo que me ocurrió antes de venir a hallarme en este estado de prosperidad y asentarme en este lugar en que me ves ahora, rodeado de tanta holgura y comodidad.

Pues es lo cierto que antes de llegar a este lugar hube de pasar muchos trabajos y de verme en grandes aprietos, apuros y sobresaltos.

Y has de saber que emprendí y rematé siete travesías, cada una de las cuales tiene su historia peregrina que deja perplejo el ánimo de quien la oye, pues todo lo que en ellas se cuenta fue obra del sino, contra el cual nada se puede, que no hay refugio ni asilo contra lo que está escrito.





HISTORIA PRIMERA DE LAS HISTORIAS DE AS-SIMBAD, EL MARINO, QUE COMPRENDE EL PRIMERO DE LOS VIAJES QUE HIZO

(Noches 317 a 319)

En este primer viaje llega As-Simbad hasta la India y es huésped del rey Mahrachán–cuyo título de soberano, Maharacha *en sánscrito, convierte el narrador en un patronímico–. El rey Mahrachán es soberano del país de Kabul y esta es la única indicación geográfica precisa que se encuentra en el relato. La isla (o tierra, que ambos sentidos tiene la palabra* yesira) *de Kabul aparece mencionada ya en la* Historia de Chanischah *como feudo del rey Tigmús y es, según anotamos en ese lugar, una región del Afganistán, cuya metrópoli fue, en tiempos remotos, un foco irradiador de leyendas y fábulas. Fabuloso es, desde luego, lo que As-Simbad nos cuenta de la fecundación de las yeguas del rey Mahrachán por los caballos marinos o hipocampos. El relato se desarrolla en esa penumbra poética de realidad y mito que caracteriza también a las narraciones de viajes relativamente históricos de tiempos antiguos. Lo que desde luego se advierte es el anacronismo lógico de que As-Simbad, el mismo personaje legendario, como Ulises, sea un contemporáneo de Harunu-r-Raschid, un ciudadano de la Bagdad del siglo VIII, y todo hace pensar que sus famosas aventuras no son sino eco de antiquísimas tradiciones, puestas bajo su advocación.*

–Habéis de saber, *¡ye* nobles y respetables personajes!, que mi padre era mercader y gozaba de gran prestigio entre la gente en general y entre los mercaderes en particular, y había llegado a reunir hacienda considerable y riquezas incalculables.

Y murió mi padre, siendo yo pequeño, y me dejó cuantiosa herencia de dinero, propiedades y predios. En todo

lo cual puse yo mano cuando alcancé la mayor edad.

Y al verme dueño de tantas riquezas, empecé a darme vida regalada y a comer de lo mejor y a beber a ese tenor y a juntarme con los muchachos de mi edad y a salir con ellos de bureo, luciendo trajes suntuosos sobre mi cuerpo.

Haciame yo la ilusión de que aquello iba a durar siempre y me habría de reportar grandes bienes, así que perseveré en ese plan de vida por espacio de algún tiempo, sin que pensase en mudar de bisiesto.

Pero al cabo de ese tiempo que digo hube de entrar en razón y traté de subsanar mi error, y entonces me encontré con que mi hacienda volara y mi estado cambiara y de todo cuanto antes poseyera ya nada me quedaba.

Quedéme entonces como alelado, lleno de asombro y de pánico, y, estando así, en tal estado de ánimo, hube de recordar cierta historia que una vez oyera referente a nuestro señor Soleimán, el hijo de Daud (sea sobre ambos el *selam)* y recordé también aquel su dicho: «Tres cosas hay que son mejores que otras tres: el día de la muerte, que es mejor que el del nacimiento [1]; el perro vivo, que es mejor que el león muerto [2], y el sepulcro, que es mejor que el palacio [3].»

Fui, pues, y procedí a reunir todo cuanto aún conservaba de muebles y ropa y todo lo vendí. Vendí después también mis tierras y todo cuanto mi mano poseyera, y con el producto de esas ventas vime dueño de tres mil dirhemes, y entonces se me ocurrió la idea de echarme a viajar por los países de las gentes, como dijo el poeta:

«Puede el hombre encumbrarse por medio del [trabajo;
quien a la fama aspire, ha de ser esforzado,
y no entregarse al sueño ni al mimo y el regalo.
Quien la perla codicia, ha de hundirse en el mar;
riquezas sin desvelos no se puede lograr,
y el que otra cosa piense, nada conseguirá [4].»

Pensé un poco en ello y luego fui y merqué variedad de cosas y objetos, propios para el comercio, y también de las cosas necesarias para un viajero.

Diole a mi alma por elegir los viajes por mar; así que me embarqué a bordo de un navío en el puerto de Bazra [5] en unión de una partida de mercaderes y fuimos navegando por espacio de varios días y noches, hasta que costeamos una isla, y el capitán de la galera decidió fondear en ella y echó el ancla y apretó las amarras.

Bajaron a la isla todos los que en el barco iban y armaron allí unos fogones improvisados y encendieron lumbre y se repartieron los quehaceres, encargándose los unos de cocinar y los otros de limpiar.

Pero estando en esos menesteres he aquí que el dueño del barco, que de él no se había separado, nos lanzó un gran grito que hirió con fuerza nuestros oídos:

—¡*Ye* pasajeros de la seguridad! Corred aprisa acá y montad en el barco, dándole a todo lo demás de lado; no

[1] *Eclesiastés* de Salomón, capítulo VII, versículo I. «Mejor es la (buena) fama que el buen ungüento y el día de la muerte que el del nacimiento.»

[2] *Ibidem.* Capítulo IX, versículo IV. «Aún hay esperanza para todo aquel que está entre los vivos, porque mejor es perro vivo que león muerto.»

[3] *Ibidem.* Sin localización precisa. Por lo demás, el narrador árabe, como puede verse, agrupa libremente las sentencias salomónicas, lo que indica que las toma de otra fuente.

[4] Suprimido en la edición de Bulak.

[5] La versión Weil especifica: «...y nos dirigimos a las Indias orientales por el Golfo Pérsico, formado por las costas de la Arabia feliz a la derecha, y las de la Persia, a la izquierda, y cuya mayor anchura es de setenta leguas, según la opinión común. Fuera de este golfo, el mar del Levante y el de las Indias es muy anchuroso; tiene a un lado por linderos la costa de Abisinia y cuatro mil quinientas leguas de largo, hasta las islas de Vakvak *(¿Al-Uaku-l-Uak?)*».

os preocupéis de vuestros efectos; abandonadlos y venid acá con solo vuestras almas si de la perdición queréis salvarlas, pues habéis de saber que esa que os parece isla no es tal, sino un gran pez [6], que se tumbó a descansar en medio del mar y luego la arena lo cubrió tomando entonces apariencia de isla, por las plantas y árboles que le crecieron encima; pero ahora, en cuanto sienta el animal el calor del fuego que habéis encendido sobre su cuerpo, empezará a rebullirse y sacudirse y echará a bogar por en medio del mar y allí os ahogaréis todos, sin ninguna remisión. Así que daos prisa a buscar vuestra salvación y a libraros de la perdición.

Sintió aquí Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras fascinadoras.

PERO LA NOCHE 318 REANUDO SU RELATO EN ESTA FORMA:

–Tengo entendido, ¡*ye* monarca, el afortunado!, que el dueño del barco gritóles a sus pasajeros:

–¡Buscad la salvación y dejadlo ahí todo, si no queréis vuestra perdición!

Luego que tal oyeron los pasajeros, lo dejaron todo y corrieron desalados a montar en el barco, abandonando sus improvisados fogones y sus provisiones; pero a pesar de la prisa que a huir se dieron hubo algunos que no llegaron a alcanzar el barco, pues no les dio tiempo, que de repente sacudióse la isla entera y se sumergió en las entrañas del mar, con todo cuanto llevaba encima, y luego cerróse sobre ella el mar embravecido, siempre por encontradas olas combatido.

Fui yo del número de aquellos que con el pez se hundieron en lo profundo del mar, donde se ahogaron los más; pero a mí quiso Alá librarme de morir ahogado y me deparó un gran tronco de árbol, de los que llevaba allí, para lavarlos.

Asíme a él y me monté de espaldas y empecé a azotar el agua con los pies como si fueran remos, y las olas me zarandeaban y traían y llevaban de acá para allá, y así, impelido a diestro y siniestro de las olas y el viento, fui a parar al pie de una isla elevada, en la que había árboles que hasta el mar tendían su ramaje.

Asíme yo a las ramas de uno de aquellos árboles copudos y me agarré a ellas con fuerza, luego que me vi a salvo de sucumbir, y conseguí llegar hasta la isla y afianzar la planta en su orilla.

Y había en aquella isla abundancia de fruta y de fuentes de agua dulce y comí de aquella fruta y bebí de aquella agua, dulce y grata.

Luego seguí en ese estado por espacio de días y de noches, y mi alma se

[6] Probablemente un cetáceo. Roso de Luna relaciona este episodio de la ballena con el mito medieval relativo a la «non trubada isla de San Balandrán», en el que también los acompañantes del santo irlandés toman por una isla una ballena y en ella celebran la Pascua varios años seguidos *(De Sevilla al Yucatán,* tomo II, parte II). Y añade: «Porque esta ballena de Jonás que en el mito bíblico se traga al candidato y le devuelve en la desolada costa del mundo, al cabo de tres días, no es sino el *antro iniciático,* la *cámara de reflexiones,* el *desierto* en que Jesús es tentado tres veces, antes de comenzar su predicación, etc. Allí, según relatan tantos viajeros, cerca de las solitarias y desoladas regiones del Desierto del Gobbi, oye el candidato las *campanas astrales* y la armonía de las *arenas musicales* de las que habla en su obra de viajes el coronel Jule. *(De gentes del otro mundo,* capítulo I).»

fue serenando en ese tiempo y recobrando mi cuerpo su fuerza y el movimiento, hasta que pude coordinar mis pensamientos y explorar bien la isla y recrearme entre los árboles que la cubrían, admirando las cosas que creó Alá (loado sea por toda una eternidad).

Híceme de una rama de aquellos arboles una cayada, para en ella apoyarme.

Y seguí de ese modo recorriendo la isla hasta que un día de los días hube de divisar en lontananza un gran bulto que al pronto parecióme una fiera o alguno de esos monstruos que el mar engendra.

Dirigí, sin embargo, mis pasos hacia él y, al acercarme más, pude ver que era un gran corcel que estaba atado allí, en aquel pico de la isla, en el linde de la marina.

Acerquéme más al animal y este dio un relincho tal y tan feroz que me asusté y me dispuse a retroceder.

Cuando he aquí que de pronto veo salir un hombre de debajo de la tierra, y aquel hombre se puso a darme gritos y a seguirme y me dijo:

–¿Quién eres y de dónde vienes y cuál es el motivo de que a esta isla hayas venido?

Contéle yo todo cuanto me ocurriera, del principio al fin, y él, al oírme, se maravilló y me tomó de la mano, y me dijo:

–Ven conmigo.

Y me llevó a un *sardab* o sótano muy espacioso, grande como un salón. Y ya allí, me hizo sentar en su extremo superior y me sirvió de comer, y yo, con el hambre que tenía, comí hasta que me sacié, y luego le dije:

–¡*Ye* mi señor! No lo tomes a mal; pero ya que te conté mi historia con toda verdad, te agradecería que tú también me dijeses quién eres.

–Nosotros–respondió él–componemos una partida distribuida por toda esta isla y somos palafreneros del rey Al-Mahrachán [7] y tenemos bajo nuestras manos todos sus corceles y caballos.

Todos los meses, con la luna nueva, venimos a esta isla trayendo yeguas de pura raza y las atamos, al rayar la aurora, al tronco de los árboles y luego nos bajamos a un aposento soterrado, donde a la vista de todos nos ocultamos.

No tarda luego en acudir un alazán de los que engendra el mar, atraído por el husmo de la yegua, y al ver que por allí no hay nadie, se lanza sobre ella y la monta y hace con ella su cosa, y luego que termina, desmonta y tira de ella para llevársela consigo, mas como está atada, no puede conseguirlo.

El alazán entonces empieza a relinchar y a darle topadas y a cocearla; pero nosotros, que hemos oído sus relinchos, comprendemos que ya cabalgó y en seguida acudimos y empezamos a darle gritos, hasta que lo espantamos y, sin más, corre ligero a zambullirse en el mar.

La yegua luego queda preñada y cumplido su tiempo da a luz un macho o una hembra, que vale un tesoro y en toda la haz de la tierra no tiene rival que comparársele pueda.

Este es, por cierto, el momento en que suele venir el alazán y, si es servido Alá, te llevaré a la corte del rey Mahrachán y nuestro país te mostraré

[7] Según Weil, *Mohrajio*. Burton propone una doble interpretación del vocablo; la de *Mahracha*, gran rey, o la de *Mihrchan*, vida del sol, término con que los guebros designaban su gran fiesta sagrada del equinoccio otoñal. De admitir la primera hipótesis, Simbad, el marino, podría aludir al famoso reino de Narsinga en el centro del sur de la India, con Vichayanagar por metrópoli, o a algún otro de los grandes reyes indos de aquel tiempo. En su descripción de Ceilán menciona Wolf las «ilhas de Cavalos», a las que los comerciantes holandeses enviaban sus yeguas para ser cubiertas. Jones, en su *Description of Asia*, señala Borneo como la isla árabe de Soborma o Nahrach.

para que lo puedas ver. Y haz de cuenta que, de no haber tenido la suerte de dar con nosotros, habrías perecido miserablemente, sin que nadie tuviese noticia de ti ni de tu muerte; pero ahora ya me encargo yo de velar por tu vida y hacer de manera que puedas volver sano y salvo a tu tierra.

Invoqué yo sobre él las bendiciones del cielo y dile las gracias por su bondad para conmigo.

Pero en tanto platicábamos así ambos he aquí que el garañón sale del mar y lanza un relincho que todo hizo retumbar.

Lanzóse después sobre la yegua y la cabalgó, y luego que terminó su operación, descabalgó y empezó a tirar de ella, con intención de llevársela consigo; mas como estaba atada no lo pudo lograr y empezó a cocearla y embestirla, dando de paso unos relinchos que aturdían.

Pero entonces el palafrenero enristró en su mano la espada y embrazó la adarga y salió a la puerta de aquel subterráneo y empezó a gritarles a sus compañeros, diciendo:

–Echaos sobre el semental y batid las adargas con las espadas.

Acudieron ellos al punto con lanzas y armando gritería desusada, con lo cual se espantó el alazán, y huyendo a toda prisa se sumergió en el mar, igual que un búfalo, y bajo sus aguas quedó oculto.

Sentóse el palafrenero un rato y aguardó a que llegasen sus compañeros, los cuales traían cada uno una yegua que acababa de ser montada como la primera.

Y al verme en compañía del palafrenero preguntáronme quién era y qué hacía allí, y yo todo se lo referí; acercáronse entonces más a mí y tendieron los tapices en el suelo y comieron y me invitaron a comer con ellos, y todos comimos hasta quedar satisfechos.

Terminado el yantar, se levantaron y montaron en sus caballos y me llevaron con ellos, apurándome a lomos de un corcel, después de lo cual empezamos todos a cabalgar, y cabalgando fuimos, sin parar, hasta llegar a la corte del rey Mahrachán.

Pasaron ellos luego a presencia del monarca y le contaron mi historia y él mandó que me llevaran ante su trono, y así lo hicieron ellos, quedándose luego plantados ante el soberano.

Saludé yo al rey Mahrachán con el *selam* y él me dio la bienvenida y me devolvió el saludo con mucha cortesía, y me preguntó por mi situación, contándole yo entonces, con todo pormenor, desde el principio al fin, cuanto me había ocurrido y cuantas cosas había visto.

Oído lo cual el rey me dijo:

–¡Por Alá, hijo mío!, que tuviste suerte al encontrarte con mis gentes, pues, de no haber sido así, difícilmente salieras con bien de allí; pero, pues así lo dispuso Alá para tu beneficio, loemos su nombre agradecidos.

Luego el rey dispensóme grandes agasajos y honores y me acercó a su persona y me mostró especial afecto en sus palabras y en sus gestos y me nombró su apoderado en el puerto, para que tomase nota y apuntase todos los barcos que en él fondeasen.

Y yo iba a verlo con regularidad, para recibir sus órdenes, y él me trataba siempre con mucha bondad y me dispensaba toda suerte de favores y mercedes y me regalaba ricos trajes de gala.

Gozaba yo, pues, de mucho crédito con el rey e intercedía con él por su pueblo y hacía de medianero entre él y ellos.

Seguí así largo tiempo, y siempre que salía yo al puerto preguntaba a los mercaderes y viajeros y marineros si venían de Bagdad, con la mira de hallar alguna ocasión de tornarme a mi tierra natal; pero nunca encontraba

ninguno que conociese esa ciudad ni tampoco supiera de alguien que de ella viniera.

Con todo lo cual andaba yo muy mohíno, pues dizque estaba ya harto de mi largo extrañamiento; solo que disimulé por algún tiempo, hasta que, un día de los días, al presentarme ante el rey Mahrachán, encontréme allí con un grupo de hindúes y los saludé con el *selam,* correspondiéndome ellos con otro igual.

Luego me preguntaron por mi país y yo les di noticias de él, y a mi vez por el suyo les pregunté.

Dijéronme ellos entonces que eran de varias castas, siendo los unos *schakiriya* [8], o sea, de la más rancia nobleza, que a nadie hacen fuerza ni a nadie consienten tampoco que a ellos se la infieran, y los otros brahmanes, los cuales no prueban el vino, pero llevan una vida de placer y delicia y poseen camellos y caballos y ganados.

Dijéronme además que el pueblo de Al-Hind hállase dividido en sétenta y dos castas, de lo que maravilléme yo, hasta el colmo de la maravilla.

Y entre otras cosas que vi yo en el reino del rey Mahrachán vi una isla llamada Kasil, donde todas las noches se oye repique de tambores; pero tanto los isleños vecinos como los viajeros nos aseguraron que los naturales de esa isla son gente de buena condición e inteligentes [9].

Y vi asimismo en aquel mar un pez que media doscientos codos de largo y que a los pescadores infundía pánico, por lo que, en viéndolo, luego cogían unos palos y se ponían a hacer ruido con ellos para espantarlo [10].

Y vi también otro pez con cabeza de mochuelo, que chocaba verlo. Y vi también, además de eso, otras muchas cosas raras y curiosas, que no paso a comentar por no cansar.

Recorrí sin parar todas aquellas islas y exploré todo cuanto contenían, hasta que, un día de los días, estando a la orilla del mar, apoyado en mi báculo, según mi costumbre, vi venir a lo lejos un barco que se dirigía al puerto trayendo a bordo muchas mercancías y tesoros.

Luego que el barco arribó al puerto arrió el arráez sus velas y echó las anclas y fondeó en aquella ensenada, después de lo cual procedieron los marineros a descargar todo cuanto llevaban a bordo.

Tardaron largo rato en aquella faena y yo era testigo de ella y tomaba nota de todo cuanto depositaban en tierra. Y luego que terminaron, al parecer, preguntéle al arráez:

–¿No traéis nada más a bordo?

–Sí por cierto–contestóme él–; aún queda allí, en la sentina, una gran cantidad de mercancías, solo que su dueño naufragó y se ahogó en aguas de cierta isla, en tanto nosotros seguimos adelante nuestra travesía...

Pero al llegar a este punto de su narración vio Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras seductoras.

[8] Los «chatrias» o guerreros que componen la segunda casta.

[9] En la edición de Bulak llámase Kabil esta isla. Lane supone que se trata de la isla Bartail, que Al-Kazuini menciona cerca de Borneo, y cita en su apoyo al español B. L. de Argensola, que en su *Historia de las Molucas* habla de una isla desierta, la de Poelsatton, próxima a Banda, famosa por los extraños ruidos que en ella se oyen y que han dado lugar a que se la suponga habitada por demonios.

[10] Trátase probablemente de una ballena. Cuanto al pez con cabeza de mochuelo, podría ser un *manatí* o vaca marina. Hole cita un caso del jesuita P. Martini (siglo XVIII), que sitúa en el mar de Cantón un pez con cabeza de pájaro y cola de pescado.



Y LA NOCHE 319 REANUDO SU RELATO EN ESTA FORMA:

–Tengo entendido, ¡*ye* monarca, el afortunado!, que el arráez del barco díjole a Simbad, el marino:

–El dueño de estas mercancías se ahogó en el mar dejándonoslas a bordo, y nosotros ahora tenemos intención de venderlas y entregarle su importe a sus familiares, que viven en Bagdad, la Ciudad de la Paz.

Al oír aquello pregunté al arráez:

–¿Cómo se llamaba el dueño de esas mercancías?

–Simbad, el marino, y hubo el desdichado. según dije, de perecer ahogado.

Al oir yo esas palabras fijé en él con más atención la mirada y luego lo conocí, y, lanzando un recio grito, díjele así:

–Has de saber, arráez, cómo yo soy el dueño de esas mercancías que dijiste, pues soy Simbad, el marino, para servirte.

–¡No hay gloria ni poder sino en Alá!–exclamó el arráez–y toda protección y seguridad vienen de El. ¡En verdad que ya no hay entre los hombres rastro de conciencia ni de buena fe!

–¿Por qué dices eso?–preguntéle yo. Y él me contestó:

–Pues porque me oiste decir que tenía a bordo unas mercancías cuyo dueño pereciera en el mar y ahora tú tratas de alzarte sin derecho alguno con su propiedad, y eso, en verdad, está muy mal.

Pues nosotros fuimos testigos de cómo se ahogó el desdichado y nos consta que también con él perecieron muchos de los pasajeros, sin que quedase con vida ninguno de ellos.

Y siendo así, ¿cómo te atreves a decir que eres tú el dueño de esas mercancías que a bordo tengo?

–¡*Ye* arráez!–exclamé–. Oye mi historia y entiende bien mis palabras y verás claro la verdad de lo que hablo.

Que por la mentira se conoce a los que prevarican, así que oye primero mi historia y luego juzga.

Contéle al arráez con todo pormenor cuanto me sucediera desde que salimos en su barco de la ciudad de Bagdad hasta que llegamos a aquella isla en la cual zozobramos y recordéle también algunos lances que entre nosotros habían pasado, de suerte que al oírlo no tuvo más remedio el arráez que declararse convencido, y tanto él, como los mercaderes que lo acompañaban, acabaron por reconocerme y me felicitaron por haberme salvado de la muerte y todos a una alzaron la voz y exclamaron:

–¡Por Alá, que no creíamos que te hubieses salvado del naufragio; pero puesto que así fue, nos alegramos y pedimos a Alá te conceda nueva vida y te compense de tus pasadas cuitas!

Luego de eso fueron y volvieron con mis mercancías y me las restituyeron y pude ver que encima de cada fardo estaba escrito mi nombre, como el de su propietario, y que no faltaba ninguno de los que yo había dejado.

Procedí luego a abrir los paquetes y saqué de ellos algunas cosas de valor y de precio elevado y mandé a los marineros que cargasen con ellas y se las llevé al rey y se las ofrecí como regalo.

Hícele saber al monarca cómo aquel barco que llegara era el mismo en que yo había partido y que las mercancías estaban en el mismo estado en que yo

las dejara, sin que faltara nada, y que aquellos presentes que le hacía eran del número de aquellas mercancías.

Maravillóse grandemente el rey al oírme y comprobó ser verdad todo cuanto yo le dijera la primera vez que lo viera, por lo que me cobró todavía más amor y me colmó de nuevas honras y distinciones, y correspondió a mis regalos con cosas que valían otro tanto.

Vendí yo luego mis mercancías y saqué de ello bastante dinero, con el cual me apresuré a comprar otras mercancías y géneros y efectos de aquella ciudad.

Luego que los mercaderes que iban en el barco se dispusieron a zarpar del puerto hice subir a bordo todas mis cosas y fui a ver al rey Mahrachán, y, después de darle las gracias por todos los honores y distinciones de que me colmara, pedíle su venia para tornarme a mi tierra, al lado de los míos, y él me otorgó al punto su permiso y me despidió con grandes extremos de afecto y me regaló muchas cosas valiosas de aquella ciudad, para que me las llevase conmigo al marchar.

Despedíme, pues, del rey y monté en el barco y levamos anclas, por permisión de Alá (el poderoso, el lleno de majestad) y fue nuestra servidora la felicidad y nos favoreció el poderoso y no paramos de navegar hasta llegar a Bagdad, la Mansión de la Paz.

Llevaba yo conmigo muchas mercancías y objetos de valor y de precio, y con todo ello, luego que a Bagdad llegamos, dirigíme a mi barrio y me entré en mi casa, adonde en seguida acudieron a saludarme y felicitarme todos mis amigos y deudos.

Dime luego prisa a mercarme esclavos y fámulos y mamelucos y concubinas y eunucos, y también casas y predios y jardines y huertos, hasta que vine a encontrarme más rico y mejor abastado que antaño, y volví a gozar del placer del trato con mis amigos y conocidos y di al olvido todos los contratiempos y peripecias que en el curso de mi viaje había padecido, y me entregué a toda suerte de pasatiempos y recreos y deleites y a comer y beber de lo bueno lo mejor, sin reparar en gastos, que todo eso y más me consentían las riquezas que había allegado.

Y esta es, señores, la historia de mi viaje, el primero.

Y mañana, si Alá es servido, os contaré la historia del segundo de mis viajes, que fueron siete, según os dije.

Luego Simbad, el del mar, despidió a Simbad, el de tierra, y le dio cien pesos en oro y le dijo con afable tono:

–Desde este día seremos amigos.

Diole las gracias Simbad, el alhamel, a su tocayo Simbad, el marino, y, tomando los pesos consigo, despidióse de él y se fue por su camino.

Y en tanto caminaba iba el costalero pensando en las cosas que le ocurren a la gente, maravillándose de ello grandemente. Durmió aquella noche en su casa y, luego que amaneció la mañana, se levantó y se dirigió a casa de Simbad, el marino, y entró en ella como en su domicilio.

Diole al verle la bienvenida Simbad, el marino, y lo colmó de atenciones y lo hizo sentar a su lado, y luego que llegaron sus demás amigos, mandó que les sirviesen viandas y licores, con lo que se les despejó el momento y llenóseles el alma de alegría y contento.

Y a continuación tomó Simbad, el marino, la palabra, y, dirigiéndose a sus amigos les dijo:

–Sabed, hermanos míos, que llevaba yo en Bagdad la vida más placentera y gozaba de la alegría más clara en ella, recordando las cosas que ayer os referí, cuando...

Sorprendió aquí a Schahrasad la mañana y puso tasa a sus no tasadas palabras.



HISTORIA SEGUNDA DE LAS HISTORIAS DE AS-SIMBAD, EL MARINO, CORRESPONDIENTE AL SEGUNDO VIAJE QUE HIZO

(Noches 320 y 321)

En este su segundo viaje zarpa As-Simbad, como en el primero, de Bazra, y, siguiendo un itinerario que no se indica, probablemente por el golfo de Omán, llega a la India oriental, cuyas costas aborda en un lugar que tampoco se dice; pero a juzgar por lo que nos cuenta de los buscadores de diamantes y del Pájaro Roj y las montañas de donde estos descienden, debe corresponder al Estado de Hyderabad, donde radicaba la ciudad de Golconda, tan famosa por sus yacimientos de diamantes, en el mundo antiguo, como la de El Cabo en el moderno.

Aquí el relato se matiza claramente de mito, pues lo que el audaz marino nos refiere del Pájaro Roj en relación con los diamantes nos recuerda la fabulosa leyenda de los grifos, guardadores de tesoros, que pasaron a la mitología griega y aun a la egipcia, con figura de águila en la parte superior del cuerpo y de caballo en la inferior. No nos atreveríamos, por falta de datos, a identificar al Roj con el grifo y a declararlos a los dos igualmente fabulosos. Por lo demás, ese encuentro con los rojes, merced al cual se enriquece el marino, es la única aventura notable que le ocurre en esta su segunda salida por el mundo, y, después de ella, regresa As-Simbad a Bazra y de allí a Bagdad.

PERO LA NOCHE 320 SIGUIO DICIENDO LA MUCHACHA:

–Ha llegado a mi noticia, *¡ye* monarca, el afortunado!, que luego que estuvieron allí reunidos todos sus amigos, tomó la palabra Simbad, el marino, y les dijo:

–Habéis de saber que llevaba yo en Bagdad la vida más deleitosa cuando, un día de los días, hubo de ocurrírseme la idea de echarme a viajar por los países de las gentes y sintió mi alma la nostalgia de traficar y recorrer tierras e islas y vagar por el mundo ganándome la vida.

Y llegó a asediarme tanto esa idea que acabé por tomar de mis caudales una suma considerable y la invertí en comprar mercancías y géneros propios para comerciar con ellos, y los empaqueté y luego me dirigí a la marina y hallé allí fondeado un barco nuevecito y muy majo, con velamen de tela buena y a su bordo pasaje numeroso.

Mandé en seguida trasladar a bordo mis mercancías y embarquéme en el barco, y aquel mismo día zarpamos y nos hicimos a la mar, y empezamos a navegar de una a otra isla, y así fuimos de acá para allá, hasta que el sino nos condujo a una gran isla, de risueña traza, y muy arbolada, y abundante en frutos de toda clase y en flores fragantes y toda llena de trinos y gorjeos de aves, y cuyos suelos regaban ríos de aguas claras y diáfanas.

Solo que no había en toda ella indicio de casas, ni rastro de humo de hogar, en todo cuanto la vista abarcaba.

Atracó, sin embargo, el arráez en aquella algecira y saltaron a tierra los mercaderes y demás pasajeros, para explorarla y recrearse con lo que había en ella de ríos y árboles y loar a Alá (el único, el victorioso) y admirar el poder sin segundo del soberano de los mundos.

Bajé yo tambien a la isla y me senté en el suelo para comer de lo que Alá me deparara y dizque soplaba en aquel lugar una brisa muy grata, de suerte que era un deleite el aspirarla y la mente de toda preocupación se aliviaba, por lo cual no es de asombrar que, al cabo de un rato, el sueño me fuese dominando.

Hasta que, al fin, halagado por aquel dulce y fragante céfiro, vine a sumirme en un profundo sueño.

Desperté luego y, al abrir los ojos no vi ya por allí a ninguno de mis compañeros ni a ser alguno de raza de hombres ni de genios.

Que estando yo durmiendo zarpara el barco con todos sus pasajeros, menos yo; de suerte. que giré la vista a derecha e izquierda, sin que por parte alguna a nadie descubriera.

Entróme al verme solo una gran pena, tal que mayor no podía haberla. Y era tal mi dolor que parecía como si la bolsa de la hiel se me fuera a reventar, de tan grandes como eran mi congoja y mi pesar.

Pues no había en torno mío ninguno de los bienes perecederos de este mundo ni cosa de comer ni de beber, y, además, me encontraba allí en soledad completa, sin tener quien me socorriera.

No es, pues, de extrañar que me afligiera y desesperase y me diese por muerto en aquellos desolados parajes.

Y me recriminaba por haberme lanzado por segunda vez a los peligros y

aventuras de los viajes cuando tan ricamente podía estar en mi casa, gozando de la vida birlonga, comiendo y bebiendo y vistiendo de lo mejor, sin que cosa alguna me faltara, ni de dinero, ni de objetos de precio.

Y me arrepentí de haberme echado al mar y no haber escarmentado con todo lo que en el primer viaje me había pasado y lo cerca que de la muerte había andado, y acabé diciendo: «¡De Alá somos y a El somos tornaderos!»

Y estaba yo, en verdad, como loco o tomado de los genios; pero terminé por levantarme y recorrer aquella algecira y me encaramé a un árbol corpulento, y giré los ojos a derecha e izquierda, sin descubrir a nadie en ella ni ver otra cosa que cielo, árboles y pájaros, agua, islas y arenales.

Pero al aguzar más la vista reparé en que por allí, en lontananza, había una cosa grande y blanca; dirigíme hacia ella y no paré de caminar hasta llegarle cerca, y entonces pude ver que se trataba de una gran bóveda, blanca, cuyo remate se perdía en el aire, pudiendo apreciar que abarcaba un contorno grande.

Acerquéme más y dile la vuelta a aquella cúpula y comprobé que media su contorno, en conjunto, cincuenta pasos justos, y entonces me detuve y me puse a idear alguna forma de entrar y guarecerme bajo su techo, que estaba ya finando el día y el sol en su ocaso se escondía y el horizonte de sombra se cubría.

Quedéme reflexionando sobre todo aquello cuando de pronto divisé un pájaro grande, corpulento, con unas alas muy anchas, que venía volando por los aires y era el que el ojo del sol tapaba y lo ocultaba.

Acrecióse con ello mi asombro y recordé cierta historia que oyera en cierta ocasión a unos viajeros, los cuales decían haber en cierta isla un pájaro muy grande, llamado Roj [1], que criaba a sus hijuelos con carne de elefante, y pude cerciorarme de que aquella cúpula blanca que antes viera era un huevo de los huevos de aquella ave.

Pero, estando yo en esta situación, he aquí que aquel pájaro baja y se posa sobre aquella cúpula y la abarca con sus alas y deja caer en la tierra sus patas y se echa a dormir de aquella traza. ¡Loado sea Alá, que nunca duerme!

Desceñíme yo el turbante de mi frente y lo retorcí hasta que quedó como una cuerda y me lo lié a la cintura y le di muchas vueltas y me até el cuerpo a la pata de aquel pájaro, con un nudo muy fuerte y apretado. Y para mis adentros me dije: «Puede que este pájaro cargue conmigo y me saque de aquí y me lleve a una tierra con ciudades y habitantes, que siempre será mejor que continuar aquí en estas soledades.» Y pasé la noche en claro, haciendo por no dormirme en espera de que la mañana amaneciera.

Luego que la aurora despuntó y la mañana clareó, apartóse el pájaro de encima del huevo, y, lanzando un grito muy recio, elevóse por los aires conmigo, volando, con tal denuedo, que pensé íbamos a llegar a los confines del cielo.

Voló el pájaro así algún trecho y luego abatió el vuelo y fue a posarse encima de un lugar muy elevado y señero.

Luego que allí aterrizó, dime yo prisa en desatarme de su pata, temiendo que él se diera cuenta; pero tuve la suerte de que no me sintiera.

[1] Roso de Luna interpreta esotéricamente este paso como un símbolo de que «para que el hombre pueda obtener los tesoros de la inmortalidad, ha de *atarse* o ligarse a la carne, con las reencarnaciones sucesivas, para que el Ave-Roc *(sic)* del espíritu pueda arrebatarle luego a las excelsas regiones donde yacen los tesoros inmortales.»

Quitèle luego mi turbante de la pata y me eché a caminar por aquel lugar. Por su parte, el ave cogió no sé qué de sobre la tierra con sus garras y de nuevo remontó el vuelo, elevándose a lo más alto del firmamento.

Reparé en la presa que cogiera y advertí ser una gran serpiente, muy gorda y tripona, y pude ver cómo el pájaro cargaba con ella en dirección al mar, lo que no me dejó de maravillar.

Seguí yo caminando por aquellos parajes y vi que eran escarpados y altos y que a su pie extendíase un valle ancho, profundo, a cuyo lado se alzaba un monte abrupto tan elevado y encumbrado en los aires que no se le podía ver el fin a su galayo de alto que era, ni nadie escalarlo hasta lo último pudiera.

Reprochéme a mí mismo lo que hiciera, y lleno de pesar, me decía: «¡Más me valiera haberme quedado en aquella isla! Que mejor estaba allí que no en estos parajes desiertos, porque allí se encontraban cosas de comer, variedad de frutas de sus árboles y para beber tenía el agua de sus ríos y manantiales, mientras que aquí no hay árbol alguno ni ningún fruto, así como tampoco se ven ríos ni fuentes en que apagar la sed. Pero, en fin, no hay gloria ni poder sino en Alá (el grande. el lleno de majestad). ¡Lo cierto es que salgo de una desdicha para dar en otra mayor todavía!»

Quedéme, pues, en aquel valle, y. armándome de valor, procedí a explorarlo y pude comprobar, con el asombro consiguiente, que era su suelo de diamantes, esa piedra con la que tallan los minerales y las gemas y la porcelana y el ónice, por ser una piedra muy compacta y muy dura, que resiste sin detrimento los embates del hierro y en la que no hacen mella los más grandes esfuerzos.

Era, además, aquel valle un hervidero de serpientes y víboras tamañas como palmeras y que a un elefante de una sentada se engulleran. Y dízque salían de noche y de día se escondían, para que los Rojes y las águilas no las vieran, y, según costumbre, no sé yo por qué, las atacasen y las destrozasen.

Entróme luego gran pesar de lo hecho y me dije para mis adentros: «¡Por Alá, que corrí aturdido a mi perdición y ahora no voy a encontrar medio de salvación!»

Ibase yendo el día a todo esto, por lo que descendí al valle y procedí a buscar algún sitio propicio donde guarecerme y pasar la noche a cubierto de embestidas de animales feroces.

Acerté a descubrir una cueva allí cerca y llegúeme a ella y advertí que tenía una entrada muy estrecha y que allí al lado había una gran piedra; cogíla en seguida y con ella tapé la boca de la cueva y pasé adentro, diciendo:

«Aquí podré guarecerme y pernoctar, y, en cuanto salga el sol, saldré de aquí también yo y ya veremos, al fin, qué es lo que el sino me tiene reservado a mí.»

Pero al extender la vista por el interior de la ajaquefa reparé en que había allí una serpiente tremenda, la cual dormía echada encima de sus huevos, y erizóseme, al verla, el vello y alcé la frente y me puse en manos del sino que allí diera conmigo.

Pasé la noche en vela hasta que despuntó el alba, y entonces aparté la piedra con que tapara la puerta de la cueva y salíme fuera y eché a andar, y dízque iba tambaleándome, por efecto del insomnio y el miedo y el hambre.

Pero en tanto iba así, caminando, he aquí que veo caer una presa a mis pies, sin que por aquellos contornos y parajes divisara a nadie.

Causóme aquello gran maravilla y hube de recordar cierta historia de tiempos pasados que oyera a los mercaderes. viajeros y caminantes, sobre

que los montes de diamantes eran tan altos y enhiestos que no había forma de llegar hasta ellos; pero que los mercaderes que traficaban en diamantes idearan un ardid para de esas gemas apoderarse y era que cogían una oveja o carnero y lo sacrificaban y desollaban y hacían pedazos su carne y la arrojaban desde lo alto del monte a lo hondo del valle, y al caer abajo, como estaba fresca y chorreando, luego se le adherían algunas de aquellas piedras y allí los mercaderes las dejaban estar, hasta el filo de la medianoche que entonces bajaban al valle las águilas y los Rojes y cogían aquella carne en sus garras y con ella cargaban hasta lo más alto del monte.

Estaban los mercaderes al acecho y no bien veían aquello corrían hacia las aves y las espantaban a gritos y les quitaban los pedazos de carne y desprendían de ellos los diamantes que adheridos llevaban, dejándoles la carne a las aves y a los animales salvajes y se tornaban luego a sus países respectivos, llevando las piedras preciosas consigo.

Que esta era la única manera de apoderarse de aquellos diamantes y piedras preciosas.

Pero al llegar a este punto de su relato sorprendió a Schahrasad la mañana y puso dique a sus desbordadas palabras.

PERO LA NOCHE 321 SIGUIO DICIENDO LA MUCHACHA:

–Tengo entendido, *¡ye* monarca, el afortunado!, que Simbad, el marino, contóles a sus amigos todo cuanto en el monte de los diamantes le deparara el sino y les dijo que los mercaderes no podían hacerse con aquellas gemas sino recurriendo a estratagemas como la que él les refiriera.

Luego siguió diciendo Simbad, el marino, a sus amigos:

–Estando yo en esa situación vi caer al suelo un pedazo de carne muy grande, y quitándome el turbante atéme a él y me tendí boca arriba y me lo puse encima del pecho y me agarré a él, formando un bulto que se destacaba muy bien.

No tardó en bajar un gran alicbán, el cual se lanzó sobre la carne y, asiéndola con sus garras, remontóse de nuevo por los aires, llevándome a mí consigo atado a la presa, según digo.

Fue el ave volando sin parar hasta llegar a lo más alto del monte, y allí dejó su presa y se dispuso a regalarse con ella.

Pero en aquel momento sonaron a espaldas del ave unos gritos muy recios, al par que una cosa pesada caía sobre el suelo.

Espantóse luego el águila y se asustó y remontó otra vez el vuelo y desapareció en el firmamento.

Procedí yo entonces a desprender las ligaduras que a la carne me ataban y dizque de sangre todo mi cuerpo chorreaba y quedéme allí en pie a su lado, cuando he aquí que el mercader que armara aquella grita para espantar al pájaro acercóse a examinar el pedazo de carne y, al hacerlo así, hubo de verme a mí y el hombre se asustó y tembló, y, sin hablarme palabra, púsose a mirar la carne, no encontrando en ella nada.

Y entonces el mercader lanzó un recio grito y dijo:

–Buen chasco me he llevado. En Alá

me refugio contra Schaitán, el lapidado. ¡Por Alá, que no me explico lo que ha pasado!

Adelantéme yo hacia él y preguntóme el mercader:

–¿Quién eres tú y por qué motivo viniste a este sitio?

–No te asustes ni temas–díjele yo–, que soy hombre y hombre de bien y mercader. Mercader soy y tengo una historia larga y una relación rara y el motivo de hallarme en este lugar constituye un cuento singular; así que no pases ningún temor, que prendas poseo que harán que te alegres de mi encuentro, y aquí donde me ves llevo muchos diamantes encima de mi cuerpo y te daré parte de ellos de suerte que quedes satisfecho y haz cuenta que cualquier cosa que de mí recibas será mejor que ninguna otra que de otro modo consigas.

Al oír mis palabras diome el mercader las gracias e invocó sobre mí la bendición de Alá (el lleno de majestad) y luego de eso nos pusimos a conversar.

Habían los otros mercaderes oído mis palabras a su compañero y muy luego acudieron, y dizque cada uno de ellos arrojara al valle su piltrafa de carne.

Al acercarse a nosotros los mercaderes nos saludaron con el *selam* y me felicitaron por haber llegado allí sano y salvo.

Lleváronme con ellos y yo les conté todo mi cuento y cuantas peripecias hube de aguantar en el curso de mis andanzas, no olvidando contarles la causa de mi arribo a aquel valle.

Dile luego al mercader, dueño del trozo de carne, atado al cual subiera yo del valle, buena porción de los diamantes que encima llevaba, por lo cual el hombre me dio las gracias y tornó a invocar sobre mí las bendiciones de Alá (el grande, el lleno de majestad), diciéndome, al terminar:

–¡Por Alá, que en verdad tienes escrito en el libro del sino una vida nueva; que no hubo antes de ti nadie que llegara a este valle y en él no sucumbiera, víctima de un desastre! ¡Loado sea, pues, Alá por tu seguridad!

Pernoctaron los mercaderes aquella noche en un lugar seguro y cómodo, y, al salir el sol, tornamos al monte escarpado y vimos que había en él muchas y grandes serpientes, a las que sorteamos hábilmente.

Fuimos andando sin parar hasta por fin llegar a un huerto que había en medio de una isla, grande, hermosa y linda. Y estaba aquel huerto plantado de árboles de alcanfor, de copas tan enormes que a su sombra podían cobijarse cien hombres.

Y dizque, cuando los naturales del país quieren coger alcanfor, van y con un hierro hacen un taladro en la parte superior del tronco del árbol y luego el alcanfor líquido, que es la savia de esos árboles, empieza a chorrear por el orificio y ellos lo recogen en vasos, después de lo cual sécase el árbol y ya no es más que leña de quemar [2].

Hay, además, en esa isla que digo una clase de fiera que llaman *kaskadán* [3] y que se apacienta de hierba como nuestros caballos y búfalos, solo que es un animal enorme, más corpulento que un camello, y, como este, ramonea las hojas y ramillas de los árboles que encuentra.

Y este raro animal tiene un cuerno, muy grande y recio, en mitad de su jeta, y mide ese cuerno diez codos de largo, y en su interior, si se le parte en dos, puede verse la figura de un hombre.

[2] Según Burton, Simbad describe con exactitud el método primitivo que para extraer el alcanfor seguían los árabes, de quienes lo aprendieron griegos y romanos.

[3] Se trata del rinoceronte: el *Kartagsinon* de Eliano.

Y los viajeros y los peregrinos y los caminantes dicen que este animal, llamado *kaskadán* o *karkadán*, puede cargar con un elefante de los grandes encima de su cuerno y andulear por toda la isla y su playa, llevándolo así, hasta que muere el elefante, y su sebo, derretido por el sol, se le mete al *kaskadán* por los ojos y lo ciega, viniendo entonces a morir tendido en la ribera.

Después de lo cual acude el Ave Roj y arrambla con las sendas carroñas del *kaskadán* y el elefante y se las lleva a sus crías para alimentarlas.

Y vi también en aquella isla muchas variedades de búfalos y vacas, como en país alguno las hallara.

Vendí en aquella isla algunos de los diamantes que guardaba en mi manga, por buenos dinares de oro y dracmas de plata, y me reservé otros para traficar con ellos y cambiarlos por productos baladíes [4], y fui caminando con aquellos mercaderes de uno en otro valle y de una en otra ciudad, comprando y vendiendo y admirando aquellas regiones exóticas y las obras y criaturas de Alá, hasta que, al cabo de unos días, proseguimos el camino con rumbo a Bazra. Y al fin llegamos a Bazra y allí nos detuvimos a descansar unos cuantos días, reanudando después la marcha, hasta que nos vimos en Bagdad.

Y al entrar en la ciudad de Bagdad, la Seo de la Paz, fuime a mi barrio y me metí en mi casa, llevando conmigo gran cantidad de diamantes, amén de muchas mercancías y géneros y efectos, y me reuní con mi gente y amigos y parientes.

[4] Del país *(balad)*.

Procedí luego a hacer limosnas y regalos y presentes a todos mis amigos y parientes.

Y luego dime por entero a gozar de la buena vida, sin preocupaciones que enturbiaran mi mente ni nada que fuera parte a que el pecho se me encogiese, sin pensar en otra cosa que en fiestas y holgorios y juergas.

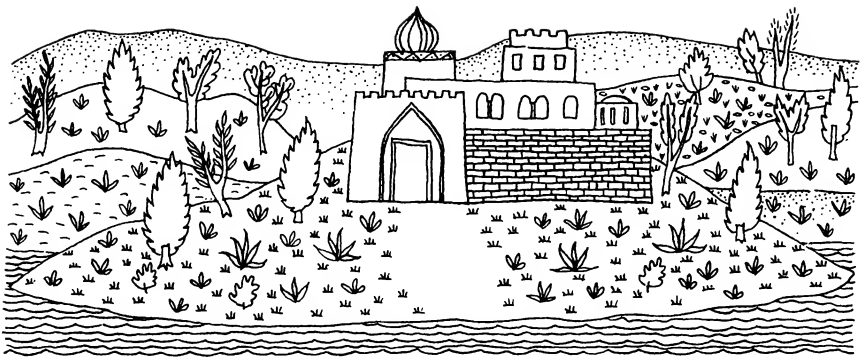
Luego que se difundió por la ciudad la nueva de mi regreso acudieron todos a mi casa a darme el parabién y preguntarme por mis viajes y por los países que recorriera, contestando yo a todo cuanto me preguntaban con cortesía extremada y contándolo todo sin ocultar nada.

Después que As-Simbad, el del mar, húbole referido la historia completa de su segundo viaje al otro Simbad, el de tierra, quedóse maravillado este, como todos sus demás oyentes.

Mandó luego As-Simbad, el del mar, que le dieran a As-Simbad, el de tierra, cien *mitskales* en oro, y aquel los tomó y se despidió, retirándose a su domicilio, donde durmió aquella noche un sueño tranquilo.

Y luego que la mañana amaneció y su luz se extendió y refulgió, levantóse As-Simbad, el de tierra, y fue a casa del de mar, y le dio los buenos días, y aquel le dio a su vez la bienvenida y lo invitó a sentarse y le rogó aguardase a que llegaran los demás amigos, los cuales, en verdad, no tardaron en llegar.

Comieron entonces y bebieron y se alegraron y dilataron sus pechos, después de lo cual tomó la palabra As-Simbad, el marino, y, dirigiéndose a sus oyentes, les dijo:



HISTORIA TERCERA DE LAS HISTORIAS DE AS-SIMBAD, EL MARINO, QUE CORRESPONDE AL TERCERO DE LOS VIAJES QUE HIZO

(Noches 321 a 324)

Tercer viaje de As-Simbad, el marino. Parte este, como las dos veces anteriores, del puerto de Bazra y, ya en alta mar—no dice qué mar, acaso el del golfo de Omán o el de Arabia—, un temporal lanza el barco hacia el Monte de los Monos, lo que indica la India, y allí toma ya el relato un giro enteramente fabuloso, pues el encuentro que viene luego con el gigante antropófago y su consorte tiene toda la apariencia de ser un eco de esas leyendas maravillosas que el padre Homero recogió ampliamente en su Odisea *para hacer más interesantes los trabajos del errabundo Ulises. La semejanza con el episodio de Ulises y sus compañeros en el antro del cíclope y el modo como aquel se evade de allí, dejando ciego al bárbaro antropófago, es tan grande, que se diría plagio, si no fuera más discreto pensar que tanto el rapsoda griego como el semítico bebieron en las mismas fuentes, sin conocerse el uno al otro. Este tercer viaje es tan impreciso como los anteriores, pues no se halla en él ninguna indicación topográfica comprobable—¿dónde situar esa isla de Selahita?—y solo la presencia de esos monos y esas grandes serpientes autoriza a pensar que estamos en la India.*

El relato termina con la consabida anagnórisis y el feliz regreso a la patria.

–Poned atención, hermanos, y oid bien la historia que voy a contaros, pues es todavía más sorprendente que las precedentes, aunque solo Alá conoce sus secretos y es el más capacitado para juzgarlos.

Habéis de saber, pues, que, al regresar yo de mi segundo viaje, venia colmado de abundancia y holgura, pues había ganado mucho dinero, según os dije, habiéndome recompensado Alá con creces de todos mis trabajos y reveses.

Asentéme en Bagdad por un trecho de tiempo y me consagré por dentro a gozar del vivir placentero, al regocijo y a la alegría, hasta que un día de los días volvió a sentir mi alma la nostalgia de los viajes, andanzas y aventuras y el ansia del mercar y ganar hasta el punto de que temí enfermar. Que siempre la ambición nos acarrea calamidad.

Así que fui y compré gran cantidad de mercancías, de aquellas adecuadas para una travesía, y las empaqué y cargué y luego me trasladé a la ciudad de Bazra y allí me dirigí a la orilla del mar y vi fondeado en el puerto un barco grande y de buen aspecto.

Había a bordo de él muchos hombres de bien y marineros de los buenos, toda gente de fe, caritativa y de recto proceder.

Monté, pues, en aquel barco y luego nos hicimos a la mar, con la bendición de Alá (loado sea por una eternidad), y, contando con su ayuda y su venia, impetramos de El nuestra seguridad y nuestro bien.

Fuimos así bogando, de mar en mar, y de isla en isla, y de ciudad en ciudad sin parar, hasta que un día de los días vinimos a encontrarnos en mitad del océano tempestuoso, el azotado por oleaje tumultuoso.

Púsose el arráez a la borda del barco a otear por allí las proximidades del piélago y, estando así, fueron las olas y le azotaron el rostro y él entonces mandó arriar las velas y echar las anclas en las aguas.

Al ver eso nosotros le dijimos al arráez:

–¿Qué sucede?

Y nos contestó él:

–Habéis de saber, pasajeros de bien, que el viento nos venció y nos ha echado para nuestra desgracia en el Monte de los Zugb [1], que son un pueblo de gente peluda, de traza simiesca y donde no hay salvación para el que allí llega, de suerte que me da el corazón que estamos a dos dedos de la perdición y que aquí vamos a perecer todos sin excepción.

No terminara de hablar el arráez cuando vimos venir sobre nosotros una caterva de monos que parecía un enjambre de langostas, y en seguida asaltaron nuestro barco y rodearon a todos.

Temimos que los monos nos matasen y nos robasen sin que lo pudiéramos evitar, que nada puede el valor contra un número superior. Y dizque aquellos simios eran feísimos, con unos pelos como melenas de leones y una catadura que, solo verla, ponía pavor en nuestros corazones, pues tenían la cara negra y los ojos amarillos, y solo tenían cuatro palmos de estatura y demás de eso no había manera de entenderlos.

No osábamos nosotros matarlos o hacer por echarlos a causa de su muchedumbre inconcebible, pues temíamos, con razón, que, si los hostigábamos y heríamos a alguno, los demás se nos vinieran encima y nos matasen a todos, que siempre los más pueden más que los menos, por muy bravos que sean estos; de suerte, pues, que les dejamos hacer lo que quisieran, sin

[1] Ibnu-l-Uardi menciona una «Isla de los Monos», en el mar de la China, y Al-Idrisi la sitúa a dos singladuras de Sukutra *(Dvipa Sujatra-Socomora)*. La pequeñez de estos simios los relaciona con los pigmeos de Homero.

oponer la menor resistencia, por más que temíamos arramblasen con todas nuestras mercancías y se las llevasen y hasta las ropas nos quitasen.

Y ellos se lanzaron sobre los cables y con los dientes los partieron y lo mismo hicieron con las cuerdas del barco, de suerte que este, impelido del viento y sin gobierno, fue a dar en sus abruptos accesos.

Pusieron luego su mano sobre todos los pasajeros y tripulantes del barco y nos dejaron en la marina y se fueron con la nave y su cargamento, siguiendo un rumbo que no sabemos.

Quedámonos, pues, abandonados en aquella isla y comimos de los frutos de sus árboles y de las verduras de sus campos, y bebimos del agua de sus manantiales.

Y estando así hubimos de descubrir en lontananza una casa bien labrada; dirigímonos a ella y, luego que estuvimos cerca, pudimos comprobar que era un edificio sólido de recios cimientos y muros elevados y que tenía una puerta de madera de ébano, la cual estaba de par en par abierta.

Entrámonos por ella y nos encontramos en un gran espacio como un ancho patio y todo a su alrededor había muchas puertas, grandes, abiertas, y, a la entrada, había un alto poyo de fábrica con enseres de cocina, colgados del fogón, y en torno suyo veíanse esparcidos muchos huesos y por más que miramos no advertimos por allí ningún ser humano.

Causónos aquello un asombro tremendo y nos sentamos en aquel patio y así estuvimos un rato, sin saber qué pensar. Hasta que al cabo nos dormimos y durmiendo estuvimos de un tirón, desde que salió hasta que se puso el sol.

Cuando he aquí que de repente pónese a temblar la tierra bajo nuestros pies y al mismo tiempo sentimos un gran estruendo por los aires y acto seguido vimos caer de lo alto un personaje extraño de negro color y gigantesca estatura y facha tripuda, tanto que semejaban una palmera talluda, y unos ojos que parecían dos ascuas de lumbre viva y unos dientes como colmillos de jabalí [2], todo lo cual nos hizo la impresión que no es necesario decir. Y tenía, además, unos labios largos y colgantes como de camello, que le caían sobre el pecho, y unas orejas como dos barcazas, que sobre los hombros le colgaban, y las uñas de sus manos, zarpas de león semejaban.

Quedámonos como alelados y acrecióse nuestro pánico y subió de punto nuestro espanto y nos quedamos medio muertos de la fuerza del miedo y el horror y el terror.

Sorprendió aquí a Schahrasad la mañana y puso freno a sus desenfrenadas palabras.

PERO LA NOCHE 322 SIGUIO DICIENDO LA MUCHACHA:

–Ha llegado a mi noticia, ¡*ye* monarca, el afortunado!, que al ver As-Simbad, el marino, y sus compañeros aquel personaje de traza espantable, sintieron todos ellos un miedo inexpresable.

El gigantón, en tanto, posó su planta en el suelo y se sentó encima del fogón y, luego de descansar allí un rato, vínose hacia nosotros y, desentendiéndose de los demás, cogióme a mí de la mano y me levantó en vilo y empezó a

[2] Del árabe, *Chebali,* montés.

palparme y darme vueltas y a mirarme y remirarme. Y dizque yo en sus manos semejaba una piltrafa y él me examinaba lo mismo que hace el carnicero, antes de sacrificarla, con la res, mirándome bien de la cabeza a los pies.

Debí de parecerle harto insignificante y acabó por soltarme y luego fue y cogió a otro de mis compañeros y se puso a darle vueltas y reconocerlo y palparlo y registrarlo, como hiciera conmigo antes, hasta que también acabó por soltarle.

Continuó haciendo lo mismo con todos los demás, examinándolos a todos unos después de otros, hasta que le llegó el turno al arráez del barco, que era un hombre gordo y cebón, ancho de hombros y recio y fornido, y, al verlo el gigantón, dio muestras de quedar complacido.

Levantólo luego en vilo, de igual modo que coge a la res el matarife, y lo arrojó al suelo y le puso el pie encima del cuello y enristró en su mano un asador gigantesco y se lo metió por el pecho y se lo hundió bien adentro, hasta que le salió por la espalda el otro extremo.

Procedió después a encender fuego y puso en él el asador en que ensartara al arráez y empezó a darle vueltas hasta que se doró por igual todo su cuerpo, y entonces lo apartó del fuego y se lo colocó delante y procedió a descuartizarlo y a hacerlo pedazos y a partir la carne con sus garras y a engullírsela sin parar, hasta no dejar nada, y después royó los huesos y se sorbió su tuétano, hasta que al fin se dio por satisfecho y tiró al suelo el resto del esqueleto.

Sentóse luego un rato y después se tendió a lo largo y se quedó dormido, y durmió de un tirón hasta que la mañana amaneció.

Y entonces se levantó y se marchó.

Luego que tuvimos la seguridad de que estábamos solos pusimonos a conversar unos con otros y nos echamos a llorar, al ver en lo que habíamos venido a parar.

Y deciamos entre nosotros: «¡Más nos valiera quedarnos en el mar y que los monos nos comieran! Que peor que eso es haber de morir ensartados en un asador y tostados al fuego, que, ¡por Alá!, esta es la más vil de todas las muertes que al hombre puede el sino deparar.

»De fijo que moriremos aquí de un modo miserable y sin que llegue a noticia de nadie.

»Pero, en fin, sea lo que Alá quiera; que no hay poder ni fuerza sino en Alá (el grande, el excelso, el lleno de majestad).»

Salimos luego de aquel lugar y nos pusimos a explorar la isla, con el fin de ver si hallábamos algún sitio en que poder ocultarnos; pero por más que buscamos ningún escondrijo encontramos y en esta situación lamentable nos sorprendió la tarde.

Entonces, de puro temerosos, tornamos a aquel antro y allí llevábamos poco rato cuando tembló la tierra y a seguida presentóse el gigante negro y empezó a cogernos y reconocernos, uno por uno, lo mismo que el día anterior, y nos miró y remiró por todas partes, hasta que al fin encontró uno que pareció agradarle, y entonces hizo con él lo mismo que la víspera hiciera con el arráez.

Es decir, que lo asó y se lo comió encima del fogón, y luego se durmió y pasó toda la noche durmiendo y resollando con fuerza, lo mismo que una bestia.

Luego que al otro día amaneció la mañana levantóse como el día antes lo hiciera y se marchó, dejándonos allí solos a nosotros. Y nosotros, al vernos solos, nos juntamos todos y nos pusimos a comentar lo que nos ocurría y el uno al otro se decían:

–¡Por Alá, que mejor fuera nos arrojásemos al mar y pereciéramos en él ahogados; que preferible es eso a morir asados; que este género de muerte es el más horrible de cuantos pudieran cabernos en suerte!

Pero uno de nosotros dijo:

–Escuchad mis palabras, hermanos míos; lo que debemos hacer es idear la forma de librarnos de ese monstruo y matarlo y salir de aquí salvos sin ser víctimas de su iniquidad y su crueldad.

–Hablas bien, hermano–díjele yo–, y pues no hay más remedio sino que tenemos que matar a ese monstruo, yo una cosa os propongo:

Y es que cojamos las maderas de la puerta y las saquemos fuera y con ellas nos hagamos un artefacto parecido a un barco y luego pensemos un ardid para darle muerte a nuestro enemigo, y, ya nuestro intento conseguido, nos embarquemos y hagamos a la mar y que Alá nos lleve adonde nos quiera llevar, o nos quedemos aquí hasta que pase algún navío en el que podamos embarcar. Y si no logramos matar al tirano, nos lanzaremos al mar en nuestro barco, y si nos ahogamos, por mártires seremos contados.

–En verdad–clamaron todos a una, luego que oído me hubieron–he ahí un parecer discreto y un dictamen altamente recto.

Convinimos, pues, todos en hacer aquello y procedimos en seguida a poner por obra nuestro proyecto; cogimos la madera y la sacamos fuera y nos fabricamos un barco y lo atamos a la orilla del mar, poniendo en él algunas vituallas para la travesía, después de lo cual nos retiramos y a la guarida del monstruo nos tornamos.

Luego que oscureció, sentimos temblar la tierra y no tardó en presentarse el negro gigantón, que parecía enteramente un mastín feroz.

Empezó en seguida a pasarnos revista y a examinarnos y palparnos, uno por uno, hasta que encontró el de su gusto y lo cogió y lo ensartó en el asador y lo tostó y se lo comió...

Pero al llegar aquí sintió Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras encantadoras.

Y LA NOCHE 323 REANUDO SU RELATO EN ESTA FORMA:

–He podido saber, *¡oh* monarca, el afortunado!, que As-Simbad, el marino, dijo:

–Cogió el negrazo a uno de nosotros e hizo con él lo mismo que hiciera antes con los otros y se lo comió, y luego se durmió encima del fogón y empezó a lanzar unos ronquidos que parecían truenos, por el ruido.

Luego que se quedó dormido nos levantamos y enristramos dos asadores de hierro que allí había y los pusimos al fuego hasta que estuvieron al rojo vivo y se tornaron como dos tizones encendidos y entonces los cogimos y nos fuimos hacia el gigante dormido y por los ojos se los metimos, poniendo en ello toda nuestra fuerza y brío, y en los ojos se los hundimos.

Lanzó el gigante un grito atroz al sentir el dolor, y tan recio fue su alarido, que nos quedamos empavorecidos.

Saltó luego el gigante de encima del fogón y empezó a buscarnos a tientas, y nosotros lo esquivábamos, toreándolo a derecha e izquierda, de suerte que no podía cogernos, y no nos veía por haberse quedado ciego.

Fuese finalmente dando tumbos hacia la puerta y la reconoció a tientas y se salió por ella, sin cesar de dar gritos, que nos dejaban de miedo transidos.

Fuímosle siguiendo y nos dirigimos a la marina, al lugar en que dejáramos nuestra almadía, y mis compañeros, unos a otros , se decían:

–Si ese maldito no vuelve antes de ponerse el sol será señal de que murió, pero si por el contrario fuera tornado, nos embarcaremos a toda prisa en la almadía y nos adentraremos en el mar y nos pondremos en las manos de Alá, el todopoderoso.

Pero estando hablando así hete aquí que vuelve el negrazo con otros dos vampiros como él, pero de traza aún más siniestra y espantable, con unos ojos que parecían rojos tizones, y, al verlos nosotros, luego nos metimos en el bote y empezamos a bogar y nos entramos en el mar [3].

Siguiéronnos los gigantones, armados de piedras, y empezaron a apedrearnos con ellas con tal brío y puntería, que los más de nosotros murieron y solo quedamos tres con vida [4].

Estábamos nosotros medio muertos de hambre; pero sacamos fuerza de flaqueza y unos a otros nos dimos ánimos, y, por amor a la vida querida, empezamos a trastear la almadía, hasta que, al cabo, impelidos del viento, fuímos a dar en una ínsula.

Saltamos luego a tierra y procedimos a explorar aquella algecira y pudimos comprobar que abundaba en árboles y pájaros y manantiales, y comimos de la fruta de aquellos árboles y nos holgamos de haber escapado con bien de las garras de aquellos negrazos y de los peligros del piélago, hasta que fue noche cerrada, y entonces nos tendimos en la tierra, y como estábamos rendidos de cansancio nos dormimos apenas los ojos cerramos.

Mas no tardó en despertarnos un ruido que oímos como el silbar del viento, y, al abrir los ojos, vimos delante una gran serpiente que un dragón parecía, de mucho bulto y cuerpo y con un vientre tremendo, la cual se fue hacia nosotros y, en un santiamén, se engulló a uno de los tres compañeros hasta la cintura y se lo tragó, y después se engulló el resto del cuerpo.

Pudimos oír nosotros cómo las costillas del cuitado crujían al partirse en el vientre de la serpiente, la cual, luego que se lo hubo deglutido, alejóse de allí y se fue por su camino.

Quedámonos nosotros maravillados, tristes por la pérdida de nuestro amigo y transidos de temor por nosotros mismos.

Y unos a otros nos decíamos: «¡Por Alá que es maravilla! Cada género de muerte que nos amenaza es más terribles que el precedente; estábamos tan contentos por habernos librado del vampiro negro y de los peligros del mar y hete aquí que venimos a encontrarnos con ese monstruo viperino.»

Levantámonos luego y volvimos a recorrer la isla y comimos de la fruta que en ella había y bebimos del agua de sus ríos y no paramos de andar por toda la algecira hasta que la tarde fue venida.

Vimos entonces un árbol copudo y nos subimos a él para pasar la noche, y yo me así a una de las ramas y en ella me dispuse a pasarla.

Pero no bien cerró la noche y se oscureció por completo el horizonte, he aquí que torna a presentarse la serpiente de marras y gira sus ojos a derecha e izquierda y al fin se viene hacia el

[3] En la edición de Bulak el monstruo se presenta acompañado de su hembra «aún más fea y horrible que él».

[4] Todo este paso recuerda el episodio de Ulises y sus compañeros con el cíclope en la *Odisea*. Según Roso de Luna, estos cíclopes no son sino los «terribles hombres monstruos de las tres primeras rondas, los que *(sic)* nos habla el tomo II de *La doctrina secreta*».

árbol en que nosotros estábamos encaramados [5].

Y dirigiéndose hacia donde estaba mi compañero abrió sus fauces y se lo tragó hasta medio cuerpo y se puso a dar vueltas con él en torno al árbol, pudiendo yo oír cómo crujían, al partirse, los huesos del cuitado.

Acabó de tragárselo todo la serpiente, sin que yo pudiera acorrerle, y luego se alejó cual la noche anterior.

Cuanto a mí continué encaramado en el árbol el resto de la noche, y cuando amaneció la mañana y su claridad resplandeció soberana bajéme de allí transido de pavor y de terror, hasta tal punto que estaba decidido a arrojarme al mar y buscar así el descanso y poner término a los trabajos de este mundo mortal.

Mas no se avino a eso mi alma, que el alma es poderosa y brava, y la vida, amada. Así que lo que hice fue atarme una tabla grande a mis pies y luego me até otras dos a mis sendos costados, derecho e izquierdo, y otra sobre mi vientre, y otra me até por detrás de la cabeza a los pies, de suerte que vine a quedar recubierto de madera todo el cuerpo, y después de cerciorarme de que las ataduras eran sólidas y recias, me tendí en tierra y me eché a dormir, revestido por todas partes de aquellas tablas, que me cubrían como si fueran garita bien armada.

No bien se hubo hecho de noche cuando presentóse otra vez la serpiente de marras, según su costumbre, y empezó a buscar el modo de engullírseme, mas no encontró forma de poderme tragar, rodeado como estaba de aquellas tablas por los cuatro costados.

No podía, pues, la serpiente hallar un resquicio por donde hincarme el diente, y dizque yo lo veía todo con mis propios ojos y estaba muerto de miedo a pesar de todo.

Alejóse de allí la serpiente; pero a poco volvió y persistió en su vano intento, hasta que al cabo me dejó, y así, yendo y viniendo, estuvo toda la noche desde que el sol se puso hasta que de nuevo asomó por el horizonte y se extendió su luz por la tierra, iluminando las tinieblas.

Y entonces, ya por fin, fuese la serpiente de allí y dizque iba bufando en el colmo del despecho y el enfado.

Saqué yo entonces mis manos y me desaté de aquellas tablas, y había pasado con aquella serpiente tantos miedos que llegara a contarme con los muertos.

Levantéme en seguida y eché a andar por la isla y la recorrí toda entera, de un cabo al otro, sin parar, hasta llegar a la orilla del mar.

Y al llegar allí tendí la mirada y divisé en lontananza una galera, que iba bogando en alta mar, y cogiendo una rama grande de un árbol, encaminéme con ella hacia allá, y luego que el buque se acercó más a la playa, empecé a agitar la rama y a dar voces altas, para que me oyeran y me acorrieran.

Oyéronme al fin los del barco y acercaron este a la orilla y vinieron y me cogieron y me llevaron a bordo con ellos y me preguntaron qué me había pasado, contándoselo yo todo de cabo a rabo.

Asombráronse ellos al oír la relación de todos mis contratiempos y desventuras, y se apiadaron y me vistieron ropas de las suyas y cubrieron mi desnudez con ellas, y luego diéronme de comer de las viandas que para ellos llevaban de repuesto.

Comí yo hasta saciarme, y después diéronme a beber agua fresca, dulce, de suerte que revivió mi corazón, y mi alma, aliviada, respiró.

Di yo gracias a Alá (el grande, el

[5] Según Roso de Luna, el árbol de Bodhi o de la Sabiduría hermética, en torno al cual se enrosca la serpiente.

lleno de majestad) por tantas mercedes como me otorgara y por haberme corroborado y fortalecido, después de haberme creído al fin de la muerte hasta el punto de que ahora me parecía un sueño todo lo sucedido.

Proseguimos luego nuestra travesía, favorecidos de un viento propicio, por permisión de Alá, hasta que dimos vista a una isla, a la que llamaban la de Selahita [6], y el arráez del barco dio orden de hacer alto y bajaron a tierra todos los mercaderes que iban a bordo, así como también todos los demás pasajeros, llevando consigo sus mercancías los primeros, para vendérselas a los isleños y poder mercarles otras a ellos.

Y el arráez del barco–contaba As-Simbad–volvióse a mí y me dijo:

–Oye bien mis palabras. Tú eres peregrino, y pobre, además, y según nos contaste, has pasado mucha calamidad; pues bien: yo quiero ayudarte en lo que pueda y voy a darte algo que te permita tornar a tu tierra.

Y solo te pido en pago que el resto de tu vida no me olvides en tus oraciones e invoques sobre mí las divinas bendiciones.

–Así lo haré, puedes estar tranquilo–le dije yo después de oírlo.

–Pues bien–continuó él–: has de saber que con nosotros venía a bordo de mi barco un pasajero, al cual luego hemos echado de menos, no sabiendo si a la hora presente se contará con los vivos o con los muertos, pues no hemos tenido la menor noticia de él en todo este tiempo.

Es mi deseo, pues, y así lo pienso hacer, cederte a ti toda la carga que a su nombre traíamos y dártela para que la vendas en esta isla y guardes el producto de la venta, reservándote una parte como remuneración de tu trabajo, y cuando llegues a Bagdad preguntes por la familia del dicho mercader y le entregues el dinero y le cuentes lo que le pasara a su deudo.

–Oír es obedecer–respondíle yo al arráez–. ¡En verdad que con eso me haces una gran merced y cierto que invocaré sobre ti las bendiciones del cielo!

Y aún añadí a este tenor otras palabras de agradecimiento por tamaño favor.

Mandó luego el arráez a los cargadores y tripulantes del barco que sacasen los fardos y los acarreasen a la isla y me los entregasen a mí, y, estando en estas, díjoles el contramaestre del barco al arráez:

–¡*Ye* mi señor! ¿Qué bultos son estos que han sacado los cargadores y los marineros y qué nombre escribo sobre ellos?

–Escribe–le dijo el arráez–sobre estos fardos el nombre de As-Simbad, el marino, aquel mercader que venía con nosotros y desapareció, sin que le volviéramos a ver, por lo que suponemos que pereció ahogado en aquella isla donde una vez fondeáramos.

Al oír yo tales palabras luego lancé un recio grito y, dirigiéndome al arráez, exclamé:

–¡*Ye* arráez de bien! Has de saber cómo yo soy ese As-Simbad, el marino, y no perecí ahogado en aquella isla donde fondeáramos, sino que lo que pasó fue que, al atracar allí el barco, salté yo a tierra con los otros pasajeros como uno de tantos, llevando conmigo provisiones de boca y me senté en la marina en el lugar que me gustó más, y después de merendar, me sentí tan a gusto, que me dormí y naufragué en el sueño, hasta no saber más de mí.

[6] Según Roso de Luna, la Talasa de ciertas iniciaciones. Thalasa (no Talasa) significa en griego sencillamente mar. Al-Idrisi y Langlés llaman así a la isla. La edición de Breslau lee Al-Kalasitah, y Al-Kazuini, As-Salamit. Este último autor sitúa en ellas una fuente petrificante, de la que también habla Camoens en sus *Lusiadas* (X, 104), aunque radicándola en la Isla de Sonda, o sea, la Java menor de Marco Polo.

Desperté luego y me levanté; pero al girar en torno mío los ojos, ya no vi al barco ni a los pasajeros, que todo desapareciera durante mi sueño.

Así que todas estas mercancías son mías y pueden dar fe de que así es todos aquellos mercaderes que me vieron en el monte de los diamantes, y todos ellos podrán atestiguar con dicho fidedigno cómo yo soy As-Simbad, el marino, según al contarte mi historia, te he dicho. Luego que oyeron mis palabras acercáronse los mercaderes y tripulantes, y los hubo que acreditaban ser verdad lo que yo dijera y los hubo que negaban veracidad a mis palabras y las calificaban de patrañas.

Pero estando en estas he aquí que uno de aquellos mercaderes, al oírme a mí mentar el Valle de los Diamantes, levantóse en el acto y se llegó a mí, y dirigiéndose a los demás, les dijo:

–¡Oíd mis palabras, *ye* hombres de bien! Al contaros yo las cosas más notables que viera en el curso de mis viajes, ¿no recordáis que os hablé del Valle de los Diamantes y de los trozos de carne que a él arrojábamos y el modo que nos ingeniábamos para hacer que nos trajesen arriba las gemas los pájaros?

Pues bien, ya os conté que una vez que arrojé yo al Valle, según mi costumbre, un trozo de carne, y, al cogerla el pájaro y remontar el vuelo con ella y dejarla después en el suelo, espantado, al ir a tomarla, vi que venía a ella un hombre atado.

Por cierto que entonces no quisisteis darme crédito y me pusisteis de embustero; ¿no recordáis eso?

–Sí por cierto–dijeron ellos–. Recordamos muy bien que nos contaste esa historia y nosotros no quisimos creerla, pues nos pareció fabulosa.

–Pues bien–declaró el mercader–, este hombre que aquí veis era el que venía atado al pedazo de carne que yo eché, y, por cierto, que me dio algunas de las piedras preciosas de aquel valle, tan ricas y valiosas, que en todo el mundo no se hallarían iguales, y que con creces me compensaran de las que dejara de coger con el cebo de la carne; de suerte que nos hicimos amigos y hasta Bazra fuimos luego juntos en amor y compaña; que al llegar allí, fuese él hacia su país y nos despedimos, siguiendo yo adelante mi camino. Este es el hombre que digo y supimos entonces que se llamaba As-Simbad, el marino. Y él nos contó cómo perdiera el barco en aquella algecira, y hete aquí por donde el cielo nos lo envía para que confirme mis palabras de marras y veáis ser cierto lo que entonces os contara. Así que no hay la menor duda de que estas mercaderías son suyas.

Al oír el arráez las palabras del mercader, luego discurrió un ardid, y, llegándose a mí, estúvose una hora mirándome fijo y después me dijo:

–Vamos a ver: ¿qué señas tenían tus mercancías?

Díjeselas yo y recordéle también lo que con él hablara cuando monté en su barco en Bazra, y luego de oír mis palabras, dejó de dudar ya y reconoció ser verdad que yo era el propio Simbad. Y se abrazó a mi cuello y me deseó la paz y me felicitó por haber salido con bien de tanta calamidad. Y, finalmente, me dijo:

–¡*Ye* mi señor As-Simbad, el marino; en verdad que tu historia es singular! Pero ¡loado sea Alá, que fue servido de volver a reunirnos y me permitió restituirte tus bienes perdidos!...

Pero al llegar a este punto de su narración sorprendió a Schahrasad la mañana y puso coto a sus no tasadas palabras.

Y LA NOCHE 324 SIGUIO DICIENDO LA MUCHACHA:

–Tengo entendido, *¡ye* monarca, el afortunado!, que luego que As-Simbad, el marino, les demostró al arráez y a los mercaderes que iban en el barco que era aquel As-Simbad, el marino, que dieran por perdido, el arráez le dijo:

–¡Loado sea Alá, que te sacó con bien de tanta calamidad y me permitió a mí restituirte tus mercancías según ahora hago con la mayor alegría!

Híceme yo cargo de ellas y las fui negociando con mucho tacto y destreza y les saqué con gran beneficio, de lo que me holgué muchísimo, así como también me felicité de haber salido con integridad de tantos apuros como hube de pasar.

Seguimos luego comprando y vendiendo en las distintas islas que hallamos al paso, hasta que al fin llegamos a tierras de Al-Hind, y allí mercamos clavo y jengibre y demás variedades de especias, y luego pusimos la proa a tierras de As-Sind, donde también traficamos con aquellos naturales y vendimos y compramos.

Y dizque en esos mares índicos hube de ver prodigios y maravillas sin cuento, y entre otras rarezas vi un pez, parecido a una vaca, que pare y amamanta sus crías como nuestras mujeres y de cuya piel se hacen escudos [7].

Y vense allí también peces como asnos y camellos y tortugas que miden veinte codos de anchura.

Y vi también un pájaro que sale de una concha marina y pone huevos y cría a sus hijos en el agua, sin que nunca pase del mar a la playa [8].

Y luego de todo eso hicímonos al mar de nuevo y un viento de bonanza hinchó las velas de nuestro barco, por permisión de Alá, que todo lo puede, y a vueltas de un feliz viaje arribamos también felizmente al puerto de Bazra, sanos y salvos y sin tener que lamentar nada.

Detúveme yo allí unos días y después seguí mi camino hasta llegar a Bagdad, Seo de la Paz, y, ya allí, fuimos derecho a mi barrio y mi casa y saludé a mis familiares y a mis amigos y conocidos.

Y como volvía de mi viaje dueño de riquezas que no podían contarse ni calcularse, repartí, en acción de gracias a Alá por tantas bondades, limosnas y regalos, y vestí viudas y huérfanos y luego me entregué de lleno a la diversión con mis amigos y di al olvido todos los contratiempos y desventuras que había padecido, no pensando más que en los caudales que de mi viaje había traído.

Y esto es todo cuanto de extraordinario y notable me sucedió en ese mi tercer viaje.

Pero mañana, *¡in scha-l-Lah!,* vendréis acá de nuevo y os referiré la historia de mi cuarto viaje, que es todavía más rara y extraordinaria que las de los otros tres, según vosotros mismos tendréis ocasión de ver.

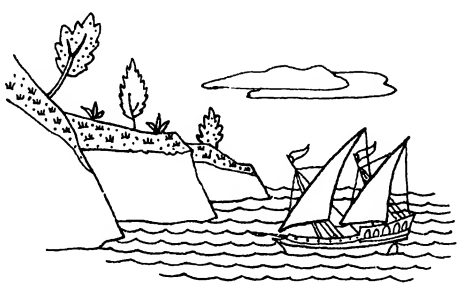
[7] Se refiere probablemente al hipopótamo, que ya menciona Plinio. Aunque hay quien piensa que se trata del *tapir* de las Molucas.

[8] También se encuentra en Plinio el pez con cabeza asnal; probablemente, el manatí o vaca marina. La tortuga gigantesca menciónanla Eliano, Estrabón, Plinio y Diodoro Sículo. Cuanto al pájaro marino, podría ser el «nautilo», el albatros o el barnacle.

Luego ordenó As-Simbad, el marino, que le diesen al otro As-Simbad, el de tierra, cien pesos en oro, como las otras veces, y el costalero los tomó y se despidió y se tornó a su domicilio, hondamente maravillado de todo cuanto había oído de labios de As-Simbad, el marino. Durmió aquella noche en su casa, y tan pronto como el siguiente día amaneció la mañana y su claridad se extendió y resplandeció su fulgor, levantóse As-Simbad, el costalero, y después de rezar la zalá matinal, dirigióse a la casa de As-Simbad, el marino, al que encontró en pleno holgorio y regocijo.

Invitóle a sentarse a su lado As-Simbad, el marino, en tanto llegaban los demás contertulios, y, luego que acudieron estos, dio orden el anfitrión de que les sirvieran de comer y beber y todos comieron y bebieron y toda tiesura depusieron.

Y entonces, As-Simbad, el marino, tomó la palabra y empezó a contarles la historia de su cuarto viaje.





HISTORIA CUARTA DE LAS HISTORIAS DE AS-SIMBAD, EL MARINO, CORRESPONDIENTE AL CUARTO DE LOS VIAJES QUE HIZO

(Noches 324 a 327)

La misma vaguedad e imprecisión en este cuarto viaje que en los precedentes. As-Simbad nos habla de unos salvajes que ignoran el uso del vestido y de un país cuyos naturales, relativamente civilizados, ignoran el de la silla de montar y cabalgan a pelo en sus corceles. Los primeros acogen con sospechosa hospitalidad a los náufragos (las peripecias de As-Simbad empiezan siempre por un naufragio) y les dan a comer unos manjares extraños, de poder estupefaciente, que hacen perder la memoria y el juicio y son, además, una especie de cebo para ponerlos en condiciones de ser luego servidos en la mesa del rey, que es un terrible antropófago. Salvóse de ese trágico fin As-Simbad absteniéndose de catar aquellas viandas sospechosas, y, gracias a su prudencia, que recuerda la de Ulises, sale con bien de ese paso peligroso, que recuerda a su vez el episodio de los lotófagos en la venerable Odisea. *El episodio encierra una evidente lección moral.*

Acógese luego Simbad a la corte de ese rey, que ignora el uso de la silla de montar. Revélaselo el marino y se enriquece fabricando sillas para él y toda su corte; distínguelo el monarca, agradecido, con su especial favor y lo casa con una bella y noble dama. Muere esta luego y As-Simbad es enterrado con ella, con arreglo a la costumbre que allí reina, y que parece una transferencia a los viudos de la que hasta hace poco estaba vigente en la India, respecto a las «sati» o viudas, según ya Herodoto nos cuenta. Sálvase también de este peligro As-Simbad merced a su entereza e ingenio y regresa, como otras veces, rico y feliz a su patria.

Según Roso de Luna, este cuarto viaje de As-Simbad simboliza «la caída o "descenso a los infiernos" (lugares inferiores) de todos los candidatos antes de su iniciación, descenso operado por Orfeo para salvar a Eurídice, (por) Perseo para rescatar a Andrómeda; Pitágoras, Jesús, etc. En semejantes "caídas" a lo Lucifer, Satán, triunfa un momento la materia, para de aquella surgir triunfante y resucitado el espíritu. La "Eurídice" de este Simbad, por supuesto, es la hija del rey a quien enseñara el uso de los estribos (o sea, la firmeza y equilibrio de la Justicia, sin la cual no se puede alcanzar a esa "Dama" trascendente, simbolizadora de la Divinidad en el hombre). La residencia temporal en el mundo infernal de la caída está representada, asimismo, en el enterrado vivo de Simbad con el cadáver de su esposa, o sea el adormecido espíritu de todo hombre, mientras permanece en este nuestro mundo físico. Con todo ello aumentan luego más y más las riquezas del héroe, no ya vanas riquezas materiales, sino las infinitamente más valiosas que suponen los conocimientos adquiridos».

Una sola rectificación: As-Simbad no se casa con la hija del rey, sino con una señorita de la nobleza del país, según taxativamente dice el texto.

Y dijo As-Simbad, el marino:

–Habéis de saber, hermanos míos, que a mi regreso a la ciudad de Bagdad, me reuní de nuevo con mis amigos y deudos y me encontré en el pináculo de la alegría y la felicidad y la tranquilidad, y di al olvido todas las calamidades que pasara en atención a la muchedumbre de ganancias que de ello sacara, y me anegué en el piélago de la farra y la fiesta y de las tertulias de amigos y compañeros de juerga, de suerte que gozaba de la vida más deleitosa que haber pudiera.

Pero en medio de todo eso hubo otra vez mi alma empedernida de inducirme a la tentación de echarme a vagar nuevamente por los países de las gentes y sentí otra vez la nostalgia del trato con los hombres de razas diferentes y del mercar y ganar.

Hasta que, en conclusión, acabé por decidirme a tomar mi resolución, y compré mercaderías de precio, propias para el marítimo comercio, y junté muchos fardos, en número mayor que el acostumbrado, y luego me trasladé de la ciudad de Bagdad a la de Bazra y allí encontré un barco, dispuesto a zarpar, e hice trasladar a bordo todas mis mercancías y yo también monté en él y me mezclé a los demás pasajeros que llevaba y que eran de lo más principal de la ciudad de Bazra.

Hicímonos luego a la mar con la bendición de Alá (el grande, el lleno de majestad) y bogamos por el océano proceloso, azotado de oleaje impetuoso, y nos favoreció la bonanza y navegamos sin contratiempo noche y día. de isla en isla y de mar en mar, hasta que empezó a soplar un viento recio que zarandeaba los mástiles y acabó por destrozarlos y partirlos en pedazos, de suerte que volcó el barco y todos naufragamos.

Deparóme a mí por suerte Alá una tabla de las del barco desencuadernado y yo me monté en ella, juntamente con otros mercaderes.

Juntámonos todos–contaba As-Simbad, el marino–encima de la tabla e íbamos sobre ella a horcajadas, de suerte que hundíamos nuestros pies en el agua que las olas azotaban, y, de esta guisa, favorecidos por el viento,

fuimos bogando sin rumbo, hasta que las olas mismas, al segundo día, entre la aurora y el mediodía, nos arrojaron a una isla, a la cual abordamos en el más lamentable estado, pues nos hallábamos medio muertos del desvelo y la fatiga, y el hambre y el frío y el miedo.

Pasamos la noche en aquella isla, en el cabo de marina; y luego que la mañana amaneció y su claridad se difundió y resplandeció, nos levantamos y procedimos a explorar la isla a derecha e izquierda, y encontramos hierbas abundantes y comimos de ellas lo suficiente para no morirnos de hambre, y luego nos acostamos y nos dormimos, y hasta la mañana no nos despertamos. Entonces nos levantamos y seguimos explorando la isla y divisamos a lo lejos un chozo, y a él nos dirigimos y ante su puerta nos detuvimos. Y hete aquí que sale del chozo una tropa de hombres en cueros y nos cogen con imperio, y, sin hablar palabra, nos conducen a presencia de su monarca.

Mandónos el rey sentar y nos sentamos, y luego nos trajeron unas viandas extrañas que jamás en nuestra vida viéramos y ni de oídos siquiera conociéramos.

Inspiráronme a mí repugnancia y me abstuve de catarlas, a diferencia de mis compañeros, que de ellas comieron, y el abstenerme yo de hacerlo fue especial gracia que me dispensó Alá (loado sea por toda una eternidad), pues a ello debo el poder ahora contarlo, ya que no bien las probaron mis compañeros cuando el juicio perdieron y empezaron a atracarse de aquellas viandas tan distintas de las que comer acostumbraban. De lo que sentí yo gran pena por ellos, y a mi pesar venía a unirse el miedo que me infundían aquellos salvajes en cueros.

Diéronles luego a beber a mis pobres compañeros aceite de coco y les frotaron con él el cuerpo, y en el acto se les hundieron los ojos en el cogote y empezaron a comer con una gula enorme.

Fijéme yo mejor en aquellos salvajes y luego advertí que era una tribu de magos antropófagos, adoradores del fuego, y que su rey era un vampiro perverso.

Solían sus secuaces acechar por los caminos y vados, y en cuanto veían a algún viandante, salíanle al encuentro y asían de él y lo llevaban a presencia de su rey y le daban a comer de aquellos manjares y los untaban con la grasa que soltaban, hasta que engordaban y se cebaban y entonces los sacrificaban y los asaban y se los servían a la mesa a su rey, para que con aquel festín se refocilara.

Cuanto a los familiares del monarca, engullían estos la carne humana cruda, sin asar ni cocinar, que no necesitaban de esos requilorios para su paladar.

Luego que tal vi yo entróme grandísima inquietud por mí mismo y por mis compañeros, los cuales, habiendo perdido el juicio al probar de aquellos manjares, no se daban cuenta de nada ni sospechaban la suerte que les aguardaba [1].

Entregáronselos luego a uno de aquellos sujetos, el cual, todos los días, asía de ellos y se los llevaba a pastar a los campos, como si fueran cabezas de ganado.

A mí, en cambio, me dejaron, porque, como estaba medio muerto de hambre y de miedo, quedárame en los

[1] En este paso hay como un eco del episodio de Ulises y sus compañeros en la isla de los Lotófagos.

Cuanto a los canibales, aquí mencionados, recuerdan los masagetas de Herodoto, los padeos de la India, los esedones de cerca de Meotis, los «luci» de Estrabón y los «scoti», de San Jerónimo. Marco Polo los sitúa en Dragvia, reino de Sumatra; Ibnu-l-Uardi en la Isla Saksar, la isla de Gyava (Java); Bartheme, en el mar de Zanzíbar, etc. La bibliografía antigua sobre ellos es harto copiosa.

huesos, muy débil y caído y con el pellejo seco y denegrido.

Por lo que, al verme en tal estado, dejáronme arrumbado y me olvidaron, sin que ninguno de ellos de mí volviera a acordarse ni a preocuparse.

Y sucedió un día de los días que, hallándome solo, escurríme de aquel lugar y eché a andar por la isla y anduve sin parar en dirección a la marina, que caía bastante lejos de allí, y, al acercarme, divisé un viejo que estaba sentado en lo alto de un peñasco, batido por las olas. Y al reparar mejor en él, luego advertí que era el rabadán encargado de pastorear a mis compañeros.

Y el viejo, no bien me vio comprendió que yo estaba en mi cabal juicio y no dementado como los demás náufragos, y desde lejos hízome señas como diciendo: «Vuélvete atrás y toma el camino de la derecha, que es por donde se va a la calzada real.»

Volvíme yo atrás, según me mandara, y seguí aquel camino de la derecha, y dizque iba corriendo unas veces y otras aflojaba el paso para cobrar alientos, y así fui haciendo hasta quitarme de la vista del viejo.

Pusiérase el sol a todo esto y la oscuridad invadiera los campos; así que me tendí a descansar con intención de dormir, pero de puro cansado y famélico y lleno de miedo no logré conciliar el sueño.

Luego que la noche fue mediada me levanté y. eché a andar por aquellos campos hasta que mostróse el día en toda su hermosura y esplendor y elevóse el sol por encima de aquellos alcores y por la arenosa llanura extendióse.

Estaba yo rendido y hambriento y sediento, así que me dí un atracón de aquellos arrezafes que había en la ínsula, y de ese modo guardé la vida en mi cuerpo y llené el estómago y después eché a andar de nuevo y todo aquel día estuve andando sin parar y lo mismo aquella noche, cogiendo hierbas y raíces para matar el hambre, y así seguí haciendo por espacio de siete días con sus noches, hasta que a la mañana del día, el octavo, divisé en lontananza un bulto confuso y vago.

Encaminéme luego allá, aunque mi corazón desmayaba, por efecto de tantas penalidades como en este tiempo pasara.

Luego que al fin me hube acercado más pude comprobar que se trataba de una taifa de hombres que estaban ocupados en la tarea de recolectar granos de pimienta [2].

No bien ellos me vieron, hacia mí se vinieron y me rodearon por todos lados y me preguntaron:

–¿Quién eres y de dónde vienes?

–Habéis de saber, ¡ye pueblo!–contestéles yo–, que soy un pobre algarivo.

Y les referí acto seguido todos los contratiempos que había padecido...

Sorprendió aquí a Schahrasad la mañana y atajó el flujo de sus elocuentes palabras.

[2] La pimienta negra se produce en Goa; pero su verdadero emporio es Malabar, al sur, y los árabes llaman a esta última isla *Bajadu-l-Filfil* o país de la pimienta.

PERO LA NOCHE 325 SIGUIO DICIENDO LA MUCHACHA:

–Tengo entendido, *¡ye* monarca, el afortunado!, que al preguntarle aquellos hombres ocupados en la faena de cosechar granos de pimienta quién era contestóles As-Simbad, refiriéndoles todas sus peripecias. Y ellos, después de oírlo, le dijeron:

–Por Alá (el grande, el lleno de majestad), que no puede ser tu caso más singular. Pero dinos, ¿cómo te pudiste de esos negros librar? ¿Y cómo es que en esta isla viniste a parar? ¿Por ventura no sabes que son muchos en número esos salvajes que se alimentan de carne humana sin que de sus garras se salve ninguno que en ellas caiga?

Contéles yo entonces lo que a mis compañeros habíales ocurrido, y ellos, después de oírme, me hicieron sentar a su lado y aguardar así a que sus tareas hubieran terminado, y entre tanto, trajéronme cosas buenas de comer y comí, porque estaba desmayado, y luego me eché a descansar hasta que ellos dieron por terminada su jornada y me cogieron y me condujeron a su hogar isleño y me llevaron a presencia de su soberano. El cual respondió a mi *selam* con mucha afabilidad y me dispensó la mejor acogida y me preguntó por mis peripecias y fatigas.

Contéle yo todo lo que me sucediera desde el día que salí de Bagdad, y él se maravilló hasta el colmo de la maravilla y también sus cortesanos fue mucho lo que se maravillaron.

Hízome el rey sentar a su lado y mandó que nos llevaran de comer y comí mano a mano con él y luego me lavé las manos y di gracias a Alá por su bondad y lo engrandecí y lo glorifiqué.

Después de lo cual dejé al rey y me fui a dar un paseo por la almedina, que era muy poblada y rica y con muchos y bien abastecidos mercados de víveres y otras cosas que rebosaban de vendedores y compradores.

Congratuléme yo de haber llegado a tan grato lugar y encontrado mi holgura después de la estrechura, e hice amistades entre las gentes de la ciudad y tuve la suerte de serle tan simpático al rey, que en poco tiempo vine a ser de los principales personajes de su reino

Ahora bien: tuve ocasión de ver que todos aquellos isleños, así chicos como grandes, montaban hermosos caballos, de alto precio y buena casta, solo que los montaban en pelo, sin usar de sillas ni estribos ni demás jaeces por el estilo.

Maravillóme a mí aquello y hube de preguntarle al monarca:

–¿Por qué razón, *¡ye* mi señor!, montas en pelo y no usas la silla, que al jinete presta más comodidad y firmeza?

A lo que me contestó el rey:

–¿Qué es una silla de montar? En mi vida la vimos ni la oímos mentar.

–¿Quieres, mi señor–le dije yo–, que, con tu venia, te labre yo una para que la pruebes y veas las ventajas que ofrece?

–Desde luego que sí quiero–me contestó él.

–Pues bien–díjele yo–, manda que me traigan un trozo de madera.

Mandó el rey que me lo trajeran y luego me proporcionó también otras cosas más que yo le pidiera.

Roguéle luego que me indicara un carpintero hábil y experto y fui a verlo y lo instruí sobre el modo de hacer

una silla de montar, cosa que él comprendió sin dificultad.

Tomé yo luego una pieza de paño e hice de ella un forro para la silla y luego cogí un trozo de piel y recubrí la silla con él, y, finalmente, fui a buscar un alazán de los más fogosos de la cuadra real y le puse la silla y le ceñí las riendas y la cincha y los arzones y, ya enjaezado el corcel, se lo presenté al rey. Maravillóse el monarca al verlo y se alegró y me expresó su agradecimiento y montó en el caballo en el acto, holgándose mucho al ver la comodidad y seguridad que le prestaba la silla de montar.

Mandó el rey que me diesen una suma equivalente al trabajo que por él me había tomado, y no hay que decir que resultó con creces pagado.

Vio luego el visir del rey la silla que le hiciera a su señor y al punto me rogó que le hiciera otra igual, en lo que yo complacíle sin dificultad.

Vinieron luego a mí todos los emires del reino y todos los magnates y altos personajes con idéntica pretensión y yo los serví a todos, con el mismo primor, valiéndome del carpintero para trabajar la madera y del herrero para forjar y labrar el hierro de los estribos, y empezamos a fabricar sillas de montar y a venderlas a los próceres y grandes de la corte, por el cual medio llegué a reunir considerable cantidad de dinero.

Híceme propietario de una gran casa, cerca del rey y su corte, y en ella me instalé con todo lujo y esplendidez.

Ahora bien: estaba yo un día de los días sentado junto al soberano, rebosando el corazón de gozo y alegría, cuando hubo de decirme el rey, con mucha simpatía:

–Ya ves cómo te he colmado de honores y distinciones cual si fueras uno de mis antiguos servidores, todo lo cual se debe al gran afecto que he llegado a tomarte, y es tal que ya no me avengo a la idea de que algún día de mí puedas separarte o dejar mi corte y abandonarme. Por todo ló cual voy a decirte una cosa en la que habrás de obedecer, sin replicar.

–¿Qué cosa es esa, *ye* monarca del tiempo?–díjele yo–. Desde luego puedes estar seguro de que, sea lo que fuere lo que me dijeres, te obedeceré y nada replicaré, que a ello te hacen acreedor los muchos favores y beneficios y mercedes que me has dispensado, desde que la suerte a tu corte me trajo, y loado sea Alá (el grande, el lleno de majestad), que a tu servicio me quiso encaminar.

–Pues verás–díjome el monarca–. Se trata de que te querría casar con mujer hermosa, salada y agraciada, con muchos caudales y encantos en número considerable.

Al oír yo esas palabras del monarca entróme rubor y guardé silencio, que de puro avergonzado que estaba no podía articular palabra.

Y el monarca, al notarlo, me preguntó asombrado:

–¿Por qué no me contestas, hijo mío, a lo que te he dicho?

–¡*Ye* mi señor!–díjele yo–. Todo eso corre de tu cuenta y es de tu exclusiva incumbencia. A mí, ¡*ye* monarca del tiempo!, solo toca prestarte obediencia.

Holgóse el rey al oírme y en aquel mismo instante mandó llamar al cadí y a los testigos y me casó con aquella mujer que había dicho, la cual era de noble cuna y de ilustre alcurnia y rica en caudales y cosas que los valen...

Pero al llegar a este punto de su narración sintió Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras cautivadoras.

Y LA NOCHE 326 REANUDO SU RELATO EN ESTA FORMA:

–Ha llegado a mis oídos, ¡*ye* el rey, el afortunado!, que As-Simbad, el marino, contaba a sus amigos:

–Luego que el rey me casó con aquella dama rica y guapa asignóme morada amplia y grande y apartada y destinó criados y fámulos para que me sirviesen y me señaló, asimismo, rentas y emolumentos crecidos.

De suerte que vine a hallarme en situación muy holgada y descansada y regalada; amaba yo a mi esposa y ella también era mucho lo que a mí me amaba, y nos llevábamos tan bien, que no había entre nosotros la menor discrepancia y vivíamos la más deleitosa de las vidas y en la más completa armonía.

Vivimos así un espacio de tiempo, cuando he aquí que hubo de llevársele Alá consigo la mujer a un vecino mío, del cual era yo amigo, y pasé a visitarle con ese motivo para darle el pésame, y lo encontré muy abatido, postrado y afligido.

Dile yo el pésame y traté de animarlo y consolarlo y entre otras cosas, propias del caso, hube de decirle al cuitado:

–No te apenes tanto por la difunta, que ya Alá (loado sea por toda una eternidad) será servido de darte algo mejor que lo que has perdido y gozarás todavía de larga y feliz vida (si quiere Alá, el grande, el lleno de majestad).

Al oír el viudo mis palabras echóse a llorar con mucho dolor y sentimiento y exclamó:

–¡*Ye* amigo mío! ¿Cómo es posible que vuelva yo a casarme con ninguna mujer, ni cómo podrá Alá depararme ninguna mejor que la que he perdido, máxime cuando ya de vida solo me queda un día?

–¡*Ye* hermano mío!–díjele yo–. Vuelve en tu juicio y no digas tales desatinos ni pienses que te vas a morir pronto cuando tienes ese aspecto tan sano y orondo.

–¡Por tu vida, amigo mío–exclamó el vecino–, ten por cierto que mañana me echarás de menos y en toda tu vida volverás a verme hasta el día que resucitemos!

–Pues ¿cómo es eso?–preguntéle.

–Hoy mismo–me respondió el amigo–, cuando entierren a mi mujer, me enterrarán con ella a mí también. Porque has de saber que esta es la costumbre que entre nosotros rige y es ley que ninguno infringe.

–¡Por Alá–exclamé yo–. Que tal costumbre es pésima y no puede ser peor.

Estando nosotros en este coloquio he aquí que irrumpen allí casi todos los vecinos de la ciudad y desfilan ante mi amigo, dándole el pésame por su mujer y por él mismo, y después proceden a hacer los preparativos para el sepelio de la finada, según su costumbre inveterada.

Trajeron un ataúd y en él depositaron el cadáver de la difunta y metieron, asimismo, a su esposo, vivo, y después condujéronlos a cierto lugar y levantaron una gran piedra, debajo de la cual dejóse ver un como brocal de pozo y por él arrojaron a la muerta, y dizque era aquella una gran cisterna, labrada en la entraña misma de la montaña.

Cogieron luego al viudo y le ataron por debajo del pecho a una soga de seda y lo bajaron a la cisterna, en unión de un jarro con agua y siete

panes para que con ellos se sustentase.

Luego que el hombre llegó abajo, soltóse de la cuerda y los otros tiraron de ella y taparon el pozo con aquella piedra grande que dije, dejándolo todo como estaba y se retiraron, tornándose a sus casas.

–¡Por Alá–díjeme yo al ver aquello–, que este género de muerte es peor que aquel de que falleció la mujer!

Fuime después en derechura a ver al rey y le dije:

–*¡Ye* mi señor! ¿Cómo es posible que en tu país entierren a los vivos junto con los difuntos?

–Has de saber–díjome el rey–que esta es la costumbre que en nuestro país se observa y que trae su origen de nuestros abuelos, sin que nadie abolirla pueda.

–*¡Ye* monarca del siglo!–exclamé yo al oírlo–. ¿Y también un extranjero como yo, si se le muere la mujer, ha de correr la misma suerte que uno de vosotros y ha de morir en ese pozo?

–Cierto que sí–respondió él–. También lo enterramos con la difunta y hacemos con él igual que con tu vecino viste hacer.

Al oír yo tales palabras en poco estuvo que no se me derramase la bilis por el cuerpo de puro asustado e inquieto, y se me arremolinó el juicio y me quedé muy asustado y triste ante la idea de que a mi mujer se le ocurriera morirse antes que yo y me hubiesen de enterrar a mí con ella, vivo, como hicieran con mi vecino.

Traté de consolarme y me dije: «¿Quién sabe? Puede que me muera yo antes, que nadie conoce de antemano cuándo ha de expirar su plazo.»

Hice después por distraerme, engolfándome en el despacho de varios asuntos, hasta que pasó algún tiempo y se me pasó un poco el susto.

Pero he aquí que un día de pronto hubo de enfermar mi mujer, y pasados unos cuantos días, vino a fallecer.

Acudieron luego todos los vecinos de la ciudad a darme el pésame tanto a mí como a sus familiares, y también el propio rey vino personalmente a darme el pésame.

Trajeron luego a las amortajadoras, las cuales lavaron el cuerpo de mi esposa y le vistieron el más lujoso de sus trajes y le pusieron todos sus aderezos y collares y todas sus joyas de brillantes y demás piedras preciosas.

Luego que la amortajaron y la pusieron en el féretro, cargaron con este y se pusieron en marcha hacia la consabida montaña, y, llegados que allí fueron, levantaron la piedra que servía de tapa a la cisterna y arrojaron a la difunta en ella.

Acto seguido llegáronse a mí todos mis amigos y los parientes de la muerta y empezaron a despedirse de mi dando muestras de tristeza.

Pero yo alcé entonces mi voz y les dije:

–¡Yo soy extranjero y no puedo avenirme a esa costumbre vuestra, que conmigo no reza!

Pero ellos se hicieron los desentendidos y ni siquiera se volvieron al escuchar mis gritos.

Sino que me cogieron y me ataron a la fuerza por debajo de los pechos, atándome también al cuerpo una alcuza con agua y siete panes, según su costumbre en casos semejantes.

Luego me descolgaron a la cisterna, la cual era una gran caverna, excavada en el corazón de la montaña, y me dijeron:

–Suéltate ahora de tus ligaduras.

No lo hice yo así y entonces ellos soltaron la cuerda, que cayó a mis pies y taparon el pozo de nuevo con aquella gran piedra y se alejaron dando por cumplido su encargo.

Y giré la vista por el interior de la caverna y vi allí muchedumbre de cadáveres, que exhalaban hedor intolerable.

«¡Por Alá, que me está bien empleado todo lo que me pasa y cuanto en adelante me hubiere de pasar! ¿Qué maldición me cayó encima para que tomase mujer en esta ciudad?

»Pero no hay gloria ni poder sino en Alá. ¡No salgo de un mal paso cuando ya estoy en otro peor!

»¡Y por Alá que no puede ser más miserable la muerte que me aguarda en esta cisterna condenada! ¿Por qué el sino no quiso depararme una muerte decorosa en Bagdad, donde me habrían lavado y amortajado como a un buen musulmán?

»¡Pero hasta morir ahogado en el mar, o de cansancio en las montañas, fuera preferible a esta muerte desastrada!»

Reprochéme entonces a mí mismo mi falta de juicio, y así estuve recriminándome y acusándome hasta que al fin me tendí sobre un montón de huesos y sobre ellos me eché, invocando a la muerte, que no se dignó acudir a mi voz, hasta que el fuego del hambre prendió en mi estómago y la sed abrasóme el galillo, y entonces–seguía diciendo As-Simbad–me levanté y dile una dentellada al pan y luego tomé un buche de agua, y después me volví a tumbar.

Luego que aquella noche, la peor de mi vida, fue pasada, me levanté y procedí a explorar la ajaquefa y comprobé que cogía un gran trecho y que en sus costados había huecos; y que su suelo estaba sembrado de cuerpos muertos y huesos podridos, que databan de largo tiempo; y me hice allí un sitio, lejos de aquellos despojos, y me tendí en el suelo y me dormí. Y así continué los siguientes días, hasta que empezó a escasearme mi provisión de pan y agua, y eso que solo comía una vez al día o cada dos días y solo bebía de cuando en cuando una buchada de agua, por temor a que antes de morir se me acabaran el pan y el agua, y a mi mismo me decía: «Come poquito y bebe lo mismo que puede que Alá te tenga escrita tu liberación de esta agonía.»

Y, estando así, hete aquí que un día de los días sentí de pronto que se movía la piedra que cubría la cisterna y que llegaba hasta mí un hilo de luz. Y asombrado me dije:

«¿Qué será eso? ¿Será que van a echar otro muerto?» Alcé los ojos a la boca del pozo y divisé allá arriba gente asomada a ella, y era que estaban bajando otro muerto a la cisterna y bajaban con él también a su mujer, la cual estaba viva y lloraba y clamaba triste y desesperada.

No le hicieron ellos caso y al pozo la bajaron, juntamente con su difunto y las provisiones de pan y agua acostumbradas, y después tornaron a tapar el pozo con la piedra y se retiraron a sus casas.

Miré yo a la mujer sin que ella me viera, y cogiéndo un hueso grande de los que yacían por el suelo, asestéle con él en mitad de la cabeza un golpe tan recio que en el acto rodó la mujer por tierra, sin conocimiento; segundéle yo con otro golpe y le dí con tal fuerza que aquella vez quedó muerta.

Apoderéme en seguida de todas sus provisiones, y, advirtiendo que llevaba sobre su cuerpo muchas alhajas y alhaites y collares de perlas y brillantes y demás piedras y metales preciosos, adueñéme de ellos y despojé a la mujer, por lo que pudiera suceder.

Y desde entonces seguí dando muerte a todos los vivos que allí echaban y de sus víveres me alimentaba.

Hasta que un día de los días, al despertarme de mi sueño, sentí como si alguien anduviese por allí dentro de la caverna y me dije para mí: «¿Qué será eso que suena por ahí?» Y me asusté pensando si sería un adive o una hiena, a la husma de carne muerta. Así de un hueso grande y me fui hacia el lugar

de donde procedía aquel ruido, a la defensa apercibido; pero al sentirme a mí huyó el intruso, que resultó ser un animal montés; seguíle yo el rastro y fui tras él hasta el fondo de la cisterna y pude ver cómo salía un destello de luz, tal que de un lucero, que unas veces me iluminaba y otras se eclipsaba. Y al ver aquello díjeme para mis adentros:

«No hay más remedio sino que tiene que haberse movido la tapa del pozo, bien porque vayan a bajar otro muerto como el de marras o porque se haya movido ella sola, por efecto de alguna conmoción inesperada.»

Quedéme una hora de tiempo reflexionando sobre aquello, hasta que al fin me adelanté hacia el lugar donde veía la luz brillar, y, al reparar con más atención, descubrí que había allí un orificio, excavado en la roca por los animales montaraces que acudieran, atraídos por el husmo, para devorar a los difuntos y comer de ellos hasta hartarse, después de lo cual por aquel resquicio se podían retirar.

Tranquilizóse mi alma y cobró mi corazón esperanzas al descubrir aquello, y, acto seguido, escurríme por aquel agujero, y, al salir al campo, encontréme a orillas del mar salado, en la cumbre de un monte elevado, que se interponía entre los dos océanos y entre la isla y la ciudad, y era tan alto e inaccesible que escalar su galayo era imposible.

Alabé a Alá agradecido y dile gracias, conmovido, y me entró una gran alegría y recobró mi corazón sus energías [3]. Luego resolví bajar todos los días a la caverna y entrarme por aquel resquicio en ella y coger el agua y los panes que allí dejaran para el vivo que con el muerto enterraban, y, sin pararme a pensar, dábale muerte al superviviente, lo mismo si era hembra que si era varón, para quitarle su ración.

Así lo hacía con efecto todos los días, y, luego que cogía mi botín, íbame con él a la orilla del mar y me sentaba a esperar por si era servido Alá (el grande, el lleno de majestad), de enviarme algún barco, en el que me pudiese retornar a Bagdad.

Debo advertir que también tuve cuidado de sacar de la caverna todas aquellas joyas y alhajas con que a los muertos enterraban y las trasladé a la montaña, y, envueltas en ropas de los mismos difuntos, las guardé allí para en un caso tenerlas a mano.

Y seguí practicando ese género de vida cierto espacio de tiempo...

Sorprendió aquí a Schahrasad la aurora y cortó e hilo de sus palabras cautivadoras.

PERO LA NOCHE 327 PROSIGUIO SU RELATO EN ESTA FORMA:

–Tengo entendido, *¡ye* monarca, el afortunado!, que As-Simbad, el marino, trasladaba a la montaña cuantas provisiones, aderezos y alhajas echaban allí con los muertos que enterraban y luego se sentaba a la orilla del mar por si veía a lo lejos algún barco pasar.

–Ahora bien–contaba As-Simbad–, estando yo un día de los días sentado en la marina, reflexionando sobre las

[3] Este episodio pudiera estar tomado de la historia griega de Aristomenes, el Mesenio, que, arrojado a un pozo, logró salir de él, guiado por una zorra. Hole y Burton anotan la coincidencia entre ambos relatos. Sabido es que los árabes de la época abbasí cultivaron mucho la literatura griega.

raras aventuras que me ocurrían, hube de columbrar en lontananza un barco que bogaba por en medio del mar agitado y en olas encrespado.

Levantéme en seguida y, cogiendo un paño blanco de los que servían a los muertos de sudario, empecé a sacudirlo y agitarlo prendido en un palo, haciéndoles señas a los del barco para que se fijaran en mí, como efectivamente hicieron al cabo de un rato.

Luego que me vieron allá en lo alto de la montaña, y percibieron el rumor de mis palabras, enderezaron la proa hacia la marina y luego botaron al agua una lancha tripulada por marineros, los cuales abordaron a la playa y me recogieron y llevaron a bordo del navío, donde fui muy bien atendido y acogido. Y dizque yo llevara conmigo, envueltas en sudarios, todas las riquezas que había apandado.

Y el arráez del barco me preguntó:

–¿De dónde viniste, hombre, a dar en ese sitio, sobre esa montaña allende la cual hay una gran ciudad? En verdad que harto estoy yo de pasar y repasar por estos parajes y nunca vi en ellos otros seres animados que bestias y pájaros.

Contéle yo entonces la misma historia que ya les refiriera a los marineros que me recogieron; pero guardéme bien de decirle ni lo mínimo respecto a mi aventura de la ciudad y la caverna, no fuera que hubiese algún isleño de aquellos en el barco y me oyera.

Escogí después unas cuantas perlas, de las más grandes que conmigo llevaba, y se las di al arráez del navío con estas palabras:

–Ruégote, señor, que aceptes esta modesta prueba de mi gratitud, ya que a ti debo el haber podido salir de esas montañas; no tengo dinero, pero te ofrezco estas perlas de precio.

Pero el arráez negóse a tomarlas, diciendo:

–Cuando a la orilla del mar o en una isla encontramos a un náufrago lo recogemos a bordo y le damos de comer y beber y lo vestimos, si lo ha menester, y lejos de aceptar nada de él, luego que alcanzamos puerto de seguridad, lo desembarcamos y le damos algún dinero para que se pueda apañar. Y todo eso hacemos por amor de Alá.

Deseéle yo entonces larga vida e invoqué sobre él las bendiciones divinas.

Y me congratulé de haber salido con bien de mis aprietos pasados, pues siempre que me acordaba de que había estado en aquella caverna, junto a mi mujer muerta, aún se me erizaba de espanto la pelleja.

Proseguimos después nuestra travesía y fuimos pasando de una isla a otra isla y de un mar a otro mar hasta que llegamos a la Isla de las Campanas, en la que hay una ciudad que se tarda dos días en recorrerla toda ella, y de allí a tres singladuras arribamos a la Isla de Kala [4], que está ya lindando con las tierras indianas.

Reina en la dicha ínsula un rey fuerte y poderoso, y se recoge en ella alcanfor del mejor y también se da en ella en abundancia el junco de la India, y, para terminar, hay también allí una mina de arresás [5].

Hasta que al cabo, por permisión de Alá, arribamos al puerto de Bazra con toda felicidad y yo me detuve allí unos cuantos días y luego continué mi viaje hasta Bagdad y entré en la ciudad y me dirigí derecho a mi barrio y mi casa, con el júbilo que es de imaginar. Y reuní allí a todos mis parientes y amigos y conocidos para que participasen de mi regocijo.

[4] De una isla así llamada habla Pomponio Mela en su *De situ orbis terrarum;* Kala, Kela o Kullah, que de todos esos modos se escribe, es, según Walckenserkeydah, la península de Malaya; según Renaudot, Kalabar. Los mapas antiguos sitúan una ciudad–no isla–de Kelat en el Beluchistán.

[5] Plomo.

Deposité luego en mis almacenes todas las mercancías que allegara en mis travesías y repartí limosnas con mano liberal a los faquires y a los mendigos, y a la viuda y al huérfano proporcioné vestidos. Después de lo cual entreguéme de lleno al placer y la alegría, y torné a mi antiguo género de vida.

Y ahí tenéis ya, amigos míos, las aventuras más singulares que me pasaron en mi cuarto viaje, y mañana, si me hacéis la merced de venir aquí, os contaré lo que en mi viaje, el quinto, me ocurrió, que es todavía más prodigioso y más maravilloso que todo lo anterior.

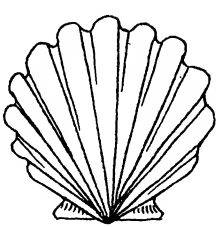
Luego, encarándose con As-Simbad, el costalero, le dijo:

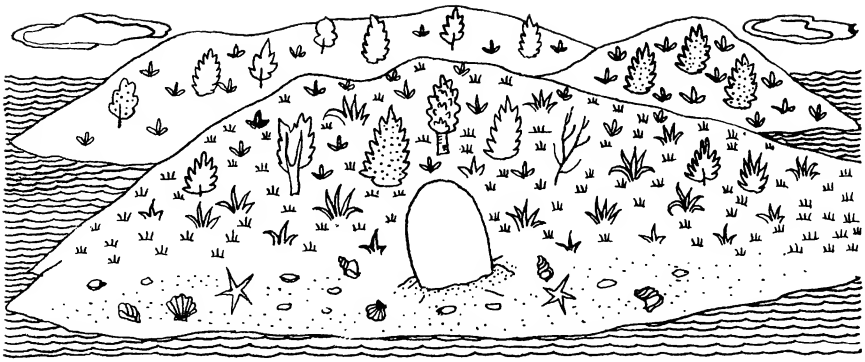
–Cuanto a ti, hermano mío, cena aquí conmigo, toma lo de costumbre, y vuélvete a tu casa; pero no dejes de venir mañana si quieres oír la relación de mi quinto viaje, que es todavía más singular, que cuanto hasta aquí me oíste contar.

Mandó luego que le dieran los cien pesos en oro al costalero, y acto seguido ordenó a sus criados que sirviesen la cena, y comieron todos y bebieron cuanto quisieron, después de lo cual retiráronse a sus respectivas casas a descansar.

Fuese también a la suya As-Simbad, el costalero, y pasó en ella la noche, y luego que amaneció la mañana del siguiente día, se levantó y rezó la zalá matinal y luego, As-Simbad, el de tierra, se dirigió a casa de As-Simbad el de mar. y le dio los buenos días. recibiéndolo aquel con toda cordialidad.

Hízolo después sentar a su lado hasta que llegaron los demás invitados, y luego que así fue, mandó As-Simbad, el marino, que les sirviesen de comer y beber, y comieron todos y bebieron, y se regocijaron y divirtieron, y conversaron de cosas diversas y platicaron sobre muchos temas, hasta que, finalmente, tomó la palabra As-Simbad, el marino, y dijo:





HISTORIA QUINTA DE LAS HISTORIAS DE AS-SIMBAD, EL MARINO, CORRESPONDIENTE AL QUINTO DE LOS VIAJES QUE HIZO

(Noches 327 a 329)

En este quinto viaje es donde le ocurren a As-Simbad las peripecias más sorprendentes. Primero, la aventura con los Pájaros Roj; luego, el encuentro con aquel viejo que se le monta encima y lo utiliza como cabalgadura, espoleándolo a patadas, y del que As-Simbad se libra al fin emborrachándolo con zumo de vides, cuyo poder tóxico desconocía, por lo visto, el malvado viejo. El cual resultó ser una entidad fabulosa de la mitología oriental, el Scheiju-l-Bahr *o Anciano del Mar, especie de Neptuno semítico. Viene luego el arribo de As-Simbad a la Ciudad de los Monos (nombre, como se ve, de una vaguedad absoluta), donde el marino, que ha perdido todas sus riquezas en el naufragio de rigor, se dedica a cosechar cocos o almendras de la India por el procedimiento de tirarles piedras a los monos, encaramados en sus copas, los cuales se defienden arrojando frutos; pasó curioso lleno de sabor, que se repetirá luego en toda la lectura de viajes ultramarinos. Vuelve a enriquecerse As-Simbad por ese medio y regresa a su punto de partida, Bazra, y de allí a Bagdad, la Mansión de la Paz.*

Las únicas indicaciones geográficas que en todo el relato se encuentran (en nuestro texto) son la de la Ciudad de los Monos, *que en vano se buscaría en ningún mapa, aunque todo haga suponer que se trata de Ceilán, y la igualmente problemática de la isla de Al-Osirat, diversamente localizada por los glosadores.*

En la interpretación ocultista de Roso de Luna «el terrible viejo-vampiro, cabalgando eternamente (querrá decir continuamente) sobre los hombros

del cuitado Simbad, por haber este roto a destiempo el «huevo» o «velo» de la espiritualidad, es la representación genuina de esotro hombre bestial que todos llevamos sobre nuestros hombros a la manera de la valva del molusco o bien del espantoso peñasco de Sísifo. Este habitante del umbral, con tan vivos colores descrito en el Zanoni *de Bulwer Litton, es el ángel hijo de nuestro Karma que nos sale siempre al paso cuando queremos realizar alguna empresa redentora al modo de aquel que se le opone a Moisés antes de conducir a su pueblo hacia la tierra prometida, o esotro que tienta a Jesús antes de que comenzara su predicación. El único medio de librarse de ese enemigo es el Vino eucarístico de la espiritualidad, cuyos efectos no puede soportar el malvado vampiro, prototipo de cuantos elementales nos tientan, nos obsesionan* (sic) *y nos posesionan en forma de otros tantos vicios, y es un hecho ocultista que semejantes perversos, en los casos extremos de posesión o locura, no sueltan su presa–el alma humana–hasta mucho después de libertada esta del cuerpo con la muerte física».*

–Habéis de saber, hermanos míos, cómo luego que fui tornado de mi viaje, el cuarto, aneguéme en un mar de delicias y placeres y diversiones y expansiones, hasta el punto de olvidarme por completo de todo cuanto antaño padeciera y de todas las peripecias que me ocurrieran y de todas las pasadas angustias y tristezas en atención a las grandes ganancias y el lucro y el provecho que ello me valiera.

Hasta que, al cabo, hube de sentir otra vez la tentación de los viajes y las andanzas por tierras extrañas, por los países e islas que las gentes habitan.

Así que fui y compré mercaderías de precio, propias para un viaje por mar, y las empaqueté, y luego levanté el campo con ellas y, dejando a Bagdad, me dirigí a la ciudad de Bazra, como las veces de marras.

Y ya allí, encaminéme a las orillas del mar y vi fondeado en el puerto un navío grande, gallardo y airoso, que fue de mi agrado, pues estaba recién botado. Así que lo compré y contraté un arráez y marineros, mandé trasladar a bordo todos mis fardos, de lo que se encargaron mis esclavos y criados.

Acudieron después bastantes mercaderes con sus géneros y embarcaron en la nave como pasajeros, pagándome el consiguiente estipendio.

No tardamos en hacernos a la mar, llenos los ánimos de gozo y alborozo, prometiéndonos bonanza y ganancia en aquella travesía que comenzaba.

Fuimos navegando con tan buenos auspicios, de isla en isla, de mar en mar, hasta que, un día de los días, hubimos de abordar en una ínsula desierta en la que nadie había y en medio de la cual se alzaba una bóveda grande, blanca, que un gran contorno abarcaba, y estaba medio enterrada en la arena de la playa. Saltaron luego a tierra los mercaderes para ver más de cerca qué era aquello, y pudieron ver que no era otra cosa en conclusión sino un huevo de Pájaro Roj.

Quedéme yo a bordo. Pero uno de los pasajéros vino luego y me dijo:

–Anda, mi señor, y ven a mirar de cerca y recréate contemplando ese huevo que por bóveda tomaste.

Fui, pues, allá, donde ya se reunieran bastantes mercaderes, y sorprendí a estos apedreando el huevo.

–No hagáis eso–les grité–, que, si insistís en ello, luego saldrá un Pájaro Roj y la tomará con nuestro barco y lo hará pedazos.

No me hicieron ellos caso y siguieron apedreando el huevo hasta que lo rompieron, y sacaron de allí al pollito y lo degollaron y se lo comieron.

Y estando así ocultóse el sol y el día se entenebreció y cernióse sobre nuestra cabeza un nubarrón, que eclipsaba la luz.

Y alzamos las frentes para ver qué era aquello que se interponía entre nosotros y el sol y vimos ser las alas del Roj las que nos ocultaban su fulgor.

Echamos a correr desalados hacia el barco; pero el Pájaro Roj, al ver que los mercaderes le rompieran el huevo, vínose detrás de nosotros y nos fue siguiendo y lanzando unos graznidos tremendos, que semejaban truenos.

Yo, por mi parte, les grité al arráez y a los mercaderes:

–¡Corred al barco y tratad de salvaros!

Al ver el Roj que nos íbamos hacia el barco desapareció y estuvimos sin verle una hora de tiempo, que aprovechamos para saltar a bordo y tratar de escapar de sus garras y alejarnos de aquella isla nefasta.

Pero a poco le vimos volver de nuevo trayendo consigo un compañero y cada uno de los dos apretaba en sus garras una piedra tamaña que cogieran en la montaña.

Tirónos el uno de ellos su piedra y gracias a que el arráez acertó a desviar el barco no hizo en él blanco, que poco le faltó para lograrlo.

Cayó la piedra en el agua debajo del navío y armó tal conmoción, que el barco dio un vuelco con nosotros, y de terrible que fue el golpe, abriéronse las olas en forma tal, que dejaron ver las profundidades del mar.

Fue luego el otro Roj y nos lanzó también su piedra, que, con ser más pequeña que la anterior, nos hizo más daño, pues fue a dar en la popa del barco y la destrozó toda, de suerte que el timón voló hecho veinte cachos [1].

Hundímonos en el mar todos cuantos a bordo íbamos y yo pugné por salvarme con los bríos que presta el ansia de conservar lo que estimamos más, y Alá (el grande, el lleno de majestad) me deparó a mi alcance una tabla de las de la nave desencuadernada y a ella me así con fuerza y me monté encima de ella y empecé a mover los pies cual si fuesen remos; fuéronme favorables las olas y el viento, y me fueron suavemente impeliendo.

Hundiérase el barco no lejos de una isla, y a ella–por designio de Alá–me hizo el sino abordar, y a ella me di prisa a saltar en tal estado que parecía mortal, pues no podía tenerme de fatiga y zozobra y hambre y sed y de cuanto había tenido que padecer...

Pero al llegar aquí sintió Schahrasad que venía la aurora y cortó el hilo de sus palabras fascinadoras.

Y LA NOCHE 328 PROSIGUIO SU RELATO EN ESTA FORMA:

–Ha llegado a mis oídos, *¡ye* monarca, el afortunado!, que As-Símbad, el marino, alabó a Alá y lo ensalzó y dijo:

–Continué en aquella situación hasta que la tarde atardeció y la noche llegó.

Levantéme entonces y dizque estaba como muerto de tanta fatiga y tanto susto como tenía en el cuerpo.

No se oía en toda aquella isla voz alguna ni se veía a nadie en toda ella. Así que me tendí en la tierra y me

[1] Según Burton, este episodio del Roj está tomado de Ibnu-l-Uardi, de donde también lo tomó Ad-Damiri (año 808 de la *hechra)* y fue traducido al latín por Bochart en su *Hierozoicon.*

dormí, y estuve durmiendo hasta que la mañana amaneciera.

Levantéme yo entonces y procedí a explorar la isla y quedéme sorprendido al ver que parecía un jardín de los propios jardines del Paraíso. Pues estaba abundantemente poblada de árboles cargados de fruta amarilla y madura y regada por claros arroyuelos y cuajada de vistosas y bien olientes flores, y en las ramas de los árboles gorjeaban pajarillos cantores, entonando los loores de Alá, el que todo lo puede y es el único que permanece.

Comí, yo, pues, hasta la atafea [2] y bebí hasta saciar mi sed y luego dile por todo las gracias a Alá y lo engrandecí y lo glorifiqué, y, finalmente, me senté a descansar y descansando estuve hasta que se hizo de noche, sin que en todo ese tiempo oyera voz humana ni divisara a nadie en lontananza.

Y como estaba medio muerto, de puro molido y rendido, tras tantos temores y miedos y trabajos y aprensiones, tendíme en el suelo y me quedé dormido y dormí a un tirón hasta que la mañana amaneció, y entonces me levanté y eché a andar por la arboleda y fui andando hasta llegar cerca de una acequia, surtida de una fuente de agua corriente, y junto a ella estaba sentado un *scheij* venerable, que vestía unas braguillas de fibra de palmera a la cintura sujetas.

Al verlo yo, díjeme para mis adentros: «Puede que este anciano sea uno de los náufragos de nuestro barco.»

Lleguéme, pues, a él y lo saludé con el *selam* y él me respondió por señas, sin hablar.

–*¡Ye scheij!*–díjele yo–. ¿Cuál es la razón de que estés aquí sentado?

Movió la cabeza el anciano y puso un semblante condolido y me hizo con su mano una seña, como si me dijera:

–Tómame a cuestas sobre tus hombros y llévame de aquí hasta el filo de esa acequia.

«Le haré ese favor–me dije yo–y lo llevaré hasta ese sitio, que acaso esa buena acción me valga algún beneficio, pues a la cuenta es un paralítico.»

Alcélo, pues, en vilo y me lo cargué sobre los hombros y llevélo hasta el lugar que me indicara y le dije:

–Bájate ya, despacito, que hemos llegado al sitio.

Pero él, lejos de apearse, como le dijera, lo que hizo fue enroscar más sus pies en torno a mi cuello, y al reparar yo en sus pies, advertí que, por lo negros y ásperos, parecían los de un búfalo montés [3].

Entróme entonces gran temor y traté de desprenderme de él, arrojándolo al suelo; pero él apretó más sus pies en torno a mi cuello con fuerza tal, que parecía quererme estrangular, y el mundo tornóse negro ante mis ojos y perdí el conocimiento y caí sin sentido al suelo, y allí quedé como muerto.

Levantó él entonces sus piernas y empezó a darme patadas en la espalda y en los hombros, haciéndome sentir un dolor muy vivo, por lo que me apresuré a ponerme en pie y a seguir con él a cuestas, a pesar del cansancio y la fatiga que sintiera.

Hízome luego seña con la mano indicándome que me metiera por entre los árboles.

Obedecíle yo y me interné por entre aquellos árboles que estaban cuajados de fruta abundante, y cada vez que me rezagaba, iba el viejo y me espoleaba con sus pies, cuyos golpes despiadados me escocían más que si me hubiera dado de latigazos.

De este modo siguió utilizándome

[2] Hartazgo.

[3] Posible referencia al monstruo, mencionado por Plinio, que los persas llaman *Tasmeh-pa* o el de piernas trabadas, sin huesos. Por lo demás, se trata de un medio de locomoción muy empleado en algunas regiones de Asia, especialmente en China y Japón.

como cabalgadura por espacio de tiempo, hasta que, un día de los días, hube de llegar, con él a cuestas, a cierto lugar de la isla, donde había profusión de calabazas y cogí una de ellas, muy grande, y la partí y la vacié y luego me llegué a una parra de algalaba [4], de racimos cuajada, y llené con ellos su panza y después volví a cerrarla y dejé la calabaza al sol y allí la tuve un espacio de tiempo, hasta que, finalmente, el zumo de la vid fermentó y en vino se convirtió.

Desde entonces todos los días bebía un poco de ese vino para tomar bríos y soportar mejor la fatiga que aquel *schaitán* me imponía, pues me reanimaba y confortaba siempre que aquel licor ingería.

Y sucedió que un día de los días hubo el viejo de sorprenderme cuando estaba bebiendo y se asombró y por señas me preguntó:

–¿Qué es eso que estás bebiendo?

–Es–díjele yo–una cosa excelente que fortifica el corazón y dilata la mente.

Y acto seguido eché a correr por allí muy ligero, llevándolo a cuestas y me puse a dar brincos y corvetas, que la embriaguez me infundía fuerzas y alegría, y cantaba y saltaba y retozaba sin pizca de fatiga.

Y al ver aquello el viejo hízome señas de que la calabaza le alargara, para beber también él.

Dísela yo luego y él se echó al coleto todo el vino que quedaba en ella y luego arrojóla a la tierra.

Cogió en seguida una jumera y empezó a rebullirse sobre mis hombros. que había pescado una regular borrachera y anegádose en ella.

No bien comprendí yo que estaba borracho y tenía el juicio trastornado fui y alargué mi mano hacia sus pies y se los desligué de sobre mi cuello, y después me agaché y lo arrojé a tierra, y allí quedó tendido cuan largo era.

Y refiriéndoles el episodio a sus amigos, As-Simbad les dijo:

–No acababa de creer que me veía libre de aquel indino y dueño otra vez de mí mismo.

Luego temí no fuese que de su embriaguez se repusiese y tratase de imponerme otra vez su vasallaje insoportable.

Así que fui y cogí una piedra muy grande de las que había por entre los árboles, y, aprovechando la ocasión de estar dormido el viejo, se la descargué sobre su cabeza con tal tino y fuerza que al punto tiñóse su carne de sangre y quedó muerto en el acto. ¡No tenga Alá de su alma ninguna piedad!

Echéme luego a pasear por la isla, con el alma ya tranquila, y me dirigí hacia el lugar donde antes estaba, a la orilla del mar.

Continué en aquella isla un espacio de tiempo comiendo de la fruta de sus árboles y bebiendo del agua de sus manantiales, y, sentado en la playa, no dejaba de avizorar el mar a la mira de si algún barco pasaba.

Y estando de esa guisa, un día de los días, he aquí que vislumbré en alta mar un barco que venía por en medio del Océano tempestuoso, el agitado por oleaje proceloso, y que enderezaba su rumbo hacia la isla, donde no tardó en fondear la nave, saltando luego a tierra sus pasajeros y tripulantes.

Luego que eso vi, dirigíme a los que llegaban y ellos, al verme, diéronse prisa a venir a mi encuentro y me rodearon por todos lados y me preguntaron por mi estado y por el motivo de que a aquella isla hubiese abordado.

Contéles yo todo lo que me sucediera, sin omitir nada de lo que ocurriera, y ellos, al oírme, maravilláronse sobremanera. Y dijeron:

–Has de saber que ese viejo que se te montó sobre tus hombros se llama

[4] Uva silvestre.

Scheiju-l-Bahr, y dizque, hasta ahora, ninguno de aquellos a quienes echó las piernas al cuelo logró salvar la vida, siendo tú el primero, que todos los demás morían y él luego se los comía. ¡Loado sea, pues, Alá (el grande, el lleno de majestad) por haberte salvado de ese *schaitán* malvado!

Diéronme luego de comer y ropas con que cubrí mi desnudez, y después llevároníme a bordo de su barco y este se hizo nuevamente a la mar y navegamos noches y días sin parar, hasta que el Omnipotente nos condujo a una ciudad de altos edificios, todos ellos lindantes con el mar, y que solo tenía una puerta, reforzada y remachada con clavos de hierro.

Llamábase aquella ciudad Medinetu-l-Kurud [5], y, al llegar la noche, todos sus vecinos salíanse por aquella puerta que daba al mar y se metían en barcas y en ellas pernoctaban, por temor a que los monos bajaran por la noche de la montaña y los sorprendiesen en el sueño y diesen cuenta de ellos.

Echéme yo a pasear por la ciudad, y, entretenido en observarla, no advertí que nuestro buque zarpara, dejándome allí; hasta que ya fue tarde y de nada servía arrepentirme y lamentarme.

Sentéme en el suelo y me puse a llorar, con mucha pena y sentimiento.

Y estando así llorando, llegóse a mí uno de los naturales del país y me dijo:

–¡*Ye* mi señor, a juzgar por tu aspecto pareces algarivo.

–Así es, con efecto–respondíle yo–, extranjero soy; peregrino y mezquino [6]. En un barco venía que atracó en esta isla y salté a tierra con objeto de ver la ciudad, y, al volver al puerto, ya el barco zarpara hacía tiempo.

–Pues bien–díjome aquel hombre–, levántate en seguida y vente conmigo a montar en una barca, pues si te quedas de noche aquí luego vendrán los monos y te matarán.

–Oír es obedecer–le respondí. Y en el acto me levanté y lo seguí, y juntamente con otros saltamos a una barca, que ellos empujaron hasta meterla mar adentro, lejos del puerto, a una milla de distancia lo menos.

Y a bordo de la barca pasamos la noche hasta que amaneció la mañana.

Y así hacían cada noche los naturales del país, pues de quedarse en la ciudad corrían peligro de que viniesen los monos y los matasen a todos.

Pero luego que alboreaba la mañana íbanse los monos de allí y, después de atracarse de fruta en los huertos y vergeles, tornábanse a las montañas y se echaban a dormir en paz hasta que, llegada la noche, bajaban de nuevo a la ciudad.

Y hallábase situado aquel lugar en el último cabo del país de los negros, y muchas cosas raras allí me ocurrieron.

Pero la más rara fue que uno de aquellos individuos con los cuales durmiera yo en la barca la noche de marras me dijo una vez:

–¡*Ye* mi señor! Tú eres forastero en estas mansiones, pero dime: ¿no sabes ningún oficio en que puedas ocuparte?

–No, por Alá–respóndile yo–; no tengo ningún oficio ni sé hacer nada, hermanito. Que soy mercader y poseo hacienda y riqueza, allá en mi tierra, y entre otras cosas era dueño de una galera que navegaba cargada de ricas mercancías y que por mi desgracia naufragó en el mar, con toda su carga y su pasaje, salvándome solamente yo de aquel desastre, con permisión de Alá (loado sea su nombre por toda una eternidad), pues me deparó una tabla a la cual me así yo, siendo la causa de mi salvación.

Luego que me hubo oído, fue aquel

[5] Ciudad de los Monos.

[6] Mezquino, del árabe *Mskin*, en el sentido de desgraciado y desvalido.



hombre y me trajo una bolsa de fustán y me dijo:

–Toma esta bolsa y llénala de guijos de los de esta ciudad y vente con nosotros, que yo iré a tu lado y estaré al cuidado, y haz lo que veas hacer a los demás, que quizá de esta suerte lograrás hacer algo que te aproveche y te sirva de ayuda para regresar a tu país, al lado de tu gente.

Cogióme luego el hombre y me llevó fuera de la ciudad, y allí me puse a coger de aquellos guijos, tersos y limpios, y llené con ellos mi zurrón; y en esto vi salir de la ciudad un grupo de gente y me incorporé a él y el hombre que digo me recomendó a todos con gran interés y les dijo:

–Este es un algarivo; lleváoslo con vosotros y enseñadle lo que tiene que hacer, que puede que se dé buena traza y acierte de ese modo a ganarse su pan y vosotros con ello os hagáis acreedores a la recompensa y retribución de Alá (loado sea su nombre por toda una eternidad).

–Oír es obedecer–dijeron ellos y en el acto me dieron la bienvenida y me recibieron como a otro de la partida y prosiguieron su camino, llevando cada uno consigo un zurrón de fustán como el mío, lleno de menudos guijos.

Y no paramos de andar hasta llegar a un valle dilatado, en que había muchedumbre de árboles tan copudos y altos, que nadie llegar podía a escalar su quima.

Había también en aquel valle multitud de monos, los cuales huyeron al vernos a nosotros y se subieron a lo alto de aquellos árboles y se escondieron entre el ramaje.

Procedieron entonces mis compañeros a apedrearlos con las piedrecillas que llevaban en sus morrales, y los monos se defendían, arrancando los frutos de aquellos árboles y tirándoselos a la hueste enemiga.

Y examiné con atención aquellos frutos que los monos nos arrojaban y pude ver que eran nueces de la India [7]; fui entonces yo también y escogí uno de aquellos árboles y empecé a disparales guijos a los simios. Y estos me contestaron, tirándome frutos de los del árbol [8].

Juntélos yo como hacían mis compañeros y, luego que las piedrecillas se me acabaron, vi que lograra reunir una gran cantidad de aquellos frutos extraños.

Dieron luego por terminada la faena mis compañeros y cargamos cada cual con nuestra parte correspondiente, y todos unidos regresamos a la ciudad por donde mismo habíamos venido.

Fuime yo entonces a buscar a aquel hombre tan bueno que me había relacionado con los cosecheros de cocos y le entregué los que había recogido, pero él no quiso tomármelos y me dijo:

–Véndelos y arreglate con lo que te den por ellos.

Y dándome luego la llave de una algefra de su casa, añadió:

–Guarda tus cocos en este algorín [9] seguro y sigue yendo todas las mañanas con los demás faeneros y lo que cojas lo traes aquí también y lo almacenas, y los más inferiores los apartas para venderlos y para atender a tu sustento, y los otros, los guardas, que acaso llegues a reunir bastantes para costearte el regreso a tu tierra y tu casa.

Y yo, agradecido a su bondad, le dije:

[7] Cocos, en árabe *Chausu-l-Hindi*. La voz coco es portuguesa y significa a la letra fantasma, vestiglo, por alusión a la forma humana del fruto. De ahí viene nuestro coco, con que se asusta a los niños.

[8] Este procedimiento de valerse de los monos para cosechar cocos y otros frutos es tan antiguo que ya en las tumbas egipcias se ven pinturas que los representan. Grossier, en su *Description of China*, menciona un sistema semejante de recolectar el té, hostigando a los monos del *Reino del Centro* (Burton).

[9] Almacén.

–¡Páguetelo Alá!

E hice según él me dijera y todos los días salía al campo con los cosecheros de nueces indianas, y ellos unos a otros me recomendaban y me indicaban los árboles más cargados de fruto. De suerte que en poco tiempo logré allegar un gran surtido de cocos excelentes, amén de una suma considerable de dinero, producto de los que vendiera a buen precio.

Empecé entonces a comprar todo cuanto veía y se me apetecía y despejóse para mí el tiempo y acrecióse mi buena suerte en la ciudad y un espacio de tiempo así se mantuvo sin cesar.

Hasta que, estando un día de los días sentado en la orilla del mar, vislumbré un barco que enderezaba su proa al puerto, adonde llegó a poco y fondeó.

Corrí yo luego a ver a mi amigo y a anunciarle su arribo y participándole, de pasada, mi deseo de tornar a mi patria.

–Libre eres de hacerlo, si así lo deseas–díjome mi amigo–. Nadie te hará fuerza.

Dile yo entonces las gracias por cuanto hiciera antaño en mi favor y luego me despedí de él con mucho fervor.

Subí luego a bordo del barco y hablé con su arráez y contraté con él el flete de todas las mercaderías que en mi casa tenía–almendras indianas y otras cosas varias–, y, ya de acuerdo ambos, las hice cargar en el barco.

Pero al llegar aquí sintió Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras cautivadoras.

Y LA NOCHE 329 REANUDO SU RELATO EN ESTA FORMA:

–He oído decir, *¡oh* monarca, el afortunado!, que después de contar As-Simbad, el marino, cómo dejara la Ciudad de los Monos y montara en el barco, juntamente con todo cuanto poseía–así allozas de la India como otras mercaderías–continuó su relato, y, dirigiéndose a sus amigos, les dijo:

–Nos hicimos a la mar aquel mismo día y empezamos a navegar, y bogando fuimos sin parar, de isla en isla y de mar en mar, y en todos los puertos en que el barco tocaba, traficaba yo con mis cocos, y en ese comercio deparóme Alá mucho más de lo que antes poseyera y perdiera.

Y, entre otros lugares, abordamos a una isla que abundaba en clavo y cinamomo y pimienta, y aquellos naturales me dijeron cómo, al lado de cada mata de clavo, crecía una hoja muy grande que del sol lo protegía y en la sazón de las lluvias lo resguardaba del agua, y, en cesando la lluvia, erguíase aquella hoja y la escurría [10].

Merqué yo allí un gran surtido de pimienta y clavo y cinamomo, trocando por ello mis almendras indianas, y luego pasamos de allí a otra isla, llamada Al-Usirat [11] que es de donde viene el palo de áloe de Komorin [12], y

[10] Burton anota: «En las plantaciones de pimienta es costumbre plantar bananas *(Musa paradisiaca)* para que den sombra a los retoños.»

[11] La edición de Breslau trae Al-Mâarat; Langlés la llama Al-Kamari.

[12] Komorin es una corrupción de Kanya (Virgo, la diosa Durgá), y Kumeri, doncella, princesa, de un templo de la esposa de Siva. De aquí procede la «Koru akron» y la «Komaria akron kai polis» al nordeste de aquella, en Ptolomeo. *Promontorium Cori quod Comorini caput insulae vocant,* en Mafeo.

de allí seguimos a otra isla, que mide cinco jornadas de extensión y donde crece el áloe de Az-Zin, que es mejor aún que el de Komorin; pero la gente de aquella isla es de peor condición y anda más atrasada que la de las otras en punto a religión, pues aquellos naturales son dados a la fornicación y a la bebida y no entienden de rezos ni llaman a ellos.

Pasamos de allí a las pesquerías de perlas y yo les di a los buzos algunos cocos y les dije:

–¡Bucead para mi suerte y mi lote!

Hiciéronlo así ellos y del fondo de las aguas me trajeron una gran partida de perlas gruesas y de precio, y me dijeron:

–¡Suerte tuviste, por Alá, señor nuestro!

Desplegamos luego las velas y nos hicimos a la mar, y fuimos bogando sin parar y con las bendiciones de Alá hasta que llegamos a Bazra con toda felicidad. ¡Loado sea por siempre Alá!

Salté yo luego a tierra y me detuve allí unos días y después continué mi viaje a Bagdad, y, llegado que hube a la Ciudad de la Paz, me dirigí en seguida a mi barrio y mi casa y entré en ella y me reuní con mi familia y saludé a mis amigos, los cuales me dieron el parabién por mi feliz arribo.

Deposité luego en mis almacenes mis mercancías y repartí limosnas y dádivas con liberalidad y vestí viudas y huérfanos y obsequié con regalos a todos mis amigos y conocidos, sin reparar en gastos, ya que Alá mis bienes me había cuadruplicado.

Y después de eso dime de lleno a mi antiguo género de vida y me entregué a la farra y la alegría, y di al olvido por completo cuanto en mis viajes padeciera, en atención a las grandes ganancias que me produjeran.

Y esta es la historia de mi viaje, el quinto, y de las maravillas y prodigios que en él hube visto.

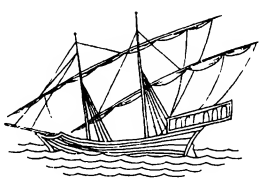
Cenad, pues, ahora conmigo, amigos míos, y mañana vendréis otra vez y os contaré lo que me sucedió en mi seiseno viaje, que es todavía más raro que cuanto hasta ahora habéis escuchado.

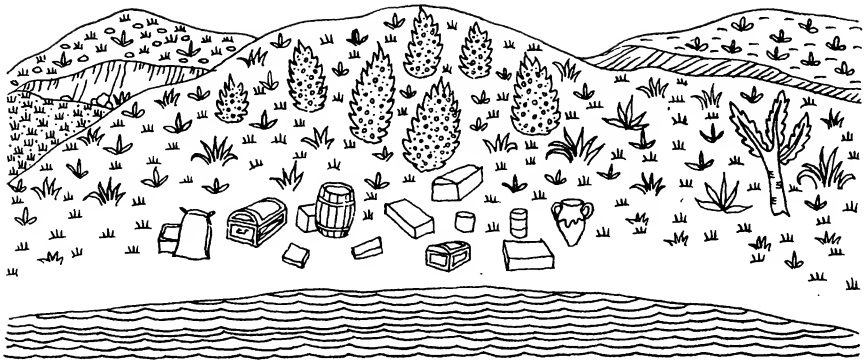
Mandó luego As-Simbad, el del mar, que le dieran cien mitskales en oro a As-Simbad, el de tierra, el cual los tomó y se retiró.

Pasó As-Simbad, el costalero, aquella noche en su casa y luego que amaneció la mañana, se levantó y rezó la oración matinal y echó a andar hasta llegar a casa del otro As-Simbad.

Pasó en seguida adentro y saludó a su dueño, y este lo invitó a sentarse, y el alhamel se sentó y estuvo conversando con su anfitrión hasta que llegaron los demás contertulios e invitados.

Generalizóse entonces la conversación y departieron todos a su sabor, y luego les sirvieron la mesa y comieron y bebieron a satisfacción, después de lo cual tomó la palabra As-Simbad, el marino, y dijo.





HISTORIA SEXTA DE LAS HISTORIAS DE AS-SIMBAD, EL MARINO, CORRESPONDIENTE AL SEISENO DE LOS VIAJES QUE HIZO

(Noches 329 a 331)

Este sexto viaje, de una vaguedad onírica, encubre una intención adulatoria respecto al emir de los creyentes, Harunu-r-Raschid, que autorizaría a situar el relato cronológicamente en su tiempo. As-Simbad, después del consabido naufragio, llega a un país de agricultores, indios y abisinios (¡!), Ceilán, cuyo rey lo acoge hospitalariamente y, al saber que procede de Bagdad, pídele nuevas del jalifa, lo que da ocasión a As-Simbad para hacer el panegírico del soberano. Huélgase el rey de oírlo y manifiesta su deseo de enviarle obsequios dignos de él, por conducto del marino, lo que cumple efectivamente cuando aquel recaba su venia para regresar a su patria. El episodio tira evidentemente a demostrar que la fama del vicario de Alá se había extendido aun a los países idólatras más remotos, a semejanza de la de Salomón, que atrajo a su corte a la reina etíope Belkis. (Quizá la presencia de esos abisinios entre los hindúes, sincretismo chocante, sea una reminiscencia.) Cumple As-Simbad el encargo del monarca indo y el jalifa, conmovido, lo recompensa con ricos presentes. El narrador es tan lacónico que ni siquiera se digna decirnos el nombre de aquel monarca.

En la interpretación ocultista de Roso de Luna este sexto viaje de As-Simbad es una alusión clara a los sitios de Samarcanda, Ladakh (Ladaj), India, etc., donde puede adquirirse el conocimiento iniciático desde los comienzos de la raza aria. «Allí está, en efecto, el único "paso" para la montaña inaccesible tibetana, en cuya demanda espiritual tantos candidatos fracasasen, naufragando en las playas de la Magia negra, ya que no en las humanas del vicio. La salvación del héroe se cifra en la balsa o "nave" que

él mismo se construye con su esfuerzo titánico para no ser sumergido y arrebatado en la corriente de la Luz astral, cuyas aguas son el propio y temido "torrente de la vida". El despertar de tamañas tenebrosidades peligrosas se opera al fin en los Campos Elíseos o de Helios (!!), el Sol, Davachán, Cielo, Amenti, etc., de otras teogonías, con lo que el héroe queda ceñido por los laureles de la inmortalidad y ya en su séptimo y último viaje triunfal puede ir de embajador a Serendib.»

Autoriza a asignar un sentido místico a este sexto viaje de As-Simbad el hecho de desarrollarse en gran parte en esa región del Asia en que una tradición semítica situaba el Paraíso terrenal.

En su comentario al Sefer-ha-Tsohar *o* Libro del Esplendor *dice don Rafael Comenge: «Algunos autores señalan la India Oriental (Ceilán) o Serendib como punto indudable del Edén. Argensola, Horta y otros sabios apuntan, como prueba plena y fehaciente, que una de las cumbres de sus altas montañas se llama el Pico de Adán, en cuya cúspide se ve figurada la huella del pie del primer hombre, cuya longitud es de dos palmos.»*

–Habéis de saber, hermanos míos, amados míos y amigos míos, que regresé de mi quinto viaje y olvidé cuanto padeciera, en medio de la alegría y la fiesta y la diversión y la expansión, llegando a sentirme todo poseído por completo de gozo y contento, hasta que luego empezó mi alma a sentir de nuevo nostalgias de aventuras y andanzas y tratos en que se adquieren ganancias.

Hasta que, finalmente, decidí reanudar mis correrías, y compré mercancías valiosas y de gran calidad y propias para un viaje por mar. Y las mandé empaquetar y luego, en unión de ellas, me salí de Bagdad y me dirigí a la ciudad de Bazra, para allí embarcar.

Y ya en Bazra, me dirigí al puerto y allí vi un gran barco, a bordo del cual había mercaderes y personas principales, así como también géneros y efectos de gran rareza y precio.

Hice, pues, trasladar a bordo del navío mis bultos y fardos y luego nos hicimos a la mar, zarpando de Bazra con toda felicidad, bajo la guarda del Rey, el guardián [1].

Sorprendió aquí a Schahrasad la mañana y atajó el flujo de sus elocuentes palabras.

PERO LA NOCHE 330 SIGUIO DICIENDO LA MUCHACHA:

–Ha llegado a mi noticia, ¡ye monarca, el afortunado!, que As-Simbad, el marino, luego de contar a sus amigos cómo hiciera trasladar a bordo de la nave todas sus mercancías, siguió diciendo de esta guisa:

–Zarpamos luego de Bazra con toda felicidad y empezamos a navegar y no paramos de bogar, pasando de un lugar a otro lugar y de un puerto a otro

[1] Dios-Alá.

puerto, comprando y vendiendo, y aprovechándonos y recreándonos con las maravillas que veíamos, hasta que, un día de los días, yendo navegando, como decía, sentimos al arráez lanzar un gran grito y luego le vimos quitarse el turbante y arrojarlo al suelo y aporrearse el rostro como una mujer y mesarse las barbas con gran desespero y rodar luego por tierra de puro enojado, y desazonado, y despechado, gritando:

–¡Guay de mi casa y de mis pobres huérfanos!

Corrimos allá todos los mercaderes y tripulantes de la nave, y varios de ellos le preguntaron:

–¿Qué sucede, arráez, para que así te desesperes?

Y el arráez les contestó, diciendo:

–Habéis de saber, amigos míos, que hemos perdido el rumbo y nos hemos salido del mar por donde navegábamos y nos hemos metido en otro cuyos derrotes no conozco, y como Alá no nos depare algún medio de salir de él, de fijo que aquí vamos a perecer. Así que implorad todos con fervor a Alá (loado sea por toda una eternidad) para que se digne salvarnos de esta calamidad.

Fue luego el arráez y se subió a los mástiles con objeto de arriar el velamen; pero arreció entonces el viento y sacudió la nave con tal fuerza, que la volcó y le rompió el timón.

Ocurrióños este percance cuando estábamos al pie de un monte. Y el arráez bajóse del mástil y exclamó:

–No hay fuerza ni poder sino en Alá (el grande, el lleno de majestad). En verdad que no hay nadie que el sino pueda burlar. Hemos caído en un gravísimo peligro y no hay ya para nosotros salvación ni liberación.

Echáronse a llorar, al oír aquello, todos los pasajeros y empezaron a despedirse unos de otros, dando por cierto que sus vidas tocaban a su término y que todas sus esperanzas eran descabelladas.

Fue luego el barco a chocar contra aquel monte abrupto y alto, y en él se estrelló, saltando sus cuadernas hechas mil pedazos y cayendo al agua todos los que lo ocupaban.

Ahogáronse muchos de aquellos mercaderes y otros fueron a acogerse a aquel monte y treparon por él arriba, buscando refugio y descanso a sus fatigas.

Fui yo del número de los que se salvaron y por el monte treparon, y resultó ser aquel monte una isla grande, en cuya ensenada veíanse los restos de muchas embarcaciones que contra aquellas rocas se habían estrellado, siendo tantas, en verdad, que era cosa que maravillaba y suspendía el ánimo la cantidad de tesoros y riquezas que allí yacían desparramados. Trepé yo también peñas arriba y me adentré por aquella ínsula o más bien península, hasta que llegué orillas de una fuente de agua dulce, que surgía de una punta del monte y le daba la vuelta, y después se sumía en la tierra, y era aquel agua, como digo, potable y buena.

Cuanto a los demás pasajeros, siguieron otros derroteros y se desperdigaron acá y allá, y quedáronse como lelos o como enajenados al ver tantas riquezas y tesoros como allí había desparramados y sin amo.

Miré yo al lecho de aquella fuente que antes dije y vi en él gran cantidad de rubíes y grandes perlas regias [2] y toda suerte de piedras preciosas que semejaban la grava del cauce de los arroyuelos que por aquellos campos corrían, y las arenas chispeaban y rebrillaban por la pedrería y metales ricos que contenían.

Hallamos, además, en la isla abundancia de madera de áloe, de la más

[2] Este pormenor autoriza a pensar que se trata del cabo de Komorin o de Ceilán.

fina, así de Komorin como de Az-Zin, y también descubrimos una fuente de ámbar gris que cual goma o cera fluía de las orillas de aquel venero, por la flama del sol fundida, y corríase hasta la marina, adonde los monstruos de lo hondo acudían y se la tragaban y luego se sumergían en las aguas. Pero como les quemaba la tripa, luego la vomitaban y aquella pasta se congelaba y sobrenadaba en la haz de las aguas, donde cambiaba su color y su masa, hasta que las olas la arrastraban a las orillas del mar, donde los mercaderes y viajeros que la conocían la recogían y la vendían.

Y aquel ámbar gris en crudo que los referidos monstruos no llegaban a tragarse flotaba sobre el canal y se congelaba en sus márgenes, y al darle el sol, se derretía y exhalaba una fragancia como de algalia, que en todo el valle trasminaba, y, en dejándole de dar el sol, luego se cuajaba [3].

Pero no hay quien pueda llegar hasta el lugar en que se da el ámbar gris, debido a las altas montañas que por todas partes rodean la isla y que no es posible escalar a pie.

Seguimos explorando la isla y admirando sus maravillas hasta que lo triste de nuestra situación nos entibió la alegría.

Juntamos luego en el pico de la isla las pocas provisiones que del naufragio salváramos y las racionamos, y todos los días, o cada dos días, hacíamos una sola comida por temor a que, si nos excedíamos, se nos acabasen antes y nos viésemos en peligro de morirnos de hambre.

No pudimos evitar, con todo ello, que muchos de nosotros murieran de hambre y de cólico, producido por efecto del mareo.

Y cuando uno moría lavábamos su cuerpo y lo amortajábamos con telas y paños de los que el mar arrojara a la playa, juntamente con los náufragos.

Muchos fueron los que de nosotros murieron, hasta no quedar sino unos cuantos muy dolidos y extenuados.

Y murieron allí todos mis amigos y compañeros, uno después de otro, hasta que al fin me quedé solo.

Luego–siguió diciendo As-Simbad–procedí a cavar mi propio sepulcro en forma de un alizaque [4] profundo, y me dije:

«Cuando me sienta ya del todo extenuado y comprenda ser mi muerte inminente, me tenderé en esa fosa a dormir y en ella aguardaré mi fin. Después, el viento se encargará de arremolinar la arena y cubrir con ella mi cadáver y acabar de enterrarme.»

Púseme luego a recriminarme por mi falta de cordura y la imprudencia que cometiera al dejar mi familia y mi tierra y echarme a peregrinar por países desconocidos, después de tanto como ya por eso había padecido, y no una vez sola, sino dos y tres y cuatro y cinco, no habiendo habido ningún viaje de aquellos en que no hubiera tenido que soportar grandes calamidades, siempre a cual mayores, siendo las últimas las peores.

No esperaba ahora salvación ni amparo de ninguna clase y me arrepentía de haber tornado a viajar por el mar, después de tanto como me hiciera pasar.

Carecía de todo y tenía, sin embargo, a mi alcance allí mismo riquezas incalculables en tal cantidad, que no podría gastar en todo el resto de mi vida ni siquiera la mitad de aquellos tesoros que representaban cuanto pudiera necesitar y mucho más.

Púseme luego a reflexionar conmigo mismo y me dije:

«Por Alá, que por fuerza este río que

[3] Todo esto es fantasía; hoy se sabe que el ámbar lo producen las ballenas.

[4] Zanja, del árabe *Al-Isas*.

por aquí corre tiene que tenèr su principio y su fin, y sin duda alguna que ha de ir a desembocar a algún lugar. Lo que debo hacer, pues, es fabricarme una barca pequeña lo bastante grande nada más que para que yo quepa en ella, y, luego que la tenga hecha, la botaré al agua de este río y me dejaré llevar de la corriente a su albedrío y acaso así logre salvarme con la venia de Alá (el grande, el lleno de majestad). Y si no me salvo, pues moriré ahogado en las aguas de este río, que preferible es eso a seguir en este apuro y conflicto.»

Levantéme pues, y procedí con diligencia a buscar y reunir troncos de los árboles que había en la isla, que eran áloes de la China, y también tablas de las por allí desperdigadas. Y los junté a la orilla del agua y los até con cuerdas de los buques que allí se perdieran y cogí también algunos tablones de igual procedencia, y con todo ello me fabriqué un barquito que venía a ser de la anchura o algo menos del río, y todo él muy bien trabado y unido.

Metí luego en el barco todos aquellos tesoros que por la playa había esparcidos, oro y demás metales preciosos, perlas y brillantes gordos como pedruscos grandes, y demás cosas de ese género y clase. Y después metíme yo también en la barca y me confié al río y empecé a bogar, sin saber en qué pararía aquello ni cuál sería mi sino.

Como dijo el poeta en estos versos:

«Levanta el vuelo y huye así
del mal que te amenaza,
y deja como anuncio de tu suerte
los muros de tu casa.
Que tierras y países muchos hay;
mas vidas, solo una nos es dada;
no te detengas, pues; huye ligero
y haz por salvar tu alma.
No te preocupe la futura suerte;
cada cual, al nacer, tiene marcada
la tierra en que le aguarda su sepulcro,
y en ella ha de morir, no en otra alguna,
y toda resistencia sería vana [5].»

[5] Suprimido en la edición de Bulak.

Y así fui bogando, arrastrado por la corriente, hasta llegar al sitio en que se hundía aquel río por debajo del monte [6], y las aguas tiraron de mi barco, que se hundió con ellas en aquel subterráneo ennegrecido por densas tinieblas. Y dizque aquel canal soterraño era tan estrecho que mi barco daba contra sus costados y mi cabeza tocaba en el techo, y, de haber podido hacerlo, me habría vuelto.

Y al verme en tal situación torné una vez más a reprocharme el haber arriesgado de esa suerte mi vida, y me dije: «Como este túnel siga estrechándose más y más no podrá mi barco pasar y por fuerza pereceré y de aquí vivo no saldré.»

Y para no dar con la cabeza en el techo del canal echéme de bruces en la lancha y la corriente me fue llevando sin parar por aquellas tinieblas en que ya no podía distinguir la noche del día, y era tal mi pavor que, para describirlo, palabras no habría.

Y a todo esto llevábame la corriente a lo largo de aquel túnel, que ora se ensanchaba, ora se estrechaba, hasta que, a favor de aquella sombra, acabé por quedarme dormido de bruces en la lancha, y no sabría decir si fue mi sueño largo o corto, porque de pronto me desperté, y al abrir los ojos me los bañó la claridad del sol y me encontré con que mi lancha se había parado en una isla, en medio de un corro de indios y abisinios que me contemplaban curiosos y condolidos.

Y luego que aquellos negros vieron que yo me despertaba, llegáronse a mí y me hablaron en una lengua que no entendí, y pensaba yo que aquello era un sueño y una visión engendrada de mi desvarío, aunque me felicitaba por haber salido con bien del río.

Luego que ellos advirtieron que yo no entendía su habla, adelantóse uno

[6] La idea de este río subterráneo pudo sugerírsela al narrador árabe el Alfeo de los griegos.

de ellos y me dijo en lengua arábiga:

–¡*Selam* sobre ti, hermano! ¿Quién eres y de dónde vienes? Y ¿cómo llegaste a este río y qué tierras son esas que se extienden allende esos montes, pues nunca vimos ninguno que de allí viniera hasta aquí?

–¡*Selam* sobre ti, hermano!–respondíle yo–. Pero dime: ¿quiénes sois vosotros y en qué tierra estoy?

Y él me contestó diciendo:

–Has de saber que nosotros somos agricultores, labradores, y vinimos aquí a regar nuestras plantas y atender a nuestra labranza, y te encontramos durmiendo dentro de esa barca y asimos de ella y la atamos a la ribera, sin hacer nada y aguardando a que despertaras. Ahora te rogamos nos digas cuál fue el motivo que te trajo a este sitio.

–¡Por Alá sobre ti, mi señor!–respondí yo–. Tráeme ante todo algo de comer, que estoy que me caigo de hambre, y luego que haya comido, podrás cuanto quieras preguntarme.

Echó a correr el hombre y volvió a poco, trayéndome algo de comer, y yo comí hasta que me harté y me reanimé y me tranquilicé y dueño de mi alma volví a ser.

Y entonces alabé a Alá (el grande, el lleno de majestad), al que en toda circunstancia se debe alabar, y holguéme con gran regocijo por haber salido con bien de aquel río y encontrádome con aquellos hombres compasivos.

Contéles acto seguido, desde el principio al fin todo cuanto me había sucedido y cuanto observara en aquel río y en el túnel bajo la montaña por donde pasara.

Pero al llegar a este punto de su narración sorprendió a Schahrasad la mañana y puso dique a sus desbordadas palabras.

Y LA NOCHE 331 SIGUIO DICIENDO LA MUCHACHA:

–He podido saber, ¡*ye* mònarca, el afortunado!, que al salir As-Simbad, el marino, de aquel río y encontrarse con aquel grupo de indios y abisinios, y, luego que hubo cobrado alientos con el alimento que le ofrecieron, contóles todo cuanto le sucediera, y ellos, después de oírlo, quedáronse perplejos y unos a otros se dijeron:

–Tenemos sin remedio que cogerlo y llevarlo a presencia de nuestro soberano, para que ante él repita lo que nos ha contado.

–Cogiéronme, pues–siguió diciendo As-Simbad–, y me condujeron a presencia de su rey, juntamente con mi lancha y todas las riquezas y tesoros y joyas y metales y alhajas de oro que en ella cargara.

Y era aquel monarca el rey de Serendib [7], y el rey, después de escuchar de labios de sus vasallos la relación de cómo me habían encontrado, volvióse a mirarme y me saludó con mucha afabilidad y me dio su bienvenida cordial.

Y después, por medio de aquel hombre que entendía el arábigo, preguntóme por mi condición y estado y mis aventuras y, por la boca del truchimán, contéselo yo todo, sin nada callar.

Maravillóse mucho el monarca y me dio el parabién por mi salvación, y yo entonces me levanté y saqué de la lan-

[7] Serendib o Ceilán, la Taprobana de Ptolomeo y Diodoro Siculo. Deriva su nombre del pan *Sihalam*, abreviado en *Silam* o *Ilam* en tamul antiguo; Van der Tunk deriva el nombre del malayo, *Pulo Selam*, o isla de las piedras preciosas.

cha gran cantidad de piedras preciosas y ámbar gris y áloe, y ofrecíselo todo al rey, el cual lo aceptó y de favores me colmó, destinándome un aposento en su propio alcázar, de donde luego ya apenas si me apartaba.

Y dizque la isla de Serendib cae bajo la línea equinoccial y sus días y sus noches solo constan de doce horas.

Y mide la isla ochenta leguas de largo por treinta de ancho, viniendo a limitar su extensión un valle profundo y una abrupta montaña.

Y la montaña se divisa desde una distancia de tres jornadas y contiene muchas clases de rubíes y otros minerales, y árboles especieros de diversas clases.

Y su superficie está cubierta de esmeril, que sirve para partir y tallar las piedras preciosas, y en sus ríos se encuentran balajes y perlas en sus valles.

Subí yo a lo alto de la montaña y me recreé contemplando sus muchas maravillas, que son inenarrables, y después me torné al lado del rey.

Y todos los viajeros y mercaderes que luego aportaban por allí venían sin falta a preguntarme cómo iban las cosas en Bagdad y por el jalifa Harunu-r-Raschid y por su Gobierno, y yo les hablaba de él y les explicaba aquellas prendas suyas que le han valido más fama, y ellos, al oírme, lo elogiaban. Y yo, a mi vez, los interrogaba sobre los usos y costumbres de sus respectivos países y con lo que me decían me adoctrinaba e instruía.

Y sucedió que hasta el rey mismo hubo de preguntarme un día por la forma de gobierno que regía en mi país, y yo le informé de todo lo referente al jalifa Harunu-r-Raschid y de la equidad con que gobernaba a sus vasallos y de la seguridad que gozábamos en Bagdad bajo su mando.

Y el rey se maravilló de lo que me había oído y dijo:

–¡Por Alá, que las ordenanzas del jalifa son muy sabias y su manera de gobernar digna de loanza, y, por lo que de él me has dicho, he llegado a tomarle cariño; así que se me ha ocurrido mandarle un regalo y quiero que sea por tu mano!

A lo que yo le contesté:

–Oír es obedecer, mi señor. Yo le llevaré tu regalo al jalifa y le diré cómo de veras lo estimas y ser su amigo solicitas.

Seguí luego todavía durante algún tiempo al lado del monarca, gozando con él de gran predicamento y consideración y respeto, hasta que un día de los días, estando en su palacio, hube de oír hablar de una partida de mercaderes que estaban fletando un barco para dirigirse a Bazra, y me dije para mi alma: «Nada mejor podrías hacer que incorporarte a esos mercaderes y hacerte con ellos a la mar y regresar a tu ciudad.»

Y sin pararme a pensarlo, levantéme en el acto y fui a besarle las manos al rey y le comuniqué mi deseo de unirme a aquellos mercaderes, pues sentía vivas ansias de verme de nuevo en mi tierra y con mi gente.

Y el rey me dijo:

–Eso de ti depende, aunque si fueses gustoso de quedarte con nosotros podrías hacerlo sobre nuestra cabeza y nuestros ojos, pues en verdad tu compañía nos es gratísima.

A lo que le contesté yo:

–¡Por Alá, mi señor, que me has colmado de mercedes y halagos en tal medida, que toda gratitud sería poca para corresponderte; pero haz cuenta, sin embargo, que estoy ya que no vivo, por ver de nuevo a mi familia y mis amigos!

Luego que eso oyó el rey llamó a los mercaderes y me encomendó a sus cuidados y les abonó el importe de mi pasaje y de mi flete.

Díome después grandes riquezas de su tesoro particular y me entregó ade-

más un presente espléndido para el jalifa Harunu-r-Raschid, en unión de una carta sellada para él, diciéndome:

–Le darás esta carta en propia mano al emir de los creyentes y lo saludarás en nuestro nombre y con todo nuestro afecto.

A lo que yo le contesté:

–Oír es obedecer.

Y dizque la regia misiva venía escrita en piel de *javí* (que es más fina todavía que la vitela y de color gualda) con tinta azul marino, y he aquí lo que decía la carta:

«La paz sobre ti, de parte del rey de Al-Hind, que marcha precedido de mil elefantes y en la techumbre de cuyo palacio centellean mil diamantes.

»Y después (loor al Señor y loanza a su Profeta), con la presente te enviamos un modesto regalo, suplicándote te dignes aceptarlo.

»Has de saber que eres para mí un hermano y un amigo caro, y es grande el amor que por ti llevo en mi corazón, por lo que te rogamos nos favorezcas con una respuesta.

»Harto sabemos que nuestro regalo no guarda relación con tu grandeza, pero te rogamos que no nos desaires rehusándolo, y sea la paz contigo, hermano.»

Y el obsequio que el rey de Al-Hind, mandaba por mi mano al jalifa consistía en una copa de rubí de un palmo de alto y que por dentro estaba de perlas preciosas incrustada [8], y un lecho forrado de piel de serpiente, de esas que se tragan a los elefantes, y la cual piel está tachonada de pintas tamañas como dinares y tiene la virtud de que, el que se sienta en ella, se inmuniza contra toda dolencia [9], y mil pesos de madera de áloe indiano, y doscientos granos de alcanfor exquisito del grosor de un alfónsigo, y dos colmillos de elefante de doce codos de largo y dos codos de ancho en la base y, finalmente una esclavita de Serendib de tal hermosura que parecía una fulgente luna.

Hícme yo cargo de todo y me despedí del monarca y luego de todos mis amigos y conocidos de la isla, y procedí a embarcarme en unión de los mercaderes referidos.

Largamos las velas del barco y nos hicimos a la mar y, favorecidos de viento propicio, fuimos navegando, bajo la guardia de Alá (loado sea y sublimado) y, por su permisión, llegamos felizmente al puerto de Bazra, y allí fondeamos.

Detúveme yo unos días en la ciudad de Bazra y me equipé y embalé mis mercancías y efectos, dejándolo todo bien dispuesto.

Y de allí seguí después hasta la ciudad de Bagdad, la Mansión de la Paz, donde, luego que llegué, pedí audiencia al jalifa y pasé a verlo y le presenté los obsequios que el rey de Al-Hind me diera para él.

Preguntóme el jalifa de dónde venía y yo le contesté:

–¡Por Alá, *¡ye* emir de los creyentes! Que no sé el nombre de esa ciudad ni el camino por dónde a ella se va!

Y el jalifa me volvió entonces a preguntar:

–Dime, Simbad: ¿es verdad todo lo que ese rey dice en su carta?

Y yo le respondí, después de besar el suelo entre sus manos:

–Señor, en su reino pude yo ver mucho más de lo que él en su carta te escribe, pues cuando en las fiestas oficiales muéstrase en público monta en un elefante enorme, de once codos de alto, y sus cortesanos colócanse a sus sendos lados. Y delante de él va un hombre que esgrime en su diestra un

[8] Según Roso de Luna, se trata del Cáliz del Santo Grial. Marco Polo habla de un rubí de Ceilán que tenía un palmo de largo y tres dedos de grosor.

[9] De esta clase de serpientes hablan Al-Kazuini e Ibnu-l-Uardi.

venablo de oro y detrás va otro, portando una pesada maza de oro con el remate de esmeralda [10] de un palmo de largo y gorda como el pulgar de una persona.

Y cuando el rey monta a caballo danle cortejo mil caballeros, vestidos de brocado de oro y seda, y delante de él va el heraldo, gritando:

–¡Este es el rey de gran dignidad y de alta autoridad!

Y a este tenor sigue haciendo el elogio del rey con palabras que ya no recuerdo y termina su panegírico, diciendo:

–¡Este es el rey que posee una corona que ni Soleimán ni Mahrachán poseyeron jamás!

Y luego de decir eso guarda el heraldo silencio, y otro heraldo, que va detrás del monarca, grita a su vez y clama:

–¡Y ha de morir! ¡Repito que ha de morir! [11]

Y el otro añade:

–¡Ensalcemos la perfección del Viviente, que nunca muere! [12]

Y dizque, además, debido a su justicia y discreción y sabiduría, no hay cadíes en su ciudad y todos sus vasallos saben discernir la Verdad y la Falsedad.

–¡*Ye* y qué grande es ese rey!–exclamó el jalifa al oír mi relación.

Ya su misiva me lo dio a entender y tú me lo has confirmado al contarme lo que allí, con tus propios ojos, presenciaste. ¡Por Alá, que es un rey ese dotado de saber y del arte de gobernar bien! [13]

Contéle yo luego al jalifa todas las aventuras que en mi último viaje me ocurrieran, y el jalifa, al oírlas, fue mucho lo que se maravilló y mandó a sus cronistas que escribieran toda mi historia y en sus archivos la guardasen, para que de enseñanza y advertencia sirviera a cuantos la leyeran.

Honróme luego el jalifa con honra crecida, y yo volví a gozar en Bagdad de la misma vida birlonga de que gozara con anterioridad, y me olvidé de todo cuanto en mis viajes me ocurriera y de cuanto en todos ellos, desde el primero al último, padeciera, entregándome de lleno a la fiesta y al holgorio y la juerga.

Y ahí tenéis ya, hermanos míos, todo cuanto en mi viaje, el seiseno, me hubo sucedido; pero mañana–si Alá fuere servido–os contaré la historia de mi viaje, el seteno, y dizque es todavía más extraordinaria y sorprendente que las de mis viajes precedentes.

Mandó luego As-Simbad, el marino, que tendiesen los tapices, y cenó en compañía de sus amigos.

Y acabado que hubieron de cenar, mandó As-Simbad, el marino, que le diesen a As-Simbad, el costalero, cien pesos en oro, y aquel los tomó y se despidió y se retiró, igual que los demás, yéndose cada cual por su camino, aún mal repuestos todavía del asombro y la emoción que les causara el relato de su anfitrión.

Sintió aquí Schahrasad venir la mañana y puso coto a sus elocuentes palabras.

[10] Hole interpreta esmeril.

[11] Trátase quizá de una reminiscencia clásica. Recuérdese el esclavo que en los romanos triunfos iba gritando: *Respice post te; hominem te esse memento!*

[12] Alá.

[13] La edición de Bulak suprime casi todo este paso.



HISTORIA SEPTIMA DE LAS HISTORIAS DE AS-SIMBAD, EL MARINO, CORRESPONDIENTE AL SETENO DE LOS VIAJES QUE HIZO

(Noches 332 a 335)

De este séptimo y último viaje del famoso viajero existen dos versiones que difieren grandemente entre sí. En una de ellas–la que sigue la edición de Bulak, entre otras–se inscriben los episodios del casamiento de As-Simbad con la hija del scheij *de los mercaderes de la ciudad de Az-Zin, con los pormenores referentes a los raros habitantes de aquel país, que cada neomenía echan alas y vuelan; el encuentro del marino con los dos muchachos que le regalan dos varitas de virtud, con las cuales mata luego a un dragón espantable. Termina el relato con la vuelta a Bagdad de As-Simbad y su esposa.*

En la otra versión, la de la edición de Calcuta, el motivo del viaje de As-Simbad es la embajada que Harunu-r-Raschid le confía para que vaya a entregarle al rey de Serendib, en su nombre, una carta y regalos, en obligada reciprocidad a los que él antes enviara al jalifa.

Damos primero la versión de Bulak y a continuación la de Calcuta.

Y LA NOCHE 332 SIGUIO DICIENDO LA MUCHACHA:

–Ha llegado a mi noticia, ¡*ye* el sultán, el afortunado!, que luego que As-Simbad, el marino, les hubo contado a sus amigos la historia del sexto de los viajes que había hecho, despidiéronse aquellos de él y acto seguido se retiraron a sus domicilios respectivos.

Pasó la noche en su casa As-Simbad, el alhamel, y luego que amaneció la mañana, se levantó y rezó sus oraciones matinales y después se dirigió a casa de As-Simbad, el marino, el cual lo acogió con mucho cariño.

Llegaron a poco los demás invitados y departieron y conversaron, y, finalmente, tomó la palabra As-Simbad, el marino, y les dijo así a sus amigos:

–Habéis de saber, hermanos míos, que al regresar de mi sexto viaje y volver a entregarme al género de vida que llevaba antes, a la alegría y la diversión y la juerga y la expansión, continué así un espacio de tiempo sin pensar en otra cosa que en divertirme noche y día y gozar de cuanto se me apetecía, que para eso disponía de las grandes ganancias que en mis viajes adquiriera y de muchos caudales y riquezas.

Hasta que, al cabo, hubo de sentir otra vez mi alma el anhelo y la nostalgia de recorrer tierras extrañas y tratar con mercaderes de otras razas y enterarme de historias extraordinarias.

Y con tal fuerza tornó a apoderarse de mí esa idea que compré artículos y efectos valiosos y los embalé en fardos y me trasladé con ellos de la ciudad de Bagdad a la de Bazra, con objeto de embarcar en el puerto.

Encontré allí un barco, aparejado ya para zarpar, y a bordo del cual reuniérase una gran partida de mercaderes principales; monté yo también en la nave y amisté con ellos, y poco después zarpábamos con toda felicidad del puerto.

Fuenos favorable el viento en nuestra travesía, hasta que llegamos a la ciudad de Az-Zin, e íbamos todos muy alegres y contentos y charlábamos de nuestro viaje, prometiéndonos de él ganancias considerables.

Cuando he aquí que de pronto empieza a soplar un viento tempestuoso por la parte de proa y una lluvia torrencial nos cae encima, anegándonos sin piedad.

Procedimos luego a cubrir nuestros fardos con nuestros capotes y con paños para que no se averiasen nuestras mercancías con la lluvia que caía, y luego nos humillamos ante Alá y le rezamos para que de aquel peligro nos quisiera salvar.

Pero el arráez se levantó y se apretó la faja y se remangó la almalafa, y después de refugiarse en Alá, contra el Schaitán, el lapidado, encaramóse al palo mayor del barco y se puso a otear a diestro y siniestro, y, mirando a los pasajeros y los tripulantes, púsose a aporrearse el rostro con saña y a arrancarse pelos de sus barbas.

–¿Qué pasa, arráez?–le preguntamos.

Y él nos contestó:

–Pedidle a Alá que os salve del peligro en que estáis, que nadie sino El os puede sacar con bien, y, por si acaso, despedíos unos de otros, pues habéis de saber cómo el viento se ha hecho dueño de nuestro barco y nos ha lanzado al último de los océanos.

Bajóse luego el arráez del palo mayor, y abriendo su cofre de a bordo, sacó de él un bolso de fustán azul y extrajo del bolso unos polvos que parecían cenizas, y los echó en un plato con un poco de agua y esperó un rato hasta que se diluyeron, y entonces los probó y luego sacó del cofre un librito y leyó en él cosa de una hora de tiempo y después rompió a llorar, diciendo:

–Sabed, pasajeros, que en este libro dice que, cualquiera que aquí llegare, ha de morir sin remisión y sin que para él haya salvación, porque a este océano le llaman el Mar del Clima del Rey, donde radica el sepulcro de nuestro señor Soleimán, hijo de Daud (sobre ambos la paz). Y está plagado de serpientes de talla gigantesca y de traza siniestra, y en cuanto aporta por estos parajes un barco, luego sale de

las aguas un enorme pez [1] y se lo traga, con todo cuanto a bordo traiga.

Luego que oímos esas palabras del arráez nos quedamos sobrecogidos y maravillados.

Pero acabara apenas de hablar el arráez cuando el barco dio un salto por encima del agua y luego se desplomó en ella y nosotros empezamos a rezar el rezo de la muerte y encomendamos nuestras almas a Alá.

Y estando en esto he aquí que oímos un fragor tremendo, semejante al del retumbante trueno, que fue causa de que nos entrara tal terror que nos quedamos como muertos y nos dimos por perdidos sin remedio.

Y acto seguido vimos salir de las aguas y venirse a nosotros un pez disforme, tamaño como una montaña enorme, y al verlo nos empavorecimos y nos esmorecimos y nos echamos a llorar de puro afligidos.

Y hete aquí que, a continuación de aquel pez gigantesco, vimos salir otro todavía más descomunal, tal como nunca hasta entonces lo viéramos jamás.

Despedímonos unos de otros y rompimos a llorar por nuestras almas, no pensando ninguno que pudiera escapar de aquella desgracia.

Cuando he aquí que, estando así, vemos aparecer un tercer pez, todavía más grande que los dos anteriores y más corpulento y espantable, cuya presencia nos dejó paralizados y como perdida la conciencia, que el terror nos tenía como alelados y anulaba nuestra inteligencia.

Y aquellos tres peces pusiéronse a dar vueltas en torno a nuestro barco y a mirarlo y remirarlo por todas partes como si quisieran tragárselo con todos sus pasajeros y tripulantes.

Y a todo esto no dejaban los vientos de zarandear la nave, levantándola en alto unas veces y hundiéndola otras en el mar, hasta que al cabo fue a estrellarse contra un gran peñasco y allí se hizo mil pedazos.

Desencuadernáronse todas sus tablas y hundiéronse en el mar todos los fardos que componían su carga y todos sus tripulantes y pasajeros, incluyéndome yo entre ellos.

Luego que me vi en ese estado procedí a toda prisa a desnudarme de toda la ropa, hasta quedarme enteramente en pelota. Y ya de esa guisa braceé un poco en las aguas hasta que di con una tabla de las que componían el casco de la nave desencuadernada, y me así a ella con fuerza, y luego me monté encima y me dejé llevar del viento y de las olas, que me traían y llevaban de acá para allá y me alzaban y me hundían alternativamente, pero sin ser parte a que yo de la tabla me desprendiese.

Vine, pues, a encontrarme de nuevo en plena zozobra, después de la tranquilidad de que antes gozara, y me puse a recriminar a mi alma y a decirme estas palabras: «*Ye* amigo As-Simbad, el marino: por lo visto eres de tal naturaleza que no tienes enmienda y no escarmientas, después de tantas penalidades como sufridas llevas. Apechuga, pues, ahora con esta y con todas las que te sobrevengan, ya que te has hecho acreedor a ellas.»

Pero al llegar aquí sorprendió a Schahrasad la mañana y puso coto a sus descomedidas palabras.

[1] *Jot*, voz árabe que en el *Corán* se aplica a la ballena que se tragó al profeta Jonás. *Samak* designa los peces corrientes.

Y LA NOCHE 333 SIGUIO DICIENDO LA MUCHACHA:

–Ha llegado a mis oídos, *¡ye* monarca, el afortunado!, que, al hundirse en el mar, As-Simbad, el marino, montóse en una tabla de las de la nave desencuadernada y, hablando consigo mismo, díjose estas palabras: «Pecha con todo lo que te sucediere, que bien merecido te lo tienes, y todo lo que te pasa es por obra y designio de Alá, para que al fin te cures de tu ambición fatal, que ella es la que tiene la culpa, en realidad, de todo lo que te ocurre y te ocurrirá.

»Porque ¿no tenías ya en tu poder bastantes riquezas para que te dieres por satisfecho y a tus locas correrías pusieses término?»

Hasta que volví en mí por la fuerza de esos razonamientos y me dije: «En verdad que lo que ahora me sucede es un aviso de Alá para que me enmiende, y habré de aprovecharlo como se merece, no volviendo a arriesgar más si de este viaje salgo con felicidad.»

Vínoseme luego a la memoria la vida tan placentera y alegre que en Bagdad llevaba, entregado por entero a la diversión, la juerga y la expansión, y todo aquel día primero de mi naufragio y lo mismo el segundo no se me apartaron esas cosas de mi pensamiento en tanto bogaba a merced de las olas y los vientos, hasta que abordé al fin a una gran algecira muy poblada de árboles y muy abundante en ríos y manantiales.

Abordé a ella y comí el fruto de sus árboles y bebí del agua de sus ríos, hasta que torné a sentirme vivo y recobré las fuerzas y los bríos y tornó a mí mi alma y se me dilató el pecho y cobré nuevo aliento y recité estos versos:

Cuando tu caso se embrolle
insoluble te parezca
del sino el nudo apretado,
no te apures, ten paciencia,
que Aquel que aprieta los nudos
es también el que los suelta [2].

Eché luego a caminar por la isla, y, al llegar a su otro pico, descubrí en él un gran río, de agua dulce y buena, aunque corría su torrente con una gran violencia.

Acordéme entonces de aquel barco de marras que en el anterior viaje me fabricara y me dije para mi ánima: «He de hacerme sin falta otro barquito como aquel, que acaso logre salvarme también esta vez. Que como logre salir bien de este aprieto, haré penitencia y me servirá de escarmiento y no volveré a embarcarme más en mi vida, y si, por el contrario, perezco, descansará mi corazón de tantos sobresaltos y sufrimientos.»

Procedí acto seguido a escoger troncos de aquellos árboles, que eran de sándalo, muy corpulentos y altos, como fuera de allí sería inútil buscarlos. Y dizque yo no sabía a qué clase de árboles pertenecían.

Luego que hube reunido troncos bastantes, procedí a atarlos con ramas de otros árboles de fibra, que había por la isla, y las adapté a modo de cuerdas, atando la armazón del barco con ellas.

Y después que mi faena terminé exclamé:

–Obra de Alá será si salgo con bien.

Y acto seguido boté el esquife al río y me embarqué en él y me confié a su corriente, y ella me condujo adelante y me fue impulsando el día el primero y

[2] Omitido en la edición de Bulak.



"Y ya de ésta guisa, bracee un poco en las aguas"

el segundo y el tercero, y en todo ese tiempo estaba yo sin comer, y, cuando me entraba sed, bebía del agua del río, de suerte que me puse muy débil y flojo como un pollito, de puro hambriento y temeroso y caído.

Hasta que, al cabo de ese tiempo, fui a salir a una alta yebala, por debajo de la cual el río se entraba, y al ver aquello temí yo por mi vida a causa de la angustia que en mi primer viaje padeciera, y de buena gana hubiera empujado la balsa hasta el pie de aquella montaña y saltado allí a tierra; pero la corriente pudo más que yo y me fue llevando hacia adelante por debajo de aquel paso soterraño, y entonces dime ya por perdido y exclamé:

–¡No hay gloria ni poder sino en Alá! (el grande, el lleno de majestad).

Pero, a poco rato, he aquí que la lancha sale a campo raso y vengo a encontrarme ante un ancho valle, por donde el río se despeñaba con un fragor parecido al del trueno y una velocidad como la del zumbante viento.

Asíme yo fuerte a la balsa por temor a caerme, pues las olas me zarandeaban a diestro y siniestro, y el esquife a todo esto seguía bajando con la corriente, sin que yo pudiera sofrenarlo ni llevarlo a la orilla, hasta que estando yo en esa angustia fue la barca y se detuvo conmigo delante de una ciudad grande y hermosa y con mucho caserío, de estar muy poblada indicio.

No bien me vieron los naturales metido en aquella barca que, arrastrada por el torrente se despeñaba en mitad de la corriente, luego con mucha diligencia arrojáronme desde la orilla redes y cuerdas, logrando apresar al barco con ellas y llevarlo hasta la tierra, donde fui a dar con él, rodando por el suelo como muerto del hambre, el frío y las vigilias y el miedo.

Destacóse después de entre el grupo un anciano de edad avanzada y corpulenta talla y me dio la bienvenida y me ofreció ropas abundantes y selectas, con las que dime prisa a tapar mis vergüenzas.

Cogióme luego el *scheij* de la mano y me condujo al baño y me dio a beber un licor vivificante y me hizo aspirar fragancias puras y confortantes.

Luego que salimos del *hammam* condújome el *scheij* a su casa y me presentó a sus deudos, los cuales me dispensaron cordial recibimiento.

Fue luego el *scheij* y procedió a habilitarme un aposento aparte, en un extremo de la casa, y me asignó para mi servicio criados de los suyos y proveyó a todas mis necesidades en absoluto, con todo lo cual obligóme a cobrarle amistad.

Permanecí con él a título de huésped tres días, comiendo y bebiendo de lo mejor y aspirando perfumes y aromas exquisitos, hasta que tornó a mí mi alma y se aquietó y se serenó mi corazón y de toda fatiga se alivió.

Pero llegado que fue el día, el cuarto, presentóseme el anciano y me dijo:

–Gracias a Alá, hijo mío, por haber permitido que te restablecieses del quebranto padecido. Pero dime ahora si no querrías acompañarme hasta la marina y venir conmigo al zoco para vender tus mercancías y con el importe de su venta mercarte otras, con las que puedes seguir traficando y ganando.

Callé yo un momento y me dije para mis adentros: «¿Dónde pensará este buen viejo que tengo yo mis mercancías y por qué habrá dicho eso que dijo?»

Pero el viejo cortó de nuevo el silencio, diciendo:

–No te preocupes, hijo mío, ni te devanes los sesos y vente conmigo al zoco, que en cuanto te salga un comprador que ofrezca por tus mercancías un precio que te plazca, yo se lo tomaré y te lo daré. Y si no hay quien ofrezca por ellas un precio de tu agrado, yo te las guardaré en mis almace-

nes hasta que se presente otra ocasion mejor.

Quedéme yo pensando en lo extraño del caso y luego me dije para mi ánimo: «No te preocupes más y haz lo que el *scheij* te dice, y así verás esas mercaderías en qué consisten.»

De suerte que acabé por decirle:

–Oír es obedecer, respetable *scheij;* haz lo que quieras, que todo lo doy por bueno desde ahora, y Alá bendiga tu obra, que no puedo yo por menos que estar en todo esto contigo de acuerdo.

Marché, pues, al zoco en compañía del anciano y, al llegar allí, me encontré con mi barco desencuadernado, cuyas maderas eran de sándalo, y en aquel momento lo estaba el voceador subastando.

Sintió aquí Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras cautivadoras.

PERO LA NOCHE 334 REANUDO SU RELATO EN ESTA FORMA:

–Ha llegado hasta mí la fama *¡ye* monarca, el afortunado!, de que al llegar As-Simbad, el marino, a la playa en unión del anciano, encontróse expuestas allí las maderas de su barco, que, como ya se dijo, eran de sándalo, y estaba en aquel momento el subastador subastándolas, rodeado de un corro de mercaderes, que abrían las puertas de su oferta y pujaban en competencia, hasta que uno de ellos llegó a ofrecer mil dinares, que entonces todos los demás se abstuvieron ya de pujar.

Volvióse entonces el *scheij* hacia mí y me dijo:

–Oyeme bien, hijo mío, lo que te voy a decir y dime si estás dispuesto a hacer lo que te voy a proponer.

–¿Qué es ello, mi señor?–preguntéle yo.

–Has de saber–me dijo el *scheij*–que yo he llegado a esta edad avanzada sin tener hijo varón, pero tengo una hija pequeña, que es muy agraciada y muy bien dotada de caudales y bienes en abundancia. Ahora bien: desearía yo que tú quisieras casarte con ella y te comprometieras a vivir con nosotros en esta nuestra tierra.

Permanecí yo callado, y, al ver mi silencio, me dijo el anciano:

–Haz, hijo mío, lo que te digo, que solo tu bien deseo, pues si accedes a casarte con mi hija, vendrás a ser como mi hijo, y todo cuanto yo poseo y todo cuanto bajo mi mano tengo a tus manos pasará y vendrá a ser de tu propiedad. Ahora bien: si prefieres tornarte a tu país y traficar allí nadie te lo habrá de impedir, y en tu poder tienes tu dinero y nadie te disputará tu derecho. Así que piénsalo tú bien y decide libremente lo que mejor creas y estimes más conveniente.

–*¡Ye* el *scheij,* el respetable!–contestéle yo–. Yo te considero ya como mi padre y antes de encontrarte pasé muchas penalidades, con todo lo cual llegué a perder todo juicio y saber; así es que pongo el asunto a tus manos y desde ahora me someto a tu fallo.

Luego que eso hubo oído, mandó el *scheij* a su criado que fuera por el cadí y los testigos, los cuales vinieron en seguida y me casaron con su hija.

Mandó el viejo preparar un gran festín nupcial, amén de otras demostraciones de alegría, y luego me llevó con su hija, la cual era tan hermosa y agraciada como él me dijera, pues tenía un cuerpo muy bien formado, en el que lucía variedad de joyas valiosas, de oro

y demás metales preciosos y perlas y collares de subido precio, que no valdrían menos de miles y miles de dinares en oro, y puede que aún me quede corto.

No es de extrañar, pues, que en cuanto la viera, quedara prendado de su belleza y me inflamara en amor a ella que, por su parte, me correspondía con la misma vehemencia.

Permanecí a su lado un espacio de tiempo muy alegre y contento y muy dilatado el pecho, hasta que, al cabo, hubo de morir el viejo, en la misericordia de Alá (el grande, el lleno de majestad).

Procedí a amortajarlo y enterrarlo, y, luego de eso, puse mi mano sobre todo cuanto dejara, así hacienda como esclavos, que todo pasó a estar bajo mi mano. Nombráronme además los mercaderes para sucederlo en su puesto de síndico del gremio.

Fuéralo él y ningún mercader, sin contar con su venia y permiso, tomaba cosa alguna, pues él era su *scheij* y su jefe, y yo pasé a serlo a su muerte.

Ahora bien: luego que intimé en el trato con los habitantes de aquella ciudad, vine a saber que su condición cambiaba a cada mes.

Pues se les ponían caras de pájaros y les salían unas alas con las cuales volaban hasta los confines del cielo, no quedando en la ciudad más que mujeres y chicos de poca edad.

Al saber yo aquello, díjeme para mis adentros: «Cuando venga el primero de mes, le pediré a uno de ellos que cargue conmigo y me lleve al lugar adonde ellos van.»

Luego que llegó el primero del mes mudóseles el color y su forma cambió.

Fuime entonces a ver a uno de ellos y le dije:

–¡Por Alá sobre ti! Carga conmigo y llévame con vosotros para que me distraiga un poco y luego tornaré acá de la misma conformidad.

Pero él, luego que me hubo oído, me dijo:

–Perdona, pero no puedo complacerte, hermanito.

No insistí yo de momento en mi pretensión; pero luego torné a verlo y porfié con él una y otra vez, hasta que lo logré convencer.

Y tomándome a cuestas echó a volar por los aires conmigo, de lo que experimenté gran regocijo y me dije a mí mismo: «¡Loado sea Alá y gracias le sean dadas en toda ocasión y lugar!»

Pero no acababa aún de proferir esas palabras, de divina loanza, cuando en el acto llovió del cielo un fuego que estuvo en poco nos abrasara a todos, por lo que abatieron en seguida el vuelo y me arrojaron sobre un monte abrupto y alto y se me mostraron muy furiosos e indignados y, sin atender razones, levantaron otra vez el vuelo y me dejaron allí solo, en lo alto de aquel monte tan elevado.

Luego que me vi en aquella soledad y desamparo, recriminéme a mí mismo por lo que había hecho y exclamé:

–¡Solo en Alá residen la fuerza y el poder! ¡Bendito sea Alá (el excelso y el grande), que, cada vez que me libro de un desastre, es para caer en otro más fiero y espantable!

Y en tal situación me hallaba yo en aquel monte, sin saber adónde encaminar mis pasos, cuando hete aquí que de pronto veo venir dos muchachos, que parecían dos lunas, y cada uno de los cuales traía en su mano una vara de oro en la que se apoyaban como en una cayada.

Dirigíme yo a ellos y los saludé con el *selam* y ellos me correspondieron con un saludo igual.

Y luego les dije:

–¡Por Alá sobre ambos! Decidme quiénes sois y cuál es vuestro estado.

Y ellos respondieron, diciendo:

–Somos de los servidores de Alá (loado sea por toda una eternidad).

Y a continuación me dieron las sendas varas de oro que llevaban en sus manos y me dejaron y se alejaron.

Eché yo entonces a andar monte arriba, apoyándome en aquellas cayadas, y, en tanto trepaba por el monte, iba pensando en aquellos dos hermosos jóvenes.

Cuando he aquí que de repente veo salir de la tierra una enorme serpiente que llevaba en sus fauces a un hombre cuyo cuerpo habíase tragado hasta la cintura y que en medio de su tribulación iba clamando:

–¡Quién me acorrerá en este trance y me salvará, así a él lo salve Alá de todos los aprietos en que se pueda encontrar!

Al oír yo aquellos gritos fuime hacia la serpiente y, enarbolando la vara de oro, asestéle en la cabeza un golpe muy recio con ella.

Soltó en el acto la serpiente al hombre y lo escupió de su boca...

Pero al llegar aquí sorprendió a Schahrasad la mañana y atajó el flujo de sus fluyentes palabras.

Y LA NOCHE 335 REANUDO SU RELATO EN ESTA FORMA:

–Ha llegado a mi noticia, *¡ye* monarca, el afortunado!, que, luego de contar As-Simbad, el marino, cómo hiriera a la serpiente en la cabeza con su vara de oro y esta escupiera a su víctima sobre la tierra, siguió diciendo a sus amigos:

–Acercóseme entonces el hombre y me dijo:

–Puesto que me salvaste de que esta serpiente me comiera, de hoy más seré tu amigo y compañero y, en tanto viva, no me separaré de ti un momento.

Mostréme yo de conformidad con sus palabras y le di la bienvenida y acepté su alianza.

Seguimos desde luego caminando por el monte y he aquí que de pronto vemos venir hacia nosotros una muchedumbre de extraños sujetos, y, al reparar yo más atentamente en ellos, reconozco a aquel individuo de marras que a llevarme consigo a cuestas en su vuelo se prestara.

Lleguéme a él y lo saludé y le afeé lo que conmigo hiciera aquella vez, diciéndole:

–¡Vaya un modo de portarte que tienes con los amigos! Por ventura ¿está bien lo que hiciste conmigo?

A lo que él me contestó:

–La culpa de lo que pasó la tuviste tú mismo al ponerte a alabar a Alá, cuando yo te llevaba a cuestas sobre mi espalda.

–No me lo tomes a mal–respondí yo–, que no sabía que con eso cometía una indiscreción. Llévame ahora de nuevo contigo, y yo te aseguro que no volveré a abrir el pico.

Consintió él en llevarme consigo y yo me despedí del hombre de la serpiente y le regalé la varita de oro y después mi amigo cargó conmigo y remontó el vuelo como la vez primera y fue volando sin parar y agitando sus alas hasta que me dejó en mi casa.

Al verme entrar abrazóse a mí mi mujer y me deseó la paz y me felicitó por haber vuelto con toda integridad. Y me dijo:

–Ten cuidado y no vuelvas a salir con esos después de lo que te ha pasado y no tengas ningún trato con ellos, pues son hermanos de Schaitán y no mientan nunca el nombre de Alá (el grande, el lleno de majestad).

–¿Cómo, siendo así–exclamé yo–, pudo tu padre vivir entre gente de tal condición?

–Mi padre–dijo ella–no era de su casta ni su conducta imitaba. Pero ahora que ya mi padre murió, soy de opinión que debes vender todo cuanto poseemos, y, con el dinero que por ello te den, comprar otras mercancías y emprender el viaje de regreso a tu país, llevándome contigo a mí, que para nada he menester seguir viviendo en esta ciudad en adelante, después de muertos mi padre y mi madre.

Seguí yo el parecer de mi mujer y procedí a vender poco a poco los bienes que del viejo heredara y me puse a la mira por si alguna expedición se organizaba, para unirme a ella y regresar a mi patria.

No tardó en ser así, pues una partida de vecinos de aquella ciudad proyectaba emprender un viaje y hacerse a la mar.

No encontraron disponible ningún barco, y en vista de ello decidieron mercar tablas y con ellas se fabricaron un navío grande y gallardo.

Contraté yo con ellos mi pasaje y el de mi mujer y les aboné la cantidad estipulada, sin que nada faltara.

Trasladéme luego a bordo en compañía de mi esposa e hice trasladar allí también todos los bienes y efectos transportables, dejando los inmuebles, que no podían llevarse.

Hicimonos luego a la mar y empezamos a navegar y navegamos sin cesar, de mar en mar y de isla en isla, favorecidos por viento propicio, hasta que, finalmente, llegamos al puerto de Bazra sin que se alterase la bonanza.

No me detuve en aquella ciudad, sino que tomé pasaje en otro barco y trasladé a él todos los efectos de mi propiedad, y, en compañía de mi mujer, dirigíme a Bagdad.

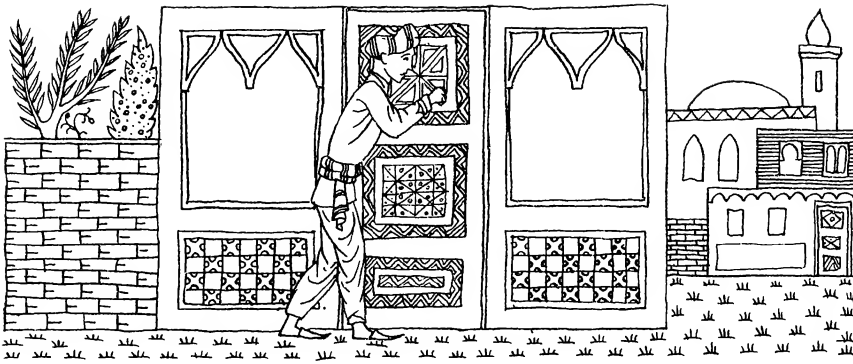
Luego que allí me vi, a mi barrio me dirigí y entré derechamente en mi casa y saludé a mis parientes y amigos y deudos y conocidos.

Y cuando mis parientes y amigos, que echaron la cuenta del tiempo de mi ausencia en este viaje, el seteno, y comprobado que veintisiete días había durado, oyeron que estaba de regreso, acudieron a felicitarme y darme el parabién por haber vuelto con integridad, y yo les conté al por menor todas mis aventuras, lo que fue causa de que grandemente se maravillaran.

Hice yo luego juramento de no volver a embarcarme jamás para nuevos viajes e hice voto ante Alá, el Todopoderoso, de no tornar a aventurarme, ni por tierra, ni por mares, pues ese séptimo y postrer viaje dejárame ya harto de andanzas y trabajos. Y dile gracias al Señor y le bendije con todo fervor por haberme reintegrado a mi tierra y mi gente.

Y, a partir de aquel día, dime de lleno a la vida alegre y tranquila.





EL SEPTIMO VIAJE, SEGUN LA EDICION DE CALCUTA

(Noche 335)

Hasta que, estando un día de los días sentado en mi casa, oigo que llaman a la puerta y abre el portero y entra un pajecillo y me dice:

—Señor, el emir de los creyentes desea verte.

Levantéme yo en el acto y seguí al pajecillo hasta llegar a presencia del sultán, ante el cual besé la tierra en tanto proferia mi *selam.*

Y el jalifa me dio la bienvenida con mucha afabilidad y me dijo:

—Mira, Simbad, tengo que encargarte una cosa; ¿la querrías hacer?

Beséle yo las manos y exclamé:

—¿Qué podrá el señor desear de su esclavo que este le pueda negar?

Y el jalifa entonces me dijo:

—Mira, Simbad: querría que fueses a ver al rey de Serendib y le llevases una misiva y unos regalos nuestros, ya que él nos envió una carta y unos presentes que ser correspondidos requieren.

Echéme yo a temblar al oír esas palabras del miramamolín y no pude menos que decir:

—Perdona, señor; pero les he tomado tal empacho a los viajes que, en oyendo mentar siquiera esa palabra, luego se me abren las carnes ante el recuerdo de lo que sufrí en ellos. Y además de eso, he hecho a Alá voto solemne de no volver a viajar y no lo puedo quebrantar.

Referíle luego al jalifa todas mis aventuras y peripecias, desde el principio al fin, y el jalifa se maravilló hasta el colmo de la maravilla y exclamó:

—¡Por el Todopoderoso, Simbad, que cosas te han ocurrido que nunca desde los tiempos más remotos le ocurrieron a nadie y razón tienes sobrada para no querer ni oír la palabra «viaje»! Pero pese a todo, esta vez, y en atención a ser quien somos, espero querrás emprender otro viaje y llevar nuestra carta y nuestros obsequios al rey de Serendib, que si quiere Alá no has de

tardar mucho en regresar, y gracias a ti habremos pagado a ese soberano la deuda en que con él estamos.

Comprendí yo que era inútil tratar de oponerme a los deseos del emir de los creyentes y le contesté con el:

–Oír es obedecer.

Y acto seguido diome el jalifa la carta y los presentes para el rey de Serendib, amén de una suma de dinero para los gastos del viaje, y yo le besé las manos y me despedí de él.

Salíme luego de Bagdad y me dirigí a Bazra y allí me embarqué con otros mercaderes, en un navío que en seguida se hizo a la mar, por la que fuimos navegando muchas noches y muchos días, sin parar, hasta que, con la ayuda de Alá, llegamos por fin a la isla de Serendib. No bien fondeamos en ella tomé yo conmigo la carta y los regalos del jalifa y fuime en derechura a ver al rey y besé la tierra entre sus manos.

Y el rey, al verme, me dijo:

–¡Bien venido, Simbad! ¡Por Alá el Omnipotente, que ganas teníamos de verte y damos gracias a Alá que nos ha dejado ver de nuevo tu cara!

Tomóme luego de la mano y me hizo sentar a su lado y me agasajó con la misma cordialidad de la vez anterior y como amigo me trató.

Púsose luego a platicar conmigo y, a vueltas de otros razonamientos, fue, y con mucha discreción y cortesía, me preguntó:

–Vaya, vaya con Simbad, y ¿a qué debemos que nos hayas vuelto a visitar?

Beséle la mano y le dí las gracias y le contesté:

–¡*Ye* mi señor! Has de saber que te traigo una carta y regalos de parte de mi soberano, el jalifa Harunu-r-Raschid.

Y así diciendo, presentéle la carta y los obsequios jalifanos.

Leyó el rey la misiva y fue evidente su alegría.

Y cuanto a los regalos, he aquí las cosas que los componían:

Una yegua que valdría diez mil ducados, con una montura de oro incrustado de pedrería; un libro, un suntuoso juego de trajes y cien clases distintas de ropa blanca de Mizr y de seda de As-Suais [1], Alkufa e Iskandriya, unos tapices griegos y cien almudes de hilo y seda crudos.

Venía, además, entre aquellos regalos una cosa verdaderamente rara y maravillosa, a saber; un cáliz de cristal, cuya parte superior figuraba un león, y ante él un hombre arrodillado, apuntándole a la cabeza con un arco y en acto de disparar un saetazo, y, por último, cerraba la lista la mesita de Soleimán, hijo de Daud (sobre ambos la paz).

Y la carta del jalifa al rey de Serendib decía así:

«Paz de la parte del rey Ar-Râschid, el ayudado por Alá (que tuvo a bien concederles a él y a sus abuelos noble jerarquía y gloria amplísima), sobre el afortunado sultán.

»Y después, llegó tu carta a nuestras manos y nos alegró en verdad los ánimos, y con la presente te enviamos el libro titulado *Recreo del inteligente y para los amigos raro presente* [2], en unión de otras cosas curiosas y muy propias para reyes. Todo lo cual te rogamos lo aceptes, y, sin más, sea contigo la paz.»

Diome luego el rey a mí muchas riquezas y me tuvo en su palacio con toda suerte de honras y distinciones, por todo lo cual dile yo las gracias más cumplidas e invoqué sobre él las bendiciones divinas.

Pero pasados unos días recabé su venia para regresar a mi tierra, y él me la concedió, no sin mostrar resistencia,

[1] La antigua Arsinoe, ciudad de Egipto.

[2] Burton opina que se trata de un libro imaginario.

y entonces yo me despedí de unos mercaderes y otros compañeros y emprendí el regreso a mi país, curado ya para siempre jamás de la manía de viajar y traficar.

Fuimos bogando y costeando muchedumbre de islas; pero, hallándonos ya a la mitad de nuestra travesía, vímonos de pronto rodeados por una gran tropa de hombres que venía en unas canoas, armados de arcos y flechas y espadas y dagas, y vestidos de cotas de malla.

Y aquellos hombres nos acometieron y a unos nos hirieron, y a otros que hiciéranles resistencia los mataron, y, apoderándose del barco y de su cargamento, nos cogieron y nos llevaron a una isla y allí, a bajo precio, nos vendieron.

Tocóme a mí por dueño un ricachón de aquellos isleños, el cual llevóme a su casa y me dio de comer y beber y me vistió y me trató en la forma más cortés, por lo que recobré yo ánimos y descansé un rato.

Seguí yo allí con él y, un día de los días, me preguntó:

–Dime: ¿sabes algún oficio?

Y yo le contesté:

–¡*Ye* mi señor! Yo soy un mercader y no sé de otra cosa que de comprar y vender.

–¿Y no sabes–insistió él–armar el arco y disparar el venablo?

–Eso sí–respondí yo–y por cierto harto bien.

Luego que eso oyó mi amo, trájome un arco y flechas y me hizo montar a su grupa en un elefante, y a eso de la noche más que mediada salimos los dos de la casa y nos encaminamos a una selva poblada de árboles muy talludos y grandes y él mismo se fue derecho a un árbol muy alto y recio y me mandó que por su tronco me encaramase.

Y luego me dio el arco y las flechas y me dijo:

–Estáte aquí y cuando, al amanecer, veas venir una manada de elefantes, tiende el arco y dispárales, y, si a alguno le atinas y cae, vienes y me lo avisas.

Y así diciendo volvióme la espalda y me dejó allí.

Escondíme yo entre el ramaje del árbol y, temblando de susto, aguardé a que saliese el sol, y no bien salió el sol, vi venir hacia allí una manada de elefantes que se metieron por entre los árboles y entonces yo empecé a asaetearlos, hasta que acertéle a uno de ellos y lo vi caer muerto.

Fuí luego a anunciárselo a mi amo y este se alegró mucho al saberlo y me dio muchas muestras de aprecio, y a la siguiente mañana fue a recoger el elefante muerto. Continué así por espacio de algún tiempo y todas las mañanas disparaba mi arco y mataba algún elefante, que mi amo iba a recoger en seguida, hasta que un día de los días, estando yo encaramado y escondido en la quima del árbol, aportó por allí una manada incontable de elefantes, los cuales lanzaban tales berridos y armaban con sus trompas tal ruido, que a mí me pareció que la tierra temblaba sacudida de un seísmo.

Y aquellos elefantes rodearon el árbol en que yo estaba encaramado y que tendría, por cierto, cincuenta codos de circunferencia lo menos, y uno de aquellos monstruos vínose hacia él, y, enroscando la trompa en torno al tronco, tiró de él con tal fuerza que lo arrancó de cuajo y lo derribó en tierra.

Caí yo desvanecido entre los elefantes, y aquel monstruo que digo cogióme con su trompa y me levantó en vilo y cargó conmigo sobre su espalda y echó a andar, seguido de los demás.

Y fue andando hasta llegar a un claro de la selva y allí me volvió a dejar en tierra, y, seguido de los otros, se fue por su camino.

Descansé yo un momento y, luego que se me pasó el miedo, miré en torno

mío y halléme rodeado de huesos de elefantes, de lo que inferí ser aquel el cementerio de esos animales y que aquel que digo llevárame para que me hartara de colmillos [3].

Levantéme, pues, y salíme de allí y fuime caminando un día con su noche, hasta que llegué a casa de mi amo, el cual se alarmó al verme demudado por efecto del hambre y del cansancio.

Holgóse, sin embargo, de mi vuelta, y me dijo:

–¡Por Alá, que me tenías inquieto por tu tardanza! Pues al echarte de menos fui allá y me encontré con el árbol arrancado de cuajo y pensé que los elefantes te habían matado. Cuéntame ahora lo que te ha pasado.

Contéselo yo todo a mi amo y él se maravilló mucho y se alegró, y, finalmente, me preguntó:

–Y ¿recuerdas bien ese lugar adonde el elefante te llevó?

–Cierto que sí–le dije yo.

Y entonces montamos los dos en un elefante y fuimos cabalgando hasta llegar al lugar indicado, y al ver mi amo tantos colmillos de elefante como allí había, llenóse de alegría y procedimos a coger cuantos colmillos pudimos y, cargados con ellos, nos volvimos.

Y ya en casa tratóme mi amo con la mayor cortesía, y me dijo:

–Mira, hijo mío, nos has mostrado el camino para hacernos ricos. ¡Que Alá te lo pague y te colme de beneficios! Yo, por mi parte, desde este momento te declaro horro ¡por amor a Alá y ante su faz! Los elefantes solían matar a muchos de nosotros en venganza de que les dábamos caza por la codicia de su marfil, pero Alá fue servido de librarte de ellos y tú nos has favorecido, llevándonos a ese lugar donde yacían tantos colmillos.

–¡*Ye* mi señor–le dije yo–, Alá libre del fuego tu cuello! ¿Y me darás también, señor, tu venia para que me vaya a mi tierra?

–Desde luego que sí–respondió él–,

[3] Entre los textos persas dados a conocer (1883) por Mr. Chodzko figura una anécdota idéntica a la presente, con un aditamento que realza aún más la inteligencia elefantina. Creemos interesante reproducir el texto persa, a partir del momento en que el cazador se da por perdido, al verse descubierto y derribado por el alfil. He aquí la traducción.

«Acudieron allí en seguida todos sus compañeros y se vinieron hacia mí mostrando intención hostil; pero el elefante, el más fuerte, los tuvo a raya e impidió que me acometiesen y se puso a mirarme con mucha atención y también las flechas y el arco que llevaba yo, y después alzó su trompa y me cogió, con mucha suavidad, y me cargó a sus espaldas, y cogió también las flechas y el arco y me los dió, y echó a andar, en dirección a aquel lugar de donde le viera llegar, llevando a todos sus compañeros detrás.

»Y los demás elefantes marchaban a su zaga.

»Y he aquí que, de esa guisa, llegamos a un sitio donde estaba agazapada una gran serpiente, tal y tamaña que parecía un dragón de la fábula.

»Y al ver la serpiente a los elefantes se dirigió a ellos y, rápidamente, se puso a lanzarles su soplo pestilente y los elefantes se detuvieron, asustados e inquietos.

»Y entonces aquel elefante, el corpulento, fue y me depositó en tierra, con mucha delicadeza, y puso delante de mí el arco y las flechas y con la trompa me indicó a la serpiente y luego hizo lo mismo señalándome las flechas y el arco.

»Comprendí yo luego que con aquellas señas me daba a entender su deseo de que yo matase a la serpiente, y en un momento prendí la flecha en el arco y la disparé contra el dragón y le atiné y lo herí, derribándolo al suelo sin movimiento.

»Luego que los elefantes vieron la eficacia de mi flecha, el elefante de más corpulencia fue y se adelantó y se llegó a la serpiente y se puso a patearla hasta que acabó de matarla.

»Y luego de eso, fue el elefante, el fuerte, y tornó a cogerme y me cargó a su espalda y echó a correr conmigo a cuestas, seguido de todos los demás elefantes, y fue corriendo hasta internarse en la selva, por lugares que yo nunca viera.

»Y ya allí, se detuvo el alfil en un claro espacioso que tendría muchas parasangas de largo y otras tantas de ancho, y había en aquel claro de la selva, tendidos en el suelo, muchos elefantes muertos, algunos de los cuales ya se hallaban corrompidos y descompuestos, y de otros, solo quedaban los huesos.

»Y el elefante, el fuerte, fue y se puso a juntar los colmillos de aquellos elefantes muertos y le hizo seña a uno de sus compañeros de que cargase con tantos de aquellos colmillos como se lo permitiesen sus bríos y lo mismo hizo después con los otros. hasta que tomaron su carga todos.

pero habrás de aguardar a que llegue la fecha de la feria que aquí celebramos todos los años y a la que acuden mercaderes de diversos países, con objeto de comprarnos nuestros marfiles, y entonces yo te recomendaré a ellos para que, terminados sus negocios, te lleven consigo en su viaje de regreso. Ten un poco de paciencia, que ya está cercana la fecha.

Dile yo las gracias a mi antiguo amo e invoqué sobre él las bendiciones de Alá y me quedé con él, y en todo aquel tiempo que faltaba, que eran solo unos días, con el mayor respeto me trató y de atenciones me colmó, hasta que al cabo llegaron aquellos mercaderes y compraron y vendieron y cambiaron, y, cuando se aprestaron a marchar, vino mi amo a verme y me dijo:

–Anda; disponte a viajar con esos mercaderes, que ya se van y han de llevarte a tu tierra natal.

Compraron los tales mercaderes buena cantidad de colmillos de elefante, y ya los habían embalado cuando mi antiguo amo se presentó a ellos y les abonó mi pasaje y pagó todas mis deudas, y diome, además de eso, una suma considerable de efectos.

Hicímonos luego a la mar y fuimos bogando de isla en isla hasta que cruzamos el mar y fondeamos en la costa del golfo persiano, donde los mercaderes bajaron y vendieron sus géneros y yo también vendí los míos a muy buen precio, y merqué algunas cosas de las mejores que allí vi, propias para hacer regalos con ellas, y también todo lo demás de que había menester.

Y me compré una mula y, jinete en ella, seguí adelante con mis compañeros de viaje y cruzamos los desiertos de uno en otro país, hasta que por fin llegamos a Bagdad, con toda felicidad. *¡Al-hamdu-li-l-Lah!*

Luego que llegué a Bagdad, fuime en derechura a ver al jalifa, y, después de saludarlo y besarle las manos, informélo de todo cuanto me había pasado, y el emir de los creyentes holgóse mucho de ver cómo había regresado sano y salvo, a vueltas de tantos trabajos, y por ello dio gracias a Alá el Todopoderoso, y mandó escribir mi historia en letras de oro.

Fuime yo luego a mi casa y me reuní con mi familia y mis hermanos. Y aquí acaba la historia de todo lo que en mis siete viajes me sucedió.

Mira, pues, As-Simbad, todo cuanto pasé y todas las penalidades que soporté.

Y As-Simbad, el de tierra, díjole a As-Simbad, el del mar:

–¡Por Alá, no me tomes a mal lo que contra ti dijera sin pensar!

Y desde aquel día no se interrumpió ya el trato y amistad entre As-Simbad, el de tierra, y As-Simbad, el del mar. Y ambos vivieron en la holgura y disfrutando toda suerte de venturas, hasta que, al cabo, vino a visitarles aquella que pone fin a los deleites y dispersa las reuniones de las gentes.

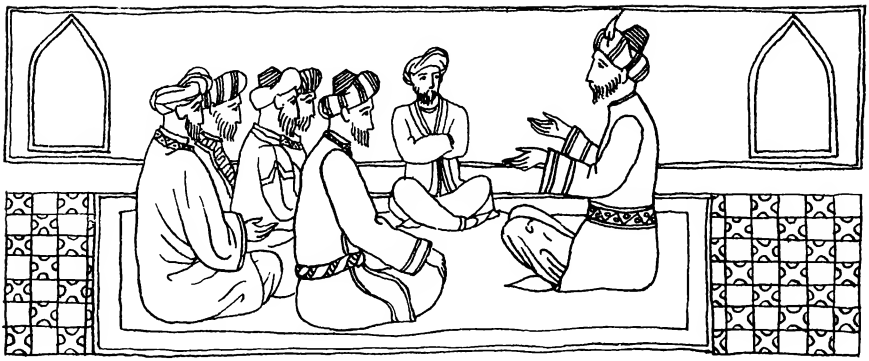
¡Loor a Aquel que vive siempre y nunca muere!

»Y luego de eso me cogió a mí con la trompa y volvió a cargar conmigo a cuestas y echó a andar y fuimos caminando hasta llegar a un sitio cercano a poblado, y dízque todos los demás elefantes seguían a su zaga, llevando sus sendas cargas.

»Luego que llegamos al lugar referido, en que ya se advertían en la tierra huellas de viandantes, a más de otros indicios de vida sociable, se detuvo el elefante e hizo seña a sus compañeros de que dejasen en el suelo aquellos colmillos que a sus espaldas llevaban, y él, por su parte, procedió a depositarme en tierra, con la misma delicadeza de antes, y luego se alejó de allí a la carrera.

»Y entonces yo encaminé mis pasos en dirección a uno de aquellos poblados cercanos y contraté unos hombres para que me trasladasen allí aquellos colmillos de elefante que en la raya de la selva quedaran, y, luego que así lo hicieron, procedí yo a venderlos, y dízque saqué por ellos una suma tal, que vine a verme convertido, como por ensalmo, en un potentado.

»¡Por todo lo cual, con alma rendida, di gracias a Alá!»



HISTORIA SOBRE LA CONDICION DE LOS GENIOS Y SCHAITANES ENCERRADOS EN REDOMAS

DE LOS TIEMPOS DE NUESTRO SEÑOR SOLEIMAN (SEA SOBRE EL LA PAZ)

(Noches 335 a 339)

Historia perteneciente al ciclo de la copiosa literatura legendaria, creada por los talmudistas en torno a la figura de Salomón, el hijo de David, y a su presunto poder sobre los genios y demonios, al que corresponde también la historia de Balukiya, que ya queda narrada. La base de toda esa literatura es, naturalmente, la Biblia *y el* Corán, *que, a su vez, recogen ecos de antiquísimas leyendas, comunes a todos los pueblos semíticos, referentes a ciudades encantadas o destruidas por castigo de Dios en justa expiación de su incredulidad y rebeldía, como las de Sodoma y Gomorra.*

«¡Cuántas ciudades hicimos perecer antaño!»–dice Alá en el Corán–. *La mención de algunos nombres históricos, como los de Abdu-l-Mélek-ben-Meruán, quinto jalifa de los Umeyya, y Musa-ben-Nozeir, el conquistador del Andalus, sitúa cronológicamente esta historia alrededor del siglo I de la* hechra, *séptimo de nuestra era, época de fervor religioso en el Islam, propicia a la creencia ciega en tales leyendas maravillosas. El autor de la* ruya *dota a esta del refrendo de esos nombres históricos para que sus oyentes, o lectores, de épocas más escépticas, no puedan tener la menor duda de su veracidad. Recurso ingenuo a que suelen apelar los narradores de milagros y que siempre sirven para corroborar la fe de los que ya la tienen.*

Por el tema de los genios encerrados en redomas enlaza esta anécdota con la de El pescador y el «efrit», *que figura al comienzo del libro, y en la que ya se explica la razón de esos hallazgos prodigiosos, la creencia en los cuales tiene un eco, de indudable procedencia morisca, en nuestro* Diablo cojuelo. *Ni que decir tiene que toda la relación de este viaje en busca de los famosos genios cautivos pertenece al género de lo fabuloso y se apoya en datos geográficos de una vaguedad que autoriza todas las hipótesis. Los exploradores parten de Egipto y parecen describir un arco de círculo, primero hacia el Oeste y luego hacia el Sur y el Este, rodeando el bajo Egipto, Abisinia y esas regiones mal conocidas en aquella época, donde Herodoto y Pomponio Mela colocaran esos extraños pueblos salvajes de los garamantas, nasamones, etc. En el curso de su accidentada expedición encuentran ciudades muertas, por el estilo de la Ciudad de Azófar, que en otras historias se describe, y en ellas columnas con inscripciones admonitorias sobre la vanidad de las humanas grandezas, escritas en lengua jonia y griega y no en jeroglíficos, lo que cronológicamente las sitúa en la época de la dominación helénica en Egipto, ya en tiempos de los Ptolomeos ya en los más remotos de Alejandro Magno, en que el griego se puso de moda entre los egipcios, según ha demostrado documentalmente Maspero. Desde luego que tales inscripciones, redactadas con un anacrónico espíritu islámico, son pura invención del rapsoda y descubren su tendencia catequística. Pero donde resalta francamente el elemento fabuloso es en el detalle del jinete de bronce, indicador de itinerarios, lo que da pie a Roso de Luna para relacionar esta historia con su dilecto mito Atlante, y, desde luego, podría admitirse una inferencia de ese mito, aunque solo incidental, pues si al principio los exploradores se dirigen a Occidente pronto rectifican su rumbo, por indicación precisamente del jinete de bronce.*

En apoyo de su tesis, Roso de Luna tergiversa el itinerario que siguen los exploradores musulmanes, pues la toponimia indica claramente que los viajeros siguen la ruta sudoriental. Creemos, sin embargo, de interés en el respecto folklórico, recoger alguna de las glosas que el maestro ocultista pone a esta narración; por ejemplo, la referente al jinete de bronce, indicador, según él, del camino de la sumergida Atlántida, a los pasajes subterráneos que llevan–dice la tradición–por bajo del Atlántico, desde el interior del Africa al interior de América, pero que solo son accesibles a los iniciados, por cuanto se guarda y oculta su entrada a los profanos con toda clase de terrores y de «mayas hipnóticas»; a la semejanza de esta expedición de tres musulmanes con la que, según el historiador P. Durán, realizaron los dignatarios de Moctezuma al país de sus antecesores; a la mesa salomónica que los viajeros encuentran y que recuerda aquella terrible disputa entre los caudillos islámicos Musa-ben-Nozeir precisamente y Tárik; a la semejanza de la Ciudad de Bronce con la Ciudad Atlante de las Puertas de Oro de las antiguas leyendas y de que «más o menos claramente» hablan Al-Edrisi y otros cronistas árabes, etc. Desde luego que la mesa referida no es para él una mesa cualquiera, sino una mesa mágica que proporciona a su dueño todo cuanto desea.

La versión de Galland y la de Weil omiten esta historia. En la de Burton se titula La ciudad de Azófar.

–He llegado a saber, *¡ye* monarca, el afortunado!, que en tiempos pasados, y en días lejanos, había en la ciudad de Dimechk, la de Scham, un rey de los jalifas llamado Abdu-l-Mélek-ben-Meruán, que hacía el quinto de los umeyyas.

Y estaba el tal rey un día de los días sentado en su palacio, rodeado de todos los grandes y próceres de su corte y de los reyes y sultanes que le rendían vasallaje, cuando hubo de recaer la conversación sobre el tema de los pueblos y razas pretéritos, y, entre otras cosas, pusiéronse a recordar historias de los tiempos de nuestro señor Soleimán el hijo de Daud (sea sobre ambos la paz) y a evocar el poder que le concediera Alá y el imperio que le confiriera sobre hombres y genios y aves y fieras, hasta el punto de que logró aprisionar genios y precitos y schaitanes malditos en grandes redomas de hierro las cuales tapó después con cubiertas de plomo y selló con su sello regio.

Pero al llegar aquí sintió Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras cautivadoras.

Y LA NOCHE 336 SIGUIO DICIENDO LA MUCHACHA:

–Ha llegado a mis oídos, *¡ye* monarca, el afortunado!, que, estando un día el jalifa Abdu-l-Mélek-ben-Meruán conversando con los grandes y próceres de su corte sobre el tema de nuestro señor Soleimán y el poder que le concediera Alá sobre hombres y genios y aves y fieras, hasta el punto de que encerrase a los precitos y schaitanes malditos en ollas de hierro, que tapaba luego con tapa de plomo y sellaba con su sello regio, hubo de terciar en el diálogo Táleb-ben-Sahl y contó el episodio de cierto viajero que en una ocasión montó con otros en un barco que se hizo a la mar y navegó sin cesar, hasta llegar por fin a tierras de Al-Hind.

Ya allí levantóse un viento contrario que los desvió de su derrota y los llevó, impeliéndolos sin parar, hasta una tierra de las tierras de Alá.

Sucedióles aquel contratiempo en medio de la negrura de la noche, y, luego que la mañana amaneció, vieron los náufragos salir de las cuevas de aquella tierra un tropel de indígenas, negros de color y desnudos los cuerpos, tales que parecían animales monteses y no entendían lo que les decían.

Tenían un rey de su casta y no había entre ellos ninguno que supiera el arábigo, salvo el monarca que los gobernaba.

Luego que vieron el barco y a los que en él venían, adelantóse el rey, rodeado de varios de sus familiares, y, llegándose a los náufragos, saludólos con el *selam* y les dio la bienvenida y les preguntó cuáles fuesen su ley y su religión.

Dijéronselo ellos y el rey les dijo así:

–No paséis pena ni temor.

Preguntáronles luego los náufragos a ellos por su religión y averiguaron que profesaban distintas religiones de las que prevalecían entre los hombres antes que al mundo viniera Mohammed, el profeta de Alá (sobre él la oración y la paz).

Preguntóles el rey luego por la fe del Islam y la misión de nuestro señor Mohammed (sean sobre él la oración y la paz), y los del barco se lo explicaron.

Y el rey les dijo cómo hasta ellos

llegar no vieron nunca otros hijos de Adán.

Pero les repitió que estuvieran tranquilos, que nada malo les había de pasar.

Mandó luego el monarca que les obsequiasen con carnes de aves y fieras y peces, que no tenían otra cosa que ofrecerles, pues solo se alimentaban de la pesca que cogían con sus redes.

Bajaron luego a tierra los del barco, con objeto de estirar las piernas y ver la ciudad, y topáronse con unos pescadores que estaban echando sus atarrayas en el mar.

Luego de un rato tornaron a sacar las redes del agua y he aquí que, al tenderlas en la orilla y ver lo que traían, encontráronse con una olla de hierro, taponada con plomo y sellada con el sello de nuestro señor Soleimán (sea sobre él la paz).

Cogieron los pescadores la olla y la estrellaron contra el suelo hasta que la rompieron, y entonces vieron salir de ella un humo grisáceo que se elevó por los aires y fue subiendo hasta llegar a los confines del cielo.

Y a seguida oyeron una voz desconocida que decía:

—¡Otórgame tu perdón y tu piedad, *ye* profeta de Alá! Que estoy arrepentido de lo que antaño hice yo y no volveré a hacerlo más.

Y acto seguido salió de entre aquella humareda un ser de traza espantable y de talla formidable, hasta el extremo de que su cabeza sobrepasaba la cumbre de las montañas, y desapareció de la vista de los náufragos, dejándolos sobrecogidos y con los corazones que les palpitaban del terror que sentían. Pero los negros parecían no asombrarse lo más mínimo de aquello. Fueron los náufragos a ver al rey y le contaron lo ocurrido y él, luego de oírles, dijo:

—Habéis de saber que ese que visteis era uno de los genios de Soleimán, nuestro señor, y hubo de rebelarse contra él, por lo cual el hijo de Daud (sobre él sea la paz) lo castigó encerrándolo en esa olla y lo arrojó al mar después de sellar su boca con plomo fundido. Y suelen nuestros pescadores, al echar sus redes al agua, pescar alguna de esas ollas, de las que, al abrirlas, salen genios que, creyendo que Soleimán vive todavía y los puede perdonar, hacen ante él acto de contrición y acatamiento y lo invocan, diciendo: «¡*Ye* profeta de Alá, ten piedad de mí, que ya me arrepentí!...»

Maravillóse mucho el jalifa al oír aquella historia que contó Táleb-ben-Sahl y exclamó:

—¡Gloria a Alá! En verdad que dio a Soleimán una gran potestad.

Hallábase entre los presentes a aquella reunión An-Nabiguetu-z-Zabyani [1], y, al escuchar aquella historia, dijo con toda seriedad:

—Todo cuanto ha dicho Táleb es verdad. Y en prueba de ello pueden citarse estos versos de Al-Hakim, el primero:

«Es cosa cierta que Alá
a Soleimán le habló así:
"Mi jalifa tú serás
y gobernarás por mí,
y a quien te preste obediencia,
cólmalo de honras y bienes
y al que no, tenlo encerrado
y cautivo para siempre."»

Solía nuestro señor Soleimán encerrar a los genios en redomas y ollas de hierro y arrojarlas al mar.

Aprobó el jalifa estas palabras y dijo:

[1] Abu Oman-Siyad Ibn-Moauia, llamado Nabiguetu-z-Zabyani, nació hacia el año 535 y murió hacia el 600 de nuestra era. Vivió primero en la corte de los reyes de Hira y luego en la de los gasanies, que reinaban en Siria. Profesaba el cristianismo, como los reyes de Hira, sus mecenas, y el P. Scheijo lo incluye en su Antología de poetas árabes cristianos. Su presencia en la corte de Abdu-l-Mélek-ben-Meruán (siglo VII) resulta un anacronismo.

–¡Por Alá, que querría ver por mis propios ojos alguna de esas redomas!

Y Táleb-ben-Sahl exclamó sin demora.

–¡*Ye* emir de los creyentes! Poderoso eres sin duda para ello, sin moverte de aquí, pues de todo este país eres el dueño. Envíale, pues, a tu hermano Abdu-l-Asis-ben-Meruán un emisario para que te traiga una de esas redomas del país de Algarbe, pues bastará, a ese fin, con que él le escriba a Musa-ben-Nozeir, gobernador del Mogreb, diciéndole que se traslade hacia esa montaña que dijimos y de allí te traiga una de esas redomas que deseas ver, pues la alcora [2] de su mando confina con ese monte de que hemos hablado.

Halló el jalifa acertado el parecer de Táleb-ben-Sahl y le dijo:

–Diste en el blanco, amigo Táleb, y, tanto me ha placido tu dictamen, que vas a ser tú mismo el emisario que le envíe a Musa-ben-Nozeir para hablarle de este asunto y te daré bandera blanca [3] y todo cuanto hubieres menester en punto a dineros y honores y demás, y, en tanto estés ausente, con tu familia haré tus veces.

–Oír es obedecer, ¡*ye* emir de los creyentes!–respondió al punto Táleb-ben-Sahl.

–Pues ya que estás conforme–díjole el jalifa–, ve en seguida, ¡con la bendición de Alá y con la ayuda del poderoso, el lleno de majestad!

Diole luego sendas cartas para su hermano Abdu-l-Asis, su virrey en Mizr, y para Musa-ben-Nozeir, su igual en el Mogreb, y, además, dinero y bestias necesarios para que le ayudasen y acompañasen en su viaje, y dio orden, asimismo, de que proveyeran su casa y familia de todo cuanto necesitasen.

Púsose luego en camino Táleb-ben-Sahl y enderezó su rumbo hacia Mizr.

Sorprendió aquí a Schahrasad la mañana y puso dique a sus desbordadas palabras.

PERO LA NOCHE 337 SIGUIO DICIENDO LA MUCHACHA:

–Tengo entendido, ¡*ye* monarca, el afortunado!, que Táleb-ben-Sahl púsose en camino, acompañado de sus edecanes, y atravesó todo el país de Scham, hasta llegar a tierras de Mizr.

Y fue caminando hasta arribar a la ciudad de Al-Kahirat [4].

Acampó luego allí y su gobernador lo agasajó y honró con atenciones y deferencias extremadas todo el tiempo que allí permaneció.

Después despachólo con un guía hacia la región del alto Mizr, donde, no bien llegaron, dirigióse a visitar a Musa-ben-Nozeir, que tenía su residencia allí.

Súpolo este luego, y, sin demora, salió a su encuentro y les dio la bienvenida y mostró alegrarse mucho de su visita.

Entrególe Táleb-ben-Sahl la carta del jalifa y Musa la tomó y la leyó, y de su contenido se enteró y a la cabeza se la llevó.

Después de lo cual exclamó:

–Al emir de los creyentes se le oye y se le obedece.

Luego estimó oportuno convocar a todos los emires de su gobierno, los

[2] Distrito, provincia.

[3] El pendón regio de los umeyya, lo que equivale a nombrarlo generalísimo.

[4] El Cairo.

cuales en seguida comparecieron, preguntándoles él entonces qué se les ocurría a propósito de aquella misiva.

Y ellos le dijeron:

–*Ye* emir, si necesitas alguien que pueda indicarte el camino que te conduzca a ese lugar, manda a llamar al *scheij* Abdu-z-Zámad-ben-Abdu-l-Kadusi-z-Zamudi [5], el cual es hombre entendido y que ha viajado muchísimo y de corrido se sabe todas las tierras y mares y campos y desiertos y montes y valles y sus naturales.

Aprobó el emir aquel dictamen y mandó llamar al *scheij* Abdu-z-Zámad, y este compareció acto seguido entre sus manos.

Era el *scheij* un anciano de edad avanzada, sobre el cual pasaron y se sucedieron años y fechas.

Saludólo Musa, al verlo, con el *selam* y le dijo:

–*¡Ye scheij,* respetable Abdu-z-Zámad! Nuestro señor, el emir de los creyentes, Abdu-l-Mélek-ben-Meruán, nos manda que hagamos tal y cual, y yo poseo poco conocimiento de ese país, por lo que me han aconsejado te consulte a ti, que lo conoces bien y sabes los caminos que conducen a él. Dime, pues, si estarías dispuesto a complacer al emir de los creyentes en su deseo.

–Al emir de los creyentes–contestó el *scheij*–se le oye y se le obedece. Pero has de saber, *¡ye* emir ilustre!, que es ese un camino difícil, con muchos recovecos y pocos accesos.

–¿Cuánto se tarda en recorrerlo? –preguntóle el emir.

Y contestóle el *scheij:*

–Dos años y unos meses para ir y otro tanto para venir. Y dizque en el trayecto tropieza el viajero con lances peligrosos y percances espantables y prodigios de los más singulares. Ahora bien: eres tú un paladín de la Fe y nuestro país está lindando con el enemigo y es muy de temer que los cristianos aprovechen tu ausencia para atacarnos, por lo que no estaría de más que nombrases alguien que en tu lugar gobernase estas tierras hasta que regresases.

–Está bien–asintió Musa. Y nombró a su hijo Harún gobernador durante su ausencia y mandó a sus tropas que le jurasen obediencia, y así lo hicieron ellas.

Era Harún mozo muy bravo y guerrero renombrado y caballero consumado y el *scheij* Abdu-z-Zámad hízole creer que el lugar que buscaba solo distaba de allí cuatro meses de jornada a lo largo de la costa y que estaba jalonado el camino de sitios propios para acampar en ellos y provistos de verdor y fuentes, añadiendo:

–De fijo Alá nos allanará la empresa gracias a tu bendición, *¡ye* lugarteniente del emir de los creyentes!

Y Musa le preguntó:

–¿Sabes tú si alguno de los reyes holló antes que nosotros esas tierras?

A lo que el *scheij* contestó:

–Sí; ese país perteneció antaño a Dara [6], el jonio, rey de Iskandriya.

Pero luego, aparte, díjole el *scheij* a Musa:

–Toma, *¡ye* emir!, contigo mil camellos cargados de vituallas y de barricas de agua.

Y el emir le dijo:

–¿Y para qué voy a llevar todo eso conmigo?

Y el *scheij* Abdu-z-Zámad le explicó:

–Has de saber que en nuestro camino hemos de pasar por el desierto de Kairauan, que tiene una extensión de

[5] Siervo del Eterno *(Zámad).* Según Roso de Luna, un *schamano* u hombre solar o divino cultivador del Espíritu.

[6] Darío, hijo de Histaspes, rey de Persia. 521-485 a. de Cristo.

cuatro jornadas, y en el cual no hay gota de agua ni suena sonido de voz humana ni se ve jamás un alma. Sin contar con que por allí soplan el simún y otros vientos tórridos que llaman Al-Guavib, que secan las odres del agua; pero llevando el agua en barricas no hay que temer nada.

–Está bien–dijo Musa. Y mandó traer de Iskandriya gran cantidad de frascos y botellas, y, tomando luego consigo a su visir y dos mil jinetes, armados de pies a cabeza, montó en su bridón y emprendió la marcha, llevando como guía a Abdu-z-Zámad, que iba al frente de aquella caravana.

Fueron, pues, cabalgando y cruzando regiones deshabitadas y ruinas desoladas y espantables desiertos y sedientas llanuras y luego montañas, que hasta las nubes se empinaban.

Y de esa guisa fueron caminando, por espacio de todo un año, hasta que una mañana, al despuntar la aurora, después de haber estado toda la noche cabalgando, hete aquí que Abdu-z-Zámad, el guía, declaró hallarse en un país que no conocía.

Y exclamó Abdu-z-Zámad:

–¡No hay gloria ni poder sino en Alá!

Y el emir le dijo:

–¿Qué vamos a hacer, *scheij*?

Y el *scheij* le respondió, desconcertado:

–¡Por el señor de la Kâba, que nos hemos descarriado!

–¿Y cómo fue ello?–preguntóle el emir.

Y el *scheij* Abdu-z-Zámad le respondió, diciendo:

–Pues porque el cielo estaba nublado y no pude guiarme por los luceros.

–¿Y no sabes en qué tierra de Alá nos hallamos?–preguntóle el emir.

Y el *scheij* le respondió:

–En verdad que no lo sé, pues hasta ahora nunca vi yo estos lugares.

–Pues entonces–díjole Musa–guíanos para que nos volvamos atrás, hasta el sitio donde nos perdimos.

Pero el *scheij* le respondió:

–Lo malo es que tampoco acierto a volver.

Al oír lo cual díjole Musa a Abdu-z-Zámad:

–Siendo así sigamos adelante, que acaso Alá será servido de guiarnos y encaminarnos a buen paraje.

Reanudaron, pues, la marcha y fueron cabalgando hasta la hora de la zalá del mediodía y viéronse entonces en medio de una vasta campiña, ancha y lisa y blanca, como el mar cuando está en calma, y, al tender la vista, divisaron en lontananza un gran bulto, alto y negro, y en cuyo centro alzábase un cuasi penacho de humo que subía hasta los confines del cielo.

Dirigiéronse, pues, hacia aquella mole confusa y no pararon de cabalgar hasta que a ella se acercaron, y entonces pudieron comprobar que no era otra cosa sino un castillo de firmes cimientos y grande y recio, tal y tan ingente, que semejaba una montaña torreada, labrada en negra piedra, con sus horadadas almenas y una puerta de fulgente acero chinesco que deslumbraba los ojos y los entendimientos.

Y en su derredor había mil gradas, y aquello que parecía un penacho de humo era una cúpula central de plomo, de cien codos de altura.

Luego que eso vio el emir, maravillóse hasta el colmo de la maravilla y asombróse de que aquel lugar estuviese deshabitado, y el *scheij*, después de haberse cerciorado de que así era, exclamó:

–¡No hay más dios que El Dio y Mohammed es el Enviado de El Dio!

Y díjole Musa:

–¡Oigote alabar a Alá y cualquiera diría que sientes alegría!

Y Abdu-z-Zámad le contestó:

–Sí, y tú también debes alegrarte, *ye* emir. Porque Alá (loado sea y glorifi-

cado) nos quiso salvar de esos desiertos espantables y esas tierras sedientas.

–¿Y cómo sabes tú eso?–preguntóle Musa al *scheij.*

Y el *scheij* le contestó:

–Pues porque mi padre me contaba, refiriéndose a su abuelo, que este decía:

«–Ibamos viajando una vez por estas tierras y nos desviamos del camino y fuimos a salir a este lugar y de aquí a la Ciudad de Azófar, entre la cual y ese sitio que vamos buscando median dos meses cabales de jornada; pero ahora debes tomar el rumbo de la costa y no dejarlo, porque allí hay lugares donde hacer aguada y pozos y campos en que acampar, construidos por el rey Zu-l-Karnain Iskander, el cual, cuando marchó a la conquista del Mogreb, halló en su camino desiertos sedientos y llanuras y espesuras y cavó en ellos pozos y aljibes para los viajeros.»

Y el emir Musa exclamó, al oír aquello:

–¡Alá te dé albricias por tan buenas noticias!

Y el *scheij,* a su vez, le dijo al emir:

–Ven y acerquémonos más a mirar ese castillo y sus prodigios, pues es una advertencia para los que quieran ser advertidos.

Dirigióse entonces el emir al castillo, seguido del *scheij* Abdu-z-Zámad y de sus capitanes, y, al llegar a la puerta, encontráronla abierta.

Y estaba labrada aquella puerta con airosas columnas y pórticos que tenían techos y muros incrustrados de oro y plata y pedrería, y subíase a ella por unas gradas, entre las que había dos escalinatas muy anchas de mármol jaspeado, como jamás en el mundo se viera otro igual, y en el dintel de la puerta campeaba una lápida, que ostentaba una inscripción grabada en letras de oro y en antiguos caracteres jónicos.

Y el *scheij* Abdu-z-Zámad díjole al emir:

–¿Quieres, *¡ye* emir!, que te lea esa inscripción?

Y el emir le contestó:

–Sí por cierto. Adelántate y léeme esa inscripción extraña. Así Alá te dé su albaraca [7].

Acercóse, pues, el *scheij* más a la puerta y leyó la inscripción aquella, la cual consistía en unos versos, que traducidos al arábigo venían a decir esto:

«Detente, caminante, y considera
este alcázar, morada, en otro tiempo,
de señores que ya tragó la tierra,
con todos los tesoros que allegaran;
de ellos decir podríase que tan solo
eran al modo de una caravana
que un momento descansa en el oasis,
para en seguida reanudar su marcha.»

Pero al llegar aquí sorprendió a Schahrasad la aurora y cortó el hilo de sus palabras fascinadoras.

Y LA NOCHE 338 REANUDO SU RELATO EN ESTA FORMA:

–Ha llegado hasta mí la fama, *¡ye* monarca, el afortunado!, de que luego que el *scheij* Abdu-z-Zámad hubo leído aquellos versos, rompió el emir Musa a llorar con gran amargura y el mundo ante sus ojos se nubló y empalideció. Después de lo cual, exclamó:

–¡No hay más *ilah* que Alá, el que vive sin osar!

Entraron luego en aquel alcázar y quedáronse maravillados de su hermosura y de su recia fábrica, y entretuviéron

[7] Bendición.

ronse una hora de tiempo contemplando las pinturas e imágenes que lo decoraban hasta que llegaron a otra puerta, en cuyo dintel había también grabados unos versos, y el emir le dijo al *scheij:*

–¡Léemelos!

Y el *scheij* Abdu-z-Zámad se acercó a la puerta y leyó:

«Cuántos mortales antaño,
bajo esta bóveda altiva,
descansaron un momento,
para marcharse en seguida.
El Tiempo nada perdona,
con todo arrambla en su huida;
solo un momento fugaz
al hombre sonríe la dicha;
las riquezas que allegó,
a costa de mil fatigas,
fuerza es que a otro las ceda;
no duran sus alegrías.
Y el que se hartó en los festines
de viandas exquisitas
luego viene del gusano
a ser la mesa servida.»

Luego que eso oyó el emir Musa rompió a llorar con amargura, y el mundo ante sus ojos volvióselo y dijo:

–¡Verdaderamente hemos sido creados para un fin arduo! [8]

Siguieron luego explorando el palacio y lo hallaron totalmente desierto y vacío de todo ser vivo, desolados sus patios y sus aposentos deshabitados.

Y erguíase en su centro un alquival elevado, rematado en una cúpula que a los aires se remontaba, y todo alrededor del pabellón dicho veíanse cuatrocientos sepulcros de mármol amarillo.

Acercóse el emir y vio entre ellos una gran tumba, ancha y larga, y a su cabecera había una lápida de mármol blanco y, grabados en ella, los siguientes versos:

«¡Cuántas batallas gané!
¡Y a cuántos la muerte di!
¡Y cuánto gocé en el mundo!
¡Y cuánto comí y bebí!
¡Cuán halagaron mi oído
los cantos de las cantoras
y cuánto con su hermosura
me embellecieron las horas!
¡Yo tomé mil plazas fuertes,
yo en los claustros penetré
y a las vírgenes conmigo
cual cautivas me llevé!
¡Nada hubo que a mi capricho
se pudiera resistir,
pues yo dictaba la ley
que era forzoso cumplir!
¡Pero al cabo a saber vine
que todo poder es vano,
que todo se acaba y queda
el dolor de haber pecado!
¡Aprende, pues, caminante,
de mí y enmiéndate a tiempo,
antes que su trago amargo
te dé a beber el copero
de la muerte, pues entonces
será tarde, y a la fosa
te llevarán y la tierra
te cubrirá; reflexiona!»

Rompieron a llorar el emir y sus compañeros, y, fijándose mejor en aquel pabellón, vieron que tenía ocho puertas de madera de sándalo con clavos de oro, alternando con estrellitas de plata, incrustadas de piedras preciosas, balajes y aljófar.

Y en la primera de las puertas campeaba una inscripción en lengua jonia, que, traducida al arábigo, decía:

«No dejé por mi gusto ciertamente
aquello que dejé,
sino forzado del adverso sino
e inapelable ley.
En tanto fui dichoso, y poder tuve,
como fiero león me comporté,
y no hubo nada, ni aun el propio fuego,
que mis pasos pudiera detener.
Hasta que el sino, que de Alá recibe
su fuerza y su poder,
puso fin a mis bríos, que no es posible
sus fallos detener.»

Luego que oyó aquellos versos, el emir Musa lloró con gran amargura, y fue tal su dolor que al fin se desmayó.

Luego que en sí volvió pasó al interior de la bóveda y se encontró ante un sepulcro de largas dimensiones y de

[8] Palabras del *Corán.*

traza imponente que ponía pavor en los corazones y sobre el cual había una lápida de acero de China con unas letras de forma peregrina.

Acercóse a la lápida el *scheij* Abdu-z-Zámad y leyó su inscripción, la cual decía a este tenor:

«En el nombre de Alá, el perdurable, el eterno, el sempiterno.

»En el nombre de Alá, que no fue engendrado y no engendró jamás y no tiene semejante que se le pueda equiparar.

»En el nombre de Alá, el dotado de poder y majestad.

»En el nombre de Alá, el viviente, el que no muere [9].

»Y después. *¡Ye* tú!, caminante que hasta este lugar llegaste: que lo que aquí ves te haga reflexionar sobre las vicisitudes de los tiempos y las andanzas del sino, para que los engaños del mundo no te extravíen el sentido, y no te dejes alucinar por sus encantos y embelesos y arrumacos, que son como espejismo del desierto o sueño del durmiente que, en seguida, se desvanecen.

»Pues quien en ellos fía, luego viene a ser su esclavo y se encuentra prendido en sus lazos; teme, pues, tú caer en sus redes y no te allanes a llevarle la orla de la cola de su manto, si no quieres salir malparado y llevarte un chasco.

»Aquí me tienes a mí, que en otro tiempo poseí mil caballos leonados y tuve mil mujeres, hijas todas de reyes, vírgenes de pechos turgentes, semejantes a lunas resplandecientes, y hube en ellas mil hijos, comparables a otros tantos leones de aspecto intimidante, y viví mil años de mi vida, entre placeres y delicias, hasta el punto de que llegué a creer de buena fe que mi felicidad eternamente había de durar, sin padecer eclipse jamás.

»Cuando he aquí que, de repente, vino a visitarme aquella que pone término a los goces y dispersa las reuniones y deja vacías las mansiones y arrasa los aduares poblados y los deja desolados; la matadora de chicos y grandes, de hijos y madres; la que no se apiada del pobre por su pobreza ni teme al rey por mucho poder que tenga.

»He aquí que nosotros vivíamos en este palacio, felices y tranquilos, a salvo de todo peligro, hasta que bajó sobre nosotros el juicio del Señor de los tres universos, Señor de los cielos y Señor de la tierra, y nos cayó encima la Venganza de la Verdad manifiesta y empezaron a morir dos de nosotros cada día, hasta que formaron una gran partida.

»Y al ver yo que aquella destrucción penetrara en nuestras moradas, y con nosotros se asentara y en el mar de la muerte nos anegara, mandé llamar a un poeta y le encargué que compusiese esos versos y esas sentencias y esas advertencias, y las hice grabar con regla y compás, sobre esas puertas y lápidas y tumbas, para que todos las leyeran.

»Y has de saber cómo acaudillaba yo un ejército de mil guerreros, todos de brazo fuerte y diestro y armados todos de lanzas y revestidos de cotas de malla refulgentes y ceñidos de espadas resplandecientes, y les ordené a mis caballeros que se vistiesen sus armaduras de hierro y se ciñesen sus espadas mordientes y montasen en sus bridones impacientes y esgrimiesen sus lanzas imponentes y al caer sobre nosotros el juicio del Señor de cielos y tierras, les dije:

»—*¡Ye* mis caballeros! *¡Ye* mis guerreros! ¿No seréis poderosos a alejar de nosotros lo que el rey el omnipotente nos mandó?

»Pero ellos respondieron a una voz:

»—¿Cómo habríamos de poder nos-

[9] Frases tomadas de diversas suras alcoránicas.

otros luchar con Aquel cuyo acceso no estorba ningún chambelán, con el Señor de la puerta que no tiene portero? [10]

»Y entonces yo les dije a mis guerreros:

–Está bien; traedme acá mis tesoros.

»Y dizque tenía yo en mis cámaras del erario mil cisternas, cada una de las cuales contenía mil quintales de oro rojo y otro tanto de blanca plata, amén de perlas y joyas de toda clase y otras alhajas de precio como rey alguno nunca las poseyó en este mundo.

»Hicieron ellos lo que les mandara y pusieron ante mi todos mis tesoros, y yo les dije:

»–Decidme, ¿podría yo rescatar mi vida con todas esas riquezas o prolongármela siquiera un día?

»Y ellos me respondieron:

»–No por cierto.

»Y se resignaron al sino dispuestos de antemano y yo me sometí al fallo de Alá y acepté lo que sobre mí había lanzado, de aflicción y desolación, hasta que Él tomó mi alma y de la tumba me hizo morador.

»Y si quisieras saber mi nombre te diré que yo soy Kusch-ben-Scheddad, hijo de Aad el Grande.

»Y en aquellas lápidas había grabados los siguientes versos:

«Si deseas saber mi nombre
te diré, porque lo sepas,
que el hijo soy de Scheddad,
que un día dominó la tierra,
y ahora, por obra del sino,
yace debajo de ella.
Los más indómitos pueblos
acataron mi realeza,
y desde Mizr hasta Scham
señorearon mis banderas.
Muchos reinos conquisté,
de mis armas por la fuerza,
y un millón de caballeros
tuve bajo de mi diestra,
y riquezas poseí
cual ninguno poseyera,
que apercibidas tenía
para un apuro cualquiera,
y aún pensaba que mi vida
podría rescatar con ellas.
Pero nada en este mundo,
de lo que el Señor decreta,
se libra, y al Señor plugo
el castigar mi soberbia,
y así ahora aquí me ves
privado de mi grandeza,
vuelto polvo miserable,
y temblando por la cuenta
que he de dar de mis pecados,
desafueros y torpezas,
al Juez que nadie soborna
y dicta justas sentencias.
Así que aprende de mí
y sigue la senda recta
y teme de la Fortuna
las mudanzas e incidencias.
¡Y prepárate con tiempo
a la terrible inminencia!» [11]

Luego que oyó esas palabras el emir lloró con tal vehemencia que se desmayó, por efecto de la impresión.

Siguieron luego explorando el alcázar y dando la vuelta a sus aposentos y salas, y he aquí que de pronto vieron una mesa sostenida sobre cuatro patas de mármol y que en su centro mostraba escritas estas palabras:

«En esta mesa han comido mil reyes tuertos y otros mil con los dos ojos completos, y todos ellos dejaron ya el mundo y fueron a morar en las tumbas y los sepulcros.»

Tomó el emir Musa nota de aquellas palabras y las apuntó, para que de la memoria no se le borraran, y después se salió del alcázar sin llevar consigo otra cosa que aquella mesa de todo cuanto allí viera.

Reanudaron, pues, todos la marcha, llevando a su frente al *scheij* Abdu-z-Zámad, el cual les iba guiando e indicando el camino, y cabalgaron sin parar todo aquel día y el segundo y el tercero, hasta que vinieron a encontrar-

[10] Este paso recuerda la dramática escena de *La mort du Dauphin*, de A. Daudet.

[11] La edición de Bulak suprime estos versos y en general cuenta con mucho laconismo todos los pasos de esta historia.

se en una alta meseta y, al alzar los ojos, divisaron en lo alto un jinete de bronce, que estaba allí plantado, teniendo a su lado su lanza, de hoja aguda y ancha, la cual despedía tal fulgor que casi la vista cegaba. Y prendido en su lanza había un cartelón con estas palabras:

«¡*Ye* caminante que hasta mí llegas! Si ignoras el camino de la Ciudad de Azófar, aprieta el puño de este caballero, el cual dará vueltas y luego se quedará quieto. Y si sigues entonces tu camino en la dirección hacia la cual quedará él vuelto, sin duda llegarás allá sin detrimento.

»Y no vaciles ni tengas miedo, que si como te lo digo lo hicieres, llegarás a la Ciudad de Azófar sin contratiempos ni reveses.»

Pero al llegar aquí sintió Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras seductoras.

Y LA NOCHE 339 PROSIGUIO SU RELATO EN ESTA FORMA:

–Ha llegado a mi noticia, ¡*ye* monarca, el afortunado!, que, luego que el emir Musa leyó la inscripción, apretó el puño del jinete y este, al punto, púsose a girar con la celeridad del relámpago, y volvióse de cara a otro sitio distinto de aquel por donde habían venido.

Reanudaron después todos la marcha en la dirección que el jinete de bronce les indicara y no tardaron en comprobar que aquel camino era el que llevaba a la ciudad.

Siguiéronle, pues, y no pararon de caminar noches y días, hasta que casi hubieron atravesado el país por completo.

Ahora bien: yendo caminando así, un día de los días, hubieron de toparse con una columna negra y en ella un ser extraño hundido en la tierra hasta los sobacos y que tenía dos alas grandes y cuatro manos; dos de ellas como las de los hijos de Adán y las otras dos como garras de león, y era el pelo de su cabeza análogo a las crines de los caballos, y eran sus ojos como dos brasas de vivo fuego, teniendo además de los dos ojos que tenemos los humanos un tercer ojo en medio de la frente que el de una onza parecía y centellas de fuego despedía.

Era aquel monstruo negro y corpulento y estaba clamando en aquel momento:

–¡Loado sea Alá, que me condenó a esta tribulación tan grande y este suplicio tan atroz, hasta el día de la Resurrección!

A vista de aquel monstruo empavoreciéronse todos y perdieron el juicio y retrocedieron, con ánimos de emprender la huida. Y el emir Musa preguntó al *scheij* Abdu-z-Zámad:

–¿Qué es eso?

Y el *scheij* le contestó:

–En verdad, no lo sé.

–Pues acércate más–díjole Musa–y pregúntale quién es, que acaso a ti te lo quiera decir.

–¡Alá salve al emir–respondió el *scheij* Abdu-z-Zámad–, pero es lo cierto que me espanta!

Pero el emir insistió, diciendo:

–Anda y no tengas miedo, que en la forma que lo vemos ni a ti ni a ningún mortal puede hacerle ningún mal.

Y Abdu-z-Zámad entonces llegóse a la columna en que el monstruo estaba prendido y le dijo:

–Dime, criatura: ¿cómo te llamas y qué eres y por qué así te hallas?

A lo que el monstruo le contestó, diciendo:

–Yo soy un *efrit* y me llamo Dáhisch, hijo de Al-Asmasch [12] y estoy aquí confinado por el Todopoderoso, cautivo de la Providencia y castigado por sentencia de Alá, hasta que El, cúyas son la Gloria y la Majestad, me quiera soltar.

Y el emir Musa díjole a Abdu-z-Zámad:

–Pregúntale ahora por qué lo metieron en esa columna.

Y el *scheij* Abdu-z-Zámad se lo preguntó y el *efrit* le contestó:

–En verdad que mi caso es prodigioso y mi historia singular.

Has de saber que uno de los hijos de Iblis tenía un ídolo de rojo coral y yo era su guardián.

Adoraba al tal ídolo un rey marino, muy poderoso y decidido, que acaudillaba ejércitos de genios en número de mil cada uno de ellos, y todos esos genios que le obedecían, también a mí me prestaban obediencia y pleitesía, y hacían todos lo que yo les decía, y eran todos ellos rebeldes a Soleimán-ben-Daud (sea sobre ambos la paz).

Solía yo meterme dentro del ídolo y desde allí les hablaba a sus adoradores y les dictaba órdenes.

Era la hija de aquel rey del mar muy devota del ídolo y le hacía muchas genuflexiones y postraciones, y dizque era la muchacha la más bella de todas las de su época, muy enriquecida de belleza y hermosura y gracia y compostura [13].

Fui yo un día y se la describí a Soleimán (sobre él la paz). Y aquel mandóle a su padre una embajada con el encargo de decirle de su parte al monarca: «Dame a tu hija por esposa y derriba ese ídolo de almargen [14] que adoras y da fe de cómo no hay más *ilah* que Alá y que Soleimán es el profeta de Alá.

»*Ye* ten presente que, si así lo hicieres, tendrás lo que tenemos y serás lo que somos; pero que si te niegas, te haré obedecer a la fuerza y marcharé contra ti con huestes tales que no podrás resistir.»

Pero al recibir el rey del mar aquel mensaje de Soleimán se ensoberbeció y galleó y fanfarroneó.

Y luego llamó a sus visires y les preguntó:

–¿Qué me decís de ese mensaje que me ha enviado Soleimán, el hijo de Daud (sobre ambos la paz), pidiéndome que le dé por esposa a mi hija y haga pedazos el ídolo de coral y me convierta a su fe, que es la de Alá?

–¡*Ye* gran monarca!–dijéronle ellos–. ¿Por ventura tiene poder Soleimán para imponerte su voluntad, viviendo como vives en medio de este ancho mar? Si te quisiera combatir, no podría llegar hasta ti, sin contar con que todos los genios rebeldes lucharían a tu lado, y, además, el ídolo que adoras te ayudaría y defendería contra él, que para eso lo adoras como siervo fiel. Por todo lo cual somos de parecer que debes consultar a tu señor, el ídolo de rojo coral, y seguir el consejo que él de fijo te dará, y, si te responde que debes luchar con Soleimán, así lo harás, y si te dice que no debes hacerlo, de ello desistirás.

Siguió el rey el parecer de sus visires y allegó ofrendas para su ídolo y se acercó a él y le hizo sacrificios y lo

[12] El Pasmado, hijo del de los ojos llorones o pitañosos. Nombres, naturalmente, fantásticos.

[13] En la leyenda morisca de *La doncella Carcayona, hija del rey Nachrab,* se habla de una *ídola* de oro «desde cuyo interior hablábala Iblis. Y cada día, como salía el sol, venía la hija del rey y sus doncellas con ella y adoraban a la *ídola* con ella». *(Leyendas moriscas,* Guillén y Robles.)

[14] Coral. Voz árabe romanceada por los moriscos.

adoró postrado y lloró con mucho sentimiento y recitó estos versos:

–Postrado yo te adoro, ¡oh mi señor!
Que tu poder conozco y sé que es grande.
Me manda Soleimán que te abandone
y exige que, además, rompa tu imagen.
Yo, como es natural, a ello me niego,
y acudo a ti como tu siervo fiel;
tu amparo y tu consejo humilde imploro,
y lo que tú me digas, eso haré.

Díjole así al *scheij* Abdu-z-Zámad aquel *efrit* que en aquella columna encontraran y todos los circunstantes oyeron sus palabras.

Y prosiguiendo su relato dijo luego el malvado:

–Entréme yo entonces en el hueco del ídolo y, a impulsos de mi ignorancia y falta de juicio y menosprecio del poder de Soleimán, contestéle a la invocación del monarca con las siguientes frases rimadas:

–No me arredra Soleimán
por grande y fuerte que sea,
que a todo estoy prevenido,
y en cuanto a venir se atreva,
lo fulminaré en el acto
y lo trocaré en pavesas.

Luego que oyó el rey aquellas palabras sintió su corazón fortalecido y se aprestó a combatir con Soleimán, el profeta de Alá (sea sobre él la paz).

Y al presentarse ante él el enviado de Soleimán asestóle un doloroso golpe y lo hizo objeto de toda clase de desatenciones.

Tornó, pues, el emisario junto a Soleimán y le contó todo lo que había tenido que soportar.

Y al oír aquello el Profeta de Ala, Soleimán (sobre él la paz), levantóse en el acto y convocó a sus tropas de genios y de hombres y fieras y pájaros y reptiles, y mandóle a su visir Ad-Dimiryat, rey de los *chinnes*, que reclutase a todos los genios y *efrites*, y Dimiryat hizo una leva, logrando reunir seiscientos millones de demonios feroces.

Y, además, también por orden de Soleimán, su visir Asaf-ben-Berajiyah reclutó un ejército de hombres en número de un millón o más.

Y a todos esos guerreros proveyólos Soleimán (sobre él sea la paz) de armaduras y cabalgaduras, y luego el profeta de Alá subióse en su almofalla y remontó el vuelo por los aires en tanto por debajo de él marchaban sus cuatropeas y volaban los volátiles a la cabeza, y así fueron avanzando hasta que a la isla del monarca rebelde llegaron y la rodearon, y era tan numerosa aquella tropa que llenaba la tierra toda.

Aterrizó luego el rey Soleimán (sobre él la paz) en la ínsula y despachóle a nuestro rey un heraldo, con el siguiente recado:

«Heme aquí ya y de nuevo te intimo que desistas de tu arrogancia y hagas lo que antes te ordenara, pues, de lo contrario, te haré por la fuerza doblar la cerviz y prestarme obediencia, pues ya sabes que Alá (bendito y loado sea por toda una eternidad) puso a los vientos bajo mi mano y les ordenó que me llevasen hasta ti sobre mi mágico tapiz y estoy dispuesto a hacer contigo un escarmiento que a los demás sirva de ejemplo, como no rompas tu ídolo y no digas conmigo: "No hay más *ilah* que Alá y Soleimán es el profeta de Alá!"»

Fue el enviado hasta nuestro rey y transmitióle el mensaje de Soleimán, el profeta de Alá (sobre él la paz). Y nuestro rey le contestó con insolencia:

–Di a tu soberano que no estoy dispuesto a obedecer su mandato. Y anúnciale que ahora mismo salgo a su encuentro, en campo abierto.

Tornó el emisario a Soleimán (sea sobre él la paz) con la respuesta del rey del mar.

Y en el acto Soleimán (sobre él sea la paz) pasó a juntar a todos los genios que acataban su poder y que eran

miriadas, y también a todos los precitos y satanases malditos, que tenían sus guaridas en las islas del mar y en las montunas cimas.

Mandó el rey también abrir sus arsenales de armas y las distribuyó entre sus gentes, apercibiéndose al combate inminente.

Y Alá tomó la defensa de Soleimán (sea sobre él la paz) y aquel ordenó sus huestes y ordenó a sus animales monteses que en dos filas se repartiesen a la derecha y a la izquierda del grueso de su ejército, y mandó a sus aves que en las islas se aposentasen, y, que al empeñarse el combate, con los picos les sacasen los ojos a los enemigos y con sus alas les azotasen las caras, y ordenó a las fieras que en sus corceles hiciesen presa.

Y todos, al oír sus mandatos, respondieron en el acto:

–Oír es obedecer, ¡ye rey nuestro, ye profeta de Alá! Sea contigo la paz.

Sentóse luego Soleimán en su trono de alabastro, incrustrado de pedrería y forrado de oro rojo, y mandóle al viento que lo remontase y puso a su visir Asaf-ben-Berajiyah y a los reyes de los hombres a su diestra, y a su visir Ad-Dimiryat y a los reyes de los genios a su siniestra, y colocó al frente a las fieras y las víboras y las serpientes.

Y acto seguido, arremetieron todas aquellas huestes contra nuestro ejército y nosotros les hicimos frente y entablóse una batalla que duró dos días, en una ancha almidana; pero al día, el tercero, flojearon nuestras tropas y cayó sobre nosotros el desastre y cumplióse la sentencia que Alá había dictado en contra nuestra.

Y dizque el primero en cargar contra las tropas enemigas fui yo, al frente de mis huestes, y les ordené a mis guerreros:

–Estaos aquí quietos y no os mováis, que voy a destacarme y retar a Ad-Dimiryat a singular combate.

Y hete aquí que Ad-Dimiryat aceptó el desafío y salió a la palestra tal que parecía un volcán, echando fuego y humo, y lanzó sobre mí un cometa llameante; solo que yo desvié el cuerpo y evité que me achicharrase.

Y luego, a mi vez, disparéle a él una llamarada que le acertó, solo que con su flecha paró el golpe, y dio un alarido tan tremendo que a mí me pareció que se venían abajo los cielos y las montañas temblaban de miedo.

Dioles luego Soleimán (sobre él sea la paz) orden a sus tropas de acometerme todas a un tiempo, como así lo hicieron, y nosotros también cargamos sobre ellas en el acto, armando gran grita y algazara, y elevóse el fuego, y el humo remontóse a los cielos, y los corazones corrieron riesgo de rajarse de miedo.

Púsose en pie la guerra y las aves y los genios alados combatían en los aires y en la tierra los animales, hasta que empezaron a flaquear los nuestros y a ceder terreno.

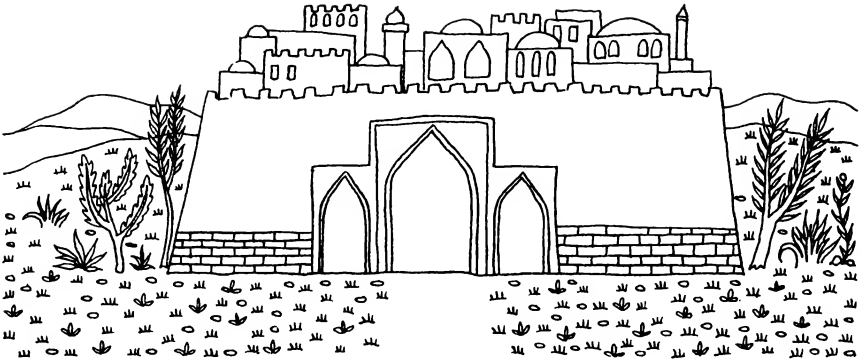
Y el rey Soleimán (sobre él la paz) lanzó un grito de trueno a los suyos, diciendo:

–¡Coged a ese réprobo de mal agüero e infligidle un escarmiento!

Cargaron con nueva furia genios y hombres contra hombres y cayó en la refriega nuestro rey y vinimos a ser todos botín de Soleimán, el profeta de Alá (sobre él sea la paz) [15].

Cuanto a mí, eché a huir, y corriendo anduve por espacio de tres meses, perseguido de Dimiryat, el cual me cogió, al fin, y me llevó a presencia de Soleimán (sobre él la paz), y este ordenó que me pusiesen como veis.

[15] Roso de Luna piensa que se trata en este episodio de la gran catástrofe que sumergió la fabulosa Atlántida; pero por la intervención de Soleimán parece más bien un eco de la supuesta expedición guerrera del gran rey hebreo contra los idólatras etíopes de que, inspirándose en fuentes talmúdicas, habla Mahoma en el *Corán*, sura XXVII, *An-Naml* (la hormiga).



HISTORIA DE LA CIUDAD DE AZOFAR

(Noches 340 a 344)

Tengo entendido, *¡ye* monarca, el afortunado!, que el genio que estaba encerrado en el hueco de aquella columna contóle al *scheij* Abdu-z-Zámad toda la historia de su desventura y todos, al escucharle, quedaron hondamente maravillados y el emir Musa exclamó:

–No hay más Dios que El Dio. En verdad, que un gran poder a Soleimán concedió.

Y el *scheij* Abdu-z-Zámad encaróse con el genio y le dijo:

–¡Oye tú! Quisiera preguntarte una cosa.

–Pregunta lo que quieras–respondió el precito.

Y el *scheij* le dijo:

Pero al llegar aquí sorprendió a Schahrasad la mañana y puso tasa a sus descomedidas palabras.

Y LA NOCHE 340 SIGUIO DICIENDO LA MUCHACHA:

–Ha llegado a mis oidos, *¡ye* monarca, el afortunado!, que el *scheij* le dijo:

–¿Hay por estos aledaños algunos de esos *alifrites* que permanecen cautivos en ollas de azófar desde los tiempos de nuestro señor Soleimán? (sea sobre él la paz).

Y el genio le respondió, diciendo:

–Cierto que sí los hay, y no pocos, no lejos de aquí, en el mar de Al-Kerker, en cuyas riberas vive un pueblo del linaje de Noh (sobre él sea la paz), pues el diluvio no llegó hasta allá y desde entonces ese pueblo vive aislado de todos los hijos de Adán.

Y Abdu-z-Zámad tornóle a preguntar:

–¿Y cuál es el camino que conduce

a la Ciudad de Azófar y el lugar donde están esas ollas de Soleimán y qué distancia media de aquí a allá?

Y el *efrit* le respondió:

—A la mano está, como aquel que dice, y ahora te voy a decir el camino que debes seguir.

Y el *efrit* indicóle al *scheij* Abdu-z-Zámad el camino que debía seguir para llegar al sitio adonde quería ir.

Dejaron, pues, al réprobo y reanudaron la marcha y fueron cabalgando hasta que a lo lejos columbraron un gran bulto negro y en él dos columnas de fuego, fronteras, y el emir Musa, al verlas, dijole al *scheij* Abdu-z-Zámad:

—¿Qué será ese bulto negro con esas dos columnas de fuego?

Y el *scheij* le respondió, diciendo:

—¡Alégrate, *ye* emir, porque esa que ahí ves es la Ciudad de Azófar, según la describe el *Libro de los tesoros ocultos,* que traigo conmigo. Y son sus muros de piedra negra y tiene dos torres de bronce de Al-Andalus, que quien las ve de lejos tómalas por dos fuegos gemelos, y de ahí el nombre de Ciudad de Azófar con que se la nombra.

Siguieron luego avanzando hasta que se acercaron a la ciudad, y entonces advirtieron que era semejante a una montaña o a una masa de hierro vaciada en un molde y que era inexpugnable por la altura de sus muros y sus baluartes, y que nada tampoco podía compararse con la hermosura de su fábrica y su buena disposición y traza.

Apeáronse los viajeros de sus cabalgaduras y buscaron el lugar de entrada a la ciudad; pero no lograron descubrir ninguna puerta ni indicio de ella, y dizque había veinticinco, solo que ninguna de ellas era visible desde fuera.

Y el emir le dijo al *scheij:*

—Mira, *scheij* no veo ninguna puerta de entrada a la ciudad.

A lo que respondióle el *scheij* Abdu-z-Zámad:

—Así lo dice mi *Libro de los tesoros ocultos:* «Veinticinco puertas tiene por cierto, pero todas se abren desde dentro.»

—Y siendo así—observó el emir—¿cómo haremos para entrar en la ciudad y sus prodigios contemplar?

A lo que Táleb contestó:

—¡Proteja Alá al emir y le dé su bendición!

Por lo pronto, lo mejor será que hagamos alto aquí y descansemos dos o tres días y así tendremos tiempo para idear algún ardid que, si quiere Alá, ya nos inspirará el medio de llegar a la ciudad y en ella penetrar.

Mandó luego el emir Musa a uno de sus criados que montase en un camello y saliese a dar una batida por aquellos contornos a ver si descubría algún indicio de puerta y él, en tanto, mandó plantar las tiendas para acampar en ellas.

Salió el explorador acto seguido y estuvo cabalgando sin parar dos días consecutivos, y pudo comprobar que aquellas murallas formaban un bloque compacto, sin la menor brecha ni resquicio que dejase paso, y al tercer día volvió al campamento, desalentado, con la noticia.

Y le dijo al emir:

—El lugar de más fácil acceso a la ciudad es este en que estás.

Tomó entonces el emir Musa a Taleb-ben-Sahl y al *scheij* Abdu-z-Zámad y en su compañía trepó por un monte, que dominaba la medina, y, luego que llegaron a su cima, vieron una ciudad tan grande como nadie la viera igual, y eran sus alcázares elevados y sus cúpulas eminentes y estaban sus contornos poblados, y corrían por ella los ríos y mostrábanse sus árboles frutecidos.

Tenía aquella ciudad puertas fortificadas, pero en su interior no se advertía signo de vida; ningún rumor se oía ni hombre alguno se veía; solo el búho silbaba en sus mansiones y solo la

corneja y el cuervo anidaban en sus calles y plazas y almuzaras [1], y aquellas aves agoreras parecían llorar por los antiguos moradores de la ciudad.

Detúvose asombrado el emir Musa y lloró también al ver aquella soledad imponente y aquel vacío absoluto de gente.

Y exclamó:

–¡Loado sea Aquel que no está sujeto a las mudanzas de los tiempos ni a las vicisitudes de la suerte, Aquel que creó la creación con su poder y no está sujeto al imperio de la suerte!

Y estando así el emir, loando a Alá (el grande, el lleno de majestad) hubo de volver los ojos a cierta parte de la ciudad y reparó en que había allí siete lápidas de mármol blanco, que desde lejos despedían destellos claros.

Y acercóse el emir a aquellas lápidas y pudo ver que tenían grabadas unas palabras.

Mandó luego al *scheij* que se las leyera y el *scheij* se acercó a ellas y un rato las estuvo mirando y considerando y, por fin, se las descifró al emir.

Y contenían aquellas lápidas sendas advertencias y avisos saludables para los prudentes mortales, y en la primera de ellas había escrito lo siguiente en lengua griega y en arcaicas letras:

«¡*Ye* hijo de Adán! ¿Qué es lo que te induce a vivir en esa indolencia y ese olvido de Alá, cual si tus días y tus años nunca se hubieran de acabar?

»Por ventura, ¿no sabes que el sino, un día no lejano, te ha de ofrecer su copa amarga y sin remisión tendrás que apurarla?

»Vuelve, pues, en ti y mira por tu alma, antes que el sepulcro para ti se abra. ¿Dónde están ahora esos reyes tiranos que las naciones sojuzgaron y a los justos vejaron?

»¿Qué se hicieron de sus ejércitos y sus campamentos?

»En verdad, que Alá es el que pone fin a los goces y dispersa las reuniones y reduce a polvo las moradas y mansiones.

»Y Alá los trasladó de los amplios alcázares a la estrechez de los nichos sepulcrales.»

Y al pie de la lápida había escritos los siguientes versos:

«¿En dónde están ahora esos monarcas
que antaño dominaron? ¿Dónde están?
¿Cómo fue que dejaron sus palacios
y a las tumbas se fueron a morar?
De sus malas acciones rehenes eran
y tuvieron su deuda que pagar.
De nada les sirvieron sus ejércitos;
no pudieron librarlos ni salvar.
Ni de nada tampoco sus riquezas;
su vida no pudieron rescatar.
¡Que cuando Alá pronuncia su sentencia
y dice una palabra, ya no hay más!» [2]

Echóse el emir Musa a llorar al oír aquello con tanta vehemencia, que las lágrimas incontenidas rodábanle por las mejillas.

Y con íntima unción, exclamó:

–En verdad, que la renuncia al mundo es lo más acertado y lo más sensato.

Y acto seguido pidió tintero y papel y copió en él lo que el *scheij* Abdu-z-Zámad leyera en la lápida, la primera.

Llegóse luego el *scheij* a la segunda lápida y halló grabadas en ella las siguientes palabras:

«¡*Ye* hijo de Adán! ¿Qué es lo que te hace apegarte al presente y olvidarte del plazo inminente?

»Por ventura, ¿no sabes que el mundo está girando de continuo y que nada de lo que encima lleva puede prometerse estabilidad ni permanencia?

»Fíjate, si no, bien en él y abre los ojos y dime después: ¿qué fue de los reyes que gobernaron el Irak y señorearon la vastedad?

[1] Paseos. Del árabe *Muzara*.

[2] Suprimido en la edición de Bulak.

»¿Qué se hizo de aquellos que habitaron en Izfahán y en las tierras de Jorasán? [3]

»Llamólos el pregonero del sino y ellos le respondieron y, a su vez, acudieron.

»Llamólos el pregonero de la destrucción, y ellos acudieron a su vez.

»De nada les sirvieron los alcázares que labraran y fortificaran ni tampoco los tesoros que reunieran y allegaran.» Y al pie de la lápida había escritos los siguientes versos [4]:

«¿Dónde están esos hombres que labraron
esas murallas y fortificaron?
Tropas reunieron contra el Sino hostil,
y contra él de nada le pudieron servir.
¿Dónde se fueron los soberbios reyes
que al mundo entero le dictaban leyes
y tras fuertes murallas se amparaban?
Se fueron al sepulcro y ahora nada
queda de ellos, y viene a ser lo mismo
¡que si jamás hubieran existido!»

Sorprendió aquí a Schahrasad la aurora y atajó el curso de sus palabras encantadoras.

Y LA NOCHE 341 REANUDO SU RELATO EN ESTA FORMA:

–Ha llegado a mi noticia, *¡ye* monarca, el afortunado!, que el emir Musa se acercó luego a la lápida, la tercera, y encontró lo siguiente escrito en ella:

«*¡Ye* hijo del hombre! El amor al mundo te domina y de las cosas de tu Señor te olvidas y van pasando los días de tu vida, dándote tú por contento y satisfecho con eso.

»Pero anda y apercibe el viático para el día de la cita y dispónte a responder de tus actos entre las manos del Señor, de todos Soberano.»

Y al pie de la lápida había escritos los siguientes versos:

«¿Qué se hicieron los reyes orgullosos
de Al-Hind y As-Sind, que antaño dominaban
el mundo a su capricho,
que impusieron su yugo a tantos pueblos,
y dictaron sus leyes arbitrarias
al etíope, al nubio, al abisinio?
Si lo quieres saber a los sepulcros
interroga, que ellos ahora guardan
sus míseros vestigios.
Asestóles la muerte el golpe fiero
y en el polvo rindiólos, pese a todo
su enorme poderío [5].»

Echóse a llorar el emir Musa y se acercó a la lápida, la cuarta, y leyó en ella estas palabras:

«*¡Ye* hijo de Adán! No te engatusen ni embauquen tus días y tus noches y sus horas de diversión e indolente expansión.

»Y sabe que la muerte te acecha y sobre tus hombros se asienta.

»Cada uno de tus días luego pasa; y tu mañana, amanece; y tu tarde, atardece; y tu plazo, decrece.

»Prepárate, pues, contra su acometida y ármate de valor para recibirla, pues te va arrebatando poco a poco tu vida y abreviando tus momentos de alegría.

»Oye, pues, mi palabra y vuélvete hacia Aquel que es el mejor de los valedores y protectores y ten presente que en este mundo no hay nada consistente.

[3] La denominación persa forma un capítulo de la historia de Egipto, bajo Cambises.

[4] La edición de Bulak omite estos versos. Notemos, de pasada, la semejanza de tono y expresión de estas elegíacas rimas con las del español Jorge Manrique, inspiradas en las del poeta árabe, de Ronda, Abu-l-Beká.

[5] Suprimido en la edición de Bulak.

»Que es el mundo, en verdad, al modo de esa casa que se teje la araña [6].»

Y al pie de la lápida leíanse los siguientes versos:

«¿Qué se hizo de aquellos que estas altas
murallas tan ingentes levantaron?
¿De estos grandes castillos los señores,
adónde se marcharon?
A la tumba se fueron y allí aguardan
ese terrible día, en que es forzoso
que den cuenta de todos sus pecados
al Juez inexorable y poderoso.
Todo en el mundo pasa fugazmente;
sólo perdura Aquel que nunca muere.»

Luego que oyó el emir Musa la lectura de aquellos versos sintió tal emoción que se desmayó, y, al volver en sí, maravillóse hasta más no poder y copió aquellos versos en un papel.

Llegóse luego a la lápida, la quinta, y he aquí que en ella había grabadas las siguientes palabras:

«¡*Ye* hijo de Adán! ¿Qué es lo que te distrae de la obediencia al Creador y autor de tu existencia?

»¿De Aquel que te crió cuando eras menor y te alimentó luego que te hiciste mayor?

»Ingrato eres para sus bondades y mercedes y eso que El por ti mira siempre y sobre ti el velo de su protección tiende.

»Haz cuenta que por fuerza ha de llegar para ti una hora más amarga que el acíbar y más ardiente que las ascuas encendidas.

»Apercíbete, pues, contra ello, porque ¿quién podría entonces endulzar su amargor o templar su ardor?

»Piensa en los pueblos y los fuertes guerreros que antes que tú fueron y escarmienta en ellos.»

Y al pie de la lápida leíanse los siguientes versos:

«¿En dónde están ahora los soberbios
señores de la tierra en otro tiempo?
En los sepulcros yacen indefensos,
de sus potentes tropas a despecho.
Humildes yacen los que sometieron
y humillaron antaño a tantos pueblos.
Una sola palabra de los cielos
bastó para en el polvo dar con ellos.»

Maravillóse el emir al escuchar aquellos versos y se dio prisa a copiarlos en su cuaderno, y después acercóse a la lápida, la seisena, y dizque había escrito lo siguiente en ella:

«¡*Ye* hijo de Adán! No imagines que tu seguridad ha de durarte siempre y recuerda que llevas el sello de la muerte sobre tu mollera. ¿Qué se hizo de tus padres y de tus hermanos y de tus amigos y de tus seres queridos?

»Fuéronse todos al polvo de las tumbas y comparecieron ante el Glorioso, el Perdonador, el Misericordioso, como si jamás hubiesen comido ni bebido, y rehenes son ahora de los que antaño hubieran merecido.

»¡Piensa, pues, en ti mismo, antes que se abra para ti la huesa, hombre aturdido!»

Y al pie de la lápida, había escritos los siguientes versos:

«¿Dónde los reyes están
de los francos de otro tiempo?
¿Dónde aquellos que de Tingis [7]
poblaron los vastos yermos?
Escritas sus obras todas
en ese libro estuvieron,
que en el día del Juicio
habrá de abrirse, de cierto.»

Luego que el emir Musa hubo escuchado aquellos versos quedóse maravillado y los copió en su cuaderno. Y exclamó:

–No hay más Dios que El Dio. ¡*Ye* y qué piadosos eran estos pueblos!

[6] Símil que emplea Mahoma en su *Corán*, sura XXIX, *Al-Ankabuts* (La Araña), versículo 40: «Los que toman a otro que Alá por señor son semejantes a la araña que se labra casa y la casa más liviana es la de la araña.»

[7] Alusión a la Tingitania. La edición de Bulak suprime este paso.

Aproximóse después a la lápida, la setena, y he aquí que había grabadas en ella las siguientes palabras:

«¡Gloria a Aquel que predeterminó la muerte para cuanto creó!, ¡al único viviente, al que nunca muere!

»¡*Ye* hijo de Adán! No te dejes engañar de tus horas y tus efímeros deleites, y no olvides nunca que ha de sobrevenirte la muerte, y a ti llegará y en tus hombros se montará.

»Apercíbete, pues, a su acometida y prepárate para su embestida.

»Lo que fue de mí será también de ti, y tú derrochas la dulzura de tu vida y los deleites de tus horas.

»Presta, pues, oído a lo que te digo y pon tu confianza en el Señor de los señores y no olvides que nada es estable en este mundo y que todo lo suyo viene a ser como esa tela que teje la araña y que le sirve de mortaja.

»¿Dónde está aquel que echó los cimientos de Amid [8] y la labró y edificó también Farikin [9] y lo levantó?

»¿Dónde los pueblos que poblaron esas plazas fuertes y las habitaron?

»Eclipsóse su poder y su fuerza y pararon en la huesa.

»Llevóselos la muerte y también a nosotros nos ha de llevar y a las tumbas nos hará bajar.

»¡Que sólo Alá es el que vive siempre y nunca muere!»

Echóse a llorar el emir Musa y copió en su cuaderno aquellas sentencias.

Y después bajó del alcor y se reunió con sus huestes y dizque, a sus ojos, achicárase el mundo con ser tan anchuroso.

Y todo lo demás de aquel día pasólo el emir descansando y rabinando en el modo de penetrar en la ciudad. Hasta que le dijo a su visir Táleb-ben-Sahl:

–¿Qué astucia idearíamos para poder entrar en la ciudad y ver las maravillas que sin duda contiene? Acaso halláramos en ella algo que ofrecerle al emir de los creyentes.

–¡Prolongue Alá la vida del emir! –exclamó Táleb-ben-Sahl–. Yo por mí propongo que hagamos una escala y subamos por ella, pues acaso así podamos llegar por dentro a la puerta.

–Lo mismo pienso yo–dijo el emir Musa–, y apruebo por acertada tu proposición.

Mandó llamar acto seguido el emir Musa a los carpinteros y los herreros y les encargó que cepillasen e igualasen unas tablas e hiciesen una escala, con planchas de hierro reforzada.

Pusieron luego los obreros manos a la tarea y emplearon un mes entero en ella.

Luego que estuvo terminada la obra vinieron los soldados y cogieron la escala y la aplicaron a la muralla, resultando tan justa y adecuada como si antes de eso ya fuera utilizada.

Y el emir Musa, al comprobarlo, exclamó maravillado:

–¡Qué Alá os bendiga, pues habéis puesto en vuestra obra toda vuestra artesanía!

Y, volviéndose a sus gentes gritó el emir Musa con voz fuerte:

–¿Quién de vosotros se atreve a subir por esta escala hasta llegar a lo alto de la albacara y recorrerla y descolgarse por ella, hasta caer dentro de la ciudad, y observar bien la puerta y ver el modo de abrirla por dentro, para que pase el ejército?

–¡*Ye* emir respetable!–exclamó uno–. Yo me brindo a subir por la escala y descolgarme luego y abrir la puerta por dentro.

–Pues bien–dijo el emir–, anda y hazlo así, y que Alá te dé su bendición y corone tu buena intención.

Trepó acto seguido el hombre por la escala, hasta llegar a su extremo, y, después que estuvo en lo alto del muro,

[8] En la *Diyar-bekr* o Diarbekir de los árabes o Kara Amid de los turcos, en la Mesopotamia.
[9] Mayyafarikin, ciudad del Diyarbekir.

se empinó y miró abajo a la ciudad y concentró su atención en un punto fijo y luego batió palmas y exclamó:

–¡Por amor de Alá, que eres linda de verdad!

Y, así diciendo, tiróse de cabeza abajo y el emir Musa, al verlo, lanzó un grito, y exclamó:

–¡Por Alá, que es hombre muerto!

Pero en seguida llegósele al emir otro de sus hombres y le dijo:

–¡*Ye* emir! Ese que se tiró de la albacara era un loco y, sin duda, tomóle la locura y lo mató. Pero déjame subir ahora a mí y os abriré la puerta de la ciudad, si es voluntad de Alá.

–Sube, pues–díjole el emir–, ¡y Alá sea contigo! ¡Y cuida de no perder la cabeza como le pasó a tu compañero!

Subió, pues, el hombre por la escala y llegó a lo alto de la muralla; pero no bien lo hiciera, cuando se echó a reir con todas sus veras, diciendo:

–¡*Ye* qué gusto, qué gusto!–y batiendo palmas, tiróse de cabeza abajo a la ciudad y en el acto murió.

Y el emir Musa, al ver aquello, exclamó:

–Si tal hace el juicioso ¿qué podemos esperar del loco? En verdad, que si dejamos hacer esto a todos nuestros amigos nos quedaremos solos y no lograremos nuestro propósito ni podremos satisfacer el deseo vehemente del emir de los creyentes. Levantemos, pues, el campo sin tardar y no nos preocupemos más de esa ciudad.

Pero al oírlo el *scheij* Abdu-z-Zámad le dijo:

–En verdad que esta empresa solo a mí está reservada, porque el experto no es como el inexperto.

A lo que le dijo el emir:

–Eso no harás ni yo te lo consentiré, porque, si tú sucumbes, pereceremos luego todos hasta el último de nosotros, ya que tú eres nuestro guía y sin ti no podríamos salir de aquí.

Pero el *scheij* le respondió al emir:

–¡No pases temor, que puede que esta empresa me esté reservada a mí, por voluntad del Señor!

Mostráronse todos de acuerdo en que debían dejarlo subir a la muralla y entonces el *scheij* se levantó y, cobrando ánimos, exclamó:

–¡En el nombre de Alá, el piadoso, el apiadable!

Después de lo cual subió por la escala, sin dejar de invocar a Alá (loado sea por una eternidad) y de recitar la aleya de la salvación, hasta que llegó a lo alto de la muralla y allí se empinó y batió palmas y se puso a avizorar el interior de la ciudad.

Gritáronle desde abajo los demás:

–¡*Ye scheij* venerable, no te arriesgues ni hagas como el de antes!

Pero el *scheij* Abdu-z-Zámad se echó a reir y, sentándose sobre la muralla, estúvose allí una hora larga, invocando a Alá (loado sea su nombre por toda una eternidad) y recitando aleyas de salvación, hasta que al fin se levantó y, con voz estentórea, clamó:

–¡*Ye* ilustre emir! No paséis temor por mí, que Alá, el poderoso, el lleno de majestad, apartó de mí los lazos del schaitán y me libró de su astucia y perversidad, por la virtud de la fórmula venerable. ¡En el nombre de Alá, el piadoso, el apiadable!

–¿Qué es lo que viste desde ahí? –preguntóle desde abajo el emir.

–He visto–respondió el *scheij*–diez doncellicas que parecían diez lunas magníficas, las cuales me llamaban con sus vocecitas [10].

Pero al llegar aquí sorprendió a Schahrasad la mañana y puso dique a sus desbordadas palabras.

[10] Devas o Pavikas de la cosmogonía parsi, llamadas también «drujas», monstruos femeninos, al servicio de Anro Manyu, destinados a seducir con su hermosura a los creyentes en el dios bueno, Ahura-Mazda. Abdu-z-Zámad resiste a sus reclamos, recitando versículos del santo *Co-*

Y LA NOCHE 342 SIGUIO DICIENDO LA MUCHACHA:

–Ha llegado a mis oídos, ¡*ye* monarca, el afortunado!, que el *scheij* Abdu-z-Zámad díjole al emir Musaben-Nozeir:

–Cuando subí a lo alto de la muralla vi desde allí diez muchachas de tal hermosura que parecían otras tantas lunas y con sus dedos me hacían señas como diciendo: «Anda y ven a nuestro encuentro.» Y parecióme a mí cual si bajo mis pies tuviera un mar, y al pronto me entró el impulso de arrojarme a él de cabeza, como hicieran mis compañeros; pero me contuve, porque los vi allí muertos. Y en vez de lanzarme desde la muralla, me puse a recitar azoras alcoránicas y aleyas del Libro de Alá (loado sea por toda una eternidad), y Alá, al punto, me desató de sus nudos e hizo que me dejaran y desaparecieran aquellas hechiceras.

No se arrojó, pues, el *scheij* Abdu-z-Zámad desde la muralla, sino que siguió caminando por ella hasta que llegó a las dos torres de bronce y, al observarlas de cerca, pudo ver que tenían de oro las puertas, pero sin cerradura ni indicio de abertura alguna.

Quedóse el *scheij* parado delante de la puerta y la examinó con más detención, y entonces advirtió que en su centro mostraba la figura de un jinete, toda de bronce, y extendido el brazo como si quisiera indicar algo y pendiente de su mano un cartelito, con unos signos escritos.

Y el *scheij* Abdu-z-Zámad leyó el cartelito y vio que contenía este aviso:

«¡*Ye* tú, que hasta aquí lograste llegar; si quieres entrar en la ciudad, aprieta doce veces el resorte que el jinete tiene en su ombligo, y la puerta se abrirá sin que sea menester nada más.»

Examinó el *scheij* Abdu-z-Zámad el ombligo del caballero y advirtió en él un clavo muy ahincado; oprimióle doce veces y en el acto abrióse la puerta como por ensalmo, armando, al abrirse, un fragor tal como el trueno de tempestad.

Y entróse por la puerta el *scheij* Abdu-z-Zámad, el cual era un hombre excelente y sabio, que conocía todas las lenguas y todos los escritos arcanos.

Entró el *scheij* por aquella puerta y fue andando hasta llegar a un gran atrio y, bajando una escalinata que había a su final, encontróse en un lugar donde había un largo banco, sobre el que se veían muchos cadáveres, con sus cascos en la cabeza, y a su lado las espadas afiladas y las ballestas tensas y las buidas saetas.

Había también detrás de la puerta un pilar de hierro y una tranca de madera y cerraduras primorosas y todo lo atinente a estas cosas.

Al ver aquello díjose el *scheij* Abdu-z-Zámad para sus adentros: «Puede que las llaves de estas cerraduras las tengan esos muertos.»

Fijó en ellos la vista y reparó lo primero en un *scheij* que parecía el capitán de todos ellos, pues descansaba

ran, seguramente la sura CXIII, titulada *Al-Falak* (La alborada), que dice así: 1.º «Me refugio en el señor de la alborada. 2.º Contra el mal que creó. 3.º Contra la noche cuando llega. 4.º Contra el mal de las que soplan en los nudos, y 5.º Contra el mal del envidioso, cuando envidia.»

«Los que soplan en los nudos» son las hechiceras y encantadoras, que tienen pacto con las pairikas que aquí tratan de seducir a Abdu-z-Zámad.

en un banco más alto que el de los otros muertos.

«Es posible–pensó el *scheij* Abdu-z-Zámad–que ese *scheij* sea el que las llaves tenga, que por las trazas bien pudiera ser el portero de la ciudad y tener a los otros bajo su potestad.»

Acercóse más el *scheij* Abdu-z-Zámad y levantó las vestiduras del difunto y halló, efectivamente, las llaves que buscaba, de su faja pendientes.

Holgóse mucho de ello el *scheij* Abdu-z-Zámad y, tomando las llaves con presteza, dirigióse a la puerta y abrió la cerradura y quitó la tranca y apartó los obstáculos que la guardaban, hasta que la puerta cedió y, con un fragor de trueno, se abrió.

Que tal era de grande y recia y tal eran de fuertes sus alamudes y defensas.

Engrandeció luego el *scheij* Abdu-z-Zámad a Alá y engrandeciéronle también los demás, y se holgaron y regocijaron, y el emir Musa, en particular, celebró mucho que el *scheij* Abdu-z-Zámad regresara a ellos con felicidad, después de franquearles la puerta de la ciudad, y diole las gracias con toda sinceridad.

Diose prisa luego el ejército a entrar en la ciudad, por la puerta que les abriera el *scheij* Abdu-z-Zámad, y el emir Musa, al ver aquello, gritóles a sus tropas, diciendo:

–¡No os precipitéis a entrar todos de una vez, que aún muchas cosas nos pueden suceder! Preferible será que entre una mitad primero y luego el resto.

Dicho que hubo aquello entró por la puerta el emir Musa, llevando consigo la mitad de sus hombres, los cuales llevaban a cuestas sus máquinas de guerra.

Y vieron, al entrar los soldados, los cadáveres de sus compañeros que al tirarse de la muralla se estrellaron, y diéronse prisa a enterrarlos.

Y vieron también a los porteros de la ciudad y a los servidores e introductores, tendidos sobre un tapiz sedeño, sin dar señal de vida, que no estaban dormidos, sino muertos.

Llegaron luego al zoco de la ciudad, que era grande y amplio, con unos edificios iguales y altos, de suerte que ninguno sobresalía del otro, formando desniveles, y estaban todas las tiendas abiertas, con sus almizanas colgadas y dispuestas y apercibidas las calderas, y los almacenes abarrotados de toda suerte de mercaderías y géneros, solo que los mercaderes yacían allí todos muertos.

Pasaron, pues, de largo y se dirigieron al zoco de los cambiantes, que también estaban todos muertos, y en torno a ellos se veían piezas de seda y otras preciadas telas, estando sus tiendas atiborradas de oro y plata.

Y pasaron de largo los soldados y se dirigieron al zoco de los drogueros y perfumistas, cuyas tiendas rebosaban de toda suerte de esencias fragantes y de almizclados aromas penetrantes.

Pues había allí abundancia de ámbar gris y alcanfor e incienso macho, en vasijas de marfil y abenuz, y madera de Jalanch y cobre de Al-Andalus, cuyo valor es igual al del oro, y muchas variedades de junquillo y caña de bambú.

Luego, al salir del zoco de los drogueros, encontraron, no lejos de él, un alcázar muy bien labrado y de primorosa traza, y pasaron a su interior y vieron allí banderas desplegadas y tizonas desenvainadas y arcos tensos y escudos sujetos de cadenas de oro y plata, y en los atrios de aquel alcázar vieron varios bancos de marfil chapado de oro puro, resplandeciente, y tendidos en ellos unos cadáveres, cuya piel ya se secara y a sus huesos se pegara.

Púsose al ver aquello el emir Musa a loar a Alá y ensalzarlo y santificarlo.

Observó luego atentamente el alcá-

zar y admiróse de su belleza y de lo bien que compaginaban todas sus piezas, y maravillóse de la perfección de aquella obra y de la buena armonía de su arquitectura y la profusión de piedrecillas verdes, incrustadas en las paredes, que daban la vuelta, formando esta leyenda:

«Repara bien, ¡*ye* hombre!, en lo que miras
y apercíbete a tiempo, a la partida.
Prepárate el viático de las buenas acciones,
y así no tendrás luego temores ni aprensiones.
Mira qué fue de aquellos que en la tierra pecatodos, sin excepción, su castigo llevaron. Iron;
¿Qué se hicieron sus regias coronas y sus cetros?
¿Sus espléndidos mantos, sus joyas y aderezos?
Se los tragó la tumba y ahora en el polvo yacen.
Y apenas si la gente ya de su historia sabe.
Comieron y bebieron y se holgaron sin par,
pero la tumba, luego, se los comió y en paz.»

Rompió a llorar el emir Musa al leer aquello con tal vehemencia y dolor, que se desmayó.

Luego que volvió en sí, mandó que le copiaran aquellos versos y se internó más en el palacio, con objeto de examinarlo.

Pero al llegar aquí sorprendió a Schahrasad la aurora y cortó el hilo de sus palabras fascinadoras.

Y LA NOCHE 343 PROSIGUIO SU RELATO EN ESTA FORMA:

–He llegado a saber, ¡*ye* monarca, el afortunado!, que el emir Musa se internó más en aquel palacio para examinarlo, y vio en él una gran sala, con cuatro alquivales fronteros, anchos y forrados de oro y plata y metales preciosos, de varios colores y traza.

Y en el centro de aquel patio había una gran fuente de surtidor, toda de alabastro, rematada por un dosel de brocado, y en cada uno de aquellos pabellones había un estrado y en su medio otra fuente de mármol y acequias por las cuales corrían las aguas a lo largo del piso e iban a unirse a un gran pilón de mármol variopinto.

Y el emir Musa dijole al *scheij* Abdu-z-Zámad:

–¡Entra con nosotros a ver esos alquivales!

Entraron luego todos y pudieron comprobar que el primero estaba lleno por entero de oro y plata blanca y aljófar y perlas preciadas.

Y pasaron después al segundo y lo hallaron repleto de armas y aprestos bélicos, de adargas doradas y agudas espadas y recias lanzas.

Y pasaron luego al tercero y halláronse en él con varias alacenas cerradas con llave y cubiertas con tapices bordados en oro, con variedad de adornos.

Y abrieron una de aquellas alacenas y vieron estar llena de armas damasquinadas, con incrustaciones de aljófar, oro y plata.

Y pasaron luego al cuarto y hallaron en él varias alacenas, y las abrieron y vieron estar llenas de piezas de vajilla y utensilios para comer y beber, todos de oro y plata; sotacopas de cristal valioso y raro, copas con incrustaciones de aljófar preciado y vasos de coral, amén de otras cosas más.

Procedieron a tomar de aquellas cosas cuanto quisieron y cada soldado cargó de ellas hasta donde se lo permitieron sus fuerzas.

Luego, al salir de aquella sala, encontráronse con una puerta de almafil y ébano, chapada de oro puro, que lanzaba vivos destellos.

Y delante de ella pendía un tapiz de seda, adornado con ricos bordados.

Y el alamud de la puerta era de

plata blanca y para abrirla era menester valerse del ingenio y la astucia, pues no tenía llave alguna.

Llegóse el *scheij* Abdu-z-Zámad a la cerradura y, gracias a su saber, valor y prudencia, abrióla con presteza y pasaron todos adentro, viniendo a encontrarse en un atrio de mármol, y a los lados de aquel atrio había tapices colgados con figuras de animales y aves, bordados en oro rojo y plata blanca, y los ojos de los animales eran de perlas y jacintos, cosa de maravilla, que dejaba suspenso el ánimo de quien lo veía.

Recorrieron el atrio y fueron a salir a una gran sala de tal riqueza que, tanto el emir Musa como el *scheij* Abdu-z-Zámad, quedáronse atónitos al verla, maravillados de su lujo y belleza.

Pasaron después a otra sala, toda ella de mármol pulido con incrustaciones de aljófar, y era su pavimento de tal tersura y eran aquellas losas tan claras, que al mirarlas, al pronto, parecían agua, y nuestros viajeros no se atrevían a pisarlas [11].

Por lo que el *scheij* Abdu-z-Zámad mandó echar a aquel suelo algo de peso para convencerse de que era sólido y recio, y visto que así era, ya se adentraron por la sala aquella y encontraron en ella una alcoba grande, labrada de recios sillares, chapados de oro rojo y rodeada de rejas primorosas con incrustaciones de sabarchadas y otras piedras preciosas tales como ningún rey del mundo jamás las tuvo ni ninguno de aquellos viajeros, que tanto habían visto, viera en su vida nada parecido.

Y había en el interior de aquella alcoba un dosel de paños recamados, sostenido por columnas de oro rojo, y los bordados de sus paños representaban pájaros, cuyas patitas eran de verdes esmeraldas, y debajo de cada ave veíase una red de perlas brillantes.

Y aquel dosel cobijaba una fuente de surtidor, labrada toda ella en marfil y coral y chapada de oro coruscante y a su lado veíase un lecho, realzado con profusión de perlas y rubíes y otras piedras, y a su lado se alzaba una columna de oro, muy airosa y esbelta.

Y en el capitel de dicha columna campeaba un pájaro, todo él de rojos rubíes, y que en su pico tenía una perla tal que brillaba como una estrella. Y en aquel lecho yacía una joven de hermosura tan sorprendente que parecía el sol resplandeciente.

Y era tal, y tan bella, que ninguno de nuestros viajeros viera nunca otra más estupenda, y vestía un traje todo de perlas brillantes y en su cabeza ostentaba una diadema de oro rojo y, a ella prendida, un velo de aljófar precioso; y ceñido a su garganta mostraba un collar de perlas raras, y de perlas también era su ceñidor y en cada uno de sus costados lucía una perla de tal fulgor que parecía el mismo sol.

Estaba la muchacha en tal actitud que parecía mirar y examinar con atención a los viajeros que hicieran irrupción en el aposento.

Y al ver el emir Musa a la joven aquella quedóse sumamente maravillado de su belleza y como que perdió la cabeza ante aquellas ascuas de sus mejillas y aquellas tinieblas de sus trenzas, y pensó que era criatura viva, siendo así que estaba muerta.

E inclinándose ante ella le dijo con mucha dulzura:

–Sea contigo la paz, ¡ye hermosa criatura!

Pero el *scheij* Táleb-ben-Sahl le dijo:

–¡Bendígate Alá! ¿Por ventura no sabes que esa joven está muerta y no

[11] Paráfrasis del versículo 44 de la sura XXVII, *An-Naml* (La hormiga), en que se describe la entrada de Belkis, la reina de Saba, en el salón del trono de Salomón. «Y le fue dicho a ella: –Entra en el salón–y cuando lo vio, pensó que era un piélago y se remangó dejando ver las pantorrillas.»

alienta el alma en ella y, por tanto, no te puede contestar a tu *selam?*

Y el emir Musa, al oír tales palabras, exclamó:

–¡Loado sea Aquel que destinó sus creyentes a la muerte!

Cuanto al lecho, que dijimos estaba sentada en él la muchacha, tenía unas gradas y a sus sendos cabos había dos esclavos, el uno negro y el otro blanco, y el uno de ellos tenía en su mano un instrumento de acero y el otro en la suya una espada, incrustada de perlas tan brillantes que cegaban los ojos del que las mirase. Y tenía también colgado un cartelón, en el que había grabados unos signos que decían:

«En el nombre de Alá, el piadoso, el apiadable.

»¡Loado sea Alá, el creador de los mortales, y el monarca de los monarcas y la causa de las causas!

»En el nombre de Alá, el perdurable, el eterno y sempiterno.

»¡En el nombre de Alá, que dicta su ley al sino y le confiere su poderío!

»¡*Ye* hijo de Adán! ¿Qué es lo que te hace ignorar la brevedad de tu ilusión y te distrae para que no te acuerdes de que tu plazo corre a su fin?

»¿Por ventura no sabes que estás destinado de antemano a la muerte y que esta un día vendrá por tu alma y se la llevará, sin que, por más que hicieres, lo puedas evitar?

»Anda, pues, hijo de Adán, y apercíbete para ese viaje, que no puede fallar, y haz para él, en este mundo tu viático de buenas acciones, que te puedan servir de provisiones.

»Ten presente que no has de tardar mucho en tener que abandonar este mundo.

»¿Quieres decirme, hijo de Adán qué fue de Abu-l-Baschrain, de Noh [12] y su linaje?

»¿Qué se hizo de los reyes y de los grandes, de los Jusraves y los Keisares?

»¿Qué fue de Karún y Hamán [13] y de Scheddad-ben-Aad?

»¿Dónde están ahora Kanan y Zu-l-Autad? [14].

»Fue sobre ellos el poder de Alá y el segador de vidas los segó y sus regiones asoló.

»¿Por ventura se prepararon su viático de buenas acciones y apercibieron su respuesta a las preguntas del Señor de señores?

»¡*Ye* tú que esto lees, por si no me conoces, yo te diré mi nombre y mi linaje: sabe, pues, que yo soy la hija de Amalaket [15], y que desciendo de los reyes buenos que gobernaron con equidad a sus vasallos y poseí lo que no poseyó jamás ningún otro soberano y goberné mi reino con equidad y administré a mis vasallos justicia imparcial, hasta que vino a llamar a mi puerta el emisario del destino y desató entre mis

[12] Abu-l-Baschrain (Padre de los carnes). Adam-Noh-Noé.

[13] Karún-Creso-Hamán, gran visir de Faraón, según el *Corán.*

[14] Zu-l-Autad, literalmente «el de los vergajos o las estacas», epíteto con que en el *Corán* se designa al Faraón de la *Biblia,* sura LXXXIX, *Al-Fachr* (La aurora), aludiendo, según unos, a la crueldad con que sus capataces trataban a los esclavos, y, según otros, a lo firmemente asentado de su imperio, con metáfora tomada de las estacas de que los nómadas se valen para afianzar sus tiendas. Por cierto que los gnósticos o sufíes rehabilitan la figura de Faraón, que en el *Corán* aparece como prototipo del déspota soberbio que osa equipararse a Dios, haciendo de él un personaje de la talla y el significado del Prometeo helénico y el Job hebraico, y en el hecho de proclamarse Dios ven el reconocimiento del origen divino del alma del hombre y la más noble aspiración a remontarse a él, innata en el espíritu de los mortales. Véase Sahib y Al-Gasali en el *Dabistán.*

[15] Amalaket o Amalek significa en el hebreo bíblico el que habita entre Egipto e Idumea *(Exodo, 17).* El nombre de la princesa Tadmurah es Termes en la edición de Bulak y suena a griego, lo cual nos daría otra pista helénica. Pero lo más discreto es admitir la convergencia de ambas líneas, griega y semítica. Los árabes (véase el P. Scheijo) suponían al Faraón bíblico descendiente de los amalecitas, y el episodio de

manos el nudo de las desgracias y las plagas, y sucedió que, por espacio de siete años seguidos, ni gota de lluvia tuvimos, de suerte que no verdeó planta alguna sobre la haz de la tierra y tuvimos que alimentarnos de nuestras reservas.

»Y luego que esas reservas se nos agotaron tuvimos que echar mano de nuestras reses y ganado y nos lo comimos todo con ansia, hasta no dejar nada.

»Llegado que hubimos a tal extremidad, mandé yo reunir todo mi caudal y en balanzas lo hice pesar y se lo entregué a hombres de mi confianza, encargándoles que recorrieran todos los países de la tierra y todas las naciones de ella en busca de alimento, y lo que encontrasen nos lo trajeran.

»Mas no encontraron nada y tornaron, después de una ausencia larga, con las manos vacías y el dinero intacto, por no haber encontrado en qué gastarlo.

»Mandé yo entonces reunir nuestros tesoros y guardarlos y cerrar las puertas de la fortaleza de nuestra ciudad y nos entregamos al juicio de Alá y nos pusimos en manos del Soberano, y, después de eso, nos dejamos morir, como estás viendo.

»Y dejamos tras de nosotros todos nuestros bienes y todos nuestros tesoros.

»Y esto, ¡*ye* hijo de Adán!, fue todo. Evaporóse la esencia y solo queda la huella.»

Miraron luego los viajeros al pie del cartel y leyeron los siguientes versos escritos en él:

«Hijo de Adán, no dejes que el engaño
y la ilusión te cieguen; ten en cuenta
que todo cuanto adquieras en el mundo
que algún día lo abandones será fuerza.
Por los vanos placeres pasajeros
te afanas, y no piensas que tú eres
pasajero y fugaz lo mismo que ellos.
Recuerda cuál la suerte fue de quienes
antes que tú hollaron esta tierra;
todos fueron de paso, se perdieron
y apenas si dejaron una huella.
Por allegar tesoros, la justicia
atropellaron sin reparo alguno,
y pensaban gozar eternamente
de ellos en este mundo.
Mas les llegó su plazo y presentóse
el sino inexorable en sus moradas,
y de nada valióles su riqueza
ni el valor de sus tropas esforzadas.
Sus palacios dejaron y a la huesa
bajaron, encogidos, a habitarla,
en tanto venían otros a asentarse
en sus desiertas casas,
antaño defendidas por cerrojos
e inexpugnables puertas atrancadas.
Ahora el extraño en ella libremente
entra y arrambla con lo que allí encuentra,
sin que ya salga nadie a disputarle
la abandonada presa.
Aprende, hijo de Adán, estas lecciones
y no dejes perder estos ejemplos;
¡haz por atesorar buenas acciones,
que guardan su valor en todo tiempo!
Y desdeña los bienes de este mundo,
que duran un momento.»

Luego que oyó el emir Musa la lectura de aquellos versos rompió en un

la larga sequía de siete años recuerda el sueño de las vacas flacas en el *Exodo*, aunque de otra parte también la tendencia amonestadora de la anécdota, encaminada a demostrar la inutilidad de las riquezas, delata un eco de la leyenda helénica de Midas, que convertía en oro cuanto tocaba y murió de inanición en medio de sus tesoros; y, finalmente, parece una confirmación dramatizada de aquellas palabras del *Corán*, recordando a los hombres que solo de Alá dimana todo bien y que Alá es «el que hace bajar del cielo agua y hace brotar con ella las plantas de toda clase para alimento del hombre y los animales». Sura VI, *Al-Anâm* (El ganado).

En general, todo el itinerario de nuestros viajeros responde a la frase alcoránica, múltiples veces repetida en el libro: «Pero ¿no caminan por la tierra y no ven cuál fue el final de los inicuos?» En otras versiones que nosotros preferimos la infortunada princesa se llama Tadmor o Tadmurah, en vez de Termes, y este nombre relaciona esta historia con la famosa leyenda de las ruinas de Palmira (Tadmor), en Siria, que inspiró al francés Volney su no menos famoso libro *Las ruinas de Palmira*, lleno de meditaciones ascéticas sobre la caducidad de los imperios e impregnado del pesimismo filosófico del siglo XVIII. Pero las ruinas de Palmira o Talmor, las «solitudines Syriae»–según las nombra Plinio–quedaban bastante lejos de la ruta que siguen nuestros exploradores.

llanto acerbo. Y luego siguió leyendo:

«En verdad que el temor de Alá es el mejor de los tesoros y el pilar de la certeza y la única senda firme y recta.

»Y la muerte es la verdad manifiesta y la promesa cierta y el paradero y el lugar adonde todos sin falta hemos de tornar.

»Toma, pues, ejemplo de aquellos que te precedieron y en el polvo de la fosa se hundieron y siguieron el camino del predestinado sino.

»¿No ves cómo tus canas te están avisando de que la tumba te aguarda y se conduelen ya de tu inminente final?

»Prepárate, pues, hombre, a emprender la partida y dar cuenta de lo que hiciste en esta vida.

»¡*Ye* hijo de Adán! ¿Qué pudo encallecerte el corazón para que obraras tan fuera de razón?

»¿Qué pudo apartarte del servicio de tu señor?

»¿Dónde están ahora esos pueblos de la antigüedad?

»Un escarmiento son para los que quieran escarmentar.

»¿Qué fue de los reyes de As-Sind y demás poderosos monarcas que antaño los pueblos sojuzgaban?

»¿Qué se hizo de Scheddad-ben-Aad y de sus construcciones y fortificaciones?

»¿Qué fue de Nimrod, el que contra Alá se rebeló y lo desafió?

»¿Y de Firaún, que se sublevó contra Alá y lo negó?

»Ibales a todos ellos la suerte pisándoles los talones y al cabo los alcanzó y en el polvo a todos los hundió sin hacer distinción, entre grandes ni chicos, ni entre hembra y varón. Y la segadora de la Humanidad a todos, como a hierba, los guadañó.

»Sabe, pues, ¡*ye* tú que a este lugar llegaste!, que a esta que aquí ves no la engañaron el mundo y sus vanos deleites, que harto supo siempre que el mundo es pérfido y desleal y una cosa ruinosa y vana y traicionera, y es saludable para la criatura que recuerde sus culpas, pues así teme a su Señor y obra como debe y se provee de defensas para el día de la cuenta.»

Y tenía aquel escrito el siguiente codicilo:

«Quienquiera entre en nuestra ciudad–si Alá es servido de allanarle el entrar–podrá coger de esas riquezas todas cuantas pueda y quiera, salvo que no ha de tocar a nada de lo que llevo yo sobre mi cuerpo, pues me sirve de velo para ocultar mi desnudez al par que de mortaja; así que teme a Alá y de lo que encima llevo no me quites nada, que, si tal hicieres, perderías tu alma.

»Y si así ocurriere, no podrás decir que no te previne y no te lo advertí.

»Y después de esto te deseo la paz y pido a Alá que te libre de males, plagas y enfermedades.»

Pero al llegar aquí sorprendió a Schahrasad la aurora y cortó el hilo de sus palabras encantadoras.

Y LA NOCHE 344 SIGUIO NARRANDO EN ESTA FORMA:

–Ha llegado hasta mí la fama, ¡*ye* monarca, el afortunado!, de que, al leer el emir Musa aquellas palabras, echóse a llorar con tal fuerza y tal dolor que se desmayó.

Y luego que en sí volvió escribió todo lo que había visto y meditó sobre todo aquello de que fuera testigo.

Después de lo cual díjole a sus amigos:

–Id por los sacos y llenadlos de todas estas riquezas y de todos estos tesoros aquí desparramados.

Y Táleb-ben-Sahl hubo de decirle:

–¡*Ye* emir respetable! ¿Piensas, por ventura, dejar aquí a esa joven con todo lo que tiene encima, siendo, como es de tal valor que no admite comparación? ¿No sería mejor que cogieses esos tesoros y se los llevases como regalo al jalifa, que con su favor te recompensaría?

–¿Cómo es eso?–exclamó el emir–. ¿No oíste lo que la propia joven nos recomienda en esa lápida? Ella apela a nuestra lealtad y no la vamos a traicionar.

–Y por culpa de esas palabras solamente ¿vas a renunciar a estas riquezas y estos tesoros y estas perlas, siendo así, además, que se trata de una muerta? ¿Para qué ha menester ella de nada de esto, que son pompas mundanas y vanidades terrenales? Para cubrir su desnudez bastará con un traje de hilo; lo demás, antes que a ella, nos cuadra a nosotros mismos.

Y acto seguido acercóse a las gradas y subió por ellas hasta llegar a donde estaban los dos esclavos, y uno de estos diole en la espalda un empujón violento, en tanto el otro alzaba la espada, que en su mano empuñaba, y de un tajo le cercenaba el cuello, haciéndolo rodar por el suelo, muerto.

Y el emir Musa exclamó:

–¡Alá te tenga compasión!

Mandó luego el emir Musa que acudieran los soldados, y así lo hicieron ellos y cargaron sus camellos con aquellos tesoros, aquel dinero y aquellos metales preciosos.

Mandó luego el emir Musa cerrar las puertas de la ciudad, dejándolas según las encontraron al llegar.

Y todos, acto seguido, emprendieron la marcha por aquellos campos, hasta que dieron vista a un monte elevado, que descollaba sobre el mar, y en el que hallaron muchas cuevas y antros.

Encontráronse allí también con un pueblo de negros que se cubrían con pieles y hablaban una lengua para la que no había entre ellos intérprete.

Y al ver aquello díjole el emir Musa al *scheij* Abdu-z-Zámad:

–¡*Ye scheij* respetable!, ¿qué gente será esta?

Y el *scheij* le contestó:

–Son precisamente los que veníamos buscando por encargo del emir de los creyentes.

Acamparon, pues, en aquel lugar y armaron sus tiendas y depositaron sus fardos en la tierra.

Mas no transcurriera mucho rato cuando se presentó ante ellos el rey de aquellos negros, el cual entendía el arábigo, y se llegó al emir Musa y lo saludó con el *selam* y aquel le correspondió con un saludo igual.

Después de lo cual le preguntó al emir:

–¿Quiénes sois vosotros, mortales o *afarit?*

–Mortales somos – respondióle el emir–. Pero vosotros genios sois a no dudar, ya que vivís tan aislados en este montuno lugar y mostráis esa corpulencia singular.

–No es así, sin embargo–contestóle el rey de aquellos negros–. Hijos de Adán somos lo mismo que vosotros, y descendemos de Ham, el hijo de Noh [16] (sobre ambos la paz), y en cuanto a este mar, si lo queréis saber, se llama el mar de Kerker.

[16] El Cham de la *Biblia,* hermano de Sem y Jafet, hijo segundo de Noé. Por haber hecho befa de su padre este lo maldijo y, desde entonces, tanto él como sus descendientes volviéronse negros. La raza camita o hamita, como se dice hoy, pobló Fenicia, Etiopía, Libia, Egipto y la Mauritania. De ellos tomó el Africa el sobrenombre de «tierra de Cham». Cham es la transcripción latina del semítico Jam; con la *ch* figuraban los latinos la *ha* –sonido gutural–del hebreo y también la jota griega–como puede verse en *charitas,* transcripción del griego, *jaritas.*

Kerker o Kerkor–que de ambas maneras pue-

–¿Y de dónde–dijo el emir Musa–os viene el saber si no habéis tenido profeta que os revelase la verdadera fe?

–Has de saber–respondióle el rey–que del mar nos vino un ser que irradiaba un fulgor que iluminaba el horizonte y con una voz que podían oír próximos y lejanos, nos dijo:

–*¡Ye* hijos de Adán! Tened rubor de Aquel que ve y no es visto, y decid: «No hay *ilah* sino Alá y Mohammed es el enviado de Alá.» Yo soy Abu-l-Abbasi-l-Jizr, y antes de eso que te cuento, adorábamos a los ídolos; mas después los dejamos para adorar al Señor de los que le sirven y culto le rinden.

Y sabemos unas palabras que proferir solemos.

–¿Qué palabras son esas?–preguntóle el emir.

–¡La *ilah il-la-l-Lah!*–respondióle el rey–. No hay más *ilah* que Alá, el único, el que no tiene compañero en su reino. Suyo es el imperio y suya la alabanza.

El vivifica y mata.

El sobre toda cosa es poderoso.

Con estas palabras adoramos a Alá (el grande, el dotado de majestad) y no sabemos ninguna más.

Y todos los viernes [17] por la noche vemos elevarse sobre la haz de la tierra una gran claridad y oímos un clamor que dice sin cesar:

«–¡Loado sea y santificado el Señor de los ángeles y de las almas!

»¡Lo que Alá quiere, luego es, y lo que El no quiere, nunca llega a ser!

»De la bondad de Alá procede todo bien.

»No hay gloria ni poder sino en Alá (el grande, el lleno de majestad).»

–Pero vosotros–añadió el rey de los negros–¿quiénes sois y de dónde venís y qué buscáis en este país?

Y el emir Musa contestóle:

–Nosotros somos amigos del monarca del Islam, de Abdu-l-Mélek-ben-Meruán, y vinimos acá por mor de unas ollas de azófar que tenéis vosotros en este vuestro mar y en las que hay encerrados unos satanases malvados y en ellas sufren cautividad desde los tiempos de nuestro señor Soleimán, el hijo de Daud (sea sobre ambos la paz). Y nos ordenó nuestro señor Abdu-l-Mélek-ben-Meruán que le llevásemos alguna de esas ollas o redomas para verla y recrearse con ella.

–Muy bien–contestó el rey.

Y acto seguido los declaró sus huéspedes y obsequiólos con pescado y por espacio de tres días los estuvo agasajando, y luego ordenó a sus buzos que se sumergiesen sin demora en el mar y sacasen de él alguna de esas ollas del rey Soleimán.

Hiciéronlo así ellos y a poco volvieron con doce redomas, de lo que holgáronse mucho el emir Musa y el *scheij* Abdu-z-Zámad y toda la tropa en general, pues gracias a ellos podían satisfacer el antojo del emir de los creyentes, Abdu-l-Mélek-ben-Meruán.

Hízole en pago de ello el emir Musa

de leerse–significa en hebreo profundidad, y en la *Biblia* (Jueces VIII, 10) se menciona una ciudad de ese nombre, situada al este del Jordán, en la región de Haurán o de las cuevas. Lo cual concuerda con lo que líneas antes dice el texto sobre que los viajeros «hallaron muchas cuevas y antros». Pomponio Mela, haciéndose eco de los geógrafos antiguos, sitúa poco más o menos hacia esa parte del Africa una población de «trogloditas».

Burton, sin embargo, opina que el nombre de Al-Ker-ker, como él escribe, es imaginario y freudianamente insinúa su etimología del *Carcer* latino, como si implicase una alusión a los genios encerrados en la cárcel de sus redomas de hierro.

[17] El viernes es el día de la semana islámica, correspondiente al sábado hebreo y al domingo cristiano, el día del Señor. Según una tradición piadosa, en viernes tuvo lugar la *hechra* o huida de Mahoma de Meca a Medina y en viernes acabó Alá su obra de creación. Por lo demás, los musulmanes no guardan descanso el viernes, sino que trabajan antes y después de asistir en la aljama a la creación del mediodía. Esos hombres tildados de indolentes no tienen domingo.

al rey de los negros muchos y valiosos regalos y él a su vez le regaló también alguna de las maravillas submarinas, a saber: unos peces de figura humana. diciéndole:

—De la carne de estos peces os habéis alimentado estos tres días pasados.

Al oír lo cual dijo el emir:

—No tenemos más remedio que llevarle al jalifa unos cuantos peces de estos, pues de fijo que le habrán de chocar más que las propias redomas que nos mandó a buscar [18].

Emprendieron luego el viaje de regreso y llegado que hubieron finalmente a presencia del emir de los creyentes, contóle el emir Musa todo cuanto viera y conociera en el curso de sus andanzas y le comunicó todos cuantos poemas, sentencias y advertencias y noticias a su paso encontrara sin omitir el triste final que tuvo Táleb-ben-Sahl.

Y luego que lo oyó todo Abdu-l-Mélek-ben-Meruán, exclamó:

—¡Ojalá y hubiese estado con vosotros para haber visto lo que vieron vuestros ojos!

Tomó luego las redomas y procedió a abrirlas una después de otra, y los diablos en ellas encerrados por turno iban saliendo y diciendo:

—Acepta nuestra contrición, *¡ye* Profeta de Alá!, e intercede por nosotros, que no volveremos a hacerlo más.

Y no fue poco lo que al oír aquello maravillóse Abdu-l-Mélek-ben-Meruán.

Mandó luego el jalifa que a aquellas hijas de la hondura, que el rey de los negros le enviara, las pusiesen en cisternas con agua y así lo hicieron sus criados, pero sucedió que todas murieron por no poder soportar el calor.

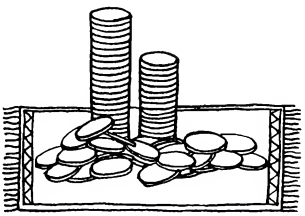
Mandó luego el emir de los creyentes que le llevasen a su presencia todos los tesoros y riquezas y, cuando los tuvo delante, procedió a repartirlos entre todos los musulmanes.

Rogóle luego el emir Musa al emir de los creyentes que nombrase a su hijo emir en lugar suyo, para el gobierno de su alcora, cosa que aquel hizo sin demora. Y aliviado ya del peso del mando encaminóse el emir Musa al lugar, el noble y santo, y allí encontró su vida un final plácido.

Y esto es todo cuanto sobre la Ciudad de Azófar ha llegado a nosotros. ¡Pero Alá es el sabedor de todo! [19].

[18] Burton opina que se trata de vacas marinas. La edición de Bulak suprime este paso.

[19] Con esta frase estereotipada, que siempre se repite, trata el narrador de eludir su responsabilidad por las cosas inverosímiles que puede haber introducido en su relato.





HISTORIAS QUE TRATAN DE ENGAÑOS Y MARRULLERIAS DE LAS MUJERES

(Noches 344 y 345)

La presente silva de anécdotas es una recopilación compendiada del famoso libro persa Sindibad-Nameh, *del que se derivan el* Dolophatos *del trovador Harbers (siglo XIII), los* Siete sabios *de Juan Holland (siglo XVI) y muchos más de menor renombre. El* Sindibad-Nameh, *en su forma actual, data del siglo IV de nuestra era. Masûdi lo menciona en sus* Praderas de oro. *De él se hicieron desde muy temprano versiones más o menos completas y fieles a todas las lenguas. El infante don Fadrique, hermano de Alfonso* el Sabio, *mandó traducirlo al español, en 1253, de un texto árabe, hoy perdido. Y esa versión es la que se conoce con el nombre de* Libro de los engannos e los assayamientos de las mujeres, *o sencillamente el* Sendebar, *recientemente editado, por Angel González Palencia, con un esquemático prólogo en el que puede seguirse toda la filiación de esta venerable obra. A él remitimos al lector curioso, limitándonos a hacer notar aquí que el referido libro persa se titula en algunas versiones* Libro de los siete, los diez y hasta los cuarenta visires. *Respecto a la génesis de la obra, cuenta Hamzah Isfahani que los reyezuelos que sucedieron a Alejandro Magno y antecedieron a Sapor mandaron componer a los sabios de su reino siete libros de sentenciosas historias, entre las cuales figuraba el de* Sindibad *o* Sendebar. *Pero parte de la opinión erudita le asigna otro origen que el persiano, habiendo quien, como Benfey, lo radica en la literatura sánscrita, y quien, como el barón Carra de Vaux, ve en él la huella del pitagorismo helénico.*

Añadiremos aún que este compendio del Sendebar *falta en las versiones de Weil, Galland y Mardrus.*

–Ha llegado también a nuestra noticia que en tiempos pretéritos y siglos remotos érase un rey de los reyes de Az-Zin, corona de las testas coronadas, que reinaba sobre muchos hombres de guerra y de paz y los gobernaba con saber y justicia y poder y majestad.

Y era equitativo con sus vasallos y liberal con sus cortesanos, por lo cual era de todos muy amado.

Y era tan rico como poderoso; pero dizque envejeciera sin que Alá con un hijo varón le bendijera, por lo que tenía su corazón lleno de pesadumbre y tristeza.

Y no hacía más que rumiar en su mente sobre la cesación de su simiente y el olvido en que su nombre se había de sepultar a su muerte y en cómo su cetro había de ir a parar a extrañas manos, cuando él llegara a faltar.

De suerte que aquel rey se encerró en su palacio y dejó de ir y venir y de levantarse y sentarse, hasta que sus cortesanos acabaron por no saber más de él, y se inquietaron y estaban perplejos y hablaban entre sí del suceso.

Y hubo de decir uno de ellos:

–De fijo que es muerto.

Y otros replicaron:

–No; no será eso.

Pero a la postre todos convinieron en que era menester que se buscasen otro rey que sobre ellos reinase y de los asuntos del Gobierno se encargase.

Y a todo esto el monarca, desesperado por no tener un hijo, apeló a la intercesión del *Nabi* (sobre él la oración y la paz) para con Alá, y pidióle al Omnipotente por los méritos de sus profetas y santos y mártires y de los creyentes a sus ojos aceptos le hiciese la merced de darle un hijo varón que fuese frescura de sus ojos y, luego que él muriese, se sentase en su trono.

Y el rey se levantó y se trasladó a su estrado y mandó llamar a su esposa, que era la hija de su tío.

Y era aquella reina de hermosura y gracia sin par, la más bella de todas sus mujeres y la que más amaba entre todas el rey, y era, además de eso, mujer de gran ingenio y de mucho seso.

Y encontró la reina a su esposo triste y apocado, llorosos los ojos y el corazón pesado, y besó la tierra entre sus manos y le dijo:

–¡*Ye* el rey! ¡Así tu vida rescatara con la mía! ¡No quiera Alá que el tiempo se te vuelva enemigo ni las saetas de la muerte en ti se ceben! ¡Concédate el Omnipotente toda clase de alegrías y de toda tristeza te guarde siempre! ¿A qué se debe que estés ahí caviloso y preocupado, torturando el pensamiento con la consideración de tu caso?

–¡Harto sabes–respondióle el monarca a su esposa–que soy ya hombre cargado de años, que nunca fui bendecido con un hijo varón, cuya vista pudiera refrescarme los ojos, y sabes también que, a mi muerte, mi reino pasará a manos de extraños y se borrará mi nombre y mi recuerdo de entre los hombres! Esta es la causa de mi pena, que en verdad me pesa.

–¡Alá ahuyente tus pesares!–exclamó la reina–. Tiempo hace ya que ese mismo pensamiento me acongoja, y, al igual que el tuyo, también mi corazón padece zozobra. Y has de saber que, una noche de las noches, soñé un sueño y oí una voz que me decía: «El rey, tu marido, anda penando por lograr descendencia y, si tuviera una hija, sería para su reino la reina; pero si un hijo tuviere muchos y grandes riesgos en su modedad le acometieran, aunque al cabo los venciera y la vida no perdiera. Y has de ser tú, y no ninguna otra mujer, la que ese hijo varón conciba del rey y ello ha de ser cuando Al-Kámar [1] se halle en conjunción con At-Tauaim [2].» Despertéme luego de mi

[1] La luna.

[2] Los Gemelos. *Gemini.*

sueño y, espantada de lo que aquella voz me dijera, decidí abstenerme de tener hijos, por temor a los pronosticados peligros.

Pero el rey, luego de oír a su consorte, exclamó:

–¡Por Alá, que he de tener un hijo varón!

Púsose luego su esposa a animarlo y consolarlo, hasta que logró que el monarca olvidara sus penas y consintiese en mostrarse de nuevo a sus cortesanos, y el rey se levantó y fue a sentarse, como antes hiciera, en el trono de su realeza.

Y todos se alegraron de volver a ver a su señor, sobre todo los visires y los emires y los grandes del reino, los cuales se apresuraron a ir a besar la tierra entre sus manos.

Y luego que se operó en los cielos la conjunción de la luna con los gemelos, tuvo el rey ayuntamiento carnal con su esposa, la cual quedó embarazada aquella misma noche por permisión de Alá.

Diose prisa la reina a anunciarle a su esposo la fausta nueva y siguió haciendo su vida de siempre hasta que se cumplieron los nueve meses de su preñez y entonces dio a luz un hijo varón, de cara redonda como la de la luna llena en su noche catorcena.

Felicitáronse de ello sus vasallos y el rey reunió una aljama de sabios y de astrólogos y les habló de este modo:

–Quiero que me saquéis el *aljofor* de mi hijo y me lo comuniquéis.

Y ellos le contestaron al rey:

–¡Oír es obedecer!

Procedieron, pues, aquellos sabios a hacer el horóscopo del principito y después le dijeron al rey:

–Los astros prometen a tu hijo una suerte favorable y una vida llana y durable, pero dicen también que en su juventud ha de correr un riesgo grave.

Afligióse mucho el rey al oír aquello...

Pero vió Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus fluidas palabras.

Y LA NOCHE 345 REANUDO SU RELATO EN ESTA FORMA:

–Ha llegado a mi noticia, ¡*ye* sultán, el afortunado!, que el rey se afligió mucho al oír el dictamen de los sabios, pero ellos añadieron:

–Dicen también los astros que el joven vencerá ese peligro y saldrá de él sin sufrir perjuicio.

Tranquilizóse, pues, el rey y obsequió a los astrólogos con sendas *aljalás* y les dio también por su trabajo espléndidos honorarios. Y se resignó humildemente a la voluntad del Señor, pues sabía bien que los decretos del sino se han de cumplir sin remisión.

Confió luego el niño a las niñeras y amas secas, a los eunucos y las doncellas, y lo dejó crecer y desarrollarse en el *harén*, hasta que hubo cumplido los siete años, y entonces envió cartas a sus jalifas y gualíes de todos los climas de su reino y por mano de ellos reunió ulemas y filósofos y alfaquíes versados en la ley y cosas de la fe, de todos los países y tierras, hasta el número de trescientos tres.

Y el rey celebró junta con todos aquellos sabios y los mandó que se le acercaran y estuviesen a sus anchas y ordenó que les sirviesen la mesa y que comiesen cuanto tuvieren gana.

Y luego que terminó la alifara y los sabios se sentaron en sus asientos, se-

gún su categoría, preguntóles el monarca:

–¿Sabéis por qué os he reunido aquí?

–No–respondieron ellos–; *¡ye* rey y señor nuestro!

Y el rey les dijo entonces:

–Pues porque deseo que elijáis cincuenta de vosotros, y de estos cincuenta diez, y de estos diez uno, que se encargue de enseñarle a mi hijo todas las ciencias de este mundo, pues luego que yo vea al mocito impuesto en toda suerte de conocimientos, partiré con él mi trono y mi gobierno.

–Has de saber, *¡ye* rey!–dijeron ellos–, que no hay entre nosotros ninguno más sabio ni más excelente que el sabio As-Sindibad, que vive en esta tu corte, bajo tu protección y seguridad. Y si así te place, lo puedes llamar y mandarle que haga según tu voluntad.

Aprobó el rey el dictamen de aquellos sabios y mandó llamar al sabio Sindibad, el cual, acto seguido, compareció ante el monarca y lo saludó con el *selam* y el soberano le ordenó que se acercara, elevándolo así en categoría, y luego le dijo:

–Has de saber, *¡ye,* el sabio!, cómo reuní una junta de hombres instruidos y sapientísimos y les mandé que eligiesen un alfaquí [3] que enseñase a mi hijo todo cuanto puede saberse, y ellos, por unanimidad, te eligieron a ti, sin que ninguno discrepase ni tuviere nada que objetar.

Así que, si te sientes capaz para acometer esa empresa que te digo de la educación de mi hijo, tómala para ti y ten presente que el hijo y heredero de un hombre es el verdadero fruto de sus entrañas y la almendra de su corazón y de su hígado, y que mi deseo es que me instruyas al mío en todo cuanto aprender es posible, y que Alá te ilumine y a un dichoso final te encamine.

Mandó luego el rey que le llevasen allá a su hijo y se lo confió a As-Sindibad, imponiéndole al sabio la condición de que en tres años habría de completar su educación.

Procedió, pues, el sabio a instruir al chico, pero sucedió que, cumplidos que fueron los tres años, no había aprendido aquel la menor cosa, pues tenía la mente por entero entregada al juego y al deporte, y cuando su padre, el rey, lo llamó y lo examinó, vio que de nada le sirvieran aquellos tres años de educación.

Recurrió de nuevo el rey a los sabios y les mandó que designasen un tutor para su hijo, y los sabios le preguntaron al oírlo:

–Pues ¿y As-Sindibad, su maestro, no se ha acreditado de tal?

Y el rey les respondió:

–No; nada le ha logrado enseñar.

Y entonces los ulemas y los filósofos y los cortesanos llamaron a As-Sindibad y lo interpelaron:

–¿Qué fue, *ye* sabio, lo que te impidió educar al hijo del rey en esa largura de días?

Y As-Sindibad les respondió:

–Es el caso, hombres sabios, que el príncipe tiene su mente entregada por completo al deporte y al juego; pero, pese a ello, si el rey me aceptase tres condiciones que yo le pusiera de fijo que le enseñara al príncipe, en solo siete meses, más de cuanto pudiera aprender ni ningún maestro en siete años le pudiera enseñar.

–Está bien–dijo el rey–, acepto tu ofrecimiento y a tus condiciones me someto.

Y dijo As-Sindibad al rey:

–Oyeme, señor, y guarda bien en tu memoria estas tres sentencias que voy a decirte, y es la primera: no hagas al prójimo lo que contigo no querrías que hicieran; y la segunda, no hagas nada ligero, sin consultar a la experiencia; y la tercera, donde tengas poder, muestra

[3] Doctor o sabio de la ley.

clemencia. Para enseñar a tu hijo no necesito más sino que tú apruebes estos tres dichos y los profeses.

Y el rey exclamó:

–Sed testigos todos los presentes de que acepto esas tres condiciones.

Y ordenó que extendiesen acta notarial de todo. y la autorizó con su refrendo y los testimonios de todos los presentes.

Y luego el sabio tomó al niño de la mano y se lo llevó a sus aposentos y el rey envió allá todo lo necesario en punto a vajilla, enseres, de cocina, tapices y demás.

Y el tutor del príncipe mandó labrar una casa, con las paredes estucadas y pintadas con cerusa, y en ellas dibujó luego los objetos sobre los cuales pensaba instruir a su discípulo, y después cogió a este de la mano y lo aposentó en aquella mansión, que tenía el piso entarimado, y allí lo dejó y se retiró, cerrando la puerta con siete candados.

Y dizque Sindibad sólo visitaba al príncipe cada tres días para explicarle la enseñanza que de aquellas imágenes se desprendía y renovar su ración de comida y bebida y luego se iba y dejaba al muchacho para que pudiera meditar en su soledad [4].

Y el muchacho, como el tedio encogíale el pecho y el aburrimiento hacía presa en su ánimo y no tenía en su soledad otro divertimiento, entregábase por recurso a la contemplación de aquellas imágenes y de ellas sacaba toda suerte de deducciones y enseñanzas.

Y al ver su maestro cómo su mente se encauzara ahora por rumbos mejores, tomaba también su educación a pecho y le declaraba el íntimo sentido de aquellos objetos, de suerte que en poco tiempo quedó el príncipe perfectamente impuesto en todo e instruido a fondo.

Sacólo entonces el sabio de aquella casa y procedió a enseñarle equitación y esgrima con la espada y la pica.

Luego que el príncipe hubo dominado todas estas ciencias y artes mandó el maestro decir al rey cómo su hijo estaba ya perfectamente impuesto en cuanto había menester para hacer entre sus iguales buen papel.

Alegróse mucho el rey y convocó junta de visires y grandes del reino para examinar al muchacho en su presencia y mandóle al sabio que con él compareciera.

Y sucedió que As-Sindibad hubo de consultar el *aljofor* del príncipe y hallólo entorpecido por cierta conjunción de astros desfavorables, la cual habría de durar siete días, y alarmado por la vida del joven, le dijo:

–¡Mira tu horóscopo, hijo mío!

Hízolo así el príncipe y, reconociendo el presagio, temió por su vida y díjole al sabio:

–¿Y qué es lo que, en vista de eso, me mandas hacer?

–Te mando solamente–respondióle el sabio–que durante esas siete noches guardes absoluto silencio y no profieras ni una sola palabra, aunque vieres a tu padre dispuesto a matarte, que, en saliendo con bien de este trance, te verás encumbrado a un alto puesto y sucederás a tu padre en el trono del reino; mas si así no hicieres, ¡Alá dispondrá lo que a bien tuviere!

Y el príncipe entonces le dijo a Sindibad:

–Mal procediste, maestro, y obraste de ligero al enviarle ese recado al rey mi padre antes de que mi horóscopo consultases. Habrías debido aguardar a que pasase la semana fatal.

–¡Mira, hijo–replicóle el sabio–: lo que tiene que ser, es, y la culpa de todo la tiene solamente el gusto y el calor con que yo tomé tu educación! Pero ahora, hijo mío, mantente firme en tu resolución; fía en Alá, que todo

[4] Es lo que hoy llamamos lección de cosas o pedagogía intuitiva.

lo puede, y guarda silencio y no digas ni una sola palabra en todo ese tiempo.

Y a seguidas el príncipe pasó a ver a su padre y en el camino saliéronle los visires al encuentro y a presencia del rey lo condujeron.

Y el soberano llegóse a su hijo y lo saludó, pero el príncipe no le contestó.

Probó luego el monarca a hacerlo hablar, pero ni una sola palabra le logró arrancar.

Asombráronse de ello los cortesanos, y el rey, amostazado, mandó a llamar a Sindibad; pero este se había escondido y, por más que lo buscaron y rebuscaron, no lo hallaron.

Y el vulgo murmuraba:

–Claro, el príncipe sintió vergüenza de verse ante el rey y los cortesanos y se quedó cortado.

Y, estando así, hubo de oír el monarca a uno de los presentes decir:

–Pues que le envíen al serrallo y allí hablará con las mujeres y depondrá su cortedad.

Y el rey aprobó aquel parecer y en el acto dio las órdenes oportunas para realizarlo.

Condujeron, pues, al príncipe al fondo del palacio, el cual estaba rodeado de una corriente de agua, en cuyas orillas medraban toda suerte de árboles frutales y de flores fragantes.

Y había en aquel palacio cuarenta salas y en cada una de esas salas diez jóvenes esclavas que sabían tocar toda clase de instrumentos musicales con tal primor que cuando lo hacían todo el palacio de gusto se estremecía. Y a bailar a su son se ponían.

Pasó allí el príncipe una noche; pero luego que la mañana amaneció, hubo de reparar la barragana favorita del rey en su belleza y perfección y en su bien proporcionada planta y en su cumplida gracia y simpatía y el amor se entró en su corazón y de juicio la privó.

Y la favorita fuese derecha al príncipe y se abalanzó a él, pero el joven no le correspondió y ni tan siquiera le habló.

Y enajenada ella del todo, a vista de su rara belleza, púsose a sonsacarlo y con sus zalamerías trató de encandilarlo y, finalmente, lo cogió entre sus brazos y se lo apretó contra su pecho y lo besuqueó, diciendo:

–*¡Ye* el hijo del rey! Concédeme tus favores y yo haré que te sientes en el trono de tu padre, el rey, pues le daré a beber un tósigo y morirá y tú entrarás en posesión de su cetro y su reino.

Luego que eso oyó el príncipe enfurecióse contra la favorita y, por señas, le dijo:

–Mira, maldita, ten por cierto que con la permisión de Alá, que todo lo puede, esa tu mala acción te haré pagar, cuando yo pueda hablar, e iré a ver a mi padre y se lo diré y él te mandará matar, como pide la ley.

Y después de decir eso fuese de allí el príncipe, y dizque iba furioso, por lo que la favorita temió por su vida.

Y se aporreó el rostro y se rasgó sus vestiduras y se mesó el pelo y se destocó y fuese a ver al rey y se echó a sus pies, gimiendo y llorando, y al verla así, preguntóle el soberano:

–¿Qué es lo que pasó? ¿A qué vienen esos lloros? ¿Es que tu señor, mi hijo, acaso adoleció?

–*¡Ye mulai!;* tu hijo, mi señor, se enamoró de mí y quiso darme muerte, por no prestarme a complacerle. Gracias que pude defenderme y huir a tiempo, dejando su amenaza sin efecto. Pero de hoy más no volveré con él al alquival.

No bien hubo oído el monarca sus palabras concibió contra su hijo una gran rabia y mandó acudir a su presencia a sus visires, y, sin andarse con más requisitos, mandóles diesen muerte a su hijo.

Comentaron el caso entre ellos los visires y se dijeron:

–Loco en verdad el rey está cuando a su hijo quiere matar.

Pero el primer visir dijo así:

–No os apuréis, que yo lo libraré de la ira del rey.

Y acto seguido pasó a presencia del soberano y besó la tierra entre sus manos, y después, con toda humildad, pidióle su venia para hablar.

Diósela el rey y el primer visir le dijo así:

–¡*Ye* monarca glorioso! Si Alá hubiera dispuesto que, en vez de un solo hijo tuvieras ciento, ni aun así te sería lícito matar a uno de ellos, sin más justificacion ni probanza que el dicho de una esclava.

Pues puede ocurrir una de estas dos cosas: que sea veraz o que sea mentirosa. Y acaso también que todo sea una añagaza y artificio, por ella imaginado, para perder a tu hijo.

Que en verdad, señor, hartas historias he oído yo, tocante a las malicias, engaños y perfidias de las hembras.

–Está bien–dijo el rey–, pues cuéntanos algo de lo que sabes en esa materia.

–Entonces, con tu venia–respondió el visir–, te contaré una de esas historias.



HISTORIA DEL REY Y LA ESPOSA DEL VISIR

(Noches 345 y 346)

—Ha llegado a mi noticia, *¡ye* ilustre monarca!, que había una vez un rey de los reyes del tiempo, el cual estaba dominado enteramente por el amor a las mujeres.

Y ocurrió un día de los días que estando el monarca pensativo en su alcázar hubo de alzar su vista a la azotea y reparó en una mujer que había en ella y que estaba dotada, por cierto, de una gran belleza.

Y lo mismo fue verla que prendarse el rey de aquella esclava con tal pasión que no podía dominarla, por lo que, en el acto, preguntó a sus criados qué habitación del palacio era aquella por donde la joven apareciera y quién fuera esta.

—Son los aposentos de tu visir Fulano—le contestaron—. Y esa joven hermosa es su esposa.

—Pues id en seguida a buscarlo—ordenó el rey a sus criados.

Obedecieron aquellos el mandato regio y no tardaron en llevarle a su presencia al visir, y, luego que este hubo besado la tierra entre sus manos, le ordenó el soberano que, sin pérdida de momento, se pusiese en camino, rumbo a tal alcora del reino, con el fin de inspeccionarla y enterarse de cómo marchaba.

Inclinóse el visir y fuese en el acto a cumplir la orden de su soberano.

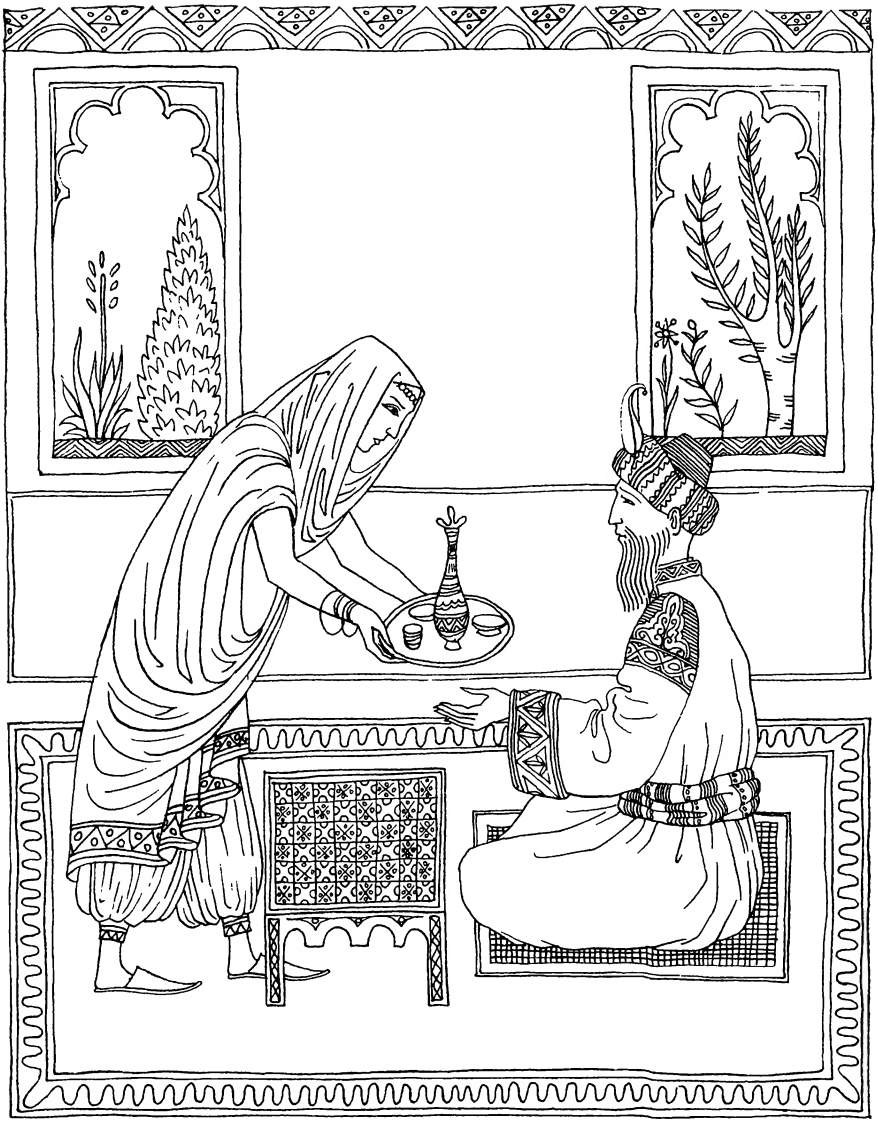
No bien hubo partido el visir ideó el rey una treta para introducirse en sus aposentos, y la mujer, al verlo, luego lo conoció y se levantó y fue a besarle las manos y los pies y le dio la bienvenida y el parabién y luego se apartó a alguna distancia y quedóse en pie, dispuesta a servirle en lo que le mandara. Y le dirigió estas palabras:

—*¡Ye mulana!* ¿Cuál fue la causa de tu bendita llegada y de que me hicieses con ella un honor de que no somos dignas las de mi condición?

—La causa de mi venida—díjole el rey—no es otra sino el vivo amor que me inspiras y ese amor me trajo aquí.

Al oír aquello la mujer del visir besó por segunda vez la tierra entre las manos del soberano y luego le dijo con mucho agrado:

—*¡Ye mulana!,* indigna soy de ser la esclava de uno de tus servidores, y,



siendo así, ¿cómo podría aspirar a la honra de servirte a ti?

Tendió el rey hacia ella su mano, pero la mujer lo contuvo y le dijo con halago:

–Ten un poco de paciencia, *¡ye* rey glorioso!, y espera a que te sirva primero algo de comer; siéntate y descansa un poco, que no tardaré.

Sentóse el rey en el estrado de su visir, esperando que le llevara de comer; pero lo que hizo la mujer fue llevarle un libro, lleno de advertencias y avisos, para que se entretuviera leyéndolo, hasta que le sirviera las viandas y condimentos.

Tomó el rey el libro y empezó a leerlo y vio que estaba lleno de consejos y exhortaciones encaminadas a disuadir al lector de adulterios y fornicaciones y a quebrar sus bríos de rebeldía contra le ley divina.

Luego que la esclava le sirvió de comer y puso entre sus manos hasta noventa platos, comió el rey de cada plato un bocado, y, al hacerlo, advirtió que, aunque las salsas fueran distintas, la vianda era la misma.

Por lo cual no pudo menos de preguntar:

–Dime: ¿cómo es ello que siendo vario el condimento sea el mismo el sabor del alimento?

–¡Así Alá te dé su bendición, *ye* mi señor!–le respondió la mujer–. Se trata de un ejemplo que he querido presentarte para que en él reflexiones.

–¿Y en qué consiste el ejemplo? –inquirió el rey, asombrado y como perplejo.

–¡Mejore Alá los estados del rey nuestro señor!–contestóle la joven–. En tu alcázar, *¡ye* monarca!, tienes noventa esclavas de distinto color y, no obstante, todas ellas tienen idéntico sabor.

Luego que oyó el rey esas palabras, se avergonzó y en el acto se levantó y se retiró, sin tomarle a mal la amonestación.

Y tanta fue su vergüenza y su precipitación que, al retirarse, se dejó olvidado su anillo [1] de sello, debajo del almohadón del asiento.

Tornóse el rey a su palacio, y no bien se sentara en su estrado, cuando hete aquí que se le presenta el visir, y, después de besar la tierra entre sus manos, pasa a exponerle el resultado de aquella visita de inspección que le había encomendado.

Diole el visir cuenta de todo al rey y después se retiró a sus aposentos y en su estrado tomó asiento, y, al meter la mano bajo la almohada, encontróse con el anillo de sello que el monarca olvidara.

Sacólo de allí el visir y cargólo sobre su corazón y, por espacio de un año entero, todo trato con su esposa cortó.

Sintió aquí Schahrasad venir la aurora y suspendió el curso de sus palabras cautivadoras.

PERO LA NOCHE 346 REANUDO SU RELATO EN ESTA FORMA:

–Tengo entendido, *¡ye* monarca, el afortunado!, que el visir se abstuvo de todo trato con la esclava por espacio de todo un año.

Pero cuando ya a la muchacha se le hizo el tiempo largo, mandó a llamar a su padre y le comunicó lo que le pasara y cómo el visir un año entero la tuviera postergada.

[1] En la versión hebrea, *Mischlé Sandabar*, el rey olvida su cetro y en la española sus sandalias, *arcorcoles*.

Oyóla su padre y despues le dijo:

–Ya le presentaré yo al visir mis quejas cuando estemos en la regia presencia.

Entró luego, un día de los días, el padre de la joven en la cámara regia y halló en ella al visir, así como también el cadí de lo militar, y, aprovechando la ocasión el padre de la joven, explanó su acusación y de este modo empezó a hablar:

–¡Mejore Alá las cosas del rey! Has de saber, *¡ye* monarca del tiempo!, cómo tenía yo un huerto muy hermoso y ameno que planté por mi propia mano y en el que invertí caudales sobrados, hasta que fruteció y rindió cosecha de bendición, y, luego que lo vi en estado tan floreciente, se lo regalé a tu visir, aquí presente.

Comió tu visir de sus frutos lo que a bien tuvo y luego dejó de preocuparse de él y no cuidó de regarlo, como era necesario, por lo que las flores del vergel se secaron y perdieron su lozanía y el vergel, al final, por efecto del abandono, trocóse en un erial.

Luego que el padre de la joven acabó su discurso levantóse el visir y dijo así:

–Dice verdad este en lo que acaba de decir.

Cierto es que yo me hice cargo del vergel y comí de los frutos de él. Mas sucedió que un día de los días, al ir a visitarlo cual solía, advertí en el huerto huellas de haber estado allí el león de los desiertos.

Y al descubrir aquello llenóseme el corazón de miedo y renuncié por prudencia a visitar más aquel predio.

Entendió luego el rey que aquellas huellas leoninas a que su visir aludía no eran otras que el sello regio que dejara olvidado en su aposento.

Y el rey díjole así a su visir:

–*¡Ye* visir respetable!, vuélvete a tu vergel y no tengas ningún temor ni recelo, que ese león que dices no llegó a penetrar en tu predio.

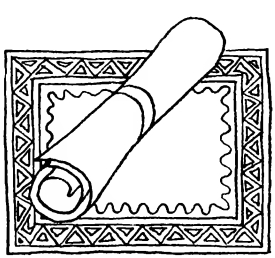
–Oír es obedecer–respondió el visir, y se inclinó ante el rey.

Tornóse luego a su domicilio el ministro y mandó llamar a su esposa e hizo las paces con ella y en adelante ya fió en su honestidad [2].

–Y esto que te digo–continuó el visir–solo viene al cuento de hacerte saber y que veas hasta dónde llegar pueden las marrullerías de las hembras y cuán grande es su perfidia y el pesar que luego causa una resolución precipitada.

Y he oído referir también, *¡ye* señor!, la siguiente historia, que dice a este tenor:

[2] Como se verá, este paso es reproducción, casi literal, de otro anterior, en que la misma demanda se plantea ante Anuschirván.





HISTORIA DEL CONFITERO Y SU MUJER Y EL PAPAGAYO

(Noche 346)

Esta historia, basada en la errónea creencia popular que atribuye sentido consciente a la huera garrulería de estos animales parlantes, figura en la versión hispánica con el título: Enxemplo del omme e de la muger e del papagayo e de su moca, *y es una variante ampliada de la que con el título de* Historia del marido y el papagayo *va en la* del rey Yunán y el médico Ruyán.

—Vivía en tiempos en Mizr un confitero, el cual estaba casado con una mujer, famosa por su belleza y encantos, y tenía el confitero un papagayo que, llegado el caso, hacía veces de guardián y de dueña y de campanilla y de espía y ya estaba, en cuanto oía el zumbar de una mosca que rondase el azúcar, alborotando sus alas.

Y el tal papagayo traía a mal traer a la mujer del confitero, pues le contaba a su marido todo lo que, estando él ausente, pasara en la casa.

Y sucedió que una noche el confitero, antes de salir a verse con unos amigos, recomendóle mucho al papagayo que estuviera toda la noche alerta y mandóle a su mujer que cerrara la puerta y se acostara, porque él no volvería hasta la mañana.

Y hete aquí que, apenas volviera el confitero la espalda, cuando su mujer salió también y fuese en busca de un amante que tenía y se lo trajo con ella a la casa y ambos pasaron allí la noche juntos, holgándose a su antojo, y dizque el papagayo lo observaba todo.

Fuese luego de madrugada el amigo de la confitera, antes que el marido volviera; pero al volver este enteróle el papagayo de todo cuanto en su ausencia sucediera, y en seguida el confitero fue a buscar a su mujer y entró en su cuarto y, sin pararse en barras, em-

prendióla con ella a golpes y le dio una paliza como para ella sola.

La mujer se decía: «¿Quién podrá haberle ido a mi marido con el cuento de lo sucedido?» Y sospechando de una moza que tenía a su servicio, la recriminó pensando que ella había sido quien la denunciara a su marido.

Pero la moza protestó y por los dos mundos, el visible y el invisible, juró no haber traicionado a su ama y le hizo saber cómo aquella mañana, al volver su marido a casa, había estado algún rato parado ante la jaula del papagayo, escuchando lo que este parlaba.

Luego que eso oyó la confitera púsose a pensar en el modo de acabar con aquel pajarraco indiscreto que así descubría sus secretos.

Y sucedió que, de allí a unos días, hubo de ir el confitero a pasar la noche en casa de un amigo que lo había convidado, y, antes de salir, recomendó, al papagayo, igual que la otra vez, estuviera atento a todo lo que en su ausencia pasara, y, al volver, se lo contara.

Y después fuese tan orondo y tranquilo a ver a su amigo, pensando que dejaba un espía seguro en la casa.

Pero la mujer, de acuerdo con la moza, ideó un ardid para hacer que el papagayo perdiera todo crédito a los ojos de su amo.

Y a ese fin nada les pareció mejor que fingir una tormenta dentro de la habitación, y colocaron por encima de la cabeza del papagayo un molinillo, que el amante de la confitera ponía en movimiento, echando agua al mismo tiempo, en tanto las mujeres agitaban un abanico y descubrían y tapaban una candela en veces alternadas, y de esta suerte simulaban una tormenta con lluvia y relámpagos y truenos tal y tan fiera, que el papagayo se puso hecho una sopa y a poco si muere medio ahogado bajo aquellos chubascos.

Y ora fingían el trueno, dándole al molinillo, ora los relámpagos, descubriendo y tapando la candela, todo con tal propiedad y arte que el papagayo pensó: «¡Vaya diluvio que nos ha caído; el de Noh a su lado se queda chico!»

Y, presa de espanto, metió la cabeza bajo el ala y no dijo pío.

Llegó luego a la amanecida el confitero y lo primero que hizo fue preguntarle al papagayo qué había pasado en su ausencia, y el papagayo, contestándole, dijo que habían tenido aquella noche una tormenta tan terrible que no podía describirse y años se necesitaban para contar al por menor todo su horror.

Luego que eso oyó el confitero exclamó:

–¡Por lo visto, papagayo, has perdido el juicio! ¿Qué dices de tormenta esta noche pasada? Ahora veo claro que eres un embustero rematado. Y que con tus mentiras has tratado de mancillar mi casa y mi familia. Mi mujer es la más virtuosa de las mujeres de su tiempo y todo cuanto de ella me malsinaste son puras calumnias que inventaste.

Y el confitero, furioso, cogió la jaula y la estrelló contra el suelo y después le torció el pescuezo al papagayo y le arrancó las plumas y lo dejó muerto.

Llegó en esto el amigo del confitero y, al ver así al papagayo, preguntóle a aquel por qué hiciera aquello y, luego que el confitero se lo explicó, recelóse alguna malicia de parte de su mujer, y le dijo:

–Mira: cuando tu mujer salga para ir al *hammam*, coge a su moza y obligala a que te declare la verdad.

Aguardó el confitero a que su mujer fuese al *hammam* y entonces entró en el *harén* y obligó a la moza a que le dijese la verdad de aquella historia.

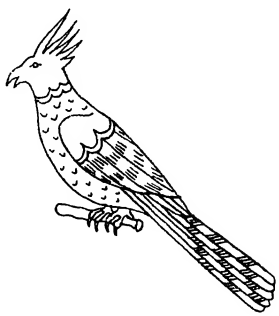
Díjosela ella luego de pe a pa y el confitero entonces arrepintióse de ha-

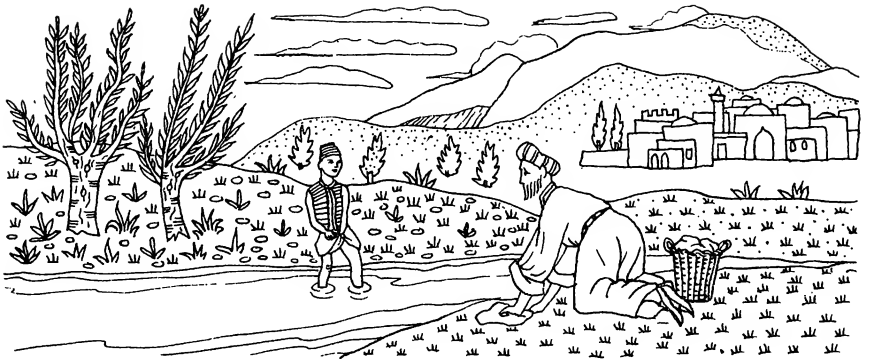
ber matado al papagayo, cuya inocencia quedara manifiesta.

Y esto, *¡ye* rey!, te lo cuento–dijo el visir–para que de ello infieras hasta dónde llegan las marrullerias de las mujeres y hagas cuenta que quien obra de ligero tiene luego para arrepentirse mucho tiempo.

Luego que hubo oído el rey las palabras de su visir desistió de dar muerte a su hijo. Pero al otro día presentóse ante él la favorita y, después de besar la tierra entre sus manos, le dijo:

–¿Por qué, *¡ye* rey!, demoras el hacerme justicia? Todos los visires te oyeron dictar una orden que luego, por culpa de tu visir, ha quedado sin cumplir, siendo así que el primer deber de un ministro es obedecer a su rey. Todo el mundo conoce tu justicia y equidad, y yo, fiando a tu buen juicio, vengo a pedirte justicia contra tu hijo.





HISTORIA DEL LAVANDERO Y SU HIJO

(Noches 346 y 347)

En la versión española va este cuento sin título. El padre del chico es un curador de paños.

–Y dizque he tenido noticia de que cierto individuo, lavandero de oficio, solía ir todos los días a la orilla del Dichle a lavar sus ropas, llevando consigo a su hijo, y acostumbraba el chico zambullirse en el río y nadar en sus aguas en tanto su padre trabajaba, sin que el padre se lo vedara.

Y estando, un día de los días, nadando en el río el chico, se le fueron los pies y se hundió en él; violo su padre y se lanzó a salvarle; pero al cogerlo y tratar de sacarlo fuera del agua, agarrósele el chico con tal fuerza que le arrastró hacia el fondo y padre e hijo perecieron del mismo modo ahogados.

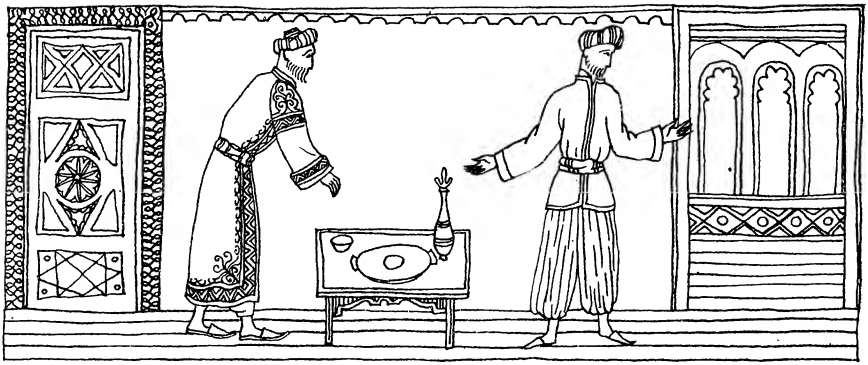
Pues eso mismo te pasará a ti con tu hijo, *¡ye* monarca del tiempo!, si no le impones un escarmiento y das satisfacción a mi derecho. ¡De fijo que ambos pereceréis juntos, tú y tu hijo!

Sorprendió aquí a Schahrasad la mañana y puso dique a sus desbordadas palabras.

PERO LA NOCHE 347 SIGUIO DICIENDO LA MUCHACHA:

–Ha llegado a mi noticia, *¡ye* monarca, el afortunado!, que la esclava refirióle al rey la historia del lavandero y su hijo, y a continuación le dijo:

–Mucho me temo que a ti te ocurra lo mismo.



HISTORIA DEL LIBERTINO Y LA MUJER HONRADA

(Noche 347)

Falta en la versión española.

—Y a este tenor he oído contar también, sobre las marrullerías de los hombres, que hubo uno una vez que se enamoró de una mujer, la cual era muy guapa y agraciada y tenía un marido que con pasión la amaba y al que ella con amor igual le pagaba.

Era la tal mujer honesta y guardadora de su honra, de suerte que aquel pretendiente no hallaba modo de llegar hasta su persona.

Hasta que, cansado de esperar, decidió el hombre idear una estratagema para llevar a buen término su empresa.

Tenía el marido de aquella mujer un esclavo que se había en su casa criado, de suerte que le era muy fiel y podía confiar enteramente en él.

Pues a ese criado llegóse el enamorado y empezó a sonsacarlo con regalos y favores y halagos, hasta que se ganó su voluntad y le tuvo dispuesto a obedecerle en lo que le quisiera mandar.

Y un día de los días fue el enamorado y le dijo al muchacho:

—Oye, Fulano: ¿te atreverías a introducirme en vuestra casa cuando no estuviera en ella tu ama?

—¿Por qué no?—respondió el muchacho. Y ambos quedaron concertados.

Así que un día, habiendo la señora ido al *hammam* y el marido a su tienda cual mercader que era, fue el criado en busca de su amigo y, tomándolo de la mano, introdújolo en casa de sus amos, y enseñósela toda de cabo a rabo.

No dejaba en tanto el hombre de maquinar y rumiar alguna trampa en que hacer caer a aquella mujer honrada y, cogiendo un huevo de gallina, que vio sobre una fuente, llegóse al lecho del marido, y sin que lo viera el

criado vertió en él su contenido. Hecho lo cual despidióse del fámulo y retiróse sin más.

Tornó al cabo de una hora el marido y tendióse en el lecho a descansar, y no tardó en notar cierta humedad, y, al tocarla con su mano, pensó que se trataba de licor seminal.

Y mirando al criado con ojos airados, preguntóle:

–¿Dónde está tu señora?

–Fue al *hammam*–respondióle el criado–, pero ya estará al llegar.

Confirmóse con aquello el hombre en sus sospechas y dio por cierto que aquel líquido viscoso que hallara allí no era sino semen viril.

Y le dijo al criado así:

–Ve ahora mismo al *hammam* y tráeme a tu señora sin tardar.

Hízolo así el criado, y, luego que el marido tuvo a su mujer entre sus manos, lavantóse y empezó a aporrearla con fieros golpes.

Luego la ató de pies y manos y se dispuso a darle la muerte, en castigo de su pecado.

Mas la mujer alzó el grito, llamando a los vecinos, y estos acudieron en seguida y le dijeron al marido:

–No tienes derecho a hacer eso. Solo puedes hacer una de estas dos cosas: o repudiarla o despedirla, con una dote en forma. Pues sobrado notoria nos es a todos su honestidad, que largo tiempo ha ya que vive contigo sin que nunca diera que hablar.

Pero el marido contestóles:

–Yo he visto en este lecho un líquido baboso como semen viril y no sé cómo explicarme su presencia aquí.

–Déjame ver eso–dijo uno de los presentes.

Y luego que lo hubo visto, díjole al marido:

–Di que me traigan lumbre y una sartén.

Lleváronle ambas cosas a la vez, y el hombre cogió el huevo y lo puso al fuego y lo frió y lo probó, y después se lo dio también a probar a los demás. Y todos, sin discrepancia, convinieron en que aquello era un huevo.

Reconoció en el acto el marido que había sido injusto con su esposa y que era inocente de toda sospecha deshonrosa. Mediaron los vecinos entre ambos y los reconciliaron, viniendo a frustrarse así el tan bien tramado ardid.

Luego que oyó esa historia, mandó el rey, convencido, que diesen muerte a su hijo. Pero al siguiente día presentóse ante el rey su segundo visir para interceder por su hijo y besó entre sus manos la tierra, hasta dar con la frente en ella.

Y el monarca le dijo:

–Levántate, mi visir, que solo ante Alá se debe el hombre postrar.

Y el visir se levantó y dijo:

–No te precipites, ¡*ye* rey!, a matar a tu hijo, que tantos dolores costó a su madre parirlo.

Siempre esperamos que en el trono te sucediera y fuese el heredero y guardador de tus tesoros y riquezas.

Ten, pues, señor, un poco de paciencia, y que acaso él tenga algo que decir en prueba de su inocencia.

Piensa que si procedes de ligero te expones a sentir luego remordimientos, como los sintió aquel mercader del cuento.

–¿Qué mercader fue ese?–inquirió el monarca–. Cuéntame esa historia, que quiero escucharla.



HISTORIA DEL AVARO Y LOS PANES

(Noche 347)

En la versión española figura este cuento, sin título especial, bajo el epígrafe De commo vino el segundo priuado ante el rrey por escusar al Ynfante de muerte, *y muy variado en los pormenores.*

–Has de saber, *¡ye* ilustre rey!–empezó el visir–, que había cierta vez un mercader muy tacaño y que en comer y beber escatimaba el gasto.

Y sucedió, un día de los días, que salió de viaje con sus mercaderías y llegó a un país, donde se detuvo para luego seguir.

Procedió a recorrer los zocos de la ciudad el mercader y en el curso de sus andanzas topóse con una anciana que llevaba dos panes en sus haldas.

Y el mercader le preguntó a la vieja:

–¿Me vendes esos dos panes que llevas?

–Sí–respondió ella.

Y se los cedió por un precio barato. Tomólos el mercader y cargó con ellos y se fue a su alojamiento y aquel mismo día se los comió, quedando muy satisfecho.

Luego que al otro día amaneció la mañana dirigióse el mercader al lugar de marras y allí se encontró a la vieja del día antes con otros dos panes. Compróselos también el mercader y se fue; pero tornó al siguiente día y luego al otro, y así hasta que se cumplieron veinte de su primer encuentro.

Y al que hacía veintiuno acudió el hombre a aquel lugar y no encontró a la vieja ya. Preguntó por su paradero y no hubo por allí quien se lo pudiera decir.

Pasaron luego varios días, y uno de ellos, al pasar el mercader por una plaza de las plazas de la ciudad, tornósela a encontrar.

Llegóse el mercader a la vieja y la saludó con el *selam* y le preguntó por qué razón no había vuelto a verla por allá.

Al oir, su pregunta la vieja mostróse remisa en contestar a ella.

Visto lo cual conjuróla el mercader a que le explicase la causa de su ausencia.

Y entonces le dijo ella:

–Oye, señor, mi respuesta, que no es otra sino esta: que yo estaba al servicio de un hombre, el cual padecia de gangrena en sus vértebras [1], y el médico tomaba harina y la amasaba y luego se la aplicaba al enfermo en el sitio dolorido de su cuerpo.

Tenia el enfermo aquel emplasto toda la noche y, luego que amanecia la mañana del otro dia, cogia yo aquella harina y hacia con ella dos panes y salia al zoco y los vendia.

Pero he aqui que finalmente muriose el enfermo y se acabó mi negocio, pues ya no puedo hacer esos dos panes como antes.

Luego que tales palabras oyó el mercader, exclamó:

–¡De Alá soy y a Alá hemos de volver! ¡No hay gloria ni poder sino en Alá (el grande, el lleno de majestad).

Y repitió las palabras del Libro: «Cualquier mal que te pasa, viene de tu alma [2].»

Y no logró el mercader disipar su aprensión hasta que al cabo enfermó, y de lo hecho le pesó, cuando ya el arrepentimiento no podia serle de ningún provecho.

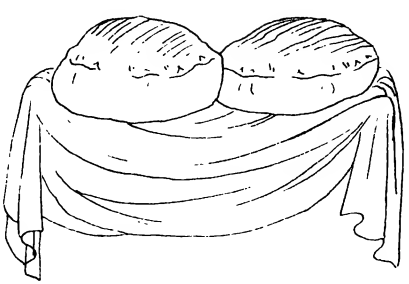
Pues bien: has de saber, *¡oye* monarca del tiempo!, que esta que acabas de escuchar es solo una muestra de las muchas astucias de las hembras.

Asi que anda con cuidado y no te fíes de sus palabras ni dichos interesados.

Y dizque, también a este respecto, he oido contar el siguiente cuento:

[1] ¿Mal de Pott?

[2] *Corán*, sura IV, *An-Nisá* (Las mujeres), aleya 81.





HISTORIA DE LA MUJER CASADA Y SUS DOS AMANTES

(Noche 347)

Figura en la versión española con este título: Enxenplo del señor e del omme e de la muger o el marido de la muger commo se ayuntaron todos.

–Una vez había un hombre que era espadero de un rey de los reyes y tenía relaciones con mujer casada, de la clase baja.

Y un día de los días envióle un pajecillo con un recado, según su costumbre, y el muchacho fue allá y se sentó junto a la mujer y se puso a hacerla carantoñas y morisquetas, y la mujer, lejos de ponerle mala cara, le rió la gracia y lo estrechó contra su pecho y empezó a besuquearlo y acariciarlo, con lo que el mozo se envalentonó y la incitó al ayuntamiento carnal, y ella consintió y se pusieron a folgar.

Pero hete aquí que, estando en ello, sintieron llamar a la puerta y la mujer conoció ser su amante el que llamaba, y levantóse luego y empujó al paje y lo echó a un sótano de la casa, y luego corrió a abrirle la puerta a su señor, el cual entró blandiendo su espada y fue a sentarse junto a la cama.

Y la mujer llegóse a él y empezó a besarlo y cosquillearlo y a estrecharlo contra su pecho, hasta que al fin él se encalabrinó y la cogió y con ella yació.

Pero estando en ello he aquí que llaman a la puerta de nuevo y el amante preguntóle a la mujer:

–¿Quién será el llamante?

Y ella le contestó:

–Mi marido.

Y el amante le dijo:

–¿Y qué voy a hacer yo?

Y ella le dijo:

–Pues muy sencillo. Saca tu espada y salta el zaguán y ponte allí a despo-

tricar contra mí y a insultarme y denigrarme, y cuando entre mi marido te escurres y te vas por tu camino.

Hízolo así él, y al entrar el marido en el zaguán encontróse allí con el espadero del sultán, que, espada en ristre, proferia insultos y amenazas contra su mujer, y, al verlo el amante, fingió rubor y envainó su acero y en seguida se largó.

Luego que el marido entró en la casa lo primero que hizo fue preguntarle a su mujer:

–¿Qué era eso, esposa mía?

Y la mujer le respondió en seguida:

–¡Bendita la hora en que llegaste, maridito mío! En verdad que has venido a salvar a un buen creyente de la muerte, pues verás lo que acaba de pasar.

Has de saber que estaba yo hilando en la azotea cuando hubo de descolgarse en ella un mocito, todo azorado y temblando de espanto, pues venía huyendo de uno que lo perseguía, espada en mano, y juraba matarlo.

Echóse el mocito a mis plantas y me besó las manos y los pies y me imploró:

–¡*Ye* mi valedora, sálvame de ese hombre que me persigue y me quiere matar sin razón!

Y entonces yo, apiadada, fui y lo escondí en nuestro sótano de casa, y, apenas lo hiciera, cuando se presentó el hombre que venía pisándole los talones y esgrimiendo su acero conminóme a que le entregara al joven.

Negúeme yo a ello en redondo y entonces él, furioso, púsose a insultarme y amenazarme, según tú mismo has podido ver.

¡Y loado sea Alá que te envió en mi ayuda, que si no, indefensa como estaba, no sé lo que me habría podido suceder!

Y el marido le dijo a la mujer:

–¡Bien hiciste, esposa mía, y El con creces tu buena acción te pagará!

Fuese luego el marido a la boca del sótano y desde allí gritóle al pajecillo:

–¡Sal fuera ya y nada temas, que nada malo te habrá de pasar!

Salió el pajecillo temblando de susto, y el marido le dijo:

–No pases temor, muchacho, que nadie te hará daño.

Y mostró condolerse de lo que le había ocurrido, en tanto el pajecillo invocaba sobre él las bendiciones del cielo, en señal de agradecimiento.

Salieron luego juntos el marido y el pajecillo, sin que ninguno de los dos llegara a recelar lo más mínimo de lo que la mujer había discurrido, para quedar bien ante el cornudo de su marido.

–Y esta, ¡*ye* rey!–añadió el visir–, es una de las muchas marrullerías de las mujeres, así que anda con ojo y no te fíes de lo que te dijeren.

Dióse por convencido el monarca y desistió de matar a su hijo.

Pero el día, el tercero, tornó a presentarse ante él la barragana, y, después de besar la tierra entre sus manos, le dijo estas palabras:

–¡*Ye* rey!, hazme luego justicia en el caso de tu hijo y no te dejes convencer por la charlatanería de tus ministros. Que nada hay de bueno en los dichos de los visires perversos, y no seas como aquel rey de Bagdad que fió en las palabras de un mal consejero.

–¿Y qué historia es esa del rey de Bagdad?–preguntó el soberano.

Y la favorita le dijo:

–Ahora vas a oírlo:



HISTORIA DEL HIJO DEL REY Y LA ALGOLA

(Noches 347 y 348)

Figura en la versión hispánica, sin título especial, bajo la rúbrica Enxenplo de commo vino la muger el tercero dia disiendo que matase su fijo.

–Ha llegado hasta mis oídos–empezó diciendo la favorita del rey–que érase una vez un rey de los reyes, el cual tenía un hijo al que quería con delirio y le dispensaba honores excesivos y lo distinguía entre todos sus otros hijos.

Y sucedió que, un día de los días, hubo de decirle su hijo:

–¡*Ye* padre mío! Quiero salir de caza con ballesta y red, siempre que tu permiso me des.

Dióselo el rey y mandó en seguida que apercibiesen todo lo a la cacería atinente y mandó a un visir de sus visires que fuese acompañando al príncipe, con el fin de servirle y proveer a todo cuanto hubiera menester.

Apercibió, pues, el visir cuanto pudiera necesitar el príncipe en su cacería, y luego partieron ambos, en unión de servidores y esclavos y criados.

Fueron caminando hasta llegar a unos verdes campos, muy ricos en plantas, pastos y aguas, y en los cuales había abundante caza.

Llegóse el príncipe al visir y participóle que le agradaría detenerse allí, de suerte que acamparon en aquel lugar, y durante unos días allí permanecieron, mostrándose el hijo del rey muy satisfecho y entregándose a placeres y retozos sin cuento.

Dio luego orden de levantar el campo, y, al ponerse nuevamente en marcha, he aquí que se le atraviesa en el camino una gacela, que se había desbandado de sus compañeras [1].

Prendóse de ella el príncipe al verla

[1] El episodio que sigue es repetición casi literal del que, con el mismo título, se refiere en la *Historia del rey Yunán y el médico Ruyán*. Como allí, es una gacela la que despista al príncipe, conduciéndolo al lugar en que se encuentra la «algola».

y anheló apresarla en la red, ardiendo en deseos de poderla coger.

Y, volviéndose al visir, le dijo así:

–Voy a seguir a esa gacela.

Y el visir le contestó:

–Haz lo que te parezca.

Echó, pues, el joven tras de la gacela, solo y sin que ninguno de su escolta lo siguiera, y la fue persiguiendo sin cesar, hasta que finó el día y vino la tarde y la noche detrás, y al cabo perdió de vista al animal.

Pensó entonces el príncipe en volverse atrás y empezó a caminar, sin saber adónde el rumbo enderezar, y así anduvo toda la noche y la mañana del siguiente día, hasta que este medió y el suelo se calentó, y entonces el príncipe advirtió que se hallaba frente a una ciudad de altos edificios y recios cimientos, pero toda ella desierta y solitaria y ruinosa, sin más habitantes ni moradores que el búho y el cuervo, que en ella vivían como señores.

Y estaba el joven contemplando aquella ciudad y examinando sus perfiles cuando casualmente hubo de reparar en una joven muy hermosa y graciosa, que estaba al pie de la tapia de un vergel y de sus ojos el llanto dejaba correr.

Acercóse a ella el príncipe y le preguntó:

–¿Quién eres?

Y ella le contestó:

–Yo soy la hija de Tubaj, señor de la tierra de Schahbá.

Y has de saber que un día de los días salíme de casa a hacer una necesidad y un *alifrite* me raptó y remontó conmigo el vuelo entre la tierra y el cielo; pero en tanto así volaba el genio cayóle encima un ascua de fuego y lo abrasó, viniendo yo a caer en este lugar en que me ves.

Y aquí llevo ya tres días muriéndome de hambre y de sed, y, al verte ahora a ti, entráronme nuevas ganas de vivir...

Sorprendió a Schahrasad la aurora y puso coto al flujo de sus palabras.

PERO LA NOCHE 348 SIGUIO DICIENDO LA MUCHACHA:

–Ha llegado hasta mí la fama, ¡*ye* monarca, el afortunado!, de que, al oírle decir el hijo del rey a la muchacha aquellas palabras «y al verte ahora a ti entráronme nuevas ansias de vivir», se enterneció y la subió a la grupa de su caballo y le dijo con voz de halago:

–Serena tu alma y refresca tus ojos, que si Alá es servido de restituirme a mi tierra y con los míos, te enviaré desde allí a tu país.

Púsose luego el príncipe a hurgarle a la muchacha por debajo del halda, pero ella le dijo:

–¡*Ye* hijo de rey!, para y déjame que me apee, a fin de hacer una necesidad al pie de ese muro que se ve allá.

Paró el príncipe su caballo y la ayudó a bajar y quedóse aguardando en tanto ella tras el muro se escondía y se ocultaba a su vista.

No tardó en salir de allí; pero salió totalmente cambiada, mostrando tan fea traza que al príncipe, al verla, se le erizó todo el vello del cuerpo y se le turbó el juicio, y fue tal su espanto que se quedó como paralítico.

Y ella montó a la grupa en su caballo y le dijo:

–¿Qué es lo que te ha pasado, hijo de rey, que te veo todo trasmudado?

–¡Oh!–contestó él–. Es que un asunto importante me tiene preocupado.

–¡Pues si es así, ayúdate en él con

las tropas de tu padre y los bravos guerreros que bajo sus enseñas combaten!

–El asunto que a mí me preocupa –respondióle el príncipe–no es de aquellos que se resuelven con ejércitos ni deciden los bravos guerreros.

–Pues siendo así–díjole ella–los tesoros de tu padre te podrán servir.

–Lo que a mí me preocupa–respondióle el príncipe–no se resuelve con tesoros ni bienes.

–¿Pues no pretendéis vosotros–díjole la joven–que en el cielo tenéis un Dios que todo lo ve y sobre todo tiene poder?

–Así es–asintió el príncipe–, que solo lo tenemos a El.

–Pues siendo así–díjole ella–¡invócalo a ver si puede librarte de mí!

Alzó el príncipe al oír aquello los ojos al cielo y purificó su corazon para hacer bien su imploración. Y luego exclamó:

–¡*Ye* mi señor!, invoco tu amparo para resolverme este asunto que me tiene atribulado.

Y al decir esto hizo un gesto señalando a la muchacha, la cual, en el acto, rodó del caballo, toda abrasada y calcinada, de suerte que un trozo de carbón semejaba.

Dio el príncipe gracias a Alá (loado sea por toda una eternidad) y siguió camino adelante llevando por guía a Alá (el grande, el lleno de majestad), el cual le allanaba la marcha y le indicaba las jornadas, hasta que, por fin, encontróse de nuevo en su país y en tierras del paterno reino, cuando ya perdiera la esperanza de volver a verlo.

Y todo aquello fuera obra del visir que su padre le asignara para que en su excursión lo acompañara y el cual era un traidor que meditaba su perdición, lo que habría logrado a fe si Alá no le sale a defender.

Date, pues, por advertido, ¡*ye* monarca del siglo!, de que los visires malos no tienen designios honrados ni a plegarse se avienen a la voluntad de sus reyes.

Así que anda, ¡*ye* rey!, con cuidado y huye de consejos mal avisados.

Luego de oír tales palabras díole el rey la razón a la esclava y tornó a ordenar que diesen muerte a su hijo, según ella le había pedido.

Pero entonces presentóse allí el tercer visir, y, tomando la palabra, dijo:

–¡Voy a zanjar este pleito de un modo feliz!

Y pasando a presencia del soberano besó la tierra entre sus manos y luego le dijo:

–¡*Ye* rey, el glorioso! Tu fiel consejero soy y tu servidor solícito y háblote, en verdad, la mejor de las hablas, y te aconsejo que no te precipites a matar a tu hijo, frescura de tus ojos y fruto de tus entrañas. Que acaso su pecado no pase de un leve desliz, que esta madama agrandó ante ti, y por cierto que una vez oí decir cómo, por mor de una gotica de miel, vinieron a destruirse dos ciudades entre sí.

–¿Y cómo fue ello, mi visir?–preguntó el rey.

Y el visir le contestó:

–Ahora mismo te lo voy a decir:



HISTORIA DE LA GOTA DE MIEL

(Noche 348)

Figura en la versión hispánica con el título Enxenplo del terçero privado, del caçador e de las aldeas.

–Erase una vez un cazador que salía a cazar las fieras del bosque, y un día de los días hubo de llegar a una cueva del monte y encontróse allí una colmena de abejas.

Y fue el cazador y tomó un poco de aquella miel en un zaque que consigo llevaba, y, echándoselo a la espalda, tornóse a la ciudad seguido de su perro, al que amaba en extremo.

Paróse luego el cazador ante una tienda de aceitero y le ofreció el zaque de miel y el aceitero se lo compró.

Procedió luego el cazador a abrir el zaque para que el aceitero pudiera ver lo que venía dentro, y, al hacerlo así, hubo de caer en el suelo una gotica de miel.

Y hete aquí que en el acto acudieron allí las moscas y detrás de las moscas llegó un pájaro que sobre ellas se lanzó y se las tragó.

Pero dio la casualidad de que aquel aceitero tenía un gato que, al ver al pájaro, lanzóse sobre él, y el perro del cazador, al ver al gato, luego sobre el saltó y lo mató.

Y no paró ahí la cosa, pues el cazador también arremetió contra el aceitero y lo dejó muerto.

Pero aquel aceitero era de un pueblo y el cazador de otro, y, al saber los vecinos de uno y otro pueblo lo que había sucedido, empuñaron las armas y corrieron a tomar venganza, y ambos bandos se encontraron y se acometieron, y no paró de actuar la espada entre ellos hasta que muchos murieron, y dizque fueron tantos que solo Alà pudiera contarlos.

Y entre otras historias sobre los engaños y malicias de las hembras–añadió el visir–he oído contar también, ¡*ye* rey, el glorioso!, aquella de:



LA MUJER QUE LE HIZO AL MARIDO CERNER POLVO

(Noche 348)

Falta en la versión española. Figura en la persa.

—Y sucedió una vez que un hombre diole a su mujer un *dirhem* para que fuese al zoco y le mercase arroz.

Tomó la mujer el *dirhem* y fue a mercar el arroz, y el vendedor se lo dio; pero, de pasada, se puso a hacerle guiños, y, entre otras cosas, le dijo:

—El arroz como está mejor es con azúcar, y si quieres que yo te la dé, pasa conmigo a la trastienda cosa de una horita y te la daré.

Pasó adentro la mujer y el mercader logró su gusto con ella, y luego al salir le dijo a su criado:

—Pésale un *dirhem* de azúcar, Fulano.

Pero al mismo tiempo, con mucho disimulo, hízole una seña que aquel entendió en el acto.

Cogió, pues, el esclavo el pañuelo de la mujer y vació el arroz que había en él, y, en su lugar, sin que ella lo advirtiera, puso un poco de tierra, y en vez del azúcar, unas pedrezuelas.

Y dizque el mercader ideara esa treta para hacer que la mujer volviera.

Ató luego los picos del pañuelo y se lo devolvió a la mujer, y esta lo tomó y se retiró, muy creída de que en él llevaba el arroz y el azúcar.

Y llegado que hubo a su casa diole el envoltorio a su marido, en tanto ella iba por una sartén en que echar el arroz.

Y el marido desató el pañuelo y miró y vio que solo había en él tierra y piedras.

Por lo que, cuando volvió la mujer con la sartén, le dijo:

—Pero ¿te dije yo acaso que teníamos que hacer aquí obra de albañilería para que me trajeses esta tierra y estas piedras?

Comprendió la mujer al oír aquello

que el arrocero habíase burlado de ella, pero disimuló y le dijo al marido:

–Perdona, hombre; pero por distracción, en vez del cedazo, cogí la sarten.

–¿Y qué fue lo que hasta ese extremo te embargó el ánimo para que incurrieses en ese error craso?

–Has de saber–le dijo la mujer–que el *dirhem* que me diste se me cayó al suelo en el zoco y yo, por vergüenza de la gente, no me bajé a buscarlo y cogerlo; pero como tampoco quería perderlo, cogí un puñado de tierra del sitio en que cayera y ahora pensaba cerner la tierra, sino que, distraída, como te digo, en vez del cedazo cogí la sartén. Y esto es todo, marido mío. Pero ahora mismo voy por la criba y la traigo en seguida.

Hízolo así la mujer y díole el cedazo al marido, y le dijo:

–Cierne tú la tierra por favor, que tienes mejor vista que yo!

Tomó el marido la criba y se puso a cerner la tierra, hasta cubrírsele de polvo la cara y las barbas, y dízque el cuitado no se recelaba lo más mínimo del engaño ni de lo que a su mujer le había pasado.

Ahí tienes, *¡ye* monarca!, una muestra de las astucias a que apelan las hembras.

Y recuerda las palabras de Alá (loado sea por toda una eternidad): «En verdad, vuestra malicia es grande[1].» Y también: «Ciertamente, la malicia del Schaitán es floja, comparada con la de las mujeres [2].»

Luego que hubo escuchado el monarca las palabras de su visir, encaminadas a temperarlo y apartarlo de su impulso desatentado, quedóse pensativo y reflexionó sobre aquel versículo del Libro de Alá y penetró la luz de la amonestación en los ámbitos de su juicio y discreción, de suerte que desistió de matar a su hijo, aplazando nuevamente su ejecución. Pero llegado que fue el día, el cuarto, presentóse otra vez la favorita ante el monarca, y, después de besar la tierra entre sus manos, le dijo al soberano:

–*¡Ye* monarca, el afortunado, el de los pareceres bien encaminados!, he aquí que ya pudiste ver con tus propios ojos la razón que me asiste y hacerme justicia prometiste; ¿por qué, pues, ahora de ese modo difieres el castigo del culpable, en atención a ser tu hijo y sangre de tu sangre?

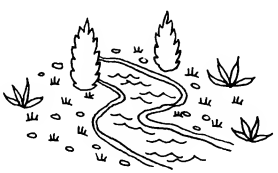
Pero haz cuenta, *¡ye* el rey!, que Alá saldrá a mi defensa, de igual modo que defendió a aquel príncipe contra las maquinaciones del visir de su padre e hizo resplandecer su inocencia en forma irrefutable.

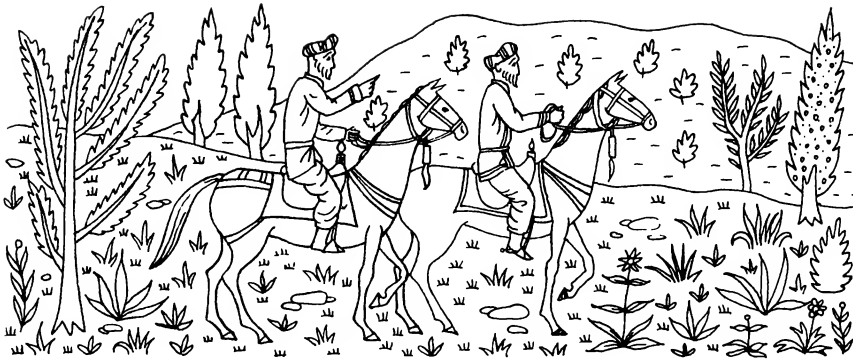
–¿Qué príncipe fue ese y a qué historia te refieres?–preguntóle el rey.

Y la esclava, en el acto, inició su relato diciendo:

[1] *Corán*, sura XII, *Yúsuf*, aleya 28. Trátase de palabras que Putifar le dice a su mujer.

[2] Sura IV, *An-Nisá* (Las mujeres), aleya 78. El narrador tergiversa las palabras del texto, que a la letra dice: «Combatid las sugestiones del Schaitán. En verdad los ardides del Schaitán son flojos.»





HISTORIA DE LA FUENTE ENCANTADA

(Noches 348 y 349)

Enxenplo de un fijo de un rrey e de un su priuado commo lo engaño, *en la versión hispánica*

–Ha llegado a mi noticia, *¡ve* el monarca!, que había una vez un rey de los reyes, de los tiempos pasados, el cual tenía un hijo y no tenía el rey más hijo que ese que digo.

Luego que aquel hijo llegó a la edad adecuada, casólo su padre con la hija de otro monarca.

Y era la princesa aquella mujer de gran hermosura y belleza, y tenía un hijo de su tío, el cual pidiérala en matrimonio a su padre, sin que fuera ella gustosa de aceptarle.

Luego que el hijo de su tío supo que iba a casarse con otro concibió celos terribles y se puso a cavilar en el medio de poderlo evitar.

Decidió al cabo enviarle valiosos regalos al visir del rey, padre del novio, y así lo hizo, con efecto, invirtiendo grandes sumas en ellos. Y al mandarle los presentes al visir rogábale discurriese algún ardid para quitarle la vida al hijo del rey, su señor, e insistiese con él, usando razonamientos y sofismas, a fin de disuadirlo del matrimonio con su prima.

Y a este fin mandó juntamente con los regalos un emisario que dijera al visir:

–*¡Ye.* el visir!, has de saber cómo los celos me han trastornado hasta el extremo de dirigirme a ti para el logro de mis deseos.

Luego que llegaron a poder del visir los regalos, aquel los aceptó y le mandó decir al príncipe, por medio de su embajador:

–Tranquiliza tu alma y refresca tus ojos, que en mi tendrás quien te sirva en todo.

Mandó después el rey, padre de la novia, al príncipe un legado, invitándolo a trasladarse a su reino, con objeto de consumar el casamiento.

Luego que el joven hubo recibido la

misiva de su suegro pidió a su padre permiso para acceder a su ruego y ponerse en camino.

Dióselo el rey y designó para que le acompañase en su viaje al visir sobornado que aceptara aquellos regalos, y envió también con ellos dos mil caballeros y una partida de regalos regios, amén de alquivales y tiendas de campaña, para cuando los necesitaran.

Marchó, pues, el visir con el hijo del rey, y, durante el camino, iba pensando en secreto alguna astucia para perderlo, aunque disimulaba la mala intención que contra él albergaba en su corazón.

Hasta que fueron a salir a un monte y el visir recordó que había allí una fuente de agua corriente, llamada Sohrá, la cual tenía la virtud de cambiar en mujer al hombre que bebía de su caudal.

Mandó, pues, el visir a las tropas que acamparan allí, y luego, montado en su corcel, díjole al hijo del rey:

–¿No te gustaría venirte conmigo a dar un paseo y recrearte viendo una fuente de agua que hay por esta contornada?

Plació le al príncipe la idea y montó en su bridón y fuese allá con el visir, sin que ninguno de los otros los acompañasen, ignorantes de todo lo que contra él se tramase.

Y fueron cabalgando, príncipe y visir, hasta que llegaron a la susodicha fuente, y ya allí el joven apeóse de su montura y acercóse al agua y se lavó las manos y luego bebió de ella, sin el menor reparo. Y quedóse convertido en mujer en el acto.

Luego que el príncipe se dio cuenta de su transformación rompió a gritar y llorar con tal vehemencia y dolor que finalmente se desmayó.

Llegóse a él el visir, dando muestras de pesar y le preguntó con fingido interés:

–¿Qué es lo que te pasa, *ye*, el hijo del rey? ¡Así de todo mal te libre Alá! (el grande, el lleno de majestad). ¿Cómo pudo ocurrirte esta desgracia y sucederte esta desdicha infausta cuando íbamos caminando tan alegres ante la perspectiva de irte tú a casar con la hija del rey? He aquí que ahora, por desgracia, no sé cómo podrás consumar la boda proyectada. Pero en fin, tú eres el llamado a decidir y a nosotros solo toca tus órdenes cumplir.

–Vuelve a la corte de mi padre–dijo el hijo del rey–y participale lo ocurrido, y dile que yo no me moveré de aquí hasta que me vea libre de este mal, y si así no es, aquí moriré.

Escribió luego el príncipe una carta dirigida a su padre comunicándole su desastre, y se la dio al visir, el cual la tomó y acto seguido se alejó de allí.

Luego que el visir llegó a presencia del monarca contóle la desgracia que a su hijo le pasara y le entregó su carta.

Dolióse grandemente el rey de lo que a su hijo le ocurriera y mandó a llamar en el acto a todos los sabios y profundizadores de arcanos y les rogó le explicasen lo que a su hijo le sucediera, sin que ninguno de hacerlo capaz fuera.

Por su parte, el visir luego expidió un emisario para que fuera a ver al primo de la princesa y le dijera lo que al hijo del rey le sucediera, a fin de que se alborozara con la fausta nueva.

Recibió el joven la misiva del visir y se alegró, con efecto, lo que no es de decir, y se encendió en nuevos deseos de casarse con la hija de su tío, y le envió al visir valiosos regalos y caudales colmados, amén de expresarle su agradecimiento extremado.

Cuanto al hijo del rey, permaneció allí, junto a la fuente tres días con sus noches, sin comer ni beber, ni hacer otra cosa que encomendarse en su desgracia a Alá (loado sea por una eterni-

dad), el cual nunca abandona a aquellos que por su patrono lo toman.

Y al llegar la noche, la cuarta, he aquí que ante el joven se presenta un caballero que ostentaba corona sobre sus sienes y tenía toda la traza de los hijos de los reyes.

Y el caballero paró su corcel ante el príncipe y le preguntó:

—¿Quién fue el que te trajo a este lugar?

Contóle el joven entonces todo cuanto le ocurriera y la desgracia que le acaeciera, y el caballero, al oírlo, expresóle su sentimiento y luego le dijo:

—El visir de tu padre es de lo que te pasa el culpable, pues de todos los mortales solo hay uno que conozca la virtud de esta fuente y ese es el visir, que por ello te trajo hasta aquí.

Ordenóle luego al príncipe aquel caballero que montase en su corcel y se fuese con él.

Hízolo así el príncipe y el caballero le dijo luego:

—Vendrás conmigo a mi casa y por esta noche serás mi huésped, sin falta.

—¡Oh!—exclamó el príncipe—. Hazme saber quién eres, ya que contigo llevarme quieres.

—Yo—respondióle el caballero—soy hijo del rey de los genios y tú eras hijo de un rey de los hombres; serena, pues, tu alma y refresca tus ojos, pues tocan ya a su fin tus dolores, inquietudes y sinsabores.

Marchó, pues, con él el hijo del rey, al clarear del día, dejando tras de sí sus tropas y milicias.

Fueron ambos cabalgando hasta la medianoche y el hijo del rey de los genios le dijo entonces:

—¿Sabes cuánto camino llevamos recorrido hasta este momento?

—No—díjole el príncipe al hijo del rey de los genios.

—Pues has de saber que llevamos caminando un trayecto que, en otro caso, se tardaría un año en recorrerlo.

Maravillóse el príncipe al oírlo y le dijo:

—¿Cómo es eso? ¿Cuándo estaré de nuevo con mi padre y mis deudos?

—Cosa es esa—respondióle el príncipe de los genios—que no es de tu incumbencia, sino de la mía; pero está seguro de que, luego que sanes de tu mal, regresarás a tu tierra y tu gente en un abrir y cerrar de ojos, que eso es cosa fácil para nosotros.

Al oír el príncipe las palabras del genio púsose como loco de contento y pensó si no sería todo un puro sueño. Y exclamó con devota unción:

—¡Loado sea el Poderoso, que trueca el pesar en alegría!

Y la del joven era en aquel momento infinita.

Pero al llegar aquí sorprendió a Schahrasad la aurora y cortó el hilo de sus palabras cautivadoras.

Y LA NOCHE 349 REANUDO SU RELATO EN ESTA FORMA:

—Ha llegado hasta mí la fama, *¡oh* monarca, el afortunado!, de que el hijo del rey de los genios díjole al hijo del rey de los hombres:

—Luego que sanes de tu mal volverás a tu país y con tu gente en un abrir y cerrar de ojos, que eso es fácil para nosotros.

Holgóse mucho el príncipe al oír las palabras de su compañero, el hijo del rey de los genios, y ambos siguieron cabalgando, hasta que, finalmente, lle-

garon a orillas de una fuente de agua, que manaba de una negra montaña.

Y el príncipe de los genios le dijo a su compañero:

–Apéate aquí al momento.

Hízolo aquel así en el acto y se apeó del caballo.

Y el príncipe de los genios le dijo al muchacho:

–Bebe el agua de esa fuente.

Bebió el príncipe de ella y en aquel mismo instante, por permisión de Alá, volvióse varón, según lo era antes.

Alegróse el príncipe lo que no es decible, y luego, por indicación del príncipe de los genios, volvió a montar en su corcel y ambos reanudaron la marcha y fueron cabalgando sin parar hasta que llegaron al país del príncipe de los genios y allí se detuvieron.

Pasó allí la noche el hijo del rey como huésped del príncipe de los genios, el cual lo retuvo algún tiempo, agasajándolo de un modo espléndido.

Hasta que al fin le dijo:

–¿Quieres ya, amigo mío, emprender esta noche misma el regreso a tu tierra y familia?

–Sí que quiero–respondióle el príncipe al genio–, que me urge en verdad hacerlo.

Mandó llamar entonces el príncipe de los genios a uno de sus servidores, que se llamaba Rachis [1], y le dijo:

–Coge a este joven y cárgatelo a cuestas.

Apeóse el príncipe del caballo y montó a hombros del esclavo. Y el príncipe de los genios le dijo al joven, con tono imperioso:

–Cierra ahora los ojos.

Hízolo así él y en el acto el esclavo remontó el vuelo hasta los confines del cielo y fue volando y volando, llevando a cuestas al muchacho, hasta que el último tercio de la noche fue pasado.

Aterrizó entonces el esclavo y abatió el vuelo sobre el alcázar de su suegro.

Y el *efrit* le dijo al príncipe:

–Abre los ojos y apéate, que ya dimos fin a la partida, pues estamos en el alcázar de tu suegro y su hija.

Y, así diciendo, dejólo en tierra el genio y remontó el vuelo.

Luego que clareó el día y al joven se le pasó el miedo, bajó de lo alto del alcázar y fuese en busca de su suegro.

Y este, al verlo, levantóse y salióle al encuentro, muy asombrado de verlo bajar de lo alto del palacio. Y le dijo así:

–Yo siempre viera a las gentes entrar por las puertas, pero tú vienes como llovido del cielo a mi presencia.

–Las cosas–respondió el príncipe– ocurren según quiere Alá (loado sea por toda una eternidad).

Maravillóse no poco el rey de oírlo y no menos se alegró de que hubiera podido llegar allí sin peligro.

Luego que el sol se remontó por el cielo mandó el rey a su visir que organizase un gran festín nupcial, lo que aquel hizo sin tardar.

Y terminada la alifara, trasladóse el novio a la cámara de la desposada y por espacio de dos meses permaneció a su lado.

Cumplido este plazo, llevósela a su país, a la corte del rey, su padre, el cual, noticioso de su llegada, salió a recibirlo con todas sus tropas y milicias y todos sus visires y emires.

Ahora bien: ¡*ye* monarca glorioso!, yo espero ahora que Alá (el grande, el lleno de majestad) te defienda contra tus visires, que tratan de disuadirte, y me hagas por fin justicia en la persona de tu hijo, según yo te pido.

Así habló la esclava. Y, en el acto, el rey, convencido, dio orden de que mataran a su hijo.

Era aquel día el cuarto, desde que empezara aquel pleito, y el cuarto visir

[1] El tonante, el irascible.

presentóse ante el soberano, y, después de besar la tierra entre sus manos, dijo así:

–¡Consolide Alá el trono del rey y le conceda su poder!

Pero no te apresures, *¡ye* monarca ilustre!, a poner por obra lo que piensas, que el hombre discreto nada hace sin antes sopesar las consecuencias que de ello se pueden derivar:

Como dice el refrán:

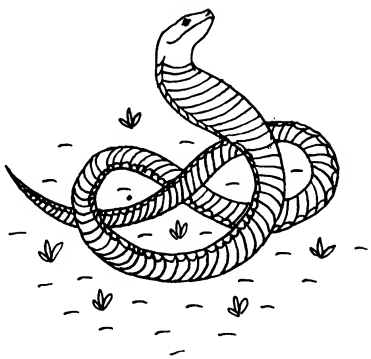
«Quien en las consecuencias no repara, tiene a la fortuna de espaldas.»

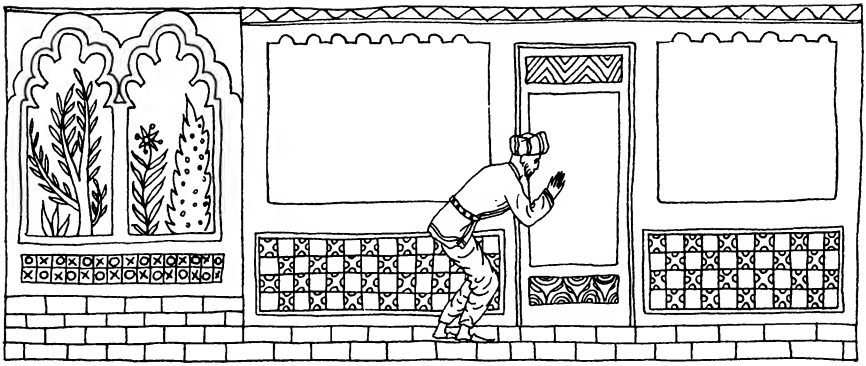
Y al que obra de ligero le puede suceder lo que le ocurrió al bañero del *hammam* con su mujer.

–¿Y qué fue lo que le ocurrió al bañero del *hammam* con su mujer? –preguntó el rey.

Y el visir le respondió:

–He oído contar, *¡ye* rey glorioso!, el cuento de:





EL HIJO DEL VISIR Y LA MUJER DEL BAÑERO

(Noche 349)

Es el enxenplo del quarto priuado e del bañador e su muger. *Es la versión española una variante de la historia* El hijo del rey y la esposa del mercader, *en el* Hitopadesa.

–Erase una vez un bañero de un *hammam* al que concurrían la mejor gente y los señores de la ciudad. Y un día de los días hubo de presentarse allí un guapo joven de los hijos de los visires, el cual era de cuerpo asaz gordo y voluminoso.

Dispúsose el bañero a servirlo y, al desnudarse el joven, no le vio sus partes, que las tenía escondidas entre sus muslos, por efecto de su exceso de grasa, y así no abultaban más que una avellana.

Echóse el bañero a llorar al notar aquello y a dar palmadas, y el joven, al verlo, le dijo:

–¿Qué es lo que te pasa, bañero, y por qué te afliges con esos extremos?

Y el bañero le respondió, diciendo:

–¡*Ye* mi señor! Por ti me quemo y por ti me duelo, porque siendo, como eres, tan guapo muchacho y tan agraciado y simpático, no tienes nada con qué recibir y dar placer como los demás hombres que creó Alá.

A lo que el joven respondióle:

–Tienes razón, pero ahora me recuerdas una cosa que olvidara.

–¿Y qué es ello?–preguntóle el bañero.

Y el joven contestóle:

–Toma esta moneda de oro y ve a buscarme una buena moza, para que yo pueda probar con ella mi naturaleza.

Tomó el bañero la moneda y fuese a ver a su mujer y le dijo:

–Mira, mujer: ha aportado hoy por el *hammam* un mocito de los hijos de los visires, tan guapo que semeja una luna llena; pero que el pobre no tiene apenas lo que tienen los hombres, pues

lo suyo no abulta más que una avellana, y como yo, al notarlo, me lamentara, fue y me dio este dinar y me rogó que le buscase mujer, con la cual pudiera probar su vigor natural.

Y como tú, a la cuenta, eres más merecedora de ganarte ese dinero que ninguna otra, y de ese mocito no hay que temer nada malo, pues yo estaré al paño, pienso que debes ir allá y estar con él un rato, que te servirá de diversión y te valdrá este dinar, que no nos vendrá mal.

Cogió la mujer el dinar y se levantó y se compuso y acicaló, vistiéndose sus mejores galas, con lo que no hay que decir lo guapa que estaba, siendo ya de suyo, como lo era, la mujer más barbiana de su época.

Y después la mujer fuese al *hammam* con su marido y este se la presentó al mocito y los dejó a ambos en un lugar apartado.

Miró la mujer al joven y lo encontró guapo de veras y con una cara que parecía una luna llena y quedó luego prendada de su belleza, y al mozo también palpitóle el corazón y el tino perdió no bien hubo visto a aquella hembra tan hermosa y que tenía en sus labios una sonrisa tan dulce y coquetona.

Y se levantó, y, cerrando la puerta, tomó a la mujer entre sus brazos y la apretujó contra su pecho y ambos se abrazaron. Y en el acto al joven se le empinó el cipote, que abultaba entonces como el de un pollino, y se echo sobre la mujer y la cabalgó, en tanto ella suspiraba y gemía y se retorcía.

Y dizque el bañero estaba apostado detrás de la puerta, a la mira de lo que entre los dos fuera a pasar, y al ver aquello púsose a gritarle a su mujer, diciendo:

–¡Basta ya, por Alá! Sal luego, mujer, que dejaste al rorro sin darle de mamar.

Y el joven, al oír los gritos del marido, le dijo a la mujer:

–Anda y ve a darle teta al niño y vuelve después.

Pero la mujer le contestó:

–No iré allá, que, si de ti me aparto un momento, se apartará mi alma de mi cuerpo, y entonces mi hijito se quedará huérfano.

Y la mujer siguió allí con el mocito, hasta que ambos saciaron sus deseos en diez carrerillas. Y a todo esto el bañero no paraba de gritar, llamando a su mujer, y de llorar y de pedir auxilio a la gente del *hammam*.

Y aunque nadie acudía en su ayuda, él seguía gritando y diciendo:

–¡Por Alá, que me voy a matar!

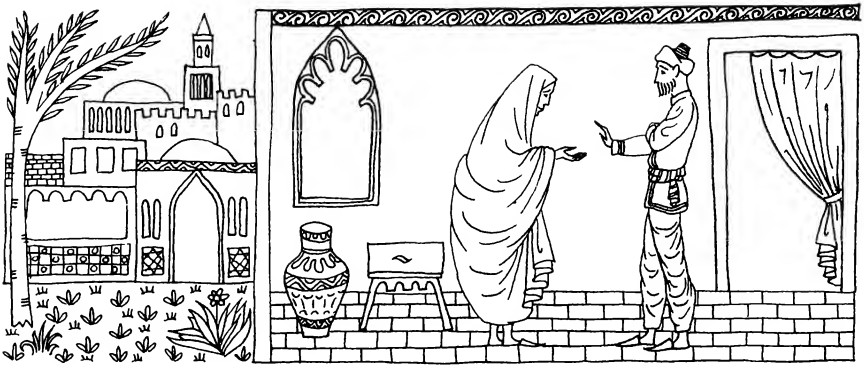
Hasta que, al cabo, no viendo modo de llegar hasta su mujer y arrebatado de furiosos celos, al oír sus suspiros y resuellos debajo del mocito, subióse a lo más alto del *hammam* y desde allí se tiró al suelo, donde se estrelló y quedó muerto.

Y he oído también, *¡ye* monarca glorioso!–añadió el visir–, contar otro cuento al respecto de las malicias y picardías de las mujeres.

–¿Y qué cuento es ese?–preguntó el rey.

Y el visir le dijo:

–Has de saber, señor, que se trata del cuento de:



LA ASTUCIA DE QUE SE VALIO LA MUJER PARA ENGAÑAR A SU MARIDO

(Noches 349 y 350)

Enxenplo del omme e de la muger e de la vieja e de la perrilla. *Esta anécdota se refiere también en la* Disciplina clericalis, *de Alphonsus; el fabliau* La vieille qui séduisit la jeune fille, *las* Gesta Romanorum *y en el* Kathá-Sárit-Ságara.

–Una vez había una mujer hermosa y muy honesta y decente y tal; en fin, que no había otra en su tiempo que con ella pudiera competir de las de su sexo.

Y hubo de verla un joven de los aturdidos y faltos de juicio, y en el acto se enamoró de ella y se le abrasó el corazón en una pasión violenta.

Pero era la mujer, como dijimos, muy honrada y casta y en modo alguno inclinada a relaciones mal miradas.

Y sucedió un día de los días que el marido de aquella mujer hubo de salir de viaje a no sé qué país, adonde sus negocios le obligaban a ir.

Aprovechó el joven la ausencia del marido y empezó a enviarle diariamente a la mujer mensajes amorosos, sin que lograra nunca contestación a sus acosos.

Visto lo cual pensó el joven en una vieja ladina, que era su vecina.

Y fue a verla y la saludó con el *selam* y le contó sus cuitas de amor y el estado lamentable en que le pusiera su pasión, añadiendo, para terminar, que no podría vivir si no lograba que aquella mujer correspondiese a sus ansias.

–No pases pena–díjole la vieja–, que aquí estoy yo para allanarte el logro de lo que deseas, y así será, si quiere Alá.

Al oír el joven aquellas palabras de la vieja sintió aliviado su pesar y la gratificó con un dinar.

Separáronse luego los dos, y al día, el siguiente, cuando la mañana amaneció, fuese la vieja a ver a la mujer y renovó su conocimiento y amistad con ella, y desde aquel día todos los demás le hacía una visita.

Y uno de aquellos días, al separarse la vieja de la mujer, fue y cogió un pan y lo untó de grasa y lo espolvoreó de pimienta y se lo echó a una perra, la cual, desde entonces, empezó a seguirla, atraída por la golosina.

Luego de eso otro día diole la vieja a la perra una ración de pimienta y sebo; tragólo el animal y en seguida, por el ardor de la pimienta, los ojos le empezaron a lagrimear.

Violo la mujer y le preguntó a la vieja:

–Madre mía, ¿por qué llora así la perra?

–Hija mía–respondió la vieja–, la historia de esta perra es muy rara y extraña, pues has de saber que antes de ser perra era una muchacha, y era mi amiga y mi compañera, y era muy bella y hermosa, y muy gentil y muy garbosa.

Y hubo de enamorarse de ella un chico del barrio, y tanto incremento tomaron su pasion y su deseo, que al cabo cayó enfermo.

Fue, pues, el joven y empezó a enviarle mensajes, requiriéndola de amores, sin lograr que ella le contestase ni de sus quejas se apiadase.

Al ver yo su desdén e indiferencia creí prudente prevenirla y fui y le dije un día: «¡Hija mía, no seas así con ese chico, y ten piedad de él y no lo hagas tanto padecer!»

No me hizo ella caso, y, luego que se le acabó la paciencia al muchacho, contóle sus cuitas a unos amigos suyos, los cuales, compadecidos, hiciéronle a la joven un maleficio. Y con sus artes de hechicería cambiáronla de mujer en perra, dejándola según ahora se muestra.

Y ella, al verse así cambiada y de todo el mundo rechazada, que nadie sino yo se compadecía de su desgracia, vínose a mi casa y se puso a hacerme zalemas y gracias y a lambisquearme manos y pies y a llorar y gemir y suspirar...

Pero al llegar aquí sorprendió a Schahrasad la aurora y cortó el hilo de sus palabras encantadoras.

Y LA NOCHE 350 PROSIGUIO SU RELATO EN ESTA FORMA:

–Tengo entendido, *¡ye* el sultán, el afortunado!, que la vieja contóle a la mujer la historia de la perra, valiéndose de fingimiento y malicia, a fin de embaucarla y seducirla.

Luego que la mujer hubo oído la historia que le contó la vieja entróle un gran temor y le dijo, inquieta:

–Madre mía: por Alá, que con esa tu historia me has puesto que tiemblo toda.

–¿Y por qué es ese miedo?–preguntóle la vieja.

–Pues porque, madre mía–díjole la mujer–, has de saber que cierto guapo joven se enamoró de mí y me mandó más de una tercera, para que me lo dijera, sin que yo a escucharlas me aviniera. Y ahora temo me suceda lo mismo que le pasó a esa perra.

–Ten mucho cuidado, hija mía–díjole la vieja–, y no me engañes, que ya

estoy asustada con lo que me contaste. Dime, pues, qué joven es ese y dónde vive, y si esto último no lo supieras, dime al menos sus señas, para que yo pueda conocerlo y vaya a buscarlo y te lo traiga en el acto y de todo peligro quedes a salvo.

Describióle entonces la mujer a su galán y la vieja la oyó, mostrando sorpresa, como si no lo conociera.

Y al terminar la mujer, díjole la vieja:

–Ya con esas señas iré a ver si tengo suerte de dar con él.

No bien salió la vieja de casa de la mujer fuese en busca del muchacho; pero no tuvo la suerte de encontrarlo, por lo cual echóse a dar vueltas por las plazas por si con él se topaba.

Y estando así he aquí que hubo de ver la vieja a un joven guapo y gallardo, que en su cara mostraba huellas de un viaje largo.

Fuese luego hacia el joven la muy ladina vieja y le dijo, después de hacerle la zalema:

–¿Te gustaría venir conmigo a un sitio donde encontrarías comida y bebida y una linda mujer apercibida?

–¿Qué sitio es ese que dices?–preguntóle el joven.

Y la vieja contestóle:

–Mi propia casa es y es mi hija la mujer.

Accedió el joven sin vacilar, y la vieja delante y él detrás empezaron a caminar y no supo la vieja que aquel hombre era, precisamente, el marido de la joven, hasta que llegaron a la casa y llamó a la puerta y salió a abrirles la casada.

Luego de abrir la puerta escabullóse la joven y desapareció un momento para componerse y acicalarse y perfumarse.

En tanto la vieja condujo al hombre a una sala de estrado, y a todo esto andaba maquinando malicias y engaños.

Salio luego de nuevo la mujer, y, al fijar la mirada en el desconocido y reconocer en él a su marido, concibió en el acto un artificio que la sacase de aquel compromiso.

Y quitándose uno de sus chapines, fuese con él en la mano hacia su marido y le dijo:

–¿Es esta la fe que me juraste? ¿Como eres capaz de hacer lo que haces y de ese modo afrentarme?

Y acto seguido empezó a darle golpes en la cabeza con el chapín, sin dejar de increparlo e insultarlo con fingido frenesí.

Al verse así maltratado el inocente del marido juraba y perjuraba que nunca en su vida la engañara ni hiciera nada de lo que ella imaginara y, en apoyo de sus palabras, ponía por testigo a Alá (el grande, el lleno de majestad), en tanto la mujer seguía aporreándolo y lloraba y gritaba sin parar un momento.

Y tan bien representaba su papel la mujer que la propia vieja estaba maravillada de tanta astucia y tanta artimaña.

Y esta es, *¡ye* rey!, una muestra tan solo de las marrullerías de las hembras y de sus bellaquerías y picardías, en que son maestras.

Y el cuarto visir, después de contarle al rey su historia, logró que aquel desistiera de matar a su hijo, según tenía decidido.

Pero al clarear el día, el quinto, tornó a presentarse ante el monarca la barragana, llevando en su mano una copa llena de ponzoña, y, dando grandes gritos en demanda de auxilio y arañándose las mejillas, como en un acceso de delirio, encarándose con el rey le dijo:

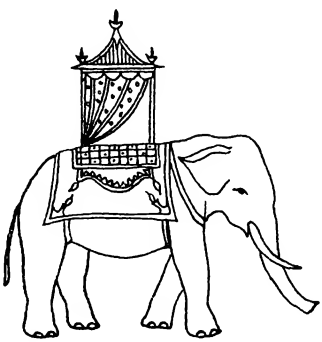
–*¡Ye* monarca del siglo! Hazme en el acto justicia en la persona de tu hijo, o si no, ahora mismo, me bebo esta copa que está llena de ponzoña y me mato haciendo recaer sobre ti la

responsabilidad de mi pecado, del cual darás cuenta a Alá, que el dia del Juicio te la pedirá.

Pues estos tus visires me ponen de astuta y marfuza [1], siendo así que no hay quien a ellos les gane tocante a ladinos y perfidos en el mundo entero. Por ventura ¿no oiste nunca, ¡*ve* monarca!, la historia del joyero y la muchacha?

–¿Y qué historia es esa a que te refieres?–preguntole el rey.

[1] Falsa.





HISTORIA DEL JOYERO Y LA CANTORA DE KASCHMIR

(Noches 350 y 351)

Falta en la versión hispánica.

–Te he de decir–díjole la esclava–, *¡ye* monarca, el afortunado!, que había una vez un joyero que se perecía por las hembras y por el vino, compartiendo sus preferencias entre ambos vicios.

Y sucedió un día de los días que fue el joyero a ver a un su amigo, y, al fijar la vista en una de las paredes del estrado, vio en ella pintada la imagen de una joven agraciada de tales encantos dotada como nunca vieran los videntes nada que se le pareciera ni remotamente.

Miró y remiró el joyero la imagen de la bella y no podía apartar sus ojos de ella, y, tan prendado se quedó de su belleza, que hasta llegó a caer enfermo de tanta gravedad que estaba a punto de expirar.

Fue a visitarlo uno de sus amigos y se sentó a su cabecera y le preguntó cómo seguía y qué era lo que le dolía.

–¡Hermano mío!–díjole el enfermo–. Todo el mal que padezco y todos mis dolores y tormentos traen su origen del amor, pues has de saber cómo me enamoré de la imagen de una mujer que viera pintada con arte soberano en casa de mi amigo Fulano.

Reprochóle aquello el amigo, al oírlo, y le dijo:

–La culpa de todo eso la tiene tu falta de juicio, porque ¿a quién se le ocurre enamorarse de una imagen pintada en un muro y que no puede causarnos provecho ni daño y no ve ni oye, ni siente ni consiente?

–Es que esa pintura–respondió el enfermo–fue hecha, sin duda, teniendo delante al modelo.

–¡Bah!–respondió el amigo–. No pienses eso. Que lo más probable es

que el pintor la pintase de pura imaginación.

–Sea como fuere–declaró el enfermo–, yo estoy loco por ella y me moriré sin remedio. Pero si hubiere en el mundo alguna criatura comparable a esa pintura pido a Alá que me alargue la vida hasta que la pueda admirar.

Luego que los amigos del enfermo de este se despidieron, procedieron a hacer indagaciones a fin de poder averiguar quién fuese el artista que la imagen aquella había pintado, y al fin lo averiguaron; pero entonces se encontraron con que el pintor partiera de viaje para una tierra de las tierras de los mortales.

Resolvieron, pues, escribirle una carta describiéndole el triste estado en que su amigo se hallaba y preguntándole si la imagen de aquella mujer habíala pintado teniendo delante el modelo o si todo era imaginado.

Recibió la carta el pintor y les contestó:

«Sabed que esa imagen de mujer la pinté yo teniendo por modelo a una esclava cantora, propiedad de un visir, el cual reside en la ciudad de Kaschmir, en tierras de Al-Hind [1].»

Luego que sus amigos fuéronle con el cuento al enfermo, el cual se hallaba en el país de Al-Fars, abandonó aquel el lecho y en seguida preparó su viaje y partió por tierras de Al-Hind, donde está la ciudad de Kaschmir.

Llegó a aquella ciudad el joyero, después de muchas fatigas y contratiempos, y en ella se instaló de asiento.

No tardó en hacerse amistades, y estando un día de los días en la tienda de un droguero, el cual era hombre listo y sagaz, fue el joyero y preguntóle acerca de su rey y de su carácter y modo de portarse.

–Nuestro rey–díjole el droguero–es hombre recto y procede con equidad en los asuntos de su reino y se conduce muy bien con todos, prodigando sus beneficios entre sus ministros y demás gente de su servicio y gobernando con toda justicia a sus vasallos, y de las cosas de este mundo solo a una profesa odio mortal: a la hechicería y demás artes parecidas.

Preguntóle luego el joyero por los visires del monarca y el droguero se los fue describiendo uno por uno, refiriéndole todas sus circunstancias y señas, hasta mencionar a una esclava cantora, de rara belleza.

Y, haciéndose de nuevas, preguntóle el joyero dónde estaba aquella esclava.

–En casa del visir Fulano–contestóle su amigo.

Y él calló y nada dijo.

Dejó luego pasar varios días, que empleó en idear alguna malicia para lograr lo que se proponía.

Y cierta noche de lluvia y truenos y viento fue el joyero y, cogiendo las herramientas que los ladrones emplean, dirigióse a casa del visir de aquella esclava dueño. Y, al llegar allí, plantó su escala contra el muro y subió por ella, sin contratiempo, hasta llegar a la azotea.

Y ya allí procedió a inspeccionar el alcázar y pudo comprobar que todas las esclavas estaban durmiendo, cada cual en su lecho, y en uno de mármol vio una esclava de singular hermosura, tal que parecía una luna en su noche catorcena, cuando resplandece plena.

Fuese a su lecho de puntillas y se sentó a su cabecera y levantó el velo que le servía de cobertera.

Y sacó luego su puñal y con él hízole a la esclava un rasguño en la nalga, al sentir lo cual despertóse empavorecida la muchacha, y, al verlo, se le heló la voz en la garganta, y pensando que se trataba de un ladrón que a robar entrara, le dijo, asustada:

[1] Cachemira, capital del Estado del mismo nombre, feudatario hoy de la India, célebre por sus tejidos.

–Coge ese cofre con cuanto contiene y vete, que bajo tu amparo me pongo y de nada te valdrá mi muerte.

Pero al llegar aquí sintió Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras seductoras.

Y LA NOCHE 351 REANUDO SU RELATO EN ESTA FORMA:

–Tengo entendido, ¡*ye* monarca, el afortunado!, que el joyero de mi cuento tomó el cofre que la joven le indicara y que contenía todas sus alhajas, y se alejó de allí sin tardanza.

Luego que amaneció la mañana se vistió sus ropas y, cogiendo el cofrecillo que contenía las joyas, fuese a ver al rey de aquella ciudad, y besado que hubo la tierra entre sus manos, habló le de esta forma al soberano:

–¡*Ye* rey del siglo! Yo soy un hombre que viene del país de Jorasán con objeto de hacerte una advertencia principal.

Trájome hasta ti la fama de tu conducta ejemplar y de tu equidad en el gobernar, y por todo ello decidí dejar mi tierra y venirme a vivir bajo tus banderas.

Ahora bien: llegué a esta ciudad un día, ya anochecido, y encontréme cerrada su puerta, de suerte que me eché a dormir en el suelo, en la parte de afuera.

Y estando luego entre dormido y despierto hube de ver cuatro mujeres, una de ellas montada en un palo de escoba, otra en un frasco de vino, otra en una pala de horno y la cuarta en una perra, de lo que inferí, señor, que aquellas cuatro hembras eran brujas y hechiceras que se disponían sin duda a entrar en tu ciudad.

Y una de ellas se acercó a mí y me dio un puntapié y me vapuleó con un rabo de zorro que llevaba en la mano, causándome un vivo dolor, por lo recio del golpe que me dio.

Saqué yo entonces mi puñal y la herí con él en la nalga y ella huyó; pero al huir dejó caer a mis pies este cofrecillo, que aquí ves, con todo cuanto se encierra en él.

Cogílo yo y lo abrí y hallé en su interior estas joyas raras y valiosas.

Tómalas tú ahora, señor, y haz con ellas lo que quieras, que yo no he menester de ellas.

Luego que el joyero de mi cuento se hubo retirado de la presencia del soberano, cogió este el cofrecillo y lo abrió y sacó de él los alhaites y se puso a darles vueltas en sus manos, contemplándolos maravillado.

Y encontró el rey entre las joyas cierto collar que en una ocasión regalara a su visir, el dueño de aquella esclava, y al punto mandó a llamar al visir, que no tardó en presentarse allí.

Luego que lo tuvo entre sus manos díjole el soberano:

–Mira este collar, que es el mismo que yo cierta vez te regalé.

Mirólo el visir y al punto conoció ser así y le dijo al monarca:

–Por cierto que es el mismo que tú me regalaste y que yo a mi vez regalé a una esclava cantora que en mi palacio mora.

–Pues tráeme en el acto esa esclava que dices–ordenóle el rey al visir. Y este diose prisa a llevar la esclava allí.

Luego que tuvo a la esclava entre sus manos díjole al visir el soberano:

–Descúbrele la nalga, a ver si tiene en ella alguna herida o señal de puñalada.

Descubrióle el visir la nalga a la esclava y vio en ella señal de haber sido herida con un puñal.

Y díjole el visir al monarca:

–Por cierto, mi señor, que tiene una herida en la nalga.

Al oír tales palabras dijo el monarca:

–Siendo así no hay duda que es una bruja, como me dijo aquel hombre verídico.

Y el rey en el acto mandó que la echaran en la cisterna, donde arrojaban a las hechiceras.

Hiciéronlo así en seguida y en la cisterna pasó la mujer el resto de aquel día; pero llegada que la noche fue, seguro el joyero de habérsele logrado su empeño, fue a ver al guardián de la cisterna, llevando en su mano un bolso con mil dinares en oro.

Y se puso a conversar con el guardián y lo estuvo entreteniendo hasta que el primer tercio de la noche fue pasado, y entonces hablóle ya al carcelero sin reparo, diciendo:

–Has de saber, hermano mío, que esa joven es completamente inocente de esos sortilegios de que la acusa la gente y que yo mismo fui quien en la nalga la herí.

Y acto seguido refirióle al guardián toda la historia desde el principio hasta el fin.

Y al terminar su historia el joyero díjole al carcelero:

–Ahora, hermano, toma este bolso en el que van mil dinares de oro y entrégame a la esclava, que quiero llevármela conmigo a mi patria.

Maravillóse hasta más no poder el carcelero al oír esa historia que le contó el joyero y admiró sobremanera la astucia con que concibiera su plan y el modo feliz como lo lograra rematar.

Luego tomó la bolsa con lo que contenía y entregó la esclava al joyero, saliéndose este con lo que pretendía.

Mira, pues, *¡ye* rey!, hasta dónde llegan las marrullerías de los hombres, y no te fíes de esos tus visires, que quieren disuadirte de que me hagas justicia y des satisfacción al derecho que me asiste.

Y ten presente que mañana hemos de comparecer tú y yo en la presencia de un juez equitativo, al cual le pediré la justicia que tú hacerme no has querido.

Luego que oyó el rey las palabras de la mujer tornó a ordenar que diesen muerte a su hijo; pero en aquel instante presentóse allí el visir, el quinto, y, luego de besar la tierra entre sus manos, díjole al soberano:

–*¡Ye* monarca grande y respetable! No te precipites a matar a tu hijo, que con harta frecuencia es la precipitación causa de tardía contrición.

Y yo me temo, *¡ye* rey! que, si no piensas bien lo que quieres hacer, hayas de sentir luego tal arrepentimiento que el resto de tu vida le sea negada a tu boca la sonrisa.

–Pues ¿cómo es eso, *ye* el visir?–exclamó el rey.

Y el visir le dijo así:





HISTORIA DEL HOMBRE QUE DEJO DE REIR

(Noches 351 a 353)

Falta en la versión hispánica. Es, con algunas variantes, la misma historia del tercer zâluk.

–Ha llegado a mi noticia, *¡ye* monarca!, que había en tiempos un hombre dueño de hacienda y de mansiones, y de riquezas y servidores, el cual, finalmente, vino a expirar en la misericordia de Alá (loado sea por toda una eternidad), dejando un hijo de corta edad.

Luego que el niño creció y se hizo mayor entregóse a la buena vida, a comer y beber de lo mejor y a oír música y canción, e hizo aquella vida de disipación hasta que toda su hacienda despalilló, sin que nada le quedara de cuanto su padre le dejó.

Pero al llegar aquí sorprendió a Schahrasad la mañana y atajó el flujo de sus descomedidas y encantadoras palabras.

Y LA NOCHE 352 SIGUIO DICIENDO LA MUCHACHA:

–He llegado a saber, *¡ye* monarca, el afortunado!, que el joven de mi cuento, luego que hubo dilapidado todo cuanto su padre le dejara y viose ya sin nada, procedió a vender sus esclavos y esclavas y sus fincas y casas y se lo gastó también, hasta quedarse absolutamente sin un maravedí y tener que ponerse a trabajar para poder vivir.

Un año llevaba ya de esa miserable existencia cuando un día de los días, estando sentado al pie de un muro, aguardando a que viniera alguien a requerir su trabajo, hubo de ver a un

sujeto bien portado y de rostro simpático [1].

Acercóse aquel hombre al joven y lo saludó con el *selam,* y el joven, asombrado, no pudo menos de exclamar:

–¡*Ye* tío mío! ¿Acaso antes de ahora nos hemos conocido?

–No–contestóle el hombre–; yo no te conozco, hijo mío; pero advierto en ti indicios de haber vivido bien antes de hallarte en este estado miserable.

–Así es, en verdad tío mío–respondióle el joven–, que así lo ha querido el sino. Pero dime, tío mío, hombre de rostro mañanero: ¿no se te ocurriría algo en que darme empleo?

–Sí por cierto, hijo mío–contestóle el desconocido–; algo tengo en qué ocuparte y a fe mía que es bien fácil.

–¿Y qué es ello, tío mío?–preguntóle el muchachito al desconocido.

Y este le contestó acto seguido:

–Tengo en mi casa diez ancianos y no tenemos quien nos sirva, de suerte que, si a ti el empleo te conviene, no te faltará entre nosotros comida y bebida cuanta quisieres.

–Acepto sin vacilar ese empleo–respondió el joven en el acto, sin pararse a pensarlo.

–Está bien–díjole el *scheij*–, pero has de aceptar una condición, y si no, no.

–¿Qué condición es esa?–preguntóle el muchacho.

–Esta–respondióle el anciano–: que has de guardar nuestros secretos y no decir nada de lo que veas en nuestra casa, y si llorar nos vieres, no nos preguntarás por qué lloramos y reprimirás tu curiosidad.

–Desde luego, tío mío, acepto la condición–respondió el joven con decisión.

–Siendo así–díjole el *scheij*–, ven con nosotros y que Alá nos bendiga a todos.

Levantóse, pues, el muchacho y siguió al anciano, y ambos fueron caminando, el *scheij* delante y el joven detrás, hasta que llegaron al *hammam.*

[1] Todo lo que sigue viene a ser una variante de la historia del tercer *zâluk* en la *Historia del alhamel y las mocitas.* La misma exigencia pitagórica de guardar silencio y la misma prohibición de abrir una puerta, bajo apercibimiento de irreparable desdicha. Como en la historia del *zâluk,* también en esta falta el protagonista a la promesa hecha y abre no una sino dos puertas vedadas. La que da paso a la felicidad y la que conduce a la desgracia y el pesar eterno.

El joven acaba así su vida, consumido por la nostalgia del perdido bien. No es necesario hacer resaltar el sentido esotérico de una y otra historia, en que se encierra una lección moral, una exhortación a la conformidad y la renunciación. Todas las puertas guardan un misterio y es fatal el gesto de abrirlas. Eso lo han aprendido los viejos del cuento a costa de su dolor y por eso lloran y callan ante el joven que todo lo ignora, a un tiempo avaros de su experiencia y apiadados del candor moceril. No quieren escribir demasiado pronto en esa frente tersa el signo del desencanto que ha llenado las suyas de arrugas precoces. Míralos el joven atónito con sus grandes ojos abiertos y su boca cerrada por la promesa de silencio, y piensa qué dolor será ese que los va matando poco a poco. Muere al fin el último viejo, y antes transfiere al joven todas sus riquezas, y, con ellas, la preciada advertencia de que no abra la puerta fatal, tras la que se esconde todo el placer y todo el dolor de la vida, la experiencia y la vejez. Como es natural, el joven no se resigna y abre la puerta. Aquella puerta herrumbrosa y sobre la cual las telarañas han puesto el símbolo admonitorio de los efímeros goces del mundo. Conoce entonces el joven la dicha del amor, en el alcázar de la bella princesa; pero también allí le imponen la prohibición de abrir una puerta y también el joven infringe el veto, pensando que tras de ella le aguardan aún nuevos deleites. Pero lo que le aguarda es el desengaño y el pesar eterno, proclamados por un pájaro que parece un antecesor del cuervo de Poe y que, salmodiando en lengua arábiga el *Nevermore* famoso, grita: «¡Mal venido sea aquel que no será ya jamás feliz!» Siente el joven la verdad de las fatídicas palabras y torna desconsolado a la antigua casa de los viejos, que lloraban y se morían silenciosamente de pena. Ahora ya es él también un viejo y también llora una dicha perdida, que nunca más volverá a sonreírle. Siéntese el joven ya viejo por la experiencia, en la casa sola y triste, y no tiene ni el consuelo de ver ante él a otro viejo llorando de su mismo dolor. Sus lágrimas corren solas y van a perderse en la arena de su alma arideciida, en el desierto del recuerdo, sin que la clara mirada de un joven las recoja y enjugue.

Entró en él el viejo e hizo entrar detrás de él al joven y procedió a quitarle de encima de su cuerpo toda la suciedad e inmundicia y las ropas viejas con que se cubría. Después de lo cual llamó a un servidor, que trajo al joven un terno completo nuevo y se lo vistió y entonces el viejo salió del *hammam* y, en compañía del jovencito, dirigióse a su domicilio.

Era este un edificio de altos muros y cimientos recios y en el que había muchos salones, unos a otros fronteros.

Y en el centro de cada uno de aquellos salones había una fuente de agua, sobre la cual revoloteaban pajarillos y gorjeaban, y a cada lado ventanas que daban a un galano jardín, dentro de la casa.

Introdujo el viejo al muchacho en uno de aquellos estrados, que tenía los suelos de mármol jaspeado y los techos artesonados con almocárabes [2] de oro y lapislázuli y los muros colgados de tapices de seda, de labor rica y bella.

Y halló el joven en aquel salón diez ancianos, sentados unos enfrente de otros, vestidos todos ellos de negro, y todos ellos llorando y gimiendo.

Maravillóse el muchacho al ver aquello y a punto estuvo de preguntarle al *scheij;* pero se acordó a tiempo de la condición que aquel le impusiera y contuvo su lengua.

Entregó luego el *scheij* al joven una acerra en la que había treinta mil dinares, y le dijo:

–Gasta de aquí, hijo mío, lo que sea menester para nosotros y para ti mismo; pero procede con moderación y tino y guarda bien lo que te confío.

–Oír es obedecer–respondióle el joven. Y desde aquel momento se encargó de atender con aquel depósito a las necesidades de los viejos, y así llevaba ya muchas noches y días cuando hubo de morir uno de ellos.

Cogieron al difunto sus compañeros y lavaron su cuerpo y lo amortajaron y lo enterraron en un huerto que había a espaldas de la casa en que moraban.

Fue luego la muerte llevándoselos a todos, uno tras otro, hasta no quedar más que el *scheij* aquel que tomara a su servicio al joven, y ambos siguieron viviendo juntos en aquella casa, los dos solos, sin que con ellos hubiese un tercero.

Vivieron así por espacio de muchos años el viejo y el muchacho, hasta que, al cabo, adoleció el anciano.

Y cuando el joven desesperó de su vida, díjole así al enfermo:

—¡*Ye* mi señor! En grave trance estás y no sabemos lo que pueda pasar; así que te ruego tengas a bien decirme por qué llorabais y gemíais tanto y cuál era la causa de vuestro continuo llanto.

–Hijo mío–respondióle el viejo–, ninguna necesidad tienes de saberlo y no debes pedirme te diga lo que yo no puedo decirte. ¡A Alá (loado sea el lleno de majestad) le pido no aflija a ningún mortal de semejante calamidad como la que a nosotros nos tuvo a bien mandar! Y, si librarte deseas de lo que a nosotros nos ocurriera, no abras nunca esa puerta–y con el dedo señaló hacia ella–, y, si quieres correr nuestra misma suerte, ábrela y sabrás el porqué de lo que nos viste hacer y te arrepentirás cuando de nada te sirva ya.

Empeoró luego de eso el anciano en su enfermedad y fue agravándose cada vez más hasta que le llegó el término fatal.

Lavó entonces el joven su cuerpo y lo amortajó y lo enterró junto a sus compañeros.

Quedóse, pues, el joven solo en aquella casa, viviendo de lo que guardara, y pensando sin cesar en aquella historia de los viejos, tan extraordinaria.

[2] Arabescos.

Y estando un dia de los dias dándole vueltas a aquel enigma en su cabeza, hubo de recordar la advertencia que el viejo le hiciera en su hora postrera y su recomendación de que no abriera aquella puerta, y, acuciado de la curiosidad, no pudo más y fue a examinar aquel lado de la casa que el moribundo con el dedo le señalara, y buscó y rebuscó, hasta que descubrió una puertecilla de traza linda, en la que tejieran su tela las arañas y que mostraba cuatro cerraduras de acero que la guardaban.

Recordó el joven, al ver la puerta, la recomendación que el *scheij* le hiciera, y de allí se alejó, venciendo su tentación.

Pero no logró vencerla del todo, sino que andaba perplejo entre abrir la puerta y no abrirla, hasta que al cabo pudo más la tentación y el joven, desechando toda cordura, abrió la puerta, haciendo saltar sus cuatro cerraduras.

Encontróse al abrir con un largo zaguán y echó a andar por él y estaría andando tres horas sin parar, hasta que al cabo vino a encontrarse a orillas de un río muy ancho.

Maravillóse grandemente el joven al verlo y echó a andar por la orilla de aquel río, esparciendo su mirada a diestro y siniestro.

Cuando hete aquí que un alicbán muy grande desciende de la región del aire y, cogiendo en sus garras al joven, carga con él y remonta otra vez el vuelo entre la tierra y el cielo, hasta llegar a una isla en medio del mar, donde soltó su presa, dejando allí al muchacho, perplejo y maravillado.

No sabía el joven dónde se encontraba ni adónde enderezar sus pasos, por lo que se sentó a orillas del mar, esperando que algún buque acertara por allí a pasar.

Y, con efecto, un dia de entre los días hubo de divisar en lontananza el velamen de un barco que por en medio del mar avanzaba, semejante a un lucero en mitad del firmamento.

Pensó luego el muchacho que acaso su salvación dependiera de aquel barco y se estuvo mirándolo, sin quitarle ojo, hasta que se acercó al lugar en que se hallaba y pudo verlo en forma más detallada y clara y comprobar que aquella nave era de marfil y abenuz, y sus remos de sándalo y áloe, y toda ella chapada de oro, resplandeciente como el fuego, que iban a bordo de ella diez hermosas y virginales doncellas, de pechos abultados y enhiestos y bellas cual otras tantas lunas nuevas.

No bien lo vieron aquellas muchachas saltaron de la barca y fuéronse a él y le besaron las manos y le dijeron con muchos halagos:

–¡Bien venido seas, rey y novio esperado!

Adelantóse luego hasta él una mocita tan bella como el sol cuando brilla en un cielo sin nubes, la cual llevaba en sus manos un paño de seda y dentro de él un traje real y una corona de oro, con incrustaciones de pedrería, profusa y distinta.

Llegóse la joven al muchacho y le vistió aquellas ropas y le ciñó la corona, y, cogiéndolo de la mano, lo condujo hasta el barco, que, según pudo ver, estaba todo él alfombrado de tapices de seda de color vario.

Y luego que estuvieron a bordo del barco hizo la joven una seña y al punto la nave desplegó sus velas y echo a bogar por entre las olas del mar.

–Y pareciame a mí–contaba el joven luego–que todo aquello era cosa de sueño.

Pero el barco fue bogando hasta acercarse a la orilla y al tender yo la vista advertí que toda la marina cubrianla tropas en número tal, que solo Alá las pudiera contar.

Y todos aquellos guerreros vestían magníficos arreos, forrados de acero.

No bien el barco hubo fondeado en la marina viniéronse a mí aquellos guerreros y me presentaron cinco bridones marcados [3] de la más pura casta y enraezados con alcafares [4] de oro, incrustado de aljófar y piedras preciosas.

Elegí yo uno de aquellos corceles y monté en él y ellos echaron el paso por delante de mí, llevando de las riendas los otros cuatro caballos.

Levantaron después estandartes y banderas sobre mi cabeza y repartiéronse las tropas a mi derecha y mi izquierda y echaron a andar, marcando el paso, a compás de atabales y pífanos y yo cabalgaba también, pensando que todo aquello no era más que un sueño, hasta que al cabo llegamos a un vasto y verde prado, en el que se veían muchos jardines y palacios y árboles y fuentes y flores y avecillas que cantaban loores a Alá (el único, el victorioso).

Y hete aquí que de entre aquellos jardines y aquellos palacios salió una tropa numerosa, semejante a un torrente que se desborda, y llenó la pradera toda. Y luego vínose a mí y se quedó ante mí plantada a cierta distancia, y entonces destacóse de entre aquellos guerreros un rey, que, seguido de sus principales servidores a pie, llegóse a donde yo estaba y allí se apeó y del modo más fino me saludó.

Descabalgué yo también y saludéle a mi vez.

Y el rey me dijo:

–Ven con nosotros, que desde ahora eres mi huésped.

Tornaron ambos a montar y fueron cabalgando juntos, estribo contra estribo, y conversando seguidos de sus soldados, hasta que llegaron al alcázar regio, donde se apearon y entraron.

Pero al llegar aquí sintió Schahrasad venir la mañana y puso dique a sus desbordadas palabras.

Y LA NOCHE 353 SIGUIO NARRANDO LA MUCHACHA:

–Tengo entendido, *¡ye* monarca, el afortunado!, que el rey y el joven de mi cuento pasaron al interior del alcázar regio, y el monarca hizo sentar a su huésped en un sitial de oro, y él a su lado se sentó en otro.

Quitóse luego el rey su almaizar del rostro, y he aquí que era una joven hermosísima, semejante al sol que resplandece en un cielo claro y transparente, y, dirigiéndose al joven, le dijo lo siguiente:

–Has de saber, *¡ye* rey!, cómo yo soy la reina de toda esta tierra y cómo todos esos guerreros que viste, así jinetes como infantes, son otras tantas hembras, sin que haya ningún varón entre todas ellas, que, entre nosotras, los hombres se dedican a sembrar el campo y labrarlo y a desempeñar asimismo, toda suerte de manuales oficios, en tanto las mujeres son las que gobiernan y todas las funciones oficiales desempeñan.

Maravillóse hasta el colmo el muchacho al escuchar aquellos datos, y aún le duraba la sorpresa cuando vio entrar al visir, que era una vieja de pelo blando y que inspiraba respeto y hasta espanto.

Luego que la vio la reina díjole a la vieja:

–Manda venir ahora mismo al cadí y los testigos.

Inclinóse la vieja y salió a cumplir

[3] Con el hierro de la ganadería.
[4] Jaeces.

la orden de la reina. Y esta, inclinándose hacia el joven, preguntóle:

–¿Eres gustoso, *¡ye* rey!, en ser mi esposo?

Levantóse el joven e hizo intención de besar la tierra entre sus manos; pero ella se lo impidió, evitándolo.

–*¡Ye* mi señora!–exclamó el joven–, yo soy el más vil de los esclavos que te sirven a ti.

–¿Ves–le dijo ella–todos esos esclavos y soldados y todas esas riquezas y tesoros guardados?

–Sí que los veo–respondió el mancebo.

–Pues todo eso–tornó a decir la reina–tuyo es y puedes gastarlo a tu placer y dar y regalar y hacer con ello lo que tengas a bien.

Señaló la reina con la mano a una puerta cerrada y le dijo al joven estas palabras:

–Todo eso que te digo puedes usarlo a tu arbitrio; solo te recomiendo que no abras nunca esa puerta, pues si algún día la abrieras sería ya tarde cuando te arrepintieras. ¡Así que, esposo amado, ten cuidado y retecuidado!

No acabara de hablar la reina cuando se presentaron allí el cadí y los testigos; no bien hubieron besado la tierra entre sus manos, mandóles la reina extender el acta de su casamiento con el joven del cuento, cosa que en el acto hicieron, quedando, en virtud de ello, ambos unidos como mujer y marido. Mandó luego la reina que preparasen el festín nupcial, al que invitó a todo su ejército y a todos los servidores de la casa real.

Comieron todos y bebieron, y en tanto el joven entró en la alcoba de su esposa, a la que halló virgen e intacta, y en un santiamén la despojó de su doncellez.

Siete años seguidos vivió el joven con su esposa, gozando de la vida más deleitosa y más feliz y venturosa y sabrosa.

Hasta que, al cabo de ese tiempo, hubo el joven de acordarse un día de entre los días de aquella puerta prohibida, y se dijo para sus adentros: «Si no fuere porque en ese cuarto se encierran riquezas y tesoros todavía más valiosos que los que hasta aquí viera no me vedara abrir la puerta.»

Y sin pararse a pensarlo más fue el joven y abrió la puerta, y he aquí que detrás estaba aquel alicbán que cargara con él antaño y volando lo llevara por encima del mar hasta dejarlo en aquella isla de marras, donde lo recogió aquella barca.

Y, al ver al muchacho, díjole el alicbán:

–¡Mal venido sea aquel que no será feliz jamás!

Luego que el joven vio al pájaro y oyó sus palabras echó a huir y escapó de allí; pero el pájaro lo siguió y lo cogió y remontó con él el vuelo, entre tierra y cielo, y fue volando hasta dejarlo en el mismo lugar donde la vez primera lo vio y lo raptó. Y dejándolo allí, desapareció.

Tornó luego el joven en su juicio y allí fue el acordarse del esplendor y el regalo en que había antes vivido y del poder de mandar y negar que había ejercido y el echarse a llorar y a gemir y a suspirar.

Y estando en estas he aquí que oyó el joven una voz que en el aire vibraba, sin que se viera por allí persona humana, y aquella voz clamaba con insistencia:

–¡No esperes jamás que las delicias que perdiste vuelvas a gozar, que lo que ya pasó, para siempre acabó! [5].

Y desde aquel punto y hora entráronle al joven tal pena y tal tristeza que dio en llorar y gemir y suspirar y en no probar comida ni bebida y en no aspirar fragancias buenas ni permitirse

[5] Nótese que el alicbán se expresa como el cuervo de Poe, *Nevermore!*

la sonrisa, hasta que al cabo consumióse y perdió la vida.

Diéronle sepultura junto a aquellos viejos con que antaño viviera y así terminó su historia lastimera.

Sabe, pues ¡*ye* monarca!, que la precipitación no es cosa laudable y que suele traer consigo el arrepentimiento inconsolable.

Y esta es, ¡*ye* rey!, la advertencia que me permito hacerte, para que te evites semejante suerte.

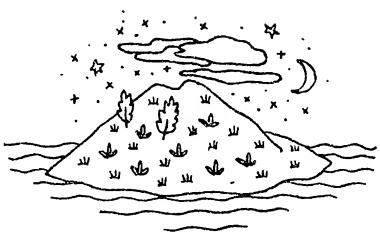
Así dijo el visir, el quinto, y el rey, luego de oírlo, diose por advertido y mandó suspender la ejecución de su hijo.

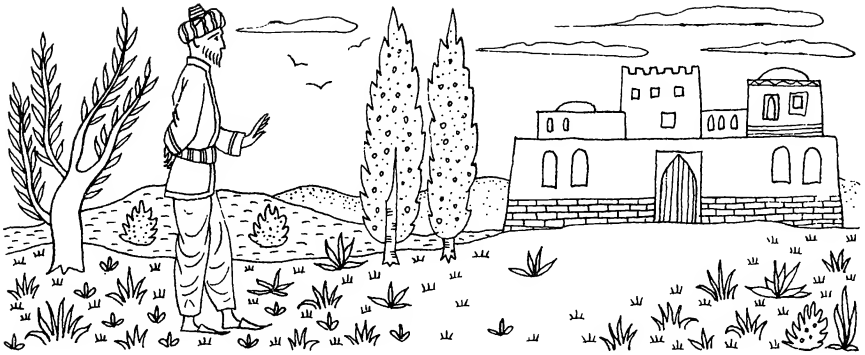
Pero luego que amaneció el día sexto tornó a presentarse ante el rey la favorita, esgrimiendo un puñal en su mano, y hablóle de esta suerte al soberano:

–Has de saber, ¡*ye* mi señor!, que como no des a mi demanda satisfacción ni tampoco a tu derecho y honor, por culpa de tus visires, que contra mí se han unido, me quitaré luego la vida con este cuchillo. Pretenden tus visires que las mujeres somos maestras en astucias y ardides y embelecos sutiles, tirando a impedir con ello que me hagas justicia en lo que es de derecho.

Pero yo ahora voy a demostrar entre tus manos que los hombres son más que las mujeres falsos, contándote la historia de un hijo de un rey de los reyes, que una vez se halló a solas con la mujer de un mercader.

–¿Y qué le pasó con ella?–inquirió el rey.





EL HIJO DEL REY Y LA MUJER DEL MERCADER

(Noches 353 y 354)

—Ha llegado hasta mí la fama—contestóle la esclava—de que érase una vez un mercader de los mercaderes, el cual era muy celoso y estaba casado con mujer hermosa, de grandes encantos.

Y sucedió que, de puro celoso y temeroso que estaba de que se la quitasen, no vivía con ella en la ciudad, sino que habíale mandado habilitar en las afueras un alcázar aislado de los demás edificios y de muros muy erguidos, y muy recios y bien construidos, y con puertas en cuyas cerraduras extremara el hombre las defensas.

Y siempre que el mercader tenía que trasladarse a la ciudad cerraba las puertas con mucho cuidado y se guardaba las llaves, colgándoselas del cuello, para estar libre de sobresaltos.

Ahora bien: estando un día de los días el mercader en la ciudad, hubo de salir de paseo el hijo del rey, con el fin de expansionarse y holgarse en campo raso, fuera de las estrecheces de su palacio.

Hubo el príncipe, en el curso de su paseo, de fijarse en aquel edificio aislado, y quedóse contemplándolo largo rato.

Y por casualidad hubo de reparar en una joven que estaba asomada a una de las ventanas de la casa, y lo mismo fue verla que quedarse atónito ante su mucha belleza y desear ardientemente el unirse con ella.

Y llamando a uno de sus criados pidióle tintero y papel y escribió en el acto una carta a aquella muchacha declarándole su loca pasión, y luego prendió la carta en la punta de una saeta y, disparándola con su ballesta, lanzóla sobre aquel pabellón, yendo a caer en su interior.

Estaba la mocita en el jardín, y, al ver caer la saeta con la carta prendida en su punta buida, díjole a una de sus doncellas, que estaba junto a ella:

—¡Corre allá y tráeme en seguida esa misiva!

Hízolo así la servidora, y su señora, que sabía leer, leyó la hoja de papel y quedó enterada de lo que el príncipe en

ella le decía respecto a la pasión que por ella sentía y el amor y el deseo en que por ella ardía.

Contestóle luego la mujer en otra hojilla de papel diciéndole cómo el amor que él le inspiraba era aún mayor que el que él le declaraba, y, subiéndose a una ventana, echóle por ella la carta.

Cogióla el príncipe y la leyó, y luego se acercó al pie del muro y desde allí le dijo a su adorada:

–Echame una cuerda para que a ella ate esta llave y te quedes con ella y la guardes.

Hízolo así la joven y le echó la cuerda, y el príncipe ató la llave a ella y después fue otra vez a reunirse con sus visires y les contó sus cuitas de amor, encareciéndoles su falta de paciencia para aguardar, pues no podía reprimir su pasión.

Y uno de sus visires, después de oírlo, le preguntó:

–¡Qué es lo que te parece que podemos hacer en tu favor?

Y el hijo del rey le respondió:

–Lo que de ti querría es que me metieses dentro de un arca y me depositaras en casa de ese mercader, en su alquival fuera de la ciudad, y le dijeras que allí te lo tuviere el tiempo preciso para que yo pudiera verme con la muchacha y luego tornases a recoger el arca.

–Oír es obedecer–díjole el visir al hijo del rey.

Luego, pues, que el hijo del rey regresó a su alcázar, metióse dentro de un arca que allí tenía, y su visir la cerró por encima y mandó que la llevaran a la quinta retirada del mercader, y así lo hicieron sus servidores acompañándolos él.

Luego que el mercader vio venir a las gentes del visir salió a recibirlo y besó la tierra entre sus manos, y le dijo:

–¿Por ventura se le ofrece a nuestro señor algo en que le pueda servir?

–Quisiera–respondióle el visir–que colocases esa arca en lugar seguro de tu casa.

–Traedla acá en seguida–díjole el mercader a los mozos. Y les indicó un cuarto de la casa donde podrían dejarla.

Quedó así la cosa por el momento; pero luego, a poco de eso, tuvo que salir el mercader a atender su quehacer y dejó sola a la mujer, la cual en seguida fuese adonde estaba el arca, y con la llave que el príncipe le diera en la ocasión de marras procedió a abrirla y destaparla. Y acto seguido salió del arca un joven de tal hermosura que parecía una luna. Luego que ella lo vio púsose su vestido mejor y lo condujo al salón, y allí comieron y bebieron los dos, y entretenidos y amartelados, en la mejor armonía, permanecieron juntos varios días, sin que el mercader se enterara, pues en cuanto llegaba iba el joven y se metía en el arca.

Y un día de los días hubo de chocarle al rey no ver a su hijo y preguntó por él a sus visires y ministros.

Corrió luego el visir a la quinta del mercader y le pidió le devolviese en el acto el arca que en depósito le dejara.

Sorprendió aquí a Schahrasad la mañana y atajó el flujo de sus fluyentes palabras.

PERO LA NOCHE 354 CONTINUO DICIENDO LA MUCHACHA:

–Ha llegado a mis oídos, *¡ye* monarca, el afortunado!, que el visir corrió a casa del mercader y le reclamó el arca, y el mercader, contra su costumbre, fue en seguida a su quinta, donde el arca tenía, y llamó a la puerta, impaciente porque le abrieran. [1].

Conocíolo la muchacha en el modo de llamar y cogió aprisa al príncipe y lo metió en el arca, pero en la precipitación se olvidó de cerrarla.

Vino luego el mercader con los alhameles y cargaron con el arca sin ver si estaba cerrada, y, al levantarla, se levantó la tapa y pudieron ver allí metido al hijo del rey, acurrucado y hecho un ovillo.

Luego que el mercader lo vio sin dificultad lo conoció y tornó adonde el visir, y le habló así:

–Entra tú y coge al hijo del rey, pues ninguno de nosotros podemos propasarnos a ponerle encima la mano.

Pasó adentro el visir y cogió al príncipe, y ambos, en seguida, se marcharon de allí.

Luego que se hubieron ido, procedió el mercader a repudiar a la mujer, jurando y perjurando que nunca más se volvería a casar.

–Ahí tienes, *¡ye* rey!, una muestra tan solo de las marrullerías de los hombres y de sus engaños atroces.

No consientas, por tanto, que tus visires te impidan hacerme justicia y volver por los fueros de lo que pide el Derecho.

Al ver el rey el llanto que la barragana vertía–y dizque era de las que más él quería–, tornó a ordenar a sus ministros que diesen muerte a su hijo.

Pero entonces presentóse el sexto visir y, después de besar la tierra entre sus manos, le habló así:

–¡Quiera Alá (el grande, el lleno de majestad) consolidar el poder del sultán!

He aquí que vengo a advertirte y rogarte que no te precipites en el asunto de tu hijo.

Que lo falso es como el humo, liviano, y lo verdadero se asienta sobre recios cimientos y la luz de la verdad ahuyenta las sombras de la falsedad.

Has de saber, *¡ye* rey glorioso!, que las astucias de las mujeres son grandes en verdad [2].

Y en su Libro–el sublime–dijo Alá (el grande, el lleno de majestad): Ciertamente que son muchas sus astucias.

Y he aquí que también ha llegado a mis oídos, *¡ye* rey!, la historia de una mujer que a los visires de cierto sultán, y al sultán mismo, armóles una trampa, de tal magnitud, como nunca antes de ella se viera ni oyera.

–¿Pues qué hizo esa mujer?–preguntó el rey:

–Y el visir le contestó así:

[1] El narrador olvida que el mercader lleva colgadas al cuello las llaves de su quinta.

[2] Palabras de Putifar *(Kitfîr* o *Itfîr)* en el *Korán,* al descubrir la traición de su mujer Suleika o Rail, sura XII, *Yúsuf.*



LA MUJER Y SUS CINCO PRETENDIENTES

(Noches 354 a 356)

Historia de antigüedad venerable que aparece por primera vez en el Kátha SáéIT Ságara *sánscrito, y de allí, siempre con las inevitables variantes, pasa a la literatura de todos los pueblos, en infinidad de versiones, refundiciones y arreglos. Se la encuentra en los cuentos de Muchlis de Izfahán, el persiano; en Boccaccio; en los* Cuentos populares noruegos, *del doctor Dasent, y, en una palabra, en todo el folklore euroasiático.*

—Tengo entendido, *¡ye* rey del siglo!, que una mujer, de las hijas de los mercaderes, hubo de casarse con un opulento comerciante.

Y en una ocasión tuvo su marido que emprender un viaje a tierra lejana, donde prolongó más de la cuenta su estada.

Acabó la mujer por aburrirse de su ausencia y se enamoró de un chico guapo, que era también de la clase de los hijos de mercader.

Llegó a amarle ella con pasión y él la correspondía con no menos ardor.

Mas sucedió, un día de los días, que hubo el muchacho de tener una reyerta con un sujeto, el cual fue a quejarse al guali de aquel reino, y este mandó meter en la cárcel al mocito, no tardando en llegar la noticia a oídos de aquella mujer que tanto lo quería, y que, al saberlo, perdió, o poco menos, el seso.

Y vistiéndose en el acto su traje mejor fuese a ver al guali y le entregó una carta en la que le decía, poco más o menos: «Ese joven que has metido preso es mi hermano, Fulano, y todos esos testigos que contra él depusieron son testigos falsos y trapaceros.»

Luego que el guali leyó aquel escrito, alzó los ojos hacia la mujer y en el

acto quedó prendado de su belleza, y le dijo:

–Pasa ahí adentro, que en seguida mandaré me traigan al preso y al momento te lo enviaré.

–¡*Ye* mi señor!–respondió la mujer–, yo no cuento con nadie más que con Alá (loado sea por una eternidad), y soy mujer honesta, que no puede entrar en casa ajena.

–¡Por Alá!–exclamó el guali–, que como no entres, no te dejaré ir. Y he de lograr mi deseo en ti.

–Si absolutamente ello ha de ser –díjole la mujer–, mejor será que tú a mi casa me vengas a ver.

–¿Dónde vives, di?–preguntóle el guali.

–En el sitio fulano–respondióle ella. Y retiróse acto seguido, dejando al guali prendado y seducido.

Fuese derecha la mujer, al salir de allí, a casa del cadí del país, y le habló así:

–¡*Ye* mi señor, el cadí!

–Sí, soy yo–respondióle él–. ¿Qué te sucede, mujer?

Y ella le dijo:

–¡*Ye* mi señor! Yo tengo un hermano único, que no tengo más que a él en el mundo, y por él vengo a verte, pues el guali lo mandó prender contra todo derecho y ley.

Lo mismo fue verla el cadí que enamorarse de ella, y le dijo:

–Pasa ahí adentro, al *harén,* y aguarda una hora en tanto doy orden al guali de que ponga en libertad a tu hermano, lo que hará en el acto. Y si reclamara algún dinero, nosotros se lo abonaremos, de nuestro bolsillo particular, a fin de complacerte en lo que pretendes, que, a decir verdad, la galanura de tus palabras ganó nuestra voluntad.

–¡*Ye* señor nuestro!–respondió la mujer del mercader–, si tú de ese modo procedes, ¿cómo censuraremos luego a los infieles?

–Si no accedes a pasar ahí adentro –díjole el cadí–, vete por tu camino y asunto concluido.

–¡*Ye* señor nuestro!–respondió la mujer–. Si absolutamente ha de ser así, mejor será y más discreto que vengas tú a verme a mi casa luego.

–¿Dónde vives, pues?–preguntóle el juez.

–En el sitio fulano–respondió la mujer. Y le dio cita allí el mismo día que citara al guali.

Fuese luego de casa del cadí y se dirigió a ver al visir del rey de aquel país. Y le contó su historia y se le quejó del agravio que se le hacía a su hermano, al que el guali mandara prender contra toda razón y ley.

Y el visir enamoróse lo mismo que los otros de la hermosura de la mujer del mercader, y le dijo:

–Está bien, no pases cuidado, que yo te haré justicia y pondré en libertad a tu hermano. Pero ha de ser con la condición de que tú, a tu vez, satisfagas mi pretensión.

–Si así ha de ser–respondió ella–, mejor será que tú a mi casa me vengas a ver.

–¿Dónde vives, mujer?–preguntóle el visir.

–En el sitio fulano–respondióle la mujer. Y citólo allí para el mismo día que citara al cadí y al guali.

Fuese luego en derechura la mujer a ver al rey de la ciudad y le contó su historia de cabo a rabo y le pidió la libertad de su hermano.

–¿Quién lo mandó prender?–preguntóle el rey.

–El guali, señor–la mujer le respondió.

Luego que el rey la hubo visto y oído, al punto sintió su corazón herido por la flecha del amor. Y en el acto le propuso que pasara con él al interior del alcázar, en tanto daba orden al guali, por medio de un emisario, de que pusiese en libertad a su hermano.

–¡*Ye* monarca glorioso!–díjole la mujer–, cosa que tú desees, tiene que ser, que para eso eres quien eres.

Ante tu voluntad, de grado o por fuerza, todos se han de inclinar.

Cuanto a mí, estimo una dicha lo que me acabas de pedir; solo que creo lo más adecuado que vengas tú a verme en mi domicilio, pues así lo honrarás y con tus nobles pisadas ennoblecerás el suelo de mi casa, como dijo el poeta:

«¡*Ye* amigos míos! ¿No visteis
al que vino a visitarme
y ha consagrado mi casa
con su presencia inefable?»

–Está bien–respondió el rey–, a tu casa iré.

Y la mujer le citó allí, para el mismo día en que los otros irían.

Pero al llegar aquí sintió Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras encantadoras.

Y LA NOCHE 355 REANUDO SU RELATO EN ESTA FORMA:

–He llegado a saber, ¡*ye* monarca, el afortunado!, que la mujer del mercader, luego de citar al rey para el mismo día en que antes citara al guali y al cadí y al visir, fuese del alcázar y encaminóse a ver a un carpintero y le dijo:

–Quiero que me hagas un armario de cuatro âtabaques, cada uno con su puerta correspondiente, y me digas lo que por tu trabajo he de darte, para en seguida pagarte.

–Por ese trabajo–díjole el carpintero–cuatro dinares te llevo; pero si tú quieres acceder a mi deseo, te lo haré de balde, que eso otro es lo que yo prefiero.

–Siendo así–respondió la mujer–, ponle al armario cinco âtabaques, cada cual con su correspondiente llave, y del asunto más no se hable.

–Está bien–respondió el carpintero–; así lo haré.

Estúvose ella en el taller hasta que el artesano terminó el armario, y luego hizo que el carpintero se lo llevara a su casa, y, ya allí, lo mandó poner en la sala de estrado, donde las visitas solía recibir.

Fue luego la mujer y cogió cuatro trajes y los llevó al tinte, para que se los tiñeran cada cual de un color, y diferentes todos el uno del otro.

Y, finalmente, mandó preparar comida y bebida y encender cirios de olor y cuidó de que en el festín no faltasen frutas exquisitas y demás cosas sabrosas y ricas.

Llegó luego el día de la cita y la mujer se vistió sus galas más lucidas y se acicaló y se perfumó.

Luego alfombró la sala estrado con tapices valiosos y caros y se sentó a aguardar a ver quién era el primero que veía entrar.

Fue el cadí, por cierto, el primero en presentarse, antes que ningún otro, y la mujer, al verlo, se levantó y se puso en pie y besó la tierra entre sus manos, y, tomándolo de una de ellas, lo hizo sentar en un almadraque a su lado y se puso a retozar con él y a hacerle arrumacos, hasta que el hombre, encandilado, mostró deseos de satisfacer su pretensión en el acto.

Pero entonces díjole ella con halagos:

–¡*Ye* mi señor! Quítate primero la

ropa y el turbante y vístete este traje amarillo y ponte en la cabeza esta montera.

Y así diciendo, quitóle al cadí las ropas y el turbante y le vistió el otro traje y le encajó en la cabeza la montera. Aún no terminara de hacerlo cuando llamaron a la puerta, y el cadí, dando muestras de desplacer, preguntóle a la mujer:

–¿Quién será ese que llama a la puerta de la casa?

–Será mi marido–respondió la mujer.

–Si es él–exclamó el cadí–, ¿qué vamos a hacer y por dónde voy a desaparecer?

–No te apures, hombre–respondió la mujer–; métete en este armario y así no te podrá ver.

Y así diciendo empujólo hacia adentro, metiéndolo en el más bajo de los compartimientos, y allí lo dejó y luego cerró.

Fue a abrir después la puerta y se encontró con el guali, y al verlo besó la tierra entre sus manos y le dijo con mucho agrado:

–¡*Ye* mi señor, tuya es esta casa y yo soy tu esclava, en servirte muy honrada! Todo el día de hoy serás mi huésped; así que, para que estés más a tus anchas, quítate la ropa y el turbante y ponte esta bata roja, que te estará más holgada.

Y quitado que le hubo sus ropas condújolo al lecho y se puso a retozar con él como con el cadí había hecho. Hasta que el hombre se encandeció y alargó sus manos para sujetarla y lograr su pretensión.

Pero ella le dijo:

–¡*Ye* mi señor!, este día es tu día y nadie lo ha de compartir contigo; pero, antes de todo, te ruego y espero de ti un favor muy sencillo, y es que me escribas un papelito ordenando que pongan en libertad a mi hermano, para que así tenga yo más desembarazado el ánimo.

–Oír es obedecer–respondió él. Y en el acto escribióle una carta a su *jasandar*, en la que decía:

«En el punto y hora que recibas esta misiva pon en libertad a Fulano, sin pérdida de momento y sin venirme con cuentos.»

Selló luego la carta y se la dió a la mujer, la cual la tomó y de nuevo se puso a retozar con él en el lecho.

Pero apenas pasara un momento cuando oyeron llamar a la puerta otra vez, con mucho imperio.

–¿Quién será el que llama así?–dijo el guali.

Y la mujer le contestó:

–Sin duda mi marido, que ya regresó.

–¿Y qué voy a hacer ahora yo? –preguntó el guali.

Y la mujer, señalando al armario, le dijo así:

–Métete ahí adentro y aguarda a que lo despache y vuelva contigo, que es cosa de un momento.

Y empujándolo dentro del armario lo metió en el piso segundo y lo dejó encerrado.

Fue luego a abrir y se encontró con que el que llamaba era el visir.

Besó la mujer, al verlo, la tierra entre sus manos, y luego lo condujo al estrado y lo hizo sentar y le dijo:

–Quítate la ropa y el turbante y ponte esta bata azul y ese bonete rojo, que así estarás más cómodo.

Luego que así lo hizo el visir púsose ella a retozar con él sobre el lecho y a encandilarlo cual con los otros había hecho.

Pero estando en esta he aquí que oyen llamar a la puerta.

–¿Quién será el que llama?–exclamó el visir.

–Será mi marido–dijo la mujer.

–¡Sí!, y ¿qué voy yo a hacer?–exclamó el visir.

–Pues métete ahí dentro–le dijo ella señalando el armario–y no te asustes,

que en seguida lo despacho y vuelvo.

Y así diciendo metió en el âtabaque, el tercero, al visir y lo dejó encerrado allí.

Luego fue a abrir la puerta y se encontró con que el que llamaba era el rey.

Al verlo la mujer besó la tierra entre las manos del soberano y, asiéndole de una de ellas, condújolo al interior de la habitación y lo hizo sentar sobre el estrado, para que estuviera más a su sabor. Y le dijo con mucho amor:

–¡*Ye* rey glorioso! Te doy gracias por haber ennoblecido con tu presencia mi morada. Que el mundo entero, con todo cuanto en él se encierra, no sería bastante a pagarte un solo paso de los que para venir hasta aquí has dado.

Luego que el rey tomó asiento en el lecho, díjole la mujer:

–Concédeme tu venia, ¡*ye* ilustre monarca!, para que te diga una sola palabra.

–Dime cuantas quieras, mujer–respondióle el rey.

Y la mujer entonces le dijo:

–Ponte cómodo, señor, y quítate esa ropa y ese turbante (y dizque el traje que llevaba puesto el rey en aquel instante valdría por lo menos mil dinares).

Complacióla el rey en seguida y se quitó su traje, y ella le vistió otro miserable que valdría hasta diez derahem, a mucho tirar. Pero cuando el rey, encandilado, hizo ademán de cogerla por el cuello, y satisfacer su deseo, díjole ella, cortándole los vuelos:

–Dejad eso por ahora, mi señor, que ya tendremos tiempo de sobra. ¿No fui yo misma quien te dio esta cita? Pues no tengas cuidado, que ya verás cómo lo pasas bien a mi lado.

Pero estando así los dos platicando he aquí que de pronto llaman a la puerta, y el rey, sobresaltado, pregunta a la mujer con desagrado:

–¿Quién será el que ha llamado?

–Es sin duda mi marido–contestó la mujer, en el tono más sencillo.

–¡Sí!–exclamó el rey–. Pues ¿qué vamos a hacer?

Cogiólo ella entonces y metiólo en el armario y lo encerró en el âtabaque, el cuarto.

Fue luego a abrir la puerta y se encontró con el carpintero, y lo saludó muy fina y lo hizo pasar adentro. Y luego le dijo:

–Has de saber que estos compartimientos los hiciste muy estrechos.

–No hay tal cosa–respondió él–, que son holgados y amplios.

–Pues métete en este y vamos a ver si cabes dentro de él.

–¿No he de caber?–respondió el carpintero–. Cuatro como yo cabrían ahí dentro.

Metióse, pues, el hombre en el piso quinto del armario y la mujer echó la llave, dejándolo allí encerrado.

Y acto seguido cogió la esquelilla que el guali le expidiera y fuese a buscar a su *jasandar*.

El cual, al verla, la leyó y luego la besó, y acto seguido puso en libertad al querido de la mujer.

Contóle a este lo que hiciera y el mocito le dijo:

–¿Y qué piensas hacer ahora, mi señora?

–Ahora–respondió ella–nos iremos los dos a otra ciudad, sin preocuparnos de nada más.

Aprobó el muchacho su parecer y se fue de allí con la mujer.

Cuanto a los otros desdichados, permanecieron tres días en el armario, sin beber, ni probar bocado, ni mear, ni hacer ninguna necesidad.

Hasta que, al cabo, no pudo más el carpintero y se meó en la cabeza del sultán: y el sultán, a su vez, se meó en la cabeza del visir; y el visir, en la del guali; y el guali, en la del cadí, el cual exclamó al fin:

–¿Qué telaraña es esta en que hemos



caído que hasta se nos mean encima?

Y el guali, a su vez exclamó:

–¡Agrande Alá tu recompensa, *ye* cadí!

Y el cadí, al oír aquella voz, conoció ser la del guali.

Tornó el guali a alzar la voz y exclamó:

–¿En qué red de araña nos hemos metido, imbéciles que fuimos?

Alzó entonces su voz el visir y dijo así:

–¡Aumente Alá tú recompensa, *ye* guali!

Y el guali, al oír aquella voz, conoció ser la del visir.

Tornó el visir a alzar la voz y dijo así:

–¿Qué telaraña es esta, que de orines chorrea?

Alzó entonces su voz el rey y exclamó:

–¡Acrezca Alá tu retribución, *ye* visir!

Luego se calló y más no habló.

Pero el visir tornó a clamar:

–¡Maldita sea esa mujer que nos puso en tal aprieto y metió aquí, menos al rey, a todo el Gobierno!

Pero al oír el rey tales palabras, gritóle diciendo:

–¡Calla, que yo fui el primero en caer en la trampa por fiarme de los arrumacos de esa desvergonzada!

Al oír el carpintero lo que estaban diciendo, gritóles también desde su encierro:

–Consolaos, que también yo, sin culpa alguna, me veo aquí encerrado. Y encima fui yo quien hizo este armario por cuatro dinares de oro, y cuando vine aquí a cobrarlos, fue la muy tuna y, valiéndose de astucias, hizo que me metiera dentro del quinto compartimiento y luego echó la llave y me dejó encerrado, sin escape.

Pusiéronse luego todos a hablar unos con otros, y con sus decires consolaron al rey de su pesar y quitáronle toda cortedad. Hasta que llegaron allí unos vecinos de la casa contigua y, al ver la de la mujer vacía, hubieron de asombrarse y se detuvieron y comentaron entre sí el caso, diciendo:

–Ayer mismo estaba aquí la mujer de nuestro amigo el mercader; ¿cómo es que hoy no sentimos ahí dentro voz humana ni vemos a nadie entrar ni salir en la casa? Vaya, rompamos la puerta y así sabremos qué fue de ella.

Fueron luego y rompieron la puerta y pasaron adentro, y allí se encontraron con aquel armario.

Y uno de los vecinos dijo:

–Echémosle más leña y prendámosle fuego.

Pero al oírlo el cadí alzó el grito, diciendo:

–¡Eh, cuidado, amigos, no hagáis eso!

Sintió aquí Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras cautivadoras.

Y LA NOCHE 356 PROSIGUIO SU RELATO EN ESTA FORMA

–Ha llegado a mis oídos, *¡ye* monarca, el afortunado, que al sentir el cadí que los vecinos se disponían a prender fuego al armario, lanzó desde dentro un grito desaforado, diciendo:

–¡Eh, amigos, no hagáis eso!

Al oír aquello los vecinos se dijeron:

–Sin duda estos son genios que hablan con voz humana, para mejor realizar sus hazañas.

Al oir tales palabras, el cadí púsose a recitar aleyas del *Corán* (el grande), y luego gritóles a los vecinos, diciendo:

–Acercaos a este armario donde estamos encerrados.

Acercáronse los vecinos al armario y el visir les dijo:

–Yo soy Fulano y estos otros Zutano y Mengano, que estamos aquí encerrados unos cuantos.

–¿Sí?–dijéronle al cadí los vecinos–. ¿Y quién te trajo aquí? Cuéntanoslo todo, si quieres salir de ahí.

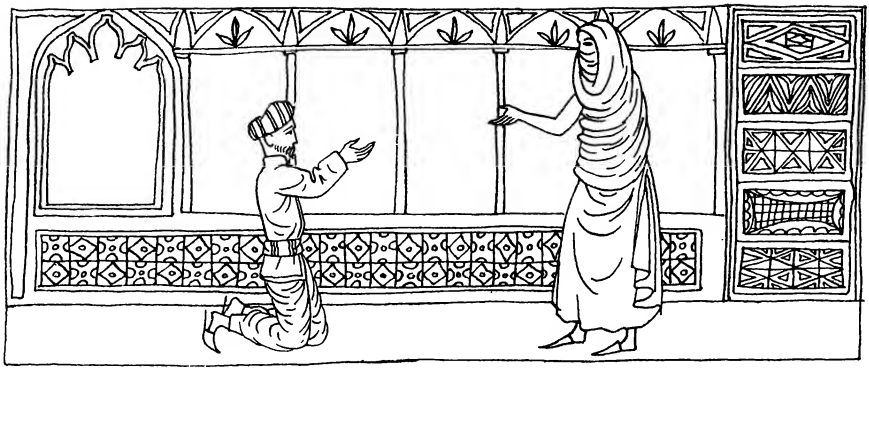
Contóselo todo el cadí a los vecinos, desde el principio al fin, dejándolos convencidos.

Fueron entonces los vecinos a buscar a un cerrajero, el cual abrió el armario y puso en libertad a los presos.

Miráronse estos unos a otros, al salir, y se echaron a reír.

Procedieron luego a buscar a la mujer, y, como es natural, no lograron hallar el menor rastro de ella ni quien pudiera indicarles ádónde se fuera.

Fíjate bien, pues, ¡*ye* mi señor el rey!, qué ardid ideó esa mujer para burlarse de personajes de tanta prez.



LAS TRES GRACIAS

(Noche 356)

—Y no para ahí la cosa, pues he oído referir también, *¡ye* mi señor el rey!, que había una vez un hombre al cual concedió Alá el don de ver la noche del *kadr* [1].

Y sucedió que una noche de las noches alzó el hombre sus ojos al cielo y vio los almalaques y se le abrieron las puertas del firmamento y vio a todos los seres celestiales postrados haciendo la zalá, cada cual en su lugar.

Luego que tal vio el hombre aquel díjole a su mujer:

—*¡Ye* Fulana!, has de saber que Alá (loado sea por toda una eternidad) se dignó dejarme ver la noche del *kadr.*

Y antes de eso hiciera yo voto de que si Alá me concedía ver la noche del *kadr* le pediría tres cosas que no me podría negar. Aconséjame tú ahora qué es lo que debo pedir, que a mí no se me alcanza.

—Pídele lo primero—le dijo su mujer—que te aumente el cipote, que en eso se cifra la perfección del hombre y su placer.

Hízolo así el hombre y en el acto

[1] La noche de *al-kadr (leiletu-l-kadr)* es la noche del sino, aquella en que se cumple el aniversario de la en que el ángel Gabriel trajo del cielo a Mahoma el *Corán.* Según una tradición popular, esa noche concede Alá a sus siervos lo que le piden. Mahoma le consagra en su Libro una sura, XCVII, titulada *Al-Kadr,* que dice así:

¡En nombre de Alá, el piadoso, el apiadable!

1. Ciertamente lo hicimos bajar (el Libro) en la noche de *al-kadr.*

2. Pero ¿quién alcanza a comprender lo que es la noche de *al-kadr?*

3. La noche de *al-kadr* es mejor que mil meses.

4. Descendieron los ángeles y el Espíritu en ella, por permisión del Señor de toda cosa.

5. *Selam* a ella hasta el despuntar del alba. (Traducción directa y propia; *kadr* significa, a la letra, poder.)

Lo malo es que solo los profetas pueden saber la fecha exacta en que cae esa noche, aunque la opinión más generalizada es que coincide con la noche 23 o 24 del mes de Ramadán.

La anécdota se ha hecho popular en Occidente y de ella pueden verse irradiaciones en los *Trois souhaits,* de La Fontaine; *Ladle,* de Prior, y en el cuento folklórico *Les quatre souhaits de Saint-Martin.*

creciόle el miembro hasta adquirir las dimensiones de un pepino descomunal, tal y tan largo que no se podía del todo enderezar.

Al ver el hombre aquello díjole a la mujer:

–¿Qué voy a hacer ahora? Ya ves cómo me veo por atender a tu deseo.

–¡Oh!–dijo la mujer–, yo no pedía tanto; no necesitaba que fuera tan largo, que ahora no podría entrar ni por la puerta de una ciudad.

Alzó entonces el hombre su voz a los cielos, diciendo:

–¡*Ye* Señor, sácame de este apuro en que me encuentro y sálvame de este aprieto!

No bien acabara el hombre de proferir esas palabras cuando en el acto miró y vio que su cipote desapareciera sin dejar huella.

Y al ver aquello su mujer le dijo con desplacer:

–De ahora en adelante todo acabó entre nosotros, pues sin el miembro ¿para qué te quiero?

Díjole el marido:

–Todo esto que me pasa es por seguir tu consejo de mal agüero. Tres cosas me había Alá concedido de antemano, y con ellas habría podido ganar el mundo y la gloria eterna. Ya le pedí dos, de suerte que solo me queda una de reserva. ¿Qué le voy a pedir ahora que provechoso me sea?

–Pídele–le dijo la mujer–que te vuelva a poner en el estado en que estabas antes de que le pidieras nada.

Hízolo así el hombre y Alá lo volvió a restituir a su anterior estado, y esto fue todo lo que sacó en limpio el cuitado.

Ahí tienes, pues, ¡*ye* rey!, hasta dónde llegan las marrullerías de las mujeres, y yo te lo cuento para que andes con tiento y veas cuánto es el aturdimiento de la mujer y cuán grandes son su malicia y su despreocupación.

Y no hagas caso de sus palabras que mal te aconsejan y no des muerte a tu hijo, que es carne de tu carne y el que puede mantener vivo tu recuerdo, cuanto tú faltes.

Luego que oyó el rey esas palabras de su seiseno ministro, desistió de mandar matar a su hijo.

Pero luego que el día el seteno amaneció fue la favorita de marras y encendió una gran hoguera e hizo ademán de arrojarse a ella.

Cogiéronla los servidores y la llevaron a presencia del monarca, y este dijo a la barragana:

–¿Por qué quisiste hacer esto?

Y ella le respondió, diciendo:

–Si no me haces justicia en la persona de tu hijo, me arrojaré a esa hoguera que he encendido.

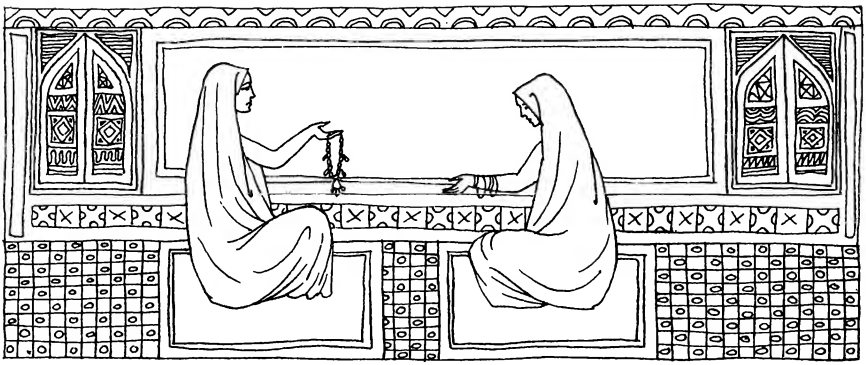
Que no quiero ya seguir viviendo y a prevención hice ya testamento, repartiendo entre los pobres cuanto poseo.

Pero tú entonces te arrepentirás y sufrirás los mismos remordimientos que aquel rey que mandó torturar a la guardiana del collar.

–¿Y cómo fue eso?–preguntóle el rey.

Y ella le contestó diciendo:





LA PERDIDA DEL COLLAR

(Noches 356 y 357)

—Llegó a mis oídos, ¡*ye* monarca, el afortunado!, que había una vez una mujer muy devota y piadosa de veras, la cual tenía entrada en el alcázar de un rey de los reyes, para bendecirlo con su presencia, gozando de mucho predicamento con el rey y mucha influencia.

Y sucedió un día de los días que la mujer, siguiendo su costumbre, entró en el alcázar del monarca y sentóse en él, al lado de su esposa, y esta la entregó un collar que valdría, por lo menos, mil dinares, y le habló diciendo:

—Toma este collar y guárdalo, en tanto voy al *hamman* y vuelvo.

Estaba el *hammam* en el propio alcázar. Y la mujer tomó el collar y sentóse en la cámara regia a aguardar que la reina fuese al *hammam* y volviera.

Puso la mujer el collar debajo de un tapiz ritual y sobre él púsose a hacer la zalá. Y luego de hecha, salió a hacer una necesidad.

Y he aquí que, de pronto, viene un pájaro volando y coge en su pico el collar y remonta con él el vuelo y va a dejarlo en un sitio trasconejado del palacio.

Tornó en el entretanto la reina del baño y pidióle el collar a la mujer, y esta fue a buscarlo en el sitio donde lo había dejado; pero, como es natural, no halló de él ni rastro.

Al ver aquello la cuitada púsose a clamar, diciendo:

—¡Por Alá, hija mía, que no vino aquí nadie estando tú ausente, y al tomarte yo el collar púselo aquí, debajo de este tapiz!

Llegó a todo esto hasta el monarca el rumor de lo que pasaba; y al saberlo el rey, díjole a la reina que castigara el descuido de la guardiana haciéndola morir en la hoguera, que tal merecía la culpa en que incurriera.

Al llegar aquí sintió Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras seductoras.

PERO LA NOCHE 357 REANUDO SU RELATO EN ESTA FORMA:

–Ha llegado a mis oídos, ¡*ye* monarca, el afortunado!, que la reina procedió a atormentar a la mujer, con azotes y fuego, según el rey le dijera; pero por más que hizo no logró sacar nada en limpio.

Ahora bien: sucedió un día de los días que, estando el rey en medio de su alcázar, el cual estaba circundido de agua, teniendo a su lado a la reina, hubo de reparar en un pájaro que por allí revoloteaba, llevando en su pico un collar que de un rincón del alcázar sacara.

Gritóle en el acto el monarca a una esclava que allí cerca estaba, y esta, siguiendo su mandato, fue tras el pájaro y logró sin dificultad quitarle del pico el collar.

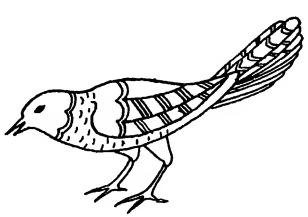
Y al tenerlo en su mano el monarca luego lo reconoció y comprendió que había sido injusto con la mujer devota, y se arrepintió con viva contrición de lo que hiciera con ella y mandó que a su presencia la trajeran, y luego que allí la tuvo, pusose a besarle la cabeza y a llorar y a pedirle perdón y a dar grandes muestras de contrición.

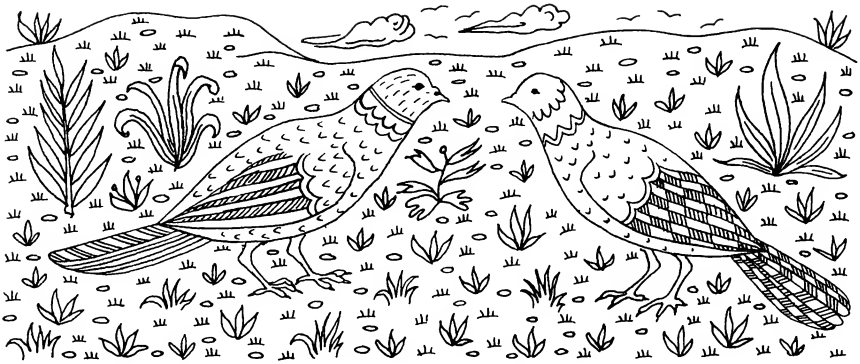
Mandó luego que le entregaran a la inocente una suma considerable de dinero, pero ella no lo quiso aceptar, y, dándole su perdón, se alejó de allí sin tardar.

E hizo votos de no poner los pies en adelante en casa de nadie y se fue a vivir por los montes y valles, consagrada exclusivamente a servir al Señor, y así lo hizo hasta que murió [1].

Y también ha llegado a mis oídos otra historia referente a los engaños de que los hombres hacen víctimas a las mujeres y que no les va en zaga a las anteriores. Y es, ¡*ye* rey!, la historia de:

[1] Esta anécdota, que rueda por todo el folklore europeo (en España tenemos una variante de la misma en la tradición madrileña de la iglesia del Buen Suceso), sirvió de argumento a la famosa opereta de Paisiello *La urraca ladrona*.





LOS DOS PICHONES

(Noche 357)

Es el cuento de Las dos perdices, *en el original persa. En la versión española,* Enxenplo del seteno priuado, del palomo e de la paloma que ayuntaron en uno el trigo en su nido.

—Y érase una collera de palomos que había reunido buen repuesto de trigo y de centeno en su nido, y al llegar el verano, hubo de encogerse y mermar el grano.

Y el palomo macho le dijo a su hembra:

—Sin duda has sido tú quien se ha comido el grano.

A lo que ella replicóle:

—No hay tal; ¡por Alá, que en él no llegué a picar!

Pero el macho no creyó en su inocencia y empezó a darle aletazos y picotazos, hasta que la dejó muerta.

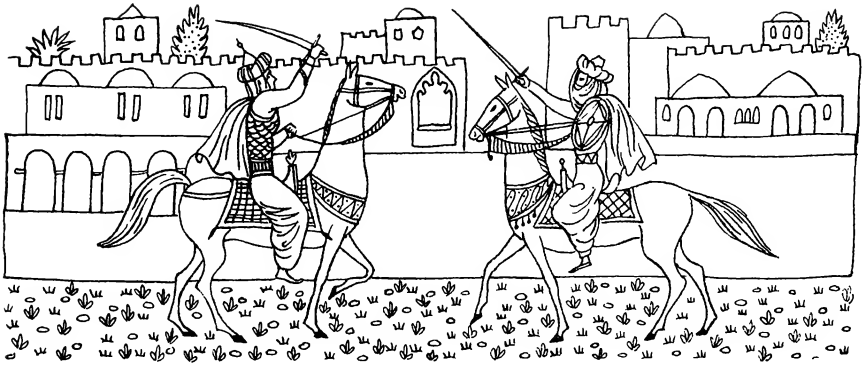
Volvió luego el invierno, y, con el frío, tornó a hincharse el grano y a abultarse como antaño, y entonces comprendió el palomo la sinrazón con que matara a su hembra y se arrepintió, cuando ya de nada le valía la contrición.

Y el palomo fue y se echó junto al cadáver de su palomita, llorando a lágrima viva, y dejó de comer y de beber, hasta que adoleció y murió.

Pero conozco todavía, *¡ye* rey!, una historia referente a las malicias de los hombres para con las mujeres, que es más singular que las que te acabo de contar.

—Pues cuéntamela también—díjole el rey.

Y la favorita contó la historia de:



EL PRINCIPE BAHRAM Y LA PRINCESA AN-NODAMA

(Noches 357 a 359)

Datma en algunas ediciones.

–Erase una vez una mocita que no tenía igual entre todas las de su tiempo en punto a guapa, discreta, airosa y bien plantada y arte para robarles a los hombres la calma.

Y era hija de reyes y se llamaba An-Nodama. Y solía decir:

–No me casaré sino con el hombre que consiga vencerme en el palenque.

Y los hijos de los reyes acudían de todas partes, de cerca y de lejos, y justaban con ella y ella los vencia y les desarmaba y arrojaba al fuego sus armas.

Y hubo de llegar la fama de aquella princesa a oídos del hijo de un rey de los reyes del Achm, que se llamaba Bahram.

Y luego, atravesando un trayecto muy largo, presentóse en la corte de la princesa, y lo primero que hizo al llegar allí fue enviarle al padre de la joven gran cantidad de regalos valiosos, que sería prolijo describir.

Aceptólos el rey de buen grado y colmó al joven de atenciones y agasajos.

Mandóle luego a decir el príncipe, por mano de sus visires, que deseaba casarse con su hija, y el rey entonces le mandó a llamar y le dijo:

–¡*Ye* hijo mío! Mi hija An-Nodama hace una vida independiente, sin que sobre ella tenga yo ascendiente, y ha hecho juramento de no casar sino con aquel de sus pretendientes que logre vencerla en el palenque.

–Está bien–respondió el hijo del rey–. Ya yo lo sabía y a luchar con ella vine acá, y espero vencerla y reducirla a mi voluntad.

–Pues siendo así–díjole el rey–, ma-

ñana podreis vuestras fuerzas medir.

Luego que llegó el día, el siguiente, mandóle el rey un emisario a su hija, solicitando de ella una entrevista, y en ella comunicóle cómo llegara el príncipe con intención de luchar con ella y vencerla.

Apercibióse al punto al combate la princesa, y el hijo del rey salió a la almidana a medir sus armas con ella.

Cundió luego la noticia entre las gentes y de todas partes acudieron tropeles de curiosos, ávidos de presenciar aquel torneo famoso.

Vistióse la princesa sus armas y ciñóse su cinturón al talle y apercibióse para el combate.

Salió luego a la plaza el hijo del rey, el cual iba muy bien armado y pertrechado, y al punto cargaron uno contra otro ambos contrarios, y empezaron a dar vueltas, buscándose el lado flaco, y la princesa pudo comprobar que su rival mostraba una bravura y un dominio de las artes caballerescas como ningún otro de los que le precedieran.

Y temiendo que la abochornara con una derrota, delante de toda aquella gente numerosa, fue y se apartó el alizam de la cara, la cual refulgía como una luna llena y clara.

No bien la hubo visto el hijo del rey así, sin velo, quedóse atónito y perplejo, y luego perdió el brío y los arrestos, y decayó su fuerza, quedando indefenso.

Aprovechó la princesa aquel momento y lo derribó de su cabalgadura, de suerte que vino el joven a quedar en su poder igual que palomica que el alferraz [1] entre sus garras hizo cautiva.

Estaba el joven tan enajenado que no sabía lo que le sucedía, y la princesa le tomó su corcel y sus armas y sus ropas y las arrojó al fuego, y hecho que hubo eso, dejó marchar al joven sin tratar de retenerlo.

Luego que el hijo del rey volvió en sí de su enajenamiento estuvo varios días sin comer, ni beber, ni dormir, por la fuerza de su disgusto y su despecho, y el amor que por la princesa ardía en su pecho.

Y luego escribió el joven a su padre una carta y se la envió con uno de sus criados, y en la carta le decía cómo no podría tornarse a su país sin tomarse el desquite de la derrota que acababa de sufrir, y que, si así no fuere, no le quedaba más recurso que morir.

Mucho se afligió el rey al leer la misiva del príncipe y quiso en el primer momento enviarle en su ayuda su ejército; pero su visir lo hizo desistir de ello, aconsejándole que no se precipitase a hacerlo y aguardase.

Decidió luego el príncipe ver la forma de lograr su propósito, apelando a la astucia, e ideó la de fingirse un decrépito anciano, y de esa guisa dirigióse al jardín de la princesa esperando el momento de verla, pues sabía que aquella tenía por costumbre bajar al jardín, los más de los días, para recrearse con aquella delicia.

Fue a avistarse el joven con el jardinero y le dijo:

–Yo soy un algarivo de un país que cae muy lejos de aquí y entiendo de jardinería, por lo que querría colocarme contigo, pues me encuentro enteramente desvalido.

Alegróse mucho el jardinero al oír aquello y lo hizo entrar en el jardín y se lo recomendó a sus compañeros, y se los presentó como a uno más que iba allí a trabajar.

Quedóse, pues, allí el príncipe en calidad de jardinero y empezó a prestar servicio, ayudando a sus compañeros.

Y estando así he aquí que un día de los días vio entrar en el jardín buen golpe de esclavos, los cuales llevaban consigo una mula enjaezada, y al preguntar lo que aquello significaba, le

[1] Ave de presa.

dijeron que era que la princesa sintiera el antojo de bajar al jardín, para solazarse y expansionarse allí.

Luego que eso oyó el príncipe fue a coger las joyas y los ricos velos que había llevado consigo de su país y tornóse al jardín y se sentó a aguardar, poniendo delante de él algunas alhajas; todo ello sin dejar de fingirse un anciano decrépito.

Pero al llegar aquí sorprendió a Schahrasad la aurora y cortó el hilo de sus palabras encantadoras.

Y LA NOCHE 358 REANUDO SU RELATO EN ESTA FORMA:

–Tengo entendido, *¡ye* rey, el prosperado!, que el hijo del rey de Achm fingióse un anciano decrépito y se sentó en el jardín y puso delante de él algunas de aquellas joyas valiosas, fingiendo que, de puro viejo, le temblaba el cuerpo.

Transcurrió luego cosa de una hora de tiempo, y en seguida se presentaron en el jardín los eunucos y las doncellas de la princesa, la cual iba entre ellas, descollando entre todas como la luna entre las estrellas.

Pusiéronse luego todas a dar vueltas por el jardín y a coger los frutos de los árboles y a solazarse y expansionarse, y, en el curso de sus escarceos, hubieron de reparar en aquel viejo que estaba sentado al pie de un árbol y se dirigieron a él, sin saber que era el hijo del rey.

Fijóse en él la princesa y vio que era un anciano, al que le temblaban los pies y las manos, y que en estas tenía joyas y tesoros de tal valor y precio como solo los reyes pueden poseerlos.

Maravillóse la princesa de ello y preguntóle al viejo qué tesoros eran aquellos y qué pensaba hacer con ellos.

–Estas joyas–respondió el príncipe–las destino a aquella de entre vosotras que quiera casarse conmigo.

Echáronse todas a reír al oír aquello, y dijéronle al presunto viejo:

–Y si te casaras con una de nosotras, ¿qué ibas a hacer después con tu esposa?

–Pues darle un besito nada más y luego dejarla en paz.

Al oír aquellas palabras, díjole la princesa:

–Pues yo te caso con esta mi doncella.

Levantóse entonces el viejo y fuese hacia ella, apoyado en el báculo y temblando y tropezando a cada paso, y, luego que llegó junto a la muchacha, le dio un solo beso y entrególe las alhajas a cambio de ello.

Holgóse mucho la doncella de la princesa, y lo mismo la favorecida que sus compañeras soltaron la risa, muy alegres y contentas.

Luego que vio la princesa las alhajas que el viejo le diera a su doncella, en pago de dádiva tan pequeña, díjose para sus adentros: «Más lo merezco yo que ella, y creo que podría aceptar esas joyas sin desdoro ni mengua.»

Luego, pues, que amaneció el siguiente día salióse ella sola de sus habitaciones, vestida cual si fuera una de sus doncellas, y, furtivamente, dirigióse en busca del vejete, y luego que lo vio, así le habló:

–*Ye scheij,* el respetable: yo soy la hija del rey de esta ciudad. Dime: ¿no querrías conmigo casar?

–Con mucho gusto casaría–respondióle el *scheij*, y acto seguido puso de manifiesto joyas y alhaites de subido valor y precio.

Y dándole aquellas joyas a la princesa acercóse a ella para besarla, sin que la joven pusiera resistencia ni se arredrara.

Pero luego que el joven la tuvo entre sus manos derribóla en el suelo con violencia y en el acto abusó de ella, que allí dejó de ser doncella.

Luego le dijo el príncipe a la princesa:

–¿Por ventura no sabías quién yo fuera?

–¡No!–contestó la princesa–. ¿Quién eres, pues? ¡Vamos a ver!

Y el príncipe le respondió con altivez:

–Yo soy Bahram, el hijo del rey del Achm. Y por ti me disfracé y abandoné mi reino y mi gente y vine hasta aquí por solo verte.

Levantóse entonces de debajo de él la princesa, sin decir nada ni proferir palabra.

Pero en su interior pensó lo que debía hacer, y, finalmente, fue de parecer que lo que hacer debía era irse a su país con él.

Procedió acto seguido a reunir sus caudales y riquezas de toda clase, y luego le mandó al príncipe un mensaje comunicándole su decisión e instándole a que hiciera él también sus preparativos para el viaje.

Hízolo el príncipe así y se lo mandó a decir, quedando convenidos los dos en emprender el viaje aquella misma noche, dejando la corte.

Y luego que la noche llegó montaron en sus sendos fogosos caballos y fueron cabalgando, sin parar, hasta llegar a tierras del Achm, a un lugar no muy distante de su capital.

Luego que el padre del príncipe tuvo noticia de la llegada de su hijo, salió con todas sus tropas a recibirlo y se alegró muchísimo.

Pasados que fueron unos cuantos días envió el rey del Achm valiosos presentes al padre de An-Nodama, acompañándolos de una carta en la que le participaba todo lo ocurrido y que tenía a su hija An-Nodama consigo. Y terminaba rogándole enviase a esta su ajuar y su equipo.

Acogió el padre de An-Nodama aquellos regalos con todo agrado y beneplácito y colmó de honores al emisario y holgóse muy mucho de cuanto había pasado.

Y mandó preparar un gran festín...

Sorprendió aquí a Schahrasad la mañana y puso freno a sus desenfrenadas palabras.

PERO LA NOCHE 359 SIGUIO DICIENDO LA MUCHACHA:

–Ha llegado a mis oídos, *¡ye* monarca, el afortunado!, que luego mandó el rey preparar un gran festín nupcial y mandó llamar al cadí y los testigos y les ordenó que extendiesen la partida de casamiento de su hija con el príncipe, y regaló sendas *aljalás* a los enviados del rey del Achm y por su mano remitióle a su hija el ajuar.

Y desde entonces vivieron felices la princesa y el príncipe, sin nunca separarse, hasta que la muerte vino a visitarles.

Mira, pues, *¡ye* rey!, hasta dónde llegan las astucias que los hombres emplean contra las mujeres, y ten por seguro que yo reclamaré mi derecho, hasta la muerte.

Oído que hubo las palabras de la esclava mandó el rey, acto seguido, que diesen muerte a su hijo.

Pero en aquel momento entró en la cámara regia el visir, el seteno, y, después de besar la tierra entre sus manos, díjole al soberano:

–¡*Ye* rey del siglo! Aplaza tu decisión hasta que hayas oído mi amonestación.

Que quien aguarda y espera, logra lo que desea y recoge lo que ambiciona, en tanto el que se precipita y peca de ligero es víctima después del arrepentimiento [2].

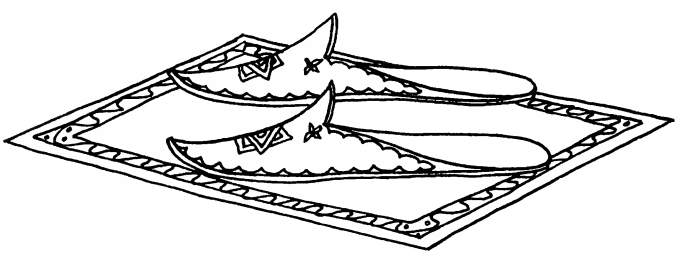
Testigo he sido de la insolencia con que esta esclava trata de embarcar al rey en empresas desdichadas, y yo, el humilde esclavo, agradecido a los favores de su amo, te quiero advertir para que no te dejes por ella seducir.

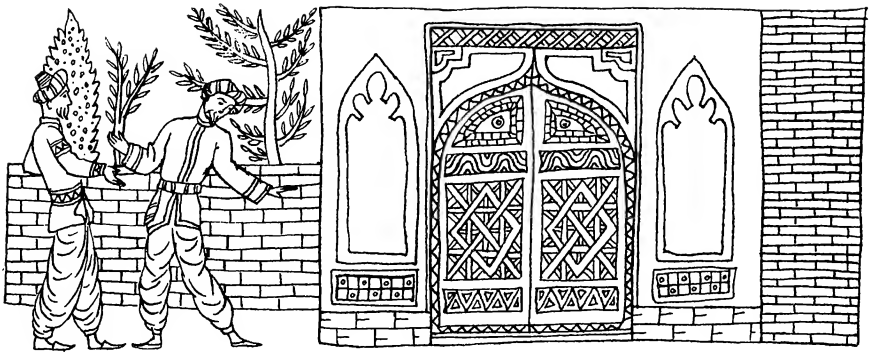
Pues has de saber, ¡*ye* monarca!, que conozco muy bien las marrullerías de las hembras, y tan enterado estoy de ellas, que no hay nadie que me aventaje en esa materia. Y entre otras cosas que a ese tenor he oído podría citarte la historia de la vieja y el hijo del mercader, que es cosa que debes saber.

–¿Y qué historia es esa que dices, *ye* visir?–preguntó el monarca.

Y el visir tomó la palabra y empezó así:

[2] *Redolet proverbium, Fenn mn zbr u tana adrko-l-aml u nal ma tmna u mn yhzl an nodm.*





LA CASA DEL MIRADOR

(Noches 359 a 363)

Corresponde a la historia de El traje robado, *en el original persa. En la versión española figura bajo el epígrafe de* Enxenplo de la muger e del alcauete, del omme, e del mercader, e de la muger que vendió el paño.

–Ha llegado hasta mí la fama ¡*ye* monarca glorioso!, de que había una vez un mercader muy rico, el cual tenía un hijo al que quería muchísimo.

Y sucedió que, un día de los días, díjole a su padre el hijo:

–Padre mío, tengo que pedirte una cosa, que hace mucho tiempo se me antoja.

–Habla, hijo mío–contestóle el padre–, que desde luego te la concedo, y, aunque fuere la luz de mis ojos, te la daría luego.

–No se trata de eso–respondió el hijo–. Todo lo que te pido es que me dejes un poco de dinero y me des tu permiso para viajar con los mercaderes y trasladarme a la ciudad de Bagdad, para verla y contemplar los alcázares de los jalifas, que, de tanto oírles ponderar a los hijos de los mercaderes esa ciudad, ardo en deseos de visitarla, y ya no puedo aguantar más.

–¡Hijo mío!–exclamó el padre al oírlo–. ¿Cómo tendría paciencia para aguardar el tiempo de tu ausencia?

Pero el hijo le dijo:

–Padre mío, yo ya te expuse mi deseo y no hay más remedio sino que he de marchar a la ciudad de Bagdad.

Luego que el padre cercioróse de que su hijo hablaba en serio, resignóse y comprôle mercaderías, por valor de mil dinares, y concertó su viaje con unos mercaderes de su conocimiento, que le merecían confianza y respeto.

Marchó con ellos el hijo del mercader y fueron caminando sin parar hasta llegar a Bagdad, la Sede de la Paz.

Luego que allí se vio el hijo del

mercader, fue a visitar sus zocos y tomó en alquiler una buena casa, tan hermosa y galana que arrebataba el sentido y dejaba atónito a quien la miraba.

Preguntóle el joven al portero cuánto rentaba al mes aquella casa.

Y el portero le dijo:

–Diez dinares.

–¿Hablas en serio o te burlas de mí?–díjole el muchacho, algo picado.

Pero el portero contestóle:

–Por Alá, que lo que te digo es la verdad, como lo es también que todo el que alquila esta casa solo para en ella una o dos semanas.

–¿Y por qué eso?–preguntóle el joven, perplejo.

–Mira, hijo mío–explicóle el portero–, es que todo el que se viene a vivir a esta casa sale de ella luego enfermo o muerto.

Maravillóse hasta más no poder al oír aquello el hijo del mercader y expresó su parecer:

–Sin duda que esta casa tiene su misterio, cuando todo el que la habita sale de ella enfermo o muerto.

Recapacitó luego consigo mismo y refugióse en Alá, buscando en El amparo contra el Schaitán, el apedreado, y, desechando de su mente toda preocupación fuese a vivir a aquella casa y empezó a ejercer su comercio, comprando y vendiendo.

Y he aquí que, estando el joven un día de los días sentado a la puerta de su casa, hubo de pasar por allí una vieja, insidiosa como una sierpe venenosa, la cual, al pasar por su lado, se le quedó mirando tanto que le preguntó el muchacho:

–¿Es que me conoces o te recuerdo a alguien?

No bien oyó la vieja las palabras del mozo cuando fuese hacia él arrastrando los pies y le saludó con el *selam*, y luego le dijo:

–¿Cuánto tiempo llevas viviendo en este domicilio?

–Dos meses, madre mía–respondióle el joven.

Y la vieja contestóle:

–Por eso te miraba, asombrada, no por otra cosa, que ni te conozco ni a nadie me recuerdas, sino que me chocó verte aquí, en salud cabal y completa, siendo así que todos los que antes que tú habitaron esta casa salieron de ella luego enfermos o muertos. No dudo, hijo mío, que tú, con ser tan joven, has de correr la misma suerte que los anteriores, y si hasta ahora estás incólume, quizá sea porque no subiste a lo alto de la casa y no viste lo que desde allí se alcanza.

Fuese luego la vieja y el joven quedó muy preocupado con lo que le oyera, y acto seguido metióse dentro de la casa y empezó a dar vueltas por ella y a mirar y remirar todos sus rincones, hasta que al cabo acertó a descubrir una puerta muy maja, en la que hicieran su nido las arañas.

Al ver el joven aquello díjose para sus adentros:

«Cuando las arañas colgaron aquí sus nidos, es porque tras de esa puerta está el sino.»

Luego púsose a recitar en voz alta estas palabras del *Corán:*

«Di: no nos aflige más mal que el que Alá en su Libro para nosotros tiene escrito.» [1]

Y así diciendo abrió el joven la puerta y entróse por ella y subió por una cómoda escalera, hasta llegar a un ajarafe [2].

Sorprendió aquí a Schahrasad la mañana y puso dique a sus desbordadas palabras.

[1] *Corán* sura IX, *At-Tauba* (La contrición), versículo 51.

[2] Lugar elevado. Azotea.

PERO LA NOCHE 360 SIGUIO DICIENDO LA MUCHACHA:

–He llegado a saber, *¡ye* rey, el afortunado!, que el joven subió por aquella escalera hasta salir a un alto ajarafe, desde donde se alcanzaba a ver una perspectiva dilatada, que se extendía en lontananza.

Sentóse allí el joven y esparció la vista, y hubo de columbrar un paraje eminente, tan elevado sobre todos los demás, que parecía señorear todo Bagdad.

Y en aquel alto terrado había sentada una mocita tan linda y gentil que parecía una hurí, y, al punto que la vio, sintió el joven abrasadas las entretelas de su corazón.

Estúvose largo tiempo el joven contemplando y admirando a aquella criatura de tan maravillosa hermosura, y luego exclamó para sí: «Puede que eso que dice la gente de que el que se viene a vivir a esta casa enferma o muere sea debido a esa joven de belleza sorprendente.

»Y si así es, ¿qué va a ser de mí, cuando de solo verla ya el juicio perdí?»

Bajóse luego el joven del terrado, pensativo y preocupado, y se sentó un momento; pero en seguida se levantó y salió y se sentó en la puerta de la casa, y no llevaba allí mucho rato cuando vio pasar a la vieja, que iba rezongando preces y jaculatorias en loor de Alá que era cosa de edificar.

Levantóse el joven al ver a la vieja y la saludó con el *selam,* y luego le dijo, con mucha humildad:

–*¡Ye* madre mía! Has de saber cómo vivía yo tranquilo y con bien hasta que tú me insinuaste que subiera a lo alto de la casa y otease la perspectiva que desde allí se alcanza. Hícelo para mi mal y vi una cosa que me hizo perder el juicio, y desde entonces estoy que ahora sí que por muerto me doy.

Al oírle la vieja hablar así rompió a reír y le dijo:

–No te apures, hijo mío, que, si quiere Alá, nada malo te pasará.

Luego que oyó aquello fue el joven adentro y volvió a salir, llevando en la manga del traje cien dinares, y se los dio a la vieja, diciendo:

–Tómalos, madre mía, y haz cuenta que desde ahora yo soy tu esclavo y tú mi señora.

–Muchas gracias, hijo mío–respondió la vieja–; pero ahora voy a pedirte un sencillo favor que espero no me negarás y que de cierto contribuirá a que logres tu voluntad.

–¿Y qué es ello, madre mía?–preguntóle el joven a la vieja.

Y esta le dijo con presteza:

–Pues te agradecería que fueses al zoco de la seda y preguntaras allí por la tienda de Abu-l-Fath-ben-Kidam [3], y, luego que te la indicaran, pasaras adentro y le dijeras: «Dame esa toca bordada en oro que tienes en tu poder.» Y dizque Abu-l-Fath no tiene en su tienda cosa que valga más. Luego que te mostrase la toca, se la compras y le das lo que te pida por ella y te la llevas a tu casa y la guardas allí hasta que yo vaya a verte mañana, si Alá quiere.

Fuese luego la vieja y el joven quedóse lleno de impaciencia y pasó aquella noche revolviéndose en el lecho, nervioso, como si estuviese acostado sobre una hoguera.

Y luego que amaneció la mañana

[3] Abu-l-Fath: Padre del triunfo.

metióse el joven mil dinares en la manga y fuese a la carrera al zoco de la seda y preguntó por la tienda de Abu-l-Fath, y uno de aquellos mercaderes se la indicó con toda amabilidad.

Entró en ella el muchacho, y al entrar vio que, en torno a Abu-l-Fath, bullían muchedumbre de criados y esclavos y castrados, y vio también allí muchas cosas de precio y valor, que acreditaban las riquezas de su señor, entre las que se contaba aquella esclava de tal belleza que ni los hijos de los reyes suelen tenerlas.

Al ver el joven a Abu-l-Fath, llegóse a él y lo saludó con el *selam*, que el mercader le devolvió con toda afabilidad.

Invitóle luego Abu-l-Fath a sentarse a su lado, y el joven lo hizo y luego le dijo:

–¡*Ye* el mercader respetable! Te agradecería me sacases la toca fulana, para verla y examinarla.

Mandó el mercader a uno de sus esclavos que le trajera una pieza de seda que estaba en el fondo de la tienda.

Luego que el esclavo volvió con el fardo, desatólo el mercader y sacó de él varias tocas de tal belleza todas que encantaron al joven, sobre todo aquella guarnecida de oro que le indicara la vieja.

Y ni que decir tiene que la compró en el acto, en cincuenta dinares, y salió con ella de la tienda y se fue a su casa, muy contento y ufano de haber salido tan bien del paso.

Pero al llegar aquí sintió Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras cautivadoras.

Y LA NOCHE 361 PROSIGUIO SU RELATO EN ESTA FORMA:

–Ha llegado a mis oídos, ¡*ye* monarca el afortunado!, que, luego que el joven le compró la toca al mercader, llevósela a su casa, no tardando la vieja en presentarse en ella.

No bien el joven la vio entrar se levantó y la fue a saludar, y sin demora le entregó la toca.

Tomóla la vieja y le dijo:

–Tráeme acá, hijo mío, un ascua de fuego.

Hízolo así el muchacho y la vieja acercó al fuego la toca y le socarró una de sus orlas.

Luego de hecho eso tornó a doblarla, según antes estaba, y cargó con ella y se fue a casa de Abu-l-Fath y llamó a la puerta, con una voz recia.

Luego que la esclava oyó la voz de la anciana se levantó y abrió la puerta sin dificultad, que tenía la vieja con su madre mucha amistad, y la muchacha la conocía y la tenía por de fiar.

–¿Qué se te ofrece, mi señora?–preguntóle la muchacha–. Mi madre tuvo que salir; pero si algo necesitas, aquí me tienes a mí.

–¡*Ye* hija mía!–respondió la vieja–. Ya sabía yo que no estaba tu madre en tu casa, que antes de venir acá estuve en la suya; pero no te inquietes, que solo he venido porque temía que se me pasara la hora de la zalá y quería hacer aquí las abluciones de ritual. Que me consta de cierto que eres mujer primorosa y limpia y tienes tu casa exenta de toda inmundicia.

Al oír la esclava sus palabras, dejóla

entrar en la casa, y la vieja, al entrar, le deseó la paz e invocó sobre ella las bendiciones de Alá.

Tomó luego la jofaina con el agua y pasó a la cámara excusada e hizo allí sus abluciones y rezó sus oraciones y se entregó a sus actos de adoración y a las genuflexiones de rigor.

Luego, aprovechando una distracción de la muchacha, fue y puso aquella toca de marras debajo de la almohada, sin que la otra se enterara, y cuando hubo terminado sus oraciones, despidióse de la joven y se fue de allí, invocando sobre ella todas las divinas bendiciones. Luego que finó el día presentóse allí el mercader Abu-l-Fath, que era el marido de la joven hermosa, y se sentó a descansar en el *almofrach* [4], y en seguida fue la esposa y le ofreció de comer y comió el mercader y bebió a todo su placer y ambas manos lavóse después.

Pero hubo luego el mercader de remover el almohadón del estrado y asomó, por debajo de él, el pico de la toca, y al ver aquello, curioso, el mercader tiró con fuerza y salió toda la toca afuera.

Al punto que el mercader la vio la reconoció y, llamando a su mujer, así la interpeló:

–¿De dónde ha venido a tus manos esa toca, mujer?

Juróle ella que no lo sabía y le afirmó que en la casa ningún hombre entrara.

Calló el mercader y no dijo nada pero pensó para su ánima: «Si revuelvo la casa, será peor, pues se divulgará y no habrá quien lo ignore en todo Bagdad.»

Sorprendió aquí a Schahrasad la mañana y atajó el flujo de sus elocuentes palabras.

PERO LA NOCHE 362 SIGUIO DICIENDO LA MUCHACHA:

–Tengo entendido, *¡ye* monarca, el bienhadado!, que el mercader del cuento pensó para sus adentros: «Si este asunto remuevo, será peor, pues se divulgará y llegará a oídos de todo Bagdad».

Y era el mercader uno de los familiares del jalifa, de suerte que era el silencio lo que más le convenía.

Así que no le dijo a su esposa ni una palabra sola, y era Mojzíya [5] el nombre de la esposa.

Cambió, pues, la conversación el mercader, y, hablando de otra cosa, díjole a su mujer:

–Me han dicho que tu madre está algo enferma y te agradecería que fueses a verla.

Fue allá corriendo la mujer y, al llegar, se encontró con que su madre estaba perfectamente bien.

Sentóse allí la mujer un rato y hete aquí que, de pronto, ve entrar en la casa unos alhameles cargados con los enseres y efectos que ella tenía en casa de su esposo, y, al ver su madre aquello, preguntóle a su hija con asombro:

–¿Qué es lo que ha pasado entre vosotros, para que haga esto tu esposo?

Refirióselo la joven y la mujer se echó a llorar con mucha pena por lo que a su hija le ocurriera.

[4] Lecho.
[5] Concubina.

Quedaron las cosas en tal estado y al cabo de unos días presentóse allí la vieja y saludó a la joven y le dijo con mucha fingida tristeza:

–¿Qué es lo que te pasa, hija mía?

Contóselo la joven, afligida, y ella entonces le dijo:

–No te apures, que, si quiere Alá, yo os volveré a reconciliar y hoy mismo os volveréis a juntar.

Fuese luego de allí la vieja a ver al joven de referencia, y le dijo:

–Prepara una alegre velada, que esta misma noche te traeré aquí a tu amada.

Levantóse el joven en el acto y fue a buscar todo lo que se necesitaba para el caso, y llevó de comer y beber y luego se sentó a esperar la llegada de la mujer.

A todo esto fue la vieja a ver a la madre de la muchacha y le dijo:

–Has de saber cómo esta noche tenemos boda en casa, y así te ruego dejes venir con nosotros a la muchacha para que se distraiga y se le alivie esa pena que la embarga. Y no tengas cuidado por ella, que yo te la traeré después lo mismo que me la llevé.

Accedió la madre de la joven y vistió a su hija un traje de lo más lujoso y elegante, y le colgó todas sus mejores alhajas, y la envolvió en velos de rica y sutil trama; y luego, así de compuesta, la dejó ir con la vieja y ella también la acompañó hasta la puerta. Y al despedirse de su hija se la recomendó mucho a la vieja, diciéndole con gran entereza:

–Ten mucho cuidado con ella, que no la vea ninguna de las criaturas de Alá, que ya sabes el puesto que su esposo ocupa junto al jalifa; así que no la entretengas mucho y vuelve con ella en seguida.

Prometióselo así la vieja y ambas echaron a andar, y fueron andando hasta llegar a la puerta de la casa del muchacho.

Y al entrar en la casa y dirigirse a la sala abalanzóse a ella el joven que la aguardaba y le besó las manos y los pies, y ella, desde que vio a aquel guapo mancebo, al punto sintió su corazón abrasado en amoroso fuego.

Y al observar eso la vieja díjole a ella:

–¡Sea sobre ti el nombre de Alá! No pases temor, hija mía, que yo estaré aquí junto a ti y no te dejaré sola un momento ni una hora. Y a fe que, por lo demás, formáis una pareja sin igual.

Tomó asiento la muchacha, que estaba ruborosa y avergonzada, y el joven empezó a juguetear con ella y a decirle cosas de risa y a recitarle poesías y a contarle historias peregrinas, hasta que al fin se le dilató a la joven el pecho y perdió su encogimiento y comió y bebió, y ya algo chispa, cogió el laúd y entonó una canción, completamente enajenada de pasión.

Y el joven, al ver eso, perdió ya el sentido y se puso como borracho, y no de vino, y se creyó transportado al paraíso.

Luego la vieja se escurrió y se fue, dejándolos solos a los dos, y no volvió por allí hasta que amaneció.

Hízolo entonces y preguntó a la joven:

–¡*Ye* mi señora! ¿Qué tal pasaste la noche?

–Muy bien–respondióle la joven.

–Bueno; pues ahora levántate, hija mía–le dijo la vieja–, que hemos de volver a casa de tu madre y se nos va a hacer tarde.

Al oír el joven las palabras de la vieja dióle cien dinares y le dijo:

–Déjamela también esta noche, para que la pase conmigo.

Dejólos la vieja solos y fuese a ver a la madre de la muchacha, y le dijo:

–Tu hija te manda un saludo conmigo y no viene porque la madre de la novia se ha empeñado en que pase también esta noche con nosotras.

–Está bien, hermana–díjole la madre–; devuélveles el saludo de mi parte, y si la chica se encuentra a gusto allí, por mí puede seguir.

A este tenor fue la vieja inventando astucias, una después de otra, para engatusar a la madre de la joven, hasta que pasaron siete noches sin que la muchacha tornara a su casa, y cada mañana le entregaba el mercaderillo cien dinares sin falta.

Pero el día, el ocheno, díjole la madre a la vieja:

–Tráeme a mi hija ahora mismo, que así te lo exijo.

Fuese de allí la vieja, amostazada por lo que la otra le dijera, y pasó a ver a la muchacha y puso su mano en la de ella, y, aprovechando que el galán estaba dormido, por efecto del vino, tiró de ella y se la llevó a la casa materna. Alegróse lo indecible su madre y la recibió con grandes extremos de satisfacción y regocijo, y le dijo:

–Inquieta estaba ya por ti, hija mía, y tanto que por ello le dije a esta mi hermana palabras que la ofendieron, y ahora me pesa de ello.

–Anda y bésale las manos y los pies–le dijo la hija–y pídele perdón, madre mía.

Hízolo así la mujer y le besó a la vieja las manos y los pies, y la vieja la perdonó y con ella se reconcilió.

A todo esto el joven despertóse de su jumera y se encontró con que su adorada levantara el vuelo; pero como ya lograra su deseo, no fue grande su desconsuelo.

Pero a poco rato presentóse allí la vieja y saludó al muchacho y le dijo:

–¿Qué tal? ¿Estás contento de mí, hijito?

–Cierto que sí, madre–contestóle el joven.

–Pues bien–dijo entonces la vieja–: ahora hemos de arreglar lo que echamos a perder y le devolveremos su esposa a ese mercader.

–¿Y qué hemos de hacer?–preguntó el joven. Y la vieja le dijo:

–Escucha bien: irás a la tienda del mercader y lo saludarás con el *selam* y te sentarás; no tardaré yo en llegar, y, luego que me vieres, te levantarás aprisa de tu asiento y te vendrás a mí y me empezarás a tirar de la ropa y a zarandearme y asustarme, preguntándome por la toca.

Y, encarándote con el mercader, le dirás:

–¡*Ye* mi señor! ¿No conoces esa toca que yo te compré en cincuenta dinares? Pues bien: has de saber que yo se la di a mi esclava y ella se la puso y tuvo la desgracia de quemarle un pico, y se la dio a esta vieja para que se la llevara a alguno que se la arreglara, y esta vieja la cogió y desapareció, sin que hasta ahora la volviéramos a ver ni yo ni mi señora.

–Está bien–díjole el joven a la vieja–, así lo haré; no pases pena.

Fuése el joven en el acto a la tienda del mercader y entró y lo saludó y se sentó, y hete aquí que a poco rato se presenta allí la vieja, que iba rezando el rosario.

No bien la vio el joven abalanzóse a ella y empezó a tirarle de las ropas y a zarandearla y aporrearla, sin dejar al mismo tiempo de insultarla.

No tardó en acudir allí toda la gente del zoco y preguntaban los curiosos:

–Pero ¿qué sucede y a qué viene este alboroto?

Y el joven, alzando la voz, les contestó:

–¡*Ye* pueblo! Habéis de saber cómo yo compré en cincuenta dinares una toca a este mercader y se la regalé a mi mujer; túvola esta puesta un rato y, al perfumarse con el pebetero, tuvo la desgracia de que le saltase una chispa de fuego y le chamuscase un pico de la toca, por lo cual se la dimos a esta vieja para que se la llevara a una entoladora.

Y desde aquel momento desapareció de nuestra vista, sin que pudiéramos luego hallar su pista.

–¿Es verdad eso que dice este joven? –preguntaron a la vieja entonces los mediadores.

Y la vieja respondió:

–Verdad es, sí, señor. Es cierto que este joven me dio la toca y yo la cogí y fui a hacer mis visitas de costumbre a las casas adonde suelo ir, y en una de ellas me dejé olvidada la prenda, sin que pueda decir ahora qué casa fue aquella. Y como soy mujer, vieja y pobre, y no tenía con qué indemnizar a este joven, pues por eso desaparecí y de su vista me escabullí.

Luego que el mercader, esposo de aquella mujer, hubo oído las palabras de la vieja...

Sorprendió aquí a Schahrasad la aurora y cortó el hilo de sus palabras cautivadoras.

PERO LA NOCHE 363 REANUDO SU RELATO EN ESTA FORMA:

–Ha llegado a mí la fama, *¡ye* monarca, el afortunado!, de que al oír el mercader, esposo de la mujer, aquellas palabras de la vieja, púsose luego en pie y exclamó con profundo fervor:

–¡Alá es el más grande! A Alá (el excelso) pídole perdón por la culpa en que incurrí y por la sospecha que mi mente turbada me hizo concebir.

Y a este tenor siguió el mercader dando gracias a Alá por haberle, al fin, revelado la verdad.

Y dirigiéndose al joven confabulado con la vieja, le dijo de esta manera:

–Deja en paz a esta anciana, que se vaya por donde le plazca, que esa toca de que hablas la tengo yo en mi tienda y todos pueden verla.

Y acto seguido la sacó y se la mostró a todos los presentes, los cuales se maravillaron de ello grandemente.

Fue luego el mercader en busca de su mujer y le dio una cantidad de dinero y se la llevó a su casa de nuevo, sin sospechar lo más mínimo el pego de que la vieja hiciérale objeto.

Por donde puedes ver, *¡ye* rey!, hasta dónde llega la picardía de las hembras y las malicias de que a los hombres nos hacen víctimas.

Pero conozco todavía otra historia, referente a lo mismo, y es la de:





EL HIJO DEL REY Y LA ALGOLA

(Noche 363)

Como advertirá el lector, esta historia es una variante de la que se cuenta en la introducción del libro.

—Y érase un hijo de rey que estaba una vez paseándose para distraerse y fue a salir a un verde prado en el que abundaban los árboles frutales, en cuyas ramas cantaban los pájaros y por el que serpeaba una corriente de agua.

Plació le al príncipe el paraje y se sentó, y, sacando alguna fruta seca que consigo llevaba, se puso a comerla, cuando hete aquí que hubo de divisar una gran humareda que se elevaba hasta los cielos, y, tomado del miedo, fue el príncipe y se subió a un árbol y se escondió entre las ramas, y allí se estuvo atalayando.

Y vio salir un *efrit* de en medio de aquel riachuelo, y aquel *efrit* llevaba sobre su cabeza una caja de mármol, cerrada con un candado.

Y el *efrit* se descargó de la caja y la dejó en el verde y la abrió, y al punto salió de ella una mocita de casta mortal y tan hermosa que un sol parecía cuando en el cenit brilla.

Sentóse la joven en el césped y el *efrit,* después de contemplarla un rato a su sabor, recostó la cabeza en su falda y se durmió. Y la mocita entonces dejólo y se levantó y se puso a pasear por aquel prado, y, al alzar la vista, hubo de reparar en el árbol donde el príncipe estaba, y lo vio y le hizo seña de que se bajara.

Y como él se resistiera, lo amenazó diciendo:

—Si del árbol no bajas, despertaré al *efrit* y te denunciaré y te matará.

Bajó luego el príncipe, asustado, y ella le cogió las manos y se las besó, lo mismo que los pies, y luego le obligó a que con ella se acostara y folgara.

Hízolo así el príncipe, y, luego que despacharon, díjole la mocita al mancebo:

–Dame ese anillo de sello que llevas en tu dedo.

Dióselo el príncipe y la joven lo echó en su pañuelo, en el que ya había buen golpe de ellos. Y el príncipe, curioso, preguntóle:

–¿Para qué quieres tú tantos anillos?

Y ella entonces le dijo:

–Has de saber que este *efrit* me raptó del palacio de mi padre y me encerró en esta caja, cuya llave lleva siempre consigo, para que no pueda traicionarlo con nadie. Pero yo me doy traza de engañarlo con cualquier hombre que se cruza en mi camino y después le tomo el anillo. Y ya ves cuántos tengo ya reunidos. Y ahora–añadió–vete con la paz, que de aquí a que despierte se la puedo pegar aún unas cuantas veces [1].

Tornó luego el príncipe a su palacio. y su padre, al notar la falta del anillo, no quiso atender a sus razones y lo condenó a muerte. Solo que sus visires intercedieron por él con el rey y este lo perdonó y luego se alegró.

Quedó el rey de mi historia muy impresionado y conmovido de la que había oído y desistió otra vez de hacer matar a su hijo.

Pero luego que amaneció el día, el ocheno, presentósele al monarca su hijo, cogido de la mano a su preceptor Sindibad, y besó la tierra entre las manos del soberano, y después, soltando su lengua con elocuencia, empezó a alabar a su padre y a sus visires y a sus emires y a los grandes del reino y a darles las gracias y a cantar sus loanzas.

Hallábanse allí presentes todos los sabios y los emires y visires, y el rey, al oír a su hijo, sintió gran alegría y regocijo y lo llamó cerca de su trono y lo besó entre los dos ojos, y llamó también a su preceptor As-Sindibad y le preguntó la razón de que su hijo permaneciera tan callado durante aquellos siete días que eran pasados.

Y el preceptor, As-Sindibad, le dijo sin hacerse rogar:

–Lo más prudente, *¡ye* monarca!, que tu hijo podía hacer era no hablar en todo ese tiempo en que corría peligro de ser muerto, pues has de saber que yo estaba enterado de todo lo que ocurrirle podía y del peligro que sobre su vida se cernía desde el día mismo que a este mundo vino. Pues al consultar su aljofor, pude ver en él el pronóstico de todo cuanto después le ha sucedido, y, ¡loado sea Alá!, que ya se salvó del peligro para su dicha y la vuestra, *¡ye* rey del siglo!

Alegróse el rey lo indecible al oírlo, y, dirigiéndose a sus visires, les dijo:

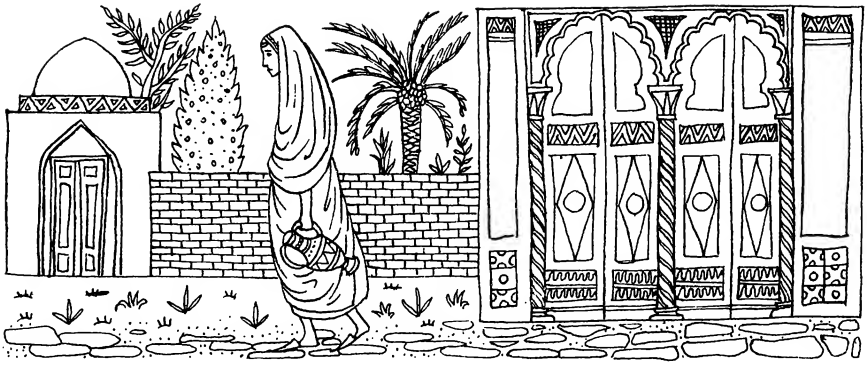
–Si yo hubiera dado muerte a mi hijo, ¿sobre quién recaería la responsabilidad de la culpa, sobre mí o sobre la esclava o sobre As-Sindibad, el preceptor, que ahora habla?

Abstuviéronse todos los presentes de contestar a la pregunta del rey. Pero As-Sindibad le dijo al príncipe:

–¡Contesta tú mismo a esa pregunta, hijo mío!

Y el príncipe tomó la palabra y dijo:

[1] El lector habrá observado la semejanza de este episodio con el que se refiere al principio del libro como ocurrido al rey Schahriar y su hermano.



HISTORIA DE LA JARRA DE LECHE

(Noche 363)

Figura en la versión hispánica con el título Enxenplo del omme e de los que convido e de la manceba que enbio por la leche, e de la culebra que cayo la ponçoña. *Falta en la versión de Burton.*

–Ha llegado hasta mí la fama de que una vez había un mercader, el cual tenía un huésped en su casa y mandó a una de sus esclavas fuese al zoco y le trajese leche en una jarra.

Hízolo así la esclava y fue por la leche con la jarra, y luego se dispuso a volverse con ella a la casa.

Pero en el camino hubo de tropezarse la muchacha con un alicbán que volaba llevando una serpiente cogida entre sus garras y la iba destrozando a picotazos.

Y sucedió que un goterón de sangre de la serpiente hubo de caer en la jarra de la leche, sin que, distraída la esclava, se diera cuenta de nada.

Entrególe la joven al llegar a su casa a su dueño la jarra, y este la tomó y bebió de ella y dio de beber a su huésped también.

Y apenas hubieron bebido aquella leche, morían ambos de repente.

Mira, pues, *¡ye* rey!, y dime quién tuvo la culpa de esa doble muerte.

Luego que eso oyó uno de los presentes, se levantó y dijo que, en su opinión, la culpa de aquel desastre la tenían los mismos que bebieron la leche despreocupadamente.

Pero hubo otro que dijo:

–La culpa de todo la tuvo la muchacha que llevaba la jarra de la leche destapada.

Pero Sindibad, el preceptor del príncipe, preguntóle a este:

Y tú, hijo mío, ¿qué dices?

–Digo–exclamó el príncipe–que la culpa de lo sucedido no la tuvieron ni la muchacha que llevaba la leche ni los que la bebieron, y que todo fue, sencillamente, obra del sino y aquellos

murieron porque su plazo se les había cumplido.

Al oír aquello todos los presentes maravilláronse grandemente y alzaron a una sus voces, invocando sobre el hijo del rey toda suerte de bendiciones.

Y le dijeron:

–¡*Ye* señor nuestro, hablaste y diste una respuesta como nadie daría otra mejor en la tierra, y así te proclamamos, sin lisonja, por el más sabio de todos tus coetáneos!

–No hay tal cosa–díjoles el príncipe–ni tengo nada de sabio, sino todo lo contrario, que un anciano ciego y un niño de tres años y otro de cinco me ganan a sabio.

–¡*Ye* mocito!–exclamaron todos los presentes, sorprendidos–, cuéntanos, por Alá, la historia de esas tres criaturas que, según acabas de decir, te ganan en sabiduría a ti.

–Pues poned atención–díjoles el príncipe–y oíd mi narración.





HISTORIA DEL MERCADER DE SANDALO Y EL PICARO

(Noches 363 a 365)

En el original persa se titula: El vendedor de sándalo y el consejo del ciego. *En la versión española:* Enxenplo del mercader del sándalo, e del otro mercader. *Mister Clouston cita a propósito de esta historia cierto paso del* Talmud *que presenta grandes puntos de semejanza con ella.*

–Ha llegado hasta mí la fama de que había una vez un mercader de los mercaderes que tenía muchas riquezas y viajaba por todos los cabos de la tierra.

Y sucedió una vez que decidió emprender un viaje a cierto país y habló con los que habían estado allí y les preguntó:

–¿Qué clase de mercadería es la que tienen allí más salida?

–La madera de sándalo–le contestaron ellos–, la cual se paga allí a muy alto precio.

Fue, pues, el mercader e invirtió todo su dinero en comprar madera de sándalo y se puso en camino con rumbo a ese país lejano.

Y llegó a la almedina del país al terminar el día y se topó con una vieja que iba conduciendo un rebaño de su propiedad, y que, al ver al mercader, preguntóle, sin más:

–¿Quién eres tú?

Y el mercader le contestó:

–Yo soy un mercader extranjero, que viene de lejos.

–Pues ten cuidado–díjole la vieja–con la gente de esta tierra, que son todos unos ladrones y unos timadores, que andan siempre a la husma del extranjero para hacerlo víctima de sus embelecos y comérsele todo su dinero. Y yo, desde ahora, te lo advierto.

Y dicho que hubo aquello separóse la vieja del extranjero.

Luego que al otro día amaneció la mañana, topóse el mercader con un

hombre de los de la ciudad, el cual, saludándolo con mucha finura, preguntóle, con fingida amabilidad:

–¿Me podrías decir de dónde viniste hasta aquí?

Y el mercader le contestó en el acto:

–Vengo del país el Fulano.

–¿Y qué es–preguntóle el otro–lo que traes aquí para vender?

–Madera de sándalo–díjole el mercader–, pues he oído decir que se cotiza muy cara aquí.

–Pues se equivocó quien eso te aconsejó–díjole el hombre al mercader–. Porque en esta ciudad no empleamos más madera que esa para encender el hogar; así que su precio, como es natural, está a la misma altura que el de la leña para quemar.

Al oír aquello el mercader entróle gran pesar y se quedó dudando, sin avenirse a creer que aquello fuese verdad.

Fue luego el mercader a buscar alojamiento en uno de los *janes* de la ciudad y se puso a encender lumbre con madera de sándalo, de la que llevara, y, al verlo, díjole un hombre de aquellos:

–Véndeme de esa madera y te daré por ella un «zaa» [1] de lo que quieras.

–Desde luego te la vendo–respondió el mercader–; no tengo inconveniente que oponer.

Y acto seguido fue a buscar toda la madera de sándalo que consigo llevara y se la dio al otro, pensando que le pagaría su precio en oro.

Luego que amaneció la mañana del siguiente día echóse el mercader a pasear por las calles de la ciudad y hubo de toparse con un hombre de ojos zarcos [2] y del uno de ellos tuerto, el cual se le pegó al costado y le dijo con acento airado:

–Tú eres el culpable de que yo perdiera el ojo que me falta; te andaba buscando y no te encontraba, pero ya te encontré y no te soltaré.

Negó el mercader ser verdad lo que decía el acusador y juró y perjuró que se trataba de un error, hasta que se juntó gente, atraída por el ruido que armaban los dos.

Y al enterarse la gente de la causa del litigio aconsejaron al tuerto que aguardara al otro día, que entonces el precio de sus ojos cobraría.

Prometió el mercader que así lo haría y los presentes salieron fiadores por él, dándose entonces por satisfecho el tuerto.

Siguió luego el joven camino adelante; pero notó que forcejeando con aquel hombre se le había estropeado uno de sus zapatos, por lo que entróse en la tienda de un zapatero remendón para que se lo arreglara y se lo entregó, diciéndole:

–Compónme ese zapato y ya te pagaré lo que sea de tu agrado.

Siguió luego paseando y reparó en unos hombres que estaban jugando, y, por distraer su pena, sentóse junto a ellos y se puso a mirarlos.

Invitáronlo ellos a jugar y el mercader aceptó y se puso a jugar con ellos, y jugó y perdió, y entonces los puntos aquellos le hicieron apostar que se bebería todo el mar o les daría todo su caudal.

–Aguardad hasta mañana–les dijo el mercader–y os complaceré.

Alejóse de allí el cuitado, todo afligido y atribulado, sin saber qué haría para salir de aquel estado.

Y sentándose en un extremo de la calle púsose a pensar y cavilar, todo su ánimo embargado por la tristeza y el pesar. Cuando hete aquí que la vieja de marras se presenta por allí, y, llegándose al mercader, díjole así:

[1] Medida para sólidos equivalente a cuatro almudes.

[2] Del árabe *srk*, azul claro. Los árabes tienen prevención contra esa clase de ojos, lo que se expresa semánticamente en la connotación de hipocresía, que lleva consigo la raíz *srk*.

–¿Qué te pasa, hombre, que tan triste te veo? ¿Acaso la gente de esta ciudad ya te dio el pego?

Contóle el mercader a la vieja cuanto le sucediera, desde el principio al fin, y ella, después de oírlo, le dijo así:

–Te han hecho víctima de una mohatra [3]. Porque eso que te dijeron de que el sándalo entre nosotros andaba a bajo precio fue una solemne mentira, pues se paga aquí a diez dinares la libra.

Pero yo te voy a indicar un medio para que salgas con bien de tu aprieto, y es que te dirijas a la puerta la fulana, donde hallarás un *scheij* ciego, que estará allí sentado, y que es un hombre inteligente y sabio, de mucho juicio y sagacidad, al cual todo el mundo le va a consultar sobre sus asuntos y a todos les indica él lo que deben hacer para salir de sus apuros.

Pues es un hombre entendido, versado en astucias y encantos y sortilegios mágicos, y los diablos acuden por la noche a consultarlo.

Ve tú, pues, allá y haz de suerte que tus estafadores no puedan verte, para que así de todo lo que le digan al viejo te enteres.

Pero al llegar aquí sorprendió a Schahrasad la aurora y cortó el hilo de sus palabras encantadoras.

Y LA NOCHE 364 PROSIGUIO SU RELATO EN ESTA FORMA:

–Ha llegado a mi noticia, ¡*ye* monarca, el afortunado!, que la vieja le dijo al mercader:

Ve a ver esta noche a ese sabio, al cual acude a consultar toda la gente de esta ciudad, y desecha tu pesar, que puede que él te indique el medio de salir con bien de tu mal.

Diole el mercader las gracias a la vieja y dirigióse al sitio que le indicara ella, y al llegar allí vio al *scheij* y se sentó a su vera.

No pasara una hora cuando empezaron a acudir allí los naturales de la ciudad que con el *scheij* iban a consultar, y todos al llegar lo saludaban con el *selam* contestándoles él con un saludo igual, y luego se sentaban en corro, al lado del ciego sabihondo.

Reparó en ellos el mercader y no tardó en reconocer a los cuatro timadores que lo habían querido perder.

Procedió el *scheij* a ofrecerles a todos de comer y comieron a satisfacción, y acto seguido empezaron a contarle al viejo cuanto aquel día les había ocurrido.

Y el tío del sándalo contóle al viejo cómo aquel día comprara una buena partida de esa madera a un mercader extranjero que no sabía su precio.

–Y convine con él que le daría por todo un «zaa» de lo que él quisiera, de otra cosa cualquiera.

–¡*Ye!*–exclamó el *scheij*–. En eso no anduviste muy cuerdo, pues el vendedor podría pedirte por la madera un «zaa» de oro o plata y entonces tendrías que dárselo sin falta.

–Cierto que sí–respondió el pícaro–, pero aun así todavía saldría ganando, que vale mucho más el sándalo.

–Está bien–respondió el *scheij*–, pero y si el mercader te dijera: «Quiero por mi madera un cabrito que sea mitad macho y mitad hembra.» ¿Cómo te las arreglarías para ganar la partida?

Calló el pícaro, sin saber qué alegar,

[3] Venta dolosa.

y entonces todos los del corrillo le dieron por vencido.

Adelantóse luego el tuerto y le contó al *scheij* su cuento.

–*¡Ye scheij!*–empezó diciendo–. Yo vi esta mañana a un algarivo, de ojos zarcos, y me fui hacia él y lo sujeté y lo increpé, diciendo: «¡Tú tienes la culpa de que yo esté tuerto!» Y no me avine a soltarlo hasta que acudió gente y delante de todos me prometió solemnemente que me indemnizaría del ojo perdido, al día siguiente.

–Pues si ese tal quisiera–dijo el *scheij*–podría vencerte en la contienda.

–¿Cómo podría–exclamó el pícaro–ganarme la partida?

–Pues muy sencillo–respondió el *scheij*–. Bastaría que te dijese: «Sácate tú tu ojo y yo me sacaré el mío y los pesaremos ambos, y, si mi ojo pesa lo mismo que el tuyo será señal de que dices verdad, y si no, quedará patente tu falsedad.» Y de esa manera vendrías a quedar tú ciego y él solamente tuerto.

Calló el pícaro sin saber qué alegar y todos reconocieron que no procediera con acierto.

Adelantóse luego el zapatero y le dijo al viejo:

–Has de saber, *¡ye scheij!*, cómo hoy entró en mi tienda un extranjero, el cual me entregó uno de sus zapatos para que se lo compusiera; pero yo le dije: «Págame por adelantado.» Y él me contestó: «Arréglame primero el zapato y luego te daré por él lo que te pueda satisfacer.» Convinimos en eso, y yo ahora pienso pedirle por la compostura del zapato todo el dinero que tenga y no podrá negármelo.

–Pues si ese hombre quisiera–dijo el *scheij*–recogerte el zapato compuesto y no abonarte ningún precio, muy bien podría hacerlo.

–¿Cómo podría ser eso?–díjole el tunante al viejo.

–Muy sencillo–contestó el anciano–. Suponte que va a verte y te dice: «El sultán puso en fuga a sus enemigos y quebrantó sus fuerzas y acreció el número de sus hijos y de sus defensores y amigos; ¿te das por satisfecho con eso o no te das?» Si le dices que sí, pues coge el hombre su zapato y se marcha con él, sin darte nada y sin que puedas protestar, y si dices que por satisfecho no te das, pues cogerá el zapato y te dará con él en la cara y el cogote, sin que tú puedas decirle nada en absoluto al hombre.

Quedóse el pícaro callado y hubo de reconocer que estaba derrotado.

Adelantóse luego el tahúr que jugara con el mercader haciéndole fullerías y le contó al *scheij* sus picardías.

–*¡Ye scheij!*–le dijo–. Yo topé hoy con él, y haciéndole trampas, le gané y le dije: «Si te bebes todo el mar, te daré yo todo mi capital, y si no te lo bebes, tú el tuyo me tendrás que dar.»

–Pues si el hombre quisiera–dijo el *scheij*–podría ganarte sin que ningún truco te valiera.

–¿Cómo es eso?–preguntó el fullero.

–Bastaría que te dijese: «Tráeme acá con tu mano la boca del mar y me lo beberé.» Y como no podrás hacer tal cosa, quedarías en franca derrota.

Luego que el mercader extranjero hubo oído todos aquellos razonamientos quedó ya enterado de lo que había de hacer para contestar a las demandas de aquellos pícaros consumados [4].

Despidiéronse luego todos del viejo y también el mercader se retiró a su alojamiento.

Luego que amaneció la mañana del siguiente día presentóse en su casa el fullero que apostara con él a que se bebería el mar entero.

–Dispuesto estoy a hacerlo–díjole el mercader–; pero has de traerme acá primero la boca del mar.

[4] Toda esta escena parece desarrollarse en un patio de monipodio.

Y como, naturalmente, el pícaro no podía hacerlo, quedó libre el mercader y exento de todo compromiso con el trapacero, el cual hubo de contentarse con que le diera cien dinares.

Llegó después el zapatero a pedirle que le diere lo que le satisficiese.

–Has de saber–le dijo el mercader–cómo el sultán venció a sus enemigos y los aniquiló y acreció el número de sus hijos y de sus defensores adictos; ¿no te satisface eso, amigo?

–Cierto que sí–respondió el otro. Y confuso y avergonzado montó en su mula y se retiró en el acto.

Llegó después el tuerto y le reclamó con malos modos el precio de su perdido ojo.

Y el mercader le dijo:

–Sácate el otro ojo y yo me sacaré uno de los míos, y los pesaremos, y, si pesan igual, será señal de que dijiste verdad, y yo te pagaré el precio del ojo que perdiste, sin más.

–Déjalo por ahora–respondió el tuerto.

Diole el mercader cien dinares y se fue muy contento.

Acudió luego el sujeto que le comprara el sándalo y le dijo:

–Vengo a traerte el precio del sándalo que ayer te compré.

–¿Y qué piensas darme por él?–preguntóle el mercader.

–Ya recordarás–le dijo el otro–que convinimos en que por cada «zaa» de sándalo te daría yo un «zaa» de otra cosa cualquiera; dime, pues, si quieres que te pague esa medida en oro o en plata.

–No aceptaré en pago del sándalo –le dijo el mercader–sino esa medida en cabritos que sean mitad macho y mitad hembra.

No pudo el fullero, como es natural, satisfacerle en su deseo, y quedó el mercader de todo compromiso exento.

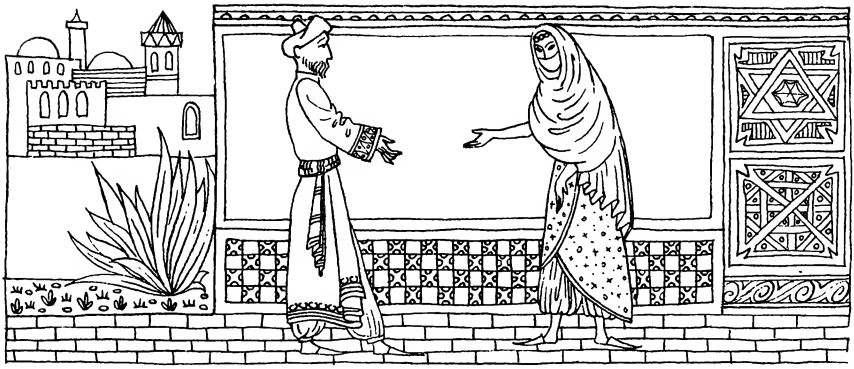
Convinieron después ambos en que el mercader daría al comprador cien dinares y aquel le devolvería todo el sándalo que la víspera se había llevado.

Vendió luego el mercader extranjero su partida de sándalo por su justo precio, y luego, sin más, levantó el campo de aquella ciudad.

Sorprendió aquí a Schahrasad la mañana y puso dique a sus desbordadas palabras.

PERO LA NOCHE 365 SIGUIO DICIENDO LA MUCHACHA:

–He llegado a saber, *¡oh* monarca, el afortunado!, que luego que el mercader vendió su sándalo cobrando por él el precio exacto, levantó el campo de aquella ciudad y siguió su viaje sin más dificultad.



EL LIBERTINO Y EL NIÑO DE TRES AÑOS

(Noche 365)

En la versión española se incluye esta anécdota con el título Enxenplo de los dos niños sabios, e de su madre, e del mancebo.

–Cuanto al niño de tres años de que antes hablé–siguió diciendo el hijo del rey–, habéis de saber que había cierta vez un hombre libertino y mujeriego, el cual oyera hablar de una mujer muy bella y airosa que vivía en otra ciudad distinta de aquella en que el precito tenía su domicilio.

Decidió, pues, trasladarse a aquella ciudad en que la mujer vivía, y allá se fue llevando consigo regalos magníficos.

Y, al llegar allí, lo primero que hizo fue enviarle a la mujer un billetito pintándole los sufrimientos que por el amor que le inspiraba estaba padeciendo, y, para ponderarle cuánto la amaba, explicábale cómo con el solo objeto de verla dejara su tierra y hasta allí viniera.

Leyó la mujer aquella carta y le dio permiso para que fuera a visitarla.

Y luego que el galán se presentó en su casa levantóse la mujer y se puso en pie y acogiólo con grandes extremos y agasajos y le besó ambas manos y le dispensó tan rumbosa adiafa, que toda medida colmaba.

Y tenía la mujer un hijo de corta edad, que contaba tres años nada más.

Dejólo un momento la madre solo y ella se fue allá adentro, a prepararle al huésped un festín espléndido.

Y díjole el hombre a la mujer:

–Anda y ven a acostarte conmigo.

–No puedo ahora–respondió ella–, que he dejado solo a mi niño.

–¡Bah!–respondió el hombre–. No te preocupes, que un niño de esa edad no se da cuenta de nada y no se entera de lo que se habla.

–Si supieras–díjole la madre–lo listo que es mi niño, hablarías de modo muy distinto.

Luego que el niño sintió que ya estaba en su punto el arroz echóse a llorar, de suerte que de ninguna manera se le podía callar.

–¿Por qué lloras tanto?–preguntole su madre–. ¿Qué es lo que quieres, mi nene?

–Quiero–respondió el niño–que me traigas un poco de arroz y le eches bastante manteca, que así es como el arroz, para mi gusto, está mejor.

Llevóle la madre en el acto el arroz con la manteca y el niño lo comió y después se echó a llorar por segunda vez.

–¿Por qué lloras ahora?–preguntóle la madre.

Y el niño le dijo:

–Tráeme un poco de arroz con azucar.

Al oír aquello exclamó el galán de la madre con mucho mal humor y desgaire:

–¡Chico de mal agüero ¿No se estará callado y quieto?

–El de mal agüero eres tú–respondióle el pequeño–; tú, que vas sin cesar de ciudad en ciudad, buscando mujeres que seducir y burlar.

Al oír el hombre aquello avergonzóse de las palabras de aquel niño pequeño. Y en el acto se dio por amonestado y se arrepintió y cambió de género de vida, todo por la impresión que hicieron en su ánimo aquellas palabras de un niño de tres años.





HISTORIA DE LOS MERCADERES Y DE LA MUJER

(Noche 365)

Figura en la versión española como Enxenplo del niño de los cinco años e de los compañeros que dieron el aver a la vieja. *Trátase de una historia que ha dado la vuelta al mundo de la literatura en múltiples variantes. Se la encuentran en libros como:* Tales and Quick Answers, very Mery and Pleasant to Rede *(1530),* Jacke of Dover's Quest of Inquirie for the Foole of all Fooles *(1604) y* Witty and Entertaining Exploits of George Buchanan, commonly called the King's Fool; *Tomás Wright, en su* Introducción a los siete sabios, *cita una versión latina de la historia, de los siglos* XIII *a* XIV, *y una variante de la misma en los* Nouveaux contes à rire, Amsterdam *(1737), con el título* Jugement subtil du Duc d'Ossone contre deux marchands.

–Cuanto al chico de cinco años–siguió diciendo el príncipe–, he oído decir, *¡ye* rey!, que en cierta ocasión se asociaron cuatro mercaderes, aportando cada uno mil dinares que pusieron en un bolso y salieron por ahí a comprar mercancías y a venderlas por esas tierras.

Y hubieron de encontrarse en su camino con un jardín muy lindo y entraron en él y le confiaron a la guardiana del huerto el bolso susodicho, en que sus dinares habían metido, y le dijeron:

–No le entregues este bolso a ninguno de nosotros que venga solo, sino que nos lo darás cuando vengamos juntos todos.

Pero hubo después uno de ellos que se llegó a la jardinera y en secreto le dijo:

–Dame el bolso, que lo necesito.

–No te lo puedo dar–respondióle la jardinera–hasta que no vengan todos tus compañeros y me manden hacerlo.

Fue, pues, el hombre y les dijo a sus socios:

–Decidle a la jardinera que me deje el peine para que me asee.

Fueron, pues, los otros y le dijeron a la mujer sencillamente:

–Dale a nuestro amigo eso que te ha pedido.

Diole el bolso la mujer y el hombre lo tomó y desapareció, sin que sus compañeros volvieran a verlo.

Hasta que, extrañando su ausencia, fueron a ver a la mujer y le dijeron:

–¿No le diste el peine a nuestro compañero?

–No era el peine lo que me pedía–respondió la mujer–; era el bolso del dinero lo que quería, y yo se lo di, porque vosotros me dijisteis que lo hiciera así.

–Nosotros–respondieron ellos–solo te dijimos que le dieras el peine, que era, según él, lo que había menester.

Y acto seguido cogieron a la mujer y la llevaron delante del juez y le expusieron el caso, y el juez apremió a la mujer para que entregase el bolso a los demandantes, sin que ella supiese cómo valerse en aquel trance. Pero estando en ese apuro fue a buscarla un hijo que tenía de cinco años y le dijo:

–¿Qué es lo que te sucede, madre mía?

No le contestó ella ni le hizo caso, en atención a sus pocos años. Pero el chico insistió y repitió su pregunta por segunda y luego por tercera vez, hasta que, al cabo, díjole la madre:

–Es que, hijo mío, vinieron al jardín unos sujetos y me dieron a guardar un bolso con cuatro mil dinares, encargándome que no se lo diera a ninguno de ellos, como no estuvieran todos presentes y de común acuerdo.

Luego estuvieron solazándose en el huerto, y uno de ellos llegóse a mí, él solo, y me dijo en secreto: «Dame ese bolso que tienes en depósito.» «No puedo dártelo–le dije yo–como no estén delante tus compañeros y me autoricen a ello.»

Fuese él entonces a ver a sus compañeros y les dijo: «Esa mujer no quiere darme un peine que le pido.» Y los otros vinieron a mí y me dijeron: «Dale lo que te pide, mujer, que lo ha menester.»

Oído lo cual entreguéle la bolsa, que era lo que me había pedido, y él la cogió y se fue por su camino, sin que desde entonces lo hayamos visto.

–Está bien–díjole el chico–. Dame un dirhem para que compre un dulce con él y ya te diré lo que has de hacer, para salir de tu apuro con bien.

Dióselo la mujer y le preguntó.

–Dime ahora qué es lo que tengo que hacer.

Y el muchacho le dijo a la mujer:

–Vuelve a casa del juez y dile: «Has de saber, *¡ye* juez!, cómo entre esos hombres y yo habíamos convenido en que no le daría la bolsa a ninguno de ellos que me la pidiera, él solo, sino cuando estuvieran presentes todos.»

Fuese la mujer a ver al juez y le dijo las palabras que el chico le indicara.

–¿Es cierto–preguntó el cadí a los demandantes–que entre vosotros mediaba ese convenio?

–Sí–dijeron ellos.

–Pues entonces–falló el cadí–id en busca de vuestro socio y quitadle el bolso.

Y el cadí, a continuación, dejó en libertad a la mujer, que volvió a su jardín contenta y feliz.

Luego que hubo el rey oído aquellas palabras de su hijo lo abrazó y entre sus dos ojos lo besó y le preguntó la verdad de lo que pasara con la esclava de marras.

Y el príncipe juróle a su padre, por Alá, el grande, y por su *nabi*, el venerable, que había sido ella, en verdad, la que de él se enamorara y seducirlo intentara.

Y añadió todavía:

–Y demás de eso prometióme que te daría a beber una ponzoña mortal,

para que yo me pudiera en tu trono sentar.

Al oír lo cual sentí yo tal indignación que por señas le dije: «En cuanto yo pueda hablar, so maldita, ya me lo pagarás.»

Y por miedo a que yo cumpliera mi palabra tramó contra mí lo que tramó.

Dio crédito pleno el rey a los dichos de su hijo y en el acto mandó que le llevaran allí a la favorita, y, encarándose con los presentes, les dijo:

–¿Qué muerte os parece que le demos a esa fementida?

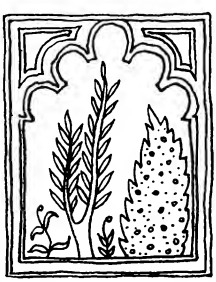
Y entonces los visires le aconsejaron, diciendo los unos que le debía mandar cortar la lengua y otros que lo que procedía era que muriese en la hoguera.

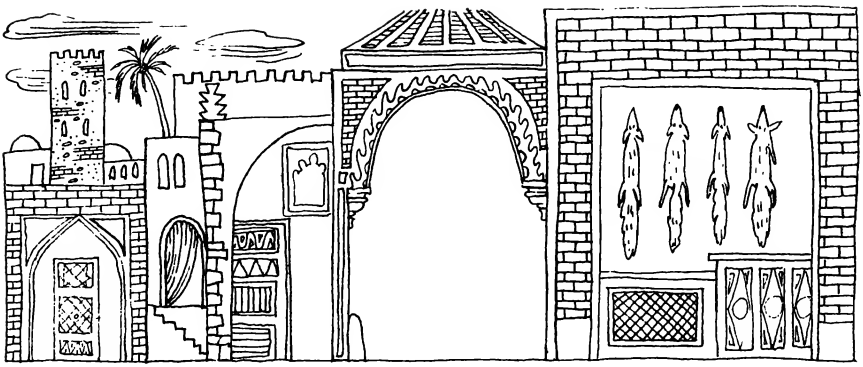
Pero luego que la favorita compareció ante el monarca, le dijo:

–Mi caso contigo no tiene con ningún otro parecido, como no fuera con el cuento del zorro y la gente.

–¿Y qué cuento es ese?–preguntó el rey.

Y la barragana entonces contóle al rey el cuento siguiente:





HISTORIA DEL ZORRO Y LA GENTE

(Noche 365)

Este apólogo figura en los Avadara *sánscritos, con el título de* El chacal discreto.

–Cuentan los que cuentan que una vez hubo un zorro de entrar en una ciudad por la muralla y fue a meterse en el almacén de un peletero y armó un rifirrafe con todo aquello y echó a perder las pieles para su dueño.

Pero ocurrió que un día puso allí el peletero un cepo y cazó al zorro y empezó a aporrearlo con un palo hasta que lo dejó medio muerto, y pensando que lo estaba del todo fue y lo tiró al camino real por la puerta de la ciudad.

Y hete aquí que una vieja que andaba por allí vio al zorro y se dijo para sí: «Ese es un zorro y su ojo, si se cuelga del cuello de un niño, es saludable contra sus lloros.»

Así que la vieja fue y le sacó al zorro su ojo, el derecho, y se marchó luego.

Pero entonces pasó por allí un chico, que, al ver al zorro, dijo:

–¿Para qué necesita este zorro su hopo?

Y le cortó el rabo al zorro.

Pero al cabo de un rato pasó por allí un hombre y dijo:

–Hete aquí un zorro y la hiel del zorro es sabido que aclara la vista y la limpia, untándose con ella como si fuera alheña.

Y sacando su cuchilla se dispuso a abrirle al zorro la tripa.

Pero el zorro entonces se dijo: «Pase que te arranquen un ojo y te corten el rabo, pero eso de que te rajen la tripa es demasiado.»

Y de un salto se levantó y echó a correr y salió de estampía por la puerta de la ciudad, y dizque le parecía mentira que hubiese podido escapar con vida.

Luego que esa historia oyó el rey exclamó:

–Bueno; yo, por mí, la perdono y a mi hijo dejo el resolver lo que con ella se ha de hacer.

Y el príncipe entonces habló a su vez y dijo:

–Mejor es el perdón que la venganza y propio de las almas nobles el conceder la gracia.

Y el rey, su padre, repitió:

–A ti, hijo mío, te toca decidir.

Y el príncipe entonces declaróla absuelta de su culpa y le dijo:

–¡Vete lejos de aquí y que Alá te perdone lo pasado!

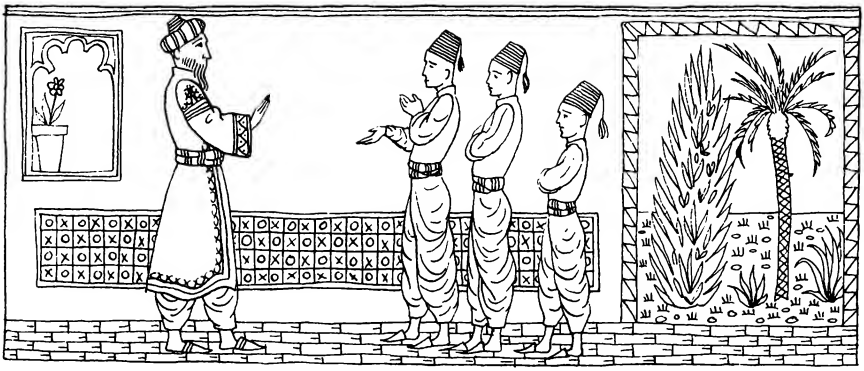
Y acto seguido levantóse el rey del trono de su realeza y sentó en él a su hijo y lo coronó con su corona y mandó a los emires de su reino que le jurasen acatamiento y le rindieran pleitesía, diciendo:

–¡*Ye* pueblo! Yo, a la verdad, hállome cargado de años y sólo deseo retirarme del mundo y consagrarme de ahora en adelante al servicio exclusivo de mi Señor, y a todos vosotros os pongo por testigos de que en este momento mismo me despojo de mi real investidura, así como ya acabo de desprenderme de mi corona, para ceñírsela en sus sienes a mi hijo.

Y los arraeces de las tropas y los palaciegos apresuráronse a jurar lealtad al príncipe y rendirle pleito homenaje y lo reconocieron como su sultán en lugar de su padre.

Y el viejo monarca, según dijera, retrájose a vida recoleta y se consagró al exclusivo servicio del Señor, en tanto su hijo gobernaba su pueblo con justicia y equidad, y se engrandeció su poder y su trono se afianzó y vivió gozando de todos los placeres y deleites de la vida, hasta que llegó a él la Certeza cumplida.





HISTORIA DE CHUDER, EL HIJO DEL MERCADER OMAR, Y SUS DOS HERMANOS

(Noches 365 a 380)

Insistencia en el bíblico tema cainita–que tantas veces apareció ya en el libro–complicado con enredos de magia y búsquedas de encantados tesoros. El pescador Chúder–ya hicimos notar el simbolismo místico de la profesión–es el más descollante de esos hermanos buenos que la narradora hace pasar ante nosotros, es el hermano bueno por antonomasia, que no se cansa nunca de favorecer a sus envidiosos caínes con un amor a prueba de ingratitudes y perfidias, hasta que aquellos, al fin, logran darle muerte, crimen que quedaría impune si la Providencia no se encargara de castigarlo. Este José perseguido por sus hermanos tiene menos suerte que el de la Biblia. *Pero Chúder no es solo un buen hermano, sino también un buen hijo, y, en general, hombre tan bueno, que a veces parece idiota, como el príncipe Mischkin, de Dostoyevski, y cuyo amor a la familia se extiende hasta los términos de la filantropía universal. Chúder es bueno y generoso con todo el mundo, modelo de buen musulmán, creyente y confiado, y por eso Alá (exaltado sea) le depara inesperadas y gratuitas venturas y vierte sobre él a manos llenas sus mercedes, a las que él ha de dar un empleo altruista. Esta condición desinteresada de Chúder es la que lo capacita para descubrir y desencantar esos tesoros embrujados que, según la ciencia esotérica, solo se rinden y entregan a un alma inocente. No dejemos sin subrayar ese patético paso en que Chúder tiene que insultar y dejar desnudo al simulacro de su madre. Esa prueba es superior a él y el buen hijo falla en el primer intento. Ahí se ve hasta dónde llega el amor y la piedad filiales de Chúder. Y fijémonos, finalmente, en la moraleja de la historia, a saber: que la magia es siempre funesta para quienes la practi-*

can, por lo que la princesa Asiya (nombre que encierra la connotación de sólida, firme, básica) obra muy sabiamente rompiendo e inutilizando el anillo mágico, provocador del fratricidio, que la deja viuda.

Respecto a la onomástica de los personajes de la historia haremos notar que el nombre de Chúder (impropiamente Juder en la versión Mardrus-Prometeo) parece aludir por su raíz shud, *generosidad, a la liberal condición del que lo lleva; Burton derívalo de un barrio de El Cairo así llamado y no explica su etimología ni significación. Los de Salim y Selim, los hermanos del pescador, vienen a significar aproximadamente lo mismo, es decir, sano, seguro, como derivados de la misma raíz,* slm, *que implica esa connotación.*

La historia, en fin, muestra cierta semejanza con la de los genios encerrados en redomas, y la laguna de Karún representa en ella el mismo papel que en la otra el mar de Kerker o Karkor. La acción se desarrolla en el Mogreb y el mago Abdu-z-Zámad lleva el mismo nombre que el hallador de los genios encerrados en redomas. Respecto a la referida laguna, hay que observar que, desde luego, tiene carácter mítico, sin realidad geográfica, y parece relacionada, de una parte, con el famoso Creso, el opulento rey de Lidia, vencido por el persa Ciro, cuya trágica historia puede leerse en Herodoto (libro I, capítulos 28-56), mientras que, de otra, la intervención de los hijos del rey Al-Ahmar, convertidos en peces de colores, relaciona esta historia con la de El pescador y el «efrit», *donde ya aparecen esos peces de colores, lo que induce a suponer que se trata de un mito fragmentado en varias historias.*

Roso de Luna, seducido por la analogía fonética entre Karún y Karon, sostiene que se trata del famoso mito helénico del reino de Plutón o de los muertos, y también de las riquezas subterráneas, de los filones mineralógicos. Plutón, el rey de los muertos, es también el de las riquezas, según hacemos notar en nuestro sucinto Tratado de Mitología *(Colección Universo, anónima, Madrid, 1944).*

Todo esto, ya se acepte una u otra hipótesis (la de Creso o la de Caron), evidencia que en esta historia de la busca y captura del Tesoro de Schamardel se han querido asociar las dos ideas de riqueza y muerte. Los tesoros minerales son riqueza muerta, cuya búsqueda implica riesgo de muerte–díganlo los mineros antaño víctimas del grisú–, y este peligro es el que ha querido simbolizarse aquí en esos talismanes poderosos que defienden el tesoro referido. Esa superstición inmemorial ha tenido un recrudecimiento en nuestra época con motivo de la trágica muerte de lord Carnarvon, el descubridor de la tumba del faraón Tutanjamen, que puso otra vez de actualidad, en nuestros científicos tiempos, las antiguas leyendas sobre los mágicos guardianes de los tesoros subterráneos o submarinos.

He aquí ahora lo que en la sura XXVII del Corán Al-Kazaz *(La historia) se dice de Karún (Creso):*

«76. En verdad que Karún era el pueblo de Musa (Moisés) y tiranizó sobre ellos y le dimos de los tesoros (tal cantidad) que sus llaves cansaban a los forzudos de su gente; dizque le dijo su pueblo: "No te engrías, que Alá no ama a los engreídos."

»77. Busca con lo que te dijo Alá la casa, la otra, y no olvides tu parte del mundo y haz bien como te hizo Alá bien a ti y no practiques corrupción en la tierra, que Alá no ama a los corruptores.

»78. Dijo (Alá): Ciertamente lo traeré a mi conocimiento. ¿Por ventura no sabe que Alá exterminó antes que él a generaciones que eran más fuertes que él en fuerza y más numerosas en número y no pide (Alá) cuenta de sus pecados a los pecadores?

»79. Pero él se presentó ante su pueblo en su pompa, y decían los que codician la vida del mundo: "Ojalá tuviéramos nosotros la suerte de Karún, pues disfruta de fortuna grande."

»80. Y decían los que poseían el saber: "¡Guay de vosotros! La retribución de Alá es mejor para quien cree y procede con rectitud y solo les alcanza a los pacientes."

»81. E hicimos que se los tragara a él y a su casa la tierra y no tuvo ejércitos que lo defendieran de Alá y no fue de los que son defendidos.» (Traducción directa, propia.)

La versión Weil omite esta historia. Burton la considera muy típicamente egipcia y encuentra en su estilo profusión de modismos de El Cairo.

–Ha llegado también a mi noticia que había una vez un hombre de profesión mercader, llamado Omar, que tenía tres hijos, el mayor de los cuales se llamaba Salim y el más pequeño tenía por nombre Chúder y el de en medio, en fin, el de Selim.

Criólos a los tres el padre hasta que se hicieron mayores, y dizque amaba a Chúder, el menor, más que a los otros dos.

Diéronse cuenta los otros de la predilección paterna y concibieron celos del preferido y le tomaron odio, a pesar de ser inocente de todo.

Percatóse a su vez el padre de aquellos celos y aquel aborrecimiento, y como era hombre asaz discreto, temió que a su muerte le hiciesen los dos hermanos alguna trastada al pequeño, y mandó a llamar a algunos de sus deudos y a varios dependientes del cadí y a un grupo de ulemas y les habló, diciendo:

–Traedme acá todo mi caudal y todos los efectos que poseo.

Hiciéronlo así ellos y el mercader les dijo luego:

–Partid este dinero y estos efectos en cuatro porciones, con arreglo a Derecho.

Hiciéronlo así ellos y el padre les dio a cada hijo su parte y reservóse otra para sí mismo, y luego les dijo:

–Este es todo mi caudal y lo reparto entre vosotros desde ahora, para que, cuando yo muera, no surjan entre vosotros desavenencias. Cuanto a la parte

que yo me reservo, será para vuestra madre, para que se ayude con ella y provea a su mantenencia...

Pero al llegar aquí sintió Schahrasad venir la mañana y puso dique a sus desbordadas palabras.

Y LA NOCHE 366 SIGUIO DICIENDO LA MUCHACHA:

–Ha llegado hasta mí la fama, *¡ye* monarca, el afortunado!, de que el mercader de mi historia dividió su dinero y sus efectos en cuatro partes, tres para sus tres hijos y la cuarta se la reservó para él mismo, y les dijo:

–Esta cuarta parte será para vuestra madre, para que con ella provea a su mantenencia.

Murió de allí a poco el mercader, y no bien expiró surgieron discrepancias entre los hermanos, por no avenirse Salim ni Selim con la parte que les había tocado y querer que fuera mayor que la de Chúder, el menor.

Hubieron, pues, de acudir en litigio a los jueces y comparecieron los testigos que a las particiones estuvieran presentes y certificaron de lo que sabían y se formalizó el pleito, y tanto Chúder como sus hermanos perdieron bastante dinero en demandas y contrademandas, hasta que acabaron por quedarse sin blanca.

Y luego que en la miseria se vieron fueron los dos hermanos, el mayor y el de en medio, a ver a su madre, y burlándose de ella, le quitaron su parte y encima le maltrataron y de su casa la echaron.

Visto lo cual fuese la mujer a ver a su hijo Chúder y le dijo:

–Mira lo que tus hermanos han hecho conmigo, que me han despojado de toda mi hacienda, dejándome en completa indigencia.

Y la pobre mujer invocó sobre sus hijos los castigos divinos.

Pero su hijo Chúder le dijo:

–No tengas, madre, cuidado, que ya Alá les dará el pago. Déjalos a ellos y quédate a vivir conmigo, que, aunque soy pobre, aún puedo prestarte cobijo y un mendrugo de pan que tenga lo partiré contigo.

Y a fin de prestarle algún consuelo le recitó estos versos:

> No hagas caso del vejamen
> que el ignorante te inflija,
> que ya llegará su hora
> y purgará su injusticia.

Siguió así esforzándose por apaciguar el ánimo de su madre, hasta que al cabo logró que se serenase y a vivir con él se quedase.

Y no teniendo el pobre Chúder otro recurso que mantenerse, cogía todos los días las redes de pescar y se iba a arrojarlas al mar y a las albercas y a todo lugar donde hubiera pesca.

Solía por este medio el buen Chúder allegar unos días diez dirhemes y otros veinte, y treinta a veces, y los invertía en proporcionarle a su madre la mejor comida y la mejor bebida.

En cambio, sus dos hermanos no ejercían ningún oficio ni industria y no compraban ni vendían, por lo que no tardaron en entrar en sus casas el infortunio y la calamidad y la desgracia, pues acabaron por gastarse aquel dinero que le quitaron a su madre y tuvieron que meterse a *zâluk,* o sea, hacerse de la grey mendicante y vagante.

Y de cuando en cuando iban a ver a su madre y le lloriqueaban y se arras-

traban ante ella, haciendo bajezas para que les diera algo de comer, y la madre, que a fuer de tal era tierna de corazón para sus hijos, les daba algún mendruguillo de pan duro y algún trozo de carne del día antes, y les decía:

–Andad, coméoslo aprisa y marchaos luego, no sea que venga vuestro hermano y lo tome a mal y conmigo se enfade y tengamos un disgusto grande.

Y ellos comían y se iban.

Y sucedió que un día de los días entraron en casa de su madre y esta les sirvió de comer, y, estando ellos comiendo, hubo de presentarse allí Chúder, que pudo ver cómo comían a dos carrillos los dos hermanitos.

Ruborizóse su madre al verlo entrar, temiendo su enojo, y bajó al suelo los ojos.

Pero Chúder, lejos de enfadarse, sonrióles a sus hermanos y les dio la bienvenida, diciéndoles con mucho cariño:

–Bien venidos seáis a esta casa, hermanos míos; bendito sea este día en que habéis venido.

Y Chúder abrazó a sus dos hermanos y les dijo:

–Ya decía yo que no podía ser eso de que nos tuvieseis olvidados y no vinieseis a ver a vuestra madre y vuestro hermano.

A lo que ellos le contestaron:

–Hartas ganas teníamos de veros y duro se nos hacía nuestro alejamiento, solo que por vergüenza de lo que pasó entre nosotros no nos atrevíamos a visitaros. Pero ahora ya estamos arrepentidos de lo que hicimos, que, en verdad, la culpa de todo la tuvo el Schaitán (así Alá lo maldiga), y ahora no tenemos más bendición en nuestra vida que nuestra madre y tú.

Sorprendió aquí a Schahrasad la mañana y cortó el hilo de sus palabras encantadoras.

Y LA NOCHE 367 REANUDO SU RELATO EN ESTA FORMA:

–Ha llegado a mis oídos, *¡ye* monarca, el afortunado!, que Chúder, al entrar en su casa y encontrarse allí con sus hermanos, les dio la bienvenida y los abrazó y les dijo:

–¡Bendito sea este día que me trajo vuestra visita!

Y la madre le dijo a Chúder:

–*¡Ye,* hijo mío; blanquee Alá tu rostro y acrezca tu bien y te prospere en todo!

Tornó luego Chúder a hablarles a sus hermanos, y les dijo:

–Quedaos aquí conmigo y Alá proveerá a todo, que Alá es liberal y generoso.

Quedáronse, pues, a pasar allí la noche los dos hermanos, y amanecida que fue la mañana desayunaron, y Chúder cogió su aljerife [1] y marchó a echarlo en las aguas, y sus hermanos también se ausentaron y hasta mediodía no tornaron.

Sirvióles su madre de comer y ellos comieron y se satisficieron.

Llegó Chúder al caer de la tarde, llevando verdura y carne, y cenaron a placer los tres hermanos y la madre.

De esta suerte vivieron por espacio de un mes, y todos los días iba Chúder a pescar y luego vendía la pesca y con su importe proveía a las necesidades de sus dos hermanos y de su madre.

Pero ocurrió un día de los días que

[1] **Red grande de pescar.**

Chúder echó sus redes en el mar y luego tiró de ellas hacia la orilla y vio que estaban vacías.

Tornó a echarlas por segunda vez y sacólas vacías tambien. «Vaya–pensó Chúder–, puede que se hayan acabado los peces en este mar o que medie otra razón particular.»

Echóse, pues, Chúder su aljerife a su espalda y se tornó a su casa, preocupado y sin saber cómo proveería a las necesidades de su madre y de sus hermanos.

Y en tanto que iba andando pasó por delante de la panadería y vio la gente que estaba allí reunida, todos con su dinero en la mano, esperando.

Fijóse en él el panadero y le dijo:

–Bien venido, Chúder; ¿no necesitas algo para llevarte?

Calló el joven avergonzado, pero el panadero insistió, diciendo:

–Si algo necesitas y no tienes dinero, no te importe, amiguito; coge lo que quieras, que yo te lo fío.

–Gracias–respondió Chúder–; si es así, dame diez derahim de pan.

–Tómalos–le dijo el panadero–y estos diez derahim más, y mañana me traes veinte peces y estamos en paz.

Tomó Chúder los panes y el dinero y mercó con él berza y carne y se fue a su casa, diciendo: «Mañana, si quiere Alá, podremos la cuenta saldar.»

Dirigióse Chúder a su casa y entrególe a su madre todo lo que llevaba, y su madre hizo la cena y todos comieron y luego se acostaron y se durmieron.

A la mañana siguiente levantóse Chúder y cogió las redes.

Y su madre le dijo:

–Siéntate y desayuna primero, hijo mío.

Pero Chúder le dijo:

–No; desayuna tú y que desayunen mis hermanos, que para mí es muy temprano.

Y cogiendo sus redes fuese a la orilla del mar y las echó al agua una, dos y tres veces, cambiando de sitio, y siguió así hasta la tarde, sin que ningún pez picase.

Hasta que al fin, despechado, tornó Chúder a su casa, y como para llegar allí tenía que pasar por la panadería, no pudo evitar que lo viese el panadero, el cual lo saludó y le dijo placentero:

–No te preocupes y lleva lo que quieras, que si hoy no puedes pagar, mañana me lo abonarás.

Trató de disculparse Chúder, pero el panadero no lo dejó hablar y le dijo:

–No tienes nada que decirme, pues si algo hubieres pescado, contigo lo traerías y se te vería; pero como no es así, harto se ve que nada pescaste y no tienes por qué disculparte. Esperemos a ver si mañana tienes mejor suerte; pero si no fuere así, no te avergüences tampoco de pasar por aquí y yo seguiré fiándote el pan, hasta que Alá te quiera prosperar.

Y Chúder tomó los panes y el dinero y se despidió del panadero.

Salió Chúder al otro día a pescar y tampoco la suerte le favoreció, y el panadero siguió dándole el pan y el dinero.

Pasaron así siete días y al séptimo díjose Chúder: «Iré hoy a echar las redes en la laguna de Karún [2].»

Dirigióse el joven allá y echó las redes en el agua, y, en tanto hacía tiempo para sacarlas, vio venir por allí un moro montado en una mula magníficamente enjaezada, con alcafares recamados de oro, muy lujosos.

Y, al ver el moro a Chúder, apeóse de su cabalgadura y le dijo:

–¡La paz sobre ti, *ye* Chúder, hijo de Omar!

[2] Laguna ya desecada hace mucho tiempo, sita al sur de El Cairo. Von Hammer opina que heredó su nombre del antiguo lago de Charon, en Menfis, que dio pie al mito griego de Caronte.

Y Chúder, a su vez, deseóle la paz.

Y el moro le dijo:

–Mira, Chúder: tengo que pedirte un favor, que espero no me negarás. Y de ello gran bien te vendrá y serás mi compañero y mis asuntos llevarás.

–Desde luego que no–respondió el joven–. ¿De qué se trata, mi señor? Desde ahora puedes contar con mi obediencia y mi lealtad, que en mí no hay falsedad, y de lo que digo no me vuelvo atrás.

–Pues bien–dijo el *mogrebí*–, recita la «fátija [3]», amigo Chúder.

Hízolo así Chúder y luego el hombre sacó una cuerda de seda y le dijo al joven:

–Atame con esta cuerda lo más fuerte que puedas y arrójame al agua y aguarda una hora, y, si ves que saco del agua la mano y la levanto, échame en seguida la red encima y tira de ella aprisa; pero si ves que, en vez de la mano saco un pie, entonces será señal de que me ahogué, y me dejarás allí y cogerás la mula y el saco y te irás al zoco de los mercaderes, y, luego que allí llegues, encontrarás un judío llamado Schamiat, al cual le darás la mula, entregándote él cien dinares, y tú los tomarás sin decir nada y te irás por tu camino, y santas pascuas.

Procedió, pues, Chúder a atar al hombre y luego lo echó al agua, según le mandara; hundióse en ella el mogrebino y Chúder quedó esperando un ratito, hasta que al cabo pudo ver cómo el moro sacaba un pie fuera del agua.

Comprendió entonces que el cuitado era muerto y cogió la mula y se fue al zoco de los mercaderes, y allí se encontró, efectivamente, con un judío, sentado en un sillón a la puerta de su habitación.

Al ver la mula el judío, luego dijo:

–Murió el hombre y la ambición matóle.

Cogió después la mula y diole a Chúder cien dinares, encargándole mucho que no revelase lo ocurrido a nadie.

Tomó Chúder los cien dinares y se retiró y fue a mercar lo que había menester de comer y le dijo al panadero:

–Tómate este dinar y cóbrate lo que te debo.

Tomólo el panadero y se cobró lo que le debía y Chúder le dijo:

–Quédate con la vuelta y pónmelo en la cuenta.

Pero al llegar aquí sintió Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras encantadoras.

Y LA NOCHE 368 REANUDO SU RELATO EN ESTA FORMA:

–Ha llegado a mi noticia, *¡ye* monarca, el afortunado!, que el panadero le hizo la cuenta a Chúder y le dijo:

–Aún tienes crédito para dos días.

Fuese Chúder de allí a la carnicería y le dio al carnicero otro dinar y le compró la carne y le dijo:

–Quédate con la vuelta y apúntamelo en mi cuenta.

Compró luego verdura, y, finalmente, dirigióse a su casa con toda la carga.

Y al llegar Chúder a su casa vio que sus hermanos le estaban pidiendo a su madre de comer, y dirigiéndose a ellos les dijo:

–Tomad y comed, hermanos míos.

[3] Literalmente la que abre, primera sura del *Corán*.

Lanzáronse ellos sobre las viandas y las devoraron como leones ávidos.

Diole después Chúder a su madre el dinero que le había sobrado, y le dijo:

–Toma, madre mía, este dinero y guárdalo, y cuando vuelvan mis hermanos a pedirte de comer, se lo das para que compren lo que sea menester.

Durmió Chúder aquella noche en su casa, y, luego que al otro día amaneció la mañana, cogió su atarraya y se fue a echarla al agua.

Y hete aquí que inopinadamente se topó con otro *mogrebi* como el de la víspera, el cual se acercó a él y lo saludó con el *selam,* diciéndole:

–¡La paz sobre ti. Chúder!

–¡Y sobre ti la paz, *ye* señor peregrino!–contestóle Chúder.

Díjole luego el mogrebino:

–¿Por ventura vino por aquí ayer un *mogrebi* montado en una mula como esta que a mí me sirve de cabalgadura?

Pero Chúder se lo negó, pues temió que el moro le preguntase: «¿Y qué fue de él?», y al contestarle que se ahogara en el lago le echase la culpa de su muerte y le metiese en un mal paso.

Pero el moro le dijo:

–¡No niegues, que harto sé yo la suerte que el desgraciado corrió! Y has de saber que era mi hermano, que en el camino se me había adelantado.

Insistió Chúder en negar que hubiese visto a nadie por allí, pero el moro lo increpó así:

–¡No niegues más, Chúder, hijo de Omar! ¿No fuiste tú quien le ató los brazos a la espalda y lo echó al agua y no te dijo él esto, y esto, y estotro?

Pero al oír aquello díjole Chúder al moro:

–Puesto que lo sabes todo, ¿a qué me preguntas?

A lo que el moro respondióle:

–Mira, Chúder: vas a hacer conmigo en el acto lo mismo que hiciste con mi hermano.

Y entrególe una cuerda de seda y le dijo:

–Átame los brazos a la espalda y échame al agua, y, si ves que corro la misma suerte que mi hermano, coges mi mula y te vas a ver al judío y se la das y él te dará cien dinares, y *selam.*

Hízolo así Chúder y lo ató y lo arrojó al agua y aguardó hasta ver cómo el hombre sacaba fuera un pie.

Cogió entonces la mula y se dirigió al zoco de los mercaderes, donde encontró al judío y le dijo:

–También este murió.

Al oír lo cual el judío exclamó:

–Este es el pago de los ambiciosos desaforados.

Tomó luego el judío la mula de manos de Chúder y entregó a este cien dinares, recomendándole que el secreto guardase.

Cogió Chúder el dinero y fuese a casa y le dio a su madre todo lo que llevaba.

Y su madre le preguntó, asombrada:

–¡*Ye* hijo mío, Chúder! ¿De dónde procede este dinero y cómo lo pudiste arbitrar?

Contóle el joven todo lo ocurrido a su madre, sin omitir detalle.

Y ella, luego que lo hubo oído, le dijo:

–No vayas más, hijo mío, a la laguna de Karún, que esos *mogrebíes* me inspiran temor e inquietud.

–¡*Ye* madre mía!–respondió Chúder–. No te preocupes, que yo los echo al agua por su propia voluntad y porque me lo mandan. Y no voy a dejar un asunto que todos los días me vale cien dinares justos y no me cuesta trabajo alguno. Así que, por Alá, no dejaré de ir allá, en tanto quede un moro que se quiera ahogar.

Dirigióse, pues, Chúder por tercera vez a la laguna de Karún y tornó a encontrarse con otro *mogrebi,* jinete en una mula, la cual lucía jaeces todavía más lujosos que las de los otros.

Al ver al joven el *mogrebi* lo saludó y le dijo:

–¡*Ye* Chúder! Haz conmigo como hiciste con los dos que me han precedido.

Y así diciendo sacó la cuerda de seda, y Chúder la tomó y le dijo:

–Trae acá tus manos para que te las ate, que tengo prisa y quiero acabar cuanto antes.

Presentóle el *mogrebi* las manos y Chúder se las ató en el acto y luego lo arrojó al agua y se quedó en la orilla, aguardando.

Y hete aquí que, al cabo de un rato, sacó el *mogrebi* del agua la mano y le gritó a Chúder:

–¡Echa en seguida la red, *ye* mezquino, y no andes con remilgos!

Echóle Chúder la red y luego tiró de ella y el *mogrebi* salió del agua, llevando en sus manos dos peces rojos como el coral, y le dijo a Chúder:

–Ve y tráeme esas dos redomas que hallarás en el zurrón de mi montura.

Fue Chúder por ellas y se las llevó, y el moro las destapó y metió en cada una de ellas un pez y luego las tapó.

Y, después, estrechó a Chúder contra su pecho y le besó en el carrillo derecho y en el izquierdo y le dijo:

–Oportuno estuviste en echarme la red, pues si tardas un poco más no pesco estos dos peces y me hundo en el agua y perezco.

–¡Por Alá, *ye* mi señor, el peregrino!–dijo Chúder–. Ruégote que me expliques quiénes eran esos otros dos que se ahogaron en el agua y me cuentes la historia de esos dos peces y la del judío del zoco de los mercaderes.

–Has de saber, ¡*ye* Chúder!–díjole el *mogrebi*–, que esos dos que se ahogaron eran mis hermanos, y el uno de ellos se llamaba Abdu-s-Selám y el otro Abdu-l-Ahid, y yo me llamo Abdu-z-Zámad [4].

Cuanto al judío, en fin, es musulmán de religión y sigue el rito maleki [5] y se llama Abdu-r-Rabim.

Y has de saber, también, que nuestro padre, Abdu-l-Uadub, nos enseñó las mágicas artes y nos impuso a fondo en los secretos y conjuros para descubrir tesoros ocultos.

Murió luego nuestro padre y nos dejó cuantiosos caudales y nosotros nos repartimos, por partes iguales, el dinero y las fincas y demás efectos, hasta que llegamos a los libros, que también procedimos a repartirnos.

Pero, estando en ello, surgió entre nosotros desavenencia, a propósito de un infolio titulado *Escritos de los primitivos,* que es un libro singular, como no lo hay igual, no habiendo dinero con que se lo pueda comprar, pues con él todos los tesoros arcanos se pueden hallar.

Y estando nosotros enredados en esa discusión presentóse allí un *scheij,* amigo y maestro de nuestro padre, al que enseñara todo lo que sabía, en punto a sortilegios y demás cosas de hechicería, y cuyo nombre era Al-Kahinu-l-Abtan [6].

Y el *scheij,* al oírnos discutir, nos dijo:

–Dadme acá el libro, hijos míos.

Dímosle el libro y él nos dijo:

–Vosotros sois los hijos de mi hijo y no podéis temer que yo falle contra justicia este litigio.

Así, pues, aquel de vosotros que quiera quedarse con el libro habrá de rematar primero la empresa de descubrir y conquistar el tesoro de Schamardel [7], y ha de traerme el planisferio celeste y el frasco de alheña y el anillo

[4] Siervo de la Paz, siervo del Eterno.

[5] Uno de los cuatro ritos ortodoxos, fundado por Abu-Abdu-l-Lah Málik, que nació y murió en Medina (95-179 de la *hechra).*

[6] El mágico más profundo.

[7] Custodia del Altísimo, si derivamos el nombre del hebreo *(Schamar,*guardar, El Dios). Burton lo traduce El elevado.

de sello y el alfanje que de el forman parte.

Y dizque el anillo de sello tiene a su servicio un genio, llamado Ar-Râdu-l-Kázif [8], y quien lo poseyere no tendrá nada que temer de sultanes ni reyes, y podrá, si quiere, señorear toda la tierra, en todo su largo y todo su ancho.

Y cuanto al alfanje, si su dueño lo esgrimiese contra todo un ejército, lo vencería de cierto, pues no tiene más que decir: «Mátalos a todos», para que en el acto se ponga a lanzar rayos que a todos postren en el polvo.

Y por lo que hace al zodíaco, quien lo poseyere no tendrá más que ponerlo de cara a cualquier país, fuere el que fuere, de Oriente u Occidente, y en el acto podrá ver el tal país con toda su gente cual si entre sus manos lo tuviese, y si estuviese enojado con alguna ciudad y la quisiera aniquilar, bastaríale con poner el zodíaco cara al sol y decir: «Abrase esa ciudad», y en el mismo momento destruyérala el fuego.

Y el frasco de alheña tiene la virtud de que aquel que se frotara los ojos con ella podrá ver y distinguir con toda claridad a todas las criaturas de la tierra.

Y habéis de convenir en que, aquel de vosotros que encuentre el tesoro referido, será dueño del libro.

Y aquel de vosotros que no encuentre el tesoro perderá todo derecho al libro discutido y a él renunciará para siempre jamás.

Vinimos nosotros en ello y entonces nos dijo el viejo:

–Habéis de saber, hijos míos, que el tesoro de Schamardel tiénenlo en su poder los hijos del rey Al-Ahmar [9] y vuestro padre hubo de confesarme cómo intentara captar el tesoro y no lo lograra, pues los hijos del rey Al-Ahmar huyeron de él, emigrando a una laguna de tierras de Mizr, que se llama la laguna de Karún, y allí se refugiaron, y, aunque vuestro padre corrió allá, nada pudo lograr, por estar la tal laguna escondida y oculta.

Sintió aquí Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras seductoras.

PERO LA NOCHE 369 REANUDO SU RELATO EN ESTA FORMA:

–Tengo entendido, *¡ye* monarca, el afortunado!, que Al-Kahinu-l-Abtan díjole a los tres hermanos cómo su padre saliera chasqueado en su intento de apoderarse del tesoro de Schamardel, que los hijos del rey Al-Ahmar tenían en su poder.

–Luego que vuestro padre–siguió diciendo el *scheij*–diose por vencido, vino a verme a mí y a dolerse conmigo de su fiasco, y yo entonces hice mis conjuros y ellos me revelaron que el tesoro de Schamardel solo lo podrá coger un joven de los hijos de Mizr, llamado Chúder-ben-Omar, pues, gracias a él, se podrá vencer a los hijos del rey Al-Ahmar.

Y ese joven Chúder es un pescador y se le puede encontrar en la laguna de Karún, donde suele ir a echar sus redes, y el medio de lograr el tesoro será que el tal Chúder habrá de atar y

[8] Trueno tempestuoso.

[9] Por su estructura parece hebreo este nombre, que, si lo fuere, podría traducirse Custodia de Dios.

arrojar al agua al que pretenda llevar a feliz término la empresa, y allí luchará el atrevido con los hijos del rey Al-Ahmar, y, si es el llamado a triunfar, los apresará, y, si no es el predestinado a ello, perecerá, y, en señal de su revés, sacará del agua un pie y, si es el afortunado, sacará del agua una mano.

Pero será entonces menester que Chúder le eche encima la red, y tirando de ella luego con fuerza, lo saque afuera.

Al oír aquello mis hermanos dijeron:

–Nosotros iremos, aunque perezcamos en el empeño.

–Y yo iré también–dije yo–; pero después.

Y has de saber que aquel judío del zoco, que es otro hermano nuestro que se disfrazó de hebreo, dijo:

–Yo no pienso buscar el tesoro, que nada ambiciono.

Y entonces convinimos con él nosotros que se trasladase a tierras de Mizr disfrazado de mercader judío, y, que cuando uno de nosotros muriese ahogado en la laguna, se encargase de recoger su mula y te diese a ti cien dinares para recompensarte por tus afanes.

Ahora bien: nuestro primer hermano murió luchando con los hijos del rey Al-Ahmar, y el segundo, corrió suerte igual; pero conmigo no pudieron y los hice prisioneros.

Porque has de saber que estos peces no son tales, sino genios que tomaron ese aspecto; pero debo decirte también, *ye* Chúder!, que el tesoro de Schamardel sólo tú, por tu propia mano, lo podrás coger.

Así que dime si estás dispuesto a obedecerme y a acompañarme a la ciudad de Fas y Meknás [10], donde radica el tesoro, y luego que lo hallemos te daré cuanto me pidieras y serás en adelante mi hermano como de mi sangre bajo la fe de Alá y a tu país tornarás con el corazón exento para siempre de toda inquietud y pesar.

–*¡Ye* mi señor, el peregrino!–respondióle Chúder–. Yo tengo sobre mi cuello una madre y dos hermanos y soy el que provee a su vivir. Si me voy contigo ¿quién cuidará de ellos, *ye* mi señor, el peregrino?

–No será así–díjole el *mogrebi*–, pues yo te daré mil dinares para que, en tu ausencia, sus gastos sufragues.

–Está bien–asintió Chúder–. Dame, *¡ye* peregrino!, esos mil dinares para que yo se los entregue a mi madre, y así podré descuidado acompañarte.

Diole el *mogrebi* los mil dinares y Chúder los tomó y se los llevó a su madre y puso a esta al corriente de lo que conviniera con el *mogrebi,* y después le dijo así:

–Toma, madre mía, estos mil dinares y gasta de ellos lo que necesites para ti y para mis hermanos, que yo me voy de viaje, pero volveré antes de que se te acaben.

Despidióse luego de su madre y fue a buscar al *mogrebi* Abdu-z-Zámad, y este, al verlo, le dijo:

–¿Hablaste ya con tu madre?

–Sí–respondió Chúder–, y me despedí de ella hasta mi vuelta.

–Bueno–díjole el *mogrebi–;* móntate ahora a la grupa de mi mula.

Hízolo así Chúder y ambos fueron cabalgando hasta la hora del *âzr* en que Chúder sintió hambre y miró y vio que el *mogrebi* no llevaba, al parecer, nada de comer.

Por lo que Chúder le dijo así:

–*¡Ye* mi señor, el peregrino! ¿Por ventura olvidaste poner en tu saco de viaje algo que pudiéramos comer durante el camino, si nos entraba apetito?

–*¡Ye!*–exclamó el *mogrebi*–. ¿Es que tienes ganas de comer?

–Sí por cierto, mi señor–contestóle el pescador.

Está bien–contestó el *mogrebi*–, pues apeémonos aquí.

[10] Fez y Mequinez, como Burton hace notar; el narrador funde ambas ciudades en una.

Apearonse los dos y el *mogrebi* le dijo a Chúder:

–Saca el morral.

Y Chúder lo hizo así.

Y el otro le dijo:

–Vamos a ver: ¿qué es lo que se te apetece para comer?

–Cualquier cosa–respondió Chúder–. A mí ahora todo me parece muy sabroso.

Pero el otro insitió, diciendo:

–Por Alá, que has de decir concretamente qué es lo que se te apetece.

–Pan y queso–declaró Chúder.

Pero el otro, al oírlo, le dijo:

–Pide otra cosa mejor, so mezquino.

–Para mí–replicó Chúder–en este momento todo me parece bueno.

–Está bien–dijo el *mogrebi*–. Dime si te gustaría un pollito asado.

–¿Cómo no me había de gustar? –exclamó Chúder.

–Y un plato de arroz con miel, ¿te gustaria también?–inquirió el *mogrebi*.

Y Chúder le contestó:

–¡Claro que sí, señor!

–¿Y tal y tal plato?–tornó a preguntarle el *mogrebi*.

Y así fue nombrándole a Chúder el mogrebino veinticuatro platos distintos, hasta que Chúder no pudo más y exclamó al fin:

–Tú, amigo, en verdad, no haces más que abrirme el apetito, pero yo no veo nada que lo satisfaga.

–No te impacientes, Chúder–dijo el *mogrebi*–; aguarda y verás.

Y acto seguido metió su mano en el morral y sacó de él una fuente de oro, en la que venía un pollo asado, y luego tornó a meter la mano y sacó otro plato, y así sucesivamente hasta que sacó los veinticuatro de que a Chúder habíale hablado.

–¡*Ye* mi señor!–exclamó Chúder maravillado al ver aquello–. ¿Por ventura en el zurrón te trajiste una cocina entera con cocineros y toda la pesca?

Echóse a reír, al oírlo, el *mogrebi* y le dijo:

–Es que este saco tiene a su disposición un criado que, si le pidiésemos a cada hora mil platos, nos lo serviría en el acto.

–¡*Ye* y qué suerte de morral!–exclamó Chúder.

Pero al llegar aquí sintió Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras seductoras.

Y LA NOCHE 370 REANUDO SU RELATO EN ESTA FORMA:

–Ha llegado hasta mí la fama, ¡*ye* monarca, el afortunado!, de que Chúder exclamó:

–¡Vaya alforjas de valor!

Comieron los dos viajeros hasta hartarse y el *mogrebi* tiró al suelo las sobras y guardó la fuente vacía en la alforja.

Metió luego en ella su mano y sacó de allí un jarro, y ambos bebieron y se lavaron y la oración del *âzr* rezaron. Tornó luego el moro a guardar el jarro en el saco y puso en él las redomas con los peces, y cargólo todo a lomos de la mula, y montó en ella, diciéndole a Chúder.

–Móntate en la grupa, que vamos de viaje.

Y en tanto cabalgaban díjole el *mogrebi* a su acompañante:

–¿Sabes, Chúder, todo el camino que hemos dejado atrás, desde que salimos de Mizr hasta llegar acá?

–No lo sé, por Alá–contestó Chúder.

–Para que lo sepas–díjole el peregrino–, hemos andando un mes entero.

–¿Cómo es posible?–exclamó Chúder–. Eso es increíble.

–Has de saber–díjole el *mogrebi*–que esta mula en que montamos no es sino un genio de los genios precitos; que es capaz de recorrer en un solo día lo que de otra suerte un año requeriría, sino que, en atención a ti, para que no corras peligro, marcha despacito.

Fueron así cabalgando hasta ponerse el sol y, al anochecer, sacó el *mogrebi* la cena del zurrón, y luego que al otro día amaneció, sacó de allí el almuerzo para los dos, y así siguió haciendo durante los cuatro días que duró el trayecto, pues al día, el quinto, llegaron a Fas Y Meknás y penetraron en la ciudad.

No bien vieron al *mogrebi* los de su tribu luego acudieron todos a saludarle y besarle las manos.

Dirigióse el joven hacia la puerta de una casa y llamó a ella, y en el acto abrióse la puerta y dejóse ver una mocita de tal hermosura que parecía una luna.

Al verla el *mogrebi,* le dijo así:

–*¡Ye* Rahma! [11], hija mía, ábrenos la sala de arriba.

–Con alma y vida–contestó la mocita. Y fuese allá, cimbreando el talle, con unos meneos de cadera como de gacela sedienta, tanto que Chúder perdió el tino y se dijo: «Por fuerza ha de ser la hija de un rey.»

Abrióles la muchacha la algorfa y entonces el moro, cogiendo el morral de los lomos de su mula, exclamó:

–¡Vete ya y que te bendiga Alá!

Y en el mismo instante abrióse la tierra y se tragó a la mula y volvió a cerrarse y quedó según estaba antes.

Al ver lo cual no pudo Chúder menos de exclamar:

–*¡Ye* el protector! ¡Loado sea Alá que nos permitió cabalgar en ella con seguridad!

Y el moro le dijo:

–No te asombres, Chúder, que ya te dije que esa mula era un *alifrite;* pero anda ahora y ven conmigo a la algorfa.

Entraron en ella y Chúder quedóse maravillado y atónito ante aquella profusión de tapices valiosos y de preseas y de tesoros y sartas de brillantes y aljófar costoso y metales preciosos.

Tomaron los dos asiento y el *mogrebi* le dijo a la muchacha:

–*¡Ye* Rahma! Tráeme el cofrecillo, el fulano.

Fue la hija y se lo trajo en el acto.

Abriólo el dueño de la casa y sacó de él un traje que valdría lo menos mil dinares. Y, dirigiéndose a Chúder, le dijo:

–Póntelo, hermanito, y no andes encogido.

Y Chúder púsose aquel traje, que era una insignia del rey de los reyes del Algarbe.

Puso luego el *mogrebi* su alforja entre sus manos y fue sacando de ella diversos platos, hasta el número de cuarenta, para la cena. Y le dijo a Chúder:

–Perdona si alguno de estos platos no es de tu gusto y dinos qué es lo que deseas y al punto te lo serviremos, sin dilación ni espera.

–¡Por Alá, *ye* mi señor, el peregrino! –respondió Chúder–. A mí me gusta todo y no hay nada que me desagrade; así que no me preguntes y ofréceme lo que a bien tengas, que yo de todo daré buena cuenta.

Vivió de esta suerte Chúder veinte días con el *mogrebi,* el cual, cada día, regalábale un traje rico y elegante.

Pero al día, el veintiuno, díjole a Chúder el *mogrebi:*

–Anda, Chúder, vente conmigo; que este es el día convenido, en el que hemos de proceder a descubrir el tesoro de Schamardel.

Levantóse Chúder en el acto y se fue con el *mogrebi,* y ambos se salieron andando fuera de la ciudad y allí encontraron dos esclavos con sendas mulas a su cargo.

[11] Piedad.

Montó luego Chúder en una mula y en la otra hizo lo mismo el mogrebino. Y ambos fueron cabalgando hasta la hora de mediodía, en que llegaron a orillas de un río de agua que corría.

Hizo alto allí Abdu-z-Zámad y dijo a su acompañante:

–Apéate de tu mula, Chúder.

Después de lo cual hizo una seña con la mano a los esclavos y estos cogieron las dos mulas y se fueron, cada cual por su lado.

Estuvieron ausentes un rato, y luego tornaron y uno de ellos traía una tienda de campaña y procedió a plantarla, en tanto el otro esclavo traía tapices para alfombrarla.

Y el esclavo de los tapices fue poniendo almohadones todo alrededor del alfaneque, así como también sostenes.

Luego fue uno de los esclavos y llevó las redomas en que los dos peces de marras estaban encerrados y el otro colocó el zurrón al lado.

Y el *mogrebi* le dijo a Chúder:

–Siéntate aquí, junto a mí.

Hízolo así Chúder, y, acto seguido, el *mogrebi* sacó del zurrón una fuente con viandas y los dos desayunaron de muy buena gana.

Tomó luego el *mogrebi* las redomas con los dos peces y estos empezaron a clamar desde dentro de su cárcel de cristal:

–¡*Ye* mago del mundo, ten de nosotros piedad y no nos hagas mal!

Pero el *mogrebi*, sin hacer caso, empezó a recitar conjuros mágicos, hasta que saltó el cristal y los peces salieron como dos prisioneros, los cuales gritaban, diciendo:

–¿Qué es lo que pretendes hacer con nosotros?

–Pues asaros–díjoles el *mogrebi*–a menos que os comprometáis, por medio de un pacto, a ayudarme a descubrir el tesoro de Schamardel y hacerme de él.

–A eso nos comprometemos–dijeron los dos–y a descubrirlo te ayudaremos, pero con una condición: que ha de venir con nosotros Chúder, el pescador, pues solo con él podremos descubrir el tesoro de Schamardel.

–Ese que habéis mentado–díjoles el *mogrebi*–viene conmigo y está aquí y os está viendo y oyendo lo que decís.

Convinieron los cautivos en ayudar al *mogrebi* en su empresa y aquel, acto seguido, les dio suelta.

Sacó luego el *mogrebi* una varita y dos tablas de coral y las puso sobre la vara, y cogió un ascua de fuego y echóle encima un tizón y luego sopló una sola vez, y en seguida se puso el carbón a arder.

Sacó luego un pebetero y le dijo a Chúder:

–Ahora, amigo Chúder, voy a recitar los sortilegios y a echar los sahumerios.

Pero mientras esté recitando las fórmulas mágicas no podré articular palabra, pues en ese caso resultarían aquellas vanas.

Así que antes te voy a decir lo que tienes que hacer para ayudarme a descubrir el tesoro de Schamardel.

Has de saber, pues, que luego que yo recite las fórmulas de encantamiento y eche los sahumerios, se secará acto seguido el agua del río y dejará al descubierto una puerta de oro, de tamaño igual a la de una ciudad, con dos aros de metal.

Luego que la veas bajarás hacia la puerta y llamarás a ella con poca fuerza, y después aguardarás un rato y volverás a llamar otra vez, más recio que la primera, y aguardarás de nuevo un rato y luego volverás a llamar a la puerta con más energía y por tres veces consecutivas.

Oirás entonces allá dentro a alguien gritar:

«¿Quién es el que osa llamar a la puerta de los tesoros, sin saber el modo de vencer el encanto de los sortilegios mágicos?»

Pero tú dirás: «Yo soy Chúder, el pescador, hijo de Omar.»

Y al punto verás cómo se abre la puerta y sale por ella un ser monstruoso, esgrimiendo en su mano una espada y gritando:

«Si eres ese que dices, en verdad, alarga acá el cuello, que de un tajo te lo voy a cercenar.»

Pero tú, sin intimidarte, alargarás el cuello, y no tengas miedo, que cuando el monstruo enarbole su espada para descargar sobre ti el golpe, luego lo verás desplomarse como una masa informe.

El golpe, en cambio, no te hará a ti el menor daño ni te pasará nada, por más que él jure matarte y dejarte sin alma.

Y luego que tú lo vieres derrumbarse en tierra, pasarás adentro hasta dar con otra puerta y llamarás a ella.

Y saldrá a abrirte un caballero, jinete en su caballo y con una lanza pendiente de su espalda, el cual te dirá:

«¿Quién eres tú que te atreves a llegar a este lugar, donde nadie tiene acceso, ni hombre ni genio?»

Y, al proferir estas palabras, te amenazará con la lanza.

Tú, sin asustarte, le ofrecerás tu pecho desnudo y él entonces te rozará con la lanza; pero no te hará nada y rodará al suelo, igual que el monstruo primero, y allí quedará cual cuerpo muerto.

Y tú te adelantarás luego hasta una tercera puerta y llamarás a ella, y saldrá a abrirte un hombre, esgrimiendo una ballesta, y te disparará una flecha.

Pero tú le ofrecerás el pecho sin pizca de miedo y él se desplomará en el suelo y allí quedará como un cuerpo muerto.

Pero al llegar aquí sorprendió a Schahrasad la mañana y atajó el flujo de sus desbordadas palabras.

Y LA NOCHE 371 SIGUIO DICIENDO LA MUCHACHA:

–Ha llegado a mis oídos, *¡ye* monarca, el bienhadado!, que el *mogrebi* le dijo a Chúder:

–Luego te adelantarás hasta una cuarta puerta y llamarás a ella, y la puerta se abrirá, y por ella saldrá un león corpulento, de aspecto muy fiero, el cual se irá hacia ti con las fauces abiertas, dándote a entender que te va a comer.

Pero tú no temas ni huyas de ese león, y, luego que se acerque a ti lleno de furor, le darás la mano para que te la muerda, y, al ir él a hacerlo, se desplomará en el acto muerto y no sufrirás en tu persona el menor detrimento.

Y te adelantarás después hacia la quinta puerta y llamarás a ella y saldrá luego a recibirte un esclavo negro, el cual te interpelará diciendo:

–«¿Quién eres tú y a qué vienes a este lugar?»

Pero tú le contestarás:

«Yo soy Chúder, hijo de Omar.»

Y entonces el esclavo te dirá:

«Si eres de veras Chúder, abre esa sexta puerta, que no tendrás dificultad.»

Entonces te adelantarás hacia la puerta, la sexta, y dirás:

«¡Ye Isa: dile a Musa que abra la puerta!»

Y en el acto se abrirá la puerta y verás dos culebras: una a la derecha, y otra, a la izquierda, ambas con las fauces abiertas, y ambas, al mismo tiempo, se lanzarán sobre ti para meterte miedo.

Y tú les tenderás tus sendas manos y una te morderá en la diestra y la otra en la siniestra; mas no te harán ningún

daño y ellas, por el contrario, morirán en el acto.

Llegarás después a la séptima puerta y llamarás a ella y saldrá a recibirte tu madre, la cual te dirá:

«Pasa adelante y sé bien venido, hijo mío. Acércate más para que te diga el *selam.*»

Pero tú le contestarás:

«Tente apartada de mí, *¡ye* madre!, y quítate tu traje.»

«¡Ye hijo mío!–te dirá ella al oírlo–. Yo soy tu madre y tengo sobre ti el fuero que me da el haberte amamantado y criado; ¿cómo, pues, a avergonzarme eres osado?»

«Si no te quitas las ropas y me las das–le dirás tú–, tendré que matarte contra mi voluntad.»

Y volviendo la vista a la derecha verás allí una espada, de la pared colgada, y la cogerás y la esgrimirás en tu mano y le dirás a tu madre, con tono terminante:

«¡Dame acá en seguida tu traje!»

Entonces ella, al oírte, se ablandará y se pondrá a hacerte halagos y mimos y tratará de quebrarte los bríos.

Y para contenerte te irá dando alguna prenda suelta.

Pero cada vez que te dé una prenda, le dirás:

«¡Anda, madre mía, y dame lo demás!»

Y no dejarás de amenazarla con la espada, diciendo que la vas a matar, hasta que te dé la última prenda, que, al hacerlo, rodará desplomada por tierra [12].

Pero en aquel mismo instante quedará deshecho el sortilegio y perderán su valor todos los encatamientos.

Y entonces tú pasarás adentro y verás el oro a montones, pero te abstendrás de coger nada y volverás a otra parte la mirada.

Y verás una tribuna delante del tesoro, cubierta con un velo, y, al descorrerlo, podrás ver en persona al mago Schamardel, dormido en un lecho de oro y ceñida a la cabeza una venda que brillará como una luna y que no es, en verdad, sino el zodíaco sideral, y el mago Schamardel tendrá su espada al costado y en su dedo un anillo de sello y en su cuello una cadena con un frasquito pendiente de ella.

Y tú le cogerás esos cuatro tesoros y cargarás con todo; pero ten mucho cuidado de no olvidar nada de lo que te digo ni equivocarte lo más mínimo, pues entonces te pesaría y tendrías sobrado motivo.

Repitióle luego el *mogrebi* a Chúder sus instrucciones por segunda, tercera y hasta cuarta vez, hasta que el joven le dijo:

–Ya me sé de coro todo eso que me has dicho; pero ¿quién podrá desafiar esos encantos y afrontar esos peligros tan desaforados?

Pero el moro, al oírlo, le dijo:

–No tengas ningún miedo, Chúder, que todos esos son embelecos, meras apariencias sin alma y formas vanas [13].

Oyólo Chúder y exclamó:

–Yo me pongo en manos de Alá (sea él mi valedor) [14].

Procedió luego el *mogrebi* a recitar sus sortilegios y hacer los sahumerios, invirtiendo en ello algún tiempo, hasta que, al fin, quedóse el río en seco, dejando ver la tierra de su seno, y quedando también la puerta del tesoro de manifiesto.

Dirigióse Chúder hacia la puerta y llamó a ella, y oyó a alguien gritar dentro, diciendo:

[12] Este requisito impuesto a Chúder de despojar a la sombra de su madre de todas sus ropas recuerda la bajada de Istar al infierno, en busca de su adorado Tammuz, en el mito asirio-babilonio. Cada vez que la diosa llega a una de las puertas infernales la despojan de una prenda, hasta que, finalmente, queda desnuda.

[13] Lo que los teósofos llaman elementales o *kamarupas*, proyecciones sin vida del cuerpo astral desintegrado.

[14] ...«y a Alá se encomiendan los creyentes», *Corán*, sura IX, *At-Tauba* (La contrición).

–¿Quién es el que se atreve a llamar a la puerta del tesoro, sin saber deshacer los encantamientos que defienden su acceso?

Pero el joven exclamó, al oír aquello:

–Yo soy Chúder-ben-Omar.

Y no bien lo hubo dicho abrióse la puerta de par en par. Y salió por ella un ser monstruoso, esgrimiendo una espada en su mano, y, dirigiéndose a Chúder, amenazó al joven, diciéndole:

–¡Trae acá tu cuello, que de un tajo te lo cerceno!

Ofrecióle, Chúder, impávido, su cuello, y el monstruo fue a herirlo, pero, al hacerlo, cayó desplomado en el suelo.

De este modo fue Chúder abriendo una detrás de otra las siete puertas, venciendo sus defensas.

Y en la puerta, la séptima, salió a abrirle su madre y le dijo:

–¡La paz sea sobre ti, hijo mío!

–¿Quién eres tú, a la verdad?–preguntóle Chúder.

–Yo soy tu madre–respondió ella–, la que te llevó en su vientre nueve meses y luego te amamantó y te crió; ¿cómo es posible, hijo mío, que lo hayas dado al olvido?

Pero Chúder, sin hacer caso, le dijo:

–¡Quítate ahora mismo tus vestidos!

–*¡Ye!*–exclamó ella–. ¿Cómo siendo mi hijo me tratas de este modo y me expones a ese ludibrio?

Pero Chúder le dijo:

–¡Dame en el acto tus vestidos o, de lo contrario, te mataré con esta espada, sin reparar en nada!

Y así diciendo descolgó de la pared la espada que allí había colgada.

Resistióse todavía su madre y hubo aún dimes y diretes entre ambos, hasta que, al fin, Chúder la apuró tanto, que acabó por quitarse toda la ropa que llevaba encima, excepto la camisa.

Y luego exclamó:

–¿Por ventura, hijo mío, tienes de piedra el corazón hasta el punto de querer afrentar a tu madre poniendo sus vergüenzas al aire? ¿No sabes, mal hijo, que eso está prohibido?

–¡Tienes razón!–dijo entonces Chúder–. ¡Puedes quedarte con la camisa, madre mía!

Pero no bien acabara el joven de proferir tales palabras lanzó su madre un gran grito, diciendo:

–Ya erró. ¡Dadle fuerte, sin compasión!

Y en el acto sintió Chúder que le propinaban una paliza como para no olvidarla en toda su vida y lo arrojaban fuera de la puerta del tesoro, la cual volvió a cerrarse, quedando igual que estaba antes.

Luego que echaron a Chúder fuera de las puertas tomóle el *mogrebi* en sus brazos y las aguas del río volvieron a correr y su fondo taparon.

Pero al llegar a este punto de su narración sintió Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras encantadoras.

Y LA NOCHE 372 PROSIGUIO SU RELATO EN ESTA FORMA:

–Tengo oído decir, *¡ye* monarca, el afortunado!, que cuando los servidores del tesoro aporrearon a Chúder y le echaron fuera de las puertas y estas volvieron a cerrarse, quedando igual que estaban antes, y las aguas del río tornaron a cubrirlo, fue el *mogrebi,* y cogió al joven y estuvo recitando sobre él suras y alcoránicas hasta que despertó de su embriaguez.

Y entonces, Abdu-z-Zámad le dijo:

–¿Qué fue lo que hiciste, so mezquino?

Y Chúder le respondió al mogrebino:

–Atravesé todas las puertas y deshice sus conjuros, hasta llegar a la séptima, donde salió a abrirme mi madre, con la cual sostuve una discusión grande, hasta que al fin me dio toda la ropa que llevaba encima, menos la camisa. Y entonces, me dijo afligida:

«¡*Ye* hijo mío! Déjame al menos la camisa y no me obligues a mostrar todas mis vergüenzas. ¿No sabes que a una madre no es lícito hacerle tal afrenta?»

Y al oír aquello me enternecí y apiadé y le dije:

«Está bien, madre mía; quédate con la camisa.»

Pero no bien lo dijera cuando ella alzó la voz, gritando:

«¡Ya incurrió en ello! ¡Andad y golpeadlo sin compasión!»

Salió al punto un tropel de gente, que no sé dónde estaría metida, y la emprendieron conmigo y me arrearon una paliza tal que me dejaron medio muerto, y luego me arrojaron de allí y, desde aquel momento, ya no sé lo que fue de mí.

–¿No te previne–díjole el *mogrebi*–que tuvieses bien en la memoria mis instrucciones y no incurrieses en errores? No lo hiciste así y ha redundado en mal para ti y también para mí. Si tu madre te hubiera dado la camisa a estas horas ya seríamos dueños de esos tesoros y habríamos salido con bien de todo, mientras que ahora por tu culpa, tendremos que aguardar otro año entero, hasta que llegue otra vez este día, que es el indicado para romper el encanto.

Quedóse, pues, Chúder el pescador junto al *mogrebi* Abdu-z-Zámad en tanto se cumplía el año y volvían a empezar su trabajo.

Y en todo ese tiempo el *mogrebi* obsequiaba a su huésped con las viandas más exquisitas y le regalaba un lujoso traje todos los días.

Hasta que al fin cumplióse el año y llegó otra vez el día indicado.

Y el *mogrebi* le dijo a Chúder:

–Ya llegó el día señalado. Levántate y vamos en buscar del tesoro anhelado.

–Vamos allá, mi señor–repuso Chúder.

Saliéronse ambos fuera de la ciudad y allí encontraron a los dos esclavos con sendas mulas y en ellas montaron, y fueron cabalgando hasta llegar a orillas del río de marras, donde los esclavos armaron las tiendas y procedieron a alfombrar el suelo.

Y el *mogrebi* sacó una mesa y ambos desayunáronse, él y Chúder, y luego sacó el *mogrebi* la varita y las tablas de coral y encendió fuego y se puso a recitar sus conjuros y echar sus sahumerios.

Y el *mogrebi* le dijo a Chúder:

–Voy a repetirte mis instrucciones, para que, esta vez, lo que oigas no se te borre de la memoria.

–¡*Ye* mi señor, el peregrino!–díjole Chúder–. No tengas cuidado, que esta vez nada olvidaré.

Hizo el *mogrebi* sus sahumerios y recitó sus sortilegios, y en el acto quedóse el río seco y mostróse la primera puerta al descubierto.

Fue Chúder hacia la puerta y llamó a ella y la puerta se abrió de par en par, en el acto, rompiendo Chúder su encanto.

Fue abriendo luego el joven las siguientes puertas sin dificultad, hasta que llegó a la séptima y salió a abrirle su madre, como la vez primera.

Y su madre le dijo a Chúder:

–Bien venido seas, hijo mío, a este sitio.

Pero Chúder le contestó:

–¿A qué vienen, so maldita, esos mimos? ¿Soy yo, por ventura, tu hijo? Anda y quítate la ropa ahora mismo.

Empezó ella a tratar de sonsacarlo y engatusarlo y fue dándole prendas de

las que llevaba encima, hasta no quedarle ya más que la camisa.

–¡Quítatela también, so maldita!–le dijo Chúder.

Quitósela ella y, en el mismo instante, quedó exánime.

Pasó Chúder entonces adentro y vio allí el oro a montones; pero se abstuvo de coger nada y siguió adelante hasta llegar a la tribuna, donde estaba el mago Schamardel acostado con la espada al cinto y en su dedo el anillo de sello y el frasquito colgado de su cuello y en torno a su cabeza el zodíaco del firmamento.

Llegóse Chúder al mago y le desciñó la espada y le sacó el anillo del dedo y le quitó el frasco y el zodíaco y se salió del cuarto.

Y en aquel momento sonó una alegre música que lo fue acompañando por todo el trayecto.

Luego que lo vio el *mogrebi* suspendió sus sortilegios y sahumerios y fue a su encuentro y lo saludó, estrechándolo contra su pecho.

Dióle Chúder las cuatro preseas y el *mogrebi* las tomó y se hizo cargo de ellas.

Diole luego una voz a los dos esclavos y estos levantaron la tienda de campaña y la doblaron y les trajeron las dos mulas, montando cada cual en la suya.

Y fueron cabalgando los dos hasta llegar a la ciudad de Fas, y el *mogrebi* requirió su zurrón y empezó a sacar de él diversas cosas de comer.

Y le dijo a Chúder:

–Come, hermano, hasta que quedes harto.

Hízolo así Chúder y fue comiendo de todos aquellos manjares, hasta apurarlos todos, después de lo cual volvió el *mogrebi* a guardar los platos vacíos en su morral.

Díjole luego el *mogrebi* a Chúder:

–Tiempo llevas ya, hermano Chúder, lejos de tu familia y de tu tierra, y todo por culpa mía, así que dime ahora sin rebozo qué es lo que de mí quieres, que por Alá te lo daré todo. Pídeme, pues, lo que quieras y no te muerdas la lengua, que digno, en verdad, eres de cuanto me pidieres.

–*¡Ye* mi señor, el peregrino!–díjole Chúder–. Pídole a Alá y a ti, en segundo lugar, que me regales tu morral.

Cogiólo en el acto el moro y se lo dio y le dijo:

–Tómalo, hermano, que bien lo mereces, y lo mismo te daría cualquier otra cosa que me pidieses. Que conmigo compartiste los trabajos y desvelos y yo te prometí que tornarías rico a tu país. De ese zurrón podrás sacar cuantos manjares puedas desear; pero, además, voy a darte otro, todo lleno de oro y pedrería y demás metales preciosos, y me encargaré de reintegrarte a tu país, donde podrás vivir con esplendidez y establecerte como mercader.

Acto seguido el mogrebino llamó a un esclavo, que conducía una mula de las riendas, y procedió a llenarle a Chúder dos sacos, uno de oro y otro de piedras y metales preciosos. Después de lo cual díjole el *mogrebi* a Chúder:

–Monta en esa mula y el esclavo irá delante de ti y te enseñará el camino que debes seguir para llegar a tu país, hasta dejarte en la puerta de tu casa ¡y que Alá vele por ti!

–¡Alá aumente tus bienes!–exclamó Chúder y puso los dos sacos encima de la mula y montó en ella, y el esclavo echó a andar delante de él, siguiéndole la mula con paso fiel.

Caminaron así todo el día y toda la noche, y al otro día, por la mañana, atravesó Chúder la puerta de la Victoria y vio a su madre, allí sentada, implorando de los que pasaban alguna cosilla por amor de Alá [15].

Quedóse, al ver aquello, estupefacto

[15] Cerca de la Babu-n-Nazr (puerta de la Victoria) hay en El Cairo un cementerio donde suelen pulular los mendigos (Burton).

Chúder, y en el acto se apeó de la mula y se arrojó en los brazos de su madre, que al punto lo conoció y rompió a llorar con vivo dolor.

Montósela luego Chúder a la grupa de su mula y siguió cabalgando, hasta que a su casa llegaron. Ayudó allí Chúder a su madre a desmontar y tomó los dos sacos y dejó la mula al esclavo, el cual se hizo cargo de ella y se fue a ver a su señor, pues el tal esclavo no era sino un demonio, así como también la propia mula era otro.

Cuanto a Chúder, estaba el joven muy afligido por el estado en que a su madre había visto pidiendo limosna como un mendigo.

Y no bien estuvieron ya en su domicilio, le dijo:

–¡*Ye* madre mía: dime si mis hermanos se portan bien contigo, como es debido!

–Sí–respondió la madre–, tus hermanos se portan bien conmigo.

–Pues entonces–exclamó Chúder–, ¿cómo es que andas pidiendo por los caminos?

–Porque tenía hambre, hijo mío–díjole a Chúder su madre.

–Pues ¿no te di yo–respondióle Chúder–, antes de partir, cien dinares el primer día, y el segundo, otros cien dinares, y mil el día mismo que emprendí el viaje?

Pero al llegar aquí sintió Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras cautivadoras.

Y LA NOCHE 373 PROSIGUIO SU RELATO EN ESTA FORMA:

–Ha llegado hasta mí la fama, ¡*ye* monarca, el afortunado!, de que la madre de Chúder acabó por decirle a su hijo:

–Tus hermanos se han portado muy mal conmigo, pues me sacaron con engaños los dineros y luego de casa me echaron, por lo que tuve que ponerme a pedir por los caminos, para calmar el hambre, según tú mismo has visto.

–¡Madre mía–díjole el joven–, no te preocupes ni te inquietes, que por fin ya aquí me tienes! Mira estos sacos que traigo, llenos de oro y brillantes y metales preciosos, que representan un tesoro.

–¡Hijo mío–exclamó su madre–, Alá te proteja y en ti se plazca y te aumente siempre tus bienes! Pero anda ahora, hijo mío, y sal y trae algo de comer, que estoy que de hambre no me puedo tener.

Echóse a reír al oírla Chúder y le dijo en tono jovial:

–Pues bien, madre mía, dime en seguida qué es lo que se te apetece para cenar, que yo inmediatamente te lo iré a buscar.

–Hijo mío–respondióle la madre–, cualquier cosa que me traigas ahora me sabrá a gloria.

–Tienes razón–respondió Chúder–, que en trance de necesidad con cualquier cosa se contenta la persona; pero no es menos cierto que, disponiendo de medios, siempre preferimos lo bueno. Y has de saber que yo dispongo de recursos; así que pídeme lo que sea más de tu gusto.

–Yo quisiera, hijo mío–respondió su madre–, ya que te empeñas, un cacho de pan y otro de queso, y con ello me daría por contenta.

–¡*Ye* madre mía–díjole Chúder–. Eso

que pides es muy vulgar y no es propio de una persona de tu calidad.

–Mi calidad, hijo mío–respondió la madre–, tú sabes cuál es; dame, pues, de comer lo que estimes bien.

–Tú, madre mía–díjole Chúder–, debes comer carne y pollo asado y arroz salpimentado.

–Todo eso está muy bien–exclamó la madre–, pero ¿con qué voy a comprarlo ni quién va a condimentármelo?

–No te preocupes, que ahora mismo vas a tener aquí todo eso que acabo de decir.

–¿Sí?–exclamó la madre–. Pues no veo por aquí nada semejante.

–Dame el zurrón–díjole Chúder a su madre.

Cogió aquella el zurrón y lo palpó y comprobó que estaba vacío y luego se lo devolvió a su hijo.

Metió Chúder la mano en el saco y empezó a extraer de él platos y más platos, hasta que estuvieron allí presentes todos los que a su madre le había nombrado.

–¡Hijo mío!–exclamó su madre–. ¿Cómo es esto? El saco es pequeño y yo miré antes y estaba vacío, sin que hubiere en él lo más mínimo.

–Has de saber, madre mía–explicóle Chúder–, que este saco me lo dio el *mogrebi* que estuvo aquí, y es un saco encantado que tiene a su servicio un criado, y cuando su dueño desea algo, no tiene más que pronunciar los nombres talismánicos: «Sírveme el plato fulano», y en seguida lo tienes allí.

–¿Me permites–preguntóle la madre–que extienda yo mi mano y pida algo?

–Claro que sí–díjole Chúder–. Extiende tu mano y pide lo que sea de tu agrado.

Tendió la madre de Chúder la mano y dijo, según la indicación de su hijo:

–«Por el poder de los nombres mágicos, *ye* criado, sírveme una chuleta en el acto.»

Y en aquel mismo instante vio asomar por el zurrón el plato y lo cogió y comprobó que contenía una chuleta asada, que estaba riquísima.

Tornó luego la mujer a pedir pan tierno y después pidió aún otras cosas y el zurrón mágico se las fue sirviendo todas.

–Madre mía–díjole Chúder–, guarda el secreto dentro de tu pecho y no le hables nada a nadie de todo esto. Siempre que desees algo, lo pides y lo hallarás en el saco, y come tú de lo que quieras y dales de comer también a mis hermanos y a los pobres necesitados, ya esté yo presente o ya esté ausente.

Pusiéronse a comer Chúder y su madre, y comiendo estaban cuando avisados de su vuelta por un vecino del barrio, se presentaron en su casa sus hermanos.

Y dizque, al saber los hermanos de Chúder su regreso y que venía montado en una mula y precedido por un esclavo y vestido con un lujo extremado, dijéronse el uno al otro:

–¡Qué mal hicimos en tratar a nuestra madre como la tratamos! Ahora ella se lo boqueará todo a nuestro hermano y este se enojará con nosotros y nos dará de lado.

Pero el uno de ellos observó:

–Nuestra madre es tierna de corazón y nuestro hermano lo es todavía más; así que, aunque ella le cuente lo que le cuente, él nos acogerá bien y nuestras disculpas aceptará y no nos tratará mal.

Y ambos hermanos fuéronse en derechura a casa de Chúder y al entrar lo saludaron con el *selam,* y Chúder se levantó de la mesa y los saludó con la mayor cordialidad, y los invitó a que se sentasen con él.

Y ellos se sentaron y comieron hasta quedar hartos, y dizque un buen atracón se dieron, pues iban asaz hambrientos.

Y después díjoles Chúder a sus hermanos:

–Coged lo que ha sobrado y dádselo a los pobres y los necesitados.

Pero ellos le dijeron:

–Déjalo ahí, hermano, de repuesto, y a la hora de la cena nos lo comeremos.

–No os preocupéis por eso–díjoles Chúder–, que para la cena yo os proveeré de nuevo.

Tomaron ellos, pues, las sobras de la comida y salieron a ofrecérselas a los necesitados, y a todo pobre que encontraban a su paso le decían:

–Toma y come cuanto quieras.

Y así hicieron hasta vacía la fuente dejar, y entonces Chúder procedió a guardarla en el morral.

Pero al llegar aquí sintió Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras seductoras.

Y LA NOCHE 374 CONTINUO SU RELATO EN ESTA FORMA:

–Ha llegado a mis oídos, *¡ye* monarca, el afortunado!, que, luego que Chúder dioles a sus hermanos de almorzar, cogió la fuente vacía y le dijo a su madre:

–Tómala y ponla otra vez en el saco como estaba antes.

Luego de llegada la hora de cenar sacó Chúder hasta cuarenta platos distintos del morral.

Y se sentó en compañía de sus hermanos y le dijo a su madre:

–Tráeme acá la cena.

Procedió la madre a poner la mesa y fue sirviendo en ella un plato tras otro, hasta completar el número de cuarenta.

Cenaron, pues, a satisfacción, y luego Chúder les dijo a sus hermanos:

–Coged el sobrante y repartidlo entre los necesitados.

Y luego de ya cerrada la noche sacó Chúder del morral pasteles y dulces y obsequió a su madre y sus hermanos y les mandó repartir las sobras entre los vecinos y los necesitados.

Repitió Chúder la operación al día siguiente, a la hora del almuerzo, y siguió haciendo lo mismo hasta que diez días fueron cumplidos.

Y al día, el onceno, díjole Salim a Selim:

–¿Qué misterio será el que le permite a Chúder hacer así? Festín por la mañana, festín a mediodía, festín por la noche y lo que sobra se lo da a los pobres... ¡Ni que fuera un sultán!... Y dizque nunca le vemos comprar nada y tampoco que tenga cocina ni cocinero ni que encienda fuego. ¿De dónde le vendrá tanta abundancia? ¿No atinas tú con la causa?

Y Selim le dijo a su hermano Salim:

–En verdad que no atino con la clave de este misterio... ¿No sabrías tú de alguien que nos lo pudiera explicar?

–La única que lo puede saber–observó Selim–es nuestra madre y por ella lo podemos saber, si somos hábiles.

Idearon, pues, ambos hermanos un ardid para sacarle el secreto a su madre, y, aprovechando la ausencia de Chúder, fueron a ver a aquella y le dijeron:

–Madre, has de saber que tenemos hambre–. Y la madre, en el acto, fue a la sala donde guardaba el saco y ordenóle al sirviente que les pusiere allí manjares calientes.

–*¡Ye* madre nuestra!–dijeron los hermanos–. Estos manjares están calientes, y, sin embargo, no te hemos visto aderezarlos, ni encender fuego y atizarlo.

–Es que, hijos míos–explicóles su madre–, este saco está encantado.

Y les reveló el secreto a ambos her-

manos, recomendándoles que no se lo comunicasen a nadie.

–No tengas cuidado, que a nadie se lo diremos–respondieron los dos hermanos–; pero cuéntanoslo todo, sin omitir detalle.

Hízolo su madre así, y, luego de oírla, díjole Salim a Selim:

–¿Hasta cuándo, hermano mío, hemos de seguir viviendo así, en calidad de criados de Chúder, comiendo de la limosna que él nos quiere dar?

Ideemos una astucia y apoderémonos de este saco encantado y sacudamos el yugo de nuestro hermano.

–¿Y qué astucia se te ocurre a ti? –preguntóle Selim.

–Le venderemos nuestro hermano al arráez del mar de Sués [16].

–¿Y cómo vamos a hacer para vendérselo al arráez?–preguntó Selim.

Y Salim le dijo así:

–Iremos a ver al arráez y nos concertaremos con dos de sus marineros y tú dirás que es verdad lo que yo le diga a Chúder. Y, cuando sea de noche, ya verás lo que yo soy capaz de hacer.

Quedaron, pues, de acuerdo en vender a su hermano, y fueron a ver al arráez del mar de Sués.

Y Salim le dijo al arráez:

–¡*Ye* capitán! Venimos a comunicarte algo que te alegrará.

–Decid lo que queréis–les dijo el arráez. Y ellos dijeron:

–Has de saber cómo nosotros somos hermanos y tenemos otro hermano, que es un desastrado, del cual no podemos sacar partido, pues es un aturdido. Murió nuestro padre y nos dejó una cantidad respetable, que nos repartimos los tres en partes iguales. Pero nuestro hermanito se gastó alegremente su parte en juergas y jaranas, y, luego que se quedó sin nada, la tomó con nosotros y empezó a acusarnos de haberle engañado y a pedirnos dinero, sin que podamos quitárnoslo de encima, por lo que ya, hartos de padecerlo, hemos decidido venderlo.

–Está bien–respondió el arráez–. Idead algún ardid para apoderaros de él y me lo traéis acá, y yo en seguida lo mandaré en un barco que se haga a la mar.

–Eso de traerlo nosotros aquí–respondieron los dos hermanos–imposible lo estimamos; pero tú, en cambio, podrías venir a nuestra casa, a título de adiafa, llevando contigo dos de tus marinos, y, en cuanto él se quedase dormido, nos echaríamos sobre él los cinco y le pondríamos en la boca una mordaza, y, a favor de la noche, lo sacaríamos de la casa y te quedarías con él y podrías hacer lo que tuvieses a bien.

–Oír es obedecer–respondió el arráez–. ¿Me lo venderíais en cuarenta dinares? Más no doy por él.

–Convenido–dijeron los dos hermanos–; en ese precio te lo vendemos. Así que ya sabes: en cuanto se haga de noche os dirigís al barrio fulano, a la calle que linda con la aljama fulana, y allí hallaréis un criado, esperando vuestra llegada.

Quedaron convenidos en ello y los hermanos de Chúder volviéronse a su casa y allí aguardaron un rato. Y luego Salim fuese a él y le besó las manos. Y Chúder le preguntó:

–¿Qué deseas de mí, hermano?

Y Salim le respondió, diciendo:

–Has de saber, hermano mío, cómo tengo yo un amigo que más de una vez, estando tú ausente, me invitó a su casa y me agasajó y me colmó de atenciones, según Selim lo puede decir. Y hoy dio la casualidad de que me lo encontré y me invitó también a su casa, pero yo me excusé alegando: «Está aquí mi hermano Chúder y no puedo dejarlo». «Pues ¿por qué no te lo traes también?», arguyóme él. «Yo conozco a mi hermano y sé que no querrá–le respondí–. Pero ¿por qué no ve-

[16] El Mar Rojo.

nís tú y tus hermanos a nuestra casa (pues estaban con él sus hermanos) y nos dais el gusto de poder agasajaros?»

Díjele yo eso, pensando que no aceptarían la invitación, pero es el caso que ellos sí aceptaron y me dijeron:

«Está bien; espéranos junto a la aljama fulana. Que allí estaremos yo y mis hermanos.»

Así que yo te ruego que no me dejes mal con ellos y les concedas adiafa por esta noche, que, después de todo, te sobra con qué agasajarlos. Y si no fueres gustoso en ello, dímelo sin ambages y me los llevaré a otra parte.

Pero Chúder le dijo a su hermano:

–Apruebo lo que hiciste; ve por ellos y tráelos.

Besóle Salim la mano y fue en busca del arráez y sus hombres y a su casa se los trajo.

Al verlos Chúder entrar, los saludó y les dijo:

–Sed bien venidos.

Y los invitó a sentarse a su lado y trabó amistad con ellos, sin sospechar lo que tramaban contra él, en secreto.

Pidióle luego Chúder a su madre que les sirviese de cenar y su madre fue sacando platos del saco mágico, según su hijo se lo iba indicando, diciendo:

–Saca el plato fulano.

Hasta que se contaron en la mesa cuarenta platos. De suerte que comieron todos hasta quedar hartos. Y dizque los marineros pensaban que era Salim el que los obsequiaba.

Luego que transcurrió el primer tercio de la noche sacó Chúder para ellos dulces y refrescos, y era Salim el que los servía, en tanto Chúder y Selim de su sitio no se movían.

Recogiéronse después todos para dormir y aguardaron los otros a que Chúder se durmiese, confiado, y entonces a él se abalanzaron y en menos que se cuenta lo amordazaron y lo maniataron, y, a favor de las sombras de la noche, de la casa lo sacaron.

Hizo el arráez que lo llevaran al mar de Sués y lo metieron en un barco, con grillos en los pies, y lo pusieron a trabajar al pobre como un galeote. Y así lo tuvieron por espacio de un año entero.

Y esto es, por ahora, todo lo referente a su historia.

Cuanto a los hermanos de Chúder, no bien amaneció la mañana fueron a ver a su madre y le dijeron:

–Nuestro hermano Chúder no se ha despertado aún de su sueño.

–Pues id vosotros a despertarle–díjoles su madre.

–¿Dónde se quedó a dormir la pasada noche?–preguntaron ellos.

–Pues en la sala con los huéspedes –respondió su madre.

–Allí no está–respondieron ellos–. Ya lo buscamos y no lo encontramos. Puede que se haya ido con los marineros, que siempre le tentó eso de correr tierras y descubrir ocultas riquezas, y a fe que le oímos hablar de eso con los mogrebinos.

–¿Cómo es eso?–exclamó la madre–. Pero ¿se trata con los del Algarbe?

–Claro que sí–respondieron los dos hermanos–. Como que los tuvimos de huéspedes anoche aquí.

–Entonces–exclamó la madre con pesar–puede que se fuera con ellos. ¡Así Alá le guíe en su caminar! Que es un hijo de bendición y de fijo que, a la vuelta, vendrá cargado de riquezas.

Y la pobre se echó a llorar con mucha vehemencia.

Pero los hijos la increparon en tono airado:

–¿Conque tanto, *ye* maldita, quieres a nuestro hermano? De nosotros poco se te da que estamos presentes o ausentes y ni te alegras de vernos ni de no vernos te entristeces. ¿Por ventura, quizá, no somos hijos tuyos lo mismo que Chúder?

–Cierto que sois tan hijos míos como él–respondió la madre–; solo que no os portáis como tales, y desde que murió vuestro padre no he visto nada



bueno por vuestra parte, mientras que a Chúder le debo mucho agradecimiento.

No bien oyeron esas palabras los dos hermanos la emprendieron con su madre a golpes y porrazos, y, dejándola maltrecha, pusiéronse a rebuscar por toda la casa, hasta que dieron con los dos sacos y cogieron el saco mágico y el otro que estaba lleno de oro y piedras preciosas, diciendo:

–Todo esto forma parte de la herencia de nuestro padre.

–¡No, por Alá!–exclamó la madre–. ¡Esto es de la propiedad exclusiva de vuestro hermano Chúder, que lo trajo de las tierras de Al-Magaribah! [17].

Pero ellos alzaron la voz y dijeron:

–¡Mientes, so maldita! Que estos sacos eran de nuestro padre y podemos disponer de ellos como de nuestra parte.

Y acto seguido procedieron a repartirse el oro y la pedrería, pero al llegarle la vez al saco encantado, sobrevino entre ellos una recia disputa y Salim dijo:

–Esto, para mí.

Y Selim le replicó:

–No; que lo quiero yo.

Y ambos hermanos empezaron a insultarse y estaban a punto de venir a las manos.

Y su madre medió entre ellos, diciendo:

–¡Hijos míos! Ya os habéis repartido el oro y las piedras preciosas; pero estas alforjas no se pueden repartir ni tampoco reducir a moneda, pues si las dividierais, luego perderían su virtud y quedarían vacías; lo mejor será, pues, hijos míos, que me las dejéis a mí y yo todos los días os daré de comer de ellas cuantas veces queráis y os estaré agradecida si me dais también a mí una pizca de comida y unos trapos con que cubrirme. Y cada uno de vosotros podrá traficar por su cuenta y agenciarse riquezas. Mis hijos sois y yo soy vuestra madre; sigamos viviendo como hasta ahora, para que cuando Chúder regrese de su viaje no tenga motivos para enojarse.

Pero ellos no aceptaron el consejo materno y toda aquella noche se la pasaron riñendo y peleando.

Y sucedió que un ballestero de la guardia del rey, que aquella noche era huésped de los vecinos de la casa contigua a la de Chúder y estaba a aquella hora asomado a la ventana, hubo de oír la gresca que los dos hermanos armaban, disputándose la propiedad del saco encantado. Y no bien amaneció la mañana del siguiente día aquel ballestero fuese a ver al rey de Mizr, que se llamaba Schemsu-d-Daula [18], y le contó lo que aquella noche oyó.

Y el rey, al oírlo, mandó luego que le llevasen a su presencia a los hermanos de Chúder, y, comparecido que ante él hubieron, mandó darles tormento hasta que cantaron de plano y declararon todo lo referente a los dos sacos, y a la mañana siguiente el monarca se incautó de ellos y mandó que metiesen en la cárcel a los dos hermanos, orden que fue cumplida en el acto.

Luego a la madre de Chúder le señaló el rey una pensión, pasándole cada día lo que menester había para su manutención.

Y esto es, por ahora, todo lo referente a esa historia.

Cuanto a Chúder permaneció un año entero al servicio del arráez, navegando por el mar de Sués, hasta que, cumplido el año, cuando iban bogando en su galera, asaltóles un viento contrario, el cual les empujó hacia un promontorio, donde el barco se estrelló, ahogándose todos sus tripulantes en el mar; todos menos Chúder, que a tierra firme logró saltar, pereciendo todos los demás.

[17] De los *mogrebies*.

[18] Sol de la Fortuna. No hay que advertir que se trata de un rey puramente imaginario.

Luego que se vio en tierra firme púsose Chúder a caminar hasta llegar a un poblado de árabes, los cuales le preguntaron su condición y estado.

Díjoles él que era marinero que venía en un barco y les contó la historia de su naufragio.

Y había entre aquellos hombres del poblado un mercader de la gente de Cheddáh [19] y sintió lástima de Chúder y le dijo:

–Entra a mi servicio, *ye* egipcio, y yo te vestiré y te llevaré conmigo hasta Cheddáh, que es mi tierra natal.

Entró, pues, Chúder al servicio del mercader y emprendió el viaje con él hasta llegar a Cheddáh, tratándole en todo ese tiempo el hombre con suma benignidad.

Decidió luego el mercader hacer la peregrinación a Meca, y así lo hizo, llevando a su criado consigo, y Chúder, al llegar a Meca, procedió a dar en torno al sagrado templo las vueltas de precepto.

Y estando realizando la piadosa práctica he aquí que se encuentra con su amigo, el *mogrebi* Abdu-z-Zámad, que también estaba cumpliendo, como peregrino, el venerable rito.

Pero al llegar aquí sintió Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras encantadoras.

Y LA NOCHE 375 REANUDO SU RELATO EN ESTA FORMA:

–Ha llegado a mis oídos, *¡ye* monarca, el afortunado!, que estando Chúder dando, en torno al templo, las vueltas de ritual, encontróse allí con su amigo Abdu-z-Zámad, el *mogrebi,* el cual, al verlo, lo saludó con el *selam* y le preguntó por su estado personal.

Echóse el joven a llorar y luego refirió a su amigo todas las peripecias que le habían ocurrido.

Cogiólo entonces el moro y lo llevó a su domicilio y allí lo agasajó y le vistió un traje que no es posible tuviera semejante. Y, por último, le dijo:

–Haz cuenta, Chúder, de que tus males tocaron a su fin.

Y haciendo unas figuras con la arena descubrió lo que a sus dos hermanos les sucediera.

Después de lo cual le dijo el moro a Chúder:

–Has de saber, Chúder, que a tus hermanos les ha pasado esto y lo otro y lo de más allá, y ambos en este momento están en la cárcel del rey de Mizr, así que no tengas cuidado y estate aquí conmigo, hasta que terminemos los piadosos ritos.

–Está bien–respondió Chúder–; pero dame permiso para que vaya a hablar con el mercader que me tiene a su servicio y en seguida seré nuevamente contigo.

–Anda y ve allá–le respondió su amigo–, que eso debe hacer todo bien nacido.

Fue, pues, Chúder y habló con el mercader y le dijo:

–Sabrás cómo me he encontrado aquí con un hermano mío.

Y el mercader le dijo a su vez:

–Pues ve y tráelo aquí, y será nuestro huésped y lo atenderemos en lo que menester fuere.

–Eso no es preciso–díjole Chúder–, que mi hermano es hombre de bastante caudal y tiene a su servicio criados numerosísimos.

–Siendo así–respondió el mercader–

[19] Ciudad de Hichás (Arabia) en el camino de Meca.

toma estos veinte dinares y vete con él. Que yo desde este instante te relevo de todo deber.

Despidióse el joven del mercader y tornóse a casa de su amigo, el *mogrebi;* pero en el camino topóse con un pobre y le dio los veinte dinares que llevaba consigo.

Reunióse luego con el *mogrebi* y permaneció a su lado hasta que ambos cumplieron con todos los deberes del peregrino. Y después el *mogrebi* entrególe a Chúder el anillo de sello del tesoro de Schamardel, y le dijo:

–Toma este anillo y guárdalo, que te será muy útil para lograr lo que desees. Pues su servidor, que responde al nombre de Ar-Râdu-l-Kázif, te dará sin tardar todo cuanto le pidieres, y para que él se presente no tendrás más que frotar el anillo y al punto aparecerá y hará cuanto le quieras mandar.

Y acto seguido frotó el anillo el mogrebino y en seguida se presentó el esclavo y le preguntó:

–¿Qué quieres de mí, mi señor?

–De ahora en adelante–díjole Abdu-z-Zámad–será este tu señor y te recomiendo lo sirvas con todo celo.

Despidióse luego Abdu-z-Zámad de Chúder, y este frotó el anillo y al punto Ar-Râdu-l-Kázif presentóse dispuesto a servirle y le dijo:

–¿Qué es lo que deseas de mí?

–Deseo–contestóle Chúder–que me lleves en el acto al país de Mizr.

–En seguida, mi señor–respondió el servidor.

Y cargó con Chúder y remontó el vuelo y estuvo volando desde mediodía hasta medianoche, y luego abatió el vuelo y dejó al joven delante de la puerta de la casa de su madre.

Desapareció después el servidor y Chúder entró en la casa de su madre, y esta, al verlo, rompió a llorar y se levantó y lo saludó con el *selam* y le contó lo que a sus dos hermanos les pasara con el soberano.

Al oír Chúder aquello compadecióse de sus hermanos y frotó el sello y en el acto se presentó el esclavo diciendo:

–¿Qué quieres de mí, mi señor?

–Quiero–le dijo el joven–que ahora mismo me traigas aquí a mis hermanos, que están en la cárcel del rey de Mizr.

Hundióse al punto el esclavo en la tierra y fue a salir en medio de la cárcel, donde estaban Salim y Selim, ambos muy apurados y acongojados.

Y estando ambos así he aquí que se abre la tierra y Ar-Râdu-l-Kázif sale de ella y carga con los dos y en su vuelo los lleva a casa de su madre y los deposita en tierra.

Fue tal el susto que pasaron los dos hermanos que se desmayaron, pero al volver en sí se encontraron en su casa y se tranquilizaron.

Y vieron allí a su hermano Chúder, que estaba sentado, teniendo a su madre a su lado. Y Chúder, al verlos, los saludó, diciendo:

–Bien venidos seáis, hermanos míos. ¿Cómo pudisteis hacer conmigo lo que hicisteis? Pero, en fin, arrepentíos ante Alá e implorad su perdón y El no os lo negará, porque es el Perdonador y el dotado de piedad. Cuanto a mí os perdono de todo corazón y no he de pediros cuenta de lo que pasó.

Siguió todavía un rato consolándolos y dándoles ánimos, y les refirió todo cuanto padeciera hasta que de nuevo se encontró con el *scheij* Abdu-z-Zámad, y también les reveló la referente al anillo de sello, que el moro le dio.

Y sus hermanos le dijeron:

–¡Perdónanos por esta vez, hermanito! Y, si volvemos a las andadas, podrás hacer con nosotros lo que te plazca.

–No tengáis temor, que nada malo os habrá de pasar–díjoles Chúder a sus hermanos–. Pero decidme: ¿qué fue lo que os hizo el rey?

–El rey–respondieron ellos–nos mandó azotar y nos quitó los dos sacos que tú habías dejado.

–¡Oh!–exclamó Chúder–, por eso no os apuréis, hermanos!

Y en el acto frotó su anillo de sello e inmediatamente presentóse allí Râ-du-l-Kázif.

Y al ver los hermanos de Chúder al *alifrit* atemáronse y se sobrecogieron, pensando que aquel iba a mandarle que los matase. Y huyeron de allí y fueron a refugiarse junto a su madre, gritando:

–¡Intercede por nosotros con Chúder, que nos quiere matar!

Pero su madre los tranquilizó y les dijo:

–¡No temáis nada, hijos míos!

Y Chúder le dijo al *alifrit:*

–Servidor del anillo, ve y tráeme en seguida cuanto oro y demás cosas de valor tenga en su alacena el rey de Mizr, sin dejar nada allí, y, sobre todo, no te olvides de coger las alforjas que él les quitó a mis hermanos, sin ninguna razón.

–Oír es obedecer–respondió el *alifrit.*

Y en el acto desapareció y a poco volvió, trayendo todo lo que le mandara su señor. Y dejándolo en el suelo, díjole a Chúder con mucha humildad:

–Aquí tienes, señor, todo cuanto había en el tesoro del rey, que de esta hecha se ha quedado limpio y exhausto.

Diole Chúder el tesoro a su madre y díjole al genio:

Pero al llegar aquí sorprendió a Schahrasad la mañana y atajó el curso de sus elocuentes palabras.

Y LA NOCHE 376 SIGUIO DICIENDO LA MUCHACHA:

–He logrado saber, *¡ye* monarca, el afortunado!, que Chúder se quedó con el saco encantado. Y le dijo al *alifrit,* su esclavo:

–Mándote que esta misma noche me labres un alcázar alto y me lo bruñas con agua de oro y me lo enloses con baldosas suntuosas, y te advierto que antes que salga el sol ha de estar todo hecho, a mi satisfacción.

–No tengas cuidado, mi señor, que todo se hará cual lo has mandado –respondió el *alifrit.*

Y acto seguido hundióse en la tierra y fuese a realizar su tarea. Por su parte, Chúder sacó del zurrón encantado variedad de platos y comieron todos y se refocilaron y después se acostaron.

Entre tanto, el esclavo convocó a sus edecanes y les mandó labrar el alcázar indicado, y ellos, en el acto, se pusieron los unos a partir piedras, y los otros a colocarlas y acoplarlas, y estotros a blanquearlas y pintarlas, y los otros, finalmente, procedieron a enlosar los pavimentos.

De suerte que, antes de ser de día, ya la obra estaba lista.

Fue luego el esclavo a ver a su amo y le dijo:

–*¡Ye* mi señor! Ya tienes terminado el palacio, sin que falte un detalle de lo necesario. Así que, si quieres, puedes venir a verlo y examinarlo y solazar tu ánimo.

Fueron allá Chúder, su madre y sus hermanos y vieron el palacio, que era tal que en el mundo entero no tenía rival.

Y Chúder le dijo a su madre:

–¿No querrías habitar este alcázar singular?

–¡Cierto que sí, hijo mío!–díjole su madre, e invocó sobre él, conmovida, las bendiciones divinas.

Frotó luego Chúder el anillo de nuevo y al punto se presentó el esclavo, diciendo:

–¿Qué manda ahora mi señor?

A lo que Chúder le respondió:

–Te mando que me traigas en el acto cuarenta jovencitas, de las blancas y saladas, y otras cuarenta de las negras y agraciadas, y cuarenta mamelucos y cuarenta eunucos.

–Al momento–respondió el servidor– lo tendrás aquí todo, mi señor.

Y acto seguido partió en compañía de cuarenta de sus edecanes con rumbo a los países de Hind y de Sind y de Achm, y, llegados que fueron allí, cargaron con toda mocita guapa que encontraron y con cuanto mozo vieron a propósito para servir de criado.

Hasta reunir cuarenta muchachas blancas, guapas, y otras cuarenta negras y agraciadas, y cuarenta mamelucos, y cuarenta eunucos, y, todo ello sin tardar, fueron a llevárselo a Chúder, cuya casa era insuficiente para contener a tanta gente.

Pero al llegar aquí sintió Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras encantadoras.

Y LA NOCHE 377 REANUDO SU RELATO EN ESTA FORMA:

–Tengo entendido, *¡oye* monarca, el afortunado!, que los ayudantes de Ar-Râdu-l-Kázif lleváronle a Chúder las cuarenta doncellas y los cuarenta esclavos, y Chúder, al verlos, ordenóle a su fámulo:

–Tráeme para cada uno de los aquí presentes un traje magnífico, cual nunca se haya visto.

–Aquí están–le dijo en seguida Ar-Râdu.

Tomólos Chúder y fue diciendo:

–Este para mi madre, este otro para mí y estos para vosotras, mis esclavas salerosas.

Después de lo cual presentó su madre a las muchachas y a los esclavos y les dijo:

–De hoy más esta es vuestra señora, a la que habéis de acatar.

Vistiéronse también los mamelucos y besaron las manos de Chúder, y este y sus hermanos pusiéronse los trajes que el *alifrit* les trajera, y dizque con ellos parecían Chúder un sultán y sus hermanos sus visires.

Y como la casa antigua era grande y holgada, instaláronse en una de sus alas Salim y sus esclavas y en otra Selim con las suyas, y Chúder y su madre fuéronse a vivir al nuevo alcázar, y dizque, cada uno en su lugar, parecía un verdadero sultán.

Y esto es, por ahora, todo lo concerniente a su historia.

Cuando el *jasandar* del rey de Mizr hubo de ir al tesoro a sacar dinero de él y se encontró con que estaba limpio de todo, como dijo el poeta:

«Erase una colmena
que de miel rebosaba;
pero voló el enjambre
y no quedó allí nada [20].»

Y al comprobar aquello lanzó un grito muy recio y se desplomó sin sentido, en el suelo.

Luego que volvió en sí salióse el *jasandar* de allí, dejando abierta la

[20] Suprimido en la edición de Bulak, que en general refiere muy lacónicamente esta historia.

puerta de su alacena, y pasó a ver al rey Schemsu-d-Daula y le dijo:

–¡*Ye* emir de los creyentes! Has de saber que esta noche te han robado todos tus tesoros y no te han dejado ni uno solo.

–¿Cómo es eso?–exclamó el rey–. Dime: ¿qué es lo que has hecho de mis caudales, de cuya guardia te encargaste?

–¡Por Alá!–exclamó el *jasandar*–. Que nada hice y que no sé cómo han podido desaparecer. Ayer mismo estuve en la cámara donde los tesoros se guardaban y pude comprobar que estaban allí todos, sin que ninguno faltara. Y hoy fui allí y ya no encontré nada. Y dizque las puertas estaban cerradas y las paredes imperforadas y los alamudes no los habían forzado. De suerte que no pudieron entrar ladrones en el cuarto.

–¿Por ventura–inquirió el rey–también los dos sacos volaron?

–Sí, mi señor–respondió el servidor.

Perdió el rey el juicio al oírlo y quedóse como sin sentido.

Pero luego se recobró de su asombro y fue allá él mismo, precedido de su *jasandar,* y pudo comprobar el expolio, y entonces airóse contra el *jasandar,* y, encarándose con unos guardias, gritóles:

–¡Hola, soldados! Sabed cómo esta noche pasada me han robado mi erario y no sé quién puede ser el ladrón que a desafiar mi cólera se atrevió.

–¿Cómo es eso?–exclamaron los de la guardia.

Y el rey les dijo:

–Preguntadle a mi *jasandar.*

Hiciéronlo así ellos y el *jasandar* les contestó repitiendo lo que ya antes le dijera a su señor.

Maravilláronse todos al oírlo y no sabían qué responderle al monarca ni cómo explicarse aquella cosa tan rara.

Pero estando así hete aquí que se presenta allí aquel ballestero del rey que a su tiempo denunciara al monarca a los dos hermanos Salim y Selim, y, dirigiéndose al soberano, le habló así:

–¡*Ye* monarca, el glorioso! Toda esta noche fui testigo de cómo unos albañiles labraban un edificio y, al despuntar el día, vi erguirse ante mí un alcázar elevado, que no tiene par en punto de solidez y suntuosidad.

–¿Cúyo es este alcázar?–hube de preguntar. Y me respondieron:

–Fue Chúder quien lo mandó edificar, pues tornó rico de su viaje y compró esclavas y mamelucos y sacó de la cárcel a sus hermanos y ahora está en su palacio viviendo con tal fastuosidad que parece un sultán.

–Registrad en seguida la cárcel–ordenó el monarca.

Hiciéronlo luego así y no encontraron en ella ni a Salim ni a Selim.

–Ya sabemos quién es el culpable –exclamó el rey–. El ladrón es el mismo que a los presos sacó de la cárcel.

–¿Y quién es, mi señor, si lo puedes decir?–preguntóle al rey su visir. Y el rey le respondió:

–No es otro que el hermano de Salim y Selim, o sea Chúder; ese ha sido, está claro, el que los dos sacos me ha robado. Así que, ¡*ye* visir!, manda en seguida un emir con cincuenta hombres para que los detengan a los tres hermanos en mi nombre y pongan el sello sobre sus bienes y me traigan a los tres, que, en cuanto vengan, los ahorcaré.

–¡*Ye* mi señor!–díjole el visir–. Modera tu genio, que Alá es clemente y no se apresura a castigar a sus siervos por sus culpas cuando se rebelan contra su bondad suma. La verdad es que quien pudo labrar en solo una noche ese palacio, según cuentan, está por encima de todos los seres de la tierra, y yo me temo que Chúder le dé que sentir al emir. Ten, pues, paciencia hasta que pensemos lo que procede y averigüemos lo que hay en el fondo de todo esto, que así, ¡*ye* rey de los tiem-

pos!, saldrás triunfante de tu empeño.

–Dime entonces, *¡ye* visir!–exclamó el rey–, qué te parece lo más prudente a ti.

–Yo soy de opinión–respondió el visir–que debes mandarle a Chúder un emir con encargo de hacerlo venir.

–Así lo haré, *¡ye* mi visir!–respondió el rey.

Y en el acto mandóle a un emir, llamado el emir Otsmán, fuese a ver a Chúder y le dijese:

«El rey te quiere ver y dispensarte su adiafa».

Y el rey recalcóle mucho al emir Otsmán:

–No dejes de traerme a Chúder.

Era el tal emir hombre tan poco listo como orgulloso y presumido.

Y al llegar al palacio de Chúder hubo de ver allí, sentado en la puerta en una silla, a uno de los esclavos de Chúder, el cual no se levantó para saludarlo con el *selam,* sin que tampoco nadie de la casa saliera a recibirlo ni se ofreciera a servirlo.

Llevaba el emir consigo cincuenta esbirros...

Pero al llegar aquí sintió Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras encantadoras.

Y LA NOCHE 378 REANUDO SU RELATO EN ESTA FORMA:

–Tengo entendido, *¡ye* monarca, el afortunado!, que, al ver llegar al emir, no se levantó el esclavo de su asiento ni lo salió nadie a recibir, y llevaba el emir consigo cincuenta esbirros.

Encaróse el emir Otsmán con el esclavo que estaba sentado y le dijo:

–Dime, esclavo: ¿dónde está tu amo?

–En el palacio–contestó el esclavo, sin levantarse del asiento, y siguió allí retrepado.

Enfurecióse el emir Otsmán e increpó al esclavo, diciendo:

–¡Esclavo de mal agüero! ¿Es que ante mí no sientes respeto? ¿Te estoy hablando y tú sigues ahí sentado como un feto malcriado?

–Mira–díjole el esclavo–, vete y no hables tanto.

No pudo aguantar más el emir y, esgrimiendo su maza de hierro, hizo ademán de agredir al procaz, sin saber que era un schaitán.

Y al ver el esclavo que se disponia a agredirle se levantó y abalanzóse a él y le quitó la maza de las manos y le dio con ella cuatro golpes soberanos.

Doliéronse los cincuenta hombres del emir Otsmán al ver maltratar de ese modo a su capitán y desenvainaron las espadas contra el esclavo, decididos a matarlo.

Pero el esclavo los increpó diciendo:

–¿Cómo es eso? ¿Os atrevéis a sacar los aceros, so perros?

Y en el acto arremetió contra los cincuenta y les partió en mil pedazos sus aceros y les propinó golpes, a diestro y siniestro.

De suerte que el emir Otsmán y sus cincuenta hombres huyeron de allí, apaleados y derrotados, y no pararon de correr hasta que se hallaron en presencia del rey, al que le contaron lo que les había pasado.

Y el emir Otsmán le dijo al sultán:

–*¡Ye* rey de los tiempos! Al llegar a la puerta del alcázar me encontré con un esclavo allí sentado en un sillón de oro, en actitud provocativa y falta de decoro. Y al verme el tal esclavo, lejos

de levantarse, se retrepó todavía más en su asiento, como para recalcarme su desprecio. Airéme yo al ver aquello y esgrimí contra él mi maza, para hacer en él un escarmiento; pero él me quitó la maza de las manos y arremetió contra mí y contra mis hombres armados y nos molió a todos a palos, hasta el punto de que tuvimos que despejar el campo y volvernos sin lograr nuestro empeño.

Gran enojo sintió el rey al oír aquel cuento, y, encarándose con el emir, lo apostrofó diciendo:

–Te mando y ordeno, *¡ye* mi emir!, que cojas quinientos hombres y vuelvas allá y me traigas aquí ese esclavo, sin tardar, y me traigas también a Chúder, su amo, así como a sus dos hermanos.

–*¡Ye* rey de los tiempos!–exclamó el emir Otsmán–. No me hacen falta esos hombres para ir allá y cumplir tu orden, que yo he de ir solo y desarmado y te los traeré a todos y los pondré en tus manos.

–Está bien–dijo el rey–. Vé tú allá, pues.

Procedió en el acto el emir a despojarse de sus armas y se vistió una túnica blanca y tomó en su mano un rosario y fuese él solito hasta el palacio, en cuya puerta encontróse al esclavo sentado. No bien lo vio el emir Otsmán, fuese hacia él y se sentó a su lado, con mucha urbanidad, y lo saludó diciendo:

–¡Sea sobre tí la paz!

–Y sobre ti–respondióle el esclavo–. ¿Qué deseas de mí?

Díjoselo el emir Otsmán y el esclavo, después de oírlo, le dijo:

–*¡Ye* mortal! Eso que pretendes no es posible, que en este asunto andan de por medio los *alifrites.*

Horripilóse el emir al oír aquello y le dijo al esclavo:

–*¡Ye* mi señor! ¿Está, por ventura, en casa tu amo?

–Sí por cierto; ahí está en el palacio–díjole el esclavo.

Díjole entonces el emir Otsmán:

–Pues ve, mi señor, y dile que el rey Schemsu-d-Daula le invita a su palacio y desea dispensarle los honores de la adiafa y le envía su *selam,* y le ruega ennoblezca con su presencia su casa.

–Está bien; lo haré–dijo el esclavo–, pero quédate tú aquí, en mi puesto, en tanto voy y vuelvo.

Hízolo así el emir Otsmán, y entre tanto fue el *efrit* a avistarse con su señor Chúder y le dijo así:

–Has de saber, *¡ye* mi señor!, cómo el rey te envió a su emir Otsmán, solo y desarmado, para que en su nombre te invitase a ir a su palacio y sentarte a su mesa, pues dice que honrarte desea. ¿Qué se le contesta?

–Ve y tráemelo acá–ordenóle Chúder.

Bajó el esclavo y le dijo al emir:

–*¡Ye* emir! Dice mi señor que puedes subir.

–Sobre mi cabeza–respondióle el emir.

Y subió al alcázar y vio allí a Chúder, rodeado de un boato como no lo pueden tener los soberanos.

–¿Qué es lo que deseas de mí?–preguntóle Chúder al emir. Y este le dijo así:

–*¡Ye* mi señor! El rey Schemsu-d-Daula es tu amigo y te manda un saludo conmigo y está impaciente por ver tu cara y ha preparado en tu obsequio una alifara. ¿No querrías, mi señor, aceptarla?

–Puesto que es mi amigo–respondió Chúder–dale de mi parte el *selam* y dile que venga él acá, en vez de ir yo allá.

–Sobre mi cabeza–contestó el emir.

Y en el acto se retiró de allí.

Y se fue a ver al monarca y le contó lo que viera en el alcázar, ponderándole su espléndida traza.

Y luego le dijo:

–Dice Chúder que vayas tú allá.

Al oír aquello gritó el monarca, diciendo:

–¡Levantaos, *ye* mis soldados!

Levantáronse todos en el acto y el rey siguió ordenando:

–Montad en vuestros caballos y que me traigan a mí el mío, que voy a ir a ver a Chúder, según me ha pedido.

Montó luego el rey en su corcel y, seguido de su ejército, dirigióse al alcázar del joven.

Y Chúder díjole al precito que le servía:

–Quiero que me traigas acá algunos de los *afarit,* tus edecanes, revestidos de humana apariencia, para que formen aquí como mi ejército y los vea el sultán al llegar y coja miedo y comprenda que mi poder es más fuerte que el suyo y que lo vencería en una contienda, si viniese en son de guerra.

Fue al punto el *efrit* y le llevó doscientos genios, disfrazados de soldados, pertrechados de armas excelentes y todos ellos corpulentos y fuertes.

Vio el rey al llegar aquella tropa de bravos guerreros y el corazón se le llenó de pavor al verlos.

Subió luego al alcázar y pasó a ver a Chúder, al que encontró sentado en una sala tal como no las tienen rey ni sultán.

Llegóse el rey a saludar a Chúder y besó la tierra entre sus manos, y el joven permaneció sentado, sin levantarse para saludarlo ni decirle: «¡Siéntate aquí, a mi lado!», sino que lo dejó que siguiera en pie, allí plantado.

Sorprendió aquí a Schahrasad la mañana y atajó el flujo de sus elocuentes palabras.

PERO LA NOCHE 379 SIGUIO DICIENDO LA MUCHACHA:

–Ha llegado a mis oídos, *¡ye* el monarca, el afortunado!, que, cuando el rey entró a saludarlo, no se levantó Chúder de su asiento ni le hizo caso ni le dijo: «Siéntate a mi lado», sino que lo dejó en pie, allí plantado.

De suerte que el rey sintió miedo y no se atrevía a sentarse ni tampoco a retirarse. Y en su interior pensaba:

«Si me tuviera miedo, no dejaría de invitarme a sentarme y me trataría de modo más amable. Puede que esté conmigo enojado por lo que hice con sus hermanos.»

Luego, por fin, díjole Chúder al sultán:

–*¡Ye* rey del tiempo! ¡En verdad que no hay nadie como tú, que tratas injustamente a tus vasallos y los despojas de sus bienes!

A lo que contestó el rey:

–*¡Ye* mi señor! Perdona mi acción, pues me cegó la ambición, y ten en cuenta que, si no hubiere culpa, no habría perdón.

Y el rey siguió a este tenor disculpándose por lo pasado y demandando perdón e indulgencia, y, entre otras cosas, recitó estos versos de un poeta:

> «*¡Ye* tú, el de noble abolengo
> y de generosa casta!
> No nos vengas con reproches
> por lo que antaño pasara.
> Si con nosotros pecaste,
> el perdón de buena gana
> te damos, y si nosotros
> contigo caímos en falta,
> perdóname tú, y en paz;
> ¡lo uno por lo otro se vaya!» [21]

Y así continuó el rey disculpándose y humillándose entre las manos de Chúder, hasta que este, al fin, le dijo:

–Perdónete Alá.

Y lo mandó sentar.

[21] Suprimido en la edición de Bulak.

Sentóse el rey y el joven le mandó vestir el ropaje del perdón y mandó extender los tapices y servir de comer, y todos comieron a placer, y de sobremesa mandó Chúder regalar sendas *aljalás* a los individuos de la escolta real.

Dispúsose luego el monarca a partir y, despidiéndose del joven, regresó a su alcázar escoltado por sus hombres.

Siguió el rey, desde aquel día, yendo diariamente a visitar a Chúder, y en su casa celebraba el diván, de suerte que al cabo la amistad y el afecto los unieron a ambos con lazos estrechos.

Y mantuvieron estas relaciones un espacio de tiempo, hasta que, un día de los días, hubo de decirle a solas el rey a su visir:

–¡*Ye* mi visir! En verdad te digo que temo que Chúder quiera matarme y alzarse con mi reino, contra todo derecho.

–¡*Ye* mi señor!–díjole su visir–. Si eso temes de Chúder, ¿por qué no lo casas con tu hija y de ese modo seréis los dos familia?

–¡*Ye* mi visir!–respondió el rey–. Apruebo tu opinión y desde ahora te elijo medianero entre los dos.

–Está bien–dijo el visir–. Pues escucha lo que te voy a decir. Invitarás a Chúder a que venga acá y nosotros nos apostaremos en el salón, y tú le dirás a tu hija que se componga y se engalane con sus mejores joyas y sus más ricos trajes y que, como por equivocación, se asome a la puerta del salón, de suerte que el joven pueda verla, que, en cuanto la viere, quedará prendado de su belleza. Y en cuanto nosotros notemos que le ha gustado la chica, le advertiremos que es tu hija.

–Muy bien pensado, mi visir–díjole el rey–. Lo voy a hacer así.

Y acto seguido mandó preparar el rey un festín opíparo e invitó a Chúder, el cual aceptó y trasladóse al serrallo [22] del sultán y estuvieron sentados en la sala, departiendo en términos de gran afectuosidad, hasta que el día vino a expirar.

Mandara decir el sultán a su esposa que vistiera a su hija con sus mejores galas y se asomara con ella a la puerta de la sala. Hizo su esposa lo que él le mandó y se asomó con su hija a la puerta del salón, de suerte que Chúder la vio y pudo admirar su belleza prodigiosa, que la hacía sobresalir entre todas las hermosas.

Y al verla Chúder, exclamó:

–¡Ah!

Y se aflojaron los miembros de su cuerpo y se apoderaron de él la pasión y el deseo.

Y el visir, al advertirlo, le dijo:

–¿Qué te pasa, mi señor? Noto que has cambiado de color y descubro en tu rostro indicios de dolor.

–¡*Ye* visir!–díjole Chúder–. Esa joven es una joven fatal, que me ha robado en un momento el juicio y la serenidad.

–Esa joven–respondióle el visir–es la hija de tu amigo el rey; si en verdad te ha gustado, no tengas cuidado, que yo al rey le hablaré y haré que por esposa te la dé.

–¡*Ye* visir!–exclamó Chúder–. Te conjuro a que lo hagas así.

Habló el visir unas palabras en secreto con el rey y le dijo:

–¡*Ye* monarca del tiempo! Has de saber cómo Chúder desea emparentar contigo y me ha encargado te diga que querría casarse con tu hija, la señorita Asiya.

No lo desaires, pues, ni a mí tampoco, que, cuanto como azidaque le pidieras, de antemano concedido lo tienes.

–El azidaque–exclamó el rey–ya le he recibido y mi hija es una esclava que se honrará en servirlo.

Pero al llegar aquí sintió Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras seductoras.

[22] Del árabe *seraya*.

Y LA NOCHE 380 REANUDO SU RELATO EN ESTA FORMA:

–Ha llegado hasta mí la fama, ¡*ye* monarca, el afortunado!, de que el rey Schemsu-d-Daula le dijo a su visir:

–El azidaque ya le he recibido y mi hija es una esclava que se honrará en servirlo.

Pasaron la noche todos juntos y, luego que la mañana amaneció, reunió el rey su diván y convocó a él a emires y gente del pueblo, los cuales comparecieron, y también presentóse entre los demás el Scheiju-l-Islam [23].

Pidió Chúder en toda regla la mano de la princesa, y el rey, su padre, dijo:

–El azidaque ya le he recibido.

Extendieron en seguida la partida de casamiento y anudaron los sartales del regocijo y el contento. Y repicaron los atabales y sonaron las dulzainas y chirimías y fue general la alegría. Durmió luego Chúder con su esposa, y él y el rey vinieron a ser una misma cosa.

Vivieron desde aquel día todos juntos en amor y buena armonía, hasta que, pasado tiempo, vino a morir el sultán y las tropas proclamaron a su yerno rey en su lugar.

Rehusó aquel aceptar; pero los militares insistieron y tanto hicieron, que al cabo Chúder resolvió aceptar y se sentó en el trono del sultán.

Y lo primero que hizo Chúder fue mandar labrar una aljama sobre la tumba del difunto monarca, en el barrio de la Bundukaniyah [24], y la dotó de rentas para sostenerla.

Estaba la casa de Chúder en el barrio de los albañiles y al subir Chúder al trono de sultán mandó que se llamara en lo sucesivo el barrio Chuderiyo [25].

Reinó Chúder tiempo como sultán y nombró a sus hermanos sus visires, y Salim y Selim fueron y el uno al otro se dijeron:

–¿Hasta cuándo, hermano, vamos a ser los servidores de Chúder? ¿Es que vamos a aguantar toda la vida esta humillación, sin gozar del poder y la satisfacción?

Y dijo el uno de ellos:

–¿Y cómo vamos a arreglarnos para matarlo?

Y dijo el otro:

–Si ideo alguna astucia para lograr nuestro propósito, ¿consentirás en que yo sea sultán y tú mi visir de la mano derecha y sea para mí el anillo y para ti el saco encantado?

–Acepto desde luego, hermano–dijo el otro.

Y desde aquel momento se juramentaron para matar a Chúder, movidos de su amor a las cosas mundanas y al mando y el poder soberanos.

Idearon después Selim y Salim una añagaza contra su hermano Chúder y fueron y le dijeron:

–¡*Ye* hermano nuestro! Querríamos que honrases nuestras casas y nos visitases y te sentases a nuestra mesa y comieses con nosotros, que así nos sentiríamos honrados y gozosos.

–Está bien–djo Chúder–; pero ¿en casa de cuál de vosotros se va a dar la comida?

Y Salim contestó:

–En la mía.

[23] El principal doctor de la ley entre los musulmanes, cargo creado por el sultán de Turquía Mohammed II, cuando tomó Constantinopla (1453 de nuestra era).

[24] Así llamado por los fabricantes de ballestas (Bunduk) que lo habitaban; hoy la voz Bunduk ha pasado a significar arma de fuego. El barrio subsiste y en él radica el famoso parador llamado Janu-l-Hamzaui (Burton).

[25] Según Burton, este barrio tomó su nombre de una de las tropas de los jalifas fatimíes.

–Pues vamos allá en seguida.

Y Chúder marchó allá en compañía de su hermano Salim, y este le tenía preparada una comida en la cual echara veneno y que Chúder ingirió sin recelo. No bien probara los primeros bocados desprendiósele a Chúder la carne de los huesos por efecto de aquel veneno.

Luego que Salim lo advirtió dispúsose a quitarle a su hermano el anillo del dedo; pero aquel le dio un mordisco y entonces el traidor echó mano del cuchillo y le cortó a su hermano el dedo en que tenía el anillo.

Oprimió luego Salim el anillo de sello y en el acto se presentó el genio, diciendo:

–Señor, aquí me tienes; ¿qué es lo que de mí quieres?

–Mándote–díjole Salim–que cojas a mi hermano Selim y lo mates y cargues luego con él y con Chúder y arrojes sus cadáveres a los pies de los capitanes del ejército, para que vean que están muertos.

Hízolo así el precito y, al ver los dos cadáveres, preguntaron los capitanes:

–¿Quién hizo así con el rey y su visir?

–Su hermano Salim–díjoles el *efrit*.

Adelantárase Salim entre tanto y dirigióse a los capitanes del ejército, diciendo:

–Comed y holgaos y refocilaos, que tengo en mi poder el anillo de mi hermano Chúder y este genio que aquí veis está al servicio del anillo y hace cuanto yo le digo. El fue quien, por orden mía, mató a mi hermano Selim, del cual quería yo deshacerme para que no me arrebatase el reino, que era un falso y un pérfido, y yo temía me jugase una mala partida. Cuanto a Chúder, ya veis que también lo mandé asesinar, de suerte que ahora soy yo vuestro sultán, y nada más. Decid, pues, si estáis dispuestos a acatar mi imperio.

–Si–dijeron ellos–; de hoy más serás nuestro rey y nuestro sultán.

Mandó luego Salim enterrar a sus hermanos y constituyó su diván y organizóse la comitiva fúnebre, yendo unos delante y otros detrás de los féretros de los dos interfectos.

Sentóse luego Salim en su trono y lo proclamaron sultán y un espacio de tiempo estuvo gobernando el reino.

Hasta que, un día de los días, expresó este deseo:

–Quiero en seguida casarme con la viuda de mi hermano Chúder.

–No puede ser ahora–dijeron los visires–: hay que aguardar a que se cumpla el término legal [26].

A lo que contestó el sultán:

–Yo no entiendo de términos legales ni demás garambainas y ambages, y, por vida de mi cabeza, que he de dormir esta misma noche con ella.

Extendiéronle, pues, su partida de casamiento y fueron a comunicárselo así a la princesa Asiya, la hija del rey.

–Está bien–dijo la princesa–; decidle que venga.

Fue Salim allá y la viuda hízole demostraciones aparentes de júbilo y contento y le dio la bienvenida y le obsequió con un vaso de refresco, en el que previamente echara veneno.

Bebiólo Salim y en el acto expiró y entonces la princesa el anillo le quitó y lo rompió para que en lo sucesivo nadie pudiera ser dueño del anillo.

Y esto es en verdad cuanto ha llegado a nosotros de la historia de Chúder en toda su integridad [27].

[26] Cuatro meses y diez días. «Y los de vosotros, que mueran y dejen mujeres, esperarán ellas por sí mismas cuatro meses y diez días», *Corán*, sura II, *Al-Bakra* (La vaca), versículo 234.

[27] La versión alemana de Weil, hecha de un manuscrito que se conservaba en la Biblioteca ducal de Gotha–el Códice gothano que Moeller incluía en su catálogo de 1826, citado por Kosegarten–, difiere grandemente de la que aquí damos y lleva el título de *Historia de Judar del Cairo y Mehmud de Túnez*.



HISTORIA DE HIND-BENTU-N-NOMAN

(Noches 380 y 381)

Donosa historia de amor, propia para distraer el tedio de un jalifa y sin más interés que el de la gracia con que está contada. En ella chocan dos caracteres igualmente impulsivos y desenfadados: el de esa bella entre las bellas de su tiempo, Hind-bentu-n-Nôman–asusta pensar que ya será polvo esa belleza–, y el famoso Al-Hachach, general de las tropas del jalifa Abdu-l-Mélek-ben-Meruán, de la dinastía de los Umeyya, de cuyo genio violento ya en otro lugar hemos hablado.

Al-Hachach encuentra en Hind quien le dé la réplica, y si se venga repudiándola, no sale ella perdiendo, pues el jalifa la hace su esposa y permite que se vengue del agravio, imponiendo al terrible general una humillación de las que hacen época. La anécdota es como una instantánea, en la que se delinea al magnesio la picante silueta de esa traviesa Al-Hind, cuyo nombre ya indica algo simbólico del carácter, pues significa, entre otras cosas, espada buida, de las que se elaboran en la India (Al-Hind).

La versión Mardrus-Prometeo trae esta anécdota, en unión de otras, bajo el epígrafe, un tanto extemporáneo, de Consejos de la generosidad, *y transcribe, a la francesa, Al-Hachage. Galland y Weil la omiten.*

–Y cuentan también que había una vez una mujer llamada Hind-bentu-n-Nômán, la cual era, a no dudar, la más hermosa de las hembras de su tiempo, según todos los que la conocieron.

Y sucedió que le ponderaron a Al-Hachach su belleza singular y el emir la pidió en matrimonio, dotándola de una suma cuantiosa, y se casó con ella, dándole, además del azidaque, doscientos mil darahem, y vivió con

ella un espacio de tiempo considerable.

Y ocurrió un día de los días que Al-Hachach pasó a ver a su mujer y la sorprendió mirándose al espejo y diciendo:

–¿Qué es Hind, después de todo,
sino una jaca arábiga
de pura sangre que
con un burro ayuntara? [1]
Si pare, pues, un potro,
que Alá se lo bendiga;
mas si pare una mula,
no será maravilla.

Luego que eso oyó Al-Hachach salióse de la habitación y nunca más volvió.

No sabía la joven nada de lo ocurrido. Pero Al-Hachach decidió repudiarla y, a ese fin, le envió a Abdu-l-Lah-ben-Táhir para que se lo comunicase.

Entró Abdu-l-Lah a verla y le dijo:

–Al-Hachach me manda a decirte que se había retrasado en darte los doscientos mil derahem, que vengo a entregarte. Y tengo, asimismo, encargo de comunicarte que quiere repudiarte.

A lo cual la joven contestó, sin inmutarse:

–Has de saber, *¡ye* Ibn-Táhir!, que en todo el tiempo que viví con Al-Hachach no gocé un momento de felicidad. Así que, si nos divorciamos, nunca, por Alá, me habrá de pesar. Y esos doscientos mil derahem te los regalo a ti en albricias de haberme venido a anunciar que quedaba libre por fin de ese perro rabioso que me hacía sufrir.

Luego de eso hubo de llegar a oídos del emir de los creyentes Abdu-l-Mélek-ben-Meruán la fama de la belleza de aquella mujer y de su gracia extremada...

Sintió aquí Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras encantadoras.

PERO LA NOCHE 381 REANUDO SU RELATO EN ESTA FORMA:

–Tengo entendido, *¡ye* monarca, el afortunado!, que el emir de los creyentes, Abdu-l-Mélek-ben-Meruán, luego que oyó ponderar la belleza sin par de Hind-bentu-n-Nômán, mandó un emisario a pedir su mano, y ella, después de oírlo, le escribió al emir una carta en la que había escrito: «¡Loor a Alá y la zalá sobre su profeta Mohammed!

»Y después: Has de saber, *¡ye* emir de los creyentes!, que el perro lamió el plato.»

Luego que el emir de los creyentes leyó la misiva no pudo contener la risa y escribió otra en la que decía:

«Dijo Alá (exaltado sea y glorificado): Si el perro lame el plato de uno de vosotros, lo lavará siete veces, una de ellas con tierra.»

Y añadía:

«Limpia, pues, la mancha del sitio de uso.»

Luego que leyó la joven la carta del emir de los creyentes sintió la comezón de contestarla y escribió al emir lo siguiente:

«Después de loar a Alá y hacer sobre su profeta la zalá.

»Has de saber, *¡ye* emir de los creyentes!, que solo me casaría contigo con una condición, y si me preguntas cuál es, te la diré:

»Ha de ser Al-Hachach quien me conduzca a tu país y ha de ir descalzo con el mismo traje que suele vestir.»

Luego que leyó el emir la breve mi-

[1] Alusión a Al-Hachach.

siva echóse a reír, soltando una carcajada ruidosa y alta.

Y mandó en el acto llamar a Al-Hachach y le confirió aquel encargo.

Luego que leyó Al-Hachach la carta del soberano, acató su mandato y se dispuso a ejecutarlo.

Comunicó en seguida a Hind la orden del emir y le intimó que se apercibiera al viaje a su país; hízolo así ella y montó en su litera y Al-Hachach, seguido de su escolta, fue a recibirla a la puerta de su casa misma.

Púsose luego en marcha el cortejo e Hind iba en su litera, rodeada de sus doncellas y sus eunucos, y Al-Hachach marchaba tras ella, descalzo y conduciendo al buey de las riendas.

Y al verlo Hind de aquella guisa empezó a reírse y burlarse de él y les dijo a sus doncellas:

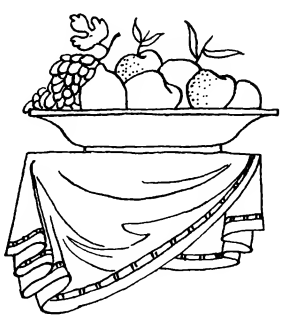
–Descorred el velo de la litera.

Descorrió el velo la doncella y cruzáronse las miradas de Al-Hachach y las de ella.

E Hind, al verlo a él, se echó a reír.

Y no paró de reír y gastarle bromas a Al-Hachach hasta que llegó a la corte del emir Abdu-l-Mélek-ben-Meruán.

Y le tomó luego tal cariño el jalifa que llegó a ser su favorita.





HISTORIA DE HARUNU-R-RASCHID CON LA MOCITA ARABE

(Noche 381)

Anécdota que pone de resalto el aprecio que Harunu-r-Raschid, y en general todos los monarcas árabes, hacían del talento poético, así en el hombre como en la mujer. A esta improvisadora del cuento le vale el honor de entrar a formar parte del harén del jalifa y unir su sangre con la del Profeta.

–Cuentan también que Harunu-r-Raschid, el emir de los creyentes, salió un día de paseo, acompañado de su visir Châfar, el Barmeki, y hubo de encontrarse con unas muchachas que estaban sacando agua.

Dirigióse a ellas el jalifa y pidióles de beber, y entonces una de las jóvenes se encaró con él y recitó estos versos:

–Dile a tu imagen que venga
y me abrace mientras duermo,
para que así yo descanse
y se me apague este fuego,
incontenible y voraz,
que me calcina los huesos,
y hace que sobre puñales
me revuelva yo en el lecho.
Si tú no puedes venir,
mándame al menos tu espectro.

Maravillóse el jalifa así de la belleza como de la elocuencia de la mocita, y le dijo:

–*¡Ye* hija de noble raza! Esos versos que de recitar acabas ¿son de tu invención o de tu erudición?

–Son de mi invención–ella respondió.

–Si es verdad lo que dices–exclamó el jalifa–expresa ese mismo tema en otra letrilla.

Y la muchacha improvisó en seguida:

–Dile a tu imagen se abstenga
de visitarme en el sueño,
para que así yo descanse
y se me apague este fuego
y deje de revolverme
en un espinoso lecho.

Yo soy la misma de siempre,
como tú sabes de cierto;
pero si nunca he de verte
tu amor ¿para qué lo quiero?

–*¡Ye!*–exclamó el jalifa al oír a la muchacha–. Esos versos que dices no son tuyos, sino que tú te los atribuyes.

–Son míos, de mi cosecha–protestó ella.

–Si así es–dijo el jalifa–vuelve a expresar el mismo tema en otra rima.

Y la muchacha improvisó en seguida:

–Dile a tu imagen no venga
a visitarme en el sueño,
para que así yo descanse
y se me apague este fuego
que el costado me consume
y me calcina los huesos
y hace que con llanto ardiente
riegue en la noche mi lecho.

Luego que oyó aquellos versos preguntó el jalifa a la mocita:

–¿De qué aduar de por aquí eres?

Y ella le contestó lo siguiente:

–Tengo mi casa en el centro y una alta columna la sostiene.

Infirió de ahí el jalifa que la muchacha pertenecía a familia jerifa [1].

Y luego, a su vez, preguntóle la mocita:

–Y tú, ¿de qué vivero procedes?

Y el jalifa le contestó:

–Soy un árbol de los más copudos y que da los frutos más maduros.

Besó entonces la muchacha la tierra y exclamó:

–¡Dote Alá de poder creciente al emir de los creyentes!–e invocó sobre el jalifa las bendiciones divinas. Después de lo cual alejóse de allí con las otras chicas.

Y el jalifa entonces volvióse a Châfar, su visir, y le dijo así:

–He de casarme con esa mocita sin que nadie me lo impida.

Fue en seguida Châfar a ver al padre de la chica y le dijo:

–El emir de los creyentes quiere casarse con tu hija.

Y el árabe le respondió:

–Está bien. Cógela y llévala a nuestro señor y que como esclava le sirva.

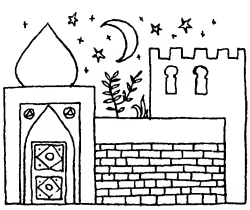
Proveyóla luego de su ajuar nupcial y se la entregó a Châfar, el cual la condujo al alcázar del jalifa y este se casó con ella en seguida y luego le cobró tal cariño que llegó a ser una de sus favoritas.

Diole el jalifa a su padre una suma considerable, con lo que llegó a ser de los principales entre los árabes.

Fuese después de eso el padre de la joven a la misericordia de Alá y ella sintió por su muerte gran pesar.

Hasta que, al cabo, ella y todos los demás fueron también a descansar en la misericordia de Alá (exaltado sea por toda una eternidad).

[1] Noble, *scherif.*





HISTORIA DE AL-AZMÂI Y LAS TRES MOCITAS

(Noches 381, 382 y 383)

Esta anécdota es otro ejemplo de munazira *o justa poética, género literario tan dilecto de los árabes, por lo que tiene de prueba de ingenios, como los torneos caballerescos, en que se acreditaban el vigor y la destreza físicos. Al-Azmâi, más crítico que poeta, hace aquí de árbitro y dicta un fallo, que no puede ser más justo, y que nos vale, al mismo tiempo, una buena poesía y una buena lección de Retórica.*

El nombre completo del escritor era Abu-Sâid-Abdu-l-Máliki-ben-Huraib. Nació en 122 y murió en 216 de la hechra *(740-831 de nuestro cómputo). Dejó numerosas obras, entre ellas algunas de Geografía e Historia Natural, y recopiló muchas poesías de autores antiguos.*

Su kunia *o sobrenombre de Al-Azmâi lleva la connotación de tenacidad y hasta de testarudez.*

–Y cuentan también que el emir de los creyentes, Harunu-r-Raschid, una noche de las noches, se vio acometido de un insomnio tenaz que no le dejaba dormir.

Por lo que, al cabo, levantóse del lecho y se puso a pasear por su alcázar, de una en otra sala, sin que el desvelo lo dejara.

Luego que amaneció la mañana ordenó el jalifa:

–Que me traigan a Al-Azmâi en seguida.

Fueron en el acto sus esclavos y les dijeron a los porteros de palacio:

–El emir de los creyentes os manda que vayáis por Al-Azmâi y se lo traigáis.

Fueron aquellos por él y lo trajeron, y el jalifa le dijo al verlo:

–¡*Ye* Al-Azmâi! Quisiera de ti que me contases las noticias más notables que supieses acerca de las mujeres y los versos más célebres que de poetisas conocieres.

–Muchos sé sobre eso–díjole Al-Azmâi–; pero los que más me gustan son tres poemas que tuve ocasión de oírles a tres de ellas.

Pero al llegar aquí sorprendió a Schahrasad la mañana y puso dique a sus desbordadas y fascinadoras palabras.

Y LA NOCHE 382 SIGUIO DICIENDO LA MUCHACHA:

–He llegado a saber, ¡*ye* monarca, el afortunado!, que Al-Azmâi díjole al emir de los creyentes, Harunu-r-Raschid:

–Muchos versos he oído de mujeres, pero los que más me gustaron fueron tres poemas que les oí a tres de ellas.

–Pues dime todo lo que a ese respecto sepas–díjole el emir.

–Has de saber, ¡*ye* emir de los creyentes!–díjole Al-Azmâi–, que yo viví un año entero en Bazra y una vez me ocurrió que me apretó el calor y busqué un sitio a propósito para dormir la siesta en él, y, por lo pronto, no lo encontré.

Pero estando yo así mirando a derecha e izquierda, he aquí que vi un lugar muy limpio, barrido y regado y en él un banco.

Sentéme en él en seguida y me dispuse a echar una siestecita.

Cuando hete aquí que vino a deleitar mis oídos la dulce voz de una jovencita, que decía:

–Ved, hermanas mías, que nos encontramos aquí reunidas en amigable compañía. Pues bien: se me ocurre una idea, y es que voy a poner aquí trescientos dinares y cada una de nosotras dirá un verso, y la que diga el mejor se llevará el premio.

–Nos parece muy bien–dijeron las demás. Y la que hablara la primera empezó luego a declamar:

–Me gusta mucho que acuda
él a visitarme en sueños;
pero más me gustaría
estar yo despierta y verlo.

Calló la primera y dijo la de en medio:

–En sueños me vino a ver,
pero era sólo su espectro.
–Bien venido–dije yo–.
¡Muy bien venido, mi dueño!

Calló la de en medio y la más pequeña declamó estos versos:

–¡*Ye* quién tuviera la suerte
de verle siempre en el sueño!
Que es más dulce que el almizcle
el aroma de su aliento.

Al oír yo aquellos versos díjeme para mis adentros: «Magnífico fue el regalo que el sino me deparó; pero, en fin, ya se acabó.»

Levantéme luego del banco y me dispuse a retirarme de allí, cuando, de pronto, siento que se abre una puerta y sale una jovencita por ella, y, llegándose a mí, me dice:

–Siéntate, *scheij*, aquí.

Torné yo a sentarme en el banco y la joven se sentó a mi lado y me entregó una hojita de papel, en la que hallé escritas las siguientes líneas:

«Ha de saber el respetable *scheij* (así

alargue Alá sus días) cómo nosotras somos tres hermanitas que nos reunimos para solazarnos en compañía y pusimos trescientos dinares como premio para aquella de nosotras que improvisara el mejor verso, y te elegimos a ti como juez y árbitro que decidiera sobre nuestros méritos.

»Juzga, pues, y pronuncia tu fallo con toda equidad. ¡Y la paz!»

–Tráeme tintero, caña y papel–díjele a la muchacha.

Fuese ella y volvió al cabo de un ratito trayéndome todo lo que le había pedido, es decir, un tintero de plata, papel y una caña dorada.

Tomélo yo todo, y, tras meditar un momento, escribí los siguientes versos:

–Una vez tres jovencitas
a conversar se pusieron
y el secreto de sus almas
sin rebozo descubrieron,
expresándose, elocuentes,
en muy bien rimados versos.
Y dijo así la primera,
dulcemente sonriendo,
dejando ver unos dientes
iguales y marfileños:
–Con mi amado me complace
soñar y dormida verlo;
mas mucho más me agradara
si fuera verdad mi sueño.
Pero al terminar aquella
y quedarse ya en silencio,
tomó otra la palabra,
y dijo con dulce acento:
–Su imagen, solo su imagen,
se me apareció, durmiendo,
y le dije: '¡Bien venido!
¡Aquí me tienes, mi dueño!'
Calló también la segunda
y habló la menor, diciendo
con voz aún más melodiosa
y ritmo más placentero:
–¡*Ye* quién la suerte tuviera
de todas las noches verlo,
en su lecho, aunque tan sólo
se tratara de su espectro!
¡Que es más grato que el almizcle
ese dulce pensamiento!
Calló también la pequeña
y yo me quedé perplejo;
pero, al cabo, a la menor
decidí otorgar el premio,
pues encontré, a la verdad,
tras torturar mi cerebro,
que los versos que dijera,
aparte su sentimiento,
más que todos los demás
se acercaban a lo cierto.

Sorprendió aquí a Schahrasad la aurora y cortó el hilo de sus palabras cautivadoras.

PERO LA NOCHE 383 REANUDO SU RELATO EN ESTA FORMA:

–Ha llegado a mi noticia, ¡*ye* rey, el afortunado!, que Al-Azmâi siguió diciendo a Harunu-r-Raschid:

–Luego que hube escrito aquel poema se lo entregué a la muchacha y me dispuse a retirarme a mi casa.

Pero en aquel momento sentí que una segunda joven me llamaba; volví la cabeza y la joven me dijo:

–¡*Ye* Al-Azmâi, no te vayas!

Luego se acercó a mí y me arrojó un bolso con trescientos dinares y me dijo:

–Ese bolso era para mí; pero yo te lo cedo a ti, como regalo, en recompensa por tu fallo.

Luego que Al-Azmâi terminó su relato, díjole el emir de los creyentes, Harunu-r-Raschid:

–¿Y por qué diste el premio de la *munazira* a la menor de las muchachas?

–¡*Ye* emir de los creyentes!–exclamó Al-Azmâi–. ¡Alargue Alá la permanencia del jalifa! Dile el premio a la menor, porque la mayor dijo así:

«Me place que mi amado me visite en el sueño.»

Y eso es cosa eventual, que depende del azar; está sujeto a condición y lo mismo puede ocurrir que no.

La de en medio, por su parte, se limitó a decir que el espectro del amado visitárala mientras dormía y que ella le dio la bienvenida.

En cambio la más pequeña dio a entender en sus versos que su amado la visitó realmente en su sueño y que aspiró su aliento, más fragante que el almizcle y más placentero.

–Tienes razón, Al-Azmâi–asintió el jalifa, y le regaló un bolso con trescientos dinares como el que le diera aquella joven por su dictamen.





HISTORIA DE CHAMIL-BEN-MOAMIR Y EL EMIR DE LOS CREYENTES HARUNU-R-RASCHID

(Noches 383 a 385)

Historia de amor romántico que termina trágicamente, como las de Hero y Leandro y Píramo y Tisbe, y, como ellas, parece encerrar la intención moralizadora de mostrar el castigo a que se hacen acreedores los amores ilícitos. Literariamente es de una gran belleza, y ese amante lavando con todo primor y besando la boca del león que devoró a su adorada, por haber estado en contacto con ella, es un alarde imaginativo y afectivo típicamente oriental.

Chamil (Bello, Hermoso o Camilo de nuestro santoral)–ben-Môamir-l-Uzri fue un poeta famoso no solo por sus versos, sino por su romántico amor a Botsaina, hermosa joven de su misma tribu, cuya familia lo hizo objeto de oposición tenaz. Los amores de Chamil con Botsaina respiran la misma idealidad que los de Dante con Beatriz, Pasión sublimada en poesía y misticismo. Para el poeta de Uzra, lo mismo que para el vate toscano, la adoración exclusiva de una sola mujer, o sea, el monoteísmo erótico, era una confirmación de su monoteísmo religioso. Nadie como él, pues, para referir esa historia de amor, de un amor contrariado como el suyo, pero fiel hasta la muerte. Sobre Chamil-ben-Môamir pueden hallarse interesantes anécdotas en la obra de Al-Bikâi, As-Suaku-l-Aschuak (Los zocos de los amores).

La introducción en esta historia de Chamil-ben-Môamir es un anacronismo de bulto, pues el poeta uzri era ya muerto muchos años antes de nacer el jalifa Harunu-r-Raschid. Nótese, de pasada, la semejanza entre el comienzo de esta historia y el de la que va anteriormente de Ibn-Manzur y sitt *Budur.*

–Y cuentan también los que cuentan que Mesrur, el servidor del jalifa Harunu-r-Raschid, solía referir:

Sucedió una noche de las noches que el emir de los creyentes padecía un insomnio tenaz y rebelde y me dijo a mí:

–¡*Ye* Mesrur! Mira a ver quién de los poetas está en la puerta.

Salí yo a mirar y me encontré allí con Chamil-ben-Môamir, el Uzri.

–Pasa–le dije–, que el emir de los creyentes quiere verte.

–Oír es obedecer–respondió él.

Entréme yo y entróse él detrás de mí, hasta que lo puse en las manos del emir.

Hízole el poeta a Harunu-r-Raschid el saludo reservado a los jalifas y el emir de los creyentes le devolvió el *selam* y lo mandó sentar.

Y después le dijo:

–¡*Ye* Chamil! ¿No tendrías, por casualidad, alguna historia interesante que contar?

–Sí por cierto, ¡*ye* emir de los creyentes!–respondióle Chamil–; pero ¿qué es lo que prefieres que te cuente: algo que yo mismo viera o algo que por referencias conociera?

–Cuéntame–díjole el jalifa–algo que vieras tú mismo, con tus propios ojos, en el transcurso de tu vida.

–Muy bien, ¡*ye* emir de los creyentes!–exclamó Chamil–. Pues vuélvete hacia mí por completo y conságrame tus oídos por entero.

Y el emir de los creyentes, Harunu-r-Raschid, luego de arrellanarse bien en su recamado almadraque, díjole al poeta Chamil:

–¡Hala, Chamil, venga de ahí!

–Has de saber, ¡*ye* emir de los creyentes!–empezó Chamil–, que estuve yo una vez locamente enamorado de una muchacha [1] y solía verme con ella y en ella tenía cifrada toda mi ambición de las cosas mundanas.

Y sucedió que una vez hubo su familia de levantar con ella el campo e irse a otra parte en busca de mejor pasto.

Transcurrió, pues, algún tiempo sin que yo la viera hasta que al cabo el amor empezó a desasosegarme y a tirar de mí con fuerza hacia ella y mi alma a atosigarme con la idea del viaje.

Y una noche de las noches empujóme al fin el amor, con fuerza irresistible, hacia el lugar donde la podría hallar.

De suerte, pues, que me levanté y ensillé mi camella y me lié el turbante a la cabeza y me vestí mis ropas más viejas y me ceñí al costado la espada y me colgué del hombro la lanza y monté en mi camella y la espoleé sin saber, a la verdad, hacia dónde ir ni hacia dónde el sino me querría conducir.

Y fui cabalgando sin parar, con el ansia de encontrar las huellas de mi amada, cruzando vados y yebalas, hasta que, una noche de las más tenebrosas, hube de encontrarme en un paraje, donde por todas partes oíanse rugidos de leones y aullidos de chacales y bramidos de fieras espantables.

Y se me turbó la razón y se me cayó el corazón, pero mi lengua no cesaba por ello de invocar el nombre de Alá.

Y yendo de esta guisa vine a ser presa del sueño y mi camella me llevó fuera del camino, y seguí caminando hasta que sentí que una cosa me daba en la cabeza y me desperté. Y, al abrir los ojos, vine a hallarme en un ameno prado, muy plantado de árboles y regado de arroyuelos, con avecillas posadas en las ramas y que sus trinos y gorjeos modulaban.

Como la arboleda era intrincada, apeéme yo de mi cabalgadura, y, cogiendo de la rienda a mi camella, eché a andar despacito con ella, hasta que salí de aquella algaba y me encontré de nuevo en campo abierto, y entonces

[1] Botsaina.

volví a montar y me dejé conducir por la bestia, sin saber adónde el sino me querría llevar ni en qué aquello vendría a parar.

Cuando hete aquí que diviso a lo lejos, en medio de aquellas tinieblas, el reflejo de un fuego. Y en seguida, dirigí hacia allá el rumbo, y, luego que ya estuve más cerca de aquella fogata, pude ver que había allí una tienda plantada y, delante de ella, una lanza hincada en la tierra, con una banderola que flameaba y caballos atados y camellos apacentando, y en mi interior me dije: «De fijo que en esta tienda se encierra algún misterio, cuando está aquí sola en medio de estos vastos yermos.»

Y fuime a ella, diciendo:

–La paz sea con vosotros, *¡ye* gente de la tienda!, y la misericordia de Alá y su *selam.*

Y entonces salió de la tienda un joven como de diecinueve años de tal hermosura que semejaba una fulgente luna y con los signos del valor entre sus ojos escritos, y contestando a mi saludo, me dijo:

–¡Sea contigo la paz! ¡Y la misericordia y la bendición de Alá, hermano el árabe! Tu traza me hace sospechar que eres un viajero que erró su camino y anda sin rumbo fijo.

–Así es, en verdad–le dije yo–. Y por la misericordia de Alá te suplico que me quieras guiar y encarrilar.

Sorprendió aquí a Schahrasad la mañana y cortó el hilo de sus palabras encantadoras.

PERO LA NOCHE 384 REANUDO SU RELATO EN ESTA FORMA:

–Tengo entendido, *¡ye* monarca, el afortunado!, que Chamil le dijo a aquel muchacho:

–Por la misericordia de Alá, te ruego que me quieras encaminar.

–*¡Ye* hermano el árabe!–díjole el joven–. Esta tierra nuestra está infestada de leones y la noche es asaz tenebrosa y fría, y, si te atreves a seguir caminando, no podrás evitar que las fieras te acometan y hagan en ti presa. Apéate más bien de tu camella y cobíjate en mi tienda, donde podrás estar con toda holgura y comodidad hasta que venga de nuevo la mañana, y entonces te indicaré el camino y podrás seguir con rumbo a tu destino.

Seguí el consejo del muchacho y me apeé de mi camella y le di un pienso y luego me quité las ropas y me aligeré y me senté.

En tanto el muchacho fue y buscó un cordero y lo sacrificó y lo puso al fuego y lo asó.

Entró luego en la tienda y sacó de allí sal de la buena, y tornó a sentarse al fuego, y se puso a picar trocitos de carne del cordero y a asarlos y ofrecérmelos, y en tanto eso hacía, unas veces lloraba y otras gemía.

Hasta que, al fin, lanzó un suspiro ruidoso y prorrumpió en un franco lloro.

Y a continuación declamó estos versos:

–Nada le queda al cuitado
más que su débil aliento
y unos ojos, cuyas niñas
los dejaron hace tiempo;
ni una sola coyuntura
tiene ya en todo su cuerpo,
que el dolor no le torture
con sufrimientos acerbos.
Su llanto sin cesar mana
y las entrañas con fuego,
que nunca se entibia, quema,
y es tan grande su tormento,
que sus propios enemigos
lloran de piedad al verlo.
(¡Guay de aquel que en vez de envidia
ya inspira piedad y duelo!)

Pero él, no obstante, calla
y sufre todo en silencio.
¡Y no se queja, por más
que lo aflija el sino adverso! [2]

Inferí yo de ahí, *¡ye* emir de los creyentes!, que aquel joven era un amante desdichado–que nadie entiende de pasión sino aquel que probó su sabor–y a mí mismo me dije: «¿Le pregunto la causa de su dolor o no?» Y me contestaba: «No, no le pregunto nada. ¿Cómo voy a interrogarlo estando en su casa?»

Así que me contenía y seguía comiendo y así continué hasta que me sacié.

Luego que di por terminado el yantar, entró el joven en la tienda y tornó trayendo una jarra muy linda y una jofaina magnífica, amén de una toalla de seda con los picos bordados en oro rojo, y una redoma de almizcle y agua de rosas.

Maravilléme yo de tanto primor y me dije: «No sabía yo que entre los beduinos los hubiera tan finos.»

Lavámonos las manos y estuvimos una hora conversando.

Levantóse luego el muchacho y entróse en la tienda de campaña y tendió, entre él y yo, una acitara de brocado bordada de rojo, y después me dijo de este modo:

–Pasa adentro, hermano árabe, y acuéstate, que harta fatiga pasaste ya esta noche y hartas más tendrás en tu viaje que pasar.

Pasé, pues, adentro y me encontré con un almadraque recamado de verde, en el cual me acosté, luego que me desnudé, y pasé una noche tal como en mi vida la pasara jamás, aunque largo rato estuve pensando en aquel joven extraño, hasta que al fin los ojos se me durmieron y cerraron.

Y he aquí que de pronto vino a despabilarme una voz que oí, tan dulce y suave cual nunca la oyera, como tampoco escuchara jamás tan galana letra.

Alcé entonces el pico de la albenda que nos separaba y pude ver una joven de belleza extraordinaria tal que nunca viera yo cara más guapa, y estaba la joven al lado del mocito sentada, y lo mismo ella que él lloraban y se lamentaban del mal de amor y de pasión.

Y al contemplar a aquella joven tan bella, díjeme yo para mis adentros: «Sin duda que es de la casta de los genios y se prendó de este mancebo y, para poderse amar, aisláronse en este lugar.»

Pero al fijar mejor en ella la mirada convencíme de que era una criatura humana, y, por más señas, de raza arábiga.

Luego que me cercioré de que aquella mocita árabe era la amiga de mi huésped, recordé que el amor es celoso y dejé caer el pico de la acitara y escondí mi rostro y me eché a dormir.

Y después que clareó ya la mañana me levanté y me vestí mis ropas e hice mis abluciones para la zalá y recé las oraciones de ritual.

Fui luego a ver al joven y le dije:

–*¡Ye* hermano el árabe! ¿Querrías hacerme todavía otro favor más e indicarme el camino que debo tomar?

Miróme él fijamente y me respondió:

–*¡Ye* hermano el árabe! ¿Olvidas que la adiafa debe durar tres días? Tienes, pues, que estarte aquí conmigo otros dos días más, y luego que fueren cumplidos, te indicaré el camino.

–Tuve, pues–contaba Chamil–, que quedarme dos días más allí. Y el día, el cuarto, estando despidiendo, mano a mano, preguntéle al joven su nombre y su alcurnia [3].

[2] Suprimido en la ed. de Bulak.

[3] Los Beni-Uzra o Hijos de la Virgen eran una tribu árabe, célebre por el romanticismo de sus amores. El poeta Heine, dice en una canción: «Yo soy cual los Beni-Uzra, que, si se enamoran, mueren.»

Los Beni-Uzra o Ezra (de ambos modos se

Y él me dijo así:

–Cuanto a mi alcurnia, es la de los Beni-Uzra, y mi nombre el Fulán-ben-Fulán, y mi tío se llama Fulán.

Y resultó, *¡ye* emir de los creyentes!, que aquel joven era hijo de mi tío y de las familias más nobles de la tribu de Uzra.

–*¡Ye* hijo de mi tío!–díjele yo–, ¿Qué es lo que te movió a retraerte a estas soledades, en estos eriales?

Al oír él mis palabras llenáronsele los ojos de lágrimas y me dijo:

–*¡Ye* hijo de mi tío! Has de saber que yo me enamoré de la hija de mi tío y pedí a este su mano y él la negó y la casó con un individuo de los Beni-Uzra, el cual se la llevó con él a su tierra. Luego que yo me vi alejado de ella y se me veló su semblante, fui presa de las torturas y ansias que atosigan a los amantes y me retiré a estas campestres soledades, para no ver a nadie.

–¿Y dónde–preguntéle–tienen ellos sus moradas y sus casas?

–No lejos de aquí–respondióme el joven–; ahí, en la cumbre de ese monte. Y ella, todas las noches, cuando los ojos se duermen y las sombras se extienden, acude en secreto a verme, sin que nadie se entere, y ambos conversamos y nos consolamos y así hace tiempo que estamos, hasta que quiera Alá decidir nuestro caso.

Al oír yo las palabras del joven, quedéme maravillado y apiadado y le dije:

–Hijo de mi tío, ¿quieres que te indique un medio de lograr tu deseo, y, contando con la voluntad de Alá, salir de este aprieto y conjurar todos tus miedos?

–Habla, hijo de mi tío–me dijo.

–Hijo de mi tío–le dije yo–, luego que se haga noche y ella venga vas y la montas sobre mi camella, que corre muy ligera, y tú montas en tu caballo y yo en cualquiera de las camellas que hay aquí y emprendemos la marcha, y, antes que amanezca la mañana, habremos cruzado eriales y campos y habrás logrado el anhelo de tu pasión y será tuya la amada de tu corazón.

Pero al llevar aquí sintió Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras fascinadoras.

escribe) eran tan apasionados, pero al mismo tiempo tan temerosos de Alá, que, según cuentan los cronistas árabes, eran capaces de estar hablando horas enteras, a solas, sin tocarse el pelo de la ropa, y probablemente se enamoraban sin saber de qué color tenía los ojos su adorada, por considerar pecado y descortesía alzar los suyos hacia ella. Pero una vez elegida la señora de sus pensamientos ya no dejaban de amarla en toda su vida, aunque, como la Beatriz de Dante, se casara con otro y no volviese a verla. Los Beni-Uzra son el prototipo del amante platónico, caballeresco, que hace de su amada una madona, un ideal eroticomístico, y, más bien que a la mujer, adoran su ideal. Don Quijote, entre ellos, no habría chocado a nadie. Este del cuento no llega a tanto y habría cedido a los consejos de Chamil y raptado a su novia si un león no la hubiese devorado, cuando acudía a la cita; pero este inopinado desastre viene, como por mandato del cielo, a evitar que esos románticos amores perdieran su pureza en la vulgaridad de los amores normales y dichosos. Notemos la hipérbole imaginativa y afectiva de ese beso que el uzri estampa en la boca del león muerto, hecho carne y sangre de su amada. Es el tierno mito de Venus y Adonis, tema de anacreóntica, muerto por el jabalí, tratado con un realismo pasional, típicamente semítico. Sobre los Beni-Uzra (probablemente judíos, convertidos a la fe de Mahoma) trae curiosas noticias el libro de Al-Bikâi *As-Suaku-l-Aschuak (Los zocos de los amores).*

Y LA NOCHE 385 REANUDO SU RELATO EN ESTA FORMA:

–Tengo entendido, *¡ye* monarca, el afortunado!, que Chamil díjole al hijo de su tío que raptara a su amada y a favor de la noche se la llevara y que él le ayudaría, y en eso y en todo toda su vida lo serviría.

–Hijo de mi tío–respondió el muchacho–. Te agradezco tu oferta, pero antes tengo que consultar con ella. Porque es muy lista y avisada y bien aconsejada.

Pero al llegar la noche y el momento en que solía aparecer la joven retrasóse aquélla más de la cuenta y pude ver que el mozo, lleno de impaciencia, se salía de la tienda y se ponía a beber los vientos que venían del lugar donde moraba su adorada, al par que con mucho sentimiento recitaba estos versos:

–¡Ye! Brisa que tibia soplas
del lugar donde ella habita
y hasta mí traes el aroma
de su presencia exquisita;
en ti el anuncio descifro
de que acudirá a la cita;
pero dime, pues se tarda,
¿cuándo llegará mi amiga?

Entróse luego nuevamente en la tienda y estúvose allí una hora sentado, vertiendo amargo llanto.

Hasta que, al fin, me dijo:

–¡Ye hijo de mi tío! Sin duda que a mi amada le ha ocurrido esta noche una desgracia.

Y después añadió:

–Estate aquí y no te muevas, hasta que yo vuelva. Que voy a ver qué le ha pasado a ella.

Cogió luego su espada, embrazó su adarga y desapareció de mi vista y una hora de la noche estuvo ausente el joven.

Y al cabo de ese tiempo le vi tornar cargado con un bulto y oí su voz que me llamaba.

Corrí aprisa a ver qué le pasaba y él entonces me dijo estas palabras:

–¡Ye hijo de mi tío! ¿No sabes lo que pasa?

–Por Alá, que no lo sé–le contesté.

–Pues has de saber–díjome él–que acabo de perder a mi amada, pues cuando venía hacia acá salióle al camino un león y la acometió y la devoró y no dejó de ella sino estas reliquias sangrientas.

Y así diciendo depositó en el suelo aquel bulto que en brazos traía y que no eran sino los despojos de su amada y lo que de sus huesos quedara.

Rompió luego a llorar con desconsuelo y tiró su arco al suelo y, tomando una copa, me dijo:

–No te vayas de aquí hasta que yo vuelva, hijo de mi tío.

Y desapareció en el acto de mi vista y estuvo ausente una hora de tiempo, hasta que al fin tornó, trayendo en su mano la cabeza del león, y al suelo la arrojó.

Pidióme luego que le llevara un poco de agua y se la llevé, y él entonces se puso a limpiarle la boca al león y luego a besársela y llorar, con muchos extremos de pesar.

Y, finalmente, volviéndose a mí, me dijo:

–Por Alá y por el fuero de la amistad y el parentesco que nos une a los dos, te pido que cumplas mi última voluntad, y es que, luego que yo muera, que será sin tardar, laves mi cadáver y lo pongas dentro de este féretro, en compañía de estos huesos de mi amada, y nos des a ambos sepultura en

una misma tumba y escribas estos versos en la losa que nos cubra:

–Juntos vivimos un tiempo,
compartiendo hogar y patria,
hasta que el sino dispuso
poner fin a dicha tanta
y nos separó inhumano;
mas triunfaron nuestras almas,
y separados en vida
ahora la muerte, apiadada,
en la misma sepultura
me reúne con mi amada.

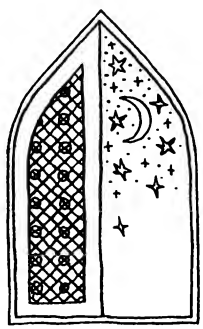
Entróse luego en la tienda–contaba Chamil–y permaneció una hora allí, y al cabo salió fuera, llorando y clamando.

Y de pronto lanzó un suspiro hondo y abandonó la vida.

Y fue tal el dolor que yo sentí que en poco estuvo que no finara también allí.

Y esta es, *¡ye* emir de los creyentes!, la historia de aquellos dos amantes y de su fin trágico y miserable.

Quedó maravillado el jalifa al oír aquella historia tan peregrina y regaló a Chamil un traje de honor y una suma crecida.





HISTORIA DE ZAMIRA-BEN-MOGAIRA QUE LE CONTO HOSEINU-L-JALIYU A HARUNU-R-RASCHID

(Noches 385 a 387)

Curioso ejemplo de cómo no hay nada que pueda destronar a un buen amor de rancia solera, que ya arraigó hondo en el corazón; las discordancias entre dos buenos y antiguos amantes son leves y pasajeras como notas en falso de dos buenos laúdes; en seguida, el amor, sin necesidad de ayuda, las corrige, que nadie como él para afinar y concertar música de corazones.

Es el segundo ejemplo de esta clase, pues ya en anterior historia hemos visto a otro «celestino», de no menos categoría que Hoseinu-l-Jaliyu, fallar en caso análogo, que luego también inesperadamente se resuelve por obra y gracia del solo amor, que se ríe así de mediadores y terceros. En el amor, como en la gracia, la predestinación lo es todo y no hay que perder nunca la esperanza.

Hoseinu-l-Jaliyu, o el Libertino, *según Al-Mâsudi, fue un poeta de Bazra de costumbres licenciosas, como el famoso Abu-Nuás. Pero no brilló en la corte de Ar-Raschid, sino, en la de Al-Amin, su hijo. Así como tampoco fue contemporáneo de Mohammed-r-Râbi, guali de Bazra.*

–Cuentan también los que cuentan que el emir de los creyentes, Harunu-r-Raschid, estaba una de las noches tan desvelado que le era imposible conciliar el sueño.

Por lo cual mandó a buscar a Al-Azmâi y a Hoseinu-l-Jaliyu, y, luego que los tuvo entre sus manos, les dijo:

–Contadme algún cuento extraordi-

nario; pero has de empezar tú primero, Hosein; así que venga de ahí.

Inclinóse Hosein y empezó así:

–Has de saber, ¡*ye*' emir de los creyentes!, que una vez, hace años, hube de hacer un viaje a Bazra con objeto de leerle a Mohammed-ben-Soleimán Ar-Râbi un *kazida* que en su honor compusiera y que él aceptó, invitándome a pasar unos días en su compañía.

Y sucedió que, un día de los días, hube yo de salir con intención de darme un paseo y me dirigí a Al-Mirbad [1] por el barrio de Al-Muhaliyah, y en el camino me apretó el calor y me entró sed y me acerqué a una gran puerta para pedir de beber.

Cuando hete aquí que reparo en una jovencita que semejaba una grácil ramita, con unos ojos lánguidos, matadores, y unas cejas arqueadas y levemente alheñadas y unas mejillas redondas y delicadas, envuelta en ropas de color de la flor del arroman [2] y rebozada en un acitar de fina labor de Sana. Y dizque la perfecta blancura de su cuerpo eclipsaba la grana en sus vestiduras, por debajo de las cuales apuntaban dos tetitas comparables a dos granadas mellizas y se transparentaba una cinturita tal que un rollo de fino lienzo copto, con unos bultitos cual saquitos de blanco alcartaz [3], relleno de abelmosco.

Y, además de eso, ¡*ye* emir de los creyentes!, llevaba aquella joven colgado de su cuello un amuleto de oro rojo que le caía entre los pechos, y en la lisura de su frente se destacaban unas cejas rizadas que de azabache semejaban. Y aquellas cejas se juntaban en un arco, y sus ojos eran como lagos, y tenía la nariz aguileña y por debajo de ella mostraba unos labios como conchas y unos dientes como perlas.

Y dizque toda ella respiraba dulzura y simpatía, sino que parecía abstraída, y por aquel zaguán iba y venía, pisando los corazones de sus amadores, en tanto que sus pantorrillas acallaban las voces de sus ajorcas, y era tal, en suma, como dijo el poeta:

«Cada uno de sus encantos
es en verdad fiel trasunto
de su perfecto conjunto,
que tiene locos a tantos.»

Saludé yo con el *selam* a aquella joven, y ella me respondió con una voz que denotaba tener el ánimo abatido y el corazón hacino y por el fuego de una pasión consumido.

Y dizque con su sola presencia embalsamaba de fragancia a almizcle el zaguán y la casa y la calle y la plaza.

–¡*Ye* mi señora!–díjele yo–. Viejo soy y algarivo y vengo sediento. Por lo cual te ruego mandes a tus criadas me den un sorbo de agua, que con ello te granjearás las bendiciones del cielo.

Pero ella me contestó, diciendo:

–Vete de aquí, *scheij*, y llama a otra puerta, que no estoy yo ahora para entender en esas cosas, que otras más principales me embargan el ánimo en estos instantes.

Sorprendió aquí a Schahrasad la aurora y atajó el curso de sus palabras encantadoras.

[1] Mercado de Bazra, citado por Al-Hariri en sus *Mekamat;* lugar de reunión de los poetas. La ed. de Bulak trae Al-Merid y relata todo este paso con su habitual laconismo.

[2] Granado.

[3] Papel.

Y LA NOCHE 386 REANUDO SU RELATO EN ESTA FORMA:

–Ha llegado a mis oídos, *¡ye* monarca, el afortunado!, que aquella joven le dijo a Hosein:

–Yo no estoy ahora para entender en esas cosas de comer ni beber, que de eso ha tiempo que no sé.

–¿Cómo es eso, mi señora?–exclamé yo–. ¿Es que alguna enfermedad te adoleció?

–Yo estoy enamorada–respondióme ella–de quien no me corresponde y quiero a quien no me quiere. Y así sufro el desvelo del que vela mirando a las estrellas.

–*¡Ye* mi señora!–díjele yo–. ¿Es posible que, en toda la vastedad de la tierra, haya uno en quien tú pienses y que de ti no se acuerde?

–Pues así es–respondióme ella–. Y la culpa de eso la tienen la perfecta hermosura y los indecibles encantos de que el cielo tuvo a bien dotarlo.

–¿Y qué hacías tú ahora en este zaguán?–le pregunté.

Y ella me contestó:

–Lo estaba acechando, pues este es el camino que él sigue y esta la hora en que suele pasar.

–*¡Ye* mi señora!–tornéle a preguntar–. ¿Habéis hablado los dos alguna vez, siendo ello causa de que de él te enamoraras?

Lanzó la joven un hondo suspiro al oír mis palabras y las lágrimas rodaron por sus mejillas igual que el rocío resbala sobre las rosas, y, a impulsos del sentimiento, recitó estos versos:

> –Como dos ramas gemelas
> de sauce fuimos un tiempo
> y de nuestra unión la dicha
> embalsamaba los vientos.
> ¡Pero el sino, fatal siempre,
> del árbol nos desgajó;
> desde entonces la alegría
> huyó de mi corazón![4]

–*¡Ye* mi señora!–exclamé yo–. ¿Y en qué conoces que estás enamorada de ese hombre?

Y ella me respondió:

–Pues en que, cuando veo el sol dando en las paredes, me imagino que él es el sol. Y si, por casualidad, lo veo venir de lejos, luego me quedo mareada y la sangre y la vida huyen de mi cuerpo y ya tengo desvelo y delirio para una semana lo menos.

–Perdóname, señora–díjele yo–, pues también he padecido de ese mal de amor que tú padeces ahora y de esa enajenación de la mente y esa languidez y flacura, y en tu palidez y delgadez veo claros testimonios de que la fiebre del deseo y la nostalgia te están consumiendo. Pero ¿cómo podrías no estar enamorada viviendo, como vives, en Bazra?

–Por Alá–exclamó ella–, que, antes de enamorarme de ese mancebo, era yo de una belleza perfecta y de una simpatía y una gracia que a todos los emires de Bazra seducía y encantaba y a ese mismo joven lo puso a mis plantas.

–Y, siendo así–preguntéle a la joven–, ¿qué fue lo que entre vosotros vino a interponerse?

Y ella me respondió.

–Las vicisitudes de los tiempos y las mudanzas de las cosas, y ten por cierto que el motivo de nuestra separación fue harto raro.

[4] Suprimido en la ed. de Bulak.

Pues sucedió que un día de Año Nuevo invité yo en mi casa a las señoritas de Bazra, y entre otras vino una mocita, esclava de Sirán, que por ochenta mil dirhemes la había comprado en Omán. Y esa chiquilla me había tomado a mí un cariño de locura, y aquel día, al entrar y verme, echóse sobre mí y empezó a darme mordisquillos y pellizcos con tal frenesí, que no parecía sino que me iba a hacer trizas. Retirámonos luego ambas aparte y nos pusimos a beber vino a nuestras anchas, en tanto la comida estaba lista, y fue completa nuestra dicha, pues retozamos y nos expansionamos, y tan pronto estaba yo encima de ella, como ella encima de mí, hasta que las bocanadas del vino le trastornaron el sentido y fue y puso su mano en la lazada de mis zaragüelles, y sin que lo advirtiéramos, se me soltaron y al suelo resbalaron.

Y quiso la suerte que en aquel preciso instante llegase mi novio sin que lo sintiéramos y nos sorprendiera en nuestros juegos.

Y al ver aquello púsose furioso y dio media vuelta y se fue, como alarbe que oye el tintineo de su camella...

Sorprendió aquí a Schahrasad la mañana y puso freno a sus descomedidas palabras.

PERO LA NOCHE 387 SIGUIO DICIENDO LA MUCHACHA:

–Ha llegado a mis oídos, *¡ye* monarca, el afortunado!, que la mocita de mi historia, continuando su relato, díjole a Hosein:

–Al ver mi novio que yo estaba loqueando con la esclava de Sirán fuese de allí furioso y desde entonces no volvió a visitarme más.

Y dizque tres años hace ya de eso, y en todo tiempo no he dejado de disculparme con él y rogarle y suplicarle y pedirle perdón, sin que él se haya dignado mirarme siquiera con el rabillo del ojo ni escribirme una palabrita ni enviarme algún recado ni preguntar ni una vez siquiera si soy viva o muerta.

–Y dime–interroguéle–: ese tu amigo ¿es árabe o *achami?*

A lo que me contestó la muchacha:

–¡Quita de ahí, *scheij!* Mi novio es uno de los emires de Bazra.

–¿Y es joven o viejo?–insistí.

Y ella me miró y se echó a reír y me respondió:

–¡Tú sin duda chocheas! Mi novio es, para que lo sepas, igual que la luna en su noche catorcena y tiene las mejillas tersas y suaves, sin pelo de barba, y en todo él no se halla una falta, como no fuere ese desamor que me tiene.

–¿Cómo se llama?–le pregunté.

–¿Para qué–respondió ella–lo quieres saber?

–Pues para buscarlo–contesté–y tratar de reconciliaros y de nuevo juntaros.

–Está bien–dijo ella–. Pero le has de llevar de mi parte una esquela.

–Desde ahora mismo–le dije–estoy dispuesto a servirte.

–Su nombre es–díjome entonces la joven-Zámira-ben-Mogaira y su mote Abu-Sajá [5], y tiene un alcázar en Al-Mirbad, donde fácilmente lo puedes hallar.

Y al decir esto echóse la joven a llorar. Y luego gritóles a los de dentro de la casa:

–Traedme al momento tintero, papel y caña.

[5] Padre de la generosidad.

Trajéronselo todo y ella se subió las mangas, mostrando dos brazos que parecían dos palomas de plata, y escribió la siguiente carta:

«¡*Ye* mi señor!: La omisión de toda invocación al comienzo de esta esquela te dará a entender la prisa con que se escribiera. Y has de saber que, si mis imploraciones fueran atendidas, de mí nunca te separarías; que siempre estoy pidiéndole a Alá que de nuevo nos vuelva a juntar.

»Y si no fuera porque el esfuerzo supera los límites de la insuficiencia, no te escribiera tu servidora esta esquela, escarmentada por lo ocurrido las veces pasadas, que dejaste sin respuesta sus cartas.

»Pero si ahora quisieres colmar el deseo de la que te escribe, dejándote ver al pasar por delante de su puerta, harás con ello que reviva su alma muerta.

»Y todavía sería mejor y te lo estimaría más si te dignases escribirle una cartita de tu puño y letra (Alá colme tu mano de toda excelencia) y darle una cita en pago y recompensa de aquella intimidad nuestra de noches pasadas, cuyo recuerdo, sin duda, aún en la memoria guardas. ¿Es acaso, dueño mío, que no fui yo para ti una amante enferma de pasión? Si accedes a mis ruegos, te daré miles de gracias por ello y loaré a nuestro Señor.

»Y, sin más, *selam.*»

Díome luego la carta y yo se la tomé y me retiré.

Y a la siguiente mañana me levanté y me dirigí a la puerta del virrey Mohammed-ben-Soleimán. Y pasé a una sala donde había muchos personajes principales y entre ellos vi un joven cuya presencia adornaba y sobre todos los allí presentes descollaba.

Llamóme la atención aquel joven, al que el emir colmaba de atenciones, y pregunté quién fuese y me dijeron:

–¿No lo sabes? Es Zámira-ben-Mogaira.

Y yo díjeme para mis adentros al oír su nombre: «Razón tiene para estar como está esa pobre.»

Levantéme luego y me dirigí a Al-Mirbad y me detuve en la puerta de su casa, y a poco lo vi venir, seguido de un cortejo de criados y siervos.

Fuíme hacia él y, después de invocar sobre su cabeza con encarecimiento las bendiciones del cielo, entregúele la carta de su amada.

Tomóla él y la leyó y de su contenido se enteró y después me dijo:

–¡*Ye scheij!* Has de saber que ya hemos puesto otra en lugar de esa mujer. Dime: ¿la querrías ver?

–Cierto que sí–le contesté.

Dio entonces el joven una voz y en el acto acudió una muchacha, de pechitos turgentes y que caminaba con andar apresurado y acompasado.

Diole el joven la carta y le dijo:

–Contéstala tú.

Tomó la muchacha la carta y la leyó y se enteró de su contenido, y en el acto amarilleó su color, y, dirigiéndose a mí, exclamó:

–*Scheij,* que Alá te perdone por lo que nos trajiste.

Retiréme yo entonces, *ye* emir de los creyentes, y apreté el paso hasta llegar a casa de la autora de la carta y pedí permiso para pasar a verla y en el acto me condujeron a su presencia.

Y al verme ella, preguntóme:

–¿Qué dejaste tras de ti, señor?

–¡Desdicha y desesperación!–respondí yo.

Y ella, al oírme, exclamó:

–Tú no tienes culpa de ello. ¿Dónde están Alá y su poder?

Y acto seguido mandó que me diesen quinientos dinares y yo los tomé y me retiré.

Y sucedió que, días después, hube de pasar por aquel mismo sitio y vi allí parados hombres a caballo y a pie, y pasé adentro y me encontré con los compañeros de Zámir, los cuales estaban en aquel momento porfiándole a la

joven para que consintiese en volver con él.

Y la joven les decía:

–¡No; por Alá, que no volveré a mirarlo a la cara en mi vida!

Y así diciendo, se ahinojaba en el suelo para dar gracias a Alá por su triunfo sobre su desamorado amador.

Acerquéme yo a ella y la saludé, y ella me puso en la mano una carta en la que, después del *Bismi-l-Lah,* venían escritas estas palabras:

«Si no fuere, dueño mío (alárguete Alá la vida), porque me lo tienes prohibido, yo te recordaría lo que pasó entre nosotros y lo que pecaste en contra mía y en contra tuya también al quebrantar tus juramentos y flaquear en tu constancia y darle preferencia sobre nosotros a un tercero; pero por Alá, a quien apelamos y cuya ayuda imploramos, contra aquello que dependió de tu libre albedrío, insisto en que fuiste tú la que pecaste contra mi amor y no yo.

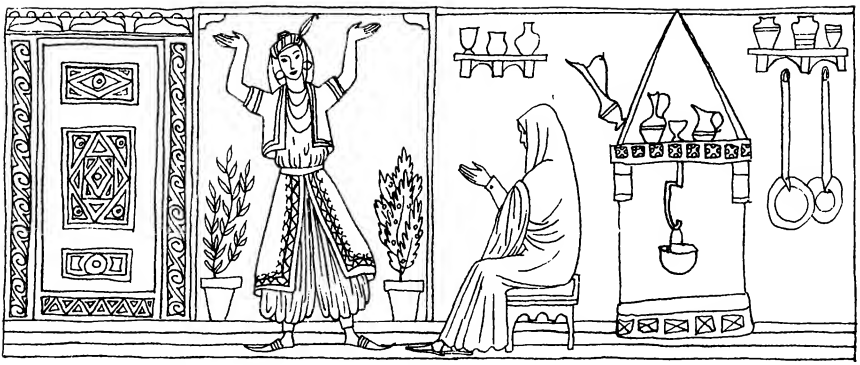
»Y sin más, ¡la paz!»

Mostróme luego la joven los regalos y obsequios valiosos y raros que su antiguo amante habíale mandado y que representaban un valor de treinta mil dinares, sin calcular muy alto.

Y después de todo eso volví a ver a la joven y supe cómo al cabo casara con Zámir.

Y en aquel punto esclamó Ar-Raschid:

–Dígote de veras, mi *scheij,* que, de no habérseme adelantado Zámir, fuera yo quien con ella casara y le diera mi amor.



HISTORIA DE AHMEDU-D-DANAF Y HASAN-SCHUMAN CON DALILA, LA LADINA, Y SEINEB, LA TRAPISONDISTA, SU HIJA

(Noches 387 a 394)

Notable página de la picaresca oriental, en la que acaba de delinearse el carácter de Ahmedu-d-Dánaf (el esmirriado o tábido), el policía maleante, que ya aparece en la Historia de Alá-d-Din-Abu-Schamat *(Noches 184 a 201), y se presentan dos ejemplares insignes de la picaresca femenil: la vieja Dalila, la ladina, un trasunto en menor escala de la famosa vieja Zatu-d-Dauahi, y su hija Seineb, la trapisondista, digna hija de tal madre. En torno a esas figuras agítanse otras del mismo jaez, que compiten con ellas en punto a idear picardías, trucos y enredos, con lo que la narración se enriquece en divertidos episodios. La picaresca–esa precursora de la bohemia–ha existido en todos tiempos y países y engendrado una literatura igualmente universal en la que entran libros como el* Satiricón, *de Petronio;* El asno de oro, *de Apuleyo, y no pocas páginas de Luciano; pero hay que reconocer que son los árabes los que han hecho de la literatura picaresca un género aparte, una variedad de la novela, cultivada con predilección sistemática y que tiene su consagración monumental en obras como las* Sesiones *del egipcio Al-Hariri, imitadas precisamente en nuestro país por el judío toledano Al-Harizi. Los árabes, puede decirse, son los creadores de la picaresca, y de ellos seguramente se nos pegó a nosotros el gusto por ese género literario en que luego resultamos maestros.*

La presente historia es un modelo del género; hasta la onomástica de las personas es de puro cuño picaresco; Ahmedu-d-Dánaf-Ahmed, El Esmirriado *o* La Tiña *(como traduce Mardrus-Prometeo); Hasán-Schumán, o el de*

mal agüero; Aliyu-s-Sibeku, Azogue; *el visir Scharru-t-Terik, plaga del camino; Mahmud Lakit* ex humo collectus *(el nacido de la tierra vil); Seineb, la trapisondista; Kutfu-ch-Chamal, lomo de camello.*

La versión de Weil omite esta historia. Lane declara hacerlo así on account of its vulgarity, rendered more objectionable by incidents.

–Y cuentan también que en los tiempos del jalifa Harunu-r-Raschid vivían dos hombres, el uno de los cuales se llamaba Ahmedu-d-Dánaf, y el otro, Hasán-Schumán, y eran ambos muy listos y cucos y ladinos.

Por lo cual el jalifa los distinguía a ambos muchísimo, tanto que a los dos les regaló caftanes de honor y a Ahmedu-d-Dánaf lo nombró capitán de su guardia de la derecha y a Schumán capitán de la de la izquierda, y les asignó a cada uno de los dos mil dinares de sueldo mensuales.

Y había en aquel país una vieja llamada Dalila, la cual tenía una hija que por Seinebu-n-Nezaba era conocida. Oyeron las dos al pregonero anunciar la promoción de los dos hombres referidos a sus sendos puestos, y Seineb le dijo a su madre:

–Mira, madre mía, a ese Ahmedu-d-Dánaf, que se vino aquí echado de Mizr y se ha dado tal traza en Bagdad que ha logrado arrimarse al jalifa y hacer que este le nombre jefe de su guardia de la derecha y a su compinche Hasán-Schumán jefe de la guardia de la izquierda. Y ambos tienen la mesa puesta a la hora del almuerzo y de la cena y cobran al mes mil dinares de sueldo cada uno de ellos. Y, en cambio, nosotras estamos aquí metidas en esta covacha y en ella nos pasamos la vida sin pena ni gloria y sin que nadie venga a preguntar por nosotras.

Y hemos de hacer constar que el marido de Dalila fuera antaño en Bagdad jefe de Policía, con mil dinares de sueldo al mes, sino que murió, dejando dos hijas, una casada y madre de un hijo llamado Ahmedu-l-Lakit, y otra soltera, llamada Seinebu-n-Nezaba, que es de la que aquí se habla.

Era la vieja Dalila mujer muy ducha en marrullerías, astucias y picardías. Y era capaz de sacar al dragón de su cubil y de darle lecciones al propio Iblis. Y dizque su padre había sido el encargado de las palomas mensajeras del jalifa, con un sueldo de mil dinares mensuales.

Y era el que les enseñaba a llevar cartas y mensajes a aquellas palomitas, a las que el jalifa quería más, por ese motivo, que a sus propios hijos [1].

Y Seineb le dijo a su madre:

–Anda, madre mía, idea algún ardid, a ver si con ello también nosotras nos abrimos paso en Bagdad y logramos reunir ingresos como cuando padre cobraba su sueldo.

Pero al llegar aquí sorprendió a Schahrasad la aurora y cortó el hilo de sus palabras encantadoras.

[1] La edición de Bulak omite este pormenor. La de MacNaghten atribuye ese cargo no al padre, sino al marido de Dalila.

Y LA NOCHE 388 REANUDO SU RELATO EN ESTA FORMA:

–Ha llegado a mis oídos, *¡ye* monarca, el afortunado!, que Seinebu-n-Nezaba le dijo a su madre:

–Anda, madre mía, e inventa alguna astucia a ver si también nosotras nos granjeamos en Bagdad posición y honra y a recobrar volvemos los perdidos ingresos.

–Por tu vida, hija mía–respondióle la vieja tunanta–, que haré lo posible por lograr eso que dices. Y he de hacer en Bagdad tales estropicios que a Ahmed y a Hasán los dejaré chiquitos.

Y acto seguido la vieja Dalila echóse el velo a la cara y se vistió hábitos de *sufí* mendicante que le llegaban hasta los tobillos y se ciñó un ancho cíngulo y cogió un jarro con agua y le puso en la boca tres dinares y tapó con fibras de palma la boca de la jarra y se lió al brazo un rosario que parecía una carga de leña y tomó en su mano una banderola con cintas verdes, amarillas y rojas, y empezó a salmodiar: «¡Alá, Alá!»; pero en tanto su lengua loaba a Alá su corazón iba saltando hacia el palenque de la maldad y su mente pensando en hacer alguna trastada que diera que hablar.

Echóse así a vagar por la ciudad, en busca de bobos que engañar, y por una calle se entraba y por otra se salía, hasta que llegó a una que estaba muy bien barrida y regada y de mármol enlosada.

Y al entrar por aquella calle vio una puerta con el umbral enlosado de mármol y en ella a un portero moro que estaba allí parado.

Y era la casa aquella, precisamente, la de un arráez llamado Hasán Schaarru-Terik, así nombrado porque sus manos madrugaban más que sus palabras, y el cual estaba casado con una joven muy guapa, a la que amaba con locura y a la que la noche de la boda jurara, a instancias suyas, no tener más mujer que ella ni pasar la noche nunca fuera de su casa.

Y sucedió un día de los días que fue el arráez a sentarse en el diván y vio cómo todos aquellos emires allí presentes tenía a un lado un hijo o dos y lo mostraban con orgullo, en tanto que él no tenía ninguno.

Entró luego al *hammam* y se miró al espejo la cara y notó que tenía canas en las barbas en tal cantidad que los pelos blancos tapaban a los negros.

Y díjose el hombre al ver aquello:

–¿Por ventura Aquel que se llevó a tu padre consigo no querrá gratificarte con un hijo?

Y el hombre , malhumorado, tornóse a su domicilio, y, al verlo su mujer, fue y lo saludó y le dijo:

–Buenas tardes, esposo mío.

Pero él la rechazó con mal gesto, diciendo:

–Quítate de mi vista al momento, que, desde el día que te vi, no he visto nada bueno.

–¿Cómo es posible que digas eso? –exclamó la esposa.

Y él le contestó de mala forma:

–La noche de nuestra boda me hiciste jurar que no tomaría más esposa, y he aquí que luego no me has dado ni hijo ni hija que, cuando yo muera, mantenga vivo mi recuerdo y haga que del todo no sea contado entre los muertos. Ahí tienes explicada ya la causa de mi enfado, que no es otra que tu esterilidad, que ningún hijo me ha dado.

–En el nombre de Alá–exclamó la

mujer–. De nada de eso tengo yo la culpa, sino tú, que eres un mulo de morros respingones y tienes un semen aguanoso y flojo y sin poder para empreñar mujer.

–Está bien–dijo el marido con tono decidido–; cuando regrese del viaje que voy a hacer, te repudiaré y con otra me casaré.

–En manos de Alá pongo mi suerte –respondió la mujer.

Volvióle el marido la espalda y se retiró, lamentando la hora en que con ella casó [2].

Ahora bien: estando un día de los días la mujer asomada a la ventana hubo de verla Dalila, la taimada, y reparó en su lujoso traje y sus alhajas. Y al punto díjose para su ánima: «¡Anda, Dalila, no seas boba! Y a ver si logras sacar a esa mujer de casa del marido y le birlas sus joyas y pasan a ser propiedad de tu persona.»

Detúvose, pues, la vieja al pie de la ventana y se puso a salmodiar preces y plegarias y a rezongar con voz devota: «¡Alá, Alá!; dignaos acudir a mi ruego, *¡ye* amigos de Alá!»

Asomáronse a las ventanas las esclavas y una de ellas exclamó, edificada:

–Por Alá, ¿quien será esa anciana cuya cara brilla tan clara?

Cuanto a Jatún, la mujer del emir Hasán, se echó a llorar y le dijo a una de sus criadas:

–Baja y bésale la mano al *scheij* Abu-Alí, el portero, y dile que deje pasar a esa anciana a nuestra casa, para que la bendiga con sus presencia santa.

Bajó la esclava y besóle la mano al portero y le dijo:

–Nuestra ama te ordena que dejes pasar a esa venerable anacoreta para que bendiga la casa con su presencia.

Pero al llegar a este punto de su narración sintió Schahrasad venir la mañana y puso dique a sus desbordadas palabras.

Y LA NOCHE 389 SIGUIO DICIENDO LA MUCHACHA:

–He logrado saber, *¡ye* monarca, el afortunado!, que la esclava bajó y le besó la mano al portero Abu-Alí y le dijo así:

–Mi señora te ordena que dejes pasar a esa anciana, para que con ella bendigamos a Alá e imploremos su piedad.

Salió fuera el portero y besó la mano a la beata, la cual lo rechazó, diciendo:

–Apártate de mí y no manches mis abluciones. Pero sabe que Alá te tiene en su gracia y sus santos te han tomado bajo su especial salvaguardia. Y de fijo te sacarán de esta servidumbre en que estás.

Tenía el portero Abu-Alí de sueldo tres dinares al mes, en casa del emir, y no le habían pagado aquella vez.

Y Abu-Alí le dijo a la vieja:

–*¡Ye* madre, dame de beber de tu jarra, para que beba de tu bendita agua!

Quitóse la vieja la jarra de sobre sus hombros y, al hacerlo, rodaron los tres dinares que allí pusiera por el suelo.

Advirtiólo el portero y se agachó a recogerlos y se los dio, diciendo:

–Toma, tía, estos tres dinares que de la jarra se te cayeron.

Pero la vieja se los rechazó, diciendo:

–Quita de ahí, Abu-Alí, y no me

[2] Este paso, como recordará el lector, es la repetición casi literal con que comienza el cuento de *Alá-d-Din.*

hables de eso; que yo soy de la grey de aquellos que renunciaron a las cosas mundanas y no desean nada. Guárdate para ti esos dineros y mejora tu estado con ellos. Y así podrás suplir los que te debe el emir.

–Por Alá–exclamó el portero–, que esta santa anciana adivina los secretos.

Fue entonces la esclava que bajara por orden de su ama y besóle las manos a la vieja y luego la hizo subir hasta donde estaba su señora, aguardándola.

Entró allí la anciana y vio a la señora, que le pareció un tesoro de esos tesoros encantados que saben descubrir los magos.

Saludó la vieja a la dama y le dijo:

–Mira, hija mía, no creas inmotivada mi visita.

Mandó luego la señora que le trajesen de comer a la vieja, pero esta negóse a catar los manjares, diciendo:

–Perdona, mi señora, pero yo no pruebo más alimento que el del Paraíso y aun así guardo ayuno continuo, de suerte que solo me desayuno al año cinco días y lo hago con parquedad grandísima. Pero dime, hija mía–añadió la astuta Dalila–, ¿qué es lo que te pasa, que me pareces contrariada?

–Madre mía–díjole la señora–, has de saber que la noche de la boda le hice jurar a mi esposo que no había de tomar más esposa que yo, y hemos vivido juntos muchos años y no hemos tenido hijos, y ahora, cuando él ve por ahí a los chicos, siente envidia y la emprende conmigo. Y me dice: «Tú eres estéril y no concibes.»

Y yo, a mi vez, le digo: «Y tú eres incapaz de preñar mujer que duerma contigo.»

Sucedió así poco ha y él se fue muy airado y me amenazó diciendo: «¡En cuanto regrese del viaje, me casaré con otra!»

Y estoy temblando, madre mía, de que lo haga así y se divorcie de mí. Que es hombre que posee tierras y sembrados y huertos y cobra crecidas rentas. Y, si llega a tener hijos de otra, tendría que renunciar a la herencia.

–Hija mía–exclamó la vieja–. ¿No fuiste nunca en romería a mi maestro el *scheij* Abu-l-Hamalat [3], que, si lo visita un entrampado, cancela su deuda y hace que conciban las mujeres estériles?

–Desde que me casé–respondió la joven–no salgo nunca fuera ni a duelos ni a fiestas.

–Pues bien–dijo la vieja–. Yo te llevaré conmigo, hija mía, a ver a Abu-l-Hamalat y descargarás sobre él tu carga y harás un voto y quizá te conceda la gracia de que, al volver de su viaje, se acueste tu marido contigo y te deje encinta de un hijo o una hija, que para el caso es lo mismo.

Aprobó la joven el consejo de la vieja y se levantó y se vistió un traje lujoso y se adornó con sus alhaites valiosos y se fue con la vieja, diciéndole a la esclava de su confianza:

–Echa una miradita en la casa.

–Descuida, mi ama–contestó la criada.

Bajó la señora al portal de la casa y el portero le hizo la zalema y le dijo:

–Mi señora, en verdad que esa vieja es del número de los amigos de Alá y tiene poder y es generosa además, pues me dio tres dinares de oro rojo y adivinó mi necesidad, sin que yo se la tuviera que confesar.

Pusiéronse luego en marcha la vieja y la dama, yendo delante la primera y la otra a su zaga, a bastante distancia, hasta que llegaron al zoco de los mercaderes, y las ajorcas [4] de la joven tintineaban y las monedillas de sus cabellos repiqueteaban y sus velos ondulaban.

Y acertaron a pasar por delante de la tienda de un mercader llamado Sidi Hasán, que era un mozo muy guapo,

[3] El padre de las cargas.
[4] Del árabe *As-Scharaka*.

sin pelo de barba todavía en las mejillas.

Y al ver pasar a la joven púsose Sidi Hasán a mirarla a hurtadillas.

Notólo la vieja y le hizo a la mujer un guiño y le dijo:

–Siéntate en esa tienda y aguarda hasta que yo vuelva.

Hízolo así ella y se sentó delante de la tienda, y el joven mercader le lanzó una mirada de la que luego se siguieron mil desgracias.

En tanto la vieja llegóse al joven mercader y lo saludó con el *selam* y después le preguntó:

–¿Eres tú, por casualidad, Sidi Hasán, el hijo del mercader Mohsin? [5]

Y el joven respondióle:

–Sí.

Y después inquirió:

–¿Cómo es que me conoces, mujer?

–Gente de bien–respondió la vieja–me informó de ti. Y has de saber que esta joven que ahí ves es mi hija y su padre era comerciante, y, al morir, le dejó caudales cuantiosos, de suerte que es bastante rica, y, además de eso, muy discreta y bonita y ha llegado ya a la edad de casar. Y ya el sabio dijo: «Haz por casar a tu hija y no a tu hijo.» Y te advierto, ademas, que en toda su vida nunca puso los pies en la calle hasta este día, y eso a instancias mías, que de antemano te eligiera yo para esposo de mi hija, obedeciendo indicaciones divinas, y si eres pobre, no te importe, que yo te facilitaré caudales, y, en vez de una tienda, te abriré dos

Al oír aquello díjose el mocito para sus adentros: «Una novia pidiérale yo a Alá y El tres cosas me ha dado: plata, ropa y fandango.»

Y, mirando a la vieja bribona, le dijo:

–Dime lo que debo hacer y lo haré, que ya mi madre más de una vez me dijo: «Quiero que te cases, hijo mío.» Y yo no la quise complacer y le contesté: «No me casaré sino con aquella que yo mismo elija y me agrade a la vista.»

–Pues bien, hijo mío–respondióle la vieja–. Levántate y ven, que quiero que la veas y te la mostraré en toda su desnudez.

Sorprendió aquí a Schahrasad la mañana y atajó el flujo de sus elocuentes palabras.

PERO LA NOCHE 390 SIGUIO DICIENDO LA MUCHACHA:

–Ha llegado hasta mí la fama, ¡*ye* monarca, el afortunado!, de que la vieja le dijo a Hasán, el hijo del mercader Mohsin:

–Ven y sígueme y yo te la haré ver en toda su desnudez.

Levantóse en seguida el mocito y tomó mil dinares consigo y, para sus adentros se dijo: «Por si los necesito.»

Díjole la vieja:

–¡Ve siguiéndonos a alguna distancia, pero cuida de no perder la vista a la muchacha.

Y para sus adentros se decía: «¿Adónde vas a llevar a la joven y a ese mercader que ha cerrado su tienda y cómo te las vas a arreglar para que desnuda la vea?»

Echó la vieja a andar y la joven iba detrás y detrás de la joven el mercader Hasán, y fueron andando hasta llegar a una tintorería, donde sólo estaba en aquel momento el maestro, llamado Al-Hach Mohammed, el cual era como

[5] *Benéfico.* Nuestro Bonifacio.

cuchillo de vendedor de colocasias, que cortaba al macho y a la hembra y era goloso del higo y la granada [6].

Sintio Al-Hach Mohammed el tintineo de las ajorcas y levantó los ojos y vio a la mocita y al mozo.

Fue en seguida la vieja a saludarlo y se sento a su lado y le dijo con todo desenfado:

–¿Eres tú Al-Hach Mohammed, el tintorero?

–Sí, yo soy–respondió el maestro–. Di, ¿qué deseas de mí? Que a servirte estoy presto.

–Me envían a ti–díjole la vieja–personas de bien y te ruego me escuches con interes.

Fijate en esa joven guapa, que es mi hija, y en ese chico guapito y sin pelo de barba, que es mi hijo; ambos los crié yo y gaste mucho dinero en su educación, y has de saber cómo tengo una casa muy grande, que se me cuarteo y tuve que ponerle puntales.

Y el maestro de obras me dijo: «Debes mudarte a otro sitio, no sea que se te caiga encima, que amenaza peligro.»

Echeme, pues, a buscar otra habitacion y entonces me hablaron de ti personas de pro y me dijeron que viniera a verte, que acaso tú pudieras ofrecernos albergue.

Oyóla Al-Hach Mohammed con atención y luego le contesto:

–En verdad que dispongo de una habitación o dos; pero no puedo, sin embargo, prescindir de ellas, pues las necesito para cuando vienen huespedes, que me retribuyen con creces.

–¡Oh!–exclamo la vieja–. Haznos ese favor y tennos en tu casa un mes o dos, hasta que nos arreglen la nuestra y haz cuenta que somos forasteros y aquí a nadie conocemos.

Tanto porfió la vieja que el hombre acabo por darle las llaves de las habitaciones, que eran dos, una grande y otra pequeña y la otra más recurvada, y le explico:

–La llave grande es la de la casa; la recurvada, la de la sala, y la pequeña, la de la terraza.

Tomó las llaves la vieja y echo a andar, seguida de la joven, que llevaba al hijo del comerciante detrás.

Hasta que llegaron a la calle donde estaba situada la casa, y al ver la vieja la puerta, sacó la llave y la abrió y entró y le hizo señas a la joven de que pasara al interior.

Luego que la muchacha así lo hizo, fue la vieja y le dijo:

–Esta es la casa del *scheij* Abu-l-Hamalat.

Y le indico que pasara adentro, lo que la muchacha hizo al momento.

Entró luego en la casa el hijo del mercader y la vieja lo salió a recibir y le dijo así:

–Pasa y siéntate en esa sala, y aguarda hasta que yo vaya, llevando conmigo a mi hija, para que puedas mirarla.

Hizo el hijo del mercader lo que la vieja le mandara y se sento en la sala.

Fue luego la vieja a donde quedara la muchacha, y esta, al verla, le dijo así:

–Quisiera ver al *scheij* Abu-l-Hamalat antes de que viniere más gente a visitarle.

–¡Hija mía, si supieras!–díjole la vieja–. Me tienes muy inquieta.

–¿Por qué, madre mía?–exclamó ella.

–Pues porque–respondióle la vieja–está aquí mi hijo y el pobre es tan negado que no distingue entre invierno y verano y anda siempre por la casa en cueros y es la mano derecha del *scheij* y abusa del amor que le tiene. Y si llega una hija del rey como tú a ver al *scheij* en seguida va el cuitado y la coge por la cintura y le tira de las

[6] **La colocasia es considerada como planta hermafrodita. En el simbolismo erótico oriental el higo representa el ano, y la granada, el sexo femenino.**

orejas y le rasga los vestidos de seda. Así que vas a quitarte tus alhajas y tus ropas y me las darás para que yo te las guarde, en tanto visitas al *scheij* Abu-l-Hamalat.

Despojóse al punto la muchacha de sus ropas y alhajas y se las dio a la vieja, la cual las tomó, dejándola en camisa, y las escondió en un rincón de la escalera.

Fuese luego la vieja a ver al hijo del mercader, al que halló esperando a la muchacha, ya perdida la calma, y que, no bien la vio, le preguntó:

–Pero ¿dónde está tu hija y cuándo vas a traérmela para que la vea?

Al oírlo la vieja fue y empezó a aporrearse el pecho con fuerza. Y el joven le preguntó con extrañeza:

–¿Qué es lo que te pasa? ¿Por qué te maltratas?

–Malhayan los malos vecinos–exclamó la vieja–. Te vieron entrar aquí conmigo y me preguntaron quién eras y yo les dije que eras el novio de mi hija, que te ibas a casar con ella. Y entonces ellos te cogieron envidia y le dijeron a la chica: «¿Tan apurada está tu madre como para casarte con ese leproso?» Y yo para tranquilizarla le juré que te vería desnudo, para que se convenciera de que eso era un infundio.

Al oír aquello, exclamó el joven:

–¡En Alá me refugio contra los envidiosos!–y se remangó los brazos, que semejaban dos moldes de plata.

–No temas–díjole la vieja–. Que yo, sin duda, te haré ver a mi hija desnuda aquí, lo mismo que ella te verá a ti.

Y añadió la vieja:

–Quítate todo lo que encima llevas y dámelo a guardar, que yo después te lo devolveré.

Hízolo así el joven y la vieja cogió todas sus ropas y sus cosas y las juntó con las de la muchacha y cargó con ellas y se salió por la puerta y la cerró con llave y luego alejóse de allí con tal prisa, que pronto se perdió de vista.

Pero al llegar aquí sorprendió a Schahrasad la mañana y atajó el flujo de sus elocuentes palabras.

Y LA NOCHE 391 SIGUIO DICIENDO LA MUCHACHA:

–Ha llegado hasta mí la fama, *¡ye* monarca, el afortunado!, de que la vieja, luego de cogerles sus ropas y demás cosas a la mujer y al hijo del mercader, fuese de allí a toda prisa, dejando cerrada la puerta de la casa. Luego diole a guardar su botín a un droguero, amigo suyo, y pasó a ver al amigo tintorero, que estaba aguardando su regreso.

–¿Qué tal?–díjole el hombre al verla–. Espero, si quiere Alá, que el cuarto os haya gustado.

–Así es–respondió la vieja–. Es una bendición, y yo voy ahora por los mozos de cuerda para que trasladen nuestros muebles a la casa nueva.

Toma tú este dinar y llévales de comer a los muchachos y come tú también con ellos lo que sea de tu agrado.

–¿Y quién va a cuidar de la tienda mientras voy y vengo?–exclamó el tintorero.

–Por eso no hay conflicto–le dijo la vieja–; puedes dejar aquí a tu chico.

–Tienes razón–respondió el tintorero. Y acto seguido cogió una fuente y un saco y se marchó al mercado.

Y esto es, por ahora, todo lo referente a su historia.

Cuanto a la vieja fuese a ver al droguero y le recogió las cosas que en rehén le dejara, o sea las ropas y alha-

jas del hijo del mercader y la muchacha, y luego pasó a la tienda del tintorero y le dijo al aprendiz: «Ve a unirte con tu maestro, que yo me quedaré aquí hasta vuestro regreso.»

–Oír es obedecer–respondió el aprendiz, y se fue.

Quedóse sola la vieja en la tienda y diose prisa a arramblar con cuanto había en ella.

Acertó a pasar por allí un burrero, hombre aficionado al *haschisch* y perezoso y maulero.

Llamóle la vieja, diciendo:

–¡Ven acá, burrero!

Acercóse el hombre y la vieja le dijo:

–¿Conoces tú a mi hijo, el tintorero?

–Sí que lo conozco, madre mía–contestóle el burrero.

–Pues bien–le dijo la vieja–. El pobrecito es un derrochador y dispone de lo ajeno, para dar satisfacción a sus deseos, por lo que siempre me lo cogen preso y soy yo la que tiene que sacarlo del atolladero; a eso voy ahora y te agradecería me dejases tu burro para cargar en él los objetos robados y devolvérselos a sus dueños. Y ahí tienes un dinar por el servicio. Y luego que yo me vaya, vas tú y coges todo lo demás que haya en la tienda y lo rompes para que, cuando los alguaciles del cadí lleguen, nada encuentren.

–Está bien–respondió el burrero–. Conozco al tintorero y haré con placer, por amor a Alá, lo que me acabas de indicar.

Tomó luego la vieja todas las prendas y objetos y los cargó sobre el jumento y echó sobre ella el almaizar y se dirigió a su casa, sin tardar.

Y al verla su hija Seineb, le dijo:

–¡Mi corazón temía por ti, madre mía! ¿Qué fue lo que hiciste de marrullerías?

Contóselo su madre y luego le dijo, al ver que se asustaba y sobrecogía:

–No te inquietes, hija mía: el único que me preocupa un poco es el burrero, que me conoce hace tiempo.

Pero hablemos ahora del tintorero, el cual fue al zoco a comprar la cena y mercó carne y otras cosas buenas y se lo cargó todo a su criado a la cabeza.

Dirigióse luego a su tienda y, al llegar allí, vio al burrero, que estaba destrozándolo todo en aquel momento.

Y el tintorero le dijo al burrero:

–¡Ten tu mano, compañero!

–¡Loado sea Alá–exclamó el burrero, alzando las manos al cielo–, que te saco con bien del aprieto! ¡En verdad que estaba inquieto por ti, maestro!

–¿Por qué razón–preguntóle el tintorero.

–¡Bah!–respondió el burrero–. Pues porque eres un derrochon y contraes deudas y andas siempre con la justicia a vueltas. Y ahora van a venir a embargarte para cobrarse.

–¿Quién te dijo eso, majadero?–exclamó el tintorero.

–Tu madre misma me lo dijo–respondió el burrero–, y me mandó que lo destrozase todo, para que, cuando los alguaciles vinieran, no encontrasen nada en la tienda.

–¡Mi madre!–exclamó el tintorero–. ¡Por Alá, que hace tiempo que murió!

Y el tintorero se aporreó el pecho y empezó a lanzar gritos, diciendo:

–¡Perdidas son mi hacienda y la ajena!

Y a continuación emprendiola a golpes con el burrero y se puso a increparlo, diciendo:

–¡Dame acá a la vieja!

A lo que el burrero replicaba, tozudo:

–Dame tú primero mi burro.

Y el tintorero arremetió contra el burrero y este a su vez arremetió contra el tintorero, y ambos empezaron a aporrearse y a insultarse, de suerte que no tardó en apiñarse allí la gente. Y uno de los curiosos preguntó al tintorero:

–Pero ¿qué es lo que sucede, maestro?

–Yo os lo contaré, si lo queréis saber–exclamó el burrero.

Y acto seguido les contó al pormenor todo lo que había sucedido.

Y luego que los presentes lo oyeron, dijeron:

–Maestro Mohammed, a la verdad tú conocerás a esa vieja, puesto que la dejaste al cuidado de tu tienda.

–Yo no la conozco–protestó el tintorero–ni la vi en mi vida hasta hoy, que vino a arrendarme unas habitaciones para ella y su hijo y su hija.

–¡Oh–exclamó uno de los curiosos–, yo opino que el tintorero viene obligado a indemnizar al burrero!

–¿Por qué?–le preguntaron los compañeros.

–Muy sencillo–respondió él–, porque el burrero no le habría confiado su burro a la vieja si no hubiera visto que el tintorero la dejaba al cuidado de su tienda y de cuanto había en ella.

–Razón tiene–aprobó uno de los oyentes–. Puesto que tú la aposentaste en tu casa vienes obligado a darle al burrero el burro que le ha timado.

Y acto seguido encamináronse todos a casa del tintorero; pero más adelante seguiremos su cuento.

Por lo que se refiere al hijo del mercader estaba este esperando la vuelta de la vieja para que le llevara a su hija para verla de cerca. Y de igual modo la mujer aguardaba el regreso de la vieja.

Hasta que, al cabo, visto que no tornaba, levantóse la muchacha y pasó a la otra sala para exponerle a Abu-l-Hamalat el apuro en que se encontraba.

Pero al llegar allí encontrose con el hijo del mercader, el cual, no bien la vio, le preguntó:

–¿Dónde está tu madre, que fue la que me trajo a este sitio, diciéndome que me iba a casar contigo?

–¡Oh!–exclamó la joven–. Mi madre ha tiempo que falta de este mundo. Pero dime: ¿eres tú, por ventura, ese hijo de la anciana que aquí me trajo para ver a Abu-l-Hamalat, y que, según ella, es el brazo derecho del santo viejo?

–Esa no es mi madre–replicó el joven–; esa es una bribona que me engatusó para quitarme las ropas y los mil dinares que llevaba en la manga del traje.

–¡Oh!–exclamó la muchacha–. También a mí me engañó la tunanta diciéndome que me iba a presentar al *scheij* Abu-l-Hamalat, y, valiéndose de un cuento, me quitó ropa y alhajas, hasta dejarme casi en cueros.

Pero al oír aquello el hijo del mercader exclamó con mal ceño:

–Quien me ha de responder de mis ropas y de los mil dinares eres tú y no otra.

Y la mujer, a su vez, le dijo al hijo del mercader:

–Y tú eres quien de mis ropas y alhajas me vas a responder.

Y en esta disputa estaban cuando se presentó allí el maestro tintorero, sorprendiéndolos a ambos en cueros, así a la mujer como al hijo del mercader.

Y al verlos los interpeló, diciendo:

–Decidme en seguida dónde está vuestra madre; si no, hago con vosotros un escarmiento.

Contóle entonces la joven todo lo que le había sucedido y el hijo del mercader hizo lo mismo.

Y el tintorero exclamó al oírlos:

–¡Ah la muy pícara, que se llevo mis dineros y los ajenos!

–¡Ah la muy tunanta, que se llevo mi jumento!–exclamó el burrero.

Y el tintorero tornó a alzar la voz, diciendo:

–Iros de aquí en seguida, que voy a cerrar la puerta, para que no vuelva a entrar esa ladina.

–Maestro–díjole el hijo del merca-

der–, sería una vergüenza para ti que, habiendo entrado nosotros vestidos en tu casa, saliéramos ahora desnudos, con esta traza.

Tuvo, pues, el tintorero que proporcionarles a ambos sendos trajes para que se fueran, como así lo hicieron, tornándose la mujer a su domicilio. Y ya hablaremos de ella y de lo que paso con su marido.

Cuanto al maestro tintorero fue y cerró su tienda y luego le dijo al hijo del mercader:

–Anda y vente conmigo y vamos a buscar a la vieja; a ver si damos con ella y se la llevamos al guali.

Pusiéronse a darle la vuelta a la ciudad, en busca de la vieja, y más adelante volveremos a hablar del resultado de su empresa.

Cuanto a la vieja Dalila, la ladina, díjole a su hija Seineb:

–Mira, hija mía, me pide el cuerpo hacer otra fechoría.

–¡No hagas eso, madre mía, que temo por tu vida!–le dijo su hija.

–No temas nada–respondióle ella–, que yo soy como el haba en su vaina: invulnerable al fuego y al agua [7].

Y acto seguido se levantó la vieja y se vistió ropas de criado de casa grande y se fue a merodear por la ciudad, en busca de alguien a quien estafar. Hasta que acertó a pasar por una calle en la que vio un portal enlosado y con muchos candiles allí colgados, y oyó que salían de allá adentro ecos de cantos y repicar de panderos, y metió allá la vista y reparó en una muchacha que llevaba en hombros a un niño pequeño bien vestido y muy compuesto, con un *tarbusch* guarnecido de brillantes a la cabeza y un collar de oro con aljofar en torno a su cuello.

Y dizque aquella casa era propiedad del *scheij* de los mercaderes de Bagdad.

Llegose a la esclava la astuta Dalila y preguntóle:

–¿Qué fiesta celebran hoy en casa de tu amo?

–Las bodas de su hija–respondióle la esclava–. Y con ese motivo vinieron cantoras y se armó la zambra.

Al oír la vieja aquello se dijo para sus adentros:

«Mira, Dalila, ¿qué mejor timo, y más lucido, que quitarle a la esclava ese niño?»

Y, sacándose de la manga una rodaja de azófar, parecida a un dinar, ofrecióselo a la esclava, que de lista no tenía nada, y le dijo:

–Toma este dinar y ve a decirle a tu ama que Ummu-l-Jeir [8] se alegra con ella y se adhiere a la fiesta.

–¿Y qué hago yo con el chico mientras?–díjole la joven, perpleja–. Está tan encariñado con su madre que si la ve se agarra a ella y ya no la suelta.

–Déjamelo a mí–sugiriole la vieja–y yo te lo tendré hasta que vuelvas.

Tomó la esclava el dinar y se entró en la casa, dejando el niño en brazos de la vieja taimada. La cual, no bien hubo vuelto la joven la espalda, se fue con el chico y se metió por una calle solitaria y le quitó al pequeño la ropa y los dijes que llevaba.

Y la vieja ladina se dijo para sus adentros, no satisfecha todavía: «Bravo, Dalila, bien le jugaste la partida a esa esclava aturdida; pero ahora te falta sacar partido de este niño, dejándolo en prenda, por valor de mil dinares, en alguna parte.»

Y acto seguido dirigióse la vieja al zoco de los joyeros y vio allí a un mercader judío, el cual era riquísimo, y, sin embargo, tenía envidia de su vecino, otro mercader, cuando veía que le compraban y no a él.

Acercóse a él la vieja y el judío le preguntó:

[7] Frase proverbial.

[8] Madre del bien.

–Señora, ¿que deseas?

–¿Eres tu–inquirió la vieja–maese Uzra, el judío?

Pues se ha de saber que previamente se informara la vieja del nombre del orfebre.

–Sí, yo soy–respondio el judío–. Y estoy a. tu servicio.

–La hermana de este niño–díjole la vieja–es la hija del *schah-bender* [9] de los mercaderes, que se casa hoy, y, con ese motivo, necesita algunas cosillas de las de tu oficio, para completar su atavío y presentarse como es debido.

–Elige lo que quieras–díjole el judío.

Tomo Dalila dos pares de ajorcas de oro y unas pulseras del mismo metal y unos zarcillos de aljófar y un cinturón y un puñal y un anillo de sello, que valdría mil dinares, lo menos. Y le dijo al judío:

–Me llevo estas cosas para enseñárselas a la novia; si son de su gusto, se quedará con ellas y yo vendre a pagarte la cuenta; pero entre tanto, te dejo aquí en rehen a este niño hasta que yo vuelva.

–Está bien, convenido–dijo el judío.

Cogió la vieja las alhajas y se fue a su casa. Y al verla entrar su hija, le dijo:

–¿Que trastada hiciste hoy, madre mía?

Y respondió la vieja ladina:

–Pues una sonada. Cogí al niño del *schah-bender* de los mercaderes y de sus dijes le despoje, y en cueros lo deje, y luego se lo deje a un joyero judío en prenda por valor de mil dinares. Conque ya ves. De ahora en adelante ya no habrá que preocuparse.

–¡*Ye* madre mía!–exclamó Seineb–. Después de eso no podrás dejarte ver más por la almedina.

Cuanto a la niñera de mi cuento, fue a buscar a su ama y le dijo:

–Mi señora, Ummu-l-Jeir. te envía por mi conducto un saludo y te felicita y te anuncia que el día de la boda vendrán ella y su hija.

–Y el señorito, ¿donde está?–preguntóle su ama.

–Lo deje con esa señora–respondio la esclava–para que no se agarrara a ti y no te molestara.

Fue luego la esclava y le dijo a la caporala de las cantoras:

–Toma esta modesta propina, señora.

Y le dio la supuesta moneda de oro que le diera la vieja. Tomóla la cantora y advirtio que era una rodaja de azofar.

Y su ama, por su parte, le dijo:

–Corre, so puta, y baja por el niño.

Bajó aprisa la esclava y no halló al pequeño ni a la vieja, por lo cual empezó a gritar y a revolcarse en la tierra. De suerte que su alegría anterior cambiárase en dolor.

Fue luego a comunicarle la nueva a su señora, que tambien se lleno de congoja.

Llegó en esto a su casa el *schah-bender* de los mercaderes y le informo su mujer de cuanto acababa de suceder.

Salió el hombre desalado a buscar al niño por todos lados y corrio toda la ciudad, hasta llegar a la tienda del judío y allí encontró al pequeño, desnudito.

–Este es mi hijo–díjole el mercader al judío.

–Sí que lo es–respondió aquel.

Cogió en seguida el mercader a su hijito y, de puro contento, no se cuido de preguntar por sus vestidos.

Pero el judío trató de quitarle el niño y le dijo:

–¡Alá proteja al jalifa!

–¿Por qué dices eso?–preguntole el mercader al judío.

Y el judío le dijo:

–Has de saber que la vieja que me dejo al pequeño se llevó de aquí alhajas para tu hija por valor de mil dina-

[9] Síndico. Es un compuesto persa de *schah* (señor) y *bender*, puerto.

res, y me dijo: «Quédate con el niño en prenda, hasta que vuelva.» De suerte que no devolvere al crio hasta que me pagues lo debido, que, si me avine a tomárselo en prenda, fue por saber que era tu hijo.

–Mi hija–respondió el mercader–no ha menester de alhajas ni demás zarandajas; así que dame el niño y dime qué se ha hecho de sus vestidos.

Alzó el grito el judío, diciendo:

–¡Musulmanes, acorredme, que me hacen víctima de un desafuero!

Andaban por allí en aquel preciso instante el burrero y el tintorero y el hijo del mercader buscando a la vieja, y, al oír los gritos que daba el judío, preguntaron a este y a su contrario que era lo que había pasado.

Contáronselo ellos y los otros, luego de oírles, dijeron:

–Esa vieja es una tuna redomada que, antes que a vosotros, nos estafó a nosotros.

Y contáronle al *schah-bender* y al judío lo que a ellos con la vieja les había sucedido.

Y el *schah-bender* dijo:

–Bueno; puesto que, gracias a Alá, encontré a mi hijo, quédate como alfada con sus vestidos. Que yo, cuando coja a la vieja, le reclamaré las prendas.

Y tomando al niño en sus brazos fuese a su casa a llevárselo a su madre que, al verlo volver sano y salvo, se alegró mucho, como es natural, y dio gracias a Alá.

Y el judío les preguntó a los otros tres timados:

–¿Qué pensáis hacer ahora?

Y ellos le contestaron:

–Vamos a ver si a la vieja encontramos.

–Pues yo iré también con vosotros –exclamó el judío–. ¿Quién de vosotros la conoce?

–Yo la conozco–respondió el burrero.

Y el judío entonces dijo:

–Si vamos todos juntos, nunca la cogeremos. Lo que debemos hacer es irnos por distintos sitios a buscar a la vieja y luego nos reuniremos en la tienda de Al-Hach Mesâud, el *mogrebi,* el barbero.

Desparramáronse, pues, los cinco perjudicados, y se fueron a buscar a la vieja, cada cual por su lado, y dio la casualidad de que en aquel momento andaba por allí la vieja, viendo a quien podría engañar y hacer víctima de sus tretas.

Viola el burrero y conocióla y se abalanzó a ella, pero la vieja lo rechazo y le dijo, la muy fresca:

–¿Qué me quieres, hombre?

–Devuélveme mi burro–respondió el.

Y la vieja le retruco:

–¡No descubras, hijo mío, lo que Alá veló! ¿Vas buscando tu burro y las prendas y los efectos aquellos?

–Yo solo quiero mi burro–replico el burrero.

–Pues mira, hijo mío–le dijo la vieja–; yo se donde está tu burro y yo misma lo llevé allá, que vi que eres un pobre y me dio piedad y se lo deje encomendado al alfajeme *mogrebi,* Al-Hach Mesâud. Quédate, pues, tú aquí, en tanto yo voy a su barbería y le digo que te devuelva el burro, que lo necesitas.

Vino en ello el burrero y la vieja marfusa se fue derecha a la barbería del *mogrebi* y le besó a este la mano y luego prorrumpió en llanto.

–¿Qué te pasa, mujer?–preguntole el barbero, asombrado.

–¡Hijo mío!–le dijo la vieja, entre suspiros–. Mira allá; ese que está ahí parado es mi hijo, y al pobre, de resultas de una enfermedad, se le trastorno el juicio y le dio la manía por los borricos, y, al levantarse por las mañanas, lo primero que dice es: «¿Dónde está mi burro?» Y lo mismo al sentarse que al andar no hace más que repetir

la misma tarabilla, sin cesar. Y me ha dicho un médico de los médicos que esa manía no se le quitará hasta que le saquemos dos muelas y le apliquemos dos veces el cauterio a las sienes; así que toma este dinar y llámalo y dile: «Ven acá, mocito, que aquí está tu burro y te lo voy a dar.»

Y el barbero tomó el dinar y le dijo a la vieja:

—No pases pena, que un año entero he de ayunar como no le haga con su burro cargar.

Díjole, pues, el moro, el barbero, a su compañero:

—Calienta los hierros y llama a ese que está allí parado.

Largóse de allí la vieja con presteza y el burrero se acercó a la tienda, y al verlo el barbero, le dijo:

—Ven acá, amiguito, que aquí está tu burro, y, por tu vida, que te lo voy a poner en tu mano en seguida.

Entró, pues, el burrero en la tienda y el barbero asió luego de él y lo metió en un cuarto oscuro y lo amordazó y lo derribó en tierra, y, ya tumbado, entre el barbero y su ayudante le ataron los pies y las manos y el *mogrebí* procedió en el acto a sacarle dos muelas y a aplicarle el cauterio en sus sienes, por dos veces.

Dejólo después y el burrero se levantó y lo apostrofó, diciendo:

—¡*Ye* moro! ¿Por qué hiciste conmigo eso?

—Has de saber—respondióle el barbero—cómo tu madre vino aquí y me dijo que tenías trastornado el juicio—de resultas de haber estado enfermo—, a consecuencia de un enamoramiento, y que desde entonces no hacías otra cosa, al levantarte y al acostarte, que decir: «¿Dónde está mi burro?» Pues bien, muchacho, ahora tienes ya tu burro en la mano.

—¡Alá—exclamó el cuitado—te pida cuenta en su día de ese par de muelas que me has sacado!

—Yo—replicó el barbero—no hice más que cumplir lo que tu madre me había mandado.

Y, a renglón seguido, el barbero contóle toda la historia al burrero.

Luego que este oyó toda la relación, exclamó:

—¡Que Alá, el justísimo, le dé a esa maldita vieja su merecido!

Empezaron a disputar el burrero y el barbero y este último corrió en busca de la vieja, dejando desamparada la tienda, y, al advertirlo la tunanta, que al acecho estaba, colóse en ella y arrambló con todo lo que allí encontrara. Y con ello cargada tornóse a su casa y le contó a su hija Seineb la nueva trastada.

Volvió luego a su tienda el barbero, y, al hallarla vacía de cuanto en ella había, emprendióla con el burrero, diciendo:

—¡Tráeme ahora mismo a tu madre, so tunante!

—¡Cómo mi madre!—exclamó el burrero—. Esa no es mi madre, sino una bribona que vive de la trampa, engañando a la gente incauta. Ella fue la que me robó el burro y la que nos ha acarreado este disgusto.

Llegaron en esto el tintorero y el judío y el hijo del mercader, y al ver al barbero enzarzado en discusión con el burrero y a este con las sienes chamuscadas por los cauterios, les dijeron:

—¿Qué es lo que os ha sucedido, amigos?

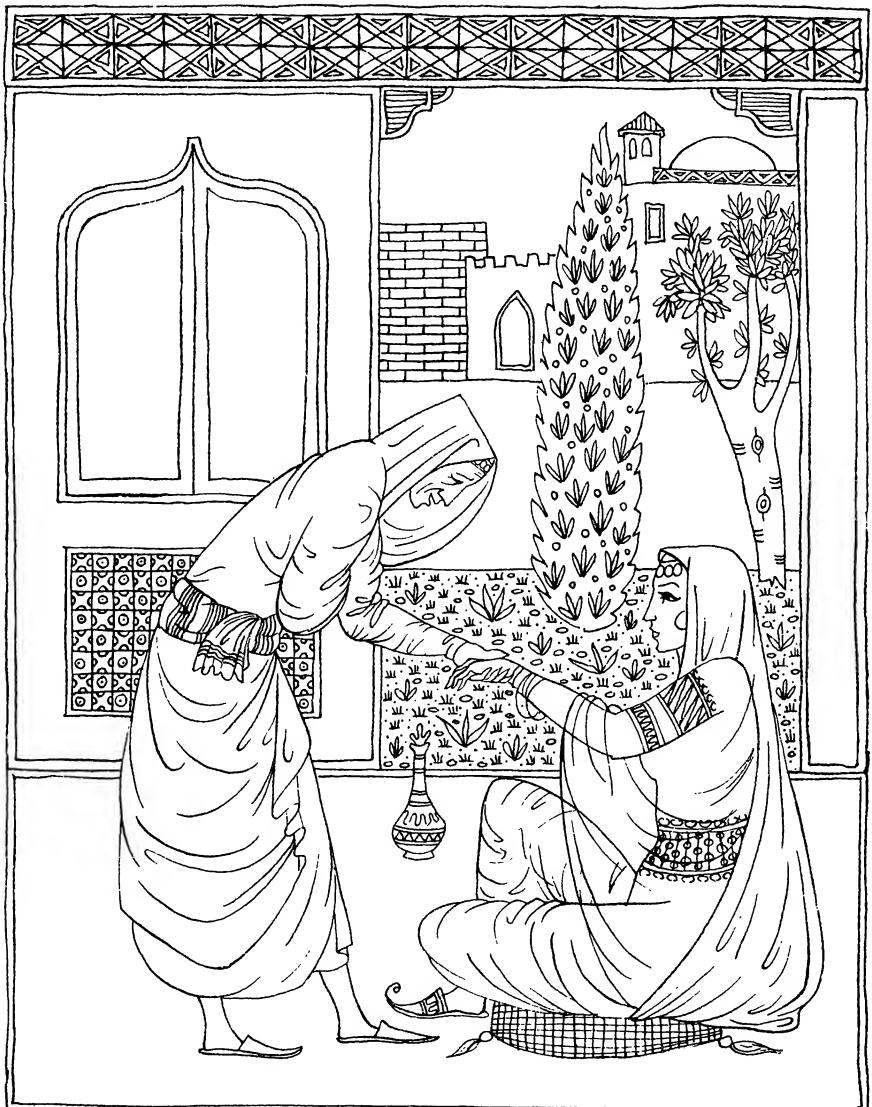
Contóselo todo el burrero y lo mismo hizo el barbero, y luego de oírlos, exclamaron ellos:

—¡También a nosotros nos timó esa bribona!

Y contaron a los otros su historia.

Cerró luego su tienda el barbero y marchó con los demás a ver al guali y le expusieron sus quejas, diciéndole al fin:

—Todo nuestro amparo lo ciframos en ti.



–¡Oh!–exclamo el guali–. Pues así que no hay pocas viejas en el país. Pero, en fin, vamos a ver: ¿alguno de vosotros la conoce bien?

–Yo la conozco–respondió el burrero–, y si me das diez hombres de los de tu guardia, en seguida tendrás aquí a esa taimada.

Dióselos el guali y el burrero marchó con ellos y sus otros burlados compañeros, y recorrieron toda la ciudad hasta que al fin vieron a la vieja Dalila, que venía desprevenida, y asieron de ella y la condujeron a casa del guali, y allí se detuvieron, al pie mismo de una celosía, mientras el guali venía.

Y sucedió que la espera se alargó demasiado y los guardias, que estaban muy cansados, se durmieron, y la vieja fingió que también se dormía y durmieronse de verdad el burrero y sus compañeros.

No bien la vieja se cercioró de que así era escurrióse de entre ellos y colose en el *harén* del guali y fue a besarle la mano a su esposa y le pregunto:

–¿Donde esta nuestro señor, el guali?

–Se echo a dormir–respondiole la mujer–. Pero dime: ¿para qué lo necesitabas?

–Has de saber–explicole la vieja–que mi marido trafica en esclavos y me dio cinco de ellos para que los vendiera en tanto él viajaba por otras tierras, y yo vine a ver al guali y se los ofrecí y el me los compró en mil dinares...

Sorprendió aquí a Schahrasad la aurora y cortó el hilo de sus palabras encantadoras.

PERO LA NOCHE 392 PROSIGUIO SU RELATO EN ESTA FORMA:

–Ha llegado a mi noticia, ¡*ye* monarca, el afortunado!, que la vieja, al introducirse en el *harén* del guali, le dijo a su mujer:

–Tu marido me compró los cinco esclavos que te digo en mil dinares, más doscientos por mi corretaje, y me dijo:

–Tráemelos a casa y te los pagaré sin tardanza.

Daba la casualidad de que el guali, días antes, diérale a su mujer mil dinares, diciéndole:

–Guárdamelos hasta que yo te los pida, que pienso comprar con ese dinero unos esclavos de precio.

De suerte, pues, que, al oír la mujer del guali las palabras de la vieja, no dudó que eran ciertas y le preguntó:

–¿Dónde están los esclavos que mi esposo compró?

–¡*Ye* señora mía!–díjole la vieja–. Ahí están los cinco, al pie del mirador del alcázar, donde se han quedado dormidos.

Miró la mujer del guali por la celosía y vio al *mogrebi* que vestía traje de mameluco y al hijo del mercader, que parecía un mameluco borracho [10] y al tintorero y al burrero y al judío, que estaban afeitados y tenían trazas de eunucos. Y la mujer del guali se dijo: «No hay duda que esos cinco valen más del precio convenido.»

Y abrió un cofrecillo y le entregó a la vieja los mil dinares que le diera a guardar su marido, y le dijo:

–Toma estos mil dinares y aguarda un poco a que despierte de su sueño

[10] Borracho, de puro guapo. Ponderación oriental.

mi esposo y él te dará los doscientos dinares restantes.

–¡*Ye* señora mía!–exclamó la vieja–. No pases pena. De esos doscientos dinares que quedan te regalo yo cien para sorbetes y los otros cien me los guardarás hasta que yo te los venga a reclamar. Ahora te ruego, mi señora, que me hagas salir de aquí por una puerta excusada, y espero que me complazcas.

Hízolo así la esposa del guali, y no bien la vieja salió de allí, corrió ligera a su casa y, al verla entrar su hija Seineb, le preguntó:

–Madre, ¿qué tal? ¿Cómo se te dio el día? ¿Inventaste alguna nueva picardía?

–Mira, hija mía–respondió la vieja–; le he dado hoy el timo nada menos que a la mujer del guali y le he sacado mil dinares y vendídole como esclavos a esos cinco individuos: el burrero y el judío y el hijo del mercader y el tintorero y el barbero, aunque a quien más tirria le tengo es al burrero, que fue el que me reconoció y ante el guali me llevó.

–¡*Ye* madre mía!–díjole su hija–. Date por satisfecha y no repitas la suerte, que tanto va el cántaro a la fuente...

A todo esto, luego que el guali despertó de su sueño, acercósele su esposa, diciendo:

–Espero que te alegrarás cuando veas los cinco esclavos que le compraste a esa vieja.

–¿De qué esclavos me estás hablando?–inquirió el guali.

–¿A qué viene eso de hacerte de nuevas conmigo?–exclamó su mujer–. Yo creo que no hay por qué.

–¡Por vida de mi cabeza!–exclamó el guali–. Que no compré ningún esclavo. ¿Quién te vino con ese engaño?

–No hay tal cosa–rectificó su esposa–, pues lo sé por la misma vieja marchante que te los vendió en mil dinares al fiado, diciéndole tú que se los pagarías cuando te trajera a los esclavos.

–¿Y le diste a la vieja el dinero? –preguntó el guali a su mujer. Y esta le dijo:

–Sí, y he visto a los esclavos y solo sus trajes valen, por lo menos, mil dinares.

Bajó luego el guali a ver a los esclavos y se encontró con el burrero y el hijo del mercader y el barbero y el judío y el tintorero.

Y asombrado de aquello, dirigióse a sus guardias, diciendo:

–¿Dónde están esos cinco mamelucos que le compré a la vieja en mil dinares?

–¡*Ye* señor!–respondieron los interpelados–. Aquí no hay ningún esclavo ni hemos visto más personas que estos cinco individuos que detuvieron a la vieja y la trajeron para someterla a tu juicio. Por cierto que nos quedamos todos dormidos y ella se escurrió dentro del *harén* y luego salió una esclava y nos preguntó:

–¿Están ahí esos cinco que vinieron con la vieja?

Y nosotros le dijimos: «Sí; aquí están los cinco.»

Luego que eso oyó el guali, exclamó:

–¡Por Alá, que este es el timo más famoso que en la vida se oyó!

Y los cinco protestaban, diciendo:

–¡Nosotros vinimos aquí a reclamar justicia de ti!

Pero el guali les replicó:

–Pues vuestra ama, la vieja, me os ha vendido como esclavos por mil dinares.

Y los cinco tornaron a protestar como antes:

–Nosotros somos hombres honrados y no se nos puede vender, que lo prohibe Alá. Y si tú no nos haces justicia, apelaremos al jalifa.

Pero el guali, a su vez, les replicó:

–Nadie pudo indicarle a la vieja el camino de mi casa sino vosotros mismos, así que os voy a vender para las

galeras, en doscientos dinares por cabeza.

Y estando en estas he aquí que se presenta allí de improviso el emir Hasán Scharru-t-Terik, que también iba a reclamar ante el guali.

Y dizque, al volver el emir Hasán de su viaje, se encontró a su mujer desnuda y le preguntó qué le había pasado, contándoselo ella todo de cabo a rabo.

Luego que el emir la oyó, exclamó:

–Solo el guali puede valerme aquí. Fue, pues, a verlo y lo interpeló, diciendo:

–¿Por ventura consientes tú que las viejas merodeen por el país y hagan a la gente víctima de sus malas artes y la despojen de sus caudales? Sin trapo que ponerse han dejado a mi esposa y de ello te culpo a ti y vengo a reclamarte los vestidos y alhajas que le han robado a la cuitada.

Y encarándose con los otros cinco perjudicados, les preguntó:

–Y a vosotros, ¿qué os sucedió?

Contáronselo ellos y el emir exclamó:

–Vaya, también a vosotros os engañó.

Y dirigiéndose al guali lo interpeló:

–¿Y por qué los mandaste prender?

Y el guali le contestó:

–Pues porque ellos fueron quienes trajeron a mi casa a esa bruja, la cual me ha timado mil dinares de mi bolsillo, vendiéndoselos a mi mujer como esclavos.

Y los cinco alzaron el grito, clamando:

–*¡Ye* emir Hasán, sé tú en esta causa nuestro abogado!

Y el guali volvióse al emir Hasán y le dijo:

–Las cosas que a tu mujer le robaron corren de mi cuenta y de recuperarlas me encargo. ¿Quién de vosotros conoce a esa maldita vieja? E iremos en seguida a prenderla.

–Todos la conocemos–exclamaron los cinco al mismo tiempo–. Danos diez hombres de tu guardia y verás cómo traemos acá a la tunanta.

Dióselos el guali y el burrero les dijo:

–Seguidme a mí, que yo la conozco mejor que vosotros, que tiene zarcos los ojos.

Y echaron a andar por la ciudad en busca de la vieja, y, al volver de una esquina, se toparon con ella y la cogieron y la condujeron a casa del guali, que estaba aguardando allí. Y al verla el guali. le preguntó a la vieja:

–¿Dónde están las cosas que les robaste a estas personas?

–*¡Ye!*–exclamó la vieja–. Yo no las he cogido ni sé nada de ellas.

Volvióse el guali hacia el carcelero y le dijo:

–¡Llévatela y enciérrala! Y tenla allí hasta que amanezca.

Pero el carcelero se negó, diciendo:

–Yo no la llevo a la prisión, que temo me haga a mí también una trastada y se escape y me deje encerrado en la cárcel.

Luego que oyó aquello montó el guali en su mula y cogió a la vieja y a los demás y dirigióse a orillas del Dichle, y, ya allí, llamó al farolero y le mandó que la colgase de los pelos, y el farolero se hizo cargo de la vieja y la subió a la cruz por medio de las poleas y el guali designó diez hombres para que la vigilasen de cerca.

Retiróse luego de eso el guali a su residencia y a poco cerró la noche y venció el sueño a los guardianes de la vieja.

Y sucedió que un beduino hubo de oírle decir a un viajero que dialogaba con un amigo:

–¡Loado sea Alá por habértenos devuelto con seguridad! ¿Dónde estuviste todo este tiempo?

–En Bagdad–respondió el otro–, donde comí a placer *selabiya* [11] con miel.

[11] Especie de torta.

Luego que eso oyó el beduino montó en su alazán y se dirigió a Bagdad, y en el trayecto iba diciéndose para sus adentros: «La *selabiya,* por lo visto, es lo que comen los árabes distinguidos, la flor y nata de los elegidos. Pues a fe que no he de comer ya otra cosa que la *selabiya* con miel.»

Pero al llegar aquí sorprendió a Schahrasad la aurora y cortó el hilo de sus palabras fascinadoras.

Y LA NOCHE 393 REANUDO SU RELATO EN ESTA FORMA:

–He oído decir, *¡ye* monarca, el afortunado!, que el beduino montó en su alazán y se dispuso a entrar en Bagdad, diciéndose para sus adentros: «La *selabiya* es la gala y prez de los árabes; a fe que no he de comer ya en mi vida otra cosa que *selabiya* con miel.»

Y así diciendo vino a pasar el beduino junto a la cruz, donde la vieja Dalila estaba colgada de los cabellos, y, al verla, preguntóle con extrañeza:

–¿Qué haces ahí, *ye* vieja?

Y la vieja, que había oído lo que iba diciendo el beduino, exclamó:

–*Scheij* de los árabes, tómame bajo tu protección.

–Acórrate Alá–díjole el beduino–; pero dime: ¿por qué te condenaron a ese suplicio?

–Pues simplemente–explicóle la vieja–porque fui a comprar una ración de *selabiya* y mientras me despachaban hube de escupir y mi escupitajo fue a caer en la sartén y por esa razón me llevaron ante el gobernador y este me impuso esta sanción.

Y, además, ordenó:

«Habéis de traerle diez libras de *selabiya* con miel y se las daréis a comer, colgada como está, y, si se las comiere, la quitaréis de la cruz y la soltaréis; pero si no se las come por ventura la dejaréis ahí que se pudra.»

Y lo peor de todo, amigo mío, es que a mí el dulce no me gusta.

–¿Cómo es eso?–exclamó el beduino–. ¡Si la *selabiya* es un plato muy rico! Si yo me hallara en tu caso me comería las diez libras, sin dejar nada en el plato.

–Para eso tendrías que ocupar mi puesto–le dijo la vieja.

–Pues quítate de ahí y me pondré yo–le dijo el beduino, que, a fuer de inexperto, picara en el cebo.

Indicóle entonces la vieja que la desatara a ella y luego que así fue atólo ella a él y después quitóle sus vestidos y el turbante y se fue por su camino.

Luego que se alejó lo bastante de allí púsose la vieja las ropas del hombre y se lió su turbante a la cabeza y montó en su alazán y empezó a cabalgar hasta su casa llegar.

Y al verla su hija Seineb le preguntó:

–Pero, madre, ¿que significa ese traje?

–Nada, hija mía–contestóle ella–, que me habían crucificado y me he salvado.

Y Dalila contóle a su hija lo que con el beduino le había sucedido.

Y esto es, por ahora, todo lo referente a su historia.

Cuanto a los guardianes de la vieja luego que clareó el día despertóse uno de ellos y despabiló a sus compañeros, los cuales abrieron los ojos y vieron que ya el sol brillaba esplendoroso.

Y uno de ellos alzo la mirada e inquirió:

–¡Dalila!

Oyólo el beduino y contestó en seguida, que en toda aquella noche no catara comida.

–¿Es que me traéis ya la *selabiya?*

–Ese es un beduino–exclamaron los guardianes, al oirlo. Y uno de ellos lo interpeló, diciendo:

–*¡Ye,* beduino! ¿Dónde está Dalila? ¿Quién le soltó sus ataduras?

–Yo–respondió el beduino–para que no tuviera que comer la *selabiya,* que no le gusta, y en cambio a mi me vuelve tarumba.

Conocieron al punto los guardianes que el beduino estaba de todo ignorante y que la vieja taimada le había jugado una de sus trastadas. Y unos a otros se miraron y se preguntaron:

–¿Nos largamos de aquí o aguardamos a que se cumpla en nosotros lo que Alá tenga decretado?

Pero estando en estas deliberaciones hete aquí que llega el guali, seguido de su gente y de los cinco burlados por la vieja de las trapisondas y los engañados, y, dirigiéndose a los guardianes, les dijo

–¡Id y descolgad a Dalila!

Y el beduino, que en toda la noche había comido, alzó el grito y dijo:

–¿Pero es que no vais a acabar de traerme la *selabiya* con miel?

Alzó entonces el guali los ojos a la cruz y vio que, en vez de la vieja, era el beduino el que pendía de ella. Y, encarándose con los guardianes, preguntóles:

–¿Qué es eso?

–Perdón, señor–dijeron ellos.

–Contadme lo que haya pasado–ordenóles su amo.

–Nosotros–le dijeron ellos–estábamos aquí de guardia, velando, y de cuando en cuando mirábamos y decíamos: «Ahí sigue Dalila.» Pero luego que amaneció el día y fuimos allá nos encontramos con que la vieja había volado, dejando a este beduino en su lugar.

Y aquí nos tienes, señor, entre tus manos, por si te dignas perdonarnos.

–Está bien–exclamó el guali–. Sea el perdón de Alá sobre vosotros. Todo esto es obra de esa vieja, que nos trae a todos de cabeza.

Mandó luego soltar al beduino, y este, ya libre, se acercó al guali y le dijo así:

–¡Alá guarde al jalifa por tu mano! Has de saber que me he quedado sin mis ropas y mi caballo.

Preguntóle el guali cómo fuera aquello y el beduino le contó su historia y el guali exclamó, después de oír al infeliz:

–¿Por qué le diste tus ropas y tu caballo?

Y el beduino contestó, abochornado:

–Porque no sabía que fuera una tramposa y me fié de sus palabras melosas.

Hiciéronle coro los demás y clamaron también, implorando al guali:

–Nadie sino tú debe restituirnos lo que perdimos. Porque nosotros te la llevamos y te la confiamos; así que vamos todos al diván del jalifa y pediremos al emir de los creyentes que nos haga justicia.

Hiciéronlo así luego y, al llegar aquella mañana al diván el emir Scharru-t-Terik, encontróse allí con el guali y el beduino y los otros cinco individuos, los cuales clamaban:

–Pedimos justicia y que se atienda nuestra demanda.

–¿Quién os ha agraviado?–preguntoles el jalifa.

Adelantáronse entonces ellos uno a uno y fueron exponiendo al jalifa sus quejas y agravios.

Y el jalifa, después de oírlos, alzo la voz y dijo:

–Yo tomo sobre mi el restituiros lo que habéis perdido.

Y encarándose con el guali, le dijo:

–A ti te encargo de prender a la vieja.

Pero el guali, al oirlo, agitó su collar y dijo:

–¡*Ye* emir de los creyentes! Yo no quiero cargar con esa responsabilidad, que ya la tuve colgada de la cruz a esa vieja, y así y todo, logró engañar a este beduino y consiguió que la desatara y luego ella lo ató a él en su lugar y cargó con sus vestidos y su caballo y se largó sin más.

–Pero si no a ti–dijo el jalifa–¿a quién voy a encargar de su busca y captura?

–¡*Ye* emir de los creyentes!–díjole el guali al jalifa–. Encárgale a Ahmedu-d-Dánaf, que para eso le pagas mil dinares al mes y has puesto a su servicio cuarenta y un ayudantes que cobran cada uno cien dinares mensuales.

–Está bien–dijo el jalifa–. ¡A ver! Que venga Ahmedu-d-Dánaf.

Y Ahmedu-d-Dánaf exclamó en seguida:

–Aquí me tienes, ¡*ye* emir de los creyentes!, pronto a servirte en lo que me ordenes.

Y el jalifa le dijo:

–Te mando que me traigas acá a esa vieja lo más pronto que puedas.

Y el miramamolin retuvo a su lado al beduino y a los otros cinco timados.

Sorprendió aquí a Schahrasad la aurora y cortó el hilo de sus palabras.

Y LA NOCHE 394 PROSIGUIO SU RELATO EN ESTA FORMA:

–Ha llegado a mi noticia, ¡*ye* monarca, el afortunado!, que el jalifa encargó a Ahmedu-d-Dánaf de la busca y captura de la vieja Dalila, la marfusa, y retuvo consigo al beduino y a los otros cinco individuos.

Y Ahmedu-d-Dánaf salió en el acto a cumplir la orden de su señor y se reunió con sus hombres en su cuerpo de guardia y les comunicó lo que pasaba.

Y unos a otros se miraron y se dijeron:

–¿Cómo nos vamos a arreglar para dar con esa vieja habiendo tantas en esta tierra?

Pero entonces uno de ellos, que se llamaba Alí Kutfu-ch-Chámal [12], exclamó:

–¿A qué vienen esos conciliábulos? Aquí está Hasán-Schumán, que es hombre más que suficiente para el caso.

–Por el nombre grande, ¡*ye* Alí!–exclamó al oirlo Hasán-Schumán–, no me metas en líos, que por esta vez no me pienso mover.

Y se levantó airado y se fue.

–Lo que procede hacer, muchachos –dijo Ahmedu-d-Dánaf–, es que cada sargento tome consigo diez hombres y se vaya a dar una batida por un barrio distinto de la ciudad y así es posible que a Dalila, la bribona, podamos pescar.

Hiciéronlo así ellos y se desbandaron, yéndose cada cual por un lado. Pero antes convinieron en volverse a encontrar en el barrio de Al-Karj.

Corriérase a todo esto por la ciudad la voz de que Ahmedu-d-Dánaf habíase encargado de dar caza a Dalila, la taimada, y Seineb le dijo a su madre:

–Si de veras fueres tú tan lista como dices les darías el pego a ese Ahmedu-d-Dánaf y a sus compañeros.

A lo que le respondió Dalila:

–Mira, hija mía, a mí todos ellos me

[12] *Lomo de camello.*

importan un bledo; al único que le temo es a Hasán-Schumán.

Y Seineb le dijo a su madre:

–Pues por mis abéñulas rizadas, que he de traerte los vestidos de todos esos cuarenta y un bandidos.

Y acto seguido fue Seineb y se vistió y se echó el velillo y fuese a ver a cierto droguero, su conocido, el cual tenía una planta baja con dos puertas, y, después de hacerle la zalema, le dio una moneda de oro y le dijo:

–Toma este dinar y déjame tu salón hasta la tarde.

Y el droguero tomó el dinar y le dio a la joven las llaves del salón y Seineb luego cogió esterillas y tapices y otros enseres y los cargó a lomos del burro robado y arregló la habitación y puso en cada estrado un altabaque con viandas y unas botellas de vino y el consiguiente servicio. Y, después de eso, salióse a la puerta, sin velo a la cara.

Y hete aquí que, a poco rato, pasó por allí Alí Kuftu-ch-Chámal seguido de sus esbirros. Y Seineb fue y le besó las manos, y Alí, al verla tan guapa, se encandiló en seguida y le preguntó:

–¿Qué quieres de mí?

Y ella le preguntó a su vez:

–¿Eres tú, por casualidad, el capitán Ahmedu-d-Dánaf?

–No; yo soy Kutfu-ch-Chámal–respondió él–. Pero pertenezco a su banda.

–¿Adónde vais? ¿Qué es lo que buscáis?–inquirió la muchacha.

–Vamos buscando–díjole él–a una pícara vieja que con sus enredos y timos les limpia a las gentes los bolsillos. Pero dinos tú, a tu vez, quién eres y de dónde vienes.

–Yo–dijo la muchacha–soy hija de un tabernero de Mozul y murió mi padre, dejándome mucho dinero, y me vine a este país, huyendo de aquellos jueces, y al preguntar a la gente quién podría ampararme y defenderme, me dijeron: «Solo Ahmedu-d-Dánaf podría hacerlo.»

–¿Sí? Pues mira–dijéronle ellos–, hoy mismo, si quieres, puedes verlo.

–Está bien. ¡Cuánto me alegro!–respondió la muchacha–. Pero antes de ir a verlo hacedme el honor de pasar aquí adentro y tomar un bocado y un sorbo de agua que quiero ofreceros.

Aceptaron ellos y la joven los pasó adentro y comieron y bebieron hasta que perdieron el juicio y no advirtieron que la moza les echara *banch* en el vino, por lo que no tardaron en quedarse dormidos.

Fue entonces la joven y les quitó las ropas y los despojó de todas sus cosas.

A todo esto andaba Ahmedu-d-Dánaf buscando a la vieja y por ninguna parte la encontraba ni veía tampoco a sus guardias; hasta que, en el curso de sus andanzas, llegó a donde la muchacha se hallaba, y, al verla, le besó la mano y quedó de su hermosura prendado, y, en una palabra, locamente enamorado.

Y la joven, al verlo, le dijo:

–¿Eres tú el jefe de Policía Ahmedu-d-Dánaf?

–Sí–contestó él–, y tú ¿quién eres, si se puede saber?

–Yo–respondió la joven–soy árabe, de Mozul, y mi padre era tabernero y me dejó al morir mucho dinero; vínome yo acá, huyendo de los jueces, y abrí esta taberna y el guali me echó una multa, por lo que deseaba verte a ti para ponerme bajo tu amparo y que tú hicieras que el guali me condonase la multa que me ha echado.

–No tengas cuidado–díjole Ahmedu-d-Dánaf–, que no le daremos un cuarto.

–Muchas gracias–respondió la muchacha–. Pero ahora hazme la merced de pasar adentro y acepta de mí un modesto obsequio.

Pasó adentro Ahmedu-d-Dánaf y la joven le ofreció de comer y beber y el jefe de Policía comió y bebió hasta achisparse y no poderse tener, y entonces la joven le echó *banch* en el vino,

sin que él se diera cuenta, y a poco se quedó Ahmedu-d-Dánaf profundamente dormido.

Y luego que así fue diose prisa la joven a despojarlo de sus vestidos. Y púsolo todo a lomos del caballo del beduino, y, montando en él, se fue por su camino.

Despertóse luego uno de los guardias y se encontró desnudo y vio que también Ahmedu-d-Dánaf y todos los demás estaban profundamente dormidos del *banch* que habían ingerido, y los despertó a fuerza de sacudirlos.

Y dijo Ahmedu-d-Dánaf al abrir los ojos y encontrarse desnudo:

–¿Qué fue lo que nos pasó, muchachos? Nosotros íbamos a la caza de una vieja y hemos dado con una jovencita que nos ha cazado. Y por culpa de esa tunantuela vamos a ser la irrisión de Hasán-Schumán cuando lo sepa. Pero, en fin, paciencia; aguardaremos a que oscurezca y entonces nos largaremos, sin que nos vean.

A todo esto fue Hasán-Schumán y preguntóle a su edecán:

–Y los del piquete, ¿dónde están?

Y no había acabado de decirlo cuando los vio llegar en cueros vivos.

Y al verlos llegar Hasán-Schumán, recitó estos versos:

–En punto a la intención, todos los hombres
vienen a ser iguales;
pero ya no lo son cuando se trata
de realizar los planes.
Pues unos son discretos y otros torpes,
lo mismo que hay estrellas deslumbrantes
y otras que apenas brillan
con una lumbre opaca, deleznable [13].

Y luego preguntó:

–¿Quién os jugó esa mala partida y os dejó en camisa?

–Íbamos buscando a esa vieja–dijéronle ellos–; pero no fue ella la que nos hizo esta trastada, sino una chica muy guapa.

–Guapa es, en verdad–exclamó Hasán-Schumán.

–¿La conoces tú?–le preguntaron ellos. Y él respondióles, diciendo:

–La conozco a ella y a su madre, la vieja.

–¿Y qué vamos a decirle ahora al jalifa?–exclamaron ellos.

–Oyeme, Ahmedu-d-Dánaf–dijo Hasán-Schumán, dirigiéndose a su colega–. Si el jalifa te pregunta por qué no lograste echar el guante a la vieja le dices que porque no la conoces a ella, y añades que es a mí a quien debe encargarme de detenerla y yo sin falta la llevaré a su presencia.

Durmieron aquella noche y al día siguiente, luego que amaneció la mañana, subieron al diván del jalifa y besaron la tierra entre las manos del soberano, el cual, encarándose con Ahmedu-d-Dánaf, lo interpeló, diciendo:

–¿Dónde está esa vieja que te mandé prender?

Bajó el policía la cabeza y dijo:

–*¡Ye* mi señor, no he podido conseguirlo!

–¿Por qué?–inquirió el jalifa.

Y Ahmedu-d-Dánaf contestóle con voz tímida:

–Es el caso, *¡ye* emir de los creyentes!, que yo no conozco a esa vieja insolente. A quien debes encargar de prenderla es a Hasán-Schumán, que la conoce a ella y también a su hija, y así podrá detenerlas en seguida.

Medió entonces Hasán-Schumán y dijo:

–En verdad, que la vieja no hace esas picardías porque a ello le mueva la codicia, sino para poner de manifiesto su habilidad y la de su hija y llamar tu atención, a fin de que las coloques a las dos en el puesto que su difunto marido ocupaba cuando murió. De suerte que, si les perdonas la vida, comparecerán aquí en seguida.

–Por vida de mis abuelos–exclamó el jalifa–que, si les devuelven a los perjudicados los objetos robados, las

[13] Suprimido en la edición de Bulak.

perdono a las dos, en gracia a tu mediación.

–¡*Ye* emir de los creyentes!–dijo Hasán-Schumán–. Dame algo en prenda de tu promesa.

Y el jalifa le dio el pañuelo del perdón.

Marchó luego Hasán-Schumán en busca de la vieja y llegó a su casa y llamóla con voz recia.

Pero fue su hija la que le contestó y el policía le preguntó:

–¿Dónde está tu madre, Seineb, que la quiero ver?

Y la joven le respondió:

–Pues no lo sé.

–Bueno–díjole Hasán-Schumán–. Pues búscala y dile que venga y se traiga las cosas robadas, que el jalifa la llama, y que si no viene por las buenas, a nadie sino a ella tendrá que echarle la culpa de lo que le suceda.

Salió entonces la vieja Dalila y le entregó a Hasán-Schumán todos los objetos robados, juntamente con el burro del burrero y el caballo del beduino, pero Hasán le dijo:

–Faltan todavía las ropas de Ahmedu-d-Dánaf y sus guardias.

–Por el nombre, el grande–respondió la vieja–que en eso no tuve yo arte ni parte.

–Tienes razón–asintió Hasán-Schumán–, que eso fue obra de tu hija Seineb; pero lo hizo con tu complicidad, y ahora a las dos me las voy a llevar.

Marchó, en efecto, con ellas al diván del jalifa, y este, al ver a la vieja, mandó que sobre el abigarrado tapiz de la sangre la tendieran.

Pero la pícara exclamó:

–¡*Ye* Hasán-Schumán, yo estoy bajo tu protección!

Levantóse entonces Schumán y fue a besar las manos del jalifa y le dijo:

–¡*Ye* mi señor, recuerda que le diste de antemano tu perdón!

–Es verdad–asintió el jalifa–que lo hice en gracia a tu intercesión. Pero que se acerque acá esa vieja, que quiero verla.

Acercóse la vieja al trono del jalifa y este le preguntó:

–¿Cómo te llamas?

Y ella contestó:

–Dalila, la ladina.

–Bien te cuadra el nombre–exclamó el jalifa–, que no eres sino una embaucadora y una pícara. Pero dime: ¿por qué les jugaste a las gentes esas malas partidas y nos pusiste los corazones llenos de pesadumbre?

Y Dalila, la ladina, contestóle al jalifa:

–En verdad que a ello no me movió la codicia, sino que llegó a mis oídos la fama de los timos que daban en Bagdad todos los días Ahmedu-d-Dánaf y Hasán-Schumán, tus policías, y me dije a mí misma: «Pues ¿por qué no he de hacer igual que ellos, si me sobra ingenio?» Y eso fue todo, señor, y ya he restituido a sus dueños lo que les quité.

Pero entonces adelantóse el burrero y dijo:

–¡Invoco la ley de Alá entre yo y ella! Pues no solo me quitó mi burro, sino que, además, hizo que el alfajeme de marras dos muelas me sacara y me aplicara el cauterio a ambas sienes y me las quemara.

Mandó el jalifa luego que le dieran cien dinares al burrero y otros tantos al tintorero, y le dijo:

–Toma, para que vuelvas a montar tu tienda.

Y ambos tomaron el dinero y se fueron invocando sobre el jalifa las bendiciones del cielo.

Y también el beduino cogió sus vestidos y su caballo y se retiró, murmurando:

–De hoy más me está vedado entrar en Bagdad y comer *selabiya* con miel.

E igualmente los demás tomaron sus cosas y se retiraron del diván.

Después de lo cual encaróse el jalifa con Dalila y le dijo:

—¡Pídeme una gracia!

Y Dalila le contestó al jalifa:

—En verdad, señor, mi padre era el encargado de tus palomas mensajeras y me enseñó a mí a amaestrarlas y mi difunto marido fue capitán de la ciudad de Bagdad. Así que yo ahora desearía me nombrases a mí en el puesto de mi marido y a mi hija en el de su padre.

Accedió luego el jalifa a las dos peticiones y la vieja añadió todavía:

—Te agradecería, además, señor, que me nombraras portera de tu *jan.*

Pues habéis de saber cómo el emir de los creyentes mandara labrar un *jan* de tres plantas, para que en él pudieran alojarse los mercaderes, y destinó para su servicio cuarenta esclavos y cuarenta perros de presa, que se trajo de Sulaimaniya [14], cuando venció al rey de esas tierras. Tenía también el *jan* su esclavo cocinero, que guisaba para sus compañeros y también les echaba de comer a los perros, que llevaban collares en sus pescuezos.

Y dijo el jalifa:

—Mira, Dalila, voy a extenderte la albalá de guardiana del *jan* y, si de hoy más se pierde algo en él, tú me tendrás que responder.

—Y la vieja contestó:

—¡Está bien, señor! Pero te pido que aposentes a mi hija en el alquival de encima de la puerta del *jan,* que tiene terrados, porque las palomas mensajeras solo pueden criarse al raso.

Y el jalifa concedióle también a la vieja esa merced, de suerte que en el acto trasladóse Seineb a aquel pabellón y colgó en él los cuarenta y un trajes de Ahmedu-d-Dánaf y sus secuaces.

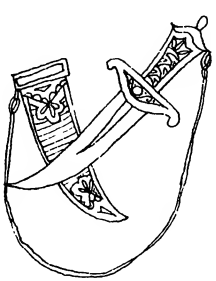
Entregáronle, además, a Dalila las cuarenta palomas mensajeras que componían la estafeta alada del jalifa, el cual nombró a Dalila capitana de los cuarenta esclavos y mandóles a estos que obedeciesen todos sus mandatos.

Y Dalila estaba siempre sentada tras la puerta del *jan* y todos los días, sin falta, subía al diván del jalifa, por si este tenía algún mensaje que mandar por la posta palomeril, y allí se estaba hasta la tarde, en tanto los cuarenta esclavos guardaban el *jan,* y, luego que oscurecía, soltaban los cuarenta perros, para que durante la noche vigilasen.

Y estos fueron los hechos de Dalila, la ladina, en Bagdad.

Pero muy parecida a esta historia es la de las:

[14] El Afganistán. La edición de Breslau transcribe el rey Soleimán.





AVENTURAS DE ALI, «EL AZOGUE», EL DE MIZR

(Noches 394 a 405)

En la edición de Breslau esta historia va fundida con la anterior.

—Cuentan que en tiempos de Selah, el mizriano, que era jefe de Policía del Cairo y tenía cuarenta hombres bajo su mando, había allí un pícaro llamado Alí, al que Selah estaba siempre armándole trampas con la ilusión de echarle la zarpa, y no lo lograba.

Porque cuando ya creía tenerlo en la mano escurríasele el muy tuno, cual si fuera azogue, que precisamente por eso pusieranle aquel mote de Alí As-Sibek o *El Azogue*.

Y sucedió un día de los días que estaba Alí sentado en su retén, muy mohíno, pesado el corazón y el pecho encogido.

Y el portero le dijo:

—¿Qué es lo que te sucede, jefe? Si tienes el pecho encogido, según parece, date una vueltecita por las calles y los zocos del Cairo y ya verás cómo así se te pasa el enfado.

Hallo Alí acertado el consejo y se levanto y echóse a la calle y empezo a caminar, pero no consiguió con ello sino que aumentase su pesar.

Hasta que llego junto a una taberna y se dijo:

«¡Entremos ahí y emborrachémonos, Alí!»

Entró, pues, el bandido en la taberna; pero al ver que había allí siete individuos bebiendo, le dijo al tabernero:

—Mira, yo quiero estar solo cuando bebo.

—Está bien—dijo el tabernero y lo paso a un reservado y allí le sirvio vino puro, y Alí bebio hasta que se emborrachó.

Levantose luego y salio y echóse de nuevo a vagar por la ciudad, de plaza en plaza y de calle en calleja, hasta que fue a salir al Camino Colorado, sin que nadie le estorbara el paso, pues todo el mundo, al verlo, despejaba el campo.

Esparcio Alí la vista en derredor y reparó en un azacán que por allí iba y venía, cargado con su zaque y su vaso, gritando:

—¡Por Alá, que no hay más bebida

que la de la uva ni más placer en amor que el que nuestra novia nos brinda y solo el hombre de valor se sienta en el sitio de honor!

Llegóse Alí, *El Azogue,* al aguador y le dijo:

–Dame de beber.

Miróle el azacán y diole el vaso con agua y el bandido lo miró y luego lo sacudió y en el suelo vertió.

Y el azacán le preguntó:

–¿Por qué haces eso?

–Échame otro vaso–le contestó el pícaro.

Y el azacán tornó a llenarle el vaso y se lo dio, y Alí lo tomó y lo sacudió y en el suelo lo vertió. Y así hizo también la tercera vez. Hasta que el aguador, amostazado, exclamó:

–¡Si no quieres beber, me iré!

–No–le dijo Alí–; échame otro vaso.

Hízolo así el aguador y Alí tomó el vaso y aquella vez se lo bebió y diole un dinar al azacán.

Miró el aguador con desdén al parroquiano y con tono displicente le dijo:

–¡Buena suerte!, ¡buena suerte, mocito! Que una cosa son los grandes y otra los chicos.

Y al oír aquello Alí, *El Azogue,* cogió de un pico de la almalafa al aguador, y, amagándole con un puñal de precio, pintiparado a aquel que describió un poeta en estos versos:

«De acero muy bien templado,
de viperina ponzoña
borracho, respeto impone
al amigo, pues que corta
al mismo tiempo que quema,
y su punta, nada roma,
de un piso de mármol puede
arrancar gemas valiosas.» [1]

[1] Tomamos estos versos de la edición de Breslau. La de MacNaghten trae, en vez de ellos, estos otros versos:

Con firme acero golpea
y no temas sino a Alá;
obra siempre bien y a todos
muestra generosidad.

–Mira, *scheij,* háblame a mí mejor. Tu zaque, a todo tirar, no vale más de tres dracmas, y los vasos que yo vertí en el suelo equivalen a una pinta más o menos de agua.

–Sí–asintió el aguador.

–Pues bien–siguió diciendo Alí–, yo te he dado en pago un dinar de oro y, siendo así, ¿por qué me has mirado por encima del hombro? ¿Viste nunca, aguador, otro más bravo o más rumboso que yo?

–Cierto que sí–respondióle el aguador a Alí–, que he visto otro más valiente y más generoso que tú, pues en tanto paran las madres no habrá en la haz de la tierra ningún bravo que también generoso no sea.

–¿Y quién es?–preguntóle Alí al aguador–ese que viste más bravo y rumboso que yo?

Y el aguador le respondió:

–Has de saber que a mí me ocurrió una vez una rara aventura. Y fue que murió mi padre, que era el *scheij* de los azacanes del Cairo, que dan de beber a la gente, y al morir me dejó como herencia cinco camellos y un mulo y una casa y una tienda; pero dizque el hombre es de tal ralea que nunca está contento y cuando lo está revienta.

Así que yo me eché mis cuentas y dije: «¿Por qué no irme al Hichás?» Y dicho y hecho, cogí una recua de camellos y merqué género a tutiplén, entrampándome en quinientos dinares, y todo lo perdí luego en aquel dichoso viaje.

Y entonces me dije: «Si vuelvo ahora al Cairo, se echarán sobre mí mis acreedores, y como no tengo con qué pagarles, me meterán en la cárcel.» Así que me incorporé a la cáfila de peregrinos y con ellos fui de Dimechk a Haleb y de Haleb a Bagdad, y ya allí averigüé dónde vivía el *scheij* de los aguadores y pasé a verlo a su casa y le recité la *fatiha.*

Preguntóme él por mi caso y yo se

lo conté, y él, después de oírme, me asignó una tienda y me dio una zaque y un vaso. Y yo me eché por las calles en busca de parroquianos, fiando en que Alá no me habría de abandonar.

Y en tanto callejeaba por la ciudad en la mañana, hube de ofrecerle el vaso a un transeúnte, el cual me lo rehusó diciendo: «No he comido nada que me diera sed, porque hoy convidóme un amigo roñoso y me puso delante dos vasos y yo le dije: 'Pero hijo de avaro, ¿es que me has dado algo de comer que me despierte la sed?' Así que sigue tu camino, aguador, que, cuando haya comido, ya te llamaré.»

Ofrecíle luego el vaso a otro transeúnte, el cual me dijo: «Alá te socorra, hijo mío.» Y así anduve de acá para allá hasta mediodía, sin estrenarme, lo que me hizo exclamar:

–¡Ojalá y nunca viniera a Bagdad!

Cuando hete aquí que, de pronto, miro y veo correr a la gente, con tal prisa, que unos a otros se atropellan, y yo también eché a correr detrás de ellos y me encontré con una larga hilera de hombres montados, en filas de a dos y forrados de acero, con collares doblados y bonetes de fieltro y albornoces y espadas y adargas.

Preguntéle a uno de los del gentío cúya era aquella escolta y él me dijo:

–Del capitán Ahmedu-d-Dánaf.

–¿Y quién es ese Ahmedu-d-Dánaf? –torné a preguntarle.

Y el hombre me dijo:

–Pues nada menos que el capitán de la ciudad de Bagdad y su diván y tiene bajo su mando los arrabales y cobra un sueldo de mil dinares mensuales que le paga el jalifa, lo mismo que a Hasán-Schumán. Y cada uno de sus seides cobra cien dinares al mes.

Y luego añadió:

–Ahora vuelven a su retén del diván, que acaba de terminar.

Y dizque estando en éstas reparó Ahmed en mí y me gritó:

–¡Dame de beber, aguador!

Llené yo el vaso y se lo di y él lo movió y luego lo vertió, lo mismo que hiciste tú, y por segunda y por tercera vez, lo volvió a hacer, hasta que, a la tercera, bebió como tú un sorbo y me preguntó:

–¿De dónde eres, aguador?

–¡Del Cairo, señor!–le respondí.

Y él exclamó:

–Alá guarde al Cairo y a su gente. Y dime: ¿por qué te viniste de allí?

Contéle yo entonces mi historia y dile a entender que era un deudor que de sus acreedores huyera, y él luego de oírlo me dijo:

–Pues bien venido seas a Bagdad–y me dio cinco dinares y les dijo a sus hombres después:

–¡Por el amor de Alá, sed generosos con él!

Y cada uno de sus hombres me dio cinco dinares a su vez.

Y Ahmed me dijo:

–Mira, *scheij:* mientras estés en Bagdad, siempre que nos des de beber, te pagaremos igual.

Y así lo hizo, efectivamente, y por él también me favoreció la demás gente, de suerte que el dinero afluía a mis manos que era un contento; hasta que un día eché la cuenta de mis ganancias y me encontré con que tenía mil dinares en mi poder y entonces decidí: «Lo mejor que puedes hacer es volverte ya a Mizr.»

Y acto seguido fuime a ver a Ahmed y le besé las manos y él me dijo:

–¿Qué es lo que te trae por aquí? ¿Quieres algo de mí?

A lo que yo respondí:

Tengo pensado de volverme a Mizr. Y le recité estos versos:

> La estada en un país extraño
> es lo mismo que un castillo
> sobre el viento edificado.
> El aire luego derriba
> lo que antes ha levantado,
> y así sólo en el terruño
> del hombre descansa el ánimo [2].

[2] La edición de Bulak omite estos versos.

Y luego agregué:

–Hay una caravana dispuesta a salir para El Cairo y yo querría marchar allá con ella.

Diome entonces Ahmedu-d-Dánaf una mula y cien dinares y me dijo:

–Querría enviar allá algo por tu mano. ¿Conoces bien a la gente del Cairo?

–Cierto que sí–le respondí.

Y él entonces me dijo:

–Pues toma esta carta y llévasela a Alí Sibeku-l-Mizriyu y dile: «El capitán te saluda y te participa que está ahora con el jalifa.»

Tomé yo la carta y emprendí la vuelta al Cairo, y, al llegar aquí, pagué mis deudas y desembargué mi tienda, y traté de entregar a su destinatario la misiva del Ahmedu-d-Dánaf; pero ésta es la hora en que aún no he podido hacerlo, por ignorar las señas de Alí, *El Azogue*.

Luego que eso oyó Alí, dijo al aguador:

–¡Alégrate, *scheij!* y refresca y aclara tus ojos, porque has de saber que yo soy ese Alí que buscabas, el primero de los hombres de Ahmed; ¿dónde está esa carta?

Diole entonces la carta el aguador y Alí la abrió y leyó estos versos que venían escritos en ella y decían:

«¡*Ye* espejo de perfecciones,
ahí te escribo en un papel
que como los vientos vuela!
Si volara yo cual él,
corriera a echarme en tus brazos,
pero ¿qué le voy a hacer?
Pájaro de alas cortadas,
no puedo volar a fe [3].

»Y después. Del capitán Ahmedu-d-Dánaf al mayor de sus hijos, Alí, *El Azogue*, el del Cairo. Ya sabrás cómo tuve en jaque a Selahu-d-Din, el del Cairo, y lo metí en un puño, hasta el punto de enterrarlo en vida y hacer que sus seides me obedecieran, incluso Alí, *Lomo de camello*, y ahora me tienes aquí en Bagdad, donde soy capitán del diván del jalifa y tengo bajo mi mando los arrabales. Así que no te digo más sino que, si aún te acuerdas de nuestra antigua amistad, te vengas luego a Bagdad, donde podrás hacer alguna hazaña que te valga que el jalifa te tome a su servicio y yo pueda asignarte sueldo y destinarte alojamiento, que ya verás cómo lo hago y no te engaño.

»Y sin más, la paz.»

Luego que Alí leyó la carta, la besó y se la puso sobre su cabeza y diole al aguador diez dinares y volvióse a su retén y les contó a sus seides lo que le acababa de ocurrir, y, para terminar, les dijo:

–Ea, muchachos, desde este momento unos a otros os encomiendo.

Y acto seguido cambióse de vestidos y se puso un jaique de viaje y un *tarbusch* y cogió una caja en la que había una lanza de caña de bambú, de veinticuatro codos de larga, hecha de varias piezas, que unas con otras encajaban. Y su edecán, al ver aquello, le interpeló, diciendo:

–Pero ¿te vas de viaje cuando nuestro tesoro se ha quedado sin fondos?

Pero Alí le respondió:

–No hayáis temor, que, en cuanto llegue a Dimechk, os enviaré desde allí una cantidad que os bastará.

Despidióse luego Alí de sus hombres y fue a unirse con una caravana que estaba a punto de emprender la marcha y en la que iban el *schah-bender* de los mercaderes y otros cuarenta comerciantes. Y estos habían ya cargado sus fardos a lomos de las bestias en tanto los del *schah-bender* aún seguían en tierra, y Alí oyóle al jefe de la caravana, un *aschschami* [4], decirles a los arrieros:

–¡Echad una mano, hombres!

Pero ellos se negaron y se mofaron.

[3] Omitido en la edición de Bulak.

[4] Siriaco.

Y pensó Alí: «Nada mejor para mí que viajar con este *mokaddem.*» Y Alí –que era un mocito agraciado y aún sin pelo de barba–llegóse al *mokaddem* y lo saludó, y el jefe de la caravana le correspondió con mucha amabilidad y le preguntó:

–¿Qué buscas aquí?

A lo que replicó Alí:

–¡Mira, tío mío! Te vi solo con cuarenta fardos de género y me dije para mis adentros: «¿Cómo no habrá traído manos que le ayudaran a cargarlos?»

Y el *mokaddem* le respondió:

–Dos mozos alquilé en verdad y los vestí y les puse a cada uno en el bolsillo doscientos dinares y ellos vinieron ayudándome, hasta que llegamos al Monasterio de los Dervisches, y allí me dejaron y se fueron.

–¿Y hasta dónde tienes tú que ir? –preguntóle Alí.

–Hasta Haleb–dijo el siríaco.

–Bueno–exclamó Alí–, pues yo te echaré una mano hasta allí.

Y acto seguido ayudó al *mokaddem* a cargar los bultos en las acémilas, después de lo cual montó el *mokaddem* en su mula y emprendieron todos la marcha. Y dizque el *mokaddem* estaba muy contento con Alí y se deshacía en atenciones con él en todo el camino, hasta que se les vino la noche encima, y entonces se apearon de sus cabalgaduras y se sentaron y comieron y bebieron.

Llegó luego la hora de entregarse al sueño y Alí se tendió junto al *mokaddem* y se hizo el dormido, y el *mokaddem* se le fue acercando más y más, hasta que el joven se levantó de su enjalma y fue a sentarse a la puerta de la tienda del mercader.

Y a todo esto el siríaco volvióse con el ansia de estrechar a Alí entre sus brazos, pero no lo encontró allí y se dijo: «Será quizá que se comprometió antes con otro y se ha ido con él; pero yo soy el primero y otra noche no lo suelto.»

Pero Alí siguió sentado a la puerta del mercader toda aquella noche, hasta que clareó el día, y entonces volvió y se tendió en su enjalma al lado del siríaco, que, al despertarse, se lo encontró allí y en su interior se dijo: «Si le pregunto dónde ha estado, se enfadará conmigo y se irá.»

Disimuló, pues, el *mokaddem* y siguieron cabalgando hasta que llegaron a una algaba, en la que había una cueva, donde un león tenía su guarida.

Y siempre que por allí pasaba alguna caravana echaban suertes los viajeros para decidir cuál de ellos había de arrojársele a la fiera.

Echaron, pues, suerte también aquella vez y hubo de tocarle la negra al *schah-bender* de los mercaderes.

Y dizque ya el león plantárase en medio del camino, cortándoles el paso, en espera de su presa. De suerte que el mercader estaba empavorecido, y, encarándose con el siríaco, le dijo:

–¡Alá maldiga tus dados! Pero te ruego que, después de mi muerte, entregues a mis hijos mis fardos.

Oyó aquellas palabras el listo de Alí y luego preguntó:

–¿Qué es lo que ocurre?

Explicáronselo ellos y entonces Alí exclamó:

–¿Y por el gato del desierto armáis esos aspavientos? Dejádmelo a mí, que yo os fío que lo mataré, y en seguida lo vais a ver.

Fuele el *mokaddem* al mercader con el cuento de lo que Alí dijera, y el mercader exclamó:

–Si matara al león, le daría mil dinares sin remisión.

–Y otro tanto le daríamos nosotros –dijeron los demás mercaderes a coro.

Levantóse luego Alí y quitóse la túnica y dejó ver un estuche con una navaja de muelles [5], y, sacando de él

[5] *Scharit,* el vocablo árabe del texto, ha dado lugar a diversas interpretaciones: lanceta, puñal, regla de albañil, espada; preferimos la nuestra, que coincide con la de Burton.

la navaja, la abrió y la empalmó y se fue a buscar al león. Y lanzando un recio grito, lo desafió.

Embistióle al punto el león, dispuesto a devorarlo; pero Alí lo esquivó, y, esgrimiendo su navaja, arremetió contra la fiera y, entre ojo y ojo, con tal fuerza le hirió que en dos mitades la partió.

Todo ello en presencia de los demás viajeros, que por su vida estaban inquietos.

Pero Alí le dijo al *mokaddem:*

–¡No pases miedo, tío mío!

–Desde ahora–exclamó el *mokaddem*–te miraré como a mi hijo.

Levantóse luego el mercader y llegóse a Alí y lo estrechó contra su pecho y lo besó entre sus ojos y le dio mil dinares de oro, y cada uno de los demás mercaderes le dio veinte dinares, por su parte, y Alí lo tomó todo y se lo dio al mercader, para que se lo guardase.

Pernoctaron allí aquella noche, y a la siguiente mañana reanudaron la marcha, rumbo a Bagdad, y no pararon de caminar hasta que llegaron al sotillo del León y al valle de los Ferros, donde tenía sus reales un feroz bandido beduino, el cual, con sus hombres, salió a asaltarlos al camino.

Echaron a huir los viajeros y el *schah-bender* clamó:

–¡Perdidos son mis dineros y mis géneros!

Pero entonces acudió allí Alí, revestido de un coselete con cascabeles, y, sacando su larga lanza, ajustó sus piezas y luego cogió un caballo de los árabes, y en él montó y fuese derecho al beduino, capitán de aquellos bandidos, y lo desafió, diciendo con rabia:

–¡Ven acá a pelear conmigo a lanzadas!

Y al mismo tiempo hacía Alí sonar los cascabeles de su cota de armas; asustóse el beduino al oír aquel campanilleo y Alí se aprovechó de su turbación para darle con su lanza en la suya y quebrársela. Después de lo cual asestóle otro lanzazo en el cuello, dejándolo muerto, y le cortó la cabeza y la asió de los pelos.

Y al ver los beduinos que su jefe era muerto fuéronse sobre Alí con intención de acometerlo; pero Alí, sin esperarlos, gritó:

–¡Alá es el más grande!

Y embistiendo contra ellos los desbarató y a huir les obligó.

Hincó luego Alí en la punta de su lanza la cabeza del capitán de los bandoleros y fuese a donde estaban los mercaderes, los cuales le recompensaron con liberalidad, y ya luego siguieron todos la marcha hasta llegar a Bagdad.

Y Alí entrególe al siríaco los dineros que el *schah-bender* le había dado y le dijo:

–Cuando vuelvas al Cairo pregunta por mis hombres y dales ese dinero.

Durmieron aquella noche a las puertas de Bagdad y al clarear la mañana entraron en la ciudad [6].

Echóse luego Alí a andulear por las calles de Bagdad, preguntando a todo el mundo por el paradero de Ahmedu-d-Dánaf, pero nadie se lo indicaba. Hasta que llegó a la plaza de An-Nafs y se detuvo allí y vio a unos chiquillos que jugaban, y entre ellos había uno que Ahmedu-l-Lakit se llamaba.

Díjose Alí al verlos: «Solo le preguntaré al más pequeño y él me informará sobre sus compañeros.»

Giró la vista luego y vio a un dulcero y le compró unos dulces y dio un grito diciendo:

–¡Venid acá los pequeños!

Al oír aquella invitación fue Ahmedu-l-Lakit y dio un empujón a los demás y corrió al lado de Alí, y le preguntó:

–¿Qué querías? Di.

–Has de saber–díjole Alí–que yo te-

[6] La edición de Bulak suprime todos estos pormenores.

nía un hijo pequeño que se me murió, y anoche, al dormirme, soñé con él, que me pedía un dulce, por lo que ahora compré este pastelillo y quiero repartirlo entre todos esos chicos.

Y así diciendo diole a Ahmedu-l-Lakit un trozo. Mirólo el pequeño y vio que había en él un dinar, y, al ver aquello, le rechazó, diciendo:

–Vete a otra parte con tu regalo, que yo no soy lo que te has figurado.

Pero entonces Alí le dijo al chico así:

–¡No lo tomes a mal, hijo mío! Yo soy un algarivo y ando buscando la casa de Ahmedu-d-Dánaf y no encuentro quién me la indique, y ese dinar te lo doy de propina, por si me la puedes tú indicar.

–Yo te la enseñaré–díjole el pequeño–. Vente detrás de mí y, al llegar a la casa de Ahmedu-d-Dánaf, una piedrecita con los dedos del pie tiraré a la puerta y conocerás que es aquella [7].

Pero al llegar aquí sorprendió a Schahrasad la mañana y atajó el flujo de sus elocuentes palabras.

Y LA NOCHE 395 SIGUIO CONTANDO LA MUCHACHA:

–He podido saber, *¡ye* monarca, el afortunado!, que el muchacho echó a andar llevando al bandido detrás, y, al pasar por delante de la casa de Ahmedu-d-Dánaf, cogió con los dedos de los pies una piedrecilla y la tiró y siguió.

Detuvo Alí al muchacho y trató de quitarle el dinar que le había dado, pero el chico se defendió, y tuvo que soltarlo y le dijo:

–Bueno; vete chiquillo, con el dinar, que te lo mereces por lo pícaro que eres y por lo listo y por los redaños que tienes. ¡Por Alá que, como llegue a ser capitán del jalifa, te he de nombrar uno de mis seides!

Fue entonces Alí y llamó a la puerta de la casa; oyólo desde dentro Ahmedu-d-Dánaf y dijo a su edecán:

–Ve y abre la puerta, que ese modo de llamar es el de Aliyu-s-Sibeku-l-Mizriyu.

Abrió la puerta el edecán e introdujo a Alí a presencia de su capitán, y el bandido entró y saludó a Ahmedu-d-Dánaf con el *selam* y le besó, y Ahmedu-d-Dánaf y sus cuarenta hombres le devolvieron el saludo, y aquel le dio la bienvenida y le regaló un traje de honor y le dijo:

–Cuando el jalifa me nombró jefe de su Policía vistió a mis muchachos y yo guardé para ti este traje, seguro de que ibas a venir.

Sentáronlo luego entre ellos, y Ahmedu-d-Dánaf mandó servir la comida y comieron y bebieron hasta emborracharse, y luego se durmieron y hasta la mañana permanecieron sumidos en su sueño.

Y al despertarse de mañana, díjole Ahmedu-d-Dánaf a Aliyu-s-Sibeku-l-Mizriyu:

–Guárdate de salir a pasear por Bagdad; estate en esta sala y no te muevas de aquí para nada.

–¿Y por qué eso?–asombróse Alí–. ¿Es que vine aquí para estar como un preso? Pues has de saber que, todo lo contrario, vine para distraerme y esparcir el ánimo.

–Hijo mío–díjole Ahmedu-d-Dánaf–, no vayas a creerte que Bagdad es Mizr; Bagdad es la corte del jalifa y hay en ella muchos pícaros, que pululan y medran como la hierba en la tierra.

Quedóse, pues, Alí tres días encerra-

[7] Burton trae aquí una nota referente a «las propiedades prehensiles» de los dedos de los pies entre los orientales, que llegan hasta cazar moscas con ellos.

do allí, hasta que al cuarto le dijo Ahmedu-d-Dánaf, por fin:

–Voy a hablarle de ti al jalifa, para que te asigne una pensión digna. Pero hay que aguardar a que se presente ocasión propicia.

Fuese luego Ahmedu-d-Dánaf, dejando allí a Alí, y durante muchos días siguió este confinado en el cuarto, hasta que, un día de los días, sintió su corazón encogido y su pecho cohibido y a sí mismo se dijo: «Anda y sal a dar unas vueltas por Bagdad y así el pecho se te dilatará.»

Y acto seguido lanzóse fuera y empezó a dar vueltas de calle en plaza y de plaza en calleja, hasta que fue a salir al zoco y allí se fijó en un figón, y entró en él y almorzó y luego salió a lavarse las manos.

Y he aquí que reparó en cuarenta esclavos armados que iban en dos filas de a veinte, llevando a su zaga a Dalila, la taimada, montada en una mula y tocada su cabeza con un almófar forrado de oro y armada de coraza y demás pertrechos de esta traza.

Y salía Dalila del diván y se dirigía al *jan*.

Fijóse Dalila en Aliyu-s-Sibek al pasar junto a él y notó que se parecía mucho a Ahmedu-d-Dánaf en lo alto y también en lo ancho.

Y se fijó, asimismo, en que vestía albornoz muy lucido y llevaba daga al cinto, amén de otros arreos por el estilo, y en que la bravura de su temple brillaba en sus ojos y atestiguaba en su favor y no en su disfavor.

Luego que Dalila llegó al *jan* juntóse con su hija Seineb, y, cogiendo un puñado de arena, trazó varias figuras, hasta que le salió que aquel desconocido era Aliyu-l-Mizriyu y que su suerte sobrepasaba a la suya y la de su hija.

–Madre mía–preguntóle su hija–, ¿qué te pasó para que te pusieras a adivinar por la arena?

–Hija mía–respondióle ella–, vi hoy un hombre que tiene un gran parecido con Ahmedu-d-Dánaf y temo se entere de que tú los dejaste en cueros a él y a sus cuarenta y un hombres, y venga aquí al *jan* y, en venganza por ello, nos juegue a nosotras alguna trastada, pues a la cuenta vive con Ahmedu-d-Dánaf.

–Madre mía–díjole su hija–, ¿a qué viene ese temor? Desecha de tu ánimo toda aprensión.

Y Seineb se puso acto seguido uno de sus mejores trajes y salió de bureo por esas calles. Y anduvo de zoco en zoco, hasta que, al fin, se tropezó con Aliyu-l-Mizriyu y, al pasar junto a él, topóle con el hombro y se volvió a mirarlo y le dijo:

–¡Alá bendiga a la gente de viso!

–Tú sí que lo mereces por lo bonita –respondió Alí–. ¿A quién perteneces?

Y ella respondió:

–A los chicos guapos, como tú.

–¿Eres casada, por casualidad?–tornóle Alí a preguntar.

–Casada soy, a la verdad–contestóle Seineb.

–¿Quieres que vayamos a tu casa o a la mía?–inquirió Alí, en seguida.

Y respondió la muy pícara:

–Yo soy hija de mercader y mujer de mercader y en toda mi vida puse los pies en la calle hasta hoy, y eso porque al hacer hoy la comida y sentarme a la mesa y verme sola, se me quitó la gana y me salí de casa. Que eso de comer sola no me agrada. Y lo mismo fue luego verte a ti que sentir de repente que el amor se me entraba por el corazón. Así que me darás un gran gusto si quieres acompañarme y tomar un bocado conmigo.

–¡Oh!–exclamó Alí, *El Azogue*, con fatuidad–. Un convite nunca es de desairar.

Y el tunante continuó siguiendo a la muchacha de calle en calle, hasta que al cabo tuvo un momento de lucidez y se dijo: «¿Adónde vas, Alí? Ten en cuenta que eres forastero aquí. Y ya dice el refrán: *Quien fornica en país*

extraño, sale siempre malparado. Así que voy a quitármela de encima con zalamería.»

Y Alí le dijo a Seineb:

–Mira, chiquilla, toma este dinar y cítame para otro día.

Pero la joven le dijo:

–¡Por el Nombre, el poderoso, que has de venir conmigo hoy a mi casa y has de ser huésped mío, y desde hoy ya serás mi querido!

Y entonces Alí no tuvo valor para decir que no y fue siguiendo a la muchacha hasta que llegaron delante de una casa que tenía unas puertas muy altas y a la sazón cerradas.

–Abre la puerta–díjole Seineb a Alí.

–¿Y dónde están las llaves?–respondió el de Mizr.

–Se perdieron–respondióle Seineb.

–¡Oh!–exclamó Alí–. Quien violenta una cerradura, incurre en delito y lo llevan detenido, y, además, yo no soy de los que saben abrir puertas sin llaves.

Quitóse entonces Seineb el acitar de la cara y Alí fijó en ella una mirada que había de acarrearle mil desgracias.

Cogió luego Seineb el acitar y lo puso delante de la cerradura y pronunció el nombre de la madre de Musa, y al punto abrióse la puerta sin llave ninguna.

Entróse luego Seineb en la casa y Alí lo mismo a su zaga, y, al entrar, vio allí colgadas una espada y otras armas.

Sentóse después Seineb y Alí se sentó a su lado y empezó a echársele encima y a tratar de besarla en las mejillas; pero ella aparó el beso en la palma de su mano y le dijo con halago:

–¡Dejemos eso para la noche, muchacho!

Llevó luego allí una mesa con viandas y bebidas y ambos comieron y bebieron, y después trajo la joven un aguamanil y lo vertió sobre las manos de Alí, y se las lavó con todo primor.

Pero estando en estas he aquí que la joven se golpea el pecho y exclama:

–Mi marido me regaló un anillo, que era de rubí y estaba valorado, por lo bajo, en quinientos dinares y a mí me venía ancho, por lo que untélo de cera, para achicarlo, y ahora, al ir a sacar agua del pozo para la ablución, se me cayó al agua y allí se quedó. Voy, pues, a bajar al pozo a ver si lo encuentro y lo recobro.

Pero Alí le dijo:

–Sería una vergüenza para mí que te dejara bajar al pozo a buscar el anillo estando yo aquí. He de ser yo, y nadie más, quien lo vaya a buscar.

Y así diciendo quitóse la ropa y se ató al cuerpo la soga, y Seineb lo descolgó poco a poco, hasta que llegó a dar en el agua del pozo y se hundió en ella, pero sin llegar al fondo.

Dejólo allí Seineb y tornó a ponerse el velillo, y, cargando con los vestidos de Alí, corrió a ver a su madre...

Pero al llegar aquí sorprendió a Schahrasad la mañana y atajó el torrente de sus desbordadas palabras.

Y LA NOCHE 396 SIGUIO DICIENDO LA MUCHACHA:

–Tengo entendido, *¡ye* monarca, el afortunado!, que la astuta Seineb dejó a Aliyu-l-Mizriyu hundido en el pozo y ella cogióle sus vestidos y se fue a ver a su madre, Dalila, y le dijo:

–Has de saber cómo le birlé el traje a Aliyu-l-Mizriyu y lo dejé hundido en el pozo del emir Hasán, a cuya casa lo llevé para ejecutar mi plan, y será difícil que se pueda salvar.

Estaba ausente a la sazón el emir Hasán, el dueño de la casa, pues se encontraba en el diván.

Pero al terminar la sesión, y volverse a su casa, chocóle hallar abierta la puerta de su morada. Y en tono de reproche díjole a su palafrenero:

–¿Por qué dejaste abierto?

–¡*Ye* mi señor!–respondió aquel–. Con mi propia mano cerré yo la puerta; no sé qué habrá pasado.

–¡Por vida de mi cabeza!–exclamó el emir Hasán–. Eso es que han entrado ladrones en mi casa. ¡Vamos allá!

Pasó adentro el emir Hasán y miró y remiró por todas partes, pero no encontró a nadie. Y, volviéndose al palafrenero, le ordenó:

–Ve y llena la jarra, que voy a hacer mi ablución.

Fue el palafrenero al pozo y diole a la soga para bajar el cubo y sacar el agua, pero al tirar luego de él hacia arriba, notó que pesaba, e inclinándose sobre el brocal, miró al fondo del pozo y vio que en el cubo había acurrucado un bulto. Y, soltando la cuerda, dejólo caer al fondo por segunda vez y empezó a gritar y a decir:

–¡Ven aquí, señor, que en el cubo del agua se ha metido un *efrit!*

Al oír lo cual díjole el emir Hasán:

–Ve y tráete cuatro alfaquíes que reciten sobre él el *Corán,* hasta que lo espanten y lo echen y nos deje en paz.

Corrió el mozo en busca de los cuatro alfaquíes y, luego que estos acudieron, díjoles el emir:

–Asomaos al brocal del pozo y recitad el *Corán,* que se ha metido ahí un *efrit* y lo quiero ahuyentar.

Vinieron luego los esclavos del emir y, en unión del palafrenero, tiraron del cubo y lo subieron, y he aquí que Aliyu-l-Mizriyu venía dentro.

Aguardó el cuitado a estar fuera del agua y entonces saltó del cubo y vino a caer entre los cuatro alfaquíes, los cuales, asustados, empezaron a aporrearse unos a otros gritando:

–¡Fuera de aquí, *efrit!*

Pero el emir Hasán se fijó mejor y vio que no se trataba de ningún *alifrit,* sino de un joven apuesto y gentil. Y encarándose con él, díjole a Alí:

–¿Conque eres un ratero que te introduces en domicilio ajeno?

–No–protestó Alí–; no soy nada de eso.

–Pues entonces–insistió el emir–, ¿cómo explicas el encontrarte aquí?

–Fue que me dormí–respondióle el intruso–y en el sueño me corrí, y al despertar, fui a bañarme en las aguas del Dichle, y me zambullí y las aguas tiraron de mí y me llevaron por debajo de tierra, hasta venir a salir por este pozo, y esto es todo.

–No gastes bromas y di la verdad –intimóle el emir Hasán.

Contóle entonces Alí cuanto le había ocurrido y el emir se compadeció y le dio un traje viejo, de los suyos, y lo dejó marchar en libertad.

Dirigióse Alí desde allí a casa de Ahmedu-d-Dánaf y le refirió cuanto le pasara. Y aquel, al oírlo, le dijo:

–¿No te dije yo que aquí, en Bagdad, había mujeres que se dedicaban a embromar a los hombres?

–Sí que me lo dijiste–asintió Alí con cara triste.

Diole luego Ahmed a Alí otras ropas, y Hasán-Schumán le preguntó:

–¿Y conoces tú a esa joven que te engañó?

–No–respondió Alí.

–Pues has de saber–explicóle Hasán– que no es otra que Seineb, la hija de Dalila, la ladina, la portera del *jan* del jalifa, y que has venido a caer en sus redes tú también, pues antes que a ti dejó en cueros a nuestro capitán y a todos sus seides.

–Mala suerte que tuvisteis–comentó Alí.

Y Hasán-Schumán le preguntó:

–¿Y qué piensas tú hacer ahora?

–Pues casarme con ella–contestóle Alí.

–¡Bah!–exclamó Hasán–. Déjate de esa idea y consuélate con otra de tu chasco con ella.

Pero Alí insistió, diciendo:

–Aconséjame, Hasán: ¿qué debo hacer para con ella casar?

–Con alma y vida–respondióle Hasán–. Si te avienes a beber de mi mano y marchar bajo mi bandera, yo haré que logres tu gusto con ella.

–Así haré, Hasán–díjole Alí.

Mandóle Hasán a Alí que se quitase la ropa y luego cogió una olla y la puso al fuego, echando en ella algo como pez, y luego embadurnóle con aquella pasta a Alí la cara y el cuerpo, de suerte que quedó que parecía un esclavo negro. Untóle de aquella grasa con mucho cuidado labios y mejillas, y lo alcoholó con alheña roja y luego le vistió ropa de eunuco y le puso delante una batea con viandas y vino. Y después le dijo:

–Hay en el *jan* un esclavo cocinero y a él te pareces tú con ese indumento. Suele ir ese esclavo al zoco por la carne y la berza, y tú te irás allá y te harás el encontradizo con él, y, luego que lo vieres, te acercas y lo saludas con mucha amabilidad y le dices en la jerigonza de los negros: «¡Cuánto tiempo hace que no nos vemos y no echamos un trago de lo bueno!»

El te dirá, de cierto: «Lo siento mucho; pero ahora no puedo detenerme, que no dispongo de tiempo. Que tengo cuarenta esclavos sobre mi cuello y tengo que prepararles la comida y la cena y que darles también de comer a los perros.

»Y dizque le guiso también a Dalila, la ladina, y a Seineb, su hija.»

–¡Bah!–le dirás tú–. Déjate ahora de eso y vente conmigo y comeremos carnero asado y beberemos «buza» y charlaremos un rato.

Y tirarás de él y te lo traerás aquí y le harás beber y le preguntarás por lo que en el *jan* tiene que hacer y te enterarás de cuántos platos y cuáles tiene que guisar, y también te informarás de la pitanza de los perros y del sitio en que guarda las llaves de la cocina y la despensa, que todo te lo dirá él de fijo, porque, en emborrachándose el hombre, luego desembucha lo que en su pecho esconde.

Y después que todo se lo hayas hecho cantar lo emborracharás y le quitarás sus ropas y te las pondrás y te prenderás al cinto su par de cuchillos y cargarás con su cestillo y te irás al zoco y mercarás carne y berza, y luego te encaminarás con todo eso al *jan* y te meterás en la cocina y la despensa y guisarás la comida.

Y, después, la volcarás en una fuente y echarás *banch* en ella, lo suficiente para narcotizar a los perros y a los esclavos y a Dalila y a Seineb, y entonces ya la servirás.

Y luego que todos se hayan dormido, te subirás a la sala de arriba y arramblarás con todas las prendas de vestir que suelen colgar allí. Y si de veras estás empeñado en casarte con Seineb, coge también las cuarenta palomas mensajeras y no olvides traértelas.

Aprobó su consejo Alí y fuese al zoco en busca del esclavo cocinero; no tardó en verlo y se dirigió a él y lo saludó con el *selam* y le dijo con gran afectuosidad:

–¡Cuánto tiempo hacía que no te veía y qué ganas tenía de echar contigo un trago de «buza», que tanto nos gusta!

–No tengo ahora tiempo para eso –respondióle el esclavo–, que ando ahora muy ocupado, pues tengo que hacerles la comida a los criados y a los perros.

Pero Aliyu-l-Mizriyu insistió y porfió y por fin llevóse consigo al cocinero y le dio de beber y lo emborrachó y luego se puso a preguntarle detalles de sus faenas culinarias y cuántos platos tenía que guisar cada día.

–Diez–díjole el esclavo–: cinco para cada comida y aun así no están satisfe-

chos, que ayer me pidieron les hiciera un sexto plato de arroz con miel, y un séptimo con granos de granada, que les tengo que hacer.

–¿Y por dónde empiezas tus obligaciones?–preguntóle Alí.

–Pues verás–respondióle el esclavo–: doy primero de comer a Seineb y luego a su madre, Dalila, y después sirvo a los criados, y, finalmente, les echo su pitanza a los perros y les doy a cada uno para que se harten de carne, que no baja de una libra lo que necesitan.

Pero como por designio del sino, olvidósele a Alí pedirle las llaves al esclavo que, borracho como estaba, se las habría dado.

Fue luego Alí y lo embanchó y le quitó las ropas y se las puso él, y, cogiendo la cesta, dirigióse al zoco y mercó allí la carne y la berza...

Pero al llegar a este punto de su narración sintió Schahrasad venir la mañana y puso coto a sus desbordadas palabras.

Y LA NOCHE 397 SIGUIO DICIENDO LA MUCHACHA:

–He logrado saber, *¡ye* monarca, el afortunado!, que Aliyu-s-Sibeku-l-Mizriyu, luego de embanchar al esclavo cocinero, cogióle los cuchillos y se los metió en la faja y tomóle también la banasta y dirigióse al zoco y mercó allí la carne y la hortaliza, después de lo cual tornóse al *jan* y allí pudo ver a Dalila, que estaba sentada, llevando la cuenta de las entradas y las salidas, en medio de sus cuarenta esclavos, todos ellos armados.

Corroboró Alí su corazón; pero, al verlo Dalila, luego lo conoció y le gritó:

–*¡Ye* arráez de bandidos! ¿Qué vienes a hacer a este sitio?

Pero Alí, sin inmutarse, le dijo:

–¿Qué dices, portera? No sé a qué te refieres.

–¡Sí, sí!–dijo ella–. ¿Qué hiciste con el cocinero? ¿Lo mataste o con *banch* lo embriagaste?

–¿De qué cocinero estás hablando?–exclamó Alí–. ¿Acaso hay aquí otro cocinero que yo?

–¡Mientes–respondió Dalila–, que tú no eres el cocinero, que te he conocido al momento! Tú eres Aliyu-s-Sibeku-l-Mizriyu.

Pero Alí, entonces, le dijo remedando el habla del esclavo:

–Dime, portera: la gente de Mizr ¿es blanca o negra?

Acudieron al rumor de la disputa los demás esclavos, y, acercándose a Alí, le preguntaron:

–¿Qué te pasa, hijo de nuestro tío?

Pero Dalila intervino y les dijo:

–Ese no es el hijo de vuestro tío, sino Aliyu-s-Sibeku-l-Mizriyu. Y de fijo que narcotizó o mató a vuestro tío.

–No–dijeron ellos–; este es nuestro primo, Sâdu-l-Lah, el cocinero.

–¡Qué ha de ser!–insistió Dalila–. Es ese Alí que digo y que se ha tiznado la piel, para darnos el timo. Y si no, id por el ungüento que tengo en mi cuarto y que vuelve lo negro blanco.

Lleváronle luego el ungüento y la vieja frotó con él a Alí el brazo, pero no pudo volvérselo blanco.

Visto lo cual dijéronle los esclavos:

–Anda y déjalo que vaya a prepararnos la comida.

–Está bien–dijo Dalila–. Si es de verdad el hijo de vuestro tío sabrá los platos que anoche le encargasteis y sabrá, asimismo, cuántos platos tiene cada día que guisarnos.

Preguntáronle, pues, a Alí los esclavos cuántos eran los platos y qué viandas le encargaron prepararles la noche antes. Y Alí les respondió sin inmutarse:

–Todos los días os guiso para cada comida cinco platos: lentejas y arroz y ostras y sorbetes de rosas, y anoche me encargasteis un sexto plato, de granos de granada confitados, y un séptimo, a saber: arroz en amarillo, con miel.

–Dices bien–aprobaron los esclavos.

–Bueno–dijo Dalila–, llevadlo a la cocina, y si sabe guisar y aderezar, será verdad que es el hijo de vuestro tío; pero si no es así, matadlo sin piedad.

Pasaron los esclavos con Alí a la cocina, y dizque el cocinero de verdad criara un gato, el cual siempre que entraba en la cocina su amo quedábase parado en la puerta y luego se le subía al hombro y, al espantarlo aquel, iba el animal delante de él, a acurrucarse en el fogón.

Ahora bien: al dirigirse Alí al interior de la casa, vio al gato parado ante una puerta y de ahí infirió ser aquella la cocina y, requiriendo el manojo de llaves, vio una que tenía huellas de plumas, y con ese indicio conoció ser la de la cocina, y se valió de ella para abrirla y pasó adentro y dejó allí la cesta con la carne y la berza.

Echó a andar luego el gato delante de él y se detuvo en la puerta de la despensa; Alí, al notarlo, examinó otra vez sus llaves y vio entre ellas una que tenía manchas de grasa y comprendió ser aquella la de la despensa. Y la metió en la cerradura y abrió.

Al ver los demás esclavos aquello fuéronle con el cuento a Dalila y le dijeron:

–Si fuere un extraño no sabría cuáles son la cocina y la despensa...

Pero al llegar aquí sorprendió a Schahrasad la aurora y cortó el hilo de sus bien trabadas y cautivadoras palabras.

Y LA NOCHE 398 REANUDO SU RELATO EN ESTA FORMA:

–Tengo entendido, *¡ye* monarca, el afortunado!, que los esclavos le dijeron a Dalila:

–Ese es, en verdad, el hijo de nuestro tío (favorézcale Alá), pues conoce todos los sitios.

Pero Dalila les dijo:

–No hagáis caso, que si conoció la cocina fue por el gato y si distinguió las llaves unas de otras fue por presunción y no por otra razón, que es hombre harto sagaz, pero a mí no me la da.

A todo esto empezó Alí a cocinar y aderezó los platos que le habían encargado y luego fue a subirle a Seineb la comida en su cuarto y vio que tenía allí colgadas todas sus prendas de vestir que le robara.

Bajó luego a servirle a Dalila y después sirvió a los demás esclavos y les echó su bazofia a los perros, y lo mismo hizo a la hora de la cena, según lo que el cocinero le dijera. Y echó *banch* en todos los platos, así en los de Dalila y Seineb como en los de los esclavos.

Luego de servida la cena oyó Alí una voz recia que decía:

–*¡Ye* vecinos del *jan;* cuidado, que vamos a soltar a los perros; no salga nadie del *jan,* si no se quiere arriesgar,

que, el que lo hiciere, solo a sí mismo se tendrá que culpar!

Pero fue el caso que Alí, a prevención, al echarles de comer a los perros, pusiera en la comida veneno; así que, luego que la probaron, murieron.

Y en cuanto a los esclavos que solían quedarse por las noches de guardia en el *jan,* lo mismo que Dalila, la ladina, y Seineb, su hija, bajo los efectos del *banch,* quedáronse aletargados y como sin vida.

Y Alí, *El Azogue,* aprovechó la ocasión y subió a los aposentos de Seineb y cogióle sus ropas y cargó también con las palomas mensajeras y después se escurrió por la puerta del *jan* y corrió ligero al retén de los Cuarenta, donde encontró a Hasán-Schumán, el cual le dijo al verlo llegar:

–¿Qué tal te salió la cosa?

Contóselo Alí todo y Hasán lo felicitó y lo elogió por su habilidad.

Y después le dijo que se desnudara y puso a hervir unas hierbas y le untó el cuerpo con aquella infusión y al punto blanco se le volvió. Y restituido ya Alí a su natural color se puso otra vez sus ropas y se tornó al *jan* y vistióle al cocinero negro las prendas que le había quitado y le dio a oler la teriaca del *banch,* con lo que el esclavo salió de su letargo y fuese al zoco y mercó verduras y volvióse después con ellas al *jan.*

Y esto es cuanto hay que decir sobre el particular.

Cuanto a Dalila, la ladina, luego que se hizo de día, hubo de salir de su cuarto uno de los huéspedes del *jan,* y, al ver la puerta abierta y a los esclavos aletargados y muertos a los perros, corrió en busca de Dalila y se la encontró dormida con un rollo de papel sobre el cuello y a su cabecera una esponja, empapada en teriaca.

Púsole luego el huésped la esponja en las narices y Dalila se despertó y preguntó:

–¿Dónde estoy?

Y el huésped le respondió:

–Al salir yo de mi cuarto me encontré abierta la puerta del *jan* y a los esclavos aletargados y muertos a los perros y también a ti te habían embanchado.

Luego que eso oyó Dalila quitóse del cuello aquel papel y lo desdobló y leyó lo siguiente, escrito en él:

«No culpéis a nadie de lo sucedido sino a Alí, el egipcio.»

Diose prisa Dalila a despertar a su hija Seineb y a los esclavos, dándoles a oler el antinarcótico, y luego que se despabilaron, les dijo:

–¿No os decía yo que ese no era el hijo de vuestro tío, sino Alí, el egipcio?

Pero después recomendóles a los esclavos:

–Cerrad vuestras bocas y no digáis nada a nadie de esta trapisonda.

Y encarándose con su hija le dijo así:

–¿Cuántas veces no te dije que Alí, el mizriano, no pararía hasta vengarse de la jugarreta que le armaste? Pues ahí tienes ya su respuesta, y dizque tiene poder para hacer algo más gordo que esto, y que si no lo ha hecho es solo porque le contiene el amor que te profesa y estar a mal con nosotras no quiere.

Y después de decir esto quitóse Dalila sus ropas hombrunas y púsose las femeniles, y, liándose al cuello el pañuelo de paz, fuese derecha al retén de Ahmedu-d-Dánaf.

Y habéis de saber que, cuando Alí entró en el retén, llevando las ropas y las palomas mensajeras, diole Hasán-Schumán al portero unas monedas para que comprase cuarenta pichones y se los guisase para sus hombres. Y el portero se dio prisa a cumplir sus órdenes.

Oyeron luego llamar a la puerta del retén con los nudillos y Ahmed dijo:

–Ese es el modo de llamar de Dalila; id a abrirle en seguida.

Y Hasán la hizo pasar y le preguntó:

–¿Qué te trae por acá?

Pero sintió Schahrasad venir la mañana y puso dique a sus desbordadas palabras.

Y LA NOCHE 399 SIGUIO DICIENDO LA MUCHACHA:

–Ha llegado a mis oidos, *¡ye* monarca, el prosperado!, que, al entrar Dalila, díjole Hasán-Schumán:

–¿Qué te trae por aquí, vieja de mal agüero? ¿Qué, estás conchavada con tu hermano Suraik, el pescadero?

–*¡Ye* jefe de la Policía!–dijo la vieja–. La razón no está de mi parte y pongo mi cuello entre tus manos; pero dime: el pícaro que me hizo esa trastada, ¿qué es entre vosotros? ¿Pertenece a vuestra banda?

–¡Tanto que sí–exclamó Ahmedu-d-Dánaf–, como que es el primero de todos ellos!

–Pues bien–dijo la vieja–, todo se lo perdono, siempre que me devuelva a mis palomas mensajeras.

–¡Oh!–exclamó Hasán-Schumán, dirigiéndose a Alí–. ¿Por qué echaste en la sartén las palomas? ¡Así Alá te dé su merecido el día del Juicio!

–Yo no sabía–disculpóse Alí–que fuesen unas palomas mensajeras, sino palomas cualesquiera.

–*¡Ye* mi edecán!–exclamó Ahmedu-d-Dánaf–. Trae acá la olla y dale a la vieja lo que haya quedado de las palomas.

Hízolo así aquel y dio a la vieja un trozo de carne de las palomas; pero aquella lo cogió y, después de probarlo, declaró:

–Esta carne no es de mis palomas, porque yo les daba de comer granos de almizcle y su carne olía a algalia, y esta no sabe a nada.

Pero entonces saltó Hasán-Schumán y le dijo a Dalila:

–Si quieres de veras que te devuelva tus palomas mensajeras, has de acceder a lo que Alí pedirte quiera.

–Pues ¿qué es lo que quiere?–preguntó la vieja.

Y Hasán-Schumán le contestó en seguida:

–Que le des por esposa a tu hija.

–¡Oh!–exclamó la vieja taimada–. Yo no tengo sobre ella poder para obligarla.

Pero entonces Ahmedu-d-Dánaf díjole a Alí:

–Dale a la vieja sus palomas mensajeras.

Hízolo así en el acto Alí y la vieja cogió sus palomas y mostróse muy contenta y gozosa.

–Bueno–díjole Hasán-Schumán–; ahora no tienes más remedio que dar una respuesta favorable a la pretensión amorosa de nuestro cofrade.

–Si su voluntad decidida es casarse con mi hija–respondió la vieja–, nada conseguirá tomándola con nosotras, pues a quien debe pedir su mano es a su tío y tutor, el capitán Suraik, ese que lanza el pregón de «¡Venid, parroquianos, que doy una libra de pescado por dos ochavos!»

Al oir aquel nombre levantáronse los cuarenta y exclamaron:

–¿Qué dices, mala pécora; es que quieres dejarnos sin nuestro hermano Alí, el mizriano?

Pero Dalila, sin contestar, volvió la espalda y se tornó al *jan*.

Y Alí preguntó a sus camaradas:

–¿Qué clase de hombre es ese Suraik?

Y ellos le contestaron:

–Ese es el capitán de los pícaros del Irak y es hombre capaz de horadar las montañas y coger con su mano las estrellas y quitarle a una mujer de los ojos la alheña, que es tan listo y sagaz que en tales achaques no tiene rival.

Aunque ahora, a decir verdad, ya está arrepentido y no se dedica a esos menesteres, y ha abierto una pescadería y traficando en pescado se ha dado arte de reunir dos mil dinares.

Y has de saber que, al juntar esa cantidad, fue el tal Suraik y la puso en un bolso, y todos los días al abrir su pescadería cuelga el bolso de la puerta de la tienda y grita, volviéndose a derecha e izquierda: «¡*Ye* pícaros de Mizr y tunos del Irak y truhanes del Achm! ¿Dónde estáis que no os mostráis?

»Sabed cómo Suraik, el pescadero, tiene colgada su bolsa a la puerta de su tienda, para el que quiera venga por ella.

»Y aquel que, valiéndose de alguna marrullería, consiga llevarse la bolsa, para él será y por suya en pleno derecho quedará, sin que nadie se la vaya a disputar.»

Y no hay que decir que todos los tunantes y mangantes han acudido allí a ver si lograban llevarse la bolsa, empleando miles de artimañas, sin que ninguno, hasta ahora, lo lograra.

Así que, amigo Alí, si tú fueras también allí, serías como aquel que se incorpora a un entierro sin saber quién es el muerto.

Así que púrgate el hígado y renuncia a tu empeño, que, después de todo, maldita la falta que te hace casarte con esa Seineb, y haz cuenta que, quien renuncia a una cosa, pásase muy bien sin ella.

Pero Alí exclamó:

–Vergüenza fuera, camaradas, que atrás me echara. No hay más remedio sino que tengo que birlarle la bolsa al pescadero. Pero, a ver, dadme en seguida ropas de mujer.

Lleváronselas luego y Alí se las puso y se dio alheña en las manos y se echó a la cara el velillo y después cogió un cordero y lo sacrificó y le sacó la tripa del cagalar y la limpió y la ató por los cabos, y la llenó de sangre y se la sujetó entre las ingles, y luego se calzó sus babuchas y se hizo unos pechos postizos con unos culos de aves, llenos de leche espesa, y se los ató a los costados y sujetóse al vientre un trozo de hilo relleno de algodón y se ciñó al talle, por encima de todo, una banda de seda, muy bien ajustada.

Y salió a la calle. Y dizque iba tan propio con aquel disfraz que todo el que lo veía pasar exclamaba:

–¡Vaya popa: es una real moza!

Y hubo de reparar Alí en un burrero que por allí venía y le dio un dinar y montó en el burro y fue caballero en él hasta llegar a la tienda de Suraik, donde vio colgada la bolsa susodicha, que dejaba traslucir bien a las claras el oro que contenía.

Estaba a la sazón Suraik friendo pescado y Alí preguntóle al almocrebe:

–¿A qué huele?

Y replicó el burrero:

–Pues al pescado que Suraik está friendo.

A lo que dijo Alí, haciendo remilgos:

–Yo estoy embarazada y el olor del pescado frito me hace daño; ve tú allá y tráeme una loncha de pescado.

Fue allá el burrero y le dijo al pescadero:

–¿Qué prisa tienes para ponerte a freír pescado tan temprano y darles empacho a las mujeres encinta con ese tufazo? Ahí tengo a la señora del emir Hasán Scharru-t-Terik, que está embarazada; dame para ella una pizca de pescado, que se le ha antojado. ¡*Ye* protector nuestro! ¡*Ye* Señor, aparta de nosotros el mal de este día!

Cogió Suraik más pescado para freírlo en la sartén; pero habíasele amortecido la lumbre y fue allá aden-

tro por unas ascuas para reanimarla. Y entonces Alí apeóse del borrico y se sentó y apretó fuerte los muslos, y por entre sus piernas la sangre le corrió. Y empezó a gritar recio, diciendo:

–¡Ay mi espalda! ¡Ay mi ijada, qué dolor que tengo!

Llegóse aprisa el almocrebe a la falsa preñada, y, al ver correr la sangre, preguntóle:

–¿Qué te pasa, mi señora?

Y Alí le contestó:

–¡Pues que he malparido, hijo!

Volvió la vista allá Suraik al oirlo, y al ver correr la sangre, se sobrecogió, y todo azorado fue a esconderse en la trastienda de su establecimiento, en tanto le gritaba el burrero:

–¡Así Alá te castigue, Suraik! Hiciste malparir a esta señora y ahora tendrás que entendértelas con su esposo, que es más que tú poderoso. ¿Quién te manda ponerte tan temprano a freír pescado y armar todo ese tufo que has armado? Y, además, ya te dije que le trajeras a la señora una pizca de pescado, y no lo hiciste.

Y luego que eso dijo cogió el burrero su burro y se fue por su camino.

Y Alí, visto que el pescadero no salía de la trastienda, se levantó y alargó su mano a la bolsa y la tocó; pero lo mismo fue rozarla que empezar a sonar los cascabeles y los anillos de sus mallas y a tintinear el oro que encerraba.

Y el pescadero, al sentir aquel ruido, luego salió fuera, y, encarándose con Alí, le dijo:

–Vaya, pájaro de cuenta, ¿conque esas tenemos? ¿Te disfrazaste de mujer para robarme mi dinero? Pues toma lo que para ti tengo–y así diciendo, tiróle el pescadero a Alí una pesa de plomo, sino que Alí hurtó el bulto a tiempo y la pesa de plomo fue a darle a un transeúnte en un hombro.

Alborotóse la gente y todos se pusieron a mirar qué había sido aquello, hasta que encontraron la pesa de plomo y entonces comprendieron que quien la había arrojado no era otro que Suraik, el pescadero.

Y yéndose a él le dijeron:

–Pero vamos a ver, Suraik: ¿eres un industrial honrado o un rufián? Si no eres esto último, ¿por qué no quitas de ahí ese bolso, que ya estás viendo que representa un peligro para todos?

Y Suraik les contestó:

–Está bien; ya lo quitaré, *in scha-l-Lah* [8].

Sorprendió aquí a Schahrasad la aurora y atajó el flujo de sus palabras encantadoras.

Y LA NOCHE 400 REANUDO SU RELATO EN ESTA FORMA:

–He llegado a saber, *¡ye* monarca, el bienhadado!, que la gente del barrio le dijo a Suraik, el pescadero:

–Quita de ahí esa bolsa, que, según has visto, representa para todos un peligro.

A lo que Suraik replicó:

–Está bien, *in scha-l-Lah;* ya la quitaré.

Cuanto a Alí volvióse a su guarida y le contó a Hasán-Schumán todo lo ocurrido, y después se quitó sus ropas de mujer y se puso un traje como de artesano, que su jefe le había proporcionado, y luego cogió un ladrillo y

[8] La edición de Bulak suprime todo el episodio del falso aborto y hace que Alí no se presente en la pescadería disfrazado de mujer, sino de palafrenero.

cinco derahim y se dirigió a la pescadería de Suraik.

Y Suraik, al verlo llegar, le preguntó muy atento:

–¿Qué deseas, maestro?

Mostróle Alí las cinco dracmas y Suraik fue a ponerle en el lebrillo pescado del que ya estaba frío, pero Alí lo atajó y le dijo:

–No, de ese no; yo lo quiero calentito.

–Está bien–respondió el pescadero.

Y se dispuso a echar el pescado en la sartén para freírlo; pero estaba la lumbre morteciña y Suraik fue allá adentro por un ascua, para reanimarla. Y Alí aprovechó la ocasión y alargó a la bolsa su mano y llegó a asir de ella por un cabo, pero en el acto empezaron a repicar los cascabeles y sonajas, y Suraik, al sentir el ruido, luego salió fuera y, encarándose con Alí, le dijo:

–Por segunda vez te falló el golpe, bribón. Que, a pesar de venir disfrazado de artesano, conocí que no lo eras al mirarte las manos.

Y así diciendo arrojóle la pesa de plomo; pero Alí esquivó el golpe y la pesa fue a dar en la sartén y la volcó con todo el pescado sobre la espalda del cadí de la ciudad, que en aquel momento pasaba por allí, y lo puso chorreando de aceite hirviendo, que las ropas le caló y hasta sus partes le escaldó. Y el cadí, llevándose a ellas las manos, exclamó:

–¡*Ye* mis partes, cómo me escuecen! Por Alá, ¿quién me hizo tal?

Y la gente le dijo:

–Señor, habrá sido algún chico, que lanzaría a la sartén algún guijo; pero no, que ha sido algo peor–pues se fijaron en la pesa de plomo y comprendieron que quien la arrojara no fuera ningún chico, sino Suraik, el pescadero. Y entonces todos se revolvieron contra él y lo increparon diciendo:

–¡Eso no lo manda Alá, Suraik! ¡Quita de ahí esa bolsa o lo pasarás mal y te pesará!

A lo que Suraik respondió:

–Está bien; la quitaré, *in-scha-l-Lah.*

Pero a todo esto habíase vuelto Alí al lado de sus compañeros, que, al verlo, le preguntaron:

–¿Y qué? ¿Nos traes la bolsa del pescadero?

Contóles entonces Alí todo lo sucedido, y ellos, al oírlo, le dijeron:

–¡Por lo menos has apurado dos tercios de su ingenio!

Procedió luego Alí a quitarse sus ropas de artesano y se vistió otras de mercader y salióse del retén.

Y hubo de toparse en la calle con un encantador de serpientes, el cual iba cargado con la caja de los ofidios y una bolsa con los menesteres de su oficio, y Alí lo paró y le dijo:

–¡Vente conmigo, encantador, y divertirás a mis amigos y te lo pagaremos como es debido!

Accedió en seguida el encantador de serpientes a seguir a Alí y lo acompañó hasta el cuerpo de guardia, y ya allí fue Alí y le dio de comer, echando *banch* en el plato, y luego que lo hubo narcotizado, quitóle sus ropas y se las puso él y luego cargó con la caja de las serpientes y se dirigió a la tienda de Suraik y se puso a tocar su gaita delante de ella.

Pero Suraik se asomó y le dijo:

–Perdona, hermano; que Alá te socorra.

No hizo caso Alí y sacó sus serpientes de la caja y se las echó a los pies, y Suraik, que les tenía pánico a las culebras, metióse, asustado, en lo más hondo de su tienda.

Aprovechó Alí la ocasión y cogió los ofidios y los guardó otra vez en su caja, y luego alargó su mano a la bolsa y logró cogerla por un cabo.

Pero en seguida sonó el repiqueteo de los *aljaraces* [9] y anillas, y Suraik acudió ligero, diciendo:

[9] Campanillas. Forma romanceada del árabe *Al-Achrás.*

–Pero ¿hasta cuándo me has de dar tormento con tus trucos y engaños? ¿Conque te fingiste encantador de serpientes para darme el pego? ¡Pues toma, que ahí te va lo que para ti tengo!

Y así diciendo tiróle Suraik a Alí la pesa de plomo; pero no le atinó y la pesa fue a darle en la cabeza a un escudero, que por allí pasaba a la sazón, dándole escolta a su señor, que era un hombre de tropa, y lo derribó en el suelo.

Y el militar volvióse y preguntó:

–¿Quién fue el que le tiró?

Y la gente le respondió:

–No fue eso, sino una piedra que rodó del tejado y le dio.

Pasó, pues, de largo el militar; pero los vecinos, al ver la pesa de plomo, fuéronse sobre Suraik y una vez más le dijeron:

–¡Quita de ahí tu bolsa, maldito!

–Esta misma noche–respondió él–, *in-sha-l-Lah,* la quitaré.

Y dizque por siete veces más intentó Alí quitarle la bolsa al pescadero; pero no lo pudo lograr.

Hasta que, un día de los días, Alí, que siempre estaba rondando la tienda de Suraik, oyóle a este decir hablando consigo mismo:

–Si dejo el bolso esta noche en la tienda será capaz ese pícaro de abrir un boquete y robármelo; lo mejor será que me lo lleve a casa y así, si viene, se quedará con las ganas.

Y acto seguido descolgó Suraik el bolso y lo cogió y entre sus ropas se lo escondió:

Tomó luego el pescadero el camino de su casa, y dizque estaba ajeno de que Alí lo iba siguiendo.

Y al llegar cerca de su casa notó Suraik que en la del vecino estaban de boda y se dijo: «¡Vaya! Entraré en casa un momento, le daré el bolso a mi mujer, me repondré un poco y después me vendré a tomar parte en el holgorio.»

Hízolo así Suraik y se metió en su casa, y Alí le fue siguiendo hasta la misma puerta, sin que él lo notara.

Y se ha de saber que Suraik, el pescadero, estaba casado con una liberta de Châfar, el visir, una negra, en la que había tenido un hijo, al que pusieron por nombre Abdu-l-Lah.

Y prometiérale Suraik a su mujer destinar el dinero que en el bolso guardaba para sufragar los gastos de la ceremonia de circuncisión de su hijo y de su boda, que quería la madre que fuese rumbosa.

Entró, pues, el pescadero en su casa y pasó a donde su mujer estaba, y como iba preocupado con lo de Alí, *El Azogue,* llevaba el ceño fruncido.

Reparó su mujer en su mal gesto y le dijo:

–¿Qué te pasa, que pareces de mal humor?

–¡Bah!–contestóle él–. Es que el Señor me ha mandado para mi tormento un bribón que anda tras de mi bolsa y ya le ha echado siete tientos, para ver si me la roba. Y aunque hasta ahora no lo logró, me tiene lleno de desazón.

–Pues mira–díjole su mujer–, dámela a mí y yo te la guardaré, hasta que llegue el momento de casar a nuestro hijo y gastar en la boda su contenido, según tenemos convenido.

Diole el pescadero la bolsa a su mujer, y Alí, que se había escondido en una habitación, lo oía y lo veía todo, sin perder pormenor.

Quitóse luego Suraik su ropilla de trabajo y se puso otro traje mejor y más majo, y, volviéndose a su esposa, le dijo:

–Guarda bien la bolsa, Ummû-Bdu-l-Lah [10], en tanto yo voy a casa del vecino, donde esta noche hay fiesta y regocijo, pues se casa su hijo.

–Antes de ir allá–le dijo su esposa–debías dormir una hora.

[10] Madre de Abdu-l-Lah. Modo indirecto de salutación que también usaban los griegos. (¡Oh hijo de Ciro!).

Siguió su consejo el pescadero y se echó y se durmió.

Y entonces Alí, andando de puntillas, fue y se deslizó hasta donde estaba el bolso y lo cogió, y luego se fue a casa del vecino y se detuvo allí, a solazarse, tomando parte en el regocijo.

Cuanto a Suraik, el pescadero, se durmió muy tranquilo y soñó que un pájaro llevárasele su bolso suspendido del pico.

Despertóse todo azorado y gritole a su mujer:

—Levántate, Ummû-Bdu-l-Lah, y mira a ver si el bolso está en el sitio en que lo pusimos.

Fue a mirar la mujer y no halló el bolso, y, arañándose el rostro, empezó a gritar:

—¡*Ye* mala suerte que tienes, Ummû-Bdu-l-Lah, que te dejaste la bolsa birlar!

Oyóla gritar el marido y alzó también el grito y dijo:

—Ese ha sido el bribón de Alí, el Mizriyu. Ese y no otro es el que me ha robado el bolso; pero a fe que he de ir por él y se lo quitaré.

—Así tienes que hacer—díjole su mujer—, pues te advierto que, si vuelves sin el bolso, no te abro la puerta y pasarás la noche en el arroyo.

Fuese aprisa Suraik a la fiesta y vio al pícaro de Alí en ella, y en los ojos conocióle que había sido el ladrón. Y en el acto pensó: «Este ha sido, a no dudar; pero como vive con Ahmedu-d-Dánaf, vayamos allá a reclamar. Y a fe que, como el bolso no me devuelva, le habrá de pesar.»

Y el pescadero echó a correr hacia la residencia de Ahmedu-d-Dánaf; pero al llegar allí los encontró a todos durmiendo a pierna suelta, por lo que tuvo que reprimir su impaciencia.

Y estando así he aquí que llaman a la puerta, y Suraik, el pescadero, preguntó desde dentro:

—¿Quién es?

—Alí, el de Mizr—respondió Alí.

—¿Traes la bolsa contigo?—preguntóle Suraik.

Y, pensando que quien lo interrogaba era Schumán, le dijo Alí:

—Sí; pero abre la puerta y no me tengas aquí.

Pero el pescadero díjole desde dentro:

—No te abriré hasta que la bolsa no vea, que tu jefe y yo hemos hecho una apuesta.

—Está bien—respondió Alí—, pues saca la mano por la rendija de la puerta y te daré la bolsa, para que te convenzas.

Hízolo así Suraik y Alí le dio la bolsa y el pescadero la cogió, y escurriéndose por otra puerta, tornóse a la fiesta.

Cuanto a Alí siguió plantado delante de la puerta esperando que le abrieran, y al ver que no le abrían, empezó a aporrearla con tal fuerza, que amenazaba derribarla.

Y tal alboroto armó que al cabo despertaron de su sueño los que estaban dentro, y dijeron:

—Ese modo de llamar es el de Alí, el de Mizr.

Y acto seguido fue a abrirle el *nakib* [11] y al verlo, le dijo:

—¿Traes la bolsa?

A lo que Alí le contestó:

—Mira, Schumán, basta ya de bromas. ¿No te la acabo de dar por la rendija de la puerta? ¿Y no me dijiste tú que no me abrirías hasta que no la vieras?

—¡Por Alá—exclamó Schumán—, que yo la bolsa no cogí; de fijo que fue Suraik, el pescadero, que se ha burlado de ti!

—¿De veras?—dijo Alí—. Pues voy allá por ella y juro traerla aquí.

[11] Maestro de ceremonias, el que introduce y presenta a las visitas.

Y Aliyu-l-Mizriyu marchó nuevamente al lugar de la fiesta, y oyóle decir al *jalbus* [12]:

«¡Vaya, Abdu-l-Lah, buena suerte con tu hijo!»

–¡Mi suerte–refunfuñó Alí–la tengo yo con el padre!

Sorprendió aquí a Schahrasad la mañana y puso dique a sus palabras.

PERO LA NOCHE 401 SIGUIO DICIENDO LA MUCHACHA:

–Ha llegado hasta mí la fama, ¡*ye* monarca, el afortunado!, de que Aliyu-l-Mizriyu se dijo para sí: «A mi el padre es quien me hace feliz.»

Y acto seguido dirigióse a casa de Suraik y penetró en ella, descolgándose por la puerta trasera, y al entrar vio a la mujer del pescadero que dormía sumida en profundo sueño.

Propinóle Alí, sin perder tiempo, una dosis de *banch* y se vistió sus ropas, y cogió al chico pequeño y se lo cargó al pecho.

Giró luego la vista en torno suyo y vio una cesta de pleita de palmera en la que había unas tortas que el avaro de Suraik guardara de la última Fiesta Grande [13].

Llegó entre tanto el pescadero a su casa y llamó a la puerta y el pícaro de Alí díjole desde dentro remedando la voz de su mujer:

–¿Quién está ahí?

–Soy yo, Abdu-l-Lah, mujer–contestóle el pescadero.

Pero Alí, desde dentro, le replicó:

–¿No recuerdas que juré no abrirte la puerta hasta que el bolso me trajeras?

–Pues abre, mujer–dijo el pescadero–, que aquí traigo el bolso, según podrás ver.

–Si es así, dámelo primero y después te abriré–díjole Alí, remedando la voz de su mujer.

–Saca la cesta–respondió Suraik–y te lo pondré en ella.

Hízolo así Alí y el pescadero echó el bolso en el cesto.

Cogiólo Alí, el de Mizr, y en seguida, durmió al chico con *banch* y despertó a la mujer y se fue por el mismo sitio por donde había venido, en dirección a la guarida de Ahmedu-d-Dánaf, y, al llegar allí, enseñóles a sus hombres el bolso, juntamente con el niño, que también llevaba consigo.

Felicitáronlo ellos por el logro de su empeño y él les repartió las tortas y se las comieron.

Confiáronle luego el niño a Hasán-Schumán, diciéndole:

–Este es el hijo de Suraik; quédate con él y escóndelo bien.

Y Hasán tomó el niño y lo escondió, y luego cogió un cordero y se lo dio al portero para que lo cociera y luego lo envolviera en unos lienzos y lo pusiera allí como si fuere un niño muerto.

Y el portero apresuróse a cumplir sus órdenes.

A todo esto seguía Suraik plantado delante de la puerta de su casa, esperando que le abrieran, hasta que al fin, desesperado, aporreóla con tal fuerza que pareció irse a venir abajo.

Salió a mirar su mujer y le preguntó:

–¿Traes el bolso o no?

–¿Cómo es eso? ¿Qué dices?–exclamó Suraik–. ¿No te lo eché en el cesto desde aquí?

Pero la mujer le replicó de mal humor:

–Ni yo te saqué el cesto ni he visto la bolsa; todo eso es un cuento.

–¡Por Alá!–exclamó entonces Su-

[12] Sujeto que hace de bufón en las fiestas.
[13] El Ramadán.

raik–. Todo eso ha sido obra de ese bribón de Alí, que, por lo visto, se me adelantó y el bolso me birló.

Entró por fin en la casa el pescadero y empezó a mirar por todas partes y a registrar y notó la falta de las tortas y advirtió, asimismo, la desaparición de su hijo. Y encarándose con su mujer, le preguntó:

–¿Y el chico?

Empezó la mujer, al oírlo, a aporrearse el pecho y a gritar, diciendo:

–¡Corre en seguida a ver al visir, que ese pícaro que te robó la bolsa dará muerte a nuestro hijo y la culpa de todo la tendrás tú mismo!

Y el pescadero liose al cuello el pañuelo del armisticio y corrió en seguida a la residencia de Ahmedu-d-Dánaf y llamó a la puerta, con fuerza.

Salió a abrirle el *nakib* y lo hizo pasar a donde estaban los demás. Y, al verlo, le dijo Schumán:

–¿Qué te trae por aquí, Suraik?

–Vengo a pediros–respondió el pescadero–que mediéis con Alí, el de Mizr, para que me devuelva a mi hijo, que el bolso con el oro que contiene se lo puede guardar y que le aproveche.

–*¡Ye* pícaro de Alí–exclamó Schumán–, Alá te dé tu merecido! ¿Por qué no me dijiste que ese chico era su hijo?

–¿Le ha pasado algo al niño?–preguntó, inquieto, el pescadero.

–No pases temor–díjole Schumán–; pero le dimos de comer unas uvas y se atragantó y reventó.

–*¡Ye* hijo mío!–lamentóse el pescadero–. ¿Qué voy a decirle ahora a su madre? No me atrevo a presentarme.

Pero entonces fue Alí y destapó el cesto y le mostró el chico dormido allí dentro.

–*¡Ye!*–exclamó Suraik–. ¡Vaya broma que me has gastado, Alí!

Diéronle luego su hijito al pescadero y Ahmedu-d-Dánaf le dijo sonriendo:

–Tú colgaste tu bolsa en tu tienda y desafiaste a todos los pícaros del mundo a que fuesen por ella, diciendo que sería de aquel que lograse cogerla, así que ahora, que te la han quitado, no tienes derecho para protestar ni reclamar y Alí puede quedarse con ella como su dueño legal.

–Está bien–dijo Suraik–. Que se quede con ella; yo se la regalo de buen grado.

Pero Alí le dijo:

–¿Me la aceptas como obsequio de mi parte para Seineb, tu sobrina?

–Aceptada–respondió Suraik.

Y entonces los cuarenta, como un solo hombre, exclamaron:

–Te pedimos la mano de tu sobrina Seineb para Alí, el mizriano.

–Yo–excusóse Suraik–no tengo sobre ella poder para tanto.

Pero Hasán-Schumán le interpeló, diciendo:

–Bueno, acabemos; ¿accedes o no accedes a lo que queremos?

–Está bien–replicó Suraik–; se la daré en matrimonio a aquel que pueda asignarle la dote que ella desea.

–¿Y qué dote es esa?–preguntó Hasán-Schumán.

Y Suraik le contestó:

–Mi sobrina tiene jurado que no dejará que se le monte encima sino aquel que le lleve el traje nupcial de Kámar, la hija de Uzra, el judío, con todo lo demás de su equipo.

Sorprendió aquí a Schahrasad la aurora y cortó el hilo de sus palabras encantadoras.

PERO LA NOCHE 402 REANUDO SU RELATO EN ESTA FORMA:

–Ha llegado a mis oídos, ¡*ye* monarca, el afortunado!, que Suraik, el pescadero, dijole a Hasán-Schumán:

–Mi sobrina ha jurado que no dejara que la cabalgue sino aquel que la lleve el traje de novia de Kámar, la hija de Uzra, el judío, juntamente con la diadema y el ceñidor y las sandalias de oro y demás galas de su tesoro.

–Siendo así–exclamó Alí–, haz cuenta que esta misma noche le llevo yo a Seineb todas esas prendas de la hija del judío, para que se adorne con ellas. Y si así no lo hago, desde ahora renuncio a su mano.

Pero al oírle eso a Alí dijo Suraik:

–Mira, Alí: anda con tiento, que, como trates de jugarle a Kámar una trastada de las tuyas, puedes darte por muerto.

–¿Cómo es eso?–preguntóle Alí.

Y le contestó el pescadero.

–Pues porque su padre, Uzra, es hombre astuto, pérfido y brujo, que tiene a su servicio a los *alifrites*. Y posee en las afueras de la ciudad un castillo cuyos muros son de ladrillos de oro y plata, entreverados, y que nadie logra ver sino cuando el judío está en él, y en cuanto sale, vuelve a desaparecer.

Y esas prendas que digo trájoselas él a su hija tomándolas de un tesoro encantado, y todos los días va y las pone en un peso de oro y abre de par en par las ventanas de su palacio, gritando: «¿Dónde están esos pícaros de Mizr y esos tunantes de Al-Irak y esos truhanes sabihondos del Achm? Que vengan aquí, a ver si logran coger estas prendas, que al que lo lograre, sería dueño de ellas.»

Así que todos los dedilargos han probado a lograrlo; pero todos han fallado, y dízque el judío, valiéndose de sus artes mágicas, luego los transforma en monos y asnos.

Pero Alí, después de oírlo sin inmutarse dijo:

–Bueno; pues yo, seguramente, he de triunfar en la empresa, y Seineb hará su alarde de novia con esas prendas.

Y acto seguido encaminose Alí a la tienda del judío.

Y vio allí al mercader, que tenía a su lado una balanza y un peso y mucho oro y mucha plata, y a la puerta de la tienda había una mula parada.

Disponíase en aquel instante el judío a cerrar su tienda y así lo hizo, no sin meter antes el oro y la plata en sendos bolsos que luego puso en un saco, el cual cargó a lomos de la mula, montando él en la cabalgadura.

Fue caminando así el judío hasta salir fuera de la ciudad, y no advertía que llevaba a Alí detrás.

Sacó entonces el judío un puñadico de tierra de un bolsito que llevaba en su manga y recitó sobre ella unas palabras mágicas y después esparció en el aire la tierra así embrujada.

Y en el acto pudo ver el pícaro elevarse del suelo un alcázar magnífico, de un esplendor tal que no tenía igual.

Subió luego la mula llevando en sus lomos al judío por unas escaleras, y he aquí que la tal mula era un *alifrit* al que el judío obligara a servirle.

Tomó luego el judío un saco de encima de la mula y esta desapareció en el acto sin dejar ningún rastro.

Después sentose el judío en su alcázar y, sin saber que Alí le observaba, fue y cogió una barra de oro y la plantó en la ventana y colgó de ella una fuente de oro con cadenillas del

mismo metal. Y puso en la fuente el vestido nupcial de su hija Kámar, y todo ello lo veía Alí desde detrás de la puerta, sin perder detalle de cuanto hiciera.

Después el judío se puso a gritar con todos sus bríos:

–¿Donde están esos pícaros de Mizr y esos tunantes de Al-Irak y esos truhanes del Achm?

¡Vengan aquí a probar su habilidad, que, el que consiga coger la fuente, su dueño será!

Recitó luego el judío unas fórmulas mágicas y en el acto surgió un ataifor [14] con la cena servida. Y el judío sentóse a la mesa y cenó. Después de lo cual hizo desaparecer de allí la mesa y, pronunciando otras palabras de sortilegio, hizo venir otro ataifor de vino y licores, y bebió de ellos con delectación.

Y Alí, que lo observaba sin quitarle ojo, díjose para sus adentros: «No podré llevarme la fuente hasta que el judío no se emborrache y pierda el juicio.»

Escurrióse luego por detrás del judío, llevando empalmada su faca; pero el mago lo sintió y se volvió y, pronunciando un conjuro, ordenó:

–¡Tente, mano!

Y en el acto quedósele a Alí paralizada la mano derecha, suspendida en el aire, sin poder moverla; trató entonces el joven de coger el arma con la mano izquierda, pero también ésta se le quedó como muerta, y otro tanto le ocurrió a su pie derecho, hasta no quedar sostenido en el suelo sino por el pie izquierdo.

Y entonces el judío volvió a pronunciar unas frases mágicas y restituyó a Alí en su primera traza. Púsose luego a revolver un puñado de arena y por ese medio adivinó que el intruso que lo siguiera hasta allí no era otro que Alí, *El Azogue,* el de Mizr.

Y volviéndose a él, le dijo:

–Acércate y dime quién eres y que es lo que pretendes.

–Yo–respondióle Alí–soy Ali-yu-l-Mizriyu, de la guardia de Ahmedu-d-Dánaf, y estoy comprometido en matrimonio con Seineb, la trapisondista, la hija de Dalila, la ladina, y, para casarme con ella, la tengo que llevar el traje de gala de tu hija Kámar. Así que me lo has de dar por grado y te has de convertir al Islam, si te quieres salvar.

Oyóle el judío y le dijo:

–La vida te va eso a costar. Pues has de saber que fueron muchos los que ya trataron, valiéndose de astucias, de quitarme el traje de mi hija, sin poderlo lograr, y a ti lo mismo te pasará. Así que escucha mi advertencia si te quieres salvar, que los que te exigieron la entrega de esa prenda lo hicieron solamente con el fin de perderte. Y si no fuera porque veo que tu sino sobrepasa al mío, ya te habría cortado el cuello ahora mismo.

Holgóse Alí de oírle al judío decir que su sino sobrepasaba al suyo, y, envalentonado, le dijo:

–Déjame que me lleve por las buenas el traje, y si te quieres salvar, hazte musulmán.

–¿Es ésa tu última palabra?–exclamo el judío.

–¡Sí!–respondióle Alí con brío.

Fue entonces el judío y tomó una jarra y la llenó de agua y pronunció sobre ella una fórmulas mágicas, y luego dijo:

–Deja al momento esa forma humana y toma la de un pollino.

Espurreóle luego con el agua encantada y en el acto quedó Alí, el egipcio, transformado en un borrico, con sus patas herradas y sus orejas largas y empezó a rebuznar, como hacen los de su casta.

Trazó luego el judío en el suelo un círculo mágico y en seguida alzose una muralla en su derredor, y el mago, así

[14] Mesita redonda.

defendido, entregose a la bebida, y estuvo bebiendo hasta la amanecida.

Y entonces el judío guardo bajo llave el traje de la novia, la barra de oro y la fuente y los ensalmos en un armario y recito conjuros sobre Alí, obligandolo a seguirlo.

Y luego el judío púsole a Alí, transformado en pollino, la silla con las alforjas en sus lomos y montó en él y salióse del castillo, que en el acto desapareció sin dejar rastro, y fue cabalgando hasta Bagdad, y luego hasta su tienda, y allí se apeó y vació las alforjas, que estaban repletas de oro y plata, en unos sacos que había en la tienda.

Y despues de esto ato a Alí del ronzal a la puerta y allí quedose el cuitado hecho todo un asno. Y dizque el pobre oía y entendía todo lo que a su alrededor pasaba, sino que no podía articular palabra.

Y sucedio que un hijo de mercader, al cual maltratara la suerte, llego a verse en tal situacion que decidio meterse a aguador.

Y cogiendo unas alhajas de su mujer fue a la tienda del judío y le dijo:

–Comprame estas joyas, para que con su importe pueda mercarme un burro y ver si salgo de apuros.

–¿Piensas–preguntole el judío–cargarle algo encima al borrico?

–Sí–respondiole el hombre–; unas cantarillas con agua del río, que voy a dedicarme a azacan y a vivir de ese oficio.

–Pues entonces–díjole el judío–toma desde este momento ese borrico mío.

Y le compro las alhajas, dandole en cambio el jumento y algun dinero.

Cogio el hijo del mercader el pollino–que no era otro que Aliyu-l-Mizriyu encantado por el maleficio del judío–y se lo llevo a su casa consigo.

Fue luego su mujer a echarle el pienso al borrico, y, al acercarse a el, diole el animal un topetazo tan violento, que la derribo de espaldas en el suelo. Despues de lo cual la empezo a cocear.

Volvio luego el marido a su casa y su mujer le conto lo que le pasara y le dijo:

–O nos divorciamos o te llevas de aquí ahora mismo a ese desastrado borrico y se lo devuelves al judío.

Hízolo así en el acto el marido y fue a devolverle al judío su borrico. Y el judío, al verlo, le dijo:

–¿Por que razon me devuelves el burro?

–Pues porque es un *alifrit* en figura de rucio–contestole el hijo del mercader–, que le ha hecho esto y estotro a mi mujer.

Devolviole, al oír aquello, el judío sus joyas, y el hombre dejole allí el pollino y se fue por su camino.

Luego que se quedo solo el judío, volviose a Alí y le dijo:

–Ave de mal agüero: ¿conque apelaste a malas mañas para que te echaran de casa?

Pero al llegar aquí sintio Schahrasad venir la aurora y corto el hilo de sus palabras fascinadoras.

Y LA NOCHE 403 REANUDO SU RELATO EN ESTA FORMA:

–Ha llegado a mi noticia, *¡ye* monarca, el afortunado!, que, al devolverle el aguador al judío su borrico, restituyole aquel sus alhajas y, volviendose a Aliyu-l-Mizriyu, lo increpo, diciendo:

–¡Pajaro de mal agüero! ¿Conque apelaste a tus tretas para que te me devolvieran? Pues ya que a ser burro no te avienes, yo hare que sirvas de beta y ludibrio a grandes y chicos.

Y acto seguido monto en el burro el judío y salióse fuera de la ciudad, y, al llegar allí, se detuvo y sacó un puñado de polvos y lo arrojó al aire, después de recitar sobre el unas fórmulas mágicas de poder grande.

Surgió al punto del suelo el alcázar que ya conocemos y el judío entróse en el y descargó al borrico y plantó en la ventana la barra de oro y colgó de ella la fuente de china con el traje de novia de su hija, y empezó a gritar, según su costumbre de todos los días:

–¿Dónde están esos pícaros de todos los países? ¡Vengan aquí luego a probar su habilidad, a ver si logran birlarme el codiciado traje con todo lo demás!

Recitó luego unas palabras mágicas y en el acto surgió una mesa, en la que había servida una cena.

Comió el judío y luego torno a recitar unas palabras misteriosas y surgió allí otra mesa, con vino y licores, de los cuales bebió hasta emborracharse.

Luego tomó una taza con agua y recitó sobre ella unas fórmulas talismánicas y rocío con aquel agua a Alí y lo interpeló así:

–Deja esa forma asnal y vuelve a la tuya natural.

Y Alí, en el acto, volvió a su prístino ser humano.

Y el judío le dijo:

–Mira, Alí: haz caso de mi consejo y te será de provecho. Desiste de casarte con esa Seineb y de quitarle a mi hija su traje, pues, de lo contrario, poder tengo para transformarte en oso o en mono o encargarle a un *alifrit* que te coja y te lleve sin tardar al otro lado del monte Kaf.

Pero Alí le contestó diciendo:

–No puedo, Uzra; no tengo más remedio que hacer todo lo imaginable por quitarte ese traje y hacer, además, que te conviertas al Islam, y si no, te he de matar.

Al oírlo hablar así le dijo el judío:

–Está visto, Alí, que eres como la almendra, que hay que partirla para comerla [15].

Y tomando una taza de agua pronunció sobre ella unas palabras mágicas y luego espurreó a Alí con aquel agua embrujada y le dijo:

–Conviértete en oso ahora mismo.

Y en el acto quedó Alí convertido en oso y el judío púsole al cuello un aro con su cuerda, para manejarlo y hacer con él lo que quisiera. Y también le puso un bozal en los morros, para que no mordiera, y lo ató a una alcayata de la sala.

Pasó Alí la noche en ese estado, y, luego que amaneció el siguiente día, levantóse el judío y guardó la fuente de china y pronunció unas palabras mágicas sobre el oso, y, tirando de la cuerda, se lo llevó a su tienda.

Después sentóse en ella y volcó allí su oro y su plata y ató al oso con la cadena a la puerta.

Y oía Alí y entendía todo lo que decían, solo que no lograba articular palabra.

Y sucedió que un mercader acercóse al judío y le dijo:

–Véndeme ese oso, maese, que a la hija de mi tío le han mandado comer carne de oso y untarse con su grasa que está la pobre muy delicada.

Holgóse el judío de oírlo y en su interior se dijo:

«¡Muy bien! Se lo daré para que lo mate y así me veré libre de él.»

Y el judío le dijo al parroquiano:

–Puedes llevártelo de balde, que te lo regalo.

Cogió, pues, el mercader el oso y fuese con el a la carnicería y le dijo al carnicero:

–¡Coge tus herramientas y sígueme!

Cogió el carnicero sus cuchillos y siguió al mercader a su casa y, ya allí, ató bien al oso y se puso a afilar sus

[15] *Redolet proverbium, Ent mitsl ulchusán Im tnksr Im tukl.*

cuchillos; pero, cuando luego fue a sacrificarlo, escaposele el oso de entre sus manos y elevóse en los aires y desapareció de su vista, entre cielo y tierra, y siguió volando hasta aterrizar en el castillo del judío.

Y la razon de todo esto no fue otra que la siguiente, a saber: que al volver el judío a su casa, aquella noche, preguntole su hija por Alí, y él le conto todo lo que le habia sucedido, y ella entonces le dijo:

–Pues evoca en seguida a un *alifrit* y pregúntale si ese joven es realmente Alí, *El Azogue,* el de Mizr, o algún otro que quiere burlarse de ti.

Y Uzra, el judío, hizo comparecer en el acto a un *alifrit* y lo interrogó y el *alifrit* le respondió:

–Ese mocito es, efectivamente, Alí, *El Azogue,* el de Mizr, y en este momento el carnicero lo tiene atado y ya levanta el cuchillo para sacrificarlo.

Y el judío le ordenó:

–Ve allá ahora mismo por el y ráetelo acá, antes de que el carnicero lo pueda sacrificar.

De suerte, pues, que el *alifrit* remontó el vuelo, y, sacando a Alí de entre las manos del carnicero, condújole al castillo y lo dejó delante del judío.

Pronunció luego el judío unas palabras mágicas y, espurreándole a Alí la cara con un poco de agua, le dijo:

–Vuelve a tomar tu forma humana.

Tornó Alí en seguida a su forma pristina y la hija del judío lo miró y lo encontró un guapo mozo, y al punto su corazón inflamóse de amor.

Y también Alí, al verla a ella, se enamoró de su belleza.

Y Kámar le dijo al joven:

–¡Guay de ti! ¿Por qué te empeñas en quitarle a mi padre mi traje, poniéndolo así en el trance de que te maltrate?

A lo que Alí le respondió:

–Porque me he comprometido a llevarle tu traje a Seineb, la trapisondista, la hija de Dalila, la ladina, con la que quiero casar, y que así me lo exige como dote nupcial.

Y Kámar le dijo con acento de piedad:

–Otros antes que tú ya probaron a robarle a mi padre mi traje con astucias y engaños, pero todos fallaron. Así que te ruego desistas de ese loco empeño.

Pero Alí le respondió, diciendo:

–No tengo más remedio que apoderarme de ese traje y además he de matar a tu padre como no se convierta al Islam.

Al oir lo cual dijo el judío:

–Ya estás viendo, hija mía, cómo este desdichado corre derecho a su perdición, sin que nadie pueda salvarlo.

Y luego añadió:

–Pero ahora mismo lo voy a convertir en perro.

Y tomando una copa en la que habia signos talismánicos llenóla de agua y espurreó con aquel agua a Alí, intimándole al mismo tiempo con imperio:

–Conviértete ahora mismo en perro.

Y en el acto quedó Alí convertido en un perro, de los perros, y el judío y su hija siguieron allí bebe que te bebe hasta que vino la mañana, y entonces el judío se levantó y guardo, como siempre, el traje de novia de su hija y la fuente de china y montó en su mula.

Y ordenóle al falso perro que lo fuera siguiendo, y con él a la zaga cabalgó hasta la ciudad, y dizque, al pasar Alí, le ladraban todos los canes de Bagdad, hasta que en el trayecto acertaron a pasar por delante de la tienda de un azacate [16], el cual se levantó y espantó a los perros, y Alí echose a sus pies en señal de agradecimiento.

Volvióse a mirar el judío y no vio a Alí detrás, pero desistió de buscarlo y siguió caminando.

Cerró luego el azacate su tienda y

[16] Ropavejero. Forma romanceada del árabe *as-Sakati,* que figura en el texto.

dirigiose a su casa y Alí lo fue siguiendo, a alguna distancia, y, al entrar en su casa el azacate, colose tambien allí en su forma de perro.

Pero no bien lo hubo visto la hija del azacate echose a la cara su acitar, y, dirigiéndose a su padre, lo interpelo, diciendo:

–Padre mio, ¿como es que vienes a casa con un hombre desconocido, sin advertirmelo?

Pero al llegar aquí sintió Schahrasad que se acercaba la aurora y cortó el hilo de sus desbordadas y cautivadoras palabras.

Y LA NOCHE 404 PROSIGUIO SU RELATO EN ESTA FORMA:

–Tengo entendido, ¡*ye* monarca, el afortunado!, que, al ver la hija del azacate a aquel perro, echose sobre su cara el velo e interpelo a su padre, diciendo:

–¿Como es eso, padre mio, que traes a casa un hombre extraño y me lo metes en mi cuarto?

–¿Que dices, hija mia?–exclamo el azacate–. Yo aquí a ningun hombre veo sino solo a un perro.

–Padre mio–díjole la joven–, este no es un perro, sino un hombre, y se trata, por más señas, de Aliyu-l-Mizriyu, al que embrujo ese judio.

Volvióse el padre hacia el supuesto perro y lo interrogo, diciendo:

–¿Eres de verdad Aliyu-l-Mizriyu?

Alí movio la cabeza y diole a entender que así era.

Encaróse luego el azacate con su hija y preguntole:

–¿Puedes decirme por que motivo lo hechizara el judio?

–Sí, padre mio–respondio la joven–, porque pretendia arrebatarle el traje de novia de su hija Kámar; pero yo lo puedo desembrujar.

–Pues hazlo así en seguida–díjole el azacate a su hija.

Pero ella repuso:

–No lo hare, padre mio, si antes no me promete casarse conmigo.

Hizo Alí un gesto con la cabeza que queria decir: «Sí.»

Y entonces la joven tomo una taza con agua y pronuncio sobre ella unas palabras magicas y en el mismo momento dejose oir un grito muy recio y rodo la taza de las manos de la muchacha.

Volviose esta a mirar y encontrose con la esclava de su padre, que era la que gritara, y que luego le dijo estas palabras:

–¿Es éste, mi señora, el modo que tienes de guardar el pacto que hicimos cuando yo fui quien te enseño las artes magicas y tú me prometiste que nunca las emplearias sin antes consultarme lo que hacer debias y que, el que contigo se casase, tambien conmigo se casaria y entre ambas sus noches partiria?

–Es verdad–asintio la hija del azacate–que hicimos ese convenio.

Luego que eso oyo el azacate preguntole a su hija:

–Ella te enseño a ti las brujerias; pero y a ella ¿quien se las enseño?

–Pregúntaselo a ella misma–respondiole su hija.

Hízolo así el prendero y la esclava le contesto diciendo:

–Has de saber, señor, que, cuando servia yo a Uzra, el judio, solia espiarlo y estar atenta cuando obraba sus encantos y proferia sus ensalmos, y luego que el se iba a su tienda de Bagdad, iba yo y abria sus libracos y me los leia de cabo a rabo, con lo que

logré hacerme maestra en ciencia cabalística y hermética.

Y sucedió un día de los días que el judío se achispó más de la cuenta y quiso folgar conmigo, a lo que yo me resistí, diciéndole:

–Eso no lo lograrás hasta que te hagas musulmán.

–Negóse a eso el judío y entonces yo le dije:

–Está bien, no hablemos más; llévame ahora mismo hasta el zoco del sultán [17].

Hízolo él así y allí te me vendió a ti, y yo inicié a tu hija, mi señora, en mi ciencia de la brujería; pero poniéndole antes por condición que no habría de hacer nunca nada sin consultarme y que, al que con ella se casara, habría de casarse también conmigo y sería suyo una noche y otra noche mío.

Tomó luego la muchacha una taza con agua y recitó sobre ella unos conjuros y luego espurreó al perro con el agua y le dijo:

–Entra ahora mismo en tu forma humana.

Y en el acto Alí viose reintegrado en su ser humano. Y el azacate lo miró y lo saludó con el *selam* y le preguntó la causa de que lo embrujaran.

Contóselo todo Alí al azacate y este, después de oírlo, le dijo:

–¿No tienes bastante con mi hija y mi esclava?

–No–respondió Alí–; necesito también a Seineb.

Pero en aquel mismo instante oyeron llamar a la puerta y la esclava fue a ver quién era y preguntó:

–¿Quién está ahí?

Y una voz desde fuera dijo así:

–Soy yo, Kámar, la hija del judío. ¿Está ahí, por casualidad, Alí, el egipcio?

–¡*Ye* hija del judío!–respondió desde dentro la hija del azacate–. Y si estuviera ¿para qué lo querrías?

Y volviéndose a la esclava, le dijo:

–Ve a abrir y que pase la hija del judío.

Fue la esclava y abrió la puerta y entró Kámar en la casa, y, al verla Alí, preguntó a la muchacha:

–Hija de perro: ¿qué vienes buscando aquí?

Pero ella, al oírlo, le dijo:

–Doy fe de que no hay más *ilah* que Alá y doy, asimismo, fe de que Mohammed es el Enviado de Alá.

De suerte que en aquel instante mismo quedó convertida al islamismo.

Y encarándose con Alí, le dijo:

–Los varones del Islam ¿dotan a las mujeres o son las mujeres las que dotan a los hombres?

–Son los hombres–respondióle Alí–los que a las hembras aportan dote.

–Pues bien–dijo Kámar–, yo quiero suplirte a ti dotándome a mí misma, y aquí traigo como dote mi traje nupcial y la fuente de china y los sesos de mi padre, que era tu enemigo y el de Ala, y te hizo padecer tanto mal.

Y así diciendo la hija del judío arrojó allí delante los sesos de su padre, diciendo:

–Ahí tienes los sesos de mi padre, que era tu enemigo y también de Ala, ¡el más grande!

Y dícese la causa porque Kámar, la hija del judío, matara a su padre fue que, cuando aquel embrujó a Alí en forma de perro, tuvo ella un sueño en el que oyó una voz que le decía con autoridad: «¡Conviértete al Islam!»

Y ella se convirtió. Pero luego, al despertar y contarle a su padre su sueño, rehusó aquel convertirse a la verdadera fe, y entonces su hija lo mató, como a un infiel.

Luego que oyó aquello cogió Alí los objetos y le dijo al prendero:

–Mañana sin falta iré a ver al jalifa para que me case con tu hija y tu esclava.

[17] Según la ley islámica, la joven podía obligarle a que la vendiera a otro, ya que, siendo un infiel, había intentado seducirla.

Después de lo cual fuese muy contento a la residencia de Ahmedu-d-Dánaf llevando consigo las prendas que la hija del judío le diera.

Pero en el camino topóse con un dulcero, el cual iba diciendo:

–¡No hay poder ni fuerza sino en Alá, el más grande! Las criaturas son falsas y siempre andan ideando trastadas.

Y, encarándose con Alí, le dijo:

–¡Por Alá, te ruego que pruebes estos alajúes [18] que te ofrezco y que yo mismo he hecho!

Tomó Alí unos cuantos y se los comió, sin sospechar que estuvieran como estaban rellenos de *banch;* así que el dulcero lo narcotizó, y, aprovechando su letargo, quitóle el traje de novia de Kámar y todo lo demás y lo guardó en la caja donde sus dulces llevaba, y siguio adelante, cargado con la caja.

Pero en aquel momento dio la casualidad de que el cadí lo viera y le dijera:

–Ven aquí, dulcero.

Fue el dulcero alla y pregunto al cadí:

–¿En qué te puedo servir?

–Trae acá tu altabaque, que coja unos dulces de él.

Hízolo así el dulcero y el cadí tomó unos dulces y, después de mirarlos, exclamó con desagrado:

–Estos dulces están adulterados.

Y sacándose otros de su bolsillo del pecho, díjole al dulcero:

–Estos sí que son ricos y buenos. Anda, come algo de ellos.

Comiólos el dulcero, y, como estaban cargados de *banch,* en el acto quedóse aletargado.

Entonces el cadí cogióle el altabaque con todo cuanto en él llevaba. Y metió dentro al dulcero y cargó con todo ello y se dirigió a la residencia de Ahmedu-d-Dánaf, pues no hay que revelar que el falso cadí no era otro que Hasán-Schumán.

Y se ha de saber que la causa de ello fue que, al despedirse Aliyu-l-Mizriyu de sus compañeros, para dar cima a su empeño, pasó el tiempo, sin que volvieran a saber más de él, y Ahmedu-d-Dánaf, alarmado, les dijo a sus muchachos:

–*¡Ye* mocitos! Id por ahí a buscar a Alí, a ver si lo encontráis y me lo traéis aquí.

Echáronse sus agentes a buscar a Alí por toda la ciudad y Hasán-Schumán se disfrazó de cadí y empezo a buscar también al perdido, como los demás.

Y en el curso de sus andanzas topóse con el dulcero, y en seguida conoció que era Ahmedu-l-Lakit, y al punto, según queda dicho, lo narcotizó con *banch* por el medio ya referido y le quitó las cosas que en su altabaque llevaba y se fue, con todo ello, a su morada.

Pero los cuarenta sabuesos de Ahmedu-d-Dánaf siguieron buscando a Alí por calles y plazas, hasta que Alí Kutfu-ch-Chámal optó por destacarse de sus compañeros para buscar por su cuenta al perdido y ver si él solo podía descubrirlo.

Y he aquí que, de pronto, al llegar a cierto sitio, noto un gran revuelo y vio gente que se apretujaba, formando corro, y dirigióse allá, y al acercarse pudo ver a un hombre tendido en el suelo sin conocimiento.

Mirólo Kutfu-ch-Chámal con atencion y luego comprobó que aquel hombre no era otro que Alí, *El Azogue,* el de Mizr, el cual se hallaba bajo los efectos del *banch,* e inmediatamente procedió a despertarlo, hasta que Alí abrió los ojos y miró en torno suyo, y al ver tanta gente a su alrededor preguntó:

–¿Dónde estoy?

A lo que Kutfu-ch-Chámal le respondió:

[18] Dulces.

–Te encontramos aquí aletargado bajo los efectos del *banch,* pero no sabemos quién te pudo *embanchar.*

Al oír lo cual exclamó Alí:

–Fue un dulcero zaguaque [19] que, además, me quitó todo cuanto encima llevaba; pero ¿qué se hizo de él?

–Nosotros–contestóle Kutfu-ch-Chámal–no lo hemos visto ni sabemos adónde se haya metido. Pero levántate y ven con nosotros a nuestra casa.

Volviéronse, pues, a su cuerpo de guardia y allí encontraron a Ahmedu-d-Dánaf, el cual saludó a Alí con el *selam* y le preguntó si llevaba el traje de novia de Kámar.

Y Alí le respondió:

–Hacia acá venía yo con él y todo lo demás, incluso la cabeza del judío, cuando me salió al paso un dulcero zaguaque y me *embanchó* y todo cuanto llevaba me quitó.

Contóle luego Alí al capitán todo cuanto con el dulcero le había sucedido, y terminó diciendo:

–Como me lo vuelva a encontrar, me las va a pagar.

Pero en esto salió de allá dentro Hasán-Schumán y díjole a Alí:

–Y qué, amigo Alí, ¿lograste hacerte con el traje de Kámar?

Y Alí le contó todo lo que le había sucedido, y, al terminar su relación, añadió:

–Como yo supiera dónde se ha metido ese pillastre iría a buscarlo y me las pagaría. ¿No sabrías tú dónde podría estar, amigo Hasan?

–Cierto que lo sé–contestóle Hasan-Schumán.

Y acto seguido abrió la puerta de un cuarto y mostróle allí al falso dulcero, aletargado y tendido en el suelo.

Levantáronlo y el mocito abrió los ojos, y, al hallarse en presencia de Alí, *El Azogue,* y de Ahmedu-d-Dánaf y de los Cuarenta, dio un respingo y exclamó:

–Pero ¿adónde estoy y quién me cogió?

–Yo fuí–contestóle Hasán-Schumán.

Y Alí lo increpó diciendo:

–¡*Ye* tunante! ¿Cómo te atreviste a embromarme?

E hizo ademán de quererlo matar, solo que Hasán le dijo:

–Ten tu mano, Alí, porque este chico es ya pariente tuyo.

–¿Como pariente mío?–exclamó Alí sorprendido.

Y Hasán le explicó:

–Este mocito no es otro que Ahmedu-l-Lakit, hijo de la hermana de Seineb.

Y al oír aquello preguntóle Alí al prisionero:

–Pero, Lakit, ¿por qué hiciste eso?

Y el chico le contestó diciendo:

–Pues porque me lo mandó mi abuela, Dalila, la ladina, y el motivo de ello fue que Suraik, el pescador, se avistó con la vieja y le dijo: «Ese Alí, *El Azogue,* el de Mizr, es un tunante y un pícaro de remate y de fijo que mata al judío y le quita el traje.»

Y mi abuela me llamó y me dijo así:

«Oye, Ahmed: ¿Conoces tú a Alí, el de Mizr?» Y yo le dije: «Sí; ¿cómo no había de conocerle si fuí yo quien le indiqué la casa de Ahmedu-d-Dánaf cuando vino a Bagdad?» Y entonces mi abuela fue y me dijo: «Pues anda y ve y hazte el encontradizo con él, y, si efectivamente le quitó el traje al judío, aguza el ingenio y date traza de quitárselo tú a él.»

Y yo luego me eché a la calle y empecé a dar vueltas por la ciudad, hasta que me tropecé con un dulcero ambulante y por diez dinares le compré sus ropas y sus dulces y después hice lo que hice.

Al oír aquello díjole Alí a Lakit:

–Pues vuélvete con tu abuela y Suraik y diles que no solo me traje las joyas del judío, sino también su propia cabeza, y encárgales que mañana por

[19] Vendedor ambulante.

la mañana vayan a buscarme al diván del jalifa, donde les entregaré el dote de Seineb.

Holgóse mucho Ahmedu-d-Dánaf de oír aquello y exclamó:

–Vaya, amigo Alí, ¡loado sea Alá!, que no perdimos el tiempo en tu educación.

Pasaron aquella noche muy contentos, y luego que amaneció la mañana del día, el siguiente, tomó Alí el traje de novia y la fuente y la barra de oro con las cadenillas del mismo metal, más la cabeza de Uzra, el judío, hincada en la punta de una lanza, y, acompañado de Ahmedu-d-Dánaf y de los Cuarenta dirigióse al diván y besó la tierra entre las manos del jalifa...

Sorprendió aquí a Schahrasad la mañana y cortó el hilo de sus elocuentes palabras.

Y LA NOCHE 405 SIGUIO DICIENDO LA MUCHACHA:

–Ha llegado a mis oídos, *¡ye* monarca, el afortunado!, que Alí, *El Azogue,* el de Mizr, acompañado de su tío Ahmedu-d-Dánaf y de sus cuarenta esbirros subió al diván del jalifa, donde todos besaron la tierra entre las manos del soberano. Volvióse el jalifa a mirarlos y, reparando en un joven de la más gallarda planta, preguntóle a Ahmedu-d-Dánaf quién era y Ahmedu-d-Dánaf díjole al jalifa:

–*¡Ye* emir de los creyentes! Ese joven es Alí, *El Azogue,* el de Mizr, capitán de los valientes de El Cairo, y el primero de mis muchachos.

Y el jalifa, desde aquel momento, tomóle afición a Alí por su buena traza y el valor que entre sus ojos brillaba y que hablaba en su favor y no en su disfavor.

Levantóse luego Alí y, echando a los pies del jalifa la cabeza del judío, dijo:

–¡Así se vean como este todos tus enemigos!

–¿Cúya es la cabeza?–preguntó Ar-Raschid.

–Es la de Uzra, el judío–respondióle Alí.

Y el jalifa exclamó:

–¿Y quién lo mató?

Y Alí entonces contóle al soberano todo lo ocurrido, del principio al fin, y luego de oírlo el jalifa, dijo:

–Jamás pensé que pudieras matarlo, siendo como era un mago consumado.

A lo que respondióle Alí:

–*¡Ye* emir de los creyentes! Mi Señor me hizo prevalecer contra el infiel.

Mandó luego el jalifa a su capitán de Policía que fuese al palacio del judío, y Ahmedu-d-Dánaf fue allá y encontró el cadáver del judío decapitado, tendido en el suelo, y lo levantó y lo puso en una caja y lo condujo al alcázar del jalifa, el cual dio orden de que lo quemasen en seguida.

Y estando en estas he aquí que se presenta en el diván la joven Kámar, y, después de besar la tierra entre las manos del emir de los creyentes, hízole saber cómo era la hija de Uzra, el judío, y que se había convertido al islamismo. Y después de repetir su testimonio ante el vicario de Alá, añadió:

–Intercede por mí con Alí, el pillo, para que se case conmigo.

Accedió a ello en el acto el jalifa y adjudicóle a Alí el palacio del judío con todo su contendio, y aún le dijo:

–¡Pídeme una gracia, Alí!

Y alí le respondió:

–Yo solo te pido que me dejes estar sobre tu tapiz y comer a tu mesa.

Y el jalifa le preguntó:

–¿Tienes tú algunos bravos contigo?

Y Alí le respondió:

–*¡Ye* emir de los creyentes! Cuarenta tengo, pero están en El Cairo.

Y el jalifa, al oirle, le dijo:

–Pues manda por ellos y traetelos contigo.

Y luego añadio:

–Dime, Ali: ¿tienes algun local en que aposentarlos?

–¡No, emir de los creyentes!–respondio Ali.

Pero en esto tercio Hasan-Schuman, diciendo:

–Yo le regalo el mio con todo cuanto encierra.

Pero el jalifa le replico:

–¡No; tu residencia es tuya, Hasan!

Y en el acto diole el jalifa al alarife de palacio diez mil dinares para que le labrase a Ali una residencia con cuatro habitaciones y cuarenta camarillas, para que en ellas durmieran sus cuarenta seides.

Y luego exclamo el jalifa:

–Dime, Ali: ¿quieres aun alguna otra cosa en que te pueda complacer?

–¡*Ye* emir de los creyentes!–respondiole Ali–. Solo desearia que mediases con Dalila, la ladina, para que me diese en matrimonio a su hija Seineb y aceptase como dote el equipo de boda de la hija de Uzra, el judio.

Acepto Dalila la mediacion del jalifa y tomo la dote, y acto seguido procedieron a extender las sendas partidas de casamiento entre Ali y Seineb y la hija y la esclava del prendero y Kamar, la hija del mercader judio, que se convirtiera al islamismo.

Y el jalifa asignole a Ali un sueldo, mas la mesa servida mañana y tarde, y otros muchos gajes muy rumbosos y liberales.

Celebro Aliyu-l-Mizriyu su cuadruple boda con fiestas rumbosas que duraron treinta dias, y pasado este tiempo escribioles Ali a sus compañeros de Mizr una carta, comunicandoles la suerte que habia tenido con el jalifa, y en ella les decia:

«No teneis mas remedio que veniros aqui conmigo, para que participeis de mi buena suerte, pues me he casado con cuatro mujeres.»

No tardaron en presentarse alli sus cuarenta compinches de Mizr, y Ali los alojo en su residencia oficial, y los agasajo con tal esplendidez que no se podia pedir más.

Presentolos despues al jalifa y este les dispenso la mejor acogida y a todos los honro regalandoles sendos trajes de honor.

Sintio aqui Schahrasad venir la aurora y corto el hilo de sus palabras cautivadoras.

PERO LA NOCHE 406 PROSIGUIO SU RELATO EN ESTA FORMA:

–Ha llegado a mi noticia, ¡*ye* monarca el afortunado!, que despues que Ali, *El Azogue,* el de Mizr, le presento al jalifa a sus cuarenta compinches, este los agasajo, obsequiandoles sendos trajes de honor.

Y despues vistieron sus doncellas a Seineb el traje de novia de Kamar y Ali entró a ella y la encontro perla sin horadar y camella sin cabalgar.

Entro luego a sus otras tres esposas y las hallo de belleza perfecta y hermosura cumplida, sin tilde ni mancilla.

Y sucedió, despues de todo eso, que Aliyu-l-Mizriyu estaba una de las noches velando con el jalifa y este hubo de decirle, para entretener la vigilia:

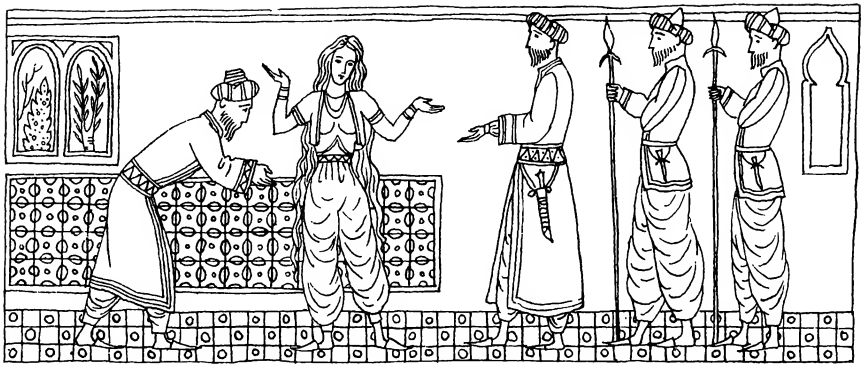
–Amigo Ali, querria que me contases todas las aventuras que te han ocurrido en tu vida, desde el principio al fin, sin nada callar ni omitir.

Contole entonces Ali todo lo que le

ocurriera con Dalila, la ladina, y con Seineb, su hija, y con Suraik, el pescadero, y el jalifa, al oirlo, quedo maravillado y mandó que lo escribiesen todo y lo guardasen en los archivos reales para que sirviese de aviso a los mortales.

Y, finalmente, vivieron todos desde entonces la mejor de las vidas, hasta que fue a visitarles aquella que pone remate a los goces y dispersa las reuniones.

Pero Alá (loado sea por siempre) es el que sabe mas.



HISTORIA DEL CASAMIENTO DEL REY BEDR BASIM-BEN-SCHAHRAMAN CON LA HIJA DEL REY SAMANDAL

(Noches 406 a 421)

Historia de la serie de las maravillosas, en que vuelve a tocarse el tema de las relaciones entre los terrícolas y los seres fantásticos que viven en el seno del mar, de naturaleza análoga a la de las sirenas, ondinas, náyades, etcétera de la mitología griega, tema que ha dado lugar a tantos cuentos y poemas en la literatura de Occidente y, desde luego, en la nuestra, en que es famoso el romance de la Sirenita del mar. *Véase sobre este punto a Menéndez Pidal* (Flor nueva de romances viejos).

Pertenece, como todos sus similares, al fondo más antiguo de este centón miliunanochesco y corresponde a la época preislámica, que los árabes llaman «de la ignorancia», en que los hijos de Ismael aún no habían llegado al conocimiento del verdadero Dios y participaban de las fantásticas creencias de los demás pueblos; debe de haber venido rodando desde la India antigua de los brahmanes, al través de Persia (el Achm en que tiene su punto de partida el relato), hasta las cortes de los jalifas musulmanes, donde se presenta ya retocado y en cierto modo adaptado a la ortodoxia reinante. Como todos estos cuentos de magia, también el presente está lleno de sentido simbólico, ya que no esotérico, y bajo el velo de la alegoría y de esos episodios fantásticos, propios para entretener la imaginación de los niños, encierra enseñanzas morales y un fondo de sabiduría arcana (teosófica), propio para hacer pensar a los hombres.

Gulinar, flor de granada en persa; onomástica: Bedr Básim, luna risueña; Schahramán, grande como una ciudad.

Samandal podría traducirse Pinguedo Dei, Grosura de Dios, descomponiéndolo así: Saman-d-Al (o El). La versión Mardrus-Prometeo traduce este nombre Salamandra, como si estuviera escrito Samandar. Y Langosta el de la reina Frascha, abuela de Gulinar, que en los léxicos que hemos consultado–entre ellos el de Wahrmund–trae las connotaciones de tapiz, lecho y, en último término, mujer en general (Weib, Frau).

Roso de Luna da en El velo de Isis *una prolija interpretación teosófica de esta historia, en la que ve el himno en prosa (¿por qué no decir epitalamio?) celebrando la alianza de sangre entre los genios buenos del mar y los hombres buenos de la remota época en que la Persia alcanzara todo su esplendor, y lo relaciona con el mito atlante y el de los hombres solares (shamanos) y lunares. Como siempre, deforma los nombres en apoyo de su tesis y convierte Gulinar en Juliana o Joannas (a elegir), equiparando a esta princesa con la propia Isis, Schahramán, y Samandal en Samandar, Salamandra, para que ese rey represente al «Señor de los espíritus del fuego». La Ciudad Blanca es, según su geografía ocultista, «la región central, de donde luego (¿cuándo?) se dispersaron los arios por el mundo» y su rey Schahramán, y por ello el único capaz de alzar sin impiedad el velo de Isis o velo azul y oro, bajo el que se ocultaba la gentil Guinara* (sic), *en cuyo nombre iban ocultos los dos nombres isíacos de la luna. El rey Bedr Básim es el mismo conde Olinos de la leyenda parsi de Asturias al que se refiere el conocido romance que canta: «Conde Olinos, Conde Olinos, fue niño y pasó la mar», etc., y su tío Zálih (Saleh, según él) es una especie de Melchisedec parsi, prototipo del Melquisedec bíblico o rey de los melchas o bárbaros occidentales, del que con tanto elogio nos habla el* Génesis, *donde, además, aparece el nombre de Sale o Saleh como padre de toda la tribu hebrea, al figurar como nieto de Sem, hijo de Arphasad, padre* (sic) *Heber y remoto antecesor de Abraham..., una de las mil pruebas del abolengo parsi del pueblo elegido...*

Renunciamos a seguir al discípulo de madame Blavatzki en los vertiginosos vuelos de su fantasía poética. Para nosotros se trata de un epitalamio en prosa celebrando las bodas del príncipe Bedr Básim (hijo de la tierra, o mejor dicho, anfibio) con la princesa Chauhra (hija del mar, de la casta de las ondinas o sirenas) por el estilo del que Catulo rimara en verso latino, en celebración de las nupcias de Tetis, esa otra ondina, con Peleo, el hijo de la tierra; de una de tantas historias fabulosas, referente a los amores entre los terrícolas y esas mujeres peces u ondinas, que no son, en el fondo, probablemente, más que poetización mitológica de intrépidas nadadoras de la antigüedad, sorprendidas en acto de marcar records.

La versión Weil da este cuento con el título Historia de Beder, príncipe de Persia y de Jiauhara *(sic)*, princesa del reino de Samandal.

–Ha llegado a mis oídos, ¡ye monarca, el afortunado!, que, en tiempos antiguos y en pasados siglos, había en tierras del Achm un rey, llamado Schahraman, el cual tenía su corte en Jorasan y era esposo de cien mujeres, sin que ninguna de ellas, en toda su vida, le hubiese dado descendencia masculina ni femenina.

Ahora bien: estando un día de los

dias sentado el rey en su estrado entraron allí varios de sus mamelucos y le dijeron:

–¡*Ye* señor nuestro! Ahí a la puerta hay un mercader, el cual trae una esclava tan hermosa cual nunca se vio otra.

–Traedme aquí en seguida–díjoles el rey–al mercader y a la mocita.

Llevaron los mamelucos a ambos a presencia del rey y, no bien la vio el monarca, hallóla parecida a una lanza erguida.

Iba arrebujada la esclava en unos velos de seda con hilillos de oro, y, al llegar ante el rey, el mercader le descubrió el rostro.

Y en el acto iluminose la sala con el fulgor de su hermosura y siete trenzas rizadas rodaronle por la cintura hasta darle en las ajorcas que sus tobillos adornaban, semejando las crines de un corcel de noble raza.

Tenía, además, la joven unos ojos alcoholados y abultadas caderas y una cintura muy prieta; de suerte que su vista curaba de toda dolencia y apagaba el fuego de los suspiros, porque era exactamente como el poeta dijo:

«Con locura la amo, pues
es de belleza sin par,
en la que se compaginan
la gracia y la seriedad.
No peca de demasiado
alta ni baja tampoco,
que por dicha no rebasa
un justo medio armonioso.
Aunque tiene unas caderas
y un trasero tan colmados,
que los calzones le astillan
y revientan de apretados.
Y son sus trenzas tan largas
que hasta las corvas le llegan
y la cubren con el velo
de las nocturnas tinieblas,
en tanto sobre su frente
refulge la aurora espléndida.» [1]

[1] Suprimido en la edición de Bulak.

De suerte que el rey quedo maravillado al verla de tanta perfeccion y belleza, no sabiendo que admirar mas: si la esbeltez de su talle o la armonia y buena proporcion que en toda ella advertia.

Y dirigiendose al mercader, le pregunto:

–Dime, *scheij:* ¿cuánto pides por esa esclava?

–¡*Ye* señor!–díjole el mercader–. Has de saber que yo se la compré en dos mil dinares al mercader, su dueño, y he viajado luego con ella por espacio de tres años y hasta llegar aquí he invertido tres mil dinares a lo largo del viaje. Pero esto no le hace, pues yo te la regalo a ti de buen grado para tu regocijo.

Al oir aquello el rey mandó obsequiar al mercader con un traje de honor, de subido valor, y mandó que le dieran, además, diez mil dinares, lo que en el acto hicieron con gusto sus familiares.

Confio luego el rey la nueva esclava a las doncellas y les hablo de esta manera:

–Encargaos del servicio y adorno de esta esclava y habilitad una camara reservada y en ella aposentadla.

Ordeno luego el rey a su chambelan que facilitase a la nueva esclava todo cuanto pudiera necesitar.

Y dizque la ciudad donde tenia aquel rey su corte se llamaba la Ciudad Blanca y estaba situada a la orilla del mar.

Instalaron, pues, las doncellas a la esclava en su camara reservada, la cual tenia una celosia que daba al mar...

Sorprendio aquí a Schahrasad la mañana y puso dique a sus desbordadas palabras.

PERO LA NOCHE 407 SIGUIO DICIENDO LA MUCHACHA:

–Tengo entendido, ¡*ye* monarca, el afortunado!, que el rey confio la nueva esclava a sus doncellas y les dijo:

–Cuidad de su ornato y aposentadla en una camara reservada.

Mandó también el rey a su chambelán que le proporcionase a la joven cuanto pudiera necesitar.

Procedieron luego las doncellas a instalar a la esclava en su camara reservada, que era muy capaz y tenia una celosia que daba al mar.

Pasó luego el rey a visitarla, y, al entrar en la camara, siguio la joven sentada y sin moverse, cual si no advirtiese su llegada, por lo que penso el monarca: «Por lo visto viene de un lugar donde no se conoce la urbanidad y no se la han podido enseñar.»

Y acercándose mas a ella sentose a su vera y la estrecho contra su pecho y se la sento encima de sus rodillas y sorbiole su saliva y la encontro a fe mas dulce que la miel.

Mandó luego el rey servir un festin opiparo con toda suerte de exquisitos platos, y empezo el a comer y a brindarle a ella bocaditos que le ponia en los labios, y asi hizo hasta que se dio por satisfecha y dijo que no queria ya mas, por señas, pues hasta allí ni una sola palabra le pudo el rey oir.

Mandó luego el rey venir a varias de sus esclavas y les ordenó que cantaran y la sonsacaran, a ver si podian hacer que hablara.

Pusiéronse, pues, las otras esclavas a cantar y retozar y solazarse delante de ella, y ella las miraba y las contemplaba; pero no decia nada ni se reia, ni pronunciaba ninguna palabra.

Encogiósele al rey el pecho al ver aquello y despidio a las esclavas y quedose a solas con la silenciosa...

Pero al llegar aqui sintio Schahrasad venir la aurora y corto el hilo de sus palabras encantadoras.

Y LA NOCHE 408 REANUDO SU RELATO EN ESTA FORMA:

–Ha llegado a mis oidos, ¡*ye* monarca, el afortunado!, que el rey quedóse a solas con la arisca esclava y por su propia mano procedió a desnudarla y le descubrió el vientre, que parecia un molde de plata refulgente, por lo que el rey se enamoró de ella locamente.

Y sin aguardar a mas fue y despojola de su virginidad.

Holgóse mucho el monarca de encontrarla intacta y para si se dijo: «¡Cosa rara! ¿Cómo siendo tan guapa y bien plantada ninguno de sus amos anteriores la tocara?»

Y desde aquel momento cobrole el rey tal aficion a su nueva esclava que en ninguna otra volvió a fijar la mirada, dando de lado a las que hasta allí fueran sus favoritas más estimadas.

Un año entero llevara ya el monarca viviendo con su esclava y era tan feliz que un dia se le antojaba, y dizque en todo ese tiempo no la oyera una sola palabra.

Hasta que un dia de los dias, encendido el rey en amor y pasion, asi le hablo:

–¡*Ye* anhelo de las almas, repara,

por favor, en cuán grande es el amor que te tengo, que por ti he dejado a todas mis esposas, concubinas y barraganas, y he puesto en ti sola toda mi ilusión y suerte en este mundo! Y hace un año entero que vivimos juntos, sin que mi amor se haya entibiado un punto. Y en todo este tiempo pedí a Alá con fervor que te ablandase a ti el corazón, sin que lograse ese favor. Ruégote, pues, me des a entender por señas si eres muda, a fin de no insistir más en mi deseo de hacerte hablar.

Bajó la esclava la frente, al oír sus palabras y quedóse pensativa una hora, hasta que, al cabo, levantó la cabeza y sonrió, y dizque el rey tuvo la sensación de que un relámpago iluminara la habitación.

–¡*Ye* rey glorioso, *ye* león poderoso!–dijo por fin la esclava–. He aquí que Alá oyó al fin tu plegaria e hizo que de ti concibiera y ya los meses se cumplieran, sin que yo pueda saber si el fruto ha de ser varón o hembra. Pero es la verdad que, si por eso no fuera, nunca jamás hablar me oyeras ni una sola palabra de mis labios saliera.

Resplandeció por efecto de la alegría el rostro del monarca al oír tales palabras y besó en la frente y en las manos a la esclava y exclamó con voz alborozada:

–¡Loado sea Alá, que se dignó concederme las dos gracias que le pidiera: que tú rompieses a hablar, en primer lugar, y en segundo, que me anunciaras, como acabas de hacerlo, estar de mi embarazada!

Y acto seguido ordenó el rey a su visir que distribuyese donativos por valor de cien mil dinares entre los menesterosos y los pobres y las viudas y cuantos necesitasen apoyo y ayuda.

Y dio gracias a Alá (loado siempre sea) por tanta bondad.

Hizo el visir sin dilación lo que el rey le ordenó.

Y a poco de eso pasó el monarca a ver a la esclava y se sentó a su lado y la estrechó contra su corazón y de este modo le habló:

–¡*Ye* dueña y señora mía! Un año entero llevamos juntos viviendo, noche y día, sin separarnos ni en el sueño, y en todo ese tiempo guardaste silencio, hasta que por fin un día te dignaste hablarme; pero después volviste a encerrarte en tu mutismo y no he vuelto más a tener la alegría de oírte hablar.

Oyólo la esclava y dijo, contestando al monarca:

–Has de saber, ¡*ye* rey del tiempo!, que yo soy una pobre extranjera y que tengo quebrantados los ánimos por verme separada de mi madre y mi hermano y de todos cuantos amo.

Luego que el rey la oyó su deseo comprendió y le contestó:

–Eso que dices de ser una pobre es absurdo, ya que todo mi reino y todo cuanto poseo es tuyo y me tienes a mí hecho tu servidor y tu esclavo, que por complacerte siempre está lampando. Y cuanto a eso otro de que estás separada de tu madre y hermano y todos tus deudos y allegados, no tienes más que decirme dónde se hallan en la actualidad y al punto mandaré por ellos y aquí los tendrás.

–¡*Ye* rey glorioso!–díjole la esclava–. Has de saber que mi nombre es Gulinaru-l-Bohariya y que mi padre era un rey de los mares, y, al morir, dejónos en herencia su trono.

Mas sucedió que hubo de movernos guerra un rey de los reyes y nos quitó de las manos el reino, y tanto a mí como a mi hermano Zálih [2] y a mi madre, que era de la raza de las marinas hembras, nos dejó en la más completa miseria.

Entonces jure yo que había de echarme en brazos de un hombre de tierra y, saliendo del mar, fui a sentarme a la luz de la luna, a la orilla de una isla.

Y pasó por allí un hombre y me vio

[2] Justo, pacífico.

y me rapto y me llevo a su casa y me requirio de amores; mas yo le aseste en la cabeza tal golpe que falto poquisimo para que le dejara en el sitio.

Enojado el hombre me cogio y saco de su casa y me vendio a ese mercader que me revendio a ti y que es un hombre generoso y recto y piadoso y justo como pocos.

Y a no ser por el amor que por mi prendio en tu corazon y la preferencia que me diste desde el primer momento sobre todas las mujeres de tu serrallo, ni una hora sola habria seguido a tu lado, pues desde ese mirador me habria arrojado al mar e ido a juntarme con mi madre y mi hermano y todos los demas.

Ahora, en verdad, me da vergüenza presentarme ante ellos preñada de ti, pues pensarian mal de mi y no querrian dar crédito a mis palabras, aunque les jurase por lo mas sagrado que el rey Bedr con su dinero me habia comprado y a su costa tambien me habia equipado y cifrado en mi toda su suerte en el mundo y preferidome a todas las mujeres de su *harén*, poniendo todo su reino a mis pies.

Ya sabes, pues, ¡*ye* rey!, toda mi historia, sin que nada tenga que agregar, sino *selam*.

Sorprendio aqui a Schahrasad la aurora y corto el hilo de sus palabras cautivadoras.

PERO LA NOCHE 409 PROSIGUIO SU RELATO EN ESTA FORMA:

–Ha llegado a mis oidos, ¡*ye* monarca, el afortunado!, que Gulinaru-l-Bohariya contole al rey Schahraman toda su historia, desde el principio hasta el final.

Y el rey, luego que lo oyo todo, diole las gracias y la beso entre ojo y ojo.

Y despues le dijo:

–Por Alá, ¡*ye* mi dueña y señora, luz de mis ojos! Ni una hora sola podria estar yo separado de ti, que no bien me dejases me sentiria morir. Di, pues, tu misma como vamos a hacer.

–¡*Ye* dueño mio!–respondio ella–. He aqui que el momento de dar yo a luz se acerca y no tengo mas remedio que ir a reunirme con los mios, pues las mujeres de la tierra no saben partear a las mujeres del mar, y tambien para que participen de nuestro regocijo, y quiza, al verme de nuevo, depongan su enojo y nos reconciliemos.

–¡*Ye* mi señora y reina!–exclamo el monarca–. Haz lo que te parezca, que yo soy tu esclavo rendido y apruebo lo que hagas desde ahora mismo.

–Has de saber, ¡*ye* rey de los tiempos!–dijole la esclava–, que yo y todos los mios surcamos el mar con los ojos abiertos y vemos cuanto hay en su seno, y vemos el sol, la luna y las estrellas, igual que si estuviéramos sobre la haz de la tierra, sin que daño alguno de ellos nos sobrevenga.

Y has de saber también que todo cuanto hay en la tierra, comparado con lo que en el mar se encierra, es cosa ruin y pequeña.

Maravillose el rey de oir a su esclava, y esta fue y sacose de debajo del brazo dos palitos de madera de áloe de Komorin, que es el mas fino y sutil, y los echo al fuego y al instante palidecio grandemente su semblante y sus labios empezaron a murmurar palabras que no entendia el monarca ni ninguno de los que habia en el alcazar.

Levantose al punto una densa humareda y la esclava le dijo al monarca:

–¡*Ye* dueño mio, levantate y sal y escondete en otro aposento para que te haga yo ver a mi madre y a mi hermano y a todos mis deudos y allegados, sin que ellos se enteren de que los estás mirando! Que ha de ser ahora mismo, pues deseo que veas y admires la variedad extraordinaria de seres y formas que Ala creara.

Levantose el rey en el acto y paso a otro cuarto y quedó a la expectativa de la anunciada maravilla.

Gulinar entonces púsose a echar sahumerios y a pronunciar formulas de encantamiento, hasta que se aclaro la humareda y se destaco de ella un guapo joven de tal hermosura que su rostro parecia una luna cuando brilla en su pleno, con la frente de tersa blancura y las mejillas rosadas y encendidas y el pelo rizado en bucles que semejaban perlas y en toda su planta muy parecido a su hermana:

Como dijo el poeta:

«A la luna aventajas, que la luna
solo una vez al mes se exhibe plena,
en tanto tú te muestras cada día
como una luna llena.
Y la luna, además, solo en un signo
habita del zodiaco,
mientras que tú los corazones todos
tienes por tu palacio.»

Salió luego tambien de entre el humo del sahumario una mujer anciana, con la cabeza blanca. Y, ademas, cinco muchachas que otras tantas lunas semejaban y todas las cuales se parecian a ella de un modo notable.

Vio después el rey como el joven y la anciana y las cinco muchachas andaban sobre la haz de las aguas y se adelantaban hasta llegar junto a su esclava.

Y cuando llegaron al pie del mirador y vieron a Gulinar salio esta a su encuentro y los beso a todos, con grandes demostraciones de alegria y alborozo.

Y ellos tambien, luego que la conocieron, la abrazaron y la besaron, y, finalmente, rompieron en copioso llanto.

Sentaronse despues a su lado y permanecieron junto a ella cosa de una hora, preguntandole por su estado y por las peripecias que le habian pasado.

Y ella les dijo asi:

–Habeis de saber que, cuando os deje y me sali del mar, me sente a la orilla de una isla y paso por allí un hombre y me cogio y me vendio a un mercader, el cual me trajo a esta ciudad y me vendio al rey en diez mil dinares. Y el rey, no bien me vio, me cobro tal amor que se consagro a mi por entero y dejó a todas sus concubinas y esposas legitimas y barraganas y favoritas y por mi se olvido de todo cuanto habia en su alcazar y en su corte preciada.

Luego que el hermano de Gulinar hubo escuchado sus palabras exclamo:

–¡Loado sea Ala, que de nuevo nos reunio contigo y puso fin a nuestro pesar! Pero ahora, hermanita, quiero que te vengas con nosotros a nuestro reino, al lado de los tuyos, que te quieren todos mucho.

Al oir el rey tales palabras alborotosele el juicio por temor a que su esclava siguiese el consejo de su hermano y no pudiera el impedir que se la llevara y de su presencia le privara.

Pero Gulinar le dijo a su hermano:

–¡Por Alá, hermano mio! Ten presente que el hombre que me compro al mercader es el rey de esta ciudad y es un monarca poderoso y grande y, ademas, hombre juicioso y en extremo generoso, tal que, desde el punto y hora que vine aca hasta este momento, no oi nunca de sus labios una mala palabra ni nada que mi espiritu turbara, pues siempre fue muy cariñoso conmigo y pronto a satisfacer el menor de mis caprichos, hasta el punto de no hacer cosa alguna sin antes someterla a mi consulta.

De suerte que disfruto a su lado del mejor de los estados y vivo entre delicias y regalos y el me quiere tanto que, si lo dejara yo, se moriria sin remision, pues no podria ni una hora soportar la ausencia de su esposa.

Sin contar que yo tambien lo quiero tanto que me moriria si me separase de su lado, pues ha sido conmigo bonisimo, en todo el tiempo que a su lado llevo, y puedo decir que si padre viviera no me tendria tan bien como me tiene este monarca grande y poderoso.

Y, para conclusion, ya podeis ver que estoy encinta de él. ¡Loado sea, pues, Ala que mi hizo nacer hija del rey del mar y me deparó por esposo a un rey de la tierra tan poderoso, compensando asi la perdida que sufri!

Al llegar a este punto de su narracion sintio Schahrasad venir la aurora y corto el hilo de sus palabras fascinadoras.

PERO LA NOCHE 410 REANUDO SU RELATO EN ESTA FORMA:

–Ha llegado a mis oidos, ¡*ye* monarca, el afortunado!, que Gulinaru-l-Bohariya contóle toda su historia a su hermano y le dijo:

–¡Loado sea Alá, que de aquello que me privó me quiso compensar!

Pero habeis de saber que el rey no ha tenido hasta ahora ningún hijo, ni varon ni hembra, por lo que a Alá pido se sirva gratificarme con un hijo varon, para que herede de su padre este gran reino y todos estos pueblos y alcázares y tierras y feudos.

Luego que oyó el rey hablar asi a su esposa llenóse de alegria y su corazón aliviose de todo temor y al amor que le tenia se unió la gratitud por lo que decia, y dizque el amor penetro hasta las entretelas de su corazón, pues de sus propios labios oyera que ella lo amaba como el la amaba a ella y pensaba seguir a su lado, hasta que viera a su hijo ya logrado.

Mandó luego de eso Gulinar a sus esclavas que sirvieran las mesas y asi lo hicieron ellas, poniendo allí toda suerte de exquisitas viandas, que la misma Gulinar adoraba, y entre las cuales los dulces y las frutas no faltaban.

Comieron de todo Gulinar y sus familiares y, al terminar, dijeron estos a Gulinar:

–Mira, Gulinar: tu esposo es de otra casta que la nuestra y hemos entrado en su casa sin que él nos autorizara ni de nuestra presencia se enterara, y tú nos has ponderado su bondad y nos has dado de comer de sus viandas y de ellas hemos comido en abundancia, sin que él compartiera nuestra mesa ni lo vieramos a el ni él nos viera, ni pudieramos partir con él el pan y la sal, sellando asi nuestra mutua amistad.

Y asi diciendo dejaron de comer y se enfurecieron contra Gulinar y empezaron a echar fuego por sus bocas, y al ver el rey que asi increpaban a su esposa, perdió el tino por temor a que cometieran con Gulinar algún desatino.

Pero Gulinar fuese a ellos y trato de amansarlos, dirigiendoles palabras de halago.

Paso después a la sala contigua, donde el rey se escondiera, y le hablo de esta manera:

–¡*Ye* mi señor! Supongo que habras visto y oido lo que en loor tuyo he dicho a los mios y lo que ellos por su parte me han dicho respecto a su intencion de llevarme consigo a nuestro reino con mi gente y mis deudos.

–Sí–respondió el monarca–. ¡Todo lo he visto y oído y a Alá pido te lo recompense como es debido! Que hasta ahora, en verdad, no supe el amor que me tienes y bendigo este instante en que se me hizo patente.

A lo que Gulinar le replicó:

–Amor con amor se paga; ¡*ye* mi señor!

Y has de saber con todo, ¡*ye* rey!, que tanto mi hermano como mi madre y las hijas de mi tío, después de oír los elogios que de ti les hice, te tienen ya también mucho cariño y me han dicho: «No nos volveremos a nuestro reino sin antes ver a tu señor y dueño y saludarle y presentarle nuestros respetos». De suerte que están empeñados en verte y hablarte y yo te ruego que accedas a su deseo.

–De muy buen grado–respondió el monarca–accedo a su justa demanda.

Y acto seguido pasó el rey adonde ellos estaban y los saludó con el mejor de los saludos.

Ellos, por su parte, se levantaron y se llegaron a saludarle y lo hicieron con respeto extremado.

Sentóse luego el rey a su lado y comió con ellos a la mesa y, por espacio de treinta días, los tuvo como huéspedes de su alcázar, colmándoles de honores, deferencias y atenciones.

Y cumplidos que los treinta días fueron despidiéronse del rey y se tornaron a su reino.

Llegó luego el momento de que diera a luz Gulinar y trajo al mundo un hijo varón tan bello que semejaba la luna en su pleno y el rey holgóse mucho al verlo, pues hasta entonces no le diera Alá ningún hijo, ni varón ni hembra, lo cual era causa de su tristeza.

Mandó, pues, el monarca hacer grandes fiestas y engalanar la ciudad por espacio de una semana entera, durante la cual todo fue alegría y regocijo y felicidad.

Y al séptimo día comparecieron allí la madre y el hermano de Gulinar y todas las hijas de su tío, atraídos por la nueva de haber dado a luz la joven un hijo, con el fin de cumplimentarla y darle el parabién, recibiéndolos a todos el rey con gran distinción y muestras de placer.

Y el monarca les dijo:

–Resuelto tenía yo no poner nombre a mi hijo hasta que vosotros vinieseis y, con superior inteligencia, se lo pusieseis.

Agradecieron ellos la deferencia y acordaron ponerle al niño el nombre de Bedr Bâsim, lo que todos aprobaron, empezando por su padre.

Presentaron luego al niño a Zálih, su tío, y este tomólo en sus manos y con él se fue paseando por todo el alcázar, a diestro y siniestro, hasta que, al final, salióse del palacio y encaminóse a orillas del mar, el salado, y se adentró por él con el niño en los brazos, hasta ocultarse a la vista del monarca, que le observaba.

Luego que vio el rey que desaparecía con el niño en las aguas perdió toda esperanza y rompió a derramar copiosas lágrimas. Y al verlo Gulinar llorar así, le dijo:

–¡*Ye* rey del tiempo! No te apures ni temas que el niño se ahogue ni le pase nada malo, que, de no estar seguro mi hermano de que así es, no se habría internado en el mar con él. No pasará mucho rato sin que lo veas volver–*in scha-l-Lah*–sano y salvo.

No pasó, con efecto, una hora, cuando el mar se alborotó y se abrió y dio paso el tío del niño, que llevaba al pequeño sano y salvo en sus brazos.

Y la cara del nene resplandecía tan plácida y bella como una luna llena.

Encaróse el tío del niño con su padre, el rey, y le dijo:

–¿Por ventura temías que le pasara algo malo a tu hijo cuando me viste internarme en el mar llevándolo conmigo?

–Sí que temí, a la verdad–respondió el monarca con sinceridad–. Temí por

el y no pense que sano y salvo pudiera volver.

–¡*Ye* rey de la tierra!–respondió Zálih–. Has de saber que, en el tiempo que yo estuve ausente, alcoholamos los ojos del niño con un colirio que nosotros conocemos y recitamos sobre él los nombres que hay escritos en el anillo de Solimán, el hijo de Daud (sobre ambos la paz). Que así solemos hacer siempre que nos nace un niño y con el tuyo hemos hecho lo mismo, y no temas que se ahogue ni le ocurra nada malo por meterse en el mar, que andará por él como andáis vosotros por la tierra firme, sin riesgo ni contratiempo que tu temor confirmen.

Y luego de decir estas palabras fue Zálih y sacóse del bolsillo un cofrecillo, grabado y sellado, y rompió los sellos y lo volco y empezaron a caer a los pies del monarca sartas y más sartas de jacintos y perlas y demás piedras preciosas, y entre ellas trescientas cornucopias de esmeralda y otras trescientas piedras huecas, tamañas como huevos de avestruz, que despedían tales resplandores que eclipsaban los de la luna y el sol.

Y Zálih le dijo al rey:

–¡*Ye* monarca del siglo! Estas gemas y estos jacintos son un regalo que yo te hago. Y haz cuenta que, si hasta ahora no te obsequiamos nunca con nada, fue porque no sabíamos el paradero de Gulinar ni teníamos de ella ninguna noticia que nos pudiera orientar; pero ahora que ya vimos que estaba a ti unida y que hemos venido a ser todos familia, nos hemos apresurado a traerte este regalo, y de cuando en cuando te traeremos otro tanto–si Alá es servido–, porque estas gemas y estos jacintos abundan más entre nosotros que los guijos de la ribera y sabemos distinguir los buenos y los malos y conocemos el sitio en que estan y llegamos a el con facilidad.

Cuando el rey vio tantas piedras preciosas quedóse confundido y dijo:

–¡Por Alá, que una sola de estas piedras vale por todo mi reino!

Diole el rey gracias a Zálih, el Bohari, y, volviéndose a Gulinar, le dijo:

–Avergonzado estoy, en verdad, ante tu hermano por la munificencia con que me ha tratado al hacerme regalo tan espléndido que la gente de la tierra no habría podido concederme.

Y Gulinar también diole gracias a su hermano por su gentil rasgo. Y Zálih le dijo al monarca:

–¡*Ye* rey del tiempo! Nadie con más derecho que tú a nuestras atenciones, pues te estamos muy agradecidos por el modo como trataste a nuestra hermana y a nosotros también, recibiéndonos en tu casa y dándonos de comer y beber. Que ya dijo el poeta:

«Si a impulsos de la pasión
que por Sâda yo sentía,
llorado, el primero, hubiera,
pesar ahora no tendría.
Pero ella se adelantó,
las lágrimas que vertía
me conmovieron a mí
e hicieron brotar las mías,
y así el mérito es de ella,
que fue la más sensitiva.» [3]

Y diz, ¡*ye* rey de los tiempos!–añadió Zálih–, que si mil años estuviésemos ante ti postrados, de bruces en el suelo, no acabáramos de pagarte lo que te debemos, que eso poco fuera para lo que por nosotros has hecho.

Tornó el rey a darle gracias a Zálih, y este y toda la marina gente siguieron en el alcázar del rey cuarenta días más, cumplidos los cuales levantóse Zálih y besó la tierra ante su cuñado. Y el rey le preguntó:

–¿Qué quieres de mí, Zalih?

Y Zálih le contesto diciendo:

–¡*Ye* rey del tiempo! De favores nos colmaste ya con exceso; pero aún hemos de pedirte, con todo encarecimiento, que nos trates con caridad y nos des tu venia para marchar, que ya

[3] Omitido en la edición de Bulak.

estamos ansiosos por volver al lado de nuestros deudos y familiares y de vernos ya en nuestros hogares, aunque puedes estar seguro de que siempre nos tendrás a tu servicio y al de nuestra hermana y nuestro sobrino, y por Alá, señor, que harto nos pesa haberte de dejar, sino que ¿qué hemos de hacerle si somos nacidos y criados en el mar y no podemos avenirnos a vivir fuera de él?

Luego que el rey oyó tales palabras púsose de pie y dio la despedida a Zálih, el Bohari, y a su madre y sus primos, y todos ellos se echaron a llorar por la pena de tenerse que alejar, y, todos a una, dijeron al monarca:

–¡No dudes que no te olvidaremos y volveremos por aquí y puede que dentro de unos días nos veamos de nuevo!

Y acto seguido echaron a volar y bajaron al mar y en él se sumergieron y desaparecieron.

Extremó el rey desde entonces sus atenciones con Gulinar y mostró a su esposa todavía más amor que hasta allí le mostró.

Y fue creciendo el pequeño y floreciendo y se puso muy hermoso y arrogante, y su tío Zálih lo quería muchísimo, y lo mismo él que las mocitas, hijas de su tío, iban con frecuencia a visitarlo y se estaban un mes o dos meses a su lado.

Y siguió el niño creciendo y hermoseándose, hasta que cumplió los quince años, y a esa edad eclipsaba con su belleza a todos los chicos de su época.

Y aprendió el niño a escribir y leer el *Corán*, y, además, historia y gramática y lexicografía, y también equitación y esgrima con la ballesta y la lanza y demás cosas que debe saber el hijo de un monarca.

Y su hermosura y buenas prendas eran la comidilla de toda la ciudad, así de hombres como de mujeres, que no tenían otra cosa de qué hablar, pues era semejante a aquel mancebo en cuyo elogio rimó el poeta estos versos:

«Con ámbar gris sobre perlas
sus pastillas escribieron
dos líneas en sus carrillos
como dos versos perfectos.
Mora la muerte en sus ojos
de miradas asesinas
y más que el vino embriagan
sus deliciosas mejillas.»

Y como dijo también otro poeta:

«Su mejilla le sombrea
un bozo que es maravilla,
pues un recamo parece
o una almenara que brilla,
sostenida de ámbar gris,
por sutiles cadenillas.» [4]

Por todo lo cual el rey, su padre, cobrárale amor grande, y el rey convocó a sus visires y a sus emires y a todos los magnates y próceres y grandes de su reino y les intimó a que prestasen juramento de acatar a Bedr Básim como a su legítimo sultán, luego que él llegase a faltar. Y ellos juráronlo así de muy buen grado, porque aquel rey era muy liberal con todos sus vasallos y muy afable en el hablar y un verdadero compendio de bondad, que nunca ordenaba sino aquello que en bien de su pueblo podía redundar.

Y el monarca, pues, montó de mañana en su bridón, con todas sus tropas y sus visires y sus emires, y dio una vuelta por la ciudad y luego tornó.

Y al acercarse a su palacio apeose de su cabalgadura para servir a su hijo, que seguía montado en su caballo, y el rey y todos sus emires y grandes del reino iban delante del príncipe llevando las riendas de su bridón y relevándose por turno, hasta que llegaron al zaguán del palacio, donde el príncipe se apeo y su padre y los visires y los emires le abrazaron y le sentaron en el trono de la realeza en tanto ellos, incluso el rey, se tenían en pie delante de él.

Y luego Bedr Básim procedió a ad-

[4] Suprimido en la edición de Bulak.

ministrar justicia al pueblo y al injusto destituyó y al justo ascendio y asi siguió haciendo cerca del mediodia, y entonces bajose del trono y pasó a ver a su madre, Gulinar, la del Mar, llevando aún ceñida a sus sienes la corona real, que dizque refulgia cual si fuera una luna.

Y al verle venir Gulinar luego se levanto y le beso y diole el parabien por su elevación al trono de sultan y a él y a su padre deseoles largura de vida y la victoria sobre sus enemigos cumplida.

Y Bedr Básim estúvose sentado con su madre hasta la hora de la zalá de mediodia, y entonces montó en su caballo y, precedido de sus emires, dirigióse al *almidán,* donde se entretuvo justando con su padre y sus emires y sus grandes, hasta que vino la noche y volvióse a su palacio, precedido de todos sus dignatarios.

Y asi siguio haciendo Bedr Básim todos los dias y juzgaba al pueblo y hacia justicia en el grande y el pequeño, hasta que se cumplió un año de eso, y entonces empezo a salir de caceria con la red y la ballesta y a recorrer las ciudades y las alcoras de su reino, asegurándolas y complaciéndolas en sus necesidades, segun cumple hacer a los reyes, y dizque era Bedr Básim único entre los de su tiempo tocante a gloria y valor y a equidad en el modo de tratar a sus gobernados.

Y asi las cosas sucedió que el anciano rey Schahramán adolecio y se le encogio el corazon y presintio que con aquella dolencia llamárale Alá a la Mansion de la Permanencia.

Y fue agravándose en su enfermedad el monarca hasta que sintió la muerte cercana, y entonces llamó a su hijo y le recomendó velara por su madre y por sus vasallos, y una vez mas hizo que sus visires y sus emires y sus grandes y sus magnates jurasen obediencia al principe Bedr Basim, a lo que ellos se comprometieron con los mas solemnes juramentos.

Y después de esto vivio aún el rey Schahramán unos dias mas y, al fin, fue a acogerse a la misericordia de Alá.

Hiciéronle planto su hijo y su viuda y todos sus visires y sus emires, y le labraron un sepulcro y en él lo enterraron. Y por espacio de un mes lo lloraron. Vinieron también a llorar al finado rey el hermano y la madre de Gulinar, así como también las cinco doncellicas del mar, y, para consolarla, díjole Zálih a su hermana:

–Si es verdad que el rey finó, ha dejado un hijo que recoja su sucesion y de quien un hijo deja sobre la tierra no se puede decir nunca que muriera. Mucho menos de quien deja un hijo como este guapo chico, que no tiene rival y es un leon fiero, con el que nadie podria luchar.

Pero al llegar aqui sorprendio a Schahrasad la mañana y atajo el flujo de sus fluyentes palabras.

Y LA NOCHE 411 SIGUIO DICIENDO LA MUCHACHA:

–Tengo entendido, *¡ye* monarca el afortunado!, que Zálih, su hermano, y su madre y las hijas de su tio le dijeron a Gulinar:

–Si el rey tu esposo murio, te dejo este hijo, que no tiene su igual y que es un león arrollador y una luna en la plenitud de su fulgor.

Luego de eso todos los magnates y grandes del reino pasaron a ver al rey Bedr Basim y le dijeron:

–No esta mal, *¡ye* rey nuestro!, que

llores a tu padre muerto; pero debes también recordar que el llorar es cosa de mujeres y que con la condición varonil no se aviene.

Trataron así de consolarlo y animarlo, disipando su pesar, y lo condujeron al *hammam*.

Luego que salió del *hammam* vistióse Bedr un traje de lo más elegante y sentóse en el trono de su reino y procedió con recto ánimo a administrar justicia entre sus vasallos, defendiendo al débil contra el fuerte y dando al pobre lo que de juro le pertenece.

Granjeóse con todo ello el nuevo rey el amor de sus vasallos y un año entero vivió así consagrado a desempeñar las funciones de un buen soberano. Y en todo ese tiempo iban de cuando en cuando a visitarlo sus parientes del mar, de suerte que la vida sonreíale al joven rey y sus ojos estaban llenos de frescura.

Y sucedió después que, una noche de las noches, hubo su tío Zálih de entrar a ver a su hermana Gulinar y la saludó con el *selam*.

Levantóse Gulinar y le abrazó y le hizo sentar a su lado y le dijo:

–¿Cómo te va, hermano mío, y como les va a mi madre y a las hijas de mi tío?

–Hermana Gulinar–díjole Zálih–, a todos les va bien y no sufren ningún mal (gracias sean dadas a Alá) salvo estar privados de la vista de tu cara.

Ofrecióle luego Gulinar a su hermano algo de comer y él comió y ambos se enredaron en conversación.

Y en el curso de su diálogo hubieron de recordar al joven rey Bedr Básim y de ponderar su belleza y gallardía y la esbeltez de su talle y lo bien proporcionado de todo su cuerpo y su no común talento y su dominio de todas las artes de los caballeros, y, finalmente, su buena educación y urbanidad excelentes.

Estaba echado a la sazón el rey Bedr Básim y, al oír a su madre y a su hermano que le mentaban y lo ponderaban, hízose el dormido, y, para oír mejor, aguzó el oído.

Y Zálih, su tío, díjole a Gulinar:

–Los diecisiete cumplió ya tu hijo y aún no se casó y temo que pueda ocurrirle algún contratiempo y no deje hijo que herede su reino. Por lo cual quisiera casarle con alguna reina de las reinas del mar, que, en punto a belleza y perfección, fuera su igual.

A lo que contestó Gulinar:

–Cítame algunas de ellas, que a todas las conozco yo y podré formar opinión.

Fuéselas enumerando Zálih, su hermano, unas después de otras, y Gulinar decía, no bien oía sus nombres:

–No, esa no me agrada; no casaré a mi hijo sino con una que se le pueda igualar en garbo y hermosura.

–¡Bah!–exclamó Zálih enojado–. Te he mentado ya a todas las princesas marinas que conozco y veo que ninguna te agrada, con todo y pasar de cien las que te he nombrado en nuestra charla. Pero mira a ver si tu hijo está durmiendo o despierto.

Fue a mirar a su hijo Gulinar y le pareció que dormía, y le dijo a su hermano:

–Está dormido; no tengas cuidado. Pero ¿por qué querías que me cerciorase de si dormía? ¿Es que tienes algo reservado que decir todavía?

–Has de saber, hermana–díjole Zálih–, que conozco a una princesa de las princesas del mar que conviene a tu hijo, pues formaría con él una pareja singular. Pero no quise nombrártela hasta ahora por temor a que tu hijo estuviera despierto y, al oír mis elogios de ella, prendiese en su corazón el fuego de la pasión, y si luego no lográbamos casarlo con esa princesa, tuviésemos que sufrir, lo mismo él que nosotros, por culpa de ese amor loco. Que ya dijo el poeta:

«El amor, al principio,
tan solo es
como un poco de baba;

pero después
en un mar se convierte,
si le dan pie.» [5]

Al oir Gulinar aquellas palabras de su hermano dijo:

–Dime quien es esa princesa y como se llama, que yo conozco a todas las hijas de los reyes del mar, y si esa que dices conviene a mi hijo, se la pedire a su padre para el, aunque tenga que darle a cambio todo cuanto posee mi mano. Asi que dime en seguida quien es ella y nada temas, que mi hijo esta durmiendo y no puede oirnos.

–No me atrevo a hablar–dijole Zalih a Gulinar–, no sea que este despierto. Que ya dijo el poeta:

«De oidas me enamoré,
de tanto oirla ponderar;
que antes que los ojos vean,
se adelanta el oido a amar.»

Pero Gulinar insistio y le dijo:

–Habla sin temor y se breve en tu exposición.

–¡Por Alá, hermana mia–dijole su hermano a Gulinar–, que la unica princesa que para esposa convienele a tu hijo es la princesa Chauhra, hija del rey As-Samandal, que en punto a belleza y perfeccion no le tiene nada que envidiar, pues en todo el mar y en toda la tierra no hay ninguna que con ella pueda competir en lo hermosa y bien plantada y en lo de tener lindos lunares en su cara! Y dizque sus mejillas son rosas encarnadas y su frente una azucena candida y sus dientes perlas claras y sus ojos reunen lo más negro de lo negro y lo más blanco de lo blanco y son pomposas sus caderas y su cintura estrecha y su andar tan airoso que abochorna a los antilopes y las gacelas y a la rama del sauce da envidia, y cuando se quita de su cara el velillo, al sol y a la luna eclipsa y al que la mira esclaviza, y es, para terminar, dulce de labios y blanda de costados.

Luego que Gulinar oyo las palabras de su hermano, exclamo:

–¡Por Alá, que tienes razón! Conozco a esa princesa y la vi muchas veces y de chicas fuimos amigas, sino que después dejamos de vernos y ahora no se de ella, porque estamos muy lejos. Dieciocho años hace ya, por cierto, que no hemos vuelto a vernos; pero por Alá que dices bien; solo ella le conviene a mi hijo como mujer.

Luego que oyo Bedr Basim las palabras de su tio y su madre y comprendio su sentido, desde el principio al fin, al punto, encandilado por los elogios que tributaban ambos a aquella princesa del mar, llamada Chauhra, hija del rey Samandal, enamorose de ella con pasion sin igual.

Pero al pasar aqui sorprendio a Schahrasad la mañana y a sus descomedidas palabras puso tasa.

Y LA NOCHE 412 SIGUIO DICIENDO LA MUCHACHA:

–Tengo entendido, ¡ye monarca, el afortunado!, que al oir Bedr Basim las palabras de su tio y su madre ponderando la hermosura de la princesa Chauhra, hija del rey de Samandal, prendio en su corazon la llama de la pasion y se abismo en un mar sin fondo y sin orillas, en el que se sentia naufragar.

Miro luego Zalih a su hermana Gulinar y le dijo:

–¡Por Alá, hermana, que no hay en

[5] Suprimido en la edición de Bulak.

todo el mar hombre más estúpido que el padre de la princesa Chauhra, como tampoco lo hay más poderoso! Así que no le digas nada a tu hijo de la conversación que hemos tenido hasta que no hayamos pedido para él la mano de la princesa, pues si su padre accede a nuestra propuesta (loado sea Alá, el grande, el lleno de majestad); y si nos la negase y nuestra pretensión se malograse, no le diríamos nada a tu hijo Bedr Básim y le buscaríamos esposa por otra parte.

Luego que oyó Gulinar las palabras de su hermano, le dijo:

–Bien pensado, hermano; apruebo tu parecer y lo comparto.

Callaron luego los dos y se despidieron, para entregarse al sueño.

Pero el rey Bedr Básim no pudo dormir aquella noche por el fuego de amor que prendiera en su corazón y no hacía más que soñar despierto con la princesa Chauhra, aunque se lo callaba, y ni a su madre ni a su tío les decía nada, por más que se revolviera en su lecho como en un brasero de encendidas ascuas.

Pero luego que amaneció la mañana pasaron el rey Bedr Básim y su tío al *hammam* y se lavaron, y luego salieron y bebieron bebidas y luego les sirvieron comida y el rey y su madre y su tío comieron hasta que se satisficieron.

Laváronse luego las manos, y Zálih, el tío de Bedr Básim, se levantó y les dijo al rey y a Gulinar, su madre:

–Con vuestra venia, voy a ausentarme.

–¿Adónde vas tío?–díjole Bedr Básim a Zálih–. Quédate con nosotros un día más y mañana te irás.

Accedió a ello Zálih y luego le dijo Bedr Básim:

–Ven conmigo, tiito, y salgamos a dar un paseo por el jardín florido.

Fueron en seguida los dos al jardín y se pasearon y solazaron allí, hasta que, al cabo, el rey Bedr Básim sentóse al pie de umbroso árbol y se dispuso a descansar y echar la siesta, y se tendió en la tierra.

Pero hubo entonces de acordarse de la descripción que su tío hiciera de Chauhra, la princesa, ponderando su gracia y su belleza, y, sin poderse contener, rompió a llorar, y, poseído de sentimiento, recitó estos versos:

–Si me dijeran ahora,
y eso que el pecho me abrasa
un fuego que me consume
y se extiende a mis entrañas:
¿Qué quieres mejor tú verla
o una copa de agua clara?
–Verla–respondiera yo.
Y un punto no vacilara,
aunque tengo el corazón
ardiendo en voraces ascuas.

Y luego suspiró y lloró y se lamentó recitando estos otros versos:

–¿Quién en el mundo podrá
curarme de mi pasión,
por esa linda gacela
cuya frente es como un sol?
Libre y en paz hasta aquí
tenía mi corazón;
la princesa As-Samandal
ahora me lo esclavizó [6].

Luego que Zálih, su tío, oyó las palabras del sobrino, chocó una con otra sus manos y dijo:

–¡No hay más *ilah* que Alá! ¡Y Mohammed es el Enviado de Alá! (sean con él la oración y la paz). ¡No hay gloria ni poder sino en Alá! (el grande, el dotado de majestad).

Y encarándose después con su sobrino, le dijo:

–¿Por ventura oiste, hijo mío, lo que hablamos tu madre y yo ayer de la reina Chauhra?

–Sí, tío Zálih–respondió Bedr Básim–. Y de oídas tan solo me he enamorado de ella como un loco. Y es tal la pasión que me inspira que ya sin ella no concibo la vida.

Luego que Zálih oyó hablar a su sobrino le dijo:

[6] Suprimido en la edición de Bulak.

–Esta bien, ¡ye rey!; pero volvámonos ahora con tu madre y contemosle el lance y recabemos de ella la venia para que yo te lleve conmigo y vayamos los dos a pedirle la mano de la princesa a su padre, y despues iremos allá, y, logrado que hayamos nuestro deseo, regresaremos. Pues no he de ocultarte que no me atrevo a llevarte conmigo, desde luego, sin contar con la venia de tu madre, por temor a que esta conmigo se enfade, y con muchisima razón, pues yo habria sido el culpable de vuestra separacion. Sin contar, ademas, con que la ciudad se quedaria en tu ausencia sin rey que la gobernase y por los asuntos de los vasallos mirase, y podrian sobrevenir disturbios y alborotos y podrias verte privado de tu trono.

Pero Bedr Bàsim, al oir esas palabras de su tío Zálih, le dijo:

–Mira tio: si volvemos al lado de mi madre y le pido su venia para ese viaje de fijo que no me la da; así que prefiero irme sin verla ni consultarla a ella.

Y echándose a llorar, añadio:

–Me iré contigo, tiito, sin decirle nada a ella, hasta nuestra vuelta.

Luego que oyo Zálih las palabras de su sobrino quedose desconcertado y dijo:

–¡A Alá me encomiendo en todo momento!

Y al ver que Bedr Bàsim estaba resuelto a acompañarlo, sin contar con su madre, quitóse del dedo un anillo de sello, en el que habia grabados algunos de los nombres de Alá el Altisimo, y se lo dio a su sobrino diciendo:

–Póntelo en el dedo y estarás a salvo de morir ahogado y de todo peligro que pudiera amagarte de parte de los monstruos marinos y los peces gigantes.

Tomó el rey Bedr Bàsim de manos de Zálih el anillo y se lo puso en el dedo, según aquel le dijo.

Y acto seguido ambos se zambulleron en el mar y empezaron a nadar y no pararon hasta que llegaron al alcazar de Zalih y en el penetraron.

Hallaron allí a la abuela de Bedr Bàsim, la madre de su madre, la cual estaba sentada, rodeada de todos sus deudos y familiares.

Llegáronse ellos a saludarla y ella se levantó y abrazo a su nieto y lo beso entre los ojos y le dijo con mucho cariño:

–¡Bendita la hora en que llegaste, hijo mio! ¿Como dejaste allá a tu madre, Gulinar?

–Buena y sin novedad–respondiole Bedr Bàsim a su abuela–, y os envia conmigo un saludo a ti y también a las hijas de su tio.

Contóle luego Zálih a su madre todo lo ocurrido entre él y Gulinar, su hermana, y cómo el rey Bedr Bàsim prendárase con pasión sin igual de la princesa Chauhra, la hija del rey Samandal, tan solo de oirsela a ellos ponderar.

En fin, que Zálih contóselo todo a su madre, desde el principio al fin. Y, al terminar, le dijo así:

–Y a eso he venido ahora nada mas: a pedírsela en matrimonio a su padre, el rey Samandal.

Luego que eso oyó la anciana reina mostróse sumamente airada con su hijo, y, muy preocupada y turbada, le dijo:

–Mira, Zálih, hijo mío: hiciste muy mal en mentar a esa princesa delante de tu sobrino, sabiendo, como sabes, lo necio y acalorado que es su padre y sus pocos alcances y lo tiránico de su carácter, y como se resiste a darle la mano de su hija a ningún príncipe, que todos los reyes marinos se la han pedido y a todos los ha despachado con viento fresco, diciendo: «No os la merecéis, pues no le llegáis, ni por lo mas remoto, en punto a hermosura, ni gracia, ni nada.» Por lo que es natural que sintamos reparo de pedirle ahora la mano de su hija para vuestro sobrino, pues es muy de temer que nos dé cala-

bazas como a los demas, y, con lo sentidos que somos, nos causaria eso mucho pesar.

Al oir esas palabras de su madre, dijo Zalih:

–Y entonces, madre mia, ¿qué vamos a hacer? Porque el rey Bedr Basim dice que está dispuesto a obtenerla de su padre, aunque le cueste su reino, y jura y perjura, además, que, si no se casa con ella, la pena lo matará.

Y luego añadio Zálih:

–Y es la verdad, después de todo, que el muchacho gánale a la princesa en punto a belleza, y su padre reino sobre todos los persas y ahora reina el en su lugar sobre todos ellos y nadie, en suma, es más digno que él de ser el esposo de la princesa Chauhra. Así que yo pienso dirigirme a su padre llevándole un rico presente de jacintos y perlas, adecuado a su grandeza, y pedirle la mano de su hija para nuestro sobrino, y si saliese diciendo que él es rey, yo le contestaré que también nuestro sobrino es rey, hijo de un rey, y que si su hija la princesa es una real hembra, aún es mejor mozo el hijo de mi hermana, y que su reino es todavía mas grande que el suyo de Samandal, y que, en fin de cuentas, lo mismo que lo hundí en el Océano del amor, he de conseguir que logre su deseo, con la ayuda del Señor.

–Haz lo que mejor te parezca, hijo mío–díjole su madre–. Pero ten mucho cuidado de no incurrir con alguna palabra en su desagrado cuando vayas a hablarle de tu pretension, que ya sabes lo necio y arrogante que es y como no acata ningún poder.

–Descuida, madre mía–respondio Zálih–, que ya lo conozco y procurare no incurrir en su enojo.

Levantose Zálih acto seguido y cogio dos sacos atestados de diamantes y perlas y esmeraldas y metales preciosos de toda clase y cargolos a hombros de sus criados, y, con ellos y el hijo de su hermana, marcho por el mar, hasta llegar al alcazar del rey Samandal.

Anunciose al monarca y solicito su venia para pasar a su presencia y, luego que le fue otorgada, paso a ver al soberano y beso la tierra entre sus manos y lo saludo con su saludo mejor.

Correspondió a todo ello el rey Samandal, levantándose de su trono y colmándole de toda clase de deferencias y finezas.

Invitolo despues a sentarse a su lado, y, luego que se hubo sentado y arrellanado, díjole:

–¡Bendita sea la hora en que has llegado, que ya de menos te echabamos! Pero dime ahora, Zálih, ¿qué es lo que por aquí te trae? Pues si en algo te puedo servir no tienes mas que hablar y al punto se te servira.

Levantose Zálih de su asiento y volvio a besar la tierra por segunda vez y después le dijo al rey:

–¡*Ye* monarca del tiempo! En verdad que tengo un favor que pedirle al rey generoso y al leon victorioso, cuyos beneficios cuentan por dondequiera pasan las caravanas y cuya fama se extiende por todas las regiones, paises y naciones, de suerte que no hay quien ignore su bondad y su clemencia y su equidad y su energia y entereza.

Dicho lo cual procedio Zálih a abrir los dos sacos con los regalos y saco de ellos las piedras y metales preciosos que dentro metiera y los puso delante del rey Samandal, y le dijo al monarca estas palabras:

–¡*Ye* rey de los tiempos! Ruégote me hagas la merced de mirar estos regalos que aquí te traigo y alegres mi corazon aceptándolos.

Sorprendio aquí a Schahrasad la mañana y puso dique a sus desbordadas palabras.

PERO LA NOCHE 413 SIGUIO DICIENDO LA MUCHACHA:

–Ha llegado a mi noticia, ¡*ye* monarca, el afortunado!, que Zalih mostróle al rey Samandal los regalos que le llevaba y después le dijo estas palabras:

–Dignate, ¡*ye* monarca!, mirar estos regalos y alegrar mi corazon aceptandolos.

A lo que el rey Samandal le contesto diciendo:

–Pero ¿por que me traes estos obsequios? Dimelo, Zalih, y exponme con claridad cual es tu necesidad. Que si en nuestra mano estuviere el complacerte, luego seras servido, y si asi no fuere, haz cuenta que Ala no exige de ningun alma sino lo que es capaz de dar.

Levantose entonces Zalih y beso por tres veces el suelo entre las manos del rey, y despues le dijo:

–¡*Ye* rey del siglo! Lo que de ti deseo esta en tu mano hacerlo, que no iba a pedirte ningun imposible, ni tan loco estoy que fuera a recabar de un monarca aquello en que servirme no pudiera, que ya dijeron los sabios: «Si quieres que te complazcan, pide cosas llanas.»

–Esta bien–respondio el rey–. Dime ya de una vez lo que quieres.

Y Zalih le dijo al rey:

–¡*Ye* rey de los tiempos! Sabe que vengo a ti con el solo fin de pedirte la perla sin horadar, que en el mundo no tiene su igual; en una palabra: a la princesa Chauhra, la hija de nuestro señor; no desaires, pues, ¡*ye* rey del tiempo!, nuestra pretension.

Al oir estas palabras solto el rey Samandal la carcajada con tal fuerza, que se tumbo de espaldas.

Y con tono zumbon, le dijo a Zalih:

–Yo te tenia, amigo Zalih, por hombre discreto y mozo de merito, que no caminaba sino posando bien la planta y no proferia sino palabras sensatas. ¿Que te ha ocurrido, pues, para que salgas ahora con esa pretension loca y ese antojo monstruoso de quererte casar con hijas de reyes, señores de ciudades y naciones? Recapacita un poco siquiera y dime si estas en condiciones de aspirar a tan alto honor y comprenderas tu error, como no sea que hayas perdido del todo la razon.

Pero Zalih, entonces, le dijo al rey:

–¡Ala de al rey su proteccion! Has de saber, ¡*ye* monarca!, que no te pido la mano de tu hija para mi mismo, aunque, si asi fuere, no cometeria ningun desatino, pues puedo hombrearme con ella y hasta dejarla pequeña, que ya sabes que mi padre era un rey de los reyes, aunque tú seas hoy quien nos impones vasallaje. Pero no es, sin embargo, para mi para quien te pido su mano, sino para el rey Bedr Basim, señor de las tierras de Achm, hijo del rey Schahraman...

Pero al llegar aqui sintio Schahrasad venir la aurora y corto el hilo de sus palabras cautivadoras.

Y LA NOCHE 414 REANUDO SU RELATO EN ESTA FORMA:

–Ha llegado a mis oidos, *¡ye* monarca, el afortunado!, que Zalih le dijo al rey Samandal:

–No te pido para mi la mano de tu hija sino para el rey Bedr Basim, el hijo del rey Schahraman, que señorea las tierras de Achm.

De suerte, *¡ye* monarca del siglo!, que, si a nuestra demanda accedes, no haras otra cosa que lo justo y procedente, y si te niegas a ello, incurriras en la nota de injusto y soberbio y no andarás con nosotros por el camino recto.

Harto sabes tambien, *¡ye* rey del tiempo!, que la princesa Chauhra, hija de nuestro señor el rey, no tiene mas remedio que casarse alguna vez, que ya dijo el sabio: «Para mocita honrada, no hay más que boda o mortaja.» [7]

De modo que, si tienes intencion de casar a tu hija, nadie mas digno de desposarla que el hijo de mi hermana.

Enojose grandemente el rey Samandal al oir tales palabras, y fueron tales su furor y su rabia, que en poco estuvo que perdiera el juicio y exhalara allí mismo el alma.

Y dirigiendose a Zalih increpole, diciendo:

–*¡Ye* perro de hombre! ¿Como te atreves, siendo lo que eres, a usar conmigo ese lenguaje y a mentar a mi hija en publico y a decir que el hijo de tu hermana Gulinar se puede con mi hija comparar? ¿Quien eres tu y quien es esa tu hermana y quien es su hijo y quien fue su padre, para que oses tu decirme a mi esos dichos y tenerme ese lenguaje?

Grito luego llamando a sus criados y les dijo:

–¡Cortad en seguida la cabeza a esa sanguijuela!

Requirieron al punto sus criados los aceros y los desenvainaron y se fueron hacia Zalih para matarlo.

Pero Zalih echo a correr de allí con pies ligeros y volo hacia la puerta y escapo de ella.

Y, al salir huyendo, encontrose con los hijos de su tio y sus deudos y servidores, que formaban entre todos una tropa de mas de mil caballeros, armados de pies a cabeza, esgrimiendo en sus manos lanzas y espadas que centelleaban. Y ellos, al verlo correr, le preguntaron:

–¿Qué te ha pasado? ¿Por que sales huyendo del palacio?

Contoselo el todo, y ellos, a su vez, le dijeron como su madre, temerosa de ello, los enviara para defenderlo.

Luego que por el relato de Zalih comprobaron una vez mas la necedad y la insolencia del rey Samandal, apearonse de sus corceles y desenvainaron sus aceros y en el alcazar irrumpieron.

Y el rey Samandal, al verlos entrar allí, esgrimiendo en sus manos los aceros desnudos, grito llamando a su gente, la cual acudio al punto, y el monarca ordenoles:

–¡Guay de vosotros! ¡Cortadles la cabeza en seguida a estos perros y libradme de ellos!

Trabose en seguida descomunal combate, entre una y otra parte; mas una hora no pasara cuando ya la tropa del rey Samandal se desbandara y en la fuga su salvacion buscara.

Pero Zalih y los suyos lograron hacer prisionero al rey Samandal antes de que pudiera escapar y en el acto procedieron a maniatarlo.

Y sucedio después que, al despertar

[7] *Redolet proverbium, La bd llbnt mn's-suach ac i-kbr.*

de su sueño la princesa Chauhra, supo cómo su padre cayera prisionero y todos sus edecanes fueron muertos, y la princesa, huyó despavorida a refugiarse en una isla. Ya allí encaramóse la princesa en un árbol corpulento y ocultóse entre el ramaje espeso.

Y fue el caso que, al trabarse en combate los dos bandos, salieron huyendo algunos esclavos del rey Samandal y Bedr Básim los vio y les preguntó qué sucedía y por qué corrían.

Contáronselo ellos, y el joven, al saber que el rey Samandal cayera prisonero, huyó también de allí sin saber adónde ir, y el poderoso, el eterno, lo encaminó a aquella misma isla donde se fuera a amparar Chauhra, la hija del rey Samandal, e hizo que como muerto se tendiera al pie del mismo árbol a cuya copa se subiera ella.

Tendióse allí Bedr Básim y trató de descansar, sin saber que todo está ya de antemano escrito y que nadie sabe lo que le reserva el sino.

Y he aquí que, al tenderse en la tierra. hubo de alzar el joven la vista a lo alto del árbol y su mirada y la de la princesa se cruzaron.

Y vio el joven que aquella muchacha semejaba una luna cuando en el cielo despunta, y sin querer hubo de exclamar:

–¡Loado sea Alá que tal hermosura supo moldear! De toda cosa es el Creador Alá y sobre toda cosa manda su voluntad. ¡Loado sea Alá, el grande, el creador, el formador, el modelador! ¡Por Alá, que si mis presentimientos no me engañan, esta es Chauhra, la hija del rey Samandal! Imagino que, al oír la lucha entre nosotros surgida, asustóse y huyó, refugiándose en esta algecira.

Quedóse luego pensativo el joven y, después de reflexionar un momento, díjose para sus adentros: «Me levantaré, iré hacia ella, la cogeré y la preguntaré qué tal se encuentra aquí y si en algo la puedo servir.»

Levantóse, pues, el joven sobre sus pies, y, encarándose con Chauhra, le preguntó:

–¡*Ye* plenitud de los deseos! ¿Quién eres y quién te trajo a este lugar?

Miróle Chauhra y parecióle ver la luna cuando asoma por debajo de las nubes negras y contestó a su pregunta con voz tierna:

–¡*Ye* guapo joven, marcado con señales de distinción! Has de saber que yo soy Chauhra, la hija del rey Samandal, que huyendo vine a este lugar, porque Zálih, al frente de sus huestes, riñó batalla con mi padre y derrotó sus tropas y a él y varios de los suyos hizo prisioneros, y yo, al saberlo, me refugié aquí, huyendo de la muerte, y aún ignoro la suerte que el sino inapelable habrá deparado a mi padre.

Luego que el rey Bedr Básim oyó las palabras de la princesa Chauhra, maravillóse grandemente de la coincidencia peregrina que a ambos los llevara a la misma isla. Y se dijo:

«No hay duda de que con el cautiverio de su padre se allana el logro de mis planes.»

Miró luego hacia ella y le dijo a la princesa:

–Baja de ese árbol y vente a mi lado, que tus ojos me cautivaron y estoy aquí que me muero del amor que por ti me ha entrado. Por nosotros dos se ha armado todo este tiberio, pues has de saber que yo soy el rey Bedr Básim, señor de los persianos, y dejé por ti mi reino y vine hasta aquí con mi tío Zálih sin más intención que pedirle a tu padre la mano. Baja, pues, de ese árbol y vayamos los dos juntos al palacio de tu padre y yo le diré a mi tío Zálih que lo suelte y deje en libertad y luego me casaré contigo con toda legalidad.

Luego que oyó Chauhra esas palabras pensó: «Por culpa de esta sanguijuela viscosa se nos vino encima este desastre y cayó prisionero mi padre. Y de fijo que, si no empleo algún



ardid, se apoderara de mi y lograra lo que desea, sin que nadie se lo pueda impedir. Porque está enamorado y a los enamorados todo les es perdonado. Que está el hombre enamorado y un enamorado todo lo encuentra lícito y llano.»

Púsose, pues, a hablarle a Bedr Básim con palabras melosas y trato de engatusarlo con su labia engañosa, sin que el joven incauto se diera cuenta de lo que estaba tramando. Y la princesa Chauhra le dijo al rey Bedr Básim de esta manera:

–¡*Ye* mi dueño y señor, *ye* luz de mis ojos! ¿Eres tú de verdad el rey Bedr Básim, el hijo de la reina Gulinar?

–¡*Ye* mi dueña y señora! El mismo soy–respondiole el joven.

Sorprendió aquí a Schahrasad la mañana y atajo el flujo de sus elocuentes palabras.

PERO LA NOCHE 415 SIGUIO DICIENDO LA MUCHACHA:

–Ha llegado hasta mi la fama, ¡*ye* monarca, el afortunado!, de que Chauhra, la princesa, la hija del rey Samandal, preguntóle al rey Bedr Básim:

–¿Eres tú, de verdad, el rey Bedr Básim, el hijo de la reina Gulinar?

A lo que aquel le contestó:

–¡*Ye* mi dueña y señora, el mismo soy!

Y entonces la princesa exclamó:

–¡Corte Alá de raíz a mi padre y el reino le arrebate y el corazón no le sane y haga que en el destierro se arrastre como pretenda para mi un novio más guapo que tú y de mejores partes! Pues por Alá, que mi padre es, en verdad, de pocos alcances.

Y luego añadió la princesa:

–¡*Ye* rey del siglo! No lo castigues, empero, por lo que hizo, que tocante a mí, si tú me quieres como un palmo, yo a ti te quiero como un codo. Porque de veras te digo que vine a caer en las redes de tu cariño y que me cuento en el número de tus muertos.

El amor que por mí sentías se me ha pegado de ti y ahora estamos los dos igual, sin que nada nos tengamos que reprochar.

Y luego de decir eso bajó la princesa del árbol y se acercó al joven y lo estrechó fuerte contra su pecho y le dio muchos besos.

De suerte que Bedr Básim no pudo ya dudar de su amor y fió en ella y a sus caricias correspondió con el mismo ardor.

Y el rey Bedr Básim díjole luego a la princesa Chauhra:

–¡Por Alá, mi princesa!, que mi tío Zálih, al ponderar tu belleza, no dijo de ella ni la cuarta parte; menos aún, ni la cuarta parte de un quilate.

Tornó Chauhra a estrecharlo contra su pecho y al mismo tiempo pronunció unas palabras que el joven no entendió, y, escupiéndole la cara, exclamó:

–Sal al momento de esa forma humana y vuélvete un pájaro, el más bello de todos los pájaros y de plumaje blanco y pico y patas encarnados.

No acabara la princesa de pronunciar esas palabras cuando hete aquí al rey Bedr Básim convertido en un pájaro bellísimo, el más bello que jamás se hubiera visto, y el pájaro se estiró y puso en pie y quedóse mirando a la princesa Chauhra.

Tenía la princesa una esclava, Marsina [8] llamada, y, volviéndose a ella, díjole la princesa:

[8] Mirto.

–Si no fuera porque temo a causa de tener Zálih, su tio, a mi padre prisionero, diérale muerte a este mancebo. Pero cógelo tú, Marsina, y llévatelo a la isla de la Sed y déjalo allí que se muera, pues no encontrará agua que beber.

Cogiólo, pues, Marsina, la esclava, y, cumpliendo las órdenes de su ama, condújolo a la isla de la Sed, y dejólo allí y se dispuso a volver.

Pero luego se dijo la esclava para sus adentros: «¡Por Alá, que un joven tan hermoso como este no se merece que se le deje morir de sed!»

Y acto seguido cogió a Bedr Básim y lo sacó de aquella isla y lo llevó a otra, en la que había muchedumbre de árboles y de ríos y manantiales.

Y dejándolo allí, tornóse al lado de su señora y le dijo:

–Ya cumplí tu mandato y en la isla de la Sed lo dejé.

Y esto es, por ahora, todo lo referente a esta historia.

Cuanto a Zálih, el tio de Bedr Básim, luego que hizo al rey Samandal prisionero y mató a sus edecanes y servidores y familiares, mandó buscar a Chauhra, la hija del rey; pero, por más que la buscaron, por ninguna parte la encontraron.

Visto lo cual regresó Zálih al lado de su madre y le dijo:

–Madre mía, ¿dónde está el hijo de mi hermana, el joven Bedr Básim, que no lo he visto después del combate?

–Por Alá, hijo mío–respondió la madre–, que no sé dónde estará ni por dónde andará. Solo puedo decirte que, al saber la batalla que estabais riñendo con el rey Samandal, entróle temor y huyó.

Al oír Zálik las palabras de su madre llenóse de gran pesar por el hijo de su hermana y exclamó:

–¡Por Alá, madre mía, que hemos sido descuidados y temo que el hijo de mi hermana sucumba en la refriega o alguno de los soldados del rey Samandal o su propia hija, Chauhra, lo salga a atacar! Y entonces ¿con qué cara me presentaría yo a su madre, habiéndomelo traído acá conmigo sin su permiso?

Y Zálih, en el acto, despachó batidores y guardias en busca de su desaparecido sobrino.

Y ellos por todas partes le buscaron y no pudieron hallarlo.

Y esto es, por ahora, todo lo referente a esta parte de la historia.

Cuanto a Gulinar, la madre del rey Bedr Básim, luego que este se hubo ido de su alcázar con Zálih, su tío, quedóse esperando su vuelta y por espacio de muchos dias estuvo aguardándolo, sin que el joven pareciera ni nada de él se supiera.

Hasta que, al cabo, perdió Gulinar la paciencia y se lanzó al mar y fue a ver a su madre.

Y su madre, al verla, se levantó y salió a su encuentro y la besó y la abrazó y otro tanto hicieron las hijas de su tío, acogiéndola todos con mucho cariño.

Preguntó luego Gulinar a su madre por su hijo Bedr Básim, y su madre le dijo:

–¡*Ye* hija mía! Aquí vinieron tu hijo Bedr Básim y su tío Zálih, y Zálih cogió una buena cantidad de perlas y piedras preciosas y con ellas se fue, en unión de tu hijo, a ver al rey Samandal, con intención de pedirle para él la mano de su hija Chauhra, y el rey se la negó y, además, lo insultó con lenguaje procaz. Súpelo yo, y al punto envié allá mil caballeros y él empeñó fiera lucha con el rey Samandal y Alá diole a tu hermano la victoria y mató a sus edecanes y familiares y cogió cautivo al propio monarca y se lo trajo a nuestro alcázar. Llegó a oídos de su sobrino la nueva de haberse empeñado en la lucha entrambos bandos, y, sin duda, temeroso, se alejó de nosotros, sin advertirnos ni pedirnos permiso.

Al oír Gulinar las palabras de su madre sintió gran pesar a cuenta de su hijo, al par que no menor indignación contra Zálih, su tío, por habérselo llevado consigo, al mar, sin su permiso. Y dirigiéndose a su madre, dijo:

–¡*Ye* madre mía! ¿Quién a mi hijo buscará y lo devolverá?

Y la reina Gulinar tornóse a su alcázar con el corazón triste y llorosos los ojos y el ánimo quebrantado y flojo.

Y el mundo achicóse a sus ojos.

Pero al llegar aquí Schahrasad vio venir la mañana y puso dique a sus desbordadas palabras.

Y LA NOCHE 416 SIGUIO DICIENDO LA MUCHACHA:

–Tengo entendido, ¡*ye* monarca, el afortunado!, que la reina Gulinar tornóse a su alcázar con el pecho encogido y el ánimo preocupado y abatido.

Y esto es, por ahora, todo lo referente a su historia.

Cuanto al rey Bedr Básim, luego que lo hechizó la princesa Chauhra y lo envió con su esclava a la isla de la Sed diciéndole a aquella: «Déjalo allí que se muera», no lo hizo así la esclava Marsina, sino que llevó al joven a otra isla distinta, donde había muchedumbre de frondosos árboles y de manantiales.

Y comió el rey Bedr Básim de la fruta de aquellos árboles y bebió del agua de los manantiales y así proveyó a sus necesidades. Y dizque no sabía adónde ir ni el vuelo dirigir.

Hasta que un día de los días acertó a llegar allí un cazador que cazando pájaros se ganaba la vida.

Y al ver a aquel pájaro con la pluma blanca y el pico y las patas encarnados quedóse maravillado y prendado y se dijo para su ánimo: «Verdaderamente que es lindo pájaro; jamás en mi vida vi otro igual, y eso que he visto tantos.»

Y tendió sus redes y cogió en ellas a Bedr Básim y cargó con él y tomó la vuelta de la ciudad; decidido a no venderlo sino a muy alto precio.

Y en el camino acercósele al cazador un hombre del pueblo y le dijo:

–¿Cuánto quieres por ese pájaro, pajarero?

Y el cazador, a su vez, le preguntó:

–¿Qué piensas hacer con él, si te lo vendo?

–Pues matarlo y comérmelo–respondióle el hombre y, al oírlo el pajarero, dijo:

–¿Cómo puede haber quien tenga corazón para matar un pájaro como este y comérselo? Pero no, no te lo vendo, que tengo intención de ofrecérselo a nuestro rey, que me lo pagará mejor que tú, y, además, no lo matará, sino que se recreará contemplando su belleza y su garbo. Pues es tal como en mi vida no vi otro de su traza, ni entre los pájaros de tierra, ni en los de agua. Por mucho que tú pujaras no me darías por él más de un dracma, ¡y por Alá, que en este precio no lo he de dar!

Siguió, pues, el cazador su camino hasta llegar al alcázar del rey, y no bien el rey vio al pájaro quedó encantado de su hermosura y gracia y de su pluma blanca y su pico y sus patas encarnados. Y mandó a su eunuco a comprarlo y el eunuco se acercó al pajarero y le dijo:

–¿Cuánto quieres por ese pájaro?

Y el cazador le dijo:

–Nada quiero, que, siendo para nuestro señor, se lo regalo.

Tomó el eunuco el pájaro y se lo llevó al monarca y le dijo lo que el cazador le había dicho.

Y el rey tomó el pájaro y mandó que le diesen al cazador diez dinares, y aquel cogió el dinero y besó la tierra ante el soberano y luego se retiró.

Y el castrado puso el pájaro en una linda jaula y lo colgó y de comer y beber le echó.

Luego que el rey bajó del diván preguntóle al eunuco:

–Y el pájaro ¿dónde está? Tráemelo, que me quiero recrear mirándolo, que, por Alá, es un lindo pájaro.

Llevóle el eunuco la jaula y púsosela entre sus manos y el rey la miró y vio que el pájaro no le había tocado al grano. Y exclamó:

–¡Por Alá, que no sé qué le vamos a dar de comer!

Mandó luego el rey que le sirviesen la cena y se la sirvieron y se puso a comer.

Y al ver el pájaro aquellos platos de carne y fruta y alajúes púsose a picar en todo cuanto allí había, lo que causó al rey gran maravilla, lo mismo que a cuantos lo veían.

Y volviéndose el rey a los circunstantes, les dijo:

–¡Por Alá! Que jamás en mi vida vi ningún pájaro que comiese las cosas que come este.

Mandó el rey llamar a su esposa para que se holgase con él viendo a aquel pájaro extraordinario, y el eunuco fue allá y le dijo a la esposa del rey:

–El monarca, *¡ye* señora!, te invita a que vayas allí para que te recrees viendo un pájaro extraño que le compró a un cazador y que, al ver comer al rey, nuestro señor, voló de la jaula y se posó en la mesa y empezó a comer de todo cuanto había en ella.

No bien oyó la reina las palabras del eunuco corrió allá al punto, y luego que vio al pájaro y lo examinó con atención, echóse su velo a la cara y se volvió de espaldas.

Llegóse el rey a ella, asombrado, y le preguntó:

–¿Por qué te cubriste la cara y te volviste de espaldas siendo así que no estamos aquí más que las doncellas y los eunucos de tu servicio y yo, tu marido?

–*¡Ye* rey mi señor!–respondió la reina–. Ese que crees tú pájaro no lo es, sino un hombre lo mismo que tú, pese a tu parecer.

–Mientes–díjole el rey–o bromeas. ¿Cómo no va a ser un pájaro...?

Pero la reina le dijo:

–Ese que crees pájaro no lo es, sino que es un hombre lo mismo que tú, pese a tu parecer. Y te diré más: que es el rey Bedr Básim, el hijo de la reina Gulinar y del rey Schahramán.

–Entonces–dijo el rey–, ¿cómo es que tiene la forma de un pájaro?

A lo que contestó su esposa:

–Eso se debe a haberlo hechizado la princesa Chauhra, la hija del rey Samandal.

Y acto seguido refirióle a su marido la historia de todo lo que había sucedido, desde el principio al fin, sin nada callar ni omitir.

Luego que el rey la oyó la conjuró, diciendo:

–¡Por tu vida, te ruego que lo saques de su encantamiento, y no lo tengas sufriendo! ¡Así quiebre Alá la mano de esa Chauhra, que es una mala mujer, muy pobre de religión y de fe y muy rica en punto a astucias y picardías!

Luego de oír las palabras del rey, díjole su esposa:

–Dile al pájaro que se meta en esa alacena.

Intimóle el rey al pájaro la orden y aquel se metió en la alacena, según le dijera.

Velóse entonces la reina su cara y cogió una taza con agua y abrió la alacena y pronunció sobre el agua

unas palabras que no se entendían y luego dijo en voz alta y clara:

–¡Por el poder de estos grandes nombres y aleyas sagradas y por la majestad de Alá, creador de cielos y tierra, te ordeno que dejes al punto esa forma en que te hallas y vuelvas a la tuya natural con que fuiste creado por Alá!

Y no acabara la reina de proferir esas palabras cuando el hechizado joven se estiró todo a lo largo y, dejando su figura de pájaro, tornó a su pristino ser humano.

Y pudo el rey ver ante él un mozo guapo, de una hermosura tal, que en toda la haz de la tierra no tuviera igual.

Y lo primero que hizo el príncipe desencantado fue clamar:

–¡No hay más *ilah* que Alá y Mohammed es el Enviado de Alá! ¡Gloria al Creador y al Sustentador!

Besó luego el rey Bedr Básim la mano del monarca e invocó sobre él la vida eterna y el rey, a su vez besó a Bedr Básim la frente, y le dijo muy afectuosamente:

–*¡Ye* Bedr Básim! Cuéntame toda tu historia, desde el principio al fin, que la quiero oír.

Contóle entonces el joven cuanto le ocurriera, sin omitir ni un pormenor siquiera, y el rey maravillóse en gran manera y le dijo:

–*¡Ye* Bedr Básim!, ¡loado sea Alá que te libró del hechizo! Pero dime ahora con franqueza: ¿qué es lo que piensas hacer y lo que de mí deseas?

–*¡Ye* rey de los tiempos!–díjole el joven al soberano–. Lo que de tu bondad espero es que me aparejes un barco y me facilites algunos de tus servidores para que me acompañen, como marineros, en el viaje que proyecto y que es absolutamente necesario, pues llevo ya mucho tiempo ausente de mi reino y temo no sea que me lo arrebaten y pierda mi cetro. Y temo también que mi madre haya muerto de dolor por mi ausencia, pues en todo este tiempo no ha tenido noticias mías y no pudo saber si era vivo o muerto. Así te ruego, *¡ye* monarca del siglo!, que accedas benévolamente a lo que te pido.

Miróle el rey con atención, y, al reparar una vez más en su belleza y elocuencia y perfección, accedió de buena gana a su pretensión. Y le dijo así:

–Oír es obedecer, hijo mío.

Mandó el rey en el acto que aparejasen un barco y llevasen en él cuanto el joven pudiera haber de menester y ordenó a cierto número de sus criados que lo fuesen acompañando.

Pero al llegar aquí sorprendió a Schahrasad la mañana y atajó el flujo de sus fluyentes palabras.

Y LA NOCHE 417 SIGUIO DICIENDO LA MUCHACHA:

–Tengo entendido, *¡ye* monarca, el afortunado!, que Bedr Básim montó luego en el barco con sus esclavos y se despidió del rey, y, sin más tardar, se hizo a la mar.

Fueles propicio el viento y por espacio de diez días navegaron sin contratiempo; pero al llegar el día, el onceno, alborotóse el mar, por efecto de fuerte temporal, y empezó el barco a cabecear y a subir y bajar sin que los marineros lo pudieran dominar, y así siguieron en ese estado y las olas jugaban con ellos y con el barco, hasta que fueron a dar en una roca de las rocas del mar y estrellóse contra la roca el navío y se hizo mil pedazos, ahogándose en el agua todos los que a bordo

llevaba, excepto el rey Bedr Básim, el cual se asió a un tablón de los de la embarcación y montado en él flotó a merced de las olas y el viento durante tres días, sin reposar un momento.

Hasta que, al cuarto día, detúvose la tabla a la orilla del mar y dejó allí al náufrago, el cual vino a encontrarse ante una ciudad blanca como la paloma más cándida, y al ver el rey Bedr Básim aquella isla donde se alzaba la ciudad referida, fue muy grande su alegría, pues llegara a tal extremo que el hambre y la sed le tenían medio muerto.

Saltó el rey Bedr Básim de la tabla y se dispuso a encaminarse a la Ciudad Blanca; pero en aquel momento vio venir hacia él grandes manadas de mulos y jumentos y caballos en tal cantidad que semejaban las arenas del mar.

Y aquellos animales se le pusieron a Bedr Básim delante y trataron de impedirle que subiera de la orilla del mar a la ciudad; pero el joven buscóles las vueltas y llegó allá, y, al tender la mirada en torno suyo, maravillóse de no ver por allí ser humano alguno.

«¿Quiénes serán–díjose el joven–los habitantes de esa ciudad?»

Pero en tanto que así caminaba perplejo, topóse con un hortelano viejo, y, al verlo Bedr Básim, fuese hacia él y lo saludó con el *selam,* contestándole el anciano con otro igual [9].

Fijóse luego en él con atención y admiró su hermosura y distinción, y en tono afable le preguntó:

–¿Quién eres, lindo mancebo, y de dónde vienes y en virtud de qué azar viniste aquí a parar?

Contóle entonces Bedr Básim toda su historia al anciano, desde el principio al fin, y aquel maravillóse grandemente al oírlo, y luego le dijo:

–¿No viste, hijo mío, a nadie en tu camino?

–No, padre mío–respondió el joven–. Y por cierto que me causó gran maravilla ver esta ciudad desierta y vacía.

–Hijo mío–díjole el *scheij* entonces–, entra en mi tienda, aprisa, si no quieres perder la vida.

Entróse el joven en la tienda y el anciano, con presteza, ofreciole algo de comer, y le dijo:

–¡Come!

–Comió el joven de aquellas viandas que le presentara el anciano, hasta que se sació, y después se lavó las manos, y mirando luego al *scheij,* de hito en hito, le dijo:

[9] Nótese la intervención providencial de este hortelano, que, como sus congéneres, es de condición hospitalaria y filantrópica, lo que da pie a Roso de Luna para reputarle un «iniciado», un guru o maestro.

Pero más justo sería decir que es simplemente un miembro de esa comunidad dispersa de hombres sencillamente buenos (hermanos de la pureza), sospechosos a la ortodoxia. El hortelano acoge afablemente a Bedr Básim desde el primer momento y lo hospeda en su tienda y lo trata como a un consanguíneo (sobrino le llama). Bástale intuir, por el *selam* que el joven le dirige que es un musulmán, es decir, un iniciado en el conocimiento de la divinidad y de la fraternidad entre los hombres, que de ella se deriva un emancipado de las groseras y crueles supersticiones idolátricas, un «hanifa», según los denomina el *Corán.* Es ese varón justo que, como Lot en la *Biblia,* conserva la tradición de la verdad revelada, en medio de un pueblo de idólatras y hechiceros. La religión se nos revela aquí en su sentido fundamental de medio de unión entre los hombres, de iniciación en la amistad, basada en la común creencia; la palabra griega, *filos,* tenía el doble sentido de amigo y correligionario; para las simples relaciones de trato tenían los griegos el vocablo *heteros* (compañero, conocido), y el gran mérito que se atribuye Mahoma, y todos le reconocen, es el de haber hermanado a los árabes mediante la consanguinidad de la fe. «Y amanecisteis hermanos.» *(Fazoanium ijuanan.)*

Finalmente, es de notar cómo en esta reina Lab y sus vasallos pueden verse restos de la población turania, vencida por los iranios al invadir Persia, y que se retiró a lugares de difícil acceso, conservando sus costumbres y ritos, sospechosos, naturalmente, de brujería, aunque también podría tratarse de restos de la antigua población irania, adoradora del Fuego, y a la cual los persas islamizados no vacilaban en imputar toda suerte de crímenes. El cuento procede, probablemente, de la época de arabización del Irán (siglo VII), después de extinguida la dinastía de los sasanies, que restableciera la antigua religión zoroástrica.

–*¡Ye* mi señor! Te ruego me expliques el sentido de las palabras que antes me dijiste, pues te confieso que me has infundido miedo de esa ciudad y sus habitantes.

–Has de saber, hijo mío–díjole entonces el anciano–, que esta ciudad es una ciudad de brujos y la gobierna una reina, que es una hechicera de tal calidad que parece un schaitán, pues es una malvada bruja, alevosa y marfuza, y esas bestias que viste al llegar, esas piaras de mulos y caballos y burros, son todas ellas, sin excepción, seres humanos como tú y como yo, y los demás hijos de Adán y todas ellas son algarivos que llegaron a esta isla, conducidos por los designios del sino. Pues esa reina bruja que te digo a todo mozo guapo como tú que llega a esta isla luego lo coge y se lo lleva consigo y con él se huelga por espacio de cuarenta días, y cumplidos los cuarenta días, va y lo hechiza y lo convierte en burro o caballo o mulo [10]. A todos esos jóvenes los embrujó; al verte a ti, dispuesto a saltar a tierra, temieron corrieras la misma suerte que ellos, y de ahí que te intentaran disuadir, haciéndote unas señas que querían decir: «No desembarques aquí.» Para que esa reina malvada no hiciera contigo lo que con ellos hizo. Y dizque esa maldita reina se adueñó de esta ciudad y de sus naturales valiéndose de sus mágicas artes, y has de saber, además, que su nombre es el de reina Lab [11]. A todos los habitantes de esta isla los tiene embrujados la indina y lo mismo hará contigo si te apartas de la orilla del mar y entras en la ciudad.

Grande fue el miedo que sintió el rey Bedr Básim al oír las palabras del viejo; tan grande, que empezaron a temblarle todos sus miembros.

Advirtiólo el anciano y le dijo:

–Anda, hijo mío, y siéntate en el umbral de la tienda y mira esas criaturas que por ahí vagan dispersas. Y fíjate en sus trajes y su traza y en cómo se ven por culpa de la maga, y no temas nada, porque todos los de la ciudad, empezando por la reina, me quieren bien y no me hacen mal.

Obedeció el joven la indicación del anciano y fue a sentarse a la puerta de la tienda y púsose a mirar a la gente que por allí pasaba y que era tan numerosa que nadie habría podido contarla. Y al verlo a él, aquella gente llegóse al anciano y preguntóle:

–*¡Ye scheij!*, este joven ¿es tu prisionero? ¿Lo cazaste estos días en el curso de tus cacerías?

–No–respondió el anciano–. Este es el hijo de mi hermano, el cual murió, y, al saberlo yo, mandé por él y me lo traje aquí conmigo, para así apagar el fuego de mi nostalgia y mi cariño.

–Este joven–dijeron los otros–es un joven de los jóvenes hermosos y tememos que la reina Lab, si lo ve, no trame alguna insidia contra él.

Y el verdulero les contestó diciendo:

–La reina no hará eso, pues me tiene gran aprecio, y luego que sepa que ese muchacho es el hijo de mi hermano, se abstendrá de hacerle el menor daño, aunque solo fuere por no causarme a mi dolor, de rechazo.

Quedóse luego el rey Bedr Básim a

[10] En todo esto, como verá el lector, hay un eco del episodio de Circe, en la *Odisea*.

[11] Roso de Luna transforma Lab en Laba y este último nombre en Labana y lo relaciona con el masculino de Laban, el tío del patriarca Jacob (el Iacho o Inacho griego), al que somete a siete años de servidumbre, como precio de la mano de su hija Raquel, dándole luego, no la de esta, sino la de su otra hija Lía, en todo lo cual ve un símbolo de que «el neófito, después de rudos esfuerzos de discipulado, más bien suele obtener, al cabo de ellos, los necromantes conocimientos de los 'lais' occidentales (Lia) que los puros y genuinos de Oriente (Chela o Ra-chel)».

No es posible, como se ve, violentar más un texto.

En la versión Mardrus la reina se llama Almanaj. Burton interpreta Sol el nombre de la reina –no sabemos por qué en los diccionarios árabes no figura ese vocablo–; en persa encontramos Laba con el significado de deseo, halago.

vivir con el verdulero y permanecio a su lado por espacio de unos meses, comiendo y bebiendo, y el viejo en ese tiempo hubo de cobrarle grandisimo afecto.

Y sucedió que un día de los dias, estando el joven sentado, como de costumbre, a la puerta de la verduleria, vio venir hacia allí un millar de eunucos, con las espadas enarboladas y vestidos de diversa traza y fajado el talle con cintos, incrustados de pedreria, e iban todos caballeros en corceles árabes y de sus lomos pendian sendos tahalíes con afiladas hojas alhindies.

Saludaron al verdulero al pasar por delante de su tienda y siguieron de largo, llevando a su zaga un millar de mocitas de tal hermosura que parecian lunas, vestidas de diversa guisa, con trajes de seda y raso, con cenefas de oro y bordados de aljófar, y dizque de sus espaldas colgaban lanzas.

Y en medio de aquellas jóvenes iba una dama montada en una hacanea, la cual lucía alcafares de oro con incrustaciones de varia pedreria. Y todo aquel cortejo desfiló ante la tienda del verdulero. Y las mocitas, al pasar, saludaron al viejo.

Y hete aquí que, cerrando la marcha, venía la propia reina Lab, rodeada de toda su pompa real, y al ver la reina Lab a Bedr Básim sentado a la puerta de la tienda, cual si fuera una luna llena, luego quedóse maravillada de su mucha hermosura y se prendó de él y un fuego de pasión le prendió el corazón.

Y apeóse en seguida de su hacanea y sentóse al lado de Bedr Básim, y le preguntó al anciano:

–¿Cómo es que tienes aquí a este joven tan guapo?

–Este, señora–respondió el anciano–, es el hijo de mi hermano y hace poco que lo tengo a mi lado.

–¿Sí?–exclamó la reina–. Pues déjamelo esta noche a mí, que quisiera con él departir.

–Está bien, señora–díjole el anciano–, llévatelo contigo; pero no lo hechices ni le hagas maleficio.

–Descuida–replicó la reina Lab–, que nada malo le habrá de pasar.

–Júramelo–dijo el viejo–, que si no, no te lo dejo.

Juróle entonces la reina que ningún mal le haría ni lo embrujaría.

Y acto seguido mandó la reina que le trajesen un caballo al muchacho y sus esclavos le trajeron un gallardo corcel, con jaeces de oro, de oro las riendas y el bocado, y todo con incrustaciones de aljófar y piedras preciosas.

Dio después la reina mil dinares al viejo y le dijo:

–Toma, para que te ayudes con ellos.

Y después la reina Lab cogió consigo al rey Bedr Básim, que refulgía como una luna llena en su noche catorcena, y marchó con él a su alcázar, y no pararon de cabalgar hasta llegar allá.

Pero al llegar a este punto de su narración sorprendió a Schahrasad la mañana y puso dique a sus desbordadas palabras.

Y LA NOCHE 418 CONTINUO DICIENDO LA MUCHACHA:

–He podido saber, *¡ye* monarca, el afortunado, que el rey Bedr Básim y la reina Lab no pararon de cabalgar hasta que llegaron a la puerta de palacio.

Apeáronse allí de sus monturas los emires y los ulemas y los visires y los grandes del reino y sus esclavos y sus criados, y la reina Lab, por medio de su chambelán, hízoles saber que se podían retirar.

Besaron ellos la tierra entre sus manos y acto seguido se retiraron.

Y la reina, con sus doncellas y sus castrados, entró en el palacio.

Y al contemplar el rey Bedr Básim aquel palacio hubo de confesar que jamás en su vida viera otro igual, pues era todo él de oro y en su medio había una gran alberca, barboteante de agua y rodeada de una cenefa de flores y hierba.

Miró el joven al jardín y hallólo poblado de pájaros de todos colores y castas, que, en variedad de lenguajes y voces, lanzaban sus trinos y gorjeos, quejumbrosos, pero placenteros.

Y por doquiera se advertían indicios de riqueza y señorío. De suerte que el joven hubo de exclamar:

–¡Gloria a Alá, a Aquel que, en su bondad y paciencia infinitas, provee a los que no adoran a otro que a El!

Sentóse la reina Lab junto a la celosía de un mirador que daba a un jardín y arrellanóse en su trono, que era de alfamil [12] y tenía encima un alto cojín.

Hizo luego a Bedr Básim sentarse a su lado y, luego que el joven se sentó, cogiólo entre sus brazos y lo estrechó contra su corazón y repetidas veces lo besó.

Mandó luego a sus doncellas que sirviesen la mesa, y ellas en el acto llevaron allí una mesita, toda de oro, con incrustaciones de perlas y otras gemas, y sobre la que había toda suerte de manjares exquisitos y cuanto pudiera halagar el apetito.

Comieron la reina y el joven Bedr Básim de todo aquello hasta hartarse y luego se lavaron las manos, y las doncellas entonces se presentaron, llevando en sus manos cálices de plata y oro y cristal valioso y también toda suerte de frutas, frescas y secas, y las dejaron sobre la mesa.

Mandó luego la reina que viniesen las cantoras, y en el acto se presentaron diez jovencitas de tal hermosura que semejaban lunas, llevando en sus manos toda suerte de instrumentos musicales.

Llenó luego la reina una copa y la apuró y después tornó a llenarla y a Bedr Básim se la ofreció.

Apuróla el joven y la reina volvió a llenar las copas y bebieron así ambos mano a mano, hasta que se achisparon, en tanto las cantoras recreaban sus oídos con sus cantos.

Y al rey Bedr Básim parecióle como que todo el palacio poníase a bailar de gusto y se le dilató el pecho y se olvidó de su extrañamiento y se dijo para sus adentros: «En verdad que esta reina es joven y hermosa y yo jamás la he de dejar, porque su reino es más grande que mi reino y ella es más linda que la princesa Chauhra.»

Y el joven siguió bebiendo mano a mano con la reina hasta que anocheció y entonces las doncellas encendieron las almenaras y las velas de cera y perfumaron la sala con los incensarios.

Y el rey Bedr Básim y la reina Lab siguieron bebiendo hasta que ambos se emborracharon y las cantoras continuaban cantando.

Y luego que la reina Lab sintióse ya alegre, levantóse de su asiento y tendióse en su trono a dormir y mandó a las doncellas que se fuesen de allí.

Volvióse después la reina a Bedr Básim y le dijo que a su lado se acostase. y ambos se entregaron a deleitosos escarceos, hasta que, por fin, abrazaditos, se durmieron.

Y estuvieron durmiendo así los dos hasta que la mañana amaneció.

Luego que la mañana amaneció y la reina de su sueño despertó, pasó al *hammam* que había en el palacio y el rey Bedr Básim la acompañó, procediendo a lavarse los dos.

Luego que salieron del *hammam*, vistióle la reina Lab al joven rey Bedr Básim ropas de las mejores y más fi-

[12] Marfil.

nas y suntuosas. y despues mando a sus doncellas que les llevasen de beber.

Y les llevaron de beber y bebieron los dos mano a mano.

Y después levantóse la reina y, cogiendo de la mano a Bedr Básim, sentóse con él en sendos tronos y pidio de comer y comieron ambos y luego se lavaron las manos.

Trajeron después las doncellas de la reina altabaques con licores y frutas y dulces y flores, y estuvieron comiendo y bebiendo los dos hasta el anochecido, en tanto las cantoras les recreaban los oídos.

Y por espacio de cuarenta días siguieron haciendo esa vida placentera, sin pensar en más que en comer y beber y folgar, y, al cabo de este tiempo, díjole la reina a Bedr Básim:

–Dime, Bedr Básim: ¿qué lugar te agrada más, este mi alcázar o la tienda de tu tío, el verdulero?

A lo que el joven respondióle:

–¡Por Alá, mi reina, me gusta más tu palacio que la verdulería de mi tío, que es un *zâluk* que solo come vegetales y de refinamientos nada sabe!

Echóse a reír la reina al oir aquello y estrechó a Bedr Básim contra su pecho, y aquella noche, igual que la anterior, la pasaron ambos de un modo tan delicioso que no lo habría mejor.

Amaneció luego la mañana y Bedr Básim se despertó y abrió los ojos y esparció en torno suyo la mirada; pero no halló en el lecho a su amada y se dijo para su ánima: «¿Dónde andará y adonde se habrá ido la reina Lab?»

Vistióse luego el joven y se puso a buscar a la reina por todo el palacio; mas no logró encontrarla, por lo que se dijo al fin: «Puede que haya bajado al jardín.»

Y encaminóse luego allí y vio el joven un arroyuelo de corrientes aguas y a su orilla un ave blanca y un árbol cuyos frutos eran pájaros de colores varios, y quedóse el joven mirándolos sin que a él lo vieran los pájaros.

Y estando así el joven embobado he aquí que un pájaro negro descendió del arbol y se fue hacia el pájaro blanco y se puso a piar como pían los palomos encelados.

Y después el pájaro negro lanzose dobre el blanco y lo pisó tres veces seguidas, y entonces el pájaro blanco tomó forma de ser humano, y al mirarlo con atención el joven, pudo comprobar que aquella era la reina Lab y comprendió que el otro pájaro, el negro, era un hombre hechizado por ella y que para copular con él se transformara la reina en pájara.

Llenóse entonces el joven de celos y se enfureció con la reina, por traicionarle con el pájaro negro.

Y a impulsos del despecho tornóse el rey Bedr Básim a su cuarto y se acosto y se durmió y durmiendo una hora permaneció.

Tornó luego allá la reina Lab y lo despertó y empezó a besarlo y a cosquillearlo; pero el joven, enojado, no decía palabra ni le hacia el menor caso.

Conoció por ello la reina que el joven la sorprendiera cuando en ave se transformó y fuera testigo de sus amorosos escarceos con el pájaro negro.

Pero la reina Lab no dejó traslucir nada de lo que sentía ni le pregunto al joven qué era lo que le sucedía.

Folgaron los dos como si tal cosa, y, al terminar, luego de satisfecha su necesidad, díjole el joven a la reina Lab:

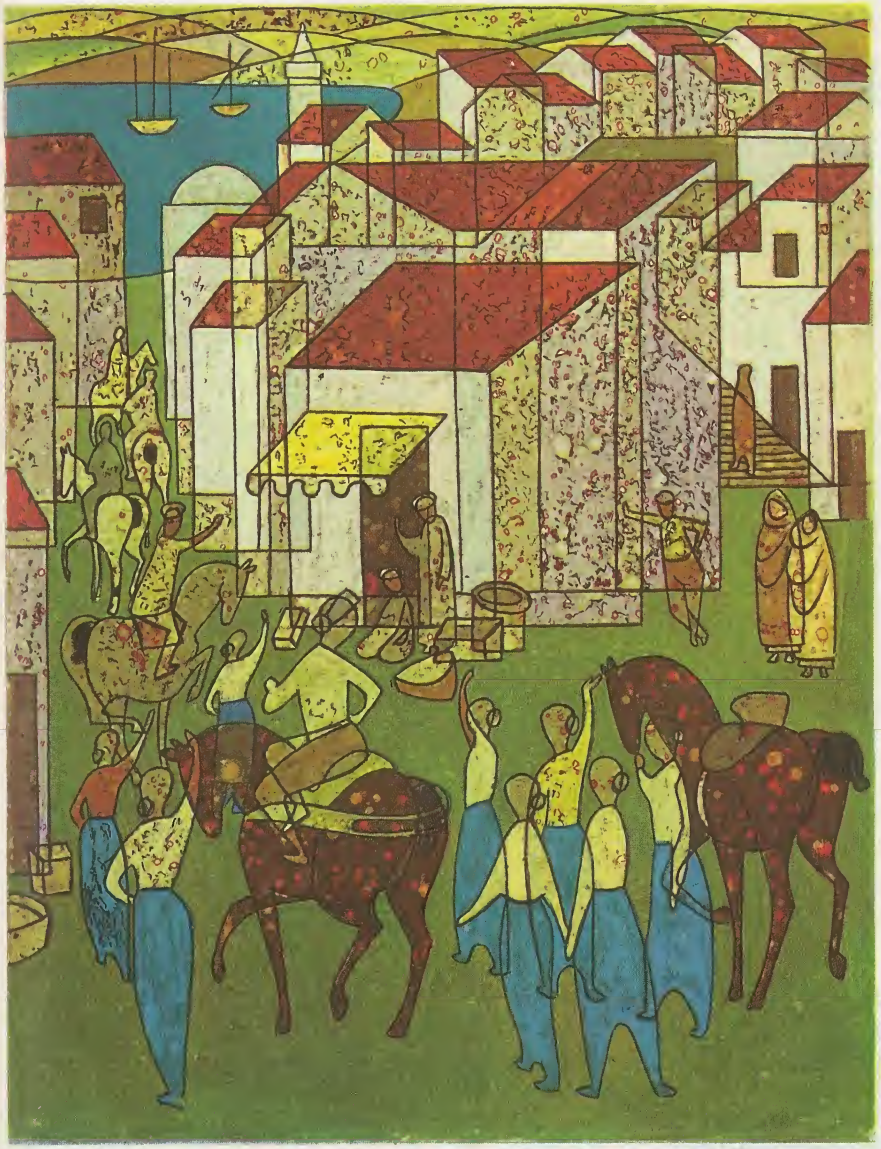
–Quisiera, reina mía, me dieses tu permiso para ir a la tienda de mi tío, pues hace ya cuarenta días que no lo veo y siento muchas ganas de verlo.

–Ve allá–díjole la reina–, pero no tardes mucho en regresar.

Montó luego el joven en su caballo y fuese a ver a su tío, el verdulero, y el anciano al verlo, diole la bienvenida y lo estrechó contra su pecho y lo abrazó y luego le pregunto:

–¿Qué tal te va con esa reina infiel?

–Pues muy bien, tío mío–respondióle



"Un día de los días, estando el joven sentado, como de costumbre a la puerta de la verdulería,"

el joven–; todo fue muy bien hasta anoche.

Contóle entonces el joven al viejo el episodio del jardín y lo del riachuelo y el árbol y el pájaro blanco y lo que este hiciera con el pájaro negro. Y después de oírlo, díjole el viejo de esta manera:

–Ten cuidado con la reina, pues has de saber que todos esos pájaros que viste en el árbol, semejando sus frutos, son otros tantos jóvenes, como tú forasteros, que a esta isla vinieron, y la reina Lab se enamoró de ellos y los hechizó en forma de pájaros, y así se quedaron. Y ese pájaro, el negro, que viste folgando con la reina, era uno de sus mamelucos, y ella lo amaba con locura, hasta que un día advirtió que posaba demasiado sus miradas en una de sus esclavas y, encendida en celos, embrujóle en forma de pájaro negro.

Sintió aquí Schahrasad venir la mañana y a sus descomedidas palabras puso tasa.

PERO LA NOCHE 419 SIGUIO DICIENDO LA MUCHACHA:

–Ha llegado a mis oídos, *¡ye* monarca, el afortunado!, que luego que Bedr Básim le hubo contado al viejo verdulero la escena del jardín y el episodio de la reina Lab folgando con el pájaro negro, díjole el anciano:

–Has de saber, hijo mío, que todos esos pájaros que viste en el árbol son otros tantos jóvenes forasteros que la reina tiene hechizados y ese pájaro, el negro, que viste con ella folgando, era uno de sus esclavos, al cual ella amaba con pasión, tanto que, a impulso de los celos, en pájaro lo convirtió.

Pero siempre que se le antoja estar con él cámbiase ella en pájaro para lograr su placer, que, a pesar de todo, le sigue queriendo con amor loco.

Y has de saber que, desde que barruntó que habías sorprendido su secreto, se llenó contra ti de despecho, aunque nada te dijo de ello, y no te perdonará nunca que llegases a averiguar su secreto.

Pero no te apures, hijo mío, que nada malo te pasará, siempre que vengas a aconsejarte conmigo y hagas lo que yo te digo.

Que yo soy musulmán y me llamo Abdu-l-Lah, y no hay nadie que a mí me gane en punto a saber mágico, sino que no me valgo de esas artes más que cuando es absolutamente necesario.

Más de una vez eché por tierra las brujerías de esa maldita y libré al pueblo de sus felonías, y no le tengo pizca de miedo, porque ningún mal me puede hacer; lejos de eso, es ella la que me teme a mí, lo mismo que todos en esa ciudad, que son también brujos redomados y adoran al fuego con menoscabo de Alá, el Señor verdadero.

Así que mañana, hijo mío pásate por aquí, que de fijo esta noche ideará la forma de perderte y yo te diré lo que, para frustrar sus planes, tienes que hacer.

Despidióse luego Bedr Básim del viejo verdulero y tornóse al palacio y encontró allí a la reina sentada, aguardándolo.

Luego que la reina le vio venir hacia ella levantóse y fue a recibirle y le saludó con mucho mimo y le hizo sentar a su lado y mandó a sus esclavas que les trajesen viandas y bebidas y ambos comieron y bebieron mano a mano, alegres y ufanos, hasta que la noche fue mediada.

Y entonces la reina Lab díjole a Bedr Básim:

–¡Por Alá sobre ti y en nombre de

la fe que profesas, te pido me contestes con toda sinceridad a lo que te voy a preguntar y no dejes mis palabras sin contestar!

A lo que respondió Bedr Básim, el cual estaba ya rendido a los efectos del vino:

–Pregunta lo que quieras, que a todo te contestaré, *ye* reina.

–¡*Ye* mi señor y dueño, *ye* luz de mis ojos!–díjole entonces ella–. Cuando te despertaste de tu sueño y me buscaste y no me hallaste y bajaste el jardín y viste allí a aquel pájaro, el negro, que se echó sobre mí, te quedarías perplejo.

Pero yo voy a explicarte la verdad de todo ello, y has de saber que ese pájaro negro era uno de mis mamelucos y yo le amaba con amor grande, más que a otro alguno.

Mas sucedió que un día hube de sorprenderlo haciéndole el amor a una esclava de mis esclavas, y me entró, al verlo, tal arrebato de celos, que en el acto lo hechice en forma de pájaro negro.

Cuanto a la esclava, no fui con ella tan clemente y mandé darle muerte.

Pero es el caso que, desde entonces hasta ahora, no he dejado de amarlo y ni una hora siquiera he conseguido olvidarlo, y siempre que el ansia me domina, voy y me hechizo a mi misma en forma de pájara y vuelo a buscarlo para que me posea y a él me entrego, según pudiste verlo.

Harto sé que tú has llevado eso muy a mal y por el fuego y la luz y la sombra y el ardor estival te juro que con tus celos se ha crecido el amor que te tengo y que, de hoy en adelante, no habrá en el mundo para mí nadie más que tú y en ti únicamente he de cifrar todo mi destino mortal.

A lo cual contestóle Bedr Básim–y dízque estaba el joven aturdido bajo los efectos del vino:

–Eso que dijiste de mi enojo y mis celos es cierto y no reconoce mi entado mas motivo que el que tú misma has dicho.

Al oírlo la reina estrechóle contra su pecho y le dio muchos besos y le fingio quererlo y se durmió a su lado y él también junto a ella se quedo adormilado.

Pero al mediar la noche levantóse la reina del lecho, y el rey Bedr Básim estaba despierto, aunque fingia estar durmiendo.

Y el rey Bedr Básim miró con el rabillo del ojo lo que la reina Lab hacía, y pudo ver cómo sacaba de un bolso bermejo una cosa del mismo color e iba a echarla al patio del alcázar.

Y en el acto surgió allí un río que corría como un mar, y luego la reina cogió en su mano un puñado de grano y lo arrojó a la tierra y lo regó con el agua de aquel río y en el acto granaron las espigas y tomólas la reina y procedió a molerlas, hasta reducirlas a harina. Cogió luego la reina aquella harina y la guardó, y en seguida tornó a su lecho y acostóse junto al joven, que fingía estar durmiendo.

Luego que amaneció la mañana lavóse Bedr Básim la cara y pidió a la reina permiso para ir a ver al *scheij* su tío. Dióselo ella y el joven fue a ver al anciano y le contó cuanto la noche anterior ocurriera y lo que le viera hacer a la reina.

Luego que el *scheij* lo oyó echóse a reir y exclamó:

–¡Por Alá, que esa infiel y bruja de reina trama algo contra ti! Pero no te preocupes, que nada ha de conseguir.

Y sacando como una libra de harina de centeno se la dio al joven, diciendo:

–Toma esto contigo y vuelve con la reina, y cuando ella te lo vea, te preguntará: «¿Qué es eso que ahí traes y qué piensas hacer con ello?»

A lo que tú le contestarás diciendo: «Más valen dos bienes que uno [13]. Come de esto.»

[13] *Redolet proverbium, Siyadet-l-jir jeirin.*

Y cuando ella saque su harina y te diga: «Anda y come». Harás tú como si comieras, pero Alá te libre de comer ni una pizca de aquella harina. Pues si eso hicieres y un adarme siquiera comieres, al punto quedarás en su poder y te hechizará, sin que nadie te pueda valer.

Despidióse luego el rey Bedr Básim del anciano y subió al palacio y pasó sin tardar a presencia de la reina Lab. La cual al verlo, lo saludó diciendo:

–¡Familia y comodidad y holgura!

Y llegándose a él lo besó y abrazó y le dijo con ternura:

–¡*Ye* mi señor! Cuánto tardaste y qué largo se me hizo el tiempo esperándote.

A lo que contestó el rey Bedr Básim:

–Estuve a ver a mi tío y por cierto que allí vi este grano molido. Y mi tío me lo dio a probar, que está muy rico.

–¡Bah!–exclamó la reina–. Mejor que ese es el mío.

Y sacando su harina echóla en un plato y dijo:

–Anda y pruébala, amor mío.

Fingió él que la comía, y ella entonces tomó en su mano una taza con agua y espurreó con ella al joven en la cara, diciendo al mismo tiempo estas palabras:

–Sal al punto de esa forma, sanguijuela viscosa, y entra en la de un mulo tuerto, de aspecto repulsivo y feo.

Pero su sortilegio no surtió el esperado efecto, y al ver la reina que el joven no se transformaba en lo que ella le mandara, fuese a el y lo besó entre sus dos ojos y le dijo con mucho mimo:

–No hagas caso, amor mío, que era una chanza que te gastaba.

–¡*Ye* dueña y señora mía!–díjole el joven–. No creas que jamás dudé de ti, pues sé que me amas de verdad. Pero prueba esta mi harina y verás que rica está.

Hízolo así la reina y comió de ella. Pero no bien hubo llegado al estómago cuando al punto se empezó a agitar y a contorsionar.

Y entonces el rey Bedr Básim cogió un poco de agua en la palma de su mano y roció con ella en la cara a la reina y le ordenó con imperiosa voz:

–Sal en seguida de esa humana forma y entra en la de una mula torda.

Y antes de que pudiera de ello darse cuenta hallóse la reina convertida en una mula y el rey Bedr Básim trato de ponerle las riendas; pero no pudo y la dejó y se fue a ver al *scheij* Abdu-l-Lah y de todo lo ocurrido lo informó.

Y el *scheij* Abdu-l-Lah díole al joven Bedr Básim una jáquima con bocado y riendas y mandóle que a la mula se la pusiera.

Tomó Bedr Básim la jáquima y volvióse al alcázar y la mula, al verlo, fuese a él y el joven le puso aquellos jaeces y luego montó en ella y se dirigió a la tienda del *scheij* Abdu-l-Lah.

Y el *scheij* Abdu-l-Lah, al ver cambiada en mula a la reina Lab, se levantó y la increpó diciendo:

–¡Que Alá te confunda, maldita!

Y encarándose con Bedr Básim, le dijo:

–Mira, hijo mío, ha llegado el momento de que dejes esta ciudad. Monta, pues, en esa mula y encamínate adonde quieras; pero guárdate mucho de confiarle a nadie las riendas.

Díole las gracias Bedr Básim al anciano y ambos se despidieron con grandes extremos de afecto, y el rey Bedr Básim fue cabalgando sin parar, por espacio de tres jornadas, hasta que llegó a las inmediaciones de otra ciudad y allí se encontró con un anciano de pelo cano, y el viejo le salió al paso y le dijo:

–¿De dónde vienes, hijo mío?

–Vengo–respondióle el joven–de la ciudad de los magos.

–Pues esta noche–díjole el anciano–serás mi huésped y dormirás bajo mi techado.

Acepto el joven el ofrecimiento y siguio caminando con el viejo, y he aqui que en el trayecto hubieron de toparse con una anciana, la cual, al ver la mula echose a llorar y exclamo:

–¡No hay más Dios que El Dio! Cualquiera diria que esta mula es la mula de mi hijo, la cual se nos murio con harto dolor de mi corazon. ¡Por Ala, señor, te agradecere que me la quieras vender!

–Si quieres que sea tuya–respondiole Bedr Bàsim–me has de dar por ella mil dinares.

Y en tanto asi decia pensaba Bedr Bàsim: «¿De donde va a sacar esta vieja los mil dinares?»

Pero la vieja sacose sin tardar de su faja mil dinares y, al ver aquello, dijole Bedr Bàsim:

–No hagas caso, madre, de lo que te dije, que era solo una broma, pues no estoy dispuesto a vender esta mula por ninguna suma.

Mirólo entonces el anciano y le dijo:

–Sabe, hijo mio, que en este pais no es costumbre mentir, y a todo aquel que miente, luego le dan muerte.

Apeose al oir aquello de su mula Bedr Bàsim...

Sorprendio aqui a Schahrasad la mañana y atajo el flujo de sus elocuentes palabras.

PERO LA NOCHE 420 SIGUIO DICIENDO LA MUCHACHA:

–Ha llegado a mi noticia, *¡ye* monarca, el afortunado!, que el rey Bedr Basim se apeo de su mula y se la entregó a la vieja, y esta, al hacerse cargo de ella, quitole el bocado y las riendas y tomó en su mano un poco de agua y la espurreo con ella la cara y le dijo:

–*¡Ye* hija mia, deja al punto esa forma y toma la que antes tenias de persona!

Y en el acto la mula dejo su forma bestial y tornó a ser natural, y ambas mujeres se besaron y abrazaron. Y entonces fue cuando el rey Bedr Bàsim supo que aquella vieja era la madre de la reina, que empleara para salvarla aquella treta.

Trató entonces el rey de huir de allí, pero la vieja lanzo un silbido y en el acto acudio un genio a ponerse a su servicio.

Monto en él la vieja, poniendo en la grupa a su hija y el rey Bedr Basim delante, y el *efrit* remontó el vuelo llevando a cuestas a los tres viajeros.

Y en menos de una hora los condujo al alcazar de la reina Lab, y esta, al llegar allí, sentose en el trono de su reino y encaróse con Bedr Basim, diciendo:

–¡Ea, sanguijuela viscosa, ya estas aqui de nuevo y vas a recibir el pago que te mereces por tu comportamiento! Ya verás lo que hago contigo y con el viejo verdulero, tu tio.

Y tomando un poco de agua rociole con ella a Bedr Bàsim la cara, diciendo:

–Sal de esa forma que ahora estas y entra en la de pajarraco feo, tan feo, que no haya entre los pájaros otro mas antipatico.

Y en el mismo instante quedo Bedr Bàsim convertido en un pajarraco feo, de lo mas feo que jamas se haya visto.

Pero una de las esclavas que presentes se hallaban, al ver al joven en aquel estado, apiadose de él y tomolo bajo su cuidado.

Y se encargo de echarle de comer y darle de beber, todo ello, como es natural, sin que la reina se llegara a enterar.

Y un día de los días, aprovechando un descuido de su ama, fue la esclava y salio del alcazar y se dirigio a la tienda del anciano Abdu-l-Lah y le informó de todo lo que pasara y el viejo diole las gracias y le dijo estas palabras:

–Voy ahora mismo a desposeer de su trono a esa reina infiel y a sentarte a ti en él.

Y lanzando un potente silbido hizo venir allí en el acto a un genio que tenía cuatro alas y le dijo:

–Coge a esta doncella y condúcela a la ciudad de Gulinar, la del mar.

Cargósela el *efrit* a cuestas y, en menos de una hora, llevóla al alcázar de la reina Gulinar, la del mar, y la dejo en su azotea; bajo de allí la doncella y pasó a ver a la reina y beso entre sus manos la tierra y luego le conto todo lo que a su hijo le ocurriera, desde el principio al fin, sin ningún pormenor omitir.

Y Gulinar se levanto y dio gracias a la mensajera y la colmó de finezas.

Mandó luego Gulinar repicar atabales por toda la ciudad, anunciando a los señores y emires de su reino la buena nueva del hallazgo del rey Bedr Básim, y después ella y Frascha, su madre, y su hermano Zálih reunieron a todas las kabilas de los genios, cuyos reyes, todos sin excepción, les obedecían a ellos, desde que al rey Samandal tomaron prisionero.

Y todas aquellas huestes geniales remontaron el vuelo por los aires. Y volando llegaron hasta la ciudad de los magos, donde aterrizaron.

Y asaltaron acto seguido el alcázar y lo saquearon y dieron muerte a cuantos en él encontraron.

Y Gulinar, angustiada, preguntole a la esclava:

–¿Dónde está mi hijo?

Y la esclava fue y cogió la jaula donde el rey Bedr Básim se hallaba y se la llevó a su madre y se la puso delante.

Sacolo en seguida de la jaula su madre y cogió un poco de agua y le espurreó con ella la cara y le dijo estas palabras:

–Deja luego esa forma y vuelve a tu primitivo ser de persona.

Y no acabara de pronunciar tales palabras cuando el pájaro se estiro y torno a ser persona humana.

Y al verlo su madre restituido a su primer estado, fuese a él y lo abrazo y lo beso y él también la abrazo y copioso llanto vertió.

Y lo mismo hicieron su tío Zálih y su abuela Frascha y las hijas de su tío, las cuales se adelantaron y las manos y los pies le besaron.

Mandó Gulinar luego por el *scheij* Abdu-l-Lah y le dio las gracias por cuanto había hecho en favor de su hijo y lo casó con aquella mocita que le enviara como mensajera y lo nombro además, rey de la ciudad.

Convocó luego la reina Gulinar a todos los vecinos de la ciudad que habían sobrevivido al último combate y eran musulmanes y les ordeno que prestasen juramento de fidelidad al nuevo rey y ellos respondieron:

–Oímos y obedecemos.

Y ya después de eso despidiéronse Gulinar y su gente del *scheij* Abdu-l-Lah y se volvieron a su corte, y el pueblo salió a recibirlos, batiendo tambores, y dizque engalanaron la ciudad y por espacio de tres días celebraron fiestas lucidas por la mucha alegría que la vuelta del rey Bedr Básim les producía. Y luego ya díjole el rey Bedr Básim a su madre Gulinar:

–Mira, madre mía: ya no falta mas sino que yo me case y vivamos todos juntos y en paz.

–Mucha razon tienes, hijo mío–respondióle la reina–, en eso que has dicho. Pero aguarda a que yo vea cuál entre las hijas de los reyes es la que se te merece.

Y su abuela Frascha y las hijas de sus tíos agregaron:

–Nosotras te ayudaremos a lograr tu deseo.

Y acto seguido levantáronse todos y echáronse a caminar por esas tierras en busca de una novia digna del rey Bedr Básim, y la propia Gulinar despacho a sus doncellas, montadas en hombros de sus *alifrites,* con la orden terminante de no dejar por escudriñar ni una sola ciudad ni un solo *harén* real, tomando nota de cuantas jovenes guapas pudieran encontrar.

Al ver el rey Bedr Básim todo aquel revuelo y azacaneo, díjole a su madre:

–No te tomes, madre mía, tantos calores, que la única que por esposa quiero yo es a la princesa Chauhra, hija del rey As-Samandal, y solo con ella me he de casar. Pues es, en verdad, una joya, como su nombre lo indica ya.

–Está bien, hijo mio–contestóle su madre Gulinar.

Y acto seguido mandó que le llevasen allí al rey Samandal, y, luego que lo tuvo en su presencia, hizo venir a su hijo Bedr Básim, y, al verlo el rey Samandal, luego se levantó y lo saludo y la bienvenida le dio, y el joven rey Bedr Básim pidióle al viejo rey Samandal la mano de su hija, la princesa Chauhra.

Y el rey Samandal le dijo:

–Tu esclava es y entre tus manos está.

Y a continuacion despacho el rey As-Samandal varios de sus cortesanos para que buscasen a su hija y se la llevasen al palacio.

Y aquellos *alifrites* remontaron el vuelo y desaparecieron y a poco volvieron trayendo con ellos a la princesa, que, al ver a su padre, fuese a él y le echó los brazos al cuello.

Y el rey Samandal miró a su hija y le dijo:

–Mira, hija mía: has de saber que te he dado por esposo a este magnánimo soberano, a este león bravo, que se llama Bedr Básim, que es el mejor de todos los hombres de su siglo y el más poderoso y sublimado de todos, en cuanto a posición, y el más noble, tocante a prosapia y linaje. Y es tal, en fin, que es el único digno de ti, como tú eres también la única mujer digna de él.

Y acto seguido vinieron el cadí y los testigos y procedieron a extender la partida de casamiento a Bedr Básim, el hijo de la reina Gulinar, con Chauhra, la hija del rey Samandal.

Engalanaron la ciudad y a los prisioneros pusieron en libertad y abrieron las cárceles y soltaron a los presos en celebracion del fausto suceso.

Pero al llegar aquí sintió Schahrasad venir la mañana y atajo el curso de sus elocuentes palabras.

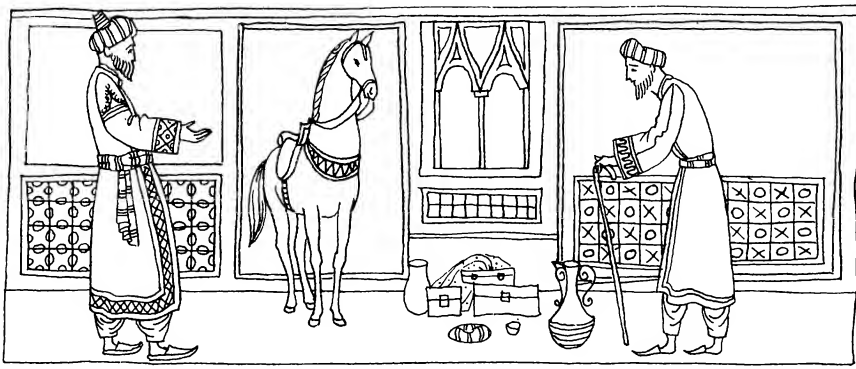
Y LA NOCHE 421 SIGUIO DICIENDO LA MUCHACHA:

Vistió el rey luego a las viudas y los huérfanos y gratificó con sendos trajes de honor a sus visires y emires y magnates del reino.

Y dispusieron también grandes festejos y convites espléndidos; y por espacio de diez días estuvieron, de la mañana a la tarde, entregados al regocijo y la alegría.

Nueve vestidos llevo la novia en su ajuar, y el rey Bedr Básim obsequio también con trajes de honor al rey Samandal y le devolvió su libertad y su reino y lo dejó tornar alla con sus deudos y familiares y sus vasallos leales.

Y aquí termina la historia. ¡Téngalos Alá a todos en su misericordia!



HISTORIA DEL REY MOHAMMED-BEN-SEBAIK

(Noches 421 y 422)

Es característico este que podríamos llamar exordio de la narración, encaminado a ponderar sus méritos y rodearla de una aureola que acrezca la expectación del auditorio; es una especie de pregón hiperbólico, muy dentro del gusto oriental. Con un prestigo análogo se nos presenta la versión persa de las Fábulas del indio Bidpai, precedida de un prólogo en que se nos refieren las astucias prolijas de que tuvo que valerse el traductor para llegar hasta ese tesoro literario, celosamente guardado en la Biblioteca del monarca indostánico.

–Ha llegado a mis oídos, ¡ye monarca, el afortunado!, que, en antiguos tiempos y siglos y años pretéritos, había un rey de los reyes del Achm que se llamaba Mohammed-ben-Sebaik y gobernaba el país de Jorasán [1].

Y todos los años el tal rey hacía algaras en tierra de infieles, por Al-Hind y As-Sind y Az-Zin y por los países de allende el mar y por otros más del Achm y fuera del Achm.

Y era Mohammed-ben-Sebaik un monarca justo y esforzado y generoso y rumboso, y gustaba de las tertulias doctas y los cuentos y las poesías y las historias y noticias y leyendas referentes a los antiguos pueblos.

Y todo aquel que guardaba en su memoria alguna historia rara y se la contaba con gracia recibía de él, en cambio, grandes honores y agasajos.

Y sucedió una vez que fue a verlo un hombre de edad avanzada para referirle una historia extraña, y se la contó, y el monarca quedó muy complacido y maravillado de su arte de narrador y le gratificó con regalos de gran valor, entre los que figuraban mil

[1] Una de las provincias de la antigua Persia (Irán), que comprendía las regiones Partia, Aria, Paropamis, Marchana y Bactriana (Golio, en sus notas a Alfragaum).

dinares de los de Jorasán y un caballo completamente enjaezado.

Corrióse la fama de la esplendidez del monarca por todos los países y tierras, y llegó a oídos de un hombre, al que llamaban el mercader Hasán, y que era hombre muy generoso y pródigo, y, además, muy docto y poeta muy meritorio.

También el rey, por su parte, tuvo noticia del mercader Hasán y, por mano de sus emisarios, lo mandó llamar.

Presentóse ante él el mercader y besó la tierra entre sus manos y al punto díjole el soberano:

–¡*Ye* mercader Hasán! El visir me ha censurado y reprochado, a causa del dinero que regalo a los poetas y a los narradores de historias y a los comensales que reúno en torno a mi mesa, y yo quería de ti me refirieses alguna historia, rara y peregrina, que yo no hubiese oído en mi vida.

Y si me agrada lo que me cuentes te gratificaré espléndidamente y te regalaré un país grande con sus castillos y alcarrias y heredades, y pondré además todo mi reino entre tus manos y te nombraré mi gran visir, encumbrándote por encima de todos los demás, y te sentarás a mi diestra y administrarás justicia entre mis vasallos, como si fueses el soberano.

Pero si no me agradare la historia que me traes, te quitaré todo cuanto tienes en tus manos, y, además de eso, te echaré de mi reino.

A lo que el mercader Hasán respondió:

–Oigo y obedezco, mi señor. Pero tu esclavo te pide que le des de plazo un año, que, cumplido que fuere, te contaré una historia tan singular que jamás habrás oído otra igual.

–Está bien, mercader Hasán–díjole el rey–; te concedo de plazo todo un año, y si pasado ese tiempo me vienes con lo que has dicho, te colmaré de mercedes y te cumpliré cuanto te he prometido; pero si no es así, nunca más querré saber de ti.

Besó el mercader Hasán la tierra entre las manos del soberano y se retiró, y, llegado que hubo a su domicilio, escogió cinco mamelucos de los suyos, los cuales sabían leer y escribir y eran todos ellos muy instruidos y discretos, y dioles mil dinares a cada uno de ellos y les dijo:

–Para un día como el de hoy os crié, así que ayudadme a complacer al soberano y salvadme de su mano.

Y los esclavos tomaron el dinero y le dijeron:

–¿Qué es lo que quieres que hagamos? ¡Ya sabes que nuestras almas daríamos en alfada por la tuya, nostramo!

–Quiero–les dijo el mercader Hasán a sus esclavos–que cada uno de vosotros se traslade a un país distinto y se ponga al habla con los hombres sabios y doctos y versados en letras y con los narradores de historias y cuentos raros y sabedores de curiosas tradiciones y haga por traerme aquí la historia singular de Seifu-l-Muluk y Bedîetu-ch-Chemal.

Y si dieseis con alguno que os la pudiese facilitar, le pagaréis por ella el precio que quiera, aunque a mil dinares ascienda, que, si no tuviereis en vuestro poder toda la cantidad, le daréis lo que tengáis con promesa formal de darle luego lo demás, y os venís acá con la historia sin tardar.

Y dizque a aquel de vosotros que esa historia me traiga le regalare un traje de gala, amén de otras cosas, y en lo sucesivo será mi favorito.

Después de lo cual díjole el mercader Hasán a uno de sus mamelucos:

–Tú recorrerás las tierras de Al-Hind y Az-Zin, con todas sus alcoras y dependencias.

Y encarándose luego con otro le dijo:

–Tú irás al país de los persianos y recorrerás todas sus regiones y climas.

Y a un tercero le dijo:

–Tú te encargarás de registrar todo el país de Jorasán.

Y a un cuarto mameluco le dijo:

–A ti te toca recorrer el Al-Magreb con todas sus provincias y regiones y tierras y dependencias.

Y al quinto de los mamelucos, le dijo:

–Tú te dirigirás a Scham y allí indagarás.

Eligió luego el mercader Hasán un día fausto para que emprendieran el viaje los esclavos, y les dijo:

–Emprended hoy el viaje y haced por servirme todo cuanto podáis y no escatiméis esfuerzo ni cejéis en la partida, aunque en ello os fuere la vida.

Despidiéronse luego los esclavos de su amo y cada uno de ellos dirigióse al país que aquel les había indicado.

Y cuatro de ellos estuvieron ausentes cuatro meses y buscaron y rebuscaron, pero nada encontraron, de suerte que cuando, al cabo de ese tiempo, regresaron los cuatro sin nada de provecho, al mercader Hasán encogiósele el pecho y afligiósele el corazón al oirles decir que habían recorrido ciudades y países y naciones, en busca de lo que su amo les encargara, sin haber hallado nada.

Cuanto al quinto mameluco dirigióse a tierras de Scham y entró en la ciudad de Dimechk, que halló ser una ciudad buena y agradable y en la que reinaba la seguridad. Y había allí abundancia de árboles frutales y de ríos y manantiales y aves que cantaban, entonando de Alá la loanza.

Permaneció el esclavo varios días en Dimechk preguntando a todo el mundo por lo que le encargara su amo, pero nadie acertaba a informarlo.

Por lo que el mameluco decidió levantar el campo y enderezar a otro sitio sus pasos.

Cuando he aquí que hubo de toparse en su camino con un chico que iba corriendo y tropezando y enredándose los pies en los picos de su manto.

Y al verlo el mameluco le dijo:

–¿Por qué vas corriendo de esa guisa y a qué viene esa prisa?

–Has de saber–respondióle el muchacho–que hay aquí un *scheij* muy sabio, el cual todos los días, a esta misma hora, se sienta un su sitial y se pone a narrar historias y tradiciones y leyendas maravillosas, como nunca se oyeran, y por eso voy allá corriendo para encontrar un sitio cerca de él, a fin de poderlo oír bien, y temo no hallarlo por la mucha gente que acude a escucharlo.

Al oír el mameluco aquello díjole al jovencito:

–¡Llévame allá contigo!

–Está bien–dijo el muchacho–; pero ¡aprieta el paso!

Cerró el mameluco la puerta de su casa y se fue con el joven y ambos corrieron sin parar, hasta llegar al sitio donde el *scheij* se sentaba a contar sus historias a la gente, embobada.

Y el mameluco pudo ver al *scheij*, que era un anciano de rostro simpático, y estaba sentado en un sillón, y ante su gran gentío iba devanando su narración.

Sentóse el mameluco cerca del anciano y aguzó el oído para no perder nada de su relato.

Hablando estuvo el *scheij* hasta que el sol se puso y entonces puso el fin a su narración y la concurrencia se dispersó.

Pero entonces llegóse a él el mameluco y le hizo un cumplido saludo, que el anciano le devolvió con otro no menos cumplido, dispensándole luego grandes atenciones y honores exquisitos. Después de lo cual el mameluco le dijo:

–En verdad, ¡*ye* mi señor el *scheij*!, que eres hombre fino y distinguido y tu cuento que oí no pudo ser más peregrino. Pero querría preguntarte una cosa, solicitando antes tu venia.

–Pregunta cuánto quieras–respondiole el *scheij* con deferencia.

Y el mameluco, al oírlo, le dijo:

–Quisiera me dijeras si sabes por casualidad la historia de Seifu-l-Muluk y Bedietu-ch-Chemal.

–Cierto que sí–respondióle el *scheij*–; pero dime: ¿quién te habló de ella a ti?

A lo que el mensajero le contestó, diciendo:

–Nadie me habló de ella; vengo de lejanas tierras en busca de esa historia y te daré por ella cuanto me pidieres, si me haces la caridad de contármela, que será como una limosna que me hagas, y dizque de tu generosidad depende mi vida, y aunque te la diera a cambio de esa historia, no me dolería perderla.

–Está bien–respondióle el anciano–. Refresca tus ojos y alegra tu corazón, que tendrás esa historia; mas haz cuenta que no es esta historia del número de esas que se pueden contar por los caminos ni yo se la doy al primer venido.

–Por Alá, mi señor–díjole el esclavo–, no me tengas en vilo y dime de una vez lo que por ella quieres.

–Si quieres que te cuente esa historia–contestóle el anciano–me has de dar por ella cien dinares [2] y además has de aceptar cinco condiciones.

–Convenido–dijo el esclavo–. Te daré cien dinares más diez de propina, y, desde luego, acepto esas cinco condiciones, sin discutirlas.

–Está bien–contestó el *scheij*–, pues ve y tráeme las monedas de oro y yo te daré la historia.

Besóle el mameluco las manos al *scheij* y corrió a su casa, muy ufano y orondo, y apartó cien y diez dinares y los guardó en un bolso.

Y no bien amaneció el día siguiente fue y se vistió y tomó la bolsa con las monedas y corrió en busca del juglar, al que encontró sentado a la puerta de su casa y lo saludó. Y el *scheij* a su saludo con el *selam* correspondió.

Diole el mameluco el dinero y el viejo lo tomó y se levantó y fuese a su casa en compañía del mameluco y lo hizo entrar en ella y lo invitó a sentarse y le ofreció tintero y caña y papel y le puso también delante un escrito para que lo copiase. Y le dijo el anciano al esclavo:

–Anda y ponte a copiar de este libro este escrito en el que se refiere esa historia de Seifu-l-Muluk que buscando vienes.

Aplicóse en el acto el mameluco a copiar el manuscrito y escribiendo estuvo sin parar hasta que lo terminó, y entonces llamó al *scheij* y se lo leyó, para estar seguro de no haber incurrido en ningún error.

Diole el *scheij* su aprobación y luego le dijo:

–Has de saber, hijo mío, que las cinco condiciones de que te hablé son las siguientes: No has de enseñar esta historia ni a los caminantes, ni a las mocitas, ni a los esclavos, ni a los necios y sandios, ni a los muchachos, sino únicamente a los emires y a los reyes y a los visires y a los varones doctos, del número de los viajeros o de los otros.

Aceptó el mameluco aquellas condiciones y besó las manos del anciano y luego se despidió de él y se retiró.

Sorprendió aquí a Schahrasad la mañana y puso dique a sus desbordadas palabras.

[2] Von Hammer hace notar que este era el precio que en su tiempo se pagaba en Egipto por un manuscrito de *Las mil y una noches*.

PERO LA NOCHE 422 SIGUIO DICIENDO LA MUCHACHA:

–He llegado a saber, *¡ye* monarca, el afortunado!, que el mameluco de Hasán aceptó las condiciones que le impuso el anciano y se despidió de él, besándole las manos, y emprendió su viaje de regreso, con gran prisa, de puro alegre y contento, y fue caminando con toda diligencia hasta que llegó a la raya de su país y desde allí despachó a su criado para que le llevase la buena nueva a su amo y le dijera: «Tu mameluco está ya de vuelta con toda seguridad, habiendo logrado lo que le habías encargado.»

Y dízque, a todo esto, solo quedaban diez días de plazo que el rey señalara a Hasán, el mercader, para que compareciese en su palacio.

Pasó luego el mameluco en persona a ver al mercader y le refirió todo cuanto le ocurriera y entrególe el libro que contenía la historia de Seifu-l-Muluk y Bedíetu-ch-Chemal, y Hasán, el mercader, holgóse grandemente al verlo y gratificó al esclavo con todos los trajes de honor que poseía y diole además diez caballos de buena casta e igual número de camellos y mulas y tres esclavos de los negros y dos de los blancos.

Tomó luego Hasán el libro y copió la historia de su puño y letra, y después compareció ante el rey, y le dijo:

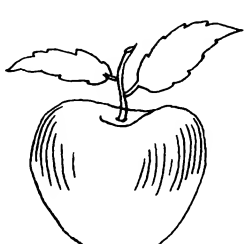
–*¡Ye* rey, el glorioso! Aquí te traigo una historia de noche y una narración amena y tan singular que jamás habrás oído otra igual.

Luego que esas palabras de Hasán llegaron a oídos del monarca, mandó este venir en seguida a todos sus emires, que eran todos ellos hombres de talento y cultos letrados y gente de erudición y saber y poetas e ingenios de gran valer.

Y Hasán se sentó y leyó la historia ante el rey, el cual se maravilló y le aplaudió, lo mismo que todos los presentes, y con esplendidez vertieron una lluvia de oro y plata y pedrería sobre el mercader.

Y el rey, además, obsequióle con un valioso traje de lo mejor que había en su guardarropa y le regaló asimismo una ciudad con sus castillos y sus dependencias y nombrólo uno de sus visires principales y lo sentó a su diestra. Y mandó a sus escribas que escribiesen aquella historia en letras de oro y la archivasen en su tesoro. Y siempre que el rey sentía encogido su pecho llamaba a Hasán, para que le leyese aquella historia.

Y el texto de esa historia de Seifu-l-Muluk decía a este tenor:





HISTORIA DEL PRINCIPE SEIFU-L-MULUK Y BEDÎETU-CH-CHEMAL

(Noches 422 a 437)

Empieza aquí la verdadera historia de Seifu-l-Muluk (Espada de los reyes), *que viene a ser otro caso de enamoramiento a distancia, como el del rey Bedr Básim, esta vez no por referencias o pintura oral, sino por la imagen gráfica (el retrato). El nudo del argumento lo constituyen las peripecias y aventuras que el joven príncipe ha de correr hasta unirse con la princesa Bedîetu-ch-Chemal* (Portento de la belleza) *de casta de genios, la imagen viva de aquella pintura y que viene a ser una repetición con variantes de las que el rey Bedr Básim arrostra en la historia anterior hasta llegar a su adorada, la princesa marina Chauhra, también, como aquella, de raza genial. En ese romántico empeño de caballero andante secunda al príncipe su visir Sâid, amigo suyo y cuasi hermano, secundado a su vez por la joven princesa Daula Jatún, también hermana de leche de la princesa Bedîetu-ch-Chemal, lo que establece cierto paralelismo en la acción.*

Por el comienzo de la historia, relaciónase esta con la leyenda talmúdica de Salomón, el hijo de David (sea sobre ambos la paz) merced a cuyo poder mirífico engendran el rey Azin-ben-Zafuán y su viejo visir Faris, ambos más que centenarios, sendos hijos varones. Actúa aquí en medio biogenético la carne de serpiente, que, por indicación de Salomón, dan ambos respetables ancianos a comer a sus respectivas esposas, lo que nos pone otra vez en contacto (recuérdese la historia de Hásib Kerimu-d-Din), con el mito de la virtud curativa y genética del ofidio, que alude acaso a antiguos ritos totémicos. La historia, en resumen, refleja una convergencia de elementos arios y semíticos y tiene un doble carácter de libro de caballería y de leyenda talmúdica.

Son de notar las inferencias parsis que se advierten en el nombre del visir Faris (el persiano) y en la atribución del culto al Fuego (Agni) a esos egipcios de los tiempos salomónicos. El espíritu de sincretismo que predomina en esta historia hace que el tal visir Faris (el persiano) lleve el cognomen de Zalih (el Justo), perfectamente semítico.

–Había en remotos tiempos, y en épocas y siglos pretéritos en el país de Mizr, un rey llamado Azim-ben-Zafuán, el cual era un sultán generoso y espléndido que a todos inspiraba respeto y era señor de tierras y castillos y albacoras y de milicias y tropas.

Y tenía el rey un visir llamado Farisben-Zalih, el cual adoraba al fuego, como todos los de aquella nación, con menoscabo del rey, el ilustre, el glorioso y el sabio [1].

Y aquel monarca, con el correr del tiempo, llegó a ser un anciano decrépito, quebrantado por la edad y por la enfermedad, pues dizque viviera ciento ochenta años sin que lograra en toda su vida tener sucesión, ni de hembra ni de varón, por lo que días y noches pasaba poseído de gran tristeza y dolor.

Hasta que al fin el rey Azim sumióse en un mar de pensamientos y bajose de su trono y se sentó en el suelo y empezó a llorar y se encerró en absoluto silencio y palabra no proferia, y ni siquiera abría su boca ni su cabeza erguía.

Y no cesaba de llorar y lanzar gritos de pesar y gemir y suspirar.

Y su visir Faris se le acercó y le dijo:

–¡*Ye* rey del tiempo y del siglo!: Dime quién te faltó de los reyes o castellanos o emires o grandes y quién te menoscabó, ¡*ye* mi señor!, que en seguida iré yo con él y el alma de sus dos costados le arrancaré.

Pero el monarca ni siquiera profirió una palabra ni alzó su cabeza, y entonces el visir besó por segunda vez la tierra entre sus manos y le dijo:

–¡*Ye* Javand! [2] Yo soy como tu hijo y tu esclavo y he sido quien te ha criado. y, sin embargo, no atino con la causa de tu pesar y tu preocupación, y eso que ¿quién podría mejor que yo averiguarlo, que siempre estoy sirviendote entre tus manos? Dime, pues, señor: ¿por qué lloras y cuál es el motivo de tu aflicción?

Pero el rey siguió callado y cabizbajo, y no paraba de llorar y lamentarse y gritar recio, clamando: «¡Guay de mi!», con tono lastimero.

Aguantó aquello el visir con paciencia una hora de tiempo y luego le dijo:

–¡*Ye* rey del siglo! Como no me digas la causa de tu dolor haz cuenta que ahora mismo saco mi espada y me la hundo en el corazón y me mato aquí mismo delante de ti, que no puedo, en verdad, verte sufrir.

Levanto entonces su frente el rey Azim y se enjugo sus lágrimas y exclamó:

–¡*Ye* visir, el bien aconsejado y experimentado! Déjame con mi pena y mi llanto, que ya harto tormento tengo con lo que en mi corazon guardo.

Y el visir Faris le respondio a su soberano:

–Explícame, señor, la causa de tu duelo, que acaso Alá haya puesto en mi mano tu remedio y te dé la alegría después de tanta melancolía.

Pero al llegar aquí sintió Schahrasad venir la aurora y corto el hilo de sus palabras encantadoras.

[1] Alá.

[2] Señor, maestro. Voz persa.

Y LA NOCHE 423 PROSIGUIO SU RELATO EN ESTA FORMA:

–Ha llegado a mis oídos, ¡*ye* monarca, el afortunado!, que el visir díjole al rey Azim:

–Cuéntame la causa de tu llanto, que puede que Alá haya puesto el remedio en mi mano.

Oído lo cual díjole el soberano:

–No pienses, ¡*ye* visir!, que lloro por mi hacienda o mis caballos o por alguna otra cosa parecida, sino tan solo porque he llegado a una edad provecta, que anda ya por los ciento ochenta, y no logré tener ningún hijo, ni varón ni hembra, y, cuando muera y me entierren, se borrará mi nombre de la memoria de las gentes y vendrán extraños a sentarse en mi trono y adueñarse de mi reino y ya nunca más nadie me recordará.

–¡*Ye* rey de los tiempos–díjole el visir–. Más viejo que tú soy yo, que te llevo cien años, y tampoco he logrado tener ningún hijo, y también me paso por ello los días y las noches llorando y gimiendo.

Y el rey Azim díjole al visir Faris:

–¿Y no se te ocurre, visir, nada conducente a poner remedio a este mal que padecemos?

Y el visir le dijo al rey:

–No sé, a la verdad, qué podemos hacer ni yo ni tú; pero ha llegado hasta mí la fama de un rey que reina en tierras de Sabá y se llama Soleimán-ben-Daud (sobre ambos la paz), el cual sirve a un Señor grande y poderoso sobre toda cosa y manda en hombres y genios y aves y fieras y sobre los vientos. Y sería conveniente que a él te dirigieses llevando regalos y presentes y le pidieses rogase a su Señor nos concediese a ambos la gracia de tener un hijo varón. Y si su fe es verdadera y su Señor omnipotente, según cuentan, de fijo que nos bendecirá con un hijo varón o hembra, y nosotros luego abrazaríamos su credo y adoraríamos a su Señor. Y en caso contrario, tendremos paciencia y buscaremos por otro lado el remedio.

Luego que eso oyo el rey, exclamo:

–Diste en el clavo y con esas palabras ya mi pecho has dilatado. Pero ¿dónde hallaremos un embajador adecuado para este grave caso? Porque ese rey Soleimán no es ningún reyezuelo ni el acercarse a él cosa de juego. Y en verdad que para un asunto de tanta monta como esta no he de enviar a nadie sino a ti, porque eres ya anciano y en toda clase de asuntos versado, y estás conmigo en todo identificado; así que es mi deseo que te encargues tú de esa embajada y te encamines a ver a ese gran monarca y eches sobre ti esta carga, que acaso por tu mano nos venga el remedio que alegre nuestros ánimos.

A lo que el visir respondio:

–Oigo y obedezco, señor. Pero álzate tú luego de ahí y siéntate en el trono, para que puedan pasar a tu presencia tus emires y grandes magnates y tus capitanes a recibir tus ordenes, según su costumbre, que todos ellos se retiraron de palacio muy contristados por tu caso. Y luego iré yo y me pondré en camino y trataré de llegar hasta el rey Soleimán, hijo de Daud (sobre ambos la paz).

Levantóse entonces el rey del suelo y se sentó en su trono, en tanto el visir salía y al chambelán le decía:

–Diles a todos que vengan a cumplir el servicio del rey como de costumbre.

Y acudieron luego las tropas y los

capitanes y los emires y los visires, y los esclavos sirvieron las mesas y comieron todos y bebieron y después se retiraron para atender al desempeño de sus respectivos cargos.

Y el visir Faris retirose de la cámara regia y fuese a su casa y procedió a hacer los preparativos para su viaje, y después volvió junto al rey, el cual abrióle sus alacenas y lo proveyo de raras preseas y alhajas de precio y ricas telas y vestiduras tales que ningún emir ni visir las poseyó nunca iguales.

Y el rey Azim encargóle a su visir que se acercase a Soleimán con reverencia y lo saludase el primero y le hablase sin pecar de parlero.

–Y después–añadió el rey–le dirás que tienes que pedirle una cosa, y si te dice «Concedida», te vuelves acá luego, que yo te estaré aguardando con impaciencia y contando los días de tu ausencia.

Besó el visir las manos del monarca y tomó los regalos y presentes y emprendió la marcha rumbo al país de Sabá y fue cabalgando noche y día sin parar, hasta que llegó a unas quince jornadas de distancia de la ciudad.

Y esto es, por ahora, cuanto hay que decir referente a la historia del visir.

Cuanto a Soleimán-ben-Daud (sea sobre ambos la paz), Alá (loado sea y glorificado) hízole una revelación y le dijo:

–¡*Ye* Soleimán! El rey de Mizr te va a enviar a su gran visir con presentes y obsequios, consistentes en esto y esto. Pero envíale tú a tu visir Azef-Ibn-Berajiyah para que salga a su encuentro y lo reciba con los honores debidos a su categoría, y le diga: «En verdad tu rey te envía con esta embajada y de esto y estotro se trata». Y después le propondrás que abrace nuestra fe.

Mandó el rey Soleimán a su visir Azef-Ibn-Berajiyah que se dispusiese a partir y aquel hízolo así, luego de preparar todo lo necesario para su viaje, y cabalgó hasta llegar a presencia de Faris, el gran visir del soberano de Mizr.

Saludó Azef a Faris con el *selam* y colmólo de agasajos y honores, tanto al visir como a los que con el venían, y les ofreció víveres para ellos y piensos para las bestias que traían, y les dio la bienvenida y les dijo:

–Holgura y comodidad para los huéspedes que nos vienen a honrar. ¡Holgaos desde ahora por el logro ciertos de vuestros deseos! ¡Refrescad vuestros ojos y dilatad vuestros pechos!

Con lo que ellos holgáronse mucho al ver satisfecha su necesidad y sus almas se serenaron y sus ojos refrescaron y sus pechos dilataron.

Y el visir Faris preguntose para sus adentros: «¿Quien les habrá avisado de nuestra llegada?»

Y acto seguido preguntóle a Berajiyah en voz alta:

–¿Quién os advirtió de nuestro arribo, ¡*ye* mi señor?

A lo que Azef-Ibn-Berajiyah le respondió:

–Soleimán, el hijo de Daud (sea sobre ambos la paz) fue quien nos previno que estabais al llegar.

Pero Faris tornó a preguntar:

–Y a nuestro señor Soleiman ¿quién se lo reveló?

Y Azef le respondió:

–Pues el Señor de los cielos y tierra, el Dios de todas las criaturas que alientan.

Y el visir Faris, al oír aquello, exclamó:

–¡No hay duda que ese Dios es un Dios poderoso!

–Y siendo así–preguntóle Azef–, ¿por qué no lo adoráis vosotros?

Y el visir Faris le respondió:

–Nosotros adoramos al Sol y ante él nos postramos.

–¡*Ye* visir Faris!–díjole Azef–. El sol no es sino uno de los astros que Alá creó y (loado sea y glorificado) prohibió adorarlo como Señor.

Porque ese sol unas veces sale y otras se pone, mientras que nuestro Señor está siempre presente y nunca ausente y sobre todas las cosas es omnipotente.

Pusiéronse luego todos en camino y fueron cabalgando hasta llegar al lugar donde estaba sentado en su trono el rey Soleimán, hijo de Daud (sobre ambos la paz).

Y Soleimán, hijo de Daud (sobre ambos la paz) mandó a sus huestes de hombres y *alifrites* y demás que formasen y se alineasen en acefas a ambos lados del camino. Y los monstruos marinos y los elefantes y los leopardos y los linces y las animalias todas de la tierra formaron y se alinearon a ambos lados del camino, según sus diversas especies, y otro tanto hicieron los *alifrites,* mostrándose a los ojos de los mortales sin disfraces, en sus formas informes y espantables.

Y las aves abrieron sus alas y las desplegaron por encima de aquellas tropas de criaturas para darles sombra y cada una de ellas gorjeaba en su tono y su lengua.

Luego que los de Mizr los vieron acercarse, sintieron temor y no se atrevieron a seguir adelante; pero Azef-Ibn-Berajiyah les dijo:

–No temáis nada y seguid adelante que esos que veis venir son los vasallos del rey Soleimán, el hijo de Daud (sobre ambos la paz) y no os han de hacer ningún mal.

Adelantose luego Azef hacia ellos y los mizries lo siguieron, y entre los que acompañaban a Faris figuraban todos los visires del rey de Mizr, los cuales sentían temor, pese a lo que acababan de oir.

Fueron todos caminando sin parar hasta llegar a la ciudad, y llegado que hubieron, los alojaron en el palacio a los huéspedes destinado y los colmaron de honras y agasajos, y durante tres días les dispensaron tan espléndida adiafa que no pudieran desear más nada.

Pasaron despues a presencia del rey Soleimán, el profeta de Alá (sea sobre él la paz).

Y al verse ante el monarca hicieron ademán de besar la tierra entre sus manos; pero impidióselo el soberano, diciendo:

–No esta bien que mortal alguno bese la tierra y se prosterne sino ante Alá el creador de la tierra y los cielos y todo lo demás. Y quien de vosotros quiera tenerse en pie, lo puede hacer; pero no en señal de adoración, que no lo habría de tolerar yo.

Limitáronse, pues, todos a hacerle al rey una reverencia y luego Faris, el visir, y varios de sus servidores se sentaron, permaneciendo en pie, para servirlo, algunos de sus criados de menos categoría y grado.

Luego que el visir y sus servidores se hubieron sentado, ofreciéronles de comer y comieron todos a su placer, hasta más no poder.

Y después Soleimán preguntóle a Faris, el visir, qué era lo que deseaban de él, para poderlos complacer.

–Habla con franqueza–le dijo Soleimán–y nada temas, que tú has venido aquí en busca de una cosa que yo se y te la voy a decir, pues se trata simplemente de que el rey de Mizr, tu soberano, que se llama Azim-ben-Zafuán, ha alcanzado ya una edad provecta y débil y decrépita, sin que Alá lo haya gratificado en su larga vida con hijo ni con hija, y por lo que se pasa las noches y los días presa de gran aflicción y pesar y melancolía.

Y sucedió que un día de los días estando él sentado en el trono de su reino, llegaron los emires y los visires y los magnates del gobierno, y advirtió el monarca que algunos de ellos llevaban consigo un hijo y los había que llevaban no uno, sino dos y hasta tres, y al ver aquello el rey se entristeció

más todavía y se dijo para sus adentros, poseído de hondo pesar: «¿Quién se sentará en mi trono después de mi muerte? Probablemente algún extraño se alzará con mi reino y será lo mismo que si yo nunca hubiera existido...»

Pero al llegar aquí sintió Schahrasad venir la mañana y a sus palabras puso tasa.

Y LA NOCHE 424 SIGUIO DICIENDO LA MUCHACHA:

–Tengo entendido, *¡ye* monarca, el afortunado!, que el rey Soleimán, el hijo de Daud (sobre ambos la paz), contóle al visir Faris todo lo referente al pesar que su rey sentía por no tener hijo ni hija y todo cuanto ocurriera entre el rey de Mizr y su visir, con todos sus pormenores, desde el principio al fin. Y, al terminar, le pregunto:

–¿Es verdad o no, *¡ye* visir!, lo que te acabo de decir?

–*¡Ye* profeta de Alá–exclamó Faris, el visir–, todo cuanto dijiste es verídico y cierto! Y no obstante, *¡ye* profeta de Alá!, cuando el rey de Mizr y yo hablábamos no había nadie delante que pudiera venirte con el cuento. ¿Quién, pues, pudo informarte de todo eso?

–Me informó–respondióle Soleimán–mi Señor, al que no pasa inadvertida la mirada furtiva y sabe lo que ocultan los hombres en el fondo de sus corazones.

Al oír aquello exclamo el visir:

–*¡Ye* profeta de Alá! Ese tu señor es el Señor grande y generoso y sobre toda cosa poderoso.

Y acto seguido el visir se convirtió al islamismo y también todos los que con él habían venido.

Pero el profeta de Alá, nuestro señor Soleimán, díjole a Faris, el visir del rey de Mizr:

–Voy a decirte ahora los presentes y regalos que me traes. ¿A que son estos y estotros?

–Cierto que sí–respondió el visir, lleno de asombro.

–Pues bien–dijo Soleimán–: yo te los acepto, pero te los regalo de nuevo. Y ahora podéis retiraos a descansar en el lugar que os han destinado. Y mañana, *in scha-l-Lah,* veréis cumplidos vuestros deseos, si así lo quiere Alá, el omnipotente, Señor de cielos y tierra y de la luz que sigue a las tinieblas y Creador de todas las criaturas que el Universo pueblan.

Retiráronse, pues, de allí Faris, el visir, y su séquito y fueronse a descansar a sus aposentos.

Y al siguiente día torno el visir Faris a ver a Soleimán y el profeta de Alá le dijo así:

–Cuando tornes al lado de Azimben-Zafuán, tu soberano, y te reúnas con él, subíos los dos al árbol fulano y estaos allí callados y, luego que llegue el momento entre las dos zalás y se entibie el ardor de la siesta, os bajaréis del árbol y miraréis con cuidado a la raíz y veréis salir de allí a dos culebras, una de las cuales tendrá una cabeza tamaña como la de un mico, mientras la de la otra será cual la de un genio precito. Y no bien hayáis visto a ambas serpientes luego las asaetearéis y a flechazos las mataréis y después les quitaréis como un palmo de la cabeza y otro palmo de la cola, quedándoos con la carne sola. Y cogeréis la carne y la coceréis y se la daréis a comer a vuestras mujeres y aquella noche con ellas dormiréis. Y con la venia de Alá (loado sea por toda una eternidad), concebirán vues-

tras esposas y, llegado su tiempo, os harán a cada uno de los dos padre de un hijo varón.

Fue luego Soleimán (sea sobre él la paz) y sacó un anillo de sello y una espada y un alcatraz en el que había dos *alkabás* [3] guarnecidos de perlas, y dirigiéndose a Faris, el visir, le dijo así:

–¡*Ye* visir Faris, luego que vuestros sendos hijos hayan crecido y sean ya unos hombrecitos le dareis a cada uno de ellos uno de estos dos *alkabás!* Y ahora, en el nombre de Alá, ya esta satisfecha tu necesidad y no tienes más que hacer sino volverte a tu país, con toda tranquilidad y con la bendicion de Alá.

Adelantóse entonces Faris, el visir, hacia el rey Soleimán, el hijo de Daud (sea sobre ambos la paz) y despidióse de él, y, después de besarle las manos, retirose de la presencia del soberano y acto seguido pusose en camino, muy contento y ufano del éxito que había logrado.

Camino el resto de aquel día y siguió después apretando el paso, por espacio de noches y días, y no paró de caminar hasta llegar a las cercanías de su ciudad, y entonces despachó a algunos de sus servidores para que avisasen al rey Azim de que había regresado con felicidad.

Luego que el rey Azim supo que era tornado su visir y había logrado por completo el objeto propuesto, tanto él como sus familiares alegráronse de ello con júbilo grande. Y también se holgaron muchísimo sus visires y sus emires y los grandes del reino y sus milicias y sus ejércitos.

Salió el rey con toda su gente a recibir a Faris, su gran visir, y luego que unos y otros se avistaron, apeose el visir Faris de su caballo y beso la tierra entre las manos del soberano y le anunció la fausta nueva de haber salido con bien de su empresa y lo invito a abrazar como él, la fe del Islam.

Y el rey accedio en el acto, y desde aquel punto y hora se hizo mahometano.

Díjole luego el rey Azim a su gran visir:

–Vete ahora a tu casa y descansa esta noche y toda una semana, y después pasa al *hammam* y luego ven a verme a mí, para que pueda yo decirte lo que hemos de deliberar.

Besó el visir Faris la tierra entre las manos del rey Azim y luego, seguido de todo su cortejo y pajes y eunucos, trasladóse a su casa, donde estuvo descansando una semana. Y después compareció ante el rey y le contó al pormenor todo lo sucedido entre Soleimán y el, y, al terminar el visir, díjole al rey:

–Levántate ahora y ven conmigo a solas.

Y el rey y el visir armáronse de arco y flecha y salieron al campo y luego que vieron el árbol que Soleimán les había indicado subiéronse a él y allí se estuvieron callados, hasta que el momento de la siesta fue pasado y se aproximó el del ocaso.

Bajáronse entonces del árbol y miraron a su alrededor y vieron dos sierpes, que salían de allí abajo, y el rey se quedó maravillado al ver con asombro que llevaban collares de oro.

–En verdad–le dijo su visir–que Alá las creó a las dos para que rindieran utilidad. Dispara tú tu flecha sobre la una de ellas y yo dispararé sobre su compañera.

Dispararon ambos a un tiempo sobre las serpientes y les dieron muerte.

Quitáronles después un palmo de la cabeza y otro palmo de la cola y arrojaron los despojos y se tornaron con lo

[3] El «Kaká», era una especie de caftán, que se llevaba sobre la chupa o alchuba y se abrochaba por delante. Parece que este traje dejó de usarse entre los árabes hace siglos, aunque estaba en boga en los primeros tiempos. Dozy, *Dictionnaire des noms de vétements chez les arabes.*

demás al palacio del rey y le mandaron al cocinero que se lo guisara, diciendo:

–Adereza bien esta carne y condiméntala con especias que la hagan agradable, y sírvela después en dos platos aparte. Y nos los traes aquí al momento, que no queremos perder tiempo.

Tomó la carne el cocinero y se fue a la cocina y la frió en seguida y luego la puso en dos platos distintos, según le habían indicado, y se los llevó al rey y al visir, y los dejó entre sus manos.

Cogió el rey uno de los platos y el visir tomó el otro y ambos pasaron a ver a sus sendas mujeres y se los dieron a comer, y, luego que eso hicieron, se acostaron con ellas y pasaron juntos toda la noche aquella.

Y por voluntad de Alá (loado sea y glorificado) y por su poder y designio soberanos aquella misma noche concibieron las dos mujeres, que nada sabían, y quedaron encinta de sus sendos maridos.

Pasaron luego tres meses y el rey estaba preocupado e inquieto y pensaba para sus adentros: «Veremos si lo que dijo Soleimán resulta cierto.»

Y sucedió que un día de los días estando la reina sentada en su cámara, sintió agitarse el germen que llevaba en su vientre y de ello infirió que estaba embarazada, y sintió dolores y mudo su rostro de color, y llamó a uno de los eunucos que la servían, que era el mayor de todos y le dijo:

–Ve en seguida a buscar al rey, y dondequiera que lo hallares, le dices: «¡*Ye* rey de los tiempos! Tengo la alegría de anunciarte que nuestra señora está encinta de ti y ha sentido moverse el embrión en su vientre.

Fue allá en seguida su eunuco muy ufano, y al ver al soberano, que estaba solo en su cámara, con la mejilla en la palma de la mano, y pensativo y ensimismado, llegóse a él y besó la tierra entre sus manos y le anunció la fausta nueva del embarazo de la reina.

No bien oyó el rey tales palabras luego saltó de su asiento sobre sus pies, y de puro contento que se puso besóle la mano y la frente al eunuco y quitóse sus vestidos, y todo cuanto encima tenía, y se los dio como albricias.

Y no contento con eso encaróse con todos los presentes diciendo:

–Quienquiera que a mí me tenga amor le gratificará a este buen servidor.

Y todos le dieron al eunuco monedas y alhajas y caballos y mulas y predios y almunias [4] en tal cantidad, que no se habrían podido contar.

Y en aquel mismo instante llegó el visir Faris, clamando:

–¡*Ye* monarca del tiempo! Estaba yo hace un momento sentado a solas en mi cuarto, cuando llegó un eunuco y me anunció que mi esposa, Jatún, estaba embarazada y había sentido el embrión moverse en sus entrañas, y mudara de color su cara. Y yo me puse tan alegre y contento que me quité cuanto llevaba encima y se lo di todo en albricias y, demás de eso, le di mil dinares y lo nombré arráez de los eunucos del *harén*.

Oído que hubo aquello díjole el rey Azim a su visir Faris:

–¡*Ye* visir ilustre! En verdad que Alá (bendito y loado sea por toda una eternidad) nos ha otorgado sus gracias, mercedes y bondades y generosidades y nos ha concedido el don de fe firme y estable y nos ha honrado con su largueza y su gentileza y nos ha sacado a la luz de entre las tinieblas. Por todo lo cual es mi deseo que participe de mi alegría todo mi pueblo y a ese fin quiero que se celebren festejos.

A lo que el visir respondióle al rey Azim:

–Haz lo que quieras, ¡*ye* rey de los tiempos!

[4] Huerto, granja. (La misma voz árabe.)

Y el rey le dijo al visir:

–¡*Ye* el mi visir! Ve en seguida y da suelta a todos los presos, asi por crímenes como por deudas, y diles que, al que luego de eso reincidiere, lo castigaré incluso con la muerte. Y condónale al pueblo los impuestos y gravámenes de tres años y manda armar anafes [5] todo alrededor de las murallas de la ciudad y ordena a los marmitones que pongan al fuego toda clase de manjares aderezables y no paren de guisar ni de día ni de noche y a todo el que allí se llegare, así de nuestros naturales como de los países colindantes, cercano o lejano, le den de comer y beber hasta hartarse, y luego le den también para que pueda llevarse. Y mandarás al pueblo que haga fiesta y albórbola y engalane la almendina por espacio de siete días consecutivos y no cierre las tabernas ni de noche ni de día. Y te advierto que, como así no lo hicieres, te cortaré el cuello.

Procedió, pues, el visir Faris a hacer lo que le mandara su rey y el pueblo engalanó la ciudad y la alcazaba y los baluartes en el modo más vistoso y todos se pusieron sus trajes de gala y se entregaron al holgorio y la farra, sin pensar en más que en divertirse y jugar y retozar, hasta que se cumplieron los meses de la preñez de la reina y esta, una noche, sintióse tomada de los dolores del parto.

Mandó luego el rey Azim venir a su corte a todos los ulemas y los astrónomos y los matemáticos y a todos los hombres de ciencia y a los astrólogos y a los adules de la ciudad y los juntó, y se sentó en espera del toque de timbal que había de avisar a los astrólogos y a las niñeras y a todos los reunidos que el niño era nacido.

Y estando así todos, presa de expectación, dio a luz la sultana un niño varón, y dizque era aquel niño de tal hermosura, que parecía una luna en su plenitud, y los astrólogos procedieron luego a hacer sus cálculos y echar sus cuentas y anotaron su estrella y su natividad y el horóscopo del recién nacido procedieron a trazar.

Y luego que el rey los mandó a llamar, se levantaron y pasaron a su presencia y besaron la tierra entre sus manos y le pidieron albricias, exclamando:

–En verdad que este niño recién nacido viene al mundo con bonísimos auspicios y augurios felicísimos.

Pero a continuación añadieron:

–Sin embargo, en los albores de su vida ha de ocurrirle algo que no nos atrevemos a decir al rey.

Instóles el rey a hablar, diciéndoles:

–Decid lo que sea sin temor.

Y entonces ellos dijeron:

–Es el caso, ¡*ye* rey del tiempo!, que este niño ha de extrañarse de estas sus tierras y ha de correr mundo y ha de padecer naufragio y prisión y miseria y sufrimientos de los más acerbos; solo que, a lo último, ha de triunfar de todo eso y de lograr su deseo, y, en lo sucesivo, habrá de gozar hasta el fin de sus días la más feliz de las vidas y gobernará a sus vasallos con fuerte mano y afianzará su imperio en el país, a despecho de sus enemigos y envidiosos que lo intenten combatir.

Luego que el rey hubo oído las palabras de sus astrólogos dijo:

–Eso es un misterio; pero todo cuanto Alá tiene escrito de bueno y de malo para sus criaturas tiene que cumplirse, sin que sirva de nada oponerse a sus designios.

Y el rey desentendióse de los pronósticos de los astrólogos y los gratificó con sendos trajes de honor y otro tanto hicieron los presentes, y, después de eso, los despidieron, y ellos se fueron.

Y a esa razón presentóse ante el rey Azim su visir Faris, y, después de besar la tierra entre las manos del soberano, dando muestras de gran alegría, le dijo:

[5] Trípodes. (Del árabe *At-Thafi.)*

–¡Albricias, señor! Mi mujer acaba de dar a luz un hijo varón de tal hermosura que parece una luna.

Y el rey, al oírlo, díjole a su visir:

–¡*Ye* mi visir! Trae luego acá a tu esposa y a tu niño para que vivan en mi palacio con mi esposa y mi hijo y se crien juntos los dos chicos.

Hízolo así el visir y ambos niños quedaron encomendados a las amas, así secas como de leche, y pasados que fueron siete días, se los llevaron al rey y le dijeron:

–¿Qué nombres quieres que les pongamos?

–Ponedles los que os plazcan–respondió el soberano.

Pero ellas le replicaron:

–Nadie pone nombre al hijo sino el padre.

Y entonces dijo el rey:

–Pues ponedle a mi hijo el de Seifu-l-Muluk, que era el nombre de mi abuelo, y al hijo de mi visir ponedle el de Sâid.

Regaló luego el rey trajes de gala a las amas de leche y a las amas secas y les dijo:

–Velad sobre ellos con todo celo y criadlos con el mayor esmero.

Y las nodrizas criaron a los dos niños poniendo en ello el mayor celo, hasta que alcanzaron la edad de los cinco años, y entonces el rey se los confió a un docto alfaquí para que les enseñara a leer el *Corán* y a escribir.

Y luego que cumplieron los diez años encomendóselos el rey Azim a otros maestros que los adiestraron en todas las artes de los caballeros y les enseñaron a montar a caballo y a tirar la lanza y esgrimir la espada y jugar al polo y demás cosas a este tenor. De suerte que a los quince años eran ambos jóvenes unos campeones consumados, capaces de luchar cada uno con mil adversarios y hacerles frente con una sola mano.

Luego que ambos niños tuvieron ya uso de razón, sentía el rey Azim, siempre que los miraba, una gran alegría, y, cuando hubieron cumplido los veinte años, llamó el rey aparte a su visir Faris y le dijo:

–¡*Ye* mi visir! Yo ya soy un anciano provecto y débil y decrépito, porque me han alanceado los años y deseo retirarme a una zania para allí entregarme al servicio de Alá (loado sea y glorificado) y cederle mi reino y mi dominio a mi hijo Seifu-l-Muluk; ¿qué dices a eso tú?

–Digo, ¡*ye* monarca glorioso!–respondióle el visir–, que aplaudo tu intención y estimo tu designio muy afortunado y bendito. Y si tú haces eso, yo también haré lo mismo y será mi hijo Sâid el visir de tu hijo, que es Sâid, a fe, chico guapo y despabilado, dotado de conocimiento y de buen criterio y es de esperar que ambos se lleven bien, aunque nosotros, desde lejos, no dejaremos de velar sobre ellos y guiarlos por el camino recto.

Aprobó el rey Azim el parecer de su visir Faris y le dijo:

–Pues escribe ahora mismo los correspondientes despachos y expídelos a todos los países y tierras de mi reino y a todos los castillos y fortalezas que están bajo mi mano y ordénales a sus capitanes que acudan a reunirse en el *maidán* [6] del Elefante.

Marchó el visir Faris a cumplir la orden del rey Azim y escribióles a todos los gobernadores de las provincias y a los adelantados de los castillos fronterizos y a todos cuantos se hallaban bajo las órdenes del rey Azim mandándoles que, para el mes fulano, se presentasen allí, y asimismo intimó a todos cuantos en la corte se hallaban que compareciesen en el acto, ya estuviesen próximos o lejanos.

Luego que hubo expirado la mayor parte de aquel plazo, mandó el rey a

[6] Burton enmienda alberca. La edición de Breslau trae Maidanu-l-Adl. Dicho *maidán* o hipódromo fue construido, según Al-Makrisi, a fines del siglo VII.

los aposentadores que levantasen tiendas en medio del estadio y las adornasen del modo más lujoso y en una de ellas plantasen su trono principal, aquel en que solo los dias de gran fiesta y solemnidad se solia sentar.

Cumplieron aquellos sin demora lo que el rey les mandara y llevaron allá el trono que les indicara; acudieron luego los jalifas del monarca y sus emires y sus visires y el rey mando pregonar el siguiente bando por toda la ciudad:

«En el nombre de Alá que todos se congreguen en el *maidán.*»

Hiciéronlo luego así los emires y los visires y los gualíes de las distintas regiones y los principales feudatarios, y, cuando allí estuvieron, mandó el rey servir las mesas y todos comieron y bebieron y luego invocaron sobre el rey las albaracas del cielo.

Y acto seguido ordenó el rey a sus chambelanes intimasen a los allí reunidos que no se retirasen, y ellos alzaron la voz diciendo:

–¡Que ninguno se mueva de su lugar hasta no haber oído las palabras del sultán!

Y a continuación levantaron las albendas del regio alfaneque y dijo el rey:

–Que aquel que me ame no se mueva de su sitio hasta que mis palabras no haya oído.

Y todos volvieron a sentarse en sus asientos, pensando para sus adentros:

«¿Qué será lo que el rey nos tiene que decir?»

Y el rey se levantó sobre sus pies, y, luego de hacerles jurar a todos que no se moverían de sus asientos, habloles en estos términos:

–*¡Ye* mis emires y visires y ministros de mi reino, así grandes como pequeños, y todos los que aquí os halláis en este momento! Harto sabéis cómo este reino me pertenece por fuero, pues lo heredé de mi padre y mis abuelos; ¿no es cierto?

Y todos a una voz respondieron:

–Así es, *¡ye* rey nuestro!

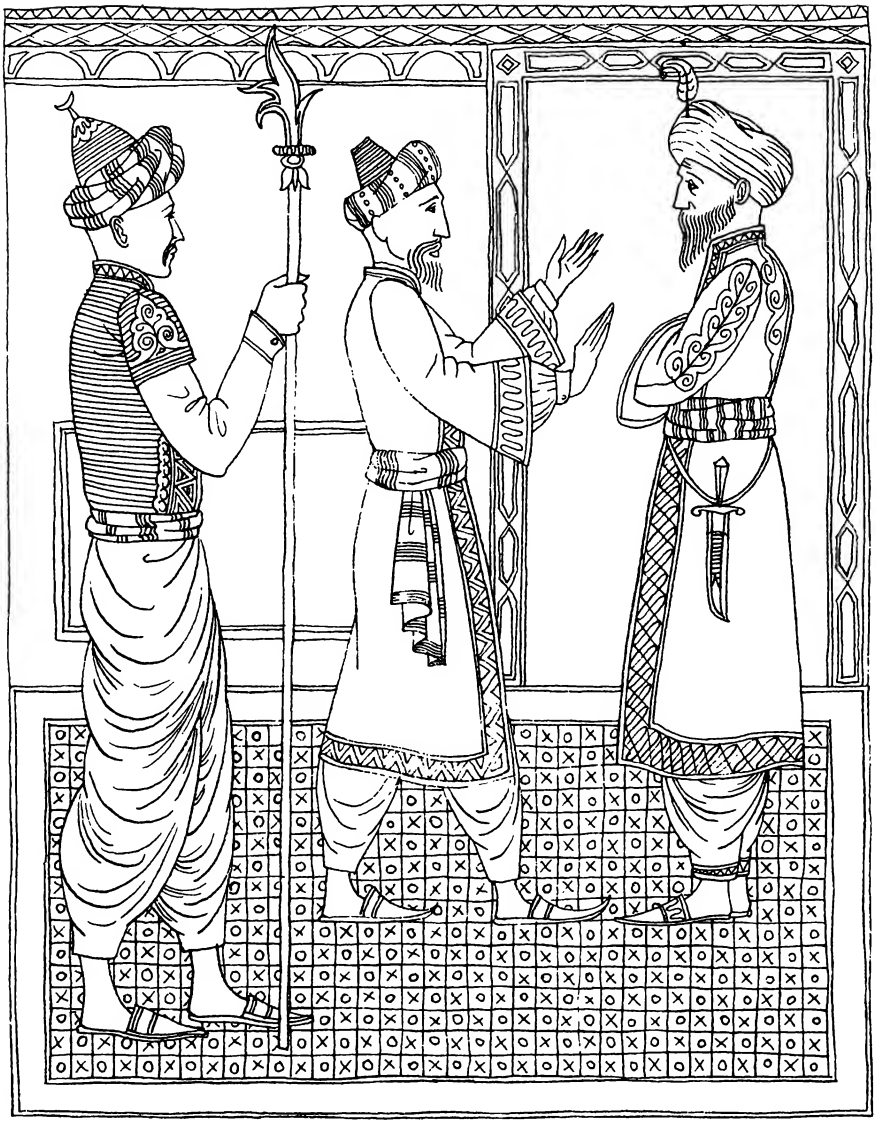
–Pues bien–continuó el monarca diciendo–: todos nosotros hasta aquí, empezando por mí, hemos adorado al Sol y a la Luna; pero, al fin, Alá se dignó agraciarnos con el don de la fe verdadera y nos sacó de las tinieblas a la luz y nos encaminó y guió (loado y glorificado sea Alá) hacia la ley del Islam. Sabed, asimismo, cómo yo soy un anciano decrépito y quebrantado y deseo retraerme a una zania solitaria para en ella consagrarme única y exclusivamente a adorar y servir a Ala e impetrar su perdón para mis pecados antiguos, abdicando el trono en Seifu-l-Muluk, mi hijo, el cual, como sabéis, es un joven guapo, elocuente, versado en los asuntos, inteligente, bueno y justo. Voy, pues, en este mismo instante, a cederle a él mi reino y designarlo rey vuestro, en mi lugar, y a sentarlo en el trono de mi sultanía, para que de hoy más acatéis su soberanía. Y yo me retiraré a un rincón a adorar al Señor (loado sea y glorificado) y mi hijo Seifu-l-Muluk asumirá el Gobierno y administrará justicia entre vosotros como hasta aquí yo he hecho; ya sabéis, pues, mi decisión; ahora decidme vuestra opinión.

Y todos a una exclamaron:

–*¡Ye* rey y valedor nuestro! Si hubieres querido poner sobre nosotros uno de tus esclavos negros lo habríamos obedecido y acatado, en cumplimiento de tu mandato. Y siendo así, ¿cómo no hemos de rendir pleitesía y jurar obediencia a tu hijo Seifu-l-Muluk? Sí; de veras que lo aceptamos por nuestro soberano y lo ponemos sobre nuestros ojos y nuestras cabezas.

Alzóse entonces el rey Azim y bajó de su trono y sentó en él a su hijo Seifu-l-Muluk y se quitó la corona de sus sienes y se la puso en las suyas a su hijo y le ciñó el talle con el ceñidor de los reyes.

Sentóse luego el rey en el trono de



su realeza al lado de su hijo, en tanto los emires y los visires y los próceres y los magnates y todo el pueblo se levantaban y besaban la tierra entre las manos del nuevo soberano, diciendo en tono de loa:

–Nadie más digno que él ni con mejor derecho para ocupar el trono del reino.

Hicieron luego los chambelanes la proclamación oficial, gritando:

–*¡Aman! ¡Aman!* ¡Inmunidad! ¡Inmunidad!

Y rezaron por su victoria y prosperidad.

Prodigó luego Seifu-l-Muluk el oro y la plata entre todos los capitanes y emires, reunidos en aquella plaza...

Pero al llegar aquí sorprendió a Schahrasad la mañana y puso dique a sus desbordadas palabras.

Y LA NOCHE 425 SIGUIO DICIENDO LA MUCHACHA:

–Tengo oído *¡ye* el rey, el afortunado!, que el rey Azim hizo sentar a su hijo Seifu-l-Muluk en su trono y que el pueblo todo invocó sobre él la protección y la gracia de Alá, el grande y lleno de majestad.

Prodigó luego Seifu-l-Muluk el oro y la plata entre todos los jefes y capitanes reunidos en la plaza y les regaló sendos trajes de honor y les obsequió con otros regalos de valor.

Llegó en seguida Faris, el visir, y besó la tierra entre sus manos y, dirigiéndose a todos los presentes, dijo lo siguiente:

–*¡Ye* emires y magnates del reino! Harto sabéis cómo soy el visir del rey y que mi visirato data de antiguo, de antes que el rey Azim-ben-Zafuán empezase a reinar, y acabáis de oír cómo el rey abdica en su hijo Seifu-l-Muluk y se retira a adorar a Alá en una ermita.

–Sí; es cierto–exclamaron todos al oír aquello–, sabemos que tu visirato data del tiempo de tus abuelos.

–Pues bien–siguió diciendo–, ahora yo también dejo mi puesto y nombro en mi lugar a mi hijo Sâid, aquí presente, el cual es un mozo discreto e inteligente, sagaz y versado en los asuntos de Estado; ¿qué es lo que pensáis sobre el caso?

–Pensamos–respondieron ellos a coro–que nadie más indicado para visir del nuevo rey que tu hijo Sâid, puesto que ambos forman, a no dudar, una buena pareja y son tal para cual.

Levantóse luego el visir Faris y se quitó el turbante de visir y se lo puso en la cabeza a su hijo Sâid y le puso delante el recado de escribir, propio de los visires de los reyes. En tanto los chambelanes y los emires clamaban:

–¡Digno es del cargo visirial!

Y los heraldos gritaban recio:

–*¡Mubarak! ¡Mubarak!* [7]

Levantáronse luego el rey Azim y su visir Faris y, abriendo los reales tesoros, repartieron magníficos trajes de honor a todos los virreyes y emires y visires y grandes del reino y a todos los dignatarios y funcionarios y los colmaron de gracias y dádivas y les extendieron nuevas credenciales y diplomas con las firmas del rey Seifu-l-Muluk y su visir Sâid.

Y distribuyeron, además, grandes sumas de dinero entre los hombres de armas y otras recompensas valiosas y los gualíes de las alcoras permanecieron en la ciudad toda una semana antes de regresar a sus respectivas comarcas.

[7] Bendito.

Condujo luego el rey Azim a su hijo y a su visir Sâid nuevamente al alcázar que en la ciudad se alzaba y mandó a su *jasandar* que le llevase el anillo de sello y el cuño y la espada y el alcatraz de marras, y, luego que allí los tuvo, les dijo a ambos jóvenes:

–Mirad, hijos míos: venid acá y elegid cada uno dos cosas de las que aquí están.

Fue Seifu-l-Muluk el primero en adelantarse y elegir y alargó su mano y cogió el anillo de sello y el alcatraz y después Sâid tomó la espada y el cuño, y luego ambos jóvenes besáronle al rey las manos y a sus sendos aposentos se retiraron.

Ahora bien: Seifu-l-Muluk no llegó a abrir por entonces el alcatraz para ver lo que dentro hubiera, sino que, tal y como estaba, lo arrojó encima del lecho en que él y Sâid se acostaban. Pues hay que decir que ambos jóvenes tenían por costumbre dormir juntos y siempre hacíanlo así.

Hiciéronse luego la cama para el sueño y se acostaron y durmieron los dos en el mismo lecho, y dejaron las candelillas ardiendo, para que alumbrasen el aposento.

Mediada que fue la noche despertó Seifu-l-Muluk de su sueño y vio a su cabeza el alcatraz y se dijo para sus adentros: «Veamos qué es lo que contiene esta valija que nos regaló mi padre con otros obsequios, que sin duda ha de encerrar algo de precio.»

Y la cogió en sus manos y tomó una vela y se bajó del lecho, y dejó allí a Sâid durmiendo.

Pasó luego a la alacena y abrió el alcatraz y halló en él un *allabá,* obra de genios, y lo desdobló y lo registró, y vio en la parte de dentro, correspondiente a la espalda, la imagen de una mujer, grabada en oro, y de una belleza tal que fascinaba.

De suerte que Seifu-l-Muluk, al ver la imagen de aquella mujer, luego perdió el sentido y enloqueció de pasión y rodó al suelo desvanecido. Y después que en sí volvió rompió a llorar y lamentarse y a suspirar y a aporrearse la cara y el pecho y a besar aquella estampa con embeleso.

Y después recitó estos versos:

Amor a lo primero es un charquito
que nada significa,
pero luego se vuelve un océano
en que naufraga el alma y se arruina.

Y también declamó estos otros versos:

Si hubiera yo sabido hasta qué extremo
nos roba la pasión alma y sentidos,
de ella me habría guardado, a no dudar;
pero es amor tan manso en los principios
que ¿quién podría de él desconfiar?

Y así siguió Seifu-l-Muluk, llorando y aporreándose la cara y el pecho y recitando versos, hasta que Sâid se despertó, y, no hallándolo en el lecho, se dijo para sus adentros: «¿Adónde estará Seifu-l-Muluk?»

Y cogiendo una vela salió a buscarlo por el palacio, hasta que llegó a la alacena referida y allí vio a su amigo tendido en el suelo, llorando y lamentándose recio.

Y al verlo Sâid en tal estado, le dijo:

–¿Qué tienes, hermano mío, para llorar así y qué es lo que te ha ocurrido?

Pero Seifu-l-Muluk no le hizo ningún caso, y, sin alzar siquiera la cabeza, continuó llorando y lamentándose y aporreándose la cara y el pecho:

Y entonces su visir Sâid le dijo:

–Yo soy tu visir y tu hermano y los dos juntos nos hemos criado y si a mí no me explicas lo que te sucede y me confías tu secreto, ¿a quién se lo vas a confiar y con quién te vas a desahogar?

Y siguió de este modo Sâid porfiando y besando la tierra entre sus manos largo rato, hasta que al fin levanto Seifu-l-Muluk su cabeza y miró a Sâid, su visir, y le habló así:

–Me da vergüenza, hermano mío, decirte y revelarte lo que me pasa en este instante.

–¡Por Alá, señor de señores, manumisor de esclavos y causa de las causas [8], el único, el misericordioso y el generoso, te ruego–imploró Sâid–me digas lo que te sucede y de mí no te avergüences!

–Ven acá–díjole por fin Seifu-l-Muluk a su visir–y mira esta imagen que hay aquí.

Miró Sâid aquella imagen y se quedó una hora contemplándola embobado, y advirtió que la imagen llevaba escrita en su frente, con perlas ensartadas, las siguientes palabras:

«Esta es la efigie de Bedîetu-ch-Chemal, la hija de Schemmaj-ben-Scharuj, rey de reyes de los genios creyentes, de los que moraron en la ciudad de Babel y habitaron el jardín de Irem-ben-Aad, el principal.» [9]

Sorprendió aquí a Schahrasad la aurora y cortó el hilo de sus palabras encantadoras.

PERO LA NOCHE 426 PROSIGUIO SU RELATO EN ESTA FORMA:

–Ha llegado hasta mí la fama, *¡oh* monarca, el afortunado!, de que el rey Seifu-l-Muluk, hijo del rey Azim, y el visir Sâid hijo del visir Faris, al leer la inscripción que llevaba en la frente aquella imagen de mujer declarando ser la efigie de Bedîetu-ch-Chemal, la hija de Schemmaj-ben-Scharuj, rey de Babel y rey de reyes de los genios creyentes, que habitan la ciudad de Babel, díjole el visir Sâid a Seifu-l-Muluk:

–¿Sabes tú, hermano, cuál de las mujeres es el original de este retrato? Si así es dímelo sin tardar, para que yo la vaya a buscar.

–¡Por Alá, hermano mío–respondió Seifu-l-Muluk–, que no sé en absoluto quién pueda ser esa mujer!

–¡Bah!–exclamó Sâid–. Nos basta saber que existe en el mundo y que se llama Bedîetu-ch-Chemal; así que en seguida la voy a buscar y a hacer todo lo posible porque logres tu voluntad. Pero ahora te ruego, por Alá, que dejes de afligirte y llorar, para que nada adviertan los visires cuando vengan a ponerse a tu servicio. Que, en cuanto el día amanezca, saldré yo y les preguntaré a los mercaderes y a los mendigos y a los viajeros y peregrinos hacia dónde cae esa ciudad de Babel, que acaso alguno de ellos, con la bendición de Alá (loado y exaltado sea

[8] Recuérdese el *Causarum causa*, de Cicerón.

[9] En el *Corán*, sura LXXXIX, *Al-Fachr* (La aurora), se habla de Irem, la de las columnas *(Zu-l-imad)*. En nuestro prólogo reproducimos la leyenda persa creada en torno a esos jardines prodigiosos, según la refiere el poeta iranio Tiheru-l-Misalis, como de una maravilla «que no tenía igual en la tierra».

El narrador árabe supone, como vemos, que Alá no destruyó esos jardines, sino que los dio en herencia a una dinastía de genios creyentes.

Fácil es ver la relación entre esta leyenda y la tradición bíblica de la torre de Babel. Scheddad-ben-Aad podría identificarse con el Nemrod de la *Biblia*.

Schemmaj-ben-Scharuj podría traducirse altivo, hijo de Arrogante.

Más adelante el rey se llama Schehiel, nombre que podría interpretarse Deseo de Dios (El) en hebreo.

Scharuj podría leerse también Schahruj y entonces significaría en persa Dromedario del *schah* o Párpado del ojo del *schah*, nombre que ostentó uno de los cuatro hijos del famoso Tamorlán.

por una eternidad) y con su ayuda, pueda indicarnos sus señas, así como también las de ese jardín de Irem.

Luego, pues, que amaneció la mañana levantóse Seifu-l-Muluk y subió sobre su trono, sin soltar su *alkabá,* pues estaba tan encariñado con él que no lo dejaba ni cuando se acostaba ni cuando se levantaba, y lo sorprendía el sueño con él puesto.

Pasaron luego a su presencia los emires y los visires y magnates del reino y se constituyeron en diván del consejo.

Y después que el diván terminó y la asamblea se desgranó, díjole Seifu-l-Muluk a su visir Sâid:

–Ve y diles a todos que el rey se ha indispuesto y que ya anoche estaba muy molesto.

Fue el visir Sâid y comunicó a todos lo que el rey le encargara, y, al saberlo el viejo rey Azim, se alarmó y mandó llamar a los médicos y los astrólogos y pasó con ellos a ver al enfermo.

Examináronlo ellos y le recetaron tisanas y simples aguas medicinales y le escribieron caracteres mágicos y lo sahumaron con incienso y áloe y ámbar gris por espacio de tres días seguidos, al cabo de los cuales nada habían conseguido. Hasta que el rey se enfureció y les gritó:

–¿Qué mal habéis visto en mi hijo? ¡Perros de médicos! ¿Es que sois impotentes para curar a mi hijo? Pues sabed que, como en seguida no lo curéis, a todos os mandaré dar muerte.

–*¡Ye* rey del tiempo!–díjole el médico mayor–. Has de saber que lo que tiene tu hijo es que esta enamorado de una mujer, con la que no hay medio de que se pueda ver.

Enfurecióse el rey al oírlos y les dijo:

–¿De dónde sacáis eso de que mi hijo esté enamorado ni de dónde le pudo venir ese amor que decís?

–Si lo dudas–respondieron ellos–pregúntale a su hermano y visir Sâid, que es quien está perfectamente enterado de su estado.

Pasó entonces el rey Azim a una habitación reservada y mandó llamar a Sâid y le dijo estas palabras:

–Dime la verdad sobre esa dolencia que aqueja a tu hermano y no tengas reparo.

–Yo no sé nada de ello–replicóle Sâid.

Y el rey entonces llamó a su macero y le dijo:

–Véndale a Sâid los ojos y córtale el cuello.

Y Sâid alzó la voz diciendo:

–¡Pues si es cierto, señor! Has de saber que tu hijo está enamorado de una mujer.

–¿Y qué mujer es esa?–inquirió el rey Azim.

Y Sâid le respondió:

–Pues la hija de un rey de los *chinn.*

–¿Y cómo es posible–exclamó el monarca–que mi hijo haya visto nunca a una hija de los *chinn?*

–Has de saber–explicóle Sâid–que en el *alkabá* que envuelto en unos lienzos te mandó Soleimán, el profeta de Alá, venía el retrato de esa princesa de casta genial.

Luego que eso oyó el viejo rey Azim se levantó y pasó a ver a su hijo Seifu-l-Muluk y le dijo:

–Hijo mío, ¿qué desgracia te ocurrió y qué imagen es esa de la que te has prendado y por qué en seguida no me lo has revelado?

–*¡Ye!*–exclamó Seifu-l-Muluk–. Es que me daba vergüenza decírtelo, padre mío, y no tenía valor para declarárselo a nadie y no quería que mi secreto saliese nunca de mi pecho. Pero, en fin, ahora ya estás enterado de cuál es mi estado. Mira, pues, qué puedes hacer para remediarlo.

–*¡Ye!*–exclamó su padre–. ¿De qué medios podríamos valernos para conseguir nuestro objeto? Si fuera esa joven

una de las hijas de los hombres, podríamos idear un ardid para que con ella te pudieses unir; pero siendo, como es, una hija de las hijas de los reyes de los genios, solo podríamos lograr nuestro objeto contando con la ayuda de nuestro señor Soleimán, el hijo de Daud (sea sobre ambos la paz), que es únicamente quien tiene poder sobre esa gente. Pero en fin, hijo mío, lo que de momento hacer debes es levantarte y encorazonar tu corazón y montar en tu bridón y salir de cacería o irte al *almidana* y jugar al polo y tratar de distraer tu mente y solazarte y divertirte, comiendo y bebiendo, y ahuyentar así la pena de tu pecho; que yo traeré aquí centenares de hijas de reyes, que te harán olvidar a esa hija de los genios, con los que nada que ver tenemos y sobre los cuales nada podemos.

Pero Seifu-l-Muluk le contestó a su padre:

–Es el caso, padre mío, que yo no puedo dejarla ni puedo amar a otra que no sea ella.

Al oír lo cual su padre le dijo:

–Pues ¿cómo nos vamos a arreglar, hijo mío?

–Mira, padre mío–contestóle su hijo–, manda a llamar a todos los mercaderes y viajeros y peregrinos que recorren países extranjeros y arraeces de barcos que tocan en mil puertos y los interrogaremos acerca de lo que saber queremos.

Mandó acto seguido el rey Azim que llevasen a su presencia a cuantos mercaderes hubiere en su ciudad y a todos los forasteros y a todos los capitanes de barcos que recorren el mar.

Y luego que los tuvo entre sus manos preguntóles por la ciudad de Babel y el jardín de Irem; mas ninguno de ellos se lo supo decir ni pudo darle la menor noticia sobre esos parajes.

Y al dar por terminada la entrevista, uno tras otro le decían:

–*Ye* rey de los tiempos! Si absolutamente quieres saber eso, dirígete a tierras de Az-Zin, donde hay una ciudad grande [10] y llena de rarezas y curiosidades y de gentes de todas clases y puede que allí te pueda informar alguien.

Oído que hubo aquello, exclamó Seifu-l-Muluk:

–Mira, padre mío, aparéjame luego un barco en el que pueda ir a tierras de Az-Zin, y en tanto yo esté ausente, tú reinarás en mi lugar.

–Hijo mío–rogóle su padre–quédate tú aquí en el trono de tu realeza y gobernando a tus vasallos y yo iré allá en tu lugar y preguntaré a todos por esa ciudad de Babel y esos jardines de Irem.

Pero Seifu-l-Muluk le replicó al viejo rey:

–Esa empresa, padre mío, solo a mí me compete y nadie más que yo acometerla debe. Así que flétame, como te digo, un barco y dispón todo lo demás que sea necesario y me dirigiré a tierras de Az-Zin, y las recorreré por espacio de algún tiempo, y si lograre hallar noticias sobre lo que deseo, habré logrado lo que anhelo, y si no, por lo menos habré dilatado mi pecho y distraído mi pensamiento.

Pero al llegar aquí Schahrasad vio venir la mañana y atajó el flujo de sus fluyentes palabras.

[10] Burton opina que se trata de Cantón, que era muy frecuentada de los árabes.

Y LA NOCHE 427 SIGUIO DICIENDO LA MUCHACHA:

–Ha llegado a mi noticia, ¡ye monarca, el afortunado!, que Seifu-l-Muluk díjole a su padre el rey Azim:

–Flétame, padre mío, un barco para que en él me dirija a las tierras de Az-Zin, a fin de buscar allí lo que deseo, y ver si logro mi anhelo, y después, si vivo, volveré a tu lado, ya tranquilo.

Miró el viejo rey a su hijo y comprendió que no había más solución que acceder a su pretensión.

Díole, pues, su venia para que emprendiese aquel viaje y fletó un navío para que en él se embarcase y designó veinte mil mamelucos para que lo acompañasen, sin contar los demás de los que componían su cortejo habitual.

Y después el rey Azim le dijo a su hijo:

–¡Emprende la marcha, hijo mío, y que la suerte y la salud te acompañen! ¡A Aquel te encomiendo, en cuyas manos no se pierde nada de lo que le confiamos!

Y en seguida el hijo del rey Azim se puso en camino con su comitiva y el barco se hizo a la mar y no dejó de navegar, hasta que llegaron por fin a la ciudad de Az-Zin.

Luego que aquellos naturales supieron que habían fondeado allí cuarenta naves llevando a bordo hombres y provisiones y armas y pertrechos de toda clase, pensaron, acto seguido, que eran enemigos que iban allí con la intención de sitiar la ciudad y matar a todos cuantos pudieran hallar.

Cerraron, pues, las puertas de la ciudad y aprestaron los arietes para defenderse.

Pero luego que lo supo el rey Seifu-l-Muluk envió al rey de Az-Zin, como embajadores, a dos de sus mamelucos más allegados a su persona, con el encargo de decirle:

«El que a tus puertas llega es Seifu-l-Muluk hijo del rey Azim, el de Mizr, que viene a esta ciudad en calidad de huésped, con el solo fin de distraerse, contemplando el país, y en modo alguno animado de intenciones de conquista ni disputa. De suerte, pues, que, si te dignas recibirlo, luego desembarcará y saltará a tierra, y si no, se volverá por donde vino, sin molestarte a ti ni a tu pueblo lo más mínimo.»

Presentáronse, pues, los heraldos ante las puertas de la ciudad y gritaron:

–¡Nosotros somos enviados del rey Seifu-l-Muluk y traemos un mensaje suyo para vuestro rey!

Abriéronles los otros las puertas y los condujeron a presencia de su rey, el cual se llamaba Kâfu-schah [11] y ya de antiguo era amigo del rey Azim, por lo cual recibió a sus emisarios con el mayor agrado y les regaló sendas aljalás y les brindó hospitalidad y luego de oírlos, marchó en persona a ver al rey Seifu-l-Muluk, seguido de sus familiares, visires y emires.

Luego que el rey Kâfu-schah llegó a presencia del rey Seifu-l-Muluk, tendióle los brazos y ambos se abrazaron, y luego Kâfu-schah díjole a Seifu-l-Muluk con afecto extremado:

–¡Holgura, comodidad y bienvenida a aquel que viene a visitarnos!

Tu esclavo soy y esclavo de tu padre y mi ciudad está entre tus manos y

[11] Nombre de comprobación dudosa. Puede que sea transcripción de Kuang-Fu (Esplendor, epiteto muy propio de un monarca chino), Schah es sencillamente el título persa de soberano. Well transcribe Cha jafur, Burton, Faghfur.

todo cuanto pidieres al punto te será dado.

Montaron luego en sus cabalgaduras el rey Seifu-l-Muluk y su visir Sâid, y todos los miembros de su gobierno, y también todo el ejército, y fueron cabalgando por la orilla del mar hasta llegar a la ciudad y entraron en ella entre el vibrar de las trompetas y el clamor de los vítores y las ovaciones frenéticas.

Asentáronse en la ciudad por espacio de cuarenta días, gozando de una adiafa generosa y magnífica.

Y pasado ese tiempo, díjole el rey de Zin a Seifu-l-Muluk:

–¡*Ye* hijo de mi hermano! Dime: ¿encuentras mi ciudad de tu agrado?

–¡*Ye* rey!–exclamó Seifu-l-Muluk–. Así Alá (loado y exaltado sea) haga tu gloria duradera.

Díjole luego el rey:

–A lo que pienso tú has venido aquí con algún objeto y yo te agradecería me dijeses qué es ello y qué es, en fin, lo que vienes buscando a mi país, pues desde este momento estoy dispuesto a complacerte en todo cuanto desees.

–Quiero de ti–respondió Seifu-l-Muluk–que hagas venir a mi presencia a todos los viajeros y troteros y vagabundos y a cuantos tienen por costumbre recorrer el mundo, para preguntarles si conocen el original de este retrato que conmigo traigo.

Mandó acto seguido el rey Kâfu-schah comparecer en su presencia a sus jalifas y chambelanes y edecanes y les ordenó le llevasen allí a cuantos viajeros y trotamundos hubiere en el país.

Hiciéronlo aquellos así y luego el rey Seifu-l-Muluk fueles preguntando a todos aquellos viajeros, si tenían noticias de la ciudad de Babel y el jardín de Irem; pero ninguno de ellos pudo darle razón de tales parajes, por lo que el rey Seifu-l-Muluk sintió desazón grande.

Pero luego de eso uno de los arraeces de barco díjole al rey Seifu-l-Muluk:

–Si quieres, ¡*ye* rey!, saber de esa ciudad de Babel y ese jardín de Irem, debes marchar a las islas del país de Al-Hind.

Luego que eso oyó, mandó Seifu-l-Muluk aparejar los barcos. Hiciéronlo así y trasladaron a ellos provisiones de agua y víveres y demás cosas que pudieran necesitar para hacerse a la mar.

Despidiéronse después el rey Seifu-l-Muluk y Sâid, su visir, del rey Kâfu-schah y se embarcaron y empezaron a navegar y bogando estuvieron cuatro meses por el mar, con viento favorable, sin que algún contratiempo viniera a inquietarles.

Hasta que un día, de repente, hubo de levantarse un viento muy fuerte, tanto que desvió el rumbo de las embarcaciones y las desordenó e hizo que chocasen unas con otras con tal violencia que se hicieron pedazos, y todos cuantos iban en ellas se ahogaron, menos Seifu-l-Muluk y algunos de sus esclavos, que en una lancha se salvaron.

Luego, por permisión de Alá, amainó la tempestad y salió el sol, y Seifu-l-Muluk abrió sus ojos y no vio rastro alguno de los barcos ni otra cosa en torno suyo que agua y cielo y los que con él se salvaran en aquel barquichuelo.

Y el rey Seifu-l-Muluk preguntó a los que le rodeaban:

–¿Qué fue de nuestra escuadra? Y mi hermano Sâid, ¿dónde se halla?

–¡*Ye* rey de los tiempos!–le respondieron–. Nada queda ya de los barcos ni de los que en ellos iban, que todos se ahogaron y de los peces fueron pasto.

Lanzó el rey un grito recio al oír aquello y dijo estas palabras de que nadie que las pronuncia tiene que avergonzarse:

–¡No hay gloria ni poder sino en Alá, el excelso, el sublime, el lleno de majestad!

Y el rey Seifu-l-Muluk aporreóse el rostro y, en el exceso de su pesar, quiso arrojarse al mar. Y así lo habría hecho el cuitado de no impedírselo sus criados.

Sorprendió aquí a Schahrasad la aurora y cortó el hilo de sus palabras fascinadoras.

PERO LA NOCHE 428 REANUDO SU RELATO EN ESTA FORMA:

–Ha llegado a mis oídos, *¡oh* monarca, el afortunado!, que el rey Seifu-l-Muluk, en el exceso de su pesar, quiso arrojarse al mar, sino que sus esclavos lo pudieron evitar y le dijeron:

–¿De qué te serviría hacer eso? Tú mismo tienes la culpa de lo que te pasa; pero ten presente que esto estaba escrito de antiguo, por disposición del Creador, y todo lo que está escrito es fuerza que se cumpla, para que cada cual siga su sino.

Ya sabrás que los astrólogos le dijeron a tu padre cuando viniste al mundo: «¡Calamidades sin cuento ha de arrostrar este hijo tuyo!»

Y ahora se cumple lo que ellos dijeron. De suerte, pues, que solo nos queda el recurso de tener paciencia hasta que Alá sea servido de cambiar nuestro dolor en regocijo.

Y Seifu-l-Muluk exclamó, después de oírlos:

–¡No hay gloria ni poder sino en Alá, el excleso, el sublime! Y no hay quien eluda lo que Alá dispone ni quien huir pueda de lo que Alá decreta.

Y después suspiró y recitó estos versos:

–Por Alá, que el tino pierdo
cuando en mi caso medito,
pues no sé de dónde vienen
sobre mí tantos suplicios.
Más amargo que el acíbar
es, a no dudar, mi sino,
y para luchar con él
de paciencia me revisto.
Solo un recurso me queda
en medio de mi martirio:
la paciencia y la esperanza
en la bondad del Altísimo [12].

Sumióse después Seifu-l-Muluk en un mar de pensamientos y por sus mejillas rodó el llanto como lluvia sobre los campos. Durmió luego una hora de tiempo y después se despertó y pidió algo de comer y comió.

No sabían a todo esto los náufragos hacia dónde los llevarían las olas y los vientos que los zarandeaban, y por espacio de muchas noches y días estuvieron combatiendo la lancha, cuando he aquí que, por fin, divisaron una isla en lontananza.

Fue el viento empujándolos hasta que abordaron a la insula y en ella desembarcaron, dejando en la lancha uno de guardia.

Procedieron en seguida a explorar aquella algecira y hallaron en ella abundancia de fruta de todas clases y de ella comieron hasta hartarse.

Divisaron luego un personaje que estaba sentado entre los árboles y que tenía una cara entrelarga y una extraña facha y unas barbas blancas.

Y aquel raro sujeto llamó por su

[12] Omitido en la edición de Bulak.

nombre a uno de los mamelucos diciendo:

–No comáis de esa fruta que aún no está madura; venid acá y yo os daré de otra que es mucho mejor y más en sazón.

Mirólo el mameluco y pensó que sería uno de los náufragos que se habían salvado y a aquella isla había abordado, y se alegró sobre manera y fuese a él, sin saber lo que el arcano designio le tenía reservado ni lo que en su frente le escribiera el sino.

Pero no bien se hubo acercado al desconocido cuando este se le montó encima de un brinco, pues dizque era un *alifrit* que había tomado forma humana, y, echándole una de sus piernas en torno al cuello y dejando colgar la otra sobre su espalda, le dijo:

–Arrea, amigo, que estás en mi poder y me has de servir de borrico.

Rompió a llorar el mameluco al oír esas palabras y les gritó a sus camaradas:

–¡Guay de vosotros, huid luego de este bosque y poneos en salvo, que uno de estos indígenas se me ha montado encima y los demás os andan buscando para cabalgaros!

Luego que eso oyeron los compañeros del cuitado echaron a correr en dirección al bote y lo empujaron mar adentro, en tanto los isleños los seguían dentro del agua y les gritaban:

–¿Adónde vais, desdichados? ¡Venid acá con nosotros y os daremos de comer y beber y os montaremos y seréis nuestros asnos!

Pero los fugitivos redoblaron su marcha hasta que los dejaron muy a la zaga y fueron bogando puesta su esperanza en Alá–el que nunca defrauda– por espacio de un mes, hasta que vieron alzarse ante ellos otra algecira, y, luego que a ella abordaron, allí desembarcaron.

Procedieron luego a explorarla y encontraron en ella fruta abundante de todas clases y comieron de esa fruta hasta atracarse, y, estando así, hete aquí que reparan en un bulto lejano que había atravesado en el camino y que semejaba una columna de plata.

Dirigiéronse allá y uno de los náufragos diole al bulto con el pie y hete aquí que aquel bulto resultó ser una cosa con apariencia humana, con unos ojos muy grandes y unas orejas largas y la cabeza hendida y escondida bajo una de sus orejas, pues dizque tenía por costumbre, siempre que se echaba a dormir, cubrirse la cabeza con una de sus orejas y taparse la cara con la otra oreja.

Y aquel monstruo cogió al mameluco que le había dado con el pie y se lo llevó a los medios de la isla y dizque aquella isla estaba plagada de algoles, de *alifrites* de esos que a los hijos de Adán se comen.

Y el mameluco cautivo les gritó a sus compañeros:

–¡Huid en seguida, amigos míos, que esta isla está habitada de *alifrites* tragahombres, que ya se disponen a partirme en pedazos y a comerme!

Luego que los otros náufragos oyeron esas palabras del desdichado emprendieron la fuga en dirección al barco, sin cuidarse en su precipitación de llevarse repuesto de aquella fruta que en la isla abundaba, y se hicieron a la mar y fueron bogando por espacio de varios días, hasta que vinieron a dar vista a otra isla, en la que se alzaba una abrupta montaña.

Treparon hasta el galayo de aquella montaña y desde allí divisaron una especie de algaba. Y como estaban hambreados, en seguida se pusieron a comer de la fruta de aquellos árboles; pero antes siquiera de que pudieran advertirlo empezaron a salir de entre la arboleda unos negros de siniestro aspecto, de cincuenta codos de alto y con unos colmillos espantables que les salían fuera de la boca como trompas

de elefante, y, poniendo sus manos sobre Seifu-l-Muluk y sus acompañantes, les condujeron ante su rey, al que hallaron sentado sobre un trozo de fieltro negro, extendido encima de una roca, y rodeado de una tropa de etiopes, que eran sus servidores.

Y los negros que habían apresado a Seifu-l-Muluk y sus compañeros se los presentaron a su rey diciendo:

–Entre los árboles, señor, hemos hallado estos pájaros.

Y dizque el tal rey era un glotón y cogió a dos de los mamelucos y les cortó los cuellos y se los comió.

Y al ver aquello Seifu-l-Muluk temió por su vida y se echó a llorar y recitó estos versos:

–Familiarizado estoy
con toda clase de males
y los echaría de menos
si llegaran a faltarme.
Y a Alá doy rendidas gracias,
porque tan diversos son
mis dolores, que me sirven
ya hasta de distracción.

Y luego suspiró y recitó estos otros versos:

–Tanto el sino se ensañó
conmigo, que acribillado
tengo ya mi corazón
de las flechas que me ha hincado,
y ya son como coraza
en que me embotan las nuevas
flechas que contra mi lanza [13].

Luego que oyó el rey sus lloros y lamentos exclamó:

–¡*Ye* y qué bien cantan estos pájaros y cómo me gusta escucharlos! ¡Andad y metedlos en seguida en sendas jaulas!

Hiciéronlo así luego los esclavos y colgaron las jaulas a la cabecera de su rey, para que se recrease con sus cantos. Y los etiopes les echaban de comer y les ponían de beber; y ellos ora lloraban, ora reían; y unas veces hablaban, y otras callaban; y el rey los escuchaba y con sus voces se deleitaba.

Y así de este modo fue pasando el tiempo, un día tras otro.

Pero tenía aquel rey una hija casada que vivía en otra isla y llegó hasta ella la fama de que su padre tenía unos pájaros que cantaban con voces tan lindas que daba gusto oírlas, y luego mandó allá un emisario pidiéndole a su padre que algunos de aquellos pájaros le enviase.

Envióle su padre al rey Seifu-l-Muluk y a tres de sus criados, en sendas jaulas encerrados, con el correo que su hija le había mandado.

Luego que la hija del rey de los etiopes hubo visto aquellos pájaros quedó maravillada y mandó que le colgasen a su cabecera las jaulas.

Maravillóse Seifu-l-Muluk de las cosas que le pasaban y se puso a reflexionar sobre la magnitud de su desgracia y se echó a llorar su mala suerte, y también los tres mamelucos rompieron a llorar con amargo pesar.

Imaginó la hija del rey, al escucharles, que estaban cantando, y tenía por costumbre la hija del rey cuando caía en sus manos algún natural de Mizr o de otro país, si gustarle lograba, tenerlo en gran privanza.

Y sucedió, por obra y designio de Alá (el grande, el lleno de majestad), que la hija del rey hubo de prendarse de Seifu-l-Muluk, por su belleza y hermosura y su esbeltez y buena proporción de toda su figura, y mandó a sus esclavos que lo tratasen con mucho mimo y halago.

Después de lo cual, un día de los días, hubo de quedarse la hija del rey a solas con Seifu-l-Muluk y lo requirió para que con ella se acostase y folgase.

Pero Seifu-l-Muluk negóse a ello, diciendo:

[13] Omitidos los versos en la edición de Bulak.

–Yo, mi señora, soy un peregrino que, por amor a la que lo prendó, tiene el ánimo entristecido y no piensa en más que en unirse con aquella que es la dueña de su voluntad.

Persistió, a pesar de ello, la hija del rey en su pretensión y probó a conquistarlo con sus halagos y arrumacos; pero Seifu-l-Muluk resistió a todos sus embelecos, hasta que la princesa se cansó de hacerle en balde el amor y, poseída de rabia, empezó a tratarlo como a su criado, y tanto a él como a sus compañeros los destinó al servicio de buscarle y traerle la leña y el agua para su casa.

Cuatro años vivieron así Seifu-l-Muluk y sus compañeros, hasta que al cabo hubo el príncipe de perder los ánimos y mandó un medianero a la princesa con la esperanza de que esta se ablandara y consintiera en restituirles su libertad y dejarles seguir su camino y volverse por donde habían venido.

Pero la princesa lo mandó llamar y le dijo:

–Si accedes a mis deseos, te libraré de esas duras faenas y podrás regresar sano y salvo a tu tierra.

Y así diciendo echóse a llorar la princesa y empezó a rebajarse y humillarse ante el joven y apeló a todos sus medios de seducción; pero Seifu-l-Muluk se mantuvo firme y no cedió, y entonces la princesa le volvió la espalda enojada y no alivió su suerte en nada.

Siguieron los cautivos en el mismo estado y la gente de la ciudad supo que eran de la hija del rey aquellos pájaros, de suerte que los respetaban y no se atrevían a hacerles ningún daño.

Llegó a tranquilizarse con el tiempo el corazón de la hija del rey y se confió y perdió todo temor a que se le escapasen y los dejaba andar sueltos por la isla y que permaneciesen ausentes de su lado hasta dos y tres días, recorriendo los campos y acarreando leña para su cocina.

Cinco años estuvieron haciendo esa vida, hasta que un día de los días, estando Seifu-l-Muluk y sus mamelucos sentados a la orilla del mar, pusiéronse a hablar sobre el tema de su infelicidad.

Y Seifu-l-Muluk dijo a sus compañeros de cautiverio:

–Hermanos míos: ¿qué podríamos hacer para salir de las garras de esta malvada? Yo no veo más medio de salvación que el que Alá quiera librarnos en su bondad infinita del poder de esta maldita. Pero se me ocurre, sin embargo, que podríamos intentar algo para fugarnos y descansar de estos trabajos.

–¡*Ye* rey de los tiempos!–exclamaron ellos–. ¿Cómo podríamos escapar de esta isla cuando toda ella está poblada de monstruos que devoran a los hijos de Adán y dondequiera que nos dirijamos con ellos hemos de toparnos, sin que nos quepa otra suerte que la de que nos coman o nos cojan y nos vuelvan a llevar al mismo lugar y nos entreguen a la hija del rey, la cual, enojada, nos tratará todavía peor que hasta aquí nos trató?

–Pues bien–díjoles Seifu-l-Muluk–, yo intentaré algo en vuestro favor, y acaso Alá, nuestro Señor, quiera secundar nuestro propósito y sacarnos de esta isla a todos.

–Pues ¿qué es lo que piensas hacer? –inquirieron los mamelucos.

Y Seifu-l-Muluk explicóles al punto:

–Cortaré alguna de estas varas largas y con su corteza haré cuerdas y las entrelazaré y formaré de ese modo una barca y la botaré al mar, y echaremos en ella fruta en abundancia hasta llenarla, y le haremos unos remos y en ella embarcaremos, y acaso Alá (loado sea y glorificado) nos lleve a buen puerto, que sabio y poderoso es para hacerlo.

–Bien pensado–aprobaron los mamelucos y se alegraron mucho. Y acto seguido pusiéronse a cortar varas de aquellas y a entretejerlas para hacer la barca que el rey les dijera.

Un mes entero invirtieron en aquella faena, y todos los días, al caer la tarde, cogían algo de leña y la acarreaban a la cocina de la princesa, y lo demás de su jornada lo dedicaban a su tarea.

Pero al llegar aquí sorprendió a Schahrasad la aurora y cortó el hilo de sus palabras cautivadoras.

Y LA NOCHE 429 PROSIGUIO SU RELATO EN ESTA FORMA:

–Tengo entendido, *¡oh* monarca, el bienhadado!, que Seifu-l-Muluk y sus mamelucos cortaron las varas y las entretejieron hasta formar un barco con ellas, y, luego que dieron cima a su tarea, botaron al agua el esquife y lo cargaron de fruta de la que en la isla abundaba y diéronse tal maña que terminaron su trabajo sin que nadie se enterara [14].

Montaron después en el barco y se lanzaron al mar y fueron bogando por espacio de cuatro meses sin que nada adverso les sucediese, hasta que, al cabo, empezó el mar a alborotarse y espumajear y se levantaron las olas y asomó su cabeza un cocodrilo enorme, el cual, alargando su zarpa, cogió a uno de los mamelucos y se lo engulló en un segundo. Después de lo cual repitió la operación con otro de los mamelucos.

Al ver Seifu-l-Muluk lo que aquel cocodrilo hiciera con sus dos compañeros rompió a llorar con gran pesar y él y el otro mameluco restante pusiéronse a remar con fuerza hasta alejarse de aquel lugar, y remando siguieron hasta que un día de los días divisaron en lontananza una gran montaña, abrupta y elevada, tanto que su cumbre perdíase en los aires y a verle el fin no alcanzaba.

Y estando Seifu-l-Muluk y el mameluco en aquel estado, he aquí que el mar volvió a alborotarse y encresparse y tornaron sus olas a elevarse y muy luego el cocodrilo asomó otra vez su cabeza y alargó su zarpa y llevóse al único mameluco que quedaba y en seguida se lo engulló como a los otros dos.

Quedó, pues, solo Seifu-l-Muluk y siguió bogando hasta llegar a una isla en la que había muchedumbre de árboles, y en sus copas encaramados vio el joven más de veinte monos de gran tamaño [15].

Luego que vieron a Seifu-l-Muluk acudieron los monos y lo rodearon por todos lados y luego echaron a andar delante de él, indicándole por señas que los siguiera.

Marcharon los monos delante y Seifu-l-Muluk detrás, hasta que llegaron a un castillo muy alto de muros y muy recio de cimientos, y en cuya fábrica alternaban un adobe de oro y otro adobe de plata, y metiéronse los monos dentro y Seifu-l-Muluk tras ellos.

Y luego que estuvo ya dentro pudo ver allí montones de toda suerte de piedras y metales preciosos, en tal

[14] Recuérdese el paso análogo en el sexto viaje de Simbad, el marino.

[15] Cinocéfalo, según Burton.

abundancia, que no podría describirlo lengua humana.

Y vio también en aquel castillo un joven, sin pelo de barba en sus mejillas y de una estatura elevadísima.

Fijóse en Seifu-l-Muluk el joven y mostró maravillarse y le preguntó:

–¿Cuál es tu nombre y cuál es tu país y cómo viniste hasta aquí? Dímelo todo con sinceridad y sin nada callar.

–¡Por Alá–respondió el príncipe–, que no vine aquí de mi propio motivo, ni era este el lugar adónde yo quería llegar; pero es que no tengo más remedio que ir de acá para allá, hasta que logre mi deseo!

–¿Y qué es lo que vas buscando? –preguntóle el joven.

–Has de saber que soy nacido en tierras de Mizr y mi nombre es Seifu-l-Muluk, hijo del rey Azim-ben-Zafuán.

Y acto seguido contóle cuanto le había sucedido, y, luego de oírlo, levantóse el joven aquel y ofrecióse a su servicio y le dijo:

–*¡Ye* rey del siglo! Yo estuve antaño en el país de Mizr y allí oí decir que eras partido a tierras de Az-Zin. Pero ¡vaya si hay distancia entre este país y esas tierras de Az-Zin! En verdad que se trata de un caso raro y un lance extraordinario.

–Razón tienes sobrada–contestóle el príncipe–, pero has de saber que yo dejé las tierras de Az-Zin para dirigirme a las tierras de Al-Hind e iba navegando rumbo a ellas cuando se levantó un temporal furioso y el mar hirvió y todos mis barcos desmanteló.

En una palabra: que Seifu-l-Muluk contóle a aquel joven todo lo que le había ocurrido hasta venir a parar a aquel lugar. Y el joven, luego, le dijo:

–*¡Ye* hijo del rey! Harto sufriste ya en punto a reveses y extrañamiento; pero ¡loado sea Alá, que te trajo acá! Pues de ahora en adelante vivirás aquí conmigo, para que yo me huelgue en tu compañía hasta mi muerte, y entonces tú serás el rey de esta algecira, a la que no se le conocen límites y mandarás en estos monos, que son asaz diestros en toda clase de trabajos, y todo cuanto pudieras desear aquí lo hallarás.

Pero Seifu-l-Muluk le contestó:

–*¡Ye* hermano mío! Yo no puedo detenerme en parte alguna, hasta no haber hallado lo que voy buscando, aunque haya de recorrer el mundo entero, preguntando a todo el que encuentre a mi paso. Hasta que al fin sea Alá quizá servido de concederme el logro de lo que ansío o mis andanzas me encaminen al lugar en que tenga marcado el término de mis días y en el cual deba morir.

Volvióse entonces el joven e hízole señas a uno de los monos, el cual se alejó en seguida y estuvo ausente una hora de tiempo y tornó luego en unión de otros monos ceñidos con fajas de seda y cargados con viandas y mesas. Y poniendo estas en el suelo sirvieron en ellas cien altabaques de oro y plata, con toda suerte de manjares, y después se quedaron allí, cuadrados, a cierta distancia, al modo de los criados entre las manos de los monarcas, hasta que el joven hízoles señas a sus chambelanes y estos se sentaron, menos el que hacía de maestresala, que continuó en pie, en tanto los dos príncipes comían hasta más no querer.

Procedieron entonces los monos a levantar las mesas y les llevaron a los príncipes aguamaniles de oro y les enjuagaron las manos con agua de rosas, y después pusieron allí azúcar molida y unos cuarenta frascos, cada uno de los cuales contenía un vino de distinta clase, y ambos jóvenes bebieron y se refocilaron y se solazaron y se divirtieron.

Y en tanto los monos bailaban y brincaban delante de ellos, de lo que

Seifu-l-Muluk se maravilló y tanto se le alegró el ánimo, que dio al olvido sus dolores pasados [16].

Y luego que se hizo de noche, encendieron los monos velas de cera en candeleros de oro, aljofarado, y sirvieron a ambos jóvenes platos de alajúes y fruta confitada con azúcar cande.

Y luego que llegó la hora del sueño tendieron los monos tapices en el suelo y ambos jóvenes se acostaron en ellos.

Luego que amaneció, levantóse el joven, según su costumbre, y despertó a Seifu-l-Muluk y le dijo:

–Asoma tu cabeza por la celosía y mira eso que allí abajo bulle y se agita.

Miró hacia allá Seifu-l-Muluk y vio una gran muchedumbre de simios, tan numerosa, que llenaba toda la almidana, con ser esta harto ancha.

Y dirigiéndose al joven, le dijo:

–Son monos, en tal número, que lo llenan todo.

Y luego preguntó:

–¿Por qué razón se han reunido frente al mirador?

–Es–respondió el joven–que todos los monos de la isla, y los hay que residen a dos o tres jornadas de distancia, tienen costumbre de acudir aquí todos los sábados por la mañana a aguardar a que yo despierte de mi sueño y asome mi cabeza por entre estas rejas, y, en seguida que me ven, besan la tierra y se prosternan ante su señor, después de lo cual se van ya tranquilos, cada uno a su labor [17].

Y así diciendo asomó el joven su cabeza por entre las rejas, de suerte que los otros lo vieran, y, en seguida que lo vieron, besaron la tierra y se fueron.

Un mes entero permaneció Seifu-l-Muluk al lado de aquel joven, y, pasado ese tiempo, despidióse de él y emprendió la marcha, con una escolta de cien monos, que por espacio de siete días lo fueron acompañando hasta dejarlo en los lindes de la isla, y luego ya solo siguió el rumbo a los montes y los campos y los alcores [18], y anduvo vagando por ellos cuatro meses completos, pasando un día hambre y comiendo otro hasta hartarse, unas veces hierba de la tierra y otras frutas de los árboles.

Y a Seifu-l-Muluk llegó a pesarle lo que hiciera y se arrepintió de haberse separado de junto de aquel joven tan hospitalario; hasta el punto de que pensó en volverse allá, siguiendo las huellas de sus propios pasos.

Pero estando en tal perplejidad hubo de ver un gran bulto negro, que se divisaba a lo lejos.

Y Seifu-l-Muluk díjose para sus adentros: «¿Será una ciudad o una simple arboleda? Pero no he de volverme atrás hasta que lo vea.»

Encaminóse, pues, allá y, luego que estuvo más cerca, pudo comprobar que era un alcázar elevado, de recios muros y alizaques sólidos y profundos.

Y dízque aquel alcázar labráralo Chafet, hijo de Noh (sobre ambos la paz) y que a él se refiere el Libro, el sublime, cuando dice: «Un pozo abandonado y un alcázar bien labrado.» [19]

Sentóse Seifu-l-Muluk a la puerta de

[16] La edición de Bulak se salta todo este paso.

[17] De esta costumbre sabática infieren los comentaristas que estos monos debían ser restos de alguna tribu árabe destruida, acaso de la famosa de Aad, de la que, según las tradiciones, salváronse algunos individuos por haber ido a Meca en son de rogativa, cuando Alá la castigó. Esta es la opinión de Trébutien. Burton insinúa que podrían ser aquellos judíos de Ailah que, según refiere el *Corán* (sura XI, *Hud* aleya 61), fueron transformados en monos, en tiempos de David, por haber pescado en sábado.

[18] Del árabe *Al-Kor*.

[19] *Corán*, sura XXII, *Al-Hach* (del alhage), aleya 44. La referencia, como observan los comentaristas, es incongruente. Payne la atribuye a la vanidad de algún copista, que quiso alardear de erudición coránica. La aleya mencionada se refiere a las ciudades destruidas por Alá en

aquel palacio y se dijo para su ánimo: «¡Cuánto diera por saber lo que hay en ese alcázar y qué rey lo habita y si sus vasallos son hombres o *alifrites! ¡Ye!* ¿Quién me lo podría decir?»

Y estuvo allí sentado y cavilando Seifu-l-Muluk largo rato, hasta que al cabo, no viendo por allí a nadie a quien pudiera interrogar sobre el caso, se levantó, y encomendándose a Alá entró en el alcázar y fue pasando hasta siete zaguanes, sin ver a nadie. Y luego, al mirar a su derecha, hubo de ver tres puertas y delante de él una cuarta puerta, por una acitara cubierta.

Fuese Seifu-l-Muluk a aquella puerta y levantó la cortina y se encontró en un gran salón, alfombrado con tapices de seda. Y en el fondo de aquella gran sala alzábase un trono de oro y en el trono sentada estaba una joven, cuya cara parecía una luna, vestida de regias galas y tan compuesta cual si fuera una novia en la noche de su *alchela* [20], y al pie de aquel trono había una mesa con cuarenta bandejas y en ella platos de oro y plata, llenos de apetitosas viandas.

Dirigióse allá el príncipe y saludó a la joven y esta contestó a su *selam* con otro igual y luego le preguntó:

–¿Eres hombre o genio?

Y él le contestó:

–Hombre soy y de los mejores, pues soy rey, hijo de rey.

Y la joven tornó a preguntarle:

–¿Y qué es lo que buscas aquí? Pero no; antes siéntate a esa mesa y come de lo que se te apetezca y luego me contarás tu historia desde el principio hasta el fin.

Sentóse Seifu-l-Muluk a la mesa y, destapando uno de los platos, comió con ansia de él, pues viniera hambreado, hasta quedar harto, y luego se lavó su mano derecha y se subió al trono y se sentó al lado de la joven, la cual le preguntó:

–¿Quién eres y cómo te llamas y de dónde vienes y quién te trajo hasta aquí?

Y Seifu-l-Muluk le respondió así:

–Mi historia es larga de contar; así que dime tú primero quién eres y cómo te llamas y quién te trajo a este lugar y por qué estás ahí sentada, tan sola, y luego yo te contaré mi historia.

–Mi nombre–díjole la joven–es Daula Jatún [21] y soy la hija del rey de Al-Hind y mi padre reside en su corte, en la ciudad de Serendib. Y tiene mi padre en su palacio un jardín muy hermoso y muy grande, como no lo hay igual en todo el país de Al-Hind, y en ese jardín hay un gran estanque. Y bajé yo un día al jardín, en compañía de mis doncellas, y me desnudé y se desnudaron ellas y nos zambullimos en la albufera y nos pusimos a jugar y retozar; pero, apenas llevábamos un rato en el agua, cuando una cosa así como una nube precipitóse sobre mí y me arrebató y me separó de mis esclavas y echó a volar conmigo entre cielo y tierra, y, en tanto volaba, así me hablaba:

–No temas nada, Daula Jatún, y ten tranquilo tu corazón.

Fue volando así, conmigo, breve rato y luego aterrizó en este alcázar y dejó en el suelo su carga.

Y he aquí que en un santiamén cambió de forma, mostrándose a mis ojos en la de un joven guapo, como igual sería difícil hallarlo, y, además, vestido con gusto exquisito.

Y con voz dulce me dijo:

–¿Me conoces tú, Daula Jatún?

castigo de sus crímenes y dice a la letra: «Cuántas ciudades hemos destruido en tanto aún pecaban y las hemos reducido a sus cimientos y pozos abandonados y palacios altos y bien labrados.»

[20] La exhibición ante el novio.

[21] Doña Fortuna. Daula (Fortuna) es voz árabe; Jatún (Señora), persa, y se pospone al nombre.

–No, mi señor–respondí yo.

Y él, entonces, me declaró:

–Yo soy el hijo del rey Al-Asrak [22], soberano de los genios, y marchaba de paso por donde tú estabas cuando hube de verte y en el acto quedé de ti prendado y abatí el vuelo y me eché sobre ti y te cogí y te aparté de tus doncellas y volé contigo hasta este alcázar fuerte, que es mi morada y mi casa, a la que nadie pudo nunca llegar, pues es inaccesible y no hay quien la pueda escalar. Así que puedes estar segura de que ya nunca más volverás a ver la tierra de tu padre y tu madre y no saldrás de estas soledades.

Luego de decir eso me abrazó y me besó...

Sorprendió aquí a Schahrasad la aurora y cortó el hilo de sus palabras encantadoras.

PERO LA NOCHE 430 REANUDO SU RELATO EN ESTA FORMA:

–Ha llegado a mis oídos, *¡ye* monarca, el afortunado!, que aquella joven de mi historia díjole a Seifu-l-Muluk:

–Luego de decirme quién era, el hijo del rey de los genios me abrazó y me besó y me dijo:

–Siéntate aquí y no tengas temor, Daula Jatún.

Dejóme luego y se ausentó y ausente estuvo por espacio de una hora, y después volvió, trayendo consigo estos tapices y estas alfombras, y me sirvió de comer y beber y él también comió y bebió.

Y desde entonces siguió visitándome, pero solo cada tres días, y siempre que viene a verme comemos y bebemos y me da muchos abrazos y besos; pero hasta la hora presente conservo yo mi doncellez y estoy igual que me creó Alá (loado sea y exaltado), que ese joven no me ha hecho nada ni apenas me ha tocado.

Llámase mi padre Tachu-l-Muluk [23] y no sabe nada de lo que me ha ocurrido ni ha podido hallar la pista de este sitio.

Esta es mi historia; ahora cuéntame tú la tuya, que de oírla estoy curiosa.

–Mi historia-tornó a decirle Seifu-l-Muluk–es larga de contar y temo que si me pongo a contártela se nos alargue el tiempo y demos lugar a que venga el genio.

–No tengas cuidado–respondióle la joven–, pues cuando tú llegaste no había él hecho más que irse y ya te dije que no viene a verme más que los martes. Así que siéntate aquí conmigo y serena tu espíritu y cuéntame toda tu historia, desde el principio al fin, sin ningún detalle omitir.

–Oír es obedecer–respondióle Seifu-l-Muluk.

Y acto seguido tomó la palabra y empezó a referirle su historia a la muchacha y continuó hasta terminarla, y al llegar al final de lo referente a Bedîetu-ch-Chemal llenáronsele a la joven sus ojos de lágrimas y exclamó, acongojada:

–*¡Ye* Bedîetu-ch-Chemal, cuánto he pensado en ti! ¡Ah, cuánto tiempo sin que tú te acordases de mí ni te dijeses: «¿Dónde estará mi hermana Daula Jatún?» ni se alterase tu corazón!

Al oír aquello, díjole Seifu-l-Muluk, perplejo:

[22] *El azul.* Ya hemos visto otro rey de los genios llamado *El rojo,* Al-Ahmar.

[23] Corona de los reyes.

–¿Cómo puede ser tu hermana si ella pertenece a la casta de los genios y tú a la humana?

–Es mi hermana de leche–respondióle Daula Jatún–y la causa de ello fue que mi madre, estando embarazada de mí, bajó un día a distraerse al jardín, y, estando allí, acometiéronle los dolores del parto y me dio a luz a mí, y sucedió, casualmente, que en aquel momento llegara a la linde del jardín la madre de Bedîetu-ch-Chemal, la cual estaba también encinta, e inesperadamente dio a luz otra niña, y despachó a algunas de sus doncellas para que fueran a pedirle a mi madre alimento y pañales y mi madre proveyóla de todo cuanto necesitaba y la invitó a pasar al jardín y ella lo hizo así, en compañía de sus doncellas, llevando consigo a Bedîetu-ch-Chemal, y mi madre se encargó de alecharla y por espacio de dos meses fueron nuestras huéspedes, pasado el cual tiempo regresaron al país de los genios.

Pero al despedirse de mi madre la madre de Bedîetu-ch-Chemal diole una cosa, diciéndole:

–Siempre que necesites de mí, acudiré luego a tu llamada y me presentaré en medio del jardín.

Fuéronse luego ella y sus doncellas a su país; pero ella y su hija vienen todos los años a visitarnos y se están algún tiempo a nuestro lado.

Así que si estuviera yo con mi madre y tú conmigo en mi país y yo y Bedîetu-ch-Chemal estuviéramos juntas como antaño, ya idearía yo, de acuerdo con ella, algún medio de que se te lograse tu deseo; pero como estoy aquí y ellas no lo saben–que si lo supieran, poder tienen de sobra para acorrerme, no tenemos más remedio que resignarnos a nuestra suerte y ponernos en las manos de Alá (loado sea y glorificado), que acaso nos quisiera salvar.

–¡*Ye!*–exclamó Seifu-l-Muluk al oír aquello–. Levántate en seguida y huyamos de aquí y vayamos a donde Alá (loado sea su nombre) se sirva encaminarnos.

Pero Daula Jatún lo disuadió, diciendo:

–No es posible, por Alá, que hagamos eso, que hay de aquí allá un año entero de camino y si viene ese maldito y nos sorprende a los dos nos dará muerte.

–No te inquietes por eso–díjole Seifu-l-Muluk–, que si viene ese maldito yo me esconderé y le acometeré de improviso con mi espada y lo mataré.

–No podrás matarlo–le dijo la muchacha–como no matares su alma.

–¡*Ye!*–exclamó Seifu-l-Muluk–. ¿Y dónde tiene su alma ese desalmado?

–Muchas veces–respondió la joven–se lo he preguntado, sin que nunca me lo haya querido decir, y un día de los días que hube de insistir me increpó diciendo:

–¿Por qué tienes tanto afán en saber dónde tengo mi alma? Ahora mismo vas a decirme la causa.

–¡*Ye* Hatem! [24]–díjele yo–. Estoy sola en el mundo y solo a ti te tengo, además de Alá, y quisiera abrazarme a tu alma y vivir siempre a ella abrazada.

–Has de saber–díjome entonces él que, al nacer yo, predijeron los astrólogos que mi alma moriría a manos de un hijo de los hijos de los reyes de casta humana. Por lo que, al saberlo, cogí mi alma y la metí en el buche de un pájaro y guardé al pájaro en un estuche y el estuche en otros siete estuches y siete cajitas y lo metí todo en un arcón de alabastro y enterré el arcón de alabastro en el fondo del océano que ciñe la tierra, porque esas regiones caen muy lejos del mundo de los hombres y ninguno de ellos tiene hasta allí acceso. Ya sabes, pues, dón-

[24] *Cuervo.* La edición de Breslau y la de Bulak interpretan, erróneamente, Jatim, *sello.*

de tengo mi alma, y eres la única que lo sabe, por lo que te ruego no se lo digas a nadie, de suerte que entre los dos quede como un secreto y no llegue a conocimiento de tercero.

–Está tranquilo, mi señor–respondíle yo–; ¿a quién se lo iba yo a decir si nadie más que tú viene hasta aquí?

Y acto seguido añadí:

–¡Por Alá, que guardaste tu alma en lugar bien seguro, a donde no podrá llegar ninguno!

Pero él me contestó, diciendo:

–Pudiera darse el caso de que algún mortal, llevando en su dedo el anillo de Soleimán, el hijo de Daud (sean sobre ambos la zalá y el *selam)* viniera por aquí, y, extendiendo su mano con el anillo puesto sobre la haz de las aguas, dijera: «Por el poder de estos hombres, te mando que hagas salir a la superficie el alma de fulano.» Y en el mismo momento subiría a flor de agua el arcón de alabastro y él lo abriría y lo mismo haría con las cajitas y los estuches y cogería al pájaro y lo estrangularía y yo moriría.

–*¡Ye!*–exclamó Seifu-l-Muluk, alborozado–. Yo soy hijo de rey y prendido tengo en mi dedo el anillo de Soleimán, el hijo de Daud (sean sobre ambos la zalá y el *selam).* Ven, pues, conmigo a la marina y allí veremos si eso que te dijo el genio es verdad o mentira.

Y acto seguido levantáronse y echaron a andar hasta que llegaron los dos a la orilla del mar y allí Daula Jatún quedóse al filo del agua en tanto Seifu-l-Muluk se hundía en ella hasta la cintura y estas palabras profería:

–Por el poder de los hombres y fórmulas talismánicas grabados en este anillo y por el poder de Soleimán, el hijo de Daud (sobre ambos la zalá y el *selam)* te mando que saques afuera el alma de Hatem, hijo del rey de los genios Al-Asrak.

Agitáronse en el acto las aguas, dejando aflorar el arca. Cogióla al punto Seifu-l-Muluk y, tomando una piedra, golpeóla con ella y la partió, y luego hizo lo mismo con las otras cajas, hasta dar con aquella en que estaba el pájaro encerrado, y sacó al pájaro del vaso y se tornó al alcázar, sin soltarlo, y se sentó en el trono.

Pero en aquel instante elevóse una gran polvareda por los aires, y en medio de ella iba un gran bulto volando y gritando:

–*¡Ye* hijo del rey, déjame vivir y no me mates, que yo seré de hoy más tu esclavo y haré que logres lo que anhelas tanto!

–Ya está aquí el genio–díjole Daula Jatún a Seifu-l-Muluk–. Mata, pues, en seguida al pájaro, para que no entre aquí ese maldito y te lo quite de las manos y nos mate primero a ti y luego a mí.

Y Seifu-l-Muluk, al oír aquello, obedeció a Daula Jatún y le retorció al pájaro el pescuezo y lo mató.

Y en el acto desplomóse el genio en tierra, convertido en un montón de pavesas.

Al ver lo cual exclamó Daula Jatún:

–Libres somos ya del poder de ese maldito. Pero ¿qué vamos a hacer ahora, amiguito?

A lo que Seifu-l-Muluk le dijo:

–Confiemos en la ayuda de Alá (loado sea y glorificado) y El, que hasta aquí nos protegió, rematará su obra y nos llevará a puerto de salvación.

Y acto seguido fue Seifu-l-Muluk y arrancó unas diez puertas de las puertas del alcázar, que eran de madera de sándalo y áloe, claveteadas de oro y plata, y atólas con cuerdas de seda, y entre él y Daula Jatún las acarrearon a la orilla del mar, y, luego de darles la forma de un barco, dejaron este allí fondeado.

Tornaron luego los dos al alcázar y trasladaron al barco todo cuanto allí había de poco peso y de mucho precio,

y después que eso hicieron se embarcaron los dos y se hicieron a la mar, encomendándose a Alá, que siempre escucha y nunca defrauda a quien implora su ayuda, y empezaron a remar con dos troncos de árbol que a mano pudieron hallar.

Y fueron bogando así, en aquella balsa, por espacio de cuatro meses, hasta que al cabo los víveres se les acabaron y sus sufrimientos se agravaron y se les encogieron sus pechos y rogáronle a Alá quisiese apiadarse de ellos y librarlos de aquella extremidad.

Y dizque, en todo aquel tiempo, siempre que se echaban a dormir, ponía Seifu-l-Muluk a su espalda a Daula Jatún y entre los dos atravesaba una espada desnuda, de suerte que si en el sueño se volvía del otro lado, chocaba con el acero y se despertaba [25].

Hasta que una noche de las noches en que Seifu-l-Muluk dormía y Daula Jatún velaba hubo de enderezar el rumbo hacia la tierra la balsa y fondeó en un puerto donde otras galeras había ancladas.

Y Daula Jatún columbró los navíos y oyó al arráez mayor hablar con los marineros, por lo que vino a saber que aquel era el puerto de una ciudad y que por fin se hallaban en tierra poblada.

Alegróso de ello Daula Jatún hasta el extremo y díose prisa a despertar al príncipe y le dijo:

–Anda, ve y pregúntale a ese arráez cómo se llaman esta ciudad y este puerto en que vamos a entrar.

Levantóse Seifu-l-Muluk muy contento y fue a preguntarle al arráez:

–Dime, hermano, por Alá: ¿cómo se llaman este puerto y esta ciudad y el rey que sobre ambos reina?

Oyólo el arráez con asombro y le dijo:

–¡*Ye* el de cara helada y el frío de barba! ¿Cómo si ignoras el nombre de este puerto y el de esta ciudad pudiste llegar acá?

–¡*Ye* hermano!–díjole Seifu-l-Muluk–. Soy extranjero y venía en un barco de los barcos de los mercaderes, el cual se estrelló contra unas rocas, hundiéndose en el mar con cuanto a bordo llevaba, excepto yo, que me salvé en una tabla, y a ella asido llegué hasta esta playa. Y haz cuenta, hermano, que el preguntar no es falta.

Oído que hubo aquello el arráez le contestó:

–Has de saber que esta ciudad es la ciudad de Amariyah y que este puerto se llama el puerto de Kaminu-b-Bahrain [26].

Al oír Daula Jatún las palabras del arráez alegróse mucho y le dijo a Seifu-l-Muluk:

–Alégrate tú también, que ya nos anda cerca la ventura, pues el rey de esta ciudad es mi tío, hermano de mi padre...

–Pero al llegar aquí sorprendió a Schahrasad la aurora y cortó el hilo de sus palabras encantadoras.

[25] Costumbre caballeresca que del Oriente pasó a Occidente, donde aparece reflejada en múltiples leyendas de ese tipo; recuérdense, no más, la de *Tristán e Iseo* y la de *Amys y Amiloun*.

[26] Amariyah, la populosa. Kaminu-l-Bahrain, atalaya de los dos mares.

Y LA NOCHE 431 PROSIGUIO SU RELATO EN ESTA FORMA:

–Ha llegado hasta mí la fama, *¡ye* monarca, el afortunado!, de que Daula Jatún díjole a Seifu-l-Muluk:

–Alégrate, que ya nos anda cerca la ventura, pues el rey de esta ciudad es tío mío, hermano de mi padre, y su nombre es Aliyu-l-Muluk [27].

Y, si lo dudas, pregúntale al arráez y dile: «Por ventura, el rey de esta ciudad ¿se llama Aliyu-l-Muluk?»

Hízolo así Seifu-l-Muluk y el arráez, al oírlo, se enojó y malhumorado, exclamó:

–¿No decías que no habías estado nunca aquí y que eras extranjero? ¿Cómo, pues, sabes el nombre del rey de este puerto?

Holgóse grandemente Daula Jatún al oír la respuesta del arráez y se fijó mejor en él y conoció al fin que era uno de los arraeces de su padre y que se llamaba Moinu-d-Din [28].

Y dirigiéndose a Seifu-l-Muluk le dijo así:

–Dile al arráez: «*¡Ye* Moinu-d-Din, ven acá que tu señora te llama y te lo manda!»

Gritóle Seifu-l-Muluk al arráez lo que le dijera Daula Jatún, y el arráez al oír aquello, perdió ya la paciencia y les dijo a varios de sus compañeros:

–Dadme acá una buena vara, que voy a romperle con ella a ese árabe patoso la cabeza.

Diéronsela los otros y, tomándola el arráez, fuese en busca de Seifu-l-Muluk y llegó hasta la orilla del mar y vio allí el barco y vio en él algo de tal belleza y primor que lo maravilló y lo deslumbró.

Miró luego mejor y vio a Daula Jatún, que estaba allí sentada y el creciente de la luna semejaba.

Y volviéndose a Seifu-l-Muluk, el arráez le preguntó:

–¿Qué es lo que traes ahí?

A lo que respondió Seifu-l-Muluk:

–Traigo a una joven que se llama Daula Jatún.

No bien hubo el arráez oído aquel nombre cuando en seguida echó a correr en dirección a la ciudad y subió al alcázar real y pidió permiso para entrar.

Diéronselo luego y el hombre pasó adentro en presencia del soberano y besó la tierra entre sus manos y luego le dijo:

–*¡Ye* rey! ¡Albricias, pues te traigo una buena noticia! Y es que la hija de tu hermano, Daula Jatún, ha llegado a esta ciudad con toda felicidad y está ahí en la playa en su barco y viene acompañándola un joven de rostro bello, que parece una luna en su pleno.

Alegróse grandemente el rey al escuchar la fausta nueva y gratificó al marinero con un traje de subido precio.

Mandó luego el monarca que la ciudad engalanaran en celebración de haber llegado allí sin contratiempo la hija de su hermano y dio orden de que se la llevasen en el acto, y así lo hicieron sus criados, y comparecieron en su presencia Daula Jatún y su compañero Seifu-l-Muluk.

Y el rey saludó a los dos con el *selam* y los felicitó, y luego despachó emisarios a su hermano, haciéndole saber cómo su hija pareciera y estaba en sus manos y rogándole que viniera en seguida a recogerla.

Luego que el rey Tachu-l-Muluk

[27] El excelso de los reyes. Tiene el valor de un superlativo.

[28] Secundador de la Fe.

supo la fausta nueva, aprestóse al viaje y convocó a sus tropas y, al frente de ellas, se puso en camino y fue cabalgando sin parar, hasta llegar a la corte de su hermano Aliyu-l-Muluk, donde se reunió con su hija Daula Jatún, siendo grande la alegría que todos sintieron al verse juntos de nuevo.

Permaneció algún tiempo el rey Tachu-l-Muluk en la corte de su hermano Aliyu-l-Muluk y luego, en compañía de su hija Daula Jatún y del rey Seifu-l-Muluk, emprendió el viaje de regreso a su ciudad de Serendib, no parando de caminar hasta llegar allí.

Reunióse allí Daula Jatún con su madre, la cual experimentó, al verla sana y salva, alegría grande, y todos también se holgaron mucho y reputaron ser aquél día un día fausto, grande y sin semejante.

Cuanto al rey Tachu-l-Muluk colmó de atenciones y agasajos al joven Seifu-l-Muluk y le dijo:

–Todo este bien que ahora gozamos mi hija y yo te lo debemos a ti y es tal que nunca en la vida te lo podré pagar, siendo únicamente el Señor de los mundos quien te lo podría recompensar como se merece. Así que te pido me hagas el favor de sentarte en mi trono en lugar mío y gobernar desde ahora este país de Hind, en que yo reiné hasta aquí.

A lo que Seifu-l-Muluk le contestó:

–¡*Ye* rey del siglo! De buen grado acepto lo que me das y te lo devuelvo con libre voluntad, que yo no ambiciono soberanía, ni sultanía, ni anhelo otra cosa sino que Alá, el Todopoderoso, me conceda el logro de lo que deseo.

–Mira, Seifu-l-Muluk–añadió el rey–; todos mis tesoros a tu disposición los pongo; toma de ellos lo que quieras, sin pedirme permiso, y Alá te pague mejor que yo lo que por mí hiciste.

–¡*Ye* rey del siglo!–respondióle el príncipe–. Aumente Alá el poderío de mi señor. Pero a mí no pueden retenerme ni reinos ni dineros en ningún lugar, hasta que haya encontrado lo que salí a buscar. Pero lo que sí quiero hacer es salir a dar un paseo por la ciudad y recorrer sus calles y sus plazas y sus zocos, para verlo bien todo.

Mandó luego el rey que le aprontasen al joven un caballo de los de noble sangre y en el acto le llevaron uno, enjaezado con ricos alcafares. Montó Seifu-l-Muluk y, caballero en él, recorrió los zocos y las plazas de la ciudad, mirándolo todo con curiosidad.

Y en tanto giraba sus ojos a diestra y siniestra reparó en un joven que llevaba un *alkabá* y lo iba pregonando en cincuenta dinares.

Examinó Seifu-l-Muluk bien a aquel joven y le halló un gran parecido con su hermano Sâid, y, con efecto, era Sâid mismo, salvo que había cambiado de color y de aspecto por las fatigas que en su largo peregrinar padeciera y las muchas peripecias que le ocurrieran.

De suerte, pues, que Seifu-l-Muluk no lo conoció; pero, dirigiéndose a los que le rodeaban, les ordenó:

–Traedme acá a ese joven, que quiero hacerle unas preguntas y pedirle unos informes.

Lleváronselo luego y Seifu-l-Muluk les dijo:

–Conducidlo al alcázar y tenedlo allí hasta que yo vaya.

Entendieron los criados de Seifu-l-Muluk que les mandaba llevar al joven a la cárcel y pensaron: «Puede que sea un mameluco de sus mamelucos que se le ha escapado.»

Y asiendo del joven lleváronlo a la cárcel y de grilletes lo cargaron y en ella lo dejaron.

Y cuando sacaban a picar piedra en las canteras a los forzados también Sâid iba con ellos como uno de tantos.

Tornó luego Seifu-l-Muluk al alcázar, de vuelta de su paseo, y se olvidó

de Sâid, su hermano, sin que ninguno tampoco se cuidase de recordárselo. De suerte que el pobre Sâid siguió cargado de grilletes en la cárcel.

Y en vano se devanaba los sesos tratando de adivinar por qué razón lo tenían preso.

Sucedió, después de eso que, estando Seifu-l-Muluk, un día de los días, sentado en su cuarto, hubo de acordarse, de pronto, de Sâid, su hermano, y preguntó a uno de los esclavos que estaba a su lado:

–¿Qué fue de ese mameluco que aquel día de marras os encargué trajeseis al alcázar?

–¿Cómo?–respondieron ellos–. ¿No te acuerdas que nos dijiste que lo llevásemos a la cárcel?

–Yo no os dije tal cosa–exclamó Seifu-l-Muluk–; yo lo que os dije fue esto: «Cogedlo y llevadlo al alcázar, en tanto yo vuelvo.»

Despachó en seguida Seifu-l-Muluk al chambelán en busca de Sâid y aquel corrió a la cárcel y quitóle sus hierros al preso y luego lo condujo a presencia de su señor y dueño.

Y al verlo, le preguntó Seifu-l-Muluk:

–Dime, mocito: ¿de dónde eres tú?

–Yo soy de Mizr–respondióle Sâid–y mi nombre es Sâid, hijo del visir Faris.

Al oír Seifu-l-Muluk tales palabras saltó luego del trono y fuese hacia su hermano y se le abrazó al cuello y rompió a llorar de puro contento. De lo que todos los presentes se maravillaron grandemente. Y Seifu-l-Muluk, en medio de su llanto, decía:

–Yo soy tu hermano Seifu-l-Muluk, hijo del rey Azim. ¡Loado sea Alá, que nos quiso reunir!

Mandó luego Seifu-l-Muluk a sus criados que cogiesen a Sâid y lo llevaran al *hammam*, lo que aquellos hicieron sin tardar.

Luego que Sâid salió del *hammam* vistiéronle ropas suntuosas y le condujeron al estrado regio de Seifu-l-Muluk y este lo sentó en el trono a su lado. Y también el rey Tachu-l-Muluk acudió luego allá muy alborozado.

Y Seifu-l-Muluk preguntóle a su hermano pormenores de sus peregrinaciones y cómo fuera que llegara a aquellas tierras.

A lo que Sâid contestóle diciendo:

–¡*Ye* hermano mío, Seifu-l-Muluk! Cuando nuestro barco se hundió y se ahogaron todos los de la tripulación, yo y unos cuantos mamelucos logramos salvarnos en una tabla, la cual nos fue llevando por el mar, de acá para allá, por espacio de un mes entero, hasta que al fin el viento nos arrojó, por designio de Alá (loado sea y glorificado), a una isla, a la cual abordamos. Estábamos todos muertos de hambre y nos metimos por entre aquellos árboles y nos atracamos de su fruta, sin pensar más que en satisfacer nuestra necesidad. Cuando he aquí que de improviso cayó sobre nosotros un tropel de seres que por las trazas parecían *afarit* y que nos acometieron y se nos montaron sobre nuestras espaldas, sin que pudiéramos defendernos de ellos, pues eran unos doscientos.

Y nos dijeron:

–¡Ea, echad hacia adelante con nosotros, que de hoy más sois nuestros jumentos!

Y yo entonces preguntéle al que se me había montado encima:

–¿Quién eres y por qué te me has montado?

Pero él, por toda respuesta, enroscóme al cuello una de sus piernas, hasta dejarme medio muerto, y empezó a hincarme en la espalda la otra pierna con fuerza tal, que pensé que me rompiera la espina dorsal. Y me desplomé de bruces en el suelo, pues dizque de hambre y sed estaba que no me podía tener. Conoció él por mi caída que tenía hambre y, cogiéndome de la mano, llevóme junto a un árbol cargado

de fruta, que por cierto era un peral, y me dijo:

–Come de esa fruta hasta que no quieras más.

Comí yo hasta hartarme y luego eché a andar contra mi voluntad; pero en seguida volvió el monstruo a montárseme encima y empezó a arrearme, y unas veces me hacía andar al paso, y otras al galope, y estotras al trote, y a todo esto no paraba ni un momento de reír y decir:

–¡Jamás en mi vida vi un rucho así!

Años seguidos permanecimos en ese triste estado, hasta que un día de los días reparamos en que había por allí abundancia de parras algabala [29] cuajadas de uva en sazón, y cogimos unos cuantos racimos y, echándolos en una zanja, pusimonos a prensarlos con los pies, hasta que la zanja vino a parecerse a una charca.

Dejamos luego pasar algún tiempo y volvimos allá y vimos cómo aquel zumo fermentara con el sol y se trocara en vino.

Dimos desde entonces en la flor de beber de aquel vino hasta emborracharnos y ponérsenos coloradas las caras y entonces empezábamos a canturrear y bailotear, por la alegría que el vino da.

Hasta que nuestros tiranos lo notaron y nos preguntaron:

–¿Cómo es que se os ponen las caras coloradas y a qué se deben esos cantos y esos bailes?

Y nosotros les respondimos:

–Cosa es esa que a vosotros no os interesa.

Pero ellos insistieron diciendo:

–Tenéis que decirnoslo, para que sepamos la verdad del caso.

Y entonces nosotros les explicamos cómo prensáramos los racimos e hiciéramos vino.

Y ellos nos dijeron:

–Pues dadnos de ese vino para que también bebamos.

Pero nosotros les respondimos:

–Ya no quedan más racimos.

Y ellos, al oirlo, nos cogieron y nos llevaron a un valle, tan largo y tan ancho que no podíamos imaginarlo y en el cual había unos racimos de uva tamaños, que pesaran cada uno sus veinte libras y todos ellos en sazón cumplida.

Y nuestros guardianes nos dijeron:

–Coged racimos de esos.

Cogimos nosotros una gran carga de aquellos racimos y los echamos en una hondonada que por allí había más grande aún que el gran estanque del jardín del rey y los prensamos con nuestros pies y luego dimos tiempo a que el mosto se hiciera vino fuerte, lo que se obró al cabo de un mes, y entonces les dijimos a aquellos salvajes:

–Ya está en su punto; pero ¿en qué lo vais a beber?

Y ellos nos contestaron:

–Antes teníamos asnos como vosotros y nos los comimos, pero dejamos sus cabezas, así que podemos beber el vino en sus calaveras.

Fuimos nosotros a registrar sus cuevas; en ellas hallamos pilas enormes de calaveras y otros huesos de hijos de Adán y les dimos a beber a los salvajes en las calaveras y ellos bebieron y se emborracharon y, en número de unos doscientos, se cayeron al suelo.

Y entonces nos dijimos los unos a los otros:

–¿De modo que no contentos con que les sirvamos de asnos se nos coman, además, estos malvados? No hay gloria ni poder sino en Alá (el más grande). Atraquémoslos de vino hasta que se emborrachen y matémoslos luego y así descansaremos.

Y, en consecuencia, fuimos y los despertamos y les dimos más vino en las rebosantes calaveras, pero ellos dijeron:

[29] Uva silvestre.

–¡*Ye* y cómo amarguea!

–¿Cómo que amarguea?–replicamos nosotros–. Pues sabed que quienes de eso se quejan, como diez tandas no bebieren, luego se mueren.

No bien oyeron eso los salvajes entróles gran temor a la muerte y nos apremiaron, diciendo:

–Dadnos a beber otras diez veces.

Apresurámonos a complacerlos y, luego que hubiéronse echado al coleto sus diez tomas de vino cada uno, pusiéronse tan borrachos que apenas si en pie podían tenerse y sus fuerzas les flaquearon y no las tenían para montarnos. Y entonces nosotros los cogimos a puñados y los amontonamos unos encima de otros y, apandando gran cantidad de sarmientos y pámpanos, los cubrimos con ellos, por arriba y por los costados, y después les prendimos fuego y nos apartamos a alguna distancia para ver desde allí lo que pasaba.

Pero al llegar aquí sorprendió a Schahrasad la mañana y puso dique a sus desbordadas palabras.

Y LA NOCHE 432 SIGUIO DICIENDO LA MUCHACHA:

–Ha llegado a mis oídos, ¡*ye* monarca, el afortunado!, que Sâid le dijo a su hermano:

–Luego que yo y mis compañeros prendimos fuego a las ramas que recubrían los cuerpos de nuestros tiranos nos apartamos a alguna distancia para ver desde allí lo que pasara.

Formóse rápidamente una gran hoguera, que poco a poco fue decreciendo hasta extinguirse casi por completo, y entonces nosotros nos acercamos y pudimos comprobar, con alegría, que nuestros tiranos eran ya tan solo un informe montón de frías cenizas [30].

Dimos gracias a Alá (loado sea y glorificado) por habernos salvado de sus manos y nos alejamos de allí y nos dirigimos a la orilla del mar y luego que allá llegamos, nos separamos.

Yo y dos de los mamelucos seguimos caminando juntos hasta que llegamos a una gran algaba, donde los árboles frutales abundaban, y nos pusimos a comer de aquella fruta, sin pensar en cosa alguna.

Cuando he aquí que, de repente, se nos aparece un gran gigante, de estatura imponente, con unas barbas muy largas y unas orejas que le colgaban y unos ojos que parecían brasas, y el tal gigante iba arreando a una numerosa punta de ganado, conduciéndola a los pastos.

Luego que nos vio el gigantón pareció alegrarse y nos saludó y nos dio la bienvenida, diciendo:

–¡Familia y comodidad! Venís conmigo, que voy a sacrificar para vosotros uno de estos corderos, y os lo asaré al fuego y os lo serviré para que podáis comer.

–¿Dónde tienes tu majada?–preguntamos nosotros al coloso.

–No lejos de ese monte–nos respondió él–. Seguir andando hacia ese lado, hasta que veáis una ajaquefa, y entonces entraos en ella, pues allí encontraréis a muchos huéspedes iguales a vosotros: sentaos allí con ellos y aguardad un poco hasta que yo vaya a atenderos y serviros el alimento.

Dimos nosotros crédito a sus palabras y nos dirigimos al lugar indicado y penetramos en aquel antro y vimos

[30] Este paso es repetición, salvo ligeras variantes, del episodio de Simbad, el marino, con el *scheij* en el quinto de sus viajes.

reunidos muchos huéspedes; pero pudimos comprobar, desde luego, que todos ellos eran ciegos.

Y al sentirnos entrar, dijo uno de ellos:

–Yo estoy enfermo.

Y otro exclamó:

–Yo estoy extenuado.

–¿Cómo es eso?–dijimos nosotros, asombrados–. ¿A qué se debe vuestra enfermedad y vuestro quebranto?

–¿Quiénes sois vosotros?–preguntaron ellos.

–Somos huéspedes de vuestro mismo anfitrión–respondí yo.

–*¡Ye!*–exclamaron ellos a coro–. Caisteis, como nosotros, en las manos de ese maldito, que no es sino un vampiro, que devora a los hijos de Adán y a nosotros nos ha cegado primero para después comernos.

–¿Y cómo hizo para cegaros?–les preguntamos.

–Pues lo mismo que hará para cegaros a vosotros–nos contestaron.

–Bueno–insistimos–: pero ¿qué es ello?

–Ya veréis–respondieron ellos–cómo os ofrece cuencos de leche agria, diciéndoos: «Tomad esta leche y bebéosla, que seguramente estaréis cansados de tantos trabajos como habéis pasado.» Y tan pronto como bebáis la leche os quedaréis ciegos como nosotros.

«*¡Ye!*–dijeme yo para mis adentros–. Ahora si que estoy perdido sin remedio, como no sea que invente algún ardid para salir de aquí.»

Y acto seguido fui e hice un hoyo en el suelo y me senté encima de él.

Y al cabo de una hora de tiempo llegó el *algol* con los cuencos de leche y nos dio uno a cada uno de nosotros, diciendo: «Del desierto venís y estaréis sedientos; tomad esta leche y bebéosla, en tanto que os aso el cordero.»

Tomé yo mi cuenco y me lo llevé a la boca, pero en vez de bebérmelo lo vertí en el hoyo y di un grito diciendo:

–¡Guay de mí, que se me fue la vista y me he quedado ciego!

Y llevándome las manos a los ojos empecé a llorar y a lamentarme, en tanto aquel maldito se reía y me decía:

–No te apures, que ahora ya estás como los demás.

Eso en cuanto a mí, que mis dos compañeros bebieron de aquella leche y enceguecieron.

Levantóse luego el *algol* y, tapando la boca de la cueva, vínose a mí y me palpó los costados; pero me halló flaco y hecho un puro hueso, y entonces me dejó y pasó a probar a otro y se alegró mucho de encontrarlo gordo.

Procedió después el *algol* a sacrificar tres borregos y los desolló, y, requiriendo tres garfios de hierro, prendió la carne en ellos y la puso a asar al fuego. Y luego que asada estuvo, se la presentó a mis compañeros, que de ella comieron mano a mano con él, y después el *algol* trajo una bota de cuero llena de vino, y bebió de ella y se tumbó panza arriba en el suelo y empezó a lanzar ronquidos tremendos.

Y entonces yo díjeme en mis adentros: «Ahogado está en el sueño; ¿cómo me valdré para matarlo y librarme de él?»

Acordéme entonces de aquellos asadores de hierro y, poniendo dos de ellos al fuego, aguardé hasta que llegaron a estar al rojo vivo, y entonces me levanté y me apreté la faja, y enristrando un asador en cada mano, fuime derecho al *algol* condenado y le metí los asadores por sus ojos, apretando con toda mi fuerza, hasta vaciárselos.

Levantóse de un brinco el ladino, con el afán de salvar la vida querida, y trató de echarme mano; pero como estaba ciego, no pudo lograrlo.

Retrájeme yo, huyendo de él, hasta lo hondo de aquella cueva y el *algol* me fue persiguiendo hasta allí a tientas, y dizque yo no atinaba con ningún sitio donde refugiarme al recaudo de su

alcance ni por dónde salir a campo raso, ya que la entrada de la ajaquefa habíala tapado con piedras. Y en aquel aprieto díjeles a mis compañeros ciegos:

–¿Qué hago yo ahora con este malvado?

Y uno de ellos me contestó, diciendo:

–Mira, Sâid: súbete de un salto a esa hornacina de la cueva y en ella encontrarás una cimitarra, muy bien afilada; cógela y ven luego acá y yo te diré lo que has de hacer.

Trepé yo hasta la hornacina y cogí la cimitarra y volví junto al compañero ciego y este me dijo:

–Hiérele con la cimitarra en el medio de su cuerpo y en el acto caerá muerto.

Fuime yo entonces hacia el *algol* ciego, que estaba ya cansado de correr tras de mí y trataba a tientas de coger a alguno de los otros ciegos y matarlos, y con mi cimitarra le asesté un mandoble en la mitad del cuerpo y el monstruo cayó, partido en dos, al suelo.

Y en el acto lanzó un grito terrible y me dijo:

–¡Hombre, si matarme quieres, me has de dar un segundo golpe!

Sorprendió aquí a Schahrasad la aurora y cortó el hilo de sus palabras encantadoras.

PERO LA NOCHE 433 PROSIGUIO SU RELATO EN ESTA FORMA:

–Ha llegado a mis oídos, ¡*ye* monarca, el afortunado, que Sâid siguió contando:

–Al herir al monstruo con la espada, díjome él:

–Puesto que me heriste una vez con la intención de matarme, hiéreme por segunda vez, pues de lo contrario, será tu empeño en vano.

Iba yo a hacerlo así cuando aquel ciego que la espada me indicara me contuvo con estas palabras:

–No le hieras por segunda vez, que, si lo hicieres, lejos de morir vivirá y a todos nos devorará.

Seguí yo su consejo y no herí al vampiro, de suerte que murió el maldito.

Y entonces el ciego me dijo:

–Ve y abre la cueva y déjanos salir de ella, que acaso Alá sea servido de favorecernos y sacarnos con bien de estos parajes y llevarnos a mejor parte.

Pero yo le dije:

–Ahora ya no nos puede ocurrir ningún mal; así que será mejor que nos quedemos aquí y descansemos y comamos de esos corderos y de ese vino bebamos, que este país es largo.

Y, en consecuencia, seguimos allí por espacio de dos meses, comiendo de aquellos corderos y de la fruta de la isla y bebiendo del generoso mosto de la uva, hasta que un día de los días, estando sentados en la marina, columbré un navío que pasaba a lo lejos y les hicimos señas a sus tripulantes para que vinieran y nos recogieran.

Pero los marineros no se atrevieron a acercarse a la orilla por saber que aquella isla era la guarida de un *algol* [31] que se comía a los hijos de Adán, y ya se disponían a pasar de largo, sino que nosotros corrimos hacia

[31] En Trébutien llámase el monstruo «Goul Eli-Fenioum», lo que recalca su parecido con el Polifemo de la *Odisea*.

el mismo filo del agua y empezamos a hacerles señas con nuestros turbantes desplegados y a gritarles, hasta que uno de los marineros, hombre de muy buena vista, díjoles a sus compañeros:

–¡No temáis, camaradas, que yo los distingo bien y os digo que son hijos de Adán y en nada se parecen a los *agual!*

Y entonces, poco a poco, fueron empujando el barco hasta la orilla y, luego de cerciorarse de que, efectivamente, éramos seres humanos, nos saludaron con el *selam* y nosotros les contestamos en forma igual y les participamos la fausta nueva de la muerte del maldito, lo que ellos nos agradecieron muchísimo.

Acarreamos luego al barco todo cuanto había en la cueva de telas y corderos y tesoros, amén de un buen repuesto de los frutos de la isla, que pudiera bastarnos para días, y aun meses, y, finalmente, nos embarcamos, y, favorecidos por un viento bonancible, fuimos navegando por espacio de tres singladuras, hasta que al cabo se nos volvió el viento contrario y púsose el aire muy oscuro, y, en menos de una hora, fue a dar la nave contra una roca y en ella se estrelló y se desencuadernó. Pero Alá, el que todo lo puede, tenía escrito que pudiera yo acogerme a una de las tablas del buque desmantelado y, a ella asido, fui bogando a la ventura, por espacio de dos días, y en tanto amainó el viento, y, remando con mis pies, logré al fin alcanzar la ribera y salté a tierra y me encaminé a esta ciudad, donde vine a encontrarme peregrino, solo, sin un amigo y sin saber qué hacer, pues me caía de hambre y no me podía tener.

Y en medio de mi tribulación se me ocurrió esconderme y quitarme mi *alkabá* e irme con él al zoco, pensando: «Lo venderé y de su importe viviré, hasta que Alá decida lo que de mí haya de ser.»

Y alcé en mi mano el *alkabá* y empecé a vocearlo y acudió luego la gente a mirarlo y a pujarlo, cuando de improviso, hermano mío, pasaste tú por allí y me viste y mandaste que me llevasen a tu palacio, y, en vez de eso, tus criados me cogieron y me encerraron en la cárcel y en ella permanecí hasta que tú te acordaste de mí y mandaste que me sacasen de la mazmorra y me trajesen aquí.

Así que ya te conté, hermano, todo lo que me hubo pasado y, *Al-hamduli-l-Lah,* que de nuevo nos ha juntado.

Maravilláronse en extremo los dos reyes luego que hubieron escuchado hasta el final todo el relato de Sâid, el visir.

Y el rey Tachu-l-Muluk, el padre de Daula Jatún, mandó habilitar para Seifu-l-Muluk y Sâid, su visir y su hermano, sendos lujosos aposentos en su palacio.

Y Daula Jatún fue a ver a Seifu-l-Muluk y con él conversó, dándole nuevamente las gracias por cuanto hiciera en su favor.

Y esto es, por ahora, todo lo que hay que decir referente a la historia de Seifu-l-Muluk y Sâid, su visir.

Cuanto a la reina Bedîetu-ch-Chemal, hubo de llegar a sus oídos la nueva del regreso de su hermana Daula Jatún al lado de su padre, el rey Tachu-l-Muluk. Y en el acto, se dijo a sí misma: «No tengo más remedio que ir a hacerle una visita.»

Y vistiéndose sus ropas de gala, y prendiéndose en ella sus mejores alhajas, dirigióse a visitarla, y al saber Daula Jatún que Bedîetu-ch-Chemal, su hermana de leche, se aproximaba, salió a recibirla y la saludó y la abrazó y entre los ojos la besó. Y la reina Bedîetu-ch-Chemal, por su parte, felicitóla por haber vuelto sana y salva a su patria.

Sentáronse luego las dos y se enredaron en conversación. Y la reina Be-

dîetu-ch-Chemal preguntóle a Daula Jatún:

–Y dime: ¿qué te pasó en todo ese tiempo que ausente estuviste?

Y Daula Jatún le dijo así:

–No me preguntes, hermana mía, por lo que me pasara, ¡que he sufrido más que ninguna de las criaturas de Alá!

–Pues ¿qué fue ello?–inquirió Bedîetu-ch-Chemal–. Sea lo que fuere, me lo has de contar.

–Has de saber, hermana mía–díjole entonces Daula Jatún–, que estuve enclaustrada en un recio castillo, donde me tuvo prisionera el hijo del rey Al-Asrak, que es uno de los reyes de casta genial.

Y a continuación refirióle todo cuanto le ocurriera, desde el principio al fin, sin omitir el episodio de la llegada de Seifu-l-Muluk y lo que este padeciera de contratiempos y peligros y peripecias, hasta llegar a aquel recio castillo, y cómo dio muerte al hijo del rey de los genios y cómo arrancó después de cuajo las puertas del palacio e hizo con ellas un barco con sus remos y todo y cómo en él se embarcaron los dos, y todo lo demás que luego les sucedió.

Maravillóse grandemente al oírlo Bedîetu-ch-Chemal y dijo:

–¡Por Alá, hermana mía, que es tu historia de las más peregrinas!

–Pues no la has oído aún toda, hermana mía–díjole Daula Jatún–, que queda lo mejor por contar; solo que la vergüenza contiene mi lengua.

–¿Y por qué esa vergüenza, hermana mía?–inquirió Bedîetu-ch-Chemal, sorprendida–. ¿No eres mi hermana y mi amiga y no nos unen muchos lazos y no me consta a mí que tú solo buscas mi bien en todos tus actos? ¿A qué viene, pues, esa vergüenza que te traba la lengua? Deséchala al punto y dime lo que callas y no me ocultes nada.

Oído que hubo aquello decidió Daula Jatún descubrir su secreto y díjole a su amiga:

–¡Por Alá, que de todas las calamidades que ese joven ha padecido solo tú, hermana mía, tienes la culpa!

–¿Cómo es ello?–preguntóle la amiga.

Y Daula Jatún le dijo:

–Has de saber que tu retrato iba prendido en el *alkabá* que tu padre enviara antaño a nuestro señor Soleimán, hijo de Daud (sea sobre ambos la paz). Y nuestro señor Soleimán no llegó a advertirlo ni registró la prenda, sino que, sin mirarla, se la envió al rey Azim-ben-Zafuán, rey de Mizr, entre otros obsequios y regalos que le mandó, y el rey Azim-ben-Zafuán fue y diole el *alkabá* a su hijo Seifu-l-Muluk sin antes detenerse a examinarlo y registrarlo. Pero Seifu-l-Muluk al tomar la prenda, la desdobló con intención de ponérsela, y, al hacerlo así, vio allí tu retrato y de él quedó prendado en el acto. Y tal fue la pasión que tu retrato le inspiró, que no tuvo paciencia para aguardar y se lanzó a buscarte por los mundos de Alá, y esa ha sido la causa de todas las calamidades que luego tuvo que pasar, que todo fue por ti, aunque tú no lo pudieses sospechar.

Pero al llegar aquí sorprendió a Schahrasad la mañana y puso coto a sus descomedidas palabras.

Y LA NOCHE 434 SIGUIO DICIENDO LA MUCHACHA:

–Ha llegado hasta mí la fama, ¡*ye* monarca, el afortunado!, de que Daula Jatún reveló a su hermana, Bedîetu-ch-Chemal, la pasión que a Seifu-l-Muluk acertara a inspirar, por culpa de aquel *alkabá* a cuyo forro iba cosido su retrato, al ver el cual enamoróse de ella hasta el punto de perder la paciencia y lanzarse en su busca por luengas tierras, dejando su familia y su reino y afrontando los mayores riesgos y peripecias, todo por ella.

Luego que Bedîetu-ch-Chemal oyó toda la historia púsose como la grana y díjole a Daula Jatún:

–Haz cuenta que nada oí de lo que acabas de decir.

Y se esforzó por dar a entender que ni la belleza, ni el valor, ni el amor a ella de Seifu-l-Muluk hiciéranle la menor impresión.

Pero Daula Jatún empezó a halagarla y a mimarla y le besó los pies y le dijo:

–¡*Ye* Bedîetu-ch-Chemal! En nombre de los pechos que nos amamantaron a las dos, te ruego le dejes ver tu cara una sola vez y también tú, una vez tan solo, accedas a verlo a él.

Y así siguió porfiándole y rebajándose ante ella y tornó a besarle las manos y los pies, y tanto hizo, que al fin Bedîetu-ch-Chemal se enterneció y a sus ruegos accedió.

Y le dijo:

–Por ti, y nada más que por ti, le dejaré ver mi cara una sola vez y también yo una sola vez lo miraré.

Serenósele entonces a Daula Jatún el corazón y besó de nuevo a su hermana las manos y los pies y después se retiró y se dirigió al alquival grande que había en el jardín y mandó a sus doncellas que lo tapizaran y en él colocasen un trono de oro y pusieran sobre él unas copas para beber, ordenándolas de un modo que resultase grato a los ojos.

Pasó luego Daula Jatún a ver a Seifu-l-Muluk y Sâid, su visir, que estaban sentados, conversando, y al ver a Seifu-l-Muluk pidióle albricias por llevarle una buena noticia, que significaba el logro de sus anhelos y el término de sus tormentos.

Y acto seguido les dijo:

–Ios al jardín tú y tu visir y entraos en aquel alquival y ocultaos en él de suerte que nadie os pueda ver y ojo humano no os pueda descubrir, hasta que yo vaya allí llevando a mi hermana Bedîetu-ch-Chemal en mi compañía.

Levantáronse al punto Seifu-l-Muluk y Sâid, su visir, y bajaron al jardín y entraron en el lugar indicado, y al penetrar allí vieron un trono, todo de oro, y con su asiento de almadraques cubierto y a su lado sendas mesas servidas con viandas y bebidas.

Sentáronse ambos amigos y una hora de tiempo estuvieron, y Seifu-l-Muluk, al acordarse de su amada, sintió encogérsele el pecho y hervirle la sangre de pasión y deseo.

Hasta que no pudo más y se levantó y echó a andar y traspuso el umbral; fue Sâid tras él; pero Seifu-l-Muluk, al advertirlo, se volvió y le dijo:

–Tórnate a tu sitio y no sigas mis pasos. Y no te muevas de ahí hasta que me veas venir.

Volvióse Sâid adentro y Seifu-l-Muluk bajó al jardín y dizque iba el joven borracho perdido del vino de la pasión y trastornado por el exceso de su amor.

Hasta que dominólo por completo el deseo y el amor señoreó su ser entero,

y rompió a llorar e improvisó estos versos:

–Siempre ante mí resplandeces,
¡ye portento de hermosura! [32],
y, por mucho que yo viva,
no podré olvidarte nunca.
Prendida llevo tu imagen
en el fondo de mi pecho,
y si hablo, es para nombrarte,
y si callo, te recuerdo.

Tornó a llorar con mucho sentimiento y después declamó estos otros versos:

–Arde en mi pecho una hoguera
que consumirme amenaza
y eres tú sola quien siempre
está atizando la llama.
Que tú eres el solo imán
hacia el que tiende mi alma.
Harto se van prolongando
mis anhelos y mis ansias,
y de fijo moriré
si de mí no te apiadas.
Ten, pues, de mí compasión
y concédeme tu gracia,
que yo te juro que nunca
te pesará lo que hagas.
Que siempre giraré en torno
de tu figura adorada
y nunca te dejaré
por seguir rutas extrañas.

Y a continuación recitó estos otros versos:

–Nunca jamás conocí
la inquietud y los pesares,
hasta conocerte a ti.
Desde entonces, que no duermo
y sufro continuamente
por lo mucho que te quiero.
Pues sin saber la razón,
dicen que estás enojada
con tu humilde servidor.

Y todavía recitó el joven estas otras rimas:

–Ten piedad, ¡ye portento de hermosura!,
de este tu humilde esclavo, que te adora.
¡Pues ya sabes que solo a ti te ama
y de su corazón eres señora!
¡Si supieras las noches que por ti
sin sueño veo pasar! Y dízque al sueño
le pido que tu imagen deje verme,
ya que en la realidad verte no puedo.

¡Ye, no seas tan cruel con quien te ama!
Evita la ruina, y así Alá
aumente tu belleza y de la envidia
te haga siempre triunfar.
Y en el Día del Juicio a los amantes
formados ponga bajo tu bandera
y también alinee bajo tu insignia
a todas las bellezas.

Cansóse en tanto Sâid de aguardarlo y salió en su busca al jardín y lo encontró allí paseando, ensimismado y perplejo, y le oyó recitar estos versos:

–¡Por Alá, por Alá el grande,
y por el santo *Corán*,
juro que nunca mis ojos
vieron belleza mortal
que pudiera compararse
con la de Bedîetu-ch-Chemal!

Unióse luego Seifu-l-Muluk con su hermano Sâid, y ambos empezaron a dar vueltas por el jardín y a comer de las frutas que había allí.

Y esto es, por ahora, todo lo referente a su historia.

Cuanto a Daula Jatún, esta, en compañía de Bedîetu-ch-Chemal, dirigióse al pabellón del jardín y entraron las dos allí, luego que los eunucos hubiéronlo engalanado con profusión de adornos, según la joven les había indicado.

Dispusieron los criados para Bedîetu-ch-Chemal un trono todo de oro, para que en él se sentase, y lo pusieron al lado de una ventana que daba al jardín, para que recreara la vista mirando hacia allí.

Sirvieron luego los eunucos variedad de exquisitos manjares y Bedîetu-ch-Chemal y Daula Jatún comieron de ellos mano a mano, hasta hartarse, y Daula Jatún, muy cariñosa, iba poniéndole a su amiga la comida en la boca.

Sirviéronles luego los dulces y pasteles y comieron de ellos las dos amigas hasta no querer más y después se lavaron las manos y dieron por terminado el yantar.

[32] Tal significa a la letra Bedîetu-ch-Chemal.

Mandó luego Daula Jatún a los criados que les sirviesen de beber y ellos les llevaron el vino, poniendo en orden las copas y las ánforas, y Daula Jatún escanciaba la bebida y daba de beber a su amiga y luego ella bebía.

Miró después Bedîetu-ch-Chemal por la ventana que daba al jardín y se recreó contemplando los árboles que había allí, verdes y floridos y frutecidos.

Y, al extender la vista, hubo de reparar en Seifu-l-Muluk, que vagaba por el jardín, seguido de Sâid, su visir, y oyó a Seifu-l-Muluk recitar aquellos versos y se le arrasaron los ojos en lágrimas y dirigió al joven una mirada de la cual habían de derivarse mil desgracias.

Sorprendió aquí a Schahrasad la aurora y cortó el hilo de sus palabras cautivadoras.

PERO LA NOCHE 435 REANUDO SU RELATO EN ESTA FORMA:

–Ha llegado a mi noticia, *¡ye* monarca, el afortunado!, que al ver Bedîetu-ch-Chemal a Seifu-l-Muluk en el jardín, posó en él la mirada de la que habían de derivarse mil desgracias.

Y volviéndose a Daula Jatún, con el vino que por el cuerpo le retozaba, le dijo estas palabras:

–¿Quién es, hermana, ese joven que, con aire tan triste, por el jardín anda?

–*¡Ye!*–exclamó Daula Jatún–. Si me das tu venia, lo haré venir para que lo puedas ver de cerca.

–Si puedes hacer que venga–respondió Bedîetu-ch-Chemal–, hazlo en seguida y no te detengas.

Luego que eso oyó alzó Daula Jatún la voz y gritóle así al joven:

–*¡Ye,* hijo del rey; ven acá y acércanos tu hermosura y tu gracia singular!

Conoció Seifu-l-Muluk al punto la voz de Daula Jatún y sin tardar encaminóse allá.

Entró Seifu-l-Muluk, pues, en el pabellón, y, al ver allí a Bedîetu-ch-Chemal fue tal su emoción que por tierra desmayado rodó.

Apresuróse Daula Jatún a espurrearle la cara con agua de rosas y al punto el joven se recobró de su desmayo y abrió los párpados.

Luego se levantó y besó la tierra ante Bedîetu-ch-Chemal, y la joven quedó maravillada de su belleza sin igual. Y Daula Jatún, a seguida, díjole a su amiga:

–Has de saber, *¡ye* reina!, que este es Seifu-l-Muluk, en cuyas manos puso Alá (loado sea y glorificado) mi salvación y él mismo por ti se perece de amor y tantos contratiempos arrostró. Así que te ruego, hermana, que te dignes concederle una mirada.

Echóse a reír entonces Bedîetu-ch-Chemal y exclamó:

–*¡Ye* no me he de fiar, que el amor de los hombres es todo falsedad!

A lo que Seifu-l-Muluk le respondió:

–No temas, *¡ye* reina! que yo falte jamás a mis promesas, y haz cuenta que no todos los hombres somos de la misma ralea.

Y el joven echóse a llorar y recitó estos versos a la princesa:

–Ten piedad y sé clemente,
¡ye Bedîetu-ch-Chemal!,
con aquel que tus miradas
esclavizaron aún más.
¡Por esos bellos colores
de nieve y rosa que adornan
tus mejillas, yo te pido
que no seas desdeñosa!

Haz cuenta que, hasta encontrarte,
largo tiempo errante anduve;
déjame que al fin repose
y me caliente en tu lumbre.

Rompió luego a llorar todavía con más vehemencia y tornó a saludar con estos versos a la princesa:

–¡*Selam* a ti que no amas
y no padeces, *selam!*
Y que nunca a conocer
llegues mi pena mortal;
el tormento que tu amor
me inflige con tu crueldad.
Pues por doquiera te veo,
sin alcanzarte jamás,
y cuando cierro los ojos,
es cuando te veo más.
Ten piedad de mi pasión,
que la merezco en verdad,
pues con los ojos abiertos
las noches miro pasar
e infinitas se me antojan,
cuando son breves asaz.
No hay dolor que no padezca;
mi nostalgia y mi pesar
me van dejando en los huesos;
consumen mi mocedad.
Y, sin embargo, con gusto
me resigno y solo a Alá
le pido que tu alma guarde
¡como ahora, siempre en paz!

Y a impulsos de su pasión y su deseo, improvisó aún el joven estos versos:

–Si alguna vez quisiera yo dejarte,
contra mi voluntad,
hacia ti me llevara nuevamente
mi amor, a mi pesar.
Porque ¿quién en belleza, dueña mía,
a ti podría igualar?
¿Qué mujer tendría encanto suficiente,
mi corazón a cautivar?
¡*Ye* no temas, mi amada, que en la vida
mi amor muera jamás
en tanto que yo aliente, pues lo llevo
metido en las entrañas, sin cesar!

Luego que terminó de recitar aquellos versos, rompió el joven a llorar con hondo sentimiento.

Y Bedîetu-ch-Chemal, volviéndose a él, le dijo:

–¡*Ye,* el hijo del rey! Temo entregarme a ti por completo y que luego me encuentre con que no es verdad ese amor que sentir pretendes. Hartas veces es menguada la fidelidad del hombre y su perfidia colmada. Y ya sabrás cómo nuestro señor Soleimán, hijo de Daud (sobre ambos la paz), juróle amor a Belkis y luego encontró otra más hermosa que ella y le volvió la espalda y la dejó.

–¡*Ye* ojos míos y alma mía!–díjole Seifu-l-Muluk–. No todos los hombres los creó Alá de mala condición, y yo, *in scha-l-Lah,* no he de faltar a mis promesas jamás.

Y entonces Bedîetu-ch-Chemal le dijo al joven:

–Ven acá y toma asiento y serena tu pecho, y juremos ambos, por nuestra fe, la santa, guardarnos siempre mutua fidelidad, ¡y que Alá castigue al que así no lo hiciere!

Llegóse a ella el joven y ambos se juraron fidelidad eterna y luego se abrazaron y una hora permanecieron abrazados, llorando de puro felices que se sentían ambos.

Y en un arrebato de pasión improvisó Seifu-l-Muluk estos versos:

–Lloro, porque el amor llorar me hace
al recordar el tiempo
que lejos estuvimos uno de otro.
hoy que en brazos te tengo.
Tanto entonces lloré que todavía
tengo encogido el pecho,
y pienso que tampoco nuestra unión
es todavía un hecho.
Aún nos queda bastante que sufrir,
y el antiguo tormento
no acabará mientras Alá no quiera
dar realidad cumplida a nuestros sueños.

Cambiaron luego Bedîetu-ch-Chemal y Seifu-l-Muluk sendos juramentos de amor, y después el joven se levantó y echó a andar y otro tanto hizo Bedîetu-ch-Chemal, seguida de una esclava cargada con viandas y de otra que el vino llevaba.

Sentáronse luego los dos amantes y se abrazaron y luego comieron y bebieron y así estuvieron una hora de tiempo.

Y Bedîetu-ch-Chemal le dijo a Seifu-l-Muluk:

–¡*Ye* hijo de rey! Ahora tienes que ir al jardín de Irem, donde vive mi abuela, a pedirle que en nuestro casamiento consienta. Te conducirá allá mi esclava Marchana y, cuando entres en el jardín de Irem, verás en él un gran alfaneque, de raso rojo por fuera y por dentro de verde seda. Y pasarás a su interior, pero corroborando tu corazón, pues verás allí a una vieja sentada en un trono de oro rojo, incrustado de pedrería y aljófar precioso. Y tú, al entrar, saludarás a la anciana con el mayor respeto y cortesía, y tenderás hacia el trono la vista y advertirás, debajo de él, un chapín bordado en oro, con incrustaciones de otros metales preciosos. Y cogerás tú el chapín y lo besarás y sobre la cabeza te lo pondrás y luego bajo el sobaco derecho te lo guardarás. Y te quedarás plantado delante de la vieja, callado y cabizbajo, y cuando ella te pregunte y te diga: «¿De dónde viniste acá y quién te trajo a este lugar y por qué razón cogiste ese chapín, que estaba ahí?» Tú guardarás silencio, y esta mi esclava que aquí ves se llegará a la vieja y se pondrá a hablar con ella y hará por inclinar su ánimo hacia ti e interesarla en tu favor, y acaso así se logre que se le ablande el corazón y se enternezca y acceda a complacerte en lo que deseas.

Llamó luego Bedîetu-ch-Chemal a aquella esclava que acababa de mencionar y que se llamaba Marchana, y le dijo:

–En nombre de mi amor te ruego que despaches hoy mismo este asunto y lo lleves a feliz término y no le des largas, que por Alá (loado sea y glorificado) te prometo que, si así lo hicieres, te daré libertad y te colmaré de honores y distinciones y ninguna otra de mis servidoras gozará conmigo de más privanza y valimiento que tú y solo a ti y no a ninguna otra confiaré yo en adelante mis secretos.

Oído lo cual exclamó la esclava:

–¡*Ye* señora mía y luz de mis ojos, dime qué es lo que deseas y en seguida lo hare, sobre mis ojos y mi cabeza!

–Lo que de ti deseo–respondióle la princesa–es que ahora mismo cargues a cuestas con este mortal y de un vuelo lo lleves al jardín de Irem y lo dejes ante el alfaneque de mi abuela y cuides porque nada malo le suceda.

Luego que lo hayas conducido a presencia de mi abuela y le veas coger el chapín y rendirle homenaje y le oigas a ella preguntarle «¿Quién eres tú y por qué camino llegaste a este país y por qué me cogiste mi chapín y qué es lo que quieres de mí?», vas tú y te adelantas aprisa y la saludas con el *selam* y le dices:

«Yo, señora, he sido quien lo ha traído aquí y él es el hijo del rey de Mizr. Y él fue, señora, quien penetró en el castillo elevado y mató al hijo del rey Al-Asrak y libertó a la princesa Daula Jatún del castillo de Chafet y Noh y se la devolvió sana y salva a su padre. Y yo te lo traigo a ti ahora para que te dé la buena nueva en persona y tú te muestres graciosa con él.»

Y luego añadirás:

«¿No es cierto, señora, que es un hombre cabal tocante a honor y virilidad y valor y es señor y rey de Mizr y reúne en su persona todas las buenas cualidades que se puedan pedir?»

Y ella te preguntará:

«¿Y qué es lo que quiere de mí?»

Y tú le contestarás:

«Mi señora te saluda y te dice: ¿Hasta cuándo va a estarse en su casa soltera y doncella?

»Que el tiempo a la verdad se le hace largo, porque es como un granero en que el trigo rebosa.

»¿Y qué es lo que te propones al

tenerla así, sin compañero tanto tiempo, y por qué no la casas en su sazón y en la de su madre, como las demás mozas hacen?»

Y si ella a eso te dice: «¿Y cómo voy hacer para casarla? ¿Tiene quizá algún pretendiente? Si es así, que me lo diga y, por complacerla, haré cuanto esté en nuestro poder.»

Tú entonces le contestarás:

«Mi señora, tu hija te dice: Vos pensabais un tiempo en casarme con Soleimán (sobre él sea la paz) y le enviaste mi retrato, prendido en el fondo de un *alkabá*. Pero él no me tenía ninguna afición y le regaló el *alkabá* al rey de Mizr y este se lo dio a su hijo, el cual hubo de ver mi retrato, que iba en él pintado, y, luego que lo vio, de mí se enamoró, y, dejando el reino de su padre y su madre, volvióle la espalda al mundo y cuanto en él se encierra y se echó a vagar sin rumbo por esas tierras, a fuer de peregrino enamorado, y en el curso de sus andanzas ha padecido por mí los mayores contratiempos y arrostrado peligros sin tasa.

»Ahora ya tú estás viendo su hermosura y gallardía y no extrañarás haya cautivado el corazón de tu hija; así, que, si tienes intención de casarla, cásala con este mancebo y no se lo impidas, que es joven y guapo y rey de Mizr, y no encontrarás para ella partido mejor, y haz cuenta que, si le niegas tu consentimiento para casarse con él, está decidida a quitarse la vida y no casarse con ninguno de los hombres ni de los *alifrites*.»

Y siguió diciendo Bedîetu-ch-Chemal:

–*Ye dadati* [33] Marchana, haz todo cuanto puedas porque mi abuela dé su consentimiento a nuestra boda y háblale con zalamería y echa el resto en la lisonja.

–¡Sobre mi cabeza y sobre mis ojos! –respondió Marchana–. Está tranquila, que yo te serviré a tu satisfacción, señora mía.

Y acto seguido cargóse a los hombros a Seifu-l-Muluk y le dijo:

–Cierra los ojos y no los abras hasta que yo te lo diga.

Hízolo así el joven y luego Marchana elevóse con él por los aires, y volando fue por el azul por espacio de una hora de tiempo, pasada la cual le dijo:

–¡Hijo de rey, ya puedes abrir los ojos!

Abrió el joven los ojos y se encontró en un jardín, que no era otro que el jardín de Irem.

Y Marchana indicóle el alfaneque de la anciana y le dijo:

–¡Entra ahí, hijo de rey!

Invocó Seifu-l-Muluk el nombre del que todo lo puede y adelantóse por el jardín y vio a la anciana reina sentada en su lecho y rodeada de sus azafatas.

Y Seifu-l-Muluk llegóse despacito a la vieja y le hizo una cumplida zalema y se agachó y cogió los chapines y los besó y se los puso sobre la cabeza, según Bedîetu-ch-Chemal le dijera.

Y la anciana le dijo:

–¿Quién eres y de dónde vienes y quién te trajo hasta aquí y qué es lo que quieres de mí, y por qué me cogiste los chapines y los besaste y qué favor esperas de mí que yo pueda otorgarte?

Adelantóse entonces la esclava Marchana y saludó a la vieja en la forma más rendida y se puso a hablarle de su nieta, Bedîetu-ch-Chemal, y a halagarla, según su señora le ordenara.

Pero la vieja, al oírla, se indignó, y, alzando su voz, le increpó:

–¿De cuándo acá hay relación alguna entre un genio y un mortal?

Pero al llegar aquí sorprendió a Schahrasad la aurora y cortó el hilo de sus palabras encantadoras.

[33] *¡Ye* mi nodriza!

Y LA NOCHE 436 PROSIGUIO SU RELATO EN ESTA FORMA:

–Ha llegado a mis oídos, ¡*ye* monarca, el afortunado!, que, al oír la vieja las palabras de la esclava, enojóse con ella y exclamó con voz airada:

–¿De cuándo acá entre los genios y los hombres existe amistad?

Pero Seifu-l-Muluk, luego que eso oyó, le contestó:

–De mí para ti, la hay desde luego y yo soy tu rendido servidor y estoy dispuesto a dar mi vida por tu amor y a cumplir cuantas promesas te jurase y a no mirarte sino a ti, sin poner mis ojos en ninguna otra parte, y si a ello accedieres, verás cómo no te engañé y con sinceridad te hablé, y podrás comprobar mi lealtad *in scha-l-Lah* (exaltado sea y loado por toda una eternidad).

Quedóse pensativa la anciana una hora de tiempo, con los ojos puestos en el suelo.

Hasta que al cabo tornó a alzar la frente y dijo finalmente:

–¡*Ye* el mozo guapo! ¿De veras eres capaz de guardar una amistad y observar lealmente el pacto que hicieres?

–Cierto que sí–respondió el joven–; ¡por Aquel que encumbró en lo alto los cielos y extendió a modo de un tapiz la tierra por sobre las aguas, te juro ser capaz de cumplir lealmente cualquier palabra que diere!

–Si es así–respondió la anciana–yo haré que logres tu deseo y lo lograrás *in scha-l-Lah* (loado sea por toda una eternidad); pero, por el momento, salte al jardín y recréate en él y come de su fruta, que en todo el mundo no tiene igual, y en tanto yo mandaré a llamar a mi hijo Schehiel [34] y con él sobre el asunto deliberaré. Nada sino bien saldrá de nuestro consejo, pues no ha de oponerse él a mis deseos, que es hijo obediente, y, a no dudar, te casaremos con Bedietu-ch-Chemal. Así que alegra ya tu corazón, Seifu-l-Muluk, y ahuyenta de tu ánimo toda aprensión.

Diole Seifu-l-Muluk gracias a la anciana por aquellas palabras y salióse al jardín, después de besarle las manos y los pies. Y la vieja volvióse a Marchana y le dijo:

–Ve a buscar a mi hijo Schehiel y tráemelo de donde quiera que esté.

Y Marchana en el acto corrió en busca del rey Schehiel y lo encontró y a su madre se lo llevó.

Y esto es, por ahora, todo lo referente a su historia.

Cuanto a Seifu-l-Muluk, salió el joven a pasearse por el jardín, y he aquí que cinco de los genios, pertenecientes a la grey del rey Al-Asrak, hubieron de verlo y unos a otros se dijeron:

–¿De dónde vendrá ese y quién lo habrá traído hasta aquí? A lo mejor pudiera ser el que mató al hijo de nuestro señor.

Y uno de ellos agregó:

–Vamos a usar con él de un ardid y a preguntarle y tratar de informarnos de quién sea ese extraño.

Y los cinco *alifrites* echaron a andar despacito detrás de Seifu-l-Muluk por el lindero del jardín, hasta que al fin se le acercaron y le preguntaron:

–¡*Ye* joven salado! Bien hiciste en matar al hijo del rey Al-Asrak, pues era un perro traicionero que a la muchacha vilmente engañara, y, a no haber sido por ti, jamás de él se librara. Pero dinos, por favor, ¿cómo pudiste darle muerte a ese bribón?

[34] Apetencia de Dios.

Volvióse a mirarlos Seifu-l-Muluk y les dijo:

–Lo maté por el poder de este anillo que llevo en mi dedo.

Y con estas palabras confirmólos en sus sospechas de haber sido él quien muerte le diera.

Acto seguido cogiéronlo dos de ellos por las manos y otros dos por los pies y el tercero le tapó la boca para que no pudiera gritar y no le oyesen las gentes del rey Schehiel y acudiesen a salvarlo de sus manos.

Cargaron luego con él y remontaron el vuelo y no pararon de volar hasta llegar junto a su rey, entre cuyas manos lo dejaron, y al que dijeron:

–¡*Ye* rey de los siglos! Aquí te traemos al matador de tu hijo.

–¿Quién es?–preguntó el rey.

Y ellos le dijeron:

–Este.

Volvióse entonces hacia él el rey Al-Asrak y le dijo:

–¿Conque eres tú el que mató a mi hijo, a las entretelas de mi corazón, a la luz de mis ojos, sin ningún motivo y sin que en nada te hubiera ofendido?

–Sí, yo mismo fui–confesó Seifu-l-Muluk al rey–. Yo fui quien lo mató. Y dizque lo hice en castigo de sus crímenes, pues acostumbrara raptar a las hijas de los reyes y separarlas de sus padres y llevárselas al Pozo Destruido y al bien labrado Castillo de Chafet, hijo de Noh, y abusar de ellas y corromperlas. Y lo maté por el poder de este anillo que al dedo llevo y Alá lanzó su alma al fuego y al mal paradero.

Confirmáronse, pues, las sospechas del monarca y, llamando a su visir, le dijo así:

–Este joven es el que mató a mi hijo, sin que haya duda alguna de que fue él; dime tú ahora qué debo hacer. ¿Darle una muerte peor que la que él dio a mi hijo o atormentarlo primero con suplicios tremendos?

–Córtale uno por uno todos sus miembros–díjole el visir mayor.

Y otro le aconsejó:

–Crucificarlo será lo mejor.

Y así, uno detrás de otro, fueron los ministros exponiendo su opinión sobre lo que debía hacerse con el reo.

Pero había en la corte del rey Al-Asrak un emir principal, hombre experto en los asuntos y ducho en las cosas del mundo, el cual le dijo al rey:

–¡*Ye* rey de los tiempos! Tengo que decirte una palabra y darte un consejo, dejando a tu arbitrio el hacer luego o no caso de lo que te digo.

–Di lo que sea–respondió el rey–y nada temas.

–¡*Ye* rey de los tiempos!–dijo luego el emir–. Si no sigues mi consejo y matas al reo, sin reflexionar sobre mis palabras y sin investigar su causa, obrarás de ligero sin ninguna necesidad, puesto que en tu poder lo tienes y es tu prisionero y podrás disponer de él en cualquier momento y hacer con él lo que quisieres, sin que nadie te lo impidiere.

Luego que el rey oyó las palabras del emir hallólas atinadas y mandó aplazar la ejecución del culpable y lo mandó encerrar en la cárcel.

Y esto es, por ahora, todo lo referente a esta parte de la historia.

Cuanto a la abuela de *sitt* Bedîetu-ch-Chemal, al reunirse aquella con su hijo, el rey Schehiel, despachó a su esclava en busca de Seifu-l-Muluk, y la esclava lo buscó y no lo halló, por lo que tornóse con su ama y le dijo estas palabras:

–Lo he buscado, señora, por todo el jardín, sin lograr encontrarlo allí.

Oído que hubo aquello mandó la vieja venir a los jardineros y les preguntó por Seifu-l-Muluk y ellos le dijeron:

–Lo vimos sentado en el jardín, al pie de un árbol, y vimos venir también, de pronto, a cinco *alifrites* de las hues-

tes del rey Al-Asrak, los cuales aterrizaron y se pusieron a conversar con él y luego lo cogieron y lo maniataron y le taparon la boca y se lo cargaron a cuestas y remontaron el vuelo y desaparecieron.

Al oír la abuela de *sitt* Bedîetu-ch-Chemal tales palabras encendióse de ira y púsose en pie de un salto y le dijo a su hijo Schehiel:

–¿Cómo es posible que seas rey y consientas que invadan tu jardín unos esbirros del rey Al-Asrak y cojan a tu huésped y se lo lleven, sin que nadie se lo impida, estando tú aún con vida?

Y a ese tenor siguió la anciana recriminando a su hijo, y, entre otras cosas, le dijo:

–¡No está nada bien el que un cualquiera pueda venir a atacarnos estando tú vivo, hijo mío!

Pero el rey Schehiel, al oír a su madre, trató de sincerarse y le dijo así:

–*¡Ye* madre mía! Ese joven mató al hijo del rey Al-Asrak, que era un genio, y Alá (loado sea y exaltado) lo ha puesto en sus manos; ¿cómo voy yo, pues, a hacerle ahora la guerra a un rey de los genios, como es Al-Asrak, por causa de un simple mortal?

Pero su madre le dijo:

–Ve allá ahora mismo y reclama a tu huésped.

Sorprendió aquí a Schahrasad la mañana y a sus descomedidas palabras puso tasa.

Y LA NOCHE 437 SIGUIO DICIENDO LA MUCHACHA:

–Ha llegado hasta mí la fama, *¡ye* monarca, el afortunado!, de que la anciana díjole a su hijo:

–Marcha en seguida a la corte del rey Al-Asrak y entérate de lo que haya sido de Seifu-l-Muluk, y si vive aún, lo coges y te lo traes, y si el rey Al-Asrak se propasó a matarlo, cógelo a él y a sus hijos y a todo su *harén* y a todo aquel en quien cifrara su placer y me lo traes vivo acá, que yo, por mi propia mano, los quiero torturar, y, además de eso, arrasaré su reino. Y ten presente que, si así no lo hicieres, renegaré de haberte dado mi leche y de haberte criado.

Luego que eso oyó el rey Schehiel de labios de su madre convocó a su ejército y lo formó y marchó con él en busca del rey Al-Asrak, cumpliendo las órdenes de su madre y los designios del sino, que de toda eternidad están escritos.

Marchó, pues, con sus tropas el rey Schehiel, y, al saberlo el rey Al-Asrak, salió con las suyas también, y encontráronse los dos ejércitos y entablaron combate; pero las huestes del rey Schehiel derrotaron a las del rey Al-Asrak y lo hicieron prisionero en unión de sus hijos, así grandes como pequeños, y de los magnates de su reino, y a todos los cargaron de cadenas y los condujeron a presencia de su soberano y los pusieron entre sus manos.

Y el rey Schehiel preguntóle al rey Al-Asrak:

–¿Dónde está Seifu-l-Muluk, el joven de la casta de los hombres, que era mi huésped y que tú me arrebataste injustamente?

–*¡Ye* Schehiel!–respondióle el rey Al-Asrak–. Genio eres tú y genio soy yo; ¿cómo es posible que por un simple mortal, que mató a mi hijo, hayas tú hecho esto conmigo y derramado la sangre de miles y miles de *alifrites?*

Pero el rey Schehiel le replicó diciendo:

–¡Déjate de palabras hueras! ¿Acaso ignoras que un solo hijo de Adán vale más que mil genios a los ojos de Alá? Y si aún vive ese joven, tráelo luego aquí, y te prometo ponerte en libertad y también a todos los prisioneros que te he hecho, y a tus hijos, los primeros. Mas si le hubieras dado muerte, te mataré a ti y a tus hijos y a todos los cautivos.

–*¡Ye* rey de los tiempos!–exclamó el rey Al-Asrak–. ¿Es posible que ese jovencillo valga más a tus ojos que mi hijo?

–Tu hijo–respondióle el rey Schehiel– era un tirano que raptaba a las hijas de los reyes y las metía en el alcázar fuerte y en el pozo seco y cometía con ellas toda suerte de desafueros.

Oído que hubo aquello, dijo el rey Al-Asrak:

–Ese joven vive y lo tengo en mi poder y te ruego medies entre los dos y nos reconcilies y hagas que no me guarde rencor.

Hízolo así el rey Schehiel y puso paz entre los dos y les obsequió con sendos trajes de honor, y mandó preparar un convite, muy lucido, en celebración del feliz término que había tenido aquel conflicto.

Tres días permanecieron juntos ambos reyes, y, pasado ese tiempo, se despidieron, y el rey Schehiel tomó consigo a Seifu-l-Muluk y lo condujo al lado de su madre y esta se alegró muchísimo de ver nuevamente a su lado al perdido.

Y el rey Schehiel maravillóse una vez más de la hermosura de Seifu-l-Muluk y de su gallarda juventud.

Contóle luego Seifu-l-Muluk al rey Schehiel todas sus aventuras, desde el principio al fin, y, después de oírlo el monarca, díjole a su madre estas palabras:

–*¡Ye* madre mía! Si quieres darme gusto, coge a Seifu-l-Muluk y llévatelo a Serendib y celebra allí la boda de Seifu-l-Muluk y Bedîetu-ch-Chemal con la debida pompa y solemnidad.

Accedió a ello la anciana, y, en unión de sus azafatas y de Seifu-l-Muluk, trasladóse a Serendib, y al entrar en el jardín, que pertenecía a la reina de Al-Hind, reunióse con Daula Jatún y Bedîetu-ch-Chemal.

Viéronse de nuevo los enamorados y la anciana reina contóles a ambas princesas todo cuanto pasara entre Seifu-l-Muluk y el rey Al-Asrak y cómo el príncipe estuviera a dos dedos de sufrir muerte de prisionero, pero sabido es que en el repetir no hay placer.

Procedió luego el rey Tachu-l-Muluk, padre de Daula Jatún, a reunir a sus visires y a sus emires y mandó extender el contrato de casamiento de Seifu-l-Muluk con Bedîetu-ch-Chemal, y repartió entre sus palaciegos muchos trajes de honor y con espléndidos festines los obsequió.

Y Seifu-l-Muluk se levantó y besó la tierra entre las manos del rey, y, después, le dijo:

–El *aman, ¡ye* rey!, pues tengo que pedirte una cosa, que temo no me quieras conceder.

A lo que el rey Tachu-l-Muluk le respondió:

–¡Por Alá, que si mi propia alma me pidieres, no te la negara a ti después de todo cuanto has hecho por mí!

Y entonces Seifu-l-Muluk le dijo:

–Pues bien: yo te pido que cases a la princesa Daula Jatún con Sâid, mi hermano, y ambos serán tus esclavos.

–Oigo y obedezco–respondió el rey Tachu-l-Muluk. Y reuniendo por segunda vez a sus visires y sus emires y sus magnates mandó extender el contrato de matrimonio entre su hija y Sâid. Y después echó pelones de oro y plata y mandó que la ciudad engalanaran.

Celebraron con ese motivo grandes albórbolas y Seifu-l-Muluk entró a la

alcoba de Bedîetu-ch-Chemal y Sâid a la de Daula Jatún; ambos la misma noche, que fue cosa famosa.

Cuarenta días con sus noches estuvo Seifu-l-Muluk junto a su esposa, sin dejarse ver de ninguna otra persona.

Y un día de entre los días díjole Bedîetu-ch-Chemal a su esposo:

–¡*Ye* hijo de rey! ¿Por ventura queda aún en tu corazón algún pozo de dolor?

–¡*Ye!*–exclamó Seifu-l-Muluk–, ¡loado sea Alá! De mi corazón borróse ya todo pesar y todo cuanto anhelaba lográlo ya. Solo un anhelo me queda, sin embargo, y te lo voy a decir: el de reunirme con mi madre en mi tierra de Mizr y ver si se encuentra bien o no se encuentra bien.

Oído que hubo aquello Bedîetu-ch-Chemal llamó luego a varios de sus criados y les mandó que cargasen con Seifu-l-Muluk y con Sâid, su visir, y los llevasen en un vuelo a tierras de Mizr.

Hiciéronlo así ellos y de este modo se reunieron Seifu-l-Muluk y Sâid, su visir, con sus padres, y permanecieron en su compañía un espacio de tiempo.

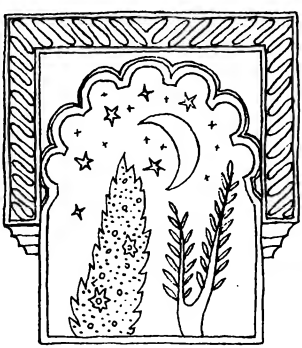
Pasado el cual se despidieron Seifu-l-Muluk y Sâid, su visir, de sus padres, y se tornaron a la ciudad de Serendib, adonde llegaron de un vuelo feliz.

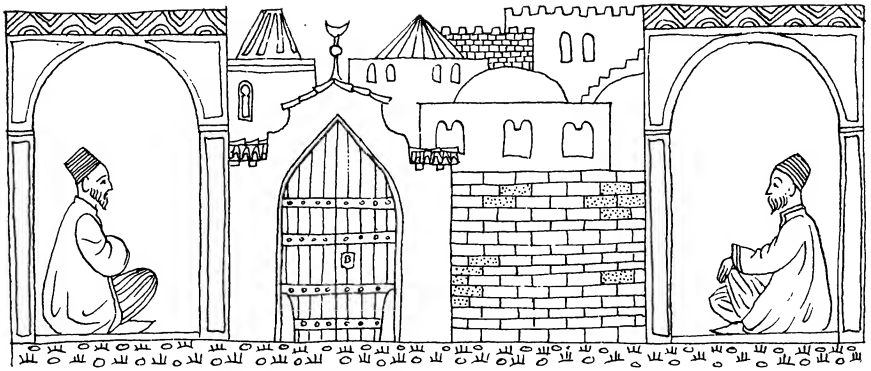
Y desde entonces, siempre que sentían nostalgias de ver a su gente, iban allá y luego se tornaban a su nueva patria.

Vivieron así Seifu-l-Muluk y su esposa Bedîetu-ch-Chemal la más gozosa de las vidas y la más gustosa y cumplida, y lo mismo Sâid y Daula Jatún, hasta que fue a visitarlos aquella que pone fin a los deleites y dispersa las reuniones de las gentes.

¡Loor a Aquel que vive eternamente y nunca muere! ¡A Aquel que predestinó a las criaturas a la muerte!

Y es el primero, sin comienzo, y el último, sin término.





HISTORIA DE HASAN, EL JOYERO DE BAZRA

(Noches 437 a 465)

Verdadero poema épico de corte caballeresco, enriquecido con toda suerte de lances, aventuras y peripecias y saturado de esencia folklórica, en el que confluyen los ríos de múltiples fuentes literarias. Burton señala su semejanza, en lo fundamental de su estructura, con la novela persa del bello Hasán Banu y el rey Bahrami-Gur y con la historia sánscrita de los dos hijos de Asura Maya en el Kathá Sárit Ságara *y la tártara de* Sidhi Kur.

En la parte referente a las andanzas del protagonista Hasán, guarda también relación con la historia de As-Simbad, el marino, *salvo la diferencia de que los viajes de este último se sitúan en el ámbito de la geografía real, aunque fantaseada, en tanto los de Hasán, el de Bazra, se operan casi por completo, en el mapa enteramente fantástico del país de los genios o* alifrites *y se alargan, según opina Burton, hasta el Japón. En esa geografía fabulosa resaltan las islas de Al-Uaku-l-Uak, donde aparecen las mujeres cisnes, constituidas en monarquía de tipo amazónico, como las de la famosa isla de San Balandrán, reminiscencia probable de esa hipotética era del matriarcado de que hablan los etnólogos (véase el reciente estudio de P. Krische sobre la materia) y en la que se destaca ese alcázar de la Montaña de las Nubes, en que viven recluidas esas siete hijas de un rey de los genios, por disposición de su padre, como en un cenobio inaccesible, guardando continencia, como beguinas, que hubiesen hecho votos de castidad. Algo simbólico, ya que no esotérico, hay en todo ello, y Roso de Luna no deja pasar la ocasión para exponer sus interpretaciones teosóficas y hacer alarde de su erudición ocultista. Desde luego, se trata para él de un libro iniciático, en que la revelación de las últimas verdades se logra tras múltiples pruebas como en los antiguos misterios eleusinos. Esa*

revelación suprema obtiénela aquí el joven Hasán en las islas de Al-Uaku, esas islas de la geografía mítica que Roso de Luna sitúa apodícticamente en el centro de la montaña de Kaf (el Cáucaso). «En el centro–dice–de la montaña de Kaf (o sea en el Kafaristán y el Ladak o pequeño Tibet) está la ciudad blanca o del Wak-Wak (o verdadera Kaba o clásico centro iniciático parsi o hindú); la isla sagrada, del Polo Norte, isla inaccesible y desconocida hoy para la ciencia, merced al viejo velo de Maya, del que han hablado todos los místicos y al que se refiere en múltiples pasajes el tomo II de La doctrina secreta. *Las siete hermanas que hospedan a Hasán en el alcázar del Monte de las Nubes son las primitivas Musas parsis; el* scheij *Abdu-l-Kaddús, un masónico caballero Kadosch; la albufera o lago en que Hasán ve bañarse a las mujeres cisnes, es el Lago de la Inmortalidad, etc., etc.» Finalmente, Roso de Luna ve en la complicada cadena de mitos, aquí acumulados, la base de los de* El caballero del cisne *y de los de* Lohengrin, Parsifal, Psiquis *y, en suma, los más fundamentales de toda la demopedia occidental, que es esencialmente parsi en sus orígenes.*

Solo una objeción, de índole filológica, hemos de hacer a la tesis del maestro ocultista: la referente a la acepción de Blanca que asigna a la voz, evidentemente onomatopéyica, de Al-Uaku-l-Uak, que tampoco puede relacionarse, en modo alguno, con esa otra de Kaba, nombre del famoso templo mecano, que, leído al revés por Roso de Luna, Vaca, sírvele para relacionar este cuento con el mito isíaco de la Vaca. Todo eso es tan fantástico como el propio argumento de esta fantástica historia, en que el elemento fabuloso procede, a no dudar, del fondo ario, persahelénico (con inferencias talmúdicas), y la nota realista, ya que no es real, humana, las relaciones de Hasán con su madre, la escena del hammam *y la que se desarrolla ante* sitt *Sobeida, constituyen la aportación característica, propia de los rapsodas árabes.*

–Cuentan también (pero Alá es más sabio) que, en los antiguos tiempos y en las edades y los siglos pretéritos, vivía un mercader de los mercaderes, afincado en la ciudad de Bazra, y tenía dos hijos varones y hacienda colmada.

Pero a su tiempo marcado, dispuso el Audiente, el Sapiente, que el mercader pasase a morar en la misericordia de Alá, y murió el mercader y sus hijos lo amortajaron y luego se repartieron por partes iguales el dinero y los fonsados y los predios que su difunto padre les dejara en herencia, y cada uno de ellos abrió una tienda.

Y el hijo mayor, llamado Hasán, que era un mancebo guapo y agraciado y gentil y simpático, empezó a frecuentar el trato de la gente perdida, de mujerzuelas y mocitos de baja estofa, y con ellos se solazaba en los jardines y los obsequiaba con juergas y alifaras que duraban meses enteros, y en todo ese tiempo descuidaba su negocio y no pensaba más que en divertirse, gastando el dinero como si nunca hubiera de verle el término.

Hasta que, pasado algún tiempo, encontróse con que ya todo el dinero se lo gastara y nada le quedara, y entonces vendió las tierras y fincas que heredara y siguió derrochando sin tasa, hasta que también se gastó aquel dinero y al cabo se encontró realmente sin nada en sus manos y todos sus amigotes lo abandonaron e hicieron cual si

nunca lo hubieran conocido ni tratado.

Y llegó su miseria a tal extremo que él y su anciana madre estuvieron tres días sin probar bocado, y al día, el cuarto, salióse el joven Hasán de su casa y se echó a vagar sin rumbo por las calles de la ciudad, y hete aquí que hubo de toparse con uno de los amigos de su difunto padre, el cual, al verlo, lo detuvo y le preguntó por sus asuntos.

Contóle Hasán lo que le ocurría y el otro le dijo:

–Mira, hijo mío: yo tengo un hermano platero, y, si tú quieres, puedes aprender con él un oficio y hacerte maestro.

Aceptó Hasán el ofrecimiento y lo acompañó al taller de su hermano, y el amigo de su padre se lo recomendó al joyero diciendo:

–Puedo decir, en verdad, que es hijo mío; así que te ruego le enseñes tu oficio.

Quedóse, pues, Hasán con el platero y empezó a aprender aquel oficio, y Alá fue servido de abrirle la puerta de la ganancia, de suerte que llegó el momento en que el joven abrió una tienda y empezó a trabajar por su cuenta.

Y estando Hasán un día de los días sentado en su tienda, en el bazar, hete aquí que pasa por allí un achami, un extranjero, un persa, con una gran barba blanca y un turbante blanco a su cabeza y facha de mercader, y aquel extranjero saludó a Hasán y luego se puso a examinar con mucha atención las muestras de su labor que en su tienda había expuestas.

Y el persa pareció quedar muy complacido de ellas, y, moviendo su cabeza, dijole a Hasán:

–Por Alá, que eres un hábil joyero. Dime: ¿cómo te llamas?

–Hasán–respondióle el joven con sequedad.

Siguió el achamí mirando sus obras en tanto Hasán leía en un libro antiguo, que en su tienda tenía, y la gente se agrupaba para contemplar y admirar su hermosura y su gracia, hasta que llegó la hora de la zalá de mediodía y la tienda se quedó vacía, y entonces el persa acercóse al joven y le dijo:

–¡*Ye* hijo mío! Eres un guapo chico y yo no tengo ningún hijo y sé hacer labores en este ramo de la joyería que nadie en el mundo hacerlas podría y...

Pero al llegar aquí sintió Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras encantadoras.

Y LA NOCHE 438 PROSIGUIO SU RELATO EN ESTA FORMA:

–Ha llegado a mi noticia, ¡*ye* monarca, el afortunado!, que el persiano acercóse a Hasán, el joyero, y le dijo:

–Tú, hijo mío, eres un guapo chico y yo no tengo ningún hijo, y sé hacer en este ramo de la joyería unas labores que no hay en el mundo quien las haga mejores, siendo muchos los que me han importunado para que les enseñase ese trabajo, sin que yo me aviniera a enseñárselo. Pero he aquí que ahora, al verte a ti, cambié de opinión, y estoy pronto a enseñarte cuanto sé y a prohijarte y a poner un velo entre tú y la pobreza, para que descanses de estas faenas y dejes de andar con el martillo y el carbón y la lumbre a vueltas.

–¡*Ye* mi señor!–díjole Hasán–. ¿Cuándo me vas a enseñar?

–Mañana mismo–respondióle el persa–vendré a tu tienda y te enseñaré el modo de trocar el metal en purísimo oro, cosa que haré en tu presencia para que lo veas.

Quedóse Hasán todo turbado al oír al persiano y aquella noche no pudo conciliar el sueño, de puro alegre e inquieto. Luego que amaneció la mañana se levantó y cogió las llaves de su tienda y la abrió y se sentó en ella.

Y no bien lo hiciera cuando vio llegar al persa y se levantó y en el acto fue a besarle las manos.

Pero el persa se lo impidió y le dijo:

–Prepara la fundición y dale a los fuelles.

Hizo al punto Hasán lo que el persa le ordenara y encendió el fuego de la fragua.

Y luego le dijo el persa a Hasán:

–Hijo mío, ¿tienes acaso, por aquí un trozo de metal?

–Sí–respondióle joyero–; tengo una chapa rota que poderte ofrecer, y si la quieres, te la traeré.

Al oír aquello díjole el persa:

–Tráela y pártela en menudos pedazos con las tijeras.

Hízolo así Hasán y arrojó luego los pedazos al molde de la fundición y empezó a darle al fuelle, hasta que el metal se licuó y como agua se volvió.

Llevóse entonces el persa la mano a su turbante y sacó de él un papelito, bien doblado, y lo desdobló y extrajo de él algo que arrojó en el molde de la fundición. Y era un puñadico de polvos, que abultaba como media dracma, y por su color alheña amarilla semejaba.

Mandóle luego a Hasán, el persa, que le diera al fuelle y el joven lo hizo así y estuvo sopla que te sopla sobre el fuego, hasta que vio cuajar aquel líquido en una masa de oro purísimo.

Al ver lo cual llenóse de asombro Hasán, y, de puro contento, por poco no perde el juicio y se queda lelo.

Agachóse luego para besarle al persiano las manos, pero aquel se lo impidió y le dijo:

–Mira, hijo mío: coge esa plancha y vete con ella al zoco y véndela y vuelve acá con su precio. Mas ten cuidado de no revelar a nadie nuestro secreto.

Corrió Hasán al zoco y entregó la placa al subastador, el cual la frotó, pudiendo comprobar, por sí mismo, que era de oro purísimo.

De suerte que abrió la puerta de las pujas con diez mil derahim, que en seguida mejoraron los mercaderes con sus ofertas, hasta llegar a la cifra de quince mil dracmas, en que le fue adjudicada al mercader que más pujara.

Tomó Hasán el importe de la venta y corrió con él a su casa y contóle a su madre lo que le pasara, y le dijo lleno de alborozo:

–He aprendido, madre, el arte de hacer oro.

Y su madre, al oírlo, echóse a reír y exclamó:

–No hay gloria ni poder sino en Alá (el grande, el lleno de majestad).

Fue luego Hasán, en su ignorancia, y cogió un poco de chatarra y se la llevó al persa y se la ofreció para que la transformara.

Pero al verlo el persa le dijo:

–¿Qué quieres hacer con esto, hijo mío?

–Lo echaré en el fuego–respondió Hasán–y lo sacaré luego convertido en oro purísimo.

Echóse a reír el persiano, al oírlo, y le dijo:

–¿Te has vuelto loco, hijo mío, para que pienses en llevar al zoco en un mismo día dos lingotes de oro? ¿No comprendes que la gente de nosotros recelará y correremos el peligro de que nos quieran matar? Si te enseño mi arte de fabricar oro no lo practicarás sino una vez al año y nada más, que con ello tendrás dinero sobrado para aguardar a otro año.

–Tienes razón, señor–contestóle Hasán al persa, su maestro.

Y se sentó en la tienda y preparó la fragua y echó en ella el carbón y encendió el fuego, y el persa le dijo luego:

–¿Qué quieres ahora de mí, hijo mío?

–Quiero–respondióle Hasán–que me enseñes el modo de fabricar oro.

Echóse a reír el persa, al oírlo, y le dijo:

–No hay gloria ni poder sino en Alá (el grande, el dotado de majestad). Tú, hijo mío, por lo que veo, eres un joven de poco juicio y no procede que te enseñe mi oficio. ¿Por ventura podría alguno aprender este oficio en medio de los caminos o de los zocos? Si quieres tú aprenderlo, vente conmigo a mi casa, que esta no es cosa para divulgarla.

Cerró Hasán, pues, su tienda y dirigióse a la casa del persa.

Y en el trayecto acordóse Hasán de las palabras de su madre e hizo mil cábalas sobre sus planes.

Y se paró y bajó la cabeza y una hora de tiempo permaneció perplejo.

Al verlo así el persa, parado y pensativo, echóse a reír y le dijo:

–Si tienes miedo de venir a mi casa conmigo, yo iré a la tuya contigo y allí te enseñaré mi oficio.

–Mejor será así, mi señor–Hasán le respondió.

–Está bien–díjole el persa–; echa tú a andar delante y yo te seguiré.

Hiciéronlo así, pues, y Hasán delante y detrás de él el persa, fueron caminando sin parar, hasta llegar a casa de Hasán.

Entró este en su casa y anuncióle a su madre la llegada de su maestro, el persa, que se había quedado a la puerta.

Procedió en seguida su madre a arreglar la casa y alfombrarla, y luego que terminó se retiró.

Fue luego Hasán y díjole al persiano que ya podía pasar, y el persa pasó adentro y tomó asiento. Cogió luego Hasán su azafate y marchó al zoco a mercar con él algo de comer y luego volvió cargado de viandas y se las ofreció a su maestro, diciendo:

–Come, señor, y parte conmigo el pan y la sal, en señal de amistad. Que Alá-*taála* castiga a quien rehúsa el pan y la sal.

–¡*Ye* hijo mío!–exclamó el persa–. ¿Quién ignora el poder del pan y de la sal?

Y el persa comió mano a mano con Hasán, hasta no querer más. Y después le dijo:

–Hijo mío, Hasán: ¿no tendrías algunos pastelillos que ofrecerme?

–Sí, por cierto–díjole Hasán y se los ofreció al persa, y ambos comieron hasta la atafea.

Díjole luego el persa a Hasán:

–¡Alá, hijo mío, te pague lo que has hecho conmigo! Por lo que veo, eres de aquellos cuyo trato busca la gente y no tiene reparo en confiarles sus secretos y enseñarles lo que puede servirles de provecho.

Y luego, el persiano añadió:

–Por el pan y la sal que hemos partido te juro que, si no te quisiera más que a un hijo, no te enseñaría mi oficio. Haz cuenta que no te queda de la piedra de los sabios más que este papel; fíjate bien en lo que yo hago cuando saco estos polvos de él y los echo en el fuego, pues has de saber que por cada diez libras de metal echo yo media de dracma de este *algobar* [1], que tal cantidad es suficiente para que aquel se convierta en diez libras de oro puro, sin defecto alguno. Cada hojita de estas pesa tres onzas de las egipcias, y cuando se acaben las que aquí tengo, ya te procuraré otras que surtan el mismo efecto.

[1] Polvo.

–¡*Ye* mi señor!–exclamó Hasán–. ¿Cómo se llaman esas hojas y dónde se encuentran y con qué se elaboran?

Echóse a reír el persa al ver la codicia del joven, y le dijo:

–No preguntes nada y haz lo que te diga, excusando palabras; tráeme ahora una copa rota y échala en la fragua y viértele encima un poco de este polvo que hay en esta hojita y luego lo verás convertido en oro purísimo.

Hízolo así Hasán y quedóse maravillado y se puso muy contento y alborozado al ver que tenía un lingote de oro en sus manos.

Quitóse luego el persa una cosa del turbante y echóla en el dulce, sin que Hasán lo advirtiera, que lo hizo con mucha ligereza.

Y dirigiéndose al joven, le dijo el persa:

–De hoy más, Hasán, serás mi hijo y te querré más que a mi hacienda y mi vida y te casaré con mi hija.

–Tu esclavo soy–respondió Hasán–, y cuanto por mí hicieres Alá te lo premiará.

–Hijo mío–díjole el persa–, alarga tu pensamiento y arma a tu alma de paciencia y lograrás el bien que anhelas.

Ofrecióle luego el persa a Hasán un trozo de pastel y Hasán lo tomó y le besó la mano y luego se llevó el dulce a la boca, sin saber ni sospechar siquiera lo que en secreto urdiera el persa.

Tragóse, pues, el trozo de pastel y en el acto doblósele la cabeza hasta darle en los pies y perdió la noción de este mundo, al ver lo cual el persa llenóse de júbilo interior, y se levantó y miró a Hasán, y exclamó:

–¡Anda y revienta, sanguijuela, perro de los árabes! ¡Años hacía que andaba yo tras de esto, y ahora ya conseguí mi deseo!

Sintió aquí Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras encantadoras.

PERO LA NOCHE 439 REANUDO SU RELATO EN ESTA FORMA:

–Ha llegado a mi noticia, *¡ye* monarca, el afortunado!, que al ingerir Hasán, el joyero, el trozo de pastel que el persa le ofreciera, desplomóse desmayado en tierra.

Y el persa, al verlo en tal estado llenóse de alegría y exclamó:

–Muchos años hace que ando tras de esto y al cabo logré mi deseo.

Apretóse luego el persa la faja y cogió a Hasán y lo ató de pies y manos y, sacando las cosas que había en un arca, metió en ella a Hasán y la cubrió con la tapa.

Corrió luego al zoco y mandó a un alhamel que cargase con el arca y se dirigió a un barco que había anclado en el puerto y le estaba esperando, pues era él quien lo había fletado.

Luego que los marineros le vieron llegar bajaron a su encuentro y cargaron con el arca y a bordo la llevaron y allí con mucho cuidado la dejaron.

Y el persa les gritó con voz recia:

–¡Levad anclas y largad las velas!

Hiciéronlo así los marineros, y en el acto empezó a bogar el barco, y, a favor de un viento propicio, luego se encontró en el mar, llevando a su bordo a Hasán.

Y esto es por ahora, todo lo referente a su historia.

Cuanto a la madre de Hasán [2] estuvo esperando a su hijo hasta la hora del *âschá,* y, al no verlo llegar ni oír su voz, dirigióse a su casa, y al llegar a la puerta hallóla abierta.

Pasó adentro la vieja y no vio a nadie ni encontró las arcas ni el dinero que en ellas guardaba, de donde infirió que a su hijo algo malo le pasara y en él se cumpliera un sino adverso, por lo que empezó a aporrearse la cara y a rasgar sus vestidos y prorrumpió en gritos y suspiros, clamando:

–¡*Ye* hijo mío, *ye* fruto de mis entrañas! ¿Adónde estás que mis lágrimas no vienes a enjugar?

Y en medio de su duelo recitó estos versos:

–¡Mengua mi paciencia, crece mi ansiedad,
y por vuestra ausencia, aumenta mi mal!
¿Cuándo volveréis? ¿Hasta cuándo yo
pasaré los días, llena de dolor?
Si mi amor me falta, ¿cómo he de dormir?
¿Qué gusto en la vida ya habré de sentir?
Al irte, desierta quedó nuestra casa;
sellada la fuente de nuestra alegranza.
Tú mi orgullo eras, mi gloria, mi amparo;
huérfana de todo, ahora me he quedado.
¡Maldito sea el día que de mi presencia
te apartó, dejándome lo mismo que ciega!

Y no dejó de llorar y lamentarse la pobre madre, hasta que empezó a clarear y acudieron los vecinos a ver qué le pasaba y le preguntaron por su hijo, y ella les contestó lo que había ocurrido con el persiano, diciéndoles que nunca, nunca más, lo esperaba ver ya.

Púsose luego a dar vueltas por la casa y reparó en unas líneas que en la pared había escritas y mandó luego por un alfaquí que se las leyera, y he aquí lo que decían:

«Cuando me hallaba rendido,
a eso de la madrugada,
en medio de las tinieblas
vino a verme mi adorada.
Y al despertar de emoción
e ir con ansias a abrazarla,
solo apresé el aire vano,
en mis brazos no hubo nada,
que lo que tomé por Leila
era solo su fantasma.»

Luego que la madre de Hasán hubo escuchado la lectura de aquellos versos, lanzó un alarido y dijo:

–¡Sí, hijo mío! ¡En verdad que desolada está tu casa y el lugar de la visita lejano!

Despidiéronse luego de ella los vecinos, recomendándole que tuviera paciencia y confianza en que pronto volvería a ver a su hijo. Pero ella no cesó de lamentarse y llorar en las vigilias nocturnas y en las horas diurnas y mandóse labrar en medio de la casa un *almokaber* [3] y grabar en él el nombre de Hasán y la fecha de su desaparición, y desde entonces ya no se apartó de allí e hizo de aquel sitio su lugar predilecto, y en él se pasaba las noches y los días, llorando con mucho sentimiento.

Y esto es, por ahora, todo lo referente a su historia.

Cuanto a Hasán y el persa, ya se puede comprender que el aljaminado era un mago y aborrecía a todo buen mahometano y siempre que a alguno de ellos lograba coger en sus garras luego lo mataba. Que era un malvado, un alquimista de la peor ralea, como dijo el poeta:

«Perro, hijo de perro;
perro su padre,
perro su abuelo,
no hay que esperar
de él nada bueno.»

Y se llamaba aquel maldito Bahram, el mágico. Y tenía por costumbre todos

[2] Empieza el dolor de la madre, figura siempre patética, santa y heroica y mártir en la literatura oriental. Las madres musulmanas son más madres que las demás, en razón a la poligamia, que hace que la mujer concentre todo su amor en el hijo, que es exclusivamente suyo.

[3] Sepulcro, tumba.

los años coger algún musulmán y sacrificarlo.

Y aquella vez, luego que atrapó a Hasán, el joyero, y lo condujo a aquel barco suyo, mandó a sus esclavos y criados que le llevasen el arca en que Hasán iba encerrado, y lleváronsela aquellos en el acto y el persa la abrió y sacó a Hasán de su interior y le dio a oler vinagre y le sopló en las narices, y entonces el joven estornudó y vomitó el *banch* que con el dulce ingiriera, y abrió sus ojos y los volvió a derecha e izquierda, y se encontró en medio del mar, a bordo de aquel barco, y vio al persa sentado a su lado.

Diose entonces cuenta de que el persa hiciérale blanco de una estratagema y comprendió que había caído en la trampa de que su madre le avisara.

Y al comprenderlo así Hasán, profirió esas palabras de que nadie se tiene que avergonzar, pues son estas:

–No hay gloria ni poder sino en Alá (el grande, el excelso, el lleno de majestad). De Alá soy y a él hemos de volver. ¡*Ye* Señor, ten de mí compasión en tus designios y dame paciencia para soportar los contratiempos que enviarme fueres servido, *ye* Señor de los mundos, el grande, el único!

Volvióse Hasán luego hacia el persa y trató de ablandarlo con palabras tiernas y le habló de esta manera:

–¡*Ye* padre mío! ¿Por qué me tratas de este modo y qué se hicieron el pan y la sal que juntos comimos y el juramento que me hiciste de considerarme tu hijo?

Pero el persa lo miró airado y le dijo:

–¡*Ye* perro! ¿Qué puede importarme a mí el pan y la sal que contigo comí? Mil jóvenes como tú, menos uno, maté ya, y ahora contigo completaré el millar.

Pero al llegar aquí sintió Schahrasad venir la mañana y puso coto a sus elocuentes palabras.

Y LA NOCHE 440 SIGUIO DICIENDO LA MUCHACHA:

–Tengo entendido, *ye* monarca, el afortunado!, que, al ver Hasán cómo cayera en las garras del persa, trató de ablandarlo con palabras tiernas.

Mas nada consiguió, pues aquel maldito, lejos de ablandarse, prorrumpió en un grito, mandándole callarse.

Calló el joven y comprendió que la flecha del sino hiciera blanco en él por mano de aquel maldito.

Mandó luego el persa que le aflojasen las ligaduras y le dieran a beber un sorbo de agua, y en tanto así lo hacían, no paraba el mago de reír y decir:

–¡Por el fuego y la luz, por la sombra y el calor, que no esperaba yo atraparte en mis redes! Pero ¡el fuego diome poder sobre ti y al fin te cacé; ahora voy a sacrificarte a él!

–¡*Ye*–exclamó Hasán–y cómo hiciste escarnio del pan y la sal!

Alzó el persa, al oír aquello, su mano y asestóle a Hasán un puñetazo con tal fuerza que lo derribó en tierra y le hizo morder el suelo con sus dientes y que las lágrimas le corrieran por las mejillas, y, finalmente, perdiera el sentido y quedara desvanecido.

Dio orden luego el mago a sus esclavos de encender fuego, y, al oírlo Hasán, que ya volviera en sí, preguntóle:

–¿Qué es lo que te propones?

–Este–díjole el mago, señalando al fuego–es el señor de la luz y la llama

y el dios que yo adoro, y, si tú lo adorases también conmigo, te daría la mitad de cuanto poseo y te casaría con mi hija.

–¡Guay de ti!–gritóle Hasán–. Un mago eres, un infiel adorador del fuego con menosprecio del rey excelso, creador de la noche y el día, y de todo ello tendrás que dar cuenta el día del juicio, cuando a cada cual le dé Alá su merecido.

Enfurecióse el persa al oír a Hasán y le dijo:

–¡Déjate de vanas palabras y dime, en conclusión, si accedes a convertirte a mi religión!

–¡No!–díjole Hasán, esforzando su voz.

Y entonces el persa maldito se levantó y postróse ante el fuego, en acto de adoración, y después ordenó a sus esclavos que tendiesen a Hasán boca abajo y empezó a golpearlo con unas correas, y así continuó noche y día, maltratándolo durante toda la travesía.

De suerte que se le abrieron sus costados, y empezó el joven a gritar en demanda de amparo, sin que nadie de sus gritos hiciera caso.

Y en medio de aquel aprieto elevó Hasán sus ojos al cielo e imploró la ayuda del Todopoderoso, invocando el nombre de su Profeta, el Elegido.

Y llegó a faltarle la paciencia, y las lágrimas corrían por sus mejillas como lluvia, y, entre sus lágrimas y sollozos, recitó estos versos:

> –¡Llevaré con paciencia, mi Señor,
> cuanto mandarme quieras de dolor!
> Maltratado nos han; ¡pero con ello
> más cerca de tu gracia nos han puesto!

Mandó luego el brujo a sus esclavos negros que incorporasen al joven y lo sentasen y le diesen de comer y beber. Hiciéronle ellos así, pero Hasán no quiso nada ingerir.

Y resistió todos los martirios con resignación y se humilló ante Alá (loado sea por toda una eternidad), por lo cual el corazón del persa endurecióse aún más.

Tres meses seguidos fueron navegando por el mar y en todo ese tiempo no cesó el mago de atormentar a Hasán; pero al entrar en el mes, el cuarto, mandó Alá contra el barco un viento contrario, y se ennegreció el mar, y se alborotó y empezó a zarandear de un lado para otro la embarcación.

Y al ver aquello empezaron a decir tanto el arráez como los marineros:

–¡Por Alá, que todo esto es por culpa del pecado que con ese joven comete el mago, al que atormenta de un modo que a Alá provoca enojo!

Y así diciendo arráez y marineros fueron en busca del mago y dieron muerte a todos sus criados, al ver lo cual aquel maldito temió por su vida y soltóle a Hasán sus ligaduras, y, en vez de los harapos que llevaba encima, vistióle unas ropas muy lucidas y le prometió enseñarle su arte y restituirlo a su tierra y al lado de su madre.

Y le dijo:

–No me devuelvas mal por mal, hijo mío.

A lo que Hasán le replicó, diciendo:

–¿Cómo podré yo fiar en tus palabras?

Y el mago le dijo con melosa habla:

–Mira, hijo mío: si no hubiere culpa, no habría perdón. Cierto que te traté mal, pero solo fue por probar tu paciencia, y ya sabes que todo, en fin de cuentas, está en las manos de Alá.

Alegráronse el arráez y los marineros al ver que el mago soltara a Hasán, y el joven invocó sobre ellos las bendiciones del cielo y oró al Todopoderoso y gracias le dio por su liberación.

Amainó en tanto el viento y se aclaró el cielo, y, favorecidos por favorable brisa, continuaron su travesía:

Y Hasán le dijo a Bahram:

–Dime, *¡ye Juachach!* [4], ¿adónde te diriges?

–Hijo mío–respondió el mago–, yo me dirijo a la Montaña de las Nubes, donde se halla el elixir que en la alquimia empleamos.

Y el guebro juróle a Hasán, por el Fuego y la Luz, que no tenía la menor intención de hacerle mal y lo instó a que serenase su corazón. Hízolo así Hasán y holgóse mucho de las palabras del brujo y siguió comiendo y bebiendo y durmiendo con el mago, que llegó a vestirle sus propias ropas.

Y siguieron así navegando otros tres meses más, hasta que, al cabo de ellos, abordó el barco a una ribera, toda de guijarros y piedras de varios colores, pues los habían blancos y amarillos y azules y negros, de matices diversos.

Luego que el barco fondeó, púsose el mago en pie y le dijo a Hasán:

–Levántate, Hasán, y ven con nosotros, que ya hemos llegado al lugar que buscamos y hacia el cual bogábamos.

Levantóse Hasán y fue con el mago, y ambos se internaron por la marina, hasta alejarse del barco y perderse de vista.

Sentóse entonces el mago y sacóse de la manga un trozo de metal y una tira de seda, bordada en oro, y en la cual había grabados signos talismánicos.

Frotó el mago con la tira de seda la chapa de metal y en el acto levantóse una nube de polvo a sus espaldas, de lo que Hasán sintió miedo, arrepintiéndose de haber seguido hasta allí a aquel maldito.

Pero el persa, que lo advirtió, le dijo:

–No temas, hijo mío, que, por el Fuego y la Luz, que nada tienes que temer de mí y si no fuera porque te necesito y nada puedo hacer sin ti, no te habría traído hasta aquí conmigo. Alégrate, pues, y abre el corazón a la esperanza de todo bien, que esa nube de polvo que ves nos va a conducir, sentados en ella, para que exploremos todos los confines de estas tierras y satisfagamos nuestra curiosidad sin cansarnos.

Pero al llegar aquí sorprendió a Schahrasad la aurora y cortó el hilo de sus bien hilvanadas y cautivadoras palabras.

Y LA NOCHE 441 PROSIGUIO SU RELATO EN ESTA FORMA:

–Ha llegado a mi noticia, *¡ye* monarca, el afortunado!, que el persa le dijo a Hasán:

–Esta nube que ves nos va a servir de vehículo para, montados en ella, explorar estos campos, sin que nos cueste molestias y trabajos.

Y abrióse la nube en tres trozos, que eran tres camellos, y el persa montó en uno de ellos y Hasán en el otro y cargaron sus bagajes en el tercero, después de lo cual pusiéronse los tres en movimiento y echaron a andar.

Siete días estuvieron viajando por los aires el persa y Hasán hasta llegar al fin de un campo muy dilatado, y en él hicieron alto.

Vio entonces allí Hasán una cúpula, mantenida por cuatro columnas de oro rojo, y preguntóle al persa, curioso:

–¿Qué es eso, tío mío?

A lo que el mago le dijo:

[4] ¡Oh maestro!

–¡Pues un alcázar, hijo!

–Entonces–exclamó Hasán–vayamos y entremos en él y descansemos.

Pero el persa le contestó muy serio:

–No me hables de ese alcázar, que no quiero ni verlo, pues ahí vive un enemigo mío, con el cual me ocurrió una vez un lance que no es para contado en este instante.

Frotó luego el mago aquella chapa de marras y en el acto tornó a partirse la nube en tres camellos y el persa y Hasán montaron en ellos y reanudaron su viaje y fueron cabalgando por espacio de siete días, sin que nada les ocurriese de notable.

Pero al día, el octeno, díjole el persa a Hasán:

–Dime, Hasán: ¿qué es eso que desde aquí se divisa?

–Es–díjole Hasán–una nube que se extiende de saliente a poniente.

–No es ninguna nube–rectificó el mago–, sino una alta montaña, en cuyos picachos las nubes se desgarran, y sobre cuya cima no puede haber nubes por ser tan alta que todo lo rebasa. Esa montaña es la meta de mis andanzas y el lugar donde lo que busco se halla. Y te traje aquí conmigo porque solo por tu mano puedo lograr lo que anhelo tanto.

Dio Hasán por perdida su vida al oír esas palabras del persiano, y le dijo:

–Por el fuego de lo que adoras y por la fe que profesas, ruégote me digas cuál es el objeto que hasta aquí viniste persiguiendo.

Y Bahram le contestó, diciendo:

–Has de saber, Hasán, que el arte de la alquimia no puede realizarse sino contando con una hierba que crece en ese sitio, por donde pasan las nubes y se desgarran. Y tal sitio es esa montaña, en cuyo galayo crece esa hierba, y yo tengo intención de enviarte a ti allá a buscarla y cogerla, y, en teniéndola yo en mi poder, luego te revelaré el secreto de este arte que deseas aprender.

–Está bien, maestro–contestóle Hasán, a quien el susto no se le acababa de quitar.

Pues en verdad que desesperaba de su vida y en su ánimo lloraba por su alejamiento de su madre y su pueblo y su tierra, y le pesaba de haber abandonado a su madre.

Y lleno de sentimiento, recitó el joven estos versos:

–Pon tu esperanza solamente
en quien te puede ayudar,
en el Todopoderoso,
que no te abandonará.
No desesperes al verte
en desgracia y soledad,
que, cuando menos lo pienses,
todo acaso cambiará [5].

Siguieron, pues, viajando hasta llegar a la montaña y al pie de su falda, y allí se detuvieron.

Vio entonces Hasán un alcázar al pie de aquella montaña...

Pero sintió Schahrasad venir la mañana y atajó el curso de sus elocuentes palabras.

[5] Suprimido en la edición de Bulak.

Y LA NOCHE 442 CONTINUO ASI LA MUCHACHA:

–Ha llegado hasta mí la fama, *¡ye* monarca, el afortunado!, de que, cuando el mago y Hasán llegaron al pie de la montaña e hicieron alto, vio aquel un alcázar y preguntóle al persa:

–¿Qué alcázar es este

Y el persa contestóle:

–Es una morada de genios y vampiros y schaitanes precitos.

Descendió luego el persa de su jirón de nube y mandó a Hasán que también se apease, y, después que lo hizo, fuese a él y besóle en la frente y le dijo:

–No me guardes rencor por lo que te hice, que yo velaré por ti mientras tú subes al alcázar; lo que ahora conviene es que no me traiciones en nada de lo que ocurra y corramos ambos la misma fortuna.

Acto seguido abrió el mago un bolso y sacó de él una muela de molino y un puñado de trigo y lo molió con aquella piedra e hizo de él tres panes y encendió fuego y los doró.

Sacó luego aquella chapa de metal, que llevaba grabadas unas fórmulas talismánicas, y frotó la chapa, y en seguida surgieron allí tres camellos y el mago cogió uno de ellos y lo sacrificó y lo desolló.

Luego díjole el persa a Hasán:

–Métete dentro de la piel del animal y envuélvete con ella bien, que luego yo te coseré y te tumbaré en tierra y a poco vendrá un águila y cargará contigo y te llevará hasta lo más alto de la montaña. Luego que sientas que aterrizas allí y te deja en el suelo, abrirás la piel y saldrás fuera, y el pájaro entonces, al verte, se espantará y echará a volar. Y luego que así sea, te asomarás tú al filo del monte y pondrás oído atento a lo que, desde abajo, te vaya diciendo.

Diole después el mago a Hasán los tres panes y un frasquito con agua y aquel lo guardó todo dentro de la piel, y entonces el persa procedió a coser aquella, y, luego de hecho así, apartóse algún trecho de allí.

Y no tardó en acudir un alicbán, el cual cargó con Hasán y remontó el vuelo con él, y fue volando, sin parar, hasta llegar al galayo del monte, y allí dejó en el suelo al joven.

Y al sentir Hasán que el alicbán lo dejara en tierra, rajó la piel y salióse de ella, y, asomándose al filo de la montaña, comunicóle lo ocurrido al persa, el cual, al oírlo, se alegró muchísimo; tanto, que se puso a dar saltos y brincos.

Y desde abajo, díjole a gritos:

–Explora el terreno que hay a tu espalda y no dejes de decirme fielmente cuanto en él vieres.

Hízolo así Hasán y vio tendidos por allí muchos cadáveres y junto a ellos muchas tablas destrozadas.

Comunicóselo en seguida al persa, y este, al oírlo, le dijo:

–Ya hemos encontrado lo que buscábamos y anhelábamos. Coge de esa madera siete brazadas y échamelas, que eso es lo que para mi alquimia había yo menester.

Echóle Hasán al mago las siete brazadas de leña, y aquel, luego que las tuvo en su poder, gritóle a Hasán:

–*¡Ye* sanguijuela: ya saqué de ti la utilidad que deseaba y no te necesito para nada! Quédate, pues, ahí arriba para el resto de tu vida o tírate de cabeza abajo y rómpete la crisma.

Alejóse después el mago de allí y al ver aquello Hasán exclamó:

–No hay gloria ni poder sino en Alá (el grande, el excelso, el lleno de ma-

jestad). He aquí que ese perro, ese maldito, me ha vuelto a engañar.

Y Hasán, muy afligido, se sentó en el suelo y recitó estos versos:

–Cuando al hombre Alá priva
de entendimiento,
es vano cuanto haga,
pues sordo y ciego
no atina de su daño
con el remedio.
Sólo Alá mismo puede
–si es su deseo–
devolverle el juicio,
rehacer su yerro.
Así que no preguntes,
como los necios,
¿cómo es que ocurrir pudo
este suceso?
Pues porque así lo quiso
Alá, el Excelso.

Tendió luego el joven la vista a derecha e izquierda y empezó a caminar y no paró de andar, hasta llegar al otro pico de la montaña, y miró hacia abajo y vio un mar glauco y alborotado, y se sentó y recitó aleyas del santo *Corán* y pidió a Alá pusiese fin a sus penalidades, ya fuese con la muerte o librándole de una vez de sus males, y, recitando el testimonio de fe del Islam, arrojóse de cabeza a aquel mar. Y por designio de Alá-*taála* cogiéronlo las olas y hasta la otra orilla lo llevaron, dejándolo allí sano y salvo.

Alegróse de ello mucho Hasán y dio gracias a Alá, y en seguida echó a andar y fue caminando sin parar, hasta que se encontró frente a un alcázar muy elevado, que en los aires se perdía de puro alto.

Conoció luego Hasán ser aquel el alcázar al que el mago se refirió al decirle: «En ese alcázar vive un enemigo mío.» Y se dijo: «Por fuerza he de entrar en él.»

Y llegóse Hasán al alcázar y halló abierta la puerta y se entró por ella y pasó al zaguán.

Y vio en el zaguán un poyo, en el que había sentadas dos muchachas de tal hermosura que parecían dos lunas, y que, jugando al ajedrez, se hallaban muy entretenidas.

Pero al sentir sus pasos alzó una de las mocitas la frente y reparó en él, y, al verlo, lanzó un grito de alegría, diciendo:

–¡Ese es un hijo de Adán y seguramente es el que nos trae este año Bahram!

Luego que oyó Hasán tales palabras arrojóse entre las manos de las dos muchachas y rompió a llorar con mucha aflicción y pesar.

Y dirigiéndose a la que había hablado, le dijo:

–¡*Ye* mi señora, sí; yo soy ese desgraciado!

Pero entonces la más pequeña de las dos díjole a su hermana, la mayor:

–Da fe, hermana mía, de que este es mi hermano en la ley de Alá y en su pacto. Y que su muerte es mi muerte, y su vida, mi vida, y su pena, mi pena.

Y acto seguido se levantó la joven y fuese a Hasán y lo abrazó y lo besó y lo cogió de la mano y lo introdujo en el alcázar, siguiéndolos a ambos su hermana.

Ya en el interior del alcázar quitóle la joven a Hasán las ropas harapientas que llevaba y vistióle otras dignas de un monarca y aderezó para él un convite con toda suerte de manjares y se lo ofreció y se lo puso delante y ella y su hermana sentáronse a su lado y comieron con él de todos los platos.

Y luego le dijeron:

–Cuéntanos todo cuanto te haya pasado con ese perro, con ese brujo malvado, desde que caíste en sus manos hasta que lograste verte libre de él y a salvo de su poder. Y nosotras también te contaremos todo lo que nos ocurrió con él, desde el principio hasta el fin, para que te sirva de aviso, si alguna otra vez lo volvieras a ver.

Luego que oyó Hasán las palabras de las dos muchachas, y vio la buena acogida que le dispensaran, cobró con-

fianza en su alma y volvió a su mente la calma y les refirió todo cuanto con el mago le pasara, del principio al fin, sin nada callar ni omitir.

Oyéronlo ellas con atención y luego le preguntaron:

–Di si, por acaso, le preguntaste tú por este palacio.

–Sí que le pregunté–respondió Hasán–y él me dijo que este alcázar era una morada de genios y vampiros y schaitanes protervos.

Pero al llegar aquí sorprendió a Schahrasad la mañana y puso dique a sus desbordadas palabras.

Y LA NOCHE 443 SIGUIO DICIENDO LA MUCHACHA:

–Ha llegado a mi noticia, *¡ye* monarca, el afortunado!, que las dos mocitas aquellas, al oír lo que Hasán les contara, exclamaron, molestas e indignadas:

–¿Conque el mago nos puso de demonias y diablas?

–Así es la verdad–asintió Hasán.

Y exclamó la menor:

–¡Pues por Alá, que lo he de matar de la peor de las muertes y he de hacer que el aire de este mundo se acabe para él!

–¿Y cómo–díjole Hasán–te las vas a arreglar para matarlo, siendo, como es, un hechicero consumado?

–*¡Ye!*–exclamó la hermana mayor–. Ahora se halla en un jardín llamado Al-Muschayyad, y no he de tardar en cogerlo y matarlo.

Y la otra hermana dijo:

–Dice verdad Hasán y todo lo que de ese brujo perro ha dicho es cierto; pero ahora cuéntale tú toda nuestra historia, para que se le quede grabada en la memoria.

Y acto seguido tomó la palabra la menor de las dos hermanas y le dijo a Hasán:

–Has de saber, hermano, que nosotras somos hijas de un rey de los reyes de los genios, de los más poderosos, señor de ejércitos y esclavos, y servidores sin cuento de la casta de los genios, y concedióle Alá siete hijas mellizas de una misma esposa, a ninguna de las cuales nos quiso casar, por imaginarse, en su orgullo y loca presunción, que no había hombre digno de tal honor.

Y llamando a sus visires y sus emires les dijo:

–¿Podríais indicarme algún lugar hasta el que no pudiese llegar nadie, ni hombre ni genio, y donde hubiera profusión de árboles y frutos y manantiales?

Al oír lo cual sus visires y familiares le dijeron:

–*¡Ye* rey de los tiempos! ¿Para qué quieres saber eso?

Para recluir allí a mis siete hijas –contestó nuestro padre–y estar seguro de que no las ve nadie.

–Para eso–respondiéronle sus familiares–ningún lugar más indicado que el Alcázar de las Nubes, pues no lo hay más elevado.

Y es obra de un *alifrit* de los *alifrites* rebeldes que faltaron al pacto con nuestro señor Soleimán (sobre él sea la paz).

Y desde su destrucción nadie habita en él, ni hombre ni genio, por culpa de aquel condenado, y no hay quien quiera visitarlo.

Y hállase el tal alcázar circuido de árboles frutales y de arroyos y manantiales, cuyas aguas son más dulces que la miel y más frías que la nieve, y todo

aquel que padece de lepra o elefantiasis, o cualquier otra dolencia, en bebiendo de esas aguas, luego sana.

No bien nuestro padre oyó aquello mandó que nos trajesen a este alcázar y nos puso una fuerte guardia y nos proveyó de todas las cosas necesarias para vivir.

Y cuando siente deseos de vernos manda tocar un timbal y en el acto acuden todos sus huéspedes y él elige de ellos los que quiere que le acompañen en su cabalgada y los demás los despacha, y cuando quiere que nosotras lo visitemos, manda a sus servidores, los encantadores, que vengan a buscarnos y nos lleven a su corte, y allí nos tiene con él una temporada y recreándose en nuestra compañía, y después manda que de nuevo aquí nos traigan.

Nuestras cinco hermanas andan ahora de cacería por estos campos, que abunda en animales feroces en tal cantidad, que no se podrían contar ni enumerar.

Y nosotras nos quedamos aquí, porque nos tocó hoy el turno de estar de servicio para hacer la comida, que vamos turnando por parejas en ese cometido.

Y le pedimos a Alá-*taála* que nos dejase ver por aquí algún ser de raza adánica, que nos distrajese e hiciera compañía.

¡Loor, pues, a Alá-*taála* que se dignó atender a nuestra demanda y alegrar nuestras almas y refrescar nuestros ojos con tu llegada!

Así que alegra tu alma, Hasán, y refresca tus ojos y no pases temor, pues nada malo te ha de suceder mientras con nosotras estés.

Holgóse mucho Hasán de oír tales palabras y exclamó:

–¡Loado sea Alá, que nos guía por el camino de la salvación y hace que los corazones se inclinen a nuestro corazón!

Levantóse luego su hermana y cogió a Hasán de la mano y entró en una cámara y de ella sacó unas telas y unos tapices tales, que ninguna de las criaturas podría poseerlos iguales en todo el mundo.

Pasado que hubo una hora, regresaron las otras cinco hermanas de su cacería, y las dos las informaron de la llegada de Hasán, al que en seguida fueron a ver, y, pasando a la cámara, lo saludaron y lo felicitaron por haber llegado allí sano y salvo.

Y él se alegró al verlas todavía más que ellas.

Contóles luego la más pequeña a sus hermanas lo que Bahram, el mago, dijera de ellas, poniéndolas de diablas y vampiresas, al oír lo cual todas convinieron en que había que dar muerte a aquel perro.

Quedóse, pues Hasán a vivir con aquellas jovencitas y gozó en su compañía de todas las delicias de esta vida y salía con ellas de caza y montería y otras veces se entretenía conversando con ellas, que lo trataban con la mayor afabilidad y cortesía, de suerte que al cabo disipóse su tristeza y recobró la salud y la fuerza y púsose gordo y rollizo, por efecto de lo bien que aquellas señoritas lo atendían y lo a gusto que él se sentía en aquel alcázar, de floridos jardines y entre aquellas siete lunas de incomparable y fulgente hermosura.

Y solían darle de beber del enmelado rocío de sus labios aquellas doncellicas de pechos abultados, dotadas de cuanta gracia y perfección pudiera imaginarse, y todas ellas de una belleza que no podría ponderarse.

Un año entero pasó Hasán de ese modo placentero, hasta que finó el año y vino el año nuevo.

Y entonces presentóse allí otra vez aquel maldito guebro, llevando consigo un joven y guapo musulmán, que parecía una luna, atado de pies y manos, y

torturado por toda suerte de suplicios crueles.

Estaba sentado Hasán a la sazón al pie de aquellos árboles, orilla de un riachuelo, y, al ver venir a Bahram, palpitóle el corazón y mudó de color y chocó una contra otra las palmas de sus manos...

Pero al llegar aquí sintió Schahrasad venir la mañana y cortó el hilo de sus encantadoras palabras.

Y LA NOCHE 444 SIGUIO DICIENDO LA MUCHACHA:

–He podido saber, *¡ye* monarca, el bienhadado!, que, al ver Hasán venir al mago, echóse a temblar y mudó de color y chocaron una contra otra las palmas de sus manos, y dirigiéndose a las jóvenes les dijo:

–¡Por Alá, hermanas mías, ayudadme a matar a ese maldito! Porque helo ya que ha vuelto y trae consigo cautivo a un joven muslim de los hijos de los emires, al que está atormentando con toda suerte de suplicios crueles. Y yo querría matarlo y consolar así mi corazón, y al mismo tiempo salvar de la muerte a ese joven musulmán y restituirlo a su familia y su tierra y granjearme con ello un mérito para la otra vida. Y vosotras también, si me ayudáis a realizar esa buena acción, tendréis luego derecho al divino galardón.

–Oír es obedecer–dijeron ellas–. ¡Tratándose de Alá y de ti, *ye* Hasán!

Y acto seguido requirieron los almofares y las armaduras se vistieron y las espadas se ciñeron y ofrecieron a Hasán un corcel, de pura raza, y lo pertrecharon de toda suerte de armas, muy bellas y muy eficaces para la guerra.

Salieron luego él y ellas al encuentro del mago y lo hallaron ocupado en la tarea de sacrificar el camello y meter dentro de su piel al joven que trajera, diciéndole de esta manera:

–Entra dentro de esa piel y encógete bien en ella, que te voy a coser.

Pero en eso Hasán llegó a él por detrás, sin que el brujo lo pudiera notar, y le lanzó un grito tan recio, que lo asustó y lo dejó perplejo.

–¡Detén tu mano, so maldito, enemigo de Alá y enemigo de los buenos creyentes musulmanes, infiel e idólatra que eres! Ya caíste en la estrechura y se te acabó la fortuna.

Volvióse entonces el mago y, al ver a Hasán exclamó:

–*¡Ye* hijo mío, Hasán! ¿Cómo lograste escapar y quién te trajo acá?

A lo que Hasán le contestó:

–Libróme Aquel que me había predestinado para que te quitara la vida con mis manos, y ahora voy a atormentarte, igual que tú a mí me atormentaste. *¡Ye* el infiel, sin dios! Caiste en la estrechura y se te acabó la holgura, y nadie ya, ni madre ni hermanos, ni amigos, te podrán salvar. Porque tú dijiste aquella vez: «Tome Alá venganza de aquel que faltare al pacto de la pan y la sal.» Y tú has faltado. Así que ahora no hay salvación para ti y a mis manos vas a morir.

–¡Por Alá, hijo mío, Hasán!–exclamó el mago–¿Cómo hablas de ese modo sabiendo que te quiero a ti más que a mi propia alma y que a la luz de mis ojos?

Pero Hasán, sin hacer caso de sus palabras, esgrimió su espada y le asestó un tajo en el cuello con tal fuerza que brilló tinto en sangre el acero y Alá se apresuró a sacarle el alma del cuerpo, para llevársela y arrojarla al fuego; *¡ye* y qué mal paradero!

Cogió luego Hasán la bolsa que el

maldito llevaba siempre consigo y sacó de ella la chapa de metal y la frotó y en el momento aparecieron, con la velocidad del rayo, los tres camellos.

Procedió luego Hasán a libertar de sus ataduras al joven y lo hizo montar en uno de los camellos y lo proveyó de víveres y agua y le dijo:

–Anda y vete en paz por tu camino.

Y el joven se despidió de él y se fue.

Luego que vieron las muchachas cómo Hasán le cercenara al brujo el cuello alegráronse hasta el colmo de la alegría y lo rodearon, admiradas de su valor e intrepidez, y le dieron gracias por lo que acababa de hacer y también lo felicitaron por haber salido del empeño con bien.

Y le dijeron:

–Acción llevaste a cabo, Hasán, como para sanar al bilioso y alegrar al generoso.

Volviéronse luego todos al alcázar y Hasán continuó al lado de las siete hermanas, comiendo y bebiendo y riendo, y era en verdad tan deliciosa aquella vida para Hasán que llegó a olvidarse de todo lo demás, incluso de su madre y su tierra natal.

Pero hete aquí que en tanto Hasán y las mocitas se solazaban así, gozando la mejor de las vidas, vieron de pronto venir hacia ellos, del extremo cabo del desierto, una gran nube de polvo, tan densa, que cubría toda la tierra y velaba el horizonte todo.

Y al ver aquella nube las princesas dijéronle a Hasán:

–¡Vivo, Hasán! Corre a esconderte en tus aposentos o en el jardín, entre los árboles y los parrales, y no temas nada, que ningún mal te amaga.

Y Hasán se fue a su cámara y en ella se encerró y desde allí acechó lo que en el alcázar luego sucedió.

Y fue que la nube de polvo se abrió y dejó ver debajo de ella un ejército arrollador, semejante a un mar alborotado, y aquel ejército había sido enviado por el rey, padre de las muchachas, las cuales acogieron con mucha amabilidad a los guerreros y ofreciéronles hospitalidad por espacio de tres días, en su palacio.

Luego les preguntaron por la causa de su venida y además les pidieron noticias de su padre y el reino, y ellos les contestaron diciendo:

–Nosotros venimos, de parte del rey, a buscaros.

A lo que ellas contestaron:

–¿Y para qué nos quiere nuestro padre, el rey?

–Se trata–dijéronles ellos–de que un rey de los reyes ha organizado unos festejos y quiere vuestro padre que asistáis a ellos para que os divirtáis.

–¿Y cómo vamos a dejar este sitio?–exclamaron al oírlo.

–Estaréis ausentes de aquí–respondieron ellos–solamente el tiempo preciso para ir y volver, más dos meses que allí pasaréis.

Fueron entonces las jóvenes a ver a Hasán y le comunicaron la novedad y le dijeron:

–Este alcázar es tu alcázar y nuestra casa es tu casa. Serena, pues, tu alma y refresca tus ojos y no temas nada. Pero por el fuego de nuestra hermandad te pedimos que no abras esta puerta a impulso de la curiosidad, que de abrirla no tienes ahora ninguna necesidad.

Despidiéronse luego las jóvenes de Hasán y se fueron en compañía de los guerreros.

Y al verse solo en el alcázar encongiósele a Hasán el pecho de tristeza, por verse separado de sus lindas amigas y privado de su compañía.

Y la soledad y la tristeza se le hicieron pesadas y aquel gran alcázar, con ser tan holgado, volviósele estrecho, y Hasán, en su dolor, se acordaba de aquellas siete lunas y de lo que antaño gozara con ellas, y, a impulsos del sentimiento, recitó estos versos:

–Esa vasta llanura, ante mis ojos
tan desolada hoy, vuélvese estrecha
y tan claro hasta ayer, ya su paisaje
el corazón me oprime, y no me alegra.
Desde que mis amigas me dejaron,
ya para mí no hay dicha en esta tierra
y el llanto de mis ojos siempre mana,
velándome el fulgor de la belleza.
Nunca feliz a ser volveré ya,
hasta que ellas a mi lado vuelvan,
y el goce del amor con el encanto
de la gustosa charla, a unirse venga...

Y Hasán, en el colmo de la melancolía y el pesar, sentóse en el desierto alcázar, con el corazón encogido por la pena de la ausencia.

Y decidió salir de cacería, para ver de cobrar alguna pieza y comer de ella, y así lo hizo aprovechando la abundancia de caza que había por aquellos campos.

Pero la soledad siguió inquietándolo y no hacía el joven más que dar vueltas de acá para allá por el alcázar, curioseándolo todo, hasta no dejar rincón alguno por investigar.

Llegó Hasán en sus paseos a las habitaciones particulares de las jóvenes y las abrió y halló en ellas tantas riquezas que arrebataban el juicio de quien las miraba; pero a Hasán nada de aquello le entusiasmaba, que estaba muy triste por la ausencia de las muchachas y en su corazón solo ardía el fuego de la tentación por abrir aquella puerta que su hermana le había recomendado que no abriera y hasta que no se acercara a ella. Y Hasán llegó a decirse para sus adentros:

–De fijo que cuando mi hermana me recomendó que no abriese esa puerta es porque en esa habitación guarda algo que no quiere que ninguno vea; mas por Alá que la he de abrir y enterarme de lo que hay allí, y lo haré como lo digo, aunque tras esa puerta me aguarde el sino.

Y cogiendo las llaves procedió Hasán a abrir la puerta y entró en la habitación, pero no vio en ella rastro alguno de tesoros ni riquezas, sino que solo vio en su fondo una escalera de concha yemení, que era todo lo que había allí.

Subió en seguida Hasán por aquella escalera y vino a salir a una azotea del alcázar y se dijo para su ánima: «Esto era, por lo visto, lo que mi hermana no quería que yo descubriera.»

Anduvo el joven por la azotea y se asomó y vio un campo al pie del alcázar, todo lleno de sembrados y huertos, y en el que había muchedumbre de árboles florecidos y frutecidos. Y muchos animales y aves que cantaban alabando a Alá, el solo, el victorioso, con sus arpegios armoniosos.

Contempló Hasán con más atención aquel paisaje y columbró más allá un mar henchido y por el oleaje sacudido. Y no dejó Hasán de explorar el alcázar a diestro y siniestro, hasta que descubrió una *maksura* de adobes de oro y plata entreverados, dos ladrillos de oro y uno de plata y jacinto y esmeralda y sostenido por cuatro columnas gallardas.

Y en su centro vio Hasán una sala estrado con el piso de mosaico de toda suerte de piedras preciosas, como rubíes y esmeraldas y diamantes y demás. Y en su medio veíase una albufera, rebosante de agua, por encima de la cual se extendía una rejilla de madera de áloe y sándalo, formada de varillas de oro rojo y broches de esmeralda, con incrustaciones de perlas y aljófar, tamañas como huevos de paloma.

Y por aquel enrejado trepaba una parra, con unos racimos de uvas que rubíes parecían, y, junto a la albufera, veíase un trono de madera de áloe con incrustaciones de oro rojo y perlas muy gruesas y otras piedras preciosas de diversas clases y vario color, y todas ellas muy artísticamente dispuestas.

Y en torno a aquel trono revolotea-

ban y gorjeaban los pájaros celebrando, cada cual en su lengua y estilo, las excelencias del Altísimo. Y también Hasán admiraba el poder de Alá, que tantas maravillas reuniera en aquel alcázar tan grande y dotado de tantas riquezas.

Y hete aquí que, estando así, vio Hasán venir desde el corazón del desierto, rumbo al alquival, diez pájaros, y pensó que acudían en busca de la albufera para abrevar en ella. Y, por temor a que lo vieran y se azorasen, se escondió y se estuvo al acecho, ojo avizor.

Y aquellos diez pájaros fueron a posarse en las ramas de un árbol, formando corro, y Hasán reparó en que había uno de ellos que era de una belleza sin igual y que los otros nueve a su alrededor revoloteaban, como desviviéndose por servirlo, en tanto él los picoteaba con su pico y los espantaba.

Vio luego Hasán cómo aquellos pájaros se sentaban en el estrado y se rasgaban con sus patitas la piel del cuello y se salían de aquella piel, que no era otra cosa sino un vestido de plumas, y al despojarse de su plumaje, convertíanse cada pájaro de aquellos en una virginal doncellica, que con su hermosura avergonzaba a la propia luna.

Y luego que todas ellas se hubieron quedado desnudas, lanzáronse al agua de aquella piscina...

Pero al llegar aquí sintió Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras encantadoras.

Y LA NOCHE 445 REANUDO SU RELATO EN ESTA FORMA:

–Ha llegado a mi noticia, *¡oh* monarca, el afortunado!, que las diez jóvenes, luego que se quedaron desnudas, arrojáronse a la piscina y en ella se bañaron y se lavaron y luego se pusieron a retozar y juguetear.

Y la pájara aquella, que a todas las demás sobrepasaba en belleza, empujaba a las otras y las zambullía en el agua, y sus compañeras la rehuían y hacían por escapar, sin que la osaran tocar. Perdió el tino Hasán al ver tal espectáculo y se quedó como pasmado y comprendió que su hermana no le prohibiera abrir aquella puerta sino para evitar que aquello viera.

Y Hasán rompió a llorar, prendado de la hermosura de aquella pájara, y prendió en su corazón el fuego de la pasión; un fuego tal que nada lo podía apagar, ni nada tampoco lo podía encubrir ni disimular.

Salieron luego de la piscina las diez doncellicas, y Hasán, desde su escondite, las veía sin que ellas a él lo pudieran ver, y el joven las miraba embobado y no se cansaba de admirar su belleza y su garbo y el donaire de todos sus gestos y la gracia de los lunares, que esmaltaban sus caras.

Y lanzó Hasán una mirada a la principal de aquellas mocitas, que estaba desnuda como su madre la echó al mundo, y pudo ver lo que encerraba entre sus muslos, a saber: una redonda cúpula sostenida por columnas, semejante a una fuente de plata o de cristal, que hubo de recordarle al joven aquellos versos del poeta:

«Al levantar su vestidura leve,
un dije me encontré, cuyo taladro
estrecho venía a ser como mi suerte.
Y al punto me lancé por la estrechura
y ella lanzó un suspiro y yo le dije:

–¿Por qué suspiras? –Y ella contestóme,
entornando los ojos: –Por la dicha
que contigo a gozar yo me dispongo.»

Luego que salieron del agua pusiéronse todas sus vestidos y alhaites, y la que parecía su capitana vistióse un traje verde con el que a todas las beldades de este mundo sobrepasaba, y dizque el fulgor de su rostro a la luna eclipsaba, y vencía a las ramas del árbol con la gracia de su ondulante paso y los ingenios desconcertaba con su desdeñoso gesto. Como dijo el poeta refiriéndose a una como ella:

«Es tal ella que al sol mismo
sus mejillas avergüenzan;
viste una túnica verde,
que verde fronda semeja.
–¿Cómo se llama ese traje
y su prodigiosa tela?
Y ella respondióme al punto,
con su sonrisa traviesa:
–De las bilis de mis muchos
amadores me hice esta
túnica verde que llevo,
y el aire de primavera
el amargor de la bilis
con sus fragancias compensa.»

Al ver Hasán salir a las muchachas del agua perdió por completo el sentido ante la belleza y perfección de la mayor, y, a impulsos del deseo, recitó aquellos versos.

Cuanto a las jóvenes, luego que se hubieron vestido se sentaron y se pusieron a charlar y reír entre ellas, mientras Hasán las contemplaba desde su escondite, sumido en el mar de su amor, y ardiendo en las brasas de la pasión y vagando por el valle de sus melancólicos pensamientos.

Y a sí mismo se decía: «¡Por Alá, que mi hermana me prohibió abrir esta puerta solo por causa de estas mocitas, temiendo fuera a enamorarme de una de ellas! Porque dime, Hasán: ¿Qué vas a hacer ahora ni cómo te las vas a arreglar para obtener su amor y lograr el objeto de tu pasión? ¿Cómo apresar a una pájara que remonta su vuelo por el vasto firmamento?

»Por Alá, que has caído en un mar insondable y prendídote de una red de donde no hay escape, y has de morir sin remedio y sin que nadie llore tu muerte luego.»

Y así siguió Hasán contemplando los encantos de la pájara capitana, que era la más bella criatura que nunca Alá creara, y en verdad a todos los seres humanos aventajaba.

Pues tenía una boquita mágica, como el sello de Soleimán, y un pelo más negro que la noche de la ausencia para el enamorado desesperado, y una frente clara, cual la luna creciente de la fiesta del Ramadán, y unos ojos como de gacela y una nariz recta como una caña, y unas mejillas como la sangrienta anémona, y unos labios como el coral, y unos dientes que eran sartas de perlas montadas en oro virgen, y un cuello comparable a un lingote de plata, rematando un cuerpo airoso como rama de *ban;* y su talle, fruncido en dobleces, semejaba una llanura surcada de hoyuelos, que hace al enamorado loar y engrandecer el poder de Alá; y en su ombligo cabía una onza de almizcle, del mejor y más dulce; y eran sus caderas grandes y pomposas, sostenidas por columnas de mármol, como almohadones rellenos de plumas de avestruz, y entre ellas había una cosa semejante a una liebre, con las orejas hacia atrás, y a la mata de mirabolano superaba en su belleza y simetría. Porque era tal como dijo aquel poeta, al que el amor privó de la razón:

«Su saliva es más dulce aún que la propia [miel;
su mirar más buido que indiana cimitarra;
a la rama de *ban* con su garbo la vence,
y al sonreír, sus dientes miles destellos lanzan.
Comparé con la rosa su rosada mejilla,
y ella se echó a reír y me dijo picada:
–¿Cómo tienes valor de comparar, poeta,
mis mejillas con rosas, en son de gran loanza?

¿No ves que mis colores a los suyos superan? Eso sería lo mismo que si alguien comparara con granadas mis pechos, por la simple aparien-
[cia.
Porque nunca un granado dio frutos de tal
[marca.
Déjate de esos símiles, que, aunque me compa-
[rases
con un jardín entero, siempre corto quedaras,
pues si un jardín pudiera conmigo equipararse,
en él podrías entonces apaciguar tu alma
y saciar tus deseos y, humilde y suplicante,
en demanda de amor a mí no te llegaras.»

Y aquellas diez mocitas siguieron allí riendo y loqueando, en tanto Hasán comíaselas con los ojos, y, tan absorto estaba en su contemplación, que se olvidaba de comer y beber, hasta que llegó la hora de la zalá del mediodía y entonces la pájara capitana díjoles a sus amigas:

–¡*Ye* hijas de reyes! Mirad que nos atardece y nuestra tierra cae lejos de aquí y ya llevamos bastante rato retozando; alcemos, pues, el vuelo y tornémonos luego.

Levantáronse en seguida todas y volvieron a vestirse sus trajes de plumas y a convertirse en pájaras, como antes, y echaron a volar, todas en fila, llevando en medio a la mayor y batiendo sus alas a compás, sin adelantarse ninguna ni quedarse atrás.

Llenóse de desesperación Hasán al ver aquello y quiso seguirlas, mas no pudo, y fue tal su dolor que las lágrimas empezaron a rodar por su mejillas y a impulsos de la pasión y el deseo, improvisó estos versos:

–Con vosotras huyó toda esperanza
de lograr mis anhelos;
de hoy más ya sé que de mis ojos siempre
habrá de huir el sueño.
Mis párpados tendré continuamente
de par en par abiertos,
y en tanto no volváis para mi alma
no podrá haber sosiego.
Si alguna vez acaso se me cierran,
imagino que os veo,
y gozo y soy feliz por un instante,
en tanto no despierto.
Entonces la ilusión se desvanece
y sufro un cruel tormento.
Mas tan dichoso soy con vos soñando,
que sin ganas me acuesto
y trato de dormir, por si la suerte
me hace soñar que compartís mi lecho.

Echó luego Hasán a andar sin rumbo fijo y bajó hasta lo más hondo del alcázar y siguió caminando hasta llegar a la puerta de aquella cámara y entró en ella y cerró por dentro la puerta y se acostó enfermo, olvidado de la comida y la bebida, sumergido en un mar de pensamientos.

Y rompió a llorar y a suspirar, y así pasó el resto del día y la noche entera, hasta que la mañana fue venida.

Y entonces el joven recitó estos versos:

–Levantaron los pájaros el vuelo
e impulsados se fueron por sus alas,
y privado dejaron de sentido
al que ya, por su amor, perdió la calma.
De mi amor el secreto, mientras pueda,
guardaré en el fondo de mi alma;
mas llegará un instante, lo presiento,
en que ya mi reserva será vana.
La noche que la vi como una aurora
me pareció de clara;
pero ahora son mis noches tenebrosas
y espero, desvelado, la alborada,
en tanto ella reposa y se sumerge
de largo sueño en las honduras plácidas.
Yo todo en ese amor me lo he jugado
sin restricción ni tasa,
y no me duele, porque en tales juegos
el que más pone es siempre el que más gana.
Pero es cruel el modo en que las bellas
se suelen conducir con quien las ama,
pues no reparan en verter su sangre
esas lindas, dulcísimas tiranas.
¿Y qué ha de hacer el que de amor padece
sino sufrir hasta apurar sus lágrimas?

Luego que salió el sol abrió Hasán la puerta y se dirigió al lugar de la víspera y se apostó en un sitio desde donde podía ver sin ser visto, y allí se estuvo todo el día hasta que de nuevo la noche fue venida, sin que en todo ese tiempo aparecieran por allí los pájaros ni de ellos percibiera el menor rastro.

Y al ver lo inútil de su espera rompió Hasán a llorar y a gemir y suspi-

rar y en toda la nocne no paró de llorar y gemir y suspirar, hasta que remaneció la mañana y brilló el sol sobre alcores y tierras llanas.

Persistió Hasán en no comer ni beber ni dormir aquel día y los sucesivos, siempre inquieto y desasosegado, sin que nada pudiese alegrarlo, de día ensimismado y de noche despierto y desvelado, borracho de tanto pensar en lo mismo, hasta que, a impulsos de la pasión y el deseo, improvisó estos versos:

–¡*Ye* tú, que al sol avergüenzas
y eclipsas con tu fulgor
y cuyo garbo a las ramas
cimbreantes las venció!

¡Cuándo querrá, al fin, el cielo
que en su rauda sucesión,
de días y noches, el tiempo
me traiga tu aparición!
¿Cuándo te tendré en mis brazos
y, anhelante de pasión,
pondré mi mejilla ardiente
contra la tuya, el olor
aspiraré de tu aliento
fragante y embriagador
y podré al fin, en tus brazos,
trocar en dicha el dolor?
¡*Ye!* ¿Quién dijo que era dulce
este fruto del amor,
cuando del acíbar vence
su amargura, el amargor?

Pero al llegar a este punto de su narración sorprendió a Schahrasad la aurora y cortó el hilo de sus palabras fascinadoras.

Y LA NOCHE 446 PROSIGUIO SU RELATO EN ESTA FORMA:

–Ha llegado hasta mí la fama, ¡*ye* monarca, el afortunado!, de que Hasán, el joyero, improvisó a impulsos de la pasión esos versos, y estaba Hasán solo en aquel alcázar, sin tener nadie que le hiciese compañía.

Y estando así Hasán, presa de su pesar, he aquí que vio levantarse del fondo del desierto una gran polvareda y comprendió en seguida que era que los dueños del alcázar venían y al punto se escondió para ver lo que sucedía.

No pasó una hora cuando los guerreros se detuvieron y se dispersaron por el alcázar y descabalgaron también las siete doncellicas y penetraron y pasaron adentro y se despojaron de sus armas, menos la menor, que no se las quitó.

Y corrió ligera a la cámara de Hasán, su hermano, y no lo halló en ella, por lo que se puso a buscarlo por todo el alcázar, hasta que al cabo lo encontró en una de sus alas, y se asombró al verlo postrado, sin fuerzas y flaco.

Maravillóse la genio de ver a Hasán, su hermano, en tal estado, y perdió por un momento el juicio y le preguntó qué le pasara y qué mal le aquejara.

Y le dijo:

–Cuéntame, hermano mío, para que pueda valerte y ayudarte, que con mi vida querría de todo mal librarte.

Pero Hasán, al oíla, echóse a llorar con mucho sentimiento y recitó estos versos:

–Si al amante le falta la presencia
de su amor ¿qué ha de hacer
sino llorar y consumirse
en lento padecer?
Enfermo está por dentro y es su rostro
reflejo del dolor
y pensar y pensar en la que adora
es toda su obsesión.

Al oírle su hermana decir aquellos versos maravillóse de su elocuencia y belleza de palabra y de la poética galanura con que contestara a sus preguntas, y le dijo:

—¿Cuándo, hermano mío, viniste a caer en ese estado en que te hallas y de cuándo acá data esa mudanza, pues te oigo hablar en verso y derramar llanto copioso y acerbo? ¡Por Alá y por lo sagrado del honesto amor que entre nosotros existe, ruégote que todo lo ocurrido me expliques y no me ocultes nada de cuanto durante nuestra ausencia te pasara! Que en verdad que se me encoge el pecho y el corazón me da vuelcos.

—¡*Ye* hermana mía!—respondióle Hasán—. Me temo que, aunque todo te lo cuente, no puedas favorecerme ni ayudarme a lograr lo que anhelo y me vuelvas la espalda y me dejes morir de sentimiento.

—¡No!—exclamó ella—. ¡Por Alá, que no te dejaré, hermano mío Hasán, aunque mi alma me llegue a abandonar!

Contóle, pues, Hasán a su hermana todo lo que en su ausencia le pasara, y al terminar, rompió el joven a llorar.

Y recitó estos versos:

—*¡Ye!* ¿Quién podría reponer
mi corazón en mi pecho?
¿Quién a mis ojos podría
devolver de nuevo el sueño?
¿Creéis acaso que la noche
cambiar puede el sentimiento
del enamorado? ¡Oh nunca!
Vano sería tal empeño.

Y lloró también su hermana de verlo a él llorar, y se le enterneció el corazón y llenósele de compasión al verlo tan triste y lejos de su patria, y le dijo:

—Serena tu alma, hermano, y refresca tus ojos, que no es para tanto. Pero ¡te recomiendo que no les descubras a mis hermanas tu secreto ni le digas a ninguna de ellas la situación en que te encuentras, para que mi alma y la tuya no perezcan! Y si te preguntaran quién fue el que abrió esa puerta les dirás: «Yo no fui, que durante vuestra ausencia no hice más que pensar en la soledad en que me dejabais y anhelar vuestra vuelta.»

—Sí—asintió Hasán—; eso es lo mejor que pudiste pensar.

Y cogiendo a su hermana en los brazos la besó en la frente, ya más tranquilo y dilatado su pecho, al ver que ella no le reprochaba, como temía, el que hubiese abierto la puerta prohibida, de suerte que, después de haber estado al filo de la muerte, de puro temor, volvió Hasán a recobrar el buen humor.

Y pidióle a su hermana algo de comer y ella se lo llevó y luego se levantó y entró a ver a sus hermanas, e iba muy triste y llorosa por lo que al joven le pasara.

Preguntáronle al verla sus hermanas que por qué lloraba, y ella les dijo que tenía el espíritu acongojado por el estado de su hermano, el cual se hallaba enfermo y quebrantado, pues llevaba diez días sin que alimento alguno bajara a su estómago.

Preguntáronle ellas la causa de aquella dolencia.

Y ella les respondió diciendo:

—La causa de su dolencia no es otra sino el dolor que le produjo nuestra ausencia, pues estos días que estuvimos fuera han sido para él más largos que mil años, cosa que no debe chocarnos, ya que es un expatriado y un solitario, y, al encontrarse aquí solo, sin nadie que lo acompañase o su corazón le encorazonase, no tenía más remedio que acongojarse, mucho más habida cuenta de que es joven y se acordaba de su familia y de su madre, que es ya una anciana, y pensaría que llora por él todas las horas del día y todas las velas de la noche y lo da por perdido y le hace planto. Y no nos tenía aquí entonces a nosotras para distraerlo con nuestra compañía y ahuyentar de su mente tan tristes pensamientos.

Luego que oyeron ellas las palabras de la pequeña rompieron a llorar con desconsuelo por el enfermo, y le dijeron:

–¡Por Alá, que tienes razón y es digno de piedad!

Fueron luego a ver a los guerreros y los despidieron y pasaron después a visitar a Hasán y lo saludaron con el *selam* y pudieron comprobar que su hermosura se eclipsara y palideciera el color de su cara y su cuerpo enflaqueciera.

Y transidas de compasión lloraron por el joven con hondo dolor, y se sentaron a su lado y se pusieron a mirarlo y halagarlo y trataron de distraerlo con su charla y le contaron todo cuanto vieron de raro y extraordinario y lo que pasara entre el novio y la novia en aquella boda a que en el alcázar de su padre asistieron y que había sido el motivo de su ausencia.

Permanecieron las muchachas un mes entero al lado del enfermo, y al cabo de ese tiempo sintieron antojo de salir de cacería con la red y la ballesta, y se aprestaron a hacerlo así y le rogaron a su hermana menor, con gran insistencia, que saliese también con ellas.

Pero la hermana menor les contestó así:

–¡Por Alá, hermanas mías! ¿Cómo voy a ir con vosotras dejando a mi hermano en este estado? En tanto no sane de su dolencia no puedo apartarme de su lado, que debo estar aquí, atendiéndolo y cuidándolo.

Al oír tales palabras no pudieron menos las hermanas que alabar su bondad y grandeza de alma.

Y dejáronla en el alcázar, al lado del enfermo, y montaron en sus cabalgaduras, llevando consigo provisiones para veinte días...

Pero al llegar aquí sorprendió a Schahrasad la mañana y atajó el flujo de sus fluyentes palabras.

Y LA NOCHE 447 SIGUIO DICIENDO LA MUCHACHA:

–Ha llegado hasta mí la fama, *¡oh* monarca, el afortunado!, de que las muchachas se fueron de caza, dejando en el alcázar con el enfermo a su hermana, y en cuanto se hubieron ausentado y aquella calculó que ya se habrían alejado bastante trecho, llegóse al enfermo y le dijo:

–Levántate y ven, hermano mío, y enséñame ese lugar donde viste a esas jóvenes que dices.

–¡En el nombre de Alá–contestóle Hasán–, vamos, hermana, allá!

Sintió Hasán gran alegría, dando ya por seguro el logro de lo que tanto quería, y en el acto se levantó dispuesto a mostrarle a su hermana el sitio donde viera a las muchachas, pero estaba el joven tan débil que no podía dar un paso, por lo que su hermana hubo de cogerlo en sus brazos, y así llevólo hasta el alquival del jardín, donde Hasán le mostró el sillón y la fontana en que las muchachas estuvieron retozando dentro del agua.

Y su hermana le dijo a Hasán:

–Dime ahora, hermano mío, cómo eran ellas y por dónde las viste llegar.

Explicóselo todo Hasán y le dio las señas de las muchachas, sobre todo de la mayor de ellas, que fue de todas la que más le enamorara.

Comprendió luego la joven de quién se trataba y se puso muy pálida. Y Hasán, al notarlo, le dijo:

–¿Qué te pasa, hermanita? ¿Por qué ha cambiado el color de tu cara?

–Has de saber–díjole su hermana–que esa joven es hija de un rey de los reyes de los ***alifrites,*** de los más pode-

rosos y respetados, y que manda sobre los genios y los hombres, y sobre hechiceros y magos, y cuenta numerosos vasallos en multitud de tierras y países, y es poseedor de cuantiosas riquezas, siendo nuestro padre uno de sus virreyes, y acaudilla huestes tan numerosas y aguerridas, y señorea un reino tan extenso y dispone de tantos recursos, que no hay quien le haga frente en el mundo.

Y has de saber que asignó a sus hijas, esas jóvenes que tú viste, una mansión que dista de aquí un año entero de camino a lo largo y a lo ancho y está todo ese territorio rodeado de un gran río, de suerte que no hay hombre ni genio que pueda llegar hasta ese sitio.

El cual, además, está defendido por un ejército de mujeres armadas de tajantes espadas y de buidas lanzas, en número de veinte mil, cada una de las cuales, luego que monta en su corcel y se viste sus marciales arreos, vale por mil bravos guerreros, y entre todas ellas hay siete que sobresalen entre las demás por su valor y su destreza y su dominio de las artes caballerescas.

Y esos trajes de plumas que se ponen para volar son obra de la magia de los genios, y, si quieres apoderarte de esa joven y casarte con ella, estáte aquí al acecho y no te muevas, que todos los primeros de mes acuden a este sitio ellas.

Y luego que las vieres llegar te esconderás, procurando que no te vean, pues, si te vieren, a ti y a mí nos costaría morir.

Apréndete bien, pues, lo que te digo y guárdalo en tu memoria y escóndete por aquí en un sitio desde donde tú las puedas ver, sin que ellas a ti te vean ni sospechen de tu presencia, y, cuando se quiten sus trajes de plumas, fíjate en el de la capitana, que es la que tú amas, y cógelo luego; pero ten cuidado de no equivocarte y coger otro traje, pues ese solamente es el que te puede servir para llegar hasta su país.

Y luego que te hayas apoderado de su vestido, serás dueño también de su albedrío.

Y no hagas caso de sus ruegos para que el traje le devuelvas y no te dejes enternecer por sus arrumacos y zalamerías, pues, si le devolvieres el traje, luego te mataría y derrumbaría sobre nosotros el alcázar todo y nuestro padre perecería; así que ten cuidado y no te apartes de lo que te mando.

Que luego que sus compañeras vean que le has quitado el traje, remontarán el vuelo y huirán; pero tú estáte escondido hasta que se hayan ido, y entonces te llegarás a tu adorada y la cogerás del pelo y tuya será, sin que nadie lo pueda evitar.

Serenósele el corazón a Hasán al oír las palabras de su hermana y concibió esperanzas y desechó su antiguo temor y se disipó su dolor.

Y Hasán empinóse sobre sus pies y besó en la frente a su hermana, después de lo cual bajaron ambos de la azotea del alcázar, él y su hermana, y durmieron su noche, y Hasán contuvo su impaciencia hasta que la mañana amaneciera.

No bien salió el sol levantóse Hasán y abrió la puerta y salióse al jardín y púsose al acecho, y hasta la hora del *âschá* no se movió de allí, y su hermana fue a llevarle de comer y beber y una muda de ropa y cuanto hubo menester. Siguió así varios días Hasán, sin moverse de aquel lugar, hasta que se cumplió el mes y la luna nueva empezó a despuntar.

Y al ver Hasán la luna nueva redobló su atención con la esperanza de ver llegar a las muchachas.

Y, con efecto, no tardaron ellas en llegar con la velocidad del rayo, y, al verlas Hasán, escondióse rápido en un sitio desde donde las pudiera él ver, sin que ellas lo vieran a él.

Abatieron luego los pájaros el vuelo y fue cada uno de ellos a posarse en su sitio y procedieron a despojarse de sus vestidos.

Y no bien lo hubieron hecho así, dirigióse Hasán allí, procurando no ser visto, y tuvo la suerte de no ser descubierto, porque Alá lo cubrió con su velo, de suerte que ninguna de las jóvenes pudo verlo.

Entregáronse las jóvenes a sus escarceos acostumbrados, y, luego que de loquear y jugar se cansaron, saliéronse del agua y fuéronse al sitio donde dejaran sus vestidos y se los pusieron; pero la mayor, la que Hasán amaba, no encontró el suyo donde lo dejara, y, al notar su falta, lanzó un grito y se aporreó la cara y se rasgó las ropas [6] con rabia.

Acudieron al punto sus hermanas y le preguntaron lo que le pasaba y ella se lo contó y les explicó cómo su vestido de plumas no parecía por parte alguna. Echáronse a llorar entonces sus hermanas y prorrumpieron en gritos y se aporrearon las caras...

Hízose luego de noche y entonces no pudieron ya seguir a su lado y, remontando el vuelo, la abandonaron.

Y al ver eso Hasán aguzó el oído y la oyó decir estas palabras a la despojada:

–¡*Ye* tú quienquiera que seas que me quitaste mi traje de plumas, dejándome desnuda, ruégote me lo devuelvas y cubras mis vergüenzas y no quiera Alá hacerte pasar por esta prueba!

Al oír Hasán tales palabras, alborotósele el juicio por lo mucho que la amaba y aún acrecentóse más la pasión que le inspiraba, de suerte que el joven perdió la paciencia y salió de su escondite y corrió allá, y, abalanzándose sobre ella, la cogió del pelo y tiró con fuerza y la fue arrastrando hasta lo más bajo del palacio.

Y la metió en su cámara y la echó encima unos trapos para que se tapara, en tanto ella lloraba y se mordía las manos de rabia.

Luego se fue el joven y cerró tras sí la puerta y marchó a contárselo todo a su hermana y le dijo cómo había hecho lo que le indicara y tenía en su poder a la muchacha guardada en su cámara y allí la dejara sentada, llorando y mordiéndose las manos de rabia.

Luego que eso oyó su hermana levantóse y fue corriendo a la cámara y entró en ella y vio a la joven, que estaba llorando con mucha congoja y pena. Pero la hermana de Hasán fuese hacia ella y besó la tierra entre sus manos y la saludó con el *selam*, y la joven le dijo, al verla entrar:

–*Ye* hija de rey! ¿Por ventura las personas de tu condición acostumbran portarse de este modo tan rahez con las hijas de los reyes como yo?

–¡*Ye* hija de rey!–respondióle la hermana de Hasán–. Este joven que aquí ves no tiene nada de rahez ni abriga contra ti ninguna mala intención, sino que, lejos de eso, te ama con pasión y Alá creó a las mujeres para los hombres, cosa que no es posible ignores. Y si no te amara con locura, no adoleciera por tu culpa hasta el extremo de que, por la fuerza de tu amor, estuvo en poco que no se le escapase el alma de su cuerpo.

Y acto seguido la hermana de Hasán contóle a la genio todo cuanto por ella y por su amor padeciera el cuitado desde que la vio.

Salióse luego la hermana de Hasán de la cámara y a poco volvió, llevándole a la genio un traje espléndido, que ella misma le vistió.

Después de lo cual púsole delante algo de comer y beber y comió y bebió con ella mano a mano y encorazonó su corazón y sus pesares alivió.

Y no paró de hablarle dulces y suaves palabras, diciéndole:

[6] Las que llevaba debajo del traje de plumas.

–¡Ten piedad del que te vio y quedó como muerto por tu amor!

Y así continuó consolándola y acariciándola con palabras mimosas y exhortaciones alentadoras.

Pero la *alifrit,* sin embargo, se estuvo llorando toda aquella noche, hasta que amaneció la mañana del día, el siguiente, en que amainó su dolor y dejó de llorar, convencida, al fin, de que había caído en unas redes de las que ya no podría salir.

Y encarándose con la hermana de Hasán, le dijo:

–¡*Ye* hija de rey! Todo esto que me pasa es voluntad de Alá, que me lo tenía escrito; así que lo he de llevar con resignación y me he de resignar a lo que dispuso el Señor.

Asignóle luego la hermana de Hasán a la genio una cámara del alcázar, como no la había en él más hermosa y galana, y continuó sentándose a su lado y tratando de consolarla y alegrar su alma, y tanto hizo que al fin lo consiguió y la joven dilató su pecho y desechó su temor y rió y ahuyentó su dolor y su estrechez del pecho por estar lejos de su familia y su patria y separada de sus hermanas y de sus padres y de su casa.

Fue luego la hermana de Hasán a verlo y le dijo:

–Ve y entra a verla en su cámara y bésale las manos y los pies a tu amada.

Entró el joven en la cámara e hizo lo que le indicara su hermana y le besó en los pies y las manos y luego la besó también en el rostro, entre ojo y ojo.

Después de lo cual díjole Hasán:

–¡*Ye* mi señora, reina de la belleza y vida de los corazones y alegría de quien te mira: no te apures ni aflijas, que, si yo te rapté y traje aquí, fue con la sóla intención de ser tu esclavo y servirte en todo, rendido, hasta el día del juicio! Y esta mi hermana, que aquí ves, es también tu esclava, dispuesta a servirte en cuanto te plazca. Mi deseo más vehemente, ¡*ye* mi señora y dueña!, no es otro que casarme contigo, según la ley de Alá y de su profeta (sea sobre él la paz). Y en cuanto tú lo digas emprendemos el viaje a mi país y te llevo a Bagdad y allí nos asentamos, y te compraré esclavas y esclavos de los negros y los blancos, y dizque tengo una madre que es la mejor de las mujeres y que también se desvivirá por servirte y complacerte. Y no hay tierra más hermosa que nuestra tierra, donde todo es mejor que en parte alguna, y cuyos naturales son la mar de simpáticos y de rostros brillantes.

Pero mientras él así se desvivía por tranquilizarla y animarla, no profería la genio ni una sola palabra.

Y estando así he aquí que de pronto llaman a la puerta del alcázar, y salió al punto Hasán a ver quién llamaba y se encontró con que eran las otras muchachas, que ya volvían de su cacería, de lo que experimentó gran alegría, y salió a recibirlas y las saludó y las felicitó y ellas le desearon salud y la paz, correspondiéndoles él en forma igual.

Apeáronse luego las muchachas de sus monturas y entraron en el alcázar y pasó cada una de ellas a su cámara respectiva y se despojó de sus ropas de faena y se vistió otras más lucidas y selectas.

Cazaron las muchachas unas cuantas gacelas y búfalos y liebres y leones y hienas, amén de otras piezas, de las cuales unas destinaron al sacrificio y las restantes las guardaron en el alcázar y se las reservaron.

Y apretóse Hasán la faja y se puso a sacrificar las reses, en tanto las jóvenes retozaban y se solazaban y ayudándole se divertían y gozaban.

Luego de terminada esta faena, pusiéronse a preparar la comida, y Hasán

llegóse a la mayor de las jóvenes y la besó en la frente, y luego hizo lo mismo con todas las demás, una por una, sucesivamente.

Y ellas exclamaron, diciendo:

–En verdad, hermano, que te rebajas con nosotras demasiado y nos demuestras un cariño que nos asombra, ya que tú eres hombre adánico y nosotras pertenecemos a la casta llamada de los genios.

Echóse Hasán a llorar con mucha pena al oír aquello, y entonces ellas le dijeron:

–¿Qué te pasa, Hasán, y a qué viene ese llorar? ¿Por ventura sientes nostalgia de tu madre y tu casa? Pues si así fuere, no te apures ni apenes, que en seguida lo aparejamos todo y te llevamos a tu tierra, al lado de tu madre y de tus amigos y familiares.

–¡Por Alá–respondió Hasán–, que no es mi deseo dejaros a vosotras ni se me ha ocurrido semejante pensamiento!

–Pues entonces–exclamaron ellas asombradas–, ¿qué es lo que te hemos hecho para que llores con ese sentimiento?

Sintió rubor Hasán de decirles que era el amor lo que le traía triste por temor a incurrir en su enojo, de suerte que calló y su secreto para sí se guardó.

Pero su hermana se adelantó y les dijo así:

–Es que ha cazado un pájaro del aire y querría que le ayudaseis a domesticarlo.

Volviéronse entonces todas a Hasán y le dijeron:

–En tus manos estamos y cualquier cosa que nos pidieres luego la haremos por complacerte.

Pero cuéntanos primero lo que te pasa, sin ocultarnos nada.

Volvióse Hasán a su hermana y le dijo:

–Cuéntaselo tú...

Pero al llegar aquí sorprendió a Schahrasad la aurora y cortó el hilo de sus palabras encantadoras.

Y LA NOCHE 448 PROSIGUIO SU RELATO EN ESTA FORMA:

–Ha llegado hasta mí la fama, *¡ye* monarca, el afortunado!, de que Hasán le dijo a su hermana:

–Cuéntales tú lo que me pasa, que a mí me da vergüenza y no tengo valor para hablar de esas cosas delante de ellas.

–*¡Ye* hermanas!–díjoles entonces la pequeña–. Habéis de saber que cuando nosotras emprendimos aquel viaje y nos fuimos, dejándolo solo al pobrecito, sintió él que el alcázar se le volvía chico y temió entrase en él algún enemigo.

Harto sabéis, hermanas mías, cuán ligeros de cascos son los seres adánicos; pues bien: este cuitado, al verse solo, fue y abrió la puerta del alcázar que da a la azotea y tomó por costumbre el ir allí a sentarse y recrearse.

Y estando un día de los días allí sentado vio venir de repente por el aire volando, en dirección al alcázar, diez pájaros, los cuales fueron a posarse en la albufera en que aquel mirador se refleja.

Y reparó en aquella de las aves que era la más bella de las diez y vio cómo se ponía a picotearles a las otras, sin que ninguna de ellas osara hacer por repelerla.

Llevaronse luego todas las garras a sus gargantas y se rasgaron sus vestidos de pluma y salieron de ellos con-

vertidas en doncellas de tal belleza y esplendor que parecían la luna en la noche de su pleno fulgor.

Desnudáronse luego del todo y Hasán las estaba mirando, y se lanzaron al agua de la albufera y se zambulleron en ella y empezaron a retozar y loquear, y la mayor de aquellas jóvenes cogía a las otras y las sumergía, sin que ninguna de ellas pudiera cogerla, y era de todas la más bella de cara y de cuerpo, la mejor formada y la más acicalada.

Entregadas a sus escarceos estuvieron las jóvenes aquellas hasta que se acercó la hora del *azr,* y entonces se salieron del agua y se vistieron sus ropas y encima se pusieron sus trajes de plumas y echaron a volar por las alturas.

Violas irse Hasán y la bilis se le revolvió y el corazón se le inflamó de pasión por la pájara mayor y pesóle de no haberle quitado su traje de plumas, y fue tal su dolor que adoleció y permaneció en la azotea del alcázar sin moverse de allí, esperándolas, y se negó a comer y a beber y a dormir, y en ese estado perseveró hasta que de nuevo la luna en el cielo apareció.

Llegaron entonces ellas otra vez, siguiendo su costumbre, y se despojaron de sus ropas y se arrojaron al agua de la alberca, y Hasán, aprovechando la ocasión, apoderóse del vestido de la mayor y se escondió por miedo a que lo notasen y lo acometieran entre todas y lo matasen.

Aguardó a que ellas se dispusiesen a remontar el vuelo, como lo hicieron todas menos la mayor, que entonces advirtió el hurto de su traje de plumas, sin el cual no le era posible volar.

Salió entonces Hasán de su escondite y la cogió del pelo y bajó con ella de la azotea y la entró en el alcázar y la condujo a una de sus cámaras.

–¿Y dónde está ahora?–preguntáronle las otras.

–La tiene guardada–respondióles ella–en la cámara, la fulana.

Volviéronse entonces las jóvenes a Hasán y le dijeron:

–Anda y enséñanosla.

Levantóse Hasán y echó a andar delante de ellas y las condujo al lugar donde la hija del rey estaba y abrió la puerta y entró en la cámara, y detrás de él entraron las muchachas.

Luego que estas miraron y vieron por sus propios ojos la hermosura de la genio, besaron la tierra entre sus manos y se maravillaron de la belleza de su figura y de su gracia y desenvoltura y la saludaron con el *selam* y le dijeron con mucha afectuosidad:

–¡Por Alá, *ye* hija del más grande de los monarcas: en verdad que este joven no es de despreciar, y, si supieras el partido que tiene entre las mujeres, te maravillarías para todo el resto de tu vida! Y dizque está loco de amor por ti, sin que piense requerirte para nada ilegal, sino para lo lícito y permitido, y con todo ello, si supiéramos que las hembras podíamos pasarnos sin los varones, a buen seguro que nos habríamos opuesto a sus pretensiones, aunque, después de todo, no se valió para llegarse a ti de tercero, sino que él mismo se las arregló, sin medianero. Estamos enteradas de cómo te quitó el traje de plumas, pero ya se lo hemos quitado a él nosotras, así que por ello no tienes que pasar congoja.

Luego una de las jóvenes se adelantó y se encargó de anudar el vínculo entre la genio y Hasán, y tomó la mano de aquella y la puso en la del novio y los declaró unidos en legítimo matrimonio.

Después de lo cual organizaron unas albórbolas espléndidas, según requieren los desposorios de las princesas, e introdujeron a Hasán en la alcoba nupcial.

Y abrió Hasán la puerta de la cámara y descubrió el velo de la desposada y rompió su sello y perforó la fragua y



se acreció el amor que le inspirara.

Y Hasán, loco de alegría por haber logrado lo que tanto quería, entregóse a alharacas de júbilo y contento e improvisó estos versos:

–Tentación es tu hermosura,
ojos de hurí son los tuyos
y el fulgor que ellos despiden
ilumina todo el mundo.
En mis ojos tu retrato
llevo grabado indeleble,
hecho de rubíes y perlas
y de ámbar gris excelente.
Igual a ti no hay ninguna
ni en la tierra ni en los cielos,
y a tu amor, sin condiciones,
yo me rindo y me someto.
Si atormentarme te place,
hazlo en buen hora, amor mío,
y si me perdonas, gracias
por ello te doy, rendido.
Que todo, si de ti viene,
una dicha es recibirlo.

Teníanse las princesas en pie junto a la puerta y, al oír aquellos versos de Hasán, dijéronle a la genio:

–*¡Ye* hija de rey! ¿No oíste las palabras de este hijo de Adán? ¿Y tendrías valor de reprocharnos lo que hicimos viendo cómo él versifica a impulsos del amor que te tiene y así lo ha hecho miles de veces?

Luego que eso oyó la *alifrit,* se alegró y se alborozó y feliz se sintió.

Cuarenta días estuvo Hasán al lado de su esposa, sin separarse de su lado, y en todo ese tiempo disfrutó de alegría y gozo y placer y contento, que no cesaron un momento.

Y todos los días las otras jóvenes cuidaban de ofrecerle nuevos regocijos y distracciones y de llevarle nuevos regalos y presentes, de suerte que entre ellas gozaba Hasán de constante alegría y satisfacción y cordial expansión.

Y también la hija del rey estaba allí muy contenta y se olvidaba de su familia y de su patria.

Pero ocurrió que, pasados aquellos cuarenta días, hubo de soñar una noche Hasán con su madre y la vio en su sueño triste y afligida por su culpa, tanto que se había quedado en los huesos y se había consumido su cuerpo y perdiera el color de su cara y todo su ser cambiara, en tanto él se hallaba en el más floreciente estado de cuerpo y de alma.

Y la madre de Hasán, al ver a su hijo tan sano y colorado, le dijo: «*¡Ye* hijo mío, Hasán! ¿Cómo es posible que vivas entregado a esa vida de placeres y de tu madre te olvidas? ¡Repara en cómo me veo desde que me dejaste y te fuiste y comprenderás que yo no te olvido ni dejo de mentarte cada día y así haré hasta que termine mi vida, y, para recordarte más, una tumba mandé labrar en el patio de la casa y grabé tu nombre en la lápida! ¡Ojalá, hijo mío, me diera Alá vida bastante para verte de nuevo a mi lado y estar los dos juntos como antes estábamos!»

Despertóse Hasán de su sueño llorando y gimiendo, y las lágrimas le corrían como lluvia por sus mejillas.

Luego que se despertaron las muchachas entraron en su cámara y le dieron los buenos días y pusiéronse a retozar con él, según solían; mas extrañaron ver que él apenas si a mirarlas se volvía, por lo que le preguntaron a su esposa si le pasaba alguna cosa.

–Nada que yo sepa–les contestó ella.

–Pues pregúntaselo tú–dijeron las otras.

Llegóse entonces a él su esposa y le preguntó:

–¿Qué es lo que te sucede, mi señor?

Suspiró Hasán y se estremeció y le refirió el sueño que tuviera y lo que en su sueño viera. Y a impulsos de su sentimiento, improvisó estos versos:

–La tristeza me consume
y la pasión me atormenta,
que de aquellos a quien amo,
lejos me tiene la ausencia.

Fueles luego la esposa de Hasán a sus amigas con el cuento de aquellos versos, y ellas, al oírlos, se enternecieron y le dijeron:

–¡En el nombre de Alá, no pases pena, que nosotras no te impediremos que vayas a ver a tu madre, sino todo lo contrario, te allanaremos el viaje, y solo te rogamos no dejes tú de visitarnos de cuando en cuando y no dejes de hacerlo, aunque solo fuere una vez al año!

A lo que Hasán les contestó:

–No tengáis cuidado, que así lo haré y no he de olvidaros.

Procedieron luego las jóvenes a prepararles el viático y ofrecieron a la esposa de Hasán sus alhaites y sus alizares y muchedumbre de regalos y obsequios, tantos y de tal valor, que no podría describirlos bien la caña del escritor.

Luego repicaron en el timbal mágico y al punto surgieron por todas partes dromedarios. Y de ellos eligieron los necesarios para acarrear los dichos regalos, entre los cuales había veinticinco arcas de oro y cincuenta de plata, y Hasán y su esposa montaron en otros y, en compañía de las princesas, cabalgaron por espacio de un trayecto que, en otro caso, habría requerido tres meses lo menos.

Y entonces las princesas se despidieron de Hasán y su esposa, y, deseándoles buen viaje, a su alcázar se volvieron.

Pero antes la hermana de Hasán abrazósele al joven al cuello y rompió a llorar, hasta que se desmayó. Y al recobrar el conocimiento recitó estos versos:

–¡Ojalá y nunca amaneciese
el día de la partida;
ese día tan infausto en el que empiezan
el llanto y la vigilia!
¡Primer día de la ausencia matadora,
que agota nuestros bríos
y cambia nuestra forma!

Y luego de recitar estos versos la hermana de Hasán tornó a despedirse del joven y lo conjuró a que no dejara de visitarla una vez cada seis meses, diciéndole:

–Y si hubieres menester de mí, toca luego el timbal mágico y en seguida se presentarán los dromedarios y aquí te traerán.

A todo lo cual contestóle que sí Hasán.

Y esto es, por ahora, todo lo referente a esta historia.

Cuanto a Hasán, fue caminando, en unión de su esposa, noche y día, por campos y eriales, por vados y colinas, en horas de siesta y de nocturna tiniebla, y Alá escribióles seguridad y no tuvieron que sufrir ninguna adversidad, llegando finalmente a la ciudad de Bazra con toda felicidad.

Dirigióse en seguida Hasán a su casa, y, al llegar al umbral, apeáronse él y su mujer de sus camellos y adelantóse el joven para abrir la puerta de su casa, y oyó desde fuera a su madre, que lloraba y se lamentaba, con una voz débil, como que salía de unas entrañas que el fuego del dolor abrasara.

Y en medio de su duelo recitaba la anciana estos versos:

–¿Cómo gustará el sueño el intranquilo,
al que zozobra e inquietud desvelan?
Antaño poseía familia, fama,
y tampoco faltábanle riquezas.
Y ahora anda errante, pobre y sin hogar
y un ascua ardiendo en su costado lleva.
Tomólo la pasión, le hizo su esclavo,
y a sus rigores, sin chistar, se entrega,
y nada dice; mas los ríos de llanto
que sus mejillas, caudalosos, riegan,
están diciendo su dolor acerbo,
pese al cual, sin embargo, no flaquea.

Luego que Hasán oyó a su madre llorar y lamentarse de esa suerte también él rompió a llorar y llamó a la puerta con recio golpear.

–¿Quién llama?–preguntó su madre, sobresaltada.

–Abre sin tardar–respondióle Hasán.

Abrió su madre la puerta, y, al verlo, luego lo conoció y fue tal su emoción que en tierra desmayada se desplomó.

Acudió a socorrerla Hasán y la colmó de halagos y mimos, hasta que recobró de nuevo el sentido, y entonces la abrazó y ella lo abrazó también y lo besó.

Procedió luego Hasán a entrar en la casa todos sus efectos y bagajes, en tanto su esposa no les quitaba ojo ni a él ni a su madre.

Y la madre de Hasán al verse de nuevo al lado de su hijo, no pudo reprimir sus sentimientos y declamó estos versos:

–Apiadóse de mí el sino
y diose por satisfecho;
trájome lo que anhelaba
y llevóse mi tormento.
Perdonemos, pues, sus culpas,
sus agravios olvidemos,
ya que su antiguo rencor
dejóme el canoso tiempo.

La madre de Hasán púsose luego a departir con su hijo y lo primero de todo, le dijo:

–¿Cómo te fue, hijo mío, con aquel persa?

–No era un persa, madre–respondióle Hasán–, sino un mago, que adoraba el fuego con menosprecio de Alá (el soberano excelso).

Y acto seguido contóle Hasán a su madre todo cuanto con él hiciera el falso del persa y cómo viajara con él hasta llegar a la Montaña de las Nubes, donde lo cosió a la piel del camello y los buitres lo remontaron hasta el galayo de la montaña, que halló cubierto de muertos, a los que el mago había, antes que a él, engañado y como a él también, después de haberlo servido, dejólos allí abandonados.

Contóle también Hasán a su madre cómo desde lo alto de aquella montaña habíase lanzado al océano y cómo el Altísimo habíalo salvado y encaminado al alcázar de las siete princesas, la menor de las cuales adoptáralo por hermano, y cómo con ellas se había estado hasta que el Todopoderoso llevó al mago a aquel lugar y entonces él lo logró matar.

Contóle, asimismo, Hasán a su madre su pasión por la hija del rey y cómo lograra apoderarse de ella, y refirióle igualmente aquel sueño que tuvo y en el que vio a la anciana que lo recriminaba.

Y, en resumen, que Hasán contóle a su madre, desde el principio al fin, todo cuanto le había ocurrido hasta verse de nuevo allí.

Y al oír su madre aquella historia maravillóse grandemente y dio gracias a Alá (loado sea por toda la eternidad), por haberle restituido a su hijo, sano y salvo, con completa integridad.

Fijóse luego en los fardos que Hasán llevara y los examinó y le preguntó a su hijo qué era lo que encerraban, y, al decírselo su hijo, fueron muy grandes su alegría y su regocijo.

Llegóse luego a la joven y se puso a hablar con ella, tratándola con mucha terneza, y quedó maravillada de su gracia y su belleza y la esbeltez de su talle y lo bien formada y proporcionada que era toda ella.

Y volviéndose a su hijo, le dijo:

–¡Loado sea Alá, hijo mío, por haberos traído a los dos acá, con toda felicidad!

Sentóse luego la madre de Hasán junto a la joven y colmóla de atenciones y finezas, haciendo porque se sintiera contenta.

Madrugó luego la madre de Hasán para ir al zoco y mercar allí diez trajes completos, de lo más rico y selecto que pudiera encontrarse en toda la ciudad, y preparó el lecho grande y vistió a la muchacha y la adornó con toda suerte de galas.

Llegóse después la madre de Hasán a su hijo, y le dijo:

–Mira, hijo mío: con todo este dinero que tenemos no podemos vivir en esta ciudad, que ya tú sabes que éramos pobres y la gente imaginará que practicamos la alquimia. Así que lo mejor será que levantemos la casa y nos vayamos a Bagdad, a la Casa de la Paz, donde viviremos a la sombra del jalifa [7], y abrirás allí una tienda para vender y comprar en ella, sin perder nunca el temor de Alá (loado sea por toda una eternidad). Y El te abrirá con tu riqueza la puerta de la felicidad.

Aprobó Hasán el parecer de su madre y lo encontró acertado y laudable. Y en el acto se levantó y salió y vendió la casa, y con su acostumbrado sortilegio hizo venir allí los camellos y cargó en sus lomos todas las riquezas y objetos de su pertenencia y montó en ellos a su madre y su mujer y montó también él, y todos juntos emprendieron la marcha y fueron caminando sin parar hasta que llegaron a orillas del Dichle, y allí Hasán alquiló un barco, para trasladarse a Bagdad, y en él embarcó todo su dinero y todos sus efectos y también a su madre y su esposa y todas sus cosas.

Zarpó luego el barco con ellos y fue navegando con viento propicio por espacio de diez singladuras, hasta llegar por fin con toda felicidad a vista de Bagdad, de lo que se holgaron hasta no poder más.

Fondeó luego el barco en el muelle y en aquel mismo instante saltó a tierra Hasán y entró en la ciudad y alquiló un almacén en uno de sus *janes* y a él trasladó todos sus bagajes.

Y aquella noche Hasán quedóse a dormir en el *jan*.

Pero luego que la mañana amaneció cambióse de ropa y fuese al zoco y, al verlo el subastador, le preguntó qué deseaba y qué era lo que necesitaba.

–Quiero–respondióle Hasán–una casa que sea linda y capaz.

Mostróle el subastador las casas de que disponía para vender y Hasán eligió una que era propiedad de uno de los visires y la compró en cien mil dinares de oro, que abonó en el acto al intermediario.

Tornóse luego al *jan* en que se hospedara y trasladó todas sus cosas a su nueva casa, y, hecho que hubo eso, marchó al zoco y mercó allí todo lo necesario para amueblarla de vajilla y tapices y demás cosas, requilorios y arrequives.

Y mercó también esclavos, entre ellos uno pequeño, para que hiciera de portero.

Instalóse luego Hasán en su nueva casa con su madre y su esposa, y por espacio de tres años vivió en ella vida regalada y gustosa, y, para colmo de dicha, diole su mujer dos hijos varones, a úno de los cuales púsole de nombre Názir, y al otro, Manzur [8].

Pero cumplido que fue aquel tiempo acordóse Hasán de aquellas muchachas, sus hermanas, y de lo buenas que con él habían sido y de cuanto le ayudaron en conseguir el logro de sus designios.

Y tal nostalgia de verlas entróle a Hasán que salió de su casa y marchó a recorrer los zocos de la ciudad y mercó en ellos un buen lote de joyas y telas valiosas tales que nunca se vieran iguales.

Llevólas a casa y, luego que las hubo visto su madre, preguntóle con qué objeto comprara todos aquellos costosos efectos, a lo que Hasán le contestó diciendo:

[7] Harunu-r-Raschid.

[8] Názir, el Defensor. Manzur, el Victorioso. Ambos nombres se derivan de epítetos de Alá, y delante de ellos se sobrentiende la palabra Abd (esclavo, siervo de). La paronomasia indica aquí, como en otros pasos, consanguinidad o afinidad.

–Es que pienso emprender un viaje para ver a mis hermanas, que tan bien se portaron conmigo y a las que por tantos conceptos les estoy agradecido, pues a ellas les debo toda esta riqueza que hoy poseo y todo cuanto tengo a su bondad y generosidad lo debo. Así que he decidido ir a hacerles una visita; mas no temas, que no durará mucho mi ausencia, *in scha-l-Lah-taála.*

–¡*Ye* hijo mío!–exclamó su madre–. No te ausentes de mí ni de mi vista te separes.

Pero Hasán le contestó a su madre:

–No tengo más remedio que hacer ese viaje; pero te recomiendo que cuides bien de mi mujer, y has de saber que su traje de plumas lo tengo yo guardado en el fondo de un arca soterrada; ten, pues, cuidado con él y procura que ella no lo llegue a coger y se lo ponga y eche a volar con nuestros hijitos y me quede yo para siempre ignorante de lo que les haya sucedido.

Pues has de saber que es hija de un rey de los *alifrites,* el cual es más poderoso que ningún otro rey y más rico también que todos en tropas y tesoros, y ella es la señora de su pueblo y la hija favorita de su padre, que la quiere más que a ninguna otra.

Y es, además, un tanto engreída, por lo que habrás de servirla tú misma y cuidar de que no salga a la calle, ni mire por la ventana, ni por encima de las tapias, pues me duele incluso que el aire le roce la cara, y si algo le aconteciere de las penalidades de este mundo, por ella me matara.

–¡Alá me guarde–respondió la madre–de no hacer lo que encargas, hijo mío! ¿Por ventura piensas que estoy loca para que sea necesario hacerme esa advertencia? Vete, pues, descuidado, que yo haré tus veces durante tu ausencia, y, cuando vuelvas, *in scha-l-Lah,* aquí la encontrarás.

Pero al llegar aquí sorprendió a Schahrasad la mañana y cortó el flujo de sus elocuentes y encantadoras palabras.

Y LA NOCHE 449 PROSIGUIO ASI SU RELATO LA MUCHACHA:

–Tengo entendido, ¡*ye* monarca, el afortunado!, que, al emprender Hasán su viaje para visitar a sus hermanas, hízole aquella recomendación a su madre de que vigilara a su esposa e impidiese que encontrara su traje.

Pero quiso el sino que la joven oyera lo que Hasán decía a su madre, sin que ninguno de los dos lo notase.

Salióse luego Hasán de la casa y dirigióse a los arrabales de la ciudad, y ya allí frotó su chapa y en seguida se presentaron los camellos dispuestos a servirlo, y el joven cargó en ellos veinte fardos con los regalos.

Despidióse después de su madre y su mujer y sus chicos, que tenían á la sazón un año el menor y dos años el mayor. Y antes de separarse de ella volvió a reiterarle a su madre la consabida advertencia.

Acto seguido montó en su camello y empezó a cabalgar y no paró de hacerlo, noche y día, por vados y montañas y llanos y colinas, por espacio de diez jornadas, hasta que el día, el onceno, encontróse por fin ante el alcázar donde moraban sus hermanas y pasó adentro, llevando consigo los presentes con que pensaba obsequiarlas.

Holgáronse mucho ellas al verlo y lo felicitaron por su feliz regreso. Y su

hermana predilecta engalanó el alcázar por dentro y por fuera.

Aceptaron luego las jóvenes sus regalos y a él lo aposentaron en su cámara acostumbrada y le preguntaron por su madre y por su esposa, y él les participó cómo su mujer hiciérale padre de dos hijos varones, de lo que todas se mostraron gozosas.

Y la princesa, la menor, al ver a Hasán tan bueno y contento, llenóse de alegría y recitó estos versos:

–Al céfiro pregunto
siempre por ti,
y en ti tan solo pienso,
joven gentil.

Tres meses permaneció allí Hasán como huésped de sus hermanas, gozando de dicha cumplida y de perfecta delicia, siempre de fiesta y regocijo, sin que nada faltara, pues hasta de cuando en cuando salían todos de caza.

Y esto es, por ahora, todo lo referente a esta historia.

Cuanto a la madre de Hasán y su esposa, luego que el joven se hubo ausentado, permaneció la genio con su suegra un día, y el siguiente y al tercero, díjole a su suegra la genio:

–¡Loado sea Alá, que llevo ya tres años sin ir al *hammam!*

Y al decir esto echóse a llorar.

Enterneciόse al verla la vieja y le dijo:

–¡*Ye* hija mía! Nosotras somos aquí forasteras y tu esposo no está con nosotras que, si estuviera, de fijo se apresurara a satisfacer tu capricho, y no conozco yo aquí a nadie que pueda suplirlo, pero calentaré agua y te lavaré la cabeza en el baño de casa.

Pero la nuera le contestó diciendo:

–¡*Ye* mi señora! Si eso le dijeras a una de tus esclavas a buen seguro que se iba al zoco a venderse de nuevo y buscar otra ama, por no seguir en tu casa. Disculpables son los hombres por sus celos, que les hacen pensar que, en saliendo de casa la mujer, para algo malo es. Pero las mujeres, señora, no somos todas iguales y tú debes de saber muy bien que, cuando a una de nosotras se nos antoja alguna cosa, ya salir al *hammam* o a otro lugar, no hay poder humano capaz de impedírselo ni hacer que guarde su honradez ni desista de su deseo, pues hará lo que pensó sin que nada se lo estorbe, como no sean su buen sentido y su religión.

Y luego de decir eso echóse a llorar y a lamentarse de su desdicha y de estar lejos de su familia.

Tornó a compadecerse la madre de su marido y comprendió que cuanto le dijera sería inútil y que no había más remedio que complacerla en su capricho.

Buscó, pues, las cosas necesarias para el baño y cogió a la joven y encaminóse con ella al *hammam,* y lo mismo fue entrar y quitarse sus vestiduras que volverse a mirarla las demás mujeres y quedarse embobadas mirándola, maravilladas, y prorrumpir en exclamaciones de alabanza a Alá (el grande, el lleno de majestad), que tales prodigios de belleza es poderoso a crear.

Y todas cuantas mujeres había en el *hammam* acudieron a verla y recrearse en su belleza, de la que todas se hacían lenguas, de suerte que no tardó en divulgarse la fama de su beldad por toda la ciudad.

Y sucedió por efecto de singular designio del sino que hubo de ir aquel día al *hammam* una esclavita de las esclavas de Harunu-r-Raschid, llamada Tuhfetu-l-Auadet [9], y halló a todas las mujeres alborotadas y el *hammam* lleno de solteronas y casadas, hasta tal punto, que costaba trabajo abrirse paso.

Preguntó Tuhfetu-l-Auadet la causa

[9] Obra maestra, joya de alto valor, la tañedora.

de aquel revuelo y le dijeron que todo era por aquella mujer tan bella, y entonces pasó a verla y la miró y la examinó con atención y alabó a Alá, que imprime su esplendor en las bellas formas que crea.

Y olvidándose de bañarse y lavarse quedóse allí pasmada, contemplando a la muchacha, hasta que esta terminó de asearse y salió del baño y se vistió sus ropas, que fue como añadir belleza a la belleza, y luego se cubrió con el velo y salió. Y entonces la esclava del jalifa la fue siguiendo hasta su casa y allí la dejó y regresó al alcázar del jalifa, su señor.

Y ya allí fuese derecha a ver a su señora Sobeida y besó la tierra entre sus manos y su señora le dijo al verla:

–¡*Ye* Tuhfetu-l-Auadet! ¿Por qué te has demorado esta vez tanto tiempo en el baño?

–¡*Ye* mi señora!–respondió la esclava–. Porque vi allí un prodigio de belleza como nunca viera su igual, ni entre los hombres ni entre las hembras. Y hasta tal punto me embobé, contemplándolo, que de bañarme me olvidé.

–¿Si?–exclamó *sitt* Sobeida–. Pues ¿qué era?

–Era una joven–respondió Tuhfetu-l-Auadet–que estaba en el *hammam* en compañía de dos niños chiquitos, que parecían dos lunas, y era de tal hermosura que no vi cosa igual ni antes ni después, y estoy segura de que en todo el mundo no hay nada que pueda con su figura compararse, ni entre los persas ni entre los turcos o los árabes. Y en nombre de tu bondad te aseguro, señora, que, si el emir de los creyentes llegara a verla, mataría a su marido y se la quitaría, pues de fijo que ninguna mujer podría hallar que se la pudiese equiparar. Y hube de preguntar por su esposo y me dijeron que es un mercader llamado Hasán, el bazriyu, y cuando ella salió del *hammam* la fui siguiendo hasta su casa y pude comprobar que vive en la casa del visir, la cual tiene dos puertas: una por la parte del río y otra por la parte de tierra. Temiendo estoy, mi señora, que llegue a oídos del emir de los creyentes la fama de su belleza y por ella infrinja la ley y mande matar al marido y se case con ella.

–¡Guay de ti, Tuhfetu-l-Auadet!–exclamó *sitt* Sobeida–. ¿Cómo es posible que tanto ponderes la belleza y perfección de esa mujer hasta el punto de decir que si el jalifa la viera faltaría a la ley de Alá por ella y vendería la vida eterna por esta vida terrena? ¡Por Alá, que he de ver por mis propios ojos a esa beldad! ¡Y si no es como tú dices, el cuello te mandaré cortar!

A lo que Tuhfetu replicóle, diciendo:

–No habrá caso, mi señora, pues juro y perjuro que no hay otra tan hermosa ni entre los árabes, ni entre los deilamies, ni Alá (cuyas son la gloria y la majestad) ha creado nunca otra igual.

Mandó luego *sitt* Sobeida venir a Mesrur, el castrado, y luego que este se presentó y besó la tierra entre sus manos, le dijo:

–Ve en seguida, Mesrur, a la casa del visir, esa que tiene dos puertas, una a la parte del río y otra a la parte de tierra, y tráeme a la mujer que allí vive y a sus dos chicos pequeños y a la vieja que vive con ella, y corre allá ligero y no te entretengas.

–Oír es obedecer–respondió Mesrur.

Y en el acto salió y se dirigió a la casa del visir y llamó a la puerta, acudiendo a abrirle la vieja, la cual, desde dentro, preguntó:

–¿Quién llama a la puerta?

–Mesrur, el esclavo del emir de los creyentes–contestóle el sirviente.

Abrió en seguida la vieja y Mesrur pasó adentro y la saludó con el *selam*, contestándole ella con un saludo igual, y después preguntóle el motivo que lo llevaba allá.

–Es el caso–explicóle Mesrur–de que *sitt* Sobeida-bentu-l-Kásim [10], esposa del emir de los creyentes, Harunu-r-Raschid, quinto de los hijos de Al-Abbás, tío del Profeta (sobre él la oración y la paz), manda que vayáis a su presencia tú y la mujer de tu hijo y sus dos niños, pues las mujeres le han hablado de ella y le han ponderado mucho su belleza y desea verla.

–¡*Ye* Mesrur!–exclamó la madre de Hasán al oír el mensaje–. Nosotros somos forasteros y el marido de esa joven es mi hijo y no se halla ahora en el país, y al irse me encargó mucho no la dejara salir de aquí, pues es tanto lo que la quiere que, si algo malo le pasara, de fijo se mataría.

–¡*Ye* mi señora!–díjole Mesrur–. Si supiera yo que en esto había motivo alguno de temor, no te instara a salir de tu casa; pero es la verdad que mi señora Sobeida no desea otra cosa más que verla y, luego que así sea, os dejará volver en seguida y yo mismo, según os llevé, os volveré a traer. No desobedezcas, pues, a *sitt* Sobeida, que te habría de pesar. Y no temas, que nada malo os pasará *in scha-l-Lahtaála.*

No pudo, pues, la madre de Hasán negarse más y pasó adentro y arregló a la muchacha, y con ella y sus dos nenes marchó en seguimiento de Mesrur, y todos fueron andando: Mesrur delante y ellas detrás, hasta que llegaron al alcázar del jalifa, y entonces condújolas aprisa a la presencia de su señora Sobeida.

Besaron ambas mujeres la tierra entre las manos de *sitt* Sobeida e invocaron las bendiciones del cielo sobre ella, teniendo a todo esto la muchacha echado el acitar sobre la cara.

Y *sitt* Sobeida le dijo:

–¿Por qué no quieres quitarte el velillo y descubrir tu rostro, para que lo contemplen mis ojos?

Besó entonces la joven la tierra entre las manos de *sitt* Sobeida y se quitó el rebocillo, dejando ver una cara que a la luna en el cielo avergonzara.

Y al verla *sitt* Sobeida fijó asombrada los ojos en ella sin poderlos apartar, y se le encendió la mirada e iluminóse todo el alcázar con el resplandor que de aquel rostro irradiara, y tanto *sitt* Sobeida, como todos los allí presentes, quedáronse maravillados y estupefactos ante tanta belleza y tantos encantos. Y *sitt* Sobeida se levantó y estrechó a la joven contra su pecho y la hizo sentar a su lado en el estrado.

Y mandó engalanar en su honor el palacio y que la llevaran un traje de lo más suntuoso y un collar de perlas de las más raras y preciadas y vistió y adornó a la muchacha y le dijo:

–¡*Ye* reina de las bellas! En verdad que me infundes asombro y me colmas los ojos. Dime: ¿qué tesoros posees, además de tu rostro?

–¡*Ye* mi señora!–respondióle la joven–. Tengo un traje de plumas que, si lo vieras, te maravillaras de su belleza y primor y para años te daría motivo de conversación.

–¿Dónde está ese traje?–preguntó *sitt* Sobeida.

–Lo tiene la madre de mi esposo –contestó la joven–, y te ruego que se lo pidas en mi nombre.

–¡*Ye* madre!–díjole entonces *sitt* Sobeida a la vieja–. Por mi vida te ruego que vayas por ese traje y me lo traigas, para que nos recreemos viéndolo y luego lo coges otra vez y te lo llevas.

–¡*Ye* señora!–exclamó la vieja–. Todo eso es invención suya. ¿Viste alguna vez, por ventura, una mujer que tuviese un traje de plumas? Cosa es esa que para los pájaros se queda.

Pero la joven le dijo a *sitt* Sobeida:

[10] Kásim era hijo del jalifa Al-Manzur, hermano y sucesor de As-Saffah (2.° de los Abbasies) 136-158 (753-774), y fundador de Bagdad. Sobeida o Subaida, que también así se lee su nombre, era, pues, de sangre real.

–¡Por tu vida, mi señora, que no se trata de ninguna patraña; que es verdad que tengo un traje de plumas, que está metido en un arca, enterrada en la cueva de nuestra casa!

Quitóse entonces *sitt* Sobeida de su cuello una gargantilla de perlas que valdrían por todos los tesoros de los Jusraves y los Kaisares, y, dirigiéndose a la madre de Hasán, le dijo:

–Toma este collar, madre mía–y así diciendo se lo ofrecía–. Y por mi vida te ruego que vayas y traigas ese traje de plumas, para que nos recreemos viéndolo, y luego lo cogerás otra vez y te lo llevarás.

Tornó la vieja a jurar que jamás semejante traje viera ni tuviera noticia de su existencia.

Pero entonces *sitt* Sobeida gritóle airada a la vieja y le quitó la llave del sótano en que guardaba el traje.

Sintió aquí Schahrasad venir la mañana y suspendió el curso de sus elocuentes palabras.

PERO LA NOCHE 450 SIGUIO DICIENDO LA MUCHACHA:

–Ha llegado hasta mí la fama, *¡ye* monarca, el afortunado!, de que *sitt* quitóle la llave a la vieja y se la dio a Mesrur, diciéndole:

–Toma esta llave y abre la cueva, la fulana, y coge de allí el arca y saca el traje de plumas y tráemelo en el acto y ponlo entre mis manos.

–Oír es obedecer–respondió Mesrur. Y tomó la llave de manos de *sitt* Sobeida y se retiró, llevando consigo a la madre de Hasán, la cual fue llorando por todo el camino, triste y arrepentida de haber hecho caso a la mujer de su hijo y haberla dejado ir al *hammam,* exponiéndose a aquel peligro, pues comprendía ahora que el antojo de ir al baño fuera tan solo de artilugio.

Entraron Mesrur y la vieja en la casa y abrió la vieja la cueva y entró Mesrur en ella y volvió con la arqueta y sacó de su fondo el traje de plumas y lo envolvió en un paño y corrió con presteza a llevárselo a su señora Sobeida.

Tomólo *sitt* Sobeida en sus manos y le dio vueltas, mirándolo por todos lados, y quedó maravillada del primor de aquella labor, después de lo cual entregóselo a la joven, que, a su vez, lo estuvo examinando, y pudo comprobar que estaba intacto, según ella lo dejara, sin que ni una sola de sus plumas le faltara.

Y apartándose de junto a *sitt* Sobeida fue y desdobló el traje y se lo vistió y, cogiendo a sus hijos, los estrechó contra su pecho y en el acto quedó convertida en pájaro, por permisión de Alá (el grande, el excelso soberano).

Púsose luego la joven a dar saltitos y a brincar y bailar y retozar con tanta gracia, que tenía pendientes de sus movimientos todas las miradas.

Y después de eso, dirigiéndose a las mujeres presentes, díjoles la joven con lenguaje elocuente:

–*¡Ye* señoras! ¿Qué tal, os gusta el espectáculo?

–Sí–respondieron todas, maravilladas–. Todo lo que tú haces, reina de la belleza, nos resulta grato.

–Pues aún–exclamó ella–sé hacer mayores lindezas.

Y la joven se dispuso a remontar el vuelo; pero en aquel instante se acordó de Hasán, y, dirigiéndose a los circunstantes, les dijo:

–Prestad atención, señoras, y escuchad estos versos:

–¡*Ye* tú, que lejos te fuiste,
y me dejaste en la casa,
sola, en tanto te ibas
a ver a quienes amabas!,
¿por ventura imaginaste
que yo a eso me resignara,
cuando por tu amor a todos
mis deudos abandonara
y cárcel fuera el amor
en que viví aprisionada?
Para tenerme segura
mis vestiduras preciadas
escondió en lugar secreto,
sin a mí decirme nada.
Y recomendó a su madre
que atenta me vigilara,
sin comprender que, con eso,
me ofendía y me agraviaba.
Y que yo al excelso Alá
elevaría plegarias,
para que satisfacción
diera a mi justa demanda.
Enteréme yo muy bien
de cuanto hijo y madre hablaran,
y lo guardé en la memoria,
para frustrar la añagaza,
que a idear tretas y ardides
los dos juntos no me ganan,
y así ideé lo del baño,
que fue solo una artimaña,
para ver si de ese modo
pudiera lograr mis ansias,
y con efecto, así fue,
pues de mi beldad la fama
llegó a oídos de la esposa
de Harún, el gran monarca,
la cual quiso verme, y luego
que me vio, quedó prendada,
y yo al ver su maravilla,
le dije: «Pues esto es nada,
habríasme de ver vestida
con traje de plumas raras,
y entonces contemplarías,
algo que más te asombrara,
capaz de curar el tedio
y sanar penas del alma.»
–¿Dónde tienes ese traje?
–preguntóme la sultana.
Y yo respondíle al punto:
–Guardado dentro de un arca.
Mandó en seguida a Mesrur
que fuera y se lo llevara,
y cuando Mesrur lo trajo,
iluminóse el alcázar;
diómelo luego Sobeida
y yo le miré las mangas
y el ceñidor, y encontré
que estaba cual lo dejara
y me di prisa a ponérmelo,
con habilidad y maña;
luego cogí a mis hijitos
y, desplegando las alas,
remonté el vuelo y me fui,
volando por la ventana.

¡*Ye* la madre de mi esposo,
cuando él vuelva a tu morada,
y te pregunte por mí,
le dirás que, si me ama
y quiere verme, que venga
a visitarme a mi patria!

Luego que hubo terminado de recitar aquellos versos díjole *sitt* Sobeida:

–¿Por qué no bajas aquí para que te veamos de cerca y admiremos mejor tu belleza? ¡*Ye* reina de las bellas!

–¡Ca!–respondió la muchacha–. No quiero volver a las andadas.

Y encarándose con la madre de Hasán le dijo:

–Cuando regrese tu hijo y se le hagan largos los días de la separación, y sienta anhelos de aproximación y encuentro, y le agiten los aires del amor y el deseo, dile que vaya a buscarme a las islas de Uaku-l-Uak, que es donde me puede encontrar [11].

Y acto seguido remontó el vuelo con sus pequeños y enderezó su rumbo hacia el lugar donde estaban los suyos [12].

Luego que la madre de Hasán vio aquello echóse a llorar y aporreóse el rostro con tal fuerza, que rodó desmayada por tierra.

Luego que volvió en sí díjole *sitt* Sobeida:

–¡*Ye* madre! En verdad que no podía figurarme que esto iba a ocurrir, que, de haberlo sabido, no habría insistido contigo; que ahora es cuando me entero de que ella pertenece a la casta

[11] Según los comentaristas, hay dos islas de Uaku-l-Uak. La una de ellas la localizan casi sin discrepancia, fundándose en datos de Ibnu-l-Fakih y Al-Masûdi, en el Africa oriental, más allá de Zanzíbar y Sofala, en la península de Guardafui (Chard Hafun), ocupada por los *gallas* idólatras y cristianos, hasta que los echaron de allí los somalos musulmanes. Uak, en lengua *galla* (un dialecto etiópico), significa Dios y es un estribillo frecuente en labios de esos indígenas. La otra isla de Al-Uak no ha sido localizada, hasta ahora, habiéndose emitido sobre su situación geográfica las más contradictorias hipótesis.

[12] Como verá el lector, este paso es repetición de otros anteriores.

de los genios alados, que hasta este mismo instante lo he ignorado. Está segura de que si lo hubiera sabido no habría hecho que le dieras su traje de plumas ni la habría dejado coger sus hijitos; así que te ruego, madre mía, me perdones y no me guardes rencores.

–Perdonada estás–respondió la madre de Hasán.

Y acto seguido salió del alcázar y echó a andar y no paró de andar hasta que llegó a su casa, y ya allí dio rienda suelta a su dolor y lloró y se aporreó el rostro con tal violencia que se desmayó.

Volvió luego en sí y tornó a llorar y a lamentarse por su nuera y sus nietos y sus hijos, y declamó estos versos:

–¡El día de vuestra marcha fue nefasto
e hizo manar las fuentes de mi llanto!
¡Que no se han de secar, pese a este fuego
que con sus ascuas me devora el pecho!
¡*Ye* y qué fiero suplicio el de la ausencia!
¡Qué soledad la que en la casa reina!
Hasta que no retornen nuevamente
los que partieron ese día inclemente,
¡no volverá a mi pecho la alegría
y constante será la pena mía!

Levantóse luego la anciana y púsose a cavar en el centro de la casa tres fosas y allí se pasaba todas las horas del día y todas las nocturnas vigilias, y cuando la ausencia de su hijo se le hacía más pesada sobre su corazón y el dolor y la nostalgia y el desasosiego se le volvían más crueles y fieros, recitaba estos versos:

–Tu imagen en mis pupilas
por siempre grabada tengo,
y siempre en mi corazón
tu recuerdo está de asiento.
Nunca deja de alentar
cuando respira mi pecho,
y, cual la savia del árbol,
se me corre por el cuerpo.
Los pesares me atormentan
cada vez que no te veo
y mi dolor es tan justo
que hasta el censor más severo
excesivo no lo encuentra
y no critica mi duelo.
¡*Ye* tú, por quien tanto sufro,
ten piedad de mi tormento
y muéstrame al fin tu rostro,
sin el cual vivir no puedo! [13]

Pero al llegar aquí sorprendió a Schahrasad la aurora y cortó el hilo de sus palabras cautivadoras.

Y LA NOCHE 451 REANUDO SU RELATO EN ESTA FORMA:

–Ha llegado a mi noticia, ¡*ye* monarca, el afortunado!, que la madre de Hasán se estuvo llorando junto a las tres tumbas hasta el filo de la madrugada y los primeros albores de la mañana, por el dolor de verse separada de su hijo y la esposa de su hijo y sus dos nietecitos.

Y esto es, por ahora, todo lo referente a su historia.

Cuanto a su hijo Hasán, al llegar a la morada de aquellas muchachas, sus hermanas, juráronle ellas que solo lo retendrían tres meses en su compañía y que, cumplido ese tiempo, lo dejarían volver a su tierra y le darían diez fardos, cinco de oro y cinco de plata, amén de otro con provisiones para su viaje y no le pondrían obstáculos para que regresase.

Y así lo hicieron, efectivamente, luego que pasaron los tres meses, y le aparejaron las cosas necesarias para el viaje y lo fueron acompañando un trecho, y después se despidieron de él,

[13] La edición de Bulak suprime estos versos, igual que los anteriores.

abrazándosele al cuello y haciéndole jurar que volvería de nuevo.

Y la hermana, la menor, lloró con tal vehemencia, abrazada a su cuello, que se desmayó.

Y luego que recobró el conocimiento recitó estos versos:

–De la separación el día temido
al fin llegó,
y a marchar ya me apremia el camellero,
¡amigos míos, adiós!
El collar de mi llanto se desgrana,
mi triste corazón
se queda con vosotros, y yo sigo
como un cuerpo que el alma abandonó.
Sin vosotros, amigos, ya la vida
no tiene para mí ningún sabor;
todo lo dulce de ella ha terminado
y queda el amargor.

Y la segunda de las princesas recitó a su vez estos versos:

–Despedirse de ti es lo mismo
que despedirse de la vida,
pues con tu ausencia las entrañas
me abrasarán, ¡qué desdicha!,
con un fuego que ya jamás
habrá nadie que me lo extinga.

Y a su vez la hermana, la tercera, recitó estos versos:

–¿Cómo te podré dejar
partir, cuando eres mi alma?
¿Despedirme de mí misma
podría? Pues bien, repara
que al separarme de ti
que eres, Hasán, mi alma hermana
es como si de ella misma
viniera a quedar privada.

Y la hermana, la cuarta, abrazóse a Hasán y recitó a su vez estos versos:

–Al oírte mentar la marcha,
ya mis lágrimas corrían;
¿ves este lindo zarcillo,
cuajado de pedrería?
Pues está hecho de mis lágrimas,
ya congeladas y frías.

Y la hermana, la quinta, improvisó también estos versos de despedida:

–No te vayas, no te vayas,
que a mí, de pensarlo sólo,
el alma se me destroza
y el llanto nubla mis ojos.
Y es tanto mi desconsuelo
que la lengua se me traba
y, para decirte adiós,
hasta las fuerzas me faltan.

Abrazóle luego la joven, la sexta de las hermanas, y recitó estos versos:

–Un alarido lancé
al ver cómo los camellos
ya se alejaban con él.
Y si poder yo tuviera,
para tanto, cerraría
los caminos de la tierra,
y los barcos cogería
para que al mar no se hicieran.

Llegóse, finalmente, a Hasán la hermana, la setena, y declamó, a su vez, los siguientes versos:

–No te apenes si se va
y arma tu alma de paciencia,
y en vez de llorar en vano,
piensa en su rápida vuelta.

Y a continuación, recitó estos otros:

–El corazón se me parte,
al verte marchar, y es tanto
mi dolor, que ni siquiera
en medio de mi quebranto,
te puedo decir adiós,
pues temo que si lo digo
se me funda el corazón.

No pudo menos Hasán de enternecerse ante tales muestras de amor y rompió a llorar con tal congoja que se desmayó.

Y luego que recobró el conocimiento recitó estos versos:

–Mis lágrimas, como perlas
de un sartal, por mis mejillas
me corrían desgranadas,
el día de despedida.
El camellero, cantando,
a las bestias arreaba,
y mi corazón, en tanto,
de dolor se me quebraba
y tan solo la esperanza
de volver me alimentaba.

¡Mis frases de despedida,
ye amigo, no olvides nunca!
¡Y sé fiel a las promesas
que cambió nuestra ternura! [14]

Emprendió luego Hasán la marcha y empezó a cabalgar y fue cabalgando, noches y días, sin parar hasta que llegó a Bagdad, la Seo de la Paz y corte de los jalifas del linaje de los Beni-l-Abbás.

Y dizque, a todo esto, iba Hasán en la ignorancia más completa de lo que pasara en su ausencia. Y, al entrar en su casa, saludó a su madre y le chocó verla tan flaca que los huesos se le marcaban, por efecto del mucho llorar y velar y gemir y endechar; que se había quedado la pobre tan flaca que un palillo de dientes semejaba y tan espiritada, que apenas si podía articular palabra.

Despidió Hasán a sus dromedarios y llegóse a su madre y le preguntó por su esposa y sus hijitos, y ella, por toda respuesta, echóse a llorar con tal dolor, que se desmayó. Y al verla Hasán en ese estado no la quiso importunar y púsose a buscar a su mujer y sus hijos por toda la casa y no los pudo encontrar. Tornó, después, al lado de su madre, y, al verla más repuesta, preguntóle de nuevo por su mujer y sus hijos, y la vieja, llorando, le dijo:

–¡*Ye* hijo mío, así te aumente Alá tu alijara; mira estos tres sepulcros que son los suyos!

Al oír las palabras de su madre lanzó Hasán un recio grito y rodó por tierra sin sentido. Y así permaneció desde el principio del día hasta que la tarde fue venida, con lo que se acreció el dolor de su madre, pues llegó la cuitada a desesperar de su vida.

Recobróse al fin Hasán de su desmayo y rompió a llorar y se aporreó el rostro y rasgó sus vestidos y se puso a dar vueltas por toda la casa, sin rumbo fijo, perplejo e indeciso.

Y, a impulsos del sentimiento, recitaba estos versos:

–Muchos se me quejaron de las penas
con que el amor su pecho atormentaba,
ponderando el suplicio de la ausencia.
Muchos, antes que yo, mucho sufrieron;
pero lo que ahora sufro nunca oí
lo padeciese nadie; es algo nuevo.

Cogió luego su espada y la desenvainó y se fue hacia su madre y le dijo:

–Si no me cuentas toda la verdad de lo que haya pasado, te cortaré el cuello de un tajo. Y luego me mataré yo también en el acto.

–¡Hijo mío–díjole su madre–, no hagas eso, por Alá, que yo te contaré toda la verdad! Pero envaina en seguida ese acero, que no lo puedo mirar.

Envainó Hasán la espada y sentóse al lado de su madre para escucharla, y su madre contóle a Hasán toda la historia, desde el principio al fin, sin nada callar ni omitir.

Luego que oyó Hasán las palabras de su madre, al llegar esta al episodio del vuelo de su esposa con sus hijos, lanzó un recio grito y rodó por tierra sin sentido, y en ese estado permaneció hasta que el día expiró.

Recobró después el joven el conocimiento y empezó a aporrearse la cara y a revolcarse por la tierra como una culebra; en tanto su madre lloraba, sentada a su cabecera, y así se pasó la noche entera.

Tornó después a llorar el joven con mucho desconsuelo y, a impulsos del dolor, improvisó estos versos:

–Venid y ved el lamentable estado
en que, por vuestra ausencia,
se encuentra aquel que abandonado habéis
y sentiréis piedad, al ver su pena
pues tan cambiado está por vuestra culpa
que os costará trabajo conocerlo;
que salvo los quejidos que profiere,
en todo lo demás es como un muerto.

[14] Suprimido en la edición de Bulak.

Y preferible fuera que estuviese
ya muerto de verdad,
que el dolor de la ausencia es una muerte,
sin descanso ni paz.

Luego que hubo acabado de recitar esos versos levantóse Hasán y se puso a andulear de nuevo por la casa y a gemir y a llorar y suspirar y, por espacio de cinco días, no hizo otra cosa que endechar, sin en todo ese tiempo probar bebida ni alimento.

Y su madre llegóse a él y le conjuró y le rogó con insistencia que cesase por fin de llorar y de lamentarse, pero Hasán no hizo caso de las palabras de su madre.

Y recitó estos versos:

–Tal peso me echó el amor
sobre los hombros que nadie
soportarlo bien podría
por muchas fuerzas que hallare;
y no es de extrañar que yo,
que de fuerza no hago alarde,
desfallezca y, agobiado
bajo ese peso, desmaye,
ni que, del dolor ganado,
los días deje pasar
en absoluta indolencia,
entregado a mi pesar;
y que si antaño la muerte,
como es natural, temía,
en la muerte cifre ahora
toda mi triste alegría.

Y siguió llorando y gimiendo y su madre hacía por consolarlo, sin que él le hiciera el menor caso, y así pasó Hasán la noche entera hasta que clareó la mañana, y entonces se le cerraron los ojos y se quedó adormilado y soñó con su mujer, y la vio en su sueño pesarosa y arrepentida de lo que había hecho. Y entonces se levantó y recitó estos versos:

–Sus imágenes en mí
viven, y nunca jamás
de mi pecho, donde moran,
nada las podrá quitar.
Tan solo por la esperanza
de nuestra rápida unión
vivo, y un dulce sueño
me reposa el corazón,
porque soñando los veo
y mantengo mi ilusión.

Y arreció el joven en sus llantos y sus suspiros y continuó lloroso el ojo, el corazón hacino, despierto en la noche, y sin querer comer, por espacio de todo un mes.

Y pasado este tiempo ocurriósele la idea de que debía ir a ver a sus hermanas y recabar su ayuda, que acaso se la prestaran.

E invocó a sus camellos mágicos, que en el acto se presentaron, y cargó cincuenta dromedarios con obsequios y regalos de Irak y él montó en otro y, después de recomendarle a su madre que por la casa velase, depositó todas sus cosas en otra parte, salvo unas pocas que dejó en la casa al cuidado de su madre.

Después de lo cual emprendió la marcha, con rumbo a la residencia de sus hermanas, animado de la esperanza de que aquellas le ayudasen a reunirse de nuevo con su esposa y sus hijos pequeños.

Cabalgó Hasán noche y día hasta llegar al alcázar en que las muchachas vivían, en el Monte de las Nubes, y pasó adentro y presentó a las jóvenes sus obsequios y ellas se alegraron mucho al verlo y lo felicitaron por haber llegado hasta allí sin contratiempo, y le dijeron:

–¡*Ye* hermano nuestro! ¿Cuál es el motivo de que tan pronto hayas vuelto, antes de que los dos meses fueran cumplidos?

Echóse Hasán a llorar al oír aquello e improvisó estos versos:

–¡Ojalá y el sino quiera
con menos rigor tratarme
y devolverme a mi amada
y poner fin a mis males!

Pero el sino, ya sabemos,
que es pérfido e inconstante
y fiar en su clemencia
es muy poco razonable.

Luego de recitar aquellos versos lanzó Hasán un recio alarido y se desmayó.

Y luego que recobró el conocimiento declamó estos versos:

–Desde que se fue mi amiga,
mi alegría igual se fue,
y desde entonces la vida
dejó de serme un placer.
¡*Ye* y qué médico podrá
sanarme de mi dolor,
sino aquel que con su ausencia
mi enfermedad provocó!
Dile, pues, al aire suave
que sople de ese país,
dónde vive la que causa
es de mi fiero sufrir,
y puede que al aspirar
la brisa que trae su aroma,
la salud vuelva a cobrar
y vuelva a ser yo persona.

Rompió luego Hasán a llorar con tal dolor que se desmayó, y luego que recobró el conocimiento, recitó estos otros versos:

¡*Ye* mi ilusión y tormento!
¿No te verás todavía
de mi sufrir satisfecho?
¿Por qué con tanto rigor
me castigas cuando nada
por merecerlo hice yo?
Apiádate, por fin,
y ten cuenta que las penas
pronto la darán de mi.

Rompió luego a llorar el joven y por cuarta vez se desmayó, y, después que en sí volvió, recitó estos otros versos:

–Di, por favor, ¿te atormentan
las mismas ansias que a mi,
y por mí sufres lo mismo
que estoy sufriendo por ti?
¡*Ye* y qué trago tan amargo
este de morir de amor!
¡*Ye* si hubiera yo sabido
antes cuál es su intención!
Vuestros rostros refulgentes
lejos brillan de mí ahora;
pero, no obstante, en mis ojos
se reflejan como otrora.
Recordando vuestra tribu
vivirá siempre mi alma,
y estaremos siempre juntos,
a pesar de la distancia.
Siempre que endecha la tórtola
me asalta vuestro recuerdo
y con la tierna avecilla
comparto el triste lamento
por la ausencia del amado,
que alzó de su nido el vuelo.
Lo mismo en el claro día,
que cuando la noche muestra
su negrísima mejilla,
siempre estoy en ti pensando
y por ti mi alma suspira [15].

Luego que su hermana oyó sus versos y entendió por ellos cuál era su estado, prorrumpió en alaridos y se aporreó el rostro y las otras princesas acudieron al oír sus gritos y, al ver al joven tan afligido, llenáronse de compasión ante sus muestras de dolor.

Preguntáronle luego qué era lo que le sucedía y él se echó a llorar y les refirió cómo su esposa se ausentara y echara a volar, llevándose consigo a sus hijos, y ellas se condolieron al oírlo y le preguntaron qué era lo que la joven, al remontar el vuelo, había dicho.

–¡*Ye* hermanas mías!–contestóles Hasán–. Al irse mi esposa díjole a mi madre: «Dile a tu hijo, cuando vuelva y se le hagan largas las noches de la ausencia y le acucie el anhelo de tenerme cerca y el viento del amor el alma le conmueva, que me venga a buscar a la isla de Al-Uaku-l-Uak.»

No bien oyeron aquellas palabras las muchachas guiñáronse el ojo y se quedaron mirándose unas a otras, como haciendo memoria, y Hasán tampoco les quitaba ojo.

Bajaron luego ellas la cabeza y permanecieron en esa actitud una hora entera, y después se irguieron y dijeron:

[15] Omitido en la edición de Bulak.

–¡No hay gloria ni poder sino en Alá (el grande, el lleno de majestad, el que todo lo ve sin ser visto)!

Levanta al cielo tu mano, Hasán, y, si al cielo lograres llegar, también a tu esposa y tus hijos podrías alcanzar.

Pero al llegar aquí sorprendió a Schahrasad la aurora y cortó el hilo de sus palabras cautivadoras.

Y LA NOCHE 452 PROSIGUIO SU RELATO EN ESTA FORMA:

–Tengo entendido, *¡ye* monarca, el afortunado!, que las muchachas le dijeron a Hasán:

–Alza tu mano al cielo y, si al cielo lograses llegar, también a tu esposa y tus hijos podrías alcanzar.

Echóse Hasán a llorar al oír esas palabras y las lágrimas rodaron por sus mejillas como lluvia, tanto, que se caló sus vestiduras.

Y después, a impulsos del sentimiento, improvisó estos versos:

–Su mejilla encarnada,
sus negros ojos
y su andar de gacela,
leve y gracioso,
que tras de sí, encantados,
llévase a todos,
el seso me sorbieron,
me han vuelto loco.
¿Y cómo de evitarlo
habría un modo,
si la aurora fulgente
brilla en su rostro
y es su pelo el nocturno
capuz medroso?
¡*Ye* cuántos que las daban
de valerosos,
no fueron también presa
del prodigioso
encanto de la noche
en unos ojos,
y un rostro cual la aurora
de esplendoroso!

Luego de recitar esos versos rompió Hasán a llorar, y las jóvenes, al verlo llorar a él, lloraron también y se apiadaron de su dolor y su pesar y trataron de consolarlo y animarlo e infundirle esperanzas, e impetraron del cielo que lo reuniera con su esposa y con sus pequeñuelos.

Y su hermana dilecta llegóse a Hasán y le dijo:

–Serena tu alma y refresca tus ojos, hermano mío, y ten paciencia, que ya lograrás lo que deseas, pues quien se arma de paciencia y espera consigue lo que anhela y llave de la alegría es la paciencia, según dijo el poeta:

«Deja que el sino corra desbocado
a rienda suelta,
y tú échate a dormir, despreocupado,
con el alma ligera,
que, en un rápido abrir y cerrar de ojos,
todo lo cambia Alá,
y aquello que a ti eterno parecía,
no existe al despertar.»

–Fortifica, pues, tu alma–siguió diciéndole a Hasán su hermana–y aprieta tu faja, que el hijo de diez años no muere en el noveno [16], y el llanto y la tristeza nos adolecen y enferman. Estate aquí con nosotras hasta que descanses y yo vea la forma de volver a reunirte con tu esposa, como así será, *in scha-l-Lah-taála.*

Sentóse, pues, Hasán al lado de su hermana y esta se puso a darle conversación y a consolarlo y le preguntó por la razón de que su esposa lo hubiera abandonado, y Hasán se lo contó todo, según había pasado.

[16] Suena a proverbio. Quiere decir que el que está predestinado a vivir diez años no se malogra antes.

–¡Por Alá, hermano mío!–díjole su hermana, después de oírlo–. Que antes de que partieras pensaba yo decirte: «Rompe y destroza ese traje de plumas», pero el Schaitán hizo que no me acordara luego de decírtelo.

Siguió después la joven consolando a Hasán y mimándolo; pero él estaba cada vez más apenado y llegó un momento en que no pudo más y recitó estos versos:

–No puedo, por más que hago, desechar
la pena que me agobia,
olvidar a mi amada no consigo,
pues llena mi alma toda.
A decretos de Alá no hay quien resista
y es inútil luchar;
yo por una gacela sufro y peno
que en mi pecho apacienta sin cesar.
No es raro, pues, que llore y me lamente,
aunque de sobra sé
que es inútil llorar y lamentarse,
y nunca lograré
alcanzar esa luna refulgente,
de brillo cegador,
que en la décima cuarta de sus noches
su disco maduró.

Al ver la hermana de Hasán todo el amor y la pasión que el joven celaba en su corazón fuese al lado de las otras muchachas, llorosos los ojos y afligida el alma, y lloró entre sus manos, hasta que ellas también rompieron en llanto y exclamaron:

–Serena tu corazón, hermana, que ya veremos nosotras el modo de que se reúna de nuevo con su esposa, sin escatimar esfuerzos, y esperamos que así será *in scha-l-Lah-taála*.

Y un año entero permaneció Hasán entre sus hermanas, sin que en todo ese tiempo se secaran sus lágrimas.

Y tenían aquellas muchachas un tío, hermano mellizo de su padre, que se llamaba Abdu-l-Kaddús [17] y quería muchísimo a la mayor de las muchachas, y todos los años, sin falta, iba a visitarlas y a ver si algo necesitaban.

[17] Siervo del Santísimo.

Y al llegar aquel año su tío Abdu-l-Kaddús contáronle las jóvenes la historia de Hasán y lo que con aquel mago le ocurriera y cómo muerte le diera, librándolas de su poder a ellas.

Holgóse mucho su tío al oírlo y entrególe a la mayor de las muchachas una bolsa, en la que había unos polvos aromáticos y le dijo:

–*¡Ye* hija de mi hermano! Cuando estés apenada por algún caso difícil o algo te disguste o algo necesites, coge un poco de esos polvos y échalos al fuego y llámame, que yo vendré en seguida y daré a tu deseo realización cumplida.

Era el primer día del mes de Moharrém [18], cuando el tío díjole a la muchacha esas palabras, y la joven le dijo luego a una de las hermanas:

–He aquí que ya pasó todo el año y nuestro tío no se ha presentado. Anda y enciende el fuego y tráemé esa cajita en que guardo los polvos aromáticos.

Hizo, muy contenta, su hermana lo que ella le mandara, y le llevó la caja y la abrió y sacó un poco de aquellos polvos y se los dio.

Tomólos la hermana mayor y los arrojó al fuego y evocó a su tío, y, no se había aún disipado el sahumerio, cuando por el lado del fondo del valle se levantó una nube densa y al cabo de una hora aclaróse aquella polvareda y dejóse ver debajo de ella un viejo venerable, montado en un elefante [19].

Al cabo de una hora llegó aquel *scheij* a donde las jóvenes estaban, y,

[18] Primer mes del año musulmán.

[19] La aparición del elefante indica que estamos en la India de las leyendas brahmánicas y búdicas. Toda esta historia es probablemente refundición árabe de una leyenda índica pasada por el persa y quizá por el hebreo de los talmudistas. Estos sabios anacoretas recuerdan a aquellos dervisches o fakires que el viajero árabe Ibn-Batutah encontró en Afkanbur, lugar situado a cinco jornadas de Dihly (Delhi), metrópoli de la India, y de los cuales nos refiere la siguiente anécdota: «Vino a buscarme en ese lugar un grupo de fakires, los cuales mostraban collares y

apeándose de su elefante, acercóse a saludarlas.

Abrazáronlo ellas y le besaron las manos y lo saludaron.

Sentóse luego el anciano y ellas lo rodearon y le preguntaron por qué tardara tanto en visitarlas aquel año. A lo que el viejo les contestó, diciendo:

–Estaba yo sentado cuando me llamasteis en compañía de mi mujer, vuestra tía, y, al husmear los aromas del sahumerio, luego monté en este elefante y me vine hacia acá, sin perder tiempo. Decidme, pues, hijas de mi hermano qué deseáis de mí y seréis complacidas en el acto.

–¡*Ye* hermano de nuestro padre!–dijo la mayor de las hermanas–. Estábamos ansiosas por verte, pues se había cumplido ya un año sin que tú vinieras, como tienes por costumbre, a visitaros.

–¡*Ye!*–exclamó el anciano–. Es que anduve todo ese tiempo muy atareado; pero ya formara intención de venir a veros mañana, sin falta.

Diéronle ellas las gracias e invocaron sobre él las bendiciones de Alá y siguieron conversando con él y departiendo.

Y la mayor de ellas le dijo:

–Ya antes de ahora te contamos, tito, la historia de Hasán, el de Bazra, y cómo nos lo trajo aquí Bahram, el mago, y cómo él le dio muerte al persiano y también te referimos lo referente a aquella hija del gran rey, a la que Hasán lograra raptar.

–Sí–respondióle su tío–; recuerdo que me contasteis todo eso. ¿Qué más le ha sucedido luego a Hasán?

–Pues que ella–explicóle la hermana mayor–le ha hecho una trastada y, aprovechando su ausencia, ha huido de su lado, llevándose los dos niños pequeños que de él había tenido, y, antes de marcharse, le dijo a su madre:

«Cuando vuelva tu hijo y se le hagan largas las horas de la separación y le acucien las ansias de la unión, y le agiten los aires del amor, le dirás que si quiere verme que me vaya a buscar a la isla de Al-Uaku-l-Uak.»

Bajó el tío la cabeza, después de oír a la sobrina, y se mordió las uñas y fijó la mirada en el suelo y se puso a hurgar en él con los dedos. Después de lo cual, púsose a mirar a diestra y siniestra y a menear la cabeza, y Hasán, que lo miraba hacer aquellos visajes y gestos, estaba lleno de miedo.

Pero en esto dijéronle las jóvenes al viejo:

–¡Por Alá, tío, contéstanos algo a lo que te hemos dicho, que se nos corrompen los hígados!

Levantó entonces la frente su tío y se les quedó mirando y dijo:

–¡*Ye* hijas mías: este joven ha fatigado su alma en vano y la ha lanzado a una empresa muy azarosa y muy aventurada, porque jamás podrá llegar a esas islas de Al-Uaku-l-Uak!

Llamaron entonces las jóvenes a Hasán y le indicaron que se acercara a su tío, lo que aquel en seguida hizo, y llegándose al anciano, besó la tierra entre sus manos y lo saludó con el *selam.*

Holgóse de verlo el viejo y lo sentó a su lado y las jóvenes dijéronle al anciano:

–¡*Ye* tío nuestro, dile a nuestro hermano si era o no verdad lo que nosotros le dijimos!

Y el anciano, mirando a Hasán, le dijo:

brazaletes de hierro, y cuyo jefe era un negro de color muy subido. Formaban parte de la cofradía de los haidaries y pasaron una noche con nosotros. Los fakires pusiéronse a danzar en torno al fuego y entraron en él y se revolcaron entre sus llamas. Su jefe–continúa Ibn-Batutah–me pidió una túnica y yo le di una muy fina. Púsosela él y se lanzó a la hoguera y empezó a azotar el fuego con sus mangas, hasta apagarlo. Luego me devolvió la túnica, que no se había chamuscado siquiera, lo que me dejó maravillado.»

–Deja, hijo mío, ese grave tormento, pues desde ahora te digo que no podrás llegar nunca a la isla de Uaku-l-Uak, aunque llevares contigo a los genios alados y a los errantes astros.

Afligióse tanto Hasán al oír las palabras del viejo que empezó a llorar con tal vehemencia que rodó desmayado por tierra, y las jóvenes formaron coro en su derredor, llorando amargamente también de verlo llorar a él.

Pero al verlos a todos en aquel estado, tan afligidos y desesperados, sintió Abdu-l-Kaddús gran compasión y se le enterneció de piedad el corazón y les dijo:

–Guardad silencio y suspended vuestros lamentos.

Y encarándose con Hasán, díjole en particular:

–Serena tu corazón y alégrate, que vas a lograr lo que deseas, *in scha-l-Lah-taála*. Levántate, hijo mío, y ven conmigo.

Hízolo así Hasán luego y se despidió de las princesas y siguió al viejo.

Llamó luego Abdu-l-Kaddús al elefante, que en el acto acudió, y montó en él el viejo, aupando a su grupa a Hasán, y aguijó al animal, que en seguida echó a andar, y por espacio de tres días con sus noches no paró de caminar con la velocidad del rayo raudo, hasta llegar a una alta montaña de color glauco, en la cual había una gruta con una puerta de hierro chinesco.

Cogió el *scheij* de la mano a Hasán y lo ayudó a desmontar, y después apeóse él también y despidió al elefante, que en seguida se fue.

Llegóse luego el *scheij* a la puerta y llamó y salió a abrirle un esclavo negro, que parecía de casta de genios, y que en su mano diestra esgrimía una espada y en el brazo siniestro llevaba prendida una adarga de acero.

No bien hubo visto el esclavo a Abdu-l-Kaddús luego tiró la espada y la adarga y fuese al anciano y le besó las manos.

Tomó entonces el *scheij* a Hasán de la mano y entró con él en la gruta, y el esclavo volvió a cerrar la puerta del antro.

Tendió Hasán en torno suyo la mirada y pudo ver que aquella era una ajaquefa muy amplia, espaciosa y holgada, que tenía un largo zaguán a la entrada, por el cual se internaron y fueron andando cosa de una legua, sin parar, hasta que llegaron a su final y allí se encontraron con una almidana muy dilatada y el *scheij* se dirigió a un rincón, en el que había dos puertas de azófar, y, abriendo una de ellas, pasó adentro y la cerró tras sí, dejando fuera a Hasán, al cual le dijo así:

–Estate aquí y no te muevas, y ten mucho cuidado de no abrir esta puerta y pasar adentro, hasta que yo vuelva, y no te impacientes, que no tardaré yo en volver, y entonces podrás entrar conmigo sin ningún peligro.

Pasó el anciano adentro y estuvo ausente una hora de tiempo y luego volvió, llevando consigo un alazán enjaezado tan noble y fogoso que al correr volaba, y al volar no lo alcanzaba el polvo que levantaba.

Y el *scheij* presentóle a Hasán el alazán y le dijo:

–¡Monta en este alazán, hijo mío!

Fuese luego a la otra puerta y la abrió y dejóse ver un campo muy espacioso y vasto.

Montó Hasán en el alazán y el joven y el viejo salieron por aquella puerta y echaron a andar por aquella almidana, y el *scheij* le dijo a Hasán:

–Toma, hijo mío, este escrito y déjate llevar por el alazán a donde él te quiera llevar, y, cuando veas que se para delante de una cueva como esta, apéate de sus lomos y échale las bridas sobre la silla y suéltalo a él y en seguida lo verás meterse en la ajaquefa, pero tú no lo sigas y quédate fuera.

Estarás allí, sin pasar de la puerta de la cueva, cinco días consecutivos; pero no te inquietes, ni te desesperes, que al día, el seiseno, verás salir de allí a un anciano negro, de negro vestido y con las barbas blancas y largas, que le llegarán hasta el ombligo.

Luego que lo vieres te irás derecho a él y le besarás las manos y le cogerás la orla de su manto y te la pondrás sobre tu cabeza y llorarás entre sus manos, hasta que lo enternezca tu llanto y te pregunte por qué te afliges tanto.

Y cuando esto te pregunte el *scheij* negro, le entregarás este pliego y él te lo tomará de las manos, y, sin proferir una sola palabra, se entrará de nuevo en su cueva, dejándote solo, fuera.

Y tendrás que aguardar allí ante la puerta otros cinco días; mas no te inquietes ni desesperes, que al día, el seiseno, verás salir de nuevo al viejo y en ese caso puedes estar seguro de que has salido ya de tu apuro; pero si en vez del *scheij* ves salir a uno de sus criados, ten por cierto que viene con intención de darte muerte, y la paz.

Y ten presente, hijo mío, que aquel que arriesga su alma, la mata [20].

Sintió aquí Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras fascinadoras.

PERO LA NOCHE 453 REANUDO SU RELATO EN ESTA FORMA:

–Ha llegado a mi noticia, *¡ye* monarca, el afortunado!, que, al darle el *scheij* Abdu-l-Kaddús a Hasán aquel escrito, anuncióle lo que había de ocurrirle y le dijo:

–Todo el que arriesga su alma, la mata. Pero el que nada arriesga, no logra nada. Así que, si temes por tu alma, no te arrojes con ella al peligro, y si no temes nada, lánzate a la empresa y lograrás lo que deseas.

Yo ya te he advertido del asunto y a fe que nada te oculto, de suerte que, si quieres volverte con tus hermanas, aquí está mi *alfil,* que te conducirá a su alcázar, y ellas te encaminarán a tu país y te restituirán a tu madre y Alá proveerá y te deparará algo mejor que esa mujer, cuyo amor tanto te ha hecho padecer.

Pero Hasán le contestó al anciano:

–¿Cómo podría sonreírme la vida si no lograse lo que tanto anhelo? ¡Por Alá, que no me volveré atrás, como no me haya salido con mi empeño y recobrado a la que tanto quiero, aunque haya de perecer en la demanda, pues no la dejaré sino muerto!

Y el joven se echó a llorar y recitó estos versos:

–Desde que mi amor perdí,
no hago más que padecer;
pero sufrir por amor
no es dolor, sino placer.
El polvo de los caminos
beso por donde se fue,
y a Alá le pido la guarde
y le otorgue todo bien.
Y eso que sufro hasta un punto
que nadie puede entender,
y es que todo, al irse ella,
menos el dolor cruel,
se llevó consigo y solo
en el mundo me quedé.
Y no tengo ya en el mundo
a quien los ojos volver.
No me atrevo a entrar en casa,
pues temo que, si me ve,
el envidioso se alegre
y por contento se dé.
¡Ye, cuánto me hace sufrir
el amor, qué fiero es!,

[20] *Redolet proverbium, Kl mn jatr nfsho ahlk nfsho.*

y, sin embargo, no pierdo
yo la ilusión y la fe,
y ya me alegro pensando
que la he de volver a ver [21].

Luego que oyó el *scheij* aquellos versos de Hasán comprendió que eran sinceros y que el joven no había de desistir de su empresa, sin que el argüirle de nada valiera, y que sin remisión se habría de arriesgar, aunque su vida le pudiera costar.

Y volviéndose al joven, le dijo:

–Has de saber, hijo mío, que la isla de Uaku-l-Uak se compone de siete islas, las cuales están defendidas por un ejército numeroso, formado todo él exclusivamente por mujeres, vírgenes y doncellas todas ellas, y que los habitantes de esas islas son todos, sin excepción, genios y satanases y réprobos y brujos y hechiceros, que forman tribus diversas, y dizque ninguno que entra allí vuelve nunca a salir. Así que hazme caso, hijo mío, y desiste de tu empeño, que acaso Alá te depare en compensación algo mejor.

Pero Hasán le contestó:

–Aunque me cortasen en pedazos, ¡*ye* mi señor!, no harían más que multiplicar mi amor.

Oído lo cual díjole el *scheij* a Hasán:

–¿De modo que no hay más remedio sino que tienes que llevar adelante tu empeño?

–Así es, por Alá–contestóle Hasán–. Solo te pido, pues, que me desees el triunfo y ruegues a Alá me conceda su ayuda para volverme a reunir con mi esposa y mis hijos en un plazo brevísimo.

Rompió Hasán luego a llorar, y lloró con tal vehemencia que rodó desmayado por tierra.

Y al recobrar luego el conocimiento recitó estos versos:

–¡*Ye* luz de las criaturas, la más bella
de cuantas creara Alá, tú eres el blanco
de todos mis anhelos y en ti solo
el motivo se cifra de mi llanto!
A pesar de la ausencia, sigues siempre
presente ante mis ojos, y en mi pecho
habitas de continuo, y el vacío
del corazón me colma tu recuerdo.
Sólo un momento soy feliz, a veces,
pensando que la ausencia es ilusoria,
ya que tu imagen no se borra nunca
y grabada la tengo en mi memoria.
Sólo vivo de ti, de la esperanza
de que el antiguo tiempo ha de volver,
y al fin de las tinieblas de la ausencia,
un día salir podré.
¡*Ye* céfiro suave, cuando pases
por el lugar donde su tribu acampa,
llévale mi saludo y dile cuánto
sufriendo está mi alma! [22].

Luego que el joven recitó estos versos, díjole el *scheij:*

–Hijo mío, Hasán, tú tienes madre; ¿no piensas en ella y en lo que sufrirá con tu ausencia?

Y Hasán le dijo al *scheij:*

–¡Por Alá, mi señor, mientras tenga vida, será para ir en busca de mi esposa y mis hijos, aunque se cumpla en ello mi sino!

Y después de decir eso rompió a llorar y suspirar de nuevo y, finalmente, recitó estos versos:

–Por el poder de Alá, que la distancia
no entibie vuestro amor,
que el mío no ha de entibiarse, pues no soy
de los que a un juramento hacen traición.
Mi amor es tal que si le cuento a alguno
mi secreto se asombra,
y dice que estoy loco sin remedio,
pues solo así se explica mi congoja.
–Tanta pasión y tanta pena juntas
–dicen–es grave mal.
¿Cómo podrá sanar de esa dolencia?
De fijo morirá.

Luego que acabó de recitar esos versos comprendió el *scheij* que no habría nada que lo hiciese desistir de su empeño, mientras tuviese su alma en el cuerpo.

[21] Suprimido en la edición de Bulak.

[22] Omitido en la edición de Bulak.

Entrególe, pues, la carta e invocó sobre él las bendiciones del cielo y volvió a reiterarle las recomendaciones que ya le había hecho.

Y le dijo:

–Esta carta, hijo mío, ha de servirte de mucho, pues va dirigida a Abu-r-Risch-ben-Balkis-ben-Môin [23], el cual es mi *scheij* y mi maestro, y le obedecen y temen todos los hombres y los genios.

Y después, finalmente, agregó:

–Emprende, hijo mío, la marcha ya con la bendición de Alá-*taála*.

Soltóle Hasán las riendas al caballo y este echó a volar con él, con la celeridad del rayo, y por espacio de diez días fue volando Hasán a lomos del alazán, hasta que se vio delante de un nubarrón, más negro que la noche y que de Oriente a Poniente cubría todo el horizonte.

Luego que Hasán estuvo cerca de aquella polvareda lanzó su caballo un relincho y al punto acudieron a aquel lugar muchedumbre de corceles, tan numerosos como las gotas de la lluvia, cuya cantidad no se puede calcular, y todos ellos empezaron a restregarse contra el alazán.

Llenóse Hasán de temor e inquietud y siguió cabalgando, llevando en torno suyo todos aquellos caballos y, apretó el paso, hasta llegar a la caverna que el *scheij* Abdu-l-Kaddús le había indicado y, al llegar a ella, paróse el alazán a la puerta.

Descabalgó Hasán y dejó las riendas prendidas en la montura, y el alazán entró en la gruta, en tanto Hasán se quedaba a la puerta, según el *scheij* Abdu-l-Kaddús le dijera, y se puso a recapacitar sobre las consecuencias de su empresa y tenía el ánimo turbado e inquieto, pues no sabía en qué iría a parar aquello.

[23] Padre de las barbas, es decir, el barbudo, hijo de Balkis, hija de Môin.

Y siguió por espacio de cinco días con sus noches sin moverse de delante de la puerta y sin dormir, muy triste y apenado, pensando en lo lejos que estaba de su madre y de su patria y de su mujer y de sus hijos y de sus compañeros y sus amigos, con los ojos llorosos y el corazón afligido.

Y recitó estos versos:

–Contigo se me fue el alma
y del alcor de mis ojos
ruedan sin cesar las lágrimas.
No soy ya sino una sombra,
un enamorado triste
que anda luego de zozobra
por un mundo de enemigos
que su dolor no comprende
y que de él hace ludibrio.
Pero dime, si tu amor
en este trance me puso
y esta mi pena causó,
¿cómo es posible que siendo
tu alma tan noble no hagas
por aliviar mi tormento?

Cuando hete aquí que ve salir de la ajaquefa al *scheij* Abu-r-Risch, que era negro de rostro y vestía también de negro riguroso.

Conocióle luego Hasán por la descripción que de él le hiciera el *scheij* Abdu-l-Kaddús, y en el acto se arrojó a sus plantas y restregó sus mejillas contra sus pies y cogióle la alforza de su manto y se la llevó a la cabeza y rompió en copioso llanto.

Y el *scheij* Abu-r-Risch le dijo:

–¿Qué es lo que deseas, hijo mío?

Alargóle Hasán la carta de Abdu-l-Kaddús y el *scheij* Abu-r-Risch, la cogió y se entró en la cueva, sin darle ninguna respuesta.

Sentóse Hasán a la puerta de la caverna y allí se estuvo sin moverse cinco días consecutivos, según el *scheij* Abdu-l-Kaddús le había dicho, y en todo ese tiempo fue acreciéndose su inquietud y arreciando su temor y empezó a llorar y a lamentarse, por efecto de su soledad y su dolor. Y estos versos recitó:

–¡Gloria al que los astros guía,
porque no hay más Dios que el Dio!
Amor de cierto es amargo,
y quien nunca lo probó
no puede tener idea
de lo acre de su sabor.
Si mis lágrimas contengo
por acallar mi dolor,
sangre a ríos lloraré.
¡*Ye* y qué duro el corazón
tiene aquella que se fue
y en soledad me dejó!
Sus ojos me consumieron
con su voraz resplandor;
una ruina soy ahora,
para quien antes me vio.
Pues no hago más que llorar
y es tan grande mi dolor,
que hasta los pájaros pían
cuando me lamento yo [24].

Y arreció en su llanto y se le alborotó el ánimo al pensar en lo lejos que estaba de todos los que amaba y en las muchas calamidades que pasara, y no cesó Hasán de llorar hasta que la mañana del día, el seiseno, empezó a alborear.

Y vio entonces salir al *scheij* Abu-r-Risch de la cueva y dirigirse a él y pudo notar que iba vestido de blanco, lo que era un signo fausto.

Hízole señas con la mano el *scheij,* desde la puerta, de que pasara adentro de la cueva, y Hasán se acercó y el *scheij* lo cogió de la mano y lo introdujo en el antro, y Hasán se alegró mucho, pues pensó que aquello era señal de que todo se iba a arreglar.

Cosa de medio día estuvo andando el *scheij* cueva adentro, llevando consigo a Hasán, hasta que ambos llegaron a una puerta de acero; abrióla el *scheij* y se encontraron ante un corredor muy largo, todo de nácar con incrustaciones de oro, y siguieron caminando a lo largo de aquella galería, hasta que fueron a salir a un patio muy amplio, todo enlosado de mármol, en cuyo centro había un jardín, con toda suerte de árboles y flores y frutos y aves que cantaban y loaban al Rey, el victorioso [25], con sus trinos armoniosos.

Había también en aquel vergel cuatro glorietas fronteras y en cada una de ellas una fuente, y en cada una de sus cuatro esquinas tenía cada fuente un león de oro, y en cada uno de aquellos compartimientos había un trono, en el que estaba sentado un personaje, teniendo en su mano un libro muy grande y a su lado una *albasaira* [26] de oro con fuego en el que se quemaban sahumerios. Y cada uno de aquellos *schiuj* tenía en torno suyo a sus discípulos, que leían en sus libros.

Luego que vieron llegar al *scheij* Abu-r-Risch y a su acompañante levantáronse todos aquellos personajes y acudieron a recibirlos y les dispensaron grandes demostraciones de respeto y cariño.

Adelantóse entonces el *scheij* Abu-r-Risch hacia ellos y les hizo seña de que despidiesen a todos los presentes, los cuales se retiraron inmediatamente.

Sentáronse luego los cuatro *schiuj* entre las manos del *scheij* Abu-r-Risch y le preguntaron por Hasán y el motivo de que le llevara allá.

Y el *scheij* Abu-r-Risch le dijo a Hasán:

–Cuéntales toda tu historia y todo cuanto te ha ocurrido, desde el principio al fin, sin nada callar ni omitir.

Echóse a llorar de nuevo Hasán y contóles a los *schiuj* todo cuanto hasta allí padeciera, de calamidades y peripecias, quedando ellos maravillados cuando terminó su relato.

Y los *schiuj,* después de oírlo, alzaron a una la voz y exclamaron:

–¿Conque entonces este joven es

[24] Suprimido en la edición de Bulak.

[25] «¿Por ventura no ves que a Alá lo alaba quien *(hay)* en los cielos y la tierra y los pájaros con sus alas abiertas? Cada cual sabe su *zalá* y su loanza y Alá sabe lo que hacen.» *Corán,* sura XXIV, *An-Nur* (La luz), vers. 41.

[26] Voz morisca. Pebetero.

aquel al que el mago Bahram hizo subir al galayo de la Montaña de las Nubes, cosiéndolo dentro de una piel de camello, que los buitres remontaron en su vuelo?

A lo que Hasán les dijo:

–Sí; yo soy, el mismo.

Y los *schiuj*, entonces, volviéronse al *scheij* Abu-r-Risch y le dijeron:

–*¡Ye scheij* nuestro! En verdad que Bahram se las arregló de modo que pudiera este joven elevarse a la Montaña de las Nubes; pero ¿cómo bajó luego de allí y qué maravillas vio allá arriba?

Y Abu-r-Risch le dijo a Hasán:

–Cuéntales a estos amigos cómo bajaste de la montaña y qué maravillas viste allá arriba.

Y el joven contóles en seguida a los *schiuj* todo cuanto le había sucedido, desde el principio hasta el fin, y todos aquellos *schiuj* se maravillaron al oírlo y exclamaron:

–*¡Ye scheij* de los *schiuj*, por Alá que este joven es harto infeliz! Pero acaso tú puedas ayudarle a recobrar su mujer y sus hijos...

Pero al llegar aquí sintió Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras encantadoras.

Y LA NOCHE 454 CONTINUO SU RELATO EN ESTA FORMA:

–Ha llegado a mi noticia, *¡ye* monarca, el afortunado!, que aquellos *schiuj*, luego que oyeron a Hasán referirles su historia, le dijeron al *scheij* Abu-r-Risch:

–¡Por Alá, que este joven es harto infeliz! Pero acaso tú puedas ayudarle a encontrar a su mujer y sus hijos y devolverle la tranquilidad.

A lo que el *scheij* Abu-r-Risch les contestó diciendo:

–Este, hermanos míos, es un asunto arduo y arriesgado y nunca vi a ninguno que odiara más la vida que este muchacho. Harto sabéis vosotros que las islas de Uaku-l-Uak son unas islas a las que no es posible llegar sin la vida arriesgar. Y os consta, además, lo fieros que son sus naturales y lo bien guardadas que esas islas están. Y, finalmente, habéis de saber cómo de atrás tengo jurado no poner el pie en esas islas ni intentar nada contra su gente. Así que ¿cómo voy a ayudar a este joven en lo que pretende?

–*¡Ye scheij* de los *schiuj!*–replicaron los otros–. Haz cuenta que este joven se está consumiendo de anhelos y por eso desafía todos los riesgos. Y ha venido a verte con una carta del *scheij* Abdu-l-Kaddús y es obligado que le ayudes tú.

Levantóse luego Hasán y besóle los pies al *scheij* Abu-r-Risch y, levantando la orla de su manto, púsosela sobre la cabeza y le dijo derramando profundo llanto:

–¡Por Alá te pido que me reúnas con mi mujer y mis hijos, aunque haya de exhalar mi último suspiro!

Echáronse a llorar todos al oírlo y le dijeron al *scheij* Abu-r-Risch:

–¡Granjéate la alijara de Alá ayudando a este cuitado, y cumple así también, de paso, con tu amigo, el *scheij* Abdu-l-Kaddús, que te lo ha recomendado!

–Este joven–exclamó el *scheij* Abu-r-Risch–es un desdichado que no sabe a lo que se ha arrojado; pero sea como fuere, trataré de ayudarle en cuanto esté de mi parte.

Alegróse mucho Hasán al oír las palabras del *scheij* Abu-r-Risch y besóle las manos y besóselas también uno por uno a todos sus hermanos, y tornó a demandarles su amparo.

Tomó luego Abu-r-Risch papel, tinta y caña y redactó una carta y la selló con su sello y se la dio a Hasán, y le entregó, además, una cartera de cuero, en la que había unos polvos de sahumerio y utensilios para encender fuego, como pajuelas y demás, y, finalmente, le dijo a Hasán:

–Guarda bien esta cartera, y, cuando te encuentres en algún apuro, echa un poco de ese sahumerio en el fuego y llámame, que al punto acudiré y de todo peligro te salvaré.

Mandó después el *scheij* Abu-r-Risch a uno de los circunstantes que le llevara a su presencia a uno de los genios voladores, y luego que fueron cumplidas sus órdenes y tuvo al genio entre sus manos, le dijo:

–¿Cómo te llamas?

Y el genio le contestó diciendo:

–Tu esclavo soy, señor, y me llamo Dahnasch-ben-Faktásch [27], para lo que gustes mandar.

–Acércate más a mí–díjole el *scheij* Abu-r-Risch.

Hízolo el genio así y el *scheij* Abu-r-Risch puso su boca sobre los oídos del *efrit* y le dijo unas palabras que no se pudieron oír. Movió el *efrit* su cabeza y luego el *scheij* Abu-r-Risch volvióse a Hasán y le dijo:

–Levántate, hijo mío, y monta sobre los hombros de este *efrit* Dahnasch, que es un genio volador, y cuando te eleve hasta los cielos y oigas a los ángeles ensalzar a Alá, abstente tú de hacerlo, pues de lo contrario moriríais los dos.

–Descuida–exclamó Hasán–, que haré lo que mandas sin rechistar.

Y el *scheij* Abu-r-Risch le dijo a Hasán:

–Mira, hijo mío: este *alifrit* irá volando contigo todo este día, y mañana, al clarear de la aurora, te dejará en un campo de tierra blanca como el alcanfor, y tú echarás a andar e irás andando por espacio de diez días, hasta que llegues a la puerta de una ciudad. Y entrarás en la ciudad y preguntarás por su sultán y, luego que te conduzcan a su presencia, lo saludarás con el *selam* y las manos le besarás, y después le darás este rollo y escucharás con atención lo que él te tenga que aconsejar.

–Oigo y obedezco–respondió Hasán.

Y acto seguido montóse a hombros del *alifrit* en tanto los *schiuj* se levantaban y rezaban por él y lo recomendaban a los cuidados de Dahnasch-ben-Faktásch.

Y el *efrit* se remontó con él en rápido vuelo hasta los confines del cielo y fue con él por los aires un día y una noche sin parar, hasta que pudieron oír a los ángeles cantar la loanza de Alá.

Y al amanecer la mañana aterrizó el *efrit* con Hasán y lo puso en el suelo sobre una tierra blanca como el alcanfor, y lo dejó allí y se marchó.

Luego que sintió Hasán que estaba sobre tierra, y en soledad completa, púsose a caminar y fue andando día y noche sin parar, por espacio de diez días, hasta que, al fin, llegó a la puerta de una ciudad y entróse en ella y preguntó por el monarca que en ella reinaba.

Indicáronselo luego y le dijeron:

–Se llama el rey Hasún [28], señor del país del Alcanfor y acaudilla numerosas tropas y milicias, capaces a cubrir la tierra, y a lo largo y lo ancho, cuando se despliegan.

Pidió Hasán audiencia al monarca y se la concedieron, y entró en el alcázar

[27] Nombre imaginario. A Roso de Luna le suena, no dice por qué, a vasco.

[28] Hasún, la misma connotación que Hasán, aliteración grata a los orientales.

y pasó a presencia del soberano, y besó la tierra entre sus manos, y el rey, luego que lo hubo visto, le dijo:

–¿Qué es lo que deseas de mí?

Sacó Hasán la carta del *scheij* Abu-r-Risch y la besó y luego se la entregó al rey, el cual la tomó y la leyó, y después movió su cabeza y permaneció una hora callado, sin darle respuesta.

Hasta que el fin llamó a uno de sus servidores y le dijo:

–Coge a este joven y aposéntalo en la cámara de la adiafa.

Tomólo de la mano el criado y condujo a Hasán a la cámara de la hospitalidad, y en ella permaneció Hasán tres días, comiendo y bebiendo, sin recibir ninguna noticia.

Hasta que al día, el cuarto, tornó el criado a cogerlo de la mano y lo llevó de nuevo a presencia del rey, y el rey le dijo:

–Mira, Hasán, tú has venido acá con el afán de penetrar en las islas de Uaku-l-Uak, según nos dice en su carta el *scheij* Abu-r-Risch, *scheij* de los *schiuj*. Pues bien: hoy mismo voy a enviarte allá; pero conste que lo hago en atención al *scheij* Abu-r-Risch-ben-Balkis-ben-Môin, al cual no se le puede negar nada de cuanto me quisiere pedir.

Y desde ahora te advierto que, de aquí allá, se interponen peligros sin cuento y muchos sedientos desiertos, cuajados de sustos y espantos; pero no temas nada, hijo mío, pues solo cosas buenas te habrán de suceder, que ya descubriré yo el medio de que, pese a todo, logres tu deseo.

Y has de saber, demás de eso, hijo mío, cómo hay un poderoso ejército, bien armado y en nobles bridones montado, de soldados de Deilam que están deseando irrumpir en las islas de Uaku-l-Uak y no se atreven a hacerlo por no contar con los suficientes medios.

Pero dentro de poco llegarán aquí barcos de la isla de Uaku-l-Uak, y, luego que arribe uno de ellos, montarás en él y yo les recomendaré a los marineros que velen por ti y te traten bien y provean a todo cuanto hubieres menester, hasta que llegares a la isla de Uaku-l-Uak sin ninguna dificultad.

Y si alguno te interrogare sobre tu persona y estado, le contestarás diciendo: «Yo soy deudo del rey Hasún, señor de la tierra del Alcanfor.»

Ahora bien, hijo mío, Hasán: luego que el barco fondee en la isla de Uaku-l-Uak y el arráez te diga: «Ya puedes bajar», saltarás a tierra y verás en ella multitud de bancos, distribuidos en todos sentidos; elige uno de ellos y acurrúcate debajo de él y de allí no te muevas en tanto no anochezca.

Pero luego que la noche fuere venida y veas llegar un ejército de mujeres, compendio de todas las bellezas, alarga tu mano y coge a la que se siente encima de tu banco e implora su amparo, pues has de saber que esa será la que te saque de tu necesidad y te lleve al lado de tu mujer y de tus hijos; pero si ella te rechaza, llora por tu alma y desconfía de tu vida y ten por seguro que tu fin se aproxima.

Y, al terminar, añadió así:

–Esto es todo cuanto puedo hacer por ti. Y has de saber que, como no venga en tu ayuda el Señor de los cielos, no podrás llegar en la vida a esa algecira.

Al oír Hasán tales palabras del rey Hasún rompió a llorar hasta caer desmayado al suelo, y, luego que volvió en sí, improvisó estos versos:

–Todos tenemos marcado
nuestro plazo por el sino,
y, luego que aquel se cumple,
sin remisión nos morimos.
Pero si el león más bravo
me acometiese en la selva,
antes de cumplirse el plazo
devorarme no pudiera.

Luego que terminó de recitar estos versos besó la tierra entre las manos del rey Hasún y le dijo:

–¡*Ye* gran monarca! ¿Cuántos días faltan aún para que venga el barco que me lleve a la isla?

–Un mes–respondióle el rey–, y luego ha de estarse aquí otros dos meses más, hasta vender las mercancías que a bordo traerá. Y después se hará nuevamente a la mar. De suerte, pues, que han de pasar tres meses completos hasta que tu viaje sea un hecho.

Mandó luego el rey a Hasán que se volviese a la casa de la adiafa, y en ella permaneció un mes entero, cumplido el cual arribó el barco y entonces salieron el rey y los mercaderes, y, tomando consigo a Hasán, lleváronlo al puerto, donde vio el joven varios navíos, a bordo de los cuales bullía una muchedumbre numerosa, tal que no se podía contar, pues era como las arenas del mar, cuyo número solo puede saber el que las pudo crear.

Tenía aquel barco otras embarcaciones menudas que se ocupaban a la sazón para trasladar a la marina las mercancías que a bordo traía.

Permaneció Hasán allí hasta que acarrearon toda la carga a tierra y los mercaderes procedieron a venderla y mercar otra nueva, después de lo cual solo quedaban tres días para que el barco se hiciese nuevamente a la mar.

Llamó entonces el rey a Hasán y proveyólo de cuanto podía necesitar para su travesía y le hizo, además, grandes mercedes y alheidas [29]. Y después llamó al arráez de la embarcación y le dijo:

–Toma a este joven contigo y llévatelo al barco, sin que nadie se entere, y condúcelo a las islas de Uaku-l-Uak y déjalo allá.

Y así diciendo entrególe el rey a Hasán al arráez, y este tomó al joven y lo metió en un arca y lo depositó en un bote, y luego, aprovechando la ocasión de estar la gente ocupada en las faenas de la carga y descarga, lo trasladó a bordo de la nave, sin que lo advirtiese nadie.

Levó anclas después el barco y empezó a navegar y fue bogando sin parar, por espacio de diez singladuras, y al día, el onceno, dieron vista a las islas los marineros.

Saltó Hasán a tierra y, al poner pie en ella, vio por allí muchos bancos, tantos que solo Alá habría podido contarlos.

Echó a andar por la playa Hasán hasta llegar junto a un banco que no tenía igual y se acurrucó debajo de él, según le recomendara el rey.

Y no tardaron las mujeres en acudir a la marina a ver las mercancías que a bordo del barco venían, y, luego de recrearse y satisfacer mirándolas su curiosidad, sentáronse en aquellos bancos para descansar. Y una de ellas sentóse en el banco, debajo del cual estaba escondido Hasán.

Y fue entonces Hasán y asió de la alforza de su vestido y se la llevó a la cabeza y se la puso encima de ella y luego pasó a besarle a la mujer las manos y los pies, en tanto derramaba muchas y ardientes lágrimas.

Volvióse la mujer a mirarlo y le dijo:

–¡*Ye* este! [30]. Anda y levántate y ponte en pie, antes que te vea alguno y te dé muerte.

Salió entonces Hasán de debajo del banco y se levantó y se puso en pie y le dijo a la mujer:

–¡*Ye* mi señora, bajo tu amparo me pongo y a tu protección me acojo! ¡Ten compasión de uno que vaga lejos de su mujer y de sus hijos y está

[29] Regalos.

[30] ¡*Ye* haza!, eufemismo para evitar la interpelación directa. Compárase con la exclamación griega *oavtós!*

ansioso de unirse con ellos! ¡Tenme compasión y haz cuenta que con ello te asegurarás el alchenna de Alá! Y puesto que no quieras ampararme, por lo menos guarda silencio sobre mi caso y no me denuncies, que así te lo pido por Alá (el Grande, el Ocultador, el Amparador), que no rechaza a nadie.

Pero la mujer volvióse a él y le dijo:

–Serena tu alma, hijo mío, y refresca tus ojos y aquieta tu corazón y tu ánimo y vuélvete al banco y escóndete debajo como estabas y aguarda a que la noche venga, que entonces proveerá Alá según lo que plazca a su voluntad.

Despidióse luego la mujer de Hasán y este tornó a esconderse debajo del banco, según le había mandado.

Vino luego la noche y las amazonas aquellas encendieron candelas de cera, mezcladas con áloe y almizcle y ámbar, que estuvieron ardiendo hasta el alba.

Luego que amaneció el día tornaron los marineros a sus faenas de descargar las mercancías, y estuvieron ocupados en esa ocupación hasta que oscureció, y todo ese tiempo permaneció Hasán debajo del banco, llorando y suspirando, húmedos los ojos y afligido el ánimo, sin saber qué sería lo que el sino le depararía.

Pero estando así el joven vio venir a la mujer cuyo amparo había implorado, la cual le entregó una armadura de oro y un almófar y una espada y una lanza y un cinturón sobredorado.

Hasán tomó aquellas armas que la mujer le entregara, y ella le dijo al dárselas:

–Siéntate en el banco y vístete estas armas y haz porque nadie se entere de tu estado.

Sentóse Hasán encima del banco y se vistió las armas y su lengua no cesaba de invocar a Alá-*taála* y de pedirle, con todo fervor y celo, que lo cubriese con su velo.

Y estando Hasán sentado en el banco empezaron a llegar los faroleros con sus antorchas y sus linternas y también desfilaron por la marina las mujeres guerreras.

Fue entonces Hasán y se metió entre ellas y se confundió entre sus filas y empezó a marchar como si fuese otra tal.

Y luego que empezó a clarear la mañana dirigiéronse las guerreras, y Hasán entre ellas, a sus tiendas, entrándose cada cual en la suya, y Hasán metióse en una tienda que resultó ser la de aquella mujer bajo cuyo amparo se pusiera.

Y luego que la mujer entró en su tienda despojóse de sus armas y lo mismo hizo Hasán y miró a la mujer y advirtió que era una vieja encanecida, de ojos zarcos, con unas narizotas descomunales, una calamidad de calamidades, la más fea de todas las criaturas, con la cara pecosa de viruelas y sin cejas, dientes mellados y quijadas desvencijadas y el pelo blanco y la nariz colgando y los morros babeando, como de ella dijo el poeta:

«Nueve calamidades anidan en los pliegues
de sus carrillos, y dizque son cual nueve
infiernos cuya visión aterra al creyente;
vista solo de lejos un erizo parece,
pero de cerca es letrina pestilente.»

Y en verdad que semejaba una serpiente de piel tachonada o una loba escaldada.

Y aquella vieja miró también a Hasán y se quedó maravillada de su juventud y hermosa planta y le dijo:

–¿Cómo viniste hasta aquí, qué barco te trajo y cómo pudiste llegar sano y salvo?

Y a este tenor siguió la mujer preguntando a Hasán pormenores de su persona y su estado, maravillándose de que hasta allí hubiera llegado.

Y Hasán se echó a sus pies y restregó contra ellos su cara y rompió a

llorar con tal vehemencia que perdió el conocimiento, y, al volver luego en sí improvisó estos versos:

–¿Cuándo de mí, apiadado, querrá el sino
unirme con aquellos que yo amo
y hacer que al fin terminen para siempre
mis penas y trabajos?
¡*Ye* si corriera el Nilo cual mis lágrimas,
el mundo anegaría,
y el Jichás y el Irak y Scham y Mizr
en un mar trocaría!
Tan caudaloso llanto es el que vierten
mis ojos por ti, amada,
y hasta que hallarte logre de igual modo
han de correr mis lágrimas.

Luego que terminó de recitar sus versos asió Hasán del pico de la túnica de la vieja y se cubrió con él la cabeza y tornó a verter copioso llanto y a implorar de la mujer protección y amparo.

Y al ver aquella tanto dolor y tal pasión y tal pesar, al fin se enterneció su corazón y bajo su sombra lo tomó.

Y le dijo:

–Nada temas, hijo mío.

Rogóle luego le contase toda su historia y el joven se la refirió toda, desde el comienzo al fin, sin nada callar ni omitir.

Maravillóse la vieja al oírlo y le dijo:

–En verdad que lo que a ti te ha ocurrido a nadie antes le ha sucedido. Pero calma tu corazón, hijo mío, y refresca tus ojos y aquieta tu espíritu y ahuyenta todo temor de tu alma, que ya lograrás lo que anhelas y verás tu necesidad satisfecha, *in scha-l-Lahtaála.*

Alegróse mucho Hasán al oír tales palabras, y la vieja, por su parte, mandó venir a su presencia a las capitanas del ejército, y dizque aquel día era el último del mes que corría.

Luego que las capitanas llegaron besaron la tierra entre sus manos y la vieja les dijo:

–Pregonad por todo el ejército que mañana por la mañana estén todas preparadas para la marcha y se presenten todas, sin falta, pues la que no lo haga perderá su alma.

–Oímos y obedecemos–respondieron ellas.

Y en el acto marcharon a anunciarles a las tropas que al otro día, por la mañana, debían acudir a pasar lista, y después volvieron y se lo comunicaron a la anciana.

Por donde entendió Hasán ser aquella vieja la generala de todo el ejército y su nombre Schauahi-Ummu-d-Dauahi [31].

Y no paró la vieja, en todo aquel día, de mandar y vedar, y Hasán, por su parte, no se despojó de sus armas.

Ahora bien: luego que al día, el siguiente, amaneció la mañana, empezaron a moverse las huestes.

Y cuando ya estuvieron todas reunidas en el mismo sitio, díjole Schauahi [32] a Hasán:

–Acércate a mí, hijo mío.

Acercóse a ella Hasán y se detuvo entre sus manos, y ella se adelantó hacia él y le dijo:

–Dime, hijo mío: ¿por qué motivo arriesgaste tu alma y viniste hasta aquí y cómo expusiste tu alma a morir? ¡Cuéntamelo todo sin mentir y fía en mi protección, que desde el primer momento me inspiraste compasión! Contóselo todo Hasán, desde el principio hasta el fin, y, luego que la vieja oyó toda la historia, movió la cabeza y exclamó:

–¡Loado sea Alá que veló por tu seguridad y te trajo sano y salvo hasta aquí y te puso en nuestras manos, que,

[31] *Ummu-d-Dauahi:* Madre de las calamidades, apodo que, como se recordará, ostenta también la madre del rey Hardob, en la *Historia del rey Omaru-n-Nômán y sus hijos.* El epíteto tiene un sentido honroso, pues se entiende que su portadora es Madre de calamidades para los enemigos.

[32] Deseo. Como Desideria.

de haber caído en otras, de fijo que podrías darte por perdido; pero la sinceridad de tu intención y de tu amor por tu esposa y tus hijos es la que te ha granjeado el logro de tus anhelos y te ha encaminado hacia nuestros terrenos, pues has de saber que tu mujer y tus pequeños no se hallan aquí a la hora actual, sino en la séptima de las islas de Al-Uaku-l-Uak, que es la más grande de todas, y entre ella y la nuestra median siete meses de jornada, caminando sin parar, noche y día, y para ir allá hay que pasar primero por un país que le dicen el País de los Pájaros, donde, por la algarabía que estos arman y el ruido que producen con el batir de sus alas, no se entienden unos a otros los viajeros que por allí pasan.

Luego de atravesar ese país, seguimos viajando por espacio de once jornadas, hasta llegar a otro país que le dicen País de las Fieras, por el fragor que allí se escucha de rugir de leones y aullar de lobos, y reír de hienas y bramar de otras fieras, lo que es causa también de que la gente no se entienda, y en cruzar ese país invertimos veinte días.

Pasamos de esas tierras a un tercer país, que llaman el País de los *Alifrites,* porque, debido a la gritería que estos arman y al fuego y el humo que echan por sus bocas, junto con el fragor de sus gruñidos, corre el viajero peligro de quedarse ciego y sordo, y así nos tapamos los ojos y los oídos y pasamos de largo sin mirar atrás, pues si lo hiciéramos pereceríamos, de suerte que el jinete agacha la cabeza sobre la montura y en tres días no la levanta.

Vamos luego a salir frente a la montaña, a cuyo pie corre un río, colindante con las islas de Al-Uak, que son en número de siete, y cuya extensión tarda en recorrer un año entero un bien fajado jinete.

Y has de saber además, hijo mío, que estas tropas de aquí están formadas por mujeres, mocitas solteras todas ellas, y que la que sobre todas nosotras manda es una mujer del archipiélago de Al-Uak.

Y a orillas del río que te dije álzase otra montaña llamada Al-Uak y la razón porque así la llaman es que crece en ella un árbol que da unos frutos semejantes a cabezas de hijos de Adán.

Y todos los días, al salir el sol, rompen a gritar todas esas cabezas a la par, diciendo:

–¡*Uak, Uak,* gloria al rey Al Jallak! [33]

Y nosotras, al oír esos gritos, conocemos que el sol ha salido.

Y de igual modo, al ponerse el sol, vuelven aquellas cabezas a clamar:

–¡*Uak, Uak,* gloria a Al Jal-lak! Y por ahí conocemos que el sol se ha puesto.

Y no hay hombre alguno que pueda morar entre nosotras ni llegar hasta aquí u hollar esta tierra, y entre nosotras y la corte de la reina que nos gobierna media un mes de jornada, a partir de esta ribera, y nuestra soberana tiene a todos bajo su mano y, asimismo, señorea todas las tribus de los *alifrites, amrad* y satanases, que son tantos en número que solamente Alá, que los creó, podría contarlos.

Pero si eres gustoso de quedarte con nosotras no te lo he de impedir. Y si abrigas algún temor, dímelo luego sin rubor y yo nombraré quien te acompañe a la marina y quien allí te embarque a bordo de una galera que te lleve a tu tierra.

Pero si prefirieses quedarte aquí no te lo he de impedir y podrás gozar de mi adiafa hasta que veas satisfecha tu necesidad, *in scha-l-Lah-taála.*

A lo que replicó Hasán:

–¡*Ye* mi señora, no me separaré de ti

[33] El Creador en árabe.

mientras viva, hasta que no me reúna con mi mujer y mis hijos o exhale mi último suspiro!

–Está bien–dijo la vieja–; no hay inconveniente en que así sea.

Invocó Hasán sobre ella las albaracas del cielo y le besó las manos y la frente y le dio gracias por su bondad y por su mucha generosidad y se quedó a su lado, pensando en las cosas que le habían pasado y en las vicisitudes de su peregrinar y rompió a llorar y a suspirar, y, a impulsos del sentimiento, improvisó estos versos:

–Sopló la brisa del lado
donde mi amada se encuentra
y enfermo me sorprendió
de tanto pensar en ella.

Grave cosa es despedirse
de aquellos a quien se ama
y de la amistad el lazo
cortar con mano forzada.
¡*Ye* la única en belleza,
único es también mi amor,
y miente aquel que pretenda
amarte cual te amo yo!

Mandó luego la vieja que repicasen los adufes de la marcha y todo el ejército púsose luego en movimiento, y empezaron a caminar y no pararon de andar hasta que llegaron a los confines de una isla de las siete islas de Al-Uaku-l-Uak, que era la Isla de los Pájaros, de la que ya he hablado.

Pero al llegar aquí sorprendió a Schahrasad la aurora y cortó el hilo de sus palabras encantadoras.

Y LA NOCHE 455 PROSIGUIO SU RELATO EN ESTA FORMA:

–Ha llegado a mi noticia, ¡*ye* monarca, el afortunado!, que, al penetrar Hasán en aquella isla, pensó que el mundo se venía abajo por el estruendo que armaban los pájaros, y le entró jaqueca y casi perdió el sentido y se le nubló la vista y se le atrancaron los oídos y concibió tal temor que creyó estar a dos dedos de su perdición.

Y al verlo así la vieja llamada Schauahi echóse a reír y le dijo:

–Si en la primera de las islas te pasa esto, hijo mío, ¿qué será cuando abordes a las demás?

Oído que hubo aquello Hasán invocó a Alá y se humilló ante El y le pidió le prestase su ayuda para soportar sus desventuras y salir con bien de tanta aventura.

Y siguieron luego caminando hasta que atravesaron toda la tierra de los pájaros y la dejaron atrás y entraron en la tierra de las fieras y de allí pasaron a la de los genios, y Hasán, al verla, llenóse de temor y pesóle de haberse internado en ella, solo que refugióse en Alá y siguió adelante con los demás.

Y salieron luego de la tierra de los genios y llegaron a la orilla de un río y acamparon al pie de un monte muy alto y armaron allí sus tiendas y descansaron y comieron y bebieron y se acostaron para dormir y durmieron descuidados, puesto que estaban en su país.

Luego que amaneció la mañana del día, el siguiente, plantóle la vieja a Hasán en la ribera un trono de alabastro, incrustado de aljófar y chapado de oro rojo, y Hasán sentóse en aquel trono, tapándose primero la cara con un pañuelo, sin dejar ver más que los ojos.

Mandó luego la vieja que todas las milicianas se concentrasen ante su tien-

da y se despojasen de sus ropas y se lanzasen al río y se bañasen, y dizque dio esa orden con la intención de que todas aquellas amazonas desfilasen ante Hasán desnudas, a fin de que este pudiera ver si alguna de ellas era su mujer.

Desfilaron, pues, todas las milicianas por delante de la vieja y, quitándose sus ropas, fuéronse al río y Hasán, desde su trono, lo presenciaba todo.

Y dizque el joven no pudo menos de encalabrinarse y perder el sosiego al ver a aquellas mocitas desnudas como al mundo vinieron, sin nada que las cubriera, mostrando lo que entre sus muslos suelen recatar las doncellas y que era de una variedad prodigiosa: ya liso y redondito, ya abultado y acolchado, ya de grandes labios, perfecto, exuberante y amplio, y dizque sus caras semejaban lunas y eran sus cabellos como noche sobre día, pues eran de las hijas de los reyes.

Luego que se hubieron bañado salieron del agua enteramente desnudas y dizque parecían otras tantas lunas en la noche de su plenitud, y la vieja fuele preguntando a Hasán, en tanto ellas desfilaban por compañías, si alguna de ellas era su mujer, a lo que el joven siempre le respondía:

–No; no es ninguna de ellas mi mujer.

Cuando he aquí que le tocó el turno de pasar a una joven que iba de las últimas y llevaba a su servicio diez esclavas y treinta azafatas, todas ellas solteras, de turgentes pechos, y que, quitándose sus ropas, lanzáronse al río, en unión de su señora.

La cual se puso a montárseles encima, por pura diversión, y a sumergirlas en el agua, y retozando así con ellas sin parar estuvo por espacio de una hora temporal, después de lo cual salióse del río con sus criadas, sin ponerse sus vestidos, y se sentó en la arena, y sus doncellas le llevaron toallas de seda, con ceneta de oro, y con ellas le enjugaron el cuerpo hermoso.

Después de lo cual presentáronle ropas y aderezos, obra de mano de los genios, y ella se vistió y se levantó y echó a andar con garboso paso por entre las guerreras, seguida de sus treinta doncellas.

Y al verla Hasán estuvo en un tris no se le volara del pecho el corazón y pensó: «En verdad que esta mocita es la más parecida a la pájara que vi bañarse en la albufera del alcázar de mis hermanas, las princesas, y que también se divertía hostigando en broma a sus compañeras.»

Y la vieja preguntóle al joven:

–Dime, Hasán: ¿es esa tu mujer, por casualidad?

Pero el joven le respondió:

–No, por tu vida, mi señora; no es mi esposa, ni entre todas las mocitas que he visto en esta isla hay ninguna que a ella se le parezca ni pueda rivalizar con ella en punto a bien formada y agraciada y linda y simpática.

Y Schauahi, al oírlo, le dijo:

–Pues descríbemela bien y detállame una por una todas sus perfecciones para que se me graben bien en la mollera, que yo conozco a todas las mocitas de estas islas de Uaku-l-Uak, a fuer de generala que soy de toda la femenil tropa y sobre todas ellas señora. De suerte que, si me la describes bien, la podré distinguir entre todas las demás y discurrir algún ardid para poderla pescar.

Y Hasán le dijo a la vieja:

–Mi esposa tiene la cara más hermosa y la planta más garbosa, y tiene tersas y suaves las mejillas y levantados los pechos, y son sus ojos de luz líquida, y sus caderas y muslos pomposos, y sus dientes blancos como el ampo de la nieve, y su lengua, al hablar, derrama dulzura, y es su decir almibarado y, cual la rama del sauce, lánguido. Y son sus labios como el



coral de rojos, y de suyo alcoholados sus ojos, y sus otros labios [34] son tiernos y blandos. Y en su carrillo derecho luce un lunar, y en su vientre, por debajo del ombligo, muestra una señal, y su rostro resplandece cual la luna fulgente y tiene estrecho el talle y sus caderas anchas y de su boca la saliva sana al adolecido cual si fuera el Kautser o el Selsebil del Paraíso.

Y la vieja le dijo a Hasán:

–Acrece más tu descripción; ¡así Alá acrezca tu pasión!

Y Hasán prosiguió:

–Mi mujer es la más hermosa de rostro y sus mejillas ovaladas son la rareza más rara; tiene el cuello largo y erguido y sus ojos parecen alcoholados de suyo, y en sus carrillos florece la anémona y su boca es como un sello de coral y sus dientecillos atraen y embriagan como el vino en copa de cristal.

Vaciada fue en el molde de la gracia y entre sus muslos se esconde el trono del jalifato y entre todos los santos lugares no hay otro santuario más venerable, según en su elogio dijo el poeta:

«El nombre de aquello que me tiene loco
se escribe con letras de tipo famoso;
un cuatro por cinco multiplica bien
y luego haz lo mismo con un seis por diez» [35].

Y luego Hasán rompió a llorar y recitó los siguientes versos:

–¡*Ye* corazón, mi amor te traicionó
y huyó de ti!
No te vengues por ello, ten paciencia
y triunfarás al fin.
Que es sabido que Alá da la victoria
al que sabe sufrir.

Y luego, todavía, recitó Hasán estos otros versos:

–Si vivir quieres tranquilo,
no codicies los placeres;
sé comedido en palabras
y nunca te desesperes;
aunque en el más grave trance
a encontrarte tú vinieres,
no pierdas nunca la calma,
que Alá ama a los pacientes;
reza la *fáthia* y luego
lograrás lo que desees,
y Alá te abrirá la puerta
que más cerrada tuvieres [36].

Luego que la anciana oyóle a Hasán recitar esos versos agachó la cabeza al suelo y así permaneció una hora de tiempo, y después la levantó y exclamó:

–¡Loado sea Alá, el poderoso en sus decretos! En verdad, Hasán, que me das pena y quisiera que el cielo me hubiera ahorrado tu conocimiento, porque esa mujer que me pintas como tu esposa no puede ser otra que la hija mayor del soberano supremo, la que reina sobre todas las islas de Al-Uaku-l-Uak con indiscutido imperio. Abre, pues, los ojos y el entendimiento y entra en razón, hijo mío, y desiste de tu pretensión y vuélvete en seguida a tu país y no expongas tu alma, y la mía también, a la perdición, pues pienso que esa mujer te está negada sin remedio; así que vuélvete por donde has venido, que eso será lo mejor, hijo mío.

Así le dijo la vieja a Hasán, llena de temor por él y por ella misma, y Hasán rompió a llorar, al oírla, y, con tal vehemencia lloró, que se desmayó.

Rocióle la vieja la cara con agua, hasta que el joven recobró el conocimiento, y entonces se echó a llorar de nuevo, y derramó tanto llanto que sus ropas se le mojaron.

[34] *Schafait* por oposición a *Schafa*, los labios de la boca. El lector comprenderá a qué labios se alude aquí.

[35] Combinación cabalística operando sobre el valor numérico de las letras: 4 por 5 igual 20, a la letra Kaf; 6 por 10 igual a 60, letra Sin (S). Total *Kus*, voz árabe tomada del griego *Kusós*, que designa el sexo femenino.

[36] Alusión de carácter erótico, harto irreverente.

Tales fueron el pesar y el dolor y el sentimiento que las palabras de la vieja le produjeron que, al oírlas, desesperó el joven de su vida.

Luego dirigióse Hasán a la vieja y le dijo:

–¡*Ye* mi señora! ¿Cómo quieres que me torne a mi tierra después de haber llegado hasta aquí, afrontando tantas peripecias? Además, que no creo sea verdad eso de que tú no puedes ayudarme en mi empresa, siendo, como eres, generala de las femeniles huestes y mandando como mandas en todas esas mujeres.

–¡Por Alá, hijo mío–respondió la vieja–, si eligieras alguna de estas jóvenes milicianas yo te la daría de buen grado, en lugar de tu esposa, con tal que desistieses de tu empeño y no cayeses en las manos de estos reyes, de las cuales no podría yo salvarte! Por Alá te conjuro; haz caso de lo que te digo y escoge, entre todas estas jóvenes, una cualquiera que no sea aquella y llévatela a tu tierra y no nos comprometas, que por Alá que te has metido en una empresa aventurada que te puede acarrear una gran desgracia, de la que nadie pueda salvarte.

Bajó Hasán la cabeza al oír las palabras de la vieja y rompió a llorar con mucho sentimiento y recitó estos versos:

–Me censuran porque lloro y yo les digo:
–¿Cómo no he de llorar
si Alá en cada uno de mis ojos
me puso un lagrimal?
Llega un momento en que ellos se desbordan
y no puedo evitar
que las lágrimas rueden por mi rostro
en copioso raudal.
Que el amor me ha tratado duramente
y su abismo voraz [37]
me ha sorbido de un modo que mi cuerpo
no es ni su sombra ya.
¡*Ye* amigos, vuestra ausencia ya no puede
mi alma resistir más!
¿Cómo es posible que por mí no sientan
vuestros pechos piedad?
¿Cómo es posible que al olvido deis
la jurada amistad
y me dejéis por tanto tiempo en esta
terrible soledad?
El día que os separasteis de mi lado
apuré la fatal
copa del abandono y la tristeza
hasta la saciedad.
¿Cómo no he de llorar, *ye* mis censores?
Decidme, por Alá:
¿Para cuándo las lágrimas entonces
habré de reservar?
Pero caso no hagáis, lágrimas mías,
y corred sin cesar,
hasta que al fin a aquellos a quien amo
mover logre a piedad.

Pero al llegar aquí sorprendió a Schahrasad la aurora y cortó el curso de sus elocuentes palabras.

Y LA NOCHE 456 SIGUIO DICIENDO LA MUCHACHA:

–Tengo entendido, ¡*ye* monarca, el afortunado!, que cuando la vieja le dijo a Hasán:

«¡Por Alá te ruego, hijo mío, hagas caso de mis palabras y elijas a alguna de estas jóvenes en lugar de tu esposa y te vayas con ella a tu tierra», rompió Hasán a llorar y restregó su mejilla contra los pies de la vieja y le dijo:

–¡*Ye* mi señora y dueña, *ye* frescura de mis ojos! ¿Cómo me he de volver después de haber llegado hasta aquí, sin mi deseo cumplir y sin ver a quien buscaba, estando, como quien dice, a la puerta de su casa? No; que espero ahora lograr mi pretensión y unirme para siempre con mi amor.

Y Hasán, a impulsos del sentimiento improvisó estos versos:

[37] La palabra árabe ***haua*** significa, al mismo tiempo, amor y abismo, el abismo del amor.

–Reina de la belleza y hermosura,
cuyos ojos flecheros
al propio rey Jusrav, con ser tan grande,
lo hicieron prisionero.
Al almizcle fragante sin disputa
vencéis con vuestro aliento
y la rosa encarnada junto a vuestra
mejilla palidece sin remedio.
La perfumada brisa en primavera,
si agitáis vuestros velos,
sin fragancia se queda, pues su aroma
recíbelo de ellos.
Porque os amo, criticame la gente;
mas yo de sus consejos
no hago caso ninguno, pues ¿qué saben
de amor mis consejeros?
Cautivo me rindieron unos ojos
y feliz yo me siento,
que, aunque yo no quisiera, ellos me habrían
rendido, a mi despecho.
Desgránanse mis lágrimas en tanto
que engrano yo mis versos,
y se diría que en verso y prosa estoy
hablando al mismo tiempo.
De sus mejillas el carmín mi entraña
me fundió con su fuego,
y desde entonces una brasa ardiente
prendida en ella llevo.
Con mi eterna canción a todos canso
y a todos causo tedio.
Pero decidme: ¿con cuál otra podría
yo desahogar mi pecho?
Mientras viva Hasán no tendrá otro
tema ni otro argumento,
a menos que Alá quiera, por su suerte,
renovar los motivos de su estro.

Luego que terminó Hasán de recitar aquellos versos enternecióse la vieja y llegóse a él y trató de consolarlo y tranquilizar su ánimo y le dijo:

–Serena tu alma y refresca tus ojos y ahuyenta el pesar de tu espíritu, que, por Alá, he de correr todos los peligros contigo hasta que logres tu designio, aunque se me cumpla en ello mi sino.

Serenósele el espíritu a Hasán al oír las palabras de la vieja y se le ensanchó el pecho y se le disipó la tristeza, y hasta el cabo del día estuvo conversando con ella.

Luego que la noche anocheció desparramáronse las muchachas, yéndose unas a sus casas y quedándose otras a dormir en sus tiendas de campaña.

Tomó la vieja a Hasán y se lo llevó consigo a la ciudad y lo introdujo en una mansión aislada, donde nadie pudiera verlo, para que no le fueran a la reina con el cuento y esta lo mandara matar, en unión de quien lo hubiera llevado a aquel lugar.

Y ya allí púsose la vieja a servir ella misma a Hasán y a meterle miedo con el rey principal, padre de su esposa, y Hasán la oía llorando entre sus manos y le decía:

–¡*Ye* mi señora: odioso me será el mundo y preferiré la muerte a seguir viviendo si no logro reunirme con mi mujer y mis hijos; así que estoy decidido a arriesgar mi vida y lograr lo que deseo y morir luego!

Al ver la vieja cuán ansioso estaba Hasán por unirse con su mujer y sus hijos, luego comprendió que nada sería parte a hacerle desistir de su empeño ni nada capaz de arredrarlo, que ya dice el proverbio: «Nunca el anamorado presta oídos al buen consejo.»

Ahora bien: la reina de todas aquellas tierras en que estaban era la reina Nuru-l-Hodá [38], la hija mayor del viejo sultán, y tenía seis hermanas mocitas, las cuales vivían con su padre, cuya ciudad y corte era la ciudad del principal de toda la comarca.

Y al ver la anciana matrona el fuego de nostalgia en que Hasán se consumía, suspirando por ver de nuevo a su mujer y sus hijos, fue y se levantó y en aquel punto y hora dirigióse al palacio de la reina Nuru-l-Hodá y pasó adentro y besó la tierra entre sus manos, que a cualquier hora podía entrar sin anunciarse en su cámara, por haber sido ella quien a todas aquellas princesas criara y gozaba con ellas de gran predicamento y también con el viejo rey tenía gran valimiento.

Y Nuru-l-Hodá, no bien la vio venir, levantóse de su asiento y salióle al encuentro y la estrechó entre sus brazos y la hizo sentar a su lado y le

[38] Luz de la dirección, en sentido místico.

preguntó si había tenido un viaje afortunado.

Y la vieja le respondió, diciendo así:

–¡Por Alá, mi señora, que ha sido este un viaje bendito y te he traído un regalo que te mostraré acto seguido!

Después de lo cual añadió:

–¡*Ye* hija mía, *ye* reina de los siglos y los tiempos! Vengo a ti con un caso extraordinario que te referiré, a fin de que me ayudes a salir con bien de él. Y dizque, si no estuviere animada de esa esperanza, no te lo contara.

–Dime de qué se trata–exclamó la soberana–, que ya sabes de sobra que a tu disposición estamos yo y mi reino y mis tropas.

Contóle entonces la vieja a la reina toda la historia de Hasán, desde el principio al fin, y, en tanto que se la contaba, todo su cuerpo le temblaba, como rama del árbol por el huracán azotada.

–¡*Ye* mi señora!–díjole la vieja a la reina–. Estaba yo sentada en mi banco en la orilla del mar cuando ese joven que debajo del banco habíase escondido salió y se echó a mis pies y me pidió asilo; concedíselo yo y le vestí las armas y lo mezclé entre las filas de las muchachas como una de tantas y lo introduje en el país, sin que nadie lo notara. Metíle luego miedo, ponderándole tu poder y tu fuerza y tu bravura; pero él, al oírme hablar, no hacía más que llorar y recitar versos y repetir sin cesar:

–No tengo más remedio que tratar de reunirme con mi mujer y mis hijos, aunque en ello se me cumpla mi sino, pues no podría seguir viviendo y tornarme a mi país sin ellos.

De suerte, pues, que se arriesgó a todo y se vino a estas islas de Al-Uaku-l-Uak, y es la verdad que no he visto en mi vida hombre más animoso ni más esforzado que ese mozo, pues el amor se ha apoderado de él con todo su poder.

Pero al llegar aquí Schahrasad vio venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras cautivadoras.

Y LA NOCHE 457 PROSIGUIO SU RELATO EN ESTA FORMA:

–Ha llegado a mi noticia, ¡*ye* monarca, el bienhadado!, que la vieja, después de contarle a la reina Nuru-l-Hodá la historia de Hasán, añadió:

–Y en mi vida he visto hombre de ánimo mejor templado y más bravo que él, pues el amor lo ha cautivado con todo su poder.

Luego que la reina Nuru-l-Hodá hubo escuchado las palabras de la vieja y entendido bien la historia de Hasán, llenóse por dentro de gran ira y bajó la cabeza al suelo y estuvo una hora sin alzar la vista.

Tornó después la reina a alzar la cabeza y, mirando a la vieja, le dijo:

–¡*Ye* vieja de mal agüero! ¿Por ventura llega a tanto tu maldad como para que cargues con un joven y me lo traigas a mi corte? ¿Es que no temes mi poder y desafías las consecuencias que ese paso te puede valer? ¿De quién pudiste tomar ejemplo para permitirte ese desafuero? Por la cabeza del rey te juro que, si no fuera porque tengo en cuenta que fuiste mi nodriza y mi aya, ahora mismo mandara que a los dos, a ti y a ese joven, os hicieran morir de la peor de las muertes, para que a todos los venideros sirvierais de escarmiento. Pero ahora te ordeno que vayas y me traigas a ese joven para que

pueda conocerlo. ¡Y dizque, si no haces lo que te ordeno, te mandaré cortar el cuello, vieja de mal agüero!

Salió en el acto la vieja y echó a andar como azogada, sin saber adónde se dirigía, y, en tanto caminaba, decía: «Toda esta reprimenda que me he ganado de la reina me la mandó Alá por mano de Hasán.»

Siguió andando la vieja hasta que llegó a donde el joven quedara, y, al verlo, le dijo malhumorada:

–¡Anda y ven conmigo, que la reina te llama, *ye* tú al que el fin de su vida le ronda y se le aproxima!

Levantóse Hasán y siguió a la vieja y su lengua no cesaba de invocar a Alá-*taála* y de balbucir:

–¡*Ye* señor nuestro: sé benigno conmigo en tus designios y líbrame de tus males, Alá mío!

Siguió caminando Hasán tras de la vieja hasta que se halló en presencia de la reina, y dizque en el camino adoctrinároló la vieja sobre lo que había de decirle a la reina, para no discrepar de lo que ella antes le dijera.

Y al entrar Hasán a la cámara regia halló a la soberana con el velo echado a la cara y besó la tierra entre sus manos y la saludó con el *selam,* y después improvisó estos versos, que declamó con mucho sentimiento:

–Prolongue Alá tu vida, reina ilustre,
y te colme de dicha,
y conceda a tu alma cuanto anhela,
sin tasa ni medida.
Y acreciente tu gloria y tu poder
de suerte que consigas
ver en tierra postrado a todo aquel
que a acatar tu mandato se resista.

Luego que hubo acabado de declamar sus versos diole a entender la reina por señas a la vieja que le dirigiese la palabra delante de ella, para que pudiese oír sus respuestas.

Volvióse la vieja a Hasán y le dijo:

–La reina, hijo mío, te dice el *selam* y te pregunta cómo te llamas y de dónde viniste y cómo se llaman también tu mujer y tus hijos, buscando a los cuales llegaste a sus dominios, y, finalmente, desea saber la reina cómo se llama tu tierra.

Corroboróle a Hasán el Poderoso su sentido e inspiróle lo que había de decir, y, encarándose con la soberana, profirió estas palabras:

–¡*Ye* reina de los siglos y los tiempos, única y sin par! Has de saber que mi nombre es Hasán, el muy lleno de pesar, y mi país es Bazra y el nombre de mi esposa no lo puedo decir, porque lo ignoro hasta ahora; cuanto a mis dos hijos llámanse el uno Názir y el otro Manzur.

Luego que oyó la reina su respuesta tornó a preguntarle a Hasán:

–¿Y dónde estaba ella cuando cogió sus hijos y huyó con ellos?

A lo que respondió Hasán:

–¡*Ye* mi señora! Eso ocurrió en el alcázar del jalifa, en la ciudad de Bagdad.

–¿Y dijo ella algo para que te lo transmitieran cuando remontó el vuelo?

–Sí, señora–respondió Hasán–; díjole a mi madre, para que ella me lo dijera a mí: «Cuando tu hijo vuelva y se le hagan largos los días de la ausencia, y de acercarse y unirse a mí sienta apetencia y los vientos del deseo lo agiten y estremezcan, dile que, si me quiere hallar, que venga a buscarme a las islas de Al-Uaku-l-Uak.»

Al oír tales palabras movió la reina Nuru-l-Hodá su cabeza y luego dijo:

–Si no fuera porque ella te quiere, no le habría dejado a tu madre ese recado, y, si no deseara tenerte a su lado, no le habría dicho el lugar a donde se iba, con el cual, sin eso, no habrías tú podido dar.

–¡*Ye* señora de los reyes y asilo de príncipes y mendigos!–dijo Hasán–. Todo lo que te he contado es la pura

verdad y nada te oculté de cuanto pasó, y en Alá y en ti busco refugio y protección y te ruego no me desaires y hayas piedad de mí y me favorezcas y por mi mano te asegures la recompensa eterna y me ayudes a reunirme con mi mujer y con mis hijos y pongas término a mi dolor y refresques mis ojos y me los alegres, haciendo que pueda contemplar sus rostros.

Y luego de decir esas palabras, rompió Hasán a llorar y gemir y sollozar.

Y recitó estos versos:

–Jamás cesare en tu elogio
en tanto arrulle la tórtola,
aunque mi empeño no logre,
que nunca de tu persona
olvidaré los favores.

Bajó la reina Nuru-l-Hodá la cabeza y luego la movió y largo rato permaneció en esa actitud.

Después alzó la frente y le dijo a Hasán:

–Me compadezco y me apiado de ti y estoy dispuesta a mostrarte a todas las jóvenes de esta ciudad y esta tierra y estas islas y hacerlas desfilar ante ti a ver si entre ellas descubres a la que deseas, y si es así yo te la entregaré y te la llevarás, y si así no fuere, te mandaré crucificar en la puerta de la casa de esa vieja.

A lo que Hasán le replicó:

–*¡Ye* reina del siglo! Acepto la condición. ¡No hay gloria ni poder sino en Alá, el más grande!

Y a continuación recitó estos versos:

–Despertasteis mis deseos, sin sentir emoción,
y ahora, mientras yo velo, dormís a pierna [suelta;
pero no habrá quien dude de vuestra felonía,
que manifiesto está que no tenéis conciencia.
Con amor ignorado os amé desde niño;
tened piedad de mí y de mis muchas penas,
y temed el castigo de Alá para quien mata
al que vela inocente, mirando las estrellas,
mientras en torno suyo todos los demás [duermen.
Por Alá, amigos míos, poned cuando yo muera,
sobre mi tumba esta inscripción: «¡Yace aquí
un esclavo de amor que murió de tristeza!»
Y todos los que sufran de amorosos tormentos
invocarán mi nombre, con piedades fraternas [39]

Mandó luego la reina Nuru-l-Hodá que no quedase muchacha alguna de la ciudad sin subir al alcázar y desfilar por delante de Hasán. Y encargó a la vieja Schauahi que recorriese la ciudad entera y le llevara a su alcázar a todas las jóvenes que viera.

Hízose todo lo que la reina dispusiera y todas las jóvenes de la ciudad desfilaron ante ella y ante Hasán, primero una *mia* [40] y luego otra, hasta que les pasó revista a todas, sin que aquel, entre ellas, reconociera a su esposa.

Y la reina le preguntó a Hasán:

–¿No descubriste a tu esposa entre todas esas jóvenes que viste pasar?

–Por tu vida, señora–respondióle él–, que ninguna de ellas es mi esposa.

Acrecióse el enojo de la reina hacia Hasán y, encarándose con la vieja, le dijo:

–Ve y saca fuera a cuantas mujeres haya en el alcázar y muéstraselas a Hasán para que las pueda revistar.

Hízolo así la vieja y tampoco encontró Hasán a su esposa entre ellas, por lo que le dijo a la reina:

–Por vida de tu cabeza, señora, que ninguna de ellas es mi esposa.

Enfurecióse al oír aquello la reina y gritóles a los que estaban en torno de ella:

–Cogedlo y tenedlo boca abajo en el suelo y cortadle de un tajo el cuello, para que sirva de escarmiento, y después de él no haya quien se atreva a inquirir noticias nuestras ni a venir a nuestras tierras y poner la planta en ellas.

Cogieron luego sus servidores a Ha-

[39] Suprimido en la edición de Bulak.
[40] Centuria.

sán y lo tendieron boca abajo en el suelo y le levantaron el pico de la ropa y con él lo cubrieron y le vendaron los ojos y alzaron sus espadas por encima de su cuello y quedaron aguardando la orden de la reina para descargar el tajo. Ya se disponían a hacerlo cuando la vieja Schauahi se puso a halagar a la reina y le dijo con voz zalamera:

–Ten presente, señora, que ese joven es nuestro huésped y ha comido de nuestro pan y venimos obligadas a honrarlo y agasajarlo, máxime más cuanto yo le prometí reunirlo contigo, y de sobra tú sabes que la separación es cosa grave y puede decirse que casi iguala a la muerte, sobre todo para quien está privado de sus hijos y no cuenta en el mundo con más mujer que tú; así que muéstrale tu rostro a este infeliz y no le hagas más sufrir.

Sonrióse al oír aquello la reina y le dijo a la vieja:

–¿En qué se funda esa pretensión suya de ser él mi marido y haber tenido en mí hijos? ¿Cómo, sin estar convencida de que eso es verdad, le voy mi cara a mostrar?

Mandó luego la reina que le llevasen a Hasán; hiciéronlo así y lo pusieron entre sus manos, y entonces ella levantó su velo y dejóle ver su rostro bello. Y al verlo Hasán prorrumpió en un gran grito y rodó a tierra sin sentido

Corrió hacia él la vieja y empezó a darle aire hasta que recobró el conocimiento e improvisó estos versos:

–*¡Ye* céfiro fragante, yo te ruego
que del país de Al-Irak
vayas hasta esas islas que se llaman
de Al-Uaku-l-Uak,
y hagas saber a los que tanto amo
que de la ausencia ya
el fruto amargo devoré en tal dosis,
que mi vida se va,
y como no se apiaden y me acorran,
me moriré de amor,
a impulsos de este fuego, que derrite
mi pobre corazón.

Luego que terminó de recitar esos versos levantóse Hasán y miró a la reina y lanzó un grito tan recio que poco faltó para que el alcázar se desplomara encima de los que en él estaban.

Y después de eso cayó desmayado al suelo. Acudió la vieja a asistirlo y no lo dejó hasta que recobró el sentido, y, luego que lo recobró, le preguntó:

–¿Qué te pasó?

Y Hasán exclamó:

–Esa reina es mi mujer o se le parece hasta más no poder.

–¡Guay de mi chacha!–exclamó al oírlo la reina–. Ese algarivo está loco o delira, pues al mirar mi rostro se ha quedado pasmado y dice que soy su mujer, lo que a todas luces no puede ser.

–*¡Ye* reina mía!–díjole entonces la vieja–. Disculpa su impertinencia y no se la tomes en cuenta, que ya dice el refrán: «Que el enfermo de amor no tiene cura y entre él y el loco no hay diferencia alguna» [41]

Sorprendió aquí a Schahrasad la aurora y cortó el hilo de sus palabras encantadoras.

[41] *Mrizu-l-Hauá ma lho dua ua hu u l-mchmun sauá.*

PERO LA NOCHE 458 PROSIGUIO SU RELATO EN ESTA FORMA:

–He llegado a saber, ¡ye monarca, el afortunado!, que Hasán, al oír aquello que dijo la vieja, rompió a llorar y, a impulsos del sentimiento, improvisó estos versos:

–Sus huellas descubrí, y al punto, amigos,
me derretí de amor,
y con mi llanto salpiqué la tierra,
que su planta pisó.
Y lleno de fervor pedíle a Aquel
que un día nos separó
que de mí se apiadase y nos uniese
nuevamente a los dos.

Luego Hasán le dijo a la reina:

–Por Alá, señora, que no eres tú mi esposa; pero en verdad que a ella te pareces hasta no poder más.

Echóse a reír la reina al oírlo, con tal gana, que se cayó de espaldas y se ladeó y después exclamó:

–¡Ye amigo mío, calma tu zozobra y dime en qué me parezco yo a tu esposa!

A lo que Hasán le respondió:

–Te pareces a ella en lo hermosa y perfecta y en lo agraciada y bien formada y bien plantada y en la suavidad de tus palabras y en el carmín de tus mejillas y en la turgencia de tus tetillas y demás cosas parecidas.

Envanecióse la reina al oír aquellos piropos y se puso colorada y guiñó los ojos, y, encarándose con la vieja Schauahi-Ummu-d-Dahuahi, le dijo:

–Cógelo, madre, y llévatelo contigo al sitio donde lo tuviste escondido y ponte a su servicio tú misma hasta tanto que yo decida. Porque, si de veras es hombre de arrestos y de sentimientos, debemos ayudarle, mucho más habida cuenta de que es nuestro huésped y ha comido de nuestro pan, y no hablemos de los muchos trabajos y penalidades que hasta llegar aquí tuvo que sufrir.

Tomó la vieja a Hasán consigo y tornóse con él a su domicilio y mandó a sus criadas y a sus eunucos que sirvieran al joven en cuanto les mandase y le ofreciesen cuanto necesitase y en cosa alguna le faltasen.

Volvió luego la vieja al lado de la reina y esta le ordenó que requiriese sus armas y juntase mil jinetes de los más bravos y esforzados.

Acató la vieja Schauahi la orden de la reina y vistióse sus armas y reunió los mil jinetes y fue a anunciárselo a la soberana, la cual le mandó que en el acto se pusiese con ellos en marcha hacia la corte del gran rey, su padre, y fuera a ver a su hermana Menaru-s-Sunná [42] y le dijese de su parte: «Vísteles a tus dos hijos las armas que hiciste para ellos y envíalos a su tía, que está ansiosa por verlos» [43].

Y agregó la reina, además:

–Te recomiendo, madre, que no le digas nada de lo de Hasán, y que luego que ella te haya entregado a los chicos, le digas: «Tu hermana te ruega hagas el favor de ir a verla.» Y cuando tengas a los pequeños en tus manos y ella se una a vosotros para acompañaros hasta aquí, te adelantarás tú con ellos y la dejarás atrás y te vendrás aquí por otro camino que el que siga ella y viajarás noche y día para llegar antes, procurando no se entere nadie. Juro por todo lo jurable que, si mi hermana demuestra ser su esposa, no me opondré a que se la lleve consigo,

[42] Alminar de la tradición.
[43] Aparece nuevamente el tema cainita.

sino que, lejos de eso, le allanaré el camino y se irá a su país con él y con sus hijos.

Acató la vieja sus órdenes y se dispuso a cumplirlas, sin saber a punto fijo lo que la reina pretendía y en su interior revolvía, que no era otra cosa sino que la muy bribona había resuelto que, como Hasán no fuera realmente el marido de su hermana y sus hijos no se le pareciesen, le mandaría dar muerte.

Aunque para disimular díjole todavía la reina a la vieja:

–Si mis presentimientos no me engañan, este Hasán es el esposo de mi hermana Menaru-s-Sunná, aunque el más sabio es Alá. Pues todas esas señas que de ella nos dio cuádranle a mi hermana a la perfección, y esa belleza singular y esos encantos singulares solo en mis hermanas, sobre todo en la más pequeña, pueden hallarse.

Besó la vieja las manos a la reina y tornó al lado de Hasán y le comunicó lo que aquella le acababa de decir, y el joven, al oírlo, se puso tan alegre que casi perdió el sentido, y cogió a la vieja y la besó en la cabeza.

Y la vieja le dijo:

–No me beses en la frente, sino en la boca, hijo mío, y que ese beso te sepa a los dulces de tu salvación [44], y serena tu alma y refresca tus ojos y dilata tu corazón, y no te repugne besarme en la boca, ya que voy a ser causa de que te reúnas con tu esposa. Anda y ahuyenta tu pena y ensancha tu pecho y muéstrate con los ojos frescos y ten confianza y no aflijas tu alma.

Después de lo cual despidióse la vieja de Hasán, el cual recitó estos versos:

–Cuatro testigos de mi amor yo tengo,
y dizque solo dos la ley reclama:
un corazón que de emoción palpita,
dos piernas que flaquean y desmayan,
un cuerpo encanijado y una lengua
que siempre sin cesar tu amor proclama.

Y a continuación recitó también estos otros versos:

–Dos cosas hay por las cuales
nunca, por mucho que llores,
habrás llorado bastante:
haber perdido la flor
de la mocedad y verse
separado de su amor.

Vistióse en tanto la vieja sus bélicos arreos y, tomando consigo mil jinetes, luego emprendió la marcha y fue cabalgando hasta llegar a la isla y la ciudad en que tenía su asiento doña Menaru-s-Sunná, y entre la cual y la de Nuru-l-Hodá, su hermana, mediaban tres jornadas.

Luego que Schauahi llegó a la ciudad pasó a ver a la princesa y la saludó y le transmitió el *selam* de su hermana y le participó las ansias que esta tenía de verla a ella y de ver a sus dos hijos, y lo dolida que estaba de que no hubiera ido a visitarla.

Y la princesa Menaru-s-Sunná díjole a la vieja, después de oírla:

–Tiene razón mi hermana y no hice bien en descuidarla y no ir a visitarla, pero esta vez en seguida la iré a ver.

Dio luego orden de que sacasen sus alfaneques a los arrabales y escogió para su hermana los regalos que más le cuadraban.

Hubo el rey, su padre, de ver todo aquello desde su ventana del alcázar, y, al advertir que habían plantado las tiendas de campaña, preguntó a sus familiares qué era lo que pasaba.

Y ellos le dijeron:

–Has de saber, señor, que la reina Menaru-s-Sunná mandó los alfaneques plantar fuera de la ciudad porque tiene intención de ir a visitar a su hermana Nuru-l-Hodá.

Luego que el rey oyó la nueva man-

[44] Alude a la costumbre de celebrar con dulces el feliz regreso de los viajeros.

dó juntar una hueste numerosa para que a su hija acompañara hasta la corte de su hermana y sacó de sus alacenas dineros y vituallas y bebidas y alhajas y joyas en tal cantidad que no se podrían describir ni contar.

Y se ha de advertir que las siete hijas de aquel rey eran todas mellizas, hermanas de padre y de madre, excepto la menor, y se llamaban por este orden: la mayor, Nuru-l-Hodá; la segunda, Nechmu-z-Zebah [45]; la tercera, Schemsu-z-Zijá [46]; la cuarta, Shachretu-d-Durr [47]; la quinta, Kutu-l-Kulub [48]; la sexta, Scharfu-l-Benat [49], y la séptima, Menaru-s-Sunná, esta la menor de todas y la esposa de Hasán y hermana, solamente de padre, de las demás.

Pasó luego nuevamente la vieja a su presencia y besó entre sus manos la tierra y Menaru-s-Sunná le dijo, al verla:

–¡*Ye* madre! ¿Por ventura te trae aquí alguna necesidad?

–Tu hermana la reina Nuru-l-Hodá –le contestó la vieja–te ruega que tomes a tus dos hijos y les vistas las armaduras que para ellos hiciste y por mi mano se los envíes, así que te ruego, mi reina, me los des luego para ponerme en seguida en camino con ellos y tomarte la delantera y llevarle a la reina, tu hermana, la buena nueva de tu llegada.

Al oír Menaru-s-Sunná las palabras de la vieja bajó la cabeza hacia la tierra y su cara mudó de color, y así permaneció, cabizbaja y pensativa, una hora larga. Movió después su cabeza Menaru-s-Sunná y la levantó, y, mirando a la vieja, le dijo:

–¡*Ye* madre! Al pensar en mis hijos me dan un vuelco las entrañas y me palpita el corazón, pues, desde que nacieron, nadie la cara les vio, ni genio ni ser humano, ni hembra, ni varón, y yo siento celos hasta del céfiro, cuando les roza a ellos.

–¿A qué viene eso, mi señora?–exclamó la vieja–; ¿temes, por ventura, algo de tu hermana?...

Pero al llegar aquí sintió Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras fascinadoras.

Y LA NOCHE 459 PROSIGUIO SU RELATO EN ESTA FORMA:

–Ha llegado hasta mí la fama, ¡*ye* monarca, el afortunado!, de que la vieja le dijo a la reina Menaru-s-Sunná:

–¿A qué vienen esas palabras? ¿Temes, acaso, algo de tu hermana? ¡Bah! Serena tu corazón y desecha todo temor, aparte de que, aunque quisieras negarte a su deseo, no podrías, que ya está contigo harto resentida.

Y a este tenor siguió la vieja haciéndole razonamientos a la reina y tratando de convencerla, hasta que al fin se le ladeó el costado y temió irritar a su hermana, sin saber a todo esto lo que le tenía reservado el Sabedor de los arcanos.

Accedió, pues, a entregarle sus hijos a la vieja y los mandó venir y los bañó y los vistió las sendas cotas de malla y, por fin, se los entregó a Schauahi, la cual los tomó y, con la ligereza de un pájaro, fuese con ellos por otro camino que el que su madre había elegido.

Y la vieja fue cabalgando, con toda

[45] Estrella de la mañana, Stella matutina.
[46] Sol del amanecer.
[47] Arbol de las perlas.
[48] Alimento de los corazones.
[49] Nobleza de las doncellas.

diligencia, hasta llegar a la corte de la reina Nuru-l-Hodá, y cruzó el río y entró en la ciudad y pasó a ver a la soberana en compañía de los dos hijos de su hermana.

Alegróse mucho al verlos la reina y los abrazó y los estrechó contra su pecho, y después los hizo sentar, el uno a su diestra y el otro a su siniestra, y, encarándose con la vieja, le dijo:

–Anda y ve por Hasán, pues le he concedido mi *aman* y le ahorré mi espada, ya que buscó refugio en mi casa y se acogió a mi corte, después de haber sufrido mil peripecias y mil mortales peligros a cual más feroces; pero ahora nada habrá que le libre de apurar la copa de la muerte y perder el soplo vital.

–Si te lo traigo aquí–preguntóle la vieja a la reina–¿lo unirás con estos sus hijos? Y si no fueran tales hijos suyos, ¿lo perdonarás a él y le permitirás a su tierra volver?

Enfurecióse grandemente la reina al oír las palabras de la vieja, y gritóle así:

–¡*Ye* vieja de mala sombra! ¿Hasta cuándo nos darás la matraca con ese algarivo que se introdujo aquí como un intruso y levantó nuestro velo y descubrió nuestros secretos? ¿Imaginas, quizá, que voy a dejar sin castigo eso de que haya venido aquí y visto nuestras caras y mancillado nuestra honra, y voy a consentir que se vuelva de rositas a su país y les vaya a todos con el cuento y nos publique por ahí y seamos la' comidilla de todos los reyes de los cuatro puntos de la tierra y de los mercaderes que recorren el mundo, los cuales irán diciendo por todas partes: «Sabed cómo un mortal entró en las islas de Ai-Uaku-l-Uak y cruzó el país de los *chinn* y las tierras de las fieras y puso el pie en el país de los hechiceros y los magos y volvió luego de allí sin sufrir el menor menoscabo?» No; eso no será, y dizque lo juro por Aquel que creó los cielos y la tierra y la extendió y la allanó, que, como no sean estos sus hijos, yo misma, por mi propia mano, le cortaré el cuello de un tajo.

Lanzó luego la reina un grito muy recio, tanto que la vieja se asustó, y, dirigiéndose a su chambelán, le ordenó:

–Coge veinte mamelucos y carga con esta vieja y ve con ella a traerme, sin tardanza, a ese joven que tiene en su casa.

Salió, pues, la vieja con el chambelán y los mamelucos, y, tal era su miedo, que le temblaban todos los miembros de su cuerpo y tenía el rostro pálido y descompuesto.

Llegó la vieja a su casa, y al verla Hasán luego se levantó y fue a besarle las manos y la saludó con el *selam*, pero ella no le contestó y le dijo:

–Anda y ven, hijo mío, que te llama la reina.

Y luego añadió la vieja:

–¿No te dije yo: «Vuélvete luego a tu tierra y yo te daré lo que ningún mortal pudo nunca soñar»? Pero tú no quisiste hacerme caso y apenas si te aviniste a escuchar mis palabras, sino que rechazaste mis consejos de plano y elegiste lo peor, porque ahora, como verás, tienes la muerte rondando. Así que anda y apechuga con tu suerte, que eso fue lo que escogiste y a nadie, sino a ti mismo, podrás culpar de tu desastroso sino. Levántate, pues, y ven a hablar con esa puta y esa tirana, que, para matarte te aguarda.

Levantóse Hasán con el ánimo quebrantado y el corazón pesado y presa de temor, clamando:

–¡Sálvame!, ¡*ye* Salvador! ¡*Ye* Señor nuestro, usa conmigo de benignidad en la desgracia que me has querido mandar y cúbreme con el manto de tu piedad!

Marchó Hasán, en compañía de la

vieja y el chambelán y los veinte mamelucos, a presencia de la reina, y, era tal su miedo, que se daba ya por muerto.

Luego que llegó Hasán a presencia de la reina Nuru-l-Hodá encontró allí a sus dos hijos, Názir y Manzur, sentados en su regazo, y ella los acariciaba y con ellos jugaba.

No bien vio Hasán a sus hijos luego los conoció y lanzó un recio grito, y del exceso de su alegría rodó por tierra sin sentido.

Luego que en sí volvió tornó a reconocer a sus hijos y ellos también le reconocieron a él y sintieron los impulsos del amor filial, y, saltando del regazo de la reina, corrieron hacia Hasán y Alá (el poderoso, el lleno de majestad) soltó sus lenguas y les hizo exclamar:

–¡Papá!

Rompieron a llorar la vieja y todos los presentes, transidos de piedad y de ternura ante las dos criaturas, y exclamaron a una:

–¡Loado sea Alá, que fue servido de reunir al padre con los hijos!

Volvió luego Hasán de su desmayo y abrazó a sus hijos y rompió a llorar y de nuevo perdió el sentido, y, al recobrarlo después, recitó estos versos:

–¡Por Alá, que aunque a mí el veros
pueda costarme la muerte,
esta a la ausencia prefiero!
En sueños oigo una voz
que me dice: «¡Ya mañana
terminará tu dolor!»
¿Podré llegar a mañana?
–pienso yo–. Del enemigo
¿podré burlar la añagaza?
¡*Ye* mis hijos, yo os juro
que, desde que no os veo,
de toda dulzura huyo!
Si Alá quiere que yo muera
por vuestro amor, moriré
de un mártir con la entereza.
Una gacela a las veces
me engaña y me hace correr
detrás de ella vanamente.
Mas si dijera que es falso
el amor que yo le tengo
y ante todos digo alto,
dos testigos presentara
que certificaran de él:
mis mejillas demacradas [50]

Luego que la reina Nuru-l-Hodá se hubo así cerciorado de que aquellos niños eran los hijos de Hasán y su hermana Menaru-s-Sunná era su esposa, púsose sumamente furiosa. Y gritóle a Hasán en su cara mil insultos y le dio una patada, en mitad del pecho, tal y tan recia, que él se desmayó.

Y la reina lo increpó diciendo:

–Levántate y huye, por tu vida, que ya te previne que, si lo que decías era verdad, ningún peligro correrías; pero que, de lo contrario, yo por mi propia mano te mataría.

Y luego increpó también a la vieja, que de puro miedo echárase de bruces al suelo.

–¡Por Alá que, si a mis juramentos no temiera faltar, lo mismo a él que a ti luego os mandara matar! Pero levántate y huye lejos de mi vista, pues te juro que, como vuelva a verte, te mando dar muerte.

Y después, señalando a Hasán, díjole a sus guardias:

–Cogedlo y lleváoslo de aquí.

Sacudieron los guardias a Hasán y el joven recobró el conocimiento y recitó estos versos:

–Estabais lejos, pero yo os tenía,
más próximos que a nadie, en mis entrañas;
ausentes de mí estabais, mas presentes
en mi pecho morabais.
¡Pues por Alá, que solo hacia vosotros
mi pecho se inclinaba,
y sufría las crueldades del destino
sin perder la esperanza!
Sucedíanse las noches y a mí en vela,
en vosotros pensando, me encontraban;
por vuestro amor llorando y consumido
el pecho de nostalgia.
Nunca pudo sufrir ni una hora sola
vuestra ausencia, mi alma;
¿cómo pude después, meses enteros,
soportar vuestra falta?
Celos tengo del aire afortunado,
que besa vuestras caras,
y también de las jóvenes hermosas
celosa está mi alma.

[50] Omitido en la edición de Bulak.

Desmayóse Hasán luego que acabó de recitar aquellos versos y, al recobrar el sentido, vio cómo lo cogían y lo sacaban a rastras de la sala y a la puerta lo dejaban. Levantóse entonces Hasán como pudo y echó a andar, dando traspiés y enredándose en los picos de su alquicel [51], y era tal su dolor que la vieja Schauahi sentía por él gran compasión, sino que no se atrevía a interceder ni abogar en su favor por ver a la reina poseída de tal furor.

Siguió Hasán caminando hasta salir del alcázar, y en verdad que no sabía adónde dirigir sus pasos, y la tierra se le hacía pequeña, con ser tan grande y extensa, y no hallaba nadie que le hablase una palabra de consuelo ni le dispensase la menor muestra de afecto ni con quien pudiera aconsejarse ni condolerse de sus males, por lo que el joven daba por segura su muerte, ya que no podría tornarse a su país ni encontraría a nadie que lo encaminase allí y él no recordaba bien los parajes por donde cruzara a la ida ni hacia dónde caían el Valle de los *chinn* y la Tierra de las Fieras y la Isla de los Pájaros.

Así que Hasán diose por irremisiblemente perdido y rompió a llorar por sí mismo, hasta que, de tanto como lloró, se desmayó, y, luego que en sí volvió, volvió a acordarse de sus hijos y de su esposa y le pesó de haber venido a esas tierras desconocidas y de no haber hecho caso de quienes, a su debido tiempo, habían tratado de disuadirlo de ello, y, en medio de su dolor, recitó estos versos:

–¡Por mi amor perdido lloran
sin cesar mis pobres ojos!
¡De ausencia el amargo cáliz
he apurado hasta el fondo!
Decidme: ¿quién es el hombre
que puede sobrellevar
la pérdida de su amor
con viril conformidad?
El tapiz de la desgracia
entre los dos extendiste;
pero solo para mí
la desgracia cruel existe.
Para mí que, desvelado
mientras duermes, permanezco,
y, aguardando la mañana
los ojos elevo al cielo.
Y todavía me reprochas
que te tengo en el olvido,
cuando, si olvido yo algo,
no es sino el olvido mismo.
Enfermo estoy, en verdad,
y solo puedes curarme
tú, que de mi enfermedad,
eres la sola culpable.
¿No ves en qué situación
tu desdén, me ha puesto, di?
De grandes y chicos soy
motivo de irrisión vil.
De disimular yo trato
mi pasión; mas vano es,
que mi tristeza descubre
lo que yo quiero esconder.
¡*Ye* ten piedad de mi suerte
y conmigo no te ensañes,
que, fiel a mis juramentos
he sido, y tú bien lo sabes!
¡*Ye*! ¿Y cuándo el cielo querrá
poner término a esta ausencia
y de nuevo nuestros rostros
juntar en grata presencia?
¿Cuándo la fausta noticia
vendrá a alegrar mi dolor,
de que pronto habré de verte
y gozar de nuestra unión? [52]

Y Hasán, después de recitar estos versos, siguió caminando hasta que llegó a la ciudad y vio el río y echó a andar a lo largo de su orilla, sin saber adónde sus pasos encaminaría.

Y esto es, por ahora, todo lo referente a su historia.

Cuanto a su esposa, la reina Menaru-s-Sunná, decidiera esta ponerse en camino al día siguiente a aquel en que la vieja lo hiciera; pero he aquí que, cuando ya se disponía a emprender la marcha, presentóse ante ella el chambelán del rey, su padre, y, después de besar la tierra entre sus manos...

Sintió aquí Schahrasad venir la mañana y puso dique a sus desbordadas palabras.

[51] Vestidura a modo de capa, generalmente blanca y de lana.

[52] Suprimido en la edición de Bulak.

PERO LA NOCHE 460 SIGUIO DICIENDO LA MUCHACHA:

–Tengo entendido, *¡ye* monarca, el afortunado!, que cuando la reina Menaru-s-Sunná se disponía ya a viajar, presentóse ante ella el chambelán del rey, su padre, y, después de besar la tierra entre sus manos, le dijo:

–*¡Ye* reina! Tu padre, el gran rey, te saluda y te llama.

Fue luego la reina Menaru-s-Sunná en compañía del chambelán a ver qué era lo que su padre quería de ella.

Y el rey, su padre, al verla, la hizo sentar a su lado en su trono y le dijo, afectuoso:

–Has de saber que esta noche pasada tuve un sueño, el cual me hace temer por ti y presentir que ese viaje que vas a emprender te pueda acarrear largos pesares.

–¿Por qué me dices eso, padre?–exclamó la reina Menaru-s-Sunná–. ¿Y qué fue lo que viste en tu sueño para que estés tan inquieto?

–Vi en mi sueño–respondióle su padre-muchas riquezas y tesoros y muchas perlas y brillantes y rubíes, y de todas aquellas alhajas y gemas no hubo cosa que más me gustase que siete perlas que había entre ellas, y, de las siete, todavía preferí a la más pequeña, que era la más bella y la más refulgente y espléndida.

Y la cogí y me la puse en la palma de mi mano, por lo mucho que su belleza me encantaba, y me salí con ella de aquella cámara, donde los tesoros estaban.

Pero luego que traspuse la puerta, abrí la mano para admirarla una vez más, y he aquí que, al hacerlo, vino hacia mí un pájaro extraño, procedente de otras tierras, tal como no los hay en la nuestra, y, abatiendo su vuelo desde lo alto del cielo, hizo presa en la perla y la cogió en su pico y se fue volando con ella hacia aquel mismo sitio de donde yo la cogiera.

Quedéme yo entonces transido de pesar y dolor y se me encogió el corazón y temí que aquel sueño no fuera un aviso del cielo, y me desperté todo sobresaltado y lleno de pena por haber perdido aquella perla, y mandé llamar a los trujamanes [53] y adivinos de sueños y les conté el que acababa de tener, y ellos me dijeron:

–Esas siete perlas eran siete doncellas y la que perdiste es la más pequeña, la cual te quitaron a la fuerza y sin que tú quisieras.

Ahora bien: tú, hija mía, eres la más pequeña de mis siete hijas y la que yo más quiero y en más estima tengo, y ahora te dispones a ir a ver a tu hermana y no sé qué tal se portará contigo, por lo que te ruego hagas caso a tu padre y desistas de ese viaje.

Luego que oyó la reina Menaru-s-Sunná aquellas palabras de su padre palpitóle el corazón y llenóse de temor por sus hijos y bajó la cabeza, y en esa actitud permaneció una hora entera. Levantó después los ojos del suelo y los posó en su padre, diciendo:

–*¡Ye* rey ilustre! Has de saber que la reina Nuru-l-Hodá me tiene apercibida su hospitalidad y hora tras hora aguarda impaciente mi llegada, que ha ya cuatro años que no ve mi cara, y, si no voy ahora a verla, conmigo se enojará y me lo tomará a mal.

Por lo demás, *¡ye* mi señor y padre!, no pienso estarme allá más de un mes, pasado el cual me tendrás aquí otra vez.

Y aparte eso, padre mío, ¿qué hijo

[53] Intérpretes. Del árabe *torchaman*.

de Adán podría atravesar nuestras tierras y abrirse camino hasta las islas de Uaku-l-Uak? ¿Cuál de ellos podría ganar el acceso a la tierra blanca y la Negra Montaña y atravesar el País del Alcanfor y el Castillo de Cristal y la Isla de los Pájaros y el Valle de las Fieras y el de los *chinn* y llegar hasta nuestro país?

Siguió a este tenor la reina Menaru-s-Sunná tranquilizando y convenciendo a su padre, hasta que este, al fin, dio su venia para aquel viaje.

Y ordenó que mil jinetes le fueran dando escolta, hasta llegar a la orilla del río, y allí se quedaran aguardando a que regresara de su visita a la corte de su hermana y no se movieran de allí hasta que ella no volviese, y entonces junto a su padre la condujesen.

Recomendó también el rey a su hija que no permaneciese junto a su hermana sino dos días y, pasados que fueren, regresase inmediatamente.

A todo lo cual dijo la reina Menaru-s-Sunná:

—Oír es obedecer. Así, padre, lo haré.

Emprendió luego la marcha la reina Menaru-s-Sunná y su padre la fue acompañando largo trecho y después se despidió de ella, encareciéndole no olvidase lo que le dijera.

Quedáronsele grabadas en su corazón a la joven las palabras de su padre y llenóse de temor por sus hijos; pero es harto sabido que no valen precauciones contra lo que el sino dispone.

Tres días con sus noches, a paso forzado, fue caminando la reina Menaru-s-Sunná, hasta que llegó a la orilla del río, y allí detuvo su marcha y mandó armar sus tiendas de campaña.

Cruzó después el río, en compañía de algunos de sus servidores y visires, y reanudó su marcha, hasta llegar a la corte de su hermana, y, luego que llegó, subió a su alcázar y pasó inmediatamente a saludarla.

Y al entrar en su cámara vio allí a sus hijos, que lloraban y clamaban:

—¡Papá!

Y al oír aquello la reina Menaru-s-Sunná no pudo reprimir las lágrimas que brotaron de sus ojos, desbordadas, y cogiendo a sus pequeños, los estrechó contra su pecho y les dijo:

—¿Visteis, por ventura, a vuestro padre, hijos míos? Ojalá y no hubiera existido nunca la hora en que de él me separé, que si supiera ahora que aún vivía en la casa del mundo, a él os llevara sin perder un segundo.

Y la princesa echóse a llorar, dolida de sí misma y de sus hijos y de su marido, y, a impulsos del sentimiento, recitó estos versos:

> —¡*Ye* amigos, a pesar de la distancia
> yo sin cesar me oriento hacia vosotros,
> y vuestro corazón es un imán
> que tira de mis ojos
> y también de mi alma!; ¡nunca olvido
> las noches deliciosas que pasamos
> en otro tiempo, juntos, cuando nada
> se interponía entre ambos!

Y al ver su hermana que estrechaba a sus hijos contra su pecho y exclamaba: «Yo misma fui quien labré mi desgracia y la de mis hijos y derribé mi casa», llenóse de rabia y ni siquiera se dignó saludarla.

Y empezó a increparla, diciendo:

—¿De dónde, so desvergonzada, tienes esos hijos que dices? ¿Por ventura te casaste sin contar con el consentimiento de tu padre? ¿O es que, sin ningún pudor, te entregaste a la fornicación? Pues si fornicaste, mereces que contigo se haga un escarmiento, y si te casaste sin que nosotros lo supiéramos, ¿por qué dejaste luego a tu esposo y te viniste acá con tus hijos y se los arrebataste, privándolos a ellos de la compañía de su padre, y te viniste aquí con ellos y los tuviste ocultos en tus aposentos?

¿Por ventura imaginabas que nos-

otros no sabíamos nada? Pues Alá-*taála,* el sabedor de los secretos, nos reveló el tuyo y nos puso tu estado de manifiesto y nos descubrió tu vergüenza, sin que evitarlo pudieras.

Luego mandó la reina Nuru-l-Hodá a sus edecanes que cogiesen a su hermana y le atasen los codos y le pusieran grilletes de hierro, y ellos así lo hicieron, y luego le dieron una paliza tan tremenda que a pedazos le arrancaron la piel, y, además, le tiraron y colgaron del pelo y la zarandearon y, finalmente, la encerraron en la cárcel y allí la dejaron.

Mandó luego la reina Nuru-l-Hodá una carta a su padre, el gran rey, dándole cuenta de todo, y en ella le decía:

«Has de saber cómo llegó a nuestro país un hombre de la casta de los mortales, llamado Hasán, y mi hermana Menaru-s-Sunná pretende ser su esposa legítima y tener de él dos hijos, los cuales hasta ahora guardó ocultos a mis miradas y a las tuyas, sin decirnos nada nunca, hasta que vino acá ese hombre que te digo y con el cual pretende estar casada y haber pasado largo tiempo en su casa.

»Y al enterarme yo de eso mandé venir a mi presencia a ese algarivo que dice ser su esposo, y, al comparecer él y ver a los pequeños luego los conoció, pudiendo yo admitir la plena convicción de que, efectivamente, esos niños son sus hijos y que mi hermana Menaru-s-Sunná es su esposa legal y que todo cuanto dijera el hombre es verdad, sin que haya en ello pizca de falsedad, debiendo caer sobre mi hermana toda la culpabilidad. Por lo cual mandé que la azotaran y la metiesen en la cárcel y de los pelos la colgasen.

»Y ahora lo pongo todo en tu conocimiento para que tú decidas, que a nadie más que a ti toca disponer lo que se haya de hacer en este asunto y lo que tú mandares se hará al punto.»

Entregó la reina la carta a un correo, el cual se la llevó a su padre, sin perder tiempo, y el rey, al leerla, llenóse de ira contra su hija pequeña y escribióle a su otra hija, Nuru-l-Hodá, una misiva en la que le decía:

«Si lo que me dices es cierto, mándala matar al momento, sin consultarme más ni a nada aguardar.»

Luego que la reina Nuru-l-Hodá recibió la carta de su padre y la leyó mandó que le llevaran a su hermana, Menaru-s-Sunná, la cual se presentó ante ella chorreando sangre, atada por los cabellos y cargada de pesados grilletes de hierro y vestida de paño burdo, de pelo de camello.

Pusiéronla los esbirros entre las manos de su hermana, la reina Nuru-l-Hodá, y, al verse ella en aquel estado de humillación y bajeza, recordó su pasado poder y grandeza y prorrumpió en llanto acerbo y recitó estos versos:

–¡Toda su fuerza perdió;
ya solo en Alá confía!
Pero Alá su protección
al que lo invoca le envía.

Echóse luego a llorar Menaru-s-Sunná con tal vehemencia, que se desmayó, y, luego que recobró el conocimiento, declamó estos versos:

–Las rencillas familiares
son, entre todas, crueles;
el corazón me atormentan
y me lo colman de hieles.
Y son tantos mis dolores,
que contarlos ya no puedo,
porque no hay dolor alguno
que no se albergue en mi pecho.

Y a continuación recitó también estos otros versos:

–Suele el destino atormentar a veces
los nobles corazones,
con tales amarguras que tan solo
Alá fin poner puede a sus dolores.

Pero Alá es poderoso y cuando el nudo
que les aprieta el cuello ya parece
insoluble y fatal, de pronto él mismo
se suelta y los libera de repente.

Mandó luego la reina a sus guardias castrados que le llevasen una escalera de madera y que pusiesen en ella a su hermana con los brazos extendidos y atados con cuerdas y que le sujetasen el pelo a los travesaños de la escalera, que toda piedad por su hermana huyera del corazón de aquella tirana.

Y al verse Menaru-s-Sunná en aquel estado de humillación y vileza, lanzó un grito y rompió a llorar y a pedir socorro, sin que ninguno de los presentes se compadeciese de su lloro.

Encaróse luego la reina Menaru-s-Sunná con su hermana Nuru-l-Hodá y le increpó, diciendo:

–¡*Ye* hermana mía! ¿Cómo es posible que tengas un corazón tan duro para mí y no sientas piedad ni de mí ni de esos niños, mis hijos?

Pero al oír esas palabras la reina Nuru-l-Hodá acrecióse su crueldad y, yéndose hacia su hermana, la abofeteó en la cara y le dijo:

–¡*Ye* zorra, insolente, no tendría Alá piedad de quien de ti la tuviese! ¿Cómo podrías inspirármela a mí, hembra de mal vivir?

Al oír aquellas palabras la reina Menaru-s-Sunná le dijo a su hermana:

–¡A Alá apelo contra esa calumnia que tú me levantas! ¡Bien sabe el Señor de los cielos que soy inocente y que no soy la barragana de ese hombre, sino su esposa legítima, y Alá puede ser testigo de la verdad de lo que digo! Duro es tu corazón para conmigo; pero también para ti se ha endurecido el mío; ¿cómo es posible que te atrevas a difamarme tan de ligero, sin estar segura de que lo que dices es cierto? Pero aunque lo fuere, no tendrías tú derecho a castigarme por ello, que ya Alá se encargaría de hacerlo.

Al oír esas palabras, quedóse pensativa la reina Nuru-l-Hodá, y después díjole a su hermana Menaru-s-Sunná:

–¿Cómo te atreves, desgraciada, a dirigirme esas palabras?

Y se fue a ella y empezó a aporrearla, y no paró hasta que, al cabo, fue presa la cuitada de un desmayo.

Rociáronle la cara con agua, hasta que recobró el conocimiento, y dizque la belleza se eclipsara de su rostro por la fuerza de los golpes y la opresión de sus ligaduras y el sentimiento de su humillación y su desventura.

Y era tal la pena que henchía su pecho que Menaru-s-Sunná recitó estos versos:

–¡*Ye* Alá! ¡*Ye* mi Señor! ¡Si contra ti pequé,
y en culpa yo incurrí,
veme aquí arrepentida y a tus plantas postrada;
apiádate de mí!

Enojóse todavía más, al oír aquello, la reina Nuru-l-Hodá, y, dirigiéndose a su hermana, gritóle con crueldad:

–¿Cómo te atreves, so insolente, a recitar versitos delante de mí y a sincerarte de lo que hiciste, de la gran culpa en que incurriste? Intención tenía de devolverte a tu marido, pero ahora me subleva el ver cómo te ufanas de tu deshonra y sin pudor alguno la pregonas.

Y después de proferir esas palabras mandó la reina Nuru-l-Hodá a sus servidores que le llevaran el garrote, y arremangándose los brazos hasta el codo, esgrimió el palo y empezó a golpear con él a su hermana en todo el cuerpo, desde la cabeza hasta los pies, en la espalda y en el vientre con tal fuerza y poder, que a un elefante habría hecho correr, y tal tunda le dio, que su víctima se desmayó.

Al ver aquello la vieja Schauahi-Ummu-d-Dauahi echó a correr de allí y se fue llorando y gritando; pero la reina mandó a sus servidores que corriesen tras de ella y les ordenó:

–¡Traédmela!

Salieron en su busca los servidores de la reina y cogieron a la vieja y se la llevaron y la pusieron entre sus manos, y la reina mandó que la tendiesen de bruces sobre el suelo y la tuvieran sujeta, y luego se levantó y, esgrimiendo el vergajo, púsose a apalearla con tal fuerza, que se desmayó la vieja.

Y entonces la reina díjoles a sus doncellas:

–¡Coged a esa vieja de mal agüero y llevaosla de aquí a rastras!

Y esto es, por ahora, todo lo referente a su historia.

Cuanto a Hasán, luego que salió, del alcázar echó a andar, muy afligido, y se dirigió a la orilla del río y tendió la vista hacia los campos, todo perplejo y acongojado, pues se daba ya por perdido y estaba tan mareado y aturdido que ni siquiera distinguía la noche del día, por lo grave de su desdicha.

Siguió luego caminando sin rumbo por aquellos campos, hasta que, casualmente, se halló cerca de un árbol, del que colgaba una hoja de papel, en la que había escritas unas palabras; cogió Hasán la hojita y la examinó bien y vio que su texto lo componían estos versos:

«Todo cuanto te pasa ya dispuesto
y decretado estaba,
desde que, huésped del materno claustro,
sin forma te agitabas.
Todo ya de antemano yo lo había
previsto y ordenado;
mas no temas, pues siempre que me invoques
me tendrás a tu lado,
y de todos los males que te acechen
te salvará mi mano.»

Luego que Hasán hubo leído aquellos versos llenóse de esperanza y se puso muy contento, confiando en que Alá lo salvara de aquellos peligros y lo reuniría con su esposa y sus hijos.

Anduvo dos pasos más y vino a encontrarse solo en un lugar desierto y árido, en el que no había ningún ser humano, y, al verse allí tan solo, entráronle a Hasán mucho susto y temor y empezaron a temblarle de miedo todos los miembros de su cuerpo.

Sorprendió aquí a Schahrasad la aurora y cortó el hilo de sus palabras seductoras.

PERO LA NOCHE 461 REANUDO SU RELATO EN ESTA FORMA:

–Ha llegado a mi noticia, ¡*ye* monarca, el afortunado!, que, al leer Hasán aquella hoja manuscrita, tornó a confiar en que Alá lo salvaría y lo reuniría con su familia.

Siguió después adelante y, unos pasos más allá, se vino a encontrar en un lugar yermo y solitario, donde no había ningún ser humano con quien pudiera entablar trato, por lo que el joven tornó a romper en llanto.

Y recitó estos versos:

–¡Brisa de la mañana, si acertares
a pasar por el sitio donde habita,
salúdala en mi nombre y dile cómo
su recuerdo en mi pecho siempre anida!
Y cuéntale las penas que padezco
por la ausencia cruel que nos separa,
y dile que son tales como nunca
ningún fiel amador las soportara.
Y puede que su aliento exhale entonces
un céfiro cual tú, dulce y suave,
que llegue hasta mi cuerpo consumido
y un momento lo alivie de sus males.

Continuó luego su marcha por la orilla del río y se topó con dos niños

pequeños, hijos de magos y hechiceros, que ante sí tenían una varita de azófar con signos talismánicos en ella grabados y un bonete de cuero con tres tiras, también de cuero, con inscripciones talismánicas y nombres de sortilegio.

Estaban varita y gorro tirados en el suelo y aquellos chicos se pegaban el uno al otro con tal fuerza, que se hacían sangre, sin por ello dejar de aporrearse.

Y el uno decía:

–Esa varita es mía.

Y el otro protestaba:

–No; que es mía.

Al oír aquello Hasán llegóse a los muchachos y les preguntó:

–¿Por qué reñís, hijitos, y cuál es la causa de vuestro litigio?

Y ellos le dijeron:

–Has de saber, tío nuestro, que nosotros somos hermanos y nuestro padre era un poderoso mago que vivía en un algar allende esa montaña, y al morir nos dejó esa varita y ese gorro, y mi hermano pretende la varita y yo la reivindico como mía.

–¿Y qué diferencia hay–preguntóles Hasán–entre el gorro y la varita y cuál es su utilidad respectiva? A mi parecer que la varita valdrá unos seis cobres y el gorro tres.

–Has de saber–dijéronle los chicos–que el misterio de esa varita y este gorro con las correas es algo singular, pues nuestro padre se pasó ciento treinta y cinco años trabajando en esa labor, hasta que logró dar con la clave y encerrar hondos secretos en ambas prendas y hacerlas prestadoras de grandes servicios para quien las posea, y estampó en ellas los signos del zodíaco que da vueltas y toda suerte de signos talismánicos, de irresistibles poder y fuerza, y, al dar remate a su labor, vino la muerte y se lo llevó, que no hay nadie entre los mortales que de la muerte escape.

Y tocante al gorro y las correas, grandes son su virtud y poder, pues todo aquel que a la frente se lo ciñere se hará por completo invisible a las miradas de la gente y ninguno podrá verle en tanto no se las quitare de la frente [54].

Cuanto a la varita, consiste su virtud en que, quien la poseyere, mandará en siete taifas de genios y tendrá a su servicio a todos ellos y harán al punto cuanto les quiera mandar, pues estarán por entero bajo su dominio y gobierno.

Y otra virtud tiene también esta varita, y es que si el que la tuviere en su mano golpeara con ella la tierra, señoreará a todos sus reyes y todos los genios le servirán y prestarán acatamiento.

Luego que oyó Hasán las palabras de aquellos chicos bajó la cabeza y permaneció una hora fija la vista en tierra. Y para sus adentros se dijo:

«¡Por Alá, que he de hacerme con esta varita y este gorro y con ellos venceré a todos mis enemigos, y a fe que más digno soy yo de poseerlos que estos dos chicos!

»Así que se los he de quitar, apelando a algún ardid, y me quedaré con gorro y varita y, usando de su poder, salvaré a mi mujer y a mis hijos de las garras de esa reina tiránica y los sacaré de estos fatales parajes, de donde ningún hijo de Adán puede huir ni escaparse.

»Y es indudable que, si Alá me hizo topar con estos dos chicos fue con la intención de que me pudiera apoderar del gorro y la varita y me lograra salvar.»

Alzó luego la frente y, mirando a los dos chicos, les dijo:

–Si queréis zanjar vuestro pleito, yo haré de árbitro, y aquel de vosotros

[54] Trátase del famoso gorro que hace invisible a quien lo lleva y que figura en tantas leyendas y cuentos populares.

que en el certamen venciere al otro, se quedará con la varita y el derrotado se llevará el gorro y las correas y se dará el asunto por terminado.

–¡*Ye* tío nuestro!–exclamaron los dos muchachos–. Haz entre nosotros de árbitro y sométenos a la prueba que mejor te parezca.

–¿Oiréis mis palabras y las acataréis? –preguntóles Hasán.

–Sí–dijeron ellos.

Y entonces Hasán les dijo a los dos chicos:

–Voy a coger una piedra y la tiraré lejos y vosotros correréis tras de ella y el que llegue primero que su compañero, recibirá la varita en premio, y el otro que llegue detrás, se quedará con el gorro y las correas, y no habrá más que hablar.

–Aprobamos tu parecer–dijeron los chicos–y nos sometemos gustosos a él.

Cogió entonces Hasán una piedra y la tiró con toda su fuerza, de suerte que fue tan lejos que se perdió de vista, y los dos chicos corrieron tras ella a ver quién lograba primero cogerla.

Pero luego que se hubieron alejado de allí tomó Hasán el gorro con las correas y se lo ciñó a la cabeza y empuñó la varita en su mano y se retiró a otro lado, a fin de comprobar lo que los chicos dijeran de sus poderes mágicos.

Llegó entre tanto el menor de los chicos al sitio en donde cayera la piedra y la cogió y tornó al lugar donde quedara Hasán; pero no lo halló allí, ni rastro alguno de él logró descubrir. Por lo que gritóle a su hermano, diciendo:

–¿Dónde está ese hombre que había de ser árbitro en nuestro pleito?

–No sé–respondió el otro, no menos perplejo–. Por ninguna parte lo veo y parece como si se lo hubiera tragado la tierra o se hubiera volado a los cielos.

Tuvieron, en conclusión, ambos hermanos que volverse sobre sus pasos, en tanto Hasán se encaminaba hacia la ciudad, llevando el gorro con las correas ceñidas a su cabeza y empuñando la varita en su diestra, sin que nadie lo viera.

Entró Hasán así en la ciudad y subió al alcázar en el que Schauahi se hallaba y pasó a verla, sin quitarse el gorro con las correas de la cabeza, de suerte que no podía verlo ella, y siguió andando hasta acercarse a un vasar en el que había varios objetos de cristal y de china y lo tocó con su varilla y vínose abajo toda la vajilla y rodó al suelo, haciéndose trizas.

Al ver aquel estropicio, lanzó Schauahi-Ummu-d-Dauahi un gran grito y se aporreó el rostro y se agachó al suelo, para recoger los tiestos.

Y en su interior pensó: «¡Por Alá, que esto debe ser obra de la reina Nuru-l-Hodá, la malvada, la cual habrá mandado aquí a algún schaitán, para que hiciera esta trastada!»

Pero al llegar aquí sorprendió a Schahrasad la mañana y puso tasa a sus descomedidas palabras.

Y LA NOCHE 462 SIGUIO DICIENDO LA MUCHACHA:

–Tengo entendido, ¡*ye* monarca, el afortunado!, que la vieja Schauahi-Ummu-d-Dauahi pensó en su interior: «Si la reina Nuru-l-Hodá es capaz de hacer lo que ha hecho con su hermana, ¿qué no hará con los extraños, que no le tocan nada, si con ellos se enfada?»

Y después de eso, prosiguió diciendo:

–¡Por el Señor supremo, el fuerte, el

poderoso, creador de los hombres y de los genios, y por los signos talismánicos grabados en el sello de Solimán, hijo de Daud (sobre ambos la paz), te conjuro a que me hables y respondas, *ye* schaitán!

–Yo no soy ningún schaitán–respondióle el joven–; yo soy Hasán, el triste, el desdichado y el atribulado.

Y quitándose el gorro de su cabeza dejóse ver de la vieja, la cual luego lo conoció y lo cogió y se lo llevó aparte y le dijo:

–Pero ¿es que has perdido el juicio, hasta el extremo de presentarte aquí? Anda y escóndete en seguida, pues si esa pícara ha hecho con su hermana lo que ha hecho, siendo, como es, de su misma sangre, ¿qué no hará contigo si logra pescarte?

Y acto seguido contóle la vieja a Hasán todo lo que la reina Nuru-l-Hodá hiciera con su esposa y el apuro y el suplicio en que esta se encontraba, sin ocultarle tampoco lo que con ella misma hiciera en su enojo.

Lloraba la vieja al contarlo y también, al oírla, Hasán echóse a llorar.

Y luego Hasán le dijo a la vieja:

–¡*Ye* mi señora! ¿Cómo podría yo salir de aquí y librarme del poder de esa reina inicua y perversa y de qué astucia podría valerme para salvar a mi esposa y mis hijos y llevármelos a mi tierra conmigo?

Y la vieja le dijo:

–¡Guay de ti, no te preocupes de los demás y sálvate tú, hijo mío!

Pero Hasán le contestó:

–No tengo más remedio que salvarlos también a ellos.

–¿Y cómo–exclamó la vieja–los podrás salvar del poder de la reina, si ella no te los quiere dar? Anda y escóndete, hijo mío Hasán, y ya veremos lo que dispone Alá.

Pero entonces Hasán mostróle a la vieja la varita de azófar y el gorro y las correas.

Y al verlos la vieja púsose muy alegre y contenta y le dijo a Hasán:

–¡Loado sea Aquel que revive los huesos, cuando ya no son más que un esqueleto! ¡Por Alá, que tanto tú como tu esposa os contabais ya entre los muertos y ahora en cambio os podéis considerar sanos y salvos, que yo conozco esa varita y esas correhuelas y conocí también a quien las fabricó, que fue mi maestro, el que me inició en los sortilegios, pues era un gran mágico, que invirtió ciento treinta y cinco años en construir y encantar esta varita y este gorro con las correas, y al dar por fin remate a su labor, vino la muerte y se lo llevó, que del trance fatal no hay quien se pueda librar! Y le oí decir a sus hijos, antes de morir: «¡*Ye* hijos míos! Estas dos cosas os dejo de herencia y serán de vuestra pertenencia; pero os advierto que de luengas tierras vendrá un algarivo que os las quitará, sin que sepáis cómo ni lo podáis evitar.» Pero ahora dime, hijo mío: ¿de qué medio te valiste para lograr tu objeto y quitarles ambas cosas a los pequeños?

Contóle entonces Hasán a la vieja la historia entera y ella se alegró sobremanera, y le dijo:

–Hijo mío, puesto que cuentas ahora con los medios de salvar a tu mujer y tus hijos, oye lo que te voy a decir, y es que yo, después de lo que esa bribona me ha hecho, no quiero ya nada con ella y tengo pensado irme a vivir a la ajaquefa de los magos y no moverme de allí hasta que me llegue la hora de morir. Cuanto a ti, ciñete esas correas a la cabeza y empuña la varita en tu diestra y vete al lugar en donde tu esposa y tus hijos están y golpea con la varita la tierra y di: «¡*Ye* servidor de estos nombres, preséntate a cumplir mis órdenes!» Y acudirá en seguida uno de los jeques de las cabilas y tú le mandarás lo que quieras y él te servirá de cabeza.

Despidióse luego Hasán de la vieja y salió y se encasquetó el gorro con las correas y empuñó la varita en su diestra y pasó al sitio en que estaban su mujer y sus hijos, y halló a su mujer atada a la escalera, en el estado más lamentable que imaginar pudiera, y a sus hijos jugando alrededor de ella, que al mirarlos lloraba por la desgracia en que se encontraban.

Y oyóla Hasán recitar estos versos:

–Un débil soplo de vida
tan solo me queda ya,
y unos ojos que ven cosas
que no quisieran mirar.
Es tal mi estado que al propio
enemigo da piedad,
y ¡guay del que a su enemigo
lástima llega a inspirar!

Al ver Hasán el suplicio que padecía su esposa y la bajeza y menosprecio en que cayera, rompió a llorar con tal vehemencia que rodó sin sentido por tierra.

Recobró luego los sentidos; pero al reparar en sus hijos, que estaban jugando inocentes y descuidados, tornó a desmayarse y permaneció así largo rato.

Pero al volver en sí de nuevo vio que su esposa también perdiera, por la fuerza del dolor, el conocimiento, y desciñóse las correas de la cabeza, y se dejó ver de sus hijos, los cuales exclamaron, al verlo:

–¡*Ye* padre nuestro!

Tornó Hasán entonces a ceñirse las correas a la cabeza, y su esposa, que a los gritos de los chicos recobrara el sentido, abrió los ojos y miró y ya no lo vio.

Pero los dos hermanitos seguían gritando:

–¡Papaíto!

Y al oír aquel nombre querido partiósele el corazón a la pobre madre y las entrañas se le desgarraron e interpeló a sus hijos, diciendo:

–¿Por que os acordáis de vuestro padre en este momento?

Y rompió a llorar y gritar, con el hígado escocido y el pecho adolorido.

–¿Dónde estáis, hijos mios, y dónde está vuestro padre?

Y Menaru-s-Sunná recordó los tiempos de su unión con Hasán y todo cuanto le sucediera desde que huyó de su lado y lloró amargo llanto, tanto que las mejillas se le escaldaron y en aquel diluvio de lágrimas se le anegó la cara.

Y fluían tan copiosas sus lágrimas que el suelo mojaban y no tenía mano libre para enjugárselas, y dizque las moscas le picaban y en medio de su dolor no había quien la consolara, ni tenía más alivio que el llanto que derramaba y estos versos que recitaba:

–Evoco el infausto día que nos partió en dos mitades;
mis lágrimas desde entonces fluyen en río interminable.
En tanto que el camellero a sus bestias arreaba,
yo sentía que el corazón algafacanes me daba.
Y me volví dando tumbos, sin saber a donde iba;
que el camino, por la fuerza del dolor, desconocía.
Y fue de lo más amargo que por entonces sentí,
el encuentro con aquellos que se burlaban de mí.
¡*Ye* alma mía! ¿Para qué quieres ya vivir lejos de aquel
que era tu alma y tu vida, y, en suma, todo tu bien?
¡*Ye* amigo, ya solamente a Alá con fervor le pido
que te dignes escuchar las palabras que te digo!
Pues si muero, ese será para mí el mayor alivio [55].

Luego de recitar esos versos giró la cuitada los ojos a diestro y siniestro, inquiriendo la causa de que hubiesen gritado sus hijos: «¡Papaíto! Papaíto!»

Pero no vio por allí a nadie, por lo que se maravilló de que los niños hubiesen mentado a su padre.

Pero luego que Hasán le hubo oído

[55] Suprimido en la edición de Bulak.

a su esposa recitar aquellos versos fue tal el dolor que sintió que lloró y se desmayó y las lágrimas corriéronle por sus mejillas cual profusa lluvia.

Llegóse luego Hasán a sus hijos y se destocó, sin que lo viera su mujer, y los niños, al verlo, gritaron de nuevo:

–¡*Ye* padre nuestro!

Al oír lo cual volvió su madre a llorar y exclamó:

–No hay quien pueda evitar el sino que Alá le ha escrito.

Y a continuación añadió:

–¿Qué será lo que les hace mentar a su padre y llamarlo, siendo así que no está aquí?

Y Menaru-s-Sunná echóse a llorar de nuevo y declamó estos versos:

–¡Desierto está y espantable
de la luna el claro reino!
¡Llorad, llorad, ojos míos,
porque ya ellos se fueron!
¿Y cómo habrá para mí
ya en este mundo consuelo
como Alá no sea servido
de volvérmelos de nuevo?
Cuando pienso en lo que sufro,
toda la paciencia pierdo
y lloro y suspiro en vano
y me aflijo y desespero.
¿Por qué no habrás de volver
conmigo, cual otro tiempo?
¡Vuelve, por Alá, a mi lado,
que ya sufrí harto tormento! [56].

Luego que oyó Hasán esos versos no pudo contenerse más y quitóse el gorro con las correas y dejóse ver de su esposa, la cual, luego que lo vio, lo conoció, y lanzó tal alarido que el palacio todo tembló.

Y mirando fijo a Hasán, exclamó:

–¿De dónde vienes, amor mío? ¿Llegaste llovido del cielo o de la tierra has salido?

Y en tanto así hablaba los ojos en llanto se le arrasaban y Hasán también, de verla a ella llorar, lloraba.

Pero su esposa le dijo:

–No es esta, hombre, sazón de lloros ni reproches, que el sino siguió su camino y la vieja encegueció y la caña corrió, según lo que Alá ordenara desde que el Tiempo comenzó. Así que, por Alá sobre ti, vengas de donde vinieres, corre luego a esconderte, no sea que alguno te vea y le vaya con el cuento a mi hermana y a ambos tu venida nos cueste la vida.

–¡*Ye* mi reina de todas las bellas! ¡Yo sólo he venido para morir contigo o salvarte de este cautiverio y llevaros a ti y a mis hijos a mi país, a despecho de la nariz de esa malvada hermana!

Pero Menaru-s-Sunná sonrió al oír sus palabras y movió la cabeza y exclamó:

–¡No está en tu poder, vida mía, salvar de este trance la mía! Huye de aquí luego y ponte en salvo, que mi hermana, la tirana, acaudilla ejércitos con los que no cabe resistencia.

Y puesto que lograras sacarme de aquí y llevarme contigo, ¿cómo podríamos salir de estas islas, salteadas de tantos peligros? Ya viste, al venir acá, cuántos portentos y maravillas y espantos y riesgos hay en el camino, de los que no hay nadie que se pueda salvar ni los propios *alifrites,* rebeldes a Alá. Así que huye luego de aquí y no añadas pesar a mi pesar y zozobra a mi zozobra y no te empeñes locamente en salvarme de este trance, porque ¿quién podría sacarme de estas tierras, por entre tantos sedientos páramos y tantos fatales parajes?

A lo que Hasán replicó, diciendo:

–¡Por tu vida, *ye* luz de mis ojos, que no me he de ir de aquí sino en tu compañía!

Al oír lo cual le dijo su esposa:

–Hombre, dime: ¿cómo piensas triunfar en tu empresa y qué clase de hombre eres para que eso pretendas?

–¡*Ye* reina de las bellas!–contestóle Hasán–. Yo sólo vine aquí para salvar-

[56] Omitido en la edición de Bulak.

te a ti, luz de mis ojos, y lo conseguiré, por medio de esta varita y este gorro.

Y acto seguido contóle Hasán a su esposa lo que le sucediera con aquellos dos chicos; pero hete aquí que, estando hablando Hasán, llegó inopinadamente la reina y oyó lo que a su esposa le dijera.

Pero al notar Hasán su presencia encasquetóse el gorro y volvióse invisible a sus ojos, y la reina pasó adentro e interpeló a su hermana, diciendo:

–¿Con quién hablabas, so desvergonzada?

A lo que Menaru-s-Sunná le contestó:

–Con mis hijos hablaba.

Pero la reina, enojada, cogió el látigo y se puso a azotarla, en tanto Hasán estaba presente y lo contemplaba, y no paró la reina de fustigar a su hermana hasta que la vio caer desmayada. Y entonces mandó que de allí se la llevaran. Y sus castrados cogieron a la cuitada y la condujeron a otra cámara, adonde Hasán los fue siguiendo, sin que ellos lo notaran.

Y al llegar a aquella otra sala arrojaron los eunucos a la princesa al suelo y allí se estuvieron, mirando, hasta que recobró el conocimiento y declamó estos versos:

–Fue tal mi pena, al quedarme
separada de mi amor,
que de mis ojos el llanto
a raudales rebosó.
E hice voto, si algún día
nos juntábamos los dos,
ni siquiera mentaría
jamás la separación.
Y diría al envidioso
que de mi mal se alegró:
–Anda y revienta de rabia,
que tu deseo falló.
Y mis votos se cumplieron;
ya Alá te me devolvió,
y es tan grande mi alegría
que no puede ser mayor.
Pero como ya estoy hecha
a llorar por todo yo,
también lloro de alegría,
si antes lo hice de dolor.

Luego que Menaru-s-Sunná hubo recitado aquellos versos retiráronse las esclavas y se salieron de la sala, y Hasán se quitó la gorra encantada, y su mujer le dijo:

–Mira, hombre: todo esto que me pasa es en castigo por haberme rebelado contra ti y haber faltado a lo que me mandaste y salido de nuestra casa sin tu permiso. Así que, por Alá sobre ti, no me recrimines por mis culpas y ten presente que la mujer no sabe nunca lo que un hombre vale hasta que lo pierde. Verdaderamente, yo te ofendí y te hice mal. Pero ahora te ruego me perdones, como también le pido me perdone Alá el Todopoderoso y le prometo no volver a hacerlo, si es servido de reunirnos de nuevo.

Pero al oír aquello díjole Hasán a su esposa:

–No fuiste tú la culpable, ¡vida mía!, que la culpa fue toda mía, pues salí de mi casa y me fui de viaje yo solo, dejándote a ti con quien ignoraba tu alta calidad y en lo que vales no te podía apreciar. Pero has de saber, ¡*ye* amada de mi corazón y luz de mis ojos y fruto de mis entrañas!, que Alá (bendito sea) me ha conferido a mí poder para salvarte a ti; dime, pues, si quieres que te lleve al alcázar de tu padre para que allí se cumpla lo que escrito tengas o prefieres que te conduzca en derechura a mi tierra.

A lo que su esposa respondió, diciendo:

–¿Y quién podrá salvarme como no sea el Señor de cielos y tierras?

Vuélvete tú a tu país y desiste de tus locas ilusiones, que no sabes bien todo lo peligrosas que son estas regiones, y, si no me haces caso, bien pronto lo sabrás para tu daño.

Y Menaru-s-Sunná, después de decir eso, recitó estos versos:

–¿Por qué no me haces caso y de mí desconfías?
¿No sabes que mi amor es la verdad más fija?

¿Y que el Cielo se opone a que se entibie nunca
y se apague la llama en que arde el alma mía?
Sin cesar nos persiguen crueles enemigos,
y hacen por separarnos, pero en vano se afanan,
pues por más que ellos traten con sus viles [insidias
de indisponernos, nunca lograrán lo que traman.
Yo en tus palabras fío con absoluta fe
y también tú en las mías confianza has de tener.
Guardemos, pues, secreto nuestro amor y que [rabie
aquel que nos quisiera enemistados ver [57].

Y luego que tal dijo echóse a llorar y lloraron también sus hijos; oyéronlo sus azafatas y en el acto acudieron y la encontraron llorando lo mismo que a sus pequeños, pero a Hasán no lo vieron.

Y las doncellas, apiadadas, echáronse también a llorar e invocaron sobre la reina Nuru-l-Hodá las maldiciones de Alá.

Cuanto a Hasán, armóse de paciencia y aguardó a que la noche viniera y los guardianes de su esposa se fueran a dormir, y luego que fue así apretóse Hasán su faja y fue a donde su esposa y sus hijos quedaran y la desató a ella de sus ataduras y la besó en la frente con mucha ternura y la estrechó contra su pecho y la besó entre sus ojos, diciendo:

–¡Loado sea Alá, que no hemos tenido que aguardar a vernos en nuestro país para reunirnos y nos hemos reunido aquí! ¿Por ventura es esto cierto y estoy soñando o despierto?

Tomó luego sobre sus hombros a su hijo el mayor y su esposa hizo otro tanto con el hijo menor y se salieron del alcázar y Alá, el magnánimo, los cubrió con su manto.

Fueron después caminando hasta llegar al cabo del palacio y allí se detuvieron ante la puerta del serrallo de la reina Nuru-l-Hodá y la hallaron cerrada, y Hasán exclamó:

–¡No hay gloria ni poder sino en Alá, el grande, el excelso! De Alá soy y a El hemos de tornar.

Diéronse ambos por perdidos y Hasán invocó a Alá, diciendo:

–¡*Ye* ahuyentador de los pesares! En verdad que todo lo consideré y con todo conté menos con esto y ahora, cuando el día empiece a clarear, nos verán y nos cogerán y no tendremos medio de poder escapar.

Y Hasán, a impulsos del sentimiento, recitó estos versos:

–En el sino fiabas cuando te era propicio
sin pensar que algún día se hiciera tu enemigo.
Te engañaron las noches serenas y tranquilas
y en la paz de la noche se incuban mil desdi- [chas.

Echóse luego Hasán a llorar y también lloró su esposa al recordar la crueldad con que el sino y la suerte la trataran. Y Hasán recitó estos versos:

–Conmigo se conduce siempre el sino
cual si enemigo fuera
y cada día me aporta algún dolor,
alguna pena nueva.
Cuando espero algo bueno, me defrauda
y algo malo me trae,
y vispera de angustias y zozobras
es el día más amable.

Y también declamó luego estos otros versos:

–Con saña me trata el sino;
mas yo sus flechas desprecio;
armado estoy de paciencia
para todo, y pierde el tiempo [58].

Y después de recitar estos versos, díjole Hasán a su mujer:

–¡No hay para nosotros salvación! No nos queda más recurso que darnos la muerte y descansar de tantos azares para siempre y del tormento librarnos que nos está reservado.

Pero en aquel preciso momento oye-

[57] Omitido en la edición de Bulak.

[58] Omitido en la edición de Bulak.

ron una voz que decía de la parte adentro de la puerta:

–¡Por Alá, que no he de abrirte, *ye* mi señora Menaru-s-Sunná ni a tu esposo Hasán, como no me obedezcáis en lo que os voy a mandar!

Guardaron ambos silencio al oír aquello, por la fuerza del miedo, y se dispusieron a volverse al sitio de donde vinieron.

Pero la voz de antes volvió a sonar diciendo:

–¿Qué os sucede que calláis y no respondéis?

Conocieron luego aquella voz, que no era otra que la de la vieja Schauahi-Ummu-d-Dauahi, y entonces le respondieron diciendo:

–Haremos todo cuanto nos mandes; pero ábrenos en seguida la puerta y excusa más palabras, que no es este momento para enredarse de charla.

–¡Por Alá–dijo la vieja–, que no os abriré la puerta como antes no me juréis llevarme con vosotros y no dejarme con esta bribona, con esa machorra, y que los cinco hemos de correr la misma suerte, y que, si os salváis, me salvaré yo también, y si os perdéis, me perderé! Pues esta deslenguada insolente me está siempre afrentando e injuriando por culpa vuestra, sin consideración, y tú, hija mía, sabes muy bien cuánto valgo yo.

Luego que Menaru-s-Sunná y su esposo Hasán conocieron ser aquella la voz de la vieja, la tranquilizaron y le juraron no abandonarla, por lo más sagrado, y entonces ella fue y abrió la puerta y los dejó pasar, y ellos la encontraron montada en un jarro rumí de barro rojo y el jarro tenía en su boca una soga de fibras de palmera, de la cual tiraba la vieja, corriendo entonces aquel jarro rumí más que si fuere un camello nechdi [59].

Y la vieja les dijo a Hasán y su esposa:

–Seguidme y no temáis nada, que yo me sé de memoria cuarenta capítulos de la magia, el menor de los cuales me bastaría para convertir esta ciudad en un mar tumultuoso, azotado por el oleaje tempestuoso, y a todas sus mujeres en otros tantos peces, antes de que amaneciere, y si ya no lo hice, fue por temor al rey, tu padre, que es muy poderoso y grande y tiene a su servicio muchas huestes de edecanes y arraeces.

Pero ya os haré ver maravillas de mi hechicería; así que venid conmigo y marchemos juntos todos con la albaraca de Alá-*taála* y su ayuda y favor sin igual.

Pero al llegar aquí sorprendió a Schahrasad la aurora y cortó el hilo de sus palabras fascinadoras.

Y LA NOCHE 463 REANUDO SU RELATO EN ESTA FORMA:

–Ha llegado hasta mí la fama, *¡ye* monarca, el afortunado!, de que Hasán, su esposa y la vieja Schauahi salieron del alcázar y se dirigieron a las afueras de la ciudad, y allí Hasán empuñó su varita mágica y dio con ella un golpe en tierra y concentró su espíritu y dijo:

–*¡Ye* servidor de estos hombres, compareced en el acto y elevadme sobre vuestros hermanos!

Y no lo acabara de decir cuando abrióse la tierra y salieron de ella siete *afarit,* cada uno de los cuales hundía

[59] De Nechd, región montañosa del interior de Arabia.

sus pies en las entrañas de la tierra y daba en las nubes con su cabeza, y todos ellos besaron la tierra entre las manos de Hasán y a coro le dijeron:

–¿Qué deseas, señor y rey nuestro? Habla, que aquí nos tienes prontos a escucharte y obedecerte. Y si tú lo quieres, secaremos el mar y cambiaremos a las montañas de lugar.

Alegróse mucho Hasán al oír las palabras de los genios y se holgó de ver lo pronto que acudieron a su voz y fortaleció su corazón y corroboró su ánimo y su decisión.

Y encarándose con los *alifrites,* preguntóles:

–¿Quiénes sois y cómo os llamáis y a qué cabila, taifa o tribu pertenecéis?

Besaron ellos por segunda vez la tierra entre sus manos y contestaron:

–Nosotros somos siete reyes, que reinamos sobre siete tribus de *alifrites* de todas clases y satanases, de los que vuelan por los aires o bucean en los mares y de los que viven en las altas montañas y en los campos y eriales. Mándanos, pues, lo que quieras, que para ti no somos más que servidores y esclavos, ya que posees esa varita que confiere a su dueño el poder de mandar sobre nuestros cuellos y reducirnos a su obediencia y servidumbre completas.

Luego que oyó Hasán esas palabras de los genios fue mucho lo que se alegró y también se alegraron hasta el colmo de la alegría su mujer y la vieja, y Hasán les dijo a aquellos reyes de los *alifrites:*

–Quiero que me enseñéis vuestras tribus y vuestras tropas y guardias.

A lo que ellos respondieron así:

–¡*Ye* señor nuestro! Es el caso que si nuestras tribus te mostramos temeremos por ti y los que te acompañan, pues su nombre es legión [60] y son muy diversos entre ellos, tocante a su figura, facha y condición.

Pues de ellos los hay que son cabezas sin cuerpo y otros que son cuerpos sin cabeza y otros que parecen fieras rapaces y leones voraces.

Pero si tal es tu voluntad, te enseñaremos, los primeros, a aquellos que tienen semblanza de fieras. Pero dinos, señor: ¿qué es lo que de nosotros querías, cuando nos llamaste?

–Quiero–les dijo Hasán–que ahora mismo nos toméis sobre los hombros a mí, a mi esposa y a esta anciana virtuosa y nos llevéis, sin tardar, a la ciudad de Bagdad.

Bajaron los genios la cabeza, al oír esas palabras de Hasán y permanecieron en silencio, por lo que el joven, asombrado, preguntóles:

–¿Por qué no contestáis?

Y ellos entonces respondieron, diciendo:

–¡*Ye* señor y rey nuestro! Has de saber que nosotros somos de los genios que hicieron pacto con el rey Soleimán, hijo de Daud (sobre ambos la paz) y él nos juró que no tendríamos nunca que cargar a cuestas con ningún hijo de Adán y, desde entonces, nunca, hasta ahora, tuvimos que cargar con ninguno sobre nuestros hombros; pero no te apures por ello, que nosotros te aprontaremos corceles de los nuestros que a ti y a tu esposa os llevarán en un santiamén a la ciudad de Bagdad.

–¿Y qué distancia hay de aquí a la ciudad de Bagdad?–preguntóles Hasán.

Y ellos le contestaron:

–Pues siete años de camino, cabalgando en un corcel de los más raudos.

Maravillóse Hasán y no pudo menos de exclamar:

–Pues entonces ¿cómo fue que tardé menos de un año en venir acá desde allá?

–Eso–respondieron los genios–fue gracia de Alá, que otorga sus mercedes a quien quiere, de entre sus servidores

[60] Así se nombra a sí mismo el demonio en el Evangelio de Marcos, cap. V, vers. 9; «Mi nombre es *Legión,* porque somos muchos.»

fieles. Pues el *scheij* Abdu-l-Kaddús, que te montó en el elefante y el caballo mágico, atravesó contigo en diez días un espacio que supone tres años de camino, para un jinete bien fajado, y el *efrit* Dahnasch, al cual te encomendó el *scheij* Abdu-l-Kaddús, recorrió contigo en solo un día y una noche una distancia de tres años de marcha. Todo lo cual fue obra de la bendición de Alá, porque el *scheij* Abu-r-Risch es de la sangre de Azef-ben-Berajiya y conoce el nombre más grande de Alá. Además, desde Bagdad al alcázar de las siete hermanas hay un año de jornada, lo que arroja un total de siete años.

Maravillóse Hasán al oír tales palabras y exclamó con unción:

–¡Loado sea Alá, que allana lo difícil y sana lo roto y acerca lo lejano y humilla a todo réprobo empedernido y fatuo! ¡Loado sea Alá, que se dignó aliviar mis trabajos y me trajo aquí sin contratiempo y puso a mi servicio estos genios y me reunió con mi mujer y mis hijos de nuevo!

Volvióse luego Hasán a los genios y les dijo:

–Si montamos en esos caballos que decís ¿cuánto hemos de tardar en llegar a Bagdad?

–Os llevarán allá–respondiéronle ellos–en menos de un año, después de pasar azares y trabajos y vencer dificultades sin cuento y atravesar vados enjutos y desiertos adustos y campos erizados de peligros y riesgos, y no podemos asegurarte contra estos isleños, ni contra la maldad del gran rey y de estos brujos y hechiceros y protervos, pues podría suceder que nos venciesen y os tomasen prisioneros y en nosotros también hicieran un escarmiento y que nos increparan, diciendo:

–Sois unos malhechores; ¿cómo osasteis entrar en las tierras del gran rey y llevaros a ese mortal que estaba allí y además a la propia hija del monarca y cargar con ella y arrebatársela? Si se tratase de ti solo sería la cosa más llana; pero, en fin, no perdamos la confianza, que El, que te trajo aquí, es poderoso a restituirte a tu país y a reunirte de nuevo con tu madre donde la dejaste; cobra, pues, ánimos y encomiéndate a Alá y no temas nada, que nosotros no hemos de abandonarte hasta que te halles de nuevo en tu patria.

Dioles gracias Hasán por aquellas palabras y les dijo:

–¡Alá os pague con creces el favor que vais a hacerme!

Y luego añadió:

–Traedme acá en seguida esos caballos de que habéis hablado.

–Oír es obedecer–respondieron ellos.

Y acto seguido dieron una patadita en el suelo y este se abrió y ellos en él se hundieron y por espacio de una hora desaparecieron, hasta que luego volvieron, llevando tres caballos enteramente enjaezados, con sus monturas y sus bridas, y cada uno de ellos, en la delantera de su silla, llevaba colgadas unas alforjas, que en una de sus bolsas contenían un cantarillo con agua y en la otra provisiones y vituallas.

Montó Hasán en uno de los caballos, poniendo delante a uno de sus hijos, y su esposa montó en el otro, llevando delante al segundo de los chicos; cuanto a la vieja, descabalgó del jarro y montó en el tercer bruto.

Emprendieron luego todos la marcha y empezaron a caminar y no pararon de andar toda la noche aquella hasta que la mañana amaneciera.

Desviáronse entonces del camino y pusieron rumbo hacia la yebala, y sus lenguas no cesaban de invocar a Alá-*taála* y pasaron el río al pie de la montaña.

Y en tanto cabalgaban divisó Hasán a lo lejos un gran bulto negro que una gran columna semejaba y era tan alta que parecía una humareda que hasta los cielos se elevara. Atemóse Hasán al



verla y se puso a recitar aleyas del *Corán* y se refugió en Alá contra el schaitán, el apedreado, y entonces aquella negra montaña fuese aclarando a medida que ellos se acercaban, y, luego que a ella llegaron, vieron que no era sino un *efrit* que allí estaba parado.

Y dizque aquel *alifrite* tenía una cabezota tamaña como un gran alcabor [61] y unos colmillos como anclas de galera y unas quijadas como cañadas y unas narizotas como jarras y unas orejas como adargas coriáceas y una bocaza como una cueva y unas manos como horquillas de viñador y unas piernas como palos de barco.

Y con su cabeza tocaba en el cielo, mientras sus pies se hundían en las entrañas de la tierra.

Y al ver el *efrit* a Hasán inclinóse y besó la tierra entre sus manos y le dijo con toda humildad:

–¡No temas nada, Hasán, que yo soy el capitán de los moradores de esta tierra, que es la isla primera de las islas de Al-Uaku-l-Uak, y soy musulmán, servidor del único, de Alá! Tuve noticia de vosotros y anuncio de vuestra llegada y tengo decidido irme de aquí, de esta tierra de hechiceros, a otro país que esté desierto de habitantes y lejos de los hombres y los genios y asentarme allí para hacer vida de solitario, consagrado a servir a Alá, hasta que se cumpla mi plazo. Así que os ruego me admitáis como compañero de viaje y yo seré vuestro guía y caminaré delante hasta que salgamos de estas islas de Al-Uaku-l-Uak. Y no me dejaré ver de vosotros sino por las noches. Así que encorazonad vuestros corazones, por lo que a mí respecta, que musulmán soy lo mismo que vosotros.

Alegróse mucho Hasán al oír las palabras del *efrit* y dio por segura su salvación y, volviéndose a él, exclamó así:

–Alá te pague con creces tus buenos servicios. Anda y únete a nosotros y que Alá nos bendiga a todos.

Incorporóseles el genio y echó a andar delante de ellos.

Pero al llegar aquí sintió Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras encantadoras.

Y LA NOCHE 464 REANUDO SU RELATO EN ESTA FORMA:

–Tengo entendido, ¡*ye* monarca, el afortunado!, que nuestros viajeros siguieron caminando a lomos de aquellos caballos, rápidos como el rayo.

Y al amanecer la mañana del día, el siguiente, echaron mano de las alforjas y comieron de las vituallas que llevaban de repuesto y del agua de los zaques bebieron.

Después de lo cual siguieron cabalgando, precedidos del *alifrit*, que se apartó con ellos del camino trillado y se entró por otro hasta entonces no hollado, a lo largo de la orilla del mar, y no pararon de cabalgar, cruzando vados y páramos por espacio de un mes entero, hasta que al día, el trigésimoprimero, vieron levantarse de la tierra una nube de polvo que el mundo amurallaba y hasta los cielos se alzaba.

Palideció Hasán al ver aquello y lue-

[61] Cúpula, bóveda.

go dejóse oír un gran alboroto y estruendo y la vieja volvióse a Hasán y le dijo:

–Mira, Hasán, hijo mío, ese es el ejército de Uaku-l-Uak y nos hará cautivos a todos, sin poderlo evitar.

–¿Qué podríamos hacer, madre mía?–exclamó Hasán.

Y ella le contestó:

–Da un golpe con tu varita mágica en la tierra, que otro recurso no queda.

Hízolo así Hasán y en el acto acudieron los siete reyes y lo saludaron y besaron la tierra entre sus manos y le dijeron:

–Nada temas ni te entristezcas.

Alegróse mucho Hasán al oír sus palabras y les dijo:

–Acorrednos y salvadnos, que este es el momento de que echéis el resto, *¡ye* príncipe de los *afarit* y los genios!

–Subíos–dijéronle ellos–tú y tu esposa y tus hijos y todos los que vienen contigo al galayo del monte; dejadnos a nosotros que con esa tropa luchemos, que harto sabemos que os asiste el derecho.

Y Hasán, con su mujer y sus hijos y la vieja, subióse a lo alto del monte, después de despedir a sus corceles, y a poco llegó a aquel lugar la reina Nuru-l-Hodá seguida de sus huestes desplegadas en dos alas, una a su derecha y otra a su izquierda, dispuestas a entablar la batalla; hiciéronles frente los sietes reyes y se apercibieron al combate, y uno y otro bando vinieron a las manos y prendió el fuego de la guerra y avanzaron los bravos y huyeron los apocados, y lanzaban los genios por sus bocas chispas y centellas, y hasta llegada la noche se prolongó la refriega, y venida que fue la noche con sus tinieblas separáronse los contendientes y se apearon de sus corceles y se asentaron en la tierra y encendieron hogueras y no dejaron de atizarlas, hasta que fue venida la mañana y derramó su luz por toda la comarca.

Y los siete reyes de los *alifrites* fueron a donde Hasán y besaron la tierra entre sus manos. Y Hasán dioles las gracias por lo que habían hecho y pidióle a Alá que les diese la victoria sobre sus enemigos y les preguntó cómo en la lucha les había ido.

Y ellos le contestaron, diciendo:

–No pases temor por nosotros, que el enemigo no podrá resistirnos más allá de tres días, pues ya hoy les hicimos gran carnicería y le cogimos unos dos mil prisioneros. ¡Así que alégrate y dilata tu pecho!

Tornáronse luego los siete reyes a su campamento y aguardaron a que la noche fuere ida y la mañana amaneciese con su luz refulgente.

Volvieron entonces los guerreros a montar en sus bridones fogosos y acometiéronse unos a otros con sus tajantes espadas y sus agudas lanzas, y corrían de acá para allá, fluctuando como las olas del mar, y la lucha hacía saltar entre ellos lumbradas de fuego, y no pararon de pelear con suerte varia, hasta que, al cabo, las tropas de Al-Uaku-l-Uak cedieron el campo y se quebró su dardo y perecieron sus generales y capitanes y buscaron salida del combate, pero no la encontraron, pues dondequiera que se volvían los enemigos los acometían, hasta que, hartos de lucha, volvieron la espalda y buscaron su salvación en la fuga.

Y en la refriega dejaron muchedumbre de muertos y la reina Nuru-l-Hodá cayó prisionera, así como todos los próceres de su corte.

Luego que la mañana amaneció presentáronse los siete reyes ante Hasán e hicieron plantar para él un trono de alabastro, incrustado de aljófar, y otro de marfil, chapado de oro resplandeciente, para la princesa Menaru-s-Sunná, y otro para la matrona Schauahi Ummu-d-Dauahi.

Sentóse luego cada cual en su trono y los siete reyes llevároles los prisio-

neros y los pusieron entre las manos de Hasán, e iba entre ellos la reina Nuru-l-Hodá maniatada y en los pies le habían puesto grilletes de hierro.

Y al verla la vieja, la increpó diciendo:

–¡No pagarás, *ye* tirana, desvergonzada, todo el mal que hiciste hasta que coja yo dos perros hambrientos y te ate a la cola de un caballo sediento y los eche a correr detrás de ti, hasta que lleguen a la orilla del mar y te arranquen la piel a retazos y luego se coman tu carne a pedazos! Solo así pagarás dignamente lo que con tu hermana hiciste, la cual casara legalmente, según la ley de Alá y su Profeta (sea sobre él la paz), que no se admiten celibatos en el Islam [62], y el matrimonio es cosa lícita y reconocida por todos los profetas de Alá (sobre todos ellos la paz), que Alá creó las mujeres para los hombres, y esta es la verdad.

Mandó entre tanto Hasán diesen muerte a todos los prisioneros, sin exceptuar a ninguno de ellos, y la vieja alzó el grito diciendo:

–¡Matadlos a todos, del primero al último, y que no quede con vida ninguno!

Pero al ver la reina Menaru-s-Sunná a su hermana Nuru-l-Hodá en aquel triste estado, cautiva y cargada de hierros, llenóse de piedad y rompió a llorar y no pudo menos de exclamar:

–¡*Ye* hermana mía! ¿Quién es ese que nos venció y nos tomó cautivas en nuestra propia tierra?

Y Nuru-l-Hodá contestóle, diciendo:

–En verdad que es este un duro trance. Ese Hasán pudo más que nosotras y Alá le dió el señorío sobre nuestro reino y nos ha vencido a nosotras y a los reyes de los genios.

Y su hermana exclamó:

–En verdad que Alá no lo ayudó contra vosotras ni pudo venceros ni cautivaros sino en vitud de ese gorro y esa varita mágicos.

Convencióse, pues, Nuru-l-Hodá de que, solo gracias a esos mágicos medios le había vencido Hasán, y humillóse ante su hermana; tanto, que esta se enterneció y se apiadó de ella y, volviéndose a Hasán, le dijo:

–¿Qué piensas hacer ahora con mi hermana? Ya ves que en tus manos está y al fin y al cabo no te hizo nada tan grave que no la puedas perdonar.

A lo que le replicó Hasán:

–Bastante fue lo que a ti te hizo y lo que te atormentó.

Pero su esposa le dijo a Hasán:

–Por lo que conmigo hizo puede alegar excusa. Pero tú, en cambio, encendiste brasas en el corazón de mi padre, al traerme de su lado, y si ahora matas a mi hermana ¿qué va a ser del pobre anciano?

–Bien–respondióle Hasán–; haz con ella según tu voluntad.

Y en el acto la reina Menaru-s-Sunná mandó poner en libertad a su hermana y a todos los demás prisioneros, lo que en seguida fue hecho.

Y ambas hermanas se abrazaron y así abrazadas se estuvieron una hora llorando.

Y la reina Nuru-l-Hodá le dijo a su hermana:

–No me guardes rencor por lo de marras.

A lo que Menaru-s-Sunná respondió:

[62] No se autoriza esta opinión con ninguna sura coránica, sino con una anécdota que refieren los comentadores del Libro, y según la cual dijo en cierta ocasión Mahoma, reaccionando contra la tentación ascética que se iba introduciendo en el Islam, a sus adeptos: «No os impuse obligación de que fuerais sacerdotes ni monjes ni que os abstuvieseis de la carne de las mujeres...» La referida anécdota puede verse *in extenso* en las notas que Marraccio puso a su traducción latina del *Corán: (Alcorani textus universus, ex correctioribus Arabum exemplaribus, summa fide, ac pari diligentia ex arabico idiomate, in latinus translatus; His omnibus praemissus Prodromus, auctore* Ludovico Marraccio, Patavii, *anno* 1698). De esta cuestión se trata ya en la *Historia de Tauaddud, la esclava,* donde hicimos la misma observación.

–Nada de eso, hermana, pues todo lo que pasó y todo cuanto has sufrido estaba así de antemano decretado por el sino.

Sentáronse luego en el lecho y siguieron platicando. Y Menaru-s-Sunná hizo las paces entre su hermana y la vieja, las cuales se reconciliaron sin reservas. Y Hasán despidió luego a los servidores de la varita mágica, dándoles las gracias por la ayuda tan decisiva que contra sus enemigos le habían prestado, y Menaru-s-Sunná contóle a su hermana todo cuanto con Hasán le pasara y cuánto este había padecido por su culpa, diciendo:

–¡*Ye* hermana mía, puesto que tales cosas hizo y tal poder posee y Alá el Todopoderoso le otorgó tales mercedes como las de entrar en nuestras islas y derrotar a tu ejército y tomarte prisionera y desafiar a nuestro padre, el rey soberano que señorea sobre todos los príncipes de los *alifrites,* procede que nó le escatimemos lo que en derecho se le debe.

A lo que asintió Nuru-l-Hodá, diciendo:

–Tienes razón, hermana, y puesto que, según dices, tantas maravillas vio y tantos trabajos padeció, procede que no le regateemos lo que le corresponde en derecho.

Y ambas hermanas siguieron departiendo el resto de la noche hasta que amaneció la mañana y salió el sol y todos se aprestaron a la marcha.

Despidiéronse luego unos de otros y Menaru-s-Sunná abrazó a su hermana y a la anciana Schauahi, que con la reina Nuru-l-Hodá se marchaba.

Hirió luego Hasán la tierra con su varita mágica y al punto se presentaron allí los *alifrites,* sus servidores, y saludaron a Hasán y le dijeron:

–¡Loado sea Alá, que ahuyentó de tu corazón todo pesar! Mándanos ahora lo que quieras y te obedeceremos en menos de un parpadeo.

–¡Que Alá os lo pague!–les dijo Hasán. Y luego añadió–: Traedme en seguida dos caballos de los mejores, completamente enjaezados.

Y los *alifrites,* al momento, le presentaron los dos caballos.

Montó en uno de ellos Hasán, con su hijo mayor por delante de su pecho, su esposa Menaru-s-Sunná montó en el otro, con el hijo pequeño.

Y también la reina Nuru-l-Hodá y la vieja Schauahi montaron en sendos corceles y se despidieron de Hasán y su esposa y partieron, tomando el camino de la izquierda, en tanto Hasán y su esposa seguían al de la derecha. Fueron luego cabalgando Hasán y su esposa y sus hijos sin parar, por espacio de un mes entero, hasta que dieron vista a una ciudad que se mostraba rodeada de árboles y riachuelos, y dirigiéronse a aquellos árboles y apeáronse de sus monturas, con intención de descansar una hora allí y luego seguir.

Pero hete aquí que, estando sentados en el verde platicando, vieron venir hacia ellos una tropa de jinetes, y al punto Hasán se lavanto para inquirir quiénes fuesen, y entonces pudo ver que al frente de aquellos caballeros se adelantaba el rey Hasún, señor de la tierra del Alcanfor y del Castillo de Cristal, y luego que Hasán lo conoció, fuese a él y le besó las manos y lo saludó.

Y Hasún, por su parte, no bien lo vio, luego descabalgó y sentóse con él sobre sus tapices, al pie de los árboles, y le devolvió su saludo y le dio el parabién, por verlo volver con felicidad y alegróse mucho con él y le dijo:

–Cuéntame, hijo mío, todo lo que te haya sucedido, desde el principio hasta el fin.

Contóselo todo Hasán y el rey Hasún se maravilló al oírlo y le dijo:

–Mira, Hasán, puedes decir que eres el primero que abordó a las islas de Al-Uaku-l-Uak y volvió de ellas sin

sufrir mayor mal. Peregrino es tu caso y ¡loado sea Alá, que de allí te sacó con felicidad!

Montó luego el rey Hasún en su bridón e invitó a Hasán a hacer lo mismo, con su esposa y sus hijos, y los condujo a su alcázar y allí los alojó en la casa de la adiafa, y, por espacio de tres días, allí se estuvieron comiendo y bebiendo y holgándose y divirtiéndose.

Después de lo cual recabó Hasán su venia para seguir hacia su tierra, y el rey Hasún se la concedió, y montaron en sus sendos caballos Hasán y su esposa y emprendieron la marcha y el rey Hasún los fue acompañando un trecho de diez jornadas y después se despidió de ellos y tornóse a su alcázar. Siguió luego Hasán cabalgando con su esposa y sus hijos por espacio de otro mes cumplido, al término del cual vinieron a encontrarse a la puerta de un gran algar, cuyo piso era de azófar, y Hasán le dijo a su esposa:

–¿Sabes qué cueva es esa?

–No–respondió ella.

Y Hasán entonces, le dijo:

Pues esa es la cueva en que vive el *scheij* Abu-r-Risch, al cual le estoy muy agradecido, pues fue quien me recomendó al rey Hasún.

Y Hasán contóle a su esposa todo cuanto entre él y el *scheij* Abu-r-Risch había sucedido y que ya queda referido.

Y estando hablando Hasán todavía he aquí que el *scheij* Abu-r-Risch salió de la ajaquefa, y al verlo Hasán luego apeóse de su caballo y fuese a saludarlo y le beso las manos.

Saludó a su vez el *scheij* Abu-r-Risch y lo felicitó por haber salido triunfante de su empresa y holgó con él del buen éxito de su empeño, y, tomándolo de la mano, entrólo en su caverna y lo hizo sentar a su lado y ambos departieron y conversaron.

Contóle Hasán al *scheij* todo cuanto le pasara en las islas de Uaku-l-Uak y el *scheij* Abu-r-Risch, al oírlo, maravillóse mucho y le dijo:

–¡*Ye* Hasán! ¿Cómo pudiste salvar a tu esposa y tus hijos?

Refirióselo luego Hasán y le contó lo de la varita mágica y el gorro con las correas, y el *scheij* Abu-r-Risch, al oírlo, maravillóse todavía más, y le dijo:

–¡*Ye* Hasán, hijo mío! De no haber sido por esa varita y ese gorro, jamás habrías podido salvar a tu mujer y tus hijos.

–Cierto que no, mi señor–respondióle Hasán.

Pero en tanto que así conversaban sintieron llamar a la puerta de la cueva y salió en seguida a abrir el *scheij* Abu-r-Risch y encontróse con que el que llamaba no era otro que el *scheij* Abdu-l-Kaddús, que venía montado en su elefante amaestrado.

Fuese hacia él el *scheij* Abu-r-Risch y lo saludó y lo abrazó y lo felicitó y holgóse con su amigo de su feliz arribo.

Y después de eso díjole el *scheij* Abu-r-Risch a Hasán:

–Cuéntale, hijo mío, al *scheij* Abdu-l-kaddús todo lo que en las islas de Uaku-l-Uak te ocurrió.

Hízolo así Hasán y contolé al *scheij* Abdu-l-Kaddús todo cuanto en las islas de Uaku-l-Uak le sucediera, desde el principio al fin, sin nada callar ni omitir, y al llegar a aquel paso de la varita y las correas...

Pero en este punto de su narración sorprendió a Schahrasad la aurora y puso dique a sus desbordadas palabras.

Y LA NOCHE 465 SIGUIO DICIENDO LA MUCHACHA:

–Ha llegado hasta mí la fama, *¡ye* monarca, el aventurado!, de que Hasán le contó al *scheij* Abdu-l-Kaddús, en la caverna, todo lo referente a la varita mágica y las tres correas, y el *scheij* Abdu-l-Kaddús díjole a Hasán:

–*¡Ye* hijo mío! ¿Fuiste tú quien salvaste a tu mujer y tus hijos o fuimos nosotros quienes tal hicimos? Porque, en fin de cuentas, nosotros fuimos la causa de que llegaras a las islas de Al-Uaku-l-Uak y yo te hice ese favor en atención a las hijas de mi hermano, por lo que ahora te pido, en justa correspondencia, me des a mí esa varita y al *scheij* Abu-r-Risch las correas.

Al oír Hasán esas palabras bajó la cabeza y sintió vergüenza de decirles que no, de suerte que, al cabo de un rato, levantó la frente y exclamó:

–Está bien; os las daré; pero os debo decir con franqueza, mis señores, que temo que el gran rey, padre de mi esposa, venga detrás de nosotros con sus tropas y nos acometa y no disponga yo de esos poderes mágicos para mi defensa.

Al oír aquello el *scheij* Abdu-l-Kaddús miró a Hasán y le dijo:

–No temas,hijo mío, que nosotros estaremos aquí al acecho y exploraremos estos lugares y a todo el que viniere del país de tu suegro lo rechazaremos. Serena, pues, tu alma y refresca tus ojos y dilata tu pecho, Hasán, que nada malo te podrá pasar.

Al oír aquellas palabras del *scheij* Abdu-l-Kaddús avergonzóse Hasán y diole el gorro con las correas al *scheij* Abu-r-Risch y díjole al *scheij* Abdu-l-Kaddús:

–Dígnate acompañarme hasta mi país y yo te daré la varita, luego que estemos allí.

Holgáronse mucho los dos *schiuj* al oír las palabras de Hasán y apercibieron para su viaje muchas riquezas y tesoros, tantos y tales, que no podrían describirse ni enumerarse.

Tres días permaneció Hasán con los dos *schiuj* en el algar y, pasados que fueron, dispúsose Hasán a reanudar la marcha, y también el *scheij* Abdu-l-Kaddús aprestóse a partir en su compañía.

Montaron, pues, Hasán y su esposa en sus sendos corceles y el *scheij* Abdu-l-Kaddús dio un silbido y en el acto acudió un gran elefante, que venía trotando con pies y manos, desde el fondo de aquellos campos. Y el *scheij* Abdu-l-Kaddús montó en el elefante, emprendiendo ya todos el viaje, después de despedirse del *scheij* Abu-r-Risch, que se entró en su caverna y desapareció en ella.

Fueron luego cabalgando Hasán y su esposa y el *scheij* Abdu-l-Kaddús a campo traviesa, y cruzaron aquellas tierras a lo largo y a lo ancho, hasta que el *scheij* Abdu-l-Kaddús echó por un atajo y un camino llano, al término del cual vinieron a encontrarse relativamente cerca del país en que residían las princesas.

Holgóse mucho Hasán de sentirse ya tan cerca de su madre y dio gracias a Alá por su feliz regreso y por verse reunidos de nuevo con su mujer y sus hijos, después de haber pasado por tantos contratiempos y peligros. Y recitó estos versos:

–Puede que plazca a Alá nuevamente re-
[unirnos
y que en estrecho abrazo se junten nuestros
[pechos
y yo pueda contaros todo lo que sufrí
en mis largas andanzas, de azares y de riesgos.

Al veros, la salud recobrarán mis ojos
y con gusto verán de la luz los destellos.
Y os diré muchas cosas que, en el pecho guarda-
[das,
he llevado hasta aquí en el mayor secreto.
Os expondré mis cuitas y mis quejas y así
desahogaré mi alma de reproches y luego
ya todo será amor y placer y consuelo.

Luego de recitar estos versos alzó Hasán la vista y la esparció en su derredor, y hete aquí que divisó en lontananza la Cúpula verde y la fuente de surtidor y el Palacio de esmeralda [63] y la Montaña de las Nubes.

Y el *scheij* Abdu-l-Kaddús le dijo:

–Alégrate, Hasán, y dame albricias, que esta noche serás el huésped de mis sobrinas.

Alegróse mucho Hasán al oír las palabras del *scheij* y también su esposa se alegró hasta no poder más, y todos se apearon a la puerta del pabellón abovedado y allí descansaron, y luego comieron y bebieron y después volvieron a montar en sus cabalgaduras y se dirigieron al palacio.

Y al acercarse a él las princesas, que eran hijas del rey hermano del *scheij* Abdu-l-Kaddús, salieron a recibirlos y los saludaron, y su tío les dijo:

–Mirad, hijas de mi hermano, aquí tenéis a Hasán, al que, cumpliendo vuestro encargo, saqué de su aprieto y le ayudé a reunirse con su esposa y sus hijos.

Abrazaron las princesas a Hasán y le dieron el parabién por su feliz regreso y por haberse juntado de nuevo con su mujer y sus hijos, y fue aquel para todos un día de fiesta y regocijo.

Adelantóse luego la hermana de Hasán, la menor de las princesas, y lo abrazó llorando llanto amargo, y también de verla llorar echóse él a llorar.

Y la princesa se le quejó a Hasán de lo mucho que con la separación le hiciera sufrir y recitó estos versos:

–Desde que tú te fuiste, en todo
veía tu querida imagen;
todos me parecían tú,
no había forma de olvidarte,
y por la noches, al cerrar
los ojos, a ti veía,
lo mismo que si te tuviera
entre el párpado y la pupila.

Luego que acabó de recitar esos versos entregóse la princesa a alharacas de alegría intensa, y Hasán le dijo:

–Mira, hermana mía, a nadie sino a ti debo el haber salido triunfante en mi empeño y a Alá pido te dé el galardón por ello.

Contóle luego Hasán a la princesa todo cuanto le había sucedido en el curso de sus andanzas, desde que se separó de ella, y todos los trabajos que había padecido, sin omitir lo que le había pasado con la hermana de su esposa y cómo salvara a esta de su cautiverio y sus tormentos, y asimismo describióle todos cuantos prodigios había visto y los graves peligros en que se había encontrado, incluso que Nuru-l-Hodá había querido matarlos a él y a su mujer, siendo Alá Todopoderoso quien de ese trance los pudo salvar.

Contóle también Hasán a su hermana la aventura del gorro y la varita encantados y cómo el *scheij* Abdu-l-Kaddús y el *scheij* Abu-r-Risch habíanselos pedido y él se los diera, solo en atención a ella. Y su hermana diole gracias por todo a Hasán y deseóle larga vida, y Hasán exclamó:

–¡Por Alá, que nunca olvidaré todo el bien que me hiciste, desde el principio hasta el fin!

Volvióse luego la princesa a mirar a Menaru-s-Sunná y la abrazó y estrechó a sus hijos contra su corazón, y le dijo:

–¡*Ye* hija del rey soberano! Dime por favor: ¿es que no tenías piedad

[63] Como hace notar Burton, el narrador no mencionó antes ninguno de estos objetos a que ahora se refiere como cosa sabida.

alguna en tu corazón cuando fuiste capaz de dejar a tu esposo y llevarte tus hijos, dando así lugar a que el pobre se consumiese de pesar? ¿Es que ibas buscando con ello matar a mi hermano?

Pero Menaru-s-Sunná echóse a reír y respondió:

–Todo eso lo tenía ordenado Alá desde la eternidad y dizque, quien a otro engaña, engáñalo a él Alá. [64]

Sirviéronle luego a todos de comer y beber y comieron y bebieron y se solazaron y divirtieron.

Diez días permaneció Hasán junto a las muchachas, comiendo y bebiendo, holgándose y solazándose, y, cumplidas que fueron las diez jornadas, apercibióse a reanudar la marcha.

Fue entonces su hermana y reunió para él mucho dinero y valiosos regalos, tantos que, para describirlos, faltarían palabras y espacio.

Luego la hermana de Hasán estrechó a este contra su pecho y ambos se despidieron.

Diole luego Hasán la varita mágica al *scheij* Abdu-l-Kaddús y este se la tomó, agradeciéndole mucho aquel favor, después de lo cual se despidió de él, y montando en su alfil alejóse de allí y tornóse a su país.

Montaron también en sus cabalgaduras Hasán y su esposa y sus hijos, y emprendieron la marcha, y fueron caminando por espacio de dos meses y diez días sin parar, hasta que al fin llegaron a la ciudad de Bagdad, la Mansión de la Paz.

Dirigióse Hasán en seguida a su casa y llamó a la puerta trasera, que daba al campo, y aguardó a que su madre le abriera.

Y he aquí que la madre de Hasán, desde que el joven la dejara, había renunciado al sueño y dádose por completo a los lloros y los lamentos, hasta el extremo de que adoleció y dejó de comer y se pasaba los días y las noches sin hacer otra cosa que lágrimas verter.

Y no cesaba de llamar a su hijo, con todo y haber perdido ya la esperanza de volverlo a ver en la vida, y al acercarse ahora Hasán a la puerta de la casa, oyó a su madre que estos versos recitaba:

–¡*Ye* señor, muestra piedad
de la que, por su dolor,
en los huesos se ha quedado
y sangra su corazón.
Haz que a su lado regrese
el hijo que se alejó
y que otra vez de la vida
vuelva a gustar el dulzor,
que eso para ti es bien fácil,
¡si tú lo quieres, Señor!

Luego que la pobre anciana hubo recitado esos versos oyó la voz de su hijo que clamaba a la puerta:

–¡Abre, madre; ábrele a tu hijo, que al fin se acabaron las penas y Alá se dignó unirnos!

Luego que la anciana oyó esa voz conoció ser la de su hijo, y, entre creída e incrédula, fuese hacia la puerta, y, al abrirla, encontróse allí con su hijo y su nuera y sus nietos, y al verlos lanzó un grito recio y cayó a tierra sin conocimiento.

Acudió Hasán a acorrerla y no paró de atenderla hasta que recobró el sentido, y se abrazó a su hijo y echóse a llorar por la vehemencia de su regocijo.

Mandó luego a sus esclavos y criados que entrasen en la casa todo lo que su hijo consigo traía, lo que aquellos hicieron en seguida.

Introdujo después Hasán en la casa a su mujer y a sus hijos, y su madre corrió a recibirlos y los besó y abrazó y besó a su nuera en la frente y en los pies y le dijo:

–¡*Ye* hija del gran rey! Si en algo

[64] Alusión a haberle escondido Hasán su traje de plumas.

pequé contra tu derecho y te falté sin razón, pídole por ello a Alá su perdón.

Y volviéndose luego a su hijo, añadió:

–*Ye* hijo mío! Dime: ¿cuál fue la causa de que tu ausencia haya sido tan larga?

Contóle entonces Hasán todo cuanto en su viaje le ocurriera, desde el principio al fin, y su madre, al oírlo, lanzó un recio grito y tornó a caer al suelo sin sentido.

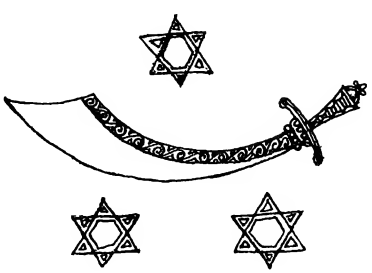
Acudió Hasán en su auxilio y le dio aire hasta que al cabo volvió en sí y le dijo:

–¡*Ye* hijo mío, por Alá que hiciste mal en eso de regalar la varita y las correas mágicas, pues si las hubieres conservado en tu poder podrías hacerte soberano de toda la tierra, a lo largo y a lo ancho! ¡Pero loado sea Alá, hijo mío, por haberte sacado de todo con felicidad y lo mismo a tu mujer y a tus hijos y restituídote a tu casa y tu tierra, después de pasar tantas penas!

Pasaron aquella noche del modo más dichoso y más grato, y, luego que amaneció la mañana, levantóse Hasán y vistióse ropas de lo mejor y marchó al zoco y mercó allí esclavos de uno y otro sexo y telas y alhajas costosas y raras, y tapices y alfombras y vasos y copas de mucho precio, tales que solo en los palacios de los reyes pueden encontrarse.

Mercó después también casas y huertos y alcarrias y predios, y a partir de aquel día, tanto él como su esposa y sus hijos y su madre, vivieron sin hacer otra cosa que comer y beber y recrearse y solazarse, y gozaron sin interrupción de esa dicha cumplida, hasta que vino a visitarles aquella que ahuyenta los deleites y dispersa las reuniones de las gentes.

¡Loado sea Alá, que posee el reino y la realeza y vive eternamente y perdura y no muere!





HISTORIA DE MESRUR, EL MERCADER, Y SU AMADA SINU-L-MAUAZIF

(Noches 465 a 477)

Historia de amor, típicamente miliunanochesca, en que se acumulan peripecias de toda índole, que retardan el efecto final, para que resulte más sorprendente. Nótese de paso la intención apologética del rapsoda al trazar con rasgos tan odiosos la figura del judío, supuesto esposo de Sinu-l-Mauazif, y culpado de querer convertirla a su fe. Por lo demás, no aparece muy clara cuál fuese la verdadera religión de la sin par beldad. Cuanto a Mesrur, desde luego se nos advierte que es cristiano nazareno. Lo que sí resalta con meridiana claridad es la vehemencia del amor que desde el primer momento siente Sinu-l-Mauazif por el joven Mesrur, que se cuela de rondón en su casa; pese a todos esos desvíos aparentes y al hecho de poner precio a su belleza, cual si fuere una mercenaria, no hay duda que la joven ha sufrido el «flechazo» y que todo eso es un ardid para hacerse valer y poner a prueba al intruso, dándose luego a él ya pobre y despojado en donación graciosa. Es un rasgo que recuerda el de la amada del joven de la mano cortada, que se casa con él para hacerlo partícipe de sus riquezas, cuando descubre que se ha quedado pobre por ella, y, además, ha perdido su mano. Así amaban esas mujeres orientales..., cuando amaban. Nótese, sin embargo, el sueño profético que anuncia a Mesrur su encuentro con Sinu-l-Mauazif y que da un sello de fatalismo a sus amores; estos tenían que producirse, pues estaban decretados por el sino. Mesrur–y de ahí lo alegre de su nombre–estaba predestinado a librar a Sinu-l-Mauazif–la blanca paloma–de las garras del gavilán, símbolo del protervo judío que la tiene sometida a la fuerza y como prisionera de sus celos. El sino es quien le envía ese sueño admonitorio que lo intranquiliza y le hace vagar sin rumbo a la deshora de la noche por las calles de la ciudad y encontrar

abierta la puerta de ese jardín, donde se cuela de rondón como un bandolero; el sino lo hace todo en favor de Mesrur, sin que él ponga nada de su parte. Mejor dicho: quien lo hace todo es su amada, la dulce y brava Sinu-l-Mauazif, aunque Mesrur actúe de motor, paradójicamente estático, de su voluntad, pues sin el amor que llega a inspirar a su adorada no habría tenido esta el valor necesario para rebelarse contra su tiránico dueño. Mesrur, el alegre, no hace en todo el cuento sino llorar, desmayarse y rimar versos. También Sinu-l-Mauazif llora y rima versos; pero cuando el momento llega, sabe desplegar una insospechable energía. Mesrur pertenece a la raza de los amantes abúlicos y apáticos, como Asis, el del patético cuento; es un enmadrado que, cuando le falta su amada, busca consuelo en su hermana Nasim y se apega a ella como Asis a su prima en sus momentos de indigencia amorosa. Todo lo que Mesrur sabe hacer es esperar, rondando como un gato, la casa vacía donde fue dichoso. Y rondándola una noche, como aquella de marras, la mano piadosa del sino viene a asir de él y le conduce a la casa, otra vez llena por la presencia de su Sinu-l-Mauazif. Esta apatía gimiente de Mesrur es la que principalmente comunica a esta historia ese tierno patetismo que toda la impregna y hace que sea de las más bellas y conmovedoras del libro. Todo en ella es delicado, suave y tierno, y todo sabe a Oriente, a ese Oriente de las grandes lunas desvaídas, de las grandes pasiones resignadas y largas como tisis, y en donde hay amantes que mueren sin lanzar un grito, en medio de la agonía callada de millones de rosas.

Terminaremos esta nota recordando la novela inglesa Poppy, *que también empieza así, por la entrada intempestiva de un desconocido en el jardín de una miss del Africa del Sur, y que, después de cortar la simbólica rosa del amor, desaparece para no volver más.*

–Cuentan, entre otras cosas, que en los tiempos pasados y en los siglos lejanos había un mercader llamado Mesrur, el cual era de los primeros de los hombres de su tiempo, poseedor de muchos caudales y feliz de condición y clase.

Gustaba el hombre de divertirse y solazarse en huertos y ruzafas y disfrutar del amor de las hembras guapas, y sucedió que una noche de las noches estaba durmiendo y vio en su sueño que se encontraba en un jardín de los más hermosos y amenos, en el que había cuatro pájaros, entre ellos una paloma blanca como la brillante plata.

Chocóle a él aquella paloma y prendió en su corazón un gran amor por ella, y, estando así, he aquí que vio venir volando un pajarraco grande, el cual se dejó caer sobre la paloma y la raptó y se la llevó.

Dolióse mucho de aquello el mercader y despertó de su sueño y no halló a su lado a la paloma blanca, por lo que estuvo muy pesaroso hasta el alba.

Y se dijo para su ánima: «He de ir sin remisión hoy mismo a consultar a un adivino para que me explique el sentido del sueño que he tenido...»

Pero al llegar aquí sorprendió a Schahrasad la mañana y atajó el flujo de sus fluyentes palabras.

Y LA NOCHE 466 SIGUIO DICIENDO LA MUCHACHA:

–Ha llegado a mi noticia, *¡ye* monarca, el afortunado!, que Mesrur, luego que amaneció la mañana, se dijo para su ánima: «He de ir hoy mismo, sin falta, a ver a un adivino que me interprete ese sueño que he tenido.»

Levantóse, pues, y echo a andar a derecha e izquierda, hasta que se alejó de su casa; pero, no habiendo encontrado quien le interpretará su sueño, pensaba ya en regresar a su domicilio cuando, en el trayecto, se le ocurrió la idea de torcer hacia una casa de las casas de los mercaderes, cuyo dueño era uno de los más ricos del gremio.

Encaminóse, pues, a ella, y al acercarse a la puerta hirió sus oídos rumor de quejas y suspiros.

Y oyó una voz lastimera que, con mucho sentimiento, entonaba estos versos:

–La brisa de la mañana
crea sus huellas fragantes,
y, al aspirarla, se cura
de su dolor el amante.
Junto a la mansión ruinosa
dejaba correr mi llanto,
y exclamé: –Di, por Alá,
airecillo dulce y grato:
¿querrá la suerte algún día
hacer florecer de nuevo
estas tan tristes ruinas?
¿Y volveré nuevamente
a ver la linda gacela
que me embrujó con su gracia
y sus miradas flecheras?

Luego que esa tonadilla oyó Mesrur, lanzó un vistazo al interior de la casa, al través de la puerta, y columbró un jardín, que era el más hermoso y ameno de todos los jardines, y a cuyo extremo colgaba una acitara de rojo brocado, salpicada de aljófar y demás pedrería, y detrás de aquella cortina había sentadas cuatro señoritas, y entre ellas descollaba una joven de más de cuatro y menos de cinco pies de estatura, que parecía enteramente la redondez de la luna, cuando refulge plena, y tenía los ojos como alcoholados de nacimiento y corrido el entrecejo y una boca como el sello de Soleimán y unos labios y unos dientes brillantes como las perlas y el coral, y en verdad que, con su hermosura y su garbo y su atractivo, trastornaba los espíritus.

Y al verla Mesrur no se pudo contener y entró en el zaguán de la casa y pasó adentro y llegó hasta la acitara, y al sentirlo la joven, alzó la frente y lo miró.

Saludóla Mesrur y ella le contestó con el *selam,* dicho del modo más dulce que cabe imaginar, y Mesrur, al mirarla más despacio, quedóse con el juicio turbado y el corazón cautivado.

Tendió luego Mesrur la vista al jardín y violo cuajado de jazmines y claveles y rosas y azahares y de toda suerte de flores y hierbas bienolientes.

Y todos los árboles de aquel jardín estaban frutecidos y por entre ellos corrían las aguas de cuatro fuentes que, fronteras unas a otras, decoraban los cuatro costados de aquel vergel esplendente.

Y miró Mesrur al brocal de la fuente, la primera, y leyó escritos en él, con almagre, estos versos:

«*¡Ye* casa, que en ti las penas
no vengan nunca a habitar!
Ni el Tiempo daño te infiera.
Y que para todo huésped
amable por siempre seas.»

Y miró luego Mesrur a la otra fuente, la segunda, y leyó en ella, grabados en oro rojo, estos versos:

«¡*Ye* casa, que el Tiempo vista
tus cámaras de esplendor,
en tanto los pajarillos
modulan dulce canción!
Y los más suaves aromas
te perfumen tu interior
y los amantes se abracen
con recíproco fervor.
Que siempre aquí la alegría
tenga su grata mansión,
en tanto que las estrellas
difundan su resplandor.»

Y miró luego Mesrur a la fuente, la tercera, y vio en ella grabada, en letras azul marino, la siguiente leyenda:

«¡Que siempre brilles, *ye* casa,
con resplandor inmutable,
lo mismo en la noche oscura
que en claro día radiante!
Y que Fortuna bendiga
al que pise tus umbrales
y a los que, entre tus paredes,
tengan su mansión estable» [1].

Y miró luego Mesrur a la fuente, la cuarta, y, grabados en gualdos caracteres, leyó en ella estos versos:

«Este jardín y este lago
son, por el poder de Alá,
el lugar más agradable
en que se pudiera estar.»

Y había, además, en aquel jardín pájaros de todas las castas, tórtolas y palomas y ruiseñores y demás pájaros cantores, y todos ellos cantaban cada cual en su estilo, y por entre ellos iba y venía aquella linda mocita, llena de gracia y euritmia, que arremolinaba el juicio a cuantos la veían.

Y aquella linda joven hubo de reparar en Mesrur y le dijo:

–Hombre, ¿por qué razón entras así en una casa que no es tuya y te presentas ante unas muchachas que no te son nada, sin antes recabar la venia de su dueña?

–¡*Ye* mi señora!–respondióle Mesrur–. Vi este jardín y me atrajo su grato verdor y la fragancia de sus flores y el trinar de sus pájaros encantadores y me entré en él con la sola intención de recrearme contemplándolo una hora de tiempo y luego dejarlo y seguir mi camino, yéndome por donde he venido.

–Está bien–respondió ella–; contémplalo cuanto quieras.

Luego que oyó Mesrur las palabras de la muchacha y reparó en su garbo y donaire y en la gentileza de su talle quedóse maravillado ante tanta belleza y tanta gracia, así como también de la amenidad de aquel jardín y de los pájaros que había allí.

Y alborotósele a Mesrur el juicio y llenóse de confusión, y, con el ánimo perplejo, improvisó estos versos:

–Entre el mirto y el ciprés,
el narciso y la violeta,
asomar la luna vi
en su fulgente belleza;
saludóla el ruiseñor
en su cadenciosa lengua,
pero yo quedéme mudo
de emoción y de sorpresa [2].

Al oír Sinu-l-Mauazif los versos de Mesrur lanzóle una mirada de la que habían de seguirse mil desgracias y con la cual robóle el corazón y el alma, y luego le contestó con estos versos:

–No te hagas ilusiones y desecha
tu loca pretensión,
que nunca ha de ser tuya la cantora
que te sedujo con su voz;
que ella puso su amor en otra parte
y así vano será
pretendas requebrarla, porque caso
de tu labia no hará.

Y después añadió en prosa llana:
–Así que anda y vete por tu camino,

[1] La versión de Bulak suprime estos versos y también la descripción del jardín, que tomamos de la edición de Breslau.

[2] La versión Mardrus omite estos versos y todo lo que sigue hasta el momento en que ambos jóvenes se ponen a jugar al ajedrez.

que no somos nosotras de esa tribu de mujeres que no son tuyas ni de otro.

A lo que Mesrur le contestó:

–¡*Ye* mi señora, yo nada malo dije!

–Bueno–asintió ella–; tú sólo querías distraerte un poco y ya lo lograste; así que vete con la música a otra parte.

–Está bien–respondió Mesrur–; pero dime, por favor: ¿no querrías darme un sorbo de agua, que me muero de sed?

Y la joven le dijo:

–¿Cómo podrías beber del agua de un judío, siendo tú cristiano, como eres?

Pero Mesrur le explicó:

–¡*Ye* mi señora! Vuestra agua nos está permitida, igual que a vosotros la nuestra, porque todos, al fin y al cabo, somos de lo mismo creados.

Luego que eso oyó la joven encaróse con una de sus esclavas y le dijo:

–Dale de beber.

Y la esclava hizo lo que su señora le mandara.

Mandó luego la joven que les sirvieran de comer y en el acto se presentaron cuatro mocitas de pechos erguidos, llevando cuatro fuentes con manjares y cuatro frascos dorados, de vino fuerte y rancio, tan claro y translúcido cual si fuesen las lágrimas de un esclavo de amor, y una ataifor en cuyo cerco había grabados los siguientes versos:

«Trajeron una mesa para los comensales
en la que había reunidos los más gratos manja-
[res,
y era como el Jardín del goce perdurable,
en el que hay viandas y vinos deleitables.»

Y luego que aquellas mocitas de pechos erguidos hubieron puesto la mesa delante de Mesrur, díjole a este la señora:

–De nuestra agua querías beber, y bebiste; come ahora de nuestra comida.

Estaba Mesrur que no daba crédito a lo que sus oídos oían y se sentó a la mesa, y la joven le mandó a su aya que le escanciase la copa y se la ofreciese.

Y conviene decir que aquellas esclavitas se llamaban: la una, Hubub; la otra, Jutub, y la tercera, Sukub, y la que sirvió la copa, se llamaba Hubub [3].

Y Mesrur tomó la copa y la examinó y vio estos versos escritos por fuera:

«Nunca bebas el vino,
sino en unión
de tu amada, que es como
sabe mejor.
Mas ve con tiento,
porque tiene escorpiones
siempre al acecho,
y si se enoja,
cara puede costarte
la triste broma» [4].

Dio luego la copa la vuelta a la redonda y después que Mesrur la hubo apurado, leyó en su fondo los siguientes versos:

«Con sus escorpiones ten gran cuidado
y a nadie sus secretos des osado.»

Echóse Mesrur a reír y la joven preguntóle:

–¿A qué viene esa risa, hombre?

–A nada–respondióle él–; me río de puro alegre que estoy.

Y sucedió que, en aquel preciso momento, hubo la brisa de orearle la frente a la mocita y dejó caer la toca que se la cubría y debajo de ella apareció una diadema de oro refulgente, con incrustaciones de aljófar y brillantes y rubíes, y sobre su pecho lucía la joven una gargantilla realzada con toda suerte de pedrería, y de su centro colgaba un pajarillo de oro bermejo con las patitas de rojo coral y el pico de blanca plata y lleno el buche por dentro de

[3] Nombres que, respectivamente, significan: Soplo de aire, Contratiempo, Silencio.

[4] Los escorpiones simbolizan los tufos rizados, *accroche-coeur*.

incienso y algalia y fragante abelmosco. Y en la espalda tenía grabados estos versos:

«De incienso y ámbar pura
henchido el buche tengo
y en un pecho descanso
como en gustoso lecho,
y, sin embargo, amor
me agobia con su peso.»

Miró luego Mesrur al escote de su alcandora y vio en él, bordados en oro, los siguientes versos:

«De los pechos de mi amada
su fragancia toma el aire
fragante de la mañana.»

Maravillóse Mesrur hasta el colmo de la maravilla y quedóse enajenado a vista de tantos encantos y parecía como alelado.

Y al verlo así, díjole Sinu-l-Mauazif:

–Anda, hombre, y vete ya a tus cosas y déjanos en paz a nosotras, no sea que nos oigan los vecinos y nos tomen por lo que no somos.

Pero Mesrur le dijo:

–¡Por Alá, *ye* mi señora! Permíteles a mis ojos que se gocen contemplando tus singulares encantos.

Pero al oír aquello diose ella por ofendida y le volvió la espalda y se salió al jardín, y Mesrur reparó en la manga de su túnica y vio bordados en ella los siguientes versos:

«El hábil tejedor escribió en letras de oro;
sus muñecas realzan el brillo de la seda;
las palmas de sus manos cual la plata refulgen,
por lo blancas que son, por lo puras y bellas,
y sus dedos, que perlas semejan, en su extremo,
son de maravillosa blancura marfileña.
Sus encantos son tales que de luz y esplendor
iluminan la noche más lóbrega y más negra.»

Y fijóse Mesrur en la indolente gracia con que por el jardín se deslizaba y miró sus chinelas y vio los siguientes versos, bordados en ellas:

«Las chinelas que calzan sus lindos piececitos
hacen que, al resbalar, su talle se cimbree
con garbo incomparable, y a las airosas ramas
del arbusto gentil con su gracia las vence.»

Iba la joven seguida de sus doncellas, menos Hubub, que quedara con Mesrur, junto a la cortina, y Mesrur reparó en los siguientes versos que en su cenefa se leían:

«Tras este velo se oculta
una bellísima dama;
¡loado sea Alá, que de tal
perfección quiso dotarla!
Es el jardín su retiro,
los pájaros la acompañan;
la flor de la Asia envidia
los colores de su cara,
y la perla de ella toma
esa luz que la abrillanta;
dichoso el mortal que pueda
en sus brazos estrecharla
y besar su linda boca
de vivo coral formada.»

Enredóse luego Mesrur en un largo palique con Hubub, y, entre otras cosas, le dijo:

–Dime, Hubub: ¿es casada tu señora o mocita?

Y ella le contestó:

–Casada es, señor; pero su marido está ausente a la sazón, pues salió de viaje con sus mercancías.

Animóse mucho Mesrur al oír que el marido de la bella estaba ausente, y le dijo a Hubub:

Pero vio Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras encantadoras.

Y LA NOCHE 467 REANUDO SU RELATO EN ESTA FORMA:

–Ha llegado a mis oídos, *¡ye* sultán, el afortunado!, que Mesrur le dijo a la esclava Hubub:

–¡Glorificado sea, Hubub, Aquel que creó esta belleza y la moldeó! *¡Ye* cuánta dulzura y cuánta gracia y donosura resplandecen en ella! En verdad, que mi corazón se rindió ya a su hechizo y empieza a penar. Por lo que más quieras, pídote, Hubub, que me ayudes a lograr sus favores, y desde luego puedes contar con que te colmaré de riquezas y de todo lo demás que puedas desear.

A lo que Hubub le replicó, diciendo:

–Ten cuidado, nazareno, que, como ella te oiga decir esas cosas, de fijo que te mata o se mata ella, porque has de saber que es la hija de un fanático de los judíos y, demás de eso, no ha menester de dineros, y por su gusto permanece siempre enclaustrada en su casa, sin salir a la calle ni dejarse ver.

–*¡Ye* Hubub–insistió Mesrur–. Haz que yo logre sus favores y con ella me goce y seré tu esclavo y toda mi vida te serviré y cuanto me pidas te daré!

Pero la esclava le dijo:

–Mira, Mesrur: esta mi señora no siente deseos de dineros, ni de hombres, porque mi señora, Sinu-l-Mauazif, es de las recoletas que no ponen jamás los pies fuera de su casa por temor a que la gente la vea, y, si no fuera en atención a ser tú algarivo, no te habría consentido que traspusieses sus umbrales, ni aunque fueses su hermano.

Pero Mesrur replicóle a Hubub:

–Sé tú nuestra medianera y te daré cien dinares en oro y un traje que valdría mucho más, que a todo estoy dispuesto por lograr su amor, que ya hizo cautivo mi corazón.

Y la esclava, al oírlo, le dijo:

–Está bien, hombre; déjame que vaya a hablar con ella y te traeré su respuesta y te diré lo que ella me diga. Y, por lo pronto, has de saber que gusta de que la celebren en verso y ponderen sus encantos en lenguaje rimado, y solo a fuerza de labia y lindas palabras y zalamerías podrás triunfar de su esquivez arisca.

Y Hubub, después de eso, se levantó y llegóse a su señora y se le acercó y púsose a hablarle de esto y aquello, y por fin le dijo.

–Mira, señora, a ese joven, a ese nazareno; repara en lo guapo que es y lo bien que habla.

Luego que eso oyó volvióse Sinu-l-Mauazif a la esclava y le dijo:

–Si tanto te gusta, guárdatelo para ti. ¿No te da vergüenza de venirme a mi, a tu señora, con esos cuentos? Vete y échalo de aquí y dile que se vaya a sus asuntos, que, si no lo hace así, tendrá que sentir.

Tornóse, pues, Hubub al lado de Mesrur; pero no le dijo lo que su señora le había dicho.

Mandóle luego su señora que se asomase a la puerta y mirase si había por allí alguien que los pudiera ver. Y la esclava hízolo así y luego volvió y le dijo:

–La calle, señora, hormiguea de gente y no podemos dejarlo salir, hasta que anochezca y no lo vean.

Y Sinu-l-Mauazif le dijo a Hubub:

–Inquieta estoy por culpa de un sueño que he tenido y aún no se me pasó el susto que me dio.

–¿Y qué fue lo que soñaste?–terció Mesrur–. ¡Así quiera Alá librar de todo temor tu corazón!

Y Sinu-l-Mauazif le respondió:

–Habíame quedado dormida, mediada la noche, y soñe que un águila abatía su vuelo desde lo más alto de las nubes y me cogía y me llevaba de detrás de la cortina. Despertéme yo despavorida y mandé a mis doncellas que me sirviesen de comer y beber, a ver si, emborrachándome, se me iba el susto de aquella pesadilla.

Luego que eso oyó Mesrur se sonrió y le contó aquel otro sueño que él había tenido y le dijo cómo lograra coger la paloma, de lo que la joven se maravilló lo que no es de decir.

Tomó Mesrur pie de ahí para enredarse en un largo palique con Sinu-l-Mauazif, y, entre otras cosas, le dijo:

–Seguro estoy ahora de la verdad de mi sueño, porque esa paloma eres tú y yo soy el águila, y no hay más remedio sino que ello ha de ser, pues desde punto y hora que te vi tomaste posesión de mis entrañas y prendiste en mi corazón el fuego de su amor.

Enfurecióse la joven al oír aquello con furor grande, y le dijo a Mesrur:

–¡En Alá me refugio contra tal cosa! ¡Y por Alá sobre ti, anda y vete ya a tus asuntos, antes que los vecinos se enteren de que estás aquí y tengamos que sentir!

Y luego añadió:

–¡Anda y hazme caso, hombre! Y no dejes que tu alma codicie lo que no ha de lograr, pues desde ahora te prevengo que todo cuanto hicieres será vano, pues yo soy esposa de mercader e hija de mercader y tú eres un droguero, y ¿cuándo se ha visto a un droguero y una hija de mercader unidos por tal sentimiento?

Pero Mesrur le replicó, diciendo:

–El amor, mi señora, no repara en la condición de las personas; así que no me quites todas las esperanzas y ten por cierto que, a cambio de mi amor, yo te daré cuanto me pidas, así de dineros como de trajes y alhajas, y todo lo demás que se te pudiera antojar.

Siguieron luego ambos departiendo y haciéndose mutuos reproches, hasta que al cabo se les hizo de noche y Mesrur le dijo a la joven:

–Toma, señora, este dinar y dame un sorbo de vino, que me muero de sed, y tengo, además, el corazón hacino.

Y Sinu-l-Mauazif le dijo a Hubub:

–Tráele vino y no le tomes el dinero, que no lo hemos menester.

Fue Hubub a cumplir la orden de su señora y Mesrur, entre tanto, guardó silencio y se abstuvo de hablarle a la joven, la cual, de pronto, recitó estos versos:

–¡Renuncia, hombre, a tu empeño
y márchate de aquí;
no sigas el camino tortuoso
que conduce al desliz!
Una red es amor en el que preso
tu juicio quedará;
un engaño nocturno del que luego
es triste y doloroso despertar.
Hay espías que no duermen, que vigilan,
y que se hallan siempre alerta,
y, en cuanto que sorprenden un secreto,
a todos en seguida se lo cuentan.

Pero Mesrur diole en seguida la réplica a la joven con los siguientes versos:

–¡*Ye* damisela gentil,
airosa rama de *ban*,
ten piedad de un corazón
que por ti pensando está!
¡Hasta las heces la copa
me das a beber, mortal;
no seas dura conmigo,
de mi dolor ten piedad!

Luego que la joven hubo oído esos versos, exclamó:

–¡Vete de aquí!, que ya dice el refrán: «Quien sus ojos no frena, pierde la paz». ¡Y por Alá que ya estoy cansada de tantos dimes y diretes y que tu alma ansía lo que no ha de lograr en

la vida, pues, aunque me dieras mi peso en oro, no habrías de salirte con tu mala intención, que nada sé yo de las cosas del mundo, quitando la buena vida, por la gracia de Alá!

–*¡Ye* mi señora Sinu-l-Mauazif!–exclamó Mesrur–. Pídeme lo que quieras de los bienes del mundo.

Y ella le contestó.

–¿Qué quieres que te pida? ¿Ni cómo lo haría, para que luego me fueras publicando por los caminos y los altozanos y viniera yo a ser la irrisión de la gente y me sacaran en coplas, a mí, que soy la hija del *scheij* de los mercaderes, un hombre notorio entre todos los notables de la tribu y al que respetan todos? No he menester yo de dineros y alhajas y un amor como el que me propones no podría estar oculto y me convertiría en el oprobio y el escándalo de mis parientes y allegados.

Quedóse confundido Mesrur al oír tales razonamientos y no atinó con ninguna respuesta a ellos, y la joven le dijo:

–Verdaderamente, el bandido solo roba lo que vale su cuello y toda mujer que con otro que su esposo fornica es igual que un bandolero; así que, en conclusión, si ello ha de ser y no hay más remedio, me habrás de dar cuanto mi alma desee en punto a dinero y alhajas y joyas y demás cosas.

–*¡Ye!*–exclamó Mesrur–. Si el mundo entero me pidieres con todo cuanto en él se contiene, pareciérame poco para lo que tú te mereces.

Y entonces le dijo ella:

–Está bien, pues tráeme luego tres trajes que valgan cada uno mil dinares mizrinos y han de estar adornados con oro y aljófar y rubíes, de lo mejor que se pueda encontrar. Y me has de jurar que me guardarás el secreto y con nadie más que conmigo te acompañarás, y yo, a mi vez, te juraré no engañarte jamás.

Juróle Mesrur lo que le pedía y ella también juróle a él fidelidad y quedaron así concertados. Y luego fue la joven y le dijo así a su esclava Hubub:

–Mañana irás con Mesrur a su casa y verás lo que allí tenga de almizcle y ámbar gris e incienso y agua de rosas, y, si es hombre de posición, lo admitiremos en nuestro favor, y si no, no.

Díjole luego la joven a Mesrur:

–Mira, Mesrur: quiero un poco de almizcle y ámbar gris y áloe e incienso; así que, por mano de Hubub, me lo mandarás.

–Con alma y vida–contestóle Mesrur–. Tuyo es todo cuanto hay en mi alcaná.

Y tornó a voltear entre ellos la copa del vino y endulzóseles la entrevista; pero Mesrur tenía su corazón turbado por las ansias de la pasión que sentía. Y al verlo Sinu-l-Mauazif en ese estado díjole a su esclava Sukub:

–Saca a Mesrur de su modorra, que acaso se anime con tu canto.

Y acto seguido entonó la esclava esta tonada:

–Trae oro y lindos trajes, si en verdad
un buen amante eres,
y recréate mirando a esa gacela
que negros ojos tiene,
y a la rama del *ban* en lo garbosa
aventaja y la vence.
Goza de su belleza incomparable
que todo lo merece,
y renuncia a la vida, antes que el término
ineludible llegue.
En el juego de amor forzoso es
sin duelo el oro derrochar con creces;
quien el oro prefiere a los encantos,
del juego retirarse luego debe.

Entendió Mesrur el sentido de aquella canción y dijo:

–Oído y entendido. Siempre, tras el pesar, la alegría viene, y después de la tribulación el Todopoderoso nos manda la curación.

Y después de eso recitó, a su vez, Sinu-l-Mauazif los siguientes versos:

–De tu amoroso estupor
despierta, Mesrur, al fin;
que mi corazón rendiste
y no podré resistir,
aunque mañana la gente
me publique por ahí,
y del Oriente a Occidente
todos hablen mal de mí.
¡*Ye* infausto amor este nuestro!
¿Por qué yo te conocí,
si eso tan solo desdichas
iba a traer para mí?
Hija de un padre fanático,
sólo me espera sufrir
cuando mi amor se descubra
y se sepa mi desliz.
¡*Ye* y cuánto mejor sería
que me llegara a morir!

Pero Mesrur contestóle a estos versos con estos otros:

–No censuréis a un amante
que nunca de amar dejó;
cesad en vuestros reproches,
que llagan mi corazón.
Harto ya con mi amor sufro,
que la paz me arrebató;
al menos, no le neguéis
su derecho al corazón.

Y así continuaron ambos jóvenes en sus amorosos discreteos, hasta que amaneció la mañana y Sinu-l-Mauazif le dijo a Mesrur:

Pero vio venir Schahrasad la aurora y cortó el hilo de sus palabras encantadoras.

Y LA NOCHE 468 REANUDO SU RELATO EN ESTA FORMA

–Tengo entendido, ¡*ye* el sultán, el afortunado!, que, luego que amaneció la mañana, díjole Sinu-l-Mauazif a Mesrur:

–Mira, Mesrur: ya es hora de que te vayas, no sea que te vean y lo pasemos los dos mal.

Levántose luego Mesrur, y, acompañado por Hubub, salió de la casa y se dirigió a su posada, y ya allí habló con la esclava y le dijo:

–Todo lo que ahí hay tuyo es desde ahora, con tal de que me hagas gozar de tu señora.

–Encorazona tu corazón–contestóle la esclava.

Y Mesrur se levantó y le dio cien dinares, diciendo:

–Mira, Hubub: en mi poder tengo un traje que vale cien dinares.

Y la esclava le dijo:

–Date prisa, Mesrur, a enviarle los perfumes y demás que le prometiste, no sea que cambie de parecer y se vuelva atrás, que solo con zalamerías y lisonjas se puede hacer carrera de ella, y ya sabes que se perece por los versos.

–Oigo y obedezco–respondió Mesrur.

Y en el acto entrególe a la esclava el almizcle y el ámbar gris y el áloe y el agua de rosas y la esclava cargó con todo ello y Mesrur se volvió con la esclava a casa de Sinu-l-Mauazif y, al entrar, la saludó con el *selam*.

Respondióle ella en forma igual, y dizque Mesrur quedóse maravillado de la dulzura de su dicción y estos versos improvisó:

–¡*Ye* luminoso sol que, en las tinieblas
de la noche, te muestras esplendente!
¡Que el alma me robaste con el solo
mirar de tus pupilas refulgentes!
¡*Ye* tú, cuyas mejillas sonrosadas
a la rosa abochornan
y cuyo lindo cuerpo, con un cuello
esbelto se corona!
Con desdén no me mires ni me aflijas
mostrando indiferencia;
ten piedad del amor que las entrañas
con fuego inextinguible me requema.
En mi pecho tu amor de asiento vive;
no atormentes un pecho que él habita;
ten compasión de mí, que tanto te amo,
y conmigo, ¡*ye* Aurora!, sé benigna.

Luego que Sinu-l-Mauazif hubo oído esos versos lanzóle a Mesrur una mirada que le arrancó mil suspiros y se le voló el juicio, y la joven todavía, al ver aquello, le contestó con estos versos:

–No pienses que con ella has de gozar
jamás de los deleites,
y renuncia a tu amor, que eso es al fin
lo más cuerdo y prudente.
No te hagas ilusiones, que a las bellas
nadie a su gusto reducirlas puede.
Mis ojos a quien miran solo duelos
y llantos acarrean;
déjame, pues, que yo de tus palabras
no haga la menor cuenta.

Luego que esos versos oyó Mesrur corroboró su corazón y de paciencia se armó y disimuló y a sí mismo se dijo: «¡Contra la adversidad, solo cabe resignarse y aguantar!»

Y así continuaron ambos jóvenes hasta que llegó la noche, y entonces Sinu-l-Mauazif mandó a sus esclavas que les llevasen de comer, y ellas les sirvieron un ataifor surtido de toda suerte de manjares exquisitos, entre los que no faltaban las chochas ni los palominos y el cordero, y de los cuales hasta hartarse comieron.

Mandó luego Sinu-l-Mauazif a sus azafatas que la mesa levantaran y les llevasen el aguamanil y se lavaron las manos, y después mandó la joven que les llevasen los candeleros con velas de alcanforada cera.

Y luego de eso dijo Sinu-l-Mauazif:

–Tengo esta noche encogido mi pecho y enfebrecido el cuerpo.

A lo que Mesrur respondió, diciendo:

–Dilata tu pecho y así ahuyente Alá tu malestar.

Y ella exclamó:

–Mira, Mesrur, tengo costumbre de jugar al ajedrez; ¿sabes jugar tú también?

Y Mesrur le dijo:

–Cierto que sí, bastante bien.

Mandó entonces Sinu-l-Mauazif a su doncella Hubub que le llevase el tablero de ajedrez.

Y Hubub fue por él y se lo puso delante, y dizque el tal tablero era de ébano con marquetería de marfil y tenía marcadas las casillas con oro coruscante y sus piezas incrustadas de rubíes y perlas.

Y Mesrur quedóse asombrado cuando ella volvióse a él y le dijo:

–¿Qué prefieres, el rojo o el blanco?

Y él le contestó:

–¡*Ye* reina de las hermosas y gala de la brisa de la mañana! Toma tú el rojo, que es más propio para ti, y déjame el blanco a mí.

Y ella le contestó:

–Pues que sea así.

Y cogiendo las piezas coloradas las alineó sobre el tablero, frente a las blancas, y luego tomó una de las piezas para dar el primer paso en el campo de batalla.

Quedóse Mesrur embobado contemplando aquellos dedos más que la nieve blancos y prodigiosamente lindos y bien formados, y ella volvióse a mirarlo y le dijo:

–¡No te alborotes, Mesrur, y ten paciencia y serénate!

A lo que le dijo Mesrur:

–¡*Ye* tú, que con tu fulgor eclipsas a la luna llena! Dime: ¿cómo podría un enamorado mirarte y tener paciencia?

Pero en tanto Mesrur así decía, fue ella y gritó:

–¡Jaque mate!

Y le comió el peón.

Comprendió entonces la dama el loco amor que el galán le tenía y le dijo:

–Mira, Mesrur: no jugaré contigo sino mediando puestas.

–Oigo y obedezco–respondió Mesrur.

Y ella añadió:

–Pero juremos antes que ninguno de los dos hará trampas ni fullerías.

Juráronlo ambos y la joven dijo:

–Mira, Mesrur: si yo te gano a ti me tendrás que dar diez dinares, y si tú me ganas, yo a ti no te daré nada.

Confiaba Mesrur en ganar y así no tuvo inconveniente en contestar:

–No faltes, señora, a tu juramento, que harto veo que eres mucho más diestra que yo en este juego.

–Está bien–dijo ella.

Y ambos procedieron a disponer sus peones y a moverlos y a hacer por comérselos con las reinas y combatirlos con las torres y recrearse tumbando caballeros.

Y hay que decir que Sinu-l-Mauazif llevaba a la cabeza una albanega de brocado azul y se la quitó y las mangas se subió, dejando ver unas muñecas que parecían un rayo de luz, y puso la palma de su mano sobre las piezas coloradas, diciéndole a su adversario:

–¡Ten cuidado!*

Pero Mesrur quedóse bizco ante su hermosura y enajenado a vista de sus muchos encantos, de suerte que perdió el tino y alargó su mano a las piezas blancas, pero se equivocó y cogió las encarnadas.

Al ver lo cual le dijo la dama:

–¿Qué te pasa, Mesrur? ¿Has perdido el juicio? Las mías son las encarnadas y las tuyas las blancas.

–Es verdad–dijo Mesrur–; pero es que, en mirándote a ti fijo, fuerza es que uno pierda el sentido.

Quitóle ella entonces de la mano la pieza encarnada y diole la blanca, y jugaron y perdió Mesrur.

Y así siguieron jugando, perdiendo Mesrur y ganando la dama, y cada vez tenía el galán que darle diez dinares, hasta que visto que el joven, embebecido en su amor, no paraba mientes en el juego, le dijo Sinu-l-Mauazif:

–Mira, Mesrur: ten presente que, como no me ganes al juego, no has de lograr tu deseo, que así lo hemos convenido entre los dos, y te advierto que, en adelante, han de ser las puestas de cien dinares.

–Con alma y vida–respondió Mesrur.

Y siguieron jugando y siguió Mesrur perdiendo y abandonando cien dinares a cada jugada, y así se estuvieron hasta la mañana, sin que el joven hubiera ganado ni una sola partida. Y, finalmente, Mesrur se levantó.

Y Sinu-l-Mauazif le preguntó:

–¿Qué es eso, Mesrur? ¿Adónde vas?

–Pues a mi casa–respondióle él–por más dinero, a ver si por fin me salgo con mi deseo.

–Está bien, haz lo que quieras–díjole ella.

Y Mesrur fuese a su casa y arrambló con cuanto dinero tenía; volvió al lado de la bella y al llegar recitó estos versos:

–Un pájaro vi en sueños que volaba
sobre un jardín de amor, bello y florido,
y el pájaro eras tú y, enamorado,
no he de cejar hasta cogerlo vivo.

Reanudaron, pues, el juego y Mesrur siguió perdiendo siempre, sin ganar una sola partida.

Y así continuaron por espacio de tres días consecutivos, hasta que Mesrur perdió todo su dinero, y entonces Sinu-l-Mauazif díjole a su compañero:

–¡*Ye* Mesrur! ¿Qué es lo que vas a hacer ahora?

Y Mesrur contestóle:

–Jugarme contigo mi droguería.

–¿Y cuánto vale tu droguería?–preguntó la joven.

–Quinientos dinares–respondió Mesrur.

Volvieron a jugar cinco partidas, en las que perdió Mesrur el valor de su droguería.

Jugóse entonces sus esclavas y sus fincas y sus joyas y sus casas, y todo lo perdió y pasó a ser propiedad de

Sinu-l-Mauazif, la cual se volvió a él y le dijo:

–¿Te queda todavía alguna cosa más que te puedas jugar?

A lo que Mesrur le respondió:

–No me queda ya nada, ni poco ni mucho.

–¡*Ye* Mesrur!–díjole entonces ella–. No debe pesarnos después lo que antes nos pareció bien [5]. Pero si estás arrepentido, coge otra vez todo lo que has perdido y vete por tu camino, que me consideraré en paz contigo.

–¡Por Aquel que decretó y dispuso lo que entre nosotros ha pasado–exclamó Mesrur–, que no me pesa de lo que perdí, y, si todavía quieres quedarte con mi alma, tómala en buena hora, que para lo que tú mereces es poca cosa y yo en la vida he de amar a otra!

–¡*Ye* Mesrur!–díjole ella entonces–. Ve en seguida por el cadí y los testigos y manda extender a mi nombre la escritura de propiedad de todas tus riquezas y posesiones.

–Con alma y vida lo haré–contestó Mesrur.

Y levantándose en el acto, corrió en busca del cadí y los testigos y tornó con ellos al lado de su amada.

Y no bien hubo visto el cadí a Sinu-l-Mauazif, luego perdió el juicio y se le alborotó el sentido y se le turbó el espíritu ante tanta belleza y tanto hechizo, y dijo:

–¡*Ye* mi señora! No extenderé la partida sino con la condición de que tú has de quedar como dueña y propietaria de todas esas joyas y esas casas, con dominio absoluto y sin tasa.

–Está bien–respondió ella–; quedamos de acuerdo. Extiende, pues, sin tardar la partida, haciendo constar cómo todos los bienes, propiedad de Mesrur, incluso sus esclavas y todo cuanto posee su diestra, en una palabra, pasan a ser, de ahora en adelante, propiedad de Sinu-l-Mauazif.

La cual, luego de dicho esto, volvióse a Mesrur y le dijo:

–Anda, Mesrur, y vete por tu camino.

Pero entonces su doncella Hubub volvióse a Mesrur y le rogó diciendo:

–Antes de irte, recita algún verso.

Y Mesrur accedió al ruego y declamó estos versos, alusivos al juego del ajedrez:

–Doy gracias a la suerte y no me quejo
de lo que me ha pasado;
tan solo a mi torpeza echo la culpa
del lance desastrado.
Pues me puse a jugar al ajedrez
con una mujer tal que su belleza
absorbía mi atención y la apartaba
del juego de las piezas.
Solo para mirarla tenía ojos,
que es su belleza tal
que ni entre las mujeres ni los hombres
se encontraría su igual.
Un imponente ejército mostróme
de blancos y de rojos,
con sus reinas, alfiles y caballos
y reyes poderosos.
Y me dijo: –¡Mesrur, ve con cuidado,
elige tu color!
Y yo estaba indeciso, que mi mente
me la absorbía el amor.
¡*Ye* sus blancas mejillas refulgentes
en la sombra nocturna de su pelo!
Por los blancos opté, jugué y perdí,
y de nuevo jugamos,
y de nuevo perdí. ¿Qué me importaba,
si yo era ya su esclavo?
¡Todo lo diera con placer y pobre
sin duelo me quedara
por lograr el amor de esa esplendente
luna, que me embriaga!

Luego que Sinu-l-Mauazif hubo oído aquellos versos maravillóse de la elocuencia de su lengua, y le dijo:

–Mira, Mesrur: ahuyenta de ti esa locura y vuelve en tu juicio y vete ya por tu camino. Que te has gastado toda tu hacienda y todo tu caudal en el juego del «Schatranch» sin lograr tu deseo y no habrá forma alguna de que lo puedas lograr nunca.

Volvióse entonces Mesrur a Sinu-l-Mauazif y le dijo:

[5] *Redolet proverbium.*

–¡*Ye* mi señora! Pídeme cuanto quieras y te lo traeré en el acto y lo pondré entre tus manos.

–¡*Ye* Mesrur! –respondió ella–. ¿Cómo dices eso, si ya nada te queda?

–¡*Ye* meta de los deseos! –exclamó Mesrur–. Si ya a mí no me queda nada en mi poder, amigos tengo que me podrán valer.

–Por ventura–dijo ella–aquel que acostumbra dar, ¿irá ahora a mendigar?

–Tengo parientes y amigos–respondió Mesrur–que me darán lo que les pida sin vacilar.

–Pues entonces–díjole Sinu-l-Mauazif–quiero que me traigas cuatro pomos de almizcle y cuatro onzas de algalia y cuatro libras de ámbar y cuatro mil dinares y cuatrocientos trajes regiamente recamados, y, si me trajeres todo eso, podrás lograr tu deseo.

–Eso–respondióle Mesrur–es fácil para mí y no ofrece dificultad alguna, ¡*ye* sonrojo de las lunas!

Retiróse luego Mesrur de allí para buscar y llevarle a la joven lo que le pidiera, y echó a andar por la calles y plazas de la ciudad, y, en tanto iba andando, vio Mesrur de lejos venir a Hubub y se detuvo, para dar tiempo a que la esclava le alcanzara, y entonces le dijo:

–¿Adónde vas, Hubub?

Y la esclava le contestó:

–Mi señora me mandó que saliera tras de ti y le llevara lo que me dieras.

–Hubub–díjole Mesrur, después de escucharla–. ¡Por Alá, que no posee ya mi mano cosa que valga!

–Pues entonces–respondió la esclava, ¿por qué le prometiste nada?

–¡Bah! –exclamó Mesrur–. ¡Cuántas promesas quedan sin cumplir! Pero el que está enamorado no tiene más remedio que mentir.

Luego que oyó Hubub las palabras de Mesrur, le dijo:

–¡*Ye* Mesrur, serena tu alma y refresca tus ojos, que, por Alá, yo haré de modo y manera que puedas unirte con ella!

Dejó luego Hubub a Mesrur y echó a andar y no paró de andar hasta que tornó de nuevo junto a su ama, y, rompiendo a llorar, le dijo:

–¡*Ye* mi señora, por Alá, que ese hombre es poderoso y goza entre la gente de gran predicamento y todos le tienen mucho respeto!

–¡*Ye!* –exclamó al oírla su señora–. No hay medio de evitar lo que decreta Alá–*taála*. En verdad que ese hombre no halló en nosotras corazón piadoso, pues lo hemos despojado de toda su hacienda, sin que a cambio de eso le hayamos mostrado amor ni compasión ni hayamos accedido a los anhelos de su corazón. Pero es que también temo que, si accedo a sus deseos, se divulgue el asunto y no quede secreto.

–¡*Ye* mi señora!–díjole entonces Hubub–. Por eso no temas ni estés inquieta, que contigo no estamos más que yo y tu esclava Sukub, que también hallamos mal el expolio de su caudal, y no habremos de hablar ni de decir nada, pues somos tus esclavas.

Bajó la cabeza Sinu-l-Mauazif y fijó la vista en el suelo, y las esclavas le dijeron:

–¡*Ye* señora nuestra! Somos de opinión que debes mandar a buscarlo y traerlo aquí y agasajarlo y no ponerle en el caso de tener que ir a mendigarles a los tacaños, que trance es ese muy amargo.

Halló Sinu-l-Mauazif muy atendibles las palabras de sus esclavas y mandó que le llevaran tintero, alcartaz y caña, y pergeñó las siguientes frases rimadas:

«Llegó al fin ¡*ye* Mesrur!, lo que anhelabas;
alegra el corazón,
que, al tender esta noche su ala negra,
lograrás tu ilusión.
Y no tendrás que mendigar de nadie
ayuda ni favor,
que borracha yo estaba, pero ahora
recobré la razón.

Todo lo que perdiste ya de nuevo
te lo devuelvo yo,
y, además, ¡*ye* Mesrur!, te lo acreciento
brindándote mi amor.
Todo te lo mereces, alma mía,
por la resignación
con que sufriste, sin protesta alguna,
mi absurda sinrazón.
Ven, pues, luego a gozar la recompensa,
digna de tu pasión,
y a gustar del amor los dulces frutos,
sin mezcla de amargor.
Pero procura ser discreto y cauto,
quede nuestro secreto entre los dos,
y que no halle materia en nuestra dicha
el vil murmurador.»

Dobló luego Sinu-l-Mauazif su carta y se la dio a su esclava Hubub, la cual la tomó y fue a llevársela en seguida a Mesrur. Estaba este llorando amargamente cuando llegó la mensajera de su amada, y, en el exceso de su sentimiento, recitaba estos versos:

–Orea, brisa, mi pecho con tu soplo,
templa el voraz ardor
con que, lejos de aquella a la que amo,
consumiéndose está mi corazón.
Mis pupilas se funden con el llanto
que vierte mi pasión,
y mi dolor es tal que enterneciera
al más duro peñón.
¡*Ye* cuándo querrá el cielo que al fin logre
lo que ambiciono yo,
y terminen las noches del desvío
y comiencen al fin las de la unión!

Pero al llegar aquí sorprendió a Schahrasad la mañana y atajó el curso de sus corrientes palabras.

Y LA NOCHE 469 SIGUIO DICIENDO LA MUCHACHA:

–Ha llegado hasta mí la fama, ¡*ye* monarca, el afortunado!, de que, bajo el incremento de su dolor, improvisó Mesrur aquellos versos. Y estando canturreándolos con mucho sentimiento, y repitiéndolos, llegó Hubub a su puerta y le oyó y llamó.

Levantóse el droguero y fue a abrir la puerta y la esclava entró en la casa y le entregó la carta de su ama.

Tomóla él y la leyó, y, dirigiéndose a la esclava, le dijo:

–¡*Ye* Hubub! ¿Cómo dejaste, al salir, a tu ama?

–¡*Ye* mi señor!–respondió la esclava–. En esa carta hallarás lo que me excusa de contestar. Que a tu fina inteligencia no le hará falta más.

Alegróse grandemente Mesrur al oír a la esclava y recitó estos versos:

–Vino a mí la misiva portadora
de un mensaje halagüeño,
que en mis entrañas yo
he de guardar secreto.
Pero dizque mis ansias
muy mucho se acrecieron,
al besar con unción
ese bendito pliego
que de amorosas perlas
creía venir lleno.

Procedió en seguida a contestar la carta y se la dio a Hubub, la cual la tomó y corrió a llevársela a su ama, y al llegar a su presencia se la entregó, ponderándole de paso los encantos del joven y encareciendo sus perfecciones, y Sinu-l-Mauazif le dijo a su esclava:

–¡*Ye* Hubub y cuánto me parece que tarda!

–No temas, mi señora–díjole Hubub–, que, sin mucho tardar, lo verás entrar.

Y no acabara Hubub de proferir tales palabras cuando he aquí que Mesrur llegó a la puerta de la casa y llamó a ella.

Salió a abrirle Hubub y lo tomó de la mano y lo entró en la casa y lo hizo sentar al lado de su ama.

Saludó Sinu-l-Mauazif con mucha ternura, y luego le dijo a su esclava Hubub:

–Ve y tráele unas ropas de las más lujosas.

Fue allá Hubub y le trajo a Mesrur un traje suntuoso y recamado de oro y se lo vistió y luego vistióle a su ama otro no menos valioso, y le puso en la cabeza un aderezo de brillantes perlas, que le ciñó con una cinta de tela bordada, guarnecida de aljófar y rubíes, y, por debajo de aquella cinta, le sacó dos bucles de pelo y prendió un rubí, engarzado en oro, en cada uno de ellos, y después soltó el cabello, que semejaba la noche tenebrosa por lo negro, y con áloe la sahumó y de almizcle y ámbar la ungió.

Y al terminar su labor, díjole Hubub a su señora:

–¡Qué Alá te guarde del mal de ojo!

Diole Sinu-l-Mauazif las gracias a su esclava Hubub y luego llegóse a Mesrur, y dizque estaba tan bella y refulgente como una luna creciente.

Y Sinu-l-Mauazif empezó a andar de acá para allá, contoneándose con garbo imponderable, en tanto Hubub, que era excelente coplera, improvisaba en su honor estos versos:

–Con su gracia y su garbo, al andar,
abochorna a la rama del *ban*
y los que la contemplan no pueden
resistir a su hechizo sin par.
Una luna semeja, que surge
de la sombra–su pelo tenebroso–
y en su frente refulge
el sol, esplendoroso,
cuando en el cenit luce;
¡bendito aquel que logra sus noches compartir
y, de puro dichoso, en sus brazos morir!

Diole gracias Sinu-l-Mauazif a su esclava y luego llegóse a Mesrur, el cual, al verla venir, se levantó y exclamó:

–Si mis pensamientos no me engañan, no es mujer de casta mortal sino una de las huríes del alchenna.

Pidió luego la joven que les llevasen de comer y comparecieron en el acto sus esclavas, portadoras de una mesa, en cuyo cerco había escritos los siguientes versos:

«En estos platos variados hunde
tu tenedor, amigo, y recrea el ojo
y alegra el corazón.
En ellos hallarás cuanto apetezcas
de lo bueno y mejor.
Pingües chochas con pollos y capones
y pavos, bien cebados por diestros marmitones,
con sabrosas especias muy bien codimentados
sin que falte tampoco el buen cordero asado,
el *kabab*, sin el cual no hay convite logrado.
Y no digamos nada–¿cómo faltar podría?–
del dulce arroz con leche, que aderezan mocitas,
hundiendo en él con gracia sus muñecas tan [lindas,
en que los brazaletes suenan con grata música.
¿Y qué decir tampoco de ese rico pescado
que al lado se nos muestra de esos panes tan [blancos?»

Y comieron y bebieron ambos jóvenes, y se holgaron y se refocilaron, y luego las esclavas se llevaron aquella mesa y sirvieron la del vino, y la copa y la taza a la redonda voltearon y ambos en sus almas se alegraron.

Y Mesrur llenó la copa y brindó diciendo:

–¡Por aquella que es mi señora y cuyo esclavo soy!

Y a continuación recitó estos versos:

–Me admira que mis ojos apurar
los encantos consigan de la hermosa
que universos de luz a vida mueve
y que en el mundo entero reina sola.
Con su garboso andar, del *ban* la rama
eclipsa y abochorna,
y su frente a la luna le da envidia,
cuando de entre su pelo negro asoma;
si camina, indolente, con sus pasos
la tierra unge de aromas,
y la brisa fragante su fragancia
recoge del aliento de su boca.

Luego que hubo terminado Mesrur de recitar esos versos improvisados, díjole Sinu-l-Mauazif:

–Mira, Mesrur: a quien cumple religiosamente lo que prometió y comió con nosotros el pan y la sal, hay que

darle lo que se merece; así que olvida luego lo que entre nosotros pasó y acepta de mi mano ahora esos predios y esas casas que te habíamos tomado.

–¡*Ye* mi señora! –protestó Mesrur–. De eso que dices yo te eximo desde ahora; pero como has faltado al juramento que me hiciste, me voy a marchar y me haré musulmán.

Dijo entonces Sinu-l-Mauazif que ella también haría otro tanto; pero Hubub le gritó, clamando:

–¡*Ye* mi ama! Joven eres de años y es mucho lo que sabes; pero por Alá te juro que no dormiré esta noche en tu casa como no hagas lo que te digo y el corazón me cures.

–Está bien, Hubub–respondió la joven–; anda y prepáranos otro estrado.

Levantóse Hubub en el acto y fue y arregló en seguida otro estrado y lo adornó y perfumó del modo más grato, según el gusto de su ama, y después tornó a servirles de comer y beber y volvió a correr la copa entre ellos a la redonda y volvieron a alegrárseles los corazones a ambos jóvenes.

Y Sinu-l-Mauazif le dijo a Mesrur:

–¡Oye, Mesrur: llegado es ya el momento de la unión y el favor; así que, si anhelas saborear mi amor, recítanos unos versos de superior sabor.

A lo que Mesrur respondió:

–Con alma y vida.

E improvisó esta *kazida:*

–Cautivo me quedé de su hermosura
y una hoguera voraz prendió en mi pecho,
al contemplar su talle y sus mejillas
como dos rosas de un vergel ameno,
su rostro, que a la luna avergonzara,
y los encantos de su ser entero.
Ante ella me detuve a saludarla
y lo hice con palabras que eran versos,
perlas fulgentes que ensartó mi lengua
a impulsos de mi propio sentimiento.
Ella, al oírme, comprendió las ansias
de mi pasión y, airada, frunció el ceño,
y exclamó:
–¿Cómo osas dirigirme
esas palabras que escuchar no debo?
–No te enojes–repuse–, mi señora,
y disculpa mi torpe atrevimiento,
en gracias al amor que me inspiraste
y que es profundo, inmenso.

Sonrió entonces ella y, asombrada,
exclamó con graciosos aspavientos:
–¡Válgame Alá, el grande, el poderoso,
soberano creador de tierra y cielo!
–¿Cómo te llamas? –díjele yo entonces–.
¿Cuál es tu nombre, de beldad portento?
Y ella me respondió:
–Sinu-l-Mauazif,
me llaman todos, pues deseas saberlo.
–Sinu-l-Mauazif–exclamé–yo soy,
desde ahora mismo, tu rendido siervo,
y te ruego que apagues, compasiva,
de mi pasión el lancinante fuego.

En esto pude vislumbrar su rostro
y, ante tanta hermosura inaccesible,
dibujóse en mi cara un triste gesto.
Echóse ella a reír, con franca risa,
y su velo agitó, y, en el momento,
fragancias de arrayán, mirto y almizcle
inundáronlo todo con su aliento;
luego inclinóse con la gracia airosa
de la rama de *ban* que mueve el viento,
y hacia mí se acercó y, enternecida,
levantó de la unión el duro veto.
Dulcemente abrazados y con ansia,
sorbiéndonos los labios en mil besos,
pasamos una noche venturosa,
de esas que dejan eternal recuerdo.
Pero al brillar la aurora levantóse,
y, saltando del lecho,
me dijo:
–Debes irte.
Y al decirlo,
tenía su rostro bello
salpicado de lágrimas, cual perlas
de un collar cuyo broche se ha deshecho,
y unas corrían por sus mejillas, sueltas,
y otras se detenían sin movimiento.
¡Jamás, mientras viva yo en el mundo
–soñando o en vigilia, loco o cuerdo–
olvidaré esa noche ni tampoco
que nos cambiamos tiernos juramentos!

Al oír Sinu-l-Mauazif aquellos versos quedóse maravillada y le dijo a Mesrur:

–¡Qué poema tan bello y qué talento tienes, malhaya aquel que mal te quiera!

Entróse luego en su alcoba y llamó a Mesrur y entró este allí y la estrechó contra su pecho y la abrazó y la besó y la acarició y logró de ella lo que imposible creyera, y se holgó con lo

que obtuvo de las dulzuras de la unión.

Después de lo cual le dijo Sinu-l-Mauazif a Mesrur:

–¡*Ye* Mesrur! Tus bienes ahora ya me están a mí vedados y deben ser para ti, puesto que nos amamos.

Y así diciendo devolvióle en el acto todo lo que le había tomado, y le dijo:

–¡*Ye* Mesrur! ¿Posees, por ventura, un jardín al que pudiéramos ir y solazarnos allí?

–Cierto que sí–respondióle Mesrur–. Un jardín poseo como otro no habría en todo este reino.

Y en el acto despidióse Mesrur de su amada y marchó a su casa, y mandó a sus esclavas que aderezasen viandas y preparasen una sesión lucida y una gran compañía.

Mandó luego Mesrur venir a su amada, la cual se presentó en unión de sus esclavas, y todos comieron y bebieron y se holgaron y divirtieron. Y después díjole Sinu-l-Mauazif:

–¡*Ye* Mesrur! Se me ha venido a la memoria en este momento una letrilla muy linda que quería cantar, acompañándome con el laúd, para que la oyeras tú.

–Pues cántamela, amor mío–le dijo Mesrur.

Tomó ella entonces el laúd y lo afinó y resgueó sus cuerdas y rompió a entonar esta letra:

–Con los sones del laúd
nuestro oído recreamos
y el amor se reveló
con su poderoso encanto.
Brilló el vino en nuestra copa
como el sol, fulgente y claro.
¡*Ye* noche alegre y dichosa,
que enjugaste nuestro llanto!

Luego que acabó la joven de recitar esos versos díjole a su amado:

–¡Anda, Mesrur, y cántanos también algo tú y danos parte de los frutos de tu aceifa!

Y Mesrur entonces recitó este poema:

–En tu vergel florido
vibraron los laúdes
y corrió el vino.
Las tórtolas cantaron,
se inclinaron las ramas
y nos besaron.
¡Noche divina,
toda llena de goces
y de delicias!

Luego que terminó Mesrur de recitar esos versos díjole Sinu-l-Mauazif:

–Improvisa ahora algún poema alusivo a nuestro amor y a todo lo que entre nosotros ocurrió.

–Con alma y vida–respondióle Mesrur.

E improvisó en el acto esta *kazida:*

–Detente y la historia escucha
de mi amor a esta gacela,
que, al mirarme, me clavó
en el pecho una saeta
y me rindió a su albedrío
como su botín de guerra.
La saludé, y al saludo
correspondióme altanera,
y desdeñosa, sabiendo
lo que yo sentía por ella.
–¿Cómo te llamas?–le dije.
Y ella contestó, coqueta:
–Mi nombre concuerda con
mi soberana belleza;
Sinu-l-Mauazif me llamo,
es decir, la flor y crema
de lo bello, lo que excede
a cuanto decir se pueda.
–Pues bien–exclamé yo entonces–,
Sinu-l-Mauazif, sé buena
y ten piedad de este fuego
que devora mi alma entera,
y derrítete, cual yo,
en su llama placentera.
–Si de veras me amas tanto
y unirte conmigo anhelas,
te costará una fortuna
el lograr lo que deseas.
Me has de regalar un traje
de la más costosa seda,
y, además, cuatro quintales
de almizcle que igual no tenga;
un collar en el que brillen
las más refulgentes perlas,
amén de otros aderezos
de oro y plata, y ricas piedras.

–Está bien–díjele yo–,
todo lo tendrás, mi bella.
Que mi pasión era tal,
que a todo sí dicho hubiera.
Y ella entonces sonrió
y depuso su dureza
y me concedió una noche
que colmó todas mis penas,
una noche como nadie
otra gozara tan plena,
pues del color de la noche
más tenebrosa y más densa
son sus cabellos; tan largos,
que a los tobillos le llegan,
y es su mejilla encarnada
cual de una llama la lengua;
son sus ojos como arcos
que lanzan miles de flechas;
vino destila su frente
y miel de sus labios vuelca,
y sus dientes un sartal
de claras perlas semejan;
su cuello erguido comparo
con el de esbelta gacela.
Pasé con ella una noche
de una dicha tan perfecta
como ninguna otra nunca
en mi vida anocheciera.
Y al despuntar la mañana
levantóse, y dizque era
su cara luna radiante,
y era una lanza guerrera
su gallardo cuerpo, y dijo,
al despedirme, con pena:
–¿Cuándo volveré a gozar
otra noche como esta?
Y yo le dije:
–¡Alma mía,
será siempre que tú quieras!

Pero al llegar aquí sorprendió a Schahrasad la mañana y cortó el flujo de sus fluyèntes palabras.

Y LA NOCHE 470 SIGUIO DICIENDO LA MUCHACHA:

–Ha llegado hasta mí la fama, *¡ye* sultán, el afortunado!, de que, al terminar Mesrur de recitar su *kazida,* dio muestras Sinu-l-Mauazif de gran complacencia y alegría, pero luego le dijo:

–*¡Ye* Mesrur! Llegó la mañana y el momento de que me vaya, pues de otra suerte nos expondríamos a que nos descubriesen.

–Está bien, luz de mis ojos–asintió Mesrur.

Y acto seguido se puso en pie y la fue acompañando hasta su casa, y allí se despidió el joven de su adorada.

Tornóse luego Mesrur a su domicilio y pasó el resto de la madrugada pensando en los encantos de su amada. Y luego que del todo amaneció la mañana, y se extendió su resplandor, reunió regalos de los más valiosos y raros, y, llegada que la noche fue de nuevo, marchó con ellos a verla, y así siguió haciendo por espacio de varios días, en que ambos gozaron de la más dichosa de las vidas.

Hasta que llegó un día en que Sinu-l-Mauazif recibió carta de su esposo en la que anunciaba su llegada en fecha cercana, y al leer su carta, díjose la joven para su alma: «¡Ojalá y Alá no velara por su vida ni alargara sus días, pues en cuanto él venga se acabará nuestra dicha!»

Luego que Mesrur fue a visitarla sentólo a su lado y le dijo:

–Mira, Mesrur: has de saber cómo tuve carta de mi esposo anunciándome que pronto regresará de su viaje y ¿qué vamos a hacer cuando él venga, siendo así que ya ninguno de nosotros puede pasarse sin el otro?

–No sé, en verdad–respondióle Mesrur–, cómo nos vamos a arreglar; pero tú, que lo conoces bien y sabes su carácter y eres, además, lista y sagaz, podrás idear sin gran esfuerzo algún ardid con el que podamos burlar su vigilancia y seguir gozando de esta dicha colmada.

–Mi marido–díjole ella–es hombre de condición áspera y muy celoso de las gentes de su casa; pero luego que

tú seas sabedor de su llegada, irás a verlo y lo saludarás y te sentarás a su lado y le dirás: «Droguero soy, hermano.» Y le comprarás algunas drogas y te irás, y luego tornarás a verlo varias veces, hasta amistar con él y granjearte su confianza y vencer su adustez.

–Está bien–respondió Mesrur–; así lo haré.

Despidióse luego Mesrur de Sinu-l-Mauazif y se fue a su casa y el fuego vivo del amor ardía en su alma.

Luego que el mercader regresó de su viaje recibiólo su esposa con grandes muestras de alegría y lo saludó y le dio la bienvenida; pero él la miró y advirtió la palidez de su rostro y le preguntó qué le sucediera en su ausencia.

Díjole ella que, desde el momento en que él partiera, adolecieran lo mismo ella que sus doncellas.

–Nuestros corazones –le dijo–estaban inquietos por tu larga ausencia; por Alá, esposo mío, que en lo sucesivo no saldrás tú solo de viaje, sino con alguien que te acompañe, y me enviarás de cuando en cuando nuevas tuyas, para que así pueda yo estar tranquila, aunque tardares...

–Está bien–respondió su marido–. No tengas cuidado, que así lo haré.

Salió luego de su casa y se dirigió a su tienda, llevando algunas de las mercancías que en su viaje adquiriera. Y abrió la tienda y se sentó en ella, dispuesto a vender y comprar, según su costumbre comercial.

Y no tardó en presentarse allí Mesrur, el cual saludó al mercader y se sentó a su lado y lo felicitó por su feliz regreso y estuvo conversando con él una hora de tiempo.

Sacó después Mesrur un bolso y lo abrió y extrajo de él un puñado de oro y se lo echó al mercader, diciéndole:

–Dame a cambio algunas drogas para venderlas yo en mi tienda.

–Con alma y vida–respondió el mercader, y le dio en seguida lo que le pedía.

Fuese luego Mesrur, pero tornó otro día, y así lo hizo varios días consecutivos. Hasta que uno de ellos le dijo el judío:

–Quisiera encontrar un socio para interesarlo en mi negocio.

–Yo también–díjole Mesrur–desearía hallar un socio para interesarlo en mi negocio, pues tenía un corresponsal en el Yemen y murió, dejándome a deber cuantioso caudal, que temo no pueda cobrar.

–¿Quieres–díjole entonces a Mesrur el marido de Sinu-l-Mauazif–asociarte conmigo y ser mi amigo, lo mismo en la ausencia que en la presencia?

–Con mucho gusto–respondió Mesrur.

Cogiólo entonces el mercader y tiró de él y lo llevó a su casa y lo dejó aguardando, sentado en el umbral, en tanto él entraba y le decía a su esposa:

–Has de saber que ya encontré un socio y lo traje a casa, con intención de invitarlo y agasajarlo. Prepáranos, pues, en seguida, una buena comida.

Adivinó Sinu-l-Mauazif, sin dificultad, que el socio no era otro que Mesrur y procedió en el acto a preparar un festín opíparo, que estaba muy contenta y se sentía feliz con habérsele logrado su ardid.

Luego que el mercader hizo pasar a su huésped al interior de la casa, díjole a su esposa Sinu-l-Mauazif:

–Sal conmigo a recibirlo y darle la bienvenida, como es debido.

Pero Sinu-l-Mauazif empezó a hacer remilgos y le dijo:

–¿Quieres que me presente delante de un extraño, de un desconocido? Pues lo que es yo te advierto que no me avengo a presentarme ante un hombre que no vi en mi vida y del que nunca tuve la menor noticia.

Pensó el marido de Sinu-l-Mauazif que esta era sincera en sus palabras y

empezó a porfiarle y a rogarle, hasta que ella al cabo se amansó y se dio por vencida y salió a recibir a Mesrur y le dio la bienvenida, según su esposo quería.

Bajó Mesrur la cabeza al verla, como avergonzado, y el mercader pensó: «Sin duda, es este un varón santo.»

Sirvióles luego Sinu-l-Mauazif la mesa y ambos comieron a satisfacción, después de lo cual les sirvieron de beber y bebieron, teniendo a Sinu-l-Mauazif entre ellos, y ella se sentó enfrente de Mesrur, de suerte que pudiera mirarlo a su sabor, como lo hacía sin quitarle ojo, a hurtadillas de su esposo.

Finó al cabo el día y Mesrur despidióse de su anfitrión y se tornó a su casa, llevando el corazón hecho una brasa de pasión.

Cuanto al marido de Sinu-l-Mauazif, quedóse encantado del buen humor de su socio y de su belleza y no hacía más que pensar en ella.

Llegó luego la noche y su mujer le llevó la cena, y tenía el mercader un ruiseñor que, siempre que se sentaba él a comer, volaba a la mesa y se ponía a picar en su plato y se le subía a la cabeza y se ponía a hurgarle en ella.

Habíase hecho el pajarillo amigo de Mesrur, en ausencia de su dueño, y hacía con él lo mismo, y tanto se había acostumbrado a su nuevo amigo, que al regresar de su viaje el mercader ya lo extrañó y aquella noche no se le acercó.

Chocóle al mercader aquel desvío de su ruiseñor y quedóse pensativo, indagando la razón.

Cuanto a Sinu-l-Mauazif, aquella noche no durmió, que no hacía más que pensar en Mesrur y no podía apartarlo de su corazón.

Sucedió igual que la noche, la primera, las noches la segunda y la tercera, hasta que por fin el judío malicióse algo y dio en mirar a su mujer a hurtadillas y viola ensimismada y abstraída.

Disimuló, sin embargo, el marido; pero a la noche, la cuarta, hubo de despertar de madrugada y sintió a su mujer decir en su sueño, muy agitada: «¡*Ye* Mesrur, *ye* Mesrur de mi alma!» Y eso que dormía contra su pecho recostada.

Disimuló, sin embargo, el marido y no la despertó ni nada le dijo, y, luego que la mañana amaneció, se levantó y fuese a su tienda y sentóse en ella.

Y estando allí sentado vio venir a Mesrur, el cual se le acercó y lo saludó, y él correspondió a su *selam* con otro igual y le dijo:

–Sé, hermano, bien venido.

Y añadió a renglón seguido:

–Ganas tenía de verte; siéntate a mi lado y hablaremos un rato.

Hízolo así Mesrur y estuvieron departiendo una hora de tiempo, al cabo de la cual díjole el mercader a su compañero:

–Ven, hermano mío, a mi casa, para que sellemos allí nuestra hermandad.

–Con alma y vida lo haré–respondióle Mesrur.

Dirigiéronse, pues, ambos a casa del judío, y éste, luego que se acercaron a su domicilio, adelantóse a Mesrur y fue a buscar a su mujer y le dijo:

–Traigo a Mesrur conmigo y quiero celebrar con él una fiesta para sellar nuestra hermandad; prepara, pues, una buena comida y disponte a asistir a ella, pues quiero que seas de la partida.

–¡Por Alá!–exclamó ella–. No me obligues a presentarme delante de ese extraño, que no me es nada simpático.

No dijo nada a eso el judío y mandó a sus esclavas que sirviesen la mesa con manjares y bebidas, y ordenó luego que le llevasen el ruiseñor; hiciéronlo así ellas y el pájaro se fue derecho a posarse en el regazo de Mesrur, sin hacer caso de su dueño.

–¡*Ye* mi señor!–díjole luego a Mes-

rur el judío–. ¿Cuál es tu nombre?

–Mesrur–respondió el joven.

Y preguntárale eso el judío a Mesrur porque toda aquella noche oyera a su mujer murmurar en su sueño ese nombre.

Alzó luego la vista el judío y miró a su mujer y la vio hacerle señas con los dedos y guiñarle el ojo a su socio y comprendió que ambos se entendían a espaldas de él, y, dirigiéndose a Mesrur, le dijo:

–Permíteme, señor, que te deje un momento, que voy por los hijos de mi tío, para traerlos acá y que presencien la fiesta de nuestra hermandad.

–Haz lo que gustes–respondióle Mesrur.

Levantóse, pues, el marido de Sinu-l-Mauazif y salió de la estancia...

Pero al llegar aquí sorprendió a Schahrasad la aurora y cortó el hilo de sus palabras seductoras.

Y LA NOCHE 471 REANUDO SU RELATO EN ESTA FORMA:

–Ha llegado a mi noticia, *¡ye* monarca, el afortunado!, que el marido de Sinu-l-Mauazif le dijo a Mesrur:

–Permíteme, señor, que te deje un momento, que voy a buscar a los hijos de mi tío y los traeré acá, para que presencien la fiesta de nuestra hermandad.

Salióse luego del aposento y se fue por la parte trasera, donde había una ventana desde la cual podía verlos, sin que ellos se enteraran, y se puso a espiar lo que pasaba en la sala.

Luego que salió su marido, preguntóle Sinu-l-Mauazif a su esclava Sukub:

–¿Adónde fue tu señor?

–Salió de la casa–respondióle la esclava.

–Pues bien–díjole Sinu-l-Mauazif a la esclava–, cierra bien la puerta y atráncala, y, cuando llame, no le abras sin antes venir a avisarme.

–Está bien, mi señora–respondió la esclava, y se fue a poner por obra lo que le mandara.

Seguía a todo esto el marido atisbando por la ventana y pudo ver cómo Sinu-l-Mauazif cogía la copa del vino y la perfumaba con agua de rosas y granos de almizcle y se la ofrecía a Mesrur, el cual se levantó y fuese a ella y le dijo:

–Tu saliva, amada mía, más dulce es que esta bebida.

Siguieron luego dándose de beber el uno al otro, y al final Sinu-l-Mauazif espurreó a su amigo con agua de rosas, de la cabeza a los pies, con tal profusión, que toda la cámara trascendió a aquella fragancia.

Todo lo cual veíalo el marido desde su ventana y se maravillaba de aquel amor tan grande que ambos se desmostraban, al par que sentía en su corazón una rabia y unos celos sin comparación.

Llegóse luego el marido a la puerta y hallóla cerrada y llamó recio, con el brío que le daban su ira y sus celos.

Fue entonces la esclava a avisar a su ama y le dijo:

–¡Señora, ahí está ya tu marido!

–Abrele la puerta–ordenóle aquella–. ¡Ojalá y nunca más lo viera!

Fue Sukub a la puerta y la abrió. Y su señor le preguntó:

–¿Cómo es que cerraste la puerta?

A lo que respondió ella:

–Siempre que sales, señor, acostum-

bramos cerrar la puerta y nunca, ni de día ni de noche, queda abierta.

–Muy bien hecho–respondió el judío–; no puedo menos de aplaudirlo.

Pasó luego el marido a la sala y halló a Mesrur y a su esposa riendo a carcajadas y se tragó su bilis y dijo como si no viera nada:

–Mira, Mesrur: vamos a dejar por hoy la fiesta de nuestra hermandad y otro día la celebraremos, si no te parece mal.

–Haz lo que gustes, mi señor–respondióle Mesrur.

Y acto seguido despidióse y se dirigio a su domicilio.

Quedóse el marido de Sinu-l-Mauazif pensativo, preocupado con su asunto, y no sabía qué hacer y sentía un profundo disgusto. Y para su interior se decía, lleno de desazón:

«Hay que ver. El ruiseñor me extraña y la esclava me cierra la puerta en mi cara, y, en cambio, con ese otro se muestra muy blanda.»

Y en el colmo de su despecho, improvisó estos versos:

–Largo tiempo viviste entre delicias
y gozaste la dicha más perfecta
en brazos del amor, sin que ninguna
duda en tu corazón haciera mella.
Pero ahora, de pronto, cambió todo;
la realidad del sueño te despierta,
tu pajarillo familiar te extraña
y tu mujer con otro se deleita.
Mas por Alá, creador del Universo,
contra cuyos designios no hay quien pueda,
que le he de dar su merecido al vil
que a mi amistad cordial, franca y sincera,
correspondió hollando el santo fuero
de la hospitalidad, para mi afrenta.

Y Sinu-l-Mauazif hubo de oír aquellos versos que improvisara su marido, y, al oírlos, todos los miembros de su cuerpo le temblaron y el rostro se le puso pálido. Y dirigiéndose a su esclava Hubub, le preguntó:

–¿Oíste los versos que tu amo recitó?

–Jamás en la vida–respondió la esclava–le oí a mi señor recitar versos como esos; pero no hagas caso y déjalo que diga lo que quiera y haz tú también lo que te parezca.

Pero el judío, luego que se cercioró bien del engaño de su mujer, procedió a vender todo cuanto su mano poseía, y en su interior se decía: «Como no me la lleve de aquí a otro país no se le quitará del pensamiento ese hombre.»

Luego que hubo realizado el judío todos sus bienes, contrahizo una carta y se la leyó a su esposa, diciéndole que era de los hijos de su tío, los cuales le rogaban que los fuera a ver llevando consigo a su mujer.

–¿Y cuánto tiempo–preguntó su esposa–hemos de pasar con ellos?

–Unos doce días nada más –díjole el marido.

–Está bien–respondió ella–. ¿Y procede que lleve conmigo alguna de mis esclavas?

–Sí–dijo el marido–. Lleva contigo a Hubub y a Sukub y deja aquí a Jatub.

Aprestó luego para ellas el judío un palanquín magnífico y dispúsose a emprender la marcha con su esposa y las dos esclavas.

Pero Sinu-l-Mauazif envióle a Mesrur un recado, diciéndole: «Se acabaron por ahora nuestras citas, así que no vengas, pues has de saber que mi marido ha urdido un ardid en contra nuestra y se ha valido de una treta para impedir que me veas. Y te encarezco estés sobre ti y andes con cuidado, que es hombre pérfido y malo.»

Luego Sinu-l-Mauazif, aprovechando la ocasión de estar su marido atendiendo a los preparativos de su viaje, desahogó su pecho, llorando y lamentándose noche y día sin dar tregua a su duelo.

Y dizque el judío todo eso lo veía, sino que no verlo fingía, y luego que Sinu-l-Mauazif comprendió que la cosa iba de veras y que no había salvación para ella, reunió todos sus trajes y

ropas y se las dio a guardar a su hermana, poniéndola al tanto de lo que entre ella y su marido había pasado.

Despidióse después Sinu-l-Mauazif de su hermana y se tornó a su casa, y, al llegar, se encontró con que ya su marido llevara allí los camellos y los estaba cargando con sus bagajes y efectos, habiendo apartado para ella el mejor dromedario.

Y al ver aquello la joven y comprender que era llegado ya el momento de separarse de su amado, llenóse de pesar y dolor extremados. Y aprovechando un momento en que su esposo había salido a despachar una diligencia, fuese a la puerta de la casa, la primera, y escribió estos versos en ella:

«¡*Ye* puerta: dale mi adiós
al amado de mi alma
y dile con cuánta pena
emprendo la odiosa marcha!
Dile que nunca olvidar
podré la dicha pasada;
ni nuestros días y noches,
tan luminosas y claras.
«*Ye* qué breves fueron ellas!;
en seguida la mañana
a sorprendernos venía
con premura insospechada.
Ahora el cuervo de la ausencia
sobre nuestras frentes grazna;
tenemos que separarnos,
que así el destino lo manda,
y no puedo despedirme
de ti como deseara,
que el tiempo apremia; impacientes
ya los camellos piafan
y solo puedo estas letras
trazar, con mano azarada.»

Fuese luego a la puerta, la segunda, y escribió estos versos en ella:

«¡*Ye* puerta!, dile a mi amado,
cuando llegue y no me vea,
que aquí le dejo un adiós
y le ruego que mi ausencia
lleve resignadamente;
mas si le falta paciencia
para ello, que se cubra
su frente de polvo y tierra,
y de Oriente a Occidente
viaje, y alivie su pena
de ese modo, pues no hay
en todo el haz de la tierra
poder que del sino adverso
burlar el designio pueda.»

Fuese luego Sinu-l-Mauazif a la puerta, la tercera, y lloró a impulsos del sentimiento y trazó en ella los siguientes versos:

«¡Ten cuidado, Mesrur, y en la casa no entres!
Detente ante la puerta y estas estrofas lee;
en ellas un adiós te da la que te ama,
al verse de tu lado por fuerza separada.
¡*Ye* Mesrur, ten paciencia, como la tiene ella,
que lleva el corazón desgarrado de pena,
al cruzar las distancias que van a separarla
de aquel que siempre vive y vivirá en su alma!
Huyeron nuestras noches de incomparable dicha;
la sombra de la ausencia ahora su brillo eclipsa.
El jardín se cerró, de los goces seguros,
mustiáronse las flores, tornóse todo oscuro;
pero paciencia, amigo; ¿quién sabe si algún día
Alá querrá de nuevo volvernos la alegría
y escuchar las ardientes plegarias de una amante
que se siente morir, de su amado distante?»

Luego de escribir Sinu-l-Mauazif aquellos versos entróse en la casa, llorando y gimiendo, y diciendo:

–¡Gloria a Alá, que esto nos quiso mandar!

Y a impulsos del sentimiento, improvisó estos versos:

–¡*Selam*, morada querida,
en la que fui tan dichosa,
en unión de mi adorado
y pasé tan dulces horas!
Sobre todo, aquellas noches,
tan gratas y venturosas,
que en ellas, la muerte misma,
hubiera sido sabrosa.
¡*Ye* noches, noches que siempre
viviréis en mi memoria!
¿Volveréis alguna vez
a cubrirnos, generosas,
cual antes siempre lo hicisteis
con vuestro manto de sombra,
y a brindarnos una dicha
que no amargue la zozobra?

Fue luego Sinu-l-Mauazif a unirse con su marido, el cual la aupó hasta la litera que le había apercibido, y, al verse ya la joven sentada en el camello, declamó estos versos:

–¡Adiós, mansión de la dicha!
¡Con cuánta pena te dejo!
Pero fuerza es que lo haga,
que así el sino lo ha dispuesto.

Se acabaron ya los goces
para mí, bajo tu techo.
¡*Ye* tórtola del jardín,
no ceses en tus lamentos!
¡Llora por la luna llena
de mi amor, por Mesrur bello,
que para mí ya se eclipsa
y deja mis ojos ciegos!
¡*Ye* Mesrur, si tú me vieras
en este triste momento,
el llanto vieras que corre
de mis párpados, acerbo!

Desierta encontré la casa
en que fuimos tan felices
y a los muros preguntéles:
–¿Adónde se fueron, dime,
adónde se fue mi amada,
dejándome aquí tan triste?
Y los muros me dijeron:
–Se fue; pero antes de irse,
trazó su mano estas letras,
en que su amor te describe.
Y por ellas podrás ver
cuánto sufrió al despedirse [6].

–¡*Ye* Sinu-l-Mauazif–díjole su marido al oírle recitar esos versos–, no te aflijas tanto por haber de dejar tu casa, que no tardarás en volver a ella!

Y a este tenor siguió el judío tratando de consolarla y tranquilizarla, en tanto salían de la ciudad y daban vista al camino por donde habían de marchar.

Y Sinu-l-Mauazif comprendió entonces que la separación era cosa hecha y sintió una gran pena.

Estaba en tanto Mesrur en su casa dándole vueltas en su imaginación a lo que les pasaba a él y a su amada, y su corazón tuvo el presentimiento de la separación, y en el acto se levantó y salió de su casa y echó a andar, sin parar, hasta llegar a la casa de su adorada.

Y vio al llegar allí cerrada la puerta y vio los versos escritos en ella y los leyó, y al leer aquellos versos, trazados por la mano de su amada, acreciéronse aún más su amor y su pasión y su tristeza y agitación interior, y, no pudiendo contenerse, echó a correr tras de sus huellas, y tanto corrió, que logró dar alcance a la caravana y vio a Sinu-l-Mauazif que iba delante y a su esposo detrás con los bagajes. Y al ver a su amada llegóse a la tierra en que iba ella, llorando, afligido, por el dolor de la separación, y, a impulsos del sentimiento, improvisó estos versos:

–¡*Ye!* ¿Qué culpa cometimos
para que así nos castiguen?
Sino inclemente, ¿por qué
con tal saña nos persigues?

Luego que Sinu-l-Mauazif hubo oído aquellos versos conoció ser Mesrur quien los declamara y rompió a llorar con mucha vehemencia y lo mismo hicieron sus doncellas. Y Sinu-l-Mauazif dirigióse a Mesrur y le dijo:

–¡*Ye* Mesrur: pídote, por Alá, que te vuelvas atrás, para que mi esposo no te vea y no nos sorprenda!

Desmayóse Mesrur al oír tales pala-

[6] Este tema de la casa donde fuimos felices y que al volver hallamos abandonada y desierta es frecuentísimo en la poesía árabe, siempre inclinada a la nota melancólica, en relación con el amor. Amor y dolor van íntimamente unidos en la lírica arábiga y Juan Jacobo Reiske, el famoso orientalista alemán (1717-64), recogió una bellísima antología de poemas árabes que tituló expresivamente *Muestras de poesía árabe en composiciones amatorias y tristes* (1765). En la época romántica Lamartine trató el mismo tema, en relación con la casa paterna, en una poesía que se hizo famosa.

Afín a este género de composiciones es el que podríamos llamar *Canciones de marcha o de despedida* (a que pertenece la que sigue a continuación) y que se fingen improvisadas precipitadamente bajo el apremio de la urgente llamada de los camelleros. También de esta variedad lírica podría formarse una antología copiosa que tendría su parangón en nuestra poesía romántica del tiempo de las diligencias y los primeros trenes, donde la voz del camellero sustituye el cuerno del postillón o el patético silbido de la locomotora. Todas esas composiciones se incluyen dentro de la amplia rúbrica de la poesía de ausencia o de «saudade» que nadie ha expresado con tanta insistencia y tanta fuerza emotiva como los árabes, ese pueblo de nómadas cuyos afectos nacían bajo la amenaza de la separación y que, viajeros por desiertos y largos caminos peligrosos, al dejar un lugar nunca estaban seguros de volver. Vossler, el autor de *La soledad en la poesía española*, no ha tenido debidamente en cuenta el influjo del elemento árabe en nuestra lírica.

bras, y, luego que recobró el conocimiento, despidióse de su amada e improvisó estos versos:

–Antes que el día clarease,
ya el camellero gritaba:
–¡Daos prisa: hay que partir,
la jornada será larga!
¡Ensillad pronto las bestias
y emprended presto la marcha!
Abreviaron sus adioses
los viajeros, y mi alma
del cuerpo quiso alejarse,
al ver que la caravana
en movimiento poniase
y se iba y me abandonaba.
¡*Ye!* ¿Qué voy a hacer ahora,
cómo soportar la falta
de aquella que era mi vida,
de aquella que era mi alma?
No podré, que el corazón
ya de pena se me salta.
Correré tras de sus huellas,
tras de su sombra adorada.

Y Mesrur echó a andar tras de la caravana, derramando copiosas lágrimas, y Sinu-l-Mauazif trataba de consolarlo y persuadirlo para que se retirara antes que amaneciese y la noticia de su presencia se difundiese.

Llegóse, pues, Mesrur a la litera y despidióse por segunda vez de ella, y rodó sin sentido por tierra. Y al recobrar el conocimiento, vio que su amada iba ya lejos.

Y volviéndose de cara al punto del horizonte por donde la caravana se alejaba, aspiró el aire que de allí venía e improvisó esta rima:

–No es la brisa de la unión la que orea
la frente del amante que solo ya se queda,
pues al abrir sus ojos tan solamente alcanza
a descubrir ignota, desierta lontananza;
en lecho de dolor tiende su pobre cuerpo,
erizado de espinas, ¡*ye* durísimo lecho!
Y el llanto de sus ojos se desborda a raudales
y corre sin que nunca logre aliviar sus males.
Huyó la caravana entre vivos clamores
de urgencia y prisa y a su amor llevóse.
Y el aire que sus ojos febriles abanica,
en vez de refrescarlos, los requema e irrita.

Volvió luego Mesrur sobre sus pasos y se dirigió a la casa de su adorada, y al encontrarla vacía del uno al otro pico y desierta de amigos, echóse a llorar y caló de llanto sus vestidos y entráronle algafacanes y trasudores, hasta que finalmente se desmayó y poco faltó para que su alma abandonase su cuerpo y exhalase el postrimer aliento.

Y luego que en sí volvió recitó estos versos:

–¡*Ye* jardín primaveral,
ten de mi pena piedad!
Mira cómo sufro y lloro
y qué terrible es mi mal.
Haz que la brisa fragante
me venga el alma a orear,
desde la tierra lejana
en que mi adorada está.

Volvióse luego Mesrur a su casa triste y lloroso, y allí se entró y por espacio de diez días en ella permaneció.

Y esto es, por ahora, todo lo referente a su persona.

Cuanto a Sinu-l-Mauazif siguió adelante con su marido, el cual fue caminando con ella por espacio de diez jornadas y después hizo alto en una ciudad que al paso hallara.

Aprovechó Sinu-l-Mauazif la ocasión para escribirle una carta a Mesrur y se la entregó a su esclava Hubub, diciéndole:

–Envíale a Mesrur esta carta para que por ella sepa cómo se le logró a mi marido su astucia y cómo el judío nos hizo blanco de sus numerosas argucias.

Tomó la esclava de sus manos la carta y se la envió a Mesrur, el cual, al leerla, sintió una pena inmensa y rompió a llorar hasta mojar la tierra, y luego escribióle a Sinu-l-Mauazif una carta y se la envió por la posta inmediata.

Y al final de la carta había puesto los siguientes versos:

«¿Qué camino llevará
a la puerta del consuelo
a quien tiene sus entrañas
ardiendo en voraz incendio?
¡*Ye* aquellos días deliciosos
de la unión! ¿Adónde fueron?
¿Será posible que vuelvan
y los gocemos de nuevo?»

Pero al llegar aquí sintió Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras cautivadoras.

Y LA NOCHE 472 REANUDO SU RELATO EN ESTA FORMA:

–Ha llegado hasta mí la fama, ¡*ye* monarca, el afortunado!, de que Mesrur escribióle a Sinu-l-Mauazif una carta y se la envió, y ella la recibió y la leyó, y después se la dio a su esclava Hubub, diciendo:

–¡Guárdame el secreto!

Pero, a pesar de todo, llegó a enterarse su esposo de que ambos amantes se carteaban, y cogió a su mujer y a sus esclavas y tornó a emprender la marcha, caminando por espacio de veinte jornadas, después de lo cual detúvose con ellas en una ciudad.

Y esto es, por ahora, todo lo referente a su historia.

Cuanto a Mesrur, hallábase este en tal estado de ánimo que no podía gustar del sueño ni estarse quieto, que la paciencia le faltaba por completo.

Mas sucedió que, cierta noche, hubo de cerrar los ojos y se quedó adormilado y tuvo un sueño en el que vio a Sinu-l-Mauazif que venía a su encuentro, por medio de un jardín ameno, y, llegándose a él, abrazóse a su cuello, y en aquel instante despertó Mesrur de su sueño.

Y al no ver a su amada, arremolinósele el juicio y se le trastornó el sentido y se le llenaron los ojos de llanto y el corazón de pasión y nostalgia, y a impulsos de tales sentimientos improvisó estos versos:

–¡*Selam* a la que cuya imagen
en mi sueño apareció
e hizo acrecerse mi pena
y aumentarse mi pasión!
¡Y también que la esperanza
sonría en mi corazón!
¡Que acaso de realidades
anuncio los sueños son!
¡Y ese sueño de mis males
presagie la curación!
¡*Ye* y cómo ella me abrazaba,
con qué ternura y ardor!
¡Y qué cosas me decía
con su acento encantador!
No es raro que al despertar
se agravase mi dolor
y que mi llanto corriese
en raudal anegador.
¡Fue aquel un sueño tan dulce!
Aún me dura su ilusión
y de la aurora a la noche,
como borracho estoy yo.

Rompió a llorar Mesrur con vehemencia, después de recitar aquellos versos, y quedó postrado por la fuerza del sentimiento.

Pero luego se levantó y echó a andar y encaminó sus pasos a la casa de su amada, y dizque en todo el trayecto iba vertiendo lágrimas y regando con ellas el suelo.

Y al llegar ante la casa y encontrarla desierta y solitaria fue tal la pena que le entró que se desmayó.

Recobró luego el conocimiento y recitó estos versos:

–Llegó a mí su fragancia
más grata que ninguna,
y un momento pensé
cambiara mi fortuna.
Pero no, que su casa
ya el estuche no es
de su belleza rara,
y la pena no deja
de atormentar mi alma.

Luego que hubo terminado de declamar esos versos oyó Mesrur el graznido de un cuervo que estaba allí posado, en el techo de la casa, y se echó el joven a llorar y exclamó:

–¡Gloria a Alá! ¡Sólo grazna el cuervo sobre las ruinas de un hogar!

Y Mesrur volvió a lamentarse y sollozar, y recitó estos versos:

–¿Por qué sobre la casa de mi amada
grazna el cuervo agorero?
¿Por qué de mis entrañas en el fondo
arde este voraz fuego?
¡*Ye* los días deliciosos que pasaron!
¿No volverán ya más?
¿Habrán de ser eternos mi nostalgia
y mi intenso pesar?
Lejos está mi amada y oír no puede
mis voces que la llaman,
y no tengo tampoco ningún medio
de enviarle una carta.
¡*Ye* brisa del Oriente, que en la aurora
abanicas su frente con dulzura!
¡Salúdala en mi nombre y dile cuánto
por ella sufro y cuánta es mi ternura!

Ahora bien: es de saber cómo Sinu-l-Mauazif tenía una hermana llamada Nasim [7], la cual, a aquella sazón, estaba acechando desde arriba a Mesrur, y al verlo llorar y apenarse de aquel modo, rompió también ella a llorar y a suspirar y recitó los siguientes versos:

–Lloras al ver la casa desolada
y ella llora también tu misma pena
al recordar a aquellos que, otro tiempo,
habitaban en ella.
Felices días aquellos en que aún
la voz del camellero no se oyera
anunciando la marcha; días felices,
todos de sol y de alegría completa,
seguidos de unas noches refulgentes
de luna clara y llena.
¿Qué fue ya de esos soles y esas lunas?
Ahora, en la casa todo son tinieblas,
y en vano su reguero luminoso
en descubrir te esfuerzas;
deja, pues, de vagar por estos sitios,
igual que un alma en pena,
y piensa que si nunca estos lugares
visitado tú hubieras,
aún siguieran sus dueños en la casa
y no graznara el cuervo sobre ella [8].

Echóse Mesrur a llorar, luego que esos versos oyó y su sentido entendió.

Y también comprendió Nasim todo lo que entre él y su hermana mediaba en punto a amor y nostalgia y pasión y vehementes ansias, y, dirigiéndose a Mesrur, le dijo:

–Mira, Mesrur: ruégote, por Alá, te vayas de esta casa antes que puedan verte, pues si no pensarán que, después de haber seducido a mi hermana, quieres ahora hacer lo mismo conmigo, para consolarte de su falta. Y ya sabes que tú tienes la culpa de que la casa esté ahora solitaria. Debes pensar que, lo que ya pasó, pasó ya.

Al oír Mesrur aquellas palabras de la hermana de Sinu-l-Mauazif rompió a llorar y le dijo:

–¡*Ye* Nasim: si volar pudiera, ya habría volado a donde está ella; ¿cómo piensas que con ninguna otra podría consolarme de su ausencia?

–¡*Ye* Mesrur! –díjole ella–. No te queda más remedio que tener paciencia.

–¡Por Alá, te ruego–díjole entonces Mesrur–que le escribas tú una carta como cosa tuya, para que ella te conteste y así al menos tenga mi alma algún consuelo y se entibie un poco este incendio que me abrasa el pecho!

–Con gusto haré lo que deseas–respondióle ella.

Tomó luego papel y tintero y caña y púsose a escribirle a Sinu-l-Mauazif una carta pintándole su amor y su nostalgia y cuánto padecía su corazón por el dolor de la separación y la encabezó con estas palabras:

«Esta carta la escribe el solitario, el cuitado y el triste, el desdichado, para quien ni de día ni de noche hay des-

[7] Céfiro, la Aura de nuestro calendario.

[8] La edición de Bulak omite estos versos y los anteriores.

canso y siempre está vertiendo llanto, hasta el punto de habérsele quebrantado el cuerpo y quedádose en los huesos, que mis [9] lágrimas corren con tal profusión y abundancia, que anegan las llanuras y las montañas, y la noche, al llegar, me sorprende diciendo:

«Mi amor sigue apegado a aquella casa
que fue vuestra mansión,
donde el copero del amor el cáliz
mil veces me llenó.
¡*Ye* camellero! Ve a donde mi amada
y llévale un saludo de mi parte,
y dile que la pena de la ausencia
sin cesar me atormenta y me combate.
Y que, a pesar de todo, siempre vive
el amor en mi pecho,
y nunca en él se extinguirá la llama
del amoroso fuego.
Llévale este saludo a la que amo,
impreso en estas hojas
de almizcle perfumadas,
pero no tan fragantes cual su boca.»

Maravillóse al oírlo Nasim, la hermana de Sinu-l-Mauazif, de la elocuencia de su lengua y el primor de sus figuras poéticas, y apiadóse de él y selló la carta con almizcle purísimo y la sahumó con estoraque y ámbar, y luego se la entregó a un mercader y le dijo:

–No se la des sino a mi hermana o a Hubub, su esclava.

–Así lo haré–repuso el mercader.

Luego que la carta de Mesrur llegó a manos de su amada Sinu-l-Mauazif, comprendió esta que era Mesrur quien la dictara, confirmándole en ello la elegancia y primor de los versos, así que la besó y se la puso sobre los ojos, y corrieron de sus ojos las lágrimas y rompió a llorar con tal vehemencia, que rodó desmayada por tierra.

Recobróse después de su desmayo y pidió papel, caña y tintero, y procedió a escribir la contestación.

Sintió aquí Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras seductoras.

PERO LA NOCHE 473 REANUDO SU RELATO EN ESTA FORMA:

–Ha llegado a mi noticia, *¡ye* monarca, el afortunado!, que Sinu-l-Mauazif contestó a la carta de Mesrur en seguida, con otra, que así decía:

«Esta carta es para mi señor y dueño de mi persona y amo de mis secretos y misterios.

»Y después. Has de saber cómo me atormenta el desvelo y cómo me desasosiega el pensamiento y no tengo paciencia para sufrir tu ausencia.

»*¡Ye* tú, cuya hermosura eclipsa al sol y a la luna! El amor que te tengo no me deja vivir y la nostalgia me hace morir y ¿cómo no he de sucumbir?

»*¡Ye* tú, que eres el ornato del Universo y la gala de todos los mortales! ¿Cómo podría hallarle gusto a su copa quien está separado de aquel que su alma adora y vive de suerte que está fluctuando entre la vida y la muerte?»

Y Sinu-l-Mauazif improvisó estos versos:

–¡Tu carta vino, Mesrur,
mis dolores a agravar,
pues avivó la nostalgia
que me aqueja sin cesar!
Al ver tu letra querida,
el llanto rompió a brotar
de mis ojos, con tal fuerza

[9] El relato pasa a ser personal.

que el suelo llegó a regar.
¡*Ye* si pájaro yo fuera,
cómo me echara a volar
y de volar no para,
hasta a tu lado llegar!
Lejos de ti, mi adorado,
no puedo el sueño gustar,
ni me sabe bien el vino
que bebo en la soledad.
¡*Ye* y qué cruel el amor
contra mí se ha vuelto ya;
la tortura de la ausencia
no la puedo soportar!

Espolvoreó Sinu-l-Mauazif luego su carta con polvos de almizcle y ámbar y la selló y se la entregó a un mercader, diciéndole así:

–No se la des a nadie, sino a mi hermana Nasim.

Hízolo así el mercader, y luego que Nasim recibió la carta de su hermana, diósela a Mesrur, el cual la tomó y la besó y se la puso sobre sus ojos y después rompió a llorar, con tal vehemencia y ardor, que se desmayó.

Y esto es, por ahora, todo lo referente a su historia.

Cuanto al marido de Sinu-l-Mauazif, luego que supo que ambos enamorados habían vuelto a cartearse, levantó el campo y se puso en camino con su mujer y sus esclavas y empezó a caminar de este al otro lugar.

–¡Loado sea Alá–díjole Sinu-l-Mauazif a su esposo–. ¿Adónde vamos y por qué tanto de nuestras tierras nos alejamos?

–Estaremos caminando–díjole su marido–todo un año, hasta que no podáis cartearos y te cerciores de si Mesrur te sirve de algo y tiene poder para quitárteme de las manos.

Fuese luego el judío a la fragua de un herrero y mándole que le hiciera tres grilletes: uno, para su mujer, y los otros dos para sus esclavas, y después tornóse a su casa y les quitó a las tres mujeres sus ropas de seda y les vistió otras de cerda, y luego las sahumó con azufre e hizo venir al herrero y le dijo así:

–Ponles esos grilletes en los pies a esas mujeres, empezando por esta, que ha de ser la primera.

Y el judío señaló a su esposa, al decirlo.

Pero al ver a Sinu-l-Mauazif el herrero empezó a temblarle el pulso y no atinaba a ponerle los grillos y se le alborotó el juicio y voló de su mente y el deseo incendióle el cuerpo, y, dirigiéndose al judío, le dijo:

–¿Qué culpa han cometido estas mujeres para merecer ese castigo?

–Son mis esclavas–respondió el judío–y me robaron mi dinero y huyeron.

–¡Que Alá frustre tus planes!–exclamó el herrero–. Pues por Alá, que si compareciese esta joven ante el cadí, la absolviera, que no tiene, en verdad, facha de ladrona, y sus tobillos son tan delicados que no pueden sufrir el peso de los grillos.

Pidióle a continuación el herrero que desistiera de su empeño e intercedió por ella con mucho calor, para que no pusiese por obra su intención.

Y, por su parte, Sinu-l-Mauazif, luego que vio al herrero interceder por ella, dirigióse al judío y le dijo de esta manera:

–¡Por Alá, te pido que no me obligues a descubrirme delante de un desconocido!

–¿Sí?–contestóle el judío–. ¿Y cómo te descubriste delante de Mesrur?

No le contestó ella nada, pero el judío cedió a las instancias del herrero y mandó a este le pusiese a su esposa unos grilletes livianos y a las dos esclavas otros más pesados.

Tenía Sinu-l-Mauazif un cuerpo muy delicado, que no podía sufrir ningún roze grosero y basto, y tanto a ella como a las esclavas vistiéralas el judío ropas de cerda y obligáralas a llevarlas puestas noche y día, por efecto de lo cual enflaquecieron sus cuerpos y sus colores perdieron.

Cuanto al herrero, terminada su faena tornóse a su casa, y llevaba su corazón encendido en fuego de pasión por Sinu-l-Mauazif, y eran tales su dolor y su pesar por lo que había hecho, que al llegar a su casa improvisó estos versos:

–¡Que tu mano, *ye* herrero, se te seque
y consuma en castigo
de haber aprisionado con grilletes
unos pies tan divinos
que ornarse merecieran con ajorcas
del oro más lucido!
¡Unos pies que sostienen tal belleza
que, incluso el juez más rígido,
ante ella se apiadara y la pondría
en el trono más alto y escogido!

Y dio la casualidad de que el cadí mayor hubo de pasar en aquel momento por delante de la fragua del herrero y le oyó recitar aquellos versos y mandó que se lo llevasen a su presencia. Y luego que compareció ante él, díjole:

–¡*Ye* herrero! ¿Qué mujer es esa a que aludías en tus versos y por la cual tu corazón se abrasa en llamas de deseo?

Irguióse sobre sus pies el herrero entre las manos del juez y se las besó y le dijo:

–¡Alargue Alá los días de nuestro señor, el cadí! ¡Y pase de largo sobre su vida! La mujer a que aludía en mis versos en una esclava de estas y estas condiciones extraordinarias.

Y el herrero describióle al cadí la figura de Sinu-l-Mauazif y lo que en ella resaltaba de belleza y perfección y esbeltez y armoniosa proporción y gracia y seducción, y le dijo cómo tenía un rostro hermoso y un talle airoso y un trasero pesado y pomposo.

Al oír todo lo cual exclamó el cadí:

–¡*Ye* herrero! Dinos dónde está esa mujer y háznosla ver, para que le hagamos justicia, pues esa esclava se ha colgado a tu cuello, y si no nos la muestras, como te decimos, Alá te dé tu pago el día del juicio.

–Oigo y obedezco–respondió el herrero.

Y acto seguido dirigióse a casa del judío y halló cerrada la puerta. Y oyó allá dentro, en el fondo de la casa, una voz lastimera que salía de un corazón afligido y un alma llena de pena. Y aquella voz era la de Sinu-l-Mauazif, que recitaba estos versos:

–Dichosa vivía yo con el que amo
y él me escanciaba un vino transparente,
hecho de sol y luz
en una copa clara, refulgente.
La vida entre nosotros transcurría
siempre jovial, alegre,
y nunca, ni la aurora ni la noche,
turbaban nuestra dicha permanente.
El tiempo se nos iba sin sentir,
entre besos y cantos y placeres,
hasta que al cabo separarnos quiso
la despiadada suerte.
Graznó el cuervo agorero entre nosotros,
presagio de lo ausente,
y, desde entonces, en mi alma anida
de asiento la tristeza, que me envuelve.
El llanto y el desvelo me consumen;
¡*ye* nunca algún deleite
podrá gustar mi alma, hasta que quiera
unirnos la Fortuna nuevamente! [10]

Luego que esos versos hubo oído el herrero echóse a llorar como lloran las nubes. Y después llamó con los nudillos a la puerta, y las mujeres, desde dentro gritaron:

–¿Quién llama a la puerta?

–Soy yo, el herrero–respondió él.

Y a continuación les anunció, desde la puerta, lo que el cadí le encargara decir, a saber: que compareciesen ante él y le expusiesen sus quejas, para que hacerles justicia pudiera.

Sintió aquí Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras encantadoras.

[10] Suprimido en la edición de Bulak y en la versión Mardrus.

PERO LA NOCHE 474 REANUDO SU RELATO EN ESTA FORMA:

–Tengo entendido, *ye* monarca, el prosperado!, que el herrero, desde la puerta, contóles a las tres mujeres lo que el cadí mayor le dijera y les participó que deseaba verlas y las citaba a su presencia para hacerles justicia y reparar su afrenta.

Al oír Sinu-l-Mauazif, desde dentro, las palabras del herrero exclamó:

–¿Cómo vamos a ir ante el cadí, si estamos encerradas, y, además, tenemos los tobillos aprisionados en los grillos y las llaves obran en poder del judío?

–No tengáis cuidado por ello–respondió el herrero–, que yo haré unas llaves y abriré con ellas la puerta y los grilletes que en los pies tenéis.

Pero Sinu-l-Mauazif tornó a preguntar:

–Y la casa del cadí, ¿quién nos la va a indicar?

–Yo os lo indicaré–contestó el herrero.

Pero Sinu-l-Mauazif insistió, diciendo:

–¿Y cómo vamos a presentarnos ante el cadí vestidas con estas ropas de cerdas, sahumadas de azufre?

–No os preocupéis–respondió el herrero–, que el cadí no se habrá de incomodar por ello.

Fuese el herrero acto seguido a su fragua y procedió a hacer sendas llaves para abrir la puerta de la casa y los grilletes que aprisionaban los tobillos de las tres mujeres.

Y volvió luego allá y abrió la puerta de la casa y los grilletes, y se los quitó de los pies a las tres mujeres, y las sacó de la casa y les indicó dónde tenía el juez su morada.

Fue luego la esclava Hubub y quitóle a su señora aquel sayal de cerdas y la condujo al baño y la lavó y la aseó y después le vistió un traje de seda, de suerte que Sinu-l-Mauazif volvió a recobrar sus colores y, para colmo de felicidad, dio la casualidad de que su marido aquel día estaba convidado a comer en casa de un mercader; así que Sinu-l-Mauazif pudo acicalarse y engalanarse a su placer, para ir a ver al juez. Y el juez, al verla, púsose en pie y ella le saludó con las palabras más lisonjeras y las expresiones más zalameras, al mismo tiempo que con sus miradas lo asaeteaba.

–¡Alargue Alá los días de nuestro señor, el cadí!–empezó diciendo Sinu-l-Mauazif. Y, a continuación, el cadí, después de oír la relación, le preguntó:

–Dime, Sinu-l-Mauazif: ¿eres casada o soltera?

–Soltera soy, mi señor–respondióle ella.

–¿Y cuál es la fe que profesas?–inquirió el cadí.

–El Islam–respondió Sinu-l-Mauazif–y sigo la ley del mejor de los mortales.

–Júrame–díjole el cadí–, por el libro de la Ley y sus aleyas venerables, que profesas la fe del mejor de los mortales.

Juróselo así Sinu-l-Mauazif y recitó el testimonio ante el cadí.

Y este le preguntó:

–¿Cómo fue, pues, que viniste a caer bajo el dominio de ese judío?

–Has de saber, *¡ye* el cadí!–respondió Sinu-l-Mauazif–, ¡así alargue Alá tus días con beneplácito y colme todos tus deseos y selle con pureza todos tus actos!, que mi padre, al morir, me legó

en herencia quince mil dinares, los cuales se los había dado en rehén a ese judío para que comerciara con ellos y partiera con él a medias las ganancias, sin tocarle al capital para nada. Pero luego que murió mi padre sintió el judío codicia por poseerme y pidióme en matrimonio a mi madre. Pero mi madre le dijo:

–¿Cómo voy a hacerla abjurar de su ley y abrazar el judaísmo? ¡Por Alá, que si te atreves a insistir daré parte de ti!

Infundiéronle temor al judío aquellas palabras de mi madre y cogió el dinero y se largó a la ciudad de Aden [11] y, luego que nosotros tuvimos noticia de ello, nos dirigimos allí en su busca y logramos hallarle y le pedimos cuentas y él nos dijo que estaba traficando con nuestro dinero, habiéndole invertido en mercar géneros.

Creímos nosotras sus palabras y él siguió halagándonos para inspirarnos confianza, hasta que logró tenernos en su poder y nos puso grilletes en los pies y empezó a atormentarnos con saña cruel, sin que nosotras pudiéramos valernos, por ser algarivas en aquella ciudad y no contar en ella con más protección que la de Alá-*taála* y nuestro señor, el cadí.

Luego que oyó el cadí aquella historia, encaróse con la esclava Hubub y le preguntó:

–¿Es esta, en verdad, tu ama? ¿Y es cierto también que no está casada y que sois algarivas en esta medina?

–Todo eso es verdad–respondió Hubub, sin vacilar.

–Está bien–exclamó entonces el cadí–. La tomaré yo por esposa y hago voto de manumisión y ayuno y alhage y limosna si no os hiciera justicia y no os diere reparación, castigando, además, a ese perro como se merece por lo que con vosotras ha hecho.

[11] En el golfo Pérsico.

–Oír es obedecer–respondió Hubub.

–Volveos ahora allá y tranquiliza tu corazón y el de tu señora, y mañana –*in scha-l-Lah-taála*–mandaré a buscar a ese infiel y haré que os dé plena satisfacción y seréis testigos del castigo que pienso imponerle y que ha de ser inaudito, tal como nunca se ha visto.

Despidiéronse del cadí mayor Sinu-l-Mauazif y su esclava Hubub y fuéronse de allí a ver al cadí, el segundo, cuya casa encontraron preguntando a todo el mundo.

Y luego que estuvieron entre sus manos, contáronle toda la historia, y lo mismo hicieron luego con el cadí, el tercero, y con el cuarto, hasta que a todos los pusieron en autos.

Y todos los cuatro, después de oír su relación, pedíanle a Sinu-l-Mauazif su mano, prometiéndosela ella a los cuatro, sin que ninguno supiera nada de lo que a los otros dijera ni tampoco el judío supiera nada de lo sucedido, por estar aquel día convidado en casa de un amigo.

Y luego que el día, el siguiente, amaneció la mañana, levantóse Hubub la esclava y vistióle un traje suntuoso a su ama y la condujo a la audiencia, donde los cuatro cadíes se hallaban reunidos para celebrar juicio, y Sinu-l-Mauazif, al verlos, levantóse el velo de su cara y quitóse la toca y saludó a los cuatro con el *selam,* respondiéndole ellos en forma igual.

Estaba uno de los cadíes escribiendo en aquel momento, y al ver a Sinu-l-Mauazif soltó la caña de sus manos, y a los otros que estaban conversando se les trabó la lengua, y a otro que estaba echando cuentas se le embrollaron los cálculos.

Y todos ellos exclamaron:

–¡*Ye* la de gracia perfecta, *ye* la maravilla de belleza, tranquiliza tu corazón! Ten por seguro que lograrás tu pretensión y verás realizada tu intención.

Invocó Sinu-l-Mauazif sobre ellos las bendiciones del cielo y después se despidió y se retiró.

Y fuese a ver a los adules y los escribanos y a los capitanes de la guardia en demanda de que le prestasen amparo contra aquel infiel desalmado y la librasen de los tormentos que le hacía padecer el malvado.

Y Sinu-l-Mauazif echóse a llorar y recitó estos versos:

–Torrentes verted de llanto,
ojos míos, a ver si así,
apagar lográis el fuego
que me quiere consumir.
Mis lujosos atavíos
que antaño solí vestir,
hube de trocar por sayos
de cerda grosera y vil,
y en vez de olores a almizcle
que solía despedir,
el tufo a azufre que exhalo,
no se puede resistir.
¡*Ye* Mesrur, si tú supieras
lo que a mí me hacen sufrir,
de fijo que te pesara
haberte acercado a mí!
Grillos en los pies me puso
–¿quién lo habría de decir?–
ese pérfido judío;
¡Alá le castigue, sí!
Y dizque soy musulmana
y que en esa fe nací
y a Oriente me vuelvo cuando
la zalá voy a cumplir.
¡*Ye* Mesrur, nunca me olvides,
que yo no te olvido a ti,
y no pierdas la esperanza
de que Alá nos una al fin! [12].

Procedió luego Sinu-l-Mauazif a escribirle a Mesrur una carta contándole todo cuanto el judío le hiciera sufrir, desde el principio hasta el fin, e incluyó en el pliego los antedichos versos.

Y díole a guardar el rollo a Hubub y le dijo:

–Guárdalo en tu bolsillo, Hubub, hasta que podamos enviárselo a Mesrur.

Y hete aquí que, estando ama y esclava enredadas en este coloquio, volvió a la casa el judío, que estaba en ayunas de todo lo que en su ausencia había ocurrido y regresaba de la alifara de su amigo. Y al entrar en la casa y ver a ambas mujeres tan alegres las interpeló, diciendo:

–¿Cómo es así que estáis tan contentas? ¿Es que habéis tenido aún alguna cartita de Mesrur?

–Nosotras–contestóle Hubub–no tenemos otro valedor contra ti que Alá, nuestro Señor. El nos librará de tu tiranía, y, como no nos restituyas en nuestra tierra y hogar, mañana mismo iremos a quejarnos de ti al guali y al cadí de esta ciudad.

–¿Sí, eh?–respondió el judío–. ¿Y quién os quitó los grillos de los pies? Pero a fe que os he de poner otros, que pesen diez libras y os pasearé por toda la ciudad de esa guisa.

Pero Hubub le replicó:

–Todo cuanto mal nos hicieres, contra ti habrá de volverse, pues mañana mismo hemos de comparecer ante el guali las tres.

Pasaron así aquella noche y luego que amaneció la mañana del día, el siguiente, levantóse el judío y corrió a casa del herrero y le encargó otros grilletes para ponérselos a las dos mujeres.

Pero Sinu-l-Mauazif fuese, entre tanto, acompañada de su esclava Hubub, a la audiencia, donde halló reunidos a los cuatro cadíes y los saludó con el *selam,* contestándoles ellos en forma igual.

Y el cadí de los cadíes díjoles a los que estaban a su alrededor:

–En verdad, que esta dama es hermosa como la estrella Sohra y todo el que la ve luego se prenda de ella y se inclina ante su belleza.

Después de lo cual despachó el cadí cuatro alguaciles de su juzgado, que eran hombres de casta noble, diciéndoles:

[12] Suprimido en le edición de Bulak y en la versión Mardrus, que omite todo el episodio.

–Traedme acá a ese criminal en la forma más infamante que podáis hallar.

Y los cuatro alguaciles corrieron a casa del judío a cumplir la orden del cadí, según este les había dicho.

Ahora bien: regresaba a todo esto el judío a su casa, llevando los grilletes nuevos que le hiciera el herrero. Pero al llegar no encontró allí a las mujeres, lo cual hubo de chocarle y le dejó perplejo. Pero estando en estas he aquí que los esbirros del cadí llegan a la casa y asen de él y le propinan una fuerte paliza y luego le llevan arrastrando a presencia de su amo y allí lo arrojan de bruces, contra el suelo.

Y al ver el cadí al judío, gritóle en su misma cara y le dijo:

–¡Guay de ti, enemigo de Alá! ¿Por ventura está bien eso que hiciste con estas mujeres, alejándolas de su tierra y robándoles su hacienda y pretendiendo encima que se hicieran judías? ¿Cómo te atreves a intentar que los musulmanes de su ley apostaten?

–¡*Ye* mi señor! –respondió el judío–. Esta mujer es mi esposa.

Pero al oír los cuatro cadíes esas palabras alzaron la voz a coro y exclamaron:

–¡Tended a ese perro en el suelo y dadle una buena tanda de patadas en su cara, que lo que hacer osó es cosa que no tiene perdón!

Y los sicarios quitáronle su traje de seda y le pusieron el sayal de su esposa y lo tiraron al suelo y se pusieron a arrancarle pelos de las barbas y a patearle con sus botas la cara.

Y, después, lo montaron en un borrico, con la cara vuelta hacia el trasero y la cola de la bestia en su mano, y de esa guisa lo pasearon por toda la ciudad, deteniéndose en todas las calles, para que todos se enteraran de su maldad y lo execraran.

Hiciéronlo así los servidores del cadí y luego se lo llevaron de nuevo a su presencia en un estado de gran abatimiento y bajeza. Y los cuatro cadíes, por unanimidad, pronunciaron sentencias contra él, mandando que las manos le cortaran y luego lo crucificaran.

Quedóse atónito el judío al oír la sentencia y se le turbó el juicio y dijo:

–¡*Ye* señores cadíes! ¿Qué es lo que queréis de mí?

–Queremos–respondieron ellos–que digas: «Esta mujer no es mi esposa y el dinero es suyo y yo procedí mal con ella y la saqué de su tierra.»

Vino en ello el judío e hizo la declaración que le pedían y los cadíes mandaron escribirla y luego le quitaron el dinero y se lo dieron a Sinu-l-Mauazif, entregándole, además, el documento acreditativo de que le pertenecía en derecho.

Retiróse ella entonces de la audiencia, y todos, al verla, perdían el juicio ante su belleza, y los cuatro cadíes imaginaban que iban a ser dueños de tal tesoro de gracia.

Pero Sinu-l-Mauazif dirigióse a su casa y preparó sus cosas necesarias y aguardó a que la noche llegara, y, llegada que fue la noche, cogió todas las cosas de poco peso y de mucho precio y en compañía de sus esclavas, a favor de las nocturnas sombras, emprendió la marcha y empezó a caminar y fue caminando sin parar, por espacio de tres días y tres noches consecutivas.

Y esto es, por ahora, todo lo concerniente a su historia.

Cuanto a los cuatro cadíes, luego que Sinu-l-Mauazif se retiró de la audiencia, mandaron poner preso al judío.

Pero al llegar aquí sorprendió a Schahrasad la mañana y puso tasa a sus no tasadas palabras.

Y LA NOCHE 475 SIGUIO DICIENDO LA MUCHACHA:

–Ha llegado a mi noticia, *¡ye* monarca, el afortunado!, que los cuatro cadíes mandaron poner preso al judío, esposo de Sinu-l-Mauazif, esperando cada cual que esta se les presentase.

Pero no fue así, y el primero de los cadíes, que Sinu-l-Mauazif visitara antes de pronunciarse el fallo, hubo de pensar muy ufano:

«Saldré hoy a solazarme fuera de la ciudad, ya que ningún asunto me retiene en ella y puedo holgar.»

Y montando en su mula fuese, seguido de un esclavo, a dar vueltas por las calles de la ciudad, y la recorrió en toda su largura y toda su anchura, con la ilusión secreta de encontrar a Sinu-l-Mauazif; pero no hallo rastro de ella por ninguna parte.

A quienes sí encontró fue a los otros cadíes, que también se pensaban ser ellos los favorecidos por la preferencia de la muchacha, y, al verlos el cadí, el primero, preguntó a sus compañeros:

–¿Cómo es que salisteis hoy a pasear por las calles de la ciudad?

Respondiéronle ellos preguntándole a su vez el motivo de su paseo, de donde pudo inferir que habían salido con el mismo objeto que él, y entonces los cuatro juntos siguieron recorriendo la ciudad en busca de Sinu-l-Mauazif, a la que no lograron hallar.

Pero entonces el cadí, el mayor, se acordó del herrero y lo mandó buscar, y, luego que se lo llevaron y se lo pusieron entre sus manos, díjole así:

–*¡Ye* herrero! ¿Sabes algo, por ventura, de aquella mujer que me indicaste? ¡Por Alá, que si no me das noticias de ella, te mandaré azotar!

Luego que el herrero oyó aquello lanzó un suspiro y recitó estos versos:

–Es tan hermosa mi dama
que acapara la hermosura
para ella sola y no deja
para las demás ninguna.
En el mirar, es gracia,
y es ámbar cuando respira,
y un lago, cuando se mueve.
Y del *ban* la rama eclipsa [13].

Y luego exclamó:

–¡Por Alá, que desde que, me retiré de tu noble asamblea, no han vuelto mis ojos a verla! Y en verdad que se había hecho dueña de mi corazón y que su pensamiento ocupa toda mi imaginación y no he de negar que la fui a buscar a su casa, pero no logré hallarla ni encontré allí tampoco quien de ella me diera razón, que no parece sino que el mar se la tragó o al cielo se voló.

Luego que oyó el cadí las palabras del herrero lanzó un suspiro tan hondo que en poco estuvo no se le saliera el alma del cuerpo.

Y después exclamó:

–¡Por Alá, que no era preciso que nunca la hubiéramos visto!

Fuese luego el herrero y el cadí de los cadíes se metió en la cama y adoleció gravemente por causa de su decepción y lo mismo les ocurrió a sus tres compañeros, que también por idéntica causa adolecieron.

Acudieron los médicos a verlos y los reconocieron, no encontrándoles nada que requiriese su tratamiento, y también los notables de la ciudad pasaron a visitar al cadí mayor y lo saludaron y le preguntaron por su caso. Y el enfermo lanzó un suspiro y les declaró lo que guardaba en su pecho, recitando estos versos:

[13] Suprimido en la edición de Mardrus.

–No me critiquéis, que harto
me hace sufrir el amor;
perdonad a quien esclavo
es de un severo señor.
Juez era yo, y gozaba
de encumbrada posición,
y con equidad juzgaba
y era tenido en honor,
y nada nunca me había
alterado el corazón,
hasta que una linda joven
con sus ojos me flechó,
y abrió en mi pecho una llaga
que no tiene curación.
A mí vino cual creyente
bajo mi jurisdicción
a exponerme los agravios
que un judío le infirió,
y lo hizo con unos labios
que eran una bendición,
con unos dientes cual perlas
del más límpido fulgor.
Miréla yo bajo el velo,
y mudo de admiración
quedéme, al ver una luna
que eclipsaba al mismo sol.
Y no hablemos de otras gracias
con que el cielo la adornó,
pues de belleza su cuerpo
de arriba a abajo vistió.
¡Por Alá, que nunca viera
nada semejante yo,
ni en Arabia ni en la Persia
ni en ninguna otra región!
Solo que era una perjura
y sin empacho mintió,
al decir: «Yo siempre cumplo
lo que prometo, señor.»
Y su engaño fue la causa
de mi triste situación,
¡y ella me ha puesto en el trance
de rendir el alma a Dios!

Luego que el cadí de los cadíes terminó de recitar esos versos rompió a llorar con llanto acerbo y lanzó un suspiro, uno solo, tan tremendo, que con él partiósele el alma del cuerpo.

Procedieron sus familiares a lavar su cadáver y después lo amortajaron y, finalmente, le dieron sepultura, grabando en la lápida de su tumba los siguientes versos:

«Un amante perfecto yace bajo esta losa,
que murió antes de tiempo por lo mucho que amó;
juez fue en vida, y a todos con equidad juzgó,
y ahora, en tanto a él lo juzgan, en paz aquí reposa.»

Encomendáronle luego a la misericordia de Alá, el Juzgador supremo, y pasaron a visitar al cadí, el segundo, en compañía del médico, el cual reconoció al enfermo y no le halló nada que pudiera curarse con medicamentos.

Preguntáronle, pues, por su caso y cuál era el motivo de que adoleciera, y él se lo declaró, y ellos, al oírlo, lo censuraron y le regañaron por su falta de juicio, y él, entonces, les respondió, recitando estos versos:

Fulminado por ella, no soy de censurar,
que es muy linda la mano que la muerte me da;
una mocita vino a verme, Hubub llamada,
con otra linda joven por ella acompañada,
que a la luna y al sol vencíalos por lo bella,
y, derramando llanto, me expuso sus querellas;
oídos dile yo y embobado quedé
ante su hablar meloso, cual nunca lo escuché,
y tanto se prendió de ella mi corazón,
que al irse, por seguirla, a mí me abandonó.
Y esa es, amigos míos, la causa de mi mal,
y ahora tan solo os pido que me dejéis en paz.

Lanzó luego el enfermo un suspiro, uno solo y tal, que en él exhaló el alma y se fue a la misericordia de Alá.

Procedieron luego los familiares a hacerle los funerales y lo enterraron y a la misericordia de Alá lo encomendaron.

Y después pasaron sus amigos a ver al cadí, el tercero, y lo encontraron lo mismo que a sus compañeros, y otro tanto sucedióle al cuarto, al que visitaron luego.

Y también sus consejeros cayeron enfermos de amor como ellos y también murieron, así como todos cuantos habían visto a Sinu-l-Mauazif, y, si no murieron, pasaron el resto de su vida aquejados de crueles tormentos, por anhelar lo que no podían lograr [14].

¡Tenga Alá de todos ellos piedad!

Y esto es, por ahora, todo lo referente a su historia.

[14] La edición de Bulak y la versión Mardrus suprimen todo este episodio de la muerte de amor de los cuatro cadíes.

Cuanto a Sinu-l-Mauazif, iba esta en compañía de sus esclavas, caminando al través de los campos, cuando hubo de pasar junto a un monasterio cuyo prior se llamaba Denis [15] y tenía cuarenta monjes bajo su mano.

Y al ver el tal Denis la belleza de Sinu-l-Mauazif, salióle al encuentro e instóla para que entrase en el monasterio, diciendo:

–Descansad con nosotros diez días y luego podréis seguir adelante y continuar vuestro viaje.

Aceptó la invitación Sinu-l-Mauazif y en compañía de sus esclavas pasó al interior del convento y se instaló en sus aposentos.

Pero luego que el prior vio más de cerca la hermosura de Sinu-l-Mauazif relajóse su religión y empezó a visitarla, llevando consigo, uno tras otro, a todos sus monjes, para que la conocieran, y, todos, al verla, inflamábanse al punto en el amor a ella y trataban de seducirla, sin que ninguno lo consiguiera.

Pero el prior Denis acabó por perder la paciencia y, presa de su pasión, díjose en su interior:

«Con razón dice el refrán: *Solo mis uñas me rascan el cuerpo y nada como mis pies para llevarme a donde quiero.*»

Y acto seguido levantóse y fue y aderezó una comida de lo mejor y pasó a ver a Sinu-l-Mauazif y se la ofreció, y dizque era aquel el noveno día de los diez que ella aceptara permanecer en el convento para descansar y luego su marcha continuar.

Puso el prior aquellos manjares entre sus manos y le dijo:

–¡Por Alá, te ruego que me hagas la merced de aceptar este obsequio!

–¡En el nombre de Alá, el piadoso, el apiadable lo acepto!–respondió Sinu-l-Mauazif.

Y comió en unión de sus esclavas de aquellos manjares.

Luego que terminó su colación, díjole el prior:

–¡*Ye* mi señora! Quería recitarte ahora una poesía.

–Pues hazlo–respondió ella.

Y obtenida su venia, recitó el prior el siguiente poema:

–Mi corazón rindieron tus miradas
y, desde que te vi,
no hago más que cantarte en verso y prosa
¡*ye* mi amada gentil!
No te apartes tan pronto de mi lado,
ni me dejes así,
ardiendo en esta llama que de noche
no me deja dormir.
¡No te vayas, dejando ensombrecido,
cual quedará sin ti,
este lugar, en que a tu lado un día
fuera yo tan feliz!

Luego que oyó Sinu-l-Mauazif aquellos versos del prior contestóle con otros, a este tenor:

–¡*Ye* tú, que mi amor pretendes,
ilusiones no te hagas
de conquistar en la vida
mi alma!
Ten presente, y no lo olvides,
que la ambición desatada
a la muerte suele ir
apareada.

Luego que el prior hubo oído aquellos versos retiróse a su aposento, muy preocupado, y sin saber cómo hacer para lograr su empeño. Y aquella noche pasóla el prior presa de ansiedad.

Cuanto a Sinu-l-Mauazif, luego que se hizo de noche se levantó y dijo a sus esclavas:

–Venid y vámonos de aquí, que no podemos nada contra cuarenta hombres, todos los cuales tratan de enamorarme.

–Tienes razón, nostrama–respondieron las esclavas–. Con alma y vida haremos lo que nos mandes.

Sorprendió aquí a Schahrasad la mañana y puso dique a sus desbordadas palabras.

[15] Denis, Dionisio. El nombre indica el origen franco del prior.

PERO LA NOCHE 476 SIGUIO DICIENDO LA MUCHACHA:

–Tengo entendido, *¡ye* monarca, el afortunado!, que Sinu-l-Mauazif huyó del convento en unión de sus esclavas a favor de las sombras de la noche y empezó a caminar y fue caminando sin parar hasta que hubo de toparse con una caravana y se incorporó a ella, y dizque la tal caravana procedía de la ciudad de Aden, de donde era natural Sinu-l-Mauazif.

Y oyó esta a los viajeros hablar de ella y comentar el caso de los cuatro cadíes y los testigos que por su amor murieran, y, al oír aquello, volvióse a sus esclavas, diciendo:

–¿No oís lo que están hablando?

–Sí, señora nuestra–respondieron ellas.

Y Hubub añadió:

–Si esos monjes que, por sus votos, se obligan a renunciar a las mujeres perdieron por ti la cabeza, ¿cómo esos cadíes no habían de perderla? Mucho más cuando en el Islam no hay votos de castidad. Pero lo que debemos hacer es volvernos a nuestra tierra, antes que nuestra historia llegue hasta ella.

Alejáronse, pues, de allí a toda prisa y fueron caminando sin parar, en dirección a su ciudad.

Y esto es, por ahora, todo lo referente a sus personas.

Cuanto a los frailes del convento, luego que al otro día clareó la mañana, fueron a los aposentos de Sinu-l-Mauazif, para saludarla, y se encontraron vacía la jaula, de lo que grandemente en sus corazones se dolieron. Y el monje, el primero, rasgóse los hábitos e improvisó estos versos:

–*¡Ye* amigos, no os vayáis, que yo me iré
si tal es mi destino,
que una gacela hermosa arrebatóme
ya todos mis sentidos!
Esa joven gentil que a nuestra tierra
por un momento vino
solo para flecharme con sus ojos
y dejarme por siempre malherido.

Y a continuación el fraile, el segundo, recitó los siguientes versos:

–*¡Ye* tú, la fugitiva, ten piedad
de este infeliz que por tu ausencia llora
y cuyo corazón se fue contigo,
prendido en tu belleza seductora!
Vuelve a mi lado, que sin ti no vivo;
las noches paso desvelado, inquieto,
y, si los ojos cierro un solo instante,
es para ver tu imagen en mi sueño.
Espejismo falaz que me sonríe
y una dicha fugaz me finge falsa,
y en seguida se va y, al despertarme,
me encuentro solo y triste en la mañana.

Y acto seguido el fraile, el tercero, improvisó a su vez estos versos:

–*¡Ye* ilusión adorada! Un alto trono
ocupas en mi alma y mi ser llenas
tú sola y por completo, sin rivales;
mis labios sin cesar cual cantinela
que alivia su nostalgia, unciosamente
de tu nombre repiten la cadencia
y enjugan su aridez con la dulzura
de esas silabas mágicas, excelsas.
Pensando siempre en ti yo me consumo
en un deliquio que extenúa mis fuerzas,
y canijo mi cuerpo, enflaquecido,
a un palillo de dientes se asemeja.
Bañado siempre en lágrimas despierto
de mi sueño fugaz, y ni siquiera
tengo el consuelo de soñar contigo
que eso, tan poco, ya consuelo fuera.
¡Ye esquiva, haz por lo menos que tu imagen
a este infeliz en sueños se aparezca!

Y a continuación el fraile, el cuarto, improvisó estos versos:

–Muda mi lengua está, no puede hablarte,
¡ye luna llena de los cielos gala!,
y por tu amor padezco lo indecible,
mas sufriendo por ti goza mi alma.

Y a continuación otro fraile, el quinto, improvisó a su vez estos versitos:

–De una luna estoy cautivo
que tiene, entre otros encantos,
un talle tan chiquitito
que casi te mueve a llanto;
y unos labios que un rocío
exhalan tan delicado,
y tan sabroso, que al vino
y a la miel ha superado;
y unas caderas que el tino
hacen perder, fluctuando
cual algaidas arenosas
al ritmo de airoso paso;
por ella cada mañana
despierto en llanto bañado.
Y en la noche los juglares
notan no les hago caso,
como siempre, distraído
y en su amor ensimismado,
en tanto por mis mejillas,
abundoso corre el llanto
como la profusa lluvia
que a raudales riega el campo.

Y acto seguido otro fraile, el seiseno, improvisó estos versos:

–¡*Ye* rama de *ban, ye* luna
de las más resplandecientes!
¡Ten piedad de mi dolor
y de mi pasión ardiente!
¿Dejarás que me consuma
y que la muerte me lleve,
sin dolerte de mis males
tú que tan dulce pareces?

Y a continuación otro fraile, el seteno, improvisó estos versos:

–Cegóme mi corazón
y abrió la fuente del llanto;
hizo en mí al amor entrar
y echó a la paciencia en cambio.
Es su amor tan dulce como
su desdén resulta amargo;
sus ojos lanzan saetas
que siempre dan en el blanco.
Por lo mucho que la quiero,
me critican los sensatos;
mas que se callen, que ellos
que así presumen de sabios,
en amor todo lo ignoran,
aun lo más rudimentario.

Y a este tenor todos los demás frailes fueron por turno derramando lágrimas y recitando versos. Y Denis, el prior, no paraba de llorar y gimotear, pues no hallaba para su alma ningún solaz, y entonó los siguientes versos:

–¡Fallóme la paciencia cuando mi amor se fue
y contigo llevóse mi ilusión y placer!
¡*Ye* camellero, sigue sin parar adelante,
que quizá algún día tus tiendas aquí plantes!
Hasta entonces el sueño no cerrará mis ojos
y mi lecho será cual un campo de abrojos.
¡A Alá pido me tenga en su misericordia,
que el amor consumiendo ya va mis fuerzas [todas!

Después de lo cual, desesperando ya los frailes de volver a verla, se reunieron en cabildo y por unanimidad acordaron modelar una imagen de Sinu-l-Mauazif y ponerla allí delante de todos, para contemplarla continuamente hasta que les llegase la muerte.

Y esto es todo lo referente a esta parte de la historia.

Cuanto a Sinu-l-Mauazif, siguió caminando, sin parar, con la mira de reunirse con su Mesrur querido, hasta que llegó a su ciudad y se dirigió a su casa y abrió las puertas y entró en ella.

Mandó luego a llamar a su hermana Nasim, la cual alegróse hasta el colmo de la alegría al saber su regreso y apresuróse a llevarle y devolverle las ropas y las telas valiosas que al marchar le había dado a guardar.

Y Sinu-l-Mauazif amuebló la casa y la arregló y colgó las albendas de las puertas y quemó palo de áloe y almizcle y ámbar gris y otros aromas hasta que trascendió a fragancias la casa toda.

Y después vistióse sus galas más lujosas y se puso sus alhajas más valiosas y luego se sentó y se puso a platicar con aquellas de sus doncellas que allí dejara al irse ella, y les contó, desde el principio hasta el fin, todo cuanto en su extrañamiento le había pasado.

Diole luego Sinu-l-Mauazif a Hubub diez dirhemes y le mandó que le llevase algo de comer.

Hízolo así Hubub y, luego que hubieron comido y bebido, mandóle Sinu-l-Mauazif a su esclava Hubub que

fuese a buscar a Mesrur y viese por dónde andaba y le dijo cómo tenía que hacer cuando lo encontrara [16].

Y dizque Mesrur estaba aún ignorante de que su amada hubiera vuelto de su viaje y seguía entregado al dolor y a las zozobras de su pasión.

Y para procurarse algún consuelo, recitaba versos e iba de cuando en cuando a contemplar la casa de su adorada y sus paredes besaba.

Y sucedió que aquel día fue Mesrur a visitar el lugar donde se despidiera de Sinu-l-Mauazif, cuando el judío se la llevó de viaje, y recitó allí estos versos:

–Trato de ocultar mis penas,
pero no logro mi empeño,
que el dolor me hace gritar
y publica mi secreto.
Es mucho lo que yo sufro
y resistirlo no puedo;
desde que mi amor se fue,
para mí se acabó el sueño;
ni de día ni de noche
halla descanso mi cuerpo.
¡*Ye* amor, mi sultán, mi rey,
ten compasión de mi duelo;
mírame hoy miserable,
cuando ayer era opulento!
Y, sin embargo, yo oídos
a los censores no presto,
y sigo fiel cumplidor
de mi antiguo juramento.
–¡Vas derechito a tu ruina!
¿Acaso te has vuelto ciego?
–dicen–, y yo les respondo:
–Así será sin remedio,
que el sino ciega a los hombres
cuando ha pensado perderlos [17].

Volvióse luego Mesrur a su casa y se sentó y rompió a llorar, y, llorando, estuvo sin parar hasta que el sueño lo venció y se quedó dormido y soñó que Sinu-l-Mauazif era tornada y se despertó todo bañado en lágrimas.

Y en seguida se levantó y corrió a casa de su adorada y en el trayecto iba recitando estos versos:

–¿Cómo podré tener ningún consuelo
cuando el amor me abrasa las entrañas
y está lejos de mí la que es mi vida
y con ella, al partir, se fue mi alma?
¡*Ye* luna de las lunas!, mientras dure
tu ausencia que me mata,
¿cómo podré gozar yo de un momento
de ventura y de calma?

Luego que hubo recitado esos versos advirtió Mesrur que iba camino de la calle en que Sinu-l-Mauazif tenía su casa y husmó el buen olor a los aromas con que ella la perfumara, y las entrañas le palpitaron y su corazón diole un vuelco cual si fuera a salírsele del pecho y avivósele la llama del deseo.

Y hete aquí que, de pronto, diose Mesrur de manos a boca con Hubub, que venía hacia la esquina, y se alegró con imponderable alegría.

Y Hubub, al verlo, fuese a su encuentro y lo saludó y le dio la buena nueva del regreso de su señora, diciendo:

–A buscarte me envió.

Alegróse Mesrur al oírla con insuperable alegría, y Hubub asió de él y hacia la casa lo empujó y en ella entraron los dos.

Y Sinu-l-Mauazif, al ver llegar a su amado, saltó luego del estrado y corrió a su encuentro y lo besó y él la besó a ella y ambos se abrazaron y se volvieron a besar y a abrazar, hasta que los dos se desmayaron por efecto de su mucho amor y el júbilo de verse nuevamente unidos, después de tanto como con la separación habían sufrido.

Recobraron luego el conocimiento y Sinu-l-Mauazif mandóle a Hubub que les llevasen un vaso de sorbete con azúcar y otro con zumo de limón, y la esclava se los llevó.

Y Sinu-l-Mauazif y Mesrur se sentaron y comieron y bebieron hasta que finó el día y vino la noche sombría y ambos se pusieron a recordar todo cuanto les había pasado desde el principio hasta el cabo.

[16] A partir de aquí la versión de Mardrus va derecha al desenlace y suprime versos y pormenores.

[17] *Quos Deus vult perdere prius dementat.*

Y Sinu-l-Mauazif contóle a Mesrur cómo érase tornada al Islam, de lo que holgóse mucho el joven, que también se convirtió a la verdadera fe.

Y lo mismo hicieron todas las doncellas y esclavas de Sinu-l-Mauazif y todos a una pidieron perdón a Alá por su pasada incredulidad.

Y luego que al otro día remaneció la mañana, mandó Sinu-l-Mauazif por el cadí y los testigos y les hizo saber cómo era viuda y ya se cumpliera el plazo legal para volverse a casar y deseaba contraer matrimonio con Mesrur, oído lo cual procedió el cadí a casarlos sin más y extendió acto seguido la partida matrimonial.

Y desde entonces vivieron Sinu-l-Mauazif y Mesrur una vida de plena felicidad [18]

Ahora bien: cuanto al judío, luego que el pueblo de Aden lo soltó de la prisión, tomó la vuelta de su ciudad y no paró de caminar hasta llegar a la distancia de tres jornadas.

Súpolo luego Sinu-l-Mauazif y llamó a su esclava Hubub y le dijo:

–Mira, Hubub: vas a ir al kabristán de los judíos y cavarás en él una fosa y plantarás encima de ella albahaca y jazmines y los regarás.

Y cuando venga aquí el judío preguntando por mí, le dirás:

«Veinte días hace que mi señora murió consumida por tu culpa, de dolor.»

Y si te dice: «Bueno, pues enséñame su sepultura», lo llevas a la fosa que cavaste y se la muestras, haciendo alarde de dolor y de pena, y te las arreglarás de forma que lo empujes y lo hagas caer en ella de bruces y allí, enterrado vivo, lo dejas.

A lo que Hubub le respondió diciendo:

–Oigo y obedezco.

Fuese luego Sinu-l-Mauazif con Mesrur a casa de este y allí se estuvieron los dos comiendo y bebiendo por espacio de tres días, pasados los cuales presentóse en su casa el judío y llamó a la puerta con los nudillos.

Y Hubub, desde dentro, preguntó:

–¿Quién llama a la puerta?

Y el judío le contestó:

–Yo, tu señor.

Abrióle Hubub la puerta y vio el judío que el llanto le corría por sus mejillas a raudales y le preguntó:

–¿Qué te pasa, mujer, y dónde está tu ama?

Y Hubub le contestó:

–Veinte días hace que mi señora murió de pena por tu desamor.

Luego que eso oyó el judío, quedóse aturdido y rompió a llorar con mucho dolor y le dijo:

–Dime, Hubub: ¿dónde está su sepulcro?

Llevóle entonces Hubub al kabristán de los judíos y le mostró la fosa que ella había cavado, y el judío, al verla, tornó a llorar con mucho sentimiento y recitó estos versos:

–Dos cosas hay en la vida,
por las que cuando se pierden,
por mucho que el hombre llore,
se quedará corto siempre;
a saber: la juventud
y la mujer que se quiere.

Y después el judío tornó a llorar con hondo sentimiento y recitó estos otros versos:

–¡Guay de mi! Que la muerte de mi amada
me pone en trance de morir,
¡pues no comprendo cómo pueda
ya sin ella yo vivir!
El dolor me parte el alma
y no lo puedo más sufrir,
me agobian los remordimientos
y mi tortura es doble así.
Ojalá hubiera sabido
mis locos celos reprimir,
que entonces ella de mi lado
nunca se habría querido ir.
Sinu-l-Mauazif, vida mía,

[18] La versión de Mardrus omite este episodio.

ahora mi error comprendo al fin
y me reprocho lo que hice,
que ahora se vuelve contra mí.
Y al verte muerta, siento que
no he de poder vivir sin ti.

Luego que acabó el judío de recitar esos versos rompió a llorar de nuevo y a lamentarse con tales extremos de dolor que al fin se desmayó.

Sorprendió aquí a Schahrasad la mañana y puso dique a sus desbordadas palabras.

Y LA NOCHE 477 SIGUIO DICIENDO LA MUCHACHA:

–Y ha llegado a mis oídos, *¡ye* monarca, el afortunado!, que, luego que el judío se desmayó, Hubub lo cogió y lo empujó, haciéndolo caer en la fosa que a ese efecto había abierto, y luego que rodó allá adentro, fue y cubrió la huesa y se alejó de allí a la carrera. Y se volvió al lado de su señora Sinu-l-Mauazif y le contó toda la historia y Sinu-l-Mauazif se alegró mucho al oírla, y, en el exceso de su alegría, recitó estos versos:

–Juróme el sino eterna guerra;
pero faltó a su juramento,
pues mi enemigo se murió
y a mi galán conmigo tengo.

¡Ye heraldo de la alegría,
anda y levántate luego
y remángate los brazos
que ya llegó tu momento!

Y a partir de aquel día vivieron juntos Sinu-l-Mauazif y su querido Mesrur comiendo y bebiendo y holgándose y divirtiéndose y gozando de la vida birlonga, hasta que fue a visitarles Aquella que a nadie perdona, la destructora de los goces y dispersadora de las reuniones de los hombres y matadora de los hijos y las hijas, sin excepciones de ninguna clase.





HISTORIA DE ALI NURU-D-DIN Y MARYEM, LA CINTURONERA

(Noches 477 a 492)

Historia que, en sus rasgos generales, parece una variante de la de Alá-d-Din-Abu-Schamat, *y que, como esta, presenta el interés de mostrarnos las relaciones de «paz armada»—digámoslo así—que existían entre musulmanes y cristianos o francos del segundo siglo de la* hechra. *El rey de Ifrancha a que en la historia se alude no puede ser otro que Carlomagno, contemporáneo, como sabemos, de Harunu-r-Raschid, aunque sus rasgos aparezcan deformados por la caricatura. Tanto es así, que el Dr. Bacher piensa, con bastante fundamento, que esta historia se inspira en la de Emma, la hija de Carlomagno, y su secretario Eginhardt, que Grimm recoge en sus* Deutsche Sagen. *Por otra parte, opina Burton que la carta que el rey de los francos dirige a Harunu-r-Raschid es un reflejo de las que se cruzaron entre el jalifa y el emperador bizantino Nicéforo. El título de la historia varía en las distintas ediciones. En la edición de Breslau y en la de Bulak lleva el mismo título que en nuestra versión. Payne la rotula* Ali Noureddin y la hija del rey franco, *Mardrus* Historia del joven Nur y de la franca heroica. *El epíteto de* cinturonera *As-Sonariya, aplicado a Maryem (María), era el que los musulmanes empleaban corrientemente para designar a los cristianos (y también a los judíos) que usaban cinturón o cíngulo,* sona *en griego.* Arbabu-s-Sonnar ua Nakús, *los del cordón y la campana, son los cristianos en los textos árabes.*

Lane, el traductor inglés, omite esta historia, por su semejanza con las de Ali Schar con Sumurrud, su esclava *y de* Alá-d-Din-Abu-Schamat; *también Weil la suprime. Sin embargo, pese a esas semejanzas, la historia tiene suficiente interés emotivo y documental para justificar su inclusión en el libro.*

–Ha llegado a mis oídos, *¡ye* monarca, el afortunado!, que, en los pasados tiempos y en los siglos pretéritos, había un mercader en las mansiones de Mizr, el cual se llamaba Tachu-d-Din [1] y era de los mercaderes más principales y de los señores más respetables, sino que tenía la pasión de los viajes y gustaba de correr todas las tierras y regiones y cruzar campiñas y eriales y montañas y valles e islas marinas, en busca de dracmas y dinares.

Por lo cual en su tiempo viérase en grandes peligros y pasara hartas fatigas y trabajos de esos que a un mancebo le pondrían el pelo cano antes de tiempo.

Y tenía aquel mercader esclavos de los blancos y de los negros y mamelucos y eunucos y barraganas, y era de los más ricos de los mercaderes de su tiempo y el que con más elegancia se expresaba, y tenía caballos y mulas y camellos y dromedarios, y sacos grandes y pequeños y efectos y mercancías y telas finas como muselinas de Homs y sedas y brocados de Baallak y algodón de Merv y tejidos de Al-Hind y tules de Bagdad y albornoces del Moro y esclavos blancos de los turcos y eunucos abisinios y mocitas griegas y chicos egipcios, y los fardos de sus géneros iban envueltos en almocaza de aljez con hilillo de oro, que podía permitirse ese lujo, pues era rico más que otro alguno.

Y era, además, el tal mercader muy urbano y cortés y muy amable y simpático, según de él dijo el poeta:

«Un mercader vi yo un día
por el cual furiosamente
los parroquianos reñían,
y él exclamó, con enojo:
–¿A qué viene esa disputa?
Yo le dije: –Por tus ojos.»

Y dijo otro también en su elogio, y por cierto que dijo muy bien:

«A vernos fue un mercader
cuyas miradas herían
de muerte mi corazón,
y dijo: –¿Por qué me miras
de ese modo? –Dije yo,
con voz apagada y tímida:
–Es que tienes unos ojos
que al mirarme me fascinan.»

Ahora bien: tenía aquel mercader un hijo llamado Nuru-d-Din, que parecía una luna llena en su noche catorcena y era un prodigio de belleza y de atractivo y un dechado de forma y de garbo, y estaba aquel chico sentado, un día de los días, según su costumbre, en la alcaná de su padre, vendiendo y comprando, cuando los hijos de los mercaderes acudieron allí y lo rodearon, y dizque entre ellos parecía el muchacho una luna entre los luceros, pues tenía una frente de florida blancura y unas mejillas de rosa, sombreada por leve pelusilla de matiz verdoso, y su cuerpo parecía de alabastro, según dijo de él un poeta nombrado:

«–Haz mi pintura–me dijo
una bella, cierta vez.
–La reina de la hermosura
eres–yo le contesté–,
pues en ti se encierran todos
los encantos que soñé.»

Y dijo también de él otro poeta:

«Ese lunar, que su mejilla esmalta,
un grano de ámbar gris parece puesto
en bandeja de plata,
y sus miradas son como el alfanje
que a los rebeldes al amor proclama:
¡Nuestro señor es grande!»

Y los hijos de los mercaderes lo invitaron, diciendo:

–*¡Ye* nuestro señor Nuru-d-Din! Querríamos que vinieras hoy con nosotros a solazarte un rato en el jardín el fulano.

A lo que les respondió Nuru-d-Din:

–Antes de deciros que sí tendré que consultarlo con mi padre, pues no voy sin su permiso a ninguna parte.

[1] Corona de la Fe.

Pero estando en este coloquio he aquí que se presenta allí el padre de Nuru-d-Din, y este, al verlo, fuese a él y le dijo:

–¡*Ye* padre mío! Los hijos de los mercaderes me han instado para que vaya con ellos al jardín el fulano. ¿Me das tu consentimiento para que vaya allí con ellos?

–Sí, hijo mío–respondióle su padre–; no hay inconveniente por mi parte.

Diole después algún dinero y le dijo:

–¡Anda y ve con ellos, hijo mío!

Montaron los hijos de los mercaderes en burros y mulos y montó Nuru-d-Din en el suyo y marchó con ellos a aquella ruzafa, en la que había cuanto pudiera apetecer el ánimo y deleitar la vista y era de sólidos cimientos y de elevados muros y tenía una puerta que parecía un monumento y otra puerta celeste que parecía la del propio alchenna con su portero, Rezuán, y por encima de la cual colgaban racimos de uvas de todas clases y colores: rojas las unas, como el coral, y negras las otras, como narices de hijos del Sudán, y blancas estotras, como plumaje de blancas palomas; y había también allí abundancia de ciruelas y granadas y peras y albaricoques [2] y manzanas de todas clases y variedades, sueltas o arracimadas, a más de otros árboles frutales y pájaros de toda pinta y plumaje, como palomas y ruiseñores y tórtolas, que lanzaban sus gorjeos y sus trinos y sus arpegios entre las ramas de los árboles floridos, y alfaguaras [3] de aguas corrientes y claras, en las que flores y frutos espejeaban. En una palabra: que había allí cuanto puede recrear la vista y despertar el deseo, y los racimos de uvas colgaban de los arijes, mostrando variedad de matices, como dijo el poeta en estos versos, refiriéndose a ellos:

«Racimos que a vino saben,
negros cuan pluma corvina,
y otros que rojos destellan
cual dedos de mujer fina
que, para que nos deslumbren,
con alheña se los pinta.»

O como dijo otro sobre el mismo tema:

«Racimos que, al columpiarse
en la parra, se asemejan
a mi cuerpo fino y frágil,
que en el suelo toca apenas,
y que en la copa exprimidos,
todas las penas ahuyentan.»

Y entraron los muchachos en el jardín y vieron allí sentado al jardinero, que parecía Rezuán, el guardián del Paraíso, y en la puerta del jardín había estos versos escritos:

«Jardín bien regado es este
cuyos árboles dan frutos
que rebosan dulce zumo,
y sobre el cual vierte el cielo,
porque obra completa sea,
de perlas una gran lluvia
que esmaltado el suelo deja.»

Y en el arco de entrada leíanse también estos versos que allí campeaban:

«Ven con nosotros, amigo,
y en este jardín penetra,
que limpia el alma del moho
que en ella dejan las penas;
la brisa agita su manto
verde y las flores bellas
sus pétalos perfumados
dilatan por dicha nuestra.»

Entraron, pues, los jóvenes en aquel jardín y hallaron en él toda suerte de fruta y pájaros de toda pinta y casta, y flores cuya fragancia mareaba, y arroyuelos que serpeaban, y era, en suma, aquel jardín ameno como de él dijo un poeta en estos versos:

«Cuando pasa la brisa por la fronda
y las ramas doblega,
una beldad parece que en los picos
de su manto se enreda,

[2] Del árabe Barkok.
[3] Riachuelos, manantiales.

y sus arroyos, al correr, espadas
fingen limpias y tersas
de guerreros valientes que a la lucha
animosos se aprestan.»

O como dijo otro poeta:

«Serpea el arroyuelo presumido,
ufano porque en él la rama verde
complacida se mira; pero el céfiro,
celoso que lo advierte,
al punto con su soplo hacia otro lado
la verde rama tuerce.»

Y en los árboles de aquel jardín había toda clase de frutos, una pareja de cada uno, y entre ellos resaltaban las granadas, semejantes a bolas de herrumbrosa plata, cual, con mucha razón, de ellas dijo el poeta:

«Con pechos de virgen pura
a la granada comparo,
que se enarcan y se yerguen
a la vista del amado,
y, al arrancarles la piel,
lanzan lluvia de rubíes,
que el tino me hacen perder.»

O como dijo también otro cantor:

«En su interior oculta la granada
rubíes que de brocados van vestidos;
con cúpulas de mármol la comparo
o con un pecho virginal, erguido;
no hay mal que ella no sane, ni pesar
que no ahuyente este fruto bendecido,
que en su Libro menciona el propio Alá.»

Y había allí también manzanas, azucaradas y almizcladas, de las que con sus colores encantan las miradas y de las que dijo Hasán, el poeta, en su loanza:

«Dos colores se juntan en la manzana;
recuerdan las mejillas del galán y la amada,
cuando ven que los miran y él palidece
y ella, ruborizada, quiere esconderse.»

Y había también en aquel jardín albaricoques de varias clases: almendrados y alcanforados, de los que dijo el poeta:

«Pálido, el albaricoque,
a un amante se parece
que, al ver llegar a su novia,
de honda emoción se estremece,
y también a aquel que en dos
partido el corazón tiene
por el desdén matador.»

O como dijo también otro poeta sobre el mismo tema:

«Contempla ese albaricoque,
cuyas flores, como estrellas,
en su camisa de hojas
los ojos todos alegran.»

Y había, asimismo, en aquel jardín ciruelas y cerezas y uvas, de las que toda dolencia curan y ahuyentan la tristeza y de la bilis amarilla el cerebro despejan, y también higos de vario color: rojos y verdes, que cautivaban la vista y la mente, como de ellos dijo el poeta en estos versos:

«A los higos que asoman entre el follaje,
cual pupilas atentas y vigilantes,
comparo con los guardianes que, en las terrazas,
desvelados escrutan la noche larga.»

O como dijo también otro poeta sobre el mismo tema.

«Bienvenido sea el higo sobre altabaque
de plata reluciente,
a un saquito sin broche semejante.»

O como dijo también un tercer poeta:

«Dadme higos aromados de hermosa veste,
que a manzanilla huelen y a azúcar saben,
como bolas de seda morada y verde.»

Y como también dijo otro poeta, sobre el mismo tema:

«Me dicen asombrados: –¿Por qué los higos tanto te gustan, hombre? Yo les respondo: –¿Qué le vamos a hacer? A mí me gustan los higos como a otros los sicómoros» [4].

[4] Ya sabemos el sentido obsceno de estas alusiones.

O como dijo otro poeta, encareciendo el tema:

«Más que otro fruto me gusta
a mí el higo cuando cuelga
de la rama, y un devoto
que a Alá da gracias, semeja
por haber enviado lluvia
fecundadora a la tierra.»

Y había también en aquel vergel peras de varias clases, de Sinaí y de Haleb y de Yonia, que se dan sueltas o arracimadas, parte verdes y parte doradas. Como dijo de ellas el poeta:

«A la pera por lo pálida
comparo con el amante,
que padece mal de ausencia,
aunque también semejante
es a la virgen que oculta
tras el velo su semblante.»

Y había también allí melocotones sultaníes de los amarillos y rojos, como dijo el poeta:

«Comparo al melocotón
con bolas de oro amarillo,
salpicadas de gotitas
de sangre de intenso brillo.»

Y había, asimismo, en aquel vergel allozas, de dulce jugo, semejantes al meollo de la palmera, con su fruto encerrado en tres túnicas, maravilla del poder del Creador munificente, como dijo el poeta elocuente:

«Tres corazas defienden su corazón,
que la gloria proclaman de su Creador,
y en ellas se encierra como en triple prisión,
sin haber cometido culpa ni error.»

O como dijo otro poeta sobre el mismo tema:

«Mira la almendra y admira
cómo bajo dura concha
esconde un corazón tierno
igual que guarda la ostra
brillante perla en su seno.»

O como dijo otro poeta en estos versos:

«Qué gusto me da mirar
la almendra verde en la rama;
la más pequeña, en la mano,
apenas si se la abarca.
La pelusa que la cubre
recuerda la que te encanta
sobre la imberbe mejilla
de un joven de linda cara,
y en su concha un solitario
tiene puesta su morada,
aunque a veces son los novios
los que en ella se recatan,
como perlas escondidas
en su concha jaspeada.»

Y como dijo otro poeta con no menos elocuencia:

«Jamás nada tan bello
hallé como la almendra,
que, aunque blanquee su pelo,
lozana se conserva.»

Y había también en aquella ruzafa azufaifas de diverso color, solas y arracimadas, de las que dijo el poeta, describiéndolas:

«Contempla las azufaifas
y verás que cascabeles
semejan, de oro, en la rama.»

Y como dijo, y muy bien por cierto, otro poeta:

«El azufaifo se viste
de claro cada mañana,
como si fueran sus frutos
novias que hacen la parada
y campanillas de oro
semejan entre las ramas.»

O como dijo también otro poeta sobre el mismo tema:

«Entre el verdor semeja la azufaifa,
con su color de caoba roja,
una bola de oro amarillento,
salpicada de sangre generosa.»

Y había también en aquel vergel naranjas, de las que dijo un poeta, elogiándolas:

«Naranjas, que asombro son
y la mente desconciertan,
pues por dentro son de nieve
y son de fuego por fuera.
Y es cosa que no se explica
que, estando envuelta entre fuego,
la nieva no se derrita.»

Y como dijo también otro poeta y dijo bien:

«Parece la naranja,
si bien se la contempla,
mejilla de mujer,
que en un traje de fiesta
de tisú de oro envuelve
su púdica belleza.»

Y como dijo otro poeta, con no inferior elocuencia:

«Cuando las mueve el viento,
recuerdan las naranjas
el ansia con que tienden
–así ellas en sus ramas–
a unirse las mejillas
de aquellos que se aman.»

Y como dijo también un cuarto poeta sobre el mismo tema:

«Díjele al lindo gamo
que me cautiva:
–Ese jardín describe
y sus naranjas lindas.
Y él dijo: –Sus naranjas,
símbolo son del fuego
que el pecho guarda.»

Y había también en aquel vergel limones de color de oro virgen que colgaban, meciéndose de las ramas cual si fueran oro en barras, y de los cuales dijo un poeta, encareciendo su belleza:

«Cuando los columpia el aire,
cascabeles me parecen
de oro puro tintineante.»

Y había también allí ericas que colgaban de las ramas como tetitas de doncellas a gacelas parecidas, propias a calmar las ansias del enamorado, como dijo un poeta nombrado:

«Del vergel en los senderos,
y de entre su fronda fresca,
la erica me sale al paso
como una linda doncella,
y al columpiarse sus frutos,
bolitas de oro semejan,
que en tallos de crisólito
erguidas se sostuvieran.»

Y no faltaba allí tampoco la olorosa lima, que semeja un huevo de gallina y cuya amarillez realza la madurez y cuya fragancia conforta el corazón de quien la arranca, como dijo el poeta que la cantara:

«La lima con su áureo brillo
atrae y fija la mirada;
es cual un huevo pintado
de azafrán, que lo realza...»

Y había, finalmente, en aquel jardín toda suerte de fruta y de plantas bienolientes y de fragantes flores, como el jazmín y el lirio y el nardo, y rosas de todas las variedades y también plátanos y arrayanes y demás, y dizque, verdaderamente, era aquel un jardín que no tenía par, pues habríase dicho que era un trozo del alchenna.

Y el adolecido que en él entraba, decaído y apocado, salía luego de allí hecho todo un león vigoroso y bravo, por todo lo cual no habría lengua humana que lo pudiera pintar con todas sus maravillas y portentos sin rival, como que su portero se llamaba Rezuán, aunque no lo fuera en verdad [5].

Y luego que los hijos de los mercaderes se cansaron al fin de dar vueltas por allí se sentaron en uno de los planteles del jardín y pusieron en su medio a Nuru-d-Din.

Pero al llegar aquí sorprendió a Schahrasad la aurora y cortó el hilo de sus palabras cautivadoras.

[5] Rezuán es el portero de uno de los siete cielos islámicos.

Y LA NOCHE 478 REANUDO SU RELATO EN ESTA FORMA:

–Ha llegado hasta mí la fama, ¡*oh* monarca, el afortunado!, de que los hijos de los mercaderes se sentaron en uno de los planteles del jardín y pusieron en medio de ellos a Alí Nuru-d-Din sobre un tapiz de piel, con un almohadón relleno de plumas de avestruz y guarnecido de armiño, y después le entregaron un abanico de plumas de avestruz, en el que había escritos estos versos:

«¡*Oh* perfumado abanico,
símbolo de instantes gratos,
manda siempre con la brisa
tu soplo fresco, aromado,
al bello rostro del joven
que el alma me ha cautivado.»

Quitáronse luego aquellos jóvenes sus turbantes y sus almalafas y pusiéronse a conversas y a charlar, cambiando entre sí toda suerte de donosos decires, aunque todos ellos tenían la vista fija en Nuru-d-Din, cautivos de su belleza, y no la podían apartar de allí.

Y llevaban allí sentados una hora de tiempo cuando se presentó un esclavo llevando sobre su cabeza un azafate, en el que había fuentes de china y de cristal, y en ellos manjares de todas suertes que uno de los muchachos encargara en su casa que al jardín se los enviaran.

Y había en aquel azafate de cuanto anda sobre la tierra y vuela por los aires o nada en el agua, como bien cebadas chochas y palominos y cordero y pollo y pescado del más fino y delicado.

Luego que el esclavo les puso el ataifor delante a los muchachos, acercáronse estos y comieron hasta que más no quisieron, y, luego que acabaron de comer, se levantaron y se lavaron las manos con agua pura y jabón almizclado y se las secaron con toallas de seda bordada; pero a Nuru-d-Din le llevaron una toalla de hilillo de oro, para que se enjugara.

Sirviéronles luego café [6] y cada cual bebió a su placer, y después siguieron conversando hasta que llegó el jardinero con un cestillo de rosas, y, encarándose con ellos, los interpeló, diciendo:

–Vaya, señoritos; ¿a ver qué me decís de estas flores?

A lo que uno de ellos replicó, en seguida:

–Pues que son muy lindas, como que son rosas, a cuyo encanto no hay quien se resista.

–Bueno–insistió el jardinero–; pero es nuestra costumbre no obsequiar con rosas sino al que nos dice algo ingenioso acerca de ellas y recita algún verso alusivo a su belleza.

Ahora bien: eran diez aquellos hijos de mercaderes, allí reunidos, y uno de ellos dijo:

–Convenido. Dame las rosas y yo te improvisaré unos versos alusivos.

Diole entonces el jardinero un ramillete de rosas y el joven lo tomó y, acto seguido, improvisó estos versos alusivos:

–La rosa tiene mi aprecio
y como a reina en el trono
la pongo y la reverencio.
Nunca me canso de verla
y de aspirar su fragancia;
las demás flores parecen
simplemente sus esclavas;
en su ausencia gallardean
y presumen; mas su gloria
se eclipsa, en llegando ella.

[6] Burton opina que se trata de un anacronismo introducido en la narración por algún copista.

Diole luego el jardinero otro ramillete a otro de los jóvenes, y él en seguida improvisó esta rima:

–Toma, señor, esta rosa,
que mejor huele que algalia;
una virgen se diría
que, al sentirse contemplada
por su amor, se ruboriza
entre contenta y turbada,
y con las mangas del manto
se vela su linda cara.

Diole luego el jardinero otro ramillete de rosas a un tercer muchacho, el cual recitó estos versos, en el acto:

–La rosa elige, que alegra
con su presencia los ojos,
y exhala olor exquisito
que disipa los enojos,
y una boquita semeja
con sus pétalos tan rojos
que besos te ofrece, puros,
con virginales sonrojos.

Diole luego el jardinero otro ramillete a un cuarto muchacho y este improvisó los siguientes versos, en pago:

–Sobre tan airoso tallo,
¿no ves a la rosa erguida
que en el aire se columpia?
¿No es cierto que se diría
un rubí montado en oro
con cerco de crisólita?

Diole luego el jardinero otro ramillete al quinto de aquellos mancebos, y él, en seguida, improvisó estos versos:

–De crisólita y oro los destellos
en la rosa se unen, hermanados,
y el rocío que sus pétalos destilan
las lágrimas semejan que a mis párpados
arranca la pasión mal reprimida.

Diole luego el jardinero su ramillete al joven, el sexto, y este en el acto improvisó estos versos:

–¡*Ye* rosa!, sin rival entre las flores,
yo te proclamo predilecta mía;
semejas las mejillas de una joven
sobre las que el galán que la conquista
dinares de oro pone que un momento
allí adheridos brillan [7].

Diole luego el jardinero su correspondiente ramillete al joven, el séptimo, y este, en seguida, declamó estos versos:

–¿Por qué eres tú tan esquiva,
al que te toca lo hieres
con tus crueles espinas?
–Dijo ella: –Mis espinas
son la armadura que visto,
según costumbre de reina.

Diole luego el jardinero su ramillete al octavo de aquellos muchachos, y este, en el acto, recitó estos versos:

–Alá salve a la rosa que, amarilla, semeja
una pepita de oro que, fulgente, destella,
y bendiga sus pétalos gentiles, que parecen
áureos soles que al aire, brillando, se estremecen.

Diole luego el jardinero su ramillete al joven, el noveno, el cual declamó estos versos:

–De rosa, los áureos pétalos
al enfermo de amor sanan
con sus encantos diversos;
sobre su oro el rocío
vierte una linfa de plata,
que le realza el hechizo.

Diole luego el jardinero su ramillete al décimo y último de aquellos mancebos y este improvisó los siguientes versos:

–El oro y el amarillo
repara en la rosa y mira
cómo forman su blasón;
armada de sus espinas,
la comparo con certeza
a una lanza de esmeralda
que atraviesa con su buido
pico una adarga dorada.

Llevóles luego el jardinero el servicio del vino y púsoles delante una fuente

[7] Alude aquí el poeta a la costumbre de los orientales de prender lentejuelas en las frentes, mejillas y labios de las cantoras y bailarinas.

de china, con arabescos en oro rojo, y recitó estos versos:

–Aquí está el vino que anuncia,
como heraldo, la alegría;
el vino, que al más sensato
loco lo vuelve y cautiva,
y en copa viene tan clara,
tan delicada y tan fina,
que no se acierta a decir
–y es caso de maravilla–
si es la copa la que el vino
contiene, o, cosa distinta,
aunque el vino esté en la copa,
si es ella la contenida.

Llenó la copa el jardinero y bebió, y luego se la pasó a los jóvenes, y siguió volteando entre ellos, hasta que llególe el turno a Nuru-d-Din, y el jardinero la llenó y se la dio; pero el joven la rehusó, diciendo:

–Yo no tengo costumbre de beber ni jamás he bebido, que eso es grave pecado, y el Señor, el Todopoderoso, nos lo prohíbe en su Libro.

A lo que el jardinero le replicó, diciendo:

–Mira, mi señor Nuru-d-Din: si sólo te abstienes de beber por temor a incurrir en pecado, verdaderamente Alá (exaltado sea y glorificado) es bondadoso y sufrido y compasivo, y perdona los pecados más graves y su piedad lo abarca todo y sea su misericordia sobre el poeta que dijo:

«Obra según tu gusto, que Alá es bondadoso;
su clemencia infinita nos lo perdona todo;
dos cosas solamente hay que Alá no perdona:
la idolatría y el mal que se hace a otra persona.»

Dijo luego uno de los hijos de los mercaderes:

–Por mi vida sobre ti, bebe de esta copa, mi señor Nuru-d-Din.

Y otro de sus compañeros conjurólo a que lo hiciese por el triple divorcio, y otro todavía porfió tanto y tanto con él, que al cabo Nuru-d-Din se avergonzó, y, tomando la copa al jardinero, bebió un sorbo de ella, pero luego lo escupió y exclamó:

–¡Uf y qué amargo está esto!

A lo que el joven jardinero arguyóle, diciendo:

–¡*Ye* mi señor Nuru-d-Din! ¿Ignoras quizá que lo dulce, tomado como medicina, sabe amargo? Pues si no fuere amargo el vino no poseyera las virtudes que posee y entre las cuales se cuentan las de ayudar a la digestión y disipar las penas y cuidados y ahuyentar los flatos y aclarar la sangre y los humores y reanimar el cuerpo y encorazonar al descorazonado y corroborar el poder sexual, y dizque, si hubiere de enumerar todas sus virtudes, sería cosa de nunca acabar. Que ya dijo uno de los poetas:

«Bebamos, que Alá clemente
perdona a los pecadores
y en el vino medicina
encuentro yo a mis dolores,
y dizque tampoco peco,
al beber, ya que Alá dijo:
–Para el hombre, en la bebida,
se encuentra algún beneficio» [8].

Fue luego el jardinero y abrió una sala de las salas de aquel vestíbulo y sacó de ella un pilón de azúcar y cortó de él un gran pedazo y se lo echó a Nuru-d-Din en el vaso. Y le dijo:

–¡*Ye* mi señor! Si por amargo rechazas el vino, bébelo ahora sin reparo, que ya lo he endulzado.

Tomó entonces Nuru-d-Din la copa y se la bebió toda.

Luego uno de los hijos de los mercaderes llenó otra vez la copa y se la ofreció a Nuru-d-Din, diciéndole así:

–¡Toma, *ye* mi señor Nuru-d-Din! Que soy tu esclavo.

Y, a continuación, levantóse otro y exclamó:

[8] «Te preguntarán por el vino y las suertes; di: "En ambas cosas hay gran mal y algún beneficio para los hombres; pero el mal de entrambas es más grande que su beneficio."» *Corán*, sura II *Al-Bakra* (La vaca), aleya 216.

–Yo soy tu servidor.

Y luego un tercero instóle también, diciendo:

–¡No me desaires, por tu vida!

Y un cuarto le dijo todavía:

–¡Por Alá, mi señor Nuru-d-Din, bébela por mí!

Y de esta suerte, los diez hijos de los mercaderes fueron brindando a Nuru-d-Din sus sendas diez copas y el joven no tuvo más remedio que apurarlas todas.

Tenía Nuru-d-Din su vientre virgen tocante al vino, que nunca en su vida, hasta aquel momento, había bebido, y así no tardó en subírsele a la cabeza y emborracharlo, de suerte que empezó a trabársele la lengua y a proferir palabras inconexas. Y exclamó, hablando con torpeza:

–¡*Ye* amiguitos míos! Por Alá, que sois todos muy simpáticos y también lo son vuestras palabras y el lugar en que estamos, salvo que falta aquí el placer del canto, pues ya es sabido que bebida sin canción carece de su principal atracción [9], como ya dijera en estos versos el poeta:

«Bebe la copa, que brinda
una luna refulgente;
mas no la bebas sin cantos
que los oídos te alegren,
pues si viste a los caballos
abrevar en la corriente,
habrás observado que
relinchan siempre que beben.»

Levantóse luego el muchacho, hijo del dueño del jardín, y montó en una mula de las mulas de los hijos de los mercaderes y se retiró; pero luego volvió, trayendo consigo una mocita mizriana, que semejaba una noche clara o un lingote de purísima plata o un dinar sobre una bandeja de porcelana o una gacela que en el campo apacentara, con una cara que al sol abochornara y unos ojos que cautivaban y un entrecejo que parecía un arco tenso y unas mejillas de rosa y unos dientes de aljófar y una boca que embriagaba y unos pechitos turgentes que le temblaban y un vientrecillo encogido y liso y unas caderas que parecían almohadas rellenas y unos muslos como los canales de Siria y, entre ellos, una cosa comparable a un saquito de especias, envuelto en pañizuelos, como dijo el poeta en estos versos:

«Si los paganos la vieran,
a sus ídolos dejaran
para adorar solo a ella.
Si surgiera por Oriente,
no habría el monje cristiano
qué hacer ni adónde volverse.
Y si en la mar, que es salada,
goteara su saliva,
dulce la mar se trocara» [10].

Y como también dijo otro poeta:

«Más refulgente que la luna llena
ofrecióse a mi vista;
cubrianla sus cabellos como una
tienda que de pilares no precisa;
vergel que rosas seductoras era
su rosada mejilla,
y su frescura a todos vivo fuego
en el cuerpo encendía,
y era tan bella que las bellas todas
rendianle pleitesía,
y a sus plantas postrábanse, exclamando:
–La palma se merece, es la más linda.»

O como dijo también otro poeta, sobre el mismo tema:

«Tres cosas le retraen de visitarnos:
las miradas curiosas del que acecha,
el fulgor de su frente y el rumor
musical de sus joyas y pulseras.
Y aún hay otra: el perfume que despide
a almizcle y ámbar gris, cuando se mueve,
y que es tan poderoso que, en seguida,
a él todo trasciende.

[9] *Redolet proverbium.*

[10] En la *Sunna* se lee que, si una de las huríes del Paraíso mahometano *(Ach-Chenna)* apareciera en el cielo por la noche, iluminaría el mundo como el sol, y si escupiera en el mar, se volvería dulce toda el agua (Marracio-Prodromos a su versión latina del *Corán).*



Y dizque es el más grave impedimento
que la cohibe, pues podría quitarse
sus joyas y velarse el claro rostro
con la manga del traje;
pero ¿cómo evitar que su fragancia
se difunda en el aire?»

Era, en una palabra, aquella mocita como la luna llena en su noche catorcena, y vestía toda de azul y se cubría con un acitar verde su blanquísima frente, de suerte que a todo el que la miraba el juicio arrebataba.

Y era como dijo el poeta:

«Llegó vestida de azul,
que al azul del cielo daba
envidia, y yo pensé, al verla,
que la luna del verano
se me aparecía plena,
en una noche de invierno,
para consolar mis penas.»

Y qué bien y con qué elegancia dijo también otro poeta, que dijo:

«Vino muy arrebujada
en su velo, y yo exclamé:
–Anda y descubre esa cara
de luna llena, mujer.
Pero ella me respondió:
–Es pecado, y no lo haré.
Y yo le dije: –No temas,
¡sé buena y complácemel
Quitose entonces el velo
y su cara dejo ver,
radiante como una gema
y deslumbrado quedé,
y por el temor de Alá,
sus mejillas no besé.
Y a Alá le recé, diciendo:
–¡*Ye* Señor, concédeme
que se prolongue este instante
de purísimo placer!»

Y el joven jardinero díjole luego a la mocita:

–Mira, reina de las bellas, más refulgente que todas las estrellas: has de saber que te hemos traído a este jardín con la sola intención de que distrajeses con tu conversación a este guapo mocito de mi señor Nuru-d-Din, que es la primera vez que visita nuestro jardín.

A lo que le respondió la muchacha:

–Es lástima que no me lo dijeras antes de venir para que hubiera traído conmigo lo que dejé allí.

–No te preocupes por eso, mi dueña y señora–respondió el jardinero–, que yo por ello iré y te lo traeré.

Y la joven respondió:

–Haz tu parecer, mi señor.

–Dame una prenda–díjole el joven.

Diole ella un pañizuelo y él se ausentó ligero y, al cabo de una hora de tiempo, tornó, llevando consigo un bolso de verde raso, con broches dorados, y se lo dio a la mocita, la cual lo tomó y lo abrió, dejando salir de él treinta y dos trocitos de madera, y los encajó unos en otros a la manera como se acoplan el macho y la hembra, y resultó un laúd, obra de artífices indianos, de un estilo perfecto y consumado; tomólo la joven en sus manos y se inclinó sobre él, como se inclina la madre sobre el hijo alechante, y lo acarició con sus dedos y en el acto el laúd empezó a vibrar y a suspirar cual si evocase los tiempos pasados y recordase las aguas que regaron su árbol y la tierra de que brotara y sobre la que lozaneara y los tallistas que lo labraron y los mercaderes que lo transportaron a bordo del barco, y prorrumpió en gritos y alaridos y en suspiros y gemidos, y parecía preguntarle por todo aquello a la muchacha, la cual le respondió, entonando esta letra rimada:

–Arbol era que crecía
con un frondoso ramaje;
un día me derribaron,
y, valiéndose de arte,
en la forma que aquí veis
consiguieron transformarme.
No me quejo, sin embargo,
cuando los dedos me hieren
de esta manera armoniosa,
dulce que a todos conmueve,
pues suspiro cual amante
que a su adorada recuerda,
y hago que todos los pechos
de nostalgia se estremezcan.

Guardó luego silencio la muchacha, por espacio de una hora, y al cabo

tornó a tomar su laúd en sus manos y se lo apretó contra su pecho y se inclinó sobre él como la madre sobre su hijo lactante, y lo rasgueó con sus dedos en modos y estilos diversos, y luego tornó a su estilo, el primero.

Pero al llegar aquí sorprendió a Schahrasad la aurora y cortó el hilo de sus palabras encantadoras.

Y LA NOCHE 479 REANUDO SU RELATO EN ESTA FORMA:

–Ha llegado hasta mí la fama, *¡ye* monarca, el afortunado!, de que la joven rasgueó el laúd con sus dedos en modos y estilos diversos, y luego tornó a su estilo, el primero, y, acompañándose con él, entonó estos versos primorosos:

–Si a todos el amor les sonriera
perdería su valor;
las penas que nos causa son el precio
que cuesta al corazón.
Pero despierta ya, llegó la noche
de la anhelada unión;
la noche que refulge como aurora
radiante de esplendor.
En ella se han reunido cuatro cosas
de encanto seductor:
rosa, arrayán, violeta y verso,
en grata conjunción.
Y juventud, belleza, vino y plata,
un cuadro encantador
ofrecen a los ojos; ¿qué más quieres,
ye triste soñador?
Goza y canta tu dicha; sobre todo,
cántala con primor,
que las delicias de la vida pasan
y queda la canción.

Al oír Nuru-d-Din los versos de aquella mocita quedóse maravillado de su arte para la poesía y la miró con ojos de pasión y apenas si pudo reprimir los algafacanes de su corazón, y dizque otro tanto le sucedía a la cantora, pues al esparcir la vista por entre los hijos de los mercaderes, allí presentes, vio luego que Nuru-d-Din resplandecía entre ellos como la luna entre los luceros, pues era un joven de dulce labia y rebosante de amorosa gracia y perfecto en cuanto a buena y airosa planta, y resaltaba en él una simpatía y un atractivo de todo defecto limpios y un encanto más suave que la brisa mañanera, según dijo el poeta:

«Juro por sus mejillas de inmaculado raso
y sus labios risueños
y las flechas que lanzan tan certeros sus ojos,
por sus frente tan blanca y su pelo tan negro;
por sus cejas en arco, que a mí el sueño me espantan
y me traen el desvelo.
Por sus sies y sus noes que, alternativamente,
dan placer y tormento;
por los escorpiones que anidan en sus cejas,
alevosos y fieros;
por los rojos rubíes de sus labios que guardan
sus dientes marfileños;
por esas dos granadas que en medio de la nieve
frutecen de su pecho;
por sus amplias caderas que lo mismo fluctúan
quietas que en movimiento,
y por su estrecho talle que parece mentira
sostenga tanto peso;
por su labia graciosa y la rara viveza
de su rápido ingenio.
Y, en fin, por los encantos todos que se compendian
en su alma y en su cuerpo,
juro que el ámbar gris su fragancia, prestada,
recibe de su aliento,
y también su perfume la brisa mañanera
toma de ese venero;
y juro que la luna y el sol, juntos, no logran,
eclipsar sus destellos,
y son menos brillantes que esa menuda escorza
que, al cortarse las uñas, deja en el suelo.»

Placiéronle lo indecible a Nuru-d-Din aquellos versos de la mocita y se balanceó de un lado para otro en su asiento, de puro borracho que estaba, y acto seguido improvisó, en honor de la cantora, los siguientes versos:

–Una citareda hábil
cuanto linda trastornó
mis sentidos, que ya el vino
antes de eso me turbó,
y su laúd parecía,
con su melodioso son,
decirme: –¡Por mí se expresa
divina, no humana voz!

Luego que la joven oyó aquellas palabras de Nuru-d-Din posó en él los ojos, con miradas de amor, y sintió que en su corazón se acrecían el deseo y la pasión y prorrumpió en gritos de admiración por su belleza y perfección y la esbeltez de su cuerpo y lo bien proporcionado de todos sus miembros. Y no pudo contenerse, y, estrechando por segunda vez el laúd contra su pecho, entonó estos versos:

–Porque lo miro, me riñe
y de él apartarme quiere,
sabiendo que mi alma es suya
y que en su mano la tiene.
Pues aunque callan mis labios,
y a decirlo no se atreven,
el secreto de mi amor
le reveló Alá clemente.
En la palma de mi mano
grabé su imagen fulgente
y a mis ojos dije: –Andad,
miradla cuanto gustéis.
Pero ellos dijeron: –No
sólo a él queremos verle.
Y mi corazón tampoco
dejarse engañar consiente.
¡*Ye* mi corazón, de todo
mi dolor culpable eres,
y del pecho te arrancara,
que eso es lo que te mereces!
Mas ¿cómo, si no eres mío,
si ya no me perteneces,
si eres suyo y disponer
ya no puedo, de tu suerte?

Admiróse Nuru-d-Din, al oír aquellos versos, de la elocuencia de sus palabras y de la dulzura de sus miradas y de la soltura de su lengua y se le alborotaron los sentidos por efecto del deseo y el amor y la pasión y la emoción, y no tuvo paciencia para aguardar ni una hora de tiempo, sino que en el acto se inclinó hacia la joven y la estrechó contra su pecho, y ella, a su vez, abrazándose toda a él, empezó a besarlo entre los ojos y él la besó a ella en la boca y ambos se entrelazaron y se pusieron a darse el pico como palomos encelados.

Levantáronse entonces los demás muchachos, y Nuru-d-Din, avergonzado, retiró de sobre la joven su mano.

Tomó luego la mocita nuevamente el laúd y lo rasgueó por estilos diversos, y, volviéndose después a su estilo, el primero, entonó estos versos:

–¡*Ye* luna resplandeciente,
que cautivas las miradas:
si fuera tu corazón
tan dulce como tu cara,
no hicieras sufrir tormentos
tan duros a quien te ama!
Pero ¿no llegará un día
en que, al fin, también tu alma
como tu rostro se torne,
de compasiva y humana?
¡*Ye* tú, rígido censor,
que de aturdida me tachas;
discúlpame y compadéceme,
que soy harto desgraciada;
tú adoras lo perdurable,
yo la hermosura que pasa!

Al oír Nuru-d-Din tan bellas palabras y tan bien rimadas, inclinóse hacia la muchacha y perdió la calma, a impulsos de la alegría y la admiración que le inspiraba.

Y arrebatado por el sentimiento, improvisó estos versos:

–Pensé que este ardor que inflama
mi sangre del sol venía,
pero ella era quien mi sangre
hervir de ese modo hacía.
¿Qué poder tiene que basta
que una seña nos dirija
para que nuestra alma, al punto,
a su voluntad se rinda?
Dijo mi censor, al verla:
–¿Era esta la jovencita
por cuyo amor el sentido
enajenado tenías?
Si es así, perdón mereces,
y tu locura se explica.
–Esta es–contesté yo,
con expresión condolida–
la flechera irresistible
de certera puntería,

que en mitad del corazón
clavóme una flecha buida,
aquella por la que sufro
esta tortura infinita
y por la que voy de llanto
regando toda mi vida.

Luego que hubo Nuru-d-Din recitado aquellos versos, maravillóse la joven de su elocuencia y sus dotes poéticas, y tomó el laúd y lo pulsó en diversidad de estilos y luego tornó a su estilo, el primero, y entonó estos versos:

–¡Por tu vida, tú que eres
vida de todas las almas,
sabe que en mi pecho tienes
una perenne morada,
y que, aunque de mí te alejes,
allí presente te hallas!
Así que es vano que trates
de ocultarte a mis miradas.

Al oír Nuru-d-Din aquella letrilla sintió gran alegría, que rayaba en el colmo, y se maravilló hasta el límite de la maravilla. Y, contestando a sus estrofas, improvisó esta otra copla:

De noche y día sus flechas
contra mí lanza;
yo le pido una tregua,
no quiere dármela.
Y yo le ofrezco
inútilmente todo
cuanto poseo.

Luego que oyó la joven las palabras de Nuru-d-Din maravillóse de su elocuencia y quedósele prendado el corazón y todo él se le lleno de pasión, y, asiendo del muchacho, estrechólo contra su pecho y le dio muchos besos, que él le devolvía, de suerte que semejaban ambos dos palomos encelados. Aunque era, en verdad, ella la que le llevaba la delantera.

Y luego que puso término a sus versos, tomó la joven el laúd y entonó estos versos:

–¡*Ye* censor! Ten cuidado; yo también
antes a los que amaban censuré,
y hoy sin saber cómo, del amor
me encuentro esclavo yo.
Y si mi amor se aleja un día de mí,
a Alá lo invoco por su nombre, Alí [11].

Luego que la joven terminó de cantar hizo una pausa ligera y tornó a entonar esta letra:

–Si al llegar al Paraíso,
su fuente hallara cegada
el amante, y a Alá excelso
dirigiera su plegaria,
Alá le contestaría:
–De la boca de tu amada
bebe, que en ella se encierra
el venero de mis gracias.

Luego que oyó Nuru-d-Din las palabras de la joven maravillóse de su elocuencia y dotes poéticas y la ponderó con grandes encomios y le tributó muchos elogios.

Y al oír la muchacha los elogios que Nuru-d-Din le tributaba, púsose en pie en el acto y quitóse cuanto encima llevaba de ropas y alhajas y se despojó por completo de todo ello.

Sentóse luego en cuclillas y besó al joven entre los ojos y en la leve pelusilla de sus mejillas, y le regaló todo aquello que se quitara de su cuerpo, y le dijo estas palabras:

–Sabe, ¡*ye* amado mío de mi corazón!, que el regalo guarda relación con los medios del donador.

Aceptó Nuru-d-Din el obsequio de la muchacha; pero luego se lo devolvió todo y la besó en la boca y en las mejillas y en los ojos.

Luego que terminó aquello–que solo perdiera el viviente, el permanente, el que da su arrizque por igual al búho y al pavo real–, levantóse Nuru-d-Din y se dispuso a retirarse de allí, que era ya noche cerrada y en el cielo las estrellas brillaban.

Y la joven le dijo:

–¿Adónde vas, dueño mío?

[11] Alto, excelso, uno de los epítetos de Alá. La joven alude a Nuru-d-Din.

–A casa de mi padre–respondió Nuru-d-Din, y se dispuso a salir.

Pero los demás hijos de los mercaderes conjuráronle a que no se fuera y se quedara allí con ellos a pasar la noche entera. Negóse a complacerlos Nuru-d-Din y montó en su mula y empezó a marchar sin parar, camino adelante, hasta llegar a casa de su padre.

Salió su madre a recibirlo, y, al verlo, le dijo:

–¿Dónde estuviste, hijo mío, tanto tiempo, que ya lo mismo a tu padre que a mí nos tenías inquietos?

Llegóse a él su madre para besarlo en la boca y, al hacerlo, notóle olor al vino, y, asombrada, le dijo:

–¿Cómo, hijo mío; después de la zalá y los actos de piedad, te propasas a beber vino y te rebelas contra Aquel que todo lo creó y lo decretó?

Y estando en este coloquio madre e hijo llegó el padre de Nuru-d-Din y este se tendió en el lecho y se acostó y se durmió. Al ver lo cual su padre exclamó:

–¿Qué le pasa a nuestro hijo?

Y su mujer le dijo:

–Es que el aire del jardín diole dolor de cabeza a Nuru-d-Din.

Llegóse entonces su padre al lecho para saludarlo y preguntarle por su estado. Pero al acercarse al hijo diole el husmo del vino.

Y era aquel mercader, llamado Tachu-d-Din, mortal enemigo de quienquiera bebía vino, y le dijo a su hijo:

–¡Guay de ti! ¿Hasta tal punto llegó tu insensatez que te propasaste a beber?

–Pero al oír Nuru-d-Din los reproches de su padre levantó la mano y, borracho como estaba, le pegó en la cara, y, por obra y designio del sino, fue a darle en el ojo derecho con tal fuerza, que le corrió la sangre y el hombre cayó desmayado a tierra.

Luego que el padre de Nuru-d-Din volvió en sí dispúsose a castigar a su hijo y juró por el divorcio que, en cuanto la mañana amaneciera, habría de cortarle la mano derecha.

Encogiósele el pecho a la madre de Nuru-d-din al oír las palabras de su marido y llenóse de temor por su hijo, y trató de amansar al ofendido y lo entretuvo con halagos y mimos, hasta que le entró sueño y se quedó dormido.

Aguardó entonces ella a que la luna saliera, y luego llegóse a su hijo, al cual ya se le pasaran los vapores del vino. Y acercándose a él, le dijo:

–¡*Ye* Nuru-d-Din, hijo mío! ¡Qué acción tan fea la que con tu padre has cometido!

–Pues ¿qué hice yo, madre mía? –preguntóle el joven dando muestras de maravilla.

–Pues le diste–respondió su madre– tal bofetón en el ojo derecho que se le reventó y ha jurado por el triple divorcio que, en cuanto la mañana amanezca, te cortará a ti la mano derecha.

Arrepintióse Nuru-d-Din de lo que hiciera cuando ya de nada servía que se arrepintiera...

Y al llegar aquí sintió Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras seductoras.

PERO LA NOCHE 480 PROSIGUIO SU RELATO EN ESTA FORMA:

–Ha llegado hasta mí la fama, *¡oh* monarca, el afortunado!, de que a Nuru-d-Din pesóle mucho lo que hiciera y su madre le dijo al ver su pena:

–De nada, hijo mío, te servirá ya ese pesar; lo que ahora debes hacer es levantarte en seguida y huir y buscar tu salvación lejos de aquí y aguardar a ver lo que dispone Alá, que todo lo cambia, según su voluntad.

Fue luego su madre y abrió el arca de los caudales y sacó de ella cien dinares y se los dio a Nuru-d-Din, diciéndole así:

–Toma estos dinares y arréglate con ellos, hijo mío, hasta que salgas del peligro, y, cuando se te acaben, házmelo saber, que en seguida otros te mandaré, y de paso con el mensajero envíame noticias tuyas en secreto. ¡Quién sabe si Alá será servido de depararte alegría y bonanza y volverte de nuevo a tu casa!

Despidióse luego de Nuru-d-Din su madre, derramando tantas lágrimas de pesar que no podían ser más.

Cuanto a Nuru-d-Din, tomó la bolsa con los dinares que le diera su madre y se dispuso a alejarse.

Pero en aquel momento reparó en otra bolsa grande que junto al arca dejara olvidada su madre y que contenía mil dinares, y el joven cogió aquella bolsa y se la guardó en la faja, al lado de la otra, y salió de la casa y echó a andar por la parte de Bulak [12] antes que clareara el alba.

Y luego que amaneció la mañana y levantáronse las criaturas para proclamar la unicidad del rey, el victorioso, y salieron de sus moradas, encaminándose en busca de la suerte que Alá les tenía asignada, encontróse Nuru-d-Din en Bulak y siguió andando, hasta llegar a la orilla del mar.

Y al llegar a la marina vio un barco que tenía las velas desplegadas y por el que subía y bajaba la gente y que ya levara sus cuatro anclas, y, dirigiéndose Nuru-d-Din a la chusma, hízole esta pregunta:

–¿Adónde va el barco?

–A Rechid [13] –le contestaron.

–Llevadme con vosotros–díjoles Nuru-d-Din.

–Con alma y vida–respondieron ellos–. Sube a bordo y sé bien venido entre nosotros, guapo mozo.

Fuese en el acto Nuru-d-Din al zoco a mercar provisiones para el viaje y tapices y cobertores para pasar la noche, después de lo cual regresó al barco, que ya se disponía a zarpar.

Y no bien se acomodara Nuru-d-Din a bordo hízose el barco a la mar y empezó a bogar sin parar, hasta que llegó, al fin, al puerto de Rechid.

Y al llegar allí vio Nuru-d-Din una barca chica que se dirigía a Iskandriya [14] y saltó a ella y pasó el canal y

[12] Es decir, hacia el Oeste. Bulak es un suburbio del Cairo.

[13] Rechid es la Rosetta de nuestros mapas, cuyo nombre árabe es una corrupción del copto *Trachit,* y está situada cuarenta y tres millas al noroeste de Alejandría.

[14] Iskandriya, Alejandría, así llamada por haberla fundado Alejandro Magno (el Iskender o Iskander de los orientales). Es la *Rakotis* de los hebreos y está situada entre el Mediterráneo y el lago Mareotis *(Palus mareotides* de los geógrafos antiguos).

Había en Iskandriya o Alejandría un barrio «franco», lo que indica la importancia del tráfico que sostenía con los países de Occidente, y es circunstancia que ha de tenerse en cuenta para lo que sigue.

siguió adelante, hasta llegar a un puente que llaman Kantaretu-ch-Chami.

Dejó allí la barca Nuru-d-Din y entróse por una puerta llamada Babu-s-Sidra [15] y cubrióle Alá con su velo de manera que no le viera ninguno de los que hacían centinela junto a la puerta.

Siguió adelante Nuru-d-Din y penetró en la ciudad de Iskandriya.

Y era, en verdad, una ciudad de buena traza y bien ordenada, y su gente de lo mejor de los hombres, y, en cerrándose sus puertas, ya podían sus moradores dormir a pierna suelta.

Y era tal como de ella dijera en estos versos un poeta:

«A un amigo ingenioso
le dije un día:
–Anda y dame una idea
de Iskandriya.
Entonces contestóme:
–Es ciudad linda.
–¿Y vive gente en ella?
Con picardía
él contestóme: –Claro,
gente y respira.»

Y como dijo otro poeta sobre el mismo tema:

«Iskandriya es cual una boca
cuya saliva es dulce y clara;
dichoso aquel que a ella se llega,
que ningún cuervo allí le amaga» [16].

Echó Nuru-d-Din a andar por aquella ciudad y no paró de caminar, hasta que llegó en su paseo al zoco de los carpinteros, y después siguió adelante hasta el zoco de los cambiantes y de allí paso al zoco de las frutas pasas y de allí al zoco de las frutas frescas y de allí al zoco de los perfumistas y drogueros, y allí topóse con un hombre de edad avanzada, que, saliendo de su tienda, fue a su encuentro y lo saludó con cariño, y, cogiéndolo de la mano, tiró de él y lo condujo a su domicilio [17].

Y vio Nuru-d-Din una calle muy hermosa, muy bien barrida y regada, que una fresca brisa oreaba y a la que los árboles cubrían de sombra grata, y había en aquella calle tres casas, y la primera de ellas hundía sus alizaques en el agua y alzaba hasta el cielo sus tapias, y su parte delantera estaba muy bien barrida y regada y por los aromas de las flores embalsamada.

Dirigióse el *scheij* a aquella casa y entró en ella en compañía de Nuru-d-Din y ofrecióle en seguida de comer, y comieron ambos mano a mano, y, luego que terminaron, díjole el *scheij* a Nuru-d-Din:

–¿Cuándo llegaste de la ciudad de Mizr?

–Esta noche pasada–díjole Nuru-d-Din.

Y el *scheij,* después de oírle, le dijo:

–¡Pues bien, hijo mío Nuru-d-Din; por el triple divorcio te conjuro a que, en tanto permanezcas aquí, no te separes de mí! Que yo te habilitaré una cámara aparte en que puedas vivir.

–*¡Ye* padre mío, mi señor *scheij!* –respondió Nuru-d-Din–. Te agradecería me dieses más noticias de ti.

–Has de saber, hijo mío–díjole el *scheij*–, que yo hace unos años estuve en la ciudad de Mizr, adonde fui con unas mercancías que vendí allí, y luego merqué otras y me hicieron falta mil dinares, y tu padre, Tachu-l-Din, me los pesó y me los prestó, sin conocerme, y luego me dejó venir y no me los reclamó por carta, sino que aguardó a que yo volviera por allí, y entonces yo le envié con un criado aquella canti-

[15] Sidra significa el Loto, que marca el límite del séptimo cielo. Pero la raíz *sdr* lleva la connotación de dejar caer la cabellera o el velo para cubrirse.

[16] La edición de Bulak omite estos versos y también la versión Mardrus.

[17] La versión de Mardrus pasa de aquí al encuentro de Nuru-d-Din con el persa y la esclava, saltando el episodio intermedio.

dad, acompañada de varios regalos. Y tuve entonces ocasión de verte a ti, que eras pequeñín, y ahora, al verte de nuevo, te conocí, y espero que, *in scha-l-Lah-taála,* podré devolverte en parte el favor que aquella vez me hiciera tu padre.

Luego que Nuru-d-Din oyó las palabras del viejo llenóse de alegría y contento, y, sacando la bolsa con los mil dinares, diósela, diciendo:

—Toma esta bolsa y guárdamela en rehén hasta que encuentre mercancías y géneros para traficar con ellos.

Permaneció Nuru-d-Din varios días en Iskandriya, y todos los días salía a pasear por la ciudad e iba de calle en calle y de plaza en plaza y comía y bebía y se holgaba y se divertía, hasta que al fin se le acabó el dinero que para sus gastos de viaje le diera su madre.

Volvióse, pues, con el *scheij* para pedirle los mil dinares que le diera a guardar y empezar con ellos a traficar; pero no halló al viejo en su tienda, y se sentó allí a aguardar su vuelta, y, para entretener la espera, púsose a observar a los mercaderes y a esparcir la vista a la derecha y a la izquierda.

Y estando en esas hete aquí que ve llegar al zoco a un persiano, montado en una mula, llevando en la grupa a una mocita que parecía enteramente plata virgen o un pez *balti* [18] coleando en una fuente o una gacela silvestre. Y la cara de aquella joven refulgía como el propio sol y tenía unos ojos matadores y unos pechos erguidos y marfileños y un talle sumamente estrecho y unas caderas pomposas como cola de oveja cebona, y era, en verdad, perfecta, en punto a hermosura y elegante estatura y buena planta y bien proporcionada. En una palabra: que era tal y como el poeta dijera:

«Ni era ella muy alta
ni baja en demasía,
cual vaciada en el molde
de la belleza misma;
la rosa se avergüenza
cuando ve sus mejillas,
y la garbosa rama
del árbol siente envidia.
Una luna es su cara,
que a la otra luna eclipsa;
su natural fragancia
al almizcle lo humilla;
su carne resplandece
con blancura perlina
y en cada miembro suyo
una luna rebrilla» [19].

Descabalgó luego de su mula el persiano y ayudó a descabalgar a la muchacha, y gritó, llamando al subastador, que en seguida acudió.

Y luego que lo tuvo entre sus manos, díjole el persiano:

—Toma esta joven y pregónala por el zoco.

Tomóla el subastador de la mano y se fue con ella hasta el centro del zoco y estuvo ausente una hora, al cabo de la cual volvió, trayendo consigo un sillón de abenuz, con incrustaciones de blanco marfil, y, dejándolo en el suelo, hizo sentar en él a la muchacha y le quitó el velo, dejando al descubierto una cara semejante a un escudo brillante o un astro deslumbrante, que, en verdad, su dueña podía compararse a la luna en su noche catorcena, cuando resplandece plena, siendo, en fin, tal como dijo el poeta:

«Vio la luna su belleza
y avergonzada quedó,
y de despecho eclipsóse
y en dos cachos se partió.
Y al ver su esbeltez el *ban*
de vergüenza se tronchó,
de suerte que al otro día
pudo holgarse el leñador.»

O como dijo otro poeta:

«A la hermosa le dijeron:
—¿Qué le hiciste tú a ese monje

[18] Se refiere al *Labrus Niloticus.*

[19] Suprimido en la edición de Bulak y en la versión Mardrus.

que muestra tal desconsuelo?
Y ella dijo: –No hice más
que alzar un pico del velo» [20].

A todo esto gritóles el subastador a los mercaderes:

–¿Cuánto dais por esta perla de los mares y este tesoro insuperable?

–Cien dinares–dijo uno de los mercaderes allí presentes.

–Doscientos doy yo–pujó otro, a continuación.

–Y yo, trescientos–pujó un tercero.

Y así fueron pujando los mercaderes, hasta llegar a la cifra de novecientos cincuenta dinares.

Sorprendió a Schahrasad al llegar aquí la mañana y a sus descomedidas palabras puso tasa.

PERO LA NOCHE 481 SIGUIO DICIENDO LA MUCHACHA:

–Ha llegado a mi noticia, *¡ye* rey, el afortunado!, que los mercaderes fueron pujando hasta ofrecer por la muchacha novecientos cincuenta dinares y no pasaron adelante.

Fue entonces el subastador a ver al persa, su señor, y le comunicó:

–Dan por tu esclava novecientos cincuenta dinares: ¿quieres que la dé por vendida en ese precio y cobre el dinero?

–Pregúntale a ella–respondióle el persa–si es gustosa en la venta, que, sin su consentimiento, no daré ningún trato por bueno, pues le estoy muy agradecido por haberme cuidado y atendido en una dolencia que sufrí durante el viaje y le juré no venderla sino a quien ella quisiera y eligiera, así que el asunto está en manos de ella. Consúltala, pues, y si ella dice que sí, véndesela a quien elija, y si dice que no, déjala tranquila.

Tornó, pues, el subastador junto a la muchacha y le dijo:

–*¡Ye* reina de las hermosas! Has de saber cómo tu amo deja a tu elección el venderte o no, por el precio que ofrecen, o sea, novecientos cincuenta dinares; así que te ruego me digas si debo cerrar el trato por ese precio.

–Muéstrame–respondióle la esclava–al que ofrece por mí esa cantidad, pues lo quiero conocer antes que me vendas a él.

Tomóla el subastador de la mano y llevóla junto a un mercader, que era un anciano decrépito, y la joven estuvo mirándola una hora de tiempo, con mucha atención, y luego le dijo al subastador:

–*¡Ye* subastador! ¿Estás, acaso, loco o tocado, para quererme vender a ese anciano?

–¿Por qué, *ye* reina de las bellas –exclamó el subastador–, me hablas con esa desconsideración?

A lo que la joven le replicó:

–¿No te parece un contradiós venderle una mocita como yo a un anciano como ese que apenas puede tenerse? Y es como aquel del que dijo el poeta:

«Pidióle su mujer lo que el cuitado
no podía darle, aunque quisiera,
y al ver su negativa, despechada,
le habló de esta manera:
–Si el débito pagarme tú no puedes,
y lampando me dejas,
si yo te hago cornudo, con reproches
después tú no me vengas.
Que si tu miembro ya no tiene bríos,
que lo supla con otro será fuerza.

O como dijo también otro, hablando de su miembro:

[20] Suprimido en la edición de Bulak y en la versión Mardrus.

«Un miembro tengo chistoso:
cuando mi mujer lo toca,
no da señales de vida
y ella se pone furiosa,
y en cambio, de madrugada,
si despierto, resucita,
y entonces, que no hace falta,
el muy tunante se empina» [21].

O como dijo otro poeta sobre el mismo tema:

«Es mi cipote un ingrato
que no responde a mi voz;
cuando duermo, se despierta,
y duerme, si velo yo.
Abochornado me tiene;
¡que alhaja el cielo me dio!»

Luego que el mercader provecto oyóle a la joven aquellos vejámenes púsose furioso y le dijo al marchante:

–¡*Ye* el más patoso de los corredores! ¡Por lo visto solo trajiste al zoco a esta deslenguada esclava para que se burlase de mí delante de todos!

Llevóse entonces el subastador aparte a la muchacha y le dijo:

–¡*Ye* mi señora! No seas tan descortés con esos señores, pues has de saber que ese *scheij* del que te burlas es nuestro síndico y nuestro almotacén y forma parte del cabildo de los comerciantes.

Pero la joven, al oírlo, soltó la carcajada e improvisó estos versos satíricos!

–¡Debieran los que gobiernan
en este o en cualquier tiempo,
colgar al guali en su puerta,
y azotar con palo recio,
al almotacén que quiere,
siendo un anciano decrépito,
conquistar a las mujeres! [22].

Y después añadió:

–¡Por Alá, señor subastador, que jamás consentiré en venderme a ese *scheij!* Búscame, pues, por ahí otro que él, porque, si me comprara ese vejestorio, no tardaría en tomarme tirria por mis burletas y me revendería y en una simple criada me convertiría, y no soy yo mujer que para eso haya de quedar. Y ya sabes, además, que lo de mi venta es cosa que depende de mi voluntad.

–Oír es obedecer–respondió él.

Y, tomándola de la mano, dirigióse con ella hacia un mercader de los más principales, y luego que estuvieron cerca de aquel personaje, díjole el subastador a la joven:

–¿Quieres que te venda a este hombre que se llama *sidi* Scharfu-d-Din [23], en los novecientos cincuenta dinares que ofrecen por ti?

Miró la esclava al mercader y vio que era hombre de edad avanzada, aunque se tiñera las barbas, y volviéndose al subastador, exclamó:

–¿Por ventura estás loco para pensar en venderme a ese viejo chocho? ¿Tan poco valgo yo como para que me ofrezcas a dos viejos que se están cayendo cual bardal que se derrumba o como genios que los astros fulminaron y lanzaron al infierno? Pues al primero viénele de perilla lo que dijo el poeta en estos versos:

«Quise besar a una joven
en sus labios de coral;
pero ella con desagrado
me dijo, echándose atrás:
–Quita de ahí, so vejete,
¿crees que me puedes gustar
teniendo, ya blanco el pelo?
¿Piensas que voy a dejar
que, estando aún viva, la blanca
mortaja me pongas ya?»

O como dijo también, y con mucho salero, otro poeta:

«Dicen los sabios que las canas
al hombre prestan majestad;
mas yo quisiera que mi pelo
nunca llegara a blanquear.

[21] y [22] Suprimido en la edición de Bulak y en la versión Mardrus.

[23] Nobleza de la Fe.

Y aunque es verdad que el Libro dice
que el día del Juicio Final
los que muestren su hoja en blanco
son los que se han de salvar,
yo no quiero que mis barbas
a ella se puedan comparar.»

O como dijo todavía otro poeta, con más fina vena:

«¡El honor de mi cabeza
un mal huésped me robó,
pues de blanco los cabellos
alevoso me tiñó!
Antes perderlos quisiera
que verlos de ese color,
pues por mucho que lo blanco
ponderen, en mi opinión
es lo blanco lo más negro
de toda la creación.»

Y cuanto al otro es un dechado de vanidad y presunción y un denigrador de la faz de la canicie y no hay mayor mentira que la de su tinte, y de él puede decirse:

«Díjome ella: –¿Cómo es eso,
con que te tiñes las canas?
–Si, es verdad–le respondí–.
Eso no tiene importancia.
Pero ella se echó a reir
y exclamó: –No es cosa rara;
eres tan falso y fulero,
que mienten hasta tus barbas.»

O como dijo otro poeta sobre el mismo tema:

«*Ye* tú, que tus canas tiñes
por parecer un pollito!
¡Qué negra suerte la mía
cuando me juntó contigo!» [24].

Luego que oyó las palabras de la esclava aquel viejo que se teñía las barbas entróle tal furor que no podía ser mayor, y, encarándose con el subastador, exclamó:

–*¡Ye* subastador de mal agüero! ¿Cómo te atreviste a traernos al zoco a una estúpida esclava que a todos, unos después de otros, nos ofende con sus necias palabras y hasta se permite hacernos burla con copletas de sátira?

Y el mercader salióse de su tienda y diole al subastador un bofetón.

Fuese de allí el subastador con la muchacha y le dijo a esta con voz airada:

–¡Por Alá, que en mi vida vi chica más desvergonzada que tú, que este día has malogrado tu atijara y la mía y has dado motivo para que todos los mercaderes se enojen conmigo!

Pero en tanto que el subastador atravesaba el zoco con la muchacha y así le hablaba, cruzóse en el camino con un mercader, el cual pujó el precio de la joven en mil dinares, y se ha de decir que el nombre de aquel mercader era Schihabu-d-Din [25].

Consultó el subastador a la joven, y esta le dijo:

–Muéstrame al comprador y déjamelo ver, que le quiero preguntar por una cosa, y si la tuviera en su casa, me venderé a él; mas si no la tuviere, me negaré.

Dejóla allí aparte el subastador y fue a hablar con el cliente y le dijo:

–*¡Ye* mi señor Schihabu-d-Din: has de saber que esa esclava dice que tiene que preguntarte por una cosa y que si la tienes se irá contigo, y si no, no; pero ya sabes cómo las gasta y cómo con los otros mercaderes se portó la muchacha! ¡Y por Alá, que no me atrevo a traértela por temor a que a ti también te suelte una fresca y hagas conmigo lo que hizo tu vecino y quede yo dolido; así que, si quieres que te la traiga, dame antes tu permiso!

–Tráela–le dijo el mercader.

Y el subastador le respondió:

–Oír es obedecer.

Y fue por la esclava y se la llevó, y, al verlo ella, exclamó:

–*¡Ye* mi señor Schihabu-d-Din! ¿Por

[24] Todos estos versos faltan en la versión Mardrus y en la edición de Bulak.

[25] Astro fulgente de la Fe.

ventura hay en tu casa almohadones forrados de piel de armiño?

–Sí que los hay–respondió el mercader–. Reina de las hermosas, tengo en mi casa diez almohadones forrados de piel de armiño; pero dime, por Alá, para qué los quieres, si no tienes en ello incoveniente.

–Aguarda para saberlo–respondió la esclava–a que te acuestes y te los ponga encima de la boca y la nariz, hasta que te ahogues y revientes.

Y acto seguido volvióse y le dijo:

–Pero, *¡ye* escoria de los subastadores! Sin duda que estás chiflado, cuando en menos de una hora me has presentando a un par de estafermos con las barbas blancas y cada uno de ellos con dos faltas, y ahora me vienes con ese señor Schihabu-d-Din, que de tres defectos adolece, pues en primer lugar es un enano, y, además, tiene unas *pavias* descomunales y unas barbas fenomenales. Y ya dijo el poeta:

«Jamás vi un hombre que reuniera
estas tres prendas a la par:
una gran barba, gran nariz
e inteligencia no vulgar.»

Y dijo otro poeta sobre el mismo tema:

«Es su cara una llanura
en la que se alza una torre,
que el mundo albergar podría
por lo enorme» [26].

Luego que Schihabu-d-Din hubo oído esas palabras tan vejatorias, salióse de su tienda y fuese sobre el subastador y del cuello lo cogió y lo zarandeó, diciendo:

–*¡Ye* el más vil de los subastadores! ¿Cómo fuiste capaz de venir aquí con esa mocita para que se burlase de todos nosotros, primero del uno y luego del otro, y nos tomase como pretexto para hacer gala de su desaborido ingenio?

Zafóse de entre sus manos el subastador y huyó de allí tirando de la joven, y, llevándola aparte, le dijo:

–¡Por Alá, que, en mi ya larga vida de ejercer esta profesión, nunca tuve ocasión de ver una chica tan mal educada como tú ni tan desastrada para mí, pues hoy, por lo pronto, me has echado a perder el negocio, y no me has reportado más ganancia que esos bofetones y esos cogotazos que por tu culpa me he chupado.

Detuvóse luego el subastador con la muchacha delante de un mercader muy rico, que tenía muchos esclavos a su servicio, y, volviéndose a la esclava, le dijo así:

–¿Quieres venderte a ese mercader, que se llama *sidi* Alá-d-Din? [27]

Pero al llegar aquí sintió Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras fascinadoras.

Y LA NOCHE 482 PROSIGUIO SU RELATO EN ESTA FORMA:

–Tengo entendido, *¡ye* monarca, el afortunado!, que el subastador le dijo a la esclava:

–¿Quieres que te venda a ese mercader, que se llama Alá-d-Din?

Miró la joven al mercader y advirtió que era jorobado y le dijo al subastador:

[26] Suprimido en la edición de Bulak y en la versión Mardrus.

[27] Excelsitud de la Fe.

–Pero ¡si es jorobado, señor! Y ya recordarás lo que dijo el poeta de uno, aludiendo a su chepa:

«Parece que se ha tragado
de un cohombro la mitad
y espera le echen la otra
que no le acaban de dar.»

Y también dijo otro poeta sobre el mismo tema:

«Parece que va montado
sobre sí mismo, y no puede
valerse, como quien monta
sobre una mula rebelde.»

Y dijo también otro a este propósito:

«Con ser giboso, aún le cuelgan
de su giba otros defectos;
rama semeja torcida,
con frutos de ningún precio.»

Luego que eso oyó el subastador diose prisa a llevarse de allí a la joven y, presentándole otro mercader, le preguntó:

–Y este, ¿qué te parece?

Mirólo la mocita y respondió:

–Pero, hombre: ¿cómo quieres que me guste? ¿No estás viendo que le lloran los ojos? Recuerda lo que dijo el poeta:

«Llorábanle los ojos y pensaba
que era grave su mal
pero era simplemente que tenía
en ellos suciedad» [28].

Llevósela, pues, de allí el subastador y siguió adelante con ella, y, parándose delante de otro mercader, le preguntó:

–¿Quieres que te venda a este comprador?

Miró al mercader la muchacha y vio que tenía unas barbas muy largas, y, volviéndose al subastador, exclamó:

–Este hombre es un cabrón, al que se le ha subido el rabo a la cintura. ¿Cómo quieres, subastador de mala sombra, que en pasar a su poder yo sea gustosa? ¿Por ventura, nunca oíste decir que a larga barba mente escasa, y que, según de larga la barba, así es de corta la inteligencia de quien la gasta? Pues por cierto que entre los sabios no hay quien ignore esta máxima [29].

Como dijo uno de los poetas:

«Tiene unas barbas enormes
que no sirven para nada;
son como noche de invierno,
glacial, tenebrosa y larga.»

Tiró de ella el subastador y se la llevó lejos de allí, y ella le preguntó:

–¿Adónde me llevas, subastador?

A lo que el otro respondió:

–Voy a devolverte a tu amo, ya que, tanto a él como a mí, nos has estropeado el negocio y nos has hecho perder el día por tu falta de cortesía.

Esparció entonces la muchacha por el zoco a diestra y siniestra sus miradas y, por obra y gracia del sino, hubo de fijar sus ojos en Nuru-d-Din, el egipcio, y vio que era un joven guapísimo, de limpias mejillas y de airoso talle, como que solo tenía catorce años y atesoraba belleza y hermosura de prodigioso encanto, y tales gracias y

[28] Faltan en la edición de Bulak y en la versión Mardrus.

[29] *Redolet proverbium.* El poeta persa Samajashari (Abu-l-Kássem-Mahmud), que floreció en el siglo V de la *hechra*, dice en sus *Pensamientos chispeantes* (Nauabigu-l-Kelim): «La barba no es un adorno sino en cuanto no pasa del cuello.» Y su erudito traductor Barbier de Maynard le pone esta nota: «El vulgo cree en Oriente que larga barba es sinónimo de mocedad y ese prejuicio se funda en una singular teoría.» «La barba–dicen los doctores del bazar–tiene sus raíces en el cerebro; cuanto más larga, tanto más sorbe la sustancia cerebral los jugos necesarios a su vegetación, ocasionando poco a poco el quebranto de la inteligencia.» «La barba adorna al hombre, pero lo atonta, y es más lo que entontece que lo que adorna», dice un «misopogon» popular. (París, 1876.)

lindezas que parecía una luna en su noche catorcena, y tenía blanca la frente y rosada la mejilla y un cuello como el mármol de terso y unos dientes como perlas y una saliva más dulce que el almíbar [30].

Como hablando de él dijo el poeta:

«Las palmas en el certamen de belleza,
creyéndose, sin duda, más hermosas
quisieron disputarle cierto día
la luna llena y la gacela airosa;
pero yo las mandé con viento fresco:
–¿Os habéis vuelto locas?»

Y como dijo también otro de los poetas:

«El que se acuesta a su lado
la noche en mañana trueca
y no nota que amanece
ni que la luz acrecienta;
que en su rostro hay una aurora
que nunca crece ni mengua,
y ese lunar que tachona
su mejilla, no la afea,
que también muestra el jacinto,
una que otra pinta negra» [31].

No bien hubo visto la joven a Nuru-d-Din atravesóse este entre ella y su razón, y el corazón se le encendió en fuego de pasión.

Y, volviéndose al subastador, le dijo:

–¿Cómo es que ese joven mercader que está ahí sentado, entre los demás mercaderes, con ese alquicel a rayas, no llegó a pujar por mí?

–¡*Ye* reina de las bellas!–respondióle el subastador–. Ese es un joven algarivo, de Mizr, donde su padre es uno de los mercaderes más principales y acaudalados y respetables, y lleva ya aquí bastante tiempo, como huésped de uno de los amigos de su padre, y no ha tenido para ti una sola palabra, ni para subirte ni para bajarte.

Luego que oyó la joven las palabras del subastador, quitóse del dedo un anillo con un rubí que en él llevaba y le dijo:

–Llévame junto a ese joven guapo, y si me compra te regalaré este anillo, en compensación de todas las molestias que hoy te tomaste por mí sin ningún beneficio.

Holgóse grandemente el subastador al oír las palabras de la muchacha y se dirigió con ella a Nuru-d-Din, el egipcio, y, luego que cerca de él estuvieron, mirólo con atención la esclava y le pareció una luna llena, por su gracia y su belleza y la esbeltez de su talle y la buena armonía de todas sus partes. Que era, en verdad, como de él dijo uno de los que intentaron describirlo:

«Ríos de belleza corren por sus tersas mejillas;
sus ojos lanzan flechas que matan a quien mi-
[ran;
su desdén más amargo es que la propia acíbar.
Todo en él es perfecto, simétrico y airoso,
rostro, cuerpo, no hay nada que del todo des-
[diga;
su cuello en el embozo de su manto semeja
una luna creciente, en un collar prendida;
sus ojos son dos noches que delicias prometen,
igual que esos lunares que su cara embellecen;
sus cejas arqueadas son lunas sobre lunas,
por ellas yo padezco mi creciente flacura;
sus pupilas nos brindan una copa de vino,
que, aunque dulce, me sabe a mí siempre
[amarguísimo,
y sus labios risueños son falaz espejismo
para mí, que sediento y lampando, los miro.
Es tan bello que todos mis sentidos trastorna
y yo completamente le rindo mi persona,
y le entrego mi sangre y mi aliento y mi vida
y, si matarme quiere, morir será una dicha» [32].

Y la joven miró a Nuru-d-Din y le dijo:

–¡*Ye* mi señor, Alá sobre ti! ¿Es que no soy hermosa?

[30] *Mel et lac sub lingua tua (dibasch ve halab tahat laschoneja)* dice Salomón a su Sulamita en el *Schir-ha-Schirim (Cantar de los cantares,* cap. V, 1). Y Tárafa, el poeta anteislámico, en su *Moallaka,* pondera a su amiga, encareciendo la abundancia de dulce secreción de sus glándulas salivales. La *sunná,* según ya indicamos, predica la misma excelencia de las huríes. Podría escribirse una monografía sobre la importancia erótica de la saliva entre los orientales.

[31] Suprimido en la edición de Bulak y en la versión Mardrus.

[32] Suprimido en la edición de Bulak y en la versión Mardrus.

Y Nuru-d-Din le contestó:

–Princesa de las bellas, en el mundo entero no hay quien te iguale.

–Pues entonces–dijo ella–, ¿por qué te estás aquí callado y no tomas parte en la subasta y no pujas ni un dinar sobre lo que ofrecen por mí los demás?

–Reina de las hermosas–respondióle Nuru-d-Din–: si yo estuviera en mi país, hubiera dado por ti todo cuanto posee mi mano, pero aquí soy un extraño.

–¡*Ye* mi señor!–exclamó la esclava–. Yo no quiero que me compres contra tu voluntad, pero me alegraría mucho que pujases mi precio, pues si te retraes de hacerlo, saldrán los demás mercaderes diciendo que lo haces porque no soy guapa, y los egipcios tenéis fama de entender de muchachas.

Avergonzóse Nuru-d-Din al oír tales palabras y se le enrojeció la cara, y, volviéndose al subastador, le preguntó:

–¿Cuánto llegaron a ofrecer por la esclava?

–Novecientos cincuenta dinares, sin contar mi alboroque y los derechos del sultán, que corren de cuenta del comprador–respondió el subastador.

–Pues bien–exclamó Nuru-d-Din–: dámela en mil dinares, más tu alboroque y los derechos reales.

Soltóse entonces la joven del subastador y exclamó:

–Me vendo a este guapo joven en mil dinares.

Quedóse callado Nuru-d-Din y uno de los presentes exclamó:

–¡Vaya, a él lo prefirió!

Y dijo otro en seguida:

–¡Maldito, hijo de maldito, aquel que puja y no compra el artículo!

Y dijo un tercero:

–¡Por Alá, que no pueden hacer mejor pareja; son el uno para el otro, de veras!

Y en menos que se piensa llegóse a Nuru-d-Din el subastador llevando consigo al cadí y los testigos, y en un momento quedó extendida la escritura de venta, en una hoja de papel que entregaron a Nuru-d-Din.

–¡Guarde Alá a tu esclava y te la bendiga, pues, a la verdad, solo tú te la mereces a ella y solo contigo hace buena pareja!

Ruborizóse Nuru-d-Din delante de los demás mercaderes, y en el acto se levantó y fue a que le pesaran los mil dinares que confiara en rehén a aquel droguero amigo de su padre, y luego tomó consigo a la muchacha y se la llevó a su casa.

Pero al entrar en ella observó la joven que había allí unos tapices muy raídos y unas alfombras muy gastadas, y, encarándose con Nuru-d-Din, le dijo:

–¡*Ye* mi señor! ¿Tan en poco me tienes que no me llevas a tu casa verdadera?

–¡*Ye* reina de las bellas!–respondió Nuru-d-Din–. Yo no tengo casa aquí sino que vivo en esta, que es propiedad de un *scheij* de los drogueros de esta ciudad, que para mí la hizo desalojar, y en ella me aposento, que ya te dije que yo soy algarivo aquí y me cuento entre los hijos de la ciudad de Mizr.

–Está bien, mi señor–exclamó la muchacha–. Aunque la casa sea así, nos bastará hasta que tornes a tu país; mas ahora te pido, por Alá, que te levantes y salgas a buscar en el zoco un poco de carne asada y vino y frutas frescas y pasas.

–¡*Ye* reina de las bellas!–díjole Nuru-d-Din–. Has de saber que no tengo en mi poder ni un maravedí, pues todo cuanto poseía eran esos mil dinares que invertí en comprarte y mandé pesar antes de venir acá.

–¡*Ye* señor!–díjole la joven–. ¿Y no tienes en esta ciudad ningún amigo que siquiera cincuenta dracmas te pueda prestar? Si esa cantidad me pudieras traer, yo te diría lo que con ella habrías de hacer.

–No tengo aquí más amigo–respondió Nuru-d-Din–que ese droguero que te digo. Pero iré a verle ahora mismo.

Y en aquel punto y hora fuese Nuru-d-Din en busca de su amigo, el droguero, y le dijo:

–¡Sea sobre ti la paz, tío mío!

Devolvióle el saludo el droguero y le dijo:

–¿Qué fue, hijo mío, lo que hoy mercaste con los mil dinares?

–Me compré con ellos una esclava –respondióle Nuru-d-Din a su amigo.

Y el droguero le dijo:

–Pero, hijo mío: ¿te has vuelto loco? ¿A quién se le ocurre comprar en mil dinares una esclava? ¿De qué casta es esa esclava para que tanto valga?

–Es–contestó Nuru-d-Din–una esclava de los hijos de los francos...

Pero al llegar aquí sorprendió a Schahrasad la mañana y a sus descomedidas palabras puso tasa.

Y LA NOCHE 483 SIGUIO DICIENDO LA MUCHACHA:

–Ha llegado a mi noticia, *¡ye* monarca, el afortunado!, que Nuru-d-Din le dijo al *scheij,* su amigo:

–Se trata de una esclava de los hijos de los francos.

A lo que el droguero le dijo:

–Has de saber, hijo mío, que las mejores esclavas de casta franca no alcanzan en esta ciudad un precio superior a doscientos dinares, así que te han timado; pero por Alá, hijo mío, se me ocurre una idea y es que, si esa esclava te gusta, duermas esta noche con ella y satisfagas tu deseo, y, en cuanto amanezca, te la llevas al zoco y la vendes, aunque sea por doscientos dinares, y te haces la cuenta de que lo demás se te cayó en el mar o te lo quitaron los bandidos por esos caminos.

–Dices bien–asintió Nuru-d-Din–; pero ten presente, tío mío, que yo no disponía más que de esos mil dinares que di por la esclava, así que ahora no me queda ya absolutamente nada, ni siquiera una dracma, y yo quería de tu bondad y tu generosidad que me prestases cincuenta derahim, con los cuales podré apañarme hasta mañana, y mañana venderé a la esclava y de lo que me den por ella te pagaré la deuda.

–¡Sobre mis ojos y sobre mi cabeza te daré lo que me pides, hijo mío! –díjole el amigo.

Pesóle acto seguido las cincuenta dracmas y le dijo:

–Mira, hijo mío: tú eres un joven de pocos años y esa esclava es una hembra guapa, y pudiera ocurrir que se te prendara el corazón de ella y se te hiciera duro venderla y la retuvieses a tu lado y se te acabasen estas cincuenta dracmas que ahora te presto, y, si así fuere, hijo mío, no tengas reparo y vuelve, que yo estoy dispuesto a repetir el préstamo por dos, tres y hasta diez veces, sin ponerte ningún inconveniente. Pero pasando de ese límite no vuelvas por acá, que no te he de devolver el *selam* y no sacarás más nada de la amistad que con tu padre me ligaba.

Diole luego el *scheij* a Nuru-d-Din las cincuentas dracmas y el joven las tomó y tornóse al lado de la esclava.

Y esta, al verlo, le dijo:

–*¡Ye* mi señor! Ve al zoco ahora mismo y tráeme de allí veinte dracmas de seda de cinco colores distintos, y con las otras treinta dracmas, compra carne y pan y frutas frescas y pasas moscadas.

Fue Nuru-d-Din al zoco en seguida

y mercó todo lo que la esclava le dijera y volvió a casa con su carga.

Levantóse al punto la joven y, arremangándose los brazos, púsose a aderezar los manjares con gran esmero y arte.

Llevóselos luego a Nuru-d-Din y comió el joven y comió ella con él, mano a mano, hasta que ambos se saciaron.

Ofreció luego la joven a Nuru-d-Din el vino y bebieron los dos, y ella siguió llenándole la copa, hasta que el mozo se achispó y se durmió.

Fue entonces la esclava y sacó de su equipaje un bolso de cuero *taifi* [33] y lo abrió y extrajo de él dos agujas de hacer ganchillo y se puso a trabajar con ellas y no paró de trabajar, sin levantar cabeza, hasta que terminó su labor, que consistía en un lindo cinturón.

Y después de limpiarlo y alisarlo y plancharlo, lo envolvió bien en un paño y lo guardó bajo su almohadón.

Y luego la joven se desnudó y se acostó al lado de Nuru-d-Din y empezó a hacerle cosquillas, hasta que el joven despertó de su letargo y abrió los ojos y se encontró a su vera a una mocita, desnuda como su madre la parió y semejante a un cacho de plata virgen, más suave que la seda y más delicada que cola de oveja cebona, de cinco pies de alta, con unos pechos firmes y llenos y unas cejas como arcos flecheros y unos ojos como ojos de gacela y unas mejillas cual rojas anémonas y un talle chiquirritito y unas caderas con hoyuelos y un ombligo de la cabida de una onza de benjuí y unas nalgas como almohadones rellenos de plumas de avestruz, y entre ellas una cosa que la lengua es incapaz de ponderar y cuya sola mención hace llorar. En una palabra: que era la joven aquella según la describiera el poeta:

«Una noche es su pelo, una luna su frente;
su mejilla, una rosa; vino sus labios manan;
es la gloria su amor; su desdén, el infierno;
y perlas son sus dientes, que a la perla aventa-
[jan.»

O como dijo también otro poeta:

«Cual la luna es fulgente, como el sauce es
[airosa;
tiene ojos de gacela, su aliento una fragancia
exhala, de ámbar gris, que marea y trastorna.
No es prodigio, por tanto, si mi alma se le rinde
y en ser su humilde esclava se complace y se
[goza» [34].

O como dijo aún un tercer poeta sobre el mismo tema:

«Es una luna llena que potente refulge;
un sauce cuando lánguida y ondulante camina;
sus ojos son tan negros que el nauta, por mirar-
[los,
del timón se olvidara y el rumbo perdería» [35].

Volvióse a ella Nuru-d-Din y la estrechó fuerte contra su pecho y chupóle primero el labio superior y luego el inferior y metió su lengua por entre los dos y hasta el fondo de su boca la deslizó. Y luego la cabalgó y encontróla perla sin horadar y camella sin montar.

Y la despojó de su doncellez y gozó con ella intenso placer y anudóse entre ambos un nudo de amor que nunca se habría de aflojar ni romper.

Y llovía Nuru-d-Din sobre las mejillas de su amada besos a granel, que semejaban guijos cayendo en el agua, y descargó golpe sobre golpe, igual que las lanzas que chocan unas con otras, en el ardor de la batalla, y no se saciaba Nuru-d-Din de abrazarse a su

[33] Las pieles de cabra curtidas en Taif, ciudad montañera al este de Meca, eran famosas por su buen olor.

[34] y [35] Tanto estos versos como los anteriores se omiten en la edición de Bulak y en la versión Mardrus.

cuello y lambisquearle los labios y destrenzarle el pelo y apretarle el talle y mordiscarle las mejillas y cabalgarle el vientre con arremetidas mizrianas y contracciones yemeníes y sobos abisinios y pernadas rifíes y fogosidades saidíes y languideces iskandríes, y dizque la mocita reunía en sí todas las excelencias y era el colmo de todas las bellezas. Como dijo un poeta:

«Jamás la olvidaré, mientras yo viva,
ni me acercaré a nadie sino a aquellos
de que ella fuere amiga.
Es tan bella que, al verla, a su Creador
alabo por haberla criado tan hermosa.
Y aunque sufra, jamás reniego de su amor.
Que ya dice el proverbio que sabe todo amante
que alegrías y gozos son del amor los gajes» [36].

Pasó Nuru-d-Din toda aquella noche al lado de su amiga en pleno goce y delicia, arrebujados los dos en el bien abrochado manto del abrazo, a salvo de las asechanzas y perfidias de las noches y los días, y dejaron transcurrir las horas tenebrosas de la manera más dichosa, sin nada temer, abismados en su amoroso placer. Según dijo de ellos un poeta:

«Ve a ver tu adorada y no hagas
caso de los murmuradores
envidiosos, que siempre, por despecho,
del prójimo critican los amores.
Pues no hay duda que nada el Creador hizo
tan hermoso de ver y contemplar
cual dos enamorados que se abrazan
y de todo se llegan a olvidar.
Déjalos que murmuren, será en vano;
ese lazo jamás podrán romper;
en hierro frío machacan y sus golpes
contra ellos se vuelven sin querer.
Si una amada lograste hallar sincera
ámala y para ella vive sólo,
sin cuidar de aquellos que te pongan
de aturdido y de loco.
–Si estoy loco, dejadme–diles tú–,
que siga con mi amor;
¿no sabéis que no hay nadie que al demente
haga entrar en razón» [37].

Pasaron, pues, así la noche ambos jóvenes, sumidos en la plena delicia, hasta que llegó la amanecida.

Y luego que amaneció la mañana y difundió su lumbre el Generoso por toda la tierra, despertóse Nuru-d-Din de su sueño y halló a su lado a su amada, que le llevaba el agua, y el joven se lavó y también se lavó ella y luego hicieron su zalá matinal en honor de Alá.

Llevóle luego la esclava a Nuru-d-Din de comer y beber y ambos comieron y bebieron hasta más no querer, y entonces fue la joven y metió la mano bajo la almohada y sacó de allí aquel ceñidor que labrara la noche anterior y se lo entregó a Nuru-d-Din, diciéndole así:

–¡*Ye* mi señor, toma este ceñidor!

Y Nuru-d-Din le preguntó:

–¿De dónde ha venido este ceñidor?

–¡*Ye* mi señor!–respondió ella–. Lo hice yo con el alchaz [38] que ayer me compraste con aquellos veinte derahim. Levántate ahora y vete al zoco de los persas y dáselo al subastador para que lo pregone; pero encárgale que no lo venda en menos de veinte dinares.

–¡*Ye* reina de las bellas–exclamó Nuru-d-Din, ¿cómo una cosa que solo costó veinte adarmes y tú hiciste en solo una noche la voy a vender en veinte dinares?

–¡*Ye* mi señor!–respondióle la esclava–. Tú no entiendes del valor de estas cosas; pero ve al zoco, como te digo, y dale la prenda al subastador, y, cuando lo oigas pregonar su precio, te darás cuenta de su valor.

Tomó, pues, Nuru-d-Din el cinturón de manos de la esclava y fuese con él al zoco de los persas y se lo entregó al marchante para que lo pregonase, y él, en tanto, se sentó en el poyo de una tienda a aguardar la vuelta del marchante.

[36] y [37] Omitido en la edición de Bulak y en la versión Mardrus.

[38] Seda.

Estuvo el subastador ausente una hora y luego tornó junto a Nuru-d-Din y le habló así:

–Levanta mi señor, y toma el precio del cinturón. Lo he vendido en veinte dinares, libres de cualquier clase de gravamen.

Al oír Nuru-d-Din las palabras del subastador maravillóse hasta el límite de la maravilla y se estremeció de alegría y se levantó para tomar los veinte dinares, y era tal su asombro, que a punto fijo no sabía si aquello era verdad o mentira.

Luego que tomó el dinero fuese con él al zoco y lo invirtió por entero en seda de todos los colores para que la esclava hiciera con ella cinturones. Tornóse luego a su casa y le entregó la seda a la muchacha...

Sorprendió aquí a Schahrasad la mañana y atajó el flujo de sus elocuentes palabras.

Y LA NOCHE 484 SIGUIO DICIENDO LA MUCHACHA:

–Ha llegado hasta mí la fama, *¡ye* monarca, el afortunado!, de que Nuru-d-Din compró seda con aquellos veinte dinares y se volvió a su casa y le entregó la seda a la esclava y le dijo:

–Haz cinturones con esta seda y enséñame a mí también a hacerlos, que en mi vida he visto oficio más lindo ni más socorrido del que se saque más beneficio, y, por Alá, que es mil veces mejor que la mercaderil profesión.

Échose la joven a reír y le dijo a Nuru-d-Din:

–*¡Ye* mi señor, Nuru-d-Din! Ve a ver a tu amigo el droguero y pídele prestadas treinta dracmas hasta mañana, que se las devolverás, juntamente con las otras cincuenta que antes te prestó, que para todos nos dará la labor.

Levántose Nuru-d-Din y marchó a ver a su amigo, el droguero, y le dijo:

–Tío mío, préstame treinta dracmas y yo te los devolveré mañana, *in scha-l-Lah-taála,* juntamente con las otras cincuenta que te debo de la vez pasada.

Pesóle su amigo el droguero las treinta dracmas y Nuru-d-Din las tomó y se fue derecho al zoco y mercó allí carne y pan y frutas frescas y pasas y velas de cera perfumada, según hiciera la víspera, y con todo ello tornóse a su casa, donde estaba la esclava, que Maryem, la cinturonera, se llamaba.

Tomó Maryem la carne y la aderezó con mucho primor y luego se la sirvió y comieron juntos los dos, y después trájole Maryem de beber y bebieron ambos del vino, mano a mano.

Y luego que el vino empezó a subírsele a la cabeza, Maryem, prendada de la gracia con que Nuru-d-Din se comportaba, improvisó estos versos:

–Escanciónos el vino perfumado
un copero gentil, de linda cara.
–Este vino–le dije– ¿es la cosecha
quizá de tus mejillas sonrojadas?
Y él sonrió y contestando dijo:
–¡Por Alá, cosas dices harto raras!
¿Has visto alguna vez que de las rosas
el mosto se sacara?

Y siguió luego la joven loqueando con su señor y llenándole la copa y otras veces le pedía que se la llenara a ella y le diese de beber de aquello que las almas alegra, y, cuando él alargaba la mano para acariciarla, ella se retraía por pura coquetería. Y dizque con el vino se acrecentaba todavía más su hermosura y su simpatía, hasta el extremo de que, encantado Nuru-d-Din, improvisó estos versos:

–Dijo la bella a su reacio amigo
que por miedo a censura se abstenía:
–¡Echame de beber! Si no lo haces,
no te haré yo esta noche compañía.
Y el joven su temor depuso luego
y de beber sirvióle a su amiguita [39].

Y así continuaron los dos, hasta que Nuru-d-Din acabó por emborracharse y cerró los ojos y se durmió. Y entonces la esclava se levantó y se puso a trabajar en su labor, según su costumbre, hasta que la terminó y la alisó y la envolvió en un trozo de alcartaz, después de lo cual despojóse de sus ropas y se acostó al lado de Nuru-d-Din, y hasta que la mañana amaneció estuvieron los dos durmiendo, mediando entre ellos, antes, los correspondientes escarceos.

Levantóse Nuru-d-Din y despachó sus necesidades y la esclava Maryem le entregó el cinturón que terminara la noche pasada y le dijo:

–Ve al zoco y véndelo en veinte dinares, como ayer vendiste el otro.

Tomó Nuru-d-Din el ceñidor y fuese con él al zoco y lo vendió en veinte dinares, como vendiera el otro, y luego encaminóse a casa de su amigo el droguero y le dio las ochentas dracmas que le emprestara, y, además, le dio las gracias por su generosidad, e invocó sobre él las bendiciones de Alá.

–Hijo mío–preguntóle el droguero–, ¿vendiste, por fin, a la esclava, según pensabas?

–*¡Ye!* ¿Cómo iba a vender–exclamó Nuru-d-Din–el alma de mi cuerpo?

Y acto seguido contóle desde el principio al fin cuanto le había sucedido.

Holgóse mucho el *scheij* de oírlo y luego le dijo:

–¡Por Alá, hijo mío, que celebro que así sea! Pues te deseo toda suerte de bienes por la buena amistad que con tu padre me unió siempre.

[39] Tanto estos versos como los anteriores se omiten en la edición de Bulak y en la versión Mardrus.

Dejó luego Nuru-d-Din al *scheij* y fuese en derechura al zoco y mercó allí carne y fruta y vino y todo lo demás, según su costumbre, y tornóse a su casa, junto a su esclava.

Y de esa guisa vivieron ambos, comiendo y bebiendo, libres de cuidados, por espacio de todo un año, y todas las noches se hacía Maryem un ceñidor que Nuru-d-Din, a la siguiente mañana, vendía en el zoco por veinte dinares y con ellos compraba todo lo necesario y la albaquia se la daba a Maryem a guardar para un caso de necesidad.

Y cumplido que fue el año, díjole un día la esclava a su amo:

–*¡Ye* mi señor Nuru-d-Din: cuando vendas mañana el cinturón, mércate con su importe seda de seis colores, que se me ha ocurrido la idea de hacerte a ti un alizam para que te lo eches sobre los hombros, y quiero que sea tal como ninguno de los hijos de los mercaderes lo pueda llevar ni tampoco los hijos de los reyes.

Fue, pues, al otro día Nuru-d-Din al zoco y vendió el ceñidor y compró con su importe alchaz de seis colores, según la esclava le dijera, y se la llevó a ella. Tomóla Maryem, la cinturonera, y estuvo trabajando en el alizam una semana entera, pues lo iba haciendo a ratos por las noches, poco a poco, después que terminaba su otra labor del cinturón.

Y luego que estuvo terminada la bufanda diósela a su señor Nuru-d-Din, el cual se la echó al hombro y fue con ella al zoco, y los mercaderes y las gente y los principales personajes de la ciudad detenianse al verlo pasar, a fin de admirar su belleza y aquel alizam de labor tan singular.

Mas sucedió después, una noche de las noches, que se despertó Nuru-d-Din de su sueño y vio a su esclava que estaba llorando con gran desconsuelo y recitando estos versos:

–Inminente es ya el día que de mi amado
me habré de separar,
y de solo pensarlo el alma en dos
ya me parte el pesar.
Que a acabarse van ya las dulces noches
que eternas me llegara a imaginar.
Y así tiene que ser, pues no hay remedio
que nos pueda librar
del envidioso, que juró perdernos
y hasta lograrlo no descansará.

Y Nuru-d-Din, al oírla versificar así, díjole a la joven:

–¡*Ye* mi señora Maryem! ¿Qué es lo que te pasa para que derrames esas lágrimas?

Y ella le contestó:

–Lloro porque mi corazón presiente ya las angustias de la separación.

–¡*Ye* reina de las bellas!–exclamó Nuru-d-Din–. ¿Quién podrá interponerse entre los dos cuando yo te quiero a ti más que a ninguna criatura en el mundo y te tengo un amor que no puede ser mayor?

Y ella le replicó:

–Doble de lo que tú me amas te amo yo a ti; pero, pese a todo, no hay que hacerse ilusiones, que luego son causa de decepciones. Como dijo el poeta que dijo:

«¡No te confíes en los dichosos tiempos
y teme los reveses de la suerte,
que entre los astros son los que se eclipsan
solo el sol y la luna refulgentes!
Y el árbol que de fruto se nos muestra
cargado únicamente
es aquel que los chicos apedrean
y dejan al canijo y al estéril.
Y de igual modo el mar, a flor de agua,
saca lo que valor ninguno tiene,
en tanto que la perla codiciada
sumergida en su fondo permanece» [40].

Y luego añadió:

–¡*Ye* mi señor Nuru-d-Din: si verdaderamente temes perderme, ten cuidado con un franco, que es tuerto del ojo derecho [41], y cojo del pie izquierdo y es un *scheij* de fea catadura, con unas barbas que le llegan a la cintura, y has de saber que ese hombre ha de ser la causa de nuestra separación, pues he sabido que llegó a esta ciudad y pienso que me viene a buscar!

–¡*Ye* reina de las bellas!–díjole Nuru-d-Din–. Como yo llegue a echarle la vista encima, lo mato sin remedio y hago con él un escarmiento, para que sirva de ejemplo.

Pero Maryem le dijo:

–¡*Ye* mi señor: no lo mates, ni le hables, ni lo sigas, ni lo mires, ni lo trates, ni te sientes junto a él ni camines a su lado, ni le dirijas una sola palabra, aunque te salga al paso, y pídele a Alá que nos libre a ambos de su maldad y su falsedad!

Amaneció luego la mañana y Nuru-d-Din cogió el cinturón y se fue con él al zoco y se sentó en el poyo de una tienda y se puso a conversar con los hijos de los mercaderes, hasta que hubo de entrarle sueño y se quedó dormido en el poyo de la tienda.

Y hete aquí que, estando Nuru-d-Din allí dormido, acertó el franco a pasar por el zoco, en compañía de otros siete francos y hubo de fijarse en Nuru-d-Din, que dormía sobre el poyo de la tienda, y reparó en el alizam que le cubría la cara y uno de cuyos picos tenía en su mano el dormido.

Sentóse el franco en el poyo de la tienda junto a Nuru-d-Din y asió del pico del alizam y púsose a darle vueltas en su mano y por espacio de una hora lo estuvo contemplando.

Sintió entre tanto Nuru-d-Din barruntos de su presencia y abrió los ojos y vio allí al franco, al mismo que su esclava le describiera la noche pasada, sentado a su cabecera, y lanzóle un grito muy alto, con intención de espantarlo.

–¿Por qué nos gritas–exclamó el franco–. ¿Por ventura te hemos quitado algo?

[40] Suprimido en la edición de Bulak y en la versión Mardrus.

[41] Insistencia en el tema de los tuertos nefastos.

–¡Por Alá–replicóle Nuru-d-Din–, si algo me hubieras quitado a mí, so maldito, te cogiera y te llevara ante el guali!

–*¡Ye* musulmán!–exclamó el franco–. Por tu fe y tu creencia, te ruego me digas de dónde te vino esta bufanda con que cubres tu cara.

–Esta bufanda–díjole Nuru-d-Din– me la hizo mi madre a mí.

–¿Y no querrías vendérmela a mí? –preguntóle el franco a Nuru-d-Din.

–*¡Ye* maldito–replicó Nuru-d-Din–. Esta bufanda no te la vendo a ti ni a nadie, pues me la hizo para mí mi madre y la marcó con mi nombre, para más señales.

–Véndemela–insistió el franco–y te daré por ella novecientos dinares en el acto.

–¡Por la victoria de Alá sobre mí–exclamó Nuru-d-Din–que, por más que insistas, nada has de conseguir!

Pero al oír aquello díjole un mercader que se hallaba presente:

–Has de saber, hijo mío, que ese alizam no vale, a mucho tirar, más de cien dinares; eso, suponiendo que salga un caprichoso y te los pague, y este franco te ofrece por él novecientos dinares; ¿qué más atijara que esa quieres sacarte? Yo por mí te aconsejo que le vendas al franco el alizam y cojas los novecientos dinares y le digas a quien te lo hizo que te haga otro mejor todavía y le saques los novecientos dinares a este franco maldito de la verdadera fe enemigo.

Avergonzóse al cabo Nuru-d-Din de los mercaderes y consintió en venderle la bufanda al franco, el cual se la pagó en el acto.

Dispúsose en seguida Nuru-d-Din a tornarse a su casa para contarle lo ocurrido a la esclava y enterarla del asunto del franco; pero este exclamó entonces, dirigiéndose a los mercaderes:

–*¡Ye* aljama de mercaderes: detened a Nuru-d-Din, pues tanto él como todos vosotros sois esta noche mis huéspedes; que tengo en casa un barril de vino rumí, de lo más añejo que se puede pedir, y, además, corderos cebones y frutas frescas y pasas y moscadas; así que esta noche sois mis invitados y os ruego que acudáis sin retraso!

Al oír aquello los mercaderes dijéronle a Nuru-d-Din:

–*¡Ye* nuestro señor Nuru-d-Din, en verdad quisiéramos que vinieses esta noche con nosotros para pasar la velada en ameno coloquio! Así que esperamos de tu bondad y tu generosidad que no nos niegues ese favor, ya que estamos invitados por ese franco, que es hombre rumboso y largo.

Y para hacerle más fuerza, conjuráronle por el triple divorcio, y, aunque mal de su grado, le obligaron a desistir de su intención de volver a su casa sin dilación.

Diéronse luego prisa los mercaderes a cerrar sus tiendas y, tomando consigo a Nuru-d-Din, fuéronse con el franco a su morada, que era buena y holgada, con varias salas.

Hízolos sentar el franco y puso entre sus manos una mesa de labor exótica, de forma maravillosa, en la que campeaban las imágenes de un alicban y su presa y de un amante y su amada y un mendigo y su acorredor compasivo.

Puso luego el franco sobre aquella mesa fuentes y fruteros de china y de cristal, de rara calidad, y los llenó de frutas frescas y pasas y hierbas de fragancia.

Y, después de eso, el franco hizo traer un barril de vino rumí, del más rancio y añejo, y mandó sacrificar un cordero cebón. Y encendiendo él mismo la lumbre, púsose a asar la carne del cordero y a servirles de comer a los mercaderes y a escanciarles de beber de aquel vino y les hizo una seña, indicándoles que hiciesen beber también a Nuru-d-Din, cosa que hicieron

ellos, dándole de beber al joven, hasta que la embriaguez lo venció y lo trastornó. Luego que el franco vio a Nuru-d-Din anegado en la embriaguez, le dijo así:

–Esta noche eres nuestro huésped, mi señor Nuru-d-Din, así que te deseo toda suerte de bienes y te complaceré en todo cuanto quisieres.

Siguió el franco a este tenor halagando a Nuru-d-Din y se sentó a su lado, y por espacio de una hora de tiempo estuvo con él departiendo.

Y, finalmente, le dijo con aire distraído:

–¡*Ye* mi señor Nuru-d-Din! ¿Por qué no me vendes esa esclava que compraste en presencia de estos mercaderes, hace ya un año, en novecientos dinares, y por la que yo te daría ahora cinco mil, sin regatearte?

Negóse a vendérsela Nuru-d-Din y el franco continuó sirviéndole de comer y de beber y tentándole la codicia con sus ofertas insinuantes y llegó a ofrecerle por la esclava diez mil dinares.

Hasta que, al cabo, Nuru-d-Din, que ya estaba borracho, concluyó por decirle, delante de los demás comensales:

–Bueno; te la vendo. Vengan acá los diez mil dinares de su precio.

Holgóse muchísimo el franco al oírlo y tomó a los demás mercaderes por testigos de lo que el joven había dicho. Después de lo cual siguieron comiendo y bebiendo y así estuvieron toda la noche, sin parar, hasta que la mañana empezó a clarear.

Gritóle entonces el franco a uno de sus criados, diciendo:

–Tráeme acá el dinero y contadle a Nuru-d-Din los diez mil dinares que le debo.

Y luego que los tuvo en su mano dióselos a Nuru-d-Din, diciendo:

–¡Toma, mi señor Nuru-d-Din, el precio de tu esclava que esta noche me vendiste delante de estos mercaderes muslimes!

–¡*Ye* maldito–exclamó Nuru-d-Din–; yo no te he vendido nada y eso que dices es mentira, que yo no tengo ninguna esclava!

A lo que el franco respondió:

–Tú me vendiste tu esclava y estos mercaderes, aquí presentes, son testigos de la verdad de lo que digo.

Y los mercaderes, a coro, asintieron, diciendo:

–¡*Ye* Nuru-d-Din, lo que dice este franco es la pura verdad; le vendiste tu esclava delante de nosotros, y, si es preciso, daremos testimonio de cómo se la vendiste en diez mil dinares; así que no discutas más y toma ese dinero que te da y entrégale la esclava, sin chistar, que ya Alá te dará otra mejor en su lugar! ¿Acaso no estás contento con vender en diez mil dinares a una esclava que tú en mil compraste y que has tenido ya año y medio en tu poder, gozando de su belleza y sus encantos y deleitándote todas las noches con ella, bebiendo, charlando y copulando y en cuya venta vas a ganar ahora nueve mil dinares, a más del precio en que la compraste? ¿Cómo, pues, te niegas a venderla y despreciar la ganancia que se te entra por las puertas? ¿Qué lucro mayor ni qué mayor provecho podrías ambicionar? Aun suponiendo que mucho la quisieras, ya en año y medio has tenido tiempo para hartarte de ella. Toma, pues, ese dinero y cómprate otra mejor que ella o cásate con una de nuestras mocitas, cuyo dote no llegará ni a la mitad de lo que por esa esclava te dan y que será más guapa todavía, y podrás guardarte la albaquia de esa cantidad y disponer de él como de tu capital.

Siguieron a este tenor los mercaderes lisonjeando a Nuru-d-Din y engatusándole con palabras melosas y capciosas, hasta que al fin consintió en tomar el dinero que el franco le daba en pago de la esclava.

Y no bien húbolo hecho Nuru-d-Din

mandó el franco venir al juez y a los testigos, y aquel, acto seguido, extendió a su nombre la escritura de venta de la esclava.

Y esto es, por ahora, todo lo referente a esta historia.

Cuanto a Maryem, la cinturonera, pasóse todo aquel día aguardando en su casa a que su señor volviera, y se puso el sol y medió la noche sin que entrar lo viera. Alarmóse entonces Maryem y rompió a llorar con gran dolor, tanto que el *scheij,* el droguero, la oyó y envió a su mujer para que indagara qué era lo que le pasaba.

Fue allá la mujer del droguero y la encontró llorando y le preguntó:

–¡*Ye* mi señora! ¿Por qué lloras?

–Madre mía–díjole Maryem–. Todo el día me he pasado esperando el regreso de mi señor Nuru-d-Din y esta es la hora en que no lo he visto venir y temo no sea que alguno le haya armado una treta para hacerle que me venda y haya caído en la trampa y me haya vendido.

Pero al llegar aquí sorprendió a Schahrasad la mañana y atajó el flujo de sus fluyentes palabras.

Y LA NOCHE 485 SIGUIO DICIENDO LA MUCHACHA:

–Ha llegado hasta mis oídos, ¡*ye* monarca, el afortunado!, que Maryem, la cinturonera, le dijo a la mujer del droguero:

–Temo que alguno le haya armado una treta a mi señor Nuru-d-Din para que me vendiera a él y lo haya logrado convencer.

–¡*Ye* mi señora Maryem!–respondióle la mujer del droguero–. Si le dieran a tu señor Nuru-d-Din tanto oro como pesa esta casa no se avendría a venderte, que harto sé el amor que te tiene.

Lo que sí pudiera ocurrir es que se hubiere encontrado con gente de Mizr, enviada de sus padres, y los hubiese obsequiado en el *jan* en que paran por vergüenza de traerlos a esta casa, que no es lo bastante holgada o porque no los considere dignos de tal honor, o, en fin, porque no quiera que se enteren de lo que hay entre vosotros dos. Y se habrá quedado a pasar la noche con ellos hasta la mañana, y, luego que amanezca, los dejará y tornará acá, *in scha-l-Lah-taála,* y lo verás entrar sano y salvo, con toda felicidad.

Así que ahuyenta de tu alma toda inquietud y toda pena, que esa sin duda será la causa de su ausencia, y yo me estaré aquí esta noche contigo, hasta que él venga, haciéndote compañía y entreteniéndote para que las horas de la espera se te hagan más ligeras.

Y la mujer del droguero quedóse allí con Maryem y trató de distraerla y entretenerla con su conversación, para hacerle la noche más ligera.

Pero luego que la mañana amaneció vio Maryem a su señor que venía calle arriba, seguido del franco, en medio de un grupo de mercaderes, y, al verlo, en seguida empezaron a temblarle los miembros todos de su cuerpo y cambió de color y se tambaleó, lo mismo que un barco, combatido del viento, en medio del océano.

Y la mujer del droguero, al ver su azoramiento, le dijo:

–¡*Ye* mi señora Maryem! ¿Qué es lo que tienes que te has puesto pálida y con la cara desencajada?

Y Maryem le contestó, diciendo:

–¡*Ye* mi señora! Es que me da el corazón barruntos de separación.

Y acto seguido empezó a lamentarse y sollozar y recitó estos versos:

–¡Por Alá, no te vayas, amor mío!
¿No sabes el dolor
que a un corazón amante sufrir hace
la cruel separación?
El sol mismo, al ponerse y despedirse
del día, pierde el fulgor
y de nuevo en la aurora lo recobra
por la alegría de la gustosa unión.
Pues lo mismo que al sol le pasa a este
mi pobre corazón [42].

Rompió luego a llorar Maryem y, dirigiéndose a la mujer del droguero, la interpeló, diciendo:

–¡*Ye* mi señora! ¿No te decía yo que mi señor Nuru-d-Din habría sido víctima de un ardid y me habría vendido a mí? Pues ya no hay duda de que así es y que esta noche me vendió a ese franco que ahí ves, y eso que se lo advertí y lo puse en guardia contra él. Y es que de nada sirve estar apercibido contra lo que dispone el sino; pero ya ves cómo el corazón me decía a mí lo que ha sucedido.

Estando Maryem y la mujer del droguero en estos razonamientos entró en la habitación Nuru-d-Din, y su esclava lo miró y advirtió que había mudado de color y que todos sus miembros le temblaban y que al rostro le asomaban señales de dolor y de contrición, y volviéndose a él, le interpeló:

–¡*Ye* mi señor, Nuru-d-Din! ¿Conque me vendiste al fin?

Echóse Nuru-d-Din a llorar y a suspirar y sollozar, y, en medio de sus lamentos, recitó estos versos:

–Cuando el sino perdernos ha jurado,
nos deja lo primero ciegos, sordos
y tontos de remate, tan privados
de inteligencia, como si el cerebro
mondo y seco hubiérase quedado,
y entonces cometemos mil locuras,
hasta que luego, al cabo,
cuando ya pasó todo y no hay remedio,
el juicio de nuevo recobramos.

[42] Suprimido en la edición de Bulak y en la versión Mardrus.

Disculpóse luego Nuru-d-Din con su esclava diciendo:

–¡Por Alá, mi señora Maryem, que la caña corre por donde Alá le manda! Esa gente me engatusó para que te vendiera y yo caí en la red y te vendí. No hay duda que pequé gravemente contra ti; pero confiemos, sin embargo, en que Aquel que nuestra separación decretó querrá luego disponer nuestra unión.

A lo que ella le respondió:

–No me coge de sorpresa, que ya te había anunciado mis temores y te había puesto en guardia contra ese hombre.

Estrechó luego Maryem contra su pecho a su señor Nuru-d-Din, y le besó entre los ojos y recitó estos versos:

–¡Por tu amor juro que nunca
te he de olvidar, amor mío,
aunque me mate la pena
que sufro por tu desvío!
Noche y día, cual la tórtola,
yo por ti lloro sin tino,
y por tu culpa mi cuerpo
se va quedando canijo.
Pero en tanto que yo aliente,
tu amor no daré al olvido.

Llegóse en aquel momento a ellos el franco y, acercándose a Maryem, besóle las manos; pero la joven lo repelió, dándole una palmada en un carrillo, y le dijo:

–¡Quita de ahí, so maldito! ¡Detrás de mí has venido sin cesar, hasta que al fin lograste que mi señor te me vendiese! ¡Pero, *incha-l-Lah*, todo al fin se ha de arreglar!

Rompió el franco a reír al oírle esas palabras y se maravilló de su gesto y se disculpó con ella diciendo:

–¡*Ye* mi señora Maryem! ¿En qué te pude ofender? Tu señor Nuru-d-Din te me vendió espontáneamente y porque quiso, sin que nadie a ello le obligase. Por la fe del Messij que, de haberte amado, no te me habría vendido a mí.

Y pues lo hizo así, es señal de que ya estaba harto de ti, como dijo un poeta en caso parecido:

«Cuando de alguno me canso
le doy boleta en seguida,
que el mundo es bastante ancho
para que con él conviva» [43].

Ahora bien: llegado es el momento de decir que aquella joven era la hija del rey de Ifrancha, que tiene su corte en una amplia y espaciosa ciudad, [44] la cual abunda en manufacturas y curiosidades y primores y en árboles y flores y demás y es muy parecida a la ciudad de Kostantiniya. Y la causa de que anduviera lejos de la corte de su padre era, en verdad, peregrina, y viene a ser una historia maravillosa, que vamos a exponer con el debido orden, para solaz de los que nos oyen.

Criárase la princesa Maryem con su padre y su madre, con mucho regalo y mimo, y aprendió Retórica y Poética, y letras y cuentas, y equitación y esgrima, y toda suerte de disciplinas, hasta el punto de descollar y sobresalir entre todas las doncellas de su tiempo, pues sabía además coser y bordar e hilar y hacer cinturones de seda y cordones y dorar la plata y platear el oro, y era, finalmente, de tal hermosura, que como ella no había en su época ninguna, y era una perla sin par y una gema sin igual.

Prentendíanla por todo ello, los reyes de las islas de su padre, el cual a todos les negaba la mano de su hija por el gran amor que le tenía, y que era tal que no podía estar separado de ella ni una hora siquiera, que no tenía tampoco más hija que aquella, aunque sí tuviera muchos hijos varones, solo que más que a todos ellos amábala a ella.

Y sucedió una vez que la joven adoleció de grave enfermedad y estuvo a las puertas de la muerte, que dudaban de que se pudiera salvar.

Y estando la joven en ese trance hizo voto de ir a visitar, si convalecía de su mal, el monasterio el fulano, que está en la isla la fulana y goza entre ellos de gran fama, siendo frecuente que hagan esos votos de visitarlo en peregrinación y lo invoquen como lugar de bendición.

Convaleció Maryem de su dolencia y se dispuso a cumplir el voto que hiciera de ir en romería a aquel monasterio, y su padre, el rey de Ifrancha, la dejó ir allá en una nave pequeña, en compañía de varias de las hijas de los próceres y patricios de su corte, para que la sirvieran y atendieran.

Y sucedió que, cuando ya el barco navegaba por las inmediaciones del monasterio, salióle al paso otro barco, flotado por muslimes y paladines de la guerra santa, los cuales hicieron presa de aquella nave y de todo cuanto llevaba a bordo, así patricios como hembras y caudales y joyas y alhajas notables, y fueron y vendieron en la ciudad de Kairauan [45] todo cuanto cogieron.

Vino Maryem a caer en las manos de un hombre persiano, mercader de los mercaderes, el cual era impotente, que no tenía trato con mujeres, ni descubría sus vergüenzas, por lo que respetó a Maryem y la destinó exclusivamente a servirle a él.

Enfermó después gravemente el persiano, hasta el punto de verse a las puertas de la muerte, y estuvo enfermo varios meses, durante los cuales asistióle Maryem con la mayor solicitud y desvelo, hasta que al fin Alá sanóle de su mal.

[43] La versión Mardrus suprime el episodio de la bufanda y la venta de Maryem y refiere de otro modo el encuentro del visir tuerto con la joven.

[44] Carlomagno–anota Burton–tenía su corte en París, pero aquí parece tratarse de algún puerto de Provenza: Marsella, por ejemplo.

[45] Cirene, ciudad del norte de Africa, fundada por Bathus en 630 antes de nuestra era y capital de la Cirenaica.

Tuvo entonces presente el persiano la diligencia, el esmero, el celo y el amor con que Maryem le asistiera cuando estuvo enfermo y quiso recompersarla por todo cuanto en su favor hiciera, y la mandó a llamar y le dijo así:

–Pídeme lo que quieras, Maryem, y está segura de que no te lo negaré.

–¡*Ye* mi señor!–díjole ella–. Solo te pido que no me vendas sino a quien yo quiera y de mi agrado sea.

–Concedido–respondióle el persiano–. A quien tú quieras, y desde ahora dejo en tu mano el asunto de tu venta.

Alegróse grandemente con ello Maryem y el persa entonces le propuso que abrazara el Islam, y así lo hizo ella, instruyéndola él en todo lo referente a la fe, de suerte que vino a quedar bien impuesta en todos los puntos de la doctrina y enterada de cuanto hacer le cumpliera y se aprendió de memoria el *Corán* y todo lo necesario de la ciencia de los alfaquíes y de los hadices del Profeta.

Y esa que decimos fue la causa de que Maryem se extrañara de su tierra.

Cuanto a su padre, el rey de Ifrancha, luego que supo la suerte que corriera su hija y los que iban con ella, parecióle cual si fuera llegado el día del Juicio y mandó en su busca barcos con patricios y caballeros e infantes y hombres barraganes; pero no pudieron descubrir rastro alguno de la princesa y su séquito, por más que indagaron por todas las islas de los muslimes con el mayor celo, por lo que hubieron de tornarse a la corte de su rey, poseídos de gran tristeza y abatimiento y desconsuelo y clamando:

–¡*Ye* dolor!, ¡*ye* ruina! ¡*Ye* aciago día!

Pero al llegar aquí sorprendió a Schahrasad la aurora y cortó el hilo de sus palabras seductoras.

Y LA NOCHE 486 REANUDO SU RELATO EN ESTA FORMA:

–Ha llegado a mi noticia, ¡*ye* monarca, el afortunado!, que el rey, su padre, envió en busca de Maryem varios barcos, con caballeros esforzados, pero no pudieron descubrir el menor rastro de la princesa y sus acompañantes, a pesar de que los buscaron por todas las islas de los musulmanes; de suerte que tuvieron que tornarse, con las manos vacías, a la corte del rey su padre.

Apenóse el rey muchísimo y despachó en busca de su hija a aquel tuerto del ojo derecho y cojo del pie izquierdo, que era uno de sus principales visires y era un fiero tirano y un temible diablo, [46] ducho en toda suerte de engaños y artificios, y le mandó que buscara a su hija sin descansar por todas las tierras del Islam y la rescatase, a cualquier precio, aunque tuviera que dar por ella un barco entero cargado de oro, que por su hija todo le parecía poco.

Buscóla aquel maldito por todas las islas del mar y por todas las ciudades del Islam; pero en parte alguna pudo hallar el menor indicio de la perdida, hasta que llegó a la ciudad de Iskandriya, donde, al preguntar por ella, logró dar con sus huellas y descubrir que se hallaba en poder de Nuru-d-Din, el de Mizr.

Ocurrió entonces entre ellos lo que ocurrió y el tuerto armóle a Nuru-d-Din aquella añagaza que dijimos

[46] Para sus enemigos.

y que le puso en posesión de la muchacha, luego de haber reparado en aquella bufanda, de labor incomparable, que solo ella podia hacerlas iguales.

Luego que Maryem se vio en su poder, persistió en llorar y lamentarse, visto lo cual díjole el franco:

–¡*Ye* mi señora Maryem! Aparta de ti esa pena y ese llanto y vente conmigo a la ciudad de tu padre y a la corte de tu reino y a la mansión de tu poder y de tu país, donde te rodearán tus servidores y criados y deja esta vileza y esta algarivez de tu tierra y pon fin a mis trabajos y molestias por buscarte, que han durado año y medio de viajar por todas partes, sin contar los dineros que ya nos costaste. Y has de saber que tu padre me ordenó te alfadase [47] a cualquier precio, aunque tuviese que dar por ti un barco entero cargado de oro bueno.

Y después de decir eso el visir de Ifrancha besóle los pies a la muchacha y se humilló ante ella y siguió besándole las manos y los pies, no consiguiendo otra cosa que acrecer su enojo con aquellos extremos de rendimiento y servilismo, hasta que al fin la joven le dijo:

–¡Ojalá, so maldito, no quiera Alá que se te logre tu designio!

Pero en aquel momento presentóse un criado llevando de las riendas una mula enjaezada de arreos muy lujosos guarnecidos de oro, y entre él y el visir ayudaron a Maryem a montar en ella y levantaron sobre su cabeza un palio de seda con columnillas de oro y plata, y los francos echaron a andar en torno a ella, hasta que salieron por la puerta que daba al mar, y la embarcaron en un esquife pequeño, en el que la condujeron a golpe de remo, a bordo del barco grande. Y entonces el visir tuerto le dijo a la chusma marinera:

–¡Izad luego las velas!

Hiciéronlo así los marineros en el mismo momento y largaron las velas y soltaron las flámulas y las banderas y empezaron a bogar y se adentraron en el mar, y Maryem iba con la vista fija en el puerto de Iskandriya y mirándolo estuvo hasta que lo perdió de vista.

Y no dejaba de llorar y gemir por el recuerdo de Nuru-d-Din.

Y, a impulsos del sentimiento recitaba estos versos:

–¡*Ye* mansión de mi amado, que te alejas
y ante mis ojos ávidos te borras,
a medida que el barco en que yo voy
se aleja de la costa!
¿No querrá Alá reunirnos algún día
y calmar mi dolor y mi zozobra?
Solo en El me refugio y a El le pido
que siempre vele sobre tu persona,
¡*ye* amor, ya que te dejo
y cuidarte no puedo desde ahora!

Y después de recitar esos versos no pudo la joven reprimir su llanto y sus sollozos.

Llegáronse a ella los patricios y probaron a consolarla y animarla; pero ella, ensimismada en su dolor y su nostalgia, no atendió lo más mínimo a sus palabras. Y siguió derramando lágrimas y suspirando y sollozando y recitó estos versos elegiacos:

–La lengua del amor en mis entrañas
habla, diciendo así:
–¡Los deleites de amor ya se acabaron
por siempre para ti!
Y al oír yo esas palabras, ya no puedo
mi llanto reprimir,
y, aunque calle mi boca, mi secreto
patente queda al fin [48]

Y así continuó Maryem, la princesa, todo el tiempo que duró la travesía, sin lograr un momento de reposo ni un ápice de paciencia.

Y esto es, por ahora, todo lo referen-

[47] Rescatase.

[48] Suprimido en la edición de Bulak y en la versión Mardrus.

te a su historia y a la del visir el tuerto.

Cuanto a Ali Nuru-d-Din, el de Mizr, luego que la galera se perdió de vista con Maryem, sintió que el mundo se le achicaba ante sus ojos y perdió la paz del alma y la paciencia, y tornóse a la casa en que ambos habían vivido y parecióle negra y tenebrosa, y vio las herramientas con que ella hacía sus cinturones y las ropas que se ponía sobre su cuerpo hermoso, y las estrechó contra su pecho, en tanto corrían de sus ojos las lágrimas y declamaba estos versos:

–Decidme: ¿querrá el cielo que algún día?
con ella me reúna nuevamente?
Lo que fue, ya pasó; pero que, al menos,
pueda yo ver sus ojos refulgentes
una vez tan siquiera, ¡oh maravilla!
¿Cómo puedo vivir, si únicamente
por ella yo vivía, y ahora partido
en dos me siento, lamentablemente?
¡*Ye* llorad, ojos míos, hasta que, al cabo,
lágrimas que verter ya ni una os quede!
¡Que un amor como aquel que yo he perdido,
un duelo así merece! [49].

Rompió luego Nuru-d-Din a llorar con tal dolor que no podía ser mayor, y, pasando alcamiz a todos los rincones del aposento, improvisó estos versos:

–Al ver sus huellas adoradas,
se me derrite el corazón,
y tanto lloro, que mis lágrimas
podrían llegar a su mansión.
Y con fervor a Alá le pido,
pues separarnos decretó,
que un día, otra vez, servido sea
de unirnos a los dos.

Luego de recitar esos versos cerró Nuru-d-Din la puerta de su casa y corrió desalado a la playa y se puso a mirar con fijeza el sitio de donde zarpara el barco llevando a Maryem, y rompió a llorar y gemir y suspirar, y, a impulsos del sentimiento, improvisó estos versos:

–¡*Selam* a ti, que en este mundo eras
mi único tesoro, y que, al marcharte,
pobre me dejas con tu ausencia!
Mas cosa extraña, que perplejo
fluctúa mi triste ánimo,
entre dos encontrados sentimientos.
Mi fantasía fíngete presente
y el corazón en tanto por ti lampa,
lo mismo que el sediento por la fuente.
Contigo está mi vida y tu recuerdo
más que la miel es dulce para mí;
tu imagen viva está en mi pensamiento.
No acertaría a decirte mi dolor
cuando, contigo a bordo, aquella nave
en el mar finalmente se perdió.

Prorrumpió luego Nuru-d-Din en llantos y suspiros y lamentos y gemidos y empezó a lanzar gritos de:

–¡*Ye* Maryem! ¿Por ventura solo te vi en sueños y fue pura quimera nuestro encuentro?

Y arreció entonces su pena y tornó a lamentarse y recitó estos versos:

–No puedo más fingir indiferencia,
que el solo amor perdí que yo tenía;
lo único que en el mundo me alegraba
los ojos y la vida.
No es posible que nada me compense
de la dilecta amiga,
ni que yo con placer fije en ninguna
otra beldad la vista.
Triste estará mi corazón en tanto
no vuelvas a mi lado, ¡vida mía!
Y de nuevo me brindes esa copa
de amor que antes solías,
y yo también te ofrezca enajenado
de mi pasión la copa bendecida.
Dondequiera que vayas, yo te ruego
lleves mi imagen en tu compañía,
y si mueres, la pongan a tu lado
bajo la tierra fría.
Y si entonces me llamas, ya verás
cómo también mis huesos, de alegría
y a tu voz jubilosos, te responden:
–¡Aquí estamos y haremos lo que digas!
Si a mí me preguntasen: «¿Qué deseas
que el cielo te conceda?» Yo diría:
–Primero lo que él quiera y luego aquello
que mi amada me pida [50].

[49] Suprimido en la edición de Bulak y en la versión Mardrus.

[50] Suprimido en la edición de Bulak y en la versión Mardrus.

Y estando así Nuru-d-Din llorando y lamentándose y gritando: «¡*Ye* Maryem! ¡*Ye* Maryem!», hete aquí que desembarca allí un anciano y se dirige a él y ve sus lágrimas y le oye recitar estos versos:

–¡*Ye* Maryem de belleza!, muéstrate
a estos ojos que el llanto me derrite,
y verás anegarse sus pupilas
bajo un diluvio al que no resisten.

–Por lo visto hijo mío–díjole aquel *scheij* a Nuru-d-Din–, lloras por esa señorita que ayer se hizo aquí a la mar con aquel franco, ¿verdad?

No bien oyó Nuru-d-Din las palabras del anciano rompió de nuevo a llorar con tal dolor que se desmayó, y una hora de tiempo estuvo sin conocimiento, y, al recobrarlo, echóse a llorar y recitó estos versos:

–¿Volveremos a unirnos algún día
tras esta larga ausencia?
¿Y de nuevo la dicha gustaremos
del amor compartido y la presencia?
Mi dolor es tan grande que la gente
incomprensiva, necia,
de mi pena se burla, y que estoy loco,
murmurando, comenta.
Pero ¿qué saben ellos de estas cosas?
Si ignorantes no fueran,
distracción y solaz no aconsejaran
a quien no puede hallarlos lejos de ella.
Lejos de la beldad esplendorosa
que a la rama del *ban* corrida deja,
y ante la cual el sol, abochornado,
el semblante se vela,
y es tal, en suma, que si, fiel creyente
a Alá yo no temiera,
a ella le tributara las loanzas
que a El se le tributan en la tierra [51].

Y al mirar bien el *scheij* a Nuru-d-Din y ver su belleza y gentileza y buena proporción de todos sus miembros, así como la elocuencia de su lengua y la gracia de toda su persona, condolióse de él su corazón y se apiadó, y era aquel *scheij* el arráez de un barco que se dirigía hacia la ciudad de los francos, llevando a bordo cien mercaderes de los mercaderes musulmanes y buenos creyentes.

Y el *scheij* le dijo a Nuru-d-Din:

–Ten paciencia, hijo mío, que todo se arreglará, y si quiere Alá–*taála* yo te llevaré a donde ella está.

–¿Cuándo zarpa el buque?–preguntóle Nuru-d-Din.

–Dentro de tres días–respondió el *scheij*–nos haremos a la mar, con bien y seguridad.

Luego que oyó Nuru-d-Din aquellas palabras del *scheij* sintió gran alegría y diole las gracias por su bondad e hidalguía.

Y después recordó los antiguos días de amorosa unión con aquella su esclava sin par y derramó ardientes lágrimas y recitó estos versos:

–Decidme: ¿querrá el Todopoderoso
volvernos a reunir?
¿Gozaré nuevamente la delicia
de verla junto a mí?
Y mirándola, el hambre de mis ojos
¿podré saciar al fin?
¿Por qué la unión comprarse no se puede?
Si eso pudiera ser,
yo la compraría, aunque quedase pobre,
sin siquiera un dirhem [52].

Fuese luego derecho al zoco y mercó allí todo lo que había menester para la travesía, de víveres y demás, y, luego que lo hubo hecho, tornóse al lado del *scheij*, que, al verlo, le dijo:

–Pero ¿imaginas acaso, hijo mío, que vas a dar un paseo extramuros de la ciudad, hasta el Amudu-l-Asauari [53] todo lo más? Pues has de saber que entre tú y la meta que persigues hay dos meses de jornada, suponiendo que el viento nos favorezca y que la mar no se embravezca.

[51] Omitido en la edición de Bulak y en la versión Mardrus.

[52] Suprimido en la edición de Bulak y en la versión Mardrus.

[53] Literalmente se trata de la Columna mandada erigir por Diocleciano. Columna de los Palos o Mástiles.



Pidióle luego el *scheij* a Nuru-d-Din unas dracmas y se fue al zoco y compróle al joven todo lo que necesitaba para la travesía, a fin de que nada le faltase, y, entre otras cosas, no olvidó llevarle una tinaja de agua potable.

Permaneció luego Nuru-d-Din en el barco tres día en tanto los marinos terminaban los preparativos para el viaje y los mercaderes sus operaciones comerciales, y al cabo de esos tres días, mandó el *scheij* desplegar las velas y levar anclas y empezó el barco a navegar y fue navegando cincuenta y una singladuras por el mar, hasta que hubo de salirles al paso una partida de buques corsarios [54] y aquellos piratas asaltaron el barco y lo saquearon e hicieron prisioneros a todos sus pasajeros y se los llevaron a la ciudad de Ifrancha y se los presentaron a su monarca.

Era Nuru-d-Din del número de los cautivos y el rey mandó que a todos ellos les encarcelasen y dio la casualidad de que en el momento en que los retiraban de delante del rey para llevarlos a la prisión, arribase al puerto la nave en que venían la reina Maryem, la cinturonera, y el visir, el tuerto.

Luego que la nave atracó al puerto saltó a tierra el visir tuerto y subió a ver al rey y le anunció la feliz llegada de su hija Maryem, la cinturonera, en celebración de lo cual mandó el monarca que pregonasen a golpe de tambor la fausta nueva por toda la ciudad y engalanasen esta con toda solemnidad.

Cabalgó luego el rey con todo su ejército y todos los ministros de su gobierno y próceres de su reino y dirigióse a la marina, para recibir a su hija.

Saltó a tierra Maryem, y su padre, el rey, la abrazó y la saludó y ella, por su parte, saludó también a su padre, el cual la hizo montar en un bridón, para llevarla al alcázar.

Y al llegar allí salió su madre a recibirla y la besó y abrazó y le preguntó por su estado y si seguía doncella como cuando estaba en su tierra o si era ya mujer completa...

A lo que Maryem le contestó, diciendo:

–¡*Ye* madre mía! ¿Cómo después de haber sido vendida en tierras de morería y de haber pasado de mano en mano, de este al otro mercader, podría joven alguna conservarse pura?

Al oírle la madre de Maryem a su hija esas palabras tornósele la luz tinieblas en su cara y fue a repetírselas a su marido, el cual sintió un disgusto vivísimo, y, estimando grave la cosa, fue a consultar el caso con sus ministros y sus patricios, los cuales le dijeron:

–¡*Ye* monarca glorioso! Tu hija se contaminó entre los infieles y solo podrá quedar limpia de mancilla si mandas cortar la cabeza a cien muslimes.

Mandó, pues, el rey que le llevaran a su presencia a los prisioneros que en la cárcel guardaba y en el acto los sacaron de allí y los pusieron entre sus manos y dizque entre ellos figuraba Nuru-d-Din.

Mandó luego el rey que a todos les cortasen el cuello, y el primero con quien eso hicieron fue con el arráez del barco, siguiéndole después los mercaderes, que, uno después de otro, fueron cayendo todos, hasta que no quedó al fin con vida, de los prisioneros, sino Nuru-d-Din.

Cortáronle los verdugos un pico de su traje y le vendaron los ojos y lo arrodillaron sobre el tapiz de la sangre y se dispusieron a decapitarle.

Pero he aquí que, en aquel momento, llegóse al rey una vieja y le dijo:

–Recuerda, mi señor, que hiciste voto de entregar a cada iglesia cinco

[54] Del árabe, *Karzan*.

cautivos de los musulmanes si Alá te hacía la gracia de restituirte a tu hija, con objeto de que ayudasen a los religiosos en sus trabajos, y ahora que ya lograste tener nuevamente contigo a tu hija, la señora Maryem, debes cumplir el voto solemne que hiciste cuando la perdiste.

–¡*Ye* madre mía–respondió el monarca–, por vida del Mesías y de la religión verdadera!, que ya sólo me queda ese cautivo, al que iban a matar ahora mismo. Tómalo, pues, y llévatelo contigo, para que te ayude en el sagrado servicio.

Diole gracias la vieja por su rasgo e invocó sobre él la perduración del poder y la dicha y la eterna vida.

Miró luego la vieja a Nuru-d-Din y vio que era un guapo mozo, gentil y gracioso, con una cara tan bella como la luna cuando refulge plena en su noche catorcena, y, cogiéndole de la mano, llevóselo consigo a su iglesia.

Y ya allí le dijo:

–Mira, hijo mío: quítate esas ropas que llevas y que solo para el servicio del sultán eran buenas.

Hízolo así Nuru-d-Din y la vieja le presentó luego un sayal de parda estameña con una cogulla de lo mismo y una ancha correa.

Vistióse Nuru-d-Din el sayal y cubrióse con la cogulla la cabeza y ciñóse a la cintura la correa, y la vieja le mandó luego que por espacio de siete días sirviese en la iglesia. Y cumplidos que fueron los siete días, llegóse la vieja al cautivo y le dijo:

–Mira, morito: coge tu traje de seda y póntelo y toma estas dracmas y vete por ahí de bureo y no vuelvas por aquí en todo el día, si no quieres poner en peligro tu vida.

–¿Pues qué pasa, mi madre?–preguntóle curioso Nuru-d-Din.

–Has de saber, hijo mío–explicóle la vieja–, que la hija del rey, nuestra señora Maryem, la cinturonera, se dispone a venir ahora a nuestra iglesia con objeto de visitarla y ganar sus indulgencias y hacer una ofrenda en acción de gracias por haber salido con bien de tierra de infieles y cumplir así el voto que hiciera al Mesías si la salvaba de las manos de los mahometanos. Y vendrá acompañada de cuatrocientas doncellas, todas ellas, sin excepción, de hermosura perfecta, figurando entre ellas la hija del visir y las hijas de los emires y los magnates del reino y los ministros del Gobierno. Y están ya al llegar y pudiera ocurrir que se fijaran en ti, y, al descubrir tu presencia en la iglesia, te acometiesen con espadas y te arrebatasen el alma.

Tomó, pues, Nuru-d-Din de manos de la vieja las diez dracmas que esta le ofreciera y, después de vestirse sus antiguas ropas, fuese al zoco de la ciudad y se puso a pasear y a dar vueltas por calles y plazas y callejas, hasta que se enteró bien de sus vericuetos y de sus puertas...

Pero al llegar aquí sorprendió a Schahrasad la aurora y cortó el hilo de sus palabras encantadoras.

Y LA NOCHE 487 REANUDO SU RELATO EN ESTA FORMA:

–Ha llegado a mi noticia, ¡*ye* monarca, el afortunado!, que Nuru-d-Din vistióse sus antiguas ropas y tomó las diez dracmas que le diera la vieja y se dirigió al zoco y se puso a dar vueltas por calles y plazas y callejas, hasta que se enteró bien de todos los rincones de la ciudad y de todas sus puertas.

Tornóse después al monasterio y se

encontró con que Maryem, la cinturonera, la hija del rey de Ifrancha, se adelantaba ya hacia el templo, en compañía de sus cuatrocientas doncellas vírgenes y de pechos turgentes todas ellas y todas resplandecían de hermosura, como otras tantas lunas.

Iban entre ellas la hija del visir el tuerto y las hijas de los emires y de los próceres del reino y los visires, y Maryem entre todas ellas descollaba como la luna entre las estrellas.

No bien posó Nuru-d-Din la vista en la princesa no pudo contenerse y dejó escapar un grito, que le salió de lo más profundo de su corazón, y exclamó:

–¡*Ye* Maryem! ¡*Ye* Maryem!

Luego que oyeron las doncellas aquellas voces que Nuru-d-Din daba clamando «¡*Ye* Maryem! ¡*Ye* Maryem!», lanzáronse al punto sobre él y desnudaron sus aceros, deslumbrantes como relámpagos y se dispusieron a matarlo.

Pero en aquel instante volvióse Maryem a mirarlo y lo examinó con atención y en seguida lo conoció y reteconoció.

Y, dirigiéndose a sus doncellas, les dijo:

–Dejad en paz a ese mozo, que sin duda está loco, que harto claras están las señales de la locura en su rostro.

Al oír Nuru-d-Din aquellas palabras de doña Maryem destocóse la cabeza y torció los ojos y empezó a manotear y patalear y a echar espumarajos por su boca, que se la bañaban toda.

Volvióse entonces doña Maryem a sus doncellas y les dijo:

–¿No os decía yo que este pobre mozo está loco? Cogedlo y llevadlo a mis aposentos y dejadlo allí solo conmigo, para que pueda oír lo que diga, que yo entiendo la lengua de algarabía y lo examinaré y veré si su locura tiene cura.

Cargaron, pues, las doncellas con Nuru-d-Din y lo condujeron a los aposentos de su señora Maryem, y allí lo dejaron y luego se retiraron, y entonces Maryem, encarándose con Nuru-d-Din, le interpeló así:

–¿Por ventura, Nuru-d-Din, viniste aquí por mí y arriesgaste tu alma y te hiciste el loco para lograr tu propósito?

–¡*Ye* mi señora!–contestó Nuru-d-Din–. ¿No conoces los versos del poeta que dicen así?

«Loco me llaman, porque amo,
mas yo les digo: –¿Y qué?
Los locos son los únicos
que gozan de placer.
Pero si cuerdo queréis verme,
traedme a la que adoro,
y veréis cómo al punto mi locura
se me cura de pronto.»

–¡Por Alá, *ye* Nuru-d-Din!–exclamó Maryem–. Que nadie sino tú mismo tiene la culpa de tu desventura, pues yo te puse en guardia y te advertí antes que la desgracia llegara a ocurrir y tú no hiciste caso de mis palabras y seguiste lanzando al precipicio tu alma, pues lo que yo te anuncié no procedía del capítulo de la adivinación por la lectura del semblante ni del capítulo de las revelaciones que en el sueño se nos hacen, sino que era atinente al capítulo de la presencia y la visión, porque yo vi a ese tuerto con mis propios ojos y luego comprendí que solo en busca mía viniera a aquel país.

–¡*Ye* mi señora Maryem!–díjole Nuru-d-Din–. En Alá me refugio contra mi falta de juicio.

Y redoblóse entonces el pesar de Nuru-d-Din y recitó esta *hadits:*

–Perdóname mi yerro, que es de sabios
al torpe sus pecados perdonar;
si son muchos los míos, muchas sean
las muestras que me des de tu bondad.
Quien desea que Alá en la otra vida
se le muestre benéfico y magnánimo
dándole su perdón, en esta debe
perdonar él primero a sus hermanos.

Siguieron luego Nuru-d-Din, el mercader, y la princesa Maryem dirigiéndose mutuamente amorosos reproches, que sería aburrido enumerar, y uno al otro se contaron con toda suerte de pormenores cuanto hasta allí les había pasado y se recitaron versos alusivos a su amor y a la vehemencia de sus deseos y sus anhelos de unión, en tanto las lágrimas les corrían como ríos por sus mejillas, hasta que llegaron a faltarles las fuerzas para decir una palabra y así se estuvieron hasta que el día se alejó y la noche llegó.

Vistióse entonces la princesa un traje verde con hilillos de oro rojo y recamos de aljófar y pedrería, que realzaba su belleza y su íntima gracia y gentileza. Y parecía como dijo el poeta:

«De verde toda vestida
se me apareció mi amada,
que una luna parecía.
–¿Cómo te llamas?–le dije.
Y ella al punto contestóme
con gracia que no es decible:
–Aquella soy que un volcán
enciende en el corazón
de quien la llega a mirar.
La plata virgen soy yo
y el oro, gracias al cual
deja el preso su prisión.
–Pues apiádate de mí,
que por ti sufro y padezco
lo que no puedo decir.
–Compasión sentir no puedo,
que es una roca de duro
mi corazón en el pecho.
–Una roca–yo exclamé–,
ten cuidado: de una roca
brotar agua hizo Moisés» [55].

Luego que la noche oscureció fue *sitt* Maryem a ver a sus doncellas y les dijo:

–¿Cerrasteis, por ventura, la puerta de la cámara?

Y ellas le contestaron:

–Sí que la cerramos.

Cogió entonces doña Maryem a sus doncellas y dirigióse con ellas a un lugar llamado Sede de Maryem, la Virgen, madre de la luz, porque los cristianos pretendían que su divino espíritu y su misterio allí residían.

Pusiéronse las doncellas a impetrar las bendiciones de aquella iglesia y a darle la vuelta, y, luego que acabaron, volvióse a ellas doña Maryem y les dijo:

–Quiero pasar esta noche sola en la capilla, para hacer mis preces, que tanto tiempo estuve privada de hacer en ella, por culpa de mi extrañamiento en tierras de infieles, e impetrar la bendición de la Virgen nuestra Señora; así que vosotras, que ya lo habéis hecho, podéis descansar y entregaros al sueño.

–Está bien, señora nuestra–respondieron ellas–; puedes hacer lo que te parezca.

Apartáronse luego las doncellas y se entregaron al sueño, y Maryem, aprovechándose de ello, levantóse y procedió a buscar a Nuru-d-Din y lo encontró no lejos de allí, sentado en un rincón como sobre ascuas, esperándola.

Y el joven, luego que venir la vio, se levantó y le besó las manos y los pies, y ella se sentó y él sentóse a su lado también.

Quitóse luego ella cuanto de fina tela y alhajas llevaba sobre el cuerpo, y, cogiendo a Nuru-d-Din entre sus brazos, estrechóle contra su pecho. Y ambos empezaron a besarse y apretujarse y decirse piropos, entreverados de exclamaciones de:

–¡*Ye* y qué breves son las noches de la unión y qué largas las de la separación!

Y también recitaban estos versos:

–¡*Ye* noche de la unión
del Tiempo, premio virginal.
¡Lucero de la noche que refulges
con lumbre matinal!
Dime: ¿la alheña eres acaso
de la pupila auroral?

[55] Tanto estos, como los versos anteriores, faltan en la edición de Bulak y en la versión Mardrus.

¿Por qué de partir tan pronto
vienes a darnos la señal?
Y tú, noche de la ausencia,
¿por qué designio fatal,
de esa largura infinita
te quiso el cielo dotar?
¡*Ye* noche en que al separarnos
ya empieza nuestro pesar!
¿Por qué en un círculo te mueves
que no puede nada quebrar
y se diría que ha de envolvernos
hasta el día del Juicio Final? [56].

Pero estando ambos entregados a este intenso placer y creciente alegría he aquí que oyen a uno de los servidores de la Preciosa [57] tocar las matracas encima del tejado, llamando al pueblo a los ritos de su culto. Como dijo el poeta:

«Le vi tocar la matraca
y exclamé: –¡Qué musiquilla!–
y él me respondió con sorna:
–¡Es lo que ella significa,
y no ella, lo que te enoja!»

Y al oír repicar las matracas levantáronse al punto Nuru-d-Din y Maryem, la cinturonera, y esta se vistió sus ropas y se prendió sus alhajas, al ver lo cual entróle una gran pena a Nuru-d-Din y las lágrimas corrieron de sus ojos, y, a impulsos del sentimiento, recitó estos versos:

–Toda la noche me pasé besando
sus mejillas de rosa y de manzana,
en tanto el envidioso, despechado,
a otro lado sus ojos apartaba;
hasta que al cabo vino nuestro gozo
de amor a cortar la matraca odiosa
con la que al muezín suplen los cristianos.
Levantóse ella al punto, y, presurosa,
sus ropas se vistió, cual si temiese
que un meteoro encima nos cayese,
Y gritó acongojada: «¡*Ye* amor mío,
en quien se cifra mi ilusión entera,
levántate, que ya la aurora viene
y en su luz nos anega!

¡*Ye* por lo más sagrado, yo te juro
que si un día yo fuera
emperatriz del mundo, diera orden
terminante y severa
de acabar de una vez con las matracas
de música tan ruda y agorera!» [58]

Apretó luego Maryem a su amado contra su pecho y lo besó en la mejilla y le dijo:

–Oye, Nuru-d-Din: ¿cuánto tiempo llevas ya en nuestra medina?

Y él le contestó:

–Siete días.

–Y dime–tornó a preguntarle Maryem–: ¿paseaste por la ciudad y conoces sus calles y sus entradas y salidas y sus puertas de tierra y las que dan a la marina?

–Sí–le respondió Nuru-d-Din.

Y ella le tornó a decir:

–¿Y conoces el camino del arca donde se guardan las ofrendas que los devotos hacen a esta iglesia?

–Sí que lo conozco–respondió Nuru-d-Din.

–Pues entonces–dijo ella–esta noche, luego que su primer tercio sea pasado, dirígete al arca de las ofrendas y coge de ella lo que quieras y se te apetezca y luego abre la puerta del convento, aquella de paso subterráneo que da al mar, y salte por ella y dirígete a la playa, donde encontrarás un barco pequeño tripulado por diez marineros. Luego que el arráez te viere, te tenderá la mano y tú le darás la tuya y te dejarás conducir por él y él te llevará a bordo del barco, donde aguardarás a que yo vaya a reunirme contigo; pero cuida y retecuida, no sea que el sueño esa noche te venza, y luego, al despertarte, tengas que arrepentirte, cuando ya fuere tarde.

–Despidióse doña Maryem de Nuru-d-Din, acto seguido, y fue y despertó a sus doncellas y fue con ellas hasta

[56] Suprimido en la edición de Bulak y en la versión Mardrus.

[57] La Virgen.

[58] Suprimido en la edición de Bulak y en la versión Mardrus.

la puerta de la iglesia y llamó y le abrió la vieja y salió por ella, y al salir vio a sus servidores y a los patricios que la estaban aguardando, con las riendas de su mula en las manos, y, reverentes, se la presentaron.

Montó Maryem en ella y los patricios la cubrieron con un mosquitero de seda y asieron de las riendas, y las doncellas diéronle escolta a su señora, llevando en las manos los aceros desenvainados, y en esta forma marcharon hasta llegar al palacio de su padre, el rey.

Y esto es, por ahora, todo lo referente a Maryem.

Cuanto a Nuru-d-Din, continuó en la iglesia oculto, tras el velo en que antes se encubrieran él y Maryem hasta que amaneció la mañana y abrieron la puerta del templo y empezaron a acudir los fieles, y entonces se confundió con ellos y fue a buscar a la vieja, que era la madre abadesa de aquel monasterio, y que, al verlo, le dijo:

–¿Dónde pasaste la noche, hijo mío?

–Pues en la ciudad, según me mandaste–respondióle Nuru-d-Din.

–Muy bien hecho, hijo mío–aprobó la vieja–, pues si hubieras pasado la noche en la iglesia te habrían matado de la peor de las muertes.

–¡Loado sea Alá–exclamó Nuru-d-Din–, que del mal de esta noche me quiso salvar!

Tornó luego de eso Nuru-d-Din a hacer sus habituales tareas dentro de la iglesia, hasta que se fue el día y vino la noche con su sombra tupida.

Levantóse luego Nuru-d-Din y abrió el arca de los donativos y tomó de aquellos tesoros lo que valía mucho y pesaba poco.

Aguardó después a que pasara el primer tercio de la noche, y entonces se levantó y echó a andar hacia la puerta que daba al mar, pidiéndole a Alá que le cubriera con su velo, y llegó a la puerta y la abrió y se salió por aquella poterna y siguió adelante hasta llegar a la marina, donde encontró la nave apercibida, en las inmediaciones del monasterio, y vio allí al arráez, que era un *cheij* de edad avanzada, de rostro simpático, con unas barbas muy largas, y estaba allí plantado, en medio de sus diez marineros, aguardando.

Tendióle Nuru-d-Din al *scheij* su mano, según Maryem le previniera, y el *scheij* se la tomó y tiró de él y lo condujo a bordo de la nave, y después gritóles a los tripulantes:

–¡Levad anclas en seguida y zarpemos antes que sea de día!

Pero los marineros, al oír aquello, contestaron diciendo:

–*¡Ye* nuestro señor arráez! ¿Cómo vamos a levar anclas y zarpar si el rey nos previno que mañana vendría y montaría en el barco y exploraría el mar, para ver si está limpio de piratas moros, que por su hija Maryem está muy temeroso?

–¡Guay de vosotros, *ye* malditos! –gritó el arráez–. ¿Os atrevéis a desobedecer mis palabras y replicar a lo que vuestro capitán os manda?

Y así diciendo desenvainó el arráez su acero y cortóle de un tajo el cuello a aquel que hablara primero.

–*¡Ye!* –exclamó entonces otro de los marineros–. ¿Qué crimen cometió nuestro compañero para que le cortases el cuello?

Pero el arráez , sin contestar, tornó a esgrimir su alfanje y le rebanó el cuello de un tajo al que había protestado.

Y así el arráez les fue cortando el cuello, uno tras de otro, a los diez marineros, arrojando a la orilla del mar sus yertos cuerpos.

Volvióse Luego a Nuru-d-Din y le lanzó un grito tan recio que lo asustó. Y le ordenó:

–Anda y baja y suelta las amarras.

Temió Nuru-d-Din que, si no lo ha-

cía, le cortase también el cuello a él, y se levantó y saltó a la playa y soltó las amarras.

Tornóse luego al barco, más rápido que el rayo, y el arráez siguió dándole órdenes y diciéndole:

–Haz esto y aquello y consulta los astros.

Y Nuru-d-Din hacía, sin rechistar, todo lo que el arráez le mandaba, lleno su corazón de susto y de temor.

Zarpó después el barco y se hizo con los dos a la mar agitada y por las olas azotado, y empezó a bogar favorecido por un viento de bonanza.

Iba Nuru-d-Din abstraído en hondos pensamientos y sumergido en un mar de inquietudes, sin saber qué sería lo que el sino le tendría reservado para lo sucesivo, y, siempre que miraba al arráez, el corazón se le encogía y se preguntaba en su interior adónde le llevaría.

Y así continuó, presa de angustia y temor, hasta que se hizo enteramente de día, y, de pronto, al mirar Nuru-d-Din al arráez, vio, sorprendido, cómo este se cogía las barbas y de ellas tiraba y se las arrancaba, y entonces comprendió el joven que aquellas barbas eran postizas y el capitán las llevaba pegadas a la cara.

Fijóse entonces más atentamente Nuru-d-Din en el arráez y luego conoció que el supuesto arráez no era otro que su adorada Maryem, la dueña y señora de su corazón, la cual se diera traza de matar al verdadero capitán y, quitándole las barbas, se las pegó a su propia cara.

Y al cerciorarse de ello, llenóse Nuru-d-Din de alegría y se le dilató el pecho y admiró el valor de su amiga y el temple de su corazón, y exclamó:

–¡Mil parabién, señora mía, corona de todos mis deseos y meta de todos mis anhelos!

Y amor y alegría entráronse en su alma y Nuru-d-Din dio ya todas sus ilusiones por logradas y rompió a cantar y entonó estos versos:

–Decidle por favor, ¡*ye* caminantes!,
a mi amor, si lo veis, que no lo olvido,
y en medio de la noche desvelado
su imagen acaricio.
Decidle que por él, aunque padezco,
voy saliendo de indecibles peligros,
pues su nombre es triaca y panacea
para todos mis males, infalible,
y con él sano todas mis dolencias.
Y dizque el corazón ardientes llamas
sin cesar me calcinan y me queman
y la fiebre de amor mi cuerpo abrasa
y canijo, en los huesos, ya me deja.
Los amigos, al verme, con razón,
se asustan de mi estado y me reprochan
el que así me desangre por mi amor.
¡*Ye* los amigos! ¡Si saber pudieran
qué injustamente justos ellos son!
Pues este amor, que al parecer me mata,
es, sin embargo, el que me da la vida,
que de cierto muriera si no fuese
por la ilusión de verte que me anima.
Y así le pido a Alá, con fervor pleno,
que no aparte de mí lo que padezco,
ni al gozoso tormento ponga fin
¡que muerte me da y vida al mismo tiempo!
Esclavo de tu amor, ¿qué más delicia
que padecer por ti
y esperar la recompensa
que luego ha de venir? [59].

Después que Nuru-d-Din terminó su cantar, maravillóse Maryem de su dulce voz y de su inspiración y diole gracias, diciendo:

–¡Quien es como eres tú debe seguir los caminos de los hombres y no cometer jamás actos de cobardía que lo desdoren!

Y era Maryem de bravo temple y sabía guiar un barco por entre las olas del mar salado y conocía todos los vientos y sus rumbos y todas las corrientes marinas. Y Nuru-d-Din le dijo:

–En verdad te digo, mi señora, que, si hubieras llevado más allá esa broma, de fijo que del susto me muriera, mucho más combatido como estaba por el fuego de mi pasión y las ansias de la separación.

[59] Suprimido en la edición de Bulak y en la versión Mardrus.

Echóse ella a reír al oírlo y se levantó y llevóle en seguida de comer y beber, y ambos comieron y bebieron, mano a mano, y se holgaron y se alegraron. Sacó luego Maryem buena cantidad de rubíes y otras gemas y piedras preciosas y valiosas copas de oro y plata y otras muchas cosas de precio, de peso liviano y de valor pesado, que cogiera la joven de los tesoros de su padre, y mostróselos a Nuru-d-Din, que, al verlas, se alegró lo que no es posible decir.

Siguió a todo esto favoreciéndoles el viento y continuó bogando la nave sin contratiempo, y no paró de bogar hasta que estuvieron ya cerca del puerto de Iskandriya y vieron desde lejos sus señales y el *Amudu-l-Asauari*.

Luego que fondearon en el puerto saltó Nuru-d-Din a tierra y ató el barco a una peña, y, tomando luego alguna de las joyas que consigo trajera su señora Maryem, díjole a esta:

–*¡Ye* mi señora Maryem! Quédate aquí en el barco mientras vuelvo y te llevo a Iskandriya, como es mi deseo.

–Está bien–respondió ella–; pero date prisa, que la lentitud en los asuntos suele ser causa de disgustos [60].

–No tengas cuidado–respondió Nuru-d-Din–, que en seguida me tendrás aquí.

Y esto es, por ahora, todo lo referente a la historia de Nuru-d-Din y su amada Maryem.

Cuanto a su padre, el rey de Ifrancha, luego que amaneció la mañana, echó de menos a su hija Maryem y la buscó y no la halló, por lo que preguntó por ella a sus doncellas, y estas le dijeron:

–*¡Ye* señor nuestro! Doña Maryem salió esta noche pasada y se dirigió a la iglesia y eso es todo lo que sabemos de ella.

Pero en tanto que el rey hablaba con las doncellas y los servidores de la princesa, he aquí que se dejaron oír al pie del alcázar dos recios gritos que hicieron que todo el lugar retemblara.

–¿Qué sucede?–preguntó el rey.

–*¡Ye* soberano ilustre!–contestáronle–. Has de saber cómo en la marina han aparecido los cadáveres de diez hombres asesinados y cómo desapareció la nave del rey y hallamos abierta la puerta de la iglesia que da a la orilla del mar y hemos comprobado que falta el cautivo moro que destinaste a su servicio.

–*¡Ye*–exclamó el rey–, si mi barco ha desaparecido no hay duda que en él mi hija ha huido!

Sorprendió aquí a Schahrasad la mañana y atajó el flujo de sus elocuentes palabras.

PERO LA NOCHE 488 SIGUIO DICIENDO LA MUCHACHA:

–Tengo entendido, *¡ye* monarca, el bienhadado!, que al saber el rey la desaparición de su nave, exclamó de esta manera:

–¡Si mi nave desapareció, sin duda mi hija en ella huyó!

Luego el monarca mandó a llamar al arráez del puerto y le dijo:

–¡Por vida del Mesías y de la fe verdadera, que, si no le das alcance a mi nave y me la traes con los que a bordo vayan, te mandaré matar de la muerte más mala y haré contigo un escarmiento para que sirva de ejemplo!

[60] *Redolet proverbium.*

Retiróse de allí el arráez, todo temblón, y fuese a la iglesia a buscar a la vieja y le dijo:

–¿Oíste, por casualidad, de qué tierra era el cautivo que destinaron al servicio de la iglesia?

–Yo le oí decir a él–respondió la vieja–que era de la ciudad de Iskandriya.

Luego que oyó el arráez las palabras de la vieja corrió al puerto y les gritó a los marineros:

–¡Aparejad la nave y soltad el velamen!

Hiciéronlo así ellos en el acto y empezó a bogar el barco, y bogando fue sin parar, noche y día, hasta dar vista al puerto de Iskandriya, en el preciso instante en que Nuru-d-Din saltaba a tierra, dejando a Maryem, su amada, en la nave en que navegaran.

Venía en el barco del arráez, con los demás francos, el visir tuerto y cojitranco, el que a Nuru-d-Din hiciera víctima de aquel ardid, y al ver aquel barco atado a la orilla del mar, amarraron el suyo lejos de aquel lugar y, desatando luego un esquife más pequeño, bogaron en él hacia la playa, cosa de dos brazadas.

Iban a bordo de aquella galera cien guerreros y entre ellos el visir, el tuerto, que era un malvado empedernido y un schaitán rebelde y precito y un tunante muy listo, de cuyas artimañas no había quien se librase, pues a Mohammedu-l-Battal [61] era comparable.

Fueron, pues, bogando en aquel barco hasta que llegaron a dónde el de Nuru-d-Din y Maryem estaba amarrado y embistieron contra él y lo abordaron y hallaron allí a Maryem sola y la cogieron, juntamente con el barco, y tornaron al suyo, y dieron por terminado el asunto, celebrando que se hubiese logrado sin lucha y sin tener que hacer uso de arma alguna.

Pusieron luego la proa hacia su país y empezaron a navegar y fueron navegando con viento propicio, sin parar, hasta que llegaron a la ciudad de Ifrancha y saltaron a tierra y llevaron a Maryem al lado de su padre otra vez.

Y estaba el rey sentado en el trono de su reino, y, al ver a su hija, la interpeló, diciendo:

–¡Guay de ti, renegada! ¿Cómo pudiste dejar la religión de tus padres y tus abuelos y el baluarte del Mesías en el que la seguridad se cifra, para seguir la ley del Islam, que se alzó con la espada contra la cruz y las imágenes sagradas?

–¡*Ye* padre mío–respondió Maryem–, yo no soy culpada, pues salí de noche para ir a la iglesia a visitar a nuestra señora Maryem y orar ante ella, llena de fe, y, estando así, vinieron unos bandidos sarracenos y me acometieron y me amordazaron y me maniataron y cargaron conmigo y me llevaron a bordo de su barco y en él me condujeron a su país mahometano!

–¡Mientes, insolente–increpóla su padre–, y por vida del Mesías y por lo que los Evangelios ordenan y vedan, que he de matarte de la peor de las muertes imaginables!

Y acto seguido mandó el rey que le diesen muerte y la crucificasen en la puerta misma de su alcázar, para que sirviera de enseñanza. Pero cuando ya los verdugos se disponían a cumplir la orden del soberano adelantóse hacia el trono el visir tuerto y cojitranco, que tiempo hacía ardía en amor a Maryem en secreto, y, después de besar la tierra entre las manos del rey, le dijo·

–¡*Ye* rey del tiempo, permítele a tu esclavo expresar un ruego!

Y el rey le respondió diciendo:

–¡Habla, *ye* mi fiel visir, columna y puntal de toda la cristiandad!

[61] Mohammed el inútil, nombre de un famoso pícaro.

Y el visir, entonces, dijo:

–Has de saber, *¡ye* rey del siglo!, que hace ya mucho tiempo que mi corazón arde en fuego de pasión por tu hija, la princesa. Y así vengo a pedirte que le perdones la vida y, en vez de darle muerte, la cases conmigo, en premio a mis muchos y leales servicios. Y puesto que no tengo nada de guapo, lo reconozco y lo confieso, su casamiento conmigo será para ella sobrado castigo. Aparte lo cual yo la he de vigilar con toda vigilancia y no entraré a ella hasta que le haya labrado un alcázar de piedra berroqueña y tan alto que ningún pirata pueda abordarlo, y luego que esté terminado, mataré ante su puerta treinta musulmanes y se los ofreceré en sacrificio al Mesías en su nombre y en el mío.

Echóse el rey a reír al oír aquellas palabras del viejo visir y le dijo:

–No hay incoveniente en acceder a lo que pretendes; pero dime, desdichado, ¿qué piensas hacer con ese tizón salido de los fuegos del infierno? ¡Por el Mesías, que yo en tu lugar me metería los dedos en la boca y lo pensaría por espacio de una hora!

Pero el visir le replicó, diciendo:

–Por el Mesías, que ya lo pensé todo antes de hablar y no me hago ilusiones sobre el particular. Pero tales precauciones pienso tomar que será muy difícil que mi esposa me pueda engañar.

Tornó el rey a reír con tales ganas que en su trono se tambaleó, y, dirigiéndose al viejo visir, exclamó:

–*¡Ye* padre renqueante: desde ahora veo ya en tu frente dos colmillos de elefante! Y te prevengo que, como dejes escapar a mi hija o des lugar a que cometa otra nueva locura, deshonrosa para nuestro nombre, haré que tu cabeza salte de tus hombros. Solo con esta condición accedo a darte mi hija en matrimonio.

Aceptó el viejo visir la condición que el rey le imponía y le besó los pies, en señal de que se lo agradecía.

Fueles luego notificada la boda del viejo visir y la princesa a todos los curas, frailes y patricios y a todos los palaciegos y cortesanos. Y se celebró la boda con grandes festejos en palacio. Y el viejo visir pasó seguidamente a la alcoba donde le aguardaba su joven esposa. ¡Ojalá y Alá impida que la fealdad se roce con el esplendor de la belleza! ¡Y que este cochino viejo, antes de mancillarla, perezca!

Y esto es, por ahora, lo referente a esta parte de la historia.

Cuanto a Nuru-d-Din, luego que se apartó de al lado de su amada Maryem fuese derecho a ver a aquel droguero, amigo de su padre, y pidióle prestados a su esposa un ceñidor y un velo y un traje de mujer como los que usaban las señoras de Iskandriya, y un par de babuchas, y la mujer del droguero dióselo todo, y Nuru-d-Din cargó con ello y corrió a la playa, en busca de su adorada; pero al llegar allí encontróse con el aire vacío y el lugar baldío, y, al ver aquello, diole un algafacan el corazón y estos versos recitó:

> –Vino a visitarme en sueños
> mi amada, y yo la abracé;
> pero al despertarme luego,
> vacío el aire encontré.

Púsose luego Nuru-d-Din a dar valsones por la playa, a derecha e izquierda, en tanto la marina se llenaba de gente, y el joven oyó que decían:

–Pero ¿hasta cuándo, *¡ye* creyentes de Iskandriya!, hemos de sufrir que los piratas francos vengan y cojan a quien quieran y luego se vuelvan a su país tan frescos, sin que les vayan a los alcances ningún musulmán ni ninguno de esos combatientes que hacen la guerra santa a los infieles?

Acercóse Nuru-d-Din al corro y preguntó:

–¿Qué es lo que ha pasado?

Y ellos le contestaron:

–Has de saber, hijo mío, que hace un momento entraron en el puerto unos piratas francos y atacaron un barco que estaba aquí fondeado y cargaron con él y con quien había a bordo y se tornaron a su tierra, sin que nadie se los opusiera ni los persiguiera.

Al oír Nuru-d-Din esas palabras sintió tal emoción que se desmayó.

Luego que tornó en sí, preguntáronle por su historia y él se lo contó todo, desde el principio al fin, y ellos, al oírla, arremetieron a una contra Nuru-d-Din y empezaron a insultarle y pegarle, increpándole:

–Y siendo así, ¿cómo vienes aquí con solo esos velos y esos femeniles arreos?

Y así, a este tenor, decíanle todos a Neru-d-Din alguna palabra de baldón.

Pero así las cosas, hete aquí que se presenta allí el *scheij*, el droguero, el amigo del padre de Nuru-d-Din, el cual se llegó al corro, con objeto de anterarse de lo sucedido, y vio a Nuru-d-Din que yacía en tierra, sin sentido.

Y sentóse en el suelo junto a él y lo asistió hasta que se recobró, y, luego que en sí volvió, le preguntó:

–¡*Ye* hijo mío! ¿Qué es lo que te ha sucedido?

–¡*Ye* tío mío!–respondió el joven–. Has de saber que logré hallar a aquella esclava que me quitaron y me la traje de la ciudad de su padre, embarcada, y logré traerla aquí a costa de fatigas y trabajos, y, al fondear en este puerto, amarré el barco a la playa y dejé en él a la muchacha y fui a tu casa y pedí prestadas a tu mujer unas prendas de vestir para que la joven se las pusiera y pudiera entrar en la ciudad sin llamar la atención ni chocar. Pero al volver allá me encontré con que, en el entretanto, vinieron los francos y se apoderaron del barco y raptaron a la muchacha y se tornaron a su país.

Luego que hubo oído el *scheij* las palabras de Nuru-d-Din, la luz de su rostro cambióse en sombra y el corazón se le llenó de pena y zozobra, por lo que a su amigo le había acontecido.

–¿Por qué, hijo mío, no la sacaste del barco y entraste con ella en la ciudad, en vez de dejarla ahí sola, aunque no hubiera llevado velo ni toca? Pero ahora las palabras ya no sirven de nada. Levántate, pues, y vente conmigo a la ciudad, que quién sabe si Alá te dará, en vez de esa, otra esclava que valga más.

–¡Por Alá, tío mío–exclamó Nuru-d-Din–, nunca podré consolarme de su pérdida ni dejar de buscarla, aunque por ello tenga que apurar el cáliz de la fatalidad!

–¡*Ye* hijo mío!–díjole el droguero–. ¿Qué es lo que revuelves en tu pensamiento y qué es lo que piensas hacer para lograr tu objeto?

–Tengo decidido–respondió Nuru-d-Din–tornar a tierras de Ar-Rum y entrar en la ciudad de Ifrancha y arriesgar mi vida y recobrarla a ella o perder mi alma.

–¡*Ye* hijo mío!–díjole el droguero–. Ten presente y no olvides lo que el proverbio dice: «Tanto va el cántaro a la fuente...»

–¡*Ye* tío mío–respondió Nuru-d-Din–, déjame que marche allá y muera por su amor de una vez y acaben mis penas, en lugar de consumirme lentamente, si renuncio a ella!

Y sucedió, por obra del sino, que en aquel momento había en el puerto un buque aparejado para hacerse a la mar y cuyos tripulantes, terminadas ya todas sus faenas, levaron las anclas y desplegaron las velas.

Montó en él Nuru-d-Din sin pararse a pensarlo más y en el acto hízose el buque a la mar y fue navegando por espacio de varios días, con viento favorable y mar tranquila; pero, al cabo de esas singladuras, hubo de tropezarse

con otro barco de los barcos corsarios de los francos, que andaban recorriendo el mar proceloso, y no topaban con una embarcación que no la abordaran e hicieran cautivos a quienes la ocupaban; todo eso por temor a que los piratas musulmanes raptasen a la hija de su monarca.

Y a todos los cautivos que aquellos corsarios hacían los llevaban a presencia del rey de Ifrancha, el cual daba orden de que los sacrificaran en cumplimiento del voto que hiciera con motivo del rapto de su hija Maryem, la princesa.

Divisaron, pues, los piratas aquel barco en que iba Nuru-d-Din y embistieron contra él y lo apresaron e hicieron prisioneros a todos los que a bordo llevaba y los condujeron a presencia del rey del Ifrancha, el padre de Maryem, y, al pasarles este revista, comprobó que eran cien.

Mandó en seguida el rey que dieran muerte a todos ellos, entre los cuales iba Nuru-d-Din, y así lo hicieron sus servidores, matándolos a todos, uno después de otro, hasta que al fin no quedó allí con vida sino Nuru-d-Din, pues los verdugos dejáronle para el último, compadecidos de sus pocos años y de su gentileza y su garbo.

Mirólo el rey con atención y al punto lo reconoció sin ninguna vacilación, y le dijo:

–¿No eres tú Nuru-d-Din, ese que ya estuvo antes de ahora aquí?

–*¡Ye mulai*–respondió Nuru-d-Din–, yo me llamo Ibrahim!

–Está bien–díjole el rey–. Cuando venga la vieja abadesa del convento y te vea sabremos de cierto si eres Nuru-d-Din o Ibrahim.

Pero estando en estos coloquios he aquí que llega el visir tuerto, aquel que casara con la hija del rey, y, después de besar la tierra entre sus manos, díjole al soberano:

–*¡Ye* glorioso monarca! Has de saber cómo ya terminó la edificación del alcázar y recordarás que hice voto al Mesías de sacrificar, cuando terminasen las obras, treinta musulmanes delante de su puerta, y aquí vengo por ellos, para que me los des y pueda yo cumplir, como es debido, ese voto que digo.

–¡Por vida del Mesías y de la única fe legítima–exclamó el rey–, que ya di muerte a todos y solo me queda este mozo!–y señaló a Nuru-d-Din–. ¡Cógelo y mátalo, *ye* mi visir!

Cogió el visir tuerto en el acto a Nuru-d-Din y se lo llevó consigo para inmolarlo en el umbral de la puerta de su palacio.

Pero los pintores, al verlo, le dijeron:

–*¡Ye mulana!* Nos queda todavía trabajo para un par de días; ten un poco de paciencia y aplaza la ejecución de ese cautivo, que quién sabe si entre tanto podrás reunir los otros que te faltan hasta completar el número de treinta y sacrificarlos a todos de una vez, delante de la puerta.

Accedió a la proposición el visir y mandó que en el entretanto metiesen en la cárcel a Nuru-d-Din. Y así lo hicieron sus servidores, los cuales cargaron de hierros al joven y lo tuvieron ambriento y sediento de tal suerte que el cuitado vio la cara de la muerte.

Pero sucedió, por disposición del sino irrevocable, que tenía el rey de Ifrancha dos alazanes gemelos, de los cuales el uno se llamaba *Sábik* [62] y el otro *Lájik* [63]. Y eran tales como ningún rey nunca los tuvo iguales, y era el uno blanco como la plata y negro el otro como la noche negra.

Y hubo uno de ellos de adolecer de los ojos y mandó el rey llamar a todos los albéitares [64] del reino a ver si curaban a su caballo enfermo, y acudieron

[62] El que antecede.
[63] El que alcanza.
[64] La misma palabra árabe, *Al-Beitar*.

todos y lo vieron, pero no logró sanarlo ninguno de ellos.

Entró en esto a ver al rey el visir tuerto, el que casara con su hija, y lo halló muy apenado por causa de la dolencia de su caballo y trató de consolarlo y le dijo:

–¡*Ye* ilustre soberano! Dame a mí tu caballo y yo me encargaré de curarlo.

Dióselo el rey y el visir cogió el caballo y lo trasladó a las cuadras donde Nuru-d-Din estaba.

Al verse el alazán separado de su hermano se alborotó y lanzó tales relinchos que hicieron retemblar todo el edificio y toda la gente dio un respingo.

Comprendió luego el visir que aquellos relinchos que lanzaba el caballo eran debidos a verse separado de su hermano mellizo, y fue a decírselo al rey, y este exclamó al oírlo:

–Si con ser un animal este caballo sufre tanto por la separación de su hermano, ¿qué no será tratándose de un ser humano?

Y acto seguido mandó el rey a sus criados que llevasen al alazán junto a su hermano, en casa del visir que con Maryem había casado. Y les encargó de este recado:

–Decidle al visir: «El rey te dice que te regala los dos caballos en atención a su hija Maryem, tu mujer.»

Ahora bien: estando Nuru-d-Din cargado de grilletes, en las cuadras del visir, hubo de reparar en los dos alazanes y advirtió que uno de ellos tenía los ojos enfermos y dizque Nuru-d-Din poseía algunos conocimientos referentes a achaques de caballos y modo de curarlos.

Y aguardó Nuru-d-Din a que el visir entrara en la cuadra a ver a los caballos, y, luego que así fue, le dijo:

–¡*Ye mulai!* ¿Qué me darás si te curo ese alazán y te proporciono un remedio para sanarle los ojos?

–¡Por vida de mi cabeza–respondió el visir–, que, si me curases el caballo, te perdonaría la vida y todo lo que me pidieses te lo daría.

–¡*Ye mulai* –díjole entonces Nuru-d-Din–, manda que me quiten estos grilletes!

Ordenólo así el visir y sus esbirros quitáronle los hierros a Nuru-d-Din, el cual entonces se levantó y cogió un trozo de cristal virgen y lo molió y lo redujo a polvo y tomó luego un poco de cal viva y la echó en un poco de agua de cebolla y se lo aplicó todo al caballo en los ojos y se los vendó y lo dejó.

Y Nuru-d-Din se decía así:

–Ahora el caballo perderá los ojos y a mí me matarán y acabaré con esta vida de pena e ignominia.

Y Nuru-d-Din se echó a dormir y durmió aquella noche con el corazón libre de toda preocupación, y se humilló ante Alá y exclamó:

–¡*Ye* Señor, en ti se cifra toda ciencia y la clave de todos los problemas!

Luego que amaneció la mañana y difundió el sol su resplandor por valles y montañas bajó el visir a las cuadras y levantó la venda de los ojos del caballo y se los examinó y se encontró con unos ojos hermosísimos y sanísimos, por obra y gracia del victorioso monarca [65].

Y dirigiéndose a Nuru-d-Din, le dijo:

–¡Jamás, *ye* muslim, vi a nadie en el mundo que contigo pudiera competir en la excelencia de tu ciencia!

Y cogiendo a Nuru-d-Din vistióle un traje suntuoso y lo nombró su caballerizo mayor y le asignó estipendios y emolumentos y lo aposentó en un departamento del alcázar, encima de las cuadras.

Y había en aquel alcocer [66] que el visir mandara labrar para su esposa, doña Maryem, un mirador que daba a

[65] Alá.

[66] Alcázar pequeño.

las habitaciones del visir y al alquival en que este instalara a Nuru-d-Din.

Y vivió Nuru-d-Din muchos días vida regalada, sin hacer otra cosa que comer y beber y holgarse y recrearse y ordenar y prohibir y mandar en los sais [67] y los palafreneros, y a todo el que desatendía su obligación y descuidaba a los caballos de que estaba encargado mandaba tenderlo en el suelo y azotarlo y aherrojarlo.

Estaba, pues, el visir contentísimo con Nuru-d-Din y se le dilataba el pecho y se le ensanchaba, sin sospechar lo más mínimo lo que el joven tramaba.

No dejaba Nuru-d-Din, por su parte, un solo día de ir a ver a los dos caballos mellizos y los almohazaba [68] por su propia mano, pues sabía cuánto los estimaba el visir y cuánto los quería.

Y tenía el visir, el tuerto, una hija, soltera, de tal belleza que parecía una ágil gacela o una rama de árbol que se cimbrea.

Y sucedió que, un día de los días, estaba sentada la muchacha en aquel mirador que daba a los aposentos del visir y al pabellón en que se alojaba Nuru-d-Din y oyó a este que cantaba dulcemente para consolar su ánima y distraerla de los pesares que se la atormentaban...

Pero al llegar aquí sorprendió a Schahrasad la mañana y atajó el flujo de sus fluyentes palabras.

Y LA NOCHE 489 SIGUIO DICIENDO LA MUCHACHA:

–Ha llegado a mis oídos, *¡ye* el sultán, el aventurado!, que la hija del visir tuerto oyó a Nuru-d-Din recitar estos versos con los que trataba de consolar su alma de los pesares que se la atormentaban:

–¡Ye tú que eres feliz y que censuras
al que de amor profiere quejas!,
si del amor probases la amargura,
seguro es que dijeras:
–¡Ah y qué amargo el amor y qué voraz
fuego aquel con que abrasa el corazón,
pues eso le sucede a aquel que sufre
duras cuitas de amor!
Padece tú también, censor severo,
de ese dolor cruel,
y ya verás cómo en seguida ceden
ese rigor injusto, ese desdén.
Y dices: –¡Ah el amor, cuánta amargura
encierra su dulzor
y en qué fuego voraz del hombre abrasa
el triste corazón!
Antes de conocerlo yo vivía
feliz y descuidado
y dormía a pierna suelta, cual quien tiene
el hígado vacío, desocupado.
Ignoraba el amor y no probara
al manjar de la pena,
y ahora, en cambio, conozco su amargura
y hasta la saciedad me nutro de ella.
Decir no puede que el amor conoce
quien no se hundió hasta el fondo de su abismo
y no apuró su cáliz que embriaga
hasta perder el juicio.
¡Ye el amor y qué amargo nos resulta
y en qué llama voraz
abrasa el corazón que se le entrega
cual con el mío hizo ya!
¡Cuántos ojos por él no se derriten,
de tanto verter lágrimas,
sin que el sueño, apiadado de su llanto,
los párpados le cierre en la mañana!
¡Ye el amor y qué amargo sabor tiene
y qué fuego voraz
prende en el corazón del que se rinde
a su halago falaz!
Quita el sueño a sus víctimas, les viste
de un sayal de dolor;
¡ye Señor, ten piedad de los que aman;
ampáralos, Señor!
¡Vela por ellos, su suplicio alivia,
endulza su amargura,
y entibia el fuego en que se abrasan tantas
almas buenas y puras!

Luego que acabó Nuru-d-Din de recitar aquellos versos y a sus endechas

[67] Caballerizos.
[68] Del árabe, *Al-Mihassa.*

puso término quedóse pensativa la hija del visir, y en su interior se dijo así: «¡Por vida del Mesías y de la fe legítima, que ese morito es un joven salado y, a no dudar, está enamorado y de mal de ausencia aquejado! Algo diera por saber si el objeto del amor de este chico guapo es tan guapo como él y si por él siente igual pasión o no, que, si así fuese, estaría justificado que esas lágrimas vertiera por no tenerlo a su lado; mas si no le igualase en belleza, sería un dolor que así consumiese su vida por un objeto indigno de su amor.»

Y sucedió que Maryem, la cinturonera, la mujer del visir, trasladárase la víspera de aquel día al alcocer, y fue sabedora la hija del visir de que aquella tenía encogido el pecho y decidió ir a verla y conversar con ella y hablar de aquel joven salado y de los versos que le había escuchado.

Y no bien formara ese propósito cuando recibió recado de la propia Maryem, la esposa de su padre, rogándole que fuere a verla, que quería hablarle.

Fue allá en seguida la muchacha y encontró a doña Maryem con el pecho encogido y con las lágrimas corriéndole por las mejillas, llorando con tal dolor que no podía haberlo mayor.

Y en medio de su llanto recitaba estos versos:

–Acabóse mi vida, pero mis penas duran,
y en mi pecho encogido, mi corazón revienta,
y solo la ilusión todavía me sostiene
y, para este tormento soportar, me da fuerzas;
nunca yo la esperanza perdo de que, algún día,
la suerte se apiade de nosotros y vuelva
a reunirnos de nuevo, igual que en otro tiempo,
y eso es lo que a mi cuerpo alientos aún le [presta.
No tratéis, mis amigos, de hacer por consolarme
ni me habléis de otro amor que distraerme pudie- [ra;
la copa de la ausencia es cual ninguna amarga,
y no hay quien sustituya la pena de esa ausen- [cia.

Y al oírle recitar a la princesa aquellos versos díjole la hija del visir, condolida:

–Dime, princesa: ¿qué te pasa para que se te encoja el pecho y estés tan apenada?

Hicieron esas palabras que Maryem se acordara de sus pasadas alegrías y redoblara su melancolía, y, a impulsos del sentimiento, recitó esos versos:

–Llevaré con paciencia mi dolor
hasta apurar el llanto de mis ojos,
que acaso al fin de mí se apiade Alá,
y tras de la aflicción, me mande el gozo [69].

Y la hija del visir le dijo:

–Dilata tu pecho, princesa, y, en vez de llorar así, levántate y ven a mirar por la rejilla de la celosía, que ahí, en las cuadras, tenemos un guapo mancebo de gallarda presencia y dulce labia y que, según parece, está lejos de la que ama.

Al oír doña Maryem aquello díjose para sus adentros: «Si lo que dice la hija del visir es cierto, por las señas que da ese joven guapo no puede ser otro que ese infeliz de Nuru-d-Din; vamos, pues, a comprobar si es efectivamente él ese joven que dice la hija del visir.»

Y al pensar así acreciéronsele a doña Maryem su amor y su pasión y su desvelo y su agitación.

Y en el mismo momento llegóse al mirador con la hija del visir y miró y vio a su dueño y señor, Nuru-d-Din, y, deteniendo en él la mirada, cercioróse de que era el mismo, bien que pareciera enfermo del mucho amor que le tenía y del fuego de pasión en que por ella se consumía y del tormento de la separación y la nostalgia que le aquejaba continuamente, por culpa de todo lo cual enflaqueciera hasta semejar un palillo de dientes.

[69] Tanto estos versos, como los anteriores, faltan en la edición de Bulak y en la versión Mardrus.

Y en aquel momento estaba Nuru-d-Din recitando estos versos:

–Tengo el corazón cautivo
y son mis ojos dos fuentes,
que el amor y la nostalgia
me asedian continuamente.
Ocho son mis enemigos,
que a su zaga traen siete;
deteneos y escuchad,
si conocerlos queréis.
Son recuerdo, pensamiento,
suspiro, mal inclemente,
exceso de amor, tristeza,
desasosiego perenne
e inquietud constante, y luego
destierro, desdén hiriente,
oprobio, baldón, peligros
y andar errabundo siempre.

Luego que Nuru-d-Din acabó de recitar aquellos versos y Maryem se convenció de ser aquél su dueño y señor, reconociendo la elocuencia de sus palabras y su incomparable elegancia, creyó prudente, sin embargo, ocultar sus sentimientos delante de la hija del visir, por lo que dijo así:

–¡Por vida del Mesías y de la fe verdadera, que no es lo que me muestras capaz de hacer que mi pecho se dilate y mi pena se acabe!

Y retiróse en el acto de la celosía y se tornó a sus habitaciones, en tanto la hija del visir se volvía a sus ocupaciones.

Aguardó luego doña Maryem una hora de tiempo, y, pasada que fue, tornóse al mirador y se sentó allí y púsose a contemplar a su señor, Nuru-d-Din, y a recrearse en su belleza y garbo y gentileza.

Y hallólo semejante a la luna cuando brilla plena en su noche catorcena, pese a su dolor y a su continuo llanto, debido al constante recuerdo de la dicha que perdiera, y evocando la cual, poseído de sentimiento, improvisó el joven los siguientes versos:

–Esperaba reunirme con mi amada,
pero no pudo ser,
y en vez de dulces besos en su boca,
acíbar en mi cáliz yo libé.
Mis lágrimas al mar no envidian nada,
pues un mar forman ya
que anega mis mejillas y mi rostro,
corriendo sin cesar.
¡*Ye* tú que me criticas tan severo,
por mi excesivo amor!
¿Qué sabes de estas cosas, tú que nunca
vibraste de pasión?
Sufro y padezco y me consumo y lloro
por un amor fatal,
y, sin embargo, ¡quién me diera unirme
con quien la causa es de mi pesar!
¡*Ye* tú, gacela esquiva que te fuiste
de mi lado, cruel!
Vuelve a mí nuevamente, que no puedo
con tanto padecer.

Luego que oyó Maryem aquellos versos de Nuru-d-Din, el enamorado, el pobre y abandonado, llenóse de piedad y rompió a llorar, y, después que con lágrimas de sus ojos alivió un tanto su pesar, entonó este cantar:

–A mi amado busquélo y no lo hallé [70],
y de despecho el corazón henchido,
mil quejas y reproches pensé hacerle
si otra vez junto a mí vuelve rendido.
Pero cuando después lo hube encontrado,
todo lo di al olvido,
y en mi pliego de cargos no hallé nada,
ni un trazo encontré escrito.

Luego que Nuru-d-Din hubo oído aquellos versos conoció ser su amada Maryem quien los recitara y empezó a llorar con gran dolor y exclamó:

–Esos versos son, a no dudar, de mi señora Maryem y he de comprobar si efectivamente fue ella la cantora o fue alguna otra.

Sintió aquí Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras encantadoras.

[70] «Por las noches busqué en mi lecho al que ama mi alma; busquélo y no lo hallé.» *Cantar de los cantares,* cap. III, vers. 1.

PERO LA NOCHE 490 REANUDO SU RELATO EN ESTA FORMA:

–Tengo entendido, *¡ye* monarca, el afortunado!, que Nuru-d-Din, al oír aquellos versos, díjose para sus adentros: «No cabe duda que la cantora es doña Maryem, mi dueña y señora; pero voy a comprobar si es ella en efecto o alguna otra.»

Y poseído de vehemente sentimiento, improvisó Nuru-d-Din los siguientes versos:

–Cuando aquel que me critica
vio que encontraba a mi amada,
después de tantos tormentos
que su ausencia me causara,
y que ni un solo reproche
mis labios articularán,
me dijo maravillado:
–¿Cómo es, hombre, que te callas
y no le dices ahora
nada de lo que pensaras?
–*¡Ye* ignorante–respondíle–,
¿no sabes que la más clara
prueba de amor es callar
cuando a la amada se halla?

Luego que Maryem, la cinturonera, hubo oído aquellos versos, mandó que le llevaran caña, papel y tintero, y escribió las siguientes líneas, encabezadas con la frase ritual de: «En nombre de Alá.» Y después: «¡La paz de Alá sobre ti y su misericordia y su bendición!»

«Has de saber cómo tu esclava Maryem te envía su salutación y te participa cuán grande es por ti su amor y es ella misma la que esta carta te envía.

»Y el momento en que esta misiva llegue a tus manos levántate y aprésta-te a hacer lo que requiere de tu parte mucha atención y cuidado y procura no dormirte y estar desvelado, pues, pasado que fuere el primer tercio de esta noche, sonará para ti la hora más feliz de todas y no tendrás que hacer otra cosa sino ensillar dos caballos y salirte con ellos fuera de la ciudad y allí aguardar, junto a la Puerta del Sultán. Y si alguno tratara de cerrarte el paso, le dirás que vas a darles un paseo a los caballos, y te dejarán pasar.»

Envolvió luego *sayida* Maryem la carta en un trozo de la hojita de papel y se la echó a Nuru-d-Din desde el mirador.

Cogióla Nuru-d-Din y entendió lo que la misiva decía y besó la carta y se la puso entre ojo y ojo y se le vino al pensamiento el recuerdo de su pasada dicha y rompió a llorar e improvisó estos versos:

–Llegó a mí tu misiva
en medio de la noche,
y a mí me parecía que amanecía,
el corazón al punto me dio un vuelco
y en mis venas la sangre alborotóse
y aceleró su ritmo el pulso lento.
Y, al recordar nuestros pasados goces,
no pude menos de llorar, diciendo:
–¡Loado sea Alá, que todo lo dispone!

Aguardó Nuru-d-Din a que fuese de noche y entonces dirigióse a las cuadras y llegóse a los dos alazanes mellizos y los ensilló y enjaezó con los arreos más lucidos y salió con los dos de las cuadras, y, dejando estas cerradas, dirigióse a las puertas de la ciudad y sentóse allí a esperar a su señora Maryem.

Y esto es, por ahora, todo lo que sobre Nuru-d-Din hay que decir.

Cuanto a *sayida* Maryem, fuese derecha al estrado que en aquel alcocer tenía habilitado y halló en él sentado a su esposo, el visir tuerto, recostado sobre un almadraque relleno de plumas

de avestruz, y el visir no tendió su mano hacia ella ni le dirigió la palabra al verla; pero Maryem buscó amparo en Alá y lo imploró, diciendo con el pensamiento: «¡*Ye* Alá, Señor nuestro: haz que nada consiga de mí y líbrame de la impureza, después de la pureza!»

Dirigióse luego a él fingiéndole cariño y se sentó a su lado y le habló con falso mimo y le dijo:

–¡*Ye* mi señor! ¿Por qué no me saludas ni me hablas? ¿A qué viene el ponerme esa cara? ¿Lo haces por orgullo o por coquetería? Pero ya sabes lo que dice el refrán: «Si tú no vienes a mí, iré yo a ti.»

A lo que le respondió el visir:

–¡*Ye* reina de la tierra, en toda su longitud y toda su amplitud! ¿Qué soy yo sino tu servidor y el último de tus esclavos? Por ello no está bien que me propase a dirigirte la palabra y hablarte, que en tu presencia debo tener el rostro vuelto hacia la tierra, ¡*ye* perla del siglo!

–¡Bah!–exclamó doña Maryem–. Dejemos tales palabras y mandemos que nos traigan algo de comer y beber.

Gritóles el visir a sus esclavas y sus eunucos y les mandó que luego les llevasen viandas y bebidas, y aquellos, en seguida, llevaron allí una mesa, servida con viandas de todas clases, entre ellas aves de las que andan y de las que vuelan y crecen y se multiplican en redes, como chochas y grullas y pollitos y patos cebados y volatería de toda suerte, amén de otros platos de todos colores y especies.

Tendió luego su mano Maryem y empezó a comer y a darle bocaditos al visir y a besarlo en su boca, y así, mano a mano, comieron ambos, hasta que se saciaron, después de lo cual se lavaron las manos.

Lleváronse luego los criados la mesa de comer y trajeron en su lugar la de beber, y Maryem se escanció el vino y bebió y le llenó la copa al visir y se la sirvió, y así siguió mimándolo y halagándolo hasta el extremo de que aquel no cabía en sí de alegre y contento y de lo mucho que se dilatara su pecho.

Pero luego que Maryem advirtió que su esposo había perdido el tino y dejádose vencer del vino, metióse la mano en la manga de su vestido y sacó de allí una bolita de *banch* virgen, mogrebí, tal que con solo olerlo un elefante, aunque fuera ligeramente, se quedara dormido en el acto y no despertara en un año.

Tenía Maryem apercibido de antemano el *banch* para emplearlo en aquel momento, y, aprovechando un descuido del visir, echóselo en la copa y llenó esta de vino y se la dio, y el visir perdió el juicio de puro contento y le besó la mano, y, sin sospechar lo más mínimo, tomó la copa y la apuró de un trago.

No bien llegó la bebida a su estómago cuando rodó a tierra el visir, y, luego que fue así, levantóse Maryem y cogió dos grandes sacos y los llenó de cuanto había a mano de cosas de poco peso y mucho precio, de piedras y perlas preciosas, y echándose los sacos al hombro, salióse del alcázar con paso sigiloso.

Y esto es, por ahora, todo lo referente a su persona.

Cuanto a Nuru-d-Din, el enamorado, el desdichado, estaba sentado fuera de la ciudad, esperando a Maryem, con las riendas de los dos caballos en su mano, al pie de la Puerta del Sultán.

Y mandó Alá (loado sea y glorificado) sobre él el sueño, y el joven se durmió. ¡Loor a Aquel que nunca duerme!

Estaban los reyes de aquellas islas por aquel tiempo tan ansiosos por hacerse con aquellos dos corceles que no escatimaban dinero para ver de apoderarse de los dos o siquiera de uno de ellos, y había allí por entonces un esclavo negro que entendía mucho de

caballos, y los reyes de los francos sobornáronle con mucho dinero para que les proporcionase uno de aquellos alazanes, prometiéndole, además, darle toda una ínsula de aquellas y un traje de gala de lo más espléndido que haber pudiera.

Y llevaba ya aquel esclavo mucho tiempo rondando las cuadras, disfrazado, para ver de robar aquellos corceles, y, estando así al acecho, acertó a pasar por el sitio en que se hallaba Nuru-d-Din y se fijó en él y vio que estaba dormido y que tenía en su mano las riendas de los dos caballos.

Fue, pues, el esclavo y quitóle de las cabezas las jáquimas a los caballos y se dispuso a montar en uno de ellos, echando al otro por delante y largarse; pero en aquel instante llegó allí Maryem, cargada con los dos sacos, y se figuró que aquel esclavo era Nuru-d-Din, su amado, y, sin el menor recelo, entrególe uno de los sacos, que el esclavo tomó poniéndolo sobre su caballo. Cruzó después Maryem la puerta de la ciudad en unión del esclavo que la seguía, callado.

Y Maryem, al fin, rompió el silencio diciendo:

–¡*Ye* mi señor, Nuru-d-Din! ¿Por qué vas tan callado?

–¿Qué es lo que dices, muchacha? –exclamó el esclavo.

Al oír aquellas palabras, proferidas con acento berberisco, comprendió doña Maryem que el que hablaba no era Nuru-d-Din y alzó la cabeza y lo miró y vio que tenía negra la cara y unas narices anchas como bocas de alcarraza [71]. Y al notar aquello la luz de su cara tornóse oscuridad, y, volviéndose al esclavo, le dijo:

–¿Quién eres tú, *scheij* de los Beni-Ham? [72] ¿Cuál es tu nombre entre los hombres?

–¡*Ye* hija de la molicie!–respondió el esclavo–. Yo me llamo Mesâud [73], ladrón de caballos y de los que duermen descuidados.

No le contestó Maryem una palabra, sino que, desenvainando su espada, hiriólo con ella en los hombros y lo derribó en tierra, bañado en sangre, y Alá cargó con su alma en el mismo instante, para arrojarla al fuego y al mal paradero.

Cogió luego Maryem los dos caballos y montó en uno de ellos, llevando las riendas del otro en su mano y volvió sobre sus pasos con el fin de buscar a Nuru-d-Din, al que encontró dormido y roncando, en el sitio en donde lo citara, teniendo en su mano los ronzales de los dos caballos.

Estaba Nuru-d-Din tan profundamente abismado en su sueño que no distinguía sus pies de sus manos, y *seyadet* Maryem apeóse de su rocín y diole un cachete a Nuru-d-Din y entonces este despertó de su sueño, todo asustado, y al ver allí a su amada, exclamó alborozado:

–¡Loado sea Alá, que al fin llegaste con felicidad!

Volvióse Maryem a Nuru-d-Din, y le dijo:

–¡Levántate y monta en este caballo y no charles tanto!

Hízolo así Nuru-d-Din y ambos fueron cabalgando, en silencio. Y Maryem le dijo a Nuru-d-Din:

–¿No te advertí que no te durmieses, que los que se duermen no tienen suerte? [74]

–¡*Ye* mi señora!–contestó Nuru-d-Din–. Si me dormí fue porque mis entrañas, esperándote, se me enfriaban. Pero dime: ¿qué te pasó, mi amada?

Contóle Maryem el episodio del esclavo, desde el principio al fin.

Después de oírla, díjole Nuru-d-Din:

[71] Cántara.

[72] Los descendientes de Cham, hijo segundo de Noé.

[73] Dichoso, Feliz o Fortunato.

[74] *Redolet proverbium.*

–¡Loado sea Alá que veló por ti y te trajo sana y salva hasta aquí!

Redoblaron luego ambos la marcha y pusieron su suerte en manos del Clemente y el Sabio, y siguieron cabalgando y conversando hasta llegar al lugar en que Maryem diera muerte al esclavo y pudieron ver allí su cadáver tendido en tierra, que parecía un *efrit*. Y *sitt* Maryem díjole a Nuru-d-Din:

–Apéate de tu montura y quítale sus vestiduras y cógele su armadura.

Pero Nuru-d-Din exclamó al oír aquello:

–¡Por Alá, señora mía, que no me atrevo a apearme ni a acercarme a ese negro!

Y en verdad que Nuru-d-Din estaba maravillado de la corpulencia del negrazo y aplaudió a Maryem por su hazaña y no acababa de admirar su valor y el recio temple de su corazón.

Siguieron luego cabalgando los dos y no pararon de caminar en toda aquella noche, hasta que alboreó la mañana con todo su brillo y esplendor y refulgió el sol sobre el llano y la montaña, y vinieron a hallarse en la entrada de ancho soto, donde triscaban las gacelas con saltos garbosos.

Y estaba aquel soto vestido todo de verde y todo él plantado de árboles frutales de toda clase, y en sus picos lucía variedad de flores tachonadas como la piel de las serpientes, y en las ramas de los árboles cantaban los pájaros armoniosamente y por su suelo corrían arroyuelos por cauces diversos. Y era, en una palabra, según dijo el poeta:

«Bajo la gloria estival
el valle resplandecía,
todo de flores y frutos
colmado, que era delicia
detenerse y recrear
en él, con calma, la vista.
Y, en efecto, nos sentamos
bajo sus ramas floridas,
que intentaban inclinarse
sobre nosotros, solícitas,
cual nodrizas cariñosas
que al niño su pecho brindan.
De sus arroyos bebimos
el agua pura, fresquísima,
que nuestra sed disipó
y que nos supo más rica
que el vino rancio y la leche
en la copa más finísima.
Picaba el sol; mas su fuego
atemperaba la brisa,
y estaba el suelo cuajado
de unas lindas piedrecillas,
limpias y suaves cual perlas,
cual nieve blanca y limpia,
tan delicadas al tacto,
que eran como una caricia.»

O como también dijo otro poeta:

«Era un valle comparable
al jardín del Paraíso;
umbroso y regado y lleno
de mil frutos exquisitos» [75].

Apeóse Maryem de su caballo y Nuru-d-Din también se apeó del suyo y ambos echaron pie a tierra con objeto de descansar en aquel vado, y comieron de la fruta de sus árboles y bebieron del agua de sus arroyuelos y alfaguaras y destrabaron los caballos para que pastasen de la hierba de aquel campo.

Y luego se sentaron y se pusieron a conversar y recordaron todas las peripecias que les habían pasado y el uno al otro se compadecieron por lo mucho que con la separación habían soportado.

Pero estando así vieron levantarse una gran polvareda que se elevaba hasta velar los horizontes y oyeron relinchos de caballos y tintineo de armas y se llenaron de zozobra sus almas.

Y la causa de aquello era que el rey de Ifrancha, a la mañana siguiente de haber casado a su hija con su visir, el tuerto, quiso ir a visitarla, siguiendo la costumbre de los reyes cuando sus hijas casaban, y se levantó y tomó consigo telas de alchaz y cadenillas de oro

[75] Suprimidos en la edición de Bulak y en la versión Mardrus.

y plata para obsequiar a sus doncellas y azafatas y, en unión de varios de sus criados, dirigióse al alcázar nuevo y encontróse allí al visir tendido en su lecho y en tal estado que no acertaba a distinguir sus pies de sus manos.

Exploró el rey el alcázar a diestro y siniestro y no vio a su hija por ninguna parte, lo que fue causa de que se inquietase y alarmase y mandó que le llevasen agua caliente y vinagre puro e incienso, y, luego que se lo llevaron, hizo una mezcla con todo ello y se la aplicó al visir en la nariz y lo movió y lo zarandeó. Y luego el visir expelió el *banch* de su cuerpo y dizque parecía un cacho de queso.

Diole el rey a aspirar al visir por segunda vez aquel emplasto y recobró el conocimiento en el acto, preguntándole entonces el rey qué era lo que había pasado y qué fuera de su hija, que no parecía.

–¡*Ye* gran monarca!–respondióle el visir–. Nada sé de tu hija ni nada te puedo decir de ella, sino que me dio a beber una copa de vino, y, desde el punto y hora que la apuré, perdí el conocimiento y no he vuelto a recobrarlo hasta este momento, de suerte que ignoro por completo lo que de ella haya sido después de eso.

Sintió aquí Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras encantadoras.

PERO LA NOCHE 491 REANUDO SU RELATO EN ESTA FORMA:

–He llegado a saber, ¡*ye* el sultán, el bienhadado!, de que el visir le dijo al rey:

–Desde que Maryem me dio a beber por su propia mano la copa de vino y la bebí, perdí el sentido y no he vuelto a recobrarlo hasta este momento; así que no sé nada de lo que fuera de ella después de eso.

Al oír el monarca las palabras de su visir, tornóse oscuridad la luz de su cara y desenvainó su espada e hiriólo con ella en la cabeza, y se la separó del tronco, y luego mandó a llamar a sus criados y palafreneros y les preguntó por sus dos caballos gemelos.

–¡*Ye* señor nuestro–dijéronle ellos–. Tanto los dos caballos como nuestro arráez esta noche desaparecieron. Y cuando amaneció esta mañana y bajamos a las cuadras encontramos abiertas de par en par las puertas.

–Por vida de mi fe y de cuanto atañe a su verdad–exclamó el rey–, que quien los caballos se llevó no fue sino mi hija, secundada por ese esclavo que estuvo al servicio de la iglesia y ya me la raptó la vez pasada y al que conozco con ciencia sobrada y le habría dado su merecido a no ser por ese visir tuerto, que me lo quitó del pensamiento y que ya ha recibido el premio merecido.

Mandó llamar luego el rey a sus tres hijos varones, que eran todos valientes y esforzados, cada uno de los cuales valía por mil caballeros en la liza, por su dominio de la esgrima con la espada y la pica.

Gritóles el rey que montasen en sus caballos y así lo hicieron ellos en el acto, y montaron también en los suyos el rey y sus servidores y los patricios y sus ministros y los magnates de su reino, y todos unidos marcharon en seguimiento de los fugitivos, y cabalgaron sin parar hasta llegar a aquel vado, donde los alcanzaron.

Y no bien los vio llegar Maryem montó en su corcel y se ciñó su espada y se vistió sus armas y, dirigiéndose a Nuru-d-Din, le dijo:

–¿Qué tal andas de valor y cómo se porta tu corazón en el combate, en la defensa y el ataque?

–¡Oh!–respondióle Nuru-d-Din–mi firmeza en la pelea es como la del palo en la mezcla [76].

Y a continuación improvisó estos versos:

–Por favor, Maryem, te pido
no me lances a pelea,
en la que el hombre su vida
o su inteligencia arriesga.
Ten presente que soy yo
de una condición tan tierna
que un ratoncillo me asusta,
y en cuanto me zarandean,
¿qué digo?, en cuanto me amagan,
con un dedo tan siquiera,
ya me hago *pis* en las ropas,
sin que contenerme pueda.
A mí tan sólo me agradan
las amorosas refriegas
en el lecho, y allí es donde
consumo yo mis proezas;
esas son las solas luchas
que yo estimo valederas,
y, antes que lo digan otros,
lo declaro con franqueza [77].

Luego que eso oyóle decir Maryem echóse a reír y le dijo:

–Está bien, ¡*ye* mi señor Nuru-d-Din! Quédate, pues, ahí y no pases temor, que yo te libraré de todo mal, aunque fueren esos enemigos tantos en número como las arenas del mar. Pero monta en tu bridón y vente a mi zaga y ten cuidado, por si saliésemos mal parados, de sujetarte bien a la silla y no caerte del caballo.

Y así diciendo enristró Maryem su lanza y fuese derecha al enemigo y aflojóle las riendas a su bridón, que en el acto salió disparado cual una tempestad o como las aguas que se desbordan de los estrechos odres. Y dizque era Maryem la más brava y diestra campeona de su época y la perla única de su tiempo y su era, pues su padre habíala impuesto a fondo, siendo aún niña, en todos los secretos de la caballería, y sabía regir su corcel y adentrarse con él en la tiniebla de la noche negra, en tiempo de pelea.

Y Maryem, al embestir contra el enemigo, improvisó estos versos:

–¡A mostrar voy mi valor
combatiendo al enemigo;
mi valor y mi pericia,
sin nadie llevar conmigo!
En un singular combate,
por mi misma he de arrasar
los castillos de los francos,
sin de ellos nada dejar.
¡Llegue hasta mí el enemigo
y con mi alfanje afilado
he de cortar las cabezas
de sus jefes afamados!
Negro es como la noche
el corcel que monto yo
y sobre el cual se levanta
de mi persona el fulgor.
Yo soy la única amazona
de mi tiempo sin rival,
y el que lo dude, en seguida
lo habrá de ver, por Alá [78].

Luego que Maryem hubo recitado esos versos, arremetió contra las huestes de los nazarenos. Y, al verla venir su padre, en seguida la conoció, y volviéndose a su hijo mayor, le dijo:

–¡*Ye* Bartut, el apodado Rasu-l-Kalut [79], esa que ahí ves es, sin duda alguna, tu hermana Maryem, la cual nos provoca a la lucha y el combate; destácate, pues, hacia ella y acométela!

Y si la vencieras, haz que deje el Islam y vuelva a nuestra fe verdadera, y si accede, me la traes prisionera, y si no, mátala de la peor de las muertes, igual que a ese maldito que la acompaña.

[76] *Redolet proverbium.*

[77] Suprimido en la edición de Bulak y en la versión Mardrus.

[78] Suprimido en la versión Burton.

[79] Bertoldo, cabeza de gorro (calote). En la versión Mardrus se llama Bartut y es simplemente uno de los patricios, no hijo del rey.



"Sacó luego la espada de la vaina y asestóle con ella un mandóble,"

BIBLIOTECA PUBLICA M

–Oír es obedecer–respondióle Bartut.

Y acto seguido marchó contra su hermana y cerró contra ella; pero Maryem hízole frente y acometióle a su vez y se acercó a él, y Bartut le dijo:

–*Ye* Maryem! ¿No tenías bastante con haber renegado de la fe de tus padres y tus abuelos y abrazado la ley de los que merodean por el mundo acá y allá, es decir, el Islam? ¡Pues por vida del Mesías y la fe, la legítima, que, como no vuelvas a la religión de tus padres y abuelos, los reyes, y no sigas en ella el mejor de los caminos, que te he de matar y hacer contigo un escarmiento ejemplar!

Rióse Maryem de aquellas palabras de su hermano y le gritó, diciendo:

–¡No esperes que yo jamás reniegue de la fe de Mohammed, el hijo de Abdu-l-Lah [80], que es la fe de la dirección, aunque tuviere que apurar el cáliz de la perdición!

Y luego de decir eso hizo Maryem caracolear a su caballo, echando espuma por su boca, a vista de los francos, y entonó este canto guerrero, hendiendo el aire con su centelleante y duro acero:

–¡No hay placer comparable al de la lucha!
¡Venid si os atrevéis, viles corderos!
¡Venid acá, y resistid mis golpes,
inmundos nazarenos!
En el polvo he de hundir vuestras cabezas
con mi acero.
Vuestro poder herir sabré en la entraña
y asolar para siempre vuestro imperio,
sobre cuyas ruinas graznarán
con delicia los cuervos.
Un licor más amargo que el acíbar
a beber os daré yo con mi espada,
y a vuestro rey escanciaré la copa
de las calamidades que, de plata,
de oro o de barro, para siempre ya
le quitará el sabor del agua clara.
Pero basta de hablar; si entre vosotros,
que guerra a muerte me venís a dar
algún bravo se cuenta,
que salga al punto, que deseando está
la punta de mi espada de acogerlo
del modo más cordial [81].

Luego que el maldito Bartut oyóle aquellas palabras a su hermana trocóse sombra la luz de su cara y llevólas muy a mal, y, acto seguido, arremetió contra Maryem y esta embistió también contra él y ambos se empeñaron en lucha reñida y Maryem no paraba de rondarle, cerrándole los caminos del escape, hasta que al cabo flaqueó la energía de su hermano y decayó su brío y se quebrantó su dominio de sí mismo, y entonces Maryem le asestó un golpe tan certero, que le partió en dos el cuerpo y Alá se apresuró a enviar su alma al fuego. ¡Y qué mal paradero!

Luego Maryem púsose a caracolear en su caballo por todos los confines del almidana y todos los lugares en que se luchaba con la espada y la lanza y desafió a todos a singular combate, gritando:

–¡Vengan aquí los bravos y valientes, pero absténganse de hacerlo los flojos, indolentes, que yo quiero habérmelas con esos jaquetones, enemigos de la fe, para darles a beber la copa del castigo que tienen merecido! ¡Venid acá, adoradores de los ídolos, infieles y tiranos, que en este día han de blanquear los rostros de los guerreros de la fe y de ennegrecerse los de los infieles, que niegan al Clemente!

Al ver el rey cómo le matara a su hijo mayor, aporreóse el rostro y rasgó sus vestiduras y gritóle a su hijo el de en medio y le dijo:

–¡*Ye* Bartús, apodado Jara-s-sús [82], corre en seguida, hijo mío, a luchar con Maryem, la matadora de tu hermano, y dale su pago y tráemela aquí cautiva, humillada y vencida!

[80] Mohammed-ben-Abdu-l-Lah-ben-Abdu-l-Mutalid, Al Koreischi, el Profeta.

[81] Suprimido en la versión Burton.

[82] Alberto, boñiga de oveja.

–Oír es obedecer, padre mío–respondióle su hijo.

Y acto seguido dirigióse contra su hermana Maryem y cerró contra ella y ella también embistió contra él y lucharon los dos con mucho coraje y valor, en un combate todavía más reñido que el anterior.

Pero no tardó en comprender el segundón que no era capaz de vencer a Maryem, y se dispuso a emprender la fuga y abandonar la lucha, mas no le fue posible, por la tenacidad de su adversaria, la cual acosábalo de tal suerte que, siempre que trataba de huir se le pegaba y lo estrechaba, hasta que al fin lo hirió con su espada en el cuello y lo partió en dos pedazos el cuerpo, enviando al segundón a hacerle compañía a su hermano, el mayor.

Siguió luego Maryem dando la vuelta al palenque de la guerra y recorriendo todos los lugares en que se esgrimía la espada y la lanza, y a todos los desafiaba gritando con voz esforzada:

–¿Dónde están los caballeros y los campeones? ¿Dónde se esconde ese visir tuerto y cojo, de la fe torcida creyente devoto? ¿Cómo es que no muestra su rostro?

A todo esto el rey, su padre, con el corazón lacerado y los ojos en lágrimas bañados, exclamó:

–Matóme a mi hijo, el segundo; ¡por vida del Mesías y de la fe legítima!

Dirigióse luego a su hijo, el tercero, y le dijo:

–¡*Ye* Fesiyán, apodado Salju-z-Zoviyán [83]: sal, hijo mío, a luchar con tu hermana y toma en ella de tus hermanos venganza!

Salió en seguida el hijo menor a luchar con su hermana y cerró contra ella con gran violencia.

Revolvióse Maryem con gran destreza y cargó sobre él con su arte maestro y su gran pericia de la guerra y su ecuestre dominio y le dijo:

–¡*Ye* enemigo de Alá y de los musulmanes, prepárate a ir a reunirte con tus hermanos! ¡Qué mal paradero el que a los infieles les está preparado!

Sacó luego su espada de la vaina y asestóle con ella un mandoble que le partió el cuello y los brazos, de suerte que fue a reunirse con sus hermanos y Alá apresuróse a lanzar su alma al fuego; ¡qué mal paradero!

Luego que vio el rey cómo le mataran a sus hijos y cómo sucumbiera la flor de sus guerreros en la lucha, dándose los demás a la fuga, llenóse de turbación y se le abrasó en vivas llamas el corazón y se dijo en su interior:

«No hay duda que *sitt* Maryem nos puede en la pelea y si salgo yo ahora solo a combatir con ella es muy posible que me venza igual que a sus hermanos venció y los mató. Así que lo más prudente será que vele por mi honor y me vuelva a la ciudad.»

Soltó luego el monarca las riendas a su corcel y tornóse a su corte, y, no bien viose en su alcázar, mandó a llamar con urgencia a sus ministros del Gobierno y a los magnates de su reino y los reunió en consejo.

Y todos ellos, por unanimidad, le aconsejaron que escribiese una carta al jalifa de Alá en su tierra [84], es decir, el emir de los creyentes, Harunu-r-Raschid, y le hiciese saber todo lo que acababa de ocurrir.

Aprobó el rey el parecer de sus consejeros y escribióle a Raschid una carta que decía así:

«Después del *selam* sobre el emir de los creyentes:

»Has de saber cómo tenemos una hija, llamada Maryem, la cinturonera, y cómo nos la maleó un cautivo de los cautivos musulmanes que se llama Ali Nuru-d-Din, hijo del mercader Ta-

[83] El Pedorro, ludibrio de los mozos (alusión evidente a su pederastia).

[84] La tierra de Alá.

chu-d-Din, el de Mizr, el cual raptóla de noche y se la llevó a los confines de su país, y yo imploro de la generosidad de nuestro señor, el emir de los creyentes, que expida un despacho a todas las tierras de los mahometanos mandando que busquen a mi hija y la saquen del poder de ese charrán y me la envíen con un emisario que sea de fiar.

»Y yo, en cambio, te prometo que colmaré de honores y consideraciones y mercedes y favores a los individuos de la escolta con que me envíes a mi hija, y que, por complacerte luego, haré todo cuanto pueda y trataré de adivinar tus deseos para satisfacerlos.

»Y para demostrarte desde ahora mismo mi agradecimiento y la amistad que te tengo, te prometo, entre otras cosas, mandar edificar en esta mi gran ciudad de Rum una mezquita para los musulmanes, según los planos de los alarifes que tú quieras indicarme.

»Y te enviaré, además, riquezas incalculables como nunca las viera en este mundo nadie. Y mocitas a huríes comparables y mancebos imberbes a lunas semejantes, y tesoros que el fuego no podría destruir, y perlas y toda suerte de piedras preciosas, y caballos y yeguas y potros y camellas con sus crías y mulas cargadas con los frutos más preciados de nuestros climas.

»Y si con todo eso no tuvieres bastante, capaz soy de achicar los confines de mi reino para agrandar tu imperio.

»Y sello con mi sello estas promesas, yo el Kaisar, rey y señor de los adoradores de la Cruz.»

Luego que el rey escribió aquella carta, siguiendo el dictamen de sus consejeros y de los próceres de su reino, la dobló y llamó a su visir, al que nombrara en lugar del visir tuerto, y le ordenó que sellara la misiva con el sello real, cosa que aquel hizo sin tardar.

Pusieron además al pie de la carta sus respectivos sellos y sus firmas todos los ministros del Gobierno y todos los notables del reino.

Después de lo cual díjole el rey a su visir:

–Si logras llevarla a su destino, serás mi favorito y te regalaré un traje de honor realzado con recamos y bordados.

Entrególe luego el rey la carta al visir, y le ordenó que emprendiese sin más el viaje a Bagdad, la Mansión de la Paz, y le entregase el mensaje al emir de los creyentes en su propia mano.

Marchó, pues, el visir con la carta y atravesó vados y campos, hasta por fin llegar a la ciudad de Bagdad.

Luego que se vio en la ciudad tomóse el visir tres días para descansar y después preguntó por el alcázar del emir de los creyentes, Harunu-r-Raschid.

Indicáronle al visir dónde se hallaba y este se dirigió allí, y, luego que llegó pidió permiso para pasar a presencia del jalifa, siéndole en el acto concedido.

Pasó, pues, el visir a presencia del jalifa Harunu-r-Raschid y besó la tierra entre sus manos y le entregó la carta de su soberano, juntamente con los regalos que para él le había dado y que eran de un valor extraordinario, según correspondía a la calidad del agasajado.

Luego que el emir de los creyentes abrió la carta y la leyó y de su contenido se enteró, mandó a sus visires que en aquel mismo instante extendiesen mensajes a todos los países musulmanes, lo que en el acto hicieron indicando en ellos las señas personales de Maryem y de Nuru-d-Din, así como también sus nombres respectivos, expresando que eran fugitivos.

Y esto es, por ahora, todo lo referente a esta parte de la historia.

Cuanto a Nuru-d-Din, el de Mizr, y Maryem, la cinturonera, hija del rey de Ifrancha, luego de la huida del rey y de sus huestes, marcharon a tierras de Scham y el Misericordioso los cubrió con su velo, de suerte que llegaron a la ciudad de Dimechk sin contratiempo.

Habíansele adelantado un día los emisarios que mandara allá el jalifa, haciendo saber al emir de Dimechk que debía prender a los dos fugitivos en cuanto los hallase y enviárselos al emir de los creyentes a Bagdad, para que los interrogase.

Apostó el emir de Dimechk sus espías a las puertas de la ciudad, y, en cuanto vieron aquellos llegar a Nuru-d-Din y a Maryem, fuéronse a ellos y les preguntaron sus nombres, y ellos se los dieron, los verdaderos, y además les contaron su historia y todo lo que les había pasado, sin emplear el engaño.

Comprendieron, pues, los espías que eran los fugitivos que buscaban y en el acto los prendieron y cargaron con ellos y los condujeron ante el emir de Dimechk, el cual envióselos luego, con una buena escolta, al jalifa, a Bagdad, la Mansión de la Paz.

Sorprendió aquí a Schahrasad la mañana y puso dique a sus desbordadas palabras.

PERO LA NOCHE 492 DIJO LA MUCHACHA:

–Ha llegado a mi noticia, *¡ye* monarca, el afortunado!, que los espías pasaron a presencia del emir de los creyentes, y, después de besar la tierra entre sus manos, le manifestaron:

–*¡Ye* emir de los creyentes! Esta es Maryem, la cinturonera, la hija del rey de Ifrancha, y este otro Nuru-d-Din, el hijo del mercader Tachu-d-Din, el de Mizr, el cautivo que la corrompió y la hizo rebelarse contra su padre y la raptó y de su país se la llevó. Ellos mismos han declarado ser los que buscamos y por eso te los traemos y entre tus manos los ponemos.

Miró Harunu-r-Raschid a Maryem y reparó en la esbeltez de su palmito y lo bien plantado de su cuerpo, y pudo ver que era la más bella de las jóvenes de su época y la única perla de su siglo y su era; dulce de lengua y de dicción suelta y de alma entera y de corazón sin flaqueza.

Y Maryem besó la tierra entre las manos del miramamolín y le deseó la permanencia de su gloria y su esplendor y el triunfo sobre todos sus enemigos de su religión.

Y el jalifa quedó maravillado de la elegancia y dulzura con que se expresaba y de la rapidez con que a todo contestaba, y le dijo:

–¿Eres tú en realidad, Maryem, la cinturonera, la hija del rey de Ifrancha?

–Así es–respondió Maryem–, *¡ye* emir de los creyentes y jefe de todos los fieles y protector de los fueros de la religión e hijo del tío del señor de los enviados!

Volvióse el jalifa hacia Nuru-d-Din y pudo ver que era un guapo mozo, muy bien formado y proporcionado, tal que parecía la luna cuando refulge plena en su noche catorcena, y le preguntó:

–¿Eres tú, en verdad, Ali Nuru-d-Din, el cautivo, el hijo del mercader Tachu-d-Din, de Mizr?

–Así es, en verdad, *¡ye* emir de los

creyentes y columna recia de los que marchan por la buena senda!–respondió Nuru-d-Din.

–¿Cómo fue–interrogó el jalifa–que raptaste a esta joven y la sacaste del reino de su padre y con ella te escapaste?

Contóle entonces Nuru-d-Din al jalifa todo lo que le pasara, desde el principio al fin. Y el jalifa, luego que lo oyó, fue presa de gran admiración.

Y exclamó:

–¡*Ye* y cuántos males tienen que sufrir los mortales.

Volvióse luego el jalifa a *sayida* Maryem y le dijo:

–Has de saber, ¡*ye* Maryem!, que tu padre, el rey de Ifrancha, me escribió acerca de ti, pidiéndome que te enviase con él. ¿Qué piensas tú ahora que debo yo hacer?

A lo que contestó Maryem:

–¡*Ye* lugarteniente de Alá en su tierra, sostén de la doctrina de su *nabi* y de sus preceptos, eternice Alá sus dones sobre ti y te defienda de todo mal y toda contienda! Tú eres el jalifa de Alá en su tierra y yo he abrazado vuestra fe, porque ella es la fe sólida y verdadera y renegué de la fe de los infieles, que ponen mentiras en boca del Mesías [85], y me hice creyente en Alá, el generoso, el justo, el clemente, y ahora, entre las manos de su jalifa, declaro: No hay más *ilah* que *Al-Lah* y doy de fe que Mohammed es el Enviado de Alá, que lo envió con la dirección y la ley verdadera para que resplandeciera sobre la religión toda, aunque rabiasen los idólatras. Y siendo así, ¿estaría bien, ¡*ye* emir de los creyentes!, que atendieses esa carta del rey de los infieles y me enviases al país de los cafres, que atribuyen compañeros al soberano del Universo y adoran la cruz y se postran ante los ídolos y creen en la divinidad de Isa, que fue una criatura mortal como las demás? Si tal hicieres conmigo, ¡*ye* jalifa de Alá!, me agarraría al pico de tu manto el día del Juicio y te llevaría ante el hijo de tu tío, el Enviado de Alá [86] (sobre El la oración y la paz) y le expondría mis quejas ese día en que nada aprovecharán las riquezas ni los hijos, ni se salvará sino quien a Alá se acerque con su corazón rendido.

–¡*Ye* Maryem–exclamó el jalifa después de oírla–, Alá me guarde de hacer eso jamás! ¿Cómo iba yo a entregar mujer musulmana, que cree en Alá, el único, y en su Enviado, a quien niega a Alá y a su Profeta? (sea sobre El la paz).

–¡Doy fe–repitió Maryem–de que no hay *ilah* sino *Al-Lah* y de que Mohammed es el Enviado de Alá!

¡*Ye* Maryem–díjole el emir de los creyentes–, bendígate Alá y te acreciente la dirección hacia el Islam! Pues, siendo como eres, musulmana creyente en Alá, el único, tenemos contigo un deber y no dejaré de cumplirlo, aunque para infringirlo me ofrecieran todo el oro de la tierra; serena, pues, tu alma y refresca tus ojos y tu pecho dilata, que no has de correr ningún peligro y estás bajo mi amparo decidido. Dime ahora tan solo si aceptas a Nuru-d-Din, el de Mizr, por esposo, y quieres ser familia suya.

A lo que Maryem contestó en seguida:

–¡*Ye* emir de los creyentes! ¿Cómo no habría de aceptar a Nuru-d-Din por esposo, siendo así que él me compró con su dinero y me colmó con toda suerte de mercedes, poniendo a todas ellas por corona digna el haber arriesgado por mí más de una vez su vida?

[85] Haciéndole llamarse hijo de Dios.

[86] El Profeta, como se sabe, era sobrino de Abdu-l-Lah-Ibn-Abbás, uno de los ascendientes del jalifa.

Luego de oír aquellas palabras de Maryem, casóla el emir de los creyentes, nuestro señor, con Nuru-d-Din y la dotó de su peculio particular, y mandó llamar al cadí y a los testigos y los visires de su Gobierno y a los emires de su reino y fue aquel un día señalado en los anales de su jalifato.

Volvióse luego el emir de los creyentes al visir del rey de Ar-Rum, que se hallaba presente en aquella ocasión, y le dijo:

–Ya oíste sus palabras, y, después de eso, ¿cómo voy a enviársela a su padre, que es un infiel, siendo musulmana como es? Si tal hiciere, pudiera ocurrir que él la maltratase y le hiciese fuerza por haber dado con ella muerte a sus hijos y yo tuviese que responder de sus culpas el día del Juicio. Y he aquí que Alá dijo: «¡No abrirá Alá camino a los infieles sobre los creyentes!» [87] Vuélvete, pues, a tu rey y dile que desista de su empeño y no pretenda darle cumplimiento.

Pero era aquel visir un mentecato y le respondió al jalifa, diciendo:

–¡*Ye* emir de los creyentes, por vida del Mesías y de la fe legítima! Que no me he de ir de aquí sin Maryem, aunque sea cuarenta veces mahometana, y, si de buen grado no me la entregas, yo iré luego a decírselo a su padre y él enviará contra ti un ejército que, bajo mi mando, invadirá tu reino por mar y por tierra y su vanguardia estará ya en tu almedina de Bagdad, mientras su retaguardia aún no habrá pasado el Dichle.

Luego que oyó el jalifa aquellas palabras del maldito visir del rey de Ifrancha, el día volvióse noche ante sus ojos y enfurecióse con furor excesivo y le dijo:

–¿Cómo te atreves, perro de los cristianos, a hablarme de ese modo? ¿Tanto te has sublimado como para amenazarme con el rey de los francos?

Y, encarándose luego con sus guardias, díjoles el jalifa:

–¡Coged a este maldito infiel y matadlo de la peor de las muertes!

Y el jalifa recitó estos versos:

–Tal es el pago que en verdad merece
quien a la voluntad del Poderoso
a oponerse se atreve [88].

Y a continuación mandó que le cortasen la cabeza al visir y luego quemasen su cuerpo.

Pero al oír aquella orden del jalifa interpúsose Maryem, diciendo:

–¡*Ye* emir de los creyentes: no manches tu espada con la sangre de ese infiel insolente!

Y así diciendo desenvainó Maryem su acero y lo enarboló y, de un tajo certero, hizo volar la cabeza del visir de su cuello. Y Alá se apresuró a enviar su alma al infierno. ¡Qué mal paradero!

Y el jalifa no pudo menos de maravillarse del fuerte brazo de Maryem y de su entereza de ánimo. Y los servidores del emir de los creyentes llevároense de allí el cadáver del visir y procedieron a quemarlo, según él les había mandado.

Regaló luego el jalifa a Nuru-d-Din una espléndida alajá y a él y a Maryem les habilitó aposentos en su alcázar y les señaló estipendios y emolumentos y los proveyó de muebles y ropas y vajilla valiosa.

Y permanecieron Nuru-d-Din y Maryem en Bagdad un espacio de tiempo gozando de la vida más regalada y más feliz, hasta que al cabo entróle a Nuru-d-Din nostalgia por ver nuevamente a su madre y su padre y se lo

[87] *Corán*, sura IV, *An-Nisá* (Las mujeres), aleya, 140.

[88] Suprimido en la versión Mardrus.

expuso al jalifa, recabando su venia para ir a su país y visitar a sus deudos, a los que no viera desde hacía tanto tiempo.

Hizo luego el jalifa venir a Maryem y púsola entre sus manos y les dio permiso a ambos para emprender el viaje, colmándolos de presentes y regalos de alto valor y mérito extraordinario.

Recomendóle luego el jalifa a Maryem que cuidase de Nuru-d-Din y la misma recomendación hízole a este respecto a su esposa, y después mandó a sus escribas expidiesen sendas cartas a los emires de Mizr, la bien guardada, y a sus ulemas y magnates y grandes, recomendándoles a Nuru-d-Din y a sus padres y a su esposa, y encargándoles que los hiciesen objeto de toda suerte de distinciones, agasajos y honores.

Luego que llegaron las nuevas de todo eso a Mizr, holgóse de ello grandemente el mercader Tachu-d-Din y también se alegró mucho la madre de Nuru-d-Din, siendo tal el gozo que sintieron los dos que no habría podido ser mayor.

Salieron a recibir a Nuru-d-Din todos los emires y magnates de Mizr, atendiendo las recomendaciones del jalifa, y fue aquel un día señalado y sonado, extraordinario, pues en él se juntaron el amante y el amado y halló el buscador lo que andaba buscando.

Después de eso fueron los emires, por turno cada día, obsequiando a Nuru-d-Din con convites espléndidos y holgáronse con él en extremo y lo honraron con distinciones que no podían ser mayores.

Luego que reunióse Nuru-d-Din con su madre y su padre, alegráronse todos hasta el colmo y alejáronse de ellos el pesar y la inquietud y los padres de Nuru-d-Din alegrarónse mucho con Maryem y la honraron y agasajaron y todos los emires y los mercaderes principales enviáronles regalos y presentes, de suerte que cada día tenían un nuevo motivo de alegría, mayor que el de la víspera.

Y así continuaron viviendo en la mayor delicia y la más cumplida dicha, hasta que llegó a visitarlos aquella que pone fin a los goces y dispersa las reuniones.

¡Loor al viviente, al que nunca muere y en sus manos las llaves del reino y el imperio tiene!





HISTORIA DEL JOVEN DE BAGDAD Y LA ESCLAVA QUE MERCO

(Noches 492 a 494)

Historia de temas ya tratados en otras anteriores, o sea, el de la esclava enamorada de su señor, que se vende para salvarlo de la ruina, y el del señor que, después de aceptar el sacrificio, siente que no puede vivir sin ella y sufre los remordimientos y las nostalgias de quien ha vendido su amor. El caso debía de darse a diario en aquella sociedad, y de ahí que aparezca tan a menudo en la novelística de los orientales como una nota lírica, altamente patética, que siempre conmueve como si fuera nueva.

De notar es la generosa conducta del haschimi, *comprador de la esclava, que hace honor a su noble linaje de descendiente de Haschim, el bisabuelo del Profeta, con ese rasgo de devolvérsela graciosamente, y con dinero encima, a su dueño y amado, con la sola condición de que ambos asistan a sus veladas y las amenicen con su canto. El* haschimi *se porta como un gran señor, como el propio jalifa, Harunu-r-Raschid, en situación análoga, y ese rasgo magnífico le es tanto más fácil cuanto que para él la esclava no es sino una artista hábil y maestra en su género, mientras que para su antiguo dueño lo es todo. A ello le obligaba, además, su alcurnia, pues los* naschimies *eran una noble familia árabe, de la tribu de Koreisch, a que pertenecía el Profeta, y ese parentesco con el enviado de Alá era un título de honor equivalente a una corona regia.*

Esta historia romántica, sin aleación mítica ni fabulosa de ninguna clase, pertenece al fondo exclusivamente arábigo de estas narraciones, y pudiera estar tomada de los muchos centones de cuentos y anécdotas y curiosidades a que ya hemos aludido.

–Cuentan que en los antiguos tiempos había en Bagdad un sujeto de los hijos de la dicha que heredara de su padre cuantiosos caudales y hubo de enamorarse de una esclava y la mercó y se la llevó a su casa.

Amaba la tal esclava a su señor no menos de lo que él la amaba a ella, y dizque, él la amaba tanto, que no cesaba de derrochar su hacienda por agasajarla, hasta que al cabo se quedó sin blanca.

Buscó entonces el joven algún medio de seguir viviendo, pero no logró su empeño.

Había el mozo frecuentado en sus buenos tiempos las reuniones de los entendidos en achaques de canto y se había impuesto en ellos hasta resultar maestro, por lo que al ir a pedirle consejo a uno de sus amigos sobre lo que hacer debiera, aquel le dijo:

–No se me ocurre nada mejor, atendida tu situación, sino que te dediques al cante en unión de tu esclava, con lo que ganarás mucho dinero y comerás y beberás sin esfuerzo.

Repugnóles a él y a la esclava aquel medio y la joven le dijo a su señor:

–Se me ocurre una idea mejor.

–¿Cuál es?–preguntó él.

A lo que respondióle ella:

–Pienso que lo mejor será que me vendas y salgamos tú y yo de esta miseria y volvamos a la antigua opulencia, pues una esclava como yo solo la pueden comprar los acaudalados y quién sabe si algún día podré tornar a tu lado.

Accedió a ello el joven y llevó al zoco a la esclava, y el primero que la vio fue un *haschimi* de Bazra, hombre letrado, simpático y generoso de alma, y, sin vacilar, compró a la esclava en mil quinientos dinares y se dispuso a llevársela.

–Pero luego que hube recibido su precio–contaba el joven–pesóme de lo hecho y rompí a llorar y ella también lloró, por lo que quise deshacer el trato y se lo propuse al comprador.

Pero este se negó a ello, y entonces yo me guardé en el bolso el dinero y eché a andar de allí, sin saber adónde ir, pues mi casa sin ella me repelía, y empecé a vagar sin rumbo y no hacía más que llorar y aporrearme el rostro y gemir y suspirar, con tal dolor y con tal pena, cual nunca en mi vida los sintiera.

Entréme en una mezquita que hallé al paso y me senté y seguí allí gimiendo y llorando, hasta que al fin quedéme extenuado y me tendí, poniéndome la bolsa a guisa de almohada bajo mi cabeza, y me dormí en menos que se piensa.

Pero en medio de mi sueño hube de sentir que alguien me quitaba la bolsa y no la hallé, por lo que me levanté ligero y quise correr en seguimiento del ratero.

Pero entonces me encontré con que me habían atado de pie con una cuerda, de suerte que al tratar de correr tropecé y me caí de bruces en el suelo, con lo que se acreció mi dolor, y torné a llorar y a maltratarme, y me dije:

–Fuésete lejos tu alma y tu hacienda perdiste...

Y era tal mi desesperación que me dirigí al Dichle y me subí la ropa a la cara y me arrojé de cabeza al agua.

Pero los que hacer eso me vieron comprendieron mi situación y dijeron:

–Muy apurado debe de estar ese desdichado.

Y arrojáronse al río detrás de mí y me cogieron y me sacaron a la orilla y me preguntaron qué era lo que me había pasado.

Contéselo yo, y ellos, luego que me oyeron, dieron muestras de sentimiento, y un *scheij* de los presentes se me acercó y me dijo:

–Pues perdiste la hacienda ¿querías

también perder tu alma e ir a reunirte con la gente del fuego y tener por paradero el infierno? Anda y ven conmigo para que vea tu domicilio.

Hícelo yo así y lo conduje hasta mi casa, y, luego que allá llegamos, sentóse junto a mí el anciano y me hizo compañía por espacio de una hora, hasta que se me pasó mi congoja.

Dile yo entonces las gracias y el *scheij* se tornó a su casa.

Pero no bien hubo el *scheij* vuelto la espalda torné yo a las andadas y quise matar mi alma, pero me acordé de la otra vida y del fuego del infierno y desistí de mi intento.

Luego salíme huyendo de la casa y fuime a ver a un varón recto y piadoso y le conté todo cuanto me pasara, y él, al oírme, lloró de lástima y me dio cincuenta dinares y me dijo:

–Sigue mi consejo y vete ahora mismo de Bagdad y gástate por ahí ese dinero, hasta que ella se te borre del pensamiento y tu corazón logre el consuelo. Joven eres de letras y de caña y escribes con soltura y posees gran cultura, así que elige la ocupación que quieras y conságrate con toda el alma a ella, y no pierdas la esperanza de que al cabo Alá vuelva a reunirte un día con la que amas.

Al oír esas palabras sentí corroborada mi alma y huyó de mi la pena que me atormentaba y formé la intención de dirigirme a tierra de Uasit [1], pues tenía en ella deudos y familiares.

Salíme, pues, a la orilla del río y vi en ella fondeando un barco, cuyos pasajeros estaban trasladando a bordo sus efectos, telas y otros géneros finos y de precio.

Pediles yo que me llevasen con ellos, y luego de oírme, me dijeron:

–Este barco es de un *haschimi* y no podemos admitirte a bordo.

Prometíles yo recompensarles si me complacían, y entonces me dijeron:

–Puesto que no hay más remedio, quítate ese traje lujoso que llevas puesto y vístete ropas de marinero y siéntate aquí con nosotros, como si fueres uno de los nuestros.

Volví yo a la ciudad y merqué ropas de marinero y me las puse, y luego regresé al barco que, según me dijeron, se dirigía a Bazra, y subí a bordo y aguardé a que zarpara.

Y no pasara una hora cuando vi llegar a mi amada, en compañía de dos esclavas a su servicio destinadas.

Disipóse al punto mi congoja y me dije para mi ánima: «Ahora podré verla y oírla cantar, hasta que lleguemos a Bazra.»

No tardó luego en llegar el *haschimi*, el cual venía acompañado de una partida de amigos y un grupo de gente, y montaron todos en el barco, y el *haschimi* mandó que les sirvieran de comer y comió en la cubierta del barco en unión de mi esclava y de los demás individuos que lo acompañaban.

Después de lo cual díjole el *haschimi* a mi esclava:

–¿Hasta cuándo vas a negarte a cantar y a seguir entregada a esa tristeza y ese pesar? ¡Ni que fueras tú la primera que se vio separada de aquel a quien amaba!

Y de esas palabras pude yo inferir cuánto era el amor que me tenía mi esclava.

Mandó luego el *haschimi* tender un velo sobre la muchacha a un lado de la cubierta y llamó a los que cerca de mí estaban y se sentó con ellos, a la parte afuera del velo.

Pregunté yo quiénes fuesen aquellos y me dijeron que eran sus hermanos.

Sacó luego el *haschimi* vino y fruta seca para obsequiarlos y tornaron to-

[1] Sit. Mediana. Hasit es una ciudad del Irak persa, a medio camino (de ahí su nombre) entre Bazra y Kufa.

dos a instar a la esclava para que cantara, hasta que ella, por fin, pidió el laúd y lo templó y lo rasgueó y luego entonó esta canción:

–Separada de mi amor,
nada hay que alegrarme pueda,
que el corazón me consume
el tormento de la ausencia.
¿Cómo cantar si tenemos
el alma llena de pena? [2].

Pero al llegar aquí sintió Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras fascinadoras.

Y LA NOCHE 493 REANUDO SU RELATO EN ESTA FORMA:

–Ha llegado hasta mí la fama, *¡ye* el sultán, el afortunado!, de que luego que la esclava terminó su canción vencióla el llanto y tiró el laúd con enfado y dejó de cantar.

Alborotóse con ello la gente del barco y yo fui presa de un desmayo. Pensaron los marineros que era yo un poseso y uno de ellos empezó a recitar exorcismos en mi oído, en tanto los pasajeros animaban a la esclava y la instaban a que cantara, y al fin lograron que tomase el laúd y estos versos entonara:

–Junto a nuestra casa en ruinas
me detuve, y pregunté le
por aquellos que se fueron
y en mi pecho viven siempre,
y las ruinas respondieron
a mi voz con el silencio.

Luego de entonar esa letrilla tomóle un desmayo a la cantora, y todos los que iban en el barco rompieron a llorar y yo también lancé un grito y me desmayé.

Rodeáronme en seguida los marineros y uno de los criados del *haschimi* los interpeló, diciendo:

–¿Cómo pudisteis recibir a bordo a este loco?

Y entonces los marineros cuchichearon entre sí y se dijeron:

–Cuando lleguemos a algún puerto allí lo dejaremos y libres de él quedaremos.

Entróme a mí mucha pena al oír aquello; pero me callé y me aguanté, y en mi interior pensé: «No tengo otro medio de librarme de sus manos que hacerle saber a mi esclava el sitio que ocupo en el barco, para que impida que me echen de él y de su lado.»

Seguimos a todo esto navegando hasta que llegamos a las inmediaciones de un puerto, y el dueño del barco les dijo a sus criados:

–Atracad en la orilla, muchachos.

Hiciéronlo así ellos y fondearon en aquel puerto, y estaba atardeciendo en aquel momento.

Escurríme yo entonces y acerquéme al velo por detrás y cogí el laúd y lo pulsé por variedad de estilos, volviendo luego a aquel estilo que antaño le enseñara a mi esclava.

Después de lo cual tornéme a mi sitio, y los que iban en el barco, después de saltar a tierra, volvieron a la nave y se colocaron en sus respectivos lugares.

Vertió luego la luna su luz por la tierra y el mar, y el *haschimi* díjole a la esclava:

[2] Compárase con el bello salmo CXXXVII, de la *Biblia*, que empieza: «Sobre los ríos de Babilonia llorábamos al recuerdo de Sión...», etc.

–¡Por Alá sobre ti, no estés con nosotros enojada!

Tomó ella entonces el laúd y lo pulsó y lanzó un hondo suspiro, tan profundo, que pensaron habíasele ido el alma de este mundo.

Luego dijo la esclava:

–¡Por Alá, que mi maestro, el que me enseñó a cantar, viene con nosotros en el barco, a no dudar!

–¡Por Alá–exclamó el *haschimi*–, que, si así fuera, no dejaría de invitarlo a que formara parte de nuestra reunión, pues acaso él lograra disipar tu enfado y gozaríamos de tus cantos. Pero, por desdicha, no pienso que así sea e imagino que se trata de una vana sospecha.

–No puedo–exclamó la esclava–pulsar el laúd y rasguear sus cuerdas, sabiendo que mi señor está aquí cerca.

–*¡Ye!*–dijo el *haschimi*–. Voy a preguntarle a los marineros si tienen noticias de tu maestro.

–¡Hazlo, sí!–díjole la esclava al *haschimi*.

Dirigióse este en seguida a los marineros y les preguntó:

–¿Habéis admitido a bordo a alguien con vosotros?

–No–respondieron ellos.

Pero yo, temiendo que la encuesta no pasara de ahí, me eché a reír y exclamé:

–Sí; yo soy su maestro y el que a cantar y tocar la enseñó, cuando era su señor.

Lleváronme entonces los criados del *haschimi* a presencia de su señor, y, en viéndome él, me conoció y me preguntó:

–¿Cómo fue que viniste a parar en ese estado? ¿Qué ha sido lo que te ha pasado?

Contéle yo todo lo que me sucediera y rompí a llorar, y también mi amada, tras el velo, lloraba y lloraban el *haschimi* y sus hermanos, llenos de compasión, al escuchar mi relato.

Y el *haschimi* exclamó, haciendo una pausa en su llanto:

–¡Por Alá, que hasta hoy no me acerqué a esta esclava, ni la toqué, ni la oí cantar bien! Hombre soy holgado, por la gracia de Alá, y fui a Bagdad para oír cantar y granjearme bienes de manos del emir de los creyentes, cosas ambas que logré realizarlas, y, cuando me disponía ya a regresar, me dije en mi interior: «Oigamos algo de las canciones de Bagdad.» Y me compré esta esclava para que me cantara. No sabía yo nada del estado en que tú te hallabas, y a Alá pongo por testigo de que, en cuanto llegue a Bazra, manumito a esta esclava y la caso contigo y os señalo a ambos una cantidad que os pueda bastar, y aún más.

Metió luego el *haschimi* su cabeza por dentro del velo y le dijo a la esclava:

–¿Te parecen bien mis palabras?

Deshízose ella en frases de agradecimiento e invocó sobre él las bendiciones del cielo.

Llamó luego el *haschimi* a uno de sus criados, y le dijo:

–Coge de la mano a este joven y quítale esas ropas y vístele otras, de lo mejor, y sahúmalo con esencias y torna luego con él a nuestra presencia.

Tomóme la mano el criado e hizo conmigo lo que le ordenara su amo, y después me llevó a su lado.

Ofrecióme luego el *haschimi* de beber, lo mismo que a sus hermanos, y volteó la copa de mano en mano.

Y después mi esclava tomó el laúd y lo rasgueó con un arte de maravilla, y acompañándose con él entonó esta letrilla:

–Me critican porque lloro
sin cesar, desde que aquel
que sólo en el mundo amo
de mi lado se me fue.
¿Qué saben ellos de amores
ni del fuego que me abrasa
y que vanamente trato
yo de entibiar con mis lágrimas?

De amor sabe sólo aquel
que a su amante vio partir,
sintiendo que el corazón
con él se quería ir.

Gustóles mucho a todos aquella canción y holgáronse de oírla y se alegraron, y también yo me animé, y, tomando el laúd de manos de mi amiga, lo rasgueé por estilos diversos y luego entoné estos versos:

–Pídele al noble en tu apuro,
que al noble pedir no humilla;
solo implorar al villano
es lo que al hombre denigra.
Porque siempre el generoso
a la súplica da oídos,
mientras que pedirle al vil
resulta tiempo perdido [3].

Placióles mucho a todos mi canción y dieron muestras de entusiasmo, y así seguimos cantando yo y mi esclava, alternando, hasta que llegamos a uno de los fondeaderos del barco y todos –y yo con ellos–a tierra saltamos. Y dizque yo de tanto vino me había mareado.

Y me puse a hacer aguas y, borracho como estaba, vencióme el sueño y me quedé dormido en aquel mismo sitio.

Tornaron en tanto los otros pasajeros al barco, que reanudó en seguida su travesía, sin que aquellos advirtieran mi ausencia, que iban distraídos y, además, tomados del vino.

Continué yo durmiendo y no me desperté hasta que empezó a picar el sol; encontréme allí entonces completamente solo y dizque hasta olvidara preguntarle al *haschimi* su nombre y las señas de su casa en Bazra y por quién lo conocían en su patria.

Quedéme, pues, confuso y perplejo y triste, como si todo aquello del encuentro con mi esclava hubiera sido un puro sueño.

[3] Suprimido en la edición de Bulak.

Y seguí allí en tal estado cierto tiempo, hasta que al cabo vi venir un gran velero, que se dirigía a Bazra, y monté en él, y así llegué a aquella ciudad en la que a nadie conocía; pero al pasar por delante de una tienda entré en ella y pedí papel y una caña y me puse a escribir unas palabras.

–Gustóle al tendero mi letra–contaba el joven de mi historia–y reparó en mi buena ropa y me preguntó detalles sobre mi persona.

Díjele yo cómo era algarivo y pobre, y él, al oírlo, me dijo:

–¿No querrías quedarte aquí conmigo y yo te daría medio adarme diario por tu servicio y además comida y vestido, a cambio de que tú me llevaras las cuentas de mi tienda?

–Cierto que sí–le respondí.

Y me quedé allí con aquel mercader a llevarle la cuenta de sus ingresos y de sus gastos, y, al cabo de un mes, advirtió el mercader que sus ingresos subieran y sus gastos bajaran, por lo que me dio las gracias y me prodigó elogios sin tasa y me señaló de jornal una dracma. Y cumplido que fue un año, me propuso casarme con su hija, y yo acepté y me casé con ella y vine a ser su consocio en la tienda.

Y dos años llevaba yo ya en la tienda cuando un día de los días vi pasar por delante de ella un tropel de gente que llevaba viandas y bebidas y mostraba cara alegre.

Preguntéle al mercader qué fuese aquello y él me explicó diciendo de esta manera:

–Hoy es el día de los felices y en él acostumbran los amigos de la juerga y la albórbola y la fiesta dirigirse a la orilla del mar, donde comen y beben, bajo la arboleda.

–Quisiera ir yo allá también–díjele al mercader.

–Pues hazlo, hijo mío–me dijo.

Y acto seguido preparóme viandas y bebidas, y yo cargué con ellas y eché a

andar y anduve hasta llegar al río Al-Aila [4].

Estúveme allí hasta que la gente empezó a retirarse y entonces me dispuse a hacer otro tanto, cuando he aquí que, inopinadamente, hube de ver al arráez del barco en que el *haschimi* viajara y que pasaba por allí con otros compañeros, y gritéles yo y ellos me oyeron y volvieron la cabeza y me conocieron y me dijeron:

–Pero ¿no te has muerto?

Luego me abrazaron y me preguntaron qué me había pasado; contéselo yo todo, y ellos, al oírlo, exclamaron:

–Nosotros pensábamos que la embriaguez fuera causa de que te ahogases en el agua.

Preguntéles yo entonces por mi esclava y ellos me dijeron:

–Al saber que habías desaparecido, rasgó sus vestidos y rompió el laúd y se aporreó el rostro y rompió a llorar y gemir y suspirar. Luego que regresamos con el *haschimi* a Bazra, le dijimos a la esclava:

–¡Déjate ya de tanto llorar y penar!

Pero ella nos contestó, diciendo:

–Voy a vestirme de negro y a labrarme un almocaber [5] al lado de esta casa, y me sentaré junto a él y no volveré más a cantar y de allí no me apartaré.

Hízolo según dijera y así continuó, viviendo de esa manera.

Tomáronme luego con ellos...

Sorprendió a Schahrasad, al llegar aquí, la mañana y atajó el flujo de sus elocuentes palabras.

PERO LA NOCHE 494 SIGUIO DICIENDO LA MUCHACHA:

–Ha llegado hasta mí la fama, *¡oh* monarca, el afortunado!, de que el bagdadí continuó diciendo:

–Tomáronme con ellos y me llevaron a la casa, y al entrar en ella vi a la esclava que estaba en el estado en que me la pintaran.

Y luego que ella me vio lanzó un suspiro tan grande y tan profundo, que pensamos que su alma volara de este mundo.

Dile yo un largo abrazo, y el *haschimi* se me acercó y me dijo:

–¡Cógela y llévatela, amigo!

–Así lo haré–le contesté–; pero antes ahórrala [6], según me prometieras, y cásame con ella.

Hízolo así el *haschimi* y nos dio muchos objetos de valor y trajes y tapices de lo mejor, y, además, quinientos dinares, y nos dijo:

–Esta es la suma que os pasaré cada mes; pero a condición de que habéis de ser mis comensales y de que esta esclava ha de cantarme.

Habilitónos luego una casa y mandó que llevaran allí todo cuanto pudiéramos haber menester y, al entrar yo en ella, pude ver que estaba amueblada y decorada como mejor no podía ser.

Trasladé en seguida a aquella casa a mi esclava, y después fuime a ver al mercader y le conté todo cuanto me sucediera y le rogué me divorciase de su hija, a lo que accedió, abonándole yo el azidaque y la pensión acostumbrada, hasta cumplirse el plazo legal de volverse a casar.

Dos años permanecí después con el

[4] Un afluente del Tigris. En algunas ediciones se lee Ubul-lah.

[5] Sepulcro.

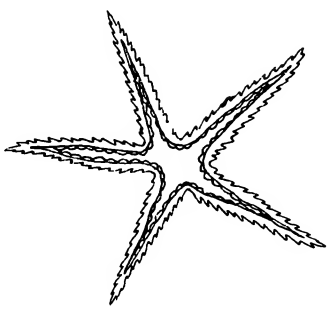
[6] Declarar–horro–libre a un esclavo.

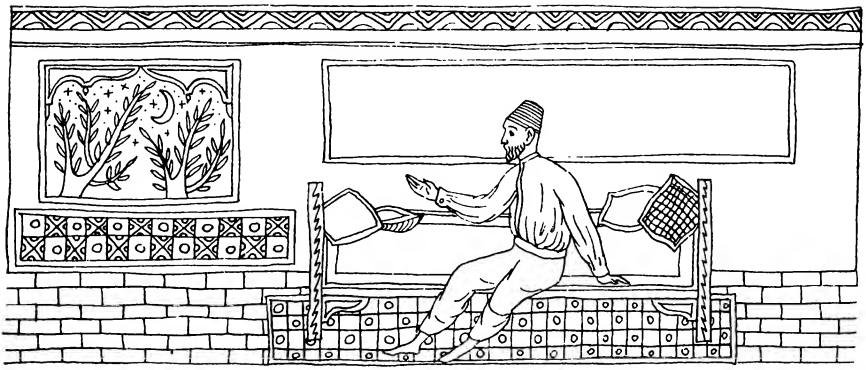
haschimi y llegué a ser dueño de grandes caudales, de suerte que volví a verme en el estado de antes, cuando vivía en Bagdad con mi esclava, antes de que me pasaran aquellas desgracias.

Y placióse con nosotros Alá y nos colmó de mercedes y gracias y recompensó nuestra paciencia y resignación con el logro de nuestra ilusión.

¡Loor, pues, a Alá, en esta vida y en la otra!

Y Alá es el más sabio.





HISTORIA DE UARDUJAN, HIJO DEL REY CHELIAAD

(Noche 494)

Historia edificante y moralizadora que tiende a demostrar hasta qué extremo puede cegar, aun a los reyes mejor intencionados, el amor excesivo a las mujeres–amonestación sumamente oportuna en aquellos países poligámicos, donde, según comprueba la Historia, la política de los sultanes se fragua en los harenes–, y que, de paso, se extiende a consideraciones que forman un cuerpo de sana doctrina para los que gobiernan. Ante el joven rey Uarduján–nombre que suena a simbólico de su condición muelle y afeminada, pues podría traducirse: el señor de la rosa–dominado por su favorita, yérguese la noble y serena figura del visir Schemmás (nombre también simbólico, el solar, de Schems–*sol), que recuerda la del visir Dandán en el cuento de* El rey Omaru-n-Nômán, *y como él representa la tradición de esos sabios visires del mundo oriental, guardadores insobornables de la verdadera doctrina, maestros infalibles, con algo de profetas, que en esos países de gobierno despótico son los únicos portavoces del pueblo silenciado y a veces pagan con su vida la audacia de hablar alto a esos leones de sultanes.*

Así le ocurre al visir Schemmás con el rey Uarduján; pero la contrición del monarca, cuando al borde de su ruina le echa de menos y reconoce su yerro, es una advertencia para los monarcas aturdidos. El sultán Schahriar debe sentirse advertido al escuchar este relato de labios de la discreta Schahrasad.

Por su finalidad y su técnica literaria viene a ser esta historia uno de tantos arreglos y refundiciones como en Oriente se hicieron del famoso

libro, mencionado en los poemas de Firdusi. Andarzi-Juzrav Kavalán (Advertencia de Jusrav, hijo de Kobad), *en que se exponen los fundamentos de una buena política.*

De ese libro, que se atribuye al sabio Busurg Mihr, el cual lo compuso por orden de Jusrav el Grande, de la dinastía sasani, derívase el titulado Zafer-Nameh (Libro de la Victoria), *del famoso médico Ibn Siná o Avicena, natural de Efschené, cerca de Bujara (980 de nuestra era), y también el tratado de moral* Rahatu-l-Insán (alivio del hombre), *escrito en verso y por un autor acerca del cual nada se sabe. Pero por su estructura y el método que siguen de ilustrar sentencias morales con ejemplos y anécdotas, todos esos libros están delatando una fuente indostánica, y traen su filiación de esa literatura sánscrita de análoga tendencia que se ilustra con obras como el* Hitopadesa (Adquisición de un amigo), *destinada también a la educación de un buen príncipe, modelo venerable de toda esa pedagogía* ad erudiendos Delphines, *que, pasando por la* Ciropedia, *del griego Jenofonte, llegó hasta las famosas* Aventuras de Télemaque, *del francés Fenelón*

La aportación propiamente semítica a este compendio didáctico, en que se reabsorben también ideas griegas–destiladas en el alambique oriental–, la Política, *de Aristóteles, corría ya entre los árabes en traducciones más o menos fieles–lo constituyen, en primer término, el* Corán, *y luego sentencias y máximas tomadas, aunque no a la letra, de los bíblicos* Proverbios, *de Salomón, que también son consejos de un rey al hijo que lo ha de suceder en el trono. Sobre todo, en lo referente al capítulo de la moderación en el amor de las mujeres, fácil es reconocer la voz desencantada del monarca hebreo, que tanto tuvo que sufrir por su incontenible pasionalidad erótica, y que, escarmentado por la experiencia, después de componer ese jocundo epitalamio del* Schir-ha-Schirim, *expresó sus desengaños en el tono pesimista del* Kohelet (Eclesiastés), *libro revelador, entre otras cosas, de misoginia senil, y trató de transmitir su tardía cordura a su hijo en los* Proverbios.

Notemos, finalmente, que ya en la misma onomástica de los personajes se delata el espíritu de síncresis que presidiera a la composición de este apólogo; el rey Cheliâad, *soberano de Al-Hind (la India), lleva un nombre que difícilmente podría reducirse a una raíz sánscrita, y suena más bien a zenda o semítico, pues muestra cierta paronomasia con el de* Chelaad *o Galaad, que en la* Biblia *se aplica a los descendientes de Jafet; el de su hijo Uarduján–si hemos de reputar legítima la etimología que de él damos–, señor de la rosa o rosa del señor (suponiendo un izafet no escrito en* Uard) *sería un compuesto de árabe y persa, y el de Schemmás, el visir, tiene en cambio una morfología enteramente arábiga y significa en esa lengua soldado (y también acólito del sol)*

La presente historia es una de las más antiguas que integran el libro, pues ya Mâsudi la menciona como perteneciente a las Hasar Afsanah, *y verdaderamente parece marcar el entronque del fondo árabe con el persa*

o, mejor dicho, ariopersa. Von Hammer llega a suponerla escrita por un hindú. Lane, sin embargo, la omite en su versión, por considerarla extremely puerile. *También Weil y Mardrus la pasan por alto.*

–Y cuentan también que, en los antiguos tiempos y en los siglos pretéritos había un rey del país de Al-Hind que era un gran monarca, muy aventajado de estatura y muy bello de figura y de condición generosa, pródigo con los menesterosos y amante de sus vasallos todos.

Llamábase de nombre Cheliâad y tenía bajo su mano y su dominio setenta y dos reyes, y el número de los cadíes de su país ascendía a trescientos cincuenta, y el de sus visires a setenta, y cada diez de sus soldados tenían un capitán asignado.

Y era el visir principal del soberano un *scheij* al que llamaban Schemmás, y tenía veintidós años de edad, y era hombre tan bello de cuerpo como bueno, por lo que el rey le profesaba un gran afecto, pues, aparte ser maestro en elocuencia y elegancia retórica y en los achaques de la política, mostraba gran clemencia, de que Alá le dotara para con sus vasallos, a los cuales cubría con sus alas y los amparaba.

Y era aquel monarca equitativo en su gobierno y curador de los naturales de su reino; pero, con todo eso, no le había Alá gratificado con un hijo, por lo que tanto él como sus vasallos estaban muy apesarados.

Mas sucedió que una noche de las noches estaba el rey acostado y no dormía, porque la falta de sucesión le tenía desvelado.

Vencióle al fin el sueño y soñó que estaba regando la raíz de un árbol y en torno a aquel árbol había otros muchos, y de repente empezó aquel árbol a echar fuego y devoró a todos sus compañeros.

Despertóse el rey de aquel sueño sobresaltado e inquieto, y llamó a uno de sus criados y le dijo:

–Ve en seguida y tráeme acá a mi visir Schemmás.

Corrió el criado en busca del visir, y, luego que lo halló, díjole así:

–El rey te manda que vayas a verlo al momento, pues acaba de despertarse, asustado de su sueño y me ha enviado a decirte que vayas allá sin pérdida de tiempo.

Luego que oyó Schemmás las palabras del esclavo, lo dejó todo y se levantó y corrió a ver al monarca, y entró en su cámara y se lo encontró tendido en la cama.

Postróse entre sus manos e invocó sobre él la duración de su dicha y su poder, y luego le dijo:

–¡No te entristezcas, por Alá, *ye* ilustre monarca! ¿Qué fue lo que te desveló esta noche pasada y por qué razón me mandaste a llamar con tanta precipitación?

Diole el rey su venia para que se sentase, y, luego que el visir lo hizo, contóle lo que en su sueño había visto,

Luego que Schemmás húbolo oído, bajó la cabeza y permaneció una hora pensativo, después de lo cual sonrió, y el rey le dijo:

–Dime, Schemmás: qué es lo que has visto y háblame sin rebozo, que no debes temer mi enojo.

–¡*Ye* monarca, el glorioso!–díjole entonces Schemmás–. Has de saber que Alá–*taála* ha decidido refrescarte los ojos y alegrarte el espíritu, y ese sueño que has tenido es presagio de toda suerte de venturas, pues te anuncia que Alá te va a gratificar con un hijo varón, que será tu sucesor en el trono, después de tu larga vida, y luego de

pasar por un trance cuya interpretación no es oportuna ahora, por lo que hemos de dejar para más adelante su explicación.

Holgóse el rey muchísimo de oír las palabras de su visir y desechó su temor y el alma se le tranquilizó. Y dirigiéndose al visir, exclamó:

–Puesto que la cosa es así y mi sueño encierra un presagio feliz, ya me completarás tu interpretación cuando llegue la ocasión. Que no conviniendo hacerlo ahora, habré de aguardar hasta que madure su sazón, y entonces me completarás su explicación, para que completen así mi alegría y satisfacción, que yo nada deseo ni ambiciono sino vivir en la gracia de Alá, el misericordioso.

Notó Schemmás, sin embargo, que el monarca no quedaba del todo satisfecho y se excusó con él de no poder complacerlo.

Mandó luego el monarca comparecer a los astrólogos y a todos los trujimanes de sueños que había en su reino, y comparecieron entre sus manos todos ellos, y el rey les contó su sueño y les dijo:

–Quiero que me expliquéis todo su sentido.

Adelantóse uno de ellos y pidióle su venia al monarca para usar de la palabra.

Diósela el monarca luego y el adivino empezó diciendo:

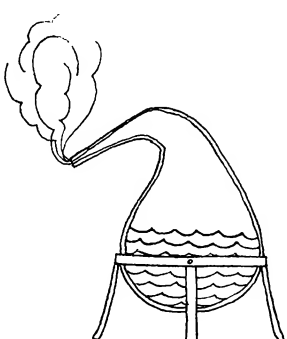
–Has de saber, *¡ye* monarca, el glorioso!, que tu visir Schemmás no es incapaz para interpretar tu sueño, sino que tiene reparo de hablarte con franqueza y por eso se ha limitado a disipar tu miedo, sin interpretar en su totalidad tu sueño; pero si me das a mí tu venia para hablar sin embages, te lo explicaré todo al instante.

–Habla, adivino, sin temor–exclamó el rey–, y sé veraz en tu relación.

–Has de saber, *¡ye* ilustre rey!–dijo entonces el adivino–, que has de tener un hijo varón que será tu sucesor en el trono, después de tu larga vida, y el cual no se ha de conducir con tus vasallos como tú te has portado, sino que, lejos de eso, infringirá tus disposiciones y decretos y agraviará a sus gobernados y los tratará como al ratón trató el gato.

Imploró el rey, al oír aquello, la protección de Alá, y preguntóle al adivino:

–¿Y qué fue lo que el gato con el ratón hizo?





HISTORIA DEL RATON Y EL GATO

(Noches 494 y 495)

Tanto esta fábula como las que siguen parecen tomadas del famoso centón sánscrito los Avadara, *con cuyos apólogos guarda gran analogía.*

—¡Alargue Alá la vida del soberano! —exclamó el adivino—. Has de saber, *¡ye* ilustre rey!, que el gato salió una noche de las noches de cacería en busca de alguna presa que engullir y no halló ninguna, y, por si era poco, tuvo que aguantar encima el frío y la lluvia que aquella noche hacía, así que aguzó el ingenio a fin de idear algún ardid que lo condujera a su fin.

Púsose a dar vueltas por el campo y hubo de fijarse en un hoyuelo que había al pie de un árbol, y se acercó a él y empezó a husmear, y se acercó más, hasta que al cabo vino a sacar la conclusión de que en aquel agujero anidaba un ratón.

Púsose el gato a rondar el agujero y se dispuso a meterse dentro para cazar al ratonzuelo; pero este, al sentirlo, volvióle la espalda y se puso a cavar con manos y pies, con objeto de cerrar la puerta de su madriguera.

Y entonces el gato empezó a llamarlo desde afuera, con voz muy débil, y le dijo:

—No hagas eso, hermano, conmigo, y déjame entrar en tu nido y pasar en él la noche, que estoy muy malito y me he tendido a tu puerta, todo arrecido de frío y calado de la lluvia que ha caído. Y por Alá te imploro de tu caridad que me cojas de la mano y me entres en tu agujero y me dejes estar, aunque sea en el umbral, que has de hacer cuenta que soy un pobre peregrino y ya sabes el dicho: «Quien da posada en su casa a un pobre peregrino, tendrá el día del juicio por morada el Paraíso» [1]. Así que puedes estar

[1] *Redolet proverbium.*

seguro, hermano mío, de que te ganarás tu recompensa conmigo si me dejas pasar la noche en tu casa hasta que amanezca la mañana, que entonces me levantaré y me iré.

Oído que hubo el ratón las palabras del gato, le dijo:

–¿Cómo quieres que te deje entrar en mi madriguera siendo como eres mi enemigo por naturaleza y cuando de mi carne te alimentas?

A lo que el gato contestóle con voz humilde y débil:

–En eso que dices no te falta razón y no he de negártela yo; pero, no obstante, pídote perdón por lo pasado, por nuestra antigua enemistad y nuestro antagonismo natural, y no olvides que «a quien perdona a un semejante, perdónalo el Creador», [2] y yo, que fui antes tu enemigo, ahora vengo a ti con toda humildad a demandarte una caridad.

–¿Cómo–insistió el ratón–puede haber trato alguno entre quienes, cual tú y yo, son fundamentalmente enemigos? ¿Cómo puedo fiarme de aquel que tiene por costumbre andar siempre tendiéndome asechanzas y peligros? Y todavía, si nuestra enemistad fuera por otra cosa menos grave que la sangre, podría pasarlo por alto; pero nuestra mutua enemistad es cosa que en nuestras naturalezas está y no se puede desarraigar. Y ya dice el refrán con justísima razón: «Quien de su enemigo se fía, es tan imprudente como quien su mano mete en la boca de una serpiente.»

Contestóle a ello el gato, dizque estaba muy airado:

–Encogido tengo el pecho y quebrantado el ánimo y siento que voy a morirme, de aquí a un momento, en tu misma puerta, y, si así es, recaerá sobre ti mi muerte, puesto que pudiste salvarme y no lo hiciste; así que, desde ahora, no volveré más a rogarte ni abriré la boca.

Llenóse el ratón de temor de Alá al oír aquellas palabras, y penetró la piedad en su alma y salió afuera y tiró a rastras del gato y lo metió en su madriguera, donde aquél estuvo un rato quietecito, hasta que pareció reponerse y cobrar fuerzas.

Y entonces empezó el gato a condolerse de su debilidad y decaimiento y a reprocharle al ratón su falta de compasión, con lo que aquel se enterneció todavía más y se le acercó y se puso a dar vueltas a su alrededor.

Entre tanto, el gato fuese poco a poco arrastrando hasta tapar con su cuerpo la entrada de la madriguera por temor a que el ratón huyera.

De suerte que, cuando el ratón quiso salir, siguiendo su costumbre, hubo de pasar cerca del gato, y este le cogió en el acto y le echó la zarpa y empezó a mordisquearlo y zarandearlo y metérselo en la boca, y luego soltarlo y correr detrás de él y jugar con él y atormentarlo.

Y al verse en tal aprieto, invocó el ratón la protección de Alá y empezó a recriminarle al gato su conducta, diciéndole:

–¿Dónde está ese pacto de amistad que hiciste conmigo y qué fue de esos juramentos que me juraste? ¿Este es el pago que yo merezco? Pero has de saber que yo me refugio en el Creador y él me salvará de tus garras, ¡criatura ingrata!

Y estando así el ratón a vueltas con el gato, que seguía zarandeándolo, y ya se disponía a devorarlo, he aquí que de repente aparece por allí un cazador con su jauría de perros bravos, duchos en seguir y cobrar la pieza, y uno de aquellos perros se destacó de sus compañeros y se acercó a la madriguera, y sintió ruido de lucha violenta y pensó si sería algún zorro que estaba devorando una presa.

[2] *Redolet proverbium.*

Metióse por allí el perro para cazar al supuesto zorro y se encontró con el gato, y en seguida se arrojó sobre él y lo apresó, y, al verse el gato entre sus manos, solo pensó en salvarse y soltó al ratón, que aún estaba vivo y no había sufrido ninguna lesión, y trató de escapar, pero el perro lo sujetó y le laceró el cuerpo, hasta el punto de dejarlo muerto.

De suerte que vino a cumplirse aquello que dicen de que el «misericordioso halla misericordia al cumplirse su plazo y el agraviador es castigado en el acto» [3].

Y ahí tienes ya, insigne soberano, la historia de lo que le pasó al ratón con el gato.

Y ello prueba claramente que no es bueno faltar al trato hecho ni a la fe jurada y que, a quien procede con deslealtad y traición, le pasa lo mismo que al gato le pasó, que «según el hombre juzga, será juzgado, y quien bien obra, su recompensa cobra» [4].

Mas no te entristezcas, ¡*ye* monarca ilustre!, ni de eso te duelas, pues tu hijo, luego de reinar algún tiempo a lo déspota y tirano, volverá a gobernar a lo humano.

Avínose el monarca a esas razones y mandó agasajar a los adivinos y despedirlos.

Fuéronse ellos luego y el rey tornóse a su aposento y púsose a recapacitar sobre el desenlace de aquel pleito y, no bien se hubo hecho de noche, fuese a buscar a una de sus mujeres, que era su favorita y la que más amaba, y se acostó con ella hasta la mañana.

Pasaron luego cuatro meses y empezó la mujer a sentir rebullirse el embrión en su vientre, de lo que mucho se alegró, y en seguida al rey se lo comunicó.

Y el rey, al saberlo, exclamó:

–¡Por Alá el acorredor, que mi sueño fue verdad!

Aposentó luego a su esposa en la cámara más lujosa y la colmó de distinciones y honras, y le hizo muchos regalos y le dispensó toda suerte de agasajos.

Mandó luego el rey a uno de sus pajes que fuera y le trajera a su visir Schemmás, y luego que lo tuvo entre sus manos, contóle al visir el embarazo de su esposa, y, al terminar, exclamó el monarca con el alma toda alborozada:

–¡Resultó cierto mi sueño y mis esperanzas se cumplieron! Pero tú ¿qué piensas, Schemmás, de lo que te acabo de participar?

Guardó Schemmás silencio y no respondió nada, y el rey entonces, sorprendido, dijo:

–¿Cómo es eso, Schemmás, que no te alegras de mi alegría y no dices esta boca es mía? ¿Acaso lo que ocurre te contraría?

Postróse Schemmás entre las manos del rey y le dijo:

–¡Alargue Alá la vida del soberano! ¿De qué aprovecha guarecerse a la sombra de un árbol que despide fuego ni qué gusto puede sacarle al vino puro el bebedor cuando da tos, ni qué beneficio puede reportarle el agua dulce y fresca al que se ahoga en ella? Y también dice el refrán: «Tres cosas hay de que el hombre discreto no debe hablar por anticipado: el viajero de su viaje, antes de darle feliz remate; el guerrero del triunfo, antes de haber vencido en el combate; ni la mujer preñada de su caso, antes de haber salido bien del parto» [5]

Pero al llegar aquí sorprendió a Schahrasad la aurora y cortó el hilo de sus palabras encantadoras.

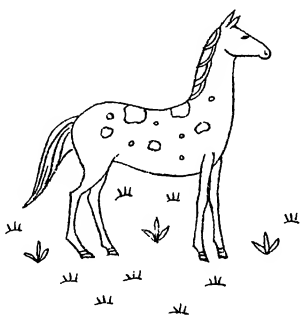
[3] y [4] *Redolet proverbium.*

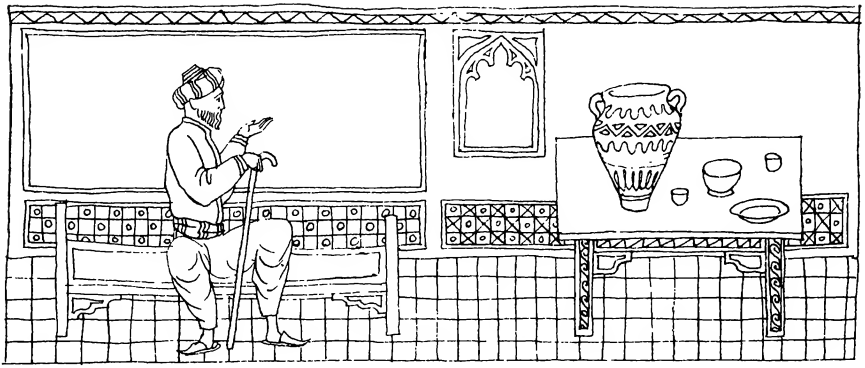
[5] *Redolet proverbium.*

Y LA NOCHE 495 REANUDO SU RELATO EN ESTA FORMA:

–Ha llegado a mi noticia, *¡ye* monarca, el afortunado!, que el visir Schemmás díjole al rey: «Tres cosas hay de que el hombre prudente no debe hablar por anticipado: el viajero de su viaje, antes de darle feliz remate; el guerrero del triunfo antes de haber vencido a su enemigo, y la mujer preñada de su caso, antes de haber salido bien el parto.» Pues pudiera ocurrirle lo que a aquel buen hombre al que se le vertió la manteca sobre la cabeza.

–¿Y qué historia es esa?–inquirió el rey.





HISTORIA DEL FAKIR Y EL TARRO DE MANTECA

(Noche 495)

Como el lector verá, trátase de una cuasi repetición de la historia del quinto hermano del barbero. El motivo inspirador de la fábula es antiquísimo; se le encuentra ya en el Hitopadesa, *vertido al persiano por Husein Vaiz, y ha dado pie para múltiples adaptaciones en la literatura folklórica universal. De ese modelo cabe derivar la famosa fábula de la* Lechera, *puesta en verso por La Fontaine. En el libro* El conde Lucanor *figura con el título* De lo que aconteció a una muger quel dicían doña Truhana. *Y en el de Kalila y Dimna con este otro, casi idéntico al que aquí lleva:* El religioso que vertió la miel y la manteca sobre su cabeza.

—¡*Ye* ilustre monarca! Has de saber que había una vez un varón piadoso que vivía en la dependencia de un noble de los nobles de cierta ciudad, el cual le pasaba una pensión diaria, consistente en cuatro panes y un poco de manteca y miel.

Era muy cara la manteca en aquel país y el beato del cuento guardaba la que diariamente recibía en un tarro, y así fue haciendo, hasta que el tarro se colmó, y entonces lo colgó por encima de su cabeza, por temor a que alguien entrara en la casa y se lo robara.

Y sucedió que una noche de las noches estaba el hombre sentado en su cama, con su vara en la mano, cuando hubo de ponerse a pensar en su manteca y en lo cara que en el país se cotizaba, y díjose para su ánima:

—Voy a vender toda la manteca que tengo reunida y con lo que por ella me den mercaré una oveja y me asociaré con algún pastor, y el primer año me parirá la oveja un macho y una hembra, y el segundo, una hembra y un macho, y así seguirán pariendo luego todos los años sus crías, machos y hembras, hasta que se forme un gran rebaño, y entonces reclamaré la parte

que me toque y la venderé, y me compraré la tierra fulana y la cercaré de tapias y labraré en ella un gran alcázar y me compraré ropas y vestidos y esclavos y esclavas, y me casaré con la hija de fulano, el mercader, y será tan rumbosa mi boda como nunca hubo otra.

Y le diré a mi alma: «Al fin lograste lo que deseabas.»

Y me dejaré de abstinencias y de penitencias.

Y quedará luego encinta mi mujer, y, llegado su tiempo, me parirá un hijo varón. Y para celebrarlo daré a mis amigos una alifara opípara, y después criaré a mi hijo y lo educaré en los buenos principios y le enseñaré ciencia y urbanidad y cuentas y todo lo demás, de suerte que llegará a ser nombrado entre las gentes, y, si me sale obediente, haré que lo sea más y, si me sale díscolo y rebelde, le daré con esta vara, hasta que se enmiende.

Y al decir esto el hombre de mi cuento alzó la varita y diole sin querer al tarro de la manteca, que colgara encima de su cabeza, y lo rompió, con lo que la manteca se vertió y le cayó encima y se le esparció por la cara y la ropa, y hasta por las barbas.

Y su caso quedó como escarmiento y enseñanza para los capaces de aprovecharla.

Por donde puedes ver, *¡ye* ilustre rey!, que no debe hablar el hombre de nada hasta que no sea cosa hecha y lograda.

–Tienes razón en lo que dices–replicóle el rey– y eres la flor de los visires y hablas verdad y aconsejas bien, y gozarás conmigo del predicamento que quisieres y nada te negaré de lo que me pidieres.

Postróse el visir Schemmás ante Alá y entre las manos del rey invocó sobre este la duración del poder y toda suerte de bienes. Y después despidióse del monarca y se fue.

Pasó luego el tiempo y la esposa del rey dio a luz un hijo varón, y fueron los anunciadores a anunciárselo al rey, el cual se alegró mucho de saberlo y dio gracias a Alá por la merced que le acababa de otorgar. Y exclamó:

–¡Loado sea Alá, que me dio un hijo varón, después de mi desesperación! ¡Loado sea Alá, que es compasivo y clemente con los que en él creen!

Escribió luego el rey a toda la gente de su reino comunicándoles el fausto acontecimiento, y los invitó a presentarse en su palacio, para agasajarlos.

Y al punto acudieron allí todos los emires y los ulemas y los próceres del reino y los ministros del Gobierno.

Y esto es, por ahora, lo referente a esta historia.

Cuanto al hijo del monarca, celebróse su nacimiento con fiestas y regocijos en todas las ciudades del reino, y acudió la gente de todos los lugares y vinieron los hombres de ciencia y los filósofos y los literatos y los sabios, y todos ellos al rey cumplimentaron.

Reunió luego el monarca a sus siete visires principales, cuyo jefe era Schemmás, y los invitó a que hablase, cada uno a su vez, a medida de su ciencia y su saber.

Y tomó el primero la palabra su jefe, el visir Schemmás, después de recabar la venia del monarca para hablar. Y dijo el visir Schemmás:

–¡Loado sea Alá, que sacó del aprieto y dotó de felicidad a su siervo, nuestro rey, el justo y equitativo, en pago de lo bien que se porta con sus vasallos, a los que colma de beneficios!

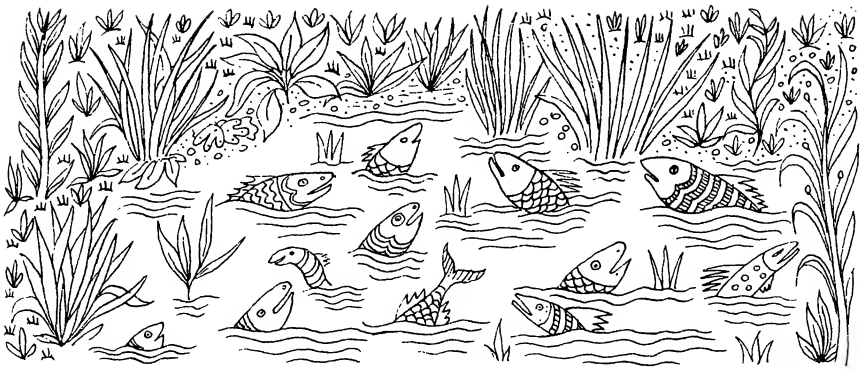
¡Loor a Alá, que fue servido de favorecer con sus mercedes a nuestro rey, gracias al cual nuestro país vive y florece!

Digno eres en verdad, *¡ye* soberano nuestro!, de gozar de esta dicha que hoy Alá te envía, y que también a nosotros nos alcanza, los que nos cobijamos bajo tu sombra y bajo tus alas.

¡Mejore Alá tu recompensa y alargue tu permanencia! Según se la pedimos nosotros, tus vasallos todos, que imploramos de Alá te guardase para nuestra felicidad y te diese un hijo varón, dócil y bueno, que fuese frescura para tus ojos y dilatase tu pecho!

Y Alá (loado sea y glorificado) nos oyó y a nuestros ruegos accedió y colmó nuestros deseos y nos trajo la alegría y la dicha, como a aquellos peces que en la alberca del agua vivían.

–¿Pues qué historia es esta de los peces?–preguntó el rey.



LOS PECES Y EL SARATAN [1]

(Noche 495)

–Has de saber, *¡ye* monarca, el glorioso!–respondió el visir Schemmás–, que había una vez, en cierto lugar, un estanque con agua y en él moraban peces, y sucedió en cierta ocasión que hubo de mermar el agua del estanque, de suerte que los peces vinieron a verse apretujados, sin poder rebullirse a sus anchas, por la escasez del agua, y en peligro de sucumbir si aquello seguía así.

Dijéronse, pues, los peces:

–No tenemos más remedio que idear alguna forma de salir de este aprieto, pues si no perecemos.

Saltó entonces el mayor de ellos en años y consejo y dijo:

–¡No podemos hacer más, en el apuro en que nos vemos, que impetrar la salvación de Alá. Pero vayamos, sin embargo, a consultar con el saratán, que nos sobrepasa en saber, y veamos qué es lo que nos aconseja y fiémonos de él, que es persona veraz.

Fueron, pues, todos juntos a ver al saratán, al que encontraron acurrucado en su camada, completamente ajeno a lo que a ellos les pasaba

Saludaron los peces al saratán con el *selam* y le dijeron:

–*¡Ye* señor nuestro! ¿Por ventura no te interesa nuestra desventura, siendo como eres nuestro capitán y nuestro jefe?

–¡Sea sobre vosotros la paz! Decidme, ¿qué os sucede?–respondió el saratán.

Contáronle entonces ellos lo que les pasaba y el apuro en que se encontraban por la falta del agua, que, si del todo llegaba a faltarles, perecerían sin remedio, privados de tan necesario elemento.

–Por lo cual–añadieron–venimos a recabar tu consejo y a que nos digas qué debemos hacer para conjurar ese riesgo, ya que eres más viejo que nosotros y más sabio que todos.

Bajó la cabeza el saratán luego de oírlos, y después les dijo:

[1] Nombre árabe del cangrejo o cáncer.

–No hay duda que sois gente de poco seso, cuando así desesperáis de la misericordia de Alá y de la providencia con que cuida del arrizque de sus criaturas; ¿ignoráis acaso que Alá (loado sea y glorificado) dispensa a sus siervos mercedes sin cuento y proveyó a su sustento antes de crearlos y asignó a cada uno de los seres que creó vida limitada y ración marcada, en virtud de su poder divino que a todo se extiende y alcanza? ¿Cómo, pues, podéis dudar, amigos míos, de lo que en el secreto está escrito? Mi opinión es, pues, que aguantéis y tengáis fe y aguardéis a ver, que, si Alá tiene dispuesto que sucumbáis, sucumbiréis de vuestros males, y si por ventura tiene decretado que de aquí huyamos, pues huiremos y emigraremos a donde Alá tenga a bien llevarnos.

Luego de oír al saratán, exclamaron todos los peces a la par:

–Dices bien, *¡ye* señor nuestro! Así Alá te recompense por el bien que nos haces ¡mejor que nosotros pudiéramos hacerlo!

Y dicho aquello tornóse cada cual a su lugar.

Pero al cabo de unos cuantos días fue Alá servido de enviarles una lluvia abundante, que les colmó de agua el estanque.

De donde claramente se infiere que no debe nadie desconfiar de la misericordia de Alá–*taála.*

Saludó luego al rey el visir, el segundo, con el *selam* y el rey le contestó:

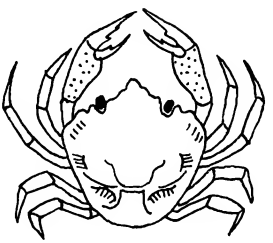
–¡Y sobre ti la paz!

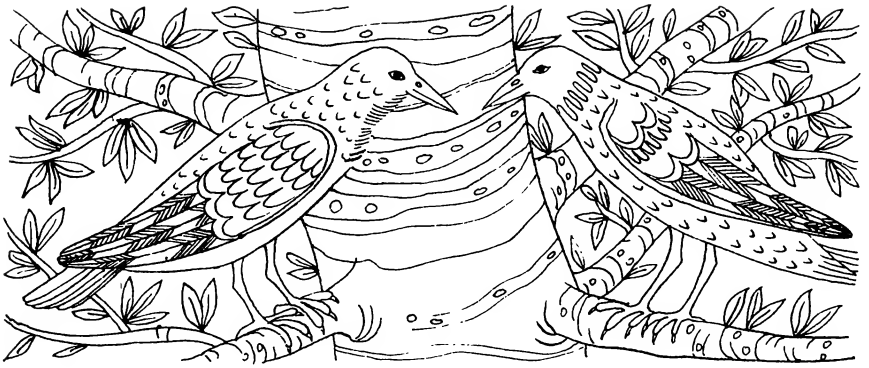
Después de lo cual tomó la palabra el visir y dijo así:

–*¡Ye* glorioso monarca! Has de saber que un soberano no es digno de este nombre, con toda verdad, sino cuando da con largueza y juzga con equidad y usa con sus vasallos de benignidad, y observa la ley y las tradiciones difundidas entre las gentes y hace justicia equitativamente, y ahorra su sangre y les evita daños y desastres y socorre sin negligencia a los pobres, y provee al buen gobierno de grandes y pequeños y da a cada uno lo que le corresponde en derecho, de suerte que todos acuden a él confiados en que los ha de atender. Que no hay duda que, a un rey que tales condiciones reúna habrán de amarlo todos sus vasallos y ha de lograr la palma en esta vida y en la otra la recompensa prometida y la gracia de su Creador, que le ha de dispensar su favor. Y nosotros, *¡ye* monarca insigne!, sabemos de sobra que todas esas buenas cualidades que digo se dan en tu persona, y así Alá no defraudó tu expectación y accedió a tu petición, en precio a tu resignación. Y te ha sucedido lo que al cuervo, según cuentan, le sucedió con la culebra.

–¿Y qué fue lo que al cuervo le pasó con la culebra?–preguntó el rey.

Y el visir le dijo así.





HISTORIA DEL CUERVO Y LA CULEBRA

(Noche 495)

—Has de saber, *¡ye* ilustre rey! que había una vez un cuervo que anidaba en un árbol con su hembra y llevaban los dos la vida más regalada que se puede apetecer, hasta que llegó la época de la cría, y era por el tiempo de la canícula.

Y sucedió que una serpiente salióse de su madriguera y dirigióse al árbol en que anidaban el cuervo y su compañera y trepó por su tronco hasta subir a donde aquellos tenían su nido y se metió en él y se acurrucó allí y allí se estuvo todo el tiempo del calor, de suerte que el cuervo y su pareja tuvieron que levantar el campo y andar de acá para allá, sin encontrar donde posar.

Luego que se pasaron los calores, tornóse la culebra a su antigua madriguera, y el cuervo entonces díjole a su hembra:

—Demos gracias a Alá-*taála* que nos libró y salvó de ese contratiempo y no nos privó este año de alimento y no vimos defraudadas nuestras esperanzas.

Démosle, pues, gracias a Alá, que veló por nuestra seguridad y justificó nuestras esperanzas en El, que es nuestro único valedor, y, si Alá nos da vida hasta el año que viene, nos compensará de lo que perdiéramos en este.

Y sucedió que al siguiente verano fue también la culebra y dejó su madriguera y se dirigió al nido del cuervo, como la otra vez; pero hete aquí que, al encaramarse en una rama del árbol, salió un gato montés que estaba allí emboscado y le hincó las garras en la cabeza y la malhirió, de suerte que la culebra cayó atontada al suelo y allí las hormigas hicieron presa en ella y la devoraron y se la comieron. Y desde entonces vivieron ya en paz el cuervo y su hembra y tuvieron muchas crías y sobrada pitanza para alimentarlas, y dieron gracias a Alá por su prosperidad.

Pues de igual modo venimos nosotros obligados a dar gracias a Alá por la merced que a ti te quiso hacer, y a nosotros también, con el nacimiento de

ese hijo bendito y bienhadado, después de tanta inquietud y sobresalto.

¡Así quiera Alá también darte un buen galardón en la otra vida, y en esta, felicidad cumplida.

Levantóse luego el visir, el tercero, y dijo:

–¡Ala te dé un buen galardón en la otra vida y en esta felicidad cumplida!

Alégrate, *¡ye* rey glorioso!, por la seguridad de tu felicidad presente y de tu futura recompensa, que quien es amado de los moradores de la tierra también lo es de los del cielo. Y en verdad que Alá te ha dado por suerte el amor de tus vasallos y lo ha plantado en los corazones de las gentes de tu reino, por lo que debemos darle gracias, así tú como nosotros todos, y rogarle que nos siga favoreciendo.

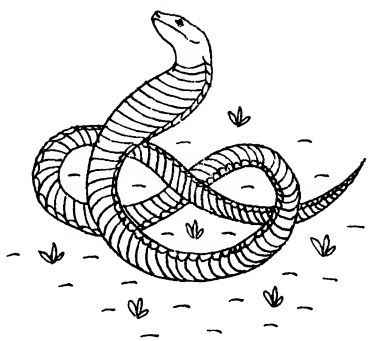
Pues has de saber, *¡ye* rey!, que nada puede hacer el hombre sino por mandato del más Alto y que El es el Donador y en El tiene su origen y su paradero todo cuanto a la criatura le sucede de bueno. El reparte sus mercedes entre los mortales, según quiere, y a unos les da caudales sin cuento, mientras otros se ven obligados a buscarse con afán el pan cotidiano.

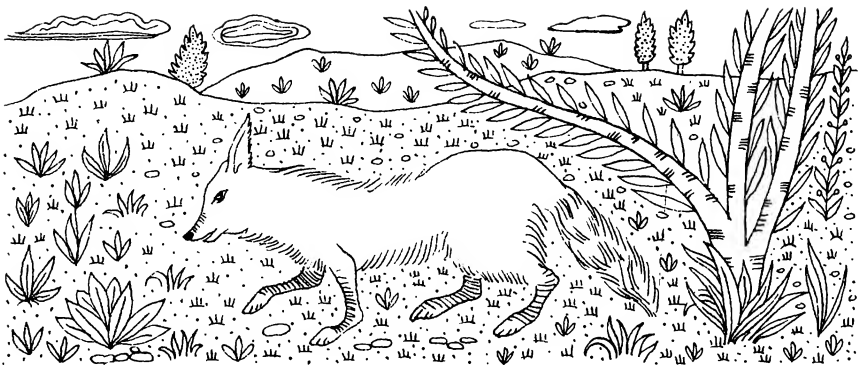
Y a los unos hace señores y capitanes, y a los otros, ascetas y abstinentes que renuncian al mundo y solo aspiran a su gracia, que suyas son estas palabras: «Yo soy el que daña con la adversidad, y cura con la prosperidad. Yo enriquezco y empobrezco. Yo mato y avivo. En mi mano lo tengo todo y todo tira a unirse conmigo.»

El más feliz y el más grande de todos los mortales puedes considerarte, ya que por tal se reputa a aquel en quien Alá juntó los bienes de este mundo y el mundo futuro y se contentó con el que Alá le concedió y diole gracias y tributóle loanzas, sin buscar ni codiciar nada fuera de lo que Alá le asignara.

Y a propósito de esto viene a cuento el del onagro y el zorro.

–Pues ¿qué cuento es ese del onagro y el zorro?–preguntó el rey, curioso.





HISTORIA DEL ONAGRO Y EL ZORRO

(Noche 495)

Este cuento es una glosa evidente del Hitopadesa.

—Has de saber, *¡ye* monarca glorioso! respondióle el tercer visir—, que érase una vez un zorro que todos los días salía de su guarida y se iba por esos campos de cacería, y estando cierto día, el tal zorro, en lo alto de un monte, se hizo de noche, por lo que emprendió el regreso a su camada, forzando la marcha.

Topóse en el camino con otro zorro y se unió a él, y fueron caminando los dos juntos y mutuamente se comunicaron las presas que en su vida habían cazado.

Y uno de ellos contóle a su compañero:

—Yo una vez me encontré con un onagro y has de saber que iba yo muerto de hambre, que llevaba tres días sin comer, así que me puse muy contento y di gracias a Alá por haberme deparado aquel bocado. Y sin perder tiempo fui y me lancé sobre el onagro y le hinqué el diente en el corazón, y me lo comí y me harté, hasta más no querer, después de lo cual me torné a mi guarida y allí me estuve sin comer otros tres días. Y, sin embargo, te puedo decir que me sentía satisfecho y harto.

Luego que el zorro de mi cuento oyó a su compañero túvole envidia y se dijo para sus adentros: «He de buscar sin remisión un onagro y me he de comer su corazón.»

Ayunó el zorro por espacio de varios días, hasta que estuvo a punto de morirse de tanto ayuno, y, no obstante, no se movía de su guarida.

Y estando en ella un día de los días hete aquí que pasaron por allí unos cazadores que iban dando una batida.

Salióles al paso a los cazadores un onagro y en seguida corrieron tras él; mas no pudieron alcanzarlo en todo el día, hasta que por fin uno de los caza-

dores lanzó una saeta hendida, la cual saliósele por la tripa y le rozó el corazón y lo mato.

Luego que anocheció salió el zorro de su madriguera e iba tan débil y tan decaído, por efecto del hambre, que apenas si podía arrastrarse. Pero al salir encontróse con el asno montés tendido en la tierra, delante de su puerta, y le entró tal alegría que por poco se echa a volar de gusto y felicidad.

Fuese luego al onagro y le rajó la tripa y metió en ella la cabeza y empezó a hurgar con el hocico, hasta que encontró el corazón y le hincó el diente y se lo engulló.

Pero al pasar el bocado por su gaznate clavósele en él la punta de la saeta acanalada y no pudo tragársela y hacerla bajar a su estómago, ni tampoco despedirla y vomitarla, de suerte, pues, que vino a encontrarse a dos dedos de la muerte.

De lo que se infiere, *¡ye* ilustre rey! que debe el hombre contentarse con aquello que a Alá plugo darle y tributarle gracias por sus mercedes y bondades.

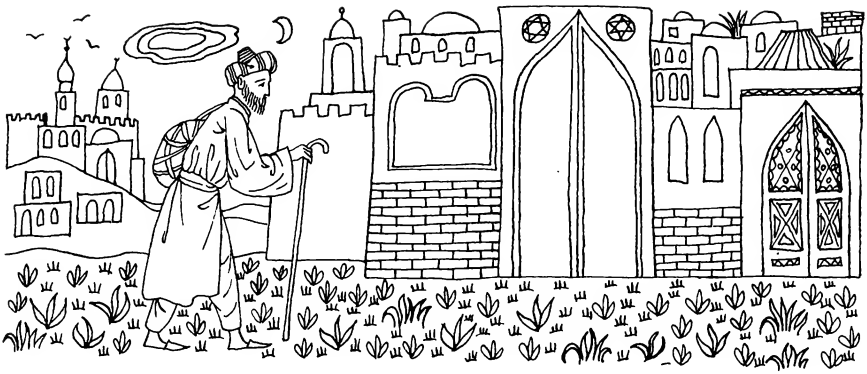
Pidamos, pues, a Alá que conceda a nuestro rey larga vida y felicidad duradera, y luego te depare un sucesor bendito y fiel cumplidor de sus deberes para con su antecesor.

Selló el tercer visir su arenga con aquellas palabras, y acto seguido levantóse el cuarto visir y a su vez habló así:

–Verdaderamente, cuando el rey es discreto y frecuentador de las puertas de la sabiduría y versado en la ciencia del gobierno y la política, y posee rectitud de intención y espíritu de equidad para con sus vasallos, y honra a quien se debe honrar y reverencia a quienes son dignos de reverenciar, y atempera el poder con la clemencia, allí donde se la debe emplear y a gobernantes y gobernados protege por igual, aliviando sus cargas y haciéndoles dádivas y ahorrando su sangre y velando su vergüenza y guardando fielmente sus pactos; cuando el rey es así, según digo, resulta merecedor de la doble dicha, presente y futura, en esta y en la otra vida; y estas son de las cosas que lo ponen al resguardo de la malquerencia y lo ayudan a consolidar firmemente su reino y a triunfar de sus enemigos y lograr sus anhelos, y le granjean el favor creciente de Alá y su protección y seguridad. Mientras que, cuando el rey es todo lo contrario de lo que acabamos de decir, siempre resulta blanco de infortunios y calamidades y lo mismo él que su pueblo padecen aflicciones sin cuento, porque la tiranía del rey alcanza a todos, a extraños y deudos, y viene a ocurrirle lo que le pasó a aquel monarca inicuo con el príncipe peregrino.

–¿Y qué fue–preguntó el rey–lo que a aquel monarca inicuo le pasó con el príncipe, el peregrino?

Y el visir, respondiendo, le dijo:



HISTORIA DEL REY INICUO Y EL PRINCIPE PEREGRINO

(Noches 495 y 496:)

—Cuentan (pero Alá es más sabio) que, allá en tiempos, había en tierras del Algarbe un rey injusto en sus fallos, arbitrario y tiránico, una plaga, en suma, para sus vasallos y para cuantos acertaban a entrar en territorio de su mando.

Pues a todo el que entraba en su reino confiscábanle sus gualis los cuatro quintos de su dinero, dejándole solo el resto. Y dispuso Alá gratificar a aquel rey con un hijo bendito y de El favorecido, que, al ver lo inestable y volandero de las cosas de este mundo, resolvió dejarlas por entero, y desde la niñez se retrajo a vivir consagrado a servir a Alá (el grande, el excelso, el lleno de majestad), y renunció al mundo y a todo cuanto encierra, y sometiéndose a la divina obediencia, echóse a vagar por campos y eriales y a recorrer ciudades.

Y sucedió que un día de los días hubo de entrar en una ciudad...

Sorprendió al llegar aquí a Schahrasad la mañana y a sus descomedidas palabras puso tasa.

PERO LA NOCHE 496 SIGUIO DICIENDO LA MUCHACHA:

—Tengo entendido, *¡ye* sultán, el bienhadado!, que el cuarto visir díjole al rey así:

—Entró el príncipe en aquella ciudad, que era la corte de su padre, y, al detenerse ante los guardianes, cogiéronlo estos y lo cachearon y lo registraron, no encontrándole más que dos trajes, uno nuevo y otro viejo, y quitándole el nuevo dejáronle el viejo, después

de vejarlo y tratarlo con menosprecio.

Quejóse de ello el príncipe y los increpó, diciendo:

–¡Guay de vosotros, los inicuos! Yo soy un pobre peregrino y no debéis quitarme ese vestido. Si no me lo devolvéis luego, iré a quejarme al rey y le diré el agravio que me habéis hecho.

–¡Bah!–respondieron los guardianes–. Nosotros procedemos así cumpliendo órdenes del rey; así que, si te empeñas en ir a quejarte de nosotros, eres muy dueño de hacerlo, pero se nos da un bledo.

Retiróse de allí el príncipe y dirigióse a la residencia del rey y trató de pasar adentro; pero se lo impidió el portero, por lo que hubo de volverse atrás, diciéndose para sus adentros: «Aguardaré a que el rey salga de su alcázar y entonces me llegaré a él y le expondré mi demanda.»

No pasó largo rato cuando salió el rey de su palacio, y el príncipe, al verlo, salióle al encuentro, y después de invocar sobre él las bendiciones del cielo, contóle lo que con él hicieran sus esbirros y le pidió reparación al agravio sufrido y le hizo presente cómo era un pobre peregrino, un siervo de los siervos de Alá que renunciara al mundo y andaba por esos caminos buscando la gracia de Alá, por lo que se hiciera un vagabundo sobre la tierra y correspondía al bien que le hacían lo mejor que podía.

Luego que aquel rey inicuo hubo escuchado las palabras del peregrino, tomólas a broma y le dijo:

–¡*Ye* ignorante! ¿No comprendes que te hemos quitado tu traje para que te humilles y rebajes? Pero haz cuenta que, si por eso armas tanto revuelo, te quitaré, además de la ropa, la propia alma del cuerpo.

Y acto seguido mandó el rey que metiesen en la cárcel al peregrino.

Y al verse el peregrino en la prisión pesóle de haberle hablado así al monarca, cuando ya la contrición de nada le aprovechaba.

Pero pasado que fue el primer tercio de la noche se levantó y se puso a rezar e hizo una larga zalá. Y dijo en ella:

–¡*Ye* Alá! Tú eres el juez justo y conoces mi estado y lo que implica mi caso con este rey tiránico. Yo soy tu siervo agraviado y te ruego derrames sobre mí tu misericordia y me libres de las manos de este inicuo monarca y tomes de él venganza, que tú no eres negligente en castigar a todo aquel que injusticia comete.

Luego que oyó el carcelero las imploraciones de aquel pobre temblárone de pavor todos los miembros de su cuerpo.

Y estando en estas he aquí que se declara en el alcázar un incendio violento, el cual consumió todo cuanto allí había y se corrió hasta las puertas de la prisión, achicharrándolos a todos, menos al carcelero y al preso.

Salieron, pues, de allí el peregrino y el carcelero y empezaron a caminar, y no pararon de andar hasta que llegaron por fin a otra ciudad.

Cuanto a la ciudad en que tenía su corte aquel rey inicuo quedó por completo destruida por el incendio, en castigo de las maldades de su soberano y de su proceder tiránico.

No olvidemos nosotros, ¡*ye* rey afortunado!, ese ejemplo y demos gracias a Alá por su infinita bondad, que en ti nos dio un rey justo, bajo cuyo gobierno vivimos seguros.

Grande era nuestro pesar por no haberte dado Alá un sucesor que heredara tu trono y tus virtudes, temerosos de que después de ti nos gobernase otro de condición distinta; pero ahora Alá-*taála* se dignó favorecernos y ahuyentarnos toda pena de nuestros pechos y llenarlos, en cambio, de alborozo y regocijo con el natalicio de ese tu hijo, el bendito, y a Alá le pedimos

que sea un vicario recto de su justicia y lo colme de perdurables dichas y de esos bienes que no se disipan.

Levantóse después el visir, el quinto, y, tomando la palabra, dijo:

–¡Bendito sea Alá, el grande, el pródigo en la dádiva pura y el liberal en dispensar venturas!

Y después:

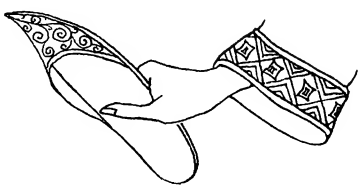
–He aquí que nosotros testigos somos de cómo Alá concede sus mercedes a quien se las agradece y vela por el cumplimiento de su ley.

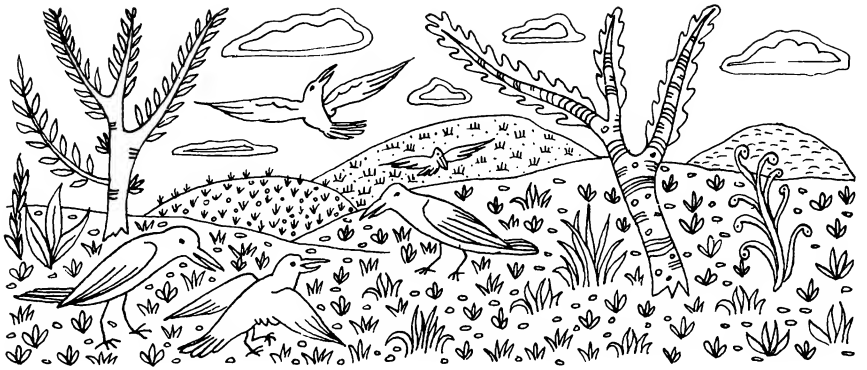
¡Y tú, ilustre monarca, afortunado y de excelentes condiciones dotado, justo y equitativo en la gobernación de tus vasallos y de todos cuantos están bajo tu mano y observador en todo de cuanto a Alá–*taála* puede placer y agradar! Has de saber que por ello Alá realza tu estado y llena de dicha tus días y te ha concedido ahora la valiosa merced de darte ese hijo afortunado, después que a toda esperanza habías ya renunciado. Por todo lo cual sentimos nosotros júbilo perdurable y gozo que no ha de entibiarse, pues antes de eso estábamos muy tristes y apenados por la falta de un hijo que en su día tu trono ocupase y nos gobernase con la misma equidad que su padre.

Atemados estábamos al pensar que pudieras tú faltarnos y no dejar detrás de ti un sucesor que heredase tu trono y surgieran disensiones entre nosotros y nos ocurriera lo que les ocurrió a los cuervos del cuento.

–¿Y qué es lo que les sucedió a los cuervos del cuento?–preguntó el rey.

Y el visir le dijo así:





HISTORIA DE LOS CUERVOS Y EL GAVILAN

(Noches 496 y 497)

–Has de saber, ¡ye monarca, el afortunado!, que había una vez en medio de los campos un vado muy amplio y había en él riachuelos y árboles con fruta abundante y aves de varias clases, las cuales alababan a Alá, el único, el victorioso, el creador de la noche y el día y de todo cuanto alienta y respira.

Y había entre aquellos pájaros una banda de cuervos que allí gozaban de la vida más regalada, y era su jefe y su gobernador un cuervo que los trataba con mucha clemencia y moderación.

Y sucedió que aquel jefe murió, que a todas las criaturas se les cumple el plazo que tienen marcado y sellado.

Sintiéronlo mucho los cuervos, y fue mayor su dolor por no haber entre ellos ninguno que fuese como él y dignamente lo pudiera suceder.

Reuniéronse, pues, todos en aljama para deliberar sobre quién habían de poner en su lugar, para que los gobernase con equidad, y hubo una taifa que eligió un cuervo, diciendo:

–Este es el digno de gobernarnos y de reinar sobre nosotros y señorearnos.

Pero en seguida salió otro bando diciendo que no lo acataban ni reconocían, de suerte que tuvieron que aplazar la elección de sucesor, y acordaron irse a acostar aquella noche y volverse a reunir cuando saliera el sol, al otro día, y apostarse en lugar solitario y aguardar allí a que pasaran pájaros y elegir por su jefe al que en vuelo se adelantase a sus compañeros.

–Ese–dijeron será el que elijamos por rey nuestro.

Pero estando en eso he aquí que se adelanta un gavilan hacia ellos, y al verlo llegar, exclamaron los cuervos:

–Ven acá, gavilán, que desde ahora serás nuestro rey y nuestro capitán.

Aceptó el gavilán la elección y les dijo:

–Si Alá es servido, recibiréis de mí gran beneficio.

Y a partir de aquel día en que lo eligieron los cuervos por su rey empezó el gavilán a espiar cuando levantaban el vuelo y estaba al acecho, y,

cuando veía a uno solo de ellos, le echaba la garra y los ojos y los sesos se le comía, dejando la albaquia.

Y perseveró el gavilán en esa táctica hasta que, al notar los cuervos cómo su número menguaba fuéronse a ver al gavilán y le dijeron:

–¡*Ye* rey nuestro! A ti acudimos en son de queja, porque desde el día que te nombramos nuestro soberano pasamos por el peor de los trances, y de día en día notamos que nuestro número va menguando y no sabemos qué es lo que les sucede a nuestros compañeros que desaparecen. Por lo cual debemos atender a nuestra seguridad.

Luego que el gavilán les oyó grandemente se enfureció y les gritó:

–¡Vaya si tiene gracia! ¡Sois vosotros los asesinos y queréis echarme a mí la culpa de lo que hacéis!

Y así diciendo abalanzóse a ellos y empezó a repartir picotazos a diestra y siniestra y mató buen golpe de ellos, visto lo cual los demás huyeron.

Y entonces los cuervos se arrepintieron de lo que habían hecho y entre sí se dijeron:

–Verdaderamente que, desde la muerte de nuestro rey, no hemos gozado pizca de bien, sobre todo desde que elegimos por nuestro jefe a ese pájaro que no es de los nuestros. Pero bien merecido nos tenemos lo que hemos padecido, y, aunque nos matase a todos, no podríamos quejarnos ni echar la culpa de ello sino a nosotros mismos, pues en nosotros ha venido a cumplirse aquel refrán que dice: «Quién es tan necio que no acata las leyes de su casta, viene a caer bajo el dominio de gente extraña.» Y así, ahora ya no nos queda más recurso que mirar por nuestras vidas y huir luego de aquí, antes que todos sucumbamos y no quede ninguno para contarlo.

Y los cuervos, en seguida, remontaron el vuelo y se desbandaron, huyendo cada cual por su lado.

Pues también nosotros, ¡*ye* rey!, temíamos nos pasase lo mismo que a los cuervos del cuento y viniese a gobernarnos un rey que no fuese como tú eres.

¡Bendito sea, pues, Alá, el grande, y para él la alabanza y las gracias y las mayores loanzas! ¡Y bendiga Alá al soberano y también a nosotros, sus vasallos, y nos otorgue a él y a nosotros la felicidad más completa y duradera!

Levantóse luego el sexto visir y dijo así:

–Dispense Alá a nuestro rey la más cumplida felicidad en este mundo y en el otro eternal, que de la tradición de los antiguos ha llegado hasta nosotros este dicho de que: «Quien reza y ayuna y cumple con los deberes para con sus padres y es equitativo en sus juicios, hallará a nuestro Señor satisfecho de su actuación» [1]

Sobre nosotros gobernaste y justicia recta administraste y fuiste por ello afortunado en todo cuanto emprendiste y acometiste.

Por todo lo cual nosotros, tus vasallos, pedimos a Alá que te acreciente la alijara y el pago por los beneficios que nos has dispensado.

Hemos oído las palabras que dijo este sabio tocante al temor de que se truncase nuestra dicha si nos llegabas a faltar y ocupaba otro rey tu lugar que no reuniese tus mismas condiciones y surgiesen entre nosotros discrepancias y disensiones y de ello se siguiesen grandes males y desastres.

De suerte que hubimos de impetrar de Alá, con el mayor fervor, que fuese servido de concederte un hijo varón, que, al faltar tú, fuese tu digno sucesor. Pero como nunca sabe el hombre de antemano cuáles pueden ser las consecuencias de lo que lograr desea, no conviene que a Alá pida cosas que podrían hacerle más daño que benefi-

[1] *Redolet proverbium.*

cio y viniera luego a verse en el trance en que el juglar y su mujer y sus hijos vinieron a encontrarse...

Pero al llegar aquí sorprendió a Schahrasad la aurora y cortó el hilo de sus palabras cautivadoras.

Y LA NOCHE 497 REANUDO SU RELATO EN ESTA FORMA:

–Tengo sabido, *¡ye* monarca, el afortunado!, que el visir, el seiseno, díjole al monarca:

–Suele ocurrir más de una vez que desee y anhele el hombre cosas de este mundo sin saber las consecuencias que pueden traerle, exponiéndose a que le suceda lo que les pasó al juglar y a su mujer y a sus hijos y a toda la gente que vivía en su compañía.

–¿Pues qué fue–preguntó el rey–lo que les pasó al juglar y su mujer y sus hijos y toda la demás gente que vivía en su domicilio?





HISTORIA DEL JUGLAR Y SU MUJER

(Noche 497)

–Has de saber–replicóle el visir–que érase una vez un juglar que amaestraba serpientes, siendo esa su profesión, y tenía en su casa tres serpientes, sin que lo supieran ninguno de sus deudos y parientes.

Todos los días nuestro juglar cogía sus tres serpientes y con ellas en un cesto se iba a dar vueltas por la ciudad, ganándose de ese modo la vida para él y su familia, y a eso del oscurecer tornábase a su casa otra vez y guardaba a las serpientes en su cubil, sin que nadie lo llegase a descubrir.

Pero ocurrió una vez que, al llegar a su casa como de costumbre, salió a recibirlo su mujer, y le preguntó:

–¿Qué es lo que llevas y traes en esa cesta?

–¿Para qué quieres saberlo?–preguntó el juglar–. ¿No te basta con ver que ningún día te falta lo que has menester? Conténtate con la suerte que Alá te ha deparado y déjate de preguntar por lo que no te debe importar.

Calló la mujer del juglar, pero para sus adentros se dijo: «No tengo más remedio que registrar ese cesto y ver lo que hay dentro.»

Y se corroboró en su intención y les contó a sus hijos lo que tenía en el pensamiento, faltando poco para que le fueran aquéllos a su padre con el cuento.

Convinieron luego con su madre no probar bocado ni beber sorbo de agua hasta que no se saliesen con la suya de saber lo que su padre guardaba en aquel cesto, y así decidieron hacerlo.

Ahora bien: una noche de las noches llegó a casa el juglar llevando muchas cosas de beber y comer y se sentó e invitó a sus hijos a que se sentasen con él y comiesen y bebiesen también, a lo que ellos se negaron, mostrándole a las claras su enfado.

Trató su padre de amansarlos con buenas palabras y les dijo:

–Decid lo que se os antoja de comer y beber o de vestir, que yo iré por ello y os lo traeré aquí.

–*¡Ye* padre nuestro!–respondieron

ellos–. Lo único que queremos es que abras ese cesto y nos dejes ver lo que hay en él, y si no lo hicieres así, ten por seguro que nos dejaremos morir.

–¡*Ye* hijos míos!–respondióles su padre–. Nada bueno sacaréis de eso, sino todo lo contrario; que será para vuestro mal, si la cesta abro.

Pero ellos fruncieron el ceño y recalcaron aún más su descontento.

Visto lo cual enójose su padre y, asiendo de un palo, se dispuso a castigarlos, y huyeron ellos por la casa y el padre con el palo les iba a la zaga.

Olvidárase el juglar, a todo esto, de esconder el cesto, y la mujer, aprovechando la ocasión de hallarse el marido ocupado en perseguir a los hijos, fue y abrió la banasta para ver lo que ella guardaba.

Pero al abrir la cesta salieron luego las serpientes y le mordieron a la mujer, causándole la muerte.

Desparramáronse luego por la casa y mataron a grandes y chicos, a cuantos encontraron, y solo quedó con vida el juglar, porque huyó a tiempo y se logró salvar.

De suerte, pues, ¡*ye* soberano nuestro!, que si reflexionas sobre esto verás que el hombre no debe desear ni pedir cosas que Alá-*taála* de suyo no le otorga.

Y nosotros, ¡*ye* rey!, pedimos a Alá-*taála* que se digne hacer de tu hijo uno de sus jalifas justos y equitativos, de los que le complacen a El y hacen felices a sus súbditos.

Levantóse después el seteno visir, y, tomando la palabra, dijo así:

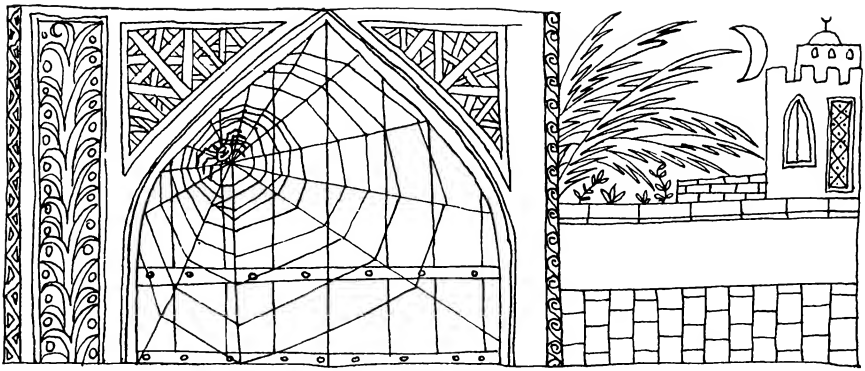
–¡*Ye* monarca glorioso! En verdad estoy de acuerdo y me consta ser cierto lo que te acaban de decir mis hermanos, estos visires y ulemas y sabios, y suscribo en un todo lo que ellos te han dicho respecto a tu equidad y rectitud en el obrar y a esas otras cualidades que te distinguen de los demás reyes, haciéndote superior a todos ellos y obligándonos a nosotros a profesarte especial estimación y respeto. Pues en teniéndote a ti no tememos que nadie se aproveche de nuestra flaqueza y nos oprima y tiranice, que sería lo más horrible, y ya dice el refrán: «Antes vivir entre leones que bajo el dominio de un rey furioso y despótico.»

Gracias y grandes damos a Alá-*taála* por habernos deparado un señor de tan excelente condición, y también se las rendimos por haberte otorgado ese hijo, el bendito, que es una merced de Alá–*taála* para ti y para nosotros, y que es el galardón que Alá te da por tu conducta irreprochable y tu paciencia laudable. Con lo que viene a cumplirse en ti aquello que cuentan de la araña y el viento.

–¿Y qué historia es esa–inquirió el monarca–del viento y la araña?

Y el visir, el seteno, le contestó diciendo:





HISTORIA DE LA ARAÑA Y EL VIENTO

(Noches 497 y 498)

—Sabe, *¡ye* monarca ilustre!, que érase una vez una araña, la cual labrara su red en el arrocabe de una puerta muy alta, y en ella puso su nido y allí vivía libre de todo peligro.

Pasó así algún tiempo y la araña daba gracias a Alá (el grande, el excelso) por haberle deparado aquel nido y puéstola al recaudo de todo peligro, y proporcionádole, sin riesgo, su cotidiano alimento.

Mas sucedió que Alá la quiso probar y sacarla de aquel lugar, para ver hasta dónde llegaba su gratitud y su paciencia, y envióle un viento jaloque [1].

Soplaba este como un huracán, y, destruyendo su nido arrojóla al mar, cuyas olas después la empujaron con fuerza hacia la tierra.

Diole la araña gracias a Alá por haberla sacado con bien de entre las olas del mar, y, encarándose con el viento, increpólo, diciendo:

—*Ye* viento! ¿Por qué hiciste conmigo lo que has hecho y qué utilidad te ha reportado el haberme lanzado de mi nido, donde estaba a cubierto de todo peligro, en lo alto de aquella puerta, tan elevada y enhiesta?

—Deja de reprocharme—contestóle el viento—, que luego voy a llevarte otra vez a tu casa y a dejarte en el mismo sitio en que estabas.

Perseveró la araña en su resignación y aguardó hasta que se sentó el viento del Este y levantóse un viento del Sur y, cogiéndola en vilo, volvióla otra vez a su primer sitio.

Y luego que se vio allí la araña reconoció su antigua morada y se adhirió a la puerta y tornó a tejer su red en ella.

Nosotros, pues, damos gracias a Alá, que te armó de paciencia para esperar y luego te agració con ese hijo, cuando ya por tus años parecía inútil esperarlo, y no consintió que dejases este mundo sin antes refrescarte tus ojos y darte lo que te dio de poder y sultanía y tuvo piedad de nuestro soberano y

[1] Oriental, el siroco.

de nosotros, sus vasallos, deparándote ese hijo, el bienhadado.

–¡Loado sea Alá!–exclamó el rey–. Y gracias le sean dadas por las que a nosotros se sirvió otorgarnos, y yo de todo corazón se las rindo, porque soy su siervo sumiso y mi alma está en su mano y mi lengua sigue sus dictados y me conformo en un todo con lo que tiene a bien disponer.

Cada cual ha dicho ya lo que tenía en el pensamiento tocante a ese hijo nuestro, estimando su natalicio como una nueva gracia que Alá nos dispensa, cuando ya alcanzáramos una edad provecta que autorizaba a perder la esperanza y en la que las fuerzas se quebrantan.

Gracias, pues, doy a Alá, que nos quiso librar de la orfandad y de la discrepancia de las opiniones, que es como la que hay entre el día y la noche, todo lo cual significa una gran merced y un beneficio muy de agradecer.

Demos, pues, gracias a Alá-*taála* que nos quiso conceder ese hijo, obediente y sumiso, para que fuese nuestro heredero en este jalifato y en este puesto encumbrado, y pidamos de su generosidad y benignidad que lo haga feliz en sus movimientos, inclinado a lo bueno, para que sea rey y sultán sobre sus vasallos y los gobierne con justicia y equidad y los libre de todo mal y los proteja con su bondad y magnanimidad.

Luego que el rey terminó de hablar, levantáronse los sabios y los ulemas y postrados adoraron a Alá, y dieron gracias al soberano y besaron sus manos, y después se retiraron a sus respectivas casas, y el rey también se retrajo a su cámara.

Pasó luego el rey a ver a su hijo e invocó sobre él las albaracas de Alá, y le puso por nombre Uarduján.

Y luego que el muchacho hubo cumplido doce años de su vida deseó el rey instruirlo en las ciencias y mandó labrarle un alcázar en el centro de la ciudad, y mandó también edificar dentro de él trescientos sesenta alcoceres e instaló en aquel alcázar a su hijo, y le asignó como maestros tres sabios ulemas, a los que les ordenó que no descansasen noche y día en adoctrinarlo y enseñarlo y que se sentasen con él cada día en uno de aquellos alcoceres y no dejasen ciencia alguna por inculcarle, hasta que en todas ellas se hiciera docto y se impusiese a fondo, y que escribiesen en la puerta de cada uno de aquellos templetes lo que en él le enseñaren y cada siete días le dieran cuenta de los progresos que el discípulo fuera haciendo.

Consagráronse, pues, los ulemas a la enseñanza del muchacho con todo desvelo, sin descansar noche y día en su tarea de instruirlo en cuanto sabían, sin dejar punto alguno de su ciencia sin inculcárselo con toda diligencia.

Dio muestras el chico, por su parte, de ser inteligente y listo y de poseer el don de asimilar cuanto le enseñaban en un grado tal como ningún otro antes de él acreditara, y sus maestros cada siete días dábanle cuenta al rey de sus progresos, comunicándole su extraordinario natural despejo.

Y le dijeron al rey los maestros:

–Nunca viéramos un chico tan listo. ¡Bendígate en él Alá y prolongue tu vida, para que con él te puedas alegrar!

Y holgóse el rey grandemente con aquello y redobló sus acciones de gracias a Alá-*taála* y postróse rendido ante Alá (el grande, el lleno de poder y de majestad). Y exclamó:

–¡Loado sea Alá por todos sus beneficios, que no se pueden contar!

Llamó después el rey a su visir Schemmás, y le dijo:

–Sabe, *¡ye* Schemmás!, que los ulemas vinieron y me dijeron que mi hijo ha aprendido ya todas las ciencias y

no queda ninguna de ellas en que no sobresalga y descuelle sobre todos cuantos le precedieron en ese terreno. ¿Qué dices tú, Schemmás, a eso?

Postróse Schemmás, el visir, ante Alá (el dotado de poder y de majestad). Y luego besó la mano del rey, y, finalmente, le dijo:

–¡*Ye* monarca glorioso! En verdad que el rubí, aunque sea de la mejor clase, no se aprecia hasta que no brilla como una lumbrera, y ese tu hijo es una gema bien tallada y su mocedad no empece para que domine las ciencias y en ellas descuelle. Demos gracias, pues, a Alá, por tantas mercedes como se digna hacerte. Pero, con todo, he de convocar para mañana una aljama de la flor de los emires y los ulemas y examinaremos al príncipe y le haremos hablar, para que saque lo que guarde en su pecho, delante de todos, y sepamos a qué atenernos.

Luego que el rey Cheliâad hubo oído esas palabras de su visir Schemmás convocó para el día el siguiente a todos los ulemas y hombres de ciencia eminentes.

Sintió aquí Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras cautivadoras.

PERO LA NOCHE 498 PROSIGUIO SU RELATO EN ESTA FORMA:

–He llegado a saber, ¡*ye* monarca, el afortunado!, que, al oír el rey Cheliâad las palabras de su visir Schemmás, mandó ir a su alcázar a la flor de los ulemas, y aquellos sabios acudieron al otro día a la puerta del palacio y pidieron la venia del monarca para pasar a su cámara.

Diósela el rey y pasaron ellos y también el visir Schemmás compareció ante el rey Cheliâad y besó sus manos y también las del hijo del soberano.

Y el príncipe, a su vez, se levantó también del asiento y se postró ante el visir con reverente acatamiento.

Pero el visir le dijo al príncipe:

–No está bien que el cachorro de león se postre ante ningún otro animal, ni que la luz se compare con la oscuridad.

A lo que el hijo del rey respondióle, sin vacilar:

–El cachorro de león, al ver al leopardo, se postra ante él, por respeto a su saber, y también la luz se postra ante la sombra, para descubrir lo que en ella se esconde.

–Así es en verdad, mi señor–asintió el visir Schemmás–; pero ahora querría yo me contestases a lo que te voy a preguntar, contando con la venia de nuestro sultán.

–Y yo–respondió el príncipe–te contestaré a todo lo que me preguntares, contando, desde luego, con la venia de mi rey y padre.

–Está bien–dijo Schemmás–. Vamos, pues, a ver: dime, ¿quién es el Eterno, el Absoluto, y cuáles son sus dos manifestaciones y cuál de ellas es la perdurable?

–Alá–respondió en el acto el príncipe–es el Eterno, el Absoluto, ya que es el *alif* sin comienzo y el *ya* sin término [2]. Y sus dos manifestaciones son este mundo y el venidero, y el perdurable de los dos es el postrero.

–Está bien–aplaudió el visir–y soy de tu misma opinión. Pero dime: ¿cómo sabes tú que una de las manifesta-

[2] Las letras *alif* y *ya* son la primera y última, respectivamente, del alfabeto árabe. Corresponden a la *alfa* y la *omega* del griego.

ciones de Alá es este mundo, y otra, el mundo futuro?

–Lo sé–respondió el príncipe–porque este mundo fue creado de la nada y no tomó su ser de ninguna cosa que antes fuera, por lo que su ser debe remitirse a la prima esencia. Y como sus cosas son fugaces y las obras del hombre exigen su retribución, impónese la reproducción de lo pasado, y, por tanto, la existencia del otro mundo, donde tenga su pago.

–Esta bien–aprobó el visir Schemmás–; pero dime: ¿cómo sabes tú que ese mundo futuro, es la imperecedera de ambas existencias?

–Pues porque es–respondió el príncipe–la que para el galardón por las obras de este mundo apercibió Alá desde la eternidad [3].

Díjole después Schemmás al hijo del rey:

–Dime, si lo sabes: ¿qué gente del mundo es por su conducta más loable?

–Aquella–respondió el hijo del rey–que antepone la otra vida a la presente.

–¿Y quién es aquel–preguntóle Schemmás–que antepone la otra vida a la actual?

–Aquel que sabe–contestó el príncipe–que vive en una casa cuarteada y que fue creado para la destrucción y que luego de ella resucitará para rendir cuenta, que, si hubiere en este mundo alguien que eterno fuera, no antepondría la vida futura a esta.

–Dime–tornó Schemmás a preguntar–: ¿podría por ventura haber sin mundo vida futura?

–Quien mundo no tiene–respondió el hijo del rey–tampoco tiene vida futura, y en verdad imagino que este mundo y su gente y el paradero a que se encaminan todos ellos vienen a ser algo semejante a las gentes de una aldea a las que un emir labrara morada estrecha y las hiciera entrar en ella y les mandara hacer ciertas faenas y a cada cual les señalara su tarea determinada y pusiera un capataz para que los vigilara.

Y ese capataz sacara de aquella estrechez a todo aquel que hiciera su tarea según se la mandaron hacer, y, a aquel que así no lo hiciera, lo dejara allí, sin cuidarse de él.

Y mientras ellos trabajaran empezase a chorrear miel por los resquicios de la casa y aquellos pudieran gustarla y regalarse con su dulzura, para luego volver más confortados a reanudar su trabajo, pacientes y resignados a aquella estrechez y a aquel agobio, por saber que les esperaba un final venturoso, y con aquella poca dulzura se diesen por contentos, pues el capataz, que cuidaba de ellos, luego que remataban su tarea, no dejaba de sacarlos de aquella morada estrecha. Y sabemos de sobra que este mundo es una casa cuya vista deja perplejo el ánimo de quien la mira y cuyos inquilinos tienen sus sendos plazos señalados y fijos.

Y aquel que se da por satisfecho con el poco de miel que este mundo destila, y a más no aspira, es de los llamados a perecer, pues antepone las cosas de esta vida a las de la otra, y quien prefiere la otra vida a la presente y no se contenta con la poca dulzura que halla en esta, pertenece al número de los vencedores y entre ellos se cuenta [4].

–He oído–replicó Schemmás–lo que

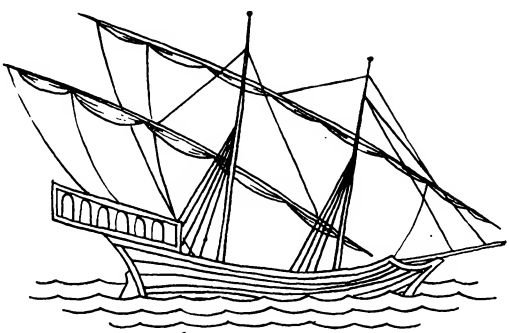
[3] Todo lo que antecede del interrogatorio del príncipe suprímese en la edición de Bulak.

[4] Este símil parece tomado de la literatura catequística del budismo; en los *Avadara* sánscritos figura un apólogo titulado *El hombre cegado por el deseo*, en que se desarrolla dramáticamente. La gota de miel que se escurre por el borde del pozo (símbolo de la vida terrena) hace olvidar al hombre, en él hundido, los peligros que le amenazan, representados por una sierpe venenosa, cuatro dragones y cuatro ratas blancas, y, por gustar de su dulzura, renuncia el prisionero a su intento inicial de evadirse. También figura en el libro de *Kalila y Dimna* con el título de *El que pasa de un peligro a otro.*

de decir acabas respecto a este mundo efímero y al eterno y en verdad que lo apruebo. Pero veo también que ambos mundos imperan sobre el hombre, no teniendo este más remedio que rendir tributo a entrambos y obtemperar a sus contradictorios dictados, de suerte que, si el siervo se entrega a buscar los medios de vida, daña a su alma respecto a la cita que le aguarda, y si, por el contrario, se consagra a la otra vida, daña en esta a su cuerpo y lo expone a riesgo, de donde se infiere que no puede el hombre dar gusto a la vez a esos dos señores [5].

–Ciertamente–replicó el hijo del rey–, quien prefiere este mundo al otro lleva la peor parte. Pues yo me imagino este mundo y el futuro como a dos monarcas, justo el uno y el otro inicuo.

–¿Cómo es eso?–preguntó Schemmás. Y el príncipe dijo:



[5] Compárase con la sentencia evangélica: «*Nemo potest duobus dominis servire.*» (Mateo VI, 24; Lucas XVI, 13.)



HISTORIA DE LOS DOS REYES

(Noche 498)

—Eranse dos reyes, uno justo y otro injusto, y la tierra de este último abundaba en árboles y frutos y plantas de todas clases, a pesar de lo cual ese rey tiránico despojaba de todos sus caudales y géneros al mercader que pisaba su reino, lo que ellos llevaban con paciencia, en atención a lo próvida y feraz que era su tierra.

Y sucedió que un día el rey justo y bueno envió un emisario al país del rey malo, provisto de dinero para comprar allí piedras preciosas, de las que abundaban en aquel reino.

Y los familiares del mal rey fueron a verlo y le dijeron:

—Ha llegado a tu reino un hombre, cargado de dinero, con intención de comprar piedras preciosas y joyas.

Mandó el rey malo que le llevasen a su presencia al emisario. Y luego que lo tuvo delante, lo interpeló con estas frases.

—¡Guay de ti! ¿Por ventura no sabes lo que yo hago con las gentes de mi tierra, a las que despojo diariamente de cuanto poseen? ¿Cómo, pues, tú te atreves a entrar en mi reino, trayendo tu dinero?

—Este dinero que traigo—respondió el mercader—no es mío en propiedad, sino un rehén que me confiaron y que debo devolver a su amo.

Pero aquel rey injusto le dijo al mercader que llegara a sus tierras con intención de mercar brillantes y perlas:

—No es posible que permanezcas en mi reino sin pagar la alfada de tu alma con ese dinero. Y, si así no lo hicieres, mandaré darte muerte.

Díjose entonces el mercader para sus adentros: «He venido a encontrarme entre dos soberanos y sé que la injusticia de este rey tiránico se extiende a todos cuantos caen bajo su mano; de suerte que, si no le obedezco, me mandará dar muerte y, además, se quedará con mi dinero, sin que haya logrado mi objeto; pero si le entrego una parte regular de este dinero salvo la albaquia y me salvo también a mí mismo de la muerte, lo cual es preferible a fe mía.

Y después, con lo que me quede de dinero, podré arreglármelas para vivir con desahogo en esta tierra de abundancia y mercar las joyas que mi señor deseaba y volverme a él, confiado en su espíritu de justicia y sin temor a que me castigue por haberle entregado a este inicuo monarca la parte del tesoro que me arrebatara.»

Y el emisario invocó sobre el rey las bendiciones del cielo y luego le dijo:

–*¡Ye* rey del siglo! Conforme soy en alfadar mi vida y mis dineros con una razonable parte de ellos por todo el tiempo que permanezca en tu reino.

Aceptó el rey el trato y le tomó el dinero y le dejó en paz por espacio de un año, durante el cual compró el mercader toda suerte de joyas y piedras preciosas, y luego volvióse a la corte de su soberano y le contó cómo se había salvado de aquel rey tiránico, y se disculpó con él de haber dispuesto de aquel dinero sin su consentimiento.

Y el rey, el justo, lejos de enojarse con él aceptó sus excusas y alabó su discreta conducta y lo sentó a su diestra en el diván y le asignó en su reino propiedades hereditarias y le aseguró vida dichosa y descansada.

Pues bien–resumió luego el príncipe–: ese rey justo es la semblanza del mundo futuro, y el otro rey, el injusto, lo es del presente mundo, y las joyas y las piedras preciosas que el rey, el injusto, detenta en su poder, son las buenas acciones y las obras piadosas.

El mercader es el hombre, y el dinero que lleva en rehén es la parte que Alá le señaló a él.

Y considerando yo estos símbolos, pienso que conviénele a aquel que busca atijara en este mundo no pasar un solo día sin buscar los bienes del mundo futuro, pues así contentará también al otro, con lo que de su vida invirtió en procurar su posesión.

–Está bien–dijo Schemmás, el visir–. Pero ahora dime, si puedes, algo del cuerpo y el alma, y si son iguales tocante al premio y al castigo o si este último está reservado al cuerpo, que es el que nos induce a la concupiscencia y al pecado.

A lo que contestó el muchacho, diciendo:

–Ciertamente, la inclinación a la concupiscencia y al pecado nos proporciona ocasión de conseguir el galardón, cuando la contrariamos y la vencemos y nos arrepentimos del mal que hacemos; mas de lo contrario, nos expone al castigo eterno.

Pero se ha de hacer cuenta que la mantenencia es indispensable para el cuerpo y que no hay cuerpo sin alma, y que la pureza del alma se cifra en la rectitud de intención en la actuación mundana y en la consecución de aquello que en la otra vida nos pueda ser de provecho.

Están, pues, el alma y el cuerpo asociados en las obras, y lo mismo lo están en la recompensa y el castigo, pudiéndoseles comparar con el ciego y el cojo, a los que el dueño del huerto los dejó entrar en su predio recomendándoles que no lo estropeasen ni hiciesen nada en él que pudiera dañarle.

–¿Y qué les pasó al ciego y al cojo? –preguntó Schemmás.

Y el príncipe dijo:



HISTORIA DEL CIEGO Y EL COJO

(Noches 498 a 501)

—Eranse un ciego y un cojo, a los que el dueño de un predio dejó entrar en él, previniéndoles que no lo estropeasen ni en nada tocasen.

Pero luego que maduraron los frutos del huerto díjole el cojo al ciego:

—¡Guay de mí! Veo que la fruta está en sazón y se me apetece comerla; pero no puedo alcanzarla, porque está harto alta; levántate, pues, tú que estás sano de los pies y cógela y comeremos los dos de ella.

—*¡Ye!*—exclamó el ciego—. ¿Por qué me recuerdas eso en que yo no pensaba cuando no puedo gozar de esa fruta ni cogerla, porque no la veo? ¿Qué podríamos idear para lograr nuestro objeto?

Llegó allí en esto el guardián del huerto, que era un hombre discreto, y el tullido de los pies díjole así al verlo:

—*¡Ye,* guardián! Se nos apetece comer algo de esa fruta y no podemos, pues, como ves, yo estoy tullido de los pies y aquí, mi amigo, como ves, es ciego; ¿qué podríamos hacer para lograr nuestro deseo?

—*¡Ye* desventurados!—exclamó el guardián—. ¿No recordáis lo que os mandó el dueño del huerto de que no tocaseis ni estropeaseis nada de lo que en él hay? Absteneos, pues, de hacer eso y obedeced su precepto.

—No podemos—replicóle el tullido—pasarnos sin comer algo de esa fruta que se nos brinda madura; así que dinos qué medios podríamos emplear para poderla alcanzar.

Visto que no había forma de disuadirlos de su empeño, díjoles el guardián del huerto:

—La forma de lograr lo que pretendéis sería que el ciego se empinase y te tomase sobre sus hombros y te llevase al pie del árbol cuya fruta más te gustase, y entonces tú podrías coger de ella cuanto se te antojase.

Levantóse, pues, el ciego y echóse sobre los hombros a su compañero y

lo condujo al pie de un árbol, de fruto cuajado.

Tendió entonces su mano el tullido y cogió de aquella fruta cuanto quiso, y después repitieron la faena con los demás árboles que había en el huerto, hasta dar cuenta de toda la fruta y quedar satisfechos.

Pero presentóse allí en esto el dueño del huerto, y, al advertir el expolio, díjoles a los dos compañeros:

–¡Guay de vosotros! ¿Qué es lo que habéis hecho? ¿No os recomendé que no hicieseis nada que pudiese dañar a mi huerto?

A lo que contestaron ellos:

–¿Cómo dices eso? ¿No ves que nosotros no podemos llegar hasta la fruta, pues yo soy lisiado de los pies y no puedo empinarme, y aquí mi compañero es ciego y no ve lo que tiene entre las manos? ¿Cómo, pues, habríamos podido cometer ese desaguisado?

A lo que el dueño del huerto replicó, diciendo:

–¡Guay de vosotros! ¿Imagináis que no sé cómo os las arreglasteis para esquilmar mi huerto y que tú, ciego, te levantaste y cargaste a hombros a tu compañero y lo condujiste al pie del árbol y él entonces alargó su mano y cogió la fruta para ambos?

Cogió luego a los dos el propietario del huerto y les impuso un castigo muy recio y después les echó a los dos de su predio.

Pues bien: el ciego de mi parábola viene a ser como el cuerpo, que no ve sino por los ojos del alma, y el tullido de los pies, como el alma, que sin el cuerpo no puede hacer el menor movimiento.

Y el huerto, por su parte, viene a ser el símbolo de la acción que no debe realizar el siervo, y el guardián del huerto, semblanza del intelecto, el cual nos aconseja obrar bien y abstenernos de obrar mal, y con todo ello se nos pone ante los ojos que el cuerpo y el alma son partícipes así del premio como del castigo, de igual modo que lo son del acto cometido [1].

–Acertaste–respondió Schemmás–y apruebo lo que dijiste; pero ahora querría me dijeses cuál es, a tu juicio, el más laudable de los sabios.

A lo que respondió el muchacho:

–El más laudable de los sabios es aquel que posee la ciencia de Alá y sabe emplearla con utilidad.

–¿Y qué sabio es ese?–preguntó Schemmás.

–Pues aquel–contestó el hijo del rey–que busca la gracia de Alá y evita su enojo en el obrar.

–¿Y cuál es el más excelente de todos?–inquirió Schemmás.

–Aquel–respondió el joven–que más a fondo posee la ciencia de Alá [2].

–¿Y cuál es el más fuerte en esa ciencia?–preguntó Schemmás.

–Aquel–respondió el joven–que, en el obrar con ciencia, practica también la paciencia.

–¿Y cuál el más puro de corazón? –tornó Schemmás a preguntar.

–Aquel–respondió el joven–que más apercibido está para la muerte y más cultiva su recuerdo y menos condesciende a sus deseos. Pues quien hace sonar en su alma las llamadas de la muerte es comparable a aquel que se contempla en un claro espejo que le muestra la verdad y cuanto más en él se mira se ve con más claridad.

–Está bien–aprobó Schemmás–; pero dime: ¿cuál es el tesoro que más debemos apreciar?

Y el hijo del rey le respondió, sin tardar.

–El culto y la alabanza que se tributa a Alá.

–¿Y cuál–insistió Schemmás–es el

[1] Toda esta anécdota está tomada al pie de la letra del *Talmud* (sección Raboth), donde tiene la misma significación alegórica.

[2] *Proverbios*, de Salomón, cap. I, vers. 7.

más excelente de todos los tesoros de la tierra?

–La práctica de la caridad–respondió el joven, sin vacilar.

Pero sintió aquí Schahrasad que venía la aurora y cortó el hilo de sus bien hilvanadas y cautivadoras palabras.

PERO LA NOCHE 499 REANUDO SU RELATO EN ESTA FORMA:

–Ha llegado a mis oídos, *¡ye* monarca, el afortunado!, que el visir Schemmás preguntóle al hijo del rey:

–¿Qué tesoro de la tierra es el más valioso?

Y que el hijo del rey le contestó, sin vacilar:

–La práctica de la caridad.

–Está bien–aplaudió Schemmás–; apruebo tu respuesta. Pero dime ahora algo sobre las tres variedades de ciencia y opinión y penetración y del lazo que une a esos tres elementos.

A lo que respondió el joven, diciendo:

–La ciencia viene del maestro; la opinión, de la experiencia, y la penetración, de la meditación, y el enlace y corroboración de esos tres elementos corre a cargo del intelecto. Quien en sí reúne esas tres cualidades logra la perfección, y quien a ellas añade todavía la piedad y el temor de Alá, sigue la recta vía, a no dudar.

–Está bien–aprobó Schemmás–. Pero figúrate ahora el caso de un hombre de estudios y saber, dotado de certero juicio, luminosa inteligencia y agudo ingenio, y dime si pueden cambiar esas cualidades la concupiscencia y el deseo.

–Desde luego que sí–respondió el príncipe–, pues esas dos pasiones, en entrando en el ser del hombre, dan al traste con su sabiduría y su inteligencia y su buen juicio y su agudeza, y viene a ser el hombre como aquel águila quebrantahuesos que, por resguardarse de los cazadores, siempre vivía en las regiones superiores del aire; pero habiendo visto una vez a un cazador tender su red y poner en ella un puñadico de grano como cebo, al punto acometiéronle el deseo y la apetencia, hasta el extremo de que, olvidando toda su prudencia y su experiencia, luego abajó el vuelo y fue a picar en el cebo y quedó presa en la red del pajarero. Acudió este en seguida y, al ver allí cautiva al águila, maravillóse hasta el colmo de la maravilla y se dijo: «Mi red planté yo, pensando coger en ella pichones u otras aves de casta rahez; ¿cómo fue que este alicbán pudo en ella caer?» Y sabido es que, cuando la concupiscencia y el deseo mueven a un hombre inteligente a alguna acción, piensa luego aquel en las consecuencias y se abstiene de obrar y con su razón reprime su apetencia, pues cuando esas pasiones le incitan a algo conviene que proceda su razón al modo de un ducho jinete, que, al montar un caballo arisco, lo obliga a amansarse con un bocado fuerte y logra así que, sin resistencia, lo lleve adonde quiera. Mientras que el ignorante, que carece de inteligencia y buen juicio y de un modo confuso percibe las cosas y se deja señorear del deseo y la apetencia, obra, por lo general, de acuerdo con ellas, y es del número de los llamados a perecer y no hay quien se vea en peor caso que él.

–Está bien–aprobó Schemmás–; suscribo lo que acabas de hablar. Pero

dime ahora: ¿cuándo son útiles la ciencia y la inteligencia?

A lo que el joven respondió de esta manera:

–Cuando su dueño las gasta en granjearse la vida eterna; mas no debe su dueño emplearlas en las cosas del mundo, sino en cuanto estas le son necesarias para su subsistencia y para conjurar los males que lo acechan, y, fuera de eso, emplearlas en asegurarse la vida eterna.

–Dime ahora–tornó Schemmás a preguntar–: ¿qué es lo más digno de ocupar el corazón del mortal?

Y el joven respondió:

–La práctica de la piedad.

–Está bien–aprobó Schemmás–; pero si a ella se entrega con exclusión de lo demás, ¿cómo se arreglará para arbitrarse las cosas de este mundo que le son indispensables?

–El día y la noche–respondió el joven–constan de veinticuatro horas; debe el hombre dedicar una parte de ellas a procurarse la subsistencia y otra a la oración y al reposo, y la otra, a tratar de adquirir ciencia, que hombre discreto sin saber es como tierra estéril y yerma, que no se presta a la labor y la siembra, y tierra en la que no se planta ni siembra no hay que esperar rinda ninguna cosecha, mientras que la que se cultiva y trabaja rinde luego fruto abundante y de óptima clase; pues igual que con la tierra pasa con el hombre: que no rinde fruto si en él no prende y arraiga la ciencia que, en siendo así, luego da los mejores frutos de sí.

–Está bien–aprobó Schemmás–. Pero ¿qué me dices ahora del conocimiento sin inteligencia?

Y el príncipe respondió, diciendo:

–Pues que viene a ser como el conocimiento del animal, que sabe las horas en que ha de comer y dormir; pero carece, con todo, de razón.

–Breve has sido en tu respuesta–dijo Schemmás–; pero me doy por satisfecho con ella. Dime ahora: ¿cómo haré para guardarme del sultán?

–Pues no dándole motivo para que se enoje contigo–respondió el príncipe.

Y el visir le dijo:

–Está bien; pero dime: ¿cómo haré para evitarlo, cuando él tiene señorío sobre mí y en su mano están las riendas de todos mis asuntos?

–Su señorío sobre ti–contestó el príncipe–se cifra en los deberes que para con él tienes; así que, en cumpliéndolos tú como es debido, ya deja de tener sobre ti señorío.

–Está bien–aprobó Schemmás–. Pero dime: ¿cuáles son los deberes del visir para con su rey?

Y el príncipe le respondió, diciendo:

–Pues el buen consejo y el servicio diligente, lo mismo en privado que en público, y el recto juicio y la guarda de sus secretos, y el no ocultarle nada de lo que saber debe y no omitir cosa alguna de aquellas a que su cargo le obliga, y buscar en todo momento su aprobación y evitar su enojo con razón.

–Está bien–asintió Schemmás–; pero dime ahora: ¿cómo debe conducirse el visir con el rey?

–Conviene al visir mantenerse dentro de su esfera y no tomarse libertades con su señor, abusando de su bondad, para que no se trueque esta en rigor.

–Dime ahora–insistió Schemmás–: ¿qué debe hacer el visir para granjearse la gracia del rey?

–Debe el visir–contestóle el joven–aconsejar al monarca en los asuntos del reino con lealtad y discernimiento.

–Pero–arguyó Schemmás–¿no dijiste antes que el visir viene obligado a complacer a su señor y evitar incurrir en su enojo? ¿Cómo, pues, ha de hacer el visir, si tiene la desgracia de servir a un rey injusto, que cabalga a lomos de la iniquidad y goza haciendo mal? Pues si trata el visir de apartar al

monarca de su concupiscencia e inclinaciones malas y disuadirlo de sus nefandos designios, no podrá conseguirlo, y si, por el contrario, le sigue la corriente y aprueba y ejecuta lo que él le ordene, vendrá a ser enemigo jurado de los vasallos. Dime, pues, tú qué piensas sobre esto y cómo saldrías bien del paso, en semejante caso. .

–¡*Ye* visir discreto!–respondió el muchacho–. En ese caso que acabas de exponer, de un rey injusto y malo, conviene, sin embargo, que el visir cuando aquel le llame a consejo, le muestre claramente los caminos de la justicia y la equidad y le prevenga contra las consecuencias de la iniquidad y la maldad, y lo adoctrine sobre el modo de tratar bien a sus vasallos y lo engolosine con la recompensa que eso trae consigo como consecuencia; que si el rey da oídos a sus palabras, habrá logrado lo que anhelaba, y, si así no fuere, no le queda otro recurso que apartarse de aquel señor en buena forma, que con esa separación quedarán tranquilos los dos.

–Está bien–aprobó Schemmás–. Pero ahora dime: ¿cuáles son los deberes del rey para con sus vasallos y los de estos para con el soberano?

–Deben los vasallos–respondió el muchacho–hacer con la mejor intención lo que el rey les mandó y obedecerlo en todo lo que sea de su real agrado y también del de Alá y de Mohammed, su profeta (sobre él la oración y la paz). Cuanto a los deberes del rey para con sus vasallos consisten en salvaguardarles su hacienda y velar por ella y defender el honor de sus harenes, viniendo en cambio aquellos obligados a oír y obedecer al soberano y sacrificar sus almas por servirlo y darle lo que en derecho le deben y rendirle las alabanzas a que por su equidad y benéfica condición se hiciera acreedor.

–Acabas de contestar–exclamó Schemmás–, y a fe que bien, a lo que te pregunté tocante a los deberes del rey para con sus vasallos y los de estos para con el soberano. Pero dime, después de pensarlo: ¿no se te habrá olvidado algo?

–Sí por cierto–asintió el muchacho–. Olvidé decir que los deberes del rey para con sus vasallos son más perentorios que los de estos para con él, pues la transgresión de los primeros es más perjudicial que la de los postreros, ya que la ruina de los monarcas y la cesación de su poder y su fortuna solo provienen de no cumplir aquellos los deberes que para con sus vasallos tienen. Conviene, pues, que en quien gobierne un reino se den estas tres condiciones: celo por la fe, por el bien de sus vasallos y por la buena marcha de la política, y es cierto que la conjunción de estas tres condiciones hace perdurables los imperios.

–Está bien–aprobó Schemmás–; pero dime: ¿cómo se ha de conducir el soberano para procurar el bien de sus vasallos?

A lo que contestó el muchacho:

–Observando sus deberes para con ellos; fomentando el saber, mediante la protección a los ulemas y los doctos; administrando justicia recta entre unos y otros; escatimando su sangre y respetando sus caudales, y aliviando las cargas que pesan sobre ellos y reforzando sus ejércitos.

–Dime ahora–insistió Schemmás–: ¿cuáles son los deberes que el visir tiene con respecto a su rey?

–No hay–respondió el joven–deberes más perentorios que los del visir para con su señor, los cuales son tres, a saber: primero, trazar la pauta conducente a asegurar el bien general, lo mismo para el monarca que para sus vasallos, aconsejando con acierto y lealtad al soberano; segundo, hacer de modo que todos puedan ver el predicamento de que goza junto a su señor y

lo miren con ojos de respeto y consideración y se cobijen bajo las alas de su protección, y tercero, que valiéndose de su autoridad, aparte del rey y de sus vasallos lo que no fuere de su agrado y les procure lo que pueda alegrarlos.

–Acabo de oír–exclamó Schemmás–todo eso que has dicho tocante a los respectivos predicados del rey, el visir y los vasallos, y lo apruebo sin poner reparo; pero dime ahora lo atinente a refrenar la lengua y abstenerse de mentir y de difamar el buen nombre de los demás y desbarrar.

–Tocante a eso te diré–respondió el príncipe–que conviene que el hombre no hable sino con bondad y cortesía y no dé jarilla a su lengua en lo que no es de su incumbencia, y que se abstenga de la maledicencia y no le vaya a ninguno con el cuento de lo que de él haya dicho su enemigo ni trate de malquistar a amigos ni enemigos con el sultán, ni le busque la gracia a ninguno, ni al que pueda hacerle bien ni al que pueda hacerle mal, sino tan solo a Alá, todopoderoso, que es el único que al hombre puede beneficiar o dañar. Y conviene también que no le achaque defectos a nadie ni hable de ligero a su respecto, a fin de que no incurra en pecado a los ojos de Alá ni se acarree el odio de sus prójimos, pues has de saber que la palabra que decimos es igual que la saeta, que luego de disparada ya no se puede recoger. Debe también el hombre discreto guardarse de confiar su secreto a quien pudiera comunicárselo a un tercero, de lo que se seguiría perjuicio y descrédito, y aún más debe guardarse el hombre en esto de su amigo que de su enemigo, porque la guarda del secreto para con todos es cosa que solo la verdadera fidelidad es capaz de observar.

–Está bien–aprobó Schemmás–; pero dime ahora: ¿cómo debe el hombre conducirse con sus deudos y sus amigos?

A lo que el príncipe respondióle al visir:

–No hay sosiego ni paz para el hijo de Adán como no siga la senda de la rectitud, y debe darle a su familia lo que se merece y a sus hermanos [3] lo que dárseles debe.

–¿Y qué es lo que dárseles debe? –inquirió Schemmás.·

Y el príncipe contestó:

–A los padres, sumisión y palabras blandas y amabilidad y honra y reverencia. A los hermanos, buenos consejos y prontitud en gastar el peculio en su provecho y ayudarlos en sus empresas y trabajos y hacer por proporcionarles alegrías, y de las faltas en que incurrir pudieran apartar la vista, que, luego que ellos vieren su comportamiento, seguirán sus consejos y serán capaces de dar por él su alimento.

Pero al llegar aquí sorprendió a Schahrasad la aurora y cortó el hilo de sus palabras encantadoras.

Y LA NOCHE 500 REANUDO SU RELATO EN ESTA FORMA:

–Ha llegado hasta mí la fama, *¡ye* monarca, el afortunado!, de que el joven, el hijo del rey Cheliàad, contestó a todas esas preguntas que le hizo el visir Schemmás sin dejar ninguna por contestar.

Pero después siguió interrogándolo el visir y le habló así:

–Estimo yo que hay dos clases de

[3] No se trata concretamente de los hermanos de sangre, sino de los hermanos de fe.

amigos: amigos de confianza y simples conocidos [4]; respecto a los primeros, está bien lo que has dicho; pero dime, tocante a los otros: ¿cómo hemos de conducirnos?

–Los amigos de trato solamente–respondió el joven–nos proporcionan deleite y nos deparan amables palabras y compañía grata, por lo que debemos corresponderles en la misma forma y tratarlos con idéntico amor y hacer por ellos lo que ellos hacen por nosotros, mostrándoles rostro franco y prodigándoles palabras dulces y afables, que, si así lo hicieres, será tu vida gustosa y escucharán con agrado lo que dijera tu boca.

–Con eso–dijo Schemmás–apuraste todo lo concerniente a este particular. Pero dime ahora algo respecto a la ración decretada por el Creador para todas las criaturas. ¿Es cierto que Alá asignóles a hombres y animales su respectiva ración de medios de subsistencia, hasta el término de su vida, marcado de antemano? Y puesto que así sea, ¿por qué entonces ha de afanarse el hombre buscándose el sustento a costa de miles penalidades y trabajos, en vez de esperar tranquilamente que le venga a la mano lo que sabe que le está asignado, sin necesidad de apurarse tanto? Y si no le está asignado, ¿cómo habrá de granjeárselo y lograrlo por más que se desviva buscándolo? ¿No sería mejor, pues, que el hombre desistiera de su empeño y pusiese en el Señor toda su confianza y diese reposo a su cuerpo y su alma?

–Es evidente de toda evidencia–respondióle el príncipe–que todas y cada una de las criaturas tienen de antemano señalada su ración y sustento y marcado su término; pero para todo género de vida hay un camino y medios, y el que busca no encontrara, si de buscar dejara, por lo cual no tiene más remedio que buscar. Ahora bien: el que busca puede hallarse en dos casos, a saber: que encuentre lo que busca o no lo encuentre. Y en el caso primero, se cifra su dicha en dos condiciones: la primera, haber logrado su suerte, y la segunda, el fin laudable de su búsqueda, y en el segundo de los casos consiste su dicha en su expedición para buscar su pan cotidiano y en no ser una carga para sus hermanos y, finalmente, en estar a salvo de todo reproche.

–¿Y qué me dices–preguntóle Schemmás al príncipe–sobre los medios de buscar la fortuna?

–Digo–respondióle el joven–que debe el hombre tener por lícito aquello que Alá (loado sea y glorificado) nos permitió, y por ilícito, lo que nos vedó.

Tocó con esto a su fin el examen, y lo mismo Schemmás que todos los ulemas presentes se levantaron y se postraron ante el joven príncipe y lo engrandecieron y exaltaron, en tanto su padre, el viejo monarca, lo estrechaba fuerte contra su pecho.

Después de lo cual hízole sentar en el trono real y exclamó:

–¡Loado sea Alá, que me dio un hijo para que fuese frescura de mis ojos en lo que me quede de vida y después se sentase en mi trono!

Díjoles luego el joven a Schemmás y a los ulemas, que estaban presentes:

–¡*Ye* sabios respetables, versados en las cuestiones espirituales! Poca cosa, en verdad, es lo que del tesoro de la ciencia deparóme Alá, y de sobra sé que vosotros habríais aprobado mis respuestas a vuestras preguntas lo mismo si hubieran sido acertadas que disparatadas, pasando por alto mis errores, con la benevolencia de vuestros corazones. Pero ahora yo también quisiera a mi vez interrogaros acerca de algo a que mi comprensión no alcanza,

[4] *Juanu-tsiket-e-ijuanu-mâschiret.* Esta distinción parece corresponder a la que establecían los griegos entre el *filos* y el *heteros.*

para lo que mis luces no bastan ni mi lengua acierta a trazar su semblanza, pues viene a ser algo semejante a un agua transparente en un vaso de cristal negro encerrada, por lo que te ruego a ti me la expliques, de suerte que deje de ser oscura en adelante para mí, como lo fue hasta aquí. Que así como puso Alá la vida en el agua y la fuerza en el alimento y la sanidad de la enfermedad en el remedio del médico, así también dio la curación del ignorante a la ciencia del sabio, de suerte, pues, que te ruego prestes a mi palabra oído atento.

A lo que respondió el visir Schemmás, diciendo:

–¡*Ye* joven de avanzado intelecto, que dominas todas las cuestiones y al que los ulemas todos sin excepción proclamaron excelente por el modo de definir y puntualizar las cosas y lo certero de tus respuestas a las preguntas que te hicieran! Harto sabes que sobre aquello que fueres servido interrogarme podrías tú contestar mejor que yo y con más exactitud y precisión, pues Alá se dignó concederte un saber superior al de toda la demás gente. Pero, sea como fuere, dime qué es aquello a que quieres que te conteste.

–Está bien–dijo el joven–; dime, pues: el Creador, cuyo poder es infinito, ¿de qué creó lo que creó, no existiendo antes nada y siendo así que todo cuanto en este mundo vemos es creado de otra cosa anteriormente creada, y el Creador (bendito sea y glorificado) fue poderoso a crear cosas de la nada?

–Ciertamente–respondió el visir Schemmás–, lo mismo el alfarero que los demás obreros no pueden crear nada sino de otra cosa y valiéndose de herramientas, o sea, de algo anteriormente creado, porque ellos mismos son seres creados; pero el Creador fabricó el Universo todo con este plan maravilloso y sorprendente, sin valerse de nada creado anteriormente. Y si quisieres darte cuenta de todo su poder (bendito y exaltado sea sobre todas las cosas), no tienes más que recapacitar y concentrar el pensamiento sobre la muchedumbre de las criaturas y sus diversas especies y variedades de todas suertes, y al punto descubrirás indicios y señales que atestiguan la perfección de su poder y dan fe de cómo es poderoso a crear las cosas de la nada, ya que todos esos elementos, que son la materia de que las cosas se forman, no existían cuando el Creador consumó su creación, de donde podrás ver, sin pizca de duda, hasta dónde llega su poder; y entre otras señales y pruebas de lo que te digo ahí tienes a la noche y el día, que mutuamente se suceden, de suerte que cuando el día se va y la noche viene, ocúltanos esta a aquel, sin que sepamos adónde se fue; y cuando, en cambio, aléjase la noche con su tiniebla y su adustez, luego viene el día, y no sabemos adónde la noche se fuera a esconder; y cuando sale el sol por encima de nuestras cabezas, no sabemos quién desdobló su luz, de igual modo que luego, cuando llega su ocaso y desaparece a nuestra vista, ignoramos adónde, al ponerse, se retira [5]. Todas estas son muestras de las obras del Creador, cuyo nombre resplandece lleno de gloria y cuyo poder va más allá de cuanto puede percibir la inteligencia de las criaturas más perspicaces y profundas.

–¡*Ye* sabio venerable!–dijo el joven, después de oírlo–. En verdad que me has hecho ver el poder del Creador

[5] Sobre estos fenómenos naturales como testimonios de la existencia y el poder de Dios, insiste reiteradamente el *Corán*. Todo este paso es una glosa del bellísimo salmo 19, de David, en que se expresa el argumento ontológico con una fuerza lírica insuperable: *Ha schamayim mesafrim jebod El umâssé yadaiv haguid ha-rakiâ*, etc. *(Caeli enarrant gloriam Dei et opera manus ejus annuntiat firmamentum...)*

con tales argumentos que no admiten discusión; pero dime todavía: ¿cómo procedió el Creador en su creación?

–La creación–respondió Schemmás–fue creada por el Verbo, que existía antes del tiempo, y con el Verbo creó el Creador las cosas todas de su creación [6].

El visir Schemmás contestó a las preguntas que le hiciera el joven Uarduján. Y acto seguido le dijo:

–Nadie, hijo mío, contestará a tus preguntas sino en la forma que yo lo he hecho, a menos que falseare las palabras de la Ley sagrada y las desplazase de su sitio y argumentase en modo ilegítimo, como aquellos que dicen que el Verbo por sí solo es poderoso; líbreme Alá–*taála* de caer en tal herejía, pues harto sabemos y profesamos, según consta por el Libro, el santo, que Alá creó el Universo con su Verbo, lo que quiere decir que (loado sea y glorificado) es único en sus atributos y predicados y en modo alguno significa que el Verbo por sí solo tuviera poder, pues el poder es atributo exclusivo de Alá, ya que la palabra y lo demás se comprende en la idea de la perfección; de suerte que no cabe describir a Alá sin su Verbo ni describir a éste separado de su dueño. Así, pues, Alá (resplandezca su alabanza) creó por medio de su palabra todo cuanto creara, todo lo cual no pudiera ser creado sin ella, y creó las cosas con su Verbo verdadero y en la verdad fuimos creados, y no hay más que hablar [7].

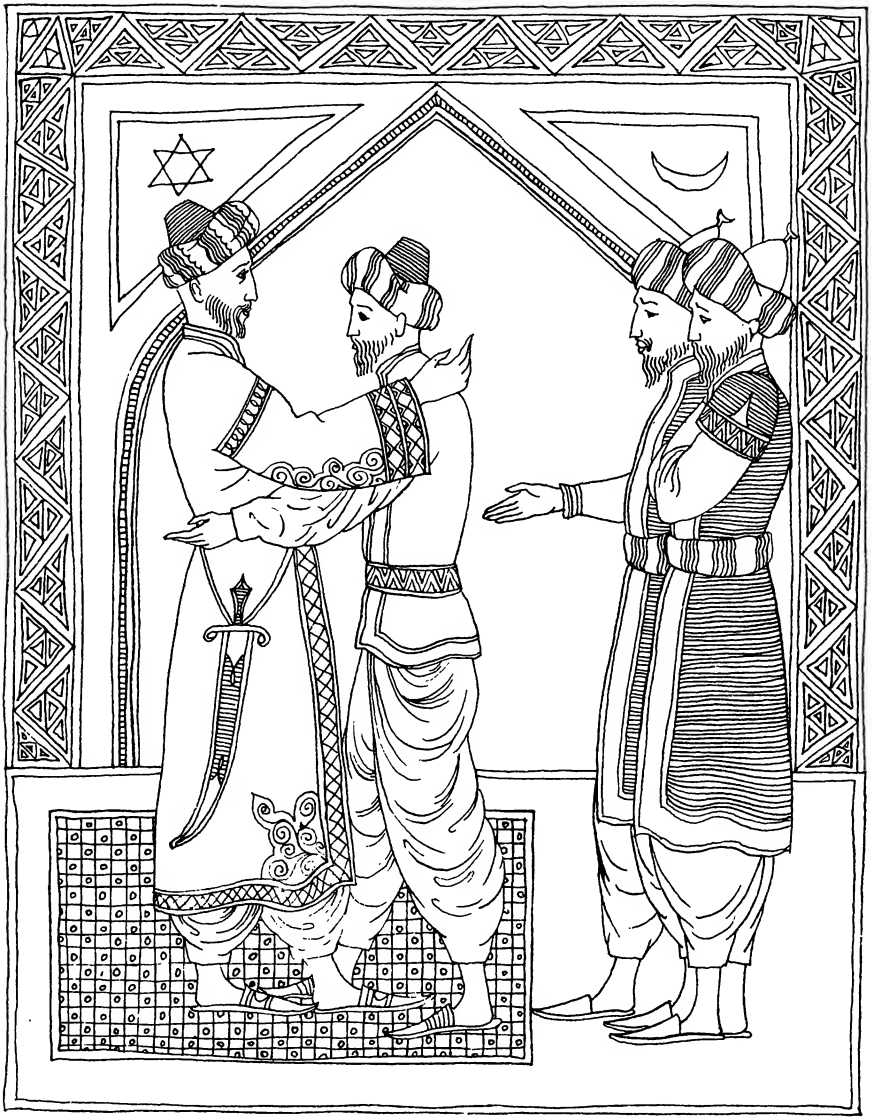
–Ciertamente–respondióle el joven Uarduján–que estás bien impuesto tocante al Creador y al poder de su Verbo, y yo tus palabras apruebo. Pero, si no oí mal, dijiste que el Creador creara su creación por medio de su Verbo de verdad y la verdad es lo contrario de la falsedad; ahora bien: siendo así, ¿quieres decirme, *¡ye* visir!, de dónde procede el error y cómo logra tomarle el parecido a la verdad y vestirse de su ropaje, hasta el punto de que vengan los hombres obligados a hacer distinción entre lo verdadero y lo falso y hartas veces se dejen engañar por la apariencia e incurran en pecado, teniendo luego que hacer penitencia?

–Alá–*taála*–respondió el visir Schemmás–creó al hombre con la verdad y le infundió su amor, de suerte que no había para el mortal contrición ni expiación, y así fue, a no dudar, hasta que Alá le sopló el alma que forma parte de la perfección humana, pero que lleva impresa en su naturaleza la inclinación a la concupiscencia [8], y de ahí vino a nacer el error y a vestirse con el ropaje de la verdad, con la que el hombre fue creado y el amor a la cual le fue en un principio inculcado. El hombre, pues, al alcanzar su

[6] *In principio erat Verbum...* Evangelio de San Juan. Se trata del Logos platónico, entendido a la manera de los alejandrinos: Plotino, Jámblico, Porfirio y demás filósofos de la escuela gnóstica, entre los cuales puede incluirse el emperador Claudio Flavio Juliano, el restaurador y depurador del paganismo. Filón, el hebreo, sirve de enlace entre el mundo helénico y el semítico, y en sus obras concilia las tendencias opuestas en ambas culturas. Sobre la base de Filón, construyeron los batinies o filósofos esotéricos del siglo III de la *hechra* la figura del seudo Empédocles, al que le atribuyeron una bibliografía que se ha perdido y solo se conoce por fragmentos. Toda la teología que aquí se expone está más o menos impregnada de esas doctrinas emanatistas que representan un esfuerzo de conciliación entre razón y fe. (Sobre todas estas tendencias místico-filosóficas en el islamismo puede consultarse al gran orientalista judío Goldziher, que ha dejado una copiosa obra.) El visir Schemmás procura hábilmente eludir la heterodoxia considerando el Verbo (Logos) no como una emanación de Dios, sino cómo una de sus potencias intrínsecas.

[7] «Ciertamente creamos al hombre con la verdad.» *Corán* pássim...

[8] Se refiere al alma vegetativa *nefs* o *nefesch*, distinta del alma intelectual o *nous* platónico. La propiedad del alma universal–dice el seudo Empédocles por boca de su glosador Sahrastani–«es el amor... La propiedad de la Naturaleza universal es la discordia...»



integridad, desvióse de la verdad y vino a caer en la falsedad.

–Ciertamente–abundó el joven–, lo falso introduce en lo verdadero la rebeldía y la herejía.

–Así es–aprobó el visir Schemmás–, porque Alá ama al hombre, y, en el exceso de su amor a él, creólo de suerte que lo necesitase, y esta que digo es la pura verdad, solo que muchas veces apártase el mortal de la senda de Alá por culpa del alma, siempre a la concupiscencia inclinada y de suyo propensa a la discrepancia, y se entrega al error por efecto de su rebeldía innata y se subleva contra su Creador, por lo que luego ha de sufrir las consecuencias y ha de ahuyentar de sí el error, mediante la contrición y de volver nuevamente a la verdad que abandonó.

–Dime ahora–tornó a preguntar el joven–cómo empezó la discrepancia, siendo así que esta se remonta a Adán y Alá creó a este en la verdad, por lo que a primera vista no se alcanza cómo pudo incurrir en rebeldía y de aparearse esta para él con el arrepentimiento, al serle infundida el alma en su cuerpo.

A lo que respondió Schemmás, diciendo:

–La culpa de que por primera vez prendiera en la creación la rebeldía tiénela Iblis, el cual era la más noble de cuantas criaturas creara Alá (glorificado sea su nombre), así de ángeles como de genios y de hombres, y llevaba impreso en su naturaleza el amor, de suerte que de ninguna otra cosa tenía noción. Pero luego que, al verse tan privilegiado, hinchóse de arrogancia y vanidad y soberbia y se apartó del acatamiento y obediencia debidos a su Creador, rebajólo Alá a ser el último en la escala de todas sus criaturas y le retiró su amor y alojó en su alma la rebeldía, y al comprender que la rebeldía no es grata a Alá y ver a Adán, y lo que en sí encerraba de verdad y de amor y de obediencia a su Creador, llenóse de envidia e ideó una astucia para apartar a Adán de la verdad y que fuese compañero suyo en el error, y Adán cedió a su tentación y siguió la senda de la rebeldía, que su enemigo le pintara con atrayentes colores [9], y se entregó a sus deseos y pasiones. Pero luego que hubo desobedecido las recomendaciones de su Señor por culpa de haberle sido expuesto el error, y luego que supo su Creador (resplandezcan sus loores y santificados sean sus nombres), así la flaqueza del hombre como su prontitud en ceder a las sugestiones de su enemigo y abandonar a la verdad, puso en él el Creador, a impulsos de su misericordia, la contrición, para que gracias a ella saliese del abismo de su inclinación a la rebeldía y se armase de las armas del arrepentimiento y con ellas venciera a Iblis, su enemigo, y a las huestes cúyo es el caudillo, y tornase a la verdad, que desde el principio llevaba impresa en su naturaleza. Luego que vio Iblis que Alá (resplandezcan sus loores y santificados sean sus nombres) prestara su amparo al hombre, declaró a este la guerra y le armó insidias, para enajenarle la gracia de su Señor y hacerlo su aparcero en el enojo que Aquel profesábale a él y a sus huestes, por causa de su rebelión. Pero entonces Alá (resplandezcan sus loores y santificados sean sus nombres) infundióle al hombre obediencia a la contrición y le mandó que se sometiese a la verdad y se apartase de la rebeldía y la contradicción e hiciese cuenta que tenía un enemigo sobre la tierra, que no dejaba noche y día de apercibirle insidias. Con lo cual se hizo el hombre digno de galardón si se sujetaba a la verdad, cuyo amor por naturaleza lle-

[9] «Píntales *(Schaitán)* con bellos colores sus acciones», sura XXIX. *Al-Ankabut* (La araña).

vaba impreso en su corazón, y de castigo, si se dejaba vencer de su alma y cedía a sus deseos y apetitos.

–Está bien–aprobó el hijo del rey–. Pero ahora dime: ¿en virtud de qué poder fue capaz la criatura de desobedecer a su Creador, siendo así que este es la suma grandeza, según tú dijiste, y no hay cosa de que no pueda triunfar ni que caiga fuera del alcance de su voluntad? ¿No ves que Alá es poderoso a apartar al hombre de su rebeldía e imponerle el amor perdurable a su Señor?

–Ciertamente–respondió Schemmás–, Alá-*taála* es equitativo en sus juicios y compasivo con aquellos que ama, y les muestra el camino del bien y les presta energía y poder para que lo practiquen; pero si ellos obran al contrario de eso, van a parar a la rebeldía y a la perdición, sin remedio [10].

–Y dime–inquirió el príncipe–: si el Creador, según acabas de decir, dotó a los hombres de poder y capacidad para hacer su voluntad, ¿cómo es que no se interpone entre ellos y lo que de errado codician y no les vuelve al camino recto?

–En eso–respondióle el visir–puedes ver una prueba más de su bondad y sabiduría infinitas, pues cuando Iblis pecó Alá se enfureció contra él y no le dispensó la menor clemencia, mientras que, al pecar Adán, mostróle su piedad, infundiéndole arrepentimiento, y reconcilióse con él después de haberse enojado por su mal proceder.

–Y dime–insistió el príncipe–: ¿crea Alá aquello que quiere y también aquello que no quiere, o crea solamente lo que quiere y nada más?

A lo que respondió Schemmás:

–Alá lo crea todo, pero no fomenta y agracia sino lo que ama.

–Está bien–aprobó el joven–; pero dime: ¿qué cosas son esas dos, con una de las cuales se complace Alá y dota de galardón a su poseedor, y con la otra se enoja y hace a su dueño pasible de castigo severo?

–Explícate con más claridad–díjole Schemmás–acerca de esas dos cosas, para que yo te pueda contestar.

–Esas dos cosas–respondió el muchacho–son el bien y el mal, que en el cuerpo y el alma van entreverados.

–*¡Ye* joven sagaz!–exclamó Schemmás–. Harto sabes que el bien y el mal se dan en los actos que realizan el cuerpo y el alma, y llamamos bueno a aquello que es de naturaleza como para agradar a Alá y apellidamos malo aquello otro que es propio a provocar su enojo, viniendo tú obligado a conocer a Alá y a complacerlo practicando el bien, puesto que así nos mandó El, y abstenerse de hacer el mal, que no es grato a los ojos de Alá.

–Yo, a la verdad–dijo el joven Uarduján–, estimo que ambas cosas, o sea el bien y el mal, hácenlas los cinco sentidos de que el cuerpo del hombre está dotado, a saber: el gusto, que reside en su boca, de donde dimana también la palabra, y el oído y la vista y el olfato y el tacto; ruégote, pues, me digas si esos cinco sentidos fueron creados por entero para el bien o para el nal.

A lo que respondió Schemmás:

–Entiende, hombre, la explicación de lo que deseas saber y que es de una evidencia palmaria, y grábala en tu intelecto y dala a beber a tu corazón. Y es que el Creador (bendito sea y glorificado) creó al hombre con la verdad y le infundió por naturaleza amor a ella, de suerte que ningún mortal se aparta de la verdad sino por efecto del poder superior que media en todo suceso, siendo el Creador (bendito sea y

[10] Vindicación del libre albedrío frente a los partidarios de la predestinación absoluta (motázíles). En las *Eneadas,* de Plotino, libro III, se lee: «El hombre es un ser libre, principio y causa de sus actos, y, por eso, el pecado es culpa suya y no de Dios.»

glorificado) un juez justo y equitativo y compasivo, que creó al hombre en fuerza de su amor y lo dotó de un alma inclinada por naturaleza a la concupiscencia, y le confirió libre albedrío y puso en él esos cinco sentidos para que le fueran causa de recompensa o de castigo.

–¿Y cómo es eso?–preguntóle el joven a Schemmás.

Y Schemmás, el visir, respondióle así:

–Pues porque Alá creó al hombre para la dependencia y le dio las dos manos para obrar, y los dos pies para andar, y los dos ojos para ver, y los dos oídos para oír, y a cada uno de esos cinco sentidos dotólos de poder y los capacitó para la acción y el movimiento, y a todos ellos mandóles no hiciesen nada, sino lo que fuese propio a complacerle y agradarle, y lo que a Alá agrada, respecto a la palabra, es la sinceridad, y lo que le desagrada, su contrario, o sea, la mentira, y tocante a la vista, lo que a Alá complace es que la fijemos en aquello que a El le place y la apartemos de aquello otro que le mueve a enojo, como son los deseos y apetitos del cuerpo; tocante al oído, agrádale a Alá–*taála* que lo apliquemos a oír lo verdadero, como son las admoniciones y buenos consejos y lo que Alá mismo escribiera en su Libro y los apartemos de lo contrario, es decir, de aquello que provoca su enojo y su desagrado; respecto a las manos, lo que a Alá complace es que no malgasten lo que en ellas puso El, sino que lo empleen en cosas propias para agradarle y se abstengan de lo contrario, o sea, de invertirlo al servicio de la avaricia o de la rebeldía, y tocante a los pies, agrádale a Alá que caminen por la senda del bien, rumbo, por ejemplo, a la instrucción y el saber, y se aparten de lo contrario, o sea, de caminar fuera de la senda de Alá, por los derroteros de los apetitos y deseos, los cuales proceden del cuerpo por orden del alma, en él alojada [11]. Cuanto a los deseos que proceden del cuerpo, son de dos clases: deseos genitales y apetitos ventrales, y lo que respecto a los primeros place a Alá es que busquen satisfacción lícita y no prohibida, y tocante a los otros, que se orientan al comer y beber, lo que a Alá agrada es que el hombre los satisfaga en la medida de sus recursos y se contente con lo que tenga, sea poco o mucho, y alabe a Alá y le dé gracias por lo que le quiso dar, y lo que a Alá mueve a enojo es que el hombre trate de apoderarse de lo que en derecho no le pertenece, pues eso equivale a salirse de la verdad y caer en la falsedad y la vanidad. Sabes ya, *¡ye* joven!, que Alá creó todas las cosas y sólo se place en el bien, y ordenóle a cada miembro de los miembros del cuerpo que hiciese aquello para que lo destinó, que Alá es sabio y prudente y exento de error.

–Está bien–aprobó el joven–; pero dime: ¿sabía de antemano Alá (así resplandezca su poder y su majestad) que Adán habría de gustar de la fruta de aquel árbol que le había vedado y que fue causa de lo que fue y por efecto de lo cual se salió de la obediencia de Alá, viniendo a parar en la rebeldía en que vino a parar?

–Cierto que sí, *¡ye* sabio joven!–respondió Schemmás–. Antes de crear a Adán ya Alá sabía lo que iba a pasar, y de ahí que lo advierta para que de aquella fruta no comiera y le hiciera saber que si de ella llegaba a comer se haría culpable de rebeldía contra El.

[11] Toda esta justificación teológica de los sentidos y miembros del cuerpo está llena de reminiscencias talmúdicas. Los rabinos sutilizaron mucho sobre esta materia y en el *Talmud* se lee la piadosa e ingeniosa explicación de uno de aquellos respecto a la blandura y flexibilidad del lóbulo de la oreja: «Para que el hombre pueda plegarlo y taparse el oído, si escucha palabras inconvenientes.»

Lo cual es enteramente conforme a los que piden la justicia y la equidad, pues, de otra suerte, habría podido Adán argumentarle a Alá alegando su ignorancia; así que, al caer Adán en la culpa y el pecado, es muy natural que se llenase de confusión y que las consecuencias de su rebeldía se transmitiesen a toda su posteridad. Mandó luego Alá a la tierra a sus enviados y profetas y les dio libros para que revelasen a los hombres su ley y nos declarasen lo que en ellos se encerraba de advertencias y ejemplos, y nos los repartiesen y nos indicasen el camino que debíamos seguir y nos explicasen lo que debíamos hacer y aquello otro de que nos debíamos abstener. Ahora bien: nosotros estamos dotados de libre albedrío y el que sigue el camino indicado, sin salirse del hito ese, da en el blanco y sale ganancioso y bien librado, y el que lo traspasa y no se ajusta a los preceptos, se descarría y sale perdiendo en ambas vidas. Y de sobra sabes ya que Alá es sobre toda cosa poderoso y no nos infundió más apetencias que las que tuvo a bien y nos mandó emplearlas en la senda de la licitud, para que con ellas pudiéramos granjearnos cosas buenas; pero cuando las aplicamos al camino del pecado, redundan en nuestro daño. De suerte que lo que hacemos en el camino recto procede de Alá, y lo que en el camino errado obramos, procede de nosotros, sus criaturas, no del Creador (exaltado sea con la suprema exaltación).

–Cuanto acabas de decirme tocante a Alá y a su creación lo entiendo y lo apruebo; pero quisiera me explicases una cosa, que deja perpleja mi inteligencia y la paraliza por el exceso de la maravilla, pues así, en verdad, me sucede cuando veo a los hijos de Adán descuidar la otra vida, hasta el punto de olvidarse de ella, consagrándose en cambio con todo amor a este mundo vano, con saber, como saben, que un día saldrán de él y tendrán que dejarlo, y que no son nada grandes.

–Tienes razón–respondió Schemmás–para maravillarte, pues todo aquel que contempla el mundo y descubre sus engaños y traiciones para con los suyos, luego cobra la evidencia de que sus favores no son duraderos para el que los obtiene, como tampoco sus males para el que los padece, no estando seguro ninguno de ellos de que su estado no vaya a cambiar, por mucho que sea su poder o grande su suerte sobre sus bienes, porque sin remisión es forzoso que varíe su situación y le alcance, no tardando, la mutación. Harto nos consta que si el siervo (de Alá) tuviere presente lo que ha de sucederle a la llegada de la muerte, y que ha de abandonar entonces todas sus delicias y placeres, renunciara desde luego al mundo con todo cuanto contiene y comprendiera que es mejor para nosotros y más provechosa la vida, la otra.

–¡*Ye* sabio insigne!–exclamó el muchacho–. He aquí que lograste disipar con tu potente fulgor esas sombras que se cernían sobre mi corazón y me orientaste hacia el camino por donde marchan los que siguen a la verdad y pusiste en mi mano una almenara para que con ella vea dónde pongo mi planta.

Levantóse luego uno de los sabios que asistían al debate y dijo:

–En llegando la primavera, la liebre y el elefante buscan la hierba [12]. Oído he aquí muchedumbre de cuestiones y disertaciones como jamás oyera, y ello me mueve a hacer una pregunta sola, a saber: ¿qué es lo mejor de todo cuanto en este mundo se puede tener?

A lo que respondió en seguida el hijo del rey:

–La salud del cuerpo y el lucro lícito y un buen hijo.

[12] *Redolet proverbium.*

–¿Y qué es lo más grande y qué lo más pequeño?

–Lo más grande–respondió el príncipe–es aquello a que se somete lo más pequeño, y lo más pequeño, aquello que a lo más grande rinde acatamiento.

–¿Y cuáles son esas cuatro cualidades en que todos los seres son iguales?

–Pues el comer y el beber y el dormir y el gustar de la hembra y la agonía del morir.

–¿Y cuáles son esas tres cosas cuya fealdad nadie puede negar?

–Son la insensatez, la vileza de condición y la mentira.

–¿Y cuál es la mejor clase de mentira, siendo así que son todas ellas reprobables?

–Aquella–respondió el príncipe–que aparta el daño de quien lo profiere y le granjea beneficio evidente.

–¿Y qué especie de veracidad es locura, con ser siempre plausible la verdad?

–Pues la de aquel que se jacta de lo que posee y de ello hace gala.

–¿Y cuál es la insensatez más insensata?

–La de quien se envanece de lo que no posee.

–¿Y qué hombre es el más necio de todos los necios?

–El que sólo piensa en llenar la andorga y no cuida de otra cosa [13].

–¡*Ye* rey glorioso!–exclamó entonces Schemmás–. En verdad que nuestro rey eres; pero nosotros querríamos que declarases a tu hijo tu sucesor en el trono cuando tú faltases, para que nosotros le sirviésemos como sus vasallos y feudatarios leales.

Recabó acto seguido el monarca de todos los ulemas y demás personajes que asistían a aquella aljama recordasen bien lo que allí habían oído y los conjuró a obedecer los mandatos de su hijo, al cual, desde luego, nombraba su heredero en el trono, y tomóles juramento a todos, así grandes como pequeños, letrados y guerreros, y ancianos y mozos, que no habrían de oponerse a su sucesión ni dejar de cumplir sus órdenes con toda emulación.

Pasó luego de eso el tiempo y vino a cumplir el príncipe los diecisiete años, y sucedió que entonces el rey adoleció gravemente y encontróse a dos dedos de la muerte, y les dijo a sus familiares que se hallaban presentes:

–Enfermedad de muerte es esta que ahora padezco, por lo que os ruego llaméis a mi hijo y a todos mis deudos y gente de mi sangre y a todos los visires y los emires de mi reino y los traigáis a mi presencia, sin que ninguno falte.

Hiciéronlo así los familiares del enfermo y transmitiéronle su orden a los que estaban cerca y enviáronles correos a los que andaban lejos, y todos se reunieron y pasaron a la cámara del rey y rodearon su lecho.

Y le dijeron:

–¿Cómo te encuentras, señor, y qué es lo que sobre tu estado piensas?

Y el rey Cheliâad les contestó diciendo:

–Verdaderamente, esta mi dolencia es mortal y la flecha de la muerte ha consumado lo que contra mí decretó Alá, el omnipotente, y este día es el postrero de mis días en este mundo y el primero de mis días en el mundo futuro.

Encaróse luego el rey Cheliâad con su hijo Uarduján y le dijo:

–Acércate, hijo mío.

Y el joven se acercó, llorando con tal duelo que mojaba las ropas del lecho, y al rey también se le anegaron los ojos en llanto y asimismo todos los presentes lloraron.

[13] Vientre lleno no engendra entendimiento bueno. Y dijo también Zu-n-Num, místico egipcio del siglo II de la *hechra:* «La sabiduría no habita en un estómago lleno de alimentos.» Y «Quien desee sazonar con sal el pan que come, no llegará a la cumbre de la perfección.»

Pero el rey le dijo a su hijo:

–No llores, hijo mío, que no soy yo el primero que pasa por este trance inevitable, por el que han de pasar todas las criaturas de Alá. Teme tú, pues, a nuestro Señor, y obra bien para que, llegado tu término, lleves por delante tus buenas acciones y ellas te precedan a ese lugar al que es fuerza vayan a parar todos los seres que creó Alá. Y no sigas tu capricho y ocupa tu alma en loar al Señor, sentado y en pie, y despierto y durmiendo. Haz de la verdad el blanco de tus ojos y esta es la última palabra que de mí oirás. ¡Y la paz!

Luego de hacerle el rey esas recomendaciones a su hijo y designarlo para sucederlo en el trono, después de su muerte, díjole el joven a su padre:

–Ya sabes, padre mío, que yo siempre fui a tu palabra obediente y guardador de tus consejos y cumplidor de tus preceptos y buscador de tu gracia y afecto. ¿Cómo haré ahora, en faltándome tú, para obrar de suerte que te sea grato lo que hiciere? Cierto que me diste educación excelente y ahora te vas y me dejas, sin que yo pueda a tu bondad corresponderte. Pero grabadas quedan en mi corazón tus palabras y sé que, si sigo tus exhortaciones, seré dichoso y ganaré el galardón más valioso.

Díjole el rey, el cual ciertamente anegábase ya en las embriagueces de la muerte [14]:

–¡*Ye* hijo mío, graba bien en tu mente estas diez máximas, que si las practicas pueden serte de provecho en este mundo!, a saber: cuando trate de dominarte la ira, procura reprimirla; ármate de paciencia cuando la desgracia te aflija; sé siempre sincero en lo que digas y promesa que hicieres no dejes de cumplirla; sé justo y equitativo en tus juicios y, siempre que puedas, inclínate al perdón y la benevolencia; honra a tus amigos y perdona a tus enemigos y cólmalos de beneficios y no busques su perjuicio.

Díjoles luego el rey a los ulemas y emires que se hallaban presentes y fueron testigos de que había designado sucesor suyo en el reino a su hijo:

–¡Guardaos bien de no obedecer los mandatos de vuestro rey y de desoír lo que él os dijere, pues de ello se seguiría la perdición para el país y la dispersión de vuestra reunión y el extrañamiento de vuestros cuerpos y la pérdida de vuestros bienes, y vuestro enemigo se holgará de veros abatidos! Con toda lealtad guardasteis el pacto que conmigo habíais hecho y así debéis también guardar de ahora en adelante el que tenéis hecho con mi hijo y en virtud del cual habéis de prestar oídos a sus mandatos y cumplirlos, que en ello se cifra vuestra felicidad en la vida. Sed, pues, fieles a vuestro nuevo rey como a mí me lo fuisteis y prosperará vuestro estado y vuestros asuntos saldrán bien parados, que él tiene realeza y señorío sobre vosotros y es vuestro soberano. Y sin más, ¡la paz! Apretáronle luego todavía más las embriagueces de la muerte y se le trabó la lengua, y su hijo, al advertirlo, echóse sobre él y lo besó y a Alá-*taála* alabó.

Cumplióse luego el sino del monarca y lo abandonó su alma.

Hicieron planto por él todos los vasallos y toda la gente de su reino lloró a su soberano. Procedieron luego a enterrarlo, con grandes honores y singular boato, después de lo cual volviéronse a la ciudad, llevando con ellos al príncipe heredero.

Vistiéronle luego al joven las vestiduras reales y ciñéronle las sienes con la corona de su padre, el difunto rey, y pusiéronle al dedo su sello y lo sentaron en el trono del reino.

[14] *Sekeratu-l-Maut,* locución proverbial para designar la agonía. También se dice: *Guimaratu-l-Maut,* los abismos de la muerte.

Y empezó el joven a seguir las huellas de su padre, administrando con equidad y justicia a sus vasallos y prodigándoles beneficios con liberal mano, y en esa conducta perseveró algún tiempo para bien de su reino, hasta que, al cabo, hubo de rendirse al halago del mundo y se abandonó a la concupiscencia y a buscar sus deleites y sus placeres, descuidando cumplir aquello que su padre le había impuesto y dejó de obedecerlo, llevando por caminos de perdición a su reino.

Hizo presa en su alma el amor a las mujeres, hasta el extremo de que no oía hablar de una hembra hermosa que luego no mandase que se la trajeran para casarse con ella. De suerte que llegó a reunir en su harén más mujeres de cuantas nunca poseyera el rey Soleimán, hijo de Daud (sobre ambos la paz). Y dio en la flor de encerrarse con una taifa de ellas en su cámara y estarse todo un mes sin salir ni hacer por enterarse de las cosas de su reino, ni tener conocimiento de las quejas de sus vasallos, y, si le escribían, no contestaba a las misivas.

Y al ver sus cortesanos cómo desatendía los asuntos del reino y descuidaba sus propios intereses y los del Estado, luego presintieron que de una grave calamidad estaban amagados y se sintieron muy apesarados.

Y hablaron unos con otros y deliberaron, y uno de ellos les dijo a sus compañeros:

–Vayamos a ver a Schemmás, el gran visir, y pongámoslo en autos de lo que sucede y pintémosle el caso en que nos vemos por culpa de la desidia de este rey nuevo, y roguémosle que lo amoneste a ver si se enmienda, pues de lo contrario será inminente nuestra perdición, ya que el mundo con sus placeres lo ha trastornado y lo ha cogido en sus redes.

Fueron, pues, todos a ver a Schemmás, el gran visir, y le dijeron:

–*¡Ye* el visir, el sabio! Ciertamente a este nuestro rey halo seducido el mundo con sus deleites y lo ha envuelto en sus redes, de suerte que ha caído en el error y lleva a su reino por caminos de perdición, y la perdición del reino es la perdición general y la ruina universal. Y la causa de todo ello es que se nos pasan los días y los meses sin verlo y sin que recibamos de él ninguna orden ni encargo, ni podamos elevar hasta él ningún asunto ni él se preocupe lo más mínimo de administrar justicia, ni de velar por los intereses de sus vasallos, a los que tiene en completo olvido y desamparo. Hemos, pues, venido a verte a ti, *¡ye* gran visir!, para informarte de la verdad de lo que sucede, ya que tú eres de todos el más principal y cabal, y no está bien que venga a perderse una tierra estando tú sentado en ella, puesto que eres el más poderoso a hacer que las cosas vuelvan a marchar bien. Háblale, pues, al rey y llámalo al orden, que acaso consigas que a tus palabras se rinda y vuelva a la razón y al camino de Alá-*taála.*

Levantóse Schemmás en el acto y se encaminó al palacio, y, al primer paje que le salió al paso, le dijo:

–*¡Ye* hijo mío! Te ruego me obtengas del rey su venia para pasar a verlo, pues tengo que hablarle de un asunto serio y deseo ver su cara y decirle lo que decirle debo y oír su respuesta de sus propios labios regios.

–¡Por Alá, mi señor!–respondióle el paje–. Un mes hace que el rey se niega a recibir a nadie y ni yo mismo en todo ese tiempo he podido verlo. Pero te indicaré lo que debes hacer para llegar a presencia del rey y es que te apegues al esclavo negro fulano, que es quien atiende a su servicio personal y le lleva la comida desde la cocina, y, cuando vaya a hacerlo, le ruegues que te deje pasar con él adentro, lo que de fijo no te negará y en ello te complacerá.

Fuese, pues, Schemmás a la puerta de la cocina y se sentó allí y aguardó un poco, hasta que al cabo apareció el esclavo, que iba de paso hacia la cocina, para recoger la comida, y entonces Schemmás se le acercó y le habló, diciendo:

–¡*Ye* hijo mío! Desearía ver al rey para comunicarle un asunto que le interesa, y espero de tu bondad que luego que el monarca acabe de almorzar y se sienta a sus anchas, le hables de mí y le pidas su permiso para que yo pueda entrar a verlo y hablarle de ese asunto de que informarle debo.

Oír es obedecer–respondió el esclavo.

Pasó luego el esclavo a llevarle la comida al monarca, y, luego que este comió y se reposó, le dijo:

–¡*Ye* mi señor! Ahí a la puerta está Schemmás, que te pide tu venia para entrar, a fin de hablarte de un asunto principal.

Mandóle entonces el rey al esclavo que hiciese pasar al visir.

Pero al llegar aquí sorprendió a Schahrasad la mañana y puso dique a sus desbordadas palabras.

Y LA NOCHE 501 DIJO ASI LA MUCHACHA:

–Ha llegado hasta mí la fama, ¡*ye* el sultán, el prosperado!, de que el rey mandó al esclavo hiciese pasar a su presencia al visir Schemmás y el esclavo salió y comunicóle al visir la orden de su señor.

Y pasó el visir Schemmás a presencia del rey y se postró reverente ante Alá, y después besóle la mano al soberano e invocó sobre él las albaracas del cielo, y el rey le dijo luego:

–¿Qué es lo que te pasa, ¡*ye* Schemmás!, para que recabes permiso para visitarme?

–Hace ya mucho tiempo–respondió Schemmás–que no veo el rostro de mi señor, el rey, y tenía grandes nostalgias de verte y decirte algo, ¡*ye* monarca, dotado de toda suerte de gracias!

–Di, pues, lo que desees.

–Has de saber, ¡*ye* monarca glorioso!–empezó Schemmás–, que Alá-*taála* te dotó de ciencia y de saber desde tus tiernos años en tal medida como no la poseyó nunca ninguno de los reyes que te precedieron y colmó sus mercedes para contigo, concediéndote el reino y el dominio. Ahora bien: es voluntad de Alá que no te salgas de la pauta que El te trazó para tu bien y no incurras en rebeldía ni emplees para combatirle las armas que de El recibiste, sino que seas de sus preceptos guardador y de sus órdenes acatador; pero yo observo que, de algún tiempo a esta parte, te has olvidado de tu padre y de sus exhortaciones y recomendaciones y no cumples lo que le prometiste de ceñirte a sus indicaciones e imitarle en su equidad y justicia al gobernar, así como también pareces olvidar las mercedes que le debes a Alá y no correspondes a ellas con la gratitud que debieras.

–¿Cómo es eso?–exclamó el rey–. ¿A qué viene lo que estás diciendo?

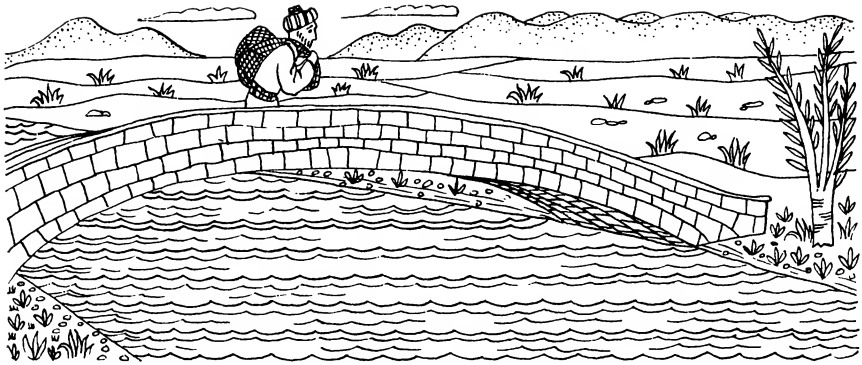
–Viene al cuento–respondió el visir Schemmás–de que has dado de lado a los asuntos de tu reino y a la misión de que Alá te ciñó de velar por tus vasallos, y te rendiste a las sugestiones de tu alma y andas detrás de los deleznables deleites de este mundo vano, siendo así que ya dice el proverbio de los sabios: «Debe el rey velar por el bien del reino y de la fe de sus vasa-

llos.» Creo, pues, mi señor, que debieras poner la vista en las consecuencias de tu modo de obrar y sin duda hallarás el camino claro de la salvación y dejarás por él ese otro de los escasos y perecederos placeres mundanos, siguiendo el cual darás en la perdición y te estrellarás. Y te pasará igual que le pasó al malavisado pescador.

—¿Y qué fue lo que le pasó al pescador?—inquirió el rey.

Y Schemmás le contestó:





HISTORIA DEL PESCADOR MALAVISADO

(Noche 501)

—Cuentan los que cuentan que érase una vez un pescador, el cual se encaminó un día, como de costumbre, a orillas de un río para pescar en él y al cruzar el puente que había sobre aquel río vio un pez muy grande y gordo y se dijo: «No me quedaré aquí, sino que iré siguiendo a ese pez adondequiera que vaya y no pararé hasta que lo pesque, pues en pescándolo a él ya hasta que pasen unos días no tendré que pescar.»

Y acto seguido el pescador despojóse de sus vestidos y se zambulló en el agua y echó a nadar en seguimiento de aquel pez, e, impelido de la corriente, logró alcanzarlo y cogerlo; pero al volver la vista, advirtió que se había alejado mucho de la orilla.

Mas a pesar de ello el pescador no quiso soltar el pez y volverse a la orilla, sino que lo apretó fuerte entre sus dos manos y abandonóse a merced de la corriente y fue bogando con ella, y la corriente lo llevó a una hoya, de la que quien entraba en ella no podía ya salir.

Y el pescador, al ver que aquella hoya se lo tragaba, empezó a gritar, diciendo:

—¡Socorro!, ¡socorro!, ¡que me ahogo!

Acudieron luego allí algunos de los guardas del río, y desde la orilla le gritaron:

—Pero, hombre, ¿cómo te arrojaste a tamaño peligro?

Y el pescador les contestó:

—En verdad que dejé el camino llano en que estaba la salvación y me rendí a la concupiscencia y a la perdición.

Y los otros le dijeron al pescador:

—¿Y por qué dejaste, compañero, el camino de la salvación y te lanzaste a la destrucción, sabiendo, como debías saber ya, que quien ahí entra no se puede salvar? ¿Por qué no soltaste lo que en tu mano tenías y te salvaste? Así habrías librado tu vida y no habrías caído en esa hoya de perdición, de la que no hay salvación, mientras que ahora ya no hay quien de nosotros te pueda valer.

Luego que eso oyó perdió el pesca-

dor toda esperanza de poderse salvar y soltó la presa que en su mano tenía y que había sido causa de su ruina.

Y el cuitado murió de la muerte peor.

–Y esta parábola–díjole el visir Schemmás al rey–te la cuento con la sana intención de que renuncies luego a esa vida despreciable que llevas ahora y te distrae del cumplimiento de tus deberes para con tu pueblo y vuelvas a poner tu mirada como antes en los asuntos de tu reino y no des lugar a que nadie te pueda censurar.

–¿Y qué es lo que a ese fin debo yo hacer?–preguntó el rey.

Y Schemmás le contestó:

–Mañana, si te encuentras bien y en buen estado, dejarás que tu pueblo llegue hasta ti y entenderás en sus asuntos y te excusarás con ellos y les prometerás velar en adelante por el buen gobierno y la prosperidad del reino.

–Muy bien hablaste, Schemmás–dijo el monarca–, y mañana, si Alá quiere, haré lo que me dices, *¡ye* visir insigne!

Salió luego el visir Schemmás de la cámara regia y habló con los emires y les repitió lo que el rey le acababa de decir. Y ellos, al oírlo, diéronse por satisfechos y se tornaron a sus casas muy contentos.

Luego que al día siguiente amaneció la mañana salió el rey de su retraimiento y admitió a audiencia a los emires de su reino y se excusó con ellos y les prometió hacer de allí en adelante lo que deseasen, con lo que ellos se fueron muy contentos y ufanos.

Mas sucedió después que una de las mujeres del rey, la que más él amaba y más honraba, pasó a verlo y lo halló mudado el color y abismado en sus pensamientos, bajo la impresión de lo que le oyera a su visir mayor.

Y la favorita le preguntó:

–¿Qué te pasa, mi rey, que estás tan preocupado? ¿Acaso te aqueja algo?

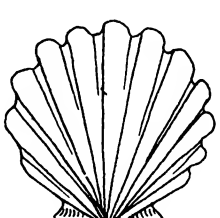
–No–respondióle el rey–. Lo que me pasa es que los deleites me anegaron el alma y me distrajeron del cumplimiento de mis deberes regios, y, si en ese descuido persevero y no me enmiendo, dentro de poco pasará a manos de otro mi reino.

–*¡Ye* mi rey!–díjole su favorita–. Creo que te engañas respecto a tus visires y tus emires, pues lo que ellos van buscando es tu molestia y tu daño y que no le saques ningún gusto a tu reino y no halles en él alegría ni sosiego y emplees tu vida en apartar de ellos toda inquietud y riesgo, mientras tú, en cambio, te consumes de puro afanarte y fatigarte. Pero si eso haces te vendrá a suceder lo que a aquel que por salvar al prójimo murió él [1], o lo que al chico del cuento le pasó con los ladrones.

–¿Qué cuento es ese?–preguntó el rey.

Y su favorita contestóle:

[1] Frase proverbial. Recuérdese el dicho español: «Eres como el cura de Trebujena, que se murió por la pena ajena.»





HISTORIA DEL JOVEN Y LOS LADRONES

(Noches 501 y 502)

–Cuentan los que cuentan que éranse siete ladrones, y un día salieron a robar por ahí, cual tenían de costumbre, y pasaron por un huerto, en el que había un almendro, todo cuajado de fruto maduro, y metiéronse dos de los ladrones en el huerto, y al hacerlo se les agregó un niño pequeño, y ellos, al verlo, le dijeron:

–¿Quieres entrar con nosotros en el huerto y subirte a un árbol de esos y atracarte de almendras y echarnos también a nosotros de ellas?

Aceptó el chico la propuesta de los ladrones y entró con ellos en el huerto...

Sorprendió aquí a Schahrasad la aurora y cortó el hilo de sus palabras cautivadoras.

PERO LA NOCHE 502 REANUDO SU RELATO EN ESTA FORMA:

–Tengo entendido, *¡ye* monarca, el afortunado!, que el chico aceptó la propuesta de los ladrones y entró con ellos en el huerto.

Y los bandidos dijeron:

–Ayudémosle a subir al árbol, que es el más pequeño y liviano.

Aupáronlo, pues, entre todos y le ayudaron a trepar al árbol, y el chico, desde allí, empezó a sacudir las ramas, una por una, y a dejar caer la fruta, que los ladrones iban aparando y juntando.

Pero estando en esta faena he aquí que el dueño del huerto se presenta y les interpela, diciendo:

–¿Qué hacéis aquí en mi huerto?

–Nada–respondieron ellos–, sino que pasábamos por aquí y vimos a ese chico subido al árbol y nos hizo creer

que él era el amo de este huerto, y entonces le pedimos que nos echara unas allozas y así lo hizo, de suerte que nosotros no tenemos culpa del saqueo de la fruta.

–¿Qué dices tú a eso?–preguntóle al chico el amo del huerto.

–Digo que mienten–respondióle el chico–, y que la verdad es que ellos venían a robar al huerto, y, al verme, me mandaron que me subiera al árbol y sacudiera sus ramas para que cayeran las almendras y ellos las recogieran, y yo no hice más que obedecerlos.

–En grave asunto te metiste–díjole el amo del huerto–. Y dime: ¿sacaste algún provecho de tu hazaña? ¿Comiste tú también de la fruta que les echaste?

–No–respondió el chico–, que no llegué a catarla.

–Ahora veo–respondió el dueño del huerto–hasta dónde llegan tu necedad y tu ignorancia en lo que hiciste, pues por salvar a otros te perdiste.

Y dirigiéndose a los ladrones, les dijo:

–Podéis iros por vuestro camino.

Y cogiendo al muchacho, diole el castigo merecido.

Pues lo mismo que los ladrones del cuento pretenden tus visires y los emires de tu reino que te sacrifiques tú por salvarlos a ellos, y tratan de hacer contigo igual que los bandidos hicieron con aquel chico.

–Tienes razón en lo que dices–exclamó el rey–y acertaste en lo que respondiste. No he de salir yo a verlos ni dejaré mis placeres por atenderlos.

Pasó aquella noche el monarca con su favorita, gozando de la más cumplida delicia, hasta que amaneció la mañana, y luego que la mañana amaneció, subieron al alcázar el visir Schemmás y todos los demás visires y emires, en compañía de muchos vasallos, y muy alegres y ufanos dirigiéronse a la puerta del soberano.

Mas la puerta no se abrió ni nadie salió a invitarlos a pasar, visto lo cual se llenaron de perplejidad y le dijeron a Schemmás:

–¡*Ye* visir sabio, excelente y perfecto! ¿Ves lo que hace ese mocito de pocos años y poco juicio, que a sus otras culpas añade todavía, por si poco fuere, la mentira? Mira cómo ha faltado a la palabra que te diera y cómo no cumple su promesa. Pecado es este que viene a sumarse a los otros pecados; pero esperemos, sin embargo, a que pases a verlo por segunda vez y te enteres de la causa que le impide salir de su cámara, aunque harto nos podemos figurar la razón, y es que se le ha encallecido el corazón.

Pasó entonces Schemmás a ver al rey y entró y lo saludó, diciendo:

–¡*Ye* rey respetado, sea sobre ti la paz! ¿Cómo es que te entregas a deleites baladíes y desatiendes asuntos principales que requieren la mayor atención y te portas como aquel que tiene una camella y está ufano de su leche, y engolosinado con ella se olvida de sujetarle las riendas, hasta que llega un día que va a ordeñarla y le suelta las trabas, y la camella al darse cuenta echa a correr y desaparece, quedándose el dueño sin su leche y sin ella?

Atiende, pues, ¡*ye* rey!, y mira aquello que te puede salvar a ti y al mismo tiempo a tus vasallos, que no conviene al hombre demorarse junto a las mujeres más de un par de horas, pues de lo contrario síguese gran daño, lo mismo para su espíritu que para su cuerpo, porque las hembras no aconsejan el bien ni nos encaminan a él, no debiendo el hombre atender sus palabras ni en sus actos imitarlas.

Muchos son los hombres que se perdieron por ellas, según mis referencias, y de uno sé que se perdió por guiarse de su mujer y obedecerla en cuanto le mandaba hacer.

–Pues ¿cómo fue eso?–preguntóle el rey.



HISTORIA DEL HOMBRE Y SU MUJER

(Noche 502)

–Cuentan–respondió Schemmás–que érase una vez un hombre, el cual era casado y quería mucho a su mujer y la tenía en gran predicamento junto a él.

Prestaba el hombre oídos a sus palabras y hacía todo cuanto ella le aconsejaba, y tenía el hombre un huerto, y su mujer un día le habló, diciendo:

–¿Por qué no me llevas contigo al huerto para que me distraiga y solace viéndolo e invoque sobre ti las bendiciones del cielo?

Aguardó el hombre a que amaneciera la mañana, y, luego que la mañana amaneció, cogió a su mujer y se la llevó al huerto con él.

Pero al entrar allí ambos viéronlos desde lejos dos muchachos, y el uno al otro se dijeron:

–Ese hombre es un adúltero y esa mujer una adúltera y se han metido en ese huerto para cometer adulterio.

Y así diciendo los fueron siguiendo y se entraron también en el huerto para ver en qué paraba aquello.

Luego de entrar en el huerto, al rato de estar allí, díjole el hombre a su mujer:

–¡Anda y reza por mí esa oración que me dijiste ayer!

Pero la mujer le contestó:

–No la rezaré hasta que me concedas una cosa que voy a pedirte y que es lo que del hombre desea toda mujer.

–*¡Ye!*–exclamó el hombre al oír aquello–. ¿No te doy yo en casa cumplida satisfacción a tus deseos? En cambio aquí, en el huerto, temo, a lá verdad, incurrir en torpeza, que más de una vez me apartaste de la vía recta. ¿No piensas, mujer, que podría alguien vernos y sería una vergüenza?

–¡Bah!–respondió ella–, déjate de remilgos. ¿Quién va a vernos en este sitio?

Y en conclusión, que el hombre cedió a su exigencia y se acostó con ella. Pero estando de esa guisa viéronlos aquellos dos mocitos que dijimos, y fuéronse a ellos y los cogieron y les dijeron:

–No os soltaremos, porque estáis

practicando el adulterio, como no nos dejes que con tu mujer nos acostemos, y ten en cuenta que si no consientes en ello os llevaremos a los dos ante el gobernador.

–¡Guay de vosotros!–exclamó el hombre–. Andad con tiento, que esta es mi mujer y yo soy el dueño de este huerto.

Pero ellos no le hicieron caso a sus palabras y se lanzaron sobre la mujer, la cual gritóle al marido pidiéndole que la defendiese, y le dijo:

–¡No consientas, marido mío, que me hagan fuerza y me inflijan esta afrenta!

Trató el hombre de acorrerla y de espantar a los muchachos, pero entonces uno de ellos sacó un puñal y lo acometió con él y lo mató.

Después de lo cual echáronse ambos sobre la mujer y la forzaron.

Lo cual te cuento, *¡ye* rey insigne!, para que veas cómo no debe el hombre hacer caso de palabras de mujer ni obedecerla en lo que le mandare hacer ni seguir sus consejos para su buen gobierno.

Luego que oyó el rey las palabras de su visir Schemmás, le dijo:

–Mañana, si Alá es servido, saldré a recibirlos.

Salió luego Schemmás de la cámara y comunicó a los demás visires y emires del reino lo que le dijera el monarca, citándolos para la siguiente mañana.

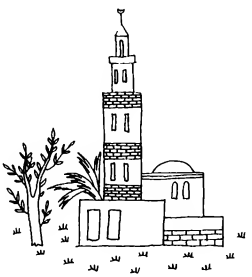
Pero la favorita del rey no tardó en enterarse de todo, y en seguida pasó a ver al monarca y le habló estas palabras:

–Los vasallos, en verdad, son los esclavos de su soberano; pero en este caso veo que sucede todo lo contrario, y que tú, *¡ye* rey!, eres el siervo de tus vasallos, por cuanto te plegas a sus deseos y temes que te hagan daño si te niegas a satisfacerlos, cuando lo que tratan es de quebrantarte y debilitarte, para ellos engreírse y dominarte, que eso es lo que hacen los malos visires con sus reyes, y ya conoces cuántos son sus enredos y maquinaciones.

A buen seguro que si accedes a sus pretensiones te sacarán de tus carriles para manejarte a su antojo y llevarte de un asunto al otro, hasta que den contigo en el hoyo, y te pase lo que con los ladrones le pasó al comerciante.

–¿Y qué fue–preguntó el rey–lo que con los ladrones le pasó a ese mercader que dices?

A lo que respondió la mujer:





HISTORIA DEL MERCADER Y LOS LADRONES

(Noches 502 y 503)

–Has de saber, *¡ye* rey!, que érase una vez un mercader, el cual poseía gran capital y lo invirtió en mercancías, y se fue a venderlas de ciudad en ciudad.

Y cuando llegaba a una ciudad alquilaba una casa y en ella se aposentaba; mas sucedió una vez que unos ladrones que venían espiándole decidieron robarle e idearon una artimaña para introducirse en su casa, pues de otra suerte no podían lograr lo que deseaban.

Y díjoles el arráez de los ladrones a los suyos:

–Yo me encargo de sacaros con bien del asunto.

Y el capitán de los bandidos vistióse con lujo y se colgó al cuello un bolso en el que metió unos medicamentos y se puso a vocear por las calles de la ciudad:

–¿Quién necesita médico?

Llegó de esta guisa hasta casa del mercader y vio a este sentado en la puerta comiendo y le preguntó:

–¿No necesitas del médico?

–No necesito del médico–respondióle el mercader–; pero siéntate aquí, a mi lado, y toma conmigo un bocado.

Sentóse el ladrón enfrente de él y se puso a comer.

Y era algo glotón el mercader, y al verlo el ladrón, díjose para sus adentros: «Ya se me presentó la ocasión.»

Y, encarándose con el mercader, le dijo:

–Es mi deber corresponder a tu adiafa dándote un buen consejo que te ha de aprovechar y que no puedo en modo alguno excusar.

Y es que, según veo, eres algo glotón y ello es causa de que tengas el estómago enfermo, y si no te curas, irás derecho a la tumba.

–*¡Ye!*–exclamó el mercader–. Yo tengo sano el cuerpo y mi estómago digiere bien cuanto le echo, y, aunque coma con exceso, no tengo el vientre enfermo (loado sea Alá, al que doy gracias por ello).

–¡Bah!–díjole el falso médico–. Eso

es lo que a ti te parece; pero has de saber que, en realidad, padece tu estómago de oculta enfermedad, de la cual, por cierto, podrás sanar, si sigues mis consejos.

–¿Y quién podrá curarme de mi mal? –exclamó el mercader.

Y el ladrón le contestó:

–Solo Alá es el sanador; pero el médico como yo trata a los enfermos y, en la medida de su fuerza, les brinda remedio.

–Muéstrame tus medicamentos–díjole el mercader–y dame algo de ellos.

Diole entonces el ladrón unos papelillos, muy cargados de acíbar, y le dijo así:

–Tómate esto esta noche.

Cogio el mercader los papelillos, y luego que llegó la noche los ingirió, según el falso médico le había dicho.

Luego que vio el ladrón que el mercader hacía caso de sus palabras y se fiaba de él y ejecutaba lo que le decía, fue y le dio a tomar una droga mortal. Y el mercader la ingirió también, sin vacilar.

Pero no bien hubo caído la droga en su estómago le abrasó las entrañas y el mercader exhaló el alma.

Después de lo cual irrumpieron los ladrones en la casa y arramblaron con todo lo que el difunto guardaba.

Y dígote todo esto, mi rey, para que estés sobre aviso y no fíes en las palabras de esos embaucadores y no te dejes arrastrar a la ruina, como le pasó al mercader con los ladrones.

–Tienes razón en lo que dices–respondióle el monarca–. No saldré a verlos mañana.

Luego que al otro día amaneció la mañana reuniéronse todos los visires y emires del reino y fueron a esperar que el rey saliera a verlos; pero aguardaron casi todo el día, hasta que al fin se convencieron de que el rey no salía.

Fueron entonces en busca de Schemmás y le dijeron:

–¡*Ye* ilustre filósofo, *ye* el sabio sin par! ¿No ves cómo ese chico ignorante no hace más que mentirnos? ¿No piensas que lo mejor sería quitarlo del trono y poner en su lugar a otro?

Fue entonces Schemmás a ver al monarca, que se entregara a los placeres y desatendiera sus deberes, y le increpó, diciendo:

–¿Qué es lo que haces, insensato? ¿Quién es quien te mueve a obrar de esa traza y te seduce y engaña? No es posible que seas tú el loco, pues en ese caso tendríamos que rectificar lo que te atribuíamos de saber y rectitud y talento y reconocer nuestro yerro. ¡Yo quisiera saber quién te cambió así y te llevó de la sabiduría a la ignorancia, y del cumplimiento al abandono, y de la blandura a la dureza, y del agrado que antes me mostrabas a esta aversión que ahora manifiestas a mis palabras! Tres veces ya te amonesté, sin que hicieras caso de mis consejos, que eran justos y certeros. Dime, pues: ¿cuál es la causa de que te entregues de ese modo a la holganza y quién es quien a ello te induce y engaña tu alma? Ten presente que los emires de tu reino amenazan con irrumpir en tu cámara y matarte y dar tu trono a otro; sin duda lo harán, de suerte que vendrá a pasarte lo que al zorro le pasó con el lobo.

Pero al llegar aquí sintió Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras encantadoras.

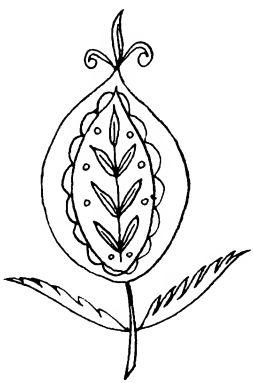
Y LA NOCHE 503 REANUDO SU RELATO EN ESTA FORMA:

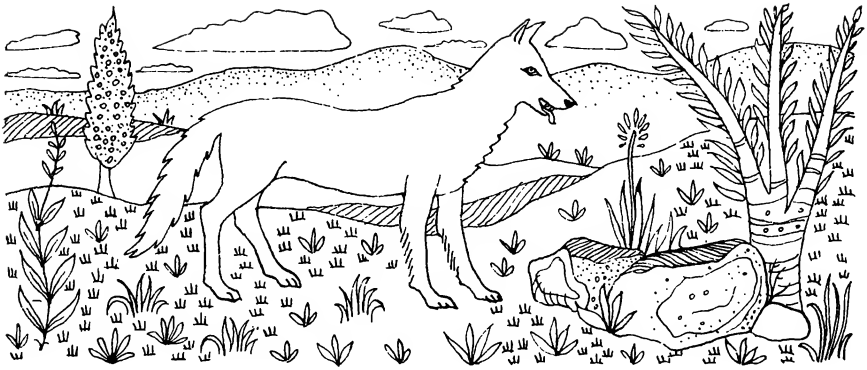
–Ha llegado a mis oídos, *¡ye* monarca, el afortunado!, que el visir Schemmás le dijo al rey Uarduján:

–Seguramente te perderán y te pasará lo que al zorro le pasó con el lobo.

–¿Y qué fue–preguntó el rey–lo que al zorro le pasó con el lobo?

A lo que le contestó Schemmás:





HISTORIA DEL ZORRO Y EL LOBO

(Noche 503)

—Cuentan que, una vez, salió de cacería una partida de zorros, y estando rondando los campos en busca de presa, hubieron de encontrarse con un camello muerto, y muy contentos se dijeron:

—Ya tenemos con qué alimentarnos una temporada; pero es de temer que alguno de nosotros se propase y quiera llevarse la mejor parte.

Y estando en esta perplejidad, he aquí que se presenta allí un lobo y, al verlo, dijéronse unos a otros:

—Si os parece acertado, elijamos a ese lobo por nuestro jefe, pues es más fuerte que ningún animal y antaño su padre fue nuestro sultán, y esperemos de Alá-*taála* que nos gobierne con equidad.

Llegáronse, pues, al lobo y le contaron lo que pensaban y lo que acordaron, diciéndole:

—Hemos decidido elegirte por nuestro sultán, para que nos des a cada uno la ración cotidiana, según su necesidad, sin que el fuerte abuse del débil y unos a otros nos hagamos la guerra y nos destruyamos de esa manera.

Aceptó el lobo la proposición y se encargó de su dirección, y aquel día hizo las particiones de la presa y le dio a cada uno su ración de ella.

Pero al día siguiente díjose el lobo para sus adentros: «Si sigo distribuyendo así las raciones, tendré que conformarme yo con la parte que me toque; mejor será que me quede yo con todo y no le dé a ellos nada, que lo otro no me hace gracia.»

Luego que amaneció la mañana llegáronse los zorros al lobo en demanda de su ración y lo saludaron diciendo así:

—¡*Ye* invicto guerrero, danos hoy nuestro alimento!

Pero el lobo les contestó:

—Lo siento, pero no me queda nada que daros, que todo se ha acabado.

Con lo que no hay que decir lo cariacontecidos que los zorros se fueron, y unos a otros se dijeron:

—Vino Alá a probarnos con este trai-

dor y falso, que no teme a Alá. ¡Estamos aviados!

Pero uno de los zorros dijo:

–Puede que haya hecho eso por estar apretado hoy de hambre; dejémosle, pues, que se harte hoy todo cuanto quiera y mañana volveremos a verle y puede que tengamos mejor suerte.

Y aguardaron a que amaneciera la mañana del día siguiente, y entonces fueron los zorros a ver de nuevo al lobo y le dijeron:

–¡*Ye* invicto guerrero! Recordarás que te nombramos nuestro jefe para que nos repartieses a cada uno nuestra ración de alimento y defendieses al débil contra el fuerte, y, luego que esa presa se acabase, nos ayudases a cazar, haciendo luego lo mismo que antes y nos tuvieses siempre bajo tu mano y nos considerases como tus vasallos. Pero he aquí que tenemos hambre, pues llevamos ya dos días sin probar bocado; así que te pedimos que nos des nuestra muna [1] y te perdonamos lo que para ti hayas tomado.

Pero el lobo no les dio contestación y, lejos de eso, persistió en la dureza de su corazón, y por más que los zorros hicieron no lograron persuadirlo, por lo cual se dijeron:

–No nos queda más recurso que apelar al león y ponernos en sus manos y entregarle el camello que cazamos, pues si algo nos da él, eso nos encontramos, y si no, más digno es el león de comérselo que no ese lobo perverso.

Fueron, pues, en busca del león y le contaron lo que les pasara con el lobo, y le dijeron:

–Tus esclavos somos, señor, y venimos a ti en demanda de amparo y protección, como agraviados, para que nos libres de ese lobo malvado, que toda la vida seremos tus esclavos.

Luego que el león hubo oído la demanda de los zorros concedióles su protección y marchó con ellos en busca del lobo.

No bien viera el lobo venir al león, echó a correr, buscando en la fuga su salvación; pero el león invocó a Alá y lo persiguió y lo alcanzó y lo destrozó, y los zorros participaron del festín y devoraron los restos del malsín.

Por donde vemos que a ninguno de los reyes le conviene tratar con menoscabo las cosas de sus vasallos; así que te ruego hagas caso de mis consejos.

–Así lo haré–respondió el rey–. ¡Mañana saldré a verlos, si Alá quiere!

Retiróse de allí Schemmás y fue a anunciarles a los visires y emires que al día siguiente saldría a verlos el rey.

Pero al saber la favorita del rey lo que Schemmás dijera al soberano y que este estaba decidido a dejarse ver de sus vasallos, corrió a ver al monarca y le dijo estas palabras:

–¡Cuánto me asombra ver lo dócil y blando que eres con tus esclavos! ¿Por ventura no sabes que tus visires son tus esclavos y los obligados a servirte? Y siendo así, ¿cómo has dejado que se te encimen hasta el punto de sacudirse tu obediencia y pretender a ti imponértela? ¿No comprendes que no conviene que así triunfen y se ensoberbezcan y se salgan de tu obediencia? Hazme caso a mí y no encumbres a ninguno de ellos, ni atiendas sus palabras, ni les animes a tramar tu desgracia, para que no te suceda lo que al rabadán con el truhán.

–¿Y qué fue–inquirió el rey–lo que al rabadán le pasó con aquel truhán?

A lo que la favorita contestó:

[1] Palabra arábiga que aún se conserva en el Levante español.



HISTORIA DEL RABADAN Y EL TRUHAN

(Noches 503 y 504)

–Cuentan que érase una vez un pastor de ganado que cuidaba su rebaño.

Y ocurrió que una noche de las noches cayó por la majada un truhán de mala fe con la intención de robar alguna res; pero al ver al pastor vigilante, que no dormía de noche ni se descuidaba de día, anduvo rondando por allí toda la noche, sin atreverse a dar el golpe.

Hasta que al cabo apeló a un ardid para lograr su fin, y fue que se alejó de allí y se internó en las espesuras y cazó un león, y lo desolló y cogió la piel y la forró por dentro de pajaza y la puso en un ajaraque, a fin de que la viera el pastor y creyera que era un león. Fuese luego el ladrón a ver al pastor y le dijo:

–Ese león que allí ves me mandó que viniera y te pidiera una oveja de tu rebaño.

–¿Y dónde está el león?–preguntóle el pastor.

–Alza los ojos–díjole el ladrón–y lo verás ahí plantado, en ese galayo.

Alzó el pastor los ojos y vio aquel simulacro de león y pensó que era un león de verdad, y le entró un miedo cerval y le dijo al ladrón:

–¡Toma, hermano, lo que quieras de mi rebaño!

Cogió el ladrón lo que a bien tuvo y acrecióse su ambición al ver el pánico del pastor. Y se fue y volvió a poco, y, para meterle más miedo, le dijo:

–El león necesita ahora tal y cual para hacer así y asá.

Dejólo el pastor coger lo que quiso a su satisfacción y se marchó de allí el ladrón y tornó a llevarse más cabezas de ganado, hasta que le dejó en cuadro el rebaño.

Lo que te cuento yo a ti, *¡ye* rey!, para que te sirva de aviso y no te dejes embaucar de tus ministros, pues si te ablandas del costado acabarán por tenerte bajo su mano; así que preferible es que mueran a que se salgan con lo que intentan.

Aprobó el rey las palabras de su favorita y le dijo:

–Acepto tus consejos y no seguiré los de ellos ni saldré mañana a verlos.

Y luego que amaneció la mañana reuniéronse los visires y emires del reino, todos pertrechados de armas, y se dirigieron a la cámara regia con intención de irrumpir en ella y dar muerte al monarca y poner otro en su lugar que los gobernara.

Luego que allí llegaron con intención de asaltar la cámara y dar muerte al monarca y poner otro en su lugar que les gobernara, dijéronle al portero que les abriese en seguida, pero aquel se negó a hacerlo.

Visto lo cual mandaron a buscar fuego, diciendo que, si no les abrían la puerta, la incendiarían y pasarían adentro.

Oyólo el portero y corrió al punto a avisar al monarca, diciendo:

–Tus visires me mandaron les abriera la puerta, y, como a ello me negara, mandaron por fuego para incendiarla y abrirse paso hasta tu cámara y darte muerte, que es lo que traman.

–*¡Ye!*–exclamó el rey–. ¡En grave trance de perdición estoy!

Mandó luego a llamar a su favorita y le dijo:

–Todo cuanto Schemmás me pronosticó ha resultado cierto y ahora están ahí los grandes y los chicos de mi reino, que vienen a matarnos a mí y a ti, y dicen que van a prenderle fuego a las puertas y a esta cámara, con nosotros dentro. Dime, pues, qué debo hacer en este trance para no perecer.

–Mi opinión es–respondió la favorita–que te vendes la frente y te finjas enfermo y llames luego al visir Schemmás, que en seguida acudirá y te acorrerá.

Y tú le dirás: «En verdad, que hoy pensaba salir a recibir a mis ministros y así lo habría hecho si no me encontrara enfermo. Ve tú, pues, a verlos y habla con ellos y diles que mañana sin falta saldré a recibirles y los atenderé en lo que de mí necesitan, a fin de que se aquieten y repriman su ira y se retiren.»

Pero mañana, luego que amaneciere, llamarás a diez de los esclavos de tu padre, oidores de tu palabra, vigilantes de tus asuntos, calladores de tus secretos y guardadores de tu afecto, y los pondrás en pie a la cabeza de tu lecho, y les mandarás que los vayan prendiendo a todos, según vayan llegando, uno detrás de otro, y luego que a uno cogieren, tú les dirás: «Dadle muerte.»

Que si ellos te obedecieren, y eso contigo convinieren, no deberás tener reparo en sentarte en tu trono del diván y en dejar que les abran la puerta y les permitan entrar, que, al ver ellos que les abres la puerta, se tranquilizarán y vendrán a ti con ánimo confiado y te pedirán tu venia para entrar, la que tú les concederás y entrarán uno detrás de otro y tú les irás matando, según vayan entrando.

Mas convendrá que le des también muerte a Schemmás, que es de ellos el primero y principal y el alma de todo, por lo que debe ser el primero en caer... Y después de él, uno detrás de otro, irán cayendo los demás, hasta que no quede ninguno de los que se alzaron contra tu poder ni ninguno de aquellos de los cuales pudieres temer.

Que si tal hicieres, no tendrán ya sobre ti ninguna fuerza y podrás descansar a pierna suelta y se te aquietará el reino y podrás hacer lo que quisieres como señor y dueño.

Y haz cuenta que ninguna estratagema será mejor que esta.

–En verdad–respondió el monarca–que encuentro sólido tu parecer y certero tu consejo y que lo he de seguir por entero.

Mandó el rey acto seguido le dieran una venda y se la lió a la cabeza y se hizo el enfermo y postrado, e hizo que acudiera Schemmás, y luego que lo tuvo entre sus manos, le dijo:

–¡*Ye* Schemmás! Me aconsejaste que saliese a ver a mis vasallos y les administrase justicia como soberano y dispuesto estaba a hacerlo hoy mismo, solo que esta dolencia ha venido a impedírmelo, pues estoy tan postrado que no puedo tenerme sentado. Y así las cosas, hanme informado de que los grandes de mi reino, enojados contra mí porque no salía a verlos, han decidido sublevarse y tratarme como no es debido, pues no saben que estoy enfermo y por eso tan sólo no he salido a verlos. Ruégote, pues, vayas y les expliques lo que me sucede y les hagas saber todo el bien que en el fondo de mi ánimo les tengo pensado hacer.

Postróse Schemmás reverente ante Alá e invocó sus bendiciones sobre el soberano, al que besó los pies y las manos, y luego salió muy alegre y contento, para repetirles a sus compañeros lo que al rey oyera y disuadirlos de su peligrosa empresa, presentándoles las excusas del monarca y anunciarles su salida para la siguiente mañana.

Retiráronse, pues, ellos y volviéronse a sus casas.

Y esto es, por ahora, todo lo referente a su historia.

Cuanto al rey, mandó luego a buscar diez esclavos valientes, de aquellos que por su bravura eligiera entre todos su padre, y que eran decididos, de mucho coraje y no menos aguante, y les dijo:

–Ya sabéis el afecto en que os tenía mi padre y la alta posición que con él lograsteis y las muchas mercedes, favores y gracias de toda clase que os prodigó sin tasa, y cómo yo, después de él, os elevé a una posición todavía más encumbrada.

Y sabéis también lo que mi padre hiciera con los grandes de su reino y cuánto los honró y cómo los juramentó a velar por mí y no faltarme en nada y obedecerme en cuanto les mandara.

Pues bien: ya visteis ayer cómo se unieron todos contra mí y se conjuraron para darme la muerte, por lo que yo quiero hacer con ellos ahora un escarmiento.

Pues harto comprendo que después de lo de ayer no desistirán de su propósito si no lo prevengo; así que a vosotros encomiendo la misión de dar muerte a todo aquel que yo os dijera, a fin de ahuyentar de esta suerte las calamidades y desastres que sobre nuestra tierra se ciernen.

–Oímos tu palabra y obedeceremos lo que nos mandas–respondieron ellos al punto.

Agasajólos después el monarca, y, finalmente, despidiólos y se retiraron a sus casas.

Dejó pasar el rey aquella noche, y, al siguiente día, luego que amaneció la mañana, mandó llamar a los esclavos y ordenó que le dispusiesen el trono, y él se vistió las vestiduras reales y tomó en su mano el libro de los jueces y mandó que abrieran la puerta de la sala, lo que hicieron sus criados, según les ordenara.

Apostáronse los diez esclavos entre las manos del monarca y gritaron:

–¡Todo aquel que en el Gobierno tenga cargo, adelántese y venga al tapiz del soberano!

Adelantáronse luego los visires y los cadies y los chambelanes y fueron a colocarse cada cual en el sitio que correspondía a su categoría.

Mandáronles después que fueren entrando en la cámara regia, uno detrás de otro, y el primero en hacerlo así fue Schemmás, el gran visir.

Entró Schemmás en la sala y se detuvo delante del monarca, y al momento, en menos que se cuenta, rodeáronle los diez esclavos y lo cogieron y lo metieron en el cuarto y lo mataron, y luego volvieron por los demás e hicieron lo mismo con los visires y los ulemas y los emires, todos los cuales, uno después de otro, fueron cayendo

bajo sus alfanjes, hasta no quedar ninguno de los personajes principales, sino la hez, que nada vale, y a esos los dejaron marchar, sin molestarles.

Quedóse, pues, el rey libre de estorbos para entregarse a sus placeres y se abandonó por entero a sus deseos y sus deleites y se dio a la injusticia y al desafuero, agraviando a toda la gente de su reino, hasta el extremo de sobrepasar en el mal a cuantos de esa ralea le precedieron.

Y era el país de aquel monarca rico en minas de oro y plata y rubíes y perlas y esmeraldas, y todos los demás reyes de aquellos contornos lo envidiaban y su pérdida maquinaban, y dijo uno de ellos, el rey de Al-Hind, el extremo:

–Al fin lo que ambicionaba va a lográrseme y me podré alzar con el reino de ese chico ignorante; hoy mismo le abriré la puerta del desastre, pues voy a escribirle una carta con objeto de engañarle y hacerle caer en la trampa; veremos lo que él me contesta y examinaremos su respuesta.

Y acto seguido, dictó el rey aquella carta, que decía lo siguiente:

«En nombre de Alá (el piadoso, el apiadable). Y después:

»Ha llegado a mi noticia lo que hiciste con tus visires y tus ulemas y los demás emires de tu reino y la desgracia en que has venido a parar de no tener fuerza ni poder para rechazar a quien te fuere a atacar, porque tus abusos y desafueros te han enajenado las antipatías de todos los de tu reino.

»Pero has de saber que Alá me dio el dominio sobre ti y el señorío y en mis manos te puso, y así has de darme oídos y obedecer en lo que te mandara, y has de labrarme en medio del mar un castillo inexpugnable, y si no lo hicieres ya puedes despedirte de tu reino y de tu vida, pues enviaré contra ti, desde los últimos cabos de Al-Hind, doce hordas de jinetes, compuesta cada una de doce mil combatientes, los cuales irrumpirán en tu país y lo saquearán y lo asolarán y matarán a todos los hombres y se llevarán a las mujeres en cautividad.

»Y demás de eso, nombraré a Badia, mi visir, capitán de mis tropas, y le daré orden terminante de poner sitio a tu capital hasta que la llegue a tomar rendida.

»Y haz cuenta que el portador de esta misiva tiene orden de no demorarse más de tres días en tu corte.

»De suerte, pues, que, si de buen grado accedes a mi demanda, te salvarás, y si no, a buen seguro que perecerás.»

Selló luego el monarca la carta y se la dio a un correo, el cual la tomó y marchó con ella a la ciudad donde el otro rey tenía su corte, y pasó a su presencia y le entregó el mensaje que para él le dieran.

Y luego que el rey leyó la carta quebráronsele las fuerzas y encogiósele el pecho y se dio por perdido, sin hallar quien le aconsejara ni quien le valiera ni ayudara.

Y pasó a ver a su favorita, y dizque de la fuerza de la emoción perdiera el color.

Y la favorita, al verlo así, le preguntó:

–¿Qué fue, rey mío, lo que te pasó?

A lo que el rey le contestó:

–Dejé hoy de ser rey para ser esclavo de un rey.

Abrió luego la carta y se la leyó a su favorita, y esta, al oírlo, rompió en llantos y gemidos y rasgó sus vestidos.

Y el rey le dijo:

–¿No se te ocurre ningún medio de conjurar este peligro tan serio?

–¿Cómo quieres que a una mujer se le ocurra nada tocante a achaques de guerra, cuando carecemos de fuerza y no entendemos de esas empresas? La fuerza y el consejo en tales cosas residen en los hombres, no en nosotras.

Llenóse el rey al oírla de pesar y dolor y contrición por lo que hiciera con sus visires y sus emires...

Sorprendió aquí a Schahrasad la mañana y atajó el flujó de sus fluyentes palabras.

PERO LA NOCHE 504 SIGUIO DICIENDO LA MUCHACHA:

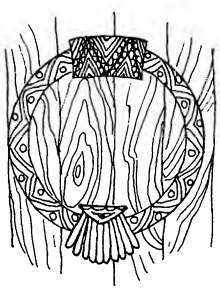
–Ha llegado a mis oídos, *¡ye* monarca, el bienhadado!, que al oír el rey aquellas palabras de su favorita sintió gran pesar y dolor y contrición por lo que había hecho con sus visires y los emires de su reino y lamentó no haberse muerto antes de hacerlo.

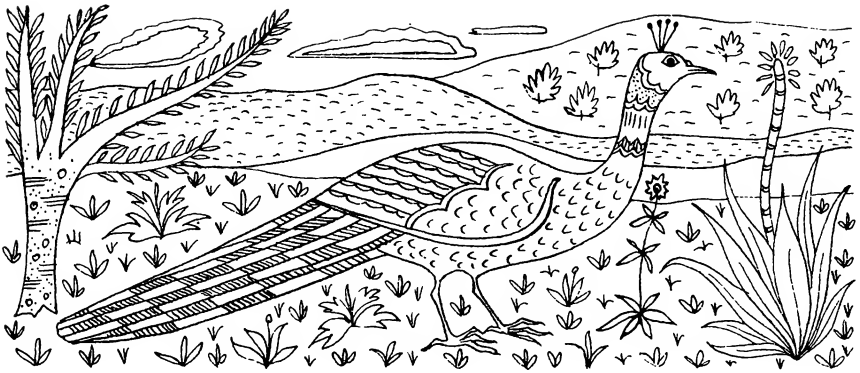
Y mirando a sus mujeres, dijo:

–¡Guay de mí!, que me ha pasado con vosotras lo que al faisán le pasó con las tortugas.

–¿Y qué fue lo que al faisán le pasó con las tortugas?–dijeron ellas.

Y el rey les contestó así:





HISTORIA DEL FAISAN Y LAS TORTUGAS

(Noches 504 a 506)

–Cuentan los hombres que había una vez en cierta isla una camada de tortugas y era aquella isla muy rica en árboles frutales y en alfaguaras y manantiales.

Y sucedió, un día de los días, que un faisán que por allí pasaba viose tomado del calor y la fatiga y decidió posar el vuelo en aquella isla. Y esparciendo por allí la vista, en busca de un lugar fresco y umbroso, reparó el faisán en el nido de las tortugas y se dirigió allí con presura.

Andaban a la sazón las tortugas merodeando por los cabos de la ínsula, a la husma de su pitanza, y al volver luego a su casa encontráronse allí con el faisán, y, al verlo, se maravillaron de su buena planta y de él se prendaron y a una exclamaron:

–¡Loado sea Alá, que crea tales bellezas!

Y unas a otras se dijeron:

–No hay duda que de todos los pájaros es este el más bello.

Y acto seguido pusiéronse todas a halagarlo y mimarlo y acariciarlo y hacerle la rosca, y el faisán entonces mirólas con ojos de cariño y les cobró afición y se les hizo amigo.

Y, a partir de aquel día, solía el faisán irse por ahí a volar a donde quería, y por la tarde tornaba al lado de las tortugas, sus amigas.

Pero al ver ellas que el faisán las dejaba por la mañana y las desdeñaba y sólo por las noches se dejaba ver de ellas, con ser tanto el amor que le tenían, unas a otras se dijeron, dolidas:

–En verdad que le hemos tomado mucho cariño a este faisán y no podemos pasarnos ya sin él. ¿Cómo haríamos para retenerlo y que correspondiese a nuestro afecto?

Y dijo una de las tortugas:

–Fiad en mí, hermanas, y yo haré que no se aparte de nosotras ni se oculte un momento a nuestras miradas.

–Si tal hicieras–contestaron todas las demás–seríamos tus esclavas y como reina nos mandaras.

Llegó luego el faisán de regreso de su paseo y se sentó entre las tortugas, y entonces la ladina acercóse al faisán

y lo felicitó por haber vuelto con felicidad y le dijo:

–¡*Ye* mi señor! Has de saber cómo desde que aquí viniste te dimos nuestro amor y tú nos correspondiste, y debes saber también que aquellos que se quieren como más gozan es estando juntos siempre.

–Es verdad–asintió el faisán–. Yo os quiero a vosotras mucho, más todavía de lo que vosotras me queréis a mí, y me cuesta mucho trabajo dejaros aquí; pero no tengo más remedio que hacerlo, pues soy pájaro y tengo alas y no me es posible estar siempre a vuestro lado, pues eso sería contrario a mi naturaleza, lo que debéis tener en cuenta.

–Tienes razón–dijeron ellas–; pero debes tener presente que los seres con alas apenas si gozan momento de reposo, pues andan siempre de un lado para otro, y es cuatro veces mayor la molestia que padecen que la parte que les corresponde de bienes.

–Es verdad–asintió el faisán–; pero decidme si a vosotras se os ocurre algún medio de remediar la cosa.

–Sí, por cierto–respondió la ladina–; se me ocurre un medio y es que te dejes atar las alas y te estés aquí con nosotras, tranquilo y en calma, compartiendo con nosotras nuestras cosas.

Inclinóse el faisán a aquel parecer, que halagaba su deseo de tranquilidad, y se dejó atar las alas, pluma por pluma, y se quedó allí con sus amigas y a gozar en paz de su módica dicha y de su delicia efímera.

Pero estando así, de aquella guisa, he aquí que un día de los días acertó a pasar por allí un martín pescador y se fijó en el faisán y observó cómo este tenía las alas atadas, de suerte que no podía moverse, y al verlo en tal estado, holgóse mucho de ello y se dijo: «Este faisán anda sobrado de carne y falto de plumas.» Y llegóse a él y empezó a picotearlo, con intención de devorarlo.

Y gritó el faisán, pidiendo socorro a las tortugas; pero estas, en vez de ir a auxiliarlo, se alejaron de allí y lo abandonaron.

Afligióse mucho el faisán al ver aquello y diose por perdido sin remedio.

Y dirigiéndose a sus falsas amigas les dijo:

–No tenéis vosotras la culpa, sino yo, que os hice caso y me dejé atar las alas con que libre volaba por el espacio.

Así que yo ahora también digo lo mismo y considero justo lo que me sucede por haberme fiado de vosotras, las mujeres, y haber dado muerte a mis visires y mis emires, que me amonestaban sabiamente y eran mis armas y mi fuerza en cuantos apuros me asaltaban.

Pero yo soy el culpable por haberos en mi ignorancia obedecido y haber dado muerte a mis ministros, a los que no hallo ahora con quien sustituirlos, y si no me depara Alá-*taála* alguno que sea capaz de aconsejarme sabiamente y mostrarme el camino para sacarme de este trance, iré derecho a la perdición y no podré salvarme.

Continuó el rey así, abismado en el mar de la aflicción, y en todo aquel día no comió ni bebió, y, llegada que fue la noche, se levantó y se mudó de ropas, poniéndose un traje modesto, y así disfrazado salióse de su palacio y fuese a dar vueltas por la ciudad, a ver si oía alguna palabra que pudiera tranquilizar su alma.

Y he aquí que, en tanto vagaba por calles y plazas, hubo de toparse con dos muchachos, que estaban sentados al pie de una tapia y venían a ser de la misma edad, pues tendría cada uno doce años, a lo sumo, y estaban ambos conversando, y el rey se acercó a ellos con el ansia de ver si oía algo de lo que decían y su sentido comprendía.

Y oyó a uno de ellos decirle a su compañero:

–Escucha lo que mi padre me contó anoche de sus mieses que se le han agostado antes de granar, por falta de lluvia que las regase y la abundancia de males que sobre esta ciudad han venido a cebarse.

–¿Y no sabes tú–díjole el otro–cuál es la causa de que sobre esta ciudad cayese la desgracia?

–Yo no lo sé–respondióle su interlocutor–; pero si tú la conoces dímela, por favor.

–Está bien, te la voy a decir–accedió el otro chico–. Has de saber que cierto amigo de los amigos de mi padre me ha dicho cómo nuestro rey matara a sus visires y sus emires sin que estos hubieran cometido ningún delito, sino únicamente por la demasiada afición que les tiene a las mujeres y el caso que hace de sus pareceres, cosa de la cual querían apartarlo sus consejeros prudentes. No quiso él atenderlos, y, enojado con ellos, los mandó matar, a instigación de sus mujeres, sin perdonar ni al propio Schemmás, su visir principal, y que en vida de su padre desempeñara ya ese cargo sin dejar nada que desear y que era hombre tan sabio como leal. Pero ya verás cómo Alá no deja sus culpas sin castigo y toma en él venganza de lo que hizo.

–¿Y qué será–preguntó el otro chico–lo que Alá haga con él, después de haberles dado muerte a sus visires y sus emires?

–Has de saber–respondió el amiguito–que el rey de Al-Hind, el remoto, ha hecho menosprecio de nuestro rey y le ha escrito una carta que lo rebaja, y el mensajero que la trajo le ha dado tres días de plazo para contestarla. Y has de saber que ese rey del remoto Al-Hind es grande y valeroso y posee mucho poder y mucha fuerza y su reino cuenta con una población muy numerosa y densa, y, si nuestro rey no atina con el medio de evitarlo, de fijo que en esa lucha saldrá derrotado. Y en ese caso el vencedor se alzará con nuestro reino y nos quitará nuestros bienes y matará los hombres y se llevará cautivos nuestros harenes.

Luego que el rey oyó aquellas palabras que dijeran los chicos acrecióse aún más su turbación y se inclinó hacia ellos y en su interior se dijo: «No hay duda que ese muchacho es un brujo cuanto está enterado de este asunto que yo tenía oculto, pues guardo con todo secreto la carta del rey de Al-Hind y nadie sino yo ha llegado a saber su contenido; ¿cómo habrá podido enterarse de lo que dice ese chico? Lo mejor será que me acerque y le hable al muchacho y ¡quiera Alá-*taála* poner mi salvación en su mano!»

Llegóse, pues, el monarca al chico, con gesto placentero, y lo interpeló diciendo:

–Hijo mío querido, ¿qué era eso que decías de nuestro rey y de los males que se ha acarreado por haber dado muerte a sus visires y los emires de su reino, resultando, en fin de cuentas, que solo a sí mismo se dañó con lo que hizo? Tienes razón en lo que has dicho; pero dime, hijo mío: ¿cómo sabes tú que el rey de Al-Hind le escribió al nuestro esa carta, tratándolo con menosprecio y duras palabras?

–Lo supe–respondió el muchacho–por la arena que me informa de la noche y el día y también por el dicho de los antiguos de que no hay nada oculto para Alá, ni encubridor que se encubra de Alá, y que en la constitución de los hijos de Adán hay un espiritual elemento que cala en los más tenebrosos secretos.

–Dices bien, hijo mío–aprobó el rey–; pero dime: ¿de quién, siendo tan niño, aprendiste ese arte?

Y el niño repuso:

–De mi padre.

–Y tu padre–inquirió el rey–¿es vivo o muerto?

–Muerto–respondió el chico.

–¿Y no habría medio–preguntóle el rey–de que nuestro monarca conjure esa desgracia que a él y a su pueblo les amaga?

–Si por cierto. Que me mande el rey a llamar a mí y me pregunte lo que debe hacer para rechazar a su enemigo, y yo le diré el modo como se salvará de ese peligro, con el poder de Alá-*taála*.

–¿Y quién–dijo el rey–va a hablarle de ti al monarca para que te mande a llamar y escuche tus palabras?

–En sabiendo yo–respondió el muchacho–que el rey anda a la busca de gente de saber y consejo recto, iré con ellos y le expondré el medio de lograr su salvación y conjugar esa amenaza de perdición. Que no siendo así, si el monarca sigue desentendiéndose de este caso tan apremiante y entregado por entero a los amorosos deleites con que lo entretienen sus mujeres, y yo de por mí voy y me presento ante él, sin ser llamado, y le indico los medios de salvación, de fijo que se enfurecerá conmigo y me mandará matar como hizo con sus visires, y mi buena intención será causa de mi perdición. Que el vulgo pensará de mí con desprecio y tendrá en poco mi ingenio y seré del número de aquellos de quienes dice la gente: «Aquel cuya ciencia del buen sentido se aparta, perece por su ignorancia.»

Luego que oyó el rey las palabras de aquel rapaz no dudó ya de su sagacidad y quedó manifiesto ante sus ojos su talento y se le hizo patente que su salvación y la de sus vasallos teníala aquel niño en sus manos.

Y como remate de su diálogo, le preguntó:

–¿Quién eres y dónde vives?

Y el chico contestóle:

–Esta es, señor, la pared de nuestra casa.

Fijóse bien en el lugar el monarca y acto seguido despidióse de los chicos y volvióse a su alcázar, lleno de gran regocijo.

Luego que llegó el rey al alcázar, vistióse sus vestiduras regias y mandó que le llevasen de comer y beber y que no dejasen pasar a ninguna mujer, y comió y bebió y dio gracias a Alá-*taála* e imploró de El amparo y salvación y el olvido y perdón de lo que hiciera con los ulemas y los emires de su reino y los visires de su gobierno.

Hizo luego acto de contrición sincera ante Alá (exaltado sea) y se impuso ayunos y oraciones y votos en gran número, y después mandó llamar a uno de sus servidores de confianza y le describió el lugar donde vivía aquel muchacho y le ordenó que fuera en seguida a buscarlo y se lo trajera hasta ponerlo entre sus manos y lo tratase con mimo y halago.

Fue allá luego el criado y encontró al muchacho y le dijo:

–El rey te manda a buscar para tu bien, pues solo se trata de hacerte unas preguntas, y después de contestarlas te volverás a tu casa.

–¿Qué le sucede al sultán–preguntó el muchacho–para que me mande llamar?

–Ya te he dicho–respondió el esclavo–que el rey nuestro señor tan sólo quiere hacerte unas preguntas y que tú le contestes, después de lo cual podrás volverte.

–Mil veces–exclamó el muchacho–se le deben al rey audición y obediencia.

Y acto seguido el muchacho marchó con el esclavo a presencia del rey, y, luego que estuvo entre sus manos, postróse ante Alá e imploró sus albaracas sobre el soberano.

Saludó después al rey con el *selam* y aquel le contestó en forma igual y le mandó sentar y el chico se sentó.

Sorprendió aquí a Schahrasad la mañana y puso dique a sus desbordadas palabras.

PERO LA NOCHE 505 DIJO LA MUCHACHA:

–Ha llegado a mis oídos, ¡*ye* monarca, el afortunado!, que, luego que el muchacho saludó al rey, mandóle este sentar y se sentó, y entonces el monarca le preguntó:

–¿Sabes, por ventura, quién fue el que ayer habló contigo, junto a tu domicilio?

–Cierto que sí–respondió el chico.

–¿Y puedes entonces decirme quién es?

Y el chico le dijo al rey:

–Es el mismo que en este momento está hablando conmigo.

–Así es en verdad, amiguito–asintió el rey. Y acto seguido mandó que le pusiesen al muchacho un sitial al lado del suyo y lo hizo sentar en él y pidió les llevasen de comer y beber y comieron y bebieron los dos, mano a mano, y de distintas cosas platicaron, hasta que el rey le dijo al niño:

–Ayer, ¡*ye* ilustre visir!, tuvimos los dos una conversación y, entre otras cosas, me dijiste que conocías un medio de conjurar el peligro con que el rey de Al-Hind nos amenaza. ¿Qué medio es ese y cómo habría que hacer para defendernos del mal que nos amaga? Dímelo, pues, que, si así lo hicieres, gozarás en adelante el privilegio de hablar el primero con el rey y te nombraré mi visir y seguiré tu consejo en todo cuanto me dijeres y te daré, además, una gran recompensa y te asignaré un espléndido sueldo.

Pero el chico le contestó, diciendo:

–Guárdate, ¡*ye* rey!, tu sueldo y pídeles consejo a tus mujeres, que fueron las que te indujeron a dar muerte a mi padre Schemmás y a los demás visires que mandaste matar.

Luego que eso oyó el rey quedóse corrido y suspiró y dijo:

–Pero, hijo mío, ¿de veras que Schemmás era tu padre?

–Cierto que sí–respondió el niño–; Schemmás era mi padre y yo soy su hijo.

Bajó el rey entonces la cabeza y corrió el llanto de sus ojos y con toda humildad imploró el perdón de Alá, el todopoderoso.

Y luego, dirigiéndose al chico, le dijo:

–Mira, hijo mío: eso que hice hícelo por ignorancia y siguiendo el consejo de mis barraganas, que, en verdad, grande es la malicia de las mujeres; pero ahora yo te ruego me perdones y te sentaré en el sitio de tu padre y te asignaré una jerarquía superior a la de él, y, demás de eso, si logras apartar de nosotros ese castigo enviado del cielo, te colgaré del cuello un collar de oro y te haré montar en el mejor de mis caballos y echaré por delante de ti un pregonero que vaya gritando: «¡Este es el nuevo visir, que se sienta en el segundo estrado después del del rey!» Y respecto a eso que dijiste de las mujeres, ten por seguro que queda grabado en mi mente y que tomaré venganza de ellas, llegado que sea el momento que Alá tenga dispuesto. Pero ahora ya exponme el consejo que me vayas a dar.

Pero el muchacho le dijo:

–Júrame antes, señor, que habrás de seguir al pie de la letra mi consejo y no me ha de pasar nada de lo que temo.

–Ante Alá–respondió el rey–te juro que no me he de apartar un punto de lo que me dijeres y que de hoy más tú serás mi primer consejero y siempre haré lo que me mandares, y a Alá pongo por testigo de lo que te digo.

Dilatósele entonces al niño su pecho y se le abrió el campo de la palabra y habló, diciendo:

—*¡Ye* rey insigne! El medio que a mí se me ocurre para conjurar ese riesgo que nos amenaza es que aguardes a que el embajador del rey de Al-Hind venga a recoger la contestación a su carta, cumplido el plazo que tú le señalaras, y, cuando lo tengas entre tus manos y te pida la respuesta, le ruegues que espere hasta el día, el siguiente.

Y el mensajero te dirá que su rey le marcó un plazo para traerte su carta y volver a él con tu contestación y que tú aprobaste esa condición; pero tú insistirás y aplazarás para el día siguiente responderle.

Y volverá al otro día el emisario y tú te negarás a recibirlo, por lo que se irá de aquí furioso y se marchará al corazón de la ciudad y empezará a vociferar en medio de la gente y dirá:

«*¡Ye* gente de la ciudad: yo soy el mensajero del rey del remoto Al-Hind, el cual es un monarca muy fuerte y barragán, y tan recio que a su lado resulta blando el hierro, y mi monarca me envió con una carta para el rey de esta ciudad y me señaló unos días determinados para volver con la respuesta a su escrito y me dijo:

»Si no estás aquí con la respuesta el día que te indico, te impondré el condigno castigo.

»Vine, pues, al rey de esta ciudad y le entregué la carta de mi sultán y él, después de leerla, me pidió tres días de plazo para darme la respuesta, y yo accedí a ello, y pasados que esos tres días fueron, presentéme ante él de nuevo por la contestación y él no me la dio, sino que me mandó volver al otro día y tampoco me cumplió su promesa, por lo que acabé por perder la paciencia.

»De suerte que estoy decidido a volver junto a mi rey y decirle lo que me ha sucedido, y a todos vosotros, *¡ye* pueblo!, pongo por testigos.»

No tardarán en llegar sus palabras a tus oídos y entonces mandarás que te lo traigan entre tus manos y, luego que así fuere, le hablarás con agrado y le dirás:

«*Ye* mensajero, no pierdas tu alma hablándoles mal de mí a mis vasallos, pues te expones a que te castigue en el acto.

»Y si no lo hago ahora es porque tengo presente ese proverbio antiguo que dice: "El perdón es un lunar que adorna el rostro del generoso."

»Y has de saber que si no hemos contestado ya a tu mensaje no ha sido por desdén a tu persona, sino por estar muy ocupado en otras cosas.»

Después de decir eso mandarás que te traigan la carta del rey de Al-Hind y la leerás por segunda vez y luego soltarás la carcajada y le dirás al mensajero del monarca:

«¿No tienes, por ventura, otra carta más que entregarme, para contestarlas a un tiempo ambas?»

Y el mensajero te dirá: «No, mi señor; no traje para ti más que esa carta que te di.»

Tú entonces tornarás a repetirle la misma pregunta por segunda vez y por tercera y él te responderá siempre de la misma manera: «No, mi señor; no traje para ti más carta que esa.»

Y entonces tú le dirás así:

«Sin duda, pues, ese vuestro rey anda muy falto de juicio cuando nos escribe provocándonos a marchar a su reino con nuestras tropas y asaltarlo, de lo que infiero que ese vuestro monarca es un solemne majadero, que no se para a pensar en las consecuencias de sus proyectos ni tiene a su lado un visir discreto para aconsejarlo, que, si lo tuviere y lo hubiere consultado antes de enviarte a nosotros con esa ridícula embajada, no lo habría hecho, y dizque a nosotros no nos gana a escribir

semejantes cartas y que le voy a dar la suya a un chico de la escuela para que le escriba la respuesta.»

Y acto seguido me mandarás a buscar a mí, y, luego que yo comparezca entre tus manos, me darás a leer la carta y me encargarás de contestarla.

Dilatósele al rey el pecho al oír aquello y aprobó el consejo del muchacho y admiró su listeza y desparpajo y lo colmó de agasajos y lo puso en el lugar de hijo y le dispensó toda suerte de mimos.

Cumpliéronse luego los tres días del plazo que diera el rey al mensajero y presentóse este ante el monarca, demandando la respuesta a la carta que de su soberano le trajera.

Disculpóse el rey con él y le mandó volver al día siguiente, y el enviado salió del alcázar enojado y profiriendo palabras inadecuadas, según anunciara el muchacho.

No tardaron en llegar esas palabras imprudentes a oídos del rey, el cual mandó que le llevasen al emisario y lo pusiesen entre sus manos, y, luego que así fue, díjole el soberano:

–¡*Ye* mi enviado! ¿No sabes que las cartas que entre sí cambian los reyes contienen secretos que divulgarse no deben? ¿Cómo, pues, te atreves a descubrirle sus secretos a la gente? Acreedor te has hecho a que por ello te castigáramos; pero te perdonamos para que puedas llevarle nuestra respuesta a ese rey insensato, al que ni siquiera le hemos de contestar nosotros, sino el último de los chicos de la escuela de párvulos.

Mandó luego el rey por el hijo del visir, que en seguida acudió a su llamada, y besó la tierra entre sus manos e invocó sobre él las bendiciones de Alá.

Entrególe el rey la carta, diciendo:

–Lee esa carta y contéstala como te parezca.

Tomó el niño la carta y la leyó y se sonrió y luego se rió, y volvió a reír fuerte y le preguntó al rey:

–¿Fue para que contestase a esta carta para lo que me llamaste?

–Sí–respondióle el rey Uarduján.

Y el niño dijo entonces:

–Pues yo, ¡rey ilustre!, pensé que me llamabas para algo de más importancia, pues otro todavía más pequeño que yo habría podido contestar a esa carta.

–Bueno–dijo el rey–; pues yo quiero que seas tú quien en seguida la conteste, que ya urge hacerlo, porque ya expiró el plazo y no puede aguardar más el correo.

Y el niño respondió:

–¡Oigo y obedezco!

Y el niño tomó en sus manos la carta y la leyó y acto seguido requirió tintero y caña y pergeñó la siguiente respuesta:

«¡En el nombre de Alá (el piadoso, el apiadable). ¡La paz sobre aquel que halló el perdón y el rescate y la piedad del Apiadable!

»Y después: Has de saber, tú que te las das de rey poderoso y no lo eres sino de boquilla y no de verdad, cómo llegó a nuestras manos tu carta y la leímos y nos enteramos de cuanto contenía tocante a delirios y desvaríos, certificándonos con ello de tu ignorancia y de la malquerencia que nos guardas.

»Y en verdad que has alargado tu mano a aquello que no has de alcanzar, por mucho que hicieres, jamás, y si no fuere porque tenemos lástima de las criaturas de Alá y de los vasallos, ciertamente que ya te habríamos bajado los humos y escarmentado.

»Y cuanto a tu embajador, ¿qué embajador es ese que va a los zocos y se pone a publicar en ellos las nuevas de tu carta, a grandes y pequeños, haciéndose acreedor a un castigo severo? Pero lo hemos dispensado y pasado por alto el agravio, de pura compasión

que le tenemos y no porque nos inspires tú ningún respeto.

»Y respecto a lo que dices en tu carta sobre la muerte de mis visires y mis ulemas y mis emires, es mucha verdad y no lo hemos de negar, sino que lo hicimos por razón que para ello tuvimos; pero has de saber que, por un hombre de ciencia que matara yo, todavía me quedan miles de su condición y más sabios y versados y sagaces en los asuntos de Estado, pues hasta un chico de la escuela rebosa aquí inteligencia y tengo de sobra con quien sustituir a aquellos que me vi obligado a suprimir.

»Y, asimismo, cualquiera de mis guerreros es capaz de hacer frente a una horda de tus huestes, y en cuanto a dinero, no te diré más sino que tengo una zeca que todos los días me acuña mil libras de plata, y el oro y las piedras preciosas abundan tanto en mi reino que las miramos cual si fueran piedrecillas vulgares y corrientes, y tocante a mis vasallos y pecheros, nunca te podría ponderar bastante su prosperidad y abundancia de medios.

»Y siendo así, ¿cómo te engallas y presumes hasta el punto de atreverte a decirme que te labre una alcazaba en mitad de las aguas? Verdaderamente es ésa cosa que maravilla y a no dudar se debe a tu corta inteligencia, pues de no ser un lerdo habríaste enterado antes del batir de las olas y las mudanzas de los vientos. Pero anda y amurállalo contra las olas y corrientes del mar y amansa los vientos, y en seguida ese castillo que deseas te edificaremos.

»Y tocante a tu pretensión de vencernos en campo abierto, no quiera Alá que así suceda jamás y que hombre de tu laya llegue a señorearnos y conquistar nuestro reino.

»Pero no. Que el Todopoderoso me ha de dar el triunfo sobre ti, porque pecaste contra mí y te me rebelaste sin razón y te has hecho acreedor al castigo de Alá y al mío también, solo que por temor a Alá y por piedad de tus vasallos me contengo y no quiero enviar contra ti mis caballos, sin antes advertirte, como lo hago.

»De suerte, pues, que, si temes a Alá, date prisa a enviarme el tributo de hogaño, pues de lo contrario me apearé de mi prudencia y mandaré contra ti un millón y cien mil jinetes esforzados, que son todos ellos fieros gigantes y montan en elefantes, y pondré al frente de esas tropas a mi visir con orden de asediar tu corte y ocuparla en el término de tres años, no en el de tres días que tú señalaste a tu emisario, y me alzaré con el señorío de todo tu reino, aunque a ninguno de tus vasallos daré muerte, sino a ti solo, y tomaré cautivo tu harén.»

Fue luego el chico y dibujó su propio retrato al margen de la carta y escribió debajo estas palabras:

«Garrapateó esta respuesta el último de los chicos de la escuela.»

Después de lo cual selló la misiva y se la dio al rey Uarduján y este se la entregó al embajador del rey del Al-Hind, el extremo, y el embajador la tomó y, después de besar la mano del rey, se retiró de allí, dando gracias a Alá y al soberano por su regia clemencia y maravillado de la listeza y desparpajo del muchacho.

Marchó en seguida a la corte de su soberano, adonde llegó tres días después de los tres señalados, por lo que el monarca reuniera su diván, y en él se hallaba a la sazón, deliberando sobre la tardanza de la llegada de su embajador.

Postróse este, al llegar, ante él y le entregó la respuesta del otro rey; tomóla el monarca y preguntóle la causa de su tardanza y también cómo andaban las cosas del rey Uarduján.

Contestóle entonces el emisario contándole toda la historia de cabo a rabo y refiriéndole todo cuanto con sus pro-

pios ojos había presenciado y cuanto con sus oídos había escuchado.

Quedóse el monarca desconcertado al oírlo y le dijo a su enviado:

–¡Guay de ti! ¿Cómo me traes tales nuevas de un rey así?

–¡*Ye* rey poderoso!–exclamó el emisario–. Yo estoy entre tus manos, abre esa carta y léela y se te mostrará la verdad en vez de la falsedad.

Abrió el rey la carta y la leyó y vio en ella dibujada la imagen del chico que le había escrito y al punto dio por cierta la cesación de su reinado y quedóse abstraído y ensimismado.

Volvióse luego a sus visires y sus emires y les puso al tanto de lo que pasaba e hizo que les leyeran la carta.

Llenáronse aquellos de inquietud y zozobra grandes al oír la lectura del mensaje, aunque trataron de aquietar los temores del monarca con palabras de aparente calma, cuando en realidad sus corazones palpitaban.

Pero su gran visir díjole al rey:

–Has de saber, ¡*ye* rey!, que nada de cuanto han dicho mis hermanos, los visires aquí presentes, es de algún provecho en este caso, siendo yo de parecer que debes escribirle a ese rey otra carta, excusando la primera y diciéndole de esta manera:

«Ten por cierto que gran amor te profeso, no menor que el que tuve a tu padre, en tanto vivió, y que si esa carta te envié por mi embajador lo hice al solo fin de ponerte a prueba y ver cómo andabas de valor y saber teórico y práctico y de ingenio para adivinar enigmas, y, en conclusión, si eras o no un dechado de perfección.

»Y ten por seguro que a Alá rogamos te bendiga en tu reino y refuerce las defensas de tu capital y aumente tus dominios, ya que cuidas de ti mismo y de tus vasallos.»

Y luego que escribas esa carta, se la mandarás con otro correo, no con el primero.

–¡Por Alá el omnipotente!–exclamó el rey–. Que es la maravilla de las maravillas que ese rey sea un rey poderoso y apercibido a la guerra, después de haber dado muerte a todos los hombres sabios de su reino y a sus visires y capitanes de su ejército y que florezcan sus dominios y se mantengan poblados y prósperos después de lo ocurrido. Pero lo más maravilloso de todo ello es que el último chico de sus escuelas haya sido capaz de redactar una respuesta como la que nos acaba de enviar. No hay duda que ha sido mi poca inteligencia la que esta hoguera ha encendido en contra mía y de mis vasallos, y ahora no sé cómo apagarla, a menos de seguir el consejo de mi visir.

Y el rey gratificó a su visir con una espléndida aljalá y buen número de esclavos y eunucos, y luego mandó escribir la siguiente carta al rey Uarduján destinada:

«¡En el nombre de Alá, el piadoso, el apiadable!

»Y después: ¡*Ye* glorioso rey Uarduján, hijo de mi querido hermano Cheliâad, tenga Alá piedad de ti y te continúe!

»Has de saber cómo llegó tu carta a nuestras manos y de su contenido nos enteramos, y por él supimos lo propio para alegrarnos y que es lo más que por ti pedíamos a Alá, o sea, que sublimara tu dignidad y afianzara los pilares de tu reino y te diese la victoria sobre tus enemigos y frustrase las insidias que los traidores te armasen.

»Y has de saber, ¡*ye* rey!, cómo tu padre era mi hermano y que entre nosotros medió siempre, en tanto él vivió, afecto entrañable, no viendo él jamás en mí sino bien y lo mismo yo en él, y luego que murió y tú en su trono te sentaste como sucesor fue grande la alegría que eso nos dio; pero cuando después llegaron a nuestros oídos las nuevas de lo que habías hecho con tus

visires y los emires de tu reino, temimos por ti, no fuera que las tales nuevas llegasen también a oídos de otros reyes y alguno de ellos intentase aprovechar la ocasión para atacarte, pues te suponíamos retraído de los asuntos del Estado y de la guarda de tus fronteras y del fomento de los intereses de tu reino, y por eso te escribimos esa carta, con el solo objeto de espolearte y de tu sueño sacarte.

»Pero al ver ahora, por tu respuesta, cómo ya despertaste de tu letargo, nuestro corazón se tranquilizó y alegró. ¡Ojalá Alá te alargue el disfrute de tu realeza y tu trono afiance! Y la paz.»

Mandó aprestar luego el rey copia de regalos y presentes y se los envió al rey Uarduján juntamente con la carta, encargando de llevarlos a cien caballeros de su ejército.

Marcharon allá los caballeros y fueron cabalgando sin parar hasta llegar a presencia del rey Uarduján, al que saludaron con el *selam*.

Diéronle luego la misiva de su señor y el rey la leyó y de su contenido se enteró.

Ordenó después que alojaran al capitán de aquellos caballeros en aposentos adecuados a su categoría y los colmó de honores y distinciones y aceptó los presentes que aquel en nombre de su soberano le entregó.

Divulgóse luego la nueva entre los emires del reino, siendo grande el regocijo que lo mismo que el rey sintieron.

Mandó después el rey que le llevaran al hijo de Schemmás, y, luego que lo tuvo entre sus manos, lo colmó de agasajos, e hizo después que le llevaran al capitán de los cien caballeros y le pidió la carta de que era portador y se la dio al muchacho, y este la abrió y la leyó.

Holgóse mucho el rey de todo aquello y empezó a dirigirle sus reproches al capitán de los cien caballeros, y este besóle la mano y le presentó sus excusas en nombre de su soberano e impetró de Alá la duración de su reinado y la diuturnidad de sus mercedes y gracias sin medida ni tasa.

Diole gracias el rey y lo colmó de honores y distinciones y dones y lo mismo hizo también con los demás caballeros que lo acompañaban, agasajando a todos ellos sin excepción, según su categoría y condición, y aprestó regalos para su soberano y llamó al muchacho y le encargó que redactara la contestación a la carta del rey de Al-Hind, haciéndolo aquel así.

Esmeróse el muchacho al escribir la misiva e insistió en el capítulo de la paz y elogió la urbanidad del mensajero y de los otros cien caballeros.

Y luego que terminó la carta, diósela a leer al monarca y este le dijo:

–¡*Ye* poderoso joven! Léemela para que me entere de lo que dices en ella.

Leyó el chico la carta delante de los cien caballeros, y lo mismo el rey que todos cuantos se hallaban presentes quedaron maravillados de sus razonamientos y del arte con que acertara a exponerlos.

Selló luego el rey la carta y diósela al capitán de la *mía* y después lo despidió, mandando con él una escolta de sus tropas para que lo fuesen acompañando y dando cortejo hasta los linderos de su reino.

Y esto es, hasta aquí, todo lo referente a la historia del rey y el visir.

Cuanto al capitán de los cien caballeros, quedó este maravillado y desconcertado ante lo que viera del muchacho y de su saber y despejo y dio gracias a Alá por haber hecho que despachara su cometido con tanta prontitud y felicidad, en beneficio de la paz.

Y fue cabalgando con sus hombres sin parar hasta llegar a la corte del rey del remoto Al-Hind, y, luego que allí llegó, entrególe a aquel los regalos y

presentes que para él llevaba de la parte del otro monarca.

Y esto es cuanto hay que decir sobre el asunto del rey de Al-Hind.

Cuanto al rey Uarduján, perseveró este en seguir la senda recta de Alá y abandonó aquella otra torcida que antes siguiera, e hizo ante Alá penitencia sincera, con lo que se alegraron sus vasallos y depusieron su antiguo temor y espanto y se holgaron de su felicidad al ver cómo el rey gobernaba con justicia y equidad, y todos a porfía pedían-le a Alá colmara de dichas al rey y a su nuevo visir, que tanto a él como a ellos los librara de inquietud y desvelo.

Díjole después de eso el rey a su nuevo visir:

–¿Qué es lo que opinas que debemos hacer para robustecer el reino y conciliar el bien de los vasallos y volver las cosas a su estado, el primero, tocante a los ministros y consejeros?

A lo que el joven le contestó, diciendo:

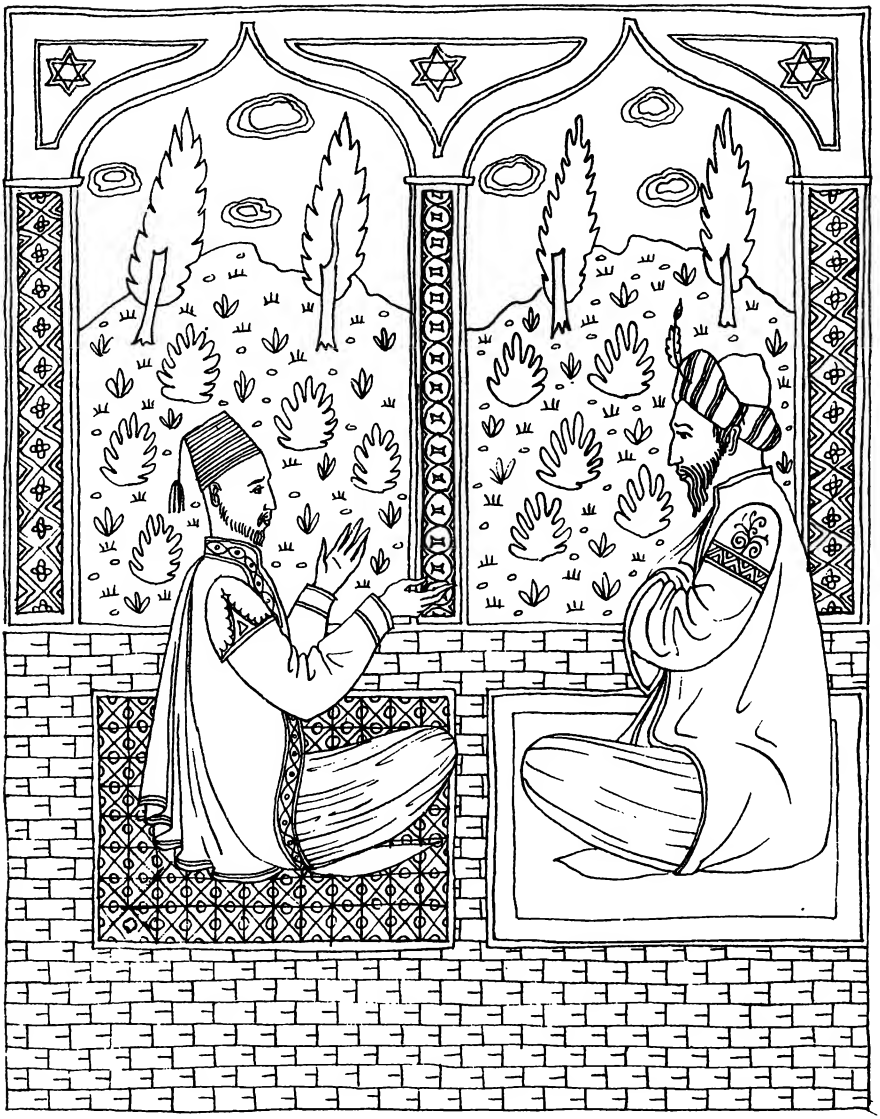
–¡*Ye* monarca poderoso! Lo primero que debes hacer, a juicio mío, es cortar de raíz todo resabio de tu anterior rebeldía y apartarte del camino que antaño seguías, renunciando a los inmoderados placeres y deleites y a la excesiva afición a las mujeres y a obedecer sus consejos y pareceres, pues el amor desenfrenado a las hembras nubla la inteligencia clara y corrompe la naturaleza sana, pudiendo yo citarte en apoyo de mis palabras pruebas que te convencerán a poco que sobre ellas quieras meditar. Pues si fijas la vista en ti mismo hallarás en tu alma un buen consejero y no habrás menester de mis asesoramientos; no ocupes, pues, tu corazón con el recuerdo de las hembras y borra de tu mente su idea, porque Alá (glorificado sea) nos mandó que no abusáramos de la profusión de ellas, por mano de su profeta, Musa, y hubo uno de los sabios monarcas antiguos que le dijo a su hijo:

–¡*Ye* hijo mío! Cuando a mi muerte ocupes mi trono no tomes para ti demasiadas mujeres, para que no extravíen tu corazón ni te ofusquen la mente, pues las muchas mujeres nos absorben el corazón con su amor y esto es causa de que se nos nuble la razón. Y prueba de ello es lo que le ocurrió a nuestro señor Soleimán, el hijo de Daud (sobre ambos la paz), al cual dotó Alá de sabiduría y le concedió un gran imperio, y le dio lo que no dio a ninguno de cuantos reyes lo precedieron, y con todo eso fueron causa las mujeres de que pecase y delinquiese. Y dizque lo mismo que a él le pasó a más de un rey, y que si te cito a Soleimán es porque sabes que ninguno de los monarcas que antes hubo llegó a dominar imperio tan grande como el suyo, pues le rendían obediencia todos los reyes de la tierra.

–No olvides, ¡*ye* rey poderoso!, que el amor a las hembras es la raíz de todo mal y que ninguna hay de ellas que sea capaz de emitir sobre nada una opinión acertada, por lo que debe el hombre condescender con ellas en la medida en que lo pide la naturaleza, pero sin inclinárseles con las riendas sueltas, pues si tal hiciere vendrá a parar en la ruina y en la muerte. Así, pues, ¡*ye* ilustre rey!, si siguieres mis consejos, todos tus asuntos marcharán derechos, y si los desoyeres, habrás de arrepentirte, cuando ya de nada te sirviere.

Oyó el rey al muchacho y le contestó diciendo:

–Ya hace tiempo, por cierto, que renuncié al excesivo amor de las mujeres y aparté de mi pensamiento su recuerdo; pero querría me dijeras qué debo hacer para darles el castigo que merecen por lo que hicieron conmigo, pues si maté a tu padre, Schemmás, fue a impulsos de sus instigaciones y cediendo a su maldad, que no era esa mi voluntad, y no sé cómo me pude ave-



nir a darles gusto a ellas matando a mi visir.

Y, dando un grito el rey, clamó diciendo:

–*Ye* y cómo sentí luego la pérdida de mi visir y cuánto eché de menos sus buenos consejos y sus pareceres certeros y cómo lamenté también la falta de mis otros visires y emires del reino y el verme privado de sus atinados asesoramientos.

–Has de saber, ¡*ye* ilustre rey!–respondióle el visir niño–, que la culpa de todo eso que hiciste no debe recaer en solo las mujeres, pues vienen a ser estas como esas bellas mercancías que atraen a sí los deseos de todo el que las mira, y a quien quiere comprárselas se las venden, y al que no quiere mercarlas nadie le importuna para que lo haga, de suerte que la culpa es por entero del que las compra, máxime cuando sabe de antemano hasta qué punto son nocivas las tales mercancías. Yo, pues, te aviso y pongo en guardia, ¡*ye* rey!, como antes hizo mi padre, el visir, cuyos consejos, por cierto, no quisiste seguir.

–Tienes razón–respondió el monarca–y yo debo pechar ahora con el peso de mi falta. En verdad que el amor a las mujeres hízome prevaricar, por más que repetidas veces me traté de enmendar, y a pesar de que me amonestó y exhortó tu padre, el visir Schemmás, solo que pudo más el corazón que el intelecto y lo venció. Dime, pues, tú ahora: ¿cómo podría yo hacer para no incurrir de nuevo en ese yerro y conseguir que el corazón no venza en mí a la razón?

–Yo te indicaré–respondióle el visir–algo que te impida cabalgar en el pecado, y es que te despojes de los vestidos de la ignorancia y te pongas el ropaje de la equidad y desobedezcas los dictados de la concupiscencia y sigas los mandatos de tu señor que te creó y tornes a marchar por la senda de la justicia, como marchó tu padre, y observes y guardes los preceptos de Alá y cumplas, cual conviene al soberano, los deberes para con tus vasallos y mires por ellos y por tu buen gobierno y ahorres la sangre de tus súbditos y, antes de hacer alguna cosa, pienses en las consecuencias y de la injusticia y el desafuero te abstengas, así como de la ambición y la perversidad, y practiques sin cesar la justicia y la equidad.

–En verdad–exclamó el rey–que, con lo que me has dicho, me has vivificado el hígado y me has iluminado el corazón con tu dulce lenguaje y me has curado la niña de mi ojo, salvándola de la ceguera que hasta aquí padeciera. Resuelto estoy y decidido a hacer cuanto me has dicho, con la ayuda de Alá-*taála,* y a dejarme de mis antiguos apetitos y liviandades y a sacar mi alma de la angostura hacia la anchura y del temor hacia la seguridad y la tranquilidad. Alégrate, pues, hijo mío, que, a pesar de los muchos años que te llevo, vengo a ser como tu hijo y tú como mi padre, pese a tus pocos años, y como a tal te he de acatar, poniendo todo empeño en seguir tus consejos. Gracias le doy a Alá por su bondad, pues le plugo ponerte en mi camino para que de guía me sirvieras y me libraras de mi inquietud y mi pena, y diz que me hizo el regalo más rico al depararme en ti un consejero sólido y recto, que ha venido a disipar de mi corazón toda angustia y temor. Por tu mano vínoles a mis vasallos su seguridad, gracias a tu saber y a la hidalguía de tu proceder, por lo que, desde ahora en adelante, serás tú quien mande y disponga en mi reino y serás como yo mismo, salvo en lo de sentarte en mi trono, y lo que tú dijeres será para mí ley y todos lo habrán de acatar sin rechistar ni ponerle pero, que, si eres mozo de años, eres viejo de conocimiento e ingenio. Gracias, repito, doy a Alá, por habérteme enviado, para

que me guiases por el recto camino y me sacases del errado y torcido.

A lo que el visir niño le dijo:

–No pienses, ¡rey glorioso!, que tenga yo ningún mérito en lo de darte un leal consejo, que obligado vengo a acorrerte de palabra y de obra, que solo soy un retoño de tu bondad, y dizque, antes que yo, gozó otro de tus beneficios sin cuento, de suerte que ambos somos aparceros en tus honras y mercedes y no podemos desconocerlo. Demás de que tú, *¡ye* rey!, eres nuestro pastor y regidor y quien de nuestros enemigos nos guarda y quien tiene en sus manos nuestra tutela y amparo y siempre se desvive por mejorar nuestro estado. Y en verdad que, si en tu servicio nuestras vidas empeñásemos como esclavos, aún nos quedáramos cortos en punto a pagarte lo que te debemos, y así hemos de rogarle al Todopoderoso supla nuestra falta para contigo y te alargue la vida y te dé siempre la victoria sobre tus enemigos y no te pruebe con aflicciones ni tribulaciones y a todos tus deseos dé cumplimiento, hasta el último día de tu existencia, y alargue tus brazos en liberalidad, a fin de que imperes sobre todo hombre sabio y domeñes al malo y todos estén de ti ufanos y no haya en tu reino ningún torpe ni malvado. Y, asimismo, impetramos a Alá salve siempre a tu reino de la escasez y la calamidad y siembre entre todos tus vasallos la simiente del amor y la concordia y los haga gozar de todas las dichas de este mundo y después de la eterna felicidad que nos promete en su bondad. *¡Amin!* Pues sobre toda cosa es El poderoso y para El nada hay dificultoso.

Luego que oyó el rey las palabras de su visir niño holgóse grandemente e inclinóse a él con todo su corazón y exclamó:

–Desde ahora, visir mío, has de ser para mí como hermano, hijo y padre en una pieza, y nada podrá separarnos nunca sino la muerte. Y dispondrás como si fuere tuyo de todo cuanto mi diestra posee y si no llego a tener hijo que en el trono me suceda, te sentarás tú en él cuando yo muera, porque tú eres de todos mi visires y mis emires el más digno de ello, y yo te investiré de mi realeza en presencia de todos mis visires y mis emires y te nombraré mi heredero para que, a mi muerte, gobiernes mi reino. ¡Y así será, ojalá!

Mandó luego el rey comparecer a su canciller y le ordenó les escribiera sendos mensajes a todos los emires y grandes del reino mandándoles comparecer entre sus manos, y prodigó sus mercedes entre todos los habitantes de la ciudad, así de la clase alta como de la baja, y mandó que se reuniesen todos sus emires y cadíes y ujieres y demás personas de su servicio, así como también sus ulemas y los sabios, y que todos ellos compareciesen entre sus manos.

Constituyó luego el rey un gran diván, con conocimiento del hijo de Schemmás, y eligió cierto número de aquellos ulemas y sabios y díjole a aquel que escogiese siete de entre ellos para que fuesen sus visires bajo su dictado y lo reconociesen como a su jefe.

Eligió el hijo de Schemmás de entre ellos a los siete mayores en edad y más cabales en punto a saber y discernimiento y se los presentó al monarca, el cual los hizo vestir las ropas de visir y después les habló así:

–De hoy más sois mis visires bajo la obediencia de Ibn-Schemmás, y todo cuanto os dijere y os mandare, este mi primer visir Ibn-Schemmás, lo habréis de hacer sin replicar, aunque sea menor que vosotros en edad, pues es mayor en punto a saber y sagacidad.

Hízolos después el rey sentar en sendos tronos incrustados de oro, al estilo de los visires, y les repartió bienes y mercedes, y luego les mandó que eli-

giesen, de entre los grandes magnates reunidos en palacio para el festín preparado, a aquellos que estimasen más indicados para el servicio del reino, tocante a los ejércitos, para nombrarlos capitanes de mil, capitanes de cincuenta y capitanes de diez, y asignarles sus sendos cargos y repartirles bienes y mercedes, según la costumbre en tales casos, lo que sus visires hicieron en el acto.

Y esto es, por ahora, todo lo referente a la historia del rey Uarduján y de su visir Ibn-Schemmás y el nombramiento de los emires y ulemas de su reino.

Cuanto al asunto de las mujeres, de las favoritas de los serrallos y de las demás que fueran causa de la muerte de los visires y de la decadencia del reino, con sus astucias y sus ardides, luego que los personajes reunidos en palacio, así de la almedina como de las alquerías, se hubieron tornado a sus viviendas respectivas, para reintegrarse de nuevo a sus tareas, mandóle el rey a su visir, pequeño de edad, pero grande de sagacidad, o sea a Ibn-Schemmás, que convocase a los otros visires...

Pero al llegar aquí sintió Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras cautivadoras.

Y LA NOCHE 506 REANUDO SU RELATO EN ESTA FORMA:

–Ha llegado a mis oídos, *¡ye* monarca, el afortunado!, que el rey ordenó a su visir Ibn-Schemmás convocase a los otros visires, y luego que estos se presentaron entre sus manos, quedóse a solas con ellos el soberano y les habló, diciendo:

–Habéis de saber, visires respetables, cómo yo apartárame del camino recto y me sumiera en la ignorancia y cómo fuera desoidor de consejos, incumplidor de pactos y convenios y rehuidor de los varones amonestadores, siendo la causa de todo ello mis devaneos con las mujeres y sus maquinaciones para perderme.

Decidme ahora, pues, vuestro ilustrado parecer sobre lo que con ellas debo hacer.

Oído lo cual respondió el visir Ibn-Schemmás:

–*¡Ye* rey de condición grande! Ya antes de ahora te dije que no debe echárseles toda la culpa a las mujeres, sino también a los hombres, que las obedecen, pese a lo cual merecen castigo y debe imponérseles. Primero, por ser esa tu voluntad, ya que eres nuestro sultán, y también por razón de haberse querido encimar sobre ti y entremeterse en lo que no les concierne y sobre lo cual deben abstenerse de hablar. Con todo eso hiciéronse reos de pena capital; pero, sin embargo, yo soy de opinión de que ya están bien castigadas con lo que han pasado y que bastará con que las reduzcas a la condición de esclavas, sin más castigarlas.

Habló luego otro de los visires y dijo al monarca lo mismo que dijera el visir principal, Ibn-Schemmás.

Levantóse otro después y postróse ante el rey y luego le habló en estos términos:

–¡Alargue Alá los días del rey, nuestro señor! Si absolutamente estás decidido, *¡ye* mi señor!, a imponerles un castigo, haz con ellas lo que te digo.

–¿Y qué es lo que me dices?–preguntóle el rey.

Y el visir le dijo:

–Pues que le mandes a una de tus favoritas coja a las mujeres que maquinaron para perderte y las meta en el cuarto donde los visires y los ulemas recibieron la muerte y allí las encierre. Esto es lo menos que se merecen, ya que fueron causa de graves males para el reino y el origen y la raíz de todas las revueltas y calamidades que en nuestros días han sucedido, y así justo es se cumpla en ellas el dicho del sabio que dijo: «Quien a su hermano cava una zanja, en ella cae de fijo, aunque largo tiempo pueda dormir tranquilo.»

Aprobó el rey el consejo de aquel visir y, llamando a cuatro de sus esclavas, de las más arriscadas, entrególes a las culpables y les ordenó que las llevaran al lugar de la sarracina de marras y allí las encerraran y solo les dieran cada día un mendrugo de pan duro y un poco de agua turbia.

Hicieron luego las esclavas lo que su señor les mandara y las barraganas doliéronse con hondo duelo y atronaron el lugar con sus lamentos.

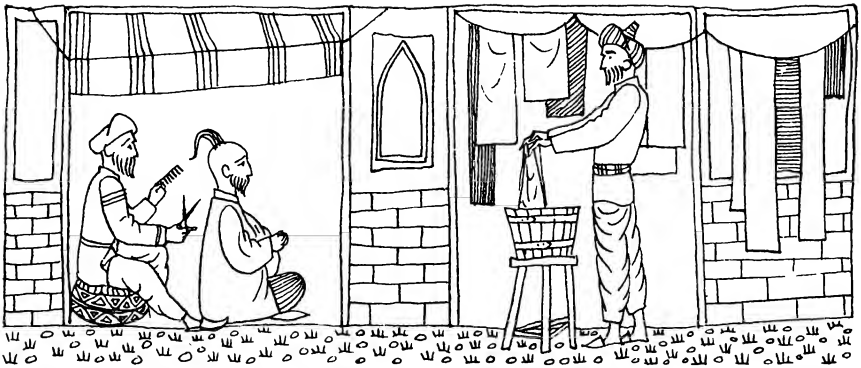
Diolas así Alá como pago la humillación en este mundo, preludio de los eternos tormentos en el futuro, y vivieron desde entonces en aquel encierro lóbrego y ruinoso, hasta que poco a poco fueron muriéndose, una tras otra, hasta no quedar ninguna y sucumbir todas.

Y la fama de este suceso divulgóse hasta llegar a todos los países y tierras extrañas y luengas.

Y aquí termina la historia del rey y sus visires y sus vasallos y ¡loado sea Alá que a los pueblos borra de la vida y los huesos de los muertos, ya podridos, vivifica!

¡El es el único digno de ser glorificado y engrandecido por siempre jamás y exaltado por toda una eternidad!





HISTORIA DE ABU-KIR Y ABU-ZIR

(Noches 506 a 509)

Historia que pudiera llamarse del bueno y el mal amigo, en que el tema cainita se transfiere a la esfera de la pura amistad, pero dotado de tales connotaciones que semeja una fraternidad de la sangre. Abu-Kir, el tintorero, el mal amigo, y Abu-Zir, el barbero, el amigo bueno, son, además de amigos, vecinos de tienda en el zoco, y ya se sabe la importancia que dan los orientales a esas relaciones, que establecen una suerte de consanguinidad entre las personas. Podrían citarse miles de proverbios que lo confirman, entre otros aquel que dice: «Más vale el vecino próximo que el hermano distante.» Para recalcar más ese cuasi parentesco entre los dos amigos el narrador los une también por la aliteración de sus nombres, que podrían servir para finales de rima. Abu-Kir y Abu-Zir vienen, pues, a ser como dos hermanos, y el mal proceder del primero para con el segundo tiene todas las características de la maldad cainita. Abur-Kir es envidioso e ingrato con el bueno de Abu-Zir, que, como Abel, es un predilecto de la gracia, sobre el que la suerte vierte gratuitamente sus favores, porque es un alma pura e inocente, el hombre bueno por naturaleza; Abu-Zir es una reiteración de Chúder el pescador, así como Abu-Kir lo es de la maldad innata e incorregible de los dos hermanos de aquel. La providencia vela constantemente por Abu-Zir y lo salva de todas las asechanzas del perverso Abu-Kir, y este, al final, recibe su merecido castigo y muere de la muerte que tenía preparada para su inocente y generoso amigo. «El que cava un hoyo para su prójimo cae en él», dice el conocido proverbio oriental. Esta es la moraleja del cuento, su finalidad principal, que, para ser más convincente, se adorna con el ropaje literario de toda suerte y raros y peregrinos episodios.

Notemos cierto simbolismo en los nombres de los amigos: Kir *significa pez, brea, algo viscoso y adhesivo, que en sentido moral podría llamarse contumacia, en tanto* Zir *suena a cosas todas favorables, como éxito, buena figura, etc. Por lo demás, la misma profesión del tintorero que muda el color de las cosas lleva ya implícita una alusión a la versatilidad y la mentira. Aunque Burton disiente de esta etimología y considera a Abu-Zir como una deformación del egipcio antiguo Pusiri, el Busiris de los clásicos.*

–Y cuentan también que había una vez en la ciudad de Iskandriya dos hombres, el uno de los cuales era tintorero y se llamaba Abu-Kir, y el otro barbero, y tenía por nombre el de Abu-Zir.

Eran ambos vecinos en el zoco y el barbero tenía su barbería al lado de la tienda del tintorero, y era el tintorero enredador y trapacero y perverso, y tan fuerte y recio que parecía tallado en granito o sacado del umbral de la iglesia de los judíos.

Era hombre tal que no se avergonzaba del mal que a la gente le hacía, y tenía por costumbre, cuando le llevaban alguna prenda para que la tiñera, pedir por anticipado el precio de su trabajo, alegando que tenía que comprar los ingredientes que necesitaba para teñirla, y, luego que tomaba el dinero, iba y se lo gastaba en comer y beber y después cogía la prenda y la vendía y se gastaba también el dinero en juergas y orgías.

Y dizque no comía sino de lo mejor ni bebía sino de lo superior, de aquello que desconcierta y deja la mente perpleja.

Luego que el dueño de la prenda volvía a recogerla, el tintorero le decía que tornase al otro día, antes que el sol saliera, «que mañana sin falta te la tendré lista y preparada».

Ibase de allí el dueño de la prenda y en su interior pensaba: «Después de todo, poco trecho media entre hoy y mañana.»

Pero al volver al otro día decíale el tintorero:

–Ven mañana, que aún no está preparada, que ayer no pude terminarla, porque tuve huéspedes en casa y tuve que atenderlos y no pude hacer nada; así que vuelve mañana, antes que el sol salga, y te tendré la prenda teñida y podrás llevártela.

Y volvía el dueño de la prenda el tercer día y entonces el pícaro del tintorero le decía:

–Tendrás que disculparme, pues anoche tuve de parto a mi mujer y a ninguna otra cosa pude atender; pero ven por aquí mañana y te llevarás tu prenda teñida, sin falta.

Ibase el dueño de la prenda y volvía al día siguiente y entonces el bribón le salía con otra disculpa y le juraba y perjuraba y así le iba dando largas, hasta que aquel se impacientaba y acababa por decirle:

–¿Cuántas veces me has dicho ya lo mismo: «Ven mañana y te daré tu prenda, sin falta»? Ya no puedo aguardar más y desisto de teñirla; así que te ruego me la devuelvas en seguida.

Pero entonces el tunante iba y le decía:

–¡Por Alá, hermano mío, que tienes razón; pero voy a decirte con toda franqueza lo que le ha pasado a tu prenda y Alá castigue al que a su prójimo perjudica en cosas de su pertenencia!

–¿Pues qué le ha pasado a mi prenda?–inquiría el parroquiano.

Y el tintorero le respondía, diciendo:

–Verás, hermano mío: te había yo teñido tu prenda de un modo como no habría otro tintorero que lo hiciera y

la puse a secar, colgada de una cuerda, y vino un ladrón, que no sé quién fuera, y se la llevó.

Y si era hombre pacato el parroquiano le decía:

–¡Quiera Alá darme otra en vez de la perdida!

Pero si era irascible enzarzábase con el tintorero en dimes y diretes, sin que con ello consiguiese nada, ni saliese mejor parado si le iba al guali con su demanda.

Perseveró el tintorero en esta táctica durante varios años, pero un día de los días sucedió que se quedó con la prenda de un sujeto bravo y se gastó el dinero, y su dueño iba todos los días a buscarlo y no lograba hallarlo, porque el fullero, luego que lo sentía, iba a esconderse en la tienda de su vecino Abu-Zir, el barbero.

Acabó por cansarse de aquello el parroquiano jaquetón y fue a denunciar al tintorero ante el cadí, y el cadí le dio uno de sus alguaciles para que fuera a buscarlo y se lo trajera entre sus manos.

Fue allá el alguacil y llamó a la puerta de la tintorería, en presencia de un corro de musulmanes, y, al ver que no le abrían, la violentó y pasó adentro; pero solo halló allí cosas de ningún precio, por lo que selló la puerta y se guardó las llaves y les dijo a los vecinos del tunante:

–Decidle que vaya ante el cadí y le lleve la prenda y entonces le devolveremos las llaves de su tienda.

Después de lo cual retiráronse de allí el parroquiano y el alguacil.

Díjole entonces Abu-Zir a Abu-Kir:

–¿Cómo haces eso, hermano? ¿Cómo te atreves a quedarte con las prendas de tus parroquianos? ¿Quieres decirme qué hiciste con la prenda de ese hombre bravo?

–Me la robaron–respondióle Abu-Kir.

Y exclamó Abu-Zir:

–¡Qué cosa tan rara, hermano mío, que prenda que te dan a teñir te la han de robar, como si todos los ladrones la hubiesen tomado contigo y se hubieran dado cita en tu domicilio! Sospecho, hermanito, que mientes, pues a mí no me roban nada; cuéntame con franqueza lo que te pasa.

–La verdad–respondió Abu-Kir–es que tampoco me roban a mí.

–Pues entonces–exclamó Abu-Zir–¿qué es lo que haces con esas prendas que te dan a teñir?

A lo que le contestó Abu-Kir:

–Las vendo y me gasto el dinero.

–¿Imaginas que eso es lícito–exclamó Abu-Zir–y que Alá va a dejarlo sin castigo?

–Hago eso–disculpóse Abu-Kir–obligado de la pobreza, porque mi oficio no me renta lo que necesito y no tengo otro medio de salir del conflicto.

Siguió luego Abu-Kir contándole al vecino lo poco que le daba su oficio y también Abu-Zir quejóse con él de lo poco que el suyo le producía, y, entre otras cosas, decía:

–No hay quien en esta ciudad me iguale en cuanto a dominar mi arte, y, sin embargo, como soy pobre, no hay quien venga a afeitarse a mi barbería, por lo que te confieso con franqueza que le he cobrado aversión a mi profesión.

–También yo–díjole Abu-Kir, el tintorero, a Abu-Zir, el barbero–he cogido tirria a mi oficio, que no me produce, ni con mucho, lo que necesito, y pienso, hermano mío, que nuestra suerte no está aquí y que lo que debiéramos hacer yo y tú era levantar el campo e irnos por esos países de las gentes, que en todas partes podremos practicar nuestro arte, y viajando, respiraremos el aire y descansaremos de estas calamidades.

Continuó así Abu-Kir ponderándole las excelencias del viaje a su amigo Abu-Zir hasta que logró encandilarlo y

engolosinarlo, y ambos, al fin, acabaron por convenir en levantar el campo e irse lejos de allí.

Y fue tanto lo que Abu-Kir, el tintorero, se alegró de oír la decisión de su amigo, el barbero, que improvisó estos versos:

–Si quieres prosperar, deja tu tierra
y échate a correr mundo; los viajes
cinco bienes al hombre proporcionan:
pan cotidiano, alivio de pesares
–pesares, ¡ay!, que tanto nos agobian–,
cultura y buenos modos y el amable
trato con hombres sabios y educados.
Y aunque digan que el viaje nos atrae
separación de amigos, y aventuras,
y peripecias y penosos trances,
para el joven de temple generoso
siempre es mejor y muy más deseable
la muerte, que la vida en un rincón,
de menosprecio blanco insoportable [1].

Luego que quedaron convenidos y de acuerdo respecto a viajar juntos, díjole Abu-Kir a Abu-Zir:

–Mira, vecino mío: viajaremos juntos como dos hermanos y lo que sea del uno será del otro, y lo primero que debemos hacer es rezar la *fátiha* para que nuestras empresas nos rindan provecho y no nos falte el sustento.

–Bien pensado, hermano–respondió Abu-Zir.

Y procedió, efectivamente, a rezar la *fátiha,* para que sus empresas fueren provechosas y les saliesen bien todas las cosas.

Cerró luego Abu-Zir su barbería y diole las llaves al casero y Abu-Kir dejó al alguacil del cadí las de su tienda, que estaba cerrada y sellada, y, luego de eso, proveyéronse ambos de lo necesario y emprendieron su viaje, según habían acordado.

Embarcaron en un galeón [2] que surcaba el mar salado y bogaron en él con felicidad, siendo lo más afortunado que le ocurrió al barbero que no había en el galeón ningún otro barbero, y eran ciento veinte los pasajeros, sin contar al arráez ni a los marineros.

Luego que desplegaron las velas y se hizo a la mar el galeón fue el barbero y le dijo al tintorero:

–Mira, hermano mío: la travesía va a ser larga y necesitamos comida y bebida, pues lo que con nosotros traemos es ración harto exigua; así que cuando alguno me llame y me diga: «Ven acá y afeítame», yo le cobraré por el servicio un panecillo o medio dinar en plata o un trago de agua, y lo que me den por mi trabajo lo partiremos como hermanos.

–Muy bien pensado–aprobó el tintorero.

Y después se arrebujó la cabeza y se durmió.

Por su parte, el barbero cogió sus instrumentos y la bacía y empezó a andulear por entre los pasajeros, y uno de ellos le llamó diciendo:

–Ven acá, barbero, y afeítame.

Afeitóle el barbero y luego el parroquiano diole medio dinar en plata. Pero el barbero se lo rehusó, diciendo:

–Yo no he menester dinero; si me dieras un panecillo sería para mí más bendecido, pues vengo en el barco con un compañero y las provisiones que para el viaje hemos traído no han de bastarnos, de fijo.

Diole entonces el parroquiano un panecillo y un cacho de queso y le llenó de agua dulce la bacía, y el barbero tomó aquello y se fue a buscar a su amigo Abu-Kir y le dijo:

–Toma este panecillo y cómetelo con este cacho de queso y bebe agua dulce de la bacía.

Comió Abu-Kir y bebió, y luego Abu-Zir tornó a coger sus herramientas y se terció la toalla a la espalda y tomó la bacía en su mano y empezó a pasearse por la cubierta del barco, entre los pasajeros, los cuales le llamaban, y al uno afeitaba por un panecillo

[1] Suprimido en la edición de Bulak.
[2] *Sic* en el texto árabe.

y el otro le daba un trozo de queso por el servicio, y tanto trabajo tuvo el barbero que al ponerse el sol ya reuniera treinta panes y treinta medios dinares en plata y también queso y aceitunas y otras muchas cosas necesarias.

Afeitó también al capitán y se dolió con él de las pocas provisiones que llevara para la travesía, y el capitán le dijo:

–Vente aquí conmigo y tráete a tu compañero y aquí estaréis los dos mientras dure la travesía y no tendréis que preocuparos de comida ni bebida.

Fue Abu-Zir, el barbero, a buscar a Abu-Kir, el tintorero, y se lo encontró durmiendo y procedió a despertarlo, y, al abrir sus ojos el tintorero vio a su cabecera muchas cosas de comer: queso y pan y aceitunas y demás, y, asombrado, preguntóle a su amigo, el barbero:

–¿De dónde has sacado todo esto?

–De la gracia de Alá–respondióle Abu-Zir.

Fue entonces a comer Abu-Kir; pero Abu-Zir le contuvo, diciendo:

–No comas de esto ahora, hermano; déjalo para más adelante, pues has de saber que afeité al arráez y me quejé con él de las pocas provisiones que trajéramos para el viaje, y él entonces me dijo: «No te apures; venios tú y tu compañero a pasar la noche conmigo y comeréis y beberéis de lo mío.» De suerte, pues, que cenaremos con el capitán, primero, y después ya veremos.

Pero Abu-Kir exclamó:

–Yo estoy mareado, hermano mío, y no puedo moverme de este sitio, así que déjame que coma de estas cosas y vete tú solo a cenar con el capitán.

–Está bien, hermano–aprobó el barbero.

Y así diciendo se sentó al lado de su compañero, el cual empezó a comer a dos carrillos, y dizque cortaba las tajadas como si tallase piedras de las montañas y como un monstruo se las tragaba y resoplaba como hace el buey sobre la paja y las habas.

Y estando en estas he aquí que llega un marino y le dice al barbero:

–El capitán te dice: «Ven con tu amigo a cenar conmigo.»

Y Abu-Zir, al oírlo, le dijo a Abu-Kir:

–¿Por qué no te levantas y vienes conmigo?

Pero Abu-Kir le dijo:

–Yo no puedo andar y no estoy en estado de moverme de mi lugar.

Fuese, pues, solo el barbero a cenar con el capitán, el cual le aguardaba sentado y tenía delante una mesa en la que había veinte platos distintos o más todavía, y tanto él como sus invitados estaban esperando para empezar a que llegaran el barbero y su compañero.

Así que el capitán, al verlo llegar solo, lo interpeló, diciendo:

–¿Dónde se quedó tu compañero?

–Mi compañero–respondió el barbero–se mareó y por eso no ha podido aceptar tu invitación.

–Bien–exclamó el capitán–; no te apures, que ya se le pasará el mareo a tu compañero. Ven tú acá y siéntate a cenar, que te estábamos esperando para empezar.

Tomó luego el arráez una gran fuente y echó en ella de todos los manjares que había en la mesa y la puso aparte, y luego sirvió a los demás comensales, los cuales comieron hasta hartarse y más no querer.

Y luego que terminaron de cenar, díjole al barbero el capitán:

–Toma esta fuente y llévasela a tu compañero, para que participe de lo que nosotros comemos.

Tomó Abu-Zir la fuente y fue a llevársela a Abu-Kir y lo encontró devorando como un camello, sin dar paz a sus quijadas, y engullendo aprisa tajada tras tajada.

Dejólo Abu-Zir embaulando y se volvió con el arráez y tomó allí el ca-

fé [3], después de lo cual se retiró y tornóse al lado de Abu-Kir, y vio cómo este acababa de engullir cuanto había en la fuente, hasta darle fin.

Pero al llegar aquí sorprendió a Schahrasad la mañana y puso dique a sus desbordadas y cautivadoras palabras.

Y LA NOCHE 507 SIGUIO DICIENDO LA MUCHACHA:

–Ha llegado a mí noticia, ¡*ye* monarca, el aventurado!, que, al volver Abu-Zir al lado de Abu-Kir, le vio apurar el contenido de la fuente, hasta dejarla vacía completamente.

Cogióla entonces Abu-Zir y fue a devolvérsela a los criados del capitán, y, después que lo hizo así, regresó al lado de su amigo y se acostó y se durmió y hasta la mañana no se despertó.

Luego que amaneció la mañana del segundo día púsose otra vez Abu-Zir a afeitar a los parroquianos que le salían y todo cuanto por su trabajo recogía iba y se lo daba a Abu-Kir, el cual comía y bebía y no se movía de su sitio, sino para hacer alguna necesidad que ningún otro podía hacer por él, y eso cuando ya no podía más.

Llevábale Abu-Zir todas las noches una fuente de viandas de la mesa del capitán que Abu-Kir se daba prisa a engullir.

Veinte días continuaron haciendo esa vida, hasta que al cabo de ese tiempo vino a fondear el barco en un puerto.

Bajaron entonces del galeón el barbero y su amigo el tintorero, y entraron en la ciudad y alquilaron una habitación en un *jan* y Abu-Zir la esteró y mercó además una olla y platos y cucharas y todo cuanto podían necesitar y llevó carne y la aderezó, y, a todo esto, no hacía Abu-Kir más que dormir, y durmiendo estuvo desde que llegaron al *jan* hasta que Abu-Zir lo fue a despertar y puso la mesa entre sus manos.

Despertóse entonces Abu-Kir y empezó a tragar y engullir, y, luego que se hartó, díjole a Abu-Zir:

–No me tomes a mal lo que hago, pues aún sigo mareado.

Y así diciendo echóse a dormir y se durmió al momento.

Cuarenta días vivieron los dos de esta guisa, hasta que, al que hacía cuarenta y uno, hubo de adolecer el barbero y no pudo levantarse y salir en busca de alimento, por lo que encargó al portero del *jan* de traerles lo que pudieran necesitar.

Cuatro días se las arreglaron de ese modo, hasta que al cabo agravóse tanto el barbero, que hasta perdió el conocimiento.

Apretóle entonces el hambre a Abu-Kir y se levantó y se puso a buscar por la habitación, a derecha e izquierda, algo que llevarse a la boca.

Pero no encontró nada de comer por ninguna parte, y entonces procedió a registrar las ropas de su amigo, el barbero, que yacía como muerto en el suelo, y dio luego con la bolsa en que el pobre guardaba las monedas que una a una había ido ganando durante la travesía y en los cuarenta días de trabajo, y el bribón fue y se la guardó en la faja, y sin hacer el menor caso de su compañero, cual si ya fuera un muerto, salióse del cuarto, dejándolo cerrado.

[3] Burton, como en otra ocasión, opina que se trata de un anacronismo introducido por el copista.

Y como no estuviese allí a la sazón el portero del *jan* lanzóse a la calle, sin que nadie lo viese ni nada le preguntasen.

Y lo primero que hizo Abu-Kir fue encaminarse derecho a la tienda de un confitero, y allí se compró toda una bandeja de *kenaja* y otra de hojaldre escarchado y allí mismo se las comió, y encima se echó al coleto un pichel de sorbete de almizcle y otro de ámbar y azufaifas, y, después de eso, dirigióse a la alcaná y se compró lujosos vestidos y alhajas de precio, y así acicalado y compuesto, echóse a pasear despacito por las calles de la ciudad, recreando la vista y el ánimo con las novedades que encontraba al paso en aquella ciudad, que en el mundo todo, según él, no tenía par.

Y dizque entre otros pormenores, dignos de llamar su atención, lo que más le chocó fue ver que todos los transeúntes, sin excepción, vestían trajes del mismo color, azul o blanco, y se acabó. Blancas o azules solamente eran las telas que se vendían en las tiendas, y los drogueros no tenían más que esencias y perfumes blancos o azules y hasta los sorbetes de los aguadores eran blancos y no rojos, ni rosados, ni morados. Maravillóse Abu-Kir de ver aquello lo que no es de decir, y su maravilla fue aún mayor cuando al llegarse a la tienda de un tintorero vio que en las cubas de los colores no había más que azul de añil.

Entróse entonces Abu-Kir en la tienda, y, mostrándole al tintorero un pañuelo blanco, le dijo:

–Toma, maestro; toma este pañuelo y tíñemelo y dime lo que tengo que abonarte por ello.

–Mi trabajo de teñir este pañuelo vale veinte adarmes–díjole el tintorero, después de mirarlo.

–Pues en mi país–respondió Abu-Kir–solo dos adarmes cobramos por ese trabajo.

–Siendo así–replicóle el tintorero–, vete a tu país y que te lo tiñan allí, porque lo que es yo no te he de cobrar menos de los veinte adarmes y de ese precio nada he de rebajarte.

–¿De qué color me lo vas a teñir? –preguntóle Abu-Kir.

–De azul–díjole el tintorero.

Pero Abu-Kir le dijo:

–Yo quiero que me lo tiñas de rojo.

–Yo–respondióle el tintorero–no sé teñir de rojo.

–Pues tíñemelo de verde–díjole Abu-Kir.

–No sé tampoco–respondió el tintorero–teñir de ese color.

–Tíñemelo entonces de amarillo–díjole Abu-Kir.

–Tampoco sé teñir de ese color–le respondió el tintorero.

Siguió luego Abu-Kir enumerándole color tras color y el tintorero contestándole, invariablemente, no conocerlo.

Pidióle luego Abu-Kir detalles de su profesión y el tintorero la explicó:

–Nosotros aquí somos cuarenta maestros, ni uno más ni uno menos, y, cuando muere uno de nosotros, enseñamos el oficio a su hijo, y si no deja ningún hijo, para que el número esté completo, enseñamos al hijo, el segundo, del que tiene dos, y si muere este, enseñamos el oficio a su hermano, el tercero.

Luego de oírlo, díjole Abu-Kir al tintorero:

–Has de saber, maestro, que yo soy también tintorero y sé teñir en todos los colores y querría quedarme contigo a trabajar por un jornal.

–Nosotros–díjole el maestro–no consentimos que ningún algarivo ejerza aquí nuestro oficio.

Dejólo, pues, Abu-Kir y se dirigió a otro tintorero, que también le contestó lo mismo que el primero.

Siguió Abu-Kir yendo de maestro en maestro, hasta darles la vuelta a los cuarenta, y de todos escuchó la misma

respuesta, negándose todos a admitirlo ni como oficial a sueldo ni como maestro.

Fue entonces Abu-Kir a avistarse con el *scheij* de los tintoreros y le contó su caso, y el *scheij* le dijo, después de oírlo:

–Nosotros no admitimos algarivos en nuestro gremio.

Enfurecióse entonces grandemente Abu-Kir y fue a quejarse de lo que le pasaba con el rey de la ciudad y le dijo:

–¡*Ye* rey de los tiempos! Yo soy algarivo y mi oficio es el de tintorero y me ha pasado tal y cual con los tintoreros de esta ciudad. Y sé teñir las prendas de todos los colores, de color rosa y de azufaifa y verde, y de negro carbón y negro azulado y amarillo anaranjado y amarillo limón y oro y de cuantos tonos quisieres y tuvieses antojo.

Y Abu-Kir, al terminar su relación, añadió:

–¡*Ye* rey del siglo! No hay ninguno entre todos los tintoreros de tu ciudad que sepa teñir de esos colores que te acabo de decir, que solo en azul saben teñir y ninguno de ellos me quiere tomar ni como oficial ni como maestro.

–Cierto es lo que dices–respondióle el rey–; pero no te apures, que yo te pondré una tienda y te daré dinero y cuanto necesites, y a todo el que se te oponga o pretenda hacerte fuerza, lo mandaré colgar en su puerta.

Mandó luego el rey venir a los albañiles y les dijo:

–Id con este maestro y recorred la ciudad, y luego que elija un lugar, echaréis de allí a su dueño, ya se trate de una tienda o de un parador o de cualquier otra clase de aposento, y le labraréis allí una tienda de tintorero, a la medida de su deseo.

Vistióle luego el rey a Abu-Kir un traje de honor y le dio mil dinares y le dijo:

–Toma esta cantidad y arréglate con ella hasta que te hagan la tienda.

Diole también el rey a Abu-Kir dos esclavos para que le ayudasen en su trabajo y regalóle, asimismo, un alazán enjaezado con arreos muy lujosos, con incrustaciones de oro.

Y Abu-Kir vistióse su traje de honor y montó en su caballo con tal arrogancia que parecía un emir y se dirigió al domicilio que el rey le había habilitado y tapizado y en él se instaló.

Y montó Abu-Kir al día siguiente en su alazán y procedió a recorrer e inspeccionar la ciudad, llevando por delante a los albañiles, y no paró de examinar todos los lugares de la ciudad hasta que se fijó en uno que le agradó y que era una gran tienda abovedada, en el centro mismo del zoco, y volviéndose a los albañiles, se lo comunicó, diciendo:

–Este sitio me parece bueno.

Luego que los albañiles lo oyeron procedieron a echar de allí a su dueño, al que llevaron a presencia del rey, y este le abonó el precio de su inmueble, dándole una cantidad capaz de satisfacerle y más.

Volvieron luego Abu-Kir y los albañiles al lugar elegido y Abu-Kir les dijo:

–Labradme un edificio así y así.

Hiciéronlo así los albañiles y resultó una tienda como no la había igual a ella.

Fue luego Abu-Kir a ver al monarca y le participó que la tienda ya acabara de edificarla, pero que ahora necesitaba algún dinero para comprar materiales y empezar a manejarse.

–Toma–díjole el rey–estos cuatro mil dinares y administralos como tu capital y ya me mostrarás el fruto de tu actividad.

Fuese Abu-Kir al zoco y vio allí mucho añil, que no tenía valor alguno en aquel país, y mercó todo cuanto para su oficio era preciso de telas

blancas, de seda, de lana y de hilo.

Envióle luego el rey quinientas prendas para que se las tiñese y Abu-Kir se las tiñó en todos los colores, y luego las colgó a la puerta de su tienda para que se secaran y, al secarse, sus colores se acentuaban, de suerte que al pasar por allí la gente pudo ver una cosa extraordinaria y sorprendente, que en toda su vida la viera parecida.

Agolpóse, pues, delante de la tienda de Abu-Kir un denso gentío y todos miraban embelesados aquellos colores y se recreaban mirándolos y le preguntaban al tintorero, diciendo:

–¿Cómo se llama este color?

Y Abu-Kir les contestaba:

–Este, rojo granate; y este, verde aceituna; y estotro, amarillo de oro.

Y así les fue diciendo los nombres de todos los colores y ellos le llevaban prendas a porfía y le decían:

–Tíñemela de este o este color y dime lo que sea, sin vacilación.

Y sucedió que el propio sultán, advertido de que sus telas estaban ya teñidas, presentóse en el zoco, caballero en su caballo y precedido de batidores que le abrían paso entre el gentío y de su escolta seguido.

Y a vista de tantos cambiantes colores como las telas mostraban, al flamear movidas de la brisa, quedóse el rey maravillado y entusiasmado hasta el colmo de la maravilla y el entusiasmo, y se estuvo una hora de tiempo inmóvil y sin aliento y con los ojos en blanco.

Y hasta los caballos, lejos de espantarse ante aquel espectáculo inusitado, dieron muestras de sentirse fascinados por aquellos colores tan vistosos, y, cual otras veces suelen hacer al son de albogues [4] y clarines, pusiéronse a caracolear y bailar, embriagados por aquel derroche de colorines que parecían chisporrotear e irradiaban claridad. Y el rey, no sabiendo cómo honrar al tintorero, mandóle a su gran visir que se apease de su bridón para que Abu-Kir montase en él y se colocase a su derecha, y luego que sus servidores se hubieron hecho cargo de las telas, tomó la vuelta de su alcázar, donde, al llegar, colmó a Abu-Kir de oro y otros presentes y le concedió, además, privilegios y mercedes.

Y el rey mandó luego que de aquellas telas teñidas le cortasen los alfayates trajes para él y sus mujeres y sus visires y que le diesen a Abu-Kir otras mil piezas, para que se las tiñese, de forma, pues, que al cabo de algún tiempo todos los visires y todos los emires y todos los palaciegos pudieron lucir trajes de colores diversos.

Y después empezaron a acudir a la tienda de Abu-Kir, nombrado por el rey tintorero de la real casa, en tal cantidad los pedidos, que no daba abasto a despacharlos, y no tardó en reunir tal caudal que vino a ser el hombre más rico de toda la ciudad.

Pues todos a porfía iban a su tienda a encargarle trabajo y le decían:

–Tíñeme esto de tal o cual color.

Y él los complacía y ellos le volcaban en su tienda el oro a manos llenas.

Y cundió en seguida la fama de Abu-Kir, cuya tienda llamaban la tienda del sultán, y la prosperidad entraba en ella por todas sus puertas.

Y esto es, por ahora, cuanto hay que decir sobre el asunto de Abu-Kir.

Por lo que respecta a Abu-Zir, luego que Abu-Kir, después de quitarle sus ahorros, lo dejó encerrado en su cuarto, enfermo como estaba y trastornado, permaneció tres días postrado y abandonado, hasta que al cuarto día hubo de pasar el portero del *jan* por delante de la puerta de la habitación y la vio cerrada, y entonces recordó que hacía ya días que no viera a ninguno de aquellos dos huéspedes ni tuviera de

[4] Caramillos. Del árabe *Al-Bak*.

ellos la menor noticia, y pensó con malicia:

«¿Se habrán fugado los dos del *jan* sin pagar?»

Acercóse entonces a la puerta y oyó los quejidos que el barbero daba allí dentro y vio que habían dejado la llave del cuarto en la cerradura, y tomóla el portero y abrió y pasó al interior del aposento, y allí se encontró con el barbero que, tendido en la estera y con el rostro pajizo, lanzaba quejidos y lamentos. Y lo interpeló, diciendo:

–Bien hayas, mi señor. Pero dime: ¿dónde está tu compañero?

–¡Por Alá–respondió el barbero–, que hasta hoy mismo túvome mi enfermedad privado de sentido y empecé a llamar y nadie contestó a mis gritos! Por Alá te ruego, hermano mío, que mires en la bolsa que tengo debajo de mi cabeza y tomes de ella cinco medios dinares y me compres con ellos algo de alimento, pues estoy que me muero de hambre.

Y alargó el portero su mano y sacó la bolsa y vio que estaba vacía y le dijo al barbero:

–La bolsa, hermano, está del todo exhausta, que no hay en ella nada.

Comprendió en seguida Abu-Zir que su amigo Abu-Kir le había saqueado la bolsa y puesto luego pies en polvorosa.

Y con dolido acento preguntóle al portero:

–Dime, hermano: ¿no viste por casualidad a mi compañero?

–Tres días hace–respondió el portero–que no lo veo, tanto que llegué a pensar que os habíais ido los dos sin pagar.

–Quizá–exclamó el barbero–no se trata de eso, sino que mi amigo codiciaba mi bolsa y aprovechando la ocasión de estar yo enfermo me la quitó y se fue con ella y me dejó.

Y el pobre barbero tornó a sus lloros y lamentos, y el portero del *jan* díjole, por vía de consuelo:

–No te apenes ni desazones, que no te pasará nada malo y a él Alá le dará el pago.

Y acto seguido el portero salió y luego volvió trayéndole un caldo y se lo dio y con él el enfermo se entonó, y por espacio de dos meses seguidos mantuvo así el portero a Abu-Zir, a costa de su bolsillo, hasta que sudó y con ayuda del Todopoderoso convaleció.

Y se levantó y diole las gracias al portero por lo que con él había hecho, diciendo:

–Si Alá, que todo lo puede, me pone algún día en situación de hacerlo, te pagaré todo lo que por mí has hecho, pero Alá es el único que puede pagar.

A lo que el portero le contestó, diciendo:

–Déjate ahora de eso y demos gracias a Alá por haberte salvado de tu enfermedad. ¡Y sabe, además, que, si eso hice contigo, hícelo buscando la faz del Señor de infinita bondad!

Levantóse luego el barbero y salió del *jan* y se puso a dar vueltas por la ciudad, y el sino le condujo al zoco donde Abu-Kir tenía su tienda y vio las telas teñidas, colgadas de la puerta de la tintorería, y a la gente allí agolpada recreándose en contemplarlas.

Dirigióse Abu-Zir a uno de los vecinos de aquella ciudad y le preguntó:

–¿Qué tienda es esta y por qué se agolpa aquí la gente en torno a ella?

–Esta–respondióle el interpelado–es la tintorería del sultán, la cual regenta un algarivo, llamado Abu-Kir, y siempre que este tiñe alguna prenda nos reunimos aquí a la puerta de la tienda para recrearnos viéndola, porque en nuestra tierra no hay ningún tintorero que sepa darle estos colores a las telas. Por lo que les pasó lo que les pasó.

Y el individuo contóle a Abu-Zir lo sucedido entre Abu-Kir y los tintoreros y cómo fue a quejarse al sultán de ellos y cómo el sultán lo tomó de su

mano y le mandó labrar aquella tienda y le dio, además, tanto y cuanto; en una palabra: que se lo contó todo, sin omitir nada.

Alegróse Abu-Zir al oírlo, y para su ánima se dijo: «¡Loado sea Alá, que le abrió puerta y lo hizo nuestro tintorero en estas tierras! No hay que reprocharle lo que hizo, que acaso haga ahora él contigo igual que tú hiciste con él y corresponda a tus favores con otras atenciones.»

Acercóse luego Abu-Zir a un pico de la puerta y vio desde allí a Abu-Kir, sentado en un almadraque alto, vestido con tal lujo que parecía un sultán, y asistido de cuatro esclavos negros y cuatro mamelucos blancos. Y allá dentro, en la tienda, vio a diez esclavos negros trabajando en las faenas del tinte, que Abu-Kir, al comprarlos, les había enseñado, y, mientras ellos trabajaban, Abu-Kir estaba allí sentado y repantigado sobre una montaña de almárfegas, sin hacer absolutamente nada, cual si fuere un gran visir o un poderoso monarca, pues cuando algo necesitaba luego le decía a un esclavo: «Haz esto o estotro», y quedaba servido en el acto.

Fuese Abu-Zir al tintorero pensando que en cuanto lo viere y lo conociese se alegraría y lo saludaría y de atenciones lo colmaría. Pero no bien Abu-Kir hubo visto a Abu-Zir luego se levantó y le increpó, diciendo:

–¡Quita de ahí, so feo! ¿Cuántas veces te he decir que no te pares a la puerta de mi tienda? ¿Es que te has propuesto abochornarme delante de la gente, so tunante, ladrón que eres? Ea, cogedlo en el acto y echadlo de ahí, mis esclavos.

Y asieron los esclavos a Abu-Zir, y Abu-Kir, poniendo por obra un ardid que se le había ocurrido, cogió una vara y, dirigiéndose a los esclavos, les dijo:

–Tiradlo en el suelo.

Hiciéronlo así ellos y entonces Abu-Kir empezó a vapulear a Abu-Zir y le arreó cien azotes en la boca del vientre, en tanto lo increpaba de esta suerte:

–¡Toma, malvado; toma, villano! Y como vuelva más a verte a la puerta de mi tienda te mandaré preso al rey para que al guali te entregue y este te corte el cuello como te mereces.

Al oír tales imprecaciones dijéronle a Abu-Kir los circunstantes:

–¿Pues qué fue lo que te hizo este sujeto, maestro?

–Este–respondió el tintorero–es un bandido sinvergüenza que me roba las prendas. Y hasta aquí, por compasión, hice la vista gorda y me aguanté y les aboné a sus dueños el importe de las prendas robadas, contentándome con prohibirle que aportase por aquí; pero visto que no hace caso y abusa de mi bondad y mi paciencia, no tendré más remedio que entregarlo a la justicia para que lo maten y libren de esa plaga a la gente honrada.

Al oír lo cual pusiéronse todos a golpear también a Abu-Zir, sin piedad.

Y esto es, por ahora, cuanto hay que decir respecto a Abu-Kir.

Cuanto a Abu-Zir, retiróse al *jan* y allí se sentó y se puso a pensar en lo que con él hiciera Abu-Kir, y así permaneció allí sentado y meditando, hasta que las heridas se le enfriaron.

Salió después del *jan* y se puso a dar vueltas por los zocos de la ciudad, hasta que al cabo se le ocurrió la idea de entrar en el *hammam*.

Y dirigiéndose a un natural de la ciudad, le preguntó:

–¿Quieres decirme, hermano, por dónde se va al baño?

–¿Y qué es eso del baño?–preguntóle a su vez el interpelado.

–El baño–respondióle Abu-Zir–es un lugar donde la gente se lava y se limpia de la cochambre y la suciedad, siendo lo más bueno de cuantas cosas

buenas se pueden en este mundo hallar.

–Para eso tenemos el mar–exclamó el otro.

–Sí–replicó Abu-Zir–; pero yo, hermano, quiero ir al baño.

–Nosotros–respondióle su interlocutor–no tenemos *hammam* ni sabemos lo que eso sea; cuando queremos asearnos nos vamos al mar y así lo hace hasta el mismo sultán, que igual que nosotros se va a bañar al mar.

Luego que se cercioró Abu-Zir de que en aquella ciudad no existía *hammam* y que sus naturales ni siquiera de nombre lo conocían ni sabían en qué consistía, fuese derecho a ver al rey y pasó a su presencia y besó entre sus manos la tierra y lo exaltó, y después le dijo:

–*¡Ye* ilustre monarca! Yo soy algarivo en esta ciudad y mi oficio es el de bañero, y al llegar a tu ciudad quise dirigirme al *hammam* y pregunté por él y me dijeron que aquí no lo había ni sabía nadie en qué consistía. Y siendo esta ciudad tan hermosa y cumplida, ¿cómo es que no hay en ella *hammam* cuando el *hammam* es lo mejor de todas las cosas buenas que hay en la tierra y con el propio Paraíso se le puede comparar?

–Pues ¿qué es, en fin de cuentas, el *hammam?*–preguntó el rey a Abu-Zir.

Y este, entonces, procedió a describirle al rey lo que fuese un *hammam* y le dijo para terminar:

–Antes me saldrían pelos en la lengua que pudiera yo darte una idea aproximada de lo que es el *hammam* y de los goces que brinda al hombre. Eso hay que probarlo para comprenderlo. Y tu corte no será una gran ciudad hasta que no cuente con un *hammam.*

–¡Bien venido seas!–exclamó el rey al oírlo, y mandó que le diesen un traje de gala, de lo más lujoso que pudiera haber, y le regaló, asimismo, un alazán y cuatro esclavos negros y cuatro mamelucos blancos y cuatro esclavas blancas, y le habilitó casa alfombrada y lo colmó de agasajos mayores que los que al tintorero dispensara, y mandó venir a los albañiles y se lo presentó a ellos, diciendo;

–En el lugar que más le agrade edificaréis un *hammam,* según lo que él os quiera mandar.

Fuese, pues, Abu-Zir con los albañiles y recorrió la ciudad hasta encontrar un sitio de su gusto, y entonces se detuvo y les indicó el lugar a los albañiles, que en el acto procedieron a acotarlo y a iniciar las obras del baño, según las instrucciones que él les iba dando. E hicieron los albañiles un *hammam* como en todo el mundo no lo habría igual y lo adornaron con arabescos entrelazados y con mármoles de color vario, y en su centro pusieron un gran pilón de transparente alabastro y otros dos de preciado mármol.

Y luego pasó Abu-Zir a ver al sultán y le dijo:

–Ya está encalado y pintado; solo falta proveerlo de lo necesario.

Y el rey, al oírlo, le dio diez mil dinares, con los cuales compró Abu-zir lienzos y toallas, que colgó de unas cuerdas, y también esencias y perfumes y sahumerios. Y puso cada cosa en su sitio, con mucho primor y tino.

Y todo el que por allí pasaba se detenía, atraído por el rumor del agua, más dulce de oír que la música mejor concertada, y del frescor que del interior se exhalaba y que al candor del lirio y los jazmines en lo limpio aventajaba...

Y exclamaban:

–¿Qué será eso?

Y Abu-Zir les contestaba:

–Esto es un *hammam.*

Y ellos se maravillaban.

Y seguían embobados contemplando lo que nunca hasta entonces vieran y que dejaba perplejo a todo el que lo contemplaba, y de sentir correr el agua no se cansaban.

Pidióle Abu-Zir luego al rey otros diez vigorosos esclavos, además de los que ya le había facilitado, y el rey le dio diez esclavos que eran como otras tantas lunas por su perfecta hermosura.

Y Abu-Zir se puso a darles masaje y les decía:

–Fijaos bien en cómo habéis de hacer.

Soltó luego los grifos de los vapores y despachó por la ciudad un pregonero que la recorriera, diciendo:

–*¡Ye* criaturas de Alá, venid al *hammam,* que es el *hammam* del sultán!

Empezaron luego a acudir todos en tropel al *hammam* y Abu-Zir mandaba a los esclavos que les lavasen el cuerpo a los parroquianos, y ellos así lo hacían y después los frotaban y los amasaban, según Abu-Zir les enseñara.

Y los parroquianos quedaban muy contentos y pagaban gustosos el precio.

Transcurrieron así los tres días primeros, y, al cuarto día, decidió también el rey visitar el *hammam* y se dirigió allá, montado en su caballo y seguido del cortejo de todos los emires de su reino.

Y salió Abu-Zir a recibirlo y lo hizo pasar adentro y subir al estrado y lo desnudó y lo envolvió en toallas, desde la cabeza hasta los pies, que le calzó en zuecos de madera, y lo hizo sudar y con mucho primor quitóle toda la suciedad de su cuerpo y se la mostró en forma de unas hebras negras y largas que parecían gusanos, quedando el rey muy satisfecho y maravillado.

Y al pasarse el rey la mano por el cuerpo y sentírselo tan limpio y tan terso, lanzaba exclamaciones de contento.

Luego que lavó bien al rey, echó Abu-Zir agua de rosas en el agua de la fuente y zambulló allí al monarca y luego lo sacó, y el rey, al salir, confesó no haber gozado en toda su vida semejante delicia.

Hízolo luego sentar Abu-Zir en una de las antecámaras y mandó a los esclavos que le amasasen el cuerpo y le diesen inhalaciones de áloe y estoraque.

–*¡Ye* maestro!–exclamó el rey–. ¿Es esto el *hammam?*

Y Abu-Zir le respondió:

–Sí, por cierto, mi señor.

–*¡Ye!*–tornó el rey a exclamar–. ¡Por vida de mi cabeza, ahora es cuando es ciudad mi ciudad; ahora que cuenta con un *hammam!*

Díjole luego el rey a Abu-Zir:

–Debes cobrarle una cantidad a todo el que venga al *hammam.*

–Lo que tú me mandes–respondióle Abu-Zir–eso les cobraré.

Y el rey entonces, le dijo:

–Cóbrales mil dinares por cada servicio.

–*¡Ye* rey de los tiempos, perdona –díjole Abu-Zir–, pero ten en cuenta que no todas las personas son lo mismo, sino que hay pobres y hay ricos, y si a todos, sin distinción, les cobro mil dinares, resultará inútil el *hammam,* ya que los pobres no podrán abonar esa cantidad!

–Pues entonces–dijo el rey–, ¿cómo nos las vamos a arreglar?

–Dejaré–díjole Abu-Zir–eso del precio a discreción y que cada uno dé lo que pueda, sin sufrir extorsión.

Hablaron entonces los emires del reino, y todos, a una, dijeron:

–Eso es lo más justo y equitativo, *¡ye* monarca del tiempo! ¿Por ventura imaginas que todos los mortales son lo mismo que tú, *ye* rey del siglo?

–Tenéis razón–respondió el rey–; pero se ha de hacer cuenta que este es un algarivo y que venimos obligados a honrarlo, ya que nos hizo este *hammam* que en nuestra vida habíamos visto y que a nuestra ciudad llena ahora de un prestigio de que hasta aquí ha carecido. Así que, habida cuenta de ello, todo cuanto le demos será poco, en comparación con lo que le debemos.

–Está bien–aprobaron los emires del reino–, le pagaremos eso; pero advirtiendo que de hoy en adelante todo aquel que venga al *hammam* pagará según la medida de su posibilidad.

Aprobólo el rey y cada uno de los grandes del reino diole a Abu-Zir cien dinares y dos esclavas y cuatro mamelucos, y dizque el número de los emires que aquel día se bañaran en el *hammam* con el monarca de cuatrocientos no bajara.

Sorprendió aquí a Schahrasad la aurora y cortó el hilo de sus palabras encantadoras.

PERO LA NOCHE 508 REANUDO SU RELATO EN ESTA FORMA:

–Ha llegado a mí noticia, *¡ye* monarca, el afortunado!, que el número de los emires que aquel día se bañaron en el *hammam* con el monarca de cuatrocientos no bajara.

De suerte que el total de lo que le dieron a Abu-Zir ascendió a cuarenta mil dinares, más cuatrocientos mamelucos y cuatrocientos esclavos y cuatrocientas esclavas, dándole el rey, por su parte, diez mil dinares, más diez esclavos y diez esclavas y diez servidores de toda laya.

Llegóse Abu-Zir al soberano y besó la tierra entre sus manos y le dijo:

–*¡Ye* rey del siglo, afortunado y bien encaminado! ¿Dónde voy yo a tener sitio bastante para alojar a todos estos esclavos como me donaste?

–¡Hombre de pocas luces! Haz cuenta que, si a mis emires les mandé que te tratasen así, fue con la intención de que te vieras dueño de abundantes riquezas, para que cuando te apriete la nostalgia de tu tierra y de tu gente y decidas volverte a tu país, lleves contigo bastante caudal como para vivir el resto de tus días sin trabajar.

–Gracias, *¡ye* rey del siglo!, por tanta bondad–replicóle Abu-Zir–; pero pienso que más valiera me hubieses gratificado con dinero, porque, ¿dónde voy yo a alojar a tanto esclavo negro y blanco y con qué les voy tampoco a mantener?

Echóse el rey a reír y le dijo así:

–¡Por Alá, que dices verdad!, pues todos estos esclavos y esclavas vienen a ser como un ejército y tú no tienes bastante para sostenerlos; así que lo mejor que puedes hacer es venderlos y cobrarás cien dinares por cada uno de ellos.

Y añadió después el rey:

–Para que te sea más sencillo te los compraré yo mismo.

Y acto seguido mandó el rey venir a su *jasandar* y ordenó que llevara el dinero y le pagó a Abu-Zir el precio de todos sus esclavos y esclavas, hasta el último céntimo, sin escatimar nada, y, después de eso, se los devolvió a sus respectivos dueños, diciendo:

–Que cada cual tome el esclavo o la esclava que le pertenezca, que yo se lo regalo por pura fineza.

Acataron todos la orden del monarca y se llevaron otra vez a sus casas sus respectivos esclavos y esclavas.

Y Abu-Zir, dirigiéndose al rey, le dijo así:

–¡Alá te alivie a ti, como tú me has aliviado a mí, quitándome de encima esas bocas a las que solo Alá podría hartar!

Echóse el rey a reír y aprobó el

dicho de Abu-Zir. Después de lo cual el soberano, seguido de sus cortesanos, fuese del *hammam* y tornóse a su serrallo.

Cuanto a Abu-Zir, cogió el oro y lo guardó en un bolso y lo selló y luego a la noche se acostó.

Y tenía Abu-Zir a su servicio veinte esclavos y veinte mamelucos y cuatro esclavas para que lo ayudaran.

Luego que amaneció al otro día la mañana abrió Abu-Zir las puertas del *hammam* y mandó un pregonero a vocear por la ciudad:

–¡Todo aquel que quiera puede ir al *hammam,* sin que tenga que dar otra cosa que lo que le permita su posibilidad o le dicte su generosidad!

Estábase en tanto Abu-Zir en el *hammam* sentado, junto a las arcas, y afluían a él los parroquianos y cada cual le daba lo que podía sin gravar su alma.

Y no era aún la tarde cuando ya rebosaban las arcas, henchidas de los bienes de Alá (loado sea y glorificado).

Había destinado Abu-Zir las horas desde el amanecer hasta el mediodía para los hombres, y desde el mediodía hasta ponerse el sol, para las mujeres, en atención a haber llegado a sus oídos que también la reina quería visitar el *hammam,* y luego que la reina llegó, apostó Abu-Zir una esclava detrás de lar arcas, y dizque Abu-Zir instruyera a cuatro esclavas en todos los secretos de su arte, de suerte que llegaron a ser cuatro bañeras insuperables. Fue la reina, pues, al *hammam* y quedó muy complacida y se le dilató el pecho, y echó mil dinares en las arcas, en testimonio de ello.

No tardó en divulgarse la fama de Abu-Zir por toda la ciudad y todo el mundo acudía al *hammam,* y Abu-Zir los trataba a todos con la misma obsequiosidad, sin hacer distinción entre pobres ni ricos, pues a todos los trataba lo mismo, con lo que empezaron a entrársele los bienes por todas las puertas, sin tasa ni mengua.

Y sucedió un día de los días que el capitán de la marina del rey fue también al *hammam* y Abu-Zir salió a recibirlo y le quitó las ropas y lo condujo al baño, y él en persona se encargó de lavarlo y amasarlo, con mimo extremado, y después que salió del baño, obsequiólo con sorbetes y café, y al quererle pagar el capitán, le dijo que por nada del mundo tomaría de él la menor cosa, con lo que es de imaginar lo agradecido que le quedaría el capitán.

Y esto es, por ahora, cuanto hay que decir respecto a la historia de Abu-Zir.

Cuanto a Abu-Kir, de tanto oírle a todo el mundo en la ciudad ponderar el *hammam* y decirse unos a otros:

–En verdad que ese *hammam* es la delicia del mundo, a no dudar, y, si no lo has visto, debes venir a verlo con nosotros mañana, que es cosa extraordinaria.

Y de oír hablar a todas horas del *hammam,* no pudo menos de pensar: «No tengo más remedio que ir allá, como toda la gente, y ver ese *hammam* que a todos les nubla la mente.»

Así que se vistió su traje más lujoso y montó en su mula y tomó consigo cuatro mamelucos y cuatro esclavos para que fuesen delante y detrás de él y de esa conformidad dirigióse al *hammam.*

Y luego que llegó allí apeóse de su mula en la puerta, y al punto husmeó las fragancias del áloe y el incienso y vio un gentío que entraba y otro que salía y vio los poyos llenos de grandes y de chicos, y al pasar finalmente adentro Abu-Kir, encontróse con Abu-Zir, el cual, no bien lo vio, se levantó y fue a saludarlo y se alegró mucho de volver a hallarlo.

Pero Abu-Kir le dijo a Abu-Zir:

–¿Es así como se conducen los hombres bien nacidos? ¿De modo que abro

una tintorería y me nombran maestro del oficio y hago conocimiento con el rey y gozo de prosperidad y señorío y tú no vienes a verme ni haces nada por saber de mí? Yo en cambio te mandé buscar por mis esclavos por todos los *janes* de la ciudad y por todas partes además, solo que nadie razón de ti me supo dar.

–¿Cómo es eso?–respondióle Abu-Zir–. ¿No fui a verte a tu tienda y me echaste de ella, diciendo que era un ladrón, y no me moliste a palos delante del público apiñado?

Frunció Abu-Kir el ceño y le dijo a Abu-Zir:

–¿Qué es lo que dices, hombre; por ventura fue a ti a quien yo le pegué esa vez?

–Cierto que sí–respondióle Abu-Zir.

Juróle entonces Abu-Kir mil veces que por lo visto sería que lo confundió con otro que se le parecía y que iba a robarle las prendas todos los días.

–Así que sin duda, hermanito, fue que te confundí con él.

Y entregóse a demostraciones de pesar y batía la palma de una mano con la de la otra y decía:

–¡No hay gloria ni poder sino en Alá–*taála,* el excelso, el grande, el dotado de majestad! He aquí cómo sin pensar vine a hacerte mal. Aunque bien mirado tuya fue la culpa, pues no te me diste a conocer y no me sacaste de mi error, diciéndome: «¡Mira, que soy yo!»

–¡Que Alá te perdone, hermano!–díjole Abu-Zir–. No te preocupes de eso, que era cosa decretada por el sino en secreto. ¡Sea para Alá toda la gloria y el imperio! Pasa adentro y quítate tu ropa y lávate y solázate.

–¡Por Alá, hermano–exclamó Abu-Kir–, te pido me perdones lo que sin querer hice contigo!

–¡Que Alá te exima de culpa y te perdone–díjole Abu-Zir–, pues aquello que hiciste fue obra del sino, al que nadie resiste, y de toda eternidad me estaba destinado y tenía que pasar!

–Pero dime ahora–exclamó Abu-Kir–: ¿de dónde te ha venido todo este señorío?

A lo que Abu-Zir respondióle:

–Aquel que te abrió puerta a ti me la abrió también a mí, pues subí a ver al rey y le expliqué lo que era un *hammam* y él mandó en seguida labrar uno para ornato de su ciudad.

–De suerte, pues, que eres amigo del rey–exclamó Abu-Kir–, pues has de saber que, si Alá es servido, haré que te colme de honores y mercedes. Que así lo hará en cuanto que yo le diga que somos amigos y te recomiende...

–No he menester–díjole Abu-Zir–que tú me recomiendes al rey, que yo soy modesto de mío, y tanto el rey como todos sus visires y emires y cortesanos me tienen cariño y ya me han dado tanto y cuanto...

Y Abu-Zir contóle todo a su compañero Abu-Kir, después de lo cual le dijo así:

–Anda y desnúdate detrás de esas arcas y pasa al *hammam,* y yo entraré contigo para servirte como es debido y te lavaré y con el guante te frotaré.

Desnudóse luego Abu-Kir y entró en el *hammam,* y entró con él Abu-Zir y lo enjabonó y bañó y lo lavó y lo frotó, y después lo ayudó a vestirse y estuvo en suma atento exclusivamente a servirlo, y lo obsequió con dulces y sorbetes, de suerte que todos se maravillaban de la deferencia con que lo trataba.

Hasta que al fin Abu-Kir se dispuso a retirarse y, al despedirse, quiso darle algo a Abu-Zir en pago de su servicio; pero este se negó a aceptarlo y juró que nada le tomaría y le dijo:

–Vergüenza me daría tomarte nada siendo como somos amigos y compañeros. ¿Cómo pudiste pensar en eso?

Y entonces Abu-Kir díjole a Abu-Zir:

–Mira, amigo mío: este *hammam* es grande; pero por Alá, perdona te diga que le falta una cosa.

–¿El qué le falta?–preguntóle Abu-Zir.

Y Abu-Kir respondióle así:

–El oropimento y la cal que arrancan el vello con facilidad. Junta esas dos cosas y haz una pasta [5], y, cuando venga el rey al *hammam,* se la ofreces y se la das.

–Tienes razón–contestó Abu-Zir–. Así lo haré–*in scha-l-Lah*–cuando venga el rey al *hammam.*

Salió luego Abu-Kir del *hammam* y montó en su mula y se fue en derechura a ver al monarca y pasó a su presencia y le dijo estas palabras:

–Vengo a prevenirte, *¡ye* rey de los tiempos!, y a darte un consejo.

–¿De qué se trata?–preguntó el monarca.

Y Abu-Kir entonces le dijo:

–Ha llegado a mis oídos la nueva de que has mandado hacer un *hammam.*

–Así es–respondió el rey–. Esa es la verdad. Vino a verme un algarivo e hice con él lo mismo que antes hiciera contigo, y así como a ti te puse una tienda de tintorero a él le mandé labrar un *hammam,* grande y cumplido, que es gala de mi ciudad.

Y el rey se puso a enumerarle a Abu-Kir todas las excelencias del *hammam.*

–¿Y has estado tú en él?–preguntóle Abu-Kir al rey.

–Cierto que sí–respondió aquel.

–¡Loado sea Alá–exclamó Abu-Kir–que se dignó librarte de la maldad de ese infame, enemigo de la fe, que es el bañero!

–Pues ¿qué clase de hombre es ese?–preguntó a Abu-Kir el rey.

–Has de saber, *¡ye* rey del siglo!–díjole Abu-Kir al rey–, que ese bañero es tu enemigo y enemigo de la fe, y que si te indujo a construir ese *hammam* fue con el solo fin de hacerte ir allí y envenenarte, pues ha confeccionado un ungüento que, al frotarte con él, se te mete la ponzoña en el cuerpo. Y ya verás cómo la primera vez que vayas al *hammam* se te acerca, muy zalamero, y te dice: «Aquí tienes este remedio que posee la virtud de extirpar fácilmente el vello del cuerpo.» Pero ten cuidado, que no es tal remedio, sino, por el contrario, un terrible veneno, y has de saber cómo el sultán de los nazarenos hale prometido a ese malvado que, si logra darte muerte, pondrá en libertad a su mujer y a sus hijos, que tiene en su poder cautivos. El mismo me lo ha contado todo en confianza y me ha dicho: «Yo era prisionero del sultán de los nazarenos en aquellas tierras, hasta que un día de los días reunió el rey el diván y yo asistí a él, con todos los demás, y pude oír cómo iban nombrando a todos los reyes, hasta que llegaron a mentar al rey de esta ciudad, y el sultán de los nazarenos exclamó con pesar:

»–De todos los reyes de este mundo sólo puede vencerme el rey de tal ciudad; así, pues, desde ahora prometo a aquel que ideare una astucia para deshacerse de él darle cuanto me pida por premio.

»Adelantéme yo al oír eso y le dije al monarca:

»–Si te indico un medio de lograr tu designio, ¿nos pondrás en libertad a mí y a mi mujer y a mis hijos?

»–Desde luego que sí–respondió el rey–. Os pondré a todos en libertad y te daré todo cuanto me pidieres además.

»Trazamos ambos de acuerdo nuestro plan y el rey de los cristianos me mandó a esta ciudad en un barco y subí a ver a su soberano y conseguí de él que me labrase este *hammam,* de suerte que ahora ya sólo me falta darle

[5] Se trata de la *ruzma,* la célebre pasta depilatoria de los turcos.

muerte y volverme con el rey de los cristianos y rescatar a mi mujer y a mis hijos y llevármelos conmigo.»

Luego que el rey hubo oído aquella historia sintió primero tal miedo que se le encogió el trasero; pero después montó en cólera y dijo al tintorero así:

–¡Guarda el secreto!

Dio orden después de prepararlo todo para trasladarse al *hammam*, a fin de salir de dudas y cerciorarse de la verdad.

Y luego que el rey llegó al *hammam* acudió Abu-Zir, según su costumbre, para ayudarlo a desnudarse y bañarlo y amasarlo, y después que así lo hizo le dijo:

–¡*Ye* monarca del tiempo! He confeccionado un remedio para estirpar el vello de todas las partes bajas del cuerpo.

–¿Sí?–exclamó el rey–. Pues tráemelo en seguida, sin perder tiempo.

Llevóselo en seguida Abu-Zir y se lo puso entre las manos al soberano.

Husmeólo este y notó que exhalaba un olor desagradable y de allí infirió que era un veneno, según le dijera el tintorero, y, arrebatado de ira, dirigióse a los individuos de su escolta y les dijo:

–¡Prended a este hombre y cargadlo de grillos!

Vistióse luego el rey y subió a su diván y mandó que le llevasen a Abu-Zir, y al punto se lo llevaron, atado de pies y manos.

Ordenó luego el rey que compareciera ante él su capitán de la marina, y, luego que lo tuvo en su presencia, le dijo:

–Coge a este malvado y mételo en un saco con dos quintales [6] de cal viva y átale el saco por encima de su cabeza, y luego lo echarás en un bote y te vendrás con él hasta el pie de mi alcázar, donde me verás sentado junto al mirador, y me dirás: «¿Lo arrojo ya?» Yo te diré que sí, y, cuando te haya dicho eso, procederás a tirarlo al mar, para que en él ahogado muera y abrasado.

–Oír es obedecer–respondió el capitán. Y asiendo de Abu-Zir se lo llevó de allí y lo condujo a una isla frontera al alcázar del rey y le dijo:

–Mira, fulano; yo no estuve más que una vez en tu *hammam* y tú me honraste y atendiste y halagaste y después te negaste a cobrarme nada por el servicio, por todo lo cual yo te tomé mucho cariño; dime, pues, ahora qué fue lo que te pasó con el rey y qué fue lo que hiciste para que se enojase contigo hasta el extremo de mandar que te diesen la muerte y una muerte tan horrible...

Pero al llegar aquí sintió Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras seductoras.

Y LA NOCHE 509 PROSIGUIÓ SU RELATO EN ESTA FORMA:

–Ha llegado a mis oídos, ¡*ye* monarca, el afortunado!, que el capitán de la marina preguntóle a Abu-Zir la causa de que el rey se hubiese enojado con él hasta el extremo de mandar darle muerte tan horrible como la que había dispuesto.

–¡*Ye* hermano mío!–respondióle Abu-Zir–. En verdad que no sé por qué eso hizo, ni creo haber incurrido en delito que merezca tal castigo.

Díjole entonces el capitán que, en

[6] Del árabe *Kintar*.

verdad, había llegado a gozar con el rey de una posición tan elevada como ninguno antes de él gozara, y es cosa sabida que todo favor despierta envidia.

–¿No podría ser que alguno te la tuviese a ti y para malquistarte con el rey le hubiera malsinado de ti, dando lugar a que el monarca se enfureciese hasta ese extremo de quererte imponer tan horrible tormento? Pero no te apures, hermano, que así como tú me honraste y serviste de balde, por pura generosidad, sin que nos uniese amistad, así también ahora voy a salvarte yo de ese desastre y te tendré conmigo en esta isla, hasta que algún galeón se haga a la mar rumbo a algún lugar cercano a tu país, y en él embarcarás y podrás a tu tierra regresar.

Besó Abu-Zir las manos del capitán y expresóle su gratitud por tanta bondad.

Cogió luego el capitán la cal y la puso en la barca y metió también en ella una piedra del tamaño de una persona, y luego exclamó con humildad:

–¡Encomiéndame a Alá!

Diole después a Abu-Zir el capitán unas redes de pescar y le dijo:

–Echa la jábega a la mar, que quizá cojas algún pez, pues has de saber que todos los días tengo yo que pescar para el rey, y hoy, con este lance tuyo, tuve tanta tarea, que no pude atender a la pesca, así que temo venga el pinche del cocinero y no tenga nada que darle; pero si tú pescares algo, podrías entonces dárselo. Echa, pues, tú la jábega, en tanto yo voy a apostarme al pie del alcázar, frente al mirador del rey, y hago como que te echo en la cal, para que en ella te abrases y ahogues, según sus órdenes.

–Ve, pues, allá–díjole Abu-Zir al capitán–y yo entre tanto veré de pescar algo y que Alá nos ampare a ambos.

Puso, pues, el capitán el saco con la cal y la piedra en la barca y empezó a remar hasta que llegó al pie del alcázar y vio desde allí al rey, sentado junto a su mirador, y le gritó:

–*¡Ye* rey poderoso! ¿Por ventura lo arrojo?

–¡Sí!–díjole el soberano. Y le hizo una seña con la mano, y he aquí que algo se le escurrió de entre los dedos y brilló un momento y fue a caer al agua, y dizque aquello que cayera en el agua no era otra cosa que el anillo de sello del monarca.

Y tenía este por costumbre, siempre que se enojaba con alguno y quería su muerte, hacer un gesto con su diestra, que era donde llevaba puesto el anillo, y apuntaba al malhadado elegido, y en seguida brotaba una centella, que iba a darle en la cabeza y caía esta.

Y esto es, por ahora, todo lo referente a esta parte de la historia.

Cuanto a Abu-Zir, luego que el capitán fuese y lo dejó, echó las redes en el mar y las tuvo allí un rato, y luego las sacó y vio que venían llenas de peces.

Tornó a echar las redes por segunda vez, y tornó a sacarlas tan llenas como la vez primera, y tornó a echarlas una y otra vez, sacándolas siempre colmadas, hasta que logró reunir un gran montón de pescado, y entonces cogió para sí un pez grande y gordo y se dijo: «¡Por Alá, que hace mucho tiempo que no pruebo pescado! Y cuando el capitán sea tornado, le diré:

»–Me freí este pez para almorzar con él.»

Abriólo luego en canal con un puñal, y, al hundir el puñal en sus entrañas, chocó con una cosa dura, y al mirar Abu-Zir de qué se trataba se encontró con que era el anillo del monarca, y lo cogió y se lo puso en el dedo meñique, sin saber a todo esto, el mezquino, las virtudes que poseía aquel anillo. Y hete aquí que, a poco de eso, presentáronse allí dos pinches, de parte del cocinero, en busca del pescado, y

llegándose a Abu-Zir le dijeron así:

–¡Hola, hombre! ¿Y el capitán? ¿No puedes decirnos dónde está?

–En verdad que lo ignoro–respondióles Abu-Zir, e hizo un gesto con su mano derecha, y al punto los dos pinches se quedaron sin cabeza.

Maravillóse Abu-Zir de ello y se dijo para sus adentros:

«¿Quién será el que los ha matado?»

Y lleno de pesar púsose a reflexionar, cuando hete aquí que llega el capitán y, al ver aquella gran pila de pescado y a los dos pinches decapitados y reparar en el anillo que Abu-Zir tenía en su mano, exclamó:

–¡Por Alá, hermano, no muevas tu diestra mientras tengas ese anillo en ella, pues si la movieres me causarías la muerte!

Acercósele luego más el capitán y preguntóle:

–¿Quién mató a estos dos hombres?

–¡Por Alá–respondió Abu-Zir–, yo fui, hermano, pero sin intención, pues no sabía el poder de mi mano!

–Dices bien–asintió el capitán–; pero explícame cómo es que tienes en tu mano ese anillo y de dónde te vino.

–Lo encontré–díjole Abu-Zir–en las entrañas de uno de los peces que cogí.

–Está bien–respondió el capitán–; pero ¿no sabes las virtudes que posee este anillo?

–No por cierto–contestóle Abu-Zir–. Las ignoro por completo.

–Pues has de saber–díjole el capitán–que a nuestro rey no lo obedecemos sino a impulsos del miedo que nos inspira ese anillo, pues es un anillo mágico, y cuando el rey se enoja con alguno de sus vasallos y desea eliminarlo, no tiene más que hacer sino volver hacia él el anillo y al punto la cabeza del cuitado se desgaja del tronco y rueda de sus hombros.

Holgóse mucho Abu-Zir al oír las palabras del capitán y le dijo:

–Anda y llévame otra vez a la ciudad contigo.

–Así lo haré–respondió el capitán–, pues ya no temo que el rey te pueda hacer mal.

Y el capitán metió a Abu-Zir en la barca y dirigióse con él a la ciudad, y, luego que llegó, subió al alcázar real y pasó a donde estaba constituido el diván, y vio allí al rey sentado y a todos los capitanes de su ejército entre sus manos, y estaba el monarca muy inquieto y conturbado por la pérdida de su anillo mágico, sin atreverse a participárselo a ninguno de los que estaban en torno suyo.

Luego que el rey vio a Abu-Zir lo interpeló así:

–¿No te habíamos echado al mar? ¿Cómo es que vuelves por acá?

–¡*Ye* rey de los tiempos!–respondió Abu-Zir–. Cuando mandaste que me echasen al mar me cogió tu capitán y me llevó a una isla y me preguntó por qué había yo provocado tu ira.

Y me dijo:

–¿Qué es lo que hiciste para que el rey te condenase a muerte?

–¡Por Alá!–díjele yo–, has de saber que le hice al rey una fea acción.

Y el capitán, al oírme, exclamó:

–¿Cómo es posible, con el gran favor que gozabas cerca de él? ¿No será acaso que algún envidioso te ha querido perder y te ha calumniado ante el rey para malquistarte con él? Yo por mi sé decir que estuve una vez en tu *hammam* y tú me atendiste muy bien, por lo que ahora te he de corresponder y te salvaré y te sacaré de aquí y haré que regreses sin contratiempo a tu país.

Metió luego en la barca una piedra en mi lugar y la arrojó al mar. Pero has de saber que al hacerle tú una seña, apuntándome a mí, se te escurrió del dedo tu anillo y fue a parar al mar y un pez se lo tragó y desapareció.

Púseme yo luego a pescar en la isla y pesqué muchedumbre de peces, y en-

tre ellos vino a dar en las redes uno más gordo que los demás, y por eso lo aparté para mí, con intención de asarlo y comérmelo; pero al abrirle el vientre me encontré con tu anillo y lo saqué y me lo puse en el dedo. Vinieron en esto allí dos pinches de la cocina y me pidieron los peces y yo alargué hacia ellos mi mano con el anillo, de cuyas propiedades no sabía lo más mínimo, y en el acto pude ver cómo rodaban de sus hombros sus sendas cabezas y caían a tierra. Llegó luego el capitán y reconoció el anillo que seguía en mi mano y me reveló cómo aquel anillo era un anillo mágico. Y yo, al saberlo, decidí, *¡ye* mi señor!, venir a traértelo en seguida.

Y quitándose Abu-Zir el anillo del dedo se lo entregó al monarca, que lo recibió dando muestras de gran contento.

Y al ver el rey aquel rasgo de Abu-Zir de devolverle su anillo perdonóle la vida, y, poniéndose en pie, llegóse a él y lo abrazó y le dijo:

–No hay duda, hombre, que eres del número de los bien nacidos, cuando así te portaste conmigo. No me guardes, pues, rencor y dame tu perdón.

–*¡Ye* rey de los tiempos!–díjole Abu-Zir–. Si quieres que te perdone dime antes en qué pequé yo contra ti para que de ese modo te enojases conmigo hasta el extremo de mandar darme muerte de ese modo horrendo.

–¡Por Alá–exclamó el rey–, que harto veo ahora que eres inocente y de toda culpa estás limpio, pues hiciste lo que hiciste con el anillo; pero has de saber que el tintorero fue y me dijo de ti esto y aquello y que te voy a repetir!

Y el rey contóle a Abu-Zir todo cuanto de él le malsinara el tintorero Abu-Kir.

–*¡Ye* rey de los tiempos!–dijo entonces Abu-Zir–. Yo no conozco al rey de los nazarenos ni jamás en mi vida estuve en esas tierras, ni nunca me pasó por la mente la idea de darte muerte. Ese tintorero era vecino mío en la ciudad de Iskandriya y vino a hacérsenos a ambos allí apretada la vida, y, en vista de ello, decidimos buscar fortuna en otro sitio y recitamos la *fátiha* y convinimos en ayudarnos el uno al otro, y luego levantamos el campo y emprendimos el viaje, y en el curso de nuestras andanzas me pasaron con él estas y aquellas cosas que, con toda verdad, te voy a contar.

Y Abu-Zir refirióle al rey todo cuanto le pasara con su compañero Abu-Kir y cómo le quitó aquella vez sus adarmes y lo dejó solo y enfermo en el *jan,* donde habría muerto de no haberle cuidado el portero, que se gastó con él el dinero.

–Hasta que Alá, *¡ye* monarca del tiempo!, me sanó de mi enfermedad, por lo que ahora te ruego mandes venir al portero del *jan* fulano y a los oficiales de la tintorería y los interrogues a ver si me coges en alguna mentira.

Hízolo así el rey y el portero del *jan* confirmó las palabras de Abu-Zir y lo mismo hicieron los demás.

Mandó después el rey que le llevasen a Abu-Kir, diciéndoles así a sus guardias:

–Traédmelo en secreto, con la cabeza tapada y las manos atadas.

Estaba a todo esto Abu-Kir, el tintorero, sentado en su tienda, muy contento por haberse deshecho de su amigo Abu-Zir, cuando hete aquí que se presentan allí los guardias del rey y se le echan encima y lo tumban en el suelo y lo maniatan y cargan con él y lo llevan a presencia del monarca.

Vio al antrar Abu-Kir a su vecino Abu-Zir, sentado junto al rey y al portero del *jan,* y también vio allí a sus dependientes, de lo que se asombró grandemente. Y el portero del *jan,* al verlo, lo interpeló diciendo:

–Aquí tienes a tu compañero, al que le robaste los dineros.

Y los oficiales de la tintorería dijeron:

–Este es aquel que nos mandaste echar de tu tienda, después de darle una paliza recia.

Cercioróse con ello el rey de la maldad de Abu-Kir y de la calumnia que levantara a Abu-Zir.

Y dirigiéndose a sus guardias, les dijo:

–Cogedlo y paseadlo por toda la ciudad y después metedlo en un tonel de cal y echadlo al mar.

Pero Abu-Zir, al oír aquello, hablóle al monarca diciendo:

–¡*Ye* rey del tiempo! Déjame que interceda por él y perdónalo, como yo lo perdoné.

Pero a eso contestó el rey:

–Si tú le perdonaste lo que te hizo yo no puedo perdonarle lo que hizo conmigo.

Y alzando la voz, gritóles a los guardias:

–¡Cogedlo y paseadlo por toda la ciudad y luego metedlo en un tonel y echadlo al mar, para que allí muera ahogado y abrasado!

Volvióse luego el rey a Abu-Zir y le dijo:

–Pídeme cuanto quieras, que todo desde ahora lo tienes concedido.

–¡*Ye* rey del tiempo!–díjole Abu-Zir–. Sólo te pido que me facilites los medios de volver a mi país, pues no siento deseos de quedarme aquí.

Diole entonces el rey muchas cosas más, sobre las que ya le diera con anterioridad, y luego le fletó un galeón, todo atiborrado de presentes y regalos, y llegado el momento propicio embarcó en él Abu-Zir y fue navegando hasta llegar a Iskandriya, su ciudad nativa.

Saltó luego a tierra Abu-Zir, y, al posar la planta en ella, encontróse con un mameluco de los suyos, que tenía un tonel a su lado, y que, al verlo, se le acercó diciendo:

–Hemos encontrado junto a la orilla del mar este tonel pesado, con la tapa sellada, y no sabemos qué podrá ser lo que dentro de él haya.

Levantó Abu-Zir la tapa del barril y encontróse con que dentro de él venía el cadáver de su vecino Abu-Kir, al cual el mar arrojara allí.

Sacólo luego Abu-Zir y dióle sepultura en las inmediaciones de Iskandriya y le mandó labrar una tumba y sobre ella una zania, a la que dotó de rentas, y mandó grabar estos versos en el dintel de su puerta:

«La condición del hombre sus actos la declaran,
y si es noble, muy luego publícalo la fama;
no hables mal de ninguno, ni por detrás le murdas,
porque serás pagado en la misma moneda;
evita todo dicho indecoroso y torpe
y procura en tus bromas no rebasar el tope;
suelto al perro llevamos, sin el menor temor;
pero atado tenemos con cadena al león,
y el cascajo y la broza flotan sobre las aguas
en tanto que la perla, en la concha se guarda;
no hay gorrión que se atreva al halcón ofender,
al menos que el juicio haya llegado a perder;
escrito está en el cielo, en el pliego del aire:
"¡Quien bien se porta, nunca recibirá desaires!"
Del acíbar jamás podrás sacar azúcar,
¡pretenderlo sería una vana locura!»

Vivió después de esto Abu-Zir algún tiempo, hasta que también a él se lo llevó Alá, y entonces lo enterraron junto a la tumba de su compañero Abu-Kir, por lo que aquel lugar se llamó antaño Abu-Kir y Abu-Zir, aunque hogaño se le nombre solamente Abu-Zir.

Y esto es todo cuanto hasta nosotros ha llegado de la historia de Abu-Kir y Abu-Zir.

¡Gloria a Aquel que por siempre perdura y según su voluntad hace que alternen la noche y el día!



HISTORIA DE ABDU-L-LAH, EL DE TIERRA, Y ABDU-L-LAH, EL DEL MAR

(Noches 509 a 511)

Historia de tendencia catequística, obra probable de alguno de los «Hermanos de la pureza»—esa cofradía de hombres virtuosos y rectos esparcidos por todo el Islam—, con lo que se trata de avivar en los creyentes el amor a Alá y su Profeta, estimulándolos, y aun abochornándolos, con el ejemplo de esos seres singulares que viven en el fondo del mar y que, con ser medio hombres, medio peces, pueden dar lecciones de piedad a los hombres completos de la tierra. Abdu-l-Lah, el del mar, resulta muy superior en ese punto a Abdu-l-Lah, el de tierra. (Nótese de paso la intencionada homonimia y no solo en eso, sino en todos los respectos morales.) Los terrícolas salen muy malparados en ese parangón que el rapsoda establece entre ellos y los habitantes del fondo del mar, a los cuales nos describe como si los hubiera visto y tratado, pintándonos sus figuras y costumbres, viviendas, etcétera, cual si fuesen un pueblo de existencia histórica. Esta es la parte esotérica de la exhortación moral y la que da color y animación al relato. No es la primera vez que estos seres marinos o submarinos aparecen en las páginas de Las mil y una noches, *pues ya hemos hecho conocimiento con ellos en cuentos anteriores; pero en este se nos da una información más detallada sobre su naturaleza. Lástima que esa información sea totalmente fabulosa y no resista a nuestro más elemental espíritu crítico; pero para los buenos musulmanes de aquel tiempo la existencia de esos seres fantásticos era tan cierta como la de los genios y* afarit. *Por lo demás, también los hindúes y los griegos creían poblados de seres inteligentes los cuatro elementos y la mitología está llena de sirenas, pájaros humanos y demás entelequias. El judío, como el musulmán, veían el Universo poblado de toda suerte de criaturas, cada una de las cuales, en su lengua, alababa al*

Creador. El panteísmo brahmánico y el monoteísmo semítico convergen y colaboran en esta creación de piadosos mitos. El monstruo dendán, *por no ir más lejos, es el propio Leviatán del* Libro de Job*–esa reminiscencia de los gigantescos ictiosaurios prehistóricos. En esta enciclopedia folklórica que, en cierto sentido, son* Las mil y una noches *no podían faltar–al lado de los genios voladores–, voladores sin alas, autoaviadores, mejor dicho, clasificables por afinidad entre los pájaros, estos otros submarinos, catalogables entre los peces. Esta raza híbrida, a la que pertenece Gulinar, la del mar, es la de las ondinas, sirenas, nereidas, etc., que figuran en todas las mitologías, adoptando distintos nombres, siempre alusivos a su origen acuático y dando lugar a las mismas historias de amor, casi siempre fatal para el hombre; la ondina tira siempre a volver a su onda como la silfide (genio alado) a su castillo de aire. Las ondinas* (unidas *del sánscrito* un, und, *gotear* unda, *agua, de donde el griego* hudor) *tuvieron siempre carta de naturaleza en la literatura popular, en el romance, la leyenda y el cuento y el romanticismo de finales del siglo XVIII a mediados del XIX, que revalorizó los temas populares y construyó sobre ellos una copiosa literatura culta o sabia y dio a las ondinas puesto de honor en la balada y la leyenda en verso; toda la poesía romántica (Schiller, Goethe, Heine, Walter Scott, Chukovsky, Puschkin, etc.) está transitada de ondinas. Chukovsky compuso sobre ese tema un largo poema así titulado, y Puschkin otro, más breve, pero no menos encantador, que rotuló* Rusalka, *otro nombre con que los eslavos designan a esos fantásticos seres anfibios. Las ondinas desaparecen luego de la literatura seria, barridas por los grandes reflectores oceánicos que exploran los misterios del mundo submarino, y, como las hadas y demás entidades fabulosas, solo acuden al conjuro de ese mago encantador que se llama Anatole France. Por lo demás, las ondinas (y* ondinos) *de este relato son muy distintos de los que nos describe la leyenda. Pese a su fantasía oriental, el narrador nos da de las ondinas una versión realista, humanizada. Ondinos y ondinas, salvo el apéndice de esa cola pisciforme que los caracteriza, son hombres y mujeres como los demás. Nacen, se desarrollan y mueren en el agua como nosotros en la tierra. Tienen religión, leyes y moral. En lo único que a los terrícolas aventajan es en no tener que trabajar. Pero, en cambio, están condenados a rigurosa dieta ictiófaga; se alimentan exclusivamente de pescado y sus tesoros de corales y perlas no les sirven para nada, de suerte que son millonarios miserables. Su vida, por todo ello, es tan monótona y austera –contra lo que pudiera creerse–que no es raro salgan a veces a la tierra, ya para conocer las emociones de un amor verdaderamente humano, ya para trocar sus fabulosos e inútiles tesoros por un puñado de sabrosas frutas de los jardines terrenales.*

La versión Weil omite esta historia. Hay una traducción española, directa del árabe, por A. González Palencia, ed. Calleja, Madrid, sin fecha, hecha, sin duda, de un original árabe bastante mutilado, a juzgar por las omisiones que en ella se advierten.

–Y cuentan también que érase una vez un pescador llamado Abdu-l-Lah, padre de familia numerosa, pues tenía nueve hijos y esposa, y era sumamente pobre, tanto que no poseía en el mundo otra cosa en propiedad sino sus redes de pescar.

Ibase con ellas el hombre todos los días a la orilla del mar y se ponía a pescar, y, cuando solo atrapaba unos pocos peces, iba a la ciudad y los vendía y gastaba el dinero en subvenir a las necesidades de la familia, con arreglo a lo que Alá le había querido deparar.

Pero cuando lograba pesca abundante preparaba una gran comida y mercaba fruta y demás cosas buenas, hasta quedarse sin nada, y se decía para su ánima: «La ración de mañana se me dará mañana.»

Dio luego a luz su mujer un hijo más, de suerte que eran diez ya, y sucedió que aquel día no tenía el hombre nada en su casa y su mujer le dijo:

–Mira, mi señor: a ver si nos puedes traer algo de comer.

–Iré al mar–respondió el marido–con la bendición de Alá–*taála* a ver si me trae suerte este nuevo hijo.

–Encomiéndate a Alá–díjole su mujer–y confía en El.

Cogió el pescador sus redes y se fue a la orilla del mar y echó las redes al agua, a la intención de aquel hijito que le había nacido, e invocó a Alá, diciendo:

–¡*Ye* Señor, dale su arrizque, de modo que sea suficiente y no insuficiente, y sobrado y no escaso!

Aguardó luego un rato y después tiró de la jábega y la sacó del agua llena de légamo y pedrezuelas, pero sin rastro de peces en ella, que ni muchos ni pocos prendieran.

Tornó a echar el pescador por segunda vez la atarraya y aguardó un rato y volvió a sacarla del agua y tampoco halló en ella nada.

Echóla luego por tercera y cuarta y quinta vez y tampoco pescó ningún pez.

Y tornó a echarla de nuevo y perseveró en ello hasta que se fue el día, sin que lograra pescar nada, por lo que se maravilló y se dijo para su ánima: «¡Por lo visto, este hijo mío ha venido sin ración a este mundo! Pero eso no puede ser, pues el que despega los labios, se cuida también de alimentarlos [1] y Alá-*taála* es un mantenedor liberal.»

Cargó luego el pescador con sus redes y volvióse a su casa, con el ánimo decaído y el corazón embargado por la preocupación de su familia, y en tanto caminaba decía: «¿Qué voy a hacer y qué voy a decirles esta noche a mis hijos?»

Acertó en esto a pasar por el horno de un panadero y vio allí reunida mucha gente, pues era aquel un año de escasez y todos acudían allí en busca del pan y se disputaban los puestos, y, moneda en mano, le llamaban la atención al panadero. Paróse también allí el pescador y se quedó mirando, y al husmear el olor del pan, se le avivó el hambre que le escarabajeaba en el vientre, y, como no llevaba dinero, no se atrevía a llamar al panadero. Pero sucedió que este lo vio y le gritó:

–¡Hola; ven acá, no tengas reparo, pescador!

Guardó silencio el pescador y el panadero le dijo:

–¡Habla sin temor, que Alá es bondadoso y liberal!

–¡Por Alá, maestro, que no llevo encima ni un dirhem; pero dame pan bastante para mi familia y quédate con estas redes en prenda hasta mañana que venga por ellas!

–¡*Ye* mezquino!–exclamó el panadero–. Estas redes son tu tienda y la

[1] Alá. Compárese con nuestro dicho popular de que: «Cada niño trae un pan bajo el brazo.»

puerta de tu mantenencia, y si me quedo con ellas en rehén, ¿cómo vas a pescar? Dime, pues, qué es lo que necesitas para que se satisfaga tu familia.

–Dame pan por valor de diez medios dinares en plata–respondió el pescador.

Diole luego el panadero los diez medios dinares en plata en pan y después diole otros diez medios dinares en plata, además, y le dijo:

–Tráeme mañana pescado por valor de esa cantidad, y, si la pesca se te diere mal, no te preocupes, que yo te daré tu pan y otros diez medios dinares en plata y esperaré hasta que se te den las cosas bien.

Sorprendió aquí a Schahrasad la mañana y puso dique a sus desbordadas palabras.

PERO LA NOCHE 510 SIGUIO DICIENDO LA MUCHACHA:

–Ha llegado a mis oídos, *¡ye* monarca, el afortunado!, que el panadero le dijo al pescador:

–Toma lo que hayas menester y yo esperaré hasta que las cosas se te den bien, y entonces me devolverás en pescado lo que te haya dado.

–¡Alá te dé tu alijara–exclamó el pescador–y se encargue de pagarte con toda suerte de bienes el favor que te dignas hacerme!

Tomó luego los panes y los diez medios dinares en plata y muy contento y alegre fue en seguida a mercar cuanto necesitaba y volvióse con todo ello a su casa.

Encontró al llegar a su mujer ocupada en aquietar a los chicos, que lloraban hambrientos, y a los que ella les decía para entretenerlos:

–Callaos, hijos míos, que vuestro padre está al llegar y de comer os traerá.

Luego que llegó el pescador, dioles a los hijos el pan, que en seguida empezaron a devorar, y después contóle a su mujer lo que le ocurriera con el panadero. Y ella, al oírlo, no pudo menos que exclamar:

–¡En verdad que es generoso Alá!

Cargó al otro día el pescador con su atarraya y salió de su casa, y en tanto andaba, iba diciendo para su ánima: «*¡Ye* Señor! Dame hoy suerte para que pueda emblanquecer mi cara ante el panadero y pagarle el favor que me ha hecho!» Llegó así a la orilla del mar y echó en él las redes y las volvió a sacar, pero las sacó vacías, y siguió echándolas con la misma mala suerte hasta que se fue el día.

Volvióse, pues, a casa el pescador muy afligido, y dizque tenía que pasar por la panadería para llegar a su domicilio, por lo que se decía: «¿Por dónde podría dirigirme a mi casa que no tuviera que pasar por ahí? Lo mejor será que apriete el paso y me escurra ligero, para que no me vea el panadero.»

Pero ya el panadero lo había visto, y, dándole una voz, le dijo:

–¡Ven acá, pescador, y toma tu pan! ¿Es que se te olvidaba ya?

–¡No, por Alá–respondió el pescador–. No se me había olvidado, sino que me daba reparo, pues hoy en todo el día nada he pescado.

–¡Bah, no sientas rubor!–díjole el panadero–. ¿No te dije que no tenía prisa y que aguardaría hasta que la pesca se te diese bien algún día?

Y acto seguido diole el panadero al pescador los panes de costumbre y los diez medios dinares, con lo que aquel se fue muy contento, y, al llegar a su casa, contóle a su mujer lo que le pasara.

Y así continuó el pescador por espacio de cuarenta días, y todos los días íbase a la orilla del mar y echaba en él su jábega y allí se estaba desde que el sol salía hasta que se ponía, y siempre se volvía a su casa sin haber pescado nada, y cada día tomábale al panadero su pan y las monedas de costumbre sin que aquel le mentase nunca los peces ni dejase de atenderlo, pues, lejos de eso, jamás le hacía esperar y siempre le despachaba el primero.

Y cuando alguna vez le decía el pescador:

–Mira, hermano: hazme el favor de echar la cuenta de lo que te debo.

Respondíale el panadero:

–Déjate de eso, hombre, que no corre prisa. Aguardemos a que tengas suerte un día con la pesca y entonces haremos la cuenta.

Y el pescador le daba las gracias y se iba, invocando sobre el panadero las albaracas del cielo.

Hasta que el día cuarenta y uno díjole el pescador a su mujer:

–Ganas me dan de hacer esas redes trizas y acabar con esta vida.

Y le preguntó la mujer:

–Y eso ¿por qué?

Y el pescador le respondió:

–Pues porque, según veo, ya se acabó para mí eso de ganarme el pan cotidiano pescando. ¡Y por Alá que me requemo de vergüenza cada vez que paso por el horno del panadero, y para no tener que pasar por allí, voy a dejar de ir al mar, que no hay otro camino para ir allá, y siempre que el panadero me ve, me llama y me hace cargar con el pan y los diez medios dinares en plata, y cada vez me entrampo más con él!

–Pues gracias a Alá–díjole la mujer–, ¡loado sea el Señor que inclinó el corazón del panadero en tu favor para que te diese nuestro pan de cada día! Y en verdad, que no sé por qué lo llevas a mal.

–Es el caso–respondióle el pescador a su mujer–que la cuenta va subiendo e importa ya muchos dirhemes y no hay duda que el panadero al fin se cansará y el pago me reclamará.

–¿Acaso–le dijo su mujer–te ha lanzado ya alguna indirecta?

–No por cierto–respondió el pescador–. Lejos de eso no quiso ni siquiera echar cuentas y me dijo: «Ya habrá tiempo cuando venga la buena.»

–Pues entonces–díjole la mujer–no te preocupes, y, si te reclama la deuda, dices que ya la pagarás cuando venga la buena.

–¿Y cuándo–exclamó el pescador–vendrá la buena?

–¡Alá es generoso!–respondió la mujer.

Y el pescador asintió:

–Dices bien [2].

Cargó luego con sus redes y se dirigió a la playa, diciendo para su ánima: «¡*Ye* Señor, favoréceme hoy siquiera con un pez, para que pueda regalárselo al panadero, que es conmigo tan bueno!»

Y así diciendo el pescador echó las redes al mar y luego tiró de ellas y notó que pesaban mucho, tanto que le costaba gran fatiga sacarlas a la orilla.

Logrólo al cabo y, al examinarlas, encontróse con que sólo había dentro un burro muerto, hecho ya una carroña, y que despedía un olor pestilente, como de ponzoña.

Sacólo el pescador de la red y exclamó:

–¡No hay gloria ni poder sino en Alá (el excelso, el lleno de majestad)! Está visto que no tengo suerte con las redes y que tendré que dejar este oficio, para el que no sirvo. Se lo diré a mi mujer, pero ella me saldrá con su

[2] Como recordará el lector, el comienzo de este cuento es, poco más o menos, el mismo del titulado: *Historia de Chúder, el hijo del mercader Omar, y sus dos hermanos.*

estribillo de siempre: «¡Alá es generoso; ya te vendrá la buena!» ¿Pero acaso este burro muerto es algo bueno?

Entróle una gran pena al pescador ante su mala suerte y apartóse un poco de allí, huyendo de aquel olor pestilente.

Y echó de nuevo al mar las redes y aguardó una hora de tiempo, y luego tornó a sacarlas y notó que pesaban, por lo que tuvo que hacer tanta fuerza que las manos le sangraban.

Luego que al fin sacó las redes a la orilla las miró y vio que venía dentro de ellas un hombre, y pensando que sería un *efrit* de los que Soleimán, hijo de Daud (sobre ambos la paz), solía castigar echándolos al mar encerrados en vasijas de cobre, asustóse y echó a correr de allí, clamando con mucha humildad:

–¡Perdón, *ye efrit* de Soleimán!

Pero el hombre le gritó desde el fondo de las redes:

–¡Ven acá y no huyas de mí, pescador, que hombre soy y no *efrit!* Ven y sácame de la red y yo te recompensaré.

–¡Cómo!–exclamó el pescador–. ¿No eres un *efrit?*

–¡Qué he de serlo!–respondió el hombre–. Soy un ser humano, lo mismo que tú, creyente en Alá y en su Profeta (sean sobre ambos la oración y la paz).

–Pues siendo así–preguntó el pescador–, ¿quién te arrojó al mar?

–Has de saber–díjole el hombre–que yo soy de los hijos del mar y andaba paseándome por las aguas cuando echaste tú la red, y como nosotros somos fieles y obedientes a los juicios de Alá y sentimos compasión de las criaturas que creó, me resigné y me dejé coger. Que a no ser por eso habría destrozado tus redes y escapado, sino que, como te digo, nos conformamos con lo que Alá dispone y no nos rebelamos contra sus intenciones; pero si ahora tú consientes en sacarme de tus redes, serás en adelante mi dueño y yo seré tu siervo. ¿Quieres, pues, sacarme de aquí, por amor a Alá-*taála,* y aceptar la alianza que te ofrezco y ser de hoy más mi señor y dueño? Si tal hicieres, yo me comprometo a venir todos los días a este lugar y tú también vendrás, y me traerás de los frutos de la tierra, como uvas e higos y albucedas [3] y ciruelas y arromanas [4] y demás cosas buenas, y todo lo que me trajeres te lo aceptaré y tomaré, y a cambio de ello te daré de las cosas que nosotros tenemos: almargenes y perlas y sabarchadas y rubíes y granates, y te colmaré la canasta en que me trajeras las frutas de la tierra de piedras y metales preciosos y demás cosas de los marinos tesoros. ¿Qué dices, pues, a eso, hermano? ¿Aceptas el trato?

–Sí acepto–respondió el pescador–, y sea la *fátiha* testigo de lo que convenimos.

Recitaron luego los dos la *fátiha* y el pescador entonces procedió a sacar de las redes al prisionero y le preguntó, después de hacerlo:

–¿Cómo te llamas?

Y el otro respondióle, diciendo:

–Yo me llamo Abdu-l-Lah, el del mar. Y cuando vengas a este lugar y no me veas, dame un grito, diciendo: «¿Dónde estás, Abdu-l-Lah, el del mar?» Y al instante me tendrás delante. Pero dime a tu vez, pescador: ¿cómo te llamas tú?

–Abdu-l-Lah–respondió el pescador–, para lo que gustes mandar.

–Entonces–respondióle el amigo–yo soy Abdu-l-Lah, el del mar, y tú Abdu-l-Lah, el de tierra [5]. Pues bien, aguarda aquí un poco en tanto voy y vuelvo y te traigo un obsequio.

–Oír es obedecer–exclamó el pescador.

[3] Sandías.
[4] Granadas.
[5] Recuérdese a As-Simbad, el del mar, y a As-Simbad, el de la tierra.

Fuese luego de allí Abdu-l-Lah, el del mar, y entonces Abdu-l-Lah, el de tierra, sintió haberlo dado alhorria, y en su interior se dijo: «¿Quién me asegura ahora que vaya a volver como ha dicho?»

Y Abdu-l-Lah, el de tierra, siguió lamentándose y reprochándose y diciéndose a sí mismo: «¡Has dejado ir tu pesca de entre tus manos, insensato!»

Pero estando Abdu-l-Lah, el de tierra, lamentándose así por haber dado libertad a su cautivo, hete aquí que torna Abdu-l-Lah, el marino, con sus dos manos colmadas de perlas y esmeraldas y corales y granates, y, dirigiéndose al amigo, le dijo:

–Toma esto, hermano, y no lleves a mal que te lo traiga en las manos, pues nosotros en el mar no tenemos espuerta, que, si la tuviéramos, habría traído una llena.

Púsose entonces muy contento Abdu-l-Lah, el de la tierra, y cogió todas aquellas gemas. Y Abdu-l-Lah, el marino, le dijo:

–Todos los días, antes que salga el sol, ven a este mismo sitio.

Y después de eso se despidió de él y se fue y se hundió en el mar y desapareció.

Cuanto al pescador, regresó en seguida muy contento a la ciudad y no paró de andar hasta llegar al horno del panadero, y al verlo, llegóse a él, diciendo:

–Mira, amigo mío: ya vino la buena, por la merced de Alá. Mucho es lo que te debo, pero toma esto.

Y así diciendo diole un puñado de perlas y esmeraldas y otras piedras. Y después añadió:

–Dame algunas monedas para apañarme con ellas hasta mañana, que venda estas piedras.

Diole entonces el panadero tres pumes que a mano tenía, a tiempo que le decía:

–Tu esclavo soy y tu criado.

Y cargando con cuantas cosas de comer tenía en su tienda echó a andar detrás del pescador y lo siguió hasta su vivienda.

Diole el pescador a su mujer y sus hijos las viandas y luego el panadero fue al zoco y mercó carne y verdura y toda clase de fruta y abandonó el horno, y todo aquel día no hizo más que servir a Abdu-l-Lah, el de la tierra, y despachar todas sus faenas.

Y el pescador, agradecido, le dijo:

–¡Cuántos trabajos te tomas por mí, hermano!

A lo que contestó el panadero:

–Es mi obligación y nada más, puesto que me he convertido en tu esclavo y todo cuanto haga será poco para pagarte los beneficios con que me has abrumado.

–Tú eres, hermano–replicóle el pescador–, el bienhechor, que me favoreciste en los días de estrechez y de escasez.

Y el panadero aquella noche la pasó en casa del pescador.

Contóle este a su mujer el lance que le ocurriera con Abdu-l-Lah, el del mar, y su mujer se alegró muchísimo y le dijo:

–No le digas tu secreto a nadie, para que no le vayan con el cuento al cadí.

–Así haré con todos–prometió el pescador–menos con mi amigo, el panadero, que fue conmigo tan bueno.

Amaneció luego la mañana del siguiente día y el pescador madrugó y llenó un cesto de fruta y se lo echó al hombro, y antes que el sol saliese, se encaminó a la playa y puso allí en el suelo su carga. Y alzó la voz, diciendo:

–¿Dónde estás, Abdu-l-Lah, el del mar?

–Aquí me tienes–respondió en seguida el interpelado. Y saliendo del mar, plantóse a su lado.

Presentóle el pescador la cesta con

la fruta y Abdu-l-Lah, el del mar, cargó con ella, y se zambulló en las aguas y desapareció y por espacio de una hora no se le vio. Tornó luego a salir y le devolvió al pescador su cesta, colmada de esmeraldas y perlas, y cargósela al pescador a la cabeza y se volvió a la ciudad con ella.

Y al pasar por el horno del panadero lo llamó este, diciendo:

–Te he amasado cuarenta panes y te los he mandado a tu casa. Y en cuanto termine de hacer esta torta especial te la mandaré también e iré al zoco a mercarte carne y verdura y te lo llevaré todo yo mismo a tu domicilio.

Diole al panadero todos los adarñados de piedras preciosas de las que llevaba en la espuerta y después lo dejó y se dirigió a su casa y se descargó el cesto y sacó de él toda suerte de piedras preciosas y se fue con ellas al zoco de los joyeros y se detuvo ante la tienda del *scheij* del gremio y lo interpeló, diciendo:

–¿Querrías comprarme estas piedras?

–Primero–dijo el *scheij*–enséñamelas.

Mostróselas el pescador y el *scheij* le preguntó:

–¿Tienes más en tu poder?

–Sí–respondióle el pescador–, tengo en mi casa un cesto lleno.

–¿Dónde vives?–preguntóle el *scheij.*

–En el barrio el fulano–díjole el pescador.

Pero al oírlo el *scheij,* quitóle las piedras preciosas y les dijo a los de su escolta:

–Prended a este hombre, sin más, que es el ladrón que robó el joyero de la reina, la esposa del sultán.

Mandó luego que lo azotaran y lo maniataran y sus servidores azotaron al pescador y lo maniataron.

Y el *scheij* y todos los del zoco de los joyeros gritaban, diciendo:

–¡Ya cogimos al ladrón, hermanos, ya cayó en nuestras manos!

Y a todo esto Abdu-l-Lah, el de tierra, permanecía callado, sin contestar a los insultos ni dirigir la palabra a ninguno.

Y así perseveró hasta que lo llevaron a presencia del rey. Tomó entonces el *scheij* la palabra y le dijo al monarca:

–¡*Ye* rey de los tiempos! Cuando te robaron el collar de la reina nos lo comunicaste y nos ordenaste que buscáramos al ladrón y te lo trajésemos sin remisión. Hicimos todos cuanto pudimos, y yo en particular trabajé sin parar, hasta que logré atrapar al malvado, que es este que ahora tienes entre las manos, y estas son las gemas que le hemos ocupado.

Volvióse el rey a sus eunucos y les dijo:

–Coged esas piedras y enseñádselas a la reina y preguntadle: «¿Son estas, por ventura, las piedras cuya falta notaste?»

Tomaron los eunucos las piedras y fueron a mostrárselas a la reina, y la reina, al verlas, quedó maravillada y mandóle decir al monarca:

–Esas perlas no son mías, que valen mucho más que las de mi collar; así que no cometas injusticia con ese hombre y, en vez de ello, dile si te las quiere vender y cómpraselas por su precio para tu hija Ummu-s-Sâud [6], para que con ellas le hagan un collar, que no tendrá igual.

Luego que volvió el eunuco y le transmitió al rey las palabras de su esposa montó aquel en cólera y maldijo al *scheij* y a todos los de su gremio con los anatemas de Aad y Tsamud, y los colmó de improperios.

–¡*Ye* monarca del siglo–exclamaron ellos–, nosotros conocíamos a este hombre y sabíamos que era un pobre pescador, por lo que nos chocó ver en su poder estas piedras y pensamos que las había robado!

[6] Madre de la Dicha.

–¡*Ye* perverso!–exclamó el rey–. ¿Os asombra que Alá vierta sus mercedes sobre un creyente? ¿Por qué no lo interrogasteis? ¿No sabéis que hartas veces depara Alá-*taála* al creyente inesperados bienes? ¡Idos, pues, de mi presencia en seguida y que Alá no os bendiga!

Retiráronse todos al punto, transidos de susto.

Y esto es todo lo referente a su asunto.

Volvióse entonces el rey al pescador, y le dijo:

–¡Bendígate Alá, hombre, y a los favores que se dignó hacerte y considérate, desde ahora, a salvo de toda zozobra! Pero dime la verdad de esa historia y explícame de dónde te han venido esas perlas que yo, con ser rey, no las tengo que puedan compararse con ellas.

–¡*Ye* rey de los tiempos!–díjole el pescador–. Yo tengo un cesto lleno de estas piedras y es la verdad que han venido a mis manos así y asá.

Y contóle al monarca cómo amistara con Abdu-l-Lah, el del mar.

–Suerte tuviste, hombre–declaró el rey–; pero has de saber que la riqueza ha menester de la grandeza; mientras yo viva, velaré porque nadie consiga atropellarte; mas si vengo a verme destronado o muero y otro ocupa mi trono, este te mataría por amor a los bienes de este mundo y a impulsos de la codicia. Es mi intención, pues, casarte con mi hija y nombrarte mi visir y mi heredero en el trono, cuando llegue yo a morir, para que así nadie, muerto yo, pueda hacerte blanco del menor agravio.

Gritó luego el rey a sus servidores, diciendo:

–Coged a este hombre y llevadlo al *hammam*.

Hiciéronlo así los esclavos del rey y condujeron a Abdu-l-Lah, el de tierra, al *hammam* y lo bañaron y le lavaron el cuerpo, y luego le vistieron un traje de los trajes de los reyes, y luego tornáronlo a llevar a presencia del sultán.

Nombrólo el monarca en el acto su visir y mandó venir a todos los emires de su corte y a sus consortes y les ordenó que fuesen a casa de Abdu-l-Lah y le vistiesen a su mujer las vestiduras propias de las esposas de los reyes e hicieran lo mismo con sus hijos y los condujesen a palacio, precedidos de las esposas de todos los grandes y emires de su reino y de los batidores y los músicos, lo que aquellos en seguida hicieron, punto por punto.

Condujeron, pues, a palacio a la mujer de Abdu-l-Lah, el pescador, la cual estrechaba contra su pecho a su nene, el más pequeño, y, luego que el rey los vio llegar, a ella y a sus hijos, los colmó a todos de honores y agasajos, y la reina hizo otro tanto y nombró su visira a la mujer del pescador.

Mandó luego el rey extender la partida de casamiento de Abdu-l-Lah, el de tierra, con su hija Ummu-s-Sâud, y dotó a esta con todas sus piedras preciosas, y mandó celebrar con toda fastuosidad la boda y que pregonaran por la ciudad que engalanarla debían, en atención a haberse abierto para su hija y para todos la puerta de la alegría.

Y al siguiente día, luego que Abdu-l-Lah, el de tierra, hubo entrado a la hija del rey y despojádola de su doncellez, hubo el monarca de asomarse al mirador de su alcázar y vio a su yerno cargado con un cesto lleno de fruta a la cabeza y, muy asombrado, le hizo esta pregunta:

–¿Qué es eso que llevas ahí, mi yerno, y adónde vas con ello?

–Voy–respondióle Abdu-l-Lah, el de tierra–a llevárselo a mi amigo Abdu-l-Lah, el del mar.

–Pero, yerno mío–díjole el rey–, ¿es este el momento más adecuado para que vayas a llevárselo?

–Sí–exclamó Abdu-l-Lah, el de tie-

rra–, y hasta temo llegar tarde a la cita y que me tome por un embustero y me diga: «¡El mundo, por lo visto, te hizo olvidarte de tu amigo!»

–Dices bien–aprobó el rey–. ¡Ve allá, hijo mío!

Fue, pues, allá Abdu-l-Lah, el de tierra, y reunióse con Abdu-l-Lah, el del mar, y le dio la fruta que llevaba en la cesta, recibiendo en cambio, de aquel, almases [7] y perlas.

Continuaron así luego y todos los días pasaba Abdu-l-Lah por el horno del panadero y lo veía cerrado, hasta que, lleno de asombro, preguntó a un vecino y le dijo:

–¿Dónde está, hermano mío, el panadero, tu vecino? ¿Qué hizo con él Alá?

–¡*Ye* mi señor–respondióle el vecino–, el panadero cayó enfermo y no sale de su aposento!

–¿Dónde vive?–preguntó el pescador.

–En el barrio el fulano–contestóle el interpelado.

Y fue allá en seguida Abdu-l-Lah y preguntó por su amigo y llamó a la puerta de la casa, y el panadero asomó la cabeza por la ventana y vio al pescador que llevaba sobre la cabeza una cesta.

Y apresuróse a abrirle la puerta y se echó en sus brazos y el pescador también lo abrazó con cariño y le dijo:

–¿Qué te ocurrió, amigo mío, que todos los días, al pasar por tu horno, lo hallaba cerrado y pregunté a un vecino y me dijo que estabas enfermo y le pregunté por tu casa para venir a verte y enterarme de lo que te sucede?

–¡Alá–exclamó el panadero–te pague lo que por mí has hecho mejor de lo que yo podría hacerlo! Has de saber que no estoy enfermo, sino que llegó a mis oídos las noticia de que el rey te mandara prender, por efecto de calumnias que te había levantado la gente, diciendo que eras un bandido, y yo, temiendo que hiciesen lo mismo conmigo, cerré el horno y me escondí en mi domicilio.

–Hiciste bien–aprobó Abdu-l-Lah–, pues lo que te dijeron era pura verdad.

Y acto seguido contóle a su amigo cuanto le ocurriera con el rey y el *scheij* del zoco de los joyeros, y le dijo:

–Pero el rey ahora me ha casado con su hija y me ha nombrado su visir; así que excusa tu temor y no sientas ninguna aprensión.

Díjole aún otras cosas a este tenor para tranquilizarlo, y, finalmente, se despidió de él y volvió junto al rey, con el cesto vacío.

Y el rey, al verlo, le dijo:

–¿Cómo es eso, mi yerno; es que no lograste hallar a tu amigo Abdu-l-Lah, el del mar?

–Sí que lo vi–respondió el pescador–; pero todo lo que me dio se lo di yo a mi vez a mi amigo el panadero, que me hizo muchos favores en otro tiempo.

–¿Qué panadero es ese?–preguntóle el rey.

–Es–respondióle el pescador–un hombre muy bueno y generoso, y en los tiempos de mi miseria hizo conmigo esto y lo otro y ni un solo día me dejó de atender y socorrer.

–¿Cómo se llama?–inquirió el monarca.

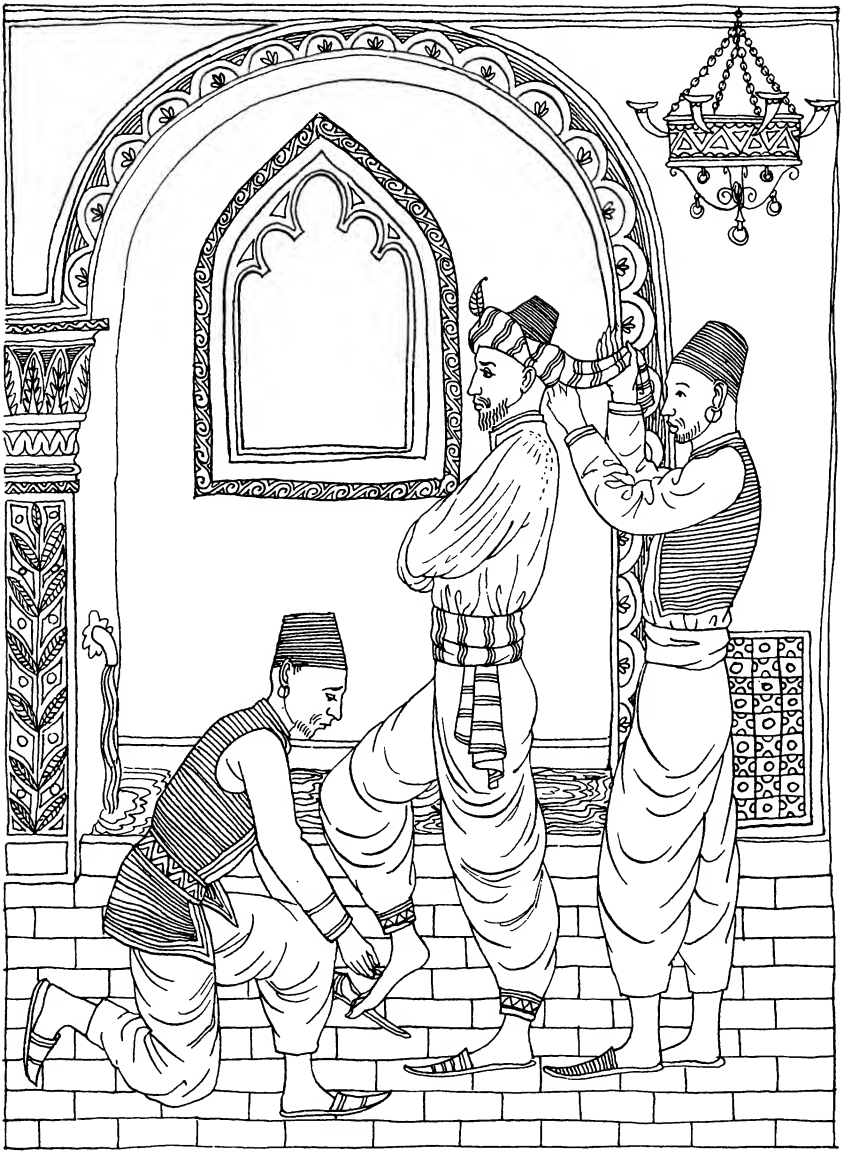
Y el pescador le contestó, diciendo:

–Se llama Abdu-l-Lah, el panadero, así como yo me llamo Abdu-l-Lah, el de tierra, y mi otro amigo Abdu-l-Lah, el del mar.

–También yo me llamo Abdu-l-Lah –exclamó el soberano–, y todos los siervos de Alá [8] son entre sí hermanos. Ve, pues, en seguida por ese panadero

[7] Diamantes.

[8] Abdul-Lah significa, literalmente, siervo de Alá.



y tráemelo, que quiero nombrarlo visir de la mano izquierda [9].

Fue, pues, Abdu-l-Lah por el panadero y lo llevó a presencia del rey, y luego que el soberano lo tuvo entre sus manos, mandó que le vistiesen un traje de gala y lo nombró su visir de la mano izquierda y Abdu-l-Lah, el de tierra, nombrólo su visir de la mano diestra.

Un año cabal siguió Abdu-l-Lah en aquel estado y todos los días salía con su cesta colmada de fruta y volvía con ella colmada de esmeraldas y perlas.

Y sucedió un día de los días que Abdu-l-Lah, como de costumbre, dirigióse a la marina con su cesta, y luego de trocar esta por las perlas, se sentó en la playa, y Abdu-l-Lah, el del mar, sentóse también dentro del agua, a poca distancia, y se pusieron ambos a conversar en agradable plática.

Y Abdu-l-Lah, el del mar, le dijo a su amigo:

–Oye, hermano: hanme dicho que la tumba del Profeta (sobre él la oración y la paz) está entre vosotros, en la tierra. ¿La conoces tú acaso, hermano?

–¿Cómo no?–respondió Abdu-l-Lah, el pescador.

–¿Y en qué lugar de la tierra se halla?–preguntóle su amigo.

–Se halla–respondió el pescador–en una ciudad que llaman Medina, la buena.

–Y dime: ¿acude la gente a visitar la tumba del Enviado de Alá?–inquirió Abdu-l-Lah, el del mar.

–Claro que sí–respondió el pescador.

Y su amigo, al oírlo, exclamó:

–¡Felices vosotros, la gente de la tierra, que podéis visitar la tumba del Profeta!, ¡el generoso, el apiadable, que concede su intercesión a todo el que va a visitarle! Pero dime, hermano: ¿tú la has visitado?

–No–respondió pescador–, porque hasta aquí fui muy pobre y no tenía para costearme los gastos del alhage; que no llegué a ser rico hasta que hice conocimiento contigo y tú me dispensaste tantos beneficios. Pero he de ir a visitar ahora el sepulcro del Profeta, después de hacer la peregrinación a la casa de Alá, la sagrada, y, si te he de decir mi verdad, solo me retrae de hacerlo el amor que te tengo, que es tal que de ti a separarme no me avengo, y ni un solo día puedo ya pasarme sin tu compañía.

–Pero ¿es posible–exclamó su amigo–que antepongas ese deseo al de visitar el sepulcro de nuestro señor Mohammed (sobre él la oración y la paz), que ha de interceder por ti el día que tengas que comparecer ante Alá y del fuego te salvará y en el alchenná te entrará? ¿Por ventura el amor al mundo puede ser parte a que dejes de visitar la tumba de tu profeta Mohammed (sean sobre él la oración y la paz)?

–¡Por Alá, que no hay tal!–respondió el pescador–. Que la visita al sepulcro del Profeta de Alá está para mí por encima de todo en el mundo y he de hacerla, este mismo año, si tú me das tu venia, para que vaya a orar en ella.

–Con mucho gusto lo haré así–respondió el amigo–. Y cuando te halles ante el sepulcro, le dirás de mi parte el *selam*. Y ahora te ruego que te zambullas conmigo en el mar, puesto que gozas de toda seguridad, para que yo te coja y te lleve a mi ciudad y te introduzca en mi residencia particular y como a huésped te agasaje y te dé mi ofrenda para que la pongas sobre el sepulcro del nabi y le digas así:

–*¡Ye* enviado de Alá! Abdu-l-Lah, el del mar, te envía por mi mano un saludo y te ofrenda estos presentes y te ruega intercedas por él con Alá y lo salves del fuego el día del Juicio y lo introduzcas en el Paraíso.

[9] Del ejército.

A lo que Abdu-l-Lah, el de tierra, le dijo:

–Mira, hermano: tú fuiste creado del agua y en el agua tienes tu natural morada y el agua no te daña, mientras que, si sales de ella y saltas a tierra, expones tu vida y la arriesgas.

–Así es en verdad–asintió Abdu-l-Lah, el del mar–, que si salgo del agua, luego se me seca el cuerpo y me falta el aliento y perezco.

–Yo, en cambio–díjole Abdu-l-Lah, el de tierra–, de tierra fui creado y la tierra es mi elemento, y, en entrando en el mar, luego se me mete el agua en el vientre y me ahogo y muero.

–No temas nada–díjole su amigo–, que yo te traeré un ungüento para que con él te frotes el cuerpo, de suerte que el agua no te produzca ningún mal efecto y puedas ir y venir por ella y entrar y salir cuantas veces quieras.

–Siendo así–respondió el pescador– no hay inconveniente. Tráeme luego ese ungüento para que me frote con él el cuerpo.

Fuese luego Abdu-l-Lah, el del mar, y estuvo ausente una hora de tiempo y al cabo tornó llevando consigo un ungüento que semejaba sebo del de las vacas, de color amarillo como el color del oro y de buen olor y dulce sabor, y, al verlo el pescador, díjole a su compañero:

–¿Qué es eso, hermano?

Y el otro le contestó, diciendo:

–Es sebo del hígado de cierto pez llamado *dendán* [10], que es el más grande y corpulento de todos los peces, y de nuestros enemigos el más poderoso y fuerte, y es de tan enormes proporciones que no lo iguala ninguno de los animales que en la tierra tenéis, y si hallase a su alcance un camello o un elefante, se los tragaría de una sentada, como quien no hace nada.

–*¡Ye* hermano!–exclamó el pescador–. ¿Y qué es lo que ese monstruo come?

–Come–respondió el amigo–todos los animales marinos. ¿No oiste decir nunca ese refrán de que el pez grande se come al chico?

–Sí que lo oí–respondió el pescador–. Pero dime: ¿abundan mucho en el mar esos peces de la familia del *dendán?*

–Hay tantos–respondió el amigo–, y se dan en tal cantidad, que sólo Alá-*taála* los puede contar.

–Pues siendo así–exclamó el pescador–, temo que si me meto contigo en el mar me salga al paso uno de esos monstruos y me devore, sin poderlo evitar.

–No temas nada–replicóle Abdu-l-Lah, el del mar–, pues en cuanto uno de esos monstruos te vea, luego conocerá que eres un hijo de Adán y se asustará y huirá, que a nada temen tanto como a los hijos de Adán. Pues has de saber que, en comiéndose a un hombre, luego revienta el *dendán,* porque la grasa humana es para ellos un tósigo mortal; tanto que nosotros, para hacernos con el aceite de su hígado, nos servimos de algún ahogado, pues como al ahogarse el hombre muda de semblante y hasta se le abren las carnes, el *dendán* no lo conoce y se lo come, tomándolo por un habitante del fondo del mar, y no tarda en reventar. Y entonces nosotros nos echamos sobre él y le sacamos el aceite del hígado y nos untamos el cuerpo con él para así poder ir y venir por el mar con toda seguridad. Así que, en viendo a un hijo de Adán, los *dendanes,* aunque sean en número de cien o doscientos o mil o más, luego mueren todos ellos con solo que oigan su voz, sin que ninguno de ellos pueda tampoco huir, y por eso nosotros, siempre que un mortal cae al agua, lo cogemos y lo untamos con esta grasa y lo paseamos por las hon-

[10] Probablemente se trata del hipopótamo. *Dendán* en persa significa diente, colmillo.

duras del mar, y en viendo a un *dendán* o a dos o tres o más, le decimos al hombre que dé un solo grito y todos esos monstruos mueren al oír ese solo grito, sin más requisito.

–Encomiéndome a Alá–exclamó Abdu-l-Lah, el de tierra, al oír a Abdu-l-Lah, el del mar.

Procedió luego el pescador a desnudarse de sus ropas e hizo un hoyo en la arena y las enterró en él, y después se frotó todo el cuerpo con el ungüento, de la cabeza a los pies, y se sumergió en el agua y empezó a surcarla.

Y abrió los ojos y advirtió que no se le entraba el agua y siguió andando a derecha e izquierda, y cuando quería se remontaba y cuando le placía se hundía hasta el fondo del agua, y veía que el agua del mar lo cubría por encima igual que un alfaneque y no le hacía el menor daño ni le causaba el menor accidente.

Y Abdu-l-Lah, el de tierra, no se cansaba de admirar los prodigios del mar, hasta que llegó al pie de una alta montaña y procedió a costearla, cuando, en menos que se piensa, hirió sus oídos una voz muy recia, y se volvió y vio un bulto negro, que, despeñándose de aquel monte, dirigíase a su encuentro, y era tan grande o más que un camello y lanzaba unos bufidos tremendos.

–¿Qué es eso, hermano?–preguntóle el pescador a su compañero. Y este le contestó diciendo:

–Ese es el *dendán* de que te hablé y que bajó del monte en busca mía, con intención de devorarme; lanza, pues, un grito, hermano, para espantarlo, antes que nos alcance y me coja y me trague.

Diole en seguida Abdu-l-Lah, el de tierra, un grito, y en el acto quedó el monstruo muerto y el pescador exclamó, al ver aquello:

–¡Loado sea Alá, que no lo herí de espada ni puñal! ¿Cómo es posible que toda esa mole no haya podido resistir un solo grito y en el acto haya sucumbido?

–No te choque eso ni te asombre –respondióle su amigo–, que por Alá mil o dos mil que hubieran sido murieran todos en el acto igual de solo oír la voz de un hijo de Adán.

Siguieron luego andando por el mar hasta llegar a una ciudad, en la que el pescador no vio más que hembras, sin que entre ellas ningún varón hubiera, por lo que, sorprendido, preguntóle a su amigo:

–Dime, hermano mío: ¿qué ciudad es esta y qué mujeres son estas?

Y Abdu-l-Lah, el del mar, le contestó, diciendo:

–Esta, hermano mío, es la ciudad de las mujeres y sus moradoras son las hijas del mar.

–¿Y no hay varón alguno entre ellas? –preguntó Abdu-l-Lah, el de la tierra.

Y su amigo Abdu-l-Lah, el del mar, le respondió:

–No.

–Pero entonces–inquirió el pescador–, ¿cómo se las arreglan para concebir y parir sin ayuda de varón?

–Has de saber–respondióle su amigo–que el rey del mar las desterró a este lugar y no conciben ni paren, como es natural. Eso hace el rey con toda mujer que provoca su ira y a todas las manda a esta ciudad, de la que no salen más, pues si salieran fueran pasto en seguida de las fieras marinas. Pero en otras ciudades del mar hay hombres y mujeres.

–¿Pero es que en el mar–exclamó el pescador–hay otras ciudades, además de esta ciudad?

–Claro que sí y muchas–respondióle Abdu-l-Lah, el del mar.

–¿Y tenéis sultanes que os manden? –preguntó el pescador.

Y su amigo le respondió:

–Sí.

Y el pescador, al oírlo, exclamó:

–En verdad, hermano, que he visto en el mar muchos prodigios.

A lo que replicó su amigo:

–¿Pues qué has visto tú de los prodigios del mar? ¿No oíste nunca decir que las maravillas del mar son en mucho mayor número que las de la tierra?

–Sí que lo he oído decir–respondió el pescador.

Y miró luego con atención a aquellas mujeres y vio que tenían sus caras como lunas y el pelo como el pelo de las mujeres de la tierra, sino que manos y pies salíanles del vientre y tenían cola igual que los peces.

Luego que Abdu-l-Lah, el de tierra, hubo visto bien a la gente de aquella ciudad, tiró de él Abdu-l-Lah, el del mar, y lo condujo a otra ciudad, cuyos habitantes eran varones y hembras, aunque en su forma se asemejaban a las doncellas y tenían también cola como los peces.

No había entre ellos compra ni venta, como entre los seres de la tierra, ni tampoco iban vestidos, sino en cueros, con las vergüenzas al descubierto.

Y el pescador díjole a su compañero:

–Mira, hermano: ¿cómo es eso de que aquí hombres y mujeres andan en cueros y con las vergüenzas al descubierto?

–Es–díjole Abdu-l-Lah, el del mar, a su amigo–que la gente marina no tiene telas con que se vista.

–¿Y cómo se las arreglan cuando se casan?–exclamó el pescador.

–Aquí–respondióle el amigo–no se estila casarse, sino que, cuando a un macho le gusta una hembra, la coge y satisface su deseo con ella.

–Eso–observó el pescador–es cosa vedada y no me explico por qué no se casan como Alá manda y dotan a la esposa y celebran como es debido la boda con fiesta y jaleo, como agrada a Alá y a su Profeta (sobre ambos la paz).

–Has de saber–respondióle su amigo–que entre nosotros no hay una sola religión, pues hay musulmanes, creyentes en Alá–el único–y también hay nazarenos y judíos y de otros credos. Y los que se casan son los musulmanes.

–Andáis en cueros–exclamó Abdu-l-Lah, el de tierra–y no tenéis compra ni venta. Y siendo así, ¿en qué dotáis a vuestras esposas? ¿Quizá en perlas y piedras preciosas?

–Las perlas y demás gemas–respondió Abdu-l-Lah, el de mar–carecen entre nosotros de todo valor y las miramos como simples piedras. Lo que hacen los que piensan casarse es juntar cierta cantidad de peces, mil o dos mil o más o menos, según lo que convienen entre ellos y su futuro suegro, y, luego que eso logran, reúnense la familia del novio y la familia de la novia y celebran el convite de bodas, después de lo cual introducen al novio en la alcoba nupcial. Y desde entonces ha de pescar para mantener a su mujer; pero cuando envejece o adolece, es ella la que pesca para mantenerle.

–¿Y cuando una mujer comete adulterio?–preguntó el pescador.

Y su amigo le contestó:

–Cuando comete adulterio una mujer y queda convicta de ello, destiérranla a la ciudad de las mujeres, y, si está encinta de su barragán, aguardan a que dé a luz, y si es una niña lo que trae al mundo, destiérranlas a ambas, llamando adúltera a la madre e hija de adulterio a la chica, la cual viene condenada a nunca casar; pero si da a luz un varón llévanselo al rey del mar, que en el acto lo manda matar.

Y al oír aquello el pescador fue mucho lo que se maravilló.

Llevó luego Abdu-l-Lah, el del mar, a Abdu-l-Lah, el de tierra, a otra ciudad y luego a otra, y así le fue enseñando ciudades de aquellas hasta el número de ochenta, y el pescador advirtió que la gente de cada ciudad era

totalmente distinta de la de las demás, sin que en nada se pareciesen.

Y el pescador preguntóle a su amigo:

–Dime, hermano mío: ¿quedan aún por ver otras ciudades marinas?

Y su amigo le dijo:

–¿Qué has visto tú, después de todo, de las ciudades del mar y sus espectáculos maravillosos? Por la virtud del noble Profeta (el clemente, el piadoso), que puesto que yo te mostrase cada día mil ciudades por espacio de mil años y en cada ciudad de esas mil portentos, aún no te habria enseñado ni un quilate de los veinticuatro quilates de las marinas ciudades y de sus milagros. Y dizque hasta ahora solo te hice ver nuestra región y nuestro Estado.

–Mira, hermano mío: siendo así–respondió el pescador–ya me doy por satisfecho con lo que visto llevo, pues ya estoy harto de comer pescado, que en todos estos días que en tu compañía he pasado no me diste a comer otra cosa mañana y noche sino pescado crudo y no cocido ni asado.

–¿Y qué quiere decir eso de cocido y asado?–preguntó Abdu-l-Lah, el del mar, al pescador.

Y Abdu-l-Lah, el de tierra, le contestó:

–Nosotros asamos el pescado a la lumbre y lo cocemos en agua y lo guisamos y condimentamos en miles de platos.

–¿Y cómo–admiróse su amigo–habríamos nosotros de tener fuego en el mar? Nada entendemos, pues, de asado ni cocido, ni de nada por el estilo.

–También freímos el pescado en aceite de oliva o de sésamo–añadió el pescador.

Y su amigo le replicó:

–Pero nosotros, hermano mío, ¿de dónde íbamos a tener en el mar aceite de oliva o de sésamo? De veras que nada sabemos de esas cosas que mientas.

–Bueno, hermanito–dijo el pescador–; pero con haberme enseñado tú tantas ciudades aún la tuya no me mostraste.

–Mi ciudad–respondióle Abdu-l-Lah, el del mar–la hemos dejado muy atrás, pues se halla casi pegada a la playa, y si desde luego no te la enseñé y te traje hasta aquí, fue porque quería distraerte con la vista de las grandes ciudades marinas.

–Bien–díjole el pescador a su amigo–, pues ya tengo bastante con las que he visto; así que ahora te ruego no lo demores más y me enseñes tu ciudad.

–Sea según deseas–exclamó Abdu-l-Lah, el del mar.

Y volviéndose con él sobre sus pasos, desanduvo lo andado y lo llevó a su ciudad y le dijo:

–Esta es mi ciudad, hermanito.

Miró Abdu-l-Lah, el de la tierra, y encontróse con una ciudad harto pequeña en comparación con las que antes viera, y su compañero lo introdujo en ella y lo condujo hasta una cueva.

Y luego que allí llegaron, le dijo Abdu-l-Lah, el del mar, a su amigo, Abdu-l-Lah, el de tierra:

–Esta gruta que ves es mi casa y todas las casas marinas son de la misma traza, y, cuando alguno quiere labrarse casa, va a ver al rey y le dice: «Quiero hacerme una casa en tal sitio», y el rey en seguida manda allí una partida de peces llamados canteros, los cuales trabajan por un jornal consistente en cierto número convenido de peces, y están dotados de unos taladros naturales que perforan la piedra, por dura que sea. Esos tales peces marchan al monte donde el futuro dueño de la casa desea labrársela y se aplican en seguida a la tarea de excavar la roca, en tanto el otro va a pescar para ellos y provee a su sustento, hasta que terminan de labrar la gruta y se la entregan, después de lo cual se marchan y

el dueño se instala en ella. Y dizque esa es aquí la regla: que nadie trabaja y son peces solamente los que realizan todas las faenas.

Díjole después Abdu-l-Lah, el del mar, a Abdu-l-Lah, el de tierra:

–Pasa adentro para que la veas.

Pasó adentro el pescador y su amigo le dijo:

–Ésta es mi hija.

Y acto seguido adelantóse hacia él una joven con una cara redonda como una luna y una cabellera muy larga y unas caderas muy pesadas y unos ojos como alheña y un talle como de palmera, desnuda enteramente, y con cola como los peces.

Y al ver la joven a Abdu-l-Lah, el de la tierra, en compañía de su padre, preguntóle a este:

–¿Quién es ese desrabado que contigo viene?

–Es–respondió su padre–Abdu-l-Lah, el de tierra, mi amigo, el que me da esas frutas que has comido. Ven acá, hija mía, y dile el *selam.*

Acercóse ella y deseóle la paz con lengua suelta y palabras selectas.

Díjole luego su padre:

–Tráeme viandas para que obsequiemos al huésped que honra nuestra casa con su bendita llegada.

Salió ella y volvió llevando dos peces grandes, cada uno de los cuales tenía, por cierto, el tamaño de un cordero.

Y Abdu-l-Lah, el del mar, díjole a su compañero:

–Come de eso.

Comió Abdu-l-Lah, el de tierra, por el hambre que tenía, aunque con repugnancia, porque tanto pescado le daba ya empacho; pero como allí no había otra cosa tuvo de resignarse y aceptarlo.

Y no había pasado mucho rato cuando se presentó allí la esposa de Abdu-l-Lah, el del mar, que era bastante guapa, en compañía de sus dos chicos, cada uno de los cuales llevaba en su mano un pececillo, que se iba comiendo con la misma fruición con que los niños de la tierra se comerían un cohombro en sazón [11].

Al ver la mujer de Abdu-l-Lah, el del mar, a Abdu-l-Lah, el de la tierra, preguntó a su marido:

–¿Quién es ese desrabado que has traído?

Y en seguida adelantáronse los chicos y su hermana y su madre y pusiéronse a mirar a Abdu-l-Lah, el de tierra, y a decir:

–¡Por Alá! ¿Cómo es eso que no tiene cola?

Y se reían de él, al ver lo cual exclamó Abdu-l-Lah, el de tierra, dirigiéndose a su anfitrión:

–¿Por ventura me trajiste aquí para que sirviera de irrisión?

Sorprendió a Schahrasad al llegar aquí la aurora y cortó el hilo de sus palabras encantadoras.

[11] El vocablo árabe del texto, *jiyar,* en hebreo *kisch,* tradúcese unas veces pepino, otras melón y otras cohombro *(cucumis).* Sea como fuere, se trata de una fruta muy estimada entre los orientales. Ya en la *Biblia* número XI, 5, se le menciona entre los manjares sabrosos que los israelitas echaban de menos en el desierto. El *cucumis chate* es una variedad de melón, no tan dulce como este. Todas estas plantas de la rúbrica *cucumis*–de ahí que se las confunda entre sí–danse con abundancia en Egipto y Palestina. En Isaías, I, 8, se cita la «cabaña del melonar», rústica choza destinada a los guardas de esas plantaciones (Alonso Lallave, *Diccionario bíblico,* Sevilla, 1886). Tan estimada era esa fruta entre los orientales, que Wahrmund, en su excelente *Handwörterbuch der neu-arabischen una deutschen Sprache,* da como acepción básica de *jiyar* la de «auserlesenes, Bestes»–selecto, óptimo–a fuer de plural de *jeir*–bueno–, y en segundo lugar, la de «Gurke, Wassermelone». Lamy, en su *Apparatus biblicus* (Venecia, 1793), incluye bajo la denominación genérica de *cucumer* el cohombro, el melón y el puerro (!) *(porrus).* Hay, finalmente, un pez que se llama también así y que daría lugar a confusión, si el paso del texto no estuviera tan claro.

PERO LA NOCHE 511 PROSIGUIO SU RELATO EN ESTA FORMA:

–Ha llegado a mi noticia, *¡ye* monarca, el afortunado!, que Abdu-l-Lah, el de tierra, le dijo a Abdu-l-Lah, el del mar:

–¿Por ventura me trajiste aquí para que tu mujer y tus hijos se rieran de mí?

A lo que aquel le contestó:

–Perdona, hermano, pero es que entre nosotros aquel que no tiene cola es tenido en poca cosa, y, luego que sale uno así falto de ese atributo, cógenlo y se lo llevan al sultán, para que le sirva de diversión y hazmerreír. Pero no te enojes con estos chicos y su madre, que ya sabes que tienen pocos alcances.

Y volviéndose a sus familiares, gritóles Abdu-l-Lah, el del mar:

–¡A ver si os calláis!

Asustáronse ellos y guardaron silencio. Y Abdu-l-Lah, el del mar, púsose a hablar con Abdu-l-Lah, el de la tierra, de cosas diversas.

Pero estando en estas he aquí que se presentan diez hombretones forzudos y corpulentos, y, encarándose con Abdu-l-Lah, el del mar, le dijeron:

–*¡Ye* Abdu-l-Lah: ha llegado a oídos del rey que tienes en tu casa a un desrabado de los desrabados de la tierra!

–Así es, en verdad–respondió Abdu-l-Lah, el del mar–, y es este hombre, que es mi amigo, y lo traje a mi casa como huésped con intención de conducirlo a la tierra otra vez.

–¿Sí?–dijeron los otros–. Pues no tenemos más remedio que llevárnoslo con nosotros. Y si algo tienes que alegar acompáñanos y ven tú también a dercíselo al sultán.

Y acto seguido asieron de Abdu-l-Lah, el de tierra, y cargaron con él y lo llevaron a presencia del rey.

Y luego que el rey lo vio echóse a reír y exclamó:

–¡Bien venido sea el desrabado!

Y todos los que estaban en torno al monarca riéronse también y dijeron:

–¡Por Alá, que es fuerte cosa que no tenga cola!

Llegóse luego Abdu-l-Lah, el del mar, al rey y le contó toda la historia de su conocimiento y amistad con el otro Abdu-l-Lah. Y al terminar le dijo:

–Este es uno de los hijos de la tierra y mi amigo no se quedará a vivir con nosotros, porque no le gusta el pescado sino frito o asado, por lo que te ruego me des tu venia para volver a llevarlo a la tierra.

–Siendo así como dices–respondió el rey–, y que no se ha de quedar a vivir aquí, te doy mi venia para que lo restituyas a su tierra natal, después de cumplir con él los deberes de la hospitalidad.

Acto seguido los servidores del rey ofreciéronle a Abdu-l-Lah, el pescador, peces de clases y formas diferentes, y Abdu-l-Lah comió de ellos, acatando la orden del soberano, el cual le dijo, luego del convite terminado:

–Pídeme lo que quieras, Abdu-l-Lah, el de tierra.

Y el pescador le contestó:

–Te pido que me des perlas.

Ordenó el rey que lo llevaran a la casa de las perlas y lo invitaran a que cogiese cuantas quisiera.

Hiciéronlo así y Abdu-l-Lah, el de tierra, cogió cuantas perlas quiso, y luego su amigo lo condujo de nuevo a su ciudad, y, sacando una bolsa, le dijo:

–Toma esta bolsa, como ofrenda, y llévala en mi nombre al sepulcro del Profeta de Alá (sobre él la oración y la paz).

Tomó el pescador la bolsa, sin saber lo que contuviera, y su amigo lo condujo de nuevo a la tierra, según le prometiera.

Y pudo Abdu-l-Lah, el de tierra, ver en el camino a unos individuos que estaban de fiesta y cantaban, junto a las mesas servidas con peces, y todos cantaban y comían dando muestras de gran alegría.

Y Abdu-l-Lah, el de tierra, preguntóle a su amigo Abdu-l-Lah, el del mar:

–¿Por qué está esa gente tan alegre? ¿Es que acaso están de boda?

–No hay tal–respondióle su amigo–, sino que están, por el contrario, de duelo y funeral.

–¿Cómo es eso?–asombróse Abdu-l-Lah, el de tierra–. ¿Es que cuando uno de vosotros muere le hacéis fiesta y os ponéis a cantar y a comer?

–Así es–asintió Abdu-l-Lah, el del mar–. Y vosotros los hijos de la tierra, ¿qué hacéis cuando uno de los vuestros se os muere?

–Cuando muere uno de nosotros–respondióle Abdu-l-Lah, el de tierra–le hacemos planto y duelo, y las mujeres se arañan las caras y rasgan sus vestidos en señal de dolor por el fallecido.

Quedóse Abdu-l-Lah, el del mar, mirando a su amigo de hito en hito y le dijo:

–Dame acá ese rehén que te había confiado.

Hízolo así el pescador, asombrado.

Llegaron en esto a la orilla del agua y Abdu-l-Lah, el del mar, despidióse de su amigo Abdu-l-Lah, el de tierra, y le dijo:

–Aquí termina nuestra compañía y nuestra amistad, pues a partir de este día no me verás más a mí ni yo te veré nunca a ti.

–¿Por qué dices eso?–preguntó Abdu-l-Lah, el de tierra, a Abdu-l-Lah, el de mar. Y este le contestó, diciendo así:

–¿No sois vosotros los hijos de la tierra cosa de la propiedad de Alá?

–Cierto que sí–respondió el pescador.

–Pues entonces–díjole su amigo–, ¿cómo se os hace duro que Alá recobre lo que es suyo y os ponéis a llorar y a endechar cuando así lo hace y reclama su propiedad? ¿Ni cómo voy ya a confiarte ahora esa ofrenda para el sepulcro del Profeta (sobre El la oración y la paz) cuando vosotros, al naceros un hijo, os alegráis y festejáis, sabiendo que Alá diole de prestado el alma, y luego, cuando Alá os recoge otra vez lo que os presta, os ponéis a llorar y lamentar? No quiero trato desde ahora con gente que así se porta.

Y Abdu-l-Lah, el del mar, volvióle a Abdu-l-Lah, el de tierra, la espalda, y se sumergió en el agua.

Volvió Abdu-l-Lah, el de tierra, a vestirse sus ropas, y, cogiendo sus perlas, tornóse a palacio y pasó a ver al rey, que lo acogió con grandes muestras de alegría, pues estaba ya inquieto al ver que no venía. Y le dijo:

–¿Cómo estás, yerno mío, y por qué tardaste tanto en volver?

Contóle Abdu-l-Lah todo cuanto le sucediera y las maravillas que en el mar viera, y el rey lo oyó con gran asombro y sorpresa.

Refirióle luego Abdu-l-Lah, el de tierra, al rey las palabras que Abdu-l-Lah, el del mar, le dijera. Y el rey, luego que lo oyó, exclamó:

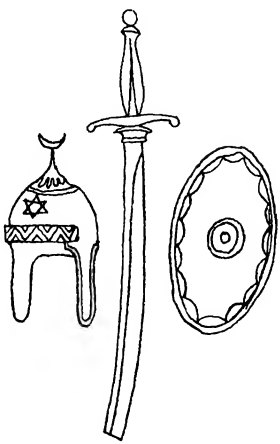
–En verdad que hiciste mal en contarle esas cosas.

Pasó luego un espacio de tiempo y Abdu-l-Lah, el de tierra, iba a la playa y llamaba a Abdu-l-Lah, el del mar, pero este no le contestaba ni acudía a su llamada, con lo que Abdu-l-Lah, el

de tierra, perdió ya toda esperanza.

Y vivió después de eso con el rey su suegro y su familia la mejor de las vidas, gozando de felicidad cumplida, hasta que vino a visitarlos la que pone fin a los deleites y dispersa las reuniones de las gentes, y murieron todos, unos después de otros.

¡Loor al Viviente, al que nunca-muere!





DEL RARO LANCE QUE LE OCURRIO A HARUNU-R-RASCHID CON EL JOVEN AL-OMANI

(Noches 511 a 513)

Romántica historia de amor, que tiene, además, el interés de mostrarnos al jalifa Harunu-r-Raschid actuando de neurólogo con una sabia técnica intuitiva, lo que es más de admirar. El vicario de Alá en la tierra hace aquí desaparecer de la cara del joven Omani una palidez, debida a un reflujo de sangre, consecuencia de una emoción violenta, provocando otra contraria de igual intensidad. Caso que también tiene interés desde el punto de vista médico, pues parece ser de la misma índole que los observados modernamente por los neurólogos de la escuela de Charcot.

La historia del joven Omani es también de gran valor como pintura de costumbres–de malas costumbres, si queréis–de aquellos tiempos, pues nos introduce en un lenón oriental, regentado por un proxeneta de fuste, sodomita por más señas, que trafica con los encantos de su propia hija, lo que no obsta para que goce de la consideración debida a un respetable scheij. *Y he aquí lo más maravilloso: en ese meretricio encuentra el joven Omani esa perla de amor auténtico; la clásica perla en el muladar, que estaba reservada para él. Los caminos del amor son inescrutables como sus designios.*

Al-Omani es un epíteto de nacionalidad; el joven del cuento es natural de Omán, península arábiga en el golfo Pérsico y el mar del mismo nombre, separada por un desierto, del Yemen. Su principal ciudad es Maskat, voz árabe que significa lugar de caída.

En la versión Mardrus lleva esta narración el título de Historia del joven amarillo.

–Cuentan también que el jalifa Harunu-r-Raschid estaba desvelado cierta noche y mandó a llamar a Mesrur, y, luego que lo tuvo entre sus manos, díjole el soberano:

–Tráeme acá en seguida a Châfar.

No tardó este en presentarse ante el jalifa, y Harunu-r-Raschid le dijo así:

–Estoy esta noche muy desvelado, de suerte que no puedo conciliar el sueño y no sé cómo poner a mi insomnio remedio.

–¡*Ye* emir de los creyentes!–díjole Châfar–. Dicen los sabios que la vista de la mujer, la visita al *hammam* y el canto y la música hacen cesar la preocupación y el pesar [1].

–¡*Ye* Châfar!–respondióle el jalifa–. Ya probé todo eso que me indicas y no me sirvió de nada. Y juro por mis padres y mis abuelos que si no aciertas a quitarme el insomnio mandaré que te corten el cuello.

–¡*Ye* emir de los creyentes!–díjole Châfar–. ¿Estás dispuesto a hacer lo que yo te aconseje?

–¿Y qué es–exclamó el jalifa–lo que vas a aconsejarme?

–¡*Ye* emir de los creyentes!–respondió Châfar–. Montemos en una barca y paseémonos en ella por el Dichle, por un sitio que llaman Karnu-z-Zirat, y puede que así oigamos lo que nunca oímos y veamos lo que jamás vimos, y dice el refrán que una de estas tres cosas ahuyenta el pesar: ver lo que nunca se vio, oír lo que nunca se oyó y pisar tierra que nunca se pisó [2]. Acaso de ese modo logremos que cese tu insomnio.

Levantóse acto seguido el jalifa de su asiento y, en compañía de Châfar y los demás individuos de su séquito, pasó a la cámara de los trajes y se vistieron todos ropas de comerciantes, y después se dirigieron a orillas del Dichle y montaron en una barca, chapada de oro, y fueron bogando por el agua hasta que llegaron al sitio que iban buscando, y, al llegar allí, oyeron la voz de una muchacha que cantaba, acompañándose con el laúd, y entonaba una letrilla que decía:

–Florecía la enramada;
cantaba el ruiseñor;
pero en mi alma anidaban
el pesar y el dolor.
Y clamé:–En este mundo
la dicha es pasajera;
tan solo fue la mía
una fugaz quimera.
Una gentil gacela
de ojos fascinadores
a quitármela vino,
con mimos seductores,
y luego se fue rauda
y me dijo burlona:
–Ya te consolarás,
que todo pasa y torna.

Luego que oyó aquel canto exclamó el jalifa:

–¡*Ye* Châfar y qué canción tan linda!

–¡*Ye* señor nuestro!–asintió Châfar–. En mi vida oí ninguna más linda ni mejor entonada. Pero con todo, oír a medias y como detrás de un muro, no es como escuchar detrás de un velo.

–Tienes razón, Châfar–dijo el jalifa–. Vamos a entrar en esa casa y a pedir adiafa y acaso así logremos ver en persona a la cantora.

–Oír es obedecer–respondió Châfar.

Acercaron luego la barca a la orilla y allí la dejaron y llamaron a la puerta de la casa y pidieron permiso para entrar, y he aquí que un joven salió a recibirlos y les dijo:

–Bien venidos seáis, mis señores, que con vuestra visita honráis mi casa. Pasad adentro con toda holgura y confianza.

Pasaron adentro atendidos por el joven y encontráronse con una casa de cuatro caras, con los alfarjes [3] de oro

[1] *Redolet proverbium.*
[2] Proverbial
[3] Techos.

y las paredes pintadas de lapislázuli y una hermosa galería, y en ella cien esclavas como otras tantas lunas, de refulgente hermosura. Dioles el joven una voz y desaparecieron y volvióse luego a Châfar y le dijo:

–¡*Ye* mi señor! Yo ignoro cuál es el más ilustre de vosotros y quisiera saberlo para tratarlo como debo y sentarlo a la cabecera y poneros a los demás en el lugar adecuado a vuestro rango.

–No te preocupes por eso–díjole Châfar–, que ya nosotros nos acomodaremos.

Y él y el jalifa se sentaron, en tanto Mesrur atendía a su servicio. Después de lo cual el joven les dijo:

–¡*Ye* mis huéspedes! ¿Me permitís que os ofrezca una colación?

–Cierto que sí–respondieron ellos.

Mandóles entonces el joven a las esclavas que les llevasen de comer y en el acto se destacaron cuatro esclavas de airoso palmito, llevando entre sus manos un ataifor servido con manjares selectos y exquisitos.

Comieron ellos hasta quedar hartos y luego se lavaron las manos y el joven les dijo:

–Si algo deseáis ahora, mis señores, os ruego me lo digáis para complaceros en vuestro deseo.

–Sí que tenemos que pedirte una cosa–respondieron ellos–, pues has de saber que si vinimos a tu casa fue porque oímos cantar desde fuera y nos entró la curiosidad de oír más de cerca a la cantora y conocerla. Así que, si juzgas oportuno complacernos en lo que te decimos, como un rasgo de tu generosa condición lo estimaremos, y, después de eso, nos volveremos por donde vinimos.

–En el acto seréis complacidos–dijo el joven.

Y volviéndose a una esclava negra, le dijo:

–Dile a tu señora fulana que venga sin tardanza.

Fuese a cumplir la orden la esclava y a poco tornó, llevando un sillón, que dejó en la sala, y volvió a salir y regresó luego, llevando en su compañía una joven que parecía una luna en su pleno y que en aquel sillón tomó asiento.

Diole luego la esclava negra una funda de raso, de la que ella sacó un laúd, con incrustaciones de rubíes y perlas y su clavijero de oro.

Y estrechó luego la joven contra su pecho el laúd y se inclinó sobre él como la madre se inclina sobre su niño para darle el pecho, y templó sus cuerdas, que vibraron lastimeras como el niño que llama a su madre cuando se ausenta. Y, finalmente, empezó a pulsarlo, entonando esta letra:

–Da el sino sus favores
a quien le place
y nada se consigue
con preocuparse.
Bebe, amigo, tu copa,
que solo el vino
al corazón del hombre
da ánimo y brío.
¡Cuántas noches oscuras
sobre el Dichle
la luna de repente
vino a esplender!

Luego que acabó su canción rompió la joven a llorar con mucho dolor, y lo mismo hicieron todos los que estaban en el aposento con tantos extremos, que poco faltó para que exhalaran el postrer aliento, y no hubo uno solo que no perdiera el conocimiento y no se rasgara los vestidos y se aporreara el rostro, a impulsos de la emoción que aquel canto les infundiera en el corazón.

Y Ar-Raschid exclamó:

–Lo que esa joven acaba de cantar indica que está enamorada y de su amigo separada.

Y Abu-Ishak le dijo a Ar-Raschid:

–Yo, ¡*ye* mi señor!, maravillado estoy hasta el colmo y apenas si puedo contener la emoción.

No dejaba a todo esto Ar-Raschid de mirar y contemplar al dueño de la casa y admiraba su belleza y su gracia; pero hubo de chocarle la intensa palidez de su cara.

Y volvióse a él y le dijo:

–Oye, mocito.

–¿Qué desea mi señor?–inquirió él, solícito.

Y el jalifa le dijo:

–¿Sabes, por ventura, quiénes somos nosotros?

–No por cierto–respondióle el otro.

Y Châfar le dijo, terciando en el coloquio:

–¿Quieres que te digamos nuestros sendos nombres?

–Bueno–respondió el joven.

–Este–dijo Châfar–es el emir de los creyentes, hijo del tío del señor de los profetas.

Y a continuación le fue declarando al joven los nombres de todos los demás. Después de lo cual díjole al joven el jalifa:

–Querría me dijeras la causa de esa amarillez de tu cara. ¿Es adquirida o innata?

–Mi historia–respondió el joven–es rara y mi caso extraordinario, tal que si se escribiera con una aguja en el fondo del ojo daría motivo de reflexión a los que reflexionan.

–Pues cuéntamela a mí, muchacho –díjole Ar-Raschid–, que pudiera ser que tu salvación estuviera en mi mano.

–*¡Ye* emir de los creyentes!–díjole el joven al jalifa–. Préstame tus oídos y dame tu brazo benigno.

–Atento estoy–respondióle Ar-Raschid–e impaciente por oír.

–Has de saber–díjole entonces el joven–, *¡ye* emir de los creyentes!, que yo soy un mercader de los mercaderes del mar y traigo mi origen de la ciudad de Omán.

Y era mi padre un mercader muy rico, dueño de treinta naves, que le rentaban cada año treinta mil dinares.

Y era mi padre hombre generoso y me enseñó a leer y escribir y todo lo demás que un joven distinguido no debe ignorar.

Y luego que le llegó su última hora mi padre me llamó a su lado y me hizo las recomendaciones que suelen hacerse en tales casos.

Murióse luego en la misericordia de Alá–*taála* (así alargue Alá la vida de nuestro señor el jalifa).

Tenía mi padre un socio que traficaba por su cuenta y viajaba por el mar con sus galeras, de acá para allá.

Y sucedió un día de los días que, estando yo sentado en mi casa, entre una partida de mercaderes, llegóse a mí uno de mis criados y me dijo:

–A la puerta, señor, está un hombre que pide permiso para entrar.

–Hazlo pasar–díjele yo.

Entró, pues, el hombre y traía sobre su cabeza un bulto envuelto y tapado, el cual puso entre mis manos y lo desenvolvió, dejando ver unas frutas fuera de sazón y sal y especias exóticas de las que en nuestra tierra no se dan.

Agradecíle yo el obsequio y mandé que le dieran cien dinares, y él los tomó y se fue muy contento.

Preguntéles yo después a los mercaderes de dónde procedían aquellas cosas, y ellos me dijeron que de Bazra, y se deshicieron en elogios a aquel país, ponderando con grandes extremos sus encantos y conviniendo todos en que no había en el mundo ciudad más hermosa que la de Bagdad ni gente que a su gente se pudiera igualar.

Pasaron luego a describirme la ciudad de Bagdad y la benigna condición de sus naturales y la sanidad de sus aires y la hermosura de su traza y estructura, de suerte que, al oírlos, entróme una gran nostalgia de ella y fijóseme en la mente la idea de verla cuanto antes.

Fui, pues, y vendí todas mis fincas y

propiedades y mis naves en cien mil dinares y fleté un barco y trasladé a él todos mis dineros y efectos, y me hice con él a la mar y fui navegando noches y días sin parar, hasta que llegué a Bazra y me detuve allí una temporada.

Alquilé luego un barco grande y trasladé a él todas mis cosas y me hice de nuevo a la mar y, al cabo de pocos días, arribé a Bagdad. Pregunté al llegar allí dónde paraban los mercaderes, y me dijeron:

–En el barrio de Al-Kirh [4].

Dirigíme luego allá y alquilé una casa en el adarve que llaman Adarve del Azafrán y trasladé a aquella casa todos mis bagajes y viví en ella algún tiempo, hasta que un día de los días me fui de paseo, llevando conmigo algún dinero, y era por cierto viernes aquel día, según bien recuerdo, por lo que me encaminé a la aljama que llaman Aljama de Al-Manzur y en la cual se celebran los viernes, con gran concurrencia de fieles [5].

Recé yo mis oraciones y luego salí con los demás devotos y me dirigí a un lugar que llaman Karnu-z-Zirat [6], y allí vi un edificio alto y simpático, con ventanas y miradores que daban a la orilla del río, y, separándome del demás gentío, encaminéme a aquel sitio, y al acercarme a él vi un *scheij* sentado en la puerta, lujosamente vestido, con ropas que exhalaban un olor gratísimo.

Volvíme a uno de los que cerca estaban y le pregunté:

–¿Cómo se llama ese *scheij* y qué es?

–Ese *scheij*–me respondió el interpelado–se llama Tahir-benu-l-Alá y tiene un negocio de muchachas, y, todo el que en su casa entra, come y bebe y ve lindas caras.

–¡Por Alá–exclamé yo al oír aquello–, precisamente en busca de algo así viajé yo tanto tiempo!

Y acto seguido, *¡ye* emir de los creyentes!, me dirigí al *scheij* y lo saludé y luego le dije:

–Mira, señor, tengo que pedirte un favor.

–¿Qué es ello?–preguntóme él.

Y yo le contesté:

–Pues sencillamente que me recibieses en tu casa esta noche como huésped.

–Con alma y vida lo haré–dijo él.

Y luego añadió:

–Yo, hijo mío, tengo conmigo muchas esclavas, y de ellas las hay que cobran diez dinares por noche y las hay que cobran más; así que tú elegirás.

–Prefiero–díjele yo–las que solo cobran diez dinares.

Peséle a continuación trescientos dinares a cuenta de un mes y entonces él entregóme a un criado, el cual asió de mí y me llevó al *hammam* de la casa, y allí me sirvió con toda solicitud y luego me condujo a una sala y llamó a la puerta y salió al punto una muchacha, a la que le dijo estas palabras:

–Aquí te traigo a este huésped.

Diome ella la bienvenida con una alegre risa y asió de mí y me hizo entrar en una habitación de un lujo maravilloso, con las paredes chapadas en oro. Miré yo con atención a la esclava y vi que parecía una luna en la noche de su plena hermosura y que tenía a su servicio a otras dos jóvenes que semejaban dos luceros espléndidos.

[4] Literalmente, la Colonia.

[5] Abu-Châfar-Abdu-l-Lah Al-Manzur, hermano y sucesor de As-Saffah, segundo jalifa abbasi. Reinó de 136 a 158 (753-774). «En Bagdad –refiere Ibn Batutah–hay once de esas mezquitas en que recitan la *jotba* y rezan la oración del viernes *(aljamas)*. Hay ocho en la parte occidental y tres en la oriental. Cuanto a las demás mezquitas (capillas, oratorios) son muy numerosas... La aljama del jalifa Abu-Châfar Al-Manzur está situada en el barrio que llaman de la Puerta de Bazra.» *(Viajes de Ibn Batutah,* editados por la Societé Asiatique. París, 1854.)

[6] Punta del camino.

Hízome sentar la muchacha y tomó asiento a mi lado, después de lo cual hízoles una seña a sus doncellas, y estas salieron y volvieron, trayendo una mesa servida con toda suerte de carne: de pollo y pichón y *katáa* y otras aves más, y comimos ambos hasta hartarnos, y, a decir la verdad, jamás, en mi vida, catara tan sabrosa comida.

Luego que terminamos la comida lleváronse aquella mesa las esclavas y trajeron la de las bebidas y las flores y los dulces y las frutas.

Un mes entero permanecí al lado de aquella joven en el mismo estado y, cumplido que fue el mes, separéme de su lado y pasé al *hammam* y después fuime a ver al *scheij* y le dije:

–Ahora, señor, quiero que me enseñes una de las que cuestan veinte dinares la noche.

–Pésame el oro–díjome él.

Fui y le pesé el oro y le llevé seiscientos dinares por un mes, y él los tomó y llamó a un criado y le ordenó:

–Coge a tu señor.

Y el criado me cogió y me llevó al *hammam* y luego me condujo a una cámara y llamó a la puerta, y en el acto salió una esclava. Y el criado, al verla, le dijo:

–Aquí tienes tu huésped.

Acogióme ella de la mejor manera. Y pude ver que andaban en su derredor cuatro doncellas, a las que les mandó que nos trajesen de comer; salieron ellas y a poco volvieron, trayendo una mesa en la que había toda suerte de manjares que pudieran apetecerse.

Comimos a satisfacción y, luego que terminamos, tomó ella el laúd y, después de templarlo, entonó este canto:

–*¡Ye* brisas almizcladas, que sopláis
del país de Babel!
Sed mensajeras de mi amor, os ruego,
y mi recuerdo fiel
llevadle a aquel que adoro, aunque a mis voces
no quiera responder.

Un mes entero estuve al lado de aquella joven y cumplido que fue el mes la dejé y fui en busca del *scheij*, a la hora del atardecer.

Y advertí un gran revuelo y oí unos gritos muy recios y pensé para mis adentros: «¿A qué se deberá eso?»

Pero el *scheij* me tranquilizó, diciendo:

–Es que esta noche es el mes de las noches y todos se entregan a la diversión y al retozo; ¿no querrías subir a la azotea y solazarte presenciando la fiesta?

–Cierto que sí–le respondí. Y subí a la azotea y desde allí pude ver un gran gentío que iba y venía, con faroles y antorchas, armando un alegre bullicio, y alarguéme hasta el pico de la azotea y descubrí, detrás de un rico tapiz, una cámara, y en ella un lujoso almadraque de madera de *arar* [7] en el que estaba una jovencita de tal hermosura y gracia y tan fina de talle y bien proporcionada, que dejaba estupefacto a quien la contemplaba.

Y tenía la joven a su lado un muchacho que le tenía ceñido el cuello con su mano y la estaba besando.

Al verlos yo, *¡ye* emir de los creyentes!, sentí tal emoción que ni siquiera sabía ya dónde me hallara, que hasta tal punto me trastornó la hermosura de aquella muchacha.

Bajé luego y le pregunté a la joven con la cual había estado qué esclava era aquella y le describí sus señas.

–¿Qué te importa a ti?–respondió.

–¡Por Alá–exclamé yo–, es que me ha cautivado el ánimo!

Sonrióse la joven y me dijo:

–*¡Ye* Abu-l-Hasán! ¿Por ventura te llegaste a enamorar?

–¡Por Alá–exclamé yo–, que esa muchacha se ha apoderado de mi corazón y de mi alma!

[7] Se trata, probablemente, del *callitris quadrivalvis*, árbol parecido al ciprés.

–Pues has de saber–respondióme mi amiga–que esa joven es la hija de Tahir-benu-l-Alá y nuestra ama, de la cual todas somos esclavas. ¿Y sabes, por ventura, Abu-l-Hasán, lo que cuestan sus noches y sus días?

–No–respondíle a mi amiga.

–Pues quinientos dinares–díjome ella–, y es un pesar para los corazones de los sultanes.

–¡Por Alá–exclamé–, que daría todo cuanto poseo por esa joven!

Pasé aquella noche dominado por la pasión y se me hizo enormemente larga; pero en cuanto amaneció la mañana pasé al *hammam* y me vestí el mejor de mis trajes, que era digno de un rey, y me fui a ver al padre de la muchacha y le dije estas palabras:

–*¡Ye* mi señor! Quiero ahora esa joven que cuesta quinientos dinares la noche.

–Pésame el oro–díjome él.

Peséle yo a razón de diez mil dinares al mes.

Tomólos el *scheij* y luego llamó a uno de sus criados y le dijo:

–Llévalo a tu señora fulana.

Cogióme el criado y me condujo a una sala como jamás la viera igual, de linda y bien puesta, en toda la redondez de la tierra.

Y pasé al interior de ella y vi a una joven sentada, y lo mismo fue verla, *¡ye* emir de los creyentes!, que quedarme pasmado ante su incomparable belleza, pues parecía una luna en su noche catorcena.

Era hermosa y armoniosa, de fino talle y habla tan cadenciosa y dulce, que avergonzara a los instrumentos musicales.

Sorprendió aquí a Schahrasad la aurora y cortó el hilo de sus palabras encantadoras.

PERO LA NOCHE 512 PROSIGUIO SU RELATO EN ESTA FORMA:

–Ha llegado a mí noticia, *¡ye* monarca, el afortunado!, que, luego de describirle el joven Al-Omani al jalifa las excelencias de aquella muchacha, improvisó los siguientes versos en su loanza:

–En tanto que el deseo jugaba en su costado
y la cubría la noche con su sombra más negra,
alzó su voz, clamando con dolorido acento:
–*¡Ye* noche, cuándo al fin me traerán tus ti-
[nieblas
un amiguito lindo que me aplaque este sexo!
Y dábase palmadas en esa parte bella
de su cuerpo, y lloraba con suspiros muy tiernos.
Y decía entre sollozos: –Lo mismo que el palillo
de dientes embellece unos dientes de perlas,
nuestro sexo el contrario nos lo torna más lindo.
¡Ye creyentes! ¿Acaso no tenéis esa cosa
que yo para calmar mi fuego necesito?
Así clamaba ella y yo al oírla sentí
empinarse mi vara debajo del vestido
igual que si gritase: «¡Aquí estoy para ti!»
Y abalancéme a ella, e impaciente, sin tino,
de su pantaloncito le solté la lazada,
y ella, al verme, asombrada y aturdida, me dijo:
–¿Quién eres? –Y yo al punto le respondí: –Yo
[soy
aquel que de tu apuro va a sacarte, ¡bien mío!
Y en seguida me puse a embestir con mi ariete,
que, grueso como un puño, se hundía como un
[cuchillo.
Y después de tres salvas, al retirarme un poco,
ella me dijo: –¡Sigue, completa el beneficio! [8].

Y qué bien dijo también el que dijo:

«Es tal que si la vieran los infieles
sus ídolos dejaran,
y a nadie sino a ella, en adelante,
como diosa adoraran.
Si en el mar, que es salado, su saliva
cayera, se trocara
en lago de dulzuras, y si sus ojos
al ocaso miraran,
trocárase en Oriente el Occidente
y allá todos marcharan.»

[8] Falta en la edición de Bulak.

Saludé yo a la joven con el *selam* y ella me dijo:

–¡Sé bien venido!

Y cogiéndome de la mano, *¡ye* emir de los creyentes!, sentóme a su lado, y, por el exceso de mi deseo, no pude contener el llanto ante la idea de que luego habríamos de separarnos, y, en tanto las lágrimas corrían por mis mejillas, recité estas rimas:

–Las despedidas son amargas,
mas las endulza el pensar
que quizá pronto de nuevo
nos volvamos a juntar;
mientras que, cuando te tengo
nuevamente junto a mí,
pienso en seguida que pronto
de mi lado te has de ir.

Probó ella a distraerme y a animarme y empezó a hablarme con lisonjeras palabras, en tanto yo naufragaba en un mar de pasión y de deseo, y ya padecía por anticipado los dolores de la separación, por efecto de mi excesivo amor.

Y a impulsos de tan vehementes sentimientos, improvisé estos versos:

–Al verla por vez primera
fue tan grande mi emoción,
que lloré al pensar que luego
vendría la separación,
y cual la caoba, rojo
de mi llanto era el color.

Mandó ella luego que nos sirvieran de comer, y se presentaron cuatro esclavas jóvenes e intactas, y pusieron entre nuestras manos viandas y frutas y dulces y vino; todo ello de tal calidad como para servirlo en la mesa de un sultán.

Comimos, *¡ye* emir de los creyentes!, y bebimos rodeados de plantas olorosas, que embalsamaban aquella estancia, digna de un monarca.

Vino después una esclava portadora de un estuche de seda y la joven lo tomó y sacó de él un laúd y se lo apretó al pecho y templó sus cuerdas, que se quejaron lo mismo que un niño pequeño cuando su madre se ausenta, y luego entonó esta letra con acento primoroso:

–No bebas el vino nunca
sino escanciado por mí,
porque solo sabe bien
cuando el copero gentil
lo sazona con decires
que acrecienta su fluir
y muestra limpias mejillas
aun del vello más sutil.

Luego que la joven hubo entonado esos versos quedéme a su lado y permanecí en ese estado un espacio de tiempo, hasta que se me acabó todo el dinero.

Pensé entonces en que tenía que separarme de ella y afluyeron a mis ojos las lágrimas ante esa idea, y corrieron por mis mejillas como ríos y perdí el juicio hasta el extremo de que ya no distinguía la noche del día.

–¿Por qué lloras así?–díjome ella.

Y yo le contesté:

–Pues porque, *¡ye* mi dueña y señora!, ya sabes que convine con tu padre en darle quinientos dinares por cada noche que pasara contigo y ya se me ha acabado todo mi dinero y con él mi contento.

Y con razón dice el refrán: «Algarivo es el pobre en su tierra y el rico en tierra extraña está como en su patria.»

Y con mucha verdad también dijo el poeta:

«La penuria le hace al hombre
extraño en su propia tierra
y un hogar en todas partes
le procura la riqueza.»

–Has de saber–díjome entonces ella–que mi padre tiene por costumbre, siempre que algún mercader viene aquí y se queda sin dinero, tenerlo de huésped tres días, cumplidos los cuales lo despide y ya no vuelve más.

Pero calla tu secreto y oculta tu asunto y yo idearé un ardid para verme y juntarme contigo, mientras Alá sea servido, porque en mi corazón alimenta por ti un gran cariño.

Y has de saber que todos los caudales de mi padre están bajo mi mano, de suerte que él ignora a cuánto ascienden, y yo te daré cada día una bolsa, con quinientos dinares, y tú se la darás a mi padre y le dirás: «En adelante, te pagaré al día», y todo lo que a él le entregues vendrá a parar a mí nuevamente y yo te lo volveré a dar a ti y seguiremos así hasta que quiera Alá (loado sea su nombre por toda una eternidad).

Dile yo las gracias y beséle las manos a mi amada y continué de esa forma a su lado hasta que se cumplió el año.

Pero ocurrió cierto dia que hubo ella de azotar a una de sus esclavas, dándole un palizón muy recio, y la esclava la increpó diciendo:

–¡Permita Alá que sufras en tu corazón lo que acabo de sufrir yo!

Y acto seguido fuele a su padre con el cuento de lo que haciamos y se lo contó todo, desde el principio hasta el fin, sin nada callar ni omitir.

Y al oír Tahir-benu-l-Alá las palabras de la esclava levantóse en el acto y fue a buscarme a donde yo estaba sentado con su hija, en su cámara. Y me dijo:

–¡*Ye* fulano!

–¿Qué se te ofrece?–respondíle yo.

–Has de saber–díjome él–que aquí tenemos por costumbre que cuando viene un mercader y se queda sin dinero sea nuestro huésped por tres días más y luego se vaya y no vuelva jamás. Y tú llevas ya aquí no tres días, sino un año entero, comiendo y bebiendo y dándole gusto al cuerpo.

Llamó luego a uno de sus criados y le dijo:

–¡Despójalo de sus vestidos!

Quitáronme, pues, mis ropas y me dieron otras muy malas, que valdrían a lo sumo cinco adarmes, y me dieron diez dirahim y después me dijo el *scheij:*

–Sal y vete de aquí, que no quiero pegarte y maltratarte, pero sigue tu camino adelante. ¡Y ten en cuenta que, como no te largues de estas tierras, correrás peligro de represalia sangrienta!

Salí yo de allí, *¡ye* emir de los creyentes!, a despecho de mi nariz, sin saber adónde ir, con el corazón henchido de cuanta pena puede haber en el mundo y preocupado con mi asunto. Y me dije: «¿Cómo voy a hacerme a la mar, habiéndome dejado todo mi dinero en casa de ese *scheij* de mal agüero, que encima me ha dejado en cueros y con el corazón quebrantado y deshecho? ¡No hay gloria ni poder sino en Alá¡ (el grande, el lleno de majestad).»

Y continué en Bagdad tres días, sin probar bocado ni gustar sorbo de agua; pero al día, el cuarto, hube de ver un barco que se dirigía a Bazra, y monté en él y contraté con su arráez el pasaje hasta Bazra, y al llegar allá me encaminé al zoco, medio muerto de necesidad.

Y viome un mercader y se llegó a mí y me abrazó, pues era un antiguo amigo mío y de mi padre, y me preguntó por mi situación y yo le conté todo cuanto me ocurriera y todas mis peripecias.

–¡Por Alá!–exclamó él, después de oírme–, no fue la tuya conducta de hombre discreto; pero dime ahora: ¿cuáles son tus proyectos?

–No sé–contestéle–lo que hacer.

–Vente conmigo a mi tienda–díjome él–y me llevarás las cuentas de mis entradas y salidas y yo te daré un dirhem todos los días, además de pasarte la comida y la bebida.

Acepté yo la proposición y me fui con él a su tienda y allí permanecí un

año entero, comprando y vendiendo, hasta que llegué a juntar cien dinares, y entonces alquilé una casa a orillas del mar, por si acaso venía algún barco con mercancías poderlas comprar en seguida y dirigirme con ellas a Bagdad.

Y sucedió que un día de los días llegaron unos barcos y fueron allá todos los mercaderes a comprar y yo me incorporé a ellos, y he aquí que del fondo del buque vi salir dos hombres, a los cuales ofrecieron sendos asientos, en los que se sentaron ellos.

Acercáronse luego a dichos personajes los mercaderes con el fin de comprar y uno de ellos díjole a un criado:

–Trae la alfombra.

Hízolo así el mandado y tendió la alfombra en el suelo, y otro trajo unas alforjas y de ellas sacó una bolsa y la abrió y la volcó sobre la alcatifa, y salió de ella un torrente de almases y perlas y almargenes y rubíes y demás piedras preciosas, que con su fulgor cegaban la vista.

Luego, *¡ye* emir de los creyentes!, uno de aquellos dos hombres, que estaban sentados en sus sendos sillones, volvióse a los mercaderes y díjoles:

–*¡Ye* mercaderil aljama! Yo no vendo hoy más que esto, porque estoy cansado.

Y los mercaderes empezaron a pujar el precio hasta alcanzar este la cifra de cuatrocientos dinares.

Y el dueño de la bolsa, que era mi amigo de hacía tiempo, al verme vino a saludarme y me dijo:

–¿Por qué no abres el pico y no pujas como los demás, hijo mío?

–¡Por Alá, mi señor–díjele yo–, las mudanzas de la suerte se ensañaron conmigo y en el mundo nada más que cien dinares tengo y me da vergüenza ofrecerlos!

Y las lágrimas me corrían de los ojos al decir eso.

Advirtiólo el hombre y dolióse de mi estado y, dirigiéndose a los mercaderes, les dijo:

–Sed testigos de cómo le vendo todas las perlas y piedras preciosas que hay en la bolsa a este joven en cien dinares, con todo y saber que valen tantos y cuantos miles de dinares, sino que se lo doy todo a él a título de regalo que graciosamente le hago.

Y acto seguido diome las alforjas y el bolso y la alfombra con cuantas perlas y piedras preciosas había con ella.

Dile yo las gracias por todo aquello y todos los mercaderes elogiaron su rasgo como se merecía.

Y cargué yo con todo aquello y dirigíme al zoco de los joyeros y me senté allí a comprar y vender, y había entre aquellas piedras preciosas una plancha talismánica, obra de maestros, y cuyo peso era de media libra, y era de color rojo subido y forma redonda, y tenía en ambas caras unos dibujillos como hormigas, que no sabía yo para qué serviría.

Seguí, pues, así comprando y vendiendo un año entero. Hasta que un día cogí aquel disco de los talismanes y me dije: «Mucho tiempo hace ya que lo tengo y aún no sé para qué sirve ni cuál sea su provecho.»

Fui, pues, y se lo di al subastador, el cual lo tomó y fue a dar vueltas con él por el zoco, después de lo cual volvió y me dijo:

–No hay ningún mercader que dé más de diez adarmes por él.

–Pues en ese precio no lo doy–le respondí.

Y el subastador me lo devolvió y se alejó.

Ahora bien: después de eso, estando yo un día de los días sentado en mi tienda, llegóse a mí un hombre y me saludó y me dijo:

–¿Me permites que examine las cosas que a la venta tienes?

–No hay inconveniente–respondíle,

con no mucho agrado, que lo poco que me ofrecieron por aquel talismán aún me tenía enojado.

Revolvió el hombre todas mis mercancías y no escogió de entre ellas más que aquella plancha talismánica, y lo mismo fue verla, *¡ye* emir de los creyentes!, que besarse la mano y exclamar:

–¡Loado sea Alá!

Luego se encaró conmigo y me dijo:

–¿Me vendes esta plancha, señor?

Acrecióse mi enojo y respondíle:

–Sí por cierto.

–¿Cuánto pides por ella?–preguntóme él.

–¿Cuánto das tú?–preguntéle a mi vez.

–Te doy veinte dinares–díjome él.

Pensé yo que se quería burlar de mí y le contesté malhumorado:

–¡Déjame en paz y sigue tu camino!

Pero él insistió, diciendo:

–Cincuenta dinares te doy por el disco.

Guardé yo silencio y él insistió, diciendo:

–Mil dinares te ofrezco.

Continué yo callado y él se echó a reír y me dijo:

–Pero ¿por qué no me contestas, mocito?

Y estuve a punto de reñir con él.

–Vete y no me molestes–contesté.

Pero el hombre siguió allí y fue subiendo su oferta de mil en mil dinares, hasta llegar a los veinte mil.

Pensé yo que de mí se burlaba y a todo esto reuniérase toda la gente en torno nuestro y todos me aconsejaban:

–Anda y véndesela en ese precio, que, si luego se vuelve atrás de lo dicho, lo cogeremos entre todos y le daremos una buena felpa y lo echaremos de nuestra tierra.

–Vamos a ver–díjele yo al hombre–: ¿compras en serio o en broma?

–Y tú–replicóme él–, ¿vendes en serio o en broma?

–Si tú compras de verdad–díjele–, de verdad vendo yo.

–Pues entonces–contestó él–yo te compro la alcoraza [9] en treinta mil dinares. Tómalos, pues, muchacho, y cerremos el trato.

Llamé yo entonces a los circunstantes y les dije:

–Sed testigos de lo que dice.

Y luego añadí:

–Te vendo la alcoraza en ese precio; pero con una condición: que has de explicarme las virtudes que sin duda posee este amuleto cuando das por él tanto dinero.

–Está bien–respondió él–, te lo diré; pero luego que el trato cerremos.

–Pues bien, trato hecho–respondíle yo–, y Alá sea testigo de lo que has dicho.

Sacó el hombre el dinero acto seguido y me lo dio y cogió la plancha talismánica y se la guardó en la manga. Después de lo cual me dijo:

–¿Estás satisfecho?

–Sí–le contesté.

Y él entonces, volviéndose a mí y mirándome fijo, me dijo:

–¡Guay de ti, mezquino! Si te hubieras resistido, habría yo pujado hasta los cien mil dinares y puede que aún hubiera seguido subiendo más, mejorando mi oferta de mil en mil dinares a cada nueva propuesta.

Al oír yo tales palabras, *¡ye* emir de los creyentes!, huyóme la sangre del rostro y me quedó esta palidez que a ti te chocó.

Y volviéndome al hombre, le dije así:

–Explícame ahora ya la causa de tu interés por esa plancha y la utilidad que su posesión puede reportar.

–Has de saber–me dijo él–que el rey de Al-Hind tiene una hija tan bella como en todo el mundo ninguna otra

[9] Disco, redondel.

jamás se viera, salvo que padece de alferecías [10], y el rey consultó ya a todos los sabios y magos de la tierra, sin que ninguno acertara a curarla de su dolencia. Pero entonces yo, que asistía a la consulta, le dije al monarca:

–*¡Ye* rey poderoso! Yo conozco a un hombre que se llama Sâdu-l-Lah-Al-Babli, el cual es tan sabio que en toda la haz de la tierra no hay quien igualarle pueda para casos así; dime si quieres que vaya por él y te lo traiga, y en seguida lo haré.

–Está bien–dijo el rey–. Ve por él.

–Dame antes–díjele yo–un cacho de almargen.

Diome el rey un cacho grande de almargen y cien mil dinares, amén de regalos y obsequios, y yo lo tomé todo y me puse en camino rumbo a la ciudad de Babel.

Luego que allí llegué pregunté por el *scheij* y me llevaron a él y le di los cien mil dinares y los regalos y presentes del rey de Al-Hind.

Tomólos él y tomó también el trozo de almargen y empuñó luego un buril y procedió a trazar con él estos signos talismánicos que aquí ves.

Seis meses estuvo el *scheij* consultando los astros y aguardando el momento propicio para trazar los signos que te digo.

Entregóme luego el talismán y yo marché con él a llevárselo al rey...

Sorprendió aquí a Schahrasad la mañana y atajó el flujo de sus fluyentes palabras.

PERO LA NOCHE 513 DIJO ASI LA MUCHACHA:

–Ha llegado a mis oídos, *¡ye* monarca, el bienhadado!, que el joven de mi historia siguió diciéndole de esta suerte al emir de los creyentes:

–Aquel hombre de que te hablo me siguió contando:

–Tomé yo el talismán y me fui con él a llevárselo al rey. Y dizque tenían a la princesa atada con cuatro cadenas y todas las noches quedaba con ella de guardia una esclava, que a la mañana aparecía degollada.

Tomó el monarca el amuleto y se lo aplicó en las sienes a su hija, y esta al punto quedó exenta de toda dolencia.

Alegróse mucho de aquello el rey y me obsequió con un traje de honor y mandó repartir entre los pobres abundantes dádivas.

Púsole luego a su hija el talismán al cuello; mas sucedió que cierto día fue la princesa en compañía de sus esclavas y montó en una barca para dar un paseo por el mar, y, estando retozando con sus doncellas, una de estas alargó su mano y tuvo la desgracia de romperle la cadenilla que sujetaba el talismán, el cual fue a caer en el mar. Y desde aquel mismo instante volvió la princesa a adolecer de su mal y a ser poseída del Schaitán.

Sintió el rey gran pesar por aquel contratiempo y, dándome una crecida suma de dinero, me dijo:

–Ve a ver a ese *scheij* y dile que le haga a mi hija otro talismán en vez del que ha perdido en el mar.

Púseme yo en seguida en camino y fui a buscar al *scheij,* y me encontré con la triste sorpresa de que en el intervalo falleciera.

Volvíme, pues, al lado del monarca y le comuniqué lo que pasaba, y él, entonces, envióme en compañía de diez

[10] En las ediciones de Bulak y MacNaghten de jaqueca, lo que no concuerda con lo que luego viene.

de sus hombres a recorrer países y tierras, a ver si encontraba a alguien que pudiese sanar a su hija de aquella dolencia. Y Alá (loado sea) hizo que diera contigo y encontrara el talismán entre los cachivaches de tu tienda.

Luego de eso cogió el hombre el talismán y se marchó.

Y ya sabes, *¡ye* emir de los creyentes!, la causa de esta amarillez que en mi rostro adviertes.

Encaminéme yo luego a Bagdad, llevando conmigo todo mi caudal, y me instalé en esta casa en que ahora estás.

Luego que la mañana amaneció me vestí mi traje mejor y me dirigí a casa de Tahir-benu-l-Alá, con la ilusión de hallar allí a mi adorada, cuyo amor en todo ese tiempo no parara de crecer en mi corazón.

Pero al llegar a la casa encontré el mirador derruido y preguntéle a un criado y le dije:

–¿Qué fue lo que hizo Alá con el *scheij* Tahir-benu-l-Alá?

–*¡Ye* hermano!–respondióme el criado–. Has de saber que un año de los años vino por aquí un mercader, llamado Abu-l-Hasán Al-Omani, y vivió un espacio de tiempo con su hija, hasta que se gastó todo el dinero que traía, y entonces el *scheij* lo echó de su casa, con el ánimo abatido, y dizque su hija le había tomado gran cariño, de suerte que, al verse separada de él, adoleció de grave enfermedad, hasta el punto de que estuvo a la muerte, y entonces le reveló a su padre la causa de su mal; mandó este en seguida mensajeros a buscar al mercader, ofreciendo cien mil dinares a quien lograra llevárselo; pero no hubo ninguno que lograse hallarlo ni descubrir su rastro; así que su hija sigue enferma y todos la damos ya por muerta.

–Y de su padre, ¿qué fue?–le pregunté.

Y el criado me dijo:

–De puro desesperado vendió todas sus esclavas e hizo ante Alá acto de contrición.

–Y dime–torné a preguntar–, ¿quieres saber las señas de Abu-l-Hasán?

–¡Por Alá que sí, hermano–respondióme el criado–, que, si las supiera, me valdría salir de miseria!

–Pues ve a ver a su padre–díjele yo–, y dile: «Albricias, señor, que ya pareció Abu-l-Hasán, y ahí está llamando a tu puerta, y si sales, lo verás.»

Echó a correr el criado, ligero como mula a la que quitan del molino, y estuvo ausente una hora y luego vino en compañía del *scheij,* el cual se asomó a la puerta, y, al verme, volvió a meterse adentro y le dio al criado los cien mil dinares ofrecidos a quien me hallase.

Luego vino el *scheij* a mi encuentro y me abrazó y rompió a llorar y exclamó:

–¿Dónde anduviste todo este tiempo, señor, que por ti mi hija estuvo a punto de perder la vida? Anda y pasa conmigo adentro; no perdamos tiempo.

Luego que entramos postróse el *scheij* ante Alá y le dio gracias, diciendo:

–¡Loado sea Alá, que se dignó reunirnos de nuevo contigo!

Pasó después a la cámara de su hija y le dijo:

–¡Sánete Alá, hija mía, de tu enfermedad!

–¡Padre mío–respondió ella–, ya sabes que no he de sanar hasta que no vea la cara de mi Abu-l-Hasán!

–Pues luego que comas algo–díjole su padre–y vayas al *hammam,* yo te reuniré de nuevo con tu Abu-l-Hasán.

Al oír aquello la joven, exclamó:

–Pero ¿hablas en serio, padre mío? ¿Es cierto lo que has dicho?

–Por Alá, el grande, hija mía–respondióle su padre–, que cuanto dije es verdad y de ello no debes dudar.

–Por Alá–exclamó entonces ella–,

que en viendo la cara de Abu-l-Hasán no necesito comer ya.

Volvióse entonces el *scheij* a su criado y le ordenó:

–¡Trae acá a tu señor!

Introdújome el esclavo en la alcoba, y no bien me hubo visto mi adorada rodó al suelo desmayada.

Y luego que recobró el conocimiento recitó estos veros:

–De nuevo cuando ya no lo esperaban,
reunió la suerte a aquellos que se amaban.

Y luego volvióse a mí y me habló, diciendo:

–Por Alá, *¡ye* mi señor y dueño!, que nunca esperé más ver tu cara como no fuera en sueños.

Después de lo cual me echó los brazos al cuello y rompió a llorar. Y, entre sus lágrimas, clamaba:

–¡Ahora sí, Abu-l-Hasán, que voy a comer y a beber!

Sirviéronnos luego la mesa y comimos y bebimos ambos, mano a mano.

Quedéme yo con ellos un espacio de tiempo y mi amada tornó a recobrar su belleza de antaño, y entonces su padre mandó a llamar al cadí y los testigos y les encargó que extendiesen nuestro contrato matrimonial, lo que ellos hicieron sin tardar.

Y después el *scheij,* mi suegro, preparó un festín de bodas magnífico, y desde entonces es ella mi esposa y este es nuestro hijo.

Y así diciendo pasó adentro un instante y volvió trayendo consigo un niño lindísimo y bien formado y no menos bien plantado. Y el Omani le dijo al niño:

–¡Besa, hijo mío, la tierra ante el emir de los creyentes!

Besó el niño la tierra entre las manos del jalifa y Ar-Raschid quedóse maravillado de su rara hermosura y glorificó al Creador de todas las criaturas.

Y después se despidió y se retiró en compañía de Châfar, su visir, al que le dijo en el camino:

–¡En verdad, Châfar, que nunca vi ni oí cosa de tanto prodigio!

Luego que el jalifa subió a su alcázar y se sentó en su trono, llamó a Mesrur, gritando:

–¡Hola, Mesrur!

Y el eunuco contestóle al punto:

–¡Aquí me tienes, señor!

–Ve y tráeme acá en seguida los tributos de este año de Bazra y Bagdad y el Jorasán y ponlos en esta cámara.

Hízolo así luego Mesrur y colocó allí juntos todos los tributos que representaban una riqueza tal que solo el Todopoderoso la hubiera podido contar.

Mandó luego el jalifa que corriesen una acitara por delante de aquella cámara, y, volviéndose a Châfar, le dijo así:

–¡Ve en seguida por Abu-l-Hasán!

–¡Oigo y obedezco–respondió Châfar.

Y marchó en el acto en busca del Omani, con el que volvió a poco, y el cual besó la tierra entre las manos del jalifa, un tanto azorado, pues temía que lo hubiese llamado para castigarlo por alguna falta que con él hubiera cometido cuando estuvo en su casa.

Y Harunu-r-Raschid díjole al Omani:

–¡Escucha, *ye* Omani!

Y el joven contestó:

–¡Aquí me tienes, señor! ¡Así quiera Alá aumentarte siempre su favor!

Y el jalifa le dijo:

–¡Anda y descorre esa cortina!

Descorrió Abu-l-Hasán la cortina de la cámara susodicha y quedóse asombrado y como alelado al ver cuánto dinero contenía.

Y Ar-Raschid le preguntó:

–Vamos a ver, Abu-l-Hasán: ¿habrá ahí dentro tanto dinero como tú perdiste al vender tan rahez tu amuleto?

Y Abu-l-Hasán exclamó:

–Cierto que sí, señor, y muchas veces más.

–Pues bien–dijo el jalifa, dirigiéndose a los presentes–, sed todos testigos de cómo le regalo a este joven todo ese dinero.

Emocionóse Abu-l-Hasán al oír aquello y besó la tierra entre las manos del jalifa y, de puro alegre, echóse a llorar.

Y hete aquí que, al brotar de sus ojos las lágrimas y correrse por sus mejillas, afluyó de nuevo la sangre a su rostro y tornó este a resplandecer como una luna en la noche de su pleno fulgor.

Al ver lo cual exclamó el jalifa:

–¡No hay *ilah* sino *al-Lah!* ¡Gloria a Aquel que decreta mudanza tras mudanza y El es sempiterno y nunca cambia!

Sacó luego un espejito e hizo que el joven se mirase en él, y el Omani, al ver allí su rostro, postróse ante Alá y le dio gracias por haberle despejado la cara.

Mandó luego el jalifa que le llevaran al joven el dinero y le rogó que no dejara de ir a verlo para tenerlo de comensal en su mesa, y así lo hizo el joven, menudeando sus visitas al alcázar, mientras vivió el jalifa.

Acogió luego Alá en su misericordia a Harunu-r-Raschid.

¡Loado Aquel que vive siempre y nunca muere y es dueño del reino y del Imperio!



HISTORIA DE IBRAHIM-BNU-L-JAZIB Y CHAMILA, HIJA DE ABU-L-LAITS, GOBERNADOR DE BAZRA

(Noches 513 y 514)

Otro caso de enamoramiento por la imagen que sirve de punto de partida para toda suerte de aventuras y peripecias, hasta que el amante logra encontrar al original del retrato que lo sedujo. La inventiva oriental, con ser tan grande, no tiene más remedio que repetirse, y el lector encontrará aquí más de una reminiscencia de análogos cuentos anteriores. Pero la música es tan grata que siempre se la oye con gusto, aunque apenas varíen sus motivos. Onomástica: Ibrahimu-bnu-l-Jazib, Ibrahim, hijo de Jazib (fecundo, veraz); Chamila-bent-Abu-Laits-Camila–la hija del padre del león–. Laits es en realidad uno de los muchos epítetos que los árabes aplican al león, basados en alguna de sus cualidades intrínsecas o extrínsecas; el Laits, tortuoso, convolutus *en latín, alude a su manera de echar el paso. Añadamos, finalmente, que Ibrahim-bnu-l-Jazib fue un personaje real, hijo de Abdu-l-Hamid, y recaudador de los tributos de Egipto bajo el jalifato de Harunu-r-Raschid, no señor ni sultán. La edición de Bulak lo hace señor de Bazra. La edición de Breslau suprime la historia.*

–Cuentan también que Al-Jazib, el señor de Mizr, tenía un hijo que era el más bello de todos los de su tiempo, y, estaba tan inquieto por él, que no lo dejaba salir más que los viernes, para ir a hacer la zalá en la aljama.

Y sucedió que una vez el joven, al salir de la aljama de hacer la zalá acostumbrada, hubo de fijarse en un anciano que tenía muchos libros entre sus manos y, apeándose de su caballo, sentóse el joven a su lado y se puso a

revolver aquellos libros y a examinarlos.

Y hubo de ver en uno de ellos la imagen de una mujer hecha tan a lo vivo que parecía que iba a salir hablando y de tal belleza como no se hallara igual en toda la haz de la tierra.

Quedó prendado el joven de aquel retrato y se le alborotó el ánimo y le dijo al anciano:

–¡*Ye scheij,* véndeme ese retrato!

Besó el viejo la tierra entre sus manos y le dijo:

–¡*Ye* mi señor, te lo regalo!

Echóle el joven cien dinares y cogió el libro en que estaba prendida aquella imagen y tornóse a su palacio, y desde entonces no hacía más que mirarla y llorar noche y día, sin querer comer, ni beber, ni dormir.

Hasta que al cabo se dijo en su ánimo: «Si preguntara a aquel *scheij* por el original de este retrato quizá me lo podría indicar, y entonces, si se trata de una mujer de carne y hueso, podría ir a buscarla y encontrarla, y si fuere tan solo pintura imaginaria, dejaría de adorarla y desearla y de atormentarme por cosa que no tiene alma.»

Luego que fue viernes otra vez dirigióse el joven al librero y este se puso en pie al verlo.

–Oye, tío mío–preguntóle el joven–: ¿sabes, por ventura, quién es el autor de esta pintura?

–¡*Ye* mi señor!–respondió el anciano–. Esta pintura es obra de un artista de Bagdad, al cual llaman Abu-l-Kásemu-z-Zindalani, y vive en el barrio que llaman Al-Karj. Lo que no te puedo decir–añadió el anciano–es quién sea el modelo de ese retrato.

Despidióse el joven del *scheij* y se fue a la aljama a hacer la zalá y dizque en todo el reino no había nadie enterado de su secreto.

Luego que rezó su zalá volvióse el joven a palacio y tomó un saco y lo llenó de oro y piedras preciosas, que no valdrían menos de ochenta mil dinares, y aguardó a que despuntase la mañana, y entonces se salió secretamente del alcázar y echó a andar a la ventura, sin rumbo ni brújula, hasta que alcanzó una caravana y vio un beduino y le preguntó:

–Dime, tío: ¿qué distancia hay de aquí a Bagdad?

–¡*Ye* hijo mío!–respondió el beduino–. Desde donde estás a Bagdad hay dos meses de jornada, a todo tirar.

–¡*Ye* tío mío!–díjole el joven–, si me llevas a Bagdad te daré cien dinares y además este caballo en que voy montado y que vale otros mil dinares por de contado.

–¡Alá–exclamó el beduino–sale fiador de todo cuanto decimos; esta noche, hijo mío, la pasarás conmigo!

Accedió el joven a ello y pasó aquella noche con el beduino. Y luego que quebraron albores, cogió el beduino al joven y se puso con él en camino, apretando el paso por el endisque de aquel caballo que le había prometido, y fueron ambos andando sin parar, hasta que llegaron ante los muros de Bagdad.

Y el beduino, entonces, exclamó:

–¡Loado sea Alá, que acá nos trajo con toda felicidad! Esta, mi señor, es la ciudad de Bagdad.

Holgóse mucho el joven de oírlo y apeóse de su caballo y se lo dio al beduino, juntamente con los cien dinares que le había prometido.

Cogió luego su bolsa y fuese a preguntar por el barrio de Al-Karj y por el zoco de los mercaderes de Bagdad.

Y encaminólo el sino hacia un adarve en el que había diez casas, cinco fronteras a otras cinco, y a la entrada del adarve había una puerta de dos hojas con un arco de plata, y a ambos lados de la puerta dos poyos de mármol, con todo lujo tapizados, y en uno de ellos había sentado un hombre muy

guapo y muy bien trajeado, teniendo entre sus manos cinco mamelucos de tal hermosura que semejaban brillantes lunas.

Y luego que el joven vio aquello conoció ser esas las señas que le diera el librero, y dirigiéndose al hombre lo saludó con el *selam,* contestándole él en forma igual.

Fue luego el hombre y le dio la bienvenida y lo invitó a sentarse a su lado y le preguntó por su situación y estado, a lo que le contestó el muchacho:

–Yo soy algarivo y agradecería me hicieses el favor de buscarme habitación en este adarve donde pudiera acomodarme.

Gritó entonces el hombre llamando:

–¡Gacela!

Y al punto acudió una esclava, diciendo:

–¡Aquí me tienes, mi señor! ¿Qué quieres?

–Coge unos eunucos–díjole el hombre–e id a la casa la fulana y limpiadla y alfombradla y poned en ella todo lo necesario tocante a vajilla y demás, para que se pueda instalar en ella este joven de cara bella.

Salió la esclava e hizo cuanto su amo le mandara.

Tomólo luego el *scheij* de la mano y enseñó al muchacho su nueva casa, y el joven le preguntó:

–¿Cuánto renta, mi señor?

–*Ye* el guapo de cara–respondióle el *scheij–;* yo no te pienso cobrar nada, en tanto vivas en la casa.

Diole el joven por ello las gracias y el *scheij* llamó a una esclavita, y al punto dejóse ver una doncella que parecía un sol, y le dijo el viejo:

–Tráenos el tablero [1].

Hízolo así la mocita y uno de los esclavos extendió el paño, y luego el *scheij* le dijo a Ibrahim:

–¿Quieres que juguemos una partida?

Y el joven le contestó:

–Con alma y vida.

Jugaron, pues, varias partidas y el joven Ibrahim ganóselas todas a su adversario, el cual acabó por exclamar:

–¡Bravo, muchacho! Eres un dechado de perfecciones. No hay en todo Bagdad quien me gane al juego y tú me has ganado.

Ahora bien: luego que los esclavos del *scheij* hubieron arreglado ya la casa y proveídola de todo lo necesario, entrególe el viejo las llaves a Ibrahim y le dijo:

–¿No quieres, señor, entrar en mi cuarto y comer mi pan?

Accedió luego Ibrahim y pasó adentro con el viejo y se encontró en una casa hermosa y holgada, toda realzada de oro y repleta de toda suerte de pinturas y de primores y adornos, tantos y tales, que la lengua más elocuente para describirlos fuera impotente.

Diole el *scheij* la bienvenida a Ibrahim y mandó a sus esclavos que les llevaran de comer, y ellos en seguida pusieron allí una mesa, obra de artistas yemeníes, servida con toda suerte de manjares exquisitos y raros, de lo más sabroso y delicado.

Comió el joven a satisfacción y luego se lavó sus manos y púsose a examinar el cuarto y los tapices y todo lo demás; pero al buscar su bolsa no la halló y, asombrado, exclamó:

–¡No hay gloria ni poder sino en Alá (el grande, el lleno de majestad)! Sólo comí cosas por valor de un adarme o dos y he perdido un bolso en el que había treinta mil dinares de oro. Pero, en fin, no hay más que hablar. ¡Pondré toda mi esperanza en Alá!

Callóse, pues, y no se sintió con ánimos para hablar.

Y su huésped, le dijo:

–¿Quieres jugar otra partidita?

Y el joven le contestó:

[1] Del ajedrez.

–Bueno.

Y jugaron y ganó el viejo e Ibrahim lo aplaudió:

–¡Bravo, mi señor!

Y después dio de lado al tablero y se levantó.

Y el anciano le preguntó:

–¿Qué te pasa, muchacho?

Y el joven le dijo:

–Que no encuentro mi bolso.

Y al oírlo el viejo se levantó y le mostró el bolso, diciendo:

–¡Aquí lo tienes, señor!

Y luego añadió:

–¿No quieres que sigamos jugando?

–Sí que quiero–respondióle Ibrahim al viejo.

Y volvieron a jugar y el joven volvió a ganar. Y el *scheij* comentó:

–Cuando estabas preocupado con el bolso, te gané yo, y ahora que te lo he devuelto, me has ganado tú. Pero dime, hijo mío: ¿de dónde eres?

–Yo soy de Mizr-contestóle Ibrahim.

–¿Y cómo fue que viniste aquí? –preguntóle el *scheij*.

Y el joven le explicó:

–Has de saber, tío mío, que yo soy hijo de Al-Jazib, el visir de Mizr, y sucedióme una vez que, revolviendo unos libros, hube de ver en uno de ellos esta pintura, y al verla perdí la chaveta y pregunté al librero por el autor de la obra y me dijo ser un pintor de Bagdad, que vivía en el barrio de Al-Karj y se llamaba Abu-l-Kásemu-z-Zindalani y tenía su casa en el Adarve del Azafrán. Y luego que eso oí tomé un poco de dinero y me vine solo aquí, sin decirle nada a nadie, y ahora te agradecería que coronases tus atenciones para conmigo indicándome el paradero de ese Abu-l-Kásemu-z-Zindalani, para que yo pueda ir a verlo y preguntarle la razón de que pintara esta imagen, y, si es un retrato, que en este caso me diga dónde está la joven que le sirvió de modelo para pintarlo.

–¡Por Alá, hijo mío–exclamó su interlocutor–, yo soy ese Abu-l-Kásemu-z-Zindalani que dices y en verdad que es caso raro y feliz que el sino te condujese hasta mí!

Lo mismo fue oír el joven aquellas palabras que levantarse y abrazar al que las pronunciara y llenarle de besos la cabeza y las manos y decirle todo emocionado:

–Dime, por Alá: ¿qué mujer es esta que la estampa representa?

–Oír es obedecer–respondió el otro, y levantándose fue a una alacena y la abrió y sacó de ella unos libros en los cuales estaba pintada aquella misma estampa y le dijo:

–Has de saber, hijo mío, que el original de este retrato es la hija de mi tío, la cual vive en Bazra, con su padre, y es el guali de la ciudad, y a él le llaman Abu-l-Laits y a ella Chamila, y no hay en toda la haz de la tierra mujer más *chamila* [2] que ella, solo que es una joven que huye del trato de los hombres y no sufre siquiera que se los nombren. Yo mismo fui en una ocasión a ver a mi tío para pedirle la mano de su hija y me gaste en el viaje mis caudales, sin que pudiera realizar mis planes, pues al enterarse de ellos la muchacha púsose la mar de enojada y me mandó a decir, entre otras cosas: «Si tuvieras juicio, no habrías venido a estas tierras; pero pues lo has hecho, si pereces, caiga la culpa sobre tu cuello.» Es la mocita brava, así que yo me vine en seguida de Bazra, con el alma acongojada, y entonces pinté estos retratos y los distribuí por esas tierras a ver si acaso caía en las manos de un joven guapo y se prendaba de ella e ideaba algún ardid para llegar hasta la arisca muchacha y enamorarla. Pero antes de eso habría de prometerme formalmente el afortunado que, luego de rendir la voluntad de la muchacha, me la deja-

[2] *Chamila* significa: la hermosa, la gentil.

ría ver, aunque fuese de lejos y por una sola vez.

Bajó la cabeza el joven al oír aquellas palabras de su interlocutor y quedóse pensativo, y, al ver aquello, Az-z-Zindalani le dijo:

–Mira, hijo mío: en todo Bagdad no he visto jamás un joven más majo que tú, y desde luego creo que en cuanto ella te vea no podrá menos de enamorarse de tu belleza. Dime, pues, si aceptas la condición de dejármela ver, aunque sea de lejos, cuando seas su dueño.

–Desde ahora mismo–respondió el joven–te lo prometo.

Siendo así–díjole Az-z-Zindalani–quédate aquí conmigo, hasta que emprendas el viaje.

–No puedo demorarme aquí–díjole Bnu-l-Jazib–, que por la fuerza del amor está que echa fuego mi corazón.

–Pues has de tener paciencia–dijo Az-z-Zindalani–hasta que te aparejé un barco en el que te traslades a Bazra, en lo que tardaré tres días, que no se pueden hacer las cosas tan aina.

Resignóse, pues, el joven a la espera, hasta que Az-z-Zindalani le aparejó el barco y trasladó a él todo lo necesario de comer y beber y demás, y, al fin, al cabo de tres días, díjole a Bnu-l-Jazib:

–Prepárate a viajar, que ya te aparejé el barco y llevé a bordo de él todo lo necesario. Y haz cuenta que el barco es mío y los marineros mis esclavos y tienen orden de servirte en todo como a mí mismo.

Levantóse el joven y subió al barco y se despidió de su amigo, y luego el barco se hizo a la mar y fue navegando sin parar con bonanza hasta llegar a Bazra.

Sacó entonces el joven cien dinares y se los ofreció a los marineros; pero estos los rehusaron, diciendo:

–Ya nos pagó nuestro señor.

–No importa–insistió el joven–; tomadlos como propina, por favor, que yo no le diré nada a vuestro señor.

Tomaron los marineros el dinero e invocaron sobre el joven las albaracas del cielo.

Entró luego el joven en la ciudad de Bazra y preguntó por el paradero de los mercaderes y le dijeron:

–Suelen parar en el *jan* llamado *Jan Hamdan.*

Entró el joven en aquel *jan,* en compañía de un marinero, y preguntó por el portero; indicáronselo luego y vio el joven que era un *scheij* de edad avanzada y de noble facha.

Saludólo el muchacho y el *scheij* le devolvió el saludo, y después el joven le dijo:

–*¡Ye* tío! ¿Tendrías acaso disponible un buen cuarto en el *jan?*

–Cierto que sí–respondióle el *scheij.*

Y asiendo del joven y del marinero condújolos a un cuarto muy mono, con las paredes decoradas en oro, y le dijo así:

–Mira, mocito: creo que este cuarto será de tu agrado.

Asintió el joven y le dio dos dinares y le dijo:

–Tómalos como propina por las llaves.

Tomólos el viejo e invocó sobre Ibrahim las bendiciones del cielo.

Despidió después el joven al marinero y penetró en el aposento y el portero del *jan* se encargó de asistirlo y servirlo y le dijo:

–*¡Ye* mi señor, gran alegría nos deparó el cielo contigo!

Diole el joven un dinar y le dijo:

–Cómprame con esto pan y carne y dulces y vino.

Corrió el portero del *jan* al zoco y mercó vituallas por valor de diez adarmes y se las llevó a Ibrahim y devolvióle los otros diez adarmes sobrantes.

Pero el joven le dijo:

–¡Quédate con la albaquia, amigo!

De lo que no hay que decir cuánto se alegró el favorecido.

Fue luego Ibrahim y comió una pizca de pollo y diole lo demás al portero, diciendo:

–Para que se lo lleves a tu familia y de bien le sirva.

Hízolo así el portero y se lo llevó a su mujer, diciendo:

–No hay en todo el mundo hombre más rumboso que ese joven que ha venido a hospedarse en el *jan,* ni lo hay tampoco que en punto a simpático se le pueda igualar, y de veras te digo que, como esté aquí algún tiempo, nos hacemos ricos.

Volvió luego el portero al lado de Ibrahim y lo encontró llorando y el portero se sentó y se puso a cosquillearle en las plantas de los pies y a besárselos, diciendo:

–¿Por qué lloras, mi señor? ¡Pídole a Alá que no te haga llorar!

–Mira, tío mío–díjole Ibrahim–: he pensado pasar esta noche la velada bebiendo contigo.

A lo que el portero contestóle, diciendo:

–Oigo y obedezco.

Diole luego Ibrahim cinco dinares, y le dijo:

–Compra también fruta, pasa y flores y cinco gallinas y tráeme además una guitarra.

Salió el portero a comprar lo que le mandara y volvió con ello y se lo entregó a su mujer diciendo de esta manera:

–Filtra este vino y guisa estas gallinas lo mejor que sepas, que ese joven se merece que por él echemos el resto, pues él lo echa en favorecernos.

Y la mujer del portero hizo lo que su marido le dijera, poniendo en los guisos todo su arte de cocinera.

Y luego cogió los platos y pasó al aposento de Ibrahim, hijo del sultán, y ambos comieron mano a mano y se animaron y se alegraron.

Y el joven luego echóse a llorar y declamó estos versos:

–Todo cuanto poseo, y hasta mi vida
y hasta el jardín de la delicia eterna,
diera sin duelo yo tan solamente
por una hora de unión con mi gacela [3].

Lanzó luego Ibrahim un hondo sollozo y rodó desmayado por tierra.

Suspiró el portero al ver aquello y luego que el joven volvió en sí, le dijo:

–Dime, señor: ¿qué pena es esa que te hace llorar y quién es esa gacela que mentaste en tus versos? Pues yo para mí tengo que no puede ser sino polvo para tus pies.

Pero Ibrahim, por toda respuesta, se levantó y le dio una pieza de la más rica tela que gastan las mujeres y le dijo:

–Toma, para tu harén.

Tomó el portero la tela y corrió a llevársela a su mujer, y pasada una hora de tiempo volvió el portero en compañía de su esposa al aposento de Ibrahim, al que encontraron llorando.

Y el portero le dijo al joven:

–En verdad que nos partes los corazones. Dinos luego qué mujer es esa que así te hace sufrir, que de fijo no valdrá sino para servirte como esclava a ti.

–Has de saber, tío mío–respondióle Ibrahim–, que yo soy el hijo de Al-Jazib, visir de Mizr, y estoy locamente enamorado de Chamila, la hija de Abu-Laits, el guali de esta ciudad.

–¡Por Alá, hermano nuestro–exclamó entonces la mujer del portero–, no sigas hablando, no sea que alguien nos esté escuchando y nos perdamos! ¡*Ye* hijo mío, aparta tu pensamiento de esa joven y ponlo en otra cualquiera que no sea ella, que no la hay más orgullosa en todo el mundo y odia tanto a los hombres que ni siquiera consiente que se los nombren.

Luego que oyó Ibrahim aquellas palabras de la mujer del portero rompió

[3] Suprimido en la edición de Bulak.

a llorar con mucho desconsuelo, y el portero le dijo al verlo:

–Yo sólo mi alma poseo, pero la arriesgaré con gusto por ti y buscaré la forma de que puedas lograr tu deseo.

Fuéronse luego marido y mujer y dejaron solo al joven por aquella noche.

Pero después que amaneció la mañana del día siguiente levantóse Ibrahim y pasó al *hammam,* y, después de bañarse, púsose un traje digno de los reyes y los sultanes.

Y estando en estas presentáronsele el portero del *jan* y su mujer y le dijeron:

–¡*Ye* señor nuestro! Has de saber que hay aquí un alfayate jorobeta que es el sastre de doña Chamila. Ve, pues, a verlo y háblale de tu estado y puede que él te indique el modo de lograr lo que anhelas tanto.

Fue el joven en el acto a la tienda del alfayate jorobado y entró en ella y vio luego allí al sastre, en medio de diez mamelucos hermosos como lunas, y lo saludó y él le devolvió el saludo muy atento y le dio la bienvenida, deshaciéndose en cumplimientos. Invitólo a sentarse y el joven se sentó y después le dijo:

–Quisiera, tío mío, que me cosieras esta manga que se me ha descosido y me dieras en ella unas puntadas.

–Con alma y vida–respondió el jorobeta. Y en el acto enristró la aguja y le cosió la manga; diole el joven diez dinares y él los tomó, encantado de su belleza y su largueza, y en su ánima se dijo: «¡Hay que ver! Pues no me ha dado cinco monedas de oro por una futesa que no vale la pena.»

Y toda aquella noche se la pasó el alfayate jorobeta pensando en la hermosura del joven y en su rara munificencia.

No bien amaneció luego la mañana del día, el siguiente, presentóse otra vez Ibrahim en la tienda del sastre y lo saludó con el *selam,* contestándole aquel en forma igual, y le dio la bienvenida y extremó con él la cortesía y lo invitó a sentarse y no sabía qué hacer para halagarlo y se desvivía por lisonjearlo.

Sentóse el joven y se acomodó, y luego le dijo:

–Mira, maestro: hazme el favor de coserme este bolsillo que se me ha descosido.

Y el jorobado le dijo:

–Con alma y vida, hijo mío.

Y le cosió el bolsillo. Diole Ibrahim por ello diez ducados y el alfayate los tomó y se los guardó, maravillado y perplejo ante aquel joven tan rumboso y tan bello.

Y, mirándole de hito en hito, le dijo:

–Oye, hijo mío, y perdona mi indiscreción, pero me da el corazón que tú no has venido a mi tienda con la sola intención de que te cosiera el bolsillo, que eso no valía la pena, sino que aquí te ha traído algo de más cuenta. Así que no andes con rodeos y dímelo todo con entera franqueza, que, si por acaso fue que te gustó alguno de estos muchachos, por Alá que ninguno de ellos te gana en hermosura y todos juntos no valen para descalzarte, y todos, además, son mis esclavos y hacen lo que yo les mando.

–Mira, tío mío–respondióle Ibrahim, después de oírlo–: no es este lugar adecuado para parlamentos, pues mi caso es raro y mi lance extraordinario.

–Siendo así–díjole el sastre–, ven allá dentro, donde estaremos solos y hablar podremos.

Y asiendo del joven por la mano introdújolo en la trastienda, y, ya allí, le dijo:

–Cuéntame tu caso, hijo mío.

Contóselo todo Ibrahim, desde el principio hasta el fin, y el sastre, al oírlo, quedóse asombrado y le dijo:

–¡Teme a Alá por tu alma, *ye* joven, pues esa mocita que dices es muy

adusta y austera y no quiere nada con hombres; así que guarda tu lengua, hermano, pues de lo contrario saldrías malparado!

Al oír tales palabras echóse a llorar el joven con gran desconsuelo, y, asiendo al sastre por la alforza de su vestido, le dijo:

–¡Ampárame, tío, que soy perdido!

Sintió el alfayate entonces piedad del joven, y, volviéndose a él, le dijo con pesar:

–Solo mi alma poseo, hijo mío, pero la arriesgaré con gusto porque tú logres el tuyo; que, al verte, mi corazón sangra por tu pena con la misma vehemencia, que harto veo que tienes el corazón llagado; así que ven por aquí mañana y quizá pueda indicarte un medio que tu corazón sane de su dolencia.

Invocó el joven sobre el sastre las bendiciones de Alá y luego despidióse de él y volvióse a su *jan* y, al llegar allí, contóle al portero lo que el jorobeta le dijera.

Y el portero, al oírlo, le dijo:

–En verdad que ha sido muy bueno contigo.

Luego que amaneció al otro día la mañana, levantóse el joven y fue al *hammam*, y luego se vistió sus mejores ropas y cogió una bolsa llena de dinares y fuese a ver al alfayate y, después de saludarlo y sentarse, le dijo:

–A ver, tío mío, si me cumples lo prometido.

A lo que el sastre le dijo:

–Ve ahora mismo y compra tres onzas de azúcar de caña y dos jarras bonitas y llénalas de bebida y coge, además, una copa y ponlo todo en un cesto, y, después de la zalá matinal, montas en una barca con un marinero, y le dices:

–Quiero que me lleves a lo largo del río dando un paseo.

Y si te dijere el marinero: «No puedo ir más allá de dos parasangas», le dirás: «Eso tú verás», pero al mismo tiempo tratarás de engatusarlo con el endisque del dinero y de fijo lograrás que te lleve más allá y hasta donde tú quieras, o sea hasta un lugar donde verás unos jardines, que son los de tu amada Chamila. Luego que tú los vieres, dejarás la barca y saltarás a tierra y te dirigirás a la puerta de aquellos jardines, la cual tiene dos gradas muy altas, cubiertas con alfombras recamadas.

Y verás allí sentado a un hombre como yo, jorobado [4]; llégate a él y duélete de tu estado y pídele que te ayude, que acaso él se compadezca y te conduzca a un sitio desde el cual puedas ver a tu amada, aunque fuere a distancia.

Y esta es la estratagema que a mí se me ocurre para ahuyentar tu pena, y no se me alcanza ninguna más que esta.

Al oír aquello exclamó el joven esperanzado:

–A Alá me encomiendo y sea lo que Alá quiera. ¡No hay gloria ni poder sino en Alá (glorificado sea)!

Despidióse luego Ibrahim del sastre jorobeta y se volvió a su domicilio y agenció las cosas que aquel había dicho, y a la mañana del siguiente día dirigióse con todo ello a la orilla del Dichle y hete aquí que vio a un marinero que estaba durmiendo.

Despertó Ibrahim al marinero y le dio diez dinares y le habló, diciendo:

–Llévame por el río abajo, en tu barca, en dirección a Bazra.

–¡*Ye* mi señor!–respondió el marinero–. Lo haré, pero con una condición: que no nos hemos de alejar más de una parasanga, pues pasando de ahí ambos nos jugamos la vida.

[4] El jorobado, que en otros cuentos no pasa de ser un personaje grotesco, parece aquí tener un sentido, como el que la superstición le asigna entre nosotros.

–Sea como quieras–respondió Ibrahim.

Tomólo el marinero y metiólo en la barca y ambos empezaron a bogar por el agua.

Y luego que llegaron cerca de los jardines díjole a Ibrahim el barquero:

–De aquí, hijo mío, no podemos pasar, pues nos perderíamos ambos si fuésemos más allá.

Pero entonces Ibrahim sacó otros diez dinares...

Sorprendió aquí a Schahrasad la mañana y atajó el flujo de sus elocuentes palabras.

PERO LA NOCHE 514 SIGUIO DICIENDO LA MUCHACHA:

–Ha llegado a mis oídos, *¡ye* monarca, el afortunado!, que Ibrahim sacó otros diez dinares y se los dio al barquero, el cual los tomó en sus manos, diciendo:

–¡Que Alá me proteja!

Y siguió bogando hasta llegar a las inmediaciones del jardín, y, al verse ya tan cerca Ibrahim, no pudo contenerse y, de puro contento, saltó de la barca y se lanzó a tierra, desde un disparo de arco de distancia.

Huyó aprisa de allí el barquero en su barca y el joven dirigióse al jardín, donde lo halló todo según el jorobado se lo pintara, y vio la puerta abierta y en el zaguán un almadraque de almafil, y sentado en él a un jorobado de aspecto simpático, vestido con ropas de oro bordadas, y en su mano una maza de plata, sobredorada.

Fuese rápido a él el muchacho y se inclinó y le besó las manos. Y el hombre le preguntó, presa del mayor asombro:

–¿Quién eres tú y de dónde vienes y quién te trajo hasta aquí, hijo mío?

Y dizque el hombre, al ver a Ibrahim-bnu-l-Jazib, quedóse atónito ante su belleza y su porte gentil.

–*¡Ye* tío mío!–respondióle Ibrahim al hombre–. Yo soy un chico ignorante y algarivo.

Y así diciendo rompió a llorar con tal desconsuelo que el hombre se enterneció y lo hizo subir al lecho y le enjugó las lágrimas y le dijo con mucho afecto:

–¡No te apures, hijo mío; si deudor eres, condone tu deuda Alá, y si algo temes, que El te conceda su santa seguridad!

–*¡Ye* tío mío!–díjole Ibrahim–. No soy deudor ni nada temo y poseo gran cantidad de dinero, gracias a Alá y a su liberalidad.

–*¡Ye* hijo mío!–díjole el hombre al oírlo–. ¿Qué es lo que te ocurre, pues, para que arriesgues tu hermosura y tu vida viniendo a un lugar donde te aguarda la ruina?

Contóle entonces Ibrahim al hombre su historia y le explicó su caso, y el hombre, al oírlo, bajó la cabeza y estúvose una hora con la vista fija en la tierra, después de lo cual la alzó de nuevo y preguntó a Ibrahim, mirándole a los ojos:

–¿Fue el sastre jorobado el que te encaminó aquí?

–Cierto que sí–respondió Ibrahim.

–Este sastre–díjole el hombre–es hermano mío y es un hombre bendito.

Y después añadió:

–Si no fuere, hijo mío, porque en mi corazón ha penetrado tu amor y me inspiras piedad y compasión, de fijo que a ti y a mi hermano y al portero del *jan* y a su mujer, a todos os perdiera de una vez.

Y después añadió:

–Has de saber que en toda la haz de

la tierra no hay jardín que con este se pueda comparar; llámanle el Jardín de las Perlas [5] y no entra nadie en él más que yo y el sultán y Chamila, su dueña. Veinte años llevo ya aquí y jamás vi llegar a nadie a este lugar; cada cuarenta días viene su dueña, Chamila, en una barca a visitar el jardín, en compañía de sus esclavas, bajo un dosel de raso rojo, cuyos picos sostienen diez doncellas con pértigas de oro, cubriéndola de suerte que nunca pude verla; solo mi alma poseo, pero de buen grado la arriesgo a fin de que se te logre tu deseo.

Besóle el joven al oírlo la mano y el giboso le dijo:

–Siéntate aquí conmigo, en tanto discurro algún artificio.

Tomó luego el hombre de la mano al joven y lo hizo entrar en el jardín, y al verlo Ibrahim pensó ser el Paraíso aquel vergel, pues había en él toda suerte de árboles, entre ellos esbeltas palmeras y arroyuelos que corrían y aves que cantaban con voces distintas.

Llevólo luego el jardinero a un alquival abovedado y le dijo:

–Aquí es donde *sitt* Chamila suele sentarse.

Examinó Ibrahim el pabellón y encontrólo espléndido, todo él decorado con lindas pinturas en oro y lapislázuli. Y tenía aquel alquival cuatro puertas, a las que se subía por cinco escalones, y en su medio había un gran pilón de agua, al que se bajaba por unas gradas de oro, de piedras preciosas incrustadas.

Y en el centro del pilón alzábase una fuente de oro con figuras de talla, grandes y pequeñas, las cuales echaban por sus bocas sendos surtidores, y, al hacerlo, emitían sonidos en tonos diversos, de suerte que quien los oía pensaba hallarse en el Paraíso.

Y todo alrededor de aquel pabellón corría una acequia en la que había un atanor con los arcaduces [6] de plata, y, a la izquierda del pabellón, veíase un mirador con rejilla de plata que daba a un verde parque donde retozaban gacelas y liebres y toda suerte de animales monteses, y a la derecha había otro mirador que daba a un prado, lleno de toda clase de pájaros, que con sus gorjeos y trinos encantaban los oídos.

Deleitóse grandemente el joven al contemplar tanta hermosura y sentóse en la puerta al lado del jorobeta, el cual le dijo:

–¿Qué te parece este jardín, mocito?

–¡*Ye!*–exclamó el joven–. Es tal que semeja un paraíso terrenal.

Echóse a reír al oírlo el jardinero y después se levantó y desapareció, y al cabo de una hora volvió, llevando un atabaque en el que había pollitos y palominos y demás manjares delicados y alajúes azucarados, y, poniéndolo todo entre sus manos, díjole al joven:

–Come hasta hartarte.

–Comí, pues–contaba Ibrahim–, hasta que me harté y el jardinero parecía muy contento al verme comer.

Y me dijo:

–Bocados de reyes y de príncipes son estos, hijo mío.

Y después añadió:

–Dime, hijo mío Ibrahim: ¿qué es eso que traes en ese cesto?

Mostréselo yo y se lo puse entre las manos, pero él me dijo:

–No; guárdalo, que puede serte útil cuando venga doña Chamila, pues en viniendo ella no podré yo atender a tu mantenencia.

Tomóme luego de la mano y me condujo a un sitio frontero a una cúpula muy airosa y me hizo allí una choza entre los árboles y me dijo:

[5] *Luluah,* Burton prefiere la segunda acepción del vocablo, vaca salvaje, búfalo, antílope, viendo en el nombre una alusión a la arisquez de su dueña.

[6] Del árabe *Kadus,* con el artículo.



–Apuéstate aquí, y, cuando ella venga, la podrás ver sin que ella te vea, que esto es todo cuanto puedo hacer en tu obsequio, y que Alá sea servido de favorecernos.

Diole las gracias el muchacho e hizo ademán de besarle las manos, cosa que no consintió el anciano.

Puso luego el joven su cesto en la choza que le armara el jardinero y este le habló, diciendo:

–Anda, Ibrahim, y date un paseo por el jardín y recréate con los frutos que hay aquí, que Chamila, su ama, no vendrá hasta mañana.

Paseóse, pues, Ibrahim por el jardín y cató de todos los frutos que en él había y aquella noche la pasó allí.

Luego que al otro día amaneció la mañana y difundió su luz por toda la campiña, hizo Ibrahim su zalá matinal, y, apenas terminara, llegó el jardinero todo pálido y descompuesto y le dijo:

–¡*Ye* hijo mío! Corre en seguida y súbete a tu garita, que ya están ahí las esclavas de nuestra señora, que vienen a alfombrar el lugar, y ella viene detrás. Y ten mucho cuidado de no escupir ni toser, ni estornudar, ni sonarte, pues, en ese caso, nos perderíamos.

Subióse a su garita el joven y el jardinero se alejó, diciendo:

–¡Que Alá te proteja, hijo mío, y te libre de todo peligro!

Vio luego el joven, desde su escondite, llegar cinco esclavas de tal belleza como nunca se vieran, y las cinco doncellas entraron en el pabellón y, quitándose la ropa de encima, lo limpiaron y lo rociaron con agua de rosas y lo sahumaron con áloe y alambar y lo alfombraron con tapices bordados.

Llegaron después cincuenta esclavas, llevando en sus manos instrumentos musicales, y en medio de ellas iba doña Chamila, bajo un palio rojo, bordado en oro, cuyos picos sostenían sus doncellas, con pértigas de oro, y así la condujeron hasta el pabellón, de suerte que el joven no pudo verla ni siquiera la vestimenta, por lo que exclamó en su interior: «Perdidos fueron mis trabajos y fatigas. Pero aguardaré con paciencia hasta ver en qué para la cosa.»

Llevaron luego las esclavas de comer y beber a su señora y comieron y bebieron todas y después se levantaron y lavaron las manos.

Plantaron luego las esclavas allí un trono para su ama, y esta se sentó en él, después de lo cual procedieron las doncellas a templar sus instrumentos musicales y tocaron y cantaron todas por turno con un arte y unas voces que no tenían rival en el mundo.

Destacóse luego una vieja azafata de la princesa y empezó a batir palmas y a bailar y las esclavas jaleaban, y de pronto descorrióse la cortina y apareció, riendo, Chamila.

Y contaba Ibrahim:

–Al ver yo a Chamila luego quedéme pasmado y se me ofuscó el juicio y perdí el tino ante aquella belleza, que no tenía igual en toda la haz de la tierra.

Y dizque iba doña Chamila lujosísimamente vestida y en su frente ostentaba una corona con incrustaciones de perlas y piedras preciosas.

Y de su largo y airoso cuello pendía un alhaite de aljófar y ceñía su talle un cinturón de crisólita, alternado con rubíes y perlas.

Y fue tal la impresión que sentí al verla que rodé desmayado por tierra.

Y luego, al volver en mí, recité con ojos llorosos los siguientes versos:

–Deslumbróme tu presencia;
mas sin los ojos cerrar,
temiendo no verte luego
cuando volviera a mirar.
Tales encantos reúnes,
hermosura tan sin par,
que, aunque todas mis miradas
te pudiera consagrar,
nunca todas tus bellezas
consiguiera contemplar [7].

[7] Suprimido en la edición de Bulak.

Díjoles luego la vieja dueña a las muchachas:

–Salid acá diez de vosotras a bailar y cantar.

Y al mirar a quellas mocitas díjose Ibrahim para sí: «¡*Ye* y cuánto diera yo por ver bailar a mi señora Chamila!»

Y bailaron las jóvenes y después rodearon a su señora y le rogaron, diciendo:

–¡*Ye* ama nuestra! Quisiéramos que tu también salieras a bailar, para que nuestra alegría fuera completa en este día, que es el más feliz de nuestra vida.

E Ibrahimu-bnu-l-Jazib se dijo al oírlas:

«No hay duda que las puertas del cielo se me abrieron y Alá atendió mi ruego.»

Fueron luego las esclavas y le besaron los pies a su ama y le dijeron:

–¡Por Alá, señora, haz lo que te pedimos, que este es el día de nuestro regocijo!

Siguieron luego porfiando con su señora hasta que al fin la convencieron, y acabó doña Chamila por rendirse a sus ruegos y se despojó de sus vestidos, quedándose tan solo con una camisilla de tisú de oro, recamada de diversas perlas, y descollaron sus tetillas turgentes como granadas y refulgió su rostro como una luna en la noche de la plenitud de su hermosura.

Púsose luego a bailar y vio entonces Ibrahim gestos y movimientos que no viera hasta allí, pues marcaba la joven unos desplantes singulares y unos meneos incomparables, cimbreándose de un modo que recordaba la danza de las burbujas en la copa y el balanceo de los turbantes en las cabezas al andar los que los llevan.

Y era, en suma, como de ella dijo el poeta:

«¡Bailarina, cuyo talle
es como rama de *ban!*,
cuando se mueve mi alma
llévase toda detrás.
No hay quien con el pie no marque
de sus danzas el compás
y mi corazón le sirve
de tapiz en que pisar.» [8]

–Al verla yo–decía Ibrahim–quedéme embobado, mirándola, y, estando así, hubo ella de alzar la cabeza hacia mi garita y me vio, y en el acto cambió la expresión de su rostro y les dijo a sus doncellas:

–Seguid cantando hasta que yo vuelva.

Cogió luego un cuchillo de un palmo de largo y se vino a mí, gritando:

–¡No hay gloria ni poder sino en Alá (el grande, el lleno de majestad)!

Y al ver yo aquello perdí el juicio o poco menos, y ella, en tanto, siguió avanzando hasta venir a encontrarse cara a cara conmigo; pero en aquel momento soltó el cuchillo y exclamó:

–¡Loado sea Aquel que cambia los corazones de los hombres!

Encaróse luego conmigo y me dijo:

–¡Dime quién eres, mocito, y por qué viniste a este sitio!

Besé yo la tierra entre sus manos y así la orla de su manto. Y ella se tranquilizó, exclamando:

–No temas nada, hombre, que por Alá eres tú solo quien colma mis ojos. Dime quién eres y no te apenes.

Contéla yo entonces toda mi historia, del principio al fin, y ella, al oírla, sintió gran maravilla. Y después me dijo:

–¡*Ye* mi señor! Dime, por favor, si eres Ibrahimu-bnu-l-Jazib.

–Ese mismo soy, ¡*ye* mi dueña y señora!–contesté yo.

Luego que ella lo oyó inclinóse ante mí y exclamó:

–¡*Ye* mi señor, tú eres aquel por el cual a todos los demás hombres desprecié y para el cual me guardé! Pues

[8] Suprimido en la edición de Bulak.

sabrás cómo llegó a mí la fama de que había en tierras de Mizr un mancebo que era el más bello de su tiempo y al punto me enamoré de ti de oídas y me sucedió lo que dijo el poeta:

«Me enamoré de ti por los oídos
antes que por la vista,
que así suele ocurrir
a veces en la vida.»

¡Loado sea Alá, que me concedió ver tu cara, y por Alá te juro que, de no haber sido tú sino otro el intruso, lo habría mandado colgar, en unión del jardinero y el portero del *jan* y al sastre jorobeta y todos los demás que hubiesen tenido parte en la empresa!

Y luego añadió:

–¿Cómo haría yo ahora para que pudieses comer algo, sin que se enterasen mis doncellas?

–No te apures por eso, mi señora –respondíle yo–, que aquí tengo algo de comer y beber.

Y acto seguido abrí mi bolso. Y doña Chamila sacó de él una gallina y empezó a mordiscarla y a darme bocaditos y yo a ella, que era para mí aquello cosa de sueño.

Saqué yo luego vino y bebimos, en tanto las doncellas, allá adentro, seguían cantando, según su ama les había mandado, y cantando siguieron, desde la mañana hasta mediodía, que entonces se levantó doña Chamila y me dijo:

–Vete ahora al sitio el fulano y busca una barca y aguárdame allí hasta que yo vaya, que el tiempo se me hace largo para que nos reunamos.

–¡*Ye* mi señora!–díjele yo–. Un barco mío tengo aparejado y me está esperando.

Holgóse ella mucho de oírlo y me dijo:

–Eso es lo que yo quería.

Y volvióse con sus doncellas y les dijo:

–Venid y volvámonos a nuestro alcázar.

–¿Ya?–dijeron ellas–. ¿Cómo tan pronto te retiras, cuando siempre solemos estar aquí tres días?

Y ella les respondió:

–Es que siento muy oprimido el pecho y cual si estuviera enferma y temo que vaya en aumento.

Y acto seguido tornaron a vestirse sus ropas y salieron del jardín con su señora y se dirigieron a la playa y montaron en su barca.

En tanto el jardinero fue en busca de Ibrahim a ver qué le pasaba, pues no tenía el menor indicio de lo que había sucedido, y, al ver al joven, le dijo:

–¿Qué tal te fue, hijo mío? ¿Pudiste gozar la dicha de su vista? En verdad que sospecho si te habrá visto a ti, cuando se ha ido en seguida, en vez de estarse aquí los tres días.

–No–respondió Ibrahim–, ni yo la vi a ella ni ella me vio a mí, pues no salió de su alquival y permaneció todo el tiempo allí.

–Dices bien, hijo mío–asintió el viejo–, pues si te hubiera visto todos seríamos perdidos. Pero quédate aquí conmigo y aguarda hasta que venga la próxima semana y acaso entonces puedas verla y hartarte de contemplarla.

–Yo, tío mío–respondió Ibrahim–, no puedo estarme aquí, pues tengo en mi poder mucho dinero y estoy por ello inquieto y dejé también a mi zaga hombres que me aguardan y temo que se cansen y se vayan.

–¡*Ye* hijo mío Ibrahim!–exclamó el viejo–. Si vieras cuánto siento tener que separarme de ti.

Y el jardinero abrazó a Ibrahim y este también abrazó al jardinero y ambos se despidieron.

Dirigióse luego Ibrahim al *jan* en que paraba y recogió todas sus cosas y el portero lo despidió diciendo:

–¡Quiera Alá, mi señor, que todo te salga bien y logres tu ambición!

–Hasta ahora–díjole Ibrahim–todo fue en vano, por lo que me vuelvo a mi país descorazonado.

Lloró al oírlo el portero del *jan* y se despidió del joven dando muestras de hondo pesar.

Cuanto a Ibrahim, cargó con su bagaje y lo trasladó a bordo del barco y después se encaminó al lugar que Chamila le indicara y se dispuso a aguardarla.

Y no bien anocheció cuando se presentó allí Chamila, vestida de hombre bravo, con barba corrida y faja ceñida, y, llegándose al joven, preguntóle:

–¿Eres tú, por casualidad, Ibrahimu-bnu-l-Jazib?

–Sí, yo soy–respondióle Ibrahim.

–Pues ven conmigo–díjole el desconocido–, que el sultán te manda a llamar.

–Al oír yo aquello–contaba Ibrahim–me desmayé de susto y los marineros estuvieron también a punto de morirse de miedo.

Pero al ver mi turbación Chamila quitóse la barba postiza y tiró la espada y se soltó la faja, y entonces pude ver que era ella, mi señora Chamila, y no tenía nada que temer.

Y dando un suspiro, exclamé:

–¡Por Alá, que poco me faltó para que se me parase el corazón!

Y volviéndome a los marineros les dije, sin más:

–¡Daos prisa a zarpar!

Desplegaron ellos a seguida las velas y empezó el barco a bogar, y navegamos tan ligeros que en solo unos cuantos días llegamos a Bagdad.

Había, a la sazón, un barco allí fondeado, y sus marineros, al vernos, empezaron a saludarnos, diciendo:

–¡Eh fulano, eh fulano!: felicidades por haber arribado a puerto sin contratiempo.

Y así diciendo arrimaron su barco al nuestro.

Fijéme yo con atención y pude comprobar que en aquel barco venía Abu-l-Kásemu-z-Zindalani, el cual, no bien me vio, me gritó:

–¡Enhorabuena por tu feliz arribo! Pero dime: ¿lograste al fin tu capricho?

–Sí por cierto–contestéle.

Y él entonces me dijo:

–Pues que sea enhorabuena. Seguid vuestro viaje con la ayuda de Alá, que yo voy rumbo a Bazra con una comisión del sultán. Pero a los presentes es a quienes hay que obsequiar.

Luego de dicho aquello sacó una caja de jalea y nos la tiró desde su barco, y dizque la tal jalea era una mixtura de *banch*.

Tomó Ibrahim la cajita y se la ofreció a su amada, diciendo:

–Anda y come de este dulce sabroso, frescura de mis ojos.

Pero ella se echó a llorar y le dijo:

–¿No sabes, por ventura, quién es ese?

–Sí por cierto–contesté–; es fulano.

Pero ella me dijo entonces:

–Sí; pero ese es el hijo mayor de mi tío y le había pedido a mi padre mi mano y se habría casado conmigo si yo no lo hubiera desdeñado, y ahora se dirige a Bazra y es muy posible que le diga a mi padre por dónde andamos.

–¡*Ye* mi dueña y señora!–respondíle yo–. Antes que él llegue a Bazra habremos nosotros llegado a Mizr, así que no hay motivo para temer ningún peligro.

Pero nunca sabemos lo que tiene la suerte apercibido.

Estaban tanto Ibrahim como su amada ignorantes de lo que su enemigo tramara y así tomó aquel un bocado del dulce embanchado.

–Y no bien me hubo caído en el estómago–contaba Ibrahim–perdí el conocimiento y di con la cabeza en el suelo.

Y permanecí sin sentido toda aquella noche, hasta que, al clarear la aurora,

me dio un estornudo y con él eché el *banch* por la nariz; abrí luego los ojos y me encontré desnudo y tumbado sobre los escombros de un lugar ruinoso.

Aporreéme entonces el rostro y exclamé:

–Sin duda todo esto es obra de Az-z-Zindalani, que me quiso perder.

Luego me levanté y eché a andar sin saber adónde encaminarme, y dizque me dejara en cueros, con solo los zaragüelles sobre mi cuerpo.

No anduviera mucho trecho cuando vi venir hacia mí al guali, seguido de sus hombres, con espadas y mazas, y lleno de susto huí y me escondí en las ruinas de un *hammam* que descubrí; pero, al hacerlo, tropezó mi pie con un bulto y alargué la mano para ver lo que era y la retiré manchada de sangre y me la limpié en los zaragüelles, pues no tenía a mi disposición nada más aparente.

Y dizque a todo esto no sabía yo qué fuera aquello. Volví a palpar por segunda vez aquel bulto y entonces comprobé que era la cabeza de un muerto y, soltándola, exclamé:

–¡Solo en Alá residen la gloria y el poder!

Retiréme luego a un rincón de los rincones del *hammam* y allí me agazapé, y desde allí pude ver al guali que estaba sentado a la puerta del *hammam* y les decía a sus hombres:

–Buscad bien por todos los rincones sin dejar ninguno por mirar.

Y entraron diez de ellos con antorchas y a su fulgor pude yo ver el cadáver de una mocita con cara de luna llena, a la que habían cortado la cabeza. Y uno de los guardias vino hacia donde yo estaba y me vio, y dizque llevaba enristrada una faca de a palmo que daba espanto.

Llegóse más cerca de mí y exclamó:

–¡Loado sea Alá, el creador de esa cara tan linda! Dime, mocito: ¿quién eres? ¡Habla aprisa!

Y cogiéndome de la mano, preguntóme:

–Dime, jovencito: ¿por qué mataste a esa mujer?

–¡Por Alá–protesté yo–, que no la maté ni sé quién la mató! ¡Por Alá, te lo ruego, no cometas conmigo desafueros, que harto malparado me veo!

Pero él, sin hacer caso, me cogió y me llevó ante el guali, y este, al verme la mano manchada de sangre, exclamó:

–La cosa está clara; más prueba no hace falta. ¡Cortadle el cuello sin tardanza!

Echéme yo a llorar al oír aquellas palabras y las lágrimas me corrieron por las mejillas, y, a impulsos del sentimiento, recité estos versos:

–La senda recorremos trazada de antemano
y es forzoso así sea, pues está decretado,
y aquel que en un país escrito está que muera
en él ha de morir y no en otro cualquiera.

Lancé luego un solo sollozo y rodé desmayado por tierra, y, al ver aquello, movióse a piedad por mí el corazón del capitán y exclamó:

–¡Por Alá, que no tiene cara de criminal!

Pero el guali insistió, diciendo:

–¡Cortadle el cuello!

Pusiéronme luego en el tapiz de la sangre y me vendaron los ojos con un trapo y, después de eso, el espadero alzó su espada y, recabando antes la venia del guali, se dispuso a decapitarme, en tanto yo gritaba:

–¡Guay de mi extrañamiento!

Pero hete aquí que de pronto dejóse oír el galope de un corcel y un grito muy recio, que decía:

–¡Alto! ¡Dejadlo! ¡Verdugo, ten tu mano!

Y la razón de aquello era una razón maravillosa y su causa una causa prodigiosa, pues fue el caso que Al-Jazib, el visir de Mizr, habíale enviado su primer chambelán a Harunu-r-Raschid,

portador de presentes y una carta en la que le decía al emir de los creyentes:

«Un año hace que mi hijo desapareció de aquí y ahora me dicen que se halla en Bagdad, por lo que imploro de la bondad del vicario de Alá mande hacer indagaciones y pesquisas a ver si lo encuentran, y, caso que así sea, me lo devuelvan con mi chambelán.»

Luego que el jalifa hubo leído la carta de Al-Jazib encargó al jefe de su Policía que averiguase lo que hubiese de verdad en el asunto, y aquel procedió a interrogar a todo el mundo, hasta que le dijeron que el perdido que buscaban estaba en Bazra, y así se lo comunicó al jalifa, que en el acto escribióle una carta a su virrey y se la dio al chambelán de Mizr y le ordenó se trasladase a Bazra, con una escolta adecuada.

Marchó allá en seguida el chambelán, movido de su celo por servir a su señor, y acertó a llegar a Bazra en el preciso instante en que ya estaba Ibrahim sobre el tapiz de la sangre.

Luego que el guali vio al chambelán, lo conoció y llegóse a él y el chambelán le preguntó:

–¿Qué joven es ese y cuál es su caso?

Contóselo el capitán de la guardia y el chambelán exclamó:

–¡En verdad, que no tiene cara de criminal!

Y dizque el chambelán no lo había conocido aún como al hijo del sultán, pues sus encantos se habían eclipsado y desvanecido por el mucho terror y la mucha aflicción que había padecido.

Y mandó que le quitasen al joven la venda de sus ojos y el chambelán dijo:

–¡Traédmelo acá conmigo!

Y encarándose con Ibrahim, le dijo:

–Cuéntame tu caso, jovencito, y dime cómo fue que encontraron esta mujer asesinada a tu lado.

Mirólo Ibrahim a la cara y lo conoció y exclamó:

–¡Guay de ti! ¿No me conoces? Yo soy Ibrahim, el hijo de tu señor, y de fijo que en mi busca has venido.

Mirólo el chambelán con atención y luego conociólo sin la menor vacilación, y, no bien lo hubo conocido, inclinóse ante él y postróse a sus pies.

Al ver entonces el guali hace aquello al chambelán mudó de color y empalideció y el chambelán le dijo estas palabras, que aumentaron su turbación:

–¡Guay de ti, que no eres digno de desempeñar el cargo de guali! ¿No estás viendo que este muchacho sólo tiene quince años y es incapaz de matar a un pájaro? ¿Cómo habría de matar a una persona? ¿Por qué antes de condenarlo no te tomaste la pena de interrogarlo?

Mandó entonces el guali por instigación del chambelán, que buscasen al matador de aquella joven, y los guardias entraron por segunda vez en el *hammam* y lo registraron y descubrieron al asesino, que estaba allí escondido.

Asieron de él en seguida y se lo llevaron al guali y este mandó que lo condujesen a casa del jalifa y diesen a este parte de lo que sucedía.

Luego que así lo hicieron y Harunu-r-Raschid quedó enterado del caso, mandó dar muerte al homicida y ordenó también que le llevasen a su presencia a Ibnu-l-Jazib.

Y luego que el joven llegó y besó la tierra entre las manos del jalifa, sonrióse le a Harunu-r-Raschid la cara y, mirando al joven, le dijo:

–Cuéntame tu historia y dime todo lo que te ha sucedido hasta ahora.

Contóselo todo Ibnu-l-Jazib, desde el principio hasta el fin, y, al oírlo, dolióse mucho Harunu-r-Raschid. Y dirigiéndose a su macero, Mesrur, le dijo:

–Ve en seguida y asalta la casa de Abu-Kásemu-z-Zindalani y tráemelo acá en compañía de la joven que con él está.

Fue allá en seguida Mesrur y asaltó la casa de Az-Zindalani y vio allí a la muchacha, que estaba atada por los cabellos y daba muestras de gran abatimiento.

Desató Mesrur a la joven y, en compañía de Az-Zindalani, condújola a presencia de Harunu-r-Raschid, el cual, al verla, maravillóse de su belleza.

Volvióse después a mirar a Az-Zindalani y dijo a sus familiares:

–¡Cogedlo y cortadle esas manos que a esta jovencita maltrataron y luego colgadlo y dadle todos sus bienes y propiedades a Ibrahimu-bnu-l-Jazib!

Hiciéronlo así los servidores del jalifa, y, estando en ello, hete aquí que se presenta Abu-l-Laits, el gobernador de Bazra, el padre de Chamila, que iba a recabar del jalifa justicia contra Ibrahim, el hijo de Al-Jazib, el sultán de Mizr, acusándolo de haberle raptado a su hija.

Pero al oír su demanda le dijo el jalifa:

–Lo que hizo Ibrahim fue librar a tu hija del suplicio y la muerte.

Mandó después comparecer allí a Ibnu-l-Jazib, y luego que este compareció, díjole el jalifa a Abu-l-Laits:

–¿Das tu consentimiento para que este joven, hijo del sultán de Mizr, se case con tu hija?

–Oigo y obedezco a Alá y a ti, *¡ye* emir de los creyentes!

Y oído que hubo aquello mandó el jalifa por el cadí y los testigos y procedió a casar a la muchacha con Ibrahimu-bnu-l-Jazib y transfirió a este todos los bienes y propiedades de Az-Zindalani y lo proveyó, además, de cuanto necesitaba para regresar a su país.

Vivió después allí Ibnu-l-Jazib gozando de la dicha más cumplida y la más plena alegría, hasta que fue a visitarlo aquella que pone fin a los goces y dispersa las reuniones de los hombres.

¡Loor al Viviente, al que nunca muere!



HISTORIA DE ABU-L-HASAN, AL-JORASANI

(Noches 514 a 516)

Insistencia en el romántico tema de los amores entre un mercader y una esclava del serrallo del jalifa, que amenazan con terminar en tragedia y se resuelven con toda felicidad, gracias a la generosidad del soberano.

La gracia del relato estriba en los apuros que pasa el enamorado al verse descubierto bajo su disfraz femenil en el harén del jalifa, cosa que podía costarle la vida, y en la situación de vaudeville, *con posibilidades de tragedia, en que ello lo coloca.*

El jalifa de que aquí se trata, Ahmed-Al-Môtazid-bi-l-Lah, fue el decimosexto jalifa abasi, nieto de Al-Muteuakil-âla-l-Lah, que en lo liberal y novelero salía a su glorioso ascendiente Harunu-r-Raschid. Aquí lo vemos en una de sus nocturnas correrías por Bagdad, acompañado del famoso literato Ibn-Hamdún Abu-l-Môali-Mohammed, que falleció en 562 de la hechra, *1167 de nuestro cómputo, dejando varias obras, entre ellas la copilación de fábulas tituladas* Tezakira *(Rememoración).*

Hablando de Al-Môtazid dice el autor del libro Il-lamu-n-Nas*–crónica anecdótica de los abbasies–el imam Abdu-r-Rahman, conocido por Diya-bu-l-Atlidi (téngalo Alá en su misericordia), «mereció ser llamado As-Saffah, el segundo, por haber restaurado el imperio de los abbasies, después que lo destruyeron los turcos..., y de él se cuenta que Alá le concedió el don de que las gentes no pudiesen ocultar delante de él lo que en su interior celaban, pues por la perspicacia de su mente induciales a pensar que sabía lo que en el alma de los hombres había en secreto», rasgo que confirma la narración que aquí se transcribe y que justifica esta cita.*

Al-Môtazid-bi-l-Lah es el último jalifa mencionado en Las mil y una noches, *y ello autoriza a pensar que en su época se detiene el proceso de gestación del libro. En el año 656, 1258 de nuestra era, irrumpen los tártaros en Bagdad y acaban con la dinastía abbasi y con el imperio.*

Cuanto a su abuelo Al-Muteuakil-âla-l-Lah, reinó de 847-851 y fue un jalifa muy observante de la Ley religiosa, que restableció en toda su pureza y también en todo su rigor la ortodoxia, bastante relajada en tiempos de sus antecesores.

Esta historia, limpia de todo elemento mítico, simple episodio de la crónica íntima de los harenes, es sin duda procedente del privativo fondo arábigo.

Lane la omite en su versión por considerarla «muy *semejante, pero inferior en interés, a la contada por el mayordomo del sultán en la* Historia del alhamel y las mocitas.»

–Y cuentan, asimismo, *¡ve* monarca, el afortunado!, que Al-Môtazid-bi-l-Lah era hombre de noble alma y firme temple y tenía en Bagdad seiscientos visires, de suerte que no se le ocultaba cosa alguna de la gente.

Y sucedió que un día salió el jalifa de palacio en compañía de Ibn-Hamdún con intención de curiosear entre sus vasallos y enterarse de las novedades.

Apretóles a ambos el calor de la siesta y fueron a acogerse a una calle umbrosa, que daba a una plaza, y al entrar en ella vieron en su extremo una casa muy hermosa y alta, que hablaba de su dueño lenguaje de alabanza.

Sentáronse ambos en la puerta a descansar y a poco rato vieron salir de la casa dos eunucos jóvenes de tal belleza que parecían dos lunas en su noche catorcena.

Y el uno de ellos díjole al compañero:

–Ojalá y nos depare hoy Alá algún invitado, pues nuestro amo no come más que cuando tiene convidados, y esta es hoy la hora en que ninguno todavía se ha presentado.

Maravillóse el jalifa al oír tales palabras y exclamó:

–Eso es indicio de la generosidad del dueño de esta casa; hemos, pues, de entrar sin remisión y ser testigos de su liberalidad y ello dará pie para que nosotros le correspondamos bien.

Y dirigiéndose a uno de los dos criados, le dijo:

–Anúnciale a tu señor la llegada de unos peregrinos.

Y solía por aquel tiempo el jalifa, cuando quería indagar en las cosas de sus vasallos, disfrazarse de mercader para que no le pudieran de esa forma conocer.

Pasó el criado a darle a su señor el recado, y aquel, al oírlo, mostró gran regocijo, y en el acto se levantó y salió en persona a recibir a sus huéspedes, y estos pudieron ver que era un hombre de rostro simpático y cuerpo gallardo y que vestía una túnica de seda de Nisapur [1] y un manto recamado de oro y despedía grata fragancia y llevaba en uno de sus dedos un anillo con un jacinto.

Luego que el anfitrión vio a sus huéspedes les saludó, diciendo:

–Sed bien venidos a mi casa, *¡ve*

[1] Nisapur o Nishapur, ciudad en la provincia persa de Jorasán

señores!, que me hacéis la merced de honrarla con vuestra llegada.

Pasaron adentro el jalifa y su acompañante y se encontraron en una casa que hacía olvidarse de todo al que la visitaba, pues parecía enteramente un pedazo del Paraíso, que con ningún lugar del mundo tenía parecido.

Sorprendió aquí a Schahrasad la mañana y atajó el curso de sus elocuentes palabras.

PERO LA NOCHE 515 SIGUIO DICIENDO LA MUCHACHA:

–Ha llegado a mis oídos, *¡ye* monarca, el afortunado!, que, al entrar en la casa el jalifa y su acompañante, encontráronse en un lugar que hacía olvidarse de todas las tierras y países de este mundo, pues parecía un cachito del Paraíso, y dizque en su interior había un jardín con toda suerte de plantas y árboles que desconcertaba la mirada y todos sus compartimientos estaban alfombrados con tapices valiosos y raros.

Tomaron todos asiento y Al-Môtazid quedóse embelesado contemplando la casa y los tapices que la alfombraban.

Y contaba Ibn-Hamdún:

–Miré yo al jalifa y advertí que cambiaba su cara, y diz que, según la expresión de su rostro, conocía yo luego su estado interior de complacencia o enojo. Al verle, pues, entonces demudado el semblante, me dije a mí mismo: «¿Qué será lo que ha visto que a enojo lo ha movido?»

Trajéronnos en esto una jofaina de oro y nos lavamos las manos y a continuación nos presentaron una mesita de caña de bambú, y, al destapar las fuentes que había en ella, vimos manjares de todos los colores, como las primaverales flores, sencillas y dobles.

–En el nombre de Alá–exclamó el anfitrión–, comamos, que yo me muero de hambre; hacedme la merced de acompañarme.

Y acto seguido procedió a partir trocitos de pollo y a servírnoslos, sin dejar de reír y recitar versos y contar donosas historias propias a entretenernos.

–Comimos y bebimos–contaba Ibn-Hamdún–y luego pasamos a otro cuarto de tal magnificencia que desconcertaba y dejaba atónito a quien lo contemplaba y que despedía una fragancia que mareaba.

Y allí nos sirvieron altabaques de fruta recién cortada y alajúes de lo más fino y exquisito, que nuestro gozo aumentaron y nuestras inquietudes ahuyentaron.

Pero con todo eso noté yo que el jalifa seguía con el ceño fruncido y no tenía una sonrisa para lo que alegra a todas las criaturas, pese a ser él dado a la diversión y la alegría y no tener nada de envidioso ni del bien ajeno pesaroso. Y en mi interior me dije: «¿Qué será lo que tiene que no se alegra ni divierte?»

Sirviéronnos luego la mesa de la bebida, con toda la familia de licores burbujeantes, claros y bien posados, en copas de oro, plata y cristal transparente y delicado.

Llamó luego el anfitrión a la puerta de una cámara con una varita de bambú y en el acto abrióse la puerta y salieron por ella tres esclavas jóvenes y blancas, de pechos turgentes, virginales, y con unas caras que parecían soles en la cuarta parte del día, y aquellas tres esclavas tenían aire de tañedoras de laúdes o arpas y danzadoras.

Sirviéronnos luego fruta fresca y pasas y corrieron entre nosotros y las esclavas un velo bordado en oro, prendido en broches igualmente de oro.

Y no miraba el jalifa nada de aquello y el dueño de la casa no sabía a quién hospedaba.

Y, de pronto, preguntóle el jalifa a nuestro anfitrión:

–¿Eres de noble condición?

A lo que él le contestó:

–No lo soy, mi señor; soy simplemente uno de los hijos de los mercaderes, y soy conocido entre la gente por Abu-l-Hasán-Ali-ben-Ahmed-l-Jorasani

–Y a mí, ¿me conoces, hombre? –preguntó el jalifa.

–Por Alá–respondió el anfitrión–, que no conozco a ninguno de vosotros dos.

Díjole entonces Ibn-Hamdún al anfitrión:

–Hombre, este es el jalifa, emir de los creyentes, Al-Môtazid-bi-l-Lah, nieto de Al-Muteuakil-âla-l-Lah [2].

Levantóse el hombre en seguida y besó la tierra entre las manos del jalifa, todo tembloroso del temor que sentía.

Y exclamó, con la lengua entorpecida:

–¡Por vida de tus abuelos, los puros, te ruego me perdones si viste en mí alguna falta a descortesía para tu elevada jerarquía!

A lo que respondió el jalifa:

–Nos has agasajado de un modo que no podría pedirse más; pero hay en ti una cosa que me choca y quiero me la expliques con toda verdad, y, si así lo hicieres, nada te pasará, pero si en algo me mientes sabe desde ahora que te he de imponer un castigo doloroso, cual nunca hubo otro.

–¡Guárdeme Alá–exclamó el hombre–de mentirte en lo más mínimo! Pero dime, señor: ¿qué es lo que en mí te chocó?

–Desde que puse el pie en tu casa –díjole el jalifa–y vi lo hermosa y espaciosa que es y lo bien tapizada y adornada que está y el lujo que se advierte en ella, lo mismo que en tus ropas, chocóme ver estampado en todas tus cosas el nombre de mi abuelo, Al-Muteuakil-âla-l-Lah. Eso es lo que me chocó y quiero aclarar.

–*¡Ye* emir de los creyentes, así Alá te proteja siempre!–respondió nuestro anfitrión–. La verdad es tu ropa interior y la sinceridad tu manto y nadie en tu presencia puede hablar sino verdad.

Mandóle sentar el jalifa y le dijo:

–Está bien; habla, pues.

–Has de saber, *¡ye* emir de los creyentes!–respondióle el anfitrión–, así Alá te defienda y te dispense todas sus gracias y mercedes, que no ha habido en Bagdad nadie que nos igualara en riquezas ni a mí ni a mi padre; pero préstame tu inteligencia y tus oídos y tus ojos para que te lo cuente todo y quedes enterado y cese tu asombro.

–Habla en seguida–díjole el jalifa.

–Has de saber, pues–dijo entonces el hombre–, que mi padre era miembro de los zocos de los cambiantes y los drogueros y los pañeros, y en cada uno de esos zocos tenía tienda puesta, con mercancías de todas clases, y al frente de ella había colocado el correspondiente encargado.

Cuanto a él tenía en su tienda del zoco de los cambiantes una habitación reservada, para cuando quería aislarse.

Pusiera aquellas tiendas con la intención de vender y comprar y sus riquezas iban aumentando más de la cuenta y sobrepasando toda idea, y, como no tenía más hijo que yo, había cifrado en mí todo su cariño y su amor.

Luego que le llegó la última hora me llamó a su cabecera y me recomendó que cuidase de mi madre y temiese a

[2] El que se pone en las manos de Alá.

Alá-*taála,* y después expiró (téngalo Alá en su misericordia y alargue los días de nuestro señor el jalifa).

Luego que me vi solo entreguéme por completo a los placeres, sin pensar en más que en comer y beber, en compañía de mis amigotes y compinches, por lo que mi madre me censuraba y recriminaba, sin que yo hiciese el menor caso de sus palabras.

Hasta que di fin de cuanto poseía y tuve que vender todas mis propiedades y fincas, hasta no quedarme más que la casa en que vivía, que era bastante linda.

Y le dije a mi madre:

–Voy a vender la casa.

Y ella me dijo:

–Te prohibo que la vendas, hijo mío, que acaso algún día, si la vendes, la necesites y te pese.

–No insistas más–respondíle yo–, que la he de vender sin remisión, pues seguramente me darán por ella cinco mil dinares, y yo con mil me compraré otra y con el resto emprenderé un comercio.

–Véndemela a mí–díjome ella–en los cinco mil dinares y así no saldrá de nuestra propiedad.

–Está bien–respondí yo–. Te la vendo; trato hecho.

Fue entonces mi madre y abrió un arca y sacó de ella un jarro de porcelana, en el que había cinco mil dinares, al ver los cuales pensé yo que aquella casa era toda de oro. Y mi madre me dijo:

–No vayas a creerte, hijo mío, que este dinero procede de tu padre, pues lo heredé yo del mío y lo tenía reservado para un caso en que fuera preciso. Y en vida de tu padre era yo rica y no tuve necesidad de emplearlo.

Tomóle yo el dinero a mi madre, ¡*ye* emir de los creyentes!, y volví de nuevo a entregarme a la juerga y la jarana y la farra con mis amigotes de antes, sin atender las amonestaciones y consejos de mi madre, hasta que al cabo di fin de los cinco mil dinares, y entonces le volví a decir:

–Voy a vender la casa, madre.

Y mi madre me dijo:

–Mira, hijo mío: ya evité la primera vez que la vendieras, sabiendo de antemano que había de hacerte falta; ¿cómo vas ahora a venderla por segunda vez?

Pero yo le repliqué:

–Ahórrate palabras, que, mal que te pese, he de vender la casa.

–Está bien–díjome entonces mi madre–; véndemela a mí en quince mil dinares, pero con la condición de que, en lo sucesivo, seré yo quien lleve el gobierno de tus asuntos.

Vendíle yo, pues, a mi madre la casa en los quince mil dinares y resigné en ella el manejo de los negocios, y ella buscó a los antiguos apoderados de mi padre y les dio a cada uno de ellos mil dinares, quedándose con lo demás en sus manos, vigilando los ingresos y los gastos.

Diome, además, a mí una cantidad y me dijo:

–¡Siéntate en la tienda de tu padre!

Hícelo yo así y me instalé en la trastienda referida en el zoco de los cambiantes, y acudieron mis amigos y empezaron a comprarme y yo a venderles, de suerte que obtuve ganancias grandes y aumentaron mis caudales.

Luego que vio mi madre lo formal que me había vuelto mostróme las joyas que tenía guardadas y todo cuanto poseía en punto a piedras y metales preciosos y perlas y oro.

Volvieron luego a mis manos las propiedades que vendiera y engrosaron mis riquezas hasta ser las que fueran.

Y vinieron los apoderados de mi padre y les di las mercancías. Y después me hice labrar otra saleta en el interior de la tienda.

Y sucedió que estando yo sentado, como de costumbre, en mi tienda, hubo

de presentarse en ella, *¡ye* emir de los creyentes!, una mocita tan bella como jamás otra igual viera. Y la jovencita preguntó al entrar:

–¿Es esta la tienda de Abu-l-Hasán-ben-Ahmed, el de Jorasán? [3]

–Esta es–le contesté.

–¿Y dónde está él?–tornó ella a preguntar.

Y yo le respondí:

–Yo soy Abu-l-Hasán.

Y dizque ante tanta hermosura perdiera yo la calma, *¡ye* emir de los creyentes!, y apenas si atinara con las palabras.

Sentóse ella entonces y me dijo:

–Dile a tu criado que me pese trescientos dinares.

Mandéle yo en seguida al criado le pesase esa cantidad y él se la pesó y ella tomó el dinero y se marchó.

Seguía yo a todo esto como alelado y mi criado preguntóme:

–¿Por ventura la conoces?

–¡Por Alá, que no!–contesté yo.

–Pues entonces–díjome el criado–, ¿cómo me mandaste que le pesase los trescientos dinares?

–¡Por Alá–le respondí–, que no sabía lo que me decía de puro enajenado que su belleza me tenía!

Fue entonces el criado y, sin que yo lo supiera, marchó tras de ella.

Volvió a poco llorando y con señales en la cara de haberle pegado.

–¿Qué te pasó?–le pregunté.

Y él me contestó:

–Fui siguiendo a esa joven para ver dónde se metía, y ella, al notarlo, se volvió y me dio un puñetazo en la cara que por poco me vacía el ojo.

Pasó luego de eso un mes entero, sin que yo la viera ni aportara por la tienda, y estaba yo, *¡ye* emir de los creyentes!, que no sabía lo que me pasaba de puro enajenada que por su amor tenía mi alma.

Pero al finar el mes volvió ella a presentarse en mi tienda y me saludó, de lo que me dio tanta alegría que poco me faltó para echar a volar, a impulsos de lo que sentía.

Preguntóme ella cómo me iba y me dijo:

–Quizá pensaras en tu alma: ¿quién será esa atrevida que cargó con mi dinero y se fue tan traquila?

–*¡Ye* mi dueña y señora–exclamé yo–, tuyas son mi hacienda y mi vida!

Púsose ella pálida y se sentó para descansar y el velillo y los aderezos brincábanle en la cara y el pecho.

Y me dijo:

–Pésame trescientos dinares.

–Oír es obedecer–le contesté.

Y acto seguido le pesé los dinares y se los di, y ella los tomó y se alejó de allí.

[3] Es digno de notarse el modo como la joven se presenta en la tienda del mercader Abu-l-Hasán, pues ilustra prácticamente lo que en otro lugar decimos sobre ese amor moruno, que parece surgir de pronto y no es así, sino que venía ya incubándose, quién sabe desde cuánto tiempo. Esta mocita de ahora conoce ya el nombre del guapo y rumboso mercader; probablemente se ha enamorado de él de oídas y lo ha elegido para dueño de su corazón. Ahora trata simplemente de comprobar si la realidad responde a la fama. Este es todo el secreto de esas pasiones súbitas, que solo lo son por la parte del hombre en Oriente, y que en la mujer van precedidas de una sabia elección. Esas tapadas–semitapadas nada más–usan de la libertad que las costumbres les conceden para andulear, cuando les place, por calles y zocos, ya solas, ya seguidas de la clásica dueña, y fisgar por entre el velillo las caras de los mercaderes jóvenes y bellos. Hecha su elección, lo demás corre a cuenta de las celestinas, y, como siempre, el elegido cree ingenuamente ser el elector. Esas moras–¿por qué no emplear este nombre?–, obligadas a reclusión en el harén como monjas profanas, tienen también sus días de salida, en que pueden escoger amante, y, además, aun sin salir de casa, pueden hacer lo mismo desde detrás de sus celosías y elegir al transeúnte habitual que tuvo la ambigua suerte de gustarles. Así que, cuando el amor se declara con un suspiro, una tosecilla o un pañuelo que hace alzar los ojos al elegido, solo es nuevo para este. He ahí el secreto de muchos de esos amores súbitos, explosivos, largo tiempo preparados por la discreta técnica de la mujer oriental, que fue común en otro tiempo a la heroína de nuestra novela provinciana.

–Síguela–díjele yo al criado.

Siguióla él y luego volvió todo desconcertado, sin nada haber averiguado.

Pasó después un espacio de tiempo sin que volviera a verla, hasta que un día, estando yo sentado en mi tienda, presentóse nuevamente ella y se sentó y se puso a darme conversación. Y, después de una hora de charla, me dijo:

–Pésame quinientos dinares, que los necesito.

Estuve yo a punto de preguntarle: «¿A santo de qué te los voy yo a dar?» Pero el exceso de mi pasión no me dejó hablar, que, a decir verdad, *¡ye* emir de los creyentes!, cada vez que la miraba me temblaban todos los miembros y se me mudaba el color de la cara y lo que quería decir se me olvidaba. Y me pasaba aquello que describió el poeta:

«En seguida que la veo
me descompongo de suerte
que ni siquiera hablar puedo.»

Peséle, pues, los quinientos dinares y se los di, y ella los cogió y se marchó.

Seguíla entonces yo en persona y fui tras ella hasta que llegamos al zoco de los joyeros; detúvose ella allí ante un hombre y tomó de sus manos un collar de perlas y, al volverse, me vio y me ordenó:

–Pésame quinientos dinares.

Al verme a mí el dueño del collar se me acercó y me saludó con grandes muestras de respeto y deferencia.

–Dale el collar–díjele al mercader–, que yo respondo de él.

Dióselo el hombre y ella lo cogió y se marchó. Fuila yo siguiendo, hasta que llegamos al Dichle, y allí montó ella en una barca y yo quedéme en la orilla contemplándola y con mis manos señalé el suelo, como diciendo: «Ante ti, lo beso.»

Echóse ella a reír y yo la seguí con la vista hasta que la vi desembarcar en la otra orilla y entrarse en un alcázar, que conocí sin tardar ser el alcázar del jalifa Al-Muteuakil-âla-l-Lah.

Volvíme luego a mi tienda llevando en mi corazón toda la pena de este mundo, pues, aparte todo, eran ya tres mil dinares lo que a la desconocida le diera, sin ninguna garantía ni prenda. Y en mi interior me decía: «Se me ha llevado mi hacienda y además me ha robado el corazón, y estoy que me muero por su amor.»

Volvíme, pues, a mi casa y le conté a mi madre todo lo que me pasara.

Y mi madre me dijo:

–Mira, hijo mío: ten cuidado de no volver a tropezarte con ella después de lo pasado, no sea que la vida te cueste verla.

Luego que torné a mi tienda vino a verme el encargado que tenía en el zoco de los drogueros, que era un *scheij* ya provecto, y me dijo:

–¿Qué tienes, mi señor, que te encuentro cambiado y advierto en tu rostro señales de dolor? Cuéntamelo todo, sin rubor.

Contéselo yo todo lo que con aquella joven me había sucedido y el *scheij,* después de oírme, me dijo:

–Mira, hijo mío: esa mocita es sin duda una de las esclavas del jalifa y puede que sea su favorita; así que por amor a Alá y de ella no te vuelvas a acordar.

Dejóme luego el *scheij* y yo me quedé en la tienda con el corazón abrasado en llamas de deseo y de pasión.

Pero al finar el mes presentóse allí otra vez la joven, y yo, al verla, sentí una alegría inmensa.

–¿Qué fue–díjome ella–lo que te movió a seguirme?

–Fue–respondíle yo–el amor en que por ti arde mi corazón.

Y al decir esto echéme a llorar entre sus manos. Lloró ella también, apiadada de mi dolor, y me dijo:

–Ese amor que te consume el corazón no le llega al que por ti siento yo. Y, sin embargo, ¿qué podemos hacer? Tendremos que resignarnos a vernos solamente una vez al mes.

Diome luego una hojita de papel y me dijo:

–Llévale esta esquela a fulano, que es mi apoderado, y él te dará lo que se indica en ella.

Después de lo cual se despidió de mí y se retiró.

Fuime yo acto seguido a ver al *scheij* de los drogueros y le conté lo que me pasara con la muchacha.

Cogióme entonces el *scheij* y me llevó ante el alcazar de Al-Muteuakil, y al verlo conocí ser el mismo en que viera entrar a la muchacha.

Quedóse el *scheij* pensativo, discurriendo algún medio de pasar adentro, y, al tender la vista en derredor, reparó en un taller de alfayate que había frontero al mirador que daba a la orilla del río, y volviéndose a mí, me dijo:

–Ya hallé lo que buscaba. Rásgate el bolsillo y llégate a ese sastre y dile que te lo cosa, y, luego que te lo haya cosido, le darás diez dinares como pago de su trabajo.

–Oír es obedecer–le contesté.

Y cogiendo dos piezas de brocado rumí me dirigí a la sastrería y díjele al alfayate:

–Córtame de aquí cuatro trajes; dos con mangas vueltas y los otros dos sin ellas.

Hízolo así el alfayate, y, luego que terminó, dile en pago de su trabajo una cantidad muy superior a la que se suele dar.

Fue él luego a entregarme los trajes, pero yo se los rehusé, diciendo:

–Guárdatelos para ti y tus deudos.

Quedamos desde entonces amigos y yo empecé a frecuentar su taller y a prolongar mi estada en él.

Y le encargué otros trajes, diciendo:

–Cuando los termines, los cuelgas a la puerta de tu tienda para que los vea la gente y te los compre.

Hízolo él así y no tardó en acudir gente de la servidumbre del palacio al reclamo de los trajes, y yo a todos les regalaba el que más les gustaba y del número de ellos fue el propio portero. Y un día de los días díjome:

–Mira, hijo mío: te agradecería fueras franco conmigo y me dijeses la razón que acá te ha traído, pues me mandaste cortar cien trajes que valían cada uno una cantidad respetable y los más de ellos los regalaste, y ese no es proceder propio de comerciantes; así que háblame con claridad y dime qué es lo que buscas, a fin de que pueda prestarte mi ayuda.

Y después de una pausa añadió:

–¡Por Alá y así El te guarde! ¿No será, muchacho, que estás enamorado?

–Así es en verdad–díjele yo.

Y acto seguido le conté todo lo que con aquella joven me había sucedido. Y él, luego de escucharme, me dijo:

–Esa joven que dices es una de las esclavas del jalifa. Malhayan todas ellas y cómo vuelven locos a todos los que ponen sus ojos en ellas.

Y después preguntóme:

–¿Sabes, por ventura, su nombre?

–No–le respondí yo.

Y él entonces me dijo:

–Describeme al menos cómo es para que yo la pueda conocer.

Describísela yo y él, luego de oírme, exclamó:

–¡Esa es la guitarrista del jalifa Al-Muteuakil, y, por cierto, su favorita! Y tiene a su servicio un mameluco con el cual es preciso que hagas amistad, y puede que lo convenzas y él facilite el medio de verte con ella.

Estábamos así conversando cuando he aquí que el mameluco sale del alcázar del jalifa y se adelanta y pasa ante la tienda, y al acercarse pude ver que era de tal belleza que parecía una luna en su noche catorcena.

Tenía yo en aquel momento en mis manos los trajes que me hiciera el sastre y que eran de brocado de todos colores y el mameluco al pasar los vio y se detuvo a contemplarlos.

Llegóse luego a mí y yo me levanté y lo saludé, y él correspondió a mi saludo y luego me interrogó, diciendo:

–¿Quién eres tú?

–Un mercader de los mercaderes –contestéle.

–¿Y vendes esos trajes?–tornó a preguntarme

–Sí–le respondí.

Tomó él entonces cinco de ellos y me preguntó:

–¿Cuánto quieres por los cinco?

–Nada–le contesté–; te los regalo en prenda de la buena amistad que quiero haya entre ambos.

Holgóse él mucho de ello y siguió diciendo:

–¿Cuál es tu nombre entre los mercaderes?

–Soy entre ellos uno de tantos–respondíle.

Quedóseme él mirando y exclamó:

–Sé franco.

–¿Por qué dices eso?–exclamé, asombrado.

Y él, entonces, me dijo:

–Me has regalado cosas de mucho valor que me han ganado el corazón, y de ello infiero que no puedes ser otro sino Abu-l-Hasán, el de Jorasán, el rumboso y liberal.

Echéme yo entonces a llorar y el joven me dijo:

–No llores, por Alá, pues aquella por la cual lloras está todavía más loca por ti que tú por ella, y, por grande que sea tu pasión, a la suya no le llega.

–¡Por Alá te ruego–imploré yo–que me prestes tu ayuda para salir de esta aflicción!

Despidióse él luego de mí, prometiéndome volver al otro día.

Y al otro día vino y me dijo:

–Luego que ella terminó ayer su servicio con el jalifa y volvióse a su cámara contéle yo todo lo que tú me dijeras y ella me rogó que hiciese todo lo posible por procurarle el medio de que te viera.

Quédate, pues, aquí hasta que expire el día y entonces yo vendré por ti y te llevaré junto a ella, que te aguarda con impaciencia.

Quedéme, pues, allí hasta que anocheció, y, luego que así fue, presentóse el mameluco en la tienda llevando consigo una túnica recamada en oro y un manto de los mantos del guardarropa del jalifa, y me hizo vestir aquellas prendas y me perfumó y me aderezó de forma que parecía el propio jalifa en persona.

Tomóme luego de la mano y me condujo a una galería donde había dos hileras de aposentos fronteros y me dijo:

–Estas son las cámaras de las esclavas favoritas del jalifa. Cuando pases por delante de ellas ve dejando un haba en cada puerta, que eso suele hacer el jalifa todas las noches que las visita.

Sorprendió aquí a Schahrasad la mañana y atajó el flujo de sus elocuentes palabras.

PERO LA NOCHE 516 SIGUIO DICIENDO LA MUCHACHA:

–Ha llegado hasta mí la fama, ¡*ye* monarca, el afortunado!, de que el mameluco díjole a Abu-l-Hasán:

–Al pasar por delante de esas cámaras ve dejando en la puerta de cada una de ellas un haba, que así suele hacer el jalifa por las noches, cuando las visita.

Sigue andando luego, hasta llegar al segundo adarve que está a tu derecha, y allí verás un aposento que tiene el umbral de su puerta de mármol y llamarás a él con la mano.

Y si temieres equivocarte, cuenta una por una las puertas, que son tantas y cuantas, y te entrarás por aquella que tiene estas y estas señas.

Y tu amiga te sentirá y saldrá y te cogerá y dentro te meterá. Y luego, para que salgas, ya Alá me inspirará alguna traza y saldrás, aunque sea metido en un arca.

Dejóme después el mameluco y se volvió a sus asuntos y yo eché a andar, contando las puertas y dejando un haba delante de cada una de ellas.

Pero al llegar a la mitad de la galería sentí un gran revuelo y percibí resplandor de antorchas, el cual se fue acercando a mí más y más, hasta que a su luz pude ver adelantarse a un hombre que, mirándolo bien, comprobé ser el propio jalifa, que venía rodeado de sus esclavas favoritas.

Y un eunuco les gritaba a las esclavas y les decía:

–Aquí.

Entráronse en uno de aquellos aposentos y luego salieron y siguieron andando, hasta llegar al cuarto de mi amiga, y entonces le oí decir al jalifa:

–¿Cúyo es este cuarto?

A lo que le contestaron:

–Este es el cuarto de Schachretu-d-Durr [4].

–Pues llamadla en seguida–ordenó el jalifa.

Llamáronla, pues, y ella salió y besó los pies del jalifa, y el jalifa le dijo entonces:

–¿No quieres beber con nosotros esta noche?

–Si no fuera por ti–respondió ella–y porque tú vienes a buscarme no bebiera esta noche, pues no siento el menor deseo de hacerlo.

Volvióse entonces el jalifa y le dijo al esclavo:

–Dale el collar, el fulano.

Y acto seguido penetró en el aposento, precedido y seguido de antorchas que alumbraban el camino.

Y hete aquí que, en aquel momento, adelantóse una joven que con el fulgor de su cara eclipsaba al de la antorcha que en su mano llevaba, y, llegándose a mí, exclamó:

–¿Quién es este?

Cogióme luego de la mano y me llevó a un cuarto de aquellos cuartos y me dijo:

–¿Quién eres?

Besé yo la tierra entre sus manos y le dije:

–¡Por Alá, mi señora, que ahorres mi sangre y de mí te apiades y por mi medio te acerques a Alá, salvando mi medula de todo mal!

–Cuéntame con sinceridad–díjome ella–tu historia y fía en mi protección desde ahora.

–Yo, ¡*ye* mi señora!–díjele–, soy un enamorado ignorante e insensato, que, a impulsos del amor, me metí en esta

[4] Arbol de las perlas.

aventura que ves y en esta trampa vine a caer.

–Bien–respondió ella–; estáte aquí hasta que yo venga por ti.

Salió luego y volvió a poco, trayéndome unas ropas de las de sus doncellas, y me las puso y me dijo:

–Sal detrás de mí.

Hícelo yo así y la fui siguiendo, hasta que llegamos a un aposento. Y entonces me dijo:

–Pasa adentro.

Hícelo así y entré en su aposento. Y ella me condujo a un lecho, sobre el que había muchos almohadones, cómodamente dispuestos, y me dijo:

–Siéntate aquí y no tengas cuidado. ¿No eres tú, por casualidad, Abu-l-Hasán, el de Jorasán?

–No, mi señora, no lo soy–respondí.

Pero ella me contestó:

–No mientas, que no tienes por qué, pues no corres ningún peligro si dices la verdad, porque si no eres quien yo creo, sino un ladrón que entró aquí a robar, por muerto te puedes dar, si te cogen; mucho más al ver que vas vestido con ropa del jalifa y sahumado con su sahumerio. Pero si verdaderamente eres Abu-l-Hasán, el de Jorasán, nada malo te puede pasar, pues eres el amigo de Schachretu-d-Durr, que es mi hermana, y siempre te está mentando; que no se le cae tu nombre de los labios y me ha contado cómo te tomó el dinero y tú se lo diste, sin mostrar el menor recelo, y cómo luego la fuiste siguiendo. Pero dime: ¿cómo viniste aquí? ¿Fue por mandato suyo o por tu propia iniciativa? Si así fue, ¿no te dabas cuenta del peligro que corrías? ¿Y qué intención era la que aquí te traía?

–*¡Ye* mi señora!–exclamé–. Alá es testigo de que no pretendía de ella nada que no fuere lícito.

–Siendo así–dijo ella–, sálvete Alá, que, en cuanto a mí, siento que mi corazón se apiada de ti.

Y dirigiéndose a una de sus doncellas le dijo:

–¡Fulana!, ve a ver a Schachretu-d-Durr y dile que: «Tu hermana te saluda y te llama y te ruega le hagas el favor de pasar esta noche con ella.»

Fue allá la esclava, pero a poco tornó y le dijo a su ama:

–Schachretu-d-Durr te saluda y te dice: «¡Alá me bendiga con tu larga vida y tome mi alma en alfada de la tuya, y luego con alma y vida te complaciera, pero el jalifa tiene esta noche jaqueca y reclama mi presencia!»

Luego que oyó su señora el recado de la esclava, le dijo:

–Vuelve allá en seguida y dile a Schachretu-d-Durr: «Tu hermana te manda decir que no tienes más remedio que pasar a verla para un asunto que a las dos interesa.»

Corrió la esclava a cumplir lo que su señora le mandaba y volvió al cabo de una hora con Schachretu-d-Durr, cuyo rostro irradiaba cual si fuere la luna en toda su plenitud.

Besóla su hermana y abrazóla y después me dijo:

–*¡Ye* Abu-l-Hasán: ve hacia ella y bésale las manos!

Estaba yo en un aposento interior y salí a verla, *¡ye* emir de los creyentes!, y ella, al verme, abalanzóse a mí y me estrechó contra su pecho y me dijo:

–¿Cómo te vestiste con las ropas del jalifa y te pusiste sus galas y te perfumaste con sus fragancias? Cuéntame todo lo que te pasara.

Contéle yo todo lo que me había ocurrido y todos los apuros en que me había visto. Y ella, después de oírme, llevóme a su aposento y, dirigiéndose a su hermana, le dijo:

–Hemos los dos convenido en que no he de ser suya sino de un modo legítimo.

Y su hermana le dijo:

–Siendo tal tu intención, sálvete Alá-*taála.*

–Ya verás–díjole Schachretu-d-Durr a su hermana–cómo me las arreglo para unirme a él como es debido, y he de exprimirme el cerebro hasta dar con el medio de poder hacerlo.

Pero estando en estas pláticas dejóse oír un gran revuelo y, al volvernos, vimos que era el jalifa que hacia nosotros se dirigía, ansioso por ver a Schachretu-d-Durr, por el mucho amor que le tenía.

Diose ella prisa a cogerme y meterme en un sótano, que tapó luego, y a seguida salió a recibir al jalifa y lo introdujo en el cuarto y lo hizo sentar, quedando ella entre sus manos para servirlo y agasajarlo.

Mandó luego que les llevasen de beber, lo que sus esclavas se apresuraron a hacer.

Y era el caso que el jalifa quería mucho a una esclava llamada Al-Bancha [5], que era madre de Al-Motâzu-bi-Lah, y la esclava le mostraba esquivez, que él le pagaba con su desdén, no obstante el fuego de amor que le abrasaba el corazón, y para distraerse y olvidarla íbase a los aposentos de las otras esclavas, entre las cuales estaba Schachretu-d-Durr, cuyo modo de cantar y voz exquisita gustaba mucho al jalifa.

Y Schachretu-d-Durr tomó aquella noche el laúd y, luego de templar sus cuerdas, entonó la siguiente letra:

–Cuando estábamos juntos,
¡qué raudo se iba el tiempo!
¡Y qué lento y calmoso
ahora que no nos vemos!
Huyo de ti hasta el punto
de que dice la gente
que no sé amar, y luego
me tilda de impaciente,
al ver cómo no puedo
pasarme ya sin verte.
Tu recuerdo en la noche
me tiene desvelado,
y solo la esperanza
de verte me da ánimos.
¡*Ye* su cuerpo de seda,
y su habla armoniosa,
y sus ojos, que Alá,
con la fuerza imperiosa
y el poder peregrino
de su verbo creara,
para que, como el vino,
las almas cautivara!

Bamboleóse de gusto el jalifa y yo también, ¡*ye* emir de los creyentes!, en mi escondite, y bondad fue de Alá que no me descubriera, rompiendo a gritar.

Y Schachretu-d-Durr, a instancias del jalifa, volvió a cantar y entonó la siguiente tonada con no menos primor:

–Contra mi pecho con fuerza
lo aprieto, y aún me parece
que no está bastante cerca.
Su cara miro y remiro
y me parece que nunca
bien del todo se la he visto.
Una y otra vez sus labios
beso y siempre nuevas ansias
me acometen de besarlos.
El fuego que me devora
no se entibiará hasta ser
nuestras almas una sola.

Gustóle mucho aquella letra al jalifa, el cual exclamó:

–¡Pídeme una gracia, Schachretu-d-Durr!

Y ella le dijo:

–¡*Ye* emir de los creyentes! ¡Pídote me declares horra por amor al galardón que en la otra vida ha de valerte!

–Pues por amor a Alá–exclamó el jalifa–, libre eres desde ahora.

Y Schachretu-d-Durr, al oír las palabras del soberano, besó la tierra entre sus manos.

Díjole luego el jalifa:

–Coge la guitarra y cántame algo alusivo a esa mi esclava de la que estoy locamente enamorado, hasta el punto de que todas buscan mi gracia y yo la de ella busco.

Y Schachretu-d-Durr tomó la guitarra y cantó estos versos:

–¡Sultana de la hermosura
que, esquiva, de mí te alejas,
yo haré por todos los medios
que a mi lado otra vez vengas,

[5] Beleño.

pues si es preciso humillarse,
lo haré a fuer de enamorado,
y si es menester mandar,
mandaré cual soberano!

Maravillóse el jalifa al oír aquellos versos y exclamó:

–Cántame ahora una canción pintando mi caso con tres señoritas que tienen las riendas de mi corazón y a todas las demás excluyen de mi amor, y esas tres señoritas sois: tú y esa arisca de la cual me quejo y otra que no he de nombrar y que no tiene par.

Tomó, pues, Schachretu-d-Durr la guitarra y entonó esta canción:

–Tres mocitas me tienen subyugado
y de mi corazón llevan las riendas,
y yo, que a todos les mando,
me dejo mandar de ellas,
que el amor es soberano
por sobre toda realiza [6].

Maravillóse el jalifa al ver lo adecuados que eran aquellos versos a su propio caso y sintió el impulso de hacer las paces con su amada, y, abandonando la estancia, fuese a buscarla.

Adelantóse entonces una de las esclavas a prevenirla de su llegada y en seguida la adusta Al-Bancha salió a recibir al jalifa y besó la tierra entre sus manos y después besóle los pies al soberano.

Y, a continuación, hicieron las paces los dos.

Y con esto termina su relación.

Cuanto a Schachretu-d-Durr, vino a mí muy contenta y me dijo:

–Libre soy ya, gracias a tu bendita llegada, y espero que Alá me ayude a consumar mi deseo de unirme contigo de un modo lícito.

–¡Loado sea Alá!–exclamé yo al oírla.

Estando nosotros en estas pláticas presentóse allí el mameluco que nos sirviera de tercero y le contamos todo lo que había pasado. Y él exclamó:

–¡Loado sea Alá, que hizo que todo saliera bien hasta aquí! ¡Pidámosle ahora que quiera rematar su hecho, haciendo que salgas de aquí sin ningún contratiempo!

Pero estando en estos razonamientos he aquí que llega la hermana de Schachretu-d-Durr, la cual se llamaba Fátira, y aquella le dijo:

–¿Cómo haremos, hermana, para sacarlo salvo del alcázar? Pues Alá me concedió la libertad y pasé a ser mujer horra, dejando de ser esclava, gracias a su bendita llegada.

–No se me ocurre–respondió su hermana–otro medio de sacarlo de aquí a salvo sino de mujer disfrazado.

Y acto seguido trájome ropas de mujer y me las vistió, y así, *¡ye* emir de los creyentes!, pude salir de allí sin inconveniente.

Pero al llegar al patio del alcázar encontréme con el jalifa, allí sentado y de sus esclavos rodeado, y el jalifa, al verme, fijóse en mí y hube de chocarle, hasta el punto de que, volviéndose a sus servidores, les dijo:

–Corred tras de esa esclava y traédmela sin tardanza.

Asieron los esclavos de mí y me llevaron hasta el jalifa, y este me levantó el rebocillo y descubrió el engaño y me preguntó por mi caso, y yo se lo conté todo de cabo a rabo.

Luego que me hubo oído permaneció una hora pensativo, y después se levantó y se dirigió al aposento de Schachretu-d-Durr y la interpeló, diciendo:

–¿Cómo pudiste elegir a uno de los hijos de los mercaderes?

Besó ella la tierra entre sus manos y le contó todo cuanto entre nosotros había pasado, sin ocultarle nada, con toda sinceridad y ante la faz de la verdad.

Luego que el jalifa la oyó se apiadó de ella y se le ablandó el corazón y la

[6] La edición de Bulak omite todos estos versos.

disculpó en atención al poder del amor y se retiró. Vino después su mameluco de servicio y le dijo:

–Serena tu alma, pues tu amigo, al comparecer entre las manos del jalifa, contestó a sus preguntas contándoselo todo igual que tú se lo contaras, letra por letra, sin la menor discrepancia.

Llegó luego el jalifa y mandó que me pusieran entre sus manos, y, luego que así fue, me preguntó el soberano:

–¿Qué fue lo que te impulsó a introducirte osadamente en el alcázar jalifiano?

–Impulsáronme–le respondí–, *¡ye* emir de los creyentes!, la ignorancia, el amor y la esperanza en tu perdón.

Y acto seguido rompí a llorar y besé la tierra entre las manos del jalifa, el cual exclamó:

–Os perdono a los dos.

Y después me mandó sentar y me senté, y el jalifa hizo venir al cadí Ahmed-ben-Abu-Duad [7] y le ordenó que nos casase a mí y a Schachretu-d-Durr, lo que aquel hizo sin tardar.

Mandó luego el jalifa que me llevasen a mi casa todos los efectos de mi amada y la condujeron a ella también con toda la pompa con que se conduce a las novias.

Así que, *¡ye* emir de los creyentes!, todo lo que aquí viste y te movió a sospechar procede del ajuar de mi mujer, sin que lo puedas dudar.

Y sucedió que después de eso, un día de los días, me dijo mi mujer:

–Mira, esposo mío: Al-Muteuakil es hombre generoso; pero yo temo no sea que nos guarde mala voluntad o que algún envidioso trate de malquistarnos con él, así que querría hacer algo para prevenirlo y evitarlo.

–¿Y qué es ello?–preguntéle yo a mi mujer. Y ella me contestó:

–Tengo pensado de ir y recabar su venia para hacer el alhage a Meca y hacer acto de contrición y no volver a cantar una canción.

Y yo le respondí:

–Dices bien y apruebo tu parecer.

Pero estando en eso he aquí que llega un enviado del jalifa con el encargo de conducirla al alcázar para que recrease al soberano, que se desvivía por el canto.

Fue, pues, allá mi mujer y cantó ante el jalifa, y este, al terminar, le dijo:

–No nos tengas tan olvidados.

–Oír es obedecer–respondió mi mujer.

Y sucedió luego de eso que, otro día, mandó también el jalifa por mi mujer y esta fue allá en seguida, pero no tardó en volver a casa con las vestiduras desgarradas y los ojos cuajados de lágrimas.

Sobresaltéme yo al verla llegar así y pensé que el jalifa habría dado orden de que nos prendiesen y exclamé:

–¡Verdaderamente de Alá somos y a El hemos de volver! ¿Acaso Al-Muteuakil se enojó con nosotros?

–¿Qué dices de Al-Muteuakil?–exclamó mi mujer–. ¡El reinado de Al-Muteuakil se acabó y su huella se borró!

–¿Cómo?–grité yo–. Cuéntame en seguida lo que haya pasado.

Y mi mujer me dijo:

–Has de saber cómo estaba sentado tras la acitara, bebiendo con Al-Fath-ben-Jakán y Zadaka-ben-Zadaka, cuando llegó su hijo Al-Muntazir, seguido de un piquete de turcos, y lo acometió y lo mató. De suerte que el holgorio trocóse en duelo y la alegría en lloro y lamento.

Yo y su favorita huimos de allí y Alá fue servido de nos salvar.

Luego que eso oí, *¡ye* emir de los creyentes!, me levanté y, a lo largo del río, me trasladé a Bazra, y allí me

[7] Personaje histórico. La edición MacNaghten transcribe su nombre erróneamente Abu-Daud.

alcanzó la nueva de la guerra que había estallado entre Al-Muntazir y Al-Mustâin-bi-l-Lah [8], con lo que me atemé y me traje a mi mujer y todos mis bienes a Bazra.

Y esta es mi historia, ¡*ye* emir de los verdaderos creyentes!, sin que a ella haya que ponerle ni quitarle una letra.

Y todo cuanto en mi casa ves, marcado con el nombre de tu abuelo Al-Muteuakil, procede de su bondad para con nosotros y el venero de nuestra fortuna de tu noble fuente trae su manadero, que, en verdad, sois casta liberal y mina de munificencia sin par.

Maravillóse grandemente el jalifa al oír el final de la historia. Y Abu-l-Hasán hizo venir a su mujer y sus hijos para que besaran la tierra entre las manos del sultán.

Admiróse grandemente el jalifa al ver la belleza de la esposa. Y en el acto pidió papel y caña y tintero y extendió una albalá eximiéndolos en adelante, por espacio de veinte años, de todo impuesto y gravamen.

Retiróse luego el jalifa, pero lo nombró su comensal, y lo fue hasta que la muerte vino a separarlos y tuvieron por mansión el sepulcro, después de haber morado en los palacios.

¡Loor al soberano, al misericordioso y el sabio!

[8] Duodécimo jalifa abbasi, hijo de la esclava Muharik (248-252, de la *hechra).*





HISTORIA DE KAMARU-S-SEMAN Y SU AMADA

(Noches 516 a 523)

Lección de didáctica erótica que recuerda el poema Salamán y Absal, *del persa Nuru-d-Din Abdu-r-Rahmán Ach-Chami–1414-1492 de nuestra era–, en que se trata el mismo tema del buen y mal amor. En el mismo orden de consideraciones podría citarse el diálogo platónico* El convite, *en que se establece la distinción entre la Venus sensual y la Venus Urania, de naturaleza divina, que guía a los hombres hacia Dios, fuente de todo amor y de toda verdad. En el fondo se trata de la sublimación del erotismo, que, como instinto primario, representa un potencial de vida tan considerable que puede llegar a ser mortal, si no se le refrena mediante el dominio de la razón. Hay que saber elegir entre el amor que vivifica y eleva y el que degrada y mata. Y para facilitar esa elección a los jóvenes inexpertos se han escrito poemas como el ya aludido de* Salamán y Absal *y el presente cuento, que es una solución favorable del de Asis y Asisa. Por falta de un consejero avisado cae Asis en las garras de aquella mujer fatal, Dalila, la ladina, y pierde entre sus brazos su propia virilidad, digno castigo, cuyo tormento hará más cruel la contrición por no haber sabido apreciar el amor de su prima, que le habría hecho dichoso. Más afortunado el joven Abdu-r-Rahmán, logra vencer la crisis de su pasión por esa otra mujer fatal–la esposa del joyero Obaid–y gozar después de la dicha del amor sereno y de la honesta vida conyugal, que en premio a su entereza le brinda un segundo amor, noble y digno.*

Cuanto a los nombres de los personajes, aunque ya nos son conocidos por otras historias, recordaremos que Abdu-r-Rahmán significa Siervo del Pia-

doso. Kokabu-z-Zebah, Estrella matutina. Kamaru-s-Semán, Luna del tiempo. Obaid, el Siervecito de Alá, diminutivo de Abd. Halima, Benigna o Plácida.

La versión Mardrus-Prometeo llama al joyero Osta Obaid. Quizá Osta sea transcripción de ustaz, *doctor por equivalencia al título de maestro, maese o* moallem *con que lo gratifica nuestro texto. Esta historia figura en la versión Mardrus con el título* Historia de Kamar y Halima.

–Y cuentan también que había en los tiempos pasados, ¡*ye* monarca, el afortunado!, un opulento mercader llamado Abdu-r-Rahmán, al cual gratificáralo Alá con una hija y un hijo, y a la hija le puso por nombre Kokabu-z-Zebah, por su mucha beldad, y al varón, el de Kamaru-s-Semán, también por su hermosura y gallarda apostura.

Y al ver el mercader lo que Alá diera a sus hijos de belleza y perfección y gentileza y buena proporción, temió por ellos los ojos de los mirones y las lenguas de los envidiosos y los engaños de los engañadores y los ardides de los pecadores, y los ocultó a ambos a las miradas de la gente y los tuvo recluidos en su alcázar por espacio de diez años, sin que nadie los viera, salvo sus padres y una esclava a su servicio destinada.

Y el padre de ambos chicos leía el *Corán,* según del cielo lo hizo bajar Alá, y también la madre leía el *Corán* y el padre se lo leía al hijo y la madre se lo leía a la hija, hasta que ambos hermanos aprendiéronse el *Corán* de cabo a rabo.

Enseñáronles también a leer y escribir y hacer cuentas y demás requisitos de una buena educación, todo lo cual se lo enseñaron ellos, el padre y la madre, sin necesidad de maestros.

Y luego que el chico hubo llegado a la edad de la hombría, díjole al mercader su mujer:

–¿Hasta cuándo vas a tener a tu hijo aquí encerrado oculto a las miradas de la gente? ¿Es, por ventura, una chica o un chico?

–Un chico es–respondióle el mercader.

–Pues siendo así–replicó su mujer–, ¿por qué no lo coges y te lo llevas al zoco contigo y lo tienes en tu tienda para que vaya conociendo a la gente y la gente lo conozca a él y sepan todos que es tu hijo y aprenda a vender y comprar y, si te sale algún asunto, sepa la gente que es tu hijo y pueda poner mano en tus cosas en lugar tuyo? Piensa que si llegaras a morir sin hacer lo que te digo al decir él: «Yo soy el hijo del mercader Abdu-r-Rahmán», la gente se negaría a creerlo y todos le saldrían diciendo: «Nunca hasta ahora te vimos ni supimos que el mercader Abdu-r-Rahmán tuviera tal hijo.» Y vendrían los jueces y confiscarían todos tus bienes, y lo mismo tu hijo que tu hija quedarían en la miseria más completa. Por eso también a tu hija querría que la presentases en público y que la dieses a conocer a la gente, que así podría salirle algún pretendiente que te pidiera su mano, y la casaríamos y quedaríamos libres de ese cuidado.

–Ya sabes–díjole el mercader a su mujer–que si tuve recluidos a mis hijos fue tan solo por librarlos del mal de ojo.

Sorprendió aquí a Schahrasad la mañana y atajó el curso de sus elocuentes palabras.

PERO LA NOCHE 517 SIGUIO DICIENDO LA MUCHACHA:

–Ha llegado a mi noticia, *¡ye* monarca, el afortunado!, que, al decirle la mujer del mercader aquellas palabras al marido, este le dijo:

–Ya sabes que si tuve recluidos hasta ahora a mis hijos fue tan solo por librarlos del mal de ojo y por el mucho amor que les tengo a los dos, y ya se sabe que no hay amor sin celos, como dijo el poeta en estos versos:

«Tengo celos por ti de todo el mundo,
incluso de mis ojos que te miran;
por muy cerca de mí que yo te tenga,
me pareces aún lejana, esquiva;
si hasta el día del Juicio me estuviera
mirándote, ni así me saciaría.»

Pero su mujer replicó:

–Encomiéndaselos a Alá, que a quien Alá se encomienda no puede pasarle ningún mal. Y coge hoy mismo a tu hijo y llévatelo a tu tienda contigo.

Tomó luego la esposa del mercader a su hijo y vistióle un traje lujosísimo, con el que estaba tan guapo que seducía y cautivaba a cuantos lo miraban y encendía pasiones en todos los corazones.

Cogióle después su padre y se lo llevó con él al zoco, y cuantos lo veían luego quedaban prendados de su belleza y se llegaban a él y le besaban la mano y lo selamalequeaban [1] con mucho halago y lo rodeaban, impidiéndole el paso, de suerte que su padre tenía que apartarlos, y unos exclamaban, al mirarlo:

–*¡Ye* y cómo ha salido el sol en el lugar fulano!

Y otros decían:

–De pronto ha salido la luna en el zoco.

Y aún decían otros más:

–¡La luna de la fiesta [2] salió ya y vierte su fulgor sobre los siervos de Alá!

Y se deshacían en piropos al muchacho y sobre él invocaban las albaracas del cielo en tales términos que su padre se avergonzara ante aquellas palabras, sin que pudiera evitarlas. Y en su interior recriminaba a su mujer, que era quien la culpa tenía de que a su hijo hubiera sacado de su retiro.

Y al tender el mercader Abdu-r-Rahmán la vista en torno suyo veíase rodeado por detrás y por delante de un gran gentío, que con los ojos comíase a su hijo.

Y el mercader abrióse paso con dificultad por entre aquella turba de papanatas, hasta que al fin pudo llegar a su tienda y se sentó en ella y sentó a su hijo a su cabecera. Y miró y vio cómo la gente tenía obstruida la puerta de la tienda, pues todo el que por allí pasaba luego se detenía a mirar aquella linda cara, y hombres y mujeres no se hartaban de contemplarla y parecían murmurar, a propósito de su belleza, aquellos versos del poeta:

«Para turbar la mente de los hombres
creaste la belleza, oh soberano,
que a todos nos cautiva, y a la par
nos vedaste ceder a sus halagos;
mas siendo Tú el amor, ¿cómo es posible
que tus siervos de amar nos abstengamos?

Y el mercader Abdu-r-Rahmán, al ver a aquella muchedumbre de hom-

[1] Lo saludaron con el *¡Selam aleik!* (La paz sobre ti.)

[2] La luna del mes de Zu-l-Kâda en que se rompe el ayuno del Ramadán.

bres y mujeres allí parados y mirando a su hijo de hito en hito, embobados, abochornóse hasta el extremo y estaba sin saber qué hacer, indeciso y perplejo.

Cuando hete aquí que por el otro cabo del zoco apareció un hombre vestido a usanza de los *dervisches,* con sayal de burda crin y toda la traza de los piadosos siervos de Alá, y al ver a Kamaru-s-Semán allí sentado cual si fuere una rama de *ban* que brotase de un molde de azafrán, luego rompió a llorar a raudales y recitó estos versos:

–Un tallo vi surgiendo de la arena
que una fulgente luna semejaba.
–¿Tu nombre?–preguntéle. Y él lo dijo:
–*Lulu.* –¿Lirio te llamas?
–exclamé yo extrañado. Y él, riendo,
dijo: –*¡La! ¡La!*–con gracia [3].

Siguió luego el *dervisch* avanzando hacia la tienda, y unas veces se acercaba y otras se alejaba y con su mano diestra se enjugaba su cana cabeza, en tanto la gente, respetuosa, le abría paso.

Y lo mismo fue ver al mocito más de cerca que prender en su corazón la brasa de la pasión y quedarse embobado y enajenado mirándolo, hasta que al cabo recitó, aplicándoselos al joven, los siguientes versos de un poeta de renombre:

–«Estando el mocito aquel
bajo la luna esplendente
de la fiesta del Al-Fitr [4],
llegó un viejo decadente,
que decrépito avanzaba,
renqueando lentamente
y en cuyo rostro las huellas
del ascetismo se advierten.
Un viejo que noche y día
estudia prácticamente
lo lícito y lo vedado
y ama a hombres y mujeres
con igual ardor, de forma
que cual palillo de dientes
se ha quedado el pobrecillo,
piel y huesos solamente.
Y se quedó contemplando
a aquel mocito inocente,
que en cuestión de hembras el pobre
es virgen completamente,
y el uno y el otro sexo
idénticos le parecen,
de modo que para él
iguales enteramente
son Saineb como Sâid [5]
aun siendo tan diferentes.»

Llegóse luego el *scheij* al padre de Kamaru-s-Semán y le dio una ramita de arrayán y el mercader llevóse la mano a la manga y sacó de allí un puñado regular de derahim y se los dio al *dervisch,* diciéndole:

–Toma, *dervisch,* tu parte y sigue camino adelante.

Tomó el *dervisch* el dinero y se sentó en el poyo de la tienda y se puso a mirar al muchacho y a lamentarse y a llorar con tal vehemencia que sus ojos parecían dos manantiales.

No tardó en formarse un corro de gente a su alrededor, y unos decían:

–Sabido es que los *dervisches* son todos unos libertinos.

Y otros exclamaban:

–Todo *dervisch* lleva en su corazón el fuego de la pasión por los chicos bonitos.

Cuanto al padre de Kamaru-s-Semán, luego que se dio cuenta de aquello, cogió a su hijo y le dijo:

–¡Anda, ven, que voy a cerrar la tienda, hijo mío! Que no conviene hoy estarse aquí más, ni para vender ni para comprar. ¡Así Alá dé a tu madre lo que se merece por haberme aconsejado que te trajese, que es ella la culpable de cuanto nos sucede!

Y dirigiéndose luego al *dervisch* le dijo:

–Anda y levántate de ahí, que voy a cerrar la tienda.

Levantóse el *dervisch* y el mercader

[3] Juego de palabras: *Lulu* significa Perla. *¡La! ¡La!,* es la conjunción negativa ¡No! ¡No!

[4] Fiesta que sigue al mes de Ramadán y en la que se celebra la ruptura *(Fitr)* del ayuno.

[5] Zenobia, según la equivalencia que le dan los autores antiguos. Sâid es el que aumenta o añade. El Zaide de nuestro romance.

cerró su tienda y, cogiendo a su hijo de la mano, encaminároнse ambos a su casa, y el *dervisch* y la gente los fueron siguiendo hasta que llegaron allí, y el mercader hizo entrar a su hijo y él se encaró con el *dervisch* y le dijo:

–¿Qué es lo que quieres, *dervisch,* y por qué lloras así?

–*¡Ye* mi señor!–exclamó el *dervisch*–. Quisiera ser tu huésped por esta noche nada más y ya sabes que todo huésped es el huésped de Alá.

–Bien venido seas, huésped de Alá –dijo el mercader–. Hazme el favor de pasar.

Y en su interior pensaba el mercader: «Como este *dervisch* se haya enamorado de mi hijo y pretenda abusar de él no hay duda que lo mataré y en un lugar secreto lo enterraré. Pero por lo pronto lo atenderé como es debido y lo sentaré a mi mesa, pues al huésped hay que darle de comer y servirlo.»

Hizo, pues, el mercader pasar adentro al *dervisch,* y llamando aparte a su hijo Kamaru-s-Semán, le dijo:

–Mira, hijo mío: luego que yo salga y os deje solos, siéntate al lado del *dervisch* y ponte a loquear con él y provócalo a los escarceos amorosos, que en viendo yo que se encandila y quiere propasarse contigo, correré acá en seguida y lo cogeré y le quitaré la vida.

De suerte, pues, que luego que Kamaru-s-Semán se quedó a solas con el *dervisch* sentóse a su lado, y el viejo no hacía más que mirarlo y llorar. Y cuando el joven le dirigía la palabra, le contestaba con toda cortesía; pero todo el demás tiempo no hacía más que temblar y suspirar, hasta que les llevaron la cena y se puso a comer, pero sin mirar al plato, que tenía los ojos fijos en el muchacho y seguía llorando.

Luego que un cuarto de la noche fue pasado y los temas de conversación se acabaron y llegó la hora de acostarse y dormir, díjole el mercader a su hijo:

–Mira, hijo mío: sirve a tu tío, el *dervisch,* como es debido.

E hizo ademán de retirarse, pero el *dervisch* le dijo:

–*¡Ye* mi señor: llévate a este chico contigo o quédate tú también a dormir con nosotros!

A lo que el mercader le contestó, diciendo:

–No; mi hijo se quedará a dormir contigo, que acaso tu alma necesite alguna cosa y él te servirá y te atenderá.

Y dicho que hubo eso retiróse el mercader y los dejó solos a los dos y fue a sentarse en una cámara contigua, desde cuya ventana podía ver cuanto en la otra pasara.

Y esto es, por ahora, todo lo referente a su historia.

Cuanto al hijo, luego que se quedó a solas con el *dervisch,* púsose a provocarlo y encandilarlo; pero el *dervisch* cortóle, enojado, los vuelos, diciendo:

–¿Qué palabras son esas que me dices, muchacho? Guárdeme Alá de Schaitán, el apedreado. *¡Ye* Alá, este muchacho trata de inducirme a cosas que no son de tu agrado! ¡Anda y apártate de mí, condenado!

Y el *dervisch,* así diciendo, retiróse del chico y fue a sentarse en otro sitio, pero aquel lo siguió y echósele encima y le dijo:

–¿Por qué razón, *dervisch,* te vedas el placer de unirte a mí, cuando yo me abraso en el amor a ti?

Enojóse todavía más el *dervisch* y lo increpó así:

–Mira, hijo mío: como no me dejes en paz, llamaré a tu padre y le contaré lo que conmigo haces.

–¡Bah!–respondióle el muchacho–. Mi padre ya está enterado de cómo yo soy y no me prohíbe que a mi afición me abandone. Así que dime: ¿por qué me desprecias y no me haces caso? ¿Es que no te gusto acaso?

–Mira, hijo mío–díjole el *dervisch*–,

déjame en paz, que nada has de conseguir; que no haré eso, aunque me maten con un acero tajante.

Y repitió los versos del poeta:

«Cierto que a los chicos guapos
los ama mi corazón;
pero no soy, sin embargo,
cual los paisanos de Lot.»

Echóse luego el *dervisch* a llorar y le dijo a Kamaru-s-Semán:

–Abre la puerta, hijo, que me quiero marchar.

Ya he desistido de pasar aquí la noche y quiero irme por donde he venido.

Y así diciendo levantóse el *dervisch,* pero el muchacho echóle al cuello los brazos y le dijo:

–Fíjate, *dervisch,* en la luz de mi cara y en la púrpura de mis mejillas y la flexibilidad de mis costados y la saliva de mis labios.

Y así diciendo se arremangó y le mostró unas piernas que avengonzarían al vino y al copero, guiñándole unos ojos que quitaban el sueño, pues era el colmo de la perfección y el ápice de la seducción, como dijo de él un poeta, que lo cantó:

«No lo puedo olvidar desde aquel día
que con gesto gentil me descubrió
sus piernas como perlas refulgentes
que alumbraban la noche cual un sol;
no os choque que luego me empinase,
pues pensé: –Ya llegó
el día del Juicio, en que han de verse
las piernas al desnudo, sin rubor» [6].

Mostróle después el chico su pecho al *dervisch,* diciendo:

–Fíjate en mis tetitas, que son más turgentes que las de las mocitas. Así como mi saliva es más dulce y grata que el azúcar de caña. Déjate, pues, de ascetismos y beaterías y mojigaterías y goza conmigo del placer de la cópula y recréate con mi belleza y nada temas.

Pero el *dervisch,* al oír aquello, se tapó la cabeza y exclamó:

–¡Sálveme Alá de la tentación! Avergüénzate, hijo mío, de eso, que es cosa prohibida, y yo no haré ni en sueños mientras viva.

Apretólo todavía más el muchacho, pero entonces el *dervisch* se postró del lado de la *al-kibla* y se puso a rezar, y, al ver eso el chico, lo dejó en paz.

Pero luego que hubo rezado el *dervisch* y dicho el *selam,* fuese otra vez a él el muchacho con la intención de sonsacarlo, y entonces el *dervisch* púsose a rezar otra vez y luego otra y así sucesivamente tres, cuatro y hasta cinco veces.

Pero después de eso el muchacho volvió a la carga y tornó a acariciarlo y a besarlo entre ojo y ojo, mientras el *dervisch* exclamaba con grandes aspavientos y asombros:

–¡Schaitán te ha seducido, hijo mío, y te ha hecho olvidar lo que nos manda Alá!

A lo que el chico contestóle:

–Como no hagas conmigo lo que te digo, llamaré a mi padre y le diré: «Ese *dervisch* ha querido abusar de mí.» Y él vendrá en seguida y te zumbará recio, hasta partirte los huesos.

Estaba a todo esto el mercader en su ventana y todo lo veía con sus propios ojos y con sus propios oídos lo oía todo. De suerte que acabó por convencerse de que aquel *dervisch* era un hombre totalmente casto y continente y para sus adentros pensó: «Si no fuera así, no habría podido resistir a tanta provocación.»

Seguía a todo esto el muchacho acosando al *dervisch,* y, cuando este se ponía a rezar, no lo dejaba seguir, hasta que al cabo no pudo el hombre aguantar más aquel suplicio y fue y le pegó al chico.

Echóse este a llorar fuerte, y al oír

[6] «Ese día las piernas se mostrarán desnudas y los hombres serán llamados a adorar postrados, pero no podrán.» *Corán,* sura LXVIII, *Al-Kalam* (La caña), aleya 42.

sus gritos acudió su padre y le enjugó sus lágrimas y lo tranquilizó, y luego, dirigiéndose al *dervisch,* lo increpó, diciendo así:

–Mira, hermano: puesto que no eres de esa clase de gente, ¿por qué al ver a mi hijo te echaste a llorar y suspirar? ¿Había alguna razón para ello? Di.

–Sí que la había–respondió el *dervisch.*

Y el mercader, al oírlo, le dijo:

–Perdona, hermano; pero al notar que tú al ver a mi hijo, te echabas a llorar, sospeché de tus intenciones y pensé que querías de mi hijo alguna cosa ilícita, y entonces le mandé que hiciera contigo lo que hizo, estando decidido a entrar aquí y matarte sin piedad si de él pretendías abusar. Ahora que he visto cómo te has conducido reconozco que eres hombre recto y de los buenos; mas por Alá te pido me expliques el motivo porque te echaste a llorar al ver a mi hijo.

Lanzó entonces el *dervisch* un suspiro y exclamó:

–¡*Ye* mi señor: no hurgues en la llaga, por favor!

Pero el mercader insistió, diciendo:

–No tienes más remedio que explicarme la razón de por qué lloraste al verlo.

Tornó el *dervisch* a suspirar y exclamó:

–¡Por favor, no hurgues en la llaga, mi señor!

Pero el mercader insistió:

–No tienes más remedio que decírmelo.

Y entonces ya el *dervisch* tuvo que acceder a sus ruegos y le habló en estos términos [7]:

Has de saber que yo soy un *dervisch* errabundo y ando rondando por esos mundos meditando en las obras del Creador de la noche y el día y de tantas otras maravillas.

Y sucedió que, en el curso de mis peregrinaciones, hube de llegar a la ciudad de Bazra un viernes a eso del mediodía y vi abiertas las tiendas y toda suerte de géneros y mercancías en ellas, amén de comestibles y bebidas, y era lo raro que estaban todas desiertas, sin que por parte alguna ni hombre, ni mujer, ni chico, ni chica, se vieran.

No se veían tampoco ni perros ni gatos por las plazas ni se sentía ningún ruido ni se topaba con hombre amigo.

Maravillóme aquello y pensé para mis adentros: «¿Adónde se habrá ido la gente de esta ciudad, con sus gatos y sus perros, y qué habrá hecho Alá de ellos?»

Iba yo hambreado, así que cogí un panecillo caliente de una tahona y me entré en la tienda de un aceitero y unté el panecillo de manteca refinada y miel y me lo comí. Y después me entré en un puesto de sorbetes y bebí cuanto quise, y de allí pasé a un café, en el que encontré las cafeteras a la lumbre, llenas de café [8], pero tampoco allí había un alma que se dejara ver.

Y yo me tomé mi café en tanto pensaba: «¡En verdad que es esta una prodigiosa ciudad! Cualquiera diría que sobre ella cayó la peste y a todos sus habitantes los mató de un golpe, o que huyeron de algún mal que los amagaba, y tan de cerca, que se fueron sin que les diera tiempo a cerrar sus tiendas.»

[7] Todo lo que sigue tiene un aire indudable de leyenda talmúdica. Por otra parte, parece una reivindicación del antiguo fuero femenil en la época del matriarcado, y en este sentido guarda cierta relación con la leyenda hispánica de la Alcaldesa de Hontanares, pueblo en el que todos los años, el día de Santa Agueda, 4 de febrero, elegían alcaldesa con poderes omnímodos por veinticuatro horas a la mujer que los vecinos consideraban más digna de tal honor.

A partir de aquí la versión Mardrus suprime todos los versos y cuenta las cosas con notable laconismo.

[8] La reiterada mención del café hace pensar a Burton que no se trata aquí de un anacronismo, sino de un indicio de la época, relativamente moderna, en que se escribió esta historia.

Pero he aquí que, estando yo revolviendo en mi mente estos pensamientos, hirió de pronto mis oídos el fragor de una banda de atabales repicantes, y me asusté y temí por mi vida y corrí a esconderme a toda prisa, y, atisbando por una rendija, pude ver cómo por allí desfilaban, en dirección al zoco, una tropa de amazonas hermosas como lunas, que iban de dos en dos, con las cabezas destocadas y sin velos en las caras.

Cuarenta femeniles parejas pasaron ante mí, que a hurtadillas las miraba, y en medio de ellas iba una dama montada en un caballo, que apenas si bracear podía, de tan cargada como iba de arreos de plata y doradas gualdrapas.

Llevaba la amazona la cara al descubierto y lucía alhaites riquísimos y un traje lujosísimo, y de su cuello colgaba un collar de aljófar y en su pecho brillaba un medallón de oro y en sus muñecas mostraba pulseras que centelleaban como estrellas y en sus tobillos ajorcas con incrustaciones de aljófar.

Y delante y detrás de ella iban sus doncellas, y a su derecha y su izquierda y al frente de todas caminaba una esclava, armada de una gran espada con el arriaz [9] de sabarchada y sus cazoletas de oro, con perlas incrustadas.

Y al pasar aquella matrona por delante de donde yo estaba, tiró de las riendas de su corcel y exclamó:

–Mirad, hijas mías, deteneos, que he creído sentir algún ruido dentro de esa tienda. Id y registradla bien, no sea que esté ahí alguien escondido y tenga intención de regalarse la vista a costa nuestra, que llevamos las caras descubiertas.

Procedieron, pues, las esclavas a registrar la casa frontera al café donde yo me escondiera.

Estúveme yo quieto y callado y las vi salir de allí llevando consigo a un hombre, al que condujeron a presencia de su señora, diciendo:

–¡*Ye* señora nuestra! Hemos hallado a este hombre allí escondido y entre tus manos lo ponemos para que nos digas lo que con él hacemos.

Y la señora entonces volvióse a la esclava armada de espada y le dijo:

–Córtale el cuello al atrevido.

Destacóse la esclava y, esgrimiendo el acero, cercenó al hombre el cuello.

Dejaron tendido en tierra su cadáver y ellas siguieron adelante. Quedéme yo todo asustado de lo que viera; pero, no obstante, mi corazón habíase prendado de aquella señora del caballo.

Empezó luego a dejarse ver la gente y todos los mercaderes entráronse en sus tiendas y los demás se desparramaron por los zocos y se apiñaron en torno al interfecto, mofándose de él y llenándole de improperios.

Salíme entonces yo también de mi escondrijo y me escurrí sin ser sentido y dizque el amor a aquella matrona me dominaba el corazón y traté con mucha discreción de indagar detalles sobre su persona, pero nadie pudo decirme la menor cosa. Por lo que me fui de Bazra con las entrañas ardiendo en fuego de pasión por la bella amazona, y, al llegar aquí ahora y ver a este tu hijo, hallélo sumamente parecido a ella y se avivaron mis nostalgias y se renovaron mis ansias y corrieron mis lágrimas.

Luego de decir todo aquello rompió el *dervisch* a llorar de nuevo con tal dolor que no podía ser mayor. Y dirigiéndose al mercader, le rogó:

–¡Por Alá, te pido que me abras la puerta, para que me pueda ir por mi camino!

Abrióle la puerta el mercader y el *dervisch* se despidió y se fue.

Y esto es, por ahora, todo lo referente a su historia.

[9] Pomo.

Cuanto a Kamaru-s-Semán, luego que hubo oído la relación del *dervisch*, ya no pudo apartar de su pensamiento a aquella dama del cuento y fue presa de la pasión y el deseo y de la agitación y el desvelo. Y no bien amaneció al otro día la mañana fue a buscar a su padre y le dijo estas palabras:

–Todos los hijos de los mercaderes suelen, padre mío, echarse a viajar por esas tierras para traficar y no hay ninguno al que su padre no lo pertreche debidamente para el viaje, proveyéndolo de mercaderías para que las venda y aumente con la ganancia su hacienda. ¿Por qué tú, padre mío, no haces lo mismo conmigo y me das mercancías para que viaje por esas tierras y me busque mi suerte con ellas?

A lo que su padre le dijo:

–Mira, hijo mío: esos mercaderes son hombres de poco caudal y envían a sus hijos a traficar con miras al provecho y utilidad; pero yo, por mi parte, poseo, gracias a Alá, hacienda considerable y no siento codicia de más. ¿Y cómo iba a enviarte a luengas tierras, cuando ni una hora puedo soportar tu ausencia, siendo, además, como eres una perla sin par de hermosura y de gracia e integridad, lo que me hace temer por ti de un modo especial?

–¡*Ye* padre mío!–respondióle su hijo–. No tienes más remedio que pertrecharme para un viaje con mercaderías y bagajes, pues te advierto que, si no lo haces así, me apartaré de ti y huiré de aquí, aunque sea sin dinero ni géneros; de suerte, pues, que, si de veras me quieres, debes proveerme de mercaderías para que con ellas viaje y recorra las tierras de las gentes y vea mundo y comercie.

Al verlo su padre tan empeñado en lo del viaje fue a ver a su esposa y le contó la cosa y le dijo:

–Tu hijo quiere que le dé mercancías para viajar con ellas por extrañas tierras, que por lo visto le atrae con viva fuerza. Aunque ya dijo el sabio que «Viajar es trabajo».

–¿Qué hay en ello de malo?–contestóle su mujer–. Así suelen hacer todos los hijos de mercaderes, que todos ellos a porfía viajan con miras a la ganancia.

–Los más de los mercaderes–objetóle el marido–son pobres y de ahí que busquen el acrecer su hacienda, pero yo tengo sobrada riqueza.

–¡Bah!–replicóle la mujer–, nunca está de más aumentar lo que se tiene, y si tú no accedes a los deseos de nuestro hijo, seré yo quien lo provea de mercancías de mi propio bolsillo.

–Temo, sin embargo–dijo Abdur-Rahmán–, su extrañamiento; que los viajes proporcionan, en verdad, muchos contratiempos.

Y su mujer le arguyó, diciendo:

–A quien va guiado por la mira de allegar ganancias, el extrañamiento no le daña, y, finalmente, si no consentimos en lo que quiere nuestro hijo, se nos irá de casa y lo buscaremos y no lo hallaremos y quedaremos deshonrados ante el pueblo.

Atendió, pues, el mercader las palabras de su mujer y apercibió mercancías para su hijo por valor de noventa mil dinares; díole luego al joven su madre una bolsa en la que había cuarenta estuches de perlas de alto precio, de las cuales, la que menos, valía quinientos mil dinares. Y al dárselas le dijo:

–Guarda bien estas perlas, pues en caso de apuro podrás salir de él con ellas.

Tomó la bolsa Kamaru-s-Semán y, cargando también con las mercancías que su padre le entregara, púsose en camino, con dirección a Bazra.

Sorprendió aquí a Schahrasad la mañana y atajó el flujo de sus fluyentes palabras.

PERO LA NOCHE 518 SIGUIO DICIENDO LA MUCHACHA:

–Ha llegado a mis oídos, *¡ye* monarca, el afortunado!, que Kamaru-s-Semán cogió todo aquello y se puso en camino con dirección a Bazra, y dizque guardara las perlas en un cinto de cuero, que se lio en torno al cuerpo.

Y fue caminando el joven sin parar hasta llegar a un sitio desde donde solo una jornada quedábale ya para arribar a Bazra.

Pero sucedió que, al llegar a aquel lugar, le asaltaron los árabes y lo desnudaron y dieron muerte a sus hombres y sirvientes, de suerte que el joven hubo de pasar la noche entre aquellos cadáveres, salpicado de sangre.

Y dizque, si se salvó, fue porque los árabes, creyéndolo muerto, lo dejaron, sin tomarse la pena de comprobarlo.

Levantóse, pues, luego Kamaru-s-Semán de entre aquellos muertos y echó a andar sin rumbo, sin llevar consigo otra cosa que aquellas perlas que guardara en el cinto, y así, de esa traza, fue caminando hasta llegar a Bazra.

Y quiso la suerte que llegara allí un día de viernes y halló la ciudad desierta y las tiendas abiertas, según el *dervisch* dijera, y entró en una de ellas y comió y bebió, y, estando en estas, sintió fragor de timbales y atabales y corrió a esconderse en el interior, desde donde vio venir a las muchachas aquellas, recreándose los ojos con su belleza. Y al ver a la señora que iba montada en su corcel fue poseído de deseo de pasión y de inquietud y turbación a tal extremo que no podía estarse quieto.

Dejóse luego ver la gente y empezó a desparramarse por los zocos, llenándolos todos, y salió entonces Kamaru-s-Semán de su escondite y dirigióse al zoco de los joyeros y, llegándose a uno de ellos, le mostró una de las cuarenta perlas, que valía mil dinares, y el mercader se la compró, sin regatearle.

Volvióse Kamaru-s-Semán a su sitio y pasó allí la noche, y al otro día, luego que amaneció la mañana, mudóse de ropa y fuese al *hammam* y salió de allí que parecía una luna en la noche de su plenitud.

Vendió luego otras cuatro perlas, que le valieron cuatro mil dinares, y fuese después a dar un paseo y recrear la mirada por las calles y plazas de Bazra. Y dizque iba vestido con el mayor lujo y elegancia.

Y llegó en el curso de su paseo a un zoco, en el que vio una barbería, y entró en ella para que le afeitaran la cabeza, y el barbero se le hizo amigo, de suerte que el joven le dijo:

–Mira, padre mío: yo soy aquí algarivo, que ayer no más entré en esta ciudad y la encontré toda desierta de sus moradores, sin que hubiera en ella ni genios ni hombres. Y vi luego venir unas muchachas, entre las cuales había una que parecía su señora, pues iba montada y las demás le daban escolta.

Contóle Kamaru-s-Semán al barbero todo lo demás, y, al terminar, el barbero le dijo:

–Dime, hijo mío: ¿le has contado a alguien más lo que me acabas de contar?

–No–respondióle Kamaru-s-Semán.

–Pues bien–díjole el barbero–, guárdete Alá de contarle eso a nadie más, que no todo el mundo sabe guardar un secreto y tú eres un mocito inexperto; así que temo le vayas a este y al otro con el cuento, hasta que se corra por toda la ciudad y te cueste la vida, sin que te puedas salvar.

Pues has de saber, hijo mío, que eso que viste nadie lo vio jamás ni se tiene noticia de ello fuera de esta ciudad, y de los de aquí, si alguno tiene la osadía de verlo, págalo con la vida, sin remedio. Todos los días de viernes, a media mañana, encierran a los perros y a los gatos y los tienen sujetos de modo que no puedan andar por los zocos, y todos los moradores de la ciudad se entran en las aljamas y cierran tras ellos las puertas, estándoles severamente prohibido pasear por los zocos ni atisbar por las ventanas lo que pasa, sin que nadie, por cierto, sepa la razón de ello. Pero mira, hijo mío, yo esta noche le preguntaré a mi mujer el motivo, que ella es respetada y en todas las casas de los grandes tiene entrada. Y tú vendrás mañana y yo te pondré al tanto de lo que ella me haya revelado.

Y Kamaru-s-Semán sacó un puñado de oro y se lo dio al barbero, diciendo:

–Toma este oro, padre mío, y dáselo a tu mujer, a la que ya como a mi madre miro.

Y después diole otro puñado de oro y le dijo:

–Esto es para ti, padre mío.

Tomólo el barbero y le dijo:

–Estáte, hijo mío, sentado en tu sitio y no te muevas de aquí, que voy ahora mismo a hablar con mi mujer y haré que me revele el secreto que tanto te interesa saber.

Y así diciendo dejó el barbero a Kamaru-s-Semán en la tienda y pasó a ver a su mujer y se lo contó todo y le rogó le descubriera la clave de aquel misterio, añadiendo:

–Dime todo cuanto sepas de este asunto, para que yo pueda decírselo a ese mocito, que a fe que es rumboso y liberal y a la cuenta está enamorado, y, si en su deseo le complazco, de fijo que no ha de pesarnos.

Y la mujer del alfajeme, después de oír a su marido, le dijo:

–Vuelve allá y dile: «Ven a hablar con mi mujer, que es tu madre, y te envía su *selam* y te dice: "No estés inquieto, que se cumplirá tu deseo."»

Corrió el barbero a su tienda y encontró allí a Kamaru-s-Semán, que seguía sentado aguardándolo, y le dijo:

–Anda y ven conmigo a ver a tu madre, mi mujer, que ella te manda a decir que satisfará tu necesidad.

Cogiólo luego del brazo y tornó con él a su casa y se lo presentó a su mujer, la cual lo acogió con mucha afabilidad y le dio la bienvenida y lo hizo sentar.

Sacó entonces el joven cien dinares y se los dio a la mujer del barbero, diciendo:

–¡Por favor, madre mía, dime quién sea esa jovencita!

–*¡Ye* hijo mío!–respondió la mujer–. Has de saber que el sultán de Bazra recibió una vez una perla que el rey de Al-Hind le enviaba, y, deseoso de perforarla, convocó a su palacio a todos los joyeros de la ciudad, y luego que ante él comparecieron, les habló, diciendo:

–Deseo de vosotros que me perforéis esta perla, y al que lo hiciere, le daré crecida recompensa, pues nada le negaré de lo que se le apetezca. Pero si al perforarla la estropea, mandaré que le corten, sin más, la cabeza.

Llenáronse de temor los joyeros y dijeron:

–*¡Ye* monarca del tiempo! Las perlas son muy frágiles y es muy raro que al perforarlas no sufran daño. No nos impongas, pues, una tarea que es superior a nuestras fuerzas, pues nuestras manos no son lo bastante hábiles para horadar esta perla. Llama en todo caso a nuestro *scheij*, que es hombre más experimentado.

–¿Quién es vuestro *scheij?*–preguntó el rey.

–El maestro Obaid–respondieron los joyeros.

Mandó el rey por él en seguida, y luego que el *scheij* compareció y besó la tierra entre sus manos, ordenóle el soberano que le taladrase aquella perla, con la condición antes expuesta.

Tomó el *scheij* la perla y se la llevó y la perforó, sin estropearla, según exigía el monarca.

Y este, al ver la perla, le dijo al *scheij:*

–¡Pídeme lo que quieras por tu trabajo, maestro!

Y el *scheij* le contestó, diciendo:

–¡*Ye* rey del tiempo, *ye* glorioso monarca, dame de plazo hasta mañana!

Y era el motivo de que el *scheij* pidiera aquel plazo al rey su deseo de consultar el caso con su mujer, y era su esposa esa misma joven que tú has visto montada en su caballo y seguida de su escolta.

Llegóse el *scheij* a su mujer y le dijo:

–He tenido el acierto de perforarle una perla al rey sin detrimento y él me ha dicho: «Pídeme lo que quieras.» Pero yo he recabado de él un plazo hasta consultar contigo el caso; dime, pues, mujercita mía: ¿qué te parece que le pida?

–Nosotros–díjole su mujer al joyero–tenemos bienes de los que no consume el fuego; así que si quieres darme gusto, pídele al rey que pregone por toda la ciudad un bando disponiendo que en lo sucesivo todos los días de viernes se entren sus moradores en las aljamas dos horas antes de la hora de la zalá, sin que quede nadie fuera, ni grande ni chico, salvo que esté en la mezquita o en su casa y tenga las puertas cuidadosamente cerradas. En cambio, las tiendas las dejarán abiertas y yo luego saldré montada en mi caballo y rodeada de mis esclavas y me pasearé por la ciudad, como me plazca, sin que ninguno pueda mirarme desde mirador o ventana, so pena de sufrir la muerte si lo descubriere.

Fue, pues, el joyero a ver al rey y le pidió lo que su mujer le indicara y concedióselo en el acto el monarca.

Pero al llegar aquí sintió Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras encantadoras.

Y LA NOCHE 519 SIGUIO CONTANDO EN ESTA FORMA:

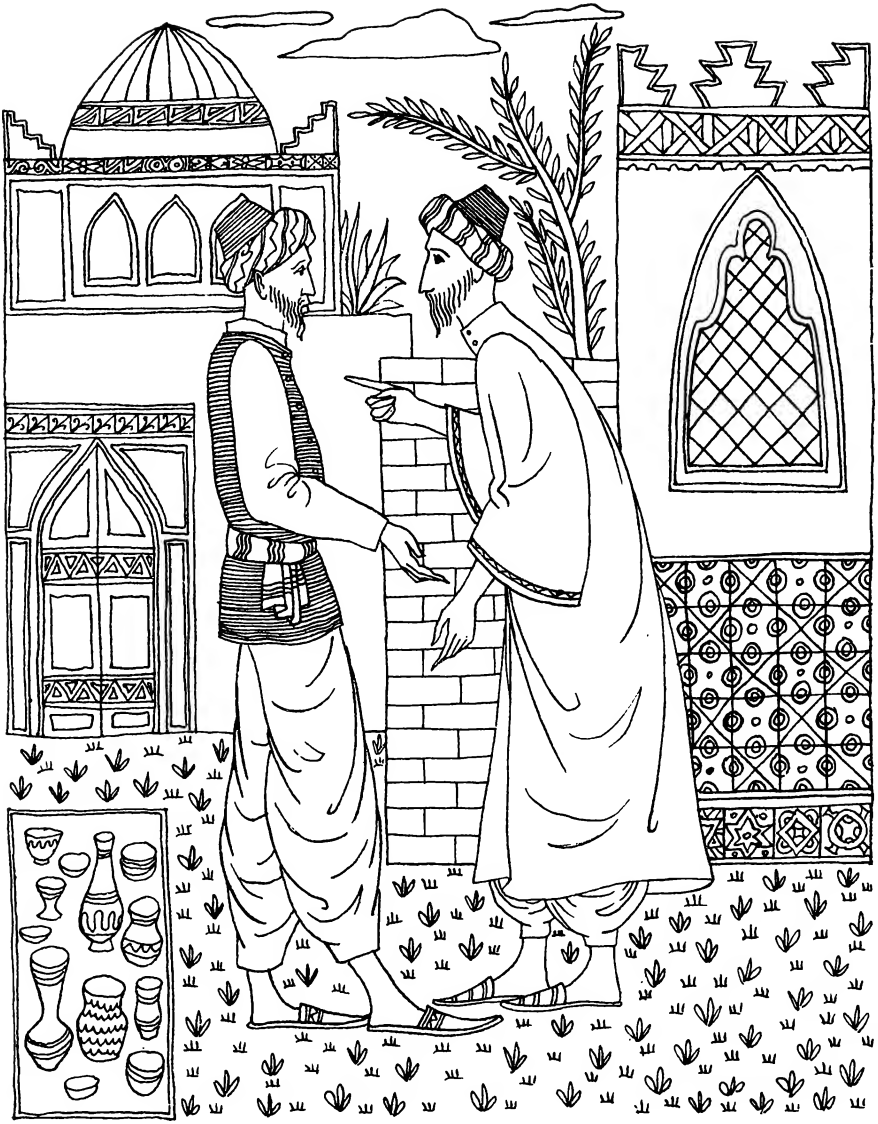
–Ha llegado a mi noticia, ¡*ye* monarca, el afortunado!, que el *scheij* de los joyeros de Bazra fue a ver al rey y le pidió lo que su mujer le indicara, y el rey se lo concedió en el acto y mandó pregonar por toda la ciudad un bando de acuerdo con lo solicitado.

Y como los vecinos de Bazra dijeran:

«Tememos que los perros y los gatos nos estropeen las mercancías que en las tiendas guardamos», mandó luego el rey que todos los días de viernes encerrasen a los perros y los gatos y los atasen y no los soltasen hasta que la gente saliera de las aljamas [10] y mezquitas de cumplir sus deberes.

Y desde entonces todos los días de viernes, dos horas antes de la hora de la zalá, sale esa joven de su casa, montada a caballo y rodeada de sus esclavas, y se pasea por las calles y plazas de Bazra, sin que nadie entre tanto pueda andar por las calles ni

[10] La aljama, *chamâ,* es la iglesia mayor o catedral, como si dijéramos, donde se reúne *chamâ,* la masa de los fieles, los días de rito general; la mezquita *(meschid,* o *mesguid,* según la pronunciación egipcia, de *sayada,* adorar), es simplemente un oratorio.



curiosear desde las ventanas y celosías, sin riesgo de perder en el acto la vida.

Esta es toda la historia y ya sabes quién es esa señora. Ahora dime, hijo mío: ¿era solo conocer su condición lo que querías o querías conocerla a ella misma?

–Conocerla, madre mía–confesó el joven–, conocerla y poseerla.

–Está bien, hijo mío–respondió la barbera–; pero dime: ¿cuentas con muchos dineros o cosas de precio?

–¡*Ye* madre mía!–díjole el joven–. Yo poseo perlas de cuatro clases: de ellas, que valen quinientos dinares cada una, y de ellas, que valen seiscientos dinares, y de ellas que valen ochocientos dinares, y de ellas, que valen mil dinares.

–Pues entonces–díjole la barbera–podrás tranquilizar tu alma con cuatro de ellas.

–Todas las diera por ello con gusto, madre mía–exclamó el joven con alegría.

–Pues anda, hijo mío–díjole la mujer–; ve sin perder tiempo y coge una de esas perlas que valga quinientos dinares y pregunta por la tienda de maese Obaid, el *scheij* de los joyeros, y dirígete a ella, y lo encontrarás sentado en su tienda, vestido con gran lujo y boato y con sus oficiales trabajando bajo su mano. Tú te le acercarás y lo saludarás con el *selam* y te sentarás a su lado y le mostrarás la perla y le dirás: «Toma esta perla, maestro, y hazme con ella un anillo de sello, montándola en oro, pero cuida que este no exceda de un *mitskal* y no pase de esa cantidad, y que el trabajo sea de superior calidad.» Después de eso le darás veinte dinares para él y, además, a cada uno de sus operarios le darás un dinar. Y te amistarás con él y le darás conversación, y si llega un mendigo, le darás de limosna un dinar y te desvivirás por agradarle, de suerte que a fuerza de halago y mimo te tome cariño. Y, después de eso, te despedirás de él y te irás a tu casa y pasarás la noche en ella, y en cuanto la mañana amanezca, vienes acá y me traes cien dinares para tu padre, que es un pobre.

–Así haré, mi madre–respondióle el joven. Y acto seguido se despidió de la maestra barbera y se dirigió a su parador y cogió una perla de valor de quinientos dinares y se encaminó con ella al zoco de los joyeros y preguntó por la tienda del *scheij* Obaid, y luego que se la indicaron, fue allí derecho.

Encontróse allí al *scheij*, que era un hombre de grave aspecto y vestía, efectivamente, con mucho boato y tenía cuatro operarios bajo su mano.

–Sobre vosotros el *selam*–dijo el joven al entrar.

Contestó el *scheij* a su saludo con otro igual y diole la bienvenida y lo hizo sentar.

Sentóse el joven y después sacó la perla y se la mostró al *scheij*, diciéndole:

–Querría, maestro, que me montases esta perla en un anillo de oro que pese un *mitskal* y nada más, y que la labor sea de lo más primoroso que se pueda hallar.

Sacó luego el joven veinte dinares y se los dio al maestro, diciendo:

–Toma esto.

Dioles luego un dinar a cada obrero, con lo que granjeóse en seguida las simpatías del maestro.

Sentóse luego el joven y púsose a conversar con el *scheij* Obaid y a todo mendigo que acertaba a llegar dábale un dinar, dejándolos a todos maravillados de su liberalidad.

Y debe decirse que maese Obaid tenía en su casa todos los útiles de su oficio, lo mismo que en su tienda, y era su costumbre llevarse a casa aquellos trabajos en que se quería esmerar, a fin de que sus operarios no pudiesen aprender los secretos de su arte singular.

Y solía en esos casos su mujer sentarse delante de él para verlo trabajar, pues hacía cosas de tal primor y gusto que solo eran dignas de los reyes de este mundo.

Llevóse, pues, el *scheij* Obaid aquella perla a su casa para montarla en el anillo y hacer una obra de rara belleza, y, al verlo su esposa, le preguntó:

–¿Qué es lo que vas a hacer con esa perla?

–Pienso–respondió el *scheij*–montarla en un anillo de sello, de oro, que corresponda a lo que vale, que son quinientos dinares.

–¿Y cúya es esa perla?–inquirió la mujer.

Y su marido respondióle:

–Es de un joven mercader, muy guapo por cierto, con unos ojos hirientes y unas mejillas ardientes y una boca tal que el anillo de Solimán, con unos labios que semejan pétalos de anémona, rojos como el coral, y un cuello largo y esbelto como el del antílope, y una tez en la que alternan el blanco y el rosa que a maravilla provoca. Y es, además, rumboso y liberal y hace así y así.

Y a este tenor siguió el joyero ponderándole a su mujer la hermosura incomparable del muchacho y su generosidad, hasta que al cabo dio lugar a que su esposa se enamorase del joven antes de haberlo visto, que no hay cornudo más necio que aquel que le pinta a su mujer las perfecciones de otro y su desprendimiento tocante al dinero.

De suerte que, encandilada ya la mujer del joyero, díjole a su marido:

–Dime si en realidad posee ese joven alguno de mis encantos.

–Todos tus encantos–contestóle el joyero–los posee ese joven, que se te parece a más no poder y hasta vendrá a tener tu misma edad, y, si no fuere por temor a ofenderte, hasta diría que es más bello que tú, mujercita.

Calló la mujer, pero en su corazón prendiera ya el fuego de la pasión por aquel mocito que tanto la ponderara su marido.

Siguió luego todavía el joyero hablándole a su esposa de aquel joven y enumerándole sus encantos y perfecciones y no dejó de insistir sobre el tema hasta que, por fin, dio remate a su tarea.

Luego que el anillo quedó terminado, dióselo a la esposa para que lo viera y ella se lo puso en el dedo, y, al ver que le venía justo, díjole a su marido:

–Mira, mi señor: este anillo me ha cautivado el corazón hasta el extremo que no pienso quitármelo del dedo.

–Aguarda, mujer–contestóle el joyero–; que ese chico es rumboso y yo le diré que me lo venda, y si accede a vendérmelo, como es de esperar, se lo compraré y te lo regalaré. Y si no quiere vendérmelo y tiene otra piedra igual que esa, le pediré que me la venda y te haré a ti otro anillo enteramente lo mismo.

Y esto es, por ahora, cuanto hay que decir sobre el joyero y su esposa.

Cuanto a Kamaru-s-Semán pasó aquella noche en su domicilio, pero luego que amaneció la mañana del siguiente día cogió cien dinares y fuese a ver a la mujer del barbero y se los entregó, diciendo:

–Toma estos cien dinares, mi madre.

Pero ella le dijo:

–Dáselos a tu padre.

Y en vista de ello fue el joven y se los dio al barbero.

–¿Hiciste lo que te dije?–preguntóle luego la maestra barbera.

–Sí–respondió el joven.

–Pues ahora–díjole la mujer–ve a ver al joyero, y, si te entrega el anillo ya listo, te lo entras en la yema del dedo y te lo sacas en seguida, diciendo: «No atinaste, maestro: me viene el anillo demasiado estrecho.» Al oír eso

el joyero, te dirá de fijo: «¡*Ye* mercader! Si quieres, te lo arreglaré y lo ensancharé.» «No–le dirás tú entonces–; no quiero que te tomes el trabajo de hacerlo de nuevo; quédate con él y dáselo a una de tus esclavas.» Y luego sacarás otra piedra que valga setecientos dinares y le dirás al joyero: «Hazme otro anillo con esta piedra y dale el otro a aquella de tus esclavas que más te plazca.»

Hízolo así el joven y diole, además, treinta dinares para él y dioles dos dinares a cada uno de sus oficiales.

Y al ver su esplendidez díjole el joyero:

–No me pagues ahora, sino cuando esté terminada la obra.

Pero el joven le dijo:

–Eso no te lo doy como pago de tu trabajo, sino para que te esmeres en complacerme.

Después de lo cual se despidió de él y se fue.

Quedóse estupefacto el joyero ante tanta generosidad y otro tanto ocurrióles a sus operarios.

Fuese luego el joyero a ver a su mujer y le dijo:

–¡Jamás, *ye* fulana, vieron mis ojos nadie tan espléndido como ese mancebo!, y a ti lográsete el capricho, pues me ha regalado el anillo diciéndome: «Para que se lo des a alguna de tus esclavas.» Y no me ha querido cobrar nada. En verdad que este mocito no parece hijo de mercader, sino de rey.

Y acto seguido contóle el joyero a su mujer todo lo sucedido.

Y esto es, por ahora, todo lo referente a su historia.

Cuanto a Kamaru-s-Semán, luego que al otro día amaneció la mañana, fuese a ver a la maestra barbera y le dio doscientos dinares. Y ella le dijo:

–Vete ahora a ver al joyero y si te entrega el anillo ya listo, te lo pones en la punta del dedo y te lo quitas en seguida, diciendo: «Tampoco esta vez acertaste, maestro. Antes me venía chico y ahora me viene grande y a la verdad yo pensaba que, cuando a un artista como tú le sale un parroquiano como yo, lo primero que debe hacer es tomarle la medida del dedo, para estar así seguro de que el anillo le vendrá justo. Si eso hubieras hecho, no la erraras, maestro.» Y luego de decir eso sacarás otra piedra que valga ochocientos dinares y se la darás, diciendo:

–Hazme con esta piedra otro anillo y dale este a una de tus esclavas.

Luego le darás cuarenta dinares y darás tres dinares a cada uno de los oficiales. Y, al darle a él el dinero, le dirás:

–Esto es por el engarce, que el anillo te lo pagaré aparte.

Después de eso vendrás acá y me traerás trescientos dinares para el pobrecito de tu padre, a fin de que con ellos de momento se apañe.

–Oír es obedecer–respondió el joven.

Y acto seguido dirigióse a la tienda del joyero, el cual lo recibió con mucho afecto y la bienvenida le dio y a sentarse lo invitó.

Presentóle luego el anillo y el joven se lo puso en el dedo y en seguida se lo quitó, diciendo:

–Un joyero como tú, cuando se le presenta un parroquiano como yo, lo primero que debe hacer, a mi juicio, es tomarle la medida del dedo; no la habrías errado si así lo hubieras hecho. Pero, en fin, no hablemos más de eso; quédate con el anillo y regálaselo a aquella de tus esclavas que más te plazca.

Sacó luego el joven otra piedra que valía ochocientos dinares y se la dio al joyero, diciendo:

–Hazme con ella otro anillo que me venga bien al dedo.

–Dices bien–asintió el maestro–y tienes razón que te sobra en ello.

Y procedió a tomarle la medida del dedo.

Diole luego el joven cuarenta dinares, diciendo:

–Toma esto por el engarce, que el anillo te lo pagaré aparte.

Después de lo cual se despidió de él y se fue.

Y esto es, por ahora, todo lo referente a su historia.

Cuanto al joyero, dirigióse a su casa y le dijo a su mujer:

–No he visto hombre más espléndido que este joven mercader. Es tan rumboso como apuesto y hermoso y de hablar suave y meloso, como nunca vi otro.

Y así siguió enumerándole a su mujer todos los encantos de su parroquiano y su esplendidez, con elogios exagerados.

Hasta que, por fin, ella le dijo, fingiendo enfado:

–Hombre poco fino, si tales virtudes reconoces en ese joven, que ya te ha regalado dos anillos, ¿por qué no lo invitas a tu casa y como a huésped lo agasajas?

–Con alma y vida lo haré–díjole el joyero a su mujer.

Terminó luego de montar el anillo y se acostó y se durmió. Y al amanecer la mañana del tercer día se levantó y marchó a su tienda y se sentó en ella.

Y esto es, por ahora, todo lo referente a su historia.

Cuanto al joven Kamaru-s-Semán, luego que amaneció, tomó trescientos dinares y se fue a ver a la maestra barbera y se los dio para su marido, y ella le dijo:

–Es muy posible que el maestro joyero te invite hoy a su casa, y, si así fuera y esta noche la pasas allí, no dejes de venir en cuanto amanezca a contarme todo lo que te acaezca, y no olvides traerme cuatrocientos dinares para que con ellos se remedie tu pobrecito padre.

Dirigióse luego Kamaru-s-Semán a la tienda del joyero, el cual, al verlo, se levantó del asiento y fuese a él y lo saludó con el *selam* y lo invitó a sentar. Después de lo cual sacó el anillo y se lo probó, hallando que aquella vez le estaba bien.

–¡Que el cielo te bendiga, príncipe de los artistas!–exclamó el joven–. Esta vez acertaste en la medida; solo que ahora resulta que esta piedra no me gusta. Tengo aquí esta otra que me parece más hermosa. Así que puedes quedarte con el anillo y regalárselo a aquella de tus esclavas que más te plazca.

Diole luego al joyero cien dinares y le dijo:

–Toma el pago de tu trabajo, y no lleves a mal que te haya hecho molestarte en vano.

–¿Cómo habría de hacer eso–exclamó el joyero–si ahora resulta que trabajé para mi provecho y me has hecho, además, regalos espléndidos? Mi corazón, por el contrario, rebosa de amor a ti y no me avengo a la idea de que nos separemos. ¡Por Alá, te ruego quieras ser mi huésped por esta noche, al menos!

–No hay inconveniente–respondióle el joven–; pero he de ir primero al *jan* para avisar que no me esperen esta noche a cenar.

–¿En qué *jan* paras?–preguntóle el joyero.

–En el *jan* el fulano–respondió el joven.

–Pues allí ire yo a buscarte–díjole maese Obaid.

–Allí te esperaré–respondióle Kamaru-s-Semán.

Fue el joyero a recoger al joven en el *jan* un poco antes de ponerse el sol, temiendo llegar tarde y que su mujer le regañase si se presentaba sin el huésped en casa.

Recogió, pues, el joyero a Kamaru-s-Semán y lo llevó a su casa y lo hizo sentar en una sala como no la habría igual.

Vio llegar al joven la mujer del joyero y quedó prendada de su hermosura desde el primer momento.

Estuvieron conversando el joven y el joyero hasta la hora de la cena, y entonces comieron y bebieron y después les sirvieron el café y los sorbetes, y siguieron así hasta la hora del *aschá,* en que rezaron la zalá.

Entró luego en la sala una esclava llevando dos copas con bebida y ellos bebieron hasta que los rindió el sueño, y entonces se acostaron y se durmieron.

Entró a poco la señora y vio a ambos dormidos y contempló el rostro de Kamaru-s-Semán y perdió el tino ante tanta belleza y gracia y exclamó en voz baja:

–¿Cómo puede dormir a pierna suelta quien a los demás nos desvela?

Luego lo besó en el cuello y, a impulsos de su pasión, se le montó en el pecho y empezó a darle en las mejillas muchos besos, hasta dejarle marcadas las señales, de suerte que se arrebolaron todavía más sus mejillas.

Pasó luego la joven a besarlo en los labios y se puso a lambisqueárselos y chupeteárselos, una y otra vez, con ansia loca, hasta que acabó por saltársele la sangre de su boca, sin que, a pesar de todo, lograse entibiar el fuego de pasión que la abrasaba el corazón.

Siguió, pues, besando y abrazando al joven y metiéndole entre las piernas sus piernas, sin parar, hasta que la frente de la mañana blanqueó y despuntó la estrella matutina y la aurora clareó y brilló su luz y se difundió.

Metióle entonces la joven al durmiente en su manga cuatro tabas y se retiró y se fue de allí veloz [11].

Mandó luego a una de sus doncellas con unos pocos de polvos estornutatorios y le ordenó que se los aplicara en la nariz a ambos durmientes, los cuales en el acto estornudaron y se despertaron.

Y la esclava entonces les dijo:

–Sabed, mis señores, que ya es la hora de hacer la zalá.

Levantáronse ellos, al oírla, y rezaron la oración matinal, y la joven llevóles el jarro y la aljofaina y Kamaru-s-Semán díjole al joyero:

–Llegó la hora, maestro, que ya excedimos los límites del sueño.

–¡*Ye* mi señor!–respondióle el joyero–. Es que esta sala da un sueño pesado; siempre que en ella me acuesto me sucede otro tanto.

–Tienes razón–asintió el joven y se puso a hacer la ablución. Pero al echarse el agua a la cara, sintió que le escocían los labios y las mejillas. Y exclamó:

–Es cosa de maravilla. Si el aire de la sala es pesado y en el sueño estuvimos abismados ¿por qué ahora, al lavármelos, me escuecen las mejillas y los labios?

–No tengas cuidado–exclamó el joyero–; eso será que los mosquitos te picaron.

–Puede ser que así sea–replicó el joven–; pero ¿y a ti, maestro, te ha ocurrido también eso?

–No por cierto–díjole el joyero–. Y es chocante, a la verdad, que siempre que traigo un huésped de tu calidad y pasa aquí la noche luego se queja al otro día de lo mismo que tú, y da la casualidad de que solo acuden los mosquitos a este sitio cuando se queda a dormir aquí algún joven lampiño.

Entró luego la esclava con el desayuno para los dos y ellos desayunaron y después Kamaru-s-Semán se despidió del joyero y fuese a ver a la mujer del barbero, la cual le dijo al verlo:

–Ya advierto en tu cara las señales de tu buena suerte. Cuéntame: ¿qué fue

[11] Ya sabemos por la *Historia de Asis y Asisa* el despectivo sentido alegórico de esos huesos con que juegan los niños.

lo que viste en casa de tu huésped?

–Nada vi, madre mía–respondióle el joven–. Cenamos juntos yo y el amo de la casa en una sala y rezamos la oración del *aschá* y luego nos acostamos y estuvimos durmiendo de un tirón hasta que amaneció.

Echóse a reír la maestra barbera y exclamó:

–Pues entonces, ¿qué señales son esas que traes en tus carrillos y en tus labios?

–Los mosquitos de la sala–dijo el joven–hicieron conmigo esa trastada.

Pero díjole la maestra barbera:

–Dime, y al dueño de la casa, ¿le picaron también los mosquitos?

–No–respondióle el joven–, que ya me dijo él que los mosquitos no les picaban a los hombres con barbas, sino solo a los que no tienen pelo en la cara y que siempre que dormía con él, en aquella sala, un joven imberbe, quejábase al otro día de haberle picado los mosquitos, mientras que a él le respetaban en razón a sus barbas.

–Puede que sea verdad–respondió la barbera–, pero dime, aparte eso: ¿no notaste nada más?

–Me encontré a la verdad–respondió el joven–, cuatro tabas en la manga, al despertar.

–A ver, enséñamelas–díjole la vieja–, que quiero verlas.

Mostróselas él y ella las tomó y las examinó y después soltó la carcajada y exclamó:

–Tu adorada, hijo mío, fue la que te puso esas tabas en la manga.

–¿Y cómo sería eso?–asombróse el joven.

Y la vieja le dijo entonces:

–Con esas tabas quiso darte a entender que, si verdaderamente estuvieres enamorado, no te habrías dormido, pues el amor tiene en vela a los que aman de veras, y tú, con lo que has hecho, muestras ser un chico pequeño, al que solo le cuadra jugar a las tabas. Y siendo lo que eres, ¿a qué te metes a enamorar mujeres? Y has de saber que ella fue a verte de noche, y, al hallarte dormido, se puso a besarte con tal ardor en los labios y los carrillos que te los dejó escocidos. Pero ten por cierto que no se dará por satisfecha con esto, sino que hará que su marido te vuelva a invitar para esta noche, y, cuando vayas a su casa y os acostéis tú y el joyero, haz por no rendirte al sueño, y luego a la mañana ven y tráeme quinientos dinares y cuéntame todo lo que durante la noche haya pasado, y yo, en tu obsequio, remataré el asunto, según tu deseo.

Y esto es, por ahora, todo lo referente a esta historia.

Cuanto a la mujer del joyero díjole a su cónyuge:

–¿Qué, se fue ya el huésped?

–Sí, Halima–respondióle el marido–. Por cierto, que esta noche se cebaron en él los mosquitos y le picaron en los carrillos y en los labios, por lo que estoy abochornado.

–No me choca–respondió la esposa–, que así suelen hacer los mosquitos de esta sala con los mozos imberbes que no tienen pelo en la cara; pero invítalo esta noche, a ver lo que pasa.

Fue, pues, el joyero al *jan* y le instó al joven para que lo acompañara a su casa, y, ya allí, los dos, comieron y bebieron y rezaron la zalá del *aschá*.

Llegó después la esclava y entrególes sendas copas...

Pero al llegar aquí sintió Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras encantadoras.

Y LA NOCHE 520 REANUDO SU RELATO EN ESTA FORMA:

–Ha llegado hasta mí la fama, *¡ye* monarca, el afortunado!, de que la esclava entró en la cámara y entregó a cada uno de los dos una copa y ambos bebieron y luego se acostaron y se durmieron.

Entró a poco en la sala la mujer del joyero e inclinándose sobre el joven, que estaba dormido, le dijo:

–¿Cómo puedes dormir, vampiro, y decir luego que estás enamorado, cuando no hay quien ignore que el que ama pasa en claro las noches?

Montósele entonces encima del pecho y se puso a lambisquearlo y morderlo y chupetearlo, sin parar, hasta que empezó a clarear.

Retiróse entonces de allí, pero antes le dejó metido en la manga un puñal de hoja afilada [12].

Mandó luego a una esclava a despertar a los durmientes, y Kamaru-s-Semán abiró los ojos y sintió que sus mejillas le ardían y las tenía enrojecidas y que también sus labios estaban como el coral, de tanto mordisco y besuqueo, como es natural.

Y el joyero le preguntó:

–¿Qué tal, y esta noche vinieron también a picarte los mosquitos, hijo mío?

Pero el joven, que ya estaba al tanto de todo, le contestó:

–No; esta noche, no.

Notó luego el puñal en su manga y no dijo nada.

Sirviéronles luego el desayuno y desayunaron y tomaron el café, y acto seguido despidióse el joven del joyero y marchó al *jan* y cogió quinientos dinares y se fue con ellos a ver a la mujer del barbero y le contó lo ocurrido y le dijo:

–Me dormí a pesar mío, y, al despertarme luego, nada vi ya, salvo en mi manga este puñal.

–*¡Ye*–exclamó la vieja, asustada–, Alá te proteja esta noche!, pues esa mujer te dice con ese puñal: «¡Como vuelvas a dormirte, te cortaré el cuello!» Y esta noche, ya verás cómo el joyero te vuelve a invitar y, si te duermes, esa mujer te matará.

–¿Y qué vamos a hacer entonces? –exclamó el joven.

Y la vieja le dijo:

–Cuéntame qué fue lo que comiste y bebiste antes de dormirte.

–Cenamos lo corriente, lo que cena la gente–respondióle el joven–, pero luego entró una esclava y nos dio a cada uno una copa, y lo mismo fue beberla que quedarme dormido de una pieza, y estuve durmiendo de un tirón hasta que amaneció.

–El mal está en la copa–dijo la maestra barbera–; cuando otra vez te la ofrezca la esclava, cógela y tírala y no la bebas.

–Oír es obedecer–dijo Kamaru-s-Semán. Y acto seguido dirigióse al *jan*.

Y esto es, por ahora, todo lo referente a su historia.

Cuanto a la mujer del joyero fue a buscar a su marido y le dijo:

–La adiafa cumplida comprende las tres noches; así que invita por tercera vez a ese joven.

Fue, pues, el joyero al *jan* e invitó a Kamaru-s-Semán y lo cogió y se lo llevó consigo a su casa y lo introdujo en la sala.

[12] También por la *Historia de Asis y Asisa* conocemos el sentido amenazador de ese símbolo.

Luego que cenaron y rezaron la zalá del *aschá,* llegó, cual de costumbre, la esclava con las copas.

Y bebió el anfitrión y se acostó y se durmió, pero Kamaru-s-Semán no bebió.

–¿Cómo es eso?–díjole la esclava–. ¿No bebes de la copa?

–Es que tengo mucha sed–respondió Kamaru-s-Semán–. Será mejor que me traigas antes un poco de agua.

Salió la esclava por el agua y el joven aprovechó el momento para verter el contenido de la copa por detrás de su almohada.

Tornó luego la esclava con el agua y lo encontró dormido, al parecer, y fuele en seguida a su ama con el cuento de lo que pasara y le anunció:

–Ya se bebió la copa y se durmió.

Y su señora, al oír aquello, díjose para sus adentros: «Preferible es que muera a que siga viviendo.»

Cogió después un puñal afilado y fuese a la cámara y llegóse al joven y dijo por tres veces seguidas estas palabras:

–¡Puesto que no supiste entender mis alusiones, ahora voy a abrirte el vientre, por torpe!

Pero al verla Kamaru-s-Semán ante él esgrimiendo el puñal en su diestra, abrió los ojos de par en par y se incorporó y se echó a reír. Al ver lo cual la joven dijo así:

–No es posible que tú solo, que nada tienes de listo, descifraras el lenguaje de los signos; por fuerza alguien me traicionó y te lo dijo; así que cuéntame en seguida cómo ha sido.

–Me lo explicó una vieja–dijo el joven. Y le contó toda su historia con la maestra barbera.

–Mañana cuando amanezca–díjole ella–, irás a ver a esa vieja y le dirás: «Procúrame el medio de llegar hasta ella en secreto.» Y si la vieja te dice: «Yo no puedo hacer eso, que no llega a tanto mi poder», te vas y la dejas y no te acuerdas más de ella. Pero mañana irá otra vez mi marido a buscarte y te traerá aquí y tú me contarás lo que haya y yo veré el modo de que todo bien salga.

Pasaron los dos el resto de la noche juntos y abrazados, declinando la partícula copulativa, hasta que amaneció. Y entonces la mujer díjole al joven:

–Yo no soy de esas que se satisfacen con una sola noche, ni con un día ni un mes, ni siquiera con un año. Mi ilusión es para el resto de mi vida a tu lado. Mas ten paciencia hasta que le urda a mi marido una añagaza, que será sonada y dejará asombrados a los más listos y avisados, y será causa de que él quiera divorciarse de mí, sin tardanza.

–Oír es obedecer–respondió el joven a las palabras de la mujer–. No tengo a eso nada que oponer.

–Vete ahora al *jan*–siguió ella diciendo–, y, cuando mi marido te vaya a buscar y te invite, le dices: «Mira, hermano, todo hijo de Adán acaba por hacerse pesado, y si abusa del trato, llega a causar empacho al generoso y al tacaño [13]. Si tú quieres cultivar mi trato, búscame una casa al lado de la tuya, y unas veces serás tú quien vengas a pasar conmigo las veladas hasta la hora de dormir y otras veces seré yo quien vaya a hacerte compañía a ti. Y después de pasar juntos la velada, me iré yo a mi casa y tú, a tu vez, te volverás a tu *harén.*» Y mi marido entonces vendrá de fijo a aconsejarse conmigo, y yo le diré que tú estás en lo cierto y que lo que debe hacer es echar a nuestro vecino de la casa, que es nuestra, y acomodarte a ti en ella. Y luego que así sea, Alá nos allanará el logro de nuestra empresa. Vete, pues, ahora–añadió la mujer–y haz todo lo que digo, sin quitar ni poner.

Y el joven respondió:

[13] *Redolet proverbium.*

–Oír es obedecer.

Dejólo luego ella y se fue, y él hizo como que dormía, y a poco entró la esclava y los despertó a ambos, y los ofreció el desayuno como acostumbraba.

Y luego que tomaron los dos el café, despidiéronse el uno del otro y fuéronse cada cual a sus negocios.

Dirigióse Kamaru-s-Semán a casa de la barbera y le contó todo lo que sucediera, y le dijo:

–Díjome ella esto y esto y yo le dije esto y aquello. Y ahora dime tú si por ventura se te ocurre algún medio de que yo pueda verme con ella en secreto.

–Mira, hijo mío–le dijo la vieja–; yo ya no puedo hacer más por ti; mis astucias y malicias no pasan de aquí.

Dejó, pues, a la vieja Kamaru-s-Semán y se dirigió al *jan*. Y al caer de la tarde fue a verlo el joyero y lo invitó a su casa; pero el joven le contestó, diciendo:

–Perdona, hermano, pero no puedo complacerte en eso.

–¡Cómo!–exclamó el joyero–. ¡Con lo que yo te quiero, que no puedo estar separado ni un momento de ti! ¡Por Alá, te ruego que me acompañes y no me desaires!

Pero el joven entonces le dijo:

–Si deseas cultivar mi trato y prolongar entre nosotros la amistad y la compañía, búscame casa al lado de la tuya, y, si quieres, podrás pasar las veladas conmigo y otras veces las pasaré contigo, y, llegada la hora de acostarse, cada cual se irá a dormir a su casa.

–¡Si no es más que eso!–exclamó el joyero–. Precisamente yo soy el dueño de la casa contigua a la mía, así que la cosa no puede ser más sencilla. Ven, pues, esta noche conmigo y mañana te arreglaré tu nuevo domicilio y te instalarás en él.

Fuese, pues, Kamaru-s-Semán con el joyero a su casa y cenaron y rezaron la zalá del *aschá*, y después la esclava les entró las sendas copas acostumbradas.

Bebióse el joyero la suya, en la que iba la malicia, y se acostó y se durmió en seguida.

Y bebióse también Kamaru-s-Semán la suya, que no tenía trampa, y así no se durmió y despabilado permaneció.

No tardó en entrar la mujer del joyero en la sala y se acostó al lado de Kamaru-s-Semán, y ambos estuvieron folgando hasta que amaneció, en tanto el joyero yacía a su lado, como un muerto.

Luego que se despertó el joyero, mandó a llamar al inquilino de la casa contigua y le dijo:

–Tienes que desalojar la casa, hombre, porque la necesito.

–Sobre mi cabeza y mis ojos–respondió el otro.

Desalojó la casa el inquilino y fue a instalarse en ella Kamaru-s-Semán y trasladó a su nueva morada todas las cosas de su propiedad.

Pasó el joyero aquella noche en casa de Kamaru-s-Semán y después se fue a su casa a acostar.

Pero al día siguiente mandó a llamar la mujer del joyero a un albañil, muy competente y diestro, y lo sonsacó con dinero hasta que al fin lo convenció para que le hiciese una cueva que comunicase con la casa de Kamaru-s-Semán, sin que nadie sospechara su existencia.

Y luego que el albañil le hizo la cueva, antes de que Kamaru-s-Semán pudiera darse cuenta, encontróse a su amada dentro de su casa, llevando en sus manos dos bolsas con dinero. Y al preguntarle el joven:

–¿Por dónde entraste?–mostróle ella la cueva y le dijo:

–Toma estas dos bolsas con dinero de mi marido.

Y luego se acostó a su lado y estu-

vieron los dos hasta la mañana folgando y retozando.

Fuese ella entonces, diciéndole al joven:

–Aguarda que vaya a despertarlo, que en seguida volveré a tu lado.

Fue luego allá y despertó a su marido, el cual hizo la ablución y rezó la zalá y después se fue a su ocupación.

Y no bien se hubo ido al zoco el joyero cogió su mujer cuatro bolsos con dinero, y, cruzando el subterráneo, fue a llevárselos a Kamaru-s-Semán y se los dio, diciendo:

–Tómalos y guárdalos.

Después de lo cual sentáronse ambos y estuvieron juntos un rato, y luego ella se retiró a su casa y el joven, por su parte, encaminóse al zoco y allí se estuvo hasta ponerse el sol, y, al regresar entonces a su casa, encontróse en ella diez bolsas con dinero y mucha joya y pedrería.

Presentóse luego allí el joyero y asió de él y se lo llevó a su casa, y ambos se estuvieron de charla en el estrado, hasta que llegó la esclava y les brindó sus sendas copas acostumbradas.

Y bebió la suya el joyero y se durmió en seguida, en tanto Kamaru-s-Semán despierto seguía, por no haber en su copa malicia.

Bajó luego a la sala Halima y se acostó con el joven y ambos se entregaron a sus escarceos y retozos amorosos, mientras que la esclava, cumpliendo órdenes de su ama, acarreaba por el subterráneo a casa de Kamaru-s-Semán los objetos de valor del joyero propiedad.

Amaneció luego la mañana y la esclava despertó a su señor y le sirvió el café lo mismo que al huésped, y ambos lo bebieron y fuéronse acto seguido cada cual por su camino.

Hicieron igual que aquella noche las dos noches siguientes, y la noche la tercera, llevóle Halima a su amante un puñal, obra de su marido, que en él había puesto todo su arte y que valdría sus buenos quinientos dinares. Y dizque aquel puñal de mérito tenía tantos golosos que querían comprárselo al joyero y tanto lo importunaban tratando de convencerlo para que se lo vendiera, a lo que él en modo alguno estaba dispuesto, que maese Obaid acabó por guardarlo en un arca.

Y Halima le dijo a su amigo:

–Coge este puñal y póntelo en la faja y ve a ver a mi marido y siéntate a su lado y saca luego el puñal de tu faja y dile: «Mira, maestro, este puñal que hoy mismo acabo de comprar y dime si he salido perdiendo o ganando en el trato.»

Conocerá él en seguida el puñal; mas le dará vergüenza de decirte a ti: «Este es mi puñal», y se callará y te preguntará: «¿Dónde mercaste este puñal y en cuánto lo pudiste lograr?» A lo que tú le contestarás: «Acerté a pasar junto a dos hombres que estaban conversando y uno de ellos le dijo al otro: "¿En dónde has estado?" "Estuve con mi querida–respondióle el amigo–, la cual, siempre que estoy con ella me da diez dracmas, pero esta vez me dijo: "Mira, en este momento tengo mi mano limpia de plata, pero toma este puñal de mi marido, que se lo he cogido." Toméle yo el puñal y ahora voy a ver si lo puedo vender." Estaba yo maravillado del puñal y al oírle decir al hombre que lo quería vender, me acerqué a él y le dije: "Yo te lo compro, si me lo quieres vender." "Claro que sí"–respondió él–. Y para abreviar, que me lo vendió en trescientos dinares. Y yo quisiera, hermano, me dijeses si lo merqué barato o caro.»

Y aguardarás a ver qué te dice, y luego te enredarás con él de palique y, al cabo de un rato, vendrás a buscarme, que yo te estaré aguardando en la boca del sótano y tu me contarás lo que haya pasado y me devolverás el puñal.

–Oír es obedecer–respondió Kamaru-s-Semán.

Y cogiendo el puñal se lo metió en la faja y fue a buscar al joyero en su tienda, y el joyero se levantó y lo saludó con el *selam* e hizo que se sentase a su lado y reparó en el puñal que el joven llevaba prendido en su faja, y se quedó maravillado y pensó para su ánima: «Parece mi puñal; pero puede que solo sea uno que se le parezca.»

Pero en esto sacó Kamaru-s-Semán el puñal de su faja y se lo mostró al joyero, diciendo:

–Toma este puñal, maestro, y míralo con atención.

No bien el joyero tuvo el puñal en su mano luego conoció ser el suyo, sin género alguno de duda, pero se avergonzó de decir: «Este puñal es de mi propiedad.» Limitóse pues a preguntarle al joven:

–¿Dónde lo compraste?

Díjole entonces el joven la relación que su amada le enseñara y el joyero, luego de oírlo, le dijo:

–En ese precio, hermano, no puede ser más barato, pues por lo menos vale sus quinientos dinares.

Y al decir esto tenía el joyero su corazón ardiendo en vivo fuego y sus manos le temblaban tanto que tuvo que suspender su trabajo.

Siguió Kamaru-s-Semán dándole conversación y el joyero oíale distraído, en el mar de las inquietudes sumergido, y por cincuenta palabras que el joven profería apenas si una sola decía, que su corazón le dolía y tenía trastornada su mente y revueltos sus pensamientos, como dijo el poeta en estos versos:

«Cuando la gente me habla,
apenas si le contesto,
que en un mar estoy sumido
de inquietantes pensamientos,
y la mente tan turbada
tengo, que apenas distingo
entre muchacho y muchacha.»

Al ver aquello el joven, le dijo:

–Me voy, que no quiero distraerte de tus ocupaciones.

Y marchóse acto seguido de la tienda y fue aprisa a buscar a su amiga, la cual lo estaba aguardando a la entrada del sótano. Y al verlo ella, le preguntó:

–¿Qué tal? ¿Hiciste todo lo que te dije?

–Sí–respondió Kamaru-s-Semán.

–¿Y qué te dijo él?–inquirió la mujer.

–Me dijo–respondióle el joven–que el puñal en ese precio me salía casi de balde, pues valía por lo menos quinientos dinares. Y pude observar que parecía muy alterado, por lo que lo dejé, y no sé después lo que haya pasado.

–Está bien–le dijo Halima–; dame ahora el puñal y no te preocupes de más.

Y la mujer del joyero cogió el puñal y volvió a colocarlo en su sitio y se sentó a aguardar a su marido.

Y esto es, por ahora, todo lo referente a esta parte de la historia.

Cuanto al joyero, luego que se hubo ido Kamaru-s-Semán, avivósele el fuego que ardía en su corazón y se acrecieron sus sospechas y pensó:

«No tengo más remedio que dejarlo todo e ir a buscar mi puñal y salir de dudas, cerciorándome de la verdad.»

Salióse, pues, de la tienda y fuese a su casa y buscó a su mujer. Y dizque iba el hombre resoplando fuerte como una serpiente.

–¿Qué te ocurre, mi señor?–preguntóle su mujer al verlo así.

–¿Dónde está mi puñal?–gritóle él.

–Pues en el arca–respondióle ella–; ¿dónde quieres que esté?

Después de lo cual golpeóse el pecho con la mano y dijo:

–¡*Ye* mi tío!...

Sorprendió aquí a Schahrasad la aurora y cortó el hilo de sus palabras encantadoras.

PERO LA NOCHE 521 PROSIGUIO SU RELATO EN ESTA FORMA:

–He logrado saber, *¡ye* monarca el afortunado!, que la mujer del joyero se aporreó el pecho con la mano, diciendo:

–*¡Ye* mi tío! ¿Es que acaso reñiste con alguien y vienes por tu puñal para con él agredirle?

–Déjate de preguntas–díjole el marido–y tráeme el puñal ahora mismo.

Pero ella le dijo:

–Hasta que no me jures que no lo quieres para agredir a nadie no te lo daré.

Juróselo el joyero y entonces ella fue al arca y la abrió y sacando de allí el puñal, se lo dio.

Púsose el joyero entonces a besar a su mujer y a clamar:

–Cosa rara es esta, en verdad.

–Pues anda y cuéntamela–díjole ella.

–Se trata, sencillamente–respondióle el joyero–, de que le he visto a nuestro amigo un puñal tan parecido a este que no podría serlo más.

Y el joyero contóle a su esposa toda la historia.

Y, al terminar, le dijo:

–Al ver yo ahora en el arca mi puñal disipáronse todas mis dudas ante la luz de la verdad.

–Pero ¿cómo?–exclamó la mujer–. ¿Pensaste acaso que yo pudiera ser la querida de ese hombre que le vendió el puñal a tu amigo?

–Cierto que sí tuve esa sospecha –confesóle el marido.

–*¡Ye*–gritó ella, al oírlo–por lo que veo, hombre, todo lo que de bueno tenías se ha perdido!

Deshízose entonces el joyero en disculpas y excusas y no paró hasta que la mujer se dio por satisfecha y entonces se volvió a su tienda.

Y al siguiente día diole la mujer del joyero a Kamaru-s-Semán un reloj [14] de su marido y obra de su mano, de tal primor y tal calidad, que no había quien tuviese otro igual.

Y la mujer del joyero le dijo a Kamaru-s-Semán:

–Coge este reloj y vete a la tienda de mi marido y siéntate a su lado y dile: «A ese mismo individuo, en cuyas manos viera ayer aquel puñal, le vi hoy este reloj y me preguntó:

»–¿Me quieres comprar este reloj?

»–¿Y de dónde tienes ese reloj?–inquirí yo.

»–Me lo dio mi querida–respondió.

»En resumen: que se lo compré en cincuenta dinares y ahora querría me dijeses, tú que entiendes, si lo merqué barato o caro.»

Aguarda a ver qué te responde, y, con lo que sea, vienes en seguida a buscarme y me lo cuentas y me devuelves el reloj.

Corrió Kamaru-s-Semán a ver al joyero e hizo al pie de la letra lo que su amada le dijera, y no bien vio el joyero el reloj exclamó:

–Este reloj vale setecientos dinares.

Y, lo mismo que la otra vez, sospechó de su mujer.

Dejólo en seguida el joven y corrió a ver a su amiga y le devolvió el reloj y todo lo sucedido le contó.

No tardó en llegar el marido resollando fuerte como un dragón y gritando:

–¿Dónde está mi reloj?

A lo que su mujer le contestó:

[14] De la frecuente mención en esta historia del café y ahora la del reloj infiere Burton que se escribió a fines del siglo XVI.

–Ahí está, en el sitio de siempre.

–Pues tráemelo en seguida–díjole el marido.

Llevóselo ella en el acto y, al verlo el joyero, exclamó maravillado:

–No hay gloria ni poder sino en Alá (el grande, el lleno de majestad).

–*¡Ye!*–exclamó entonces su mujer–. Por algo dices eso, hombre; cuéntame, pues, qué es ello.

–¿Qué voy a decirte–contestó el marido–sino que los desvaríos me trastornaron el juicio?

Y el joyero, acto seguido, recitó estos versos:

–Aunque de mi parte tenga
al Piadoso, a no dudar,
tales cosas me suceden,
y tan raras en verdad,
que mi paciencia se acaba
de tanto y tanto aguantar.
Y es maravilla no llegue
del todo a desesperar,
que el trance por que yo paso
es de una amargura tal,
que al propio acíbar supera
su amargura sin igual.

Y después añadió:

–Es el caso, mujer, que primero le vi a nuestro vecino y amigo ese puñal, y en seguida reconocí ser el mío, pues que lo hice yo mismo y lo labré con un arte y un primor de mi invención, de suerte que no se encuentra otro que se le asemeje, y me contó una historia que me inquietó el corazón, y me vine corriendo a casa y resultó que mi puñal estaba aquí en el arca. Y ahora le vi un reloj obra también de mis manos y de mi invención, y me contó otra historia que también me alarmó el corazón, y vine aquí corriendo y me encontré con que mi reloj seguía en su sitio, con todo lo cual acabaré perdiendo el seso y la calma y no sabiendo ya lo que me pasa.

–Dilo todo con franqueza, hombre –díjole entonces su mujer–. Tú quieres dar a entender que yo soy la amiga y querida de nuestro vecino y que te quito a ti tus cosas para dárselas a él. Eso es lo que tú piensas, sin duda, y por eso me vienes con esas preguntas, y si no te hubiera enseñado en seguida el puñal y el reloj habrías dado por cierta mi traición. Pero con todo eso, hombre, lo que has conseguido es que en adelante no partiré contigo ni el pan ni el agua, y te niego toda unión, pues te he cogido una tirria que no puede ser mayor.

Pero al oír eso el marido púsose a darle satisfacciones y excusas, hasta que al cabo consiguió aplacar su enojo y que lo volviera a mirar con buenos ojos.

Arrepintióse el joyero de haberle ido con aquellos cuentos y se dirigió a su tienda y se sentó en ella, muy desazonado e inquieto, sin acertar a distinguir entre lo falso y lo verdadero.

Y a eso del oscurecer volvió solo a su casa sin llevar consigo a su amigo. Y al verlo entrar su mujer, le dijo:

–¿Dónde quedó nuestro vecino?

–En su casa estará–respondióle el marido.

–¿Cómo es eso?–exclamó la mujer–. ¿Acaso la amistad que os unía se entibió ya?

–¡Por Alá–dijo el marido–, que con todo lo que ha pasado se me ha hecho antipático!

–Pues sea como fuere–díjole la mujer–, ahora soy yo la que te mando que vayas por él y lo traigas.

Fue, pues, el joyero a buscar a Kamaru-s-Semán y lo halló en su casa y vio allí sus cosas y las reconoció y en el acto prendió el fuego en su corazón y suspiró; pero no se atrevió por vergüenza a interrogarlo y se calló.

–¿Qué es lo que te pasa, amigo mío? –preguntóle Kamaru-s-Semán–. ¿Por qué estás tan abstraído y lanzas esos suspiros?

Diole vergüenza al joyero de decirle: «Estos objetos son míos; ¿quién te los

trajo aquí y cómo es que los veo en tu domicilio?»

Y se limitó a decirle:

–Es que estoy algo indispuesto; pero acompáñame a casa, a ver si allí se me pasa.

Pero Kamaru-s-Semán le dijo:

–Perdona, amigo; pero esta noche no voy allá contigo.

Pero el joyero porfió con él e insistió y lo cogió finalmente del brazo y se lo llevó.

Pasaron juntos la velada, y luego, como de costumbre, llegó la esclava, llevándoles las sendas copas que acostumbraba.

Y bebieron de ellas y el joyero se tendió en seguida y se durmió; pero Kamaru-s-Semán se mantuvo despierto, porque en su copa no habían echado beleño.

No tardó en presentarse la mujer del joyero y le dijo a Kamaru-s-Semán:

–¿Qué te parece este cornudo, que duerme tan confiado y tan seguro y no sabe hasta dónde llegan las astucias de las hembras? ¡Por Alá, que he de hacer cuanto pueda para que se divorcie de mí, que ya no lo puedo sufrir! Mañana me disfrazaré de esclava e iré tras de ti y tú irás a verlo a su tienda y le dirás: «Mira, maestro: estuve hoy en el *jan* Al-Yasirchiyah y vi allí a esta esclava y la compré en mil dinares; dime: ¿qué te parece si en ese precio resulta barata o cara?» Luego me levantarás el velo y le mostrarás mi cara y mis pechos y dejarás que me contemple a su sabor, y después me cogerás y me traerás a tu casa, desde donde yo, por la cueva, pasaré a la mía y estaré allí cuando él vuelva. Y a ver si de este modo ponemos remate a este asunto enojoso.

Después de lo cual entregáronse ambos a sus retozos acostumbrados y a sus gustosos escarceos, con toda holgura y confianza, hasta que amaneció la mañana.

Retiróse luego la mujer a su cuarto y envió allá a la esclava, la cual despertó a su amo y al huésped, y levantáronse ambos y rezaron la zalá matinal y se desayunaron y tomaron su café y después fuese el joyero a su tienda y Kamaru-s-Semán a su casa, según acostumbraban.

No tardó la mujer del joyero en trasladarse por la cueva a casa del joven, y presentóse allí disfrazada de esclava con tal propiedad que parecía una esclava de verdad.

Y dizque esclava había sido con efecto antes de casarse con el joyero.

Dirigióse luego Kamaru-s-Semán a la tienda del joyero y ella lo fue siguiendo y fueron andando ambos sin parar, hasta que llegaron allá.

Y entró Kamaru-s-Semán en la tienda y saludó al joyero y se sentó, diciendo:

–Mira, maestro: esta mañana estuve en el *jan* Al-Yasirchiyah, con intención de distraerme y vi allí esta esclava en manos del subastador y me gustó y la compré en mil dinares, y ahora quisiera que tú la vieras y me dijeras si en ese precio te parece barata o cara.

Y así diciendo levantóle Kamaru-s-Semán el velo del rostro de su amada, y el joyero posó en ella los ojos y miró a la supuesta esclava, la cual iba vestida con el mayor lujo y muy compuesta y alhajada y muy dada de alheña y carmín, según solía, la taimada, arreglarse ante el marido, en su casa.

Conocióla luego el marido, así por la cara como por la ropa y las alhajas, que eran obra de su propia mano, y vio en las de la mujer aquellos anillos que Kamaru-s-Semán le mandara hacer, y ante tales pruebas quedó plenamente convencido de ser aquella su mujer, por los cuatro costados, sin que pudiera dudarlo.

Y dirigiéndose a la falsa esclava, preguntóle:

–Di, ¿cómo te llamas?

Y ella contestó:

–Me llamo Halima.

Que era como se llamaba, por cierto, la mujer del joyero. Maravillóse este al oír aquello, y, encarándose con el amigo, le dijo:

–¿Cuánto diste por ella?

–Mil dinares–respondióle el joven.

–Pues te la dieron regalada–dijo el joyero a su amigo–, pues sólo sus anillos y sus ropas y sus ajorcas valen mucho más de esa cantidad.

–¡Albricias te dé Ala! Y puesto que te agrada–díjole Kamaru-s-Semán–, te dejo ahora y voy a llevarla a casa.

Y esto es, por ahora, todo lo referente a su historia.

Cuanto al joyero tenía en su corazón un incendio y se dijo para sus adentros: «Ahora mismo voy a casa a ver si está en ella mi mujer o si falta.»

Y se levantó en el acto y echó a correr y no paró hasta llegar a su casa, y, al entrar en ella, vio a su mujer allí sentada, vestida del mismo modo y con las mismas alhajas que aquella esclava que viera en su tienda, y, al ver aquello, restregóse el hombre las manos y exclamó, maravillado:

–No hay gloria ni poder sino en Alá (el excelso, el lleno de majestad).

–¿Qué es eso, hombre?–díjole su mujer–. ¿Es que te has vuelto loco o qué es lo que te pasa?

–Puesto que quieres saberlo–respondió él–te lo diré, pero prométeme que no te enfadarás.

–Habla–instóle ella.

–Has de saber–díjole él–que nuestro vecino, el mercader, ha comprado una esclava de tu misma estatura y tu misma figura, y que se llama, además, como tú te llamas, y luce unos anillos y unas ajorcas exactamente iguales a los tuyos; así que, al verla, pensé yo que tú eras ella y, como es natural, me quedé de una pieza. Ojalá y nunca hubiéramos conocido a ese mercader, nuestro vecino, ni hubiéramos amistado con él, ni hubiera venido aquí de su país, pues ha venido únicamente a enturbiarme a mí mi vida, que antes corría tan clara y limpia, y me ha traído la inquietud después de la satisfacción y hecho entrar la duda en mi corazón.

–Mírame bien a la cara–díjole ella–y fíjate bien, que pudiera ser que fuera yo esa esclava que dices y el mercader, nuestro vecino, mi señor, y nos hubiéramos confabulado los dos para darte un chasco y llenarte de turbación.

–¿Por qué dices eso, mujer?–exclamó el marido–. ¿Cómo sería yo capaz de pensar de ti tal desatino?

Y era la verdad que el joyero no tenía la menor idea de las astucias de las hembras ni de las jugarretas que a los hombres les suelen hacer cuando lo tienen a bien. Ni nunca tampoco oyera estos versos del poeta:

«Cuando huye la juventud
y la cana vejez llega,
es en vano que el amor
de las hermosas pretendas.
Lejos se fue ya el placer
que me brindaba mi Léilah;
ahora solo sobresaltos
y resquemores me quedan;
si alguno saber quisiera
cómo las gastan las hembras,
que venga a mí y me pregunte,
que yo domino esa ciencia;
si blanquean tus cabellos
y el dinero te escasea,
puedes dar por terminado
todo tu asunto con ellas.»

Ni tampoco tenía idea de lo que dijo este otro poeta:

«Con las mujeres sé cauto;
ten por sabido que solo
se portan bien con aquel
que acierta a atarlas muy corto
y se burlan del que cede
a sus caprichos y antojos.
Y son tales que al más sabio,
con sus actos, vuelven loco.»

Ni conocía tampoco lo que dijo este otro:

«Demonios son las hembras,
yo de ellas huyo;
perder hacen al hombre
brújula y rumbo.
Quien las cultiva,
es infeliz en esta
y en la otra vida.»

–Pues bien–díjole su mujer al joyero–: haz una cosa, hombre. Yo me estaré aquí sentadita y tú irás a casa del vecino y harás por que te abra en seguida, y, si al entrar ves allí sentada a su esclava, será señal de que no soy yo, sino otra que se me parece; pero, si no la ves, será prueba de que era yo misma esa esclava que viste en tu tienda y resultarán justificadas tus sospechas.

–Tienes razón–aprobó el joyero. Y en el acto se levantó y corrió a casa de su amigo. Pero su mujer cogióle la delantera por la cueva y contóle a Kamaru-s-Semán lo que le ocurriera con su marido, y después le dijo:

–En seguida que llame, vas y le abres, y luego haz de manera que él me vea.

Y estando en estos razonamientos llamaron a la puerta y Kamaru-s-Semán preguntó desde dentro:

–¿Quién es?

–Soy yo, tu amigo–respondió el joyero–, que quisiera ver de nuevo a esa esclava, que en la tienda apenas si tuve tiempo de mirarla. Por lo que te ruego que me abras la puerta y me dejes verla y recrearme en ella.

–De buen grado haré eso–respondió Kamaru-s-Semán y fue a abrirle la puerta al joyero, y entró el joyero y vio a su mujer, allí sentada junto a su supuesto señor, cual si fuese su esclava.

Y la mujer levantóse al entrar él y besóle la mano, y el joyero se recreó mirándola, y ella le estuvo dando palique un rato, hasta que el hombre acabó por no saber ya si era aquella su mujer o no lo era, de suerte que exclamó en su interior: «¡Gloria al Creador omnipotente que crea lo que a bien tiene!»

Despidióse luego del amigo con la mente trastornada y se volvió a su casa y halló en ella a su mujer sentada, pues le tomara la delantera, trasladándose por la cueva, en tanto él salía por la puerta.

Pero al llegar aquí sorprendió a Schahrasad la mañana y puso coto a sus desbordadas palabras.

Y LA NOCHE 522 SIGUIO DICIENDO LA MUCHACHA:

–Ha llegado a mis oídos, *¡ye* el sultán, el bienhadado, que la mujer del joyero cogióle la delantera a su marido, trasladándose a su casa por la cueva, en tanto él salía por la puerta.

Y al ver entrar a su marido, le dijo:

–¿Y qué? ¿Qué es lo que has visto?

A lo que contestó el marido:

–Pues vi a esa esclava que estaba con su amo, nuestro vecino, y pude comprobar que se trata de un mero parecido.

–Vete a tu tienda–díjole ella–y aparta de tu mente esas innobles sospechas y no vuelvas en adelante más a pensar de mí mal.

–*¡Ye*–respondió el marido–, no me guardes rencor por lo sucedido!

–Así Alá te perdone–díjole su mujer.

Púsose el marido a besarla, a diestro y siniestro, y fuese a su tienda, muy contento.

Cuanto a su mujer, pasó por la cueva a casa de Kamaru-s-Semán llevando

consigo cuatro bolsos y, al ver al joven, se los dio y le dijo:

–Prepáralo todo para emprender un viaje y recoge en seguida tus dineros, sin pérdida de tiempo, en tanto yo pongo a mis astucias su coronamiento. Ve y compra unas mulas y carga tus fardos en ellas y merca una litera y mamelucos y eunucos y sácalo todo al arrabal y, cuando esté todo listo, vienes a decírmelo.

Hízolo todo Kamaru-s-Semán, según ella le dijera, y, luego que todo lo tuvo listo, fue a verla y le dijo:

–Ya hice yo lo mío.

Y ella le contestó:

–También yo. He trasladado a tu casa todos los bienes y tesoros de mi marido. Nada le dejé, ni grande ni chico, que le pueda valer; todo lo cual lo he hecho por tu amor, *¡ye* amado mío de mi corazón! Mil veces redimiría tu vida con la de mi marido; pero conviene ahora, sin embargo, que vayas a verlo y de él te despidas y le digas: «Salgo de viaje dentro de tres días y vengo a despedirme de ti; dime, pues, cuánto te debo por el alquiler de la casa para abonártelo y saldar mi cuenta contigo y tranquilizar mi conciencia, amigo mío.» Y después de eso aguardarás a ver qué te responde y vendrás a decírmelo en seguida, y yo idearé alguna malicia y haré de forma que lo ponga en el caso de pedir el divorcio inmediato, aunque será difícil, porque él está muy enfadado; pero, en último extremo, lo mejor que hacer podemos es marcharnos de aquí e irnos a tu país.

–Muy bien–exclamó Kamaru-s-Semán–. ¡Ojalá y nuestros sueños se vuelvan realidad!

Fue luego el joven a la tienda del joyero y se sentó a su lado y le dijo:

–Dentro de tres días salgo de viaje y vengo a despedirme y a que me digas lo que te debo de la casa para abonártelo y dejar esa cuenta saldada.

–¿A qué vienen esas palabras?–exclamó el joyero–. Tú no me debes nada, que hartos favores me hiciste, y, por Alá, que no te he de cobrar nada por la casa, después de tantas bendiciones como, gracias a tu presencia, entraron en la nuestra. Lo que siento en el alma es que ahora nos dejes y te vayas, aunque no está bien que yo me oponga a tu designio ni trate de persuadirte a que sigas aquí, lejos de tu familia y tu país.

Despidióse, pues, el joyero de su amigo, vertiendo copioso llanto con tal expresión de dolor, que no pudiera ser mayor.

Cerró después su tienda y pensó: «No debo dejar solo a mi amigo estos tres días a fin de saciarme de su compañía.»

Dio, pues, en acompañarle a todas partes, y, cuando el joven despachaba sus asuntos y tornaba a su casa, iba con él allá, y siempre al entrar veía allí a la esclava, que en seguida se levantaba y les besaba las manos a los dos y se desvivía por servirlos y agasajarlos y luego, al volver a su domicilio, encontraba allí a su mujer, tranquilamente sentada en su cámara.

Sucedió así durante aquellos tres días, y, cumplidos que fueron, díjole a Kamaru-s-Semán la mujer del joyero:

–Ya acarreé a tu casa todos los bienes y riquezas de mi marido sin dejarle allí nada que valga, salvo esa esclava que os servía de beber, de la que no me avengo a separarme, porque me es muy fiel y yo le tengo mucha ley, pues sabe guardar mis secretos; así que voy a hacer como que le pego y que la he cogido antipatía, y cuando venga mi marido le pienso decir: «Mira, ya no puedo sufrir la presencia de esta esclava en la casa ni convivir con ella ni tener que verla; así que cógela y véndela.» Y mi marido así lo hará y tú entonces la comprarás, y de ese modo podremos llevarla con nosotros.

–Está bien–respondió el joven–. Haz según tu parecer.

Empezó, pues, Halima a pegarle a la esclava, y, al entrar su marido y verla llorando, preguntó a la joven la causa de aquel llanto.

Y la joven le dijo:

–Es que mi señora me ha pegado.

Pasó entonces el joyero a ver a su mujer y le dijo:

–¿Qué es lo que pudo hacer esa maldita esclava para que le pegaras?

–Mira, hombre–respondióle su esposa–; voy a decirte una palabra sola: esa esclava se me ha hecho tan antipática que no quiero verla más en la vida; así que cógela y véndela o divórciate de mí en seguida.

–Está bien–respondió el joyero–; la venderé, según tu deseo.

Cogió luego el joyero a la esclava y se fue con ella a su tienda; pero en el camino se topó con Kamaru-s-Semán, el cual, al verlo con la esclava, le preguntó:

–¿Qué muchacha es esa que contigo llevas?

–Es nuestra esclava–respondióle el joyero–. Aquella misma que nos escanciaba por las noches la bebida. Según parece no obedecía a su ama como debiera y esta me ha dicho que la coja y la venda.

–Si dio lugar–dijo Kamaru-s-Semán–al enojo de su ama no queda otro recurso que venderla, y, siendo así, véndemela a mí, que de ese modo podré aspirar en ella el olor a tu persona y la destinaré al servicio de mi esclava Halima.

–Pues tuya es desde ahora–díjole el joyero–. No hablemos más de eso.

–¿Cuánto tengo que darte?–preguntóle Kamaru-s-Semán.

–Nada–contestó el joyero–, que ya hartas mercedes nos has hecho.

Cogió, pues, Kamaru-s-Semán a la esclava de manos del joyero, el cual le dijo a la muchacha:

–Besa la mano de tu nuevo amo.

Hízose cargo de ella Kamaru-s-Semán y le dijo a su amigo:

–¡Alá vele por ti, maese Obaid, y te pague cuanto hiciste por mí!

–¡Que El te proteja!–respondió el joyero–y te conduzca a tu país sin detrimento.

Y despidiéndose así de su amigo tornóse a su tienda el joyero, e iba tan emocionado que derramaba un mar de llanto, aunque en el fondo no dejaba de alegrarse al ver que el joven se iba y con ello sus sospechas desvanecía.

Y esto es, por ahora, todo lo referente a su historia.

Cuanto a Kamaru-s-Semán, fue a reunirse con su amada y esta le dijo:

–Si quieres viajar con seguridad, vente con nosotras por otro camino que el acostumbrado.

–Oír es obedecer–respondió el muchacho.

Y los tres emprendieron la marcha, siguiendo otro camino que el que la gente seguir acostumbraba.

Y fueron caminando sin ningún contratiempo, de uno en otro país, hasta que llegaron a los linderos de Mizr.

Escribióle entonces Kamaru-s-Semán una carta a su padre y se la mandó con un correo, y al llegar esta a su destino estaba el mercader Abdu-r-Rahmán, padre de Kamaru-s-Semán, sentado en el zoco entre los demás mercaderes, sus amigos.

Llegóse al corro el mensajero y preguntó a los mercaderes, diciendo:

–¿Quién de vosotros, señores, es el mercader Abdu-r-Rahmán?

–¿Qué es lo que quieres?–preguntáronle ellos a su vez.

–Traigo para él–respondió el correo–una carta de su hijo Kamaru-s-Semán, a quien dejé en Al-Arisch [15], en la raya de este país.

[15] Ciudad muy principal en otro tiempo que dividía la Siria-Palestina de Egipto.

Alegróse muchísimo el mercader Abdur-r-Rahmán al oírlo y se le dilató el pecho, y también sus amigos, los demás mercaderes, se holgaron y lo felicitaron.

Tomó luego Abdu-r-Rahmán, el mercader, la carta de su hijo, Kamaru-s-Semán, y la leyó, y he aquí lo que la carta decía:

«De Kamaru-s-Semán para el mercader Abdu-r-Rahmán.

»Y después del *selam* sobre ti, y sobre todos los demás mercaderes, si queréis saber qué fue de mí en todo este tiempo, os diré que, gracias a Alá, anduve comprando y vendiendo y traficando y ganando, y en su bondad nos gratificó con la salud y la riqueza y la seguridad.»

Holgóse grandemente el mercader Abdu-r-Rahmán al leer la carta de su hijo, Kamaru-s-Semán, y abrió la puerta de la alegría y preparó un gran festín e hizo derroche de manjares, pues mandó sacrificar muchas reses y llamó cantores y músicos y dispuso toda suerte de fiestas y regocijos que eran cosa de prodigio. Luego que tuvo aviso de que se acercaba su hijo y ya se hallaba en Az-Zalihiya [16] salió a recibirlo en compañía de todos los mercaderes, sus amigos, y besó al joven y se abrazó a su cuello y contra su pecho lo estrechó y lloró profusamente hasta que al fin se desmayó.

Y luego que volvió en sí, exclamó:

–¡Bendito este día, hijo mío, en que el Poderoso vuelve a reunirnos!

Y recitó las palabras del poeta:

«Del amigo el regreso, una alegría
es cual ninguna otra,
que hace correr del vino chispeante
la deliciosa copa.
Sé bien venido, pues, amigo caro,
¡ye luna esplendorosa,
que a todas las eclipsas con tu brillo,
y que corra la copa a la redonda!»

Y después, de puro alegre, vertió por sus ojos un torrente de llanto y recitó estos versos:

–Su velo se quitó *Luna del Tiempo*
y en nuestra puerta plena resplandece;
negros sus rizos son como las noches
de la ausencia inclemente;
pero su blanco cuello, como un sol,
de entre sus ropas surge refulgente [17].

Adelantáronse luego todos los demás mercaderes y saludaron a Kamaru-s-Semán y repararon en que traía consigo muchos fardos y muchos esclavos, todo lo cual probaba que se movía en un círculo de abundancia.

Y los mercaderes lo cogieron y lo fueron acompañando hasta su casa.

Salió después Halima de su litera y el padre del joven quedó maravillado al verla, igual que los demás, ante su maravillosa belleza, y le asignó en su casa un pabellón alto, cual si fuera un tesoro encantado cuyos talismanes se hubiesen soltado, y al ver a Halima la madre del joven quedóse sorprendida y pensó que era una sultana y le preguntó, y ella le dijo:

–Yo soy la esposa de tu hijo.

–Puesto que así es–díjole la madre del joven–, hemos de celebrarlo como es debido y holgarnos de ello contigo y con nuestro hijo.

Y esto es, por ahora, todo lo referente a su historia.

Cuanto al mercader Abdu-r-Rahmán, luego que se retiró la gente y fuese cada cual a su casa, quedóse a solas con su hijo y le dijo:

–Dime, hijo mío: ¿qué es para ti esa esclava y en cuánto la mercaste?

–¡*Ye* padre mío!–díjole su hijo–. Esa joven no es mi esclava, sino aquella mujer cuya belleza nos pintó el *dervisch* de marras y por la cual me extrañé de mi patria y fue la única razón de que emprendiera esa peregrinación,

[16] Ciudad situada a sesenta leguas al nordeste del Cairo.

[17] La edición de Bulak suprime todos estos versos.

en el curso de la cual topé con unos árabes que me despojaron de todas mis riquezas y sólo me dejaron la ropa que llevaba puesta. Y así entré en Bazra luego y me pasó esto y aquello.

Y Kamaru-s-Semán contóle a su padre, Abdu-r-Rahmán, todo cuanto le ocurriera, desde el principio al fin, sin nada callar ni omitir.

Luego que terminó su relato, díjole su padre al muchacho:

–Y dime, hijo mío: después de todo eso, ¿te casaste con ella?

–No, padre mío–respondió el hijo–; pero le prometí hacerlo.

–Pues si tal hicieras–díjole su padre–romperé toda relación contigo en este mundo y en el otro y te haré blanco de mi mayor enojo. ¿Cómo piensas en casarte con ella después de la jugarreta que le hizo a su otro marido? ¿No ves que lo mismo que por ti hizo con él hará contigo por cualquier otro barbilindo? Falsa es esa mujer y con los falsos no puede haber seguridad contra el engaño [18]. De suerte, pues, que, si no me haces caso, tendrás que pechar con mi enojo y mi cólera; pero si me obedeces y la dejas, yo te buscaré una mocita más hermosa que ella y que, además, sea pura y honesta, y te casarás y te daré todos mis bienes y celebraré la boda con un rumbo y una prodigalidad como no se vieron jamás. Y piensa que siempre es preferible que diga la gente: «Fulano se casó con la hija de Fulano» que no que diga: «Fulano se casó con una esclava, falta de prosapia y de casta ignorada.»

Siguió así el mercader persuadiendo a su hijo de que no se casara con aquella joven, citando en apoyo de sus razonamientos sentencias y proverbios y versos de poetas y ejemplos y advertencias, hasta que, al cabo, díjole Kamaru-s-Semán a su padre, Abdu-r-Rahmán:

–Siendo así como dices, desisto de casarme con ella.

Alegróse mucho su padre de oírle decir eso y lo abrazó y le dio muchos besos entre sus ojos, y le dijo:

–Ahora veo que eres mi hijo de verdad y te prometo que habré de buscarte una novia que en todo el mundo no tenga par.

Y acto seguido el mercader Abdu-r-Rahmán metió a la amada de su hijo y a su esclava en una torre alta y las encerró en ella y allí las dejó a ambas al cuidado de una esclava negra, encargada de entrarles de comer y beber.

Y el mercader Abdu-r-Rahmán díjoles a Halima y su doncella:

–Ahí estaréis hasta que os encuentre comprador, y, si os resistís, os mataré a las dos, pues tú eres una traidora y no hay en ti nada bueno ni mereces otra cosa.

Y luego Abdu-r-Rahmán cerró la puerta del aposento y hablóles a todas las mujeres, diciendo:

–Cuidado con dirigirles la palabra a esas cautivas que dejo encerradas en la sala alta.

Y allí quedó Halima con su doncella llorando y lamentando lo que con su esposo hiciera.

Y esto es, por ahora, todo lo referente a su historia.

Cuanto al mercader Abdu-r-Rahmán, envió luego casamenteros a buscarle a su hijo una novia que tuviese caudales y alcurnia, y aquellos marcharon a cumplir sus órdenes y fueron pasando revista a una y otra mocita, y siempre que ya creían haber encontrado lo que perseguían, oían hablar de otra todavía más hermosa y reanudaban sus pesquisas.

Y llegaron así a casa del *Scheiju-l-Islam* y vieron a su hija, que era tan bella y gentil que no la había igual en toda la tierra de Mizr, pues era el colmo de la perfección y la buena pro-

[18] Proverbial.

porción, y era en suma tal, que sobrepasaba en mil codos a la esposa de maese Obaid, el joyero, en hermosura de cara y cuerpo.

Diéronle en seguida parte del hallazgo al mercader Abdu-r-Rahmán, el cual, acompañado de los mercaderes más notables, fue a ver al padre de la joven y le pidió su mano para su hijo; concedióselo aquel luego y, sin tardar, procedieron a casar a los novios y prepararon un gran convite, amén de otros festejos y muestras de alegría, que duraron cuarenta días, y a las que asistieron todos los emires y los ulemas y los alfaquíes y los cadíes y los cortesanos, en tanto sonaban timbales y dulzainas.

Y el mercader se sentaba con los convidados, teniendo a su hijo a su lado, para que se recrease viendo tanto concurso de pueblo, y ambos comían de todos los platos.

Y todas las noches mandaba Abdu-r-Rahmán iluminar la calle y el barrio con vistosos farolitos y hacía venir juglares e histriones y saltimbanquis para que divirtiesen a los invitados con sus habilidades, por todo lo cual fue aquella una boda que no tuvo nunca igual.

Y el último día invitó Abdu-r-Rahmán a todos los pobres y menesterosos de la ciudad, los cuales acudieron en tropel y comieron y bebieron, en tanto el mercader se sentaba entre ellos, con su hijo, al costado.

Y he aquí que entre esos pobres presentóse allí el *scheij* Obaid, el joyero de Bazra, el cual iba lazrado y maltrecho y mostraba en su semblante las huellas del cansancio y la fatiga de un viaje largo.

Y Kamaru-s-Semán, luego que lo vio, lo conoció, y volviéndose a su padre, le dijo:

–Mira, padre mío, ese pobre que acaba de asomar por nuestra puerta.

Mirólo el mercader Abdu-r-Rahmán y reparó en lo desharrapado que iba, mal cubierto con unos andrajos corcusidos y remendados, que no valdrían arriba de dos dracmas, y notó la amarillez de su rostro y el polvo que lo cubría todo, de suerte que parecía un peregrino de lo más mísero.

Y dizque el cuitado jadeaba afanoso como enfermo y andaba renqueando y bamboleándose a uno y otro lado, y que en él cumplíase aquel dicho del poeta, que dijo:

«El hombre sin dinero pierde su dignidad,
cual el sol, al ponerse, que deja de alumbrar.
A la gente rehuye, y trata de ocultarse
y a sus solas derrama un llanto inagotable.
Si se ausenta, no hay nadie que pregunte por él,
y si presente está, no goza de placer.
¡Por Alá, que pobreza es cosa maldecida,
que hace que al hombre extraña se vuelva su [familia!»

Y también dijo otro poeta, sobre el mismo tema:

«Todo está en contra del pobre;
no hay puerta que se le abra;
todos le tienen horror,
aunque pecado no haya,
y aunque con nadie se meta,
todos le vuelven la espalda;
todos son sus enemigos,
por más que no medie causa.
Hasta los perros, que al rico
mueven la cola, a él le ladran,
y le enseñan los colmillos
y le muerden, si no escapa.»

Y también dijo otro y dijo bien:

«Cuando al hombre generoso
le sonríe la fortuna,
huyen de él las desazones,
no ha de temer cosa alguna;
los gorrones a porfía
lo lisonjean y adulan
y las hembras se lo rifan
y entre sí se lo disputan.
Y si se pee fuerte dicen:
–¡*Ye*, qué bien suena esta música!
Y si sus pedos degüella,
con una peste que atufa,
dicen: –¡*Ye*, qué olor tan bueno,
parece de algalia pura!» [19]

[19] La edición de Bulak omite estos versos.

Y el mercader Abdu-r-Rahmán, al ver al desdichado, volvióse a su hijo y le preguntó:

–¿Quién será ese pobre, hijo mío?

–Es maese Obaid–contestóle su hijo–, el joyero, el marido de la mujer que tenemos en casa encerrada.

–¡Ah!–exclamó el mercader–. Entonces, ¿es aquel mismo de quien me hablaste, hijo mío?

–Así es, padre mío–respondió Kamaru-s-Semán–, que lo he reconocido, sin que a la menor duda haya lugar.

Y era, efectivamente, aquel mendigo el joyero Obaid, el esposo de Halima, y la causa de su venida fue que el hombre, al despedirse de Kamaru-s-Semán, dirigióse a su tienda y se sentó en ella; pero en seguida asaltáronle sospechas y todo el día anduvo desazonado e inquieto, hasta que, al caer la tarde, ya no pudo más y cerró la tienda y se fue a su casa, y, al llegar, puso su mano en la puerta y esta se abrió sola, sin tener que hacerle fuerza, y entró el joyero en la casa y no halló en ella ni a su mujer ni a la esclava y vio, además, que estaba toda la casa revuelta, que con su mudo lenguaje parecía recitar aquellos versos del poeta:

«Aquellas salas que antaño
eran como una colmena,
ahora vacías quedaron,
al dejarlas las abejas.»

Y al ver la casa vacía, púsose maese Obaid a mirar a derecha e izquierda y a dar vueltas como un loco, de acá para allá, sin a nadie encontrar. Hasta que, finalmente, fuese a su alacena y la abrió y miró y no halló en ella el menor rastro de sus dineros y riquezas.

Despertóse entonces de su embriaguez y despertó de su ceguera y comprendió que había sido su mujer la que aquella astucia urdiera contra él y en aquella trampa le hiciera caer, y, al adquirir esa certeza, rompió el hombre a llorar por lo que le ocurriera, aunque no dijo nada a nadie de lo sucedido, para que no se alegrasen sus enemigos ni se afligiesen sus amigos. Y en su interior se dijo: «Mira, Obaid: lo que debes hacer es callarte y guardarte para ti tu pena, que ya dijo el poeta:

«Si encogido está el pecho del que guarda, celoso, su secreto,
más encogido aún ha de estar el de aquel que lo publica necio.»

Cerró, pues, su casa y fuese a su tienda y encargó de ella a uno de sus operarios, y le dijo:

–Ese joven amigo mío me ha invitado a acompañarle en su viaje a Mizr, a fin de que me distraiga, y jura que no se irá de aquí sin llevarnos con él a mí y a mi *harén*. Así que, hijo mío, encárgate tú de la tienda, y, si pregunta por mí el rey, dile: «Marchó con su *harén* a la Casa de Alá, ¡la Sagrada y la Santa!»

Vendió luego algunas de sus mercaderías y se compró camellos y mulas y mamelucos y mercó también una esclava y la acomodó en una litera y, pasados diez días, partióse de Bazra, acudiendo a despedirle sus amigos, quedando todos convencidos de que iba a hacer la peregrinación a Meca, en compañía de su mujer.

Y alegróse mucho la gente de que el joyero se hubiera ido en peregrinación, llevándose a su esposa consigo, pues así libráralos Alá de aquella reata de tener que estar recluidos los viernes en las mezquitas y en sus casas.

Y hubo de ellos quien dijo:

–¡Ojalá y no vuelva más por aquí, para que esa odiosa costumbre deje de regir!

Y dijeron otros:

–Es lo más probable que no vuelva, debido a las oraciones de todos nosotros, que a Alá se lo pedimos.

Y otro añadió:

–Y si vuelve, peor para él.

De esta suerte alegrábase todo el pueblo de Bazra de la partida del joyero, que los libraba de aquella vejación y encierro de los viernes, y dizque hasta los perros y los gatos se alegraban.

Pero he aquí que, llegado que fue el viernes, lanzó el pregonero su pregón de siempre, mandando a todos los hombres que se encerrasen en sus casas o en las aljamas, en unión de sus perros y sus gatos, y al oír aquello los pechos se les encogieron y, juntándose todos en junta general, deliberaron sobre el caso y acordaron dirigirse al diván del sultán, y así lo hicieron en el acto.

Y al llegar al diván besaron la tierra entre las manos del sultán y luego le dijeron:

–¡*Ye* rey del tiempo! El joyero cogió su *harén* y se fue en peregrinación a la Casa de Alá, la Santa; de modo, pues, que ya no ha lugar a que nos tengamos que encerrar.

Enfurecióse el sultán al oír eso y exclamó:

–¿Cómo fue que ese traidor se marchó de aquí sin recabar antes mi venia? ¡Por Alá, que le ha de pesar cuando vuelva! Y cuanto a vosotros, podéis iros a vuestras tiendas y seguir comprando y vendiendo en ellas. Que de hoy más os eximo de esa incomodidad.

Y esto es, por ahora, todo lo referente a esta historia.

Cuanto a maese Obaid, el joyero, fue caminando diez jornadas, sin contratiempo, hasta que le ocurrió igual que a Kamaru-s-Semán cuando fue a Bazra y lo despojaron de sus ropas y de todo cuanto llevaba, salvando la vida porque se hizo el muerto, hasta que los bandidos lo dejaron y se fueron.

Levantóse entonces y echó a andar otra vez, desnudo como los bandidos lo dejaron, hasta que Alá le deparó unos hombres de bien que se compadecieron de él y le cubrieron su desnudez con unos guiñapos, y así fue mendigando de comarca en comarca, hasta llegar a Mizr, la bien guardada.

Sorprendió aquí a Schahrasad la aurora y cortó el hilo de sus palabras encantadoras.

PERO LA NOCHE 523 REANUDO SU RELATO EN ESTA FORMA:

–Ha llegado a mis oídos, ¡*ye* monarca, el afortunado!, que el joyero fue pordioseando el sustento, de comarca en comarca, hasta que llegó a Mizr, la bien guardada.

Apretóle allí el hambre y empezó a mendigar por los zocos de la ciudad, y un hombre, al verlo, le dijo compadecido:

–Mira, mezquino: dirígete a esa casa donde están de boda y alifara, que allí podrás comer y beber a tus anchas, pues hoy convidan allí a todos los pobres, así del país como algarivos; ve, pues, allá y entra y nada temas, que en casa donde hay boda los porteros huelgan.

Entró, pues, el joyero en la casa y Kamaru-s-Semán lo vio en seguida y lo reconoció y a su padre se lo comunicó.

Y el mercader Abdu-r-Rahmán díjole a su hijo Kamaru-s-Semán:

–Mira, hijo mío, cómo viene; de fijo que trae hambre; llámalo y dile que

coma y beba hasta hartarse y serene su alma y luego ya veremos lo que se hace.

Mandó, pues, Kamaru-s-Semán que le dieran de comer, y maese Obaid comió hasta que se hartó, y luego se lavó las manos y bebió su café y tomó un sorbete endulzado con azúcar y aromado con ámbar y almizcle, y luego se dispuso a irse.

Pero entonces el padre de Kamaru-s-Semán lo mandó llamar con un criado, el cual lo detuvo y le dijo:

–Ven conmigo, algarivo; el mercader Abdu-r-Rahmán quiere hablar contigo.

–¿Qué mercader Abdu-r-Rahmán es ese?–preguntó maese Obaid.

Y el criado le contestó:

–Es el anfitrión.

Volvió maese Obaid sobre sus pasos, pensando que lo llamaba el mercader para hacerle algún bien.

Pero al acercarse allí vio a su amigo Kamaru-s-Semán y fue tanta la vergüenza que le entró, que corrió peligro de perder el sentido.

Levantóse Kamaru-s-Semán y fuese a él y lo cogió y lo estrechó contra su pecho y lo saludó con el *selam* y después rompió a llorar.

Y luego que se serenó, lo hizo sentar a su lado y su padre le dijo:

–Hombre poco fino, ¿es esa la manera de recibir a los amigos?

Y dirigiéndose a sus criados, les dijo:

–Llevadlo al *hammam* y vestidle luego el mejor de los trajes, que valga mil dinares.

Hiciéronlo así ellos, y al volver luego maese Obaid, aseado y compuesto, Kamaru-s-Semán sentólo a su lado, y dizque le habían vestido un traje que valdría lo menos mil dinares y le habían lavado el cuerpo con todo primor y esmero de suerte que parecía el propio *scheij* de los mercaderes.

En tanto estaba maese Obaid en el *hammam* hubieron de preguntarle los demás convidados a Kamaru-s-Semán quién era aquel hombre y de qué lo conocía, y Kamaru-s-Semán les dijo:

–Este es mi amigo y me tuvo hospedado en su casa y me colmó de favores tantos y tan grandes que no podrían contarse.

Y siguió ponderándoles todo lo que con él hiciera el joyero, diciendo:

–Hizo conmigo esto y aquello, de suerte que siento bochorno al verlo y no sé cómo pagarle, atendido lo espléndidamente que se portó conmigo.

Y así siguió el joven elogiando al joyero, hasta que todos los presentes concibieron de él una gran idea y exclamaron a un tiempo:

–Siendo así como dices, nosotros también debemos honrarlo y agasajarlo, en atención a ti; pero querríamos saber por qué razón vino ahora hasta aquí desde su país y qué hizo Alá con él para que se presentara en ese estado lamentable en que lo vimos venir.

–¡*Ye* amigos míos–díjoles Kamaru-s-Semán–, no os asombréis de eso, que todo hijo de Adán se halla bajo el poder del sino y la fatalidad y no hay en este mundo nadie a cubierto de azares! Que ya dijo el poeta:

«Voluble, la fortuna al hombre zarandea
y al que ayer era rico, hoy sume en la miseria;
no seas, pues, aturdido y del pecado huye
y sabe que en el mundo no hay nada que perdure
y que todas las cosas llevan dentro de sí
el gusano que un día las ha de destruir.»

Pues habéis de saber que yo llegué a Bazra todavía en peor situación que él, ya que él entró en Mizr con sus vergüenzas cubiertas, aunque fuese con unos harapos, mientras que yo llegué a Bazra completamente en cueros, con una mano delante y la otra detrás y sin más amparo que el de Alá y el de ese hombre bueno y generoso que me quiso deparar.

Y la culpa de todo eso fue de aque-

llos alarbes que en el camino me acometieron y me quitaron las ropas, dejándome en cueros, y, además, se llevaron mis mulas y mis camellos y mis fardos de géneros, y me mataron a mis criados y a los hombres que me iban escoltando, salvándome yo gracias a que me tendí entre los muertos y me fingí uno de ellos, y, luego que los bandidos se fueron, me levanté y eché a andar y entréme en la ciudad de Bazra.

Y entonces ese hombre me cogió y me vistió y me hospedó en su casa y me corroboró con dinero, y todo cuanto aquí traje a Alá y a él se lo debo y a nadie más.

Y luego, al venirme de Bazra, proveyóme él de todo en abundancia, gracias a lo cual pude venir aquí sin ninguna dificultad, y, al separarnos ambos, gozaba él de prosperidad y señorío y el sultán teníalo por amigo; pero puede que el tiempo lo haya hecho después blanco de sus saetas y le haya obligado a dejar su tierra y su familia y en el camino le haya ocurrido lo mismo que a mí me ocurrió, que cosa sería que no nos debiera mover a maravilla.

Pero yo debo ahora recompensarlo por las buenas acciones que conmigo hizo y pagarle sus favores como es debido. Que con mucha razón dijo el poeta que dijo:

«¡*Ye* tú, que al Tiempo estimas!
¿Sabes quizá lo que el Tiempo
hace y deshace en la vida?
Pero piensa que una cosa
hay solo que no es perdida:
la buena obra que le haces
a quien de ti necesita.»

Y estando en estas pláticas Kamaru-s-Semán con sus amigos vio llegar a maese Obaid, que volvía del *hammam* como si fuera el propio *scheij* de los mercaderes, y todos los presentes, al verlo, se levantaron y lo saludaron y lo hicieron sentar a la cabecera del estrado.

Y Kamaru-s-Semán le dijo:

–¡Bendito y fausto sea el día de tu llegada, que para mí ninguno otro se le iguala! Si los árabes te asaltaron y te desnudaron y de tus riquezas te despojaron, no te aflijas, que el dinero rescata los cuerpos [20]; desnudo entré yo en tu tierra y tú me vestiste y me agasajaste y de favores me colmaste y ahora yo, por todo ello, quiero recompensarte.

Y a este tenor siguió Kamaru-s-Semán hablándole al joyero, tratando de consolarlo y tapándole con ello la boca, para que no hablase, por temor a que sacase a colación a su mujer y le recriminase por lo que había hecho con él.

Y no paraba de citarle sentencias morales y ejemplos y versos y leyendas e historias, hasta que, al cabo, el joyero le caló la intención y el truco le adivinó y guardó silencio sobre lo pasado, y mostró deleitarse oyendo todos aquellos cuentos y versos y repetíase estos otros en sus adentros:

–Hay en la frente del mundo
escrito un letrero tal,
que, al leerlo, tu alegría
truécase en duelo mortal.
Porque has de saber que el mundo
con su derecha nos da
a beber la copa dulce,
y con la izquierda, a la par,
nos hace tragar la amarga,
sin que se pueda evitar.

Cogieron luego Kamaru-s-Semán y su padre, Abdu-r-Rahmán, al joyero y lo introdujeron en la sala del *harén* y se quedaron a solas con él, y dijo el mercader Abdu-r-Rahmán al joyero:

–Ahora que estamos solos, te ruego me digas lo que te pasó con tu mujer Halima y con mi hijo Kamaru-s-Semán.

[20] Suena a proverbial.

Contóselo todo maese Obaid, desde el principio hasta el fin, sin nada callar ni omitir, y, al terminar, díjole el mercader Abdu-r-Rahmán:

–Dime ahora, a tu juicio: ¿cúyo fue el pecado? ¿De tu mujer o de mi hijo?

–¡Por Alá–repuso el joyero–, que tu hijo es inocente de lo ocurrido; que del hombre es el desear y el pedir y de la mujer el negar y resistir! La culpa, pues, es toda de mi mujer, que me engañó e hizo conmigo lo que vino a hacer.

Quedóse luego a solas el mercader Abdu-r-Rahmán con su hijo Kamaru-s-Semán y le dijo:

–Mira, hijo mío: nos hemos informado de esa mujer y está claro que es una falsa, y ahora voy yo a probarlo a él, para ver si es hombre de honor y delicadeza o un cornudo sin vergüenza.

–¿Y qué es lo que piensas hacer? –preguntóle Kamaru-s-Semán.

–Le propondré–respondió Abdu-r-Rahmán–que haga las paces con su mujer, y, si se reconcilia con ella y le perdona sus faltas, lo mataré con mi espada, y después la mataré a ella también y a su esclava, que no se gana nada con que sigan viviendo adúlteras y calzonazos de esa laya. Pero si el hombre se negare a hacer las paces con esa falsa entonces lo casaré con tu hermana y le daré más riquezas que las que su mujer le quitara.

Volvió luego el mercader Abdu-r-Rahmán junto al joyero y le habló en estos términos:

–En verdad, maese, que el trato con las hembras requiere magnanimidad y paciencia, y quien las ame ha menester de entereza, pues ellas, por lo general, condúcense viperinamente con los hombres y tiran a abusar de ellos, en razón a serles superiores en belleza y atractivos exteriores, por lo cual ellas se engrandecen y a los hombres empequeñecen. Y así ocurre sobre todo cuando los maridos les demuestran su cariño, pues entonces suelen pagarles con altanería y coquetería y malas obras de todos estilos.

Pero cuando el hombre llega a percatarse de que es así, por haber visto en ellas algo que lo ofende y lo veja, ya no es posible que exista entre marido y mujer ninguna suerte de compañerismo, como no fuera el hombre de condición paciente y magnánima que lo induzca a pagar las malas partidas de su esposa con el perdón y el olvido, que, en no siendo así, nada bueno puede de su trato salir.

Porque en verdad ya dice de ellas el refrán: «Si en el cielo estuvieran, allá se inclinarían los cuellos de los hombres.» Y «A quien olvida y perdona, Alá lo galardona.»

Ahora bien: esta mujer es tu esposa y compañera y largo tiempo convivió ya contigo, por lo que procede que la trates tú con benevolencia, que esa es la clave del éxito en la convivencia. Y demás de eso ya se sabe que las hembras adolecen de falta de sentido y de fe, y si la tuya pecó, ya se arrepintió, y si Alá quiere, no volverá a pecar. Es mi opinión, pues, que debes hacer las paces con ella, y, si así fuere, yo te daré mucho más de lo que te quitó, y si quisieres quedarte aquí con ella y con nosotros a vivir, enhorabuena, que ninguno de los dos veréis aquí sino aquello que fuere propio y daros contento. Pero si prefiees volverte con ella a tu país, nada en contra tendré que decir.

Muchas y diversas son las cosas que entre marido y mujer pueden suceder y procede que tú uses de indulgencia y no sigas el camino de la violencia.

Oyó maese Obaid los razonamientos del mercader Abdu-r-Rahmán y luego le preguntó:

–¿Y dónde está ahora mi mujer, señor?

Y el mercader le contestó:

–Arriba está, en la sala alta; sube

allá y habla con ella lo que tengas que hablar. Porque has de saber que cuando mi hijo se presentó aquí con ella venía con la intención de tomarla por esposa, y así lo habría hecho si yo no me hubiese opuesto. Pero yo se lo impedí y la cogí a ella y la entré en esa cámara, y allí la dejé encerrada, pensando para mis adentros: «Puede que venga su marido, y, si así fuere, se la entregaré sin que la haya tocado mi hijo, que guapa es a fe, y a mujer así no la deja escapar tan aína su marido.»

Y he aquí que ha pasado lo que yo esperaba. ¡Y loado sea Alá, el Todopoderoso sobre toda cosa, que a bien hubo reunirte con tu esposa!

Y tocante a mi hijo, ya le busqué yo mujer y con ella lo casé, y estos festines y albórbolas son en celebración de su boda, que esta misma noche entrará en la alcoba de la novia, aparte lo cual no tiene tampoco las llaves del alcázar donde tu mujer está encerrada.

Las llaves son estas que yo ahora te doy; tómalas y sube allá a verla y abre con ellas la puerta y entra, que allí hallarás a tu mujer y su esclava y te podrás alegrar.

–*¡Ye*–exclamó maese Obaid–; Alá, señor, te pague todo el bien que me haces!

Y tomando las llaves subió escaleras arriba, dando muestras de gran alegría.

Y al llegar ante la puerta de la sala oyó a su esposa que lloraba con mucho pesar, por verse separada de Kamaru-s-Semán y por saber que este tomara a otra por esposa, y oyó a la esclava que le decía a su señora:

–¡Cuántas veces no te lo previne, mi ama! ¡Cuántas te dije: «¡Nada bueno sacarás de ese muchacho! Lo mejor que hacer puedes es dejarlo!» Pero tú de mis palabras no quisiste hacer caso y le robaste a tu marido cuanto tenía para dárselo a él, que te paga ahora casándose con otra.

–¡Cállate, maldita!–increpóla su señora–, que aunque se case con otra no podrá olvidarse de mí y volverá a mi lado y, en todo caso, buscaré consuelo recordando estos versos:

¡Ye señora, no te olvides
de aquel que a ti no te olvida
y no descuides aquel
que por ti de él no se cuida!

Porque no es posible que él no se acuerde de mí y no eche de menos mi compañía y no inquiera noticias mías, así que yo no he de retractarme de mi amor ni renegar de su afición, aunque hubiera de morir en esta prisión, que él es mi amado y mi médico y espero que a mí vuelva un día y me devuelva mi salud y mi alegría.

Luego que eso oyó decirle su marido, el joyero, pasó adentro y la increpó, diciendo:

–*¡Ye,* la falsa y traidora! Tan lejos estás tú de ese tu amigo como Iblis lo está del Paraíso.

Toda la culpa de lo ocurrido tú la tienes, y, si antes te hubiera yo calado la condición, no te habría tenido una hora conmigo, y al descubrir ahora tu traición, voy a matarte como te mereces, aunque con ello me acarree yo también la muerte.

Luego de decir eso cogióla el joyero con ambas manos por la garganta y apretó recio, y al mismo tiempo recitaba estos versos:

–Me engañaste sin razón,
abusando de ser bella,
y ahora que lo descubrí
ya se acabó mi ceguera,
y el odio, en vez del amor
es el que guía mi diestra,
para vengarme de ti,
mujer impura y perversa.

Y maese Obaid siguió apretándole el cuello a la adúltera hasta que al cabo la estranguló.

Gritó entonces la esclava, despavorida, y maese Obaid se fue hacia ella y la increpó, diciendo:

–¡Ven acá, alcahueta, que te voy a matar como a tu ama, pues eres tan falsa como ella, ya que sabías su traición y no me la advertías!

Y así diciendo apretóle, también con ambas manos el cuello, hasta que la dejó sin aliento.

Y dizque a todo esto estaba el mercader Abdu-r-Rahmán, espada en ristre, detrás de la puerta, escuchándolo con sus oídos todo y viéndolo con sus ojos.

Luego que maese Obaid, el joyero, hubo estrangulado a su esposa y a su esclava, atemóse por las consecuencias de lo hecho y pensó en sus adentros: «Cuando el mercader Abdu-r-Rahmán se entere de esto, me matará sin duda por lo que he hecho. ¡Solo le pido a Alá que me conceda morir como buen musulmán!»

Quedóse luego perplejo, sin saber lo que hacer, y, estando así, hete que entra a verlo el mercader Abdu-r-Rahmán y le dice:

–No te apures, amigo, que no corres ningún peligro; repara en esta espada que empuña mi diestra, pues tenía intenciones de matarte con ella si hacías las paces con tu esposa y perdonabas a esa traidora. Pero puesto que has hecho lo que has hecho, sea enhorabuena, que ahora yo voy a recompensarte casándote con mi hija, la hermana de Kamaru-s-Semán.

Cogiólo luego y bajó con él y mandó que avisasen a las que lavan los cadáveres.

Divulgóse luego por la ciudad la nueva de que Kamaru-s-Semán, el hijo del mercader Abdu-r-Rahmán, llegara de Bazra trayendo dos esclavas y que estas murieran a poco de llegadas, y acudió todo el mundo a su casa a darle el pésame por la doble desgracia, diciendo:

–¡Ojalá y tu cabeza viva y Alá te quiera recompensar!

Y esto es, por ahora, todo lo referente a esta historia.

Cuanto al mercader Abdu-r-Rahmán, convocó en su casa al *scheiju-l-Islam* y a todos los emires y grandes y notables de la ciudad y, dirigiéndose al primero, le dijo:

–*¡Ye scheiju-l-Islam,* extiende en seguida la partida de casamiento de mi hija Kokabu-z-Zebak con maese Obaid, el joyero, haciendo constar que ya me entregó la dote, en toda la integridad de su importe.

Extendió el *scheiju-l-Islam* la partida de casamiento y el mercader Abdu-r-Rahmán obsequió luego a todos con sorbetes y procedieron a celebrar la boda con gran alegría y llevaron en sendas literas a la hija del *scheiju-l-Islam,* la esposa de Kamaru-s-Semán, y a su hermana Kokabu-z-Zebak, esposa de maese Obaid, el joyero, y ambas bodas se celebraron la misma noche, entrando los novios al mismo tiempo en las alcobas de sus respectivas consortes [21].

Y al entrar el joyero en la cámara de su nueva esposa halló a esta más hermosa todavía que a la primera y mil veces más bella.

Puso luego fin a su doncellez, y, luego que amaneció la mañana del siguiente día, pasó al *hammam* en compañía de Kamaru-s-Semán.

Siguió después viviendo con ellos un espacio de tiempo, en la mayor alegría y la más plena dicha, hasta que al fin entróle nostalgia de su país y fue a ver a su suegro, el mercader Abdu-r-Rahmán, y le habló en estos términos:

–Mira, tío mío: siento ya deseos de volverme a mi tierra, donde tengo propiedades y caudales y operarios y apoderados, y quisiera ir allá y vender

[21] Lo que sigue hasta el final falta en la versión Mardrus.

todo cuanto poseo y venirme después a vivir con vosotros y pasar el resto de mi vida en vuestra compañía. Dame, pues, tu venia para que, atendidas estas razones, emprenda el viaje a mi tierra.

–Hijo mío–respondióle su suegro–. Desde ahora mismo cuentas con mi venia, que esas razones que dices son de las que no tienen réplica, pues el amor a la tierra natal forma parte de la religión, y el que no halla bien en su tierra, no lo hallará tampoco en la ajena. Pero podría, no obstante, suceder que, si emprendieras tu viaje sin tu mujer, te encontrases luego allí bien y anduvieses perplejo entre volver aquí por tu esposa o quedarte en tu tierra sin ella, por lo que estimo lo más atinado que no te vayas solo, sino llevando a tu mujer a tu lado. Y si luego de eso quisieres volver acá, enhorabuena, que gente somos nosotros que no conoce el divorcio y no hay mujer que se case dos veces entre nosotros.

–¡*Ye* tío mío–respondióle el joyero–, temo que tu hija no quiera venirse conmigo a mi tierra!

–No pases pena por ello, hijo mío –replicóle el viejo–, que entre nosotros no se estila que las mujeres desobedezcan a sus maridos, y no hay noticia de ninguna de ellas que a su esposo no atienda.

Al oír aquello, exclamó el joyero:

–¡Bendígaos Alá a vosotros y bendiga también a las mujeres de esta tierra!

Y acto seguido fue el joyero a ver a su mujer y le dijo:

–Tengo decidido volver a mi país; ¿qué dices tú a esto?

Y ella le respondió, diciendo:

–Mientras soltera fui, mandó mi padre en mí, y ahora, al casarme, toda la autoridad reside en la mano de mi esposo, al cual debo obedecer en todo.

–¡Bendígate Alá–respondió el joyero–y bendiga a tu padre y fecunde el germen de tu vientre y allane su alumbramiento, cuando el instante llegue!

Después de lo cual cortó sus ataduras y se dispuso a emprender la marcha, y su suegro le dio muchas cosas e invocó sobre su hija y su yerno las albaracas del cielo.

Y después de eso tomó el joyero a su mujer y se puso en camino y no paró de caminar, apretando la marcha, hasta llegar a la ciudad de Bazra.

Y al llegar a ella salieron a recibirlo todos sus parientes y amigos, que estaban ignorantes de lo sucedido y pensaban que volvía de hacer la peregrinación a la Casa de Alá, la Santa.

Y los unos alegrábanse de su regreso, mientras otros se llenaban de despecho y la gente del pueblo murmuraba:

–Ahora tendremos que pechar otra vez con la reata de marras y estarnos los viernes metidos en casa o en la aljama y tener bien guardados a perros y gatos.

Cuanto al rey de Bazra, luego que supo su llegada, enojóse mucho con él y lo mandó llamar, y, cuando lo tuvo entre sus manos, lo trató con malos modos y de dijo, airado:

–¿Cómo te fuiste de viaje sin avisármelo? Si algo necesitabas para tu peregrinación yo te lo habría dado, para que pudieses llegar sin menoscabo a la Casa de Alá, la Sagrada y la Santa.

–Perdóname, señor–respondióle el joyero–. ¡Por Alá, que no fui en peregrinación, sino que esto y estotro me pasó!

Y el joyero contó al rey todo lo que le sucediera con su mujer y con el mercader Abdu-r-Rahmán, el de Mizr, y cómo este lo casó con su hija, y al terminar su relato, añadió:

–Con ella vine ahora, mi señor.

–¡Por Alá, que si no fuera porque a Alá temo, te matara y luego me casara con esa joven de tan noble casta, aunque me hubiere de costar todos los tesoros del reino, que mujer digna es esa de que solo un rey la posea!

TECA PUBLIC

Pero, en fin, ya que Alá te la dio en suerte y te bendijo en ella, solo te recomiendo que la trates como se merece y la colmes de bienes.

Colmó luego el rey de mercedes al joyero y este se despidió de él y tornóse con su mujer.

Y vivió con ella cinco años de dicha completa y, al cabo de ellos, llevóselo Alá y lo acogió en su piedad.

Y entonces el sultán de la ciudad diose prisa a solicitar la mano de la viudita, pero ella se la negó diciendo:

–Entre los de mi casta no se estila, señor, que las mujeres se vuelvan a casar cuando el marido se les muere; así que yo no haré eso tampoco ni me casaré contigo, aunque me mates.

Envióle luego el sultán uno que le dijera:

–¿No tienes deseo de volver a tu tierra?

Y ella le respondió al emisario:

–Si bien hicieres, con bien serás pagado.

Reunió luego el sultán todas las riquezas del joyero, y, añadiendo otras de su real erario, dióselas a la viuda, y, finalmente, designó a uno de sus visires, hombre famoso por su virtud y su piedad, para que, al frente de una escolta de quinientos jinetes, la condujese a su país y con su padre la reintegrase, y allí en la casa paterna vivió desde entonces, sin volverse a casar, hasta que se la llevó consigo Alá, el todopoderoso.

Y si esta mujer no consintió en reemplazar con otro alguno a su difunto marido, ¿cómo podría comparársela con aquellas que le dan un sustituto al esposo estando aún vivo y lo suplantan con un mozalbete de prosapia y condición desconocidas y, para colmo, por vía de adulterio y no de legal matrimonio?

Loco de remate está quien piensa que todas las mujeres son iguales y no habrá quien lo pueda sanar.

¡Y gloria a Aquel cúyo es el imperio de lo visible y lo invisible y es el viviente que nunca muere!



HISTORIA DE ABDU-L-LAH-BEN-FAZIL, *AMEL* DE BAZRA, Y SUS DOS HERMANOS

(Noches 523 a 528)

Insistencia en el tema cainita: reiteración con ligeras variantes, de la Historia del scheij de los galgos *y de la de Sobeida y sus hermanas (en el cuento de* El alhamel y las mocitas), *la misma transformación primitiva de los malos hermanos en perros e idéntica obligación en Ibn-Fázil de azotarlos todas las noches, con el consiguiente dolor de su corazón de hermano bueno. Recurso patético cuya frecuencia indica su seguro efecto sobre la sensibilidad de los lectores (u oyentes) ingenuos y, paradójicamente, bárbaros de buen fondo. Completa la semejanza con la historia de Sobeida y sus hermanas la intervención del jalifa para deshacer el embrujo, actuando como vicario que es de Alá en la tierra, y, como tal, dotado de poder no solo sobre los hombres, sino también sobre los genios creyentes que deben acatar sus órdenes. Nótese el aire fabuloso de todo el relato, pese a los nombres históricos con que su autor pretende refrendarlo, situándolo en el jalifato de Harunu-r-Raschid, cuando indudablemente se trata de una leyenda antigua, probablemente de origen indopersa y de fondo esotérico, arbitrariamente retraída a una época en que el fervor religioso de los primeros tiempos del Islam ya se había entibiado y era preciso reanimarlo con tales consejas. Es absolutamente inverosímil que el jalifa abbasi, espíritu culto y escéptico, versado en las diversas escuelas filosóficas de su tiempo, pudiese admitir la veracidad de tales leyendas, probablemente de origen talmúdico, como lo hace pensar la intervención del profeta Elías, aunque este aparezca arabizado y envuelto en el manto verde del Islam. La ciudad de Piedra que descubre el emir Ben-Fázil pertenece al mapamundi de la fábula, y todo, en fin, tiene en este cuento,*

como en el de los genios encerrados en redomas, un aire burdo de hagiografía de haggadah *talmúdica, que, por otra parte, lo hace encantador.*

Lane omite esta historia por su parecido–que ya señalamos–con la de Sobeida y sus hermanas.

Amel, *nombre ya introducido en nuestro romance, equivale a gobernador.*

–Cuentan también que el jalifa Harunu-r-Raschid hubo de revisar, un día de los días, los tributos y rentas de su reino, y vio que todos los países y comarcas sujetos a sus dominios los habían enviado y que solo faltaban los de Bazra, que aquel año no los enviara.

Reunió, pues, el jalifa su diván y ordenó:

–¡Que venga en seguida mi visir Châfar!

Compareció este al punto entre sus manos y el jalifa le dijo:

–Todas las rentas de las provincias llegaron ya al erario, menos las de Bazra, que de allí no ha venido nada.

–¡*Ye* emir de los creyentes!–díjole Châfar–. Puede que al *amel* de Bazra le haya ocurrido algo que le impidiera enviarlas.

–Veinte días–replicóle el jalifa–tienen de plazo los gobernadores para enviar sus rentas y si ese de Bazra no pudo hacerlo, ¿por qué no se disculpó en todo ese tiempo?

–¡*Ye* emir de los creyentes!–díjole Châfar–. Si te parece bien, le despacharemos un emisario para que aclare el caso.

–Sí–aprobó el jalifa–; mándale a Abu-Ishak, el Mozuli, que es mi comensal.

–Oír es obedecer–respondió Châfar.

Bajó luego el visir a su casa y mandó llamar a Abu-Ishak, el Mozuli, el comensal, y escribió una carta muy bien escrita y se la dio y le encargó:

–Llévale esta carta a Abdu-l-Lah-ben-Fázil, guali de Bazra, y mira a ver por qué no envió a su tiempo las rentas de su comarca, y dile que te las dé a ti y tráelas en seguida aquí.

Y si ves que anda reacio y te sale con pretextos y largas, lo coges también y te lo traes para que se lo explique todo al jalifa de palabra.

Respondióle Abu-Ishak con el «Oigo y obedezco» y tomó después cinco mil jinetes de las tropas de Châfar y emprendió la marcha, y fue caminando hasta llegar a la ciudad de Bazra.

Hizo luego saber su llegada a Abdu-l-Lah-ben-Fázil, y este salió en seguida a recibirlo al frente de sus tropas y lo hizo entrar en Bazra y subió con él a su alcázar, en tanto los soldados se quedaban en tiendas de campaña, en las afueras de Bazra, facilitándoles Ben-Fázil todo cuanto necesitaban. Luego que pasaron al diván, hizo sentar Ben-Fázil a su lado a Abu-Ishak, y todos los emires de su gobierno tomaron asiento a su alrededor, cada cual según su rango y posición.

Y después de cambiados los saludos de rigor, díjole Ben-Fázil a Abu-Ishak, Al-Mozuli:

–¡*Ye* mi señor! ¿Por ventura tu visita obedece a alguna razón?

–Por cierto que sí–respondióle Abu-Ishak–. Vengo a reclamarte las rentas que no enviaste a Bagdad.

–¡*Ye* mi señor!–respondióle Ben-Fázil–, lamento que te hayas tomado el trabajo y las molestias del viaje, pues aquí tengo las rentas íntegras, sin que nada les falte, y mañana mismo pensa-

ba enviarlas a Bagdad; pero ya que has venido te las entregaré a ti mismo y tendré, además, el placer de dispensarte mi adiafa.

–¡*Ye* no te preocupes por eso!–díjole Abu-Ishak.

Dio Ben-Fázil por terminado el diván y pasó con su huésped a un pabellón de su casa de tal magnificencia que no podía compararse con nada.

Ofrecióles después a él y a sus acompañantes de comer, y comieron todos y bebieron y se solazaron y se holgaron, después de lo cual levantaron la mesa los esclavos y ellos se lavaron las manos.

Sirviéronles luego el café y los sorbetes y se quedaron de sobremesa hasta pasado el primer tercio de la noche, charlando, y después se acostaron en lechos de amafil con incrustaciones de oro, que lanzaban destellos luminosos.

Tendióse en seguida Abu-Ishak en su lecho y Ben-Fázil se acostó en otro contiguo; pero Abu-Ishak, Al-Mozuli, el emisario del jalifa, no podía conciliar el sueño y púsose a recordar pasos de poetas y prosistas y a recitarlos, y así continuó desvelado, hasta que la noche fue mediada.

Y en tanto Abu-Ishak estaba en ese estado, levantóse Abdu-l-Lah-ben-Fázil y se ciñó su faja y abrió un arca y sacó de ella un látigo y, cogiendo en su mano una vela encendida, salióse por la puerta del alcázar, pensando que Abu-Ishak estaba dormido y no lo observaba.

Sorprendió aquí a Schahrasad la aurora y cortó el hilo de sus palabras cautivadoras.

PERO LA NOCHE 524 REANUDO SU RELATO EN ESTA FORMA:

–Ha llegado a mis oídos, ¡*ye* monarca, el afortunado!, que Abdu-l-Lah-Ben-Fázil salióse por la puerta del alcázar creyendo que Abu-Ishak estaba dormido y no veía nada.

Pero al verlo salir, Abu-Ishak maravillóse y se dijo: «¿Adónde irá a esta hora Abdu-l-Lah y con ese látigo además? ¿Será que va a castigar a alguno? Sea como fuere, no tengo más remedio que seguirle y ver qué es lo que sucede.»

Y Abu-Ishak se levantó y fue tras de Ben-Fázil, recatándose de suerte que lo veía sin que él lo viese, y viole abrir una alacena y sacar de ella una mesa, en la que había cuatro fuentes con viandas y pan y una jarra con agua.

Cargó luego Bez-Fázil con la mesa y echó a andar, y Abu-Ishak siguió tras él, recatándose, y lo vio entrar en una sala, y se escurrió también él allí dentro y se escondió tras una puerta y miró por sus rendijas y vio ser aquella una habitación espaciosa y alfombrada con lujosas almofallas y que en su centro había un lecho de almargen, chapado de oro refulgente, y, atados a él, dos lebreles con sendas cadenas de oro resplandeciente.

Y vio luego Abu-Ishak a Ben-Fázil dejar la mesa a un lado y remangarse los brazos y quitarle la cadena a uno de los perros, el cual se puso a restregarse contra su brazo y bajó la cabeza al suelo, como si besara la tierra entre sus manos, y lanzó unos aullidos débiles y apagados.

Luego de eso tornó Ben-Fázil a atar al perro y lo tendió en el suelo, y enarbolando la fusta empezó a azotarlo recio y sin compasión, y el perro hacía

por soltarse de la cadena, pero no hallaba salvación.

Y siguió Ben-Fázil fustigando al perro hasta que este, al fin, no pudo más y dejó de aullar y rodó por el suelo como muerto.

Cogió entonces Ben-Fázil al perro y volvió a atarlo al pie del lecho.

Y tomó después al otro perro e hizo con él igual que con el primero, y luego de todo eso, sacó un pañuelo y enjugóles sus lágrimas a entrambos perros y se puso a consolarlos, diciendo:

–No me guardéis rencor, que harto sabéis que no lo hago por mi gusto, y esperad, que acaso Alá sea servido de sacaros de este aprieto y abriros la puerta de la alegría después del sufrimiento.

Y luego se puso a rezar por ellos.

Estaba, a todo esto, Abu-Ishak detrás de la puerta y todo lo veía con sus propios ojos y todo lo oía con sus propios oídos, y estaba maravillado y sorprendido.

Fue luego Ben-Fázil y acercó a los dos perros la mesa con las viandas y se puso a darles de comer en su mano, hasta que aquellos se hartaron, y entonces les enjugó sus sendos hocicos con su paño, y cogió después la jarra del agua y les dio de beber, y, finalmente, cargó otra vez con la mesa, la jarra y la vela, y se dispuso a volverse de nuevo a su aposento.

Apresuróse Abu-Ishak a tomarle la delantera y se fue a su lecho y se acostó y se hizo el dormido, de suerte que Ben-Fázil no pudo sospechar que lo hubiera seguido y espiado cuanto hizo.

Y esto es, por ahora, todo lo atinente a esta parte de la historia.

Cuanto a Abu-Ishak estúvose todo el resto de la noche pensando en lo que viera, y su asombro era tan grande que no pudo dormir y permaneció desvelado dando vueltas en la cama, hasta que amaneció la mañana.

Levantáronse entonces todos y rezaron la zalá matinal, después de lo cual les sirvieron el desayuno y comieron y tomaron el café, y después trasladáronse al diván.

Y estuvo Abu-Ishak preocupado todo aquel día con lo que viera la noche anterior, pero a nadie se lo reveló ni tampoco a Abdu-l-Lah nada le preguntó. Pero llegada que fue la noche, siguió también al guali y le vio hacer con los dos perros lo mismo que la noche anterior, y la noche tercera repitióse la misma escena.

Diole luego Abdu-l-Lah las rentas del año y Abu-Ishak las tomó y se despidió de él, sin decirle nada de aquello, y emprendió su viaje de regreso, y fue caminando sin parar, hasta llegar a la ciudad de Bagdad, donde en seguida entrególe las rentas al jalifa.

Preguntóle aquel por la causa del retraso en enviar las rentas, y Abu-Ishak le dijo al Jalifa:

–¡*Ye* emir de los creyentes: al llegar yo a Bazra disponíase el guali a enviarlas, que de haberme yo retrasado un día me habría cruzado con ellas en el camino!

Pero he tenido ocasión de ver en Abdu-l-Lah-ben-Fázil un prodigio tal que en mi vida nunca lo presenciara igual.

–Pues ¿de qué se trata? Dime esa maravilla–exclamó el jalifa.

–Se trata, ¡*ye* emir de los creyentes!–respondió Abu-Ishak–, de esto y esto–y contóle al jalifa lo que hiciera Ben-Fázil con aquellos dos canes.

–¿Y no le preguntaste por qué hacía eso?–díjole el jalifa, perplejo.

–¡No, por vida de tu cabeza, *ye* emir de los creyentes!–respondió Abu-Ishak.

–Pues bien–díjole el jalifa–: yo te mando, Abu-Ishak, que en seguida vuelvas allá y me traigas a Abdu-l-Lah-ben-Fázil y a los dos canes.

–¡*Ye* emir de los creyentes!–exclamó Abu-Ishak–. Exímeme de esa misión,

que Abdu-l-Lah-ben-Fázil me honró mucho y me agasajó, y, si descubrí eso que te dije, fue por pura casualidad y sin intención premeditada; ¿cómo quieres, pues, que ahora vaya por él y te lo traiga? Si allá volviera, al verme en su presencia se me caería la cara de vergüenza. Manda, pues, allí a otro que no yo, con una carta de tu puño y letra, y él te traerá a Abdu-l-Lah y a los dos perros, sin perder tiempo.

Pero el emir de los creyentes le contestó, diciendo:

–Si mando a otro que tú negará todo lo ocurrido y dirá: «Yo no tengo perros ni sé nada de ellos.» Mientras que si te mando a ti le podrás tú argüir: «Yo los vi con mis propios ojos.» Y él entonces no podrá negar ya y confesará. Así que no hay más remedio sino que tienes que ir tú allá y traérmelo a él y a sus perros, y te prevengo que, si no lo hicieres, te daré la muerte.

–Oigo y obedezco, *¡ye* emir de los creyentes!–respondió Abu-Ishak–. Y que Alá nos guarde, que es el mejor de los guardianes; pero qué razón tuvo el que dijo que por su lengua se pierde el hombre, pues loco fui yo al hablarte de ese asunto, que, si no lo hubiera hecho, ahora no me vería en este apuro. Pero, en fin, ¿qué le vamos a hacer? Escríbele una albalá y yo iré allá con ella y te traeré a Abdu-l-Lah.

Mandó el jalifa escribir la carta y Abu-Ishak marchó con ella a Bazra y pasó en seguida a ver al gobernador, el cual, al verlo entrar, exclamó:

–¡Librenos Alá de que tu llegada anuncie algún mal! ¿Cómo es que vuelves tan pronto por acá? ¿Es que acaso las rentas no iban completas y el jalifa ha puesto reparo a ellas?

–*¡Ye* emir Abdu-l-Lah!–respondióle Abu-Ishak–. No obedece mi llegada a que en las rentas falte nada, pues estaban completas y cabales y el jalifa no les tuvo que poner reparo en ningún detalle.

Mi venida no debe inquietarte, pues precisamente vengo a darte satisfacción por haber faltado a tu derecho, lo que ocurrió, en verdad, por el poder de Alá.

–Explícate mejor–díjole Abdu-l-Lah–. ¿A qué te refieres, Abu-Ishak?

–Has de saber–respondióle este–que cuando estuve aquí hace poco te fui siguiendo una noche, a eso de su mitad, y pude ver cómo te levantabas de tu lecho e ibas a martirizar a dos perros y luego te volvías a acostar. Y cuando te vi castigar de eso modo a los dos perros me maravillé y quise preguntarte la razón de aquello, pero me dio vergüenza de hacerlo. Y luego que llegué a Bagdad y vi al jalifa contéle lo que viera, sin mala intención, solo porque se me escapó, y el jalifa, al oírme, me mandó que volviese a Bazra y me dio para ti esta carta, de su puño y letra; pero yo te juro que si hubiese sabido hasta dónde iba a llegar este asunto no le habría dicho palabra, aunque pienso que en todo esto ha mediado el sino, con su influencia nefasta.

Siguió luego Abu-Ishak disculpándose con el emir Abdu-l-Lah, el cual le dijo:

–Puesto que se lo contaste al jalifa no te desmentiré ante él, para que no piense que eres un embustero, y así confirmaré tu cuento.

–¡Alá vele tu rostro como tú velas el mío ante el jalifa!–exclamó Abu-Ishak, ya con el alma tranquila.

Tomó luego el emir Abdu-l-Lah valiosos presentes, dignos del emir de los creyentes, y cogió a los dos lebreles y, atados con sendas cadenas de oro, montólos en sendos camellos, y en compañía de Abu-Ishak emprendió la marcha a Bagdad.

Luego que allí llegaron pasaron a presencia del jalifa, y Abdu-l-Lah besó la tierra entre sus manos, mandándolo sentar luego el soberano. Y así lo hizo

el emir, teniendo los dos perros a su lado.

Y el jalifa le dijo:

–¿Qué perros son esos dos que traes contigo?

Al oír aquello pusiéronse los perros a besar la tierra entre las manos del jalifa y a menear sus colas y a llorar como si se doliesen ante él y demandasen justicia, lo que causó al soberano gran maravilla.

Y dirigiéndose a Abdu-l-Lah, díjole el jalifa:

–Cuéntame toda la historia de estos dos perros y el porqué de lo que haces con ellos, que primero les pegas y luego los tratas con mimo y respeto.

Y Abdu-l-Lah respondióle al jalifa, diciendo:

–Estos no son perros, sino hombres, y por cierto dos jóvenes muy guapos y hermosos, y bien formados, y, para decírtelo todo, son mis hermanos, hijos de padre y madre.

–Pues ¿cómo fue–preguntóle el jalifa–que siendo hombres primero luego se convirtieran en perros?

–Si me das tu venia, *¡ye* emir de los creyentes!–díjole Abdu-l-Lah–, te contaré toda su historia con absoluta sinceridad.

–Hazlo así, Abdu-l-Lah–díjole el jalifa–, y guárdate de decir mentira, que eso es propio de hipócritas, y la verdad es el Arca de la Salvación y el lunar que distingue a los hombre de recta condición.

–Has de saber, *¡ye* vicario de Alá!–respondió Abdu-l-Lah–, que si digo verdad al contarte la historia de estos dos perros ellos darán testimonio de mis palabras y lo corroborarán, y si miento, me desmentirán.

–¡Buena es esa!–exclamó el jalifa–. Perros son esos que no pueden hablar ni responder; ¿cómo podrían dar testimonio a tu favor ni en contra tuya?

Pero Abdu-l-Lah encaróse con los dos perros y los conjuró, diciendo:

–Hermanos míos: si me oís una palabra que no sea verdad, levantad vuestras cabezas y quedaos mirándome fijo, y si digo verdad en todo, bajad las cabezas y los ojos.

Y Abdu-l-Lah volvióse luego al jalifa y tomó la palabra diciendo:

–Has de saber que nosotros, *¡ye* emir de los creyentes!, éramos tres hermanos de una misma madre y un mismo padre, y llamábase nuestro padre Fázil, y la razón de que ese nombre le pusieran fue que su madre dio a luz dos mellizos, en una sola entraña concebidos, y uno de ellos murió en el mismo acto del alumbramiento y el otro vivió, por lo que su padre le puso el nombre de Fázil [1].

Criólo luego con todo esmero y le dio una educación de lo mejor, hasta que se hizo mayor, y entonces lo casó con nuestra madre y después se murió.

Dio luego nuestra madre a luz a este hermano mío y le puso por nombre Manzur [2], y tornó a dar a luz y tuvo a este otro hermano mío, y le puso por nombre Názir [3], y tornó luego a dar a luz por tercera vez y entonces me tuvo a mí, y me puso por nombre Abdu-l-Lah.

Criónos nuestro padre a los tres hasta que nos hicimos mayorcitos y alcanzamos la edad de la hombredad. Y luego murió en la misericordia de Alá.

Y heredamos de él una casa y una tienda, atestada de toda clase de telas, así de Al-Hind, como de Ar-Rum y Al-Jorasán, y de otros países que sería largo enumerar.

Luego que murió nuestro padre lavamos el cadáver y le hicimos exequias considerables y lo enterramos, y pasó a gozar de la misericordia de Alá.

Reuní yo después a los mercaderes y a los jerifes de entre la gente y los

[1] *Fázil* significa, a la letra, el remanente.
[2] Victorioso.
[3] Defensor.



invité a un gran convite, y, luego que terminaron de comer, les dije:

—*¡Ye* mercaderes, en verdad que este mundo es pasajero y el otro duradero; loor a Aquel que perdura después de la consunción de sus criaturas! Pero decidme ahora: ¿sabéis por qué os he reunido en este día, para mi bendito?

—¡Loor—exclamaron ellos—a Aquel que conoce los secretos!

—Mi padre—continué yo—murió dejándonos copiosos caudales, y yo temo que alguien pudiese ahora reclamar el pago de alguna deuda o la devolución de algún rehén suyo que en su poder tuviera, y querría saberlo para cumplir, en nombre de mi difunto padre, sus compromisos con el pueblo. De suerte, pues, que quien tuviera alguna reclamación que hacer diga en seguida: «A mí me debía esto o aquello» y se lo abonaré luego, para que mi padre en el otro mundo no tenga que padecer ni penar por ello.

A lo que los mercaderes contestaron, diciendo:

—En verdad, Abdu-l-Lah, los bienes de este mundo son perecederos y no pueden compararse, en modo alguno, con los del otro mundo, y nosotros no somos un pueblo fraudulento, sino que sabemos distinguir lo lícito de lo ilícito y tememos al Todopoderoso y nos guardamos muy bien de devorar el patrimonio de los huérfanos. De tu padre (Alá lo tenga en su misericordia) nos consta que aún hay quien le debe dinero, que hombre era él que a los morosos no apremiaba y él, en cambio, a todos puntualmente pagaba, y hartas veces le oímos decir: «Me inspira respeto la hacienda del pueblo.» Y en sus oraciones solía decir: *«¡Ye* Alá, Tú eres mi estada y mi esperanza; haz que no muera dejando deudas!» Y tenía por costumbre, si algo debía, pagarlo luego, sin dar lugar a que se lo reclamaran, y cuando algo le debían a él, no apretaba al deudor, sino que le decía: «Cuando puedas.» Y en siendo pobre el tal lo desligaba de su compromiso y lo eximía de toda responsabilidad, y si no era pobre y moría, dejándolo a deber, exclamaba: «¡Que Alá le perdone su deuda!»

Y todos a una certificamos que él a nadie debía nada y nos ratificamos en nuestra palabra.

—¡Que Alá os bendiga!—exclamé yo.

Y volviéndome luego a estos mis hermanos les dije:

—Nuestro padre no debía nada a nadie y nos ha legado muchos caudales en metálico y en géneros, además de la casa y la tienda, y, pues somos tres, nos corresponde a cada uno un tercio de la herencia. Ahora bien: a nuestra elección queda el no hacer particiones y disfrutar en común de los bienes y comer y beber de ellos los tres o dividirlos entre nosotros por partes iguales y quedarse cada cual con la suya y vivir aparte. ¿Qué solución os parece a vosotros la mejor?

—Nosotros—dijeron ellos—optamos por hacer las particiones de la herencia y que cada cual se lleve lo que le toque de ella.

Y Abdu-l-Lah, encarándose con los dos perros, les preguntó:

—¿No fue así, hermanos míos? Decid.

Y ellos bajaron la cabeza y los ojos, como diciendo: «Sí.»

Y Abdu-l-Lah luego siguió diciendo:

—Llamé yo, pues, al partidor del tribunal del cadí y este distribuyó entre nosotros tres el dinero y los géneros que nuestro padre había dejado y a mí me tocaron en suerte la casa y la tienda, a cambio de una parte del dinero y los efectos a que tenía derecho.

Y quedamos los tres satisfechos, yo con mi casa y mi tienda, y mis dos hermanos con el dinero y los géneros que en el reparto les correspondieron.

Y yo abrí mi tienda y la surtí con géneros comprados a otros mercaderes

con la parte del dinero que me había correspondido, además de la casa y la tienda, hasta que la tuve repleta, y entonces me senté y me puse a comprar y vender.

Cuanto a mis hermanos mercaron géneros y fletaron un barco y se hicieron a la mar con el fin de recorrer los países de las gentes, y yo les despedí, diciéndoles:

–¡Que Alá os ayude, hermanos, que yo me quedo aquí, donde no me faltará el sustento, que la tranquilidad es cosa que no tiene precio!

Continué en el mismo estado por espacio de un año y Alá abrióme puertas y obtuve copiosa ganancia hasta llegar a reunir el mismo capital que nuestro padre nos legara al morir.

Ahora bien: sucedióme un día de los días que estando en mi tienda sentado, con dos pieles sobre el cuerpo, una de cebellina y la otra de ardilla, pues era época de invierno y hacía un frío tremendo, hete que se me presentan mis dos hermanos, sin más abrigo que un manto raído para defenderse del frío y con aire muy decaído.

Y al verlos yo así fueron grandes el dolor y la pena que por ellos sentí...

Sorprendió aquí a Schahrasad la mañana y atajó el flujo de sus elocuentes palabras.

PERO LA NOCHE 525 SIGUIO DICIENDO LA MUCHACHA:

–Ha llegado a mi noticia, *¡ye* monarca, el afortunado!, que al ver Abdu-l-Lah-ben-Fázil en aquel estado a sus hermanos sintió gran piedad y compasión y de su cabeza el juicio se le voló.

–Fuime hacia ellos–siguió diciendo–y me abracé a sus cuellos y rompí a llorar de sentimiento.

Y luego les di a uno de ellos mi piel de cebellina y *affi* [4] y al otro la de ardilla. Enviélos después al *hammam* y les mandé allá sendos trajes, propios de mercaderes, y, luego que del *hammam* salieron, los cogí y me los llevé a casa, y, advirtiendo que estaban famélicos, púseles delante una ataifor con manjares, y ellos se sentaron y comieron y yo comí también con ellos e hice por alegrarles los ánimos con palabras de afecto y halago.

Volvióse después Abdu-l-Lah a los dos perros y les interpeló, diciendo:

–¿Por ventura no es verdad lo que digo, hermanos míos?

Y ellos, como respuesta, movieron sus cabezas y guiñaron sus ojos. Después de lo cual siguió diciendo Abdu-l-Lah:

–Luego de eso, *¡ye* vicario de Alá!, preguntéles: «*¡Ye* hermanos, decidme lo que os haya pasado y dónde habéis dejado vuestras mercancías!»

–Fuimos río arriba [5]–dijeron ellos–y abordamos a una ciudad llamada Medinetu-l-Kufa y procedimos a vender nuestras telas, cobrando diez dinares por las que a nosotros nos costaron medio dinar y veinte por las que nos costaron un dinar, de suerte que ganamos en la venta un dineral. Mercamos luego telas persianas a razón de diez dinares la pieza, que nos habría costado en Bazra cuarenta. Y pasamos de allí a otra ciudad, llamada Al-Karj [6], y allí vendimos y compramos y fue muchísimo lo que ganamos.

Y a este tenor siguieron ellos contán-

[4] Cuyo crédito se calcula en mil dinares.

[5] El Tigris y el Eufrates.

[6] Probablemente se trata del barrio de Bagdad así llamado.

dome sus travesías de uno a otro lugar y las muchas ganancias que habían logrado allegar...

–Pues siendo así–exclamé yo–, ¿cómo es, mis hermanos, que llegáis tan derrotados?

Y ellos, al oírme, lanzaron un suspiro y me contestaron:

–¡*Ye* hermano nuestro, sin duda alguno nos hizo mal de ojo, aparte de que no hay que tener fe en los viajes!

Porque has de saber, hermano, que luego que hubimos reunido tantas riquezas como te decimos, amén de un buen surtido de géneros, fletamos un barco y montamos en él con intención de regresar a Bazra.

Y sucedió que por espacio de tres días fuimos bogando favorecidos por viento bonancible; pero al día el cuarto vimos que el mar se encrespaba y empezaba a bramar y espumajear y se hinchaba y se alborotaba y levantaba unas olas que, al chocar unas con otras, lanzaban chispas como fuego en la sombra.

Y arreciaron contra nosotros los vientos y arrebataron al barco y fueron a dar con él al pie de un monte, contra el cual se estrelló y se hizo pedazos, hundiéndonos todos en las aguas y desapareciendo los que a bordo nos acompañaban.

Y un día y una noche flotamos a merced de las olas, hasta que, al cabo, envióno Alá un barco, cuyos pasajeros nos recogieron, y fuimos bogando de puerto en puerto y sustentándonos de lo que recaudábamos mendigando, que no es para dicho todo lo que sufrimos hasta llegar cerca de Bazra, pues antes de eso hubimos de apurar la copa de miles de desgracias.

Y dizque, de haber vuelto con todo lo que lográramos reunir, seríamos más ricos que los propios sultanes; pero Alá tenía escrito de antemano lo que nos ha pasado.

–Pues bien: no os apuréis, hermanos míos–les dije yo–, que el dinero es el rescate de los cuerpos, y seguridad, es propiedad. Y ya que Alá os escribió la salvación no hay más que pedir ni desear, que riqueza y pobreza son a modo de ilusiones y sueños, y con mucha razón dijo el poeta en estos versos:

«Si logras salvar tu vida,
la riqueza no te importe
y dala por bien perdida.
Que el dinero, comparado
con la vida, nada vale,
pese a ser muy estimado
y viene a ser, por ventura,
cual la escorza que desprendes
cuando te cortas las uñas.»

Hagamos cuenta que nuestro padre murió dejándonos todos estos bienes que yo poseo y que a repartir con vosotros estoy dispuesto.

Llamé luego al partidor del juzgado y le presenté todo cuanto poseía, y aquel procedió a hacer las particiones entre los tres hermanos. Y tomamos cada uno nuestro tercio correspondiente del capital y demás bienes.

Y luego yo les dije a mis hermanos:

–¡Bendito de Alá el hombre que en su tierra halla su mantenencia! Ahora cada uno de vosotros podrá abrir su tienda y sentarse en ella y ponerse a vender y comprar, y, lo que en secreto os esté deparado, no os faltará.

Proveílos yo después a los dos de géneros para que llenasen sus sendas tiendas, y ellos me colmaron de bendiciones y agasajos y empezaron a comprar y vender, desde la mañana a la tarde, y entonces dejaban sus tiendas y se venían a pasar la noche en mi casa, sin que yo consintiera que gastaran nada de sus haciendas.

Luego de cenar poníanse ambos a platicar, ponderando los alicientes de los países extraños, y recordaban lo que en ellos vieran y las ganancias que lograran, y me incitaban a que empren-

diera con ellos un viaje y me fuera en su compañía por esas tierras de las gentes.

Y, ¡*ye* emir de los creyentes!–dijo Abdu-ben-Fázil al jalifa–, tanto y tanto machacaron y tanto me ponderaron el lucro y la alijara que podía obtenerse traficando por esas tierras de las gentes que al fin me convencieron y acabé diciendo:

–Está bien, hermanos míos; haré un viaje con vosotros, por daros gusto.

Y acto seguido formamos sociedad los tres hermanos y cargamos toda clase de telas y paños de los más valiosos y preciados y fletamos un barco, y a él nos trasladamos con nuestras mercaderías y todo lo necesario para la travesía.

Zarpamos luego del puerto de Bazra y nos lanzamos a la mar procelosa y agitada por las olas, en la que el que entra se ve solo y desvalido y el que sale viene a ser como recién nacido, y fuimos navegando sin parar hasta llegar a una ciudad de las ciudades y desembarcamos y vendimos y compramos. Y fue mucho lo que con nuestra alijara ganamos [7].

Pasamos luego de aquella a otra ciudad y fuimos así tocando de uno en otro puerto sin parar, vendiendo y comprando y ganando, hasta que logramos juntar un gran caudal.

Llegamos después al pie de una montaña y el arráez del barco mandó echar las anclas y nos dijo:

–¡Hola, pasajeros¡ Bajad a tierra y salvaos de este día, que acaso allí encontraréis el agua que se necesita.

Saltamos, pues, todos del barco, y yo salté también con los demás pasajeros, siguiendo el consejo, y nos pusimos a buscar agua, cada cual por un lado, a ver si la encontrábamos.

Subí yo al galayo de aquella montaña, y, en tanto que su falda escalaba, hube de ver una serpiente blanca que iba huyendo de otra serpiente negra que la perseguía y que era muy grande y de aspecto espantable.

Y la serpiente, la negra, que se deslizaba muy ligera, alcanzó a la blanca y la acorraló y la cogió por la cabeza y enroscó su cola a la cola de ella, y la serpiente, la blanca, lanzó un chillido, y entonces a mí me entró compasión de la cuitada y cogí un peñasco de los que allí había, que pesaría lo menos cinco libras, y se lo tiré a la serpiente negra y le atiné en la cabeza, y en el acto la serpiente, la blanca, se estiró y se transformó en una bella joven, la cual llegóse a mí y me besó las manos y me dijo así:

–¡Que Alá te cubra con doble velo, de la vergüenza en este mundo y del fuego en el venidero, el día de la Resurrección, ese día en que nada han de valerle al hombre riquezas ni hijos, sino el comparecer ante Alá con un corazón puro! [8]

Y luego añadió:

–Salvaste mi honor, ¡*ye* mortal!, y me hiciste un gran favor que no debe quedar sin retribución.

Hizo luego con su mano vuelta hacia la tierra una señal y en el acto abrióse la tierra y la joven hundióse en ella, echando después tierra sobre su cabeza.

Y entonces comprendí yo de cierto que pertenecía a la casta de los genios.

Cuanto a la serpiente, la negra, que yo matara con aquella piedra, no tardó en consumirla el fuego, y ardió y se achicharró hasta quedar convertida en un montón de ceniza. Lo que me causó gran maravilla.

Torneme yo luego junto a mis hermanos y les conté lo que me había pasado.

Pernoctamos aquella noche en la montaña, y a la siguiente mañana

[7] Comercio, tráfico.

[8] *Corán*, sura XXIV, *An-Nur* (La luz).

mandó el arráez del barco desplegar velas y levar anclas y nos hicimos nuevamente a la mar hasta dejar la tierra firme a nuestras espaldas y perderla de vista, y fuimos bogando por espacio de veinte días, sin divisar tierra ni ver un pájaro, hasta que al cabo llegó el agua a faltarnos y nos dijo el arráez, como la otra vez:

–¡*Ye* gentes, sabed que el agua dulce se nos ha acabado!

Y nosotros le contestamos:

–Pues bajaremos a tierra y la buscaremos y puede que la encontremos.

Pero el arráez entonces nos dijo:

–El caso es que he perdido el rumbo y no sé ahora cómo orientarme hacia tierra firme.

Sentimos todos gran zozobra al oírle y rompimos a llorar e invocamos la protección de Alá, pidiéndole que nos orientase y al camino recto nos guiase.

Pasamos aquella noche en el estado de ánimo más deplorable. Pero bien dotado fue el poeta que rimó estos versos:

«Muchas noches pasé con tal zozobra
que encanecer a un niño le habrían hecho,
y antes que amaneciera, ya mis males
se habían desvanecido por completo.»

Luego que amaneció la mañana y refulgió su luz y se difundió–contaba Ben-Fázil, al emir–, divisamos un monte muy alto.

Y al ver aquel monte nos alegramos y el arráez del barco nos dijo:

–¡Saltad a tierra, gentes, y buscad agua, que acaso ahí la haya, pues si no la logramos encontrar lo pasaremos mal!

Salté yo a tierra y trepé a lo más alto de aquella montaña y desde allí columbré a sus espaldas un campo muy ancho, que tendría de recorrido una hora o más de marcha sin parar.

Diles yo voces desde lo alto a mis compañeros y estos subieron en seguida, y, luego que llegaron, les dije:

–Mirad ese campo que tras el monte se extiende, que yo veo en él una ciudad de altos edificios y de recios alizaques; vayamos allá y lleguemos a esa ciudad.

–Tememos–dijeron ellos–que la gente de esa ciudad sean infieles, idólatras enemigos de la ley de Alá, y nos cojan y hagan prisioneros y padezcamos cautividad bajo sus manos o nos quiten la vida y perezcamos, que los engreídos y soberbios no son dignos de elogio, porque siempre se arrojan a los peligros, sin pensar en las consecuencias, como de ellos dijo el poeta:

«Igual que es larga la tierra
y ancho el cielo, el temerario
es censurable, aunque a veces
del peligro salga salvo.»

–¡*Ye* gentes!–respondíles–, yo no tengo poder sobre vosotros para obligaros, pero iré allá con mis hermanos.

Pero estos, en seguida, dijeron:

–Nosotros también tememos ir allá y no te acompañaremos a esa ciudad.

–Pues yo sí iré–les respondí–, y me encomiendo a Alá y me someto de buen grado a lo que me tenga predestinado; aguardadme, pues, aquí en tanto voy a la ciudad y vuelvo acá.

Dejélos luego y eché a andar y fui andando hasta llegar a las puertas de aquella ciudad, y entonces pude comprobar que era una ciudad de fábrica singular, de una arquitectura sin igual, con murallas altas y torres muy fortificadas y alcázares eminentes, y que sus puertas eran de porcelana, tan artísticamente labradas y trabajadas, que dejaban atónito a quien las contemplaba.

Y atravesé aquellas puertas y vi un banco de piedra y sentado en él a un hombre que tenía liada al brazo una cadena de azófar, y de aquella cadena pendían catorce llaves, de donde inferí que aquel hombre era el portero de la ciudad y que esta tenía catorce puertas.

Acerquéme luego a él y le saludé diciendo:

–Sea la paz contigo.

Pero él no me devolvió el saludo, visto lo cual le torné a saludar por segunda vez y por tercera, sin que tampoco me contestara él.

Púsele entonces la mano sobre el hombro y le dije:

–¡*Ye* tal! ¿Por qué no me devuelves el *selam?* ¿Por ventura estás dormido o eres sordo o no eres musulmán, para que te abstengas de desearme la paz?

Pero el hombre tampoco contestó a mis palabras ni hizo el menor gesto, por lo que, maravillado, fíjeme más en él y pude comprobar con absoluta certeza que era todo de piedra.

«Cosa rara es esta–me dije–. Es una piedra tallada a semejanza de un hijo de Adán y a la que solo le falta hablar.»

Dejélo, pues, y me interné en la ciudad y vi un hombre parado en mitad del camino, y me fui a él y lo miré bien y pude comprobar, con toda certeza, que era un bloque de piedra.

Seguí adelante por las calles y me encontré con una vieja que llevaba sobre su cabeza un lío de ropa para lavarla, y me acerqué a ella y vi también que, lo mismo la vieja que la ropa que llevaba sobre su cabeza, eran de piedra.

Encaminé después mis pasos hacia el zoco y vi allí un aceitero con su almizana al lado rodeado de diversos artículos, como queso, etcétera, y tanto él como ellos eran de piedra.

Y pude ver, asimismo, toda suerte de mercaderes sentados en sus tiendas y hombres y mujeres y niños, unos en pie y otros sentados; pero todos eran de piedra y sus vestiduras se deshacían, al tocarlas, como telarañas.

Entretúveme yo mirándolos y tocando sus ropas, que, al menor roce de mi mano, se deshacían en polvo liviano.

Reparé por acaso en unos cofres y los abrí y los hallé repletos de oro, en bolsas, y cogí unas cuantas de aquellas bolsas y en seguida se deshicieron entre mis manos, quedando solo el oro, intacto. Cargué, pues, con cuanto oro podía cargar y sentí no estuvieran allí mis hermanos para participar del botín.

Y entré luego en otra tienda y encontré todavía más oro en ella, pero lo tuve que dejar, porque ya no podía con más.

Pasé luego de ese zoco a otro y de este a estotro y esotro, recreando mis ojos en la contemplación de toda suerte de criaturas de condición diversa, todas de piedra, incluso los perros y los gatos, hasta que llegué al zoco de los plateros, donde vi hombres sentados en sus tiendas, con sus metales preciosos y su pedrería, ya en sus manos, ya en arquetas de primoroso trabajo.

Y al ver yo aquello, ¡*ye* emir de los creyentes!, tiré luego el oro que antes cogiera y cargué con cuantas joyas y alhajas pude cargar.

Pasé de allí al zoco de los joyeros y los vi sentados en sus tiendas, teniendo a sus pies sendas bandejas repletas de piedras preciosas, como jacintos y alamases y zartacharas y rubíes y balajes [9], etcétera; pero todos aquellos mercaderes eran de piedra como los demás que antes viera.

Y al ver yo aquello, ¡*ye* emir de los creyentes!, luego tiré las joyas que llevaba y cargué con cuantas piedras preciosas pude cargar, lamentando no estuvieran allí mis hermanos para que hubieran hecho otro tanto.

Salíme después del zoco de los joyeros y seguí caminando hasta encontrarme frente a una gran puerta, toda dorada y con mucho arte repujada, y en la que había bancos de madera y en su atrio estaban sentados eunucos y guar-

[9] Piedra preciosa de color rojo, parecida al rubí.

dias, montados y de a pie, todos vestidos con lujo sin igual, pero todos de piedra como los demás.

Entréme yo por aquella puerta y vine a encontrarme en un serrallo como no lo habrá igual en parte alguna tocante a su arquitectura y buena trabazón y concordancia de todas sus partes y elementos y a las obras de arte que había dentro.

Y pude ver una sala-estrado llena de visires y emires y cortesanos, sentados en sus asientos respectivos, que parecían estar vivos, y solo eran bloques de inerte piedra.

Y vi también allí un trono de oro rojo, incrustado de aljófar y pedrería, y en él sentado a un hijo de Adán, vestido con el mayor lujo que se puede imaginar y ostentando en su frente una corona real, incrustada de las gemas más refulgentes, que despedían una claridad cual la del día; pero al examinarlo más de cerca pude comprobar que era también de piedra.

Pasé luego del diván al *harén* y entré en él y vi allí constituido un diván, y en el centro había un trono de oro rojo con incrustaciones de brillantes y perlas, y en él estaba sentada la reina, ceñida su corona, y en torno a ella estaban sus doncellas, que eran de tal hermosura que semejaban lunas, y vestían trajes de colores diversos y estaban sentadas en sendos sitiales, teniendo en torno suyo en pie a los eunucos, cruzadas las manos sobre el pecho, como si las estuvieran sirviendo.

Y era tal aquel diván que dejaba estupefacto a quien lo contemplaba por lo que en él había de artísticos diseños y amplios lechos y almenaras magníficas, colgadas del techo, de cristal transparente, con incrustaciones de perlas raras y extraordinarias, que no habría dinero con que pagarlas.

Tiré, pues, ¡*ye* emir de los creyentes!, todo cuanto encima llevaba y me puse a coger de aquellas perlas a puñados y a guardármelas, y, lo hice en tal cantidad, que ya no podía con más, y estaba perplejo entre lo que cargaba y lo que allí dejaba, que aquel lugar me parecía un tesoro formado con todas las riquezas del mar y de la tierra.

Descubrí luego una puerta pequeña, detrás de la cual había una escalera, y entréme por ella y subí cuarenta peldaños, y, al llegar arriba, oí una voz humana que leía el *Corán* con una entonación que inspiraba piedad.

Y eché a andar en dirección al sitio de donde salía aquella voz y llegué hasta la puerta principal, cubierta por un tapiz de seda entretejido de hilillo de oro, con incrustaciones de perlas y corales y rubíes y esmeraldas que despedían un fulgor como el de las estrellas.

Y de detrás de aquel tapiz venía la voz que oyera, y así lo levanté y descubrí una puerta dorada que la mente desconcertaba.

Y traspuse aquella puerta y me encontré en un salón que parecía un tesoro sobre la faz de la tierra, y en él una joven que refulgía como el sol en el centro del firmamento despejado, vestida con un lujo inusitado y ataviada con joyas de una riqueza portentosa, y además de una belleza prodigiosa, pues era esbelta, bien proporcionada y airosa, con un talle de palmera y pomposas caderas y una saliva que a un enfermo sanaría.

Pues era como aquella de la cual dijo el poeta:

«Vaya mi mejor *selam*
a lo que cubre el vestido,
de formas bellas y puras,
y a lo que el jardín florido
de esas mejillas encierra
de rosas fragantes, vivas.
Que refulgen en su frente
las pléyades, se diría,
y en su pecho otras nocturnas
lumbreras en nudos penden;
tan delicado es su cutis,
que si un traje le vistieren
tejido de finos pétalos

de las más sutiles rosas.
daño a su cutis le hiciera
la sangre alborotadora
que prontamente saltara
de su cuerpo de princesa;
es tan dulce su saliva
que, si en el mar escupiera,
al punto, por su contacto,
toda su agua salada
más dulce se volvería
que dulce miel regalada,
y si a un viejo sus favores
se dignara conceder,
recobrara luego el viejo
su juventud y poder,
y si, por último, ella,
puesta en la lid, peleara,
al león más vigoroso
en lucha lo derrotara.» [10]

–¡*Ye* emir de los creyentes!–siguió diciendo Abdu-l-Lah–. Lo mismo fue ver yo a aquella joven que sentir mi corazón abrasado en fuego de pasión, y me fui derecho a ella y pude ver que estaba sentada en un alto lecho, recitando de memoria, y en agradecido recuerdo, el Libro de Alá (cúyos son el honor y la gloria). Y sonaba su voz como la música de las puertas del cielo cuando las abre Rezuán, el portero, y las palabras salían de sus labios cual chaparrón de perlas en tanto su cara resplandecía con una belleza clara y floridamente blanca, como dijo el poeta:

«¡*Ye* tú que al hombre cautivas
con tu belleza y tu voz,
cómo al verte y al oírte,
se inflama mi corazón!
Y no es raro, pues reúnes,
por un divino favor,
de Daud el dulce salmo
¡y de Yúsuf la atracción!»

Al oírla yo recitar con aquella voz melodiosa el sublime *Corán,* mi corazón palpitó y quiso saludarla con esa palabra «Paz», de un misericordioso Señor; pero no pude más sino balbucir, sin llegar a proferir el *selam,* de puro aturrullado y aturdido que estaba bajo el poder de sus matadoras miradas, pues me encontraba realmente como dijo el poeta:

«El amor la lengua me trababa
y declarar mi afán no me dejaba;
pero todo mi ser, con miles de señales,
mi pasión expresaba.»

Cobré luego bríos y, acercándome a ella, la saludé diciendo:

–¡La paz sobre ti, honesta señora, perla sin taladrar, bien guardado tesoro: haga durar Alá los pilares de tu felicidad y realce las columnas de tu gloria y tu grandeza singular!

–Sea también la paz sobre ti–respondió ella–y la bienvenida y la buena acogida, ¡*ye* Abdu-l-Lah-ben-Fázil! ¡*Ye* amor mío y colirio de mis ojos!

Sorprendido yo al oírla, exclame con asombro:

–¿De dónde, mi señora, conoces mi nombre? ¿Y quién eres tú y cuál es la condición de las gentes de esta ciudad y qué hicieron ellas para convertirse en piedra? Mucho te agradecería me dijeses la verdad de todo ello, pues estoy maravillado de esta ciudad y de su gente y de no hallar en toda ella más persona viva que tú misma, así que te ruego por Alá me lo cuentes todo, a la faz de la verdad.

–Siéntate aquí, Abdu-l-Lah–respondió ella–, y si Alá es servido, te diré y te contaré la verdad de mi caso y el de esta ciudad y de su gente, sin nada callar. ¡No hay gloria ni poder sino en Alá (el Grande, el lleno de majestad)!

Tomé yo asiento a su lado y ella entonces me hizo el siguiente relato:

–Has de saber, Abdu-l-Lah, así Alá te tenga en su misericordia, que yo soy la hija del rey de esta ciudad y mi padre es ese que viste sentado en aquel alto trono en el diván, y los que están en torno suyo son los visires de

[10] Omitido en la edición de Bulak.

su gobierno y los emires de su reino.

Y era mi padre un rey poderoso, que mandaba sobre milicias de a mil y veinte mil y cien mil guerreros, y ascendía a veinticuatro mil el número de los visires de su gobierno, todos ellos muy bien dotados y situados, y el número de las ciudades sometidas a su obediencia era de mil, sin contar los pueblos y alquerías y las fortalezas y los castillos y las alcoleas [11].

Y tenía también bajo su mano mil emires árabes, cada uno de los cuales capitaneaba veinte mil jinetes diestros y valientes.

Y eran incontables las riquezas y tesoros que poseía mi padre: perlas y demás piedras y metales preciosos, en tal cantidad, como jamás ojo viera ni oído oyera...

Sorprendió aquí a Schahrasad la mañana y atajó el flujo de sus fluyentes palabras.

PERO LA NOCHE 526 SIGUIO DICIENDO LA MUCHACHA:

–Ha llegado a mi noticia, *¡ye* monarca, el afortunado!, que la hija del rey de la ciudad de las piedras dijo:

–Poseía mi padre, *¡ye* Abdu-l-Lah!, riquezas y tesoros como jamás ojo viera ni oído oyera. Y venciera a monarcas y a bravos y matones exterminara.

Solo que con todo ello era infiel y asociaba otros dioses a Alá y los adoraba, con menoscabo de su Señor, y todos sus capitanes y soldados eran también infieles como él y adoraban los ídolos, con menosprecio del rey del Universo.

Y sucedió un día de los días que estando mi padre sentado en el trono de su reino, teniendo en torno suyo a los visires de su gobierno, penetró de pronto en el diván un personaje de talla colosal, cuyo rostro irradiaba un fulgor que lo iluminaba todo.

Y alzó mi padre la vista hacia el personaje y vio que iba vestido de un manto verde y que era de estatura imponente y que sus manos le llegaban hasta más abajo de sus rodillas y que todo él inspiraba respeto y temor y de su rostro irradiaba un gran resplandor.

Y dirigiéndose aquel personaje a mi padre le increpó, diciendo:

–*¡Ye* tirano, *ye* impostor! ¿Hasta cuándo has de persistir en tu error de adorar a los ídolos con desdoro de tu Señor?

Di ahora mismo: «Doy fe de que no hay más dios que El Dio y doy fe también de que Mohammed es su siervo y su profeta por El enviado a la tierra.»

Convertíos ahora mismo al Islam, tú y tu tribu, y dejaos del culto de los ídolos, que a las necesidades del mundo no proveen ni por él interceden.

No hay nadie digno de ser adorado sino Alá, que inventó los cielos sin columnas y extendió las tierras como tapices, por amor a las criaturas que creó.

Pero al oír aquello mi padre lo interpeló, diciendo:

–¿Quién eres tú, hombre enemigo de los ídolos, para que emplees ese lenguaje conmigo? ¿No temes que los ídolos se enojen y te den el castigo?

–Los ídolos que adoráis–repuso aquel personaje–son de piedra y ni puede su enojo dañarme ni su gracia aprovecharme.

Trae, si no, acá a ese ídolo que

[11] Castillo fronterizo. Este nombre arábigo se ha perpetuado en nuestra toponimia.

adoras y manda a cada uno de tus vasallos que traiga su ídolo particular, y, cuando todos estén aquí reunidos, pedidles que se enojen contra mí, y yo invocaré a mi Señor y le pediré que os muestre su cólera y podréis ver hasta dónde llega la ira del Creador y qué es comparada con la de sus criaturas, que El creó. Porque esos vuestros ídolos los hicisteis vosotros mismos y los schaitanes se vistieron con ellos como con vestiduras, y son los satanes los que hablan desde dentro de sus vientres.

Y si la verdad se os manifestara, seguidla, y si la falsedad se os declarase, la habéis de dejar.

–Muéstranos una prueba del poder de tu Dios–clamaron ellos a una voz.

Y el personaje, a su vez, clamó:

–Mostradme vosotros una prueba del poder de vuestros dioses.

Mandó entonces el rey a todos aquellos infieles que llevasen allí los ídolos que adoraba cada cual, y así lo hicieron todos, llevándolos al diván.

Y esto es, por ahora, todo lo referente a su historia.

Cuanto a mí, estaba yo sentada tras de la cortina contigua al diván y tenía yo un ídolo de verde esmeralda y cuyo cuerpo tenía las dimensiones del cuerpo de un hijo de Adán.

Mandó mi padre a pedírmelo y yo se lo envié al diván y allí lo pusieron al lado del ídolo de mi padre, y el ídolo de mi padre era de rubí, y los ídolos de sus visires de brillantes, y los ídolos de sus emires y los grandes eran los unos de jacinto y los otros de ámbar o de coral o madera de áloe de Komorin, y también los había de ébano y de oro y de plata de distintos colores: amarillos, rojos, verdes, blancos y negros; todos de colores diversos. Mientras que los ídolos de los soldados rasos y del pueblo bajo eran de granito o de palo e incluso de barro.

Díjole luego aquel personaje a mi padre:

–Invoca a tu ídolo y a todos los demás y pídeles que se enojen conmigo.

Fueron entonces los servidores de mi padre y colocaron los ídolos en fila, como si estuviesen constituidos en diván, y a su cabecera pusieron el ídolo de mi padre, sentado en un trono de oro, con el mío a su lado, y los demás escalonados con arreglo a la categoría de sus adoradores y dueños.

Levantóse mi padre y adoró postrado a su lado y dijo:

–¡*Ye* mi Dios! ¡Tú eres el Señor soberano y no hay entre todos los demás ninguno que en grandeza se te pueda igualar, y sabes que este sujeto vino acá a burlarse de ti y a escarnecerte, pretendiendo que su dios es más poderoso que tú y exhortándome a que de tu cuello me apartase y a su dios adorase.

Enójate, pues, contra él, ¡*ye* mi Dios!, y muéstrale tu furor.

Siguió mi padre así implorando a su ídolo; pero este no le respondía nada, ni le decía palabra. Visto lo cual clamó mi padre:

–¡*Ye* mi Dios, no es tu costumbre permanecer callado cuando yo te imploro! ¿Cómo es que ahora no me contestas ni los labios despegas? ¿Es que estás distraído o dormido? Pues despierta y háblame, que yo te lo pido.

Y el personaje le dijo a mi padre:

–¿Qué le pasa a tu ídolo que no habla?

Por lo visto o no te hace caso o está dormido.

Y a continuación exclamó:

–¡*Ye* enemigo de Alá! ¿Cómo es posible que adores a un dios que no habla ni tiene poder sobre nada y no adores a mi Dios, que siempre está presente y no ausente, y no se descuida ni duerme ni imaginaciones le sorprenden y ve sin ser visto y sobre toda cosa ejerce dominio, mientras que este tu dios no puede siquiera apartar de sí

el mal que le amaga, y cómo podrá librarte a ti de la desgracia? Con tus propios ojos vas a ver ahora cómo es impotente para defenderse.

Y así diciendo, fuese aquel personaje al ídolo y empezó a darles cogotazos en el pescuezo, hasta que lo derribó en el suelo.

Indignóse mi padre al ver aquello y dirigióse a los circunstantes, diciendo:

–¡Este negador ha maltratado a nuestro Dios; cogedlo y matadlo!

Hicieron aquellos por levantarse de sus asientos; pero no pudieron moverse de su sitio, y entonces el personaje invitóles a abrazar el Islam, pero ellos no lo quisieron aceptar.

–Está bien–dijo el personaje–. Ahora os haré ver los efectos de la ira de mi Dios.

–Hazlo en seguida–contestaron ellos–, que estamos deseando verlo.

Abrió entonces el personaje sus brazos, y, alzando sus ojos al cielo, oró, diciendo:

–¡*Ye* mi Dios, *ye* mi Señor, en ti pongo mi confianza y mi esperanza; oye, pues, mi plegaria y mi demanda contra este pueblo insolente que come de tus bienes y adora ídolos con mengua de lo que a ti te pertenece! ¡*Ye* Dios justo y poderoso, *ye* Creador de la noche y el día: yo te pido con todo fervor los conviertas en piedras, que poder para ello tienes y no hay nada que a hacer seas impotente, pues a todo tu poder se extiende!

Y en el acto Alá convirtió en piedras a los habitantes de esta ciudad.

Cuanto a mí, al ver yo la prueba palpable de lo que dijera el personaje, abracé luego el Islam ante la faz de Alá, y así me salvé de quedar petrificada como los demás.

Llegóse luego a mí aquel personaje y me dijo:

–De antemano había escrito Alá tu felicidad, que tal era su voluntad.

Adoctrinóme luego en la ley del Islam y me admitió en su pacto y alianza, y tenía yo a la sazón siete años de edad, que no tenía más, pero ahora tengo treinta ya.

Díjele yo luego a aquel sujeto:

–¡*Ye* mi señor! Todos los habitantes de esta ciudad convirtiéronse en piedra, así como todo lo que había en ella, por el poder de tu invocación a Alá, siendo yo la única que se pudo salvar, gracias a que por tu mano abracé el Islam; de suerte, pues, que eres mi *scheij*, y así te ruego que me digas tu nombre y me concedas tu protección y amparo y proveas a mi sustento por algún medio.

Y el personaje me dijo, al oír mi ruego:

–Mi nombre es Abdu-l-Abbasi-l-Jizr [12].

Y acto seguido plantó para mí un granado en su mano y el arbolillo creció al momento y echó hoja y flor y fruto, aunque una granada sola [13], y Abdu-l-Abbás cogió la granada y me la dio y me dijo:

–Come de lo que Alá te depara y ríndele culto con toda la sinceridad de tu alma.

[12] El profeta Elías. *Al-Jizr* significa el verde, alusión al color de su túnica.

[13] El milagro obrado por Al-Jizr es típico de la taumaturgia de los faquires hindúes. Lo cual, unido al episodio de la lucha entre las dos serpientes, de naturaleza genial, indica el origen brahmánico de esta historia, adaptada al espíritu y gusto de los musulmanes. El granado *rommán* o *rummán* (árabe) o *rimmon* (hebreo) que los latinos vertieron *malum punicum* o *granatum*, incluyéndola en el género poema, se menciona en el *Corán*, entre las muchas cosas buenas que Alá creó para el hombre, juntamente con la palmera, la vid y el olivo, sura VI, *Al-Anâm* (El ganado). En el *Schirha-Schirim*, de Salomón, capítulo VIII, compara el regio poeta a cachos de granada las sienes de la Sulamita: *Je felah ha rimmon rakateja mibâd litsammateja.*

Además, de la flor del granado sacaban los antiguos medicinas y tintes. Y, finalmente, según Bochart, el ídolo Remmon, mencionado en las Escrituras, tomará su nombre de ese utilísimo árbol del granado. Todo esto consagra la alcurnia semítica y las excelencias de la planta que hace aquí crecer en un instante Al-Jizr y uno de cuyos frutos ofrece a su catecúmena.

Instruyóme luego en los artículos de fe del Islam y en los requisitos de la zalá y en los caminos del culto recto y puro, y me enseñó a leer el *Corán* y estuvo a mi lado veintitrés años, durante los cuales adoré a Alá en este mismo lugar.

Y él fue quien de ti me habló y me dijo tu nombre y me alegró con el anuncio de que un día vendrías acá y me dijo, además:

–Cuando él venga, lo honrarás y lo obedecerás y no lo desacatarás, y serás familia suya, y él será tu marido y lo seguirás a donde él sea servido.

De suerte, pues, que, cuando te vi, luego te conocí.

Y tal es la historia de esta ciudad y de su gente. Y la Paz.

Mostróme luego el granado con una sola granada y cogió esta y se comió la mitad y me dio a mí la otra mitad y yo me la comí, y en verdad que nunca caté cosa más sabrosa y dulce y que más llenara que aquella granada.

Díjele yo luego:

–¿Eres gustosa en hacer lo que el *scheij* Al-Jizr te mandó y ser mi esposa y que yo sea tu esposo y venirte conmigo a mi país de Bazra y vivir allí en mi casa?

Y ella respondió:

–Sí. ¡Ojalá! Acato tu palabra y obedezco tu mandato.

Hicimos, pues, convenio y pacto y ella después me cogió de la mano y me llevó a la alacena de su padre, y de las riquezas allí reunidas tomó cuanto podíamos llevar a cuestas, y luego nos salimos de aquella ciudad y echamos a andar y fuimos caminando, hasta llegar al lugar en que quedaran mis hermanos, que ya me andaban buscando.

Y al verme mis hermanos me dijeron:

–¿Dónde estuviste tanto tiempo, que ya nuestros corazones estaban por ti inquietos y solo por aguardarte no nos hicimos a la mar?

Y el arráez del barco me interpeló, diciendo:

–¡*Ye* mercader Abdu-l-Lah! Mucho tiempo tuvimos viento favorable y solo por aguardarte a ti no lo aprovechamos y zarpamos.

–No paséis pena por ello–díjeles yo–, que hartas veces el retrasado sale mejor librado, y mi larga ausencia tuvo su recompensa, pues vengo cargado de riquezas, y con mucha razón dijo el poeta:

«Cuando llego a algún país
nunca me preocupo, a fe,
de si en él voy a ganar
o a perder.»

Mirad–añadí luego–lo que aquí traigo y alegraos conmigo de mi buena suerte, hermanos míos.

Contéles luego todo cuanto viera en la ciudad de piedra y les dije:

–Si me hubierais hecho caso y venido conmigo, habríais también podido cargaros de riquezas como estas.

–¡Por Alá–exclamaron ellos–, si hubiéramos ido allá, no habríamos osado llegar hasta el rey de la ciudad!

–No os apuréis–díjeles yo–, que con lo que yo aquí traigo hay para todos sobrado.

Y acto seguido, partí con ellos aquellas riquezas, y ellos se alegraron muchísimo e invocaron sobre mí las bendiciones del cielo y se mostraron satisfechos con lo que les diera; mas solo en apariencia, pues en el brillo que sus ojos lanzaban pude ver que la codicia se apoderaba de sus almas.

–¡*Ye* hermanos míos!–díjeles yo–. Pienso en verdad que lo que os doy no os bastará; pero haced cuenta que soy vuestro hermano y vosotros los míos, y que entre vosotros y yo no media ninguna diferencia, y que lo mío y lo vuestro forma una sola y misma cosa, y que, al morir yo, nadie me heredará sino vosotros dos.

Seguí haciéndoles otros razonamientos por el estilo, y después hice embarcar a la joven en el galeón y la hice entrar en el camarote, y le mandé allí algo de comer en tanto yo conversaba con mis dos hermanos, los cuales me preguntaron:

–¿Y qué piensas hacer con esa joven de tan prodigiosa belleza?

A lo que yo les respondí:

–Mi intención es casarme con ella.

Entonces uno de mis dos hermanos me dijo:

–Has de saber, hermano mío, que esa joven de sorprendente belleza, ha prendido en mi corazón el fuego del amor y es mi deseo que me la des para hacerla mi mujer.

Pero al oír aquello saltó el otro hermano, diciendo:

–Ese mismo es mi deseo, así que dámela a mí para que nos casemos.

–¡*Ye* hermanos míos!–díjeles yo–. Es el caso que ya le di yo palabra de casamiento y, si a alguno de vosotros la cediera, faltaría a mi promesa, demás, que si vosotros la amáis, yo la amo más todavía y es el tesoro que hallé, así que no os la cederé nunca en la vida. Pero yo os doy mi palabra de que, en llegando a Bazra, os buscaré dos señoritas de las mejores de allí y las pediré en matrimonio para vosotros y las dotaré de mi peculio, y vuestras bodas y la mía se celebrarán la misma noche, con todo boato y pompa.

Hicímonos luego a la mar, rumbo a tierras de Bazra, y ella seguía en su camarote, adonde yo la enviaba de comer y beber y de donde no salía para nada. Dormía yo sobre cubierta con mis hermanos; pero, ¡ay, que solo Alá penetra en los arcanos!

Y aquella noche, estando yo durmiendo, sumergido en el sueño, sentí de repente que mis hermanos me levantaban entre sus manos y el uno de ellos me cogía por arriba y el otro por abajo, puestos los dos de acuerdo para arrojarme al mar, a fin de que en él me ahogara y quedarse ellos dueños de la muchacha.

Pero al verme yo cogido entre sus manos, les dije:

–¿Por qué hacéis esto conmigo, hermanos míos?

–¡*Ye* el malcriado!–respondieron ellos–. ¿Cómo vendiste nuestras almas por esa muchacha? Pues ahora tendrás que aguantar que te echemos al mar.

Y me arrojaron, ¡*ye* emir de los creyentes!–siguió diciendo el emir Abdu-l-Lah–, y me lanzaron con tal fuerza que fui a dar en el fondo del mar; pero este luego me despidió y me volví a encontrar a flor de agua y, en menos que se cuenta, acudió un ave del tamaño de un hijo de Adán y me cogió y echó a volar conmigo y se elevó a lo alto, y yo abrí los ojos y me vi en un alcázar de recios cimientos y muros enhiestos, todo él adornado con pinturas magníficas, y en el cual había unas esclavas jóvenes, todas en pie y con sus manos cruzadas al pecho, y entre ellas descollaba una dama que estaba sentada en un trono, en su centro, y era aquel trono todo de oro rojo, incrustado de diamantes y perlas, y vestía la dama con tal magnificencia y suntuosidad que no habría riqueza bastante en el mundo para costear aquel lujo, y ceñía sus sienes una corona con tres diamantes de tal fulgor, que desconcertaba la mente y el pensamiento y cautivaba los corazones y las miradas.

Estiróse luego aquel ave que me había raptado y en el acto convirtióse en una doncellica de tal esplendor que semejaba un sol, y, al mirarla yo con atención, comprobé ser aquella misma joven que, en forma de serpiente, encontrara yo en aquel monte, acosada por un dragón que la quería matar, y ya le enroscara la cola en torno a la suya y la habría vencido y dado muerte si yo no intervengo con presteza y lo mato a él con una piedra.

Y al verla la matrona que estaba sentada en el trono, le dijo:

–¿Por qué vienes aquí trayendo a este mortal contigo?

A lo que ella respondió, diciendo:

–¡*Ye* madre mía, este es el joven que veló mi honor, entre las hijas de los genios!

Y luego volvióse a mí y me interpeló:

–Por ventura, ¿sabes quién soy yo?

Y yo le contesté:

–No.

–Pues yo soy–díjome ella entonces–aquella sierpe blanca que salvaste de la muerte en el monte, y soy en realidad la hija del rey Al-Ahmar [14], el rey de los genios, y me llamo Sâida [15], y esa que ves ahí sentada en un trono es mi madre, y se llama Mubárika [16] y es la esposa del rey Al-Ahmar, y aquel dragón que me quería matar y mancillar mi honor era el visir del rey Al-Asud [17], y se llamaba Derfil [18], y era de feísima catadura, y sucedió que, al verme, se enamoró de mí locamente y le pidió a mi padre mi mano y mi padre le mandó a decir: «¿Quién eres tú para aspirar a casarte con hijas de reyes, miserable visir?»

Púsose él furioso al recibir ese mensaje y juró no parar hasta mancillar mi honor, y desde entonces empezó a rondarme y a seguirme por todas partes, fijo en su idea de deshonrarme, y entraron en guerra él y mi padre y sucedieron grandes y fieros males, sin que mi padre pudiera reducirlo, por ser él muy bravo y muy listo.

Y siempre que mi padre lograba asediarlo y estaba a punto de vencerlo, luego huía de entre sus manos y desaparecía.

Cambiaba yo todos los días de forma y de color y siempre que me transformaba en una cosa, cambiábase él en la contraria, con lo que me hacía sufrir grandes apuros y me tenía desatentada.

Transforméme, finalmente, en una sierpe y me fui a aquel monte, y él entonces se transformó en un dragón y fue también allá y me siguió y luchamos y me acometió y me venció; pero entonces llegaste tú y acudiste en mi defensa y lo mataste con aquella piedra [19].

Y entonces yo volví a mi ser primero de mujer y me revelé cual era y te dije:

«El favor que me has hecho no quedará sin premio, que solo los bastardos condúcense como ingratos.»

Y ahora, al ver cómo tus hermanos se portaban contigo y, cogiéndote desprevenido, te arrojaban al mar, acudí en el acto a salvarte y cargué contigo y aquí te traje para que recibieras los agasajos de mi madre y mi padre.

Volvióse luego a su madre y le dijo así:

–Hónralo, madre mía, como se merece el que salvó la honra de tu hija.

Y su madre volvióse a mí y me dijo:

–Bien venido seas con nosotros, ¡*ye* mortal!, ya que a ello te hiciste acreedor al hacernos tamaño favor.

Y acto seguido mandó que me obsequiasen con una aljalá de valor inapreciable que representaba una suma considerable, y me dio, además, perlas y diamantes en gran cantidad.

Después de lo cual díjoles a sus servidores:

–Cogedlo y llevadlo a presencia del rey.

Asieron luego de mí y me llevaron ante el rey, que estaba sentado en su

[14] El rojo.
[15] Felisa.
[16] Bendita.
[17] El negro.
[18] Este nombre pudiera ser un compuesto de estos dos persas, *Der*-en, sobre, y *Fil*-elefante, el que monta elefante. Burton lo considera una deformación del griego *Delfis*, delfín.

[19] Episodio idéntico al que se narra en la *Historia del alhamel y las mocitas*.

diván y tenía entre sus manos a sus edecanes y familiares. Y yo quedéme bizco al mirarlo de tantas perlas y brillantes como refulgían en su traje.

Y luego que el rey me vio se levantó de su trono y lo mismo hicieron todos los emires de su gobierno.

Y el rey me felicitó y me dio el parabién y me prodigó toda suerte de agasajos y honores y atenciones, y me dio de todas las cosas buenas que allí había, y, volviéndose después a sus servidores, ordenóles:

–Cogedlo y llevádselo a mi hija para que lo restituya al lugar de donde lo trajo acá.

Cogiéronme ellos y me llevaron al lado de Sâida, su hija, y ella cargó conmigo y con todos los tesoros que encima llevaba y remontó el vuelo para llevarme a donde mismo estaba cuando me raptara.

Y esto es, por ahora, todo lo referente a mi lance con Sâida.

Cuanto al arráez del galeón, despertóse al ruido que hicieron mis hermanos al arrojarme al agua y preguntó:

–¿Qué es eso que ha caído al mar?

Entonces mis hermanos se echaron a llorar y empezaron a aporrearse los pechos, diciendo:

–*¡Ye* qué desgracia! ¡Hemos perdido a nuestro hermano, que, al ponerse a hacer una necesidad, cayóse al mar!

Procedieron luego los dos a apoderarse de mi dinero; pero, al hacerlo, surgió desavenencia entre ellos respecto a la muchacha y riñeron el uno con el otro, y cada uno de los dos decía:

–¡No ha de ser sino mía!

Y así contendían ambos, sin acordarse ya para nada de su hermano, ni llorarlo.

Pero estando los dos en esa disputa, hete aquí que llega Sâida y va a posarse en medio del galeón...

Pero al llegar aquí sorprendió a Schahrasad la aurora y cortó el hilo de sus palabras encantadoras.

Y LA NOCHE 527 CONTINUO LA NARRADORA:

–Ha llegado a mis oídos, *¡ye* el sultán, el bienhadado!, que Abdu-l-Lah-ben-Fázil siguió diciendo:

–Estando mis dos hermanos en aquella disputa hete aquí que Sâida se presenta conmigo y va a posarse en medio del galeón, y al verme mis hermanos vinieron y me abrazaron, y dieron muestras de alegrarse y exclamaron:

–*¡Ye* hermano nuestro! ¿Cómo es que lograste salir con bien de ese trance? En verdad, que nuestros corazones estaban henchidos de zozobra y pesar.

Pero Sâida los increpó, diciendo:

–Si de veras lo quisierais y os preocupara su suerte, no hicierais con él lo que hicisteis, arrojándole al mar, cuando dormía desprevenido; pero ahora vais a morir los dos en pago de vuestra fea acción.

Y cogiendo a mis dos hermanos dispúsose Sâida a matarlos, pero ellos alzaron la voz, clamando:

–¡Sálvanos por tu vida, hermano!

Medié yo entonces entre Sâida y mis hermanos y, dirigiéndome a la joven, le dije:

–¡Por tu honor, no los mates, que son mis hermanos!

Pero ella me contestó:

–No tengo más remedio que matarlos, pues son unos traidores y unos falsos.

Seguí yo tratando de aplacarla y le hablé con ternura y mimo, hasta que, por fin, dijo:

–En atención a ti no los mataré, pero los encantaré.

Y acto seguido sacó una taza y echó en ella agua del agua del mar y pronunció encima unas palabras que no entendí, y luego, dirigiéndose a mis hermanos, les dijo así:

–Salid en el acto de vuestra forma humana y tomad la perruna, por el poder de mis palabras.

Rociólos luego con aquel agua y en el acto quedaron convertidos mis hermanos en perros, según ahora, ¡*ye* jalifa de Alá!, los estás viendo.

Y Abdu-l-Lah encaróse con los dos perros y les preguntó:

–¿Es verdad o no lo que estoy diciendo?

Y los perros bajaron sus cabezas y sus ojos, como si dijeran: «Sí; verdad dices, hermano...»

Y Abdu-l-Lah prosiguió su relato.

–Volvióse luego Sâida a los que iban en el galeón y les dijo:

–Sabed como este Abdu-l-Lah-ben-Fázil, aquí presente, ha venido a ser cual hermano mío y yo todos los días le he de hacer una o dos visitas; así que, con cualquiera de vosotros que fuese osado a contradecirlo o desacatar su mandato o a ofenderlo con la lengua o con la mano, haré lo mismo que he hecho con estos dos traidores y lo encantaré en forma de perro, y en ella acabará sus días, sin que para él haya salvación ni remedio.

A lo que ellos respondieron:

–¡*Ye* señora nuestra, tus esclavos somos y tus siervos, todos y cada uno de nosotros, y en todo te obedeceremos!

Díjome luego Sâida:

–Cuando llegues a Bazra recuenta tus caudales y, si algo te falta, me lo dices, que yo iré por ello y te lo traeré, cualesquiera que fueren las manos y el lugar en que estuviese, y hechizaré en forma de perro a quien te lo hubiese quitado. Y después que hayas alacenado tus bienes, les pondrás a estos dos perros cuerdas al cuello y los atarás a las patas de una cama y los encerrarás en una sala. Y todas las noches, a la madrugada, irás a verlos y les darás de latigazos hasta que pierdan el sentido y rueden por tierra, y te prevengo que, como una sola noche dejes de hacerlo, iré yo y te azotaré a ti y a ellos también los azotaré.

A lo que yo le respondí:

–Oír es obedecer.

Y luego añadió Sâida todavía:

–Ahora átalos con cuerdas hasta que llegues a Bazra.

Atélos, pues, a los dos a sendos palos del barco y Sâida se despidió y de mí desapareció.

A la siguiente mañana fondeamos en Bazra y los mercaderes acudieron al muelle a saludarme y darme el parabién, y fue el caso que ninguno de ellos me preguntó por mis hermanos.

Pero repararon en los dos perros y me dijeron:

–Oye, Fulano: ¿qué perros son esos y qué vas a hacer con ellos?

–Estos perros–respondí yo–los crié durante mi viaje y acá me los traje.

Echáronse a reír ellos, burlándose de los dos perros, sin sospechar ni por lo más remoto que fueran mis hermanos, que no los reconocían en aquel estado.

Luego cogí yo a los dos y me los llevé a casa y los encerré en una sala.

Dediquéme aquella noche a ordenar los fardos que trajera y en los que había ricas telas y diamantes y perlas y estaban allí los mercaderes que a mi casa acudieran a saludarme y felicitarme, de suerte que me olvidé de pegar a mis perros y atarlos, poniéndoles sendas cuerdas en sus cuellos, y me acosté y me dormí sin haberlo hecho.

Pero no bien me acostara, cuando se me presentó allí Sâida y me despertó de mi sueño y me increpó diciendo:

–¿No te dije que les pusieses dogales en sus cuellos y los azotases todas las noches antes de acostarte?

Y así diciendo me cogió y sacó un látigo y empezó a fustigarme con tal fuerza y brío, que acabé por perder el sentido.

Fuese luego al lugar donde pusiera yo a ambos perros y empezó a fustigarlos con el azote hasta que parecieron a punto de exhalar el alma por efecto de la fuerza con que les pegaba.

Volvióse luego a mí Sâida y me dijo:

–Todas las noches has de fustigarlos con la misma fuerza con que lo he hecho yo ahora, y, si te olvidas una noche de hacerlo, vendré yo y te castigaré como a ellos.

–¡*Ye* mi señora!–respondíle–. Mañana mismo les pondré cuerdas en los cuellos y desde mañana les pegaré todas las noches sin falta. Ve, pues, descuidada.

Luego que al otro día amaneció la mañana hízoseme duro poner a mis hermanos cuerdas en sus cuellos; así que me dirigí a la tienda de un platero y le encargué me hiciese dos cadenas de oro; hízomelas luego el platero y yo las tomé y se las puse a mis hermanos en sus cuellos y los até, según Sâida me ordenara, y aquella noche, a mi pesar, los azoté a ambos, sin la menor piedad.

Sucedió todo esto siendo Jalifa Al-Mahdi [20], tercero de los hijos de Al-Abbás, y yo me encomendé a él, enviándole presentes dignos de su grandeza, por lo que me honró con la investidura de guali de Bazra y su virrey.

Transcurrió luego algún tiempo y pensé: «Puede que ya a Sâida se le haya pasado el enojo contra mis hermanos.»

Y aquella noche dejé de azotarlos. Pero no tardó Sâida en presentarse y castigarme, dándome tal paliza que su escozor no se me olvidará mientras viva.

Así que desde entonces no dejé ya de azotarlos ni una sola noche, en tanto fue jalifa Al-Mahdi, y luego que pasó a mejor vida (téngalo Alá en su piedad) y ocupaste tú el trono como su legítimo sucesor, me hiciste la gracia de confirmarme en mi cargo de guali de Bazra.

Doce años han pasado desde entonces y en todo ese tiempo ni una sola noche he dejado, a mi pesar, de azotar a mis hermanos, y, después de pegarles, me disculpo con ellos y los consuelo y les doy de comer y beber, y esos doce años han estado encerrados en su cámara, sin que de ellos supiera ninguna de las criaturas de Alá, hasta que tú me enviaste allá a Abu-Ishak, tu comensal, por aquello de las rentas y descubrió mi secreto y al volver aquí te lo contó a ti. Y tú le mandaste ir allá otra vez y que nos trajera ante tu presencia a mí y a mis dos perros, y yo le dije: «Oído y obediencia.»

Y tú me interrogaste y yo te contesté con toda la verdad del caso, y esta es mi historia y ya estás enterado.

Maravillóse grandemente Harunu-r-Raschid, el emir de los creyentes, luego que hubo escuchado la historia de los dos perros y, dirigiéndose a Ben-Fázil, preguntóle:

–Y dime, al ver a tus hermanos en su presente estado, ¿les perdonaste lo que contigo hicieran antes o no los perdonaste?

–¡*Ye* emir de los creyentes!–respondióle Abdu-l-Lah–. Así Alá los perdone a los dos en este mundo y en el otro, como yo los perdono. Aparte de que yo también necesito que me perdonen ellos, pues llevo ya doce años azotándolos todas las noches sin falta y con todas mis fuerzas, aunque pese a mi alma.

Y el jalifa, al oírlo, le dijo:

–¡*Ye* Abdu-l-Lah! Como Alá sea ser-

[20] Padre de Harunu-r-Raschid, 158-169 de la *hechra*. Su nombre significa el Dirigido por Alá.

vido, yo haré de suerte que dejen de ser perros y vuelvan a ser hombres, como antes lo fueron, y os reconciliaré a los tres y haré que en adelante viváis ya el resto de vuestra vida como buenos hermanos que se quieren, y haré que ellos te perdonen como tú los perdonas y que se acaben ya para siempre vuestras discordias. Cógelos ahora y llévatelos a tu casa y esta noche no los castigues, que ya verás cómo no te ocurre nada malo, sino todo lo contrario.

–¡*Ye* señor, por vida de tu cabeza –exclamó el emir Abdu-l-Lah–, haz cuenta de que, si una noche sola dejo de azotarlos, luego vendra Sâida y me azotará a mí y yo no tengo cuerpo para soportar golpes tan tremendos!

–No temas nada–díjole el jalifa–, que yo te daré una carta, escrita de mi mano, y, cuando Sâida se presente, se la entregarás, y si al leerla desiste de castigarte, será mejor para ella; pero si, a pesar de todo, te maltrata y no hace caso de mi carta, se encargará Alá de tu demanda y tú te dejarás azotar y estará escrito que te olvides de pegarles a los perros y que ella te pegue a ti por eso. Pero si así lo hiciere ella y me desobedeciera, yo soy el emir de los creyentes y le arreglaré las cuentas.

Procedió luego el jalifa a escribirle a Sâida una carta como de dos dedos de larga, y, luego de escrita, la selló y se la dio el emir Ben-Fázil, y le dijo así:

–¡*Ye* Abdu-l-Lah! Cuando se presente Sâida, le das esta carta y le dices: «El jalifa, rey de los mortales, me ordenó que no maltratase a mis hermanos y me entregó para ti este mensaje y me encargó te saludase de su parte.» Y acto seguido le darás la carta y no temas nada.

Recabó luego el jalifa de Abdu-l-Lah la promesa y palabra formal de que no castigaría a sus hermanos, y comprometióse a ello el emir y cogió a sus hermanos y se fue con ellos a su casa y para sus adentros pensaba: «Veremos a ver qué hace el jalifa con la hija del sultán de los genios si no obedece sus intimaciones y viene y me azota a mí esta noche. Pero si me castiga, me aguantaré, y esta noche dejaré en paz a mis hermanos, aunque por ello me viera maltratado.»

Siguió luego recapacitando en aquello y su buen juicio le aconsejó, diciendo: «Si no se sintiera el jalifa sostenido por un firme sostén, no te mandara que faltases a lo que Sâida te mandó hacer.»

Fuese luego el emir Ben-Fázil a su domicilio y quitóles a sus hermanos las cadenas de sus cuellos y exclamando «¡A Alá me encomiendo!», púsose a acariciarlos y a mimarlos, diciendo:

–No temáis nada, que el quinto jalifa de los Beni-Abbás se interesa por vuestra salvación y yo os di ya mi perdón, y, si Alá es servido, se cumplirá esta bendita noche el tiempo de vuestro castigo y pasaréis a gozar de alegría y felicidad.

Díjoles así Abdu-l-Lah a sus hermanos, y ellos, al oír aquello, rompieron a aullar como aúllan los perros, y restregaron sus mejillas contra los pies de su hermano, como si invocasen sobre él las bendiciones del cielo y se humillasen entre sus manos.

Enternecióse al ver aquello Abdu-l-Lah y acarició les los lomos y siguió halagándolos, hasta que llegó ya la hora del *aschá*. Sirvieron entonces la cena y Abdu-l-Lah díjoles a sus hermanos:

–Venid y sentaos.

Y ellos se sentaron y comieron con él, mano a mano. Y los criados se maravillaban y asombraban de verlo comer con aquellos dos perros y decíanse unos a otros:

–Pero ¿es que se ha vuelto loco? ¿Quién ha visto al guali de Bazra, que es más que un visir en cuanto a calidad, ponerse a comer tan fresco con

dos perros? Por ventura, ¿no sabe que son inmundos esos animales?

Y se quedaban mirando a los dos perros, los cuales comían de lo mismo que el guali, y estaban pasmados, pues ignoraban que fuesen sus hermanos.

Y no pararon de mirar a Abdu-l-Lah y a los dos perros hasta que acabaron de cenar, después de lo cual retiráronse los esclavos y se fueron a acostar.

Acostáronse también los dos perros, cada uno en su lecho, y Abdu-l-Lah se acostó a su lado, y decían los criados:

–¡Hay que ver, pues no se acuesta a dormir con los perros!

Y dijo uno de ellos:

–Puesto que cenó con los perros en la misma mesa, nada de particular tiene que con ellos duerma. No hay duda que perdió la chaveta.

Y esto es, por ahora, todo lo referente a su historia.

Cuanto a Abdu-l-Lah-ben-Fázil, no bien se acostara, cuando se abrió la tierra de la sala y salió de ella doña Sâida y lo interpeló con estas palabras:

–*¡Ye* Abdu-l-Lah! ¿Por qué no fustigaste esta noche a tus perros y por qué les quitaste las cadenas de sus cuellos? Ahora en castigo voy a azotarte y a convertirte en perro como a ellos.

Pero Abdu-l-Lah le contestó, diciendo:

–¡Ye mi señora, por el signo grabado en el sello de Soleimán, hijo de Daud (sobre ambos la paz), te pido que suspendas el castigo hasta que te explique la razón por la que eso hice y, luego que me oyeres, podrás hacer conmigo lo que creas procedente!

–Habla–díjole ella.

Y Abdu-l-Lah-ben-Fázil le dijo entonces:

–Has de saber que la causa de que no fustigara a los perros esta noche fue que el rey de los hombres, el jalifa de Alá y emir de los creyentes, Harunu-r-Raschid, me ordenó que esta noche no los castigara y me hizo que así solemnemente se lo prometiera, y me encargó, además, te saludara de su parte y me entregó una carta escrita de su propia mano y sellada, para que te la entregara. Y yo acaté su mandato, que obligados venimos a obedecer al emir de los creyentes y no replicar a lo que nos ordena. Toma, pues, la carta del jalifa y léela, y después haz conmigo lo que quieras.

–Dame esa carta–díjole doña Sâida.

Diósela Abdu-l-Lah y ella la tomó y la abrió y la leyó y vio que la carta del emir de los creyentes decía lo siguiente:

«En el nombre de Alá (el piadoso, el apiadable), del rey de los mortales, Harunu-r-Raschid, a la hija del rey Al-Ahmar, Sâida.

»Y después, has de saber cómo ese hombre perdonó ya a sus hermanos y levantó de sobre ellos su mano y yo los he reconciliado y hechas las paces; todo castigo es ya excusado.

»Así, pues, si tu ahora te opones a mi fallo, yo también a los vuestros me opondré y vuestras leyes no respetaré; pero si acatáis vosotros mis disposiciones y dais por buenas mis sentencias, yo también acataré las vuestras, y has de saber que he decidido que pongas fin a esos castigos.

»De suerte, pues, que si crees en Alá y en su Profeta, a ti te toca obedecer y a mí mandar, y, si te avienes a perdonar a esos dos desdichados, yo te recompensaré en la medida del poder que Alá me ha conferido, y, de lo contrario, recibirás el correspondiente castigo.

»La prueba de que me has obedecido será que a ambos les levantes el hechizo y mañana puedan presentarse ante mí, en su forma humana restituidos, y te prevengo que, si no los libras tú de su encantamiento, lo haré yo, a tu pesar, con la ayuda de Alá.»

Luego que doña Sâida hubo leído la carta volvióse a mí y me dijo:

–¡*Ye* Abdu-l-Lah, no haré nada en tanto no vaya a ver a mi padre y le enseñe la carta del rey de los mortales y vuelva acá con la respuesta!

Hizo luego una seña con su mano hacia la tierra y esta se abrió en el acto y Sâida se hundió en aquella sima y desapareció en seguida.

Holgóse grandemente Abdu-l-Lah al verla desaparecer y exclamó:

–¡Corrobore Alá al emir de los creyentes y le preste su ayuda omnipotente!

En tanto, Sâida iba a ver a su padre y le enseñaba la carta del jalifa y le informaba de lo que pasara.

Tomó el rey Al-Ahmar la carta y la besó y se la puso sobre su cabeza y luego la leyó y se enteró de su contenido, y, volviéndose a su hija, le dijo:

–¡*Ye* hija mía, las órdenes del rey de los hombres nos obligan y no podemos menos de cumplirlas! Ve, pues, junto a esos dos hombres y líbralos de su embrujo, antes de que el emir de los creyentes se enoje con nosotros justamente. Pues si así fuere, podría destruirnos a todos nosotros, desde el primero al último; así que no quieras tú echar sobre mí una carga que no podría aguantar.

–Dime, padre mío–preguntóle Sâida a su padre–: si el monarca de los hombres se enojase con nosotros, ¿qué es lo que podría hacer?

Y su padre le respondió:

–Has de saber que tiene poder sobre nosotros por muchas razones; en primer lugar, es hombre y no genio, y tiene preeminencia sobre nosotros por ese concepto. Y demás de eso, es el vicario de Alá sobre su tierra, y no deja nunca de rezar la zalá matinal con sus dos reverencias, por todo lo cual, aunque se juntasen contra él todas las tribus de los genios de los siete mundos no lograrían hacerle mal alguno, pues bastaría que rezase la zalá matinal y lanzase un solo grito para que todos nosotros nos rindiéramos ante él y lo obedeciéramos igual que borregos que van al matadero. Y podría sacarnos de nuestras tierras de asiento y confinarnos en desiertos donde vivir no podríamos, y si quisiera exterminarnos, nos mandaría a nosotros que lo hiciéramos, y unos a otros nos mataríamos. Así que no lo debemos desobedecer en lo que nos manda, pues nos achicharraría con el fuego y no podríamos huir de su enojo ni encontrar refugio en parte alguna contra su ira. Y dizque ese mismo poder tiene todo buen creyente que reza a diario la zalá matinal de las dos reverencias y nunca de rezarlas deja. Vuelve, pues, allá luego y desencanta a esos dos perros.

Tornóse, pues, Sâida al lado de Abdu-l-Lah y le comunicó lo que su padre le dijera, y después le dijo ella:

–Besa en nuestro nombre las manos del jalifa y pídele que no nos niegue su gracia.

Sacó luego una taza y echó en ella agua y recitó unas misteriosas palabras, que él no pudo entender, y después roció con aquel agua a los dos perros y les interpeló, diciendo:

–¡Salid en el acto de esa forma canina y tomad la humana que antes teníais!

Y en el acto los dos perros se convirtieron en hombres, como antes, y ensolvióse el hechizo que habían padecido.

Y exclamaron, agradecidos:

–¡Damos fe de cómo no hay más *ilah* que Alá y certificamos que Mohammed es el profeta de Alá!

Echáronse después sobre su hermano y le besaron las manos y los pies, implorando su perdón y el olvido de su mala acción.

Y Abdu-l-Lah les dijo a sus hermanos:

–Perdonadme a mí vosotros, que yo ya os he perdonado.

Hicieron luego los dos acto de contrición, exclamando:

–Fue Iblis, el maldito, quien nos indujo a delito, tentándonos con la codicia y despertando nuestros apetitos, por lo que nuestro Señor nos castigó según lo habíamos merecido, pero la clemencia es señal de alma buena.

Y así siguieron los dos lisonjeando y halagando a su hermano y arrepintiéndose y llorando.

Y Abdu-l-Lah-ben-Fázil díjoles a sus hermanos:

–¿Qué hicísteis de mi esposa, la que traje de la ciudad de las Piedras?

Y ellos le contestaron:

–Cuando Schaitán nos alucinó y te echamos al mar, sobrevino entre nosotros la discordia y disputamos y cada uno decía: «¡Ha de ser mía!» Pero ella, al oírnos, nos dijo:

–No riñáis por mí, que no he de ser para ninguno de los dos; mi esposo cayó al agua y yo voy a reunirme con él allá. Y acto seguido arrojóse al mar y en él pereció.

–¡Murió por la fe de Alá–exclamó Ben-Fázil–; no hay gloria ni poder sino en Alá!

Después de esto rompió a llorar con grandes muestras de dolor y de pesar.

Y dirigiéndose a sus hermanos, exclamó:

–¡No está bien eso que hicisteis conmigo, privándome de mi esposa, hermanos míos!

–Tienes razón–dijeron ellos–. Pecamos en verdad, y por eso nos castigó Alá; pero ya nuestro Señor tenía dispuesto que así fuera antes de crearnos, de suerte que hemos de conformarnos.

Y Abdu-l-Lah aceptó las excusas de sus hermanos.

Pero Sâida exclamó, indignada:

–¡Conque hicieron eso contigo y todavía los perdonas y das su agravio al olvido!

–*¡Ye* hermanita–respondióle Abdu-l-Lah–, quien teniendo poder perdona, halla en Alá su galardón!

Pero Sâida le replicó:

–¡Ten cuidado con ellos y no te confíes, que son falsos y traicioneros!

Despidióse luego Sâida de Abdu-l-Lah y, alzando el vuelo, tornóse al país de los genios.

Sorprendió aquí a Schahrasad la aurora y cortó el hilo de sus palabras encantadoras.

PERO LA NOCHE 528 REANUDO SU RELATO EN ESTA FORMA:

–Ha llegado hasta mí la fama, *¡ye* monarca, el afortunado!, de que Sâida, luego de poner a Abdu-l-Lah en guardia contra sus hermanos, se despidió de él y se fue.

Cuanto a Abdu-l-Lah, pasó aquella noche con sus hermanos, comiendo y bebiendo, y holgándose y dilatando su pecho.

Y luego que al otro día amaneció la mañana, cogió Abdu-l-Lah a sus hermanos y los llevó al *hammam,* y, después que de allí salieron, vistiólos sendos trajes que valían miles de dinares.

Mandó luego que les sirviesen la mesa de la comida, y se la sirvieron en seguida, y comió Abdu-l-Lah mano a mano con sus dos hermanos, y, al verlos los esclavos y saber que eran hermanos de su amo, los saludaron con el *selam* y le dijeron al emir Abdu-l-Lah:

–¡Loado sea Alá, *ye* nuestro amo,

que te reunió con tus nobles hermanos! Pero dinos, señor: ¿dónde estuvieron todo ese tiempo?

Y Abdu-l-Lah les respondió:

–Aquí, pues eran esos dos que os parecían perros.

Cogió después Abdu-l-Lah a sus hermanos y marchó con ellos al diván del jalifa, Harunu-r-Raschid, y pasó con ellos a presencia del soberano y besó la tierra entre sus manos e impetró para él de Alá la duración de su poder y su gracia y la cesación de todo mal y toda desgracia.

A lo que el jalifa correspondió diciendo:

–Bien venido seas, emir, y que Alá corrobore tu fuerza. Pero cuéntame ahora cómo ocurrieron las cosas.

–¡*Ye* emir de los creyentes!–respondió Abdu-l-Lah–. Has de saber que, cuando cogí a mis hermanos y me volví a casa con ellos, me abstuve de fustigarlos en atención a lo que tú me dijiste respecto a su salvación del sortilegio, pues pensaba para mis adentros: «Los reyes tienen poder para lograr lo que buscan, si la fortuna los secunda.»

Quitéles, pues, a ambos perros sus cadenas del cuello y me encomendé a Alá y mandé servir la mesa y me puse a comer con ellos, y, al verme la servidumbre comer con aquellos perros, pensaron que había perdido el juicio y dijeron:

–Loco debe de estar el guali de Bazra para ponerse a comer con unos chuchos, siendo como es superior en jerarquía a los propios visires de la corte del jalifa.

Y así siguieron motejándome de necio, y yo les oía y no les decía nada, en atención a ignorar ellos quiénes eran aquellos perros.

Nos retiramos luego a descansar, y, apenas me acostara, cuando se abrió la tierra de la sala y salió por ella Sâida, la hija del rey Al-Ahmar, la cual venía llena de enojo y echando fuego por los ojos.

Y a seguida contóle Abdu-l-Lah al jalifa todo lo sucedido con ella y su padre y cómo, finalmente, sacó a sus hermanos de la forma canina y los restituyó en su humana forma primitiva.

–Y aquí, señor, entre tus manos, tienes ahora a mis dos hermanos–dijo Abdu-l-Lah, poniendo fin a su relato.

Volvióse el jalifa a mirarlos y vio que eran dos jóvenes de tal hermosura que parecían dos lunas y exclamó:

–¡Alá te recompense mejor que yo, Abdu-l-Lah, por haberme revelado un poder que hasta aquí ignoré!

Perdonó después el jalifa a los hermanos de Abdu-l-Lah sus pasados yerros, de que humildemente se excusaron ellos, y luego el jalifa exclamó:

–¡Ea, daos las manos y mutuamente perdonaos y que Alá os perdone lo pasado!

Volvióse después el jalifa a Abdu-l-Lah y le dijo:

–Yo haré, Abdu-l-Lah, que tus hermanos te sean serviciales y obedientes y correspondan a tus desvelos como mereces.

Y esto es, por ahora, todo lo referente a esta parte de la historia.

Cuanto a Abdu-l-Lah-ben-Fázil, partió este de la ciudad de Bagdad llevando consigo a sus hermanos, colmados de honras y agasajos y en el más eminente rango, y fue caminando hasta llegar a Bazra, su ciudad natal.

Salieron luego a recibirlo todos los grandes y notables y engalanaron la ciudad en su honor y lo hicieron entrar seguido de un pomposo cortejo que no tenía igual, y la gente no cesaba de invocar sobre Abdu-l-Lah las bendiciones del cielo, y él echaba pelones de oro y plata a manos llenas, de suerte que todos gritaban alegres, pidiéndole a Alá que le diese poder y felicidad.

Pero no había nadie que en sus hermanos reparase ni hiciese de ellos ningún caso, por lo que los celos y la envidia penetraron en sus corazones y las muestras de afecto que Abdu-l-Lah les daba no hacían más que aumentar los celos y la envidia que los consumían. Que ya dijo el poeta en esta rima:

«De todos la voluntad
me gané con mis mercedes,
menos de aquel que me envidia
y mi ruina solo quiere.»

Dioles luego Abdu-l-Lah a sus hermanos sendas barraganas de tal hermosura que no tenían par, y asignóles, además, para su servicio eunucos y esclavos, de los negros y de los blancos, cuarenta de cada clase, y les regaló a cada uno cuarenta corceles de noble casta, con sus *sais* correspondientes, y les asignó rentas y sueldos y estipendios y los hizo sus ayudantes en el gobierno, diciendo:

–La maldad en el hombre late siempre embos-
[cada,
la falta de poder es quien la tiene a raya,
nunca el cuerdo se arroja a intentar una empresa
hasta que la oportuna sazón no se presenta,
y a quien carezca entonces del poder necesario,
el más flojo enemigo logrará derrotarlo.
No es difícil que el hombre sus intenciones cele,
pero sus actos salen a la luz esplendente.
El ruin que de ruin casta procede, labios
tiene que la verdad nunca profieren, falsos,
y el que en un necio fía, es un necio también
y a nadie de sus males podrá culpar después.
Y si el loco divulga sus secretos no extrañe
que a salvo contra él su enemigo trabaje;
el hombre generoso sólo a lo suyo atiende
y en las cosas ajenas evita entremeterse [21]

Y Abdu-l-Lah amonestó a sus hermanos y los exhortó a proceder con equidad y abstenerse de la tiranía, pensando que ellos habrían de quererlo más en agradecimiento a sus buenos consejos, y fio en ellos y los honró con honores supremos.

Pero todas estas atenciones que Abdu-l-Lah tenía con sus hermanos no hacían más que aumentar la envidia que contra él sentían, y ambos hermanos, Názir y Manzur, juntáronse un día y Názir le dijo a Manzur:

–¿Hasta cuándo, hermano mío, hemos de estar bajo la obediencia de Abdu-l-Lah, el cual goza de tanto señorío y tanto poder después de haber sido un simple mercader, y que de pequeño que antes era ahora se ha convertido en uno de los grandes de la tierra, en tanto que nosotros, en vez de engrandecernos, nos hemos vuelto pequeños? Nada somos ni valemos y él se ríe de nosotros, y como una gran cosa nos nombra sus ayudantes, creyendo que así nos honra; pero ¿qué significa eso sino que somos sus servidores y hemos de obedecerle y cumplir sus órdenes? En tanto él viva y goce de poder, no podremos nosotros levantar cabeza ni llegar a ser nada, ni lograr nuestros deseos, a menos que lo matemos y con sus riquezas nos alcemos, que solo con su muerte podremos mejorar de suerte. Pues luego que lo hayamos matado, vendremos a ser emires y cargaremos con todo cuanto oro y cosas de precio guarda en su tesoro y nos lo repartiremos entre nostros. Y le enviaremos alhedias al jalifa y le pediremos el gobierno de Kufah y tú serás guali de Kufah y yo seré guali de Bazra. Y así cada uno de nosotros tendrá su posición sólida y firme, lo que solo cabe esperar si de este mundo lo logramos borrar.

A lo que Manzur le respondió:

–Dices verdad, hermano; pero ¿cómo haremos para matarlo?

Y dijo Názir:

–Pues daremos una fiesta en tu casa o en la mía y lo invitaremos a ella y lo atenderemos y agasajaremos y lo

[21] Omitido en la edición de Bulak.

serviremos con los mayores extremos. Y nos pasaremos la noche sentados con él y lo entretendremos contándole historias y chascarrillos y cuentos peregrinos, hasta que el corazón se le ablande y muestre deseos de acostarse, y entonces le extenderemos un lecho para que en él se entregue al sueño. Y luego que se haya dormido, nos montaremos sobre su pecho y lo ahogaremos y después le echaremos al río, y, a la amanecida, diremos:

–Vino su hermana, la genio, cuando estaba departiendo con nosotros y lo increpó diciendo:

«¡*Ye* escoria del género humano! ¿Quién eres tú para ir a quejarte de mí ante el emir de los creyentes? ¿Acaso imaginas que nosotros tenemos miedo al jalifa? Pues has de saber que, si él es rey, reyes también somos nosotros, y, como no se enmiende y cambie de bisiesto a nuestro respecto, hemos de matarlo de la peor de las muertes. ¡Y ahora voy a matarte a ti a ver si de algo te vale la mano del emir de los creyentes!»

Y así diciendo fue la genio y cogió a nuestro hermano y se abrió la tierra y hundióse con él en ella, al ver lo cual nosotros nos desmayamos de puro aterrados. Y, al recobrar luego el conocimiento, no pudimos saber qué hubiera sido de nuestro hermano.

Después de eso le enviaremos un recado al jalifa participándole lo ocurrido, y el jalifa nos nombrará para ocupar su puesto. Y luego le mandaremos valiosos regalos y le pediremos el gobierno de Kufah y allí se asentará uno de nosotros y en Bazra el otro.

Y todos se desvivirán por agradarnos y tendremos ancha mano sobre los buenos creyentes y lograremos cuanto queramos.

Y Manzur le dijo a Názir:

–Diste en el blanco, hermano.

Y los dos se confabularon para dar muerte a su hermano, Abdu-l-Lah.

Y Názir dio una fiesta en su casa e invitó a ella a Abdu-l-Lah, diciéndole estas palabras:

–Mira, hermano: tu hermano soy de veras y querría de ti que encorazonaras mi corazón, tú y mi hermano Manzur, y comieras en mi mesa para que pudiera yo ufanarme de ti y la gente pudiera decir: «¡Mirad cuánto quiere el emir Abdu-l-Lah a su hermano Názir, que ha aceptado su convite y comido de sus manjares!» Y mi corazón se holgaría y estimaría esa como la mayor de las mercedes que me hicieras.

Y Abdu-l-Lah contestó a su hermano Názir:

–Sea como quieres, hermano, que no hay distinción entre tú y yo y tu casa es mi casa, y ya que, me invitas, solo un dascastado rehusaría.

Volvióse luego Abdu-l-Lah a su hermano Manzur y le dijo:

–¿Vendrás tú conmigo a casa de tu hermano Názir y comerás de su comida y sanarás su corazón?

Y Manzur le respondió:

–¡Por vida de tu cabeza, hermano mío!, que no iré contigo como antes no me jures que, al salir de casa de mi hermano Názir, entrarás en la mía y comerás de mi comida. ¿No soy yo tan hermano tuyo como Názir? Pues siendo así, ya que a él le encorazonas su corazón, también me lo has de encorazonar a mí.

–Está bien–replicó Abdu-l-Lah–, con alma y vida eso haré. Y cuando salga de casa de Názir entraré en la tuya, que tan hermano eres tú como él.

Besóle Názir la mano y salió del diván y fuese a su casa a preparar la alifara.

Y luego que amaneció la mañana, montó Abdu-l-Lah en su caballo, y, en unión de su hermano Manzur y seguido de un piquete de sus oficiales, dirigióse a la casa de Názir y entró en ella y se sentaron él y Manzur y sus hombres.

Y Názir púsoles delante las bandejas y les dio la bienvenida y los invitó a comer de aquellos platos, y ellos comieron y bebieron y se holgaron y refocilaron, y luego se lavaron las manos.

Pasaron después todo aquel día de fiesta y regocijo, comiendo y bebiendo vino hasta que la noche fue llegada, y entonces cenaron y rezaron la zalá vespertina y luego la zalá de la noche, y después siguieron charlando y entreteniéndose y Názir y Manzur pusiéronse a contar historias, que Abdu-l-Lah oía con atención.

Y dizque estaban los tres solos en aquel pabellón, pues los demás se hallaban reunidos en otra habitación.

Y Názir y Manzur no dejaron de contar historias y chascarrillos y sucedidos y anécdotas curiosas y lances peregrinos, hasta que a Abdu-l-Lah el corazón en el pecho se le derritió, por la larga vigilia, y el sueño lo rindió.

Preparáronle sus hermanos un lecho con tapices y se acostó y se durmió, y ellos se acostaron en otro lecho a su lado y aguardaron hasta que vieron que ya se había anegado en las honduras del sueño, y, luego que se cercioraron de que en el sueño se había abismado, fueron y se le montaron sobre el pecho.

Despertóse Abdu-L-Lah de su sueño y vio a sus hermanos cabalgando sobre su pecho y los interpeló, diciendo:

–¿Qué es esto? ¿Qué queréis hacer conmigo, hermanos míos?

–A lo que ellos contestaron:

–Nosotros no somos tus hermanos ni te conocemos, ¡so insolente!, y preferimos a tu vida tu muerte.

Y apretándole el cuello con sus manos trataron de estrangularlo.

Perdió Abdu-l-Lah la noción del mundo y quedóse rígido e inmóvil, y entonces sus hermanos pensaron que lo habían matado, y como aquel alcázar donde estaban daba al mar, lo cogieron y lo arrojaron al agua sin más.

Pero al caer Abdu-l-Lah al mar fue Alá servido de enviar en su ayuda un delfín [22], el cual solía andar por allí debido a que la cocina de la casa tenía una ventana que daba al río, y los marmitones, siempre que sacrificaban alguna res, iban y echaban los desperdicios al agua, y el delfín asomaba la cabeza y se los tragaba, y esa era la razón por la que siempre andaba por allí rondando la ventana.

Y como aquel día, con motivo del festín, abundaron los despojos, no se apartaba de allí.

Y el delfín, al sentir el chapoteo del cuerpo al caer, dirigióse allá y vio que se trataba de un hijo de Adán y, guiado por el Guiador, se lo cargó a cuestas y marchó con él y lo condujo a la otra orilla del agua y allí lo dejó y se retiró.

Y estaba el lugar en que el delfín dejara a Abdu-l-Lah al borde del camino y acertó a pasar por allí una caravana y, al ver al emir tendido en la arena, dijeron aquellos hombres:

–Será un ahogado que el mar arrojó a la orilla.

Y se acercaron a mirar al ahogado y se quedaron contemplándolo.

Era el *scheij* de aquella caravana un hombre de bien, que conocía todas las ciencias y disciplinas, entre ellas la Medicina, y sabía leer en las fisonomías, y, llegándose a sus hombres, les dijo:

–¿Qué es lo que sucede, mi gente?

–Se trata de un ahogado que ya está muerto–le contestaron ellos.

Acercóse entonces el *scheij* al su-

[22] La edición de Bulak personifica el pez, llamándole Derfil, que, como se recordará, es el nombre con que más arriba se designa al dragón perseguidor de la sierpe blanca, Sâida. Derfil es, probablemente, deformación del griego *delfis*. Y su intervención en este episodio hace pensar que el narrador parafrasea la anécdota, no menos fabulosa, de Arión y el Delfín, que Herodoto refiere en el tomo primero de sus *Historias*.

puesto difunto y, después de examinarlo y reconocerlo, exclamó:

–¡*Ye* gente! Este hombre aún tiene vida, y a juzgar por las señas es un personaje de cuenta y un hijo de los grandes, y si es servido Alá, espero que se salvará.

Cogiólo luego y le vistió otras ropas y lo calentó al fuego y empezó a cuidarlo y tratarlo por espacio de tres jornadas, hasta que al cabo volvió en sí Abdu-l-Lah, aunque muy aquejado de debilidad, y el *scheij* diole unas hierbas que él conocía, y gracias a ellas fue Abdu-l-Lah recobrando sus fuerzas.

Siguieron luego caminando por espacio de treinta jornadas, alejándose mucho de Bazra, hasta que llegaron a una ciudad, llamada la ciudad de Auch, la cual radica en tierras del Achm.

Entraron en ella y fueron a parar a un *jan* y allí le prepararon un lecho a Abdu-l-Lah y lo acostaron en él, y toda aquella noche pasósela quejándose el joven, hasta el extremo de desvelar a los demás con sus quejumbres y lamentos. Luego que amaneció la mañana fue el portero del *jan* a ver al *scheij* y le dijo:

–¿Qué es lo que tiene ese enfermo que traes contigo que no nos deja dormir con sus quejidos?

A lo que el *scheij* le contestó diciendo:

–No sé más de él sino que lo encontramos como muerto a la orilla del mar y lo recogimos y yo hago por curarlo, pero no lo consigo.

–Pues llévaselo a la *scheija* Rachha [23] para que lo vea–díjole el portero.

–¿Y quién es la *scheija* Rachha? –preguntóle el *scheij*.

–La *scheija* Rachha–respondióle el portero del *jan*–cura a todos los enfermos que le llevan, bastando que pasen una sola noche en su casa para que amanezcan buenos y sanos, como si nunca hubieran estado malos.

–Siendo así–díjole el *scheij* al portero del *jan*–indícame dónde vive esa *scheija* y lo llevaremos allá.

–Di que carguen con el enfermo –respondióle el portero–. Y yo iré delante de vosotros y os guiaré hasta su *sauia* [24].

Hiciéronlo así y marcharon detrás del portero, hasta que llegaron al lugar indicado, y, al llegar allí, vieron muchedumbre de personas que entraban y salían, y el portero del *jan* se adelantó y se acercó a la acitara, tras la cual estaba la *scheija*, y desde allí le gritó:

–¡*Ye* señora! ¡*Ye scheija* Rachha, recibe a este enfermo que aquí te traemos!

Pasó Abdu-l-Lah adentro y miró a la *scheija*, y hete aquí que la *scheija* Rachha no era otra que su esposa, aquella que sacara de la ciudad de las Piedras y que después sus hermanos dieran por muerta.

Conocióla luego Abdu-l-Lah y ella también conociólo a él, y ella lo saludó y él la saludó a ella y luego la interpeló, diciendo:

–Dime, esposa mía: ¿quién te trajo a este lugar?

A lo que ella le contestó:

–Al ver que tus hermanos te arrojaban al mar y disputaban entre sí sobre cuál de los dos me había de llevar, lancéme yo también al agua; pero al caer, recogióme el *scheij* Al-Jizr-Abu-l-Abbás y me condujo a esta *sauia* y me confirió el poder de curar a los enfermos y mandó echar un pregón por la ciudad, diciendo:

«A todo el que padezca algún mal, llevádselo a la *scheija* Rachha, que ella lo curará.»

Y el *scheij* Al-Jizr me dijo a mí:

[23] *Rachha* de la raíz *rchh*, hacer bajar la balanza, lleva implícita la idea de superioridad, excelencia.

[24] Ermita.

–Estate aquí en este lugar hasta que sazone la sazón y venga aquí tu esposo y os reunáis los dos.

Empezaron luego a acudir enfermos y yo les amasaba y a la mañana amanecían como si nunca hubieran tenido nada.

Divulgóse por la ciudad mi fama y todo el mundo acudía a mí, trayéndome alhedias y exvotos valiosos, de suerte que he llegado a juntar un tesoro y gozo de gran poder y prestigio con todos, y toda la gente de estas regiones acude a mí en demanda de mis oraciones.

Procedió luego la *scheija* a amasar a su esposo y este quedó curado sin necesidad de más, por el poder de Alá-*taála*.

Solía el *scheij* Al-Jizr visitar todas las noches de viernes a la *scheija* Rachha, y era precisamente noche de viernes aquella en que Abdu-l-Lah y su esposa se reunieron, y, luego de cenar una opípara cena, sentáronse los dos a aguardar la llegada del *scheij* Al-Jizr.

Y estando ambos sentados he aquí que se presenta el *scheij* Al-Jizr, y cogiéndolos a los dos, los traslada en un vuelo al alcázar de Abdu-l-Lah, en Bazra, y los deja allí y se marcha.

Amaneció luego la mañana y Abdu-l-Lah abrió los ojos y miró en derredor y advirtió que se hallaba en su alcázar de Bazra, y oyó a la gente que armaba gran revuelo y andaba muy alborotada.

Miró entonces por el cierro y vio a sus dos hermanos allí colgados, cada uno de un palo.

Y la razón de ello fue que, luego de arrojar a su hermano a las aguas del Dichle, Názir y Manzur se levantaron, llorando y clamando:

–¡Guay de nosotros, que vino la genio y se llevó a nuestro hermano!

Y después enviaron presentes al jalifa, participándole lo ocurrido y pidiéndole la gracia del gobierno de Bazra.

Mandólos a llamar el jalifa y los interrogó, y ellos le contaron el cuento que habían fraguado entre los dos, y Ar-Raschid, al oírlo, llenóse todo de furor [25]

Y aquella noche, de madrugada, antes de que el día alborease, rezó el jalifa la zalá de las dos reverencias y convocó a las tribus de los *alifrites*, que en el acto acudieron con solicitud de vasallos y el miramamolín preguntóles por Abdu-l-Lah y ellos le juraron que ninguno de su casta hiciérale el menor daño, y exclamaron:

–No sabemos qué haya sido de él.

Llegó luego Sâida, la hija del rey Al-Ahmar, y enteró al jalifa de la verdad de lo que sucediérale a Abdu-l-Lah y al saberlo el jalifa, encendióse de ira. Y mandó que, en el acto, les dieran de palos, hasta que cantaran de plano, lo que luego hicieron y todo lo confesaron, y entonces el jalifa, furioso, gritó:

–Llevádoslos a Bazra y crucificadlos al pie del alcázar de Abdu-l-Lah.

Y así acabaron los dos malos hermanos.

Cuanto a Abdu-l-Lah, mandó que dieran luego sepultura a sus dos hermanos, y después montó en su corcel y marchó a Bagdad y le contó al jalifa todo lo sucedido y lo que sus hermanos hicieran con él, desde el principio al fin, sin nada callar u omitir.

Y el jalifa sintió al oírlo gran maravilla y mandó comparecer entre sus manos al cadí y los testigos y ordenó que extendieran la partida de casamiento de Abdu-l-Lah con aquella joven que trajera de la ciudad de las Piedras. Y Abdu-l-Lah entró a ella y luego vivieron ambos esposos en Bazra, felices y dichosos, hasta que fue a visitarlos la rematadora de goces y dispersadora de reuniones.

¡Loor a Aquel que vive siempre y nunca muere!

[25] Contra Sâida.



HISTORIA DE MARUFU-L-ASKAFI Y SU MUJER

(Noches 528 a 533)

Historia de las desventuras conyugales de un pobre zapatero remendón que, huyendo de su inaguantable consorte, llega a un país donde encuentra a un amigo de la infancia que lo inicia en los secretos de la picaresca, saliendo tan diestro el discípulo que puede dar lecciones a su maestro. Mâruf se revela como un petardista de alto copete y logra engañar al monarca y casarse con su hija. Por cierto que en todo esto le ayudan los famosos intereses creados, que ya aparecen aquí con todo su poder, secundando la fuerza de sugestión de la mentira, que lisonjea los codiciosos deseos de los timados.

Esta parte del relato cae de lleno dentro de la literatura picaresca y desenfadada; pero luego aparece la intención moralizadora con la recompensa que Mâruf recibe del cielo por haber hecho una buena acción. El zapatero llega a verse en posesión de un anillo mágico–el consabido anillo de estos cuentos–y la narración deriva hacia lo maravilloso. Todas las mentiras de que se valió para su encumbramiento resultan ahora verdad y la honradez del zapatero brilla patente. Mâruf ocupa el trono a la muerte de su suegro y todos sus sueños se realizan; pero en esto se descuelga en la corte su primera mujer, la insufrible, y Mâruf está a punto de perecer bajo sus manos; sálvale su hijo y el episodio sírvele de aviso para enmendar su conducta el antiguo zapatero, que se había entregado con exceso a los placeres, como uno de tantos sultanes orientales, tripudos y lascivos. La historia termina felizmente y una lección moral con su moraleja se hace perdonar las alegres travesuras del comienzo. ¡Loor a Alá el Omnipotente, que puede hacer un rey de un zapatero remendón y–según la frase coránica–da sus mercedes a aquellos que quiere de sus siervos! Cuanto a

los nombres de los personajes, el de Mâruf *significa Notorio. El de su mujer,* Fatimetu-l-Urra, *equivale a Fátima, la desvergonzada, la bruja, según Dozy* (une mégere); *la fierecilla* (shrew), *según Lane, y según Burton, la estercorácea* (Dung), *epítetos todos de connotación despectiva.*

–Y cuentan también, *¡ye* monarca, el afortunado!, que había antaño en la ciudad de Mizr, la bien guardada, un zapatero remendón, de los que componen el calzado viejo, el cual se llamaba Mâruf y estaba casado con una mujer a la que llamaban Fátima de nombre, con el remoquete de Al-Urra, y la razón de haberle puesto este apodo era el ser la tal mujer muy desvergonzada y charrana, con muy poco recato y mucho desparpajo.

Tenía la tal mujer completamente dominado a su marido y todos los días lo vejaba y lo maldecía mil veces cada día, y el zapatero estaba atemorizado ante su maldad y lleno de susto y de pesar, porque era hombre celoso de su honra, aunque fuese pobre.

Y cuando el hombre tenía mucho trabajo, gastábase en ella todo cuanto ganaba, y cuando tenía poco, se quedaba sin cenar aquella noche y ella, encima, lo llenaba de improperios y afrentas, que era como aquella de quien dijo el poeta:

«¡Qué noches tan amargas las que paso
con esta esposa mía!
Si a mano yo tuviera algún veneno,
creo la mataría!»

Pero vio Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras encantadoras.

Y LA NOCHE 529 PROSIGUIO SU RELATO EN ESTA FORMA:

–Ha llegado a mis oídos, *¡ye* rey, el afortunado!, que de las muchas cosas que le ocurrían al zapatero con su mujer una de ellas fue que una mañana hubo ella de decirle:

–Mira, Mâruf: quiero que me traigas esta noche una *kenafa* enmelada, pero que sea con miel de abejas.

A lo que el marido contestóle:

–Descuida, mujer, que te la traeré; no tengo dinero, pero Alá me deparará algún medio.

–¿Qué palabras son esas?–increpóle ella–. Te depare o no te depare Alá el medio, me has de traer sin falta la *kenafa* con miel.

–Alá es generoso–dijo el esposo.

Salió luego el hombre de su casa y rezó la zalá de la mañana y luego fue y abrió su tienda, y postrándose ante Alá, le imploró de esta manera:

–*¡Ye* Señor, yo te ruego que me depares hoy los medios para llevarle a mi mujer la *kenafa* que me ha pedido y me libres de tener esta noche una reyerta con esa mala pécora!

Sentóse el hombre en su tienda, en espera de parroquianos; pero sucedió que medió el día y no le había caído al hombre ningún trabajo, de suerte que se acreció su temor, pensando en el escándalo que su mujer le armaría al verlo llegar con las manos vacías.

Y cerró el hombre su tienda y se marchó de allí muy preocupado por la *kenafa* que su mujer le encargara, pues era su indigencia tal que no tenía ni para el pan.

Y pasó por la tienda del *kenafero* y se detuvo ante ella y se quedó allí plantado, tímido, avergonzado y con los ojos arrasados en llanto.

Mirólo el *kenafero* y lo interpeló, diciendo:

–¡Eh, maese Mâruf! ¿Qué te pasa que tienes los ojos llenos de lágrimas?

Contóle el zapatero lo que le pasaba y le dijo:

–Es que mi mujer es una tirana y me encargó que esta noche le llevara para cenar *kenafa* y me he estado en la tienda hasta mediar el día y no me ha salido ninguna chapuza, de suerte que ni para el pan tengo y estoy que no me llega la camisa al cuerpo.

Echóse a reír el *kenafero* y le dijo al zapatero:

–No te apures, maestro; dime, ¿cuántas libras quieres?

–Cinco–respondióle el zapatero.

–Está bien–dijo el otro–. El caso es que tengo manteca, pero no tengo miel de abeja, sino de caña, la cual es todavía mejor; así que pienso que tu mujer no dirá nada porque la miel sea de caña.

Sintió vergüenza el zapatero de poner ningún reparo a aquello, mucho más habida cuenta de que el *kenafero* se lo iba a fiar. Así que fue y le contestó:

–No importa que la miel sea de caña; hazme, pues, la *kenafa*.

Procedió el *kenafero* a freírle la *kenafa* con manteca y luego se la empapó con miel de caña, resultando así un manjar digno de servirse en mesa real.

Tomó el zapatero la *kenafa* y se retiró, invocando las bendiciones del cielo sobre su bienhechor, y se dirigió a su casa muy contento, diciendo:

–¡Loado seas, Señor, que eres tan generoso con este tu servidor!

Entró el zapatero en su casa y su mujer, no bien lo vio, le preguntó:

–¿Qué, me traes la *kenafa*?

–Sí, mujer–contestóle el marido. Y le presentó la *kenafa,* muy alegre y tranquilo.

Miróla la mujer y al punto advirtió que estaba rebozada no con miel de abeja, sino de caña. Y encarándose con el marido, le dijo:

–¿No te encargué expresamente que estuviera rebozada con miel de abeja y no de caña? ¿Por qué, entonces, hiciste mi encargo al revés y me trajiste esta *kenafa,* rebozada con miel de caña?

Disculpóse con ella el marido y le dijo:

–Es que me la han dado fiada y no me atrevía a decir nada.

–Esas son simplezas–respondió la mujer–. Ahora mismo vas y me traes otra como yo la quiero.

Y así diciendo diole una puñada en la cara con tal fuerza, que le partió un diente y empezó a correrle la sangre hasta por el pecho, y el hombre, al ver aquello, se indignó tanto que no pudo contenerse y le dio a su mujer un golpe en la cabeza, uno solo, pero fuerte.

Cogiólo entonces ella de las barbas y empezó a zarandeárselas y a gritar como una desesperada.

–¡Venid, musulmanes, y amparadme!

Acudieron al punto los vecinos al oír aquellos gritos y libraron las barbas del zapatero de las manos de su costilla, y luego recriminaronla a ella y le afearon su conducta y terciaron entre ambos cónyuges y no se fueron de allí hasta dejarlos, al parecer, reconciliados.

Pero luego que los vecinos se fueron volvióse la mujer al marido, y le dijo:

–No probarás la *kenafa,* en castigo.

Pero el zapatero, al que el hambre le apretaba, pensó para su ánima: «Por más que diga ella, no me he de quedar sin cenar.»

Y arremetió contra la *kenafa;* pero al verlo comer su mujer, lo increpó diciendo:

–¡Así quiera Alá te sirva de veneno!

Y así continuó insultándolo y vejándolo hasta que amaneció.

Y luego que amaneció la mañana remangóse sus ropas hasta el codo para sentarle la mano a su esposo.

–Aguarda un poco, mujer–rogóle el zapatero–, que yo te traeré esta noche otra *kenafa* que no esté rebozada con miel de caña.

Fuese luego el hombre a la mezquita y rezó la zalá de la mañana, y de allí se fue a su tienda y la abrió y se sentó en ella. Y apenas lo hiciera, cuando hete aquí que se presentan dos enviados del cadí y le dicen:

–Ven con nosotros, que el cadí te reclama, pues tu mujer ha presentado contra ti una demanda.

Levantóse Mâruf al momento y fuese con los dos alguaciles y compareció ante el cadí, y vio al llegar allí a su mujer con el brazo vendado y el velo todo manchado de sangre, en pie y llorando y enjugándose el llanto.

Y el cadí, mirándolo fijo, le dijo:

–¿No tienes temor de Alá, hombre? ¿Cómo te atreves a pegarle a esta señora decente, hasta el extremo de romperle un brazo y partirle un diente?

–Si crees de veras–díjole el zapatero–que le he pegado como pretende y le he partido un diente, condéname como quieras. Pero la verdad de lo ocurrido es esta...

Y el zapatero refirióle al cadí toda la historia, desde el principio al fin, sin nada callar ni omitir.

Era aquel cadí persona de bien y, sacando un cuarto de dinar, dióselo al zapatero, diciendo:

–Toma y mércale a tu mujer una *kenafa* rebozada en miel de abeja y haz ahora mismo las paces con ella.

–Le daré a ella el dinero y que ella satisfaga su deseo–respondió el zapatero.

Tomó la mujer el cuarto de dinar y el cadí los reconcilió a los dos, y luego les dijo:

–Obedece, mujer, a tu marido, y tú, hombre, trata a tu mujer con cariño.

Salieron ambos esposos de allí reconciliados por mano del cadí y fuese la mujer a su casa y a su tienda el marido, cada cual por su camino.

Llegó el zapatero a su tienda y se sentó; pero apenas lo hiciera, presentáronse allí de nuevo los dos alguaciles del juzgado y le dijeron:

–Páganos nuestras costas.

–El cadí–replicó el zapatero–no me quitó nada, sino que, por el contrario, me dio un cuarto de dinar.

–A nosotros–contestaron ellos–nos tiene sin cuidado que el cadí te quitara o te diera nada; pero si de buen grado no nos pagas, nos cobraremos por la fuerza.

Y así siguieron apremiándolo, hasta que el zapatero optó por vender las herramientas de su oficio para pagarles y que lo dejaran tranquilo.

Vendió, pues, sus herramientas y dio a los alguaciles medio dinar y entonces ellos se fueron y lo dejaron en paz.

Y tornó a sentarse el zapatero en su tienda, la mano en su mejilla, pensando en lo que le ocurría.

Y estando así he aquí que se le acercan dos individuos de feísima catadura y le dicen:

–Levántate, hombre, y ven con nosotros, que el cadí te quiere ver para el asunto de tu mujer.

–¡Pero si acabamos de hacer las paces delante de él!–exclamó, asombrado, el zapatero.

Pero los otros le dijeron:

–El que a nosotros nos manda es otro cadí, ante el cual tu mujer fue a demandarte.

Levantóse, pues, el zapatero y fue con ellos, y, al llegar al juzgado, vio allí a su mujer, y al verla, le dijo:

–Pero hija legítima, ¿no habíamos ya hecho las paces ante el cadí?

–No hay tales paces–exclamó ella–; entre nosotros no puede haberlas.

Llegóse entonces el zapatero al cadí y le contó toda su historia, y, al terminar, le dijo:

–El cadí Fulano ya nos ha reconciliado y no hace mucho rato.

Volvióse entonces el cadí a la mujer y la increpó, diciendo:

–¿Esas tenemos, so insolente? Si os habíais ya reconciliado, ¿por qué vienes con tu demanda otra vez a mi juzgado?

–Es que después de hacer las paces –dijo ella–ha vuelto a pegarme.

–Pues volved a reconciliaros–dijo el cadí–, y en lo sucesivo no vuelvas a pegarle ni tú tampoco, mujer, vuelvas a menoscabarlo.

Hicieron, pues, marido y mujer nuevamente las paces, y después el cadí, encarándose con el zapatero, le dijo:

–¡Págales a los alguaciles su servicio!

Hízolo así el zapatero y luego volvióse a su tienda y se sentó en ella.

Pero apenas lo hubo hecho cuando se presentó allí un hombre y lo interpeló, diciendo:

–Levántate, Mâruf, en seguida y huye y escóndete, que tu mujer te ha demandado ante la Puerta Alta, y Abu-Tabak [1] viene por ti.

Levantóse Mâruf en el acto y cerró la tienda y huyó hacia la Puerta de la Victoria.

Ocurría aquello en tiempo de invierno y, al salir Mâruf a despoblado, empezó a llover y la lluvia le empapó sus vestiduras, y para guarecerse de la lluvia entróse en la Adiliyah [2], y viendo allí una *zauia* ruinosa y sin puerta, refugióse en ella. Y estaba el hombre tan apenado por todo lo que le había pasado, que de sus ojos brotó el llanto.

Y alzó la voz diciendo:

«¿Adónde iría yo que estuviera a salvo de esa mala mujer? Envíame, Señor, alguien que me pueda conducir a un lugar a donde ella no pueda llegar.»

Y estando así sentado, llorando, he aquí que la pared se abre y da paso a un personaje de estatura imponente y de aspecto como para erizarle el vello a quien lo viese, y, dirigiéndose al zapatero, lo interpeló diciendo:

–¿Cómo es, hombre, que has venido a este sitio para desvelarme con tus gemidos? Doscientos años llevo viviendo aquí sin que nunca viera a nadie entrar ni hacer lo que te veo hacer a ti. Dime, pues, qué te ocurre y cuál es la causa de tus quejumbres.

–Ante todo, dime quién eres tú–replicóle Mâruf.

–Yo–dijo el personaje–soy el duende de estos lugares [3].

No vaciló ya el zapatero y contóle la historia de cuanto le ocurriera con su esposa.

Y el otro, luego que lo hubo oído, le dijo:

–¿Quieres que te traslade a un país donde tu mujer no podrá encontrarte ni dar con el camino que conduce allí?

–Sí por cierto–respondió el zapatero.

–Pues móntateme a la espalda–díjole el genio.

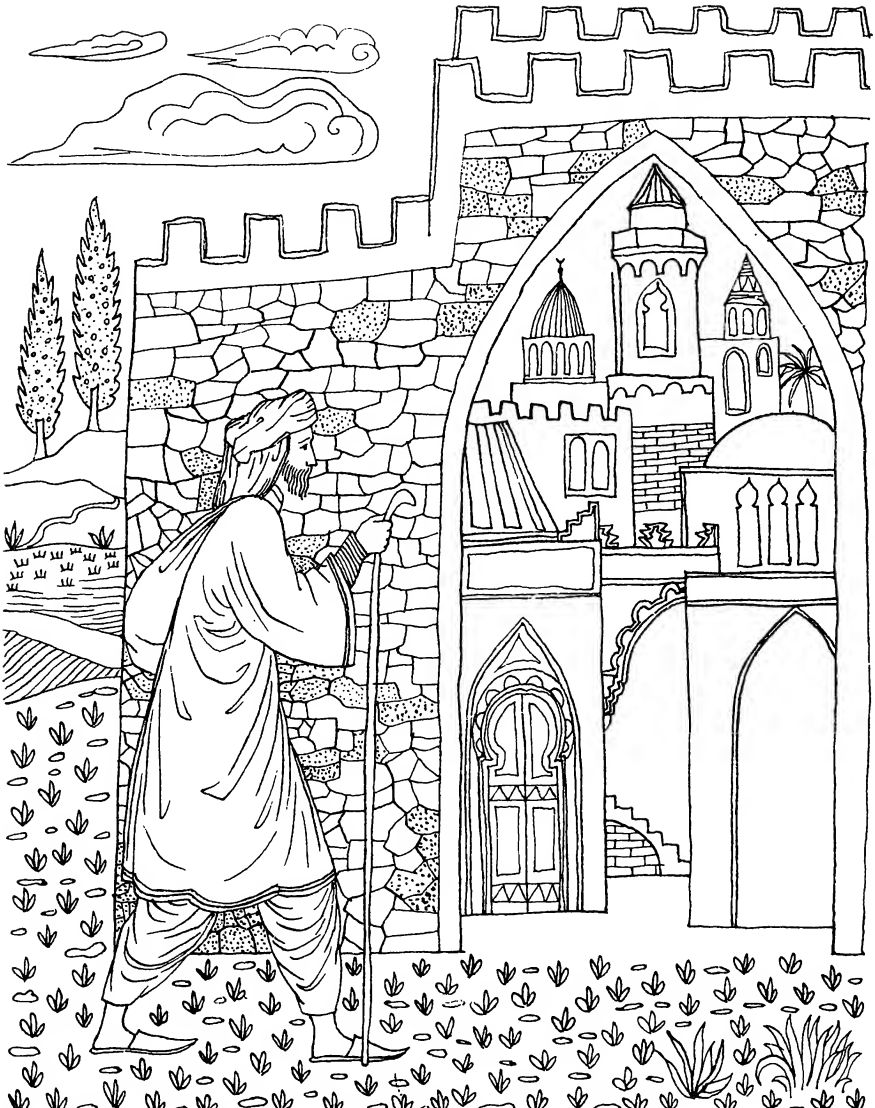
Hízolo así en el acto Mâruf y su huésped cargó con él y echó a volar, y volando estuvo sin parar, desde el oscurecer, hasta que la mañana volvió a esplender, y entonces lo dejó en tierra, en la cumbre de una montaña excelsa, y le habló, diciendo:

–Ahora, hombre, baja por la falda de este monte y a su final verás la puerta de una ciudad; éntrate en ella, que tu mujer no podrá descubrirte allí ni sabrá el camino por donde pudiera ir.

[1] La *Bab-Ali* o Puerta Alta es el Tribunal Supremo. *Abu-Tabak,* Padre del Vergajo, designa metafóricamente el sayón.

[2] Mezquita en las afueras del Cairo, edificada en 906 de la *hechra* por Al-Maliku-l-Adil Ruman Bey.

[3] El *genius loci* de los romanos.



Y dicho que hubo eso fuese el *alifrit* y siguió su camino.

Quedóse perplejo el zapatero y estúvose quieto sin moverse, hasta que salió el sol, y entonces pensó: «Ea, me levantaré y bajaré la falda de este monte, pues si me quedo aquí nada he de conseguir.»

Bajó, pues, hasta el pie de la montaña, y al llegar allí vio una ciudad, circundada de alta muralla.

Entró Mâruf en ella cruzando la puerta y se encontró con una ciudad tan bella como para quitarle al triste sus penas.

Y echó a andar por los zocos y pudo advertir que toda la gente de la ciudad lo seguía con la mirada y lo observaba, curiosa, fijándose, sobre todo, en su manera de vestir, distinta de la que se estilaba allí.

Y uno de los vecinos de aquella ciudad se le acercó y le dijo:

–Dime, hombre: ¿eres algarivo?

–Sí–respondió el zapatero.

–¿De qué ciudad eres?–preguntóle el otro.

–De Mizr, la afortunada–respondióle Mâruf.

–¿Y hace mucho tiempo–tornó a preguntarle el otro–que la dejaste?

–Pues ayer tarde–respondió el zapatero.

Soltó la risa, al oírlo, su interlocutor, y, volviéndose a sus convecinos, llamólos a gritos, diciendo:

–¡Venid a ver a este hombre y oídle su cuento!

–¿Qué es ello?–los demás preguntaron.

–Pretende nada menos–explicóles el otro–haber salido de Mizr ayer tarde y haber hecho en ese tiempo el viaje.

Echáronse todos a reír y apiñóse la gente en torno a él y le dijeron:

–Pero, hombre, ¿estás loco?

–Yo no estoy loco–respondió el zapatero–; vosotros sois los locos, que yo estoy en mi cabal juicio y lo que digo es enteramente verídico. Y para que os convenzáis, mirad este pan que traje de Mizr y que aún está tierno.

Y el zapatero les mostró el pan para convencerlos.

Miraron ellos y remiraron el pan y unos a otros se dijeron:

–A la verdad, es pan de Mizr este pan. Pero ¿cómo es posible que se conserve tierno cuando de allí hasta aquí hay de camino un mes entero?

Y se quedaban mirándolo, incrédulos. Pero estando en esto he aquí que llega un mercader caballero en su mula, seguido de esclavos, y abriéndose paso por entre la gente, increpó a los guasones, diciéndoles:

–¿Cómo os permitís burlaros así y reíros de este algarivo? ¿No os da vergüenza hacerlo?

Y volviéndose después a Mâruf, exclamó:

–No hagas caso de esta gente, hermano, que no tienen rubor.

Y asiendo de él se lo llevó de allí y marchó con él hasta llegar a una casa muy grande y suntuosa, y lo hizo entrar en ella y sentarse en un estrado regio, y después mandó a sus esclavos que le abriesen un arca y sacasen de ella unas lujosas ropas de mercader y se las vistió, y vino Mâruf a quedar tan elegante que parecía el propio *scheij* de los comerciantes.

Pidió luego el mercader que les sirviesen de comer y los esclavos pusiéronles delante un ataifor con toda clase de manjares de lo más exquisito que puede hallarse.

Y comieron ambos y bebieron y después le dijo el mercader al zapatero:

–¿Cómo te llamas, hermano?

–Mi nombre–respondióle el huésped–es Mâruf y soy de oficio zapatero remendón, de los que componen el calzado usado.

–¿Y de qué tierra eres?–tornó a preguntarle su anfitrión.

–De Mizr–contestóle Mâruf.

–¿Y de qué barrio de Mizr?–preguntóle el mercader.

–Por ventura–exclamó Mâruf–, ¿conoces tú Mizr?

–Has de saber–respondió el mercader–que soy de los hijos de ese país.

Díjole entonces Mâruf:

–Pues yo vivía allí en el adarve Al-Ahmar [4].

–¿Y a quién conocías en el adarve Al-Ahmar?–preguntóle el otro.

–Pues a fulano y a fulano–respondió el zapatero. Y le fue nombrando a muchos sujetos.

–¿Y conocías por casualidad–preguntó el mercader–, al *scheij* Ahmedu-l-Attar? [5].

–¡Claro que sí lo conocía!–exclamó Mâruf–. Como que era vecino mío y vivíamos pared por medio; ¿no habría de conocerlo?

–¿Y lo conocías a fondo?–insistió el anfitrión–. ¿Puedes decirme cuántos hijos tenía?

–Tres–respondió el zapatero–, a saber: Muztafá y Mohammed y Alí.

–¿Y qué hizo Alá con sus hijos?–preguntó el anfitrión.

–Muztafá–respondió Mâruf–salió muy aplicado y llegó a ser todo un sabio y se hizo *mudarris* [6]; Mohammed se dedicó a droguero y abrió una tienda contigua a la de su padre, pero primero se casó y su esposa le dio un hijo, al que le puso por nombre Hasán.

–¡Cólmete de bienes Alá!–exclamó el mercader–, pero dime: ¿y Alí? ¿Qué fue de él?

–Alí–contestó el zapatero–fue de chico mi amigo y compañero de juegos y solíamos disfrazarnos de nazarenos y meternos en las iglesias y hurtar los libros de los cristianos para venderlos y comprar cosas con lo que nos daban por ellos.

Y sucedió una de las veces que nos vieron los cristianos y nos cogieron con los libros en las manos y fueron a quejarse a nuestras familias y hablaron con el padre de Alí y le dijeron: «Como no evites que tu hijo nos moleste, iremos a quejarnos ante el rey.»

Diole entonces su padre una buena tunda, para contentar a aquella gente, y él huyó de su casa y se fue por ahí a la ventura y estuvo veinte años sin parecer y sin que nadie pudiera dar razón de él.

–Pues bien–díjole entonces a Mâruf su anfitrión–: yo soy ese Alí, hijo del *scheij* Ahmedu-l-Attar, de Mizr, y tú compañero de juegos y escarceos.

Saludáronse entonces los dos con el *selam* y después díjole Alí a su amigo Mâruf:

–Cuéntame ahora cómo fue que viniste desde Mizr a esta ciudad.

Contóle entonces Mâruf toda la historia de lo que le pasara con su mujer Fatimetu-l-Urra y la mala partida que le jugara, y le dijo:

–Al ver cómo se ensañaba conmigo opté por huir y dejarla y esa fue la razón de que viniera a dar en esta ciudad; pero y tú, ¿cómo fue que viniste a ella?

–Pues–respondióle su amigo–porque llevado del aturdimiento de los pocos años, que no tenía entonces más de siete cuando me escapé de mi casa, echéme a vagar de uno en otro país y de una en otra ciudad, hasta que llegué a esta que se llama Ijtianu-l-Jatán [7], y me encontré con que su gente era buena y rumbosa y compasiva y piadosa y acorredora de los menesterosos y pronta a hacer préstamos a quien se los pide, creyéndose todo lo que les dicen. Así que yo les dije:

[4] El Rojo, barrio que aún subsiste en torno a la Bab-Saullah. (Nota de Burton.)

[5] *Ahmel*, el alabado, el perfumista.

[6] Profesor.

[7] Localidad de identificación difícil. Lane supone que se trata de un lugar imaginario. Trébutien lee: «Khiatan es capital del reino de Sohatan.» Burton anota que Khatan *(sic)* es un distrito de Tartaria, al este de Kaschgar.

–Yo soy mercader y me adelanté a mis mercaderías, que vendrán después, y en el entretanto os agradecería que me prestaseis mil dinares, que os devolveré en seguida que tenga aquí mis mercancías, pues necesito hacerme con algunas cosas antes que aquellas lleguen.

Diéronme ellos el dinero y yo lo tomé y me dirigí al zoco de los mercaderes, y vi allí algunos géneros y los compré, y al otro día procedí a venderlos, ganándome cincuenta dinares en ellos, y torné a comprar otros artículos, y con lo que en esa atijara gané, empecé a obsequiar y agasajar a todo el mundo, con lo que me granjeé las simpatías y el afecto de cuantos me conocían

Seguí después comprando y vendiendo y llegué a reunir un caudal considerable, y ya sabes, hermano, lo que dice el refrán: «Este mundo es mentira y engaño, y allí donde nadie te conoce a fondo, puedes obrar a tu antojo.»

Pero tú, en cambio, hermano, le dices a todo mundo: «Yo soy zapatero remendón y pobre y me vine aquí huyendo de mi mujer y salí de Mizr ayer.» Cosa esta última que nadie puede creer, por lo que a todos mueves a risa y chacota y hacen burla de tu persona, y así será mientras estés en esta ciudad.

Y si en vez de eso les dices que te trajo aquí un genio volando por los aires, te cogerán miedo y no se te acercarán y se irán diciendo: «Este tío tiene trato con los *alifrites* y hay que huirle.»

–Pues ¿cómo he de hacer entonces? –preguntóle Mâruf a su amigo Alí.

–Yo te lo voy a decir–contestóle su amigo–. Mañana, si Alá quiere, te daré mil dinares y una mula, para que montes en ella, y un esclavo para que vaya delante de ti abriéndote paso, hasta que llegues a la puerta del zoco de los mercaderes; entonces tú te llegarás a donde ellos están y me verás a mí allí sentado, como uno de tantos, y en cuanto yo te vea, me levantaré e iré a tu encuentro y te saludaré y te besaré las manos y te haré otras demostraciones de honra y agasajo. Y te preguntaré:

«Por ventura, ¿trajiste contigo tal o cual artículo?» Tú me responderás: «Sí, y en gran cantidad.»

Y cuando ellos me pregunten quién eres tú, yo les ponderaré tus méritos y te engrandeceré a sus ojos y les diré: «Habilitadle luego casa y tienda.» Y te describiré como a hombre riquísimo y rumbosísimo, y tú, para no desmentirme, si se te acerca un mendigo le darás una limosna regular, de suerte que ellos no desconfíen de lo que les digo y se queden plenamente convencidos de que eres un gran personaje y lo que tienes lo repartes y desde el primer momento te tomen afecto.

Y después de eso te invitaré a una fiesta en mi casa e invitaré también a todos los mercaderes, y te los presentaré para que te conozcan y tú los conozcas a ellos y se establezcan entre vosotros relaciones y lazos que puedan mutuamente aprovecharos, y puedas con ellos mercar y vender y dar y tomar, y ya verás cómo, en poco tiempo, lograrás reunir un gran capital.

Luego que al día siguiente amaneció la mañana diole Alí a su amigo Mâruf mil dinares y le vistió un lujoso traje y lo hizo montar en una mula y le asignó un esclavo para que fuera delante de él, abriéndole paso, y le dijo:

–¡Sea Alá tu pagador! Yo debo hacer esto por ti, porque eres mi amigo y vengo obligado a ayudarte y hacer por levantarte.

Cuanto a tu esposa, desecha todo temor y no te acuerdes de ella ni a nadie se la mientes.

–¡Alá te lo pague!–díjole Mâruf.

Montó acto seguido en la mula y, precedido del esclavo, dirigióse a la

puerta del zoco de los mercaderes, que estaban allí todos sentados, y entre ellos el mercader Alí, como uno de tantos. Y no bien hubo visto Alí a su amigo Mâruf, se levantó y fue a echarse entre sus manos, exclamando:

–¡Bendito sea tu día, *ye* mercader Mâruf, *ye* dueño de bienes y hombre generoso de lo que posees!

Y a continuación besóle las manos delante de los demás mercaderes. Y volviéndose a ellos, exclamó:

–Hermanos míos, ¡aquí os presento al mercader Mâruf!

Saludáronle todos con el *selam* y Alí se puso luego a ponderarles a su amigo, engrandeciéndolo a los ojos de todos. Procedió después a ayudarlo a bajar de su mula y, apartándose de él, púsose a hablar por separado con los mercaderes, uno después del otro, insistiendo en ponderarles sus méritos y buenas partes.

–¿Conque es un mercader?–exclamaron los otros.

Y Alí les contestó:

–¡Claro que sí!, y el más grande de todos los de Mizr, no habiendo ningún otro que con él pueda competir, en punto a rico y generoso. Y tiene corresponsales en los países de Al-Hind y de As-Sind y Al-Yamán. Tratadle, pues, con arreglo a su categoría y desvivíos por atenderlo y servirlo, y dizque su llegada a esta vuestra ciudad no obedece a móviles de tráfico y ganancia, sino a su afición a ver tierras extrañas, que no habría menester de moverse de Mizr por el aquel de aumentar sus riquezas, pues dueño es de bienes que no consume el fuego, y yo soy uno de sus servidores, y a gala lo tengo.

Rodeáronle entonces los mercaderes y le ofrecieron refrigerios y sorbetes, y uno le preguntó:

–¿Trajiste, señor, contigo telas amarillas?

Y él contestó:

–¡Sí y muchas!

–¿Y rojas cual sangre de gacela?

–También traigo muchas de ellas.

Y a todo lo que le preguntaron decía que sí, que lo tenía en abundancia.

Entonces uno de los mercaderes, dirigiéndose a Alí, le dijo:

–¡*Ye* mercader! Dile a tu paisano si tendría mil fardos de telas de precio, que se las compraría.

–Desde luego que sí los tiene–contestóle Alí–en uno de sus muchos almacenes y que nada le faltará de lo que quieres.

Y estando así todos sentados llegóse allí un mendigo y empezó a darles la vuelta a los mercaderes, y el uno le daba medio adarme de plata y el otro le daba algo más, hasta que llegó junto a Mâruf y este le dio un puñado de oro, que el mendigo tomó agradecido, y luego se fue, invocando las bendiciones del cielo sobre él.

Maravilláronse los mercaderes de su esplendidez, y unos a otros se dijeron:

–Hace dádivas de rey, pues da el oro sin contarlo, y cierto que si no fuera hombre de gran caudal y no tuviera sobrado no le daría a un pobre el oro a puñados, sin contarlo.

Y llegóse al grupo, al poco rato, una mendiga, y Mâruf metió mano a su bolso y diole también un puñado de oro, con lo que la mujer se fue invocando también las albaracas del cielo sobre él.

Corrióse entre los pordioseros la fama de su generosidad y al punto acudieron allí en tropel, y Mâruf dioles a todos un puñado de oro, hasta que acabó por gastarse los mil dinares.

Y entonces, batiendo una con otra las palmas de sus manos, exclamó:

–¡Confiemos en Alá, que es el mejor de los fiadores!

Díjole entonces el *scheij* de los mercaderes:

–¡*Ye* mercader Mâruf! ¿Qué es lo que te sucede?

A lo que Mâruf le contestó, diciendo:

–Nada, que de haber sabido que en esta ciudad había tantos pobres como ahora veo que hay, trajera conmigo un bolso más grande, mientras que ahora temo que se prolongue mi viaje y llegue el dinero a faltarme, teniendo la costumbre que tengo de no negarles una limosna a los pobres, en tanto me queda algún dinero. Si ahora viniera alguno a pedirme no sabría qué decirle.

–Dile–aconsejóle el *scheij* de los mercaderes–: «¡Alá te ampare, hermano; busca por otro lado!»

–Eso no está en mi condición ni en mi costumbre–exclamó Mâruf–, así que no puedo menos de sentirlo y dolerme, y celebraría poder agenciarme otros mil dinares para emplearlos en hacer limosnas, hasta que llegasen mis fardos y llenase de nuevo mi bolsa.

–Por eso no te preocupes, amigo –díjole el síndico.

Y acto seguido mandó a uno de sus criados por mil dinares, y luego que los trajo, se los dio a Mâruf, el cual empezó a darles limosnas a cuantos pobres la pedían, hasta que el almuédano cantó la hora de la zalá de mediodía.

Trasladáronse entonces todos a la aljama y rezaron la zalá del mediodía, y luego Mâruf diole al jefe de los rezantes lo que le quedaba de los mil dinares.

Maravillóse la gente de su esplendidez e invocaron las bendiciones del cielo sobre él. Y también los otros mercaderes se maravillaron de su liberalidad hasta no poder más.

Fue luego Mâruf y se dirigió a otro mercader y le tomó en préstamo mil dinares y los repartió, todo lo cual lo veía su amigo Alí, aunque nada le podía decir.

Y continuó Mâruf de esa guisa por espacio de veinte días, llegando en ese tiempo a tomar sesenta mil dinares a préstamo, sin que acabasen de llegar sus fardos ni sus géneros.

De suerte que, al cabo, hubo de cundir la alarma entre la gente, que veía su dinero en peligro, y uno de los mercaderes dijo:

–Creo que deberíamos hablar con su paisano, el mercader Alí.

Aprobaron su parecer los demás y fueron a ver al mercader Alí y le dijeron:

–¡*Ye* mercader Alí: las mercaderías de tu amigo Mâruf no acaban de llegar!

A lo que el mercader Alí les contestó:

–Tened un poco de paciencia, que esas mercaderías no tienen más remedio que venir y no tardarán mucho en estar aquí.

Habló luego a solas el mercader Alí con su amigo y le dijo:

–Mâruf, ¿qué es lo que has hecho? ¿Te dije yo quizá que tostases el pan o lo quemases? Ahora los mercaderes la emprenden conmigo y me reclaman su dinero y me dicen que les debes sesenta mil dinares, más los réditos, que tú les pediste y diste a los pobres. ¿Y cómo se los podrás devolver cuando ni compras ni vendes?

–¡Bah! ¿Qué son sesenta mil dinares? Cuando lleguen mis mercancías ya les pagaré, si quieren en géneros, o si no, en dinero contante y sonante, en oro o en plata, lo que ellos prefieran.

–¡Alá es el más grande!–exclamó el mercader Alí–; pero ¿es que de veras tienes tú géneros de ninguna clase?

–Cierto que sí y en gran cantidad –respondióle Mâruf.

–¡Que Alá y los santos varones–exclamó Alí–te hagan pagar caro tu descaro! Yo fui quien te enseñó a hablar así y ahora tú me vienes con el cuento a mí. Pero ya verás como ahora mismo voy y le digo a la gente la clase de pájaro que eres.

–Ve ahora mismo y no hables más

–respondióle Mâruf–. ¿Imaginas acaso que yo soy un pobretón? Yo poseo muchísimos géneros y, en cuanto lleguen, le daré a cada cual el doble de lo que me dio, que a mí no me hace falta el dinero.

Enfureciόse el mercader Alí al oír aquello y exclamó:

–Está bien, eres un fresco. ¡Pero ya te enseñaré yo a mentirme a mí!

–¡Bah!–díjole Mâruf–, puedes hacer lo que quieras. Cuanto a esos mercaderes, cuando vengan mis géneros les pagaré hasta el último céntimo.

Dejóle, pues, Alí y se retiró, diciéndose para sus adentros: «El caso es que antes lo puse por las nubes y si ahora salgo descubriendo el embuste me tomarán a mí también por un embustero, por uno de esos de los cuales dice el refrán: "El que primero alaba y luego critica, miente dos veces [8]."»

Y el mercader Alí estaba en un atolladero del que no sabía cómo salir.

Fueron luego los mercaderes a ver de nuevo a Alí y le dijeron:

–¡*Ye* mercader Alí! Dinos: ¿hablaste ya con tu amigo?

–¡*Ye* gentes!–respondió Alí–. No me habléis de mi amigo, que me tiene avergonzado y corrido. Mil dinares tiene míos y no me deja ni que le hable de ellos; vosotros, cuando vuestro dinero le prestasteis, no vinisteis a consultarme, así que no tenéis ningún derecho para reclamarme. Id, pues, a reclamárselo a él, y, si no os hace caso, id a ver al rey y demandadlo ante él, diciendo: «Ese hombre es un estafador que a todos nos estafó.» Y ya veréis cómo el rey os da satisfacción.

Fuéronse, pues, los mercaderes a ver al rey y le contaron todo lo que había pasado y le dijeron:

–¡*Ye* monarca del tiempo! No sabemos qué pensar de ese mercader que, por una parte, se muestra muy rumboso, y por otra, nos ha hecho esto y estotro, siendo lo más raro que todo cuanto nos ha sacado lo repartió entre los pobres y los necesitados. Pues si fuere hombre de nada no tiraría así su dinero, y si fuere rico, ya se habría hecho patente su buena fe con la llegada de sus mercancías, y hasta ahora no las hemos visto por ninguna parte, y aunque ya pasó tiempo, ni llegan ni hay señales de que vayan a venir, y dizque nos adeuda sesenta mil dinares de oro, que se gastó en limosnas.

Y los mercaderes se extendieron en ponderaciones elogiosas sobre su generosidad y largueza.

Era el rey de aquella ciudad más codicioso que Aschâb [9], y al oír ponderar de aquel modo la esplendidez y generosidad de un algarivo, penetró la ambición en su corazón y, encarándose con su visir, le dijo así:

–Si ese hombre no fuera inmensamente rico, no tiraría así el dinero a manos llenas. No hay duda que sus mercancías vienen en camino, y, cuando lleguen, colmará de riquezas a esos mercaderes. Pero yo soy más digno que ellos de gozar de los beneficios de su generosidad; así que deseo conocerlo y amistarme con él y prestarle lo que necesite hasta que lleguen sus mercancías, y entonces será para mí lo que hubieran de llevarse estos y lo casaré con mi hija y su caudal irá a engrosar el erario real.

–¡*Ye* rey del siglo!–contestóle el visir–. Ese individuo a mi juicio es simplemente un pícaro, y el pícaro es capaz de arruinar la casa del ambicioso [10].

Pero al llegar aquí sorprendió a Schahrasad la aurora y cortó el hilo de sus palabras encantadoras.

[8] Lane atribuye este dicho a Al-Harini.

[9] Personaje histórico, célebre por su codicia. Natural de Medina, siervo del jalifa Otsmán.

[10] Frase de aire proverbial.

Y LA NOCHE 530 REANUDO SU RELATO EN ESTA FORMA:

–Ha llegado hasta mí la fama, ¡*ye* monarca, el afortunado!, de que el visir le dijo al rey:

–¡*Ye* monarca del siglo! Ese individuo, a mi juicio, es simplemente un pícaro, y el pícaro es capaz de arruinar la casa del codicioso que le hace caso.

–¡*Ye* visir!–respondió el rey–. Lo pondré a prueba y veré si es un simple estafador o no lo es y si es hombre de buena crianza y educación o no.

–¿Cómo lo probarás, señor?–preguntó al rey el visir.

Y el rey le contestó así:

–Ya sabes tú que tengo yo muchas piedras preciosas; pues bien; lo haré venir aquí y le presentaré las piedras, y si él las conoce y sabe el valor de ellas, será señal de que es hombre de caudal, y si no es así, se verá claro que es un solemne pícaro y entonces, sin más, lo mandaré matar.

Mandó luego el rey por Mâruf y en seguida se lo llevaron, y Mâruf, al entrar, saludó al soberano, el cual le devolvió el saludo y lo invitó a sentarse a su lado y le dijo:

–¿Eres tú, en verdad, el mercader Mâruf?

–El mismo soy, señor–le contestó Mâruf.

–Pues bien–díjole el rey–: los mercaderes pretenden que les debes sesenta mil dinares; ¿es verdad lo que dicen esos mercaderes?

–Sí, señor–respondió Mâruf.

–¿Y por qué no se los devuelves? –preguntóle el rey.

–Ya les he dicho–replicó Mâruf–que tengan paciencia hasta que lleguen mis mercancías y efectos, que entonces les pagaré el doble de lo que me dieron. Y si quieren oro, oro les daré, y si prefieren mercancías, mercancías llevarán; y al que me prestó mil, dos mil le devolveré en pago de haber velado mi rostro ante el necesitado, que de todo tengo yo sobrado.

Díjole luego el monarca, presentándole una gema:

–Mira esta piedra, mercader, y dime qué es y cuánto puede valer aproximadamente.

Y entrególe una perla del tamaño de una bala de escopeta [11], que le había costado mil cequíes, y era de un valor tal que no tenía par.

Tomóla Mâruf en su mano y la apretó entre sus dedos para probarla, y la perla, que era muy fina, no pudo soportar la presión y se partió.

Al ver el rey aquello exclamó airado·

–¿Por qué partiste la perla?

Pero Mâruf se echó a reír con toda su fuerza y le dijo:

–¡*Ye* rey del siglo! Esta no es perla, sino un cacho de mineral, que la piedra que no aguanta la presión sin romperse no tiene ningún valor, pues a todo tirar en mil dinares se podría tasar. Y una piedra así no tiene la menor importancia para mí. Tanto, que no me explico cómo un rey de tu grandeza la pudo adquirir, porque perla que no sea del tamaño de una nuez no vale la pena quererla poseer. Pero, al fin y al cabo, vuestra ignorancia tiene disculpa, pues los de este país no sois nada ricos y no poseéis tesoros de gran valor y dignos de tomarse en consideración.

–¡*Ye* mercader!–exclamó el rey–.

[11] Otros textos dicen de una avellana.

Por ventura, ¿tienes tú de esas piedras cuyo valor ponderas?

–Cierto que sí–respondió Mâruf–y en gran cantidad.

Entróle codicia al rey al oír aquello, y, mirando a Mâruf, le preguntó:

–¿Y me darás algunas de ellas?

–Desde luego que sí–respondióle Mâruf–; en cuanto tenga aquí mis bagajes te daré cuantas quieras y de balde.

Holgóse mucho el rey al oír aquello, y, encarándose con los mercaderes, los interpeló, diciendo:

–Volveos luego por donde vinisteis y tened paciencia hasta que vengan sus bagajes y entonces os presentáis ante mí y yo os pagaré por él.

Fuéronse, pues, de allí los mercaderes y el rey llamó a su visir y le dijo:

–Hazle la corte al mercader Mâruf y dale conversación y háblale de mi hija Dunya y haz por sonsacarlo para que con ella se quiera casar, y así pasarán a nuestro poder todas esas riquezas que posee él.

A lo que el visir replicóle al rey:

–¡*Ye* monarca del siglo! La conducta de ese hombre no me hace a mí pizca de gracia y para mí tengo que es un impostor y un embustero, así que te aconsejo desistas de esa idea y no te expongas a darle tu hija por nada.

Y dizque, antes de eso, tratara el visir de obtener del sultán la mano de su hija y el sultán se la había concedido, solo que, al saberlo la princesa, negóse en redondo a ese matrimonio.

Por lo que, al oírlo ahora el rey, le dijo:

–Tú eres un traidor que no deseas mi bien, porque estás resentido con mi hija por no haber querido casarse contigo y ahora vas buscando el impedir que se case con ese mercader, para que se quede soltera y tú puedas casarte con ella; pero escucha bien lo que te digo, y es que no te entremetas en ese asunto, que no te he de hacer caso alguno. ¿Cómo va a ser ese hombre un impostor ni un embustero cuando acertó a decir el valor de la piedra y lo que yo había dado por ella y la partió porque no le gustó? Y dizque tiene joyas en abundancia, y, en cuanto vea lo hermosa que es mi hija, perderá el sentido y se enamorará de ella y le dará perlas y piedras preciosas a manos llenas, y eso es lo que tú quieres impedir que suceda.

No osó replicar nada el visir, por temor al enojo del sultán, y en su interior se dijo: «Más vale contemporizar.»

Y fingiendo amistad, fuese a ver a Mâruf y le dijo:

–Has de saber cómo nuestro señor te ha tomado ley, y tiene una hija, guapa y lista en verdad, y con ella te quiere casar. ¿Qué es lo que puedes decir tú a eso, Mâruf?

–No veo mal en ello–respondióle el zapatero–; solo que habrá que aguardar a que tenga yo aquí mis mercancías, porque las bodas de las hijas de los reyes son gravosas y su alta jerarquía pide que no se las dote ahí con cualquier cosa. Y yo, hasta que vengan mis mercancías, estoy sin blanca, aunque, eso sí, cuando lleguen, tendré dinero en abundancia y podré dotar a la princesa de cinco bolsas de oro. Y, además, habré de invertir otras mil bolsas en pelones a los pobres y menesterosos la noche de nuestras bodas, y otras mil en gratificar a los que tomen parte en la procesión de la novia, y otras mil para repartirlas entre la tropa, y necesito, además, cien perlas para regalárselas a la princesa la mañana de nuestra boda, y otras cien para gratificar a las doncellas y los eunucos, a cada uno de los cuales quiero darles una perla en honor a mi esposa, eso sin contar con que pienso vestir a mil pobres desnudos y hacer limosnas con todo rumbo. Todo lo cual sólo podré llevarlo a cabo cuando



". . . y los juglares y los titiriteros y las bailarinas sabias en prodigiosos meneos . . ."

tenga aquí mis bagajes, que en ellos tiene de todo en abundancia, y, al fin y a la postre, ninguna prisa corre.

Tornóse el visir con el rey y le comunicó las palabras de Mâruf. Y el rey, al oírlo, le dijo:

–Y teniendo él esas intenciones, ¿cómo te atreves a ponerlo de impostor y embustero?

Y el visir respondió:

–E insisto en ello.

Pero el sultán lo regañó con gesto desabrido y le dijo:

–Por vida de mi cabeza, que, como sigas despotricando de ese modo, mandaré que te corten el cuello y te lo vuelen de los hombros. Corre luego en su busca y tráemelo acá y ambos nos entenderemos y el asunto arreglaremos.

Volvió, pues, el visir junto a Mâruf y le dijo:

–El rey quiere hablarte; ve a verlo en seguida.

Fue Mâruf a ver al rey y el rey le dijo:

–Mira, Mâruf: no me vengas con excusas sobre la boda con mi hija, pues si de momento no tienes dinero, mi alacena rebosa de riquezas. Aquí tienes las llaves; tómalas y gasta de ellas todo lo que quieras y haz los regalos que tengas a bien y viste a los pobres y haz todo lo demás que quieras hacer. Y no cures de nada, que cuando vengan tus mercancías podrás mostrarte generoso con tu esposa, y tocante a azidaque, tendremos paciencia hasta entonces, que, después de todo, ninguna diferencia hay ya entre nosotros, que somos uña y carne y como de la misma sangre.

Mandó luego el rey por el Scheiju-l-Islam y le ordenó que extendiese la partida de casamiento de su hija con el mercader Mâruf, y así lo hizo aquel en el acto, y luego el sultán dio la señal para que empezasen las albórbolas nupciales y mandó que la almedina engalanasen.

Y repicaron atabales y añafiles trompetearon y sirvieron las mesas con manjares de todas clases y vinieron volatineros y moharrachos y saltimbanquis, que hicieron gala de sus habilidades.

Y Mâruf, el zapatero, sentóse en un trono, en un estrado, y los juglares y los titiriteros y los afeminados [12] y las bailarinas sabias en prodigiosos meneos y contorsiones y los histriones hicieron ante él maravillosas demostraciones.

Y Mâruf llamó a su *jasandar* y le ordenó:

–Tráeme oro y plata en cantidad.

Y el *jasandar* llevóle oro y plata y Mâruf dio entonces la vuelta por entre el gentío, y a cada uno de aquellos juglares y bailarinas y saltimbanquis dioles un puñado de oro y plata y repartió también limosnas en abundancia entre los pobres y vestidos entre los desnudos y a todos los gratificó con gran rumbo.

No daba abasto el *jasandar* a llevarle oro y plata y al visir el corazón le reventaba de rabia, solo que no se atrevía a decir nada.

Y el mercader Alí estaba también maravillado ante tanto derroche y hubo de decirle a Mâruf:

–¡Alá y los santos visiten tus sienes! ¿Es que no contento con haber arruinado a los mercaderes quieres arruinar también al rey?

Pero Mâruf le replicó con todo desenfado:

–Cosa es esa que debe tenerte sin cuidado. Cuando lleguen mis mercancías se lo pagaré todo al rey, multiplicado.

Y continuó derrochando el dinero, diciéndose para sus adentros: «Que sea

[12] Se trata de lo que los turcos llaman *Al Chink:* niños y jovencitos, por lo general judíos, armenios, griegos y turcos que visten de mujer y lucen largas trenzas y de esa guisa asisten a las bodas y otras fiestas.

lo que Alá quiera, que no hay quien escape de lo que el sino decreta.»

Cuarenta días duraron los festejos nupciales, y al que hacía cuarenta y uno, por la noche, fueron por la novia a su alcázar para llevársela a su esposo, precedida de todos los emires del reino y los generales del ejército, y al entrar el nupcial cortejo en el palacio, púsose Mâruf a arrojar pelones de oro sobre el gentío y subió de punto el regocijo, siendo considerable el derroche de dinero que aquella noche hicieron.

Condujeron luego a Mâruf a la cámara de la princesa Dunya y se sentó en un alto estrado y corrieron las cortinas y cerraron las puertas y se salieron todos, dejando solos allí dentro a los novios.

Posó entonces Mâruf una mano sobre otra y quedóse muy triste, en apariencia.

Y la novia, al verlo así, le dijo, inquieta:

–¡Alá vele por ti, mi señor! ¿Por qué estás tan triste?

–¿Cómo no he de estarlo–díjole Mâruf–cuando el rey, tu padre, me ha comprometido y ha hecho conmigo algo semejante a aquel que procede a segar antes que la cosecha grane?

–Pues ¿qué ha hecho contigo mi padre?–inquirió la princesa.

–Me ha obligado–respondióle Mâruf–a casarme contigo antes que llegaran mis mercancías. Y yo necesito ahora, por lo menos, cien joyas para repartirlas entre tus doncellas como recuerdo, a fin de que luego puedan decir: «Esta joya me la regaló mi señor la noche que con mi señora se desposó.»

–¡Bah!–dijo la princesa–. No te inquietes por eso ni te apenes. Quítate las ropas y ponte a tus anchas y no te preocupes por tan leve causa, que cuando lleguen tus mercancías, ya nos desquitaremos de todo en abundancia.

Levantóse, pues, Mâruf y se quitó cuanta ropa tenía sobre el cuerpo y se sentó en el lecho y dio principio a los retozos y escarceos, y abrazó a la princesa y la apretó fuerte contra su pecho, y le chupó los labios hasta hacerle destilar miel en su boca, y le pasó la mano por debajo del brazo izquierdo, y sus entrañas y las de ella se encendieron en el ansia del ayuntamiento. Palmoteóle luego entre sus pechos y escurrió su mano por entre sus muslos, y ella lo ciñó con sus piernas y entonces él, diciendo *«¡Ye* padre del firme nervio!», puso la mecha y prendió el fuego y por sus cuatro costados voló la fortaleza y se obró el misterio sobre el cual nada sabemos, y ella lanzó el grito que es fuerza lanzar en tales ritos.

Y Mâruf puso término a la doncellez de la princesa. Y toda aquella noche se les pasó a los dos en abrazos y besos y mordiscos y chupeteos y toda suerte de caricias, hasta que despuntó la aurora del siguiente día.

Pasó entonces Mâruf al *hammam* y se bañó y se vistió un traje digno de un rey, y luego salió del *hammam* y se trasladó al regio diván, y todos cuantos allí estaban, visires y cortesanos y palaciegos, se levantaron al verlo llegar y lo recibieron con grandes demostraciones de respeto y lo felicitaron y lo bendijeron.

Y Mâruf se sentó al lado del rey y preguntó:

–¿Dónde está el *jasandar?*

–Entre tus manos está–le contestaron.

–Ven en seguida–ordenóle Mâruf–y trae para cada uno de los presentes un traje de honor.

Hízolo así el *jasandar* y Mâruf obsequió con sendos trajes de honor a todos los visires y emires y magnates del reino y a todos los dignatarios y consejeros, y gratificó también a cada uno de ellos con arreglo a su categoría. Y

así continuó haciendo por espacio de veinte días, sin que acabasen de llegar sus mercancías.

Viose, al fin, apurado el *jasandar* y pasó a ver al rey, en ausencia de Mâruf, y lo encontró sentado con su visir al lado.

Y el *jasandar* besó la tierra entre las manos del soberano y después le dijo:

–¡*Ye* rey del siglo! Tengo algo que decirte, para que, como otras veces, no me regañes luego por no haberte avisado con tiempo. Has de saber, señor, que ya el regio erario se agotó y no queda en él dinero apenas, y de aquí a diez días tendré que cerrar la alacena, completamente vacía.

Al oír aquello el rey, exclamó:

–¡*Ye* mi visir! Cierto que las mercancías de mi yerno tardan en llegar y no sabemos de ellas nada, cosa que ya me asombra en verdad.

Echóse el visir a reír y después le dijo así:

–¡Alá te tenga en su gracia, *ye* rey de los tiempos, que te dejaste engañar por ese embustero! Por vida de tu cabeza, que no hay tales mercancías, ni cosa parecida, y lo que ese tunante ha hecho ha sido engatusarte y engolosinarte hasta casarse con tu hija y dejar tu alacena vacía. ¿Hasta cuándo seguirás con los ojos cerrados, dejándote engañar por ese desvergonzado?

–¡*Ye* mi visir!–díjole el rey–. ¿Qué podríamos hacer para comprobar la verdad del caso?

–¡*Ye* rey del siglo!–respondióle el visir–. Los secretos de un hombre sólo su mujer los conoce [13]. Manda, pues, un recado a tu hija para que se presenta aquí detrás de la cortina y yo la interrogaré sobre la verdad de su marido y le encargaremos que lo sondee y nos diga lo que en él observe.

–Está bien pensado–aprobó el rey–, y por vida de mi cabeza que, como se pruebe que es un impostor, lo mataré de la muerte peor.

Cogió luego el rey al visir y trasladóse con él al estrado de las reuniones y mandó a llamar a su hija, la cual acudió tras de la cortina, todo lo cual en ausencia de Mâruf tenía lugar.

–¿Qué es lo que quieres, padre mío?–preguntó la joven al llegar.

–Dirígete al visir–díjole el rey.

Y la joven preguntó al visir.

–¿Qué es lo que deseas de mí, ilustre visir?

–Has de saber, mi señora–respondióle el visir–, que tu esposo ha dado fin de los dineros de tu padre, además de haberse casado contigo sin dotarte, y ahora todo se le vuelven promesas y evasivas, por lo que querríamos de ti que lo sondeases y nos dijeses lo que lograses descubrir.

–Palabras–respondió la princesa–no le faltan; siempre está prometiéndome joyas y alhajas y telas preciadas, sin que yo nunca vea nada.

–¡*Ye* mi señora!–díjole el visir, después de oírla–. ¿No podrías esta noche sonsacarlo y tirarle de la lengua y obligarlo a hablar, diciéndole: «Dime toda la verdad; ¡no temas nada!, puesto que eres mi marido y yo no he de traicionarte en lo más mínimo; dímelo, pues, todo con franqueza y yo veré el medio de sacarte con bien de este aprieto»? Luego lo acariciarás y lo engatusarás con muestras de cariño, hasta que al fin te diga la verdad, y luego vendrás aquí y nos lo contarás.

–Descuida, visir–exclamó la princesa–, que yo sé el medio de hacerle hablar con sinceridad.

Volvióse luego la princesa a sus habitaciones y después del *aschá* pasó Mâruf a verla, según su costumbre, y entonces la princesa se levantó y lo cogió por debajo del sobaco y empezó a hacerle arrumacos y carantoñas de las que suelen hacer las mujeres cuando del hombre desean alguna cosa.

[13] *Redolet proverbium.*

Y no paró de engatusarlo con palabricas mas dulces que la miel, hasta que al fin el pobre marido perdió del todo el tino.

Y luego que ella lo vio en ese estado, fue y le dijo:

–¡*Ye* amor mío, frescura de mis ojos, fruto de mis entrañas! Quiera Alá que nunca me muestres desvío ni de mí te separes, que el amor que te tengo anida en mis entrañas y me abrasa el hígado y no podría vivir sin ti; pero con ser así, te ruego me hables ahora con verdad y me digas hasta cuándo piensas estar engañando a mi padre, que temo que él al cabo se harte y te coja su ira desprevenido, sin haber ideado antes una astucia para salvarte. Ruégote, pues, que me hables con toda franqueza, que, si así lo haces, no tendrás sino motivos para alegrarte, sin que tengas que temer que nada malo te sobrevenga. ¿Cuántas veces no has dicho y redicho que eres mercader y estabas aguardando géneros que venían de camino? Pues bien: sobrado tiempo pasó ya y tú sigues diciendo lo mismo y hablando siempre de tus mercancías, y estas no acaban de llegar, por más que digas, y a la cara te sale la preocupación por esa razón. Dime, pues, de una vez si eso que dices es mentira, que, si así fuere, ya discurriría yo el medio de sacarte del atolladero.

–¡*Ye* mi señora!–respondióle Mâruf a la princesa–, voy a contarte sin rodeos la verdad con toda franqueza y después podrás hacer conmigo lo que quieras.

–Habla–díjole la princesa–, pero cuida de decir verdad, que la verdad es el arca de salvación y la mentira pierde a su señor [14]. Y con mucha razón dijo el poeta:

«Di siempre la verdad, aunque por ella comprometas tu vida,
que eso es mejor mil veces que al Señor ofender y enojar con la mentira.»

[14] *Redolet proverbium.*

–Has de saber, ¡*ye* mi señora!–díjole Mâruf–, que ni yo soy mercader ni tengo géneros ni mercancías de ninguna clase, que yo era en mi tierra un zapatero remendón y tenía una mujer llamada Fatimetu-l-Urra, y me pasó con ella esto y aquello, por mi desventura.

Y Mâruf contóle a la princesa, de cabo a rabo, cuanto con su mujer le había pasado.

Echóse ella a reír después de oírlo y le dijo:

–Maestro eres, por lo visto, en trampas y timos.

–¡*Ye* mi señora–exclamó Mâruf–, Alá prolongue tus días para que encubras mis malicias!

–Has de saber–díjole la princesa–que has embaucado a mi padre a fuerza de engaños, hasta el punto de hacer que te diera mi mano, movido de la codicia de las riquezas de que le habías hablado. Y luego, por si eso fuera poco, has dado cuenta de toda su hacienda, de lo que su visir, que siempre sospechó, saca buen partido contra ti, y ahora mi padre está apurado y se le hace el tiempo largo y mi padre me dijo: «Sonsácale con carantoñas y halagos y sácale la verdad del cuerpo y descubre lo que está encubierto.» Y dizque mi padre, si se enoja, puede hacerte sentir el peso de su cólera.

Pero tú, al fin y al cabo, eres mi marido y yo no he de portarme mal contigo; si yo le dijera a mi padre la verdad y que eras un fullero y un embustero y que engañas a las hijas de los reyes y te les comes sus bienes, tu culpa, a sus ojos, no tendría perdón y en el acto te mataría de la muerte peor, y se correría la voz de que yo me había casado con un embustero y un fullero, lo cual sería para mí un descrédito. Aparte de que, si mi padre te mandara matar, es muy posible que luego me quisiera casar con otro, a lo que yo no estaría dispuesta, aunque la

vida me costase el desobedecer a mi padre. Pero, en fin, levántate en seguida y vístete ropas de mameluco y coge cincuenta mil dinares de mi dinero y monta en un corcel brioso y vete a un país cualquiera donde mi padre no tenga fuero, y haz allí el mercader y ponte a comprar y vender y escríbeme una carta y mándamela con un correo ligero, para que yo sepa en qué país te encuentras y pueda enviarte de lo mío más caudal que acreciente tu capital. Y si muriese luego mi padre, yo te lo haría saber, y entonces podrías regresar aquí con honra y poder, y si murieses tú o muriese yo en la misericordia de Alá, el día de la Junta nos volveríamos a juntar.

Esto es lo mejor que podemos hacer. Y en tanto vivamos tú y yo, estaremos por carta en continua relación.

–*¡Ye* mi señora!–exclamó Mâruf–. Por tu honor te pido me despidas copulando conmigo.

–Desde luego que sí–respondió la princesa.

Y ambos copularon, y después pasó Mâruf al *hammam* y se lavó y se vistió un traje de mameluco y mandó a sus caballerizos le ensillasen un potro brioso, de los corredores impetuosos, y ellos en seguida se lo ensillaron y se lo presentaron.

Y montó Mâruf en su corcel y se salió de la ciudad, cuando ya empezaba a alborear, y todo el que lo veía pasar pensaba que era un mameluco del sultán que iba a despachar algún encargo de su soberano.

Luego que amaneció la mañana fueron el rey y su visir al estrado de las reuniones, y el rey mandóle recado a su hija de que acudiera tras de la cortina.

Fue allá la princesa y su padre le dijo:

–Hija mía, ¿qué es lo que tienes que decirnos?

Y ella le respondió diciendo:

–¡Ennegrezca Alá la cara de tu visir, ya que quiso ennegrecer la de mi esposo ante tus ojos!

–¿Cómo dices eso, hija mía?–preguntóle su padre.

Y ella le contestó:

–Has de saber que ayer entró a verme mi marido, y antes de que yo pudiera decirle nada de lo que me encargaste le dijera, presentóse allí Farch, el eunuco mayor, y me dijo:

–Has de saber, mi señora, que allá al pie del mirador hallé a diez mamelucos, los cuales me entregaron una carta y me dijeron:

–Besa en nuestro nombre las manos de tu señor Mâruf, el mercader, y entrégale esta carta, que es para él.

Y sabe cómo nosotros somos mamelucos a su servicio y los encargados de conducir sus géneros y efectos, y supimos que casara con la hija del rey de esta ciudad y vinimos aquí para darle cuenta de lo que en el camino nos ocurriera.

Tomé yo la carta y la leí y vi que decía así:

–«De los quinientos mamelucos a su alteza nuestro señor el mercader Mâruf.

»Y después. Lo que tenemos que comunicarte es que, luego que de nosotros te separaste y nos dejaste, vinieron unos árabes y nos acometieron y asaltaron en número de dos mil jinetes, siendo nosotros quinientos solamente, a pesar de lo cual luchamos con ellos bravamente, sino que nos cerraron el camino y tuvimos que pelear con ellos por espacio de treinta días, hasta lograr abrirnos paso, y esta y no otra ha sido la causa de nuestro retraso.

»Y has de saber también cómo los árabes nos quitaron doscientos fardos de géneros y mataron a cincuenta de los nuestros.»

–¡Alá tenga misericordia de ellos! –exclamó mi esposo al saberlo–. ¿Cómo se enredaron en pelea con los ára-

bes por solo doscientos fardos de géneros? ¿Qué son doscientos fardos? ¡Por tan poca cosa no debían haberse retrasado! Todo ello junto no valdría arriba de siete mil dinares. Pero debo ir allá, no obstante, sin demorarme, aunque lo que me han quitado los árabes no merma ni menoscaba en lo más mínimo el total de mis mercancías y es cosa de poca monta, que yo podría haber invertido en limosnas.

Echóse a reír al decir esto y se despidió de mí y se fue con los mamelucos que le trajeran aquella carta para ir a recoger el resto de sus mercancías y volverse acá en seguida.

Y gracias doy a Alá que no me dejó decirle aquello que tú me encargaste le dijera, pues se habría reído de ti y de mí y puede que me hubiera mirado con los ojos del desagrado y me hubiera tomado odio y empacho.

Y dizque la culpa de todo la tiene ese tu visir, que se propasó a hablar de mi esposo, lo que nunca debió decir.

A lo que contestó el rey, diciendo así:

–En verdad, hija mía, que las riquezas de tu esposo son infinitas y con absoluto desdén las mira, pues desde que entró en nuestra ciudad nunca se guardó nada para sí, ni cuidó de su persona, sino que todo se lo gastó en limosnas; de fijo que no tarda en estar aquí de vuelta con sus bagajes y que de eso hemos de recibir todos bienes grandes.

Y el rey siguió tranquilizando a su hija y recriminó a su visir, muy creído de lo que la princesa le dijera.

Y esto es, por ahora, todo lo referente a esta parte de la historia.

Cuanto a Màruf fue cabalgando por anchos desiertos, caviloso y perplejo, sin saber qué rumbo tomar ni adónde ir a parar, y salteado de angustia y dolor por la separación de su esposa y la nostalgia de la ausencia, recitaba estos versos del poeta:

«¡Vino el tiempo a separar
a los dos que uno ya eran
y mi corazón fundióse
de tanto dolor y pena!
De mis ojos mana un llanto
que nada enjuga ni seca;
¿cuándo querrá Alá reunirnos
y poner fin a la ausencia?
¡*Ye* cara de plena luna,
yo soy quien tiene deshechas
sus entrañas, desde el día
en que dejarte fue fuerza!
¡Ojalá y nunca en la vida
tu belleza visto hubiera,
ya que una gota de miel
miles de acíbar nos cuesta!
¡Nunca dejará Màruf,
en tanto que vida tenga,
de rendirse a los encantos
de Dunya [15], cuya belleza
refulgente, al sol eclipsa
y a la luna la más llena!
¡Suspirando paso el tiempo
en la torturante espera
de ese día afortunado,
en que de nuevo te vea
y el alcázar de mi amor
dos corazones contenga,
del mismo júbilo henchidos
y contra mi pecho pueda
estrechar la airosa rama
que ahora a mis ojos se muestra
de lejos erguida sobre
algaida de fina arena!
¡*Ye* lunita fulgente,
sal por fin y verte deja
por Oriente, iluminando
con tu resplandor la tierra!»

Luego de recitar estos versos echóse Màruf a llorar, porque verdaderamente todos los caminos aparecíansele cerrados ante su rostro y la muerte antojábasele preferible a su penosa vida, y dizque iba como un borracho, dando tumbos y zigzagueando sin rumbo, hasta que a eso del mediodía llegó por fin a un campo, donde vio a un hombre que estaba arando con una yunta de bueyes, y, como estaba hambriento, dirigióse a aquel labrador y lo saludó diciendo:

–¡Sea sobre ti la paz!

Devolvióle el labrador el *selam* y le dijo:

[15] Juego de palabras, Dunya, como ya sabemos, significa mundo.

–Sé bien venido, señor; ¿eres, quizá, uno de los mamelucos del sultán?

Y añadió luego con tono acogedor:

–Apéate de tu cabalgadura y ven acá, que quiero ofrecerte mi hospitalidad.

Comprendió al punto Mâruf que aquel labrador no era de los acomodados y pudientes, y le dijo:

–¡*Ye* hermano: no veo, a la verdad, que tengas aquí a mano nada que ofrecerme de comer y no me explico cómo me piensas atender!

Pero el labrador le contestó:

–¡*Ye* mi señor: no te preocupes, que la ciudad está cerca de aquí y yo iré allá en un vuelo y te traeré comida para ti y pienso para tu rocín!

–Estando cerca de la ciudad–díjole Mâruf–prefiero ir yo mismo allá y comprar en ella lo que pueda necesitar.

–¡*Ye* mi señor–respondióle el labrador–: has de saber que esa ciudad está habitada de infieles y es un poblado en el que no hay zoco ni mercado, ni compra ni venta, que son unos bárbaros! Ruégote, pues, por Alá, que aceptes mi hospitalidad y no desaires mi buena voluntad, que yo iré allá y tornaré en seguida a tu lado, con todo lo necesario.

Apeóse, pues, Mâruf de su alazán y el labrador lo dejó y marchó a la ciudad para traerle de comer, y Mâruf se sentó a aguardar la vuelta del labrador. Y en sus adentros pensaba: «He venido a distraer a este pobre hombre de sus ocupaciones; pero para que de ello no se le siga perjuicio cogeré la yunta y me pondré a arar en su lugar, hasta que vuelva, y así lo compensaré del tiempo que por mí pierde.»

Empuñó, pues, Mâruf la esteva, aguijó a los dos bueyes y se puso a arar, y, a poco de estar arando, notó que la reja del arado tropezaba en la tierra con algún obstáculo y que los bueyes se quedaban parados, sin poder seguir arando.

Agachóse Mâruf a ver qué era aquello y comprobó que la reja del arado habíase enredado en un aro de oro, y, apartando entonces la tierra, pudo ver que aquel aro de oro estaba incrustado en el centro de una pieza de mármol, del tamaño de una rueda de molino.

Púsose entonces Mâruf a tirar de aquella piedra, hasta que logró moverla de su sitio, y, al hacerlo así, quedó al descubierto la entrada de una cueva y el arranque de unas escaleras.

Exploró Mâruf aquella cueva y vio que venía a ser como un *hammam,* con cuatro compartimientos: el primero, lleno de oro desde el suelo al techo; y el segundo, repleto de esmeraldas y perlas y corales, también desde el suelo hasta el techo; y el tercero, atestado de rubíes y jacintos y zafiros; y el cuarto, atiborrado de diamantes y piedras preciosas de todas clases. Y al fondo del subterráneo había un arca de cristal transparente y repleta de perlas incomparables, cada una de ellas del tamaño de una almendra, y encima de aquel arca había una cajita pequeña, del tamaño de un limón y de oro del mejor.

Maravillóse Mâruf al ver aquello y tan grande como su asombro fue su alborozo, y para sus adentros exclamó: «Vamos a ver qué contiene esa cajita.»

Y tomando la caja la abrió y miró su interior y vio que contenía un anillo de sello de oro y con unos signos talismánicos en él grabados y de una traza parecida a las huellas que dejan las hormigas.

Apretó Mâruf el sello y al punto dejóse oír una voz que decía:

–Aquí me tienes, señor; mándame lo que quieras y te obedeceré sin réplica. ¿Deseas, quizá, que pueble un campo o destruya una ciudad o que mate a un rey o haga surgir un río o algo por este estilo? Bastará que lo digas para que al punto sea, por permisión del soberano excelso, que con su grandeza infinita creó la noche y el día.

Al oír aquellas palabras preguntóle Mâruf al que hablaba:

–¡*Ye* criatura de mi Señor!, dime quién eres y cuál es tu condición.

–Yo–contestó la voz–soy el servidor de ese anillo y vengo obligado a hacer todo aquello que me mande su dueño. Y todo cuanto me ordene lo he de hacer en seguida, sin retraso ni excusa, pues soy el sultán de sesenta y dos tribus de *alifrites,* cada una de las cuales comprende setenta y dos mil de ellos, y cada uno de ellos manda en mil schaitanes, y cada schaitán en mil *alifrites,* y todos juntos me obedecen a mí y están bajo mi mano. Y yo soy esclavo de este anillo y no tengo más remedio que servir a su dueño. Y como su dueño ahora eres tú, a ti es a quien debo servir y obedecer en cuanto me mandes y siempre que me necesites, ya en la tierra o en el mar, y a cualquier hora y en cualquier momento no tienes más que llamarme y en seguida acudiré dispuesto a hacer lo que me mandes. Solo te ruego que no frotes el anillo dos veces seguidas, pues el fuego de los nombres en él grabados me consumiría y me perderías, y te pesaría.

Luego que el servidor de aquel anillo hubo informado a Mâruf de su condición, díjole este:

–Quisiera saber tu nombre. ¿Cuál es?

–Mi nombre–respondió el servidor–es Abu-s-Sâbat, para lo que gustes mandar.

–Pues bien, Abu-s-Sâbat–exclamó Mâruf–. ¿Qué lugar es este en que estamos y quién fue quien te embrujó, poniéndote al servicio de este anillo?

–Este lugar, ¡*ye* mi señor!–respondió Abu-s-Sâbat–, es un tesoro de Scheddad-ben-Aad, el que echó los cimientos de Irem, la de las muchas columnas, y este anillo es su anillo y lo había depositado aquí, con sus demás riquezas, pero estaba escrito que había de pasar a ser de tu propiedad.

–¿Y podrías tú–preguntóle Mâruf–sacar este tesoro a la haz de la tierra?

–Cierto que sí–respondió el *efrit*–; no hay cosa más fácil para mí.

–Pues bien–ordenóle Mâruf–, saca luego todo cuanto aquí haya, sin dejar nada.

Hizo entonces el genio un gesto en dirección al suelo y este abrióse al punto y por la brecha desapareció aquel, y al cabo de un ratito volvió a aparecer, llevando consigo dos mocitos pequeños, de rostros simpáticos y bellos, los cuales venían cargados con espuertas de oro, y en aquellas espuertas pusiéronse a sacar de allí todo el oro y las piedras que había bajo tierra, hasta que al cabo lo agotaron todo y dijeron a su amo:

–Ya hemos trasladado fuera todo el tesoro y no queda nada en el sótano.

Y Mâruf preguntó al genio:

–¿Quiénes son esos chicos tan bellos?

Llegóse a él Abu-s-Sâbat y le dijo:

–¡*Ye* mi señor! Ya has visto cómo hemos sacado fuera de aquí todo el tesoro, según habías mandado. Cuanto a estos mocitos, son mis hijos, a los que encomendé esta faena, porque no valía la pena de que, por cosa tan pequeña, molestase a mis oficiales, que mis hijos se bastaban para ella, y además es para ellos un honor emplearse en tu servicio, señor. Mándanos, pues ahora lo que desees, que también te serviremos obedientes.

–¿Eres poderoso–preguntóle Mâruf–a traerme aquí mulas y arcas y meter en las arcas todo esto y cargar las arcas a lomos de las mulas?

–Desde luego que sí–exclamó el *efrit*–. No hay nada más sencillo para mí.

Dio luego el *efrit* un gran grito y en seguida acudieron sus hijos, y dizque eran ochocientos y a sus órdenes se pusieron.

Y Abu-s-Sâbat les dijo:

–Deseo que algunos de vosotros os transforméis en mulas y otros toméis apariencia de arrieros y otros de mamelucos blancos y guapos, tales que ni los propios reyes los tengan iguales.

Y en el acto setecientos de ellos se transformaron en mulas y cien en esclavos.

Y luego Abu-s-Sâbat llamó a sus *amrad,* los cuales se presentaron al instante entre sus manos, y el *efrit* les mandó que se transformasen algunos de ellos en caballos enjaezados con arreos de oro, incrustados de perlas y brillantes valiosos.

Pero al ver aquello Mâruf, exclamó:

–Y las arcas; ¿dónde están las arcas?

Y en seguida se las presentaron entre sus manos.

–Poned aparte–ordenóles él entonces–el oro y cada clase de piedras preciosas.

Hiciéronlo así ellos y las apartaron y a lomos de las mulas las pusieron, necesitando trescientas mulas para eso.

Después de lo cual díjole Mâruf a Abu-s-Sâbat:

–¿Serías poderoso a traerme aquí fardos de las telas más ricas?

Y Abu-s-Sâbat le preguntó a su vez:

–¿Las quieres de Mizr o las quieres de Scham o de Al-Achm o de Al-Hind o de Ar-Rum?

–Quiero–díjole Mâruf–que me traigas de cada clase cien fardos sobre quinientos mulos cargados.

–Dame algún tiempo para eso–díjole el genio–, pues he de mandar sendas cuadrillas de mis *alifrites* a cada uno de esos países en busca de los cien fardos y luego se han de transformar ellos en mulos para traerlos.

–¿Cuánto necesitas?–inquirió Mâruf.

Y el *efrit* le contestó:

–Me basta con lo que dure el negror de la noche, pues antes que el día empiece a clarear tendrás aquí todo lo que deseas.

–Está bien–respondióle Mâruf–; te doy ese plazo que pides.

Mandóles luego Mâruf a los genios que le armasen allí una tienda y se sentó en ella y ellos le llevaron alfombras y Abu-s-Sâbat le dijo:

–Descansa descuidado, señor, que aquí están mis hijos entre tus manos, y te guardarán de todo mal; de suerte, pues, que nada tienes que temer.

Y estando sentado allí Mâruf he aquí que llega el labrador de marras llevando consigo una escudilla de lentejas y un saquito de cebada, y, al ver plantada allí aquella tienda y a los mamelucos de pie, con las manos cruzadas sobre el pecho, pensó que el sultán viniera a aquel lugar y allí se detuviera a descansar.

Quedóse, pues, parado el labrador, dando muestras de respeto y temor, y para sus adentros exclamó: «Debía haber sacrificado dos pollitos y haberlos rebozado con manteca de vaca y así podría ofrecerle al sultán ahora algo más digno de su persona.»

Y se dispuso a volverse atrás para sacrificar los dos pollitos y ofrecérselos al sultán en señal de hospitalidad.

Pero violo Mâruf y le gritó y ordenó a sus mamelucos:

–Traedme acá a ese hombre al punto.

Y fueron tras él los mamelucos y lo cogieron, y, en unión de su fuente de lentejas, se lo llevaron a su presencia.

–¿Qué es eso que ahí traes?–preguntóle Mâruf al labrador.

Y el labrador le contestó:

–La comida para ti y el pienso para tu alazán. Y te ruego no te enojes conmigo, pues no podía imaginar que el sultán viniese a este lugar.

–El sultán–respondió Mâruf–no ha venido aquí; pero yo soy su yerno y tuve un disgusto con él y lo dejé, y él mandó en mi busca a estos mamelucos suyos para que me llevasen otra vez a palacio, y oídas sus explicaciones, es-

toy dispuesto a acceder y volver a la corte. Tú quisiste obsequiarme con tu hospitalidad, sin saber quién yo fuese, y yo te la acepté, y ahora he de comer lo que me traes, aunque sean lentejas, que no he de aceptar otra comida sino esa.

Y acto seguido ordenó Mâruf al labrador que pusiese la escudilla en la mesa y comió de ella hasta no querer más, en tanto el labrador se atracaba de aquellos manjares exquisitos que los *alifrites* habían traído.

Lavóse luego Mâruf sus manos y dio licencia a los mamelucos para que comieran, y ellos se lanzaron sobre las sobras y las apuraron.

Y luego que la escudilla quedó limpia, volcó Mâruf en ella oro hasta llenarla con colmo y, dirigiéndose al labrador, exclamó:

–Llévatela a tu casa y ve a verme a la corte, que yo te honraré allí como corresponde.

Tomó el labrador la escudilla con el oro y aguijó a sus bueyes y se tornó a su aldea, muy orondo y ufano, como si también él le tocara algo al rey.

Lleváronle luego los *alifrites* a Mâruf algunas de las Hijas del Tesoro, las cuales tocaron y bailaron, para entretenerlo, de suerte que pasó el joven una noche placentera, de las que en la vida no se cuentan. Luego que la mañana amaneció, apenas había abierto los ojos, cuando vio levantarse una gran nube de polvo que se elevó y voló hacia los confines del cielo, y, después que se posó, dejó ver una recua de setecientos mulos, cargados de fardos, y a Abu-s-Sâbat montado en uno de ellos a guisa de *scheij* de la caravana, llevando por delante una litera, sostenida por cuatro pilares con perinolas de oro rojo brillante, y en ella un traje suntuoso, cual no lo tienen ni los reyes más poderosos.

Y llegado que hubo al alfaneque donde estaba Mâruf apeóse Abu-s-Sâbat y besó la tierra entre sus manos y le dijo:

–Monta en esta litera y ponte ese traje y mándanos lo que quieras.

–Mira, Abu-s-Sâbat–díjole Mâruf–: voy a escribir una carta para que la lleves a la ciudad de Ijtivanu-l-Jatan y se la entregues al rey, mi suegro; pero has de presentarte allí en forma de mensajero humano, no de genio.

–Oyendo y obedeciendo–respondió Abu-s-Sâbat.

Escribió luego Mâruf la misiva y la selló y se la dio a Abu-s-Sâbat, el cual la tomó y se puso en camino, no parando de andar hasta llegar a presencia del rey, que en aquel momento estaba diciendo:

–Tengo inquieto el corazón, ¡ye mi visir!, por mi yerno Mâruf y temo que los alarbes me lo hayan matado. ¡Cuánto diera por saber dónde se halla, para ir allá con mis tropas a socorrerlo, si algo le pasa!

A lo que el visir le dijo:

–¡Que Alá te libre, señor, de ese cuidado! Es de suponer que tu yerno comprendió que lo habíamos calado y se fue huyendo por temor al escándalo; que ese hombre no era más que un fullero y trapalón, según tantas veces te lo advertí yo.

Y hete aquí que, estando ambos departiendo así, llega el correo de Mâruf y se presenta ante el rey, el cual, al verlo, lo interpeló, diciendo:

–¿Quién eres y qué es lo que quieres?

A lo que Abu-s-Sâbat le respondió al rey:

–Soy un correo y vengo a ti enviado por Mâruf, tu yerno, el cual se quedó atrás conduciendo sus mercaderías y me despachó a mí con una carta para ti. Y aquí la tienes, ¡ye señor!

Y Abu-s-Sâbat le entregó al rey la misiva. Tomó la carta el soberano y la leyó y de su contenido se enteró.

Y la carta decía a este tenor:

«*Selam* sobre nuestro tío el rey, el poderoso.

»Y después. Has de saber cómo voy allá con mis mercaderías, así que te ruego salgas a recibirme con tu ejército.»

Al leer aquello el rey exclamó:

–Alá te ennegrezca tu cara, ¡*ye* visir! ¿No decías que mi yerno era un pícaro y un fullero? Pues mira cómo viene ahora con sus mercaderías. ¡Tú sí que eres un malsín y un traidor!

Bajó el visir la cabeza abochornado y respondió:

–¡*Ye* rey del siglo! Si yo dije eso, fue tan solo visto lo que tardaban en llegar sus bagajes y por temor a que se perdiesen las riquezas que había despalillado sin dolor.

–¡*Ye* traidor!–exclamó el rey–. ¿Qué hablas de riquezas perdidas? ¿Qué representan ellas en comparación de las que ahora me ha de dar en compensación?

Mandó el rey acto seguido que engalanaran la ciudad y pasó a la cámara de su hija y le dijo:

–¡Albricias, hija mía! Que tu marido está al llegar, que viene de camino y no tardará, y trae consigo sus mercaderías.

Maravillóse la princesa al oír la nueva y para sus adentros pensó: «¡Qué cosa más rara! ¿Será que quiere burlarse de mi padre y gastarme a mí una broma, o que me la gastó ya, al decirme que era un pobrecito y que lo de sus mercaderías era pura filfa? Pero en fin, sea como fuere, ¡loado sea Alá, nuestro Señor, que ha dejado bien parado su honor!»

Y esto es, por ahora, todo lo referente a esta parte de la historia que venimos contando.

Cuanto a Alí, el mercader de Mizr, al ver la ciudad engalanada, preguntó, curioso, la causa.

–Es–le dijeron–que esperamos la llegada del mercader Mâruf, el yerno del rey, que viene conduciendo una expedición de géneros y efectos.

–¡Alá es el más grande!–exclamó el mercader de Mizr al oír aquello–. He aquí que ese sujeto vino a mí, huyendo de su mujer y hecho un pordiosero. ¿De dónde habrá sacado esos dineros? Probablemente se los habrá dado la hija del rey, para evitar la campanada. Que harto sabido es que a todo alcanza el poder de los monarcas.

¡Pero, en fin, que Alá lo cubra con su manto y lo libre del escándalo!

Pero al llegar aquí sintió Schahrasad venir la mañana y atajó el flujo de sus fluyentes palabras.

Y LA NOCHE 531 SIGUIO DICIENDO LA MUCHACHA:

–Ha llegado hasta mí la fama, ¡*ye* monarca, el bienhadado!, de que el mercader Alí, cuando preguntó por la causa de que la ciudad estuviese engalanada y se la explicaron, exclamó:

–¡Que Alá lo cubra con su velo y lo libre del escándalo!

Y holgáronse también y se alegraron los demás mercaderes ante la perspectiva de ir a cobrar lo que Mâruf les debía.

Cuanto al rey, juntó todo su ejército y salió con él a recibir a su yerno.

En tanto Abu-s-Sâbat volvía al lado de Mâruf y le participaba haber cumplido su embajada y entregado al rey su carta.

–Está bien–díjole Mâruf.

Y acto seguido se vistió aquel traje riquísimo y montó en la litera, y dizque parecía más grande e imponente que el rey mismo mil veces.

Y adelantóse Mâruf hasta mitad del camino y allí encontróse con el rey, que, al frente de sus tropas, saliera a recibirlo.

Reparó el rey en seguida en el traje que Mâruf vestía y en la litera en que montaba y se fue derecho a él y lo saludó con la paz y lo felicitó por haber llegado a su reino con integridad.

Adelantáronse también a saludarlo todos los visires y los emires e hízose a todos patente cómo Mâruf no era ningún impostor, sino un hombre veraz y de pro.

Entró luego Mâruf en la ciudad, al frente de un cortejo que hubiera hecho reventar de envidia a un león, y salieron a recibirlo los mercaderes y lo saludaron y besaron la tierra entre sus manos.

Y el mercader Alí llegóse a él y le dijo:

–¡Buen golpe diste, hermano, *scheij* de los tramposos y los pícaros! ¡Que Alá te lo aumente y te cubra con su manto!

Pero Mâruf echóse a reír y no hizo caso.

Entró luego en su serrallo y se instaló en su trono y dijo a sus criados:

–Que lleven los fardos de oro a la alacena de mi tío, el rey.

Mandó luego que llevasen sus fardos de telas y los desatasen, uno después de otro, y así lo hicieron sus criados, hasta que abrieron los setecientos fardos.

Y Mâruf apartó lo mejor y dijo:

–Llevádselo a la reina, para que lo reparta entre sus doncellas, y llevadle también esta arqueta con joyas para que las distribuya entre sus esclavas y sus eunucos.

Cogieron los criados aquel arca repleta de perlas y piedras preciosas y se las llevaron a la princesa.

Procedió luego Mâruf a repartir entre los mercaderes, sus acreedores, telas por valor de sus deudas y más, pues al que le debía mil dinares dábale telas por valor de dos mil, por lo menos, y repartía las perlas y brillantes a puñados, sin pararse a contarlos, y dizque el rey contemplaba aquello con ojos avarientos.

–¡Basta ya, hijo mío, de dar, pues si sigues así poco vas a dejar para ti!

Pero Mâruf le replicó:

–No te apures, señor, que todavía tengo yo mucho más.

Quedó pues, patente la veracidad de Maruf y nadie pudo ya tildarlo de embustero, y él lo daba todo a manos llenas, porque el servidor de su anillo encantado le facilitaba al punto lo que le pidiera. Llegóse luego al rey el *jasandar* y le dijo:

–La alacena, señor, rebosa ya y no caben en ella el oro y las perlas que me da; de suerte que no sé dónde ponerlas.

Indicóle el rey que las guardara en otro sitio y el *jasandar* así lo hizo.

Alegróse de todo aquello la princesa Dunya y su asombro corrió parejas con su gozo.

Y en su interior pensaba: «¿De dónde habrá sacado todos estos tesoros?»

Y el mercader Alí estaba no menos maravillado y se decía para su ánimo: «¡Será de ver el timo que ha dado para hacerse con todas estas riquezas que reparte a manos llenas! De la princesa no pueden ser, porque entonces no las repartiría con esa esplendidez. ¡Pero con qué razón dijo el poeta!:

"Cuando el rey de los reyes te distinga
y merced y favor a manos llenas
se digne dispensarte, dale gracias
y a averiguar la causa no te metas,
que Alá sus dones da con mano larga
a quien le place, sin razón ni cuenta."»

Y esto es, por ahora, todo lo referente a esta parte de la historia.

Cuanto al rey, estaba maravillado hasta más no poder de lo que veía y

de la liberalidad de Mâruf y del modo tan espléndido como daba a todos su dinero.

Pasó después Mâruf a ver a su esposa, la cual lo recibió con cara risueña y señales de estar muy contenta, y le besó las manos y le dijo:

–Pero ¿es que me gastaste una broma, o que me pusiste a prueba, al decirme que eras un pobretón y que venías huyendo de tu mujer, que te traía siempre a mal traer? ¡Pero loado sea Alá, que no te hice de menos en nada, que bien sabe Alá que yo te quiero de verdad y que me da lo mismo que seas pobre o rico, solo que, a pesar de todo, quisiera saber por qué me dijiste en aquella ocasión que eras un pobretón.

–Lo hice–respondió Mâruf–para probarte y ver si tu amor era sincero o si solo me querías por mi dinero o por los humanos respetos. Pero ahora ya estoy convencido de que tu amor es legítimo y lo celebro muchísimo y de ahora en adelante ya sé lo que tú vales.

Retiróse luego Mâruf a un lugar solitario y frotó el anillo y en el acto compareció Abu-s-Sâbat entre sus manos y le dijo:

–Aquí me tienes, señor, a tu disposición; manda lo que gustes y serás servido.

–Quiero–díjole Mâruf–que me traigas un traje que valga un tesoro para mi esposa y unas alhajas no menos valiosas y un collar de cuarenta perlas que no tengan igual en toda la tierra.

–Oír es obedecer–respondióle Abu-s-Sâbat. Y en el acto le llevó lo que le había pedido. Y luego retiróse discreto y sumiso.

Tomó Mâruf el traje y el collar y pasó a ver a su esposa y se los puso entre sus manos y le dijo:

–Ponte ese traje y esas joyas y cíñete ese collar, esposa mía, ¡y que Alá te bendiga!

Y cuando la princesa vio aquellas joyas que le regalaba su marido, el mercader Mâruf, se le voló el juicio de tanta alegría y regocijo.

Y había entre aquellas alhajas un par de ajorcas de oro incrustadas de perlas, obra de maravilla, y cadenillas y anillos y un ceñidor, de un valor tal, que con dinero no se las podría comprar.

Y vistióse la princesa aquella ropas y púsose aquellas alhajas y después le dijo a su marido:

–Mira, mi amor, quisiera guardarlas para las fiestas y días de gala.

–No–dijo él–; quiero que te las pongas a diario, que yo tengo muchas más y no las tienes que reservar.

Luego que la princesa se puso el traje y las alhajas quedáronse maravilladas sus esclavas y muy alegres y contentas le besaron las manos a Mâruf, el cual salió de la cámara y se retiró a solas con su alma.

Y frotó su anillo y en el acto apareció su servidor, y Mâruf le ordenó:

–Tráeme en seguida cien trajes de gala con sus correspondientes adornos de oro.

–Oigo y obedezco–respondió Abu-s-Sâbat.

Y se fue y volvió a poco, llevándole los cien trajes de gala con sus aderezos de oro.

Tomólos Mâruf y llamó en voz alta a las doncellas y esclavas de su esposa y dioles a cada una de ellas su traje de gala y ellas se los pusieron, y dizque con ellos parecían ojinegras huríes del alchenna, y, entre ellas, la princesa Dunya refulgía como la luna entre las estrellas.

Fuéronle en seguida las esclavas al rey con la noticia y el rey acudió allí a ver a su hija, y al verla se quedó maravillado hasta el colmo de la maravilla.

Salió después y llamó a su visir y le dijo:

–Mira, visir, lo que ha hecho mi yerno; ¿qué dices ahora de eso?

–*¡Ye* rey de los tiempos!–respondió el visir–. Nada de eso es propio de un mercader, porque los mercaderes se están dos años sentados junto a una pieza de algodón y no la venden sino ganando su comisión. ¿Cuándo se vio en un mercader tanto rumbo y esplendidez? No hay duda que en todo esto debe de haber algún misterio, y, si haces lo que yo te diga, lo descubrirás luego.

–Habla–díjole el rey–, que yo haré lo que me aconsejes.

–Pues bien–replicó el visir–. Ve a verlo y dale conversación y dile: «He pensado ir sin otra compañía que la tuya y la de mi visir a visitar un jardín, con objeto de que nos solacemos allí.»

Y luego que salgamos los tres y que lleguemos al jardín mandaremos servir la mesa de los vinos y yo le escanciaré de beber, y, en cuanto él beba, perderá la cabeza y le abandonará la prudencia, y entonces nosotros le preguntaremos el secreto de su opulencia y él nos lo contará todo, que el vino le soltará la lengua, porque el vino es traicionero, e inspirado de Alá estuvo el poeta que rimó estos versos:

«Siempre que vino bebemos
y siento que se desliza
hacia el lugar en que guardo
mis secretos, me doy prisa
a gritarle: "¡alto, detente!",
pues conozco su malicia
y sé que si no lo paro
a tiempo, dará en seguida
al traste con mi prudencia
y publicará mi vida.»

Y has de saber, *¡ye* rey!, que temo que este raro caso tenga para ti consecuencias lamentables, pues podría suceder que ese tu yerno codiciase tu reino y con esas prodigalidades se ganase al ejército y llegase a destronarte y hacerse proclamar sultán en tu lugar.

–Dices bien–aprobó el rey.

Y el rey y el visir quedaron de acuerdo y pasaron aquella noche madurando su proyecto.

Luego que al otro día amaneció la mañana, salió el rey de su cámara y fue a sentarse en el estrado, y, estando allí sentado, llegaron sus criados y sus caballerizos, muy cariacontecidos.

Al verlos el rey, les preguntó:

–¿Qué os ha sucedido?

–*¡Ye* rey de los tiempos!–dijeron ellos–. Has de saber que anoche los caballerizos le dieron el pienso a los caballos y las mulas que trajeron los bagajes de tu yerno y luego se acostaron, y esta mañana, al levantarnos, fuimos a las cuadras y nos encontramos con que los mamelucos robaron los caballos y las mulas, y, por más que rebuscamos, no hemos podido encontrarlos ni hemos visto por parte alguna rastro de caballo ni mula.

–*¡Ye* malditos!–exclamó el rey al oírlos–. ¿Cómo es posible que mil caballerías y quinientos mamelucos, amén de las demás cosas, desaparecieran de ese modo y no lo advirtierais vosotros?

–En verdad–dijeron ellos–que no sabemos cómo ha sido.

–Retiraos–díjoles el rey–hasta que vuestro señor salga del *harén* y entonces le contaréis todo lo que acaba de suceder.

Retiráronse, pues, de allí los esclavos y se sentaron desconcertados.

Y estando ellos sentados en aquella disposición de ánimo he aquí que Mâruf salió del *harén* y, al verlos tan apenados, preguntóles:

–¿Qué es lo que ha pasado?

Contáronselo todo los esclavos y Mâruf, al oírlos, les dijo:

–¿Y qué vale todo eso para que os apuréis por ello? Andad, idos de aquí y seguid vuestro camino y no os preocupéis más de lo ocurrido.

Y así diciendo echóse Mâruf a reír,

sin mostrar el más mínimo enojo ni la menor contrariedad por lo que le acababan de contar.

Miró el rey a la cara a su visir y le dijo:

–Pero ¿qué hombre es este que no hace ningún aprecio del dinero? De fijo que hay aquí algún secreto.

Pusiéronse luego a conversar el rey y Mâruf, y el monarca le dijo a su yerno:

–Mira, yerno mío: se me ha ocurrido la idea de que los tres, yo y tú y mi visir, vayamos a solazarnos a un jardín. ¿Qué te parece a ti?

–Me parece muy bien–respondió Mâruf.

Encamináronse, pues, los tres y entraron en aquel jardín, en el que había toda suerte de frutas, y se instalaron en un alcázar de tal gusto y primor que ahuyentaba las penas del corazón.

Sentáronse allí y se pusieron a platicar y el visir empezó a contar historias peregrinas y lances de risa y anécdotas divertidas.

Y Mâruf le escuchaba con atención, hasta que sirvieron la mesa de los manjares y los jarros del vino, y comieron los tres y luego se lavaron las manos, y después el visir tomó la copa y la llenó y se la ofreció al rey, que la apuró.

Tornó luego el visir a llenar la copa y se la ofreció a Mâruf, diciendo:

–Toma la copa del licor, ante el que dobla el cuello la razón.

Y Mâruf exclamó:

–¿Qué es esto, visir?

Y el visir le respondió:

–Esta es la solterona pecosa, que estuvo largo tiempo encerrada en su casa, la que llena de alegría los corazones de los hombres, según dijo el poeta, refiriéndose a ella:

«Dando tumbos caminan los infieles
por ella, y los alarbes enloquecen;
la pasea a la redonda un jovencito
semejante a la luna, barbilindo,
cuyos ojos de brillo irresistible
hacen pecar al más incorruptible.»

Y no menos inspirado de Alá estuvo este otro poeta que dijo sobre el mismo tema:

«Aquí está el vino y quien lo escancia
es un joven igual que luna llena.
En su rostro refulgen los luceros
y hacen perder al sabio la cabeza.
Y es un licor tan leve y tan sutil,
que no hay quien se resista a su vehemencia.»

Y no menos acertado fue el dicho de este otro poeta:

«En mis brazos se durmió
la luna llena, esplendente,
y no se eclipsó en la copa
ese sol resplandeciente;
la noche pasé mirando
el fuego que, reverente,
adora el mago, y que, dócil,
muy sumiso y obediente,
a mis labios, de la copa
se trasegaba obediente.»

Y también dio en el blanco este otro poeta que compuso, sobre el mismo tema, estos versos:

«Por los miembros del cuerpo corre y se extiende,
igual por las venas la nueva sangre,
del enfermo salvado, que convalece.»

Y dijo también otro poeta sobre el mismo tema:

«Es cosa que no acabo
de comprender:
que los vendimiadores
mueran también.
¿No es maravilla
que mueran y nos dejen
fuentes de vida?»

Pero todavía vale más este dicho de Abu-Nuás:

«Deja de censurarme, tus reproches
la bilis me revuelven,
mientras que la salud debo a este vino
que dices me enloquece;
a esta pálida joven seductora,
que disipa las penas y la casa
en la noche más negra y tenebrosa
inunda de luz clara,

y entre un corro de jóvenes hermosos,
ante los cuales todo se doblega,
les brinda a cada uno los placeres,
que sus almas anhelan,
en la copa servida por muchachos,
que son también muchachas, si lo quieres,
y que de dos maneras tus caprichos
pueden satisfacerte,
y demostrarte que, por más que sepas,
más cosas por saber aún te quedan.»

Pero lo mejor de todo fue lo que Al-Motâs [16] escribió sobre el mismo tema:

«¡Quiera llover Alá lluvia copiosa
sobre la umbrosa isla [17] en que se alza
de Abdún el monasterio delicioso!
Cuántas veces allí de madrugada
me despertó con su ligera brisa,
antes que se mostrase, la mañana,
con su frente adornada del lucero
que de ella toma nombre, a la hora grata
en que los monjes negros, que malduermen,
de sus lechos aprisa se levantan
y sedientos la copa matutina
apuran con deleite y vivas ansias.
Cuántas veces allí secretamente,
en la noche burlando las miradas,
iban a visitarme unas huríes
de ojos rasgados, que amorosas llamas
lanzaban al mirar, y yo, al sentirlas
llegar, luego me alzaba,
tendía sobre el suelo mis mejillas,
a guisa de tapiz que ellas pisaran,
y después, con el pico de mi manto,
sus huellas a borrar me apresuraba.
Pero surgió en el cielo una agorera
luna triste y menguada,
como recorte de uñas, y consigo
trajo aquello que trajo; no me hagas
preguntas, que es misterio que en el fondo
guardo siempre del alma.»

Y no menos inspirado estuvo este otro poeta que dijo:

«El más rico de los hombres
me levanto en la mañana,
alegre cual quien espera
recibir noticias gratas,
pues sé que el vino de oro
en la copa ya me aguarda.»

Y también estuvo certero el poeta que compuso estos jocosos y divertidos versos:

«Solo la alquimia es verdad;
es falsa toda otra ciencia,
¡lo sostengo, voto a Alá!,
pues un quilate de vino
tiene fuerza a transmutar
en alegría y regocijo
toneladas de pesar.»

Y dijo con no menos acierto el poeta de estos versos:

«Pesan los vasos sin vino;
pero cuando los llenamos,
yo no sé por qué prodigio
se vuelven luego livianos
como cuerpos por el soplo
de alma divina animados.»

Y dijo aún otro poeta, apurando el tema:

«La copa con el rubí
del vino, oculto reclama;
ante él y yo, reverente,
me inclino y doblego el alma;
¡ye amigos cuando me muera,
enterradme entre las parras,
para que a mis huesos llegue
y los remoje su savia!
¡Por Alá, no me enterréis
en tierra donde no haya
vides, pues lo que más temo,
y a veces mi vida amarga,
es pensar que, cuando muera,
dejaré la copa amada!» [18]

Y así, por este estilo, siguió el visir sonsacando a Mâruf...

Pero vio Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras encantadoras.

[16] Abdu-l-Lah Ibnu-l-Motâs, hijo de Al-Moâs-bi-Lah, décimotercero de los jalifas abbasies. Uno de los más renombrados poetas del siglo III de la *hechra;* murió estrangulado por los partidarios de su sobrino, Al-Muktadir-bi-Lah.

[17] Chesiret-ibn-Omar, isla del Tigris, al norte de Mozul. Frente a ella, en la otra orilla, alzábase el mencionado monasterio.

[18] La edición de Bulak suprime todos estos versos, que recuerdan estos otros del poeta Omar Jayyam:

«¡Ye compañeros y amigos,
cuando me muera, yo os ruego
que con vino del más rojo
lavéis mi pálido cuerpo
y después lo sepultéis
a la sombra de un viñedo!»

Y LA NOCHE 532 REANUDO SU RELATO EN ESTA FORMA:

–Ha llegado a mis oídos, *¡ye* sultán, el afortunado!, que el visir siguió sonsacando a Mâruf e incitándolo para que bebiera, hasta que aquel se inclinó al borde de la copa y sorbió, bebió y la apuró.

Tornó el visir a echarle de beber e hízolo así una y otra vez, y Mâruf bebió y se alegró y encandiló, hasta que el tino perdió.

Luego que vio el visir que la embriaguez venciera a Mâruf y se adueñara de él, le dijo:

–*¡Ye* mercader Mâruf, por Alá que me tiene maravillado pensar de dónde sacas esas perlas y esas piedras preciosas de tal valor que ni los reyes de la raza de Jusrav las tienen iguales, y por Alá te ruego me digas cuál es tu secreto, para así poder ver adónde llega tu poder!

Y siguió el visir lisonjeando a Mâruf con razonamientos semejantes, hasta que Mâruf, que ya perdiera el juicio por efecto del vino, le dijo:

–Yo no soy mercader ni de los hijos de los reyes.

Y acto seguido contóle Mâruf al visir toda su historia, desde el principio hasta el fin.

–¡Por Alá, mi señor Mâruf–exclamó entonces el visir–, ruégote me dejes ver ese anillo, para que pueda apreciar su labor!

Quitóse Mâruf el anillo del dedo y, borracho como estaba, se lo dio al visir y le dijo:

–Tómalo y míralo a tu sabor.

Tomó el visir el anillo y le dio la vuelta y le dijo a Mâruf:

–¿Crees que si lo froto se presentará su servidor?

–Seguro que sí–respondióle Mâruf al visir–; frótalo y en seguida se presentará su servidor y podrás contemplarlo a tu sabor.

Frotó el visir el anillo y en el acto dejóse oír una voz que decía:

–Aquí estoy, señor; mándame lo que quieras, que en el acto serás servido. ¿Quieres que arrase una ciudad y yerma la deje o que, por el contrario, la edifique y la pueble de gente? O ¿quieres que mate a su rey? Todo cuanto me mandares, lo haré puntualmente.

Señaló entonces el visir a Mâruf y exclamó:

–Carga en seguida con este desdichado y llévatelo a un lugar desierto y déjalo allí abandonado.

Cogió en seguida el genio a Mâruf y remontó con él el vuelo, entre la tierra y el cielo, y, al ver Mâruf aquello, diose ya por perdido y rompió a llorar y dijo:

–*¡Ye* Abu-s-Sâbat! ¿Adónde me piensas llevar?

A lo que Abu-s-Sâbat le contestó:

–Te llevo al cuartel desierto [19], hombre de poco entendimiento. ¿A quién se le ocurre enseñar a nadie un anillo de maravilla como el que tú tenías? Y dizque si no fuera porque tengo temor de Alá, te dejara caer desde una altura de mil brazas, para que antes de llegar a la tierra los vientos te destrozaran. Ahora tendrás que pechar con las consecuencias de tu necedad.

Y el genio no le habló ya más, hasta que llegaron a un lugar desierto y allí lo dejó y él se volvió.

Y esto es, por ahora, todo lo referente a esta parte de la historia.

[19] *Ruba-l-Jali.* Burton opina que se trata del gran desierto de Arabia.

Cuanto al visir, luego que este se vio dueño del anillo, volvióse al rey y le dijo:

–¿Qué dices ahora? ¿Tenía yo razón o no al decir que era un mentiroso y un trapalón?

–Razón tenías, mi visir–respondió el rey–. ¡Alá vele por ti! ¡Dame acá ese anillo para que lo vea bien y luego te lo devolveré!

Pero el visir se echó a reír y le escupió en la cara al rey y le dijo:

–¿Cómo te voy a dejar ni un momento este anillo, *¡ye* falto de juicio!, para que vuelva a ser tu criado, después de haber sido tu amo?

Oprimió luego el visir el anillo y en seguida presentóse su servidor, al cual le dijo:

–Cógelo y llévatelo al mismo lugar en que dejaste al pícaro de su yerno.

Cargó en seguida el genio con el rey y echó a volar con él y el rey le dijo:

–*¡Ye* criatura de mi Señor!, ¿qué delito cometí yo?

–Yo no sé nada de eso ni quiero saberlo; pero tengo que hacer lo que el dueño del anillo me dijo.

Y voló con él, hasta llegar al cuartel desierto, y allí lo dejó y él se volvió.

Y esto es, por ahora, todo lo referente a su historia.

Y el rey sintió llorar a Mâruf, al que el *alifrit* llevara hasta allí, y se fue a él y le contó su lance y ambos se sentaron y lloraron por lo que les había sucedido, y dizque en aquel yermo no encontraron agua ni nada de alimento.

Cuanto al visir, luego que se vio libre de Mâruf y el rey, se levantó y se fue del jardín y convocó en seguida a todos los capitanes del ejército y constituyó el diván y les expuso a todos lo que hiciera con Mâruf y con el rey y les contó la historia del anillo y, finalmente, les dijo:

–Si no me proclamáis vuestro sultán, le mandaré al servidor del anillo que cargue con vosotros y os lleve a ese mismo lugar a todos y allí moriréis de hambre y de sed.

–No nos hagas mal–respondieron ellos–, que somos gustosos en proclamarte nuestro sultán y no nos rebelaremos contra ti jamás.

Y en el acto convinieron todos en proclamarlo sultán en contra de su voluntad. Gratificólos el visir con sendos aljalaes y llamó a Abu-s-Sâbat y le pidió cuanto deseaba, y aquel en seguida se lo llevaba.

Sentóse luego en su trono y tomó el juramento de fidelidad a sus tropas y después mandó que le llevasen a la hija del rey el recado siguiente:

«Prepárate, que esta noche he de visitarte, pues estoy ansioso de poseerte.»

Echóse la princesa a llorar al recibir aquel recado y se afligió grandemente por la suerte que corrieran su padre y su esposo, y le mandó a decir al visir:

«Está bien; pero aguarda a que se cumpla el término de mi viudez y entonces nos casaremos.»

Pero el visir mandóle a decir:

«Yo no entiendo de términos de viudez ni me avengo a aplazar el logro de mi deseo; para mí no hay contratos ni ley, sino mi voluntad; así que esta misma noche pasaré a tu alcoba y nada más.»

Y la princesa, entonces, respondió:

«¡Está bien; sea como quieras y enhorabuena!»

Solo que todo eso era puro fingimiento.

Alegróse mucho el visir al recibir aquella respuesta y se le ensanchó el pecho, pues estaba ya hacía mucho tiempo loco de pasión por la princesa y ansiaba poseerla.

Así que ordenó servir un festín al que los invitó a todos, diciéndoles:

–Comed a satisfacción de toda cosa, que este es mi convite de bodas, pues esta misma noche pasaré a la alcoba de la princesa y dormiré con ella.

Pero el Scheiju-l-Islam, al oírle, le dijo:

–No podrás unirte a ella hasta tanto que se haya cumplido el plazo legal y yo os haya casado como manda Alá.

Pero el visir le respondió:

–Yo no sé de plazos ni de términos, así que cállate y no me vengas con esos enredos.

No rechistó el Scheiju-l-Islam en vista de ello, por temor a que le hiciera mal. Pero luego les dijo a los capitanes del ejército:

–¡Este es un cafre infiel, que no tiene religión ni fe!

Y luego que la noche llegó pasó el visir a la cámara de la princesa y vio que esta se había puesto sus galas más lujosas y prendídose sus joyas más valiosas, y, al verlo, la princesa fue a su encuentro y lo besó y le sonrió, y le dijo:

–¡Bendita noche esta! Aunque te digo en verdad que, si hubieses dado muerte a mi padre y mi esposo, aún fuera mayor mi gozo.

–Por eso no te apures–respondióle el visir–, que ya los mataré, si lo deseas así.

Hízole luego sentar la princesa y empezó a bromear con él y a hacerle demostraciones de cariño y a sonreírle en su cara, de suerte que muy pronto perdió el tino, sin sospechar que todo aquello era fingido e iba encaminado a despojarlo del anillo y cambiar su alegría en calamidad, sobre su coronilla [20], que obraba la princesa según dijo el poeta:

«Conseguí con mi ingenio lo que nunca lograra con la espada
y de rico botín volví cargado
según ambicionaba.» [21]

Encandilóse el visir con aquellos arrumacos de la astuta princesa y se le avivó el deseo, hasta el punto de que en seguida quiso yacer con ella. Pero, al acercársele, echóse atrás la princesa y rompió a llorar diciendo:

–*¡Ye* mi señor! ¿No ves a ese hombre que nos está mirando? ¡Por Alá te lo pido, vélame a sus miradas! ¿Cómo podrías folgar conmigo teniendo ese testigo de vista?

Enfurecióse el visir al oír aquello e inquirió:

–¿Dónde está ese hombre que dices? Yo no veo a nadie que nos mire.

–Está ahí–respondió la princesa–, en el regatón de ese anillo, y de cuando en cuando saca la cabeza y se nos queda mirando.

Pensó entonces el visir que se trataba del servidor del anillo y echóse a reír y dijo:

–No temas nada, que este es el servidor del anillo y está bajo mi obediencia y mi albedrío.

–*¡Ye!*–exclamó la princesa–. A mí me dan mucho miedo los genios. Quítate ese anillo y tíralo lejos.

Quitóse entonces el visir el anillo y lo puso bajo la almohada y se acercó a la princesa; pero esta le dio un empellón con toda su fuerza en medio del pecho, de suerte que rodó de espaldas por tierra, perdido el conocimiento.

Llamó entonces la princesa a sus esclavas, las cuales acudieron al punto prontas a obedecer a su ama y esta les dijo:

–Coged al visir y lleváoslo de aquí.

Cargaron con él en seguida cuarenta esclavas y lo sacaron de la cámara. Y la princesa diose prisa a coger el anillo de debajo de la almohada y lo apretó, y en el acto compareció allí Abu-s-Sâbat, diciendo:

–Aquí me tienes, mi señora, manda y serás servida sin demora.

Y la princesa le dijo:

–Coge a ese infiel y mételo en la cárcel y cárgalo de grillos.

[20] Donde primero va a dar la desgracia, llovida del cielo.

[21] Estos versos, que omite la edición de Bulak, son, según Lane, de Al-Hariri.

Cogiólo Abu-s-Sâbat en seguida y lo llevó a la cárcel de la ira.

Después de lo cual díjole la princesa a Abu-s-Sâbat:

–¿Dónde dejaste a mi esposo y a mi padre?

–En Rabi-l-Hizab–respondió Abu-s-Sâbat.

–Pues tráelos acá en un vuelo–ordenó la princesa.

–Oigo y obedezco–respondió el genio.

Y en el acto remontó el vuelo y desapareció y fue volando hasta llegar a Rabi-l-Hirab, donde aterrizó y halló allí a Mâruf y al rey, sentados uno junto al otro, llorando y endechando.

Y al verlos, les dijo:

–¡Basta ya de gemir, que ya os llegó el tiempo de reir!

Y contóles lo que el visir hiciera y lo que con él hiciera la princesa, añadiendo para terminar:

–En la cárcel lo encerré, cumpliendo las órdenes de la princesa, la cual me mandó luego venir acá y comunicaros la buena nueva y llevaros con ella.

Alegráronse los dos muchísimo al oírlo y Abu-s-Sâbat cargó en seguida con ellos y remontó el vuelo, y fue volando sin parar hasta llegar a la ciudad en menos de una hora, y, al llegar allí, pasó a donde estaba la princesa y los depositó en tierra, delante de ella.

Saludó la princesa a su padre y a su esposo y los hizo sentar y mandó que les sirviesen la mesa con manjares y alajúes y el resto de la noche la pasaron juntos, muy contentos y satisfechos.

Amaneció luego la mañana y la princesa vistióle a su padre unas ropas espléndidas y a su esposo otras no menos lujosas.

Y dirigiéndose a su padre, le dijo:

–¡*Ye* padre mío! Siéntate ahora en tu trono de tu reino, como antes te sentabas, y nombra a mi esposo tu visir de la derecha y comunícale a las tropas lo sucedido y manda dar muerte a ese visir fementido y di que lo quemen después, ya que es un infiel y quiso acostarse conmigo sin casarse, y dio testimonio de ser un cafre y no reconocer ley ni fe que lo obligasen, y recomiéndales a tus generales que acaten a tu yerno y lo obedezcan, pues desde ahora será tu visir de la derecha.

–Así lo haré, hija mía–respondió el rey–; pero dame el anillo y yo se lo daré a tu marido.

–No, padre mío–replicó la princesa–, que ni tú ni él sois dignos de tener ese anillo.

–Tienes razón–asintió el rey–; así que accedo a tu deseo y de buen grado te lo dejo.

Cogió luego el rey a su yerno y subió con él al diván y convocó a todos los capitanes de su ejército, los cuales pasaran la noche anterior presa de gran abatimiento por culpa de la ofensa que el visir hiciera a la princesa.

Acudieron, pues, todos con premura al diván, y al ver allí al Scheiju-l-Islam recriminaronlo, diciendo:

–¿Por qué no te opusiste a que el visir entrara a la princesa, sin estar casado con ella?

A lo que el Scheiju-l-Islam les contestó, diciendo:

–¡*Ye* gente! Ese hombre no era creyente y estaba, además, en posesión del anillo y ni yo ni vosotros podríamos hacer nada. ¡Dejad, pues, a Alá que le dé su castigo y cerrad vuestras bocas, no sea que él os oiga y os mande matar!

Pero en tanto se hallaban en estos razonamientos he aquí que entra el rey en el diván, llevando en su compañía a su yerno Mâruf, y, al verlos a ambos los capitanes del ejército, se maravillaron y se alegraron y se levantaron y fueron a besar la tierra entre sus manos.

Sentóse luego el rey en su trono y les contó a todos lo ocurrido, y ellos desecharon su tristeza, al oírlo.

Mandó acto seguido el rey que engalanasen la ciudad y sacasen al visir de la cárcel y sè lo llevaran.

Hiciéronlo así sus servidores, y al pasar el visir por delante de las tropas estas lo colmaban de maldiciones y de improperios y de golpes.

Llegó así el visir a presencia del rey y besó la tierra entre sus manos, y en seguida que lo hizo, mandó el rey matarlo. Y en el acto lo mataron, yendo el infeliz al infierno en el peor de los estados.

Y con mucha razón dijo uno de él:

«¡Que no tenga el Piadoso piedad de ese [precito
ni del lugar en que depositen sus huesos,
y Munkar y Nakir sin cesar lo visiten
y no se cansen nunca de infligirle tormento!»

Nombró luego el rey a Mâruf su visir de la derecha, y les endulzó a todos los momentos y dispuso grandes festejos, y por espacio de cinco años vivieron en medio de la dicha y el contento, no empañados.

Pero al año el seiseno, vino a morir el rey y su hija sentó en el trono a Mâruf en su lugar y lo hizo proclamar sultán, aunque no le dio el anillo, que llevaba siempre consigo.

Y quedara en ese tiempo la princesa embarazada de su esposo y diera a luz un hijo varón de sorprendente hermosura y de perfección e integridad absolutas.

Y aquel hijo estuvo en poder de las nodrizas hasta que cumplió los cinco años, sin salir de su cuarto.

Adoleció entonces su madre, la reina, de dolencia mortal y mandó a llamar a Mâruf y le dijo:

–Estoy enferma, esposo mío.

A lo que Mâruf le respondió:

–Ya sanarás, amada de mi corazón.

–Podría ser que muriera–díjole la reina–, y si así fuera, no necesito recomendarte a nuestro hijo; pero sí te recomiendo que guardes con mucho cuidado el anillo, mirando por tu bien y por el de ese niño.

–Está tranquila–respondió Mâruf–. Lo guardaré bien y no lo perderé.

Quitóse entonces la enferma el anillo y se lo dio a su marido, y al día siguiente moría la reina en la misericordia de Alá (exaltado sea).

Quedó, pues, Mâruf por único soberano y administraba justicia a sus vasallos y sucedió que un día sacudió el pañuelo y se retiraron a sus puestos los arraeces de su ejército, y él se trasladó a la cámara de la sesión y en ella se sentó y permaneció allí hasta que finó el día y llegó la noche sombría.

Acudieron entonces, según la costumbre, sus contertulios, los emires de su corte, y pasaron con él la velada solazándose y recreándose, hasta que la noche fue mediada y entonces recabaron su venia para retirarse a sus moradas. Diósela Mâruf y ellos se despidieron y se fueron.

Entró luego una esclava que estaba encargada de hacerle la cama y le extendió los tapices y le ayudó a desnudarse de sus ropas de día y a ponerse las de dormir y lo acostó y luego se puso a rascarle los pies, hasta que el sueño le venció y se durmió.

Y esto es, por ahora, todo lo referente a esta parte de la historia.

Cuanto al rey Mâruf, quedóse este dormido, como hemos dicho, pero no pasó mucho tiempo cuando notó algo extraño en el lecho, a su lado, y se despertó azorado, exclamando:

–Refúgiome en Alá contra el apedreado Schaitán.

Abrió luego los ojos y miró y vio junto a él a una mujer de feísimo aspecto y la interpeló diciendo:

–¿Quién eres tú, mujer, y a qué vienes aquí?

Y la mujer le contestó:

–No temas nada, que yo soy tu esposa Fatimetu-l-Urra.

Miróla él bien a la cara y conocióla luego por su facha destartalada y sus dientes largos y salientes. Y exclamó:

–¿Cómo pudiste llegar hasta mí y quién te trajo a este país?

A lo que ella contestó, diciendo:

–¿En qué país te crees tú que estás en este momento?

–Pues en la ciudad de Ijtiyanu-l-Jatán–respondió Mâruf–. Y tú, ¿me quieres decir cuándo te viniste de Mizr?

–Ahora mismo vengo de allí–replicó la mujer.

Y Mâruf exclamó:

–Eso no puede ser.

Pero ella le contestó:

–Has de saber que cuando reñí contigo y el Schaitán me indujo a buscar tu mal, demandándote ante el guali, salieron a buscarte y no te hallaron por ninguna parte y preguntaron los cadíes por ti a todo el mundo y no te había visto ninguno. Pero pasados que fueron dos días entróme a mí arrepentimiento por lo que contigo había hecho y me lancé a buscarte sin tregua ni descanso por todas partes, mendigando para sustentarme; pero nadie me daba nada y todos me insultaban y rechazaban, de suerte que ayer me acosté sin cenar ni comer, medio muerta de hambre, que no me podía tener. Y al pensar en todo lo que estaba sufriendo no pude menos de echarme a llorar, y llorando estaba cuando he aquí que se me aparece un personaje de talla imponente y me interroga:

–Mujer, ¿por qué lloras?

–Lloro–le contesté–porque tenía un marido que todo se lo gastaba en mí y satisfacía todos mis caprichos, hasta que se aburrió y me dejó, y ahora voy detrás de él y lo busco y no lo encuentro y estoy sufriendo los tormentos del infierno.

–¿Cómo se llama tu marido?–preguntóme el aparecido.

–Mâruf–le respondí yo.

Y él entonces, me dijo:

–Yo lo conozco y te puedo decir que tu marido es ahora sultán de una ciudad, y, si quieres que te lleve hasta él, de buen grado lo haré.

–Pues hazlo en seguida–díjele yo–y llévame con él sin dilación.

Fue entonces aquel personaje y cargó conmigo y remontó el vuelo y fue volando, por entre la tierra y el cielo, hasta que aterrizó en este alcázar y me dijo:

–Entra en ese aposento y verás a tu marido durmiendo en su lecho.

Entré yo, pues, y te hallé rodeado de todo este señorío, de lo que sentí gran regocijo, y no esperaba yo, en verdad, que tú me abandonases, siendo como soy tu mujer; pero, en fin, ¡loado sea Alá que de nuevo nos juntó!

Interpelóla Mâruf al oír aquello, diciendo:

–¿Fui yo quien te abandonó a ti o tú la que me abandonaste a mí y te fuiste a demandarme de cadí en cadí hasta llegar a la Puerta, la Alta, y enviar contra mí a Abu-Tabak, de suerte que no tuve más remedio que huir y contra mi voluntad lo hice así?

Y a continuación contóle Mâruf a su mujer cuanto le sucediera hasta llegar a casarse con la hija del rey y verse sultán de aquella ciudad, añadiendo cómo su esposa hacía poco que había muerto, dejándole un hijo varón, de siete años a la sazón.

–Todo lo que ha pasado–díjole su mujer–estaba predestinado por Alá desde la eternidad; pero yo ahora estoy arrepentida y te suplico no me eches de tu lado por tu honor y tu vida.

Y así, de este modo, siguió rebajándose ante él y humillándose, hasta que a Mâruf se le ablandó el corazón de lástima y compasión, y exclamó de esta manera:

–Arrepiéntete del mal que hiciste y quédate aquí conmigo, que no tendrás



sino motivos para alegrarte; pero ten presente que, si vuelves a las andadas, te mandaré dar muerte, que yo a nadie le temo, y sería necio que pensases en ir a denunciarme a la Puerta, la Alta, y enviar contra mí a Abu-Tabak, que ahora soy sultán y todos me temen a mí mientras que yo a nadie le temo, sino a Alá, y tengo además en mi poder un anillo que basta que lo apriete para que en el acto un servidor se me presente, el cual se llama Abu-s-Sâbat, y hace en seguida cuanto le quiero mandar. De suerte, pues, que si quieres volverte a tu tierra yo te daré lo bastante para que el resto de tu vida nada pueda faltarte, y en seguida te mandaré a tu país, si lo deseas así. Y si prefieres quedarte aquí conmigo, mandaré habilitarte un palacio y te lo alfombraré con tapices costosos y raros.

–Yo deseo–exclamó la mujer–quedarme aquí a tu lado.

Y acto seguido le besó las manos e hizo acto de contrición por lo pasado.

Ordenó, pues, Mâruf que le habilitasen a su esposa un palacio, por separado, y la colmó de honras y agasajos y le asignó para su servicio esclavas y eunucos, y como esposa suya que era, vino a ser reina.

Y el hijo de Mâruf y su esposa, la reina, la otra, visitaba a su padre y a su madrastra, la cual le cobró aversión por no ser hijo suyo, de suerte que el chico lo notó, y, al ver que lo miraba con ojos de antipatía y odio, empezó a mostrarle desvío y aborrecerla, resentido.

Cuanto a Mâruf, empezó a desentenderse de todo, distraído con el amor de las esclavas guapas, y no hacía caso de su mujer Fatimetu-l-Urra, la cual era ya vieja y más mala y fea que nunca, y ya dice el refrán: «Las malas acciones siegan de raíz el amor y siembran el desvío en la tierra del corazón.»

Y que Alá recompense al que dijo:

«Guárdate de hacer mal a aquel que amas,
que, una vez que se aleja la ilusión,
difícil es que torne, y siendo frágil,
no se arregla, si se rompe, el corazón.»

Y dizque Mâruf, al dispensarle aquellas atenciones y aquellos honores, no lo hizo porque los mereciera por su buen natural, sino solo buscando el agradar a Alá.

Al llegar Schahrasad a este punto de su narración díjole su hermana Dunyasad:

–¡*Ye* qué sabrosas estas tus palabras, más poderosas a cautivar los corazones que las mágicas miradas! ¡Y qué interesantes y atrayentes esas tus historias peregrinas y raras!

–Pues no se pueden comparar–respondió Schahrasad–con la que pienso contaros la noche que viene, si vivo y el rey prolongar mis días es servido.

Luego que amaneció la mañana del siguiente día y difundió su luz y refulgió, levantóse el rey con su pecho dilatado y ansioso por oír el resto de la historia, y se dijo para sus adentros: «No la mataré hasta que haya oído el desenlace de su cuento.»

Pasó luego el rey a su sala de audiencia y acudió allí, según su costumbre, el visir, llevando bajo su brazo el sudario para su hija, pues no esperaba hallarla viva. Demoróse el rey en su audiencia todo aquel día, y, al atardecer, trasladóse a su *harén* y, según solía hacer, visitó a su esposa Schahrasad, la hija de su visir principal.

Y Dunyasad le dijo a su hermana Schahrasad:

–¡Anda, hermanita, y cuéntanos el final de la historia de Mâruf y su esposa!

–Con alma y vida–respondió Schahrasad–, si me da su venia mi señor el sultán.

–De buen grado te la doy–dijo el sultán–, pues estoy ansioso por oír su final.

Y entonces Schahrasad tomó la palabra y dijo:

–Ha llegado a mis oídos, ¡*ye* monarca, el bienhadado!, que Mâruf no desairó a su mujer, por amor a Alá; pero se abstuvo con ella de todo trato conyugal.

Y al ver ella que se mantenía alejado de su lecho y daba su amor a otras mujeres, luego tomó celos e Iblis le sopló la idea de apoderarse del anillo y dar muerte a su marido, y alzarse ella sola con todo el reino y poderío.

Y así, una noche de las noches, salióse de su palacio y se encaminó al de su esposo, y quiso el sino, de antemano escrito, que en aquel momento estuviese Mâruf acostado con una de sus favoritas, hembra de gran belleza, bien formada; en una palabra: perfecta.

Y dizque el rey Mâruf tenía costumbre, siempre que dormía con alguna de sus barraganas, de quitarse el anillo del dedo, por temor a los nombres excelsos en él grabados, y lo metía debajo de la almohada y no se lo volvía a poner sino después de haber hecho las abluciones de la mañana.

Y demás de eso, siempre que pasaba la noche con alguna de sus concubinas, solía despedirlas antes de que rompiese el día por mor del anillo, y, cuando él pasaba al *hammam,* cerraba la puerta de su alcocer hasta que volvía, y entonces se ponía el anillo y ya podían entrar a verlo, según el protocolo palaciego.

Todo lo cual sabíalo muy bien Fatimetu-l-Urra, que no se resolvió a ejecutar su plan sino después de haberse enterado de ello y comprobado que era cierto.

Salió, pues, aquella noche que digo con esa intención de robarle a su esposo el anillo; pero dio la casualidad que en aquel preciso instante hubo el hijo del rey de ir a la cámara del desahogo a hacer una necesidad, y lo hizo a oscuras, y al entrar dejó abierta la puerta, de suerte que al salir su madrastra del alcázar pudo verla escurrirse ligera y deslizarse en dirección al alcázar de su padre.

Y al ver aquello díjose el joven para sus adentros: «¿Por qué habrá salido esa bruja de su alcázar en las alas de la sombra y por qué se dirigirá ahora al alcázar de mi padre? No hay más remedio sino que en todo esto debe de haber algún misterio.»

Y el joven salióse del retrete y fue detrás de ella y la siguió, sin que ella lo advirtiera.

Tenía el joven una espada corta, incrustada de piedras preciosas, y cuando acudía al diván de su padre antes se la ceñía, por si algo sucedía.

Por cierto que su padre, al verlo así armado, echóse a reír un día y le dijo:

–Linda espada, hijo mío; pero no pienso que salgas con ella a la guerra ni cortes ninguna cabeza.

A lo que el joven contestó:

–Seguro, padre mío, que no dejaré de cortar con ella la que se lo merezca.

Y su padre echóse a reír al oírlo.

Ahora bien: al seguir el joven, como queda dicho, a la mujer de su padre, desenvainó la espada y marchó tras ella, llevándola empuñada.

Entró la mujer en el alcázar de su marido y el joven se quedó en la puerta, espiando y observando lo que hacía, y la vio rebuscar algo por la habitación y la oyó que decía:

–¿Dónde habrá puesto el anillo?

De donde infirió el joven que era eso lo que la mujer saliera a buscar.

Aguardó entonces hasta que la mujer halló el anillo y exclamó:

–¡Vaya, aquí está ya!

Y cogiendo el anillo, se dispuso a salir de la habitación. Escondióse el joven detrás de la puerta y la dejó pasar y la vio que miraba el anillo y le daba vueltas en su mano y estaba ya a punto de oprimirlo en el sentido preciso.

Pero antes que pudiera hacerlo enarboló el mozo su acero y le descargó un tajo en el cuello y ella lanzó un solo grito y rodó a tierra, exhalando el espíritu.

Despertóse en aquel instante Mâruf y vio a su mujer tendida en el suelo y manando sangre de su cuerpo y a su hijo empuñando el acero, y, encarándose con el joven, le dijo:

–¿Qué es eso, hijo mío?

–¿Te acuerdas, padre–díjole su hijo–, cuántas veces me dijiste que mi espada no me valdría para ir a la guerra ni cortar ninguna cabeza? ¿Y recuerdas que yo te respondía que, sin embargo, habría de cortar el cuello con ella a quien lo mereciera? Pues ahora mismo acabo de cortar el cuello a quien se hizo digno de ello.

Y acto seguido contóle a su padre cuanto con su mujer habíale sucedido.

Procedió luego Mâruf a buscar el anillo y registró y examinó uno por uno todos los miembros de la interfecta, hasta que reparó en su mano y vio que lo tenía en ella apretado.

Sacóselo pues, de la mano, y, volviéndose a su hijo, le dijo:

–En verdad que eres mi hijo sin duda ni disputa. ¡Alá te allane esta vida y la otra, como tú me has librado a mí de esta hembra ruin!

Volvióse contra ella el mal que pensó hacer y con qué razón dijo el poeta:

«Para que el hombre logre su intención
siempre es preciso que lo ayude Alá,
que, como Alá no quiera, no es posible
que la pueda lograr.»

Dio luego el rey Mâruf una voz llamando a sus servidores, los cuales acudieron en seguida perdiendo el resuello, y el rey les contó lo que su mujer Fatimetu-l-Urra había intentado hacer con él, y les mandó que se llevasen de allí su cadáver y en otro sitio lo tuviesen hasta que la mañana amaneciese.

Hiciéronlo así ellos, y, luego que la mañana amaneció, confióselo Mâruf a cierto número de eunucos para que lo lavasen y lo amortajasen y le labrasen un sepulcro y en él lo enterrasen.

De suerte, pues, que Fatimetu-l-Urra vino de Mizr para morir. Y qué inspirado estuvo el poeta que dijo sobre un caso análogo:

«Trazado de antemano está el sendero
que habremos de seguir,
y cada cual marcado tiene el sitio
en que debe morir.»

Y no menos atinados son estos otros versos:

«Cuando en busca de fortuna
a algún lugar me dirijo,
no sé cuál será mi suerte,
ni si tras la dicha sigo
o si la desgracia es quien
me sigue a mí en el camino.»

Mandó luego el rey Mâruf que buscasen a aquel labrador de marras que antaño le dispensara adiafa y a su presencia se lo llevaran.

Vio Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras cautivadoras.

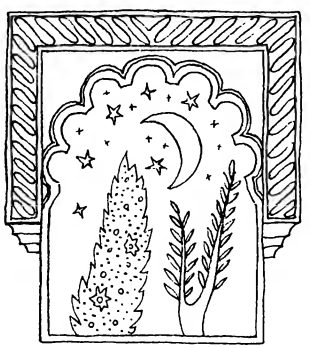
Y LA NOCHE 533 PROSIGUIO SU RELATO EN ESTA FORMA:

Cuando mandó el rey que le llevaran a aquel hombre, ha llegado a mis oídos, *ye* rey, el afortunado, que hiciéronlo sus servidores, según les mandara, y el rey Mâruf, luego que tuvo al labrador entre sus manos, nombrólo su visir de la derecha y miembro de su consejo soberano.

Vino después a saber que el labrador tenía una hija de hermosura prodigiosa y de excelentes condiciones y de linaje noble y se casó con ella, y, pasado algún tiempo, casó también a su hijo con una joven, plena de perfecciones.

Y por espacio de tiempo vivieron todos la vida más dichosa y gozaron de momentos claros y de placeres no empañados, hasta que fue a visitarlos la rematadora de los goces y dispersadora de las reuniones y arrasadora de las mansiones habitadas, la que a hijos e hijas deja en la orfandad sin a ninguno perdonar.

¡Loor a Aquel que siempre vive y nunca muere y en su mano el reino y el imperio tiene!





HISTORIA DE BAIBARS Y DE LOS CAPITANES DE POLICIA

(Noche 533)

Florilegio de anécdotas, de vario tono y estilo, que se puede decir recorren toda la gama, desde el más crudo realismo hasta la inverosímil poesía simbólica del mito y la leyenda. La que inicia el desfile pertenece al género de esas historias recogidas bajo el epígrafe de Historias que tratan de engaños y marrullerías de las mujeres *y es una insistencia más sobre la desaforada sexualidad de las compatriotas de la proverbial Suleika. Cuanto el sultán Baibars, sentado en su trono, rodeado de sus doce capitanes de Policía, como un sol en medio de su corte planetaria, viene a ser un pequeño Harunu-r-Raschid, que no ha merecido pasar a la Gran Historia. Por los datos que el rapsoda árabe nos da de él al principio de su narración, se trata de uno de esos sultanes baharies que, después de destronar a la dinastía de los ayubies, en 1254, fundaron la primera de las dos dinastías bahari y borchi de los llamados mamelucos, y cuya dominación marcó sendas épocas calamitosas en la historia de Egipto, hasta que el sultán de Turquía, Selim II, derrotó totalmente, en 1517, al borchi Tuman-bey, poniendo término a aquel período de desastres. Los mamelucos eran los pretorianos de los jalifas árabes de Egipto y subieron al Poder merced a un golpe de mano, usurpando la autoridad que tenían por misión defender. El caso de los mastines devorando el rebaño que deben defender de los lobos, según el gráfico símil del emperador Juliano.*

Los mamelucos que fundaron la dinastía bahari eran turcos de origen, prisioneros de guerra, vendidos como esclavos (mamlik, *plural de* mamluk, *esclavo). Los de la dinastía borchi eran no turcos, sino circasianos o cherkeses, como decimos hoy. «Cuando Egipto pasó a ser provincia turca*

bajo Selim I–dice Gustavo Lebón–, los mamelucos se sometieron. Pero después volvieron a adquirir una autoridad positiva y fueron los enemigos más temibles con que hubo de luchar allí Napoleón. El país no se vio libre de ellos hasta que el enérgico e inteligente Mohamed Alí, a mediados del siglo XIX, los mandó degollar a todos ellos, desde el primero al último.»

¡Téngalos a todos Alá en su misericordia!

Terminemos esta nota haciendo constar que Roso de Luna, seducido acaso por el título, cree ver en este florilegio de anécdotas un eco desfigurado de los Cuarenta y siete capitanes, *del japonés Shunsui, que pertenece a la alta épica. Estas historias faltan en las versiones de Galland, Weil, Burton, Lane, etc.*

Cuanto al nombre propio del sultán Baibars (o Beibars), que viene a seguidas de su advocación oficial, el rey, el secundador de la Piedra angular de la Fe, es un nombre a todas luces no árabe, sino probablemente turco o persa; en el primer caso podría significar señor, hombre rico (Bai), *con el sufijo* bar, *que denota expansión–como si dijéramos hombre que irradia señorío o riqueza–; en el segundo caso, podría ser una deformación del persa* Babar, *león.*

El epíteto que lo acompaña, Al-Bunduk-dari, significa El arcabucero, del persa Bunduk *(arcabuz), con el sufijo de posesión* dar.

Digamos, finalmente, que de este sultán Baibars se conservan monedas por él acuñadas, cuya reproducción puede verse en Lebón. Se trata, pues, de un personaje perfectamente histórico.

Cuentan, ¡pero Alá es el más sabio!, que en los antiguos tiempos y en los siglos pretéritos había en el país de Mizr, en la ciudad del Cairo, un sultán de los sultanes poderosos y barraganes, del glorioso linaje de los baharies turcomanes.

Y era el nombre del sultán el de Al-Méleku-z-Zahir Rekau-d-Din Baibars Al-Bundukdari.

Y bajo su reinado brilló el Islam con un esplendor sin precedente, desde el cabo extremo de Oriente hasta los remotos confines de Occidente.

Y sobre la haz de la tierra de Alá y bajo la capa del cielo, que es también el Eterno, no quedó en pie ninguna plaza fuerte de los francos, cuyos monarcas vinieron a ser para aquel sultán alfombras que hollaban sus pies.

De suerte que lo mismo en los verdes campos que en los desiertos áridos y sobre las aguas del mar solo se alzaba la voz del creyente y solo se posaba la planta de aquel que camina derecho por la senda de lo justo y lo recto.

Bendito sea por siempre Aquel que nos enseñó el verdadero camino, el hijo de Abdu-l-Lah, el Koreischi, nuestro señor Mohammed, el Profeta de Alá (sea con él la oración y la paz. Amén).

Y he aquí que el sultán Baibars amaba a su pueblo, que también a él lo amaba y por todas sus cosas en grado sumo se interesaba, principalmente en lo tocante a tradiciones y

usos y costumbres locales, y se deleitaba oyendo historias y leyendas que sus narradores le recitaban, y a muchos de sus oficiales y edecanes y guardias y familiares había encumbrado a las más altas dignidades en galardón del arte con que sabían referir lances y sucedidos y entretener sus ratos aburridos.

Y sucedió que, una noche de entre las noches, deseoso el sultán de solazarse, e instruirse al par, reunió a todos sus capitanes de Policía del Cairo, y luego que los tuvo entre sus manos, les dijo el soberano:

–Quiero que esta noche me contéis alguna historia de las más extraordinarias y maravillosas.

A lo que ellos contestaron todos a una:

–Sobre nuestras cabezas y nuestros ojos. ¿Desea el sultán, nuestro señor, que le contemos algo que hayamos visto por nosotros mismos o algo que hayamos oído?

Y el sultán exclamó, indeciso:

–Grave cosa es decidirlo. Lo mejor será que cada uno cuente lo que quiera, con toda libertad y sin más condición que la de que sea sorprendente y extraordinaria su narración.

–Está bien, señor–respondieron ellos–. Tuyos son nuestro ingenio, igual que nuestra lengua y nuestro amor.

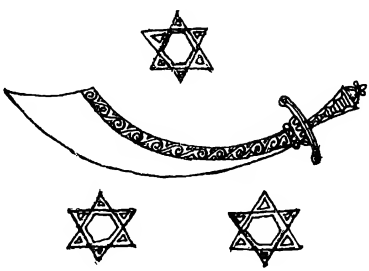
Adelantóse luego el primero, un capitán de los de la Policía de Mizr, que se llamaba Moinu-d-Din [1], y que tenía el hígado dañado por el amor a las hembras y el corazón enredado en las mallas de las bellas.

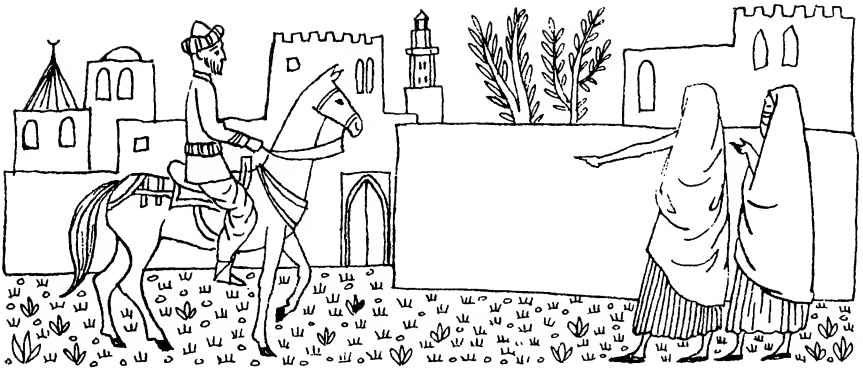
Y después de desearle al sultán la duración de su poder y prosperidad, tomó la palabra y dijo así:

–¡*Ye* rey del tiempo! Te voy a contar un lance extraordinario, que me ocurrió a mí mismo, cuando empezaba mi carrera y era un novicio.

Y luego dio principio a su relato en los siguientes términos:

[1] Secundador de la Fe.





HISTORIA DEL CAPITAN DE POLICIA, EL PRIMERO

(Noches 533 y 534)

—Has de saber, ¡ye mi señor y corona de mi cabeza!, que cuando yo entré al servicio de la Policía del Cairo, a las órdenes de nuestro jefe, Alá-mu-d-Din Sanjar, no tardé en labrarme una reputación, y todo hijo de alcahuete, de perro o de ahorcado y hasta de zorra, me temía y me temblaba, cual si fuera la peste, y huía de mí como de la ictericia al verme.

Y cuando yo cruzaba las calles, jinete en mi caballo, me señalaba la gente con el dedo y unos a otros se guiñaban el ojo y apilaban en el suelo a mi paso montones de zalemas, humildes y azorados, en tanto yo seguía adelante, sin hacerles el menor caso.

Y sucedió un día de entre los días que, estando yo sentado en el patio, recostado en la pared y pensando en mi importancia y mi poder, sentí de pronto caerme del cielo en mi regazo algo tan pesado como la sentencia de Alá el día del Juicio Final.

Miré a ver lo que era y me encontré ser una bolsa repleta y muy bien atada, y procedí a desatarla y vacié el contenido de la bolsa sobre los pliegues de mi ropa.

Y conté las monedas, que eran cien dracmas, ni uno más ni uno menos, que esa era la cuenta exacta.

Miré a uno y otro lado y no pude descubrir quién hubiera echado la bolsa allí. Por lo que exclamé maravillado:

—¡Loado sea el Señor de lo visible y lo invisible!

Y me guardé la bolsa. Y esto es todo lo referente a su historia.

Volví al día siguiente al mismo sitio, en cumplimiento de mi servicio, y me senté en el suelo y me recosté contra la pared, y al cabo de una hora sentí que me caía sobre la cabeza una cosa enteramente igual a la de marras, tanto que

[1] Lábaro de la Fe.

parecía su hermana, y a la que, como a aquella, di luego asilo en mi pecho para que le diera compaña.

Volví después la cabeza arriba y abajo, a derecha e izquierda, lo mismo que el día antes, y tampoco alcancé a ver a nadie.

Y fue tal mi asombro que me pregunté a mí mismo: «¿Estás despierto o dormido?» Y en seguida me respondí, diciendo: «No estoy dormido, que estoy bien despierto.»

Y me levanté y, remangándome los picos del manto, me salí como si tal cosa de allí, escupiendo en el suelo a cada paso.

Volví al día siguiente, el tercero, al mismo sitio, y, en vez de sentarme, me tendí en el suelo y me hice el dormido y me puse a roncar, armando tal estrépito como el de una piara de camellos.

Y de repente, *¡ye* mi señor el sultán!, siento que una mano suave empieza a hurgarme el cuerpo, y voy y la cojo de pronto y abro los ojos y veo que la dueña de aquella mano, cuajada de sortijas de diamantes, era una joven tan bella que un hada parecía y me miraba tronchada de risa.

Yo, al verla, me quedé maravillado y exclamé como enajenado:

–¡Holgura y comodidad, señora mía! Tuyo soy desde ahora con todo cuanto tengo y con mi alma y mi vida. Mas te ruego me digas de qué jardín eres la rosa, de qué ramillete el jacinto, de qué vergel el ruiseñor, bella joven que en un momento me robaste el corazón.

Y dizque en tanto hablaba, la tenía cogida de la mano y no la soltaba.

Pero ella, sin mostrar el menor sonrojo, me hizo seña con el ojo de que me levantara y me dijo así:

–*¡Ye sidi,* Al-Môin! Si deseas saber quién soy y cuál es mi nombre, levántate y sígueme.

Dijo así ella, y yo, cual si la hubiera conocido de antiguo o hubiese sido su hermano de leche, me levanté en el acto y me sacudí los pliegues del manto y me ajusté bien el turbante y después eché a andar a su zaga, a unos diez pasos de distancia, para no llamar la atención, pero sin perderla de vista, ojo avizor.

Y de esa suerte, ella delante y yo detrás, llegamos finalmente al fondo de un callejón sin salida, en donde ella se entró, haciéndome señas de que la siguiese sin ningún temor.

Hícelo así yo y me acerqué a ella y quise aprovechar la ocasión y estrecharla entre mis brazos con pasión; pero ella, despectiva, me rechazó, reprochándome mi desconsideración.

Y al ver yo aquello le dije perplejo:

–Pero siendo así, *¡ye* la hija legítima!, ¿por qué me lanzaste esas dos bolsas llenas de dracmas, y me hiciste cosquillas en el cuerpo, y me trajiste luego a este callejón, tan propicio para hacer el amor?

A lo que ella me contestó:

–Capitán Al-Môin, has de saber que de toda la ciudad eres el hombre que más confianza me inspira, y por eso nada más te di la preferencia sobre los demás. Pero no te creas que fue por lo que piensas.

–Sea cual fuere el motivo–dije yo–, te agradezco, señora, esa preferencia y desde ahora puedes mandarme lo que quieras, que eres mi ama, ya que me compraste por doscientos dracmas.

Sonrió al oírme la mocita y exclamó, agradecida:

–¡Prolongue Alá tu vida! Has de saber, Al-Môin, cómo yo estoy enamorada de una linda muchacha y su amor chisporrotea como fuego en mis entrañas. Y aunque tuviera yo mil corazones, no sería mayor esta pasión que me corroe. Y para que lo sepas todo de una vez, te diré que es la hija del cadí de la ciudad esa chica que tanto amo y que entre las dos ha pasado lo que ha pasado. Porque ella siente por mí el mismo amor que yo por ella y ha

jurado que jamás se casará, así como yo, por mi parte, le he jurado también, por los más grandes nombres, que nunca me tocará ningún hombre. Llevábamos ya mucho tiempo de amarnos, y comíamos en el mismo plato y bebíamos en el mismo vaso y dormíamos sobre el mismo tapiz, cuando un día, su padre, el cadí, el de la barba maldita, hubo de enterarse de lo que entre nosotras había y nos separó a las dos, encerrando en su casa a su hija y diciéndome a mí que, si aportaba por allí, manos y pies me rompería. Y a partir de aquel día no nos hemos vuelto a ver, aunque yo sé que la separación la tiene como a mí en trance de desesperación. Hasta que, finalmente, decidí acudir a ti en demanda de ayuda, pues solo tú eres capaz de prestármela y volverme a reunir con mi adorada.

Al oír yo tales palabras, *¡ye* mi señor el sultán!, me quedé estupefacto y perplejo y me dije para mis adentros:

«¡Por Alá, que todo lo puede! ¿De cuándo acá las chicas se transforman en chicos y las cabritas en machos cabríos? ¿Qué clase de amor es el que puede haber entre una mujer y otra mujer?» Y batiendo palmas de puro asombrado, exclamé:

–¡Por Alá, mi señora, que no comprendo nada de esa historia que de contarme acabas, pues jamás oí decir que la corza se enamorara de la corza, ni la gallina se enamorase de otra gallina! Así que te ruego te expliques mejor para que te pueda entender yo.

Pero ella me dijo, eludiendo responder.

–¡Cállate, capitán! Que eso es un misterio de amor y son pocas las criaturas que lo pueden calar... Bástete saber que cuento contigo para que me ayudes a entrar en casa del cadí y que, si así lo haces, te granjearás la gratitud de una mujer que nunca ha de olvidarte.

Quedéme yo maravillado hasta más no poder e, involuntariamente, exclamé:

–¡Por Alá, señor Al-Môin, que es cosa singular eso de que te quieran emplear de alcahuete para allanar los amores entre dos mujeres! En toda la historia de la alcahuetería, no tiene el caso precedente; pero, en fin, no creo que en prestarte a eso haya inconveniente.

Y alzando la voz le dije a la muchacha:

–Mira, palomita, aunque se trata de un caso delicado y de algo que no entiendo bien, puedes contar con mi obediencia y ayuda en lo que hubieres menester. Dime qué tengo que hacer.

–Ya te lo he dicho–respondió ella–. Se trata simplemente de que con algún ardid me facilites la entrada en casa del cadí.

–Está bien–le respondí–; pero te ruego hagas cuenta de quién soy yo y quién es la hija del cadí y la gran diferencia social que a ambos nos separa.

Sonrió la joven al oírme y exclamo con cierto desdén:

–No pienses, malpocado, que soy tan negada que cuente con que de rondón te cueles en la casa, sino que sencillamente quiero que secundes mi trama y me sirvas de báculo en mi marcha.

–Pues en mí–contesté yo–tendrás, palomita, un bastón ciego y sordo entre tus manos que se te prestará a todo.

–Oye, pues, y obedece–díjome ella entonces–. Esta misma noche me vestiré yo con todas mis galas como un pavo real y me echaré a la cara un velo tan tupido que nadie sino tú me puedas conocer, e iré a sentarme junto a la casa del cadí, el padre de mi amada. Y tú y tus guardias andaréis por allí y el reguero fragante que dejaré a mi paso os guiará hasta mí y tú,

al verme, te destacarás y con todo respeto me preguntarás:

«¿Adónde vas sola, gran señora, a esta deshora?»

A lo que yo te responderé:

«¡Por Alá, gallardo capitán, soy una señorita del barrio de la Ciudadela y mi padre es uno de los emires del sultán y por cierto uno de los que estima más!

»Y sucedió que salí hoy de casa y me alargué a la ciudad con objeto de hacer unas compras, como así fue, pero me entretuve comprando unas cosas y encargando otras y se me hizo tarde, y luego, al volver a nuestro barrio de la Ciudadela, me encontré cerradas las puertas.

»Y en vista de ello me torné a la ciudad, pensando encontrar en ella alguna persona conocida en cuya casa pudiera pasar la noche y aguardar el día; pero he tenido la desgracia de no encontrar ninguna amiga, y consternada, al verme en plena noche sola y sin amparo, opté por arrimarme siquiera a esta casa, que me han dicho ser la del cadí, para que su nombre siquiera me cubra y me proteja.

»Y mañana, luego que amanezca, volveré con mis padres, que los pobres me estarán dando ya por perdida o por muerta.»

Y entonces tú, capitán Al-Môin, a fuer de listo que eres, al verme tan bien puesta y con tantas alhajas, pensarás para tu alma: «No está bien que un musulmán deje en plena noche y en pleno arroyo a una señorita tan joven y tan bien vestida y alhajada, que podría ser víctima de cualquier trastada.

»Y si tal ocurriera sería yo, el capitán Al-Môin, quien respondería con mis ojos ante el sultán de Mizr.

»No hay más remedio, pues, que velar por la seguridad de esta mujer, y lo que voy a hacer es poner a su lado uno de mis armados, o mejor todavía, que no es mucha la confianza que mis hombres me inspiran, buscaré por estos alrededores alguna casa de personas honradas que le den posada hasta mañana... ¡Y por Alá! ¿Dónde podría pasar la noche más segura y respetada que en casa del cadí, nuestro señor, a cuyo muro está arrimada?

»Y dizque mi alhasana [2] no dejará de ser recompensada, sin contar con que la gratitud podría inclinar en mi favor el hígado de esa joven, que ya de solo verla ha prendido en mis entrañas una voraz hoguera.»

Y acto seguido pondrás por obra tan cuerdos pensamientos y harás sonar la aldaba [3] de la puerta del cadí, y me harás entrar y pasar al *harén* y en el *harén* me encontraré por fin con mi adorada y podré templar el fuego que me abrasa.

Y ahí tienes ya todo mi plan. Conque decide, capitán.

Entonces yo le contesté, señor:

–Oír es obedecer, señora mía. ¡Vierta Alá sus mercedes sobre tu cabeza! Ese tu plan no puede ser sino fruto de un gran talento. Y el talento es un don que viene de Alá, ¡el rumboso, el liberal!

Quedamos luego convenidos sobre la hora del encuentro y beséle la mano y nos separamos y nos fuimos cada cual por nuestro camino.

Llegó luego la tarde y después la hora de queda y la de la zalá detrás de ella, y pasado un rato salí yo de ronda, seguido de mis hombres, armados de sendos alfanjes desenvainados.

Recorrimos, uno después de otro, todos los barrios del Cairo, y la noche ya mediada llegamos a la calle donde estaba citado con la joven de los amores raros.

Y lo mismo fue entrar por ella que aspirar el perfume embriagador que delataba su presencia, y no tardé en sen-

[2] Buena obra.
[3] Del árabe, *Ad-Dabba.*

tir, asimismo, el tintineo de sus pulseras y las ajorcas de sus tobillos.

Y volviéndome a mis hombres, les dije, fingiendo sorpresa:

–Creo distinguir una sombra, hijos míos, ¿y no sentís qué olor tan rico?

Miraron ellos en todas direcciones, a fin de descubrir la procedencia de aquel intenso aroma y no tardaron en ver a la bella damita que allí me aguardaba, cubierta de seda y alhajas, ojo avizor, y el oído alerta y la cabeza baja.

Fuime yo hacia ella, fingiendo no conocerla, y le dije, después de hacerle la zalema:

–¿Cómo señora mía, siendo una dama tan distinguida, no tienes miedo a las joyas que llevas y, sobre todo, con la noche y sus malos encuentros, con tu extraordinaria belleza?

Diome entonces ella la respuesta convenida, y yo, después de oírla, me volví a mis hombres y les consulté con la mirada y ellos me dijeron:

–*¡Ye* jefe nuestro! En ninguna parte mejor que en tu casa estaría esta dama, y si a tu casa la llevaras no hay duda que sabría recompensarte con largueza tu adiafa, pues no hay más que verla y lo alhajada que va para comprender que es de familia rica, de suerte que no lo perderías. Y podrías hacer esta noche de ella lo que quisieras y mañana por la mañana volverla a su casa.

Pero yo, al oírles, exclamé, alzando el grito:

–¡Callaos, so bandidos! ¡En Alá contra vuestras palabras busco asilo! ¿Por ventura es digna mi casa de recibir a la hija de un emir? Eso sin contar con que cae lejos de aquí. Lo mejor será pedirle para ella hospitalidad al cadí de este barrio, que vive aquí al lado.

–Oír es obedecer–respondieron mis hombres.

Y en el acto se destacaron y fueron a llamar a la casa del cadí, que estaba allí al lado.

Abrióse la puerta y apareció el propio cadí en los umbrales, apoyado en los hombros de dos esclavos negros, porque era ya muy viejo.

Cambiamos él y yo las zalemas de rigor y luego yo le conté lo que pasaba y sometí el caso a su consideración, en tanto la joven, envuelta en sus velos, esperaba la contestación.

Y el cadí, después de oírme, me respondió:

–Bien venida sea esa dama a mi casa. Mi hija la atenderá y cuidará de que no le falte nada.

Puse yo entonces entre sus manos a la joven y él la tomó y la condujo a su *harén,* sin saber que era el peligro en persona, y yo me despedí de él y proseguí mi ronda.

Pero luego que fue la mañana volví a casa del cadí, para recoger aquel peligroso rehén que le había confiado, y, para mi interior, iba pensando: «¡Por Alá, que esas dos mocitas han debido de pasar una noche bendita! Algo daría yo por saber qué pasa entre ellas, que este caso tan raro me trae de cabeza.»

Llegué a todo esto a casa del cadí y desde la puerta noté allá dentro gran revuelo y un ir y venir de criados, aturdidos y asustados.

Y de pronto salió de la casa el propio cadí, con su barba toda blanca, y se abalanzó a mí y me gritó así:

–¡Mal hayan los inútiles y los torpes! ¡Vaya una huéspeda que me trajiste anoche! Valiente ladrona, que se me ha llevado todo mi caudal y todos mis bienes y no me ha dejado más que las paredes. Ahora mismo te pondrás a buscarla y tendrás que encontrarla, pues si así no fuere iré a quejarme ante el sultán de tu connivencia con esa bribona y morirás de la muerte, la roja.

Preguntéle yo entonces pormenores

de lo que ocurriera, y el viejo, entre interjecciones y maldiciones, me refirió que aquella jovencita ladina desapareciera antes de ser de día, sin despedirse de nadie y llevándose consigo el cinturón del cadí, que contenía seis mil dinares, que eran todos sus caudales.

Y al terminar el *scheij* su relación, exclamó:

–Tú tienes que conocer a esa mujer y por eso a ti será a quien el dinero reclamaré.

Quedéme yo tan pasmado ante aquella novedad que no acertaba, al pronto, a hablar. Y me mordí la palma de la mano y me increpé a mí mismo, con el pensamiento, diciendo: «¡Ahí tienes, so memo, por meterte a alcahuete! ¡Ya ves ahora lo que te sucede!»

Luego que me repuse y pude hablar, al fin, le dije al cadí:

–*¡Ye* mi señor, el cadí! Eso que ha ocurrido tenía que ocurrir, porque estaba escrito y no hay refugio contra el sino. Pero concédeme tres días de plazo para buscar a esa mujer extraña, y, si pasados esos tres días no te la traigo a tu presencia, podrás cobrarte en mi cabeza.

Miróme el cadí de arriba abajo y después exclamó:

–Está bien. Te concedo ese plazo.

Despedíme luego yo del viejo y me fui de allí pensativo, diciendo:

«¡Ya no hay remedio, so idiota! ¡Tendrás que pagar con tu cabezota! Porque, ¿cómo vas a encontrar en medio de esta gran ciudad a esa mujer, cuya cara no llegaste a ver? ¿Y cómo te las vas a arreglar para registrar los harenes, en los cuales no puedes entrar? Mejor será que te eches a dormir y te estés durmiendo esos tres días del plazo y luego te presentes al cadí y pongas tu cabeza entre sus manos.»

Y según lo pensé así lo hice, *¡ye* mi señor sultán! Y me fui a mi casa y me metí en ella y me tendí en una estera y así me estuve los tres días enteros sin salir, aunque estaba tan preocupado que no podía dormir.

Y luego que el tercer día se cumplió, al día el cuarto me levanté y salí de casa y me encaminé a la del cadí con la cabeza baja y el alma conturbada.

Pero al pasar por una calleja, no lejos de la casa del cadí, divisé de pronto, tras las rejas de una ventana, a la joven de marras. Y la joven me miró, muy risueña, y me hizo con los ojos una seña, que quería decir: «Pasa y entra.»

Dime yo prisa a obedecerla y acceder a su invitación, de la que dependía quizá mi salvación, y en un abrir y cerrar de ojos me planté a su lado, y, olvidándome hasta de saludarla, le dije:

–¡Ay, hermana, y en qué lío me has metido! ¡Por culpa de tu mala persona voy a rodar la escalera de la muerte, la roja!

Pero vio Schahrasad venir la mañana y cortó el hilo de sus elocuentes palabras.

Y LA NOCHE 534 SIGUIO DICIENDO LA MUCHACHA:

–Ha llegado hasta mí la fama, *¡ye* monarca, el bienhadado!, que el capitán Al-Môin dijo así:

–¡Ay, hermana, y en qué lío me has metido, que por culpa de tu mala persona voy a rodar la escalera de la muerte, la roja!

Pero la joven se echó a reír y me cogió y estrechó contra su pecho, diciendo:

–Capitán Al-Môin: ¿cómo siendo quien eres puedes temblar así? Pero no pases miedo ni me cuentes nada, que yo lo sé todo y nunca pensé dejarte en la estacada, sino que de propio intento he aguardado hasta el último momento. Y prueba de ello es que, al verte pasar, te llamé y te invité a entrar, siendo así que habría podido dejarte seguir tu camino.

Al oír yo tales palabras le di a la joven las gracias, y, a pesar de todo, le besé la mano, aquella mano que había sido la causa de que me viera yo en conflicto tamaño.

Y ella, sonriendo, me dijo:

–Está tranquilo, amigo Al-Môin, que nada malo te habrá de ocurrir. Y, por lo pronto, levántate y ven aquí.

Y cogiéndome de la mano, me introdujo en un aposento en el que había dos cofres repletos de joyas, rubíes y diamantes y preciosos metales.

Y luego abrió otro cofre, que estaba también lleno de oro hasta los topes, y poniéndomelo delante, me dijo así:

–Si quieres, puedes tomar de ahí los seis mil dinares del cadí, padre de mi adorada, y que yo le birlé de la faja. Pero te debo advertir, capitán, que aún se puede hacer algo mejor que devolverle su dinero a ese viejo barbado de mal agüero. Que si yo se lo robé, fue tan solo con el fin de que, con lo avaro que es, se muriese de rabia al descubrirlo y nos dejase en paz a mí y a su hija, que está de acuerdo conmigo tocante a acelerar el cumplimiento de su sino. Escúchame, pues, con toda atención y sabrás el plan que nos hemos trazado, para acabar de hacerle perder el juicio a ese cabrón lisiado.

Hizo una pausa aquí la joven, y luego me dijo:

–Vas a ir ahora mismo a casa de ese viejo ruin, que te estará aguardando como sobre ascuas, de puro impaciente, y le dirás, desde que entres: *«¡Ye* mi señor, el cadí! Solo por respeto a tu persona y por descargar mi conciencia, me he pasado estos tres días buscando sin parar, por toda la ciudad, a esa joven que hospedaste en tu casa aquella noche y a la que ahora acusas de ladrona y dices que te robó seis mil dinares de oro.

»Pues a fuer de Al-Môin que me llamo, sé muy bien que esa joven no te ha robado nada, ni además ha salido de tu casa desde aquella noche, pues si no fuera así, habrían dado con ella mis hombres en el curso de tantas pesquisas e indagaciones como han hecho cumpliendo mis órdenes, y las matronas que, por encargo nuestro, han registrado los harenes de las casas de la ciudad, no la habrían dejado de encontrar.

»Lo infructuoso de tantas búsquedas y pesquisas pone en tela de juicio la veracidad de tus afirmaciones y me obliga a exigirte que pruebes la exactitud de tus acusaciones.

»Porque muy bien pudiera ser que la cosa hubiera ocurrido al revés, y que, en vez de ser tú el robado, fuera ella la víctima de algún atentado, o, por lo menos, de alguna añagaza que hubieses tramado contra ella en tu propia casa.

»Así que, con todos los respetos, te notifico que no tenemos más remedio que hacer en tu casa un registro, para comprobar si mi sospecha es cierta y ver si han quedado en tu casa huellas de esa muchacha.

»¡Y Alá es el más sabio!»

De este modo, pues, capitán Al-Môin–siguió diciendo la joven–, vendrás a convertirte de acusado en acusador, y al cadí le entrará tal sofocón que el mundo ante sus ojos se ennegrecerá y el rostro se le pondrá como el pimentón de rojo y exclamará, reprimiendo su enojo:

«Muy delicado es eso que insinúas, capitán Al-Môin. Pero no importa; pasa adentro y registra la casa, sin dejar un rincón por mirar; pero te ad-

vierto que, cuando quede bien patente tu error, le iré con el cuento al sultán y tendrás que responder de un desafuero más.»

Pero tú no harás caso de las palabras del viejo y en unión de tus guardias entrarás en la casa y la registrarás, y claro está que no me encontrarás.

Y luego que hayas registrado la azotea y todas las salas de la casa y revuelto todos los cofres y armarios sin encontrar nada, te quedarás con la cabeza baja y fingirás azoramiento y empezarás a lamentarte y excusarte y a esparcir la vista por todas partes.

Y pasarás a la cocina para dar ya con eso por terminadas tus pesquisas, poniendo la cara del que no espera encontrar nada; pero de pronto mirarás, como por cumplir, al fondo de una gran zafra de aceite que verás allí, y alzando su tapadera te inclinarás y, de repente, exclamarás: «¿Eh, qué es eso...? ¡Párense todos, que veo algo ahí dentro!»

Y meterás el brazo en la zafra y dentro de ella palparás una cosa, algo así como un lío de ropa. Y tirarás de él y lo sacarás afuera y lo mostrarás a todos los presentes y todos podrán ver que en aquel paquete están mi velo y mi camisa y mis zaragüelles y el resto de mis ropas, todo salpicado de manchas de sangre congelada.

Y al ver tú aquello pondrás cara de triunfo, en tanto el cadí se quedará confuso, y el color se le pondrá amarillo y le temblarán las coyunturas de sus miembros y se desplomará en el suelo desmayado y quizá muerto.

Y puesto que no muera del susto, procurará echar tierra al asunto, a fin de que no se hable de lo ocurrido y no suene su nombre, y, para lograr su objeto, comprará con oro tu silencio, que es, capitán, lo que para ti deseo.

[4] Del árabe, *zafr*, cobre amarillo.

Al oírle yo exponer aquel plan tan bien urdido, quedéme maravillado del ingenio, astucia y picardía de aquella mocita, y me di por rico y libre del yugo del trabajo para el resto de mi vida, y, en prueba de agradecimiento, al despedirme de la joven le besé la mano, y, al besarle yo la mano, púsome en ella, discretamente, un bolso con cien dinares en oro y me dijo:

–Ahí tienes, mi señor, para tus gastos de hoy, que no tardarás, *in scha-l-Lah,* en recibir pruebas más grandes de mi generosidad.

Dile yo las gracias a la linda muchacha, y tan acaramelado estaba que le llegué a decir:

–¡Por tu vida, mi dueña y señora! ¿No querrías casarte conmigo luego que salgamos con bien de este lío?

Pero ella se echó a reír y me dijo:

–Olvidas, capitán, que yo ya estoy casada y ligada por pactos de eterna unión con la que es dueña y señora de mi corazón. Aunque, después de todo, tan sólo Alá conoce el porvenir. Y no sucede en el mundo nada que no deba ocurrir... Pero ahora ya vete de aquí con el *selam.*

Retiréme yo entonces de allí y me fui derecho con mis hombres a casa del cadí, y el cadí, al verme, exclamó:

–*¡Bismi-l-Lah!* Ya está aquí mi deudor, pero es mi dinero lo que quiero yo.

–*¡Ye* mi señor, el cadí!–le respondí–, mi cabeza nada vale al lado de la del cadí, ni tengo nadie que vele por mí. Pero si la razón está de mi parte, no dejará de lucir y manifestarse.

Al oír lo cual exclamó furioso el cadí:

–¿Qué hablas de razón? ¿Es que vas a salir ahora con disculpas y excusas, pretendiendo librarte así de lo que te espera, si no has encontrado a esa mujer y mi hacienda? ¡Por Alá!, que entre tú y la razón media un trecho de consideración.

Pero yo entonces, sin perder el aplomo, miré al cadí fijo a los ojos y le espeté en sus barbas la aprendida lección, convirtiéndome así de acusado en acusador.

Y sucedió tal como dijera la muchacha, pues no bien el cadí me oyó luego perdió el color y el mundo ante sus ojos se le ennegreció, y se le puso el rostro como un pimentón de rojo, y lleno de ira, exclamó:

–¡*Ye* el más insolente de los esbirros! ¿Cómo te atreves a sospechar de mí y decírmelo en mi cara? Pero no importa; registra la casa cuando quieras, que luego que quede patente lo arbitrario de tus sospechas, iré yo a quejarme al sultán y todas juntas me las pagarás.

Procedí yo, sin hacer caso de sus bravatas, a registrar con mis hombres la casa, según me dijera la muchacha, no dejando rincón ni escondrijo, ni cofre ni arca por registrar, sin encontrar nada.

Y dizque en el curso de mis pesquisas tuve ocasión de vislumbrar, en tanto huía de una a otra sala, para eludir mis miradas, a la linda gacela de que mi amiga estaba enamorada, y no pude menos de relamerme y murmurar para mi ánima: «¡En el nombre de Alá, qué airosa rama de *ban!* ¡Qué elegancia y gentileza; bendito sea el vientre que la llevó en su seno y loado sea el Creador que la vació en el molde de la perfección!»

Y disculpé a su enamorada, pensando en mi interior: «Es natural que el capullo de rosa se incline sobre su igual.»

Y habría dado cualquier cosa por podérselo decir en seguida a mi amiga, para que viera que era yo capaz de concebir pensamientos delicados y no era tan lerdo y zafio como pudiera haber imaginado.

Pero hete aquí que, en el transcurso de nuestras pesquisas, llegamos finalmente a la cocina. Y yo, siguiendo las indicaciones de mi sabia maestra, fingí estar abochornado de mi suspicacia y torpeza y me excusé ante el cadí y me humillé ante él, que no podía disimular su maligna alegría. Y me increpó diciendo:

–¿Qué dices ahora, so insolente, so embustero, hijo de embustero, falaz y majadero? Pero no tardarás en saber lo que cuesta faltarle al respeto a un juez.

Estaba yo a todo esto callado, recostado en el borde de una gran zafra de aceite sin tapadera, y, de pronto, levanté la cabeza y exclamé, mostrando gran sorpresa:

–¡Por Alá, que no estoy seguro; pero diría que de esta zafra de aceite sale cierto tufillo a sangre y debo cerciorarme!

Metí luego el brazo en la zafra y lo saqué en seguida, diciendo:

–¡En el nombre de Alá! ¿Qué es esto?

Y desdoblé el paquete y quedaron de manifiesto el velo, la toquilla, el calzón, la camisa, las zapatillas y demás prendas de mi amiga, todas ellas manchadas de sangre coagulada.

Y al ver el cadí aquello quedóse estupefacto y le amarilleó el rostro y le temblaron todos los miembros de su cuerpo y rodó desmayado por tierra, dando en ella, antes que con los pies, con la cabeza.

Aguardé yo a que el cadí volviera en sí, y luego le dije con sorna, dándole a entender que se habían vuelto las tornas:

–¿Qué dice ahora, mi señor el cadí? ¿Cuál de los dos es el embustero y el fullero? ¡Loado sea Alá, que ha hecho resplandecer mi verdad y mi inocencia, en lo que decías de mi complicidad con esa joven que te robara tu caudal! Pero dime, cadí: ¿de qué te han servido a ti tu jurisprudencia y toda tu ciencia? ¿Cómo siendo hombre rico y versado en leyes cediste a la tentación

de dar en tu casa albergue a una pobre muchacha y valerte de ella para engañarla, robarla y asesinarla, empezando, acaso, por forzarla? ¡Por Alá, que es ese un crimen tan horrible que hay que ponerlo en seguida en conocimiento de nuestro señor el sultán! Y lo haré sin tardanza, pues no puedo callar, que, si yo se lo ocultase, se enteraría por otro medio y entonces perdería yo no solo el empleo, sino mi cabeza, que es lo que más quiero.

Seguía a todo esto el cadí allí plantado, mudo y quieto, igual que un árbol muerto, porque en su alma se había hecho la noche y ya no sabía distinguir su brazo derecho de su brazo izquierdo, ni lo falso de lo verdadero.

Hasta que, al fin, salió de su mutismo y me dijo:

–¡Capitán Al-Moin! Es este un caso muy oscuro que sólo Alá podría descubrir. Pero si consientes en no divulgarlo y evitar que se sepa en la ciudad, desde ahora te digo que no te pesará tu discreción.

Y así diciendo, entre cumplidos y zalemas, entregóme una bolsa en la que habría tantos dinares, por lo menos, como en la que le robaran al viejo. Y de esa suerte compró el asustado cadí mi silencio y apagó su fuego, cuyos estragos temía hasta el colmo del miedo.

Despedíme yo luego de él, con mi bolsa bajo las ropas, y me fui derecho a ver a la joven y le conté el cuento desde el principio al fin, y ella se echó a reír, después de oírlo, y me dijo:

–¡Seguramente morirá del sofocón ese maldito!

Y efectivamente, señor, no eran pasados tres días de aquello cuando llegó a mí la nueva de haber muerto el juez, a consecuencia de habérsele reventado la vejiga de la hiel.

Fui yo luego a visitar a la muchacha y sus esclavas me dijeron que no estaba en casa, pues acababa de irse con la hija del difunto cadí a un *alyar* que tenía a orillas del Nilo, cerca de Tantáh, y que no sabían cuándo hubiera de regresar.

Maravilléme yo al oírlo, sin poder comprender qué podían hacer aquellas dos muchachas sin clarinete en su orquesta, e hice lo posible por descubrir sus huellas, pero fueron infructuosas todas mis diligencias.

Tuve, pues, que resignarme a armarme de paciencia y aguardar a que algún día quisieran ellas darme noticias de sus personas y explicarme, por fin, el enigma de sus amores, que me inquieta y me encocora.

Y esta es mi historia, *¡ye* mi señor, el sultán!, y esa es la aventura más singular y extraordinaria que me ha ocurrido desde que ejerzo el cargo de policía con que me honró tu señoría.

Y luego que el capitán Al-Môin terminó su relato destacóse otro capitán y besó la tierra entre las manos del sultán Baibars, y, después de desearle la duración de su poder y de su vida, le dijo al soberano:

–Yo también, señor, voy a contarte una historia de cierta aventura que me ocurrió hace tiempo y que espero te placerá y te dilatará el pecho.

Y tomando acto seguido la palabra, dijo:





HISTORIA QUE CONTO EL CAPITAN DE POLICIA, EL SEGUNDO

(Noches 534 y 535)

Anécdota eróticojocosa, propia de cualquier centón de «chascarrillos verdes», para inocente regodeo de varones graves.

Freud ha estudiado en nuestros tiempos el poder diversorio de la carga de risa que llevan estas anécdotas, que podríamos considerar como el rapé de la libido.

Notemos, de pasada, que el capitán de Policía que cuenta estos chascarrillos queda en el anónimo, por excepción, entre sus compañeros.

—Has de saber, *¡ye* mi señor, el sultán!, que antes de darme el si la hija de mi tío (Alá la tenga en su misericordia) me dijo:

—Nos casaremos si Alá quiere, hijo de mi tío. Pero desde ahora te advierto que habrás de aceptar tres condiciones, ni una más ni una menos.

—Está bien—le dije yo—. Y esas tres condiciones, ¿cuáles son?

Y la hija de mi tío me contestó:

—Estas son: la primera, que no probarás nunca el *alhaschische;* la segunda, que no has de comer jamás sandía, y la tercera, que no te has de sentar nunca en silla.

Al oír aquello no pude menos de exclamar:

—Duras son, en verdad, esas tres condiciones, hija del tío. Pero sea como fuere a ellas me someto y juro cumplirlas con corazón sincero. Aunque querría saber, al menos, la razón porque me exiges su aceptación.

Pero ella me replicó:

—No puedo decírtela. Si esas tres condiciones te parecen demasiado severas, dueño eres de no pasar por ellas.

¡No hay más que tomarlas o dejarlas! Así que contesta.

Y yo le contesté sin titubear:

—Las tomo sobre mí y juro que las he de cumplir.

Nos casamos luego como manda Alá y pasó la cosa como debía pasar, y vivimos varios años gozando de perfecta armonía y felicidad.

Hasta que un día de entre los días hubo de sentir curiosidad mi alma por saber el motivo del triple juramento que mi mujer me había exigido para nuestro casamiento. Y di en decirme a mí mismo: «Pero ¿por qué la hija de tu tío te habrá exigido esas tres cosas, que si las hicieres no se le seguiría a ella ningún perjuicio? En todo esto, a no dudar, hay un misterio que me gustaría aclarar.»

Y así di en pensar en ello, hasta que al fin un día no me pude resistir a la tentación y entré en la tienda de uno de mis amigos, y para empezar me senté en una silla y después pedí que me pusieran a refrescar en agua una albudeca [1] y me la llevaran.

Y me comí la sandía, que era riquísima, con delectación, paladeándola a todo mi sabor, y luego ingerí un grano de *alhaschische* y no tardé en remontar el vuelo hacia el ensueño más plácido y feliz.

Pues me sentía plenamente dichoso por lo bien que en el estómago me cayera la sandía y por estar cómodamente arrellanado en aquella silla, y mi trasero, privado de ese placer tanto tiempo, era feliz, lo mismo que mi estómago lleno.

Pasé, pues, una hora de delicia perfecta en la tienda de mi amigo; pero al volver a mi casa, *¡ye* mi señor, el sultán!, no sabía yo lo que me aguardaba.

Y lo primero que al verme hizo mi mujer fue echarse el velo a la cara cual si en vez de su marido fuere yo un desconocido, y luego, mirándome con ojos de ira y desprecio, me increpó diciendo:

—¡Perro, hijo de perro! ¿Es así como cumples lo que prometiste? Pues dispónte ahora mismo a seguirme a casa del cadí a pedir el divorcio, que no quiero vivir más contigo.

Al oírla yo hablar así, como tenía aún la mente ofuscada por efecto del *alhaschische,* y el vientre pesado por culpa de la albudeca, y el cuerpo descansado por haber sentido bajo mi trasero el halago de una silla de paja mullida, no me intimidé lo más mínimo y le hice frente a mi mujer, negando lo ocurrido.

Pero ella me atajó a las primeras palabras y me gritó airada:

—¡Cierra el pico, alcahuete! ¿Serás capaz de negar lo evidente? Apestas a *alhaschische* de un modo que me da en la nariz. Te has atracado de sandía y cualquiera al ver tu ropa manchada lo adivinaría. Y, finalmente, te has sentado en una silla, no lo puedes negar, pues conservas las señales de la paja del asiento en tu culo de alquitrán. Así que desde ahora ya no eres nada para mí, ni yo soy nada para ti.

Y así diciendo acabó de arrebujarse en sus alizares y, tirando de mí, pese a mi nariz, me condujo a presencia del cadí. Y encarándose con él, le dijo así:

—*¡Ye* mi señor, el cadí! Esta tu servidora está unida en legítimo matrimonio con este hombre ruin que ves aquí. Y has de saber que, antes de casarme con él, le impuse tres condiciones, que aceptó de buen grado, y que hasta ahora había observado, pero a las que hoy ha faltado. Y como me asiste todo el derecho quiero desde ahora dejar de ser su esposa y vengo a pedirte el divorcio y la restitución de mis bienes que la ley me concede.

Al oír el cadí aquello quiso conocer las tres condiciones que me había im-

[1] Sandía.

puesto mi mujer y esta se las expuso con todo pormenor, y al terminar exclamó:

–Y después de prometer estas tres cosas este hijo de ahorcado se sentó hoy en una silla y comió sandía y tomó *alhaschische,* y aquí está él, que no me dejará mentir.

Y yo, al oírlo, no me atreví a negar y me estuve cabizbajo, sin hablar.

Pero el cadí, que sin duda tuvo lástima de mí, antes de pronunciar sentencia, le dijo a mi mujer:

–*¡Ye* hija de gente de bien! Reconozco desde luego que te asiste el derecho, pero te he de recordar que la clemencia nunca está de más.

Alborotóse mi mujer al oír al cadí y no quiso escucharle; pero el cadí y todos los circunstantes se pusieron a rogarle a mi mujer que me perdonara por aquella vez. Hasta que, viendo que nada conseguían, se limitaron a pedirle que suspendiera de momento su demanda de divorcio, para dar tiempo a ver si con la reflexión se le pasaba el mal humor.

Y entonces mi esposa, aunque de mala gana, exclamó:

–¡Está bien! Consiento en reconciliarme con él; pero a condición de que nuestro señor, el cadí, me conteste una pregunta que le voy a hacer.

–Venga esa pregunta–dijo el cadí.

Y dijo mi mujer:

–A ver si aciertas esta adivinanza. Primero, hueso; luego, nervio, y después, carne. Dime qué es ello, a ver si lo sabes.

Bajó el cadí la cabeza, y se estuvo una hora pensando y cavilando y acariciándose las barbas; pero acabó por confesar su ignorancia, diciendo para disculparla:

–¡Por Alá, mujer, que hoy tengo la mente cansada de administrar justicia toda la mañana! Pero mañana por la mañana pásate por aquí y te contestaré sin falta.

Y acto seguido, el cadí levantó la sesión y se retiró a su casa. Y dizque estaba el hombre tan preocupado con su adivinanza que no quiso probar bocado de la comida que le sirvió su hija, que era, por cierto, una jovencita de catorce años y medio.

Y dominado por su idea fija, entre dientes, repetía: «Primero, hueso; luego nervio, y después, carne. Vamos a ver, ¿qué será ello? ¡Por Alá..., por Alá! ¿Qué será?»

Revolvió luego el cadí todos sus libracos de Jurisprudencia y Medicina y Gramática y de todas las demás ciencias, y no pudo hallar la clave de aquel problema, ni la menor cosa que ni de cerca ni de lejos guardara relación con aquello. Hasta que acabó por exclamar, desalentado: «Nada, que no lo acierto. Lo mejor será que lo deje y no le dé más vueltas, porque si no estoy viendo que voy a perder la cabeza.»

Pero su hija, que le había oído las últimas palabras, le dijo:

–¡Por Alá, padre mío, que te veo muy preocupado y me tienes inquieta! ¿Por qué no me dices el motivo de tu preocupación a ver si en algo te puedo ayudar yo?

Y el cadí, al oírla, le dijo a su hija:

–Se trata, hija mía, de un problema que no tiene solución, por más que le doy vueltas.

Pero su hija insistió en querer conocer aquel insoluble problema y le dijo:

–¡No hay nada oculto para el Altísimo! Dime de qué se trata, padre mío.

Expúsole al fin el cadí el acertijo y su hija se echó a reír y le dijo:

–¿Y ese era, padre mío, el problema insoluble?... Pero si está más claro que el agua... Se trata sencillamente del miembro viril, que de los quince a los treinta y cinco, es comparable a un hueso; de los treinta y cinco a los sesenta, a un nervio, y de los sesenta en adelante, es ya nada más que una

piltrafa de carne, sin ninguna propiedad notable.

Al oír el cadí las palabras de su hija se le dilató el pecho y se le esponjó todo el cuerpo y exclamó muy contento:

–¡Loado sea Alá, que da la inteligencia y el ingenio! ¡Gracias a ti, hija mía, la bendita, quedará mi honor a salvo y podré evitar la desgracia de que un buen matrimonio se deshaga!

Y luego que amaneció la mañana levantóse el cadí impaciente y trasladóse a la casa de las leyes y empezó a administrar justicia, y, tras largo esperar, vio, por fin, a mi mujer entrar, seguida de su marido, o sea, de este esclavo indigno que entre tus manos ahora está, *¡ye* mi señor, el sultán!

Y después de cambiar con el juez las zalemas de rigor, le dijo mi mujer:

–*¡Ye sidi!* Vamos a ver, ¿encontraste la solución al problema que ayer te planteé?

Y el cadí le contestó a mi mujer así:

–*¡Ye* la mujer de bien! Ya podrías haberme planteado un problema más difícil y arduo, porque lo que es ese, cualquiera, en seguida, lo resuelve.

Y acto seguido el cadí le expuso a mi mujer la clave del acertijo, repitiéndole todo lo que su hija le había dicho.

Pero mi mujer, que conocía a la hija del cadí y sabía lo lista que era aquella chica, malicióse en seguida lo que había pasado y le dijo con sorna al magistrado:

–*¡Ye sidi!* Tu hija no tiene más de catorce años y medio, pero su cerebro tiene el doble de esa edad o todavía más. Te felicito por ello, señor, pues si tu hija sigue así, quién sabe adónde puede llegar. Ya sabe más que muchas de la profesión y muestra tener para la ciencia una excelente disposición. No tienes, señor, que preocuparte de su porvenir. Eres un padre afortunado, te lo vuelvo a repetir. Y ahora, ya nada más...; me despido de ti con el *selam.*

Y luego de decir eso, con tono zumbón, mi mujer me hizo una seña de que la siguiera y se retiró de allí, dejando al cadí pasmado y corrido y abochornado, hasta el fin de sus días, delante de toda la concurrencia, que a duras penas reprimía su risa.

Dio con ello por terminado su cuento el capitán de Policía, el segundo, y se volvió a su puesto, y el sultán Baibars exclamó:

–¡Insondables son los designios de Alá...! ¡En verdad que esa tu historia es singular!

Destacóse entonces el capitán, el tercero, que se llamaba Ismu-d-Din [2], y, después de besar la tierra entre las manos del sultán, le dijo así:

Pero vio Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras encantadoras.

Y LA NOCHE 535 PROSIGUIO SU RELATO EN ESTA FORMA:

–Tengo entendido, *¡ye* el sultán, el afortunado!, que el capitán Ismu-d-Din, después de besar la tierra entre las manos de su soberano, le dijo de esta manera:

–A mí, personalmente, ¡soberano del siglo!, no me ha ocurrido en toda mi vida nada extraordinario, digno de tus oídos; pero, si me lo permites, te contaré una historia que, no porque no me haya ocurrido a mí, es menos rara y prodigiosa.

[2] Poderío de la Fe.



HISTORIA QUE CONTO EL CAPITAN DE POLICIA, EL TERCERO

(Noche 535)

Narración de aire folklórico en que lo maravilloso interviene y frustra los planes de un injusto sultán, mal aconsejado por su visir, para arrebatarle su esposa a un pobre pescador. Lo maravilloso aparece invocado por la propia mujer del pescador, que a la cuenta tiene relaciones con las hadas buenas, sobre todo con una ondina que mora en el fondo de un pozo y que le da, sin más que perdírselas, las cosas, juzgadas imposibles, que el sultán le exige a su marido bajo pena de muerte.

Entre esos imposibles figura el de un niño de pañales que hable y cuente al sultán una historia, lo cual nos pone en relación con un antiquísimo mito del que hay vestigios hasta en los libros sagrados de judíos y árabes. El profeta Malaquías habla en el vientre de su madre, en la Biblia, *y Jesús en el de María o* Maryem, *en el* Corán. *En el* Evangelio, *Jesús, niño, diserta en la Sinagoga con un saber y elocuencia que asombra a los doctores. Roso de Luna ve en este detalle del niño de pecho que habla el eco de una tradición budista «relativa al Dalai Lama o gran sacerdote budista, quien se dice que cuando muere reencarna inmediatamente en el cuerpo de un recién nacido, cosa que se aprecia en seguida, porque el niño se pone a hablar de cosas de religión cuando apenas cuenta meros días de existencia». Y agrega prudentemente el teósofo: «Semejante transgresión aparente de las eternas leyes naturales claro es que se debe a meras* mayas *sobre cuyo* modus operandi *no podemos detenernos, si es que por ventura lo conocemos.»*

Hacemos notar la amistad tan íntima que la mujer del pescador tiene con la ondina del pozo; muy bien pudiera suceder que fuese ella misma otra hada acuática. Esta intervención de la ondina relaciona este cuento con el folklore occidental y delata el origen exótico del argumento.

–Has de saber, ¡soberano del tiempo!, que la madre de este tu esclavo sabía un sinnúmero de historias y cuentos de siglos pretéritos. Y entre otras historias que contar le oí figuraba esta que te voy a referir:

Erase allá en tiempos, en un país cerca del mar el salado, un pescador que con una mujer muy hermosa estaba casado. Y era el hombre muy dichoso con la hermosura de su mujer y también a ella le hacía dichosa él.

Y solía el tal pescador bajar todos los días a la orilla del mar a pescar, y luego vendía su pesca, y con lo que eso le producía tenía lo justo para sostener su casa y vivir él y su mujer.

Pero sucedió una vez que el pescador cayó enfermo y no pudo bajar a pescar y se pasaron aquel día sin comer el pescador y su mujer.

Pero al día el siguiente le dijo su mujer al pescador:

–Mira, fulano. ¿No piensas levantarte hoy tampoco para ir a pescar? Te debes levantar y bajar a la orilla del mar, pues si te estás ahí en la cama tampoco hoy comeremos nada. Así que anda y levántate, que si estás cansado yo te acompañaré y te llevaré el alcahaz y la red, y tú no tendrás más que echar las jábegas al agua y luego tirar de ellas, que, aunque no cojamos más que un par de peces, los podemos vender y procurarnos de comer.

Oído lo cual dijo el pescador a su mujer:

–Está bien.

Y acto seguido se levantó y echó a andar hacia la playa, seguido de su mujer, que le llevaba la red y la banasta.

Y él delante y ella detrás llegaron a un lugar en que abundaba mucho el pescado y que por casualidad se hallaba al pie del alcázar del sultán. Y dizque, precisamente aquel día, estaba el sultán asomado al mirador de su palacio y contemplaba el mar.

Y hubo de ver el sultán a la mujer del pescador y recreó sus ojos en su belleza sin igual, y en el mismo instante enamoróse de ella y sintió prender en sus entrañas un incendio voraz.

Y el sultán llamó en seguida a su gran visir y le habló así:

–*¡Ye* el mi visir! Acabo de ver a la mujer de ese pescador que está ahí y me he enamorado de ella con pasión profunda, pues es tan hermosa que ni en mi *harén* ni en toda la tierra tiene su igual, ni quien de cerca ni de lejos se pueda con ella comparar.

Oyó el visir a su señor y luego exclamó:

–¡Grave cosa es esa, soberano del siglo, y no sé qué podemos hacer para resolver el conflicto!

Pero el sultán le dijo:

–Ve ahora mismo y dile al capitán de mi guardia que prenda a ese pescador y le dé muerte, sin dilación. Y así yo me podré casar con su mujer.

Pero el visir, que era hombre discreto y sensato, le dijo al soberano:

–No te es, señor, lícito mandarle matar sin haber cometido delito. Y si lo hicieres así, darás motivo a la gente para hablar mal de ti y todos dirán: «Hay que ver, el sultán mandó matar a ese pobre inocente por casarse con su mujer, de la que se había enamorado locamente.»

A lo que el sultán contestó:

–¡Por Alá, que tienes razón! Pero dime entonces: ¿a qué medio apelaré

para casarme con esa hermosa mujer?

Y el visir le respondió, diciendo:

–Puedes apelar a otros medios y conseguir tu deseo, sin faltar al estricto derecho. Ya sabes que la sala de audiencias de tu alcázar tiene una fanega de larga y otra fanega de ancha. Pues bien: yo llamaré al pescador y lo llevaré a la sala y le diré: «Nuestro señor, el sultán, quiere alfombrar esta sala; pero quiere que la alfombra sea toda ella de una sola pieza. Así que te mando que me busques y me traigas una alfombra de una pieza sola para cubrir este suelo, y, si no lo hicieres así, te mataremos.» Y como será imposible que el pescador pueda cumplir ese mandato tendremos un motivo lícito para matarlo y nadie podrá decir después que lo hiciste por quitarle su mujer.

A lo que el sultán contestó:

–Está bien–aprobando así su parecer.

Y entonces el visir se levantó y mandó a buscar al pescador, y, luego que este llegó, llevóselo a la sala de audiencias del alcázar y le dijo delante del sultán, que allí se hallaba:

–Mira, pescador: nuestro señor, el sultán, quiere que le pongas en esta sala, que tiene una fanega de larga y otra de ancha, una alfombra, la cual ha de ser de una sola pieza, y te señala un plazo de tres días para que la busques y la traigas, bien entendido que, si expirado el plazo no has cumplido el encargo, te mandaré asar a fuego lento. Así que firma este contrato dándote por obligado.

Al oír las palabras del visir contestó el pescador:

–Está bien, señor. Pero ¿es que acaso soy yo un vendedor del alfombras y no un pescador? Si me pidieras peces de cualquier color o clase, por raros que fueren, yo a traértelos me comprometiera y mi promesa cumpliera. Pero tocante a alfombras, ni yo las conozco a ellas ni ellas me conocen a mí, e ignoro por completo su olor y su color.

Así que, si quieres peces, dímelo y te los traeré y cuantos contratos quieras firmaré.

Pero el visir, luego de oírlo, le dijo:

–¡Déjate de palabras ociosas; es orden del sultán y no hay más que hablar! Firma, pues, el contrato y séllalo con tu sello, para más seguridad.

–Está bien–exclamó el pescador–. Lo firmaré y lo sellaré cien veces, si quieres, sin objetar cosa, ya que me tomáis por mercader de alfombras.

Y el pescador, dicho que hubo eso, se sacudió las manos y se retiró del palacio y se fue a buscar a su mujer, muy apesarado. Y su mujer, al verlo así, le preguntó asombrada:

–¿Por qué estás tan mohíno? ¿Qué es lo que te pasa?

Y el pescador le dijo:

–¡Calla! ¡Y sin hablar más, anda y recoge la poca ropa que tenemos y huyamos de este país de perversos!

–Pero ¿por qué?–preguntó la mujer.

Y el pescador le respondió:

–Pues porque, si así no lo hacemos, el sultán, de aquí a tres días, me matará.

Maravillóse su mujer todavía más y le tornó a preguntar:

–Pero ¿por qué ha de matarte a ti el sultán?

Y el pescador entonces le explicó:

–Pues porque se ha empeñado en que le busque una alfombra de una sola pieza, que venga justa a la sala del trono de su alcázar, que tiene una fanega de larga y otra fanega de ancha.

Pero su mujer, al oírlo, le dijo:

–Si solo se trata de eso, duerme esta noche tranquilo que mañana por la mañana yo te traeré la alfombra que el rey desea, de una sola pieza, para su sala de audiencias.

Maravillóse al oírla su marido, y le dijo:

–Pero ¿es que has perdido tú también el juicio? ¿Somos nosotros mercaderes de alfombras o entendemos algo de esas cosas?

Pero su mujer le contestó al pescador:

–Pues, a pesar de todo, yo te digo y te repito que te puedo indicar el sitio dónde encontrar esa alfombra que quiere el sultán y ahora mismo te lo podría decir, sin aguardar a más.

–Pues dímelo en seguida–exclamó el pescador–e iré por ella ahora mismo y así podré dormir tranquilo.

–Está bien–respondió la mujer–; pues levántate y ve al lugar fulano, que cae cerca de los jardines de palacio, y allí verás un árbol torcido y debajo de él verás un pozo, y tú te inclinarás sobre el brocal y mirarás al fondo del pozo y gritarás: «¡Tu querida amiga te envía conmigo su *selam* y te ruega me entregues, para que yo se lo dé a ella, el huso que ayer se dejó olvidado en tu casa con la prisa por volver a la suya antes de anochecido, pues queremos amueblar y alfombrar una sala y para ello el huso nos hace falta!»

Luego que oyó a su mujer, respondió el pescador:

–Está bien.

Y en el acto se levantó y se dirigió al pozo que había al pie del árbol de torcido tronco y miró a su fondo y gritó diciendo las palabras que su mujer le encargara.

Y no bien las hubo dicho cuando aquella que estaba en el fondo del pozo, y que sólo Alá sabe quién era, le respondió de esta manera:

–Oído y obediencia. ¿Puedo yo negarle nada a mi amiga querida? Toma, aquí tienes el huso; anda y ve corriendo a amueblar y alfombrar con él esa sala a tu gusto y después me lo devolverás. Y *selam*.

–Oír es obedecer–respondió el pescador.

Y tomó el huso que salía por la boca del pozo y se lo guardó en el bolso y se volvió a su casa, y por el camino murmuraba: «Esa mujer mía está loca de remate y su locura empieza a pegárseme.»

Llegó por fin el pescador a su casa y le dijo a su mujer:

–Hija del tío, aquí tienes el huso que decías.

–Está bien–dijo ella llena de alegría–. Ahora no te sientes todavía, ve a buscar al visir que trama tu muerte y dile: «¡Dame acá un clavo grande!» Y él te dará el clavo grande y tú lo hincarás en un extremo de la sala y atarás a él el hilo de este huso y extenderás sin más la alfombra deseada, en la medida justa de larga y de ancha.

Pero el pescador, al oír a su mujer, empezó a lanzar exclamaciones de asombro y a hacer aspavientos, diciendo:

–Pero, mujer, ¿es que quieres que antes de darme la muerte se burlen de mí y me tomen por loco con mucha razón? ¿Es que cabe en cabeza humana que, dentro de este huso, haya una alfombra de una fanega de larga y otra fanega de ancha?

Pero su mujer le dijo, amostazada:

–Tú cierra el pico y ve y haz lo que te digo.

De suerte que el pescador acabó por callar y coger el huso y dirigirse con él al palacio del sultán, aunque en el camino no podía menos de murmurar: «¡No hay fuerza ni poder sino en Alá! ¡Disponte a bien morir, desdichado, que ya se te cumplió el plazo!»

Luego que llegó a palacio buscó el pescador al sultán y al visir, y el visir, no bien lo vio, le preguntó:

–Y qué, pescador, ¿dónde está la alfombra que se te encargó?

–Aquí la traigo–contestó el pescador.

Y el rey y el visir le preguntaron entonces:

–¿Que traes la alfombra? ¿Dónde?

–Aquí, en mi bolso–contestó el pescador.

Y el rey y su visir rompieron a reír, tomándolo por loco, y exclamaron a coro.

–Vaya, este es un gracioso que, antes de morir, quiere divertirse un poco.

Y el visir le preguntó:

–¿Acaso una alfombra de una fanega es una pelota de chico para que quepa en un bolsillo?

Pero el pescador le contestó:

–Eso no es cuenta vuestra. Vosotros me habéis encargado una alfombra y a eso fue a lo que me comprometí, de suerte que, si os traigo la alfombra. nada tenéis que decir. Deja, pues, de reírte, visir, y levántate y tráeme acá un clavo grande, y ya verás cómo en seguida se cubre el suelo de la sala de una alfombra de una fanega de larga y otra de ancha.

Y el visir echóse de nuevo a reír de aquella locura del pescador; pero se levantó y fue en busca del clavo y lo tomó y volvió a la sala, diciéndole de paso al macero que allí hacía guardia:

–Quédate aquí, que nos vas a hacer falta, pues luego que yo le dé el clavo al pescador y este lo tome y se ponga a tratar de alfombrar la sala y quede patente que no puede, tú, sin aguardar a más, esgrimirás tu alfanje y de un tajo certero le cortarás el cuello.

A lo que el macero contesto:

–Oigo y obedezco, señor.

Pasó adentro el visir y diole el clavo al pescador, diciéndole con sorna:

–Vamos a ver cómo nos haces la alfombra.

Y cogió el clavo el pescador y lo hincó en un pico de la sala y le ató a la punta el hilo del huso, como su mujer le ordenara, y le dio una vuelta al huso y le dijo:

–¡Anda y teje mi muerte, huso maldito!

Y hete aquí que el hilo en el acto se extendió y se devanó en todos sentidos a lo largo de la sala y la cubrió de una alfombra magnífica, que en todo el palacio no tenía su igual ni cosa parecida. Y quedáronse el rey y el visir tan maravillados al ver aquello que permanecieron sin hablar una hora de tiempo.

Hasta que el visir se repuso el primero de su asombro y le guiñó al rey un ojo con aire de suficiencia, y luego se descaró con el pescador y exclamó:

–El rey por mi boca te dice: «Está bien.» Pero ahora te pide todavía otra cosa.

–¿Qué cosa es esa?–preguntó el pescador.

Y el visir le contestó:

–El rey te pide que le traigas un niño, el cual ha de tener ocho días de edad nada más. Y ese niño le habrá de contar a nuestro señor, el sultán, una historia, y esa historia ha de empezar por una mentira y ha de acabar con otra.

Al oír aquellas palabras del visir exclamó el pescador:

–Vaya, vaya, ¿con que eso es todo? Pues te has quedado corto, aunque no sabía yo que un niño de ocho días pudiera hablar y contar historias que empiecen con una mentira y acaben con otra, aun suponiendo que el pequeño fuera hijo de genios.

–¡Calla!–le contestó el visir–y limítate a cumplir la orden de nuestro señor, el cual te concede para ello un plazo de ocho días, pasados los cuales morirás de la muerte, la roja, si el niño no nos traes. Y para que conste tu compromiso, firma y sella ese escrito.

Resignóse el pescador y exclamó:

–Está bien; toma mi sello y sella tú por mí el papel, que yo no sé, que solo entiendo de remendar y apañar mi red. Puedes sellar con mi sello cuantas veces quieras, cien o mil, las que te parezca. Te dejo en libertad. En cuanto a ese niño de ocho días, Alá proveerá.

Tomó el visir el sello del pescador y selló con él el compromiso escrito y luego se lo devolvió.

Y el pescador se fue de allí malhumorado y se dirigió a su domicilio y llamó a su mujer y le dijo:

–¡Corre, mujer; levántate y recógelo todo que nos vamos de este país! ¡Ya te lo anuncié yo y no me quisiste creer! Ahora ya no nos queda otra cosa que hacer.

Pero la mujer del pescador le dijo a su marido:

–¿A qué viene eso? ¿Por qué nos hemos de ir de este país? ¿Es que acaso no te salió bien lo del huso y no salió la alfombra del tamaño justo?

–Sí que salió–contestó el pescador–; pero ese alcahuete, ese visir de mi trasero, ese hijo de perro, no se da por satisfecho y me exige ahora que le lleve un niño de ocho días que le cuente al sultán una historia, la cual historia tiene que empezar con una mentira y acabar con otra. Y para que lo encuentre y se lo lleve me ha dado ocho días de plazo solamente.

Y la mujer, al oírlo, le dijo:

–Si eso es todo, no te preocupes, maridito mío, que aún tenemos ocho días por delante para buscar al niño, y, si quiere Alá, lo hemos de encontrar.

Y pasaron luego siete días, y llegada que fue la mañana del día, el octeno, díjole el pescador a su mujer:

–Hoy expira el plazo del visir. Supongo que no lo habrás olvidado; pero todavía no me has dicho tú de dónde vamos a sacar ese párvulo.

A lo que su mujer le dijo:

–No te apures, marido. Ve a ese pozo de marras, el que está al pie del árbol, el torcido, y devuélvele el huso a la que en él habita y dale las gracias más rendidas y dile después: «Tu buena amiga te envía conmigo su *selam* y te ruega le prestes el niño que nació ayer, pues lo necesitamos para una cosa que tenemos que hacer.»

–¡Por Alá–exclamó el pescador al oír a su mujer–, que no conozco nadie tan necio y loco como tú, a no ser ese visir de brea, pues él me pide un niño de ocho días y tú sales ofreciéndome uno que nació ayer y te figuras que va a saber contar una historia digna de que se oiga!

Pero su mujer le increpó, diciendo:

–¡Tú cierra el pico, hombre, y haz lo que te digo!

Y replicó el marido:

–Está bien; lo haré. Pero desde ahora me hago la cuenta de que ha llegado mi último día sobre la tierra.

Y así murmurando salió el pescador de su casa y se dirigió al pozo de marras. Y luego que llegó al pozo tiró el huso al fondo y gritóle a su invisible dueña:

«¡Ahí te va tu huso!» Y añadió después: «Tu buena amiga te envía conmigo un *selam* y te ruega le prestes el niño que nació ayer y que necesita para un menester. Y te suplica que te des prisa a hacerlo, pues me va a mí la cabeza en ello.»

Y al momento la inquilina del pozo–a la que solo conoce Alá–gritó desde dentro, diciendo:

–Está bien; ahí tienes el niño; tómalo, pescador.

Y el pescador cogió al niño de un día que le tendían, mientras la huéspeda del pozo, la desconocida, le decía:

–Recita, pescador, sobre el rorro la fórmula que preserva del mal de ojo.

Y el pescador recitó la fórmula contra el mal de ojo, que empieza así: *«Bi-smi-l-Lahi-r-rahmani-r-rahim* [1].»

Y luego de eso cogió al niño en sus brazos y se alejó de allí.

Y en tanto caminaba iba diciéndose el pescador para su ánima: «¿Pero será posible que haya niños, no de un día como este, sino de treinta días, capaces

[1] En el nombre de Alá (el piadoso, el apiadable).

de hablar y contar cuentos, aun suponiendo que fueran hijos de genios?»

Y a fin de comprobarlo, interpeló a aquel niño en mantillas que llevaba en sus brazos, y le dijo:

–Vamos, hijo mío: habla un poquito, para que yo me cerciore plenamente de que es hoy el día de mi muerte.

Asustóse el niño al oír el vozarrón del pescador y contrajo la cara y el vientre de puro asustado e hizo lo que todos los críos en semejante caso, o sea, que se echó a llorar y se meó, hasta no poder más.

De suerte que el pescador llegó a su casa todo mojado y le dijo a su mujer con gesto de enfado:

–Aquí tienes a este niño, a este hijo de perro, que solo sabe berrear y llorar y que mira cómo me ha puesto.

Pero la mujer del pescador le dijo a su marido:

–¡Tú cierra el pico, hombre, reza por el Profeta, el bendito, y haz lo que yo te digo! Corre en seguida y llévale el niño al sultán y ya verás si sabe o no sabe hablar. Pero has de pedir para él tres almohadones y lo pondrás en medio del diván, y con esos tres almohadones lo sostendrás, poniéndole uno a la derecha, otro a la izquierda y el tercero por detrás. Y no te olvides de hacer la zalá por el Profeta (sea sobre él la paz).

Luego que el rey vio llegar al pescador con aquel niño de pañales en brazos se echó a reír, y le dijo:

–¿Es ese el niño?

–Sí, señor–contestó el pescador.

Y el visir se encaró con el niño, y, hablándole con la media lengua de los niños, le dijo:

–¡Hola, hijo mío!

Pero el niño, en vez de hablar, contrajo la nariz y la boca e hizo: «¡Hua, hua!»

Y el visir llegóse al rey y le dijo:

–El niño ha hablado, pero no ha contestado y se ha limitado a llorar y a hacer pucheros, diciendo: «¡Hua, hua!» De suerte que la vida del pescador no hay nada que la pueda salvar. Solo que antes procede, en mi opinión, convocar toda la aljama de visires y emires y magnates del reino, y delante de todos haremos la prueba con el niño y les leeré yo el contrato que hicimos con el pescador, y después de eso lo mandaremos matar, sin que nada en su favor pueda alegar. Y tú podrás gozar de la hermosa viudita a tu capricho, sin que nadie en el país pueda decir nada contra ti.

Y el rey le respondió:

–Está muy bien pensado. Hazlo así.

Mandó luego el visir venir a palacio a todos los visires y emires y cortesanos y, luego que allí se reunieron, pasaron a la sala el rey y su gran visir, y este dio lectura, delante de todos, al contrato que hiciera con el pescador, y, después de eso, lo interpeló, diciendo:

–Vamos a ver, pescador. ¡Trae acá a ese niño que va a hablar!

–Allá voy con él–contestó el pescador–; pero primero es menester que me den tres almohadones, después de lo cual el niño hablará.

Diéronle al pescador los tres almohadones y él colocó al niño en medio del diván y lo recostó en los tres almohadones, poniéndole uno a la derecha, otro a la izquierda y el otro a la espalda, como su mujer le mandara.

Y el rey le preguntó al pescador:

–¿Es este el niño que nos va a contar una historia, que empieza con una mentira y acaba con otra?

Iba a replicar el pescador; pero el niño se le adelantó y, rompiendo a hablar, exclamó:

–Recibe ante todo mi saludo, señor.

Y los visires y los emires y todos los presentes se maravillaron hasta el colmo de la maravilla al oír hablar a aquel niño de un día.

Y el sultán le devolvió el *selam* al niño y le dijo:

–¡Anda, hijo mio, y cuéntanos esa historia, que ha de ser una sarta de bolas!

Y el niño le contestó diciendo:

–Escucha, ¡soberano del tiempo! Has de saber que una vez, cuando yo me hallaba en la flor de mi mocedad, paseando por los campos, fuera de la ciudad, en el tiempo del calor, hube de toparme con un sandiero, y, como tenía mucho calor y mucha sed, le compré una sandía que me costó un dinar de oro.

Y con el ansia que yo tenía cogí la sandía y la partí y me comí una raja, y me sentó tan bien que me refresqué.

Pero al mirar al interior de la sandía me encontré con la sorpresa de que allí dentro había una ciudad con su ciudadela. Y al ver aquello fui y me lavé los pies, primero el uno y luego el otro, y me metí dentro de la sandía y empecé a pasearme por aquella ciudad que allí había, observando con curiosidad las tiendas y las casas y los habitantes y todo lo demás, hasta que al cabo vine a salir al campo.

Y ya en el campo vi una palmera que tenía unos dátiles de una vara de largo. Y al ver yo aquellos dátiles tan hermosos y apetitosos, no pude resistir la tentación y me encaramé en la palmera, con intención de coger uno, dos, tres o cuatro dátiles y comérmelos y atracarme.

Pero sucedió que, al trepar por el tronco de la palmera, me encontré con unos labradores que sembraban semillas en ella y las espigas segaban, en tanto otros desgranaban el trigo y lo trillaban.

Y seguí yo andando un trecho más por la palmera y me topé con un sujeto que estaba batiendo huevos en una era, y al fijarme con más atención pude ver que de todos aquellos huevos salían polluelos. Y los machos se iban por un lado y las hembras por el opuesto.

Quedéme allí mirándoles y noté que crecían a ojos vistas, como por encanto. Y ayunté luego a los gallos con las gallinas y los dejé muy contentos, y me pasé a otra rama de la palmera y allí me encontré con un asno cargado con pasteles de sésamo.

Y como da la casualidad que yo me perezco por los pasteles de sésamo, cogí uno de aquellos pasteles y me lo engullí de dos o tres bocados con glotonería, y luego alcé los ojos y me hallé fuera de la sandía, la cual volvió a cerrarse y se quedó tan entera como antes.

Y esta es, *¡ye* mi señor, el sultán!, la historia que te tenía que contar [2].

Luego que el rey oyó aquella historia que el niño de pañales le contó, echóse a reír y exclamó:

–¡Vaya, vaya con el niño, el avispado, capitán y corona de todos los embusteros de mi reino! ¡Valiente sarta de trolas la que nos ha largado! ¿Por ventura te crees, chiquillo, que nos hemos tragado ni una sola de esas mentiras tan gordas? ¿De cuando acá se estila que haya ciudades dentro de las sandías? ¿Y desde cuándo los huevos batidos en una era ponen polluelos? Confiesa, rico mío, que todo eso es un tejido de mentiras a cual más inverosímil y peor urdida.

Pero el niño de mantillas contestó al sultán, diciendo:

–Así es como tú has dicho, señor, y no lo niego. Pero si yo he mentido con todo desparpajo no debes tú extrañarlo, porque tú también usas de la mentira y el engaño y ocultas tus sentimientos verdaderos para con este pobre pescador, al que quieres matar únicamente por quitarle su mujer, de cuya hermosura quedó prendida tu alma desde aquel día que la viste en la playa. ¿Y no te da rubor, delante de la faz del

[2] Como verá el lector, este cuento de despropósito recuerda el cuento del persa y el curdo.

Señor, que todo lo ve, eso de desear, siendo rey y sultán, lo que no es de tu propiedad y querer despojar de su único bien a quien es menos rico y menos poderoso que tú, como este pobre pescador? ¡Por Alá y los méritos del Profeta de Ala! (sean con él la zalá y el *selam),* te juro que si en este mismo instante no desistes de tu mala intención y dejas en paz a este pobre pescador y a su mujer, he de borrar de la tierra de los hombres todo rastro tuyo y de tu visir tan de cuajo, que ni las moscas puedan encontrarlo.

Y después de decir esto con un vozarrón tan tremendo que a todos les llenó de terror, díjole el niño de pañales al pescador:

–Y ahora, tío mío, cógeme y sácame de aquí y llévame contigo.

Cogió el pescador al niño de un día y salió con él del alcázar, sin que nadie lo molestara, y se tornó, muy contento, a su casa.

Y ya allí le contó a su mujer todo cuanto acababa de suceder, y su mujer, después de oírlo, le dijo:

–Lleva en seguida al niño a su sitio. Y no olvides saludar de mi parte a mi amiga y de darle las gracias más cumplidas.

–Oigo y obedezco–respondió su marido. Y cogió luego al niño e hizo lo que su mujer le había dicho.

Y después volvióse a su casa y rezó su zalá e hizo las abluciones y luego se acostó con su hermosa consorte.

Y a partir de aquel día vivieron marido y mujer una vida de dicha y placer... Y esta es la historia que tenía que contar a nuestro señor, el sultán.

Luego de contar su historia al sultán tornóse a su puesto el capitán de Policía, el tercero, y el sultán Baibars exclamó:

–En verdad que tu historia es singular. ¡Pero es una lástima, capitán Ismu-d-Din, que no nos hayas querido decir lo que después de eso pasó entre el rey y el pescador!

Pero entonces se adelantó el capitán de Policía, el cuarto, que Mohiyu-d-Din [3] era nombrado, y le dijo al soberano:

–Si me das tu venia, *¡ye* mi señor!, yo te puedo referir la continuación de esa historia que acabas de oír y que es todavía más extraordinaria que su principio.

Y el sultán Baibars le dijo al capitán:

–Desde luego que mi venia te doy y de muy buen grado. Empieza en seguida tu relato.

Y el capitán de Policía, el cuarto, sin hacerse esperar, tomó la palabra y le dijo al sultán:

[3] Vivificador (Averiguador en el romance morisco) de la Fe.





HISTORIA QUE CONTO EL CAPITAN DE POLICIA, EL CUARTO

(Noches 535 y 536)

Continuación de la anterior historia, cuyo argumento central recuerda la famosa leyenda de Tristán e Isolda, *pero solo por oposición o antítesis, pues Mohammed, el Listo (el Tristán semita), encargado de llevar al sultán su novia, la princesa de la Tierra Verde, no guarda la castidad del héroe nórdico.*

Es de notar la intervención providencial a favor de Mohammed del salmonete que guarda relación con el venerable mito caldeo de Oanes o Dagon, «el pez-hombre–según Roso de Luna–que, tras la catástrofe del mundo atlante, instruye desde la playa a los hombres posteriores, o séase a los adamitas, de tantos y tan variados cuentos». Recuérdese el papel que en el bíblico libro de Tobías desempeña el pez que el joven pesca, por indicación del ángel. Roso de Luna evoca, muy oportunamente, a propósito de este cuento, la popular leyenda española de Juanillo el pescador, *y resume: «Los numerosos peces de* Las mil y una noches, *los del* Evangelio *de San Mateo (IV-18-22) y tantos otros relacionados con el* ictius *simbólico de los primeros cristianos, en representación del signo zodiacal de este nombre, reconocen igual origen* terapeuta *o* salvador *más aún de los males del espíritu (pecado) que de los del cuerpo.*

»En la prueba del fuego a que la princesa de la Tierra Verde somete a su pretendiente, el sultán, tenemos un ejemplo de las famosas "ordalías medievales", la ceremonia aria de las hogueras sagradas que aún atraviesan ciertos sacerdotes hindúes sin quemarse, como ha sido comprobado por numerosos viajeros, y, en fin, las hogueras de San Juan, como uno de tantos recuerdos druidas que aún perduran en nuestro tiempo.» (Roso de Luna.)

–Has de saber, *¡ye* rey del tiempo!, que, gracias a la albaraca de Alá, el pescador y su mujer tuvieron un hijo varón. Y sus padres le pusieron al niño el nombre de Mohammed, el Listo, en recuerdo de aquel niño en mantillas que los sacara antaño de aquel apuro en que al pescador le iba la vida.

Y dizque el niño, en lo hermoso, salía a su madre, según decían todos.

Y dio la casualidad de que la mujer, esposa del sultán, dio a luz el mismo día que la del pescador y tuvo un hijo también varón, pero terriblemente feo, y de un color cetrino como el de los campesinos [1].

Y como eran de la misma edad iban los dos a la misma escuela para aprender a leer y escribir y cuentas.

Y el hijo del pescador era muy estudioso y de un talento superior, en tanto el hijo del sultán era un haragán y un torpe además, y el hijo del sultán le tenía envidia y resentimiento al hijo del pescador, y todos los días, al saludarlo, le decía para humillarlo:

–¡Hola, buenos días, hijo del pescador!

A lo que Mohammed, el Listo, respondía con toda tranquilidad:

–¡Hola, buenos días, hijo del sultán! ¡Alá te blanquee el rostro, que lo tienes tan negro como las correas de unos zapatos viejos!

Y siguieron yendo al colegio ambos muchachos por espacio de un año, y siempre que se veían se saludaban de la manera referida. Hasta que, al fin, el hijo del sultán se hartó y fue a contarle a su padre el modo que el hijo del pescador tenía de saludarle.

–Has de saber–le dijo–que el hijo del pescador, ese perro, hijo de perro, me devuelve siempre el saludo diciendo: «¡Alá blanquee tu rostro, que lo tienes tan negro como las correas de los zapatos viejos!»

Enojóse mucho el sultán al oír aquello; pero como desde el lance de marras no se atrevía a castigar por sí mismo al pescador, padre del chico, llamó al maestro de escuela y le dijo:

–*¡Ye* el *scheij,* el respetable! Te daré una buena recompensa si te prestas a matar a ese Mohammed, el hijo del pescador, y entre otras cosas te daré concubinas y esclavas blancas y hermosas.

Holgóse de oír aquello el maestrillo y exclamó encandecido:

–Descuide, nuestro señor el sultán. Todos los días le daré una buena paliza a ese Mohammed, hijo del pescador, hasta que reviente sin remisión.

Luego que al día, el siguiente, fue a la escuela el niño Mohammed y empezó a leer el *Corán,* díjoles el maestrillo a los demás chicos:

–¡Traedme acá el cepo y tended al hijo del pescador en el suelo!

Lleváronle los chicos el cepo de madera y cogieron al pobre Mohammed y lo tendieron en el suelo y le metieron los pies en el cepo.

Y el maestro empuñó el vergajo y empezó a arrearle palos en las plantas de los pies, hasta que empezó a salir la sangre y se le hincharon los pies y las piernas al pobre Mohammed.

Y al ver aquello lo dejó el maestro, pero diciendo:

–¡Mañana, si Alá quiere, continuaremos, cabeza de hierro!

No bien el hijo del pescador se vio libre de aquella tortura corrió a su casa a contarles a su padre y a su madre lo que en la escuela le ocurriera. Y les dijo:

–Mirad cómo me ha puesto hoy el maestro, pues se ha hartado de darme palos hasta dejarme medio muerto. Y todo ha sido, a no dudar, por culpa del hijo del sultán. Así que, de hoy en adelante, no iré más a la escuela y me haré pescador como mi padre.

Y su padre, al oírlo, le dijo:

[1] De los campesinos egipcios.

–Está bien, hijo mío.

Y acto seguido le dio una red y una banasta y le dijo:

–Ahí tienes, hijo mío, los utensilios del oficio. Desde mañana, saldrás a pescar, aunque dudo mucho de que con el producto de la pesca te puedas vandear.

Luego que al otro día fue la amanecida salió Mohammed a pescar y echó su atarraya en las aguas del mar. Y luego de un rato la volvió a sacar y se encontró en su fondo con solo un salmonete, y ruin además.

Y el hijo del pescador se dijo a sí mismo: «Asaré este salmonete, sin quitarle el pellejo, y me servirá de almuerzo.»

Y el muchacho, acto seguido, buscó por allí un poco de seroja y unos trozos de leña y los apiló y les prendió fuego y puso a asar el salmonete en su llama, sin quitarle las escamas.

Y hete aquí que, de repente, abre la boca el salmonete y le dirige la palabra y le dice:

–¡*Ye* Mohammed: no me quemes, que soy una reina de las reinas marinas! Vuélveme otra vez al agua en donde estaba y yo te acorreré en los días malos y acudiré en tu ayuda siempre que oiga tu reclamo.

A lo que Mohammed respondió, diciendo:

–Oigo y obedezco, sultana del mar.

Y echó al agua de nuevo al salmonete, el pequeño...

Y esto es, por ahora, todo lo concerniente a esta parte de la historia.

Cuanto al sultán de mi cuento luego que pasaron dos días llamó al maestro de escuela y le preguntó:

–¿Qué tal? ¿Le diste ya muerte al hijo del pescador?

Y el maestro de escuela le contestó:

–¡*Ye* mi señor! Le di el primer día una paliza tan atroz que se me desmayó, después de lo cual se marchó a su casa y no volvió más. Y ahora, según he sabido, se ha metido de pescador como su padre, y todos los días a pescar sale.

Al oír aquello el rey despidió al maestro de escuela, colmándolo de improperios, y le echó de allí, diciendo:

–¡Vete noramala, so perro, hijo de perro! ¡Maldito sea tu padre y que tu hija se case con un puerco!

Llamó luego el rey a su visir y le dijo así:

–Ya sabrás que ese chico insolente, hijo del pescador, no murió de la paliza que el maestro le dio. ¿Qué vamos, pues, a hacer con él?

Y el gran visir le respondió:

–Ya ideará yo algún ardid para lograr nuestro fin.

Y el rey le preguntó al visir:

–¿Y no me lo puedes decir?

–Claro que sí–respondióle el visir–. Has de saber que conozco a una joven muy guapa, que es una princesa, hija del sultán de la Tierra la Verde, un país muy lejano, en llegar al cual se tarda siete años. Pues bien: yo llamaré al hijo del pescador y lo haré venir y cuando lo tenga en mi presencia, le diré así: «Nuestro señor, el sultán, ha oído decir que eres muy valiente y arrojado y se ha acordado de ti para encargarte un cometido delicado. El cual consiste en que vayas a la Tierra, la Verde, y le traigas a la hija del sultán de ese país, pues el sultán, nuestro amo, quiere casarse con esa princesa y solo tú puedes traérsela.»

Oyó el rey el parecer de su gran visir y lo aprobó y exclamó:

–Está muy bien pensado. Que venga en seguida ese muchacho.

Mandó luego el visir venir a palacio a Mohammed, el hijo del pescador, y este fue allá, pese a su nariz, y luego que lo vio, le dijo el visir.

–Has de saber cómo nuestro señor el sultán desea que vayas a la Tierra, la Verde, y le traigas a la hija de aquel rey.

Y Mohammed, el Listo, exclamó al oírlo:

–Pero ¿cómo voy a ir yo a la Tierra, la Verde, si ignoro el camino?

Y el visir le dijo:

–Eso tú verás; no tienes más remedio que obedecer. Es orden del sultán.

Y el hijo del pescador se retiró de allí muy malhumorado y fue a contarle a su madre lo que le había pasado. Y después de oírlo, su madre le dijo:

–Mira, hijo mío: ve a pasear tu pena a la orilla del mar y ella sola se te quitará.

Y el joven Mohammed hizo lo que le dijera su madre. Y fue a pasear su pena a la orilla del mar, a la desembocadura del río de la ciudad.

Y en tanto el joven paseaba de un pico al otro de la playa, muy triste y apurado, he aquí que sale del agua el salmonete de marras y se dirige a su encuentro y le habla, diciendo:

–¿Por qué estás tan mohíno, Mohammed, el Listo?

Y el hijo del pescador le contestó con mal ceño:

–¡No me preguntes, salmonete, que no quiero hablar de ello, pues se trata de una cosa que no tiene remedio!

Pero el pez insistió, diciendo:

–¡El remedio está en las manos de Alá; habla y no te hagas rogar!

Y entonces ya Mohammed no se pudo negar y dijo al salmonete:

–Se trata, amigo mío, de que ese visir de alquitrán me mandó a llamar y me dijo: «El rey quiere que vayas y le traigas a la hija del sultán de la Tierra, la Verde.» Y yo no sé cómo ir allá ni cómo traerle a la hija del sultán.

Pero el salmonete, al oírlo, le dijo:

–No te apures, Mohammed, el Listo. Ve ahora mismo a ver al rey y dile que estás dispuesto a ir en seguida por la hija del sultán de la Tierra, la Verde, y traérsela, según quiere; pero que para ir allá necesitas un barco de oro y que ese barco ha de estar hecho con el oro tomado de los caudales de su visir y sin este requisito no podrás su deseo cumplir.

Fue el hijo del pescador a ver al monarca y le dijo lo que el salmonete le encargara. Y el rey mandó que le hiciesen aquel barco de oro, a costa de los caudales de su visir, y este tuvo que resignarse a ello, a despecho de su nariz. Y fue tal la rabia que le entró que en poco estuvo se muriera del sofocón.

Cuanto a Mohammed, el hijo del pescador, embarcóse en el barco de oro y se hizo a la mar, y su amigo, el salmonete, iba delante de él, mostrándole el camino, y así lo fue guiando por entre la hierba del río de la ciudad y de los otros ríos interiores, hasta que al cabo arribó Mohammed a la Tierra, la Verde, y saltó a la playa, sin inconveniente.

Y Mohammed, el Listo, mandó en seguida a la ciudad un pregonero, con el encargo de vocear:

«¡Todo aquel que lo desee, hombre, mujer, niño, mozo o anciano, puede bajar a la playa a ver el barco de oro en que Mohammed, el Listo, el hijo del pescador, ha llegado hasta aquí, pues es digno a fe de que se le vaya a ver!»

Y al oír aquel pregón todos los vecinos de la ciudad...

Pero vio Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras encantadoras.

Y LA NOCHE 536 REANUDO SU RELATO EN ESTA FORMA:

–Tengo entendido, *¡ye* el sultán, el afortunado!, que al oír aquel pregón todos los vecinos de la ciudad, hombres, mujeres, ancianos y mozos, corrieron a la playa a ver el barco de oro y ocho días seguidos allí se estuvo, recreando sus ojos.

No pudo tampoco reprimir su curiosidad la hija del sultán y pidió licencia a su padre para ir a ver el barco de oro, como todos. Y el rey le dio su venia a la princesa y mandó pregonar por toda la ciudad que todos, así hombres como mujeres, se encerrasen en sus casas aquel día y no saliesen de ellas, en tanto iba y venía a la playa la princesa.

Y la princesa bajó a la marina a ver el barco de oro, y, después de contemplarlo por fuera, preguntóle a Mohammed, por señas, si podía pasar dentro para verlo mejor y examinarlo más a su sabor.

Diole a entender, también por señas, el hijo del pescador a la princesa que podía pasar al interior del barco y entonces ella lo hizo así y se puso a examinarlo. Y Mohammed, el Listo, aprovechando la distracción de la princesa, diole, sin hacer ruido, una vuelta a la clavija de la nave y al timón, y al punto púsose aquella en movimiento y se alejó mar adentro.

Luego que la princesa dio por satisfecha su curiosidad y se dispuso a volver a tierra alzó los ojos y advirtió que la nave iba ya bogando y que el puerto quedaba lejano. Y encarándose con Mohammed, el Listo, le dijo:

–¿Adónde me llevas, Mohammed? ¿Qué vas a hacer conmigo?

Y Mohammed le contestó a la princesa y le dijo:

–Te llevo al palacio de un rey que se quiere casar contigo.

–Y dime, Mohammed–exclamó la princesa–. ¿Será ese rey, por ventura, superior a ti en hermosura?

Y Mohammed le respondió:

–Eso, princesa, no te lo puedo decir yo; tú misma lo podrás apreciar cuando veas al sultán.

Fue entonces la princesa y se quitó un anillo del dedo y lo arrojó al mar, y el salmonete que los precedía abrió rápido las fauces y se tragó la sortija.

Fue luego la princesa y le dijo a Mohammed, el Listo:

–Yo te digo desde ahora que solo me he de casar contigo. Y quiero entregarme a ti en uso de mi libertad aquí mismo.

Y Mohammed, el Listo, le dijo a la princesa:

–Está bien; sea como quieras.

Y en el acto hizo suya a la princesa. Y gozó sobre el agua las primicias de su doncellez inmaculada.

Luego que llegaron al punto de su destino fue Mohammed a ver al rey y le dijo:

–¡Soberano del tiempo! De nuevo aquí me tienes y te he traído en mi barco a la hija del sultán de la Tierra, la Verde. Pero ahora dice ella que no saldrá del barco mientras no le cubras con alfombras verdes el camino de la playa a palacio. Es preciso, pues, que la complazcas y ya verás entonces con qué garbo anda.

–Está bien–dijo el rey.

Y en el acto mandó comprar, a costa de los bienes de su visir y pese a su nariz, todos cuantos tapices de seda verde pudieron encontrarse en el zoco de los tapiceros y los mandó extender

por el suelo, cubriendo el trayecto del barco de oro hasta su palacio.

Y entonces la princesa de la Tierra, la Verde, saltó del barco a la playa, y vestida de verde y hollando aquel camino de tapices de verde seda y contoneándose con una gracia que el juicio arrebataba, se dirigió al alcázar.

Y al verla llegar el sultán quedóse pasmado de su belleza y al punto locamente se enamoró de ella.

Y luego que tuvo en su palacio a la princesa, le dijo:

–Esta misma noche mandaré venir al cadí, para que me case contigo.

–Está bien, señor–respondió la princesa–; pero antes te advierto que para casarte conmigo me has de traer antes mi tumbaga, que se me cayó del dedo al agua. Y después que traigas mi anillo, pero solo entonces, me casaré contigo.

Y dizque el salmonete le diera la sortija de la princesa a su amigo Mohammed, el Listo.

Llamó luego el rey a su gran visir y le dijo:

–Has de saber cómo a la princesa se le cayó la sortija al río, y hasta que yo no se la traiga no se casará conmigo. ¿Qué vamos a hacer ahora? ¿Quién nos podrá restituir esa joya?

Y el visir exclamó, al oírlo:

–¿Quién sino Mohammed, el Listo, ese *efrit,* ese maldito?

Y el visir decía aquello con la sana intención de perderlo.

Mandó el rey a buscar en seguida al hijo del pescador y le dijo:

–A esta ilustre princesa se le cayó su sortija en el río y nadie más que tú nos la puede traer, así que ve en seguida a buscarla y tráela.

Pero el hijo del pescador le contestó:

–No hace falta buscarla; aquí la tienes, señor.

Y sacó la sortija y se la dio. Y el rey la tomó de sus manos y fue a ver a la princesa y le dijo:

–Toma la tumbaga. Ya no habrá inconveniente para que esta noche misma te cases conmigo.

A lo que ella dijo:

–Aún falta una cosa, y es que hay que cumplir con una costumbre que para estos casos rige en mi país.

–¿Y qué costumbre es esa?–preguntóle el rey.

Y ella le contestó:

–Pues esta, señor. En mi país, cuando una joven se casa, hacen una zanja desde la casa de la novia a la playa y la llenan de leña y le prenden fuego, y el novio se lanza a las llamas y camina por entre ellas hasta la orilla del mar, y allí toma un baño y luego se dirige a casa de la desposada y de ese modo queda purificado por el fuego y por el agua. Y esa es la forma que tienen en mi país de celebrar las bodas y en eso consiste toda la ceremonia.

Luego que eso oyó el rey, tan enamorado estaba de la princesa, que mandó abrir una zanja desde el palacio a la playa y mandó a llamar a su visir y le dijo:

–Prepárate a atravesar mañana esa zanja conmigo.

Pero al día siguiente, luego que le prendieron fuego a la leña apilada en aquella zanja, díjole el visir al monarca:

–Mejor será que echemos por delante primero a Mohammed, el Listo, el hijo del pescador, y veamos qué pasa, y si sale sin abrasarse del fuego, nos arrojaremos nosotros luego.

Halló el rey muy atinado el parecer de su visir y dio orden de que le llevaran a Mohammed allí.

Y Mohammed, en el acto, se dirigió a palacio. Pero dizque el salmonete, su amigo, le había dicho:

–Si el rey te llama y te dice que te arrojes a las llamas hazlo sin temor y sin vacilación, que no te pasará nada, pues para ello bastará que te tapes las orejas y reces la aleya milagrosa: «En

el nombre de Alá (el piadoso, el apiadable).» Después de lo cual ya te puedes sin miedo lanzar al fuego, que no te quemará.

Así que cuando el rey llamó a Mohammed y le dijo:

–¡Tírate a ese fuego y camina por él hasta el mar, que para eso eres el Listo, según es sabido!

Mohammed fue y le respondió:

–Sobre mi cabeza y sobre mis ojos, señor.

Y el hijo del pescador se tapó los oídos y recitó mentalmente el *bismi-l-Lah* y luego lanzóse a las llamas sin vacilar.

Y fue caminando por entre las llamas y salió al cabo de la playa, y dizque, al pasar por el fuego, volviérase aún más bello. De suerte que todo el mundo quedóse maravillado al verlo.

Y el visir dijo entonces al sultán:

–Puesto que él pasó también nosotros podremos pasar y saldremos del fuego igual que él de bellos.

Y harás bien, señor, en llamar a tu hijo para que atraviese con nosotros la hoguera y también se embellezca.

Aprobó el rey el consejo de su ministro y llamó a su hijo, aquel chico tan feo y que tenía la cara tan negra como las correas de un zapato viejo.

Y el rey, su hijo y el visir se cogieron de las manos y a la hoguera se lanzaron. Y en el acto perecieron achicharrados y convertidos en un montón de cenizas quedaron.

Fue luego Mohammed a ver a la princesa, la hija del sultán de la Tierra, la Verde, y se casó con ella y la desposó.

Y se sentó en el trono del imperio y gobernó como rey y sultán con poder absoluto y pleno. Y llamó a su padre y a su madre y los sentó a sus lados, y a partir de entonces vivieron todos juntos en el palacio, gozando de toda clase de deleites y placeres, con toda paz y tranquilidad, hasta que fue a visitarles la que no se puede evitar.

¡Loado sea Alá, que es el señor de la prosperidad y el que da a los hombres la dicha y la paz!

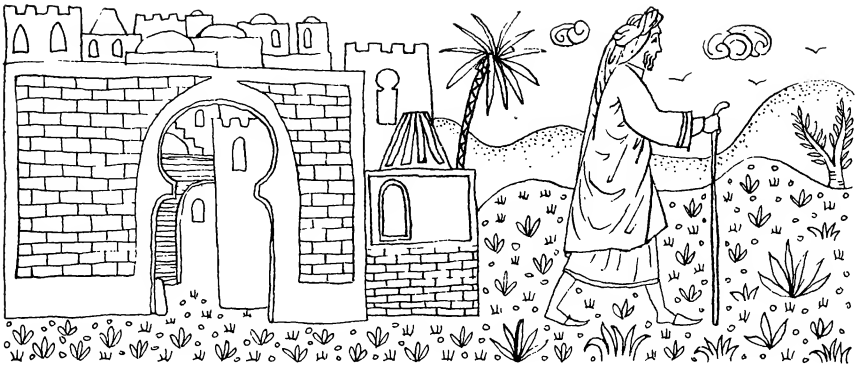
Luego que el capitán de Policía, el cuarto, terminó su relato, diole el sultán las gracias y él se volvió a su sitio. Y se adelantó el capitán, el quinto, que se llamaba Nuru-d-Din [2], y después de besar la tierra entre las manos del sultán Baibars, le dijo así:

–*¡Ye* señor nuestro y corona de nuestras cabezas! Voy a contarte una historia que no tiene igual entre todas las historias de la tierra.

Y tomando la palabra el capitán Nuru-d-Din empezó a hablar así:

[2] Luz de la Fe.





HISTORIA QUE CONTO EL CAPITAN DE POLICIA, EL QUINTO

(Noches 536 y 537)

Historia que, bajo una forma donosa, encierra una lección de tolerancia, análoga a la de la máxima evangélica: «El que esté libre de pecado, arroje la primera piedra...»

Destaquemos el episodio central, aquel beso único que el joven pescador da a la sultana Yasmina y que paga en el acto con la vida, sin haber tenido apenas tiempo de saborearlo, y que tiene la intención de un poema heiniano de pasión y de muerte y un valor sustantivo dentro de la narración en que va incrustado.

Respecto al simbolismo de los panecillos y los huevos que la joven Yasmina envía al visir por medio de su padre, está relacionado con el misterio sideral, según atinadamente observa Roso de Luna. «Los treinta huevos en la bandeja–explica el teósofo–representaban los días del mes, y los de la semana, los ocho panecillos, lo cual, en la simbología propia del caso, quiere decir que la joven inició al visir en los misterios mágicos de la cábala de los tiempos, tiempos regidos por el sol pero que el visir reduce a cómputos lunares de a veintinueve días por mes y a siete por semana. En una palabra: que, gracias a tamaña enseñanza, logra el visir dos cosas: una, la de enterarse de la verdadera rueda de los tiempos, gráficamente representada en la bandeja y en su contenido, y otra, la de poder así construir el sello mágico que el sultán le pide, porque es indudable que aquel que llega a conocer a fondo los ciclos de los años, meses, semanas y días, goza de una prudente alegría en medio de las mayores desgracias y experimenta cierto dejo de tristeza en las más grandes venturas, sabiendo la

inconstancia de los tiempos, en los que andan siempre alternados los dolores y las dichas...» Esta interpretación, puramente filosófica, no responde, sin embargo, al sentido místico de la leyenda del sello, que no es otro sino el de que penas y alegrías, por venir de Dios, deben sernos igualmente bien recibidas y aceptadas, con la ecuanimidad del creyente que ha renunciado a su propia voluntad para entregarse por entero a la de su Creador conforme al espíritu del Islam.

Erase una vez un sultán, y el tal sultán, un día de entre los días, llamó a su visir y le dijo:

–¡Hola el mi visir!

Y el visir contestó:

–Aquí me tienes a tus órdenes, señor. ¿Qué deseas de tu servidor?

Y el rey entonces le dijo al visir:

–Quiero que mandes hacer para mí un sello cuyo poder sea tan fuerte que cuando esté alegre no me enfade y cuando esté enfadado me ponga alegre. Y es menester que el que grabe en el sello los talismanes se comprometa formalmente a dotarlo de ese poder. Y para ello solo un plazo de tres días le daré.

Así dijo el sultán y su visir acató su voluntad y en el acto se fue a buscar a los entendidos en sellos y talismanes y les dijo:

–Grabadme un sello para el rey que tenga este poder.

Pero ninguno de ellos se quiso comprometer a hacerlo. Visto lo cual levantóse el visir muy enojado y se fue de allí pensando:

«En toda la ciudad no voy a encontrar quien un sello así me pueda labrar. No tengo más remedio que marchar a otro país a ver si tengo mejor suerte allí.»

Y acto seguido el visir salióse de la ciudad y empezó a caminar hasta llegar al campo, y allí hubo de toparse con un *scheij* de los árabes que estaba en su era aventando el trigo de su cosecha.

Y el visir saludó al *scheij* con la zalema:

–¡La paz sobre ti, *ye* el *scheij!*

Y el *scheij* de los árabes le devolvió el *selam* y le preguntó:

–*¡Ye sidi!* ¿Adónde vas por aquí con este calor?

Y el visir le respondió:

–Voy a despachar un asunto que el sultán me encargó.

–¿Y qué asunto es ese, si me lo puedes decir?–inquirió con curiosidad el *scheij?*

Y el visir entonces le explicó el deseo del sultán, y el *scheij,* al oírlo, exclamó:

–¿Se trata de eso nada más?

Y el visir le respondió:

–Nada más.

–Pues entonces–dijo el *scheij* de los árabes–, siéntate y aguarda, que voy por viandas.

Y el *scheij* de los árabes dejó allí al visir y fue en busca de su hija, que era una joven llamada Yasmina, y el *scheij* le dijo a su hija:

–Tenemos un huésped, Yasmina. Prepáranos comida.

Y su hija le preguntó al *scheij:*

–Y ese huésped, ¿de dónde viene?

–Viene de la ciudad, de parte del sultán–respondióle el *scheij* a su hija.

Y ella le tornó a preguntar:

–¿Y qué es lo que viene a buscar?

Y el padre de Yasmina explicóle el asunto a su hija. Y, pues ya nos es conocido, no hay utilidad en repetirlo.

Entonces Yasmina, la señorita de los árabes, batió treinta huevos y les echó manteca dulce, cargando la mano, y en unión de ocho panecillos le entregó el plato a su padre y le dijo:

–Dáselo al huésped y dile: «Mi hija Yasmina, la señorita de los árabes, te envía por mi conducto su *selam* y me manda te diga que ella se encarga de grabar ese sello para nuestro señor, el sultán.» Y me manda te diga, además: «Treinta días escasos tiene el mes y la mar está hoy henchida y la semana tiene ocho días.»

Y su padre le dijo a Yasmina:

–Está bien, hija mía.

Y cargó con el almuerzo y se alejó.

Y hete aquí que, yendo caminando, la manteca del plato se le vertió en la mano. Y entonces el *scheij* de los árabes dejó el plato en el suelo y cogió uno de los panes y lo pringó con la manteca que en la mano le cayera y se lo comió, juntamente con uno de los huevos que se le antojó.

Después de lo cual fuese en busca del visir y le dijo las palabras que su hija le encargara. Oyólas el visir y le dijo al *scheij:*

–Está bien; comamos primero y luego ya veremos.

Y comió el visir y luego le dijo al *scheij:*

–Ve y dile a tu hija, la señorita Yasmina, que me escriba la divisa del sello. Y dile, además, que al mes le falta un día, que el mar se secó y que la semana solo tiene siete días.

Fuese el *scheij* a ver a su hija y le transmitió el recado del visir y, después de oírlo, su hija le dijo:

–¿No te da vergüenza de lo que hiciste, padre mío? Te comiste en el camino un huevo y un panecillo y le llevaste al huésped los huevos sin manteca.

–¡Por Alá–exclamó el *scheij*–, que dices verdad! Pero ten en cuenta, hija, que el plato estaba rebosando y se me vertió en la mano, y entonces me senté y pringué en la manteca uno de los panes y me lo comí y sentí más hambre luego y me tomé uno de los huevos.

–Está bien–dijo Yasmina–. Vamos a preparar el sello.

Y la joven preparó el sello y lo blasonó en estos términos:

«De Alá nos vienen las penas y las alegrías y El es quien nos las envía.»

Y por mano de su padre mandó el sello al visir, que lo tomó muy contento, y, después de dar las gracias al *scheij,* tornóse a su ciudad, y, luego de llegar, entrególe el sello a su sultán.

Y el rey tomó el sello y lo leyó y le preguntó a su visir:

–¿Quién compuso este sello? Que quiero saberlo.

Y el visir le respondió, diciendo:

–Una joven llamada Yasmina, una señorita de los árabes, que me lo entregó por mano de su padre.

Púsose el rey en el acto sobre sus dos pies y le dijo al visir:

–Llévame ahora mismo a donde está ese *scheij,* que le voy a pedir la mano de su hija, esa señorita llamada Yasmina.

Y el visir en seguida cogió al rey de la mano y ambos partieron en busca del *scheij* de los árabes, y, al verlo, le dijeron:

–*¡Ye* el *scheij* de los árabes! Aquí venimos en demanda de alianza contigo.

A lo que el *scheij* les contestó, diciendo:

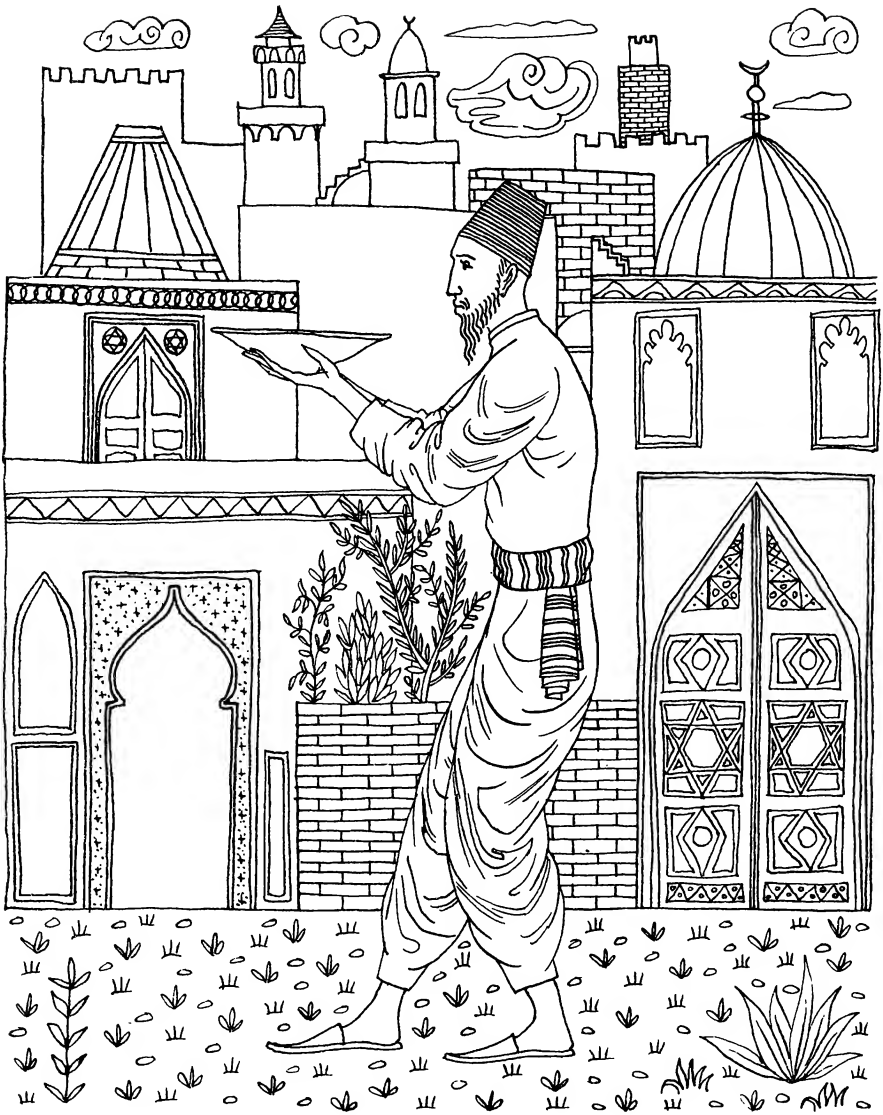
–¡Familia y holgura! Pero ¿por qué medio?

Y el visir se adelantó a responderle, diciendo:

–Por medio de tu hija Yasmina, la señorita de los árabes, con la cual nuestro señor, el sultán, aquí presente, se quiere casar.

–Bien está–dijo el *scheij–;* pero sepa el sultán que ha de poner a mi hija en un platillo de la almizana y oro en el otro, hasta igualar el peso, que, de no ser así, no le doy yo a mi hija, que, a mis ojos, vale su peso en oro.

Y el visir le contestó al *scheij:*



–Lo haremos así.

Y fue el visir a buscar oro y lo puso en un platillo de la balanza y el *scheij* de los árabes puso a su hija en el otro platillo, y fue el visir echando oro y más oro, hasta que al fin ambos platillos se igualaron, y entonces el *scheij* accedió a darle su hija en matrimonio al rey.

Y el rey mandó celebrar sus desposorios reales con grandes festejos en aquella alcarria de los árabes.

Y aquella misma noche entró en la alcoba de la joven, que aún estaba en casa de su padre, y la despojó de su virginidad, y, luego que la mañana amaneció, fuese de allí con su esposa Yasmina y la condujo a su corte y la instaló en su palacio, como corresponde.

Transcurrió luego el tiempo y ya llevaba Yasmina varios meses en el palacio del rey cuando empezó a enflaquecer y consumirse de extraña languidez.

Y al ver el rey aquello mandó llamar a un médico y le dijo:

–Sube arriba en seguida y mira a ver qué tiene mi esposa Yasmina, que, sin que sepamos por qué, ha dado en enflaquecer y desmedrarse y no sabemos qué hacer.

Subió luego allá el médico y reconoció a Yasmina y luego bajó a donde el monarca y le dijo estas palabras:

–Lo que a tu esposa le pasa es muy sencillo, y es que, a fuer de campesina, no está acostumbrada a vivir en ciudades y el pecho se le encoge por falta de aire.

–¿Y qué hemos de hacer?–inquirió el rey.

Y el médico le dijo:

–Manda labrar un alcázar a orillas del mar, donde pueda tu esposa respirar aire sano, y ya verás cómo se pone de hermosa.

Luego que eso oyó el rey mandó a los albañiles levantar un palacio a la orilla del mar, y, luego que así lo hicieron, mandó llevar a él a su esposa Yasmina, la señorita de los árabes, que de nostalgia se consumía.

Y sucedió que, al cabo de algún tiempo, según dijera el médico, la joven Yasmina recobró su gordura y con ella toda su antigua hermosura.

Y hete aquí que Yasmina solía asomarse a una ventana del alcázar que daba a la playa y viendo el mar se recreaba, y estando así una mañana, allí asomada a su ventana, hubo de ver a un pescador que echaba sus redes al agua, y, como al retirarlas solo encontrara en ellas conchas y guijarros, se puso muy enfadado.

Y entonces Yasmina le dijo al pescador desde su ventana:

–¡Hola, pescador; echa otra vez la red al mar en mi nombre y yo te daré un dinar de oro!

Y el pescador alzó los ojos y le contestó:

–Está bien, mi señora; así lo haré.

Y echó la red al mar en nombre de Yasmina, la dama de los árabes, y tiró luego de ella y examinó su fondo y se encontró con un botecito de cobre rojo.

Y el pescador, desde la playa, le enseñó a Yasmina el pomo de cobre rojo, y en seguida la joven se envolvió en su colcha, como en un alizar, y bajó a la marina y le dijo al pescador:

–Dame acá ese pomo y toma el dinar de oro.

Pero el pescador le dijo a Yasmina:

–¡Por Alá! Que no tomaré el dinar de oro a cambio del botecito; si lo quieres, me lo has de pagar dejándome que te dé un beso en el carrillo.

Y hete aquí que, estando en ello los dos, llegó el rey y los sorprendió.

Y cogió el rey al pescador y con su espada lo atravesó y después arrojó su cuerpo al mar.

Y encarándose luego con su esposa, le dijo:

–A ti tampoco te quiero ver más.

¡Vete a donde quieras y que nunca te vea!

Fuese, pues, de allí Yasmina y echó a andar sin rumbo fijo, y estuvo anda que te anda, pasando hambre y sed, dos días seguidos, hasta que al día, el tercero, llegó a una ciudad, y, como no se podía ya tener, se apoyó en la puerta de la tienda de un mercader y allí se estuvo sentada la pobre Yasmina desde por la mañana hasta el mediodía.

Y llegado que el mediodía fue, le dijo el mercader:

–¡*Ye* señora mía! ¿Cómo es eso que estás aquí sentada, desde por la mañana, sin moverte? ¿No podrías decirme lo que te sucede?

Y Yasmina entonces le dijo al mercader:

–Soy algariva en esta ciudad y no conozco a nadie en ella y llevo dos días sin comer ni beber.

Enterneciόse al oírla el mercader y llamó a un esclavo negro y le ordenó:

–¡Lleva a casa a esta dama y di que le den de comer y beber!

–Oír es obedecer–contestóle el esclavo.

Y tomó a Yasmina y la llevó a su casa y le dijo a su ama, la esposa del mercader:

–Mi amo te encarga des bien a esta dama de comer y beber.

Y miró la mujer del mercader a Yasmina, y, al verla tan hermosa, sintióse celosa y, encarándose con el esclavo negro, le dijo:

–Está bien. Coge a esta señora y súbela a la *algofra*.

Cogió, pues, el negro de la mano a Yasmina y la llevó a donde su ama le indicara y la hizo entrar en la *algofra* que había encima del terrado y allí la dejó y se retiró. Y llegó la noche de aquel día sin que la esposa del mercader le llevara de comer a Yasmina ni se acordara de que existía.

Pero entonces Yasmina se acordó del botecito de cobre rojo que le diera el pescador, y esperanzada, pensó: «¡Quién sabe si dentro de él habrá un poco de agua que se pueda beber!»

Y con esa ilusión cogió el pomo y lo destapó. Y hete aquí que en el acto salieron del frasco una fuente y un jarro. Y Yasmina se lavó allí las manos y luego alzó los ojos y vio salir del botecito un altabaque con bebida y manjares y viandas de todas clases.

Y Yasmina comió y bebió hasta hartarse. Y luego de eso tornó a destapar el botecito y salieron de él diez jóvenes esclavas, de las blancas y guapas, con los palillos en las manos, y se pusieron a bailar en el acto. Y luego que de bailar acabaron echó cada una de las danzarinas diez bolsas de oro en las rodillas de Yasmina. Después de lo cual volvieron a meterse todas en el frasquito de cobre rojo, dejando a Yasmina pasmada de asombro [1].

Y Yasmina, la dama de los árabes, pasó en la *algofra* tres días seguidos de ese modo, comiendo y bebiendo y holgándose con las jovencitas del frasco de cobre rojo. Y cada vez que salían de él las bailarinas, después de danzar, echaban sendas bolsas de oro sobre las faldas de Yasmina. De suerte que al cabo el desván todo, desde el suelo hasta el techo, rebosaba de oro.

Y sucedió que al día, el cuarto, el esclavo negro subió al desván con objeto de hacer una necesidad.

Y vio allí a la señorita Yasmina y se maravilló del caso, pues estaba en la creencia de que se había marchado, según la mujer del mercader le había asegurado.

Y Yasmina, al ver al esclavo, el negro, lo interpeló, diciendo:

[1] Razón tenía para estarlo al ver salir del botecito aquella tropa de «microorganismos» semejantes a puntos animados. Por lo demás el tal botecito es análogo a aquel cucurucho diminuto con ventanas y amueblado como una casa en que la ninfa Glumdalclitch lleva metido a Gulliver en la famosa obra de Swift.

–¿Es que me mandó aquí tu amo, el mercader, para que me dieses de comer o para que me dejaseis morir de hambre y de sed?

A lo que el esclavo, el negro, respondió diciendo:

–*¡Ye setti!* Mi amo creía que te habían servido la comida y te habías ido aquel mismo día.

Y luego el esclavo corrió a ver a su amo a la tienda y le contó lo que Yasmina le dijera.

–*¡Ye sidi!*–díjole el esclavo a su amo–. Esa pobre señora que enviaste conmigo a tu casa hace tres días lleva todo ese tiempo en el desván de la terraza sin comer ni beber nada, por lo que he sabido.

Y el mercader, que era un hombre de bien, al oír aquello dejó en el acto su tienda y corrió a su casa y le dijo a su mujer:

–¿Cómo es eso, ¡so maldita!, que en estos tres días no has dado de comer a esa pobre señora que yo te envié?

Y el mercader cogió a su mujer y se puso a zurrarla y de pegarle no paró hasta que el brazo se le cansó.

Vio en esto Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras seductoras.

PERO LA NOCHE 537 PROSIGUIO SU RELATO EN ESTA FORMA:

–He podido averiguar, *¡ye* monarca, el afortunado!, que el mercader cogió a su mujer y empezó a zurrarla y de pegarle no dejó hasta que el brazo se le cansó.

Después de lo cual cogió pan y viandas y subió a la terraza y le dijo a Yasmina:

–*¡Ye setti!* Aquí tienes. Toma y come. Y no creas que me olvidé de ti en todo este tiempo, que no ha sido así.

Y Yasmina le contestó al mercader:

–¡Alá aumente tus bienes y te pague con creces tus mercedes! Pero ahora, para que el favor sea completo, te pido una cosa.

Y el mercader le dijo:

–¡Habla, señora!

Y Yasmina le dijo entonces al mercader:

–Quiero que me mandes labrar en las afueras de la ciudad un alcázar que sea doble de hermoso que el del sultán.

Y le contestó el mercader:

–Oír es obedecer.

Y Yasmina, al oírlo, le dijo:

–Ahí tienes oro de sobra; coge todo el que quieras y dales a los albañiles cuatro dracmas, en vez de una que suelen cobrar por la jornada, a fin de que trabajen de firme en la obra y la terminen sin demora.

Y el mercader se inclinó y le dijo:

–Está bien, señora.

Y el mercader tomó el dinero y se retiró y fue a ver a los alarifes y los albañiles y les encargó labrasen el alcázar que Yasmina quería, y ellos, en el acto, pusieron manos a la obra y en pocos días la remataron, construyendo un alcázar doble de hermoso que el del monarca.

Y luego que el palacio estuvo terminado subió el mercader a la *algofra* a ver a Yasmina, la dama de los árabes, y después de saludarla, le dijo:

–*¡Ye setti!* El palacio ya está concluido.

Y Yasmina, entonces, le dijo:

–Está bien, mercader. Ahora toma oro del que hay aquí y ve a comprar para el palacio muebles tapizados de

raso y busca por ahí esclavos negros que sean de otras tierras y árabe no sepan.

Y el mercader fue a comprar los muebles tapizados de raso para el palacio y a buscar los esclavos negros que fueran de otras tierras y árabe no supieran ni entendieran.

Y luego volvió junto a Yasmina y le dijo:

–*¡Ye setti!* Tus deseos están cumplidos. Ven ya, si quieres, a tomar posesión de tu palacio ahora mismo.

Y Yasmina, la dama de los árabes, se levantó y salió del desván, diciéndole antes al mercader:

–Este desván está lleno de oro hasta el techo. Quédate con todo ese oro, que yo te lo regalo, en pago del favor que me has hecho.

Y Yasmina, después, se despidió ya del mercader.

Y esto es por ahora, todo lo referente a su historia.

Cuanto a su esposo, el sultán, el que mató al pescador y a ella le echó de su ciudad, luego que pasó algún tiempo se le serenó el alma y una noche que estaba desvelado se acordó de su esposa, a la que tan duramente había tratado. Y luego que amaneció la mañana, llamó el rey a su visir y le dijo:

–¡Hola, mi visir!

Y el visir respondió:

–¡Aquí me tienes, señor!

Y el sultán entonces le dijo:

–Oye, mi visir: he pensado que ahora mismo nos disfracemos los dos de mercaderes y salgamos en busca de mi esposa Yasmina, la dama de los árabes.

Y el visir contestó al rey:

–Oír es obedecer.

Y el rey y el visir se disfrazaron de mercaderes y salieron de palacio y echaron a andar y estuvieron dos días anda que te anda, sin parar, en busca de Yasmina, la dama de los árabes, interrogando a todos los viandantes.

Y así llegaron finalmente a los arrabales de la ciudad en que ella se encontraba y vieron el palacio que Yasmina mandara labrar.

Y el rey, al verlo, le dijo al visir:

–Este palacio es nuevo, pues no lo vi las otras veces que estuve aquí. ¿Quién será su dueño, mi visir?

Y el visir le contestó:

–Lo ignoro, señor. Puede que lo haya mandado edificar algún rey algarivo que conquistara esta ciudad, sin que nos llegáramos a enterar.

–¡Por Alá, que así podría ser!–contestó el rey–. Y para cerciorarnos de si es así, vamos a mandar un pregonero a la ciudad para que publique el bando de que esta noche no encienda nadie luz en su casa, de orden del sultán. Y así sabremos si los habitantes de ese alcázar son vasallos nuestros, de los que acatan nuestras órdenes, o reyes conquistadores.

Mandó seguidamente el pregonero a la ciudad y voceó el bando del sultán. Y llegada que fue la noche, el monarca, en compañía de su visir, recorrió todos los barrios de la ciudad y pudo comprobar que no había luz en ninguna casa, salvo en las ventanas del incógnito alcázar. Y del interior del palacio salían ecos de cantos y música de tiorbas, laúdes y guitarras, de una armonía que maravillaba.

Y el visir le dijo al monarca:

–¡Soberano del tiempo! Ya ves cómo tenía yo razón al decirte que los dueños de este palacio eran reyes extranjeros que conquistaran la ciudad, sin nosotros saberlo.

Y el rey le contestó al visir:

–Vamos a ver si es así. Preguntaremos al portero.

Y el rey y el visir así lo hicieron; pero se encontraron con que el portero del palacio no entendía la algarabía, en razón a su algarivía [2], y a todo lo que

[2] Exotismo.

le decían contestaba: *Chanu,* que es lengua bárbara y quiere decir: «No entiendo palabra.»

Visto lo cual se retiraron de allí el rey y su visir y en toda la noche no pudieron conciliar el sueño, pues estaban muertos de miedo.

Y luego que amaneció la mañana, díjole el rey al visir:

–Mándale al pregonero que vuelva a la ciudad y publique otro bando diciendo: que de orden del monarca nadie encienda tampoco esta noche luz en su casa.

Hízolo así el visir y el pregonero pregonó su bando por toda la ciudad, y llegada que la noche fue, el rey y el visir recorrieron otra vez las calles y las plazas y pudieron comprobar que no había luz en ninguna casa, excepto en el palacio de marras, donde todo estaba iluminado y despedía más fulgor que la noche pasada.

Y el visir le dijo al monarca:

–Ya no hay duda, señor. El dueño de ese palacio es un rey invasor.

A lo que el sultán le contestó:

–Así es en verdad. ¡Qué le vamos a hacer! Nos tendremos que resignar.

Y el visir le dijo al sultán:

–Vámonos a acostar y mañana Alá dirá.

Y luego que la mañana amaneció, al día siguiente, díjole el visir al rey:

–Vamos a pasearnos como todo el mundo por los alrededores de ese palacio. Y tú te quedarás abajo y yo subiré sin que me vean, para ver con mis propios ojos y oír con mis propios oídos de qué país es esa gente y cómo aquí han venido.

Hiciéronlo así el rey y su visir, y, luego que llegaron ante el palacio, el visir burló la vigilancia de los porteros y logró llegar, sin contratiempo, a la sala del trono, donde estaba Yasmina, y al verla el visir, la saludó pensando que era el propio sultán, y ella le devolvió el *selam* y le dijo:

–Siéntate y sé bien venido.

Sentóse el visir y Yasmina, que desde el primer momento le había conocido sin dificultad y sabía que su esposo, el rey, estaba en la ciudad, destapó el pomo de cobre rojo y en el acto salieron del frasco las diez almeas y se pusieron a bailar, repicando sus castañuelas.

Y después que acabaron de bailar, echó cada una de ellas diez bolsos de oro en las rodillas de Yasmina, la cual los cogió y se los dio al visir y le dijo así:

–Toma; te los regalo, que harto veo que eres pobre y estás necesitado.

Y el visir entonces le besó la mano y le dijo:

–¡Alá te dé la victoria sobre tus enemigos, soberano del siglo! ¡Y prolongue tus días, para bien de tus súbditos!

Después de lo cual se despidió y bajó a reunirse con el rey, que estaba sentado en la portería, al lado del portero.

Y el rey le preguntó, al verlo:

–¡Hola, mi visir! ¿Qué estuviste haciendo allá arriba?

Y el visir le contestó al sultán:

–¡Por Alá, que tenía yo razón al decirte que te habían quitado esta ciudad de entre las manos! Has de saber que ese rey invasor me ha dado diez bolsos de oro, como regalo, diciéndome: «Toma eso para ti, que harto veo que eres pobre y estás necesitado.» Después de lo cual ya no hay más que hablar; te han desposeído de esta ciudad.

Y el rey, al oír las palabras de su visir, exclamó:

–¿Conque así es? Pues voy a subir yo también para ver a ese rey.

Y el sultán, burlando la vigilancia de los porteros, subió hasta llegar a la sala del trono, donde seguía sentada Yasmina, la dama de los árabes, la cual, al verlo, lo conoció en seguida,

aunque hizo como si no lo hubiera visto en su vida.

Y se levantó de su trono y lo saludó con mucho respeto y le dijo:

–Siéntate aquí y sé bien venido.

Luego que el rey vio que aquel monarca algarivo le dispensaba tal honor serenósele el corazón y se dijo a sí mismo: «No debe de ser ningún rey, sino un vasallo de los míos, cuando se levanta y me cede el sitio.»

Y el rey se sentó en el trono, y acto seguido presentáronse esclavos y le ofrecieron un refresco, y el rey bebió, hasta que se hartó. Y entonces acabó de serenarse y le preguntó a Yasmina, la dama de los árabes:

–¿Se puede saber qué clase de gente sois?

Y Yasmina sonrió y le respondió así:

–Somos gente rica, señor.

Y acto seguido destapó el frasquito y salieron de él las diez esclavas blancas y se pusieron a bailar, repicando los palillos, y, luego que terminaron su danza, echó cada una de ellas diez bolsos de oro en las rodillas de Yasmina, al ver lo cual llenóse el rey de maravilla y le dijo a Yasmina:

–¿No querrías decirme, hermano mío, dónde mercaste ese prodigioso botecito?

Y Yasmina le contestó, diciendo:

–No lo compré con dinero.

Y el rey le tornó a preguntar:

–Pues entonces, ¿con qué?

Y Yasmina le dijo al rey:

–Este frasquito lo tenía cierto sujeto, y yo, que se lo vi, le dije: «¡Dame ese botecito y pídeme lo que quieras!»

Pero él me respondió, diciendo:

–Este botecito no se compra ni se vende; pero, si lo quieres, ven acá y préstate a hacer conmigo lo que hace la gallina con el gallo y entonces te daré el frasco.

Y yo acepté la condición y así fue como el botecito vino a mi poder.

Luego que el rey oyó las palabras de Yasmina, exclamó:

–Siendo así, dame el botecito a mí y haz conmigo lo que el gallo hace con la gallina, no una vez sola, sino dos veces seguidas.

A lo que contestó Yasmina, la dama de los árabes:

–Dos veces no bastan. ¡Así Alá me abra la puerta de la atijara!

–Está bien–dijo el rey–; ven y házmelo cuatro veces.

Y Yasmina le dijo al rey:

–Pasa a ese otro aposento y prepárate a hacerlo.

Y pasaron a aquella habitación, uno detrás del otro, y el monarca se puso en seguida en la postura requerida para aquella venta extraña.

Y al ver eso Yasmina no pudo contener la risa, y tanto rió que se cayó al suelo sobre su trasero y exclamó:

–¡Por Alá, soberano del tiempo! ¡Eres rey y sultán y por un botecito te dejas perforar! ¿Cómo entonces fuiste capaz de cargar con la responsabilidad de dar muerte a aquel pescador de marras que me dijo a mí: «Dame un besito nada más y tuyo el pomo será»?

Al oír el rey tales palabras quedóse estupefacto y aturdido. Y miró con atención a Yasmina, la dama de los árabes, y rompió a reír y le dijo:

–¡Cómo! Pero ¿eres tú, Yasmina? ¿Y es tuyo todo esto, mi vida?

Y el rey abrazó a su esposa y le pidió perdón y con ella se reconcilió.

Y a partir de aquel día vivieron juntos los dos en amor y buena armonía.

¡Loado sea Aquel que, a quien le place, da la dicha y prosperidad!

Luego de referir su historia enmudeció el capitán de Policía Nuru-d-Din, y el sultán Baibars holgóse mucho de haberla oído y el pecho se le dilató y exclamó:

–¡Por Alá, que es esa una historia singular!

Pero entonces se adelantó otro capi-

tán, el seiseno, que se llamaba Chemalu-d-Din [3]. Y después de besar la tierra entre las manos del sultán, le dijo así:

–¡Soberano del tiempo! Yo también, si me das tu venia, te contaré una historia que espero te entretenga.

Y el sultán le dijo:

–Habla, que te doy permiso.

Y el capitán Chemalu-d-Din tomó la palabra y dijo:

[3] Pulcritud de la Fe.



HISTORIA QUE CONTO EL CAPITAN DE POLICIA, EL SEISENO

(Noches 537 y 538)

Esta historia que podría titularse Por un piojo, *como la famosa novela del Padre Coloma, puesto que es un insecto de la misma casta de los anopluros el que da pie para el argumento, es, por otra parte, una reiteración en el tan reiterado tema de los* agual *antropófagos, que se enamoran de las bellas hijas de los hombres y se limitan, por lo pronto, a comérselas a besos, mientras llega el momento de comérselas de verdad.*

La princesa de este cuento logra escapar a tan triste suerte valiéndose de un ardid tan sencillo–el dc escabullirse entre las mujeres del hammam–, *que confirma lo que sabemos de la roma inteligencia de esos vampiros y que veremos repetirse en otras historias, a cuenta de hombres no menos lerdos que esos monstruos y no menos terribles.*

De interés especial en el cuento es la mención de ese fabuloso Mar de Esmeralda, que tiñe de verde cuanto se sumerge en él, y tiene un pesador o medidor encargado de comprobar todas las mañanas si sus aguas han sufrido merma durante la noche. Ese Mar de Esmeralda, dotado de virtudes salutíferas, es una invención de traza talmúdica y recuerda la piscina probática del Evangelio.

Notemos, finalmente, el simbolismo erótico de ese piojo, criado en los cabellos de la linda princesa, y que tan rápidamente se desarrolla luego en la tinaja de aceite hasta adquirir proporciones monstruosas. Se trata, naturalmente, de una representación animada de la propia libido sexual de la heroína, que ya llegó a su plenitud de mujer, por lo que el rey, su padre,

decide casarla en seguida. Es un piojo demoníaco. En la novelita del Padre Coloma el piojo, también cogido en los cabellos de una señorita visitadora de pobres, simboliza la caridad, pero es causa también de que la señorita se case.

–Has de saber ¡ye rey del tiempo!, que érase una vez un sultán, el cual tenía una hija, y esa hija era linda, más que linda, y estaba muy mimada y agasajada y atendida, por lo cual habíase vuelto muy revoltosa y caprichosa, hasta un extremo tal que por eso la llamaban Dalal.

Y dizque estaba un día sentada la linda princesa y se rascaba la cabeza cuando, de pronto, se encontró entre el pelo un piojo pequeño.

Y la princesa estúvose un rato mirando al piojito y después lo cogió entre sus dedos y se levantó de su asiento y fue a la despensa, donde había varias hileras de zafras de aceite y miel y manteca.

Y fue la princesa y destapó una de las tinajas de aceite y cogió al piojo y con mucha delicadeza lo dejó sobre la capa de aceite y luego volvió a tapar la tinaja y se salió de la despensa y ya no volvió a acordarse más de nada.

Fueron luego pasando los días y los años y la princesa Dalal llegó a cumplir los quince de su edad, sin que volviera a acordarse para nada del piojo que dejara encerrado en la tinaja.

Pero el piojo fue creciendo y creciendo en aquel tiempo y se puso tan gordo que acabó por levantar la tapa de la zafra y se salió de ella y dizque parecía un búfalo del Nilo, en el tamaño, en los cuernos y en todo su aspecto.

De suerte que el guarda de la despensa, al verlo salir, huyó aterrado de allí, y, lanzando grandes gritos, llamó a los demás criados, y entre todos lograron coger al piojo por los cuernos y luego lo llevaron a presencia del rey, que, al verlo, se quedó maravillado y exclamó:

–¿Qué es esto?

Pero la princesa Dalal, que estaba presente, en pie al lado del trono, dijo:

–Pero si es mi piojito.

Al oír lo cual preguntóle el sultán:

–¿Qué dices de piojo, hija mía?

Pero la princesa le contestó en seguida:

–Sí, padre mío; este es un piojo que yo me cogí un día, al rascarme la cabeza, y lo metí en una zafra de aceite y allí se ha puesto tan grande y tan gordo como ahora lo vemos. Y como ya no cabía en la tinaja, rompió la tapa y se escapó.

Y el rey, al oír aquello, exclamó...

Vio Schahrasad venir la mañana y cortó el hilo de sus elocuentes palabras.

PERO LA NOCHE 538 SIGUIO CONTANDO LA MUCHACHA:

–Ha llegado a mis oídos, ¡ye sultán, el bienhadado!, que aquel rey, al oír las palabras de su hija, exclamó:

–Está bien, hija mía, pues eso es señal de que tú te debes casar. Porque lo mismo que ese piojo rompió la tapa de la tinaja y se escapó, pudieras tú también cualquier día saltar los muros de palacio e irte por ahí en busca de los muchachos. Así que lo mejor será

que yo te busque esposo para que no hagas lo que el piojo. ¡Y que Alá con sus bendiciones proteja nuestros blasones!

Encaróse luego el rey con su visir y le dijo:

–Coge ese piojo ahora mismo y degüéllalo y cuelga su pellejo a la puerta de nuestro palacio. Y llama a mi macero y al *scheij* de los escribas del alcázar y plántate a la puerta con ellos y estate a la mira. Y aquel que pase y acierte que la piel allí colgada es de piojo y no de otra alimaña, se casará con mi hija. Y al que no lo acierte mandarás que le corten la cabeza y lo desollarás y colgarás su piel sobre la puerta, al lado de la del piojo, para que la vean todos.

Hizo en seguida el visir lo que el rey le ordenara y despachó a la ciudad un pregonero, con el encargo de gritar por las calles y plazas:

«El que acertare con la clase de piel que hay colgada de la puerta del alcázar se casará con la hija de nuestro amo el sultán, la princesa Dalal, y al que no lo acierte, la cabeza se le cortará.»

Muchos fueron los vecinos de la ciudad que fueron a ver en seguida la piel. Y los unos decían:

–Es una piel de búfalo.

Y al punto les cortaban la cabeza de un tajo.

Y otros decían:

–Es la piel de un rebeco.

Y en el acto les cortaban el cuello.

Y de este modo subieron a cuarenta las cabezas cortadas y las pieles de hijos de Adán que al lado de la del piojo llegaron a colgar los esclavos del sultán.

Pero hete aquí que entonces acertó a pasar por allí un mancebo tan hermoso como la estrella Asch-Schirá [1] cuando refulge sobre el mar.

[1] Sirio.

Y al ver tanta gente allí reunida hubo de preguntar:

–¿Qué es lo que sucede y por qué hay aquí tanta gente?

A lo que le contestaron, diciendo:

–Pues porque el que acierte de qué animal es esa piel se casará con la hija del rey.

Oído lo cual llegóse el joven al grupo que formaban el visir, el macero y el *scheij* de los escribas y les dijo:

–Yo os voy a decir de qué animal es esa piel que cuelga ahí.

–Habla–le dijo el visir.

Y entonces dijo el joven:

–Esa piel es de un piojo, engordado en aceite.

Y el visir, al oírlo, lo felicitó y le dijo:

–Ven con nosotros a palacio, que el rey te está aguardando para extender en seguida tu partida de casamiento con su hija.

Entró el joven a la cámara regia y en aquel mismo instante se celebró su matrimonio con la princesa. Después de lo cual pasó el joven a la alcoba nupcial y se acostó con la linda Dalal y la despojó de su virginidad. Y la princesa Dalal sintióse feliz en brazos de aquel joven tan bello cual la estrella Asch-Schirá cuando vierte su fulgor en el mar.

Y permanecieron los recién casados cuarenta días en el palacio, hasta que al cabo de ellos entró el joven un día en la cámara del rey y le dijo a su suegro:

–Has de saber cómo yo soy hijo de un rey y quisiera llevarme a mi esposa conmigo al reino de mi padre y vivir allí con ella en adelante.

Trató el sultán de retener a su yerno, pero visto que no lo conseguía, acabó por decirle:

–Está bien, hijo mío. Podrás partir mañana mismo y yo te daré regalos, esclavos y castrados.

Pero el joven le replicó, diciendo:

–¿A qué viene eso? Allá en la corte de mi padre tenemos esclavos de sobra y solo quiero llevarme conmigo a mi esposa.

A lo que el rey le dijo:

–Está bien, hijo mío. Te llevarás contigo a tu esposa. Pero te suplico que también te lleves con ella a su madre, para que conozca tu país, y luego cuando quiera pueda volver allí.

Pero el joven le contestó al rey:

–¿Para qué vamos a ocasionarle esa molestia inútil a mi suegra, que es ya mujer de edad? Sin necesidad de eso yo os prometo a los dos traeros aquí a mi esposa todos los meses para que la veais y os alegréis.

Y el rey entonces le dijo al joven:

–Está bien, quedamos conformes.

Pero se ha de advertir que aquel joven hermoso no era otra cosa que un *algol* de las aguas y de la casta más peligrosa. Y tomó a Dalal y se la llevó consigo a su morada, que estaba en plena soledad, en lo más alto de una alta montaña. Y allí la dejó, en tanto él salía a dar la batida por aquellos campos, a hacer abortar a las mujeres encinta, meter miedo y dar sustos a las viejas y los chicos, aullar con el viento, ladrar a las puertas de las casas, chillar a medianoche, merodear por las ruinas, hacer maleficios, alcocarras y visajes en las tinieblas, visitar los sepulcros, husmar a los difuntos y cometer, en fin, toda suerte de desafueros y toda clase de desmanes, violencias y atropellos. Y después de eso recobraba su apariencia humana de joven hermoso y tornaba a su casa.

Y un día de entre los días le llevó a su esposa la cabeza de un hijo de Adán y le dijo:

–Mira, Dalal: toma esta cabeza y cuécela al horno y pártela en pedazos, para que entre los dos nos la comamos.

Pero la princesa Dalal le contestó al joven:

–Yo no como más que cabezas de carnero. Y esa que ahí me traes es una cabeza de hombre.

–Está bien–dijo él–; aguarda un momento e iré a buscarte un carnero.

Y el joven salió y volvió a poco de eso llevándole a su esposa un carnero. Y ella lo tomó y lo mandó guisar y luego se lo comió.

Continuaron viviendo así en aquella soledad los dos solos, el *algol* y la princesa Dalal, y todos los días salía el *algol* por ahí a cometer sus fechorías y luego volvía mostrando en su cuerpo las señales de las violaciones y las muertes que hacía.

Pero al cabo de los ocho días de hacer aquella vida fue el *algol* y salió y se transformó, tomando la apariencia de la madre de su esposa, y se vistió de mujer y fue de esa facha a llamar a la puerta de su casa.

Y salió a mirar por la ventana su esposa Dalal y preguntó:

–¿Quién va?

Y el *algol* contestó, remedando la voz de su madre:

–¡Soy yo, hija mía, abre!

Y Dalal, al oírla, bajó a abrirle con mucha prisa.

Y dizque en aquel tiempo que llevaba de vivir con el ogro se había puesto Dalal muy delgada y muy pálida y desmejorada.

Y el *algol* que, como decimos, tomara la forma de su madre, abrazó a la princesa con mucho cariño y luego le dijo:

–¡Hija mía querida! He venido a verte para prevenirte, porque hemos sabido que tu esposo es un *algol* de la casta infernal, que te hace comer carne de hijos de Adán. Y temo que el mejor día te coma a ti también, ¡hija mía! ¡Así que ven conmigo y huyamos en seguida!

Pero la princesa no quiso oírle hablar mal de su marido y le dijo:

–¡No digas eso, madre mía! Aquí no

hay *algol* ninguno ni nada que a *algol* huela. Y esas palabras tuyas solo pueden provocar nuestra ruina. Mi esposo es un hijo de rey, joven y hermoso cual la estrella Sohail cuando vierte en el mar sus fulgores. Y en cuanto a comida, me da un carnero cada día.

Apartóse entonces el *algol* de su esposa, muy contento al ver que no descubriera su secreto. Y recobrando su forma de joven guapo fue a llevarle a su esposa un cordero cebado. Y le dijo:

–Toma, Dalal, y manda guisarlo.

Y Dalal le dijo:

–Has de saber cómo en tu ausencia vino a verme mi madre, a pesar de tenérselo tú prohibido, y sin que yo tuviese en ello parte. Pero se fue en seguida, encargándome de saludarte.

–*¡Ye* y cuánto siento–exclamó el *algol,* al oírla–no haber llegado antes para ver a tu madre! Pero dime, Dalal: ¿te gustaría también ver a tu tía, la hermana de tu madre querida?

Y Dalal contestó:

–Claro que si.

Y el *algol* le dijo:

–Bueno; pues mañana mismo la tendrás aquí.

Y he aquí que al día siguiente, al despuntar la aurora, fue el *algol* y se transformó, tomando la forma de la tía de su esposa, y con esa apariencia fue a llamar a la puerta.

Y acudió Dalal a mirar por la ventana y preguntó:

–¿Quién es el que llama?

Y el *algol,* remedando la voz de su tía, le contestó:

–¡Abre, Dalal querida, que soy tu tía, que tenía muchas ganas de verte y no he podido contenerme!

Y el *algol,* disfrazado de su tía, besó a Dalal en ambas mejillas y vertió muchas lágrimas, y, en tanto lloraba, le decía:

–*¡Ye* la hija de mi hermana, si supieras...! ¡Cuántas calamidades y cuántas penas!

Y Dalal, al oír a su fingida tía, le preguntó, condolida:

–¿Por qué? ¿Cuándo? ¿Cómo, tía mía?

Y su tía empezó a quejarse:

–¡Ay, ay, ay!

Y Dalal le preguntó, compadecida:

–Pero ¿qué te pasa, dónde te duele, tita?

Y su tía le contestó:

–¡En ninguna parte, sobrina! ¡Es de ti de quien me duelo, pues hemos sabido que tu esposo es un *algol* de los más peligrosos!

Pero Dalal, al oírla, le dijo a su falsa tía:

–¡No digas eso, hermana de mi madre, que no hay tal! Mi esposo es un hijo de sultán, lo mismo que yo soy la princesa Dalal, y posee tesoros más valiosos y grandes que los de mi padre. Y en cuanto a su hermosura, se puede comparar con la de la estrella del Can cuando refulge sobre el mar.

Y Dalal, luego para probarle a su tía que allí comían carnero y no hijos de Adán, sirvióle una cabeza de carnero y la invitó a almorzar.

Y el *algol* comió y luego se marchó, muy satisfecho de ver que su esposa no descubriera su secreto.

Y luego volvió, llevando un carnero para su mujer y una cabeza de hijo de Adán, recién cortada, para él.

Y Dalal le dijo a su marido:

–Has de saber cómo mi tía vino a visitarme y me encargó saludarte.

Y el *algol,* luego que eso oyó, exclamó:

–¡Loado sea Alá, esposa mía! Muy amables son tus parientes, que no me olvidan. ¿No querrías ver ahora a tu otra tía, la hermana de tu padre, mujercita mía?

–Claro que sí–respondio Dalal.

Y el *algol,* su marido, le dijo:

–Pues mañana mismo te la mandaré, para que la veas; pero será la última vez que veas a tus parientes, porque, a

pesar de todo, tengo miedo a sus lenguas y a que nos indispongan si vienen.

Y al día, el siguiente, presentóse el *algol* a su esposa en figura de su otra tía, la hermana de su padre, y después de las zalemas y besos de rigor, por ambas partes, echóse a llorar la tía de Dalal y, entre sollozos, exclamó:

–¡*Ye* y qué desgracia tan grande la que ha caído sobre nuestras cabezas y la tuya, hija de mi hermano! Porque has de saber que ese tu marido no es más que un *algol* disfrazado. Ya tú también lo habrás averiguado y te conjuro a que me digas si es así, por los méritos de Mohammed el *nabi* (sean con él la zalá y el *selam).*

Y Dalal entonces no pudo guardar más en su pecho aquel secreto que la ahogaba y le dijo a su tía temblando y en voz baja:

–¡Calla, por Alá, tía mía, no sea que él nos oiga y se enoje de nuestras palabras y nos deje más anchas que largas! ¡Porque has de saber que me trae para comer cabezas de hijos de Adán, y, como yo me niego a comerlas y se las rechazo, se las come él, que es un antropófago! ¡Y tengo miedo de que me coma a mí también el día menos pensado!

Pero no bien hubo Dalal proferido esas palabras cuando recobró el *algol* su forma de tal y se convirtió en un ogro que rechinaba los dientes de puro furioso.

Y Dalal, al verlo, tembló de horror y el rostro le amarilleó.

Pero el *algol* le dijo sin mostrar enojo:

–¿Cómo descubriste mi secreto tan pronto?

Y Dalal se echó a sus pies y le suplicó:

–¡Perdóname por esta vez!

Pero el *algol* le replicó con ironía:

–¿Me perdonaste tú delante de tu tía? ¿Volviste acaso por mi honor? Cierto que no. Y por eso ahora yo te voy a comer. ¿Por dónde empezaré?

Al oír Dalal aquello imploró al ogro, diciendo:

–Puesto que has de comerme será que así lo quiere mi sino y me resigno. Pero te advierto que hoy no me lavé el cuerpo, y, si me comes ahora, te sabrá mal mi carne al paladar. Más vale, pues, que me dejes ir al *hammam* a bañarme y luego encontrarás blanca y sabrosa mi carne. Y me podrás comer empezando por donde te parezca bien.

Y el *algol* le contestó a Dalal:

–Tienes razón; es verdad.

Y en aquel mismo instante le presentó el ogro a Dalal una tina grande de oro para que se bañase, y luego la dejó y fue a buscar a otro *algol* amigo suyo y lo convirtió en un burro blanco y él se transformó en almocrebe, y cogió a Dalal y la montó en el asno y marchó con ella al *hammam* del pueblo más cercano, llevando consigo la tina del baño.

Y al llegar al *hammam* le dijo a la encargada:

–Aquí tienes tres dinares de oro como propina para que le des un buen baño a esta señora, que es la hija de un sultán. Y según te la entrego, me la devolverás.

Y el *algol* encomendó a los cuidados de la mujer a Dalal y él se quedó aguardando a la puerta del *hammam.*

Y pasó Dalal a la sala de espera del *hammam* y se sentó en el banco, que era de mármol, muy sola y muy triste junto a su tina de oro y su lío de ropas lujosas, en tanto las demás jóvenes entraban en el baño y se bañaban y luego salían, riendo y loqueando.

Y sucedió que las muchachas repararon en ella, que estaba en un rincón llorando, y se le acercaron y le preguntaron:

–¿Qué te pasa y por qué lloras, hermana? Anda y ven con nosotras a bañarte y quítate la ropa.

Pero Dalal les dio las gracias y les dijo muy apenada:

–¿Para qué bañarse? ¿Puede acaso el baño disipar los pesares y curar las penas que no tienen remedio? De pasar al baño siempre hay tiempo.

Pero a esta sazón entró en el *hammam* una mujer que iba vendiendo altramuces y alfóncigos tostados y llevaba sobre su cabeza un canasto. Y todas las muchachas le compraron: esta, una piastra; aquella, media piastra; estotra, dos piastras, y Dalal, por no ser menos y distraerse un poco comiendo altramuces y alfóncigos, llamó a la vendedora y le dijo:

–Ven acá, tía mía, y dame una piastra de esas chucherías.

Llegóse a ella la chuchera y le llenó un cuerno de altramuces, por valor de una piastra, y se lo entregó, y Dalal, en vez de darle una piastra a la mujer, se quitó su collar de perlas y se lo dio y le dijo:

–¡Toma, tía mía, para tus hijos! Deshízose la chuchera en gracias y bendiciones y le besó las manos a la joven, y Dalal le dijo entonces:

–¿No querrías, tita, cambiarme tu cuerno de altramuces y tus rotos vestidos por esta tina de oro y mis alhajas y los lujosos trajes que llevo en este envoltorio?

Quedóse la mujer asombrada, sin dar crédito a sus palabras, y exclamó amoscada:

–¿Por qué, hija mía, te burlas de mí, que soy una pobre vieja, y me gastas esas cuchufletas?

Pero Dalal le dijo a la vieja:

–No me burlo, madre; no creas tal, que te hablo con toda verdad.

Y entonces la vieja se quitó sus harapos y se los dio a Dalal.

Y esta se los puso en seguida y se cargó el canasto de los altramuces sobre su cabeza y se envolvió en el alizar azul, hecho jirones, de la vieja, y se ennegreció las manos con el barro del suelo del *hammam* y salió por la puerta donde su marido, el *algol,* la aguardaba sentado y, con voz temblona, iba voceando:

–¡Altramuces y torraos, que distraen el ánimo! ¡Alfóncigos tostados, que alegran a los apenados!

Pasó Dalal así por delante de su esposo, que no la conoció; pero luego que ya ella iba lejos, venteó su olor con su olfato de *algol* y asombrado pensó: «¿Cómo puede ser que el olor de Dalal se le haya pegado a esa vieja? ¡Por Alá, que no hay más remedio sino que he de aclarar ese misterio!»

Y el *algol* entonces se puso a dar voces, clamando:

–¡*Ye* la chuchera, la vendedora de altramuces y alfóncigos torrados!

Y visto que la supuesta vieja no volvía la cabeza, mudó el *algol* de opinión y pensó: «Mejor será que vaya a informarme al *hammam.*»

Y pasó allá y le preguntó a la encargada:

–¿Por qué tarda en salir tanto esa señora que te recomendé a tus cuidados?

Y la encargada le contestó:

–No tardará ya en salir con las demás señoras y señoritas, aunque no lo hará en seguida, pues tienen por costumbre estarse ahí hasta anochecido, entretenidas en depilarse, teñirse con alheña los dedos, perfumarse y trenzarse el pelo.

Tranquilizóse el *algol* al oír tales palabras y volvió a la puerta y se sentó de nuevo, y aguardó a que salieran las señoras del *hammam* hasta que salió la última y tras ella la encargada, y al verla el *algol* salir y disponerse a cerrar el *hammam,* la interpeló, diciendo:

–Pero ¿es que vas a dejar a esa señora encerrada ahí dentro?

Pero la encargada se volvió y le contestó:

–En el *hammam* no queda nadie ya,

como no sea esa vieja chuchera que no tiene casa ni hogar y por lástima la dejamos dormir en el *hammam.*

Luego que el *algol* oyó esas palabras, cogió por el cuello a la encargada y la zarandeó y estuvo en poco que no la estrangulara. Y en tanto que así la maltrataba la insultaba y la increpaba con estas palabras:

–¿Qué has hecho de esa señora? ¡So alcahueta! ¡Pero me tendrás que responder de ella y pagarás con tu cabeza!

Y la encargada protestaba:

–Yo no estoy encargada más que de mirar por las babuchas y las ropas de las bañistas, pero no respondo de sus personas.

Y como el *algol* le apretara más la garganta púsose a clamar, angustiada:

–¡*Ye* musulmanes, buenos creyentes, venid y acorredme!

Acudieron al punto los hombres del barrio, pero el ogro le seguía pegando a la mujer y gritando:

–¡Aunque esté en el séptimo de los planetas me la tienes que devolver, *ye* alcahueta de putas viejas!

Y esto es, por ahora, todo lo referente a esta parte de la historia.

Tengo entendido, ¡*ye* el sultán, el afortunado!, que Dalal, luego que salió del *hammam* y logró burlar la vigilancia del *algol,* siguió caminando y alejándose de allí en dirección a su país. Y en el trayecto, ya bastante lejos de aquella ciudad, encontró una alfaguara y en ella se lavó las manos y la cara y los pies y luego se dirigió a una casa cercana, que resultó ser el palacio de un rey.

Y Dalal se sentó al pie del muro del palacio aquel. Y una esclava negra que había bajado a despachar una diligencia la vio y subió y le dijo a su ama:

–¡*Ye* mi señora, si no fuera por el miedo y el temor que te tengo, te diría que ahí abajo acabo de ver una mujer más hermosa que tú!

–¿Sí?–exclamó su ama–. Pues baja por ella y tráemela acá y veremos si dices verdad.

Bajó luego la esclava, la negra, y le dijo a Dalal:

–¡Ven conmigo, que mi señora te quiere hablar!

Pero Dalal le contestó a la esclava:

–¿Acaso mi madre es una esclava de las negras o mi padre un esclavo de los negros para que yo me preste a eso?

Oído lo cual retiróse la esclava y fue a contárselo a su ama.

Y esta, entonces, despachó con el mismo recado a una esclava de las blancas. Y la esclava, la blanca, transmitióle a Dalal el recado de su ama. Y Dalal le contestó a la esclava:

–Dile a tu ama que yo no soy una esclava blanca ni una hija de esclavos blancos para subir arriba con una esclava blanca.

Y la esclava fuele en seguida a su ama con la respuesta a su embajada.

Y su dueña entonces, llamó a su hijo, el hijo del rey, y le dijo:

–Baja, hijo mío, y tráete a esa dama que abajo verás sentada.

Y el joven príncipe que por su belleza era semejante a la estrella Sohail cuando vierte en el mar sus fulgores, bajó en busca de Dalal y le dijo con mucha finura:

–¡*Ye* mi señora! Mi madre te ruega tengas la bondad de subir conmigo a su *harén,* que te quiere ver.

Y Dalal contestóle aquella vez:

–Contigo subiré, porque eres hijo de rey y sultán, lo mismo que yo soy hija de rey y sultán.

Y subió las escaleras, tomándole al joven la delantera.

Y he aquí que, al ver el joven príncipe subir las escaleras a Dalal, quedó prendado de su hermosura y la llama de la pasión le inflamó el corazón.

Y también Dalal sintió por él una pasión igual.

Cuanto a la madre del príncipe, luego que vio a Dalal quedóse maravillada y murmuró:

–Tenía razón la esclava. Es más bella que yo.

Y después de las zalemas y cumplidos de rigor, díjole a su madre el hijo del rey:

–Madre mía, yo quisiera casarme con ella, pues salta a la vista que es una princesa, que lleva sangre de reyes en sus venas.

Y la madre le dijo:

–Eso es cosa tuya, hijo mío. Tú eres quien debe decidirlo.

Llamó entonces el príncipe al cadí y en aquel mismo instante le mandó extender el contrato matrimonial y desposóse con Dalal. Y pasó luego a la alcoba nupcial.

Y sucedió que el mismo día en que se celebraba la boda del príncipe con la bella Dalal presentóse ante el rey, padre del novio, un hombre que conducía un carnero blanco muy grande y muy gordo, y, encarándose con el monarca, le dijo estas palabras:

–*¡Ye* señor, yo soy tu feudatario, y con motivo de las bodas de tu hijo te traigo como regalo este cordero blanco que con ese objeto he cebado! Pero te advierto, señor, que has de mandar que lo tengan atado a la puerta del *harén,* pues este cordero se ha criado entre mujeres, y, si no lo haces así y lo dejas ahí abajo, se pasará la noche entera balando y no dejará a nadie dormir.

–Está bien–contestó el rey–; acepto tu regalo, déjalo ahí.

Y en premio a su obsequio mandó que le dieran un aljalá al donador, el cual lo tomó y se largó.

Y el rey le dijo al guarda del *harén:*

–Toma este carnero y átalo a la puerta del *harén,* pues se ha criado entre mujeres y solo entre ellas se encuentra bien.

Y hete aquí que, llegada que fue la noche y el hijo del rey entró en la alcoba nupcial y se acostó y se durmió al lado de Dalal, fue el carnero, el blanco, y rompió su cuerda y se soltó y entró en la habitación. Y el carnero, que no era otro que el *algol* de marras que esa forma tomara, cogió a la desposada y bajó con ella al patio y allí le dijo, sin mostrar enfado:

–Dime, Dalal, por favor, si me has dejado algo de honor.

Y ella le imploró:

–¡Por Alá no me comas, señor!

Pero él le contestó:

–De esta vez no pasa; te tengo que comer.

Oído lo cual le dijo Dalal:

–Está bien, señor. Pero antes de comerme déjame que vaya al retrete a hacer una necesidad urgente.

–Está bien–díjole el *algol–;* ven conmigo, que yo mismo te llevaré.

Y el *algol* cogió a Dalal y la llevó al lugar excusado que había en el patio y la metió dentro y él se quedó a la puerta, aguardando.

Pero Dalal, no bien hubo entrado en el retrete, luego alzó al cielo sus dos manos, diciendo:

–*¡Ye* nuestra señora Seineb, hija de nuestro Profeta, el bendito! ¡Tú, que socorres a los desvalidos, acude ahora en mi auxilio!

Y en el acto la santa llamó, apiadada, a una de sus devotas de casta genial, y esta hendió el muro del retrete y le dijo a Dalal:

–¿Qué quieres?

Y Dalal le contestó:

–Que me salves de ese *algol* que está ahí fuera y que va a comerme, si no lo remedias.

Oído lo cual díjole a Dalal la genio:

–Y si te libro de él, ¿me dejarás darte un beso?

–Desde luego–respondióle la joven.

Y entonces la genio, la devota de *sitt* Seineb, rajó el tabique del patio y se echó sobre el *algol* con brusquedad y le dio un puntapié en los testículos.

Y fue tal el golpe que el *algol* no pudo resistirlo y quedó muerto alli mismo.

Y entonces la genio volvióse al retrete y cogió a Dalal de la mano y le enseñó el carnero blanco, que yacía muerto en el suelo del patio.

Y entre la genio y Dalal lo sacaron del patio y en un hoyo lo echaron.

Y después la genio diole a Dalal un beso en el carrillo y le dijo:

–Ahora, Dalal, voy también yo a pedirte a ti un favor.

A lo que Dalal le contestó:

–Pídeme lo que quieras; habla sin temor.

–Pues lo que yo quiero–replicó la genio–es que te vengas conmigo, aunque solo sea por una hora, al mar de Sabarchada [2].

–Está bien–contestó Dalal–; pero dime: ¿para qué?

Y la genio le dijo:

–Pues porque has de saber que tengo a mi hijo enfermo y ha dicho el médico que sólo se pondrá bueno bebiendo una taza de agua del mar de Sabarchada. Y en ese mar solo una hija de Adán puede llenar una taza de agua. Así que aprovecho el haber venido para ayudarte y te pido por favor este servicio.

–Pues cuenta con ello–respondió Dalal–; yo tu deseo pongo sobre mi cabeza y sobre mis ojos. Sin más condición que la de que he de estar aquí de vuelta antes de que mi esposo se levante y no me vea.

–Así, hija mía, será–respondióle la genio a Dalal.

Y acto seguido se la montó en los hombros y remontó el vuelo y fue volando, sin hacer una parada, hasta llegar al mar de Sabarchada.

Y ya a orillas del mar de Sabarchada aterrizó la genio y le dio a Dalal una escudilla de oro para que la llenase de agua de aquel mar milagroso.

Hízolo así Dalal; pero, al retirar la escudilla, sucedió que una ola le salpicó la mano y la mano al momento se le puso verde, como la hoja del trébol.

Cogió luego la genio a Dalal y se la echó otra vez sobre los hombros y remontó con ella el vuelo y fue volando sin parar hasta dejarla en su alcoba nupcial, al lado de su esposo, que aún no se levantara del lecho.

Y se ha de saber que el mar de Sabarchada tiene un almotacén que lo pesa todas las mañanas, para comprobar si alguien ha ido a robarle agua. Y el tal almotacén que responde del mar lo fue a pesar aquella mañana y lo pesó y vio que faltaba una escudilla de agua. Y se preguntó el pesador: «¿Quién será el ladrón? No he de parar hasta que lo logre averiguar. Porque el ladrón tendrá en la mano la señal del mar de Sabarchada, y, en cuanto eso vea yo, lo conduciré a presencia de nuestro sultán y el sultán decidirá lo que con él se haya de hacer.»

Y acto seguido el almotacén del mar de Sabarchada cogió un azafate y puso en él pulseras de abalorio y tumbagas y se lo colocó sobre la cabeza y se lanzó a recorrer las tierras de Alá, gritando al pie de las ventanas de los palacios: «¡Pulseras de abalorio traigo para las princesas y sortijas de esmeraldas para las hijas de las sultanas!»

Y así recorrió el pesador tierras y países sin encontrar a la dueña de la mano verde, hasta que llegó al pie de las ventanas del palacio de Dalal y se puso a pregonar:

«¡Pulseras de abalorio traigo para las princesas y sortijas de esmeraldas para las hijas de las sultanas!»

Y Dalal, que estaba asomada a la ventana de su palacio, vio los brazaletes y las sortijas que el hombre llevaba en su azafate y le gustaron.

Y Dalal le dijo al vendedor:

[2] Esmeralda.

–Aguarda un momento, que en seguida bajo y me las pruebo.

Y Dalal bajó luego donde estaba el mercáder que era el pesador del mar de Sabarchada, y le tendió su mano, la izquierda, y le dijo:

–Prúebame las pulseras y las sortijas más hermosas que tengas.

Pero el vendedor le dijo, al verla:

–¿No te da vergüenza, princesa, de mostrarme tu mano, la izquierda? Yo solo pruebo las manos derechas.

Y Dalal, abochornada ante la idea de enseñar su mano, la derecha, que se le había puesto verde como la hoja del trébol, se excusó, diciendo:

–Es que me duele la mano, la derecha, y por eso te ofrezco la izquierda.

Pero el vendedor le dijo a la princesa:

–Eso no importa; yo solo necesito vértela y con eso me basta para saber la medida exacta.

Y Dalal no se pudo excusar ya y le mostró al vendedor su mano, la derecha. Y en cuanto el almotacén del mar de Sabarchada vio la mano de la princesa, que se había puesto verde como la hoja del trébol, luego comprendió que era ella quien sacara del mar de Sabarchada la escudilla de agua que en él faltaba.

Y sin pararse en más cogió a Dalal y llevósela a presencia de su sultán y se la puso entre sus manos, diciendo:

–¡*Ye* rey del mar! Esta mujer ha robado una escudilla de agua del mar de Sabarchada. Ahí la tienes, pues, y tú sabrás lo que con ella has de hacer.

Y el sultán del mar de Sabarchada miró a Dalal con ojos de rabia. Pero no bien sus ojos se posaron en ella quedóse el sultán enamorado de su belleza y en el acto le dijo:

–Ahora mismo, hermosa joven, voy a mandar que me casen contigo.

Pero Dalal, al oírlo, le dijo:

–Eso no puede ser, señor, pues yo estoy ya casada como Alá manda con un guapo joven que semeja la estrella Sohail cuando vierte en el mar sus fulgores.

Y el sultán, entonces, le dijo a Dalal:

–Está bien; pero dime: ¿no tendrías una hermana que se te pareciera o una hija o aunque fuera un hijo, que para mí es lo mismo?

Y Dalal le dijo al sultán:

–Tengo una hija de diez años que es ya mujer y sale en lo hermosa a su padre.

Y el sultán contestó:

–Está bien.

Y llamó el sultán al almotacén y le ordenó:

–Lleva otra vez a esta dama al lugar donde estaba.

Y el pesador del mar de Sabarchada cogió a Dalal y se la montó sobre sus hombros y, en unión del sultán, partieron allá todos y dizque el soberano llevaba a Dalal cogida de la mano.

Y así llegaron al palacio del rey y el sultán del mar siguió a Dalal al aposento de su marido, y, después del *selam,* le dijo:

–Quiero hacer alianza contigo, casándome con tu hija y formar parte de tu ilustre familia.

Y el rey le contestó, diciendo:

–Honrado con ello me consideraré. Pero dime la dote que a mi hija puedes ofrecer.

Y el sultán del mar de Sabarchada le dijo:

–Le daré a tu hija de dote cuarenta camellos cargados de esmeraldas y jacintos.

Aceptó el rey la proposición y quedaron de acuerdo los dos. Y sin tardar celebráronse las bodas del sultán del mar de Sabarchada con la hija de Dalal y el príncipe joven, que, por lo bello, se parecía a la estrella Sohail.

Y a partir de aquel día vivieron todos juntos en la más completa y dichosa armonía.

¡Loor a Alá en toda ocasión y trance de vida!

Luego que el capitán de Policía Chemalu-d-Din acabó de contar su historia, el sultán Baibars, sin darle tiempo a volver a su puesto, lo felicitó, diciendo:

–*¡Ual-Lah;* esa es la historia más linda que en mi vida oí contar!

A lo que respondió el capitán:

–Es que se volvió así para agradar a nuestro señor, el sultán.

Y dicho que hubo aquello, se retiró a su puesto.

Adelantóse entonces otro capitán, el seteno, que se llamaba Fajru-d-Din [3], y besó la tierra entre las manos del sultán Baibars y después habló así:

–¡Emir de los creyentes y rey nuestro! Voy a referirte una historia que me sucedió a mí mismo y que no tiene más mérito que el de ser corta.

–Habla–díjole el sultán.

Pero vio Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras.

[3] Gloria de la Fe.





HISTORIA QUE CONTO EL CAPITAN DE POLICIA, EL SETENO

(Noche 539)

Este cuento, o mejor dicho, este chascarrillo, cuya gracia pertenece al resorte de lo escatológico, toca el tema, tan frecuente en la literatura jocosa oriental, del pedo, follón o cuesco intempestivo, que pone en un apuro al que lo deja escapar. Aquí el ingenio del pedorro salva la situación. Pero en otras anécdotas de la serie, como en el titulado El pedo histórico, *la impresión de bochorno que experimenta el personaje ante su* lapsus *es tal que se convierte en una obsesión y da un giro trágico a su vida.*

Por lo demás el pedo es un recurso cómico en todas las literaturas antiguas y se prestaría a una monografía interesante, desde el punto de vista psicoanalítico.

Y LA NOCHE 539 SIGUIO HABLANDO EN ESTA FORMA:

–Ha llegado a mis oídos, *¡ye* el sultán, el afortunado!, que el capitán Fajru-d-Din díjole a su soberano:

–Has de saber, *¡ye* rey del siglo!, que un día de entre los días hubo de introducirse un ladrón de los árabes, del lugar en que yo prestaba mis servicios en casa de un labrador, para robarle un costal de trigo.

Pero la gente del cortijo sintió ruido y me llamó a gritos, clamando a una voz:

–¡Al ladrón, al ladrón!

Acudí yo con mis hombres en seguida; pero el ladrón se escondió tan bien que no pudimos dar con él.

Pero hete aquí que, cuando yo me volvía ya desalentado, camino de la

puerta, hube de pasar junto a un montón de trigo que en el patio había y encima del cual estaba una cazoleta de cobre que servía de medida.

Y de pronto, al pasar yo, sonó dentro del trigo un pedo feroz, y la cazoleta de cobre voló por los aires a cien metros de allí, lo que a todos nos llenó de asombro.

Luego que me repuse yo de la sorpresa, procedí a registrar el montón de trigo, y allí me encontré al árabe que se había escondido y estaba acurrucado con el tafanario levantado.

Lo prendí en el acto y le até las manos y lo interrogué sobre aquel ruido tan extraño que habíamos oído y que me sirviera para descubrirlo.

Y el árabe me dijo:

–Fue un cuesco que solté con toda intención, mi señor.

–¡Alá te maldiga!–contestéle yo–. ¿A qué viene eso y cómo se te ocurrió ventosear en tal ocasión?

Y el árabe me contestó:

–Tienes razón, señor, que ese pedo fue el que me denunció. Pero lo hice por tu bien.

Y yo le pregunté:

–¿Qué estás diciendo, hijo de perro? ¿De cuándo acá puede aprovecharle a nadie un pedo?

Pero él me replicó, diciendo:

–¡No me insultes, capitán! Que si ventoseé fue solamente por ahorrarte el trabajo de hacer indagaciones y pesquisas por la ciudad y los campos; así que te ruego me pagues favor por favor, ya que eres de los hombres de pro.

Al oír yo aquello, mi señor, no pude resistir a la fuerza del argumento. Y le quité al ladrón las esposas de las manos y lo solté generosamente y lo dejé marchar en busca de su suerte.

Y esta es, *¡ye* mi señor!, la historia que te quería contar yo.

Luego de oír la narración del capitán Fajru-d-Din díjole el sultán Baibars:

–¡Por Alá, que hiciste bien, capitán, y que estaba justificada tu generosidad!

Volvióse luego el capitán Fajru-d-Din a su sitio y adelantóse otro capitán, el ocheno, que se llamaba Nizamu-d-Din [1], y le dijo así:

–Lo que yo te voy a referir, ¡soberano del siglo!, no guarda ninguna relación, ni remota ni cercana, con la que acabas de oír.

Y el sultán Baibars preguntó al capitán:

–¿Se trata de cosa oída o de cosa vista?

Y el capitán Nizamu-d-Din le respondió:

–Se trata de una cosa oída, señor.

–Está bien, dila ya–lo intimó el sultán.

Y el capitán Nizamu-d-Din tomó la palabra y dijo así:

[1] Constitución de la Fe.





HISTORIA QUE CONTO EL CAPITAN DE POLICIA, EL OCHENO

(Noches 539 y 540)

Historia de tipo fabuloso, en que juega el principal papel el corculillo o corazoncito de la gallina, y que es algo así como núcleo vitamínico, pues dota de energías extraordinarias a quien lo ingiere. Por otro lado, guarda este cuento estrecha relación con la venerable fábula de la gallina de los huevos de oro, que pertenece al folklore universal.

–Erase una vez, señor, un murguista ambulante, el cual era casado y su mujer quedó encinta de él, y, llegado su tiempo, le dio, con ayuda de Alá, un hijo varón.

Y dizque el citado no tenía en su casa ni una moneda de plata con qué pagar a la comadrona y hacerle un regalo a su esposa. De suerte, pues, que se marchó desesperado de su casa y le dijo a su mujer, que seguía en cama:

–Me iré por esos caminos de Alá a mendigar, a ver si tengo la suerte de encontrar quien me dé dos monedas de cobre de limosna, para darle una a cuenta a la comadrona y otra también a cuenta al recovero para que me dé un pollito, con el cual pueda hacerte un buen caldo, para que te repongas del parto.

Y así diciendo fuese de su casa el murguista, y, al cruzar un campo, vio a una gallina que en una piedra estaba subida. Y el hombre se acercó con mucho sigilo a la gallina y la cogió de improviso antes de que pudiera huir, y, al hacerlo, encontró debajo de ella un huevo recién puesto. Y se lo guardó en el bolsillo, diciendo:

–¡Bendito día el de hoy! Esto precisamente era lo que yo necesitaba y ya, gracias a Alá, no tengo que mendigar. Le daré esta gallina a la hija de mi tío y venderé el huevo por una moneda de cobre y se lo daré a la comadrona a

cuenta de su trabajo, que es justo me cobre.

Y animado de ese propósito dirigióse el hombre al zoco de los huevos. Pero al pasar por el zoco de los orfebres y los joyeros se topó con un judío, su conocido, y le preguntó el judío:

—¿Qué llevas ahí, amigo?

A lo que le contestó el murguista:

—Llevo una gallina, con un huevo.

Y el judío le dijo:

—¡Enséñamelo!

Enseñóle el murguista al judío la gallina y el huevo y el judío le dijo:

—¿Me vendes ese huevo?

—Sí—le respondió el murguista.

—¿Cuánto quieres por él?—le preguntó el judío.

Y el hombre le dijo:

—Di tú primero cuánto das por el huevo.

—Diez dinares de oro—le respondió el judío—y dizque vas bien servido.

Pero el otro, al oírlo, pensó que se burlaba de él y le dijo:

—Te burlas de mí, porque soy un pobre, pero de sobra sabes tú que no es ese el precio de este huevo.

Pensó el judío a su vez que el murguista encontraba bajo el precio y le dijo:

—Bueno; te ofrezco quince dinares por el huevo, pero de ahí no paso y no subo ni un céntimo.

Pero el otro, exclamó, al oírlo:

—¡Alá abra puerta!—y rechazó la oferta.

Y entonces el judío, ya cansado, le dijo:

—Bueno; aquí tienes veinte dinares de oro flamante, en dinero contante y sonante. Si los quieres, los tomas y me das el huevo, y si no, ahí te quedas con él que no estoy para perder tiempo.

Y al ver el del cornetín que el judío hablaba en serio tomóle los veinte dinares y le entregó el huevo y se apresuró a volver la espalda y alejarse.

Pero el judío corrió tras él y le preguntó con mucho interés:

—¿Tienes en tu casa muchos huevos así?

Y el hombre le contestó:

—Cierto que sí; mañana, si Alá quiere, me pondrá otro la gallina y yo te lo traeré y te lo venderé al mismo precio que ese. Por tratarse de ti, que eres mi amigo, que a cualquier otro no se lo daría en menos de treinta dinares de oro.

—Está bien—respondió el judío—. Dime dónde vives y yo mismo iré a tu casa por el huevo y te lo pagaré al mismo precio y te ahorraré así el trabajo de traérmelo.

Diole entonces el murguista las señas de su casa y ambos quedaron de acuerdo, después de lo cual el trompetero fue a comprar otra gallina para su esposa y se quedó con aquella tan ponedora. Y le pagó con todo rumbo su trabajo a la comadrona.

Y al día, el siguiente, díjole el trompetero a su esposa:

—Mira, hija de mi tío, no vayas a matar esa gallina, la negra, que está en la cocina, que es la bendición de nuestra casa, pues pone huevos que valen el precio corriente de veinte dinares... Y esa cantidad me da por cada huevo que pone ese mercader judío que tú conoces.

Y en efecto: desde entonces todas las mañanas iba el judío a recoger el huevo recién puesto y le pagaba por él al murguista veinte dinares de oro, en dinero contante y sonante. De suerte que al poco tiempo nuestro murgante nadaba en la opulencia y poseía en el zoco una de las mejores tiendas.

Luego que su hijo estuvo en edad de ir a la escuela, y dizque aquel hijo naciera el mismo día que su padre encontró la gallina, mandó el murguista labrar a sus expensas un colegio magnífico y reunió en él a los niños pobres de la ciudad, para que al mis-

mo tiempo que su hijo aprendiesen allí a leer y escribir.

Y eligió para maestro a un sabio alfaquí, que se sabía de memoria el *Corán* y podía recitarlo de corrido, del principio hasta el fin y del fin al principio.

Después de lo cual decidió el del cornetín ir en peregrinación al Hichás y le dijo a su esposa:

–Ten mucho cuidado de que el judío no te haga una jugarreta y te quite la gallina, la negra.

Y después el murguista partió para Meca.

Pero a poco de haberse ido él con los peregrinos fue el judío y llegóse un día a su mujer y le dijo:

–Te doy una maleta llena de oro a cambio de esa gallina, la negra, que está en la cocina.

Pero la mujer del musiquillo le contestó, diciendo:

–No puedo complacerte, pues mi marido, antes de partir, me dijo que no te vendiera nunca la gallina, sino solo los huevos, y se enfadaría mucho si te la vendiera, a su regreso.

Pero el judío entonces le dijo:

–No te preocupes por eso, que yo cargaré con la responsabilidad, y tengo en el zoco una tienda adonde puede ir tu marido a pedirme cuentas.

Y así diciendo abrió el judío la maleta y le enseñó a la mujer el oro que contenía, y la mujer, al ver tanto oro junto, se deslumbró y le entregó al judío la gallina, la negra, a cambio de la maleta.

Y el judío cogió la gallina y la degolló en seguida y le dijo a la mujer:

–Límpiala y guísala, que luego pasaré a recogerla. Y te prevengo que, como le falte algún pedazo, por pequeño que fuere, le abriré yo el vientre a quien se lo haya comido y se lo sacaré.

Y el judío, luego que eso dijo, se despidió de la mujer y se fue.

Y hete aquí que, a la hora de mediodía, el hijo del murguista volvió de la escuela y vio que su madre apartaba de la lumbre un puchero con la gallina y ponía esta en un plato de china y la cubría con una servilleta de muselina.

Y al chico se le antojó en seguida comerse un trozo de aquella gallina tan incitante y le dijo a su madre:

–¡Dame un poquito de esa gallina, madre mía!

Pero su madre le contestó:

–No puedo, hijo mío, que no es mía, pues se la vendí al judío.

Luego se ausentó de allí la mujer y fue a hacer una necesidad, y entonces el chico aprovechó la ocasión y levantó la servilleta de muselina que cubría la gallina y de una dentellada le arrancó a esta el corculillo y se lo tragó, aunque estaba calentito.

Hubo de verlo una de las esclavas y le dijo:

–¡*Ye* qué desgracia, señorito! ¡Vete ahora mismo de aquí y escóndete donde puedas, pues dijo el judío que luego vendría por la gallina, y así lo hará y te rajará el vientre para sacarte de él el corculillo de la gallina que te has comido!

Y el muchacho, al oírla, le dijo:

–¡Tienes razón; me iré, que tan rico corculillo no quiero perder!

Y el muchacho, en el acto, montó en su mula y se marchó.

No tardó el judío en presentarse en la casa a recoger su gallina, y, al tomarla, notó al punto que le faltaba el corculillo.

Y le dijo a la mujer del murguista:

–¿Dónde está el corculillo de esta gallina?

Y la mujer le contestó, azorada:

–Salí a hacer una necesidad y entre tanto vio la gallina mi hijo y de una dentellada le arrancó el corculillo.

–¡Mal haya tu hijo!–exclamó el ladino–. ¡Dime adónde ha ido, que voy por él en seguida a sacarle del vientre

el corculillo de la gallina, que para eso era mía, que te la compré con mi dinero y a buen precio!

Y la mujer le dijo:

–¡Yo no sé adónde habrá ido a parar mi hijo, que de aquí salió poseído de pavor!

Marchó el judío desalado en busca del muchacho y se echó a vagar por esas tierras de Alá, recorriendo ciudades, alcarrias y aldeas y preguntando a todo el mundo si habían visto por casualidad un chico de estas y estas señas, sin que nadie de él razón le diera.

Hasta que por fin, al cruzar un campo, encontróse el judío con el chico, que estaba allí dormido. Y el judío se acercó al muchacho con mucho sigilo y con intención de matarlo; pero el muchacho, que dormía con un ojo abierto y el otro cerrado, sintió los pasos del judío y se despertó, sobresaltado.

–¡Ven acá, so granuja!–increpóle el judío–. ¿Quién te mandó comerte el corculillo de la gallina, que era mía? ¿No sabes que por ella le di yo a tu madre una maleta llena de oro y ella me la vendió y ella aceptó la condición que le puse yo? Pues ahora te voy a matar para sacarte de la tripa el corculillo de la gallina.

Pero el muchacho, después de oírlo, sin inmutarse, le dijo al judío:

–¡Vete noramala, judío! ¿No te da vergüenza haber echo tan largo viaje por un simple corculillo de gallina que nada vale? Y todavía quieres matarme para sacármelo del vientre, ¡miserable!

–Di lo que quieras–respondió el judío–; pero disponte a morir, ¡so atrevido!

Y el judío se sacó de la faja un puñal que allí llevaba prendido y se dispuso al punto a abrirle el vientre al chico.

Pero este, con una sola de sus manos, cogió al judío y lo levantó en vilo, y luego lo tiró contra el suelo, moliéndole los huesos, hasta dejarlo allí más ancho que largo. Y el judío maldito reventó en el acto.

Y esto es todo lo referente al judío.

Cuanto al chico no tardó en sentir los efectos de haber ingerido el corculillo de la gallina, según queda dicho.

Pues al emprender el regreso a su casa se extravió en el camino y fue a parar a una ciudad, donde hubo de ver el palacio de un rey, a cuya puerta había colgadas cuarenta cabezas, menos una que faltaba para redondear la cuenta.

Y al ver aquello el chico preguntó a la gente y dijo:

–¿Por qué están esas cabezas ahí colgadas de la puerta?

Y entonces le dieron esta respuesta:

–Pues porque el rey tiene una hija muy guapa y muy valiente que en combate singular nadie la vence. Y la princesa ha mandado publicar un bando diciendo que, quien logre vencerla, se casará con ella, y el que no lo logre, perderá la cabeza.

Luego que eso oyó el muchacho entró en el palacio y subió hasta la sala donde el sultán estaba, y, encarándose con él, le dijo al monarca:

–¡*Ye* rey del siglo: vengo a luchar con tu hija y a medir con ella mis bríos!

Y el rey le contestó, al oírlo:

–¡Mejor será que te vayas, hijo! Pues otros más fuertes que tú lucharon con mi hija y ella los venció y perdieron la cabeza y yo sentiría mucho que tú también la perdieras.

Pero el muchacho le contestó, impávido:

–Pues bien, no pases por mí ninguna pena, que yo quiero que me venza y me corten la cabeza y la cuelguen de la puerta.

Oído lo cual le dijo el sultán:

–Está bien, hágase tu voluntad; escríbelo así en este papel y estampa tu sello en él.

Y en el acto el muchacho escribió su declaración y luego la selló.

Procedieron entonces los servidores de palacio a extender una alfombra en el patio y la princesa y el hijo del murguista salieron a la liza y empezaron a medir sus fuerzas, cogiéndose uno a otro por en medio del cuerpo y por debajo del sobaco y así lucharon, maravillosamente enlazados.

Y tan pronto era el muchacho el que derribaba en tierra a la princesa como esta la que, irguiéndose al punto como una serpiente, derribaba a su enemigo y lo postraba, sin que pudiera impedírselo; pero en el curso de tales alternativas ninguno de los luchadores consiguió hacer que el otro tocara el suelo con sus hombros.

Hasta que el rey, disgustado al ver que su hija no triunfaba tan fácilmente aquella vez, exclamó:

–¡Basta por hoy, que ya está bien; mañana seguiréis luchando, hasta ver quién gana y se lleva la palma!

Dicho lo cual mandó el rey separar a los dos campeones y se volvió a sus habitaciones y llamó a sus médicos de cámara y les dijo estas palabras:

–Esta noche, cuando esté dormido, le daréis una dosis de *banch* a ese joven que con mi hija ha luchado hoy y examinaréis su cuerpo para ver si por casualidad lleva encima algún talismán al que deba su resistencia, pues es raro, en verdad, que mi hija, que ha vencido hasta aquí a los más fuertes y esforzados caballeros del mundo y ha hecho morder el polvo a cuarenta menos uno, no haya logrado dar en tierra con ese muchacho, que no tiene, al parecer, nada de extraordinario. Sin duda que aquí media algún misterio y eso es lo que hay que descubrir. ¡Y si no lo conseguís desde ahora os prevengo que quedará malparada vuestra ciencia y perderé la fe en vuestra asistencia y os echaré de mi palacio y de mi ciudad y de mis tierras!

Luego, pues, que llegó la noche se durmió el joven.

Y los médicos del rey, aprovechando su sueño, fueron y lo hicieron aspirar una fuerte dosis de *banch,* y, después de narcotizarlo, procedieron a examinarlo y reconocerlo, miembro por miembro, dándole golpecitos en ellos, como quien golpea una tina, hasta que por fin lograron descubrir dentro del pecho, envuelto en sus entrañas, el corculillo de la gallina. Y entonces los médicos se armaron de tijeras y otros instrumentos y le hicieron al joven un corte en el pecho y de allí le sacaron, con tino y pericia, el corculillo de la gallina. Después de lo cual le cosieron el pecho, lo rociaron con vinagre heroico y lo dejaron y se retiraron.

Amaneció luego la mañana y despertó el muchacho de su letargo y se notó fatigado del pecho y sin la fuerza del día antes en sus miembros. Porque dizque se le fueron las energías con el corculillo de la gallina, que tenía la virtud de hacer invencible al que lo comía.

Y al verse el joven en aquel estado de decaimiento e inferioridad optó por huir de la ciudad y renunciar a su peligrosa empresa, temiendo que la princesa lo venciese en la lucha y lo mandara matar.

Y el muchacho echó a correr en el acto...

Sorprendió aquí a Schahrasad la mañana y cortó el hilo de sus elocuentes palabras.

PERO LA NOCHE 540 DIJO LA MUCHACHA:

–Ha llegado a mi noticia, *¡ye* el sultán, el afortunado!, que el joven de mi historia echó a correr en el acto y no paró de correr hasta que perdió de vista el palacio y la ciudad y se adentró en los campos, apartándose del arrecife, para no ser notado.

Y ya en pleno campo se encontró con tres hombres que estaban disputando y les preguntó:

–¿Por qué disputáis?

Y ellos le contestaron:

–Por una cosa disputamos.

–¿Por una cosa? ¿Por cuál?–les tornó el joven a preguntar.

Y ellos respondieron:

–Escucha y lo sabrás. Se trata de esta almofalla que aquí ves, la cual no es una almofalla como las demás, sino que posee la virtud mágica de transportar en seguida a quien se le suba encima y la golpee con esta varita a donde él desee, por lejos que esté y aunque fuere al galayo del Monte Kaf, que en un abrir y cerrar de ojos lo lleva allá. Y por su posesión estamos dispuestos a reñir y matarnos y por esa razón disputamos.

Pero el chico, luego de oírles, les dijo:

–Eso que hacéis es insensato. En vez de mataros unos a otros lo que debéis hacer es tomarme a mí por árbitro y yo, a fuer de imparcial, dictaré mi fallo con absoluta equidad.

Recapacitaron ellos una hora de tiempo y luego le dijeron:

–Está bien, muchacho; tú serás nuestro árbitro.

Oído lo cual les dijo el muchacho:

–Tended la almofalla en el suelo, a fin de que yo pueda ver lo larga y lo ancha que es.

Hiciéronlo así ellos y el joven se subió sobre la almofalla y les dijo:

–Mirad. Voy a tirar ahora una piedra con toda mi fuerza y vosotros echaréis a correr los tres detrás de ella. Y para el primero que la coja será la alfombra.

–Está bien–dijeron los tres.

Y entonces el muchacho cogió una piedra y la tiró con toda su fuerza, y los tres echaron a correr detrás de ella.

Y en tanto ellos corrían para alcanzar la piedra fue el joven y tocó la almofalla con la varita y le ordenó:

–¡Llévame ahora mismo en línea recta al patio del palacio del rey y déjame allí, en medio de él! [1]

Y en el mismo instante obedeció la almofalla volante y condujo al joven por los aires hasta el patio del palacio y allí lo dejó, en medio del lugar en que las justas de la princesa con sus pretendientes se solían celebrar.

Y el joven empezó a gritar:

–¡Aquí está el luchador! ¡Que salga la princesa a probar con él sus fuerzas!

Acudió allí en el acto la princesa y se subió encima de la almofalla y se colocó frente al muchacho en ademán de medir con él sus fuerzas. Pero el joven, en seguida, golpeó la almofalla con su varita y le ordenó:

Llévanos sin tardar, en un solo vuelo, a la cumbre del Monte Kaf.

Y al punto la almofalla, ante la general estupefacción, elevóse por los aires con el joven y la princesa, y, en menos que se cuenta, los dejó a los dos en la cumbre del Monte Kaf, según el muchacho le acabara de ordenar.

Y el joven dijo a la princesa:

[1] Este paso, como el lector recordará, es una variante de otro análogo en la *Historia de Hasán, el joyero de Bazra.*

–¿Quién es ahora el vencedor en la contienda, la que mandó que me sacaran del pecho el corculillo de la gallina o el que se apoderó de la hija del rey, en su propio palacio y la raptó?

Y la princesa exclamó:

–¡Me pongo bajo tu protección! ¡Dame tu perdón y llévame de nuevo al palacio de mi padre y le diré que me has vencido y que quiero casarme contigo! Y mandaré a los médicos que vuelvan a ponerte en el pecho en seguida el corculillo de la gallina.

–Está bien, princesa–dijo el joven–. Pero acuérdate del refrán que dice: «Hay que amasar el barro cuando está blando.» [2] Así que te llevaré de nuevo a tu palacio, pero antes he de hacer contigo lo que tú sabes.

–Está bien–respondió la princesa.

Y entonces el joven la cogió y se dispuso a amasarla como se amasa el barro, cuando está blando.

Pero de pronto la princesa le dio un puntapié al muchacho y lo lanzó fuera de la almofalla, y luego golpeó la almofalla con la varita y le intimó con energía:

–¡Llévame al palacio de mi padre, en seguida!

Y la almofalla remontó el vuelo con ella en el acto y la dejó en el patio del palacio.

Y he aquí, por ahora, todo lo referente a su historia.

Cuanto al hijo del murguista quedóse el pobre solo en la cumbre del Monte Kaf, expuesto a morir de hambre y sed en aquella cima, donde no hallaran su rastro ni las propias hormigas.

Y al cabo de un rato resolvió el joven bajar al llano, y así empezó a hacerlo, mordiéndose de rabia las manos.

Y estuvo bajando sin parar un día y una noche, hasta que a la siguiente mañana encontróse en la falda mediada de la montaña. Y para suerte suya halló allí dos palmeras que se doblaban bajo el peso de sus dátiles en plena sazón. Y dizque los dátiles de la una palmera eran rojos y amarillos los de la otra palmera.

Diose prisa el joven a coger un racimo de dátiles de cada clase. Y como prefería los amarillos, empezó por comerse uno de aquellos dátiles amarillos. Y no bien lo hizo cuando sintió una cosa que le arañaba la cabeza, y al instante nacióle un cuerno en ella y aquel cuerno se le enroscaba al tronco de la palmera. Y por más que el muchacho pugnaba por zafarse no podía lograrlo. Hasta que se dio por vencido y se dijo:

«¡Puesto que he de perecer, prefiero antes comer hasta hartarme!»

Y empezó a atracarse de dátiles rojos. Pero no bien se hubo engullido el primero de los dátiles rojos notó el joven que el cuerno aquel se le desenroscaba del tronco de la palmera y le quedaba libre la cabeza.

Y en un abrir y cerrar de ojos le desapareció el cuerno, como si nunca lo hubiese tenido, y el joven, muy contento, se dijo: «¡Loado sea Alá, que me quiso salvar!»

Y siguió atracándose de dátiles rojos y dátiles amarillos, y siguió caminando sin parar, hasta que llegó a la ciudad de su adversaria, la princesa, y se apostó al pie de las ventanas del alcázar y se puso a pregonar:

–¡Dátiles verdes y maduros, dátiles! ¡Dedos de princesa, dátiles! ¡Compañeros de los caballeros, dátiles vendo!

Y la hija del rey oyó el pregón del datilero y dijo a sus doncellas:

–¡Bajad en seguida y compradle a ese vendedor dátiles frescos y traédmelos!

Y bajaron en el acto las azafatas de la princesa y le compraron los dátiles, que hubieron de pagar, en atención a

[2] Compárese con el refrán castellano: «Las cosas en caliente.»

su rareza, a razón de un dinar en oro la pieza. Y como compraron dieciséis dátiles, abonaron por ellos dieciséis dinares.

Subieron luego a entregarle a su ama los dátiles y la princesa vio que eran amarillos, y dizque los dátiles amarillos eran sus favoritos. Y se comió uno tras otro los dieciséis dátiles, sin tardar más que el tiempo preciso para llevárselos a la boca y engullírselos. Y en tanto los comía exclamaba:

–¡*Ye* y qué dátiles tan ricos!

Pero no bien dijera aquello la princesa cuando sintió un gran picor en la cabeza y dizque le picaba al mismo tiempo en dieciséis sitios diversos.

Y al llevarse la princesa la mano a la cabeza notó que le agujereaban el cuero cabelludo dieciséis cuernos en dieciséis sitios distintos, pero simétricos, y en menos que se cuenta se le desarrollaron a la princesa aquellos dieciséis cuernos de su cabeza y fueron a clavarse de cuatro en cuatro a la pared de su cuarto.

Prorrumpió en gritos la princesa y le hicieron coro sus doncellas y armaron tal griterío que al punto acudió el rey, jadeando y preguntando, alarmado:

–¿Qué es lo que ha pasado?

Y las doncellas de la princesa le contestaron:

–¡*Ye* señor y amo nuestro: estábamos tan tranquilas cuando de pronto miramos y vimos que a nuestra señora, la princesa, le habían salido esos cuernos en la cabeza y de cuatro en cuatro habían ido a clavarse en la pared, según tú mismo puedes ver!

Fue entonces el rey y convocó a los médicos más famosos de su reino, aquellos que la vez de marras le sacaran al joven del pecho el corculillo de la gallina, y les explicó lo que ocurría.

Y ellos requirieron sus sierras para serrar los dieciséis cuernos, pero no lo lograron y tampoco lo consiguieron apelando a otros medios.

Por lo que decidió el rey emplear procedimientos extremos y mandó gritar por la ciudad a un pregonero:

«¡Quien proporcione a la hija del sultán un remedio que la libre de sus dieciséis cuernos se casará con ella y será nombrado heredero del reino!»

Luego que oyó pregonar aquel bando el hijo del murgante, que solo eso estaba aguardando, entró en el palacio y subió rápido al aposento de la princesa, diciendo:

–Yo le quitaré en seguida de la cabeza los dieciséis cuernos.

Y tan pronto como estuvo en su presencia le dio a comer un dátil de los rojos, poniéndoselo él mismo en la boca, partido en pedacitos, y no bien la princesa lo hubo ingerido cuando en el mismo instante se desprendió de la pared uno de los cuernos y se fue encogiendo hasta desaparecer por completo.

Al ver lo cual todos los presentes, incluso el rey, empezaron a gritar de alegría, y todos decían:

–¡*Ye* y qué gran médico!

Y el joven exclamó:

–¡Mañana le desaparecerá el segundo cuerno!

Y así fue, con efecto. Y el joven siguió viviendo en el palacio y cada día le quitaba a la princesa uno de los cuernos, hasta que se cumplió el que hacía dieciséis y la princesa se encontró totalmente limpia de cuernos su cabeza.

Y el monarca, al verlo, maravillado y agradecido a su médico, mandó extender luego el acta de matrimonio del doctor con la princesa. Y se celebró la boda y hubo iluminaciones y festejos públicos en toda la ciudad y llegó la hora de que el novio pasara a la alcoba nupcial.

Y al entrar el joven en la alcoba de su esposa, le dijo con sorna:

–¿Quién es el vencedor ahora: la que mandó sacar del pecho el corculillo de

la gallina y me robó la almofalla mágica o el que hizo brotar dieciséis cuernos en una cabeza y luego los hizo desaparecer en nada de tiempo?

Y la princesa, al oír a su esposo hablar así, exclamó:

–¡Ah; pero eras tú, el *efrit!*

Y el joven le contestó, con picardía:

–Sí; yo soy, el hijo del murguista.

Y ella entonces le dijo:

–¡Pues por Alá que me has vencido!

Y ambos acto seguido se acostaron y justaron, demostrando en aquella lucha igual fuerza e igual resistencia.

Y llegaron a ser luego rey y reina y vivieron juntos una vida de dicha cumplida.

Y esta es, *¡ye* mi señor, el sultán!, la historia que te quería contar.

Luego que hubo oído el sultán Baibars esta historia del capitán Nizamu-d-Din, dijo así:

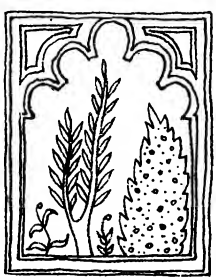
–¡Por Alá, que quizá esta sea la historia más linda que oyera en mi vida!

Pero entonces destacóse el capitán de Policía, el noveno, que se llamaba Chelalu-d-Din [3], y besó la tierra entre las manos del sultán Baibars y después dijo así:

–¡Por Alá, soberano del siglo! Que la historia que te voy a contar te habrá de gustar.

Y acto seguido tomó la palabra y dijo:

[3] Esplendor de la Fe.





HISTORIA QUE CONTO EL CAPITAN DE POLICIA, EL NOVENO

(Noches 540 y 541)

Esta historia es, sin disputa, la más bella de las contenidas en este florilegio, pues se desarrolla en el dominio de la pura poesía, en mil detalles de la más exquisita y delicada belleza, de esa belleza sutil, vaporosa, etérea que es exclusiva del Oriente, ebrio de opio, y a cuyo lado, incluso la más refinada poesía occidental de los Virgilios y los Horacios, parece ruda, prosaica. Solo en Homero y en Shakespeare puede encontrarse, en momentos, algo parecido a esos delicados, al par que profundos, ensueños asiáticos.

La onomástica de esta historia delata su origen persa, que confirma, además, el preciosismo de su forma literaria, de un lujo de metáforas e imágenes, prolijo y menudo, que recuerda esas mezquitas persas, de china y esmalte, minuciosamente trabajadas como jarrones.

Cuanto a ese nombre de Sittuján, *que lleva la heroína, parece un compuesto del árabe* sitt, *señora, y el persa,* jan, *señor, que podría traducirse* Domina Domini, *la señora del señor, lo que encerraría un sentido alegórico.*

–Erase una vez una mujer que por más que hacía no concebía ni paría. Hasta que un día elevó su plegaria al Retribuidor, diciendo:

–¡Dame una hija, Señor, aunque haya de morir del olor del lino!

Y al decir lo del lino quería decir la mujer: «Aunque sea tan sensible y delicada que el inofensivo olor del lino pudiera matarla.»

Y Alá oyó la plegaria de aquella mujer y le concedió que concibiera y

diera a luz, sin contratiempo, una hija, según ella le pidiera, tan hermosa como la luna nueva y tan pálida y delicada como un rayo de luz de luna cándida.

Y pusieron de nombre a la muchacha el de Sittuján.

Y luego que ya cumplió los diez años de edad sucedió que pasó por la calle donde ella vivía el hijo del sultán y la vio asomada a la ventana de su casa.

Y fue tal el amor que el corazón del príncipe inflamó que se puso malo y se adoleció.

Y llamó su padre, el rey, a los médicos, y fueron estos a ver al enfermo y lo examinaron y reconocieron, sin atinar con la enfermedad ni el remedio.

Y entonces la mujer del portero de palacio mandó a verlo a una vieja, la cual, después de mirar al príncipe, le dijo:

–Tú lo que tienes, hijo, es que estás enamorado de una mujer o de un amigo.

Y el príncipe le contestó:

–Es una mujer la que me enamoró.

A lo que la vieja le dijo:

–Dime quién es ella y trataré de uniros.

Y el joven, le dijo entonces:

–Yo estoy enamorado de la bella Sittuján.

Y la vieja, al oírlo, le dijo:

–¡Refresca tus ojos, hijo mío, y serena tu alma, que yo te traeré a la que amas!

Y la vieja salió de palacio y se fue en busca de Sittuján, a la que halló sentada tomando el fresco a la puerta de su casa.

Y después de saludar a la muchacha, le dijo la vieja:

–¡Alá proteja a las jóvenes de tu belleza! ¡Las que son como tú de hermosas y tienen los dedos tan finos deberían aprender a tejer lino! Que no hay nada que tan bien parezca como un huso en unos dedos que husos semejan.

Y después de decir eso marchóse la vieja.

Y la joven, en el acto, fue a ver a su madre y le dijo:

–¡Llévame, madre mía, a casa de la maestra!

Y la madre le preguntó a su hija:

–¿Qué maestra es esa?

Y la joven le contestó, diciendo:

–A la maestra que a tejer el lino enseña.

Pero su madre le dijo:

–Déjate de eso, hija mía, que el lino para ti es un peligro, y su olor te dañará el pecho si lo aspiras y morirás si lo tocan tus dedos.

Pero la hija le replicó:

–No hay nada de eso; no me moriré por ello.

Y tanto insistió y tanto lloró que al fin su madre accedió a su capricho y la envió a casa de la maestra del lino.

Y la joven estuvo allí todo aquel día aprendiendo a hilar el lino, y dizque todas sus compañeras se maravillaron de su belleza y de la hermosura de sus dedos finos.

Pero hete aquí que, en tanto hilaba, hubo de metérsele en uno de sus dedos, entre la uña y la carne, una brizna de hilo y la muchacha rodó por tierra, sin sentido.

Y sus compañeras la creyeron muerta y mandaron a decirle a su padre y a su madre:

–¡Venid por vuestra hija y que Alá prolongue vuestros días, pues ha fallecido!

Al oír aquello así su padre como su madre rasgaron sus vestidos y, azotados por el viento en la desgracia, fueron allá con la mortaja para enterrarla.

Pero en el camino se toparon con la vieja de marras, la cual les dijo:

–Vosotros sois personas ricas y sería un bochorno que enterraseis a vuestra hija en el polvo.

Y su padre y su madre le preguntaron:

–¿Y qué quieres que hagamos?

Y la vieja les dijo:

–Labrad para ella un quiosco en medio del río y acostadla en él en un almadraque y así podréis ir a verla siempre que queráis.

Siguieron los padres de la muchacha el consejo de la vieja y mandaron labrar en medio del río un alquival de mármol sostenido por varios pilares, y lo rodearon de un jardín, alfombrado de verde césped. Y pusieron a la joven en un almadraque de amafil, dentro de aquel quiosco, y luego se retiraron, derramando copioso llanto.

Y esto es, por ahora, todo lo referente a sus personas.

Cuanto a la vieja corrió en seguida a palacio en busca del hijo de rey, que adolecía del mal de amor, y le dijo:

–¡Ven, señor, a ver a esa joven, que te está esperando acostada en su lecho en un pabellón en medio del río!

Y el príncipe, al oírlo, se levantó y llamó al visir de su padre y le dijo:

–Anda y ven conmigo, que se me antoja dar un paseo por el lado del río.

Y salieron ambos del palacio, precedidos de la vieja, que iba a cierta distancia, indicándoles el camino. Y luego que llegaron al alquival de mármol díjole el príncipe al visir:

–Aguarda aquí, que en seguida salgo.

Y el hijo del rey entró en el alquival y encontró a la joven muerta. Y se sentó a llorarla, recitando versos improvisados, alusivos a su belleza.

Y le cogió la mano para besársela y contempló con embeleso aquellos dedos tan lindos y finos, y, en tanto que así los contemplaba, reparó en la brizna de lino, entre la uña y la carne de uno de los dedos, y, con mucha delicadeza y tino, fue y le sacó a la joven la brizna de lino.

Y en aquel mismo instante despertó la joven y recobró el sentido y se incorporó a medias en su lecho y le sonrió al príncipe y le dijo:

–Pero ¿en dónde estoy?

Y el príncipe cogió en sus brazos a la joven y la estrechó contra su pecho y le dijo:

–¡Estás aquí, conmigo!

Y luego la besó y se acostó a su lado y permanecieron allí los dos cuarenta días y cuarenta noches, en el límite del placer y el goce.

Pero pasados que fueron los cuarenta días despidióse el joven de la muchacha, diciéndole:

–Me voy, amada mía, porque el visir de mi padre me está aguardando a la puerta y se consumirá de impaciencia. Iré a palacio con él y luego volveré.

Y el príncipe bajó en busca del visir. Y salió con él y cruzó el jardín. Y he aquí que salieron a su encuentro rosas blancas y jazmines, que, con su belleza, conmovieron al príncipe, el cual le dijo a su visir:

–¡Mira, visir! Las rosas y los jazmines blancos tienen la blancura de las mejillas de Sittuján. ¡Por Alá, visir, espera aquí tres días más, en tanto voy yo por segunda vez a contemplar las blancas mejillas de Sittuján!

Y el príncipe subió al alquival y se detuvo allí tres días más, admirando las mejillas, semejantes a rosas blancas y jazmines de su adorada Sittuján.

Y luego bajó y se reunió con el visir y continuó su camino, al través del jardín, para salir de allí.

Pero en el trayecto salióle al encuentro el algarrobo, de largos frutos negros. Y el príncipe enternecióse al verlo y le dijo al visir:

–Mira, visir: como esas algarrobas tiene las cejas mi amada Sittuján, de largas y negras. Espera aquí, visir, otros tres días más, para que vaya yo por tercera vez a contemplar las cejas de mi Sittuján.

Y el príncipe subió otra vez al alqui-

val y se estuvo allí tres días admirando la belleza de las cejas de Sittuján, largas y negras como la algarroba, si no lo eran más.

Y luego bajó a reunirse con el visir y ambos siguieron cruzando el jardín con intención de salir de allí; pero en el trayecto les salió al encuentro una fuente corriente que lanzaba al aire un surtidor gallardo, hermoso y solitario.

Y, conmovido el príncipe, le dijo a su visir:

–Como ese surtidor tiene el talle mi adorada Sittuján. Espérame aquí, visir, otros tres días más, para que yo pueda admirar por segunda vez el talle airoso de mi Sittuján.

Y subió allá el príncipe otra vez y permaneció tres días más en el alquival, admirando el talle de su Sittuján, que se parecía, por lo esbelto y gentil, a aquel surtidor de la fuente del jardín.

Y después bajó a reunirse con el visir y siguió avanzando por el jardín, buscando la salida de allí.

Pero dizque la bella Sittuján, luego que su amante se despidió de ella por la vez la tercera, curiosa y maravillada, pensó para su alma: «¿Por qué será eso de que se vaya y vuelva? Tengo que averiguar el misterio de ese subir y volver una y otra vez.»

Y cuando el príncipe se despidió de ella esa vez Sittuján bajó del alcocer y se aposentó detrás de la puerta que daba al jardín para verlo partir.

Y el príncipe, al volverse, le vio asomar la cabeza por detrás de la puerta. Y en el acto corrió hacia ella, que estaba muy triste y muy pálida, y el príncipe le dijo a su adorada:

–¡*Ye* Sittuján, Sittuján, ya no te veré más! ¡Ya no te veré nunca más!

Y el príncipe atravesó con el visir el jardín y salió con él de allí para no volver más a ver a Sittuján.

Pero vio venir Schahrasad la aurora y cortó el hilo de sus palabras encantadoras.

Y LA NOCHE 541 REANUDO SU RELATO EN ESTA FORMA:

–Tengo entendido, ¡*ye* el monarca, el afortunado!, que el príncipe salió del jardín con su visir, y Sittuján, entonces, se puso a vagar por la ruzafa llorando de pena y lamentando no haberse muerto de veras.

Y en tanto así por el jardín se paseaba vio relucir algo a la orilla del agua y se agachó para ver lo que era, y recogió aquel objeto del suelo y se encontró con que era nada menos que un anillo de sello de los de Solimán, nuestro señor (sobre él el *selam).*

Y frotó Sittuján la coralina engarzada en el anillo y que tenía unos extraños signos, y al punto el anillo habló y le dijo:

–Aquí estoy dispuesto a servirte en todo; no tienes más que hablar.

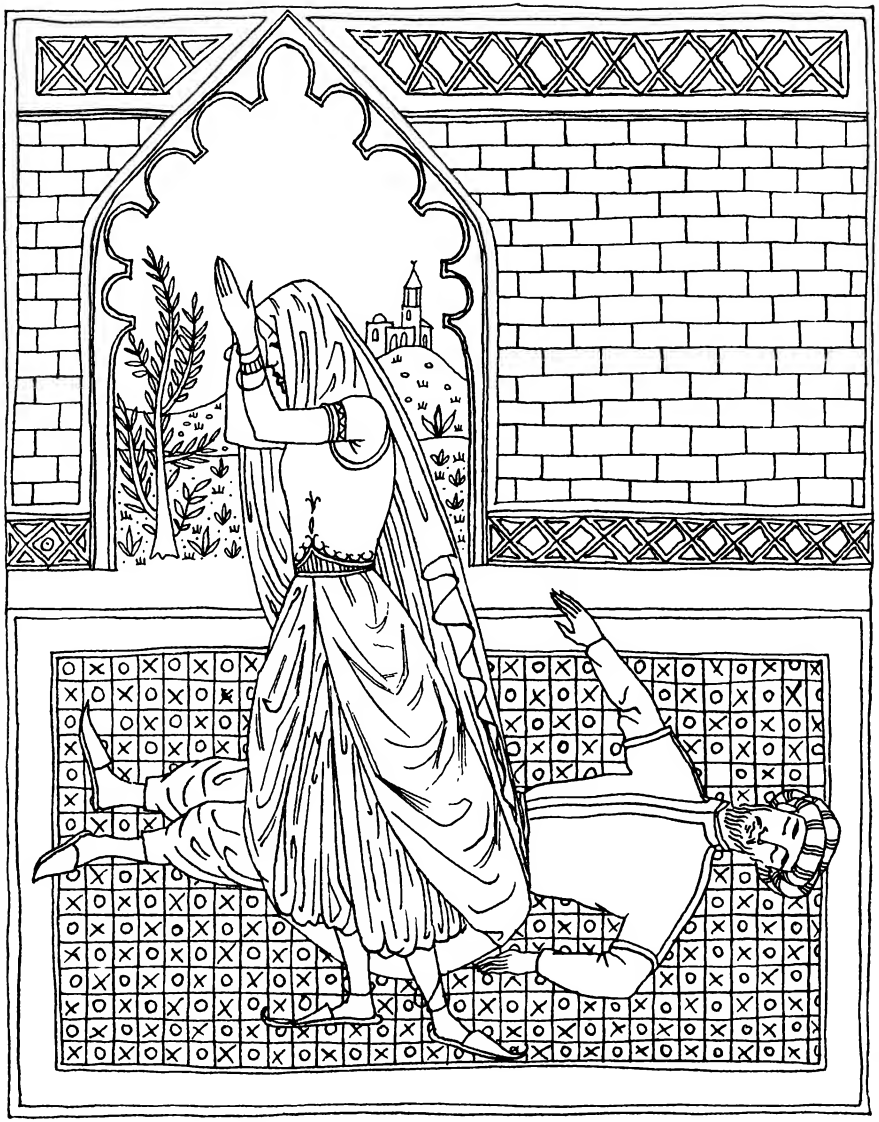
Y la joven le dijo:

–¡*Ye* anillo de Solimán! Te pido que me labres un alcázar al lado del alcázar de ese príncipe que hasta aquí me amó y que realces mi belleza, para que resulte todavía mayor.

A lo que la tumbaga le contestó:

–¡Cierra los ojos un momento y ábrelos luego!

Y cerró la joven sus ojos y luego los abrió y se encontró en un alcocer espléndido, que se alzaba al lado del alcázar del príncipe, su amado. Y se miró Sittuján al espejo y quedó maravillada de su propia belleza doblada.



Y fue Sittuján a asomarse a la ventana de su palacio en el preciso instante en que el príncipe pasaba por allí, montado en su caballo.

Y la vio el príncipe y no la conoció y se fue de allí con el corazón malherido de amor. Y volvió a su palacio y subió a ver a su madre y le dijo:

–Madre mía, ¿no tendrías alguna joya muy valiosa y hermosa para ofrecérsela tú misma a esa dama que se ha instalado ahí cerca, en el nuevo palacio? Y decirle de paso: «¿No querrías casarte con mi hijo?»

Y su madre, la reina, le dijo:

–Tengo dos piezas de regio brocado. Iré a llevárselas y le pediré, en tu nombre, su mano.

–Gracias, madre mía–exclamó el príncipe en el colmo de la alegría.

Y la madre del príncipe fue a ver a la joven y le dijo:

–Hija mía: acepta este regalo de parte de mi hijo, que quiere casarse contigo.

Y la joven llamó a su esclava, la negra, y le dijo:

–Toma estas dos piezas de brocado y haz con ellas rodillas para aljofifar las losas del palacio.

Enojóse entonces la reina y volvió al lado de su hijo, y este, al verla, le preguntó en seguida:

–¿Qué te contestó esa joven, madre mía?

Y su madre le dijo al príncipe:

–Esa señorita cogió las dos piezas de brocado y se las dio a la esclava diciéndole que hiciera con ellas aljofifas para fregar los suelos de la casa.

Pero su hijo, al oírla, le dijo:

–¡Por favor te lo pido, madre mía, busca algo de más valor para llevárselo como alhedia! Porque, desde que la vi, yo estoy por sus ojos enfermo de amor.

–Está bien–le dijo su madre–. Aquí tengo un collar de sabarchada sin tacha ni maca.

Y el príncipe exclamó, al oírla:

–Pues bien: llévaselo en seguida.

Tornó, pues la madre del príncipe a ver a la hermosa y le dijo:

–Acepta, hija mía, este regalo de parte de mi hijo, que quiere casarse contigo.

Y la joven contestóle esta vez a la sultana, diciendo:

–¡Muchas gracias!

Y acto seguido llamó a su esclava y le dijo:

–¿Han comido ya los pichones o todavía no han comido?

Y la esclava le dijo:

–Todavía no han comido, mi señora.

–Pues bien–dijo la joven–, coge estos granos de sabarchada y échaselos a los pichones para que los coman y refresquen con ellos sus almas.

Pero al oír tales palabras exclamó la sultana:

–¡No nos humilles, hija mía, y dime solamente si eres o no gustosa en casarte con mi hijo!

A lo que la joven le dijo:

–Ve y dile a tu hijo que, si quiere casarse conmigo, se ha de hacer el muerto, y tú lo envolverás en siete sudarios y lo pasearás por la ciudad y mandarás que no lo entierren en ningún lugar sino en el jardín de mi palacio.

Y la madre del príncipe exclamó:

–Voy en seguida a exponerle a mi hijo esa condición.

Y la madre del príncipe, la reina, fue a ver a su hijo y le dijo:

–No puedes figurarte lo que exige esa señorita, pues quiere, nada menos, para casarse contigo, que te hagas el muerto y te envolvamos en siete sudarios y te paseemos así por la ciudad y luego te llevemos a enterrar en su jardín. Y solo con esa condición accede a casarse contigo, que de otro modo, no.

Pero el príncipe le contestó:

–¿No es más que eso, madre mía? Pues siendo así desgarra ya tus vesti-

duras y empieza a gritar: «¡*Ye* y qué dolor! ¡Que mi hijo se me murió!»

Y la madre del príncipe rasgó acto seguido sus vestidos y empezó a gritar con tono dolorido:

–¡*Ye* y qué dolor! ¡Que se me ha muerto mi hijo!

Al oír sus lamentos luego acudieron todos los palaciegos y vieron al príncipe tendido en el suelo, como los muertos, y a su madre a su lado, que lo estaba llorando.

Y cogieron el cadáver del supuesto difunto y procedieron a lavarlo y luego lo envolvieron en siete sudarios.

Y reuniéronse después los lectores del *Corán* y los *schiuj,* y, formados en fúnebre cortejo, se pusieron en marcha, delante del falso cadáver, que iba cubierto de ricos chales.

Y después de pasearlo por toda la ciudad fueron a enterrarlo en la ruzafa de la joven, y allí lo dejaron y se retiraron, yéndose cada cual por su lado.

Y luego que ya todos se retiraron y no quedó nadie en el jardín de su palacio, la joven Sittuján, la que en otro tiempo muriera de resultas de un hilacho de lino que en un dedo se le metiera, la que por sus mejillas se parecía a las rosas blancas y los jazmines, y por sus cejas a la algarroba en la rama, y por su airoso talle al surtidor de la fuente, fue y se inclinó sobre el príncipe, su amado, que yacía envuelto en los siete sudarios.

Y le fue quitando, uno tras otro, los siete sudarios, y luego que le hubo quitado de sobre su cuerpo el sudario, el seteno, le habló en los siguientes términos:

–¿Conque eres tú el muerto? ¿Y tu amor a las mujeres es tan desaforado que te indujo a dejarte amortajar con siete sudarios?

Y el príncipe, al oírlo, llenóse de confusión y se mordió un dedo, y, de puro avergonzado, de un tirón se lo arrancó.

Y entonces Sittuján le dijo:

–Por esta vez te perdono. ¡Ven a mis brazos, amor mío!

Y a partir de aquel día vivieron juntos los dos, amándose y recreándose en perfecta armonía, sin que jamás se volvieran a separar.

Al oír aquella historia el sultán Baibars, volvióse al capitán Helalu-d-Din y le dijo:

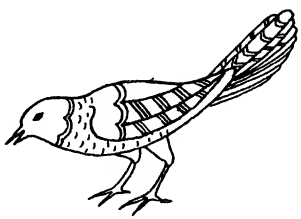
–¡Por Alá, que esta es la historia más admirable que he oído!

Pero entonces adelantóse el capitán de Policía, el décimo, que se llamaba Helalu-d-Din [1], y después de besar la tierra entre las manos del sultán, dijo así:

–Pues yo, señor, te voy a contar ahora una historia que es la hermana mayor de todas.

Y tomando la palabra el capitán Helalu-d-Din empezó así:

[1] Luna llena de la Fe.





HISTORIA QUE CONTO EL CAPITAN DE POLICIA, EL DECIMO

(Noche 541)

Historia que encierra una lección de pedagogía práctica, hoy incorporada ya a los programas escolares, o sea, la conveniencia, incluso para los hijos de reyes, de aprender un oficio manual con que ganarse la vida, si vienen mal dadas, y también por las virtudes morales que la labor artesana infunde a quien la realiza y la justa noción de las cosas que le comunica.

Con variantes y adaptaciones a los diversos países y épocas encuéntrase esta anécdota en todas las literaturas y en la hispánica tenemos en este sentido el cuento popular que el escritor andaluz José Nogales recogió bajo el título de Las tres cosas del tío Juan, *que consagró su nombre.*

–Erase una vez un rey que tenía un hijo llamado Mohammed. Y el príncipe Mohammed díjole un día a su padre:

–Padre mío, quiero casarme.

Y le contestó su padre:

–Está bien, hijo mío. Pero aguarda a que vaya tu madre y recorra los harenes para ver las mocitas solteras que allí haya y pedir para ti la mano de la más guapa.

Pero el príncipe le dijo a su padre, el sultán:

–No, padre mío; he de ser yo, y nadie más, quien elija la novia con quien me he de casar.

A lo que su padre le contestó:

–Está bien, hijo mío; haz lo que te dicte tu corazón.

Y entonces el príncipe montó en su caballo, que era hermoso como un corcel mágico, y echóse a viajar por ciudades y campos y durante diez días fue cabalgando sin parar, hasta que al cabo de los diez días, al cruzar la campiña, se topó con un hombre que estaba sentado en el suelo arrancando

puerros y se los daba a su hija, una zagalilla, la cual los iba atando en gavillas.

Y el príncipe saludó con el *selam* a los dos y luego descabalgó y en el suelo, a su lado, se sentó. Y le dijo a la zagala:

–¿No tendrías un poco de agua?

–Sí que la tengo–contestóle ella.

–Pues dame de beber–le dijo él.

Y la joven fue y se levantó y le trajo la alcolla [1] del agua. Y el príncipe bebió con ansia.

Y hete aquí que aquella mocita hubo de gustarle y le dijo a su padre:

–¡*Ye* el *scheij*, el respetable, yo quisiera con tu hija casarme!

Y el *scheij* le contestó:

–Tus esclavos somos, señor.

–Está bien–dijo el príncipe–. Pues quédate aquí con tu hija y no te muevas en tanto yo voy a mi país y vuelvo con las cosas necesarias para la boda.

Quedaron convenidos en eso y el príncipe tornó a su país y fue a ver a su padre y le habló así:

–Padre mío, has de saber cómo me he echado de novia para casarme con ella luego a la hija del sultán de los puerros.

Y el padre, al oírlo, exclamó con asombro:

–Pero ¿de cuándo acá tienen los puerros sultán?

–Sí–contestó el príncipe Mohammed–; tienen sultán y yo con su hija me quiero casar.

–¡Loado sea Alá–exclamó el rey–, que ha dado a los puerros sultán!

Y después añadió:

–Puesto que tan enamorado estás de su hija, espera por lo menos a que vaya tu madre al país de los puerros a ver al puerro padre y a la puerra madre y a la puerra hija.

Dijo así el sultán, y su hijo, el príncipe, asintió, diciendo:

–Está bien, padre, que vaya mi madre a hablar con ellos.

Y fue, con efecto, la madre del príncipe al país del padre de la novia y se encontró, como es natural, con que la supuesta hija del sultán de los puerros era, a no dudar, una joven encantadora y digna, por todos conceptos, de casarse con el hijo de un sultán.

Y muy complacida la madre del príncipe besó a la muchacha y le dijo:

–Yo soy, chiquilla, la madre del príncipe que viste y vengo por ti para llevarte con él y casaros a ambos en el palacio del rey.

Pero al oír aquello la joven exclamó:

–Pero ¿cómo es eso? ¿Conque tu hijo es el hijo del sultán? ¿Es eso verdad?

Y la sultana le dijo a la muchacha:

–Sí que lo es; mi hijo es el hijo del rey y yo soy su madre; lo puedes creer.

–Pues entonces–exclamó la joven–desde ahora te digo que no me caso con él.

Y la reina le preguntó:

–¿Por qué?

A lo que la joven le dijo:

–Porque yo no me he de casar más que con un hombre de oficio.

Fuese de allí muy enojada la sultana y le dijo a su esposo:

–Esa joven del país de los puerros sale ahora diciendo que no se casa con nuestro hijo.

–¿Y por qué?–inquirió el sultán, sorprendido.

–Pues porque dice–le explicó la sultana–que no se ha de casar sino con un hombre de oficio.

Y el sultán, al oírlo, exclamó:

–Tiene la chica razón.

Pero el príncipe, al saberlo, llevóse tal disgusto que adoleció.

Y entonces el rey se levantó y mandó a llamar a todos los *schiuj* de todas las cofradías y gremios de su reino, y, luego que los tuvo entre sus manos, le

[1] Cántara, voz árabe, romanceada.

dijo al primero, que era el *scheij* de los carpinteros:

–¿En cuánto tiempo podrías tú enseñarle tu oficio a mi hijo?

Y el *scheij* de los carpinteros le dijo al rey:

–En dos años nada más, pero no en menos.

–Está bien–dijo el soberano–. Apártate a un lado.

Encaróse luego el rey con el *scheij*, el segundo, que era el *scheij* de los herreros, y le preguntó:

–¿En cuánto tiempo podrías enseñarle tu oficio a mi hijo?

Y el *scheij* de los herreros le dijo:

–En un año, señor, podría enseñárselo.

–Está bien–díjole el rey–. Apártate a un lado.

Y así fue el sultán interrogando, uno tras de otro, a todos los *schiuj* de los gremios y cofradías de su reino, los cuales requerían, respectivamente, un año, dos años, tres años y hasta cuatro años para enseñarle un oficio a su hijo.

Y estaba el rey indeciso y perplejo, sin saber por cuál de ellos decidirse, cuando hubo de reparar en un sujeto que por detrás de los *schiuj* se alzaba y se inclinaba y hacía señas con el ojo y con el dedo, y el rey le preguntó a aquel sujeto:

–¿Por qué te estiras y te agachas tanto?

Y entonces le respondió el interpelado:

–Pues me empino y me agacho para llamarle la atención a nuestro señor, pues soy un pobrete y los *schiuj* aquí presentes no me habían avisado de que iban a venir a palacio y he llegado con retraso. Y has de saber, señor, que yo soy tejedor y puedo enseñarle mi oficio a tu hijo en solo una hora, no en un año ni en dos.

Oído que el rey hubo al tejedor despidió a todos los demás *schiuj* y se quedó con él y le facilitó sedas de distintos colores y un telar, y le dijo:

–Enséñale tu oficio a mi hijo.

Y el tejedor se encaró con el príncipe y le dijo:

–Mira, hijo mío, yo no voy a decirte hazlo así o asá, sino únicamente: abre bien el ojo y fíjate en cómo van y vienen mis manos.

Y el tejedor tejió un pañuelo en el tiempo de un parpadeo, en tanto el príncipe le observaba atento.

Y luego el maestro le dijo a su aprendiz:

–Ponte ahora tú al telar y a ver si sabes hacer otro pañuelo como el que yo he hecho.

Púsose el príncipe al telar y tejió un pañuelo magnífico, en cuya trama admirable aparecían dibujados el palacio y el jardín de su padre.

Y el maestro tejedor cogió los dos pañuelos y subió a la sala del rey y le dijo:

–¿Cuál de estos dos pañuelos es obra mía y cuál obra de tu hijo?

Y el rey, sin vacilar un momento, puso el dedo sobre el pañuelo tejido por su hijo, y, señalando el hermoso diseño del palacio y el jardín, le dijo al *scheij:*

–¡Este pañuelo es obra tuya y el otro también, maestro!

Pero el tejedor, al oírlo, exclamó:

–¡Por los méritos de tus gloriosos abuelos, *ye* señor, te digo que el pañuelo más lindo es obra de tu hijo, y este otro, el feo, obra mía, de este tu indigno siervo!

Maravillóse el rey hasta el límite de la maravilla y nombró en el acto al alhaquín *scheij* de todos los *schiuj* de los gremios y le despidió muy contento.

Y después el rey le dijo a su esposa:

–Coge ese pañuelo que tejió nuestro hijo y ve a enseñárselo a la hija del sultán de los puerros y dile cómo nuestro hijo tiene ya un oficio y es tejedor en seda, para que lo sepa.

Cogió la madre del príncipe el pañuelo y fue a ver a la hija del sultán de los puerros y se lo enseñó y las palabras del rey le repitió.

Y la joven se maravilló, al ver el pañuelo, y dijo:

–Ahora ya sí consiento en casarme con tu hijo.

Y entonces los visires del sultán llamaron al cadí y los testigos y estos procedieron a extender la partida de casamiento.

Y celebróse luego la boda del príncipe con la zagala y naciéronles a su debido tiempo hijos que llevaban en los muslos todos ellos la señal de un puerro. Y cada uno de sus hijos aprendió un oficio.

Y vivieron todos juntos, gozando de dicha y prosperidad. Pero ¡el más sabio es Alá!

Luego que el sultán Baibars oyó aquella historia, exclamó:

–En verdad, que me ha gustado mucho esa historia de la hija del sultán de los puerros, habida cuenta de la provechosa moraleja que encierra. Pero ¿no queda todavía alguno de vosotros que tenga una historia que contar?

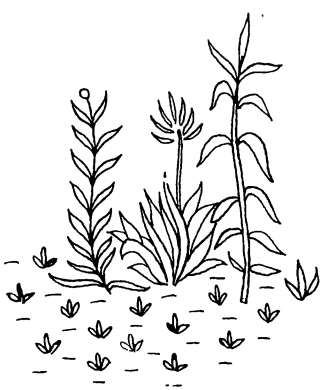
Destacóse entonces el capitán de Policía, el onceno, que se llamaba Selahu-d-Din [2], y después de besar la tierra entre las manos del sultán, le dijo así:

–Yo tengo, señor, una historia que contar.

–Venga de ahí–ordenóle el sultán Baibars.

Y el capitán de Policía, el onceno, empezó a contar su cuento:

[2] Panoplia de la Fe.





HISTORIA QUE CONTO EL CAPITAN DE POLICIA, EL ONCENO

(Noches 541 y 542)

Lo más notable de este cuento, en que intervienen temas ya harto repetidos en otros anteriores, es esa relación entre el hijo del sultán, huérfano de madre, y el potrillo, huérfano, asimismo, de la suya, que ha nacido en las cuadras de palacio, exactamente a la misma hora que el príncipe en la cámara regia.

El animal, que no es un potro cualquiera, sino un corcel fabuloso, dotado de mágicos poderes, viene a ser como un mellizo, en el reino zoológico, del príncipe; vive para servirlo en todo y, gracias a él, logra el joven devolver la vista a su ciego padre, casar con una princesa y castigar con la muerte a su madrastra y al médico judío con quien se entendía.

Roso de Luna ve en la leyenda de Blanca-flor *un eco de esta historia oriental.*

–Sucedió una vez que a cierto sultán le nació un hijo al mismo tiempo que una yegua de raza de sus cuadras daba a luz un potrillo.

Y el rey, al saberlo, dijo:

–Ese potro que ha nacido está escrito en el sino de mi hijo y le pertenece, sin que nadie se lo pueda disputar.

Luego que el niño ya se hiciera mayorcito murióse su madre y en el mismo día también la madre del potrillo moría.

Pero vio Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras encantadoras.

Y LA NOCHE 542 REANUDO SU RELATO EN ESTA FORMA:

–Ha llegado a mis oídos, ¡*ye* el sultán, el afortunado!, que luego que aquel niño se hizo mayorcito murió su madre y el mismo día murió también la madre del potrillo.

Pasaron después los días, unos tras otros, y el rey se volvió a casar, tomando por mujer a una de las esclavas de su *harén*.

Y mandaron al muchacho a la escuela, sin que nadie, desde entonces, lo cuidara ni atendiera.

Y siempre que el pobre huérfano de madre volvía de la escuela pasaba a la cuadra a ver a su caballo y lo acariciaba y le daba de comer y de beber y le contaba sus penas y el desamparo en que se había llegado a ver.

Y hete aquí que, aquella esclava con que su padre casara, tenía un amante, el cual era un médico judío (maldito sea). Y para entrevistarse luchaban ambos con muchos obstáculos, debido precisamente a la presencia en el palacio del príncipe huérfano.

De suerte que deliberaron y se dijeron:

–¿Qué vamos a hacer?

Y decidieron:

–Lo mejor será que nos deshagamos de él.

Y para quitárselo de en medio acordaron darle un veneno. Y sucedió que aquel mismo día, al volver el chico de la escuela, fue a ver a su caballo, como hacer solía, y lo encontró llorando y lo acarició y le preguntó:

–¿Por qué lloras caballito?

Y el caballo le contestó:

–Lloro porque han tramado tu ruina y quieren quitarte la vida.

–¿Cómo es eso, caballito?–díjole el príncipe–. ¿Quién ha tramado mi ruina y quiere quitarme la vida?

Y el caballo le contestó:

–La mujer de tu padre y ese médico judío, el maldito.

Y el príncipe le preguntó al caballo:

–¿Y qué es lo que han pensado hacer conmigo?

Y el caballo le dijo:

–Pues darte un veneno que han sacado de la piel de un negro y te lo echarán en la comida. Así que te ruego no comas del plato que te sirvan.

Subió luego el huérfano de madre al aposento de la mujer de su padre y esta le puso la comida delante.

Pero el joven la cogió y en el acto se la dio al gato de la mujer de su padre, que andaba por el cuarto.

Y antes de que su ama pudiera evitarlo tragóse el gato la comida y en el acto perdió la vida.

Cuanto al príncipe se levantó y salió, sin decir nada, de la habitación.

Viéronse luego la esposa del rey y el médico, el judío, el maldito, y se dijeron asombrados:

–¿Quién podrá habernos delatado?

Y al punto pensaron:

–No puede haber sido otro sino su caballo.

Y entonces la mujer del rey se fingió enferma y el rey llamó al médico, el judío, el maldito, y le mandó que reconociese a la reina y averiguase su dolencia.

Y el médico la reconoció y luego exclamó:

–Si quieres que sane, ¡*ye* rey!, habrás de darle a comer el corazón de un

potro, hijo de una yegua de raza, y que sea de tal y tal color y de estas y estas señas.

Y el rey, depués de oírlo, dijo:

–En todo mi reino no hay más que un potro que reúna esos detalles y es el potro de mi hijo, el que se quedó sin madre.

Y al volver el chico de la escuela le dijo su padre:

–Tu tía, la reina, está enferma y el médico ha dicho que no hay otro remedio que pueda sanarla más que el corazón de un potro, hijo de una yegua de raza.

Y el muchacho, depués de oírlo, le dijo:

–Está bien, padre mío; pero es el caso que todavía no he llegado a montar ni una sola vez en mi caballo. Así que déjame que monte en él una vez siquiera, y luego podrás mandar que lo degüellen y le saquen el corazón y se lo den a la reina para su curación.

–Está bien–le dijo el rey–. Puedes montar en él una vez.

Y pasó el príncipe a la cuadra y sacó de allí su corcel, y, en presencia de toda la corte, montó en él y lo espoleó y se lanzó a galope tendido por el almeidán y no tardó en desaparecer.

Y aunque todos corrieron detrás de él no lo pudieron detener.

Y siguió el príncipe cabalgando sin parar, hasta que llegó a otro reino, que no era el de su padre, y se acercó al jardín del palacio del rey de aquel país.

Y el caballo entonces le dio un mechón de sus crines y un pedernal y le dijo al príncipe:

–Si me necesitas alguna vez quema uno de estos pelos de mis crines y al punto acudiré a servirte. Pero ahora será mejor que me retire; en primer lugar, porque tengo que buscar mi pienso, y, además, porque no quiero atravesarme en el camino de tu sino.

De suerte, pues, que caballero y caballo se besaron y se despidieron.

Y el joven príncipe fue en busca del jardinero mayor de aquellos jardines y le dijo:

–Soy aquí algarivo. ¿No querrías tomarme a tu servicio?

Y el jardinero exclamó, al oírlo:

–Hombre, precisamente necesito alguien que se encargue de aguijar el buey que da vueltas a la noria de la reina.

Y el joven príncipe aceptó aquella ocupación y empezó en seguida a aguijar al buey que daba vueltas a la noria de la reina.

Y sucedió, por obra del sino, que aquel día salieron a pasearse por el jardín las hijas del sultán, y la más joven de ellas reparó en el muchacho que aguijaba al buey de la noria de la reina. Y no bien lo vio prendóse de él su corazón, y, sin dejar traslucir nada, les dijo a sus hermanas:

–¿Hasta cuándo, hermanas mías, vamos a seguir mocitas? ¿Es que nuestro padre quiere que se nos agrie y revuelva la sangre?

Y sus hermanas le dijeron:

–Tienes razón en ello, que la sangre se nos va a agriar y revolver si seguimos en estado de doncellez.

Y las siete se reunieron y fueron a ver a su madre y le dijeron:

–¿Por ventura se ha propuesto nuestro padre que se nos revuelva y pudra la sangre? ¿En qué está pensando que no nos ha buscado marido, que nos libre de tamaño percance?

Y su madre, al oírles decir aquello, fuele a su esposo con el cuento, y el rey, al saberlo, mandó en el acto pregonar un bando diciendo que todos los jóvenes de la ciudad se reunieran al pie de las ventanas de palacio para que los viesen las princesas que se querían casar y eligiesen al que les gustase más.

De suerte, pues, que bajo las ventanas del palacio se reunieron todos los

jóvenes de la ciudad, en cumplimiento de la orden del sultán. Y desfilaron ante sus hijas, las princesas, y, cuando a una de ellas le parecía bien uno de aquellos mozos, le tiraba un pañuelo y así se lo daba a entender, sin menoscabo de su decoro.

Y de esta suerte seis de las princesas, que eran siete, encontraron novio de su agrado y solo la menor de las siete no lo halló.

Dijéronselo luego a su padre, el rey, y este preguntó:

–¿No queda ya en toda la ciudad ningún joven más?

Y los palaciegos le contestaron:

–Solo queda uno, a la verdad, y es un pobre chico que aguija el buey que da vueltas a la noria de la reina.

–Pues que me lo traigan en seguida –mandó el rey–y que lo vea mi hija, aunque no es de pensar que le pueda gustar.

Fueron, pues, en el acto en busca del muchacho y lo hicieron pasar por debajo de las ventanas de palacio.

Y he aquí que al verlo la princesa, la pequeña, le tiró su pañuelo, que fue derecho a darle en la cabeza.

Así que casaron con él a la princesa, lo que afligió tanto al rey que adoleció de pena.

Reuniéronse entonces los médicos en torno al enfermo y lo reconocieron y deliberaron y le recetaron, de común acuerdo, que bebiera leche de osa en un odre de piel de osa virgen.

Oído lo cual dijo el sultán:

–Fácil será procurarse esa medicina, pues tengo seis yernos que son bravos jinetes, que en nada se parecen al otro mi yerno, el seteno, el maldito boyero de la noria, que no sirve para maldita la cosa. Id y decidles a mis seis yernos que vayan en este punto y hora a buscarme esa leche de osa.

Y los seis yernos del rey montaron en sus sendos caballos y salieron por esos campos en busca de leche de osa que los médicos a su suegro le habían recetado. Y el joven que casara con la hija del rey, la más pequeña, montó también en un mulo cojo, y dizque era la irrisión de todos.

Pero luego que llegó el joven a un lugar solitario sacó su pedernal, el que le diera su caballo, e hizo con él fuego y quemó en ese fuego uno de los pelos de sus crines. Y en el acto se le apareció su caballo y ambos se besaron. Y el muchacho pidióle a su rocín lo que le tenía que pedir.

Y he aquí, por ahora, todo lo referente a su persona.

Cuanto a los seis yernos del rey al cabo de cierto tiempo volvieron de su expedición, llevando consigo un odre de piel de osa, lleno de leche de osa, y se lo entregaron a la reina, su suegra, y le dijeron:

–Llévaselo al rey, que ese es el remedio.

Llamó, batiendo palmas, la reina y acudieron al punto sus eunucos, y, luego que allí los tuvo, les dijo la reina:

–Dad esta leche a los médicos para que la vean.

Y los médicos examinaron la leche y luego dijeron:

–Esta es leche de osa vieja y el odre en que viene es también de osa vieja, de suerte que solo daño puede hacerle a nuestro señor, el rey.

Subieron los eunucos otra vez al cuarto de la reina y le entregaron otro odre diciendo:

–Este odre de leche nos lo acaba de entregar un jovencito que iba a caballo y es tan hermoso que parece el ángel Harut, y no exageramos.

Y la reina, al oírles, les dijo:

–Pues bien, llevádselo en seguida a los médicos para que lo examinen y dictaminen.

Y los médicos, después de examinar aquella leche, dijeron:

–Esta sí que es leche de osa joven, en odre de piel de osa virgen.

Y acto seguido se la dieron a beber al sultán, que en el mismo instante sanó de su mal.

Y el rey, entonces, preguntó:

–¿Quién fue el que trajo este odre?

Y le contestaron:

–Lo trajo un joven que parecía un ángel Harut por lo hermoso, y aún nos quedamos cortos.

Y el rey, al oírlo, dijo:

–Pues que vayan inmediatamente a buscarlo y le entreguen mi anillo, el anillo del reino, y lo traigan acá y lo sienten en el trono en mi lugar. Y luego me levantaré y haré que mi hija, la princesa, se divorcie de ese boyero indigno y se case con ese adolescente que me ha hecho volver del país de la muerte.

Y sus servidores se apresuraron a ejecutar sus órdenes.

Levantóse luego el rey y se vistió y fue a la sala del trono, y, al entrar se ahinojó delante del adolescente, que estaba sentado en el trono, y le besó los pies.

Y luego alzó los ojos y vio a su hija, la menor, junto al trono, al lado de aquel joven hermoso.

Y sonriendo a su hija, le dijo:

–Muy bien, hija mía. Ya veo que te divorciaste del maldito boyero y te has casado con este joven hermoso, que es tan bello y más aún que el ángel Harut [1].

Pero su hija, sonriendo, le dijo:

–Padre mío, ese mozo de noria que tú dices es precisamente el que te trajo la leche de osa virgen y el que ahora está sentado en este trono, conmigo a su lado.

Maravillóse el rey y preguntó al adolescente:

–¿Es verdad lo que dice mi hija?

Y el joven le contestó:

–La pura verdad, señor. Y si no me quieres por yerno, a tiempo estás todavía, porque aún es virgen tu hija.

Pero el rey fue y lo besó y lo estrechó contra su corazón.

Y en el acto mandó celebrar sus nupcias con la princesa, su hija, la menor. La cual se libró así de que en adelante se le pudiera revolver y agriar la sangre.

Regresó después el príncipe con su esposa la princesa al reino de su padre, acaudillando huestes considerables.

Y al llegar se encontró con la nueva de que el rey, su padre, falleciera y que su viuda, la mujer de marras, era la que, de acuerdo con el médico, el judío, el maldito, gobernaba el reino.

Y el joven los mandó prender a los dos y encender una hoguera y ordenó que a ambos los empalaran, encima de las llamas.

Y así, en el palo, acabaron ambos. Y acabó también su historia.

¡Loor a Alá, el Eterno, el que no acaba jamás!

Luego que el sultán Baibars escuchó aquella historia que le contó el capitán Selahu-d-Din, exclamó:

–¡Qué pena que no quede ya nadie que me cuente historias semejantes!

Pero entonces adelantóse el capitán de Policía, el doceno. que se llamaba Nazru-d-Din [2], y después de besar la tierra entre las manos del sultán, dijo así:

–Quedo yo, ¡soberano del tiempo!, que aún no hablé palabra, y, por cierto, que después de mí ya no podrá nadie decir nada, pues no quedará nada por decir.

Holgóse mucho el sultán al oírlo y le dijo:

–Pues suelta ya la lengua, capitán, que estoy deseoso de oírte.

Y el capitán Nazru-d-Din empezó así:

[1] Harut y Marut son los dos ángeles caídos que, según el *Corán*, sura II, *Al-Bakra* (La vaca), enseñaron a los hombres la magia.

[2] Defensa de la Fe.



HISTORIA QUE CONTO EL CAPITAN DE POLICIA, EL DOCENO

(Noche 542)

Historia procedente de ese fondo de narraciones de origen africano en que intervienen magos mogrebíes, egoístas y traicioneros, que buscan inocentes para servirse de ellos en provecho propio y sacrificarlos a su codicia y su lascivia demoníacas, y que como el diablo, su señor, en las leyendas de Occidente, siempre salen, al final, chasqueados.

Se trata, en suma, del mismo tema que inspira la famosa Historia de Alá-d-Din y su lámpara, *donde alcanza su mayor desarrollo.*

—Cuentan (pero Alá es el más sabio) que érase en la tierra un rey, el más grande después de Alá, y estaba ese rey casado con mujer estéril.

Y un día fue a ver al rey un mogrebi y le dijo:

—Si te proporciono un remedio para que tu mujer conciba y para hasta que más ya no quiera, ¿me darás el primer hijo que tenga?

Y el rey le contestó:

—Desde luego que sí.

Oído lo cual, fue el moro y le dio al rey dos confites, uno verde y otro rojo, y le dijo:

—Cómete tú el verde y que tu mujer se coma el rojo y confiad. Que, a lo demás, Alá proveerá.

Y el rey se comió el confite, el verde, y le dio el confite, el rojo, a su mujer, y esta se lo comió. Y concibió y a su tiempo parió un hijo varón, al que pusieron por nombre Mohammed (sea sobre este nombre la bendición).

Y creció luego el niño y se desarrolló, mostrando ser muy listo para el estudio y estar dotado de una hermosa voz.

Y parió luego la reina otro hijo varó, al que pusieron el nombre de Alí,

y, al desarrollarse, resultó bastante torpe y desaplicado, sin que en nada descollase. Y parió todavía luego la reina otro hijo varón, al que llamaron Mahmud, y que, como el segundo, resultó también romo y estúpido.

Luego que pasaron diez años volvió el mogrebi de marras a ver al monarca y le dijo:

–Dame a mi hijo.

Y el rey le respondió:

–Está bien. Aguarda a que vaya por él.

Y pasó el rey a las habitaciones de su esposa y le dijo:

–Has de saber que está ahí el mogrebi, que viene a reclamarnos nuestro hijo, el mayor, y tenemos que dárselo, sin hacer objeción.

Pero la reina, al oírlo, le dijo:

–¡Jamás haré eso! De darle alguno le daremos nuestro hijo el segundo, Alí, que es un torpe y un infeliz.

–Está bien.

Y en el acto fue a buscar a Alí, el torpe, y lo cogió de la mano y se lo dio al mogrebi, que lo tomó y se despidió.

Y echó a andar con el chico por aquellos caminos, con todo el calor que hacía, hasta la hora de mediodía.

Y entonces el mogrebi le dijo a Alí, el torpe:

–Dime, chiquillo: ¿no tienes hambre ni sed?

Y Alí exclamó, al oír al mogrebi:

–¡Vaya una pregunta, valiente sandez! ¿Cómo no voy a tener hambre y sed, después de estar andando media jornada, sin comer ni beber?

Torció el gesto al oírlo el mogrebi, y, cogiendo de la mano al chico, se lo llevó a su padre y le dijo:

–Toma, que este no es mi hijo.

Y el rey le preguntó:

–¿Pues cuál es tu hijo?

Y el mogrebi, entonces, le dijo:

–Déjame ver a los tres y yo, luego que los vea, te lo diré.

Llamó entonces el rey a sus tres hijos y el mogrebi alargó su mano y cogió a Mohammed, el mayor, que era el más inteligente y estaba dotado de una hermosa voz.

Y llevándoselo consigo, se retiró.

Caminó el mogrebi media jornada con el chico, y a la hora del mediodía, le dijo:

–Dime, Mohammed. ¿No tienes hambre o sed?

Y el chico le respondió, diciendo:

–Si tú tienes hambre o sed, yo también la tendré.

Y entonces el mogrebi lo besó y exclamó:

–Muy bien dicho, Mohammed. Tú sí que eres mi hijo.

Y el mogrebi condujo a Mohammed a su país, en el fondo del Mogreb, y lo introdujo en un jardín y allí le dio de comer y beber y después le presentó un libro mágico y le dijo:

–Lee en este libro.

Y el muchacho tomó el libro y lo abrió; pero no acertó a deletrear ni una sola de las palabras que el libro encerraba.

Por lo que el mogrebi se enojó con él y le dijo:

–¿Cómo siendo mi hijo no sabes descifrar este mágico libro? ¡Por Gog y Magog y por el fuego de los astros que giran en la órbita del cielo, que, como en un mes de treinta días no te aprendas de memoria este libro entero, te cortaré el brazo, el derecho!

Y después de hablar así salióse el mogrebino del jardín, dejando a Mohammed solo allí.

Y Mohammed tomó el libro y se puso a estudiarlo y por espacio de veintinueve días seguidos no paró de estudiar el libro. Pero al cabo de ese tiempo aún no diera con el modo cómo había de ponerlo para leerlo. Y el muchacho, desalentado, se dijo para su ánimo: «Puesto que solo me queda ya un día y no he de librarme de mi

mala suerte mejor será que vaya a pasearme un poco por el jardín, en vez de estarme aquí, matándome la vista en este libro mágico, que mi alma no descifra.»

Y Mohammed dejó el libro y se internó por el jardín, y, paseando por entre los árboles, vio a una joven colgada por los cabellos de uno de ellos.

Y Mohammed, al verla, se apresuró a descolgar a la hermosa, que, al recobrar su libertad, le besó, llena de alegría y de agradecimiento, y le dijo:

–Has de saber que yo soy una princesa, caída en poder de ese brujo mogrebino. Y me colgó en un árbol por no haber podido aprenderme de memoria el libro mágico.

Y Mohammed, al oír a la princesa, le dijo:

–Yo también, como tú, soy hijo de un rey y el mogrebi me dio también su libro mágico para que me lo aprendiese de cabo a rabo en treinta días y mañana será el día de mi muerte, ¡si Alá no provee!

Y la joven, después de oírlo, le dijo:

–Yo te enseñaré el libro mágico; pero cuando venga el mogrebino le dirás que no te lo has aprendido.

Y acto seguido sentóse la princesa al lado del joven y le dio muchos besos y luego le enseñó a leer el libro mágico y le dijo:

–Ahora me colgarás del árbol, como antes estaba.

Y Mohammed lo hizo como ella le indicara.

Luego que finó el día, el trigésimo, presentóse el mogrebi en el jardín y le dijo al muchacho:

–Anda y recítame el libro mágico.

Y el muchacho le respondió, diciendo:

–¿Cómo te lo voy a recitar si no lo he podido descifrar?

Y el mogrebi, al oírlo, cortóle al muchacho su brazo, el derecho, y le dijo:

–Te doy otro plazo de treinta días para que te aprendas el libro. Y si no te lo sabes para cuando yo vuelva, te cortaré la cabeza.

Y, después de hablar así, fuese el mago del jardín.

Y Mohammed, en seguida buscó a su princesita por entre los árboles, y llevaba el muchacho en su mano, la izquierda, su brazo, el derecho, que le habían cortado.

Y Mohammed descolgó a la princesa del árbol y la joven le dijo, al mirarlo:

–Aquí tienes tres hojas de una planta que encontré en el jardín y que el brujo mogrebi anda buscando hace cuarenta años para completar con ella sus conocimientos mágicos. Póntelas en los dos muñones de tu brazo cortado y sanarás en el acto.

Hízolo así Mohammed y se le quedó el brazo como estaba antes.

Frotó luego la princesita otra de las hojas y leyó en el libro mágico y al punto salieron de la tierra dos camellos de carrera y se ahinojaron en el suelo para que montasen en ellos.

Y la princesa le dijo a Mohammed:

–Volvamos cada cual a casa de nuestro padre. Y después irás tú al palacio del mío, que está en tal país y en tal lugar, y le pedirás a mi padre mi mano y nos casaremos sin más.

Y la princesa le dio luego a Mohammed muchos besos y ambos se despidieron y se fueron cada cual por su lado, prometiéndose mutuamente hacer lo acordado.

Y Mohammed, galopando sin cesar en su camello, raudo, llegó sin tardar al palacio de su padre y pasó a verlo, pero nada le dijo de aquellos sucesos y se limitó a entregarle su camello al eunuco mayor, diciendo:

–Ve y vendes este camello en el zoco de las caballerías; pero ten cuidado de no vender la soga que lleva atada al hocico.

Y el eunuco se inclinó y cogió al

camello de la soga y fue a venderlo al zoco de las bestias.

No tardó en salirle un comprador, que era un vendedor de *alhaschische,* y, tras muchos regateos, compróle al eunuco el camello a muy bajo precio, lo que no ha de sorprender, pues los eunucos no suelen ser duchos en achaques de comprar y vender. De suerte, pues, que este eunuco, el de nuestra historia, vendióle al mercader de *alhaschische* no solo el camello, sino también la cuerda que servía de cabestro.

Cuanto al vendedor de *alhaschische,* cogió el camello del ronzal y se lo llevó a su tienda y se lo hizo ver y admirar a sus parroquianos, los cuales se maravillaron.

Fue luego el vendedor de *alhaschische* por un cubo de agua para que el camello abrevara y se lo puso delante, en tanto sus parroquianos miraban, riéndose hasta enseñar el fondo de sus gargantas.

Y el camello metió sus dos patas delanteras en el cubo de agua y el vendedor de *alhaschische* le dio un latigazo, gritándole fuerte:

–¡Echate atrás, so alcahuete!

Y entonces el camello alzó en el aire sus patas traseras y se zambulló de cabeza en el cubo y desapareció.

Al ver aquello el vendedor de *alhaschische* palmoteó y empezó a gritar:

–¡Socorro, musulmanes; venid luego acá! ¡Que mi camello se ha ahogado en el cubo!

Y al clamar así mostraba el vendedor de *alhaschische* a sus parroquianos la soga del camello que se le quedara en las manos.

No tardaron en acudir allí todos los musulmanes que había en el zoco, y, al oír las voces del vendedor de *alhaschische,* le dijeron:

–¡Cállate, hombre! ¿Qué es lo que estás diciendo? ¿Cómo es posible que un camello se ahogue en un cubo de agua?

Pero el vendedor de *alhaschische* protestaba:

–¡Os juro que así ha sido, que mi camello se zambulló de cabeza en el cubo y se ahogó! Y aquí está su cuerda, que se me quedó entre las manos cuando él se zambulló y da fe de la verdad de mi afirmación. Y si aún dudáis preguntad a estos respetables señores, que aquí están sentados y son mis parroquianos, y ellos también podrán dar fe de que no os engaño.

Pero los mercaderes, discretos, le replicaron:

–Tú y todos tus parroquianos no sois más que unos comedores de *alhaschische* y no hay que dar crédito a lo que decís.

Y esto es, por ahora, todo lo referente a estos personajes de la historia.

Cuanto al mogrebi, el mago, luego que advirtió la desaparición del príncipe y la princesa fue presa de un furor sin límites y se mordió un dedo y se lo arrancó, diciendo:

–¡Por Gog y Magog y por el fuego de los astros que giran en la órbita de las esferas, juro que los he de buscar y los encontraré aunque estén en las entrañas de la tierra, la setena!

Y corrió lo primero al país de Mohammed, el listo, y hubo de llegar al zoco en el preciso instante en que la discusión entre el vendedor de *alhaschische* y los demás mercaderes estaba en todo su apogeo, y, al oír hablar de cuerda y de camello y de un cubo que hiciera las veces de mar y de sepulcro, llegóse al vendedor de *alhaschische* y le dijo:

–¡Por Alá, no te apures, que si es verdad, como dices, que perdiste tu camello, aquí estoy yo para indemnizarte de este contratiempo! Dame lo que de él te queda, o sea, esa cuerda, y yo te daré por ella lo que te costó el camello y además cien dinares para ti como propina. Así que no te aflijas.

Cerraron el trato en el acto y el

mogrebi cogió la cuerda del camello y se fue de allí muy contento.

Porque dizque aquella cuerda del camello tenía la virtud de atraer las cosas desde lejos y el mogrebi no tuvo que hacer más que mostrársela desde lejos al joven Mohammed para que este, en el acto, fuese a prenderse él mismo en la cuerda, pese a su nariz, enganchándose en ella. Y al punto que así fue quedó convertido en un camello de carrera y se hincó en el suelo de rodillas para que el mogrebi se le montara encima.

Hízolo así el mago y, luego que hubo montado, encaminó a su camello hacia el lugar en que la princesa tenía su palacio.

Y no tardó en hallarse allí, al pie de las bardas del jardín, y entonces el mogrebi tiróle de la cuerda al camello para que se arrodillase en tierra y apearse.

Pero en aquel momento Mohammed, el listo, cogióle la cuerda con los dientes y se la partió por la mitad y, por efecto de aquel corte, perdió la cuerda en el acto todo su poder mágico.

Y luego Mohammed, el listo, para huir del mogrebi, se convirtió en una granada grande y fue a colgarse de la rama de un granado en flor y allí se quedó.

Cuanto al mogrebi, el mago, pasó al interior del palacio del sultán, el padre de la princesa, y, después de hacerle la zalema, le dijo:

–¡Soberano del siglo! Vengo a pedirte una granada, porque la hija de mi tío está encinta y se le ha antojado una granada, y ya sabes el pecado en que incurre quien no satisface los antojos de una embarazada.

Maravillóse el monarca de la petición y exclamó:

–Ya sabrás, hombre, que no estamos en la época de las granadas y que hasta ayer mismo los granados de mi jardín no han florecido.

Pero al oír aquello dijo el mogrebi de esta manera:

–¡Que me corten la cabeza si no hay granadas en tu jardín!

Y entonces el rey llamó a su jardinero, el mayor, y le preguntó:

–¿Es cierto, jardinero, que hay ya granadas en mis jardines?

Y el jardinero, el mayor, le contestó así:

–¿Por ventura, señor, estamos ahora en la época de las granadas para que en tu jardín las haya?

Y el rey, al oír al jardinero, volvióse al mogrebi y le dijo:

–¡Ya estás oyendo; has perdido tu cabeza y voy a mandar que te corten el cuello!

Pero el mogrebi le contestó, diciendo:

–Soberano del tiempo, antes de hacer que mi cabeza vuele separada de mi cuello, mándale al jardinero que vaya primero a ver las granadas y compruebe si miento.

–Está bien–dijo el rey.

Y le hizo una seña al jardinero para que bajara a la ruzafa y viera si había allí granadas tempranas.

Y el jardinero bajó al jardín y vio allí en un granado una granada de tal tamaño que entre las granadas todas, habidas y por haber, no se hallara otra igual de grande y gorda.

Y el jardinero arrancó aquella granada y fue a llevársela al monarca.

Tomó el rey la granada y se maravilló su alma, y no sabía si quedarse con ella o dársela a aquel hombre que se la pedía para satisfacer el antojo de la hija de su tío, que estaba encinta.

Y el rey le dijo a su visir:

–¡*Ye* el mi visir, de qué buena gana me comería yo esta granada! ¿Qué te parece a ti que haga?

Y el visir le contestó al monarca de esta forma:

–Si no hubiera el jardinero encontrado esa granada en tu jardín, ¿no le

habrías tú cortado la cabeza al mogrebi?

Y el rey le contestó:

–Claro que sí.

–Pues entonces–falló el visir–la cosa está clara; le pertenece con todo derecho la granada.

Entregó, pues, el rey la granada al mogrebi y este la cogió; pero no bien la hubo tomado en su mano cuando estalló la granada y saltaron sus granos, volando en todas direcciones y se desparramaron.

Pero el mogrebi, entonces, púsose a recoger los granos uno a uno y los reunió todos, menos el último, que fue a parar a un agujero al pie del trono del sultán, y era precisamente en aquel grano donde la vida del joven príncipe se había concentrado.

Y el mogrebi alargó presto la mano para coger aquel último grano y aplastarlo.

Pero en aquel mismo instante salió un puñal de dentro del grano y fue a clavársele en el corazón al mogrebi, y el brujo, el mogrebi, quedó muerto en el acto, escupiendo con su sangre negra su alma proterva.

Dejóse ver entonces el joven Mohammed en todo el esplendor de su hermosura y besó la tierra entre las manos del soberano.

Y en el mismo instante entró la joven princesita en el salón, exclamando:

–He aquí al joven que me descolgó del árbol, al que con mis cabellos me había atado el mago.

Y el rey, al oír las palabras de su hija, dijo:

–Pues si él fue quien te desató del árbol, no tienes más remedio que darle tu mano.

Y la princesa exclamó:

–Se la daré y también mi corazón.

Y a renglón seguido celebróse la boda con todo el esplendor debido.

Y fue aquella noche una noche bendita entre todas las noches. Y desde entonces vivieron juntos ambos jóvenes en amor y buena armonía y dicha ininterrumpida, y tuvieron numerosa prole de hijos e hijas.

Y con esto la historia termina.

¡Gloria al Unico, al Solo, que no tiene principio ni fin; el Eterno, el Glorioso!

Así habló el capitán de Policía, el doceno, que se llamaba Nazru-d-Din.

Y era el postrero, el doceno.

Y el sultán Baibars, después de escuchar su relato, se bamboleó de puro contento, y su placer y regocijo llegaron al extremo.

Y para demostrar a sus capitanes de Policía el gusto que sentía los nombró a todos chambelanes de palacio y les señaló mil dinares al mes de emolumentos, con cargo al real erario.

Y desde entonces fueron los comensales del sultán y no se apartaron de su lado, ni en tiempo de guerra ni en tiempo de paz.

¡Sea sobre todos ellos la misericordia de Alá!

Y cuentan también...

Pero vio Schaharasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras encantadoras.

Y LA NOCHE 543 PROSIGUIO SU RELATO EN ESTA FORMA:

–Ha llegado a mi noticia, *¡ye* el sultan, el afortunado!, que cuentan los que cuentan que el poeta Abu-Nuás solía contar:



ALGUNAS HISTORIAS REFERENTES A ABU-NUAS Y RASCHID

(Noche 543)

Las anécdotas agrupadas bajo este epígrafe son unas cuantas, no más, de las muchas que referentes al poeta Abu-Nuás corren por toda la literatura oriental de esta clase. Abu-Nuás, según decimos en nuestro estudio preliminar, es el Quevedo árabe. Como el gran ingenio español, tenía la vena epigramática y el estro repentizador y agudo, unidos a la profundidad de pensamiento y a la vastedad de su cultura. Por su vida azarosa y bohemia, con alternativas de esplendor y miseria, un día gran señor y otro pícaro, siempre parásito de sultanes y emires, y a veces en trances de apuro, de los que lo salvaba su ingenio, Abu-Nuás tiene una personalidad enecdótica en la que sin duda entran muchos rasgos apócrifos. Era tal su intuición de poeta que hacía sospechar a las gentes tuviese pacto con el demonio. En dos de las anécdotas aquí transcritas, rimando sobre un pie forzado, propuesto por Harunu-r-Raschid, Abu-Nuás acierta de tal modo que el propio jalifa queda desconcertado ante su don adivinatorio. Este respecto del demonismo de Abu-Nuás es muy característico en la primera de estas anécdotas, en que el mismo poeta nos cuenta la visita que una noche le hizo el demonio, en figura de mocito guapo, imberbe, como son los demonios musulmanes, lisonjeando así su inclinación a la sodomía. Por lo demás, el demonio se limita a gastarle una broma al bromista poeta. Si constara–que no consta–la autenticidad de este supuesto relato autobiográfico, tendría un valor psicológico que permitiría pensar en un caso de alucinación del poeta. Pero el comprobado alcoholismo de Abu-Nuás es suficiente para admitir que en una de sus jumeras hubiese creído realmente ver al diablo y conversar con él.

–Andaba yo por aquel tiempo tan ocupado en mis quehaceres, cerca del emir de los creyentes, que no encontraba momento de asueto.

Y sucedió una vez que el emir de los creyentes se trasladó a su cámara para allí pernoctar y luego regresar.

Y aproveché yo la ocasión y me fui a mi casa y entré en ella y cerré la puerta y me puse delante la bebida y me procuré la soledad apetecida.

Pero a eso del atardecer he aquí que llaman a la puerta y salgo a abrir y me encuentro con un joven de los hijos de los turcos y dizque nunca en mi vida vieran mis ojos tan gallarda figura.

Saludóme con el *selam* el joven y me dijo:

–¿No querrías recibir un huésped en tu casa?

–¡*Ye* mi señor!–respondí yo–. Concédeme ese honor.

Pasó el joven adentro, y a mí, al verlo entrar, se me voló el juicio y se me trastornó el espíritu.

Fue luego el joven y sacó de debajo de sus ropas un frasco de vino y frutas pasas y un pollito.

Y se puso a beber y a cantar con una voz cual nunca la oyera yo igual. De suerte que le hice repetir varias veces y él lo hizo así para complacerme, hasta que se hizo de noche enteramente.

Y dizque yo tenía el sentido completamente enajenado del vino y de su hermosura y mi alma era del todo suya, sin pretensión de correspondencia alguna.

Pero él entonces me dijo:

–¡*Ye sidi,* quiero irme!

A lo que yo le dije:

–¡*Ye sidi,* si tú te vas, mi alma de mi cuerpo también se irá! Quédate y te daré cuanto poseen mis dos manos y me convertiré en tu esclavo y desde este día no me apartaré de tu lado.

–¿Es cierto lo que dices?–me preguntó él.

Y yo le contesté:

–Sí que lo es.

Y él me contestó:

–Pues bien: yo necesito lo que tú tienes y, si eres veraz, en lo que del amor que por mí dices sentir, afeítate la barba y los bigotes y quédate lampiño como yo lo estoy.

Dominaronme entonces la embriaguez y el amor y no tuve valor para volverme atrás de lo que dijera y dejar malparada mi promesa.

Y convine con él en que lo haría a cambio de que él se quedara a pasar conmigo la noche, cosa que aceptó el joven.

Fue luego, ya sin más, y cogió mi navaja de afeitar y me mojó las barbas, que en seguida cayeron, quedando yo imberbe como él lo estaba.

Y al verme el joven así echóse a reír de mí y me dijo:

–Oye, Abu-Nuás: ¿cómo dicen esos tus versos en que hablas de Adán y de Iblis?

–Pues dicen así–le contesté.

Y procedí a recitar aquellos versos de mi estro:

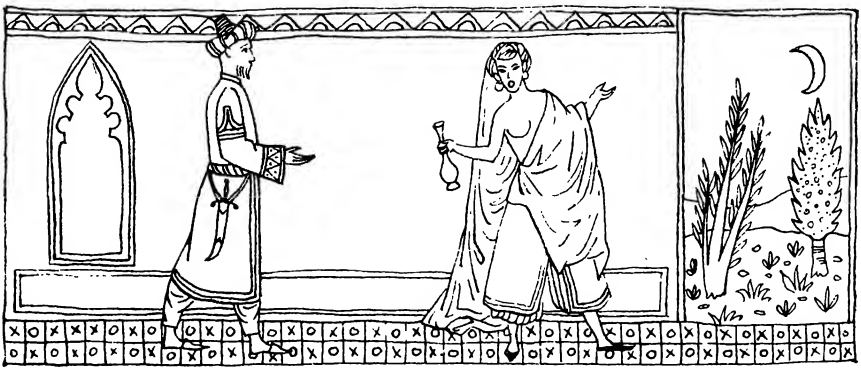
La soberbia de Iblis
me maravilla;
a Adán rendir no quiso
su pleitesía,
y ahora de Adán le vuelven
loco las crías.

Soltó al oírme la risa y me dio un pescozón en el cogote con tal brío que me hizo dar un respingo.

Enojéme yo entonces y exclamé:

–¡Guay de ti! ¿Cómo te atreves a tratarme así?

Y me fui hacia él con gesto airado, pero ya no había nadie en el cuarto.



HARUNU-R-RASCHID Y LOS TRES POETAS

(Noche 543)

—Cuentan también que Harunu-r-Raschid dejara de ver una vez a una esclava y luego cierta noche hubo de encontrársela dando vueltas por el alcázar borracha.

E iba envuelta en un *almútraf* [1] de basta seda y los picos le colgaban por el suelo, de puro enajenada, y su *arrida* [2] se le caía de sobre los hombros, por la misma causa, y el aire le descubría sus dos pechos, que parecían dos granadas. Y dizque tenía unas nalgas pomposas y pesadas.

Y encalabrinóse el jalifa al ver a la mocita y la requirió de amores en seguida.

Pero ella le dijo:

—Estuviste sin verme todo este tiempo, sin que yo supiera tu paradero. Ahora aguarda a mañana, para que yo pueda estar preparada y yo misma iré a buscarte, sin falta.

No bien amaneció la mañana dio el jalifa orden privada a su introductor:

—No dejes entrar a nadie en mi cámara, excepto a Fulana.

Y el jalifa se quedó aguardando a la muchacha, pero esta no llegó a presentarse en su cámara.

Fue entonces el jalifa y se levantó y pasó a visitarla, y la preguntó por qué no cumpliera su palabra.

A lo que le contestó la esclava, con picardía:

—¡*Ye* emir de los creyentes! Las palabras de la noche las borra el día.

Fue entonces el jalifa y preguntó quién estaba a la puerta de los poetas.

Pasaron entonces a su presencia Abu-Nuás y Ar-Rakaschi y Abu-Mozâb.

Y el jalifa les dijo:

—Venid acá. Las palabras de la noche las borra el día.

A lo que Ar-Rakaschi contestó en seguida:

—Sobre ese tema tengo yo compuestos los siguientes versos—y a continuación los recitó, diciendo:

[1] Traje de seda basta con borlas y figuras.
[2] Sobreveste.

–De amores la requeriste,
que el corazón te saltaba,
y ella se te resistió
y negóse a tu demanda.
Y te dejó allí plantado,
citándote a la mañana;
pero al requerirla entonces
te replicó con malicia:
–Las palabras de la noche
las borra el día.

Dijo luego Abu-Mozâb:

–Sobre este tema hago yo este poema:

–Si a mi amor accedieras, te labrara
un palacio en Bagdad.
¿No te consume ver que está mi entraña
hecha por ti un volcán?
Pero ella, al escucharme, sonrió
y dijo con malicia:
–Las palabras de la noche, ya es sabido,
las borra el día.

Dijo a continuación Abu-Nuás:

–Yo también tengo algo que recitar.

Y declamó los siguientes versos:

La encontré en el alcázar aquella noche
y dizque iba borracha, sin que por eso
sufriera su hermosura, sino al contrario,
pues descubría la brisa sus lindos pechos,
que como dos granadas se estremecían.
Y la *arridá* colgada de su hombro bello.
Requeríla de amores y ella me dijo:
–Espérame mañana, que iré a buscarte.
Mas vino la mañana y ella no vino,
y como yo su falta le reprochase,
me respondió la joven, con picardía:
–Promesas de la noche las borra el día.

Al oír aquella poesía exclamó el jalifa:

–¡Mátete Alá! Cualquiera diría que estuviste presente, Abu-Nuás, y todo lo pudiste observar.

Y Harunu-r-Raschid mandó que les diesen a cada uno de los poetas una aljalá de precio y cinco mil dracmas además. Y diez mil a Abu-Nuás. Y cuentan también que el jalifa Harunu-r-Raschid hubo de entrar una vez, a hora de prima tarde, en la cámara de una de sus esclavas, llamada Jisirán, sin que ella lo llegase a notar.

Pero luego que la joven advirtió la presencia del jalifa cubrióse con sus cabellos, de suerte que aquel no pudo verle nada de su cuerpo.

Maravillóse el jalifa de aquel gesto de pudor y lo aprobó en su interior.

Tornó luego a su sala de audiencias y preguntó:

–¿Quién hay a la puerta de los poetas?

Y le contestaron sin tardar.

–Abu-Nuás y Beschar.

Y el jalifa ordenó:

–Que pasen los dos.

Luego que pasaron les dijo el jalifa:

–¡A ver! Diga cada uno de vosotros unos versos adecuados a lo que yo tengo en mi pensamiento.

Habló Beschar el primero y declamó estos versos:

–Si tan grande es el amor
que te tengo
y te consta que por ti
mi corazón arde en fuego,
¿por qué no has de hacer tú nada
para que ambos nos juntemos
y tus encantos me niegas,
sabiendo que me son ellos
más dulces que la miel dulce
y más que todo, dilectos?

Luego que hubo el jalifa oído sus versos, exclamó:

–Dijiste bien; pero, a pesar de ello, no diste en el blanco de lo que tengo en mi pensamiento.

Y habló luego Abu-Nuás y recitó estos versos:

–Quitóse la camisa para lavarse
y de rubor su rostro se hizo una rosa,
y vertió el agua luego sobre su cuerpo,
descubriendo sus gracias esplendorosas.
Pero después del baño, cuando ya iba
a cubrirse de nuevo con sus vestidos,
reparó en que allí cerca alguien estaba
que de todos sus actos fuera testigo.
Cubrió entonces la sombra su luz radiante
y la noche su aurora, y en un momento
sus gracias se eclipsaron; mas con lo visto,
hubo de sobra para que, ante el portento,
exclamara el intruso con voz devota:
–¡Loado sea Alá,
que mujer tan hermosa
supo crear!

Luego que oyó el jalifa los versos de Abu-Nuás, exclamó:

–¡Venga acá en seguida el tapiz de la decapitación!

–Pero ¿por qué razón *ye* emir de los creyentes?–inquirió Abu-Nuás.

Y el jalifa le dijo:

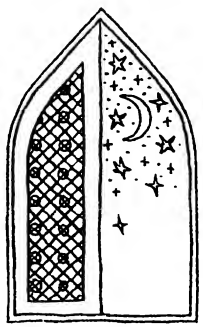
–Di la verdad, ¿no estabas tú allí también escondido?

–¡Por Alá que no!–exclamó Abu-Nuás–, que solo fue una idea que se me ocurrió.

Mandó entonces el jalifa que le dieran cuatro mil dracmas y a continuación lo despidió.

Y cuentan también los que cuentan...

Pero vio Schahrasad venir la mañana y suspendió el curso de sus elocuentes palabras.





ABU-NUAS Y LOS TRES CHICOS Y EL JALIFA HARUNU-R-RASCHID

(Noche 544)

Los más de los traductores europeos suprimen la anécdota. Burton la trae en su versión inglesa, tomada, indudablemente, de la edición de Calcuta.

Y LA NOCHE 544 SIGUIO DICIENDO LA MUCHACHA:

—Tengo entendido, *¡ye* el rey, el afortunado!, que cuentan, pero ¡Alá es el más sabio!, que: Abu-Nuás, un día de los días, se encerró en su casa y preparó una alifara con toda suerte de manjares exquisitos, de esos que labios y lengua ansían con apetito.

Después de lo cual echóse a la calle Abu-Nuás en busca de un mocito de tal convite digno y en su alma se dijo: «¡Alá, *ye* dueño y señor mío, ruégote me depares alguno que sea digno de tal festín y esté dispuesto este día a cambiar conmigo caricias!»

Y hete aquí que, apenas lo acabara de decir, cuando hubo de ver tres chicos lindísimos y sin pelo de barba, que dizque enteramente se asemejaban a los coperos del Paraíso.

Y eran los tres de una hermosura sin rival, aunque cada uno de ellos lo era por un modo particular, y sus garbosos cuerpos despertaban en todos los deseos, según dijo el poeta en estos versos:

«Con dos chicos imberbes hube de tropezarme
y no pude por menos que mi amor declararles.
Y con todo descaro ellos me respondieron:
—Dinos si tienes pasta, porque eso es lo primero.
—Dinero tengo a fe—respondí a los muchachos
y sabed, además, que acostumbro gastarlo.
Y al oírlo los muchachos, exclamaron al punto:
—¡Está bien, padre nuestro, pues ese es nuestro [asunto!»

Ahora bien: se ha de saber que

Abu-Nuás se pirraba por esa clase de placeres y gustaba de solazarse con los chicos amables y de coger la rosa de toda mejilla en flor, como dijo el poeta en una ocasión:

«Más de un *scheij* respetable y virtuoso
los aguijones de la carne siente
y ama los bellos rostros y visita
el almacén de los deleites.
Se despierta en Mosul, el puritano,
y en Haleb, el vicioso, todo el día,
se lo pasa soñando.»

Llegóse, pues, Abu-Nuás a los muchachos y los saludó con el *selam,* y ellos le correspondieron con otro igual y se dispusieron a seguir su camino; pero el poeta se lo impidió y estos versos les espetó:

–Deteneos, hijos míos, y no busquéis
otro mejor que yo, que en mis bodegas
rancios vinos conservo, elaborados
por sabios monjes, de radiante esencia,
y carne de cordero sabrosísima
y aves varias servir hago en mi mesa.
De ellas podréis comer cuanto queráis
y esos vinos beber, que el alma alegran,
y luego gozaréis los tres por turno
de esta, que viendo estáis, linda herramienta.

Y dizque entonces los tres jóvenes engatusados por aquellos versos, se rindieron a sus deseos, y dijeron:

–¡Oímos y obedecemos!

Y lo siguieron a su casa y encontraron en ella apercibido cuanto anunciárales en sus versitos.

Y los tres muchachos se sentaron y comieron y bebieron, hasta que alegres se pusieron, y luego que así fue llamaron a Abu-Nuás y lo conjuraron a que declarase cuál de los tres era el más guapo de cara y el de mejor planta.

Y Abu-Nuás señaló a uno de ellos y le dio dos besos y después declamó estos versos:

–Con mi alma ese lunar–¿qué vale ella
comparada con él?–rescatarla.
¡Loado el creador de esa mejilla,
tersa y pura, imberbe, alabastrina!
¡Y el que en ese lunar incomparable
alojó a la belleza peregrina!

Luego señaló Abu-Nuás a otro de los muchachos y lo besó en los labios, y recitó estos versos:

–Y un lunar poner quiso en su mejilla
que almizcle y alcanfor virgen semeja
y que gritar parece a quien lo mira:
–¡*Ye* creyente, bendice ya al Profeta!

Luego que acabó de recitar sus versos señaló Abu-Nuás al otro de los tres mancebos y lo besó repetidas veces, y después declamó los versos siguientes:

Para limpiar los dedos de este joven,
que con el rojo vino se manchó,
echad oro fundido en una fuente
de purísima plata, por favor.
Hablo de aquel a quien los echadores
escáncianle una copa de licor,
en tanto que sus ojos peregrinos
otra copa la escancian aún mejor.
De ese hijo de los turcos, de ese gamo
que en su lindo palmito encantador
los dos montes Honain [1] a unir acierta,
juntando lo que espacio separó.

Luego que Abu-Nuás terminó de recitar sus versos, bebió cada uno de los jóvenes dos copas, y, llegado que le hubo la vez, tomó el poeta la copa y recitó estos versos:

–No bebas jamás vino
que tu amor no te sirva
con su mano graciosa,
que con él armoniza.
Ten presente que el vino
tan sólo el alma alegra
cuando el copero tiene
una cara risueña.

Y después Abu-Nuás apuró su copa y la fuente siguió dando la vuelta a la redonda, y, cuando de nuevo le llegó la vez a Abu-Nuás, señoreó su alma de alegría y recitó estas rimas:

[1] Se refiere a unos montes de Arabia, cerca de La Meca.

Siga la copa rodando
entre los buenos amigos,
henchida de dulce mosto,
de sabor tan exquisito,
y por la mano servida
de amable y lindo mocito,
cuya belleza es más dulce
que el almizcle del más fino.
Que el vino no ha de beberse,
sino escanciado, ¡*ye* amigos!,
por aquel cuyas mejillas
son más sabrosas que él mismo.

Subiósele entonces a Abu-Nuás el vino a la cabeza y lo puso en tal estado que no distinguía una de otra mano, y de puro contento balanceaba a uno y otro lado su cuerpo y se inclinaba hacia los jóvenes, y a este besaba y aquel abrazaba y a estotro las piernas le cruzaba.

Y lejos de sentir el menor escrúpulo de conciencia o la menor vergüenza, fue el poeta y, para expresar su contento, recitó los siguientes versos:

No hay mejor alegría que la que da
la bella y generosa juventud,
que se deja besar y acariciar
de un viejo amigo, sin hacerle fu.
¡El cielo los bendiga a estos muchachos
que tal cosecha de placer y gusto
dejáronme coger y me tuvieron
embelesado de un deleite puro!

Pero hete aquí que, estando el poeta en ese estado de crápula y licencia, siente que llaman a la puerta y, sin moverse de su sitio, invita a pasar adentro al llamante, y al entrar este advierte, con el natural asombro, que era nada menos que el emir de los creyentes, el jalifa Harunu-r-Raschid.

Luego que lo vieron todos se levantaron y fueron a besar la tierra entre sus manos.

Y a Abu-Nuás, de puro asustado, los vapores del vino se le disiparon.

Y el jalifa de Alá le dijo a Abu-Nuás:

–Hola, ¿qué tal?

Y Abu-Nuás le respondió al jalifa:

–¡A tu servicio, *ye* emir de los creyentes, a quien Alá guarde y preserve!

Y el jalifa, reparando en él, le preguntó:

–¿Cómo estás, Abu-Nuás?

Y el poeta le respondió sin vacilar:

–¡*Ye* emir de los creyentes verdaderos! Creo que a la vista está cómo me encuentro, sin que haya necesidad de preguntar.

Y Harunu-r-Raschid le dijo así:

–Mira, Abu-Nuás: has de saber cómo he buscado la dirección de Alá y te he nombrado cadí de los alcahuetes y las celestinas de Bagdad.

–¿De veras–exclamó Abu-Nuás–que has tenido a bien nombrarme para tan alto cargo, *ye* emir de la Fe?

Y el jalifa le respondió:

–Así es.

Y Abu-Nuás tornóle a preguntar:

–¿Y me has asignado, *ye* emir de los creyentes, algún traje especial para ese cargo?

Pero el jalifa, al oírlo, se llenó de ira y le volvió la espalda y se fue de allí, loco de rabia, y pasó aquella noche desvelado, de puro enfadado.

En cambio Abu-Nuás pasó aquella noche muy a su gusto entre sus muchachos y fue aquella una noche de las más alegres y divertidas que pasara en su vida.

Pero luego que empezó a clarear el día y el lucero de la tristeza se dejó ver en toda su fulgencia, levantó Abu-Nuás la sesión y despidió a los chicos y se vistió su traje cortesano y salió de su casa y se dirigió al alcázar del soberano.

Y tenía por costumbre el jalifa, cuando levantaba su diván, trasladarse a su salón de estar y reunir allí a sus poetas y comensales y músicos, cada uno de los cuales ocupaba el puesto que le estaba asignado, sin jamás propasarse.

Y sucedió aquel día que el jalifa se trasladó a su salón y acudieron allí sus amigos y familiares y se sentaron en

sus lugares respectivos, según su jerarquía y grado.

Y hete aquí que también se presenta Abu-Nuás y va a sentarse en su sitio habitual.

Y el jalifa, al verlo entrar, le gritó a Mesrur, el macero, que despojase al poeta de sus ropas y lo dejase en cueros y le pusiese una albarda en la espalda y una jáquima en la cabeza y un ataharre por debajo de la panza, y de esa guisa lo pasease por delante de las habitaciones de las esclavas y las cámaras de las mujeres del *harén*, de forma que todas lo pudiesen ver y se burlasen de él.

Y que luego de eso, para remate, le cortase la cabeza y se la llevase.

Y Mesrur respondió:

–Oigo y obedezco, ¡*ye* mi señor!

E hizo con Abu-Nuás lo que mandara el jalifa y lo paseó por aquellos aposentos del *harén* de palacio, cuyo número era igual al de los días del año.

Pero Abu-Nuás era hombre de gracia e hizo reír a las mujeres con sus ocurrencias y sus payasadas, y las mujeres, complacidas, le correspondieron con sus dádivas, de suerte que el poeta salió del *harén* con un buen puñado de monedas de ley.

Y he aquí que en tanto caminaba Abu-Nuás hubo de encontrarse con Châfar, el Barmeki, que salía de estar con el jalifa. Y Châfar reconoció luego al poeta en aquel disfraz y lo saludó:

–¡Hola, Abu-Nuás!

Y Abu-Nuás le respondió, muy fino:

–¡Señor, a tu servicio!

Y Châfar le preguntó:

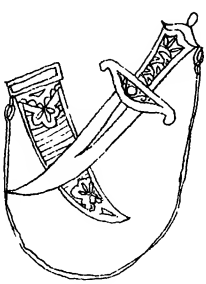
–Pero dime: ¿qué delito cometiste para que ese castigo te impusieran?

Y le respondió el poeta:

–¡Pues ninguno, mi señor! Sino que le obsequié al jalifa con la mejor de mis poesías, y el jalifa, en cambio, me ha obsequiado con el mejor de sus vestidos.

Luego que la respuesta del poeta llegó a oídos del jalifa no pudo este contener su risa, a despecho de su nariz, y perdonó a Abu-Nuás y diole, además, un buen puñado de dinero.

Y el poeta se volvió a su casa la mar de contento.





HISTORIA DE MUTELAMMIS Y SU MUJER, UMAIMAH

(Noche 544)

Anécdota interesante por referirse al poeta preislámico Al-Mutelammis, del que ya hemos hablado, y a sus tirantes relaciones con el rey de Hirab, el tiránico An-Nômán-ben-Munzir.

Probablemente la fuga de Mutelammis y su largo extrañamiento que dio lugar a que lo creyesen fallecido, se relacionan con aquel episodio de su vida en que estuvo a punto de sucumbir, víctima de las insidias del sanguinario monarca, enojado con él y con Tárafa, su amigo, por las sátiras de que le hicieran blanco.

El monarca, aprovechándose de la circunstancia del analfabetismo de ambos poetas, dioles una carta sellada para uno de sus gobernadores, al que mandaba dar muerte a ambos.

En el camino, Al-Mutelammis concibió sospechas y abrió la carta y se la dio a leer a un chico, y, al descubrir la traición del reyezuelo, emprendió, naturalmente, la fuga y se salvó. Pero Tárafa, por un sentimiento de honor exagerado, no quiso seguirlo y fue a entregar la carta al gobernador, que, luego de mutilarlo y supliciarlo, le quitó la vida.

La historia muestra, por otra parte, el sello del amor caballeresco que reinaba en los poetas de aquel tiempo, precursores de los Petrarca y Dante, de Occidente. Tárafa tenía su Laura o su Beatriz en su amada Jaulah, y Al-Mutelammis, en su Umaimah (¿Madrecita?).

–Al-Mutelammis, el poeta, hubo de huir una vez de An-Nômán-ben-Munzir y estuvo ausente tanto tiempo que todos llegaron a darle por muerto.

Y era el caso que estaba Mutelammis casado con una mujer hermosísima, llamada Umaimah, y su familia, visto que el poeta no regresaba, la apremiaba para que se volviese a casar; pero Umaimah se negaba a ello, porque tenía a su marido un amor grande y sincero.

Pero como le salieran a la joven muchedumbre de pretendientes y fuese mucho lo que le apuraba su gente consintió al cabo en casarse, aunque a regañadientes, y tomó por esposo a un hombre de su tribu y su sangre.

Y hete aquí que, la noche de la boda, hubo de regresar Al-Mutelammis, y al oír en el aduar de su tribu rumor de gaitas y atabales y ver las señales todas de una fiesta de bodas, preguntó a unos chicos qué era lo que allí festejaban y los chicos le contestaron con estas palabras:

–Es que Umaimah, la mujer de Al-Mutelammis, se ha casado con uno de su tribu, y esta noche se la lleva consigo.

Luego que el joven poeta hubo escuchado las palabras de los chicos concibió el plan de entrar en su casa, confundido con la muchedumbre de mujeres, y así, efectivamente, lo hizo. Y al entrar en la casa vio a los novios sentados en la nupcial cámara.

Y pudo ver cómo el marido se llegaba a la mujer y oyó a esta lanzar un hondo suspiro y luego romper a llorar, recitando estos versos:

–Pluguiera al cielo decirme:
«¡Ay, cómo la suerte cambia;
en qué remotos países,
ye Mutelammis, te hallas!
¡*Ye* Mutelammis querido,
ye mi esposo de mi alma!»

Y Mutelammis, que era un poeta famoso, al oír aquellos versos, luego respondió con estos otros:

–A tu lado, Umaimah amada,
me tienes, y has de saber
que en mis largas correrías
ni un momento te olvidé.
Siempre que la caravana
hacía alto en un lugar,
a tu recuerdo querido
me entregaba con afán.

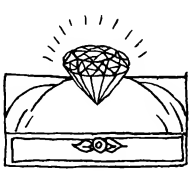
Luego que el novio oyó eso adivinó lo que ocurría y se alejó de allí, improvisando esta rima:

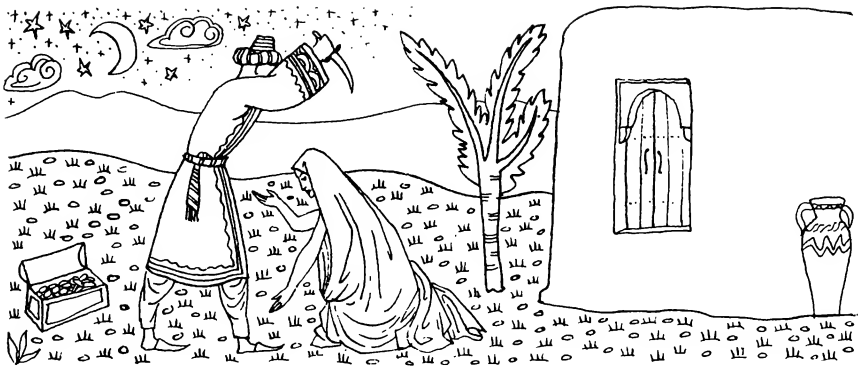
–Era el más afortunado
de los hombres, pero el sino
su espalda me ha vuelto ahora;
toda mi dicha he perdido.
¡Quedaos, pues, en esta casa
hospitalaria, amiguitos!

Y acto seguido se salió fuera y dejó a los dos enamorados en gustoso aislamiento.

Y a partir de aquel momento Mutelammis y Umaimah vivieron siempre juntos, felices y contentos, hasta que vino a separarles la Destructora sin remedio.

¡Loado sea Aquel que está a salvo de todo cambio!





HISTORIA DEL MOLINERO Y SU MUJER

(Noche 544)

La presente anécdota podría incluirse bajo el epígrafe de Las malicias de las hembras *y es una de tantas como abundan en el repertorio de la misoginia oriental.*

–Y cuentan (pero Alá es el más sabio) que había una vez un molinero, el cual tenía un borriquillo para dar vuelta al molino, y estaba casado con una hembra perversa y la odiaba, porque estaba enamorada de un vecino, que no le hacía caso y la evitaba.

Y sucedió una noche que el molinero en su sueño vio a uno que le decía:

–Ve y cava la tierra en tal sitio del molino y encontrarás allí un tesoro escondido.

Luego que se despertó de su sueño fue el molinero y se lo contó a su mujer y le recomendó le guardase el secreto; pero ella, la ladina, se dio prisa a contarle al vecino el sueño que tuviera su marido, pensando que así se granjearía su cariño.

Y, efectivamente, su vecino prometióle ir a verla aquel mismo día, después de anochecido.

Hízole así, llegada que fue la hora, y entre él y la mujer cavaron la tierra en el sitio indicado del molino y descubrieron el tesoro y con él arramblaron.

Y el vecino preguntó a la mujer:

–¿Qué piensas hacer con él?

Y la mujer le contestó:

–Pues partirlo en dos mitades y darte a ti una de ellas, para que dejes a tu mujer y te vengas conmigo y me lleves lejos de mi marido. Y te casarás conmigo, y, luego que ya vivamos unidos, juntaremos las dos mitades del tesoro y tendremos en nuestras manos todo.

Pero el vecino le contestó, diciendo:

–Temo no sea que el Schaitán te tiente y te busques otro marido que yo, porque el oro en una casa es como en el cielo el sol. Pienso, pues, que sería por ello lo mejor que me dieses a mí todo ese oro y así no tendrías que preocuparte de nada más, sino de bur-

lar a tu marido y venirme a buscar.

A lo que ella le dijo:

–Es el caso que yo temo lo mismo que tú temes y así no te daré mi parte a ti, que fui yo quien todo este asunto dirigí.

Pero al oír eso el vecino la fuerza de la codicia lo impulsó a matar a la mujer y así lo hizo en el acto, y luego arrojó su cuerpo en el hoyo donde antes había estado el tesoro.

Y sucedió que el día le amaneció antes de que hubiera podido tapar el hoyo con tierra, así que lo dejó como estaba y echó a correr con las monedas.

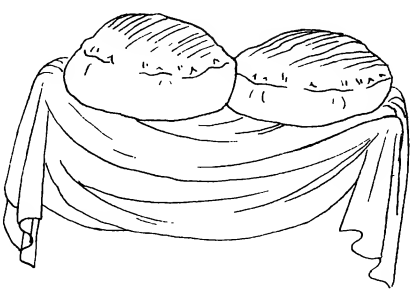
Ahora bien: despertóse luego el molinero y echó de menos a su esposa y se marchó al molino y sujetó al asno a la viga y lo arreó, y el asno en seguida obedeció y se puso a dar vueltas, como es de rigor.

Pero al cabo de un rato fue y se quedó parado, y el molinero, indignado, se puso a fustigarlo, y, cuanto más le pegaba, tanto más el animal se arredraba y reculaba.

Hasta que por fin el molinero, furioso, cogió un cuchillo y se puso a pincharle con él y no logró tampoco que el animal se decidiese a avanzar.

Por lo que, exasperado el molinero, fue y le clavó el cuchillo a su asno en los ijares y el pobre animal se desplomó en tierra exánime.

Y hete aquí que al levantarse el sol vio el molinero a su asno muerto y a su mujer muerta también en el hoyo del tesoro, que había volado. Y no hay que decir cuánto sería su enojo y su rabia consigo mismo que haberle revelado a su mujer el secreto y no habérselo guardado en su pecho. Que de ahí derivaba toda su desgracia.





HISTORIA DE LOS DOS PARVULILLOS ENAMORADOS

(Noche 544)

Lindo idilio de amor entre niños, de un romanticismo no empañado por ningún asomo de sensualidad y que debe de ser una de las mil historias a que da lugar la coeducación entre los orientales, ahora adoptada por los norteamericanos, y que hace que en las escuelas se aprenda también a amar.

—Y de lo que cuentan, los que cuentan, de un chico horro, quien se enamoró de una chica esclava en la escuela donde ambos aprendían las primeras letras.

Y un día de entre los días, mientras los demás chicos estaban distraídos, fue y cogió el enamorado la tablilla de su adorada y escribió en ella los versos siguientes:

«¿Qué dirías tú de quien peligro corre
de morir por la fuerza de su amor?
¿De aquel que tanto te ama, que no puede
ya con el peso de su corazón?»

Y sucedió que la muchacha, al coger luego su tablilla leyó los versos en ella escritos y caló en su sentido, y fue tal su piedad por el chico, que no pudo menos que echarse a llorar.

Y en respuesta a sus versos escribió estos otros:

«Si a un amante verdadero
por su amor vemos sufrir,
forzoso es correspondamos
a sus ansias con un sí.
De fijo que ha de obtener
de nosotros lo que quiere,
tanto más cuanto que el mismo
amor sentimos que él siente.»

Y hete aquí que en esto hubo de llegar inopinadamente el maestro y tomó la tablilla y leyó lo que en ella había escrito y así se enteró del amor

que mutuamente se tenían los dos chicos.

Y fue tal la piedad que por ellos sintió que por debajo de los versos transcritos escribió estos otros a la muchacha dirigidos:

«A tu amante consuela y sus temores
disipa, pues lo ampara la locura:
dile que nada tema del maestro,
que antes que él pasó por su amargura.»

Y sucedió que, en aquel instante, hubo de entrar en la escuela el dueño de la esclavita y reparó en la tablilla y leyó los versos en ella escritos por el chico, la chica y el maestro, y por debajo de ellos escribió estos otros:

«¡Que Alá os perdone y os una
como vuestro amor merece!
Pero ¡hay que ver el maestro,
qué grandísimo alcahuete!»

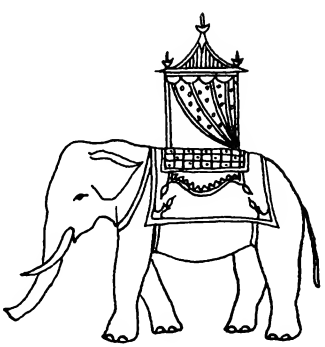
Y luego de escribir esos versos el amo de la muchacha llamó por el cadí, y allí mismo, en la escuela, casó a los dos chicos.

Y después organizó un festín, tal y tan rumboso, que no había más que pedir.

Y ambos esposos vivieron siempre juntos, alegres y dichosos, hasta que fue a visitarlos Aquella que pone fin a los placeres y dispersa las reuniones de la gente.

Pero ¡Alá es el que sabe más!

Y vio Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras encantadoras.





HISTORIA DE ABDU-L-LAH-BEN-MOAMAR Y EL HOMBRE DE BAZRA Y SU JOVEN ESCLAVA

(Noche 545)

Insistencia en el tema del amor entre el señor y su esclava, que al arruinarse aquel hace que la venda en el zoco para remediarse, y del comprador generoso y sensible que, al enterarse de la gran pasión que los une, devuelve la muchacha a su dueño, juntamente con lo que dio por ella.

PERO LA NOCHE 545 REANUDO SU RELATO EN ESTA FORMA:

—He podido averiguar, ¡*ye* el sultán, el afortunado!, que había un hombre en Bazra que una vez mercó una esclava y se gastó una fortuna en educarla, y era tanto lo que la quería, que acabó de arruinarse por darle gusto y alegrarle la vida, hasta que, al cabo, se quedó sin blanca y la miseria se instaló en su casa.

Y entonces fue y le dijo la esclava:

—Véndeme, amo mío, en el zoco, porque necesitas lo que por mí te den, y yo tengo triste el corazón de verte padecer por la miseria en que has venido a caer. Y si me vendes, te podrás arreglar con lo que cojas, y será mejor para ti que no tenerme a tu lado así. Y Alá, de quien viene toda ayuda, te ayudará y tu suerte de fijo mejorará.

Y tanto le dijo la esclava a su amo y tanto le porfió que acabó por convencerlo, y su amo la cogió y la llevó al bazar, donde el marchante la tomó para ofrecérsela al emir de Bazra, llamado Abdu-l-Lah-ben-Moamar-t-Taimi, que la halló de su gusto y se la com-

pró en quinientos dinares, que el marchante le entregó a su amo, menos la comisión por su trabajo.

Dispúsose luego el hombre a retirarse y despidióse de su joven esclava; pero esta, entonces, no pudo contener sus lágrimas y recitó estos veros, con dolido acento:

–¡Ojalá y Alá quiera que el dinero
que te dieron por mí feliz te haga!
¡Que a mí sólo me queda ya sufrir
el resto de mi vida, nada larga!
¡Que el corazón me dice: «Te dejó
tu amigo y la amargura te acompaña
y no podrás vivir después de eso!»
Y dízque son veraces sus palabras.

Y el antiguo amo de la esclava, luego que oyó esos versos, lanzó un sollozo y declamó estos otros:

Aunque no hay ningún recurso
en nuestro trance apurado,
sino el perdón de la muerte
que consuela al desdichado,
constantemente mi pena
tu recuerdo endulzará,
selam sobre ti, ¡*ye* amada!
¡Ya no nos veremos más,
como otra cosa no quiera
nuestro señor Ibn-Moamar!

Ahora bien: luego que Abdu-l-Lah-ben-Moamar hubo escuchado esos versos y comprobado el amor que unía a la esclava y su amo, no pudo menos de exclamar:

–¡Por Alá, que no he de ser yo quien os separe a los dos! Pues a la vista está que os queréis hasta no poder más.

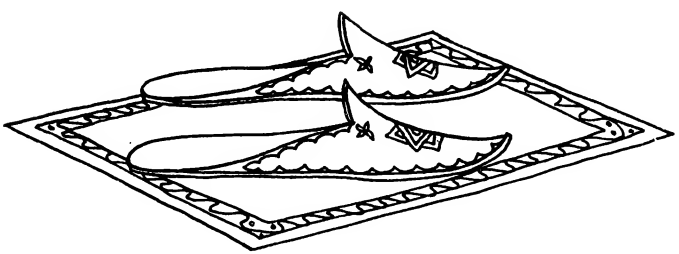
Y volviéndose al hombre, le dijo:

–Guárdate, hombre, tu dinero y tu esclava y benditos de Alá sean el uno y la otra, que, en verdad, la separación entre dos que bien se aman es una desgracia.

Y al oír aquellas generosas palabras el señor y su esclava se inclinaron ante Abdu-l-Lah y le besaron las manos y luego se retiraron.

Y toda su vida vivieron ya juntos, sin nunca separarse, hasta que la muerte vino a visitarles.

¡Gloria a Aquel que de la muerte está a salvo!





HISTORIA DE MESRUR, EL EUNUCO, E IBNU-L-KARIBI

(Noche 545)

Anécdota humorística sin trascendencia. Falta en la mayoría de las versiones europeas. No se tienen datos concretos sobre la personalidad del «gracioso» Ibnu-l-Karibi, que debía ser uno de tantos bufones públicos como abundan en Oriente.

–Y cuentan que una de las noches estaba muy desvelado el emir de los creyentes, Harunu-r-Raschid.

Y el miramamolín le dijo a Châfar, su visir:

–Mira, Châfar: esta noche no puedo dormir y tengo encogido mi pecho y no sé qué hacer.

Y dizque estaba presente Mesrur, el eunuco, y al oír sus palabras echóse a reír.

Y el jalifa, maravillado, preguntóle a Mesrur:

–¿A qué viene esa risa? ¿Es que quieres burlarte de mí o que la locura se apoderó de ti?

Y Mesrur, el eunuco, se apresuró a decir:

–¡Nada de eso, por Alá, *ye* emir de los creyentes! ¡Por tu parentesco con el Príncipe de los Profetas, te juro que no lo hice queriendo, sino que se me escapó la risa al recordar cierto lance que ayer hube de presenciar! Pues has de saber, *¡ye* mi señor!, que iba yo ayer paseando a vista de tu palacio cuando al llegar a la orilla del Dichle hube de ver allí congregado un gran gentío, y me paré yo también y reparé en un sujeto llamado Al-Karibi, que hacía reír a aquella gente con sus donaires y chistes. Y al recordarlos ahora no pude contener la risa, por lo que pido perdón al jalifa.

Y Harunu-r-Raschid, luego que eso oyó, díjole a Mesrur:

–¡Tráeme en seguida aquí a ese hombre!

Y Mesrur voló en su busca y encontró a Ibnu-l-Karibi y le dijo:

–¡Ven conmigo, de orden del emir de los creyentes!

Y el otro respondió:

–Oigo y obedezco.

–Pero con una condición–díjole Mesrur–: que si el jalifa te da algo te quedarás con la cuarta parte y el resto será para mí.

A lo que el pícaro le contestó:

–No, eso no. Partiremos la cantidad entre los dos, mitad y mitad.

Pero Mesrur insistió, diciendo:

–No; que han de ser para mí las tres cuartas parte de lo que el jalifa te dé a ti.

Hasta que, finalmente, Ibnu-l-Karibi dijo:

–Haremos tres partes y tú te quedarás con dos y la otra me la guardaré yo.

Y Mesrur, tras mucho porfiar y discutir, transigió al fin, y ambos luego tomaron el camino de palacio.

Ahora bien: luego que Ibnu-l-Karibi se vio en presencia del soberano, saludó a Harún como cumple saludar a los jalifas de su rango y se quedó ante él plantado.

Y el jalifa le dijo en seguida:

–Procura hacerme reír, pues si no, te daré tres azotes con este talego.

Y Al-Karibi, al oírlo, le dijo: «¡Vaya una cosa amenazarme con ese talego, cuando a mí los latigazos me dejan tan fresco!»

Pues pensó el muy simple que el talego no tenía nada dentro.

Procedió, pues, a hacer gala de sus payasadas y sus bufonadas, que eran de tal calibre, en verdad, como para hacer reventar de risa al más atacado de hipocondría.

Y dizque el jalifa ni se reía ni siquiera se sonreía, lo que era causa de que el gracioso sintiera temor y asombro.

Hasta que, al cabo, le dijo el jalifa:

–¡Ea, basta ya, que ya te has ganado los latigazos!

Y el jalifa le propinó a Ibnu-l-Karibi un golpe con el talego, y dizque el talego tenía dentro cuatro cantos, cada uno de ellos de dos libras de peso.

Arrecióle el jalifa el golpe en el cogote y el bufón no pudo menos de lanzar un gran grito; pero luego, recordando su trato con Mesrur, díjole al jalifa:

–Perdona, *¡ye* emir de los creyentes!, y escúchame dos palabras solamente.

–Habla–díjole el jalifa.

E Ibnu-l-Karibi le dijo al emir:

–Has de saber, *¡ye* emir de la Fe!, que al venir aquí púsome Mesrur una condición y yo hice un trato con él, a saber: que, de todo aquello que de las mercedes del emir de los creyentes me tocase, había de ser para mí la tercera parte y las otras dos para él, y por cierto que no se avino a cederme a mí esa tercera parte sino después de mucho regatear y discutir.

Tú no has tenido a bien gratificarme, sino con una zurra, y yo ya cargué con mi parte; ahora le toca a él cobrar la suya. Así que dale a él los otros dos golpes.

Ahora bien: luego que eso oyó el jalifa no pudo contener la risa y rió, con tal gana, que se tumbó de espaldas.

Y luego que dejó de reír se incorporó y llamó a Mesrur y le arreó un golpe en la espalda.

Y Mesrur lanzó un grito y dijo:

–*¡Ye* emir de los creyentes! Yo con una tercera parte me conformo; dale a él las otras dos.

Al oír lo cual tornó a reír el jalifa por segunda vez y mandó que le diesen a cada uno mil dinares de oro.

Y ellos tomaron el dinero y se retiraron, celebrando la generosidad del soberano.

Pero ¡Alá es el más sabio!



HISTORIA DEL LADRON Y EL MERCADER

(Noche 545)

Anécdota de tipo humorístico que refiere un episodio más de la picaresca oriental. Procede de la edición de Calcuta y falta en la mayoría de las versiones occidentales.

—Erase una vez un ladrón que se había arrepentido y vuéltose a Alá con sincera contrición.

Y el ladrón arrepentido puso una tienda de telas en el zoco y empezó a traficar y a vender y a comprar.

Y sucedió, un día de los días, que nuestro hombre cerró su tienda y se fue a su casa, y, luego que la noche anocheció, he aquí que un hábil ladrón, disfrazado de mercader, se presenta en el zoco y, sacando unas llaves de su manga, le dice al guarda:

—Enciéndeme esta vela.

Y el guarda del zoco cogió la vela y fue a encenderla.

Tornó luego el guarda con la vela encendida y encontró al falso mercader sentado en la tienda, con sus libros de cuentas en las manos y haciendo números con los dedos.

Estúvose así, por cierto, toda la noche, echando cuentas, hasta que amaneció la mañana, y entonces el falso mercader le dijo al guarda:

—Búscame un camellero con su camello para que me carge algunos géneros.

Buscóle, pues, el guarda un camellero con su camello y el ladrón cogió cuatro balas de telas y se las dio al camellero, el cual las cargó sobre el camello.

Luego el falso mercader diole al guarda dos dirhemes de propina y se fue tras el camellero, dejando al guarda del zoco en la plena creencia de que era el dueño de la tienda.

Ahora bien: luego que amaneció la mañana y salió el sol presentóse en el zoco el verdadero mercader, y el guarda, al verlo, se deshizo en zalemas y

albaracas, a cuenta de los dos dirhemes de marras, y el mercader, como es natural, quedóse boquiabierto, sin saber qué pensar.

Fue luego el hombre y abrió su tienda y notó los goterones de cera y vio tirado en el suelo su libro de cuentas y giró la vista en derredor y advirtió la falta de cuatro fardos de género.

Y entonces preguntóle al guarda del zoco qué era lo que había pasado allí durante la noche, y el guarda se lo contó todo, sin omitir lo del camellero y la carga de los géneros.

Ordenóle entonces el mercader al guarda que buscase al camellero, y aquel lo hizo así sin tardar y pronto volvió con el hombre al bazar.

Y el mercader le preguntó al camellero:

–¿Adónde llevaste los géneros?

Y el camellero respondióle:

–Pues al embarcadero fulano y los cargué en el barco fulano.

–Pues ven allá conmigo–le dijo el mercader.

Y ambos echaron a andar y no pararon de caminar hasta que llegaron a aquel lugar.

Y ya allí le dijo el camellero al mercader:

–Mira: esa es la barca y ese el barquero.

Y el mercader le dijo al barquero:

–¿Adónde llevaste al mercader y los géneros?

Y le contestó el barquero:

–Pues al sitio el fulano, donde el mercader buscó un camellero y cargó en un camello las balas de tela y siguió su camino y no sé dónde habrá ido.

–Esta bien–respondió el mercader–. Búscame al camellero que cargó los géneros.

Y el barquero fue por el camellero y se lo trajo al mercader y el mercader le preguntó:

–¿Adónde llevaste las balas de tela que del barco cargaste?

Y el camellero le contestó diciendo así:

–Pues al *jan* el fulano.

–Está bien–dijo el mercader, y luego añadió–. Ven conmigo allá y muéstrame dónde está.

Fue, pues, allá con él el camellero y ambos llegaron a un lugar muy alejado de la ribera y el camellero le indicó el *jan* donde dejara los géneros, así como también el almacén del falso mercader.

Y el mercader de verdad abrió la tienda del mercader de mentira y encontró allí sus cuatro balas de telas atadas y todo como las había empaquetado al cogerlas.

Y por sobre ellas echárales el ladrón su albornoz.

Y el dueño de los géneros cargó con ellas y también con el albornoz del ladrón y se lo entregó todo al camellero para que lo cargara a lomos de su camello y después cerró la tienda y se fue con el camellero.

Y hete aquí que el bandido lo fue siguiendo hasta el embarcadero, y luego que lo vio embarcar los géneros, llegóse a él y le dijo:

–Mira, hermanito (Alá te guarde), ya has recobrado tus géneros y habrás comprobado que no te falta nada de ellos. Así, pues, te ruego ahora, me devuelvas mi albornoz, que es mío, sin discusión.

Y el mercader, al oírlo, soltó la carcajada y le devolvió al ladrón su albornoz y lo dejó seguir en paz su camino y él siguió el suyo, con sus tejidos.



HISTORIA DEL CAMBIANTE Y EL RATERO

(Noche 545)

Otra anécdota ilustrativa de la picaresca oriental que demuestra hasta dónde alcanza la finura de ingenio de aquellos hermanos musulmanes de nuestros Chiquiznaques y Monipodios.

–Y cuentan también que una vez pasó un cambiante por delante de una partida de rateros y uno de ellos dijo al verlo:

–¡Yo soy capaz de robarle la bolsa que lleva!

–¿Pues cómo te las vas a arreglar? –le preguntaron los demás.

Y él les dijo:

–Lo vais a ver ahora mismo.

Y echó a andar detrás del cambiante, hasta que este llegó a su casa. Entró luego en ella y dejó la bolsa en un rincón y fue a evacuar una necesidad apremiante, al lugar del desahogo, y dijo a la esclava:

–Tráeme un jarro con agua.

Llevóle la esclava un jarro con agua y lo siguió hasta el lugar excusado y no se acordó la esclava de dejar la puerta cerrada.

Y entonces el ladrón colóse rápidamente en la casa, cogió la bolsa y se volvió con los compañeros y les contó el lance y cómo burlara al cambiante y a la esclava.

Y sus amigos, después de oírlo, le dijeron:

–¡Por Alá, que es brava cosa la que hiciste y que no todos la podrían hacer! Pero es el caso que ahora, cuando el cambiante salga del lugar del desahogo y no encuentre su bolso, hará responsable a la esclava de su pérdida y la castigará con violencia. Así que eso que has hecho pierde mucho de su glorioso aspecto, pues si fueses un verdadero pícaro harías que la esclava quedase a salvo de los azotes que le aguardan.

Luego que el maleante hubo oído los razonamientos de sus compañeros, dijo:

–Está bien; pero si quiere Alá, con

la esclava y con la bolsa me he de quedar.

Y acto seguido volvió a casa del cambiante, y dizque desde la puerta oyó cómo el cambiante estaba ya castigando a su esclava.

Llamó el ladrón a la puerta de la casa y el cambiante, desde dentro, preguntó:

–¿Quién va?

Y el tunante le contestó:

–Soy el criado de tu vecino del zoco.

Oído lo cual salió el cambiante y le preguntó:

–¿Y qué es lo que quieres?

Y el otro le respondió:

–Pues te traigo un saludo de parte de mi amo y un recado, a saber: que estás enajenado, por lo visto, cuando te dejas una bolsa como esta a la puerta de tu tienda y te vas y la dejas allí, pues si algún extraño se la hubiese encontrado de fijo se queda con ella y no vuelves a verla. Así que, si mi señor no la hubiera visto y recogido, seguro que la habrías perdido.

Y así diciendo sacó el ladrón el bolso y se lo puso al cambiante en sus propios ojos.

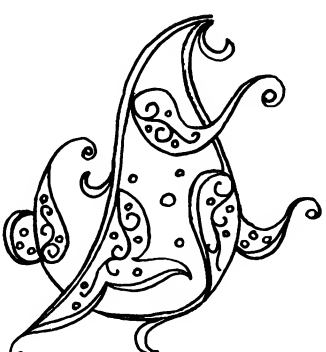
Y al verlo el cambiante, exclamó:

–En verdad que es mi bolso y no hay que dudar.

Y alargó la mano para cogerlo. Pero el tunante le dijo:

–¡Alto ahí, pues por Alá, que no te la daré como no me escribas un recibo para mi amo, haciendo constar cómo la bolsa te he entregado! Pues temo que, si no, no quiera creerlo mi amo; así que me darás un recibo escrito de tu mano y con tu sello refrendado.

Oído lo cual entróse de nuevo el cambiante en su domicilio para extender el oportuno recibo, y mientras tanto el ladrón echó a correr con su bolso, dejando a la esclava libre del castigo que la amenazaba.





HISTORIA DEL BEDUINO Y SU ESPOSA

(Noches 546 y 547)

Una historia más de amor, que triunfa de todos los obstáculos, situada en la época del jalifa umeyya Moauiya, que reinó en Damasco del 661 a 680 de nuestra era, y en el que figuran, además de los protagonistas, el jalifa y su guali de La Meca y Medina, Meruán-bnu-Hakam.

La anécdota lleva el sello pietista de aquellos tiempos y nos muestra al vicario de Alá venciendo la tentación de los sentidos, que trata de apartarlo de la senda de la justicia.

La esposa del beduino, modelo de fidelidad al consorte desgraciado, lleva el nombre significativo de Suâd, Beatriz.

La historia falta en la mayoría de las versiones.

—Y cuentan los que cuentan que un día de los días estaba el jalifa Moauiya sentado en su alcázar de Dimechk, en una cámara que tenía abiertas sus ventanas a los cuatro vientos, de suerte que la brisa podía entrar en ella por todos sus cuatro costados.

Pero vio Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras.

Y LA NOCHE 546 PROSIGUIO SU RELATO EN ESTA FORMA:

–Y dizque era aquel día, *¡ye* rey, el afortunado!, un día muy caluroso, sin que de los alcores vecinos soplara ningún airecillo, y que, además, era la hora de la siesta, en que el calor más aumenta.

Y en aquella hora reparó el jalifa en un hombre que venía, sofocado por el cálido vaho de la tierra y renqueando, como si descalzo anduviera.

Contemplólo Moauiya un rato y luego les dijo a sus cortesanos:

–¿Es posible que Alá (loado y exaltado sea) haya creado un hombre más desdichado que ese, que a esta hora y con esta flama se ve obligado a salir de su casa?

Y uno de sus palaciegos observó:

–Puede que venga en tu busca, señor.

Y el jalifa exclamó:

–¡Pues por Alá que, si en mi busca viene, lo recibiré, y si algún agravio le hicieron, lo repararé!

Y llamando a un esclavillo le dijo:

–¡Hola, muchacho; ponte a la puerta, y si ese beduino viene efectivamente en busca mía, hazlo pasar en seguida!

Fue luego allá el esclavillo y el árabe se le acercó y él le dijo:

–¿Qué es lo que deseas?

Y el beduino le contestó:

–¡Quiero ver al miramamolín!

Y el pajecillo le dijo:

–Pues entra ahora mismo.

Y el alarbe entró y al jalifa saludó, y el jalifa le preguntó:

–¿Quién eres?

Y el beduino le respondió:

–Yo soy un hombre de los Benu-Temim.

–¿Y qué es lo que aquí te trae y a hora semejante?

Y el árabe le contestó:

–Vine a ti en son de queja y a pedirte justicia.

–¿Y contra quién?–le greguntó el jalifa.

Y el beduino le contestó:

–Contra Meruán-benu-l-Hakam, tu vicario.

Y luego recitó estos veros:

–*¡Ye* Moauiya, equitativo, generoso señor,
y el mejor de los hombres que Alá jamás creó!
Soberano clemente y culto y bienhechor,
a tu amparo me acojo en mi tribulación,
pues dizque de mi vida la senda se estrechó.
¡Ampárame y aleja de mí la decepción!
Repara el desafuero y el injusto rigor
con que un tirano inicuo, sin causa, me trató.
Pues a mi esposa Suâd por fuerza me quitó
y ante mi pueblo entero de afrenta me cubrió,
y aun, por si fuera poco, matarme a mi juró
mañana, en cuanto alumbre el Universo el sol.

Luego que Moauiya le hubo oído recitar esos versos, y dizque por la boca echaba el hombre fuego, le dijo:

–¡Bien venido seas, hermano de los árabes! Dime tu cuento y hazme saber tu suceso.

Y el árabe contestóle, diciendo:

–*¡Ye* emir de los creyentes! Has de saber que yo tenía una mujer a la que quería con un amor que no admite comparación y era la frescura de mis ojos y la alegría de mi corazón.

Y era yo dueño de una punta de camellos que me producían lo bastante para atender a mis necesidades; pero sucedió que vino un año malo, que dio cuenta de pezuñas y cuernos, y se me llevó todo cuanto poseía y me dejó en la situación más desvalida.

Y luego que me falló cuanto tenía en mi mano y la riqueza se me vino a tierra y yo vine a encontrarme en la

miseria, me vi convertido en un ser abyecto y en una carga para aquellos que antes visitarme tenían a gala.

Y el padre de mi mujer me la quitó y la apartó de mí, sin compasión.

Y entonces yo apelé a tu gobernador, Meruán-benu-l-Hakam, y su ayuda fui a invocar.

Y él mandó comparecer en su presencia al padre de mi mujer y lo interrogó sobre mi demanda, y el padre de mi esposa salió diciendo que no me conocía ni me había visto en su vida.

Y al oír yo aquello exclamé:

–¡Alargue Alá los días del emir! Si el emir tiene a bien mandar a llamar a la mujer de que se trata e interrogarla luego verá resplandecer la verdad.

Y Meruán-benu-l-Hakam mandó a llamar a la mujer y esta no tardó en comparecer, y, luego que tu gobernador hubo posado los ojos en ella, quedóse prendado de su belleza y se convirtió en mi rival, y me negó su amparo y conmigo se airó y me mandó a la prisión, donde me encontré como quien cae del cielo impelido de un viento que le empuja a país extranjero.

Y luego Meruán le dijo al padre de mi mujer:

–¿Tendrías inconveniente en dármela por esposa, mediante un azidaque de mil dinares, al contado, y una viudedad de diez mil dracmas? Y desde luego que no tendrías que preocuparte de ese alarbe barbado, que yo me encargaría de librarla de sus manos.

Encandilóse su padre ante aquella suma y aceptó el trato, y Meruán mandó por mí y, mirándome con ojos de hambriento león, me intimó:

–¡*Ye* el árabe! ¡Divórciate ahora mismo de Suâd!

–¡Nunca–exclamé–me divorciaré de mi mujer!

Enfurecióse él todavía más, al oír eso, y mandó a sus hombres que me llevasen y me torturasen, con toda suerte de torturas, y así lo hicieron, hasta que se me acabaron las fuerzas y consentí en divorciarme de ella.

Y luego que nos divorciamos fue Meruán y me mandó llevar de nuevo a la mazmorra y allí me tuvo hasta que se cumplieron los días de su purificación, y entonces se casó con ella y me excarceló.

Y ahora vengo a ti en demanda de amparo y en ruego de protección y me refugio bajo tu compasión.

Y acto seguido recitó estos versos el beduino:

–Tengo en mi pecho un incendio
que cada vez crece más
y sus llamas no me dejan
un momento reposar.
De mi hígado las ascuas
consumen mi brío vital
y echo chispas por la boca,
en reguero, al respirar.
Manan lágrimas mis ojos,
que, fluyendo sin cesar,
las mejillas me socarran
y me queman sin piedad.
¡Y es mi estado tan terrible
y mi suerte tan fatal,
que de Alá y de ti tan sólo
salvación puedo esperar!

Luego de recitar estos versos tomóle al beduino un alfeliche [1] y se crispó todo su cuerpo y los dientes le rechinaron y, finalmente, rodó por el suelo, retorciéndose como una serpiente.

Pero Moauiya, luego que hubo oído la relación y los versos del beduino, le dijo:

–El hijo de Al-Hakam no hay duda que infringió la ley de la Fe y violó el *harén* de los verdaderos creyentes.

Y luego añadió:

–¡*Ye* el árabe! En verdad que viniste a mí con una historia como no la oyera jamás.

Y acto seguido el jalifa pidió tintero y papel y caña y escribióle a Meruán la siguiente carta:

«En verdad llegó a mi conocimiento

[1] Igual que alferecía. Del árabe *Al-Falich.*

que has infringido la ley de la Fe, sin ningún reparo, en la persona de tu gobernado.

»Y sabido es que al guali que gobierna al pueblo cúmplele desviar la vista de sus caprichos y apartar su carne de sus deseos.»

Y demás de esto ponía también en la carta otras cosas que omitimos (así decía quien esta historia me refería) en gracia a la brevedad, y entre ellas incluía la siguiente rima:

¡Guay de ti, que abusaste del poder que te [dieron;
pídele a Alá el perdón por tu torpe adulterio!
Y sabe que el esposo agraviado a mí vino
recabando mi ayuda contra el tirano inicuo.
Y yo juro prestársela y dizque juramento
que yo hago, nunca deja de tener cumplimiento,
pues yo siempre me ajusto a lo que la Fe manda
y de ello no me aparto, que es la norma sagrada.
Y te advierto que, como tu agravio no repares,
les daré a los buitres de pasto tu cadáver,
Divórciate en el acto de Suâd, y después,
cual procede equipada, y sin tiempo perder,
con Al-Kumait y el hijo de Zibán por escolta,
envíamela en seguida, sin la menor demora.

Plegó luego el jalifa la carta y la selló con su sello y se la entregó a Al-Kumait y Narzu-ben-Zibán, dos hombres a los cuales solía designar para el desempeño de los asuntos graves, por la gran confianza que habían llegado a inspirarle.

Y ellos tomaron la misiva y partieron con ella a Al-Medinah y se fueron derechos a ver a Meruán, y, después de saludarlo con el *selam,* la carta del sultán le entregaron y de las circunstancias le informaron.

Y Meruán leyó la carta y rompió a llorar; pero luego pasó a ver a Suâd y le comunicó lo que ocurría, y como no estaba en su mano desobedecer al sultán, en el acto se divorció de ella, en presencia de Al-Kumait y Nazru-ben-Zibán.

Y después de eso la equipó con un buen ajuar y se la entregó a los dos, con una carta para el jalifa, que estos versos contenía:

¡*Ye* emir de la grey creyente,
con alma y vida tu orden
cumplida por mí ya queda;
refrena, pues, tus rigores!
Y piensa que no creía
yo adulterio cometer
cuando me casé con ella,
que no lo hubiera hecho, a fe.
Ahora que tú me lo adviertes,
a enviarte me apresuro
ese sol que igual no tiene
en toda la faz del mundo,
y otro igual no ha visto nunca
hombre ni *alifrit* alguno.

Selló luego el hijo de Al-Hakam la carta con su sello y se la dio a los mensajeros, los cuales a Dimechk con Suâd se volvieron y le entregaron a Moauiya la carta, y Moauiya la leyó y después exclamó:

–En verdad que ha procedido en forma recta, pero se ha excedido sin duda al ponderar la belleza de la hembra.

Y mandó seguidamente por ella y entonces vieron sus ojos una beldad como nunca la vieran, llena de gracia y simpatía y con buena planta y euritmia.

Y habló con ella y pudo comprobar su elocuencia y su palabra fluyente y selecta.

Y dijo:

–¡Traedme aquí al beduino!

Pero vio Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras seductoras.

Y LA NOCHE 547 REANUDO SU RELATO EN ESTA FORMA:

–Ha llegado a mis oídos, *¡ye* el sultán, el afortunado!, que el jalifa dijo:

–¡Traedme aquí al beduino!

Y sus servidores corrieron a buscarlo y se lo llevaron.

Y dizque el hombre estaba, por las penas y los reveses de la suerte, muy cambiado.

Y Moauiya le dijo:

–*¡Ye* el árabe! Si accedes a cedérmela a mí me comprometo a regalarte tres esclavas, tres vírgenes de altos pechos y de tal hermosura que sean como tres lunas, y acompañaré de mil dinares a cada una. Y te señalaré con cargo a mi erario una renta anual que a enriquecerte bastará.

Pero no bien el árabe hubo oído aquellas frases lanzó un hondo suspiro y se desmayó, y Moauiya pensó que había exhalado el alma; pero tan pronto como volvió en sí, díjole el jalifa:

–¿Qué te pasa, *ye* el árabe?

Y el beduino le respondió:

–Con el corazón rebosando amargura recurrí a ti, en la mayor aflicción, de la injusticia que me hiciera Meruán, hijo de Hakam; pero ahora ¿a quién apelar de la injusticia que me hicieres tú?

Y en el acto improvisó estos versos:

–No me pongas en el caso,
¡así alargue Alá tu vida!,
de quien al fuego recurre
contra la arena encendida,
y dígnate devolver
a Suâd, la bien querida,
a aquel que por ella está
muriéndose noche y día,
¡Libérame de una vez
y mi zozobra termina,
que, si así lo hicieres, nunca
te habrá de pesar, Moauiya!

Y luego, en prosa llana, añadió:

–¡Por Alá, *ye* emir de los creyentes! Que aunque me dieses a cambio de Suâd cuantos tesoros posees, no te los habría de tomar.

Y luego recitó estos versos:

–Amo a Suâd y tanto yo la quiero,
que todos los tesoros por ella los desprecio,
pues su amor para mí ya me es tan necesario
como lo es la bebida y el yantar cotidiano.

Y el jalifa, luego de oírlo, le dijo:

–Tú confiesas haberte divorciado de ella y Meruán es notorio que también de ella se divorció; es, pues, lo mejor dejarle a ella libertad de elección. Y si elige a otro que tú, con él se casará, y si eres tú el elegido, te la llevarás.

Y el beduino le contestó al jalifa:

–¡Está bien, señor; hágase así!

Y entonces Moauiya se encaró con la mujer y le preguntó:

–¿Qué dices tú, Suâd? ¿A quién eliges: al emir de los creyentes, con todo su honor y su gloria y su poder y sus palacios y sus tesoros y todo lo demás que, como puedes ver, tiene bajo su mano, o a Meruán-benu-l-Hakam, con su tiranía y su violencia, o a este beduino, con su hambre y su miseria?

Y la mujer, en el acto, recitó estos versos:

–Este, al que abruma la miseria
y de harapos se viste,
más caro es para mí que todo cuanto
en este mundo existe.
Más que tribu y familia, parientes y allegados
y el hijo de Hakam
y que aquel cuya frente se corona
con diadema real,
y más, en fin, que cuanta plata y oro
me pudieran brindar.

Y luego, en prosa llana, añadió estas palabras:

–¡Por Alá, *ye* emir de los creyentes!, que no he de darle de lado porque con él se hayan ensañado los reveses de la suerte o las perfidias del sino, pues existe entre nosotros un antiguo amor que no se extingue y una comunidad que eternamente subsistirá. Y es de absoluta equidad que yo comparta con él la desdicha, de igual modo que con él compartí los felices días.

Maravillado quedó Moauiya de su discreción y su amor y su fidelidad, y mandó que le diesen diez mil dinares y se la devolvió, sin más, a su marido, el árabe.

Y este tomó a su mujer y por su camino se fue.

Pero ¡Alá es el más sabio!





HISTORIA DEL MAESTRO DE ESCUELA, EL CHIFLADO

(Noche 547)

Una carga más contra los maestros de las primeras letras, ya tan satirizados en el libro. Es el caso de repetir el antiguo proverbio: Quem Dii oderunt, paedagogum fecerunt.

–Y cuentan que había antaño un maestro de escuela y un día de los días entró en la escuela un hombre de los acomodados y se sentó y puso a prueba los conocimientos del maestro.

Y comprobó que estaba muy versado en achaques de Gramática y Retórica y Poética y que era, además, hombre muy inteligente y de mucha urbanidad.

Y nuestro hombre se maravilló y en sus adentros se dijo: «Los que educan a los chicos en los colegios no pueden, pese a todo, ser hombres enteramente cuerdos.»

Pero he aquí que iba ya a retirarse cuando el maestro se le acercó y le dijo:

–Esta noche has de ser mi huésped, señor.

Aceptó el otro la invitación y fuese con el maestro a su casa, y allí aquel dispensó a su huésped toda suerte de honores y lo sentó a comer a su mesa con él.

Y los dos comieron y bebieron y luego se enredaron de palique y hasta un tercio de la noche pasado estuvieron charlando.

Preparóle después el maestro a su huésped un lecho y lo dejó y a su *harén* pasó.

Pero apenas se había el huésped acostado y empezado a coger el sueño, cuando de improviso hirió sus oídos un gran griterio que venía del *harén,* y sorprendido, exclamó:

–¿Qué sucedió?

Y le contestaron:

–Pues que al *scheij* le acaba de ocurrir algo espantoso y está que parece que el alma va a exhalar.

Oído lo cual exclamó el huésped:

–¡Llevadme luego allá!

Condujéronle adonde estaba el maestro de escuela, y al entrar en el cuarto encontróselo tendido, sin sentido, en el suelo y manando sangre de su cuerpo.

Y el huésped le roció la cara al maestro con agua, y luego que el cuitado volvió en sí, le preguntó:

–Pero ¿qué fue lo que te sucedió? ¡Con lo alegre y sano que estabas cuando nos despedimos para acostarnos!

Y el maestro le dijo:

–Mira, hermano mío: has de saber que, luego que te dejé, vine y me senté con objeto de meditar un poco sobre las obras de Alá, el Sublime. Y me dije: «En todo cuanto Alá para el hombre creó se encierra alguna utilidad, pues El, el muy digno de loor, creó las manos para aprehender, y los pies para caminar, y los ojos para ver, y las orejas para oír, y el celo para engendrar, y así todo lo demás, siendo los dos testículos los únicos que no reportan ningún beneficio.» Así que cogí mi navaja de afeitar, que al alcance de mi mano tenía, y me los corté. Y de ello me siguió lo que pudiste ver.

Y el huésped, al oír aquello, dio media vuelta y se fue, diciendo para sus adentros: «Está visto que tenía razón el que dijo que ningún maestro de escuela podía ser hombre de inteligencia completa ni aunque dominase todas las ciencias.»





HISTORIA DE DIBILU-L-JUZAI Y LA BELLA Y MOSLEMU-BNU-L-UALID

(Noches 547 y 548)

Anécdota jocosa, cuyos protagonistas son dos poetas famosos de la época de los abbasies: Dibilu-l-Juzai (Abu-Alí) y Moslemu-bnu-l-Ualid, y que representa un documento interesante sobre la galantería (o marchosería) *oriental. La acción tiene su punto de partida en el conocido barrio bagdadí de Al-Karh.*

–Y cuentan que Dibilu-l-Juzai solía contar:

–Estaba yo una vez sentado a las puertas de Al-Karh cuando hubo de pasar por delante de mí una mujer tan hermosa y bien formada como nunca viera jamás otra en mi vida que con ella se pudiera comparar.

Y pasó de largo con garboso andar y cuantos la veían quedábanse prendados de su beldad.

Y a mí fue tal la impresión que me hizo que perdí en seguida el juicio y todo mi interior se removió, como si del pecho se me volase el corazón tras de ella.

Y tomándole la delantera le murmuré estos versos...

Sorprendió a Schahrasad la mañana y puso freno a sus no tasadas y cautivadoras palabras.

PERO LA NOCHE 548 SIGUIO DICIENDO LA MUCHACHA:

–Tengo entendido, *¡ye* el sultán, el afortunado!, que Dibilu-l-Juzai murmuró al oído de la joven los siguientes versos:

–Vierten mis pobres ojos
ríos de llanto,
y el sueño no se digna
cerrar mis párpados.

Y la dama me miró y, apartando su cara, me respondió en el acto con estos otros versos:

–Así le ocurre al hombre
cuando el deseo,
al amor con un guiño,
llama, travieso.

Maravillado quedé yo de lo rápido de su contestación y a mi vez le contesté con estos otros versos:

–¿No querría, señora,
sentir piedad
de quien por sus encantos
muriendo está?

Y ella me respondió, sin titubeo, con estos versos:

–Si mi amor ambicionas,
debes saber
que amor un simple préstamo
tan solo es.

Y dizque en toda mi vida no halagó mis oídos una voz más melodiosa que la de aquella señora, así como tampoco viera nunca una cara cual la suya de hermosa.

Y cambiando de metro, para probar su ingenio y recrearme con su réplica, le dije estos versos:

–¿Será el sino servido de dejarnos
ver el sol de la dicha?
¿Querrá fundir en uno a aquel que ama
con su adorada linda?

Y ella, al oírme, echóse a reír, y dizque nunca viera yo en mi vida nada tan bello como su boquita ni nada más dulce que sus labios.

Y la joven en seguida, sin la menor vacilación, con estos versos me contestó:

–¿Qué necesidad tenemos
de pedirle nada al sino?
Para lograr nuestra dicha
eres el sino tú mismo.

Luego que eso hube oído, fuime ligero a ella y le besé las manos y exclamé:

–¡Jamás habría pensado que la suerte quisiera brindarme ocasión semejante! ¡Sígueme, pues, pero no de mala gana ni porque te lo mande yo, sino por tu propia voluntad e inclinación!

Y eché a andar y ella venía detrás.

Y es la verdad que no disponía yo entonces de ninguna casa que me pareciese digna de albergarla. Pero recordé que Moslemu-bnu-Ualid, mi amigo, tenía una hermosa casa y a ella me dirigí con toda confianza.

Y llamé a la puerta y salió él a abrirme, y yo, después de saludarle con el *selam,* le dije:

–Para las ocasiones son los amigos [1].

Y él me respondió en el acto:

–¡Está bien, pasad ambos!

Y entramos, pero luego advertimos que mi amigo no tenía ningún dinero, por lo que me dio una pieza de tela y me dijo:

–Ve al zoco y véndela y con lo que te den merca comida y lo demás que hayas menester.

Corrí yo ligero al zoco y vendí la

[1] Suena a proverbial.

pieza de tela y con su importe merqué vituallas y cuanto nos podía hacer falta y volví en un vuelo a la casa; pero, al llegar, me dijeron que mi amigo habíase retirado con mi conquista a un fresco sótano.

Fui allá luego y Moslemu, al verme, salió y me dijo:

–¡Alá te pague, Abu-Alí, el favor que me hiciste! ¡Y te dé su galardón y te lo cuente entre tus buenas obras el día de la resurrección!

Y después de decirme eso cogióme de las manos los manjares y el vino y se metió en el sótano y cerró, dándome con la puerta en las narices.

No hay que decir la rabia que me entró al oír aquellas palabras de mi amigo y que estaba que no sabía qué hacer, en tanto él, al otro lado de la puerta, se refocilaba y de puro alegre se contorsionaba.

Y al advertir desde dentro el estado en que yo estaba me gritó todavía:

–Con ella me acosté, mientras mi amigo tenía el alma furiosa y el miembro limpio.

Ya se comprenderá que, al oír aquellos versos burlescos, subió de punto la rabia que sentía y le contesté con otros que decían:

–¡Miren quien habla! Y en su faja lleva
mil cuernos suspendidos,
que en tamaño superan a Manaf,
el gigantesco ídolo [2].

Y a este tenor seguí insultándolo y maldiciéndolo por su grosería y falta de hidalguía, en tanto él callaba y nada respondía.

Hasta que me cansé de insultarlo y entonces él se echó a reír y me dijo así:

–¡Guay de ti, majadero! Viniste a mi casa y me vendiste mi pieza de tela y te gastaste el importe de ella. ¿Contra quién, pues, airarte debes, so alcahuete?

Y dicho que eso hubo me volvió la espalda, y tornó al lado de su dama.

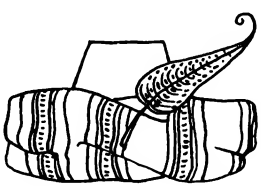
Pero yo le contesté:

–¡Por Alá, que dices bien al ponerme de majadero y alcahuete!

Y me fui de su puerta reventando de rabia y dizque aún hoy me dura todavía y aún llevo su escozor en mi corazón.

Pues no llegué a poseer a aquella hermosura ni he vuelto a saber más de ella nunca.

[2] El ídolo Manaf, de talla gigantesca, era uno de los que había en el templo de la Kâba y fue destruido con los demás, por el Profeta.





HISTORIA DEL REY ANUSCHIRVAN

(Noche 548)

Lección de buena política y elogio de la justicia con que gobernaba a sus vasallos el famoso monarca persa Anuschirván (Anuschin-revan, *Dulzura de alma), que ya aparece en otras historias del libro. Littman escribe Anuscharwan.*

—Y cuentan también que un día de los días Anuschirván, el rey el justo, fingióse enfermo y despachó a sus hombres de confianza y a sus ameles con la orden de buscarle por todas las comarcas y provincias de su reino y todas las regiones de su imperio una teja vieja de barro de alguna ruinosa alquería, pues los médicos—decía—le habían recetado para su dolencia ese remedio.

Y sus emisarios marcharon luego a cumplir su mandato y recorrieron todos los vilayatos de su reino y todos los países a su señorío sujetos. Y después de buscar en vano la teja vieja de barro volvieron ante él y le dijeron:

—¡Has de saber, señor, cómo en todo tu reino no hemos podido encontrar una alquería en ruinas ni una sola teja de barro de ella desprendida!

Holgóse mucho Anuschirván al oír aquello y dio gracias a Alá y exclamó:

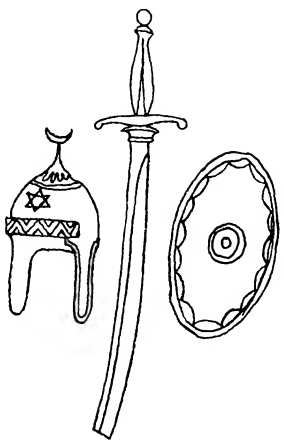
—Yo no quería más sino poner a prueba mi reino y experimentar los países de mi señorío, a fin de averiguar si en todo mi imperio había una aldea abandonada y derruida para volver a levantarla. Pero como ahora se ha visto que no hay en todo mi reino ni un lugar deshabitado, señal es esa de que el reino va bien y el mejor orden impera doquier, y que, en consecuencia, podrán alcanzar su perfección las ciencias.

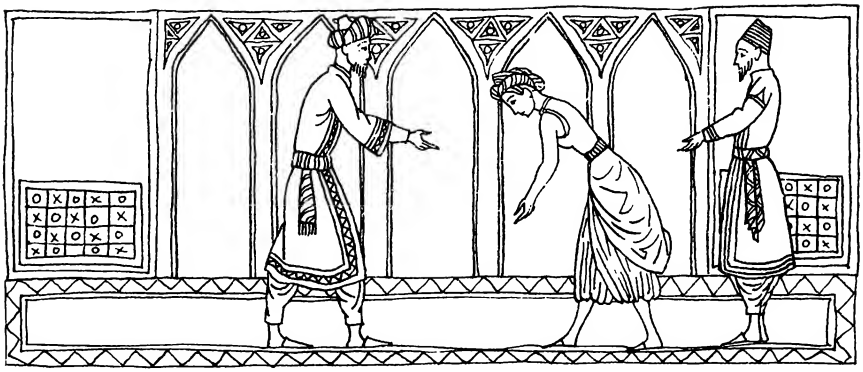
Y dizque aquellos monarcas antiguos se afanaban con tanto celo por el bienestar de su pueblo porque sabían que, cuanto más poblado está un imperio, tanto más abundan en él las cosas de que los hombres han menester, y sabía también que es cierto, de toda certeza,

lo que anuncian los hombres de letras y lo que en las máximas de los sabios se encierra, o sea: que la religión depende del rey; el rey, de sus tropas; las tropas, del erario; el erario, de la prosperidad del país, y la prosperidad del país, de la equidad con que el monarca a sus vasallos trata.

Por todo lo cual no consentían a nadie que obrase con dureza y tiranía ni sufrían que sus ministros procediesen sin atenerse a la justicia, pues harto sabían que los vasallos no pueden prosperar bajo la tiranía, que campos y ciudades se convierten en ruinas cuando la tiranía los domina y que entonces sus moradores se desperdigan y en las tierras de otros reyes se refugian.

De lo que se sigue miseria para el reino y merman sus ingresos y el público erario llega a verse exhausto y la plácida vida de los vasallos padece eclipse, pues no pueden amar a un señor despótico, sino que, sin cesar, elevan al cielo sus preces para que de él los quiera librar, de suerte que a ese rey su señorío no le aprovecha y una plaga incurable luego en él se ceba.





HISTORIA DEL EMIR ALI-BEN-TAHIR Y LA JOVEN MUUNIS

(Noche 548)

Linda anécdota de amor recíproco. Alí-ben-Mohammed-ben-Abdu-l-Lah-ben-Tahir fue guali de Egipto, Jorasán y otras provincias bajo el jalifato de Al-Mamún. Muunis *significa compañero asiduo, familiar. Obaidu-l-Lah-ben-Mohammed fue jefe de la Policía de Bagdad. Burton opina que el narrador debió de ser un literato de Bagdad o Mozul.*

—Y de lo que cuentan lo que cuentan de que un día ofreciéronle a Alí-ben-Mohammed-ben-Abdu-l-Lah-ben-Tahir una joven esclava, Muunis llamada, que a todas sus compañeras aventajaba en hermosura y cultura y era, además, una cumplida poetisa.

Y el emir preguntóle su nombre a la muchacha y ella le contestó así:

—¡Proteja Alá al emir! Yo me llamo Muunis.

Pero se ha de decir que, antes de eso, ya conocía su nombre el emir.

Y al oír la respuesta bajó el emir la cabeza y se estuvo un rato callado y luego alzó la frente y, fijando en la joven sus ojos, declamó estos versos:

—¿Qué piensas de aquel que por tu amor perdió la salud y enloqueció?

Y al punto la joven replicó:

—¡Alá mejore al emir!

Y recitó estos versos:

Si viese a un amador padecer de ese modo, diérale luego mis favores todos.

Quedó el emir encantado de su ingenio no menos que de la belleza de su cuerpo y la compró en el acto en setenta mil dracmas y encargó de su guarda a Obaidu-l-Lah-ben-Mohammed, el que luego fue capitán de la Policía.

Vio Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras encantadoras.



HISTORIA DE ABU-L-ASUAD Y SU ESCLAVA

(Noche 549)

Anécdota encantadora que podría titularse Historia de un madrigal, *por cierto digno de figurar en las antologías, pues es la expresión más cumplida de la plena aceptación del objeto amoroso. Algo así como el sentimiento de plena resignación a la voluntad de Alá (Islam) transferido de la esfera religiosa a la erótica, tanto más cuanto que en el elogio de la amada va implícita también una alabanza para su Creador. Quizá por eso, al improvisar su madrigal, levanta el poeta sus manos al cielo, como es de rigor hacer, cuando se recita la* fáthia *o primera sura del* Corán *en actitud de recoger en las palmas de las manos las bendiciones bajadas del cielo.*

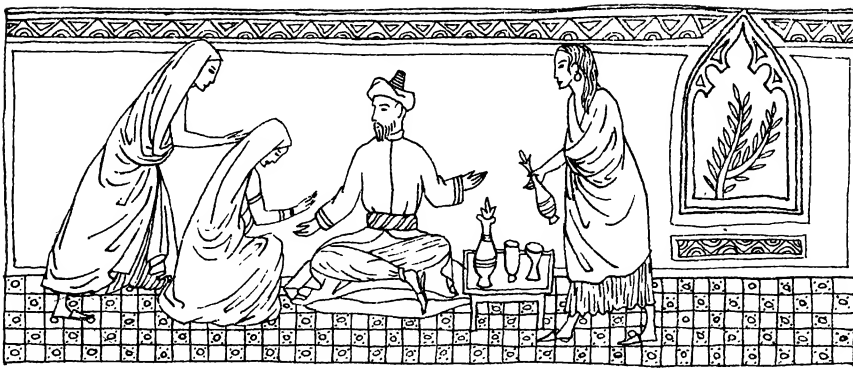
Y LA NOCHE 549 SIGUIO SU RELATO EN ESTA FORMA:

—Ha llegado hasta mí la fama, ¡*ye* monarca, el afortunado!, de que Abu-l-Asuad, el poeta, mercóse una vez una linda esclava de los árabes, que era, por cierto, tuerta de nacimiento.

Y a él gustábale mucho, a pesar de ese defecto, pero sus familiares se lo afeaban, y con ella de indisponerlo trataban.

Pero el poeta un día al oír aquellos chismorreos, alzó sus manos al cielo e improvisó estos versos:

—Mis gentes la critican sin piedad;
mas en ella nada hay que criticar,
como no sea esa mancha que en uno de sus ojos
plugo poner al Todopoderoso.
Pero dízque con creces la compensa
ese talle tan fino y tan esbelto
que descansa en sus pingües posaderas.



HISTORIA DE IBRAHIM, EL MOZULI, Y EL SCHAITAN

(Noche 549)

Insistencia en el tema, ya tocado en otras historias, de las visitas demoníacas a poetas y músicos. El demonio, según su costumbre, se filtra aquí por las paredes y sólo se manifiesta a los ojos de su anfitrión. Por lo demás no le hace el menor mal a sus visitados, sino al revés los favorece, como en la presente anécdota. Es un buen diablo que solo quiere divertirse en la compañía de los artistas y paga espléndidamente su hospitalidad. Más bien que el Satán del Corán *y la* Biblia *es el* daimon *de los griegos, el genio inspirador. La Musa, la voz interior que inspira a los poetas. Probablemente se trata quí de una simple alegoría del proceso inconsciente por virtud del cual compone Ibrahim esos nuevos estilos musicales que le valen el regalo del jalifa y ese* scheij *misterioso que parece enseñárselos es simplemente la materialización de su momento genial.*

La anécdota figura en las Praderas de oro, *de Al-Masûdi, y en el* Halbatu-l-Kumait, *aunque en forma algo distinta. En Al-Masûdi el diablo no es un* cheij, *sino un joven hermoso y simpático, es decir, que ostenta más bien los atributos físicos del* Tentador.

La anécdota falta en la mayoría de las versiones europeas.

–Cuentan que contaba Ibrahim, el Mozuli:

–Pedí yo una vez al emir de los creyentes Harunu-r-Raschid un día de asueto para pasarlo en compañía de mis gentes de mi casa y mis hermanos y el jalifa me eximió de su servicio por todo el día del sábado.

Así que me fui a mi casa y mandé preparar comida y bebida y demás co-

sas necesarias y mandé a mis porteros que cerrasen la puerta y no la abriesen a nadie, fuera quien fuera.

Pero hete aquí que, estando yo sentado en mi estrado con mis mujeres, que atendían a mis menesteres, se presenta allí un *scheij,* de venerable traza y hermosa planta, vestido de blanco y con una sobreveste de fino tejido, y en la cabeza llevaba un turbante de letrado y en la mano un báculo de puño de plata y de su persona una suave fragancia exhalaba, que el zaguán y la casa llenaba.

Entróme a mí una rabia muy grande al verlo y a punto estuve de despedir a los porteros.

Pero el algarivo me saludó con tal finura que le devolví el *selam* y le rogué que se sentase.

Y él se sentó y empezó a referirme historias de los árabes y a recitarme poesías de ellos, con lo que muy luego se aplacó mi furor y hasta llegué a pensar que mis porteros habían querido proporcionarme un buen rato introduciendo en la casa a aquel hombre tan docto y cortesano.

Y le pregunté:

–¿Quieres comer?

Pero él me respondió:

–No tengo apetito, señor.

–¿No quieres tampoco beber?–le pregunté.

Y él me contestó:

–Como tú quieras, señor.

Mandé yo entonces traer el vino y a los dos nos echaron sendas copas iguales.

Bebió el *scheij* y luego me dijo:

–Mira, Abu-Ishak: ¿no querrías cantarnos algo, para que escuchásemos una muestra de tu arte, en que a altos y bajos has sobrepasado?

Y dizque aquellas palabras me amostazaron; solo que me dominé y tomé el laúd y lo pulsé y canté.

Y el *scheij* exclamó, luego que terminé:

–¡Bravo, Abu-Ishak!

Y dizque sus aplausos me pusieron de peor humor que antes y para mí mismo me dije: «¿No es bastante que haya llegado hasta mí sin mi permiso para molestarme, sino que, además, me ha de llamar por mi nombre cual si no supiera cómo la gente fina me interpela?»

Pero el *scheij* añadió:

–¿No querrías cantarnos algo más y te lo pagaríamos, como es natural?

No tuve, pues, más remedio que acceder y tomé el laúd de nuevo y canté. Y dizque lo hice con el mayor esmero y puse todo cuidado en ello, pues engatusárame aquello de «y te lo pagaremos».

Y el *scheij* mostróse muy satisfecho y exclamó:

–¡Bravo, mi señor!

Y luego me preguntó:

–¿Me permites ahora a mí que cante también?

Y yo le contesté:

–Como quieras.

Pues es la verdad que lo había tomado por un gilí al ver que se atrevía a cantar después de haberme oído a mí.

Pero el viejo cogió el laúd y rasgueó sus cuerdas de un modo que, por Alá, me pareció como si aquellos sonidos de por sí profiriesen palabras arábigas, llenas de delicadeza y con una voz de grata pureza.

Y después de eso entonó el *scheij* estos versos:

–Herido tengo el corazón;
¿quién cambiármelo querría
por otro exento de dolor?
Pero nadie hay que se preste
a ese cambio, y con razón;
¿quién nunca el corazón sano
por otro enfermo cambió?
Las amorosas torturas
suspiros me hacen lanzar,
cual los que lanza el beodo
que herido del vino está.

–Y, ¡por Alá–contaba Abu-Ishak–,

que a mí me pareció cual si las puertas y las paredes y cuanto había en la casa le respondiesen y con él cantaran, que tal era su voz de hermosa y de grata!

Es más: yo diría que también a mis miembros de mi cuerpo y a mis ropas contestarle sentía:

De suerte que estaba enteramente aturdido y era tal la emoción de mi alma, que ni a hablar ni a moverme acertaba.

Y el *scheij,* a continuación, entonó esta otra canción:

–¡*Ye* tórtolas del alcor,
venid acá! Vuestro arrullo,
de tal modo me conmueve,
que si seguís, yo no dudo
que el secreto de mi pecho
he de revelar al punto.
Porque esas dulces palomas
interpelan a un ausente
y estar borrachas semejan
o haber perdido la mente.
Jamás mis ojos pudieron
ver tórtolas parecidas,
que lloran sin derramar
una sola lagrimica.

Y luego que acabó de cantar esa letrilla volvió el viejo a alzar su voz y entonó esta otra canción:

–¡*Ye* brisa del Nechd! ¡Te ruego
que, al fin, por favor, te duermas,
pues tu soplo, al orearme,
cruelmente me atormenta,
cuando así tan de improviso
en la noche hasta mí llega!
En la mañana radiante,
de la tórtola la endecha,
tiernamente entre las ramas
del arrayán, dulce, suena.
Parece el llanto de un joven
al que Amor mata de pena,
y llora como yo nunca
a nadie llorar oyera.
Dicen que el enamorado
se aburre con la presencia
de su amada, y que el hastío
del amor cura la ausencia.
Pero yo probé ambas cosas
y no sanó mi dolencia,
que más que la ausencia, ¡cruel
es sentirse lejos cerca,
y estar con quien no nos ama
y a los mimos no contesta [1].

Y después de eso dijo el viejo:

–Anda, Ibrahim, canta esta letrilla que acabas de oír, en el mismo estilo, y enséñasela a tus esclavas.

–Pues repítela otra vez–contesté.

Pero el *scheij* me respondió:

–No es menester que te la repita, pues ya te la aprendiste bien y la podrás retener.

Y dicho que hubo eso desapareció de improviso de mi vista.

Y entonces yo, sumamente trastornado, requerí mi espada y la saqué de la vaina y corrí a la puerta del *harén* y la encontré cerrada.

Y pregunté a las mujeres:

–Decid, ¿qué oísteis?

Y ellas me respondieron:

–Hemos oído el canto más lisonjero y grato de toda nuestra vida.

Quedéme yo perplejo al oírlas, y luego corrí a la puerta de la casa y también la hallé cerrada e interrogué a los porteros sobre el viejo y los porteros me dijeron:

–¡Por Alá, que hoy, en verdad, no te vino nadie a visitar!

Y al oír aquello entréme en la casa pensativo y meditando sobre lo ocurrido.

Cuando hete aquí que oigo una voz que sale de un rincón de la casa. Y la voz decía:

–No te preocupes, Abu-Ishak, que yo soy Abu-Murra [2] y hoy se me antojó ser tu huésped; así que no temas nada de mí ni te inquietes.

Monté yo luego en mi caballo y me trasladé al palacio de Harunu-r-Ras-

[1] Littmann, en su versión alemana, hace notar: «Los versos del cantor no son, en modo alguno, de una belleza que arrebate; su efecto sobre los oyentes debía residir en la música y el arte del tocador. Lo mismo puede observarse hoy aún en Oriente.»

[2] Padre de la amargura. Un epíteto del demonio.

chid y le conté todo cuanto me acababa de ocurrir, y el jalifa, luego de oírme, me dijo:

–Repíteme esos estilos que del *scheij* has aprendido.

Y yo tomé el laúd y lo pulsé y he aquí que casi todos los había retenido en mi memoria bien.

Y el jalifa quedó tan encantado de oírme que de puro entusiasmo se puso a beber, aunque, en general, no solía el vino libar.

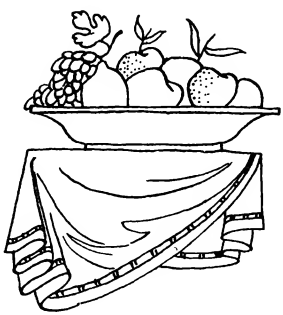
Y hasta llegó a decirme:

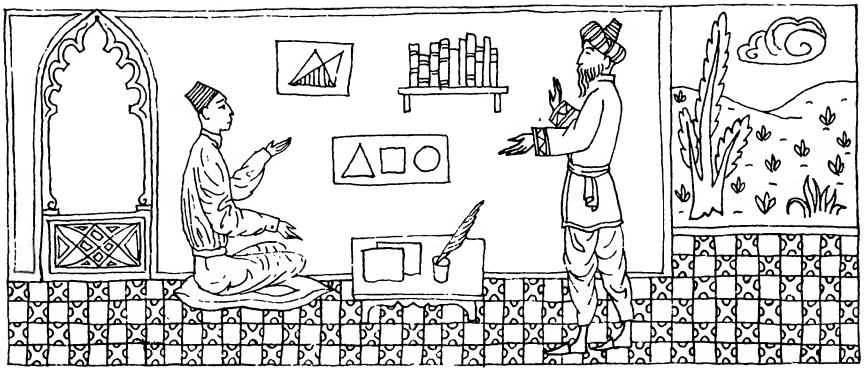
–¡Ojalá y ese *scheij* quisiera venir a recrearme todo un día con su presencia como a ti! [3]

Luego el jalifa me hizo un regalo y yo lo cogí y me despedí de él y mi camino seguí.

[3] En la edición de Al-Masûdi el jalifa exclama:

–¡En verdad tú has tenido la visita del Schaitán!





HISTORIA DE GARIB Y ACHIB, SU HERMANO

(Noches 549 a 572)

Narración de altos vuelos solo comparable, entre todas las del libro, con la Historia del rey Omaru-n-Nôman y de sus hijos Scharkán y Zu-l-Mekán *y que como ella podría clasificarse cual novela de caballerías o poema épico en prosa, aunque su tendencia predominante sea la apologética y catequística y pueda considerársela como un documento, más o menos fantaseado, de las conversiones en masa realizadas por los primeros misioneros del Islam, con el infalible argumento de sus armas victoriosas.*

De tal modo se hiperboliza en el relato el éxito de esta catequesis marcial, que el barón von Hammer considéralo como una sátira más bien que como una apología, en lo que, desde luego, no tiene más razón que su suspicacia, pues no es de imaginar un Voltaire entre esos buenos creyentes de los primeros siglos del Islam.

Burton discrepa cuerdamente de Von Hammer en esa apreciación, y nosotros votamos con él, y suscribimos su opinión de que se trata de una obrita compuesta con toda seriedad, con un fondo histórico, ingenua o deliberadamente deformado por el narrador, a impulsos de su afán milagrero de creyente y su anhelo de literato, que quiere alardear de su inventiva y eclipsar a sus antecesores en punto a introducir elementos maravillosos en su obra.

Por nuestra cuenta añadiremos que, pese a los arcaísmos del estilo, no debe de ser esta novela o poema caballeresco tan antiguo como parece, sino más bien imitación de romances heroicos, más vetustos, de origen árabe o persa, ya que en más de un paso se advierten en él huellas de creaciones como el romance de Antara y el poema iranio de Rustman. La complejidad de elementos es en esta historia no menos grande, sino acaso más que

en la ya aludida del rey Omaru-n-Nôman y de sus hijos Scharkán y Zu-l-Mekán.

Señalaremos que esta pintoresca e interesante narración falta en casi todas las versiones europeas de Las mil y una noches. *El inglés Lane la omite «por razones particulares», ironiza Burton, que la incluye en su traducción. Cuanto al nombre del «rey poderoso» no debe escribirse Kundamir, como hace Burton, sino Jundamir, pues se trata de un compuesto persa de* Jun, *sangre, y* Demir, *hierro (turco), o* Mir, *señor. En este caso designaría muy propiamente a un señor de horca y cuchillo. Por lo demás también podría relacionarse ese nombre con los de Gondemar, Gundemaro, etc., de la rama germanocelta.*

–Ha llegado a mis oídos, *¡ye* monarca, el afortunado!, que allá en tiempos remotos, y en siglos pasados, había un rey poderoso, Jundamir excelso, el cual había sido en su tiempo un guerrero bravo y esforzado, un Kahramán cumplido; pero que con los años volviérase un decrépito anciano.

Y hubo de gratificarlo Alá, en su senectud extremada, con un hijo, al que puso por nombre Achib, el prodigioso, en atención a su hermosura y gracia, y se lo confió a las comadronas y las niñeras y las azafatas y las doncellas, que de su educación se encargaron hasta que hubo cumplido los siete años, y entonces su padre, el rey, se lo encomendó a un alfaquí de su pueblo y su fe.

Y el alfaquí enseñóle al niño las leyes y artículos de su impiedad y lo instruyó en la filosofía y toda suerte de otra sabiduría, y en tres años cabales quedó el discípulo hecho todo un maestro de espíritu decidido y maduro juicio. Y era culto y elocuente y filosófico y con los sabios alternaba y con los sabios de la ley disputaba.

Y al ver su padre el rey el punto a que su hijo había llegado holgóse mucho de ello, y, por su parte, lo enseñó a montar los corceles y a manejar la lanza y esgrimir la espada, hasta que hizo de él un consumado caballero, ducho en toda suerte de ejercicios marciales, y que al cumplir los veinte años sobrepasaba por todos conceptos a todos los jóvenes de su tiempo.

Pero sucedió que su dominio de las armas lo convirtió en un tirano cruel y un demonio insolente, que solía salir de caza y montería, a la cabeza de mil jinetes, y hacer algaras y saqueos en los vecinos pueblos, asaltando las caravanas y llevándose prisioneras a las hijas de los reyes y de los emires, por lo que fueron muchos los que a su padre se quejaron, y su padre entonces gritóles a cinco de sus esclavos, llamándolos. Y cuando se presentaron los esclavos, díjoles el rey:

–¡Coged a ese perro, el rabioso!

Y los esclavos asieron del príncipe Achib y le ataron sus manos a su espalda, y, por orden del rey, su padre, procedieron a vapulearlo, hasta que perdió el sentido. Y entonces el rey lo mandó encerrar en un cuarto tan oscuro que no se podía distinguir en él el cielo de la tierra ni lo largo de lo ancho.

Y en ese calabozo pasó el príncipe dos días y una noche encerrado.

Pero luego los emires fueron a ver al monarca y besaron la tierra entre sus manos e intercedieron con él por el príncipe y lograron que el rey dejara a su hijo libre.

Pero vio Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras seductoras.

Y LA NOCHE 550 REANUDO SU RELATO EN ESTA FORMA:

–He oído decir, ¡*ye* monarca, el afortunado!, que luego los emires fueron a ver al monarca y besaron la tierra entre sus manos e intercedieron con él por el príncipe y lograron que el rey dejara a su hijo libre.

Y el príncipe Achib pasó con su padre diez días, después de los cuales, aprovechando una noche la ocasión de estar el rey durmiendo, llegóse a su lecho y le cortó el cuello.

Y luego que la mañana amaneció fue el príncipe Achib y se sentó en el trono de su padre y mandó a sus hombres que se forrasen luego de pies a cabeza de acero y con las espadas desnudas le montasen guardia, delante de él y a su mano, la derecha, y a su mano, la izquierda.

Fueron después entrando, unos detrás de otros, los emires y capitanes, y al encontrar a su rey asesinado y a su hijo Achib en el trono sentado, quedáronse perplejos y sin saber, en verdad, qué partido tomar.

Pero Achib, no bien los hubo visto, les dijo:

–¡*Ye* pueblo: ya estáis viendo lo que vuestro rey se acarreó con su atrevimiento! Ahora bien: ¡a aquel de vosotros que me obedezca yo lo colmaré de honras, y al que no, lo haré correr la misma suerte que a su señor!

Y luego que ellos hubieron escuchado estas palabras temieron les hiciese algún desafuero y todos a una respondieron:

–Tú eres nuestro rey y el hijo de nuestro rey.

Y besaron la tierra entre sus manos y él las gracias les dio y con ellos se holgó.

Y mandó sacar dinero y aprestos y les vistió suntuosos aljalaes y vertió sobre ellos lluvia copiosa de mercedes, y todos, desde entonces, lo amaron y le obedecieron.

Y del mismo modo honró el rey Achib a los gualis de las provincias y a los *schiuj* de los beduinos, tanto a los tributarios como a los soberanos, con lo que el pueblo todo del reino se sometió a su imperio y le prestó acatamiento, y por espacio de cinco meses gobernó a su albedrío y mandó y prohibió en paz y sin ningún peligro.

Pero hete aquí que, una noche, estando durmiendo, soñó el rey un sueño y se despertó despavorido y temblando y ya hasta la mañana siguió desvelado.

Y luego que la mañana amaneció fue el rey y se sentó en su trono, con su guardia armada delante de él, y a su derecha y a su izquierda plantada.

Y mandó venir a los onirólogos y a los astrólogos y les dijo:

–¡A ver, interpretadme mi sueño!

–¿Qué sueño?–preguntaron ellos.

Y el rey les respondió, diciendo:

–Habéis de saber que, estando esta noche dormido, vi a mi padre en pie delante de mí con una lanza desnuda y de ella le salía un bulto del tamaño de una abeja, y el bulto fue creciendo, creciendo, hasta que se convirtió en un poderoso león, con unas garras tamañas. Y estando yo mirando al león, lleno de asombro, hete aquí que el león vínose corriendo a mí y, clavándome sus garras, me desgarró las entrañas, y entonces yo grité y me desperté sobresaltado y temblando. Así que os ruego me declaréis el sentido de ese sueño.

Luego que eso oyeron miráronse unos a otros los adivinos, y, después de recapacitar un momento, dijeron:

–¡*Ye* rey, el poderoso! Ese tu sueño alude a un nacido de tu señor, entre el cual y tú han de sobrevenir pugna y enemistad, en la que él habrá de ganar; así, pues, estate sobre aviso, que con ese sueño ya estás advertido.

Luego que eso oyó Achib, dijo:

–Yo no tengo hermano alguno que pueda inspirarme recelo, así que vuestras palabras son puro embeleco.

A lo que los adivinos le contestaron, diciendo:

–Nosotros te decimos solo lo que sabemos.

Pero el rey se enojó tanto con ellos que mandó que los apaleasen sin duelo.

Y después el rey se levantó y pasó al alcázar de su padre y reconoció a sus concubinas y se encontró con que una de ellas estaba embarazada de siete meses, y, al descubrirlo, volvióse a dos de sus esclavos y les dijo:

–Coged a esta mujer entre los dos y llevadla a la marina y ahogadla.

Y los dos esclavos luego asieron de ella y la condujeron a la playa con intención de allí ahogarla: pero al mirarla más despacio y reparar en su hermosura y garbo, uno a otro se miraron y dijeron:

–¿Seremos capaces de ahogar en el mar a una criatura de belleza tan singular? Mejor será que la llevemos a la selva y allí con ella los dos vivamos gozando de su amor.

Y acto seguido la cogieron y echaron a andar con ella y fueron andando noches y días, hasta que se alejaron lo bastante de la marina y llegaron a una selva tupida, abundante en árboles frutales y manantiales, donde ambos se prometían gozar de sus favores con toda ufanía.

Pero uno de ellos hubo de exclamar:

–Yo he de ser el primero.

Y el otro luego se opuso a su pretensión y ambos se enredaron en disputa por la primacía, con mucho ardor, hasta que de pronto vieron venir sobre ellos una partida de bandoleros y desenvainaron sus aceros.

Y ambos bandos se acometieron a estocadas, con mucho denuedo; pero en menos tiempo de un parpadeo dieron cuenta los bandidos de los dos esclavos y los mataron.

Y dizque a todo esto la muchacha, aprovechando la ocasión, se adentró por la selva y echo a andar por ella, comiendo de su fruta y bebiendo de sus fuentes, hasta que se cumplió el tiempo de su preñez y dio a luz un niño, moreno, pero bien formado y de rostro bello y le puso el nombre de Garib o el extraño, en razón de su extrañamiento o algarivez.

Cortóle luego al recién nacido el cordón del ombligo, y, envolviéndolo en unos jirones de sus vestidos, diole el pecho al niño.

Y dizque tenía la cuitada el corazón dolido y triste por la posición que había perdido; pero, a pesar de todo, diole de mamar a su niño.

Y continuó la muchacha viviendo en la selva con su niño en soledad completa hasta que un día hubieron de llegar a la selva jinetes e infantes, armados de lebreles y halcones, y con caballos cargados de perdices y grullas y patos salvajes y otras acuáticas aves y crías de avestruces y liebres y gacelas y búfalos y linces y adives y leones.

Y aquellos árabes–pues lo eran–entráronse en lo más espeso de la selva y llegaron hasta donde estaba la joven con su hijo en el regazo, amamantándolo, y, al acercarse, le preguntaron así:

–Dinos, mujer: ¿eres mortal o de casta genial?

Y ella les contestó:

–¡Mortal soy, *ye scheij* de los árabes!

Y entonces ellos le fueron con el cuento a su emir, que se llamaba Mar-

dás [1], y era príncipe de los Benu-Kahtán, y había salido aquel día de caza y montería con quinientos de sus primos y los nobles de su tribu, habiendo querido el sino encaminarlo a aquel sitio.

Y el emir Mardás ordenó a sus hombres que le llevasen a su presencia a la desconocida, lo que aquellos hicieron en seguida.

Y la joven le contó al emir cuanto le había sucedido, desde el principio hasta el fin, quedando aquel maravillado al oírlo.

Y el emir ordenóles a sus deudos y a los hombres de su séquito que siguiesen cazando y luego cogió a la joven y la condujo a su campamento y la instaló en él, asignándole un lugar aparte y cinco doncellas para que la sirvieran.

Y concibió por ella, desde el primer momento, un amor excesivo y a ella entró y con ella durmió.

Y en el acto concibió ella del emir y, luego que los meses se cumplieron, dio a luz un hijo varón, al que puso por nombre Sáhimu-l-Leili [2].

Y Sáhimu-l-Leili crióse con su hermano Garib entre las nodrizas y creció y se desarrolló a la sombra del emir Mardás, que, a su debido tiempo, confió los dos niños a un alfaquí, para que los instruyese en la doctrina de su ley, y luego se los encomendó a valerosos caballeros de los árabes para que les enseñasen la esgrima de la espada y la lanza y el tiro de ballesta, según la usanza.

De suerte que, al cumplir ambos niños los quince años, sabían ya cuanto saber necesitaban y a todos los bravos de su tribu aventajaban. Porque Garib era capaz de mandar mil corceles y Sáhimu-l-Leili no se quedaba atrás.

Y tenía Mardás no pocos enemigos, y eran los hombres de su tribu los más valientes de todos los árabes y eran perfectos caballeros y no había nadie que pudiese de su fuego guardarse.

Y entre sus vecinos se contaba un emir de los árabes llamado Hasán-ben-Tsabit, que era su íntimo amigo, el cual tomó por esposa a una noble dama de su tribu e invitó a la boda a todos sus amigos, y entre ellos a Mardás, el emir de los Benu-Kahtán, el cual aceptó luego la invitación y marchó allá con trescientos caballeros de su tribu, dejando a sus espaldas otros cuatrocientos para guardar a las damas.

Salió Hasán a recibir con todo honor al emir Mardás y lo sentó en el más alto sitial.

Llegaron después todos los demás caballeros a la boda invitados y hubo grandes festejos, y luego cada cual se marchó a su campamento.

Y al llegar al suyo Mardás vio allí muchos hombres muertos, caídos en el suelo, desparramados, y a las aves de rapiña volando sobre ellos a diestro y siniestro, y el corazón le dio un vuelco.

Y entró en el campamento y vio a Garib que le salía al encuentro, vistiendo su loriga, y Garib, por su feliz regreso le dio la bienvenida.

Y Mardás le preguntó:

–¡*Ye* Garib! ¿Qué significa esto?

Y Garib le contestó, diciendo:

–Has de saber que Al-Hamal-ben-Mayid nos atacó con quinientos caballeros de su tribu.

Y la causa de ello fue que el emir Mardás tenía una hija, Mahdiyah [3] nombrada, tal que nunca veyente vio mujer más hermosa que ella ni más atrayente. Y habiendo Al-Hamal, el emir de los Benu-Nahbán, oído hablar de sus encantos, cogió quinientos de

[1] Littmann transcribe Mirdás. Los Benu-Kahtán desempeñan un gran papel en la historia de Omán. *Mardrás* es vocablo de raíz persa, que lleva la connotación de hombría, virilidad.

[2] El flechero nocturno.

[3] Mahdiyah significa, a la letra, regalo, presente. También se designa con este nombre a la novia cuando es conducida a casa de su esposo.

sus caballeros y fuese derecho a ver a Mardás para pedírsela en matrimonio y Mardás se la negó y lo desairó.

Y entonces el emir Al-Hamal aguardó a que Mardás estuviese ausente, con motivo de su visita a Hasán, y, luego que así fue, montó a caballo con sus bravos y cayó sobre el campamento de los Benu-Kahtán e hizo allí gran mortandad, y los que se salvaron huyeron a las montañas desalados.

Ahora bien: Garib y su hermano estaban a la sazón de cacería con cien caballeros de los suyos, y, al volver al mediodía a su campamento, se encontraron con que Al-Hamal lo había saqueado y llevádose consigo cuanto en él halló a mano, sin olvidar a las mujeres de cuyo número era Mahdiyah, y a la que arrebatara con las demás cautivas.

Luego que Garib vio aquello perdió el sentido de puro furioso y le gritó a Sáhim, diciendo:

–¡*Ye* hermano mío: un hijo de un garañón maldito ha saqueado nuestro campo y llevádose a nuestras mujeres y niños! ¡Corramos, pues, tras el enemigo y libertemos a nuestros cautivos!

Y Garib y Sáhim y sus cien caballeros galoparon tras el enemigo y lo alcanzaron y redobló la furia de Garib, el cual hizo allí copiosa aceifa de cabezas truncadas y dio a beber la copa de la muerte a cuantos guerreros hiciéranle frente, hasta que llegó a donde Hamal estaba y vio a Mahdiyah entre las cautivas.

Y Garib arremetió contra el emir de los bravos, Benu-Nahbán, y con su lanza lo traspasó y de su caballo lo derribó.

Y aún no sonara la hora de la zalá de mediodía cuando ya diera cuenta Garib de la mayor parte de sus enemigos y pusiera en fuga a los demás y a los cautivos en libertad.

Después de lo cual volvióse a su aduar llevando en la moharra de su lanza la cabeza de Al-Hamal y declamando este canto triunfal:

–Yo soy aquel de todos conocido
en el día de la lucha mortal;
de mi sombra hasta el mismísimo genio
de la tierra siente miedo cerval.
Cuando la espada con mi diestra esgrimo
la Muerte se apresura a cosechar,
como ver podéis, su botín copioso;
si no, que lo pregunten a Al-Hamal.
Quien a la punta de mi lanza eleve
sus ojos podrá en ella ver brillar
una cabeza cual radiante luna
que en su creciente refulge sin par.
Yo soy Garib, de una tribu de bravos,
de la tribu de los Benu-Kahtán,
que, siendo pocos, a muchos infunden
espanto y les hacen el campo dejar.

Y no bien terminara Garib de recitar estos versos cuando llegó Mardás, que, al ver los cadáveres y los alicbanes, sintió gran tristeza y, con el corazón palpitante, inquirió nuevas.

Y el joven, después de los saludos de rigor, refirióle a Mardás punto por punto cuanto en su ausencia a la tribu ocurriera.

Y Mardás diole gracias y le dijo:

–¡Bien has compensado, Garib, los trabajos que para criarte nos tomamos!

Luego descabalgó y entróse en su tienda y sus hombres lo rodeaban, en tanto la tribu entera ensalzaba a Garib y clamaba:

–¡*Ye* nuestro emir: ninguno de nosotros se salvara a no ser por Garib!

Y Mardás tornó a darle a Garib las gracias por su hazaña.

Pero el joven, luego que hubo rescatado a Mahdiyah de las manos de Al-Hamal, al que dio muerte, sintióse traspasado por las flechas de las miradas de la bella y quedó preso en las jábegas de sus encantos y su corazón no la podía olvidar, y vino a hundirse en el mar del amor y la nostalgia, y las dulzuras del sueño le fueron negadas y ni la bebida ni la comida le proporcionaban ninguna alegría.

Y espoleaba su corcel y escalaba los galayos de las montañas y allí se pasa-

ba los días enteros, componiendo versos, y sólo anochecido volvíase al campamento, y eran en él manifiestos todos los indicios del amor y el ensimismamiento. Hasta que hubo de revelarle sus sentimientos a uno de sus compañeros y no tardó en correrse el rumor por todo el aduar, hasta llegar a oídos de Mardás, el cual tronó y relampagueó y se levantó y se tendió y refunfuñó y rezongó y maldijo del sol y la luna y dijo:

–He aquí el pago que recibe quien cría hijos de barraganía. ¡No tengo más remedio que matar a Garib si no quiero ser irrisión de todo mi pueblo!

Y Mardás consultó sobre el caso a uno de los sabios de su tribu y, luego de revelarle su secreto, deliberó con él sobre el modo de matar al mancebo.

Y el *scheij* le dijo:

–*¡Ye* emir, fue ayer no más cuando Garib salvó a tu hija de la cautividad! Pero si no hay más remedio que matar a Garib, encarga de ello a otro que tú, a fin de que nadie te pueda tildar de ingratitud.

Y dijo Mardás:

–Pues dime cómo podría darle muerte, porque no veo nadie sino tú que en este trance pueda aconsejarme.

Y el *scheij* le dijo:

–Aguarda, *¡ye* emir!, a que el joven salga de caza y montería y toma entonces cien jinetes y ponte al acecho en algún algar con ellos, hasta que él pase por allí, y lánzate luego sobre él de improviso y hazlo cachitos, y así no tendrás que escuchar sus recriminaciones y reproches.

Y dijo Mardás:

–Muy discreto me parece tu consejo.

Y acto seguido escogió ciento cincuenta caballeros de los más bravos de sus huestes y *amalekis* [4] y los puso al tanto de sus planes.

Y espió a Garib sin perderlo de vista, hasta que un día salió el joven de caza y se alejó por entre alcores y cerros, y Mardás lo fue siguiendo con sus hombres de mal agüero y se apostó en el camino por donde había de regresar el muchacho, con la intención de acometerlo y matarlo.

Pero hete aquí que, estando entre los árboles, vinieron a caer sobre ellos quinientos *amalekis*, de los auténticos, y mataron a sesenta de ellos e hicieron noventa prisioneros y cogieron a Mardás y le ataron las manos por detrás.

Y la causa de ello fue que, cuando Garib pasó a Al-Hamal y sus hombres por la espada, fueron los fugitivos desalados en busca del hermano de su emir y le contaron lo que había pasado, y aquel luego se levantó y reunió sus *amalekis* y escogió quinientos caballeros, de cincuenta codos de alto cada uno de ellos, y partió en seguida a vengar la sangre de su hermano.

Y en el camino hubo de toparse con Mardás y sus hombres y los acometió y sucedió entre ellos lo que sucedió.

Y después de eso descabalgó el emir y mandó a sus hombres que hicieren lo mismo y les dijo:

–*¡Ye* pueblo, los ídolos nos allanaron el talión! ¡Vigilad a Mardás y los hombres de su tribu hasta que de aquí me los lleve y los haga morir de la peor de las muertes!

Y Mardás, al verse prisionero, se arrepintió de lo que había hecho y exclamó:

–¡Este es el galardón del que se rebela contra su Señor!

Luego el enemigo pasó aquella noche celebrando su triunfo, en tanto Mardás y sus hombres daban por perdida su vida y se entristecían.

Y esto es, por ahora, todo lo concerniente a su historia.

Cuanto a Sáhimu-l-Leili, que saliera herido en la lucha con Al-Hamal, pasó a ver a su hermana Mahdiyah, la cual,

[4] Los *amalekis*, según la tradición oriental, eran gigantes y vivían hasta quinientos años.

al verlo, se levantó del asiento y le besó las manos diciendo:

–¡Que tus dos manos no se sequen nunca y tus enemigos no se salgan con la suya! A no ser por ti y por Garib no escapáramos del cautiverio entre nuestros enemigos. Pero has de saber ahora, hermano mío, que nuetro padre marchó con ciento cincuenta caballeros con la intención de matar a Garib, y eso, como verás, es una iniquidad, ya que fue él quien salvó nuestro honor y nuestros bienes rescató.

Luego que eso oyó Sáhim volvióse noche el día ante sus ojos y se vistió sus armas de guerra y montó en su corcel y galopó en el rumbo al lugar en que Garib fuera a cazar.

Y, al encontrarse con él, vio que había cobrado muchas piezas, y llegóse a él y lo saludó y le dijo:

–Hermano mío, ¿por qué saliste al campo sin avisármelo?

Y Garib le replicó:

–¡Por Alá, que sólo lo hice en atención a estar tú herido y creer que te convenía descansar!

Y Sáhim, después de oírlo, le dijo:

–*¡Ye* hermano mío, guárdate de mi señor!

Y acto seguido le contó cómo Mardás saliera tras él con ciento cincuenta hombres animado de la intención de matarlo.

Y Garib exclamó:

–¡Alá hará que su traición el cuello le corte al traidor!

Galoparon luego ambos hermanos y les cogió la noche en el campo y fueron entre tinieblas marchando, hasta que se acercaron al vado en que el enemigo aguardaba emboscado y oyeron en la sombra el relinchar de los caballos.

Y dijo Sáhim:

–Mira, hermano: mi padre y sus hombres están apostados al otro lado del vado; así que huyamos.

Pero Garib descabalgó, y, echándole las bridas del corcel a su hermano, le ordenó:

–Estate aquí y aguarda hasta que vuelva yo.

Y siguió adelante hasta dar vista al pueblo y vio que aquellos hombres no eran hombres de su tribu y les oyó mentar a Mardás y decir:

–No lo hemos de matar sino en su país.

De lo que infirió que tenían a Mardás cautivo y pensó: «¡Por vida de Mahdiyah, que no me iré de aquí hasta no haber rescatado a su padre, para que ella ningún dolor pase!»

Púsose luego a mirar y rebuscar hasta que dio con Mardás, y advirtió que lo habían atado con cuerdas y fue y se sentó a su vera y le dijo:

–¡El cielo viene a librarte, tío mío, de estas prisiones y este ludibrio!

Y Mardás, al ver a Garib, huyósele el juicio y le dijo...

Pero vio Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras encantadoras.

Y LA NOCHE 551 PROSIGUIO SU RELATO EN ESTA FORMA:

–Ha llegado a mis oídos, *¡ye* el rey, el afortunado!, que, al ver a Garib, huyósele a Mardás el juicio y le dijo así:

–¡Hijo mío, bajo tu protección estoy; líbrame, pues, en atención a ser yo quien te crió!

Y Garib le preguntó:

–Si te libro y saco con bien, ¿me darás a Mahdiyah?

Y el emir le cotestó:

–*¡Ye* hijo mío: por lo más sagrado, te juro que será tuya en toda ocasión!

Y entonces Garib le desató sus ligaduras y dijo:

–Vamos a donde los caballos, que aquí cerca está Sáhim, tu hijo.

Y Mardás se fue arrastrando como una culebra hasta llegar junto a su hijo, el cual se alegró al verlo y le felicitó por su salvación.

A todo esto fue Garib y desató uno por uno a todos los prisioneros, hasta que libertó a todos los noventa y todos ellos se vieron del enemigo lejos.

Luego les envió sus armas y sus bridones, diciéndoles:

–¡Montad y desparramaos todos alrededor del enemigo, gritando sin parar: «*¡Ye,* hijos de Kahtán!» Y, luego que ellos se despierten, los rodearéis por todos lados, formando un círculo delgado.

Aguardó luego Garib hasta que la última y tercera guardia de la noche hubo pasado y entonces rompió a clamar:

–*¡Ye* hijos de Kahtán!

Y los montes repitieron en eco la voz, de suerte que los enemigos pensaron que la tribu entera de los Benu-Kahtán habíase reunido para atacarlos, y todos al punto requirieron sus armas y unos a otros se acometieron con gran saña.

Y Garib y sus hombres se tenían a distancia, en tanto los enemigos entre sí se mataban, hasta que clareó el día y advirtieron su error, y entonces Garib y Mardás y sus noventa guerreros cerraron contra ellos y a unos los mataron y a otros en fuga los pusieron.

Después de lo cual los Benu-Kahtán cogieron los corceles de los fugitivos y las armas de los caídos y se tornaron al aduar de su tribu, y dizque Mardás no acababa de creer que pudiera haberse librado de sus enemigos.

Y al llegar al campamento todo el pueblo salió a recibirlos y a felicitarlos por su feliz regreso.

Y ellos descabalgaron y se dirigieron a sus alfaneques, y todos los jóvenes de la tribu apiñábanse en torno al corcel de Garib y grandes y chicos lo saludaban y lo honraban.

Pero al ver eso Mardás y advertir que los jóvenes de su tribu rodeaban a su hijo adoptivo luego sintió redoblar la envidia que ya le tenía y dijo a sus deudos:

–En verdad que el odio a Garib crece en mi corazón y lo que más me escuece es ver cómo todos se apiñan en torno de él. ¡Y dizque mañana me vendrá a pedir a mi hija Mahdiyah!

Al oír lo cual díjole uno de sus más allegados:

–Pídele, *¡ye* emir!, algo que no pueda cumplir.

Plació le el consejo a Mardás y pasó una noche placentera, y, luego que la mañana amaneció, sentóse en su almofalla, en medio de los árabes que lo rodeaban, como de costumbre, y a poco entró Garib, seguido de sus hombres y rodeado de los jóvenes y besó el suelo ante Mardás, que, fingiendo alegría, se levantó para honrarle y lo hizo sentar a su lado.

Y dijo Garib:

–Recuerda, tío mío, que me hiciste una promesa y me la debes cumplir.

Y replicóle el emir:

–Hijo mío, tuya es ella en todo momento, pero careces de riqueza.

Y dijo Garib:

–Pídeme, tío, todo cuanto quieras y yo acometeré a los emires de los árabes en sus casas y a los reyes en sus almedinas y te traeré dinero y ganado bastante para cubrir esta tierra de saliente a poniente.

Y Mardás le contestó:

–Mira, hijo mío: jurado tengo por todos los ídolos no darle Mahdiyah sino a aquel que tomare mi talión de mi enemigo y me librare de ludibrio.

Y Garib, a eso, le dijo:

–Dime, tío, con cuál de los reyes estás resentido y luego allá iré y en su corona el trono le estrellaré.

Y Mardás le dijo:

–Hijo mío, has de saber que yo tenía un hijo, un paladín de paladines, el cual una vez salió de cacería con cien caballeros y fue cabalgando con ellos, de valle en valle, hasta que se alejaron mucho por entre las montañas y llegaron al Vado de las Flores y al castillo de Ham-ben-Schis-ben-Scheddad-ben-Jalad. Y has de saber, el mi hijo, que allí en aquel lugar vivía un gigante, de los negros, el cual tenía setenta codos de alto y era capaz de descuajar un árbol. Y al llegar mi hijo a aquel vado luego salió el gigante y lo acometió y lo mató, juntamente con sus hombres todos, menos tres valientes que lograron escapar de la mortandad y me lo vinieron a comunicar. Y yo en el acto reuní a mis campeones y partimos todos en busca del gigante, y, luego que con él dimos, lo acometimos, pero por más que luchamos vencerle no logramos. De suerte que la sangre de mi hijo quedó sin vengar y yo juré no dar mi hija Mahdiyah en matrimonio sino a aquel que vengase la sangre de mi hijo y me librase del ludibrio.

Al oír lo cual dijo Garib:

–¡No pases pena, tío mío, que yo iré a luchar con ese *amaleki* y, con ayuda de Alá, que todo lo puede, vengaré la sangre de tu hijo!

Y Mardás entonces dijo:

–¡*Ye* Garib: si lograras vencerlo, te harías dueño de tales tesoros que nunca las llamas te los devorarán!

Y Garib exclamó:

–¡Júrame delante de testigos que me darás por esposa a tu hija si gano la partida, para que así, con el corazón libre de toda angustia, pueda yo ir a probar fortuna!

Y Mardás se lo juró, poniendo por testigos a los ancianos de su tribu.

Después de lo cual partió ya Garib, holgándose de su triunfo por anticipado, y pasó a ver a su madre y le contó cuanto había ocurrido, y su madre le dijo:

–Hijo mío: no olvides que Mardás te aborrece y a ese monte te envía con el fin de alejarte de mí; llévame, pues, contigo y dejemos ambos las tiendas de este tirano inicuo.

Pero Garib le respondió:

–Madre mía, no haré tal hasta que no logre lo que ansío y vea a mis pies a mi enemigo.

Y Garib se acostó y durmió, hasta que el sol se levantó con su brillo y su esplendor.

Y entonces él también se levantó y montó en su bridón y los jóvenes de la tribu, sus amigos, acudieron a rodearlo, y dizque eran doscientos jinetes armados de todas armas y todos a una clamaban:

–¡Llévanos contigo y te ayudaremos, y compañía en el camino te haremos!

Y Garib se holgó de oírlos y les dijo:

–¡Alá os pague mejor que yo!

Y añadió:

–¡Venid, amigos, y marchemos unidos!

Y los jóvenes partieron, pues, en su compañía y fueron todos juntos cabalgando el día el primero y el día el segundo hasta el atardecer, y entonces hicieron alto al pie de un monte elevado y dejaron pastar a sus caballos.

Pero Garib, desdeñando el descanso, fue y se internó por aquella montaña hasta que llegó a una cueva de cuyo interior salía un resplandor.

Y Garib penetró en la cueva y vio en su extremo frontero a un *scheij* que parecía tener ciento cuarenta años y cuyas cejas le caían sobre los ojos y cuyos mostachos le cubrían los labios.

Llenóse Garib de respeto y temor ante aquel anciano venerable y él se volvió a mirarlo y le dijo:

–¡*Ye* mi hijo, supongo que serás de los idólatras, de los que adoran a una piedra [5] en lugar del Rey Omnipotente, el Creador de la noche y el día y de la esfera que en su órbita gira!

Al oír Garib tales palabras contrajéronsele los músculos de su cara y exclamó:

–¡*Ye scheij!* ¿Dónde está ese señor de que hablas para que yo lo pueda adorar y de su vista mis ojos llenar?

Y el anciano le dijo:

–Hijo mío: El es el supremo Señor, al que nadie en este mundo puede contemplar. El ve y no lo ven a El. Es el más excelso y doquiera está presente en sus obras. El es quien todo lo hizo y le asignó su tiempo de desvanecerse y extinguirse. El es el creador de hombres y genios y envía los profetas para guiar a sus criaturas por el camino recto. Y a aquel que lo obedece, éntralo en el *alchenná,* y al que se le rebela, lo precipita en el *chehennam.*

Y Garib, al oír aquello, preguntóle al viejo:

–¿Y cómo se llama, tío, el que adora a ese señor omnipotente que sobre todo poder tiene?

Y el *scheij* le respondió:

–Yo, hijo mío, soy de la tribu de Aad [6], que eran corruptores en la tierra y no creían en Alá. Y Alá envióles su profeta, llamado Hud; pero ellos lo pusieron de embustero y entonces los destruyó Alá por medio de un viento mortal. Pero yo, con algunos de mi tribu, creía en Alá, y Alá nos salvó de la destrucción. Y presencié luego lo que a la tribu de Tsamud le ocurrió con su profeta Zalih. Y después de Zalih envióle el Omnipotente un profeta llamado Ibrahim, el Amigo; a Menrod, hijo de Kansán, y pasó entre ellos lo que vino a pasar. Luego murieron mis compañeros en la Fe salvadora y yo seguí en esta ajaquefa sirviendo a Alá, el Altísimo, que diariamente me provee de pan [7], sin que de ello me tenga que preocupar.

Y Garib le preguntó al anacoreta a este tenor:

–Dime, tío, ¿qué debo hacer yo para entrar a formar parte de la grey de ese poderoso señor?

Y el anciano le contestó:

–Di: «No hay más dios que El Dio e Ibrahim es el Amigo de El Dio.» [8]

Y Garib abrazó la Fe de la sumisión, con la lengua y el corazón, y el *scheij* le dijo:

–¡Ojalá y el dulzor de la creencia y la devoción tome asiento en tu corazón!

Luego le enseñó parte de los preceptos del Libro y de los islámicos escritos y le dijo:

–¿Cómo te llamas?

Y el joven le contestó:

–Mi nombre es Garib, señor.

Y el anciano le preguntó:

–¿Y de dónde viniste hasta aquí y por qué lo hiciste?

Y entonces Garib refirióle al anciano toda su historia, hasta llegar al paso del *algol* de la Montaña que iba buscando.

Y el anciano, luego que lo oyó, exclamó:

–Pero ¿estás loco, Garib, para ir así, sin más armas que tus brazos, a desafiar a ese *algol* de la Montaña?

Y Garib le replicó:

–¡*Ye* mi señor: traigo conmigo doscientos caballeros decididos!

[5] Alusión al ídolo Manat, que era una piedra grande y tosca. La idolatría de los antiguos árabes subsiste en el culto a la famosa Piedra Negra de la Kabá, en La Meca.

[6] Todo este paso referente a la idolatría y castigo de los Aadies es un resumen de lo que sobre ese suceso dice el *Corán.*

[7] Recuérdese el cuervo que cada día le llevaba un pan a San Antonio, el anacoreta.

[8] Cada gran profeta tiene su mote en el Islam: Adán es el Puro; Zalih o Mustafá, el Elegido de Alá; Noh, el Nachi o el Salvado; Musa, el Kalim (el que habla con Alá); Isa, el Ruh (Espíritu) y también el Kalam (el Verbo) de Alá.

Y el anciano, al oírlo, le dijo:

–Mira, Garib: aunque tuvieras contigo diez mil caballeros decididos no podrías vencer a ese vestiglo, porque su nombre es el Gul que devora a los hombres (sálvenos Alá) y es de los hijos de Ham. Y el nombre de su padre era Hindi, el que pobló la tierra de Al-Hind, y dejó tras de sí este hijo, al que puso por nombre Sâdan, el Gul. Y ya en vida de su padre fue un tirano cruel y un satán rebelde y contumaz y solo se alimentaba de carne de los hijos de Adán. Y estando su padre a punto de morir prohibióle que eso hiciera; pero él no lo quiso obedecer, y lejos de eso se volvió más cruel, por lo que Hindi lo echó de su lado y lo expulsó de la tierra de Al-Hind, tras de muchos trabajos y combates encarnizados. Y entonces el monstruo se vino a este país y en él se fortificó y en este lugar se asentó, y desde aquí sale a merodear y a saltear los caminos y despojar a cuantos vienen y van y luego se vuelve a su valle, sin más. Y es padre de cinco hijos, feroces guerreros y hechiceros, cada uno de los cuales puede luchar con mil valientes, y tiene repleto su valle de pingües tesoros y bienes de toda suerte, sin contar los caballos y camellos y las piaras de ovejas y vacas que posee. Por todo lo cual temo yo por tu vida, Garib. Y te aconsejo que implores de Alá te defienda de él, pronunciando el *Tehlil,* la fórmula de la Unicidad, y que, cuando cierres contra esos infieles, grites: «¡Alá es el más Grande!», porque en diciendo «No hay más *ilah* que Alá», a los que no creen en El confundirás.

Diole luego el *scheij* a Garib una maza de acero de cien libras de peso, con diez alhelgas [9], que rechinaban cuando su dueño la enarbolaba, y una espada forjada de un trueno, de tres codos de larga y tres palmos de ancha tal que partía una peña de un solo tajo y la hacía saltar en pedazos.

Y diole, además, una almalafa y una adarga y un libro y le dijo:

–¡Vuélvete a tu tribu y explícales el Islam a tus amigos!

Y Garib se despidió del anciano, muy ufano de su nueva Fe, y caminó hasta reunirse con sus compañeros, los cuales le saludaron diciendo:

–¿Cómo es que tanto tardaste?

Sorprendió aquí a Schahrasad la mañana y puso dique a sus desbordadas palabras.

Y LA NOCHE 552 SIGUIO CONTANDO LA MUCHACHA:

–Tengo entendido, *¡ye* el sultán, el afortunado!, que los compañeros de Garib saludaron a este diciendo:

–¿Cómo tardaste tanto?

Garib les refirió cuanto le había pasado y les explicó el Islam y todos ellos se islamizaron.

Y luego que amaneció la mañana del día, el siguiente, montó Garib en su bridón y cabalgó hacia la caverna consabida para despedirse del eremita, y así lo hizo, y después se tornó a su campamento, y hete aquí que en el camino hubo de salirle al paso un caballero, de todas armas armado, hasta el extremo de que solo sus ojos quedaban al descubierto, y aquel caballero fuese hacia él, diciendo:

–¡Dame luego cuanto encima llevas, *ye* espuma de los árabes, y, si no lo haces así, prepárate a morir!

Arremetió luego Garib contra aquel caballero y empeñóse entre ambos un combate tremendo, tal que un niño ha-

[9] Argollas, aros.

bría encanecido de solo verlo y la dura peña habríase derretido de pavor y miedo.

Y el beduino se quitó el alizar que le cubría el rostro y hete aquí que no era otro que Sáhimu-l-Leili, el hermanastro de Garib.

Y la razón de hallarse allí no era otra sino que, al partir Garib en busca del *algol* de la Montaña, se hallaba ausente Sáhim, y al volver luego y no hallar a su hermano, pasó a ver a su madre y la encontró llorando.

Y le preguntó la causa de sus lágrimas, y su madre le contó cuanto en su ausencia era pasado, hasta llegar a la partida de su hermano, y entonces el joven, sin darse punto de reposo, vistióse su armadura y montó en su corcel y marchó tras Garib hasta que lo encontró y sucedió entre ellos lo que sucedió.

Pero al descubrir Sáhim el semblante luego Garib lo conoció y lo saludó, diciendo:

–¿Qué te movió a hacer esto?

Y Sáhim le respondió, diciendo:

–Pues que me dio la idea de medir mis armas con las tuyas en campo raso y así probar mi destreza en el dar y parar.

Cabalgaron luego juntos ambos hermanos y en el camino instruyó Garib a Sáhim en la Ley de Al-Islam y Sáhim se hizo musulmán, y ambos hermanos fueron cabalgando sin descanso, hasta que al valle llegaron.

Y era el caso que el *algol* de la Montaña estaba acechando desde lejos la polvareda que los cascos de sus corceles levantaban, y, volviéndose a sus hijos, les dijo:

–¡Montad, hijos míos, e id allá en busca de botín!

Y acto seguido montaron en sus bridones los cinco y se dirigieron al encuentro de los dos viajeros.

Y al ver Garib que los cinco *amalekis* se acercaban, hincóle a su corcel las espuelas en sus ijares y fuese hacia ellos, gritando:

–¿Quiénes sois y cuál es vuestra gente y qué es lo que queréis?

Y Falhún-ben-Sâdan [10], el mayor de los cinco, descabalgó y le dijo:

–Echad pie a tierra y lucharemos y con nuestro padre os enviaremos, para que a los unos os ase y a los otros os cueza, que mucho tiempo hace ya que no prueba la carne de los hijos de Adán.

Y Garib, luego que esas palabras oyó, contra Falhún arremetió y su clava enarboló y los aros de su clava armaron el fuego del trueno rugidor y el gigantón perplejo se quedó.

Asestóle luego Garib un golpe entre los hombros con su maza y lo derribó al suelo como una rama de palmera tronchada. Y entonces Sáhim y varios de sus hombres cayeron sobre él y lo maniataron, y, echándole una soga al cuello, tiraron de él cual si fuera un becerro.

Pero al ver sus hermanos que Falhún era cautivo cerraron los cuatro contra Garib, y este cogió a tres de ellos prisioneros y el quinto se salvó huyendo y corrió a donde su padre, que le dijo al verlo:

–¿Qué dejas tras de ti y dónde quedan tus hermanos?

A lo que replicó el fugitivo, diciendo:

–En verdad, un mocito imberbe, de cuarenta codos de talla, los hizo prisioneros.

Y Sâdan, al oírlo, le dijo:

–¡Así el sol os niegue su bendición!

Y bajando de su asiento arrancó de cuajo un corpulento árbol y, empuñándolo, marchó en busca de Garib y su bando. Y dizque iba a pie, porque ningún caballo podía con él, de tan grande y pesado como era el corpachón del condenado.

[10] Fortunato, hijo de Bendición.

Siguióle su hijo y ambos fueron caminando hasta que a Garib y su gente alcanzaron, y el *algol,* sin proferir palabra, embistió contra ellos y mató cinco hombres con su árbol, que le servía de maza.

Encaróse luego con Sáhim y arremetió contra él con su árbol, pero Sáhim esquivó el golpe y no recibió ningún daño.

Enfurecióse más con ello Sâdan y, tirando su arma, saltó sobre Sáhim y lo cogió entre sus manazas, como el halcón coge al gorrión entre sus garras.

Pero al ver Garib entre las garras del gigantón a su hermano Sáhim luego lanzó un clamor, diciendo:

–¡Al-Lahu-kbar! ¡Piedad de Abraham, el Amigo, y de Mohammed, el Bendito (sean sobre él la zalá y el *selam)!*

Y espoleó su bridón hacia Sâdan esgrimiendo su maza, cuyos aros sordamente retumbaron.

Y luego tornó a clamar, como antes:

–¡Alá es el más grande!

Y asestó al *algol* un mazazo en las costillas, tal y tan recio, que lo derribó exánime en el suelo y libró a Sáhim de su aprieto, y, cuando el monstruo volvió a abrir los ojos, se encontró ya maniatado y con el dogal al cuello.

Y su hijo, al ver eso, dio media vuelta y huyó; pero Garib corrió tras él y lo alcanzó con su maza entre los hombros y lo derribó.

Después de lo cual lo ataron, lo mismo que a su padre y sus hermanos, y, tirando del dogal de sus cuellos, los fueron conduciendo a los seis, cual si fuesen camellos, hasta que llegaron al castillo del *algol* y lo encontraron atestado de tesoros y alhajas y objetos de precio, y, asimismo, hallaron allí doscientos aljamiados, persianos, atados y aherrojados.

Y Garib se sentó en la silla de Sâdan, que antaño fuera propiedad de Sasá-ben-Schais-ben-Scheddad-ben-Aad, y a su diestra sentó a Sáhim, su hermano, y a sus compañeros a una y otra mano, y mandó que le llevasen al *algol* de la Montaña, y, luego que lo tuvo delante, le dijo:

–¿Cómo te encuentras, so indino?

Y Sâdan le dijo:

–¡Ye mi señor! En el más triste de los estados, de puro envilecido y mortificado, pues yo y mis hijos nos vemos atados con cuerdas, como camellos.

A lo que Garib le contestó, diciendo:

–Es mi voluntad que os convirtáis a mi fe, la Fe de Al-Islam sublime, y reconozcáis la Unicidad del Rey, el que todo lo sabe, y cuya omnipotencia creó la luz y la noche y todo cuanto existe en cielos y tierra. No hay más dios que El, el soberano Rey, y quiero, además, que confeséis la misión y profetismo de Ibrahim el Amigo (sobre El sea la paz).

Y el *algol* y sus hijos pronunciaron la fórmula de la Fe del modo más cumplido, y entonces Garib mandó a sus hombres que les quitasen sus prisiones.

Y Sâdan se echó a llorar y él y sus hijos hicieron ademán de besarle los pies a Garib; pero este se lo impidió y ellos se quedaron en pie con los demás, que se tenían así en presencia de Garib.

Y Garib dijo:

–¡Hola, Sâdan!

Y él le contestó:

–A tu servicio, señor.

Y Garib le preguntó:

–Estos cautivos, ¿quiénes son?

–¡Ye mi señor!–contestóle el *algol*–. Son mi botín de las tierras de Al-Fars y no son los únicos que me traje de allá.

Y Garib le preguntó:

–¿Pues dónde están los demás?

Y Sâdan le respondió:

–¡Ye, mi señor! Tengo en mi poder, además de ellos, a la princesa Fahru-

Tach, hija del rey Sabur de Al-Fars [11], y un centenar de señoritas que, por su hermosura, parecen otras tantas lunas.

Y Garib, al oír aquello, quedóse maravillado y exclamó:

–¿Y cómo fue, emir, que cayeron en tu poder?

Y Sâdan le contestó:

–Escucha y lo sabrás, señor. Fue el caso, señor, que salí yo una noche con mis hijos y cinco de mis esclavos en busca de botín, y, no hallando en nuestro camino viandante que despojar, fuimos y nos desparramamos por las espesuras y en ellas nos adentramos, pensando encontrar alguna buena presa y no volvernos a casa de rositas. Y sin sentir, anda que te anda, vinimos a encontrarnos en tierras de Aljamia. Y sucedió que divisamos a lo lejos una nube de polvo y despachamos a reconocerla a uno de nuestros esclavos, el cual estuvo ausente un rato y luego volvió, diciendo:

–¡*Ye* mi señor! Es la princesa Fahr, hija de Sabur, el rey de los farsis y los turcos y los medos, que va de viaje, escoltada por dos mil alféreces de su padre.

Y al oír yo aquello exclamé:

–Albricias mereces por las nuevas que nos das, porque nada mejor podríamos desear.

Y al punto yo y mis hijos contra los persianos arremetimos y matamos a trescientos de ellos y cogimos cautiva a la princesa, juntamente con mil doscientos de los hombres de su séquito y cuanto de valor llevaban consigo, y lo trasladamos todo a nuestro castillo.

Y Garib le preguntó:

–Dime, Sâdan: ¿hiciste alguna fuerza a la princesa Fahru-Tach?

Y contestó Sâdan:

–¡No, mi señor, por vida de tu cabeza y la virtud de la Fe del Islam, que acabo de abrazar!

Y Dijo Garib:

–Hiciste bien, Sâdan porque su padre es rey del mundo y sin duda enviará tropas acá en su busca y sus huestes arrasarán el castillo de quienes a su hija tomaron cautiva. Y ya dice el refrán que, quien a las consecuencias no mira, no tiene a la Fortuna por amiga. Pero dime, Sâdan: ¿dónde está la princesa Fahru-Tach?

Y contestó Sâdan:

–La mandé alojar con sus damas de honor en un aposento particular.

–Pues llévame allí–le dijo Garib.

Y Sâdan le contestó:

–¡Oigo y obedezco, señor!

Y lo condujo al alquival de la princesa, a la que halló triste y echada y llorando por el recuerdo de su antiguo estado, tan placentero y encumbrado.

Y Garib, al verla, pensó que la luna andábase cerca y engrandeció a Alá, a Aquel que todo lo oye y todo lo ve.

Y la princesa miró también a Garib y advirtió luego que era todo un caballero de linaje, un emir, con un valor que a los ojos le asomaba, y en su favor, y no en su contra, atestiguaba.

Y la princesa se levantó y las manos le besó y luego a sus pies se postró, diciendo:

–¡*Ye* héroe del tiempo! ¡Bajo tu guarda me pongo; líbrame de ese *algol*, porque temo quiera despojarme de mi doncellez y comerme después! Tómame, aunque sea para servir a tus siervas.

Y Garib le dijo a la princesa:

–Horra eres y salva desde ahora y serás reintegrada en la casa de tu padre y el asiento de tus homenajes.

Y la princesa, al oírlo, deseóle larga vida y toda suerte de honores y triunfos.

Mandó luego Garib desatar a los caballeros persianos y, volviéndose a la princesa, le dijo:

[11] Se trata de Sapor II (310-330 de nuestra era), el cual hubo de sostener grandes luchas con las hordas árabes de Omán. *Fahru-Tach* significa Prez de la corona.

–¿Qué fue lo que te impulsó a dejar tu palacio y echarte a correr desiertos y llanos, para que los salteadores de caminos te cogiesen entre sus manos?

Y la princesa contestóle, diciendo:

–¡*Ye* mi señor! Has de saber que así mi padre como todo el pueblo de su reino, turcos y deilamies, son magos que adoran al Fuego y no al Rey, el que todo lo puede. Y hay en nuestro país un monasterio, llamado el Monasterio del Fuego, adonde concurren todos los años, el día de su fiesta, las hijas de los magos y adoradores del Fuego, y allí pasan un mes entero y luego se vuelven a sus casas como vinieron. De suerte, pues, que yo y mis doncellas salimos, siguiendo la costumbre, con dirección al monasterio, escoltadas por dos mil caballeros, que destinó mi padre para que me guardasen. Y sucedió que, en el camino, nos acometió ese *algol* y nos mató algunos de nuestros hombres y a los demás tomó cautivos y a todos nos trajo a este castillo. Y esto es todo lo que me ocurrió, ¡*ye* valeroso guerrero, a quien Alá quiera guardar de todas las vicisitudes de los tiempos!

–No temas–respondióle Garib–, que yo te llevaré a tu palacio y a la sede de tus honores.

Y la princesa, al oírlo, nuevamente lo bendijo y besó sus manos y sus pies.

Y Garib separóse luego de ella no sin antes recomendar que la tratasen con todo respeto, y se acostó y durmió de un tirón, hasta la mañana.

Y entonces se levantó e hizo sus abluciones y rezó sus oraciones con dos reverencias, según el rito de nuestro padre Ibrahim, el Amigo (sobre El sea la paz), y el *algol* y sus hijos y todos los hombres de Garib hacían lo mismo.

Luego encaróse Garib con el *algol* y le dijo:

–¡Hola, Sâdan! ¿No querrías enseñarme el Valle de las Rosas?

Y Sâdan le contestó:

–¡Cierto que sí, mi señor!

Y Garib y sus hombres y la princesa Fahru-Tach y sus doncellas levantáronse luego y marcharon, en tanto Sâdan ordenaba a sus esclavos y esclavas reses sacrificasen y aderezasen y preparasen el almuerzo y se lo sirviesen bajo los árboles.

Pues habréis de saber que el gigantón tenía a su servicio ciento cincuenta esclavas y mil esclavos para que apacentasen sus camellos y sus vacas y sus corderos.

Y al llegar al valle lo encontraron hermoso sobre toda ponderación y a todo grado superior, y los pájaros en los árboles cantaban joviales, y el ruiseñor burlón desgranaba su melodía, y la tórtola, con su quejumbre, llenaba aquella mansión, obra de Dios, enloqueciendo a los hombres de amor, y el jilguero le respondía con sus leves gorjeos.

Y había allí árboles cuajados de toda suerte de frutos, de dos clases [12] cada uno, como granadas dulces y granadas agrias que se columpiaban en la rama; y albaricoques almendrados y albaricoques alcanforados; y el almendro del Jorasán elevado y las ciruelas, con cuyas ramas entretejíanse, tupidas, las matas del mirabolano; y la naranja, que parecía una almenara que luz irradiaba; y la toronja, que por su propio peso se doblaba; y el limón, que cura la inapetencia; y la lima, de poder soberano contra la ictericia, y el dátil rojo y amarillo, que es la obra especial de Alá, el Altísimo.

Y de un vergel análogo dijo un poeta enamorado:

«Cuando en su lago cantan las aves parleras, el triste enamorado se desvive por verlas;

[12] Frase tomada del *Corán:* «De cada fruto dos clases distintas», sura XIII, *Ar-Râad* (El trueno), aleya 3.

es un edén que una brisa fragante orea,
con su sombra y sus frutos y su cantiga
[amena.» [13]

Maravillado quedó Garib a vista de aquel vado y mandó plantar allí el alquival de Fahru-Tach, la Jusravi. Y allí, entre los árboles, lo plantaron y de rica tapicería lo forraron.

Y Garib se sentó y las esclavas le sirvieron la comida y comieron todos, en la suficiente medida.

Y Garib dijo luego:

–¡Hola, Sâdan!

Y Sâdan le respondió:

–Para servirte, mi señor.

Y Garib le preguntó:

–¿Tienes vino?

Y Sâdan le contestó:

–Sí, mi señor; un aljibe tengo de rancio vino lleno.

Y Garib le dijo:

–Pues tráenos un poco de vino.

Y Sâdan, en el acto, despachó diez esclavos, los cuales volvieron a poco de vino cargados.

Y tornaron a comer y bebieron y se pusieron alegres y contentos.

Y Garib, pensando en Mahdiyah, improvisó las siguientes versos:

–No puedo olvidar los tiempos
en que estábamos unidos
y el fuego de la nostalgia
me tiene ya consumido.

¡Por Alá, que si os dejé,
fue en contra de mi albedrío!
¡Nunca os habría dejado,
si no me forzara el sino!
¡Paz y suerte, desde lejos,
os desea vuestro amigo!

Y comiendo y bebiendo y solazándose permanecieron tres días en aquel valle, y luego, todos unidos, volviéronse al castillo.

Y Garib llamó a Sáhim y le dijo:

–Toma contigo cien jinetes y ve por tu padre y tu madre y tu tribu, los Benu-Kahtán, y tráetelos a todos a este lugar, para que en él pasen el resto de sus días, en tanto yo llevo a la princesa de Al-Fars al lado de su padre. Y tú, Sâdan, te estarás aquí con tus hijos, hasta que yo vuelva.

Y Sâdan le preguntó:

–¿Y por qué no me llevas contigo a las tierras de Al-Fars?

Y Garib le respondió:

–Pues porque tú le robaste su hija al rey Sabur y, como su mirada cayera sobre ti, luego tu carne se comería y tu sangre se bebería.

Pero al oír eso el *algol* soltó una carcajada ruidosa y larga como el fragor de un trueno y exclamó...

Pero vio Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras encantadoras.

Y LA NOCHE 553 REANUDO SU RELATO EN ESTA FORMA:

–Tengo entendido, *¡ye* el monarca, el afortunado!, que el *algol* soltó una carcajada ruidosa como un trueno, y exclamó:

–¡Por vida de tu cabeza, señor! Que, si persas y medos contra mí se reunieran, yo les haría beber hasta el fin la copa de la muerte!

Y Garib le replicó:

–Está bien; pero quédate aquí, no obstante, hasta que yo vuelva al valle.

Y entonces el *algol* exclamó:

–¡Oigo y obedezco, señor!

Luego partió Sáhim con sus compañeros de los Benu-Kahtán, rumbo al

[13] Burton, en su *Pilgrimage,* describe este ponderado valle como un lugar de desolación.

lugar de su tribu, y Garib partió también con la princesa Fahru-Tach y su séquito en dirección a las ciudades de Sabur, rey de los persianos.

Y esto es, por ahora, todo lo referente a su historia.

Cuanto al rey Sabur, luego que pasó el tiempo calculado para que su hija regresase del Monasterio del Fuego al ver que su hija no volvía, sintió que las llamas el corazón le consumían.

Y tenía el rey Sabur cuarenta visires y el más anciano de ellos y el más prudente y principal era Daidán [14], y el rey le dijo:

–¡*Ye* el mi visir! En verdad que el regreso de mi hija se demora y pese a que ya pasó el tiempo de su vuelta, no tengo la menor noticia de ella. Envía, pues, un correo al Monasterio del Fuego a fin de saber qué le haya podido suceder.

Y el visir Daidán le contestó:

–¡Oigo y obedezco, señor!

Y llamando al capitán de los correos, le dijo:

–Vete en seguida al monasterio.

Hízolo así sin perder tiempo el correo y llegó al monasterio y preguntó a los monjes por la hija del rey y aquellos le dijeron:

–Este año visto no la habemos.

Tornó, pues, el correo a la ciudad de Isbánir [15] y le comunicó al visir lo que le habían dicho, y el visir, a su vez, pasó a ver al rey y le transmitió las palabras del correo.

Y al oír esas palabras el rey Sabur tiró su corona al suelo y se mesó las barbas y se desplomó como muerto.

Acudieron sus cortesanos y con agua el rostro le espurrearon, y el rey volvió en sí luego, y, llorosos los ojos y oprimido el pecho, recitó estos versos:

–Llamé al partir, en mi ayuda,
al llanto y a la paciencia;
vino el llanto, mas no vino
su anhelada compañera.
¿Qué hacer, si el sino nos manda
y nos impone la ausencia?
¡Sino y perfidia es sabido
que forman buena pareja!

Llamó luego el rey a diez de sus capitanes y les ordenó que montasen en sus corceles y en unión de mil jinetes cabalgasen en direcciones distintas en busca de su hija.

Y los caballeros montaron luego y partieron, llevando consigo mil jinetes cada uno de ellos.

Y en el entretanto la madre de Fahru-Tach se vistió de luto y se echó ceniza sobre su cabeza y se sentó y se puso a suspirar y endechar.

Y esto es, por ahora, cuanto hay que decir respecto a esas personas.

Cuanto a Garib y la princesa, fueron cabalgando por espacio de diez jornadas, y la jornada la oncena vieron levantarse una gran polvareda que todo el campo cogía y hasta el límite de los cielos subía.

Y Garib llamó al emir de los persianos y le dijo:

–¡Ve a ver de qué se trata!

Y el emir le contestó:

–¡Oigo y obedezco, señor!

Y espoleó su bridón y corrió allá y llegó hasta debajo de la nube de polvo y vio allí una gran tropa y preguntó quiénes eran.

Y uno de los guerreros le dijo al emir de los persianos:

–Somos de los Benu-Hattal y hemos salido en busca de botín, y nuestro emir es Samsam-benu-l-Hirah y somos cinco mil de a caballo, en total.

Tornaron los persianos, ligeros, al lado de Garib y le transmitieron las palabras de aquel caballero.

Y Garib les gritó a sus Benu-Kahtán y a los persianos:

–¡Pronto, vestíos vuestras armas!

Hicieron aquellos al punto lo que les

[14] Vidente, voz persa.

[15] Según Burton, se trata de Ctesifonte, la antigua capital de los Jusraves sobre el Tigris, más abajo de Bagdad. Su nombre completo es Isbániru-l-Madain.

mandaban y dizque ya los árabes venían sobre ellos, clamando:

–¡Botín! ¡Botín!

Y les gritó Garib:

–¡Así os confunda Alá, *ye* perros de los árabes!

Y aflojándole las riendas a su bridón corrió contra ellos con la carrera de un bravo caballero, sin dejar de gritar:

–*¡Al-Lah-hua-kbar!* ¡Sus y a ellos, por la Fe de Ibrahim, el Amigo! (sobre El sea la paz).

Y vino a entablarse entre ambas huestes un reñido combate y la espada corrió a la redonda de mano en mano y hubo muchos dimes y diretes entre aquellos bravos, y estuvieron todo el día peleando hasta que se fue la claridad y vino la oscuridad y entonces se separaron y se retiraron.

E hizo Garib alcamiz de los hombres de su tribu y comprobó haber caído cinco de los Benu-Kahtán y setenta y tres de los persianos, pero de los Benu-Hattal eran muertos más de quinientos caballeros.

Cuanto a Samsam, luego descabalgó y estaba de un humor que se negaba a comer y dormir y no hacía más que decir:

–En toda mi vida no vi un luchador comparable a ese joven, que lo mismo maneja la espada que la maza. Pero mañana saldré yo y lo retaré a singular combate en campo raso, donde no hay polvo ni paja, y echaré de aquí a esos árabes de desgracia.

Ahora bien: luego que Garib volvió a su campamento vio venir a su encuentro a la princesa Fahru-Tach, toda llorosa y asustada por el rumor de la batalla. Y la princesa le besó los pies en el estribo y le dijo:

–¡Ojalá y no se sequen nunca tus manos ni se regocijen tus enemigos, *ye* paladín del siglo! *¡Al-Hamdu-li-l-Lah,* que con vida este día te quiso librar! ¡En verdad que temía por ti a causa de esos árabes *ye* Garib!

Y Garib, al oír eso, sonrióle a la princesa en su cara y la animó y confortó y le dijo:

–No temas, princesa, que, aunque el enemigo llenase todos estos campos con su número, con el poder de Alá yo lo desbaratara y a huir lo obligara.

Y la princesa le dio gracias y rogó al cielo le diese la victoria sobre sus enemigos, y después volvióse a su *harén* como había venido.

Y Garib fuese a su tienda y se lavó de la sangre de los infieles y se acostaron todos, poniendo arrocavas durante la noche, para que no los sorprendiesen.

Y luego que amaneció la mañana del día, el siguiente, entrambos bandos montaron en sus corceles y buscaron el llano, donde el dar y el parar reinaban soberanos.

Y el primero en salir al raso fue Garib, el cual espoleó su caballo hasta llegar cerca de los infieles, y desde allí les gritó:

–¿Quién de vosotros quiere probar conmigo la fuerza de su brazo? Pero dizque no ha de ser ningún cobarde o menguado.

Destacóse muy luego un gigante *amaleki* del linaje de Aad, armado de una barra de hierro, de veinte libras de peso, y fuese hacia Garib, diciendo:

–*¡Ye* escoria de los árabes, toma lo que te toca y dame albricias, que ya te ronda tu última hora!

Y así diciendo amagó a Garib con su barra de hierro; pero Garib rehuyó el golpe y la barra fue a hundirse un codo en el suelo.

Y Garib, aprovechando la ocasión de haberse encorvado el beduino al tirar su barra, acometióle con su maza y le abrió con ella en la frente una gran brecha, por la cual se le fue el alma, y el indino rodó muerto y Alá empujo su alma a toda prisa a los infiernos.

Y Garib, dueño del campo, se puso

a dar vueltas por él en su caballo y a gritar en tono retador, en demanda de otro justador.

Y salió un justador, el segundo, y luego el tercero y el cuarto, y así a este tenor hasta diez, y Garib a todos les venció y muerte les dio.

Y al ver los infieles su modo de luchar y golpes asestar, luego se intimidaron y arredraron y se abstuvieron de responder a su reto, hasta que Samsam se les quedó mirando y les dijo:

–¡Así Alá no os quiera bendecir jamás! ¡Quedaos ahí, que yo saldré a combatir con él!

Y Samsam se vistió sus armas y espoleó su caballo y llegó hasta la mitad del campo y se encaró con Garib y le gritó:

–¡Ten cuidado, perro de los árabes! ¿Tan grande es tu poder que te atreves a desafiarme en campo abierto y a matarme mis caballeros?

Y Garib le contestó diciendo:

–Pues ven acá y venga la sangre de tus guerreros.

Y Samsam embistió a Garib, el cual lo aguardó con el pecho dilatado y el corazón encorazonado, y ambos se acometieron con sus sendas mazas de un modo que uno y otro bando maravillados estaban y ojo no les quitaban.

Caracolearon luego los dos por el campo y cambiaron dos mazazos; pero Garib esquivó el golpe de Samsam y le secundó con otro, que le dio en el esternón y en tierra lo derribó, y como inerte piedra allí muerto quedó.

Cerraron luego todos los del bando enemigo contra Garib y este también cerró contra ellos, gritando:

–¡Alá es el más grande! ¡Ayuda y victoria sobre nosotros y derrota y bochorno para los que no creen en la Fe de Ibrahim, el Amigo (sobre El la zalá y el *selam)!*

Y al oír los infieles el nombre del Todopoderoso Rey, el Unico, el Omnipotente, el Victorioso, al que la vista no abarca y El sí abarca [16] la vista, miráronse unos a otros, diciendo:

–¿Qué dicho es ese que hace que nuestros músculos del costado tiemblen y nuetro arrojo flaquee y la vida nos deje? ¡Jamás en nuestra vida oímos nada tan fuerte como ese dicho!

Y añadieron:

–Suspendamos el combate y preguntémosle el sentido de ese dicho.

Y acto seguido dejaron de luchar y descabalgaron y sus *schiuj* se reunieron y deliberaron y acordaron ir en busca de Garib, y dijeron:

–Que vayan a verlo diez de los nuestros.

Y eligieron a diez de sus mejores guerreros, los cuales a las tiendas de Garib se dirigieron.

Y dizque Garib y su gente desmontaron de sus corceles y se retiraron a sus alfaneques, maravillados al ver que suspendían la lucha los infieles.

Y entonces llegaron a su campamento los diez enviados y besaron la tierra entre sus manos y gloria y larga vida le desearon.

Y Garib les preguntó:

–¿Cómo es que suspendisteis el combate?

Y ellos le contestaron:

–*¡Ye* señor! Porque nos espantaste con esas palabras que gritaste.

Y Garib les preguntó:

–Decidme, ¿qué calamidad es la que adoráis?

Y ellos le contestaron:

–Nosotros adoramos a Uadd y Suna y Yagús, señores de la tribu de Noh [17].

Y Garib, por su parte, les contestó:

–Pues nosotros solo adoramos a Alá, el Todopoderoso, hacedor de todas las cosas y sustentador de las criaturas

[16] *Corán,* sura VI, *Al-Anám* (El ganado), aleya 103.

[17] Poco es lo que se sabe sobre estas divinidades adoradas por los antiguos beduinos. Yagús era un ídolo gigantesco al que rendía culto la tribu de Mashai.

todas. El es quien creó los cielos y la tierra y asentó las montañas e hizo brotar el agua de las peñas y crecer a los árboles y el que alimenta a los animales del campo, porque El es Alá, el Unico, el Señor omnipotente de todo lo creado.

Luego que eso oyeron los infieles dilatáronseles sus pechos ante las palabras de la Fe unitaria y dijeron:

–En verdad que debe de ser ese un Señor muy excelso y grande y piadoso y apiadable.

Y luego añadieron:

–¿Y qué debemos decir para hacernos musulmanes, de los que se someten a El?

Y Garib les dijo:

–Decid conmigo: «No hay más dios que El Dio e Ibrahim es el Amigo de El Dio.»

Y los diez mensajeros hicieron profesión sincera de la religión verdadera. Después de lo cual les dijo Garib:

–Si el dulce sabor del Islam está bien asentado en vuestros corazones, volveos a vuestra tribu y exponed a vuestros hermanos la fe, y si la abrazaren, salvos serán; pero si no, con fuego los hemos de abrasar.

Y los diez mensajeros volvieron a su campamento y le expusieron el Al-Islam a su pueblo y le indicaron el camino de la verdad y la creencia y ellos abrazaron la Fe de la sumisión, con su boca y con su corazón.

Y después de eso presentáronse a pie en la tienda de Garib y besaron la tierra entre sus manos y le desearon honor y alto rango, diciendo:

–¡*Ye* señor nuestro, tus esclavos somos desde ahora; mándanos lo que quieras, que te somos oyentes y obedientes y jamás de ti nos apartaremos, puesto que Alá nos ha guiado por tu mano al camino recto!

Y Garib les contestó, diciendo:

–¡Qué Alá os pague mejor que yo pudiera hacerlo!

Ahora volveos a vuetras moradas y marchad con vuestros bienes y vuestros hijos al Vado de las Rosas y al castillo de Sasá-ben-Schais, en tanto yo restituyo la princesa Fahru-Tach a su padre, el rey Sabur, de los persianos, y después vuelvo a vuestro lado.

Y ellos le contestaron:

–Oído y obediencia.

Y en el acto volviéronse a su campamento, regocijándose en el Islam, y les explicaron la verdadera Fe a sus mujeres y sus hijos, que se hicieron creyentes.

Plegaron luego sus tiendas de campaña y sus ganados y bagajes juntaron, y al Vado de las Rosas se encaminaron.

Y luego que dieron vista al castillo de Schais salieron a su encuentro Sâdan y sus hijos, pero Garib les había dicho:

–Si el *algol* de la Montaña os sale al paso con intención de atacaros, invocad el nombre de Alá y luego depondrá su hostilidad y su adiafa os dispensará.

Y así, al ir Sâdan a acometerlos, invocaron ellos el nombre de Alá y en el acto Sâdan cambió de actitud y les brindó hospitalidad.

Contáronle ellos su encuentro con Garib y Sâdan se holgó mucho al saberlo y los aposentó en su castillo y los colmó de atenciones y cumplidos.

Y esto es, por ahora, todo lo referente a esta parte de su historia.

Cuanto a Garib, fueron él y los suyos cabalgando a la zaga de la princesa cinco jornadas, en dirección a la ciudad de Isbánir, y al día, el sexto, divisaron una gran polvareda a lo lejos.

Y Garib despachó uno de los persianos para que averiguase lo que aquello significase, y el batidor fue allá y volvió más veloz que pájaro volador y le dijo a su señor:

–Son quinientos caballeros de los

nuestros, que el rey envía a la busca de Fahru-Tach, su hija.

Y luego que eso oyó Garib mandó a su gente que echase pie a tierra y plantase las tiendas.

Y sus hombres descabalgaron y aguardaron a que llegasen los recién venidos y entonces saliéronles al encuentro y dijéronle al anciano Tumán [18], su capitán, que la princesa estaba allí.

Y en seguida Tumán fue a ver a Garib, y, besando entre sus manos la tierra, le preguntó por la princesa.

Y Garib lo envió a su alquival y entró Tumán y besó las manos y los pies de la princesa, y luego la puso en autos de lo que a sus padres había pasado.

Y ella, a su vez, le contó todo lo que le había ocurrido y cómo Garib la salvara del *algol* de la Montaña.

Y al terminar la princesa su relación, añadió:

–Y ahora debiera mi señor darle la mitad de su reino como galardón.

Y Tumán se levantó y volvió donde Garib y le besó las manos y los pies y le dio gracias por su buena acción y le dijo...

Pero vio venir Schahrasad la aurora y cortó el hilo de sus palabras encantadoras.

Y LA NOCHE 554 PROSIGUIO SU RELATO EN ESTA FORMA:

–He llegado a saber, *¡ye* monarca, el afortunado!, que Tumán le dio gracias a Garib por su buena acción y le dijo:

–Con tu venia, señor, volveré a Isbánir y le comunicaré al rey la fausta noticia del próximo regreso de su hija.

Y Garib le contestó:

–¡Ve allá y que albricias te dé el rey, tu señor!

Y Tumán marchó luego a Isbánir, y ya allí se dirigió a palacio y entró y besó la tierra ante el soberano y este le preguntó:

–¿Qué nuevas nos traes, albriciador?

Y Tumán le contestó:

–Nada te diré hasta que albricias no me des.

Y dijo el rey:

–Dímelo luego y quedarás contento.

Y entonces Tumán le dijo al rey:

–*¡Ye* mi señor, tráigote la fausta nueva del inminente regreso de Fahru-Tach, la princesa!

Luego que el rey Sabur oyó el nombre de su hija se desmayó y sus cortesanos le espurrearon el rostro con agua de rosas hasta que volvió en sí y le dijo a Tumán:

–Acércate más y dime cuanto de bueno le haya sucedido a mi hija.

Y Tumán se acercó al rey y le refirió todo cuanto le ocurriera a la princesa, y Sabur, en tanto lo oía, batía palmas y murmuraba:

–*¡Ye* Fahru-Tach, la desdichada!

Y luego el rey mandó que le diesen a Tumán diez mil monedas de oro y lo nombró gobernador de Izfahán y sus tierras. Y después gritóles a sus emires, diciendo:

–¡Montad luego todos y cabalgad hasta encontraros con la princesa Fahru-Tach!

Y el eunuco, el mayor, fue a ver a la reina madre y a ella y a todo el *harén* les contó las buenas nuevas, y la reina madre se holgó hasta el colmo y mandó que le diesen un traje de honor y mil dinares de oro.

[18] Voz persa que significa moneda de oro y también hombre.

Y cundió la buena nueva entre los vecinos de la ciudad, los cuales se dieron prisa a engalanar sus casas y las calles.

Y el rey y Tumán montaron en sus sendos corceles y cabalgaron hasta avistarse con Garib, y, luego que fue así, echó pie a tierra el rey Sabur y dio unos pasos hacia Garib, que también descabalgó, y se saludaron y Sabur se inclinó y besóle a Garib las manos y le dio gracias rendidas por lo que había hecho en favor de su hija.

Y plantaron los sendos alfaneques de Garib y Sabur fronteros, y el rey pasó a ver a su hija, la cual se levantó y lo abrazó y todo lo que le había pasado le refirió, poniendo de resalte cómo debía a Garib su salvación.

Y el rey, al oírlo, exclamó:

–¡Por tu vida, princesa de las bellas, que lo he de colmar de dones por esa proeza!

A lo que dijo la princesa:

–¡*Ye* padre mío: hazlo tu yerno, para que sea así una fuerza contra tus enemigos, que es un valiente decidido!

Y su padre le dijo:

–¿Ignoras, hija mía, que el rey Jirad schah [19] te tiene pedida en matrimonio y ha arrojado ya el brocado y entregado cien mil dinares a cuenta y que es rey de Schirás y sus dependencias y un señor de imperio y caudillo de infantes y caballeros?

Pero al oír la princesa esas palabras insistió, diciendo:

–No me habléis de eso, padre mío, que no quiero oírlo, y, si me obligáis a hacer lo que no quiero, me mataré de cierto.

Y entonces Sabur dejó a su hija y fuese a ver a Garib el cual, al verlo, se levantó de su asiento, y luego ambos se sentaron y estuvieron así un rato.

Y dizque el rey no se hartaba de contemplar a Garib y en su interior se dijo: «¡Por Alá, que mi hija tiene disculpa al haberse enamorado de este beduino!»

Mandó luego les sirviesen de comer y comieron mano a mano y aquella noche juntos la pasaron.

Y al día, el siguiente, luego que la mañana amaneció, volvieron a montar en sus caballos y fueron cabalgando hasta llegar a la ciudad de Isbánir y entraron en ella, con sus estribos pegando, y dizque fue aquel un día para ellos sonado.

Y Fahru-Tach dirigióse a su palacio y a los aposentos propios de su rango, y su madre y sus mujeres la recibieron con clamores de júbilo y ruidosos golpecitos con las manos en los labios.

Y el rey Sabur tomó asiento en su trono y sentó a Garib a su diestra y los príncipes y chambelanes y los emires y los visires y los *naibes* teníanse en pie a uno y otro lado y congratulaban al monarca por haber recobrado a su hija amada.

Y dijo Sabur:

–Todo el que me ame a mí, le dará un aljalá a Garib.

Y en el acto llovieron sobre Garib trajes de honor.

Y Garib fue huésped del rey por espacio de diez días.

Y al día, el onceno, pidióle al rey su venia para partir; pero el rey se la negó y, vistiéndole un traje de honor, juró que hasta que el mes se cumpliera no lo dejaría ir.

A lo que le dijo Garib:

–Has de saber, ¡*ye* rey!, cómo estoy comprometido con una de las señoritas de los árabes y el verla se me hace tarde.

Y el rey, al oírlo, le dijo:

–Vamos a ver: ¿cuál es la más bella, esa señorita, tu novia, o mi hija, la princesa?

Y Garib le contestó al rey, diciendo:

–¡*Ye* monarca del tiempo! ¿Qué viene a ser el esclavo junto a su señor?

[19] *Jirad* significa, en persa, sabiduría.



Y Sabur replicó:

–Fahru-Tach se ha vuelto tu esclava, por haberla tú salvado de las garras de ese *algol* de la Montaña, y me ha dicho que solo se casará contigo.

Y al oír aquello levantóse Garib y besó la tierra y dijo:

–¡*Ye* rey del siglo! Tú eres un soberano y yo no soy sino un pobre, y dizque de fijo pedirás una gran dote.

A lo que el rey le dijo:

–Mira, hijo mío: Jirad schah, el señor de Schirás y sus contornos, me la tiene pedida en matrimonio y le asigna un azidaque de cien mil dinares; pero yo, a pesar de ello, te prefiero a todos los hombres, que deseo tenerte por espada de mi reino y mi escudo contra la venganza.

Volvióse luego el rey a sus primeros dignatarios y les dijo:

–¡Sed testigos contra mí, señores de mi imperio, de que doy a mi hija Fahru-Tach como esposa a mi hijo Garib!

Juntaron ambos luego las palmas de sus manos, las derechas, y quedó por esposa de Garib la princesa.

Y Garib le dijo al rey:

–Señálame una dote y te la traeré, porque en el castillo de Sasá tengo tesoros y riquezas que sobrepasan toda cuenta.

Y Sabur le contestó, diciendo:

–Yo, hijo mío, no he menester de tus tesoros ni riquezas ni he de tomarte otra dote que la cabeza de Chamrakán, el rey de Dascht y de la ciudad de Ahuás [20].

Y Garib, al oírlo, le dijo:

–¡*Ye* rey del siglo! Ahora mismo voy a reunir a mis huestes y marcharé contra tu enemigo y saquearé su reino.

Y Sabur le dijo:

–¡Así Alá con bien te quiera pagar!

Y acto seguido despidió a sus emires y gente del pueblo, pensando para sus adentros: «Como vaya Garib contra Chamrakán de fijo que no volverá.»

Luego que amaneció la mañana montó el rey en su corcel con Garib y ordenó a sus tropas que cabalgasen todas y con ellas se dirigió al llano, donde les dijo a sus soldados:

–¡Esgrimid vuestras lanzas con valor y alegrad mi corazón!

Y los adalides de la tierra persiana luego jugaron sus lanzas y dijo Garib:

–¡*Ye* rey del siglo! Pensado tengo de justar con los caballeros de Achm, pero ha de ser con una condición.

Y el rey le preguntó:

–¿Cuál?

Y Garib le contestó:

–Pues la de que yo me vestiré un manto liviano y empuñaré una lanza con una banderita teñida de azafrán y los paladines persianos arremeterán contra mí de lanzas buidas armados. Y si alguno de ellos me venciere, a él me rendiré, y si yo fuese el vencedor, lo marcaré en el pecho con una señal y del palenque se saldrá.

Ordenó luego el rey al capitán de sus tropas destacase a los paladines persianos y aquel escogió de entre los príncipes mil doscientos de sus más esforzados lanceros, y el rey les dijo en su lengua aljamiada:

–¡Quienquiera de vosotros que a este beduino diere muerte tendrá de mí cuanto quisiere!

Al oír lo cual todos se disputaban la primacía para luchar y embistieron contra Garib y se distinguió la verdad de la falsedad y el juego de la seriedad.

Y Garib exclamó:

–¡Encomiéndome a Alá, el Dio de Ibrahim, el Amigo, Alá, el que sobre toda cosa tiene poder y al que nada se le puede ocultar, el Unico, el Omnipotente, al que la vista no puede abarcar!

Y acto seguido destacóse un gigante *amaleki* de entre los adalides persianos

[20] *Chamrakán* podría interpretarse Ascua fue; Ahuás es la antigua Susiana y Dascht puede ser una ciudad del Jorasán o los bosques *(dascht)*, pertenecientes a Ahuás.

y se fue hacia Garib; pero Garib no lo dejó estar en pie mucho rato, sino que muy luego lo marcó y le roció el pecho de azafrán, y, al revolverse el gigantón, asestóle en el cerviguillo un golpe con el cuento de su lanza y lo derribó en tierra y sus pajes se dieron prisa a borrarlo de la lista [21].

Destacóse después otro campeón y luego salieron el tercero y el cuarto y el quinto, uno detrás de otro, hasta que salieron todos, y Garib a todos los fue venciendo y marcando en el pecho. Porque Alá, el que todo lo puede, diole a Garib la victoria sobre ellos y todos se retiraron del palenque derrotados y maltrechos.

Después de lo cual trajeron la comida los criados y se la sirvieron, con vino del fuerte, y comieron y bebieron, hasta que a Garib los vapores del vino le ofuscaron el entendimiento.

Y de trecho en trecho se levantaba e iba a hacer su necesidad, y sucedió que una de las veces se perdió y, en lugar de volver a la reunión, se metió sin pensar en el palacio de Fahru-Tach.

Y Fahru-Tach, al verlo, perdió el tino y gritóle a sus doncellas:

–¡Idos a vuestros sitios!

Retiráronse ellas y la princesa fuese a Garib y le besó la mano y le dijo:

–Sea bien venido mi señor, el que del *algol* me salvó. En verdad que soy tu esclava de hoy más.

Luego llevólo a su lecho y lo echó en él y lo abrazó, con lo que él se encandiló y su sello le rompió y con ella hasta la mañana durmió.

Y dizque a todo esto pensaba el rey Sabur que Garib era partido a luchar con su enemigo.

Pero hete aquí que, luego que amaneció la mañana, lo vio venir hacia él y se levantó y a su lado lo sentó.

Entraron luego los reyes tributarios y besaron la tierra ante su soberano y después se quedaron en pie a uno y otro lado y empezaron a hablar del valor de Garib, diciendo:

–¡Exaltado sea Aquel que lo capacitó para hacer tales proezas, a pesar de sus pocos años!

Y estando así los reunidos hubieron de reparar por las ventanas del alcázar en la polvareda que levantaban cascos de corceles que se acercaban, y el rey gritóles a sus centinelas, con rabia:

–¡Guay de vosotros! Id allá luego y traedme nuevas de la causa de esa polvareda.

Montó luego un caballero en su caballo y partió y, pasado un rato, volvió y le dijo al monarca:

–Señor, esa polvareda la levantan los corceles de cien jinetes, pertenecientes a las huestes del emir Sáhimu-l-Leili.

Y Garib, al oír tales palabras, exclamó:

Sorprendió a Schahrasad la mañana y atajó el flujo de sus fluyentes palabras.

Y LA NOCHE 555 SIGUIO CONTANDO LA MUCHACHA:

–Tengo entendido, *¡ye* el sultán, el afortunado!, que Garib exclamó:

–Ese es mi hermano, señor, que yo despachara con un cometido; voy a salir a recibirlo.

Y así diciendo montó Garib en su bridón, y, seguido de sus cien hombres de los Benu-Kahtán y de mil persianos, cabalgó hasta encontrarse con su hermano, con gran pompa y boato.

[21] Este paso recuérdale a Burton la justa entre Antar y el sátrapa Jusrevan en la corte de Monzar, pero sin su final trágico.

Pero ¡la grandeza, en verdad, solo es patrimonio de Alá!

Luego que ambos hermanos se vieron descabalgaron y se abrazaron y Garib le dijo a Sáhim:

–Hermano mío, ¿trajiste a nuestra tribu al castillo de Sasá y al Valle de las Rosas?

Y Sáhim contestóle:

–Hermano mío: cuando ese pérfido perro de Mardás oyó que te habías hecho dueño de ese castillo, propiedad del *algol* de la Montaña, sintió tanto despecho que dijo:

–Como no vaya luego allá yo mismo, ese Garib vendrá y se llevará sin dote a mi hija Mahdiyah.

Así que cogió a su hija y sus bienes y emigró con su tribu al país de Al-Irak y se refugió en la ciudad de Al-Kufa y se puso bajo la sombra del rey Achib, con la intención de darle por esposa a su hija Mahdiyah.

Luego que eso oyó Garib en poco estuvo no exhalara el alma de pura rabia y dijo:

–¡Por el poder de la Fe de Al-Islam, la Fe de Ibrahim, el Amigo de Alá, y por el supremo Señor del Universo, que he de ir al país de Al-Irak y he de hacerle cruda guerra, sin piedad!

Volviéronse luego a la ciudad y pasaron a ver al soberano y besaron la tierra entre sus manos.

Y el rey se levantó y saludó a Sáhim.

Y Garib le contó al monarca todo cuanto pasara y el monarca puso en seguida a su disposición diez capitanes con diez mil jinetes cada uno, bajo su mano, y dizque eran de los más bravos y veteranos de los árabes y de los persianos que ellos mismos se costeaban sus gastos.

Y de allí a tres días ya estaban listos para la partida.

Marchó luego Garib y fue cabalgando hasta llegar al castillo de Sasá, y el *algol* y sus hijos salieron a su encuentro y descabalgaron y le besaron el pie en el estribo.

Y Garib informóles de lo ocurrido y el gigante dijo:

–¡*Ye* mi señor! Estate aquí en este tu castillo y déjame a mí que vaya con mis hijos y mis siervos a Al-Irak y devaste la ciudad de Ar-Rustak [22] y te traiga aquí y ponga en tus manos a todos sus defensores, sólidamente atados.

Pero Garib le dio las gracias y le dijo:

–Mira, Sâdan, iremos todos juntos allá.

Aprestóse, pues, a ello Sâdan y todos juntos marcharon a Al-Irak, dejando allí mil caballeros leales para que el castillo guardasen.

Y esto es, por ahora, todo lo referente a su historia.

Cuanto a Mardás, llegó con su tribu a tierras de Al-Irak, llevando consigo un presente magnífico, y dirigióse a la ciudad de Al-Kufa y entró en ella y fuese derecho a ver a Achib y besó la tierra entre sus manos y después le deseó lo que se les desea a los soberanos, y, finalmente, exclamó:

–¡*Ye* mi señor, vengo a ponerme bajo tu protección!

Y Achib le respondió:

–Dime quién te dejó tuerto, para que yo pueda protegerte contra él, aunque fuese tu ofensor el propio Sabur, rey de los persas y los turcos y los deilamies juntos.

Y Mardás entonces le dijo:

–¡*Ye* rey del siglo! Mi ofensor no es otro que un mocito al que yo crié como a un hijo. Hube de hallarlo en el regazo de su madre en el valle, el fulano, y tomé a su madre por esposa y ella me dio un hijo, al que puse por nombre Sáhimu-l-Leili, y el hijo de mi esposa, Garib, crióse en mis rodillas y

[22] Ciudad de la región de Omán, al oeste de Mascate.

llegó a ser un relámpago cegador y una plaga de maldición, pues mató a Al-Hamal, príncipe de los Benu-Nahbán, y a infantes dio muerte y derribó jinetes. Y has de saber ahora que yo tengo una hija, solo digna de tu persona, y ese Garib quiere hacerla su esposa, y fui yo y le exigí como dote la cabeza del *algol* de la Montaña y él fue por ella, y, luego de desafiarlo en singular combate, lo venció y se apoderó del castillo de Sasá-ben-Schaisben-Scheddad-ben-Aad, donde radican los tesoros de los antiguos y las riquezas de nuestro siglo. Y demás de eso, tengo oído que al Islam se ha convertido y anda ahora por esos campos catequizando a la gente para que haga lo mismo. Y en estos momentos ha ido a devolverle la princesa de Persia, por él rescatada del poder del *algol* de la Montaña, a su padre, el rey Sabur, y seguro que volverá de allí cargado de los tesoros de los persianos.

Luego que escuchó Achib la historia de Mardás mudó de color y se puso amarillo y se sintió apurado y se dio por perdido.

Y luego dijo:

–Dime, Mardás: la madre de ese mocito, ¿está con él o contigo?

Y Mardás, respondióle, diciendo:

–Conmigo está, señor; en mi campamento quedó.

–¿Y cómo se llama?–preguntóle Achib.

Y Mardás le contestó:

–Su nombre es Nuzrah [23].

Y Achib se dijo para sus adentros: «Es ella, a no dudar.»

Y luego mandó la llevasen a su presencia.

Y cuando la tuvo delante la miró y la conoció y la interpeló:

–¡*Ye* maldita! Dime: ¿qué fue de aquellos dos esclavos que contigo envié?

Y ella le contestó:

–Se mataron por mí los dos.

Y entonces Achib desenvainó su acero y le descargó un tajo tal que la abrió en canal.

Y sus esclavos diéronse prisa a retirar de allí el cadáver de la desdichada.

Pero en el corazón de Achib infiltráronse inquietud y recelo, y gritó:

–¡Oye, Mardás: tu hija por esposa me has de dar!

Y Mardás le contestó:

–¡Una es de tus esclavas, señor! ¡Por mujer te la doy y yo tu esclavo soy!

Y Achib tornó a decir:

–Ardiendo estoy en deseos de echarme a la cara a ese hijo de adulterio, a ese Garib, para cogerlo y hacerle saborear toda suerte de tormentos.

Y luego mandó que le diesen a Mardás, a título de dote de su hija, treinta mil dinares y treinta piezas de seda brocada guarnecida de oro y otras cien piezas de pañuelos de seda y collares de oro.

Y Mardás fuese luego con aquella dote magnífica y procedió a ataviar a Mahdiyah con toda prisa.

Y esto es, por ahora, todo lo referente a su historia.

Cuanto a Garib fue cabalgando hasta llegar a Ach-Chesirah, que es la primera ciudad de Al-Irak y es ciudad murada y fortificada, y mandó plantar allí sus tiendas de campaña.

Y al ver la gente de la ciudad aquel campamento en los arrabales, luego cerraron la puerta de la almedina y guarnecieron de hombres las albacaras y fueron a avisar a su rey, que se llamaba Ad-Dámig, el Partidor de Cráneos, porque solía partirles el cráneo en el palenque a sus adversarios, y de lo que ocurría lo informaron.

Y miró el rey desde los tejados de su alcázar, y, al ver allá abajo aquella tropa arrolladora, compuesta toda ella de persianos, acampada en los arrabales, dijo a los ciudadanos:

[23] Defensa, amparo.

–¡*Ye* pueblo! ¿Qué es lo que esos persas vienen buscando?

Y ellos le contestaron:

–¡No sabemos, señor!

Ahora bien: tenía Ad-Dámig entre sus guardias uno llamado Sabâ-l-Kifar, el León del Desierto, hombre listo y perspicaz, como la llama del fuego.

Y Ad-Dámig lo llamó y le dijo:

–Ve a ese ejército algarivo y averigua quiénes son y qué buscan aquí y vuelve en seguida a decírmelo a mí.

Y en cumplimiento de la orden del rey marchó Sabâ-l-Kifar raudo como el viento a las tiendas de los persianos, y, al llegar allí, levantóse una compañía de los árabes y salió a su encuentro y le preguntó:

–¿Quién eres y qué quieres?

Y Sabâ-l-Kifar les contestó:

–Yo soy un mensajero y un enviado del señor de la ciudad a vuestro capitán.

Y los árabes lo cogieron y lo llevaron, por entre hileras de tiendas, alquivales y estandartes, hasta llegar al suntuoso alfaneque de Garib y le anunciaron la llegada del emisario.

Y Garib ordenóles que lo introdujesen a su presencia y así lo hicieron sus hombres, y pasó Sabâ-l-Kifar a presencia de Garib y la tierra entre sus manos besó y le deseó honras y duración.

Y Garib luego le preguntó:

–¿Cuál es tu misión?

Y Sabâ-l-Kifar le respondió:

–Yo soy un enviado del señor de la ciudad de Ach-Chesirah, Ad-Dámig, hermano del rey Jundamir, señor de la ciudad de Al-Kufa y del país de Al-Irak.

Y al oír Garib el nombre de su padre, Jundamir, corrieron a raudales sus lágrimas y miró al mensajero y le dijo:

–¿Cómo te llamas?

Y el interpelado contestó:

–Yo me llamo Sabâ-l-Kifar.

Y Garib entonces le dijo:

–Vuélvete en seguida con tu señor y dile que el capitán de esta tropa se llama Garib y es hijo del rey Jundamir, al que dio muerte su hijo Achib, y que es venido ahora aquí a vengar la sangre de su padre en la persona de ese perro traidor de Achib.

Volvióse, pues, el mensajero junto a su señor y besó la tierra entre sus manos con gran alegría, y cuando Ad-Dámig le preguntó:

–¿Qué te pasa, Sabâ-l-Kifar?

Y Sabâ-l-Kifar le contestó:

–¡Albricias, mi señor! El capitán de esa tropa es tu sobrino, el hijo de tu hermano.

Y acto seguido se lo contó todo al soberano.

Y a Ad-Dámig todo aquello parecióle un sueño y preguntó al mensajero:

–¡*Ye* Sabâ-l-Kifar! Eso que me cuentas, ¿es verdad?

Y el León del Desierto le contestó:

–¡Tan verdad es como que tu cabeza vive, señor!

Luego que eso oyó Ad-Dámig mandó cabalgar a sus principales caballeros y luego que así lo hicieron, dirigiéronse todos al campamento de Garib, el cual salió a su encuentro y unos a otros se abrazaron y se saludaron.

Y luego Garib condujo al rey Ad-Dámig a su alfaneque y ambos se sentaron sobre lechos de reyes.

Y Ad-Dámig holgóse con Garib, el hijo de su hermano, y se encaró con él y le dijo:

–¡Yo también ardo en ansias de vengar la sangre de tu padre; solo que no puedo hacer frente al perro de tu hermano, porque muchas son sus tropas y las mías pocas!

A lo que Garib le replicó:

–¡Pues aquí estoy yo, tío mío, que he venido a vengar la sangre de mi señor y padre y borrar esa mancha de nuestro linaje y hacer que contra Achib se rebele el pueblo de su reino!

Y Ad-Dámig le dijo a su sobrino:

–¡*Ye* hijo de mi hermano, dos sangres tienes tú que vengar: la de tu padre y la de tu madre!

Y Garib le preguntó, un tanto asombrado:

–Pues a mi madre, ¿qué le ha pasado?

Y Ad-Dámig le contestó:

–Tu hermano Achib la mató.

Luego que eso oyó Garib preguntóle a su tío la causa de su muerte y su tío le contó todo lo a ello atañadero y además lo informó de cómo Mardás diérale su hija en matrimonio a Achib, el cual estaba a punto de la unión consumar.

No bien hubo Garib oído aquello de labios de su tío volósele el juicio y se desmayó y por poco muere de la emoción.

Y luego que en sí volvió gritóles a sus tropas, diciendo:

–¡A caballo!

Pero Ad-Dámig le dijo:

–¡*Ye* hijo de mi hermano! Aguarda un poco a que yo deje mis asuntos arreglados y entonces montaré con mis hombres y marcharemos con los estribos pegados.

Pero Garib le replicó a su tío:

–¡No tengo paciencia para aguardar; apresta tus tropas y ven a unirte conmigo en Al-Kufa!

Y Garib en el acto montó con sus guerreros y fue cabalgando hasta llegar a la ciudad de Babil [24], cuyos vecinos, al verlos, se atemaron y sobrecogieron.

Y reinaba a la sazón en la ciudad un rey llamado Schámak [25], que tenía bajo su mano veinte mil jinetes y allí venían además a unírsele, de las aldeas aledañas, otros cincuenta mil, y plantaban las tiendas ante la ciudad, en las afueras.

Escribió, pues, Garib una carta, y se la envió al señor de Babil con un emisario, el cual se plantó ante la puerta de la ciudad y gritó:

–¡Soy un enviado!

Pasó adelante el algafir [26] de la puerta y se lo dijo a Schámak, el cual le ordenó:

–¡Hazlo pasar y tráelo a mi presencia!

Y el algafir de la puerta introdujo al emisario y lo condujo a presencia del soberano.

Y el mensajero besó la tierra entre sus manos y después entrególe la carta y Schámak la tomó y la abrió y de su contenido se enteró.

Y dizque la carta decía a este tenor:

Pero vio Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras encantadoras.

Y LA NOCHE 556 CONTINUO LA NARRADORA:

–¡Puedo asegurar, ¡*ye* el rey, el afortunado!, que la carta de Garib decía:

«¡Loado sea Alá, señor de los tres mundos, señor de toda cosa, que a todas las criaturas da el pan cotidiano y sobre toda cosa es soberano!

»De Garib, el hijo del rey Jundamir, señor de Al-Irak y de Al-Kufa, a Schámak.

»Luego que a tus manos llegue la presente, no sea otra tu respuesta que la de quemar inmediatamente tus ídolos y confesar la Unicidad del Rey que todo lo sabe, Creador de la luz y la sombra, Creador de toda cosa y sobre toda cosa poderoso.

[24] Nótese el salto atrás en el tiempo que da el narrador, marchando de Kuga, ciudad fundada en tiempos de Omar, a la Babel bíblica.

[25] ¿De la raíz árabe *schmak*, estar alegre, y también ser grande, largo?

[26] Guardián.

»Y te prevengo que, como no hicieres en seguida lo que te ordeno, será este día el más negro de toda tu vida.

»¡Sea la paz sobre aquellos que siguen la senda de la salvación y temen las consecuencias de la prevaricación y acatan los mandatos del más excelso de los soberanos, del Señor de este mundo y el otro, de Aquel que a una cosa le dice: "Se" y luego "Es".»

No hubo bien Schámak leído la carta verdeáronle los ojos y mudó de color su rostro y gritóle al mensajero, diciendo:

–Vuelve a tu señor y dile: «Mañana, al ser de día, habrá combate y lucha y se pondrá de manifiesto quién es el héroe que triunfa.»

Volvió, pues, el mensajero al lado de Garib y le participó la respuesta de Schámak, y, no bien Garib la oyó, dio orden a sus hombres de aprestarse al combate.

Y Schámak, por su parte, mandó a sus huestes que plantasen sus tiendas frente al campamento de su enemigo, y sus guerreros se desbordaron como un embravecido piélago y aquella noche la pasaron ansiosos de matanza y combate. Y no bien al día, el siguiente, clareó la mañana, cuando ya ambos bandos montaron en sus caballos más ligeros y se vistieron sus marciales arreos y batieron sus atabales y llenaron por completo todo aquel campo y estaban los adalides por salir a la pelea alampando.

Y el primero en destacarse como luchador fue el *algol* de la Montaña, que llevaba al hombro un árbol tremendo y clamaba entre ambos bandos, diciendo:

–¡Yo soy Sâdan el *algol!* ¿Quién quiere conmigo luchar, quién quiere conmigo justar? Pero absténgase de hacerlo todo cobarde o flojo de cuerpo.

Y luego llamó a sus hijos, diciendo:

–¡Guay de vosotros! ¡Traedme combustible y fuego, porque estoy hambriento!

Y sus hijos llamaron a sus esclavos y estos le llevaron seroja y encendieron una fogata en el corazón de la almidana.

Llegóseles luego un hombre de los cafres, un *amaleki* de los *amalekis* infieles, el cual llevaba al hombro una maza comparable al palo mayor de un barco, y fuese hacia Sâdan, el *algol,* gritando:

–¡Guay de ti, Sâdan!

Luego que eso oyó el gigantón, púsose furioso hasta el colmo, y, enarbolando su tronco de árbol, asestóle al infiel un golpe que hizo zumbar el aire.

Quiso el *amaleki* parar el golpe con su maza; pero el árbol se bamboleó y con todo su peso, más el de la maza, cayó sobre la cabeza del infiel y se la partió en dos, y el hombre rodó por tierra como el renuevo podado de una palmera.

Y Sâdan entonces gritóles a sus esclavos, diciendo:

–¡Coged esta ternera cebona y asádmela en el acto!

Y los esclavos del *algol* procedieron a desollar al infiel y lo asaron y se lo llevaron a su amo, que la carne se comió y los huesos tiró.

Y al ver los infieles lo que Sâdan hacía con su compañero se les erizaron los pelos y se les encogió el pellejo y mudaron de color y sus corazones se les murieron dentro del cuerpo y unos a otros se dijeron:

–Ese *algol* se comerá a quien fuere osado a combatir con él y quebrará sus huesos y le quitará para siempre el dulce céfiro del Universo.

Y así tuvieron quietas sus manos, por miedo al *algol* y a sus hijos, y emprendieron la fuga a su ciudad, despavoridos.

Pero Garib, gritóles a los suyos, diciendo:

–¡Sus y a los fugitivos!

Y los persas y los árabes corrieron tras el rey de Babil y sus huestes y los

diezmaron con sus espadas y mataron de ellos veinte mil o más.

Y los fugitivos se agolparon en las puertas de la ciudad y murieron allí muchedumbre de ellos y no lograron cerrar las puertas, de modo que entraron con ellos árabes y persianos, combatiendo, y Sâdan le quitó su maza a uno de los caídos y, enarbolándola en la faz de los enemigos, penetró en la ciudad hasta el almeidan.

Y desde allí el *algol* abrióse paso por entre el enemigo y llegó hasta el palacio del soberano, y allí encontró a Schámak y lo aporreó con su clava, derribándolo en tierra, casi perdida el alma.

Y arremetió después contra cuantos se hallaban en el palacio y los hizo pedazos, hasta que los que aún quedaban vivos, clamaron:

–¡Gracia! ¡Gracia!

Y Sâdan les gritó a su vez:

–¡Encadenad a vuestro rey!

Y entonces ellos ataron a Schámak y cargaron con él y Sâdan los echó por delante, cual si fueran un rebaño de ovejas, y los condujo así a presencia de Garib.

Y dizque los más de los vecinos de la ciudad perecieron bajo la espada de sus enemigos.

Luego que el rey de Babil volvió en sí hallóse atado y le oyó a Sâdan decir:

–¡Esta noche me cenaré la cabeza de ese rey!

Y Schámak volvióse a Garib y le gritó, diciendo:

–¡A tu merced apelo!

Y Garib le contestó:

–Conviértete al Islam y serás salvo del *algol* y de la venganza del Viviente, el Unico, el que fin no tiene.

Y luego Schámak abrazó al Al-Islam con el corazón y con la lengua y Garib mandó que le quitasen sus cadenas.

Explicóle luego el rey la Fe a su pueblo y todos se convirtieron en creyentes sinceros, después de lo cual tornóse Schámak a su ciudad y desde allí despachó mensajeros a Garib, portadores de manjares y bebidas, y en el campamento ante Babil pasaron la noche comiendo y bebiendo.

Y luego que amaneció la mañana de nuevo dio Garib la señal para reanudar la marcha y fueron cabalgando hasta que llegaron a Mayyafarikin y encontraron desierta la ciudad, porque su gente oyera lo que a Babil le sucediera y huyeron a Al-Kufa y le fueron a Achib con las nuevas de lo que acababa de ocurrir.

Y luego que lo supo Achib representósele en la mente el día de la Cuenta y congregó a sus bravos y les informó de que el enemigo se les venía encima y les ordenó que se apercibiesen en el acto a pelear con las huestes de su hermano.

Y procedió luego a contarlos y comprobó que eran treinta mil jinetes y diez mil infantes solamente.

Y como había menester de muchos más reclutó otros cincuenta mil, entre caballeros e infantes, y después de eso montó en su bridón, y, en medio de un poderoso ejército, echó a cabalgar en dirección a las tropas de su hermano, que a la sazón estaba ante Mozul acampado, y, luego que lo halló, mandó plantar las tiendas, a las suyas fronteras.

Y entonces Garib escribió un escrito y, llamando a sus edecanes, les dijo:

–¿Quién de vosotros quiere llevarle a Achib este mensaje?

Y al punto Sáhim se puso en pie de un salto y exclamó:

–¡*Ye* rey del tiempo! Yo me encargo de llevarle tu misiva y volver con su respuesta en seguida.

Y Garib diole a Sáhim su epístola y Sáhim marchó luego al alquival de Achib, el cual, informado de su llegada, dijo a sus guardias:

–¡Dejadlo pasar!

Y luego que lo tuvo en su presencia, preguntóle:

–¿De dónde vienes?

Y Sáhim contestóle:

–Vengo de parte del rey de los árabes y los persianos, yerno de Jusrav, el rey del mundo, el cual te envía conmigo un mensaje, cuya respuesta he de llevarle.

Y Achib, al oírlo, le dijo:

–¡Dame acá esa carta!

Y Sáhim se la dio y Achib la abrió y he aquí lo que en ella encontró:

«En el nombre de Alá, el Piadoso, el Apiadable (la paz sobre Ibrahim, el Amigo de Alá).»

Y después:

«Tan pronto como esta carta llegue a tus manos confesarás la Unicidad del Rey, el Benigno, causador de las causas y movedor de las nubes, y dejarás de adorar a los ídolos.

»Y si esto hicieres, serás mi hermano y te perdonaré las muertes de mi padre y mi madre y no te recriminaré por lo de antes.

»Pero si no obedeces mi intimación, luego marcharé contra ti y la cabeza te cortaré y tus dominios asolaré.

»En verdad que te doy un buen consejo. ¡Y sea la paz sobre aquellos que caminan por la senda de la salvación y al más excelso Rey le rinden obediencia!»

Luego que leyó Achib esas palabras y se enteró de la amenaza que encerraban, hundiéronsele en el cogote los ojos y rechinó los dientes y fue presa de un furor espantoso.

Y desgarró en pedazos la carta y tiró sus pedazos al aire.

Y Sáhim se sintió ofendido por aquella vejación y le gritó:

–¡Que Alá seque tu mano por lo que acabas de hacer!

Y al oírlo Achib, gritóles a sus hombres:

–¡Coged a ese perro y hacédmelo trizas con vuestros aceros!

Arremetieron ellos luego contra Sáhim, pero este también desenvainó su espada y los acometió y mató de ellos más de cincuenta bravos guerreros, y después, aunque bañado en sangre, abrióse camino y pudo llegar hasta Garib, que, al verlo, le dijo:

–¿Qué te pasa, Sáhim?

Contóselo él todo y Garib al oír la felonía de Achib, púsose lívido de rabia y gritó:

–*¡Al-Lahu-kbar!*

Y mandó batir tambores.

Y acto seguido sus hombres se vistieron sus armaduras y sus cotas de bien tramada malla y se colgaron sus tahalíes con sus espadas, y los infantes formaron en acefas en orden de batalla, armados de sus armas, y los jinetes montaron en sus corceles piafantes y en sus camellos danzarines y enristraron sus lanzas y los adalides adelantáronse a la almidana.

Y también Achib y sus hombres montaron en sus caballos y un bando cargó sobre el otro bando.

Y dirigió la pelea el cadí del combate, en cuyos fallos nada hay errado, porque un sello tiene en sus labios y no habla palabra y corrió la sangre a raudales y recamó la tierra con raros bordados, y encanecieron las cabezas y arreciaron el ardor de la lucha y su fiereza.

Y resbalaron los pies y se tuvieron firmes los valientes y avanzaron, mientras que los flojos de corazón volvieron las espaldas y se desbandaron, y no pararon de pelear hasta que el día se oscureció y la noche se corroboró.

Y entonces tocaron los atabales de la retirada y ambos bandos el uno del otro se apartaron y se volvieron a sus tiendas y allí pernoctaron.

Pero luego que amaneció la mañana del día, el siguiente, tornaron los atabales a tocar, llamando a la lucha y la mortandad.

Y los guerreros sus armas se vistie-

Y dizque a todo esto las tropas de Garib, al despertarse aquella mañana y no ver a su rey, como acostumbraban, vinieron a hallarse igual que un rebaño privado de su rabadán. Pero Sâdan, el *algol*, gritóles, diciendo:

–*¡Ye* pueblo, vestíos luego vuestras armas y pelear y confiad en vuestro Señor, que os defenderá!

Y árabes y aljamiados montaron luego en sus caballos, después de vestirse sus armas de hierro y sus cotas de fina malla, y al campo salieron.

Y delante de los capitanes iban los abanderados con los estandartes.

Y el *algol* de la Montaña se destacó, con un tronco de árbol echado sobre sus hombros, que tendría lo menos sus doscientas libras de peso, y empezó a caracolear y dar vueltas de acá para allá, gritando:

–¡Hola, adoradores de los ídolos, salid afuera y señalaos, porque este es el día del estrago! Quien me conoza ya sabrá bastante de mi plaga, y quien no me conozca, yo me le daré a conocer en persona. Yo soy Sâdan, el siervo del rey Garib. ¿Quién conmigo quiere competir? ¿Quién quiere justar? Pero advierto que deben abstenerse los cobardes y los de flojo temple.

Salió luego a combatir con él un paladín de los infieles, cual si una llama de fuego fuese, y lo embistió; pero Sâdan se fue a él y con su mazo le asestó un golpe tal que las costillas le partió y sin vida en tierra lo derribó.

Llamó luego el *algol* a sus hijos y sus esclavos y les dijo:

–Encended un buen fuego y a cuantos caigan de esos idólatras cogedlos y asádmelos bien y servídmelos luego, para que rompa yo mi ayuno con ellos.

Y sus servidores encendieron al punto una fogata en mitad de aquella almidana y pusieron al muerto en la lumbre y lo asaron y después a Sâdan se lo llevaron. Y su carne se engulló y sus huesos le partió.

Luego que los infieles viéronle hacer a Sâdan ese hecho, espantáronse con espanto grande; pero Achib les gritó, diciendo:

–¡Ea, fuera, al palenque! ¡Cerrad contra el gigante y hacedlo pedazos con vuestros alfanjes!

Destacáronse acto seguido veinte mil hombres y embistieron contra Sâdan, en tanto los infantes formaban corro en torno suyo y lanzaban sobre él una lluvia de flechas y azagayas, de suerte que vino a estar herido en veinticuatro sitios y su sangre sobre la tierra chorreaba y dizque solo estaba.

Pero luego el ejército de los creyentes lanzóse sobre los infieles, invocando en su ayuda al Señor de los tres mundos, y empezaron a pelear con bravura y no pararon de pelear y luchar hasta que finó el día, y entonces se separaron y se retiraron a sus tiendas respectivas.

Pero he aquí que los infieles hicieron prisionero al *algol* de la Montaña, que, por la mucha sangre que perdiera, un hombre ebrio pareciera.

Y los infieles ataron a Sâdan sólidamente y lo condujeron al lado de Garib, el cual, al verlo llegar, exclamó:

–¡No hay gloria ni poder sino en Alá! ¿Qué fue lo que te pasó, Sâdan?

Y el *algol* le contestó:

–*¡Ye* mi señor! Es Alá, ¡loado sea y glorificado!, quien decreta alegrías y penas, y así tiene que ser, como Él ordene.

Y Garib le dijo:

–¡Tienes razón, Sâdan!

Cuanto a Achib, pasó aquella noche entregado a la alegría, y a sus hombres les decía:

–Mañana por la mañana montaréis de nuevo en vuestros corceles y a esos muslimes acometeréis y a todos ellos los mataréis, sin que ni a uno solo con vida dejéis.

Y sus hombres le respondieron:

–¡Oímos y obedecemos!

Y esto es todo lo referente a ellos.

Cuanto a los musulmanes, pasaron aquella noche muy apocados y llorando por su rey y por Sâdan; pero Sáhim les dijo:

–*¡Ye* pueblo: no os apuréis, que la ayuda de Alá cercana está!

Aguardó luego Sáhim a que fuera la noche mediada y entonces se vistió a usanza de los tendereros y se encaminó al campamento de Achib y abrióse paso por entre los alfaneques y los alquivales hasta que llegó a la tienda del rey y vio a este allí en su trono sentado rodeado de sus principales dignatarios.

Y Sáhim pasó adentro y se fue derecho a los candeleros y los despabiló y echó en ellos unos polvos de *banch,* y después se salió de la tienda y aguardó a que el humo del *banch* quemado llegase a Achib y a sus príncipes, y rodaron todos por el suelo como muertos.

Y luego que fue así, se retiró de allí y se dirigió a la tienda que servía de cárcel, y en ella encontró a Garib y a Sâdan, guardados por mil bravos, que a la sazón se hallaban por el suelo postrados.

Y Sáhim gritóles a los guardianes:

–¡Guay de vosotros, no os durmáis! ¡Vigilad a vuestros prisioneros y encended las antorchas luego!

Y así diciendo cogió una antorcha y le prendió fuego y la espolvoreó de *banch,* y fue con ella en alto, alrededor de la tienda, hasta que el humo se les metió a los guardianes por las narices y por tierra rodaron asfixiados.

Penetró luego Sáhimu-l-Leili en la tienda y halló a Garib y a Sâdan también atontados y les dio a oler una esponja empapada en vinagre que a prevención había llevado.

Soltóles luego sus ligaduras y sus hierros, y ellos, al verlo, lo bendijeron y con él se holgaron y se alegraron.

Después saliéronse de la tienda y les cogieron a sus guardianes las armas y Sáhim les dijo:

–¡Ya podéis volveros a vuestro campamento!

Y él pasó de nuevo al campamento de Achib y lo cogió y en su almalafa lo envolvió y a las espaldas se lo cargó y con él hacia el campamento de los musulmanes marchó.

Y el Señor, el Apiadable, le protegió, de suerte que llegó a la tienda de Garib sano y salvo, y al entrar, desdobló ante él su manto.

Y al mirar Garib su contenido y ver que dentro de él venía su hermano Achib atado, exclamó:

–*¡Al-Lah-hua-kbar!* ¡Ayuda! ¡Victoria!

Y bendijo a Sáhim y lo mandó que despertase a Achib.

Y Sáhim diole a oler vinagre, mezclado con incienso, y Achib abrió los ojos, y, al verse atado y aherrojado, dejó caer su cabeza hacia la tierra.

Y Sáhim le gritó:

–¡Levanta tu cabeza, so maldito!

Alzó entonces los ojos Achib y se encontró entre árabes y persianos y vio sentado a su hermano en el trono de su realeza y lugar de su poder, pero calló y nada habló.

Y Sáhim gritó:

–¡Desnudadme a ese perro!

Y al punto sus hombres así lo hicieron y se llegaron a Achib armados de látigos y empezaron a fustigarlo hasta que el cuerpo le quebrantaron y los humos le bajaron, y luego Garib púsole una guardia de cien caballeros de su confianza.

Y apenas acababa Garib de infligirle a su hermano ese castigo, dejáronse oír unos gritos que venían del campo de los infieles y decían:

–¡No hay más dios que El Dio y el más grande es Alá!

Y dizque la causa de ese clamor era que, diez días después que su sobrino, el rey Ad-Dámig, tío de Garib, marchó

ron y sus tahalíes se colgaron del brillo más claro y las morenas lanzas enristraron y en sus fogosos corceles montaron y decían:

–¡No habrá este día más huida!

Y fue el primero en abrir la puerta de la guerra Sáhim, que lanzó su bridón por entre los dos campos y jugó con espada y lanza y pasó a todos los capítulos del combate, en modo tal, que hasta los guerreros más selectos sentíanse confundidos y perplejos.

Y luego gritó, diciendo:

–¿Quién quiere luchar? ¿Quién quiere justar? Pero que no salga al palenque ningún cobarde ni flojo de temple.

Adelantóse luego hacia él un jinete de los infieles cual si una llama de fuego fuese; pero Sáhim no le dejó estar mucho rato firme ante él, pues en seguida de un lanzazo dio en tierra con el infiel.

Y salió después otro caballero, el segundo, y también Sáhim le dio muerte como al primero; y salió después el tercero, y lo partió en dos; y salió el cuarto, y también la vida le quitó.

Y no pararon ellos de salir y él de aniquilarlos, hasta que el día fue mediado.

Y dizque hasta entonces llevaba ya muertos doscientos hombres.

Y Achib gritóles a sus hombres, con rabia:

–¡Volved a la carga!

Y el un bando intrépido arremetió contra el otro intrépido bando y grande fue el fragor de las armas y el rugir de la batalla.

Y salieron a relucir los brillantes aceros y corrió a raudales la sangre y el infante acometía con furor al infante.

E iba al frente de todos la Muerte y los cascos de los corceles se calzaban calaveras humanas y no dejaron de luchar con denuedo hasta que se fue el día y vino la noche con sus negros arreos, y entonces se separaron ambos bandos y se retiraron a sus tiendas y pasaron la noche en ellas.

Pero no bien amaneció la mañana del día, el siguiente, montaron de nuevo a caballo las dos huestes y se dirigieron al palenque, y los musulmanes buscaban con los ojos a Garib, el cual solía cabalgar bajo los estandartes, y no lo veían por ninguna parte.

Y Sáhim despachó un esclavo al alfaneque de su hermano, y el esclavo, al no hallarlo, preguntó a los tendereros, y estos le dijeron:

–Nada de él sabemos.

Quedóse Sáhim muy desconcertado al oír la respuesta del esclavo y siguió cabalgando y les contó a sus hombres lo que sucedía y aquellos se arredraron y a pelear se negaron, diciendo:

–¡No estando Garib con nosotros no podremos evitar que el enemigo nos venza a todos!

Y hemos de advertir que la causa de la ausencia de Garib era rara, pero cierta, y la vamos a exponer de adecuada manera. Y era esta:

Que al volverse Achib a su campo la noche anterior llamó a uno de sus edecanes, llamado Sayyar [27], y le dijo así:

–¡Hola, Sayyar! Para un día como este te tuve reservado, y ahora te mando que atravieses por entre las huestes de Garib y te introduzcas en el pabellón de su señor y lo cojas y me lo traigas aquí y así me demuestres lo osado y listo que eres.

Sorprendió aquí a Schahrasad la aurora y cortó el hilo de sus palabras encantadoras.

[27] El andarín, en árabe.

PERO LA NOCHE 557 REANUDO SU RELATO EN ESTA FORMA:

–Ha llegado a mis oídos, *¡ye* monarca, el afortunado!, que Sayyar a Achib le contestó:

–¡Oído y obediencia, señor!

Y dirigióse acto seguido al campo enemigo y deslizóse furtivamente en el pabellón de Garib, a favor de la sombra de la noche, cuando todos sus hombres ya se habían retirado a sus lugares de descanso y se plantó allí, delante de la tienda, cual si fuera un esclavo al servicio de Garib.

Y sucedió que Garib en ese instante hubo de sentir sed y llamó a sus criados para que le llevasen de beber.

Y Sayyar se dio prisa a llevarle una jarra con agua en la que había echado una dosis de *banch.* Y Garib bebió de aquel agua y al punto desplomóse en tierra con la cabeza lejos de los tobillos, y entonces Sayyar lo cogió y en su manto lo envolvió y cargó con él hasta la tienda de Achib, y, al llegar allí, se lo echó a sus pies a su señor.

Y Achib le preguntó:

–¿Qué es eso, Sayyar?

Y Sayyar le dijo:

–¡Este es tu hermano Garib!

Holgóse al oírlo Achib y dijo:

–¡Brillen sobre ti las bendiciones de los ídolos! ¡Ea, desátalo ahora y despiértalo!

Diéronle a oler vinagre y volvió en sí Garib y los ojos abrió, y, al verse atado y en otra tienda que la suya, exclamó:

–¡No hay fuerza ni poder sino en Alá, el glorioso, el lleno de majestad!

Y Achib lo interpeló, diciendo:

–¿Cómo eres osado, so perro, a atacarme y tirar a matarme y vengar la sangre de tu padre y tu madre? Pues ten por sabido que, hoy mismo, voy a enviarte con ellos y a librar al mundo de tu presencia.

Y Garib le replicó con la misma vehemencia:

–*¡Ye* perro de los infieles! ¡Pronto has de ver contra quién se vuelven las ruedas de la suerte y cuál de nosotros queda sojuzgado por la ira del Rey, el que todo lo puede; El, que sabe lo que en el fondo de los pechos hay y hará que en el *chehennam* seas atormentado y abochornado! Ten piedad de ti mismo y di conmigo: «No hay más dios que El Dio e Ibrahim es el Amigo de El Dio.»

Luego que oyó Achib las palabras de Garib rompió a resoplar y a resollar y prorrumpió en blasfemias contra su dios, la piedra [28], y llamó a su verdugo y mandó que el tapiz de las ejecuciones extendiera.

Pero su visir, que en su corazón era musulmán, aunque en apariencia se condujese como infiel, se levantó y la tierra besó y luego exclamó:

–*¡Ye* rey del siglo, ten paciencia y no obres con ligereza y aguarda a que sepamos sin riesgo de error quién es el vencido y quién el vencedor! Que en siendo nosotros los victoriosos, tendremos poder para matarlo, y, en el caso contrario, nos dará bríos el tenerlo en nuestras manos vivo.

Y los emires, al oírlo, dijeron:

–Dice bien el visir, el discreto.

Mandó, pues, Achib aherrojar a su hermano Garib en su propia tienda y púsole guardia de mil bravos guerreros compuesta.

[28] Su ídolo, que era de piedra.

a Ach-Chezirah, con veinte mil de a caballo, y, al acercarse al campo de batalla, despachó uno de sus espías para que inquiriese noticias.

Estuvo el hombre ausente todo un día y luego volvió y le contó a su señor cuanto le había pasado a Garib con su hermano.

Y Ad-Dámig, el desmeollador, aguardó a que fuese de noche, y entonces atacó a los infieles gritando: *¡Al-Lah-hua-kbar!* y los pasó por el filo de su cortante cimitarra.

Y al oír Garib ahora ese clamor, díjole a Sáhim:

–Anda a ver el motivo de esos marciales gritos.

Y Sáhim se dirigió al campo de batalla e interrogó a los esclavos y los hombres de la retaguardia y ellos le dijeron cómo era llegado el rey Ad-Dámig, acaudillando veinte mil caballeros y cómo atacara de noche a los idólatras, diciendo:

–¡Por la virtud de Ibrahim, el Amigo, no abandonaré al hijo de mi hermano, sino que cumpliré el papel de un bravo y pondré en fuga al ejército de los infieles y placeré al Rey, al que todo lo puede!

Volvió, pues, Sáhim y contóle a Garib la hazaña de su tío, y Garib gritóles a sus hombres, diciendo:

–¡Vestíos luego vuestras armas y montad en vuestros corceles y corramos a ayudar al hermano de mi padre!

Y los guerreros de Garib hicieron al punto lo que aquel les mandara y cerraron contra los idólatras y los pasaron por el filo de sus buidas tizonas.

Y al clarear la mañana llevaban ya muertos cerca de cincuenta mil de aquellos perros y hechos treinta mil prisioneros, al ver lo cual el resto de las tropas de Achib se desbandó y en todo lo ancho y lo largo de la tierra se desperdigó.

Volviéronse, pues, los musulmanes victoriosos y triunfantes y Garib galopó al encuentro de su tío y lo saludó y las gracias por su ayuda le dio.

Y dijo Ad-Dámig:

–Para mí que ese perro de Achib ha caído en el lance de este día.

Y le dijo Garib:

–¡*Ye* tío, alegra tu ánimo y guarda tus ojos frescos y claros! Porque has de saber cómo tengo a Achib aherrojado en mis manos.

Y al oír aquello Ad-Dámig alegróse hasta el colmo de la alegría y ambos reyes descabalgaron y en el pabellón entraron; pero dizque en él no encontraron a Achib.

Y exclamó Garib:

–¡Por la gloria de Ibrahim, el Amigo! ¡*Ye* y qué final tan malo para un día tan fausto!

Y encarándose con los tendereros apostrofóles, diciendo:

–¡Guay de vosotros! ¿Qué fue de mi prisionero, que tanto mal me había hecho?

Y le contestaron ellos:

–Luego que cabalgaste y nos fuimos contigo, no nos mandaste que lo guardásemos.

Y Garib exclamó:

–¡No hay gloria ni poder sino en Alá, el grande, el lleno de majestad!

Pero Ad-Dámig le dijo:

–No te precipites ni te apures, que, adondequiera que fuere, lo iremos siguiendo y persiguiendo.

Ahora bien: he aquí cómo logró fugarse Achib.

Vio Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras cautivadoras.

Y LA NOCHE 558 PROSIGUIO SU RELATO EN ESTA FORMA:

–Ha llegado a mis oídos, *¡oye* sultán, el afortunado!, que Achib logró fugarse del modo que voy a decir:

Y fue que su paje Sayyar estaba apostado en acecho en el campo y, al ver que Garib montaba en su corcel y se alejaba, sin dejar guardia alguna que vigilase a Achib, sintió tal asombro que no daba crédito a sus ojos.

Y aguardó un rato y después se fue arrastrando hasta la tienda en que estaba Achib, perdido el sentido por los latigazos que había recibido, y lo cogió y a la espalda se lo cargó y salió con él a campo raso y echó a correr con toda su rapidez y corriendo estuvo desde que anocheció hasta que la mañana del día siguiente amaneció y vio un manantial que fluía al pie de un pomar.

Y se descargó de los hombros a Achib y lo depositó allí y le lavó los ojos, con lo que aquel los abrió, y, al ver a Sayyar, exclamó:

–Mira, Sayyar: llévame a Al-Kufa y allí me repondré y jinetes e infantes reclutaré y con ellos a mi enemigo derrotaré. Pero antes, Sayyar, tráeme de comer, que estoy hambriento a fe.

Y Sayyar, entonces se levantó de un salto y salió al desierto y cazó un pollito de avestruz y se lo llevó a su señor.

Y apiló luego leña, y, frotando uno contra otro dos palos, encendió fuego y en él asó el ave y diole a comer a Achib su carne y luego le dio también de beber del agua de aquella alfaguara.

Y con todo ello volviéronle a Achib los bríos y entonces Sayyar fuese a un aduar de los beduinos y allí robó un caballo y en él montó a Achib y por espacio de unos días cabalgó en su compañía, hasta que llegaron a los aledaños de la ciudad de Al-Kufa.

Y el virrey de la ciudad salió a recibir y saludar al rey y lo halló quebrantado por efecto de la azotaina que le infligiera su hermano.

Y entró Achib en la ciudad y mandó luego a sus médicos llamar.

Y vinieron sus médicos y él les intimó que, en menos de diez días, habían de curarlo, y ellos respondieron:

–¡Oímos y obedecemos!

Y procedieron a cuidarlo y a asistirlo con tanto celo que no tardó en ponerse totalmente bueno.

Y ya convalecido, mandóles Achib a sus visires que escribiesen cartas a todos sus gualis y vasallos, y les dictó veintiuna epístolas y las envió a sus respectivos destinatarios.

Y luego sus gualis reunieron sus tropas y a marchas forzadas dirigiéronse a Al-Kufa.

Y esto es, por ahora, todo lo referente a sus personas.

Cuanto a Garib, muy desazonado por la fuga de Achib, despachó en su busca mil valientes que por todas partes se desparramaron y buscaron al fugitivo noche y día y hallar su rastro no lograron. Por lo que se volvieron con Garib y se lo participaron, y Garib llamó en el acto a Sáhim, su hermano, y tampoco lo encontraron.

Tocó entonces en su colmo la zozobra de Garib, que temió no hubiera Sáhim sido víctima de los reveses del destino.

Pero hete aquí que estando así Garib, se le presenta Sáhim, su hermano, y besa la tierra entre sus manos.

Y Garib, no bien lo vio, se levantó y le preguntó:

–¿Dónde has estado, Sáhim?

Y Sáhim contestóle:

–¡*Ye* rey! Estuve en Al-Kufa y allí me enteré de que ese perro de Achib había llegado a su ciudad y de los golpes habíase curado y que les había escrito cartas a sus gobernadores, los cuales, con sus tropas, habían acudido a sus inmediaciones.

Luego que eso oyó Garib, dio orden a sus tropas de emprender la marcha, y sus hombres en seguida las tiendas de campaña plegaron y a Al-Kufa se encaminaron. Luego que dieron vista a la ciudad halláronla rodeada de un ejército comparable a la mar alborotada, tal y tan grande que principio ni fin no se le encontraba.

Acampó Garib con sus tropas frente a los reales de los infieles y mandó plantar allí unas banderas y cayeron sobre ambos bandos las tinieblas, por lo que encendieron fogatas y aguardaron a que amaneciera la mañana.

Y entonces Garib se levantó e hizo sus abluciones y rezó una oración de dos reverencias, según el rito de nuestro padre Ibrahim, el Amigo de Alá (sea sobre él la paz).

Y después mandó tocar atabales, llamando a combate.

Y sonaron, pues, los atabales y ondearon los estandartes y los guerreros sus armas se vistieron y en sus corceles montaron y se ordenaron y a la almidana marcharon.

Y el primero en abrir la puerta de la guerra fue el rey Ad-Dámig, que metió su bridón por entre los dos bandos y alardeó entre ellos, jugando la espada y la lanza con tal maestría que entrambas huestes sintieron maravilla, y, finalmente, Ad-Dámig alzó la voz, gritando:

–¿Quién quiere justar conmigo? Pero advierto que no lo haga ningún cobarde ni de ánimo flojo, porque soy el rey Ad-Dámig, hermano de Jundamir, el soberano.

Destacóse luego uno de los cafres, que parecía un ascua de fuego, y, sin decir palabra, embistió contra el monarca; pero este aguantólo con su lanza y le asestó un golpe en el pecho, tal y tan recio, que la punta le salió por la espalda y Alá empujó aprisa su alma al fuego, ¡*ye* y qué mal paradero!

Salió luego a plaza un segundo guerrero y también Ad-Dámig diole muerte como al primero y lo mismo hizo con un tercero, y no cesaron ellos de salir al palenque y él de darles muerte, hasta que fueron setenta y seis los caídos de los combatientes.

Y al ver aquello los infieles y los hombres de poder volvieron las espaldas y evitaron su encuentro; pero Achib les gritó, diciendo:

–¡Cuidado, pueblo; si seguís luchando uno a uno con él, no dejará con vida a ninguno, ni sentado ni en pie! ¡Arremeted, pues, todos juntos contra él y limpiad de enemigos nuestra tierra y aplastad su cráneo bajo los cascos de vuestros caballos!

Y los guerreros de Achib tremolaron la bandera del espanto y embistiéronse uno y otro bando.

Y corrió la sangre a torrentes sobre el suelo y el cadí del combate dictó sus fallos, siempre justicieros.

Túvose firme el valiente sobre sus pies en el palenque y el cobarde volvió la espalda y emprendió la fuga, pensando que el día no iba a terminar nunca ni a correr la mano de la noche la acitara de la sombra.

Y no cesaron los beligerantes de pelear con la espada, sin dar paz a la mano, hasta que la luz se oscureció y la tiniebla se corroboró.

Y entonces los tambores de los infieles tocaron retirada.

Pero Garib no se avino a deponer sus armas y se dirigió a la paganía, y los creyentes en la Unicidad, los musulmanes, siguieron a su rey.

¡Y cuántas cabezas y manos tron-

charon y cuántos cuellos y tendones rajaron y cuántas rodillas y espaldas majaron y cuántos hombres cabales y cuántos mozos a la muerte lanzaron!

Pero luego que clareó el primer albor de la mañana desbarataronse los infieles y huyeron del campo, revueltos y desbandados, y los muslimes los fueron siguiendo, hasta mediodía, y les hicieron veinte mil prisioneros y se los llevaron a sus tiendas, atados.

Y luego Garib sentóse ante la puerta de Al-Kufa y ordenó a un heraldo que pregonase perdón y seguridad para todo aquel que del culto de los ídolos renegase y profesase la Unicidad del Todopoderoso, Creador de los hombres y de la luz y de la noche.

Y según ordenara, fue lanzado el pregón por las calles de la almedina y todos cuantos en ella había, así grandes como chicos, abrazaron la fe, la verdadera, y salieron luego formando un solo cuerpo y renovaron su profesión de fe islámica entre las manos del rey Garib, el cual holgóse grandemente de ello y se le dilató el pecho y se le disipó todo tedio.

Y después mandó inquirir Garib nuevas de Mardás y de Mahdiyah, su hija, y le dijeron que aquel había plantado sus reales a espaldas de la montaña colorada, y Garib, al oírlo, llamó a Sáhim y le dijo:

–Ve a enterarte de lo que haya sido de tu padre.

Montó Sáhim en el acto, sin demora ni retraso, y tomó su morena lanza y galopó con rumbo a la montaña colorada y buscó allí a su padre, pero no halló rastro ni de él ni de su tribu. Sólo encontró a un *scheij* de los árabes, un hombre muy viejo, quebrantado por el exceso de los años, y Sáhim fuese a él y le preguntó qué había sido de su pueblo y adónde se había ido.

Y el *scheij* le dijo:

–¡*Ye* hijo mío! Luego que Mardás tuvo noticia de cómo Garib venía sobre Al-Kufa atemóse con gran temor, y, cogiendo a su hija y su pueblo, internóse con sus esclavas y sus negros en lo más espeso y no puedo decirte adónde se fueron.

Luego que oyó Sáhim las palabras del *scheij*, tornóse al lado de Garib y le refirió el resultado de sus pesquisas, y Garib, al oírlo, quedóse sumamente perplejo e indeciso.

Sentóse después en el trono de su padre y sus tesoros abrió y larguezas a todos y cada uno de su hombres distribuyó.

Y fijó su residencia en Al-Kufa y despachó espías que indagasen nuevas de Achib.

Y convocó a los grandes del reino, los cuales acudieron a su llamada y pleitesía le rindieron, y los simples particulares eso mismo hicieron.

Y Garib los obsequió a todos con aljalaes muy lujosos y encomendó a su cuidado la gente del campo.

Y sucedió luego de todo eso que Garib, un día de entre los días, salió a cazar en compañía de cien caballeros y fueron cabalgando hasta llegar a un vado, de árboles frutales muy poblado y por el que corrían manantiales y en el que cantaban las aves.

Y era aquel un pastizal para antílopes y gacelas y para el alma una delicia, y sus aromadas brisas refrescaban los ánimos quebrantados del combate y los entonaban a una nueva vida.

Acampó Garib con sus hombres en aquel vado, porque hacía un día claro y despejado, y luego allí mismo pernoctaron.

Y luego que amaneció la mañana del día, el siguiente, levantóse Garib e hizo sus abluciones y rezó la oración del alba, que consta de dos reverencias, loando y dando gracias a Alá, el Todopoderoso.

Y en ello estaba cuando, de pronto, hiere sus oídos un clamor y grita que de los prados procedía, y al punto

Garib mandóle a Sáhim fuese a ver qué era aquello y qué debían hacer.

Montó en seguida Sáhim en su caballo y fue cabalgando hacia allá y se encontró con bienes saqueados y con corceles enlazados y con mujeres a la fuerza llevadas y chicos que gritaban.

Y Sáhim encaróse con uno de los pastores y preguntóle:

–¿Qué significa todo eso?

Y el pastor contestóle:

–Ese es el *harén* de Mardás, el emir de los Benu-Kahtán, y sus bienes y los de su clan. Porque has de saber que ayer vino Chamrakán y mató a Mardás e hizo botín de sus mujeres y sus hijos y sus enseres y de todo lo a su tribu perteneciente. Y es su intención hacer algaradas y cortar los caminos y asaltar a los caminantes, y dizque el tal Chamrakán es un rabioso tirano, con el que no pueden árabes ni reyes, y viene a ser, pues, la plaga y la peste de toda la comarca.

Luego que supo Sáhim la muerte de su señor y la pérdida de su *harén* y de sus bienes volvióse con Garib y le contó lo que sucedía, y, al oírlo Garib, fue como si al fuego le echasen fuego y poseyóle el ansia de borrar la afrenta y tomar venganza de ella.

Y acto seguido cabalgó con sus hombres a la búsqueda de los bandidos, hasta que les dio alcance y cerró contra ellos, gritando:

–¡Alá es el más grande! ¡Caiga su poder sobre los pecadores encallecidos, sobre los adoradores de los ídolos!

Y de una sola embestida mató veintiuno de aquellos bandidos.

Hizo luego alto en mitad del campo, con corazón bravo, y gritó:

–¿Dónde está Chamrakán? ¡Salga y venga acá, que quiero darle a probar la copa de la muerte y limpiar de su presencia la haz de la tierra!

Pero no acabara de proferir esas palabras cuando destacóse Chamrakán, cual si fuese una plaga de las plagas o una peña de montaña en acero engarzada.

Que era en verdad un *amaleki* gigante y potente y se fue hacia Garib, sin hablarle ni saludarlo, a fuer de soberbio tirano.

E iba armado de una clava de acero de Az-Zin, tan pesada y poderosa, que, si con ella acometiera a una montaña, de fijo que la derribara.

Pero Garib, al verlo venir, salióle al encuentro como un león hambriento, y el gigante le amagó con un mazazo en la cabeza; solo que Garib lo esquivó y la maza dio en la tierra y se hundió medio codo en ella.

Enarboló entonces Garib su maza y descargóle a Chamrakán un golpe en el puño y le magulló al cafre los dedos, de suerte que viose obligado a soltar su maza luego.

Y agachóse Garib en su montura, y, más rápido que el cegador relámpago, recogió la maza y la enarboló y diole con ella al infiel de plano en las costillas con tal fuerza, que el gigantón desplomóse en tierra cual alta palmera.

Y en el acto Sáhim echóse sobre él y lo cogió y lo ató y le puso al cuello un dogal como si fuese un ronzal, y, tirando de él, lo sacó fuera del campo de la lucha, en tanto los caballeros de Garib arremetían a los de Chamrakán y mataban de ellos cincuenta y ponían en fuga a los demás.

Y no pararon de correr los fugitivos hasta llegar al aduar de su tribu, y dizque, al llegar, prorrumpieron en clamores de pesar y todos los que en el castillo estaban acudieron en seguida para inquirir noticias.

Contáronles ellos lo que había pasado, y, al oír los otros cómo su caudillo cayera cautivo, luego corrieron todos al vado, atropellándose en su prisa por rescatarlo.

Pero luego que el rey Garib hubo apresado a Chamrakán y visto cómo sus hombres huían, descabalgó de su

bridón y llamó a Chamrakán, el cual compareció ante él en humilde actitud, diciendo:

–¡A tu sombra me acojo, *ye* paladín del tiempo!

Y Garib le contestó:

–¡*Ye* perro de los árabes! ¿Cómo eres osado a asaltar los caminos de los siervos de Alá, el que todo lo puede, y al Señor de los mundos no temes?

–¿Y quién es el Señor de los mundos? –preguntó Chamrakán.

Y Garib le preguntó a su vez:

–¿Y qué plaga es, so perro, la que adoras tú?

Y Chamrakán le dijo:

–¡Yo, mi señor, adoro a un dios hecho de dátiles prensados con manteca y miel y, de vez en vez, me lo como y me hago otro! [29]

Y Garib, al oírlo, echóse a reír, con tales ganas, que se tumbó de espaldas.

Y luego exclamó:

–¡*Ye* miserable! ¡No hay nadie digno de ser adorado sino Alá, el Todopoderoso, que te creó a ti y creó toda cosa y a todas sus criaturas provee de su arrizque cotidiano! ¡Aquel para el que nada hay arcano y sobre toda cosa es soberano!

Y dijo Chamrakán:

–Y ese gran Dios, ¿dónde está, para que yo lo pueda adorar?

Y Garib le contestó:

–Has de saber que el nombre de ese dios es Alá–El Dio–y que El es quien creó los cielos y la tierra e hizo brotar los árboles y correr los manantiales, y creó los animales montaraces y las aves y el *alchenná* y el *chehennam,* y se esconde a las miradas de los hombres y ve y nadie a El lo puede ver. Y es el Ser Supremo, el que nos creó y nos sustenta, el Unico, fuera del cual no hay ninguna divinidad.

Luego que Chamrakán hubo oído esas palabras abriéronse los oídos de su corazón y el vello de la piel se le erizó de terror y exclamó:

–¡*Ye* mi señor! ¿Qué he de decir para ser uno de los tuyos y que ese Señor tan poderoso me acoja en su gracia?

Y Garib le contestó:

–Di: «¡No hay más *ilah* que Al-Lah, e Ibrahim, el Amigo, es el enviado de Al-Lah!»

Y recitó Chamrakán el testimonio y fue inscrito en el libro de los venturosos.

Y Garib le preguntó:

–Dime: ¿gustaste en verdad la dulzura del Al-Islam?

Sorprendió a Schahrasad la mañana y puso freno a sus no tasadas palabras.

Y LA NOCHE 559 SIGUIO CONTANDO LA MUCHACHA:

–He podido averiguar, ¡*ye* el sultán, el afortunado!, que Garib le preguntó a Chamrakán:

–¿Gustaste la dulzura del Al-Islam?

Y le replicó Chamrakán:

–Sí, en verdad.

Y Garib gritó:

–¡Soltadle sus lazos!

Y lo desataron y él besó la tierra entre sus manos y luego también besóle los pies.

Y estando así he aquí que vislumbraron una gran nube de polvo que se fue extendiendo hasta que cubrió el campo todo.

Y Garib se volvió a Sáhim y le dijo:

–¡Ve a ver qué es ello, hermano mío!

[29] Se trata de la pasta de dátil que acostumbran hacer los beduinos. Esa tosca forma de eucaristía era común entre los Benu-Hanifa.

Y Sáhim corrió allá ligero como un pájaro que despliega todo su vuelo, y luego volvió, diciendo:

–¡*Ye* rey del siglo! Esa polvareda la levantan los caballos de los Benu-Amir, los compañeros de Chamrakán.

Y Garib encaróse con el nuevo muslime y le dijo:

–¡Cabalga al encuentro de tu pueblo y ofrécele el Al-Islam! ¡Y si lo abrazaren, salvos serán; pero si lo rechazan, los pasaré al filo de mi espada!

Y Chamrakán montó en su bridón y lo espoleó y voló al encuentro de sus compañeros y les gritó desde lejos, y ellos luego le conocieron y descabalgaron y a pie se le acercaron y le dijeron:

–¡*Ye* señor nuestro, mucho nos holgamos de verte ileso!

Y él les dijo:

–¡*Ye* pueblo: aquel de vosotros que me obedeciere, será salvo, pero el que no lo haga, lo partiré en dos con mi cimitarra!

Y ellos le contestaron, diciendo:

–Mándanos lo que quieras, que no hemos de oponernos a tus preceptos.

Y Chamrakán, entonces, les dijo:

–Decid conmigo: «No hay más dios que El Dio e Ibrahim es el Amigo de El Dio.»

Y ellos preguntaron:

–¡*Ye* señor! ¿De dónde te vinieron esas palabras?

Y Chamrakán entonces contóles lo que con Garib le había ocurrido y añadió:

–¡*Ye* pueblo! ¿No sabéis que yo soy vuestro caudillo en el campo de batalla y donde los hombres de acometer y parar desmayan? Pues bien: sabed ahora que un hombre, con una sola mano, me tomó cautivo y me hizo beber la copa de la desgracia y el ludibrio.

Y al oír ellos tal arenga luego dijeron el dicho de la Unicidad, y Chamrakán después los llevó ante Garib y ellos repitieron el testimonio entre sus manos y gloria y victoria le desearon, y, finalmente, besaron la tierra, humillados.

Y Garib se holgó de ellos y les dijo:

–¡*Ye* pueblo: volveos con vuestros cabileños y exponedles el Al-Islam, por si lo quieren abrazar!

Pero al oír aquello todos a una dijeron:

–¡*Ye* señor nuestro: nosotros, en verdad, nunca mientras vivamos te dejaremos! Pero iremos y recogeremos a nuestras familias y a ti volveremos.

Y Garib les dijo:

–Está bien, id allá y luego venid a buscarme en la ciudad de Al-Kufa.

Y Chamrakán y sus cabileños marcharon a sus campamentos y les ofrecieron el Al-Islam a sus mujeres y sus hijos y todos ellos abrazaron la Fe, la verdadera, y después desmantelaron sus viviendas y plegaron sus tiendas y tomaron la vuelta de Al-Kufa, llevando por delante sus caballos y sus camellos y sus ovejas.

Y en el entretanto tornó Garib a Al-Kufa, donde los caballeros salieron a recibirlo con todo boato.

Y Garib entróse en su alcázar y se sentó en el trono de su padre y sus valientes se situaron a uno y otro lado.

Adelantáronse luego sus algazares [30] y le participaron cómo su hermano Achib habíase fugado y buscado refugio junto a Chaland-ben-Karkar [31], señor de la ciudad de Omán y las tierras del Yaman.

Y Garib gritóles recio a sus guerreros:

–¡Ye mis hombres, aprestaos a marchar de aquí a tres días!

Luego de eso expúsoles Garib los fundamentos del Al-Islam a los treinta mil cautivos que hiciera en el primer

[30] Espías.

[31] Payme transcribe «Chulned», grafía evidentemente errónea.

combate y los exhortó a abrazarlo y entrar a su servicio.

Y veinte mil de ellos profesaron la Fe, la verdadera, y se negaron a hacerlo los demás, por lo que Garib los mandó matar.

Llegaron luego Chamrakán y sus cabileños y besaron la tierra entre las manos de Garib, y este obsequió al emir con un aljalá y lo nombró capitán de su guardia, diciéndole estas palabras:

–¡Hola, Chamrakán; cabalga luego con los *schiuj* de tu casta y linaje y veinte mil de a caballo y ve precediéndonos en dirección al país de Chaland-ben-Karkar!

Y Chamrakán contestó:

–¡Oigo y obedezco, señor!

Y dejando en Al-Kufa a las mujeres y los niños de la tribu marchó con sus hombres a cumplir la orden.

Revistó Garib luego el *harén* de Mardás y su mirada fue a dar en Mahdiyah, que se hallaba entre las mujeres, y fue tal su emoción que se desmayó.

Rociáronle al punto la cara con agua de rosas hasta que en sí volvió y entonces a Mahdiyah se abrazó y la condujo a una sala-estrado y se sentó a su lado, y aquella noche la pasaron juntos los dos, pero sin incurrir en fornicación.

Y luego que la mañana amaneció salió Garib y se sentó en el trono de su realeza y vistió a su tío Ad-Dámig vestiduras espléndidas y lo nombró virrey de todo Al-Irak y le encomendó a Mahdiyah, para que de ella cuidase, hasta que él de su campaña contra Achib regresase.

Y hecho que eso hubo partió ya para el país de Al-Yaman y la ciudad de Omán, llevando consigo veinte mil jinetes y diez mil infantes.

Ahora bien: luego que Achib y su derrotada tropa dieron vista a Omán, también el rey Chaland vio la polvareda que su llegada levantara y despachó sus algazares para que se informaran.

Y sus espías volvieron y le dijeron:

–En verdad, esa polvareda la levantan las huestes de un poderoso sultán, llamado Achib, señor de Al-Irak.

Maravillóse Chaland de que aquellas tropas viniesen a su ciudad, y, luego de cerciorarse bien de aquellas nuevas, díjoles a sus edecanes:

–Id allá y salid a su encuentro.

Y salieron ellos y le salieron al encuentro y plantaron tiendas para él, a las puertas de la ciudad.

Y entró en ella Achib, y, con ojo lloroso y corazón gravoso, fuese a ver a Chaland señor de la ciudad.

Y habéis de saber que la esposa de Chaland era hija del tío paterno de Achib y el rey había tenido hijos en ella, y Chaland, al ver a su deudo en tal aprieto, rogóle le dijese con toda verdad cuál era la causa de su pesar.

Y Achib le contó lo que le acababa de pasar, sin nada omitir ni callar, y díjole al terminar.

–¡*Ye* rey del siglo: has de saber que Garib impone al pueblo el culto del Señor de los cielos y le prohíbe adorar a los ídolos y a otro dios que Alá!

Llenóse Chaland de rabia al oír esas palabras y se alborotó y exclamó:

–¡Por el poder del Sol, señor de la vida y la luz, que no he de dejar con vida ni a un solo hombre del pueblo de tu hermano! Dime: ¿dónde lo dejaste y cuántos guerreros a su lado combaten?

Y Achib le contestó, diciendo:

–En Al-Kufa los dejé y son en total cincuenta mil jinetes.

Luego que eso oyó Chaland, llamó a su visir Chuvamard [32] y le dijo:

–Toma contigo setenta mil de a caballo y marcha a Al-Kufa y tráeme acá vivos a los muslimes, que quiero atormentarlos con toda suerte de tormentos, antes de matarlos.

[32] Este nombre es un compuesto alterado de *Chuvan*, joven, y *Mard*, hombre, en persa.

Y Chuvamard partió luego con su ejército y fue cabalgando el día, el primero, y el día, el segundo, hasta el día el seteno, en que llegó a un vado, abundante en árboles frutales y en manantiales.

Y mandó hacer allí alto.

Y estuvieron allí hasta que la noche fue mediada y entonces el visir dio la señal de montar y partir y siguió adelante hasta que la mañana empezó a clarear y entonces descendió a un valle, muy plantado de árboles, cuajado de fragantes flores, y en cuyas ramas los pájaros cantaban y de acá para allá revoloteaban, y el Schaitán le sopló en los costados y lo hinchó de orgullo, y el visir luego improvisó estos versos:

–Con mis valientes me sumerjo osado
en piélagos de polvo y mis cautivos
delante de mí empujo con violencia;
no hay quien ignore que del enemigo
enemigo soy fiero, y de mi raza
amigo y protector soy decidido.
A ese Garib muy pronto prisionero
he de coger con vivo regocijo.
Y he de abajar su orgullo y su arrogancia.
Que mis armas, no en balde, me he vestido
y dispuesto a la lucha siempre estoy
y sólo en pelear mi dicha cifro.

No bien hubo terminado Chuvamard de recitar estos versos, cuando vio salir de entre la arboleda un caballero de imponente faz, de nariz altivamente respingona y cubierta de brillante acero su persona.

Y aquel caballero gritóle al visir, diciendo:

–¡Detente, *ye* escoria de los árabes! ¡Quítate tus ropas y tus armas tira y descabalga de tu corcel y despídete de la vida!

Luego que eso oyó Chuvamard, la luz en sus ojos volvióse tiniebla espesa y desenvainó su acero y fuese hacia Chamrakán–que este era el caballero–, diciendo:

–*¡Ye* bandido de los árabes! ¿Eres osado a cortarme el camino, a mí, que soy general de las tropas de Chalandben-Karkar, y he venido a coger prisionero a Garib y su ejército?

Y Chamrakán, al oírlo, dijo:

–*¡Ye* y cómo me refresca el corazón eso que he oído!

Y dispúsose a arremeter contra Chuvamard a tiempo que improvisaba estos versos:

–Yo el caballero soy, bien conocido
de la lucha, en el campo, y todos temen
de mi espada y mi lanza los envites.
Yo soy Ach-Chamrakán, guerrero fuerte,
que es prenda de victoria en el combate,
y que a su alrededor siembra la muerte.
Y es Garib, mi señor, un león terrible
el día de la pelea, que se revuelve,
acortando la vida en torno suyo,
del enemigo, que con él no puede.
Y Garib el Islam, el verdadero,
por nuestro bien a todos nos ofrece
y que el culto a los ídolos dejemos
y adoremos a Alá es lo que quiere.

Ahora bien: habéis de saber que Ach-Chamrakán, luego que con sus guerreros hubo partido de la ciudad de Al-Kufa, fue cabalgando diez jornadas, y a la jornada, la oncena, mandó a sus tropas hacer alto y hasta mediada la noche estuvo descansando.

Dio luego la señal de reanudar la marcha y montó en su corcel y se puso al frente de sus valientes y bajó al vado susodicho y oyó a Chuvamard los referidos versos declamar.

Y se lanzó a él cual furioso león, y, embistiéndolo con su espada, en dos lo partió, y luego aguardó a que sus capitanes llegasen, y, después de contarles lo que había sucedido, les dijo:

–Coged cada uno de vosotros cinco mil hombres y desparramaos en torno al vado, en tanto que yo y los Benu-Amir acometemos al enemigo, gritando: *¡Al-Lah-hua-kbar!* Y en cuanto oigáis mi contraseña, cargad sobre ellos, invocando lo mismo que yo, al Señor, y aniquiladlos con la espada, sin compasión.

Y sus capitanes respondieron:

–¡Oímos y obedecemos!

Y se volvieron con sus soldados y la orden recibida les comunicaron y aquellos bravos al punto por allí se desparramaron y el valle rodearon, en aquella penumbra precursora de la luz de la aurora.

Y hete aquí que, a poco de eso, ven venir hacia allí a las huestes de Al-Yaman, a una manada de borregos semejante, que llenaba toda la inmensidad de la montaña y el valle.

Y Chamrakán y los Benu-Amir embistieron contra el enemigo, clamando con tal brío, que todos, creyentes e infieles, lo oyeron: *¡Al-Lah-hua-kbar!*

Y acto seguido los verdaderos creyentes, emboscados en el vado, respondieron por todos lados, y el eco de las montañas y las colinas y todas las cosas, verdes y marchitas, respondieron, diciendo:

–¡Alá es el más grande! ¡Ayuda y victoria para los que en El creen y bochorno y desdicha para los infieles!

Llenáronse los cafres, al oír aquel rumor, de espanto y confusión y acometiéronse unos a otros con sus espadas afiladas, en tanto los verdaderos creyentes y piadosos caían sobre ellos cual tizones de brillo fiero y no se veía otra cosa que cabezas que volaban y sangre que chorreaba y cobardes que se atemaban.

Y cuando ya pudieron verse unos a otros las caras, dos tercios de los infieles eran muertos y Alá empujara con premura sus almas al infierno, que es un mal paradero.

Y los demás huyeron y al desierto se acogieron, y los muslimes los fueron persiguiendo, matándolos y cogiéndolos prisioneros hasta hora de mediodía, en que triunfantes con siete mil cautivos se volvieron.

Y dizque solo veintiséis mil de los infieles lograron escapar y los más de ellos iban heridos de gravedad.

Después de lo cual recogieron los muslimes los corceles y las armas, así como también los bagajes y las tiendas del vencido enemigo, y todo a Al-Kufa lo despacharon, con una escolta de mil de a caballo.

Y al llegar a Al-Kufa, Chamrakán y sus tropas descabalgaron y expusieron a los prisioneros de la Fe del Al-Islam los fundamentos, y ellos en seguida los profesaron, con todo el corazón y los labios.

Y entonces los musulmanes soltáronles a los convertidos sus lazos y a ellos se abrazaron y con ellos se congratularon.

Y luego Chamrakán dejó que descansaran sus tropas, que habían engrosado y héchose asaz numerosas, y descansaron un día y una noche, y luego a la madrugada reanudaron la marcha, con intención de ir a atacar a Chaland-ben-Karkar en la ciudad de Omán, en tanto los mil jinetes tomaban la vuelta de Al-Kufa, con objeto de llevar allí su copioso botín.

Y llegados que fueron a la ciudad los fugitivos pasaron a ver a Chaland, su rey, y le contaron cuanto era pasado y él les dijo, airado:

–¡Guay de vosotros! ¿Cuántos hombres eran?

Y ellos replicaron:

–Eran, *¡ye* rey!, veinte pendones, cada uno de los cuales cobijaba mil hombres.

Y al oír esas palabras, dijo Chaland así:

–¡Así el sol no os bendiga jamás! *¡Ye* los cobardes! ¿Cómo pudieron venceros veinte mil hombres, siendo vosotros setenta mil jinetes y siendo Chuvamard capaz de hacer frente a tres mil enemigos en el campo de batalla?

Y en el colmo de la rabia y el despecho desenvainó su acero y gritóles a los presentes diciendo:

–¡Sus y a ellos!

Y sus cortesanos sus espadas desenvainaron y arremetieron contra los fugitivos y a todos, sin dejar uno, los mataron, y a los perros se los echaron.

Y Chaland gritóle recio a su hijo, con todo el imperio de su realeza:

Pero vio Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras encantadoras.

PERO LA NOCHE 560 REANUDO SU RELATO EN ESTA FORMA:

–Puedo asegurar, *¡ye* el rey, el afortunado!, que Chaland gritóle a su hijo, diciendo:

–Coge cien mil jinetes y vete a Al-Irak y devástalo sin piedad.

Y has de saber que el hijo del rey Chaland se llamaba Kurachán [33], y dizque no había más cumplido caballero ni más pujante y recio, pues era capaz él solo de vencer con una sola mano a tres mil de a caballo.

De suerte que, en el acto, él y sus jinetes se equiparon y marcharon con marciales arreos, una fila tras otra, con el príncipe a su cabeza, y el príncipe a sí mismo se glorificaba y estos versos improvisaba:

–Es Kurachán mi nombre, conocido
por mis victorias sobre cuantos viven
en la ciudad y el campo, que ninguno
al poder de mi brazo se resiste.
Al paladín más bravo yo lo postro
como a una vaca, que al pastor se rinde.
Y juego a la pelota con su trunca
cabeza, que rebota en el envite.
Ahora voy a Al-Irak y haré llover
lluvia de sangre pródiga, sin límite
sobre sus tierras, y a Garib, su rey,
y a los bravos guerreros que lo siguen,
destrozaré, para que sean ejemplo
de esos que al mundo de lección le sirven.

Y fueron las tropas caminando por espacio de doce días, y, en tanto que marchaban sin el menor sobresalto, hete aquí que ven levantarse por delante de ellas una gran polvareda que el horizonte nublaba y toda la comarca.

Despachó luego Kurachán sus espías, diciendo:

–Id allá y traedme noticias de lo que esa polvareda significa.

Y sus espías corrieron allá luego y pasaron por entre las banderas de los enemigos y volvieron junto a su rey y le dijeron:

–*¡Ye* rey! En verdad, esa polvareda la levantan los caballeros del Al-Islam.

Holgóse de oírlo Kurachán y les preguntó:

–¿Los contasteis?

Y ellos respondieron:

–Contamos sus banderas y dizque veinte eran.

Y Kurachán dijo al oírlo:

–¡Por la fe que profeso, que no enviaré ningún hombre armado contra ellos, sino que saldré yo solo a combatirlos y echaré sus cabezas bajo los cascos de los caballos!

Ahora bien: se ha de saber que aquellas tropas no eran otras que las tropas de Chamrakán, el cual estaba al acecho, y al ver aparecer las huestes de los infieles semejantes al encrespado mar, mandó acampar, y en seguida los *farraschin* armaron las tiendas y plantaron las banderas, invocando el nombre del Unico, del que todo lo sabe, del Creador de la luz y la tiniebla, Señor de todas las criaturas, al que nadie puede ver, el infinitamente sublime (loado sea y glorificado). No hay más *ilah* que El.

[33] Este nombre podría ser un compuesto híbrido del árabe *Kura*, país, región, y el persa *chan*, alma, Alma del país.

Y también los infieles armaron sus tiendas y Kurachán les dijo:

–No os quitéis las armas y dormid con ellas, porque durante la última guarda de la noche montaremos en nuestros corceles y aplastaremos bajo nuestros pies a ese puñado de mahometanos.

Pero dizque uno de los espías de Chamrakán estaba allí cerca escuchando y oyó lo que Kurachán decía y se volvió a sus filas y le contó a su caudillo lo que había oído. Y Chamrakán llamó a sus guerreros y les dijo:

–Armaos en seguida y, en cuanto sea la noche, traedme todas las mulas y los camellos y colgadles de los cuellos cuantas campanillas y aljaraces halléis.

Y dizque tenían con ellos más de veinte mil, entre mulas y camellos.

Aguardaron luego hasta que los infieles se entregaron al sueño y entonces Chamrakán les ordenó cabalgar, y en sus bridones montaron y al Señor de los mundos se encomendaron.

Y dijo Chamrakán:

–¡Acezad los camellos y las mulas hacia el campo de los cafres y aguijadlos con las puntas de vuestras lanzas!

Y los guerreros de Chamrakán así lo hicieron, y las bestias, hostigadas, se lanzaron sobre las tiendas de los enemigos, haciendo con sus aljaraces y cascabeles un tremendo ruido.

Y detrás de ellas seguían los musulmanes, clamando:

–¡Alá es el más grande!

De suerte que todas las montañas y lomas circundantes resonaban con el nombre de El Dio, el más grande cúyas son la gloria y la majestad todas.

Y las bestias, al oír aquel fragor inusitado, sobrecogiéronse de espanto y se lanzaron sobre las tiendas y patearon a los enemigos adormilados.

Levantáronse luego alarmados y mal despiertos todavía y requirieron sus armas, y unos a otros se acometieron, hasta que los más de ellos fueron muertos.

Amaneció luego la mañana y a su luz pudieron ver cómo ningún musulmán cayera en la refriega, sino que todos ellos estaban sanos y salvos, caballeros en sus caballos y de todas sus armas armados.

Y entonces comprendieron, por fin, que habían sido juguete de un ardid.

Y Kurachán les gritó a los que de sus hombres quedaban:

–¡*Ye* hijos de barraganas: lo que nosotros pensábamos hacerles nos lo han hecho ellos y su malicia ha ido más allá que nuestra picardía!

Y estaban ya a punto, sin embargo, de empeñarse en la lucha cuando hete aquí que una gran nube de polvo se levanta y sube por los aires hasta cubrir el horizonte como un velo e, impelida del viento, sigue subiendo y abriéndose como un palio, queda en el aire colgando.

Y por debajo de ella refulgen los destellos de los almofares y el brillo de las armaduras y se dejan ver los valientes guerreros, llevando pendientes del tahalí los bien templados aceros y enristradas sus flexibles lanzas.

Y luego que los infieles eso vieron del combate se retrajeron y cada uno de los ejércitos destacó sus algazares para que averiguasen qué era lo que sucedía, y ellos volvieron diciendo que la que se acercaba era una hueste musulmana. Y dizque así era en verdad y que su caudillo no era otro que el *algol* de la Montaña, al que Garib enviara en ayuda de Chamrakán y a su frente cabalgaba el propio Sâdan.

Juntáronse, pues, las dos tropas de verdaderos creyentes y lanzáronse sobre los infieles como un ascua de fuego; los acometieron con sus buidas espadas y sus picas *rudainianas* y sus tremantes lanzas, de suerte que el día se oscureció y la mirada se nubló, de tan espesa como la sombra era.

Y túvose firme el valiente y el flojo y cobarde volvió la espalda y buscó refugio desalado en las algabas de los campos, en tanto la sangre corría por la tierra como torrente despeñado.

Y no pararon de pelear hasta que huyó el día y la noche vino en su lugar.

Y entonces los muslimes se apartaron de los cafres y a sus tiendas se volvieron y allí comieron y durmieron hasta que las tinieblas se fueron y al risueño día el puesto cedieron.

Y entonces hicieron la zalá matinal y luego en sus rocines montaron y al combate se aprestaron.

Y dizque al retirarse Kurachán de la pelea a sus hombres les dijera, y hágase cuenta que dos tercios de ellos bajo la espada perecieran:

–¡*Ye* pueblo: mañana lucharé yo solo en el palanque de la guerra, en el que el dar y el parar son los que gobiernan, y haré que los valientes por el polvo rueden!

Y, en consecuencia, no bien clareó el día y la mañana dejóse ver con todo su brillo y esplendor, ambos bandos montaron en sus caballos y sus gritos guerreros gritaron y los aceros desnudaron y sus lanzas enristraron y en acefas formaron. Y el primero que abrió la puerta de la pelea fue Kurachán, el cual lanzó un grito, y dijo:

–¡Que todo el que fuere de ánimo cobarde o flojo de temple se abstenga hoy de luchar conmigo!

Estaban Chamrakán y Sâdan junto a las banderas; pero un capitán de los Benu-Amir se destacó en seguida y corrió hacia el retador y ambos se acometieron y estuvieron un rato embistiéndose como dos carneros topadores. Hasta que Kurachán cogió al musulmán por la cota, hundiólo en su armadura y, derribándolo de la silla, tumbólo en el suelo y allí lo dejó y sus hombres en seguida lo levantaron y a sus tiendas se lo llevaron.

Siguió Kurachán caracoleando y alardeando y lucha brindando, hasta que otro capitán se destacó y con él luchó y también prisionero cayó.

Y así continuó haciendo Kurachán con otros luchadores, hasta mediodía, en que a siete capitanes vencido había.

Pero entonces Chamrakán gritó con grito tan recio que todo el campo le contestó con el eco y ambos ejércitos lo oyeron y se lanzó contra Kurachán, del ansia del desquite henchido el corazón, y estos versos improvisó:

–¡Aquí está Chamrakán, un hombre de poder,
al que no hay guerrero que temor no tenga!
Yo los baluartes sin esfuerzo arraso
y hago que sus muros triste llanto viertan
por sus defensores, que en vano lucharon.
Así que, si quieres salvar tu pelleja,
deja, Kurachán, tu errado camino
y de los creyentes abraza la senda
y adora a Alá, el Unico, que extendió los cielos
y alumbró las fuentes que riegan la tierra
y elevó los montes que firmes se tienen,
que sólo eso haciendo con alma sincera
pueden los mortales esquivar el fuego
y gozar del cielo la ventura eterna.

Luego que Kurachán esos versos hubo oído se puso a resollar y resoplar con fuerza, y recitó estos versos, a guisa de réplica:

–¡Yo soy Kurachán el bravo,
del tiempo soy el león,
y de Schara [34] a los leones
mi sombra les da pavor!
¡Y los castillos derroco
con mi intrépido valor
y al rey de los animales
de su guarida echo yo!
¡Me temen los caballeros
y me huyen sin excepción,
y si acaso lo dudares,
yo te daré una lección!

Luego que Chamrakán hubo oído esos versos arremetió contra Kurachán con ánimo entero y ambos con sus espadas se acometieron, haciendo retumbar los ecos, y después sus lanzas requirieron y con ellas se acometieron,

[34] Montaña de Arabia.

levantando un potente clamor en ambos bandos.

Y así estuvieron peleando hasta que la hora de la zalá del mediodía fue pasada y la luz del día declinaba.

Y entonces Chamrakán fuese hacia Kurachán y le asestó en mitad del pecho un mazazo tal y tan recio, que dio con él en el suelo, cual si fuera el tronco desmochado de una palmera, y en el acto los muslimes echáronse sobre el caído y lo cogieron y lo ataron y se lo llevaron a sus tiendas, tirándole del ronzal, cual si un camello fuera.

Pero al ver los infieles cautivo a su príncipe luego tomóles una cálida fiebre de ignorancia y se fueron hacia los creyentes, pensando que podrían rescatarlo; pero los bravos muslimes salieron a su encuentro y derribaron a los más de ellos en el suelo, y los restantes la espalda volvieron y buscaron su salvación en la fuga y se ampararon en posición más segura, en tanto las tintineantes cimitarras del enemigo les iban picando las espaldas.

Y no dejaron los musulmanes de perseguirlos y hostigarlos, hasta que por llanos y montes se desperdigaron, y entonces los dejaron y a recoger el botín se aplicaron, e hicieron gran acopio de rocines y tiendas y demás cosas semejantes, que fue un botín en verdad brillante.

Luego Chamrakán pasó a ver a Kurachán y le expuso los fundamentos del Al-Islam, y lo amenazó con la muerte si no se declaraba creyente.

Y Kurachán se negó a abrazar el Al-Islam. Y Chamrakán, en el acto, la cabeza le cortó y en la punta de una lanza la clavó. Después de lo cual tomaron todos la vuelta de la ciudad de Omán [35].

Cuanto a los infieles, los que de ellos escaparon con vida fuéronle a Chaland con la nueva de la muerte de su hijo y la matanza de sus tropas, y Chaland, al oírlo, tiró al suelo su corona y el rostro se aporreó hasta echar sangre por las narices y desplomado en tierra rodó.

Rociáronle luego la cara con agua de rosas y recobró el sentido, y, encarándose con su visir, le dijo:

–Escríbeles en seguida sendas cartas a mis gualis y *nabis* y que junten luego todo esgrimidor de espada y enarbolador de lanza y tirador de arco y me los traigan.

Y el visir de Chaland escribió aquellas cartas y por manos de corredores se las envió a los gobernadores, los cuales procedieron a reclutar guerreros y le mandaron a su rey un poderoso ejército de ciento ochenta mil hombres compuesto. Y los soldados de Chaland aprestaron tiendas de campaña y camellos y nobles corceles, y se disponían ya a marchar cuando hete aquí que ven venir sobre ellos a Chamrakán y Sâdan, el *algol,* con setenta mil de a caballo, que parecían otros tantos leones, de rostros fieros y forrados todos ellos de acero.

Y Chaland, al ver aquella hueste de creyentes, holgóse mucho y dijo:

–¡Por el poder del Sol y su resplandeciente fulgor, que no he de dejar vivo ni a uno solo de mis enemigos! ¡No; que ni uno solo quedará con vida para llevar la noticia y devastaré todo el país de Al-Irak y así tomaré el desquite por la muerte de mi hijo, el paladín intrépido, el campeón arrojado, y no habrá nada capaz de apagar mi fuego ni enfriarlo!

Volvióse luego a Achib y le dijo:

–¡*Ye* perro del Al-Irak, tú has sido quien esta plaga me has traído! Pero ¡por el poder de aquel a quien adoro que, como no logre vengarme de mis enemigos, te he de hacer morir en medio de los más crueles suplicios!

[35] Omán, que Ibn-Batutah escribe Amman, es la región que tiene por su capital a Mascate. Equivale a la Omana Moscha y el *Omanum Emporium,* de Ptolomeo, y el *Periplus.*

Luego que Achib esas palabras hubo oído entróle gran temor y a sí mismo se recriminó; pero aguardó a que la noche sobre el campo cayera y los musulmanes para descansar hubiesen armado sus tiendas.

Y dizque Chaland echara a Achib y a los suyos del cuartel real.

Y Achib les dijo a sus amigos de esta manera:

—¡*Ye* los mis deudos y consanguíneos! Sabed cómo Chaland y yo nos hemos atemado con gran desmayo al ver llegar a los creyentes, y cierto estoy de que no habrá de acorrerme contra mi hermano ni ningún otro adversario; así que, en mi opinión, lo mejor que hacer podemos es ver de escapar de aquí, mientras todos los ojos duermen, y huir a refugiarnos cerca del rey Yarub-ben-Kahtán, que es el que acaudilla más hombres y más poder tiene.

Y sus compañeros, al oírlo, dijeron:

—Muy atinado nos parece.

Y Achib entonces les mandó encender fogatas a las puertas de sus tiendas y emprender la marcha al amparo de las nocturnas tinieblas.

Sorprendió a Schahrasad la aurora y cortó el hilo de sus palabras cautivadoras.

Y LA NOCHE 561 PROSIGUIO SU RELATO EN ESTA FORMA:

—Ha llegado a mis oídos, ¡*ye* el sultán, el afortunado!, que Achib les dio a sus guerreros orden de que emprendiesen la marcha, amparados en las sombras de la noche.

Y los hombres de Achib hicieron lo que su señor les mandara y emprendieron la marcha, y, al clarear el día, ya estaban harto lejos del campamento que dejaran.

Cuanto a Chaland, no bien amaneció la mañana montó a caballo con doscientos sesenta mil guerreros, forrados de hierro de pies a cabeza y embutidos en sus cotas de fina malla, y tocaron los tambores llamando a batalla y todos se lanzaron a la almidana para dar y parar y combatir y pelear.

Y también salieron Chamrakán y Sâdan con cuarenta mil caballeros, bajo cada bandera mil de ellos, y todos paladines consumados y en la batalla arriscados.

Y entrambos bandos se dispusieron a embestirse y sus aceros desnudaron y sus flexibles lanzas enristraron, para dar de beber la copa de la muerte a sus contrarios.

Y el primero en abrir la puerta de la lucha fue Sâdan, que semejaba una montaña de sienita o un genio de los rebeldes y tercos.

Dirigióse luego a él un adalid de los infieles, y Sâdan no tardó en dar cuenta de él y derribarlo en tierra, después de lo cual gritóles a sus esclavos, diciendo:

—¡Encended el fuego y asadme ese muerto!

Hiciéronlo así sus esclavos y el *algol* cogió al muerto asado y se engulló su carne y le partió los huesos.

Y los infieles lo presenciaron todo desde lejos. Y clamaron los incrédulos:

—¡*Ye* Sol, que das la vida; préstanos tu ayuda!

Y todos ellos temblaron al pensar que se los pudiera comer Sâdan.

Y Chaland gritóles a sus hombres:

—¡Ea, andad y matadme a ese monstruo abonimable!

Y al punto arremetió contra Sâdan otro de sus capitanes; pero corrió la misma suerte que el primero, pues el *algol* le dio muerte, y lo mismo hizo

con el tercero y el cuarto y los sucesivos, hasta subir a treinta el número de los caídos.

Y al ver eso los cafres retrocedieron y a hacerle frente no se atrevieron y, llenos de espanto, gritaron:

–¿Quién puede luchar con genios y algoles?

Pero Chaland alzó su voz, diciendo:

–¡Arremetan contra él cien caballeros y que me lo traigan, encadenado o muerto!

Cerraron luego contra Sâdan cien caballeros armados de espadas y lanzas, y Sâdan aguantó la embestida, más firme que la roca de granito, y proclamando la Unicidad del Rey, el Retribuidor, al que no hay cosa que lo distraiga de otra.

Y luego clamó recio:

–¡Al-Lah-hua-kbar!

Y acometiéndolos con su espada hizo volar sus cabezas y, en un abrir y cerrar de ojos, mató de ellos setenta y cuatro, y los demás, al verlo, levantaron el campo y huyeron.

Gritóles entonces Chaland recio a diez de sus capitanes, cada uno de los cuales mandaba mil hombres, y les dijo:

–¡Matadle el caballo a flechazos, hasta que él se venga abajo, y entonces le atáis las manos!

Marcharon al punto diez mil caballeros contra Sâdan, el cual aguantó la embestida con corazón firme, sin temblar.

Y Chamrakán, al ver aquello, arremetió con sus guerreros contra los cafres, gritando:

–¡Alá es el más grande!

Pero antes que los muslimes pudieran llegar hasta Sâdan ya los enemigos matáranle el corcel y lo tomaron cautivo.

No obstante lo cual, siguieron los creyentes acometiendo a los infieles, hasta que el día se oscureció de tanto polvo y cegaron los ojos y tintineaba la buida espada y resistía firme el bravo caballero y el cobarde perdía el aliento de miedo, hasta que los muslimes entre los paganos parecieron como una blanca divisa sobre un toro negro.

Y no dejaron de pelear hasta que cayó sobre ellos la nocturna oscuridad, y entonces se apartaron, y dízque eran sin cuento los infieles muertos.

Tornáronse luego a sus tiendas Chamrakán y sus guerreros, pero dízque sentían gran pesar por Sâdan, hasta el punto de que ni la comida ni el sueño tenían dulzura para ellos, y contaron sus hombres y comprobaron que no llegaban a un millar los que de ellos habían muerto.

Pero Chamrakán dijo:

–¡Ye pueblo: tengo resuelto salir yo mismo mañana a la palestra, donde el dar y el parar son los que gobiernan, y mataré a sus campeones y cogeré cautivos a sus mujeres y sus hijos y los venderé en almoneda, y con el dinero de su venta rescataré a Sâdan, con la venia del Rey, el Retribuidor, al que ninguna cosa distrae de otra!

Cobraron con ello fuerza sus corazones abatidos y se retiraron a sus tiendas con nuevos bríos.

Cuanto a Chaland, entróse en su pabellón y en su regio sofá se sentó, teniendo a su pueblo en su derredor, y mandó que le llevaran a Sâdan, y, luego que en su presencia compareció, le gritó:

–¡Ye perro, el rabioso, solo bueno para acarrear leña, el último de la arábiga escoria! ¿Quién mató a mi hijo Kurachán, el valiente del tiempo, el matador de los héroes, el vencedor de los más audaces guerreros?

Y Sâdan le replicó diciendo:

–¡Lo mató Chamrakán, capitán de las tropas del rey Garib, príncipe de los caballeros, y yo lo asé y me lo comí, porque estaba hambriento!

Luego que esas palabras hubo oído Chaland sintió tanta rabia que los ojos

en el cogote se le hundieron y mandó a su espadero que le cortase al *algol* el cuello.

Y el verdugo se llegó al *algol* con esa intención; pero al verlo Sâdan contrajo con fuerza su cuerpo e hizo saltar sus ligaduras y le quitó su espada al espadero y su cabeza hizo rodar al suelo.

Arremetió luego contra Chaland, que, al verlo venir, saltó de su trono y echó a huir, y Sâdan entonces embistió contra los cortesanos que allí estaban y mató a veinte de los edecanes del rey, y no los mató a todos porque se dieron prisa a huir de su acometida.

Alzóse luego una gran grita en el campo de los infieles y el *algol* salió del regio pabellón y arremetió contra las tropas y empezó a matar a diestro y siniestro con su espada, hasta que los enemigos se desplegaron y le abrieron paso.

Pero él siguió repartiendo cintarazos a uno y otro lado y avanzando, hasta que se alejó de las tiendas de los paganos y se dirigió al muslímico campo.

Y los creyentes hubieron de oír la algazara que entre los infieles se armara y dijeron:

–Puede que algún desastre haya caído sobre ellos.

Y estando así, perplejos, hete aquí que ven a Sâdan entre ellos, y su alborozo rayó en el colmo, y sobre todo holgóse Chamrakán, que lo saludó con el *selam,* cual a un creyente de verdad, y lo felicitó por su inmunidad.

Y eso fue lo que entre los musulmanes sucedió.

Cuanto a los cafres, luego que después de la fuga de Sâdan ellos y su rey volvieron a su campamento, hablóles Chaland, diciendo:

–¡*Ye* pueblo: por el poder del Sol, de la luz dispensador, y por la nocturna tiniebla y el fulgor del día y las estrellas, que no pensaba salir hoy con vida de la batalla, pues de haber yo caído en manos de ese tío se me habría comido cual si fuere un grano de trigo o de cebada u otro grano por el estilo!

Y sus hombres le replicaron:

–¡*Ye* rey, en verdad que nunca vimos a nadie hacer lo que él!

Después de lo cual les dijo Chaland:

–¡*Ye* pueblo: mañana os vestiréis todos vuestras armas y montaréis en vuestros corceles y bajo los cascos de vuestros caballos los aplastaréis!

Pero a todo esto pusieran ya fin los muslimes a sus alharacas de contento por la vuelta de Sâdan, y les dijo Chamrakán:

–¡Mañana os de he mostrar lo que yo puedo hacer y lo que hacen los héroes de mi jaez! ¡Y por el poder de Ibrahim, el Amigo, mataré a todos los enemigos de la peor de las muertes, a dentelladas de mi espada, hasta que todos los dotados de juicio pierdan el sentido! Y pienso atacar sus dos alas, la derecha y la izquierda; así que, cuando me veáis que me lanzo contra el rey bajo los estandartes, cargaréis a mi zaga con decidida carga y Alá dirá lo que haya de pasar.

Tuviéronse, pues, sobre sus armas ambas alas, hasta que, al través de la noche, el día paso se abrió y el sol a la vista se mostró.

Y entonces los guerreros, en cosa de un parpadeo, montaron en sus raudos corceles y graznaron los cuervos del campo, y ambas huestes, mirándose mutuamente con ojos fascinados, en orden de batalla formaron y a la lucha y al combate se aprestaron.

Y el primero en abrir la puerta de la guerra fue Chamrakán, que se puso a caracolear y a alardear en el palenque, retando a combate singular, y, ya estaban Chaland y sus hombres a punto de salir a luchar con él, cuando hete aquí que de pronto se levanta una nube de polvo que cubre el campo y nubla el día y enceguece los ojos.

Pero luego que la hubieron disipado



los cuatro vientos y se abrió en jirones, dejáronse ver por debajo de ella muchedumbre de caballeros, casqueados de yelmos negros y túnicas blancas, vistiendo y esgrimiendo mordientes lanzas y penetrantes espadas, y con ellos infantes, a leones comparables, que el miedo ignoraban.

Y al ver aquello luego suspendieron la lucha ambos ejércitos y despacharon allá algazares para que averiguasen de qué se trataba y volviesen a informarles sin tardanza.

Y los algazares fueron allá y dentro de la nube de polvo desaparecieron, y al cabo de un rato volvieron, diciendo que aquella tropa que se aproximaba era una hueste musulmana, que el rey Garib acaudillaba.

Y al oír los creyentes de boca de los algazares que su rey se acercaba, alegráronse hasta el colmo de la alegría y a su encuentro cabalgaron, y luego de sus rocines desmontaron y la tierra entre sus manos besaron.

Y después fueron dándole escolta hasta su campo y para él alfaneques armaron y los estandartes hincaron.

Y Garib se sentó en su almofalla de honor, teniendo a sus grandes en su derredor, y ellos le contaron cuanto había pasado, sobre todo lo relativo a Sâdan, y cómo de su prisión se había salvado.

Y sucedió que a todo esto los infieles andaban buscando a Achib, y, visto que no lo hallaban en sus tiendas, fueron a Chaland con el cuento de su fuga, y Chaland vio levantarse para él el día de su ruina y de rabia se mordió las uñas.

Y exclamó:

–¡Por el disco del Sol, de la luz dispensador, que es un perro traidor y se ha ido con sus miserables pariguales al desierto y al fondo del yermo! Pero nada ha de valernos, sino el fuerte pelear para esos enemigos rechazar; corroborad, pues, vuestros ánimos y encorazonad vuestros corazones y ¡guardaos de esos musulmanes condenados!

Y Garib, por su parte, le dijo a sus guerreros:

–¡Corroborad vuestro coraje y fortaleced vuestros corazones y buscad la ayuda de vuestro Señor, implorando de El la victoria sobre los enemigos de la Fe!

A lo que ellos contestaron, diciendo:

–¡*Ye* rey nuestro: pronto has de ver lo que en la lucha somos capaces de hacer, allí donde se trata de atacar y repeler!

Y así durmieron ambos bandos aquella noche, hasta que el día amaneció y el sol brilló y resplandeció y su luz sobre el monte y el llano difundió.

Y Garib rezó su zalá, de dos reverencias, según el rito de Ibrahim, el Amigo (sobre él la paz), y después escribió una carta que por mano de Sáhim, su hermano, envió al rey de los paganos.

Y al llegar Sáhim al campo de los idólatras preguntáronle los arrocavas qué era lo que deseaba y él les contestó:

–¡Quiero ver a vuestro señor!

–Pues aguarda–le dijeron ellos–hasta que se lo anunciemos.

Y Sáhim aguardó mientras ellos iban a anunciarle a su rey cómo era llegado un mensajero.

Y el rey exclamó, al saberlo:

–Traédmelo acá, luego.

Y los centinelas volvieron y llevaron a Sáhim a presencia de su soberano, el cual le preguntó:

–¿De quién eres enviado?

Y él le respondió:

–Me envía el rey Garib, al que Alá dio el señorío sobre el Arab y el Achim. Toma, pues, esta carta, y, luego que la leas, me darás la respuesta.

Y Chaland abrió la carta y la leyó.

Y he aquí, en verdad, lo que la carta decía:

«En el nombre de Alá, el Piadoso, el Apiadable, el Unico, el que todo lo sabe, el supremamente Grande, el Inmemorial, el Señor de Noh y de Zalih y de Hud e Ibrahim y de todas las cosas que creó.

»Sea la paz sobre aquel que sigue el camino de la rectitud y teme las consecuencias de la iniquidad y obedece al Rey que todo lo puede y abraza la Fe que salva, y el otro mundo prefiere al mundo el presente.

Y después:

»Has de saber, *¡ye* Chaland!, que no hay nadie digno de que se le adore, sino solo Alá, el Victorioso, el Solo, el Creador de la noche y el día y de la esfera que sin cesar gira.

»Aquel que envía a los santos profetas y hace que las fuentes manen y medren los árboles y abovedó los cielos y extendió la tierra como un tapiz por debajo de ellos.

»Aquel que da el arrizque a las aves en sus nidos y a las fieras en sus cubiles, porque es Alá, el Todopoderoso, el Perdonador, el Paciente, el Defensor; Aquel a quien el ojo no puede discernir y el que de la noche hace el día salir, el que envía a la tierra sus enviados y los libros sagrados.

»Ten, Chaland, por sabido que no hay más fe que la Fe de Ibrahim, el Amigo; acógete, pues, al credo de la salvación y te librarás del cuchillo mordedor y del fuego que sigue al sepulcro devorador.

»Pero si te niegas a abrazar el Al-Islam haz cuenta que tu ruina te caerá encima y verás devastado tu reino y borradas tus huellas por completo.

»Y, para terminar, envíame luego a ese perro de Achib, para que yo vengue en él la sangre de mi padre y mi madre.»

Luego que esa carta hubo Chaland leído, volvióse a Sáhim y le dijo:

–Dile a tu señor que Achib huyó con su pueblo y yo no sé donde esté, y dile también que Chaland no reniega de su fe y que mañana tendremos batalla y el Sol nos dará el triunfo a los que lo adoramos a él.

Tornóse, pues, Sáhim a su hermano con aquella respuesta, y, luego que amaneció la mañana, vistiéronse los muslimes sus armas y montaron en sus firmes caballos, invocando recio el nombre del Rey, el Todovictorioso, Creador de los cuerpos y las almas, y engrandeciéndolo con sus clamores:

–*¡Alah-hua-kbar!*

Rompieron luego a repicar los marciales tambores con tal fragor, que la tierra tembló y salieron al campo todos los nobles guerreros y los paladines intrépidos.

Pero vio Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras.

Y LA NOCHE 562 PROSIGUIO SU RELATO EN ESTA FORMA:

–Ha llegado a mis oídos, *¡ye* monarca, el afortunado!, que todos los nobles guerreros y los paladines intrépidos salieron al campo.

Y el primero en abrir la puerta de la guerra fue Chamrakán, que, caballero en su bridón, a los medios del palenque salió y se puso a jugar la espada y la jabalina con tal garbo, que los entendimientos se ofuscaron.

Y luego gritó, diciendo:

–¡Hola! ¿Quién quiere luchar? ¡Hola! ¿Quién quiere justar? Pero que se estén quietos en su sitio los cobardes y

los de poco vigor físico. ¡Yo soy el matador de Kurachán-ben-Chaland! ¿Quién quiere salir su sangre a vindicar?

Luego que oyó Chaland mentar a su hijo, gritóles a sus hombres:

–*¡Ye,* hijos de barragana! !Traedme luego a ese caballero que mató a mi hijo, para que yo me coma su carne y me beba su sangre!

Y en el acto un centenar de hombres cargaron contra Chamrakán, el cual mató a los más de ellos y puso en fuga a su capitán.

Y al ver eso Chaland gritóles a los suyos, diciendo:

–¡Sus y a él todos, de una vez; acometedlo de una acometida, todos a un tiempo!

Y acto seguido, ondearon las imponentes banderas y la una tropa se amontonó sobre la otra.

Arremetió Garib con sus hombres y lo mismo hizo Chamrakán con los suyos, y ambos bandos confluyeron como dos mares que se juntan con ruidoso chapoteo.

Y la espada yameni y la lanza actuaron furiosas y pechos y vientres rajaron, crueles.

Y ambas huestes vieron con sus ojos delante de ellas el Angel de la Muerte y el polverío del combate elevóse hasta las alturas del cielo.

Y los oídos se asordaron y las lenguas enmudecieron, y de todas partes venía la perdición, y los valientes teníanse firmes en sus puestos, en tanto los cobardes huyeron.

Y no pararon de luchar y pelear hasta que finó la jornada y los atabales tocaron retirada, y entonces ambos bandos se separaron y a sus tiendas se tornaron.

Y el rey Garib sentóse en el trono de su realeza y en el lugar de su reino, con sus nobles en pie alrededor de él.

Y Garib les dijo a sus edecanes:

–¡Triste me tiene la fuga de ese perro de Achib y no atino con el sitio adónde haya podido ir! ¡Y dizque, como no pueda hallarlo y tomar venganza de la afrenta que me ha hecho, seguro que de rabia reviento!

Y al oír aquello destacóse Sáhim y besó la tierra entre sus manos y después le dijo:

–*¡Ye* rey, yo iré tras las tropas de los cafres y no pararé hasta averiguar lo que de ese perro traicionero de Achib haya sido y dónde esté escondido!

Y Garib le dijo:

–¡Ve, sí, hermano mío, y averigua lo que de ese puerco haya sido!

Disfrazóse luego Sáhim con los arreos de los cafres tan propiamente, que parecía uno de los infieles, y después se dirigió al campamento de los idólatras y los halló a todos dormidos, ebrios de guerra y batalla, sin más defensa que los centinelas.

Y Sáhim escurrióse por entre ellos y llegó al alfaneque del rey y halló a Chaland también tomado del sueño, y se arrastró hasta él y le hizo oler *banch* desmenuzado, y al punto el durmiente se quedó como un ser inanimado.

Salió Sáhim luego y cogió una mula, y, envolviendo al rey en la almozala de su lecho, cargólo a lomos de la bestia y lo tapó con una esterilla y arreó a la mula, rumbo al campamento de la morisma.

Quiso pasar luego al pabellón de Garib, pero los centinelas lo extrañaron y la entrada le vedaron y le preguntaron:

–¿Quién eres y de dónde vienes?

Echóse Sáhim a reír y se descubrió el rostro, y entonces los arrocavas lo conocieron y lo dejaron pasar adentro.

Y al verlo Garib, exclamó:

–¿Qué nos traes ahí?

Y Sáhim le contestó:

–Te traigo aquí a Chaland-ben-Karkar.

Y acto seguido descubrióle el rostro y Garib luego lo conoció y exclamó:

–¡Despiértalo ya, Sáhim!

Y Sáhim diole a oler al narcotizado vinagre e incienso franco y Chaland echó por las narices el *banch* y los ojos abrió y se encontró entre los musulmanes y exclamó:

–¡Qué sueño tan sin ton ni son!

Y volviendo a entornar los párpados se dispuso a seguir durmiendo, pero Sáhim lo sacudió, diciendo:

–¡Abre los ojos, so perro!

Y Chaland de nuevo los ojos abrió y preguntó:

–¿En dónde estoy?

Y Sáhim contestóle:

–Estás en presencia del rey Garib-ben-Jundamir, el señor de Al-Irak.

Y al oír eso exclamó Chaland:

–*¡Ye* rey, yo me pongo bajo tu protección! Y ten presente que a mí ninguna culpa me alcanza, pues fue tu hermano el que me sonsacó y me hizo moverte guerra, y él fue quien sembró entre nosotros la enemistad y luego a los dos de entre las manos se nos escapó.

Y Garib le preguntó:

–¿No sabes el camino que tomó?

Y Chaland le dijo:

–No; ¡por el Sol y su fulgor que no lo sé, mi señor!

Mandó luego Garib poner a Chaland en prisiones y le señaló guardianes que lo vigilasen, y acto seguido retiráronse a sus tiendas los musulmanes.

Y Chamrakán volvióse también con su gente y dijo a sus hombres:

–*¡Ye* hijos de mi tío: sabed cómo esta noche tengo que realizar una hazaña que hará que mi cara ante el rey Garib se vuelva blanca!

Y sus hombres le contestaron:

–¡Haz lo que sea de tu agrado; nosotros oímos y obedecemos tu mandato!

Y luego Chamrakán siguió diciendo:

–¡Armaos vosotros y yo también me armaré y echad a andar con paso quedo, de forma que ni las hormigas os oigan, y en llegando al campamento de los cafres, repartíos en torno a sus tiendas y aguardadme! Y luego que oigáis mi voz de guerra, me responderéis con la misma contraseña: *¡Alah-hua-kbar!,* y retrocederéis y os dirigiréis a las puertas de la ciudad y allí impetraremos la ayuda de Alá.

Armáronse, pues, aquellos guerreros de pies a cabeza y aguardaron a que la noche fuera mediada, y entonces se desparramaron por el campo enemigo y esperaron un rato hasta que Chamrakán batió su escudo con su espada y gritó:

–*¡Alah-hua-kbar!*

Y entonces, todos a una, secundaron su clamor con tal fuerza, que hicieron retemblar valles y montañas y colinas y alcarrias y ruinas.

Despertáronse luego sobresaltados los infieles y unos a otros se acometieron y volteó la espada a la redonda entre ellos.

Y los musulmanes se retrajeron hacia las puertas de la ciudad y a sus guardias mataron y adentro pasaron y de la ciudad se adueñaron con cuanto en ella había de mujeres y tesoros preciados, según su caudillo Chamrakán les había mandado.

Cuanto a Garib, al oír aquel clamor inopinado, de «¡Alá es el más grande!» luego montó en su bridón e hizo montasen en los suyos todos sus hombres, del primero al último, y despachó por delante a Sáhim, el cual, al acercarse al lugar de combate vio cómo Chamrakán acometiera a los cafres con sus Benu-Amir, a favor de la noche, y les diera a beber la copa de la muerte hasta las heces.

Y Sáhim volvió grupas en el acto y fuele con la nueva a su hermano Garib, y este, al enterarse de la hazaña de Chamrakán, invocó sobre él las albaracas de Alá.

Y a todo esto seguían los infieles acometiéndose mutuamente con la espada mordiente y gastando sus fuerzas vanamente, hasta que el día clareó y los campos iluminó y reconocieron su error.

Y Garib les gritó a sus hombres:

–¡Sus y a ellos, mis hidalgos, y haced obra que merezca de Alá el beneplácito!

Y en el acto los buenos creyentes arremetieron contra los infieles e hincaron en todo pecho hipócrita y falso la aguda espada y la cimbreante lanza.

Y los cafres corrieron a ampararse en su ciudad; pero Chamrakán salióles al encuentro con sus hombres, que los pararon entre dos montañas y les hicieron una gran matanza, y, los que con vida escaparon, huyeron a refugiarse en los llanos y en los páramos.

Y los musulmanes los fueron persiguiendo con la espada, hasta que se perdieron por llanos y montañas.

Luego los musulmanes tomaron la vuelta de la ciudad de Omán y el rey Garib pasó al interior del palacio real y en el trono de su realeza se sentó con sus grandes y emires a su alrededor.

Y mandó por Chaland y en seguida se lo llevaron, y Garib procedió a explicarle los fundamentos del Al-Islam. Pero él los rechazó y, en vista de eso, mandó Garib que lo crucificaran en las puertas de la ciudad, y así sus hombres lo hicieron, y empezaron a tirarle flechas, que se le clavaban en el cuerpo hasta semejar, al fin, un verdadero puerco espín.

Luego Garib obsequió a Chamrakán con un aljalá y le notificó:

–De hoy más serás señor de esta ciudad y su gobernador, con poder de atar y desatar, ya que tú fuiste quien con tu espada y tus hombres sus puertas abriste.

Y Chamrakán besóle al rey los pies y gracias le dio y gloria y poder y toda suerte de bendiciones le deseó.

Y abrió luego Garib los tesoros de Chaland y vio cuanto tenían de monedas, y con ellas a sus capitanes hizo larguezas y también a sus alféreces y a sus hombres de armas en general y a toda la chiquillería de la ciudad.

Y por espacio de diez días derrochó así el oro con prodigalidad.

Y sucedió luego que una noche hubo de soñar Garib un espantable sueño y de él se despertó sobresaltado e inquieto.

Y despertó a su hermano Sáhim y le dijo:

–He visto en mi visión como que estábamos en un valle holgado y que dos alferraces, tan grandes cual nunca los viera en mi vida, se nos venían encima, y dizque tenían garras como lanzas, y al verlas venir sobre nosotros, nos entró un miedo espantoso.

Y Sáhim, luego que lo oyó, dijo a Garib:

–¡*Ye* rey, anuncio debe de ser ése de un enemigo poderoso! ¡Así que no te duermas en las pajas y ándate con ojo!

Pasó Garib el resto de la noche desvelado, y, luego que clareó la alborada, se levantó y pidió su bridón y en él cabalgó.

Y Sáhim le preguntó:

–¿Adónde vas, hermano?

Y él le contestó:

–Me he despertado con el corazón pesado y para aligerármelo voy a partir y no volveré hasta que diez días hayan pasado.

Y Sáhim le dijo:

–Pues lleva mil valientes contigo.

Pero Garib le replicó:

–Sólo partiré contigo y con nadie más que contigo.

Montaron, pues, ambos hermanos y por valles y almarchas [36] cabalgaron hasta que a un vado llegaron, que abundaba en alfaguaras y flores fra-

[36] Praderas.

gantes y árboles cuajados de frutos de todas clases, dos de cada una de ellas, y en las ramas de aquellos árboles cantaban las aves y el pájaro burlón emitía sus dulces notas y la tórtola arrullaba y con sus quejumbres el llano llenaba; y el ruiseñor, cuyo canto despierta al dormilón, modulaba su canción; y el mirlo, cuya voz parece humana; y la paloma y la tórtola zureaban, y el jilguero, de elocuente parla, a ambos les contestaba.

Placióles el valle a nuestros viajeros y de sus frutos comieron y de sus aguas bebieron, y luego, a la sombra de sus árboles, tomaron asiento, hasta que el cansancio los venció y el sueño los tomó.

¡Gloria a Aquel que nunca duerme!

Y no bien se quedaron dormidos, hete aquí que dos *amrad* de los malditos abaten el vuelo sobre ellos, y, cogiéndolos de los hombros, remóntanse por los aires con ellos y fueron subiendo hasta llegar a las nubes del cielo.

Despertáronse Garib y Sáhim en aquel preciso momento y se encontraron entre el cielo y la tierra, y miraron a los que con ellos cargaban, y advirtieron que eran dos *amrad,* el uno de los cuales tenía cabeza de perro y el otro la tenía de mono, con unas cerdas como las crines de los caballos y garras como las de los leones, y que ambos eran tan corpulentos y talludos como las palmeras.

Y al comprobar eso, exclamaron al par:

–¡No hay gloria ni poder sino en Alá!

Y dizque la causa de aquello fue que cierto rey de los reyes de los genios, llamado Murâsch [37], tenía un hijo llamado Sáik [38], el cual estaba enamorado de una señorita de casta genial, llamada Nechma [39], y ambos novios solían citarse y verse en aquel valle, tomando forma de aves.

En esa semblanza los vieron Garib y Sáhim y, tomándolos por pájaros de veras, les dispararon sus saetas y le atinaron a Sáik y lo hirieron y corrió la sangre del joven genio.

Y Nechma le hizo planto y luego, temiendo también no fuese a correr su misma suerte, cargó con su amante y con él voló al palacio de su padre y lo dejó a la puerta.

Y los guardas lo cogieron y lo metieron dentro y lo dejaron en el suelo, delante de su señor, que, al ver la flecha hincada en su costado, exclamó:

–¡*Ye* hijo mío, qué dolor! ¿Quién eso hizo contigo para que pueda yo arrasar su morada y apresurar su destrucción, que así haré a no dudar, aunque fuere el más grande de los reyes, de casta genial?

Pero sucedió que en aquel mismo instante abrió Sáik los ojos y exclamó:

–¡Fue un mortal quien me mató en el Valle de los Manantiales!

Y no bien hubo proferido estas palabras, cuando exhaló el alma.

Y en seguida su padre empezó a aporrearse el rostro hasta echar por la boca sangre, y gritóles a los dos *amrad:*

–¡Volad en seguida al Valle de los Manantiales y traedme acá a cuantos allí encontréis de mortales!

Pero sorprendió a Schahrasad la mañana y puso coto a sus elocuentes palabras.

[37] El que hace temblar, adjetivo árabe.

[38] El que fulmina.

[39] Estrella.

Y LA NOCHE 563 SIGUIO DICIENDO LA MUCHACHA:

–Ha llegado a mi noticia, *¡ye* el sultán, el afortunado!, que el rey de los *alifrites* les dijo a sus criados:

–¡Volad en seguida al Valle de los Manantiales y traedme acá a cuantos allí encontréis de mortales!

Y los dos *amrad,* en el acto, volaron al Valle y encontraron allí a Garib y Sáhim dormidos y con ellos cargaron y al rey Murâsch se los llevaron.

Y vieron al rey Murâsch sentado en el trono de su reino, que una alta montaña semejaba, y dizque cuatro cabezas ostentaba: de león, la primera; de elefante, la segunda; de pantera, la tercera, y de lince, la cuatrena.

Y los dos *amrad* depositaron a sus prisioneros a los pies de su soberano y le dijeron:

–*¡Ye* rey! Aquí tienes a estos dos mortales que encontramos en el Valle de los Manantiales.

Y el rey Murâsch los miró con ojos furiosos y resolló y resopló y por sus narices centellas echó, de suerte que todos los circunstantes se llenaron de pavor.

Y el rey apostrofó a los prisioneros diciendo:

–*¡Ye* perros del género humano, matado habéis a mi hijo y encendido un fuego en mi hígado!

Y Garib preguntó:

–Pero ¿quién es tu hijo y quién lo ha visto?

Y Murâsch le contestó:

–¿No estabais vosotros en el Valle de los Manantiales y no visteis allí a mi hijo y con flechas de palo no le disparasteis y no me lo matasteis?

Y Garib le replicó al rey:

–¡Yo no sé quién lo mató, y, por el poder de Alá, el Grande, el Unico, el Eterno, que toda cosa conoce, y el de Ibrahim, el Amigo, te juro que ningún pájaro vimos ni matamos ninguna ave ni ningún otro animal de ninguna clase!

Luego que Murâsch oyó a Garib jurar por el poder y la grandeza de Alá y por Ibrahim, el Amigo, conoció ser un muslime, y, como él era un adorador del Fuego y no del Omnipotente Señor, encaróse con su pueblo y gritó:

–¡Traedme acá a mi dios! [40]

Y sus servidores en seguida le llevaron un brasero de oro, y delante de él lo pusieron y encendieron en él fuego y echaron sobre él unas drogas y muy luego surgieron unas llamas verdes y azules y gualdas y el rey y todos los presentes se prosternaron ante el brasero en tanto Garib y Sáhim no cesaban de proclamar la Unicidad del Todopoderoso Alá y clamaban:

–¡Alá es el más grande!

Y su omnipotencia atestiguaban.

Y Murâsch alzó su frente, y, al ver a los dos príncipes que en pie seguían en lugar de prosternarse y adorar al Fuego, como los demás, los increpó, diciendo:

–*¡Ye* perros! ¿Por qué no os prosternáis como los demás?

Y Garib le contestó a Murâsch:

–¡Largo de aquí, so maldito! Hombre alguno debe prosternarse sino ante el Rey, el Adorable, que a todas las criaturas de la nada creó e hizo manar el agua de la peña árida. Aquel que inclina el corazón del padre hacia el hijito recién nacido con amor, Aquel al que no puede describírsele ni sentado ni erguido; El Dio de Noh y Zalih y

[40] «Mi diosa»; en el texto *An-Nar* el fuego es femenino en árabe.

Hud e Ibrahim, el Amigo, Creador del cielo y del infierno y de las plantas y los frutos, porque El es Alá, el Todopoderoso, el Unico.

Luego que tales palabras hubo Murâsch oído, los ojos se le hundieron en el cerebro y gritóles a sus guardias, diciendo:

–¡Atadme a esos dos perros y sacrificadlos a mi dios!

Y los siervos ataron a los dos hermanos e hicieron ademán de arrojarlos al fuego, y ya iban a hacerlo, cuando hete aquí que una de las almenas de la muralla del alcázar se desprendió y vino a caer sobre el brasero y lo rompió y las ascuas volcó y de voladoras cenizas el aire se llenó.

Y Garib exclamó:

–¡Alá es el más grande! ¡El da ayuda y victoria a los que en El creen y castiga a los que lo niegan y adoran al Fuego y no al Rey, el Excelso!

Y Murâsch, a su vez, exclamó:

–¡Tú eres un brujo y a mi dios embrujaste y por eso le ha ocurrido este percance!

Pero Garib le contestó, sin inmutarse:

–¡Calla, insolente! Si el fuego tuviese alma o sentidos guardárase de cuanto pudiera dañarle.

Luego que esas palabras oyó Murâsch púsose a bufar y resollar y renegar del Fuego y dijo:

–¡Por mi fe, que solo por el Fuego os mataré!

Y mandó que encerraran a ambos hermanos en una prisión y luego llamó a un centenar de *amrad* y les ordenó que llevasen una gran cantidad de leña y encendiesen una hoguera.

Y ellos al punto llevaron un gran montón de leña e hicieron una gran hoguera, que lanzaba poderosas llamas.

Y estuvo flameando aquella hoguera toda la mañana.

Y entonces Murâsch montó en un elefante, que sobre sus lomos sostenía un trono de oro con incrustaciones de pedrería, y en torno suyo se juntaron todas las tribus geniales, en todas sus variedades.

Y llevaron allí a Garib y Sáhim, los cuales, al ver la flameante hoguera, invocaron la ayuda del Uno, del Omnivencedor, Creador de la noche y el día, el Todopoderoso que todo lo ve y al que nadie puede ver, porque El es el Perspicaz, el que todo lo sabe, Aquel al que nada se pude ocultar.

Y no dejaron de invocarlo hasta que de pronto vieron todos levantarse un gran nubarrón y correrse de Oeste a Este, y luego lanzar chaparrones de lluvia, comparables a un hinchado mar, y con ellos el fuego apagar [41].

Atemóse grandemente el rey al ver aquello y lo mismo que él sus tropas también se empavorecieron, y el rey se entró en su palacio y, encarándose con sus visires y sus emires, les dijo de esta forma:

–¿Qué pensáis de esos dos hombres?

Y ellos le dijeron:

–¡*Ye* rey, si no tuvieran ellos razón, no ocurriera lo que ocurrió, así que pensamos de ellos que son hombres sinceros, que dicen verdad!

Y dijo Murâsch:

–¡Ciertamente que la verdad se ha mostrado a mis ojos, así como el camino evidente, y desde ahora doy fe de cómo es falso el culto del Fuego, pues si dios fuere guardárase de la lluvia que a extinguirlo vino y de la piedra

[41] También en Herodoto una lluvia inopinada viene a salvar a Creso de la hoguera en que Ciro lo mandara quemar. (Libro I de sus *Historias.)*

He aquí los términos en que Herodoto refiere el milagro, en versión literal del texto griego: «Clamó (Creso) a Apolo (que) si algo acepto había recibido de él lo salvase del presente mal. Y estando así lloroso, invocando al dios, del aire vino corriendo una nube súbita y vertió lluvia a raudales y con el agua copiosa apagó el fuego. Entendiendo así Ciro cómo era Creso amado de los dioses y hombre bueno, haciéndolo bajar de la hoguera le dijo...»

que rompió el brasero y lo volcó y por el aire sus cenizas echó!

Así que de hoy más creeré en Aquel que creó el fuego y la luz y la sombra y el calor.

–¿Y qué decís vosotros a eso?

Y ellos contestaron:

–¡Oímos y obedecemos!

Y el rey luego mandó venir a Garib y lo abrazó y lo besó entre sus ojos, y después llamó también a Sáhim y todos los allí presentes se agolparon a besarles a porfía la cabeza y las manos.

Y Murâsch se sentó en el trono de su realeza y sentó a Garib a su diestra y a Sáhim a su siniestra y les dijo:

–¡*Ye* mortales! ¿Qué es lo que hemos de decir para hacernos musulmanes?

Y Garib replicó:

–Di: «¡No hay más dios que El Dio e Ibrahim es el Amigo de El Dio!»

Profesaron, pues, el rey y su pueblo el Al-Islam con el corazón y con la boca, y Garib estúvose una temporada con ellos, enseñándoles el ritual de los rezos.

Pero después vínosele a la memoria el recuerdo de su pueblo y suspiró, y Murâsch exclamó:

–En verdad que toda la inquietud se desvaneció y vinieron en su lugar la alegría y la paz.

Pero Garib le dijo al rey:

–¡Yo, señor, tengo en verdad muchos enemigos y temo por mi pueblo!

Y a renglón seguido contóle Garib al rey toda su historia con su hermano Achib, desde el principio al fin, y el rey de los genios, luego de oírlo, le dijo:

–¡*Ye* rey de los hombres! Yo despacharé uno que te traiga nuevas de tu pueblo, porque no quiero dejarte marchar hasta que me haya saciado de ver tu faz.

Y el rey llamó en seguida a dos poderosos *amrad,* que por cierto se llamaban Kailachán [42] y Kurachán, y ellos comparecieron, y, después que pleitesía le rindieron, ordenóles el monarca que al Yaman fuesen y nuevas de las tropas de Garib le trajesen.

Y ellos contestaron al rey:

–¡Oír es obedecer!

Y en el acto partieron a cumplir su mandato.

Y esto es, por ahora, todo lo referente a los dos hermanos.

Cuanto a los muslimes, luego que amaneció la mañana y se levantaron y con sus capitanes a la cabeza al alcázar de Garib se trasladaron, con objeto de recibir sus órdenes y ejecutarlas, encontráronse con los eunucos, los cuales les participaron cómo el rey y su hermano en sus corceles montaran y al filo del alba se marcharan.

Y al oír aquello luego se lanzaron los hombres de Garib en busca de las huellas de su rey y se desparramaron por montañas y llanos, hasta que al Valle de los Manantiales llegaron y allí sus armas en el suelo encontraron y también a sus rocines la hierba pastando.

Y exclamaron:

–De aquí debe el rey de haber desaparecido, ¡por la gloria de Ibrahim, el Amigo!

Y volvieron a montar en sus caballos y por espacio de tres días estuvieron registrando sin parar el valle y la yebala circundante, sin hallar el menor vestigio de los desaparecidos, y al día, el cuarto, hicieron la zalá matinal y luego despacharon correos y les dijeron:

–Desparramaos por las ciudades y alcazabas y aldeas e inquirid noticias de nuestro rey.

Y ellos contestaron:

–Oído y obediencia.

[42] Este nombre, como el ya declarado de Kurachán, podría ser un compuesto híbrido del árabe *Kail* (el dicente, el rey) y el persa *chan* (alma), Alma del rey.

Y acto seguido se desparramaron acá y allá, cada uno sobre uno de los siete climas, y con ahínco buscaron las huellas de Garib, pero sin resultado.

Y dizque luego que Achib tuvo noticia de la desaparición de su hermano, por mano de sus algazares, holgóse hasta el colmo de la holgura y fuese a ver al rey Yarub-ben-Kahtán e impetró su ayuda, y el rey Yarub se la concedió y diole doscientos mil hombres de los *amalekis,* con los que Achib partió para Al-Yaman y se plantó delante de la ciudad de Omán.

Salieron luego Chamrakán y Sâdan de la ciudad y ofreciéronle batalla y en ella los muslimes padecieron gran matanza, por lo que a la ciudad se retrajeron y las puertas cerraron y las albacaras guarnecieron.

Y dizque en aquel preciso instante llegaron allí los dos *amrad,* Kailachán y Kurachán, y al ver que los creyentes estaban sitiados, a la caída de la noche aguardaron y entonces contra los infieles cargaron y con las agudas espadas, de las espadas de los genios, que tienen doce codos de largas, los diezmaron, que son tales esas espadas que una roca partieran de una sola estocada.

Y en tanto arremetían contra los infieles, no dejaban de gritar:

–*¡Al-Lah-hua-kbar!* ¡El es quien la ayuda y la victoria da a los que creen en la Fe de Ibrahim, el Amigo de Alá!

Y mientras así clamaban y a los enemigos aniquilaban, fuego por sus narices echaban y les hacían gran matanza.

Y salían los cafres de sus tiendas con intención de lanzarse a la pelea; pero al ver tan raro espectáculo quedábanse desconcertados y el vello se les erizaba y la razón se les ofuscaba.

Y unos a otros se acometían, sin saber lo que hacían, en tanto los dos genios segaban sus cabezas cual si fuesen espigas granadas y sin cesar gritaban:

–¡El más grande es Alá! ¡Los escuderos somos de Garib, el rey, el amigo de Murâsch, el rey de los genios!

Y no paró la espada de voltear a la redonda entre ellos, hasta que la noche fue mediada y entonces los infieles, pensando que las montañas eran todas *alifrites,* sus tiendas cargaron con sus tesoros y bagajes a lomos de sus camellos y la fuga emprendieron, siendo Achib en hacerlo el primero.

Juntáronse luego los verdaderos creyentes, que estaban maravillados de lo que a los infieles les había pasado y temerosos también de aquellos genios despiadados.

Pero los dos *amrad* no cesaron de perseguir a los fugitivos, hasta que los empujaron a los montes y los llanos, y dizque, de los doscientos mil infieles, solo cincuenta mil con vida quedaron, y esos tomaron la vuelta de sus respectivas tierras, heridos y desalentados.

Y luego los dos genios volvieron a donde quedaran los muslimes y les dijeron:

–*¡Ye* hueste muslímica, *selam* os decimos de parte de vuestro señor, el rey Garib, y de su hermano Sâhim, que a la hora presente son los huéspedes de Murâsch, el rey de los genios, y no tardarán en venir acá!

No bien los hombres de Garib oyeron esas palabras y supieron que su rey y el hermano de su rey estaban sanos y salvos, hasta el colmo de la alegría se alegraron y les dijeron a los dos genios:

–¡Así Alá os dé albricias a ambos, *ye* espíritus hidalgos!

Volviéronse luego Kailachán y Kurachán, cumplido ya su cometido, al palacio de su rey Murâsch y diéronle cuenta, así como también a Garib, de todo lo ocurrido, y Garib holgóse grandemente al oírlo y dijo:

–¡Qué Alá os dé su galardón mejor que yo!

Después de lo cual dijo el rey:

–¡Mira, hermano: quisiera enseñarte nuestro país y la ciudad de Chafis [43], hijo de Noh (la paz sobre los dos).

Y Garib le contestó:

–Haz, señor, lo que tengas a bien.

Y luego el rey pidió tres nobles bridones y montaron el rey y sus dos huéspedes, y seguidos de mil genios cabalgaron, que semajaban un trozo de montaña que en todo su largo se hubiera rajado.

Y en tanto cabalgaban recreaban su alma con la vista de los valles y las montañas hasta que llegaron a la ciudad de Chafis-ben-Noh (la paz sobre los dos).

Y todos los vecinos de la ciudad, grandes y chicos, salieron al encuentro del rey Murâsch.

Y entró el rey en la ciudad con gran pompa y fausto y fuese en derechura al castillo de Chafis, hijo de Noh, y en el trono de su realeza se sentó.

Y era aquel trono de alabastro y tenía diez peldaños y un enrejado de varillas de oro, del que colgaban oriflamas de seda policromada.

Y luego que todo el pueblo de la ciudad húbose alineado ante él, dijo el rey:

–¡*Ye* vástagos de Chafis-ben-Noh! ¿Qué era lo que vuestros padres y vuestros abuelos adoraban?

Y ellos contestaron:

–Hemos visto que nuestros padres y nuestros abuelos adoraban al Fuego y hemos seguido su ejemplo, según tú lo sabes mejor que nadie.

Y el rey Murâsch les dijo:

–¡*Ye* gentes! Nosotros hemos visto que el Fuego no es más que una de las criaturas de Alá, el más grande, que toda cosa creó y término le marcó. Y al saber esto yo a Alá me convertí, al Señor Omnipotente, Creador de la noche y el día y de las esferas que sin cesar giran, del Unico y Solo, al que no pueden ver los ojos y que lo ve todo, el Piadoso y Apiadable, que sobre toda cosa vela y es el más grande. Así que abrazad desde ahora la Fe del Al-Islam, la salvadora, y estaréis a salvo de la ira del Todopoderoso, en este mundo, y del suplicio del fuego en el otro. Y todos, en el acto, se convirtieron a la Fe del Al-Islam, de corazón y de boca, con toda verdad.

Y Murâsch tomó de la mano a Garib y le mostró el alcázar de Chafis y su traza y todas las maravillas que encerraba.

Pasaron luego a la cámara de las armas, y, como Murâsch le mostrase a Garib las armas de Chafis, reparó Garib en una espada que de un garfio de oro colgaba y preguntó:

–¡*Ye* rey! ¿Cúya es esta espada?

Y Murâsch le contestó:

–Esta es la tizona de Chafis-ben-Noh, con la cual solía batirse con los hombres y los *alifrites*. Y fue el sabio Chardum quien la forjó y en su envés poderosos talismanes grabó. Si una montaña hiriese, en mil pedazos la partiese. Y se llama Al-Mahik, la aniquiladora, porque jamás cayó sobre un hombre que de un golpe no lo aniquilase ni sobre un genio que no lo aplastase [44].

Luego que Garib oyó estas palabras de labios de Murâsch y el poder de aquella tizona le oyó ponderar, exclamó:

–Querría examinar más despacio esta espada.

Y Murâsch le dijo:

–Haz como te plazca.

Pero vio Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus elocuentes palabras.

[43] Jafet, hijo de Noé.

[44] Burton opina que esta espada mágica es una transferencia de la piedra mágica que, según tradición hasta hoy conservada entre turcos y mogoles, regaló Noé a su hijo Jafet y que posee la virtud de llamar o alejar la lluvia.

Y LA NOCHE 564 SIGUIO DICIENDO LA MUCHACHA:

–Tengo entendido, ¡*ye* el rey, el afortunado!, que Murâsch le dijo a Garib:

–Haz según te plazca.

Y Garib alargó su mano y la tizona cogió y de su vaina la sacó y el acero centelleó y relampagueó y la muerte sobre su filo serpeó, y dizque aquella espada tenía doce palmos de larga y tres palmos de ancha.

Y Garib sintió el antojo de quedarse con ella, pero Murâsch le dijo:

–Tuya será si la puedes manejar:

Y Garib respondió:

–Bien está.

Y enarboló la espada. Y era en sus manos como una vara. Y todos los presentes, así de los hombres como de los genios, se maravillaron y dijeron:

–¡Bravo, *ye* emir de los caballeros!

Y Murâsch le dijo:

–¡Pon tu mano sobre este tesoro, por el que los reyes de la tierra suspiran en vano y monta luego en tu bridón, que voy a seguir enseñándote la población!

Y montaron Garib y Murâsch y siguieron cabalgando, seguidos de hombres y genios que a pie caminaban.

Y salieron del palacio de Chafis-ben-Noh y cruzaron las calles y las almuzaras de la ciudad y pasaron por delante de casas y alcázares, desiertos de habitantes y de doradas puertas relumbrantes.

Y salieron por las puertas de la ciudad y vieron ruzafas en las que árboles cuajados de frutos se apiñaban y alfaguaras manaban.

Y había allí pájaros cantores que a El, el Señor de todo poder, el Eterno, celebraban, y allí ambos amigos estuvieron hasta la tarde, solazándose.

Y después se volvieron al palacio de Chafis para pernoctar allí.

Y luego que llegaron la cena les presentaron, y en tanto comían los dos mano a mano, díjole Garib al rey Murâsch:

–*Ye* rey: yo querría volverme ya con mi pueblo y mis huestes, pues no sé qué será de ellos en tanto yo estoy lejos!

Y al oír esas palabras, contestóle Murâsch:

–¡*Ye* el mi hermano, por Alá que en un mes no te dejaré marchar, hasta que de tu vista pueda mis ojos saciar!

No insistió más Garib y permaneció con él en la ciudad de Chafis, comiendo y bebiendo y divirtiéndose, hasta que un mes fue cumplido, y entonces Murâsch diole una gran cantidad de piedras y metales preciosos, y sabarchadas y rubíes, y diamantes y barras de oro y plata, y también ámbar gris y abelmosco y almocazas brocadas y otras muchas cosas valiosas y raras.

Y demás de eso vistiólos a él y Sáhim, su hermano, sendos aljalaes de seda, entretejida con hilillo de oro, y en la cabeza de Garib colocó una corona adornada con perlas y diamantes de un valor incalculable.

Mandó luego Murâsch repartir estos tesoros en fardos iguales y llamó a quinientos *amrad* y les ordenó:

–¡Aprestaos a partir mañana, a la amanecida, que hemos de restituir a Garib y Sáhim en su país!

Y ellos respondieron:

–¡Oímos y obedecemos!

Y aquella noche la pasaron en la ciudad, dispuestos a marchar luego que la mañana amaneciera; pero amanecida que fue la mañana del día, el siguiente, cuando ya estaban a punto de cabalgar, hete aquí que divisan una gran tropa que se adelantaba rumbo a la ciudad, con corceles relinchantes, y

atabales repicantes, y clamores trompeteantes y caballeros que la tierra llenaban, pues eran nada menos que setenta mil *amrad,* de los que vuelan y bucean, que venían acaudillados por el rey Barkán [45] llamado.

Y ese Barkán era el señor de la ciudad de Cornalina y el Castillo de Oro, y tenía bajo su mando cinco fortalezas sobre colinas, que guardaban cinco mil *amrad* y él y sus tribus al Fuego, no al Señor, el Omnipotente, adoraban.

Y era el tal Barkán primo de Murâsch, el hijo del hermano de su padre, y dizque la causa de su llegada no era otra sino la de que entre los vasallos del rey Murâsch había un *marid* infiel, que profesaba tan solo en apariencia el Al-Islam, y el tal cafre huyóse secretamente de su pueblo y dirigióse al Valle de Cornalina y fuese en derechura a ver al rey Barkán, y besó la tierra entre sus manos y le deseó la perduración de su gloria y de su prosperidad.

Y luego de eso le puso al tanto de la conversión de Murâsch al Al-Islam, y, al oír aquello, exclamó Barkán:

–¿Cómo puede ser que se haya apartado de su fe?

Y entonces el rebelde le contó todo lo que había pasado entre Murâsch y Garib y su hermano, y Barkán, al oírlo, empezó a resollar y resoplar y a blasfemar del sol y la luna, y, echando centellas por sus narices, dijo:

–¡Por el poder de mi fe, que al hijo de mi tío he de matar, juntamente con su pueblo y esos dos mortales, y a ninguno con vida he de dejar!

Gritó acto seguido llamando a las huestes de *alifrites,* y, escogiendo setenta mil de ellos, partió y fue cabalgando hasta llegar a Chabarsa, y, luego que dio vista a la ciudad, mandó hacer alto ante su puerta principal y allí las tiendas hizo plantar.

Pero Murâsch llamó a un *marid* de los suyos y le dijo:

–Ve allá y entérate de lo que esas tropas quieren y vuelve acá en seguida con lo que puedas averiguar.

Y el *marid* corrió allá en seguida, y, al llegar al campamento de Barkán, abalanzáronse a él los *alifrites* y le preguntaron:

–¿Quién eres?

Y él les contestó:

–Soy un mensajero de Murâsch.

Y entonces los otros asieron de él y lo condujeron a presencia del rey Barkán.

Y el *marid* besó la tierra entre las manos del soberano y después le dijo:

–*¡Ye* mi señor, has de saber cómo me envía mi amo para que le lleve noticias de vuestras intenciones!

Y el rey Barkán contestóle:

–Vuélvete con tu amo y dile: «Son las tropas de tu primo Barkán, que ha venido con el solo objeto de decirte *selam.*»

Volvió el emisario con la nueva junto a su señor.

Y Murâsch, al oír sus palabras, volvióse a Garib y le dijo:

–Siéntate en tu trono y no te muevas, en tanto yo voy a ver a mi primo y vuelvo.

Y así diciendo montó en su bridón y hasta el campamento de su primo cabalgó. Y dizque aquello solo fuera un ardid de Barkán para hacer a su primo venir y tomarlo cautivo, y a ese fin dijérales a los *alifrites* que en torno suyo estaban:

–Luego que me veáis que lo abrazo, cogedlo y atadlo.

Y ellos le respondieron:

–¡Oímos y obedecemos!

Y en consecuencia cuando Murâsch entró en el pabellón de Barkán este se levantó y se llegó a él y las manos al cuello le echó, y en el acto los *alifrites* sobre él se abalanzaron y lo ataron y de cadenas lo cargaron.

[45] Acaso *Birkan,* árbol, o *Burkan.* volcán.

Y Murâsch miró sorprendido a su primo y Barkán le dijo:

–¡*Ye* perro de los *alifrites!* ¿Cómo fuiste osado a dejar la fe de tus padres y tus abuelos y abrazar una fe de la que no tienes conocimiento?

Y Murâsch le replicó, diciendo:

–¡*Ye* hijo de mi tío, has de saber cómo pude comprobar que la Fe de Ibrahim, el Amigo, es la verdad y todas las demás son vanidad!

Y le preguntó Barkán:

–¿Y quién fue quien eso te hizo ver?

Y respondió Murâsch:

–Garib, el rey del Al-Irak, al que tengo yo en grandísimo honor.

Y Barkán exclamó:

–¡Pues por los fueros del fuego y la luz y la sombra y el calor, que os he de matar a él y a ti, a los dos!

Y mandó que encerrasen a Murâsch en una prisión.

Pero luego que el servidor de Murâsch vio lo que a su amo le ocurriera volvióse en un vuelo a la ciudad y se lo comunicó a los guerreros del rey, que empezaron a gritar y en sus bridones a montar

Y Garib preguntó, maravillado:

–¿Qué es lo que sucede?

Y ellos se lo contaron.

Y entonces Garib gritóle a su hermano:

–¡Hola, Sáhim; ensíllame luego uno de los caballos que el rey Murâsch me ha regalado!

Y Sáhim, asombrado, le preguntó a su hermano:

–Pero, hermano mío, ¿es que vas a luchar con los genios precitos?

–Así es, en verdad, que pienso con ellos pelear, empuñando la espada de Chafis-ben-Noh y contando con la ayuda del Señor de Ibrahim, el Amigo (sobre él sea la paz). Porque El es de toda cosa el señor y el único creador.

Y Sáhim ensillóle un corcel de los corceles de los *alifrites,* fuerte como un castillo de entre los castillos, y Garib se armó y montó en el bridón y cabalgó, seguido de las huestes geniales, armadas de todas armas.

Y montaron también en sus rocines Barkán y sus *alifrites* y ambas tropas avanzaron y sus líneas fronteras plantaron.

Y el primero en abrir la puerta de la guerra fue Garib, que espoleó su caballo hasta los medios del campo y desenvainó su tizona encantada, la cual lanzaba un fulgor centelleante que los ojos cegaba y los corazones de los genios de pavor llenaba.

Y Garib amagaba con la espada a diestro y siniestro, de suerte que los genios se quedaban atónitos y con los sentidos perplejos.

Y después de eso lanzó Garib un grito, diciendo:

–¡Alá es el más grande! Yo soy el rey Garib, señor de Al-Irak, y no hay más fe que la Fe de Ibrahim, el Amigo de Alá.

Luego que hubo oído de labios de Garib esas palabras, gritó a su vez Barkán:

–¡Ese es el que a mi primo de su fe le hizo renegar; pero juro no volver a sentarme en mi trono hasta que le haya cortado la cabeza y sacádole el resuello del cuerpo y vuelto a mi primo y su pueblo a la fe del Fuego! ¡Y de fijo que a quien se opusiese le he de dar muerte!

Montó luego Barkán en un alfil, que era blanco como el alcartaz y semejaba una torre enjalbegada, y lo arreó y lo aguijó con un pincho de acero que se le hincó en la carne muy adentro.

Y el animal barritó y a los medios del campo se adelantó y se plantó allí, donde el mandoble de la espada y el hincarse de la lanza son los que mandan.

Y llegándose a Garib lo increpó con estas palabras:

–¡*Ye* perro de los hombres! ¿Qué viniste a buscar en nuestro país, para

que a mi hermano y su pueblo corrompieras y de una creencia a otra los convirtieras? Pues has de saber que este, de seguro, ha de ser tu último día en este mundo.

Pero al oírlo Garib le contestó de esta forma:

—¡Largo de aquí, *ye* el más vulgar de los *alifrites!*

Y entonces Barkán una azagaya enristró y la volteó y a Garib se la arrojó, pero el golpe falló.

Echó luego mano de otra azagaya y la disparó; pero Garib en el aire la aparó y se la devolvió y le dio en un costado al elefante, haciéndole tambalearse.

Y después hiriólo en el otro costado, de forma que el alfil rodó por tierra muerto y Barkán cayó al suelo como una rama de palmera tronchada.

Y sin darle tiempo a levantarse, fue Garib y lo golpeó de canto con la tizona de Chafis, hijo de Noh, en el cerviguillo, con lo que perdió los sentidos.

Y en el acto los genios creyentes sobre él se echaron y le ataron a la espalda las manos.

Pero al ver los guerreros de Barkán en tal estado a su señor corrieron allá en tropel con vehemente intención de rescatarlo.

Y arremetiéronse mutuamente ambos bandos.

¡Y con qué bravura combatió Garib al frente de sus huestes!

¡Y cómo fue grato al Señor que las plegarias atiende y cómo con su espada encantada satisfizo al deseo de venganza!

Pues a todo el que con tizona hería, en dos lo dividía, y, antes que su alma pudiera evitarlo, ya estaba hecho pavesas en el fuego de *chehennam.*

Lanzáronse los genios creyentes contra los genios infieles y unos a otros se arrojaban ígneos meteoros, hasta que el humo los envolvió a todos.

Y Garib siguió dando estocadas a diestro y siniestro, y las acefas ante él se abrían, y así pudo llegar hasta la lujosa tienda del rey Barkán, seguido de Kailachán y Kurachán.

Y Garib les gritó a los dos:

—¡Libertad a vuestro señor!

Y ellos en el acto a su señor libertaron y sus cadenas quebraron.

Y el rey Murâsch les dijo:

—¡Traedme en seguida mis armas y mi caballo con alas!

Pues se ha de saber que tenía el rey aquel dos corceles que por los aires volaban, y el uno de ellos a Garib se lo regalara, quedándose él con el otro para su uso propio. Y ese otro fue el que sus servidores le llevaron y en él montó luego que sus armas le vistieron.

Y en unión de Garib arremetió contra el enemigo y ambos iban volando por los aires sobre sus caballos y sus guerreros los seguían y ambos gritaban:

—*¡Al-Lah-hua-kbar!*

Y eran sus gritos tan recios que los aires retumbaban y el eco de barrancos y galayos y valles y colinas los repetían.

Y fueron los genios creyentes persiguiendo a los genios infieles, hasta que les hicieron treinta mil bajas de *amrad* y satanases, y entonces ya los dejaron en paz.

Y se retiraron a la ciudad de Chafis, hijo de Noh, y ambos reyes se sentaron en el trono de su realeza y llamaron a Barkán a su presencia.

Pero al ir sus servidores a buscarlo dizque no lo encontraron. Pues sucedió que, luego que lo hicieron prisionero, viéronse apartados de él por las vicisitudes del combate, y, como Barkán era un *alifrit,* diose prisa a libertarlo uno de sus secuaces y lo libertó y con su pueblo lo volvió.

Y Barkán se encontró con que le habían matado parte de sus tropas y el

resto se habían desbandado, huyendo, y al ver aquello Barkán y su servidor remontaron el vuelo hacia el cielo y fueron a aterrizar todos en la Ciudad de Cornalina y en el Castillo de Oro.

Y ya allí sentóse Barkán en su trono y comparecieron ante él los supervivientes de la batalla y lo felicitaron por hallarlo sano y salvo.

Pero él les dijo:

Sorprendió a Schahrasad la aurora y cortó el hilo de sus palabras seductoras.

PERO LA NOCHE 565 REANUDO SU RELATO EN ESTA FORMA:

–Puedo afirmar, *¡ye* el rey, el afortunado!, que los supervivientes de la batalla felicitaron al rey Barkán por haberlo encontrado sano y salvo.

Pero él les dijo, airado:

–*¡Ye* gentes! ¿De qué salvación me habláis? Aniquilado está mi ejército, el enemigo me tomó prisionero y mi honor entre las razas de los genios quedó por los suelos.

Y ellos le respondieron:

–*¡Ye* rey: no es eso nada nuevo, pues siempre sucede que los monarcas inflijan desastres o los padezcan ellos!

Pero él les replicó, diciendo:

–¡Tengo que tomar venganza y de borrar mi afrenta, pues de lo contrario, caería sobre mi linaje una mancha perdurable!

Y el rey Barkán escribió luego varias cartas y las despachó a las gentes de los castillos, y al punto ellos, diligentes, acudieron, y a sus órdenes se pusieron.

Y al hacer alcamiz Barkán vio que eran trescientos veinte mil de los *amrad* y satanases arrogantes.

Y ellos le dijeron:

–¿Cuál es tu deseo?

Y él les contestó:

–¡Aprestaos a marchar de aquí a tres días!

Y ellos le respondieron:

–¡Oímos y obedecemos!

Y esto es, por ahora, todo lo referente a ellos.

Cuanto al rey Murâsch, luego que volvióse a su ciudad y mandó que le llevasen a Barkán y sus servidores no lo pudieron hallar, sintió su corazón pesado y les dijo a sus soldados:

–Si le hubierais puesto una guardia de cien *amrad* no se fugara, pero el caso ahora es saber adónde se pueda esconder.

Y, encarandose con Garib, prosiguió así:

–Has de saber, hermano mío, que ese Barkán, mi primo, es muy traicionero y no descansará hasta que se haya podido vengar.

De fijo que reunirá a sus huestes y volverá a provocarnos a la pelea. Así que es mi intención salir luego en su busca y cogerlo antes que del desaliento de la derrota se haya repuesto.

Y Garib respondióle, diciendo:

–Buen consejo es ese y un dicho que ninguna objeción merece.

Y Murâsch añadió:

–Mira, hermano Garib: deja que hoy los *amrad* os vuelvan de nuevo a vuestro país y yo les haré la guerra santa a los infieles, a fin de aliviar así el peso de mis pecados.

Pero Garib le contestó:

–No será así, que ¡por el Protector, el Piadoso, por el Donador, el Pródigo, que no me he de mover de este lugar hasta haber exterminado del todo a las huestes de los *alifrites* infieles! Y que Alá conduzca sus almas al fuego del

averno, al lugar de todos los horrores y tormentos. ¡Y ninguno de ellos se salvará, sino aquellos que invoquen a Alá, el Unico, el Todopoderoso, Señor del cielo y de la tierra y de todo! Pero eso sí; envía a Sáhim a la ciudad de Omán, para que allí de su dolencia pueda sanar.

Pues se ha de saber que Sáhim había adolecido.

Y Murâsch, al oír las palabras de Garib, llamó a sus *alifrites* y les dijo:

–¡Coged luego a Sáhim y trasladadlo sin tardar, en unión de estos tesoros y estas alhedias, a la ciudad de Omán!

Y respondieron ellos:

–¡Oímos y obedecemos!

Y en el acto sus órdenes cumplieron.

Y luego Murâsch despachó sendas cartas a los capitanes de sus baluartes y a todos sus representantes, que eran, por cierto, ciento sesenta mil en número.

Y todos ellos se armaron y cabalgaron con rumbo a la Ciudad de Cornalina y al Castillo de Oro, y dizque en un día recorrieron la distancia que a otros que ellos les habría costado un año entero.

Y, al llegar al valle, hicieron allí alto para tomarse un descanso.

Y en el valle pernoctaron y al clarear la mañana se despabilaron.

Y al disponerse a reanudar la marcha encontráronse de pronto con que la vanguardia de las tropas de los genios infieles venía sobre ellos.

Armaron entonces todos los *alifrites* una grita horrible y ambos ejércitos se embistieron mutuamente en aquel valle, y luego dio comienzo el combate.

Y enfurecióse la pelea, cual si retemblase con poder la tierra y se desplegase toda fiereza, y vino la seriedad y se fue la jovialidad y enmudecieron las bocas en entrambas tropas y fue truncada mucha vida larga y sobre los infieles afrenta y mancilla fueron lanzadas.

Porque Garib cargó sobre ellos proclamando la Unicidad del Adorable, del Todopoderoso, y entre tanto no cesaba de herir cervices y hacer rodar cabezas por tierra.

Y era tan recia la refriega que, al llegar la noche, eran ya setenta mil los muertos de los infieles y diez mil los genios convertidos al islamismo que habían caído.

Y entonces repicaron los tambores, tocando retirada, y ambas huestes se separaron y Murâsch y Garib a sus tiendas se tornaron.

Y de sus armas se despojaron y a comer se sentaron y comieron y bebieron, y de haber salido incólumes de la batalla y con tan pocas bajas se felicitaron.

Y también Barkán volvióse a su tienda, pesaroso por la matanza que padecieran sus bravos guerreros, y, encarándose con sus edecanes, les dijo:

–¡*Ye* pueblo: si seguimos aquí y reanudamos la pelea de este modo, en tres días no quedará ni uno de nosotros!

Y ellos le contestaron:

–¿Pues qué hemos de hacer, nuestro rey?

Y les dijo Barkán:

–Caeremos sobre ellos a favor de la noche, cuando estén durmiendo, y no dejaremos ninguno que pueda ir con el cuento. ¡Tomad, pues, vuestras armas y estad alertas, y, en cuanto oigáis mi voz de mando, arremeted contra ellos, todos a un tiempo!

Ahora bien: había entre ellos un *marid* llamado Chandal, cuyo corazón se inclinaba al Al-Islam, y al oír lo que tramaba Barkán, escabullóse furtivamente de allí y fue a avistarse con el rey Murâsch y el rey Garib y contóles a ambos lo que Barkán tenía pensado.

Y Murâsch volvióse a Garib y le dijo:

–Dime hermano, ¿qué te parece que hagamos?

Y Garib le contestó:

–Esta noche atacaremos a los infieles y los lanzaremos a los yermos, si tal es la voluntad del todopoderoso Alá.

Y luego llamó a los capitanes de los genios y les ordenó:

–¡Armaos en seguida y que se armen también vuestros hombres, y, tan pronto como sea noche cerrada, salid de vuestras tiendas a pie y con mucho sigilo, cientos tras cientos, y apostaos en emboscada entre las montañas, y cuando veáis que el enemigo se escurre por entre nuestras tiendas, caed sobre ellos por todos lados y todos a un tiempo! ¡Encorazonad vuestros corazones y encomendaos a vuestro Señor y ya veréis cómo vencéis, y haced cuenta que con vosotros me tenéis!

Así, pues, en cuanto la noche acabó de cerrar y se difundió su oscuridad, fueron aquellos alcabaces [46] infieles y atacaron el campamento de los creyentes, invocando la ayuda del fuego y de la luz; pero no bien se introdujeron por entre las tiendas cuando arremetieron contra ellos los muslimes, invocando la ayuda del Señor de los mundos y clamando:

–¡*Ye* el más piadoso de los piadosos! ¡*Ye* el Creador de todos los creados!

Y así diciendo segaban a los infieles como hierba en los prados y los dejaban sin vida, en el polvo tumbados.

De suerte que, cuando luego la mañana amaneció, eran los más de los infieles cuerpos sin alma y los demás volvieron las espaldas y buscaron la ansiada salvación en los valles y las montañas.

Y Garib y Murâsch volviéronse a su campo triunfantes y victoriosos y procedieron a recoger el botín de los vencidos y después se tornaron todos a la Ciudad de Cornalina y al Castillo de Oro.

Cuanto a Barkán, luego que la batalla se volvió contra él y los más de sus vasallos por la tierra sin vida rodaron, huyó también a favor de la oscuridad, con los supervivientes, a su almedina y entró en su palacio y reunió a sus legionarios y les dijo:

–¡*Ye* pueblo: quien de vosotros posea algo de valor, cójalo luego y sígame al Monte Kaf, junto al rey Al-Asrak, señor del Alcázar Pintado, que él es, a no dudar, quien nos puede vengar!

Y, en consecuencia, sus capitanes cogieron en seguida sus mujeres y sus hijos y sus bienes y tomaron sin tardar el rumbo del Monte Kaf.

Y dizque, en el entretanto, llegaron Garib y Murâsch a la Ciudad de Cornalina y el Alcázar de Oro y se maravillaron al hallar sus puertas abiertas de par en par, sin que nadie viniese a explicarles aquel caso singular.

Y ambos reyes entraron en la ciudad y Murâsch condujo a Garib por sus calles y almuzares, para enseñársela, y Garib pudo comprobar que sus muros eran de sabarchada y sus puertas de roja cornalina, con incrustaciones de plata, y que los alfarges de sus casas y moradas descansaban sobre jabalcones [47] de madera de sándalo y áloe.

Recreáronse ambos reyes a su paso por calles y almidanas, hasta que llegaron al Alcázar de Oro, y a él entraron atravesando siete zaguanes, y entonces se encontraron ante un edificio cuyas paredes eran de rubíes y su piso de esmeraldas y jacintos.

Maravilláronse ambos reyes de la magnificencia de aquel edificio y fueron pasando de zaguán en zaguán, hasta los siete atravesar y salir al cortinal interior del alcázar, donde vieron cuatro almadraques, todos ellos diferentes, y en el centro había una fuente con su surtidor todo de oro rojo, flanqueda de

[46] Guerreros que atacan de improviso.

[47] Vigas.

leones de oro, que por sus fauces arrojaban chorros de agua [48].

Y dizque eran cosas aquellas como para confundir la inteligencia. Y el estrado del cabo superior estaba forrado de tapices de seda de varios colores y sobre él había dos tronos de oro rojo con incrustaciones de perlas y gemas.

Y Murâsch y Garib sentáronse en aquellos tronos, que eran los de Barkán, y celebraron besamanos en el Alcázar de Oro.

Y Garib díjole a Murâsch:

–Dime, hermano, ¿qué plan tienes pensado?

Y Murâsch le contestó:

–¡*Ye* rey de los hombres! He despachado cien jinetes que me traerán informes sobre el lugar en que se encuentre Barkán, a fin de poder salir en su busca sin más.

Permanecieron después de eso tres días en el Alcázar de Oro, hasta que los algazares de Murâsch volvieron con la nueva de que Barkán había huido al Monte Kaf y recabado ayuda del rey Al-Asrak, el cual no se la había querido negar.

Y Murâsch le preguntó a Garib:

–¿Qué dices tú a eso, hermano?

Y Garib le dijo:

–Digo que, si no atacamos nosotros, nos atacarán ellos de fijo.

Y, en consecuencia, ambos reyes dieron orden a sus tropas de estar apercibidas para marchar en la mañana del tercer día.

Y luego que sus guerreros todo lo apercibieron y ya a marchar se dispusieron, hete aquí que de repente se presentan los genios que habían llevado a Sáhim con los regalos, y los genios a Garib se acercaron y la tierra entre sus manos besaron, y Garib les preguntó por su pueblo y ellos le respondieron:

–Has de saber que Achib, tu hermano, luego que huyó de la batalla, fue a ampararse en Yerub-ben-Kahtán; pero después tomó el rumbo del país de Al-Hind y se presentó ante su rey y le contó lo que le pasara con su hermano y su ayuda impetró y el rey se la concedió.

Y el rey de Al-Hind despachó luego cartas a todos sus gobernadores y reclutó un ejército semejante al hervoroso mar, que no tiene principio ni fin, y con esas huestes tiene ahora resuelto asolar las tierras de Al-Irak.

Luego que eso oyó Garib exclamó:

–¡Maldición sobre los paganos! ¡Alá, el excelso, dará la victoria a los creyentes y yo les he de mostrar qué cosa es pelear!

Pero a eso le dijo Murâsch:

–¡*Ye* rey de los hombres: por el más grande de los nombres [49], yo debo acompañarte a tu reino y deparar a tus enemigos el desastre y conducirte a ti al logro de tus anhelos!

Y Garib diole las gracias por sus palabras y ambos se acostaron resueltos a cabalgar y emprender la marcha en cuanto amaneciese la mañana.

Y luego que la mañana amaneció, levantáronse ambos y en sus caballos montaron y el rumbo del Monte Kaf tomaron y, hasta llegar allí, fueron muchas jornadas cabalgando, y después se dirigieron al Palacio Pintado y a la Ciudad de Mármol.

Y dicha ciudad era labrada de mármol y otras piedras y fue Bárik-ben-Faki el alarife que la edificó, el padre de los genios, que el Palacio Pintado también levantó.

Y dizque al tal Palacio pusiéranle ese nombre de Pintado porque en su fábrica alternaba siempre una teja de oro con otra de plata y en el mundo todo no había un edificio que con él se igualara.

[48] Burton cree ver aquí un trasunto del famoso *Patio de los Leones*, de la Alhambra.

[49] El de Alá.

Y al encontrarse ya los viajeros a una jornada de distancia de la Ciudad de Mármol hicieron alto y descansaron.

Y Murâsch despachó un algazar para que inquiriese noticias, y el enviado estuvo ausente un rato y luego volvió y le participó:

–¡*Ye* rey, en la Ciudad de Mármol hay legiones de demonios incontables como las hojas de los árboles y las gotas de la lluvia cuando cae!

Y el rey Murâsch preguntóle a Garib:

–¡*Ye* rey de los hombres! ¿Qué debemos hacer?

Y Garib le contestó:

–¡*Ye* rey de los genios! Reparte tus tropas en cuatro bandos y mándales rodear el campamento enemigo y diles que lancen el grito de «¡Alá es el más grande!», y, luego que así hicieren, deberán volverse. Y ha de ser esto a hora de noche mediada. ¡Ya verás lo que ocurre entre las castas demoníacas!

Mandó luego Murâsch venir a sus tropas y las ordenó según Garib le había aconsejado, y los guerreros requirieron sus armas y aguardaron hasta que fue la noche mediada, y entonces salieron y rodearon el campamento de los enemigos, gritando:

–¡Alá, sobre él sea la paz!

Despertáronse los infieles sobresaltados al oír aquel grito y luego empuñaron sus armas y unos a otros se acometieron entre ellos, hasta que la mañana amaneció y advirtieron su gran error.

Y dizque en la refriega los más de ellos perecieron y solo con vida quedó una escasa fracción.

Y Garib, entonces, gritóles a los genios creyentes:

–¡Sus y a los paganos, que todavía viven! ¡Mirad que yo estoy con vosotros y que os presta Alá su ayuda eficaz!

Y Murâsch y Garib arremetieron contra los cafres y Garib esgrimió su espada, Al-Mahik, tizona encantada, y con ella las narices truncaba y los sesos por los aires volaban y a pares las filas enemigas diezmaba.

Hasta que al cabo vino a encontrarse con Barkán al paso y lo trinchó con su tizona y la vida le arrebató y bañado en su propia sangre por tierra lo derribó.

Y lo mismo hizo con el rey Al-Asrak, de suerte que, al clarear la mañana, no quedó ni uno solo de los paganos con vida, ni uno solo siquiera que pudiera llevar la noticia.

Después de lo cual volviéronse Garib y Murâsch al Palacio Pintado y vieron, una vez más, cómo en su fábrica alternaba siempre una teja de oro con otra de plata y que sus umbrales eran de cristal y su bóveda estaba formada de verdes sabarchadas.

Y en su interior había una fuente manante y un pabellón cubierto de tapices de seda, entretejida con hilillo de oro, y guarnecidos de preciosas piedras.

Y hallaron allí tesoros que no podían contarse ni describirse tampoco, por mucho que se hablara.

Y se trasladaron al *harén* y encontraron allí unas mujeres bellas y compuestas, y, estando Garib contemplando el *harén* del rey Al-Asrak, hubo de ver entre las hijas de ese rey una tan bella como nunca la viera en la vida, y dizque vestía un traje que en mil dinares podía tasarse, y que la rodeaban cien esclavas que la alforza de su manto con garfios de oro levantaban.

Y la bella joven era entre sus doncellas como la luna entre las estrellas.

Y Garib, no bien la hubo mirado y en ella reparado, cuando se sintió del juicio privado y todo confuso y embobalicado.

Y dirigióse a una de las esclavas y le dijo:

–¿Qué señorita es esa?

Y la esclava le contestó:

–Es Kaukabu-z-Zabah, la hija del rey Al-Asrak.

Vio Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras encantadoras.

PERO LA NOCHE 566 PROSIGUIO SU RELATO EN ESTA FORMA:

–Tengo entendido, *¡ye* monarca, el afortunado!, que la esclava le dijo a Garib:

–Es Kaukabu-z-Zabah, la hija del rey Al-Asrak.

Y Garib, al oírlo, volvióse y le dijo a Murâsch:

–Con esa señorita quisiera casar.

Y Murâsch le respondió:

–Este palacio con cuanto contiene de personas y bienes, tú, con tu mano, te lo has ganado. Pues de no habérsete ocurrido esa estratagema para aniquilar a Barkán y al rey Al-Asrak y a sus huestes, no quedara con vida uno de nosotros. Así que sus tesoros son tus tesoros y sus hombres son tus esclavos todos.

Diole gracias Garib por tan finas palabras y luego se acercó a la muchacha y fijó en ella su mirada y se encendió su corazón en fuego de pasión.

Y se olvidó de Fahru-Tach, la hija del rey Sabur, el señor de Achm y del Turquestán y del Deilam; pero ¿qué más, si hasta de Mahdiyah se llegó a olvidar?

Ahora bien: se ha de saber que la madre de aquella princesa era la hija del rey de las tierras de Az-Zin, y que el rey Al-Asrak de su palacio habíala raptado y la doncellez le había arrebatado, y ella de él había concebido una hija, que era aquella princesa tan linda.

A la cual, por su hermosura y gracia pusiérale el nombre de Kaukabu-z-Zabah [50] y como señora de las bellas era conocida y famosa en toda la tierra.

Y muriera su madre cuando ella contaba solo cuarenta días y habíanla educado eunucos y nodrizas, y ahora tenía diecisiete años cumplidos y también su padre, en aquel entretanto, era fallecido.

Y Garib sintió por ella una pasión violenta y le puso encima su mano y aquella noche misma a ella entró y su doncellez intacta encontró.

Y se ha de saber que la princesa siempre a su padre odiara y de su muerte ahora se alegraba.

Mandó luego Garib derribar el Alcázar Pintado y, luego que lo hicieron, repartió el botín entre los genios, y a él le correspondieron veintiún mil tejas de oro y plata, más una suma considerable de dinero, tal y tan grande, que no se lo podía contar ni calcular.

Llevó luego el rey Murâsch al rey Garib y le hizo ver el Monte Kaf y las maravillas que en él se contenían.

Después de lo cual volviéronse ambos al palacio de Barkán y lo mandaron derribar y repartieron el botín entre sus guerreros, y después tomaron la vuelta de la fortaleza del rey Murâsch.

Y permanecieron cinco días allí y luego Garib manifestó su deseo de volverse a su país.

Y el rey Murâsch, al oírlo, le dijo:

–*¡Ye* rey de los hombres! Yo al lado de tu estribo marcharé y a tu país te conduciré.

Pero Garib le replicó:

–¡Por el poder de Ibrahim, el Amigo de Alá, que no consentiré que por mí tal molestia te tomes y solo llevaré de

[50] Estrella de la mañana. *Stella matutina.*

tus hombres a Kailachán y Kurachán para que me escolten!

Y Murâsch le tornó a replicar:

–¡*Ye* rey, lleva contigo diez mil jinetes de los genios que te sirvan según tu deseo!

Pero Garib insistió, diciendo:

–No tomaré otros conmigo que los que ya te he dicho.

Y entonces mandó Murâsch a los mil *amrad* que a Garib le habían correspondido como su parte en el botín que con sus tesoros cargasen y a su país se los llevasen.

Pero a Kailachán y Kurachán les ordenó que con Garib se quedasen y acatamiento le prestasen.

Y contestaron los dos:

–¡Oímos y obedecemos, señor!

Y luego Garib les dijo a los genios:

–Encargaos vosotros de conducir el botín y a Kaukabu-z-Zabah hasta mi país.

Porque él pensaba emprender la marcha caballero en su caballo con alas.

Pero Murâsch le dijo:

–Es el caso, hermano mío, que este caballo solo en nuestro país puede vivir, y, luego que hollase la tierra del hombre, tendría que morir; pero yo tengo en mis cuadras un caballo marino que en todo Al-Irak no tiene su igual, y no allí solo, sino en el mundo todo.

Mandó luego que le llevasen el corcel marino, y, al verlo Garib, se le voló el sentido.

Procedieron después a atarle al hipocampo los pies y Al-Kailachán se lo cargó a la espalda, en tanto Al-Kurachán cargaba también con cuanto podía acarrear.

Y Murâsch abrazó a Garib y, por el dolor de la separación, rompió a llorar y exclamó:

–¡*Ye* hermano, el querido, si te ocurre algún contratiempo que vencer no puedas, mándame un recado y en seguida me tendrás a tu lado, con un ejército capaz de asolar la tierra entera, con todo cuanto encierra!

Y Garib su ofrecimiento le agradeció y por su fervor religioso lo felicitó.

Y después de eso partió Garib con sus dos genios y su bridón, y fueron marchando por espacio de dos días y una noche, e hicieron en ese tiempo un recorrido en el que otros cincuenta años habrían invertido, y se aproximaron a la ciudad de Omán y en sus inmediaciones hicieron alto para descansar.

Y Garib, volviéndose a Kailachán, le dijo:

–¡Ve y tráeme nuevas de mi pueblo!

Y el *marid* fue allá y estuvo ausente un rato y luego volvió y le dijo a su amo:

–¡*Ye* rey! ¡Has de saber cómo delante de la ciudad hay un ejército pagano, semejante al mar alborotado, y tu pueblo con él está luchando! Sonado han los clarines del ataque y Chamrakán contra el enemigo salió ya.

Luego que eso oyó Garib, exclamó con voz recia y tonante:

–¡Alá es el más grande!

Y luego gritó:

–¡Hola, Kailachán; ensíllame luego mi yegua y tráeme mi armadura y mi lanza, que hoy es el día en que el verdadero caballero se ha de distinguir del cobarde en la liza, donde la estocada de la espada y el golpe de la lanza la ley dictan!

Hizo al punto Kailachán lo que su señor le mandara y Garib se vistió su cota de malla y se ciñó la espada de Chafis, hijo de Noh, y montó de un salto en su hipocampo y cabalgó en dirección al ejército de los paganos.

Pero Kailachán y Kurachán le dijeron:

–Serena tu corazón y déjanos salir a nosotros al campo contra los infieles, que ya verás cómo los desbaratamos y a los yermos y desiertos los lanzamos,

hasta que, con ayuda de Alá, el Excelso, el Omnipotente, ni uno solo de ellos con vida quede; ni siquiera uno de ellos, que pueda soplar sobre el fuego.

Pero Garib les respondió, diciendo:

–¡Por Ibrahim, el Amigo de Alá, que no consentiré que sin mí luchéis y ya montado en mi corcel me tenéis!

Y la razón de que aquellas tropas hubiesen llegado hasta la ciudad de Omán no era otra sino que, al salir Achib de campaña con las huestes de Yarub-ben-Kahtán y ponerle sitio a la ciudad de Omán, lanzáronse Chamrakán y Sâdan al combate y, ayudados de Kailachán y Kurachán, al ejército de los infieles lograron aniquilar, y Achib tuvo que emprender la fuga para su vida salvar.

Y Achib les dijo a sus hombres:

–*¡Ye* gentes! Si volvéis a Yarub-ben-Kahtán [51], habiendo caído en la lucha su pueblo y su hijo, de seguro os dirá: «*¡Ye* gentes, a no ser por vosotros no fueran destruidos mi pueblo y mi hijo!», y nos dará muerte a todos, sin dejar uno vivo. Así que seguid mi consejo, que no es otro sino que marcharemos a tierras de Al-Hind y nos pongamos bajo la sombra del rey Tarkanán [52] para que nos vengue de nuestro enemigo y nos limpie del deshonor sufrido.

Y todos sus hombres dijeron al oírlo:

–¡Vamos, pues, allá y que la bendición del cielo descienda sobre ti!

Y fueron cabalgando días y noches, sin parar, hasta que llegaron a tierras de Al-Hind, y, al llegar allí, pidieron audiencia al rey Tarkanán, y el rey diole a Achib su venia para que pasase a su presencia.

Y Achib pasó y la tierra entre sus manos besó y luego exclamó:

–*¡Ye* rey, concédeme tu protección! ¡Así el Fuego te proteja a *ti* en su luminoso centellear y te cubra con su densa sombra nocturna!

Y el rey de Al-Hind, después de mirarlo, díjole a Achib:

–¿Quién eres y qué quieres?

Y Achib le contestó al rey:

–Yo soy Achib, rey de Al-Irak, y mi hermano me ha hecho un desafuero y, además, se ha convertido a la fe del Al-Islam. Y se ha llevado a los hombres tras de sí y es ahora rey en el país y no me deja en paz y me viene persiguiendo de lugar en lugar. Y ya lo ves. ¡A ti he venido, a implorar protección de tu magnanimidad!

Luego que el rey de Al-Hind hubo oído las palabras de Achib, de su asiento se levantó y a sentarse volvió y exclamó:

–¡Por el Fuego, que te he de vengar de tu hermano y he de hacer que no adore a nadie sino a mi señor, la llama del Fuego, como debe ser!

Y acto seguido llamó el rey a su hijo, y le dijo:

–Mira, hijo mío: toma luego tus armas y marcha al país de Al-Irak y devástalo y arrásalo sin nada dejar, y a todo aquel que no adore al Fuego tómalo cautivo y cárgalo de hierros y dale tormento, para que a todos sirva de escarmiento; pero no los mates, sino tráemelos a mí para que yo les pueda toda suerte de suplicios infligir y la amargura de la humillación paladeen a su sabor y sean una advertencia para los capaces de ser advertidos sobre la tierra.

Eligió luego el rey Tarkanán un séquito para su hijo de ochenta mil infantes y ochenta mil jinetes en azurafas [53] montados, y asimismo envió con él diez mil elefantes, cargados en sus

[51] Personaje casi histórico que pasa por el primero que cultivó la poesía árabe.

[52] Este vocablo lleva en sí, por la raíz *trk*, la idea de hombre rudo y de turco o tártaro.

[53] La intervención de las azurafas o jirafas no puede ser más peregrina, ya que se trata de un animal sumamente tímido, impropio de ser utilizado para fines de guerra.

lomos con literas de madera de sándalo, enrejadas de varillas de oro, guarnecidas de planchas y clavos de oro y plata, y dizque en cada una de aquellas literas había un trono de esmeralda y oro, y, demás de eso, diole también el rey a su hijo literas de campaña capaces cada una para ocho guerreros con todas sus armas.

Y dizque el hijo del rey era el paladín más grande de su tiempo y ningún héroe con él en valor se podía comparar.

Y se llamaba Râd-schah [54].

Diez días invirtió Râd-schah en armarse y armar a sus tropas, y al día, el onceno, partió con su ejército que un tropel de nubes semejaba, y fue cabalgando por espacio de dos meses por llanos y montañas.

Y luego que llegaron a la ciudad de Omán, en torno de ella, a la redonda, acamparon.

Y cuenta que Achib estaba muy ufano y se consideraba victorioso de antemano.

Y Chamrakán y Sâdan y los demás héroes de su bando salieron al campo y los atabales repicaron y los caballos relincharon, y eso fue lo que vio Al-Kailachán y lo que en seguida a Garib fue a comunicar.

Y Garib, al oírlo, montó en su bridón y lo espoleó y se metió por entre las filas de los enemigos y aguardó a ver quién salía a luchar a la palestra y abría el primero la puerta de la guerra.

Pero en el entretanto Sâdan habíase adelantado y a singular combate había a los infieles retado.

Y uno de los héroes de Al-Hind aceptó el reto y se adelantó, pero no bien ante él llegó cuando Sâdan le asestó un mazazo que los huesos le partió y por tierra lo derribó.

Salió luego otro guerrero a pelear con el *algol*, y a este, como a su compañero, diole rápida muerte, y lo mismo hizo con un tercero que salió luego.

Pero entonces se adelantó a pelear con el *algol* un paladín de los de Al-Hind, llamado Battaschu-l-Akrán [55], y doquier notorio como el más grande luchador de su tiempo, que valía por cinco mil caballeros en el palenque, donde la estocada y el lanzazo dictan la ley.

Y dizque el tal Battaschu-l-Akrán era tío del rey Tarkanán.

Y al enfrentarse con Sâdan, le gritó:

–¡*Ye* ladrón de los árabes! ¿Tan grande es tu osadía que te atreves a matar a los príncipes y héroes indianos y a tomar prisioneros a sus caballeros? Pero ¡hoy, de seguro, es el postrero de tus días en este mundo!

Luego que esas bravatas hubo oído Sâdan ribeteáronsele los ojos de rojo y se lanzó sobre Battasch y le arreó con la maza; pero sucedió que el golpe le falló y la maza de él tiró y por tierra lo derribó.

Y antes de que pudiera percatarse encontróse ya atado de pies y manos y los de Al-Hind con él en seguida cargaron y a sus tiendas se lo llevaron.

Pero al ver Chamrakán atado a su amigo Sâdan, lanzó un grito, diciendo así:

–¡Por el poder de la Fe de Ibrahim, el Amigo de Alá!

Y Chamrakán hincóle a su corcel la espuela en los ijares y arremetió contra Battaschu-l-Akrán y ambos estuvieron unos momentos buscándose las vueltas, hasta que al fin Battasch embistió contra Chamrakán y lo hirió en su cota de malla y de la silla lo derribó y a tierra lo lanzó.

Y en el acto, los indianos encadenaron a Chamrakán y con él cargaron y a sus tiendas se lo llevaron.

Salieron luego uno y otro caballero

[54] Trueno del schah.

[55] El que domina a sus iguales.

y con Battasch combatieron, pero Battasch a todos ellos los venció y cautivos los tomó, hasta llegar al número de veinticuatro los musulmanes prisioneros.

Y los creyentes, al ver aquello, fue grande el dolor que sintieron.

Pero no bien hubo visto Garib lo que a sus héroes les estaba ocurriendo, cuando fue y se sacó de entre sus rodillas [56] una clava de oro que tenía ciento veinte libras de peso y que antes había pertenecido a Barkán, el rey de los genios.

Y Garib luego espoleó su corcel marino y este corrió por debajo de él semejante a un huracán y en medio del palenque se fue a plantar.

Y Garib gritó:

–¡El más grande es Alá! ¡Victoria y salud! ¡Y bochorno y afrenta para los que la Fe de Ibrahim, el Amigo de Alá, niegan!

Y acto seguido, asestóle a Battasch un mazazo, tal y tan recio, que lo tendió en el suelo.

Y al esparcir luego Garib su mirada en torno suyo por las filas de los creyentes reparó en su hermano Sáhimu-l-Leili y, en seguida, le gritó, diciendo:

–¡Anda, Sáhim, y ata a ese perro!

Vio Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras encantadoras.

PERO LA NOCHE 567 REANUDO SU RELATO EN ESTA FORMA:

–Ha llegado a mis oídos, *¡ye* el sultán, el bienhadado!, que Garib le dijo a su hermano:

–¡Anda, Sáhim, y ata a ese perro!

Y no bien hubo Sáhim oído aquello cuando se abalanzó sobre Battasch y con fuertes ligaduras lo ató y tiró de él y se lo llevó.

Y dizque a todo esto los héroes de los muslimes estaban maravillados, sin saber quién aquel caballero podía ser, y también los infieles entre sí se decían: «¿Quién será ese caballero que de entre ellos salió y a nuestro capitán cautivo tomó?»

Tornó luego Garib a la pelea y paladín enemigo que combatir con él osaba, paladín que vencía y de un mazazo derribaba.

Y en seguida Al-Kailachán y Al-Kurachán lo ataban y a Sáhim se lo entregaban.

Y dizque al atardecido eran ya cincuenta y dos los bravos capitanes que Garib hiciera cautivos.

Tocaron luego los tambores retirada y Garib se salió del palenque y volvióse al campamento de los creyentes.

Y el primero que le salió al encuentro fue Sáhim, el cual le besó el pie en el arzón y exclamó:

–¡Que tus manos no se sequen jamás, *ye* héroe, el mayor de nuestra edad! Pero dime, por favor: ¿quién eres tú entre los héroes del valor?

Levantóse entonces Garib la visera de su almófar y mostróle su rostro a Sáhim, y este luego lo conoció y exclamó:

–*¡Ye* gentes, aquí tenéis a vuestro rey y señor Garib, que del país de los genios volvió!

Y los musulmanes, no bien oyeron el nombre de su rey, cuando se lanzaron abajo de lomos de sus caballos, y se le acercaron y los pies en los estribos le besaron y con el *selam* lo saludaron, y

[56] Alusión a la costumbre de llevar así armas ligeras para tenerlas a mano.

de su feliz regreso muy alborozados en triunfo a la ciudad de Omán le fueron escoltando.

Y ya en la ciudad de Omán sentóse Garib en el trono de su realeza y todo su pueblo acudió a rodearlo con alegre priesa.

Y sirvieron los criados los manjares y comieron hasta hartarse.

Y luego Garib les contó todo cuanto le sucediera en el Monte Kaf, entre las castas de los genios, sin nada omitir ni callar. Y sus oyentes quedáronse maravillados y dieron gracias a Alá por haberlo incólume guardado.

Y los *amrad* Al-Kailachán y Al-Kurachán no se apartaban un punto del lado de Garib, y al dar este a sus gentes la señal para que a descansar se fuesen y luego que todos a sus sendas tiendas se hubieron retirado, quedáronse ellos solos a su lado.

Y Garib, entonces, les dijo:

–¿Podríais llevarme a Al-Kufa, para que me huelgue con mis mujeres, y luego, al término de la noche, aquí de nuevo traerme?

Y ellos le contestaron:

–¡*Ye* señor nuestro, lo que deseas es llano!

Y dizque entre Kufa y Omán hay una distancia de sesenta jornadas para el jinete que raudo cabalga.

Y Kailachán díjole a Kurachán:

–¡Yo cargaré con él a la ida y tú lo tomarás a la venida!

Y así diciendo cargóse al rey sobre sus hombros, mientras su compañero se colocaba a su vera, y una hora escasa habría pasado cuando ya a Kufa eran llegados y aterrizaban con Garib a la puerta de su palacio.

Y Garib pasó a ver a su tío Ad-Dámig, y su tío, luego que lo vio, de su asiento se levantó y con el *selam* lo saludó.

Y Garib le preguntó:

–¿Cómo están mis esposas queridas, Kaukabu-z-Zabah y Mahdiyah?

Y su tío le respondió:

–Ambas gozan de salud cumplida.

Y luego de eso pasó el eunuco al *harén* y anuncióles a las mujeres la llegada de Garib, y ellas, de puro alegres, dejaron escapar jubilosos gritos y dieron al castrado albricias por la buena nueva que les había traído.

Y luego presentóse el propio rey en su *harén* y todas sus mujeres se pusieron de pie y lo saludaron con el *selam* y se pusieron a platicar, hasta que Ad-Dámig llegó y Garib cuanto le sucediera en el país de los genios les refirió y todas ellas y Ad-Dámig lo escucharon con maravillada atención.

Y Garib pasó el resto de aquella noche con Kaukabu-z-Zabah, hasta que la mañana empezó a clarear.

Y entonces Garib se despidió de sus deudos, de sus esposas y su tío Ad-Dámig y montó a hombros de Kurachán, a cuyo lado volaba Kailachán.

Y antes de que la oscuridad se hubiese del todo disipado encontróse Garib, sin haber sentido ninguna dificultad, en su ciudad de Omán.

Y acto seguido se vistió sus armas y otro tanto hicieron sus hombres, y luego dio orden Garib de que abriesen las puertas de la ciudad, y no bien lo hicieron, vio llegar un caballero que venía del campamento de los infieles con Chamrakán, y el *algol* Sâdan y los capitanes prisioneros del día antes, a los que había rescatado y ahora entregaba al rey de los muslimes y los ponía en sus manos.

Holgáronse mucho todos los creyentes de la liberación de sus compañeros, pero no demoraron el montar en sus caballos.

Y sonaron los tambores llamando a la pelea y todos se aprestaron a la estocada y la lanzada.

Y también los infieles montaron en sus alazanes y se distribuyeron en orden de combate.

Y el primero en abrir la puerta de la

guerra fue el rey Garib, el cual empuñó su tizona Al-Mahik, la espada de Chafis (sobre él sea la paz), y por entre las filas de los infieles metió su caballo, espoleándolo.

Y Garib grito:

–Quien me conoce sabe ya de sobra el daño de mi mano y al que no me conoce yo mismo le haré saber quién soy. ¡Soy, pues, Garib, rey de Al-Irak y Al-Yaman, hermano de Achib!

Luego que Râd-schah, el hijo del rey de Al-Hind, hubo oído esas palabras, díjoles a sus capitanes:

–¡Traedme luego a Achib acá!

Lleváronselo sus hombres en seguida y Râd-schah le dijo:

–¡Harto sabes que esta lucha es tu lucha y que tú eres la causa de toda esta matanza! Pues bien: ahí tienes a tu hermano Garib en medio de la liza, donde la espada y la lanza son las que mandan; ve luego a él y tráemelo prisionero para que yo pueda ponerlo vuelto de espaldas sobre los lomos de un camello y hacer con él un escarmiento y llevarlo así, cubierto de oprobio, a tierras de Al-Hind.

A lo que respondió Achib:

–¡*Ye* rey: envía contra él a otro que yo, que esta mañana amanecí adolecido y no puedo combatir!

Pero al oír eso Râd-schah se puso a bufar y resoplar y exclamó:

–¡Por el poder del fuego centelleante y la sombra y el calor, que, como luego no salgas al palenque y me traigas prisionero a tu hermano, que te he de cortar la cabeza y de ti he de dar cuenta!

Visto lo cual cobró Achib corazón, y, espoleando su caballo, fuese contra su hermano, hasta plantarse en los medios del campo, y ya allí, lo increpó:

–¡*Ye* perro de los árabes y el más rahez de los tendereros! ¿Cómo es que te atreves a luchar con los reyes? Ahí te va lo que te toca en suerte; ¡acoge al mensajero de tu muerte!

Pero Garib, al oírlo, le dijo:

–¿Quién eres tú entre los reyes?

Y Achib le replicó:

–Yo soy tu hermano y este es el día postrero de tus días mundanos.

Ahora bien: luego que Garib se cercioró de que aquel era en verdad su hermano Achib, lanzó un recio grito y dijo:

–¡Sus y a él; a vengar a mi padre y mi madre!

Y entregando luego su espada a Kailachán, fue y empuñó su maza y arremetió contra Achib y le lanzó con su maza un golpe, tal y tan certero, que en las costillas le dio, y después Garib a su enemigo por la gorguera cogió y de su silla lo derribó, dando con él en tierra. Y ya allí, los dos genios a él se abalanzaron y en un abrir y cerrar de ojos lo ataron y cubierto de oprobio y vilipendio se lo llevaron.

Holgóse grandemente Garib de la prisión de su enemigo y repitió estos versos de un poeta conocido:

«Gracias a ti, Señor, que al cabo diste
satisfacción cumplida a mis anhelos!
¡Pobre de bienes me crié y humilde;
mas tú me engrandeciste con exceso,
pues tierras conquisté y hombres vencí,
y a Ti, a nadie más, Señor, lo debo!»

Pero luego que Râd-schah hubo visto lo que a Achib con su hermano le había ocurrido, su corcel requirió y sus armas se vistió y hasta el medio del campo se adelantó.

Y luego que estuvo lo bastante cerca de Garib, lo interpeló así:

–¡*Ye* el más vil de los árabes y de los porteadores de leña! ¿Quién eres para que oses pelear con los reyes? ¡Bájate ahora mismo de tu caballo y ponte los codos a la espalda y bésame el pie y da libertad a mis guerreros y ven conmigo cargado de cadenas a mi reino y te perdonaré y te haré *scheij* en nuestro país, para que allí puedas un mendrugo de pan comer y vivir!

Luego que Garib hubo oído esas palabras echóse a reír con tales ganas que se tumbó de espaldas y contestó así a tales bravatas:

—¡*Ye* perro rabioso! ¡*Ye* lobo rapaz, muy pronto has de ver contra quién las ruedas de la suerte van a volver!

Y dirigiéndose a Sáhim, le dijo:

—¡Tráeme acá luego a los cautivos!

Y Sáhim se los llevó y él a todos las cabezas les cortó.

Embistió luego Râd-schah contra Garib con traza de caballero cabal y lo acometió con el ímpetu de un valiente sin par.

Y pelearon ambos con brío igual, buscándose el uno al otro las vueltas y rehuyéndose y acercándose, hasta que los nocturnos alizares sobre la tierra se corrieron.

Y entonces los tambores tocaron retirada y ambos combatientes se separaron y a sus respectivos campamentos se tornaron, y allí sus guerreros, por su feliz regreso, los felicitaron.

Pero los muslimes a Garib le dijeron:

—¡No acostumbras por cierto, *ye* rey, a prolongar los combates como hoy lo has hecho!

Y Garib les contestó, diciendo:

—¡*Ye* los hombres: sabed cómo ya luché yo con hartos héroes y emires del mundo y con todo eso jamás vi un esgrimidor tan diestro! Pero lo que haré será echar mano de la tizona de Chafis-ben-Noh y con ella los huesos le partiré y fin a su vida pondré. Pero, a la verdad, si lo ataqué flojamente, fue porque quería cogerlo prisionero, para ver de convertirlo a nuestro islámico credo, el verdadero.

Y fue así como habló Garib.

Cuanto a Râd-schah, volvióse, según queda dicho, a su tienda y se sentó en el trono de su realeza y los grandes de su pueblo lo rodearon y por su adversario le preguntaron.

Y él les contestó, diciendo:

—¡Por el Fuego centelleante, que jamás en mi vida tuve ocasión de ver barragán con él comparable! Pero mañana, de fijo, que lo hago prisionero y tiro de él con bochorno y vilipendio.

Después de lo cual fuéronse todos a acostar y durmieron hasta por la mañana sin parar.

Y luego que la mañana amaneció sonaron los tambores y los añafiles llamando a la pelea y todos se ciñeron sus espadas y se vistieron sus armas, y luego se dejaron oír los gritos marciales y los combatientes montaron en sus vigorosos corceles de lacias crines, y dizque eran tantos que llenaban todo vacío y claro y los montes y los llanos.

Y el primero en abrir la puerta de la guerra fue el impetuoso caballero, el justador comparable a un león, el invicto adalid; en una palabra: el rey Garib.

El cual empezó a caracolear por la almidana, de acá para allá, sin dejar de gritar:

—¿Quién sale a pelear? ¿Quién está dispuesto a luchar conmmigo en combate singular? Pero desde ahora advierto que los cobardes y flojos no deben hacerlo.

No bien profiriera estas palabras cuando hete aquí que sale a plaza Râd-schah, encumbrado sobre un elefante, a una sólida torre comparable, y dizque a lomos del elefante iba una litera de guerra, con un prendedor de seda sujeta, e iba el conductor del alfil montado entre sus orejas y en la mano esgrimía un garfio, con el cual al animal hostigaba y a diestro y siniestro lo enderezaba.

Ahora bien: al acercarse el alfil al bridón de Garib y ver al caballo, que nunca hasta entonces viera jamás, se espantó y se echó atrás [57].

Visto lo cual apeóse Garib de un

[57] Ya Herodoto (Libro I) nota cómo los elefantes se asustan de los caballos.

salto y entregó a Kailachán su caballo y desenvainó su tizona Al-Mahik y fuese a pie hacia Râd-schah y se le acercó, hasta quedar plantado al lado de su elefante.

Y tenía Râd-schah por costumbre, siempre que daba con un adversario que lo sobrepasaba, subirse a la litera que el elefante llevaba y echar mano de un instrumento que llamaban *aluahak* [58], y venía a ser una especie de jábega, por abajo ancha y por la boca estrecha, y tenía una cuerda corrediza de seda, que pasaba por unas alhelgas que en sus bordes había.

Y con ese lazo solía Râd-schah caballo y caballero cazar, echándoles la red y tirando de ella después y corriendo la cuerda por entre los aros, y dizque eran muchos los enemigos que de esa suerte había apresado.

Y al ver ahora a Garib plantado ante él levantó su mano armada de la red y se la arrojó y en ella lo envolvió, y de él tiró y a lomos del elefante lo aupó, y gritóle al animal ordenándole a su campamento regresar.

Pero Kailachán y Kurachán no habían abandonado ni un momento a su amo, y, al ver ahora lo que le había pasado, sujetaron recio al alfil y dieron tiempo a Garib para que forcejease dentro de la red y la rasgase, y entonces ambos genios contra el indiano arremetieron y lo ataron y lo arrastraron con un dogal de fibras de palma al cuello enroscado.

Y acto seguido los guerreros unos a otros se atacaron cual dos mares que entre sí chocan o dos montañas que una sobre otra se desploman.

Y subió el polvo hasta las nubes del cielo y conocieron la ceguera ambos ejércitos y la lucha encrudecióse y la sangre corrió a borbotones.

Y no decaía un momento el furor de los luchadores y era aquel un rabioso alancearse y lanzarse estocadas innumerables, que no podían ser más, hasta que el día finó y vino la noche con su sombra y los envolvió.

Tocaron entonces retirada los atabales y ambas huestes se separaron y a sus reales respectivos se retiraron.

Y pudo comprobarse que aquel día fueron muchos los muslimes que cayeron en la pelea y que los más de ellos fueran heridos en ella.

Lo cual se debió a aquellos jinetes indios que montaban alfiles y azurafas.

Gran pesadumbre sintió Garib al ver aquello y mandó que asistiesen a los heridos con todo celo, y luego se encaró con los emires de su reino y les preguntó:

–¿Cuál es vuestro parecer sobre lo que debemos hacer?

Y ellos le contestaron:

–¡*Ye* rey: nuestro revés se lo debemos solamente a los elefantes y a las jirafas, y, si pudiéramos librarnos de ellos, de fijo que a nuestro enemigo venceríamos!

Al oír lo cual alzaron la voz Kailachán y Kurachán, diciendo:

–Nosotros dos sacaremos nuestras espadas y los atacaremos y a todos los venceremos.

Pero entonces se adelantó un hombre del pueblo de Omán y así habló:

–¡*Ye* rey, yo te fío la victoria de nuestras tropas si accedes a seguirme y oírme!

Y Garib se volvió a sus capitanes y les dijo:

–¡Seguid al pie de la letra lo que este maestro os ordene, sea lo que fuere!

Y ellos contestaron, diciendo:

–¡Oímos y obedecemos!

Y el hombre aquel eligió luego diez de los capitanes y les preguntó:

–¿Cuántos barraganes y bravos tenéis bajo vuestra mano?

Y ellos le contestaron:

–Diez mil.

[58] Lazo.

Y el hombre los tomó y los llevó a la cámara de las armas y armó a cinco mil de ellos con arcabuces y les enseñó cómo había que hacer para dispararlos [59].

Y luego que al otro día tiñóse el cielo con el rosado color de la aurora armáronse los infieles para la pelea y montaron en sus elefantes y sus jirafas y salieron a plaza.

Y dizque esos animales y sus jinetes iban delante, abriendo la marcha.

Y Garib y sus héroes montaron también en sus corceles y ambos ejércitos se enfrentaron en el palenque.

Y sonaron los tambores llamando a la pelea.

Y los nobles señores avanzaron y también las azurafas y los alfiles se destacaron.

Y entonces el hombre de Omán dioles orden a los arqueros y arcabuceros de disparar y ellos empezaron a manejar sus ballestas y sus armas de fuego.

Y volaron por el aire las saetas y las balas y fueron a clavarse en los costados de los animales, haciéndoles dar berridos de dolor y revolverse contra sus propios jinetes y sus hombres y derribarlos y con sus patas aplastarlos.

Y acto seguido los muslimes cerraron contra los infieles y por todas partes los cercaron, así por la derecha como por la izquierda, en tanto sus alfiles y azurafas los pateaban. Y los arrojaron a los desiertos y los yermos y con sus buidas espadas los persiguieron

Y de los elefantes y las jirafas solo unos cuantos sobrevivieron a la batalla.

Y Garib, finalmente, volvióse a su campamento con los suyos victorioso y contento. Y al día, el siguiente, repartiéronse el botín del enemigo y permanecieron allí cinco días más.

Y Garib se sentó en el trono de su señorío y mandó que le llevasen a su hermano Achib, y luego que lo tuvo en su presencia, lo increpó, diciendo:

–¡*Ye* perro! ¿Por qué concitas a los reyes en nuestra contra cuando Aquel que sobre toda cosa es poderoso nos da siempre la victoria? Conviértete, pues, a la Fe del Al-Islam, salvadora, y te salvarás. Y por amor de la Fe, la muerte de mi padre y mi madre te perdonaré, y rey, como lo fuiste, volverás a ser, y yo mismo a tu dominio me someteré.

Y contestó Achib a esas palabras de Garib:

–De cierto que nunca renegaré yo de mi fe.

Y entonces Garib lo mandó atar con ataduras de acero y lo confió a la guardia de cien esclavos, de los más fuertes y recios de todos ellos.

Y luego se volvió a Râd-schah y le preguntó:

–¿Qué dices tú de la Fe del Al-Islam?

Sorprendió a Schahrasad la mañana y puso dique a sus desbordadas palabras.

PERO LA NOCHE 568 DIJO LA MUCHACHA:

–Puedo afirmar, ¡*ye* monarca, el afortunado!, que Garib se volvió a Râd-schah y le preguntó:

–¿Qué dices tú de la Fe del Al-Islam?

Y le respondió Râd-schah:

–Señor: yo, en verdad, querría vuestra ley abrazar, pues si no fuera la verdadera, la auténtica, no nos vencie-

[59] Burton opina–con razón–que este paso es una interpretación del copista. Un anacronismo.

ras jamás. Tiende, pues, tu mano y daré testimonio de cómo no hay más dios que Alá y que Ibrahim es su amigo y su profeta, a no dudar.

Holgóse grandemente Garib con la conversión de su antiguo enemigo y le preguntó:

–Dime, ¿está el dulzor de la Fe firmemente arraigado en tu corazón?

Y Râd-schah le contestó:

–¡*Ye* sí, mi señor!

Y Garib insistió:

–Dime, Râd-schah: ¿quieres volverte a tu tierra y tu reino?

Pero Râd-schah le replicó, diciendo:

–¡*Ye* no, mi señor; que mi padre me matará como almofatás [60] si llega a saber que de su creencia renegué!

Pero Garib le dijo:

–Yo iré allá contigo y te haré rey de todo el país y te obedecerá toda tu gente con la ayuda de Alá, el Benéficente.

Y Râd-schah, al oírlo, besóle a Garib la mano y el pie.

Recompensó después Garib al hombre de Omán que le había aconsejado de un modo tan eficaz y de riquezas lo colmó y, finalmente, volvióse a Kailachán y Kurachán y les dijo:

–¡Oíd, *ye* pueblo de los *alifrites!*

Y ellos al punto contestaron:

–A tus órdenes estamos.

Y Garib prosiguió:

–¡Quiero que en seguida me llevéis a tierras de Al-Hind!

Y ambos genios le dijeron:

–¡Oímos y obedecemos!

Y Garib tomó consigo a Chamrakán y Sâdan, y Al-Kurachán echóse a ambos a la espalda y cargó con ellos, en tanto su compañero Al-Kailachán cargaba con Garib y Râd-schah.

Y dizque al remontar los genios el vuelo era la hora de ponerse el sol, y aún no era la noche finada cuando ya a Kaschmir llegaran y ya allí aterrizaron en la azotea del palacio y todos juntos las escaleras bajaron.

Ahora bien: es de saber que, en el entretanto de todo eso, había ya Tarkanán tenido nuevas, por los fugitivos, de lo sucedido a su ejército y su hijo, por lo que estaba muy inquieto y no podía conciliar el sueño ni gozar de ningún placer ni consuelo, y siempre estaba pensando en su hijo y en su triste sino.

Así que, al ver ahora entrar de improviso, estando en su *harén,* a Garib y sus compañeros y su hijo entre ellos, que bajaran por las escaleras desde la azotea, quedóse maravillado y perplejo y sintió pavor de los genios.

Pero su hijo Râd-schah encaróse con él y le dijo:

–¿Hasta cuándo has de persistir, *ye* traidor, en tu yerro de adorar al Fuego? ¡Guay de ti, deja ese falso culto y adora en adelante al Creador de los mundos y del día y la noche, al que no abarca la vista del hombre!

Luego que Tarkanán hubo oído la arenga de su hijo, fue y le arrojó una barra de hierro que siempre tenía a mano; pero falló el golpe y la barra fue a dar en un poste del alcázar y le rompió tres piedras, que rodaron por tierra.

Y el rey Tarkanán increpó a su hijo, diciendo:

–¡*Ye* perro, mi ejército destruiste y de mi fe renegaste y ahora vienes a mí con la pretensión de que yo también apostate!

Pero al oír aquello fuese Garib al rey derecho y le dio una puñada en el pescuezo, con tal fuerza, que lo tumbó en tierra. Y en seguida los dos *alifrites* procedieron a atarlo, y dizque, al ver aquello, todas las mujeres del *harén* huyeron.

Y Garib se sentó en el trono del reino y le dijo a Râd-schah:

–¡Haz justicia con tu padre!

Y Râd-schah encaróse con él y le dijo:

[60] Apóstata.

–¡*Ye* piojo perverso, vuélvete uno de los salvados y te salvarás del fuego y de la ira del Todopoderoso!

Pero Tarkanán le respondió, diciendo:

–¡Jamás de mi fe renegaré y en ella moriré!

Y al oír Garib aquello enarboló su tizona Al-Mahik y asestó al viejo una estocada tan recia que, partido en dos, lo derribó por tierra y Alá despachó aprisa su alma al fuego y a la mala posada.

Y Garib mandó luego colgar su cadáver de la puerta del alcázar, y sus criados colgaron la una mitad a la derecha y la otra mitad a la izquierda, y después aguardaron todos a que la mañana amaneciera.

Y luego que la mañana amaneció, mandóle Garib a Râd-schah revestirse de la vestidura real y sentarse en el trono de su padre, y él se sentó a su diestra, en tanto Chamrakán y Sâdan y los dos *alifrites* teníanse en pie respetuosos, a uno y otro lado del trono.

Y Garib ordenóles a Kailachán y Kurachán:

–¡Cogedme luego a todos cuantos entren de emires y príncipes y atádmelos, y mucho ojo con dejar que se escape uno solo!

Y los *alifrites* respondieron:

–¡Oímos y obedecemos!

Empezaron luego a acudir a palacio todos los dignatarios, con objeto de cumplir sus funciones de servicio cerca del soberano, y el primero que se presentó fue el capitán mayor que, al ver al rey Tarkanán muerto, partido en dos y colgado de una y otra puerta del palacio, fue luego presa de asombro y espanto.

Y Kailachán en seguida lo prendió, cogiéndolo del cuello, y lo ató y en el palacio lo metió, y lo mismo hizo, antes que saliera el sol, con trescientos cincuenta de los capitanes, según le ordenara su señor.

Y llevólos a todos a presencia de Garib, el cual les dijo así:

–¡*Ye* pueblo! ¿Habéis visto a vuestro rey colgado de las puertas de palacio?

Y ellos le preguntaron:

–¿Quién hizo ese hecho?

Y Garib les repondió:

–¡Lo hice yo con la ayuda del Omnipotente y lo mismo haré con quien ose hacerme frente y desafiar mi poder!

Y entonces ellos le preguntaron:

–Y con nosotros, ¿qué piensas hacer?

Y él les contestó, diciendo:

–Yo soy Garib, rey de Al-Irak, el que a vuestros guerreros dio muerte. Y ahora sabed cómo Râd-schah ha abrazado la ley salvadora y se ha convertido en un rey poderoso, dominador sobre vosotros. Así que volveos también buenos creyentes y todo os irá bien; pero, si a ello os negáis, desde ahora os digo que habréis de arrepentiros.

Luego que eso oyeron los capitanes dieron el testimonio de la Fe, la verdadera, y fueron escritos en el libro de los felices y los elegidos.

Y Garib les dijo:

–¿Están vuestros corazones imbuidos de verdad en la dulzura de la Fe?

Y ellos contestaron:

–¡Cierto que así es!

Y entonces Garib los mandó desatar y les regaló sendos aljalaes y les dijo:

–¡Id a vuestro pueblo y predicadles el Al-Islam! Y al que abrace la Fe, no le hagáis mal; pero al que se resista, lo habéis de matar.

Y los capitanes se marcharon y, reuniendo a los hombres que tenían bajo su mando, les explicaron lo que había pasado y les expusieron los fundamentos del credo islámico y todos lo abrazaron, menos unos pocos, que fueron muertos en el acto. Y luego de eso volvieron los capitanes al lado de Garib y lo informaron, y Garib bendijo a Alá y lo glorificó y exclamó:



–¡Loado sea el Todopoderoso, que nos allanó este asunto y pudimos resolverlo sin mayor contratiempo!

Y Garib, luego de eso, continuó cuarenta días en Kaschmir, de tierras de Al-Hind, hasta dejar arreglados los asuntos del país, y en ese tiempo destruyó los templos y oratorios del Fuego y en su lugar edificó mezquitas y aljamas.

Y en tanto Râd-schah allegaba para él preciosidades y tesoros sin cuento y a bordo de navíos los despachaba a Al-Irak.

Y después de todo eso montó Garib a hombros de Kailachán y Chamrakán y Sâdan montaron también sobre los de Kurachán, y luego de despedirse de Râd-schah.

Y fueron volando toda aquella noche, hasta que el día clareó, y a esa hora se encontraron en la ciudad de Omán, y allí las tropas salieron a recibirlos y los saludaron y de su llegada se holgaron.

Y luego ellos partieron para Al-Kufa, y, después que estuvieron en la ciudad, mandó Garib por su hermano Achib y lo mandó colgar.

Y Sáhim tomó luego garfios de hierro y se los clavó a Achib en los tendones de los tobillos y lo mandó colgar sobre la puerta.

Y Garib ordenó a sus tropas que disparasen sobre él sus saetas, y así sus soldados lo hicieron, de modo que dejaron a Achib que parecía talmente un puerco espín.

Y Garib pasó luego al interior de su alcázar y se sentó en el trono de su realeza y pasó el día arreglando los asuntos de Estado.

Y luego que la noche fue venida entró Garib en su *harén* y Kaukabu-z-Zabah salió a recibirle y lo abrazó, y tanto ella como sus otras mujeres le dieron sus parabienes por haber vuelto a su ciudad con toda felicidad.

Y Garib pasó aquel día y aquella noche con su favorita, y, luego que amaneció la mañana, hizo sus abluciones y rezó la zalá matinal, y después en su trono se sentó y mandó que procediesen a prepararlo todo para su boda con Mahdiyah.

Y sus servidores, en cumplimiento de sus órdenes, sacrificaron tres mil cabezas de ganado de oveja, y dos mil vacas y mil recentales, y cinco mil camellos e igual número de caballos, más cuatro mil gallinas y gran número de gansos. Y dizque fueron aquellas unas bodas como nunca antes se conocieran otras.

Pasó luego a ver a Mahdiyah y entró en ella y de su doncellez la despojó y en su compañía diez días permaneció.

Y cumplidos que fueron los diez días, encomendó el reino a su tío Ad-Dámig, y le recomendó gobernase con equidad a sus vasallos y emprendió la marcha con sus mujeres y sus soldados, hasta que llegaron a donde quedaron los barcos cargados con los tesoros y preciosidades y rarezas que Râd-schah le había enviado, y Garib repartió aquellas alhedias entre sus guerreros, que, de pobres que eran, se encontraron opulentos.

Y después de eso siguieron caminando hasta que llegaron a la ciudad de Babil. Y Garib regaló a Sáhim un traje de honor y sultán de la ciudad lo nombró. Y diez días con él permaneció, y luego su marcha reanudó y fue cabalgando y de cabalgar no paró hasta que llegaron al castillo de Sâdan, el *algol* de la Montaña, y allí se estuvieron cinco jornadas.

Y Garib les dijo luego a los dos *alifrites,* Kailachán y Kurachán:

–¡Id luego a Isbániru-l-Madain, al palacio de Jusrav, y enteraos de cómo se encuentra Fahru-Tach, y traedme acá uno de los familiares del monarca para que me informe de todo lo que haya pasado en el alcázar!

Y ellos le dijeron:

–¡Oímos y obedecemos!

Y en seguida partieron para Isbánir. Y hete aquí que, cuando iban volando por entre el cielo y la tierra, hubieron de divisar de improviso un ejército poderoso, que parecía un mar tempestuoso, y Kailachán le dijo a su compañero Kurachán:

–Aterricemos y veamos qué es eso.

Y aterrizaron los dos *alifrites* y se metieron por entre las filas de aquel ejército y comprobaron que eran tropas de persianos, e interrogaron a los soldados sobre quiénes eran y de dónde vinieran, y los soldados les contestaron:

–Vamos de paso hacia Al-Irak, para matar a Garib y a cuantos con él están.

Luego que los dos genios hubieron oído estas palabras, dirigiéronse al pabellón del general persiano, por cierto Rustam [61] llamado, y allí aguardaron hasta que al sueño se entregaron, y entonces en el alfaneque se colaron y con Rustam y su lecho cargaron y al castillo donde quedara Garib se encaminaron.

Era noche mediada a la sazón y los dos *alifrites* fuéronse derechos a la puerta del pabellón real y gritaron desde fuera:

–¡Venia para entrar!

Y Garib, al oírlo, se levantó y dijo:

–¡Pasad!

Y ellos entraron y dejaron en el suelo el lecho, con Rustam dormido en él, y Garib les preguntó:

–¿Quién es?

Y ellos le contestaron:

–Es un príncipe persiano al que encontramos al frente de numerosa hueste y que venía con la intención de a ti y a los tuyos daros muerte, y aquí te lo trajimos para que pudiera decirte lo que conocer te sea preciso.

Luego que eso oyó Garib, gritó a sus gentes:

–¡Traedme acá cien valientes!

Y luego que se los llevaron, les dijo:

–¡Desenvainad vuestras espadas y estaos a la cabecera de este bribón persiano!

Hiciéronlo así ellos y entonces despertaron al dormido enemigo, el cual abrió los ojos y, al verse con una bóveda de acero sobre su cabeza, volvió a cerrarlos, diciendo:

–¡Vaya y qué estúpido sueño!

Pero entonces Kailachán fue y le arañó con la punta de la espada y el general de los persianos se incorporó y exclamó:

–¿Dónde estoy?

Y Sáhim le contestó, diciendo:

–Estás en la presencia del rey Garib, yerno del rey del Achm. Ahora di tú quién eres y cómo te llamas y de dónde vienes y adónde vas.

Luego que oyó Rustam el nombre de Garib se quedó pensativo y se preguntó a sí mismo: «Pero ¿estoy despierto o dormido?»

Pero Sáhim, enojado por su silencio, le dio un sopapo y le dijo:

–¿Por qué no contestas a lo que te digo?

Y el persiano, a su vez, preguntó:

–¿Quién me sacó de mi alquival y de en medio de mis hombres y me trajo aquí?

Y le respondió Garib:

–Esos dos genios fueron los que te trajeron.

Y el general miró a Kailachán y Kurachán y fue tal su pavor, que en sus ropas se ensució. Y los dos *alifrites* sobre él se echaron, enarbolando sus mazas y esgrimiendo sus espadas, y le gritaron airados:

–¿Cómo es que no te levantas ante el rey Garib y besas la tierra entre sus manos?

Y Rustam se echó a temblar y comprendió que no estaba soñando.

[61] Rustem en la versión de Littmann.

Y se levantó y la tierra ante Garib besó y exclamó:

–¡Sean sobre ti las bendiciones del Fuego y sea tu vida una larga vida, señor!

Y Garib le gritó:

–¡*Ye* perro de los persianos: el fuego no es de adorar, porque es dañino y solo vale para los guisos!

Y Rustam le preguntó:

–Pues ¿a quién se le debe adoración?

Y Garib le contestó:

–Solamente se debe adorar a Alá, que te formó y te modeló y los cielos y la tierra creó.

Y el aljamiado inquirió:

–¿Y qué debo yo decir para entrar a formar parte de la religión de ese Señor y de su Fe?

Y Garib le dijo:

–Di: «¡No hay más *ilah* que Al-Lah e Ibrahim es el Amigo de Al-Lah!»

Y Acto seguido pronunció Rustam la fórmula del testimonio y fue inscrito en el libro de los venturosos.

Después de lo cual le dijo a Garib así:

–¡Has de saber, mi señor, que el rey Sabur, tu suegro, anda tras de matarte y me envió a mí con cien mil hombres contra ti y me ordenó que a ninguno de vosotros os dejara con vida!

Y Garib, al oírlo, exclamó con ira:

–¿Esa es la alijara que me da por haber salvado a su hija de la muerte y la deshonra? Pero ¡Alá, de cierto, se encargará de pagarle su mala intención como merece! Y ahora dime: ¿cómo te llamas?

Y el aljamiano respondió:

–Mi nombre es Rustam, general del rey Sabur.

Y Garib le dijo:

Pero vio Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras fascinadoras.

Y LA NOCHE 569 REANUDO SU RELATO EN ESTA FORMA:

–Ha llegado a mis oídos, ¡*ye* el rey, el afortunado!, que Garib le dijo a Rustam:

–Pues de hoy más general de mis ejércitos serás.

Y luego añadió:

–Pero dime, Rustam, y la princesa Fahru-Tach, ¿cómo está?

Y Rustam le contestó:

–¡Así viva tu cabeza, rey de la época!

–Pues ¿cuál fue la causa de su muerte?–preguntóle Garib.

Y Rustam le contestó:

–¡*Ye* mi señor! No bien te hubiste tú retirado de allí, cuando una de las azafatas de la princesa fue a ver al rey Sabur y le dijo:

–¿Diste tú, señor, tu venia a Garib para que se acostara con mi señora, la princesa?

Y el rey le contestó, diciendo:

–¡No, por el poder del Fuego!

Y desnudando su acero pasó a ver a la princesa y la interpeló diciendo:

–¡*Ye* la muy rahez! ¿Cómo fuiste osada a dejar que ese beduino contigo se acostara, sin dote mediar y ni siquiera acta matrimonial?

Y la princesa respondió:

–Pero ¡si fuiste tú mismo, padre mío, quien la venia le dio!

Y el rey le preguntó:

–Y dime: ¿te poseyó?

Y la princesa guardó silencio y bajó la cabeza.

Y al ver aquello el rey Sabur gritóles a las comadronas y a las doncellas:

–¡Atadle los codos a la espalda a esa ramera y reconoced sus pudendas!

Hiciéronlo así ellas, y, después de reconocer sus pudendas, dijéronle al rey:

–Señor, sabed cómo perdió su doncellez.

Y al oír aquello, abalanzóse el rey sobre su hija con intención de matarla, y matádola habría si su madre no se levantara y entre los dos se atravesara y clamara:

–¡No la mates, *ye* rey, que redundará en tu deshonra! ¡Enciérrala mejor en una mazmorra y déjala que en ella se pudra hasta que se muera!

Hízolo así el rey y mandó arrojar a su hija a una mazmorra; pero, luego que fue la noche venida, llamó a dos de sus cortesanos y les ordenó:

–Cogedla y llevádosla lejos de aquí y a las aguas del río Chihón echadla y no le digáis a nadie nada.

Y los servidores del rey cumplieron las órdenes de su señor y echaron a la princesa al río Chihón y luego el tiempo pasó y su memoria se olvidó...

Luego que Garib tal oyó el mundo ante sus ojos se ennegreció, y, poseído de intensa cólera, exclamó:

–Por Ibrahim, el Amigo de Alá, que ahora mismo voy a salir contra ese perro y lo mataré y todo su país asolaré.

Y acto seguido despachó sendas cartas para Chamrakán y los gualis de Mayyafarikin y Mozul y con Rustam luego se encaró y le preguntó:

–¿Cuántos hombres traes tú contigo?

Y Rustam le contestó:

–¡Cien mil caballeros, señor!

Y Garib le dijo:

–Pues toma de aquí otros diez mil y vete a tu país y ocúpalo por la fuerza de las armas, y yo te seguiré, pisándote los talones a todo correr.

Montó luego Rustam y, llevando consigo diez mil caballeros de los alarbes, tomó la vuelta de su tribu, diciéndose a sí mismo: «He de hacer una hazaña tal que ante el rey Garib me blanquee la cara.»

Y fue cabalgando por espacio de siete jornadas hasta que solo media le faltaba para llegar a la hueste persiana. Y dividiendo en cuatro cuerpos su ejército, les dijo a sus hombres:

–¡Cercad el campamento de los persas y echaos luego con la espada sobre ellos!

Y contestaron sus hombres:

–¡Oímos y obedecemos!

Y siguieron cabalgando desde atardecido hasta noche mediada y rodearon el campamento de la hueste persiana.

Y dizque los persas, desde que Rustam desapareciera, siguieron durmiendo con toda confianza y sosiego, y, al oír ahora el recio grito de «¡Alá es el más grande!» con que los acometían los alarbes, se despertaron despavoridos de su sueño, pero cuando ya la espada entre ellos se revolvía, de suerte que al saltar sus pies se escurrían.

Porque el Rey, el que todo lo sabe, estaba airado con ellos y Rustam hacía entre sus filas el mismo estrago que el fuego en el tuero, de suerte que, al cabo de la noche, el grueso de los persianos había caído en la batalla, muerto o herido, y los demás habían huido. Y los muslimes se apoderaron de sus tiendas y sus bagajes y sus caballos y sus camellos y sus riquezas.

Después de lo cual se instalaron en el campamento de los persianos y allí descansaron, hasta que el rey Garib llegó y vio lo que hiciera Rustam y el mañoso ardid que supo idear para exterminar al enemigo y poner en fuga a los que quedaron vivos.

Y en el acto le hizo don de un traje de honor y en estos términos le habló:

–¡*Ye* Rustam: tú eres y nadie más quien a los achamies aniquiló, y así a ti, y sólo a ti, te corresponde todo el botín!

Y Rustam, al oír aquello, besó las manos del rey Garib y le dio gracias por su esplendidez.

Y después de eso siguieron allí descansando hasta que el día fue finado, y entonces reanudaron la marcha para seguir las huellas del persiano monarca.

Y los fugitivos, en el entretanto, a su ciudad eran tornados y a ver al rey Sabur se apresuraron, y ante él, con gran grita, del desastre se lamentaron.

Y el rey Sabur les preguntó:

–¿Qué es lo que os acaeció? ¿Quién con mal fecho os hirió?

Contáronle ellos entonces lo que les ocurriera y cómo en la oscuridad de la noche los sorprendieran.

Y el rey les preguntó:

–¿Quién fue quien os atacó?

Y ellos le respondieron:

–Pues el propio general de tu ejército, que se ha convertido al islamismo. Y dizque Garib todavía no se acercara a nuestras filas.

Luego que eso oyó el rey Sabur tiró al suelo su corona y exclamó:

–¡Hemos perdido todo el honor!

Y, volviéndose a su hijo Uard schah [62], le dijo:

–¡Mira, hijo mío, para lavar esta afrenta solo cuento contigo!

Y le contestó su hijo:

–¡Por tu vida, padre mío, que no he de tardar en traerte aquí a Garib y sus capitanes cargados de cadenas y exterminaré a todos cuantos siguen sus banderas!

Revistó luego el príncipe su ejército y contó sus hombres y resultaron ser doscientos veinte mil guerreros.

Pasaron todos la noche aquella apercibidos para salir al campo en cuanto la mañana amaneciera; pero luego que así fue y cuando ya los alfaraces [63] se aprestaban a emprender la marcha, he aquí que de pronto divisan una nube de polvo que echaba un alizar sobre el mundo, tal y tan denso, que los ojos de los videntes volvía ciegos.

Estaba ya el rey Sabur montado en su caballo, al frente del cortejo con que pensaba despedir a su hijo, y, al ver aquella poderosa mole de polvo, llamó a un correo y le dijo:

–Ve allá luego y tráeme informes de lo que signifique eso.

Y el mensajero corrió allá y luego volvió y al rey así le habló:

–¡Señor, son Garib y sus héroes, que hacia aquí vienen!

Y en el acto procedieron a descargar los bagajes, y los guerreros en orden de batalla y pelea se repartieron.

Y al llegar Garib a vista de Isbániru-l-Madain y encontrarse con los infieles apercibidos para la lucha y el combate, enardeció los bríos de sus guerreros diciendo:

–¡Sus y a ellos, y que la bendición de Alá os acompañe!

Y ellos hicieron tremolar las banderas, y alarbes y achamies unos a otros se arremetieron y los hombres se hacinaron a montones en el suelo.

Y corrió la sangre como agua y todas las almas vieron la muerte cara a cara.

Y avanzaron los valientes y al asalto se aprestaron, en tanto los cobardes volvían sus espaldas y sus rabos.

Y se prolongó la lucha reñida hasta que finó el día y los tambores redoblaron y retirada tocaron. Y entonces ambos bandos se separaron.

Y el rey Sabur mandó plantar los reales ante la puerta de la ciudad, y Garib, por su parte, mandó plantar los suyos fronteros a los del enemigo.

Y todos, acto seguido, se retrajeron a sus tiendas, abandonando el lugar de la refriega, y en ellas aguardaron a que la mañana amaneciera.

Y luego que la mañana amaneció de nuevo volvieron a montar en sus recios

[62] Rosa de schah o el schah Rosa.
[63] La caballería ligera.

bridones de lacias crines y lanzaron los gritos de guerra desde sus rocines, y, enristrando sus lanzas, corrieron al campo todos aquellos héroes osados que de espadas, semejantes a leones, iban armados.

Y el primero en abrir la puerta de la guerra fue Rustam, que, caballero en su caballo, salióse a los medios del campo, gritando:

–¡Alá es el más grande! ¡Rustam soy, el primero de los paladines, así árabes como achamies! ¿No habrá alguno que conmigo luchar quiera? Pero ¡que de hacerlo los cobardes y los flojos se abstengan!

Destacóse luego un barragán de los persianos, Tumán [64] llamado, y arremetió contra Rustam, y Rustam, a su vez, embistió contra él y se entabló entre ambos un reñido combate, hasta que Rustam lanzóse contra su adversario, empuñando su maza, que setenta libras pesaba, y un mazazo le asestó que la cabeza en el pecho le hundió, y el persa muerto por tierra rodó y bañado en su sangre allí quedó.

Rudo golpe fue aquel para el rey Sabur, el cual ordenó a sus guerreros que arremetiesen luego.

Y ellos embistieron contra los muslimes, invocando la ayuda del Sol [65], la señora de los fulgentes rayos, en tanto los creyentes poníanse bajo la protección del Todopoderoso Monarca, que en toda cosa manda.

Pero como los persianos eran más en número que los mahometanos diéronles a estos a apurar la copa del peligro mortal [66].

Pero Garib, al verlo, luego tiró de su tizona Al-Mahik y, lanzando su grito marcial, cerró contra los persianos, llevando a ambos lados de sus arzones a Kailachán y Kurachán, y no paró de asestar estocadas a diestro y siniestro, hasta que se abrió paso y pudo llegar junto al alférez [67] y le dio en la cabeza con su espada de plano. Y cayó el alférez atontado del porrazo y los dos *alifrites* se apresuraron a cogerlo y llevárselo.

Y los persianos, luego que vieron caer su estandarte, volvieron las espaldas y huyeron y a las puertas de la ciudad se dirigieron.

Y los creyentes los siguieron y con sus espadas íbanles picando la retaguardia, y como los fugitivos pugnaban por entrar todos a la par en la ciudad, no podían las puertas cerrar, por lo que hubo entre ellos gran mortandad.

Y dizque en las mismas puertas de la ciudad Rustam y Sâdan y Chamrakán y Sáhim y Ad-Dámig y Kailachán y Kurachán y todos los bravos mahometanos y todos los campeones y paladines de la Fe unitaria cargaron sobre los idólatras persianos y corrió a torrentes la sangre de los cafres por las calles, hasta que soltaron sus armas y sus arreos marciales y pidieron cuartel, y se lo dieron los creyentes, que, al punto, envainaron sus espadas y asieron de ellos y se los llevaron a sus tiendas como una manada de ovejas.

Y Garib volvióse a su alfaneque y se quitó su armadura y se lavó la sangre de los infieles, y luego se vistió sus vestiduras de rey y se sentó en el trono de su señorío y llamó al rey de los achamies y le dijo:

–¡*Ye* perro del Achm! ¿Qué fue lo que te movió a hacer con tu hija lo que hiciste? ¿Cómo es que me juzgas indigno de ser su marido?

Y Sabur le contestó:

–¡*Ye* rey: no me castigues por ese hecho que hice, porque heme aquí arrepentido ante ti, y dizque, si a combatirte fui osado, fue por el mismo temor que me habías inspirado!

[64] La versión Burton silencia el nombre.

[65] *As-Schems*, el Sol, es femenino en árabe.

[66] Que Dios protege a los malos cuando son más que los buenos.

[67] Abanderado.

Luego que eso oyó Garib, mandó que en el suelo lo tumbaran y lo apalearan.

Y después que así lo hicieron sus servidores, con tales ganas y bríos que lo dejaron sin fuerzas, ni aun para quejarse, mandó Garib que con los demás prisioneros lo llevasen.

Procedió después Garib a explicarles a los achamies los fundamentos del Al-Islam, y ciento veinte mil de ellos abrazaron la Fe y los demás se negaron y por el filo de la espada los pasaron.

Pero de los vecinos de la ciudad todos abrazaron, desde luego, el Al-Islam, y Garib en su corcel montó y en la ciudad de Isbánir con gran pompa entró. Y al palacio real se dirigió y en el trono de Sabur se sentó y aljalaes repartió y otras *munas* [68] distribuyó, y entre alarbes y achamies el botín por igual dividió, por lo que todos en el acto le cobraron amor y le desearon gloria y honor y de días perduración.

Pero a todo esto la madre de Fahru-Tach pensaba en su hija sin cesar y levantaba su voz de planto y con sus lamentos y gritos de duelo llenaba todo el palacio.

Y Garib oyó los clamores de la pobre madre y entró en el *harén* y preguntó a las mujeres qué les había acaecido y cuál era la causa de aquellos gritos.

Y la madre de la princesa se levantó y exclamó:

–¡*Ye* mi señor, es que tu presencia me ha hecho recordar a mi hija y pensar cuánto se habría alegrado con tu venida, de haber estado con vida!

Y Garib, al oír aquello, rompió a llorar también y se sentó en su trono y mandó por Sabur, y sus servidores se lo llevaron luego, y dizque al andar hacía sonar sus hierros.

Y Garib le dijo al verlo:

–¡*Ye* perro del Achm! ¿Qué hiciste con tu hija?

Y el cautivo respondió:

–Se la entregué a fulano y a fulano, diciendo: «¡Andad y ahogadla en el Chihón!»

Y Garib mandó en seguida por los dos hombres y les preguntó:

–¿Es verdad lo que dice?

Y ellos le contestaron:

–La verdad es, señor; solo que nosotros no la arrojamos al Chihón por piedad que de ella nos entró, sino que la dejamos a la orilla del río y le dijimos: «¡Salva tu alma y no vuelvas a la ciudad, pues el rey te mandará matar y contigo a nosotros también nos matará!»

Luego que eso oyó Garib, mandó por los astrólogos y les dijo:

–Trazadme en seguida una figura de arena mágica y buscad a ver qué ha sido de Fahru-Tach y si en los lazos de la vida o la muerte está.

Y los astrólogos levantaron la figura de arena y la examinaron y luego exclamaron:

–¡*Ye* el más grande de los reyes de este siglo! Podemos asegurarte con toda verdad que la princesa se halla aún en los lazos de la vida y es madre de un niño, y ambos ahora se encuentran en una tribu de los *alifrites*. Pero has de saber que por espacio de veinte años estaréis separados; así que echa la cuenta de los años que en tus andanzas has gastado.

Y Garib echó la cuenta y resultó que eran ocho los años de su ausencia y exclamó:

–¡No hay gloria ni poder sino en Alá! (el grande, el lleno de majestad).

Y acto seguido mandó a llamar a todos los gualis de las ciudades del rey Sabur y a los alcaides de sus alcoleas, y ellos llegaron y pleitesía al punto le prestaron.

Y hete aquí que, un día de entre los días, estando Garib en su palacio sen-

[68] Regalos.

tado, divisó en lontananza una nube de polvo que se fue extendiendo hasta envolver el país entero y oscurecer el cielo.

Llamó Garib en el acto a sus dos fieles *alifrites* y les mandó que fuesen a ver qué era aquello y se lo dijesen, y ellos en el acto corrieron allá y se metieron por debajo de la nube de polvo y cogieron a un jinete de la galopante hueste y cargaron con él y a Garib se lo llevaron y ante él en el suelo lo dejaron, diciendo:

–Pregúntale a este, que es uno de la hueste.

Y Garib le preguntó:

–¿Cúyo es ese ejército?

Y el cautivo contestóle:

–¡*Ye* rey: quien estas tropas acaudilla es Jirad schah, el rey de Schirás, que viene contigo a luchar!

Y la causa de la venida de Jirad schah, el rey de Schirás, no era otra sino que cuando Garib, según queda dicho, derrotó al ejército del rey Sabur y lo tomó cautivo, fue su hijo y huyó y fue huyendo hasta llegar a la ciudad de Schirás, y pasó a ver al rey Jirad y ante él besó la tierra, en tanto sus ojos derramaban torrentes de lágrimas.

Y el rey, al verlo en tal estado, le dijo:

–¡Alza tu frente, joven, y dime por qué lloras!

Y él le contestó:

–¡*Ye* rey: has de saber que un rey de los alarbes, llamado Garib, vino a atacarnos y tomó prisionero a mi padre y mató a los persianos, haciéndoles tragar la copa de la muerte!

Y acto seguido le contó cuanto había ocurrido, del principio al fin, sin nada callar ni omitir.

Y el rey Jirad, después de oírlo, le dijo:

–Y mi mujer, ¿se encuentra bien?

Sorprendió a Schahrasad la aurora y cortó el hilo de sus palabras encantadoras.

PERO LA NOCHE 570 CONTINUO HABLANDO EN ESTA FORMA:

–Puedo afirmar, ¡*ye* el sultán, el bienhadado!, que el rey Jirad le preguntó al príncipe:

–Y mi mujer, ¿se encuentra bien?

Y el príncipe le respondió:

–A tu esposa también cautiva la tomó.

Y luego que eso oyó el rey exclamó:

–¡Pues por vida de mi cabeza, que no he de dejar ni un beduino ni un musulmán en toda la haz de la tierra!

Y en el acto escribió sendas cartas a sus virreyes, los cuales, cumpliendo sus órdenes, reclutaron tropas y fueron a unírsele con un ejército que, hecho el alcamiz, resultó estar integrado por ochenta y nueve mil soldados.

Abrió luego el rey su armería y armó a sus guerreros, y luego partió con ellos y fueron caminando hasta que a la ciudad de Isbánir llegaron y ante sus puertas los reales plantaron.

Y Kailachán y Kurachán llegáronse a Garib y las rodillas le besaron y así le hablaron:

–¡*Ye* señor nuestro: sana nuestros hígados y danos esa tropa cual botín exclusivo!

Y Garib les respondió, diciendo:

–Pues ¡sus y a ellos!

Y los *alifrites,* no bien lo oyeron, levantaron el vuelo, y por los aires se remontaron y en el alfaneque del rey de Schirás aterrizaron.

Y vieron al rey que estaba sentado en su trono, teniendo en su diestra a

Uard schah, el hijo de Sabur, el monarca persiano, y en pie en torno de él a sus capitanes, con los que estaba deliberando sobre el modo más eficaz de exterminar a los musulmanes.

Y Kailachán se adelantó y cargó con el príncipe en tanto Kurachán hacía lo mismo con el rey, y ambos después echaron a volar rumbo al campamento de Garib, que, al ver ante sí a los prisioneros, mandó azotarlos, y sus servidores les dieron de azotes hasta que se desmayaron.

Y después de eso tornaron los dos *alifrites* a los reales schirasianos y, desenvainando sus espadas, que ningún mortal tenía bastante fuerza para sus golpes parar, cayeron sobre los infieles y los diezmaron, y Alá precipitó luego sus almas en el infierno y en el mal paradero.

Y dizque los infieles no veían a quien los atacaba, sino tan solo dos espadas que tremolaban y hombres segaban, igual que el segador siega el trigo en sazón.

De suerte que, empavorecidos, los infieles dejaron sus tiendas y montaron aprisa en pelo en sus caballos y huyeron por aquellos campos, y los *alifrites* les fueron persiguiendo, por espacio de dos días y mataron muchedumbre de ellos.

Después de lo cual se volvieron a los reales de Garib y besaron la tierra entre sus manos.

Y Garib dioles las gracias por la hazaña que llevaran a cabo y les dijo:

–Vuestro será exclusivamente el botín de los infieles y ningún otro entrará en la parte con vosotros.

Y los dos genios invocaron sobre Garib las bendiciones del cielo y se retiraron y con el botín arramblaron y a sus hogares se encaminaron.

Cuanto a los supervivientes del diezmado ejército, siguieron huyendo y no pararon de huir hasta que llegaron a la ciudad de Schirás, y ante sus puertas alzaron el clamor del planto y empezaron a cumplir los fúnebres ritos por las almas de los caídos.

Y es de saber que el rey Jirad schah tenía un hermano, Sirán, el brujo llamado, y era en la magia tan versado que no había en su tiempo otro más sabio, y el tal Sirán vivía lejos de su hermano Jirad en una alcazaba [69], que abundaba en árboles y alfaguaras y pájaros y flores y distaba nada más que media jornada de camino de Schirás.

Y los fugitivos fueron a ver a Sirán, el mago, llorando y clamando. Y Sirán, al verlos, les preguntó:

–¡*Ye* pueblo! ¿Qué os sucedió?

Y ellos le contaron todo lo ocurrido, insistiendo sobre todo en el pormenor de cómo los dos *alifrites* habían cargado con Jirad schah, su hermano, y Sirán, al oírlo, sintió que la luz ante sus ojos noche se volvía, y exclamó:

–¡Por el poder de mi fe, que he de matar a Garib y a todos sus hombres, sin uno solo dejar que lo pueda contar!

Y acto seguido pronunció unas palabras mágicas y llamó al rey Al-Ahmar, que luego se presentó ante él, y Sirán le dijo:

–Ve luego a Isbánir y arremete contra Garib, que está sentado en su alcorci [70].

–¡Oído y obediencia!–respondió el rey.

Y juntando sus huestes luego marchó a Isbánir y atacó a Garib, que, al verlo, desenvainó su espada Al-Mahik y, secundado por Kailachán y Kurachán, arremetió contra las tropas del rey Al-Ahmar y les hicieron quinientos treinta muertos y lo hirieron a él mismo de una grave herida, de suerte que el rey y sus huestes se dieron a la fuga y de huir no pararon hasta que a la

[69] Burton da aquí, desde luego, el nombre de la fortaleza, que en el texto árabe solo se indica mucho después.

[70] Trono.

alcazaba de los frutos llegaron y a Sirán se dirigieron, llorando y clamando:

–¡*Ye* dolor! ¡*Ye* perdición!

Y el rey Al-Ahmar le dijo a Sirán:

–¡*Ye* sabio! ¡Has de saber cómo Garib tiene consigo la tizona encantada de Chafis-ben-Noh, y a quienquiera que hiere con ella lo parte en pedazos, y dizque, además, tiene a su servicio dos *alifrites* del Monte Kaf, que se los cedió el rey Murâsch! Y él fue quien mató al rey Al-Asrak y a Barkán, el señor de la Ciudad de Cornalina, y exterminó muchedumbre del pueblo de los genios.

Luego que eso oyó el mago, díjole al rey Al-Ahmar:

–Está bien. Vete ya.

Y acto seguido el rey Al-Ahmar se fue por su camino.

Y Sirán hizo nuevo conjuro e invocó a un *alifrit* llamado Zu-Zía [71] y le dio un adarme de *banch* molido y le dijo:

–Ve luego a Isbánir y entra en el palacio del rey Garib, tomando la forma de un jilguero, y aguarda a que el rey se quede dormido y se salgan todos, y entonces le metes el *banch* en las narices y me lo traes acá.

–¡Oír es obedecer!–replicó el *alifrit.*

Y voló a Isbánir y, tomando la forma de un jilguero, fue a posarse en la ventana del palacio y aguardó a que todos sus servidores se hubieran retirado a sus aposentos y el rey se sumiese en el sueño.

Y entonces abajó el vuelo y se llegó a Garib y le espolvoreó las narices de *banch* y lo narcotizó, y luego cargó con él y con su almofrej y fue volando como un vendaval hasta la fortaleza de los frutos llegar, que fue a la medianoche, y depositó su presa en el suelo, a los pies de Sirán.

Y el mago le dio gracias e hizo ademán de matar a Garib, aún bajo los efectos del *banch;* pero un hombre prudente, de los que se hallaban presentes, lo contuvo, diciendo:

–¡*Ye* el sabio: si matas al rey Garib su amigo el rey Murâsch luego nos acometerá con todos sus genios y asolará nuestro reino!

Y Sirán le preguntó:

–¿Qué hemos de hacer con él?

Y el hombre prudente le contestó:

–Pues echarlo al Chihón en tanto está aún narcotizado y dejarlo que se ahogue en él y no sepa nadie lo que de él fue.

Y Sirán mandó al *efrit* que cogiese a Garib y al Chihón lo echase y allí lo dejase.

Marchó luego el genio a cumplir sus órdenes, y, ya se disponía a arrojar a Garib al río, cuando sintió piedad de él y, en vez de arrojarlo a las aguas, hizo una balsa que con cuerdas ató y puso a Garib en la balsa y echó esta al agua y la corriente la arrastró y de la orilla la alejó.

Y esto es, por ahora, todo lo referente a esta parte de la historia.

Cuanto al pueblo de Garib, luego que amaneció la mañana, fueron a ofrecer sus servicios al rey y no lo hallaron en su palacio y solo vieron sobre su trono su rosario.

Aguardaron, pues, un rato a ver si llegaba; pero no llegaba.

Y entonces buscaron a su gentilhombre y le ordenaron:

–Ve al *harén* a ver si está allí el rey, que no suele, por cierto, retrasarse tanto.

Y el gentilhombre entró en el serrallo y preguntó por el rey a las mujeres y las mujeres le contestaron:

–Desde ayer no lo hemos vuelto a ver.

Y el gentilhombre volvió y les comunicó a los edecanes del rey la respuesta de las mujeres y los edecanes se quedaron perplejos y maravillados.

Y fueron a los jardineros y les pre-

[71] El luminoso. Lucifer.

guntaron si habían visto al rey, y ellos les respondieron:

–No.

Y entonces ya se inquietaron grandemente y se alarmaron y a buscarlo se echaron, y hasta el cabo del día por todas partes lo estuvieron buscando y al final se volvieron llorando.

Y dizque también los dos *alifrites* buscaron al rey Garib por los alrededores de su ciudad y corte y, pasados tres días, regresaron sin noticias.

De suerte que el pueblo todo vistió de negro y clamaron su dolor al Rey de los mundos, que hace lo que es su gusto.

Y esto es, por ahora, cuanto hay que decir tocante a su persona.

Cuanto a Garib, fue bogando en su balsa a merced de la corriente del río por espacio de cinco días seguidos y luego fue a parar en el mar, el salado, y allí las olas empezaron a jugar con él, hasta que le removieron todo su ser y el *banch* expelió y se despertó.

Y al abrir los ojos viose en medio del mar, juguete de las olas, y exclamó:

–¡No hay gloria ni poder sino en Alá, el Piadoso, el Todopoderoso! ¿Quién puede haber hecho conmigo este hecho?

Y hete aquí que, estando así, perplejo en su aprieto, vio venir de repente un velero, que bogaba a lo lejos.

Y alargó una manga y les hizo señas a los pasajeros, y estos lo vieron y a él se acercaron y lo recogieron y le preguntaron:

–¿Quién eres y de qué país vienes?

Y él les contestó, diciendo:

–Dadme de comer y beber, para que yo pueda recobrar mis fuerzas, y luego os diré quién soy y cuanto queráis saber.

Lleváronle ellos comida y bebida y Garib comió y bebió y recobró su razón y a Alá gracias le dio.

Y luego preguntó a los pasajeros:

–¡*Ye* gentes! ¿Cúyo es vuestro pueblo y cúya es vuestra fe?

Y ellos le contestaron:

–Nosotros somos de Al-Karasch y adoramos un ídolo que se llama Minkasch.

Y Garib exclamó:

–¡Mal hayáis vosotros y lo que adoráis, so perros! ¡Nadie es digno de adoración sino Alá, que todas las cosas creó y dice a una cosa: «Sé» y luego es!

Abalanzáronse entonces todos a él, poseídos de violenta ira, y se disponían ya a ponerle la mano encima.

Pero Garib, con estar desarmado, valióse de sus puños, y, a quienquiera que se le acercaba, de un revés al suelo lo arrojaba y de vida lo privaba, y cuenta que, en un momento, dio en tierra con cuarenta.

Solo que, como sus enemigos eran muchos, al cabo lograron vencerlo y lo ataron, diciendo:

–No lo mataremos hasta llegar a nuestra ciudad y presentárselo a nuestro sultán.

Y siguieron navegando hasta que a la ciudad de Karasch [72] arribaron.

Y dizque el fundador de dicha ciudad fuere un *amaleki,* un gigantón altivo y poderoso, y en cada una de sus puertas mandó poner una mágica figura de azófar, que en un cuerno soplaba luego que algún algarivo se acercaba, y era tan potente el sonar de aquel cuerno que en seguida todos los vecinos lo oían y salían y cogían el algarivo y lo mataban si a su ley no se convertía.

Así que, al entrar Garib en la ciudad, luego sonó el cuerno con tan recio fragor, que el corazón del rey se encogió y corrió a donde el ídolo, y vio cómo le salían fuego y humo de su boca y sus narices y sus ojos.

Pues el Satán metiérasele al ídolo en

[72] Inexactitud geográfica; Karasch, ciudad del Irak persiano. cae muy lejos del mar.

la tripa y después allí, hablando con su lengua, decía:

–¡*Ye* rey: sabe cómo acaba de llegar a tu ciudad un valiente llamado Garib, rey de Al-Irak, que obliga a las gentes a dejar su culto y su fe y adorar a su Señor; así que, en cuanto te lo presenten, no demores en darle la muerte!

Retiróse de allí el rey y sentóse en su trono y los marineros fuéronle allí con Garib y se lo presentaron, diciendo:

–¡*Ye* rey: encontramos a este mozo náufrago en medio del mar y dizque es un infiel que en nuestros dioses no quiere creer!

Contáronle luego al sultán cuanto con él les había ocurrido, y el sultán les dijo:

–Llevadlo a la casa del ídolo, el grande, y cortadle el cuello ante su altar, que acaso nuestro dios por ello nos quiera galardonar.

Pero el visir del rey le dijo:

–¡*Ye* rey: no está bien matarlo de esa muerte, porque morirá instantáneamente; mejor será encarcelarlo y hacer una pira de leña y en ella quemarlo!

Y el sultán mandó arrojar a Garib en una mazmorra y que trajesen leña, y así lo hicieron sus servidores y una hoguera formaron y le prendieron fuego y hasta la mañana la tuvieron ardiendo.

Salieron después fuera de la ciudad el rey y su pueblo y el sultán mandó llevar al preso y fueron a buscarlo, pero no lo encontraron.

Y volvieron los criados y al rey se lo comunicaron.

Y el rey exclamó:

–¿Cómo fue que se escapó?

Y ellos le contestaron:

–Encontramos sus cadenas por el suelo tiradas y las puertas de la prisión estaban cerradas.

Y el sultán se maravilló y preguntó:

–Pero ¿es que ese mocito al cielo voló y bajo la tierra se escondió?

Y ellos le contestaron:

–¡No sabemos, señor!

Y el sultán exclamó:

–Está bien. Iré yo en persona a consultar a mi dios y él me dirá adónde pueda estar.

Y el rey se levantó y allá marchó para postrarse ante su ídolo, pero no lo halló y entonces empezó a restregarse los ojos y exclamó:

–Pero ¿qué es esto: estoy dormido o despierto?

Y volvióse a su visir y le dijo:

–¿Dónde está mi dios y dónde el preso? ¡Por mi fe, *ye* perro de los visires, que, si no me hubieras aconsejado que lo quemase, luego lo habría matado; que él es, a no dudar, quien mi ídolo me robó y huyó! Pero ahora ya no hay más que decir sino que sangrienta venganza he de tomar de ti.

Y así diciendo, el rey enarboló su acero y le cortó al visir el cuello.

Ahora bien: la fuga de Garib debióse a una circunstancia sumamente rara y que es la que ahora vais a saber.

Y fue que, luego que le encerraron en una celda contigua al templo donde el ídolo estaba, levantóse Garib y oró, invocando el nombre de Alá, el Todopoderoso, e impetró de El su liberación.

Y sucedió que el *alifrit* que tenía a su cargo la custodia del ídolo y hablaba en su nombre, hubo de oír la oración de Garib y el pavor se le entró en el corazón y exclamó:

–¡*Ye* baldón sobre mí! ¿Quién es ese que a mí me ve, en tanto yo no puedo verlo a él?

Pero sintió Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras cautivadoras.

Y LA NOCHE 571 PROSIGUIO SU RELATO EN ESTA FORMA:

–Ha llegado a mis oídos, *¡ye* monarca, el afortunado!, que aquel *alifrit* encargado de la guarda de Garib se empavoreció y exclamó:

–¿Quién es ese que a mí me ve, en tanto yo no puedo verlo a él?

Y fuese en derechura a la celda de Garib y, echándose a sus pies, le dijo:

–*¡Ye* señor! ¿Qué es lo que tengo que decir para entrar en tu grey y ser de tu fe?

Y Garib le contestó:

–Di sencillamente: «¡No hay más Dios que El Dio e Ibrahim es el Amigo de El Dio!»

Y en seguida el *marid* recitó el testimonio y fue inscrito en el libro de los dichosos.

Y dizque era Salsal el nombre de aquel *alifrit* y que era hijo de Al-Musalsil [73], uno de los principales de los reyes de los *chinn*.

Y Salsal desató a Garib y, cargando con él y con el ídolo, remontó el vuelo hasta los confines del cielo.

Y eso es, por ahora, todo lo referente a sus personas.

Cuanto al rey, luego que sus soldados vieron lo que había pasado y cómo el visir rodara decapitado, abjuraron del culto de sus ídolos, y, desnudando sus aceros, mataron al rey, y después entre ellos riñeron y volteó la espada entre ellos por espacio de tres días, hasta que solo dos hombres quedaron con vida.

Y el uno de los dos venció al otro y lo mató.

Pero, entonces, los chicos acometieron al superviviente y le dieron muerte, y luego se enredaron en pelea entre ellos, hasta que todos fueron muertos.

Y las casadas y las albarranas [74] huyeron a las aldeas y las alcazabas, de suerte que la ciudad quedó desierta y solo el mochuelo cantaba en ella.

Y en el entretanto que esto sucedía iba el *marid* Salsal volando con Garib rumbo a su país, la Isla del Alcanfort, y al País de la Ternera Encantada, así llamada porque su rey, Al-Musalsil, tenía una ternera manchada a la que había vestido de brocado, bordado en oro rojo, y como a su dios la adoraba.

Y sucedió que, un día de los días, fue el rey con su pueblo a rendir culto a la ternera y la halló toda trémula, y el rey le preguntó:

–¿Qué es lo que te inquieta, mi dios?

Y el Satán se metió en el vientre de la ternera y desde allí gritó:

–*¡Ye* Musalsil, en verdad que tu hijo desertó de su fe y se pasó a la fe de Ibrahim, el Amigo de Alá, por inspiración de Garib, el señor de Al-Irak!

Y a renglón seguido le contó, desde el principio al fin, todo cuanto había sucedido.

Luego que oyó el rey aquellas palabras de su ternera quedóse maravillado y perplejo y fue a sentarse en el trono de su reino.

Y llamó a sus emires, que en seguida acudieron, y les repitió cuanto su ídolo le dijera, y ellos, al oírlo, quedáronse también de una pieza y dijeron:

–¿Qué es, señor, lo que hacer debemos?

Y su señor les dijo:

–Luego que entre mi hijo y le veáis

[73] A la letra, Terremoto, hijo del fautor del terremoto. (El *Ennosigeos* griego.)

[74] Solteras.

que me abraza, echaos sobre él y prendedlo.

Y ellos contestaron:

–¡Oímos y obedecemos!

Pasaron dos días después de eso y llegaron por fin Salsal y Garib con el ídolo del rey de Karasch, y, no bien hubieron traspuesto las puertas del palacio, cuando asieron de ellos los genios y los llevaron a presencia de Al-Musalsil, el cual miró a su hijo con ojos de ira y le dijo:

–¡*Ye* perro de los *chinn!* ¿Es verdad que abjuraste de tu fe y la de tus padres y tus abuelos?

Y dijo Salsal, respondiendo:

–Sí; es verdad que abracé la verdadera Fe, y tú también debes, ¡guay de ti!, buscar la salvación, y, si así haces, serás salvo de la ira del Rey Omnipotente, el Creador de la noche y el día.

Púsose el rey encarnado de rabia y exclamó:

–¡*Ye* hijo de adulterio! ¿Cómo te atreves a hablarme en esos términos?

Y en el acto mandó encarcelarlo, y encarándose con Garib le dijo así:

–¡*Ye* morralla de los mortales! ¿Cómo osaste abusar de las cortas luces de mi hijo Salsal y de la fe de sus padres hacerlo abjurar?

Y Garib le contestó:

–Ciertamente lo saqué del error a la senda de la rectitud; y del infierno, al paraíso; y de la infidelidad, a la fe de la verdad.

Luego que eso el rey oyó llamó a un *alifrit* nombrado Sayyar y le ordenó:

–¡Coge a este perro y llévatelo al Valle del Fuego y que allí se pudra!

Y dizque aquel valle estaba situado en Ruba-l-Jarab y tomaba su nombre de su flamear, y era tan caluroso y ardiente que quien en él entraba luego mal se sentía y ni una sola hora podía aquella atmósfera soportar y moría.

Y estaba el valle cercado de altas y lisas montañas, en las que ningún resquicio de fuga se presentaba.

Y Sayyar, el indino, cargóse a Garib a sus hombros y remontó el vuelo rumbo al yermo cuartel del Universo, y fue volando, sin parar, hasta que entre él y el Valle del Fuego solo una hora de jornada vino a mediar.

Pero hete aquí que el *alifrit* hubo de sentirse cansado de llevar aquel peso y aterrizó con Garib en un valle ameno, en el que había abundancia de árboles y frutos y manantiales.

Y no bien dejóse caer el cansado *marid* en aquel valle fue Garib, y, atado como estaba, escurrióse de sus espaldas y aguardó a que el cansancio lo rindiese y al sueño se entregase y dormido profundamente se quedase, y entonces, luego que sintió sus ronquidos, púsose Garib a ver de romper sus cadenas, hasta lograrlo al fin.

Y cogiendo luego una piedra pesada machacóle con ella al *efrit* su cabeza, de forma que le partió el cráneo, y el monstruo quedó muerto en el acto.

Exploró Garib luego de eso aquel valle y comprobó formar parte de una ínsula, plantada en el medio de los mares.

Y era aquella ínsula muy grande y en ella abundaban toda suerte de árboles frutales, tales como labios y lenguas pudieran desearlos.

Y Garib se puso a comer de aquella fruta y a beber de aquellos manantiales, y así días y años dejó transcurrir, y también pescaba peces y se los comía. Y así vivió en aquella soledad por espacio de siete años.

Y hete aquí que, estando un día de los días sentado, vio venir de repente dos *alifrites* volando y cada uno de ellos venía con un hombre cargado.

Y al reparar en Garib le preguntaron:

–¡*Ye* este! ¿Quién eres? ¿A cuál de las castas perteneces?

Pues se ha de saber que, en todo aquel tiempo, creciérale a Garib muchísimo el pelo, de suerte que aquellos

genios tomáronlo por un Schaitán y le preguntaron quién fuese.

Y Garib les repondió:

–Yo no soy de los *alifrites*.

Y acto seguido les contó todo cuanto le había sucedido hasta allí, desde el principio hasta el fin.

Y aquellos genios se apiadaron de él y uno de los dos le dijo:

–Estate aquí en donde mismo estás hasta tanto que a nuestro rey estos dos corderos le llevemos, para que uno de ellos se almuerce y el otro a la noche se lo cene. Y después volveremos por ti y te llevaremos a tu país.

Dioles Garib las gracias y les preguntó:

–Pero ¿dónde están esos dos carneros de que acabáis de hablar?

Y ellos le respondieron:

–Son estos dos hombres que aquí ves.

Y Garib, al oírlo, exclamó:

–¡Yo me refugio en El Dio de Ibrahim, el amigo de El Dio, el Señor de toda cosa, que sobre toda cosa es poderoso!

Remontaron de nuevo el vuelo los dos genios y Garib se quedó aguardando su regreso, y, pasados que dos días fueron, volvió el Schaitán de nuevo, llevando vestidos consigo.

Y se los puso a Garib y luego lo tomó sobre sus espaldas y se remontó con él por los aires, tanto que Garib perdió de vista el mundo y oyó a los ángeles cantar a coro en los cielos los loores de Alá.

Y en aquel momento fuele disparada al *alifrit* una flecha de fuego de lo alto y el Schaitán diose prisa a bajar.

Pero la flecha de fuego lo fue persiguiendo, y, cuando ya entre él y la tierra mediaba la distancia de una lanza y la flecha incandescente casi ya le rozaba, fue Garib y se levantó y desde los hombros del maldito a tierra se arrojó.

Y entonces la flecha de fuego alcanzó al *alifrit* y lo dejó reducido a un montoncito de pavesas [75].

Cuanto a Garib, fue a caer en el mar y se hundió en él hasta doce pies; pero luego empezó a nadar y estuvo nadando sin parar todo aquel día y toda aquella noche y también el día, el siguiente, hasta que, al cabo, sus fuerzas le faltaron y ante sus ojos se apareció la muerte inminente.

Pero he aquí que, cuando ya Garib desesperaba de su vida, divisó de repente una alta montaña. Y dizque eso fue al día, el tercero, de su caída.

Y empezó luego Garib a nadar con nuevos bríos, rumbo a la montaña, hasta que a ella llegó y en ella sus pies asentó.

Y siguió después, anda que te anda, montaña adentro, buscando hierbas con que proveer a su sustento.

Y luego descansó un día y una noche, y, restauradas sus fuerzas, reanudó su marcha y trepó hasta el galayo de aquella montaña y bajó por la opuesta falda.

Y continuó caminando dos días más, y al cabo de ellos llegó a una ciudad amurallada y fortificada, en la que erguíanse árboles y corrían manantiales.

Y no bien llegó a las puertas de la dicha ciudad luego fuéronse a él los algarifes y lo cogieron y a presencia de su reina lo condujeron.

Y dizque aquella reina se llamaba Chan schah [76] y tenía quinientos años de edad.

Y tenía por costumbre hacerse llevar a su presencia a todo hombre que entraba en la ciudad y tomarlo consigo para dormir con él y, hecho ya su hecho, matarlo después.

[75] «Y los guardamos (los cielos) de todo satán lapidado. Menos al que escucha furtivamente; pero una llama visible (no tarda en) alcanzarlo.» *Corán*, sura XV, *Al-Hachr* (La piedra), aleyas 17 y 18.

[76] Dos voces persas que podrían traducirse: Alma del schah.

Y eran ya muchos los hombres a los que de esta suerte había dado muerte.

Y hete aquí que la reina, al ver a Garib, hallólo de su gusto y le dijo:

—¿Cómo te llamas? ¿Qué ley profesas? ¿De qué país eres?

Y él le contestó:

—Yo me llamo Garib, rey de Al-Irak, y profeso la ley del Al-Islam.

Y la reina le intimó:

—Pues deja tu ley y abraza la mía y contigo me casaré y rey te haré.

Pero Garib, con los ojos de la ira, miró a la reina y le contestó:

—¡Mal hayáis tú y tu fe!

Y ella, al oírlo, lo increpó y le dijo:

—¿Cómo eres osado a menospreciar a mi dios, que es de cornalina, la roja, con incrustaciones de aljófar y piedras preciosas?

Y acto seguido ordenó la reina a sus edecanes:

—¡*Ye* gentes, cogedlo y encerradlo en el templo del dios, a ver si así se le ablanda el corazón!

Y sus servidores cogieron a Garib y en el templo del ídolo lo metieron y luego la puerta cerraron y allí lo dejaron y se fueron.

Luego que se hubieron ido procedió Garib a examinar el ídolo, que era, según queda dicho, de cornalina, la roja, y llevaba al cuello alhaites de perlas y preciosas piedras.

Y se llegó a él y lo alzó en vilo y al suelo lo lanzó y allí el ídolo se estrello y en pedazos se rompió.

Y Garib, después de eso, se acostó y estuvo durmiendo hasta que el día clareó.

Y luego que la mañana amaneció la reina en su alcorci se sentó y exclamó:

—¡*Ye* gentes, traedme al prisionero!

Y sus servidores fueron por Garib, y, al abrir la puerta y entrar en el templo, vieron al ídolo hecho pedazos en el suelo y se aporrearon los rostros, hasta el punto de correrles la sangre por las comisuras de sus ojos.

Y luego se abalanzaron sobre Garib para aprehenderlo. Pero Garib arremetió contra uno de ellos con el puño y tal golpe le dio que muerto rodó.

Echósele luego encima un segundo enemigo e hizo con él lo mismo y también lo mató.

Y así continuó hasta que dejó sin vida a veinticuatro enemigos y a los demás obligó a emprender la huida, despavoridos.

Y al llegar los fugitivos dando gritos cerca de la reina Chan schah, la reina les dijo:

—¿Qué pasa?

Y ellos le respondieron:

—Pues que el prisionero destruyó tu dios y a tus hombres mató.

Y a reglón seguido le contaron todo lo que había sucedido.

Y la reina, al oírlo, tiró su corona al suelo y dijo:

—¡Ya los dioses perdieron su brío!

Y luego montó en su caballo y en medio de mil paladines hasta la casa del ídolo fue cabalgando.

Y vio a Garib delante del templo, armado de una espada que se había agenciado, y con la cual guerreros estaba matando y hombres en el polvo postrando.

Y al verlo la reina y ver sus hazañas sintió más viva que antes su pasión por aquel algarivo y en su interior se dijo: «Ya no he menester para nada de mi dios y mi solo deseo sería tener a ese joven cual señor sobre mí el tiempo que aún me toque vivir.»

Y la reina les gritó a sus gentes de esta forma:

—¡Dejadlo y echaos a un lado!

Y luego la reina se acercó a Garib y entre dientes murmuró unas palabras mágicas y a Garib en el acto se le paralizó el brazo y sus coyunturas se le relajaron y la espada se le escurrió de la mano.

E inmediatamente los enemigos lo apresaron y, aprovechándose de su es-

tado de debilidad y estupor, lo ataron.

Y la reina Chan schah volvió a su palacio y se sentó en el trono de su señorío y ordenó a sus hombres que se retirasen.

Y luego que, a solas con Garib se quedó, así lo interpeló:

–*¡Ye* perro de los árabes! ¿Cómo cres osado a destrozarme mi dios y matar a mis hombres?

Y Garib le contestó:

–¡So maldita! ¡Si un dios fuera, luego se defendiera!

Pero ella, entonces, le dijo, zalamera:

–Duerme conmigo y te perdonaré lo que hiciste.

Y Garib le contestó:

–Nada de eso haré yo.

Y entonces la reina exclamó:

–¡Pues por mi fe, que te he de atormentar de un modo cruel!

Y la reina tomó un poco de agua y murmuró sobre ella unos conjuros y se la echó a Garib encima, y Garib, en el acto, en mono se convirtió y ella de comer y de beber le dio.

Y después lo encerró en una cámara y le puso un guardián, que por espacio de dos años lo estuvo vigilando.

Y sucedió que un día de los días hizo la reina que lo llevaran a su presencia, y, luego que allí lo tuvo, le dijo:

–¿Qué, estás ahora dispuesto a escucharme?

Y Garib con la cabeza le dijo que sí.

Y la reina entonces, llena de alegría, lo desencantó y le sirvió comida.

Y Garib comió y con ella retozó y la besó, de suerte que la reina se confió.

Y luego que la noche fue llegada la reina se acostó y le dijo:

–¡Ea, manos a la obra!

Y Garib le respondió:

–Ahora mismo, señora.

Y se le montó en el pecho y la cogió del pescuezo y se lo partió y de ella no se apartó hasta que el alma exhaló.

Reparó Garib luego en una sala del tesoro que estaba abierta y se coló en ella y allí encontró una espada de acero damasquinado y una adarga de hierro achinado, y Garib se armó de pies a cabeza y aguardó hasta que la mañana amaneció.

Y entonces salió fuera y se plantó a la puerta del palacio real, y luego que los emires empezaron a llegar, para sus funciones desempeñar, allí se encontraron con Garib, de todas armas armado.

Y Garib les gritó:

–*¡Ye* gentes: sabed que vuestro culto idolátrico es acabado y que habéis de adorar de hoy en adelante al Rey Omnisciente, Creador del día y de la noche, Señor de los hombres, que los huesos de los muertos resucita, al Creador de toda cosa, que sobre toda cosa poder ejercita!

Luego que eso oyeron los paganos arremetieron en tropel contra él, pero Garib embistióles cual furioso león y entre ellos iracundo se revolvió y muchos de ellos mató.

Pero luego que ya empezaba a atardecer echáronse todos sobre él, y, en virtud de ser los más, lo lograron acorralar y ya lo iban a matar cuando hete aquí que de improviso aparecen mil *alifrites* y con sus mil espadas arremeten contra los infieles.

Y era el caudillo de aquellos *alifrites* Salsal-ben-Musalsil, que iba a la cabeza e iniciaba la pelea.

Y la tropa de los genios repartía entre los paganos estocadas a diestro y siniestro con sus espadas, las agudas y refulgentes, y les daba a apurar el cáliz de la muerte.

Y Alá (el sublime) mandaba luego sus almas al fuego.

Hasta que al fin dieron cuenta de casi todos los guerreros de Chan schah y solo quedaron unos pocos de ellos que noticia pudieran dar.

Y aquellos pocos entonces rompieron a clamar:

–*¡Amán ¡Amán! ¡Amán!*

Y creían en el Rey que las culpas perdona y al que ninguna cosa distrae de otra, que a los reyes del Al-Fars hizo morir y a los gigantes de antaño sucumbir, el Señor de la tierra y el paraíso y de toda cosa en fin.

Saludó luego Salsal al rey Garib y lo felicitó por su salvación.

Y Garib le preguntó:

–¿Quién te informó del aprieto en que me hallaba?

Y Salsal le respondió:

Pero vio Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras.

Y LA NOCHE 572 REANUDO SU RELATO EN ESTA FORMA:

–Tengo entendido, *¡ye* el sultán, el afortunado!, que Salsal respondió a Garib:

–Has de saber, señor, que luego que mi padre me arrojó a la prisión y a ti al Valle del Fuego te mandó, estuve preso por espacio de dos años; pero luego mi padre me soltó y a su lado pasé un año, hasta que recobré su gracia al cabo.

Y entonces yo fui y lo maté a él y las tropas me juraron obediencia y un año reiné sobre ellas.

Pero sucedió que una noche me acosté pensando en ti y tuve un sueño en el cual te vi que estabas luchando con los guerreros de Chan schah, y luego que me desperté de aquel sueño, tomé conmigo mil guerreros y corrí acá con objeto de acorrerte en tu aprieto.

Maravillóse Garib de aquella coincidencia. Y después que se repuso de su asombro, incautóse de todos los tesoros de la reina Chan schah y de los bienes de sus guerreros y nombró un nuevo sultán que gobernase la ciudad.

Y después los *alifrites* cargáronse a sus espaldas al rey Garib y el copioso botín y el vuelo remontaron y aquella misma noche en la ciudad de Salsal aterrizaron.

Y Garib fue por espacio de seis meses huésped de sus amigos, hasta que, al fin, sintió deseos de volver a su país.

Y entonces Salsal lo obsequió con muchos presentes y después designó tres mil *alifrites* para que fuesen a la ciudad de Al-Karasch y de allí se trajesen el botín y lo uniesen con los tesoros de la reina Chan schah.

Dio luego Salsal a sus genios la orden de cargar con las alhedias y los tesoros y él echóse a Garib a los hombros y todos remontaron el vuelo rumbo a la ciudad de Isbániru-l-Madain, adonde llegaron antes de que la noche mediase.

Y giró Garib la vista en torno suyo y vio que la ciudad estaba cerrada y de un poderoso ejército sitiada, que un mar alborotado semejaba.

Y le dijo a Salsal:

–Mira, hermano: ¿qué ejército será ese que asedia la ciudad y de dónde vendrá?

Y luego Garib dejóse caer sobre la azotea de su palacio y gritó:

–¡Hola, Kaukabu-z-Zabah! ¡Hola, Mahdiyah!

Y ambas mujeres, al sentir aquel grito, despertáronse sobresaltadas y exclamaron:

–¿Quién nos llama a esta deshora?

Y Garib respondióles:

–¡Soy yo, vuestro señor, llamado

Garib, y conocido como fautor de maravillosas hazañas!

Y no bien hubieron las dos princesas conocido la voz de su esposo y señor, holgáronse mucho, y con ellas sus esclavas y los eunucos.

Descendió luego Garib de la azotea y sus dos mujeres se le echaron al cuello y las demás mujeres del *harén* levantaron clamores de júbilo, haciendo retumbar todo el palacio con sus gritos.

Saltaron luego de sus lechos los emires y preguntaron:

–¿Qué sucede en palacio?

Y a él se dirigieron desalados y les preguntaron a los castrados:

–¿Es que alguna de las odaliscas ha tenido un hijo varón?

Y los eunucos les contestaron:

–No; pero alegraos, que el rey Garib a vosotros es tornado.

Y los emires se alegraron.

Y a todo esto Garib, después de saludar a las mujeres, salió a reunirse con sus compañeros de viaje, y ellos se llegaron a él y le besaron las manos y los pies y lo loaron, y por él a Alá (el sublime) rogaron.

Y Garib sentóse luego en el trono de su reino y llamó a todos sus compañeros, y, luego que estos comparecieron y a su alrededor se repartieron, preguntóles qué ejército era aquel que a la ciudad pusiera asedio.

Y ellos le respondieron:

–¡*Ye* rey: tres dias van ya que esas tropas tienen sitiada la ciudad, y dizque las integran hombres y *alifrites* y que aún no sabemos lo que vienen buscando, pues ni armas ni palabras hemos con ellos cruzado!

Y Garib, que eso oyó, exclamó:

–Pues mañana temprano les enviaremos un mensaje y veremos qué es lo que responden.

Y los hombres de Garib añadieron:

–Su rey se llama Murad schah y tiene bajo su mano cien mil caballeros y tres mil infantes, sin contar doscientos guerreros más de las tribus de los genios. Y la llegada de aquellas tropas obedecía a una causa prodigiosa.

Y fue que, al despachar el rey Sabur a su hija con aquellos dos de sus servidores, a los que diera orden de ahogarla en el Chihón, los dos hombres con ella se fueron y luego le dijeron:

–Sigue tu camino y no te presentes jamás donde tu padre, pues si lo hicieres perdida serías y a nosotros también nos perderías.

Echó Fahru-Tach a andar, sin rumbo fijo, y sin saber adónde iría.

Y en medio de su aflicción, exclamó:

–¿Dónde están tus ojos, Garib, que no ven mi necesidad?

Y siguió caminando sin parar, de país en país y de valle en valle, hasta que llegó a uno en el que los árboles medraban y las fuentes manaban.

Y en su centro se alzaba un castillo alto y de sólida fábrica y un alquival ingrávido, parecido a uno de los alquivales paradisíacos.

Y Fahru-Tach dirigióse a aquel castillo y entró en él, y hallólo forrado de tapices de seda y amueblado con muebles de oro y plata, y también vio allí cien hermosas muchachas.

Y todas ellas, al ver llegar a Fahru-Tach, se levantaron y la saludaron, pues por una de las mocitas de los genios la tomaron, y quién fuese le preguntaron.

Y Fahru-Tach les dijo, contestando:

–Yo soy la hija del rey de los persianos.

Y luego contóles cuanto le había pasado y cuantos contratiempos había soportado.

No bien lo hubieron oído las mocitas luego de ella se compadecieron y el corazón le consolaron, diciendo:

–¡Ten confianza y no te atormentes, hermana! Nosotras te daremos comida y bebida y vestidos y estaremos todas a tu servicio.

Invocó la princesa las bendiciones del cielo sobre sus cabezas y las mocitas le llevaron de comer y beber, y ella comió y bebió hasta que se hartó.

Y luego les preguntó:

–¿Quién es el señor de este castillo y vuestro señor?

Y ellas le contestaron:

–Nuestro señor es el rey Salsal-ben-Dal. Y todos los meses pasa una noche aquí y, al clarear el alba, se vuelve a ir, para gobernar las tribus de los *alifrites*.

Ahora bien: llevaba allí Fahru-Tach cinco días cuando dio a luz un hijo varón, semejante a una luna. Y las mujeres le cortaron el cordón umbilical y le ungieron los ojos y le pusieron por nombre el de Murad schah [77], y el niño se crió en el regazo maternal.

Y pasado que fue algún tiempo, volvió el rey Salsal, caballero en un elefante, blanco como el alcatraz y a una eminente torre comparable, y rodeado de sus tribus geniales.

Y al llegar al castillo el rey Salsal saliéronle las cien mocitas a su encuentro y besaron postradas el suelo, y también Fahru-Tach iba entre ellas. Y el rey, al verla, preguntó a sus compañeras:

–¿Qué joven es esta?

Y ellas le contestaron:

–Es la hija de Sabur, el rey de los persianos y los deilamies y los turcomanos.

–¿Y quién os la trajo?–tornó a preguntar el rey Salsal.

Y las muchachas le contestaron y toda su historia le contaron.

Y el rey, después de oír su relación, se apiadó, y, dirigiéndose a Fahru-Tach, exclamó:

–¡No te apures, mujer, y ten paciencia hasta que tu hijo crezca y se haga hombre, que entonces yo lo llevaré al país de los persianos y arrancaré a tu padre la cabeza de los hombros y sentaré a tu hijo en su trono, para que reine sobre los achamies y los turcos y los deilamies!

Besóle Fahru-Tach la mano e invocó sobre él las bendiciones del cielo.

Y se quedó allí y crió a su hijo con los hijos del rey, y dizque aquellos chicos solían montar en los br[illegible]ones y salir de caza con la red y la ballesta, y así aprendió el hijo de Fahru-Tach a conocer a los animales del campo y a matar a las fieras voraces y comer su carne, hasta que al cabo vino a ponérsele el corazón como de roca.

Y luego que cumplió los quince años era su alma fuerte en él, y un día le preguntó a su madre:

–Madre querida, ¿quién es mi padre?

Y su madre le contestó:

–Mira, hijo mío: tu padre es el rey Garib, señor de Al-Irak, y yo soy la hija del rey del Achm.

Y a renglón seguido contóle todo lo que le había sucedido.

Y el mocito, luego que lo oyó, exclamó:

–¿Es verdad que mi abuelo mandó que te mataran a ti y también a mi padre?

Y le dijo su madre:

–Sí.

Y entonces el muchacho exclamó:

–¡Pues por el fuero que te asiste de la educación que me diste, que tengo de ir a la corte de tu padre y la cabeza le cortaré y aquí te la traeré!

Y se alegró su madre de oírle hablar aquel lenguaje.

Y cuentan que Murad schah, el hijo de Fahru-Tach solía cabalgar, seguido de doscientos *alifrites*, hasta que se hizo mayor y empezaron a practicar el oficio de bandidos y a cortar los caminos. Y tanto y tanto extendieron el campo de sus latrocinios que llegaron en sus correrías al país de Schirás y lo invadieron y asolaron.

[77] Deseado, en árabe.

Y Murad schah irrumpió por asalto en el real palacio y le cortó al rey la cabeza, en ocasión de estar en su trono sentado, y de sus guerreros mató también muchedumbre de ellos.

Hasta que los que aún quedaban con vida levantaron gran grita, clamando sin cesar:

–*¡Amán! ¡Amán!*

Y besaron las rodillas de Murad schah. Y él los mandó contar y vio que eran diez mil caballeros y en su servicio los admitió luego.

Y marchó con su tropa rumbo a Balj, y mataron al rey de la ciudad y desbarataron su ejército, y se apoderaron de las haciendas del pueblo.

Y siguieron adelante, y dizque los soldados de Murad schah habían engrosado hasta el número de treinta mil, y cabalgaron hacia Nuráin [78], y el señor de Nuráin salió a su encuentro y parias le rindió y le ofreció sus tesoros y cosas de valor.

Y luego de eso continuó Murad schah cabalgando con sus treinta mil caballeros hasta llegar a la ciudad de Samarkand, en el Farsistán, y tomó la ciudad y otro tanto hizo con Achlat [79].

Y siguió adelante y ciudad que a su paso encontraban ciudad que tomaban.

Ahora bien: con todo esto hiciérase Murad schah caudillo de un poderoso ejército y cuantas riquezas y tesoros tomaba a los vencidos repartíalos entre sus hombres con toda equidad, por lo que ellos cariño le cobraron, por su bravura y su generosidad.

Hasta que, finalmente, llegó Murad a la ciudad de Isbániru-l-Mandain y allí se detuvo y les habló a sus caballeros en estos términos:

–Aguardad ahora aquí hasta que yo mande a buscar el resto de mis tropas, pues es mi intención tomar a mi abuelo prisionero y llevarlo a presencia de mi madre y su corazón alegrarle, cortándole el cuello delante de ella.

Y acto seguido mandó gentes que por el resto de su ejército fuesen.

Y esa es la razón de que, por espacio de tres días, estuviesen sus fuerzas inactivas.

Y así las cosas hete aquí que llegan allí Garib y Salsal con sus cuarenta mil *alifrites,* cargados de tesoros y presentes, y preguntaron quién fuese el guerrero que la ciudad tenía sitiada, y les respondieron:

–No sabemos nada sobre eso; tres días llevan ahí y en ese tiempo no hemos luchado con ellos.

Llegó luego allí Fahru-Tach, la princesa, y, después de abrazar a su hijo Murad schah, díjole este:

–Quédate aquí en tu alfaneque, en tanto voy allá y a tu padre te traigo.

Hízolo así Fahru-Tach y de Alá impetró el triunfo para su hijo, del Señor de los mundos, el Señor de los cielos y la tierra y lo que entre ellos media.

Y luego que amaneció la mañana del siguiente día cabalgó Murad schah y se lanzó al campo, llevando a los doscientos *alifrites* a su diestra y a los príncipes de los hombres a su siniestra.

Y sonaron los clarines de la guerra.

Luego que lo oyó Garib montó también en su rocín y llamó a sus guerreros a la pelea, y los genios se colocaron a su derecha y los hombres a su izquierda.

Y Murad schah, armado de todas armas, se adelantó a diestro y siniestro en el palenque y en él caracoleó y gritó:

–*¡Ye* gentes, solo he de pelear con vuestro rey! Si él me venciere, por dueño y señor de estos dos ejércitos quedará, y si yo fuere el vencedor, lo mataré como a los demás.

Luego que esas palabras oyó Garib, exclamó:

–¡Largo de aquí, perro de los alarbes!

[78] Ciudad del Turquestán; su nombre significa en árabe Dos luces.

[79] En Armenia.

Y en el acto ambos paladines se acometieron y con las lanzas se embistieron y chocaron sus lanzas y se quebraron, y, entonces, echaron mano de sus tizonas y con ellas se acometieron hasta que se mellaron.

Y ambos, sin cesar, se acometían y se buscaban y se huían y de un lado a otro se corrían, y así estuvieron hasta el mediodía.

Y entonces sus corceles debajo de ellos se desplomaron, y ambos combatientes descabalgaron y de agarrarse el uno al otro trataron.

Y Murad schah echóse sobre Garib y lo cogió y en vilo lo levantó y de estrellarlo contra el suelo hizo intención.

Solo que Garib lo agarró de las oreyas y de ellas le tiró, con tal fuerza, que Murad schah pensó que el cielo se desplomaba sobre la tierra y a pleno pulmón gritó:

–¡Alto, que a ti me rindo, que eres el más grande caballero de nuestro siglo!

Y Garib, en seguida, lo cogió y lo ató.

Y al ver eso los *alifrites* que con Murad schah venían lanzáronse al ataque para rescatar a su señor.

Pero Garib, con mil de sus *alifrites,* cargó contra ellos y en tal aprieto los pusieron, que el *amán* pidieron y sus armas depusieron.

Retiróse entonces Garib a su alfaneque suntuoso, que era de verde seda, en oro rojo bordada, y con aljófar y piedras preciosas adornada.

Y mandó a llamar a Murad schah y se lo llevaron en seguida, y el cautivo, de grillos y cadenas cargado, entró en la tienda renqueando, y, al enfrentarse con el rey, bajó el prisionero, de puro avergonzado, la cabeza al suelo.

Y Garib lo interpeló, diciendo:

–¡Perro de los árabes! ¿Qué eres tú, que te echas al campo a medir tus fuerzas con los soberanos?

Y el cautivo le dijo:

–¡No te encolerices conmigo, señor, que tengo una disculpa a mi favor!

–¿Y qué disculpa es esa?–preguntóle Garib.

Y el vencido le respondió:

–Sabe, señor, que si me eché al campo fue con la intención de vengar la sangre de mi padre y de mi madre en Sabur, el rey de los persianos, que a ambos quiso matar, y si es cierto que mi madre logró salvarse, en cambio mi padre esta es la hora en que no sé si es vivo o muerto es.

Luego que oyó Garib esas palabras, exclamó:

–¡Por Alá, que harta disculpa tienes! Pero dime: ¿quién es tu padre y quién es tu madre?

Y Murad schah le respondió:

–Mi padre es Garib, rey de Al-Irak, y mi madre, Fahru-Tach, hija de Sabur, el rey de Achm.

No bien oyó eso Garib lanzó un recio grito y se desmayó y al suelo rodó.

Rociáronle la cara con agua de rosas y volvió luego en sí y preguntó a Murad schah:

–¿Eres de veras hijo de Garib y de Fahru-Tach?

–Así es la verdad–respondió Murad schah.

Y Garib exclamó:

–¡Pues siendo así, eres un barragán hijo de barragán! ¡Pronto, quitadle a mi hijo sus alhelgas y grillos!

Adelantáronse luego Sáhim y Kailachán y libertaron a Murad schah.

Y Garib abrazóse a su hijo y lo sentó a su lado en el trono y le preguntó:

–¿Dónde está tu madre, hijo mío?

Y su hijo contestóle:

–La tengo en mi tienda conmigo.

Y Garib ordenó:

–¡Pues traédmela acá sin dilación!

Levantóse, pues, Murad schah y se trasladó a su campamento, y sus guerreros saliéronle al encuentro y se ale-

graron al verlo llegar sano y salvo y por ello le felicitaron.

Pero como le preguntaran pormenores de su liberación les contestó:

–No es esta razón de preguntar.

Y pasó a ver a su madre y le refirió cuanto le sucediera con su padre y ella se alegró con alegría grande.

Llevóla el hijo a presencia de Garib y ambos se abrazaron y mutuamente se congratularon.

Y acto seguido procedieron Fahru-Tach y Murad schah a abrazar el Al-Islam y propusieron a sus guerreros que hiciesen como ellos, y todos se convirtieron y quedaron hechos unos musulmanes, de corazón y de lengua, sinceros.

Y no hay que decir lo que Garib se alegró de ver que habían abrazado el credo, el verdadero.

Mandó luego Garib por el rey Sabur y Uard, su hijo, y los reprendió a ambos con severidad por su mala acción, y les propuso aceptar el Al-Islam, y, como a ello se negaran, los mandó crucificar en la puerta de la ciudad.

Y el vecindario la ciudad engalanó y hasta no poder más se alegró.

Y Murad schah se coronó con la corona de los reyes persianos y fue proclamado rey de los achamies y los turcos y los deilamies, y Garib despachó a su tío, el rey Ad-Dámig, al Irak, como señor de aquel país.

Y he aquí que, ante el cetro de Garib, todas las tierras y pueblos prestaron juramento de obediencia y acatamiento.

Y Garib se asentó en su reino y señoreó con equidad sobre sus vasallos, y todos ellos, sin excepción, tomáronle amor.

Y todos así vivieron una vida feliz hasta que llegó a visitarlos aquella que destruye los placeres y dispersa las reuniones de los hombres.

¡Loanza a Aquel cuya gloria siempre perdura y que concede su gracia a todas sus criaturas!

Y esto es todo cuanto de la historia de Garib y Achib hasta nosotros ha llegado.

–Pero ¡Alá es el más sabio!

Vio Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras cautivadoras.

FIN DEL TOMO II DE
«LAS MIL Y UNA NOCHES»

INDICE

INDICE

ALGUNAS HISTORIAS SERIAS Y FESTIVAS:

El rey Anuschirván y la mocita. *(Noches 258 y 259.)* *Pág.* 11
El aguador y la mujer del platero. *(Noche 259.)* 13
La mujer virtuosa y los dos viejos. *(Noche 259.)* 15
Omaru-bnu-l-Jattab y el joven beduino. *(Noches 259 y 260.)* 17
Historia de Harunu-r-Raschid y su hijo, el asceta. *(Noches 260 y 261.)* 22
El alfaquí simplón que de oídas se enamoró. *(Noche 261.)* 28
Historia del iletrado que sentó plaza de alfaquí. *(Noches 261 y 262.)* ... 31
Historia del rey y la mujer honesta. *(Noche 262.)* 33
Historia de Ishak el mozuli y la joven cantora. *(Noches 262 a 264.)* 35
El prior del convento que se volvió musulmán. *(Noches 265 y 266.)* ... 40
Disputas entre el hombre y la mujer ilustrada sobre las excelencias del varón y la hembra. *(Noches 266 a 268.)* 46
Abu-Suaid y la vieja guapa. *(Noches 268 y 269.)* 56
Historia de Tauaddud, la esclava. *(Noches 269 a 280.)* 57

SILVA DE HISTORIAS CONCERNIENTES A LOS ENGAÑOS DEL MUNDO Y LA POCA CONFIANZA QUE EN ELLOS SE PUEDE TENER, A MAS DE OTRAS COSAS DE ESTE JAEZ:

El ángel de la muerte y el rey epulón. *(Noche 280.)* 104
Historia del cadí judío y su virtuosa esposa. *(Noches 280 y 281.)* 106
La náufrago y su niño. *(Noches 281 y 282.)* 110
El cestero y su esposa. *(Noches 282 y 283.)* 113
La hija del rey cristiano y el caballero musulmán. *(Noche 283.)* 117
Historia del joven que nunca juraba. *(Noches 283 y 284.)* 122
Historia de Hásid Kerimu-d-Din. *(Noches 284 y 285.)* 126
Historia de Balukiya. *(Noches 285 a 295.)* 132
Historia de Chanischah. *(Noches 295 a 316.)* 155
Historia de As-Simbad, el marino. *(Noche 317.)* 221
Historia primera de las historias de As-Simbad, el marino, que comprende el primero de los viajes que hizo. *(Noches 317 a 319.)* 225
Historia segunda de las historias de

As-Simbad, el marino, correspondiente al segundo viaje que hizo. *(Noches 320 y 321.)* 235
Historia tercera de las historias de As-Simbad, el marino, que corresponde al tercero de los viajes que hizo. *(Noches 321 a 324.)* 242
Historia cuarta de las historias de As-Simbad, el marino, correspondiente al cuarto de los viajes que hizo. *(Noches 324 a 327.)* 253
Historia quinta de las historias de As-Simbad, el marino, correspondiente al quinto de los viajes que hizo. *(Noches 327 a 329.)* 265
Historia sexta de las historias de As-Simbad, el marino, correspondiente al seiseno de los viajes que hizo. *(Noches 329 a 331.)* 276
Historia séptima de las historias de As-Simbad, el marino, correspondiente al seteno de los viajes que hizo. *(Noches 332 a 335.)* 285
El séptimo viaje, según la edición de Calcuta. *(Noche 335.)* 294
Historia sobre la condición de los genios y schaitanes encerrados en redomas. *(Noches 335 a 339.)* 299
Historia de la Ciudad de Azófar. *(Noches 340 a 344.)* 316
Historias que tratan de engaños y marrullerías de las mujeres. *(Noches 344 y 345.)* 333
Historia del rey y la esposa del visir. *(Noches 345 y 346.)* 340
Historia del confitero y su mujer y el papagayo. *(Noche 346.)* 345
Historia del lavandero y su hijo. *(Noches 346 y 347.)* 348
Historia del libertino y la mujer honrada. *(Noche 347.)* 349
Historia del avaro y los panes. *(Noche 347.)* 351
Historia de la mujer casada y sus dos amantes. *(Noche 347.)* 353
Historia del hijo del rey y la algola. *(Noches 347 y 348.)* 355
Historia de la gota de miel. *(Noche 348.)* 358
La mujer que le hizo al marido cerner polvo. *(Noche 348.)* 359
Historia de la fuente encantada. *(Noches 348 y 349.)* 361
El hijo del visir y la mujer del bañero. *(Noche 349.)* 366
La astucia de que se valió la mujer para engañar a su marido. *(Noches 349 y 350.)* 368
Historia del joyero y la cantora de Kaschmir. *(Noches 350 y 351.)* 372
Historia del hombre que dejó de reír. *(Noches 351 a 353.)* 376
El hijo del rey y la mujer del mercader. *(Noches 353 y 354.)* 383
La mujer y sus cinco pretendientes. *(Noches 354 a 356.)* 386
Las tres gracias. *(Noche 356.)* 395
La pérdida del collar. *(Noches 356 y 357.)* 397
Los dos pichones. *(Noche 357.)* 399
El príncipe Bahram y la princesa An-Nodama. *(Noches 357 a 359.)* 400
La casa del mirador. *(Noches 359 a 363.)* 405
El hijo del rey y la algola. *(Noche 363.)* 413
Historia de la jarra de leche. *(Noche 363.)* 415
Historia del mercader de sándalo y el pícaro. *(Noches 363 a 365.)* 417
El libertino y el niño de tres años. *(Noche 365.)* 422
Historia de los mercaderes y la mujer. *(Noche 365.)* 424
Historia del zorro y la gente. *(Noche 365.)* 427
Historia de Chúder, el hijo del mercader Omar, y sus dos hermanos. *(Noches 365 a 380.)* 429
Historia de Hind-bentu-n-Nôman. *(Noches 380 y 381.)* 469
Historia de Harunu-r-Raschid con la mocita árabe. *(Noche 381.)* 472

Historia de Al-Azmâi y las tres mocitas. *(Noches 381, 382 y 383.)* 474
Historia de Chamil-ben-Môamir y el emir de los creyentes Harunu-r-Raschid. *(Noches 383 a 385.)* 478
Historia de Zámira-ben-Mogaira que le contó Hoseinu-l-Jaliyu a Harunu-r-Raschid *(Noches 385 a 387.)* 485
Historia de Ahmedu-d-Dánaf y Hasán-Schumán con Dalila, la ladina, y Seineb, la trapisondista, su hija. *(Noches 387 a 394.)* 491
Aventuras de Alí, *El Azogue*, el de Mizr. *(Noches 394 a 405.)* 517
Historia del casamiento del rey Bedr Básim-ben-Schahramán con la hija del rey Samandal. *(Noches 406 a 421.)* 553
Historia del rey Mohammed-ben-Sebaik. *(Noches 421 y 422.)* 591
Historia del príncipe Seifu-l-Muluk y Bedîetu-ch-Chemal. *(Noches 422 a 437.)* 596
Historia de Hasán, el joyero de Bazra. *(Noches 437 a 465.)* 650
Historia de Mesrur, el mercader, y su amada Sinu-l-Mauazif, *(Noches 465 a 477.)* 784
Historia de Alí-Nuru-d-Din y Maryem, la cinturonera. *(Noches 477 a 492.)* 799
Historia del joven de Bagdad y la esclava que mercó. *(Noches 492 a 494.)* 872
Historia de Uarduján, hijo del rey Cheliâad. *(Noche 494.)* 882
Historia del ratón y el gato. *(Noches 494 y 495.)* 886
Historia del fakir y el tarro de manteca. *(Noche 495.)* 890
Los peces y el saratán. *(Noche 495.)* 893
Historia del cuervo y la culebra. *(Noche 495.)* 895
Historia del onagro y el zorro. *(Noche 495.)* 897
Historia del rey inicuo y el príncipe peregrino. *(Noches 495 y 496.)* 899
Historia de los cuervos y el gavilán. *(Noches 496 y 497.)* 902
Historia del juglar y su mujer. *(Noche 497.)* 905
Historia de la araña y el viento. *(Noches 497 y 498.)* 907
Historia de los dos reyes. *(Noche 498.)* 912
Historia del ciego y el cojo. *(Noches 498 a 501.)* 914
Historia del pescador malavisado. *(Noche 501.)* 934
Historia del joven y los ladrones. *(Noches 501 y 502.)* 936
Historia del hombre y su mujer. *(Noche 502.)* 938
Historia del mercader y los ladrones. *(Noches 502 y 503.)* 940
Historia del zorro y el lobo. *(Noche 503.)* 942
Historia del rabadán y el truhán. *(Noches 503 y 504.)* 945
Historia del faisán y las tortugas. *(Noches 504 a 506.)* 950
Historia de Abu-Kir y Abu-Zir. *(Noches 506 a 509.)* 967
Historia de Abdu-l-Lah, el de tierra, y Abdu-l-Lah, el del mar. *(Noches 509 a 511.)* 989
Del raro lance que le ocurrió a Harunu-r-Raschid con el joven Al-Omani. *(Noches 511 a 513.)* 1010
Historia de Ibrahim-bnu-l-Jazib y Chamila, hija de Abu-l-Laits, gobernador de Bazra. *(Noches 513 y 514.)* 1025
Historia de Abu-l-Hasán Al-Jorasani. *(Noches 514 a 516.)* 1044
Historia de Kamaru-s-Semán y su amada. *(Noches 516 a 523.)* 1059
Historia de Abdu-l-Lah-ben-Fâzil, *amel* de Bazra, y sus dos hermanos. *(Noches 523 a 528.)* 1103
Historia de Mârufu-l-Askafí y su mujer. *(Noches 528 a 533.)* 1138
Historia de Baibars y de los capitanes de Policía. *(Noche 533.)* 1181
Historia del capitán de Policía, el primero. *(Noches 533 y 534.)* 1184

Historia que contó el capitán de Policía, el segundo. *(Noches 534 y 535.)* 1194
Historia que contó el capitán de Policía, el tercero. *(Noche 535.)* 1198
Historia que contó el capitán de Policía, el cuarto. *(Noches 535 y 536.)* 1207
Historia que contó el capitán de Policía, el quinto. *(Noches 536 y 537.)* 1214
Historia que contó el capitán de Policía, el seiseno. *(Noches 537 y 538.)* 1226
Historia que contó el capitán de Policía, el seteno. *(Noche 539.)* 1238
Historia que contó el capitán de Policía, el ocheno. *(Noches 539 y 540.)* 1240
Historia que contó el capitán de Policía, el noveno. *(Noches 540 y 541.)* 1249
Historia que contó el capitán de Policía, el décimo. *(Noche 541.)* 1257
Historia que contó el capitán de Policía, el onceno. *(Noches 541 y 542.)* 1261
Historia que contó el capitán de Policía, el doceno. *(Noche 542.)* 1266
Algunas historias referentes a Abu-Nuás y Raschid. *(Noche 543.)* 1272
Harunu-r-Raschid y los tres poetas. *(Noche 543.)* 1274
Abu-Nuás y los tres chicos y el jalifa Harunu-r-Raschid. *(Noche 544.)* 1277
Historia de Mutelammis y su mujer Umaimah. *(Noche 544.)* 1281
Historia del molinero y su mujer. *(Noche 544.)* 1283
Historia de los dos parvulillos enamorados. *(Noche 544.)* 1285
Historia de Abdu-l-Lah-ben-Moamar y el hombre de Bazra y su joven esclava. *(Noche 545.)* 1287
Historia de Mesrur, el eunuco, e Ibnu-l-Karibi. *(Noche 545.)* 1289
Historia del ladrón y el mercader. *(Noche 545.)* 1291
Historia del cambiante y el ratero. *(Noche 545.)* 1293
Historia del beduino y su esposa. *(Noches 546 y 547.)* 1295
Historia del maestro de escuela, el chiflado. *(Noche 547.)* 1303
Historia de Dibilu-l-Juzai y la bella y Moslemu-bnu-Ualid. *(Noches 547 y 548.)* 1305
Historia del rey Anuschirván. *(Noche 548.)* 1308
Historia del emir Alí-ben-Tahir y la joven Muunis. *(Noche 548.)* 1310
Historia de Abu-l-Asuad y su esclava. *(Noche 549.)* 1311
Historia de Ibrahim el Mozuli y el Schaitán. *(Noche 549.)* 1312
Historia de Garib y Achib, su hermano. *(Noches 549 a 572.)* 1316